LA ILUSTRACION





LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXVII.—AÑO 1908

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1908

La Ilustración Artística

AÑO XXVII — BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1908 — NÚM. 1.357



DEDICATORIA

A D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, etc.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algún príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria, no sólo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su protección y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo, pues, huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y real casa de Vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas, dejándolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen mármoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, para que sean émulas de la duración de los tiempos. Tampoco suplico á Vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipogrifo de Astolfo y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Sólo suplico que advierta Vuestra Excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los más pintados. Tales cuales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á Vuestra Excelencia, como á mi verdadero señor y bienhechor mío. Guarde Nuestro Señor, etc. De Madrid, á 13 de julio de 1613.

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra



LA GITANILLA



Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte.

Una, pues, de esta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecos y trazas de hurtar.



Salió la tal Preciosa la más única bailadora...

Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama.

Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos: y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba, no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada; y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas: finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho y enseñarle á vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habían de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así se los procuró y buscó por todas las vías que pudo; y no faltó poeta que se los diese; que también hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto del hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano gran bailarín, que les guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban.

De entre el son del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrían los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imagen de la gloriosa Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Arbol preciosísimo,
que tardó en dar fruto
años que pudieron
cubrirle de luto,

Y hacer los deseos
del consorte puros,
contra su esperanza
no muy bien seguros:

De cuyo tardarse
nació aquel disgusto,
que lanzó del templo
al varón más justo:

Santa tierra estéril,
que al cabo produjo
toda la abundancia
que sustenta el mundo:

Casa de moneda
do se forjó el cuño
que dió á Dios la forma,
que como hombre tuvo:

Madre de una hija,
en quien quiso y pudo
mostrar Dios grandezas
sobre humano curso:

Por vos y por ella
sois, Ana, el refugio,
do van por remedio
nuestros infortunios.

En cierta manera
tenéis, no lo dudo,
sobre el nieto imperio
piadoso y justo.

A ser comunera
del alcázar sumo,
fueran mil parientes
con vos de consuno.

¡Qué hija!, ¡qué nieto!
y ¡qué yerno! Al punto,
á ser causa justa,
cantárades triunfos.

Pero vos humilde
fuisteis el estudio,
donde vuestra Hija
hizo humildes cursos.

Y ahora á su lado
á Dios el más junto
gozáis del alteza
que apenas barrunto.

El cantar de Preciosilla fué para admirar á cuantos la escuchaban.

Unos decían: «¡Dios te bendiga, la muchacha!» Otros: «¡Lástima es que esta mozuela sea gitana; en verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor!» Otros había más groseros que decían: «Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va añudando en ella gentil barredera para pescar corazones.» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «A ello, hija, á ello; andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito.» Y ella respondió sin dejar el baile: «Y pisarélo yo á tan menudo.»

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba de ella en toda la corte.

De allí á quince días volvió á Madrid, como tenía de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas y con un baile nuevo, todas apercibidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho.

Nunca se apartaba de ella la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela.

Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venían siguiendo se hizo un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna á los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile, dijo Preciosa:

— Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en ex.



LA GITANILLA, POR OTRO NOMBRE LA PRECIOSA



tremo, que trata de cuando la reina nuestra señora Doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente: dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los de número, como capitán del batallón.

Apenas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces:

—Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos—y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos.

Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas,y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

Salió á misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y pompa.
Y para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
á un lado lleva el sol de Austria,
al otro la tierna aurora.
A sus espaldas la sigue
un lucero que á deshora
salió la noche del día
que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoza,
y aunque tardo, va ligero;
que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias,
que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del sol
va Júpiter; que no hay cosa
difícil á la privanza
fundada en prudentes obras.
Va la luna en las mejillas
de una y otra humana diosa,
Venus casta en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
desta esfera milagrosa.
Y para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.
Milán con sus ricas telas
allí va en vista curiosa,
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.
La alegría universal
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Cuál dice: «Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra.
Para gloria de ti misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia.
para asombro de Mahoma.»
Otra lengua clama y dice:
«Vivas, ¡oh blanca paloma!,
que nos has dado por crías
águilas de dos coronas,
Para auyentar de los aires,
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
á las virtudes medrosas.»
Otra más discreta y grave,
más aguda y más curiosa
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
«Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!,
¡qué de designios que corta!,
¡Qué de esperanzas que infunde!,
¡qué de deseos malogra!,
¡qué de temores aumenta!,
¡qué de preñados aborta!»
En esto se llegó al templo
del fénix santo que en Roma
fué abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria
A la imagen de la vida,
á la del cielo Señora,
á la que por ser humilde,
las estrellas pisa ahora:
A la Madre y Virgen junto,
á la Hija y á la Esposa
de Dios, hincada de hinojos
Margarita así razona:
«Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa;
que adó falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa:
tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo;
que humano Atlante se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazón del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
cuánto pidieres piadosa.»
Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios,
con reales ceremonias
volvió á su punto este cielo
y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo: «Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra.»

Más de doscientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas, y en la mayor fuga de él acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta, preguntó qué era, y fuéle respondido que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba.

Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta el fin; y habiéndole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las gitanillas, que quería que las oyese doña Clara, su mujer.

Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto, y mudaron de lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

—Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica, dijo el paje, estaré contento; y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta.

—A la mía queda el escogerlos, respondió Preciosa; y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las gitanas.

Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando á diversos juegos, se entretenían.

—¿Quiérenme dar barato, zeñores?, dijo Preciosa, que como gitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes; y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron:

—Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

—Caro sería ello, respondió Preciosa, si nos pellizcasen.

—No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

—Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres gitanillas que iban con ella, entra enhorabuena,que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina, respondió Preciosa: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa, dijo Cristina, que tú sabes más que un sabio.

Animólas la gitana vieja, y entraron; y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno, y llegándose á ella, se lo tomó, y dijo Preciosa:

—Y no me lo tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído.

—Y ¿sabes tú leer, hija?, dijo uno.

—Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel, y vió que venía dentro dél un escudo de oro, y dijo:

—En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el romance viene.

—Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es más milagro darme á mí un poeta un escudo, que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y envíemelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recibillos.

Admirados quedaron los que oían á la gitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

—Lea, señor, dijo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto ese poeta, como es liberal.

Y el caballero leyó así:



... Y ASÍ GRANIZARON SOBRE ELLA CUARTOS, QUE LA VIEJA NO SE DABA MANOS Á COGERLOS.



Preciosica, canta el romance que aquí va..

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes,
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa.

De esta verdad me asegura
esto, como en ti verás;
que no se aparta jamás
la esquivez y la hermosura.

Si como en valor subido,
vas creciendo en arrogancia,
no le arriendo la ganancia
á la edad en que has nacido.

Que un basilisco se cría
en ti que mata mirando,
y un imperio, que aunque blando,
nos parezca tiranía.

Entre pobres y aduares,
¿cómo nació tal belleza?
¿ó cómo crió tal pieza
el humilde Manzanares?

Por esto será famoso
á par del Tajo dorado,
y por Preciosa preciado
más que el Ganges caudaloso.

Dices la buenaventura,
y dasla mala contino;
que no van por un camino
tu intención y tu hermosura.

Porque en el peligro fuerte
de mirarte ó contemplarte,
tu intención va á desculparte,
y tu hermosura á dar muerte.

Dicen que son hechiceras
todas las de tu nación;
pero tus hechizos son
de más fuerzas y más veras;

Pues por llevar los despojos
de todos cuantos te ven,
haces, oh niña, que estén
los hechizos en tus ojos.

En sus fuerzas te adelantas,
pues bailando nos admiras,
y nos matas, si nos miras,
y nos encantas, si cantas.

De cien mil modos hechizas;
hables, calles, cantes, mires,
ó te acerques ó retires,
el fuego de amor atizas.

Sobre el más exento pecho
tienes mando y señorío;
de lo que es testigo el mío,
de tu imperio satisfecho.

Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe
el que por ti muere y vive
pobre aunque humilde amador.

—En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazón Preciosa; mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios a mi parecer la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza?, dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar?, respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo?, ¿no tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes; siempre se adelantan á sus años; no hay gitano necio, ni gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que críe moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando y parecen bobas?, pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenlas los cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce años que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la Gitanilla decía, tenía suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro día volvería con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor tiniente, como habían de ir á su casa las gitanillas, y estábanlas esperando como agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa; y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores; y así corrieron todas á ella: unas la abrazaban, otras la miraban, éstas la bendecían, aquéllas la alababan. Doña Clara decía:

—Este sí que se puede decir cabello de oro, éstos sí que son ojos de esmeraldas.

La señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años, y dijo:

—¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mía? Pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos: por Dios, tan linda es la Gitanilla, que hecha de plata ó de alcorza no podría ser mejor. ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

—De tres ó cuatro maneras, respondió Preciosa.

—Y ¿eso más?, dijo doña Clara; por vida del tiniente mi señor, que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbuncos, y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

—Denle, denle la palma de la mano á la niña, y con qué haga la cruz, dijo la vieja, y verán qué de cosas les dice; que sabe mas que un dotor de melecina.

Echó mano á la faldriquera la señora tinienta, y halló que no tenía blanca: pidió un cuarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual, visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces en cuanto cruces son buenas; pero las de plata ó de oro son mejores, y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, por lo menos la mía; y así tengo afición á hacer la cruz primera con algún escudo de oro, ó con algún real de á ocho, ó á lo menos de á cuatro; que soy como los sacristanes, que cuando hay buena ofrenda se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida, dijo la señora vecina, y volviendose al escudero le dijo: Vos, señor Contreras, tendréis á mano algún real de á cuatro? Dádmele, que en viniendo el dotor mi marido os le volveré.

—Sí tengo, respondió Contreras, pero téngole empeñado en veintidós maravedís que cené anoche: dénmelos, que yo iré por él en volandas.

—No tenemos entre todas un cuarto, dijo doña Clara, y pedís veintidós maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo á Preciosa:

—Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes, respondió Preciosa, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo, replicó la doncella; si éste basta, hele aquí, con condición que también se me ha de decir á mí la buenaventura.

—¡Por un dedal tantas buenasventuras!, dijo la gitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal y la mano de la señora tinienta, y dijo:



TOMÓ PRECIOSA EL DEDAL Y LA MANO DE LA SEÑORA TINIENTA, Y DIJO...



Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que al rey de las Alpujarras.

Eres paloma sin hiel,
pero á veces eres brava
como leona de Orán,
ó como tigre de Ocaña.

Pero en un tras, en un tris,
el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
ó como cordera mansa.

Riñes mucho, y comes poco;
algo celosita andas;
que es juguetón el tiniente,
y quiere arrimar la vara.

Cuando doncella te quiso
uno de una buena cara;
que mal hayan los terceros
que los gustos desbaratan.

Si á dicha tú fueras monja,
hoy tu convento mandaras,
porque tienes de abadesa
más de cuatrocientas rayas.

No te lo quiero decir,
pero poco importa, vaya;
enviudarás otra vez,
y otras dos serás casada.

No llores, señora mía,
que no siempre las gitanas
decimos el Evangelio;
no llores, señora, acaba.

Como te mueras primero
que el señor tiniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.

Has de heredar y muy presto
hacienda en mucha abandancia:
tendrás un hijo canónigo,
la iglesia no se señala.

De Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
tendrás, que si es religiosa,
también vendrá á ser prelada.

Si tu esposo no se muere
dentro de cuatro semanas,
verásle corregidor
de Burgos ó Salamanca.

Un lunar tienes: ¡qué lindo!,
¡ay Jesús, qué luna clara!,
¡qué sol, que allá en los Antípodas
escuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle
dieran más de cuatro blancas:
agora sí es la risica;
¡ay, que bien haya esa gracia!

Guárdate de las caídas,
principalmente de espaldas;
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.

Cosas hay más que decirte:
si para el viernes me aguardas,
las oirás, que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya, y así se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndole que tendrían reales de plata para hacer las cruces. En esto vino el señor tiniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo bailar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habían dado; y poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo; y habiéndola espulgado y sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía, y dijo:

—Por Dios que no tengo blanca; dadle vos, doña Clara, un real á Preciosica, que os lo daré después. Bueno es eso, señor, por cierto; sí, ahí está el real de manifiesto: no hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real? Pues dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosa, que otro día nos volverá á ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa.

—Antes si no me dan nada, dijo Preciosa, nunca más volveré acá: mas, sí, volveré á servir á tan principales señores; pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga del esperarlo. Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor, por ahí he oído decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dinero para pagar las condiciones de las residencias, y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el tiniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenación alguna, y el haber usado bien su oficio será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy á lo santo, señor tiniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa, dijo el tiniente: calla, que yo daré traza para que Sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido; si me quisiesen para discreta, aun llevarmeían; pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos: yo me hallo bien con ser gitana y pobre, y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

—¡Ea, niña!, dijo la gitana vieja, no hables más, que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás: habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caída.

—El diablo tienen esas gitanas en el cuerpo, dijo á esta sazón el tiniente.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buenaventura, ó vuélveme mi dedal, que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella, respondió Preciosa, haga cuenta que se la he dicho; y provéase de otro dedal, ó no haga vainillas hasta el viernes, que yo volveré, y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse, y juntáronse con las muchas labradoras que á la hora de las Avemarías suelen salir de Madrid para volverse á las aldeas, y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañan las gitanas, y volvían seguras, porque la gitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen á su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían á Madrid á coger la garrama con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de unos quinientos pasos antes que se llegue á la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino: la espada y daga que traía eran, como decir se suele, un ascua de oro; sombrero con rico cintillo y con plumas de diversos colores adornado.

Repararon las gitanas en viéndole, y pusiéronsele á mirar muy despacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pie y solo.

Él se llegó á ellas, y hablando con la gitana mayor, le dijo:

—Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora, respondió la vieja; y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y así en pie como estaban, el mancebo dijo:

—Yo vengo de manera rendido á la discreción y belleza de Preciosa, que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado más rendido, y más imposibilitado de excusallo. Yo, señoras mías (que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece), soy caballero, como lo puede mostrar el hábito—y apartando el herreruelo, descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España:—soy hijo de fulano (que por buenos respetos aquí no se declara su nombre), estoy debajo de su tutela y amparo: soy hijo único, y el que espera un razonable mayorazgo: mi padre está aquí en la corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él; y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora: yo no la pretendo para burlalla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna: sólo quiero servirla del modo que ella más gustare: su voluntad es la mía; pero con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere, y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone á la duración de los tiempos: si creéis esta verdad, no admitirá ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es este—y dijoselo:—el de mi padre ya os lo he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene de quien podréis informaros, y aun de los que no son vecinos también; que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre, y el mío, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la corte: cien escudos traigo aquí en oro para daros en arras y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decía, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle; y volviéndose á la vieja, le dijo:

—Perdóneme, abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, nieta, respondió la vieja, que yo sé que tienes discreción para todo.

Y Preciosa dijo:

—Yo, señor caballero, aunque soy gitana, pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espíritu fantástico acá dentro, que á grandes cosas me lleva: á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quinceaños (que según la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré), soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la cual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba: este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo: una sola joya tengo, que la estimo en más que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas ni dádivas, porque, en fin, será vendida, y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecos, antes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan ó manoseen, flor es la de la virginidad, que á ser posible aun con la imaginación no había de dejar ofenderse: cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Éste la toca, aquél la huele, el otro la deshoja, y finalmente, entre las manos rústicas se deshace: si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen: si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero: primero tengo de saber si sois el que decís: luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición, y vos de la mía: al cabo del cual, si vos os contentades de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo que ser vuestra hermana en el trato, y vuestra esclava en serviros;


Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa...

viésedes que os convenía huir de lo que agora seguís con tanto ahinco; y cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa: si con estas condiciones queréis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues faltando alguna dellas, no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y púsose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que de responder debía. Viendo lo cual Preciosa, tornó á decirle:

—No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse: volveos, señor, á la villa, y considerad despacio la que viéredes que más os convenga, y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir ó venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentilhombre:

—Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero, pues, es tu gusto, que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego, y haz de mí todas las experiencias que más quisieres, que siempre me has de hallar el mismo que ahora te sinifico: mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luego, que con ocasión de ir á Flandes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos días, y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida: á los que fueren conmigo, yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinación; lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas más á Madrid, porque no querría que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse, me salteasen la buena ventura que tanto me cuesta.

—Eso no, señor galán, respondió Preciosa: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfundada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos; y entienda que no la tomaré tan demasiada que no se eche de ver desde bien lejos, que llega mi honestidad á mi desenvoltura; y en el primero cargo en que quiero enteraros, es en el de la confianza que habéis de hacer de mí; y mirad que los amantes que entran pidiendo celos, ó son simples ó confiados.

—Satanás tienes en tu pecho, muchacha, dijo á esta sazón la gitana vieja: mira que dices cosas, que no las dirá un colegial de Salamanca: tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto? Que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada, que habla latín sin saberlo.

—Calla, abuela, respondió Preciosa, y sepa que todas las cosas que me oyes son monadas, y son de burlas para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

y habéis de considerar que en el tiempo deste noviciado podría ser que cobrásedes la vista, que agora debéis de tener perdida, ó por lo menos turbada, y

Todo cuanto Preciosa decía, y toda la discreción que mostraba, era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí á ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría á dar cuenta del término en que sus negocios estaban, y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho.

Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dijo que iban cien escudos de oro, y dióselos a la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la gitana dijo:

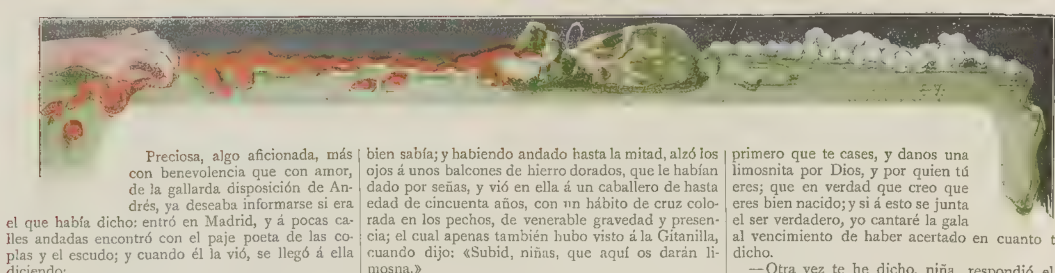
—Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fué indicio de generoso pecho; y acuérdate de aquel refrán que dice: «Al cielo rogando, y con el mazo dando;» y más, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas: ¿cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos allí como quien tiene un juro sobre las hierbas de Extremadura? Si alguno de nuestros hijos, nietos ó parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue á la oreja del juez y del escribano, como estos escudos, si llegan á sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno, para ser azotada; y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho, que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio: mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran, como las armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su *plus ultra:* por un doblón de dos caras se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos á nosotras, que á un salteador de caminos: jamás por más rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte, rotos y grasientos, y llenos de doblones.

—Por vida suya, abuela, que no diga más, que lleva término de alegar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote la de los emperadores: quédese con ellos, y buen provecho le hagan; y plega á Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen á ver la claridad del sol, ni haya necesidad que le vean: á estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que há mucho que nos esperan, y ya deben estar enfadadas. Así verán ellas, replicó la vieja, moneda destas, como ven al turco agora; ese buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, ó cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.

—Sí traigo, dijo el galán, y sacó de la faldriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas, que suele quedar un autor de las comedias cuando en competencia de otro le suelen retular por las esquinas *victor, victor.*

En resolución concertaron, como se ha dicho, la venida de allí á ocho días, y que se había de llamar cuando fuese gitano Andrés Caballero, porque también había gitanos entre ellos deste apellido.

No tuvo atrevimiento Andrés, que así le llamaremos de aquí adelante, de abrazar á Preciosa; antes enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó, y se entró en Madrid, y ellas contentísimas hicieron lo mismo.



Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho: entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo; y cuando él la vió, se llegó á ella diciendo:

—Vengas en buen hora, Preciosa; ¿leíste por ventura las coplas que te dí el otro día?

A lo que Preciosa respondió:

—Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

—Conjuro es ese, respondió el paje, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

—Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura es poeta.

—A serlo, replicó el paje, forzosamente había de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos lo merecen, y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía; y para lo que he de menester, no voy á pedir ni buscar versos ajenos: los que dí son míos, y estos que te doy agora también, mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta?, replicó Preciosa.

—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno; hase de usar de la poesía, como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre: la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican.

—Con todo eso: respondió Preciosa, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al revés, dijo el paje, por que no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos. Pero ¿qué te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta?

—Hame movido, respondió Preciosa, porque como yo tengo á todos, ó los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me diste entre vuestros versos envuelto: mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuéredes rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.

—Pues yo no soy desos, replicó el paje; versos hago, y no soy rico, ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los jinoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos á quien yo quisiere: tomad, Preciosa perla, este segundo papel, y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis á pensar si soy poeta, ó no: sólo quiero que penséis y creáis que quien os da esto, quisiera tener para daros las riquezas de Midas:—y en esto le dió un papel, y tentándole Preciosa halló que dentro venía el escudo, y dijo:

—Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo; una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas y de corazones; pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra: por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure; pues más aína puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

—Pues así es, replicó el paje, que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en este papel te envío, y vuélveme el escudo, que como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle.

El paje se despidió y se fué contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le había hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse á bailar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabía; y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados, que le habían dado por señas, y vió en ella á un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el cual apenas también hubo visto á la Gitanilla, cuando dijo: «Subid, niñas, que aquí os darán limosna.»

A esta voz acudieron al balcón otros tres caballeros, y entre ellos vino el enamorado Andrés, que cuando vió á Preciosa perdió la color, y estuvo á punto de perder los sentidos: tanto fué el sobresalto que recibió con su vista.

Subieron las gitanillas todas, sino la grande que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano á los demás: «Esta debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid.»

—Ella es, replicó Andrés, y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

—Así lo dicen, dijo Preciosa (que lo oyó en entrando); pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio: bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

—Por vida de don Juanico mi hijo, dijo el anciano, que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana.

—Y ¿quién es don Juanico su hijo?, preguntó Preciosa.

—Ese galán que está á vuestro lado, respondió el caballero.

—En verdad que pensé, dijo Preciosa, que juraba vuesa merced por algún niño de dos años: mirad qué don Juanico, y qué brinco. A mi verdad que pudiera ya estar casado, y que según tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde, ó se le trueca.

—Basta, dijo uno de los presentes. ¿Qué sabe la Gitanilla de rayas?

En esto las gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron á un rincón de la sala, y cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oídas.

Dijo la Cristina:

—Muchachas, este es el caballero que nos dió esa mañana los tres reales de á ocho.

—Así es la verdad, respondieron ellas; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada si él no nos lo mienta: ¿qué sabemos si quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas:

—Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adevino: yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles; y plegue á Dios que no sea mentirosito, que sería lo peor de todo: un viaje ha de hacer agora muy lejos de aquí, y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez y dará en Gamboa.

A esto respondió don Juan:

—En verdad, gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condición; pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viaje largo has acertado, pues sin duda siendo Dios servido, dentro de cuatro ó cinco días me partiré á Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino y no querría que en él me sucediese algún desmán que lo estorbase.

—Calle señorito, respondió Preciosa, y encomiéndese á Dios, que todo se hará bien; y sepa que no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho y á bulto, acierte en alguna cosa, y yo querría acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas idas y venidas á Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya: déjate crecer un poco para que puedas llevar los trabajos de la guerra, cuanto más que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho: sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases, y danos una limosnita por Dios, y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

—Otra vez te he dicho, niña, respondió el don Juan, que había de ser Andrés Caballero, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad, y adondequiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso: mi padre te dará limosna por Dios y por mí, que en verdad que esta mañana dí cuanto tenía á unas damas, que á ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo á las demás gitanas:

—¡Ay, niñas, que me maten si no lo dice por los tres reales de á ocho que nos dió esta mañana!

—No es así, respondió una de las dos, porque dijo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no había de mentir en esto.

—No es mentira de tanta consideración, respondió Cristina, la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice; pero con todo esto, veo no nos da nada, ni nos manda bailar.

Subió en esto la gitana vieja, y dijo:

—Nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer y más que decir.

—Y ¿qué hay, abuela, preguntó Preciosa, hay hijo ó hija?

—Hijo, y muy lindo, respondió la vieja; ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

—Plega á Dios que no muera de sobreparto, dijo Preciosa.

—Todo se mirará muy bien, replicó la vieja, cuanto más que hasta aquí todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro.

—¿Ha parido alguna señora?, preguntó el padre de Andrés Caballero.

—Sí, señor, respondió la gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que no le saben sino Preciosa, y yo, y otra persona; y así no podemos decir quién es.

—Ni aquí lo queremos saber, dijo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

—No todas somos malas, respondió Preciosa: quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera, tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala; y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos á nadie.

—No os enojéis, Preciosa, dijo el padre, que á lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala; que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que bailéis un poco con vuestras compañeras, que aquí tengo un doblón de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apenas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

—¡Ea, niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos señores!

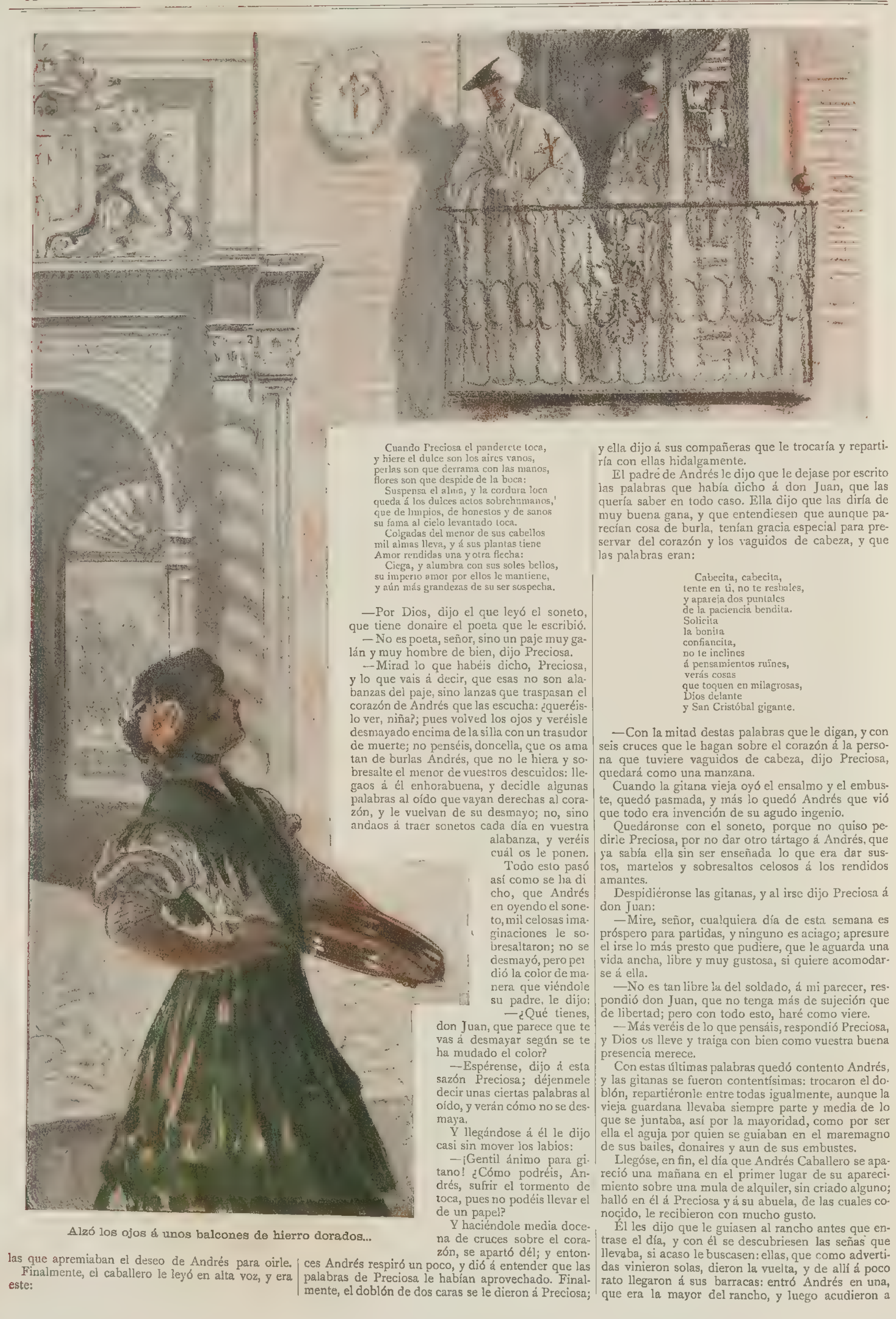
Tomó las sonajas Preciosa y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que así se iban entre los pies de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria; pero turbósele la suerte de manera que se la volvió en infierno; y fué el caso que en la fuga del baile se le cayó á Preciosa el papel que le había dado el paje, y apenas hubo caído cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas, y abriéndole al punto dijo:

—Bueno, sonetico tenemos, cese el baile, y escúchenle, que según el primer verso, en verdad que no es nada necio.

Pesóle á Preciosa, por no saber lo que en él venía, y rogó que no le leyesen y que se le volviesen; y todo el ahinco que en esto ponía, eran espue-



ANTES ENVIÁNDOLE CON LA VISTA EL ALMA...



Alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados...

las que apremiaban el deseo de Andrés para oirle.

Finalmente, el caballero le leyó en alta voz, y era este:

Cuando Preciosa el panderete toca,
y hiere el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca:
Suspensa el alma, y la cordura loca
queda á los dulces actos sobrehumanos,
que de limpios, de honestos y de sanos
su fama al cielo levantado toca.
Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha:
Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
su imperio amor por ellos le mantiene,
y aún más grandezas de su ser sospecha.

—Por Dios, dijo el que leyó el soneto, que tiene donaire el poeta que le escribió.

—No es poeta, señor, sino un paje muy galán y muy hombre de bien, dijo Preciosa.

—Mirad lo que habéis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés que las escucha: ¿queréislo ver, niña?; pues volved los ojos y veréisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte; no penséis, doncella, que os ama tan de burlas Andrés, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos: llegaos á él enhorabuena, y decidle algunas palabras al oído que vayan derechas al corazón, y le vuelvan de su desmayo; no, sino andaos á traer sonetos cada día en vuestra alabanza, y veréis cuál os le ponen.

Todo esto pasó así como se ha dicho, que Andrés en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron; no se desmayó, pero perdió la color de manera que viéndole su padre, le dijo:

—¿Qué tienes, don Juan, que parece que te vas á desmayar según se te ha mudado el color?

—Espérense, dijo á esta sazón Preciosa; déjenmele decir unas ciertas palabras al oído, y verán cómo no se desmaya.

Y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios:

—¡Gentil ánimo para gitano! ¿Cómo podréis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podéis llevar el de un papel?

Y haciéndole media docena de cruces sobre el corazón, se apartó dél; y entonces Andrés respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habían aprovechado. Finalmente, el doblón de dos caras se le dieron á Preciosa; y ella dijo á sus compañeras que le trocaría y repartiría con ellas hidalgamente.

El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que había dicho á don Juan, que las quería saber en todo caso. Ella dijo que las diría de muy buena gana, y que entendiesen que aunque parecían cosa de burla, tenían gracia especial para preservar del corazón y los vaguidos de cabeza, y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
tente en ti, no te resbales,
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.
Solicita
la bonita
confiancita,
no te inclines
á pensamientos ruïnes,
verás cosas
que toquen en milagrosas,
Dios delante
y San Cristóbal gigante.

—Con la mitad destas palabras que le digan, y con seis cruces que le hagan sobre el corazón á la persona que tuviere vaguidos de cabeza, dijo Preciosa, quedará como una manzana.

Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada, y más lo quedó Andrés que vió que todo era invención de su agudo ingenio.

Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago á Andrés, que ya sabía ella sin ser enseñada lo que era dar sustos, martelos y sobresaltos celosos á los rendidos amantes.

Despidiéronse las gitanas, y al irse dijo Preciosa á don Juan:

—Mire, señor, cualquiera día de esta semana es próspero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo más presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella.

—No es tan libre la del soldado, á mi parecer, respondió don Juan, que no tenga más de sujeción que de libertad; pero con todo esto, haré como viere.

—Más veréis de lo que pensáis, respondió Preciosa, y Dios os lleve y traiga con bien como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andrés, y las gitanas se fueron contentísimas: trocaron el doblón, repartiéronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoridad, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bailes, donaires y aun de sus embustes.

Llegóse, en fin, el día que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno; halló en él á Preciosa y á su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto.

Él les dijo que le guiasen al rancho antes que entrase el día, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen: ellas, que como advertidas vinieron solas, dieron la vuelta, y de allí á poco rato llegaron á sus barracas: entró Andrés en una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron á



Y LLEGANDOSE Á ÉL LE DIJO CASI SIN MOVER LOS LABIOS...

verle diez ó doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, á quien ya la vieja había dado cuenta del nuevo compañero que les había de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista: echaron luego ojo á la mula, y dijo uno dellos:

—Esta se podrá vender el jueves en Toledo.

—Eso no, dijo Andrés, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

—Por Dios, señor Andrés, dijo uno de los gitanos, que aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aquí la transformaremos de manera que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado.

—Con todo eso, respondió Andrés, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mío: á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan.

—Pecado grande, dijo otro gitano. ¿A una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y déjenmela llevar á mí, y si de aquí á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo.

—En ninguna manera consentiré, dijo Andrés, que la mula no muera, aunque más me aseguren su transformación; yo temo ser descubierto, si á ella no la cubre la tierra; y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofradía que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

—Pues así lo quiere el señor Andrés Caballero, dijo otra gitana, muera la sin culpa, y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aún no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas ni llagas de la espuela.

Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés á ser gitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornáronle de ramos y juncia, y sentándose Andrés sobre un medio alcornoque, pusiéronle en las manos un martillo y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos gitanos tañían, le hicieron dar dos cabriolas: luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas viejas y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposición de Andrés, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andrés, dijo:

—Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias: mírala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas ni con las doncellas: nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo; nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas: con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros: pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la mujer ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere, puede dejar la mujer vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años; con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles frutas, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los ríos peces, y los vedados caza, sombras las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas: para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos y hachas los relámpagos: para nosotros son los duros terrenos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: á nuestro ánimo no le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros: del sí al no, no hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores: para nosotros se crían las bestias de carga en los campos, y se cortan las faldriqueras en las ciudades: no hay águila ni ninguna otra ave de rapiña que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algún interés nos señalen; y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, y por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda: no nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición del acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores: por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y países de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que á cada paso á los ojos se nos muestran: somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche: vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra, y luego tras ella el sol, *dorando cumbres* (como dijo el otro poeta) *y rizando montes:* ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refrán, iglesia, ó mar, ó casa real, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos: todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida á que habéis venido, y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas é infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

Calló en diciendo esto el elocuente viejo gitano, y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesión en aquella orden tan puesta en razón y en políticos fundamentos, y que sólo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje, y lo ponía todo debajo del yugo, ó por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían, pues con tan alta recompensa le satisfacían el deseo de servirlos, entregándole á la divina Preciosa, por quien él dejaría coronas é imperios, y sólo los desearía para servirla.

A lo cual respondió Preciosa:

—Puesto que estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que antes que aquí vinieses entre los dos concertamos: dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mía goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa: condiciones rompen leyes; las que te he propuesto sabes; si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mío; y donde no, aún no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tu dinero no te falta un ardite; la ausencia que has hecho no ha sido aún de un día, que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene; estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma, que es libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere: si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos, porque á mi parecer los ímpetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razón ó con el desengaño; y no querría yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge y la deja por correr tras otra que le huye: ojos hay engañados que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro, pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso: esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas, ó qué será justo que deseches; que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que haya tiempo y mucho para miralla, y miralla, y ver en ella las faltas ó las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara é insolente licencia que estos mis parientes se han tomado de dejar las mujeres, ó castigarlas cuando se les antoja; y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

—Tienes razón, ¡oh Preciosa!, dijo á este punto Andrés; y así, si quieres que asegure tus temores y menoscabe tus sospechas jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte; que á todo me hallarás dispuesto.

—Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dijo Preciosa; y así son, según pienso, los del amante que por conseguir su deseo prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter, como me prometió á mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia: no quiero juramentos, señor Andrés, ni promesas; sólo quiero remitirlo todo á la experiencia deste noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos lo tuviéredes de ofenderme.

—Sea así, respondió Andrés: sola una cosa pido á estos señores y compañeros míos, y es que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladrón, si antes no preceden muchas liciones.

—Calla, hijo, dijo el gitano viejo, que aquí te industriaremos de manera que salgas un águila en el oficio, y cuando le sepas has de gustar dél, de modo que te comas las manos tras él: ¿ya es cosa de burla salir de vacío por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho?

—De azotes he yo visto volver algunos desos vacíos, dijo Andrés.

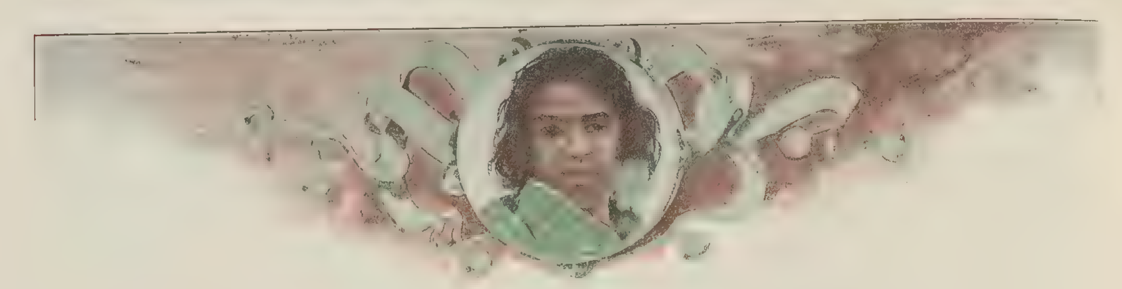
No se toman truchas, etc., replicó el viejo: todas las cosas desta vida están sujetas á diversos peligros; y las acciones del ladrón al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta ó se anegue, han de dejar los otros de navegar: bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados; cuanto más, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trujese en los pechos, y de los buenos: el toque está no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas, que á su tiempo os sacaremos á volar, y en parte donde no volváis sin presa; y lo dicho dicho, que os habéis de lamer los dedos tras cada hurto.

—Pues para recompensar, dijo Andrés, lo que yo podía hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir doscientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apenas hubo dicho esto, cuando arremetieron á él muchos gitanos, y levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el ¡víctor, víctor, el grande



UN GITANO VIEJO TOMÓ POR LA MANO Á PRECIOSA, Y PUESTO DELANTE DE ANDRÉS, DIJO:



Andrés,» añadiendo: «Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya.»

Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes; que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores, como en palacios de príncipes; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene más merecimiento que yo, fatiga.

Hecho esto, comieron lautamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renováronse las alabanzas de Andrés y subieron al cielo la hermosura de Preciosa.

Llegó la noche, acocotaron la mula y enterráronla de modo que quedó seguro Andrés de ser por ella descubierto; y también enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno y cinchas, á uso de los indios que sepultan con ellos sus más ricas preseas.

De todo lo que había visto y oído y de los ingenios de los gitanos quedó admirado Andrés, y con propósito de seguir y conseguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo menos excusarlo por todas las vías que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicción de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen, á costa de su dinero.

Otro día les rogó Andrés que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid, porque temía ser conocido si allí estaba: ellos dijeron que ya tenían determinado irse á los montes de Toledo, y desde allí correr y garramar toda la tierra circunvecina.

Levantaron, pues, el rancho, y diéronle á Andrés una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pie, sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra iba: ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero, y él ni más ni menos de ver junto á sí á la que había hecho señora de su albedrío.

¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro), y con qué veras nos avasalla y cuán sin respeto nos trata!

Caballero es Andrés, y mozo, y de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la corte, y con el regalo de sus ricos padres; y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados y sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenían, dejó el camino de Flandes, donde había de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje, y se vino á postrar á los pies de una muchacha y á ser su lacayo, que puesto que hermosísima, en fin era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena á sus pies á la voluntad más exenta.

De allí á cuatro días llegaron á una aldea dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarían ninguna cosa.

Hecho esto, todas las gitanas viejas, algunas mozas, y los gitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo menos apartados por cuatro ó cinco leguas de aquel donde habían asentado su real.

Fué con ellos Andrés á tomar la primera lición de ladrón; pero aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó, antes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacían se le arrancaba el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habían hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños: de lo cual los gitanos se desesperaban, diciendo que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibían la entrada á la caridad en sus pechos, la cual en teniéndola, habían de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera.

Viendo, pues, esto Andrés, dijo que él quería hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie; porque para huir del peligro tenía ligereza, y para acometelle no le faltaba el ánimo: así que el premio, ó el castigo de lo que hurtase, quería que fuese sólo suyo.

Procuraron los gitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrían suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse; y que una persona sola no podía hacer grandes presas.

Pero por más que dijeron, Andrés quiso ser ladrón solo y señero, con intención de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la había hurtado, y deste modo cargar lo menos que pudiese sobre su conciencia.

Usando, pues, de esta industria, en menos de un mes trujo más provecho á la compañía que trujeron cuatro de los más estirados ladrones della, de que no poco se holgaba Preciosa viendo á su tierno amante tan lindo y tan despejado ladrón; pero con todo eso estaba temerosa de alguna desgracia; que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacía.

Poco más de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de septiembre, y desde allí se entraron en Extremadura por ser tierra rica y caliente.

Pasaba Andrés con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discreción y buen trato de su amante, y él del mismo modo; si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discreción y belleza de su Preciosa.

Adoquiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor y de saltar más que ninguno: jugaba á los bolos y á la pelota extremadamente, tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza: finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no había lugar donde no se hablase de la gallarda disposición del gitano Andrés Caballero y de sus gracias y habilidades, y al par desta fama corría la de la hermosura de la Gitanilla, y no había villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos: desta manera iba el aduar rico, próspero y contento, y los amantes gozosos con sólo mirarse.

Sucedió, pues, que teniendo el aduar entre unas encinas algo apartado del camino real, oyeron una noche casi á la mitad della ladrar sus perros con mucho ahinco y más de lo que acostumbraban: salieron algunos gitanos, y con ellos Andrés á ver á quién ladraban, y vieron que se defendía dellos un hombre vestido de blanco, á quien tenían dos perros asido de una pierna: llegaron y quitáronle, y uno de los gitanos le dijo:

—¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, á tales horas y tan fuera de camino? ¿Venís á hurtar por ventura? Porque en verdad que habéis llegado á buen puerto.

—No vengo á hurtar, respondió el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado; pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta ó lugar donde pueda recogerme esta noche y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho?

—No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros, respondió Andrés; mas para curar vuestras heridas y alojaros esta noche no os faltará comodidad en nuestros ranchos; veníos con nosotros, que aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad.

—Dios la use con vosotros, respondió el hombre, y llevadme donde quisiéredes, que el dolor desta pierna me fatiga mucho.

Llegóse á él Andrés y otro gitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno), y entre los dos le llevaron.

Hacía la noche clara con luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo, de gentil rostro y talle: venía vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo.

Llegaron á la barraca ó toldo de Andrés, y con presteza encendieron lumbre y luz, y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habían dado cuenta; tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceite, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenía en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas, y encima un poco de romero verde mascado: lióselo muy bien con paños limpios, y santiguóle las heridas y díjole:

—Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada.

En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estúvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacía él á ella, de modo que Andrés echó de ver en la atención con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos.

En resolución, después de curado el mozo, le dejaron sobre un lecho hecho de heno seco, y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apenas se apartaron dél cuando Preciosa llamó á Andrés aparte, y le dijo:

—¿Acuérdaste, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras, que según creo te dió un mal rato?

—Sí acuerdo, respondió Andrés, y era un soneto en tu alabanza, y no malo.

—Pues has de saber, Andrés, replicó Preciosa, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un romance muy bueno: allí andaba á mi parecer como paje, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algún príncipe; y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto y bien razonado, y sobre manera honesto, y no sé qué pueda imaginar desta su venida y en tal traje.

—¿Qué puedes imaginar, Preciosa?, respondió Andrés. Ninguna otra cosa sino la misma fuerza que á mí me ha hecho gitano, le ha hecho á él parecer molinero, y venir á buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido! Y si esto es así, acábame á mí primero, y luego matarás á ese otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza.

—¡Válame Dios!, respondió Preciosa. Andrés, y ¡cuán delicado andas, y cuán de un sotil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos. ¡Dime, Andrés, si en esto hubiera artificio ó engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia por ventura que te había de dar ocasión de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andrés, por tu vida, y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro, adónde va, ó á lo que viene; podría ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho; y para más satisfacción tuya, pues ya he llegado á términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intención que ese mozo venga, despídele luego y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho; y cuando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mío, ni dejarme ver de sus ojos ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean.

Y prosiguiendo adelante dijo:

—Mira, Andrés, no me pesa á mí de verte celoso, pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto.

—Como no me veas loco, Preciosa, respondió An-



SI NO IRSE Á PIE, SIRVIENDO DE LACAYO Á PRECIOSA QUE SOBRE OTRA POLLINA IBA



drés, cualquiera otra demostración será poca ó ninguna para dar á entender adónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presunción de los celos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré, si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, adónde va, ó qué es lo que busca; que podría ser que por algún hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme.

—Nunca los celos, á lo que imagino, dijo Preciosa, dejan el entendimiento libre para juzgar las cosas como ellas son: siempre miran los celosos con antojos de allende, que hacen las cosas pequeñas grandes, los enanos gigantes y las sospechas verdades: por vida tuya y por la mía, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieres, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo extremo.

Con esto se despidió de Andrés, y él se quedó esperando el día para tomar la confesión al herido, llena de turbación el alma y de mil contrarias imaginaciones: no podía creer sino que aquel paje había venido allí atraído de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladrón que todos son de su condición: por por otra parte, la satisfacción que Preciosa le había dado, le parecía ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro y á dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegóse el día (que á él le pareció haberse tardado más que otras veces), visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, y adónde iba, y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentía mejor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, y de manera que podría ponerse en camino: á lo de decir su nombre, y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á Nuestra Señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada había perdido el camino, y acaso había dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habían puesto del modo que había visto. No le pareció á Andrés legítima esta declaración, sino muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y así le dijo:

—Hermano, si yo fuera juez, y vos hubiérades caído debajo de mi jurisdicción por algún delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habéis dado obligara á que se os apretara los cordeles: yo no quiero saber quién sois, cómo os llamáis, ó adónde vais: pero adviértoos que si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintáis con más apariencia de verdad: decís que vais á la Peña de Francia, y dejáisla á la mano derecha, más atrás deste lugar donde estamos bien treinta leguas: camináis de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas, cuanto más caminos: amigo, levantaos y aprended á mentir, y andad enhorabuena; pero por este buen aviso que os doy, ¿no me diréis una verdad? Que sí, diréis, pues tan mal sabéis mentir: decidme, ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte entre paje y caballero, que tenía fama de ser gran poeta, uno que hizo un romance y un soneto á una Gitanilla que los días pasados andaba por Madrid, que era tenida por singular en la belleza? Decídmelo, que yo os prometo por la fe de caballero gitano, de guardaros todo el secreto que vos viéredes que os conviene: mirad que el negarme la verdad de que no sois el que yo digo, no llevaría camino, porque este rostro que yo veo aquí es el propio que vide en Madrid: sin duda alguna, que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne; y así se me quedó tan estampada en la memoria vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estáis agora del en que yo os vi entonces: no os turbéis, animaos, y no penséis que habéis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo: mirad, yo imagino una cosa, y es así como lo imagino, vos habéis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es que enamorado de Preciosa (aquella hermosa gitanica á quien hicisteis los versos), habéis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en menos, sino en mucho más; que aunque gitano, la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer á los que coge debajo de su jurisdicción y mando: si esto es así, como creo que sin duda lo es, aquí está la gitanica.

—Sí, aquí está, que yo la vi anoche, dijo el mordido: razón con que Andrés quedó como difunto, pareciéndole que había salido al cabo con la confirmación de sus sospechas.—Anoche la vi, tornó á referir el mozo; pero no me atreví á decirle quién era porque no me convenía.

—Desta manera, dijo Andrés, ¿vois sois el poeta que yo he dicho?

—Sí soy, replicó el mancebo, que no lo puedo ni lo quiero negar: quizá podría ser que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes.

—Háile sin duda, respondió Andrés, y entre nosotros los gitanos el mayor secreto del mundo: con esta confianza podéis, señor, descubrirme vuestro pecho, porque hallaréis en el mío lo que veréis sin doblez alguna: la Gitanilla es parienta mía y está sujeta á lo que yo quisiere hacer della: si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos dello, y lo tendremos por bien; y si por amiga, no usaremos de ningún melindre con tal que tengáis dineros, porque la codicia por jamás sale de nuestros ranchos.

—Dineros traigo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa que traigo ceñida por el cuerpo, vienen cuatrocientos escudos de oro.

Este fué otro susto mortal que recibió Andrés, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda; y con lengua ya turbada dijo:

—Buena cantidad es esa; no hay sino descubriros y manos á la labor, que la muchacha, que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra.

—¡Ay, amigo!, dijo á esta sazón el mozo: quiero que sepáis que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor que vos decís, ni de desear á Preciosa; que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las más hermosas gitanas, puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja: quien me tiene en este traje, á pie y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mía.

Con estas razones que el mozo iba diciendo, iba Andrés cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban á otro paradero del que se imaginaba, y deseoso de salir de aquella confusión, volvió á reforzarle la seguridad con que podía descubrirse, y así él prosiguió diciendo:

—Yo estaba en Madrid en casa de un título á quien servía, no como á señor, sino como á pariente; éste tenía un hijo único heredero suyo, el cual, así por el parentesco, como por ser ambos de una edad y de una condición misma, me trataba con familiaridad y amistad grande: sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal á quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres, que aspiraban á casarle más altamente; pero con todo eso, la servía á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos; solos los míos eran testigos de sus intentos; y una noche que debía de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle desta señora, vimos arrimados á ella dos hombres, al parecer de buen talle: quiso reconocerlos mi pariente, y apenas se encaminó hacia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano á las espadas y á dos broqueles, y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacía, las perdieron (caso extraño y pocas veces visto): triunfando, pues, de lo que aquí no quisiéramos, volvimos á casa, y secretamente tomando todos los dineros que podimos, nos fuimos á San Jerónimo, esperando el día que descubriese lo sucedido y las presunciones que tenían de los matadores: supimos que de nosotros no había indicio alguno, y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos á casa, y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros; y ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de corte habían preso en su casa á los padres de la doncella y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesión, una criada de la señora dijo cómo mi pariente paseaba á su señora de noche y de día, y que con este indicio habían acudido á buscarnos, y no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros (que lo eran, y muy principales). Finalmente, con parecer del conde mi pariente, y del de los religiosos, después de quince días que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada en hábito de fraile con otro fraile se fué la vuelta de Aragón, con intención de pasarse á Italia, y desde allí á Flandes, hasta ver en qué paraba el caso: yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota: seguí otro camino diferente del suyo, y en habito de mozo de fraile, á pie salí con un religioso que me dejó en Talavera; desde allí á aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habéis visto; y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fué por responder algo á lo que se me preguntaba, que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está más arriba de Salamanca.

—Así es verdad, respondió Andrés, y ya la dejáis á mano derecha casi veinte leguas de aquí, porque veáis cuán derecho camino llevábades, si allá fuérades.

—El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, que allí tengo un caballero ginovés, grande amigo del conde mi pariente, que suele enviar á Génova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar como uno dellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de allí á Italia, porque han de venir dos galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia: mirad si puedo decir que nace más de desgracia pura que de amores aguados; pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaría muy bien, que me doy á entender que en su compañía iría más seguro, y no con el temor que llevo.

—Sí llevarán, respondió Andrés; y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, iréis en otro que creo que habemos de topar dentro dos ó tres días, y con darles algo de lo que lleváis, facilitaréis con ellos otros imposibles mayores.

Dejóle Andrés, y vino á dar cuenta á los demás gitanos de lo que el mozo le había contado y de lo



Tiraba la barra mejor que ninguno de los gitanos

que pretendía, con el ofrecimiento que hacía de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar, sólo Preciosa tuvo el contrario; y la abuela dijo que ella no podía ir á Sevilla ni á sus contornos, á causa que los años pasados había hecho una burla en Sevilla á un gorrero llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le había hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés esperando el filo de la media noche, para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro que ella le había hecho creer que estaba en cierta parte de su casa: dijo que como oyó el buen gorrero tocar á maitines, por no perder la coyuntura se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramándose el agua, y él quedó nadando en ella y dando voces, que se anegaba: acudieron al momento su mujer y sus vecinos con luces, y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo y meneando los brazos y las piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: «¡Socorro, señores, que me ahogo!;» tal le tenía el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba: abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana; y con todo eso, cavó en la parte señalada más de un estado en hondo, á pesar de todos cuantos le decían que era embuste mío; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera: súpose este cuento por toda la ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y contaban su credulidad y mi embuste: esto contó la gitana vieja, y esto dió por excusa para no ir á Sevilla.

Los gitanos, que ya sabían de Andrés Caballero que el mozo traía dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determinaron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el reino de Murcia: llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él; él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos.

Con esta dádiva quedaron más blandos que unas martas: sólo á Preciosa no contentó mucho la quedada de don Sancho (que así dijo el mozo que se llamaba), pero los gitanos se lo mudaron en el de Clemente, y así le llamaron desde allí adelante: también quedó un poco torcido Andrés, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento había dejado sus primeros designios; mas Clemente como si le leyera la intención, entre otras cosas le dijo se holgaba de ir al reino de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habían de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente, por traerle más ante los ojos, y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andrés que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacía: andaban siempre juntos, gastaban largo, llovían escudos, corrían, saltaban, bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los gitanos, y eran de las gitanas más que medianamente queridos, y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron, pues, á Extremadura y entráronse en la Mancha, y poco á poco fueron caminando al reino de Murcia: en todas las aldeas y lugares que pasaban había desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra y de otros ejercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salían vencedores Andrés y Clemente, como de sólo Andrés queda dicho; y en todo este tiempo, que fué más de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasión, ni él la procuró, de hablar á Preciosa, hasta que un día estando junto Andrés y ella, llegó él á la conversación porque le llamaron, y Preciosa le dijo:

—Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con qué intención venías á nuestras estancias, y cuando supe tu desgracia me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como había don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, así podía haber don Sanchos que se mudasen en otros nombres: háblote desta manera porque Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es, y de la intención con que se ha vuelto gitano (y así era la verdad, que Andrés le había hecho sabidor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos); y no pienses que te fué de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de ti dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte: este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andrés la bajeza de su intento, ni le pintes cuán mal le está perseverar en este estado; que puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaría de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algún arrepentimiento.

A esto respondió Clemente:

—No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era: primero le conocí yo, y primero me descubrieron sus ojos sus intentos: primero le dije yo quién era, y primero le adiviné la prisión de su voluntad que tú señalas, y él dándome el crédito que era razón que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su



determinación y escogido empleo; que no soy, ¡oh Preciosa!, de tan corto ingenio que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura; y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas; agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste, y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices y que tú goces de tu Andrés, y Andrés de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los más bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza: esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andrés, y no cosa alguna que le divierta de sus bien colocados pensamientos.

Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andrés si las había dicho como enamorado ó como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera, que en los átomos del sol se pega, y de los que tocan á la cosa amada se fatiga el amante y se desespera; pero con todo esto, no tuvo celos confirmados, más fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya; que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andrés y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intención de Clemente, y el recato y prudencia de Preciosa, que jamás dió ocasión á que Andrés tuviese della celos.

Tenía Clemente sus puntas de poeta, como lo mostró en los versos que dió á Preciosa, y Andrés se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la música. Sucedió, pues, que estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pie de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andrés y respondiendo Clemente, cantaron estos versos:

A. Mira, Clemente, el estrellado velo
con que esta noche fría
compite con el día,
de luces bellas adornado el cielo;
y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el extremo de hermosura.

C. Donde asiste el extremo de hermosura,
y adonde la preciosa
honestidad hermosa
con todo extremo de bondad se apura:
en un sujeto cabe,
que no hay humano ingenio que le alabe,
si no toca en divino,
en alto, en raro, en grave y peregrino.

A. En alto, en raro, en grave y peregrino
estilo nunca usado,
al cielo levantado,
por dulce al mundo y sin igual camino,
tu nombre, ¡oh Gitanilla!
causando asombro, espanto y maravilla,
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera.

C. Que le llevara hasta la octava esfera
fuera decente y justo,
dando á los cielos gusto
cuando el son de su nombre allá se oyera;
y en la tierra causara
por donde el dulce nombre resonara
música en los oídos,
paz en las almas, gloria en los sentidos.

A. Paz en las almas, gloria en los sentidos
se siente cuando canta
la sirena que encanta,
y adormece á los más apercebidos;
y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene ser hermosa;
dulce regalo mío,
corona del donaire, honor del brío.

C. Corona del donaire, honor del brío
eres, bella Gitana,
frescor de la manaña,
céfiro blando en el ardiente estío:
rayo con que amor ciego
convierte el pecho más de nieve en fuego:
fuerza que ansí la hace
que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara á sus espaldas la voz de Preciosa que las suyas había escuchado: suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestándola maravillosa atención, la escucharon: ella (no sé si de improviso ó si en algún tiempo los versos que cantaba le compusieron) con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
ser honesta, que hermosa.

La que es más humilde planta,
si la subida endereza
por gracia ó naturaleza,
á los cielos se levanta.

En este mi bajo cobre
siendo honestidad su esmalte,
no hay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.

No me causa alguna pena
no quererme ó no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.

Haga yo lo que en mí es
que á ser buena me encamine,
y haga el cielo y determine
lo que quisiere después.

Quiero ver si la belleza
tiene tal prerrogativa,
que me encumbre tan arriba
que aspire á mayor alteza.

Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.

De la mía lo que siento
me sube al grado mayor,
porque majestad y amor
no tienen un mismo asiento.

Aquí dió fin Preciosa á su canto, y Andrés y Clemente se levantaron á recebilla: pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su discreción, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intención de Andrés, que aún hasta entonces no la había hallado, juzgando más á mocedad que á cordura su arrojada determinación.

Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron á alojar en un lugar de la jurisdicción de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió á Andrés una desgracia que le puso en punto de perder la vida; y fué que después de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas como tenían de costumbre, Preciosa y su abuela, y Cristina con otras dos gitanillas, y los dos, Clemente y Andrés, se alojaron en un mesón de una viuda rica, la cual tenía una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo más desenvuelta que hermosa, y por más señas se llamaba Juana Carducha: ésta habiendo visto bailar á las gitanas y gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andrés tan fuertemente que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y así buscó coyuntura para decírselo, y hallóla en un corral donde Andrés había entrado á requirir dos pollinos: llegóse á él, y con priesa por no ser vista, le dijo:

—Andrés (que ya sabía su nombre), yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, y este mesón es suyo y amén desto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; hasme parecido bien; si me quieres por esposa, á ti te está bien, respóndeme presto, y si eres discreto quédate, y verás qué vida nos damos.

Admirado quedó Andrés de la resolución de la Carducha, y con la presteza que ella pedía, le respondió:

—Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los gitanos no nos casamos sino con gitanas: guárdela Dios por la merced que me quería hacer, de que no soy digno.

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la áceda respuesta de Andrés, á quien replicara, si no viera que entraban en el corral otras gitanas: salióse corrida y asendereada, y de buena gana se vengara si pudiera.

Andrés como discreto determinó de poner tierra en medio y desviarse de aquella ocasión que el diablo le ofrecía; que bien leyó en los ojos de la Carducha, que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pie á pie y solo en aquella estacada; y así, pidió á todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecían, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron.

La Carducha, que vió que en irse Andrés se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andrés por fuerza, ya que de grado no podía: y así, con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés, que ella conoció por suyas, unos ricos corales y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apenas habían salido del mesón, cuando dió voces diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas, á cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo.

Los gitanos hicieron alto, y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada, y que ellos harían patentes todos los sacos y repuestos de su aduar: desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo en aquel escrutinio no se manifestasen los dijes de la Preciosa y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron, dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano gran bailador que ella había visto entrar en su aposento dos veces, y que podría ser que aquél las llevase.

Entendió Andrés que por él lo decía, y riéndose, dijo: «Señora doncella, esta es mi recámara y este es mi pollino; si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones.»

Acudieron luego los ministros de la justicia á desbalijar el pollino, y á pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andrés y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz, de piedra dura.

—¿No sospeché yo bien?, dijo á esta sazón la Carducha: mirad con qué buena cara se encubre un ladrón tan grande.

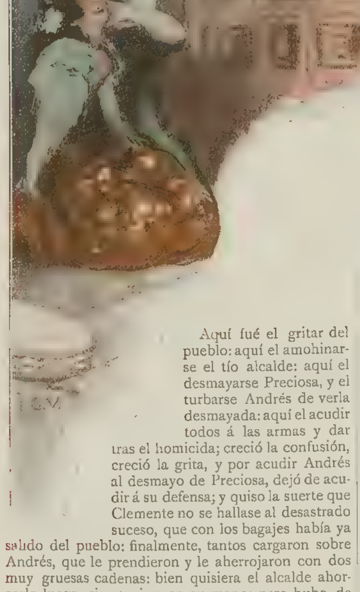
El alcalde, que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andrés y á todos los gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaba Andrés, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traición de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo:

—¿No veis cuál se ha quedado el gitanico podrido de hurtar? Apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto con habérsele cogido en las manos: que bien haya quien no os echa en galeras á todos; mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á Su Majestad, que no andarse bailando de lugar en lugar y hurtando de venta en monte: á fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis pies.

Y diciendo esto, sin más ni más alzó la mano y le dió un bofetón tal que le hizo volver de su embelesamiento, y le hizo acordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y más cólera, le arrancó su misma espada de la vaina y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra.



ANDRÉS AL PIE DE UN ALCORNOQUE, CLEMENTE AL DE UNA ENCINA...



Aquí fué el gritar del pueblo: aquí el amohinarse el tío alcalde: aquí el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andrés de verla desmayada: aquí el acudir todos á las armas y dar tras el homicida; creció la confusión, creció la grita, y por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dejó de acudir á su defensa; y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes había ya salido del pueblo: finalmente, tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y le aherrojaron con dos muy gruesas cadenas: bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia, por ser de su jurisdicción: no le llevaron hasta otro día, y en el que allí estuvo pasó Andrés muchos martirios y vituperios, que el indignado alcalde y sus ministros y todos los del lugar le hicieron.

Prendió el alcalde todos los más gitanos y gitanas que pudo, porque los más huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto.

Finalmente, con la sumaria del caso, y con una gran cáfila de gitanos entraron el alcalde y sus ministros, con otra mucha gente armada, en Murcia, entre los cuales iba Preciosa, y el pobre Andrés ceñido de cadenas sobre un macho y con esposas y piedeamigo.

Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenía noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel día fué tanta, que ninguno la miraba que no la bendecía, y llegó la nueva de su belleza á los oídos de la señora corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el corregidor su marido mandase que aquella gitanica no entrase en la cárcel, y todos los demás sí, y á Andrés le pusieron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa con su abuela á que la corregidora la viese, y así como la vió, dijo:

—Con razón la alaban de hermosa.

Y llegándola á sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla; y preguntó á su abuela que qué edad tendría aquella niña.

—Quince años, respondió la gitana, dos meses más ó menos.

—Esos tuviera agora la desdichada de mi Constanza. ¡Ay, amigas!, que esta niña me ha renovado mi desventura, dijo la corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos de la corregidora y besándoselas muchas veces se las bañaba con lágrimas y le decía:

—Señora mía, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fué provocado: llamáronle ladrón, y no lo es: diéronle un bofetón en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo: por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagáis guardar su justicia, y que el señor corregidor no se dé priesa á ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algún agrado os ha dado mi hermosura, entretenelda con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mía: él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado que aun hasta ahora no nos habemos dado las manos: si dineros fueren menester para alcanzar perdón de la parte, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda, y se dará aún más de lo que pidieren: señora mía, si sabéis qué es amor, y algún tiempo lo tuvisteis, y ahora le tenéis á vuestro esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mío.

En todo el tiempo que esto decía, nunca la dejó las manos ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia: asimismo la corregidora la tenía á ella asida de las suyas, mirándola ni más ni menos con no menor ahinco, y con no más pocas lágrimas.

Estando en esto entró el corregidor, y hallando su mujer y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso, así de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la corregidora y asirse de los pies del corregidor, diciéndole:

—Señor, misericordia, misericordia: si mi esposo muere, yo soy muerta: él no tiene culpa; pero si la tiene, déseme á mí la pena; y si esto no puede ser, á lo menos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspensión quedó el corregidor de oir las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspensión é imaginación, dijo:

—Espérenme vuesas mercedes, señores míos, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida.

Y así con ligero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos con lo que dicho había. En tanto, pues, que ella volvía, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intención de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenía grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos quería descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo:

—Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdón de un gran pecado mío, aquí estoy para recebir el castigo que quisiéredes darme; pero antes que le confiese, quiero que me digáis, señores, primero, si conocéis estas joyas.

Y descubriendo un cofrecito donde venían las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole vió aquellos dijes pueriles; pero no cayó en lo que podían significar: mirólos también la corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; sólo dijo:

—Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

—Así es la verdad, dijo la gitana, y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.

Abrióle con priesa el corregidor, y leyó que decía: «*Llamábase la niña doña Constanza de Acevedo y de Meneses, su madre doña Guiomar de Meneses, y su padre don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava: desaparecíla día de la Ascensión del Señor, á las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco: traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.*»

Apenas hubo oído la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca, y dándoles infinitos besos, se cayó desmayada; acudió el corregidor á ella antes que á preguntar á la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo:

—Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿adónde está el dueño, digo, la criatura cuyos eran estos dijes?

—¿Adónde, señora?, respondió la gitana. En vuestra casa la tenéis, aquella gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, y que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el día y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, adonde había dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenía debajo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que había nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se había dilatado: luego con la misma celeridad la descalzó, y descubrió un pie de nieve y de marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pie derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual cuando niña nunca se la habían querido cortar por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesión de la gitana, y el sobresalto y alegría que habían recibido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija; y así cogiéndola en sus brazos se volvió con ella adonde el corregidor y la gitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabía á qué efecto se habían hecho con ella aquellas diligencias, y más viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó, en fin, con la preciosa carga doña Guiomar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del corregidor, le dijo:

—Recebid, señor, á vuestra hija Constanza, que ésta es sin duda; no lo dudéis, señor, en ningún modo, que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y más que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron.

—No lo dudo, respondió el corregidor teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efectos han pasado por la mía que por la vuestra; y más que tantas particularidades juntas, ¿cómo podían suceder si no fuera por milagro?

Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos á otros qué sería aquello, y todos daban bien lejos del blanco; que ¿quién había de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores? El corregidor dijo á su mujer, y á su hija, y á la gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese; y asimismo dijo á la vieja que él la perdonaba el agravio que le había hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecía, y que sólo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano, y más con un ladrón y homicida.

—¡Ay!, dijo á esto Preciosa, señor mío, que ni es gitano ni ladrón, puesto que es matador; pero fué del que le quitó la honra, y no pudo hacer menos de mostrar quién era y matarle.

—¡Cómo! ¿Que no es gitano, hija mía?, dijo doña Guiomar.

Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero, y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan de Cárcamo, asimismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenía cuando los mudó en los de gitano. Contó también el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobación para desposarse ó no: puso en su punto la honestidad de entrambos y la agradable condición de don Juan. Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija, y mandó el corregidor á la gitana que fuese por los vestidos de don Juan: ella lo hizo ansí, y volvió con otro gitano que los trujo. En tanto que ella iba y volvía, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á que respondió con tanta discreción y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara: preguntáronla si tenía alguna afición á don Juan: respondió que no más de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se había querido humillar á ser gitano por ella; pero que ya no se extendería á más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

—Calla, hija Preciosa, dijo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres.

Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre como era discreta entendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo á su marido:

—Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo

como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaría mal dársela por esposa.

Y él respondió:

—Aun apenas hoy la habemos hallado, ¿y ya queréis que la perdamos? Gocémosla algún tiempo, que en casándola no será nuestra, sino de su marido.

—Razón tenéis, señor, respondió ella; pero dad orden de sacar á don Juan, que debe de estar en algún calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, las humedades y sabandijas inmundas que inquietan á los pobres pacientes, que están esperando salga el día para gozarle, y verse libres de tanta opresión y mala vecindad como padecen.

—Sí estará, dijo Preciosa; que á un ladrón matador, y sobre todo gitano, no le habrán dado mejor estancia.

—Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesión, respondió el corregidor, y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.

Y abrazando á Preciosa fué luego á la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él; hallóle con entrambos pies en un cepo y con las esposas á las manos, y que aún no le habían quitado el piedeamigo: era la estancia escura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y así como le vió, le dijo:

—¿Cómo está la buena pieza? Que así tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España para acabar con ellos en un día, como Nerón quisiera en otro con Roma, sin dar un golpe: sabed, ladrón puntuoso, que yo soy el corregidor desta ciudad, y vengo á saber de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros.

Oyendo esto Andrés imaginó que el corregidor se debía haber enamorado de Preciosa; que los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero con todo esto respondió:

—Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad; y si ha dicho que no lo soy, también ha dicho verdad, porque no es verdad que Preciosa diga mentira.

—¿Tan verdadera es?, respondió el corregidor. No es poco serlo para ser gitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano; ha sabido que, según es vuestra culpa, habéis de morir por ella, y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladrón como vos.

—Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida como parta desta con nombre de ser suyo.

—Mucho la debéis de querer, dijo el corregidor.

—Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir no fuera nada: en efecto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso quitar la honra: yo adoro á esa gitana: moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos hemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

—Pues esta noche enviaré por vos, dijo el corregidor, y en mi casa os desposaréis con Preciosica, y mañana á mediodía entraréis en la horca, con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradeciósela Andrés; y el corregidor volvió á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que con don Juan había pasado, y de otras cosas que pensaba hacer.

En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de cómo siempre había creído ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se había estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba.

Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si quería bien á don Juan de Cárcamo.

Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condición y honesto trato, alguna vez le había mirado con ojos aficionados; pero que en resolución ya había dicho que no tenía otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andrés de la cárcel sin las esposas y piedeamigo, pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñía.

Llegó deste modo sin ser visto de nadie sino de los que le traían en casa del corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento donde le dejaron solo: de allí á un rato entró un clérigo y le dijo que se confesase, porque había de morir al otro día. A lo cual respondió Andrés:

—De muy buena gana me confesaré; pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera.

Doña Guiomar, que todo esto sabía, dijo á su marido que eran demasiados los sustos que á don Juan daba, que los moderase, porque podría ser perdiese la vida con ellos.

Parecióle buen consejo al corregidor, y así entró á llamar al que le confesaba, y díjole que primero habían de desposar al gitano con Preciosa la gitana, y que después se confesaría, y que se encomendase á Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas.

En efecto, Andrés salió á una sala donde estaban solamente doña Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero cuando Preciosa vió á don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazón y se arrimó al brazo de su madre que junto á ella estaba, la cual abrazándola consigo, le dijo:

—Vuelve en ti, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho.

Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabía cómo consolarse, y la gitana vieja estaba turbada y los circunstantes colgados del fin de aquel caso. El corregidor dijo:

—Señor tiniente-cura, este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar.

—Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: ¿dónde se han hecho las amonestaciones?; ¿adónde está la licencia de mi superior para que con ellas se haga el desposorio?

—Inadvertencia ha sido mía, respondió el corregidor; pero yo haré que el vicario la dé.

—Pues hasta que la vea, respondió el tiniente cura, estos señores perdonen.

Y sin replicar más palabra, porque no sucediese un escándalo, se salió de casa, y los dejó á todos confusos.

—El padre ha hecho muy bien, dijo á esta sazón el corregidor, y podría ser fuese providencia del cielo ésta para que el suplicio de Andrés se dilate, porque, en efecto, él se ha de desposar con Preciosa y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades. Y con todo esto querría saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, ¿si se tendría por dichoso, ya siendo Andrés Caballero, ó ya don Juan de Cárcamo?

Así como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dijo:

—Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

—Pues por ese buen ánimo que habéis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte, y agora os la doy y entrego en esperanza por la mas rica joya de mi casa, y de mi vida, y de mi alma, y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á doña Costanza de Acevedo y Meneses, mi única hija,



Y apenas habían salido del mesón...

la cual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje.

Atónito quedó Andrés viendo el amor que le mostraban, y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo con las certísimas señas que la gitana vieja había dado de su hurto; con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso; pero alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa, que con lágrimas le pedía las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habían estado presentes: el cual sabido por el alcalde, tío del muerto, vió tomados los caminos de su venganza, pues no había de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor.

Vistióse don Juan los vestidos de camino que allí había traído la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los gitanos presos en alegría, pues otro día les dieron en fiado: recibió el tío del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron porque bajase de la querella y perdonase á don Juan, el cual no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél hasta que desde allí á cuatro días tuvo nuevas ciertas que se había embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habían partido.

Dijo el corregidor á don Juan que tenía por nueva cierta que su padre don Francisco de Cárcamo estaba proveído por corregidor de aquella ciudad, y que sería bien esperalle para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas.

Don Juan dijo que no saldría de lo que él ordenase; pero que ante todas cosas se había de desposar con Preciosa.

Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestación se hiciese.

Hizo fiestas la ciudad, por ser muy bienquisto el corregidor, con luminarias, toros y cañas el día del desposorio: quedóse la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa: llegaron las nuevas á la corte del caso y casamiento de la Gitanilla: supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser la Preciosa la Gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido á Flandes, y más porque vió cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y rico como era don Fernando de Acevedo: dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla; y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren. Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés el gitano, y confesó su amor y su culpa, á quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de enero de 1908 — Núm. 1.358



MAÑANA DE REYES.—SALUDABLE ADVERTENCIA, dibujo de A. Mas y Fondevila

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y los niños? ¡Esperando juguetes!.. Porque es el momento en que deben tenerlos á espuertas los Magos...

Esperando juguetes se pasa la vida, si lo miramos bien, toda la humanidad; no sólo aquella que todavía tiene el derecho de emocionarse ante un caballo de cartón ó una muñeca de biscuit.

Pensad, en efecto, quiénes son más chiquillos. ¿Los que colocan el zapato en la chimenea la noche del 5 de enero, ó los que en el día consagrado de la lotería de Navidad, el 23 de diciembre, aguardan, con el corazón dando brincos, la aparición de la lista grande?

Al ver el rápido y vertiginoso desenvolvimiento de las esperanzas que la lotería fomenta, se vuelve uno más idealista de lo que es, notando como un sueño puede dar fiebre y hacer temporalmente felices á tantos seres humanos, y al otorgarles esta felicidad imaginaria, arrancarles su dinero contante y sonante, extrayéndoselo como se extraen las muelas, según fama, por medio de la cocaína: sin dolor.

La extracción del dinero es, sin embargo, operación dificilísima, generalmente hablando; pero la lotería hace excepción á esta regla. No sólo afluye y chorrea el dinero en las Administraciones, sino que la participación en los décimos, una vez expedidos, se convierte en verdadero pugilato. Ahora, por ejemplo, en Túy, hubo quien solicitó llorando y de rodillas una participación. El dinero, al llamamiento de la participación, parece brotar del suelo, cuajarse en el aire y caeros en las manos. Es uno de los casos más curiosos y dignos de observarse este furor de desprendimiento interesado que provoca la lotería.

No sólo suscita fenómenos de generosidad: también determina corrientes de superstición. Todo juego (sea ó no sea de azar) posee esta misma virtud. Pero la lotería, juego más general, juego de familia, de todo el mundo, en todo el mundo influye, y revela plenamente que nadie deja de ser supersticioso como un napolitano.

Y es que la lotería, tal cual hoy está organizada, con sus premios fabulosos, su martilleo y sugestión incesante de enriquecimiento súbito, sin esfuerzo ni labor de ninguna especie, es el mecanismo más seguro para barajar sesos que cabe inventar.

Yo no soy opuesta á la lotería. Podría serlo si colocase al Estado sobre el individuo. Como coloco al individuo sobre el Estado, no atribuyo á éste papel de tutor y educador de los adultos, y no le llamo inmoral porque ponga á contribución la esperanza. Quizás la lotería es un gran acierto psicológico. Hay muchos días y un mes entero, el de diciembre—en que la inmensa mayoría de los españoles creen á puño cerrado que van á ser ricos. En ese plazo de tiempo son felices. No cabe pedir más.

Ni son sólo los españoles. La lotería ha andado mucho camino en Europa y América: se juega en todas partes.

Sin embargo, estoy convencida de que es preciso gastar capa de vueltas de *pelús*, comer garbanzos y concurrir diariamente á la *peña* de un café, para sentir, en toda su intensidad, la emoción y el goce peculiar de la lotería. En esos corros tan hispánicos de los cafetuchos y las tertulias camilleras; en la familiaridad, siempre excesiva, del trato que allí se establece, es donde las jugadas de lotería prosperan y se inflan, absorbiendo el escaso numerario disponible de los concurrentes. Allí es donde el comentario mil veces repetido va creando y cristalizando la leyenda, la eterna leyenda del Dorado, que antaño costó tantas vidas.—Esa leyenda refiere como (y se sabe de público) un negociante arruinado, amenazado de la quiebra, con el revólver al alcance ya de la mano temblorosa, recibe devuelto un billete de un socio, lo deja indiferente sobre el pupitre—y amanece seis veces millonario.—Esa leyenda refiere como un empleado de corto sueldo, obligado por un compromiso de delicadeza á aceptar un décimo, é imposibilitado por una enfermedad de dar en él participación á nadie, se levanta de la cama donde pensó dejar los huesos, poseedor de seiscientas mil pesetas. Esa leyenda narra como una modistilla, por arriesgar un duro, consigue un dote de seis mil, con el cual se *establece*. Y esa leyenda, que calienta las cabezas, va contando reiterados golpes de azar, conjuros de hechicería, inesperadísimas venturas que dan vértigo; y no queda nadie sin rascarse el bolsillo, sin tentar á la caprichosa. ¿Quién sabe?.. En estas dos palabras se contiene lo infinito. .

Hecho el sacrificio—tanto mayor cuanto más pequeño, porque está en relación con la exigüidad de la bolsa—empiezan los planes. Este período de los planes es delicioso. Vale él solo por un premio; de los grandes. En él se desahoga la fantasía, se expande el deseo reprimido y callado, se desenvuelve la verdadera individualidad. Dime lo que deseas y te diré quién eres.

Hay innumerables individuos para quienes el ideal se resume en la aspiración del borracho que decía: «Si yo soy rey, no salgo en todo el día de la taberna.» Al calcular la probabilidad de ser ricos, los borrachos (borrachos no de vino solamente) discurren así. El uno piensa en viajes, el otro en coches y automóviles, aquel en construir, el de más allá en convidar, obsequiar y dar dentera... No es por afán de diferenciarme del resto de la humanidad; es acaso que el ver á la humanidad haciendo perpetuamente el mismo gesto, inspira deseos de inventar otro. Ello es que sé decir de mí, con sinceridad absoluta, que al cruzarme por la mente la contingencia de que un décimo comprado sin ilusión alguna puede obtener premio, no recuerdo jamás que esta idea haya ido acompañada de planes. Se me figura que al día siguiente de ganar el *gordo*—si tal breva me cayese—haría exactamente, y por bastante tiempo, la misma vida que hago hoy. Veo en ella poco de modificable, dada mi manera de ser. No negaré que me alegraría mucho, pues á nadie le amarga un dulce; y sería bien simple quien en esto se la echase de estoico. Los planes y los bruscos cambios de situación es lo que no concibo. Lo primero, por fantástico y vano; lo segundo, por cosa de mal gusto, que huele á *parvenu*.

Y volvamos á los juguetes... ¿Cree algún niño en la venida de los Reyes Magos? Es evidente para mí que no; y con todo eso, nunca como ahora estuvo difundida la costumbre de poner el zapatito. Quizás sucede con esto lo que con los reyes de verdad: hoy casi no existe la ciega, antigua adhesión monárquica, y sin embargo, jamás se ha visto tan afianzada la institución, á prueba de revoluciones. Los niños, diplomáticos precoces, aparentan hallarse convencidos de que tres figurones orientales, de luengas barbas y mantos de púrpura, vendrán la noche del 5 á su dormitorio y les dejarán sobre la camita ó en la ventana un cesto colmado de *lalalos*, como en mi tierra se dice... Y riendo de la candidez de sus papás, los pequeñuelos se aduermen, sin pizca de curiosidad de ver á los Magos, porque no los hay—¡si lo sabrán ellos!

Pierden el tiempo los padres que entran de puntillas; no saben que la inocencia desapareció, huyó del mundo, como de Grecia huyó la moral... Es un tácito convenio: los chicos hacen que creen, los padres hacen que aprovechan esa credulidad para sembrar un germen poético en el alma de su prole. Y el nene dice á la nena, cuando la ve extasiada porque los Magos han traído precisamente una muñeca de traje rosa igual á la que ella señaló en el bazar:

—Ere choncha, mujé... ¿No ha de sé igual, si e la mima?

Generalmente, en estas sorpresas meditadas para divertir é impresionar á los niños, quienes se impresionan y solazan son los mayores. Sabemos que el hombre es niño eterno, y que según el gran poeta muerto,

> la niña es la mujer que respetamos,
> y la mujer, la niña que engañamos.

La infantilidad que persiste en nosotros toda la vida, se patentiza en bastantes circunstancias, y una de ellas son las fiestecillas llamadas de los *árboles de Navidad* (no entiendo por qué ha de escribirse de Noel; cualquiera creería que nos falta el vocablo exacto y propio).

Lo primero, noto que cuando en una casa se da este género de fiesta, las señoras metidas en años y que no tienen chiquillería, se pirran porque las inviten, y hasta se pican si de ellas se prescinde. Hay un día en el año en que desearían gastar faldellín, llevar el pelo tendido, un lacito á la izquierda y un hilo de coral rosa al cuello. Si las invitan al fin, el árbol las produce transportes, tan vivos como los que pueden sentir las criaturas: admiran todo en él, los farolillos de papel de seda, los adornos de papel de plata, oro y talco, las monerías pendientes de cada rama; y no sosiegan hasta poder deslizar en el manguito alguna de esas bagatelas, que por una peseta se compra y que generalmente se ofrece al niño del portero... No es el valor del objeto codiciado lo que despierta la codicia: es el encanto de sentirse criaturas una vez más...

Acaso hemos firmado un pacto secreto para estas debilidades... Es un desquite que nos tomamos, contra la suerte avara, que acorta los contados hermosos días y extiende largamente la gris sábana de la vejez. El día 5 de enero, todos quisiéramos ser niños, y que, mientras dormimos, alguien pensase en nosotros para prepararnos una alegre sorpresa...

El año que va á empezar lleva una fecha llena de recuerdos históricos: ¡1908! Este 8 suena virilmente á patriotismo y huele á pólvora. ¡Cómo varía todo, en el espacio de un siglo! 1908 será, de cierto, el más pacífico, el más burgués de los años—al menos en España.—Se festejará, eso sí, el recuerdo de los sitios de Zaragoza; habrá evocaciones de una época de la cual nos separa tiempo tan corto (históricamente hablando), y un abismo, en lo moral..., pero de cierto no realizaremos proeza ninguna, y los recios aragoneses que se defendieron como leones habrán sido acaso los últimos de su raza...

No hay que echar de menos un período tan cruento y terrible como el de la guerra de la Independencia; lo que sí debemos sentir es no poseer actualmente la musculatura moral de entonces. Esta España debilitada y anémica no puede menos de recordarnos, con comparación nada lisonjera, la España que hace cien años daba de sí magnífica muestra al mundo.

1908... Ignoro lo que traerá consigo, pero de seguro no será nada que señale surco muy hondo. Dijérase que cada vez se normaliza y encauza más la vida de las naciones. Las guerras son hoy premiosas, lentas, difíciles de estallar. Las revoluciones—otra forma de la guerra, explosión de la civil—escasean, ó puede decirse que han desaparecido. La iniciada en Portugal tantas veces, aborta de continuo; la de Rusia no acaba de brotar franca; es un sarampión retirado. Europa ha entrado en su edad madura, y de América, donde parecía prolongarse el período constitutivo, cabe ya decir otro tanto: está constituída, dentro de su juventud, como pueblo independiente.

No nos reserva, pues, la política, en el entrante año, ni sustos ni alegrías: pasará el año sin pena ni gloria, como esas piececillas insulsas y esas corridas de toros lánguidas, de las cuales se sale entre bostezo y complacencia. El arte, en este año, ya mordido por la lima á la hora en que mi crónica se publique, ni subirá ni bajará: se mantendrá entre las dos aguas del realismo y del post-romanticismo, que hoy por hoy le bañan. Y respecto á otros acontecimientos..., pudiera adelantar (pero sin salir responsable, porque son cosas que me ha dicho una echadora de cartas, y ya comprenderéis que no merecen fe) lo siguiente:

En Francia se relajará por completo la disciplina militar.

En Alemania enviarán á presidio á Harden.

En el Japón se prepararán muy bien, y sin embargo, no llegarán á enzarzarse con los Estados Unidos

En Rusia morirá Tolstoy, se arrojarán algunas bombas y estallarán varias minas.

En Portugal continuarán los disturbios y continuarán las instituciones.

En Madrid habrá un horrible incendio.

En San Sebastián, la temporada de verano flojeará.

No se ejecutará ninguna pena de muerte.

Lloverán indultos.

Lloverán crímenes espeluznantes.

No faltará un *pendant* á la catástrofe de Riudecañas.

Se estilarán las *sobrefaldas*, que es una moda asaz ventajosa, puesto que lleva mucha más tela, doble hechura, se arruga, pesa y no favorece. Se presta, eso sí, á combinaciones enteramente caprichosas con trajes usados, y *refrescados* ad hoc.

No caerá totalmente el ministerio—gracias á Dios, que estamos enfermos de tanto cambiar sin objeto ni fin.

Y si estas profecías pareciesen aventuradas, recuérdese que el famoso y nunca bien ponderado D. Diego de Torres Villarreal escribió muchas, que unas se cumplieron y otras no, y no le llevaron por eso á la horca. Mi echadora de cartas, sin género de duda, no está ni siquiera á la altura del morabito que en la calle del Cairo, en la Exposición de 1900, me anunció con tal certeza una grave enfermedad para dentro de tres ó cuatro años—y acertó, por desgracia.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL ABONADO MISTERIOSO (BOCETO DE COMEDIA), POR EL BACHILLER CORCHUELO

Dibujo de Mas y Fondevila



ROSITA *(leyendo emocionada).* – «Querido marqués: El telegrama me ha anunciado mi ruina total...»

CUADRO PRIMERO

Camerino de una tiple de moda en uno de los teatros de género chico en Madrid

ROSITA. *(La tiple, vestida de «gatita blanca» y recostada graciosa é indolentemente en una «chaisse longue,» canturrea ensimismada:*

«Ámame y no me olvides,
acuérdate de mí...,
que de día y de noche
solita pienso en ti...»

PELÁEZ *(autor viejo).*—¿Solita y pensando en mí, con el odio que me tienes? ¡Alguna barbaridad pensabas! *(Los contertulios ríen ruidosamente el chiste.)*

CASTO SALCEÑO *(jovencito tan pulcro en el vestir como repugnante de aspecto y escaso de mentalidad).*—Pues Rosita pensaba... *(Con el azoramiento del que quería decir una gracia y le falla el ingenio.)* Pensaba..., pensaba... *(Poniéndose colorado.)*

TODOS *(bulliciosamente).*—¡Que se diga!

CASTO *(fingiendo rubor por lo que iba á decir, cuando en realidad lo siente porque nada se le ha ocurrido).* -No... No lo digo... Era demasiado fuerte el chiste... Ya saben ustedes que los míos chorrean sangre...

PELÁEZ.—Se ve que usted tiene en vez de sesos una carnicería... *(Risa general.)*

PALOMILLA *(músico, cojo y tartamudo).*—Una... car... car... nice... cería... no diré... ré yo... que tenga, pe... pero un pu... puñado de car... carne... en vez de se... se... sesos..., sí... *(Carcajadas.)*

CASTO *(imitando la tartamudez).*—¡Va... va... vaya con... Pa... papamosquilla..., ¡digo!, con Palomilla! *(Nadie ríe. La tiple esboza un mohín de aburrimiento.)* ¡Señores! ¡Que he dicho un chiste!..

PALOMILLA. —Pues..., pues... no lo habíamo... mos nota... tado... *(Pausa. La gente permanece un rato seria, mirando unos al techo, otros á las botas. De pronto Peláez rompe á reir alborotadamente, y al mirarle todos, él hace una seña y la carcajada escandalosa se generaliza.)*

ROSITA.—¿De qué se ríen ustedes?

PELÁEZ *(con risa estruendosa, cómicamente forzada).*—¡Que Casto ha dicho un chiste!

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

CASTO *(corrido).*—Señores..., buenas noches... No estoy para *pitorreos*...

ROSITA.—Oiga usted, Casto... ¿Ha cumplido usted mi encargo?

CASTO.—¿Cuál?

ROSITA.—El que le hice á usted anteanoche y anoche y esta noche...

CASTO *(como recordando).*—Espere usted, espere usted...

PALOMILLA.—Mientras lo piensas, dame un pitillo ..

CASTO.—Pues no sé dónde lo tengo...

PALOMILLA.—¡Maja... jadero, en la pe... petaca!..

CASTO *(distraído, tira de pitillera, la abre, mira y remira y la cierra, diciendo convencido:)*—Pues no lo tengo. Me lo habré dejado en casa...

PALOMILLA *(estupefacto).*—¿El qué?

CASTO.—¡El encargo de Rosita!.. ¿No has dicho que lo tenía en la pitillera?

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

PELÁEZ *(á la puerta del cuarto, á voces).*—¡Avisador! ¡Avisador!

EL AVISADOR *(borracho perdido, á Peláez).*—¿Qué manda usted?

PELÁEZ.—Que levanten el telón y que avises al público que Castito acaba de hacer un chiste magnífico...

EL AVISADOR *(dándose á todos los diablos).*—¿Y para eso llaman?.. *(Yéndose por el pasillo.)* Los vagos estos que no tienen otra cosa que hacer que... *(Como acaba la frase muy lejos, no se oye bien la barbaridad que dice.)*

CASTO *(después de enterarse del motivo de la general hilaridad, reparte pitillos entre los circunstantes y dice á Rosita:)* - ¿Qué encargo me hizo usted?

ROSITA.—El del *abonado misterioso.*

CASTO —¿Cuál?..

ROSITA.—Hombre, vaya usted á comer rabos de pasa... y hará memoria...

PALOMILLA.—¡Ca! De esa última palabra él no pue... puede hacer más que las dos primeras sílabas...

PELÁEZ.—Calla, Novejarque de la tartamudez... No hagas charadas...

EL MARQUESITO *(á la puerta del cuarto).*—¿Da usted su permiso, Rosita?

ROSITA.—¡Adentro!

EL MARQUESITO *(muy nervioso y hablador, tanto, que no deja meter baza á nadie).*—Buenas noches, Rosita... *(Muy precipitado, atropellando las palabras y los ademanes.)* Caballeros, beso á ustedes las manos... Pues sí, Rosita... No he podido resistir al deseo de saludarla y he venido... Estoy en el proscenio de la izquierda, con un amigo muy simpático, admirador de usted, muy admirador... ¡Oh! Un amigo excelente..., que no pierde ninguna función de las en que usted toma parte...

PELÁEZ *(zumbón, con voz de trueno y mirando al folletín del «Heraldo,» dice:)*—*¡El abonado misterioso!* Novela por Ponsón du Terrail. *(Carcajada general que escama al que estaba en el uso de la palabra.)*

EL MARQUESITO *(escamado).* —Le debe usted conocer, Rosita... Aunque acá, para entre nos, es algo raro...

ROSITA *(que si no habla, revienta).*—¿Es ese señor joven, de bigote negro á la borgoñona, que está abonado al proscenio de la izquierda?

EL MARQUESITO.—Sí, sí, Rosita. El mismo.

PALOMILLA *(cantando).*—«Que de día y de noche so... so... solita pienso en ti...»

ROSITA.—Oye, Palomilla, podías ponerte bozal antes de salir de casa... *(Amoscada.)* ¡Qué descaro!

PALOMILLA.—Pa... para descaro el tuyo...

ROSITA *(al marquesito).*—Diga usted, ¿á qué viene ese señor al teatro con tanta asiduidad?

EL MARQUESITO. —¡Vamos! Usted quiere decir por quién viene todas las noches al teatro...

PELÁEZ.—Sí. Porque hace dos temporadas que no falta una noche. Lleva tragadas trescientas *Gatitas blancas*... ¡Que es tragar!.. *(Nueva carcajada ruidosa para molestar á la tiple.)*

ROSITA *(al marquesito).*—Aquí andamos todos muy intrigados... ¿Por quién viene? Porque ya sabe usted que aquí los abonados asiduos vienen de pesca y se averigua hacia dónde tiran el anzuelo... Pronto ó tarde se descubre... Pero su amigo de usted, en

dos temporadas, no ha dicho este anzuelo es mío... No se le ha visto entrar en el escenario, ni hablar con nadie de la compañía, ni de la orquesta, ni de los autores de la casa... ¿Por quién viene al teatro?..

PELÁEZ.—¡Por ver á Palomilla!..

CASTO *(sin miedo á mentir)*. Lo mismo iba á decir yo...

EL MARQUESITO.—Es un tipo muy raro... A decir verdad, le conozco muy superficialmente. Me lo presentó un amigo mío, el vizconde de Guadalante... Se llama Siro Pineda. Es cubano... Creo que posee una gran fortuna. Pero es muy retraído, un póco huraño... Yo he oído hablar de una historia de amores que le hizo huir de su tierra... ¡Una verdadera novela!..

ROSITA.—¡Cuente usted, cuente! Eso es interesante...

EL TRASPUNTE.—¡Que vamos á empezar!..

EL MARQUESITO.—Hasta luego, Rosita.

ROSITA.—No falte usted... *(Desbandada general.)* Y entérese del motivo de su asiduidad..., de quién es *ella*...

CUADRO SEGUNDO

Palco proscenio, desde el cual se ve un trozo de la escena

EL MARQUESITO *(á Siro)*.—Se lo aseguro á usted...

SIRO.—Pues no veo el motivo de esa curiosidad.

EL MARQUESITO. ¿Pero usted no viene por?..

SIRO *(serio y displicente como evitando la respuesta)*.—Vengo por pasar el rato...

EL MARQUESITO *(aparte)*.—¡Qué extraño! *(Observando á Siro, que está muy inquieto.)* ¿Está usted malo?..

SIRO *(inquieto y nervioso)*.—No, no... Escuchemos... Va á cantar Rosita los *couplets*...

EL MARQUESITO. —Es muy graciosa... y se interesa mucho por usted... Antes me preguntó si era usted amigo mío. Y le advierto que, aunque parezca mentira, es de lo más decente que pisa las tablas...

SIRO.—He oído decir que no tiene corazón... Que es muy ambiciosa...

EL MARQUESITO.—Sí. Tal vez lo sea... Desde luego, novio no ha tenido ninguno, pobre ni rico... Sí, dicen, en broma, que espera casarse con un príncipe... *(Siro no le oye ya, atento sólo á la voz, á los movimientos y á los ojos de la tiple, que parece dedicarle su labor, según la insistencia con que le mira.)*

UN ACOMODADOR.—Para D. Siro Pineda han traído del hotel este telegrama...

SIRO *(tomándolo presuroso)*.—Dámelo... *(Vase el acomodador.)* Con permiso de usted, marqués. *(Abre el telegrama y á medida que avanza en la lectura, palidece y tiembla.)*

EL MARQUESITO.—Perdone usted. ¿Alguna desgracia de familia?

SIRO *(con voz ronca)*.—Yo no tengo familia...

EL MARQUESITO.—¿Algún... disgusto?

SIRO *(levantándose y poniéndose el abrigo)*.—Con permiso de usted, marqués, me voy... Tengo que contestar este telegrama... Muchas gracias por su interés... Esto no es nada...

EL MARQUESITO *(estrechándole la mano)*.—Lo celebraré mucho... Beso á usted la mano.

SIRO *(después de ponerse el sombrero de copa y los guantes, mira á la tiple con indefinible expresión de angustia y dice tristemente al marqués, que queda muy impresionado)*.—¡Buenas noches!

CUADRO TERCERO

En un rincón del escenario, en un entreacto

EL MARQUESITO *(con el semblante demudado)*.—Al caer el telón, un acomodador me entregó una carta del *abonado misterioso*... ¡Léanla ustedes. Se ha pegado un tiro... *(La carta pasa de mano en mano después de leída.)*

PELÁEZ.—¡Qué bárbaro!.. Voy á llevarle la mala noticia á Rosita. Ella estará muy acalorada por el trabajo y así se quedará fría... No dirá que no la quiero... *(Risas.)*

ROSITA *(que llega al escenario)*.—¿Qué pasa?

PELÁEZ *(con ensañamiento brutal)*.—¡Toma! Lee esa carta..., si las lágrimas te dejan... *El abonado misterioso* ha salido de naja hacia los extramuros de este planeta...

ROSITA *(leyendo emocionada)*. — «Querido marqués: El telegrama me ha anunciado mi ruina total... Dígale usted á ELLA que frecuenté el teatro con la ilusión de ofrecerle la fortuna que un pleito se me ha llevado... Como estando arruinado ni ella me querría ni yo la ofrecería mi amor, ni me es posible la felicidad, he resuelto pegarme un tiro... Como quiero que mis restos descansen en mi tierra y la traslación sería muy cara, he decidido que Nelo, mi fiel criado, realice la incineración de mi cadáver en el horno que á prevención compré en los Estados Unidos. Mis cenizas pues volverán á América.» *(Rosita deja de leer porque las lágrimas están á punto de caer de sus ojos.)*

PELÁEZ.—¡Nos ha fastidiado!.. Porque así no hablarán los periódicos... ¡Tan á gusto que le hubiera leído el *suceso* á Rosita!.. *(Esta no puede contestar. La emoción no la deja y al mismo tiempo el miedo á que se le caigan las lágrimas y la vean llorar la clava en el sitio.)*

CUADRO CUARTO

A la puerta de casa de Rosita

ROSITA *(al descender del carruaje, estupefacta)*.—¡Usted! ¿Usted? ¡Pero usted!..

SIRO *(sonriendo maliciosamente)*.—Yo.., sí...

ROSITA.—Pero usted no...

SIRO.—No soy un muerto..., ni pienso serlo... Al revés, creo ser un *vivo*... y voy á demostrárselo... *(Rosita no puede hablar. Su padre, que la acompaña, cree ser víctima de un sueño.)* La adoraba por hermosa, pero para ofrecerle á usted mi mano necesitaba saber si tenían razón los que decían que no tenía usted alma... Para saberlo, urdí la novela que la han contado y escribí mi carta de suicida... Y usted ha llorado por mí, á pesar de creerme arruinado... ¡Usted tiene alma! Está usted completa: ¡un cuerpo y un alma hermosos!.. ¿Me perdona usted el modo de enamorarla? ¿Acepta usted mi amor? *(Rosita deja caer dos lágrimas y aunque quiere contestar algo, que su emoción no le permite definir, calla.)* ¡No conteste usted, no es preciso!.. Ya sé lo que deseaba saber... Ya sé que somos felices...



Niños millonarios. Grupo de los niños Vanderbild, Whitney, Morgan é Hitchcock, que tienen una fortuna de 20.000.000 de dólars. (De fotografía de F. Hutin.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

Uno de los museos más ricos del mundo es indudablemente la Galería de los *Uffizi* de Florencia, fundada por los príncipes de Médicis y constantemente enriquecida con nuevas y valiosas adquisiciones artísticas. Entre los más preciados tesoros que contiene, merece figurar en primer término la colección de auto retratos de artistas célebres; comenzada por el cardenal Hipólito de Médicis y que abarca los de los más famosos pintores y escultores de distintos países desde el siglo XV hasta nuestros días. Basta decir esto para que se comprenda la importancia excepcional de esta colección, única en el mundo.

Deseosos de que esta colección figurase en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no hemos perdonado esfuerzo ni sacrificio hasta conseguir la debida autorización para reproducir esas joyas pictóricas de los maestros más eminentes, y hoy tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores que hemos logrado nuestro propósito y que, desde el presente número, publicaremos la serie completa de esos auto-retratos agrupados en láminas, por orden cronológico, y acompañados de unas ligeras descripciones con los principales datos biográficos de cada artista.

A continuación damos los correspondientes á los que figuran en la lámina de la página siguiente.

Juan Bellini.—Nació en Venecia en 1426 y, en unión de su hermano Gentile, decoró el gran salón del consejo con pinturas que representaban las grandes gestas de la República, en la guerra y en la paz. Tuvo por discípulo á Giorgione y al Tiziano, y á su liberalidad debieron los venecianos el conocimiento del secreto de la pintura al óleo que hábilmente había sabido obtener de Antonio de Messina. Entre sus obras más bellas se cuentan: un *San Zacarías*, una *Bacanal*, que dejó sin concluir y que terminó el Tiziano, y una *Virgen en el trono*. Murió en Venecia en 1506.

Alejandro Botticelli.—Nació en Florencia en 1447 y trabajó en el taller de Filippo Lippi, de quien fué discípulo predilecto. Sixto IV le llamó á Roma, confiándole la intendencia de las pinturas de su capilla del Vaticano, en la que Botticelli ejecutó sus más importantes obras *(Moisés matando el egipcio, El castigo de Coré, La tentación de Jesús)*. Pío IV le colmó de beneficios, pero el artista no tardó en disipar sus riquezas y regresó pobre á Florencia, en donde habría muerto de hambre, á no haberle socorrido algunos amigos y protegido Lorenzo de Médicis. Allí murió en 1505.

Leonardo de Vinci.—Nació en el castillo de Vinci, junto á Florencia, en 1452. Fué pintor, escultor y arquitecto famosísimo; demostró desde muy niño excepcionales aptitudes para el dibujo, las matemáticas y la música, y fué discípulo de Verocchio. El duque Luis Sforza le llevó á su corte de Milán, confiándole la misión de fundar una academia de ciencias y bellas artes; allí ejecutó importantes trabajos pictóricos y escultóricos, entre ellos la magistral *Cena*, que terminó en 1499, y el modelo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza. Cuando Luis XII se apoderó del Milanesado, regresó á Florencia (1500). En 1502, César Borgia le nombró arquitecto é ingeniero de sus Estados; algún tiempo después estuvo en Roma. En 1507 volvió á Milán y, tras una corta estancia en Florencia, regresó á Milán. Desde allí acompañó á Francisco I á Francia, en donde murió en 1519, en el castillo de Clou, cerca de Amboise.

Filippino Lippi.—Nació en Prato en 1460 y recibió las primeras lecciones de arte de Diamante, perfeccionándose luego al lado de Botticelli. Terminó los frescos comenzados por Masaccio en la iglesia del Carmine de Florencia, decoró en Roma la capilla de familia del cardenal Caraffa, y de regreso en Florencia pintó la capilla de los Strozzi, en Santa María la Nueva, y un fresco para una *villa* de Lorenzo de Médicis, que su muerte, acaecida en 1505, le impidió terminar. Aparte de los trabajos nombrados, pueden citarse como sus mejores obras: una *Sagrada Familia*, la *Muerte de Lucrecia*, *La adoración de los magos*, *Descendimiento de la Cruz*, etc.

Quintín Metsys.—Nació en Lovaina en 1466, fué admitido en 1491 en el gremio de San Lucas, de Amberes, y murió en esta última ciudad en 1530. Estuvo en relaciones íntimas con hombres tan ilustres como Erasmo de Rotterdam, Pedro Egidio, Tomás Moro y Durero, y fué también poeta y músico notable. Su cuadro más célebre es un tríptico, el *Descendimiento de la Cruz*, que pintó para la corporación de los carpinteros de Amberes; muy famosos son también *Los usureros*, *Retrato de un joyero*, etc.

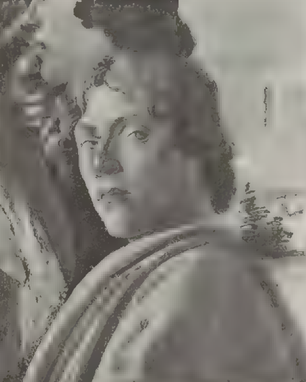
Alberto Durero.—Nació en Nuremberg en 1471,

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres



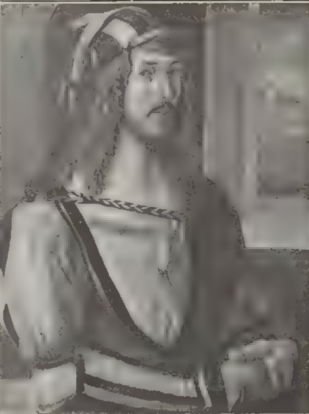
Juan Bellini, italiano (1426-1506)


Alejandro Botticelli, italiano (1447-1505)


Leonardo de Vinci, italiano (1452-1519)


Filippino Lippi, italiano (1460-1505)


Quintín Metsys, flamenco (1466-1530)


Alberto Durero, alemán (1471-1528)


Lucas Kranac, alemán (1472-1553)


Morto da Feltre, italiano (1474-1509)

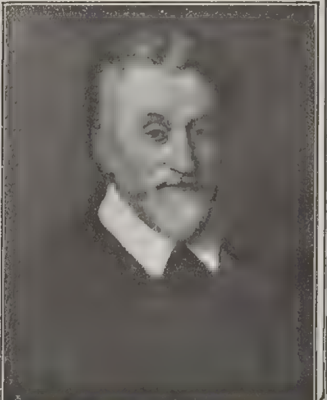

Juan de Nicolás Dosso, italiano (1474-1558).

LÁMINA 1.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

estudió pintura con Wohlgemuth y recorrió Alemania desde 1492 á 1494; de aquella época es su famoso dibujo *Orfeo*, considerado como obra maestra. En 1505 fué á Venecia, de donde pasó á Bolonia, regresando en 1507 á su patria; de entonces data su principal gloria. En 1520 visitó los Países Bajos y por aquel entonces Maximiliano le nombró pintor de la corte imperial, título que le confirmó Carlos V. Murió en su ciudad natal en 1528. Brilló como retratista y también como grabador al agua fuerte.

Lucas Kranach.—Nació en Kranach en 1472; su apellido es incierto, pues, según unos, llamábase Müller, y, según otros, Sünder. En 1504 era pintor de cámara del elector de Sajonia, Federico *el Prudente*, quien en 1509 le envió á los Países Bajos, y con quien hizo una peregrinación á Jerusalén que duró diez años. Gozó también del favor de los sucesores de aquél, Juan el *Perseverante*, y, sobre todo, de Federico el *Magnánimo*. Fué burgomaestre de Wittenberg en 1540 y murió en Weimar en 1553. Su obra es inmensa, y para comprender la importancia de la misma, bastará decir que se considera á Kranach como al Rafael de la escuela alemana.

Morto da Feltre.—Nació en Feltre hacia el 1474, estuvo en Roma, en donde se aficionó á la pintura de arabescos que luego introdujo en Venecia y en la que alcanzó gran fama. Colaboró con Giorgione en la decoración del *Fondaco de Tedeschi*; pero á pesar de sus triunfos como pintor, dejó el pincel por la espada y nombrado capitán pasó á Dalmacia, pereciendo, en 1519, en un combate.

Juan de Nicolás Dosso.—Nació en Ferrara en 1474, y él y su hermano Juan Bautista fueron los fundadores de la escuela ferraresa. Fueron discípulos de Lorenzo Costa; estuvieron en Roma y en Venecia, en donde permanecieron cinco años, y regresaron á Ferrara, cuyos duques Alfonso y Hércules de Este les protegieron. El duque de Urbino les encargó el decorado de su quinta de recreo de Pésaro. Juan Bautista no llegó nunca á valer lo que su hermano, de quien fué siempre envidioso, causándole grandes disgustos y graves perjuicios. Sus pinturas *Jesús entre los doctores*, *Los cuatro doctores de la Iglesia* y *La Circuncisión* son obras de gran belleza.—Z.



Monumento á Zanardelli, recientemente inaugurado en Bolonia, obra de Héctor Ximenes. (De fotografía de Carlos Trampus.)

BOLONIA

MONUMENTO Á ZANARDELLI

OBRA DE HÉCTOR XIMENES

La ciudad de Bolonia ha erigido este hermoso monumento á la memoria del gran estadista italiano, nacido en Brescia en 1826 y muerto en Maderno en 1903, que combatió como voluntario contra Austria en 1848, fué ministro varias veces de Obras Públicas, del Interior y de Gracia y Justicia, tres veces presidente de la Cámara y presidente del Consejo de Ministros desde 1901 á 1903, y cuyo nombre va unido á la obra de la compilación del nuevo Código penal italiano, puesto en vigor en 1890.

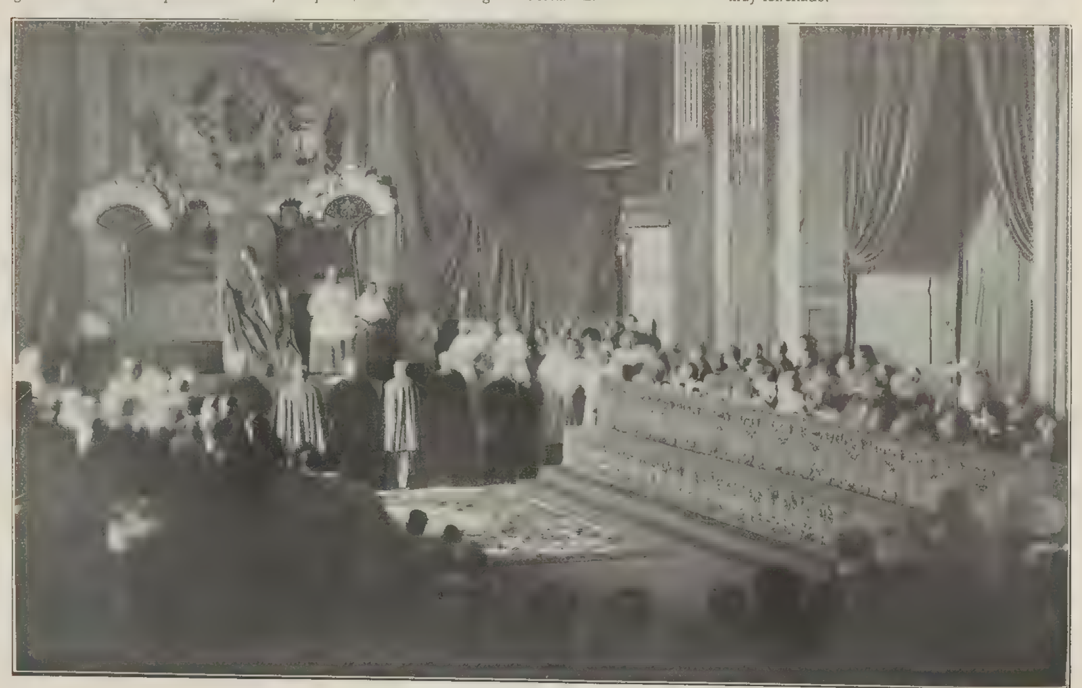
El monumento es obra del escultor italiano Héctor Ximenes, y, como todas las composiciones de este famoso artista, llama la atención por la grandiosidad con que está concebido, por la belleza de la idea que representa y por su perfecta ejecución.

ROMA. – CONSISTORIO PONTIFICIO

En el Consistorio secreto celebrado en 16 de diciembre último, S. S. Pío X nombró seis nuevos cardenales, que fueron: tres italianos, monseñores Rinaldini, Gasparri y De Lai; dos franceses, monseñores Andrieu y Lucón, y un español, el arzobispo de Burgos, señor Aguirre y García. En la alocución que con este motivo pronunció el Sumo Pontífice, lamentóse de la persecución de que es objeto la Iglesia en muchos países, especialmente en Francia, y condenó una vez más las doctrinas de los llamados católicos modernistas.

Tres días después efectuóse el consistorio público en que el papa impuso el birrete cardenalicio á los nuevos purpurados.

El cardenal Aguirre tomó posesión el día 26 de la iglesia de San Juan Ante Portam Latinam, de la que es titular; después de la ceremonia, su eminencia recibió á los invitados en el Colegio internacional de San Antonio, siendo muy felicitado.



Roma.—Consistorio celebrado el día 19 de diciembre último en el salón de las Bendiciones del Vaticano y en el que S. S. Pío X impuso el capelo á los cardenales últimamente nombrados. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

PARÍS. — ENTIERRO DE DISCOS DE GRAMÓFONO EN LOS SUBTERRÁNEOS DE LA OPERA.

A principios del año pasado, un norteamericano, Mr. Alfredo Clark, presentóse al bibliotecario de la Opera de París y le habló, poco más ó menos, en los siguientes términos: «¿No creéis que tendría para nosotros gran interés saber de un modo exacto cómo Molière recitaba sus comedias, cómo Talma declamaba los versos de Racine y de Corneille, cómo ejecutaba Mozart alguna de sus sonatas y cómo Sofía Arnould cantaba un aria de Rameau ó de Gluck? Pues bien, lo que nuestros ascendientes no pudieron hacer por nosotros, podemos nosotros hacerlo por nuestros descendientes. Podemos, en efecto, registrar una colección de piezas instrumentales de las que figuran en el repertorio de la Opera, por ejemplo, y transmitirlas de tal suerte que los franceses del siglo XXI conozcan exactamente á qué compás llevaba tal director esa pieza ó qué expresión daba cual cantante á esa otra. Voy á entregaros un aparato y discos y los encerraremos en una caja cuya llave quedará en vuestros archivos y que se abrirá dentro de cien años. Dadme el sitio necesario, y yo me encargo de lo demás.»

El bibliotecario, M. Malherbe, seducido por la originalidad y novedad de aquella proposición y convencido del importante servicio que su realización podía prestar á la historia musical y al arte, la aceptó desde luego, y obtenido el consentimiento de M. Dujardin-Beaumetz, secretario de Estado en Bellas Artes, para ponerla en práctica, construyóse una especie de bodega en los subterráneos de la Opera, en tanto que el eminente químico M. Bardy resolvía el problema de la conservación intacta de los discos, introduciendo en su composición química una nueva substancia.

Y el día 24 del mes pasado, en presencia del gobierno, representado por los Sres. Adriano Bernheim, Esteban Port y Gabriel Faure, jefes de gabinete del ministro Briand, y del secretario Dujardin-Beaumetz; de la dirección de la Opera, personificada en los Sres. Gailhard y Gheusi; del generoso iniciador de la idea, M. Clark, y de varios periodistas y artistas de la Opera, procedióse á la singular ceremonia del «entierro» de varios discos impresionados por artistas tan eminentes como la Patti, la Melba, la Merentié, Tamagno, Caruso, etc.

Después de una audición de todos los discos, éstos fueron colocados de manera que no estuviesen en contacto unos con otros y puestos en una doble caja, en la que se hizo el vacío. Este recipiente fué introducido en uno de los compartimientos dispuestos en una pared expresamente construída para recibir las cajas de discos que se irán depositando allí cada veinte años y que no podrán ser abiertas hasta que haya transcurrido un siglo.—R.

París.—Entierro de discos de gramófono impresionados por los más notables cantantes, en los subterráneos de la Opera. El arca en donde están encerradas las marmitas de cobre que contienen los discos.



París.—Ceremonia del entierro de los discos de gramófono, impresionados por los más notables cantantes, en los subterráneos de la Opera
Operación de sellar la marmita de cobre que contiene los discos. (De fotografías de M. Branger.)



EL FAVORITO cuadro de José Cusachs (Salón Parés)



EN EL TALLER DEL MAESTRO, notable dibujo del eminente y malogrado dibujante Daniel Urrabieta Vierge

MUERTOS ILUSTRES

Julio Jansen. – Nació en París en 1824. Dotado de aficiones artísticas, después de haber estudiado pintura, para la que demostraba especiales aptitudes, dedicóse definitivamente á la ciencia, por la que sentía verdadera pasión. Licencióse en ciencias matemáticas y físicas, y una vez doctorado, comenzó á distinguirse por sus trabajos personales, muchos de ellos realizados en el observatorio de Meudón, fundado por él.



Julio Jansen, astrólogo francés, fallecido en Meudón en 23 de diciembre de 1907

Una actividad incesante, una verdadera intrepidez científica, tales fueron los principales rasgos característicos de este sabio, que, para observar los fenómenos que le interesaban, no vaciló en emprender los más largos viajes á Egipto, á la India, al Japón y á las islas Carolinas. En 1870 salió de París en globo, á fin de poder presenciar un eclipse de sol en Argelia En 1889, cual si presintiera la telegrafía sin hilos, llamó la atención sobre la utilización de la Torre Eiffel para las comunicaciones telegráficas á gran distancia. Era miembro de la Academia de Ciencias desde 1873.



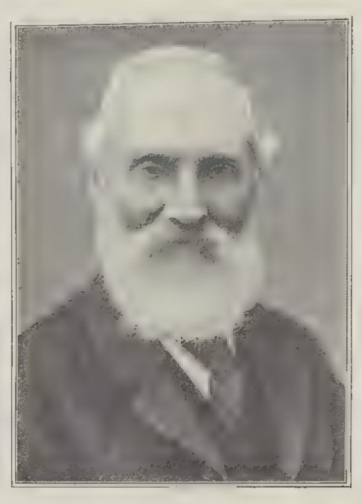
Rudyard Kipling, poeta inglés que ha obtenido el premio Nobel para la Literatura en 1907

Lord Kelvin. – Guillermo Thomson, que este era el nombre del eminente físico inglés recientemente fallecido, nació en Belfast en 1826, estudió en las universidades de Glasgow y de Cambridge y fué nombrado en 1845 profesor de la primera, en 1866 caballero y en 1892 par, con el título de Lord Kelvin. El número de sus inventos es considerable; entre los más importantes, citaremos el sistema de emisión de señales en los cables submarinos; el galvano con espejo, que es la maravilla de los instrumentos de medida eléctrica y que completó con el *siphon recorder;* la brújula de su nombre, que remedió la inutilidad de la antigua en los buques de acero y con grandes maquinarias; la sonda que permite efectuar sondeos á los buques en marcha, sea cual sea su velocidad, y el aparato para predecir las mareas.

Lord Kelvin fué quien concibió y precisó el principio de la «conservación de la energía» que hoy preside en la ciencia en general y que con el de la «conservación de la materia,» enunciado por Lavoisier en el siglo XVIII, forman la base firme en que se asienta todo el edificio de las verdades científicas.

Era grande oficial de la Legión de Honor, miembro de la orden prusiana «para el mérito,» comendador de la orden de Leopoldo de Bélgica y miembro de las principales academias científicas del mundo.

Boris Sarafof. – Este célebre jefe de los revolucionarios macedonios ha sido asesinado, junto con uno de sus lugartenientes, Garvanof, por un jefe de partida, llamado Paritza, á



Lord Kelvin, físico inglés, fallecido en Netheral (Escocia) en 17 de diciembre de 1907

causa, según parece, de su actual oposición á la sublevación armada. Había servido en el ejército búlgaro, del que se retiró en 1899 para dedicarse á la revolución. Dotado de un carácter enérgico é indomable, de mucha inteligencia y de grande ilustración, y popular en extremo, era un hermoso tipo de guerrillero, que había jurado libertar á Macedonia del yugo turco y había fundado, con Tzutchef y algunos más, la organización interna de la rebelión contra el poder otomano.



Alberto Michelson, físico norteamericano que ha obtenido el premio Nobel para la Física en 1907

PREMIOS NOBEL

Completando la serie de retratos de los agraciados con los premios Nobel en 1907, publicamos los del eminente poeta y novelista inglés Rudyard Kipling y del no menos eminente físico norteamericano Alberto Michelson.

Rudyard Kipling es indudablemente uno de los más originales y vigorosos escritores de Europa y el astro de mayor magnitud que desde la muerte de Carlos Dickens ha brillado en el ciclo de la literatura inglesa. Nació en Bombay en 1865 y, muy joven aún, publicó sus primeras novelas de asunto indo europeo, que luego reunió en el tomo *Plain Tales from the Hill.* En 1889 hizo un gran viaje por China, Japón, Oceanía y Africa, enviando durante el mismo á los principales diarios ingleses artículos, novelas y poesías, inspirados en las glorias conquistadoras de Inglaterra, que le valieron el calificativo de poeta imperialista. Este mismo carácter tienen todas las magníficas poesías que publicó durante la guerra anglo-boer. En otros géneros le han conquistado universal fama los dos *Jungle Bookss* libros en que se revela una inspiración potente y las *Historia, para niños*, narraciones de gran belleza.

Alberto Michelson nació en Strelno (Alemania) en 1852, hizo sus estudios científicos en los Estados Unidos y en 1892 fué nombrado profesor de Física de la Universidad de Chicago. Se ha dedicado especialmente al estudio de los fenómenos luminosos; y gracias al interferómetro de su invención y que lleva su nombre, ha realizado un gran número de importantes obser-



Boris Sarafof, jefe de los revolucionarios macedonios asesinado en Sofía en 11 de diciembre de 1907

vaciones sobre los movimientos de las ondas y los movimientos interferenciales de la luz. Ha inventado también multitud de aparatos de suma utilidad para el análisis espectral y para la astronomía.



Dr. Ernesto Brenner, elegido presidente de la Confederación suiza para el año 1908

EL Dr. ERNESTO BRENNER

La Asamblea federal eligió, en 12 de diciembre último, presidente de la Confederación suiza para el año 1908 al doctor Ernesto Brenner, que cuenta cincuenta y un años de edad. Hijo de un comerciante de Basilea, siguió la carrera de Derecho en las universidades de su ciudad natal, Munich y Leipzig, de donde regresó á su patria en 1879, tomando allí los grados de licenciado y de doctor. En 1881 fué nombrado miembro del Gran Consejo y en 1884 ministro de Justicia y Cultos. Tres años después entró en el Consejo Nacional, cuya presidencia ocupó en 1897; en ese mismo año pasó á desempeñar la cartera de Justicia y Cultos en el Consejo Federal, realizando entonces la obra de la reforma del Código Civil y la revisión de otras leyes importantes.

La unanimidad con que ha sido elegido demuestra las simpatías y la confianza que se ha conquistado entre sus compatriotas.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA



Los padres de Alegre, con la muerte en el alma...

I

EL MERCADO DE ESCLAVOS

Tenía doce años. Sus facciones eran finas, sus ojos negros y profundos como la noche, y su sonrisa, aquella sonrisa que alegraba su rostro, descubría dos hileras de dientecillos blancos y apretados como perlas de Ceylán.

Pero su tez era obscura como los pétalos sedosos del pensamiento.

Parecía un serafín carbonizado.

Su nombre..., ¿quién podía saber su nombre cuando él mismo lo ignoraba? En el pueblo llamábanle Alegre, porque así lo había bautizado el tío Delfín. Y en verdad que aquel apodo gracioso le cuadraba á maravilla, porque era alegre como los pájaros cuando cantan, como los corderos cuando triscan, como las praderas cuando sonríen, como los arroyuelos cuando murmuran, como todas las cosas alegres... Y sin embargo, allá en la profundidad de sus ojos negros, cuando estaba pensativo, veíase brillar un relámpago de tristeza; quizás era un recuerdo que venía á desflorar la tranquila superficie del mar de su alma; tal vez era que leía en su mente alguna página obscura de su historia.

Porque Alegre tenía una historia, más larga que su vida.

Pocos en el pueblo sabían algo de ella, y entera, sólo su amiguita Flor del Aire llegó á conocerla, cuando él entre avergonzado y gozoso contósela, en cambio de algo muy dulce.

De los lugares donde corrieran sus primeros años, sólo recordaba confusamente un inmenso bosque tendido en la margen de un río; un sol abrasador, una atmósfera de fuego; noches lujosas, pobladas de rugidos de aquellos animales que sólo vió muertos, y que le hacían temblar de miedo en su camita de hojas de palmera.

Era un rincón de las selvas africanas.

Sus padres habían sido negros como él; recordábalos en todo el esplendor de una hermosura y robustez incomparables.

Hay en el Africa occidental, en las costas del golfo de Guinea, una soberbia raza de negros. Son los *pamúes*, cuya tez no tiene el color intensamente obscuro y repugnante de los demás indígenas; en sus ojos grandes y animados chispea una inteligencia nada común; su cabello es largo, y sus facciones, prescindiendo del color, no tienen nada que envidiar á las más puras del tipo caucásico.

A esta raza privilegiada pertenecían los padres de nuestro héroe.

Vivían felices en un pueblecillo compuesto de pobres chozas rodeadas de campos de mandioca, de palmeras y de plátanos.

Un día, ¡triste día para ellos!, llegaron por el río en extrañas embarcaciones unos extranjeros de blancos rostros, que incendiaron el pueblo, asesinaron á muchos de sus habitantes, se apoderaron de los más hermosos y robustos y después de encerrarlos en la sentina de sus barcos abandonaron el país.

Alegre iba entre ellos. ¡Cuánto tiempo pasó al lado de sus padres en aquel obscuro rincón! Los veía llorar y lloraba, sin comprender casi la causa de su llanto.

Un día el buque en que iban se detuvo. Sus dueños abrieron las escotillas y los sacaron al puente; desde allí pudieron ver que estaban en una ciudad. Desembarcaron y reunidos en larga caravana empezaron una triste jornada.

Desde aquel día, caminaron muchos más á través de un país desconocido.

Cuántas veces en su larga y dolorosa peregrinación, siguiendo las ásperas sendas abiertas por las caravanas que pasaron antes, el pobre niño, impotente para dar un paso más, soltaba el dique á sus lágrimas, y su madre, viéndolo llorar, lo estrechaba entre sus brazos diciéndole:

—No llores, hijo mío; esto concluirá pronto, y la desgraciada, queriendo enjugar las lágrimas de su hijo, sólo conseguía aumentarlas con las suyas.

Y cuántas veces amargaba aquellas tiernas efusiones la voz del guardián que decía al niño con siniestra risa:

—No llores, desgraciado: aún te falta lo mejor; guarda tus lágrimas para entonces.

Tras largas jornadas, llegaron á una ciudad que les pareció inmensa. En ella pudieron descansar algunos días, regularmente alimentados. Sus amos destinábanlos al mercado de esclavos, y mala figura hubieran hecho allí con sólo la piel y los huesos.

Un día, al amanecer, lleváronlos á una extensa plaza.

Razón tenía el guardián de la caravana cuando decía al pequeño *pamú* que no llorara todavía. El, que por dichosas casualidades había ido hasta entonces con sus padres, estaba destinado á sufrir un dolor mayor que todos los sufridos.

Poco á poco habían ido llegando los mercaderes de carne humana, que en breve serían sus dueños.

Algunos de ellos se estacionaron frente al grupo de los *pamúes*, los más hermosos tipos de esclavos que había en el mercado.

Los padres de Alegre sentían congojas de muerte. ¿Serían vendidos á un solo dueño ó los separarían para venderlos á varios, que habían de llevarlos á distintos países donde jamás se volverían á ver?

Un mercader se había acercado al grupo de los tres hermosos negros; examinólos prolijamente y juntándolos á otros llamó al dueño de la caravana.

—¿Cuánto quieres?, preguntóle.

La suerte parecía propicia; á las desdichas de aquella pobre familia, no se uniría la más honda de una cruel separación.

Pero cuando el trato estaba por cerrarse, llegó otro comprador, que dirigiéndose al dueño de la caravana, dijo señalando á Alegre:

—¿Me vendes este niño? Te doy cuarenta liras.

—Es mío ya, respondió tranquilamente el primer comprador.

—¿Sí? ¿Cuánto ha dado usted por él?

El extranjero, que en realidad no había aún ajustado el precio, vaciló un momento.

—Cincuenta liras, dijo.

—Se lo compro á usted por sesenta.

El dueño de la caravana olfateó un buen negocio, y con los ojos brillantes de codicia, intervino en el diálogo.

—Esperen ustedes...; el niño es mío; no lo vendo por tan vil precio.

—¡Cómo!, protestó el primer comprador.

—Como usted lo oye; por menos de cien liras no lo doy.

Los dos contendientes vacilaron; el precio era demasiado alto. Por fin el segundo dijo, contando algunas monedas:

—Ahí van las cien liras; aparta al muchacho.

—Poco á poco; todavía no es de usted, respondió sonriendo el dueño, he dicho que no lo doy por menos de cien liras, pero no he hablado de precio alguno.

—Bien, bien; eso me gusta, murmuró el primer comprador, yo daría por él ciento diez, ni un céntimo más.

—Se quedará usted sin él, sólo á ciento cincuenta lo cedo.

—¡Ciento cincuenta!

—¡Es una enormidad!

—Ni un céntimo menos.

Siguió un rápido altercado; ambos compradores regateaban el precio, pero sus ofertas se estrellaban en la codicia del dueño.

Los padres de Alegre, con la muerte en el alma, escuchaban aquel diálogo, y aunque desconocían el idioma en que hablaban los compradores con su amo, demasiado comprendían por sus gestos de qué se trataba.

No se engañaron. El primer comprador, poco dispuesto á dar las ciento cincuenta liras por el muchacho, cedió la plaza á su adversario.

Este, que tenía verdadero interés en adquirir aquel hermoso negrillo, pagó sin regatear más.

—El chico es mío.

—Esto sí está en regla; puede llevárselo.

El comprador, riendo de gusto, tomó á Alegre por la mano y quiso arrastrarlo consigo.

—¡Madre, madre!, gritó el niño, tendiendo sus bracitos hacia su madre en demanda de protección.

El grito del niño repercutió en el corazón de sus padres, que se arrojaron sobre él para defenderlo.

La madre, como leona á quien pretenden arrancarle su cachorro, estrechó entre sus brazos á su hijo; no se lo quitarían sin hacerla antes pedazos...

Pero cuán poco valen las protestas de una madre ante la sórdida codicia de los hombres.

Los corazones nada pesan en la balanza de los mercaderes.

El látigo crujió sobre las espaldas de la esclava, y

dos ó tres árabes servidores de su amo, cayeron sobre ella arrebatándole el pequeñuelo, no sin que antes los labios de la desgraciada hubieran rozado su frente, en un último beso, su postrer adiós.

II

IL SIGNOR BERTONI

Alegre no había hecho más que cambiar de amo.

Su nuevo dueño era un italiano, director de una compañía de acróbatas ambulantes, que corría mundo dando funciones al aire libre.

Estaba compuesta de niños que hacían piruetas y de perros sabios. Alegre iba á aumentar el número de aquéllos; sería en adelante un payaso, que exhibiría sus habilidades en las plazas para divertir al público.

¡Pobre niño! En los primeros días de su nueva existencia no hacía más que llorar, ocupada su mente con el recuerdo de sus padres.

El nuevo amo nada le decía; respetaba su dolor, porque tal vez una chispa de compasión había en el alma del acróbata ambulante, ó porque la pena del muchacho estaba presupuestada en los gastos; el chico por llorar no comía...

Pero un día cansado, sin duda, de sufrirlo, le dijo rudamente:

—Muchacho, basta ya de llorar; de hoy en adelante harás lo que hacen los otros, porque si no...

Alegre no comprendía el idioma del señor director; pero por sus gestos entendió lo substancial de sus órdenes, y amedrentado secó su llanto.

Entró de lleno en su nueva existencia; tuvo que aprender á hacer gracias.

Un payaso que llora de veras, no es un payaso decente.

Pusiéronle un vestido de colores, como convenía á un saltimbanqui; diéronle un nombre, llamáronle Gracioso y señaláronle un papel en las representaciones.

Bien pronto adaptóse á aquella existencia accidentada y nómada, á que le condenaba su fortuna. Vagaban por los campos, trasladándose de ciudad á ciudad en un inmenso carromato que les servía de dormitorio.

De día marchaban á pie detrás del carro, en el que sólo podía ir como cochero *il signor* Bertoni, este era el nombre del digno director de la Compañía. De noche dormían al raso si hacía buen tiempo, y si no, procuraban acomodarse como Dios les daba á entender los cuatro niños acróbatas y los cuatro perros sabios, en el reducido espacio que en el carromato les dejaban los efectos del teatro ambulante y la cama del director.

Su ración de comida, no muy abundante por cierto, tenían que repartirla con el perro que *il signor* Bertoni les había encomendado, porque cada uno de los chicos cuidaba de uno de los cuatro canes de la Compañía.

El bondadoso director era equitativo: tenía algunos principios socialistas y los aplicaba en el terreno de su jurisdicción; los cuatro perros eran para él iguales á los cuatro niños, puesto que trabajaban lo mismo; nada más justo.

A Alegre habíanle entregado un hermoso mastín de San Bernardo, de largas y sedosas lanas. El director, como hombre instruído en historia, había inmortalizado en los perros el nombre de algunos de sus héroes favoritos; el de Alegre, de origen suizo, tenía uno que le cuadraba á las mil maravillas: llamábase Tell.

Tell con el tiempo llegó á ser el mejor amigo de Alegre; éste lo había cuidado desde cachorrito y el perro no reconocía otro amo. El negrillo, que no podía hacer buenas migas con sus otros compañeros, tres chicos blancos, hubo de concentrar todas sus afecciones en su hermoso perro, el único ser que en la Compañía le amaba...

¡Cuántas veces el pobre niño, huyendo de sus compañeros que lo maltrataban y de su amo que le reñía, iba á buscar consuelo en el cariño del perro! ¡Cuántas veces las sedosas lanas de Tell enjugaron las amargas lágrimas de Alegre!

Cuando la Compañía llegaba á alguna población algo importante, se procuraba un local apropiado, ya en una barraca, ya en una plaza, y daba funciones, á las que el público podía asistir mediante un módico precio de entrada.

Pronto el negrillo, más gracioso y más inteligente que sus compañeros, se distinguió entre ellos.

El director llegó hasta decirle, acariciando sus rizados cabellos:

—Llegarás á ser un buen cómico, hijo mío.

¡Un cómico! ¡Pobre Alegre! Cuando oía esto, sentía algo en el fondo de su pecho, una ola amarga que subía, subía á su garganta y se escapaba en un ahogado sollozo ó en una lágrima furtiva. Si hubiera tenido algunos años más, se habría dado cuenta de aquellos fenómenos psicológicos; pero era tan niño..., sentía ansias de llorar cuando estaba solo, y lloraba sin saber por qué.

Así corrieron varios años.

El carácter de Alegre cambió. No fué ya el negrillo que se dejaba maltratar por sus compañeros y se escondía para llorar. No, Alegre no lloraba más; tenía diez años y unos buenos puños, que le servían para defender su autonomía.

Los grandes dolores no echan raíces en los corazones infantiles.

El antiguo negrillo, siempre triste, siempre con un sollozo pronto á levantar su pecho, siempre con una lágrima temblando en sus párpados, había cedido el puesto al muchacho juguetón, vigoroso, alegre; porque el negrillo era alegre como una mañana de primavera.

Y esto era lo justo. ¿Por qué había de estar triste? Ya no recordaba la tragedia de su infancia.

Sus padres... estaban tan lejos, tan lejos, que su recuerdo casi se perdía en las brumas que rodeaban su pasado... Y sin embargo, cuando pensaba en ellos Alegre se entristecía.

Su hogar... ¿Cuándo había conocido un hogar? La pobre choza de techo de palmas rodeada de plantaciones de mandioca, apenas si despertaba en sus recuerdos la impresión de un sueño olvidado, que nunca se puede reconstruir.

Su patria... ¿Qué sabía el pobre niño lo que es una patria? Para él todo el mundo era suyo; él no era extranjero en ninguna parte; sólo amaba la libertad.

Por eso alguna vez, al verse solo, lejos de su amo, soñó en ser libre para siempre, en abandonar la Compañía, huir para ganarse la vida de otro modo... Pero eran sólo sueños; él lo comprendía, conocía á su amo; sabía que si se escapaba la policía lo buscaría, y tarde ó temprano caería otra vez en poder del odiado cómico, y entonces pobre de él...

Cuando estos sueños de libertad le asaltaban, Alegre sacudía la cabeza.

—Otra vez, más tarde..., se decía.

El que había cambiado de veras en aquellos años era el director.

Se iba volviendo viejo; sus fuerzas y su salud le abandonaban y con ellas gran parte de sus habilidades. Su voz, su hermosa voz de barítono de que antes se mostraba tan ufano, se había cascado y daba siempre falsete.

La «Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios» iba disolviéndose como un terrón de azúcar en el agua.

Un día *il signor* Bertoni, después de una noche agitada, que había pasado en rumiar cierto proyecto, levantóse al amanecer y tomó el camino de Nápoles, á cuyas cercanías habían llegado.

—Si en Italia, decíase, mi negocio no marcha porque me hacen la competencia otras Compañías, igual cosa sucederá en Francia y en Inglaterra y en cualquiera otra nación europea. Otro gallo me cantaría en una nación nueva; no habría competencia; el público acudiría á mi teatro y mi bolsa se llenaría.

¿Pero qué país sería ese? El nombre de América flotaba ante la imaginación de Bertoni como el de un país encantado.

Una vez en el puerto, buscó un buque que partiera para América. Halló varios: algunos transatlánticos, recomendables por la regularidad de su servicio, eran caros; otros, buques de vela, no aceptaban pasajeros sino por rara excepción.

Pero después de mucho preguntar y de recorrer la rada entera, dió con el capitán de un velero, listo para zarpar.

—¿Cuatro chicos y cuatro perros?, masculló el marino. ¿Y usted? ¡Mucha gente es esa!

—Se acomodan donde quieran; no son delicados; ya ve usted, cómicos ambulantes, acostumbrados á dormir al raso...

—Sí, sí; pero siempre queda pendiente la cuestión del alimento. ¡Supongo que no pretende usted sujetarlos á una dieta forzosa!

El capitán suponía mal; precisamente era lo que pretendía el dignísimo director; no sería la primera vez que negociara sobre el estómago de sus discípulos. A la insinuación del marino, respondió con indiferencia:

—¿Y por qué no?

—¡Hombre!, exclamó el otro asombrado, ¡tiene usted unos discípulos muy baratos!

—Ya le he dicho que no son delicados.

—Sí, voy viéndolo; no son delicados...

—Y siendo así, ¿cuánto pide usted por el transporte de mi Compañía?

—Pero yo no me comprometo á entregarla viva en tales condiciones.

—Eso corre de mi cuenta.

—Bueno, es usted un hombre de recursos; la cuestión presenta así otro cariz. Serían... pues..., ¿cuatro chicos, cuatro perros y el director, no?.. Sin darles más que el aire del mar y el puente de mi buque, ¿eh?..

—Sí, sí.

—Serían, serían á lo sumo, casi nada, doscientas liras, ¿estamos?

Il signor Bertoni casi había caído de espaldas.

—¡Doscientas liras! ¡Es una enormidad!

El capitán lo miró terriblemente.

—¿Qué? ¿le parece á usted mucho? Pues le juro á usted por la arboladura de mi barco, que si al soltar las amarras no están las doscientas liras en mi bolsillo, me largo sin esperar á usted ni á su Compañía, que poca gracia me hacen tales sabandijas á bordo.

Y al decir esto, giró sobre sus talones, y haciendo crujir las tablas del puente con los tacos de sus botas, se marchó, dejando estupefacto al director de la Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Bertoni comprendió que de aquel lobo no había que esperar una rebaja. No había vuelta de hoja; para marchar á América necesitaba doscientas liras, porque en ningún otro barco querían hacerse cargo de la malhadada compañía.

—¿Cómo conseguirlas? *¡Ecco il problema!*

El director, si bien no era hombre de dinero, era hombre de recursos, como había dicho el capitán. Regresó á su covacha con el firme propósito de procurarse las doscientas liras antes de la partida del barco, enjaezó sus viejos caballos, cargólos con todo el ajuar de su arruinado teatro y tomó el camino de la ciudad.

El día entero anduvo á la pesca de compradores, y al fin de la jornada, después de haberlo cedido todo á algunos empresarios de circos ambulantes, pudo contar en su bolsa algo más de trescientas liras.

III

EL BAUTISMO DEL NEGRILLO

Dos días después, el bergantín *Santa Ana*, de ochocientas toneladas, cargado con vinos y aceites, soltaba sus amarras haciéndose á la vela para Buenos Aires.

A bordo, instalada en el puente, iba la Compañía de acróbatas ambulantes y perros sabios.

Ni los muchachos, ni los perros, como había dicho el director, eran delicados, y á proa, entre algunos fardos que no habían hallado cabida en la sentina, encontraron albergue suficiente. Por fortuna para ellos la temperatura era templada; principiaba el otoño, y en aquella latitud los días aún son cálidos y las noches tibias y agradables.

Alegre, al poner los pies sobre el puente, creyóse transportado á un palacio. ¡Qué hermoso había sido un buque! Nunca pudo ver uno sino de lejos, y ahora que en el colmo de sus ambiciones, no solamente lo veía, sino que lo palpaba, que navegaba en él, creíase feliz del todo.

Pero ese viaje á bordo recordábale otro á bordo también que hiciera muchos años atrás, muchos, tantos, que él debía de ser muy pequeño, en el fondo de un agujero infecto, sin aire, sin luz, entre una multitud de hombres negros.

¡Qué triste recuerdo! Alegre no quería pensar más en eso; quizás no había sido más que una horrible pesadilla.

El *Santa Ana* valía infinitamente más con su cubierta caldeada por los rayos del sol y refrescada por las brisas del mar; prefería viajar al aire libre, sin más techo que la bóveda del cielo, que ir metido en un camaranchón obscuro.

—¡Qué hermoso es el *Santa Ana!*, exclamó, no pudiendo guardar por más tiempo su entusiasmo.

—Hermoso, ¿eh? ¿Te gusta?, preguntóle un viejo marinero que hacía un rato lo observaba.

—¡Ya lo creo! Me gustaría vivir siempre á bordo. ¡Qué lindo es ser marinero!

El viejo sacudió la cabeza sonriendo.

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

—¿Yo?, preguntó Alegre, abriendo tamaños ojos. Nunca se le había ocurrido que podía tener un nombre; en la Compañía le llamaban Gracioso, pero ese no era su nombre, ese era el nombre de un payaso, y lo que aquel buen marinero quería saber era el suyo, ¡su nombre! ¿Lo sabía él acaso?

—Sí, tú, ¿cómo te llamas?

—Yo no me llamo de ningún modo, respondió Alegre, triste y avergonzado.

—Vaya, niño mío, díjole el viejo, que empezaba á comprender algo de lo que el niño no podía decirle.

No te apenes por eso; dime, ¿te agradaría visitar el barco?

—¡Oh, sí, muchísimo!

—Bueno, yo te lo mostraré.

Y tomando al niño por la mano, condújole á popa; desde allí comenzarían á recorrer el bergantín hasta que Alegre se lo supiera de memoria.

La ingenuidad del chico había cautivado el corazón del lobo de mar. Lo que ninguno de los otros muchachos blancos de la Compañía consiguiera, lo alcanzaba aquel negrillo tan hermoso, tan dulce, tan simpático, que ni aun sabía su nombre... ¡Pobre niño! El viejo marinero adivinaba en ese detalle toda una historia; bien conocía lo que son esos acróbatas ambulantes, esos exhibidores de niños pruebistas y de perros sabios, y apostaría una oreja, ¡tifones!, á que *il signor* Bertoni, esa buena pieza que por ahorrar unas cuantas liras alojaba á sus chicos en el puente, mientras él se procuraba un camarote, era de los peores, ¡tifones, sí lo era! No una oreja, las dos apostaría, seguro de ganar; ¡uf!, le daba asco aquel payaso violinista amaestrador de perros...

El negrillo estaba en el colmo de su dicha. El buen marinero, á quien saludaba con respeto la tripulación (¿por qué sería?) y que con tanto cariño lo llevaba de la mano á visitar el buque palo por palo, había se fijado en Tell, que le seguía humildemente á todas partes.

—¿Es tuyo este perro?, le había preguntado.

—Sí, señor, es mío.

—¿Cómo se llama?

—Tell, respondió el muchacho, acariciando la noble cabeza del perro.

—¡Tell, Tell, ven aquí!, exclamó el marinero.

Y Tell, obediente y cariñoso, saltó hacia él dando gruñidos de satisfacción.

—¡Hermoso animal!, decía hundiendo sus gruesas manos en las suaves y espesas lanas del perro.

Y añadió mirando al muchacho:

—Es tan bueno como tú, ¿verdad, *ragazzo mio?*

Alegre hubiera enrojecido de placer y de vergüenza si á través de su obscura piel se hubiera podido ver el carmín de su sangre; pero entornando sus bellos ojos, como hacía siempre que algo hería simpáticamente las fibras de su alma, respondió estrechando las manos del marino:

—¡Usted sí que es bueno!

—¡Pobre niño!, exclamó el viejo enternecido.

Y agachándose, rozó con sus labios su tersa frente.

Alegre sintió un estremecimiento; una lágrima furtiva tembló en sus párpados; aquel beso despertaba en su memoria la impresión del último que le diera su madre, ¿cuánto tiempo hacía?, era el primero que le daban después de aquél.

El sol se hundía en el ocaso, y sus postreros rayos chispeaban enhebrándose en las azules olas del Mediterráneo. El *Santa Ana*, con sus velas, que crujían hinchadas por una fresca brisa del Noroeste, volaba sobre el mar como un ave inmensa de anchas alas, dividiendo con su quilla la rizada superficie de las ondas.

El negrillo, sentado á popa, mientras su amigo en la rueda del timón dirigía la marcha del buque, miraba el hermoso cuadro del sol poniente.

—¡Qué hermosa tarde!, exclamó entusiasmado.

—Muy hermosa, en verdad, respondió el marino. Ven acá, acércate, hijo mío; dime, ¿te gustan los cuentos?

—¿Y qué son cuentos?, preguntó cándidamente el chico.

—¿No lo sabes? ¿Nunca te han contado ninguno?

—No, nunca.

—¿Y tu madre?...

El marino se mordió la lengua antes de acabar la frase; quizás había dicho demasiado.

Sí, en efecto, había dicho más de lo que convenía. Miró al muchacho y vió toda su alegría desvanecida, su sonrisa nublada, y sus ojos humedecidos por unas lágrimas que pugnaban por esconderse. Alegre, á aquella súbita evocación de su pasado, estaba á punto de llorar.

—Pobrecillo, no llores, ven, hijo mío, exclamó el viejo, soltando la rueda del timón y tomando entre sus manos la cabeza del niño, yo te contaré un cuento, siéntate á mi lado.



De día marchaban á pie detrás del carro

En ese momento, el buque, sin el apoyo del timón, torcióse sobre las olas y dió un fuerte barquinazo.

—¡Eh, que te caes!, exclamó el marinero enderezándolo con una vuelta de la rueda, mientras el muchacho, poco avezado á guardar el equilibrio ante aquellas sorpresas del mar, rodaba por el puente. ¿Te has hecho daño?

—¡Oh, no!, respondió riendo á carcajadas.

—¡Así me gusta verte! Alegre, siempre alegre; ¿y sabes?, tú debes tener un nombre: ¿quieres llamarte Alegre desde ahora?; ¿eh?, ¿qué te parece?, ¿te gusta?

—¡Sí, sí!, me llamaré Alegre, es un lindo nombre.

—Y te queda muy bien, porque tú eres alegre como las golondrinas cuando cruzan la mar, rozando con sus alitas la espuma de las olas; alegre como las gaviotas, como los delfines, y alegre como la mar cuando se sacude las pulgas.

—¿Qué, la mar tiene pulgas?

—No, hijo mío, no; es una manera de decir cuando está alborotada; ¿quieres que te cuente un cuento?

—Pero es que yo no sé lo que son cuentos.

—No importa, ya lo verás, di si quieres.

—¿Cómo no? Cuénteme usted uno, lindo ¿eh?

—Sí, muy lindo; escucha.

EL HIJO DEL CAPITÁN

Era á principios del siglo XIX, en una hermosa tarde del mes de abril.

El sol se hundía en el ocaso, y después de un sofocante día de calor se anunciaba una espléndida noche.

El mar hervía rizado por una suave brisa de SE. y herido por los rayos del sol poniente, semejaba una lámina inmensa de plata labrada.

Hubiera estado completamente desierto, si en aquel instante no lo cruzara un hermoso bergantín goleta de dos gavias que á velas desplegadas huía de los peligrosos archipiélagos griegos en busca de las verdes costas de Sicilia.

Sus estrechas bandas, su fina y levantada proa y su airosa arboladura mostraban en él un velero de primera clase, que con buen viento y desplegado todo su velamen, podía hacer cómodamente sus doce nudos por hora.

En su cuadro de popa leíase en doradas letras un nombre: *Palermo*. Podía suponerse, pues, que era un navío siciliano.

Y en efecto, su dueño y capitán Giovanni Raffadali había nacido en Catania, una de las más bellas é importantes ciudades sicilianas.

Era por entonces un hombre de cuarenta años, en el apogeo de su robustez y de sus fuerzas.

Gracias al *Palermo* y á un activo comercio que mantenía personalmente con las escalas del Levante, había logrado reunir las riquezas suficientes para comprar una hermosa quinta á orillas del mar que tanto amaba, en la que vivía su esposa y en la que había vivido hasta los doce años su único hijo.

Llamábase Enrique, y era un hermoso muchacho de obscuros ojos y negros cabellos y de tez un tanto bronceada, como conviene á un hijo de Catania.

Amaba el mar como su padre y lo temía sin conocerlo, porque Enrique, á pesar de sus doce años, jamás había pisado el puente de un barco en alta mar.

Su padre quería hacer de él un digno sucesor suyo, pero esperaba que cumpliera sus doce años para darle el bautismo de agua salada y hacerle admirar las sublimes grandezas de aquel padre común de los habitantes de las costas.

Mientras tanto, podía jugar con la barca de un viejo pescador amigo, eso sí, en tierra firme; y una que otra vez salir en ella, cuando el tiempo estaba muy hermoso y seguro, á dar un paseito por la costa.

—Mira, muchacho, solía decirle el pescador sentado á popa con la caña del timón en la mano, empuña los remos y ayuda un poco al viento; no es bueno dejarlo que trabaje solo.

Y Enrique empuñaba los remos y sudaba haciendo esfuerzos para ayudar al viento, consiguiendo en realidad desarrollar sus fuerzas en el rudo aprendizaje de marino.

Pero aquellos paseos no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. ¡Qué no hubiera dado por cumplir cuanto antes los doce años, para largarse al mar á bordo del bergantín goleta de su padre!

Este era su sueño dorado, y cuando su cabeza reposaba en la almohada y su espíritu vagaba en lejanos países, sólo veía barcos, islas y mares infinitos y hasta piratas con quienes combatía y á quienes, por supuesto, vencía.

Porque en aquellos tiempos de incesantes guerras, el corso era un negocio que explotaban en competencia los piratas griegos, turcos y argelinos, de que estaban infestados los mares.

Llegó por fin el día en que Enrique cumplió doce años. Seguro de que su padre, á la sazón en viaje, no le iba á engañar, corrió al puerto á ver si había llegado el *Palermo*.

Sí, allí estaba balanceándose sobre las olas, anclado desde la víspera; el capitán Raffadali venía expresamente á cumplir la promesa hecha á su hijo. Este vió desde el muelle los preparativos de desembarque; un bote se desprendió de la banda de estribor y á poco el muchacho caía en brazos de su padre.

—Amiguito, díjole éste, conque hoy te embarcas, ¿eh?

El niño no podía responder; aquello era demasiado hermoso para creído. ¡Embarcarse! ¡Su sueño dorado! Hacía tiempo que aguardaba ese dichoso instante, y ahora que llegaba apenas podía creer que no fuera un sueño.

Al día siguiente, después de haberse despedido de su madre, que se quedaba en tierra rogando por su esposo y por su hijo, Enrique, desde el barco, sintió el áspero chirrido de la cadena del ancla al sentirse arrastrada por el cabrestante, y el sordo crujir de la lona acariciada por la brisa, y después el estremecimiento de las maderas del bergantín, que se ponía en marcha.

(Se continuará.)

Cuando apareció el primer cinematógrafo, no hubo quien no predijera un grande éxito á esa nueva aplicación de la fotografía; pero no creemos que hasta los que más fe tuvieron en su porvenir, pudiesen suponer el gran desarrollo que ha alcanzado hoy en día, y para dar idea del cual bastará decir que sólo en París, en tres casas especialmente establecidas para esto, se producen actualmente cerca de *cien mil*



Fig. 1. Enrollamiento de una película en su marco

metros de película positiva cada día. Cierto que París es el principal centro de producción, pero la producción de los países extranjeros no es despreciable. Y esta abundancia se explica teniendo en cuenta que no hay población de mediana importancia que no tenga uno ó varios cinematógrafos permanentes; que durante todo el año se exhiben temporalmente, con motivo de las ferias, hasta en los más insignificantes pueblos; que la publicidad se apodera de ellos para llamar la atención sobre los productos que se encarga de alabar, y que es indispensable una continua renovación de asuntos á fin de satisfacer al espectador y entretenerle durante una ó dos horas.

Y aquí se ofrece una pregunta: ¿en dónde encontrar siempre asuntos nuevos? Como en el teatro, se necesitan obras nuevas, y de aquí que el fabricante de películas cinematográficas sea un verdadero director de teatro, á quien se ofrecen espectáculos escenográficos y hasta manuscritos, y que escoge lo que le conviene, monta la obra y paga derechos de autor. Del mismo modo que algunos artistas han ganado mucho más cantando para el fonógrafo que si hubiesen cantado en el teatro, hay autores y actores para quienes el teatro habría sido sin duda ingrato y que se ganan muy bien la vida en el cinematógrafo; varios de ellos están contratados por un año y no trabajan más que para una sola casa.

Y más vale que sea así, porque se trata de una clase de trabajo especialísimo, que se diferencia del teatro ordinario en que si bien los ensayos se han de efectuar con cuidado para llegar á una ejecución irreprochable, la obra no se representa más que una sola vez y hay que ponerse inmediatamente á estudiar otra. Y si bien es verdad que no hace falta la memoria de las palabras, en cambio es necesaria la del gesto. También para el director resulta el género distinto, pues no ha de buscar en el decorado ni en los trajes los efectos de los colores, ya que en este punto la fotografía sólo le causaría decepciones, reproduciendo en negro los rojos más vivos y en blanco los azules más celestes. Por esto se escogen decoraciones y trajes de tonos neutros, á reserva de hacer pintar luego la película á capricho; de esto hablaremos más adelante.

El teatro ha de estar provisto de la misma maquinaria escenográfica que los ordinarios, á fin de perder el menos tiempo posible en la colocación del decorado; pero así como en los escenarios comunes reina la obscuridad y se emplea sólo la luz artificial, los escenarios cinematográficos han de estar á plena luz y construídos, por ende, con claraboyas, como se ve en la figura 4, que es la reproducción de una fotografía de la instalación de la casa Gaumont, de París. El bastidor que hay en el centro del grabado, hacia la derecha, sostiene potentes lámparas eléctricas que suplen la luz solar en los días lluviosos.

Aparte de las escenas ejecutadas en el taller, hay las que se desarrollan al aire libre (fig. 2) y que se toman con ventaja en el campo, buscando el sitio que mejor convenga á la acción que haya de representarse. Algunos episodios de la guerra ruso-japonesa se desarrollaron en los fosos de las fortificaciones de París y otros en terrenos yermos cercanos á éstas ó en el accidentado parque de las Buttes Chaumont. Para ciertas escenas de la Pasión de Jesucristo, la casa Gaumont llevó 130 figurantes y 25 caballos con armas y bagajes, durante varios días, al bosque de Fontainebleau. A veces hay que ir mucho más lejos para encontrar el sitio á propósito; pero muy á menudo se opera en las inmediaciones del taller.

Hace poco, pasábamos por una calle, de ordinario muy tranquila, de Vincennes, y vimos un gran grupo de gente; de pronto, un obrero, desde lo alto de una escalera, arrojaba á un gendarme sobre la muchedumbre... Se trataba de la confección de una película cinematográfica ejecutada por la casa Pathé, que tiene allí cerca unos talleres importantes, y el gendarme era simplemente un maniquí.

Hablemos ahora de las películas con trampa, por decirlo así. Aparte de los verdaderos espectáculos de comedia de magia, para los cuales es una especialidad M. Melies, hay las películas que representan accidentes reales. Si un ómnibus ha de derribar un andamio en donde trabajan varios obreros, colócanse en el andamio algunos clowns, que saben caer sin hacerse daño, y se opera de acuerdo con el cochero del ómnibus, que choca con aquél suavemente. Si se trata de una locomotora que vuelca un carruaje, se procede del mismo modo en una vía de poco tráfico y después de ponerse de acuerdo con los agentes de la compañía del ferrocarril. Todo esto se ejecuta con personal escogido y con mucha calma; pero el cinematógrafo tendrá buen cuidado de maniobrar, lo mismo en la toma del negativo que en la proyección en la tela, de manera que dé la impresión de un acto que se desarrolla muy de prisa: todo es cuestión de más ó menos vueltas de manubrio por segundo.

Fig. 2. – Impresión en una película cinematográfica de una escena al aire libre

Si se trata de accidentes inverosímiles, hay que recurrir á un artificio. Tenemos, por ejemplo, un globo aerostático cuya áncora agarra distintos objetos para luego dejarlos caer desde alto; primeramente se tomará la película de un globo que se eleva dejando colgar el áncora; después, en una calle de poco tránsito, se situarán sobre los tejados de casas fronteras algunos hombres vigorosos que sostendrán los dos extremos de una cuerda, de cuyo centro penda el cable con el áncora y se dispondrá el cinematógrafo de modo que las imágenes sólo abarquen la parte vertical del cable y del áncora, y paseando ésta en el espacio de algunos metros, se hará que agarre todo lo que se quiera y que luego lo vaya soltando. Hecho todo esto, se unen cuidadosamente las películas por sus extremos, y de un negativo cuya ejecución ha exigido varios días, se obtiene un positivo que, proyectado en la tela, causa la impresión de un suceso que dura algunos minutos. La facilidad de cortar y pegar las películas permite lograr efectos de aparición y substitución que con frecuencia se utilizan para las escenas cómicas ó fantásticas. En cuanto á las verdaderas magias, generalmente hay que ejecutarlas por los medios ordinarios del teatro: escotillones, hilos invisibles, fondos negros, etc.; por esto, como hemos dicho, tiene M. Melies, director del teatro Roberto-Houdin, la especialidad de esa clase de películas, algunas de las cuales son obras maestras de imaginación y de ejecución.

Finalmente, el editor de películas cinematográficas ha de preocuparse también de la actualidad, y en su consecuencia, ha de estar al corriente de todos los



Fig. 3. – Desarrollo de una película

sucesos interesantes y ha de procurarse el mejor sitio para presenciarlo y á veces hasta tendrá que construir andamiajes especiales. No vacilará tampoco en enviar operadores á todos los países, incluso para seguir operaciones militares, en cual caso el puesto no dejará de ser á veces peligroso. Por todas estas circunstancias, se comprende que, en general, la ejecución del negativo de la película cinematográfica cueste muy cara; los negativos de 4 ó 5.000 francos no son raros y algunos han costado hasta 20 y 30.000. La Pasión de Jesucristo, que antes mencionamos, costó unos 20.000. La película positiva tiene una longitud de 660 metros y contiene 33.000 imágenes que tardan 20 minutos en desfilar por la tela. Y hay otras más largas todavía.

Para obtener 100 metros de negativo utilizable hay que gastar 2 ó 300 de película, pues necesariamente se estropea una gran parte de ésta. El operador que quiere conseguir una ejecución perfecta, repetirá tres ó cuatro veces el mismo movimiento; además, cuando todo está terminado y se hace pasar la película por la linterna, se ve que hay trozos lentos y entonces se cortan largas series de imágenes para formar el negativo definitivo; pero si éste sale bien y resulta interesante, producirá millares de kilómetros de película positiva, habiendo habido algunos de los que se ha hecho una tirada continua durante semanas. Esta tirada se hace mecánicamente, por supuesto.

Digamos ahora algo de la parte material de la ejecución. La primera materia, película de celuloide cubierta de emulsión al gelatino-bromuro para los negativos y al gelatino-cloruro para los positivos, sólo dos casas la fabrican para todo el mundo: la de Eastmann y la de Lumiere. Esas películas se entregan sin perforar, pues si bien la dimensión de las imágenes es la misma para todos los sistemas, el procedimiento de arrastre varía según los aparatos, siendo distintas las disposiciones adoptadas para los agujeros que llevan las películas. Éstas pasan, pues, primeramente por perforadoras, instaladas en sitio obscuro y especialmente estudiadas para cada cinematógrafo, y luego se ponen en carretes y se almacenan con indicaciones relativas á la longitud y al género de perforación.

Una vez impresionadas, pasan las películas al taller de desarrollo, que comprende varias salas en donde no penetra la luz del día y en donde varios obreros trabajan simultáneamente en multitud de tinas colocadas unas al lado de otras. El procedimiento más generalmente seguido para la manipulación de las películas consiste en enrollarlas en un marco de madera (fig. 1), que se maneja como una placa, y en sumergirlas en tinas (fig. 3) que contienen el revelador, retirándolas de cuando en cuando para vigilar, por medio de una linterna encarnada, la aparición de la imagen. Las operaciones de lavado y fijación se efectúan siempre con ese marco, del que no se sacan las películas hasta que están enteramente secas; entonces se enrollan y pasan á la comprobación y al ajuste. Cuando el negativo está constituído por la soldadura de las diferentes partes de película, tomadas del modo que dejamos explicado, pasa al taller de retoque, en donde algunas obreras, dotadas de excelente vista, examinan las imágenes una por una y con un pincel minúsculo tapan los agujeritos que puede haber en ellas. Después de esto, el negativo es enrollado y puesto en una caja para pasar al taller de tirada. La impresión de las películas positivas se hace por contacto, pasando la película negativa al mismo tiempo que la película sensible al gelatino cloruro, por un aparato parecido á un cinematógrafo ordinario, delante del cual hay una lámpara de incandescencia. El desarrollo, la fijación y el viraje, si procede, se efectúan por medio de marcos y tinas como para los negativos, pero en locales menos obscuros, pues las emulsiones para positivos son menos sensibles á la luz. El positivo, cuando está seco, pasa también por el taller de retoque, y algunos son no sólo retocados, sino también pintados. ¡Parece mentira que cada una de las 30.000 imágenes que con tienen ciertas películas haya sido pintada á mano! Y sin embargo, es así. Este trabajo lo ejecutan generalmente mujeres, dividiéndolo hasta lo infinito y haciendo cada una siempre el mismo: una pinta las caras, otra las partes azules, otra las encarnadas, etc. En la actualidad, se ha facilitado la operación ejecutándola con patrón, como en los periódicos de modas, en las postales, etc., para lo cual se sacrifican varios positivos, recortando en uno todas las caras, las manos, en una palabra, todas las carnes; de este modo, la obrera no hace más que aplicar el patrón á la película que ha de pintarse y pasar por encima uniformemente un pincel con color de carne. Lo propio se hace con los vestidos, los árboles, etc. Para una sola película se necesitan á veces cuatro ó cinco patrones y el trabajo más delicado consiste en recortarlos; pero hecho esto, se comprende cuán simplificada queda la operación y con cuánta rapidez se practica. Seguramente esa labor podrá hacerse algún día con máquina, lo que permitirá rebajar considerablemente el coste de las películas pintadas, que ahora es de unos dos francos el metro, al paso que el de las ordinarias oscila entre 1 y 1'25.

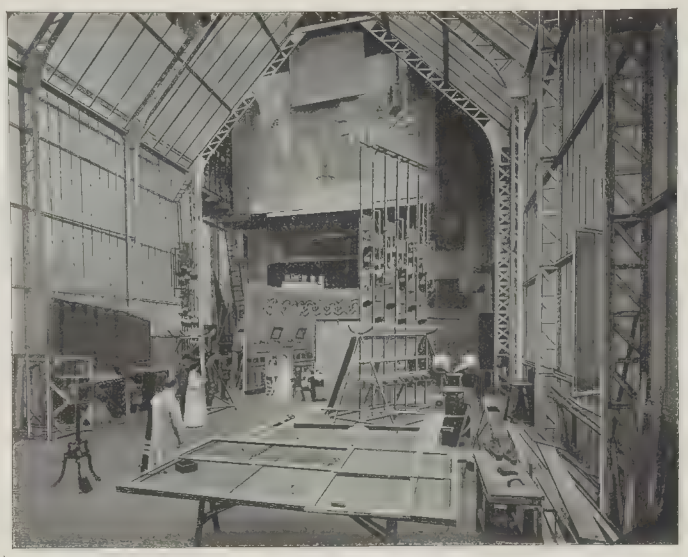


Fig. 4. – Teatro de cristales de la casa Gaumont, de París. Impresión en una película cinematográfica de una escena de interior

Aplicando estos precios al número de metros que antes hemos indicado, se verá la cifra importante que alcanza el negocio de esa industria, de la que viven gran número de personas y que, hasta el presente, tiene su principal centro en Francia.

G. MARESCHAL.



La cocina



El comedor

París.—El Calentador de mediodía de la calle de Saint Honoré. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

París no es sólo la gran ciudad que se divierte, el emporio del placer y del lujo, la hermosa y rica metrópoli que se preocupa de atraer y cautivar á los potentados de todo el mundo, brindándoles lo que en ninguna otra capital encontrarían; es, además, una de las capitales en donde mejor organizada se halla la beneficencia, en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, aparte de la asistencia pública, abundantemente dotada por el Estado y por el municipio, son innumerables las instituciones privadas que ejercen la caridad en sus múltiples formas, atendiendo no solamente á las necesidades de la miseria que se remedia ó alivia con asilos, hospitales y limosnas, sino además á las de otras gentes de condición humilde, que, sin vivir en la indigencia, tienen que hacer grandes esfuerzos para con su modesto jornal proveer á su subsistencia.

Una de esas instituciones es la de los *rechauds*, escalfadores, por decirlo así, establecimientos en donde por diez céntimos pueden las modistillas calentar la comida que se han llevado de sus casas por la mañana, al marchar al obrador, y hacer su refacción en agradable compañía y en limpias mesas dispuestas en amplios y cómodos locales.

Si se tienen en cuenta el gran número de jóvenes que en París ejercen el oficio de modista y las largas distancias que separan los barrios del centro de la población, en donde los talleres están situados, de los barrios extremos en donde aquéllas habitan, se comprenderá la utilidad de esa institución que, por una cantidad insignificante, proporciona á toda una clase social comodidades y ventajas higiénicas de que sin ella se vería privada.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 13 de enero de 1908 — Núm. 1.359



ANDALUZA, cuadro de Francisco de Goya



CRÓNICAS FUGACES

DE NAVIDAD Á REYES

Pudo creerse algún tiempo que el primer resultado de la asombrosa actividad científica á que asistimos, consistiría en desterrar del mundo, para siempre, á esa divina hechicera que llamamos Ilusión ó Poesía, entronizando en su lugar á la Exactitud. Ciertos «espíritus fuertes», tomando lo peor del positivismo, se refocilaban profetizando el advenimiento de una época implacable contra toda superstición, contra todo ensueño, contra toda interpretación imaginativa del augusto misterio que rueda, en lo alto, sobre nuestras cabezas. A título de progreso y modernidad anunciaban una era de rigor matemático, en la cual cada cosa tendría su expresión fija y nada quedaría flotando en las penumbras é indecisiones de lo ignorado ó de lo incognoscible. Parecía que iba á sobrevenir una edad ó civilización de prosaismo absoluto, sin más poetas ni sacerdotes que los «sacerdotes de la ciencia,» irreconciliable con el sentimiento de lo maravilloso y sobrenatural, regida por ingenieros y catedráticos de la sección de Exactas, físicas y naturales, del respectivo Instituto, con arreglo á una pedagogía seca, inflexible, capaz de formar una niñez racionalista y técnica que, al pedir su merienda por las tardes, lo hiciese en términos de completa precisión: «Un panecillo elipsoidal y un paralelepípedo rectángulo de queso...»

Cual fuese el porvenir del arte, dentro de semejante concepción, no hay que decirlo. La forma métrica, la poesía y aun toda la literatura, estaban destinadas á desaparecer. Para aquellos reformadores pseudo-científicos, amamantados á los pechos de Cabanís ó de Draper, el arte no venía á ser más que conseja despreciable y como una supervivencia del goticismo. De gran predicamento gozaba entonces cierta anécdota que solía ser citada muy á menudo. Tratábase de aquel matemático que, después de la representación de un drama famoso á la cual asistiera por sugestión de sus amigos, preguntó fastidiado: «Bien, ¿y esto qué prueba?» Seguramente el lector que se acerque á los cuarenta años conservará alguna reminiscencia personal de semejante período y recordará aquella ideología estrecha, engendrada en las escuelas politécnicas y en las salas de disección, bajo cuya influencia pudo escribir Bartrina todo lo del saco lacrimal, de las proporciones entre la albumina y la fibrina y demás lindezas que tanto solían conmover á los materialistas de antaño.

Ello está, por fortuna, muy lejos de nosotros. A medida que la gran ciencia, que la alta investigación —no esa otra ciencia de manual y formulario de bolsillo— avanza sobre lo ignoto y descubre más sorprendentes y maravillosos principios, ábrense también á los ojos del espíritu más vastas é inmensas perspectivas del *ignorabimus* eterno. No. Cada día es menos prosaica la ciencia. Ese prosaismo era, en el fondo, falta de un verdadero sentido científico, estrechez de alma, materialización y grosería de la inteligencia. En la misma esfera de la ciencia recreativa y novelesca se ha pasado desde los maquinistas, exploradores y mineros de Julio Verne al mundo fantástico y trascendente de Wells. Aquella ráfaga de materialismo glacial, no ha conseguido marchitar la lozanía del mundo ni despojar á la humanidad de sus flores perennes de ilusión y encanto poético. ¿Qué serían para el matemático del cuento, qué probarían al árido espectador del drama de Shakespeare esas fechas que acaban de conmemorar todos los hogares como las conmemoran hace bastante más de diez siglos?

¡Navidad, Reyes! Tienen estos nombres y estas fechas un poder de evocación extraordinario y se diría que á su influjo una corriente vibratoria conmueve, sobre el viejo planeta, el corazón de la humanidad. Una divina historia, que es al mismo tiempo un divino poema, descendió á nuestro mundo, sublime en su sencillez, en su pobreza, en su ternura. Torrentes de soberana consolación, cataratas de luz magnífica derramó aquella Noche de las noches, sobre todas las estirpes y generaciones, hasta la consumación de los siglos. Abrióse para el mundo el raudal de la esperanza; y desde entonces, cada raza y cada pueblo ha querido celebrar é interpretar á su modo ese advenimiento de la paz sobre la tierra y esa gloria del Señor en las alturas. El hechizo de semejante conmemoración está en que, por unos días, por unas horas si se quiere, restituye á la humanidad cansada el ensueño de la niñez y le devuelve la visión poética. ¡Oh, sí! La palabra *fiesta*, el concepto de la fiesta, contienen en sí mismos una distinción y como un atributo de la dignidad racional del hombre. Sólo el hombre hace fiesta en el mundo; sólo el hombre suspende su trabajo y medita entre las dos inmensidades del tiempo que fué y del tiempo que ha de ser. Mientras tanto la naturaleza prosigue su obra: la simiente estalla en el surco, el fruto madura, la abeja liba en los vergeles, la araña extiende su tela y el astro corre por las inmensidades siderales.

En medio de esta impasividad del orden cósmico, nunca rota ni suspendida, sólo nuestro linaje hace un alto, deja su herramienta en el rincón y enciende en su hogar el fuego de las grandes celebraciones familiares y humanas. Recibe entonces la visita de la suprema consolatriz, de la Ilusión benéfica, del alma Poesía. Vivir en estado poético es, para los pueblos, mucho más que tener una gran poesía literaria, escrita, editorial: es conservar su poder de creación y de transformación y ser susceptible de las únicas felicidades y venturas que puede dispensar la vida terrena. ¿Qué poesía más ingenua que esa de los *nacimientos*, siempre la misma y en todas partes diferente, con sus anacronismos candorosos, con su simplicidad primitiva y trecentista, con sus zagales vestidos á la moda de cada país y sus zampoñas, rabeles é instrumentos adecuados á la costumbre de cada comarca? El sentimiento religioso se combina y funde con el sentimiento de la naturaleza y la imaginación popular se esfuerza en el aprovechamiento y poetización de los rasgos pintorescos y de los paisajes que tiene á la vista, dando en todos lados un trasunto de la propia comarca natal, como queriéndola ennoblecer con la escena sublime de la Natividad.

Hay, sin duda, temperamentos áridos que no transigen con esas amables y piadosas ficciones y que hacen de la seriedad una profesión austera é incorruptible. Pero yo declaro mi arrobo infantil y la delicia con que discurro por las ferias de nacimientos y pastores de los días de Navidad, instaladas en las plazas vetustas, junto al atrio de las iglesias venerables, cuyas gárgolas, cabeza abajo, contemplan los diminutos panoramas extendidos sobre mesillas y tenderetes. Veo allí una revelación del alma del pueblo en lo que tiene de más elemental, en lo que se confunde con el alma del niño. Todo aquello responde á una poetización viva de la naturaleza y á un sentimiento candoroso y sin doblez. Aquel arte tosco, casi siempre inhábil, primitivo y exento de malicia, acaba por evocar en nosotros reminiscencias y emociones dormidas y se resuelve no pocas veces en el mismo encanto de los romances viejos y de las canciones y melodías populares: encanto y emoción que descienden de remotos siglos y refrescan el alma como el agua del manantial que desciende de las cumbres nevadas; poesía de *ex voto*, interpretación primera y balbuciente de la leyenda y del paisaje.

En los pequeños ejércitos alineados de zagales y leñadores, de pastoras, hiladoras ó lavanderas junto al río; en las montañas de corcho, esmaltadas de musgo; en las masías, molinos, puentes rústicos, chozas y ruinas, vive un recuerdo de cuanto hiere la imaginación popular y se observa un trasunto de todo lo que forma su mundo poético y su visión artística primaria. Es lo que ha sorprendido al obscuro artesano en sus expediciones dominicales, lo que tuvo á la vista en su infancia, la casita edificada sobre el cerro, la pequeña cascada, la vieja noria, el recodo del camino, aquel conjunto de episodios pintorescos, idílicos ó graciosos que constituyen para él la emoción campestre y que trata de reproducir y compendiar en el corto espacio de un belen como suma de lo que, para los humildes, tiene de más grato la creación.

Y si de esta exposición de expresivas trivialidades paso á un bazar moderno de juguetes mecánicos y brillantes, de banderolas y tambores, de tranvias con cuerda y transatlánticos con humo de algodón, la impresión de prosaismo es inmediata y completa. Porque casi todo el juguete moderno carece de gracia ideal, está vacío de sentimiento y de poder de alucinación, y si excita la curiosidad, no mueve la fantasía ni conserva aquel perfume virginal de la madrugada del mundo. La misma impresión experimento si voy al casino ó á la casa elegante y hallo sobre la mesa de lectura ó sobre los lujosos veladores esos almanaques y números de *Noel* ó *Christmas*, prodigiosamente editados y primorosamente compuestos con todos los recursos de la habilidad literaria y pictórica. Uno admira el primor, la riqueza, el gusto; pero echa de menos la emoción viva, ó cuando la encuentra, debe reconocer que es aprovechamiento erudito y estudiado de esas otras fuentes de ingenuidad y tradición viva, que hacen todavía del pueblo un depositario insubstituíble de mil tesoros aprovechables para la más sublime inspiración y á los cuales tiene que volver de vez en cuando para rejuvenecerse y cobrar salud, el arte docto y frío de las academias y los cenáculos.

¿Qué leyenda ni qué primor de fantasía comparable á esa visión de la caravana de los Reyes Magos, viniendo de tierras inciertas, con todo el prestigio de los dones y perfumes del Oriente, sobre los dromedarios hieráticos y solemnes, cruzando la noche al resplandor de una estrella y en un silencio que tiene absortos á los siglos, desfilando ora entre palmeras arábicas, ora sobre estepas de desolación y sacudiendo de sus coronas rutilantes y de sus mantos de púrpura los copos de la nieve que cae y cae sobre el mundo como un pañal de suprema candidez é inocencia? En su visita al niño Dios y al establo de Belén de Judea la humanidad ha reconocido la visita á la niñez y al desamparo de todas las épocas y lugares. Este sentimiento purísimo, intenso y elemental ha unido á los hombres más distantes y á los tiempos más apartados; á los ingenios más rústicos y á las inteligencias más esplendorosas, cultivadas y selectas. Pertenece á aquella categoría de asuntos para los cuales el linaje humano conserva su prístima unidad y que circulan por el arte de todos los siglos, desde las pastorelas, serranas y autos que florecen como aurora ó primer balbuceo de los idiomas modernos, hasta las páginas calientes y generosas de un Dickens.

Sí. En estas noches uno siente el placer inefable de recordar y hasta de revivir su propia niñez. Junto al fuego enroscado á los tizones, bajo la ancha campana del hogar campesino ó en las estancias espléndidamente iluminadas de los palacios, allá en las grandes urbes que reverberan con aureolas de claridad y de incendio, la familia se congrega y parece escuchar, fuera, el tumulto de los pastores y adorantes de todos los tiempos, de todas las razas humanas, de todas las lenguas, de todos los trajes y vestiduras, y el sonar de todos los caramillos, y el júbilo de todas las gentes y el volar de todos los coros de ángeles y arcángeles, querubines y serafines, potestades, tronos y dominaciones; y el paso de las fantásticas cabalgatas nocturnas de los Reyes de Oriente; y el perfume de todos los dones y presentes de la naturaleza: la miel y la leche, los dátiles y el vino, el incienso y la mirra... Y parece que todo vibra y zumba en el espacio, que todo él se anima y puebla de encanto pastoral, como si se levantara de la tierra hacia los cielos la formidable resonancia de un supremo villancico, de un triunfante *hosanna*, entonado y contestado de nación á nación y de continente á continente, por el *mujick* en su estepa, por el danés en su *fjord*, por el *higlander* de Escocia en su cabaña, por el emigrante en su lejana factoría, por el marino en incierta latitud de los mares, y por la tierra toda estremecida y presa de delicias inefables.

Tal es el poder de sugestión de esas preciosas baratijas que llamamos un *nacimiento*, un *árbol* de Reyes. Al matemático del cuento nada le dirán porque no prueban nada. Es decir, ¡no prueban nada! Prueban que el hombre, que la humanidad, es todavía bastante joven y trae sobre su frente, como crisma sagrado, un poco del rocío de su aurora. Para que no se seque gusta de renovarlo en esas noches augustas de comunicación entre lo temporal y lo eterno, de coloquio entre la tierra y el infinito, entre la naturaleza y el alma, entre lo natural y lo sobrenatural y maravilloso.

Miguel S. Oliver.



GOYA JUZGADO POR UN EMINENTE CRÍTICO ALEMAN



Una de las más importantes revistas de arte de Alemania ha dedicado recientemente un número á la obra del eximio pintor aragonés, publicando con

Retrato de Goya pintado por él mismo

este motivo un notabilísimo artículo del eminente crítico Max von Boehn, del cual copiaremos algunos párrafos para que se vea hasta qué punto se admira en aquella nación á una de nuestras más grandes y legítimas glorias artísticas.

«Lo que siempre cautivará en Goya es el temperamento apasionado, indomable que sus creaciones revelan, y su incesante lucha con los problemas que plantea al pintor la reproducción de la luz, del aire y del movimiento, le coloca en la primera fila de los modernos. Cuando Goya era un adolescente, privaba el pesado eclecticismo de un Mengs, y cuando fué hombre, artistas y críticos rendían culto al árido clasicismo de un David; Goya, apartándose de la «naturaleza ennoblecida y refinada» del primero y de las concepciones sin sangre del segundo, penetró en la vida y en la realidad, para descubrir en lo que cerca tenía bellezas y encantos que los académicos buscaban con sus fórmulas y recetas rancias. Y cada pincelada suya, cada trazo de su buril fué una contradicción con lo que su época consideraba bello. En oposición á aquellos dos artistas, Goya fué un genio...

»La pasión con que se aferra á los más difíciles problemas, el afán incansable por dominar todas las bellezas de la luz eternamente cambiante y por descubrir las leyes del movimiento para fijarlas en lo inmoto, esa ansia de nuevo Fausto por descifrar los misterios de la vida, comunican á la obra de Goya una nota individual tan vigorosa, una fuerza tan sugestionadora, que el que una vez ha trabado conocimiento con esa personalidad ya no se aparta más de ella, y en cada cuadro, en cada dibujo suyo oye la profesión de fe de un espíritu que lucha por la verdad...

»Goya es el profeta que en una época del amaneramiento del arte señaló el camino de la salvación que desde el desierto del clasicismo petrificado y sin vida conducía á la tierra de promisión de la vida y de la realidad, desde la actualidad al porvenir. Su dibujo, su color, todo cuanto hizo es una protesta ardiente contra su tiempo. Es un realista implacable que rinde culto á la realidad con rudo fanatismo. La verdad de sus cuadros pone en evidencia la mentira del arte del compromiso de los académicos, y la fuerza é intensidad de sus colores, el convencionalismo del colorido de los demás...

»Goya fué un psicólogo de severidad inexorable y de un atrevimiento que da á muchos de sus retratos el carácter de pasquines; y así nos pinta al príncipe de la Paz con todas sus galas y condecoraciones, pero sin disimular lo más mínimo la nulidad de ese personaje...



Retrato del embajador Guillemardet, pintado por Goya

»Lo que Goya nos ha dejado es imperecedero de todos los tiempos, como el arte mismo.»



Una corrida de toros, cuadro de Goya

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

II

Miguel Angel Buonarroti.—Nació en el castillo de Coprese, cerca de Arezzo, en 1474. Fué pintor, escultor y arquitecto, así como excelente poeta y músico, habiéndose dedicado también al estudio de las ciencias y singularmente de la Anatomía. Recibió sus primeras enseñanzas del pintor florentino Ghirlandajo, dedicándose al poco tiempo al cultivo de la escultura, por la que sintió extraordinaria vocación. Entre sus magistrales obras descuellan la bóveda de la Capilla Sixtina, en cuyo testero figura el grandioso fresco representando el *Juicio Final,* los sepulcros de los Médicis en Florencia y el del papa Julio II. Dotado de extraordinaria energía y de superior inteligencia, dió muestra de ambas durante su vida, falleciendo en 1564, cuando dirigía las obras de la Basílica de San Pedro, en donde fué enterrado por disposición del papa, pero sus restos fueron substraídos secretamente por encargo del duque Cosme de Médicis, hallándose depositados en la iglesia de Santa Croce de Florencia, en un magnífico mausoleo dirigido por Vasari.

Ticiano Vecelio.—Nació en Capo del Cadore, en territorio veneciano, en 1477, de una familia de la antigua nobleza. Su compatriota Antonio Rossi fué su primer maestro, pasando después á los talleres de los celebrados hermanos Bellini. Consideróse le como excelente colorista, conforme lo demuestra el considerable número de obras que produjo durante su larga existencia, mereciendo la protección de varios príncipes y monarcas, entre ellos el emperador Carlos V y su hijo Felipe II, los cuales le concedieron crecidas pensiones y le colmaron de honores. Para ellos pintó muchas obras, algunas de las cuales se conservan en el Museo de Madrid, entre ellas los retratos de *Carlos V* y *Felipe II, Venus y Adonis, Venus recreándose con el Amor y la Música,* etc., etc. Produjo algunos aguafuertes y se conservan un corto número de dibujos á la pluma. Murió en Venecia en 1576.

Jorge Barbarelli, llamado *el Giorgione.* — Nació en Castelfranco en 1478. Debió el apodo con que se le conoció á su gran estatura, gallarda presencia y á su valor. Fué también discípulo de Bellini y condiscípulo del Ticiano, y llegó á ser el artista querido de los venecianos, á quienes interesaba el pintor por sus méritos y por sus aventuras amorosas. Distinguióse por la firmeza de la pincelada y por el admirable modelado de las figuras, empleando sólo cuatro colores capitales para las encarnaciones. Murió en Venecia en 1511. Se le considera el fundador de la escuela veneciana.

Juan Antonio Bazzi. —Nació en Vercelli (Piamonte) en 1479. Apodósele el *Sodoma* y se distinguió en sus producciones por la suavidad del colorido y por el claroscuro. Produjo obras verdaderamente importantes en Siena, Luca, Pisa y Roma, en donde pintó una de las salas del Vaticano. Entre sus cuadros merecen citarse *Cristo azotado, La Sagrada Familia, La Visitación,* etc. Falleció en 1554 en el hospital de su pueblo.

Rafael Sancio.—Nació en Urbino en 1483. Huérfano en temprana edad, debió á su tío materno el necesario apoyo para dedicarse al cultivo del arte, suponiéndose que recibió las primeras enseñanzas de Signorelli y Viti, completándolas después en el estudio del *Perugino.* Visitó las ciudades de Milán y Florencia, frecuentando también la corte de Urbino, de cuyo duque mereció señaladas muestras de afecto y decidida protección. Los pontífices Julio II y León X le confiaron, entre otras obras, la construcción y decorado de las salas llamadas *loggia* del Vaticano, ya que también, al igual de Miguel Angel, fué arquitecto y aun escultor, por más que no se conservan obras de esta clase del eminente artista, aunque existen documentos que hacen referencia á alguna de ellas. Las principales Galerías y Museos de Europa se envanecen con la posesión de sus obras, y Roma conserva en el Vaticano el notable fresco titulado *La disputa del Sacramento, El incendio del Borgo* y otras no menos importantes. Saturado su espíritu del sentimiento de la belleza que informa el modo de ser del siglo en que vivió, fué el ídolo de sus contemporáneos. Tuvo amores con una hermosa romana, á la que inmortalizó, tomándola por modelo en muchas de sus obras. Su muerte, acaecida en Roma en 1520, fué hondamente sentida; sus restos descansan en el Panteón.



Fragmento de uno de los frescos de San Antonio de la Florida, obra de Goya

Juan Antonio Licinio. — Nació en Podernone (Friul) en 1484. Fué digno émulo de Ticiano y uno de los inteligentes representantes de la escuela veneciana, y se le conoció con los nombres de *el caballero Juan Antonio* y *el Podernone.* El emperador Carlos V dióle señaladas muestras de su simpatía, así como el duque de Ferrara y el patriciado de Venecia. Las obras de este celebrado pintor ofrecen mucha analogía con las del Giorgione: concebía con vigor y rapidez, obteniendo efectos admirables, sobresaliendo en la pintura de mujeres y niños. Entre sus más notables obras pueden citarse *Santa Catalina, San Sebastián, San Martín* y *La conversión de San Pablo.* Murió en Ferrara en 1540, supónese que envenenado por uno de sus rivales, en ocasión de hallarse pintando varios cartones para unos tapices en el palacio del duque Hércules II de Ferrara.

Dominico Paccio Beccafumi.—Nació en el territorio de Siena en 1484 y murió en 1549. Fué pastor en sus primeros años, y al observar sus aptitudes artísticas, el vicario de Siena Domenico Beccafumi le dispensó su protección, cuidando de que no se malograran sus felices disposiciones. Paccio demostró su agradecimiento adoptando el nombre de su protector. Dedicado por completo á la pintura, produjo obras notables, entre ellas un *San Sebastián,* que al igual de sus demás producciones, distínguese por lo atrevido del dibujo y por su agradable colorido.

Andrea del Sarto. -Con este nombre fué conocido el célebre pintor Andrés Vanucchi, que nació en Florencia en 1488 y murió en la misma ciudad en 1530, víctima de la peste, sin recursos y abandonado de su mujer y hasta de los médicos. Artista de grandes alientos, distinguióse por la elevación de su estilo, el vigor en la expresión y el carácter grandioso de sus composiciones, mereciendo la consideración de magnates y príncipes, incluso de Francisco I de Francia, considerándole Miguel Angel como émulo de Rafael. Perdidamente enamorado de Lucrecia del Fede, mujer de singular belleza, pero de malas condiciones, sirvióle ésta de modelo para casi todas sus *madonas,* pero por ella olvidó compromisos contraidos, llegando á carecer de recursos. Los primeros Museos de Europa poseen producciones notabilísimas del pintor florentino, y así como el del Louvre conserva, entre otras, *La Caridad* y una *Madona,* el del Prado se envanece con la posesión del retrato de Lucrecia, la mujer del artista, *La Virgen y el Niño Jesús, El sacrificio de Abraham,* etcétera.



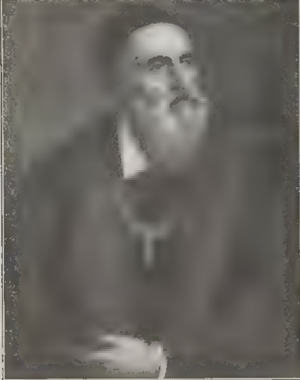
La maja vestida, cuadro de Goya

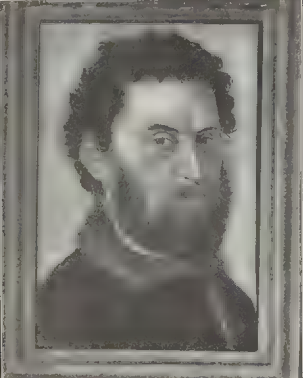
Bartolomé Bandinelli.—Nació en Florencia en 1489 y murió en 1560. En sus primeros años dedicóse al estudio de la escultura en el taller de su padre, abandonando pronto esta profesión por la pintura, deseoso de igualar el mérito y fama alcanzados por Andrea del Sarto. Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos y á pesar de considerársele como hábil dibujante, volvió á emprender sus trabajos escultóricos, creyendo competir con Miguel Angel y Cellini, á quienes imitó también con mal resultado, mereciendo, sin embargo, la protección del pontífice Clemente VII y de Cosme de Médicis. En Roma y Florencia consérvanse varias de sus obras, que bajo ningún concepto pueden compararse con las de los dos grandes artistas citados.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

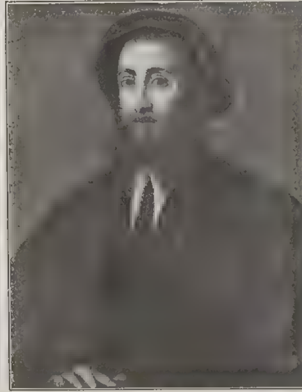

Miguel Angel Buonarroti, italiano (1474-1564)


Ticiano Vecelio, italiano (1477-1576)


Giorgio Barbarelli, italiano (1478-1 , 1 .)


Ju. n Antonio Bazzi, italiano (1479-1554)


Rafael Sa . . ., italiano (1483-1520)


Juan Antonio Licinio, italiano (1484-1540)


Dominico Beccafumi, italiano (1484-1549)


Andrea del Sarto, italiano (1488-1530)


Bartolomé Bandinelli, italiano (1489-1559)

LÁMINA 2.ª FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)



Egipto.—Carreras automovilistas efectuadas en el hipódromo de Mena-House, cerca del Cairo
A la izquierda, la pirámide de Cheops, y á la derecha, la de Cheffren. (De fotografía de Carlos Trampus.)

UNA CARRERA DE AUTOMÓVILES

EN EGIPTO

Ha sido realmente un espectáculo curioso el que el Automovil Club de Egipto, del que es presidente S. A. el príncipe Aziz Bajá Hassán, ha organizado hace pocos días en el grandioso paisaje del desierto, á la sombra, por decirlo así, de las Pirámides. Allí, en efecto, está situado el hipódromo del Mena House, en donde se han efectuado unas interesantes carreras de automóviles.

Esta fiesta deportiva, en la cual han tomado parte todas las notabilidades de las colonias europeas del Cairo, ha tenido el éxito más satisfactorio. Desde las primeras horas de la tarde, por la gran avenida de Guizeh al Mena-House desfilaron multitud de rápidos automóviles de todas las marcas que acudían al concurso.

En la primera prueba, llamada de las «flechas,» resultó vencedor M. Comanos, en un coche Cottereau; en la segunda, «de los bolos,» Alí Bey Fuad; en la tercera, M. Suares, en un Renault; y en la cuarta, «de la traslación de tarjetas,» que fué la más interesante, Mme. Moronow y M. Nungowitch.

Para esas carreras habían ofrecido premios los príncipes Aziz Bajá Hassán é Ibrahim Bajá Hassán, que asistieron á la fiesta, los príncipes Fuad, Hussein Bajá Wassef y Windischgraetz, y muchos personajes notables, entre ellos Jorge Bey Khayat, de Martino Bajá, los doctores Woronoff y Rubinowitsch, Iffet Bey, el mayor Haig, los capitanes Mac Murde y Davson y otros.

DE MARRUECOS

Los franceses, siguiendo su sistema de penetración, que nada tiene de pacífica, han realizado recientemente dos operaciones militares de verdadera importancia: la sumisión de la tribu de los beni snassen y la toma de la kasbah de los Mediunas.



Marruecos.—La kasbah de los Mediunas, tomada el 4 de este mes por las tropas francesas al mando del general Drude. (De fotografía.)

La primera, emprendida para castigar desmanes más ó menos provocados de aquella tribu levantisca, parece haber terminado con la ocupación de Mar-



Marruecos—Campaña contra los beni-snassen en la frontera marroquí-argelina.—Campamento del 3.er regimiento de tiradores y de la legión extranjera. En el fondo la cordillera de los Kebdanas. (De fotografía de Carlos Trampus.)

timprey, efectuada por las tropas francesas al mando del general Lyautey, después de haber atravesado la cordillera oriental de los Beni Kaleb, que los indígenas consideraban intranqueable. La marcha de esas tropas fué una marcha triunfal, durante la que fueron rindiéndose sucesivamente las distintas tribus de aquel territorio, y que se ha visto coronada por la sumisión del célebre morabito Moktar Butchick, principal instigador de la rebelión, quien se presentó solemnemente al citado general, habiendo quedado en el campamento francés, en calidad de rehén, hasta que los rebeldes hayan pagado las contribuciones de guerra que les han sido impuestas.

Según parece, el general Lyautey considera esas operaciones como decisivas. Hasta ahora, las tribus sometidas han pagado en dinero 71.000 francos y han entregado á las autoridades militares, entre otros objetos, 725 fusiles de tiro rápido.

El general Drude ha pedido su relevo, alegando el mal estado de su salud. Para reemplazarle ha sido nombrado el general Amade, que tenía el mando de una brigada en la Rochela. El nuevo jefe de las tropas de Casablanca procede del estado mayor y está dotado de brillantes aptitudes.

La substitución del general Drude está rodeada de cierto misterio, suponiendo muchos que lo del mal estado de su salud es una excusa y que la verdadera causa de su relevo hay que buscarla en una disconformidad de criterio con su gobierno acerca de la marcha ulterior de las operaciones en Casablanca.

Parece confirmar esta suposición el hecho á que al principio nos referimos de la toma de la kasbah de los Mediunas. El gobierno francés, de acuerdo con el sultán, había considerado indispensable, para establecer la normalidad en Casablanca y someter definitivamente á los chauías, la posesión de aquella fortaleza, refugio de bandidos y rebeldes, y á este efecto había enviado reiteradas instrucciones al general Drude. Este había ido dando largas al asunto, á pretexto de que para esa operación necesitaba nuevos refuerzos; sobrevino luego la petición de relevo por causa de enfermedad, y cuando el sucesor nombrado se hallaba en camino de Casablanca, recíbese la noticia de que la kasbah ha sido tomada sin más bajas, de parte de los franceses, que un muerto y tres heridos. Realmente es extraño que lo que no pudo ó no quiso hacer Drude estando bueno y en pleno ejercicio de su mando, lo haya realizado con tanta facilidad cuando oficialmente está enfermo y tiene ya nombrado sucesor. Y la extrañeza sube de punto si se tiene en cuenta que el gobierno había ordenado á aquel general que, mientras llegaba Amade, resignara el mando en el coronel Bauregard, á pesar de lo cual, la referida operación fué realizada por el general Drude. Sobre esto parece que el gobierno francés ha pedido explicaciones á Drude, intimándole que regrese á Francia inmediatamente.

La organización de la policía franco española en algunos puertos marroquíes despierta, según parece, cierta agitación entre los indígenas, siendo de temer que ocurran graves desórdenes. Con estos temores, que de confirmarse exigirían una acción militar más enérgica, relacionan algunos el viaje que estos días ha hecho á Madrid el ministro de Negocios extranjeros de Francia M. Pichon, y créese también que esos mismos temores son la causa principal de ciertos preparativos del gobierno español para tener dispuestas las tropas, cuyo envío á Marruecos pudiera ser necesario en un momento dado.—R.



El general Amade, nuevo general en jefe de las tropas francesas de Casablanca (De fotografía.)
Campamento de Martimprey, visto desde Monasseb-Kiss. (De fotografía de Carlos Trampus.)





ADORACIÓN. CUADRO DE J. JUNGWIRTH. GRABADO POR BONG

ESTATUA ECUESTRE DE NAPOLEÓN III

La ciudad de Milán se dispone á erigir en una de sus plazas ese monumento, que tiene una historia en extremo curiosa. A raíz de la guerra de la independencia de Italia, los italianos, deseosos de manifestar su gratitud á Napoleón III, que tanto les había ayudado en aquella obra, abrieron una subscripción nacional en Lombardía y en el Piamonte para levantarle una estatua. En poco tiempo recaudóse la cantidad necesaria, y el escultor Cabacchi recibió el encargo de ejecutar el proyectado monumento. Transcurrieron algunos años sin que el artista acabase su obra, y en el entretanto efectuóse la expedición que terminó con la batalla de Mentana (3 de noviembre de 1867), en la cual los garibaldinos fueron derrotados por las tropas francesas y pontificias.

Entonces cambiaron los sentimientos de los italianos respecto de Napoleón III, y de ese cambio se resintió la fundición de la estatua. Terminóse ésta, sin embargo; pero la caída del emperador y la proclamación de la República en Francia impidieron que se le diera el destino proyectado, pues los republicanos de Italia no quisieron inferir á la nación amiga el agravio que ello suponía. La desgraciada estatua quedó, pues, arrinconada en el patio de un palacio y aun se trató de venderla á otra ciudad, para que, cambiándole la cabeza, pudiese dedicarla á algún caudillo de su devoción; pero esta idea no prosperó y la efigie de Napoleón III continuó relegada al olvido por espacio de mucho tiempo.

Por fin, hace poco el Ayuntamiento de Milán ha resuelto sacarla del patio en donde ha permanecido tantos años, y en breve la obra de Cabacchi se ostentará en un sitio público y Napoleón III recibirá el homenaje que por tanto tiempo le ha sido negado, siendo la inauguración del monumento una de las fiestas con que los milaneses se proponen conmemorar el 60.° aniversario de su liberación de la dominación de Austria.



Estatua ecuestre del emperador Napoleón III que se colocará dentro de poco en una plaza de Milán. Obra de Cabacchi. (De fotografía de Felipe Hutin.)

M. GUYOT DESSAIGNE

En la mañana del 31 de diciembre último falleció repentinamente en el salón de conferencias del Senado el ministro de Justicia de Francia. Había asistido á la sesión matutina, en donde se discutía la cuestión de la liquidación de los bienes de las congregaciones, y estaba hablando con el presidente de aquella cámara M. Antonino Dubosc, cuando fué acometido de un síncope. Prestáronsele inmediatamente los auxilios necesarios; pero todo fué inútil, y los médicos que le asistieron sólo pudieron comprobar su muerte.

M. Guyot Dessaigne nació en Brioude en 1833 y, habiendo entrado en la magistratura, fué procurador imperial en Clermond Ferrand, abogado general en Riom y juez del tribunal del Sena. En 1879 dimitió este cargo y se retiró á Cunlhat, en donde, dedicado á la política, entró en el consejo general de su cantón y fué alcalde de aquella ciudad. Elegido diputado en 1885, afilióse á la izquierda radical y en 1889 desempeñó algunos días la cartera de Justicia en el ministerio Floquet. En 1895 fué ministro de Obras Públicas en el gabinete Bourgeois, y en 1905 M. Clemenceau le confió el ministerio de Justicia.

Era M. Guyot Dessaigne un hombre inteligente y en extremo laborioso, y se había conquistado el respeto y la consideración de sus propios adversarios políticos. Momentos antes de morir, el senador Provost de Launay, con quien había contendido en la sesión y á quien daba las gracias por las frases laudatorias que le había dirigido, le contestó: «Señor ministro, lo que he dicho no tiene nada de particular, porque, aunque soy vuestro adversario político, os he considerado siempre como un hombre honrado y leal.»

MONUMENTO Á D. CARLOS LARIOS

Málaga ha pagado una deuda de gratitud que tenía contraída con uno de sus más ilustres hijos, D. Carlos Larios, erigiendo á su memoria el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido recientemente inaugurado. El Sr. Larios, hombre de grandes iniciativas y de los más nobles sentimientos, fundó varias importantes fábricas, fué decidido protector de la clase obrera y trabajó siempre en pro de los intereses de aquella capital.

El monumento es obra del distinguido escultor malagueño Mateo F. de Solo, quien, así en el expresivo busto del Sr. Larios, como en la estatua desnuda y en los relieves, adornos y líneas generales, ha demostrado una vez más sus notables aptitudes artísticas.



M. Guyot Dessaigne, ministro de la Justicia de Francia, fallecido en 31 de diciembre último. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Esteva Figueras y sucesores de Hoyos.*—Notable bajo todos conceptos fué la reciente exposición de obras del celebrado pintor Antonio Utrillo, que nos mostró en ella un nuevo aspecto de su personalidad artística, pues si hasta ahora era ventajosamente conocido Utrillo como pintor de figura, al presente podemos admirarle además como paisajista. La exposición constaba de varios cuadros, en los cuales aparecían bellamente reproducidos esos tipos femeninos que pocos han acertado á trasladar al lienzo con la gracia y la elegancia con que lo ha hecho Utrillo, y de unos cuantos paisajes, hermosas impresiones sentidas al contacto directo de la naturaleza y exteriorizadas con un vigor, con una verdad y sobre todo con un sentimiento digno de los mayores encomios.

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La aida seca*, zarzuela en un acto, letra de Eduardo Aulés, música del maestro Oró; *El banc de la paciencia*, comedia en un acto de J. M. Nadal; *El portal de Bethlem*, pastoral lírica en dos actos y cinco cuadros de los Sres. Prat Gaballí y Maseras, música del maestro Esquerrá; y *El manyá de la plasseta*, sainete en un acto de Brossa; en Romea *Home casat, burro espatllat*, comedia en un acto de Salvador Bonavía, é *Il tenore Francesco*, comedia en dos actos de Pablo Parellada; en el Eldorado *Se acabó el amor*, comedia en cuatro actos de Roberto Braco, traducida por Carlos Costa; y en el teatro Granvía *La bandera coronela*, zarzuela en un acto y dos cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Giménez.

En el Liceo, se han cantado *Werther*, *L'Africana* y *Tannhauser*; Anselmi y la señorita Verger en la primera; Vinyas y la Darclée en la segunda, y la Passini, Vinyas y Battistini en la última, han alcanzado grandes ovaciones. La reproducción de *Tannhauser* ha sido un gran acontecimiento artístico: los artistas antes citados han rayado á grande altura; el celebrado maestro alemán Beidler la ha concertado y dirigido admirablemente, y la *mise en scene* nada ha dejado que desear, habiendo pintado para esta ópera hermosas decoraciones los reputados escenógrafos Vilomara y Junyent.

Las dos primeras funciones del «Teatre Intim» dadas en Romea han sido otros tantos triunfos para el director de aquél Sr. Gual: en la primera, se representaron *Baratería*, drama en dos actos de Lorde y Forestier, traducido por Salvador Vilaregut, *Pel de panotxa*, comedia en un acto de Renard, traducida y adaptada por el Sr. Gual, y *La ma de mico*, cuento trágico en un acto y tres cuadros de S. Vilaregut, inspirado en un cuento inglés de Jacobs; en la segunda, se puso en escena *La llantia del odi*, tragedia en cuatro actos de D'Annunzio, traducida por Salvador Vilaregut. En el desempeño de esas obras, perfectamente dirigidas, alcanzaron muchos y merecidos aplausos las señoras Jarque, Clemente, Xirgu, Baró y los Sres. Vinyas, Borrás (J.), Capdevila, Santolaria y Daroqui; las decoraciones de algunas de ellas han sido pintadas expresamente por los Sres. Moragas y Alarma, Brunet y Pous.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Lorenzo*, comedia en tres actos de Dicenta, y *La famosa Teodora*, comedia en tres actos de Jesnitzer, arreglada y traducida por Federico Reparaz; en la Comedia *Alrededor del mundo*, comedia arreglada del francés por Celso Lucio; en la Princesa *Mora de la Sierra*, drama en tres actos de Federico Oliver, y *La vida que vuelve*, comedia en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero; en Lara *Los intereses creados;* comedia en dos actos de Benavente; en la Zarzuela *El regimiento de Arlés*, ópera cómica en un acto y tres cuadros, arreglo de *La figlia del regimento*, de Donizetti, muy bien hecho por el maestro Sr. Fernández Lapuente, y *El país del sol*, zarzuela en un acto, letra de Osete y música del maestro Hermoso; en Apolo *El día de reyes*, juguete en un acto de José Moncayo; en el Gran Teatro *La bohemia*, comedia en tres actos, arreglada de la novela de Murger por el Sr. Salvat; y en el Cómico *Alma de Dios*, comedia lírica de costumbres madrileñas, en un acto y cuatro cuadros, letra de los Sres. Arniches y García Alvarez y música del maestro Serrano.



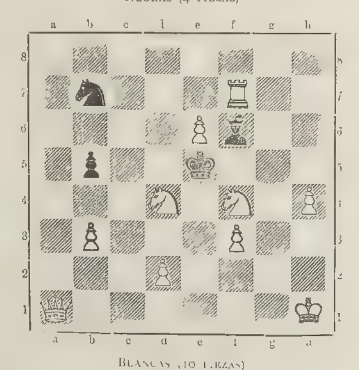
Monumento á D. Carlos Larios, recientemente inaugurado en Málaga. Obra de Mateo F. de Solo. (De fotografía.)

En el Real se han cantado, entre otras óperas, *Werther* y *Manón Lescaut*, de Massenet, habiendo sido muy aplaudidos en la primera la Sra. Ikso y el Sr. Battistini, y en la segunda la Sra. Baldassare y el Sr. Anselmi. *Tannhauser* ha tenido una ejecución muy mediana; sólo el Sr. Battistini y el maestro Villa se portaron admirablemente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 484, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

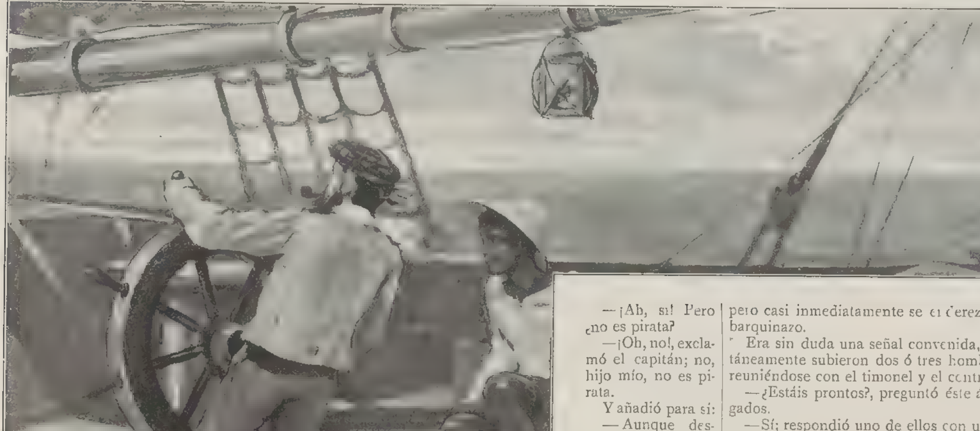
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 483, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. R b 6 - a 5	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)



El negrillo sentado á popa, mientras su amigo en la rueda del timón... (pág. 37.)

¡Oh, el mar!

¡Con qué alegría saludó el muchacho las costas de su patria, que se perdían en lontananza! ¡Con qué fruición hundió sus miradas en aquel vastísimo horizonte!

Cielo y agua por doquiera, sólo á lo lejos, muy lejos, divisaba alguna vela blanca, que le parecía á veces las inmensas alas de un pájaro monstruoso. De pronto, en medio de sus pensamientos, asaltóle un recuerdo y se estremeció al mirar aquellos buques lejanos.

A su lado estaba el contramaestre.

—¿No hay piratas?, preguntóle en voz baja, como temeroso de que fueran á creer que tenía miedo.

El marino sonrió.

—¡Bah, los piratas! ¡El *Palermo* se ríe de ellos! Ven acá, y juzga tú mismo.

Y le condujo al interior del buque.

Allí, por cada banda asomaban sus negras bocas tres cañones.

—¿Qué te parece?, le preguntó.

El niño abrió los ojos como sorprendido y dijo:

—¿No es pirata mi padre?

—¡Bah!, exclamó el contramaestre soltando una estruendosa carcajada.

Y añadió, bajando la voz:

—Tu padre... no tiene arboladura para tanto, y sin embargo, el buque puede ser un buen corsario... ¿Sabes tú lo que es eso? Casi nada, un buque pirata; con su andar, sus seis cañones y unos cuantos hombres decididos, ya podría largar trapo cualquier navío á la vista. Si tu padre quisiera, el Mediterráneo sería suyo.

Enrique cerró los ojos; creyó que el contramaestre se burlaba de él.

—Vamos, chico, no te asustes, díjole el marino palmeándolo, eso no es nada; cuando veas al mar de fiesta y al *Palermo* bailando sobre las olas como una cáscara de nuez, entonces sí podrás cerrar los ojos.

—¡Yo no tengo miedo al mar!, exclamó Enrique, avergonzado de que eso fueran á creer.

—Así me gusta, ni al mar, ni á los piratas.

—Ni á los piratas, repitió Enrique.

El marinero reía con una risa áspera y dura, como el crujir de herrajes enmohecidos; parecía decir: «¡Ya lo veremos!»

Esa noche Enrique preguntó á su padre:

—¿Cómo se llama el contramaestre?

—Volpi. ¿Por qué, hijo mío?

—Quería saberlo, no más. ¿Es buen marino? ¿De dónde es?

—Es de Palermo, excelente marino, un poco áspero.

—¡Ah, sí! Pero ¿no es pirata?

—¡Oh, no!, exclamó el capitán; no, hijo mío, no es pirata.

Y añadió para sí:

—Aunque después de todo, no le iría mal en el oficio; tiene un aire de corsario... ¡Bah!, prorrumpió alegremente. ¡Qué ha de ser!

Poco después el *Palermo* llegaba á los puertos de Levante; allí estuvo anclado ó recorriéndolos unos dos meses, que el capitán Raffadali empleó en aumentar sus ganancias. Sea que se condujera con más habilidad que nunca, sea que su crédito de buen mercader hubiera crecido, es lo cierto que las ganancias que realizó en aquel viaje fueron cinco veces mayores que las que hiciera en ningún otro. La bodega del *Palermo* venía repleta de productos de la industria oriental, sederías, tapices, esencias y mil géneros diversos que hallaban amplia salida en los mercados europeos. Además los cequíes abundaban en las arcas del afortunado capitán.

Aquel barco hubiera sido una presa magnífica para los piratas; pero, como decía el contramaestre, el *Palermo* se reía de ellos por la negra boca de sus seis cañones.

A la tarde en que presentamos nuestro barco cruzando á velas desplegadas las azules ondas del Mediterráneo, había sucedido una hermosa noche endulzada por una suave brisa que traía en sus alas el fresco de las nieves del Cáucaso.

La luna no debía salir hasta muy tarde; el mar estaba completamente desierto, al menos en lo que alcanzaba la vista poderosa de un marino.

Sería la media noche; el capitán dormía con Enrique en la cámara; el muchacho, sofocado por el calor que reinaba en ella y ansiando respirar la fresca brisa que en aquel momento hinchaba las velas del buque, subió á cubierta. Allí la obscuridad era completa; las luces de posición se habían apagado; el silencio era asimismo profundo; sólo se oía el chapoteo de las olas que batían los costados del buque.

No dejaron de extrañar á Enrique estos detalles; sabía por su padre que un barco en alta mar jamás debe apagar sus luces de posición.

Un tanto intranquilo, disponíase á recorrer la popa, cuando oyó un débil silbido y el crujir de una escotilla que se abría. Iba á retroceder para entrar en la cámara, pero interceptóle el camino un hombre cuya silueta se dibujaba borrosamente en la obscuridad; sus pies desnudos no hacían ruido; Enrique apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de un rollo de cables, con el que el otro tropezó estando á punto de caer.

—¡Diablo!, gruñó, casi, casi me voy á pique, y todo por causa de este bárbaro de Jorge, que no echó el rollo á la sentina.

El muchacho estuvo á punto de dar un grito; por la voz y la estatura había conocido á Volpi.

El contramaestre se acercó á la rueda del timón; junto á ella estaba un hombre; Volpi lo habló; el timonel dió media vuelta á la rueda y el barco, ciñendo al viento, se inclinó sobre el costado de babor; pero casi inmediatamente se enderezó con un débil barquinazo.

Era sin duda una señal convenida, porque instantáneamente subieron dos ó tres hombres á cubierta, reuniéndose con el timonel y el contramaestre.

—¿Estáis prontos?, preguntó éste á los recién llegados.

—Sí; respondió uno de ellos con un fuerte acento turco que no se escapó á Enrique.

El muchacho no recordaba que ningún marinero de á bordo tuviera ese acento.

—¿Y Ben Hissar?, preguntó de nuevo el contramaestre.

—En su puesto, junto á la puerta del camarote de proa, respondió la misma voz.

—¿Y Sphakia?

—Presente, dijo otra voz.

Y se adelantó un hombre.

Todos hablaban en italiano, pero con acento turco. Enrique buscó en su memoria los nombres que había pronunciado el contramaestre; estaba cierto de que los oía por primera vez; eran, pues, hombres extraños á bordo: pero ¿cómo habían entrado? ¡Misterio! «Quizás—pensaba el muchacho—entre los fardos de la carga, y habían permanecido ocultos hasta entonces en la sentina.» Esta no era una maniobra difícil estando en connivencia con el contramaestre. Entonces recordó el muchacho el crujido de la escotilla que oyera al principio, y cayó en la cuenta de que había sido una de las trampillas de la sentina; en ella, pues, habían estado escondidos. Pero no tenía tiempo de reflexionar; los hombres hablaban nuevamente y no quería perder ninguna de sus palabras.

—¿Y la tripulación?, preguntaba uno.

—No podrá hacer nada, respondió el contramaestre; Ben Hissar tiene orden de asegurarles la puerta; quedarán encerrados, y cuando puedan salir ya será tarde.

—¿Entonces no queda más que el capitán?

—Nadie más que él y su hijo; ve y entiéndete con ellos.

—¿Los mato?, preguntó el turco con toda sangre fría.

—¡No, bárbaro!, exclamó riendo el contramaestre; no hagas eso, que tengo yo una cuenta que arreglar con el capitán; de todas maneras, hoy ó mañana, la cuerda le sabrá igual.

Y el marino reía con su siniestra risa, semejante al crujir de herrajes enmohecidos.

—¿Y al muchacho?, preguntó de nuevo el turco.

—A ese sí, mátalo, gruñó el timonel.

—No, ordenó el contramaestre con voz seca, á ese no, no permito que nadie le toque un pelo, ¿eh?, ni hoy, ni mañana, ni nunca; sacaremos de él un buen grumete: me recuerda á un hijo mío, que si viviera sería de su edad; anda y haz lo que te digo; poco ruido, ¿eh?

El corazón de Enrique palpitaba con fuerza. ¿Qué hacer? No había más que un recurso: avisar á su padre. ¡Ah!, pero ya era tarde: el turco había desaparecido por la escalera de la cámara, y él no podía acercarse á ella, pues los hombres que estaban en el puente lo harían prisionero.

Aunque con el corazón oprimido, conservaba su sangre fría y reflexionaba cuerdamente: su padre no estaba en inmediato peligro de muerte, según las órdenes del contramaestre; por otra parte, nada podía hacer él contra las fuerzas reunidas de varios hombres; era preferible obrar por astucia, pero ¿en qué sentido?

El muchacho contaba los instantes que corrían como si fueran siglos, y al mismo tiempo le parecía que los minutos pasaban con espantosa rapidez; apenas podía contener las palpitaciones de su corazón.

Un rayo de luz hirió sus ojos; el contramaestre acababa de encender una mecha; con ella dió fuego á dos linternas; colocó una sobre la bitácora y tomó la otra.

Enrique se estremeció de terror; agazapóse cuanto pudo detrás del rollo de cables, para evitar que la luz traidora le descubriera.

—Tarda mucho, oyó que decía el contramaestre; voy á ver qué pasa; vosotros esperad aquí.

En ese momento se oyó un grito en la cámara de popa y el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo.

—¡Socorro! ¡Socorro!, exclamó alguien.

—Es Ben Hissar, dijo el contramaestre; ha perdido la partida; ya el capitán le estará arreglando las cuentas.

Un nuevo grito resonó más ahogado.

—¡Vamos!, ordenó el contramaestre; venid todos, aún es tiempo.

Volpi, seguido de los otros, se precipitó tumultuosamente en la cámara.

Enrique de un salto se plantó en medio del puente.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?, exclamaba dando vueltas como un león enjaulado.

Auxiliar á su padre era imposible: ¿qué podía él contra cuatro hombres?

Mientras tanto, el ruido crecía y crecía en el camarote de popa.

Un pensamiento sublime iluminó la mente del muchacho.

Cogió la mecha y la linterna que habían quedado junto á la rueda del timón, y apoderóse de un hacha que allí había. En tres saltos llegó á la santabárbara, y hundiendo la puerta á hachazos con fuerza que duplicaba su misma desesperación, penetró en ella.

Todo era desorden á bordo; en la cámara de popa, el capitán se debatía furiosamente, pugnando en vano por desasirse de los brazos de los tres marineros que habían corrido á ayudar á Ben Hissar, que se hallaba tendido en el suelo, medio ahogado bajo la presión de los férreos dedos de Raffadali. En el camarote de proa se alzaba la espantosa gritería de toda una tripulación despertada de improviso por el rumor de la lucha, y que en vano trataba de abrir la puerta, sólidamente asegurada por el bandido Sphakia. Y mientras tanto, el buque, abandonada la caña del timón, saltaba dando tumbos sobre las hirvientes olas, que comenzaban á agitarse con la brisa cada vez más fresca.

Enrique con el hacha desfondó varios barriles de pólvora, y tomando en una mano la mecha encendida y en la otra la linterna que arrojaba un torrente de luz sobre su rostro, exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Volpi, Ben Hissar, Sphakia, venid, venid todos!

El timonel, que, una vez asegurado el capitán, creyó innecesarios sus servicios en la cámara, corrió á la rueda del timón para enderezar el barco, que cabeceaba horriblemente. Al subir á cubierta vió con indecible espanto al hijo del capitán, que con una mecha en la mano estaba pronto á dar fuego á la santabárbara.

—¡Ah, maldito!, rugió palideciendo.

Y se precipitó en la cámara de popa gritando:

—¡Volpi, Volpi! Corred pronto ó hacen volar el buque.

El contramaestre apareció en el puente, sañudo, desgreñado, amenazador. Con voz breve dió orden al timonel de enderezar el barco; corrió á la santabárbara, y al ver la actitud del niño, en cuyo rostro daba de lleno la luz de la linterna, lanzó un rugido y sacando una pistola le apuntó.

—Es inútil, gritó el hijo del capitán, siempre caerá la mecha sobre el barril y volará el bergantín con todos los piratas que hay á bordo.

El brazo levantado del contramaestre cayó inerte.

—Di, muchacho, exclamó palido de terror, ¿qué quieres hacer?

—Casi nada, respondió Enrique con aterradora calma; hacer volar el buque.

—No, tú no harás eso, hijo mío, replicó el pirata dulcificando cuanto pudo su voz.

—¡Que no! ¡Mira!

Y el heroico niño bajó la mecha; ya iba á tocar la pólvora...

—¡Detente!, exclamó el contramaestre nervioso de coraje y sin atreverse á dar un paso, como un corcel de buena raza que al borde de un precipicio siente las espuelas y no se atreve á dar el salto; ¡detente!, ¡un momento!, ¡un instante!

Enrique alzó la mecha.

—¡Habla!, dijo con segura voz.

—Tú también morirás, hijo mío, si haces volar el buque, exclamó el contramaestre tentando un argumento.

—Lo sé, no me importa.

—Morirá tu padre.

—¡Mi padre! ¿No morirá lo mismo en vuestras manos? ¿No tenéis una cuenta que arreglar con él?

—¡Ah!, exclamó el siciliano estremeciéndose de ira y de terror; arroja esa mecha, hijo mío, y te daré cuanto pidas.

—Bien; dame primero lo que pida y después la apagarás tú mismo.

—Pide.

—Trae á mi padre al puente.

El contramaestre vaciló, pero viendo decidido al pequeño héroe, comprendió que no quedaba otro recurso y ordenó que trajeran al capitán.

Este se presentó con los brazos ligados.

Al ver á su hijo comprendiólo todo y sólo tuvo un gesto de admiración.

—¡Bravo, mi Enrique, bravo!

—Y ahora, dijo el contramaestre, apaga la mecha.

—No, tengo algo más que pedir.

—Pide.

—Corta las ligaduras á mi padre y sube al puente toda la tripulación.

—¡Imposible!, rugió el bandido con ira, perderé lo que he conseguido; perderé el *Palermo*: perderé el imperio de los mares.

—¡Pirata!, exclamó con desprecio el niño. Pues bien, pierde todo eso, y perderás la vida.

El bandido comprendió.

—Sea, dijo con rabia. Sphakia, que suba al puente la tripulación.

Algunos instantes después los marineros del *Palermo* se alineaban sobre cubierta.

—Corta las ligaduras del capitán, ordenó á Ben-Hissar el contramaestre.

El capitán quedó libre.

—Y ahora ¿qué haces tú?, preguntó el pirata á Enrique.

—Lo prometido.

Apagó la mecha y se arrojó en los brazos de su padre.

Todo había quedado en silencio. De pronto se oyó la voz del capitán que solemnemente decía:

—Orden de prisión contra todos los que han intentado apoderarse del buque.

Minutos después eran llevados á la sentina, sólidamente amarrados, el contramaestre, el timonel y los tres turcos.

Un cuarto de hora más tarde el capitán Raffadali se retiraba á la cámara de popa con su hijo.

A bordo volvía á reinar el orden de siempre, como si nada hubiera sucedido.

—¡Bravo, mi Enrique!, exclamaba el capitán en su cámara, abrazando á su hijo, ¡eres un héroe de doce años!

—Y ahora, padre mío, preguntó el muchacho, ¿qué harás de esos cinco prisioneros?

—El primer rayo del sol de mañana alumbrará cinco piratas colgados de una entena, respondió siniestramente el capitán.

—¡Padre mío!, exclamó el muchacho abrazando á su padre, ¿y si yo te pidiera su vida y su libertad?

—No podría concedértelas; han pretendido asesinarme.

—¿Y si alguno de ellos hubiera salvado la vida á tu Enrique?

—Lo perdonaría.

—¡Bien!, dijo el niño arrojándose al cuello de su padre.

Allí le habló al oído largo rato; contóle cómo el contramaestre, el cabecilla de los bandidos, había dado orden de que á él no le mataran, por recuerdo de su hijo; mostróle cómo si salvaba al cabecilla no podía condenar á sus complices; hablóle en fin, cuanto podía hablarle con el corazón en la mano; y cuando vió que una lágrima silenciosa se deslizaba por las bronceadas mejillas de su padre, preguntóle de nuevo:

—Y ahora, ¿que harás de ellos?

—Ahora, por ti, mi Enrique, sólo por ti les perdonaré la vida, y en la primera tierra que veamos desembarcaré á esos piratas.

. . . .

Dos días más tarde, después de haber dejado en Malta á Volpi con sus cuatro secuaces, entraba airosamente el bergantín goleta en el hermoso puerto de Catania.

La noche había cerrado completamente; algunas estrellas brillaban en la bóveda celeste, como broches de diamantes prendidos en un manto azul turquí, y la luna asomaba su plateado disco, levantándose lentamente sobre las olas del Mediterráneo.

El viejo marino calló. Alegre quedó largo rato silencioso: pensaba en el hijo del capitán. Después con esa curiosidad inagotable de los niños que quieren apurar hasta la última gota un cuento ó una historia preguntó:

—¿Y Enrique?

El marino sonrió; esperaba la pregunta y no le costó gran trabajo la respuesta:

—Enrique llegó á ser capitán del *Palermo* cuando su padre, agobiado por la edad, no pudo continuar en su rudo oficio.

—¡Yo quisiera ser como Enrique!, exclamó de pronto Alegre, que se había quedado pensativo nuevamente.

—¡Tú, héroe á los doce años! ¡Hum! Algún trabajillo cuesta, pero no es imposible que algún día lo seas. ¿Qué edad tienes ahora?

—Diez años, dice *el signor* Bertoni.

—¿Nada más que diez? Bueno, te faltan dos para tener la edad del hijo del capitán. Por ahora basta de cuentos, niño mío; otro día te contaré más; es hora ya de que vayas á cenar, y me parece que *el signor* Bertoni no sabe esperar, ¿no es así?

Alegre volvió del país encantador de la fantasía al de la realidad; se acordó de Tell, que debía de tener buen apetito y que estaba allí en espera de sus órdenes; se acordó de sí mismo, que lo tenía bastante despierto, gracias á la brisilla del mar. Levantóse y fuése á proa, donde estaban sus compañeros, que le enseñaron su plato de hojalata completamente limpio. Alegre comprendió, y sin decir una palabra, se volvió á popa.

—¿Ya cenaste?, preguntóle su amigo.

—No; no me han guardado mi parte; lo siento por Tell, que tendrá que ayunar.

—¡Tifones! ¿Cómo es eso, muchacho? Aguarda; ya te desquitarás.

En ese momento pasaba un marinero por allí; llamólo y le dió en secreto una orden.

Poco después volvía con unas tajadas de oloroso jamón, un vaso de vino y una galleta.

—Vamos, muchacho, acá tienes; desquítate, come sin miedo; hay para ti y para tu perro.

Y añadió entre dientes:

—¡Maldita la gracia que me hace ver á la gente sin lastre en la bodega! Vaya á ver uno lo que valen; con la primera racha se van á pique ó cuando menos se tumban.

Y al ver el apetito con que el chico devoraba sus manjares, haciendo partícipe de ellos á Tell, exclamó alegremente.

—¡Bravo, muchacho! Embarca, embarca; tendrás carga para varios días; ahora sí que saldrás con más garbo que una fragata genovesa.

Al poco rato Alegre había dado fin á su cena.

—Bien, hijo mío; ahora á dormir en paz; á soñar con Enrique para que aprendas á ser bueno.

Alegre no se iba.

—¿Se te ofrece algo más? Di, sin miedo, ¿qué quieres?

—Preguntarle á usted una cosa, balbuceó avergonzado.

—Pregunta cuanto quieras.

—¿Cómo se llama usted y por qué le obedecen todos?

—¡Hombre! ¿Cómo me llamo? Para ti me llamaré Delfín, el tío Delfín; para los otros soy el contramaestre, y por serlo me obedecen, ¿has entendido?

—¡Y qué es un contramaestre? ¿Un pirata como el del *Palermo*?

—Como Schiassa, ¿eh?, exclamó el marino soltando una ruidosa carcajada. No, hijo mío, no; un contramaestre es casi un segundo capitán; anda, duerme y sueña con todos los piratas que quieras, con tal que no me pongas entre ellos.

Alegre se retiró gozoso; y acomodándose como pudo en el estrecho espacio que sus compañeros le habían dejado á proa, se durmió profundamente; soñó con el tío Delfín, soñó con Enrique, soñó con los piratas, soñó... ¿quién podría decir todo lo que sueñan los niños cuando su fantasía vaga suelta por los dorados campos de los sueños?

IV

EL TÍO DELFÍN

El tío Delfín, ó llamándolo por su propio nombre, Joaquín Pessaro, era uno de esos viejos lobos de mar, que, nacidos en una playa, viven y mueren entre las olas.

Tendría, cuando Alegre le conoció, poco más de cincuenta años, pero era tan vigoroso y fuerte como á los treinta. Navegaba desde los diez. Había cruzado todos los mares del mundo, sus pulmones habían aspirado las brisas de todos los climas y su rostro se había bronceado con los soles de todas las latitudes.

Un día, cansado de su ruda existencia, volvió á tierra, compró con los ahorros de veinte años una pequeña huerta á la orilla del mar, en su pueblo; edificó una casita, y... hecho el nido, ¿cómo no buscar una compañera? El tío Delfín la buscó y la halló; casóse con una compatriota, una linda y robusta campesina, y á los cuarenta años conoció una vida de hogar que jamás había conocido.

La zorra perderá los dientes, pero no las mientes, canta el refrán; genio y figura...

Un día, el viejo lobo de mar abrió sus fauces ansiando respirar las saladas brisas del Océano; extendió los brazos, entumecidos por el descanso; sacudió sus espaldas de Hércules y soltó un taco.

—¡Tifones del mar de la China!, rugió. ¡Francisca!, llamaba á su esposa, te he dicho y te vuelvo á decir que esta vida me cansa, me hastía, me aburre, me mata, ¡vientre de ballena!, me mata; el tío Delfín no ha nacido para estar siempre en tierra firme como un lanchón varado; ¿sabes tú con qué me destetó mi madre? ¡Con arenque salado, Francisca, con arenque! Yo he nacido para la mar; la tierra me cansa, la mar no; ¿dónde has visto tú que los delfines se cansen de las olas? Nada, nada, lo dicho y requetedicho; esta vida perezosa me enmohece; el gorgojo me roe la quilla; estoy bien seguro que si no respiro sal, el día menos pensado doy un bandazo, me desmantelo y ¡agur!, me voy á pique en cuanto ventee fresco. Mañana mismo voy al puerto, veo si hay algún barco que necesite un tío Delfín á bordo, me calafateo un poco y ¡al agua, patos!, que la tierra me pudre en vida y el gorgojo me está royendo, y, ¡tifones!, para que me coma tan ruin bicho prefiero que lo hagan los tiburones; ¿entiendes esto, Francisca de mi vida?

¡Vaya si entendía la pobre! Desde las primeras palabras había comprendido que esa era otra de las crisis que el buen hombre padecía en sus nostalgias por el mar. Hasta entonces ella con sus lágrimas pudo conjurarlas; pero aquella era la decisiva: la esperaba desde tanto tiempo, que antes que su marido conoció que se acercaba amenazadora.

¡Pobre mujer! El viejo lobo no quería ya oir consejos ni ver lágrimas, se exasperaba, rugía, echaba tifones y relámpagos que era un gusto; sin embargo, ella tentó un esfuerzo.

—¿Y nuestros hijos?, preguntó con lágrimas en los ojos; ¿qué será de los pobrecillos sin su padre?

El tío Delfín bramó como un toro á quien se le clava un rejón; tenía dos pequeñuelos á quienes adoraba; eran su lado flaco; comprendió que sería derrotado sin misericordia si se dejaba atacar por aquella banda.

—¡Mujer!, gritó furioso, más por ahogar en ruido la voz de su corazón que por verdadera ira, ¿qué necesidad tienen los chicos de mí?

—¿No eres su padre?, preguntó mansamente Francisca.

¡Oh, sí lo era! El tío Delfín vió que sus fuerzas arremolinaban, empezaba su derrota; pero como aquel padrazo había decidido volver al mar aunque para ello hubiera de embarcarse en la barca de Caronte, cerró los puños, apretó los dientes, tomó aliento y rompió á decir con la velocidad de un huracán:

—¡Truenos y relámpagos! Mujer, tú no quieres entender lo que te digo; que soy padre de los chicos, bien, ¿y qué? ¿Quiere decir que por serlo debo quedarme varado en tierra firme, con la quilla en alto, con los brazos cruzados, siempre á la espera del buen tiempo? ¿He de vivir á la capa, sin hacer nada, viendo á los chicos que cada día necesitan más, porque cada día echan más arboladura, y yo, su padre, nada puedo darles? ¡Tifones, retifones! Y todo esto porque á una pícara mujer, que no entiende la maniobra, se le ha clavado entre ceja y ceja que yo he nacido para haragán. ¿Es esto justo? ¡No, señor, qué ha de ser! Gracias á Dios tengo todavía buenas bandas para hacerme á la mar—y al decir esto golpeábase el pecho y las costillas, que más parecían de templado acero que de carne y hueso.—Nada, que vosotras, las mujeres, no entendéis jota de esto, porque siempre navegáis de un solo costado, siempre cuidando la banda de estribor, ¡tifones! ¿Acaso no tenéis más que corazón?



Trepaba hasta la punta de los palos...

Y el viejo lobo se hundía á puñetazos la banda de estribor, acaso para ahogar los feroces latidos con que el suyo protestaba de sus, al parecer, poco paternales sentimientos.

Resultado: que al día siguiente, después de dar un tierno abrazo á su mujer, que lloraba á lágrima viva, un beso como un cañonazo al mayor de sus chicos y un dulce mordisco al menor, el tío Delfín se hizo á la mar de contramaestre del bergantín *Santa Ana*, de la matrícula de Nápoles, capitán Riquelmi.

Largos años navegó en él sufriendo la cólera de todos los mares, siempre inquebrantable, firme como un escollo, aferrado á su propósito de no echar raíces en tierra firme sino cuando estuviera cuarteado en sus bandas y desmantelado en su arboladura. Bien sabía el honrado marino que todas sus fatigas se trocaban en oro, y que ese oro debía asegurar el porvenir de su mujer y sus hijos cuando él faltara, porque tarde ó temprano había de rendir su tributo al mar.

Pero el oficio era rudo y la paga mezquina y sólo á costa de grandes privaciones lograba el tío Delfín ahorrar su sueldo casi íntegro.

Rara vez, sólo cuando el *Santa Ana* anclaba en Nápoles ó en algún puerto cercano, podía ver á su mujer y á sus hijos.

¡Qué baño de alegría se daba el viejo lobo en aquellas visitas! Pero ¡cuán veloces huían aquellas dichosas horas!

—¡Tifones con el perro oficio!, murmuraba cuando el deber lo arrancaba de su hogar. Hasta la vista, que será muy pronto, Dios mediante; tú, mujer, remar, remar fuerte; vosotros, hijos míos, sed buenos, ya os llegará la hora de la maniobra; honrados y buenos, ¿eh? ¿Habéis comprendido, verdad?

Y el marino, enjugándose avergonzado una lágrima que le calcinaba el rostro, daba un abrazo ternísimo á su mujer, un beso al mayor de sus chicos y un mordisco dulce como un caramelo al menor, y se largaba á velas desplegadas, porque si no... las lágrimas de aquellos pedazos de su alma eran capaces de hacerlo encallar... y vuelta á las andadas.

El tío Delfín era de la pasta de Régulo.

Así el viejo lobo iba remando, remando en el agitado mar de su vida, entrando al puerto de su hogar, allá de tarde en tarde, para reparar las averías que pudieran haberle hecho tantas borrascas sufridas, y para refrescar los víveres de su alma.

Porque aunque de tarde en tarde, aquella entrada al puerto á carenarse le infundía nuevos bríos para seguir bogando; mas llegó un día en que el comercio del *Santa Ana* requirió su presencia en otros mares y pasaron años sin que el honrado marino pudiera volver á su hogar á refrescar víveres, como en su pintoresco lenguaje decía.

Es verdad que en sus cartas desleía su alma; es verdad que las escribía tan largas que su mano llegaba á cansarse (aunque tampoco era de mucho aguante por falta de costumbre), es verdad que las recibía de mano de su mujer, con garabatos de los chicos, desbordantes de sentimiento; pero no compensaba esto á lo otro, no era lo mismo, ¡qué había de ser, trombas y tifones!

Un día, el *Santa Ana* recibió á bordo toda una compañía de acróbatas ambulantes. Entre los niños que la formaban, el tío Delfín vió uno, que ¡Dios de Dios!, cómo se parecía á su chiquillo mayor, al hijo predilecto. El marino devorábalo con la vista; sí, era igual, completamente igual, tendría la misma edad; ¡hacía dos años que no lo veía!, sus mismos ojos, grandes, obscuros, llenos de alma; su mismo rostro, su misma sonrisa, con idéntica expresión; tan hermoso, tan dulce, tan simpático como su hijo; sólo que era un poquito negro, ¡tifones!, y su chico, aunque no era blanco como una azucena, no era tan quemado como aquél; pero esto nada valía, el viejo marinero blanqueaba al negrillo con la imaginación y volvía á ver á su hijo...

Y he aquí cómo Alegre encontró en el *Santa Ana* un padre, y el tío Delfín volvió á ver á su chico, al hijo predilecto, al gallardo bandolero de diez abriles, que se revolcaba en todas las arenas de la playa y jugaba con todas las olas de aquella hermosa mar de las costas napolitanas.

V

MAR DE FONDO

Cincuenta días habían pasado ya en el mar y aún estaban lejos del puerto adonde iba el *Santa Ana*. *Il signor* Bertoni, protestando de aquellas calmas que le echaban por tierra todos sus planes financieros, tuvo que entregar algunas docenas de liras al capitán para que se encargara de la manutención de su Compañía, so pena de hallarse el mejor día sin discípulos.

También al capitán Riquelmi traían fuera de sí aquella serie de días abrumadores, sofocantes, monótonos, sin que una brizna de aire acariciase las deshinchadas velas. Él también perdía con la prolongación indefinida del viaje.

Los únicos que salían ganando eran el tío Delfín y Alegre. Nunca le vino mejor el nombre que el contramaestre le diera, porque nunca estuvo más alegre que en aquella época.

(Se continuará.)

EXPOSICION ARTISTICO INDUSTRIAL

DEL ATENEO OBRERO

Pocas instituciones habrá más simpáticas que el Ateneo Obrero de esta ciudad, en donde nuestra juventud obrera recibe provechosas cuanto sólidas enseñanzas de todas aquellas materias que contribuyen á perfeccionar y ennoblecer el trabajo y que al mismo tiempo sirven para poner de manifiesto talentos ó aptitudes especiales que, bien cultivados, permitirán al modesto jornalero aspirar y alcanzar más altas posiciones.

Y esta obra resulta tanto más meritoria, cuanto que el Ateneo Obrero realiza sus hermosos fines casi con su solo esfuerzo, pues aparte de las subvenciones del Ayuntamiento barcelonés y de la Diputación provincial, no ha logrado de los poderes públicos la protección que merece una institución que cuenta veinticinco años de existencia y que sostiene numerosas é importantes clases por las cuales han pasado más de 26 000 alumnos, muchos de ellos hoy afamados artistas.

Para conmemorar el 25.° aniversario de su fundación, ha celebrado recientemente el Ateneo una exposición artístico industrial, cuya inauguración se efectuó el 26 de diciembre último, bajo la presidencia del alcalde Sr. Sanllehi y con asistencia de representantes de la Diputación y de varias entidades barcelonesas, de senadores, diputados, catedráticos y de otras distinguidas personalidades. En aquella sesión inaugural, el secretario Sr. Serra leyó una interesante y bien escrita memoria, haciendo la historia del Ateneo y de las vicisitudes por que éste ha pasado; el profesor y organizador de la exposición Sr. Campos dió lectura á un concienzudo trabajo en que patentiza la importancia social del Ateneo Obrero, que puede ser equiparado á la mejor Escuela de Artes y Oficios, y el Sr. Sanllehí pronunció un elocuente discurso enalteciendo la labor del Ateneo y felicitando á la Junta Directiva, á los profesores, á los alumnos, á todos cuantos contribuyen á esa obra de cultura y especialmente al veterano ateneísta Sr. Noet, presidente honorario del Ateneo y uno de sus más decididos protectores.



Exposición artístico-industrial
organizada por el Ateneo Obrero de Barcelona para conmemorar el 25.° aniversario de su fundación. – Vista de una de las salas

La exposición se componía de una sección de dibujos artísticos, mosaico y escultura, otra industrial, otra de caricatura y dibujos especiales y otra de dibujo lineal; en todas ellas se admiraban trabajos notabilísimos de los alumnos del Ateneo.

La solemne sesión de clausura de la exposición se efectuó el día 6 de los corrientes, y en ella, después de un discurso del Sr. Campos ocupándose del éxito de aquélla y elogiando á los expositores y á todas las personas y entidades que han contribuído á la misma, procedióse al reparto de premios, que fueron: 17 de primera clase, consistentes en un diploma y en libretas de la Caja de Pensiones de 50 y 40 pesetas; 20 de segunda, con diploma y libretas de 25 y 20 pesetas, y 50 de 10 pesetas.

EXPOSICIÓN DE AUTO RETRATOS

Digno de alabanza es el propósito que ha perseguido el Círculo Artístico de esta ciudad, organizando la exhibición de auto retratos recientemente inaugurada en el Palacio de Bellas Artes. Y es tan plausible la finalidad del certamen como lamentable que á él no hayan acudido artistas meritísimos, que podían exponer obras de indiscutible importancia, coadyuvando á la realización de una iniciativa tan merecedora de aplauso. Esto no obstante, justo es consignar que es considerable el número de las obras expuestas y que algunas de ellas merecen cumplidos elogios, correspondiendo al buen nombre alcanzado por sus autores.

En tal caso hállase el retrato, ya conocido, pero de excelentes condiciones, de Ramón Casas; el de Moreno Carbonero, magistralmente pintado; resultando verdaderamente recomendables los del conde de Aguiar, Matilla, Menéndez Pidal, Benedito, á los que siguen los de Luis Masriera, Gili Roig, Borrás Abella, Soldevila Baixas, Larraga, Cornet, Opisso, Guardiola, Robert, Sotomayor, Torrescasana, etc., y los pintados por los hermanos Oslé.

Bien hayan los organizadores de la exposición, deseando que continúen desarrollando iniciativas provechosas para bien del arte y de los artistas que las secunden.



Exposición de auto-retratos de artistas españoles en el Salón Reina Regente del Palacio de Bellas Artes organizada por el Círculo Artístico de Barcelona

LONDRES

EL PLEITO PORTLAND DRUCE

En el número 1.352 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos minuciosamente la historia de ese asunto, que más que sucesión de hechos reales parece una novela folletinesca. Y por si algo faltaba para acabar de darle este carácter, hace pocos días efectuóse en el cementerio de Highgate una ceremonia que pudiera considerarse como capítulo final del folletín, con el título de «La declaración del muerto.» Porque si bien el muerto, como es de suponer, no habló, bastó la exhumación de su cadáver para derribar todo el edificio laboriosamente levantado por los que quisieron disputar al actual duque de Portland la cuantiosa herencia de que disfruta.

Sabido es que las pretensiones de Jorge Hollamby Druce se basaban principalmente en la afirmación de que la inhumación del supuesto Tomás Druce, *fallecido* en 1864, había sido simulada y de que el ataúd no contenía sino unas cuantas planchas de plomo; y esto se explicaba diciendo que con ello había querido el duque de Portland hacer desaparecer su personalidad como tal Druce.

Parecía sumamente fácil comprobar esa afirmación; bastaba para ello abrir la tumba en que Tomás Druce fué ó se decía que fué enterrado; pero el hijo del tal Tomás Druce, Herberto, que siempre afirmó que su padre nada tenía que ver con el duque de Portland, se oponía á ello, y como la ley inglesa no permite que en estos asuntos se pase por encima de la voluntad del interesado, de aquí que lo que en otro caso habría sido cosa facilísima, resultase obra imposible. Esta misma resistencia de Herberto hacía que muchos creyesen en la verdad de lo afirmado por Jorge, pensando que la negativa de aquél obedecía á ciertos tratos con el actual duque de Portland, interesado en que no se descubriese el misterio.

Por fin Herberto dió su consentimiento; pero aun entonces se necesitó, además de la autorización del ministro del Interior, la del tribunal consistorial de la diócesis de Londres. El día 27 de diciembre último reunióse éste en la catedral de San Pablo y concedió el permiso solicitado, pero con la condición de que la fúnebre ceremonia de la exhumación se efectuaría en presencia de un número limitadísimo de personas; Herberto y Jorge no habían de asistir á ella personalmente, sino por medio de representantes.

En el cementerio de Highgate se adoptaron grandes precauciones para que la exhumación se llevase á cabo lo más secretamente posible y á este efecto se levantó alrededor de la tumba una empalizada, y el día 31 de diciembre, señalado para la apertura del féretro, más de ciento cincuenta *policemen* guardaban las puertas del cementerio. La exhumación se realizó con toda solemnidad, y abierta la triple caja mortuoria, apareció en la última el cadáver de Tomás Druce en relativo buen estado de conservación.

Queda, pues, terminada la novela, y aun cuando los que salen perdiendo con el desenlace que ha tenido se proponen llevar sus reclamaciones por otros derroteros, la verdad es que ese epílogo que se ofrece al público ya no inspira interés á ninguno de los que hasta ahora han seguido el curso del asunto Portland-Druce.—S.



Londres.—El pleito Portland-Druce.—Preparativos para la exhumación del cadáver de T. C. Druce. Construcción de una empalizada alrededor de la tumba en donde están depositados los restos de éste en el cementerio de Highgate. (De fotografía del World's Graphic Press.)



San Gervasio (Barcelona).—Inauguración del asilo para niños, «Casal d' Infants.»
Las autoridades visitando el establecimiento después del acto inaugural. - Comida de los niños. (De fotografías de A. Merletti.)

El día 30 de diciembre último celebróse en el convento de las Mercenarias de San Gervasio la inauguración solemne de este nuevo asilo, fundado por la Junta de beneficencia de la parroquia de la Bonanova. Al acto, que fué presidido por Su Emma. el Cardenal Casañas, asistieron: el alcalde Sr. Sanllehí, el gobernador civil Sr. Ossorio, el diputado provincial D. Ramón Albó, el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso y otras distinguidas personalidades.

Después de un elocuente discurso del presidente de la Junta y párroco de la Bonanova Dr. Estebanell, explicando la finalidad del nuevo asilo, que es suplir las deficiencias del jornal de los obreros que no les permite educar debidamente á sus hijos, la comitiva oficial recorrió el establecimiento, que fué bendecido por el Cardenal, y presenció la comida de los niños.

El *Casal d' Infants* está admirablemente situado y dotado de inmejorables condiciones higiénicas; los niños que permanecen en él desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, reciben una educación eminentemente pedagógica, en la que los estudios y los recreos están hábilmente alternados, y además la comida y la merienda, todo costeado por la fundación, que merece los más entusiastas elogios.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 20 de enero de 1908 — Núm. 1.360



CASTALIA,
escultura de Edmundo Hellmer

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Qué es la *grippe*? Un duendecillo, un Proteo, un genio maléfico, al cual es imposible seguirle los pasos. Toma todas las formas; ataca á todos los órganos; se divierte en aparecer allí donde menos se piensa; disimula su malicia, oculta su fuerza, embosca sus baterías, se emboza en obscuridades, aparenta sencillez..., y se apodera del cuerpo, llevándolo, lentamente, hacia su destrucción. No hay nada tan insidioso como la *grippe*. Al pronto, nadie se cuida; y cuando quiere cuidarse, ha pasado la oportunidad: la *grippe* es ya más fuerte que nosotros.

Lo primero que causa la *grippe* es una debilidad general, una depresión de las fuerzas vitales. Se siente el molimiento que sigue á las palizas. De ahí el expresivo nombre de *trancazo*, que la *grippe* recibe algunas veces.

Ese molimiento prepara todos los demás fenómenos subsigientes y concomitantes de la *grippe*. El estómago se anubla; la cabeza se aturde; la garganta se aprieta. Con una sensación de brasa ardiente en la laringe escribo esta crónica. No habrá que extrañar que también ella sea floja y débil, y parezca acabada de apalear.

Si hay un suicidio romántico, es el de la joven terrorista rusa que puso fin á sus días porque el Comité no la confiaba una misión destructora; porque recelaba que no la creyesen capaz de hacer algo enorme y horrible. ¿Verdad que es cosa digna de tentar á un novelista, á un dramaturgo? Hace pocos días asistí á la representación de una bufonada que ahora lleva por título *La famosa Teodora* y que Tina di Lorenzo nos ofreció en primavera bajo el título de *La moglie d'Arturo*. La obra es un sainetón, basado en el propósito de una nihilista de pasar la frontera rusa para cometer una barbaridad. Como la farsa es inverosímil, la impresión que en el espectador produce es que no pueden existir tales mujeres, con tal exaltación de fanatismo. Y sin embargo, existen, y la *Elena* del sainete es una pálida calcomanía al lado de las nihilistas reales y auténticas, que guardan en su alma el volcán de esa pasión extraña, el amor de la muerte, de la sangre, del crimen político.

¿Por qué son especialmente las mujeres las que sienten este terrible impulso? ¿Es que efectivamente hay en ellas mayor sensibilidad, mayor dosis de idealismo—entiéndase como se entienda la palabra—que en el hombre?

Yo no lo he creído nunca. Los grandes arranques sentimentales y los grandes idealismos, la historia los señala en el varón. Fué el hombre quien se alzó para las Cruzadas; fué el hombre quien fundó las Ordenes religiosas; fué el hombre quien creó el arte. En esto la mujer va siempre á la zaga, y su entusiasmo y su vibración son meramente reflejados, no cabe duda. Sólo en estas crueles y candorosas bárbaras del Norte observo que sobrepujan á sus compañeros en decisión, ceguedad, energía y vehemencia. Ningún ruso, que yo sepa, se ha suicidado por desesperación de que no le encarguen suprimir al zar, ó por lo menos á algún general, director de policía ó ministro. Para llegar á esta demostración suprema del valor, comparable á la de Arria cuando decía á su tímido marido «no duele,» arrancando de las entrañas el sangriento cuchillo, es preciso ser mujer, sentir la necesidad de probar que no se es débil, que la fortaleza no es patrimonio del varón, y que tal vez el vaso más delicado encierra el licor más potente y esencial.

Y así ha bajado al reino de las sombras esa alma trágica, á quien Dante admitiría en los círculos de su infierno. Ha bajado con el ceño fruncido, los puños crispados, la boca contraída, los ojos fieros y centelleantes. El hilo de sangre de su herida resalta sobre la palidez del rostro; y al hallarla sufriendo el suplicio de los «violentos contra sí mismos,» el poeta florentino deja caer sobre la feroz virgen eslava una mirada de compasión...

Como lady Macbeth, la rusa puede decir «para esta acción quiero quitarme mi seso.» ¿Qué tendrá aquel país de negra gleba y blancas nieves, que de tal modo exalta á sus hijos? Trasplantados los rusos á París, se creería que la ciudad, animada y tranquila



Enrique Farman, que con su aeroplano ha realizado recientemente en París la prueba del kilómetro del circuito aéreo ganando el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. Véase la descripción en la página 66. (De fotografía.)

á un tiempo, laboriosa y prosaica, donde se come bien y se vive mejor, debiera aplacar su calentura y traerles al camino de la normalidad. París es un pueblo muy sensato, muy preocupado de intereses materiales, y donde, salvo algún que otro atentado anarquista, no se registran casos de insania política. Pero los rusos se traen en su samovar el espíritu de su tierra. Pasan por París como debieron de pasar por Corinto los apóstoles (salva sea la comparación, porque los apóstoles no intentaban hacer daño á nadie). Sólo están en París á fin de caer sobre el vasto Imperio; agazapados, aguardando la ocasión propicia.

Estos días se ha lamentado elegíacamente la clausura de Fornos, como si se tratase de la clausura de algún centro docente del cual saliese la luz para muchos cerebros y el consuelo y la dirección para muchas almas. Ni Boabdil despidiéndose de la Alhambra, ni los puritanos embarcándose en la *Mayflower*, han suspirado por lo que dejaban atrás, como los periódicos de Madrid suspiraron y gimieron por Fornos, que á decir verdad es el foco de los trasnochadores y el sitio donde se arman las juergas y las broncas, y no le conozco otro mérito especial al famoso café, ya vuelto á abrir y funcionando de nuevo, para tranquilidad de sus parroquianos y panegiristas.

Pocos años después de la Revolución de Septiembre, Fornos era todavía un sitio adonde se podía ir á cenar, *en bonne compagnie*. Señoras conocidas, gente de la buena sociedad, se iba allí después del teatro, y á nadie le parecía extraño ni inconveniente. Poco á poco, invadido Fornos por otra clase de público, perdió su clientela del gran mundo, y la adquirió literaria, política y alegre. Salió, para sus intereses, ganando; siempre estaba lleno Fornos, especialmente desde las doce de la noche á las cuatro de la madrugada. Y como el dinero no tiene blasón, yo comprendo que el popular café estuviese de enhorabuena.

Lo que desearía saber es la razón por qué, con tanta prosperidad, Fornos ha decaído y se ha visto envuelto en las redes del desahucio. Parece que, al contrario, deberían estar sus dueños nadando en oro.

¡Se han acabado los matrimonios por sorpresa! Con escelente acuerdo, la Iglesia ha declarado que no son válidos, á pesar de la teoría canónica de que, en este sacramento, los ministros son los contrayentes.

De diez veces nueve, el matrimonio por sorpresa consolidaba una locura, una chiquillada ó un cálculo interesado. De diez veces nueve, los que se unían así, á los pocos meses darían algo bueno por desunirse y quedarse como antes, libres, sueltos y señeros.

Matrimonio por sorpresa hubo en que los contrayentes no aguardaron ni esos pocos meses para echar cada cual por su lado. El caso fué curioso. Tratábase de una heredera, y el tutor rehusaba el consentimiento y la tenía medio secuestrada. Una mañana, escapóse de su casa la dama; el galán ya la esperaba en la iglesia, con dos testigos. «Sorprendieron» al párroco, y cátalos marido y mujer. Pero sucedió que el novio, al ver realizados sus deseos y todo según su voluntad, sintió un impulso de júbilo, y en la misma sacristía rompió á bailar, haciendo zapatetas, como Don Quijote en Sierra Morena. Ver la novia el baile y concebir por el novio una especie de repugnancia invencible, fué todo uno. Ella esperaba sin duda ese recogimiento, ese transporte silencioso que da la felicidad verdadera. Aquella coreografía la hirió, como hiere la ridiculez de lo que amamos. Y desde la sacristía misma, con un bien buscado pretexto, se reintegró á su casa, al lado de su tutor. El novio tuvo la debilidad de no sujetarla con sus brazos, de no arrebatarla consigo; y ya nunca más volvieron á reunirse en este mundo.

El novio agotó todos los recursos para hacer que su legítima esposa se uniera á él. Ella se negó tenazmente. De ahí un pleito monumental, que duró diez años lo menos. Al cabo, como el matrimonio no era sino nominal, como desde el instante de la boda no habían cambiado una palabra los cónyuges, fué abolido, y ambos contrayentes quedaron libres y dueños de sus personas, decisión que sólo tuvo el defecto de haberse hecho esperar demasiado, por la lentitud de tortuga de los procedimientos legales.

Otro matrimonio por sorpresa me refirieron y es, cuando menos, original... La escena pasó en la Habana. Un joven oficial de la guarnición llevaba amorosas relaciones con una criolla rica y guapa. Los padres de la novia se oponían con todas sus fuerzas, y dificultaban, no ya la boda, sino hasta las más rápidas entrevistas. Se celebró un baile en el palacio de la Capitanía general, y á él fué invitada la familia de la joven, y á él asistió, naturalmente, el oficial peligroso. Los padres de la hermosa vieron, no sin profunda alarma é indignación, que el oficial sacaba á bailar á su hija, y que ésta aceptaba, y que se perdían, enlazados, en el torbellino del vals. ¡Qué hubiesen dicho si supiesen que la pareja, cogida por la cintura, dando vueltas y más vueltas entre el gentío, había acabado por detenerse un momento solo ante el capellán del regimiento del oficial, que, grave, arrimado á una puerta, veía girar á los locos danzarines! El capellán de un regimiento es el párroco natural de todos los individuos que componen esta colectividad, y ante él, rápidamente, los enamorados murmuraron el «quiero por esposa...,» «quiero por esposo...,» que bastaba para consolidar la unión. El capellán, comprendiendo la ojeada suplicante y angustiosa del novio, vaciló un punto, y al cabo, vencido por la simpatía hacia su amigo y oficial, extendió los dedos y bendijo... Y al extinguirse la última cadencia del vals, al desceñirse los brazos de las cinturas, los dos enamorados quedaron tan casados como mis abuelos y mis padres, que es cuanto puedo decir de casamientos bien remachados y hechos según Dios manda...

La verdad es que todo esto era algo fantástico, y que el sabio y formal matrimonio del Concilio de Trento no debe andar en semejantes aventuras. No cuadran con su solidez, su seriedad y su empaque. Y como el casarse es cosa tan para pensada, cuantas más tranquillas se le pongan será mejor.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CUENTO DE LOCOS Y DE AMORES, POR JOSÉ FRANCÉS

Dibujo de Opisso



Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Jardín bravío, indómito, cuyas plantas nacían á su gusto como las ideas en los cerebros huérfanos de razón; que iban donde querían; que tenían fuertes enlaces con árboles de su agrado. El agua, el agua que se deslizó por serenos y lógicos cauces, ahora es como culebra de luz que argentea y surge y se oculta por aquí, por allí, por muy cerca, por muy lejos.

Una tapia alta y blanca le separa del patio amplio, enlosado, limpio, donde sólo surgen—oraciones negras—cuatro cipreses.

El patio es recreo de los locos peligrosos, para quienes el jardín pudiera ser caballo de ensueños y amor que da la muerte.

El jardín es recreo de los locos tranquilos, que se tienden boca arriba y en el cielo azul van leyendo.

A veces vienen del patio al jardín unos gritos extraños, unas canciones de bárbaro ritmo y una carcajada que parece rugido ó una voz hueca que declama tragedias y leyendas de conquista.

A veces también el viento empuja los árboles del jardín y unas ramas curiosas se asoman por sobre la tapia para retirarse en seguida, temblonas y rumorosas.

A las horas quietas y mansas del anochecer, la campana del manicomio enreda sus notas con las de las campanas que anuncian la oración en cercanas iglesias.

Por las frentes-sepulcro, por las frentes-volcán, pasa una sombra de tristeza. Los ojos que perdieron el ritmo de la paz lanzan su última mirada al cielo ó á la blancura de las tapias ó á los cipreses que se clavan en lo azul. Las bocas dicen su palabra obsesión, entregándola al aire quieto de la tarde.

Luego se forma el rosario de locos; entran en el edificio, vencidos y gemidores los unos, turbulentos y rebeldes los más.

Se iluminan unas después de otras las ventanas, y los labriegos que tornan de las tierras de labrantío, algunos mozos y mozas que vienen enlazados y con los labios presos, tal viejecilla que sube al monte por leña y cual chicuelo que baja con el haz sobre las espaldas, ven en la luz naranja, por entre los hierros negros de las ventanas, unas siluetas que pasan y repasan, con trajín de fiera cautiva, que permanecen de pechos sobre el marco, meditando extrañas meditaciones.

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Ella era la hija del director del manicomio. Él un poeta que amó el ensueño, que despreció la vida y á quien la vida castigó, desposándole para siempre con el ensueño.

Como de belleza y de luz era la locura, no preocuparon sus arrebatos y dejáronle vagar por el jardín y levantar alcázares en un rayo de luna y vestir pasiones con un rayo de sol.

No por miedo encerráronle en el manicomio, sino por compasivo cansancio. Al parco y terrero vivir de su familia no sentaba bien aquella flor de sinrazón. El doctor supo comprender la indefensa é inofensiva expansión de aquella alma y la dió la libertad del cuerpo y la dejó el consuelo de su misma hija.

Todas las tardes se sentaban en un rincón del jardín.

Él empezaba á hablar. Poco á poco, la corriente de su charla saltaba la espuenda del atinado hilván de palabras y se precipitaba por los campos floridos de la imaginación. Unas tierras las fecundaba y nacían lozanas flores y sanos arbustos y árboles que serían centenarios; otras tierras las agostaba y quedaba una decoración de alta muerte. ¡Qué importaba! Siempre era fuerza y era entusiasmo y era amor.

Al pasar de los días amoldáronse los espíritus, y Julia saboreó el encanto de Arturo y Arturo revió la antigua amante y amada. Él dijo sus ternuras y ella hizo de su corazón un estuche, guardando las joyas de aquellas ternuras.

El dijo en cierta ocasión:

—¿No sabes? Yo soy un rey viajero. Mi reino está muy lejano y allí no hay guerras porque no hay odios y no hay odios porque no hay hombres. Los pájaros tienen amores con las plantas, y de ellas nacen otras plantas y otros pájaros que durante la niñez son estrellas. Las estrellas juegan cuando sus padres descansan, y mientras unas corren por el cielo, las otras se bañan en las aguas de los lagos. Yo, como soy el rey, soy poliforme. Unas veces soy de mármol y me escondo en la tierra de otros reinos para que los hombres me descubran y me adoren. Otras veces me hago violín y corro á vibrar en manos de un monje músico; otras veces soy libro de versos y corro á temblar en manos de mujer. Y soy lirio, y soy cisne, y soy cúpula de bronce al morir la tarde. Ahora me fingí poeta para estrecharte las manos.

Y en otra ocasión:

—Si no lo cuentas á nadie, voy á decirte un secreto. He escrito un libro. Quince princesas me dieron la piel de sus manos para las treinta hojas. Cada estrofa lleva historiadas mayúsculas, como en los códices, y las he pintado con sangre de corazón. En unos alambiques de tallos verdes destilé el perfume de una sonata y rocié las hojas. Cogí el charco de sol que había en el campo cierta tarde de otoño é hice una encuadernación de oro. Los broches son de lágrimas. Una mariposa al morir entre las hojas de piel de princesa ha sido el artista ilustrador de mis versos. Te agradarán mis versos. Son rítmicos y suaves. Yo no rimo «ojos y rojos,» «amor y dolor;» yo rimo «la tarde que muere con la mujer que canta,» «las aves viajeras y mi melancolía,» «el tiempo y tus labios,» «tu risa y una campana de plata.»

Y en otra ocasión:

—Ayer hablé con el huracán y concerté nuestra fuga. Me dijo que su hermano el viento nos llevaría por sobre estas tapias hasta mi reino. Y—no lo digas á nadie—dejaremos aquí los cuerpos. Mi reino es el de los espíritus. Cada espíritu tiene su color; de ellos, azules, como palabras de paz; de ellos, rojos, como ideas de guerrero; de ellos, áureos, como traje de rey. Los nuestros son blancos, almitas claras como el agua y que como el agua reflejarán los cielos y los campos y las caras de niño y el vuelo de las golondrinas.

De este modo fué naciendo el amor en el alma de Julia, y una tarde, como una inspiración, como un despertar, como un semblante que se soñó y que nos habla, surgió en ella el convencimiento de que sería siempre de Arturo.

D. Juan, el director del manicomio, creía, como yo creo también, que el alma hace su nido en el corazón. Por ello cursó la ciencia de la vida como prólogo de la neuropatía. Decíanse de él curaciones portentosas y tan grandes, que alzábanse de la tierra para entrar vestidas de milagro en el cielo. Supo leer en el alma de su hija y la hizo acompañante del poeta, y cuando comprendió que el amor había nacido, los separó.

Empezó el tratamiento de Arturo. Tratamiento de ausencia, de soledad. Que el alma volviera á la razón por los senderos del desencanto. Así fué.

Algunas tardes se sentaron en el rincón del jardín.

El viento empujaba las ramas por sobre la tapia blanca y las ramas se apartaban temblonas y rumorosas. Vagaban y ondulaban canciones de bárbaro ritmo. La voz que declamaba tragedias de ensueño y leyendas de conquista, carcajada que era rugido. Sonaban las campanas del encierro con las campanas de la oración. Se iluminaban las ventanas y los labriegos y las viejas y los mozos novios veían las siluetas aferradas á los hierros negros

Todo como en los días lejanos.

Arturo dijo en cierta ocasión:

—¡Si vieras, Julia, con qué fe y con qué esperanza trabajo ahora!.. Ayer estuve en Bolsa. Compré Interior, que estaba bastante bajo, y me aproveché de la subida de los francos. Mañana estoy citado con Hermida, ya sabes, aquel de Jaén: tal vez tengamos que hacer un viaje para el asunto aquel de las minas.

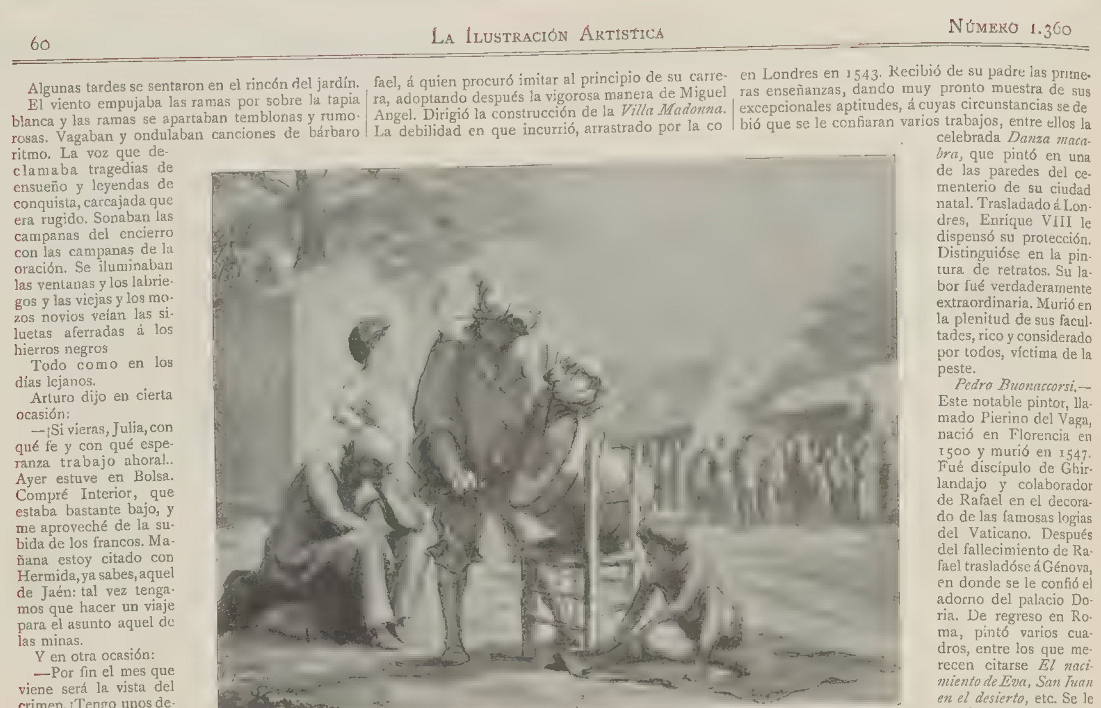
Y en otra ocasión:

—Por fin el mes que viene será la vista del crimen. ¡Tengo unos deseos de hablar! Realmente no es muy simpática la defensa de ese individuo que mató á su madre y prendió fuego al cadáver; pero se puede hacer algo... Ya veremos.

Y en otra ocasión:

—Ya está todo arreglado. Mañana vendrá mi padre y hablará con el tuyo respecto de la dote y no sé qué otras zarandajas. En cuanto se arregle todo nos casaremos, nenita. Ya comprendo que todos estos preliminares son poco poéticos. Pero ¡qué le vamos á hacer! No sólo de besos y de palabritas dulces se compone la vida.

Y de este modo fué muriendo el amor en el alma de Julia, y en una tarde, como una iniciación, como un cruel despertar, como un semblante que se hunde y desaparece después de haber sido claro y luminoso, surgió en ella el convencimiento de que nunca sería de Arturo.



Los saltimbanquis, dibujo de Honorato Daumier, que se conserva en el Museo Kensington, de Londres



Esperando el tren, dibujo de Honorato Daumier, que se conserva en el Museo Kensington, de Londres

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

III

Francisco Primaticcio.—Nació en Bolonia en 1490 y murió en París en 1570. Comenzó á darse á conocer por sus grandes composiciones decorativas, aprendiendo al propio tiempo á modelar y esculpir, ejecutando varias estatuas de apóstoles y frisos. Decoró, por encargo de Francisco I, el castillo de Fontainebleau, dedicándose á dibujar para trabajos de orfebrería, ornamentación, etc., y proyectar planos, contribuyendo al renacimiento artístico de Francia.

Julio Pippi.—Nació en Roma en 1492 y murió en 1546. Fué más conocido con el nombre de Julio Romano y uno de los discípulos predilectos de Rafael, á quien procuró imitar al principio de su carrera, adoptando después la vigorosa manera de Miguel Angel. Dirigió la construcción de la *Villa Madonna.* La debilidad en que incurrió, arrastrado por la corriente de su época, ejecutando algunos dibujos licenciosos, enemistáronle con el pontífice, trasladándose á Mantua, dirigiendo su fortificación, preservándola de las inundaciones y desecando los pantanos de las cercanías. En Bolonia proyectó la fachada de la iglesia de San Petronio. De regreso en la Ciudad Eterna, construyó varios palacios.

Lucas de Leyden.—Nació en Leyden en 1494 y murió en 1533. En sus juveniles años dióse ya á conocer como notable pintor y hábil grabador. Sus cuadros se distinguen por la viveza del colorido y por la riqueza y exactitud de la ornamentación. Deseoso de conocer á sus colegas flamencos, trasladóse á Middelburgo, en donde fué muy obsequiado, contrayendo allí la dolencia que dió fin á una existencia tan laboriosa, habiéndose llegado á suponer que fué envenenado por alguno de sus émulos.

Juan Holbein.—Nació en Basilea en 1497 y murió en Londres en 1543. Recibió de su padre las primeras enseñanzas, dando muy pronto muestra de sus excepcionales aptitudes, á cuyas circunstancias se debió que se le confiaran varios trabajos, entre ellos la celebrada *Danza macabra,* que pintó en una de las paredes del cementerio de su ciudad natal. Trasladado á Londres, Enrique VIII le dispensó su protección. Distinguióse en la pintura de retratos. Su labor fué verdaderamente extraordinaria. Murió en la plenitud de sus facultades, rico y considerado por todos, víctima de la peste.

Pedro Buonaccorsi.—Este notable pintor, llamado Pierino del Vaga, nació en Florencia en 1500 y murió en 1547. Fué discípulo de Ghirlandajo y colaborador de Rafael en el decorado de las famosas logias del Vaticano. Después del fallecimiento de Rafael trasladóse á Génova, en donde se le confió el adorno del palacio Doria. De regreso en Roma, pintó varios cuadros, entre los que merecen citarse *El nacimiento de Eva, San Juan en el desierto,* etc. Se le consideró, después de Miguel Angel, como el mejor dibujante de la escuela florentina.

Francisco Mazzuoli.—Nació en Parma en 1503 y murió en 1540. Llamósele el *Parmesano:* fué discípulo de sus tíos paternos Miguel é Hilario, á los que muy pronto sobrepujó. Se distinguió por haber sabido crear un género propio, caracterizado por la gracia en el dibujo y la suavidad del colorido. Fué asimismo uno de los más hábiles grabadores de su época, debiéndosele la introducción en Italia del procedimiento de los aguafuertes.

Jacobo Da Ponte.—Nació en Bassano en 1510 y murió en Venecia en 1592. Apellidóse le *Bassano el Viejo* y tuvo por maestro á su padre. Fué un excelente pintor de la escuela veneciana, admirador de la naturaleza, pintando con singular verdad paisajes y animales. Sobresalió también en los retratos, citándose entre los más notables los de Ariosto y Tasso. En Italia consérvase la mayor parte de sus cuadros.

Francisco Rossi.—Nació en Florencia en 1510 y murió en 1563. En sus primeros años dedicóse á la profesión de platero, trocando al poco tiempo los útiles por los pinceles. Tuvo por maestro á Bugiardini y en su taller contrajo estrecha amistad con Vasari. Obtuvo la protección del cardenal Sabiati y sucesivamente le dispensaron su apoyo el duque Cosme de Médicis, el cardenal de Lorena y el papa Pío IV, residiendo en Florencia, Venecia, Bolonia y Roma.

Gregorio Vasari.—Nació en Arezzo en 1512 y murió en Florencia en 1574. Fué biógrafo, arquitecto y pintor. Perteneciente á una familia de artistas, aprendió los principios del arte con el pintor Guillermo de Marsella y el dibujo con Miguel Angel, Andrés del Sarto y otros pintores eminentes. Dispensáronle su protección y simpatía varios duques de la familia de los Médicis y algunos pontífices.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

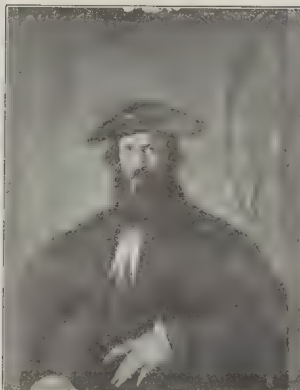

Francisco Primaticcio, itali[illegible]


Jul[illegible] (149[illegible]-15[illegible])


Luca Leyden, irlandés (1494-1553)


Juan Holbein, alemán (1497-1543)


Pedro Buonaccorsi, italiano (1500-1547)


Francisco Mazzuoli, italiano (1503-1540)


Jacobo Da Ponte, italiano (1510-1592)


Francisco Rossi, italiano (1510-1563)


Gregorio Vasari, italiano (1512-1574)

LÁMINA. 3.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

LA NAVE, tragedia de Gabriel d'Annunzio, estrenada recientemente en el Teatro Argentina de Roma

Gabriel d'Annunzio



Prólogo.—Decoración del Arsenal

Desde hacía mucho tiempo, la intelectualidad italiana tenía fija su atención en la nueva tragedia del genial poeta y el público de Roma esperaba con ansia el estreno de la obra. Sabíase que el famoso actor Caravaglia había puesto especial empeño en la representación y que la empresa del Teatro Argentina no había escaseado medios ni perdonado esfuerzos para presentar *La Nave* con todo el lujo y la propiedad que la última creación de d'Annunzio merecía, contratando más de veinte actores, aparte de los numerosos que componen de ordinario la compañía, reforzando el cuerpo de comparsas con una importante masa de doscientos individuos, confiando al celebrado escenógrafo Liverani el complicado decorado y al reputado especialista Duilio Cambellotti el dibujo de los innumerables objetos accesorios, tales como cruces, custodias, candelabros, facistoles, misales, etc.

Un mes antes del estreno ya estaban tomadas todas las localidades, habiendo llegado á pagarse doscientas liras por una butaca. Los periódicos dedicaban artículos y sueltos á los ensayos y preparativos escénicos, conviniendo todos en que la representación de la tragedia constituiría un grandioso acontecimiento teatral. El poeta conferenciaba frecuentemente con Caravaglia y dirigía personalmente los últimos ensayos, y los *reporters* aguzaban su ingenio para anticipar noticias sobre los pormenores de la *mise en scene,* metiéndose en los estudios de los artistas, visitando los talleres del sastre Gentili y deslizándose entre bastidores para sorprender y divulgar luego lo que la dirección escénica quería mantener secreto.



Basiliola (Sra. Paoli)

Las noticias de los ensayos, sobre todo del general, eran contradictorias, según el punto de vista en que se colocaban los que á ellos habían asistido; para unos *La Nave* sería una revelación superior á cuanto podían esperar los más optimistas; para otros había de ser el mayor de los fracasos. Y de estas noticias salían acaloradas discusiones, en las que la pasión se sobreponía á la serenidad y se anticipaban juicios y se hacían profecías sobre la manera cómo el público acogería esa nueva obra de uno de los literatos más grandes y por ende más discutidos, y que tiene admiradores entusiastas, fanáticos, y adversarios encarnizados.

La publicación de la tragedia había permitido conocer y apreciar su valor literario, que la crítica había ensalzado extraordinariamente; pero tratándose de creaciones destinadas á la escena, no basta esto, sino que es preciso que la obra tenga valor teatral.

Llegó la noche del estreno. Desde las primeras horas de la tarde, el público invadió las localidades y, poco antes de empezar la función, la sala del Argentina ofrecía un aspecto deslumbrador. Toda la alta sociedad de Roma, las eminencias literarias, artísticas, el mundo elegante, cuanto puede dar brillantez sin igual á un espectáculo, habíase dado allí cita, presidido por los reyes de Italia.



El pueblo de la futura Venecia

Comenzó la representación, y desde las primeras escenas el público se sintió arrastrado por el genio del poeta. El entusiasmo fué creciendo á medida que la acción de la tragedia se desarrollaba y al final de cada acto d'Annunzio fué objeto de grandes ovaciones, que al terminar la obra se convirtieron en uno de los más colosales triunfos que en los anales del teatro se registran.

De esas ovaciones participaron los intérpretes de la obra, en especial la primera actriz Sra. Paoli, los actores Caravaglia y Galvani, el maestro Ildebrando da Parma, que ha escrito para *La Nave* algunos inspirados números musicales, y, en una palabra, cuantos han colaborado en la representación de la última creación de d'Annunzio. —R.

(De fotografías de Carlos Abeniacar.)



Sergio Gratico (Sr. Ciro Galvani)

PARÍS. - UN PROCESO CÉLEBRE

LA FABRICACIÓN DEL DIAMANTE

A fines del año 1905, un ingeniero francés, M. Lemoine, que aseguraba haber descubierto la fabricacion artificial del



París. — El proceso de la fabricación del diamante.—Lo que ha quedado del laboratorio de M. Lemoine de la calle de Lecourb, que actualmente está en vías de demolición. A la izquierda se ve el reostato y detrás uno de los cables.



Local en donde estaba instalado el horno de M. Lemoine. (De fotografías de Branger.)

diamante, púsose al habla con el rico financiero sudafricano M. Julio Wernher, director de la Compañía De Beers, explotadora de minas diamantíferas, quien, en previsión de los perjuicios que pudiera acarrear aquel descubrimiento, en caso de ser cierto, quiso asegurarse la exclusiva posesión del secreto del supuesto inventor. M. Lemoine realizó, por medio de un horno eléctrico y en presencia de M. Wernher y de dos personas expertas, algunos experimentos que dieron el mejor resultado; y en vista de ello convínose que M. Wernher entregaría á M. Lemoine los fondos necesarios para construir en Argelés, cerca de Pau, una fábrica destinada á la producción del diamante en grande escala.

Construyóse, en efecto, la fábrica, pero como M. Lemoine fuese aplazando su inauguración, M. Wernher, que había entregado la cantidad de 1.671.000 francos, entró en sospechas de que era tal vez víctima de una estafa, y envió desde Londres, en donde reside, á París á uno de los administradores de la citada Compañía, M. Hoats, para que delante de él efectuara aquél nuevos experimentos. Así lo hizo M. Lemoine, y en su laboratorio de la calle de Lecourbe procedió á la operación, de la que resultó un pequeño diamante. Pero es el caso que este diamante, según ha declarado M. Hoats, era el mismo que él había introducido subrepticiamente en el crisol durante la prueba y que se había licuado. De regreso en Londres, expuso lo sucedido á M. Wernher, manifestándole su convencimiento absoluto de que se trataba de un engaño.

M. Wernher entonces exigió de M. Lemoine que le descubriera su secreto; negóse á ello el ingeniero, alegando que, según habían convenido, la fórmula de la fabricación constaba en un pliego depositado en un Banco de Londres y que no podría aquél abrir hasta después de la muerte del inventor. En su consecuencia, M. Wernher presentó ante los tribunales de París querella criminal contra M. Lemoine, y decretada la prisión de éste, han comenzado las diligencias conducentes al esclarecimiento del hecho. En la primera diligencia, practicada el día 11 de este mes, comparecieron ante el juez los dos interesados con sus abogados respectivos, y después de explicar, cada cual á su modo, por supuesto, lo que dejamos relatado, M. Lemoine propuso que él depositaría en un Banco, que su contrario designase, todo el dinero que posee y además 750.000 francos en varios valores y que si, después de los experimentos que realizase, se probaba que era un impostor, dinero y valores serían para M. Wernher; pero que, en caso contrario, éste le indemnizaría de los daños y perjuicios que le ha ocasionado.

M. Wernher aceptó esta proposición y se ofreció, á su vez, á depositar 400.000 francos en un Banco para indemnizar á M. Lemoine, si éste realmente demostraba que su secreto era una verdad. Mas para efectuar la prueba, exigió el inventor que lo pusieran en libertad, en lo que no quiso consentir el querellante; para obviar esta dificultad, el juez propuso que tres personas peritas, M. Bordas, director del Laboratorio central del ministerio de Hacienda, M. Kling, doctor en Ciencias, profesor de la Escuela de Física y Química, y M. Pinier, perito lapidario parisiense, practicasen los experimentos necesarios bajo la dirección de M. Lemoine, pero éste se negó en absoluto diciendo que, como tiene manifestado repetidas veces, la operación no siempre sale bien, y que si la prueba realizada en tales condiciones no diese resultado satisfactorio, se le podría tachar seriamente de impostor. Ante esta negativa, propuso el juez que fuese el mismo Lemoine quien realizase el experimento en presencia suya y de los citados peritos; esta proposición parece que ha sido aceptada por el procesado, con la condición de que han de dejarle operar en su fábrica. De este modo podría salirse de dudas, desde el momento en que M. Bordas ha declarado que adoptará todas las medidas necesarias y que tiene la seguridad absoluta de no ser víctima de una supercheria.

No todo en el proceso son pruebas contrarias al acusado; en él ha declarado, en efecto, M. Jackson, otro rico capitalista á quien aquél se dirigió cuando M. Wernher se negó á facilitarle más dinero, y este testigo ha explicado cómo Lemoine fabricó en dos ocasiones distintas, delante de él y de otras personas, diamantes que fueron aceptados como excelentes por un comerciante en piedras preciosas de Londres y por dos peritos de la expresada Compañía De Beers, habiendo estos dos últimos llegado hasta á determinar de qué mina procedían. Y M. Jackson, al explicar las dos pruebas por él y sus amigos presenciadas, afirma que Lemoine no tocó los ingredientes ni los aparatos utilizados en el experimento, habiendo él mismo pulverizado é introducido aquéllos en el crisol y cerrado éste herméticamente; y que al retirar y romper, no sin grandes esfuerzos, el crisol, apareció en el interior una substancia cristalizada que contenía de 20 á 30 diamantes la primera vez y hasta un centenar la segunda. M. Jackson, en suma, está convencido de que Lemoine ha descubierto realmente el secreto de la fabricación del diamante.

Y M. Armstrong, uno de los que presenciaron las pruebas, ha afirmado á un corresponsal de un diario inglés, que le ha interrogado en Montecarlo, el mismo convencimiento absoluto que M. Jackson.

El juez, para aclarar el misterio, pensó en pedir á Londres el documento allí depositado, pero para evitar esto, á lo que se opone terminantemente el procesado, pues con la apertura de aquél el secreto se divulgaría, han hecho un viaje á la capital de Inglaterra la esposa de Lemoine y un abogado, y además el defensor ha demostrado al juez que no podía ordenar tal diligencia, por oponerse á ella la voluntad de los interesados, consignada solemnemente al hacer el depósito.

En este estado se halla actualmente este asunto que apasiona á todo París y del cual se ha ocupado accidentalmente la Academia de Ciencias, en donde se han recordado á este propósito los experimentos del ilustre Moissán.

¿Habrá perfeccionado Lemoine el procedimiento de aquel ilustre químico? ¿Habrá descubierto otro más sencillo ó más perfecto? ¿Se trata de un gran invento ó de una colosal estafa? Poco hemos de tardar en saberlo. – S.



París.—El Mokri, enviado especial y ministro de Hacienda del sultán que, después de haber estado en Madrid, ha visitado la capital de Francia para contratar un empréstito por cuenta de Abd-el-Aziz. A su izquierda, su secretario; á su derecha, el intérprete. (De fotografía de Branger.)



JOSÉ M.ª MARQUÉS Y ALGUNAS DE SUS MÁS RECIENTES OBRAS



Los bebedores, cuadro de Federico Fehr. (Exposición de Arte alemán de Colonia. 1907.)

Retratos de los hijos de Mr. A. W., grupo pintado por Juan S. Sargent

PARÍS
CESTOS DE PAPELES EN LAS VÍAS PÚBLICAS

La falta de limpieza en las calles es una de las cosas que hacen formar peor concepto de una población y de las que más contribuyen á quitar importancia á las bellezas que en los otros órdenes de urbanización pueda aquélla atesorar. De aquí la solicitud con que todos los Ayuntamientos conscientes de sus deberes atienden á la policía urbana, adoptando las disposiciones convenientes, no sólo para limpiar bien y frecuentemente la vía pública, sino además para evitar que la gente la ensucie sin necesidad. Para esto último puede la autoridad recurrir á medidas directas, prohibiendo arrojar ó depositar en la calle ciertas materias y castigando á los infractores de tal prohibición; ó indirectas, facilitando á los ciudadanos los medios de cumplir con el menor esfuerzo posible lo que las ordenanzas disponen y aun de abstenerse de actos que, sin caer dentro de éstas, redundan en perjuicio del buen aspecto de la ciudad.


París.—Cestos de bronce instalados en las principales vías para arrojar en ellos los papeles inútiles. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

En este sentido merece aplauso el acuerdo del municipio parisiense de instalar en las principales vías de aquella capital unos cestos de bronce en donde los viandantes echen los papeles en vez de tirarlos al suelo. En París, como en todas las grandes ciudades, la distribución de prospectos en las calles de más tránsito alcanza enormes proporciones; estos prospectos casi todos van á parar al arroyo, y pisoteados por la multitud, mojados por la lluvia ó por la humedad, acaban por ser una verdadera porquería que cuesta mucho tiempo y trabajo recoger. Con los cestos colocados de trecho en trecho, en la forma que el adjunto grabado indica, es de esperar que el mal irá disminuyendo poco á poco y no tardará en desaparecer en absoluto. En los primeros días, los guardias municipales invitaban cortésmente al público á dejar en aquellos receptáculos los papeles que instintivamente iba á tirar al suelo, y la inmensa mayoría de las gentes atendían aquella indicación; hoy ya son pocos los que espontáneamente no utilizan los cestos.

Y si la costumbre al fin se impone, como es de suponer, mucho habrá ganado París con esta mejora, á primera vista insignificante.

EL AEROPLANO FARMAN
Y EL PREMIO DEUTSCH-ARCHDEACON

En el número 1.359 de La Ilustración Artística dimos cuenta del éxito satisfactorio de las pruebas realizadas por Enrique Farman con el aeroplano de su invención. Esas pruebas, que entonces le valieron varios pequeños premios del Aero-Club y del Aviation-Club de Francia, por haber batido el *record* de los aparatos de su clase, no eran más que ensayos para aspirar al gran premio de 50.000 francos instituído por los señores Deutsch y Archdeacon, para el que con un aparato más pesado que el aire recorriese de una vez un circuito aéreo de un kilómetro.

El día 13 de los corrientes, después de dos ensayos hechos dos días antes, declaró Enrique Farman que estaba dispuesto á realizar la prueba oficial, en el terreno de maniobras de Issy-les-Moulineaux y en presencia de la competente comisión del Aero-Club de Francia. Poco antes de las diez y media, montó el aeronauta en su aeroplano, hizo funcionar el motor, giraron las hélices y el aparato se deslizó rápidamente por el suelo, hasta que al llegar á las banderolas que señalaban el punto de partida, se elevó á seis metros y conservando un perfecto equilibrio, emprendió un hermoso vuelo con una velocidad de 50 kilómetros por hora. Así recorrió en línea recta 500 metros y al hallarse en el sitio en donde otras dos banderolas indicaban el punto de virada, elevóse á una altura de 12 metros, Farman hizo funcionar el timón, y el aparato, describiendo una curva perfecta, de sólo 60 ú 80 metros de diámetro, dió la vuelta, marchó hacia el punto de salida y fué á posarse 100 metros más allá de éste suavemente, sin sacudidas y con una precisión asombrosa. Había recorrido el kilómetro de la prueba en un minuto y 28 segundos, y había ganado, por consiguiente, el valioso y disputado premio.

Ocioso es decir que el aeronauta fué objeto de una ovación entusiasta; los Sres. Deutsch y Archdeacon le felicitaron y abrazaron efusivamente, y el público lo llevó en triunfo.

Enrique Farman se propone ahora ir á Inglaterra para correr la milla inglesa en línea recta (premio de 25.000 francos) y luego á Bélgica para tomar parte en el concurso para el gran premio de 50.000 francos. Y del mismo modo se propone concurrir, si es que se realiza el pensamiento de la copa de 100.000 francos concedido por M. Archdeacon, á la prueba que se organice para ganarla y que consistirá en recorrer una distancia de 25 kilómetros en circuito cerrado.

La victoria de Farman señala una etapa decisiva en la conquista del aire y constituye uno de esos grandes acontecimientos que marcan época en los anales de la ciencia.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona — *Salón Parés.* — Los dibujantes caricaturistas que colaboran en el semanario «¡Cu-Cut!» han expuesto en este salón los dibujos que figuraron en la exposición de caricaturas celebrada hace poco en Madrid y de la cual nos ocupamos en el número 1.348 de La Ilustración Artística. Cornet, Apa, Junceda, Llaverías y Opisso han demostrado una vez más las excepcionales aptitudes que poseen para el género á que especialmente se dedican; todos ellos han expuesto verdaderas obras maestras. Presidían la exposición algunos dibujos magistrales de los difuntos artistas catalanes Fortuny, Padró, Pellicer y Planas, pertenecientes á la colección del señor Casellas.

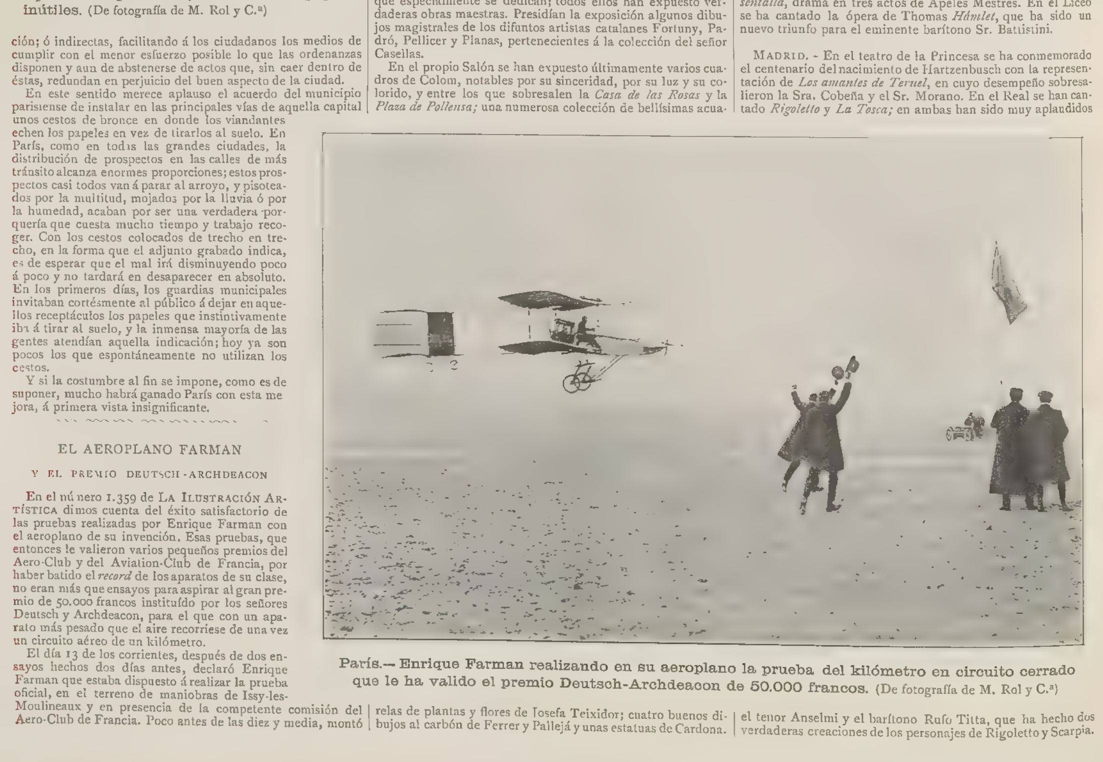
En el propio Salón se han expuesto últimamente varios cuadros de Colom, notables por su sinceridad, por su luz y su colorido, y entre los que sobresalen la *Casa de las Rosas* y la *Plaza de Pollensa;* una numerosa colección de bellísimas acuarelas de plantas y flores de Josefa Teixidor; cuatro buenos dibujos al carbón de Ferrer y Pallejá y unas estatuas de Cardona.

Salón Dalmau. — La colección de caricaturas del joven dibujante José Mompou es muy notable y revela una personalidad artística. La característica de estas composiciones, simbólicas muchas de ellas, es el acierto con que en ellas ha sabido el artista fijar, por decirlo así, el movimiento.


El Descendimiento de la Cruz, célebre cuadro de Van Dyck, de un valor inapreciable que se conservaba en la iglesia de Nuestra Señora de Courtrai (Bélgica), de donde ha sido robado recientemente. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

Espectáculos.— Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La reina vella,* obra lírica en un acto y tres cuadros, letra de Angel Guimerá, música del maestro Morera, con decorado de Comelerán; y en Romea *La presentalla,* drama en tres actos de Apeles Mestres. En el Liceo se ha cantado la ópera de Thomas *Hámlet,* que ha sido un nuevo triunfo para el eminente barítono Sr. Battistini.

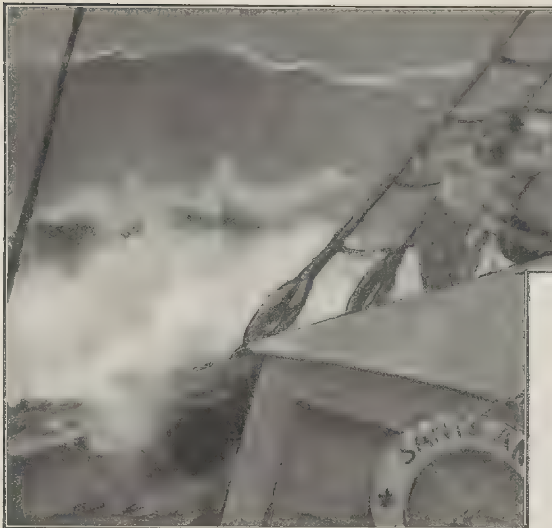
Madrid. — En el teatro de la Princesa se ha conmemorado el centenario del nacimiento de Hartzenbusch con la representación de *Los amantes de Teruel,* en cuyo desempeño sobresalieron la Sra. Cobeña y el Sr. Morano. En el Real se han cantado *Rigoletto* y *La Tosca;* en ambas han sido muy aplaudidos el tenor Anselmi y el barítono Rufo Titta, que ha hecho dos verdaderas creaciones de los personajes de Rigoletto y Scarpia.


París.— Enrique Farman realizando en su aeroplano la prueba del kilómetro en circuito cerrado que le ha valido el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)



Alegre se dejó amarrar riéndose

Su naturaleza, sensible como una placa de colodión, al momento traducía en acciones reflejas la impresión recibida. Más que alegre, era fácil de contentar: bastábale un poco de libertad para su cuerpo y un poquito de ternura para su alma; lo demás no tenía valor á sus ojos.

Y poseía las dos cosas. Amaba los viajes, adoraba el mar, y viajaba ahora por el mar. Tenía sed de un poco de cariño y había encontrado el mejor de los padres, que lo anegaba en cariño.

Un día miraba desde el puente la arriesgada maniobra de un gaviero, que trepado en los obenques tomaba un rizo con viento bastante fuerte.

—¡Qué hermoso es ser marino!, exclamó entusiasmado por el mismo peligro, que no podía medir.

—¡Oh! ¿Te gusta? ¡Es más difícil de lo que parece!, díjole el tío Delfín.

—Quisiera serlo, aunque fuera difícil.

—¿Quieres que te enseñe el oficio?

—¡Oh, tío Delfín! ¡Ya lo creo!

—Pues no tienes más que levantarte todos los días antes de que salga el sol, y poco á poco, mientras dure el viaje, te iré enseñando algo.

—¿Algo no más?

—¡Chico, qué buenas disposiciones tienes! Digo algo, porque aunque tú quisieras aprenderlo todo y yo enseñártelo, no nos sería posible.

Al otro día Alegre, gozoso como un pájaro, levantóse lo más temprano que pudo; el tío Delfín lo esperaba.

La lección comenzó: todo consistía por el momento en enseñarle el nombre de las diferentes partes del buque y la manera de trepar á los palos.

Habían pasado unos pocos días, y ya Alegre, más ágil que una ardilla, subía y bajaba como flecha por los obenques, trepaba hasta la punta de los palos, cogía un rizo, orientaba una vela y hacía, en fin, el oficio de un gaviero en cuanto se lo permitían sus fuerzas.

Como la calma absoluta inmovilizaba al barco, que parecía anclado en medio del mar, con la venia del capitán para completar la educación de su discípulo, el viejo marinero largaba un bote, se embarcaba en él con el muchacho, y dando vueltas alrededor del *Santa Ana*, le enseñaba á remar y á nadar.

—Lo que siento es que esto no va á durar mucho, dijo una tarde el tío Delfín á Alegre.

—¿Sí, por qué?

—Porque hoy la mar se ha levantado de mal humor, respondió el marino, aspirando con avidez el aire y hundiendo sus miradas en el horizonte, como si quisiera arrancarle sus secretos.

Hacia la caída de la tarde el calor hízose sofocante; se respiraba con dificultad; los perros jadeaban y parecían inquietos.

—¡Calma chicha!, murmuró el tío Delfín; buen baile vamos á tener esta noche; muchacho, vas á ver cómo la mar se sacude las pulgas; mal cariz trae aquel rincón.

Y señalaba el Sudeste, que iba enturbiándose con cenicientos vapores.

El mar, hasta entonces entumecido, comenzó á hincharse, como si su organismo gigantesco despertara del letargo. No eran montes de agua los que se alzaban, sino lomas inmensas de un color sucio, plomizo; movíanse lentamente, como un ejército de enormes ballenas que se desperezasen al sol, y llenábanse de tumefacciones negruzcas, que luego reventaban, cubriendo con una espuma amarillenta el arrugado lomo de la ola.

No corría un soplo de aire, pero aquellas extrañas palpitaciones hacían cabecear al bergantín.

—¡Mar de fondo, Alegre! No tardará el huracán.

Y en efecto, no tardó.

Primero fué un aleteo de la brisa que despertó las soñolientas velas; después un torbellino que cogiendo de improviso al barco le hizo dar un bote, como un corcel que siente de pronto el aguijón del acicate.

—¡Riza mayores!, ordenó el capitán.

El tío Delfín permaneció en el timón.

En pocos minutos el cielo se cubrió enteramente de nubes parduscas, que volaban rozando con sus vientres fríos y viscosos la superficie de las olas; una gasa de niebla envolvió el buque; no parecía sino que había caído en el fondo de una enorme caldera donde bullían vapores informes.

Después, sintióse el bofetón del huracán; el barco se incorporó lastimado; gimió la arboladura, crujieron las velas y empezó aquella carrera loca, frenética, desatentada, del barco que quiere huir delante del huracán que lo persigue, fustigándolo, aguijoneándolo, espoleándolo por la popa, exasperado él mismo al ver que esquiva sus golpes y burla sus celadas.

En los preparativos de la tormenta había llegado sin sentirse la noche: serían las nueve.

El viejo marino creyó peligrosa la presencia del muchacho, que permanecía en el puente al lado de él, asido con uñas y dientes á una escala de cuerdas.

—Es bueno ya que vayas á dormir, díjole.

—No, tío Delfín; déjeme usted, quiero ver.

—¿No tendrás miedo?

—¿Tendría miedo Enrique?, preguntó por toda respuesta el negrillo.

La valentía del muchacho agradó al contramaestre. Llamó á un marinero y le dijo que lo amarrara con una driza á la escala. Alegre se dejó amarrar riéndose.

—Ahora no hay peligro, muchacho, de que te lleve una ola.

—¿Y Tell?, preguntó el chico, ¿habrá que atarlo á él también?

Pero Tell no se dejaba atar, y tuvieron que encerrarlo en la cámara donde se había refugiado toda la Compañía acrobática con su director.

Libre ya de temores por el chico, el contramaestre concentró sus cinco sentidos en la maniobra del timón, que bien lo necesitaba. Tenía que guiar el barco por entre aquel revoltijo de olas, grandes y erguidas como cerros las unas, chatas y arrugadas las otras; tenía que evitar los golpes de las primeras y remontar las segundas, cuando no podía bordearlas. Las enfilaba y dejaba que el bergantín, hundiendo valerosamente la proa en sus turbias aguas, escalase sus arrugados flancos, cabalgase un instante sobre su arqueado lomo, dejándose llevar por la misma ola, ó se precipitase como una flecha por la opuesta ladera.

Tenía también que huir el cuerpo á los maretazos que le asaltaban por la popa. A pesar de su destreza, érale imposible evitar que al menos parte de las moles de agua que perseguían al bergantín no cayeran sobre el puente, barriéndolo de punta á punta, y huyendo á proa á buscar salida por los escobenes, que la vomitaban al mar convertida en torrentes de espuma.

La noche era obscurísima; las nubes parecían esponjas empapadas en tinta; en el buque no había más luz que la que alumbraba la brújula en el puesto del timonel; las de posición, sacudidas por los golpes de mar ó por el viento que habían deshecho los faroles, hallábanse apagadas.

Sólo de tarde en tarde, después de un trueno horrísono, desgajábase de las nubes un rayo, para hundirse en las olas, como una espada incandescente.

Pero no sé qué extraña fosforescencia tenían aquellas olas blanquecinas, que hacía resaltar más los tonos obscuros y pavorosos del sublime espectáculo.

Añádase á esto los gritos del huracán que rugía como león herido, y apenas se podrá imaginar la milésima parte de la escena.

Era un alarido tenaz, prolongado, continuo, con inflexiones bajas y sordas unas veces, y otras agudas y altísimas, como si el viento recorriera uno tras otro los cañones de un órgano, ó como si soplara en un inmenso caracol, acercando ó alejando su embocadura.

Era la conversación del huracán con el Océano; era Eolo contando sus secretos, sus angustias, sus desesperaciones á Neptuno.

Y el tío Delfín lo escuchaba todo, parecía entender el lenguaje del abismo y sonreía.

Alegre, al verlo, impregnábase de la misma intrepidez del viejo lobo, y se sentía capaz de todos los heroísmos.

—¿No tienes miedo?, preguntóle el contramaestre en un momento de tregua que se tomaba la enronquecida garganta del huracán, para seguir con sus lúgubres aullidos.

—¡Miedo, bah! ¿Tendría miedo Enrique?

—Lo digo porque...

Alegre no pudo oir el resto de la frase porque un trueno espantoso hizo vibrar el buque desde la quilla hasta las cofas, como si hubiera sido de cristal y lo hubieran tocado con un arco de violín.

Aquella fué la señal para que las nubes volcaran á torrentes sus repletas ánforas. La lluvia comenzó á caer en sábanas cerradas y frías; era un mar que caía sobre otro mar.

—¡Bah! Ya tenemos á la tormenta derrotada, murmuró para su coleto el contramaestre.

Y en efecto: al amanecer amainó el viento; saltó

un cuarto hacia el Norte, quedando convertido en una brisa bastante fresca, que hinchaba alegremente las velas del bergantín, arrastrándolo con la velocidad de diez nudos por hora.

Cesó la lluvia y á las ocho de la mañana apareció un sol de otoño, tibio, brillante, asomando su disco con curiosidad para observar la tierra por entre las desgarraduras de una niebla espesa que se había levantado del mar, para disiparse poco después.

Las olas, hasta entonces embravecidas, fueron trocando su furia en mansedumbre, y arrastrándose dulcemente para besar las maderas del barco que horas antes habían abofeteado.

—¡Se duermen!, murmuró Alegre al ver sus mansos movimientos.

—Están cansadas del baile de anoche, respondió el contramaestre, y tienen sueño, como tú, Alegre, ¿no es cierto?

Sí, Alegre tenía sueño; estaba molido de aquella tremenda noche.

El tío Delfín lo conoció, sin que se lo dijera, en el semblante mustio del muchacho; hízole dar su acostumbrado desayuno, lo llevó á su propio camarote y lo acostó en su cama.

- Duerme, chiquillo, le dijo al despedirse; la cama no será muy blanda, pero es mejor sin duda que la que has tenido hasta ahora.

No era, en efecto, muy blanda; pero al pobre muchacho, acostumbrado a dormir al raso, le pareció un nido de plumas tan delicioso que, á los pocos minutos, rendido por el cansancio ó por el halago del lecho, ó por ambas cosas á la vez, se quedó profundamente dormido. A las doce del día el capitán tomó la altura del buque.

—Pasado mañana, dijo al *signor* Bertoni, estará usted sano y salvo en tierra firme; y mi barco, añadió en voz baja, libre de sabandijas.

El sol de la esperanza lució nuevamente para el pobre director, cuyo rostro era aún fiel trasunto de las angustias pasadas durante la tempestuosa noche.

Estaba cansado, molido, hastiado, aburrido, infinitamente aburrido de andar flotando en una cáscara de nuez á la disposición de las olas, que no respetaban en él al antiguo barítono de teatros ambulantes.

Por otra parte, las provisiones contratadas con el capitán tocaban ya á su fin, y temblaba á la sola idea de tener que desembolsar algunos cuartos más para alimentar á los granujas de sus discípulos.

—Preferiría echarlos al mar, se dijo el bondadoso director, respondiendo á una consulta que se hiciera á sí mismo.

VI

EL ÚNICO AMIGO

Dos días después, á las diez de la mañana, dibujáronse en el horizonte, ante las hambrientas miradas de Bertoni, las anheladas costas de América.

—¡Bravo!, gritó el italiano con toda la fuerza de sus pulmones.

Y en su radiante alegría entonó una marcha triunfal, de cuyas notas protestaba su desvencijada garganta.

—¡Diavolo!, dijo al dar falsete; me he puesto ronco. ¡Malo! No conviene á un cantor hacer su entrada en una ciudad desconocida sin que sus cuerdas vocales puedan dar con toda precisión el *do* de pecho. ¡Bah!, añadió tranquilizándose. En Buenos Aires sólo tendré por auditorio una colección de indios adornados con vistosas plumas, y entre indios todo va bien.

Alegre, al ver las costas de América, sintió que algo le hormigueaba en el corazón.

Iba á verse lanzado de nuevo al torrente del mundo; su débil barquichuelo, sin timonel que lo condujese, iba á ser juguete de las olas.

Golondrina errante, iría en alas de los vientos á perderse en desconocidas lejanías.

¡Pobre niño! Solo en el mundo, sin patria, sin hogar, sin padres, volvería á vagar de ciudad en ciudad, de país en país, para ganarse el pan y el albergue de un día. ¿Adónde lo arrastraría la fortuna?

Alegre comprendió que se desmoronaba el edificio de su dicha, de aquella dicha inmensa que disfrutaba á bordo, bajo el amparo cariñoso del tío Delfín. Sintió que su pecho se levantaba en un ahogado sollozo y que una lágrima temblaba en sus párpados: conoció que iba á llorar.

Entonces se acordó de que el contramaestre le dijo algunos días antes que, al irse, fuera en su busca.

—¡Vamos, hijo mío! ¿Has visto ya las costas de América? ¡Ah! ¿Lloras? ¡Pobrecillo! Comprendo, comprendo, Alegre, pobre niño mío...

Y el viejo lobo, conmovido, acariciaba al niño, que lo miraba con sus grandes ojos llenos de lágrimas.

Seguido del muchacho, entró en su camarote, sentándose ambos en la hamaca de lona que servía de lecho al viejo lobo.

—¿Entonces no te gusta el oficio? ¿No quieres quedarte en el buque? ¿Tienes miedo á la mar?

—¡Oh, tío Delfín! Si por mí fuera, yo sería marino.

—¡Bravo! Eso me gusta; eres todo un lobito de mar; serías un buen grumete, si no fuese por ese pirata de tierra. ¿Crees tú que en el mar caben piratas de la raza de tu maestro? ¡Tifones! A esos las olas los vomitan y los tiburones les hacen asco. ¿Piensas quedarte con él toda la vida?

El muchacho vaciló; á decir verdad, apenas se había atrevido á pensar en eso.

—No sé, murmuró tristemente

—¿No sabes? Bueno, está visto que yo te lo debo enseñar todo. ¿Sabes tú adónde va el director ahora?

—Creo que á Buenos Aires.

—Sí, á Buenos Aires ha de ser; el tiburón ese tiene buen olfato y huele dónde hay presa; es una gran ciudad, y si el pillo sabe manejarse, tanto mejor para él y para ti, porque os tratará á todos como á personas y así podrás aguardar mejores tiempos.

—Pero es que aunque me trate bien, yo no quiero ser un payaso, dijo indignado el negrillo.

Lo que quiere decir que prospere ó no la Compañía, tú querrás poner en práctica mi consejo, ¿eh?

¿Y qué consejo es ese?

El contramaestre acercó los labios al oído del muchacho y dejó caer esta palabra:

¡Escápate!

Los ojos de Alegre brillaron de entusiasmo; aquel pensamiento, que sólo en sueños se había atrevido á acariciar, le era ofrecido ahora como una cosa posible por una persona que no podía querer más que su bien. Sintió una alegría loca, sacudiendo las fibras de su alma ante la idea de una libertad más ó menos cercana; pero sólo duró un instante, porque en seguida se disipó con el recuerdo del director, cuya cólera lo perseguiría si se escapaba, lo arrancaría de las entrañas de la tierra, si buscaba en ellas refugio, para volverlo á vestir con el odiado traje de payaso y llevarlo á divertir al público en las plazas.

—¡Imposible, tío Delfín!, murmuró tristemente.

—¡Tifones! ¿Y por qué es imposible?

—Porque sí; porque el director...

—¡Mal rayo lo parta! Siempre con tu maldito director en la punta de la lengua. ¿No tienes miedo al mar y se lo tienes á él? ¿No ves, inocente, que una vez que huyas de su poder nada tendrás que hacer con ese pirata?

—Pero es que el director...

—Calla, Alegre, calla, y escucha lo que voy á decirte... Me has dicho que el director suele daros permiso para que vayáis á dar una vuelta, cuando no se trabaja, ¿es así ó no?

El negrillo asintió con la cabeza.

—Bueno; no necesito más. Al Sur de Buenos Aires, lejos, no sé á cuántas leguas, hay un pueblito tendido en la orilla del mar, creo que se llama Cruz Chica..., sí, eso es, Cruz Chica. Pues bien; en ese pueblito, que si mal no recuerdo, está también á la orilla de un riacho, vive un hermano mío; se llama Ludovico, debe de tener ahora cincuenta años, cinco menos que yo, porque ya estoy viejo, muy viejo; según mis noticias, es casado, y su mujer se llama..., ¡bah!, no recuerdo..., se llama..., el nombre es lo de menos. Bueno; Ludovico y su mujer son pobres, ¿eh?, pero eso poco te importará á ti, ¿verdad?, tú eres más pobre aún. Ludovico vive del producto de sus brazos: es pescador; se gana, pues, la vida robándole los hijos á la mar; al fin y al cabo, los pescadores también son hijos de ella y sus luchas con los peces no pasan de rencillas domésticas. De cinco hermanos que fuimos, todos hemos vivido en relaciones con la mar; dos nos embarcamos, nos hicimos marineros; otros dos pescadores; y el quinto, ¡pobrecillo!, este también tuvo que hacer con ella; murió en la mar... de disgustos, porque su mujer, ¡brava hembra era aquella!, le cuarteó la proa de un sartenazo, no sé si porque le dijo que la sopa estaba sosa ó salada. Y volvamos á nuestro asunto. En uno de esos días en que el director os da vacaciones, llamas á Tell, das unas cuantas bordadas entre el laberinto de calles de la gran ciudad, para hacerles perder la estela al que te quiera seguir; averiguas bien cómo has de hacer para llegar á La Plata, ¿eh?, recuerda bien este nombre, es otra ciudad; allí vuelta á averiguar cómo podrás acercarte á Cruz Chica; hay varias poblaciones grandes cerca de ese pueblo; no tienes más que tomar el ferrocarril y dejarte llevar. Pero aguarda, mejor te lo enseñaré en el mapa.

Y el tío Delfín sacó de un armario una carta geográfica en que estaban indicados todos los detalles del suelo argentino. Los dos, siguiendo con el dedo la línea del ferrocarril del Sur, que partiendo de la gran capital cruza como una inmensa arteria toda la provincia, cubriéndola de ramales, procuraban grabar en la memoria los nombres de las estaciones más importantes.

—¿Lo ves? Aquí está: de Buenos Aires á La Plata, fíjate bien; de La Plata tomas el ferrocarril del Sur, nada más sencillo, después de haberlo tomado en Buenos Aires, y te dejas llevar hasta Mar del Plata, acuérdate del nombre; entre Mar del Plata y este otro pueblo, fíjate aquí, en la costa, que se llama... Necochea, está, si mal no recuerdo, Cruz Chica, siempre en la costa de la mar; ¡ah!, no hay como los pueblos ribereños, sanos, ricos, felices, si yo no pudiera embarcarme viviría en la costa; ¡oh, la mar! Nada hay en este pícaro mundo que valga lo que vale ella. En fin, ya lo sabes, hijo mío; de Buenos Aires á La Plata, de La Plata á Mar del Plata, siempre por la costa; nada más sencillo; y allí preguntas, ¿sabes? Quien lengua tiene, á Roma va.

—Bueno, ¿y qué más?

—Pues nada más; llegas á Cruz Chica, preguntas por Ludovico, le entregas una carta que yo te daré, fondeas, echas el ancla y te quedas quieto, haciendo la vida que más te agrade; porque Ludovico será tu padre en adelante, ¿entiendes?

—Sí, sí, ¿y la carta?

A eso vamos, respondió el tío Delfín abriendo su armario y sacando un sobre en cuyo exterior se leía trazado en gruesos caracteres: *á Ludovico Pessaro*, y se lo dió al muchacho.

—Y ahora, hijo mío, vete; no es bueno que nos vean en conferencia tan larga.

Algunas horas después el *Santa Ana*, á pesar de ser un simple velero, entró en la dársena y ancló cerca del muelle.

—Señor Bertoni, dijo el capitán, hemos llegado; si usted quiere desembarcar, enfrente tiene á Buenos Aires; puede hacerlo y cuanto antes mejor.

El tío Delfín había llamado de nuevo á Alegre.

—¿Te vas, Alegre? ¿Nos dejas? ¿No te gusta la mar? ¡Qué hermoso grumete haríamos de ti si quisieras quedarte en el barco.

—Pero tío Delfín, si *il signor* Bertoni...

—Calla, Alegre, abrázame. ¡Quién sabe si volveremos á vernos!

El muchacho, con los ojos llenos de lágrimas, se abrazó al cuello del honrado marino.

—¡Oh, Alegre, hijo mío, pobre y solitaria barquilla que vuelves á soltar las amarras y á hacerte á la vela; el mástil cruje, el trapo se hincha, la proa se moja en agua salada; te vas, barquilla mía, quiera Dios que no encuentres escollos en los mares!..

Y el viejo marino, que no se acordaba de haber llorado más que cuando se despedía de sus hijos, sintió que una lágrima grande, muy grande y muy ardiente, se deslizaba por sus bronceadas mejillas.

—Oye, Alegre, un último consejo: si algún día eres libre y si algún día se pica el mar de tu vida y el viento te coge de proa, y tus velas se hacen girones, y pierdes el timón, Alegre, hijo mío, si te cansas de vivir en tierra porque en ella sufres, refúgiate en la mar, que siendo amarga como la pena y grande como el dolor, la hallarás tierna y dulce. Acuérdate de que navega en ella un tío Delfín, que siempre tendrá abiertos sus brazos para ti. El *Santa Ana* hace escala en Buenos Aires; si alguna vez lo encuentras, acércate, y no será el último abrazo el que ahora te doy, Alegre, niño mío.

Y el lobo de mar estrechó contra su pecho al niño y lo besó en la frente.

El chico sintió que la mano del tío Delfín ponía algo en su bolsillo, y murmuraba á su oído:

—Son para ti, Alegre, para ti solo; cuidado con perderlas.

Y añadía para su coleto:

—Esas cincuenta liras eran el pan de mis hijos; pero ¿acaso Alegre no es hijo mío?

El pobre niño no se daba exacta cuenta de lo que le sucedía. Sólo cuando el director lo arrastró fuera del barco, y se vió sin saber cómo sobre el muelle, pisando tierra americana, lejos ya de su amigo, lejos de su patria, lejos quizás de la tumba de sus padres, sólo entonces comprendió lo que significaba todo eso, y un sollozo grande y amargo como la marejada hinchó su pecho y sintió que el llanto ardía en su rostro.

Volvió los ojos y vió sobre el puente del *Santa Ana* al contramaestre que le hacía señales de despedida con la gorra. Dió un grito, tendióle los brazos; pero el director no quería retardarse y á la fuerza arrancó al niño de aquel lugar.

En ese momento Tell, viendo que su amo apenas paraba mientes en él, dió un pequeño ladrido y acercándose rozó con su hocico húmedo y frío la mano del muchacho. Este lo miró con los ojos llenos de lágrimas, y acarició su hermosa cabeza. El perro si-

guió dando saltos y ladridos, como diciendo á su amo:

—¡Y bien, heme aquí! Aún tienes un amigo.

Alegre comprendió.

—Tell, Tell, exclamó abrazándolo, sí, tú eres mi amigo, el único amigo que me queda...

VII

LA HUÍDA

En Buenos Aires hay público para todo.

Los buenos tiempos de la Compañía volvieron, y la boletería del *signor* Bertoni más de una vez tuvo que exhibir el triunfal cartelito de «No hay más localidades.»

La condición de los discípulos había mejorado también, y la de Alegre más que la de ninguno.

Pero él no quería ser payaso aunque lo trataran como á un rey. Amaba la libertad y lo enloquecía el mar.

Pasábase las horas de licencia en los muelles, dejándose robar el corazón por cada barco que partía.

¡Qué no habría dado por llegar á la soñada tierra prometida! El nombre de Cruz Chica estaba siempre grabado en su memoria y veía en su imaginación el pueblo con tal relieve como si en él hubiera nacido. Esto y el recuerdo de las palabras del tío Delfín le infundían valor para la empresa.

¡La huída!

Un día de licencia, después de muchos de vacilación, se resolvió.

Había aprovechado bien los días de América.

Sus cincuenta liras se habían cambiado en veinticinco pesos que guardaba en el forro de su traje. El idioma no le arredraba; poseía un vocabulario más que suficiente, aprendido entre los chiquillos argentinos de la Boca. Sabía que para ir á La Plata tenía que tomar el tren en la Casa Amarilla, que el pasaje le costaría á lo sumo dos pesos, que en dos horas cuando más estaría en La Plata, y sabía mil cosas más.

—Muchachos, hoy es día de fiesta, les había dicho el director; podéis marcharos á dar un paseíto por la ciudad; hasta las ocho, ¿eh?, cuidado con volver más tarde.

Alegre no oyó más. En dos saltos plantóse en su camaranchón; quitóse su vestido payasesco; se puso otro más raído y menos vistoso, pero más conveniente por lo mismo; vió que su tesoro estaba seguro, y salió.

Sus compañeros habían ya desaparecido.

Llamó á Tell, y en pocos minutos atravesó tantas calles y dió tantos rodeos, que hubiera sido más fácil á los otros muchachos de la Compañía encontrar una aguja en un pajar, que tropezar con él.

El ansia de ser libre le arrastraba.

Cuando á cálculo juzgó que habría andado durante media hora, detúvose en una plaza que le salió al encuentro, sentóse en un banco, y como chico acostumbrado á reflexionar sobre sus actos, púsose á trazar un minucioso plan de acción.

Las campanadas de un reloj público le avisaron que eran las diez. El tren de La Plata salía al mediodía. Él no conocía otra estación para tomarlo que la Casa Amarilla, temible por su proximidad á la Boca. Alegre, contando demasiado con sus piernas, y no queriendo acercarse á los lugares donde probablemente vagarían sus compañeros y el director, resolvió esperar las once y media para ir á la estación. Media hora le parecía suficiente para llegar á ella. Tomaría su boleto, subiría al tren, y adiós Buenos Aires. Sería libre para toda su vida, porque nada ni nadie lo detendría en el camino, ni siquiera la falta de dinero.

¡Oh! En cuanto á eso, Alegre se creía un potentado; muy bien sabía que veinticinco pesos no son más que veinticinco billetes de un peso; pero como ni en sueños había visto reunido tanto dinero, con sólo pensar en lo que con él podía comprar, creíase con derecho á mirar por sobre el hombro á todos los millonarios de la tierra.

¡Pobre tío Delfín! ¡Cuántas privaciones más para indemnizar á su familia de aquel derroche!

Como empezaba á sentir hambre, entró en una panadería, llenóse los bolsillos de bizcochos y echó á andar hacia cualquier lado.



Tuvo miedo; rompió á llorar; se arrepintió de haber huído de su casa

No tenía reloj, pero podía ver la hora en los de los establecimientos que encontraba al paso. A poco más de las once volvió á desandar lo andado para tomar el tren: su corazón palpitaba con fuerza; la estación no estaría lejos; la conocía bien; parecíale que iba á encontrarla á la vuelta de cada esquina, pero andaba y andaba, y ni señas de la Casa Amarilla.

Caminando lo pillaron las once y media; caminando oyó dar á un reloj las doce.

El tren salía á las doce y cuarto.

—¡Dios mío!, exclamó azorado, ¿pero dónde estoy?

Paróse en una esquina, miró para todos lados; por fin creyó divisar el edificio á algunas cuadras de distancia y echó á correr.

No era. La Casa Amarilla estaba muy lejos de allí. Se había perdido; en Buenos Aires es muy fácil extraviarse. Atravesando calles sin más afán que el de andar mucho, mucho, para no encontrarse con sus compañeros, Alegre se había perdido. Si se hubiera tratado sólo de volver á la fonda, habríale bastado dejarse guiar por Tell, amaestrado para esta clase de ejercicios, pero Tell no conocía la Casa Amarilla, ni Alegre quería volver á la fonda.

Descorazonado, sin saber para donde dirigirse, perdido cada vez más, cuando vió que los relojes de todos los almacenes señalaban más de la una, echó á andar por andar.

Todo el castillo de ilusiones que en su infantil cabecita había levantado, derrumbábasele en un instante. Vendría la noche, se acabarían las horas de libertad que le habían concedido, tendría que volver á la fonda, ó si no su fuga sería descubierta, su amo le haría buscar y tendría que volver á divertir al público en el execrado oficio de payaso.

Cuántas calles cruzó, no podría decirlo; dónde estaba, menos; pero cuando se sintió cansado física y moralmente, dejóse caer en un banco enclavado en el cordón de una acera.

El sol se acostaba en el horizonte. La noche comenzaba á envolver la gran ciudad; una noche brumosa, fría, con un frío pegajoso que taladraba los huesos; una noche de Buenos Aires en los primeros días de Julio.

Por primera vez en su vida, Alegre se dió cuenta de lo que era.

Él que se creía todo un hombre, porque jamás se había abatido ante el dolor, sintióse débil, sintióse niño. Vióse abandonado en una inmensa ciudad, solo, sin techo, sin amparo; porque temblaba de acogerse á ninguna fonda, errando por las calles atestadas de gentes que lo miraban con indiferencia, que á él se le antojaba curiosidad. Parecíale que cada transeunte leía en su azorado rostro la historia de su fuga.

Tuvo miedo; rompió á llorar; se arrepintió de haber huído de su casa, que si miserable, era no obstante su casa. Quiso volver, pero lo aplastaba el solo pensamiento de lanzarse sin rumbo á la aventura por si daba con ella. El pobre niño ni en Tell confiaba ya.

La noche había cerrado.

Las innumerables lámparas eléctricas encendidas desde temprano luchaban sordamente por disipar la viscosa obscuridad de la niebla y de la noche.

El ruido de un campanazo sacó al niño de su abstracción; un reloj daba la hora; Alegre contó ocho campanadas y el sonoro metal calló.

—¡Las ocho!, murmuró el negrillo con espanto. Mi amo..., el circo..., el traje de payaso.

Estas tres ideas presentáronse con tal fuerza á su imaginación calenturienta, que desamparado y todo estimó en más su libertad que el derecho de tener un rincón donde albergarse, si había de ser con la Compañía, y levantándose, huyó al acaso, corriendo unas veces por la calle, otras por las acerras, atropellando á los transeuntes, en cuyos rostros á cada instante creía ver las facciones de su amo.

De improviso, al pasar frente á una gran casa de vidrieras iluminadas, un caballero, con quien acababa de chocar violentamente, lo detuvo por un brazo, estrujándoselo. Alegre alzó los ojos, lo miró al rostro, dió un tirón y se lanzó en carrera desenfrenada, creyendo oir una voz que gritaba á sus espaldas: «¡A ese, á ese!,» é imaginándose ver, cuando volvía el rostro, que las gentes corrían detrás de él para prenderle, mientras él huía, volaba, perseguido por aquella multitud inmensa.

Así corrió mucho tiempo, hasta llegar á una callejuela obscura. Sintióse rendido, incapaz de dar un paso más. Miró si alguien le seguía; no, estaba solo; entonces se dejó caer sobre la acera y se quedó dormido.



VIII

¡ROBADO!

Cuando despertó, después de siglos de estar durmiendo, á juzgar por la infinita sucesión de pesadillas que le habían asaltado, sintió algo húmedo y tibio que rozaba su mano helada. La impresión de aquel contacto disipó en él los vapores del letargo; abrió los ojos; todo á su alrededor era obscuro; extendió los brazos y tropezó con un cuerpo lanudo.

—¡Tell, murmuró adivinando lo que era aquello.

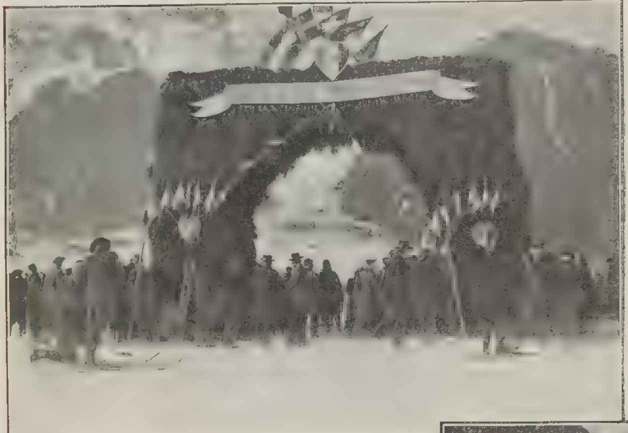
Respondióle un débil ladrido. Era Tell, su fiel amigo que le había seguido en su carrera frenética á través de las calles; que echado junto á él, abrigándolo con su cuerpo lanudo y caliente, lo había salvado de helarse en aquella crudísima noche de Julio.

Sintiendo la cabeza dolorida y un zumbido continuo en los oídos, tocóse la frente; quemaba como si fuera una plancha de hierro enrojecida al fuego; una sed ardiente lo devoraba, y sin embargo, sus manos estaban yertas, y su cuerpo tiritaba sacudido por un doloroso escalofrío; tenía fiebre.

(Se continuará.)

DEPORTES DE INVIERNO EN CHAMONIX.— Fiestas organizadas por el Club Alpino Francés

Hace años que en los países del Norte se celebran concursos de deportes de invierno, en los cuales tienen ocasión de lucirse los aficionados al patinaje, al *ski*, al *luge*, al *bobsleigh* y demás ejercicios que sólo pueden practicarse allí don-



Arco de triunfo levantado en Chamonix por el Club Alpino francés. (De fotografía de Branger.)

de se dispone de grandes extensiones cubiertas de hielo. El Club Alpino francés ha querido introducir esta moda en Francia y crear al mismo tiempo estaciones invernales; y á este efecto, secundando la iniciativa de un médico de Chamonix, el doctor Payot, ha organizado uno de esos concursos, que se ha efectuado en los días 3, 4 y 5 de este mes.

Unas tres mil personas han asistido al espectáculo, y más aún habrían acudido si hubiese habido alojamiento para todos los que lo solicitaron; pero Chamonix no estaba preparada para ello, pues la mayoría de sus hoteles sólo permanecen abiertos durante el verano. Es de esperar, sin embargo, que el año que viene, tomando en cuenta lo que ahora ha sucedido, los propietarios de las fondas adoptarán las medidas necesarias para satisfacer todos los pedidos, y quién sabe si á consecuencia de los concursos quedará aquella pintoresca región definitivamente clasificada entre las más celebradas estaciones de invierno.

El tiempo ha favorecido las fiestas. «Las madrugadas, las tardes y las noches—escribía el corresponsal de un diario pari-



Un skiador remolcado por un trineo. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

siense—son rigurosas, pero soportables, ya que el frío es enteramente seco y no sopla el viento. A las diez aparece brillante el sol, y á las once, en todo su esplendor radiante, dora las cimas de los Alpes y de las colinas inmediatas. Toda la sábana de nieve que cubre los montes y el valle está iluminada por sus rayos, y sobre este escenario de comedia de magia extiéndese un cielo purísimo, de un azul infinitamente suave. Los árboles, llenos de escarcha, que crecen al pie de las montañas, y los bosques de pinos que se alzan en sus vertientes, completan ese cuadro magnífico que se ofrece á nuestros ojos deslumbrados.»

Los ejercicios del primer día eran tres: uno para equipos militares, otro para particulares y otro para guías profesionales; los del segundo, una carrera á fondo para aficionados, otra carrera á fondo para *juniors* y otra de velocidad; los del tercero, concurso de *skis* para militares extranjeros y otro concurso de velocidad para militares franceses con armas y equipos.

Los cazadores alpinos franceses se han portado admirablemente; pero de haber sido internacionales las carreras en que tomaron parte, de fijo que habrían sido vencidos por el equipo militar noruego, que, según dicen los que asistieron á la fiesta, era formidable.

Existe realmente una notable diferencia entre los franceses y los noruegos en materia de deportes de invierno, diferencia, por otra parte, natural y perfectamente explicable, ya que lo que en Francia es costumbre reciente, es tradicional en Noruega y demás países del Norte, cuyos habitantes están familiarizados con el hielo, en el que ejecutan verdaderas maravillas de ligereza, velocidad y equilibrio. No es, pues, de extrañar que en la carrera internacional de *skis* de Chamonix á Col-de-Baume, resultara vencedor un soldado del equipo noruego, que hizo el recorrido en 3 horas, 28 minutos y 30 segundos; el primero del equipo francés empleó en el mismo recorrido 4 horas y 54 minutos. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los franceses iban enteramente equipados, al paso que los noruegos no llevaban más que una pequeña mochila.

Mayor aún que en las carreras, resulta la diferencia en los saltos; los *skiadores* noruegos se lanzan sobre el trampolín y van á caer á treinta metros de distancia con una maestría admirable.



Damas que tomaron parte en los concursos (De fotografía de Branger.)

Veíaseles en medio del espacio con los brazos apretados contra los muslos y los dos pies juntos sobre los skis horizontales, y en esta postura caían siempre de pie sobre la nieve, descendían luego con velocidad vertiginosa por la pendiente, y con una destreza extraordinaria se dirigían al valle, en donde se detenían. Los *skiadores* franceses, paisanos ó militares, demostraban el mismo arrojo, la misma intrepidez; pero las más de las veces caían y rodaban por la nieve, después de haber dado el salto, con la cabeza inclinada hacia abajo y las piernas abiertas.

En resumen, las fiestas de Chamonix han sido en extremo interesantes y permiten augurar éxitos aún mayores para años sucesivos, en los que es de esperar que será más numerosa la concurrencia, no sólo de espectadores, sino también de corredores, patinadores y saltadores.

A propósito de esto último, una importante revista parisiense hace las siguientes atinadas consideraciones: «Es preciso que los espectadores tomen parte más activa en el juego. Los deportes de invierno no son de aquellos en los cuales puede uno contentarse con contemplar, sino que es menester practicarlos. Ningún deporte de verano los iguala, ni como higiénicos ni como voluptuosos. Las sensaciones que en ellos se experimentan no pueden analizarse; son una plenitud de alegría, de movimiento, de exaltación y de salud.

»Por esto el Club Alpino francés merece ser alabado y alentado en su empresa. Quiere enseñar y hacer saborear á París, á Francia, al mundo entero, la atracción irresistible de las hermosas nieves, de los paisajes centelleantes y, sobre todo, de los deslizamientos locos. Semejante placer puede disfrutarse desde el principio al fin del invierno; pero es opinión unánime, después de esta primera prueba, que será mejor celebrar esas reuniones de invierno algo más tarde, del 20 de enero al 10 de febrero y con preferencia en período de luna llena.»—T.

APARATO PARA TRANSMITIR LA ESCRITURA Á LARGA DISTANCIA

La época actual se caracteriza por una serie de descubrimientos tan interesantes como útiles que ha

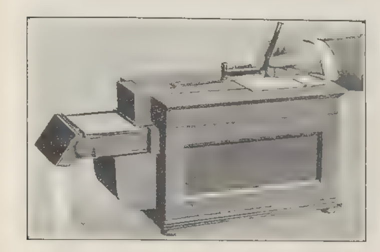


Fig. 1. Aparato para transmitir la escritura á larga distancia, inventado por Gustavo Grzanna

sido coronada por la telegrafía sin hilos y la dirección de los globos. El cinematógrafo y el fonógrafo retienen las imágenes y las palabras y un delgado alambre, por el cual circula ese algo misterioso que llamamos electricidad, transmite en pocos segundos una fotografía desde Berlín á París. Y para completar esta serie de maravillas, recientemente se ha inventado un aparato que permite reproducir á larga distancia una escritura cualquiera.

Por medio de este aparato, debido á un alemán, Gustavo Grzanna, se escribe una carta por el procedimiento ordinario, pero en vez de meterla en un sobre, franquearla y echarla al correo, se la confía al aparato y en seguida la recibe, reproducida exactamente, el destinatario. El escrito puede ir acompañado de diseños que aclaren el texto y que también se reproducen con exactitud.

Las ventajas que este invento tiene sobre el teléfono y el telégrafo son evidentes, puesto que permitiendo la comunicación entre dos personas con la misma rapidez de éstos, evita toda mixtificación y los errores de letras y, lo que es más importante, de cifras que tan frecuentes son en las comunicaciones telegráficas. Además, así como para comunicarse por teléfono se requiere la presencia junto al receptor de la persona con quien queremos hablar, en el aparato que nos ocupa esto no es necesario, porque el escrito se transmite automáticamente y el destinatario, aunque esté ausente en el momento de la transmisión, la encuentra luego en su receptor.

La figura 1 representa una estación transmisora y receptora; dos aparatos iguales unidos por tres alambres forman una instalación completa. Dos de los alambres pueden ser los mismos que sirven para el teléfono y en cuanto al tercero, puede colocarse sin grandes gastos y aun en caso necesario sirve de tercer conductor la tierra. Por medio de un lápiz plomo unido á una palanca que le permite moverse libremente sobre el papel, se escribe la carta (fig. 2); la libertad de movimiento se obtiene merced á la doble dirección que puede imprimirse á la palanca, de izquierda á derecha y de arriba abajo. En uno y en otro caso se modifica la resistencia conductriz de un circuito eléctrico, pues la palanca, que al escribir se desliza sobre dos espirales de resistencia, interpola más ó menos circunvoluciones. De este modo los movimientos de la escritura se transforman en oscilaciones de corriente, cuya fuerza varía según el número de circunvoluciones de la espiral interpoladas, circulando, por ende, por los distintos alambres de intensidad variable.

Para que esas oscilaciones de corriente se conviertan en escritura en el aparato receptor, el inventor ha encontrado un procedimiento ingeniosísimo. En cada uno de los dos circuitos hay un electromagneto, es decir un hierro, en el que está enrollado, en muchas vueltas, un alambre de cobre aislado, y que se magnetiza más ó menos según la intensidad de la corriente que por él circula; este magnetismo se manifiesta en la fuerza con que el hierro atrae una pequeña áncora giratoria que sostiene un espejito. El áncora permanece inmóvil cuando no circula corriente alguna por las circunvoluciones del electromagneto, pero se mueve sobre un eje horizontal cuando hay corriente y en proporción á la intensidad de ésta. El rayo lumínico de una pequeña lámpara incandescente, concentrado por una lente, da en el espejito y al moverse éste se refleja en una superficie de manera que puede trazar una línea vertical, alejándose la mancha luminosa puntiforme más ó menos de su posición de descanso, según sea mayor ó menor la corriente que pasa por el electromagneto. De suerte que el movimiento vertical del lápiz en el aparato transmisor determina en el receptor un movimiento igual del rayo luminoso.

En el circuito influído por el movimiento horizontal del lápiz hay también un electromagneto con su espejito; éste gira alrededor de un eje vertical y, por consiguiente, refleja el rayo lumínico de manera que traza una línea horizontal y se aparta asimismo de su posición de descanso tanto más cuanto más intensa es la corriente. Un mismo rayo luminoso sirve para los dos espejitos, lo cual permite que aquél describa curvas que se componen del movimiento vertical y horizontal de éstos y tienen la misma forma que las curvas de las letras escritas en el aparato transmisor.

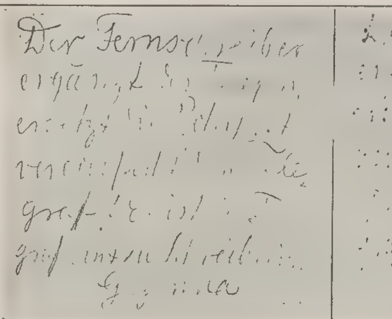


Fig. 2. Escritura original, tal como está trazada en el aparato transmisor

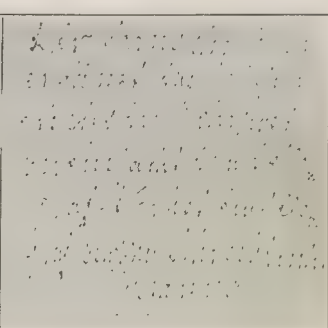


Fig. 2. Escritura reproducida, tal como aparece en el aparato receptor

La superficie sobre la cual escribe el rayo lumínico, consiste en un papel sensible como el que se emplea en la fotografía. Escrita la carta y puesto el lápiz en sitio especial, un aparato de relojería ó un pequeño motor pone en movimiento la tira iluminada del papel fotográfico por debajo de un mecanismo, del cual fluye el líquido desarrollador que hace aparecer la escritura en la forma que reproduce la figura 3. Diez segundos después, puede leerse la escritura tal como estaba el original.

La dirección general de correos imperiales de Alemania ha certificado que las pruebas efectuadas entre Berlín y Potsdam (30 kilómetros) y entre Berlín y Dresde (200 kilómetros) han dado resultados satisfactorios. N.



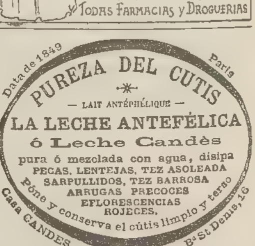
El Cairo.—La gran ceremonia religiosa de la procesión del Tapiz sagrado,
efectuada en diciembre último y en la que tomaron parte más de 100.000 personas. – El baldaquín que contiene el Tapiz sagrado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

En la última semana del pasado diciembre efectuóse en el Cairo una grandiosa ceremonia religiosa. La procesión del Tapiz sagrado, que así se llama, se celebra todos los años algunos días antes de la partida de los peregrinos para la Meca y constituye una manifestación brillante del espíritu musulmán, que tiene uno de sus principales centros en la capital de Egipto.

La ceremonia se efectuó en la mezquita de Mastaba-el-Mahmal, en presencia del Jedive, de los miembros del gobierno egipcio, de las notabilidades civiles y religiosas, de los cuerpos consular y diplomático, de las autoridades inglesas, etc. El Jedive cogió tres veces el Tapiz sagrado, que le presentaron puesto en una almohada bordada ricamente, y lo entregó al Emir-el-Haz, quien lo depositó luego en el Abasieh, desde donde, dos días después fué llevado, con brillante escolta y en tren especial, á Suez. Allí los peregrinos que forman parte de la caravana sagrada, se embarcaron en tres vapores de la «Khediviale Mail Line» que los conducirán á Yeddá, desde donde proseguirán su peregrinación á la Meca.







Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 27 de enero de 1908 — Núm. 1.361



EL HURACÁN (Plaza de la Concordia, en París), dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Dominicana: Exposición nacional: la cuestión de la deuda. – *México:* su hacienda: ferrocarriles y puertos: los yanquis en la bahía de la Magdalena. – *Centroamérica:* el convenio de Amapala: los resultados de la Conferencia de Wáshington: el Tribunal internacional permanente. – *Ecuador:* la conmemoración de la Independencia: el ferrocarril de Quito y los yanquis. – *Paraguay*: la cuestión de límites con Bolivia: el Banco del Estado. – *República Argentina:* la cosecha de este año.

Gran importancia dan los dominicanos á la Exposición Nacional de Agricultura, Artes é Industrias que se inauguró en Santo Domingo en agosto último Han concurrido á ella, no sólo agricultores, artesanos é industriales, sino también los artistas: pintores, escultores, etc., y de modo indirecto los literatos, tomando parte en públicos concursos convocados con motivo de dicha Exposición. Ha sido, pues, ésta reflejo exacto y completísimo de toda la vida material é intelectual del país.

La cuestión de la Deuda pública no acaba de resolverse. El Congreso pone dificultades al proyecto de reglamento que aceptaron los tenedores de los bonos de empréstitos extranjeros, piden éstos que se les reparta sin más demora el producto de las aduanas, y el agente ó delegado yanqui en Santo Domingo propone el reembolso de los créditos, reducidos al 50 por 100, pagando en metálico la quinta parte y el resto en obligaciones al 5 por 100.

***

La Hacienda mexicana sigue en auge. En el año fiscal de 1906 7 quedó un saldo á favor del erario de 29.209.500 pesos, el mayor superávit alcanzado desde 1895 96.

En 12 años, desde 1895 96, los excedentes anuales suman 111.500.000 pesos. De ellos se han gastado 38.500.000 fuera del presupuesto en grandes obras de utilidad pública, obedeciendo á leyes especiales que ordenaron que se dispusiese de las reservas del Tesoro para dichos fines. El resto de los excedentes está incluído en las existencias disponibles, de las que faltan por invertir en las obras que se ejecutan con cargo á las mencionadas reservas, unos 23.000.000 aproximadamente.

Las tres clases de deuda pública (pagadera en moneda extranjera, en moneda mexicana, flotante), ascendían en total, en junio de 1907, á 444.530.000 pesos; 2.230 000 menos que en 1906.

El capital extranjero empleado en el país, en bancos, hipotecas, industrias, minas, propiedades y ferrocarriles, se acerca á 90.000.000 de pesos, sin contar el que representan máquinas, mercancías y títulos de la Deuda mexicana comprados por extranjeros.

En la construcción de ferrocarriles y puertos reina gran actividad. El tráfico en la nueva línea de Tehuantepec ha tomado tal importancia, que el gobierno aspira á poder limitar el servicio de aquélla al comercio internacional, llevando el que se hace entre una y otra costa de México por Veracruz y el ferrocarril del Pacífico. Se van á realizar grandes trabajos en el puerto de Progreso, el principal de la costa del Yucatán; habrá que nivelar y cimentar el fondo del mar, llevando á cabo considerables dragados, como se hizo en Coatzacoalcos y Salina Cruz.

En la costa del Pacífico, un puerto mexicano ha pasado, por arrendamiento ó cesión temporal, á poder de los yanquis. El recelo que éstos sienten ante las eventualidades de una guerra con el Japón les lleva á buscar puntos de apoyo en aquel litoral. Allí, en la costa Oeste de la península de California, hay un puerto magnífico, la bahía de la Magdalena, uno de los más espaciosos y seguros de la tierra. México lo ha cedido á los Estados Unidos, autorizándoles para tener en él dos buques carboneros durante tres años: el gobierno de Wáshington se compromete, por su parte, á hacer igual concesión en alguno de sus puertos á México, si esta República lo solicitare. Se considera el convenio á que nos referimos como una consecuencia de la visita que el ministro yanqui Mister Root ha hecho recientemente al presidente Díaz.

En México, y sobre todo en la Baja California, ha producido mal efecto el tal convenio. «La noticia—escribía un californiano—ha caído en nuestros corazones como un torrente de acíbar, por más que ya la esperábamos; la pérfida visita de Mr. Root no ha sido el preludio, sino la confirmación de esta gran desgracia nacional... El primer encuentro entre el soberbio gringo y el valiente triunfador nipón lo perderá irremisiblemente México.» No entendemos la razón de este último concepto. Si el nipón triunfa, México será quien gane. En poder de los Estados Unidos el gran puerto de la Magdalena, la marina japonesa tendrá derecho para forzarlo y apoderarse de él. México abre así ancha puerta al adversario de los yanquis para invadir con su ejército, con sus inmigrantes y con *sus auxiliares* todo el litoral Norte del Pacífico.

***

El correo de Centroamérica nos ha traído el texto del convenio de Amapala que subscribieron el 6 de noviembre los generales D. Fernando Figueroa, presidente de El Salvador, D. J. Santos Zelaya, de Nicaragua, y D. Miguel R. Dávila, de Honduras. Es otro más entre los varios pactos de amistad que se vienen celebrando en estos últimos años, con escasa ó ninguna eficacia, pero que responden á un estado de opinión favorable al propósito de unificar ó confederar las cinco Repúblicas.

Los presidentes reunidos en Amapala declararon en vigor las relaciones fraternales de los tres pueblos hermanos, y vigentes todos los tratados que mantengan la amistad y buena armonía entre los expresados pueblos. Para dar mayor solidez á todo lo estipulado, acordaron celebrar un Congreso de paz Centroamericano, compuesto de un representante por cada una de las Repúblicas de Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, congreso que deberá reunirse en Amapala inmediatamente después de terminadas las Conferencias de Wáshington, ó en fecha posterior si así lo determinaren: en esa reunión se celebrarán además nuevos tratados de paz, amistad y comercio, que resuman los anteriores, con mayor amplitud, y vengan de esta manera á unificar el Derecho internacional de Centroamérica.

Los gobiernos y los pueblos interesados conceden gran valor á este convenio. Según el *Diario Oficial* de El Salvador, la concordia que presidió á la conferencia y á los nobles y elevados fines que persiguían los presidentes, constituye prenda segura de paz y augura una era de bienestar y de progreso en la cual podrán desarrollarse, con amplitud de miras, con criterio sereno y reposado, las fuerzas vitales de esos pueblos, llamados por su actividad y energía á un brillante porvenir.

Las conferencias de Wáshington antes citadas, y á las que hemos aludido en precedentes *Revistas*, han dado ya sus resultados. Terminaron el 20 de diciembre con la firma de varios tratados, á saber: de extradición, de establecimiento de una Oficina de asuntos centroamericanos (ya se había pactado esto en julio de 1906), de intereses financieros, de vías de comunicación, de paz y amistad, de arbitraje, y el relativo al Tribunal internacional permanente que habrá de fallar en cuantas cuestiones sobrevengan entre los cinco Estados.

No se ha llegado, pues, porque no era posible llegar ahora, á la unión ó confederación centroamericana; pero se ha dado un gran paso hacia ella constituyendo ese Tribunal que podrá en lo sucesivo evitar toda guerra. Verdad es que anteriormente se había creado Tribunal análogo por virtud del pacto de Corinto de 1902, al mismo fin tendía el Tratado general centroamericano de 1902, y ni uno ni otro han servido para impedir las guerras. Pero en ellos no entraron las cinco Repúblicas, pues en el primero faltó Guatemala y en el segundo Nicaragua, y ahora se han convencido los cinco Estados, y sobre todo, hay la especial circunstancia de que lo han hecho bajo los auspicios de las dos grandes naciones, México y los Estados Unidos, á quienes se debió la Conferencia de Wáshington.

Lógico es, pues, confiar en que el nuevo Tribunal será verdadera garantía de paz en Centroamérica.

***

Las Repúblicas hispano-americanas van á cumplir pronto el primer centenario de su vida, y todas ellas se preparan á celebrarlo en una ú otra forma. El Ecuador lo hará con una Exposición Nacional que ha de abrirse en Quito en agosto de 1909. Con este propósito coincide la iniciativa de algunos ilustres ecuatorianos para que desaparezcan del himno patriótico ciertos conceptos tan ofensivos como injustos para España. Los odios pasan, la verdad se impone al fin, y ningún hispanoamericano que se estime en algo puede ya pronunciar, sin avergonzarse de sí mismo, frases que lastiman el honor y la dignidad de sus antepasados.

La situación política parece que se normaliza, á juzgar por las últimas noticias. El presidente señor Alfaro se ha visto muy combatido, pero se mantiene en el poder y prosigue el desarrollo de su programa de reorganización administrativa. Alguno que otro disgusto le proporcionan los yanquis, formulando protestas en el tono que acostumbran cuando se trata de potencias débiles. Porque el gobierno del Ecuador procura que la empresa del ferrocarril de Quito cumpla sus compromisos, la cancillería de Wáshington da por expoliados en su propiedad y en sus derechos á los ciudadanos norteamericanos que figuran en dicha empresa. Ésta ha cobrado ya, por adelantado, cuanto debía dársele, y no termina la construcción del ferrocarril; el gobierno ecuatoriano reclama y pide que se constituya el tribunal de árbitros, con arreglo á la ley del contrato, y en el acto surge la voz amenazadora de mister Fox para substraer á sus conciudadanos del deber moral y legal de cumplir lo pactado.

***

Un año hace que plenipotenciarios del Paraguay y de Bolivia firmaron el compromiso por virtud del cual ambas Repúblicas debían someter al arbitraje del presidente de la Argentina la cuestión de límites entre aquéllas. Hubo después dificultades para llegar al acuerdo definitivo; mas por fortuna el asunto entró de nuevo en vía amistosa y está nombrada ya, desde septiembre último, la comisión paraguaya que ha de procurar la solución del conflicto. El Dr. don Manuel Domínguez es el plenipotenciario especial encargado de ajustar el tratado de límites y arbitraje con el plenipotenciario boliviano, y al Sr. D. Fulgencio R. Moreno incumbe ordenar los títulos y redactar la exposición de los derechos del Paraguay á los territorios en litigio.

El actual gobierno pone gran interés en mejorar la situación financiera. El tipo oficial del oro sigue manteniéndose en 1.150 por 100, poco más ó menos, según consigna diariamente, para los efectos del pago de los derechos aduaneros, el *Diario Oficial* de la República. Dentro de pocos meses han de variar las circunstancias, pues el Congreso ha aprobado la constitución de un Banco del Estado, cuyo establecimiento fué objeto de un acuerdo *ad referendum* entre el gobierno y un grupo de banqueros franceses. Dicho Banco empezará á funcionar en abril próximo y dispondrá de un fondo de reserva en oro, con arreglo al cual habrá de fijarse el tipo del cambio.

***

La cosecha de este año en la República Argentina es colosal; supera á todas en cantidad y calidad. Por esto mismo va á lucharse, aun en mayor escala que en años anteriores, con la falta de brazos para recoger el producto, con la de vagones para transportarlo y con la insuficiencia de los puertos para embarcar los cereales á medida que vayan llegando. Las dos primeras dificultades podrán acaso dominarse, porque las máquinas segadoras y trilladoras ahorran muchos brazos y porque las empresas de ferrocarriles están adquiriendo nuevo material móvil; pero las malas condiciones de los puertos requieren obras de consideración, que no pueden improvisarse, y son inevitables los trastornos que sufrirá la exportación por incapacidad de aquéllos para las operaciones de carga. Con este motivo, la prensa del país protesta contra la desidia de los centros oficiales, que no procuran el oportuno remedio de daño ya conocido y previsto.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA MESA DE LUIS EGUILAZ EN EL CAFÉ DE LA IBERIA



En un caserón destartalado, con entrada por la Carrera de San Jerónimo y accesorias á la travesía de Gitanos, hoy calle de Arlabán, hallábase establecido en Madrid, hace cuarenta años, el renombrado café de La Iberia, punto de reunión de políticos, escritores y toreros. Tenía el café dos salones con puertas á la Carrera; uno pequeño con reja además, junto á la cual se sentaban los discípulos de Montes y del Chiclanero; y otro de grandes dimensiones que comunicaba en su fondo con un patio al que habíamos convenido en llamar jardín y que se abría al público durante la temporada de calor. El café era frecuentado únicamente por el sexo feo; pero en verano acostumbraban las señoras á entrar en el jardín para tomar sorbetes, quesitos helados y la clásica leche amerengada, artículo en que este café hacía la competencia al de D. José Pombo, situado en la calle de Carretas.

El salón grande tenía dos puertas, y de éstas, la que estaba próxima á la casa número 31 permanecía cerrada en invierno; tras sus cristales se hallaba un velador grande, al que se sentaba todas las tardes el poeta Luis Eguilaz con buen golpe de amigos y contertulios, renovados periódicamente según los quehaceres de cada cual.

Uno de los más asiduos era D. Ramón Rodríguez Correa (Correíta le llamaban), escritor notable, pequeño de estatura, de buena imaginación, de claro talento y gracioso como pocos.

Cuéntase de él que, lamentándose cierto editor, corto de alcances, de que no había nada aceptable, ningún pensamiento nuevo digno de editarse, díjole Correa:

—Yo tengo uno que sería una mina de oro.

—Cuál es.

—Lo diré con una condición. Ponga usted un billete de quinientos reales sobre esa mesa; yo le digo mi pensamiento. Si no le agrada á usted, el billete es mío, y si le agrada también, pero en este caso me comprometo á escribir lo que he pensado.

El editor, después de vacilar un rato, hizo lo que le pedía Correa y éste entonces le dijo:

—Todo asunto religioso tiene buen éxito en España. ¿No es así? Pues bien, yo le propongo á usted la publicación de *la continuación de la Biblia hasta nuestros días.*

Los amigos de Correa fingiéronse muy admirados y el editor, medio atontado por la misma extravagancia de la proposición, aceptó el trato.

Correa se embolsó el billete, con lo que pudo salir de algunos apuros, y ofreció escribir la *obra;* pero algunos días después tuvo algún dinerillo y, como era un hombre honrado, devolvió los veinticinco duros al editor diciéndole que habiéndolo pensado bien, desistía de escribir la continuación de la Biblia.

No se hubieran atrevido todos los concurrentes á la mesa de Eguilaz á sostener que cuantas anécdotas contaba Correíta estuvieran enteramente ajustadas á la verdad; pero muchas se comprobaron después por referencias de otras personas, y respecto de la que voy á referir se dijo luego que el mismo que había sido objeto de la broma había asegurado la certeza del hecho.

D. Antonio Ferrer del Río, autor de la *Historia de Carlos III* y de *Levantamiento de las Comunidades de Castilla,* era hombre de aventajada estatura, buen diente, mucha panza y excesivamente aprensivo, circunstancia esta que es preciso tener en la memoria. Contaba Correíta que una tarde de primavera varios amigos, capitaneados por el ex oficial de coraceros Narciso Serra, autor de *Don Tomás* y de *El amor y la Gaceta,* formaron complot para dar una broma al susodicho Ferrer del Río, escalonándose desde la Puerta del Sol á la Cibeles, trayecto que D. Antonio había de recorrer para dar su cotidiano paseo. Acercósele primeramente Serra, y después de los saludos acostumbrados, le preguntó, afectando naturalidad:

—¿Qué tiene usted en el ojo derecho?

—Nada, contestó Ferrer del Río, porque, en efecto, tenía bueno y sano el ojo derecho; pero instintivamente se frotó con las yemas de los dedos la parte indicada.

Despidióse el bromista, apareció un segundo, hizo la misma pregunta á D. Antonio y dió éste la misma contestación, frotándose repetidas veces el ojo.

Todos los del complot fueron apareciendo sucesivamente, todos repitieron la pregunta, el buen señor no dejó de frotarse como la primera vez, y cuando llegó á la Cibeles tenía, en efecto, el ojo derecho irritado y lloroso. La aprensión le duró gran parte de la noche, hasta que le confesaron la broma para tranquilizarle.

Otra tarde se contaron anécdotas de teatro, y habiendo tomado la palabra D. Antonio Pizarroso, nos relató un episodio que produjo animada discusión durante largo rato.

Este Pizarroso era ya viejo, estaba de *barba* en la compañía de Manuel Catalina, sabía representar el teatro del siglo XVII y era aficionadísimo á la tragedia, al tanto de que le oí decir una vez: «A mí me gusta declamar el verso endecasílabo y si puede ser, suelto.»

Contó Pizarroso que representando el inolvidable Julián Romea en una capital de Andalucía el drama de Eulogio Florentino Sanz *Don Francisco de Quevedo,* cuando se acerca el protagonista al farol, en la escena IV del acto primero, para leer la carta de Margarita de Saboya, se aproximó el papel á los ojos, demostrando así que era miope. Algún tiempo después fué á la misma población otro actor cuyo apellido se me marchó de la memoria, y queriendo diferenciarse de Romea y demostrar que *tenía detalles,* en vez de aproximarse la carta, la separó de los ojos, alargando el brazo como si fuera présbite, cosa que gustó, añadía Pizarroso, y que le valió la felicitación de los abonados.

Ahora bien; ¿cuál de los dos actores estuvo en lo cierto?

Duró la discusión, como digo, largo rato, sin que se viniera á un acuerdo, hasta que la intervención del erudito D. Manuel Cañete, que entró entonces en el café, vino á dirimir la polémica.

—Quevedo, decía Cañete, era corto de vista, según el parecer de mi buen amigo D. Aureliano Fernández Guerra, pues en la sátira á la mundana Belisa, cuando el autor hace su propio retrato, comparándose con las prendas, defectos morales y circunstancias de la dama, escribe:

> «Son como tu vestido mis dos ojos,
> rasgados, *aunque turbios,* como dices,
> serenos, aunque tengan mil enojos.»

Turbios son los ojos del miope y no los del présbite, es decir, del que ve bien de lejos. Quevedo aparece con los anteojos, á que dió nombre, en todos sus retratos, excepto en el grabado de Juan Noort, el cual grabado, dicho sea entre paréntesis, no le gusta á D. Aureliano; el retratarse con anteojos prueba es de que los usaba constantemente, circunstancia que sólo concurre en los cortos de vista, y no se da en los de vista cansada; ergo Quevedo era miope, y *es falta de ilustración sostener lo contrario,* como dice D. Hermógenes en la conocida comedia de Moratín.

Otra tarde contó el poeta Carlos Coello un caso que venía á poner de relieve su buen talento.

El actor Manuel Catalina que, como todos sabemos, vestía con exquisita elegancia, era excesivamente pulcro en la limpieza de su persona. Este antecedente es de indispensable necesidad hacerlo constar, porque en él estriba precisamente la causa ocasional de la anécdota.

Compuso Coello un drama en tres actos, titulado *Roque Guinart,* basado en el conocido episodio de la segunda parte del «Quijote.»

El drama, escrito en concienzudos y armoniosos versos, no carecía de mérito y se hizo aplaudir justamente, merced á algunas escenas bien presentadas y de grande efecto; pero en general no logró satisfacer por completo al público, y duró poco tiempo en los carteles.

Volvamos á nuestro cuento, que no es cuento, sino sucedido. Escribió, pues, Coello su drama; habló de él á Manuel Catalina, empresario á la sazón del teatro Español, y quedaron uno y otro citados para verificar su lectura una tarde en la Contaduría, establecida en el local que actualmente ocupa el llamado Saloncillo.

La Contaduría era una habitación destartalada y sucia, con dos ó tres mesas de vejez supina, unos sillones desvencijados, un armario de mal pintado pino y unas banquetas de mugrienta gutapercha.

Carlos Coello leía detestablemente y no sabía matizar sus versos, recitándolos siempre con monótona ampulosidad; pero tenía habilidad, gracia y gusto para intercalar apostillados con objeto de explicar pasajes, escenas y pensamientos; así es que no quería encargar á nadie de la lectura de sus producciones dramáticas, tanto más cuanto que su letra era tan diminuta y enlazada, que sólo el autor se consideraba capaz de descifrarla, ofreciéndosele en algún caso grandes dudas para leer lo que él mismo había escrito.

Reuniéronse una tarde en Contaduría el poeta y el empresario con el indicado objeto, y mientras Coello leía las primeras escenas de su drama, Catalina, que jugaba distraído con los utensilios de escribir que tenía al alcance de la mano, hubo de mancharse de tinta entre la uña y la yema de un dedo, percance que, dada la pulcritud de que se ha hecho mención, le contrarió notoriamente. Untóse de saliva la parte manchada, restrególa repetidas veces por el forro de la levita, y viendo que esto no le producía el resultado apetecido, ni fijaba su atención en lo que Coello leía, ni le era dable ocultar la desazón que le ocasionara el incidente, de poca importancia para otro que no fuera amante esclavo de la limpieza personal como Manuel Catalina.

Coello notó el disgusto de que se hallaba poseído el empresario, y comprendiendo que esto podría ser de funestas consecuencias para el efecto que el drama había de producir en el ánimo del que escuchaba, cerró el ejemplar, y encarándose con D. Manuel exclamó:

—Se suspende la lectura hasta que le traigan á usted un limón y se lave esa mancha de tinta.

Negóse el interesado á esta dilación; pero tanto insistió Coello, que Catalina accedió por fin y se lavó repetidas veces con el limón, consiguiendo que desapareciese la mancha ó que por lo menos quedara imperceptible.

Cuando se acabó la lectura del drama, contaba Coello que D. Manuel Catalina le puso la mano en el hombro con cariñoso ademán y le dijo:

—Usted es muy joven y quizá no conozca bien al público todavía; pero en cambio conoce usted al empresario.

Pasábamos bien la tarde y nos ilustrábamos los concurrentes á la mesa de Luis Eguilaz en el café de La Iberia.

CARLOS CAMBRONERO.

(Cabecera de Nicanor Vázquez.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

IV

Antonio Moor.—Nació en Utrech en 1512 y murió en Amberes en 1578. Los progresos que realizó en sus primeros estudios artísticos valiéronle la protección del cardenal Granvelle, que le procuró los medios para que pudiera perfeccionarse en Italia, logrando después se le nombrase pintor de Carlos V. Éste le envió á Portugal, en donde hizo los retratos de los soberanos, quienes le colmaron de presentes. De regreso de aquel país, encargóle el emperador varios trabajos importantes, trasladándose á Inglaterra, en donde pintó el retrato de la reina María Tudor, que le señaló una pensión. Establecido en los Países Bajos, colmóle de beneficios el duque de Alba. Aunque á los retratos debió la reputación de que gozó, justo es mencionar, entre otras producciones, sus cuadros titulados *San Pedro* y *San Pablo, La Resurrección* y *Jesucristo subiendo á los cielos,* que son dignos de su buen nombre.

Jacobo Robusti.—Hijo de un tintorero, á cuya circunstancia debió que se le apellidara el *Tintoretto,* nació en Venecia en 1512 y falleció en la misma ciudad en 1594. Dedicóse en los primeros años á dibujar con grande ahinco, estudiando también la anatomía. Distinguióse este preclaro artista por su extraordinaria inventiva, por la acertada aplicación del claroscuro y por sus condiciones de buen colorista. Cuantiosa fué la labor que realizó durante el largo transcurso de su existencia, poseyendo obras importantes suyas Venecia, París, Dresde, Munich, Madrid, Viena, etc., etc., mereciendo citarse los cuadros titulados *El milagro del esclavo, La escuela de San Marcos, Las bodas de Canaán, La Cena, La adoración del becerro de oro* y otros no menos notables.

Federico Fiori.—Este célebre pintor y grabador italiano, conocido también con el nombre de *Barocci,* nació en Urbino en 1528 y murió en la misma ciudad en 1612. Recibió las primeras enseñanzas de su padre, completándolas después en los talleres de Manzocchi y de Franco. Instalado en Roma en 1548, dedicóse á estudiar las mejores obras de Rafael y las composiciones del Correggio. El papa Pío IV le confió el decorado de las salas del Belvedere, pintando después varias obras notables, entre ellas un *Descendimiento de la Cruz,* para la catedral de Perusa, *El perdón de San Francisco de Asís,* para una de las iglesias de Urbino, *La Madona del pueblo,* que se conserva en la Galería de los Uffizi de Florencia, etc.

Pablo Veronés.—Este célebre pintor, cuyo verdadero nombre fué el de Pablo Cagliari, nació en Verona en 1528 y murió en Venecia en 1588. Su padre le dedicó en sus primeros años al estudio de la escultura, mas en vista de sus especiales disposiciones por la pintura, recibió lecciones de Orlandi y Ridolfi. El cardenal Hércules Gonzaga le encargó varios cuadros para la catedral de Mantua, estableciéndose después en Venecia, en donde ejecutó importantes obras para la Biblioteca de San Marcos y el palacio de los Duces. Extensísimo es el catálogo de sus producciones que se conservan en los templos y Museos, mereciendo citarse la *Muerte de San Sebastián, El centurión á los pies de Jesucristo, La Magdalena penitente, Susana, Venus y Adonis, El joven entre el Vicio y la Virtud,* etc.

Alejandro Allori.—Nació en Florencia en 1535 y murió en 1607. Fué discípulo de su tío el pintor Angel Bronzino, por cuyo motivo se le denominó también el *Bronzino,* dándose ya á conocer ventajosamente á los diez y siete años con el cuadro representando á *Cristo en la cruz.* Trasladóse á Roma, ingresando en el taller de Miguel Angel, dedicándose al estudio de la anatomía, acerca de cuya materia publicó en 1590 un tratado para uso de los artistas. Muchas son las pinturas al fresco y al óleo que produjo este artista, ofreciendo algunas de ellas la particularidad de que la mayor parte de las figuras, como acontece en los cuadros *Jesús disputando con los doctores de la ley* y *El sacrificio de Abraham,* son retratos fidelísimos de sus contemporáneos.

Retrato, pintado por Juan Lavery

Federico Zuccheri.—Este celebrado pintor, conocido en España con el nombre de Zucaro, nació en San Angelo in Vado (ducado de Urbino) en 1543 y murió en Ancona en 1609. Discípulo de su padre y unido después á su hermano Tadeo, que gozó de justificada reputación, fué su sucesor, pintando frescos notables en los palacios de los magnates de diversos Estados de Italia. Para vengarse de algunos familiares del papa Gregorio XIII, les representó en su cuadro *La calumnia,* viéndose obligado á abandonar á Roma, temeroso del enojo del pontífice, y trasladóse á París, en donde obtuvo la protección del cardenal de Lorena. Pasó después á Inglaterra, en donde pintó el retrato de la reina Isabel, y de allí regresó á Roma, en donde terminó la capilla Paulina. Llamado á España por Felipe II, le confió el monarca la ejecución de numerosas obras, entre ellas el retablo del altar mayor del Escorial, asignándole una pensión de 2.000 escudos de oro A sus expensas constituyó una Academia de Bellas Artes en Roma y publicó una obra con el título de *Idea de los pintores, escultores y arquitectos.*

Jacobo Palma.—Nació en Venecia en 1544 y murió en la misma ciudad en 1628. Diósele el sobrenombre de *el Joven* para distinguirle de su tío. Recibió de su padre las primeras enseñanzas, que completó en Roma, gracias á la protección que le dispensó el duque de Urbino. Establecido en Venecia, dió señaladas muestras de su fecundidad, puesto que ejecutó innumerables obras para las iglesias y edificios públicos. Produjo asimismo interesantes dibujos y 27 grabados al aguafuerte. En los museos de Europa consérvanse sus más importantes obras.

Jacobo Chimenti.—Nació en Empoli en 1544, á cuya circunstancia debió se le conociera por *Empoli,* y murió en 1640. Al estudio que hizo de las obras del Sarto, debió sus grandes progresos artísticos. Pintó también al fresco, pero renunció á practicar tal procedimiento á consecuencia de una caída que puso en peligro su vida. Trabajó mucho en el decorado de las fiestas palatinas y pintó innumerables cuadros para las iglesias de Florencia, algunos de los cuales figuran en los principales Museos de Europa.

Agustín Carracci.—Nació este célebre pintor y grabador en Bolonia en 1557, y murió en Roma en 1602. Distinguióse en sus primeros años por sus aptitudes para el estudio de las Ciencias, las Letras y las Artes. Su espíritu inquieto le condujo á intentar varias profesiones. Celoso de los progresos realizados por su hermano Aníbal, comenzó á pintar caprichosamente, dedicándose después á grabar al buril y al aguafuerte. Tras dilatada permanencia en Parma, regresó á su patria. En desacuerdo constante con su hermano, á quien, sin embargo, estimaba entrañablemente, acabó por separarse de él, estableciéndose en Parma, falleciendo en un convento de Capuchinos por no poder soportar la separación. Aníbal honró su memoria, encargándose de la educación y porvenir de un hijo de su hermano. Entre los cuadros notables de este artista merecen citarse la *Comunión de San Jerónimo* y la *Asunción de la Virgen.*—Z.



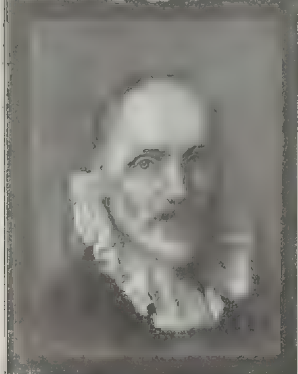
En la playa, cuadro de la Sra. Coulin

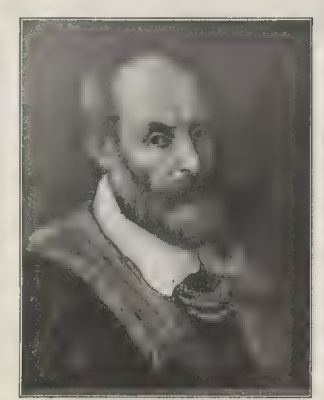
GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres


Antonio Moor, holandés (1512-1578)

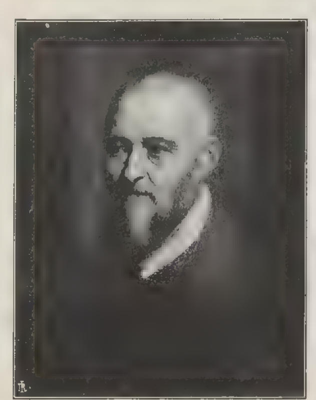

Jacobo Robusti, italiano (1512-1594)


Federico Fiori, italiano (1528-1612)


Pablo Varonese, italiano (1528-1588)


Alejandro Allori, italiano (1535-1607)


Federico Zuccheri, italiano (1543-1609)


Jacobo Palma, italiano, (1544-1628)


Jacobo Chimenti, italiano (1554-1640)


Agustin Caracci, italiano (1557-1602)

LÁMINA. 4.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)



París.—Expulsión de las hermanas agustinas del Hospital general.—La multitud aclamando á las religiosas á su salida del benéfico establecimiento (De fotografía.)

PARÍS

EXPULSIÓN DE LAS HERMANAS AGUSTINAS DEL HOSPITAL GENERAL

El gobierno francés, prosiguiendo la obra de laicización emprendida de algunos años á esta parte, y que más que de laicización parece de persecución de la iglesia católica, ha expulsado á las hermanas agustinas del Hospital general ú «Hotel Dieu,» en el que han prestado sus inapreciables servicios durante muchos siglos sin interrupción alguna, pues la misma Revolución francesa las respetó.

La expulsión, realizada el día 15 de los corrientes, dió lugar á una imponente y entusiasta manifestación de simpatía, en la que tomaron parte más de cinco mil personas de todas las clases sociales.

Desde las primeras horas de la mañana, y á pesar de las precauciones adoptadas por el gobierno, una multitud numerosa apiñábase delante del hospital, mientras en el interior del edificio se hacían los últimos preparativos de marcha. En el gran salón del primer piso estaban reunidas las hermanas, el cabildo metropolitano y muchas personalidades ilustres. El arcipreste de la catedral y el decano de la minoría del Consejo Municipal dirigieron sentidas salutaciones á las religiosas, y el propio director de la Beneficencia Pública pronunció algunas palabras, haciendo constar que el gobierno de la República ninguna queja tenía contra aquéllas y que, por el contrario, les daba las gracias por la abnegación con que siempre habían atendido á los enfermos.

A la una y media abriéronse las puertas del hospital, en cuyo patio estaban cinco coches que habían de conducir á las hermanas, de las cuales se despedían cariñosamente los médicos, los internos y muchos enfermos; pocos momentos después, salían los carruajes, que á duras penas podían abrirse paso entre la multitud. El público prorrumpió en calurosas aclamaciones y gritos de protesta, sin que ni una voz se elevara en contra de los protestantes.

Los carruajes que llevaban á las religiosas, seguidos de gran número de coches particulares y de alquiler y de una gran muchedumbre, se dirigieron á la casa matriz de aquéllas, el hospital libre de Nuestra Señora del Buen Socorro, siendo recibidas por el venerable cardenal arzobispo de París y por el coadjutor monseñor Amette, quien pronunció un discurso, ensalzando la obra realizada durante tantos siglos por las hermanas con admirable espíritu de sacrificio.



Un invento que ha de producir una revolución en el automovilismo
Rueda autoneumática inventada por el ingeniero italiano José Taraglio. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA RUEDA AUTONEUMÁTICA

PARA AUTOMÓVILES

Un ingeniero romano, José Taraglio, ha inventado recientemente una rueda autoneumática que ha de producir una revolución en el automovilismo. Sabido es que uno de los principales gastos que ocasiona el automóvil, es el frecuente cambio de *pneus;* pues bien, la rueda elástica inventada por Taraglio se diferencia precisamente de las demás en que no se basa en el empleo de los muelles, como las ordinarias, sino en el aire comprimido automáticamente por el movimiento de la rueda misma, de manera que los choques eventuales provenientes de la periferia serán soportados por el aire, sin que afecten en lo más mínimo á las personas que vayan en el carruaje.

Cuatro ruedas de este nuevo sistema se han aplicado á un viejo *chassis* «Fiat» 1903. Las ruedas van encerradas en una caja de aluminio, pintada de rojo, y en la llanta se ha aplicado un anillo de caucho lleno de aire, con el único objeto de atenuar el ruido que, de otro modo, harían sobre los empedrados de las calles.

Para demostrar la solidez de la rueda autoneumática, se ha efectuado un gran *raid* automovilista que, partiendo de Roma el día 2 de enero, y pasando por Bolonia, Milán, Turín, Génova, Niza y Marsella, ha llegado á París, desde donde ha regresado á Italia para estar en Turín el 18, fecha en que se ha inaugurado el Salón Automóvil de aquella ciudad. Las ruedas habían sido plomadas para que la prueba ofreciese todas las garantías.—S.



Marruecos.—La artillería de Muley-Hafid en el gran Mechuar de la ciudad de Marruecos. (De fotografía.)

DE MARRUECOS

Por si algo faltaba para complicar la ya tan enmarañada cuestión marroquí, la solemne destitución de Abd el Aziz y la no menos solemne proclamación de Muley Hafid en Fez, la ciudad santa, han venido á aumentar la confusión y la anarquía de aquel imperio.

El día 3 de los corrientes, la corporación de los ulemas de Fez, que constituyen la más alta autoridad religiosa y moral de Marruecos y sin cuyo beneplácito las decisiones del sultán carecen de autoridad y de prestigio, se reunieron en la mezquita de Muley-Edriss, declararon destituído á Abd el-Aziz por traidor á la patria y á la religión; y al día siguiente, congregados en los jardines de Batha los ulemas, los jerifes y todos los notables de la población, proclamaron á Muley-Hafid sultán único y legítimo. Ambas resoluciones se han fundado en que Abd el Aziz, obrando bajo la inspiración de los cristianos, colocando á éstos al frente del ejército y cediendo á Francia algunas ciudades imperiales, ha faltado á los preceptos del Corán y se ha hecho indigno de seguir ocupando el trono destinado al caudillo de los creyentes.

Díjose, en un principio, que el movimiento revolucionario partió de las clases elevadas, más ó menos sinceramente ofendidas en sus sentimientos religiosos; pero noticias posteriores permiten asegurar que los ulemas obraron bajo la presión y las amenazas del populacho de Fez, que vió en ello una ocasión para no pagar los impuestos. Mas, sea como fuere, el hecho es que el llamado pretendiente ha recibido la consagración de los que, según las leyes y costumbres religiosas del imperio, pueden dársela y que en las mezquitas de Fez, como antes en las de la ciudad de Marruecos, su nombre ha substituído en las oraciones al de su hermano.

Sin embargo, éste cuenta todavía con el apoyo de las potencias europeas, que no han reconocido la validez de los sucesos en Fez desarrollados y á las cuales ha de tener más cuenta, de seguro, entenderse con Abd-el Aziz, que al fin y al cabo acepta las decisiones de la conferencia de Algeciras y deja que Francia haga lo que bien le parezca en sus imperia les dominios, que habérselas con Muley Hafid, á quien sus partidarios proclaman precisamente para exigir de él una conducta enteramente contraria á la del otro, como lo demuestra el hecho de haberle obligado á proclamar la guerra santa.

Y aun cuando Muley-Hafid ha declarado que la guerra santa sólo es contra su hermano y de ningún modo contra los europeos, cuyas vidas y haciendas hará respetar por los suyos, es casi seguro que no tendrá medios para resistir á las imposiciones de éstos y que, si quisiera resistirse, de la misma manera y con la misma facilidad con que ha sido proclamado será destituído, y los mismos resultandos y considerandos de la decisión de los ulemas que han servido para proclamar á él servirán para proclamar á otro. Ya uno de los personajes que más han contribuído á su elevación (nominal hasta ahora, á pesar de todo) al solio imperial, el jerife El Quitani, jefe de una de las principales cofradías de Marruecos, ha dicho terminantemente que si Muley-Hafid no acepta las condiciones en que ha sido nombrado, no faltará quien las acepte.

Aunque Abd el Aziz conserva algunos partidarios en Fez, éstos nada podrán hacer si él no les envía fuerzas con que restablecer su autoridad, cosa que por ahora no parece fácil, pues las pocas con que cuenta las necesita para sostenerse en Rabat, en donde, según parece, su situación no es muy satisfactoria. Tanto es así, que se dice que los franceses han enviado en su auxilio una columna de 2.000 hombres.

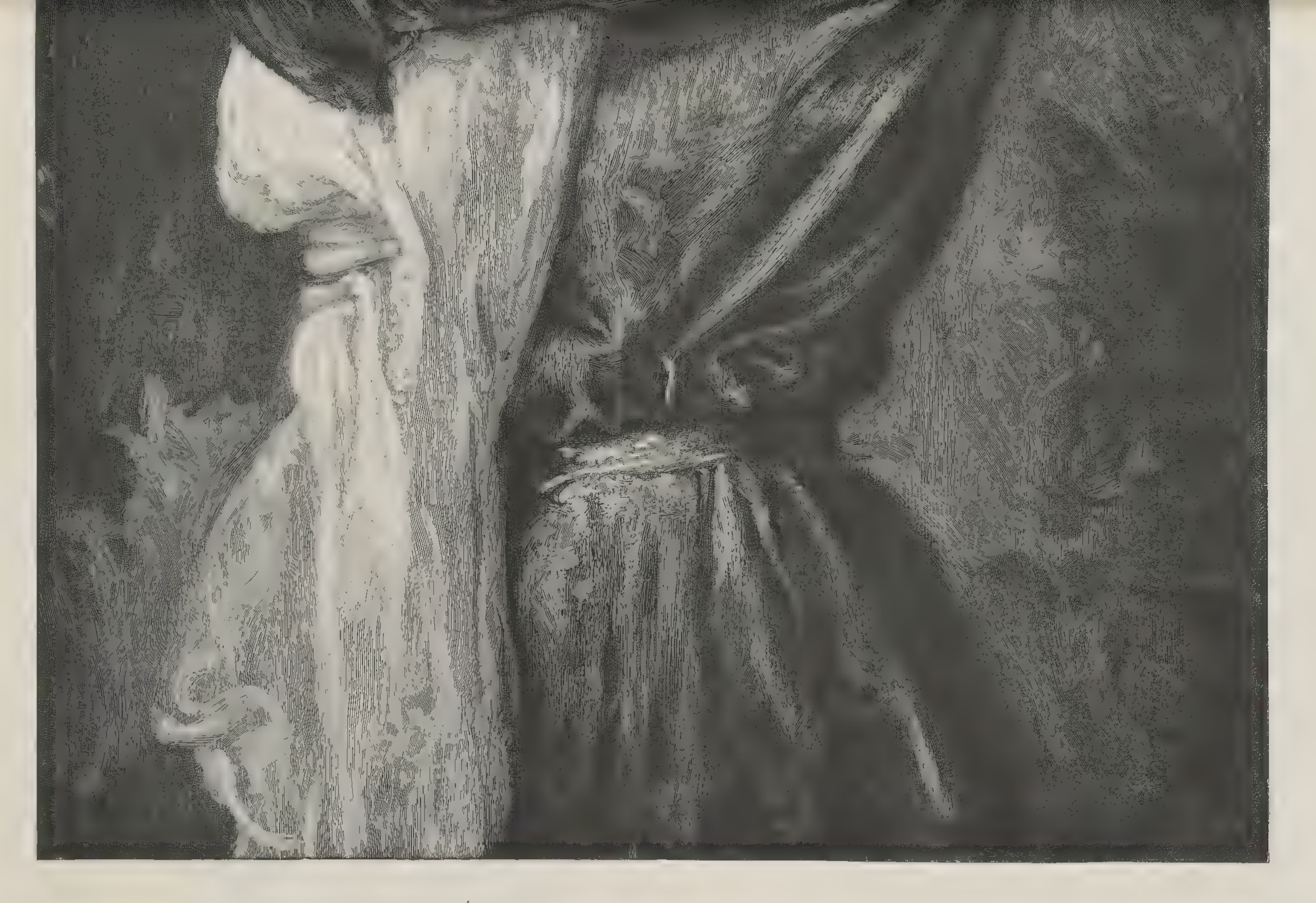
¿Habrá en todo esto de la proclamación de Muley-Hafid la mano oculta de alguna potencia á quien interesa que no acaben nunca los desórdenes en Marruecos?

Francia prosigue el plan que se ha trazado, sin hacer caso de los acontecimientos de la política interior de Marruecos. El general d'Amade se ha apoderado últimamente de Fedala, de Dar Ber Reschid y ha avanzado hasta Settah, distante setenta y cinco kilómetros de Casablanca. Para llegar á este último punto, hubo de sostener un empeñado combate, en el que los franceses tuvieron una veintena de heridos y los marroquíes 150 muertos y 300 heridos. El hecho de haber tenido el general Amade que retirarse de Settah, á poco de haberla tomado, parece indicar que esa operación ha sido un fracaso.—R.



Marruecos.—Una revista del ejército de Muley-Hafid. La artillería Hotchkiss. (De fotografía.)





MADRE É HIJO, copia del celebrado cuadro de F. de Kaulbach

EXCMO. SR. D. MANUEL ESTRADA CABRERA

El día 21 de los corrientes, inauguróse con gran solemnidad el ferrocarril que va desde San José á Puerto Barrios, puertos ambos de la república de Guatemala, situados en el Pacífico, el primero, y el segundo en el Atlántico. Esta nueva vía férrea es de inmensa importancia, no sólo para aquella república, sino para el comercio europeo, que de este modo tendrá una comunicación directa y rápida entre ambos océanos. En cuanto á Guatemala, ocioso es decir que reportará extraordinarias ventajas del ferrocarril recientemente inaugurado, pues además de lo que éste lo aproxima á los Estados Unidos del Norte y del incremento que adquirirá su comercio, podrá ofrecer á una emigración sana y trabajadora elementos de expansión y desarrollo en su riquísimo suelo.

La terminación de esta obra magna débese á la iniciativa del actual presidente, Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, una de las personalidades más ilustres de la América latina, y á quien debe Guatemala sus adelantos, su comercio, su industria y, en una palabra, todas las manifestaciones que informan el progreso positivo de un país.

El Sr. Estrada Cabrera, que, desde que ocupa el solio presidencial, ha dedicado todos sus esfuerzos á que Guatemala ocupe un puesto digno en el concierto de las naciones civilizadas, es un jurisconsulto distinguido que ha hecho estudios profundos en ciencias políticas y sociales

Las reformas progresistas de Guatemala datan de la revolución liberal de 1871. La instrucción pública, base de todos los adelantos de todos los pueblos, fué el punto de mira que los hombres de aquel entonces tuvieron como principal elemento para transformar á su patria.

El presidente Justo Rufino Barrios fué quien con más ahinco trató de difundir la instrucción por toda la República, habiéndose conquistado con ello el dictado de fundador de tan importante ramo de la gobernación pública.

Pero lo hecho por el general Barrios no había sufrido reforma alguna hasta hace pocos años; y ha sido el presidente Estrada Cabrera quien ha iniciado con verdadero entusiasmo y con gran energía de patriota la reforma de la Instrucción pública. Él ha comprendido que los antiguos sistemas de enseñanza son nocivos á la juventud; que lo que hoy se necesita es formar hombres que, el día de mañana, sean aptos para el trabajo en cualquiera de sus manifestaciones; y gracias á su labor constante en este sentido funcionan actualmente en toda la república de Guatemala las Escuelas prácticas, en las que, al par que se dan al alumno conocimientos científicos, se le proporcionan maestros é instrumentos especiales para que aprenda un arte ú oficio.

La terminación del ferrocarril interoceánico, que hace poco tiempo parecía imposible, se ha realizado gracias á él; y hoy Guatemala tiene un nuevo motivo de gratitud para su ilustre presidente que ha sabido elevarla á un grado de esplendor y de prosperidad extraordinarios.



Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, presidente de la República de Guatemala, á cuya iniciativa se debe el ferrocarril del Atlántico al Pacífico que se ha inaugurado el día 20 de los corrientes. (De fotografía remitida por nuestros corresponsales P. J. Guirola y C.ª)

GUILLERMO BUSCH

En su retiro de Mechtshausen, junto á Seesen (Brunswik), ha fallecido hace pocos días ese popular caricaturista, cuya fama, traspasando las fronteras de su patria, se extendió por todo el mundo. Había nacido en abril de 1832, en Wiedensahl (Hannover), y después de haber recibido la primera instrucción de su tío, párroco rural, cursó durante cuatro años la carrera de ingeniero en la Escuela Politécnica de Hannover. Sus aficiones al dibujo le hicieron dejar aquellos estudios, y resuelto á dedicarse al arte, perfeccionó sus disposiciones en las academias de Dusseldorf, Amberes y Munich. En 1859 publicó sus primeras caricaturas en el importante periódico *Fliegende Blætter*, comenzando entonces su celebridad



Guillermo Busch, célebre caricaturista alemán fallecido en 9 de los corrientes

Sus composiciones son innumerables y en todas brilla el espíritu más finamente satírico, avalorado por una ejecución en grado sumo expresiva. De ellas se han formado varias colecciones, de las cuales las más completas son las publicadas en Munich en 1875 y 1901.

Hacía muchísimos años que vivía retirado, primero en su aldea natal y desde 1898 en Mechtshausen, habiendo dejado en absoluto de dibujar y rehuyendo el trato de la gente y toda ocasión de exhibirse, hasta el punto de que cuando en 1902 se quiso festejar el 70.º aniversario de su nacimiento, huyó de su retiro y se negó á recibir homenajes y aun á enterarse de lo que toda la prensa alemana escribió con tal motivo sobre él y su obra.

Guillermo Busch escribió también algunas poesías; pero no logró como poeta la fama y la popularidad que sus historietas humorísticas le conquistaron.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés* Ha estado expuesto recientemente un hermoso cuadro de Carlos Vázquez destinado al próximo Salón de París. Es un cuadro de género que representa una escena familiar, y así por su composición como por su dibujo y especialmente por su colorido, es una obra bajo todos conceptos notable y digna de la reputación de que goza su autor, no sólo en España, sino también en el extranjero. En un número próximo reproduciremos ese lienzo de nuestro distinguido colaborador, que tantas alabanzas ha merecido de la crítica y del público.

También han expuesto en el Salón Parés, el Sr. Baixas una colección de bellos paisajes, tan bien observados como pintados, y el Sr. Viada un buen retrato.

Salón Esteva y C.ª – El Sr. Brull ha expuesto una numerosa colección de bustos y paisajes, unos y otros admirablemente sentidos y ejecutados con la maestría que caracteriza á su autor, quien sabe poetizar, como pocos, así las testas femeninas que toma por modelos, como los temas que le ofrece la naturaleza.

Venecia. – En la última Exposición Internacional de Bellas Artes se han vendido obras expuestas por valor de medio millón de liras.

Espectáculos.—Barcelona – Se ha estrenado con extraordinario éxito en el teatro Eldorado la comedia en dos actos, divididos en un prólogo y tres cuadros, de D. Jacinto Benavente, *Los intereses creados*. Es una idea bellísima y está sólidamente construída y admirablemente escrita La crítica unánime la ha reconocido como una de las mejores creaciones del teatro moderno y como la mejor sátira de la literatura española contemporánea.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *El amor, vela*, comedia en cuatro actos de Gastón Caillavet y Roberto de Fleers, muy bien traducida del francés por don Antonio Palomero y en cuya ejecución se distinguieron muy especialmente Concha Ruiz y el Sr. Mendiguchía; y en el Español *La mentira del amor*, comedia en tres actos y un epílogo de los Sres. Bueno y Catarineu, y *A la luz de la luna*, paso de comedia de los hermanos Alvarez Quintero, obteniendo en ambas muchos y merecidos aplausos Rosario Pino y los señores Thuiller y Palanca.

En la Princesa se han representado *Casa de muñecas*, de Ibsen, muy bien traducida por el Sr. Fernández Villegas (*Zeda*), y *La intrusa*, de Mæterlinck, perfectamente traducida por D. Ramón Franco Según el crítico de uno de los principales diarios de la corte, la obra de Mæterlinck excitó la hilaridad de una parte del público.

En el Real se ha dado la función á beneficio de la Asociación de la Prensa, cuyo programa se componía de la ópera *Rigoletto*, por la señorita Paretto y los señores Anselmi y Rufo Titta; de la romanza de *La regina de Saba*, por la señora Iksó, y del tercer acto de *Aida*, por las señoras Lerma y Barea y los señores Biel, Claverio y Vidal. El teatro estaba brillantísimo.

París. – En el teatro de la Comedia Francesa se ha estrenado con gran éxito *Les deux hommes*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus, que representaron de una manera perfecta la señorita Bartet y Sr. Le Bargy.

En la Gran Opera se ha cantado por primera vez la popular é inspirada obra de Bizet *Carmen*, que hasta ahora sólo se había representado en la Opera Cómica. *Carmen* ha sido puesta en escena con un lujo y una propiedad pocas veces vistos; los trajes de los toreros, picadores, alguacilillos, etc., eran auténticos, procedentes de España, y á fin de aleccionar á los artistas y á la comparsería, el torero Machaquito ha dirigido todos los ensayos del desfile, que ha resultado brillantísimo y ha sido aplaudido con gran entusiasmo.

En el teatro Marigny, bajo los auspicios de «L'Oeuvre,» ha dado una serie de representaciones la compañía dramática siciliana dirigida por el eminente Grasso y por la no menos eminente Mimí-Aguglia. El éxito por esa compañía alcanzado, ha sido realmente extraordinario.

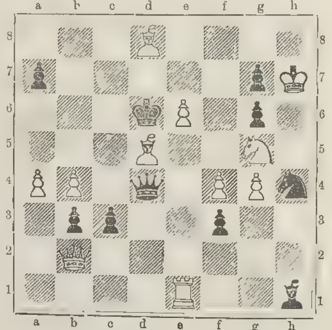
Milán – En el teatro Comunale se ha estrenado con excelente éxito la ópera del maestro Mancinelli *Paolo e Francesca*.

Berlín. – En el teatro Alemán se ha puesto en escena el famoso drama de Calderón *El alcalde de Zalamea*, traducido por Rodolfo Presber.

AJEDREZ

Problema número 485, por V. Marín

Negras (10 piezas)



Blancas (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 484, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Da1–a5	1. Cb7–d6
2. Da5–d8	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

Variante

1. ...... Cb7×a5; 2. Cf4–d3 jaq., etc.
Re5×f4; 2. Da5–c7 jaq., etc.
Af6–d8; 2. Da5×e5 jaq., etc.
Otra jugada; 2. Da5–c7 ó ×e5 jaq., etc.



Alegre no se lo hizo repetir. Saltó sobre el carro

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Aquella inacción le hacía daño; Alegre lo comprendió.

Era de noche aún, pero sentíanse ya los cantos de los gallos y hacíase más penetrante el frío: el alba se acercaba.

Levantóse á duras penas y echó á andar rápidamente para restablecer la circulación de la sangre.

No tardó en sentir la benéfica influencia del ejercicio; la sangre comenzó á circular más activamente, difundiendo por todo su cuerpo una agradable sensación de calor.

Largo tiempo anduvo así, esquivando las esquinas donde divisaba agentes de policía y huyendo el cuerpo á uno que otro transeunte madrugador que empezaba á circular por las desiertas calles. Cuando el alba derramó su claridad lechosa sobre la dormida ciudad, Alegre vió que se hallaba casi en el campo, donde las casas eran más pequeñas y de mas pobre aspecto.

El acceso de fiebre se le había pasado. Ahora lo que sentía era un hambre canina; apenas había probado el día anterior unos pocos bizcochos. Por fortuna tenía dinero y las casas de comestibles empezaban á abrirse.

Entró en una que, como casi todas las de la campaña, participaban del triple carácter de tienda, almacén y panadería. El dueño, tal se le antojó á Alegre, un hombrachón fornido que á medio vestir desatrancaba las puertas, hablaba en voz alta con un muchacho. El negrillo oyó con alegría una frase italiana: estaba entre compatriotas.

Pidió tímidamente algo con qué desayunarse; el dueño del almacén lo miró con sorpresa; la cara franca y simpática de aquel negrillo acabó por interesarle.

—Ya sé lo que tú necesitas, díjole.

Entróse á la trastienda y volvió al rato con una gran taza de humeante café con leche y un dorado pan, caliente aún, como recién sacado del horno.

Aquello bastó para volver el buen humor al chico. Bebióse la taza de leche, pidió otra para Tell, donde echó los restos del pan, compró algunas provisiones para más tarde, y para saldar sus cuentas sacó orgullosamente un flamante billete de un peso.

—¡Vamos!, exclamó sorprendido el almacenero, ¡yo que me creia que no tendrías con qué pagar tanto gasto y pensaba dártelo de balde! Pero veo que tienes, y como soy pobre, te cobraré, eso sí, muy barato.

—No tanto, pensó el niño al ver el cambio que le devolvían, ¡ochenta centavos por sus compras! casi dos liras ¡Dios mío, qué caros son en este país!

Sin embargo estaba contento y sentíase con ánimo para dar la vuelta al mundo á pie.

Miró el sol que empezaba á levantarse á su izquierda y dijo para sí:

—Si el Este queda á la izquierda, no hay duda de que el Sur quedará al frente. La Plata queda al Sur, y para ese lado iré, tarde ó temprano llegaré á ella caminando ligero; no quiero saber ya nada con el tren ni con la Casa Amarilla, ¡vaya uno á dar con la tal Casa! Lo que es ahora, no me pesca otra noche en Buenos Aires.

Y alegremente emprendió su camino en dirección al Sur. A poco andar dejó atrás las últimas casas de la ciudad. A su frente se extendía la campiña ilimitada, sembrada de pintorescos pueblecitos, casi arrabales de Buenos Aires.

¡Con qué ansia respiró Alegre las auras del campo! Aquellas auras tenían un dejo de libertad.

El fresco de la mañana convidaba á retozar, á brincar, á lanzarse en violenta carrera para no dejarse invadir por el frío; y el muchacho, que no necesitaba mucho para excitarse, comenzó una serie de carreras desenfrenadas con su perro, sobre la bien cuidada carretera.

—De este modo, se decía, llegaré más pronto.

Había vuelto á ser feliz. Juzgábase libre, completamente libre, y dejándose invadir por el gozo de serlo, soltaba el freno á la desbordante alegría que le embargaba, á esa loca alegría de ser dueño y señor de sus actos, alegría de colegiales en vacaciones.

No le importaban las pruebas que el destino pudiera reservarle.

Alegre gozaba del presente. Su futuro apenas llegaba al día de mañana; su pasado apenas alcanzaba al de ayer.

Así anduvo cuatro horas que le parecieron cuatro minutos, apartándose de las poblaciones que encontraba al paso, no por miedo de caer en manos del *signor* Bertoni, si lo buscaba, sino porque en las calles de un pueblo hubiera tenido que moderar las explosiones de su gozo.

Cuatro horas de corretear como caballo desbocado por los campos, rinden las piernas mejor templadas y despiertan el apetito más dormido.

A pesar de lo fresco del día, Alegre estaba jadeante, con la frente sudorosa, la respiración entrecortada y los ojos brillantes. Detúvose al pie de un árbol, cuyo follaje no muy tupido en aquella estación, bastaba para librarle de los para él molestos rayos del sol.

En una bolsita de que le había provisto el almacenero, llevaba sus provisiones: queso, jamón y pan, cortado en rebanadas, ¿para qué más?

En sociedad con Tell dieron fin á las tres mayores; era suficiente; lo demás para más tarde.

Consultando el sol vió que apenas serían las diez. Como la noche anterior no había dormido casi, y era temprano para seguir el viaje, dejó de guardia á Tell, y haciendo almohada de un montón de hojas secas, quedóse profundamente dormido á la sombra de un árbol, á la orilla de un camino y en medio de los campos.

Cuando despertó, el sol estaba en su cenit, pero no hacía calor.

Sintiéndose fuerte, levantóse y emprendió la marcha. Pero el vigor que creía tener era ficticio, apenas había andado cinco cuadras, y ya sentía los músculos relajados. Habría deseado estar ya en La Plata.

—¿Cuánto faltará para llegar?, se preguntaba; el tren tarda en ir de Buenos Aires menos de dos horas, yo he andado más de cinco: ¿faltará mucho?

Pensando en esto, oyó á sus espaldas un rumor de cascabeles. Un carro tirado por dos caballos corría por la carretera, envuelto en una nube de polvo.

Alegre pensó que iría muy cómodamente en él. Viólo casi sin carga, y un deseo irresistible de subir lo invadió: ¿por qué no pedía permiso al dueño? Los dos seguían el mismo camino, y yendo en el carro adelantaría más.

No pudo contenerse, y cuando pasó al frente suyo gritó al que lo guiaba:

—¡Señor, señor! ¡Un momento!

El carrero se detuvo.

—¿Eres italiano?, preguntó al muchacho.

Este advirtió que había hablado en su lengua nativa.

—Sí lo soy, respondió.

El hombre sonrió; poco italiana le parecía aquella negra carita.

—Somos compatriotas, chico; ¿qué querías?

—Subir al carro si usted me lo permite.

—¿Subir al carro? ¿Tienes con qué pagar el pasaje?

—¡Oh, pagar, qué fea palabra!, pensó el muchacho, que desde que se buscaba la vida no oía otra cosa.

Pero estaba orgulloso de tener dinero, y sin poder contenerse exclamó:

—¡Ya lo creo!

—¡Diablo!, pensó á su vez el carrero, este chico debe tener algo, y añadió en alta voz: sube, muchacho.

Alegre no se lo hizo repetir. Saltó sobre el carro, y sin cuidarse de Tell, que, poco amigo de los vehículos, trotaba con valentía, tomó asiento lo más cómodamente que pudo.

El carretero hizo chasquear el látigo y los caballos partieron al galope.

—¿Y qué vale el pasaje?, preguntó Alegre.

—Ya hablaremos de eso, respondió el dueño del carro sin volver la cabeza: ¿tienes mucho dinero?, preguntóle riendo.

—Así, así, contestó el chico, que empezaba á comprender lo peligroso que es pasar por potentado en las carreteras.

Corrió un rato largo de silencio.

Alegre miraba desfilar los árboles y los postes de los cercados.

De pronto ocurriósele que quizás el carro tomara otra dirección apartándolo de la que él debía seguir. Iba á hablar de esto al carretero, cuando éste, adelantándose, le preguntó, siempre volviéndole la espalda.

—¿Adónde vas, chiquillo?

—A La Plata, respondió Alegre sin vacilar.

—¿A La Plata? ¿Y te vas así no más, como quien se va al almacén de la esquina?

—Qué, ¿está muy lejos?

—¡Eh! Yo no sé; eso lo verás tú, si tienes la intención de hacerte el camino á pie.

—Sí, pero si usted va para ese lado, yo podría hacerlo en el carro, digo, si no molesto.

—No, tú no molestas mientras pagues el pasaje. Precisamente yo voy para ese lado, te dejaré á dos ó tres leguas de La Plata.

—¡Qué casualidad!, exclamó gozosamente el niño

—Casualidad, ¿eh? No tanto como eso.

—¿Y va usted siempre?

—Sí, voy siempre... que me conviene ir, respondió el carretero volviendo el rostro y fijando unos ojillos maliciosos y risueños en el rostro del muchacho.

Este contempló por primera vez aquella cara angulosa y antipática y aquellos ojos astutos y movedizos.

Sin saber por qué, tuvo miedo; miedo de aquel hombre á quien no conocía y con quien estaba solo, sin otra compañía que la de Tell.

—¿Y queda muy lejos La Plata?, atrevióse á preguntar.

—Así, así.

—¿Como á cuantas leguas, poco más ó menos?

—No las he contado, chiquillo; serán doce ó quince.

—¡Ah!, exclamó Alegre sorprendido, ¿tantas? ¿Y cuándo llegaremos? ¿Será esta tarde?

—¡Hum! Esta tarde no; gracias que lleguemos mañana á la noche.

—¡Dios mío!, gimió Alegre en el fondo de su corazón, tengo miedo, mucho miedo.

Así corrieron dos ó tres horas más; el chico miraba desfilar de cuando en cuando pequeñas poblaciones y casuchas desparramadas en la campiña. A veces, con una loca esperanza, viendo que se acercaban á algún pueblecillo mayor preguntaba si era La Plata.

—No, chiquillo, no te apures, hasta mañana no llegamos.

—Y esa ¿cómo se llama?

El carretero daba cualquier nombre y seguía adelante, siempre adelante.

La noche se les echó encima, una noche fría y lloviznosa que calaba hasta los huesos.

—Es preciso detenerse, dijo el carretero parando el vehículo, los caballos están cansados y nosotros también ¿verdad?

—¿Y dónde vamos á pasar la noche?, preguntó Alegre tiritando de frío y de miedo.

—¡Allí!, respondió su compañero mostrando á un lado del camino unos viejos paredones que sostenían un cuarteado techo.

—¿Y esa casa de quién es?

—Es mía, ¿no te parece buena acaso? Pues soy pobre, y eso que trabajo mucho para hacerme rico.

La casucha, resto de un caserón, si no era del todo buena, formaba un reparo abrigador contra el frío y el viento, y libraba de las rachas cada vez más espesas de la llovizna.

El carretero así que cubrió con una lona embreada la carga de su carro y trabó los caballos de manera que pudieran pacer sin peligro de que se escaparan, entró en la casucha con una gran brazada de leña seca, cogida al pie de los árboles, encendió un hermoso fuego, y sin más preámbulos, dijo á su compañero:

—Tú que viajas á pie, debes de tener algo para cenar, ¿eh?

Alegre sacó el resto de sus provisiones que aún eran suficientes para la cena de dos personas, y entregóselas.

Su compañero hizo dos partes; tomó la mayor para sí y dió la otra al chico.

—Tu estómago es menor que el mío.

El negrillo hizo de la suya dos partes; una dió al perro y se guardó la otra diciendo:

—No tengo hambre.

Y en efecto, el miedo que de él se iba apoderando le había hecho perder el apetito.

Minutos más tarde, su compañero, tendido al lado del fuego y envuelto en una manta, dormía á pierna suelta, ó al menos aparentaba dormir.

Alegre habría aprovechado aquel momento para huir de la casucha si no le hubiera atormentado el aspecto de la noche, fría y ventosa, y empapada en una llovizna cuyas rachas llegaban á besarle el rostro, y más que todo aquel hombre que á cada movimiento que él hacía levantaba á medias la cabeza; quizás no dormía.

Tell sí que dormía al dulce calor de las brasas, hecho una rosca, con tanta tranquilidad que acabó por infundir alguna en el ánimo del amedrentado chico, al cual le fué entrando poco á poco una somnolencia tan pegajosa que tuvo que rendirse á ella, durmiéndose profundamente.

Cuando abrió los ojos era día claro. La mañana estaba muy fría y nublada, pero la llovizna había cesado. Tell dormía aún cerca de su amo. Éste se levantó de un salto y corrió afuera para buscar á su compañero del día anterior, pero á nadie encontró; el carro tampoco estaba allí.

Esto no le desagradó del todo, antes juzgó una felicidad el que aquel hombre á quien tanto miedo había cobrado se hubiera ido dejándolo solo.

No debía perder tiempo y se dispuso á partir.

Pero al recoger su gorra y la bolsa de las provisiones, vió que la carta del tío Delfín se le había caído, y lleno de asombro, notó al tomarla que el sobre estaba roto, aunque el pliego de papel estaba intacto: no habían hecho más que abrirla.

Intranquilo, comprendiendo que sólo su compañero podía haberle registrado, buscó en sus bolsillos y se quedó frío de espanto: su tesoro había desaparecido; los veinticinco pesos que en liras le entregara el tío Delfín, habían pasado á los bolsillos de un ladrón, honrado, eso sí, porque le había dejado la ración que la noche anterior se guardara el niño por que no tenía hambre. Allí estaban envueltas en un papel una tajada de jamón y otra de queso, pero ni señas de aquella fortuna que le daba derecho á mirar por sobre el hombro á todos los potentados de la tierra.

IX

Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS

Alegre era filósofo. Perdida su fortuna, no pensó más en ella. Era una ilusión menos en su cabecita, que tenía tantas.

Lo que le daba mala espina era la cuestión de si estaba ó no en camino de La Plata. Según le habían dicho, la ciudad no distaba de Buenos Aires más de quince leguas. Quince leguas para la Compañía no representaban más que dos jornadas á pie sin apresurarse. Caminando el día anterior, un medio día lo más ligero que pudo, y prosiguiendo en carro su camino toda la tarde al galope de dos buenos caballos, debería hallarse ya, si no en la misma ciudad de La Plata, muy cerca de ella.

Pero su mirada en cuanto abarcaban sus ojos no descubría más que una extensa planicie rasa como la palma de la mano. ¿Adónde lo había llevado su compañero del día antes?

El cielo estaba opaco como una lámina de plomo oxidado; del sol no había ni noticias; era imposible averiguar dónde quedaba el Sur, y Alegre tuvo que emprender su jornada hacia un lado que sospechaba debía serlo.

Después de muchas horas de marcha por fangosos caminos, fatigado, yerto de frío y casi muerto de hambre, sentóse á orillas de la carretera, sacó su corta ración, dió una parte á Tell, á quien jamás negaba la mitad de su almuerzo, comióse el resto y descansó un rato.

Sentíase como aplastado por la calma de aquella naturaleza quieta. Miraba el cielo, y el cielo no era más que un velo ceniciento; miraba la tierra, y la tierra era una tabla rasa y negruzca, una pampa sin límites, donde vagaba la vista como una golondrina rezagada de la caravana que se encuentra sobre el Océano, sin hallar donde refrenar su cansado vuelo. Miraba la planicie circular, en cuyo centro parecíale encontrarse, y le daba un vértigo como si la pampa entera girase á su alrededor.

¡Qué diferentes eran aquellos campos desiertos de los de Italia, sembrados de aldeas y poblaciones!

Fatigado todavía, emprendió de nuevo su jornada. Al acercarse á la carretera ni aún supo de qué lado había venido; las huellas de sus zapatos habíanse borrado en el lodo. Por fin halló la señal de uno de sus pies y tomó la dirección opuesta, porque sí, no porque creyera que aquella fuese la senda. Había perdido el rumbo. Tenía la borrachera del espacio.

Cuando se encontraba en la intersección de dos caminos, lo que acontecía con frecuencia, seguía cualquiera, de todos modos aquel camino iría á parar á alguna parte, y marchaba apresurado como si lo corrieran, esperando hallarle el fin.

¡Dios mío, qué largos eran los caminos en aquellas tierras! Cualquiera diría que daban la vuelta al mundo. Y corría, corría chapoteando el barro, que le salpicaba las ropas, y aunque no llovía, estaba todo mojado, como si le hubiese llovido encima.

La atmósfera iba obscureciéndose por minutos, lentamente, como una palangana de agua que gota á gota va diluyendo un frasco de tinta.

La noche se le echaba encima. Una noche que tenía que pasar al raso, sin cena y sin fuego. Si al menos encontrara un árbol, porque hasta los árboles se habían acabado. El terreno que cruzaba era un sembrado inmenso; allí no había más que trigo recién brotado.

A las últimas luces de aquel crepúsculo que duraba hacía doce horas, cuando sin fuerzas para más iba á dejarse caer en tierra, divisó una choza, habitada, á juzgar por una débil columna de humo que manchaba el velo gris de la niebla.

Temblando de gozo, de miedo y de frío, porque todo se le mezclaba, acercóse á ella y llamó á la puerta, una puerta desvencijada por entre cuyas junturas se escapan los rayos de una llama y el exceso de humo del fogón que no hallaba salida por la chimenea.

Un viejo de pobrísimo aspecto le abrió. Pidió permiso para entrar, pues estaba medio muerto de hambre y de frío y la noche amenazaba ser lluviosa. El viejo le hizo pasar, pero haciéndole señas de que no comprendía nada.

El viejo no estaba solo.

En la choza había además una mujer joven vestida tan pobremente como él y un pequeñuelo, su hijo quizás.

Los tres miraban con sorpresa al recién llegado y á su compañero. Aquel negrillo tan simpático y aquel perro tan hermoso, abandonados en un camino, lejos de toda población, despertaban seguramente su curiosidad, á juzgar por las inquisidoras miradas con que los examinaban.

Pero no pudiendo conversar con el negrillo, pasados los primeros instantes, después de señalarle un lugar junto al fuego, cada cual volvió á su ocupación. El viejo á trenzar unas delgadas lonjas, la mujer á cuidar de dos ollas arrimadas al fuego y el muchacho á enhorquetarse, látigo en mano, en un tronco desbastado á medias, que á él le servía de caballo y de banco á los mayores.

Satisfecho de haber encontrado tan á tiempo un albergue, que aunque pobre hasta rayar en miserable, era de inmenso valor en sus circunstancias, Alegre contemplaba con curiosidad aquel hogar tan distinto de los que él conocía.

La mujer levantábase de cuando en cuando para alcanzar al viejo una pequeña vasija, de uso desconocido para el negrillo, y cuyo contenido sorbía el anciano á través de un delgado tubo: era un mate.

Aquella operación, repetida á cada instante, llegó á divertirle tanto, que estuvo á punto de reirse cuando, tocándole el turno á él, se la ofrecieron; pero juzgó más conveniente explicar con su corto vocabulario castellano que ignoraba el uso de aquello.

El viejo y la mujer se reían; el negrillo acabó también por reirse y por sorberse el contenido de la vasija como Dios le dió á entender; no era tampoco muy difícil. Aunque su paladar no estaba habituado, encontró bueno el brebaje y caliente sobre todo.

Roto el frío de las primeras relaciones, trabóse entre todos algo que hubiera sido una animada conversación si la mímica no fuese casi el único medio de que se valían para entenderse.

Por el viejo supo Alegre que la población más cercana quedaba dos leguas al Este; siguiendo un camino que se cruzaba no lejos de allí con el que hasta entonces había seguido, podría llegar á las nueve ó diez de la mañana siguiente, sin apretar el paso. Lo que es La Plata quedaba diez ó doce leguas al Este.

El contenido de las ollas puestas al fuego estaba á punto.

La mujer sacó un plato de latón, y, poniendo en él una ración de carne cocida con verduras, diósela á Alegre con una cuchara, no muy limpia en verdad, pero que el muchacho apenas observó. ¡Para escrúpulos estaba su estómago!

Tell, que miraba desde un rincón, tampoco tenía escrúpulos: para él hubo un hueso no del todo roído.

En la otra olla hervía algo parecido al arroz con leche, pero más insípido; un potaje hecho de maíz, que apenas pudo probar el negrillo; y aquello era un manjar para sus huéspedes: era mazamorra.

La cena estaba concluída.

Alegre tenía sueño: en un rincón de la pieza, sobre un trozo de lona y apoyando la cabeza en el caliente y sedoso pelaje de Tell, quedóse pronto dormido, sin temor alguno, mientras afuera caía la lluvia en menudos y helados chaparrones.

Al día siguiente, cuando se levantó, ya el viejo y la mujer le habían precedido, y á la sazón tomaban por turno el consabido brebaje.

El muchacho salió de la choza para ver el estado del tiempo. El día era malo; seguía cayendo esa llovizna mansa que, sin mojar apenas la ropa, hiela hasta la medula de los huesos.

¡Y tenía que partir! Quería llegar cuanto antes á una población, donde pudiera ganar algo con que proseguir el viaje hasta la casa del hermano del tío Delfín, que en su sentir hacía más de un siglo andaba buscando.

Explicóles esto como pudo á los dueños de la casucha, diciéndoles que partiría en seguida. Las buenas gentes le ofrecieron un gran trozo de pan, amasado la noche antes y cocido esa mañana. El chico tenía hambre, pero era previsor y se contentó con aspirar su perfume, guardándolo para más tarde.

Indemnizóse con unos cuantos *mates*, dió á Tell un hueso que le brindó la mujer, y pertrechado de este modo, se despidió de aquellos buenos campesinos, no sin antes prometerles que alguna vez volvería.

Dos leguas distaba hacia el Este la población adonde se dirigía. Dos leguas que estaba dispuesto á hacer á lo más en dos horas, y eso porque los caminos estaban fangosos.

Pero aquel día dió con la misma dificultad que el anterior. El cielo estaba tan arrebozado en su manto de nubes y era tan espesa la niebla, que hubiera sido imposible adivinar dónde quedaba el sol.

Alegre tuvo que resignarse á seguir las vagas indicaciones del viejo. «Hacia el Este, hacia el Este, siempre hacia el Este,» le había dicho; pero era el caso que no siempre estaba seguro de que marchaba hacia el Este. Buscó y á duras penas encontró el camino de que le habían hablado; tomólo y principió su jornada.

Habría andado una legua y su desconfianza comenzaba á despejarse con la esperanza de llegar pronto, cuando tropezó con una grave dificultad. La carretera que seguía se dividía en tres, que á los pocos pasos se apartaban considerablemente. ¿Cuál seguir? Problema capital, de cuya solución dependía el que pudiera, al cabo de una hora, descansar bajo techo, ó el que volviera á vagar perdido por los campos, exponiéndose á morir de hambre, de frío ó de fatiga á la orilla de un camino.

Alegre estuvo un rato indeciso; volver atrás para pedir al viejo más claras indicaciones, era muy triste después de haber caminado una hora entera, aparte de que se exponía á errar la senda entre aquella niebla que no permitía distinguir un árbol de una casa á diez pasos de distancia.

Por último se decidió á seguir la que á su parecer tomaba la dirección Este.

Lleno de zozobra, de esperanza y miedo á la vez, caminó mucho tiempo.

—¡Una hora no más!, se decía Alegre, y caminaba valientemente; en una hora llegaré.

Pero aquella hora no concluía nunca, porque nunca llegaba, porque en balde sus ojos azorados se hundían en las entrañas de la niebla para divisar la ansiada población.

Lleno de angustia se detuvo.

—¡Dios mío, exclamó, si me habré perdido otra vez!

Pero era preciso andar, andar mucho hasta llegar á cualquier parte, y siguió caminando á grandes pasos, saltando unas veces los charcos de agua, rodeándolos otras y hundiéndose en ellos algunas, cuando no tenía ni fuerza para saltar ni corazón para aumentar su jornada con rodeos.

Caminó largo tiempo sin descansar, trémulo, azorado, volviendo el rostro como atacado del delirio de las persecuciones.

¡Pobre Alegre! ¿Adónde iba?

A cualquier parte, donde hubiera un ser humano como él; quería llegar á cualquier población, porque la soledad gris le aplastaba el corazón como una lápida. Quizás esa población en cuya busca iba distaba aún leguas y leguas, y él apenas podía andar ya, tenía los pies hinchados, estaba temblando de frío, rendido de fatiga y casi muerto de hambre.

Detúvose un momento; sacó el trozo de pan del bolsillo, dió su parte á Tell, el único ser viviente que había en aquel desierto y volvió á emprender su marcha.

Ya no era una caminata, era una carrera; no marchaba, sino corría, y á los pocos minutos volaba; le había dado el vértigo de las velocidades, é iba en carrera frenética, sin rumbo, desesperado, no siguiendo ya ningún camino, á campo traviesa, al acaso, cayendo en los charcos y levantándose, y corriendo sin descanso, corriendo siempre, siempre, sin detenerse un minuto, sin parar un segundo siquiera para tomar aliento.

Así corrió hasta que los músculos de sus piernas de acero se relajaron. Sólo cuando se doblaron sus rodillas y sus pies no pudieron sostenerlo, cuando sintió que su pensamiento vagaba enloquecido en la cárcel de su cerebro calcinado por la fiebre, mientras su cuerpo tiritaba de frío, sólo entonces se detuvo.

—¡Dios mío!, exclamó desde lo íntimo de su corazón; me he perdido, ¡salvadme!

Y sin aliento para más, cayó en tierra.

Allí, tendido en el barro, en el ardor de la calentura, su desenfrenada imaginación comenzó á hacer desfilar ante sus ojos atónitos, como en fantástico cinematógrafo, las escenas de su vida. Iba solo, abandonado en un bote y arrastrado vertiginosamente por la irresistible correntada de un río. En la orilla veía á su madre que le tendía los brazos, pero la barquilla se alejaba, dejándola atrás, lejos, muy lejos; mas allá estaba Enrique, su héroe, que se arrojaba al agua por salvarle, pero el bote volaba sobre las ondas y á Enrique lo estrellaba en la orilla la turbia marejada; veía después al tío Delfín que lo estrechaba contra su pecho, con toda su alma, para que no se lo llevaran de allí; pero la fuerza desconocida lo arrancaba de aquellos brazos generosos. Y el bote sobre las olas sucias y revueltas de un torrente, corría hacia el borde de una catarata. Alegre quería detenerlo y los remos se rompían, quería desviarlo y el timón saltaba, y el bote con él y su perro se precipitaba en el abismo entre una montaña de agua que les oprimía, les ahogaba, y caían, caían en la sima sin llegar nunca al fondo...

Después, no vió más.

Y el buen cura, olvidado de sus cincuenta y cinco inviernos, saltaba como un muchacho

X

EL CURA DE BRANDZEN

Y el látigo crujía.

A la verdad el señor cura, en todos los años que Dios le había echado encima, nunca vió una mañanita como aquella.

Dondequiera que posaba sus ojos dulces y bondadosos, no veía sino una humareda blanca, de un blanco ceniciento, como si los ángeles hubiesen volcado los divinos incensarios y el humo y la ceniza revueltos hubieran quedado flotando en la atmósfera.

Y nada era esto. Lo más grave era aquel frío de mil demonios que cortaba las carnes como una navaja de afeitar. En balde el señor cura se envolvía en su bufanda hasta las orejas, el punto más sensible; el airecito hasta allí se colaba.

Tan tranquilo que dormía esa mañanita, una ó dos horas antes de la en que acostumbraba levantarse, cuando de improviso lo arrancaron del lecho unos aldabonazos dados en la puerta de la calle.

—¡Que se muere D. Fulano, señor cura, y quiere confesarse!

—¿D. Fulano?, decía el cura saltando del lecho y vistiéndose apresuradamente; ¡ah, ya!, ese pobre hombre que está mal desde la semana pasada, y que vive á cinco leguas de aquí.

Eran las cuatro de la mañana á lo sumo, y ya el señor cura, bien envuelto en su sobretodo y arrebozado en su bufanda, castigaba al caballo que trotaba sobre la escarchada carretera, adivinando el camino, más que viéndolo, á los pálidos rayos de los faroles del tílburi.

Llegaron á tiempo. Pero don Fulano las lió una hora después de recibir la absolución.

Satisfecho de haber dado el pasaporte para la gloria á una pobre alma, volvió á subir en el tílburi y á castigar á su robusto alazán, de vuelta para casa.

El caballo trotaba sin miedo ya. El día era claro, aunque muy nublado. El cura rezaba y se rebullía de todos modos en su asiento, buscando la postura menos accesible al frío.

Pero el único remedio posible era meterse en su casita y tomar su desayuno bien calentito; las pobres gentes no habían podido convidarle más que con unos cuantos mates amargos.

Y pensando en esto agitaba la fusta y el látigo crujía sobre el nervioso lomo del alazán, que trotaba haciendo resonar la tierra endurecida por la escarcha bajo sus cascos herrados.

Los aullidos lastimeros de un perro arrancaron al cura de sus pensamientos.

—¡Pobre animal, habrá pasado la noche al raso!, decía buscando con la vista al dolorido can.

La neblina no dejaba ver más allá de diez pasos. Y la curiosidad del señor cura empezaba á despertarse muy fuerte al oir aquellos aullidos lastimeros, como un toque de clarín; no era un ladrido cualquiera, era un grito prolongado, cálido, que pedía, que suplicaba; un grito que llegaba al alma.

—¡Pobre animal! ¿Qué le pasará?, exclamó el cura moderando el andar del caballo.

Parecía haberse acercado al perro, porque las inflexiones de su voz se oían más claras, más suplicantes. Pero en todo lo que alcanzaba la vista á través de aquella neblina espesa como algodón en rama, nada se divisaba.

El tílburi se detuvo; el cura aguzó los oídos y hundió las miradas en la niebla. El perro había callado; después volvió á la carga con más lágrimas y más súplicas en sus aullidos.

—¡Parece que conversa!, se decía el cura traduciéndose mentalmente el lenguaje del pobre animal.

No pudo resistir, y desviándose del camino, guió el tílburi á campo traviesa en dirección al lugar de donde parecían venir los aullidos.

No tuvo que andar mucho. A los pocos pasos sujetó el caballo; veía la escena. Era un perro inmóvil delante de algo cuya silueta se dibujaba en la niebla como una mancha obscura.

El animal, al ver aquellos inesperados personajes que entraban en su escenario, redobló sus ladridos, sin moverse del sitio. Y el cura, preguntándose siempre «¿Qué será?,» descendió del tílburi y avanzó con cuidado, temeroso del perro que podía desconfiar de sus intenciones.

(Se continuará.)

UNA PLANTA QUE PREDICE EL TIEMPO, POR HAROLDO SHEPSTONE

Una planta, común en los trópicos, va, en el porvenir, á desempeñar un papel importante en la predicción del tiempo, y lo que es todavía más importante, á prevenirnos de la proximidad de tormentas, ciclones, terremotos y erupciones volcánicas. Esta aseveración parece algún tanto atrevida, y, sin embargo, es un hecho comprobado. Tanto es así, que el descubridor de esa planta maravillosa, el profesor J. F. Nowack, viene anunciando desde 1892 los temblores de tierra que luego han ocurrido en el Japón, así como también las catástrofes ocurridas en la Martinica, San Francisco y Jamaica.

El profesor Nowak explicando las propiedades de la planta *Abrus precatorius nobilis* á una reunión de periodistas y hombres de ciencia de la Habana

Es tanta, en realidad, la fe que los hombres de ciencia tienen en esa planta, que va á abrirse muy pronto en Denmark Hill, al Sudeste de Londres, una estación para hacer observaciones, á fin de anunciar las perturbaciones atmosféricas y sísmicas por medio del estudio de la «Planta del tiempo.» El profesor Nowack está ahora trabajando con afán para dejar montada la estación y espera poder, antes de mucho, publicar unos tratados que indiquen las variaciones del tiempo con una anterioridad que varía de los siete hasta los veintiocho días. Antes de seguir más adelante, será tal vez conveniente hacer constar que esa planta desempeña sólo una parte, aunque muy importante, en la predicción del tiempo. El sistema está fundado: primero, en el descubrimiento de la planta tropical, comúnmente llamada «planta del tiempo» y cuyo nombre botánico es *Abrus precatorius nobilis;* segundo, en los datos obtenidos por el estudio de las manchas del sol; tercero, en las estadísticas hechas de continuo de los fenómenos naturales que ocurren en el mundo, y cuarto, en estudios generales de física, geología, etc.

Después de continuas observaciones de día y de noche y de cultivarla en especiales condiciones, el profesor Nowack ha descubierto que esa planta se pone tan sensible á las influencias eléctricas y magnéticas (susceptibilidad que puede con exactitud compararse á la de la brújula por los polos magnéticos), que siempre que ocurren alteraciones en la distribución de las fuerzas eléctricas y magnéticas, ya en nuestra atmósfera, ya en la tierra, las ramitas y hojas de la planta efectúan movimientos especiales y anormales, cada uno de los que tiene su significación determinada.



Los 2 400 ejemplares de *Abrus precatorius nobilis* recogidos por el profesor Nowack en la Isla de Cuba y encajonados para ser traídos á Europa

Por ejemplo, en cuanto aparece en el sol una mancha suficientemente grande para ejercer influencia sobre la tierra, las ramitas dirigidas hacia la parte afectada ejecutan movimientos más ó menos rápidos hacia arriba y abajo. Por la rapidez y extensión de dichos movimientos, por la dirección que señalan dichas ramitas y por la variación del color de las hojas, el profesor deduce en seguida la naturaleza, fuerza y situación geográfica de las perturbaciones que han de tener lugar en nuestro planeta unos veintiséis días más tarde, esto es, cuando la mancha haya completado su primera revolución alrededor del sol.

Después de descubir todo esto, á fuerza de muy prolongados estudios, con una sola planta, era necesario proporcionarse un número suficiente de ellas para montar una estación, y á este fin se organizó una expedición para cogerlas en los campos de Cuba y México. La expedición, que salió de Viena, residencia del profesor Nowack, á principios del año 1906, se componía de cinco personas. Dirigiéronse á Cuba, vía Nueva York, y llegaron á la Habana á mediados de febrero; permanecieron en la isla hasta mediados de mayo y recogieron, después de muchas fatigas, dos mil cuatrocientas plantas, que fueron embarcadas para Nueva York. De ellas, mil se quedaron en el Jardín Botánico de dicha ciudad, á petición de uno de los directores de éste, Mr. Pierpont Morgan; las otras 1.400 se trajeron á Londres. A pesar de haberse nombrado un jardinero entendido y un hábil ayudante para cuidarlas, de haberse tomado infinitas precauciones para su transporte y conducción á bordo del vapor y de habérselas cuidado con exquisito esmero, cuando hubieron llegado á Denmark Hill, sólo quedaba una de las 1.400 traídas de Cuba á Londres. Esa planta única representa, pues, un gasto de 5.000 libras esterlinas. Pero si las plantas no dieron resultado, las semillas traídas por la expedición han nacido, y en el invernadero de Denmark Hill pueden verse ahora 1.800 plantas que crecen en tierra cubana, pues se trajo gran acopio de ella desde la Habana.

Bueno será hacer constar que no todas las plantas son de la variedad cubana, pues hay gran número de *Abrus* de la India. Comparándolas con las de Cuba se ha visto que las primeras son mucho más sensibles, y por lo tanto, son, por esto mismo las más á propósito para hacer observaciones.

Nada tiene de extraordinario el aspecto de la planta; carece de flores y se compone únicamente de un largo tallo, del que parten numerosas ramitas que sostienen hileras de hojas de apariencia delicada. Sus extraños cambios son muy visibles en cuanto fija la atención el observador. El autor de este artículo visitó el invernadero una tarde á las tres y volvió á inspeccionar las plantas á las cuatro, á las cinco y á las seis. Durante ese tiempo se observaron perfectamente sus diferentes variaciones. En algunos casos, las hojas habían cambiado ligeramente de color ó se habían encogido por completo y las ramitas habían adoptado posiciones muy curiosas.

Todas esas plantas son muy jóvenes, pues, de hecho, sólo cuentan algunos meses de existencia y pocas tienen más de diez á quince hojas. Hasta que no estén completamente desarrolladas y ostenten de 150 á 200 hojas, no comenzarán á practicarse observaciones. Para estar en las condiciones que se requieren, tardan en su país de origen unos dos años; pero forzando su crecimiento se cree que las de Denmark Hill podrán predecir el tiempo dentro de poco. Todas las plantas están colocadas dando frente á un mismo lado y se han instalado en el invernadero estufas especiales para mantener en él una temperatura tropical. Manifiestan de noche la mayor actividad, lo que no deja de ser raro. Entre tres y cuatro de la madrugada, está todos los días el profesor Nowack en su invernadero examinando sus queridas plantas, porque á esas horas es cuando se realizan sus más rápidas variaciones. Otro hecho más extraordinario todavía es que esa planta misteriosa se muestra más ó menos sensible según las personas que se le acercan, lo que deja entrever la posibilidad de aplicar el estudio de sus movimientos al género humano. Por ese motivo no se permite que entren nunca en el invernadero más de tres personas á la vez.



Un ejemplar tipo de *Abrus precatorius nobilis*

El profesor Nowack que, dicho sea de paso, es un barón austriaco, era relativamente joven cuando hizo el notable descubrimiento de la manera de ser de esa extraña planta, y se sintió al punto dispuesto á sacrificarlo todo en aras de la ciencia. Dejó un em

pleo del gobierno austriaco, retribuído con cuatrocientas libras esterlinas anuales y además una pensión, se expuso al enojo de sus parientes y hasta rompió un compromiso matrimonial sólo para dedicarse por completo á obtener un resultado práctico de su descubrimiento.

Fué en 1888, en la exposición del Jubileo, de Viena, cuando por primera vez se fijó la atención del público en lo mavavilloso de la planta del tiempo. No solamente exhibió el profesor cierto número de ellas en la mencionada exposición, sino que hizo algunas predicciones que dejaron asombrados á todo el mundo en Viena. El actual rey de Inglaterra, entonces príncipe de Gales, se interesó mucho por dicha planta, porque el profesor le predijo hasta la hora justa en que había de estallar una furiosa tempestad que había de desbaratar una de las Garden Parties que daba su alteza, lo que se cumplió efectivamente. El príncipe envió á buscar al adivino del tiempo, escuchó con gran atención sus explicaciones y le invitó á que visitara Inglaterra. Es probable que el interés que demostró el rey Eduardo por el nuevo sistema de predecir el tiempo haya sido lo que ha impulsado al profesor Nowack á establecer en Londres una estación. Ya tiene la instalada en Viena y piensa abrir otra este año en Nueva York. A estas seguirán las que piensa fundar en Bombay, Tokío y San Francisco.

Muchas personas, oyendo lo que se dice de este sistema, se admirarán de que no se haya adoptado antes. Ha sido sencillamente una cuestión de dinero. Muchos son, sin embargo, los que están convencidos de lo valioso del sistema. La intención del profesor Nowack es que se utilice de él el mundo entero y no determinadas individualidades ó compañías, y por este motivo no ha aceptado tentadoras proposiciones para el exclusivo uso de su sistema, hechas por los gobiernos austriaco, francés, alemán y ruso, por el sultán de Turquía, por el Lloyd y otras grandes compañías.

Podríamos citar casos concretos de predicciones, de una exactitud maravillosa, hechas por el profesor como resultado del estudio de esa planta admirable. Ya en el año 1892 entregó á las principales asociaciones científicas de Inglaterra ejemplares de un estado hecho el año anterior, donde estaban anotadas todas las grandes perturbaciones, así atmosféricas como sísmicas, que han de ocurrir de entonces al año 1918. Hasta ahora todas se han realizado. Según él, hemos de saber muy pronto que ha ocurrido un terrible desastre en las inmediaciones de Teherán, Persia, seguido de una catástrofe en la Habana. En 1918 ocurrirán, según ese maravilloso sistema, terribles terremotos en Colombia.

Estación instalada por el profesor Nowack en Denmark Hill, cerca de Londres, para hacer experimentos con la *Abrus precatorius nobil s*

En 1892 el profesor Nowack manifestó á S. M. el rey de Italia que en Sicilia, entre junio y agosto del año siguiente, ocurrirían grandes temblores de tierra, después de haber tenido erupciones simultáneas el Etna y el Vesubio, todo lo cual se cumplió al pie de la letra. Dió cuenta á la embajada imperial turca en Viena, el 14 de julio de 1894, de que al día siguiente se había de experimentar en Constantinopla y sus cercanías un temblor de tierra. La predicción se cumplió con gran asombro de S. M. el sultán. Además el profesor predijo los terremotos de Audrinópolis en 1895 y de Salónica en 1902. Advirtió personalmente al sultán, tres meses antes, el temblor de tierra que ocurrió en Constantinopla en mayo de 1903. También vaticinó la explosión de grisú que tuvo lugar en el Staffordshire en 1889 y que costó la vida á 70 personas.

Hay otra cuestión importante que parece se resolverá por medio de la planta del tiempo, y es la de conocer con anterioridad los naufragios. Un atento estudio ha demostrado que, cuando prevalecen presiones barométricas mínimas ó máximas muy bajas, éstas influyen tanto en la brújula, que los buques se apartan mucho de su rumbo. En un tratado científico sobre esta materia, se prueba que el naufragio completo del *Drummond Castle,* ocurrido en 16 de junio 1896, cerca de Ushant, en el que perecieron 240 personas; que el del cañonero alemán *Iltis,* en 23 julio 1895, en la costa de Shantung, China; el del vapor del Lloyd del Norte de Alemania *Salier,* en 8 diciembre 1895, en el cabo Corumbeta, España, en el que perecieron las 281 personas que había á bordo, incluso el práctico, no fueron debidos, como generalmente se cree, únicamente á las fuertes corrientes y derivas, sino también á las desviaciones de la brújula ocasionadas por las alteraciones atmosféricas y sísmicas que entonces ocurrían.

Parece ser que los fenómenos más destructores y temibles son precisamente los que la planta del tiempo indica con mayor exactitud y antelación. Así, pues, aquellas grandes perturbaciones que hasta ahora no podían ser previstas ó por lo menos no podían serlo con la antelación necesaria para tomar medidas de precaución, á fin de que no se perdieran vidas y haciendas, se indican con más precisión que las menores y menos mortíferas. Con verdad, pues, se podrá decir que el *Abrus,* en manos del hombre de ciencia, es el adivino de los desastres próximos.



París.—El accidente del lago del Bosque de Bolonia. Trabajos para extraer del agua los cadáveres

(De fotografía de M. Rol y C.ª)

En la tarde del día 14 de los corrientes ocurrió un grave accidente en el lago del Bosque de Bolonia, sobre cuya superficie helada patinaban multitud de aficionados. Hay en aquel lago varios sitios peligrosos, en donde el hielo no tiene bastante dureza y que están señalados con unas estacas de las cuales nadie puede pasar. A pesar de esta prohibición, un patinador cometió la imprudencia de aventurarse por uno de aquellos sitios y cayó al agua; inmediatamente otros varios que habían presenciado su caída se lanzaron á socorrerle, pero el peso de tanta gente rompió el hielo, y todos se hundieron, si bien pudieron ser salvados en su mayor parte, gracias á los heroicos esfuerzos de algunos individuos que acudieron en su auxilio.

Inmediatamente se presentaron en el lugar del suceso numerosos bomberos y varias brigadas del servicio fluvial del Sena que, á la luz de poderosos reflectores eléctricos y provistos de largas perchas y cuerdas con garfios, registraron el agua, retirando los cadáveres de dos muchachos de quince y diez y seis años. Reanudados á la mañana siguiente los trabajos de salvamento, no dieron resultado.

Dos han sido, pues, las únicas víctimas del accidente que fácilmente habría podido ser una espantosa catástrofe y á consecuencia del cual dícese que se prohibirá en lo sucesivo el patinaje por el lago, sobre todo teniendo en cuenta que el público, desoyendo los avisos de los agentes y no haciendo caso alguno de las señales puestas, se lanza á patinar imprudentemente por sitios que ofrecen verdadero peligro, y da ocasión á lamentables accidentes, como el actual.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XXVII — BARCELONA 3 DE FEBRERO DE 1908 — NÚM. 1.362



PERSONAJE FLAMENCO DEL SIGLO XVII

retrato pintado por Franz Hals



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una inglesa neta, la mujer del célebre cabecilla carlista D. Ramón Cabrera, me respondió, al preguntarla cómo no venía al continente alguna vez: «En el continente llueve poco. Yo me seco en el continente.»

Muy á menudo evoco esta frase típica, ahora que en Madrid llueve tanto como puede llover en el Norte.

Sin duda alguna nos gusta á todos, teóricamente, el cielo azul, el aire ligero, el piso enjuto y el sol dorado y radiante; pero el clima de Madrid, cuando no llovía nada, era cruel para los bronquios. No se hacía más que toser roncamente y sentir en la garganta insufrible opresión. Las pulmonías acechaban detrás de cada esquina. El reuma se apoderaba de los huesos. (Yo supongo al lector lo bastante ilustrado para saber que el reuma molesta mucho menos en los países de humedad, y que no es lo mismo *un local húmedo* que un *país húmedo.*)

* * *

Los cantantes, apenas llegaban á Madrid, sufrían las consecuencias de esta inclemente desazón del aire, y ó se quedaban afónicos, ó sentían eso que se llama el orgasmo, y que tantos disgustos, rabietas y decepciones ha causado aquí á divas y divos. Este año, según parece, cada cantante tiene su voz de costumbre; no hay necesidad de andar haciendo cambios en el cartel, porque el barítono padece catarro naso faríngeo ó la contralto ha pescado una bronquitis capilar. Todavía no hemos olvidado aquel terrible invierno seco que nos costó la vida de Gayarre, herido por la temperatura como por un puñal de vidrio. Y al ver caer monótona la lluvia; al ver las vías encharcadas y fangosas, las suelas del calzado impregnadas de esa sutil papilla que alfombra la acera—al creernos, en suma, en la zona de España donde une al cielo con la tierra una red de hilos de agua y lo entoldan negras nubes,—nos regocijamos, como el que vuelve á encontrarse en su casa después de largo viaje por tierras en que el clima era mortal enemigo nuestro...

* * *

Sí: la humedad es necesaria para la normalidad de la respiración. Convénzanse de ello los que echan de menos, en Madrid y en esta temporada, el libre callejeo de otras épocas, aquel salir á tomar el sol, oficialmente. Acaso también la lluvia contribuirá á apretar los lazos del hogar, á retener en casa, forzosamente, á los incorregibles vagabundos de la villa y corte. Salir á mojarse no es lo mismo que salir á calentarse en la estufa de los pobres, á meterse con todo el que pasa, á curiosearlo todo, bajo el abrigo de la capita chula llevada con más ó menos garbo... Y esta población flotante, espuma de Madrid, que lo invade, confluyendo, como atraída por mágico imán, á la Puerta del Sol echa de menos el buen tiempo, como el pez su natural elemento líquido, y se cree defraudada de sus más lícitos goces. Dijérase que los mismos ruidos de Madrid se apagan cuando llueve: esta ciudad sonora y bulliciosa se pone sordina; los coches ruedan sobre el barro como sobre fieltro; los pregones son menos insistentes; los vendedores ambulantes que obstruían las aceras se retiran por no calarse como sopas; los golfos importunos se meten sin duda en aquellos agujeros de la tierra donde las hormigas se sumen sin que las podamos perseguir; y para decirlo de una vez, desaparece de la vida madrileña ese formidable elemento: *¡la calle!* La calle, en las ciudades en que hace sol, lo es todo; y en ella se permanece, en ella puede decirse que se habita; pero en esas ciudades del Norte envueltas en brumas, encharcadas por el chubasco ó ateridas por la nieve, la calle no es más que lo que debe ser: un sitio de tránsito, por el cual hay que pasar forzosamente, si hemos de ir adonde es indispensable que vayamos. Madrid, este mes, se ha quedado sin *calle.*

Y la vida de los espectáculos y los salones es más intensa. El público llena los teatros—especialmente el Real—como no he observado otros años que los llenase. Las noches que canta Anselmi, difícilmente se verá una localidad vacía.

Este tenor ha venido á demostrar una vez más que no se consiguen los triunfos del arte lírico solamente con la voz. Aquí hemos celebrado á algunos divos que se limitaban á cantar. Anselmi, y también Titta Rufo, hacen de cada papel una creación dramática y artística. Es imposible encarnar mejor el espíritu de personajes como Rigoletto, Hámlet, Mario Cavaradossi, Werther, Des Grieux, el duque de Mantua. El canto, mírese como se mire, y por más primores que haya derrochado en él un compositor genial, será siempre la expresión de un alma, será siempre psicología, y si no, ¿qué es? Anselmi lo ha comprendido así, y en cada nota señala y acentúa la intención del personaje, el estado de ánimo que en aquel momento debe revelarse por medio de la belleza de la música. No es posible dar al acento del desalmado y frívolo duque de Mantua igual inflexión que al de Werther cuando, en el paroxismo de su exaltada sensibilidad pasional, lee una poesía en presencia de Carlota. Y la voz de Anselmi, al emitir ciertas delicadas notas que timbra el sentimiento, lleva envueltas lágrimas, acarrea gemidos. No es extraño que al solo anuncio de que Anselmi canta, se llene el coliseo, y que los cuchicheos de los palcos, esos cuchicheos impertinentes que no permiten escuchar, cesen como por encanto cuando el tenor favorito ataca la romanza ó la cancioncilla. Establécese entonces un silencio que permite oir el vuelo de una mosca, y recogidos, anhelantes, los espectadores no quieren perder la más leve modulación de esa voz que yo no comparo á la de Gayarre, pero que de seguro está mejor manejada que la del insigne roncalés. ¡Oh! Si Gayarre hubiese vivido lo bastante para aprender á sacar todo el partido de su extraordinaria garganta, ¡quién podría competir con él! ¡Qué cantidad de millones reuniría al término de su carrera!

Produce terror pensar que el capital de los tenores, la finca de la laringe, esta expuesta á tantas y tan fáciles quiebras; que, más amenazadora que la langosta y la filoxera, se ciernen sobre esa viña y esa heredad las ronqueras y las afonías. La menor alteración en el órgano basta para cambiar la voz de un ángel en un desapacible sonido ó en temporal mudez. Yo tengo una voz excelente para la oratoria, una voz que se hace oir en el recinto más amplio y con las más detestables condiciones acústicas; y apenas me acatarro, esta voz bien timbrada y clara se transforma, quedando por mucho tiempo como rota, resquebrajada y tan diferente de sí misma, que no hay modo de reconocerla. Esto, que para mí no pasa de pequeña molestia, ¡cuán terrible será para un divo ó diva! Porque su gloria, su fortuna, todo lo que en la tierra le importa, están vinculados á la nitidez de su metal de voz, á su facultad de herir el aire hermosamente...

* * *

Fuí antaño muy amiga de una señora, la marquesa de San Miguel das Penas, conocida en sus brillantes tiempos por Encarnación Camarasa, la cual poseía una voz maravillosa, dulce, sonora, y cantaba con la mayor afinación. Claro es que no se dejaba oir sino en los salones; pero con ella se vanagloriaban de hacer el dúo tenores de fama europea, lamentando que aquella artista no necesitase vivir de su canto, porque cosecharía, en los escenarios del mundo, oro y laureles. Una mañana, la señora se levantó sin notar la menor alteración en su salud; se acercó al piano según costumbre para ensayar algunos gorgoritos... y advirtió, con ese terror frío que nos aumenta al comprobar á solas una desgracia, que la voz había desaparecido por completo. Como si se la hubiese robado un maligno encantador; como si fuese un objeto que se substrae y se oculta y no vuelve á encontrarse jamás. Consultas á médicos; remedios ensayados, planes, régimen, nada sirvió. La divina voz, que allí estaba la víspera, que la noche anterior había congregado bajo las ventanas de la Camarasa á la gente de su barrio, siempre ansiosa de oir aquellos gorjeos seductores, no existía. No era que hubiese disminuido, que se hubiese alterado; era la absoluta supresión. ¿Se comprende la impresión de un artista lírico que vive de su profesión, y que amanece así, sin rastro de lo que estimaba más que la vida?

* * *

Hay una melancolía profunda en lo que desaparece, en lo que se va, en lo que, al menos entonces, ni aun se archivaba por medio del fonógrafo. Del escultor, del pintor, del poeta, queda la esencia en la obra; del cantante, apenas queda el eco del nombre; y digo *apenas*, porque el olvido es para ellos inminente. ¿Quién se acuerda ya hoy de la Penco, de la Grisi; quién se acordará de la Patti, cuatro días después de su muerte? ¿No está ya arrinconada? La carrera lírica es breve, esplendorosa en el corto tiempo que dura, productiva como acaso ninguna otra..., pero en el acto de apagarse las luces y bajarse el telón se verifica una especie de representación simbólica del destino del artista.

Menos mal cuando, merced á una sabia economía, pueden, como la Patti, retirarse en sus últimos años á castillos fastuosos, á viviendas casi regias, ó cuando, por el azar de haber despertado una inclinación honrada, se acogen, como la Pacini y la Barrientos, al hogar. Lo realmente doloroso es el caso de los cantantes cigarras, que se consagran á emitir dulces sones el verano entero y así que el invierno llega, se ven obligados á recurrir á dar lecciones ó á desempeñar plazas en Conservatorios... Aquella mujer que pasa, cubierta con un abrigo de indefinibles tonos grises, tocando su cabeza un sombrero pasado de moda, arrastró por la escena los armiños ducales de Lucrecia Borgia, manejó el chal refulgente de la Gioconda, electrizó á los espectadores con el atavío semi bárbaro de Dalila; aquel individuo que activa su andar para ahorrarse el gasto de un coche, arrebató á la multitud bajo la malla de plata del Caballero del Cisne, y en los entreactos recibió perfumadas esquelas, dentro de las cuales una flor se marchitaba... Y ahora van á subir á terceros pisos, para enseñar el solfeo á niñas anémicas, que aporrean el piano ó martirizan la canción lánguida y cursi de Tosti... En su cabeza resuena aún el murmurio de los vastos teatros llenos; las reminiscencias de los aplausos todavía levantan en su corazón torbellinos de gozo... Y todo ha pasado, para no volver nunca. *Sic transit..*

* * *

Confieso que, así como la mayor parte de los crímenes me dan asco, hay robos que me entretienen, por la suma habilidad que revelan. Quizás en ningún país del mundo se robe con tanto arte como en Madrid. ¿Recuerdan los lectores aquel saqueo de una joyería, hecho por la alcantarilla, en la calle del Carmen, y en el cual se diría que los ladrones se evaporaron, como si un mago los hiciese invisibles con su varilla? Otro joyero acaba de ser víctima de las tretas de los tomadores de lo ajeno—pero lo curioso del caso está en que el joyero había adoptado toda especie de precauciones, estaba escamadísimo, no se descuidó ni un instante,—y sin embargo, el brillante de trece quilates y el ladrón se fueron juntos, en un vuelo, sin que bastasen para impedirlo prudentes medidas y exageradas vigilancias. Las trazas y mañas picarescas vencieron á la cuidadosa prevención.

En vano el joyero encargó á sus dos dependientes, al uno que no soltase la sortija sin recibir el dinero; al otro, que se apostase en la puerta para seguir al comprador si le veía salir antes de pagar. En una vuelta de escamoteo, el diestro ladrón supo guardar se la sortija buena y poner en su lugar un vidrio; y para mayor ironía, claveteó la caja y dejó al mísero dependiente con ella en la mano, fuertemente asida, esperando, esperando lacre y dinero, mientras el burlador se escapaba tranquilamente por la puerta. Allí le atistaba otro dependiente para seguirle y saber adónde iba. Y le siguió hasta un café, y en él le dejó y se fué á avisar á su amo... ¡Como si de un café no se marchasen los parroquianos cuando se les antoja! El burlado joyero, á estas horas, ni sabe del brillante ni del bergante... Todo se hizo como en una novela de Conan Doyle; con la destreza prodigiosa de los ociosos que desarrollan el mayor ingenio para vivir sin trabajar...

EMILIA PARDO BAZÁN.

VENGANZA SERRANA, por Juan Téllez y López

Dibujo de Mas y Fondevila



Por la carretera avanzaba un automóvil á toda velocidad

Un periódico de la capital de provincia relató el hecho de la manera siguiente:

«Acabamos de tener noticia de una espantosa catástrofe de la cual han sido víctimas nuestros queridos amigos los Sres. de Lago. Escribimos bajo la impresión tremenda de dolor y de consternación que la desgracia nos produce y confiamos en que nuestros lectores sabrán dispensarnos la incoherencia de esta noticia.

»Ayer tarde, cuando mayor era la concurrencia en la plaza del vecino pueblo de Villanueva de la Peña, y en el momento en que el baile estaba en todo su apogeo, un automóvil, lanzado á toda velocidad por la recta carretera, atravesó el caserío como un relámpago. Llenos de espanto, los pacíficos habitantes de la villa, pudieron apreciar que, por un lado del vehículo pendía el cuerpo de un caballero elegantemente vestido; y que, por el otro, una dama, loca de terror y pidiendo socorro, forcejeaba en vano para detener la máquina. Un instante después, y sin que nadie pudiera evitarlo, el automóvil fué á estrellarse contra la elevadísima Peña que da nombre al pueblo; y cuando los vecinos de Villanueva acudieron al sitio de la catástrofe, solo pudieron hallar, entre los fragmentos del carruaje, dos cadáveres horriblemente mutilados.

»Las víctimas de esta espantosa catástrofe, como saben nuestros lectores, han sido D. José Lago y su bellísima esposa. Todavía está húmeda la tinta de los sueltos que dedicamos á su venturoso enlace; no hace ocho días aun del fausto suceso; y cuando todo sonreía á la feliz pareja, la muerte la ha cubierto con sus negras alas... ¡Dios haya acogido en su santo seno á nuestros desventurados amigos y dé á sus familias la resignación que necesitan para soportar la terrible pena que les aflige!..»

Al otro día, el mismo periódico, ampliando el relato de la catástrofe, publicó un suelto que decía así:

«Hay mucho de misterioso en el modo de realizarse la desgracia que todos lamentamos. Al pasar el automóvil por Villanueva, Pepe Lago iba ya muerto. Evidentemente, una causa desconocida hasta ahora le mató de improviso, y su desgraciada esposa, la pobre Felisa que todos queríamos tanto, no pudo evitar que el automóvil se estrellase. A los médicos toca decidir si ha habido en el trágico suceso algo que pudiera ser un espantoso crimen. La opinión espera con impaciencia el resultado de sus trabajos.»

»Y, en efecto, los forenses, después de numerosas investigaciones, pudieron averiguar que el recien casado había muerto de un balazo que le atravesó el cráneo. Lo que no pudo saberse, ni hasta ahora ha sabido el juez del distrito, es el nombre del criminal, ni las causas que le indujeran á la comisión de tan feroz atentado.»

I

Blas el guarda era un verdadero salvaje. Nacido en una terrible noche de tormenta, en pleno monte, á la lívida luz de los relámpagos, poco después de haber caido un rayo en la solitaria casa que á sus padres servía de albergue, y en el preciso momento en que su madre, despavorida, huía del incendio, parecía haber concentrado en su carácter todas las circunstancias que acompañaron á su venida al mundo. No contaba tres años cuando la autora de sus días le dejó solo con su ya anciano esposo, y allí, en medio del campo, sin ver más personas que las contadas que se atrevían á desafiar las iras del guarda y venían á robar leña, se crió como una fiera, acostumbrándose á luchar con los elementos y con las alimañas, á no esperar ayuda de nadie, á ver un enemigo en cada hombre y á hablar consigo mismo cuando sentía la necesidad de comunicar á alguien sus impresiones. En cuanto la edad se lo permitió, se emancipó de su padre por completo y se dedicó á vagar día y noche por el espeso monte y la próxima sierra, sin ir á casa sino muy de tarde en tarde. Siempre con la escopeta al hombro, subía á las más altas cimas, cantando con voz robusta extrañas melodías de su invención, y desde allí, sentado en alguna roca, á la altura de las águilas, veía salir el sol y la luna ó contemplaba el curso de las estrellas... Otras veces, se dedicaba á estudiar los animales y las plantas del valle y de la montaña y á imitarlos en rudimentarios dibujos... A su modo, era científico y artista, metafísico y poeta. Sin que nadie le hubiera enseñado nada, sabía observar é imitar á la Naturaleza, meditar sobre sus fenómenos y expresar sus emociones de una manera originalísima. Lo que no sabía era hablar con las gentes; cuando, casualmente, se encontraba ante una persona, hombre ó mujer, su gesto haciase más huraño que de costumbre y huía como una fiera... Sin saber por qué, odiaba á la Humanidad y la despreciaba. Cuando, desde alguna peña, veía las casas de Villanueva, con sus penachos de humo y sus rojizas tejas, no podía reprimir una mueca de desden...

II

Una tarde de otoño, amarillenta y triste, Blas encontró en la carretera algo que vino á modificar profundamente sus pensamientos y sentimientos. Era una escena interesantísima que hirió su imaginación de un modo extraño. Sentado en un montón de piedras, un mendigo, con su zurrón á la espalda, parecía agonizar de hambre y de cansancio; y del grupo de muchachas que volvía de la vendimia, una joven de ojos negros, se había destacado presurosa y ofrecía al anciano un racimo de blancas uvas, limpiándole el rostro con un pañuelo y prodigándole cariñosas palabras con dulcísimo acento... Blas, emocionado, se acercó al grupo y, por vez primera en su vida, habló

cariñosamente con un ser humano... Cuando se separó de Magdalena, que éste era el nombre de la muchacha, la adoraba ya con toda su alma. Desde entonces, el monte y la sierra hubieron de escuchar sendas plegarias de amor fuerte y bravío; y todos los soliloquios de Blas y todos sus pensamientos y sentimientos se concentraron en un solo deseo: ver á Magdalena, hablarla y casarse con ella.. La mueca de desdén que Blas no podía reprimir al mirar el pueblo, se convirtió en una mirada infinita de cariño inmenso...

III

¿Llegó Magdalena á darse cuenta de la pasión frenética que había inspirado? ¿Supo, antes de morir, que por ella y sólo por ella bajaba al pueblo aquella fiera que antes nunca había pisado sus calles y su plaza? Es de suponer que sí; pero Blas no llegó á declararla su cariño. Una noche de estío, en que paseaba por la carretera con otras muchachas, un monstruo desconocido, que avanzaba velozmente, lanzando terribles miradas por sus ojos de fuego, la alcanzó, pasando implacable sobre su hermoso cuerpo y dejándola muerta. Y pocas horas después, cuando el virginal cadáver, vestido de blanco y cubierto de flores, descansaba ya en su tosco ataúd, los que velaban en la casa mortuoria, que eran casi todos los vecinos del pueblo, pudieron presenciar algo inaudito... Blas, el feroz Blas, entró en la habitación lanzando rugidos y se abrazó llorando á la pobrecita muerta, cubriéndola de besos y cayendo de rodillas después... Al día siguiente, terminado el entierro, volvió á su monte y no bajó más al pueblo. Sólo le veía algunas noches el guarda del cementerio saltar el muro, arrodillarse ante la tumba de su amada y llenar la losa de flores silvestres; pero jamás se atrevió á salir de su casa cuando esto ocurría...

IV

Y toda la energía indomable de aquel hombre se concentró en una pasión vesánica: el odio al automóvil. Aquella máquina infernal que había destruído su dicha, matando á su adorada, *se la tenía que pagar*. Fuese como fuese, tenía que hacer añicos el primer automóvil que pasase por la carretera. Dejaría caer sobre él un peñasco ó se lo pondría delante; la cuestión era vengarse, pero vengarse de un modo terrible, destrozando el vehículo y los que le ocupasen. Si las víctimas no tenían la culpa de que Magdalena hubiese muerto, tampoco Magdalena y él tenían la culpa de que los ricos hubieran inventado una máquina para aplastar á los pobres. Ojo por ojo y diente por diente.

Pero pasaban los días y los meses y ningún automóvil asomaba por la larga recta del camino. Parecía que un genio maléfico pretendía destrozar los planes del serrano, que en su locura llegó á rezar todas las noches para que Dios hiciese pasar un auto al día siguiente. Su venganza estaba bien preparada. Con mil trabajos había conseguido poner un enorme peñasco sobre un saliente de la montaña, en un equilibrio tan inestable, que bastaría empujarlo un poco en el momento preciso para que se despeñase sobre el vehículo. Y allí, junto al instrumento de su odio, pasaba largas horas, mirando al horizonte ansiosamente y meditando en lo feliz que habría sido casándose con Magdalena...

A las veces, bajaba los domingos al cementerio para pasar la tarde con su adorada. El domingo era el día en que no podía temer que le sorprendiesen: los viejos estaban en la taberna y los mozos se reunían en la plaza para bailar. Todos eran dichosos y Blas quería disfrutar también del único goce que le restaba en el mundo... Y uno de estos días, al volver del camposanto, mientras la luna grande y solemne asomaba por el Oriente, plateando la lejanía azul, el serrano vió que por la carretera avanzaba un automóvil á toda velocidad...

Su grito de rabia y desesperación debió oirse en el pueblo; su atroz blasfemia debía rasgar el azul de los cielos. Con una mirada llena de ira midió la distancia



La niña y el perro, escultura de Troubetzkoy

que le separaba de su peñasco: era imposible llegar á él antes de que pasara el vehículo. En un supremo instante su imaginación exaltada le representó el fracaso de sus ilusiones. ¡Pasar días y días junto al instrumento de su venganza sin que viniese un solo automóvil y no estar allí precisamente cuando venía uno! Y el carruaje avanzaba implacable; solo doscientos metros le separaba de Blas... Y en él venían un hombre y una mujer, dos seres felices, que se adorarían y que vendrían diciéndoselo... ¡Ira de Dios!.. Pero en aquel momento, una idea hermosa estalló en su cerebro. ¡Su escopeta estaba cargada con bala y él era el primer tirador de la comarca! Con infinitas precauciones, pero con la rapidez de un tigre, descolgó el arma, apuntó con cuidado y disparó los dos tiros; y el automóvil, lanzado á toda velocidad, atravesó el pueblo y fué á estrellarse contra las rocas, arrastrando un cadáver que colgaba de su lado derecho y una mujer, vestida de blanco, que gritaba como una fantasma y agitaba los brazos desesperadamente.

Allá en medio de la carretera, un hombre palmoteaba y daba grandes saltos, lanzando gritos de júbilo... Después se arrodilló sobre la grava y empezó á rezar, dando gracias á Dios...



Tríptico pintado por T. C. Gotch.
En el centro, el retrato de un niño; á los lados dos figuras de ángeles. (Reproducción autorizada por Mrs. Penton)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

V

Leandro Da Ponte – Llamósele también el *Bassano* y más corriente *Leandro*, para distinguirlo de su padre, el pintor *Jacobo Da Ponte*, y nació en Bassano en 1560 y murió en Venecia en 1623. Ejecutó varios é importantes trabajos en el palacio ducal de esta última ciudad, así como una interesantísima serie de retratos de los duques, sin perjuicio de un considerable número de cuadros de carácter religioso, así como interiores, escenas místicas, etc., etc. Obtuvo señaladas distinciones, entre ellas la entonces muy estimada de caballero de San Marcos. Fué apasionado por la música y un buen tañedor de laúd.

Ludovico Cardi. – Este distinguido pintor, arquitecto y literato, apellidado *Cigoli*, nació en Cigoli (Toscana) en 1559 y murió en Roma en 1613. Perteneciente á una familia modestísima, hubo de luchar con muchas dificultades en sus primeros estudios, que pudo completar gracias á la generosidad de su maestro, el pintor Alejandro Allori. Atacado de enagenación mental por efecto del excesivo trabajo, vióse obligado á descansar durante algunos años, hasta que restablecido, el papa Paulo V y el gran duque de Toscana le encargaron importantes trabajos, logrando merecida fama como notable dibujante y excelente colorista, citándose entre sus obras capitales un *San Francisco penitente*. Como arquitecto se le deben, entre otras obras, el patio del palacio Strozzi, habiendo escrito un *Tratado de perspectiva* y otro de los *Cinco órdenes de arquitectura*.

Aníbal Caracci. – Nació en Bolonia en 1560 y murió en Roma en 1609. Extendióse su fama por Europa, considerándosele en posesión de todas las aptitudes y facultades distintivas de un gran pintor. Su aversión al estudio fué tan determinada, que su padre pudo lograr solamente que llegara á leer y á escribir, colocándole en el taller de un platero. Allí comenzó á dibujar, iniciándose su vocación por la pintura, dedicándose á recorrer Italia para estudiar las obras de Corregio, el Tintoretto y el Veronés. De regreso en su patria, unióse á su hermano Luis, ejecutando obras verdaderamente magistrales, que fueron objeto de las acerbas críticas de sus émulos, los pintores de Bolonia, de quienes triunfó el preclaro artista. En el apogeo de su gloria confiáronle obras de suma importancia, produciendo cuadros que, como los titulados la *Natividad*, *Cristo y la Samaritana*, etc., se conservan en los museos de París, Munich, San Petersburgo y Florencia.

Abraham Bloemart. – Nació en Gorkum en 1564 y murió en Utrecht en 1647. Recibió las primeras lecciones de su padre, que se distinguió como arquitecto, ingeniero y escultor, completando sus estudios de pintura en los talleres de Floni y Frank. Entre las cualidades que revelan sus obras, ha de mencionarse su habilísima aplicación del claroscuro. También son muy recomendables sus grabados en madera.

Miguel Angel Amerighi. – Este notable pintor italiano, que nació en 1569 y murió en 1609, fué más conocido por *Caravaggio*, nombre de su pueblo natal. De carácter enérgico, cuanto llegó á ser lo debió á su propio esfuerzo, ya que sin maestro alguno y sólo observando cómo manejaban el lápiz y el pincel los artistas en cuyo taller desempeñaba el cometido de machacar el yeso para los pintores al fresco, aprendió á pintar, distinguiéndose por no haberse sujetado á reglas ni tradiciones artísticas. Sus obras recomiéndanse por su originalidad y la expresión de sentimientos y violencias, citándose como las mejores *Cristo llevado al sepulcro*, la *Muerte de la Virgen*, *Cupido* y una *Gitana*.

Francisco Porbus. – Nació en Amberes en 1570 y murió en París en 1622. Después de haber viajado por diversos Estados de Europa, fijó su residencia en París, dándose á conocer ventajosamente en los retratos y cuadros de historia. Entre sus cuadros más celebrados, algunos de los cuales figuran en el museo del Louvre, han de citarse la *Cena*, *San Francisco de Asís* y los retratos de María de Médicis y Enrique IV.

Tiberio Titi. – Nació en Florencia en 1573 y murió en la misma ciudad en 1627. Discípulo de su padre, el notable pintor Santos de Titi, siguió las huellas de aquél, siendo digno compañero de otros artistas no menos distinguidos, produciendo obras dignas de encomio, alcanzando justificada notoriedad como caricaturista.

Guido Reni. – Nació en Calvanzano, cerca de Bolonia, en 1574 y murió en 1642. Hijo de un buen músico, enseñáronle á tocar el clavicordio, trocando al poco tiempo esta profesión por la de pintor. Discípulo de los principales artistas, dió presto testimonio de sus grandes aptitudes, distinguiéndose por el delicado sentimiento que supo imprimir á sus obras. El cuadro titulado *El martirio de San Pedro*, que actualmente se conserva en el Vaticano, le valió un ruidoso triunfo y la protección del pontífice, así como el encono de otros artistas, de tal suerte que para salvar su vida tuvo que abandonar Roma y Nápoles.

Cristóbal Allori. – Hijo del célebre pintor Alejandro Allori y como aquél apellidado el *Broncino*, nació en Florencia en 1577 y murió en 1619. Comenzó su educación artística en el taller del autor de sus días, á quien excedió en méritos. Algo indolente y vacilante, es muy limitado el número de obras que se conservan de este artista, siendo notables por su hermoso colorido y exquisita ejecución. – Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

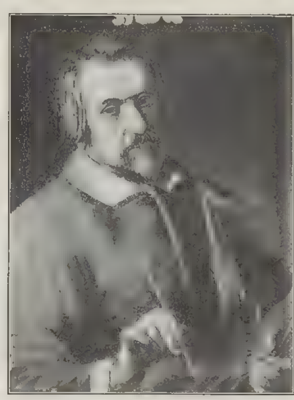
Auto-retratos de artistas célebres


Leandro Da Ponte, italiano (1560-1623)


Ludovico Cardi, italiano (1559-1613)


Aníbal Caracci, italiano (1560-1609)


Abraham Bloemart, holandés (1564-1647)


M. Amerighi, italiano (1569-1609)


Francisco Porbus, italiano (1570-1622)


Tiberio Titi, italiano (1573-1627)


Guido Reni, italiano (1574-1642)

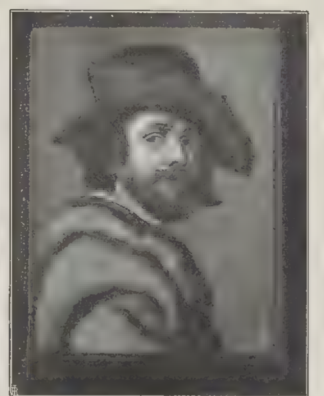
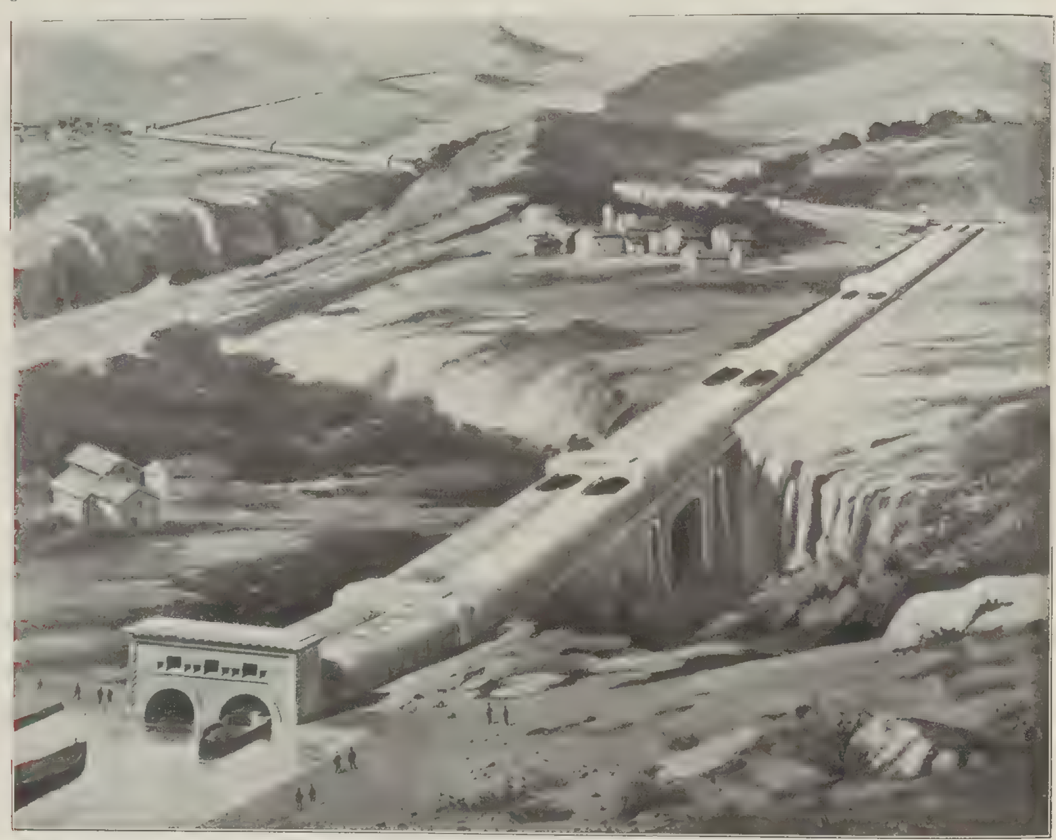

Cristóbal Allori, italiano (1577-1621)

LÁMINA. 5.ª—FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

PROYECTO DE UN GRAN CANAL ENTRE GÉNOVA Y EL LAGO DE CONSTANZA,

AL TRAVÉS DE LOS APENINOS Y DE LOS ALPES

Un ingeniero milanés, el Sr. Caminada, ha concebido este proyecto que, aparte de su grandiosidad, es notable por su originalidad, pues los principios científicos en que se basa son totalmente distintos de los que hasta ahora se han utilizado para la construcción de grandes canales navegables.



Vista en perspectiva de una vía acuática de dos canales tubulares inclinados, divididos en secciones, que demuestra cómo esta vía puede adaptarse á las diferentes condiciones del terreno. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El autor de este proyecto ha dado acerca de él las siguientes explicaciones.

Los actuales canales navegables no sólo son insuficientes para el intenso tráfico de nuestros días, sino que además presentan grandes inconvenientes, y la necesidad de seguir un plano horizontal hace el trazado difícil y á menudo excesivamente largo y costoso á causa de los movimientos de tierras y de las obras de fábrica que es preciso ejecutar. Los trozos del canal en galería resultan muy caros, porque la sección del subterráneo ha de tener, con los sistemas actuales, grandes dimensiones, y por otra parte la tracción mecánica de las embarcaciones exige instalaciones complicadas y una explotación costosa.

Las diferencias de nivel representan en la actualidad un obstáculo que puede ser insuperable y de todos modos producen una disminución notable en la potencialidad de la vía acuática y un considerable aumento en los gastos de instalación, á lo que hay que añadir las mermas, las dilataciones, las hierbas, las heladas y otras dificultades de construcción, conservación y explotación que impiden el gran desarrollo de los canales navegables.

Un medio nuevo de elevación no debe ni puede apartarse demasiado del concepto sencillo de la esclusa, que funciona desde tiempo inmemorial y que nunca ha ofrecido grandes inconvenientes, merced á la simplicidad de su funcionamiento. Un nuevo medio de elevación que funcione como las esclusas, con el que sea posible obtener grande economía de agua y alcanzar gran diferencia de nivel, y que á las ventajas de las esclusas pueda unir las que presentan en teoría los planos inclinados, ha de ser el ideal de los ingenieros que se dediquen á resolver tan importante cuestión.

Pero más que poderoso medio de elevación, necesita la actual navegación interior una transformación total y radical. Un sistema nuevo de navegación no sólo ha de tener por objeto evitar la construcción de una escala de esclusas en un punto cualquiera del trazado de un canal, sino que además ha de realizar nuevo esfuerzo para infundir nuevo soplo de vitalidad en el organismo, ya gastado, de la navegación interior.

Si imaginamos un tubo cilíndrico lleno de agua y mantenido en posición vertical, la lámina de agua será circular; si inclinamos dicho tubo, la lámina, conservando su horizontalidad, tomará una forma tanto más elíptica y alongada cuanto más se acerque el tubo á la línea horizontal. Si hacemos salir agua de la parte baja del tubo, un cuerpo que flote en la lámina de agua descenderá con ésta, recorriendo la línea inclinada y realizando dos movimientos, uno de arriba abajo y otro de marcha hacia adelante; si llenamos el tubo, el agua subirá á lo largo de éste, transportando el cuerpo flotante hacia la parte alta. De manera que si el tubo se mantiene vertical, el cuerpo flotante desciende en una línea vertical, y si el tubo está inclinado, el cuerpo, además de la distancia vertical, recorre una distancia horizontal.

Partiendo de esta sencilla idea, el Sr. Caminada ha concebido una esclusa de caja tubular, un canal de fondo inclinado con doble vía y la galería con pendiente y sección restringida. Su sistema no es otro que el del plano inclinado, tal como debe aplicarse á los canales; el agua misma constituye el plano y por ella caminan los barcos sin necesidad de aparatos especiales.

Dos esclusas inclinadas son acopladas paralelamente; una sirve para la subida y otra para la bajada y ambas tienen de común los depósitos de cruce, aguas arriba y aguas abajo. Una de ellas está llena y la otra vacía; en la primera entra el barco que ha de descender y en la otra el que ha de subir, y las dos se comunican por el fondo por medio de un conducto ó sifón, abriendo el cual el agua de la esclusa llena pasa á la otra, descendiendo una embarcación mientras la otra sube hasta que ambas alcanzan el mismo nivel. Termínase la esclusada cerrando el conducto de comunicación y vaciando enteramente la esclusa del barco que baja, mientras se hace llegar al conducto de alimentación de aguas arriba el agua necesaria para llenar la esclusa del barco que sube.

Este sistema permite la esclusada simultánea de dos embarcaciones con un consumo de agua correspondiente á la mitad del volumen de agua de una esclusa.

La esclusa tubular inclinada, además de ser práctica, sencilla, sólida y de construcción y entretenimiento fáciles y de ser muy superior á los medios conocidos hasta el día para salvar las diferencias de nivel, ofrece las siguientes ventajas: la tracción natural sin gastos, grande economía de agua; la posibilidad de los trazados rectilíneos; la sencillez y la facilidad de la conservación; y la posibilidad de su establecimiento en todas las regiones.

El Sr. Caminada ha efectuado algunos modestos ensayos de su sistema, con éxito satisfactorio, y ahora está en vías de efectuar uno definitivo y en grande escala.—T.



Decoración del cuarto acto.—El regreso de los soldados. Pintada por M. Jambón

Decoración del segundo acto.—La Kermesse. Pintada por M. Amable

PARIS.—«FAUST,» DE GOUNOD, EN LA OPERA

Los nuevos directores de la Opera de París, señores Messager, Broussan y Lagarde, han querido, con muy buen acuerdo, rendir homenaje al más celebrado de los compositores franceses, al genial Gounod, montando de una manera espléndida *Faust,* la más popular de sus óperas, la que bate el *record* del número de representaciones en aquel coliseo.

La nueva *mise en scene* se aparta enteramente de lo que hasta ahora se había visto; así los trajes como las decoraciones se ajustan más á las circunstancias de lugar y tiempo en que se supone la acción del incomparable poema. Ni Mefistófeles es el extraño personaje vestido de encarnado, ni Fausto el gran señor, ni Margarita la doncella de porte aristocrático, ni Siebel ni Valentín lucen atavíos impropios de su condición: el diablo aparece vestido de negro, envuelto en luenga y amplia capa tornasolada; el rejuvenecido doctor tiene el aspecto de un estudiante rico; a gentil *Gretchen* viste como una modesta menestrala; Siebel no es más que un estudiante humilde, y Valentín un rudo soldado.

El mismo espíritu que ha presidido en la confección de estos trajes de las principales figuras ha informado la indumentaria de los personajes secundarios, de los coros, de los comparsas, del cuerpo de baile, que se sale de lo imaginativo para entrar en lo real y documentado. Los figurines han sido dibujados por M. Pinchón.

Las decoraciones son magníficas. La del laboratorio de Fausto, sin ofrecer nada de particular, tiene color de época, y la aparición de Margarita en un jardín causa una impresión deliciosa; la de la *Kermesse* es interesante, con sus fortificaciones, su puente levadizo y su bosque de pinos en el fondo; la del jardín, en plena florescencia primaveral, presenta un hermoso efecto de luz con la puesta de sol y la salida de la luna; la habitación de Margarita es el interior de una humilde vivienda alemana; la de la catedral está admirablemente combinada; en la del desfile de los soldados, se ve la ciudad cubierta de nieve; la de Hartz, en donde se desarrolla la fiesta de Valpurgis, es tétrica y grandiosa, y la aparición del palacio resplandeciente de oro y de luz es sorprendente; la de la cárcel representa un sombrío subterráneo y cuando muere Margarita, el fondo se ilumina, dejando ver la entrada de un claustro y un cementerio, sobre el cual se extiende un firmamento tachonado de estrellas. Las decoraciones han sido pintadas por los notables escenógrafos Carpezat, Amable, Simas, Jambón, Ronsin y Rochette.

La primera representación de la ópera *Faust,* así renovada, ha sido un éxito grandísimo para cuantos han intervenido en ella. Las señoras Hatto *(Margarita),* Mastio *(Siebel)* y Goulancourt *(Marta),* y los señores Muratore *(Faust),* Delmás *(Mefistófeles)* y Dangés *(Valentín),* todos han sido muy aplaudidos. Muchos aplausos han obtenido también la orquesta, dirigida por Vidal, y los coros.—S.



Decoración del tercer acto.—El jardín de Margarita. Pintado por M. Simas



Marta — Faust — Margarita — Mefistófeles — [illegible]

Los nuevos trajes para la ópera «Faust» que se ha cantado en París, dibujados por M. Pinchón



ESPERANDO LAS BARCAS, cuadro de Dionisio Baixeras



UNA PARTIDA DE AJEDREZ cuadro de L. Campbell Taylor

EX-LIBRIS DE HAROLDO NELSON

En distintas ocasiones hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA *ex-libris*, originales de los más célebres artistas nacionales y extranjeros y con tal motivo hemos explicado



Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

la importancia que hoy vuelve á darse á esa rama del arte del dibujo, que después de haber tenido notables cultivadores en antiguos tiempos, había sido poco menos que abandonado.

Los que en esta página reproducimos, originales del celebrado artista inglés Haroldo Nelson, tienen un carácter heráldico y decorativo que se armoniza admirablemente con lo que es este género artístico y merecen, así por las ideas en que están inspirados como por su ejecución primorosa, figurar entre los mejores *ex libris* modernos.



El notable violinista argentino **Andrés S. Dalmau**, que recientemente ha dado, con gran éxito, un concierto en los salones del Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona. (De fotografía de A. Esplugas).

ANDRÉS S. DALMAU

Hace algunas noches, dió un concierto en los salones del Fomento del Trabajo Nacional de esta ciudad el joven violinista argentino Andrés S. Dalmau. Venía precedido de gran renombre, conquistado en la *tournée* artística que realizó últimamente por algunas importantes capitales de la América del Sur, y justo es reconocer que en el concierto á que nos referimos justificó plenamente los elogios calurosos y unánimes que la prensa sudamericana le había dedicado.

Componían el programa escogidas y difíciles piezas de Paganini, Hauser, Cattelani, Sarasate, Bach, Chopin, Saint Lubin y Leonard, muy á propósito, cada una en su género, para poner de relieve las distintas aptitudes de un violinista, y en todas ellas revelóse Dalmau artista de primera fuerza, ora venciendo admirablemente las mayores dificultades de ejecución, ora imprimiendo á las melodías intenso sentimiento y siempre interpretando con expresión segura el pensamiento del compositor.

La numerosa y selecta concurrencia que acudió al concierto premió su exquisita labor con entusiastas aplausos.

Dalmau cuenta sólo veintitrés años y á pesar de ser tan joven ha llegado á una altura que muy pocos alcanzan, no



Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

siendo, por consiguiente, aventurado predecirle un porvenir brillante y lleno de triunfos. Es discípulo del maestro Cattelani, el actual director del Conservatorio de Música de Buenos Aires.

Aunque nacido en la Argentina, en Rosario de Santa Fe, casi podemos considerarle compatriota nuestro, pues es hijo de catalanes, y de nuestra tierra son todos sus recuerdos de familia.

Es probable que dentro de poco dé en nuestra ciudad un concierto público, en el que no dudamos logrará nuevos y ruidosos éxitos.

Después realizará una excursión artística por el extranjero.

Al honrar nuestras columnas con su retrato, enviamos al Sr. Dalmau nuestro más cariñoso saludo y nuestra más cordial enhorabuena.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— ZARAGOZA. – Por iniciativa del Comité ejecutivo de la Exposición Hispano Francesa que ha de celebrarse en Zaragoza con motivo del Centenario de Los Sitios, se organiza una Exposición de Arte Contemporáneo, que estará abierta desde 1.° de mayo hasta 30 de octubre del presente año, se dividirá en salas francesas y salas españolas y abarcará las secciones de pintura, escultura, arquitectura, metalistería, cerámica, vidriería y reproducciones. Cada expositor no podrá presentar más que dos obras, en cada grupo, pero el jurado podrá aceptar mayor número cuando las circunstancias especiales del expositor lo aconsejen; ninguna obra podrá exceder, en su longitud mayor, de cuatro metros.

El plazo fijo para la recepción de las obras será desde el 15 al 30 de marzo y las obras deberán ser presentadas en el edificio destinado á Exposición por el expositor ó su representante autorizado, con una nota que determine el nombre, apellido, nacionalidad y domicilio del expositor, premios obtenidos en otras exposiciones, lugar y fecha de su nacimiento, número, género, títulos, dimensiones y precio de las obras que presenta.

La Comisión se reserva el derecho de reproducir en el catálogo de la Exposición las obras expuestas.

El Jurado podrá conceder medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase y menciones honoríficas y la Comisión recomendará á la Diputación y al Ayuntamiento de Zaragoza y á otras corporaciones la adquisición de las obras premiadas con medalla de 1.ª y 2.ª clase para que sirvan de base á la formación del nuevo Museo Regional de Arte Contemporáneo.

En caso de venta de alguna obra, la Comisión percibirá el 6 por 100 sobre el precio fijado por el artista.

Todo expositor está obligado á pagar el importe del seguro de sus obras, que ascenderá aproximadamente del 1 al 2 por 1.000 de su valor, y á satisfacer como derecho de inscripción el 1 por 100 del valor en que estime sus obras. La suma de estos derechos de inscripción juntamente con la del beneficio de las ventas realizadas, se destinarán íntegras á premios en metálico que se distribuirán entre los artistas premiados, con arreglo á lo que disponga el Jurado calificador.

Para más informes, pueden los artistas ver el reglamento publicado por la Comisión y cuyas principales disposiciones hemos extractado.

BARCELONA. – *Salón Parés.* Han expuesto últimamente: el Sr. Baixas varias acuarelas, notables por su frescura, espontaneidad y facilidad de ejecución; y la Srta. Bonay unos cuadros de flores muy recomendables.

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L' hereu Escampa*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol, para la cual ha pintado dos hermosas decoraciones el Sr. Vilomara; y en el Eldorado *Tratado de paz*, comedia en un acto del Sr. Maristany.

En el Liceo se ha puesto en escena el bonito baile de Leo Delibes *Coppelia*.

En Novedades ha dado dos funciones la eminente actriz señora Vitaliani, habiendo representado *La Tosca*, de Sardou, y *La madre*, de Santiago Rusiñol. Tanto ella como el notable actor Sr. Duse, han sido entusiastamente aplaudidos.

MADRID. – En el Español, las dos compañías de María Guerrero y Rosario Pino han dado juntas una representación de la preciosa comedia de los hermanos Alvarez Quintero *Las flores*, que ha sido una verdadera solemnidad artística. La obra obtuvo una ejecución primorosa, habiendo rayado á gran altura las dos citadas actrices y los señores Díaz de Mendoza y Thuillier.

En el Real se ha cantado *Hamlet*, que ha proporcionado un nuevo triunfo al barítono Titta Rufo, quien ha probado una vez más sus eminentes dotes de autor y cantante. Las despedidas de dicho artista y del tenor Anselmi han sido una serie de ovaciones para cada uno.



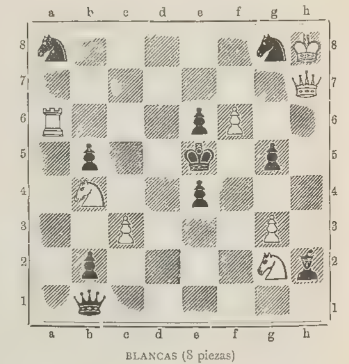
Ex-libris, dibujado por Haroldo Nelson

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 486, POR V. MARÍN

6.° premio del Concurso de Estocolmo, 1905

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 485, POR V. MARÍN

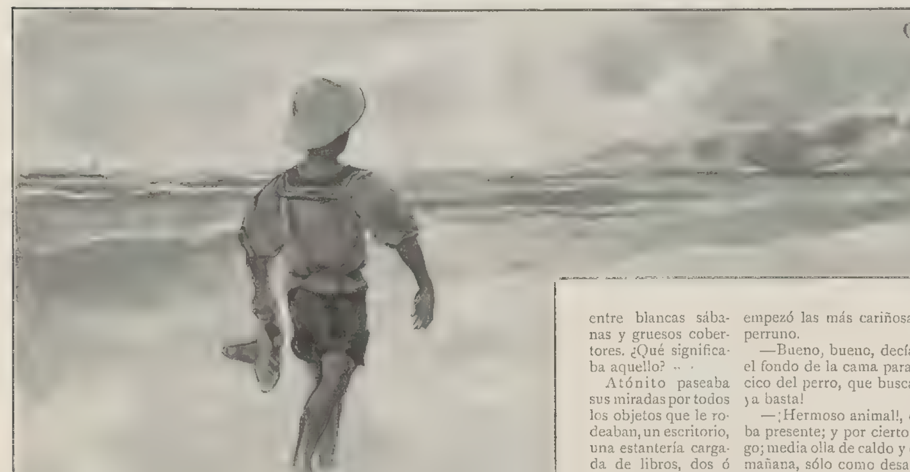
Blancas.	Negras.
1. Te1–d1	1. Dd4×b4
2. Db2–a3	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	
	1. Dd4×f4
2. Db2–h2	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES

1... ..... Dd4×d1; 2. Db2×c3, etc.
c3×b2; 2. Td1×d4, etc.
Otra jug.ª; 2. Db2×c3 ó Td1×d4, etc.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



Y corrió á chapotear con los pies desnudos las ondas saladas de aquel mar

—¡Dios mío, un niño!, exclamó, cuando cerca ya pudo ver bien el cuerpo delante el cual ladraba el perro.

Y sin detenerse á pensar que aquel guardián celoso podía atacarle y hacerle pedazos, corrió y levantó del suelo el helado cuerpo del muchacho.

Felizmente el animal no hizo ningún movimiento hostil, antes pareció alegrarse de aquel socorro inesperado.

—¡Pobrecillo! Está yerto, decía el buen sacerdote, arrimando su rostro á las mejillas del niño. ¡Quién sabe si aún vive!

Sí, vivía; pudo oir los latidos del corazón del desgraciado. Pero eran tan débiles que amenazaban cesar. Sin esperar un minuto, quitóse el sobretodo, tendiólo en tierra y colocando sobre él al muchacho comenzó á friccionarlo con todas sus fuerzas, hasta que le pareció que la sangre corría por aquel cuerpo helado, derramando un hálito de vida.

Entonces le envolvió en el sobretodo, cargólo en el tílburi, empuñó las riendas y fustigó rudamente al caballo, que arrancó al galope, mientras pegado al cochecito los seguía el perro.

***

Media hora más tarde el tílburi se detenía frente á la puerta cochera de la casa parroquial, y el buen cura, olvidado de sus cincuenta y cinco inviernos, saltaba como un muchacho de quince, llevando en brazos al chiquillo.

—¡Vicenta, Vicenta!, gritaba, llamando á la puerta. ¡Dios de Dios! ¿Qué te has hecho, Vicenta?

Y Vicenta, una criada vieja, acudía, resollando fuerte, y corría á preparar una cama caliente en el único cuarto disponible, el escritorio. Y á medias con el señor cura friccionaban con toda su alma al entumecido muchacho, cuya juvenil naturaleza reaccionó bien pronto.

—¡Gracias á Dios!, exclamó el cura, viendo que el pulso latía con regularidad y el calor natural volvía al cuerpo.

Y sólo entonces, limpiándose la frente sudorosa, se le ocurrió mirar el rostro del niño, dormido ya apaciblemente.

—¡Oh, qué hermoso es, pero qué negrito!, dijo la criada.

—¡Hermoso, hermoso!, respondió el cura. ¡Pobrecito!

Cuando Alegre, porque aquel hermoso negrillo recogido en mitad del campo por el señor cura era el mismísimo Alegre en carne y hueso, abrió los ojos, vióse con asombro tendido en una mullida cama, entre blancas sábanas y gruesos cobertores. ¿Qué significaba aquello?...

Atónito paseaba sus miradas por todos los objetos que le rodeaban, un escritorio, una estantería cargada de libros, dos ó tres sillas, algunos cuadros, cuando le pareció que á la cabecera del lecho había alguien. En efecto, allí estaba un sacerdote, viejo al parecer, blancos mechones se escapaban de su solideo; un sacerdote que leía un libro y hablaba solo, porque sus labios se movían...

Al sentir que el muchacho se rebullía en la cama, apartó del libro sus ojos dulces y bondadosos y los posó en su rostro, y al verle despierto, le habló sonriendo.

Pero Alegre no comprendió. El sacerdote volvió á hablarle, golpeándole dulcemente las mejillas.

—No comprendo, respondió el negrillo, haciendo uso de su cortísimo vocabulario español. Soy italiano.

—¡Ah, italiano!, exclamó el señor cura; pues te hablaré en italiano: he estudiado en Roma; conozco tu lengua. Y ¿qué tal? ¿Tienes frío, hambre ó sueño, acaso?

—Nada, nada, estoy muy bien, gracias; pero ¿dónde me hallo?

—En mi casa; ya lo ves, en casa del cura de Brandzen.

—¿Y cómo he venido?

—No, tú no has venido, te he traído yo; tú no hubieras podido venir.

Y el señor cura contó á Alegre la historia de su hallazgo.

—Temía, dijo concluyendo, que hubieras pescado una enfermedad grave, una pulmonía, por ejemplo; pero ya no hay temor, poco te falta para estar sano, quizás lo estés ya.

—¡Oh, sí lo estoy!, exclamó el negrillo.

—Lo creo, hijo mío, lo creo; pero no te levantarás todavía; aguardaremos algún tiempo. ¡Está tan frío el día!

—¿Y Tell?, preguntó el muchacho.

—¿Quién es Tell?

—Mi perro, señor cura. ¿No se vino con usted?

—Sí, sí; tienes un hermoso perro, ¡noble animal!; á él, después de Dios, debes la vida.

—Y después de usted, murmuró el niño, clavando sus ojos grandes y tiernos en el rostro del sacerdote. Gracias; ¡qué bueno es usted!

—¡Psh! ¡Eso lo hubiera hecho cualquiera! Eso no vale la pena. ¿Hablabas de tu perro? Ya vendrá.

***

Levantóse, salió un instante y á poco oyóse un ruido de hierro y algo, como una avalancha, se precipitó en el cuarto.

Era Tell, que ladraba, gruñía y saltaba, arrastrando una gruesa cadena.

—¡Tell, Tell!, exclamó el negrillo.

Y Tell, al oir la voz de su amo, se abalanzó á la cama y apoyando las patas delanteras en el cobertor, empezó las más cariñosas demostraciones de amor perruno.

—Bueno, bueno, decía el niño, retirándose hacia el fondo de la cama para huir del frío y húmedo hocico del perro, que buscaba su cara. ¡Ya basta, Tell, ya basta!

—¡Hermoso animal!, exclamó la criada, que estaba presente; y por cierto que tiene un buen estómago; media olla de caldo y de cocido se ha tomado esta mañana, sólo como desayuno; es un huésped cariñoso, pero caro.

El cura tuvo que traducir á Alegre la charla de la vieja.

—¡Oh!, dijo ésta al oir la jerga aquella. ¡Habrá sido gringo!, ¡quién lo diría!, ¡y tan negrito!

El cura no tradujo sino corregida esta espontanea exclamación de la criada.

Ya las caricias de Tell eran más que suficientes.

—Vamos, Tell, ¡fuera!, ordenó su amo.

El perro agachó las orejas, y moviendo la cola fué sumisamente á echarse en un rincón, dejando marcadas en barro sus anchas manos sobre el inmaculado cobertor.

—¡Oh!, exclamó el negrillo, avergonzado de lo que había hecho su perro y sin saber cómo ocultar tan horribles huellas.

—No es nada, hijo mío, dijo el cura, procurando también ocultarlas de su celosa y rezongona criada. Mancha que con agua sale, no es mancha, y ordenó á la vieja: «Vicenta, ve y del pollito más gordo haz un puchero para el chico, y deja á Tell en su rincón.» Y ahora dime, hijo mío, ¿cómo te llamas?

—Alegre.

—¿Alegre?, murmuró el cura. No está en el almanaque; pero, en fin, es lindo nombre. ¿Y qué hacías en los caminos en día tan crudo?

Es largo de contar, señor cura.

—No importa, cuéntalo todo; hay tiempo.

Y Alegre contó su historia.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?, preguntó el anciano cuando el niño hubo concluído.

—Buscar al hermano del tío Delfín.

—¿Y Bertoni? ¿No temes caer en su poder?

—No, porque no sabrá dónde estoy.

—¿Y si te hace buscar por la policía?

—¿Aunque yo no esté en Buenos Aires?

—¡Eh! ¡Quién sabe! Si quiere tomarte de nuevo, puede hacerlo; digo, me imagino.

¡Dios mío! Si es así, si puede hacerme buscar, lo hará, sí, lo hará, porque yo trabajaba bien en la Compañía, yo era un buen payaso, como él decía, y no quiero volver á serlo nunca más, no quiero, señor cura.

Y el muchacho, consternado, sintiendo que en su corazón se despertaban los adormecidos temores, fijaba sus miradas en el rostro del sacerdote, como pidiéndole protección.

—¡Pobrecito Alegre! Confío en Dios que ese italiano no te buscará; esa clase de gente suele tener páginas muy sucias en su historia, y preferirá cualquier cosa á tener que andar en danza con la policía; no, no te buscará, puedes estar seguro. De lo que no respondo es de que no te tome, si alguna vez tropiezas con él.

—¡Ah, eso no!, exclamó el negrillo, disipado su miedo. ¡Qué me va á tomar! Yo corro más ligero, mucho más ligero que él, señor cura, y estoy seguro de que no me tomará.

—¡Bueno, bueno; eso me gusta! Lo que es por ahora, y mientras hallas al hermano del tío Delfín, te

quedas conmigo, ¿eh?; y si no lo hallas nunca, te quedarás para siempre, si quieres; soy pobre, pero no me faltará un rinconcito en mi escritorio para poner tu cama, ni un lugar en mi mesa para un cubierto más.

—Gracias, señor cura, murmuró el niño, besando la mano del buen sacerdote, que le acariciaba la mejilla. ¡Qué bueno es ustéd, tan bueno como el tío Delfín!

XI

ROTHSCHILD EN MINIATURA

Una mañana el sol rasgó la espesa cortina de nieblas que durante tantos días habían ceñido la tierra.

—Ahora puedes levantarte, dijo el cura á Alegre.

Y Alegre, loco de gusto, bien abrigado en una chaqueta nueva, que de un sobretodo viejo del cura le había hecho la buena Vicenta, corrió á estirar las piernas sobre los agostados campos, que brillaban al sol cubiertos de escarcha.

Tell también quería estirarlas. Había estado recluído voluntariamente, sin apartarse una pulgada del cuarto de su amo durante el mal tiempo. Sin temor al frío, gracias á su espeso pelaje, lanzóse delante del niño á corretear por la polvorosa carretera. También él tenía derecho á participar de la ruidosa alegría del negrillo.

Porque el negrillo estaba alegre, con esa espléndida alegría de los pájaros, que no pueden olvidarse de gorjear; de los arroyos, que no pueden dejar de correr murmurando; de los corderos, que no pueden perder la costumbre de triscar.

Arboles de Brandzen, ¿recordáis una vez siquiera haber visto pasar al negrillo á vuestro lado, sin que ensayara á trepar por vuestro nudoso tronco á sorprender los misterios de vuestra copa? Zanjas de Brandzen, ¿visteis jamás al negrillo detenerse á vuestro borde, vacilando en dar el salto? Pozos y aljibes de Brandzen, ¿reflejó jamás vuestro espejo cristalino el travieso rostro del negrillo asomado al brocal, sin que el eco dormido en vuestro fondo tuviera que responder al saludo amistoso que os enviaba desde arriba, un ¡eh! profundo, claro, vibrante?

Alegre no iba en busca del hermano del tío Delfín, porque no tenía apuro. ¡Cruz Chica estaba tan lejos, y él lo pasaba tan bien en casa del señor cura!

Tenía mil ocupaciones que llenaban su existencia, al parecer ociosa.

En las horas que precedían al almuerzo y á la comida, el buen cura le instruía, le hacía conocer y amar los misterios y los dogmas de su religión, que tan rudimentariamente le había inculcado el tío Delfín; iba sembrando en el dócil corazón del niño la semilla de los grandes sentimientos é iba grabando en su fácil inteligencia el principio de la más alta sabiduría: *initium sapientiæ est timor Domini*.

Además, Alegre aprendía á leer, á escribir, á contar y á hablar la lengua de la tierra. ¿Para qué quería más?

Así pasaron varios meses. Así pasó el invierno, pasó la primavera y llegó el verano.

Alegre, desde que tuvo que buscarse la vida, conocía el valor del dinero. La vida cuesta cara, muy cara, y el señor cura era pobre. Vivir siempre á su costa era un abuso, y él no quería abusar. Quería trabajar; sentía en su cerebro una fiebre, y en su pecho un ansia de mostrar al mundo ¡como si el mundo se fuera á fijar en él!—que no era ya un niño, que era un hombre.

En la Compañía trabajaba para el director; ¿por qué no iba á poder trabajar para él? Y ahora era mayor; ahora, sobre todo, sabía tantas cosas... Alegre se creía un sabio.

Quería ir en busca del hermano del tío Delfín, para trabajar á orillas de la mar, para ser marino, viviendo en un pueblo de marinos, ¡su sueño dorado!

Cuando en el invierno habló de ello al señor cura, éste le dijo:

—Espera que llegue el buen tiempo.

El bondadoso anciano creía que el buen tiempo no llegaría nunca. Hubiera dado cualquier cosa por no separarse de aquel negrillo, que se le había entrado tan hondo en el corazón.

Pero una mañana de sol radiante, una mañana de triunfo, en que la naturaleza verde y galana del estío cantaba su victoria sobre la naturaleza agostada y fría del invierno, Alegre, sudoroso de tanto corretear, plantóse en el escritorio.

Era la hora de la lección; el cura lo esperaba. ¡Bonita lección de meteorología le iba á dar el chico!

—Señor cura, díjole de buenas á primeras, con ese ímpetu con que los tímidos abordan las cuestiones escabrosas, ¿ha llegado ya el buen tiempo?

—Sí, hijo mío, ya ha llegado, respondió el sacerdote, mirando con tristeza los campos lozanos y verdes como un paño de billar, y las nubes de plata que navegaban en aquel cielo glorioso de estío.

—Entonces..., entonces, ¿se acuerda, señor cura, de lo que me dijo en el invierno?

—¿Yo?, no; ¿te acuerdas tú? ¿Qué fué lo que te dije?

—Me dijo que cuando el buen tiempo llegara, podría irme.

—¿Irte?, y ¿adónde?

—A buscar el hermano del tío Delfín. Yo quiero trabajar, quiero ganarme la vida, quiero vivir á orillas de la mar, señor cura.

Aquellos tres *quieros* habían sonado tristemente en el corazón del anciano.

—En fin, ¡qué se ha de hacer!, murmuró resignadamente, y añadió en voz alta: ¿Conque quieres irte, verdad?

—Sí, señor cura.

—¡Hombre!, ¿tan mal te tratamos aquí?

—No, no es eso; yo quisiera estar siempre con usted, pero quiero trabajar...

—¿Tú?

—Yo, señor. ¿No soy bastante grande y fuerte ya?

—Vaya contigo, hombretón; si todos tuvieran tus bríos, otro gallo nos cantara; pero dime, ¿por qué no te quedas aquí? Trabajo no te faltará.

—Si hubiera mar..., insinuó Alegre.

Nada, nada, el negrillo se iba y se iba, y el señor cura tuvo que resignarse.

Pero ten entendido que por mi gusto no te vas, ¿eh?

Vaya si lo entendía eso Alegre. Ni por el suyo se iba. Era el destino el que lo llevaba.

Para llegar á Cruz Chica era necesario, primero, ir á La Plata, allí tomar el tren para Necochea, y en este punto esperar que el servicio de mensajerías, que lo ligaba con Mar del Plata, lo transportara á Cruz Chica, situado cuatro ó cinco leguas al Norte de Necochea.

Para ir á La Plata, distante ocho ó diez leguas de Brandzen, hubiera podido tomar el tren; pero aquel día supo el señor cura que un vecino del pueblo se iría en coche al siguiente por negocios particulares. Era mejor.

Gustoso ofrecióse á llevar al negrillo. No había temor de que en aquel caso se repitiera la aventura del carretero.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, ya Alegre estaba listo; iban á hacer el viaje con la fresca. El coche no se hizo esperar.

—Bueno, mi querido niño, dijo el cura á Alegre; ha llegado el momento; sé siempre como has sido hasta ahora, y no olvides lo que aprendiste.

—Nunca, señor cura, respondió el muchacho, besando la mano al digno sacerdote.

—Y cuidado también con olvidarme á mí.

—¡Jamás, jamás!

—Ni á mí tampoco, murmuró Vicenta, secándose con la punta del delantal dos lagrimones como guindas, casi perdidas en las zanjas de su arrugada cara.

Decididamente *el gringo*, como ella lo llamaba, sabía hacerse querer.

—¡No, á ninguno, nunca!, repitió Alegre, abrazando al cura y dejándose abrazar por la vieja.

Pero no era conveniente hacer esperar al dueño del coche, cuyos caballos piafaban de impaciencia. El negrillo se desprendió de los brazos de sus buenos amigos y saltó al asiento que le habían reservado. Chasqueó la fusta, y el coche arrancó al galope por la carretera, en medio de una nube de polvo que doraban los rayos del sol naciente.

Todavía Alegre, volviendo el rostro y agitando su pañuelo, hacía señales de despedida al cura y á la anciana.

Sólo cuando la casa parroquial se perdió en un recodo del camino, guardó el pañuelo y se acomodó juiciosamente en el asiento, para hacer el viaje lo mejor posible.

Le quemaba la curiosidad de conocer el contenido de un sobre que el cura le había dado á última hora. El sobrescrito no decía más que estas palabras: *Para Alegre*.

—No lo abras, le dijo al dárselo, hasta que estés lejos de aquí, si es posible en Cruz Chica.

Pero la tentación era demasiado fuerte; de todas maneras, la carta era para él. Así, en cuanto vió que el pueblo desaparecía á lo lejos, detrás de la arqueada espalda de una loma, rompió el sobre, y cuidando de que su compañero no viera su maniobra, revisó el contenido.

Casi dió un grito.

Allí había una tarjetita. «Alegre, hijo mío—había trazado en ella la mano del señor cura,—sé bueno siempre, sé bueno como lo has sido hasta ahora; guarda como un tesoro lo que conmigo has aprendido; no olvides mis enseñanzas; con ellas serás sabio; y guarda en tu corazón un huequecito para la imagen de tu amigo.»

Pero además de esto había algo que el niño creyó una fortuna: había allí un billete nuevecito de..., ¡oh, Dios!, el chico se lo decía á sí mismo para convencerse de que no soñaba, un billete nuevecito de ¡cincuenta pesos!

Pero, escarmentado con la aventura del carro, guardóse bien de hacer nada que pudiera dejar traslucir el motivo de su gozo; dobló la carta y el billete, metiólos en el sobre y lo guardó todo en el fondo de su más oculto bolsillo, temeroso de que huyeran de allí aquellos cincuenta pesos, base de un castillo encantado que hilada á hilada iba construyendo la fantasía, ese eterno albañil de la ambición.

XII

LA TIERRA PROMETIDA

La mensajería no pasaba precisamente por Cruz Chica, sino á poco más de una legua.

El muchacho recogió su equipaje, poco voluminoso, y descendió del coche.

—La carretera va directa sin torcer una pulgada, le dijo el cochero, señalándole la blanca cinta del camino que dividía la inmensa pradera verde.

Una legua de camino no era para arredrar á un chico como Alegre, aburrido ya del traqueteo del tren y de los barquinazos del carruaje, y que sólo deseaba caminar un rato para estirar las piernas entumecidas.

Para Tell aquella legua era un grano de anís, á pesar de que había hecho todo el trayecto de Necochea hasta aquel punto, trotando detrás del coche.

El sol no era muy suave; era un sol de siesta en diciembre; pero Alegre llevaba un ancho sombrero de paja que le defendería de sus rayos. Por otra parte, desafiaba al sol á que tostase su tez más de lo que estaba.

Así empezó la última parte de la jornada.

Ni Alegre ni Tell tenían por qué apurarse, pero hacían su camino concienzudamente, eso sí, deteniéndose debajo de cada árbol para gozar durante algunos segundos de la frescura de su sombra. De buena gana el negrillo hubiera trepado á su copa, como solía; pero esto parecíale poco apropiado en una persona que como él tenía cincuenta pesos en el bolsillo.

Sí, cincuenta pesos, porque el bueno del señor cura tuvo el cuidado de darle aparte dinero con que pagar el tren y el coche, para que Alegre conservara intacto aquel billete flamante y oloroso como recién salido de la prensa.

Hacia las cuatro de la tarde el niño vió el horizonte ceñido por una línea azulada que se dilataba hasta donde los ojos no podían llegar.

—¡La mar!, exclamó, después de contemplar aquello unos segundos. ¡La mar, la mar!

Y loco de alegría se lanzó á la carrera.

Cuando llegó, apenas se detuvo para quitarse los zapatos y corrió á chapotear con los pies desnudos las ondas saladas de aquel mar que seis meses hacía le quitaba el sueño.

Cuando hubo saciado su sed de mar, tendió la vista en busca de la población que, según le decían, estaba al final de la carretera, en la costa.

Esta vez no se había perdido.

A pocas cuadras de allí se alcanzaba á divisar un río, que mansamente se recostaba en el mar. En la otra orilla, mostrando apenas por entre los tupidos árboles de un parque las agujas de sus torrecillas, se adivinaba la silueta de un magnífico *chalet*, que le recordaba los viejos castillos de su tierra. Y á la derecha, á dos cuadras á lo sumo, apoyando la cabeza en el río y bañando los pies en el mar, estaba la población, unas cuantas docenas de casitas blancas.

Era Cruz Chica. ¡La tierra prometida!

Alegre, sin pararse á contemplar la perspectiva magnífica del cuadro y sin ponerse siquiera los zapatos, que quedaron en la arena de la playa, corrió al pueblecito y se entró de sopetón en sus calles, llamando en la primera casa que le cerró el paso.

Salió una mujer. Alegre, en su más puro castellano, dió las buenas tardes y preguntó por la casa de D. Ludovico Pessaro.

—¿Ludovico has dicho? Pues en ella estás, muchacho, respondió la mujer, afablemente. ¿Qué buen viento te trae?

—¿No podría hablar con él?

—Ahora no, porque no está aquí; pero estoy yo, que soy su mujer, y es lo mismo.

—¿Usted? ¿Usted, la señora?.. ¡Ay! El tío Delfín, ya me acuerdo, se había olvidado de su nombre.

—¿El tío Delfín? ¿Lo conoces? ¿Conoces á Joaquín Pessaro, hermano de mi marido?

—¡Vaya si lo conozco! Como que he estado no hace mucho con él, y traigo una carta suya para don Ludovico.

—¿Una carta del tío Delfín?, exclamó la mujer, que no bien oyó repetida la afirmación corrió hacia la playa, á la desembocadura del río, donde se veían los palos y las jarcias de algunas embarcaciones, y llamó á gritos:

—¡Ludovico, Ludovico!

Y un hombrachón, tamaño como un Hércules, de anchas patillas grises, sin bigote y con una pierna de palo, salió por la escotilla de una de las barcas mayores. Era el mismísimo Ludovico Pessaro, que en cuanto oyó lo que le decía su mujer, corrió dando zancadas con su pierna de palo.

—Muchacho, dijo á Alegre con un vozarrón de contramaestre en mitad de la tormenta. ¿Eres tú? ¿Has visto al tío Delfín, á mi buen Joaquín?

—Sí, hace algunos meses, y traigo una carta de él para usted.

—Trae acá, hijo mío, exclamó el pescador, echando lumbre de alegría por los ojos.

El chico le entregó la carta, cerrada por el cura dentro de un sobre nuevo. D. Ludovico, á quien casi le estorbaba lo negro, rompiólo y comenzó á deletrear los no muy seguros garabatos del tío Delfín, sudando á mares como si remara contra la corriente.

Sólo al cabo de un rato, cuando gracias á tres lecturas creyó haber penetrado bien su contenido, guardó el papel y abrió los brazos, gritando al niño:

—Ven acá, hijo mío; ven, que te abrace este rudo marinero. Mi hermano, mi buen Joaquín, ha sido un padre para ti; yo seré un tío, el tío Ludovico, ¿eh?

Y el pescador estrechó entre sus forzudos brazos á Alegre, que apenas podía creer en tan halagüeña acogida.

—Alegre, ¿verdad? Alegre te llamas; pues bien, Alegre, hijo mío, ya no vagarás errante por el mundo; en adelante mi techo será tu techo, la mitad de mi pan será tuyo, y no te faltará en mi mesa un plato de sopa; en adelante tendrás una familia, yo seré el tío Ludovico y mi mujer será la tía Marta, ¿entiendes, Alegre, mi buen muchacho?

La tía Marta se había quedado en la barca, continuando la tarea abandonada por su marido, pero llegó á tiempo.

—Mujer, díjole Ludovico, Dios se llevó á su gloria nuestros dos hijos, pero ahora nos manda otro; mira tú qué negrillo más hermoso.

Sí, Alegre era muy hermoso. Y la mujer de Ludovico, como buena criolla, apreció en aquel negrillo su semejanza con los morenos hijos del país.

—Alegre, dijo, abrazándolo y besándolo en la frente. ¡Qué lindo nombre! Alegre, ¿te quedarás con nosotros?

—Sí, para siempre, respondió el niño.

—Bien, desde hoy ocuparás en nuestra casa el lugar que habrían ocupado nuestros hijos si hubiesen vivido; en nuestra casa y en nuestro corazón.

—Y trabajaré con ustedes, ¿verdad? Soy grande ya y fuerte para ganarme la vida.

—¡Bravo, hijo mío!, exclamó Ludovico. ¡Así me gusta! Trabajarás, sí; trabajarás y nos ayudarás en lo que puedas. Si te gusta la mar serás pescador.

—Pescador, sí, marinero; me gusta la mar, me gusta mucho más que la tierra.

—Mejor, mejor; serás un buen marino; ya verás lo hermoso que es nuestro oficio.

Tell, en quien nadie había parado mientes, estaba disgustado, y saltaba y se metía por todas partes, rozando las piernas de su amo para que le hiciera compartir algo de su alegría.

Pronto consiguió lo que deseaba. Ludovico se había fijado en él, gracias á una zancadilla que echó á su pierna de palo; Tell era muy mal criado.

—¿Es tuyo este perro?, preguntó el marino á Alegre.

—Sí, es mío; ya verán qué bueno es, y qué inteligente y cuánto sabe. «¡Tell, Tell, en dos patas!,» ordenó en italiano el niño (Tell no sabía castellano). «¡En dos patas y baile con música!»

Tell se paró en dos patas guardando el equilibrio y comenzó á saltar ladrando.

—¡Saluda á los señores!

Y Tell, cruzando las manos sobre el pecho, se inclinó gravemente delante del pescador y su mujer.

Éstos no pudieron contenerse y soltaron una ruidosa carcajada.

—¡Qué lindo animal y cuánto sabe!, exclamó Marta.



El chico le entregó la carta, cerrada por el cura dentro de un sobre nuevo

—¡Oh, eso no es nada! Aún sabe mucho más. Ya lo verán los domingos, cuando no haya que trabajar; entonces Tell trabajará por nosotros.

—Sí, sí, los domingos, no más, insinuó el marino. Acá todo el mundo trabaja y Tell no nos hará perder nuestros buenos hábitos. Y ahora me voy á carenar mi barca grande; quiero concluir la tarea antes de la noche. Después hablaremos; nos contarás tu historia, Alegre, porque debes tener historia, ¿verdad? Ahora me voy. Si quieres venir conmigo...

Sí; era lo que quería desde que oyó hablar de barco. Además, tenía que pedir algo.

—¿Cómo, qué cosa?, preguntó el marino cuando él se lo dijo.

—¿Me ha dicho que debo llamarlo tío Ludovico á usted y tía Marta á su mujer?

—Sí; ¿no te gusta, acaso?

—No; yo quisiera llamarles de otro modo.

—¡A ver, á ver!

—Yo no sé, pero si me van á mirar como á hijo, si en su casa y en su corazón voy á ocupar el lugar de un hijo, sería mejor que les llamara padre y madre.

—¡Oh, Alegre! ¡Alegre, hijo mío!, exclamaron á un tiempo los dos esposos, abrazando al chico con verdadera efusión.

—¡Padre y madre! Padre Ludovico y madre Marta; ¿es eso, Alegre, lo que tú quieres?, ¡pués ya está concedido!

—Sí, eso es: ¡padre y madre!

Y el negrillo enjugó una lágrima furtiva que empañó el cristal de sus ojos.

En su memoria se levantó borroso el recuerdo de un mercado de esclavos.

XIII

CAPITÁN ALEGRE

Cruz Chica no era muy antigua. Siete ú ocho años antes, el que hubiera pasado por allí no habría visto más que un monte intrincado sin rastro de planta civilizada.

Pero un buen día, á una riquísima familia porteña, la familia de Alvarado, dueña y señora de todas aquellas tierras en un espacio de cinco ó seis leguas cuadradas, ocurriósele alzar un *chalet* veraniego á orillas del mar.

Entre Mar del Plata y Necochea, los dos aristocráticos balnearios, surgió á golpes de pico Cruz Chica.

El clima era benigno y saludable, el país era fértil y pintoresco: no había más que pulir la obra de la naturaleza. Y en dos años, lo que antes eran jarales y marañas, quedó convertido en hermosísimo parque; lo que era tierra inculta, en labradas praderías, y lo que era sólo un riacho, trocóse en un canal navegable por pequeñas embarcaciones, en una longitud de dos ó tres kilómetros desde el mar, corriente arriba.

Levantóse en medio del parque, á la orilla derecha del río, la fastuosa mansión de la familia de Alvarado, y á la izquierda empezó á formarse un pueblecito de colonos y pescadores, un pueblo mitad marino y mitad terrestre, pero un pueblo aseado y lindo, que era lo que había que ver.

Con los primeros calores del verano empezaba la desbandada de las familias aristocráticas, que huían de la gran capital. Unas iban á las sierras de Córdoba; otras corrían á los balnearios de Mar de Plata, Necochea ó de la Banda Oriental. La de Alvarado, en un precioso yate, se trasladaba á Cruz Chica.

Esto fué en los primeros años. Más tarde, aquel *chalet* solitario, enclavado lejos de toda villa aristocrática, concluyó por hastiar á sus dueños, que sólo de tarde en tarde y por poquísimos días lo visitaban.

Pero Cruz Chica, con vida propia ya, no necesitaba de ellos para ir creciendo paulatina, pero seguramente. Las tierras fértiles y el mar, rico en pesca de toda clase, pagaban con creces los sudores de aquellos colonos pescadores.

En Cruz Chica, cada familia tenía su sembradío y su barca. Cuando la tierra era dura y no devolvía en fruto las fatigas del labrador, el mar, rindiendo su tributo, equilibraba la balanza.

Sólo Ludovico Pessaro no tenía ni una pulgada de tierra para sembrar.

—¡Uf, la tierra, me da asco!, decía el marino. ¡La mar, la mar!

En cambio tenía dos embarcaciones: una grande la mejor de las que atracaban al muelle de Cruz Chica, y otra pequeña, la *Gaviota*, la más airosa y linda barca que cortaba las ondas del mar, desde Buenos Aires á Bahía Blanca; Ludovico lo aseguraba y podían creer á Ludovico, verdadera autoridad en achaques marítimos.

En componer la mayor, que tenía una costilla hundida por un choque, se ocupaba el marino cuando su mujer fué á avisarle de la llegada del negrillo.

—Muchacho, decía el buen padre Ludovico al niño, mientras se dirigían al muelle, con mucho gusto hubiera dejado por hoy mi trabajo por celebrar tu venida, pero tengo averiada mi *Parma*, y como debo hacer un viaje á Necochea mañana mismo, es fuerza que todo quede listo esta misma noche.

En ese momento llegaron al muelle. Todas las barcas estaban amarradas, balanceándose graciosamente, mecidas por la corriente del río. La *Parma* estaba en la orilla, mostrando en su combado casco la herida que iba á curar su dueño. Poco faltaba ya; cepillar el tarugo con que había cerrado el agujero, calafatear con estopa embreada las junturas de una parte de la tablazón dislocada por el golpe y echar al agua la embarcación.

—¡Qué lindo!, exclamó Alegre entusiasmado, viendo aquel puertecito.

(Se continuará.)

EXPOSICION DE CARICATURAS EN EL SALÓN PARÉS

Con plausible acuerdo decidieron los dibujantes del semanario catalán titulado «¡Cu Cut!» exhibir en



Las privilegiadas, dibujo de Ricardo Opisso



El rubicundo Febo, dibujo de Juan Llaverías

el Salón Parés las obras que figuraron en la Exposición de Caricaturas celebrada recientemente en Madrid. Y celebramos su decisión, puesto que nos han procurado el medio de apreciar una vez más sus méritos y ese inagotable y razonable ingenio que les ha reportado la justificada popularidad de que gozan.

Ante todo hemos de celebrar el homenaje que han tributado á aquellos artistas que no desdeñaron, como Fortuny, Planas, Padró y Pellicer, dar muestra de un humorismo sano é ingenioso, sin abandonar su labor artística, aportando á la sátira el caudal de su fantasía y de sus aptitudes, de manera que en esas exageraciones de líneas, trazadas más para



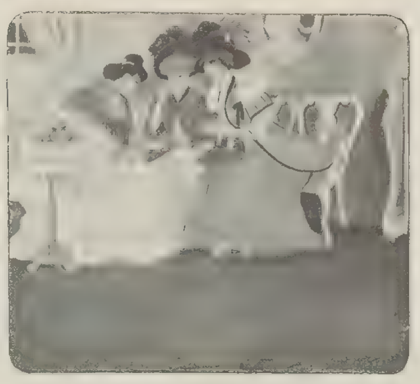
El maestro de escuela, dibujo de C Cornet

expresar un concepto que para acentuar un rasgo, adivínase la mano del artista guiada por el hombre pensador é inteligente. Oportuna es á todas luces la exhibición en el sitio de preferencia del Salón Parés de algunas de las producciones del género á que nos referimos, obras de aquellos excelentes artistas que fueron amigos queridos nuestros y de quienes conservamos sentido recuerdo.

Los expositores han sido, según decimos, los dibujantes del semanario que mencionamos y todos, á juzgar por las obras expuestas, han demostrado sus tendencias y la especialidad dentro del género que



Un Juan Lanas, por J. Junceda



«A tea party,» dibujo de Ricardo Opisso

cultivan. Así vemos que el intencionado Cayetano Cornet abandona esta vez su ática sátira política para exponer la poco lisonjera situación de los beneméritos maestros de primera enseñanza, todavía desatendidos; a J. Junceda fustigando al mal llamado espectáculo nacional por medio de la representación de un achaparrado é inculto picador, demostrando una vez más ese espíritu observador, sutil y enérgicamente apuntado que tanto le distingue; á Juan Llaverías aplicando su ingenioso humorismo á cultivar ese género singular, personal, que tiene por objeto la caricatura de los animales; y á Ricardo Opisso, que sin exagerar los trazos, sin extremar las naturales



El picador, dibujo de J. Junceda

deformidades, satiriza, en forma siempre bella y agradable, los tipos y cuadros sociales, con este concepto noble y elevado, persiguiendo una finalidad digna de aplauso, sin abandonar su carácter y tendencia, cual si persiguiera el propósito de que la nota humorística resultara de la exposición, pero nunca del falseamiento de la línea.

A. García Llansó.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. – Los últimos cuadernos de esta publicación verdaderamente monumental, en la que nos hemos ocupado varias veces con el elogio que merece, son el 19, 20 y 21 del tomo «Toledo» y el 1.º del tomo «Granada.» El texto de los tres primeros es de D. Rodrigo Amador de los Ríos y el del último de D. Manuel Gómez-Moreno, y está redactado á dos columnas, en español y en francés. La ilustración es magnífica, siendo numerosos é interesantísimos, así los grabados intercalados en el texto, como las láminas sueltas. Es esta una obra bajo todos conceptos importante, que honra á la Compañía Arrendataria de la Gaceta de Madrid, encargada de editarla. El precio de cada cuaderno es de tres pesetas en España y tres francos en el extranjero.

CUENTOS, por *Juan Valera.* – Se ha publicado el tomo XIV de las obras completas de D. Juan Valera, que contiene los cuentos *Parsondes, El pájaro verde, El Bermejino prehistórico, El espejo, El pescadorcito Urashima, El hechicero, La muñequita* y *La buena fama.* Tratándose de autor tan ilustre, creemos ocioso elogiar estos trabajos y nos limitaremos, por consiguiente, á decir que el tomo, de 344 páginas, ha sido impreso en Madrid, en la imprenta Alemana, y que su precio es de tres pesetas.

MEMORANDUM DE LA CUENTA DIARIA. – AGENDA DE BUFETE. – AGENDA CULINARIA. – AGENDA DE BOLSILLO. – La casa Bailly Baillière é Hijos, de Madrid, ha publicado estas agendas para 1908, que contienen: la primera, secciones especiales para anotar visitas, señas útiles, gastos é ingresos diarios y cuanto se necesita para llevar ordenados los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna; la segunda, diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos muy necesarios en oficinas de banca, comercio, particulares, etc.; la tercera, 365 minutas y más de 700 recetas culinarias y una agenda en blanco para anotar al día los gastos de cocina; y la cuarta, es un libro de notas, dividido en días, con interesantes datos sobre correos, telégrafos, teléfonos, tranvías, carruajes, etc. El precio de estas publicaciones es respectivamente de 2'50, de 1 á 5, 2 y 1'50 pesetas, en Madrid; en provincias, 50 céntimos más cada una.

PAGINES FESTIVES, por *Alejandro Font.* – Colección de artículos de costumbres, en los que el autor, como dice su prologuista, «ha visto la vida bajo su aspecto más agradable, ha reducido las tragedias á la categoría de sainetes y no ha buscado superhombres, sino seres de carne y hueso.» Las escenas por el Sr. Font descritas están admirablemente observadas, y sus personajes están arrancados de la realidad. El libro es de los que se lee con gusto y que deja grata impresión en el ánimo. Un tomo de 290 páginas, con un prólogo de Oriol Martí, editado en Barcelona por la «Biblioteca Juventud.» Precio, 3 pesetas.

CASOS HISTÓRICOS Y TRADICIONES DE LA CIUDAD DE MIZQUE, por *Eufronio Viscarra.* – Colección de interesantes narraciones referentes á aquella ciudad boliviana, en otro tiempo opulenta y hoy en decadencia, y á sucesos acaecidos en los diversos períodos de su historia, desde su fundación hasta la guerra de emancipación. La obra del Sr. Viscarra es fruto de un paciente trabajo de investigación en archivos y bibliotecas, y todos sus capítulos tratan de sucesos muy interesantes, descritos en ameno y elegante estilo. Un tomo de 166 páginas, impreso en Cochabamba, en la tipografía «El Universo.»

POM DE CANSONS, por *Apeles Mestres.* – El Sr. Mestres ha tenido el buen acuerdo de reunir en este volumen una porción de composiciones que figuraron en otros tomos, cuyas ediciones están agotadas. De las poesías publicadas ahora, unas pertenecen á los años juveniles del autor, otras han sido premiadas en los Juegos Florales, y algunas son inéditas; todas ellas se caracterizan por la intensidad del sentimiento, por la frescura de la inspiración, por la belleza de la forma, cualidades que atesora en alto grado el Sr. Mestres y que le han conquistado uno de los primeros puestos en la literatura catalana. Un tomo de 160 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López; precio una peseta.

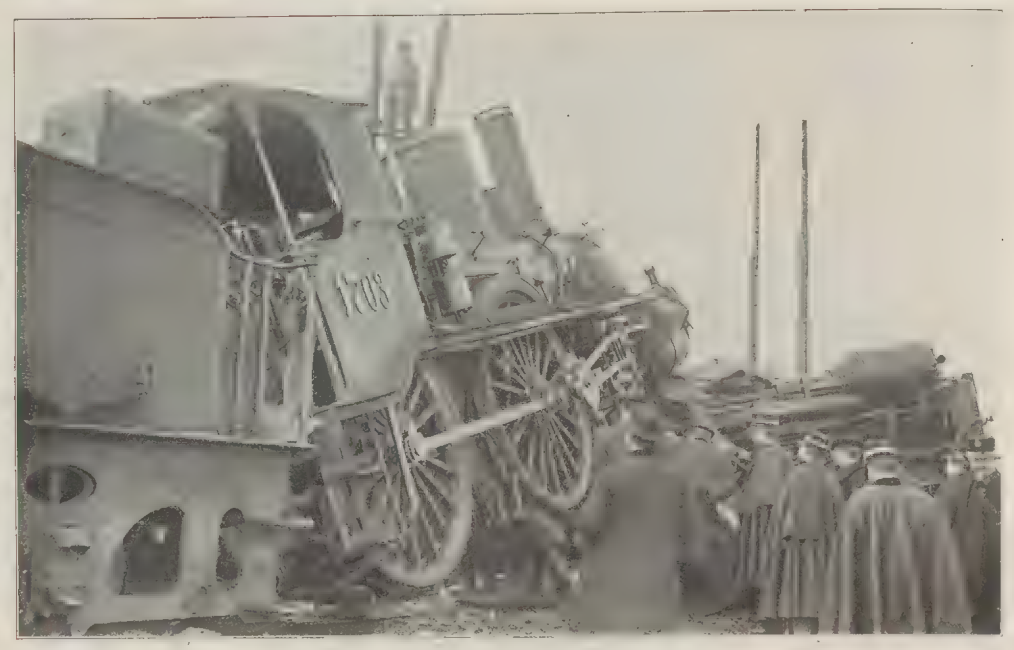
ANALES DE CABILDO. CIUDAD DE TRUJILLO. Por *Alberto Larca Herrera.* – Interesante colección de noticias relativas á Trujillo (Perú), tomadas del Libro Rojo de aquella ciudad, que contiene actas desde el 6 de enero de 1821, fecha de la independencia de la misma, hasta 21 de marzo de 1823. Un folleto de 64 páginas, impreso en la tipografía Olaya, de Trujillo.

CECILIA, por *Jannario Espinosa.* – Novela de costumbres americanas, de acción interesante y bien escrita. Un tomo de 126 páginas, impreso en Santiago de Chile, en la imprenta de «El Diario Ilustrado.»

LES MILLE ET UN MATS INVERSES, por *Alain C. White.* – Obra compuesta de dos tomos; el primero contiene mil y un problemas de ajedrez y el segundo las soluciones de los mismos, precedidas de una introducción sobre la importancia de los mates inversos. La obra ha sido publicada en París, por Numa Preti.



Busto de la Srta. L., obra del escultor belga Hipólito Nyst
Salón de Bellas Artes de los Artistas belgas. Bruselas, 1907
(De fotografía de V. Hennebert.)



La catástrofe ferroviaria del puente de Acquabella, cerca de Milán.

Aspecto del lugar del suceso pocas horas después de ocurrido el doble choque de trenes. (De fotografía de R. Fiorillo, de Milán.)

En la noche del 20 de los corrientes prodújose una horrible catástrofe ferroviaria en el puente de Acquabella, no lejos de Milán. El tren correo, salido de esta última ciudad, poco antes de llegar al puente, halló apagado el disco de señales, y el maquinista, temiendo un accidente, detuvo el convoy para averiguar la causa de la anormalidad, que era simplemente una distracción del guardaagujas. Púsose de nuevo el tren en marcha, pero con la detención se habían perdido algunos minutos, precisamente la diferencia de horario con el expreso que marchaba en la misma dirección á una velocidad de 60 kilómetros por hora. El guardaagujas, aturdido por su anterior falta, no hizo señal de detención y la máquina y los primeros vagones del expreso chocaron con los últimos del correo, saltando todos sobre los rieles y cayendo por un talud de algunos metros, haciéndose añicos.

Mientras se efectuaban los trabajos de salvamento, otro expreso, el de Bérgamo, chocó con los vagones destrozados, cayendo igualmente por el terraplén y causando nuevas víctimas.

Como se ve, la doble catástrofe ha revestido espantosas proporciones, aumentando el horror de la misma la obscuridad y la niebla de la noche.

En los primeros momentos se retiraron 12 muertos y 64 heridos, muchos de éstos gravísimos y que á poco fallecieron.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 10 de febrero de 1908 — Núm. 1.363

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DEL ARTE MODERNO



LA SUEGRA, cuadro de Carlos Vazquez,

recientemente expuesto en el Salón Parés y destinado al próximo Salón de París

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRONICAS FUGACES

La intensa fiebre política, que es la característica de la vida barcelonesa en estos últimos tiempos, ha relegado á segundo término la preocupación esencialmente artística é intelectual que distinguió al decenio anterior. Multitud de inteligencias que, en épocas más normales ó menos agitadas, hubieran aportado toda su energía á una labor sosegada, á una producción serena y libre de todo empeño tendencioso, no han resistido ahora á la desviación impuesta por las circunstancias y por la presión formidable del ambiente. Los artistas más puros y más incontaminados, han debido abandonar su torre de marfil y bajar al palenque. El mismo público literario se ha visto en el trance de disipar su atención, repartiéndola entre el libro nuevo y la polémica de actualidad, entre un estreno y un mitin, entre un concierto ó una exposición y el manifiesto ó el discurso palpitante.

De aquí que el intelectualismo barcelonés se halle ahora, si no en un momento de desvío respecto de su cometido normal, cuando menos en un instante de vacilación entre dos ideales que por igual lo solicitan y estimulan. Desde su antigua posición contemplativa, quienes más quienes menos, se han dejado arrastrar todos por el ardor militante ó por la expectación febril de la lucha empeñada. De ahí que no pocos acontecimientos de orden intelectual que antes hubieran revestido el carácter de verdaderas solemnidades pasen ahora sin gran resonancia y que, siendo menor el incentivo de la curiosidad ó habiéndose amortiguado la vieja preferencia, el poeta, el escritor y el artista dejen de sentir su escondido pero innegable y eficaz influjo.

Así y todo, desde la última Exposición internacional de Arte se va observando como el preludio de un nuevo despertar de aquellas aficiones adormecidas y de ello es buen testigo la Exposición de auto retratos. Hanla reseñado críticos muy competentes, y yo no tengo competencia en esa especialidad. Mis notas ú observaciones en materia pictórica se reducen á las que puede apuntar sin petulancia un espectador universal y curioso de todas las cosas que conciernen al mundo de la idea y de la belleza. El auto retrato, me parece que no puede constituir un género propiamente dicho: es una mera curiosidad análoga á la autocrítica de los escritores que ha estado algún tiempo en moda. Para el pintor viene á representar lo que las memorias ó confesiones personales para el literato. Visitando el otro día esa interesante manifestación artística, pensaba yo hasta qué punto está capacitado uno mismo así para retratarse como para hacerse objeto de un juicio crítico que merezca este nombre.

Contra esto se invocará el ejemplo de los grandes pintores que han rendido tributo á semejante afición y han perpetuado su propia imágen colocándola entre las figuras de cuadros famosos. Se recordará á Velázquez en las *Meninas* ó á Goya en la *Familia de Carlos IV*. Pero ¿cuántas otras genialidades parecidas no sería posible observar en los cuadros de los maestros, genialidades que aceptamos no por su intrínseca legitimidad sino por el prestigio casi supersticioso con que se imponen á la humanidad los nombres inmortales? Esta pintura «subjetiva» adolece, á mi juicio, de un defecto radical. El hombre no se vé á sí mismo, ni aun corporalmente, como le ven los demás; y aun para verse de alguna manera ha de apelar á medios indirectos, á refracciones, á espejos, á recursos artificiales y muy distintos de la visión espontánea. Esa refracción de la imagen determina casi siempre una refracción psicológica. Por llana y natural que sea una persona, cuando se la retrata deja de serlo y, poco ó mucho, *pose* sin querer. El genio de los grandes retratistas acaso estribe en saber ver el original ó modelo como es en sí, en sus instantes habituales, eliminando aquella parte de afectación, de falsedad ó de violencia que momentáneamente le ofrece en una sesión de taller.

¿Hasta qué punto resulta ello posible, cuando el retratista es el mismo retratado? Acaso es el único que no posee el secreto de su propia individualidad y el retrato que haga de sí mismo el único que no proceda del natural directamente contemplado. Lo mismo suele acontecer en las memorias ó confesiones de escritores notables, tanto que fuera gran error histórico buscar exclusivamente en ellas la clave de un carácter y la revelación íntegra y completa de una vida. Por francos, por sinceros y audaces que parezcan en sus confidencias queda siempre fuera de ellas una incónsciente eliminación, algo que se resiste al análisis subjetivo y que sólo objetivamente y por juicio ajeno puede ser anotado y distinguido. Pues el el auto retrato, como género, resultará siempre un género convencional, subjetivo; un capricho interesante por un día ó porque resulta de interés todo lo que concierne á los artistas de mérito, como ha resultado interesante esta última Exposición de Barcelona, mejor á título de curiosidad que por razones de arte puro y sin aleación de modas pasajeras.

El teatro nos ofrece actualmente movimiento y renovación á que estábamos ya poco acostumbrados. Traducciones de D'Annunzio y de Jones en las sesiones de *Teatre Intim*, resucitadas por Gual; traducciones de Rovetta y Giacosa; algún estreno de Rusiñol y esa ráfaga de poesía juvenil que Guimerá ha titulado *La reina vella*, y á la cual Morera ha añadí do las vehemencias de su música. ¡Qué hermosura de visión ese idilio del gran poeta, cuya fantasía parece haber retrocedido á los instantes más luminosos y lozanos de su mocedad! El éxito de Guimerá como dramaturgo ha hecho olvidar á la última generación su valor extraordinario como poeta propiamente dicho. Cuando se releen sus *Poesíes* de hace treinta años, comprende uno que esa preterición, si bien explicable, es injusta y que, tarde ó temprano, se restituirá á su autor á la categoría que le corresponde entre los líricos más eminentes del siglo XIX.

Desde la grandeza sombría y á veces siniestra de sus composiciones juveniles; desde aquella inspiración solitaria y misantrópica que evoca el recuerdo de Alfredo de Vigny, ha venido á parar á ese delicioso poema de la reina anciana que, en su última ancianidad, vuelve á la tierra natal, para revivir los lejanos y felices días de su niñez sencilla, apacible é ingenua. Allá queda la corte con sus oropeles y vanidades, con sus peligros y sus tragedias: allá ha vivido la reina, transplantada desde el medio inocente y primitivo de sus días infantiles, y ha paseado sus triunfos de mujer, su orgullo de soberana, la diadema real y el insomnio de la ambición... Antes de morir siente el anhelo de revivir su vida pasada y de sumergirse en el seno de la paz, en la beatitud de sus primeros años, reanimando todo el mundo de recuerdos y emociones dormido en la memoria. Y las cosas, y los lugares, y los compañeros de juegos en la remota infancia, y las costumbres ingenuas, guardan para la soberana aquella melancolía que es el espíritu y la voz del tiempo que pasó para no volver. Este es el hallazgo, este es el idilio, digno de Tennyson, que nuestro excelente poeta acaba de ofrecernos y en el cual parece simbolizarse el retorno de su musa, de su «reina vieja,» después de las tempestades y pasiones de una vida de combate, á la quietud primera de la inmortal y bienaventurada poesía.

No por haberse aplazado en Barcelona las fiestas del centenario de Jaime I para que coincidan con el cincuentenario de la fundación de los Juegos Florales, debe ser pasada en silencio esa fecha. Aunque sin solemnidades externas, celébrala en espíritu todo patriota.

En 1208 vino al mundo uno de los varones más verdaderamente grandes que han ilustrado los anales de la península ibérica. La obra política y militar que dejó como legado, extraordinaria para su tiempo, recibió de la Providencia la consagración de las cosas definitivas. No perteneció á aquel linaje de epopeyas, brillantes, pero efímeras y sin solidez, que se desvanecen en cuanto deja de alentarlas el influjo personal de quien las llevó á término. La historia respetó y consolidó esa obra, haciéndosela suya y ciñó á las sienes del Conquistador aquella aureola que resplandece en torno de los patriarcas y organizadores de un pueblo.

En resumen, puede decirse que el hijo de Pedro el *Católico* fijó para siempre el contenido territorial de la confederación aragonesa, tanto por medio de la incorporación de Mallorca y Valencia, como poniendo término, con el tratado de Corbell, al ensueño del imperio pirenaico y á las obstinadas aspiraciones de amalgama con Provenza, «cuya unión no bendijo el cielo,» según la austera frase de Milá y Fontanals. Al mismo tiempo organizó su contenido social y puso las grandes piedras angulares de su estructura política y económica, con el Libro del Consulado de mar para Cataluña, el fuero de Huesca para Aragón y los de Valencia y Mallorca para esos nuevos territorios. Sobre tan vasta cimentación descansó todo el futuro edificio que, á despecho de demoliciones parciales y cuarteamientos, de adaptaciones y retoques sucesivos, pasó á integrar el patrimonio reunido por los Reyes Católicos y conservó dentro de él sus líneas generales hasta el definitivo naufragio del régimen de franquicia en 1714.

Puede decirse que de aquel gran impulso, como de un fecundo embrión, surgió plenamente en Cataluña la vida civil y se originó el tránsito desde la férrea dureza de los castillos al grato tumulto de las ciudades y al hervir de una burguesía de navegantes, mercaderes y productores que fueron el nervio y el músculo y la sangre de dichos Estados.

Una de las condiciones que más resplandece en la figura de Jaime I es el esfuerzo, omnilateral diríamos, con que atendió á todas las exigencias de una civilización naciente y á todas las demandas de sus distintos pueblos, de suerte que cada uno de ellos lo reputase por especialmente suyo y supiese dejar en todos la grata creencia de su predilección. No fué exclusivamente rey de su estirpe, de su comarca, de su espada, de su palacio: fué rey de todos. La tradición conserva su nombre y su recuerdo, con una insólita intensidad que no se observa para ninguno de sus descendientes más cercanos á nosotros. El rey *En Jaume* es todavía el rey por excelencia: el padre y bienhechor de sus pueblos, el primero de los ciudadanos, más todavía que el primero de los funcionarios de un país. De este modo el ilustre suegro de Alfonso el *sabio* ha dejado en la conciencia popular un sedimento ó testimonio inusitado y ciertamente muy superior al testimonio erudito. Este fenómeno, de la permanencia de su recuerdo entre las muchedumbres indoctas; este sobrevivir de su nombre en boca de rústicos pastores y de zafias lugareñas que yo mismo he observado, con íntima emoción, en infinidad de ocasiones, constituye el tributo más grande que pueda recibir monarca alguno. No puede llamarse gloria completa aquella que no invade las capas obscuras de la sociedad y no consigue hacer vibrar al unísono los corazones sencillos. Apoderarse del alma de los humildes, vivir en ella como en un tabernáculo y pasar por el intermedio de ella á la más remota posteridad, esa es gloria suprema, luz del sol que lo alumbra todo, rocío de la noche que todo lo humedece y hermosea y que, como decía Goethe, cae sobre la flor y sobre la boñiga de vaca.

No falta, seguramente, quien no aprecia el valor de esta figura por juzgarla con arreglo á los últimos postulados de la política de nuestros días. Una de las mayores conquistas de la ciencia moderna ha sido la que nos enseña á juzgar lo que fué, no según normas absolutas, sino con relación á la época y con arreglo al ideal de cada siglo. ¡Desgraciados de nosotros si así no lo hiciera nuestra posteridad! ¿Qué sabemos de lo que entenderán por civilización y progreso los hombres del siglo XXX, ni cómo apreciarán muchas de las ideas y las obras que actualmente presumen encarnar aquel espíritu y ser las avanzadas de lo futuro? No, amigos míos: no seamos como aquel crítico ó gacetero de 1812 que hacía un juicio implacable del *Sancho Ortiz de las Roelas*, de Lope de Vega, porque daba del poder de los reyes y de los derechos de los ciudadanos una idea opuesta á los sabios é inmortales principios de la Constitución de Cádiz. Si Lope de Vega no pudo tener presente lo que Argüelles y Muñoz Torrero decidirían poner en la susodicha Constitución, ¿cómo pudo Jaime I presumir ni adivinar lo que vendría á decirnos Hervé setecientos años más tarde? No. Nuestro deber es juzgar y estudiar la figura de ese monarca dentro del cuadro de su época y en relación con sus contemporáneos, con la herencia que recibió de su antecesor, con los principios entonces dominantes en el mundo, con la memoria que dejó entre su inmediata descendencia, espejo donde se acrisola la gratitud ó la repulsión de las muchedumbres... Si estos testimonios le son favorables, el sentido histórico nos obliga á concluir que aquel hombre, no obstante sus errores y sus excesos, ha sido un factor del progreso humano, un componente de lo actual, un colaborador interesantísimo en la obra nunca empezada ni interrumpida de las evoluciones sociales.

MIGUEL S. OLIVER.



En el camino he visto á ese gato feliz que al sol se lame...

PEQUEÑAS TRAGEDIAS DEL HOGAR

PIZQUITA

La presencia de un gato que ha salido á la calle para tomar el sol, cuando este gato es lindo y cuando en una constante variación de posturas se asea, cuidadoso, bien pasando su lengüecilla por la espalda, ya humedeciéndose las puntas de las manos para untarse la cara, haciendo un tenue mohín de pulcritud, es sin disputa un espectáculo gracioso.

Si sois amigos de las bestezuelas, si caminais reposadamente por la calle inundada de sol otoñal y de improviso ese gato gentil y pulquérrimo se os aparece, es seguro que detendréis vuestra marcha para estaros un punto quietos en su contemplación, y á buen seguro que una sonrisa de benignidad, de simpatía, se irá prolongando en vuestra boca mientras con lento paso regresáis al hogar.

Mas yo, ante ese diminuto ser que se lava con todo el esmero de una mocita y que se pule y se acicala como una coqueta, plegué mis labios un poco rencoroso y me agité en un rápido movimiento de ira.

No vayais á creer que ese gato me ha hecho alguna maldad. Nunca ha atentado contra la merluza que compró mi cocinera. No ha dormido jamás sobre mi cama, dejando un hoyo en los colchones. No ha jugueteado tampoco sobre mi mesa, ni ha puesto en dispersión mis papeles.

Yo he mirado á este gato con rencor, porque este gato es lindo, juvenil, alegre, y yo tengo otro triste y enfermo. Pero vosotros no podéis penetrar en toda la profunda, la espantosa congoja que me invade.

Considerad.

Yo vivo con mi hermana. Ambos tenemos el pelo blanco, sufrimos males que á la edad se achacan y nuestra voz, desposeída de todo entusiasmo, susurra por las noches grandes conversaciones triviales sobre cosas fútiles.

Y yo he de haceros una gran confidencia que os ruego recatéis. Me aburre Paquita. Si ella lo sospechase, tal vez no me entrara todas las noches al gabinete mi gran tazón de caldo, quizás no se cuidara de que cuando yo llego esté la chimenea crepitando con alboroto, acaso no me persiguiera su voz cuando yo, díscolo, salgo á la calle sin la bufanda, gritándome entre benigna é irritada:

—Vas á pillar una pulmonía.

Yo no quisiera que sepa Paquita que su presencia me aburre. La idea de entristecerla me agobia.

No sabe de política. No participa de mi admiración por Prim. Tampoco quiere que le hable de asuntos históricos. Desconoce el deleite que tiene para un viejo remover los pasados días.

Un día, la portera compareció con un envoltorio.

—Les traigo un regalo.

La rodeamos con avidez. Desdobló unos papeles, desplegó una arpillera y entre sus manos vimos un cachorro de gato, con su rabito muy puntiagudo, sus asombrados ojos, su vocecilla tenue. Era tan lindo, que lo aceptamos por compañero de nuestro hogar. En la cocina, cerca del fogón, le urdimos un lecho.

Allí iba mi hermana cada dos horas con una jícara llena de leche y una cuchara. *Pizquita* abría su boca torpemente. Más torpemente mi hermana le vertía la leche sobre sus fauces sonrosadas.

De esta manera el gato hízose un jovial mozalvete, risueño, audaz, entrometido.

¿Vais comprendiendo lo alegre de mi vida? Al despertarme subíase *Pizquita* sobre mi lecho, ganoso de jugar con mi nariz. Recorría luego todo mi cuerpo, buscando acomodo para reposar. Desdeñaba la cabeza y el cuello. En el abdómen deteníase un instante. Bajaba hasta las piernas y como le parecieran flácas y duras, volvía al abdómen y ¡zás!, hacíase una rosca y se ponía á dormir.

Al regresar de la oficina referíanme siempre alguna nueva hazaña de nuestro amigo. Y aparecía *Pizquita* solemne, cínico, relamiéndose con inaudita fruición. Y yo, ¿por qué no decirlo?, poníame á reir alborozadamente.

A las tardes armaba grandes carreras por el pasillo, brincaba de la mesa al armario, destrozaba los flecos de una cortina, espurriaba de gotitas sutiles la más rica randa, el más gracioso encaje que urdía mi hermana con sus bolillos.

Y por las noches, tras de cenar, leía el periódico. ¿Qué otra cosa hacía, pues, sentado gravemente ante *La Epoca*, insensible á mis siscos, suspenso en una íntima meditación?

Mi hermana y yo hemos llegado á convenir que ambos estamos un poco lelos por el micifuz. Primeramente regañábamos, echándonos en cara nuestra obsesión por *Pizquita*.

Luego hemos prescindido de reprendernos y hemos llegado á convenir en que ninguno podemos vanagloriarnos de sentir hacia *Pizquita* indiferencia ni desdén.

Figuraos...

¡Oh! Tú, hombre que tienes grandes preocupaciones de banca, ó tú, afortunado mortal en cuya casa existen esos seres diabólicos á quienes llamas hijos, vosotros encontraréis incomprensible el hecho de que un hombre pueda poner en un gato todo su amor y su divertimiento.

Pero tú, solterona, que posees esa linda perrita que duerme sobre ti, que come sobre ti, que sobre ti se rasca y se sacude, y tú, viuda, que tienes un loro al que le das azúcar entre los dientes, vosotros comprenderéis todo cuanto *Pizquita* influye en este viejo solterón y en esa vieja solterona, en cuya casa fría no penetra un soplo de actividad ni suena alegre la voz de un niño.

Y he aquí que una noche mi hermana vino trémula al gabinete para decirme:

—*Pizquita* está malo.

La seguí tembloroso. Por el camino continuó:

—Se ha comido el besugo y le ha sentado mal.

Un gran rencor contra el besugo se apoderó de mí. Arribamos á la cocina. En su lecho, convertido en un rebujo, yacía *Pizquita* alentando con ansia.

Yo me precipité á la botella del aceite como á gran remedio.

—Dale dos cucharadas.

Mi hermana se las hizo tragar. Una hora después *Pizquita* empeoraba. Le toqué suavemente, pero se estremeció de modo tan violento, que retiré la mano.

Pasó otra hora. Era la media noche.

Yo me puse el sombrero y salí. Avidamente busqué un veterinario.

Era un hombre de aspecto zafio. Lo recuerdo con profunda antipatía. Ante el triste espectáculo que *Pizquita* presentaba no se emocionó. Trincó al gato de las ancas, lo elevó en vilo, le tentó la barriga.

Mi hermana y yo seguíamos anhelantes el reconocimiento.

Después sacó una pócima que hizo tragar á *Pizquita*, atarazándolo para evitar que la arrojase fuera de la boca.

Después gritó:

—Ea, señores, que ustedes descansen. Eso del gato no tiene cura. Mañana al cajón, para el basurero.

No lo asesiné. Se marchó. Nos pasamos en vela la noche. *Pizquita* estremecíase convulsivamente. A la mañana vimos que se moría.

Yo tuve que salir para mi oficina inevitablemente. El regreso, que he procurado acelerar, ha sido de zozobra y de angustia.

En el camino he visto á ese gato feliz que al sol se lame, mientras el mío tal vez agonice.

¡Oh! Pero á mí me anima la confianza. Enderezo mis pasos. Observo la calle. Nada anormal ocurre. El tabernero ríe, el peluquero charla, las lindas vecinitas, como siempre, se asoman al balcón. Mi portera cose apaciblemente. *Pizquita* no ha muerto. No es posible que cosa esta mujer con tanto sosiego á la vista de una hecatombe.

Asciendo la escalera. Unos vecinos me detienen para charlar de cosas superfluas. Llamo. La criada me abre. Cuelgo mi capa, dejo mi bastón, doy unos pasos por el gabinete. Siento á mi corazón como acelera sus sacudidas, mientras mi voz, cobarde, no puede interrogar.

Llega mi hermana aparentando indiferencia, simulando tranquilidad. Nos sentamos sin saber por qué y reina un gran silencio embarazoso, en el que nada podemos decir.

Pasan unos minutos. El reloj, irónico, cuchichea en la pared. El viento brama, rozando los cristales.

Yo me levanto, cruzo el pasillo con decisión y llego á la cocina. Sobre el fogón hay un lecho vacío.

—*Pizquita*, grito, ven. Ven, monín. Anda, que soy yo.

Un vasto silencio repercute en la casa.

Allá, muy lejos, en el confín del corredor, mi hermana llora desconsoladamente.

LUIS DE ANTÓN DEL OLMET.

(Dibujo de Calderé.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS

DE ARTISTAS CÉLEBRES

VI

Pedro Pablo Rubens. – Nació en Amberes, Colonia, Siegen ó Harselt (pues no ha podido fijarse con exactitud en cuál de las indicadas ciudades tuvo efecto su nacimiento) en 1577 y murió en Amberes en 1640. Dedicóse al cultivo de las Letras, de la Filosofía y de la Jurisprudencia, ingresando después como paje en la casa de la condesa de Lalein, de donde salió por no acomodarse á las exigencias de su cargo. Intimó con el pintor Venio, de quien recibió utilísimas lecciones, aprovechándolas de tal suerte, que muy pronto dióse á conocer como excelente artista. A sus extraordinarias cualidades y vasta ilustración debió la consideración y simpatía que mereció de diversos magnates y monarcas, cabiéndole la gloria de desempeñar gestiones diplomáticas de tal importancia como la de lograr se firmara un tratado de paz entre España é Inglaterra. Visitó Francia, Italia, Inglaterra y España, dejando en cada uno de dichos países obras notabilísimas y grato recuerdo de su talento é hidalguía. Tantos méritos y extraordinarios servicios fueron cumplidamente recompensados con honores y señaladas distinciones, causando su muerte general sentimiento, considerándose su pérdida en su patria como una gran desgracia. Extensísima es la relación de las obras que legó á la posteridad, que se hallan distribuídas en los principales Museos, cabiéndole al de Madrid la suerte de poseer considerable número de ellas.

Domingo Zampieri. – Apellidóse el *Dominiquino,* nació en Bolonia en 1581 y murió en Nápoles en 1641. Perteneciente á una modesta familia y con singular inclinación á la pintura, fué discípulo de los Carracci, logrando, á fuerza de estudio y perseverancia, ser el dibujante más exacto y correcto de entre todos sus condiscípulos. Dicen sus biógrafos que componía muy despacio, meditando antes de pintar. Estudiaba la naturaleza, y los modelos y sus obras revelan, á pesar de su sencillez, cierta grandeza, propia de la inteligencia y sentimiento del artista. Ejecutó obras notables al fresco y al óleo, que demuestran cuán justificada fué la protección que le dispensaron el pontífice y varios cardenales. Sus émulos, los artistas napolitanos, amargaron su vida con sus continuas amenazas y los grandes pesares que le produjeron, llegando á tanto su encono, que después de muerto borraron una de sus más hermosas obras, ejecutada en la capilla del Tesoro de la catedral de Nápoles.

José de Ribera. – Nació en San Felipe de Játiva (Valencia) en 1588 y murió en Nápoles en 1656. En Valencia y en el taller del celebrado pintor Francisco Ribalta comenzó sus estudios, que continuó en Italia, desdeñando la protección que se le ofreciera, para consagrarse por completo, sin recursos y arrostrando toda clase de privaciones, á satisfacer todas sus ansias. Trasladado á Nápoles, enlazóse con la hija de un rico tratante en cuadros, que al procurarle holgada posición, le permitió dedicarse á sus naturales tendencias, representando los grandes efectos dramáticos, el dolor físico y los rigores de la edad. Difícil sería enumerar, en breve espacio, la cuantía de la labor realizada por tan preclaro artista y de la estima en que se le tuvo, hasta el extremo de que por sus honores y riquezas vivió como un príncipe, rodeado de fastuosidad. Sus cuadros titulados *San Bartolomé, San Jerónimo, El descendimiento, Sansón y Dalila,* etc., serán siempre considerados como obras magistrales del preclaro artista valenciano, á quien, por razón de su nacionalidad y corta estatura, se apellidó el *Espagnoleto.* A fuer de imparciales hemos de hacer constar que á sus grandes méritos como artista opónense sus condiciones morales, puesto que preparó y llevó á cabo acciones sumamente censurables contra aquellos artistas de reconocida valía que suponía podían dificultar y obscurecer su glorioso camino.

Monaguillo, dibujo de J. Berga y Boada

Juan Mannozzi. – Apellidado *Giovanni da San Giovanni,* nació en San Giovanni en 1590 y murió en 1636. Contrariada su vocación, huyó de la casa paterna, trasladándose á Florencia, en donde ingresó en el taller de Rosselli, aplicándose al estudio de la pintura, la arquitectura y la perspectiva. Sobresalió en las composiciones al fresco, ejecutando trabajos importantes en Florencia, Roma, Fiesole, etc. También pintó cuadros al óleo, que si bien son dignos de encomio, son menos estimados, dándose, por lo tanto, preferencia á la primera clase de dichas producciones.

Juan Francisco Barbieri. – Nació en Cento, cerca de Ferrara, en 1591 y murió en Bolonia en 1666. Perteneciente á una humilde familia, debió su educación artística á su propio esfuerzo. La primera obra de empeño que produjo, representando á *San Guillermo recibiendo el hábito religioso,* le procuró un triunfo y formó la base de su reputación. Establecido en Roma, pintó uno de los techos del palacio Ludovisi por encargo de Gregorio XV, así como la hermosa composición *El martirio de Santa Petronila* para la iglesia de San Pedro. En su pueblo natal, en Plasencia y en Bolonia produjo otras obras no menos apreciables, habiendo dedicado la fortuna adquirida por medio de continuo trabajo á socorrer á los pobres y siendo el bienhechor de sus discípulos y compañeros necesitados.

Jacobo Callot. – Nació en Nancy en 1593 y murió en 1635. Fué pintor, hábil dibujante y excelente grabador. Hijo de noble familia, trataron de contrariar sus aficiones artísticas, por cuyo motivo abandonó el hogar paterno cuando contaba doce años, marchando á Italia agregado á una banda de gitanos. Allí pudo librarse de sus compañeros de viaje, aprendiendo á pintar y grabar en Roma, no tardando en demostrar su habilidad y excepcionales aptitudes. Prefirió grabar al aguafuerte que al buril, complaciéndose en representar escenas tumultuosas, asedios, haraposos, etc., que dibujó con claridad y limpieza. Sus cuadros son muy raros; en cambio, los grabados que se conocen ascienden a más de mil quinientos, debiendo mencionarse de entre ellos *Las miserias de la guerra. Los suplicios, La toma de Breda, La toma de la Rochela, Las ferias,* etc.

Jacobo Jordaens. – Nació en Amberes en 1592 y murió en la misma ciudad en 1635. Discípulo y yerno de Adam van Oort, dedicóse al cultivo de la escuela italiana, especialmente de las obras de Tiziano, Veronés y Caravagio, sin abandonar su país natal, singularizándose por lo ingenioso y expresivo de sus composiciones, por la brillantez y vigor del colorido, comparable al de Rubens, de quien fué amigo muy querido, y por la armonía de la entonación que se admira en sus obras, entre las que debemos citar *Concierto de familia, La huída de Egipto, Los mercaderes arrojados del templo, Los cuatro evangelistas, Pan y esfinge, Jesús en medio de los doctores,* etc. Su facilidad extremada y su gran laboriosidad le permitieron producir muchas obras notables y adquirir en poco tiempo una fortuna considerable.

Pedro Berrettini de Cortona. – Nació en Cortona en 1596 y murió en Roma en 1669. En los comienzos de su carrera tuvo que soportar todos los rigores de la pobreza, debiendo al cardenal Sachetti, que tuvo ocasión de ver algunos de sus dibujos, los recursos necesarios para atender á sus necesidades y recibir provechosas enseñanzas en el taller del pintor Carpi, en Roma. Lentos fueron sus progresos en los primeros años, adquiriendo después tal facilidad en la producción, que sorprende por lo cuantiosa la labor que llevó á cabo durante su vida, si bien adolecen sus obras de ciertas incorrecciones, que no impiden apreciar las bellezas del colorido y los efectos que perseguía el artista. Entre sus más notables trabajos hemos de citar un fresco para la iglesia de Santa Bibiana, que pintó por encargo del papa Urbano VIII, los techos del palacio Barberini, de Roma, y el de Pitti, en Florencia, así como sus pinturas al óleo *Santa Inés, La conversión de San Pablo, Daniel en la cueva de los leones,* etc. Llegó á poseer tan considerable fortuna, que pudo hacer construir á su costa la iglesia de Santa Martina y San Lucas, en donde fué sepultado, y ofrecer, para su sostenimiento, un donativo de 500.000 liras.

Justo Sustermans. – Nació en Amberes en 1597 y murió en Florencia en 1681. Comenzó sus estudios en el taller de Vos, fijando al cabo de algunos años su residencia en Florencia, en donde logró granjearse las simpatías de los duques Cosme y Fernando de Médicis y la consideración de sus contemporáneos. Entre sus obras merecen citarse las tituladas *Fernando II recibiendo el juramento de fidelidad, Victoria de la Rovese, La princesa Claudia, La muerte de Sócrates,* etc. – Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres



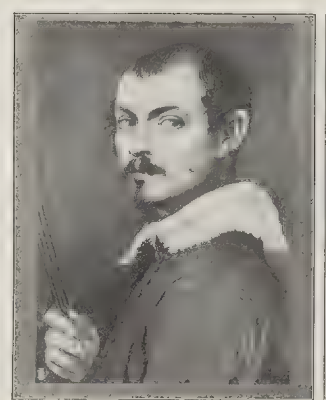
Pedro Pablo Rubens, flamenco (1577-1640)



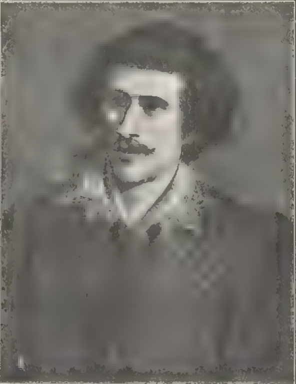
Domenico Zampieri, italiano (1581-1641)



José Ribera, español (1588-1656)



Juan Manozzi, italiano (1590-1636)



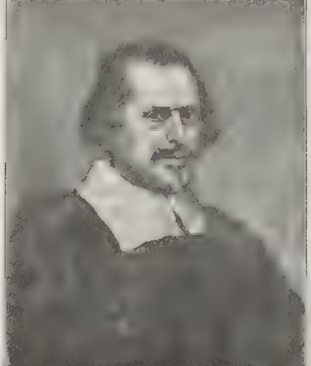
Juan Francisco Barbieri, italiano (1591-1666)



Jacobo Callot, francés (1592-1635)



Jacobo Jordaens, flamenco (1593-1678)



Pedro Berrettini, italiano (1596-1669)



Justo Sustermans, flamenco (1597-1681)

LÁMINA. 6.ª – DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI (la del retrato de Ribera es de BROGI). (Reproducción autorizada.)

EL REGICIDIO DE LISBOA.— Proclamación del nuevo rey

Un crimen abominable ensangrentó las calles de la capital portuguesa en la tarde del 1.° del corriente mes. Mortalmente heridos por manos de alevosos asesinos, cayeron á un mismo tiempo el rey Carlos I y el príncipe Luis Felipe, heredero presunto del trono, salvándose milagrosamente de la odiosa agresión la reina D.ª Amelia y el príncipe Manuel, hoy proclamado ya soberano de Portugal.



El rey D. Carlos de Portugal



La reina Doña Amelia



El príncipe heredero Luis Felipe

Toda conciencia honrada ha de sublevarse ante ese acto de salvajismo, que ninguna consideración justifica; así, todos los pueblos civilizados, todos los gobiernos, desde los más autócratas hasta los más radicales, todos los políticos no cegados por su sectarismo que, en ocasiones como esta, resulta repugnante, han protestado unánime y sinceramente contra el infame regicidio, que nadie podía prever, ni aun aquéllos que veían con recelo la situación creada en el reino lusitano por la dictadura de Franco, y que anatematizan hasta los mismos que combatían rudamente la obra persecutoria y duramente represiva del dictador.

El partido republicano portugués, sin negar que trabajaba en pro de una revolución que derribara á los Braganza, ha rechazado toda complicidad, no ya material, pero ni siquiera moral en el crimen consumado, y todo induce á creer que éste ha sido obra de algunos exaltados, enemigos de todo lo que signifique principio de autoridad ó soberanía, ora encarne ésta en un rey, ora se halle en manos de un presidente de república.

El hecho ocurrió, según la versión más verosímil, del modo siguiente:

La familia real, que había ido á Villaviciosa con motivo de celebrarse allí una feria, regresó á Lisboa á las cuatro y media de la tarde, desembarcando en el arsenal. Los reyes, el príncipe D. Luis Felipe y el infante D. Manuel subieron á un landó y en otros carruajes las demás personas del séquito. Púsose en marcha la comitiva y al llegar el coche á la esquina que forman la plaza del Comercio y la calle del Arsenal, de un grupo que estaba apostado en aquélla salieron algunos disparos y uno de los asesinos se acercó al coche, disparando varias veces contra el rey y el príncipe Luis Felipe. La reina Amelia, de pie, intentó cubrir con su cuerpo el de su hijo y con un ramo que le habían entregado á su llegada golpeó en la cara al asesino. La confusión que se produjo fué espantosa, y la policía y los soldados dieron allí mismo muerte á tres de los regicidas.

El coche regio regresó inmediatamente al arsenal para que pudieran ser auxiliados los heridos; pero desgraciadamente los auxilios fueron inútiles: el rey había muerto ya y el príncipe Luis Felipe murió pocos momentos después. El infante D. Manuel había recibido una herida, por fortuna leve, en un brazo.

El gobierno portugués se reunió en seguida para adoptar las resoluciones que la gravedad de las circunstancias exigían, siendo la primera de ellas proclamar rey al infante D. Manuel. En los primeros momentos convínose en que el Sr. Franco continuara en el ejercicio de sus funciones; pero, á consecuencia de una reunión del Consejo de Estado, á la que asistieron los jefes de todas las fracciones monárquicas, las reinas doña Amelia y doña María Pía y el infante duque de Oporto, el dictador y sus ministros presentaron la dimisión, que les fué aceptada por el rey, quien encargó la formación del ministerio al almirante Ferreira.

El nuevo gobierno es de concentración y en él figuran hombres notables de todos los partidos monárquicos; se propone seguir una política pacificadora y ha derogado ya los principales decretos del dictador Franco, concedido una amplia amnistía, puesto en libertad á muchos presos políticos y suprimido las medidas excepcionales por aquél adoptadas contra la prensa.



D. Manuel II, proclamado rey de Portugal

Esta conducta del gobierno Ferreira ha tranquilizado los espíritus en Portugal y cabe esperar que alrededor del nuevo monarca se agruparán todos los elementos de orden.

D. Manuel II cumplió en 15 de noviembre último diez y ocho años, que es la mayor edad fijada por la constitución de Portugal para el monarca, y sus primeros actos parecen indicar que sabrá responder á las esperanzas que en él tiene puestas el pueblo lusitano. He aquí el texto de su primer manifiesto al país:

«Portugueses. Un abominable atentado ha llenado de amargura mi corazón de hijo amantísimo y de afectuosísimo hermano, y de duelo á la familia real y á toda la nación, poniendo prematuramente término á la preciosa vida de Su Majestad el rey Carlos I, mi augusto y muy amado padre, y á la de Su Alteza Real D. Luis Felipe, mi hermano muy querido.

»Sé que la nación comparte mi dolor extremado y siente la mayor indignación contra el crimen espantoso, sin precedente en la historia portuguesa, que ha puesto fin inopinadamente al reinado de un soberano bueno, justo y amado, y ha destruído las esperanzas que podían cifrarse en un príncipe notable por sus virtudes y sus cualidades.

»En estas desgraciadas circunstancias, véome llamado por la Constitución de la monarquía á presidir los destinos del reino. En el cumplimiento de esta elevada misión haré cuanto pueda para el bien de la patria y para merecer el afecto del pueblo portugués.

»Conformándome con las reglas de la Constitución, juro mantener la religión católica y romana y la integridad del reino, guardar y hacer guardar la Constitución política de la nación portuguesa y las demás leyes del reino y trabajar por el bien general, comprometiéndome á renovar muy pronto este juramento ante las Cortes portuguesas.»

D. JAIME EL CONQUISTADOR. En el 7.° centenario de su natalicio



D. Jaime I el Conquistador, copiado de un retrato del siglo XV, procedente del Consistorio de Valencia

El día 2 de febrero de 1208 nació en el palacio de los Tornamira, en Montpeller, este monarca, uno de los más grandes, no ya de la historia de España, sino también de la historia de la humanidad.

Pocos reyes han subido al trono en condiciones más desfavorables que el *Conquistador;* pocos han alcanzado gloria más merecida. No es posible hacer en este lugar una reseña, ni siquiera suscinta, del largo y prodigioso reinado de este soberano, que si fué grande como guerrero, no menos lo fué como legislador y como político; limitémonos, pues, á reproducir el hermoso párrafo sintético que á D. Jaime dedica, en su *Historia de Cataluña*, el historiador y poeta eminente Víctor Balaguer.

«Viste la cota de malla á los nueve años; á los once manda ya ejércitos y hace sus primeras armas; á los veinte gana un reino; antes de los veinticinco cuenta á un rey moro entre sus cortesanos; con sólo el terror que inspira su nombre, conquista un país; las Baleares, Valencia y Murcia nacen por él á la luz y á la vida de la civilización cristiana; desprecia el ser rey de León; olvida y desprecia sus derechos al trono de Navarra; gana reinos para otros, como le sucede en Murcia, y le quedan los bastantes para repartir entre sus hijos y hacerles á todos reyes; sienta á dos de sus hijas en los tronos de Castilla y de Francia, y de las demás, la una muere princesa y la otra santa; crea baronías para sus bastardos que llegan á ser troncos de ilustres linajes; los infieles se apresuran á rendirle parias; los príncipes cristianos le toman por juez en sus contiendas; el papa le da asiento en los concilios y le escoge entre todos los reyes para capitán de una cruzada á Tierra Santa; el Kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le envían dones y le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpeller, y para que nada falte á la gloria del que á un mismo tiempo que empuña la espada maneja la pluma, del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, las leyendas piadosas de los pueblos nos lo muestran á través de sobrenaturales portentos y haciendo asombro del cielo al que no les basta con ver asombro de la tierra, dicen que el Espíritu Santo le infundía su ciencia, que la Virgen se presentaba á curarle en Montpeller y que San Jorge militaba á su lado en las batallas convertido en soldado de las barras de Aragón.»



Monedas de D. Jaime I el Conquistador

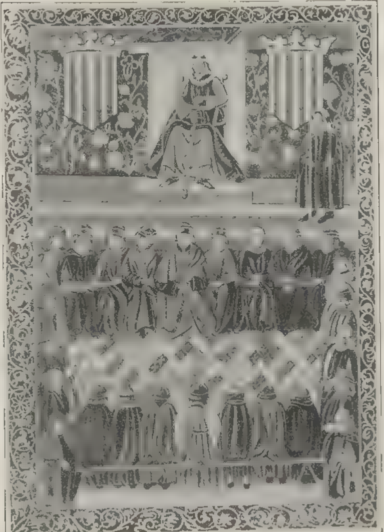
Para conmemorar el 7.° centenario del natalicio de Don Jaime, hanse celebrado en Montpeller solemnes fiestas, á las cuales han acudido representantes de todos los pueblos que por él fueron gobernados. Cataluña, las Baleares, Valencia, Aragón, Rosellón y Provenza se han juntado en estrecho abrazo; los corazones de todos han latido á impulsos de un mismo sentimiento, y de todos los labios han brotado palabras de amor y de entusiasmo, recordando aquellos tiempos en que constituyeron una de las más poderosas naciones bajo el cetro de aquel monarca que, como dice una lápida conmemorativa colocada en 1890 en la Torre de los Pinos, resto único de las antiguas murallas de Montpeller, «conquistó tres reinos á los sarracenos, dió justas leyes á sus pueblos, amparó á los humildes y protegió á los labradores, á los mercaderes, á los sabios y á los trovadores.»

Y á esas palabras de amor y entusiasmo que pronunciadas en provenzal, en castellano y en catalán resonaron, así en la afectuosa recepción de la *Mairie*, como en la grandiosa ceremonia de la Torre de los Pinos; en la magnífica función de gala del Gran Teatro y en el fraternal banquete de la «Coupo Santo» con que los felibres obsequiaron á sus hermanos de España, asociáronse las autoridades, las corporaciones y el pueblo entero de Montpeller que, durante la breve estancia de nuestros compatriotas en aquella ciudad, no cesaron un momento de prodigarles las más sinceras y elocuentes muestras de simpatía y cariño.

También en Barcelona se han celebrado con el mismo motivo algunas solemnidades, proyectándose además grandes festejos que coincidirán con los que se organizan para celebrar el cincuentenario de los Juegos Florales. Nuestra ciudad debe singular homenaje á Don Jaime I, puesto que él fué quien le otorgó libertades especiales y le dió vida propia con aquel admirable y famoso «Consejo de Ciento,» modelo de instituciones democráticas, que respetaron todos los reyes, que mereció de las naciones extranjeras los títulos de *sabio* y de *ilustre*, y al cual debieron Barcelona y Cataluña entera seis siglos de prosperidad y de gloria. — L.



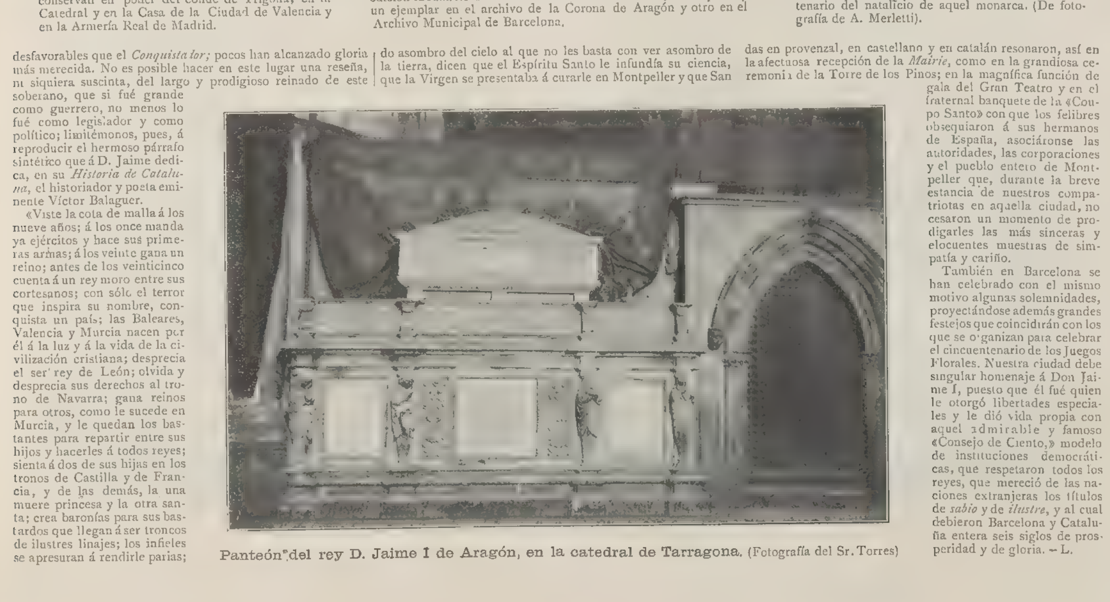
Objetos históricos de Valencia y de su Conquistador D. Jaime I. Los originales se conservan en poder del conde de Trigona, en la Catedral y en la Casa de la Ciudad de Valencia y en la Armería Real de Madrid.



D. Jaime presidiendo las cortes de Lérida en 3 de marzo de 1242. Copia de una miniatura que hay al frente de la edición incunable de las Constituciones de Cataluña, de la que hay un ejemplar en el archivo de la Corona de Aragón y otro en el Archivo Municipal de Barcelona.



Barcelona.—La estatua de D. Jaime I el Conquistador que hay en la fachada de las Casas Consistoriales, adornada con motivo del 7.° centenario del natalicio de aquel monarca. (De fotografía de A. Merletti).



Panteón del rey D. Jaime I de Aragón, en la catedral de Tarragona. (Fotografía del Sr. Torres)



Sumisión de las tribus y de los habitantes de Ber Rechid al general d' Amade



Ber Rechid.—Entierro de los soldados franceses muertos en la batalla de Settat



Los prisioneros de la mehalla de Muley Hafid conducidos á Ber Rechid



El rey presenciando el desfile de las fuerzas que cubrían la carrera.—La guardia Real esperando la llegada de SS. MM.



Grupo de cigarreras que ofrecieron un ramo de flores á S. M. la reina Victoria

MONSEÑOR RICHARD

El venerable prelado recientemente fallecido en París había nacido en Nantes en 1818, y después de haber cursado sus primeros estudios en la institución de los Niños nanteses, entró en el seminario de San Sulpicio de París. Ordenado de sacerdote en 1844, siguió en Roma los cursos del Colegio romano, en donde se doctoró en derecho canónico y teología. De



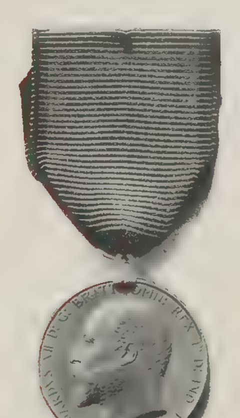
S. E. el cardenal Richard, arzobispo de París, fallecido en aquella capital en 28 de enero último. (De fotografía).

regreso en su ciudad natal, fué secretario del arzobispo y vicario general de aquella diócesis. Nombrado obispo de Belley en 1871, cuatro años después pasó á París como coadjutor del arzobispo Monseñor Guibert, y al fallecer éste en 1886, sucedióle en aquella sede arzobispal. En 1889, el papa León XIII le elevó á la dignidad cardenalicia.

Grandes fueron sus dotes de inteligencia y de ellas dió buenas pruebas en las circunstancias difíciles por que atraviesa la iglesia católica en Francia de algunos años á esta parte; pero mayores aún fueron sus virtudes. Su caridad era inagotable, pues todo cuanto tenía lo dedicaba á limosnas y á otras buenas obras; su fe absoluta, firmísima, le hacía sobrellevar resignadamente las persecuciones religiosas, alentado por la indestructible confianza de que la Francia sería salvada por la Providencia.

Su expulsión del palacio arzobispal, que había sido hasta hace poco su residencia, y la de las hermanas Agustinas del Hospital, hechos en los cuales nos ocupamos oportunamente, fueron para él dos golpes terribles que precipitaron la muerte del sabio y virtuosísimo purpurado.

El entierro del cardenal Richard ha sido una grandiosa manifestación de duelo, en la que ha tomado parte toda la población de París y á la que se ha asociado la nación entera.



ANVERSO REVERSO

Nueva condecoración creada por el rey Eduardo VII de Inglaterra para recompensar los actos heroicos de los mineros. (De fotografía de World's Graphic Press).

UNA NUEVA CONDECORACIÓN INGLESA

El rey Eduardo VII de Inglaterra ha fundado una nueva orden especialmente reservada á los mineros que se distingan por sus actos de abnegación en las catástrofes de las minas que tan frecuentes son en aquel país. La insignia de esta orden es la medalla que adjunta reproducimos y que ha sido recientemente acuñada en la Casa de la Moneda de Londres; tiene en el anverso el retrato de Eduardo VII y presenta en el reverso el salvamento de un minero por uno de sus compañeros de trabajo. La cinta es azul.



MARRUECOS

DESPUÉS DEL COMBATE DE SETTAT

En el número 1.361 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos las últimas operaciones de los franceses en las inmediaciones de Casablanca, entre ellas la toma de Ber-Rechid y el combate de Settat. Los grabados que publicamos en el presente reproducen algunos interesantes episodios relacionados con aquellos sucesos, tales como la sumisión de los notables de las tribus de Ber-Rechid al general d'Amade después que éste se hubo apoderado de aquella pequeña población, el entierro de los dos soldados franceses que fallecieron el 16 de enero á consecuencia de las heridas recibidas el día anterior, y la conducción á Ber-Rechid de los prisioneros hechos en el combate de Settat.



SS. MM. D. ALFONSO XIII



Y D.ª VICTORIA EN SEVILLA

La llegada de los reyes á la hermosa capital andaluza fué verdaderamente una entrada triunfal; aclamaciones, flores, aplausos, cuantas manifestaciones sirven de expansión á los entusiasmos populares fueron prodigados á las reales personas por la población en masa. Y la estancia allí de D. Alfonso y de D.ª Victoria, estancia que ha de prolongarse bastantes días, es ocasión constante de afectuosas demostraciones de respeto y de cariño. El rey por su llaneza, la reina por su belleza y afabilidad y el príncipe de Asturias por los encantos de su inocencia, se han conquistado las simpatías de todos los sevillanos sin distinción de clases, quienes guardarán gratísimos recuerdos de la permanencia entre ellos de la familia real.



PARIS

LOS ÁNGELES GUARDIANES DEL AUTOMÓVIL

Con este nombre significativo han sido bautizados por los parisienses unos agentes ciclistas especiales creados por el Automóvil Club de Francia y que han comenzado hace pocos días á ejercer sus funciones en las calles de aquella capital. Así como los agentes de la autoridad tienen por misión denunciar las infracciones de las leyes y de las ordenanzas municipales en que incurran los automovilistas, los «ángeles guardianes» están destinados á prever y evitar esas infracciones, que muchas veces más que á la malicia son debidas á la negligencia ó á la ignorancia. Así, cuando uno de estos ciclistas ve un automóvil que corre á mayor velocidad de la permitida, ó que deja escapar humo, ó que no tiene las luces encendidas ó lleva el número poco visible, echan á correr detrás de él y le advierten la falta y la responsabilidad en que pueden incurrir. Son pues los verdaderos «ángeles de la guarda» de los automovilistas ya que su objeto es guiar á éstos por el buen camino y librarlos de todo peligro y de todo mal.

El público ha acogido muy favorablemente esa nueva institución que ha de prestar grandes servicios á los *chauffeurs* y á los propietarios de automóviles.

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Papá ministre*, interesante comedia italiana en tres actos, de Rovetta, admirablemente traducida por Narciso Oller, y *Vora'l mar*, zarzuela en un acto, letra de autor anónimo con preciosa música del maestro Alfonso; en Romea, en la tercera sección del «Teatre Intim,» *La victoria dels filisteus*, bonita comedia inglesa en cuatro actos de Enrique A. Jones, muy bien traducida por los Sres. Maristany y Vilaregut; y en el Eldorado *Nunca*, comedia dramática en cuatro actos de D. Francisco Acebal.

En el Palacio de Bellas Artes se ha dado un concierto organizado por el Círculo Artístico con motivo de la exposición de autoretratos. Tomaron parte en él la orquesta del Centro Artístico Musical, bajo la dirección del maestro Sr. Armengol, que tocó escogidas piezas de Bizet, Goberna, Gounod, Saint Saens, la banda municipal dirigida por el maestro Sr. Sadurní, que ejecutó una fantasía de *Tanhauser* y otra de la *Damnation de Faust*, las señoritas Fabregat é Iglesias que cantaron la primera dos canciones de Tosti y la segunda una canción de Ferrer-Vidal y otra de Gremieux, y el Sr. Famadas que cantó el arioso de *I. Pagliacci* y la romanza del tercer acto de *Tosca*. Para todos hubo muchos y merecidos aplausos.

El «Orfeó Barcelonés» y el «Orfeó Canigó» han dado dos audiciones de los *lieder* de Bethoven, contenidos en el tomo primero del «Cançone Selecte», esta interesante y notable publicación llevada á cabo por el distinguido musicógrafo barcelonés D. Joaquín Pena. Las canciones fueron deliciosamente cantadas, en el «Orfeó Barcelonés,» por las señoritas D.ª Adelina Serra y D.ª Juana Aleu, acompañadas al piano por las señoras D.ª Elisa Bertrán de Serra y D.ª Elvira Bertrán, y en el «Orfeó Canigó» por la señorita Fortella.

MADRID. – En el Español se ha estrenado *El preferido y los cenicientos*, comedia en tres actos que se atribuye á D. José de Echegaray y que es una obra simbólico-política alusiva al problema catalanista.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Athenée *Bouts-en-Train*, vaudeville en tres actos de Alfredo Athis; en Folies Dramatiques *Tartelin s'amuse*, vaudeville en tres actos de Enrique Keroul y Alberto Barré; y en el Vaudeville *Un divorce*, comedia en tres actos de Pablo Bourget y Andrés Cury, tomada de la novela del mismo título, original del primero.



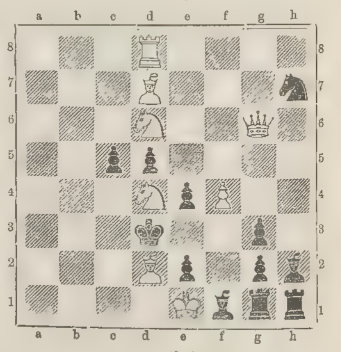
París.— Ciclista perteneciente al cuerpo de agentes creado por el Automóvil Club de Francia, para evitar las contravenciones legales de los automovilistas. (Fotografía de Branger).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 487, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso de Holanda de 1901

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

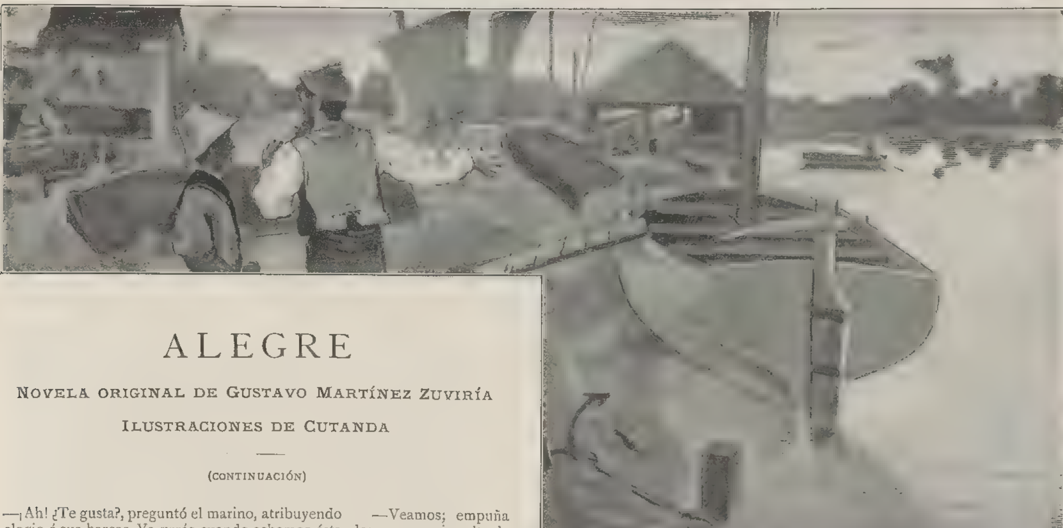
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 486, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Cg2-h4	1. Db1-f1
2. Dh7×e4 jaque	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

VARIANTES

1. ..... Ah2×g3;	2. Dh7-f5 jaq., etc.
g5×h4;	2. Dh7-h5 jaq., etc.
Cg8-e7 ó h6;	2. Ta6×e6 jaq., etc.
CaS-b6;	2. Dh7-c7 jaq., etc.
e4-e3;	2. Ch4-f3 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. Dh7-f5 jaq., etc.



La *Gaviota* será tuya, tuya propia, tú serás su capitán; di, ¿quieres?

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

—¡Ah! ¿Te gusta?, preguntó el marino, atribuyendo el elogio á sus barcas. Ya verás cuando echemos ésta al agua; en cuanto á la otra allí la tienes, á dos varas; mira qué garbosa es, mira con qué gracia se balancea, parece la cuna de un niño mecida por su madre. ¡Ah, la mar! La mar es la madre cariñosa unas veces, severa otras, de todos los barcos. Por cierto que no hay en toda la costa, desde Bahía Blanca hasta Buenos Aires, una embarcación tan primorosa y pulida como esa; mira qué limpia está desde la quilla á los palos; parece recién pintada, color perla, un hermoso color; hace ya tres meses que se lo dí, y... como si hubiera sido ayer, ni una raspadura ni un cacho..., nada...

—¿Es la *Gaviota?*, preguntó Alegre, interrumpiendo la charla del marino.

—Sí, la *Gaviota*. Así lo parece cuando con su velita al viento se va mar adentro, hundiendo su proa en la espuma de la resaca. Como es blanca, cualquiera al verla de lejos la tomaría por una gaviota enorme.

—¡Qué linda! ¿Y la grande, es la *Parma?*

—Sí, chico: el nombre de mi pueblo, ¡hermoso pueblo por cierto!

—¿Y qué es lo que tiene ahora?

—¡Qué curioso eres! Pues lo que tiene es poca cosa, una raspadura que me hizo un pícaro guijarro ayer tarde. Iba costeando, el viento era fuerte, quise arreglar la vela, solté el timón y la barca se torció, dando un bandazo contra una roca. Apenas pude traerla á fuerza de remo y botador; cuando atraqué en el muelle, había embarcado ya tres toneladas de agua. Pero no es más que un rasguño; ya está cerrado; ahora lo calafateo, le doy una mano de pintura, y al agua, porque las barcas no pueden vivir sin mojarse la barriga.

Ludovico comenzó la tarea. Alegre devoraba con los ojos las embarcaciones, sobre todo á la *Gaviota*, tan airosa, tan limpia, tan pulida, cuyos aparejos veía en el fondo.

¡Qué no hubiera dado por subir á ella!

No se atrevía á descubrir su deseo, y se contentaba con mirarla de lejos. Después se acercó á ella, atrájola tirando de la amarra y saltó á bordo. Ya no se pudo contener.

—Padre Ludovico..., dijo, y no continuó.

—¿Qué decías, muchacho?, respondió el otro sin alzar la cabeza.

—¿No quiere usted que dé un paseito en la *Gaviota?*

—¿Tú, Alegre?

—Sí, ¿por qué no?

—Pero es que no conoces la maniobra.

—¿Que no? ¡Ya lo creo! El tío Delfín me decía siempre que sería un buen grumete.

—Que serías, sí, no dudo; pero...

—Lo soy ahora, padre Ludovico, no digo que muy bueno, pero lo bastante para saber dar unas cuantas bordadas.

—Vamos, te has enamorado de la *Gaviota*.

—No, padre Ludovico, se lo aseguro. ¿Quiere ver si conozco ó no la maniobra?

La mosca de la curiosidad acabó por picar al marino, que soltó las herramientas y se acercó á Alegre.

—Veamos; empuña los remos y sin soltar la amarra rema; con esto veré si sabes ó no.

El negrillo no quiso oir más, y sin desatar el bote remó, haciendo todos los movimientos que le permitía la cadena.

—¡Hombre!, no lo hubiera creído; algo es eso.

—Y sé más, mucho más.

—¿Sí? Bueno, desata la amarra y procura cruzar el río. Loco de alegría desató en un periquete la amarra, viró en redondo y remó vigorosamente hasta tocar la orilla opuesta.

¡Ya, ya! ¡Eso marcha!, gritaba desde el muelle el marinero. Bien, muy bien; un tanto flojillo, pero se ve que sabes. Ahora atención; está soplando una brisita de la mar, iza la vela y lárgate río arriba nada más que hasta los árboles; cuidado con irte más allá.

¡Oh! Aquello era digno de verse; eso era navegar. El negrillo, á popa, con la caña en una mano y la escota de la vela tendida al viento en la otra, se dejaba llevar por la brisa. Alegre era todo un grumete; los meses pasados sin ver agua no le habían hecho olvidar las lecciones del tío Delfín.

En pocos minutos, aguas arriba, llegó hasta el linde del espeso bosquecillo que bordeaba el río á unos trescientos metros de la desembocadura. Allí viró de bordo, orientó la vela, y ciñendo al viento descendió corriente abajo, yendo á atracar al muelle con tanta seguridad y limpieza en la maniobra, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

—¡Bravo, muchacho! Razón tenía mi hermano en decir que serías un buen grumete; y lo eres, y con el tiempo puede que llegues á ser algo más. Dime, ¿conoces la maniobra del aparejo en un buque grande?

—¡Cómo no! Es lo que el tío Delfín me enseñó más, sólo que cuando el viento es muy fuerte...

—¡Ya, ya! ¿No te alcanzan las fuerzas, eh? No importa, eso vendrá con el tiempo. Pero si conoces la maniobra, puedo llevarte conmigo en la *Parma* para que me ayudes.

—¿Mañana?

—No, mañana, no; tengo ya contratados dos muchachones del pueblo; y la maniobra de mañana será pesada; otro día, hay tiempo. Ahora amarra el bote, bien amarrado, no sea que el viento se lo lleve.

El negrillo, aunque sintiendo dejar tan pronto la barquilla, obedeció; arrolló la vela, bajó el palo y agachóse á proa para amarrar la cadena al muelle.

Pero no había contado con la huéspeda.

Tell no le perdonaba que, en la precipitación de enseñar sus habilidades, lo hubiera dejado en la orilla. Él también habría querido subir al bote; la sangre se le quemaba de impaciencia; ya iba á echarse á nado para alcanzarlo cuando la *Gaviota* atracó al muelle. Era mejor subir directamente sin pedir permiso. Calculó la distancia con ojo de perro experto, tomó fuerzas y saltó á bordo, yendo á caer sobre una de las bandas. El bote dió un brusco barquinazo, y el pobre Alegre, que agachado á proa amarraba la cadena, perdió el equilibrio y se fué á pique.

—¡Muchacho!, exclamó afligido Ludovico, al verlo desaparecer bajo el agua.

Pero ya el negrillo subía á la superficie, nadando como un pato. Asióse á las maderas del muelle y trepó á tierra.

—Chico, díjole el marino, acariciando sus mojadas mejillas. ¡Pues nadas como un delfín! ¡Vaya si eres un buen grumete! Y con el tiempo, ¡diablo!, puedes llegar á capitán, ¿eh? ¿Te gustaría?

Alegre se quedó un momento pensativo. A través de los años que habían de venir, contemplábase dueño y señor de un barco.

Padre Ludovico, que lo miraba, adivinando el curso de sus pensamientos, se dió una palmada en la frente.

—Con el tiempo, ¡hum! Aún falta mucho; tú quisieras empezar por allí la carrera, ¿verdad? Pues bien, si no eres ambicioso, desde hoy serás capitán.

—¿Capitán?

—Sí, capitán de la *Gaviota*, ¿eh? ¿Qué te parece?

—Pero la *Gaviota*..., balbuceó el chico, temeroso de que el rumor de su propia voz lo despertara de aquel sueño que comenzaba.

—La *Gaviota* será tuya, tuya propia, tú serás su capitán; di, ¿quieres?

Alegre cerró los ojos; ¿era ó no era un sueño?

—¡Capitán!.., tartamudeó.

—¡Sí, capitán, rayo de Dios!, tronó padre Ludovico, sacudiéndolo por los hombros para despertarlo, y añadió, cuadrándose y llevando la mano á la boina: ¡A la orden, capitán Alegre!

—¡Dios mío! ¿Pero no es sueño?, murmuró el negrillo.

No, no era sueño; era realidad.

XIV

HUMOS DE FRAGATA

Madre Marta les había preparado una opípara cena, de esas que sólo se veían en la casa del marino allá de tarde en tarde, cuando repicaban fuerte.

Sopa de polenta con pajaritos y magníficos tallarines con hongos y queso rallado, como platos principales. Además, como superfluidades, en una ancha fuente, un pollo levantaba al cielo sus mutiladas patas en demanda de venganza, y á su lado un plato de rosadas lonchas de jamón metía cierto hormigueo en el estómago, que aquello hubiera sido insoportable de no tener tan á mano el remedio.

Y para rociarlo todo, erguíase en mitad de la mesa una panzuda botella de excelente Barbera.

Era para abrir el apetito más trancado.

El negrillo, que habitualmente lo tenía abierto de par en par, al ver aquello y al sumar la hambruna consecuencia de una legua de trote y del inesperado baño que le brindara Tell, sintió que las puertas de su estómago, de puro abiertas, se desvencijaban.

—De esta hecha, muchacho, díjole padre Ludovi-

co, que con la tarea y la alegría de esa tarde estaba tan á punto como Alegre, te indemnizas de todas las hambrunas pasadas y por pasar. Anda, toma asiento, añadió, señalándole uno y tomándose él otro.

—¡Pues he ganado mi tarde!, decía el marino, hundiendo su valiente cuchara en la humeante sopa. No tenía ningún hijo, Dios me los llevó chicos, y ahora me devuelve uno crecidito y hermoso. ¡Qué bien lo ha entendido mi buen Joaquín! ¡Cuánto tiempo hace què no lo veo! Dime, Alegre, ¿está muy viejo?

—¡Qué ha de estar, si tiene aún fuerzas para echar abajo el palo mayor, tirando de un obenque, por poco que apriete!

—Lo creo; bien lo conozco. Pues sabrás que aunque no fueras tú lo que eres, digo, que si en lugar de ser un buen muchacho, fueras una mala pieza, con la sola carta que me has traído te aceptaba yo de mil amores; todo, todo por agradar á ese buen marinerote. Si tú supieras... ¡Mira!, exclamó, golpeándose la pierna de palo. ¿Sabes tú lo que es esto? Casi nada; una verga que se me vino encima. Estaba yo á bordo del *Meteoro;* la mar se había puesto brava aquella noche; hubo que hacer la maniobra; trepé á uno de los palos; tiré, tiré tan fuerte de una de las drizas, que el cabo se rompió, se me vino encima una verga, y allá fuí á dar al puente con toda aquella máquina sobre mí. Cuando me levantaron tenía una pierna rota. En la primera escala que hicimos dejáronme en tierra; allí hubiera muerto; no tenía ningún recurso, pero vino en mi ayuda Joaquín, mi buen Joaquín. Me amputaron la pierna y él pagó á los cirujanos. ¡Seis meses estuve quilla arriba en la cama; seis meses más tardé en ponerme fuerte para el trabajo, y él lo pagó todo, todo con largueza, con rumbo casi, haciendo humo los ahorrillos de veinte años de luchas con la mar. Ahora, dime tú, muchacho, si esto se puede pagar con dinero; ¿no es verdad que no? ¡Pues ni aunque se pudiera, tendría yo dinero suficiente para pagarlo! ¡Montes de oro vale todo eso! Ya lo ves; como á hijo de rey te habría recibido, aun cuando tú no fueras lo que eres; pero siéndolo, no como á hijo de rey te recibiré, Alegre, sino como á hijo mío. Bueno, bueno; cuéntame tu historia; sin duda que será interesante; poco menos que nada me dice Joaquín en su carta; pero no importa, con tan buena lengua como tienes, sabrás contarlo todo, ¿eh? Vamos, echa un trago; aunque los niños... En fin, suelta la sinhueso.

Alegre era poco aficionado á contar su historia, mucho menos cuando estaba contento; ¡tenía tantas páginas negras el libro de su vida! Pero la contó, por agradar á aquellas buenas gentes, que le escuchaban conmovidos. De cuando en cuando madre Marta, con el pretexto de levantar los platos, iba á enjugarse en un rincón con la punta de su delantal algunas lágrimas que no podía contener, y murmuraba: «¡Pobre chico, pobre chico!»

Concluída la historia, narrador y oyentes quedaron en silencio, viendo desfilar ante la imaginación los cuadros evocados.

Una voz bronca y alegre que resonó como el estampido de una salva, lo interrumpió desde afuera:

—¡Qué! ¿Esta noche no se charla? ¡Tromba! ¿Tenéis algún nublado encima?

—¡Hombre!, ya está ahí Jorge, dijo padre Ludovico, levantándose de la silla. ¡Adelante, camarada; ven y echa un trago de lo bueno!

—¿Sí? Lo echaré, lo echaré, ¡tromba!; pero hoy no es día de fiesta, que yo sepa, respondió la misma voz, á tiempo que entraba su dueño, un grueso marinero de unos cincuenta años; un marino de veras, de rostro curtido, de fisonomía tosca, como labrada á hachazos, completamente rasurado. Vestía pantalón y chaqueta de brin azul, calzaba fuertes botas y cubría su cabeza con una boina también azul.

Por la entreabierta camisa veíase brillar sobre el pecho una medallita de plata; aún en sus gastados relieves podía adivinarse la imagen de una *Madonna.*

Caminaba balanceándose, como si pisara el movedizo puente de una barca. Y echaba grandes bocanadas de humo de una pipa corta y negruzca, eternamente pegada á sus labios.

—¡Tromba! Ese es un marino, díjose al verlo el negrillo, á quien la exclamación le había caído en gracia.

—No es día de fiesta, pero es día de gozo, respondió Ludovico á la insinuación del recién llegado.

Éste, deslumbrado un momento por la luz de la habitación, creyendo ver algo insólito en ella, llevóse la mano á los ojos á manera de pantalla y examinó curiosamente lo que le llamaba la atención.

—¡Tromba!, dijo al cabo. ¿Tenéis convidados?

—Vamos, echa un trago, respondióle Ludovico, alargándole un vaso, y prepárate á ver algo que no has visto ni verás nunca

De un golpe el marinero dejó al descubierto el fondo del vaso, y haciendo chasquear los labios acercóse á Alegre, que lo miraba respetuosamente como á un ser superior. ¡Aquello era un marino! Más, mucho más que el tío Delfín; al menos así lo creía el muchacho.

En cambio Jorge no lo respetaba tanto á él; acercósele, y poniendo una mano encima de su rizada cabeza, moviósela de modo que le diera de lleno en el rostro la luz de la lámpara, y contemplóle fijamente frunciendo el entrecejo para reconcentrar toda su potencia visual.

—¡Tromba con el chiquillo!, exclamó al cabo de un rato, durante el cual padre Ludovico y madre Marta espiaban ansiosos el efecto de aquella maniobra. ¡Hermoso en verdad!

—¿Eh? ¿Qué dices tú?, interrogó triunfalmente padre Ludovico.

—Nada; ¿qué voy á decir, sino que quién os ha traído este muñeco?

—Se ha venido él solo, respondió madre Marta.

—¡Esa es buena! ¿Y de dónde se ha venido?

—¡Pues del cielo!

—Lo creo, sí, es hermoso como un ángel; pero..., añadió bajando la voz de modo que sólo le oyeran los dos esposos, ha debido hacer escala en el infierno. ¡Tromba si es negrito!

Alegre miraba á uno y otro lado y oía lo que le dejaban oir.

Padre Ludovico le recordaba mucho al tío Delfín, un tío Delfín más joven y más jovial; y aquel marinerote, con su eterna pipa y sus eternos ¡trombas! le agradaba mucho. Fuera de su voz de cañón que tronaba, pero no mataba á nadie, era el más bueno, el más cariñoso y el más valiente de los hombres.

Cuando se retiró dos horas más tarde, padre Ludovico dijo al negrillo:

—Alegre, es hora de dormir; ve á la cama, hijo mío; al rayar el día yo me encargaré de que pongas los huesos de punta.

La cama de Alegre, colocada en el comedor, estaba lista, gracias á la actividad de la buena madre Marta.

El chico iba á acostarse. Pero se acordó de algo que la tarde entera había estado rumiando mentalmente.

—Yo quería decirle á usted una cosa, dijo á Ludovico; pero...

—¿Pero qué?, interrogó el pescador, acariciando la barbilla del niño.

—Pero..., repitió éste sin proseguir.

—Pero no te animas, ¿eh? No seas tonto: hazte cuenta que yo ya soy tu padre, que lo seré, ¡tromba!, como diría Jorge, y desembucha lo que te estorbe en la bodega.

Alegre, sin decidirse aún y temblando de vergüenza, sacó del bolsillo el sobre con el billete del señor cura, y murmuró:

—Esto es para usted.

Padre Ludovico dió un salto al ver el dinero; frunció el ceño y con cariz tormentoso preguntó:

—¿Qué dices? ¿Que esto es para mí? ¿Y de dónde lo has sacado?

—Me lo dió el señor cura cuando salí de su casa, tartamudeó avergonzado el negrillo sin alzar la vista del suelo.

—¡Ah!, suspiró el marino, como si le hubieran quitado un peso de encima del corazón. ¿No mientes, verdad? Bueno, bueno; otra cosa no supuse yo. ¿Y para qué es esto?

—Es para usted.

—¿Para mí? ¿Crees que soy más pobre que tú? Esto no es para mí, ni lo será, ni quiero que lo sea, ¿entiendes? Esto lo debes guardar, que para ti te lo dió el señor cura; esto es tuyo y bien tuyo; ¡truenos y relámpagos! ¡Habráse visto rumbo como el de este chiquillo! Apenas cala una cuarta ni enarbola más que un palo y tiene ya humos de fragata.

Alegre quiso protestar.

—Nada, nada; este dinero lo guardo, pero para ti; cuando lo necesites, ya sabes dónde lo encontrarás. Y basta por ahora, vete á dormir; tú tendrás sueño y yo también.

Alegre obedeció; metióse en cama, pero no se durmió en seguida, y cuando más tarde madre Marta, sabedora del altercado, fué á ver si dormía bien el chico, lo encontró despierto.

A ella le habló del asunto como hubiera podido hablar á su propia madre; intercedió, suplicó, hizo un pucherito.

—Calla, Alegre mío, no seas tonto, díjole la buena mujer. ¿Eres acaso millonario?

Y lo besó en la frente.

Alegre se durmió; vió en sueños muchas cosas; soñó que ahora era feliz..., soñó que lo sería siempre...

XV

EL TÍO JORGE

El primer rayo de sol que á la mañana siguiente se coló por la ventana, besó á Alegre en los ojos, despertándolo.

El niño se vistió á toda prisa y salió de la habitación.

Ya madre Marta lo esperaba con un tazón de leche caliente y una gran rebanada de pan oloroso, recién sacado del horno.

Alegre dió los buenos días y se desayunó á toda prisa, ansioso de ir al fondeadero.

Cuando llegó, padre Ludovico, Jorge y algunos otros trabajaban por botar al agua la *Parma.*

—¡Tromba, chiquillo! ¿También madrugas?, díjole Jorge al verlo.

La vista del niño produjo en todos la misma impresión. Aquel negrillo tan dulce y tan hermoso, sólo amigos y protectores halló entre aquella buena gente.

Y cuando Ludovico les aseguró, á fe de viejo lobo, que allí donde lo veían era el mejor de los grumetes que comían pan en diez leguas de costa, para el Norte y para el Sur, la admiración creció; pero algunos movían la cabeza.

—¡Hum! ¡Había que verlo! No tiene aires de marino.

—Pues lo veréis, ¡tromba!, respondió picado padre Ludovico, guiñando el ojo á Jorge. A ver, chico, anda y convence á esta gente; allí está la *Gaviota,* allí está la sandunguera que te ha sorbido el seso.

Y como el negrillo vacilase, un tanto receloso, añadió:

—¡Capitán Alegre!

Aquel fué un toque de corneta. El capitán Alegre saltó al bote, seguido de Tell, y empuñó los remos.

—Atención, ¿eh?, que la brisa te coge de proa.

Pero eso no era nada para un lobo de la talla del negrillo. La sandunguera *Gaviota* se portó; y él, con la caña del timón en una mano y la driza del trapo que crujía al viento en la otra, orzando un poco, remontó la corriente del río, no muy fuerte en aquel punto. Y después de describir un semicírculo, para presentar siempre un costado á la brisa bastante fresca, cuando llegó á los árboles viró de bordo, y viento en popa se largó río abajo.

—¡Tromba, retromba!, juraba Jorge, que, con la mano sobre los ojos para evitar el reflejo del agua, saboreaba la maniobra del muchacho. ¡Pues si es todo un grumete!

En cuanto la proa de la *Gaviota* tocó al muelle, el marino no se pudo contener y corrió al bote.

—Deja, Alegre, deja que te abrace, porque te lo mereces. Mira, chico, cuando yo era de tu edad, había aspirado ya las brisas de todos los mares y me habían caldeado los sesos los soles de todos los trópicos; y con todo no sabía ni la mitad de lo que sabes tú. Y aquí, aquí en la playa, hay treinta muchachos como tú, que han nacido á bordo, que se han criado á bordo, que han probado la sal de todas las olas y se han bañado en la espuma de todas las resacas, y son á tu lado muñecos de mazapán; Alegre, eres un grumete con arboladura de capitán; deja que te abrace, chiquillo, que bien te lo mereces, ¡tromba!

Y estrechó contra su pecho al niño, que, gozoso y confundido, no acertaba á hilvanar una frase de agradecimiento.

La botadura de la *Parma,* interrumpida un momento por la llegada de Alegre, prosiguió, y en un cuarto de hora el agua chapoteó rudamente azotada, mientras la embarcación quedaba balanceándose airosamente.

Los barriles de pescado salado que formaban toda la carga, y algunas bolsas de lana, pronto quedaron estivados en la bodega.

Izóse el trapo, subió toda la gente á bordo, y se tendió la vela.

—¡Alegre!, exclamó entusiasmado padre Ludovico. Alegre, mira qué hermosa es.

Y era en realidad hermosa la barca, y más hermosa aún cuando tendida la lona al viento, cabalgaba sobre la inquieta espalda de las olas que hervían deshechas en espumas bajo su fina quilla. Ninguna de las barcas de Cruz Chica ni de muchos puertos de la costa aquella podían competir con ella en esbeltez, en garbo y en velocidad.

—¡Qué hermosa!, exclamó Alegre, mirándola con una veneración de idólatra ante un fetiche.

El viento crujía en la lona y la amarra estaba tirante. Estaban por largarla, cuando el negrillo saltó á bordo.

—¿Quieres ir?, le preguntó Ludovico.

—No, padre Ludovico, quisiera...

—¿Qué quisieras?

—Que me diera permiso para andar hoy en la *Gaviota*.

—¡Brava cosa! ¿No eres, acaso, su capitán?

—Sí, sí; pero...

—Pues si lo eres, puedes disponer de ella, ¡qué diablos! Donde manda el capitán, no manda el marinero.

—¿Entonces puedo?..

—¡Claro que puedes! ¡Eh!, pero en el río, no en la mar; cuidado, cuidado con ella, no te le acerques, que es traidora como una mula; cuidado, Alegre, que como yo huela á sal en la proa de la *Gaviota*, se acabó el buenazo de padre Ludovico, ¿entiendes?

¡Tromba si entendía Alegre!

Y la amarra se soltó, y la airosa embarcación salió del fondeadero, y en cuanto mojó su quilla en el agua del mar, proa al Sur, buscó el rumbo de Necochea.

Alegre, desde el muelle, la siguió con la vista, hasta que la banderola que flotaba en la punta de su mástil se perdió detrás de los árboles del parque.

Si la *Parma* se iba, le quedaba la *Gaviota*. La *Parma* era hermosa, pero la *Gaviota* era mejor... porque era suya; padre Ludovico se la había dado, de veras y para siempre, y en ella era capitán, tripulación y hasta carga.

El capitán Alegre iba á embarcarse en su *Gaviota*, pero una mano lo detuvo por el brazo. Allí, sobre el muelle, se había quedado Jorge. Alegre se volvió.

—Capitan Alegre, ¿te gustan los tíos?

—¿Los tíos?, repitió el negrillo.

—Sí, ¿te gustaba el tío Delfín.

—¡Era muy bueno!

—¿Y no quieres tener otro?

—¿Otro tio Delfín? Si fuera tan bueno como él...

—Sí, sí, ¿no quieres tener un tío Jorge?

¡Oh! Aquel gran marinero, aquel lobo de mar quería ser su tío; un tío de perlas.

—¡Cómo no!, exclamó Alegre.

—Bueno, yo seré el tío Jorge, y quiero serlo para que como á tío me oigas los consejos. Capitán Alegre, eres dueño de un barco, muy bueno es eso, á tu edad ni un remo tenía yo; tú sabes mucho y mucho amas á la mar, pero tú no la temes, tú no sabes que es mala, muy remala; ¡tromba! tú no la conoces, tú no conoces sus artimañas, sus ardides, sus celadas; de frente la mar no embiste; la mar es traidora, como te decía Ludovico; la mar vive, la mar siente, la mar odia y disimula; tú no la conoces, Alegre, y yo sí, yo he bailado con ella, ¡tromba si la conozco! En el río puedes andar todo lo que quieras, el río es franco, es noble; embiste de frente; el río vive también, pero ama. Mucho ojo, capitán, mucho ojo, y escucha á este viejo lobo que ha visto mucho, y sabe algo; la *Gaviota* es muy pequeña, y tú, hijo mío, eres muy niño, y añadió, bajando la voz como si las olas que se rompían en la playa pudieran oir sus palabras y llevar el cuento, la mar es mala, muy remala, la mar nos odia.

Entre Jorge y la mar, sólo odios podían existir. La mar amarga, de amarguras había llenado la vida del marino; en la mar murió su padre; sus abuelos murieron en la mar; destrozados por las olas contra el acantilado del solitario Peñón de las gaviotas, cuyas crestas se divisan á una legua casi de Cruz Chica, mar adentro, habían muerto dos de sus hijos. Y el viejo marino había jurado odio eterno y guerra á la mar cruel, á la mar rencorosa, solapada y traidora.

El muchacho prometió á su nuevo tío hacer lo que le encargaba; dióle las gracias, saltó á su bote, soltó la amarra, y orientando la vela, empezó á remontar el río por tercera vez, mientras Jorge le gritaba desde el muelle:

—Ojo al timón y á la escota, Alegre, el viento te es contrario; también el viento nos odia y es artero, ¡tromba!

Casi una hora tardó en recorrer Alegre el medio kilómetro de agua que le separaba del *chalet* de los Alvarados. Iba corriente arriba y con viento casi de proa, de modo que á veces tenía que hacer fuerza en los remos para impedir que el bote embicara en la costa.

Pero cuando enfiló el *chalet* á la altura del fondeadero del yate, como el río torciera bruscamente, de contrario volviósele el viento favorable, y con esto la *Gaviota*, arrastrada por la lona, dejó á su dueño, que sentado al timón, se dejara mecer por la blanda mano de sus ilusiones.

Había realizado su sueño de oro: era marino, era capitán; tenía un barco, un poco pequeño, pero ¿qué importaba eso? Si hubiera sido mayor, no sería él su capitán; él mandaba á bordo y la tripulación obedecía; ¡la tripulación! Tell era el único tripulante, y Tell no conocía la maniobra. A lo sumo, cuando su amo le arrojaba un palo al agua, el animal se echaba en pos de él y volvía con su trofeo en los dientes, pidiendo con gemidos que lo izaran á bordo; el capitán lo izaba, y el valiente animal, en agradecimiento, se sacudía con todas sus fuerzas, empapando á Alegre, que se reía cordialmente.

—¡Oh, Tell! Has nacido para payaso; lo que es para marino, tu carrera está concluída; no pasarás de esto.

En su imaginación, Alegre, al mirar el tupido monte que franjeaba las orillas del río, creíase recorriendo lejanos y fantásticos países. Aquella excursión era un vaso de agua para calmar la sed de viajes que le devoraba. Y se complacía en soñar peligros; el bosque de la orilla estaría poblado de fieras, de esas fieras que había visto cuando era muy niño, en aquel rincón de las selvas africanas, donde su madre meció con cariñosa mano su cuna de lianas tendida entre los troncos de las palmeras.

La imaginación del negrillo se desbordaba.

Quiso desembarcar para explorar un momento las desconocidas regiones que veía; arrimóse á la orilla, saltó á tierra y *ancló*, hundiendo en la húmeda arena de la margen un largo clavo que llevaba la amarra en su extremidad.

Llamó á Tell y se internó en la maraña, temeroso un tanto de sólo pensar que detrás de cada *churqui* podía espiarlo alguno de los indígenas de aquel país, que suponía negros como sus compatriotas.

Era una diversión, después de todo, el temblar de terror á cada rumor de la selva, á cada repentino crujido de ramas que se quebraban, y largar después una carcajada.

Pero no era todo de engañifas.

De pronto, y cuando menos lo esperaba, sintió á su lado, detrás de un matorral, el chisporroteo de una llama, vió un torbellino de humo, y al escudriñar con la mirada la espesa ramazón que le ocultaba la hoguera, quedóse helado de espanto.

Esta vez no eran fantasías. Esta vez era cierto. Allí, á pocos pasos de él, sentada en cuclillas, lo miraba un indígena, un habitante de la región desconocida, negro y horriblemente feo, mejor dicho fea, porque era una vieja harapienta y desgreñada.

No era un sueño, ni una alucinación; era una realidad, una indígena auténtica que lo espiaba con sus ojillos burlones, tendiendo unos brazos negros y secos, como si en ellos quisiera ahogarlo, y haciendo horripilantes muecas con una boca que, á ser mayor, muy bien hubiera servido para boca del infierno.

Alegre, petrificado de espanto, quedó clavado en el sitio. Vió á la vieja que se levantaba de un salto y corría hacia él con las zarpas extendidas, y sólo cuando los palitroques repugnantes que tenía por brazos le rodearon el cuello, se sacudió nerviosamente y se arrancó de aquel lugar, huyendo despavorido, llevándose por delante los matorrales espinosos, cayendo, levantándose y sintiendo siempre el jadeo de aquella espantosa bruja que le pisaba los talones. Llegó á la orilla, saltó al bote, desamarrólo de un tirón y con vigoroso empuje, hincando un remo en la tierra, echó la embarcación hacia el medio del río á tiempo que á la orilla llegaba la vieja, que prorrumpió en una algarabía de insultos é imprecaciones ininteligibles.



Saltó al bote, desamarrólo de un tirón y con vigoroso empuje, hincando un remo en la tierra

Alegre no paró de remar río abajo hasta que se sintió del todo fatigado; sólo entonces pudo creerse en salvo y respiró, pero sólo entonces vió que Tell no le acompañaba; el perro sin duda vagaba perdido por el monte, no pudiendo rastrear á su amo, que de su paso no dejaba más huella que la fugitiva estela de la *Gaviota*.

Desconsolado y lleno de miedo viró en redondo, izó la vela y comenzó á desandar lo andado, temiendo no encontrar más que los huesos de su amigo devorado por la bruja. Se engañaba. Tell estaba muy vivo; no tardó en oir sus ladridos, y á poco el ruido de su cuerpo al azotar el agua: lo había visto desde la margen, y temblando de gozo nadaba hacia el bote. Alegre lo recogió, y al quererse volver oyó que le gritaban. Un hombre desde la orilla lo llamaba.

—Muchacho, le dijo, ¿querés pasarme el río? El puente queda lejos, y ya que estás aquí creo que no hay para qué caminar tanto.

Por el modo de hablar conoció Alegre que era un criollo; no tuvo miedo y acercó su bote.

—Suba, le dijo.

—Vos no sois de acá, ¿no es cierto?

—No, he venido ayer. ¿En qué lo ha conocido?

—Un chico de tu edad aunque le ofrecieran un monte de oro no se animaría á llegar á estos sitios.

—¿Y qué hay de malo en ellos?

—No has oído hablar de la india Chulpa, seguramente.

—No.

—Es una vieja horrible, una bruja...

—¡Ah! ¡Si la he visto hace un rato! ¡Me ha corrido!

—¿Y no tuviste miedo?

—¡Vaya si tuve! Como que en la disparada me olvidé del perro y lo dejé en la orilla.

—Sí, lo encontré corriendo sin rumbo y olfateando al aire; no te vió, sin duda, cuando te fuiste. Entonces nada sabes de la india; pues es una bruja, á la que temen todos los chichos de por acá, y hasta las mujeres; ¡como que para evitar sus conjuros le ponen todos los sábados una bolsa de provisiones debajo de cierto árbol; de eso vive la india.

(Se continuará.)

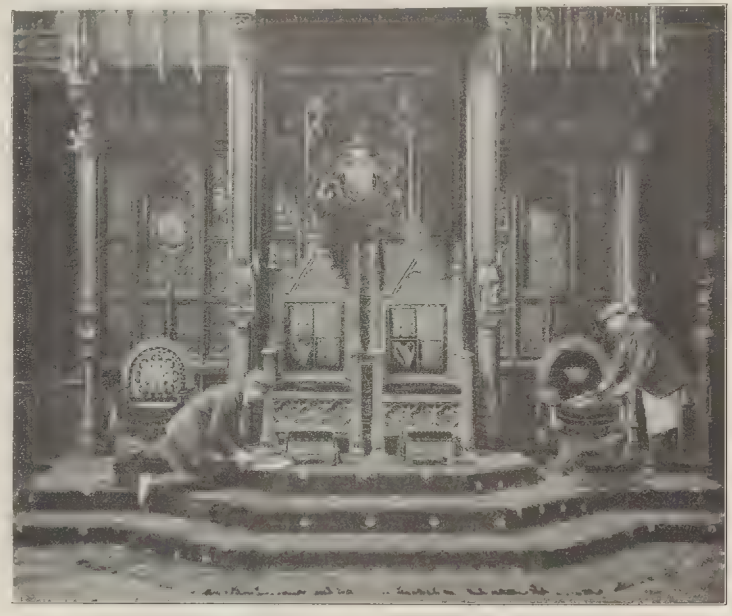
LONDRES.—LA APERTURA DEL PARLAMENTO POR SS. MM.

El día 29 de enero último efectuóse la inauguración de la tercera legislatura, con la pompa y la solemnidad que son características de la vieja Inglaterra, modelo de estados monárquicos y de pueblos parlamentarios.

Las tropas cubrían la carrera que había de seguir la regia comitiva y en todas las calles agolpábase una multitud inmensa, deseosa de presenciar el brillante desfile y de testimoniar una vez más el afecto que profesa á sus reyes.

El cortejo era espléndido; los trenes más lujosos, los más vistosos trajes, las más ricas galas, todo contribuía á imprimir al acto el sello de magnificencia que es tradicional en la corte británica.

El salón de la Cámara de los Lores, en donde la ceremonia había de celebrarse, ofrecía también un aspecto deslumbrador: las togas encarnadas de los pares temporales, las rojas y blancas de los pares espirituales, los elegantes vestidos de las esposas de los pares, tocadas con plumas de avestruz, símbolo de su alta dignidad, uniformes brillantes de los diplomáticos, nada faltaba en aquel espectáculo. Puntuales, según es en ellos costumbre, los soberanos hicieron su entrada en el salón, precedidos de pajes, heraldos y altos dignatarios de la corona, y se sentaron en sus tronos. El rey Eduardo VII vestía el uniforme de almirante; la reina Alejandra, radiante de juventud y de belleza, llevaba un elegantísimo traje obscuro, sobre el cual destacaban magníficas joyas. A los lados de los soberanos tomaron asiento los príncipes de Gales.



Estrado con los sillones en donde se sentaron los reyes que presidieron la ceremonia
Los sillones que se ven á los lados los ocuparon los príncipes de Gales

Pronunciada por el monarca la frase *Pray be seated*, sentóse la noble asamblea, y el *speaker* y los miembros de la Cámara de los Comunes entraron en el salón, ocupando el sitio que les está reservado en estas ceremonias.

El lord canciller entregó el discurso del trono á S. M., quien lo leyó sentado y con voz clara y potente. Terminada la lectura, levantáronse todos, el rey dió la mano á la reina para bajar del trono y se formó nuevamente el cortejo. SS. MM. subieron á la carroza de gala, y saludados por las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre, regresaron al palacio de Buckingham.

Aprovechando la circunstancia de la apertura del Parlamento, las sufragistas intentaron realizar una manifestación, presentándose en distintos puntos de la carrera formadas en grupos con banderas, en las que se leían las palabras «¡El voto para las mujeres!» Una de ellas quiso arrojar al coche del rey un memorial, pidiendo satisfacción para las reivindicaciones feministas, pero fué detenida por la policía cuando se disponía á realizar su propósito.—T.



Los reyes Eduardo VII y Alejandra en su carroza de gran gala dirigiéndose á la Cámara de los Lores. (De fotografía de World's Graphic Press)

«L'HEREU ESCAMPA,»

DRAMA EN TRES ACTOS DE SANTIAGO RUSIÑOL

El aplaudido autor dramático Santiago Rusiñol se ha apartado en su último drama *L'hereu escampa* del camino hasta ahora seguido por él en casi todas sus producciones escénicas, dejando á un lado ese procedimiento tan suyo en que la acción se desenvuelve plácidamente, sin grandes sacudidas, en un ambiente de poético sentimentalismo, y entre chispazos que unas veces son chistes delicados y otras sátiras punzantes.

L'hereu escampa es, por el contrario, un drama de pasiones violentas, de agudos conflictos que han de terminar fatalmente en una catástrofe. Guillermo, hijo primogénito y *hereu* de un rico hacendado rural, Julián, que ha querido hacer de él un hombre de carrera, haciéndole cursar en Barcelona la de abogado, regresa al pueblo provisto de su título y se casa con Catalina, joven payesa á quien había amado su hermano Jaime; mas no tarda en aburrirse de aquella vida sosegada y de aquella esposa á la que no puede querer, y para buscar distracción á su tedio, se entrega á la bebida y al juego, iniciando así la ruina de su casa.

Un senador vitalicio, D. Pascual, cacique del pueblo y que pasa en éste los veranos, se propone sacar diputado á Guillermo; apelando para ello á todas las males artes de la política, y Guillermo, no tanto por el afán de lograr la investidura de aquel cargo, como por el amor que siente por Gloria, esposa de D. Pascual, emprende la lucha y acude á un prestamista, que con intereses usurarios le facilita dinero para los trabajos electorales. El prestamista al fin se cansa de proporcionarle recursos, y entonces Guillermo los pide á su padre, quien se niega terminantemente á dárselos; ante esta negativa, el *hereu* le agravia y le injuria, echándole en cara que haya querido encumbrarle y no le dé los medios necesarios para sostenerse en la posición á que él mismo le ha elevado, y aquellas violentas recriminaciones del hijo causan la muerte del anciano Julián.

Guillermo ha perdido la elección, y al verse arruinado y abandonado por Gloria, siente todo el horror de la realidad, y desoyendo los consejos de su esposa, que en vano trata de despertar sus energías, se suicida.

No acaba, sin embargo, aquí el drama. Jaime, el segundón, se siente con ánimos para rehacer la hacienda, y señor ya de su casa, se dirige á sus servidores, exclamando: «¡Ahora, muchachos, á sembrar!» Esta es quizás la única nota consoladora del drama de Rusiñol.

L'hereu escampa, que tiene, como es natural tratándose de tal autor, escenas y fragmentos hermosos, ha sido y sigue siendo muy aplaudido. En su ejecución distínguense notablemente las Sras. Clemente y Baró y los Sres. Viñas, Capdevila, Borrás, Tor y Vehil.

Para esta obra ha pintado el reputado escenógrafo Sr. Vilomara una bellísima decoración, llena de carácter y de luz, de la cual da perfecta idea la fotografía que adjunta reproducimos.—X.



Barcelona.—Escena del primer acto del drama de Santiago Rusiñol *L'hereu escampa*, recientemente estrenada con buen éxito en el teatro Romea. (De fotografía de A. Merletti).



París.—Carrera automovilista «Nueva York-París», organizada por el diario *Le Matin.*
Salida de los automóviles con dirección al Havre para embarcar con rumbo á Nueva York y emprender desde allí la carrera. (De fotografía de Harlingue).

El diario parisiense *Le Matin*, animado por el excelente éxito de la carrera automovilista Pekín-París, ha organizado, con el concurso del *New-York Times*, un viaje aun más atrevido, la vuelta al mundo, reduciendo al mínimo los medios accesorios de locomoción.

El día 27 de enero próximo pasado salieron de París los franceses Bournier Saint-Cháffray, comisario de la carrera, con su automóvil Dion-Bouton; Godard, en su Motobloc, y Pons, en su *voiturette*, y el italiano Scarfoglio, en su Zust. El punto de salida era la redacción de *Le Matin*, cuyas inmediaciones hallábanse llenas de una multitud enorme que despidió con entusiastas aclamaciones á los expedicionarios. Estos se embarcaron al día siguiente en el Havre, con rumbo á Nueva York, en donde estarán el campeón alemán y los tres norteamericanos que, según parece, tomarán también parte en la carrera.

La salida de Nueva York y, por consiguiente, el comienzo del *raid* se efectuará el día 15 de los corrientes.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

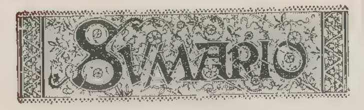
La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 17 de febrero de 1908 — Núm. 1.364



RETRATO DE SEÑORA, pintado por Velázquez,

existente en el Museo del Prado, de Madrid



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es una página bien terrible é impresionante de la «vida contemporánea» esa tragedia de Portugal, que desde hace días da pábulo á las conversaciones, y que lo dará á reflexiones históricas, por mucho tiempo.

Estoy convencida de que sólo una persona que haya seguido muy de cerca la marcha y desarrollo de la política lusitana en estos últimos tiempos, puede razonar las verdaderas causas y concausas que han venido preparando el asesinato del monarca y del heredero de la corona.

Pasa siempre—sobre todo en los primeros momentos—lo mismo: en el extranjero se forma una opinión somera, fácil, que acepta en grueso las versiones precipitadas, y que, por regla general, se inclina á las explicaciones de sentimiento, de personalidad, antes que á aquella prolija evaluación de motivos, relaciones, influencias y orígenes que hubiesen verificado un Taine ó un Macaulay para desentrañar la verdad realista que se esconde, infaliblemente, detrás del aparato escénico de esta clase de acontecimientos.

El fenómeno á que estoy refiriéndome se produjo en el célebre asunto Dreyfus. Mientras Francia se dividía en dreyfusistas y antidreyfusistas, el extranjero era dreyfusista casi en masa. Y es que al extranjero no había llegado lo que latía bajo el memorable proceso, sino solamente la novelesca y patética historia del prisionero en la Isla del diablo, de sus sufrimientos, etc. El serio problema de Francia, que en nada se parecía á ese capítulo de folletín, importaba muy poco á las demás naciones (porque las naciones han de convencerse de que cada una debe mirar por sí, y que nadie se salva ni se condena por otro). Así es que Dreyfus infundía gran lástima... aquende el Pirineo, allende los Vosgos, á la gente sensible. Los buenos corazones no se interesaban por Francia, sino por un francés, caso de que Dreyfus lo fuese, que ni por raza ni por atavismo lo era.

* * *

Y algo semejante, salvas todas las reservas, ocurre ahora con Portugal: el hecho escueto y trágico es lo que se ve; lo que envuelve ese hecho apenas preocupa. ¿La política portuguesa ha cambiado? Muy bien. Aquí no se sabe nada del nuevo ministerio: lo que se busca con afán en la prensa son los detalles sensacionales, que satisfagan el ansia de emoción. La figura de la reina, esposa y madre, bañada en el más humano de los llantos, transida por el más sagrado de los dolores, es lo que se destaca sobre el fondo rojizo de la siniestra tarde del 1.º de febrero. Y como añadidura de elemento dramático, y hasta cabría decir melodramático, al lado de esta noble figura envuelta en crespones, se sitúa la del detestado traidor, á quien se imputa la catástrofe, del que todos abominan y para el cual no hay diatribas suficientes: el dictador Juan Franco, que acaba de cruzar por Madrid. He ahí los elementos emocionales que, desde afuera, absorben por completo la atención, cristalizan la impresión, y no dejan lugar á que consideremos el problema político y social.

* * *

El problema, en Portugal, á lo que parece—pues yo no he estudiado detenidamente esa cuestión,—era colonial, de hacienda y de instrucción pública. El juego de báscula acostumbrado verificábase allí con regularidad: dos partidos, más avanzado el uno, más conservador el otro (como aquí), turnaban en el poder. Así, á su vez, mordían todos los políticos de Portugal en el sabroso bollo inagotable del presupuesto. Las cosas iban mal para el país, y si recuerdo ciertos divertidísimos artículos de Ramalho Ortigão, las Cámaras eran sencillamente el horno donde se cocía el bollo susodicho y donde se elaboraba eso que Max Nordau llamó la mentira convencional parlamentaria.

Apareció Juan Franco. Conste que no voy á recomendar sus métodos de gobierno. Sin duda le faltó arte y maquiavelismo; quizás no le permitieron desenvolver estas aptitudes (caso de que las poseyese) las circunstancias. Sólo creo deducir, de lo leído y escuchado recientemente, que Juan Franco, hombre muy rico y de quien nadie ha dicho que se pringase las manos ni tomase para sí valor de diez reis, arregló y levantó la hacienda, mejoró la situación de las colonias, rebajó los impuestos, reforzó el presupuesto de instrucción pública, impulsó la cultura activamente (y de ello son testimonio los dos postreros decretos que firmó, su último acto en el poder). Es cierto que amplió la dotación de la casa real, que acaso lo necesitaba para su decoro; pero también aumentó otros sueldos de funcionarios más modestos, y es lícito que lo haga así quien reduce las contribuciones y descarga al industrial y al agricultor.

Para realizar sus planes, Franco anuló las Cámaras y estableció la dictadura. (Sigo relatando lo que leo y oigo.) Ahora bien: yo me pregunto si debemos asustarnos de tal palabra, ó de alguna palabra; y vuelvo á preguntarme si no es esta la palabra que hace pocos años lanzaron á la circulación muchos españoles heridos en sus sentimientos patrióticos por las desventuras y el mal gobierno de nuestra nación, y si no fué Costa, el ilustre Costa, que es republicano, quien más nos deseó un *Franco* de hierro, un hombre enérgico que asumiese el poder y mandase sin cortapisas, destruyendo el imperio de la oligarquía y el caciquismo. Y bien mirado, quien conoce caciques, y caciques gallegos, ¿á qué Franco ha de temer? Dicen que Franco encarceló á muchos portugueses, sin que se supiese en dónde. Sin embargo, Franco no derramó sangre. Yo, que he contado la *verdadera* historia del cacique Lobeira, que al amparo de las leyes y las libertades vigentes hizo lo que en mi cuento *Viernes Santo* puede leer el que tenga ese capricho, ¿voy á alarmarme porque un dictador envíe gente á la cárcel? Siquiera ese dice, *francamente:* «Lo hago, porque soy dictador.»

* * *

Como artificio retórico, semejante á las frases que Medea dirige á Jasón, no está mal el repetir que Franco fué el verdadero regicida. Pero detengámonos un instante á reflexionar y veremos que, lógicamente y según todas las probabilidades, Franco debió creer que los asesinos la emprenderían primero y únicamente con él, puesto que él era el odiado, el sentenciado, el que recogía la cosecha de maldiciones. Y así lo hubiésemos supuesto todos, si nos echamos á vaticinar. El asesinato del rey, y del inocente príncipe, ha sido una sorpresa de la historia. Los regicidas, de la familia de los Brutos (dicho sea sin retruécano), creyeron que al suprimir individuos se suprimen instituciones, y es posible, aunque no seguro, que en este caso, como en el de Roma, suceda lo contrario; porque la conmiseración, la simpatía, el horror propio de sucesos tales, antes ganan partidarios á las víctimas que dan la razón á los culpados. Las conciencias honradas reprueban, como acaba de reprobar Bernardino Machado, jefe, según leo, del partido republicano portugués.

La casualidad, el destino, de tal modo combinan las cosas. Franco era el señalado para la bala ó el puñal, y sin embargo, según todos los indicios, si persiste en mantenerse alejado de su país y de la política, morirá en su cama, cuando Dios quiera. Así le sucedió á otro dictador, pero sanguinario, Rosas, quien, según las atrocidades que cometió, debió haber sido pulverizado mil veces, y acabó su existencia pacíficamente, en Londres. Hoy se reconoce que la dictadura de Rosas, aunque manchada y afeada por tantas crueldades, fué base del engrandecimiento futuro de la espléndida República Argentina. He aquí por qué digo que la sensibilidad es una cosa y la historia es otra. El romanticismo, que consagró los derechos del individuo, ha establecido y propagado la teoría de que la lesión al derecho de uno debe provocar la protesta de todos. Quizás, socialmente hablando, lo ortodoxo es lo contrario, y el bien de todos, de la nación en conjunto, va muy por encima de la queja individual. En suma, yo no desarrollo aquí teorías. Me limito á observar que, en Portugal como en todas partes, el que trata de atajar abusos y poner las cosas en orden, desencadena tempestades. La mansa anarquía establecida á la sombra de los gobiernos constitucionales forma una red de *intereses creados,* que no se puede romper fácilmente.

* * *

La prensa—y no tenemos otra fuente de información por ahora—reproduce amargas frases dirigidas por individuos de la familia real portuguesa á Franco, y hasta nos muestra al duque de Oporto con el bastón ó el puño alzado para agredir al dictador, ante los cadáveres del rey y del príncipe. Todo puede comprenderse y excusarse, bajo la impresión de pena y espanto, en los primeros instantes de tal suceso. Pero nosotros, que no debemos experimentar sino la piedad natural, el respeto no menos humano ante la tragedia, tenemos que juzgar de muy distinta manera el papel de Juan Franco, y la razón ha de decirnos que si él ejerció la dictadura, fué porque se la pusieron en las manos, habiéndole llamado, es frase del emigrado portugués vizconde de Ameal, para salvar la situación, considerándole «hombre de nervio.» Y este fué justamente el peligro y el escollo de la dictadura: que Franco no entró á ejercerla solamente para hacer patria, sino también para solventar y cortar dificultades y complicaciones, errores y tropiezos, de los cuales no le alcanzaba responsabilidad, aunque la hubiese echado resueltamente sobre sus hombros.

Podrá decirse que forzó la máquina; que fué más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Punto es este que yo no he de discutir, pues carezco de datos eslabonados, y á primera vista, creo que en efecto aciertan los que acusan á Franco de extremar el régimen de coacción. Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. «Durante algún tiempo—me dijo él mismo—no hubo en España más rey ni más Roque.» Nadie, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel período efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. De tal habilidad no dió muestras Franco, que siguió la regla de su apellido; procedió de un modo rectilíneo, sin acordarse de las sentencias del secretario florentino, que enseñan la cautela y el arte de hacer cuanto se quiere, inculcando á las gentes que se hace lo que ellas desean.

* * *

Con todo eso, el desacierto de Franco no impide que, cinco minutos antes de la tragedia, poseyese la entera confianza de su monarca y fuese considerado como el hombre providencial. La fatalidad—y claro es que por encima de la fatalidad, la Providencia,—gobierna y dirige los casos de fortuna, poder y sangre, y á veces los hombres van vendados y tranquilos hacia el precipicio. Deseemos de todas veras que la nación portuguesa, no sólo hermana, sino hermana gemela de la española, recobre la paz, el orden y la normalidad, bajo el cetro del joven don Manuel II, en tan tristes circunstancias investido de su altísimo cargo, y que con tan buena fe se apresta á desempeñarlo. Y en interés de Portugal, deseemos también que Franco, á quien ya los periódicos sus enemigos llaman *sincero,* no llegue á ser *necesario* é *indispensable.*

EMILIA PARDO BAZÁN.

MARRUECOS.—LA MEHALLA IMPERIAL DE MAR CHICA EN MELILLA

Varios meses hacía que la mehalla imperial acampada en Mar Chica, al mando de El Filali, se hallaba en una situación crítica bajo todos conceptos. Acorralada en aquella posición por las fuerzas del Roghi, abandonada por el sultán, que no parecía preocuparse de aquellas tropas; sin recursos, sin alientos para abrirse paso entre sus enemigos por el lado de tierra y sin medios para huir por mar, los imperiales habrían perecido de inanición ó á manos de los roghistas, si al fin no se hubiesen decidido á refugiarse en Melilla, desobedeciendo, al parecer, las órdenes del makhzén, que pretendía siguieran en su campamento. Los preparativos para esa retirada han sido bastante largos y durante varios días arribaron á la plaza española varias barcas cargadas de pertrechos de guerra y conduciendo algunos enfermos.

La marcha de la mehalla no era cosa fácil, pues debía efectuarse en un trayecto de 20 kilómetros por terreno enemigo; pero afortunadamente las autoridades militares españolas obtuvieron del Roghi la promesa de que los imperiales no serían hostilizados, y gracias á esto y á la protección de nuestras tropas pudieron entrar el día 29 de enero último en Melilla, sin ningún contratiempo.



Los soldados de la mehalla entregan sus armas á los artilleros españoles al llegar á los límites del campo español



El Filali, + jefe de la mehalla, conferenciando con sus generales después de instalarse en el campamento de Cabrerizas Bajas
(De fotografías del capitán Lordoy).

A las diez de la mañana las fuerzas españolas salieron de Melilla y ocuparon las posiciones convenientes para proteger el paso de los imperiales. El general Marina, con su estado mayor y algunas tropas y ametralladoras, avanzó en dirección á la bocana de Mar Chica, saliendo á recibirle á la entrada del campo moro 2.000 jinetes del Roghi, que le invitaron á entrar en su territorio.

En el entretanto la mehalla avanzaba penosamente y cuando el general la divisó salió á su encuentro, conferenciando con el jefe de la misma para convenir el orden en que debían entrar los imperiales en el campamento que se les había destinado. El estado de éstos no podía ser más deplorable; iban hambrientos, destrozados, algunos semidesnudos, y por el camino varios habían muerto de hambre. Llegaron primero las mujeres de los harenes, luego 170 jinetes bien trajeados, después el grueso de la mehalla y por último la impedimenta. Al pasar por el Hipódromo, entregaban las armas á una comisión de artilleros españoles; las del jefe fueron depositadas en la comandancia general.

Las fuerzas llegadas á Melilla, que, según el parte del general Marina, son unas 1.200 personas, 300 caballos y 300 ó 400 acémilas, quedaron acampadas en las inmediaciones del fuerte de Cabrerizas Bajas; pero, á causa de un temporal que reinó durante la primera noche, hubieron de ser trasladadas al barrio del Polígono y á la posada mora de el Fraile. Allí permanecerán hasta la llegada de barcos que se esperan para conducirlos á Tánger, siendo, mientras tanto, socorridos con raciones por las autoridades españolas.—R.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO RETRATOS

DE ARTISTAS CÉLEBRES

VII

Antonio Van Dyck.—Nació en Amberes en 1599 y murió en Londres en 1641. Poseedores sus padres de una gran fortuna, pudieron facilitar al futuro pintor la educación necesaria, colocándole en el taller de un artista de tanta valía como Van Baelen, ingresando después en el de Rubens, que se hallaba entonces en la plenitud de sus facultades y de quien fué el discípulo predilecto y el amigo querido. Para demostrar cuán provechosas fueron las enseñanzas del gran maestro y las excepcionales aptitudes del joven Van Dyck, cítase el hecho de que, habiéndose borrado parte de la figura de un cuadro de Rubens en ausencia de éste, todos los discípulos designaron al novel artista para enmendar el desperfecto ocasionado, llevando á cabo su cometido con tal rapidez y acierto, que sorprendió al autor de la obra la rara habilidad de su discípulo. Viajó por Italia, estudiando las producciones más notables, dejando en aquel país, así como en Holanda, en su patria y en Inglaterra, obras de extraordinario mérito, que como un *Cristo,* la *Ascensión, San Agustín,* el retrato de *Carlos I de Inglaterra,* pregonan su gloria y admiranse con el respeto que despiertan las grandes manifestaciones del genio. Agasajado y colmado de honores, estimado por el monarca inglés y distinguido con la investidura de caballero, vivió con gran ostentación, y aunque sus obras se pagaban á gran precio, no bastaban tan considerables ingresos y las pensiones que percibía á sufragar todos sus gastos, minando su existencia la vida galante y desordenada, falleciendo cuando apenas contaba cuarenta y dos años, siendo inhumado su cadáver en la catedral de San Pablo, de Londres.

Diego Velázquez de Silva.—Este célebre pintor español nació en Sevilla en 1599 y murió en Madrid en 1660. En vista de su decidida inclinación á la pintura, pusiéronle sus padres bajo la dirección de Herrera *el Viejo,* pero el carácter desabrido del maestro fué causa para que prefiriera las más agradables y provechosas enseñanzas de Francisco Pacheco, llegando á merecer de aquel dignísimo artista tantas simpatías, que le concedió la mano de su hija Juana. Las obras que produjo en este primer período, como *El aguador de Sevilla* y *La adoración de los Reyes,* atestiguan sus méritos y dan á conocer su estilo. Deseoso de ampliar sus estudios, trasladóse á Madrid, en donde hubo de limitarse á visitar las colecciones reales, pues, á pesar de los esfuerzos de uno de sus valedores, no pudo conseguir permiso para pintar el retrato del rey. No desistió de su empeño, ya que hallándose de regreso en Sevilla y después de haber pintado el retrato de Góngora, fué llamado á Madrid por el conde duque de Olivares, pintando el famoso *retrato ecuestre de Felipe IV,* que expuesto al público llamó poderosamente la atención, declarándose los cortesanos sus primeros admiradores. A partir de aquella época disfrutó Velázquez varias pensiones y emolumentos por conceptos tan poco en armonía con su profesión, como los que correspondían á diversos cargos de la servidumbre palatina, produciendo esa serie de obras que han enaltecido su nombre, por las cuales el monarca le había abonado cantidades irrisorias. Obtenida la venia de Felipe IV, trasladóse á Italia, y allí, entre otras obras, pintó el notabilísimo retrato de Inocencio X, que se conserva en Roma. Difícil empresa sería enumerar la labor realizada por este preclaro pintor, gloria preciadísima del arte patrio; esto no obstante, hemos de citar sus cuadros titulados *Las hilanderas, La fragua de Vulcano, Las Meninas, La rendición de Breda, Los borrachos, El conde duque* y otros más que se consideran como otras tantas manifestaciones de su genio.



El arco roto, cuadro de G. Llewellyn

Juan Bautista Salvi.—Nació en Sassoferrato en 1605 y murió en Roma en 1685. Comenzó sus primeros estudios en el taller de su padre, continuándolos en Roma y en Nápoles. Distinguióse como colorista y por su hábil manejo del claroscuro, así como por la dulzura de expresión de las imágenes. Demostró gran predilección por representar á la *Sagrada Familia* en el hogar doméstico, siendo muy notables las varias cabezas de *Madona* que produjo.

Harmenzs Rembrandt.—Nació en Leyde en 1607 y murió en Amsterdam en 1669. Estudió Jurisprudencia en la Universidad de Leyde; pero su decidida vocación artística le indujo á ingresar en el taller del pintor Schauenburg y después en los de Lastman y Pinas. Distínguense sus obras por ser trasunto de la realidad, por su expresión, por su claroscuro, por el contraste de las masas y el efecto de luz característico. Sus cuadros catalogados ascienden á 366, siendo innumerables sus trabajos al aguafuerte. Entre sus producciones ejemplares deben citarse *Lección de anatomía, La ronda, Simeón en el templo, La Visitación, El buen samaritano, Los síndicos de la corporación de plateros, El alquimista,* etc. La fortuna que llegó á reunir, así como las magníficas colecciones de cuadros, estatuas, armas y otros objetos preciosos, hubo de entregarlos á sus acreedores. Falleció en la mayor pobreza.

Baltasar Franceschini. — Nació en Volterra en 1611 y murió en 1689. Dedicóse este artista, apellidado el *Volterrano,* á la pintura monumental, para la que tuvo raras aptitudes. Hábil y fecundo, pintó un gran número de frescos y cuadros, que se conservan en Florencia, Volterra, Pisa y otras ciudades, citándose entre sus más notables obras las tituladas *Elías elevado al cielo, La ceguedad humana, Las cuatro Virtudes,* etc.

Bartolomé Van der Helst.—Nació en Harlem en 1612 y murió en Amsterdam en 1670. Estudió la pintura en su pueblo natal, fijando después su residencia en Amsterdam, en donde comenzó por dedicarse á la pintura de paisaje, sin perjuicio de cultivar con acierto otros géneros, según lo atestiguan sus cuadros titulados *Los jefes de la milicia ciudadana* y *Los cuatro jefes de los gremios.* Esto no obstante, prefirió la pintura de retratos, á la que se dedicó por completo.

Gerardo Dou.—Nació en Leyde en 1613 y murió en 1675. Comenzó por dedicarse á pintar vidrieras para las iglesias, y no agradándole esta clase de trabajo, ingresó en el taller de Rembrandt, bastándole tres años para adquirir la habilidad necesaria para producir sin las indicaciones de un maestro. Minucioso en su labor, considérasele como el artista más exacto y más concienzudo en la representación de la naturaleza. Sus cuadros, que se cotizan á elevado precio, producen la impresión de lo nimio y sorprenden por sus pormenores.

Salvador Rosa.—Nació en Arencua, cerca de Nápoles, en 1615, y murió en Roma en 1673. Comenzó sus estudios de pintura en el taller de su cuñado, el pintor Francaziani, que abandonó á los diez y ocho años para dedicarse por completo al estudio de la naturaleza, recorriendo las montañas y visitando las ruinas. En Nápoles logró llamar la atención, reuniendo recursos suficientes para instalarse en Roma, en donde enfermó gravemente de la *malaria,* viéndose obligado á trasladarse á su pueblo natal. Protegido por los cardenales Brancacci y Salvador, pintó obras tan notables como la de la *Incredulidad de Santo Tomás, Prometeo, La hechicera,* etc., que al igual de todas las que producía, se pagaban á buen precio. Amigo de las libertades de su patria, combatió en las filas de Masanielo, viéndose obligado á refugiarse en Florencia, en donde obtuvo la protección y simpatía de los duques. Debilitadas su vista y sus facultades mentales, falleció á los cincuenta y ocho años, sepultándose su cadáver en Nuestra Señora de los Angeles, en Roma.

Carlos Dolci.—Nació en Florencia en 1616 y murió en 1686. De carácter poco emprendedor, limitóse á ejecutar obras de composición poco complicada, generalmente del género religioso, muy estimadas durante la vida del artista, resultando minuciosas y armónicas.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres



Antonio Van Dyck, flamenco (1599-1641)



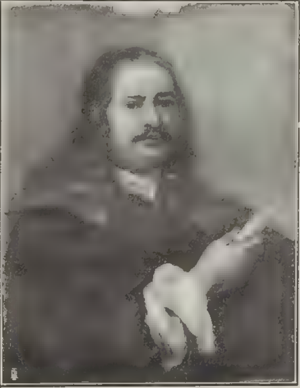
Diego Velázquez, español (1599-1660)



Juan Bautista Salvi, italiano (1605-1685)



Harmensz Rembrandt, holandés (1607-1669)



Baltasar Franceschini, italiano (1611-1689)



Bartolomé Van der Helst, holandés (1612-1670)



Gerardo Dou, holandés (1613-1675)



Salvador Rosa, italiano (1615-1673)



Carlos Dolci, italiano (1616-1686)

LÁMINA 7.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

LISBOA.—LOS FUNERALES DEL REY D. CARLOS I Y DEL PRÍNCIPE LUIS FELIPE

Los funerales de D. Carlos y del príncipe Luis Felipe, que se efectuaron en Lisboa el día 7 de los corrientes, fueron una manifestación de duelo tan solemne como grandiosa.

Desde las primeras horas de la mañana una muchedumbre numerosa llenaba el largo trayecto que había de recorrer el cortejo fúnebre y que se hallaba, en su mayor parte, cubierto por las tropas. Todas las tiendas y establecimientos públicos estaban cerrados.

A las once, se rezaron responsos en la capilla de palacio, en presencia del rey D. Manuel y de las reinas doña Amelia y doña María Pía; terminada la ceremonia religiosa, se puso en movimiento la comitiva.

Abrían la marcha fuerzas de caballería y seis porteros de palacio, detrás iban las corporaciones y los particulares y seguían luego las antiguas carrozas de gala reservadas para los altos dignatarios de la corte y los miembros de las misiones extranjeras extraordinarias, los carruajes que conducían las llaves de los ataúdes y la corona real, custodiada por un oficial de la real escolta.

Marchaban después dos armones, en donde iban los féretros cubiertos con un gran manto de terciopelo negro con galones dorados; á uno y otro lado daban guardia seis porteros de la real cámara, con antorchas. Cerraba el cortejo la guardia real de arqueros, el cuarto militar del rey D. Manuel, á caballo, y una brigada de caballería.

La comitiva salió del palacio de las Necesidades á las once y media y llegó, poco antes de la una, á la iglesia de San Vicente, en donde aguardaban las comisiones oficiales que no tenían puesto en el cortejo. Recibidos los cadáveres por el clero del templo y por el patriarca de Lisboa, hízose cargo de ellos la cofradía de la Santa Casa de Misericordia que tiene el privilegio de rezar ante los cadáveres de los reyes y de vender, en beneficio de la hermandad, los paños que cubren los regios ataúdes.

Terminados los rezos de la cofradía, los altos dignatarios colocaron los ataúdes en los catafalcos y comenzó el oficio de difuntos.

A las cuatro y media acababa la ceremonia religiosa. El mayordomo mayor de palacio entregó al patriarca las llaves de los féretros, jurando solemnemente que los cuerpos en ellos encerrados eran los del rey Carlos y del príncipe Luis Felipe, y firmó las dos actas de la entrega de los ataúdes y de las llaves.

Los cadáveres han permanecido expuestos en la iglesia de San Vicente cuarenta y ocho horas, habiendo desfilado delante de ellos un público enorme.

A las tres de la tarde del día 10 efectuóse la traslación de los féretros reales. El patriarca de Lisboa, al frente del clero catedral, entonó los cantos litúrgicos, terminados los cuales fueron transportados, por los caballerizos palafreneros, primero el ataúd del príncipe Luis Felipe y luego el del rey D. Carlos, al Panteón; y después de la bendición dada por el prelado, el ministro del Interior, en funciones de notario mayor del reino, leyó las actas de entrega de los cuerpos. El mayordomo mayor de palacio, conde de Sabugosa, juró que los cadáveres eran los del rey y del príncipe, y firmadas las correspondientes actas, dióse por concluída la ceremonia, retirándose los concurrentes y cerrándose las puertas del Panteón.—S.

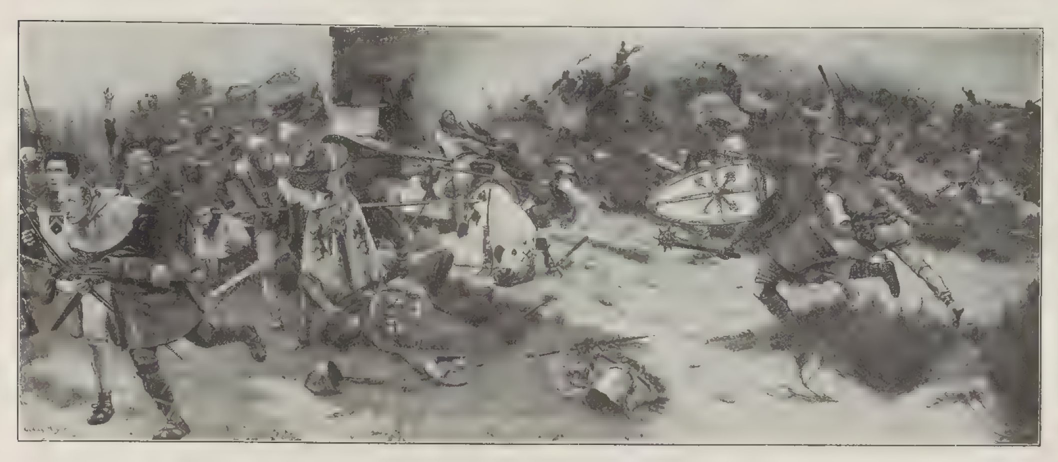


El público esperando el paso del fúnebre cortejo



Los delegados extranjeros frente á la capilla real. (De fotografía de Branger.)

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER



Captura de Siegfrido de Westerburgo, arzobispo de Colonia, en la batalla de Worringen, pintura mural

Nicolás Meyer es de los artistas cuya personalidad más se refleja en sus obras; así es que, á pesar de las variadas manifestaciones de su arte, siempre adivinamos detrás de ellas el mismo carácter, el mismo hombre.

La mayoría de sus obras son reproducciones de escenas tranquilas, de índole contemplativa; cuando nos lleva á la silenciosa celda del monje, ó á la humilde vivienda del pescador, ó al cómodo aposento de unas religiosas, ó á la soleada habitación de una joven, lo hace de una manera tan perfecta, que nos parece estar dentro de aquellos interiores y tomar parte en la existencia íntima de aquellos personajes. Y oímos, por decirlo así, los dulces cantos de las beguinas, asistimos á las animadas discusiones de los políticos de aldea, nos regocijamos con los dichos de los bebedores ó nos sumimos en la meditación ante los infolios que reposadamente lee el erudito, sintiendo todas estas impresiones sin el menor esfuerzo, porque todos aquellos cuadros han salido del corazón y al corazón hablan, todos son debidos al sentimiento más sincero.

Cierto que Meyer viste sus figuras con trajes de pasados tiempos y las coloca en lugares que ha tomado de Bélgica ó de Holanda ó de otros países desconocidos ó cuando menos extraños para nosotros; pero esto no obsta para que sus lienzos nos produzcan la impresión de la realidad vivida, lo cual se debe á que sus personajes son hombres de carne y hueso, sea cual fuere la época en que vivieron. Con una facultad de asimilación admirable, se ha identificado con el espíritu de los pasados siglos, y con la paciencia y el estudio de apasionado coleccionista, se ha hecho con un arsenal de elementos de indumentaria, de mueblaje, de arquitectura, de decoración de los tiempos medioevales y del Renacimiento, que le permite reproducir con exactitud asombrosa los interiores de las viviendas y en general los lugares en que sus personajes se mueven.

Como colorista, merece ser puesto al lado de aquellos pintores holandeses del siglo XVII, para quienes no había nada que no fuese digno de ser pintado y que en los más insignificantes objetos sabían encontrar encantos, si no por lo que en sí tales objetos significaban, por su armonía con los demás componentes del cuadro.

Meyer ha pintado algunos cuadros de batallas, pero los pintó en su juventud, impresionado todavía por los recuerdos de las grandes guerras de principios del pasado siglo, que tanto influyeron en la mentalidad de los estudiantes alemanes. Muy pronto, sin embargo, sintió en la ciudad de Nuremberg, que tan admirablemente conserva el sello del pasado, el amor á las cosas viejas, amor que desde entonces no ha abandonado, y á medida que avanzó en su carrera artística se dedicó á estudiar profundamente y en todos sus aspectos pictóricos la Edad media, que hoy como pocos conoce.

Uno de sus primeros cuadros y el que le valió su primer éxito, es el titulado *En la biblioteca del convento*, que en esta página reproducimos, y ya en esta obra primeriza se nos aparece el pintor enamorado de lo antiguo y el colorista de las tonalidades suaves y armónicas, cualidades que fueron desarrollándose con el tiempo hasta llegar al grado de perfección que hoy admira en él todo el mundo.

Mas no es Meyer únicamente pintor de género; también ha producido varios cuadros religiosos, en alguno de los cuales, siguiendo el ejemplo de tantos otros maestros, ha acomodado el texto bíblico á las circunstancias de lugar y tiempo de nuestros días. Ha pintado asimismo lienzos de asuntos históricos, que adornan los muros del famoso castillo de Burg, que se alza en el centro de la comarca del Berg. Este castillo, totalmente destruído durante la guerra de sucesión de Cléveris, fué hace poco reedificado como monumento nacional, habiéndose confiado á Meyer el encargo de adornarlo con pinturas que reproducen los principales hechos acaecidos, no sólo en aquella fortaleza, sino también en todo el país. Dos de estas pinturas al fresco, *Captura de Siegfrido de Westerburgo, arzobispo de Colonia* y *Los voluntarios de la guerra de la Independencia*, que reproducimos en esta página y en la 129, decoran el testero del Salón de los caballeros.

Nicolás Meyer ha sido profesor de la Academia de Karlsruhe y actualmente lo es de la Academia de Dusseldorf. Sus dotes como maestro no son menos relevantes que las que le adornan como artista; muchos de sus discípulos se han dado á conocer con obras de gran valía, que son una demostración de que Meyer tiene la primera condición que para la enseñanza del arte se requiere, á saber, la de respetar la personalidad de sus alumnos. Naturalmente que algo suyo transmite á los que á su dirección se confían; pero aparte de esta influencia perfectamente explicable, posee la rara habilidad pedagógica de encaminar el desenvolvimiento artístico de cada individuo por la senda que el carácter y las aptitudes de éste señalan como más apropiada.—H. B.



En la biblioteca del convento

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER



La carta del novio



El bebedor



Concierto en una casa de retiro de beguinas, en Brujas

OBRAS NOTABLES DEL PINTOR ALEMÁN NICOLÁS MEYER



La paz en el hogar



Una beguina



Un elegante de la antigua Brujas



Los voluntarios de la guerra de la independencia (1815) del territorio de Berg (Prusia). Pintura mural

EXCMO. Sr. D. JOSÉ LLABERÍA

El distinguido diplomático, ministro de España en Marruecos, recientemente fallecido en Tánger, había nacido en Barcelona en 4 de noviembre de 1850. En esta universidad cursó con gran aprovechamiento las carreras de Derecho civil y canónico y de Filosofía y Letras, pasó luego á Madrid, en donde se doctoró en derecho en 1873, y por oposición ingresó en la carrera diplomática, entrando á servir inmediatamente, como agregado, en la legación de Berlín, después en las de Lisboa y Washington y posteriormente en el Ministerio de Estado.

En 1880 fué ascendido á tercer secretario y en 1882 á secretario de segunda, con destino á Lima; de allí fué trasladado á Buenos Aires y Atenas, desde donde volvió á la capital del Perú, en 1885. Después de servir corto tiempo en la embajada cerca de la Santa Sede, destinósele nuevamente á Lima, permaneciendo en aquella legación desde 1888 á 1890. Ascendió á secretario de primera clase, con destino al Ministerio de Estado y desde éste pasó á Pekín como encargado de Negocios, puesto que ocupó durante la guerra chino-japonesa.

En 1896 ascendió á Ministro, siendo destinado como tal á Río Janeiro; en 1898 pasó á la Dirección de Comercio y Consulados en el Ministerio de Estado; en 1900 fué trasladado á Santiago de Chile y en 1905 á la legación de Tánger.

Su gestión diplomática en Marruecos es bastante reciente para que sea menester recordar los inmensos servicios que en estos últimos tiempos, tan difíciles y tan comprometidos, ha prestado á la nación española y á la causa de la civilización. Los que han podido apreciar de cerca su labor, los que le han visto días, semanas y meses enteros luchar con la diplomacia, llamémosla así, del makhzén, y defender con energía y perseverancia admirables los altos intereses que le estaban encomendados de las acechanzas, tortuosidades y ambigüedades de la política marroquí, no han tenido en todas ocasiones más que palabras de alabanza para él, presentándole, con razón, como modelo de diplomáticos inteligentes y de abnegados patriotas. Así pudo decir nuestro cónsul en Tánger, Sr. Cuba, al enterarse de la muerte del Sr. Llabería que con él perdía España «una laboriosidad infatigable, una inteligencia de primer orden, una honradez á toda prueba, un patriota, una conciencia recta.»

Desde hacía mucho tiempo estaba padeciendo una enfermedad bronquial crónica que se agravó durante su última estancia en Rabat, á consecuencia de su ímprobo trabajo y de las pésimas condiciones de aquella población. Algo restablecido, el gobierno le autorizó para trasladarse á Tánger, pero las fatigas del viaje y las ocupaciones que en la capital del imperio le aguardaban hiciéronle recaer. El día 6 vióse obligado á entregar la legación al primer secretario Sr. Padilla, y al día siguiente falleció.

Su cadáver quedó expuesto en la capilla ardiente instalada en la legación española y el día 9 fué conducido á bordo del buque de guerra *Numancia*, habiendo asistido á aquel acto numeroso cortejo, en el que figuraban el cuerpo diplomático, las autoridades marroquíes, presididas por Mohamed Torres, la colonia española y casi toda la población de Tánger.

La *Numancia* trasladó los restos mortales del señor Llabería á Cádiz, desde donde han sido conducidos á Barcelona. El entierro, efectuado en esta ciudad el día 13, fué una imponente manifestación de duelo y simpatía al ilustre conciudadano y un solemne homenaje de respeto y admiración al patriota eminente que tan alto había sabido poner el nombre de España dondequiera que ostentó la representación que ésta le confiara. El gobierno dispuso que se le tributasen honores de teniente general y al homenaje oficial puede decirse que se asoció todo Barcelona: las autoridades, las corporaciones, las sociedades y un público numerosísimo testimoniaron con su presencia en el fúnebre acto el singular aprecio que aquí se profesaba al señor Llabería.

Durante su larga y brillante carrera, había sido el Sr. Llabería recompensado con las siguientes distinciones: de España, con la cruz de Isabel la Católica, la encomienda de número de Carlos III y la cruz de 2.ª clase del Mérito Naval, con distintivo blanco; de Portugal, con la encomienda del Cristo y la gran cruz de Villaviciosa; de Francia, con la encomienda de la Legión de Honor; de Dinamarca, con la cruz del Danebrog; de China, con la condecoración del Doble Dragón. Era también caballero de la Corona de Hierro, de Austria; oficial del Salvador, de Grecia; caballero de la orden de Medjidié, de Turquía, etc.

¡Descanse en paz!



Tánger.—Embarque de los restos mortales del Sr. Llabería. (De fotografía de Rittwagen.)



Excmo. Sr. D. José Llabería, ministro de España en Marruecos, fallecido en Tánger el día 7 de los corrientes (De fotografía de Debas, de Madrid.)



Barcelona.—Entierro del Sr. Llabería. Paso del fúnebre cortejo por el paseo de Isabel II (De fotografía de A. Merletti.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* — Apeles Mestres ha expuesto una colección de dibujos, ilustraciones de su último poema *Lilianas;* son composiciones bellísimas, de carácter imaginativo, en las que se combinan hermosamente flores é insectos, bosques fantásticos y figuras ideales. Triadó ha expuesto varios paisajes, en los que se admira la acertada visión del natural y la destreza en resolver los problemas del aire y de la luz.

Salón Esteva. – El Sr. Pichot ha expuesto una colección numerosa de cuadros al óleo, pasteles y aguafuertes, escenas de costumbres populares, naturaleza muerta, vistas de Granada y de algunos pueblos de Cataluña. Todas estas obras se distinguen por el vigor del dibujo, por la intensidad del colorido y, sobre todo, por el movimiento de las masas de figuras y por la originalidad, así de la composición, como del procedimiento.

Colección Montoya. – Pueden admirarse en esta colección, actualmente expuesta al público, notables obras de Boucher, Claudio Coello, Coypel, Delacroix, Dominiquino, Espalter, Goya, el Greco, Guido Reni, Horemans, Meissonnier, Millet, Murillo, Poussin, Primaticio, Rembrandt, Ricci, Salvator Rosa, Van Dyck, Zurbarán y otras de las escuelas de Brujas, flamenca y de Sassoferrato, así como una porción de miniaturas y esmaltes antiguos belísimos. El catálogo de esta exposición contiene bonitas reproducciones de algunos de los principales cuadros de la colección y ha sido impreso en Barcelona por la casa J. Thomas.

Espectáculos.—Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito en el Principal *Fugint del foch i ..*, pieza en un acto de Narciso Sicars, y *El miracle de Santa Agnés*, leyenda en tres actos, letra de Salvador Vilaregut y música del maestro Montserrat.

París. – En el Gymnase se ha estrenado con aplauso *Le bonheur de Jacqueline*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault.

– El notable violinista y compositor catalán Sr. Manén, ha obtenido recientemente dos grandes triunfos en Alemania. En el teatro Real de la Corte de Dresde se ha estrenado con gran éxito su ópera *Acté*, que ha sido puesta en escena con extraordinaria magnificencia, cantada por excelentes artistas y dirigida por el célebre maestro Schuchs; y en la «Gewandhaus,» de Berlín ha dirigido personalmente su sinfonía *Catalonia*, que ejecutó magistralmente la famosa orquesta Filarmónica y que fué recibida con grandes aplausos.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



– Adiós, murmuró él quitándose la boina

Y el pasajero de la *Gaviota* contó al capitán una historia fantástica de venganzas y maldiciones con que un cacique hizo volver bruja á su hija; una de esas extrañas leyendas que nacen y viven en el corazón del pueblo sencillo.

—Y se come los niños crudos, añadió, mirando con picardía al asustado Alegre, que, trémulo de espanto y sintiéndose invadir de nuevo por el miedo, remaba con toda su alma.

Habían tocado en la otra orilla.

—Gracias, muchacho, le dijo el pasajero, saltando á tierra.

El negrillo plegó del todo su inútil vela y volvió á los remos.

Sólo cuando vió las torrecillas del *chalet* se disipó su miedo.

—Es un cuento de niños; y yo soy un hombre, más que un hombre..., soy un capitán.

Si Tell hubiera sabido reir, se hubiera reído: el capitán Alegre era todo un valiente.

XVI

LOS CELOS DE LA «GAVIOTA»

Corrió un año.

Sonreía la primavera.

Los campos, despejados de sus túnicas de escarcha, vestíanse de verdura. Sus rojas corolas asomaban las margaritas sobre el césped florido.

Los árboles agostados se cubrían de brotes y renuevos. Reventaban los botones en los matorrales del monte. Se perfumaban los bosques con el incensario de las flores del aire, y sonaba de nuevo el concierto de las frondas.

Los pájaros preludiaban sus partituras de estío, columpiándose al borde del nuevo hogar.

Las golondrinas, de regreso ya de las cálidas regiones adonde las arrojaran los fríos del invierno, volvían en bulliciosos escuadrones á invadir los aleros, cansadas de rozar en sus vuelos parabólicos las ondas de la mar con sus alitas de terciopelo.

La comba de la mar era más serena. La lámina del cielo se había bruñido. La naturaleza se vestía de fiesta.

Alegre era el Alegre de siempre.

Había crecido medio palmo, pero su carita era la misma, tan linda, tan graciosa, tan simpática como antes... y tan negra.

Habíase convertido en un excelente grumete. Tenía doble fuerza que antaño y triple habilidad. Nadie entre los chicos de su edad le ganaba á nadar como un pez; jugaba con las olas, se hundía en ellas, se revolcaba y se envolvía en las turbias espumas de la costa, lo mismo que jugaban los chiquillos del pueblo en la arena de la playa.

Nadie tampoco le ganaba á grumete; nadie sabía dirigir un bote como él; ni los marinos curtidos al sol de la mar. Conocía los secretos de su *Gaviota* como una madre conoce los caprichos de su hijo.

La *Gaviota* no era un ser insensible; la *Gaviota* sentía y amaba; era terca con los extraños, dócil con sus amigos y esclava de su dueño. La voluntad de Alegre se fundía con la voluntad de la *Gaviota*.

Mil veces había remontado con ella el curso del río hasta donde nadie llegó jamás, hasta donde sólo él podía llegar, sorteando los bancos de arena y las cascadas. Ya no temía el encuentro con la india Chulpa; se reía de ella, como se reía de los chicos que temblaban á su nombre. El capitán Alegre sólo á una cosa temía en el mundo: al mar.

«Era un dulce marino. . de agua dulce.»

Porque si Alegre jugaba con las olas del mar, era en la costa en los días de calma. Le desconfiaba, conocía que lo odiaba, ¿por qué?; eso no lo sabía, y él que tanto lo quiso antes, acabó por odiarlo también. Quizás el tío Jorge le había infiltrado el rencor que guardaba para aquel ser misterioso de raros caprichos y de crueles diversiones.

Tenía el presentimiento de que alguna jugarreta le iba á hacer; y entre el niño y el mar se cortaron las relaciones cariñosas.

«¿A qué no?,» se decía Alegre, imaginándose que el mar había dicho «¿á qué sí?»

Y huía de él.

Pero hay días en que el mar, cansado de su eterna agitación, se duerme y á los rayos del sol aparece terso y brillante como un cristal azogado.

Alegre, al mirarlo dormir, se sonreía, y entonces conocía que el río lo hastiaba; la *Gaviota* también estaba cansada del agua dulce.

—Padre Ludovico, decía el muchacho al pescador, ¿quiere usted que vaya á correr unas bordadas en la *Gaviota* por la mar?

—¡Qué bordadas, muchacho, si no hay una brizna de aire!

—Entonces á remar un poco.

El marino miraba al niño; la sed de agua salada lo devoraba.

—Veamos, veamos, decíase.

Y olfateaba la atmósfera, apuñaleando el horizonte con sus miradas para pispar, si la había, la más leve señal de cambio de tiempo; después miraba el mar sereno sin el menor pliegue.

—Está dormido, cuchicheaba, como si temiera despertarlo; anda, muchacho, con juicio, ¿eh?, y hasta el Peñón de las gaviotas, nada más; pero si cambia el tiempo te vuelves en seguida aquí, y juicio, mucho juicio.

Otras veces, después de arrancar sus secretos al horizonte y contemplar al mar aparentemente dormido, exclamó:

—¿Duermes, tunante? ¡Ja, ja, ja! A perro viejo no hay tus tus; si sabré yo, bribona, cuando te pican las pulgas.

Y dirigiéndose á Alegre añadió:

—No, muchacho, ahora no, la mar duerme, pero ronca; te atraparía el pampero antes de llegar al Peñón.

Y jamás el viejo marino se engañaba.

Los últimos rayos del sol solían morir en las calvas crestas de un peñón que se alzaba á una legua de la costa, mar adentro.

Inaccesible y pelado, se erguía solitario, sirviendo de refugio á las gaviotas que hacían sus nidos en las quiebras de sus peñas, y á las golondrinas, que al salir el sol se tendían en escuadrones sobre las rocas del acantilado.

Jamás se oía en él más rumores que el eterno chapotear de las olas que lavaban sus flancos y los ásperos gritos de las aves salvajes, sus únicos moradores.

Aquel islote, que habían dado en llamar el Peñón de las gaviotas, era la meta hasta donde llegaba en sus excursiones el negrillo. El negro peñascal le atraía con misteriosa fascinación.

Entre los libros que le diera el señor cura, guardaba uno inmortal: era el *Robinsón Crusoe*, de Daniel de Foe.

Mil veces en aquellos días de calma, cuando se dirigía al Peñón de las gaviotas, soltaba los remos y dejaba libre á la embarcación, seguro de que en aquella balsa de aceite, en el mar dormido, ni una brizna de aire inflaría la vela que pendía inerte, y se engolfaba con fruición en la lectura de su libro.

Alegre soñaba despierto.

Cuando terminaba un capítulo, empuñaba los remos y volaba á atracar en una playa arenosa que dulcificaba uno de los flancos del peñón. Echaba el ancla y desembarcaba.

Su imaginación lo hacía gozar del raro placer de creerse solo, abandonado en medio de los mares, en una isla desierta, como su héroe favorito.

Hacía fuego con un eslabón y una yesca, que jamás abandonaban sus bolsillos, los fósforos no eran dignos de un marino, veía levantarse la columnita de humo hasta el cielo, y exploraba el horizonte por si divisaba alguna vela.

Sus caprichosos juegos sólo molestaban á las gaviotas, turbadas en su tranquila existencia, que protestaban con roncos graznidos de la presencia de aquel náufrago improvisado.

Pero Alegre, en Cruz Chica, hacía algo más que divertirse.

La vida es cara y él que no quería ser carga para nadie, trabajaba para vivir. Al menos padre Ludovico solía decirle: «Alegre no trabajes tanto.» Y es que el buen marinero conociendo que el muchacho deliraba por las excursiones y que al mismo tiempo se habría avergonzado de que le tacharan de haragán, conciliaba los dos términos. Las tareas más fáciles ó más entretenidas eran para Alegre; recorrer los espineles en el río, tender las líneas, ir al monte á cortar leña y volver con la *Gaviota* cargada de ella, eran diversiones para el muchacho.

Mas cuando llegó la primavera y reventaron los gérmenes de vida, aquella explosión de luces de colores, de perfumes, enloquecieron al muchacho.

Divertidas y todo, con los calorazos que reinaban, las tareas más ligeras se hacían pesadas.

Y el negrillo suspiró por la *Gaviota* y por la libertad.

Padre Ludovico lo adivinó.

—Bueno, muchacho; las vacaciones han llegado.

Ahora poco trabajar y mucho divertirse, que bien lo mereces.

Por algo se lo diría padre Ludovico; sí, seguramente había trabajado mucho. Y el niño seguro de ello, pidió á padre Ludovico un tarro de pintura blanca y unos pinceles.

—¿Qué vas á hacer?

—Pintar la *Gaviota* para que el sol no la dañe.

Y la *Gaviota* amaneció un día en traje nuevo, toda blanca, con una cinta dorada que rodeaba el casco á una cuarta de la borda. El tío Jorge que entendía la cuestión, pintó también en letras doradas el nombre de la embarcación hacia proa en los dos costados.

Se pulió el mástil, se cepillaron los asientos y el fondo, y se hizo una vela nueva.

Era digno de verse todo aquello.

Los muchachos de Cruz Chica miraban con envidia la gallarda embarcación: odiaban al negrillo y le cobraban cara su suerte, no admitiéndole en sus juegos.

¡Bah! ¡qué le importaba á Alegre no tener camaradas entre la turbamulta de pillastres que rompían calzones en la playa! Le bastaba para ser feliz la amistad de la *Gaviota* y de Tell.

Porque Tell, el mismo Tell de antes, era siempre de la partida.

También el perro se ganaba su pan, teniéndoselas tiesas á los demás perros de la vecindad y divirtiendo á sus amos con sus juegos y sus pruebas los domingos y los días de fiesta, cuando después de misa se reunía toda Cruz Chica en el pretil de la iglesia del pueblo cercano.

A él también lo odiaban los canes del barrio porque era juicioso y tenía más suerte que ellos, ¿pero eso qué le importaba?

Una noche cenaban en la casita del padre Ludovico, cuando entró Jorge y descerrajó entre truenos y relámpagos y trombas la gran noticia.

—¿A que no la sabéis?, preguntó, al pedir las albricias, ¡tromba!, cuando yo digo que vivís en la luna!.

—Bueno, bueno, pero ¿qué hay?

—Que mañana llegan los de Alvarado.

—¿Sí? ¿Después de tanto tiempo que no veranean aquí?

—Pues llegan, y á pasar todo el verano.

—¿Y qué buen viento los trae?

—Dicen que vienen por la chica, por Margarita; los médicos han dicho que le convendrían los baños de mar y un verano largo, y ya se se sabe, para baños de mar no hay como Cruz Chica ¡tromba!

La noticia era cierta.

Al día siguiente, al rayar las diez, despertó los ecos la sirena del *Relámpago*, el yate que conducía á la familia de Alvarado y que entraba orgullosamente al puerto, yendo á atracar en el fondeadero del *chalet*.

Alegre, atraído por el hermoso vaporcito, dándole vueltas alrededor en su bote, devoraba los detalles de su casco, de su toldilla, de su chimenea; habría dado un ojo por ver con el otro su interior. Veinte veces en aquel día visitó el fondeadero del *chalet*.

Pero cuando á la mañana siguiente llegó á él por la vigésimaprimera, encontróse con que el pájaro había volado.

A lo lejos, mar adentro, divisábase la columna de humo de su chimenea. El Sr. Alvarado, dejando instaladas á su esposa y á su hija en el *chalet*, regresaba á Buenos Aires.

Alegre miró un momento la blanca silueta del *Relámpago* que se esfumaba en el mar, y murmuró por consolarse:

—¡Bah! No vale lo que mi *Gaviota*, con todos sus lujos; y sobre todo, esta es mía.

Y besó la borda de la linda embarcación, que por un momento había tenido celos del *Relámpago*.

XVII

MÁS CELOS DE LA «GAVIOTA»

¿Tendría diez años? Sí, no representaba más, ¡qué linda era! Alegre había soñado más de una vez con los ángeles, pero los ángeles de sus sueños no podían compararse á ella.

Rubia como una mañana de sol en primavera, de ojos azules, no como el cielo, no, sino como las campanillas de los suspiros, graciosa como una mariposa, era tan linda y delicada como las flores del aire, que en la estación brindaban su cáliz al beso de las auras.

Desde donde estaba, oculto por una cortina de sauces llorones, en la opuesta orilla, la veía jugar con un barquito sujeto por un hilo.

Alegre la miraba embobado, sin fijarse apenas en la señora que sentada en una silla de tijeras sobre el muelle del *Relámpago* paseaba sus aburridas miradas por el paisaje, sin que la lujosa frondosidad del parque, ni la tranquila sublimidad del mar, ni la gloriosa alegría de aquella mañana de estío, lograse borrar de su semblante una pincelada de tedio.

Alegre miraba sólo á la niña. Cuando la vió por primera vez, no le pareció ni linda siquiera, era demasiado delicada; pero siguió mirándola y su carita de muñeca le interesó; después le fascinó y acabó por emborracharse en su visión.

Echaba cálculos sobre sus años, cuando su operación aritmética fué interrumpida por un grito.

El hilo que sujetaba el barquito se había roto y la correntada se llevaba el juguete.

—¡Se me va, se me va!, gritaba la niña, viéndolo huir.

—¿No te le dije?, respondió la señora sin volver apenas la cabeza.

—¡Se me va!, repetía la chiquilla llorando casi; me lo lleva el agua, mamá, me lo lleva el agua.

—La culpa es tuya, replicó tranquilamente la mamá.

Alegre miraba el drama. El barquito no perdía tiempo, y huía rápido, como si al cortar el hilo hubiera roto una cadena de esclavitud. Iba ya lejos, río abajo, y el viento era contrario; la *Gaviota* tardaría mucho en maniobrar para acercarse; quizás cuando llegara, el juguete se habría perdido entre los juncos y las espadañas que bordeaban el río.

No había más remedio. Alegre se quitó la blusa y se soltó al agua. Nadó con fuerza, ayudado por la corriente, acercándose al prófugo barquichuelo. Llegó á tiempo de salvarlo. Volvió á la orilla, y glorioso como un general triunfante, corrió á entregar el trofeo á su dueña, que aplaudía entusiasmada.

La señora, que apenas había advertido la maniobra, no mostró gran regocijo al ver en salvo el barquichuelo; pero deseosa de mostrarse agradecida, abrió una carterita, sacó una moneda de níquel y se la ofreció al muchacho.

Alegre sintió que la sangre le quemaba el rostro, sacudió la cabeza y cerró los ojos. Siempre que se avergonzaba Alegre cerraba los ojos.

Los niños son á veces más sensatos que los grandes. La chiquilla comprendió por qué el negrillo cerraba los ojos.

—¡Oh, no, mamá!, exclamó; ¡eso no!

Y dirigiéndose al muchacho díjole:

—Gracias, muchas gracias; sin ti, el barquito se habría hundido, ¿no es verdad?

Tell había seguido á su amo y allí estaba.

—¿No muerde?, preguntó la niña, atreviéndose á acariciar con su manita fina y blanca la sedosa cabeza del Terranova.

Alegre no respondió, por pensar que en ese momento con gusto se hubiera transformado en Tell.

La señora llamó á la niña, le dijeron adiós y se fueron; y él tuvo que echarse de nuevo al río para alcanzar su *Gaviota*, oculta entre los sauces de la opuesta banda.

Aquella era la señora de Alvarado, mujer orgullosa y fría; y aquel ángel de diez primaveras era su única hija. El aire viciado de la ciudad había empalidecido las rosas de sus mejillas, y los médicos habían recomendado el aire puro de las playas y los baños de mar.

Sólo por eso la señora de Alvarado había hecho el sacrificio de abandonar el gran mundo y retirarse al campo. Habría podido elegir otro paraje menos solitario, pero era aquel el preferido por su esposo.

Veinticuatro horas hacía que había llegado y empezaba á sentir ya las nostalgias de la gran ciudad.

Habituada al vertiginoso movimiento y al bullicio incesante de la capital, se atediaba en Cruz Chica; no comprendía el valor de esas horas apacibles que corren llenas de dulces encantos, como en primavera corren los ríos cubiertos de hojas y flores.

En balde Alegre pasó esa tarde una y otra vez por frente al *chalet*; no vió ni á la señora ni á la niña.

Sentía una curiosidad, un deseo de ver, que le arañaba el corazón. En cuanto se apartaba del fondeadero del *chalet*, estaba ya impaciente por volver.

A la mañana siguiente, despertóse aún antes de lo acostumbrado, como solía hacerlo cuando un proyecto bullía en su cabeza. Se había despertado con una ilusión, era algo indefinible, que por de pronto lo hizo vestirse á toda prisa, tomar la leche caliente soplando y resoplando y volar al muelle para embarcarse en la *Gaviota*.

Cuando pasó frente al *chalet*, sus avizoras miradas nada descubrieron, y sintió algo como una decepción. ¿Qué era lo que ansiaba ver? A punto fijo no sabía decirlo.

No anduvo mucho río arriba; le entraron deseos de volver y volvió, y cuando llegó al muelle de Cruz Chica, de nuevo remontó la corriente. No estaba contento.

Pero como á las diez de la mañana, al acercarse por la centésima vez al fondeadero del *Relámpago*, apretóse el corazón para contener sus insolentes latidos.

¡La había visto á través de los árboles del parque! Allí estaba, en la orilla, jugando con el barquito, la niña rubia de ojos azules.

Hizo fuerza en los remos, no para acercarse, sino para huir, y pasó como un relámpago frente á ella. Atrevióse á mirarla un instante, que le pareció un siglo, y que, á pesar de ello, hubiera por su gusto durado eternamente.

Ella lo había conocido.

—¡Adiós, adiós!, le gritó con su vocecita de cristal sonoro.

El la saludó, quitándose la boina, y huyó...

Remaba con furia, como si lo persiguieran. Remontaba la corriente como una flecha. Sentía que la niña estaba allí; lo adivinaba sin verla; hubiera querido mirarla, pero no se atrevía á volver la cabeza.

Cuando volvió, triste y pesaroso de haber huído, *ella* no estaba allí. ¡Qué lástima! Si hubiese vuelto antes la habría visto de nuevo, y ella le hubiera dicho *adiós* con aquella voz dulce que hacía vibrar las fibras de su alma, como las cuerdas de una guitarra.

Después, en los días posteriores, la vió muchas veces, casi siempre sola.

Se hicieron amigos.

La niña le decía adiós y él saludaba con la boina.

Una mañana se estrechó su amistad.

Al pasar Alegre, ¡qué casualidad!, se rompió el hilo que sujetaba el barquito con que jugaba la chiquilla.

—¡Se me va, se me va!, gritó, no llorando, sino riendo.

El negrillo no tuvo tiempo de avergonzarse como solía, maniobró rápidamente y pudo aprisionar el juguete que navegaba gallardemente, panza arriba, y se lo entregó á su preciosa dueña, que se reía á carcajadas.

—¡Gracias, muchas gracias! Ya van dos veces que se me escapa; si tú no hubieras estado aquí, ya se habría perdido en el mar, quién sabe dónde. ¿No es verdad que es lindo mi barquito? Pero es mejor el tujo, dijo señalando la *Gaviota*; ¿pero es tuyo de veras?

Alegre oía esa charla graciosa sin entender sus palabras; era una música, una marcha triunfal más linda que todas las marchas triunfales del *signor* Bertoni, que lo envolvía en sus ondas, aturdiéndolo.

Tell no era tan lírico. De un salto se acercó á la niña, y meneando la cola, fué mansamente á refregar la cabeza en su manita.

—¡Ah, bribón!, exclamó ella acariciándolo. ¿Te gustan los bizcochos?

Sí, le gustaban. Tell se tragó media docena que la chica había llevado en una canastita para merendar. Ella se los daba pedacito por pedacito, con todo cumplido, y el muy goloso se los engullía irrespetuosamente de un bocado.

Cuando se concluyó el último, comenzaron de nuevo sus fiestas y sus cariños; quería nada menos que acariciar con su húmedo hocico la carita de la niña.

—¡Qué lindo perro!, decía ella, defendiéndose. ¿Cómo se llama?

—Tell, respondió Alegre, mirándolo con envidia.

—¡Tell, Tell!, exclamó la chiquilla.

Y Tell dió un salto más grande que los otros, y logró tocar con su lengua rosada y tibia una de sus manos, que ella ponía delante del rostro para defenderlo. ¡Ay! ¡Entonces sí que valía la pena de convertirse en Tell!

La chica había quedado silenciosa; Tell avergonzado; y Alegre, ¡pobre Alegre!..

—Y tú, ¿cómo te llamas?, preguntó ella, posando sus miradas dulces como un caramelo en el negrillo.

¡Su nombre! Siempre se lo habían de pedir. ¿Acaso tenía él un nombre? Gracioso, era el de un payaso; Alegre, un renombre cariñoso del tío Delfín; pero eso no era nombre; nadie en el mundo se llamaba Alegre.

Vaciló un instante; por fin se decidió por él.

—Alegre, respondió, bajando los ojos. No podía sostener las miradas magnetizadoras de aquella muñeca de diez años.

—¿Alegre? ¿Sabes que es lindo tu nombre?

—¡Ah!

El negrillo sintió un golpe de loca alegría; ¿le parecía lindo? entonces nunca llevaría otro.

Una criada llamó desde el parque á la niña.

—Adiós, Alegre, dijo ella en voz baja.

—Adiós, murmuró él quitándose la boina.

La chiquilla se perdió entre la arboleda, y el mu-

chacho, desatracando el bote, se dejó llevar por la corriente.

Se había levantado el telón en el escenario de su vida; iba á comenzar á vivir.

Sentía que su ser se trocaba; algo aleteaba en su pecho con las primeras palpitaciones de la vida. ¿Qué era? No sabía, pero era algo muy dulce.

El paisaje tantas veces visto, era nuevo para él. La luz era más pura, la brisa era más fresca y perfumada, el canto de los pájaros más armonioso, las mariposas y los insectos, las flores de los campos, el bosque, las nubes del cielo, el cielo mismo azul como los ojos de la niña, y el mar, el inmenso mar brillante como un cristal azogado, tenían un aspecto glorioso; de seguro había andado por allí la mano de un pintor, refrescando colores y acentuando matices.

Pero Alegre cerraba los ojos al paisaje y ensordecía sus oídos para no escuchar la música de la creación. Quería ver de nuevo en su recuerdo la mirada de aquellos ojos fascinadores; quería oir esa charla musical que había escuchado como en sueño: «¿Alegre? ¿Sabes que es lindo tu nombre?» No, hasta entonces no lo había sabido, pero lo sabría en adelante.

—Y ella, ¿cómo se llamará?, preguntóse él.

¡Qué tonto! ¿Cómo no lo averiguó? Su nombre sería lindo, más lindo que Alegre; se llamaría..., ¿cómo se llamaría? Si á él lo hubieran dicho que le pusiera un nombre, como el tío Delfín le puso á él, la habría llamado Golondrina; no, golondrina, no; las golondrinas son demasiado locuelas, ella era más dulce; tenía que ser el nombre de una flor que se le pareciera en lo delicada... ¡Flor del aire! Ese era su nombre, estaba seguro, hubiera apostado cualquier cosa.

Y habría perdido, porque la chiquilla no se llamaba ni Flor del aire ni Golondrina.

Su nombre era más feo, quizás, pero era el suyo verdadero.

Había llegado al muelle, amarró la *Gaviota* distraidamente y saltó á tierra.

Y su pobre *Gaviota* se quedó esperando la caricia que acostumbraba hacerle. Esperó que como siempre el grumete acariciaría sus bandas finas y lustrosas, y tendería sobre ella una lona para defender su pulido casco de las injurias del polvo y del sol.

Pero nada hizo el negrillo.

Si la *Gaviota* hubiera podido llorar, habría llorado de dolor y de celos.

XVIII

LOS CELOS DE ALEGRE

Se durmió pensando en *ella*. En sueños la vió, y cuando la luz del naciente día inundó la alcoba, Alegre se despertó pensando en *ella*.

Se vistió con su mejor traje, con el que sólo se ponía cuando repicaban fuerte, y escurrióse, temeroso de que le regañara madre Marta si llegaba á verlo.

Pero ella lo vió sin que él la viera.

—¿A dónde irá tan *paquete* el muchacho?, díjose la buena mujer.

Alegre iba al fondeadero. Saltó en su barquilla y empuñó los remos.

El corazón le hacía ¡toc! ¡toc! Había visto entre la arboleda una dulce visión.

Era su amiguita.

—¡Alegre, buenos días!, gritó al verlo.

Llevaba un traje azul, tan azul como sus ojos, y un sombrerito de paja arqueado para abajo y sujeto por una cinta que ceñía su rosada barbilla.

—Alegre, buenos días ¡mira si he madrugado hoy! nunca había visto salir el sol y hoy lo ví; ¡qué grande era! parecía de fuego; tú lo habrás visto así muchas veces, ¿verdad? Mamá duerme todavía y miss Fulton, la inglesa, me ha dado permiso para que cace mariposas en el parque hasta que haga calor.

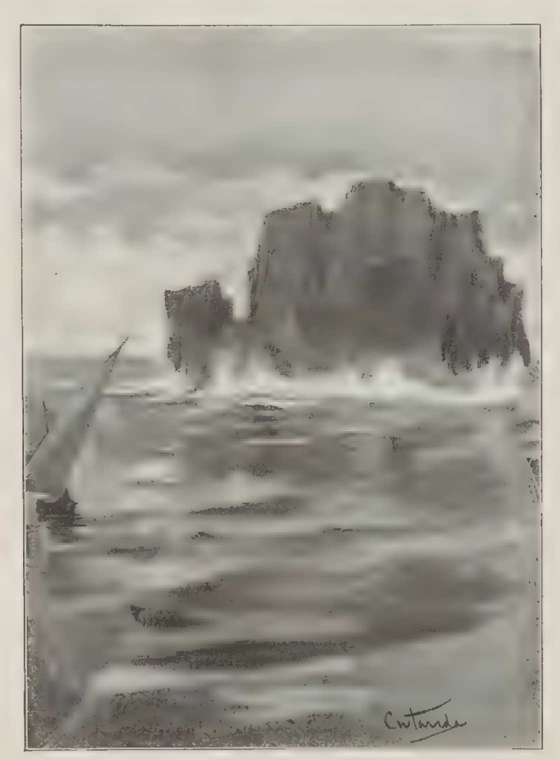
—¿Sí?, tartamudeó el negrillo por decir algo.

—Sí, hay muchas, pero me fastidian, no me gustan ya; yo quisiera, digo, me gustaría más otra cosa; dime, Alegre, si te lo pido ¿lo harás?

Y la niña sonreía, mostrando una fila de dientecillos como un collar de perlas engastadas en coral.

—¿Lo harás, Alegre, si te lo pido?, repetía, clavando sus ojos en los del muchacho para espiar su respuesta.

¡Dios de Dios! *Ella* le pedía una cosa, *ella* le preguntaba si lo haría, temblando de que él se negase, *ella* que con solo una mirada, podía... ¡Santo Dios, cuántas cosas podía ella con las luces de aquellos pedazos de cielo!



Tendió la vela y sentado en el timón se dejó llevar por la brisa

—¿Lo harás?, repetía la chiquilla.

—¡Oh, sí!

—Sea lo que fuera.

—¡Cualquier cosa!

La niña se echó á reir.

—¡Lo dices en un tono! Dime Alegre, ¿si te pidiera que fueras á nado hasta el Peñón de las gaviotas, serías capaz?

—No sé, no sé si llegaría, pero...

—¿Te echarías? Mentira, eso lo dices porque sabes que no te lo pediré.

—¿Y qué cosa era?

—Bueno; ¿sabes lo que es? que me lleves en bote, ¿quieres, Alegre?

¡Que si quería! Aquella chiquilla no maliciaba entonces lo que valía un ¿quieres, Alegre? de su boquita bermeja.

—¡Ya lo creo!, exclamó el muchacho loco de gusto, acá está el bote, suba.

—¡Cómo! ¿me tratas de usted?

Alegre se quedó confuso.

—No seas así; yo desde el primer día te hablé de tú haz lo mismo que yo.

El pequeño capitán había arrimado su barco; la niña iba á saltar, pero los niños proponen y las ayas disponen.

Miss Fulton, el aya de la chiquilla, la llamaba en ese momento y en inglés, para mayor tormento.

—¡Dios mío!, exclamó la niña azorada, me llaman, Alegre; ¡si me pillan! véte, que no te vean, y corriendo se perdió tras de los árboles.

Alegre sintió un acceso de rabia.

Aquella inglesa, aquella *miss* le arrebataba unos instantes que ni en sueños hubiera tenido con qué pagar. No conocía al aya, pero en aquel momento la odió con toda su alma, ¡no haberle dado la peste bubónica de chiquita!

Escondido en los sauzales de la otra orilla, se cansó de esperar. Su amiguita no volvía.

—A la tarde, se dijo, y regresó al fondeadero de Cruz Chica.

Y á la tarde volvió. Ella lo esperaba; estaba triste.

—Alegre, le dijo, ¡qué lástima! No voy á poder andar en tu bote; esta tarde llegarán visitas; van á estar varios días y mamá no me dejará venir. Pero no importa; otra vez, Alegre, ¿no es cierto?

La chiquilla no miraba al niño; volvía los ojos hacia otro lado y él aprovechaba aquellos instantes para devorar con los suyos aquel rostro encantador.

—Y ahora me voy; me he escapado para avisarte y si tardo vendrán á buscarme. Adiós, hasta después.

Cerca ya del mediodía, los ecos de Cruz Chica devolvieron las señales que el *Relámpago* hacía con su silbato.

A bordo venían las visitas: una señora, una joven y un muchacho de la edad de Alegre.

Al verlo el negrillo, sintió una impresión penosa. Aquel chico de su edad, tan bien vestido, que miraba con desdén á los muchachos de la playa y que á él lo había mirado con insolente curiosidad, le producía un escozor en el alma. De buena gana hubiera sido su amigo, hubiera jugado con él, le hubiera prestado la *Gaviota* para que no fuera al *chalet*, á casa de su amiguita, porque lo era ya. ¿No le había dicho «háblame de tú, haz lo mismo que yo?» Tenía miedo de que le arrebataran la amistad de la chiquilla rubia, de ojos azules.

Cuando el *Relámpago* atracó en el muelle del *chalet* pudo verla el negrillo.

Toda la tarde se la pasó en tierra, lo que nunca había hecho; él, tan dulce de costumbre, estaba gruñón sin estar triste. Aquella noche durmió como un lirón sin soñar en nadie; tanto mejor, los sueños no son más que neblinas que se disipan con el primer rayo de sol. Pero se levantó disgustado.

El día era hermoso. El mar estaba tranquilo, á pesar de que soplaba una brisilla regular.

Alegre pidió permiso á padre Ludovico para ir hasta el Peñón de las gaviotas. Una semana, más tal vez, hacía que no visitaba su isla de Robinsón.

—¡Hum!, contestó el marino, la mar no duerme, está despierta, pero no le hace, no se desperezará hoy por hoy; anda, chico, pero mucho cuidado, y antes del mediodía estás de vuelta; esta brisilla no amainará; tiene ganas de saltar al Sur.

Sería juicioso, no pasaría de las doce; pero quería distraerse; estaba aburrido.

Tendió la vela y sentado en el timón se dejó llevar por la brisa.

Las humanas amarguras, el agrio del limón que duerme en el fondo de nuestra alma y se revuelve con las contrariedades, es sombra, frente á la amargura del mar, ante el limo acre que dormita en su fondo y en la borrasca enturbia su superficie.

Alegre sintió que su disgusto se dulcificaba en presencia del mar ¡qué diablos! ¡aquél sí que era amargo de veras!

Y el negrillo acariciaba con cariño y con respeto las olitas que hacían ¡clap, clap! al castigar las maderas de la movediza *Gaviota*.

¡Qué manso estaba el mar aquel día, á pesar de que hervían sus hondas agitadas por la brisa! Alegre sonrió al contemplarlo; habíasele ocurrido una cosa: aquel mar se parecía á su alma, turbulenta en la superficie, tranquila en el fondo.

Alegre no era psicólogo, pero con diez años más lo hubiera sido; le gustaba contemplar su bodega, como hubiera dicho el tío Delfín, analizar sus sentimientos, adivinar los secretos de su corazón.

Por primera vez en su vida había sentido la sensación de algo más profundo que las simpatías que hasta entonces lo habían llenado.

(Se continuará.)

BARCELONA.—LA NUEVA CASA DEL «ORFEÓ CATALA.»

Los que han seguido paso á paso la existencia de esta institución benemérita; los que la han visto siempre avanzando triunfante por el camino que al crearse se trazara; los que han podido admirar en todas ocasiones el entusiasmo fervoroso con que ha perseguido sus elevados ideales, la fe, la perseverancia con que ha sabido vencer todas las dificultades que en los primeros tiempos se oponían á su desarrollo, no han de sorprenderse de que al fin haya recibido el premio de tantas



La fachada



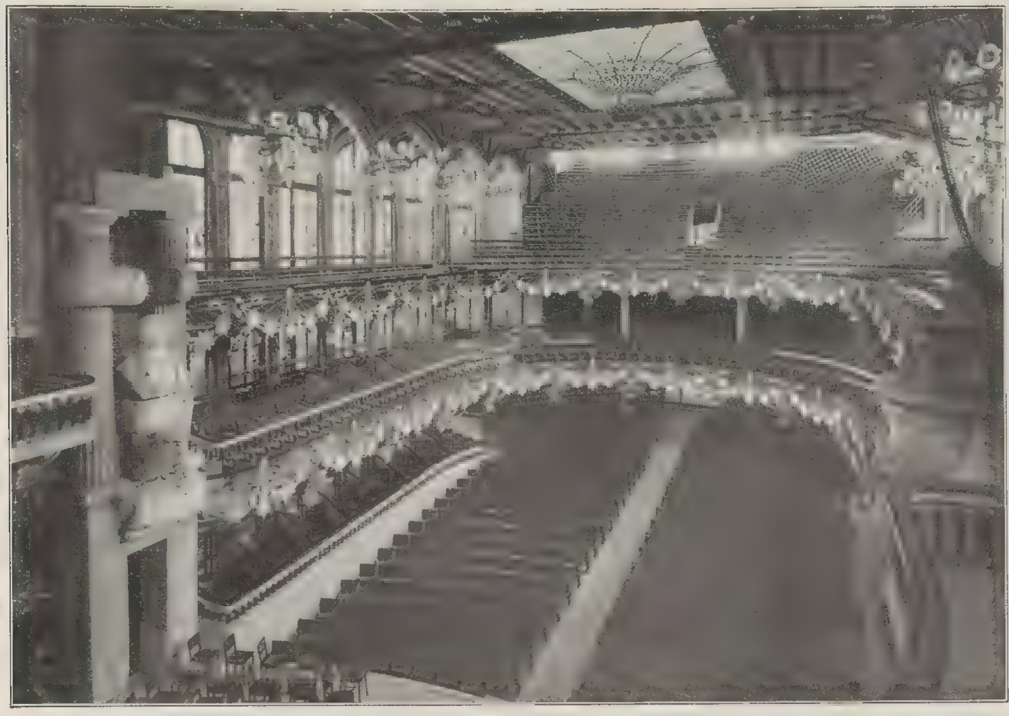
La escalera

virtudes, de tantas energías, de tantos sacrificios con la satisfacción de poder albergarse en casa propia, mejor dicho en suntuoso palacio, que bien merece este nombre el hermoso edificio levantado por el solo esfuerzo del *Orfeó Catalá*, y cuya inauguración solemne efectuóse el domingo, día 10 de los corrientes.

El edificio no está terminado aún, pero lo que de él hay permite formarse cabal idea de su grandiosidad, de su magnificencia y sobre todo del arte exquisito que en él ha presidido. El emi-



Vista del palco escénico tomada desde la platea



Vista de la sala tomada desde el palco escénico

nente arquitecto D. Luis Doménech y Montaner, que ha concebido el proyecto y dirigido su ejecución, ha justificado una vez más la fama que tantas otras obras importantísimas le han conquistado, y en esta ocasión, por decirlo así se ha excedido á sí mismo: el palacio del *Orfeó Català* es indudablemente una de las más hermosas creaciones del genial artista.

No disponemos de espacio suficiente para una descripción minuciosa, pues hemos preferido dejar el mayor posible á la información gráfica; diremos sólo que el vestíbulo, con sus paredes de mayólicas de suaves tonos y las escalinatas con su artística baranda esculpida de mármol y cristales y sus candelabros, son verdaderamente grandiosos, ricos y elegantes. La sala de fiestas es de una magnificencia superior á todo encomio; bella en sus proporciones y perfectamente distribuida, ofrece un aspecto espléndido. En ella hállanse admirablemente combinados todos los elementos decorativos: las pintadas vidrieras que substituyen á los muros laterales; las esbeltas columnas cubiertas de mosaico; la claraboya de cristales de colores; las mayólicas que forman artísticos dibujos; los elegantes aparatos de iluminación que semejan grandes coronas; el que podríamos llamar palco escénico con su magnífico órgano y sus primorosas esculturas, constituyen un conjunto de riqueza y de gusto incomparables. En la sala toda respírase un ambiente de alegría, de placidez y de confort. Y por encima de estas cualidades sobresalen las condiciones acústicas del local que son realmente excepcionales, según pudo comprobarse el día de la inauguración.

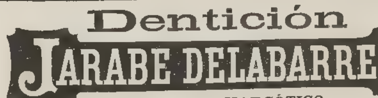
La ceremonia inaugural fué solemne. El Emmo. Sr. Cardenal Casañas bendijo el salón y terminado el acto religioso, el presidente del Orfeó D. Joaquín Cabot leyó un hermosísimo discurso haciendo una suscinta historia de la institución, desde sus humildes comienzos hasta aquel momento en que veía realizado su ideal, y demostrando como la obra del *Orfeó* había triunfado porque era obra de amor y fraternidad y porque, fijos siempre los ojos sólo en la obra artística, había hecho sentir á todos, lo mismo á los poderosos que á los desvalidos, así al público de las grandes urbes como al de las más modestas aldeas, las sencillas melodías de nuestros cantos populares y las sublimes composiciones de los más excelsos maestros.

A continuación, el Sr. Pujol dió lectura de un sentidísimo discurso del maestro director del *Orfeó* D. Luis Millet, que fué un himno lleno de poesía á nuestra música, una salutación de gratitud á cuantos habían contribuído á la obra del orfeón y un recuerdo á los que, arrebatados por la muerte, no podían asistir en cuerpo, aunque allí estaban en espíritu, á la fiesta que se celebraba.

Acabó el acto con un concierto, en el que el célebre organista maestro Daniel ejecutó admirablemente en el órgano una bellísima pieza suya y otra de Gigout, y el orfeón cantó con su tradicional maestría composiciones de Clavé, Nicolau, Haendel y Millet, que le valieron delirantes ovaciones.

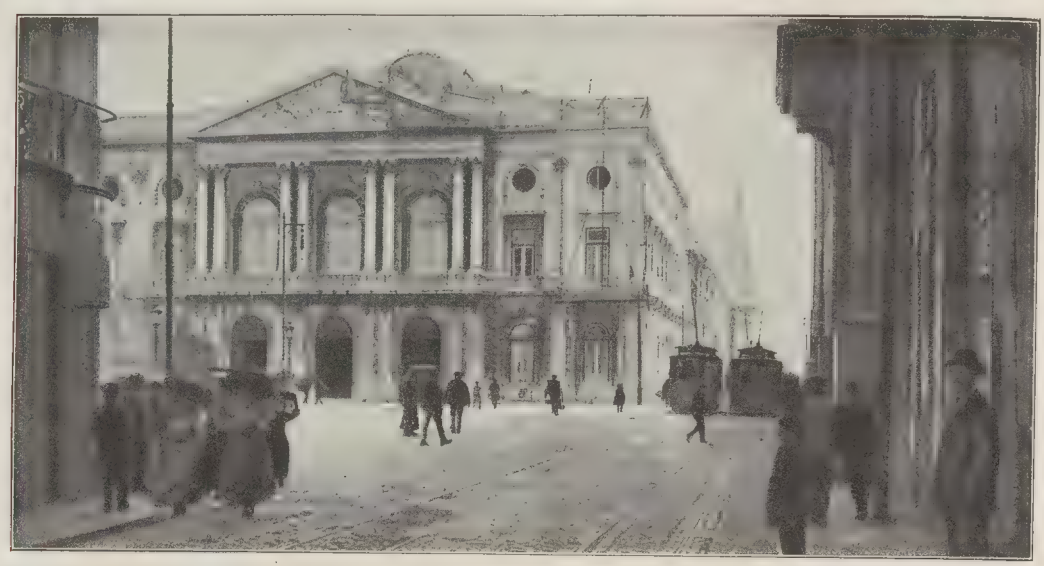
No terminaremos esta ligera información sin enviar nuestra felicitación más calurosa y más sincera á cuantos han llevado á feliz cima la obra admirable del *Orfeó Català*, pero de un modo muy especial á su presidente Sr. Cabot, que animado por su entusiasmo de patriota y de artista, ha luchado como un héroe para allegar recursos y vencer obstáculos, y al genial maestro Millet, alma de la institución, á la cual ha consagrado la mejor parte de su vida y á cuyo exclusivo servicio ha puesto todo su corazón ardiente y toda su inteligencia preclara. A ellos, á su labor desinteresada y constante, á sus sacrificios y esfuerzos jamás escaseados, debe Barcelona el hermoso templo del arte recientemente inaugurado por el *Orfeó Català*, una de las instituciones que más honran, no sólo á Cataluña, sino á España entera. – M.

(Fotografías de A. Merletti.)









Casa Consistorial — Calle del Arsenal — Puerta del Arsenal en donde se refugió el coche regio

Lisboa. — Calle del Arsenal en donde se perpetró el doble regicidio, vista desde la plaza de la Casa Consistorial

El sitio en que se ven los dos tranvías es el que ocupaban los regicidas y desde el cual hicieron los primeros disparos. (De fotografía).

El grabado adjunto reproduce el sitio en que se perpetró el doble regicidio de Lisboa, del cual nos ocupamos en el último número. El coche regio, después de pasar por la plaza del Comercio, entró en la calle del Arsenal, sonando entonces los primeros disparos de los regicidas que, en el lugar en que se ven los dos tranvías, esperaban el paso de la comitiva para realizar sus abominables propósitos.

Pasados los primeros instantes de horrible consternación, los postillones del carruaje en que iban los reyes, lanzaron los caballos al galope y entraron precipitadamente en el Arsenal, por la puerta que se ve á la derecha de nuestro grabado. El rey Carlos I había ya muerto y el príncipe Luis Felipe murió pocos momentos después.

En el Arsenal quedaron depositados de momento los cadáveres; á las siete de la tarde fueron trasladados al Palacio real de las Necesidades, en donde han permanecido hasta el día 8, en que se efectuaron los funerales.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD



Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 24 de febrero de 1908 — Núm. 1.365



El general d Amade y su estado mayor presenciando desde lo alto de una colina uno de los combates en las inmediaciones de Settat



Las tropas del general d' Amade atravesando el río Neffifigh

Marruecos.—Las últimas operaciones realizadas por las tropas del general d' Amade. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Guatemala: el ferrocarril interoceánico: Estrada Cabrera juzgado por amigos y adversarios. – *Panamá:* candidatos á la presidencia. – *Venezuela:* sentencias contra Compañías ó empresas extranjeras: el presidente Sr. Castro. – *República Argentina:* la clausura del Congreso: conflicto entre los poderes legislativo y ejecutivo – *Chile:* puertos y ferrocarriles: los nitratos: la huelga y el Congreso obrero: la inmigración europea y disposiciones tomadas para atraerla.

En el mismo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en que se publicó la anterior «Revista hispano americana,» aparecía el retrato del presidente de Guatemala, Excmo. Sr. D. Manuel Estrada Cabrera, á cuyas perseverantes gestiones para activar las obras públicas que más interesan al país se debe la terminación de las del ferrocarril interoceánico, es decir, entre el Pacífico y el Atlántico, ferrocarril solemnemente inaugurado el día 21 de enero último.

La magna empresa, en que tantas y tan fundadas esperanzas de riqueza y prosperidad nacionales cifran los guatemaltecos, está realizada, y es nuevo motivo que aprovechan los partidarios de la actual situación política para enaltecer y glorificar al Sr. Estrada Cabrera, á quien nos lo presentan como otro Wáshington, «el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos.» Ponen en su haber los centenares de escuelas creadas en Guatemala, las periódicas fiestas de Minerva, el fomento y consiguiente desarrollo de los intereses materiales, el prestigio, la influencia, la autoridad moral que ha logrado ganarse en todo Centroamérica. Mas, si en libros, folletos y prensa periódica se leen tales juicios, no faltan en otros, allá en América y aquí en Europa, acerbas críticas y censuras durísimas contra el actual presidente de la República, á quien nos lo pintan como político soberbio que abusa del poder y que aprisiona, tortura y mata al adversario que cae en sus manos.

Difícil es, en los tiempos que corren, formar idea exacta de los hombres y las cosas por lo que el libro y el periódico nos dicen. Cada cual juzga á los unos y refiere las otras según más le conviene, y no son pocos los escritores que acuden á la prensa con propósito deliberado de desfigurar los hechos para ensalzar ó deprimir á determinadas personalidades. Y aun quien de buena fe imprime dato que estima como cierto y expone criterio que le parece imparcial y justo, suele incurrir en error por falta de buena información ó sobra de prejuicios. Por esto con harta razón puede conjeturarse que los historiadores futuros han de encontrar, en el enorme caudal de fuentes de conocimiento impresas, mayores dificultades para inquirir y apreciar los hechos que las que hoy se tienen para hacer ó rehacer la historia de los siglos en que no existía ó no se había generalizado la imprenta tanto como en nuestros días.

Ante la multitud de informes contradictorios y abrumado por papeles y más papeles, en los que no hallará medio de descubrir la verdad, el historiador acabará por tomar el éxito como único criterio de ella. Así, por ejemplo, si bajo la administración de Estrada, Guatemala se engrandece y prospera de modo sólido y permanente, ese gobernante será una gran figura de la historia de Centroamérica en los primeros años del siglo XX; si sus adversarios se imponen, si una revolución lo arranca del poder, y por más ó menos tiempo la anarquía ó el desorden reina en Guatemala, Estrada Cabrera será... un tirano fracasado, un perturbador más.

***

El presidente de la República de Panamá, señor Amador Guerrero, que ha hecho una excursión por Europa, estaba de regreso en su país á fin de 1907.

Ha empezado la campaña para la renovación de la presidencia, que se hará en esta primavera, debiendo entrar en funciones el electo en 1.° de octubre próximo. Se duda que el actual presidente, á causa de su avanzada edad, consienta en ser reelegido. Entre otros candidatos se citan al Sr. Obaldía, de mucho prestigio en la República y que ha presidido interinamente, al vicepresidente Sr. Boyd, al Sr. Arango, ministro en Wáshington, y á D. Ricardo Arias, ex ministro de Relaciones exteriores. Es de suponer que será presidente quien más convenga á los yanquis.

***

Castro y los tribunales venezolanos siguen sentando la mano á las Compañías extranjeras. Una sentencia del Supremo Tribunal federal ha anulado la concesión hecha á la Compañía franco-venezolana de ferrocarriles, condenándola además á pagar indemnización al gobierno, que éste fija en un millón de pesos oro. La misma suerte ha cabido á la Compañía inglesa que obtuvo el monopolio de las cerillas fosfóricas. Ni una ni otra cumplían las cláusulas de los respectivos contratos.

Como se ve, esos extranjeros que acometen empresas industriales ó financieras en Hispanoamérica, y que estaban acostumbrados á hacer mangas y capirotes de cuanto les venía en gana, fracasan en Venezuela. La firme y perseverante actitud de Castro frente á tales Compañías y á las potencias que más ó menos directamente las apoyan, parece que debía valerle gran popularidad en el país. Sin embargo, no es así. Castro se mantiene en el poder; mas no inspira entusiasmos. Los años pasan, y las esperanzas que en él muchos fundaban no se realizan. Hace alarde de energías, pero no acierta á sumar voluntades, á atraerse el concurso de personalidades de gran prestigio en la República, á crear una situación firme y sólida que se gane la confianza pública y aparte todo temor de revoluciones. Acaso no haya en Castro el perfecto equilibrio de facultades que es condición necesaria á todo buen gobernante.

***

A principio de este mes de febrero, los periódicos de mayor circulación de Europa reproducían una nota de la respectiva legación argentina que, poco más ó menos, decía así: «El Congreso se ha disuelto, acatando el decreto de su clausura: algunos diputados y senadores protestaron; pero la opinión permaneció indiferente. El pueblo aclamaba en las calles al presidente de la República. No se alteró en lo más mínimo la normalidad administrativa y comercial.»

¿Qué había sucedido? Un estado anormal en la vida de la República por falta de inteligencia entre este poder y el ejecutivo. Ni el Congreso ni el Senado tomaban en consideración las cuestiones varias sometidas á su examen ó estudio, ni siquiera al proyecto de ley de presupuesto que debía quedar aprobado antes de terminar el año. El obstruccionismo de las oposiciones se imponía y el poder ejecutivo cortó por lo sano, declarando cerradas las sesiones de las Cámaras, retirando todos los proyectos sometidos á deliberación, y mandando, *de Real Orden* como aquí diríamos, que rigiese en 1908 el presupuesto de 1907. Son cosas que ocurren en las democráticas Repúblicas de América; pero que no suelen suceder, so pena de graves contratiempos para quien lo intenta, en las monarquías constitucionales de Europa.

La resolución del presidente venía motivada en el decreto de que se trata. No sólo el Congreso de Diputados aplazaba indefinidamente la discusión de los proyectos de ley, sino que ni se reunía el Senado; por otra parte, la prolongación de las sesiones del Congreso era contraria á la ley constitutiva, según la cual aquél no ha de estar abierto más de cinco meses al año, aunque concediendo al poder ejecutivo la facultad de convocar á sesiones extraordinarias para tratar únicamente de asuntos urgentes. No hay aquí, en verdad, razón que cohoneste el airado acuerdo del ejecutivo, porque ¿qué asunto más importante y urgente que la aprobación del presupuesto?

Existe, pues, en la República Argentina conflicto entre los poderes legislativo y ejecutivo, lo que puede ser ocasión de lamentables disturbios en el orden público. Casi todos los partidos condenan la actitud del presidente. Hubo conatos de resistir por parte de muchos senadores y diputados, y como medida de precaución, fuerzas de policía ocuparon el palacio del Congreso. Aquéllos, no obstante, decidieron al fin mantenerse en el terreno legal, aplazando para último extremo cualquier acto de carácter revolucionario. No está conjurado el peligro de un movimiento popular.

***

Los consabidos cambios de ministerio, los trabajos de puertos y ferrocarriles, la cuestión de los nitratos, las huelgas, las disposiciones tomadas para fomentar la inmigración, han sido los hechos de mayor relieve en Chile durante los últimos meses.

De las modificaciones ministeriales poco hay que decir. Lo de siempre: disentimientos entre los ministros y nuevos gabinetes.

Prosiguen con actividad las obras del puerto de Valparaíso, donde se proyecta construir una gran dársena. Se han votado créditos para reformas ó mejoras en los puertos de Valdivia y Coronel. La Comisión del Almirantazgo sigue estudiando el plan de defensa del litoral.

Se inauguró el ferrocarril eléctrico de Talcahuano á Concepción, y no hay las dificultades que se suponían para el cumplimiento del tratado con Bolivia en lo referente á la construcción del ferrocarril de Arica á La Paz.

Memorias de carácter oficial publicadas en Washington consignaban que si continúa la actual exportación de los nitratos de Chile, los yacimientos quedarán agotados en la 2.ª mitad del presente siglo. Los delegados ó representantes de las Compañías salitreras de Antofagasta se han apresurado á desmentir á los autores de esos informes, que consideran inexactos y perjudiciales á los intereses de las Compañías y de la nación.

El año 1907 acabó con formidable huelga de los obreros de esas minas. Hubo sangrientos choques en Iquique entre aquéllos y la fuerza pública, y los trabajos se paralizaron durante muchos días. Reunióse un Congreso obrero que dirigió al presidente de la República un escrito, amenazando con huelga general si el gobierno no aceptaba las reformas propuestas. Pero surgieron disidencias entre unas y otras sociedades obreras, protestando algunas contra los acuerdos del Congreso, y el conflicto parece terminado. Sin embargo, muchos obreros emigran y en varios campos salitreros aún están interrumpidas las labores.

Entre los muchos perjuicios que esas huelgas causan, no es el menor la reducción del contingente obrero. Para las explotaciones mineras, para las industrias fabriles, para las faenas de la agricultura, hacen falta en Chile brazos que trabajen; sin ellos es de todo punto imposible activar el aprovechamiento de las riquezas naturales del país. Es ésta una de las Repúblicas americanas menos favorecidas por la inmigración europea; hay, pues, que atraerla y á ello atienden varias de las disposiciones dictadas recientemente por el gobierno. Créanse y se organizan sobre nuevas bases agencias en Europa y se trata de subvencionar una línea de vapores-correos para que se encargue del transporte de inmigrantes hasta el puerto de Valparaíso. Habrá un jefe ó agente general de inmigración, con residencia en Italia, de quien dependerán agentes subalternos, delegados especiales y médicos.

A Italia, que es hoy por hoy el país que más inmigrantes proporciona, dirigen los chilenos su principal esfuerzo. En efecto, según los últimos datos publicados, de carácter general, y relativos al año 1905, en un total de 1.500.000 emigrantes europeos, figuran los italianos con 459.000 individuos (siguen 262.000 ingleses, 197.000 rusos, 187.000 austro húngaros, 147.000 españoles, etc.). Casi toda esa emigración va á América. Los Estados Unidos y Canadá se llevan 1.076.000, la Argentina 214.000, Brasil 53.000, Cuba 36.000, Uruguay 7.000, México 5.000. Descontados los que emigran á países de Asia, Africa y Oceanía, que son poco más de 100.000, quedan 3.000 para todas las demás Repúblicas de América no citadas expresamente. Es, pues, muy exigua, insignificante, la inmigración europea que recibe Chile, y se comprende el empeño que ponen sus gobernantes en aumentarla. Pretenden además escogerla con el mayor cuidado, para lo cual las agencias harán previos reconocimientos é informaciones y no admitirán individuos enfermos ó de malos antecedentes morales. Los escogidos harán el viaje á Chile por cuenta del Estado.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA MUERTE DEL RECUERDO



... después de calzarse reposadamente los guantes...

Sentado cerca de la lumbre, perezosamente envuelto en su pelliza de pieles, el viejo senador contemplaba cómo caía la nieve en el jardín.

Los delicados cristalillos prismáticos venían en una lluvia de pétalos de jazmín á cubrir con su blancura la desolada tristeza de los desnudos troncos, empavesados por la nieve como si les envolviesen guirnaldas de misteriosas flores, nacidas en el aire.

Toda la tierra cultivada y la arena de los senderos se ocultaban bajo la nívea alfombra, y las plantas verdes, las escasas flores amarillas y rojas de la estación invernal parecían broches de esmeraldas, corales y oro del virgíneo manto en que la Naturaleza envuelve su perezoso sueño, para despertar, estallando en raudales de savia, al primer beso del sol de primavera, enamorado esquivo, que rompe cada año su velo de castidad.

Un criado anunció desde la puerta:

—El señor está servido...

Al mismo tiempo los cristales y el pavimento retemblaban con el rodar silencioso de las enllantadas ruedas de un coche en el patio.

Perezosamente se rodeó el anciano al cuello la bufanda de piel forrada en seda, se abotonó el abrigo de arriba á abajo, introdujo en el bolsillo la tabaquera, afianzó sobre la nariz las gafas que ocultaban los hundidos ojos y, después de calzarse reposadamente los guantes de piel, tomó el bastón y el sombrero que le presentaba el ayuda de cámara, y salió, tapándose la boca con el pañuelo, tardo el paso, como si le costase trabajo dejar su gabinete en aquel día de frío.

Un secretario alto, rubio, atildado, de patillas simétricas é irreprochable traje, se inclinó á su paso ceremoniosamente, esperando que el señor se dignase dirigirle la palabra; pero D. Juan cruzó sin mirarlo ni preocuparse de su presencia.

—¿Deja mandado algo el señor?, preguntó con timidez.

—Nada.

Ya el lacayo sujetaba abierta la portezuela del coche... El secretario volvió á inclinarse con esa rigidez de los aduladores, que parecen tener una articulación más en su espina dorsal para doblar servilmente el cuerpo, y el carruaje partió con el cadencioso trotar de su tronco normando.

Encendió un cigarro D. Juan y se arrellanó sobre los almohadones azules, mientras el coche cruzaba las calles de Caballero de Gracia, Peligros y Alcalá para salir al Prado. Allí lucía con toda su blancura la nieve. Grupos de chiquillos y mozalbetes corrían sobre ella, ensuciando con los pies su transparencia, contentos y satisfechos los pulmones de respirar aquel aire puro y sereno, cuya ligereza centuplicaba la actividad. Perseguíanse unos á otros, arrojándose puñados de nieve que se deshacía en espuma blanca; rodaban algunos esas enormes bolas consagradas como imagen de la calumnia y de la murmuración, porque según corren engruesan y se enlodan. Varios artistas improvisados se entretenían en modelar con aquel mármol blando estatuas y caricaturas, con tanto esmero como si algunas horas más tarde su obra no hubiera de convertirse en agua sucia. Se respiraba la poesía de la blancura de la nieve, cuyo gran encanto consiste en su misma fragilidad, en lo inestable, en lo fantástico, lo ideal de su vida corta..., símbolo de lo irrealizable, de lo soñado, de todas las ilusiones que no pueden detenerse.

Había un rayo de envidia en los apagados ojos del viejo senador viendo á los muchachos correr, azotarse, caer y revolcarse sobre aquella alfombra, que se hundía á su peso como mullido vellón de lana, con crujido de cristalillos que se quiebran.

Recordaba en su abrigado coche el tiempo feliz de la infancia y la adolescencia, cuando medio desnudo y hambriento jugaba entre los copos de nieve en el Retiro ó la Moncloa.

¡Qué lejos estaba aquel tiempo!

¡Era una existencia pasada!

Se recordaba con tristeza; no había nada de común entre él, D. Juan, y aquel Juanillo de los primeros años de su vida.

Juanillo había muerto; ni una molécula del cuerpo joven, fuerte y gracioso quedaba en su pobre, achacosa y vieja armadura. Sólo escasas reminiscencias de la voluntad, de los afectos que *el otro* sintió revivían aún en él. Pensaba con terror que se muere varias veces antes que la disgregación final del individuo separe sus moléculas, formando otras combinaciones en el transcurso de los siglos. Sí, se muere varias veces. Cada una de las nuevas épocas de la vida, cada uno de esos cambios de costumbres, de afectos, que se verifican en nosotros, es la muerte de nuestro propio ser, la renovación de un *yo* que expira. ¿Qué le quedaba de las edades anteriores? Tristeza, cansancio, desengaños; amargura de los recuerdos vividos, de aquellos desdoblamientos de su mismo ser, ya sepultados.

Sin duda por eso la monotonía de la existencia nos aflige como una vejez anticipada y los cambios nos apenan. Lo que se separa, lo que se aleja, lo que se olvida, muere. Por eso es tan triste olvidar.

Recordaba sus existencias pasadas; había muerto ya la niñez miserable y feliz; la adolescencia trabajosa y mezquina, la juventud de luchas, ambiciones... y hasta bajezas con tal de sobresalir entre la vulgaridad de las comparsas humanas, nacidas para asistir á las representaciones de la vida de los demás, aplaudiendo ó censurando las comedias que se hacen á sus expensas, pero sin pasar jamás de las galerías al escenario. Era esta la época en que más había vivido, el cielo de las esperanzas, del amor. D. Juan recordaba la imagen de una mujer que iluminó su vida con reflejos de ópalo.

Sacrificó su amor á la ambición, á un casamiento que le abrió las puertas de la política y del gran mundo. Había visto sus aspiraciones satisfechas: lujo, influencia, poderío, pero nunca volvió á ver á la mujer que amaba. Supo que era directora de un centro de enseñanza oficial en una provincia y que

continuaba siempre soltera; pero su abandono había sido tan infame, que jamás se atrevió á tener el cinismo de intentar verla, y sin embargo, ¡cuánto la había amado! ¡Cuántas veces la recordó en el solitario hogar de viudo, sin hijos ni familia! En muchas ocasiones pensaba cuánta alegría pudo traer á aquella casa la mujer inolvidable, compañera de sus luchas y ambiciones juveniles... Hasta algún día pensó en ir á buscarla, pedirle perdón..., ser feliz con la dulce abnegación de aquella vestal de un amor único... Unas veces la reflexión de su posición social triunfó de su sentimiento... Otras, las tareas urgentes del Parlamento y la organización del partido aplazaron su resolución... Algunas, los éxitos y las ocupaciones se la hicieron olvidar... ¿Por qué surgía de nuevo en aquel día de invierno, entre la nieve de su ancianidad, la imagen de aquella mujer? Era una evocación extraña, una especie de Telepatía, como si una corriente eléctrica le agitase. Por un momento creyó no estar solo, sentir un aliento á su lado, la proximidad de otro ser, de un fluido, de otro pensamiento que solicitase con fuerza el suyo, y miró sobresaltado en torno.

La figura de Alicia se conservaba en su memoria tal como la última vez que la vió, sonriente, tranquila, sin desconfiar de su amor, sin que ni un solo latido de su pecho le anunciase la traición del amante, que la sacrificaba á la ambición. ¡Cuánto sufrió él también! Necesitó recordar todos los placeres que el mundo le ofreciera después de su matrimonio para consumar su traición... Hasta se engañó á sí mismo para poderse ir, diciéndose que volvería de nuevo.

¡Pobre Alicia! Soportó su abandono sin un grito, sin una queja... No le molestó jamás... Y sin embargo él supo que no dejó de amarle nunca... Se lo habían asegurado viejos amigos... y lo oía siempre con satisfacción.

Ya hacía muchos años que nadie le hablaba de la historia aquella..., enterrada en un pasado remoto.

Creía ver á Alicia aún con su belleza rubia, pálida, de rostro de marfil y manos de hostia, quebradiza y frágil como flor de almendro temprano. Le parecía que se acercaba á él con la mirada dulce de sus ojos claros, de extraños cambiantes de acero, tan ingenuos y tan puros como un lago que dejase ver el fondo de sus pensamientos.

Ni por un momento le ocurrió nunca la idea de las transformaciones que había operado el tiempo. La creía alta, erguida, grácil, con su talle delicado y esbelto. Más de una vez volvió la cabeza en la calle al paso de una joven rubia, delgada y frágil, diciendo: «¿Será ella?»

El coche se detuvo en la puerta del Ministerio de Fomento. D. Juan subió la escalera lentamente, tapándose la boca con el pañuelo, devolviendo los saludos sin pararse, y penetró en la sala de espera.

—¿Aviso al señor subsecretario?, preguntó el portero.

—No, no tengo prisa, esperaré que termine de todo, murmuró D. Juan, sentándose en el ángulo de un sofá, cerca de una de las ventanas.

Quedaban unos diez visitantes, que iban siendo llamados por turno ante el subsecretario. La prontitud con que se hacían los llamamientos probaba la poca atención que se les prestaría. Pero los pretendientes se iban contentos, creyendo haber sido escuchados.

En el gabinete cercano se escuchaba el ruido de conversar de los escribientes, que abrían y comentaban la correspondencia del jefe.

La gran antesala, alta de techo y mal guarnecida de muebles, tenía algo de solemne; todos hablaban en voz baja y los desconocidos se miraban unos á otros con recelo. De vez en cuando se apartaba el portier y un nuevo visitante junto á la puerta se detenía, deslumbrado, buscando una orientación entre todas aquellas gentes que esperaban. Algunos jefes de Negociado, con la cabeza descubierta, paso ligero y el legajo de papeles debajo del brazo, entraban y salían en el despacho del subsecretario.

D. Juan lo contemplaba todo, causando la envidia de los atormentados por larga espera. En el estado de su espíritu veía lo ridículo, lo cómico, lo vano de toda aquella farsa de egoísmos, luchas y miserias. Sin duda acababa de morir en su alma la ambición y veía claro la insignificancia de lo que antes le parecía grande.

Una señora sentada en el otro extremo del sofá atrajo su atención; llevaba un traje color marrón y una capota violeta sobre los cabellos blancos, blancos como la nieve del jardín. Sostenía con trabajo el corsé un cuerpo flácido, de pecho hundido, al que no se ceñía la floja tela de su traje. La carita arrugada, color tabaco seco, sumida la desdentada boca, en punta la barbilla y tallado en nervios el cuello. Aquella anciana tenía para D. Juan un extraño encanto. ¿Por qué? Acaso por la plata de los cabellos, sobre los que parecía un pensamiento temprano la gorrita violeta. Acaso por los ojos claros, dulces, tranquilos, que brillaban juveniles dentro de las hundidas órbitas sin pestañas. Le parecía conocer la caricia de una mirada semejante...

—Doña Alicia Moreno, dijo el portero mayor, llamando á la anciana, que se dirigió con paso vacilante al despacho del subsecretario.

¡Alicia Moreno! ¡Alicia Moreno! ¿Había oído bien? Trémulo, formuló su pregunta al portero.

—¿Quién es esa señora?

—Doña Alicia Moreno, la directora de la escuela de X.

¡Oh! ¡Era ella! No cabía duda. Entonces pensó por vez primera en las transformaciones de los años transcurridos. Sus existencias de jóvenes habían pasado hasta el punto de no conocerse.

Y sintió una amargura, una amargura infinita al perder la visión de aquel rostro juvenil y fresco para substituirlo con la imagen de la anciana de cabellos blancos. ¡Imposible! Alicia seguiría viviendo joven en sus recuerdos...; la anciana no tenía nada de común con ella... Entonces, con temor supersticioso, se explicó el pertinaz recuerdo del coche hacia aquella mujer que se le acercaba. ¿Le recordaría ella también? Evocó la caricia de los ojos claros, la simpatía misteriosa que les aproximaba, y por un momento pensó en los últimos días de una vejez dulce con las remembranzas de queridos recuerdos... Sí, al salir Alicia de aquel despacho la seguiría..., le pediría perdón... En su memoria se confundían de nuevo, bajo la mirada clara, la Alicia de cabellos blancos y la Alicia de cabellos rubios.

Se entreabrió la puerta y apareció entre las cortinas la curva silueta de la anciana.

—Señora, murmuró D. Juan, aproximándose.

Se detuvo ella y miró tranquila, esperando. El no hablaba, ¿qué decir? ¡No lo conocía! Sin duda ella guardaba otra imagen de juventud.

—Caballero, repuso al fin una voz cascada, admirando el largo silencio.

—Este pañuelo, ¿es de usted?, preguntó el senador, recogiendo el suyo del sofá.

—No, señor.

—Creí..., tartamudeó.

—Gracias, repuso ella con voz tranquila, saludando.

—¡No me ha reconocido!, exclamó él, viéndola alejarse lentamente. ¡Más vale así! Es preferible que no conozca el dolor de ver morir en el alma una imagen de juventud y amor acariciada tanto tiempo. ¡Para ella al menos vivirá el recuerdo!

Y se limpió apresuradamente los ojos con el pañuelo, mientras guardaba en el bolsillo los empañados lentes para entrar en el despacho del subsecretario, que llamaba obsequioso desde la puerta:

—¡Mi querido D. Juan!..

Carmen de Burgos.
(Colombine.)

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

VIII

Carlos Le Brun.—Nació en París en 1619 y murió en la misma ciudad en 1690. Hijo de un notable escultor, fué discípulo de Vouet, y en vista de sus felices disposiciones para la pintura, dispensóle su protección el canciller Seguier, que le envió á Roma á perfeccionarse. A su regreso adquirió notoriedad por medio de algunos cuadros que fueron muy aplaudidos, apoyándole con su favor Richelieu, Mazarino y Fouquet, logrando, por último, ser acogido por Luis XIV, que le nombró director de los Gobelinos y rector de la Academia de Pintura. Ejerció una á modo de dictadura, odiosa para los demás artistas, y murió de despecho por haberse declarado Louvois protector de su émulo Mignard. Alábanse sus producciones por la riqueza de la composición y por su carácter decorativo, citándose entre sus obras capitales *Las victorias de Alejandro,* en el Louvre; *Derrota de Majencio,* en los Gobelinos; *Los trabajos de Hércules,* en Versalles, y numerosos retratos.

Jacobo Courtois.—Nació en Saint Hippolyte (Francia) en 1621 y murió en Roma en 1676. A los quince años había adquirido ya cierta práctica en el dibujo y la pintura, de manera que al cabo de algún tiempo le fué posible trasladarse á Italia agregado al ejército francés, dibujando escenas de la vida de campaña, marchas, combates, etc., permaneciendo en Bolonia durante algunos meses, en donde comenzó á cultivar el género histórico. Desde allí pasó á Florencia y después á Roma, ejecutando en las dos ciudades, así como en Siena, algunas obras importantes. El inesperado fallecimiento de su esposa sumió al artista en el mayor abatimiento, retirándose á un convento de jesuítas. Entre sus cuadros merecen citarse los titulados *Josué deteniendo el sol, Moisés durante el combate con los Amalecitas,* etc.

Lucas Giordano.—Nació en Nápoles en 1632 y murió en la misma ciudad en 1705. De origen español, recibió sus primeras enseñanzas de otro artista español, el valenciano Rivera, á cuyo taller concurrió durante nueve años, al cabo de los cuales y cuando ya causaba admiración por la perfección de sus dibujos, salió furtivamente de la casa paterna, trasladándose á Roma, ingresando en el estudio de Pedro de Cortona. Más por interés que por afecto, presentóse en Roma su padre, enterado del éxito que alcanzaba el joven artista. Su tutela fué perniciosa para Giordano, puesto que sucumbió al afán paterno de producir y atesorar, llegando al extremo de copiar obras de otros pintores eminentes, vendiéndolas como suyas originales. Esto no obstante, preciso es confesar que ejecutó algunas producciones notables, extendiéndose su fama hasta el punto de ser llamado por el rey Carlos II de España, que le asignó una crecida pensión, colmándole de honores y distinciones, decorando la gran escalera del Escorial y la de la capilla, el palacio del Buen Retiro, la sala de Embajadores del palacio real, etc. Entronizado Felipe V, regresó al poco tiempo á Italia, ya que el nuevo monarca no le dispensó iguales favores, muriendo de una fiebre pútrida, y legando á sus hijos una cuantiosa fortuna.

Domingo Cresti.—Nació en Passignano (Toscana) en 1650 y murió en Florencia en 1698. Colocáronle sus padres en una librería de Florencia; mas poco inclinado á tal profesión, comenzó á estudiar la pintura, teniendo sucesivamente por maestros Macchietti, Naldini y Zuccharo. Tales fueron sus adelantos, que fué llamado á Pisa para ejecutar trabajos de gran importancia, á los que siguieron otros en Venecia, Florencia y Roma, recibiendo en todas partes señaladas distinciones, entre otras la investidura de caballero de Cristo que le confirió el papa Urbano VIII. Las obras de este artista demuestran una habilidad prodigiosa y una rapidez de ejecución que nadie superó.

Nicolás Largillière.—Nació en París en 1656 y murió en la misma ciudad en 1746. Apellidado el *Van Dick* francés, pasó sus primeros años en Bélgica y en Inglaterra. De regreso en Francia, y protegido por Van der Meulen y Lebrun, dióse pronto á conocer como excelente pintor de retratos, ingresando como profesor de la Academia. Cítanse entre sus obras las tituladas *Huída á Egipto, Ascensión de la Virgen,* etc.

José Vivien.—Nació en Lyón en 1657 y murió en Bonn en 1735. Fué discípulo de Lebrun, distinguiéndose por sus obras ejecutadas al pastel. Merecen recordarse *El príncipe Eugenio. El duque de Baviera, El obispo de Munster,* etc. Murió en el palacio de su protector, el Elector de Baviera, cuando pintaba el gran cuadro representando *La familia electoral de Baviera,* vasta composición destinada á reconciliar las dos ramas de dicha familia.

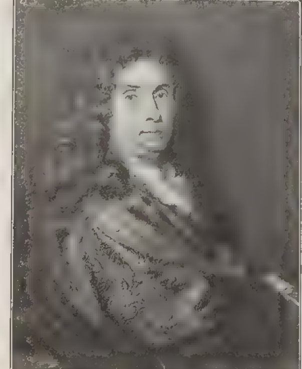
Adriano Van der Werff.—Nació en Krahinger-Ambacht, cerca de Rotterdam, en 1659 y murió en esta última ciudad en 1722. Desde sus primeros años mostró las mejores disposiciones para el dibujo, estudiando la pintura con Picolet y Van der Neer. Emancipóse á los diez y seis años, y sin guía ni maestro comenzó á trabajar, realizando tales progresos, que el elector palatino le concedió una pensión y un título de nobleza. Produjo varios cuadros de asuntos históricos, de la vida privada y retratos, todos ellos de pequeñas dimensiones.

Jacinto Rigaud.—Nació en Perpiñán en 1659 y murió en París en 1743. Comenzó á estudiar la pintura en Montpellier, trasladándose después á Lyón y á París con el propósito de perfeccionarse. Tales muestras dió de sus aptitudes, que fué admitido en la Academia como pintor de historia y de retratos. Hizo varios retratos de Luis XIV, de la familia real y de varias notabilidades, distinguiéndosele con varios honores y pensiones. Sus cuadros figuran en las principales galerías de Europa.

Francisco Van Mieris.—Nació en Delft en 1689 y murió en 1763. Llegó á ser el mejor discípulo de Gerardo Dow. El número de sus cuadros es muy considerable, citándose entre ellos *Una mujer tocando la guitarra,* en el Museo de Amsterdam; *Una joven* y varios retratos, en el de La Haya; *Mujer en su tocador, Dos señoras tomando te, Interior de una casa,* en el de París. Abreviáronse sus días por los excesos del vino.—Z.

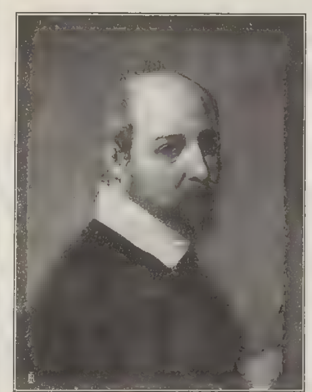
GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

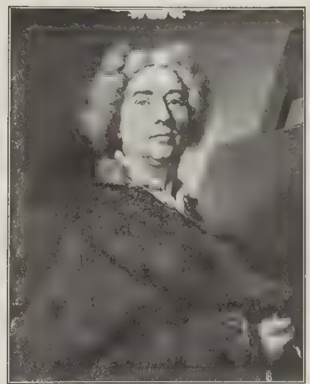
Auto-retratos de artistas célebres


Carlos Le Brun, francés (1619-1690)


Jacobo Courtois, francés (1621-1676)


Lucas Giordano, italiano (1632-1705)


Domenico Cresti, italiano (.650-1698)


Nicolás Largillière, francés (1656-1746)


José Vivien, francés (1657-1735)


Adriano Van der Werff, holandés (1659-1722)


Jacinto Rigaud, francés (1659-1743)


Francisco Van Mieris, holandes (1689-1763)

LÁMINA 8.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

ROBO DE VALIOSAS JOYAS DE LA CORONA INGLESA EN DUBLÍN

Durante el verano próximo pasado, el rey Eduardo VII de Inglaterra realizó una excursión por el país de Gales y por Irlanda. Grande interés despertaba aquel viaje oficial del soberano en las regiones que éste debía visitar, y el monarca pudo ver patentizadas una vez más, durante el mismo, las grandes simpatías de que goza entre sus súbditos.

La capital irlandesa, Dublín, esperaba con impaciencia la llegada de Eduardo VII y se apercibía á festejarle dignamente, cuando un hecho inesperado fué á turbar la general alegría: las insignias de la orden de San Patricio habían sido robadas.

Para comprender la importancia que se dió á este suceso, hay que tener en cuenta, no sólo el valor de las joyas substraídas, sino también las circunstancias en que debió realizarse el robo.

Las joyas desaparecidas eran la estrella y la placa del gran maestro de la orden y cinco collares de caballeros de la misma. La estrella, de brillantes, esmeraldas y esmalte, estaba valorada en 30.000 libras esterlinas: la placa, adornada con gruesos brillantes y otras piedras preciosas, en 16.000; y los cinco collares en 4.000. Estas joyas estaban encerradas en un arca de hierro, colocada en una sala del castillo que sirve de residencia al virrey de Irlanda y en donde están instaladas las principales oficinas del gobierno, y de su custodia estaba encargado el rey de armas, sir Arturo Vicars. Siete personas tenían la llave de aquella sala, y aunque contra ninguna de ellas han podido reunirse datos que permitan establecer su culpabilidad, el mencionado sir Vicars ha sido destituído, porque por el cargo que desempeñaba era el directamente responsable, si no del delito, por lo menos de punible negligencia.

Inútil es decir que la policía, lo mismo la de Dublín que la de Londres, ha puesto grande empeño en descubrir á los culpables; pero hasta el presente los ladrones no han sido habidos, ni se tiene la menor pista para dar con ellos ni con las joyas robadas, no obstante tratarse de diamantes de clase y de talla particulares que hace fácil su reconocimiento y por ende difícil su enajenación.



Las insignias de la orden de San Patricio, que fueron robadas en el castillo de Dublín

Este fracaso de aquella policía, considerada con razón como la primera del mundo, ha dado lugar á extrañas suposiciones, no faltando en Inglaterra quien crea que razones muy poderosas y de índole especialísima impiden esclarecer el suceso que todavía preocupa á una buena parte de la opinión inglesa.

La orden de San Patricio, que se compone del jefe supremo, que es el rey de Inglaterra, del gran maestre, que es el lord teniente gobernador general, y de veinte caballeros, fué instituída en 5 de febrero de 1783 por Jorge III, rey de Inglaterra, para recompensar los servicios prestados al Estado por la nobleza irlandesa; de aquí el nombre que lleva y que es el del santo patrón de Irlanda. Su divisa, *Quis separabit* (Quién los desunirá), alude á la reunión de los tres reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda; el mismo significado tiene el trébol que ostentan todas las insignias.

El castillo de Dublín está situado en una eminencia, llamada Cork Hill, que se alza en el centro de la ciudad; las numerosas é importantes reformas de que en varias ocasiones ha sido objeto, han modificado considerablemente su primitiva fisonomía, de tal manera que hoy sería imposible formarse una idea de lo que era en el siglo XIII, época de su fundación. Sus elevadas torres y sus gruesas murallas, que aún se conservan, permiten, sin embargo, suponer que su construcción obedeció á las necesidades de defensa de la ciudad más bien que al pensamiento de embellecerla. Entre los restos que de la antigua fábrica se conservan, los más viejos, al par que los más imponentes, son las torres de Bedford y de Birmingham, que fueron construídas en 1411.



Vista del castillo de Dublín, en donde se guardaban las joyas robadas



Patio del castillo. (×) Puerta de la estancia en donde se guardaban las joyas

La capilla, las habitaciones del virrey, el salón de baile y el del Consejo son las partes más interesantes del edificio.

En la capilla se admiran hermosas esculturas de madera y en la galería circular figuran los blasones de todos los lores tenientes que han gobernado en Irlanda hasta 1814: los de fecha más reciente decoran los costados del altar mayor. Sobre éste hay una vidriera de colores, en la que están pintadas algunas escenas de la Pasión y encima de la cual se ven las estatuas de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. Sobre la puerta de entrada se alzan las estatuas de San Patricio y de Brian Boraimhe, héroe popular que los irlandeses veneran del mismo modo que los escoceses á Guillermo Wallace.

Las habitaciones del virrey ocupan la parte interior del castillo.

El salón de baile, *Saint-Patrick's Hall*, está decorado con gran lujo; con bellísimas pinturas en el techo que representan alegorías ó hechos históricos, tales como: *Jorge III apoyado en la Justicia y en la Libertad, San Patricio predicando el Evangelio á los antiguos habitantes de Irlanda, Sumisión de los caudillos celtas á Enrique II*, etc.

En el salón del Consejo hay los retratos de todos los virreyes de Irlanda, á partir de la unión, siendo el primero de la serie el del marqués de Cornualles, que gobernó allí en 1800.—R.



Sir Arturo Vicars,
rey de armas y custodio de los diamantes regios de Dublín

PARÍS.—EL NUEVO JUEGO DEL «YOKO» Y EL NUEVO BAILE «LA DANZA DEL VELO»

Ya le ha salido al *diabolo* un competidor; el juego que, después de tantos años de olvido, ha resucitado, por decirlo así, y se ha extendido con pasmosa rapidez por todas partes, haciendo las delicias de los niños y de las personas mayores y animando, lo mismo los salones, que las plazas y jardines públicos, ha perdido una parte de su interés ante la novedad del *yoko*, que, parece llamado, si no á destronarlo en absoluto, por lo menos á compartir con él el imperio que entre mucha gente ejercía.

El *yoko*, que, á juzgar por su nombre, es de procedencia japonesa, consiste, según puede verse en el adjunto grabado, en imprimir á una especie de trompo, puesto en equilibrio al extremo de una varita, un movimiento rápido de rotación, lanzarlo al aire y recogerlo con la misma varita, repitiendo la operación tantas cuantas veces se puede, hasta que el trompo cae al suelo. Como el *diabolo*, puede jugarse el *yoko* individualmente ó entre varias personas, que se lanzan unas á otras el trompo y lo recogen cuando desciende de los aires. Dos son, pues, las dificultades que hay que vencer para jugar bien al *yoko:* primera, sostener en equilibrio el trompo y mantenerle en esta posición mientras gira encima de la varita, y segunda, recibirlo con ésta á su caída y conservarle el movimiento de rotación para volver á lanzarlo.



El nuevo juego del *yoko* ó del trompo volante. Fotografía de Carlos Trampus tomada en el jardín de las Tullerías de París

Este nuevo juego se halla en París en sus comienzos y los que lo cultivan han escogido como campo de operaciones el jardín de las Tullerías, de donde está tomada la fotografía que reproducimos. El interés que despierta permite, sin embargo, asegurar que antes de poco se habrá generalizado esta nueva diversión.

También en París ha aparecido un nuevo baile de sociedad que se ha conquistado en poco tiempo el favor de los elegantes y que seguramente perdurará más tiempo que los conocidos *Cake-walk* y *Machicha*. Estos, al fin y al cabo, son danzas más propias de café con cierto y que sólo una incomprensible perversión del gusto pudo introducir en los salones; al paso que la danza del velo ó del *ballon ballon* tiene un sello de distinción, de buen gusto y de elegancia que la hace á propósito para figurar en el programa de las fiestas del llamado gran mundo.

La danza del velo, graciosa y de armónicos movimientos, préstase como pocas á las más variadas y artísticas combinaciones y puede bailarse por una ó varias parejas, hasta el número de ocho. Cada pareja sostiene un velo, y henchiendo éste á modo de un globo, de donde proviene el sobrenombre de la danza, los que ejecutan ésta forman distintas figuras, que pueden variar indefinidamente.

Este baile puede bailarse en traje de sociedad ó de fantasía, siendo, según parecer de los inteligentes en estas materias, los trajes turcos ó griegos los que mejor se avienen con el carácter y el ritmo de la danza del velo.—S.



El nuevo baile de sociedad, «la danza del velo» ó del *ballon-ballon*. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)



CÁNTICO RELIGIOSO, cuadro de Pablo Barthel



EN LA TABERNA, cuadro de J. Malhoa

EL ALMIRANTE FERREIRA DE AMARAL

El presidente del Consejo de Ministros de Portugal nombrado por el rey Manuel II á raíz de su proclamación, tiene sesenta años y es uno de los hombres más considerados de Portugal por su valor y su energía. Ha sido gobernador de las



El almirante Ferreira de Amaral,
presidente del Consejo de Ministros de Portugal, nombrado por el nuevo rey Manuel II al ser elevado al trono
(De fotografía.)

posesiones portuguesas de la India y de Angola. En 1892 fué llamado á desempeñar la cartera de Marina en el gabinete del eminente hombre de Estado y ministro de Hacienda Sr. Díaz Ferreira, y ejerciendo aquel cargo, tuvo que reprimir el movimiento insurreccional de la marina, acaecido en 1906, lo que hizo con gran tacto y firmeza.

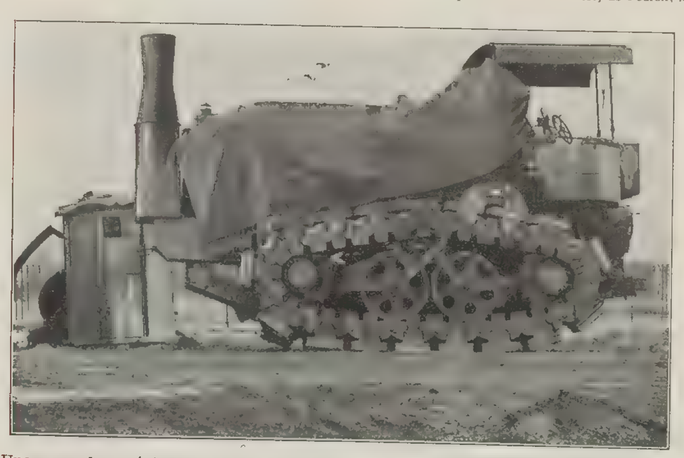
El almirante Ferreira, comandante de la escuadra de reserva y par del reino, no pertenece á ningún partido político. Es presidente de la Sociedad de Geografía portuguesa, que cuenta en su seno con todas las mayores eminencias científicas de Portugal.

UN NUEVO APARATO PARA TRANSPORTES DE GUERRA

La sección de transportes mecánicos del ministerio inglés de la Guerra, está ensayando desde hace mucho tiempo una máquina de resultados verdaderamente extraordinarios. Trátase de una locomóvil que con la mayor facilidad y con velocidad grande atraviesa los terrenos removidos, salva las zanjas y transporta los cañones de grueso calibre á las posiciones más elevadas por las más escarpadas cuestas. Esta locomóvil es movida por una máquina de cilindros gemelos y de combustión interior y está provista de ocho ruedas que giran sobre una cadena sin fin en la que hay fijados treinta y dos dientes.

Las pruebas se han efectuado en el mayor secreto y nadie hasta ahora, excepción hecha de los inventores y de los funcionarios interesados, sabía una palabra de tan maravilloso invento.

Los inventores han vendido su descubrimiento al gobierno inglés.



Una nueva locomóvil para transportes de guerra ensayada con buen éxito por la sección de transportes mecánicos del ministerio inglés de la Guerra. (De fotografía de World's Graphic Press).

PARÍS. – MONUMENTO A SCHEURER-KESTNER

El día 11 de este mes inauguróse este monumento, erigido por subscripción pública para honrar la memoria del eminente político y hombre de ciencia francés, último diputado por Alsacia en la Asamblea nacional, vicepresidente del Senado y el verdadero promotor de aquel movimiento que terminó con la rehabilitación de Dreyfus, puesto que fué el primero que, arrostrando la impopularidad y hasta el odio de sus compatriotas, él solo, contra todos, proclamó y defendió la inocencia del capitán desterrado en la isla del Diablo.

El monumento se levanta en el jardín del Luxemburgo y es obra del malogrado Dalou, que lo dejó sin terminar, y de Becker, que lo acabó. La parte arquitectónica es debida á M. Formigé. Compónese de una estela, sobre la cual se alza un obelisco y en cuyos lados se apoyan dos estatuas de mármol que representan la Verdad y la Justicia, aquélla empuñando el simbólico espejo y ésta adornada con sus clásicos atributos. En el centro del pedestal hay un medallón con el busto de Scheurer-Kestner y debajo de éste la sencilla inscripción: «Scheurer-Kestner. 1833-1899.»

El acto de la inauguración fué presenciado por los presidentes de la República, del Senado, de la Cámara de Diputados y del gobierno, y á él asistieron representaciones de las entidades oficiales, de muchas corporaciones y numeroso público. Los discursos que pronunciaron los Sres. Brissón, presidente de la Cámara, Leblois, Lalance y Clemenceau fueron muy aplaudidos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – La Sociedad de Artistas catalanes ha celebrado en ese salón una exposición en extremo interesante, no sólo por el número y la calidad de las firmas que en ella figuran, todas de verdaderos maestros, sino también por la valía de las obras por ellos presentadas. Han expuesto los pintores Llimona, Urgell (Modesto y Ricardo), Graner, Baixeras, Rusiñol, Casas, Brull, Galwey, Tolosa, Tamburini, Ros y Güell, Mestres, Cabañas, Raurich y Feliu, y los escultores Reynés y Miguel y Luciano Oslé; todos ellos han querido que esta primera manifestación oficial y pública de la Sociedad fuese digna, así de su reputación como del público de Barcelona, y justo es decir que han logrado plenamente su propósito, pues pocas veces se habrán visto reunidas en el Salón Parés tantos y tan notables lienzos y esculturas.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *La fortuna boja*, drama en cuatro actos de José Morató. En el Liceo se han cantado *Los maestros cantores de Nuremberg*, en cuya ejecución han sido muy aplaudidos la señora Passini-Vitale y los señores Bellatti, Giraldoni y Fazzini; pero los más entusiastas aplausos han sido para el director de orquesta Sr. Balling y para el maestro de coros Sr. Acerbi.

Orfeó Català. – Para la entrega oficial del órgano construído por la casa alemana F. F. Walker y C.ª, de Ludwigsburgo, ha enviado ésta al célebre organista de la Kreuzkirche, de Dresde, Alfredo Sittard, quien, en el concierto al efecto organizado, demostró, así las excelencias del instrumento, que tiene hermosísimas voces é innumerables registros que permiten una variedad infinita de combinaciones, como su dominio absoluto del mismo. Las piezas de Bach, Haendel, Liszt, Guilmant, Saint-Saens y Boildieu, que constituían el programa, fueron ejecutadas magistralmente por el Sr. Sittard, á quien el público aplaudió calurosamente.

Otro concierto ha dado el *Orfeó*, dedicado á sus socios protectores. La primera y la tercera parte estuvieron á cargo del mencionado organista Sr. Sittard, quien repitió algunas piezas del concierto anterior y tocó otras nuevas de Bach, Reger y Rheinberger, logrando en todas ellas entusiastas aplausos. El *Orfeó*, dirigido por el maestro Millet, cantó con su acostumbrada maestría composiciones de su director, de Pedrell, Morera, Nicolau, Saint-Saens y Haendel, siendo todas acogidas con grandes ovaciones.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Raffles*, comedia inglesa en cuatro actos de los señores Hornung y Presbey, arreglada á la escena española por «Gil Parrado,» y en la Zarzuela *Santos e meigas*, idilio de costumbres gallegas en un acto y tres cuadros, letra del Sr. Linares y música del maestro Baldomir.

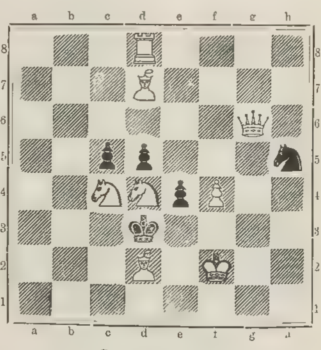


París.—Monumento á Scheurer-Kestner,
inaugurado el día 11 de los corrientes.
Obra de Dalou y Becker, escultores, y de Formigé, arquitecto
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 488, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

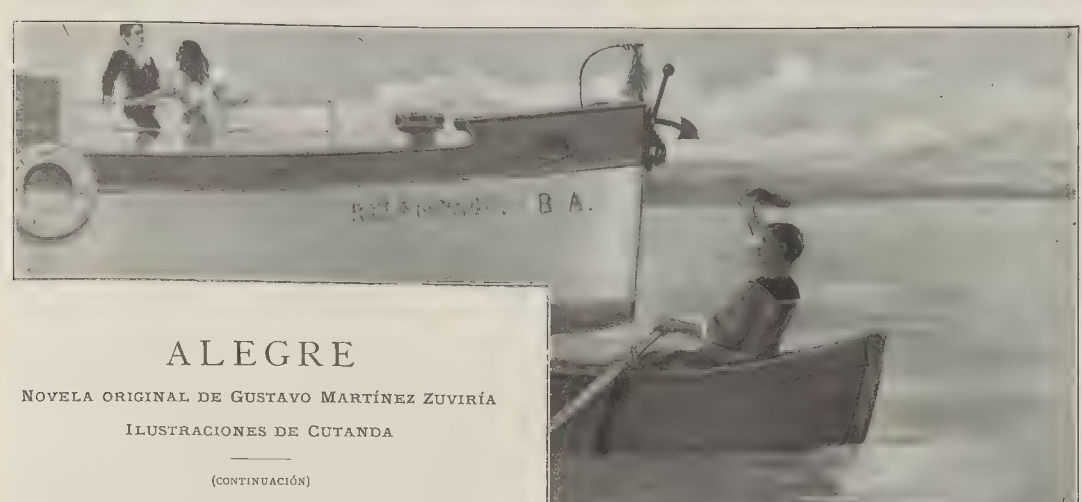
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 487, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Cd6–c4	1. Rd3×c4
2. Dg6×e4	2. Cualquiera.
3. A ó D mate.	
1.	1. d5×c4
2. Dg6×e4 jaque	2. Rd3×e4
3. Ad7–f5 mate.	

VARIANTES.

1...... Rd3×d4:	2. Cc4–b2, etc
c5×d4:	2. Cc4–a3, etc.
Ch7 juega;	2. Cc4–b2 jaq., etc.



Quitóse la boina y saludó

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Y admirado se asomaba al borde del abismo de su pecho para contemplar el fenómeno. Era como si en una página en blanco una mano inexperta se hubiera complacido en esbozar una imagen.

Y es que la golondrina errante del tío Delfín, colgado ya su nido en un alero, comenzaba á amar sin pensarlo.

El pensamiento de Alegre empezó á remontar paso á paso la historia de sus días, esa historia que él guardaba para leerla á solas, vergonzoso de que otros pudieran conocerla.

No era precisamente una historia; era una comedia, pero una comedia con escenas dramáticas. Una comedia triste, representada por un actor alegre.

Un barquinazo del bote sacó al pequeño psicólogo de sus abstracciones. Había llegado al Peñón de las gaviotas, y acababa de embicar en la playa.

Saltó á tierra, arrastró su embarcación sobre la arena por no anclarla y comenzó á trepar las agrias rocas del acantilado. Conocía sus más secretos recovecos; sólo él podía llegar hasta su abrupta cima.

Desde allí se dominaba el mar en una extensión inmensa; á distancia infinita, casi, divisábanse las blancas velas de los buques que navegaban en aquella dirección, y el humo de uno que otro vapor que en lontananza teñía el azul de la atmósfera con las turbonadas de su chimenea.

Desde allí se veía Cruz Chica, como desde un balcón; en ese momento madre Marta tendía unos trapos al sol, después de haberlos lavado.

Se veía también el *chalet* de los de Alvarado, ceñido por el parque. En él, por entre los claros de las avenidas, alcanzó á ver á su amiga jugando con el recién llegado; cazaban mariposas.

Esto no le entristeció. Si jugaban ellos, ¿por qué no había de jugar él también?

¿Y á qué había de jugar si no era *á Robinsón*, su juego favorito?

Tenía en el bolsillo un trozo de galleta; esto sería la base de un almuerzo robinsonesco; pero era poco; cuando iba al islote solía llevar provisiones; ese día se había olvidado de ellas. Los mariscos de la playa, que podía coger á montones, le daban asco. ¿No tendría con qué completar su almuerzo?

—Cazaré, se dijo; hay aves en abundancia.

Esto lo asemejaría más á su héroe favorito. Era una diversión nueva.

Pero las únicas armas con que contaba para apoderarse de algunos patos silvestres, ya que no pensaba atacar ni á las gaviotas ni á las golondrinas, eran los guijarros de que estaba sembrado el suelo.

Felizmente para Alegre, los solitarios habitantes de la isla desconocían el peligro, y al verlo se arrinconaban tontamente en el hueco de las rocas, lanzando agrios chillidos de protesta. Las primeras pedradas no dieron resultado: el pulso no andaba muy seguro. Pero eran tantos los patos y fueron tantos los guijarros que arrojó, que al fin hirió mortalmente á una de las aves.

Alegre dió un grito de triunfo, y seguro de que no cazaría otra, se contentó con ella. Para almuerzo era suficiente.

Tenía con qué hacer fuego, si hubiera llevado leña; pero en aquel árido peñón sólo crecían yuyos.

En la playa, sin embargo, podría recoger algún podrido madero entre los despojos de la resaca.

Al descender el empinado murallón de rocas miró hacia Cruz Chica.

—¡El *Relámpago!*, exclamó, viendo el vaporcito que avanzaba hacia el Peñón de las gaviotas.

Sin duda la señora de Alvarado había querido ofrecer á sus visitantes un paseo al Peñón, en cuya playa arenosa podían permanecer en las horas de la baja mar.

El primer sentimiento del negrillo fué una alegría loca. Era su amiguita la que venía.

Iría á encontrarla.

Echó al agua la *Gaviota*, plegó la vela, que no le hubiera ayudado, y triunfante se puso á remar en dirección al vaporcito.

De lejos pudo ver, á popa, á las personas mayores sentadas bajo la toldilla. Cuando se acercó no las vió más.

En cambio pudo ver á la niña apoyada en la barandilla del puente; á su lado estaba el muchacho.

Debían de ser muy divertidos sus juegos; reían con mucha alegría. La brisa llevaba á oídos de Alegre el rumor argentino de sus carcajadas.

Hizo fuerza en los remos y pasó casi rozando el casco del vaporcito.

Iba á saludar á la chiquilla, quitándose la boina, cuando le heló el saludo esta exclamación del muchacho:

—Mira el negrillo, Margarita, ¡qué feo es! ¿No es cierto?

La sangre de Alegre afluyó á sus mejillas. Alzó los ojos y pudo ver la cara del muchacho que se reía de él y la sonrojada carita de la niña. Ella era buena.

Quitóse la boina y saludó.

—¡Te saluda!, exclamó el muchacho. ¿Es tu amigo entonces?

El negrillo alcanzó á oir un *no* que le hirió en mitad del alma. La sangre huyó de su rostro y se agolpó en su corazón. Su pecho se estremeció, como si en él hubiera estallado el suspiro que sus labios comprimidos no dejaban escapar.

Y huyó, remando convulsivamente, repitiendo con dolorido acento:

—¡Me niega! Ella... ¡me niega!

La *Gaviota* corría como un caballo desbocado. Los brazos de Alegre parecían de acero.

Pero cuando la proa de la barquilla tocó el muelle, la fuerza nerviosa que la vergüenza y el dolor le habían dado le abandonó; sus músculos se distendieron, y tambaleándose como si estuviera borracho, subió al tablado, llegó á su casa y se arrojó en la cama.

No, allí no podía estar. La angustia que lo estrangulaba no quería testigos.

Alegre se lanzó al campo y corrió hasta que tras una lomada se perdió Cruz Chica.

El corazón del pobre niño, sediento de amor verdadero, se había entregado con desesperación, sin que su dueño se diera cuenta, á la chiquilla de ojos azules.

Alegre nunca había tenido amigos de su edad.

Era un ciego que acababa de ver la luz del sol cara á cara.

Y la felicidad de verla lo emborrachó.

No conocía el nombre del fuego que hacía arder su corazón, pero ¿qué importaba si aquel plomo derretido se difundía por todo su ser?

Repentinamente precoz, amaba y no lo sabía.

Lo único que sabía es que se ahogaba. Alguna mano brutal fustigaba su amarga desesperación.

Se arrojó en tierra y mordió los pedruscos.

Pero la borrasca se deshizo en lluvia.

Un sollozo amargo y vibrante estalló en su pecho, y la cascada de sus lágrimas contenidas se desbordó en silencio.

Lloró como no había llorado nunca.

Lloró hasta que el tesoro de sus lágrimas se hubo agotado, hasta que su pena le rindió. En el suelo, apoyada la cabeza en una mata de paja, quedóse dormido con un sueño dulce que serenó su alma, como la bonanza serena al mar después de la tormenta.

XIX

MAL DE AMOR

Cuando madre Marta le preguntaba por qué no salía, sus respuestas le delataban.

—¿Qué tendrá el muchacho?, decíase ella; varios días hace que apenas se embarca en la *Gaviota;* sí que es raro.

No era raro, era natural. El porrazo había aturdido á Alegre, que no quería volver más al *chalet;* si el mar hubiera estado bueno, al mar se hubiera ido; pero estaba malo. El río le tenía hastiado.

Pero por fin se rindió.

Cinco días pasó sin ver á la chiquilla de Alvarado, pero al sexto volvió su recuerdo á iluminar su mente. Y se decidió á embarcarse. Quería verla.

Hacia las tres, hora en que la niña jugaba en el parque embalsamado con la frescura del riacho, desató su olvidada *Gaviota* y se largó hacia el *chalet.*

¡Cómo le palpitaba el corazón! ¡Dios! si parecía que iba á cometer un crimen: ¡toc, toc, toc! ¿Quieres callarte indiscreto? ¿No ves que avisas con tus latidos á los pájaros que miran con curiosidad al joven marino y se dicen maliciosamente unos á otros: miradlo ¡el que no iba á pasar?

¡Ah, los pájaros! No sólo ellos, también las mariposas y las abejas se olvidaban de sus flores para verlo pasar, y las mojarritas saltaban fuera del agua, chicoteando con sus colitas de plata las bandas de la *Gaviota.*

Pero la chiquilla no estaba. No era como en otros tiempos que en el muelle del *Relámpago,* al mediar la siesta, esperaba á la *Gaviota* para decir á su dueño con su vocecita sonora como una copa de cristal de Bohemia:

—¡Adiós, Alegre!

No era como en aquellos tiempos en que él contestaba al saludo de la niña agitando su boina, su hermosa boina de paño azul que el tío Jorge le había regalado para los días de fiesta y que el muy bribón usaba á diario desde poco tiempo atrás.

Decepcionado y entristecido volvió á Cruz Chica.

Más tarde remontó de nuevo el río.

¡Ay, Dios!, allí estaba, en el parque; alcanzaba á ver su sombrerito de paja; si se acercaba, desde el muelle podría verla.

Pero no lo hizo.

¡Pobre corazón! ¿Por qué tan impaciente para correr en pos de la dicha y por qué tan tímido para gozarla?

Alegre huyó cuando pudo verla, porque tuvo vergüenza. Le pareció que ella lo había visto, quizás lo llamó...

Era un tonto; merecía echarse al mar.

Corrió otro día, más largo que un invierno lluvioso.

El corazón de Alegre estaba enfermo. Ya no huiría, no, del encuentro.

Necesitaba una mirada de la niña como el pecho necesita el aire.

La flor de su alegría para abrirse quería el fulgor de aquellos ojos azules.

—¡Adiós, Alegre!, le diría al verlo cuando volviese á pasar.

Y él, herido en mitad del alma, sería magnánimo y perdonaría.

Soñó con ella, y de impaciencia se levantó con las estrellas.

A las diez de la mañana pasó frente al *chalet* por la milésima vez.

Iba nervioso. Era todo ojos, todo oídos.

De pronto oyó una voz que despertó las armonías dormidas en su alma. Su corazón vibró como un arpa.

Ella jugaba en el parque; oía por sus gritos que se acercaba.

De nuevo le acosó aquel miedo cerval que el día antes le había hecho huir. ¿Le faltaría también entonces el corazón? No, su voluntad había enfrenado su timidez.

La *Gaviota* arrastrada por la corriente enfilaba ya el muelle del *Relámpago*.

Alegre volvió á oir su voz más armoniosa que el canto de los pájaros en las mañanas de octubre; y hasta alcanzó á divisar su sombrerito en una de las avenidas del parque. Pero no estaba sola. Oía también la voz de su compañero de juegos.

El recuerdo de la feroz exclamación con que le recibieron al pasar junto al *Relámpago,* caldeó el rostro de Alegre como si la acabase de oir.

Le faltó el corazón. Quería ver á la niña, pero no á su odioso compañero; no quería oir de nuevo un insulto que le sublevara; no quería que la frente de la chiquilla se sonrojara por su culpa, y que sus labios lo negaran.

¿Pero huir?.. Hacía tanto tiempo que ansiaba verla; estaba enfermo del alma, ¿cómo iba á huir, pues, en el instante soñado?

La cortina de sauces de la otra orilla, salvó la situación.

Allí se ocultó con su *Gaviota;* desde allí podía ver sin ser visto.

Casi dió un grito cuando vió á la niña sobre el muelle, á corta distancia del lugar en donde él se hallaba.

Con su vestidito celeste como el cielo y como sus ojos, y su sombrerito de paja blanca con flores; con sus mejillas coloreadas por la alegría de sus juegos; con su boquita fresca, siempre risueña, ¡qué linda estaba!

Alegre se olvidó de todo lo que había sufrido, se sintió feliz. ¿Quién podía estar triste viendo aquel ángel?

Sus ojos, clavados en la chiquilla, lanzaban chispas de alegría.

Su compañero llegó tras ella. Traía en la mano un juguete: era el barquito, arrebatado á las olas dos veces por Alegre.

—¿Andará?, preguntó el muchacho, acercándose á la orilla.

—¡Oh, sí! Ya lo verás. Déjame que lo eche al agua.

—¡No, no! Lo voy á echar yo.

Y el chico botó el barquito que flotó gallardamente, balanceando su casco sobre el agua.

—¡Ay! ¡Lo dejas ir!, exclamó su dueña, viendo que lo había soltado sin la amarra de costumbre.

El barquito giró un momento; sus velitas se hincharon con la brisa, y arrastrado por ellas y por la corriente, fuése primero hasta el medio del río, y después río abajo, río abajo.

—¡Se me va! ¡Se me va!, exclamó la chiquilla, llorando. Era el mismo grito que oyera días antes Alegre.

Pero no se atrevió á moverse de su sitio. Acababan de llegar á la orilla la señora de Alvarado y sus dos amigas. Tenía miedo de que creyeran que estaba oculto, esperando la ocasión para alguna travesura.

—¡Se me va, mamá!, exclamaba entre tanto la niña, señalando el barquito ya lejano.

El muchacho reía.

—¡Bien hecho! Si me hubieras avisado...

Las señoras diéronse cuenta de aquel drama infantil. Era imposible auxiliar al barquito, demasiado lejos ya.

—Ven acá, hija mía, dijo la madre del niño.—Julio es un chico malo; yo te daré otro igual, mejor, si quieres.

—No, no; igual.

—Bueno, igual.

—Pero ¿de veras?

—Sí, sí; te lo prometo.

Las lágrimas de la niña se trocaron en sonrisas.

—Bueno; ahora tienen que abrazarse como amigos. Julio, da un abrazo á Margarita para que te perdone.

El muchacho, riéndose, abrazó á la chiquilla.

—Y un beso, añadió la señora.

Julio besó á la niña en la mejilla, roja de rubor como una guinda.

—¿Lo perdonas?

—Sí, lo perdono; somos amigos.

Era demasiado para Alegre, espectador de la escena. Sintió que sus sienes ardían, que su corazón estallaba. Tuvo que apoyarse en la borda porque le daban vértigos, y cerró los ojos, porque después de lo que había visto no quería ver más.

Aún hubo de esperar mucho para abandonar su escondite. Cuando no oyó más voces salió de él, y sin voluntad para guiar el bote, se dejó llevar á merced de la corriente.

Su alegría se había apagado.

Hay cerebros que piensan antes de la edad del pensamiento, y hay corazones que aman antes de la edad del amor.

La partida es para ellos desigual. Para gozar son pequeños, para sufrir son grandes.

El corazón de Alegre, repentinamente precoz, había despertado con una sed inmensa de afectos.

La chispa de unos ojos azules había encendido en él una llama; los celos habían convertido el hogar en fragua.

Porque Alegre tenía celos.

—Se avergüenza de mí; y de él..., ¡Dios mío!, de él es amiga; si yo la saludo se pone colorada como la cresta de un cardenal; si él la besa se alegra. ¿Por qué será así?

Madre Marta había llegado á ser madre de veras. Sabía ya leer en el corazón de Alegre, descifrando los pliegues de su frente. Cuando el muchacho llegó, la buena mujer leyó el primer canto de un poema apenas esbozado.

—¿Tienes algo, hijo mío? ¿Estás enfermo?

—No, madre; no tengo nada.

El chico sonrió, pero en su sonrisa leyó Marta un canto más.

¡Pobre Alegre!

No era psicólogo, pero le gustaba penetrar el enigma de sus sentimientos. Cuando se acostó, rompió en sollozos, secos como los primeros resuellos del huracán. Un viento desconocido, que no estaba en la rosa de los vientos, comenzaba á revolver las olas de sus pesares.

Sentía el crujido de algo que se desgarraba en su alma. Era el segundo acto del drama de su vida. Moría el niño y se levantaba el hombre.

Esta vez era el hombre de veras, que ama, que tiene celos, que odia.

No; en esto no lo era; Alegre no odiaba; hubiera abrazado al rival que sin saberlo le robaba la dicha, arrebatándole su amor.

Pero una hora larga riñeron silenciosa refriega su bondad y su dolor. Una hora fué preciso para que llegara á amar á su rival y á perdonar á la niña que le había herido.

Entrado en esta serie de pensamientos, acabó por resignarse. Era humilde, y se postraba ante su suerte. Era amante, y prefería sufrir á renunciar á su amor.

Su espíritu se serenó. Y cuando en la copa de sus sentimientos se endulzó la hiel, cuando el amor derrotó á los celos, Alegre se sintió libre para llorar.

Y lloró...

Una mano solícita habíase posado en su frente que ardía; una mano había acariciado sus mejillas mojadas con sus lágrimas.

Por ellas descifró la madre el tercer canto del poema.

—¿Lloras, hijo mío? ¿Lloras, Alegre? ¿Qué tienes?

Alegre no respondió; hízose el dormido.

Ella lo besó en la frente y se fué.

Había leído el poema del amor en tres cantos. Primero la alegría insólita, quebrada por la tristeza; primer canto. Después el disimulo que enmascara la pena; segundo canto. Más tarde las lágrimas francas que rompen el dique y se desbordan á torrentes; tercer canto.

Alegre amaba ¿A quién? Ella lo adivinaba; Alegre sólo podía amar á la chiquilla Alvarado.

—Ludovico, dijo esa noche á su marido, Alegre está enfermo.

—¿Sí? Pues no lo he notado. ¿Y de qué está enfermo?

—No te vayas á reir, hablo en serio.

—Ya estoy riéndome; siempre que me recomiendas esto es porque vas á soltar alguna barbaridad.

—No, no: ya verás; Alegre está enfermo de mal..., escucha bien..., de mal de amor.

Padre Ludovico soltó el trapo á reir con tantas ganas como si en ello le fuera la vida.

—¡Mujer, tú ves visiones! ¡Qué ha de estarlo!

—Vaya si lo está; si sabré leer yo en esas cartillas.

—Pero ¿de veras?

—De veras; como hay Dios.

—No te creo.

—No me importa; me creas ó no, el muchacho quiere y con toda su alma.

—¡Tromba y retromba! Chiquilladas á lo más.

—Es lo que digo yo; pero son chiquilladas que él se las toma tan á pecho como si tuviera media vara más de alto.

—¡Vaya, vaya! Pronto carga mayores; y ¿quién es la favorecida?

—Eso no lo sé, respondió madre Marta, mintiendo redondamente.

¡Vaya si lo sabía!

—Bueno, bueno; apostaría cualquier cosa á que la chica no vale la mitad de lo que vale él; porque ¡tromba!, como diría Jorge, es una perla el muchacho; á hermoso y despierto nadie lo gana. ¡Lástima que tenga encima esa capa de corcho quemado! Pero ¿sabes, mujer? Yo creo que si Alegre fuera blanco no sería tan lindo; ¿qué te parece?

—Lo mismo pienso yo; pero quizás no lo crea así la favorecida.

—¡Psh!.. Peor para ella. Conque así, déjalo; si está enfermo, se curará; no hay mal que cien años dure; y el de amor, ni cien días.

Ni cien días, hecho el cálculo sobre el común de la gente. Pero Alegre era de otra pasta.

XX

LA C.TA

—Sí, muchacho, sí, decía á la mañana siguiente padre Ludovico á Alegre; si tienes ganas, me alegro; por mi parte puedes ir; el día está como nunca y la mar te sentará; la mar es buena para el cuerpo y para el alma. Rema, rema, que eso hace bien; pero, lo de siempre, mucho cuidado, y al primer amago de ventolina, proa al puerto.

Corría una dulce brisilla del Sudeste. Para tomar la de lleno y dirigirse al Peñón de las gaviotas con viento en popa, Alegre costeó hacia el Sud.

Habría andado unos doscientos metros, cuando alcanzó á divisar un objeto extraño en la arena de la playa. Acercóse y fué á examinarlo.

—¡El barquito!, exclamó, lleno de alegría, recogiendo el juguete que las olas habían arrojado en la playa.

Estaba intacto, las velas un poco mojadas y nada más; el pobre había hecho sin duda el viaje panza arriba.

El hallazgo era de buen agüero para el éxito de la jornada.

Ese día, en el Peñón de las gaviotas, Alegre se dió el lujo de hacer su soñado almuerzo robinsonesco, con fiambres que llevó y un pato salvaje que mató de una pedrada: habíase provisto de leña y pudo asarlo, pero no comerlo; estaba detestable.

Sin embargo, la diversión le pareció excelente; todo consistía en no olvidar la sal para otra vez.

Después corrió carreras en la playa con Tell; tiró palos al mar para que el perro se los trajera; se bañó en las bullentes olas que se revolcaban en las grutas del acantilado. Volvió á ser el Alegre del tío Delfín.

Al mediodía, cuando de vuelta ya, iba á atracar en su muelle, tuvo que aguardar que pasara el *Relámpago,* que echando torrentes de humo por su chimenea roja, tomaba rumbo hacia Buenos Aires.

—Se van las visitas, dijo para sí el negrillo, viéndolas en la toldilla, y se van solas; los de Alvarado se quedan.

Y rumiando este pensamiento le entró tal alegría, que echó á correr por los campos, loco de gusto.

—¿Lo ves?, dijo padre Ludovico á su mujer cuando el muchacho llegó á las casas con el aspecto radiante; la mar lo ha curado; la mar hace bien al cuerpo y al alma; lo que yo decía: chiquilladas, ¿has visto?

A la siesta, Alegre, en su *Gaviota*, volvió á recorrer su itinerario habitual por el río.

No tardó en ver el sombrerito de Margarita. Estaba en el muelle.

—¿Pasaré ó no?, se preguntaba el negrillo indeciso.

Por fin se decidió, tomando un término medio.

Cerró los ojos, estribó en el último banco, y remando con toda su alma, lanzó la embarcación corriente arriba.

Pero no pudo pasar de largo, porque una vocecita cariñosa lo llamó.

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho, triunfante, pero temblando de emoción, refrenó su desbocada *Gaviota* y se acercó al muelle.

—Ya se fueron, le dijo ella.

—¿Quiénes?

—Las visitas. Ya se fué Julio.

Se llamaba Julio; su nombre en boca de la niña supo á acíbar al negrillo.

—¿Y lo sientes?, se atrevió á preguntar, soltando las palabras sin medirlas

—No, porque nos enojamos, ¿sabes?

Alegre respiró y la miró profundamente, sintiendo en sus ojos todo el peso y toda la dulzura de las miradas de aquellos ojos de cielo.

—¿Por el barquito se enojaron?, dijo al rato él.

—No, por eso ya nos habíamos amigado. Fué por otra cosa.

Y ella le contó toda una historia de reyertas, de juguetes rotos, de lágrimas, de promesas. Era un poema digno de un Homero pequeño.

Alegre se embriagaba en aquella música.

—¿Y el barquito?, preguntó, cuando la chiquilla hubo concluído su poema.

—Me lo llevó el río.

—¿Y si yo te lo trajera?

—¿Tú, Alegre? ¿Otra vez? ¡Imposible! ¡Quién sabe dónde estará ya!

—Pero ¿y si te lo trajera?, insistió el muchacho.

—Si me lo trajeras... seríamos amigos, ¡pero muy amigos!

¡Ay! Eso era más para soñado que para visto.

En el fondo del bote estaba escondido el barquito. Alegre lo presentó á su dueña.

—¡Mi barquito!, exclamó la niña; ya no esperaba verte, picarón; te fuiste sin decirme adiós, pero te han vuelto á traer.

Una loca alegría se había apoderado de ella. Lo acariciaba, le hablaba, lo besaba...

Alegre esperaba, silencioso, que aquello pasara. La chiquilla lo miró; sin duda adivinó en sus ojos los sangrientos celos que tenía del juguete, porque se acercó á él, le dió la mano y le dijo:

—Gracias, Alegre; tú eres más bueno que Julio, pero mucho más.

El niño apretó la blanca manita que le ofrecían, poniendo en ese apretón toda su alma.

Ella añadió:

—Y yo seré más buena contigo que con él.

—¡Margarita!, exclamó Alegre sin poder contener su entusiasmo.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí; ¿no te acuerdas cuando fueron en el *Relámpago* al Peñón? Al pasar cerca del vaporcito él te dijo: «Margarita, mira el negrillo...»

La chiquilla se puso roja de vergüenza.

—Sí, sí, ya me acuerdo, dijo, interrumpiéndolo.

Y como respondiendo á una cuestión que el niño no había entablado, dijo:

—Pero desde ahora seremos amigos.

—Yo lo he sido siempre, Margarita..., indicó tristemente Alegre.

—Bueno, bueno; miss Fulton va á venir y no quiero que me encuentre contigo. Mañana pediré permiso á la hora de la siesta... ¿Te acuerdas de lo que me prometiste hace muchos días?

—¿Qué cosa?, preguntó Alegre, deseoso de retenerla un instante más.

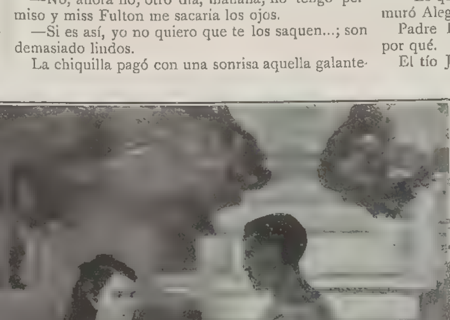
—¿No te acuerdas? Eso del bote; íbamos á andar en bote.

—¡Ah, ya! ¿Quieres andar ahora?

—No, ahora no; otro día, mañana; no tengo permiso y miss Fulton me sacaría los ojos.

—Si es así, yo no quiero que te los saquen...; son demasiado lindos.

La chiquilla pagó con una sonrisa aquella galantería y tendió la mano á su amigo. Él se la retuvo un instante, fijando en sus ojos azules y dulces los suyos ardientes como el sol de los trópicos. En aquella mirada le mostraba la inmensidad de su alma, donde ella mandaba como reina.



Gracias, Alegre, tú eres más bueno que Julio, pero mucho más

—Adiós, Alegre, hasta mañana.

Él no respondió; estaba hechizado, siguiendo con la vista su vestidito azul que se perdía entre la arboleda.

Ese día sí que era feliz Alegre; la chiquilla le había dicho: «Tú eres más bueno que Julio.» Y él saboreaba con delicia toda la miel de esas dulces palabras. Cuando entró en su casa, Ludovico y su mujer se sonrieron maliciosamente.

—¡Diablo de muchacho! ¿Qué te pasa? Ayer no más, estabas tan tristón que daba lástima verte, y hoy, vamos, hoy tienes un aire de triunfador que... me parece, digo, estoy sospechando ciertas cosillas. ¿Qué será, Alegre?

Alegre cerró los ojos, avergonzado, como si temiera que ellos pregonaran su secreto.

—Bueno; tú nada quieres contarnos, no importa; si estás alegre, como tu nombre, eso nos basta, guarda tus misterios.

A la noche, mientras cenaban, entró el tío Jorge, como de costumbre, con su eterna pipa en la boca.

—Alegre, dijo, esta vez mi visita es para ti. Estoy de viaje; mañana iré á Necochea. Tengo que llevar unos barriles de aceite. Mi hijo, que tiene entre manos un trabajillo, no puede acompañarme; necesito un compañero: ¿quieres venir conmigo?

El primer deseo del muchacho fué aceptar; después recordó la cita que su amiguita le había dado, y ¡cómo iba á faltar á ella!

—Vamos, ¿qué dices? ¿No te gusta? ¡Tromba!

—Sí, me gusta; pero...

—Concluye.

—¿A qué hora volveremos?

—¿Qué música es esa? Cuanto más tardemos mejor para ti, ya que te gustan los viajes.

—Es que yo me aburriría si fuera muy largo, murmuró Alegre.

Padre Ludovico y madre Marta comprendieron por qué.

El tío Jorge no; tembló de indignación desde la quilla á las cofas.

—¡Tromba, retromba!, exclamó. ¿Te aburrirías? ¡Truenos y relámpagos! Entonces tú no eres un marino, tú eres una muchacha que se aburre en la mar; apuesto á que también te mareas. ¡Habráse visto un grumete de tamaña arboladura! Digo, un capitán, un capitán que se aburre á bordo; ¿en qué quedamos?

Alegre se sintió anonadado; era mentira, él no se aburría; pero ¿cómo descubrir su secreto y cómo faltar á la cita? El muchacho, tímido y dócil, se hizo fuerte.

—Yo quisiera ir, tío Jorge.

—Pues iremos.

—¿Y á qué hora estaremos de vuelta?

—¡Dale con la música! Pues volveremos..., ¡tromba!.. ¿Qué te parece al mediodía, después de almorzar en el barco?

—¡Espléndido! Así sí me gusta.

—Ya decía yo; ¿cómo no ibas á tener ganas de embarcarte tú, un marinerote más amigo de la mar que los delfines? Bueno, pues esta noche te acostarás temprano, que á las cinco ya habremos soltado la amarra, si no es antes; la carga está á bordo; yo dormiré en la barca.

El buen marino dió una palmadita en la mejilla á Alegre y las buenas noches á todos y salió, murmurando:

—¡Tromba, si está obscura la noche! Pues fíese uno de la luna; al paso que va, primero saldrá el sol que ella.

Y se hundió en la obscuridad, dejando un reguero de humo y de trombas.

Mucho antes de rayar el alba, la *Bella Italia* estaba lista para zarpar, y su gruñón capitán preparando el café para el desayuno y echando trombas contra su grumete que aún no parecía.

Pero éste no se había dormido. En cinco minutos abrió los ojos, se vistió y estuvo á bordo.

—¡Tromba con el chiquillo!, gruñó el tío Jorge al recibir sus buenos días; ya creía tener que buscar otro grumete. Y luego has de querer volver al mediodía.

—Pero si todavía no son las cinco ni ha salido el sol.

—Pero saldrá, muchacho y serán las cinco... cuando las dé el reloj; ¡si querrás enseñarle á un viejo lobo como yo! Vamos, toma; está amarguito y caliente, como conviene á un marino; toma también y procura hincarle el diente á esa galleta, no es blanda del todo; y despacha pronto, no quiero que el sol nos pille en Cruz Chica; la brisa es buena, pero amainará en cuanto el sol caliente y tendremos que hacer el viaje á remo.

En menos que canta un gallo echó Alegre á su bodega la galleta marinera ablandada en el humeante y sabroso café. Jorge era un maestro en prepararlo.

Ya él se había desayunado y se ocupaba á la sazón en izar la gran vela latina de la *Bella Italia*, que no bien sintió las caricias del viento, se irguió, gimiendo como si la hubieran despertado repentinamente, de un puntapié.

—Desata la amarra, que nos largamos; ya verás qué andar tiene mi barca; ya verás, ¡tromba!, si hay muchas que, en menos tiempo, pinten la estela que ella pinta.

Alegre soltó la amarra; la barca tembló de placer y cinco minutos más tarde se largaba proa al Sur y viento en popa, dejando tras sí un hervidero de espumas blancas.

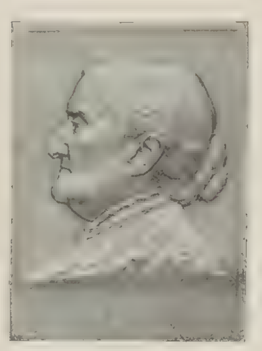
Tiempo hacía que Alegre ansiaba maniobrar en un barco más formal que su *Gaviota*.

(Se continuará.)

EL NOTABLE MEDALLISTA HOLANDÉS J. C. WIENECKE

Entre los artistas que en la actualidad cultivan con más éxito esa rama especial del arte del relieve que hoy vuelve á lograr el favor de que en otros tiempos gozara, figura el autor de las medallas y planchitas que en esta página reproducimos.





Retrato de la madre de Wienecke



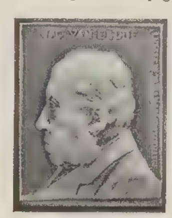


Anverso y reverso de la medalla dedicada al eminente pintor José Israels, con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento





Anverso y reverso de la medalla de oro del Sindicato de Refinadores de Java, para premiar anualmente á los agraciados en un concurso científico ó técnico



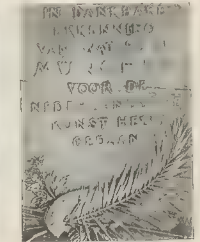


Anverso y reverso de la planchita dedicada á Van Leiden, que durante cuarenta años fué director de la Casa de la Moneda de Utrecht



Anverso y reverso de la medalla dedicada al arquitecto de La Haya J. van Lokhorst





Anverso y reverso de la planchita dedicada al pintor J. de Haas, con motivo del 70.º aniversario de su nacimiento

Wienecke nació en Prusia en 1870, y después de haber estudiado en la Escuela de Arte aplicado de Amsterdam y en las academias de Bellas Artes de Amberes y Bruselas, trasladóse á París, en donde perfeccionó sus estudios en los talleres de los profesores Cola Rossi, Julián y Dionisio Puech.

Después de permanecer cinco años en la capital de Francia, regresó á Holanda. En 1898, las autoridades municipales de Amsterdam anunciaron un concurso para premiar la mejor plancha conmemorativa del advenimiento de la reina Guillermina al trono, y Wienecke, aunque no se dedicaba entonces á esta especialidad, presentó un proyecto que obtuvo el primer premio. Este triunfo le animó á seguir dedicándose á esa clase de trabajos, y habiendo vacado poco después una plaza de la Casa de la Moneda de Utrecht, hizo oposiciones á ella y la ganó. Antes, empero, de comenzar á ejercer su nuevo cargo, quiso perfeccionar y ampliar sus conocimientos como medallista, y á este efecto estuvo una temporada en la Casa de la Moneda de París bajo la dirección de M. Patey.

Actualmente ocupa aquel importante puesto, en el que ha dado relevantes muestras de sus especiales talentos artísticos, según puede verse en la numerosa y variada colección de obras suyas que adjuntas publicamos.—X.



Anverso



Planchita conmemorativa de unas bodas de plata



Reverso

Planchita de la Sociedad holandesa-belga de los amigos de la Medalla Artística. (En el anverso, el retrato de la reina madre de Holanda.)



San José, cuadro central de la capilla de San José de Toledo, obra de *el Greco*. (De fotografía de C. Alguacil.)

DOS CUADROS DE EL GRECO

existentes en la capilla de San José, de Toledo

Otras dos producciones de aquel esclarecido pintor, á quien se apellidó *el Greco*, reproducimos en estas páginas, que figuran en el paramento central de la capilla de San José de Toledo. Representa una de ellas á San José, bajo cuya advocación se halla la referida capilla, al que sirve de coronamiento otro cuadro de menores dimensiones, representando, á su vez, la Coronación de la Virgen. Ambos pregonan la intensidad del sentimiento religioso de que se hallaba saturado el espíritu de aquel celebrado artista, y ambos atestiguan el descuido y abandono de que han sido objeto por parte de aquellos que por deber y patriotismo debían haber procurado su conservación, teniendo en cuenta que representan una piadosa ofrenda y dos obras de arte. Réstanos expresar el deseo de que por quien corresponda se adopten las necesarias disposiciones para evitar que á los dos cuadros á que nos referimos les quepa igual suerte que á los que recientemente se extrajeron de la misma capilla para ser vendidos en París.



La Coronación de la Virgen, cuadro de la capilla de San José de Toledo, obra de *el Greco*

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



Marruecos. — Las últimas operaciones realizadas por las tropas del general d' Amade
Paso del río Neffifigh por la sección aerostática que conduce el globo cautivo. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

Las tropas francesas al mando del general d' Amade prosiguen sus operaciones de avance, aunque no con la facilidad con que sin duda esperaron realizarlas. En efecto, los chauias, primeramente solos y luego ayudados por las fuerzas de Muley Hafid, han obligado, unas veces con su resistencia defensiva y otras tomando la ofensiva, al general d' Amade á empeñar una serie de combates reñidísimos y alguno de ellos de resultado muy dudoso, ya que, al través del opticismo de los partes oficiales, se adivina que los franceses se vieron en una situación en extremo comprometida y hubieron de retirarse con sensibles pérdidas entre los vigorosos ataques del enemigo. Tal sucedió el día 5 en las inmediaciones de Settat, en el que los 4.600 hombres mandados por el coronel Boutegur y por el propio general d' Amade, viéronse acometidos por más de 8.000 marroquíes. Los franceses lucharon valientemente, llegando los artilleros á combatir cuerpo á cuerpo; por fin consiguieron rechazar al adversario y entrar en Settat, hallando esta plaza casi enteramente destruida y abandonada por sus habitantes, excepción hecha de los judíos que se presentaron á los franceses y les dieron pormenores acerca de las pérdidas sufridas por los chauias y los hafidistas que, según parece, se elevaron á 800 bajas entre muertos y heridos.

Las pérdidas de los franceses consistieron, según se consigna en los partes oficiales, en tres muertos y 24 heridos. Es de creer, sin embargo, que la bajas fueron más numerosas, dado lo encarnizado de la lucha.

Los franceses no han permanecido en Settat, por ser esta posición de muy difícil defensa, sino que el día 6 regresaron al campamento de Zaniet-et Mekki, base de aquellas operaciones.

En aquella expedición, las tropas del general d' Amade se apoderaron de importante botín y destruyeron varios aduares.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 2 de marzo de 1908 — Núm. 1.366



SALIDA DEL BAILE DE MÁSCARAS, dibujo de Julio Borrell

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á nuestros subscriptores una lindísima edición, brillantemente ilustrada por el eximio dibujante Daniel Vierge, de la preciosa novela de Próspero Merimée, COLOMBA, considerada unánimemente por los críticos como la obra más inspirada y genial de este novelador francés. Uno de ellos, M. Sainte-Beuve, después de comparar COLOMBA á la «Electra» de Sófocles llorando á su padre y esperando á Orestes, dice: «Todas las Electras de teatro, los Orestes posteriores, las Clitemnestras de segunda y tercera mano, están, á mi modo de ver, mil y mil veces más distantes de la Electra primera, que esta hija de las montañas, esa pequeña salvaje, que no sabe más que su «Pater.» COLOMBA es más clásica, en el verdadero sentido de la palabra.»

En cuanto á las 63 composiciones de Daniel Vierge, que embellecen la presente edición, baste decir, para hacer su elogio, que, además de ser la obra última del artista sin par, éste visitó para ilustrarla, como Merimée para escribirla, la isla de Córcega, estudiando, como este último, detenidamente el carácter, las costumbres y la indumentaria de sus habitantes.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Y si hablásemos de magia y de medicina á la vez? Madrid anda alborotado—es decir, Madrid no, porque la noticia no ha cundido mucho aún; el revuelo está circunscrito á las personas que se han enterado, círculo relativamente corto,—pero, si no todo Madrid, una gran parte de la sociedad madrileña, al menos, experimenta en este momento las ansias de la esperanza y la emoción de las nuevas orientaciones. —Se trata de que parece haberse descubierto el específico infalible contra la tuberculosis.

¡Nada menos! Aquella enfermedad, al parecer incombatible é incurable, aquel espectro que rondaba á la juventud, aquel duende maléfico que estaba en todas partes y en ninguna, que flotaba en el aire y cabalgaba sobre los átomos del polvo disueltos en un rayo de sol, aquella plaga—mucho más aterradora que las de Egipto—ya está vencida, si creemos á las referencias que nos llegan por distintos conductos y que son propias para despertar el interés de curiosidad en quien más dominado lo tenga.—Una persona muy conocida, una señora joven, hija de un prócer dos veces ilustre, por la genealogía y por la tradición literaria, había sido acometida del terrible mal. Éste había adelantado ya tanto, que la enferma se deshacía en sudores y síncopes, y los médicos la desahuciaban, señalando término muy próximo para el fatal desenlace. Fué entonces cuando aplicó el nuevo remedio, que acababa de aparecer, sin bombo ni platillos; apenas como una tímida noticia, un ensayo incierto. Y al poco tiempo de usar el remedio extraño, la enferma empezó á reponerse, á comer, á andar, á engordar; las cavernas del pulmón se cerraron, la expectoración se suprimió, los sudores lo mismo... y la moribunda de antes es hoy un individuo normal, sano y salvo..

Otra curación no menos sorprendente, con el mismo medicamento, es la de un caso de *lupus*. La substancia que en inyecciones y en inhalaciones cura la tuberculosis, en fricciones contiene y ataja el horrible mal, el repugnante y devorador *lupus*, cicatrizando su asquerosa llaga. Las propiedades que tal hecho parece descubrir en los elementos del prodigioso bálsamo, abren el camino á la esperanza de la tan buscada, anunciada y nunca obtenida curación del cáncer... ¿Quién puede calcular lo que lleva consigo este descubrimiento? ¿Quién adivina las consecuencias de un hecho, en la infinita cadena de los hechos futuros y posibles?

El hecho de la aparición de este específico es—según se refiere—del todo casual. El médico que lo aplica y despacha y que le ha dado su nombre, no dedicó vigilias y sudores á encontrar la fórmula, porque se la dió hecha la naturaleza... Insisto en que no hago más que repetir lo que por ahí se dice y oye, sin salir responsable de la exactitud de tales relatos. —Véase uno, más parecido á leyenda que á historia. —Incendiada una chimenea de fábrica, goteó por sus paredes un líquido resinoso, que un médico tuvo la ocurrencia de recoger, enfrascar y ensayar como medicamento, con asombrosos resultados.—Y aquí entra lo inquietante de este descubrimiento: que la primera materia del portentoso específico ha sido obtenida mediante una combinación que tal vez no pueda reproducirse, y en ese caso, la *ricotina*—es el nombre que se da al bálsamo—sería como esos filtros que sólo se componen cada mil años, en un día dado, bajo la influencia de determinados signos astrales, ó como el famoso pez autómata de Alberto Magno, que pedía iguales requisitos y conjunciones de estrellas...

Mientras se averigua y se depura este caso singular, nadie puede impedir que una ola de esperanza penetre en los corazones de los que ven consumirse lentamente ó arder en fiebre devoradora á un ser querido... ¡Si fuese cierto! ¡Si la tuberculosis, el monstruo pálido, se batiese en retirada! ¡Si se pudiese atajar su marcha de espectro!

El doctor que tal consiguiese—pero de verdad, con resultado seguro siquiera en el cincuenta por ciento de casos,—se haría archimillonario, se hartaría de recibir oro y, además, sería preciso elevarle un templo, como á Esculapio se lo erigieron los griegos reconocidos. Sí; á la categoría de divinidad sería necesario sublimar al que tamaño beneficio dispensase á los hombres. ¿Nos resolveremos á señalar con cifras de luz la fecha del descubrimiento de la *ricotina*? ¿Será esta fecha un timbre de gloria para España? ¿O será un desencanto más, semejante al del célebre submarino, cuya valía, por enorme y estupenda que fuese, no puede compararse á la del sencillo remedio? ¿Habrá éste indicado el camino para que, si no en la actual fórmula, en otra que largas investigaciones permitan fijar, la curación de la tuberculosis sea una realidad dentro de algunos años? Porque la base de resina que tiene el medicamento hoy ensalzado, pudiera entrañar una revelación. Por algo los tísicos son enviados á sanatorios situados entre pinares, y por algo el pulmón se ensancha cuando recibe el aire saturado de esos efluvios puros y vigorosos... Acaso en la resina está la salud.

* * *

Nunca se encontrará medio de evitar la muerte; pero yo entreveo como una aurora la posibilidad de combatir victoriosamente las enfermedades que atacan á la juventud. Acaso algún día, lo normal será morir viejo. La poesía habrá perdido algo, pero la existencia de la gente civilizada será más firme, tranquila, normal y dulce. No existirán las criaturas soñadoras y abrasadas en su propia llama, como las Margarita Gautier, las Cherie, las María Baskirtreff—unas fruto de la inventiva literaria, otras flores de una civilización presurosa y escéptica, con fondo de romanticismo;—no se verán, en Niza, en Cannes, en Pau y en Málaga, esos tipos delicados, tocados ya por la mano de esqueleto de la muerte, de mejillas de alelí blanco marchito, de ojos con cerco morado, de sienes hundidas y de labios resecos por la calentura, que sonríen dolorosamente, como si un martirio íntimo y triste les arrancase, en protesta, esa sonrisa suprema. En cambio, las lágrimas de las madres tendrán un manantial menos por donde correr, el porvenir de la juventud no será tronchado en flor y el hombre podrá fundar un hogar, sin miedo á tener que abandonarlo para emprender el camino del cementerio, que la tuberculosis rellena con horrible prodigalidad..

* * *

Se acercan los Carnavales, unos Carnavales mustios, de antemano amortecidos, sin que sea fácil adivinar por qué. Esto se diría que es algo que flota en el aire, algo que no tiene fácil explicación. Podrían este año señalarse, como causas y concausas de la desanimación que se presiente, la estancia de la corte en Sevilla y la magnificencia de los festejos que se preparan en San Sebastián, donde parece que el Casino y la población entera echan el resto para emular á Niza—salvo el clima, que nunca se prestará á la seguridad de buen tiempo en estas épocas, pues la «bella Easo» es, como Galicia, tierra de primavera agria y lluviosa.

Dícese que los bailes del Casino, para los cuales hay presupuestos setenta mil duros, resultarán algo fantásticos por su esplendidez; y no sólo la colonia extranjera y española de Biarritz se trasladará allí, á disfrutar del espectáculo, sino que de Madrid, numerosas familias que tienen casa en San Sebastián, allá se dirigen, deseosas de no perder festejos que se anuncian con aureola de tan extraordinarios lujo y ostentación. Las comparsas y cabalgatas no se quedarán atrás de los bailes, y en todo va San Sebastián á ponerle á Madrid la ceniza en la frente, según se afirma.

Si el Carnaval cayese en el mes de mayo, su decadencia (que ha llegado á ser un tópico) no se acentuaría, probablemente, al menos en muchos años. No sé si algún día desaparecerá esta clase de fiestas: hoy no llevan trazas de desaparecer, al menos en su forma algo culta, no *saturnálica*. Y la misma *saturnal* todavía colea en los innumerables bailes que reunen á lo más caracterizado de la hamponería y del vicio matritense—sucia espuma agitada, en cuyos remolinos van envueltos el dinero, la salud y la frescura de tantas mocedades...

Yo no puedo vencer un horror físico, una especie de estremecimiento del alma, al pensar en tales bailes, y en general, en todos los bailes de máscara de pago. Mi sensación de repugnancia está, lo comprendo, fuera de toda proporción con el motivo, pero es algo que no razono, y ha sido causa de que en toda mi vida no haya asistido más que á dos; al primero, para salir de la curiosidad; al segundo, por compromiso y para recibir una impresión bien triste... Acaso no sea el concepto moral que se desprende de tales bailes lo que me molesta; acaso sea, lo repito, algo que atañe al cuerpo: los olores, los ruidos, los gestos estúpidos de las caras, el aburrimiento mal escondido bajo la apariencia de placer, la ordinariez, la insipidez del cuadro, en general. Ello es que esos bailes de careta me son profundamente antipáticos; y no ahora, en que mi edad madura explicaría todo retraimiento, sino desde mi primera juventud.

Evoco el recuerdo del primero, al que fuí por saber «cómo son»—deseo universal en las muchachas. —Eran aquellos célebres, antiguos bailes de máscaras del teatro Real, que ya habían empezado á estar muy de capa caída desde la Revolución; pero que todavía conservaban bastante de su prestigio y á los cuales, realmente—no como ahora, en que el caso es por lo menos inusitado,—concurrían, velándose con el antifaz y el dominó, innumerables señoras de lo mejor de la sociedad. Conmigo iban, aquella noche, una duquesa y una marquesa, una de ellas dama de una reina, y las dos animadas y de alegre condición. ¡Qué melancólico es siempre volver la vista atrás! La duquesa ya hace largos años que ha desaparecido de entre los vivos, y la marquesa tiene nietos.—Volviendo á nuestra odisea en el baile, diré que, á poco de haber entrado en él, abriéndonos camino difícilmente, tal estaba de lleno, un (¿cómo diré?, ahora le llamaríamos un *conocido sportman*), se me acercó vivamente, ofreciéndome su brazo. Iba yo á iniciar no sé qué broma insulsa (porque para broma graciosa no poseía tela cortada), cuando mi propio interlocutor me sugirió el tema, pues comprendí que me tomaba por otra persona, y otra persona con quien tenía largas cuentas que ajustar... Al pronto, negué; pero sin duda existía, antifaz aparte, una semejanza, y el equivocado porfió en que yo no podía ser sino la esposa de cierto capitán general, etcétera... Ante tal obstinación, acabé por conformarme y seguir la broma, cuya base era una ruptura á que él no se avenía. Le hice vagas reflexiones y casi se convenció de que, en efecto, era preciso que «aquello» concluyese, como aconsejaban de consuno la razón, la conveniencia y hasta la moral... Y sin querer, hube de enterarme plenamente de lo que no me importaba un ardite...

Después, en varios sitios, tuve ocasión de volver á verles á *él* y á *ella*. Una sonrisa asomaba involuntariamente á mis labios, pensando si acaso, como en las comedias clásicas de Lope y Calderón, al enredo y quid pro quo de la careta y las máscaras se debía el que aquellos dos seres, en vez de buscarse afanosos, se evitasen y huyesen dondequiera... Y al mismo tiempo confieso que no me saltaba á la vista aquel parecido que pudo originar el error.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ASI ERA SU CARA, CUENTO DE CARNAVAL, POR JULIO HOYOS

Dibujo de Mas y Fondevila



Se cogió Colombina del brazo de Cancela y fué aquel encuentro decisivo

Encontramos á José Cancela cuando nos apartábamos del vórtice carnavalino que torrenteaba por lo largo del paseo. Trotaban las bestias arrastrando las apoteosis de las carrozas; pasaban las figuras de la leyenda, los reyes pintorescos de una hora de lo cura: Pierrot, el pálido juglar lunario; Arlequín el bellaco, con la perlería cascabelera de su caperuza, que sonaba como metálicas carcajadas; Colombina, flor de cinismo, toda blanca y banal; Bebé rosa, saltando con su cuerda; Llorón el mofletudo, agitando su sonaja y sus gritos más estridentes, y en lamentable exceso, mezclábase Destrozona la harapienta, vanidosa entre el triunfo de sus guiñapos sucios, al hombro la escoba sarnosa y rastreante la cola polvorienta. Del conjunto gregario, sólo estas figuras daban á la atención sus ridículos, sus excentricidades y su locura.

—¡Pepe! ¡Cancela!

Y nuestro buen amigo se alegró infinito del hallazgo, ya que todos comulgábamos en las mismas ideas. Aquello mareaba. Cierto que se bebía la alegría á boca llena; pero como el vino demasiado abundante, mareaba aquel torbellino carnestolendo.

Por los andenes de la Castellana se amasaba el gentío, rodeando el paseo con un abrazo de humanidad lujuriosa y revuelta. Protestaban coquetonamente las mujeres del varonil atrevimiento, y cuando se hacía un claro, propicio para restaurar las fuerzas y recomponer el tocado, se aprovechaba con precipitación y se volvía de nuevo á la batalla de papelillos lanzados á la carne deseada, entre risas pasionales y miradas carceleras. Florecía el color en las mejillas; palpitaban los labios; agitaban sus alas las mariposas de los párpados; quebrábase la luz en las pupilas incendiadas de deseo; las sierpes de la lascivia se enroscaban en los cuerpos sedientos; del amasijo viviente se evaporaba un vocingleo infernal y sobre la rasura humana, bajo el azul purísimo del cielo, la diosa Carna iba vertiendo cestas de sol y de alegría.

—Parecéis unos viejos razonables, dijo Cancela. Que me aparte yo de todo este mareo, yo... ¡que soy casado!.. ¡Pero vosotros!..

Había en la exclamación de nuestro amigo tanta sorpresa por nuestra conducta retraída, como por su estado. Y era suficiente aquel su acto de casamiento para causar la mayor de las sorpresas, porque con ello dió una patente contradicción á sus constantes declaraciones. Cancela adornaba su extremada simpatía física con un temperamento artístico altamente exquisito. Cuando íbamos á su taller, dejaba el trabajo para hablar con nosotros. Necesitaba quedarse solo en absoluto para dar al barro, al mármol ó á la escayola algo de su propia alma, algo de su mismo ser; y sus mujeres eran todo espíritu, rosas de belleza por cuyas líneas resbalaban la armonía y la gracia. Vivía en un mundo completamente suyo, hecho por él de él mismo, para él mismo, y cuando se quejaba de sus soledades, de las que no le consolaban ni la estimación general ni su fama de artista, y le aconsejábamos el matrimonio, él aseguraba que sus exigencias estéticas le ponían una barrera inaccesible. «Mi mujer ha de ser bellísima, inteligente, delicada, joven...» Su maestro, gran escultor porque había hecho un gran discípulo, se reía de los pensamientos de aquel hijo espiritual que discurría como él discurrió cuando tenía su misma vida de célibe solitario. Se reía su maestro porque tenía la evidencia de que ante el primer contacto con la astucia femenina caería de la altura de su quimera, y el buen hombre aconsejaba la unión conyugal, porque la mujer merma un poco los vuelos al espíritu y esto era muy necesario, según su criterio. A pesar de sus benéficos consejos, no consiguió jamás que Cancela acudiese á las reuniones familiares que se daban en casa del maestro, donde su hija Claudina reunía sus mejores amigas y aguzaba su ingenio feliz á cambio de la belleza que el destino desterró de sus facciones insignificantes. No era Claudina fea en concreto, pero rayaba en la insignificancia más lamentosamente vulgar; ni sus ojos, pequeños y grises, denotaban la fuerza de su ingenio maravilloso. Sabía Cancela de su fealdad lo suficiente y no había pretendido nunca conocerla; pero Claudina sí. Claudina, que oía hablar constantemente á su padre de las excelencias del joven escultor; Claudina, que comprendía ya el carácter del artista por los comentarios del maestro, deseó conocer á Cancela, y pronto trajo su padre el retrato del discípulo con la cariñosa dedicatoria de costumbre.

Cuando llegamos al café, bien arrellenados en el diván, ante los vasos de la humeante bebida y entre las azuladas espirales que el tabaco retorcía hacia el techo, Cancela nos contó su peregrina abdicación, que en la actualidad cumplía el tercer aniversario.

Bajo la presidencia honoraria del padre de Claudina se había formado una sociedad artística con todos los mejores elementos de aquella capital provinciana, rica en flores y en sol y famosa en belleza y en arte. En los comienzos del año quedó la sociedad constituída; por todo el enero se arregló el local y las fiestas carnestolendas aprovechaban para la espléndida inauguración. En el primer baile se ofrecían dos premios: uno al mejor disfraz y otro á la careta de mayor mérito artístico. Las caretas habían de llevarlas las señoras disfrazadas, y como todo se desarrollaba entre las familias de los artistas, tenía aquel concurso un carácter señaladamente amistoso.

A la hora convenida entraban los socios con sus parejas enmascaradas, al primer baile de Carnaval. El salón, poco espacioso, del local se abarrotó de tal modo, que al jurado le costó un triunfo poder fallar con exactitud.

Bastante le costó al padre de Claudina conseguir que fuese Cancela al baile; pero, al cabo, se había logrado su deseo, y allí estaban juntos maestro y discípulo, pasando revista al desfile de caretas, en las que los socios pusieron todo su ingenio. Las había notables de originalidad, expresando sorpresa, espasmo, alegría, displicencia, todo representado con una verdadera riqueza en el gesto; ráfagas de sensaciones disecadas en el cartón recubierto de cera pintada.

Fué una Colombina la que estorbó la conversación de los dos artistas; una Colombina ligera en las actitudes, trivial y coqueta como la heroína banal, como la amada de Pierrot, el pálido juglar lunario. Vestía su disfraz con excelente gracia, y al acercarse con la broma de su tiple parlanchinería, llamó la atención de Cancela su careta; una careta reflejo fiel de la fisonomía natural de una mujer joven en la que faltaba la belleza. Parecía aquella máscara de la desconocida Colombina un retrato perfecto de una cara femenina de líneas, si no vulgares, insignificantes del todo. Casi pálida la color, algo estirado el mentón bajo una boca de labios gruesos, nariz proporcionada y ancha la frente, aquella composición de facciones no era capaz de interesar al menos exigente.

Se cogió Colombina del brazo de Cancela y fué aquel encuentro decisivo. No bailaron apenas. Les

faltaba tiempo para escucharse. El ingenio agudísimo de Colombina hizo gloria sobre las tenebrosidades pensantes del artista. Aquella era su mujer, delicada en el decir, soñadora en la concepción del pensamiento, exquisita en el apresamiento de las ideas antes que las frases llegasen á su término...

Y decía Cancela, reclinado sobre el amor de su pareja:

—Colombina, alma mía, quítate la careta. Te quiero como seas; es tu mujer escondida la que adoro,y para nada in fluirá en mí la visión de tu semblante.

—Soy fea, artista, soy insignificante, como mi careta, lo mismo que mi careta.

Así era su cara. Claudina había conseguido que su padre le hiciese una careta reflejo fiel de su semblante y no consintió quitársela en toda la noche, pero queda ron citados para verse al siguiente día.

Y nuestro amigo Cancela, bebiendo un buen sorbo de café, terminó:

—Yo conocía las excelencias de mi maestro, pero en aquella careta puso todo el ingenio, ingenio que no conquistó la fama para él, pero sí la felicidad de su hija. El parecido era exacto. Cuando vi á Claudina, creí que aún llevaba la máscara de la noche anterior. Es fea, ¡á qué negarlo!, pero tiene un tesoro de belleza en su espíritu, y cuando la miro, ya que la vida es Carnaval continuo, me hago la ilusión de que estoy ante mi pareja enamorada esperando, ansioso, el momento en que se quite la careta.

Galería de los Uffizi de Florencia. —Colección de auto retratos de artistas celébres.

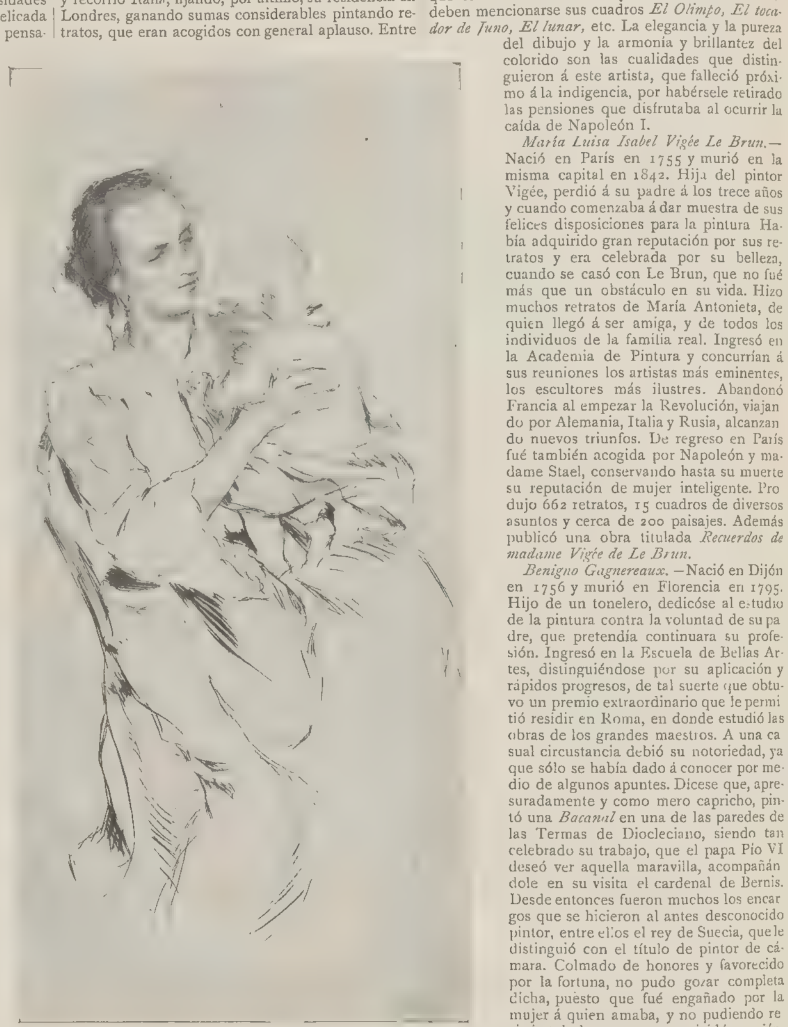
IX

Cristiano Seybold.—Nació en Mayence en 1697 y murió en Viena en 1768. No tuvo maestro, y las enseñanzas que pudo adquirir se las procuró el estudio de la naturaleza, llegando á distinguirse como paisajista y excelente pintor de retratos. Por sus méritos fué nombrado pintor de cámara de la emperatriz María Teresa, citándose entre sus obras más notables el estudio de un anciano y algunos retratos.

Edmundo Bouchardon.—Nació en Chaumont en 1698 y murió en París en 1762. Recibió de su padre, escultor y arquitecto, las primeras nociones del dibujo, completando sus estudios en el taller de Coustou. Trasladóse después á Roma, en donde permaneció diez años, ejecutando diversos trabajos, entre ellos los bustos de Clemente XII y de los cardenales Polignac y Rohan. En vista del éxito alcanzado, fué llamado á París por el monarca, quien le nombró escultor de la casa real, confiándole la ejecución de varias obras para los palacios de Versalles, Grosbois y otras residencias reales, distinguiéndole también con el cargo de profesor de la Academia. Entre sus obras más notables merecen citarse *San Carlos Borromeo,* la estatua ecuestre de *Luis XV, El rey y el delfín,* etcétera. Consideróse á este artista como uno de los escultores más notables del siglo xviii.

Josué Reynolds.—Nació en Plympton (Devonshire) en 1728 y murió en Londres en 1792. Destinábale su familia á la profesión médica, pero manifestó tal afición al dibujo, que sus padres le colocaron en el taller de Hudson, estableciéndose á los dos años en Plymouth, en donde pintó varios retratos que llamaron la atención. Al ocurrir el fallecimiento de su padre trasladóse á Londres y después á la isla de Menorca. Visitó asímismo Roma, Florencia y otras ciudades de Italia, fijando, por último, su residencia en Londres. Tomó parte en la primera Exposición de Pintura, siendo el primer presidente de la Real Academia. Entre sus obras cítanse las tituladas *El conde Ugolino y sus hijos, La Musa de la Tragedia, La muerte del cardenal de Beaufort,* etc.

Jorge Romney.—Nació en Daltón (Lacanshire) en 1734 y murió en Kendal en 1802. Hijo de una modestísima familia, recibió una instrucción muy incompleta. Desde sus primeros años dió muestras de ser muy hábil é ingenioso, comenzando á dibujar, pintar y grabar sin la dirección de un maestro. En 1762 fué á Londres, en donde se dedicó al estudio y pintó varios cuadros de historia. Trasladóse después á París y recorrió Italia, fijando, por último, su residencia en Londres, ganando sumas considerables pintando retratos, que eran acogidos con general aplauso. Entre sus cuadros se citan los titulados *Casandro* y *Naufragio.*



Maternidad, dibujo de Ricardo Lux

María Ana Angélica Catalina Kauffmann.—Nació en Coira (País de los Grisones) en 1741 y murió en Roma en 1807. Su padre, también pintor, fué su primer maestro. Dotada de gran habilidad, dióse á conocer, siendo muy joven, como retratista, en Parma, Florencia, Roma y Nápoles, estableciéndose en Londres, en donde la satisfacción de que pudo gozar por el éxito obtenido fué amargada por el engaño de que fué víctima, casándose con un titulado conde de Hor, que resultó un cínico aventurero. Anulado el casamiento, volvió á tomar los pinceles, casándose con el pintor Antonio Zucchi, instalándose en Roma. La pérdida de su fortuna la sumió en el mayor abatimiento, abreviando sus días. Estímanse sus producciones por su elegancia y la cultura que revelan, citándose de entre ellas la que representa á *Leonardo de Vinci expirando en los brazos de Francisco I.*

Andrés Appiani.—Nació en el Alto Milanesado en 1754 y murió en 1818. Pertenecía á una familia noble, pero pobre, recibiendo con provecho las primeras enseñanzas del caballero Guidei. Para subvenir á sus necesidades vióse obligado á pintar decoraciones, completando penosamente sus estudios. Sobresalió en la pintura de frescos, citándose entre los más notables los que decoran la cúpula del Coro de Santa María de Milán, los techos del castillo de Mouza y las composiciónes del palacio de Milán. Pintó los retratos de casi toda la familia Bonaparte, que le colmó de honores y distinciones. También deben mencionarse sus cuadros *El Olimpo, El tocador de Juno, El lunar,* etc. La elegancia y la pureza del dibujo y la armonía y brillantez del colorido son las cualidades que distinguieron á este artista, que falleció próximo á la indigencia, por habérsele retirado las pensiones que disfrutaba al ocurrir la caída de Napoleón I.

María Luisa Isabel Vigée Le Brun.—Nació en París en 1755 y murió en la misma capital en 1842. Hija del pintor Vigée, perdió á su padre á los trece años y cuando comenzaba á dar muestra de sus felices disposiciones para la pintura. Había adquirido gran reputación por sus retratos y era celebrada por su belleza, cuando se casó con Le Brun, que no fué más que un obstáculo en su vida. Hizo muchos retratos de María Antonieta, de quien llegó á ser amiga, y de todos los individuos de la familia real. Ingresó en la Academia de Pintura y concurrían á sus reuniones los artistas más eminentes, los escultores más ilustres. Abandonó Francia al empezar la Revolución, viajando por Alemania, Italia y Rusia, alcanzando nuevos triunfos. De regreso en París fué también acogida por Napoleón y madame Stael, conservando hasta su muerte su reputación de mujer inteligente. Produjo 662 retratos, 15 cuadros de diversos asuntos y cerca de 200 paisajes. Además publicó una obra titulada *Recuerdos de madame Vigée de Le Brun.*

Benigno Gagnereaux.—Nació en Dijón en 1756 y murió en Florencia en 1795. Hijo de un tonelero, dedicóse al estudio de la pintura contra la voluntad de su padre, que pretendía continuara su profesión. Ingresó en la Escuela de Bellas Artes, distinguiéndose por su aplicación y rápidos progresos, de tal suerte que obtuvo un premio extraordinario que le permitió residir en Roma, en donde estudió las obras de los grandes maestros. A una casual circunstancia debió su notoriedad, ya que sólo se había dado á conocer por medio de algunos apuntes. Dícese que, apresuradamente y como mero capricho, pintó una *Bacanal* en una de las paredes de las Termas de Diocleciano, siendo tan celebrado su trabajo, que el papa Pío VI deseó ver aquella maravilla, acompañándole en su visita el cardenal de Bernis. Desde entonces fueron muchos los encargos que se hicieron al antes desconocido pintor, entre ellos el rey de Suecia, que le distinguió con el título de pintor de cámara. Colmado de honores y favorecido por la fortuna, no pudo gozar completa dicha, puesto que fué engañado por la mujer á quien amaba, y no pudiendo resistir tal desventura, se suicidó, arrojándose desde una ventana de su casa. Entre sus muchas obras distínguense las tituladas *Batalla de Senef* y el *Gran Condé pasando el Rhin.*

Antonio Canova.—Nació en Posagno (provincia de Trevisa) en 1757 y murió en Venecia en 1822. Huérfano de padre en temprana edad, hubo de manejar el martillo y el escoplo para trabajar en la piedra del país, y en vista de sus aptitudes y de su laboriosidad, dispensóle su protección el senador Falini, que le colocó en el taller del escultor Torretti. Tales fueron sus adelantos, que obtuvo varios premios, ejecutando á los diez y siete años las estatuas de *Orfeo* y *Eurídice.* A estas obras siguieron otras no menos importantes, trasladándose á Roma, en donde, entre otras producciones, ejecutó el grupo *El Amor y Psiquis,* los mausoleos de Clemente XIII y Clemente XIV y la estatua de Pío VI. Con el propósito de descansar, visitó las ciudades de Munich, Dresde, Berlín y Viena, viéndose obligado á regresar á Roma para atender los numerosos pedidos que se le hacían. Difícil sería mencionar todas las obras que produjo, tal es su número, ya que fué uno de los artistas más fecundos de su época. Amable, dulce, complaciente y modesto, no alimentó envidias ni rencores. Herido de grave enfermedad, motivada por el exceso de trabajo, falleció en Venecia, produciendo general sentimiento. Sus restos descansan en la iglesia de *Frati,* en donde se le erigió un monumento con el producto de una subscripción abierta en Europa y América.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres


Cristiano Seybold, alemán (1697-1768)


Edmundo Ronchardon, francés (1698-1762)

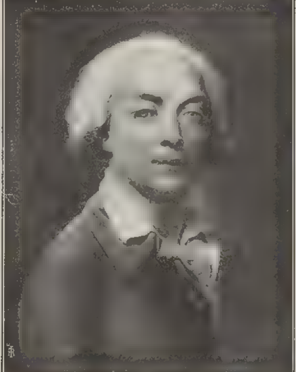

Josué Reynolds, inglés (1728-1792)


Jorge Romney, inglés (1734-1802)


Angelica Kauffmann, suiza (1741-1807)


Andrés Appiani, italiano (1754-1818)


Elisabet Le Brun, francesa (1755-1842)


Benigno Gagnereaux, francés (1756-1795)


Antonio Canova, italiano (1757-1822)

LÁMINA 9.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

COLOCACIÓN DE UNA LAPIDA CONMEMORATIVA
en la casa que en Choisy-le-Roy habitó Dantón

En el pueblo de Choisy-le-Roy, situado en las inmediaciones de París, efectuóse el domingo 23 de febrero último la ceremonia de colocar una lápida conmemorativa en la casa en que habitó el famoso convencional Dantón, en compañía de su segunda esposa, durante el otoño de 1793 y los primeros meses de 1794.

Concurrieron á aquel acto multitud de sociedades y corporaciones de la región. En un tablado dispuesto delante del modesto edificio situáronse el presidente del Consejo de Ministros, M. Clemenceau, el alcalde, los concejales, M. Peltier, bisnieto de Dantón, y varios senadores, diputados y consejeros departamentales. Después de un desfile de las sociedades con sus charangas y estandartes, el alcalde de Choisy-le-Roy, M. Rondu, trazó los rasgos más salientes de la vida de aquel convencional, y M. Clemenceau pronunció un discurso fogoso ensalzando el patriotismo de Dantón é invocando su ejemplo para salvar á Francia y á la República.

Por la tarde M. Peltier dió una conferencia sobre Dantón íntimo y por la noche los comités locales se reunieron en un banquete para celebrar el recuerdo histórico que significaba la colocación de la lápida.



Choisy-le-Roy.—Colocación de una lápida conmemorativa en la casa en que habitó el celebre convencional Dantón, Ceremonia efectuada el día 23 de febrero último. – El cortejo de las diversas sociedades de la región que asistieron á la ceremonia. – Casa que habitó Dantón y en la que se ve la lápida conmemorativa. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

EL PROCESO ULLMO

En Tolón se ha visto y fallado hace pocos días este proceso, que ha despertado gran interés en toda Francia por tratarse en él de delitos tan graves como los de espionaje y alta traición.

El alférez de navío Ullmo, usando un nombre falso, había dirigido en septiembre último al ministro de Marina una carta diciéndole que poseía clisés fotográficos del Código de señales é instrucciones, de las señales de reconocimiento y palabras secretas y de los canales de seguridad de cinco puertos militares y ofreciendo entregar dichos clisés mediante la entrega de 150.000 francos. Al mismo tiempo manifestaba que, de no comprárselos el ministerio, estaba dispuesto á venderlos á una potencia extranjera. Para la contestación, indicaba la sección de «pequeña correspondencia» del *Journal.*

El ministro entregó aquella carta á la Seguridad general, y el comisario principal de ésta, M. Sebille, siguió durante algún tiempo en las columnas del citado diario una correspondencia con Ullmo, que apremiaba para arreglar pronto el asunto é insistía en sus amenazas de entenderse con una potencia extranjera, y al fin pudo preparar al alférez de navío una emboscada, en la que éste se dejó coger.

En efecto, el día 23 de octubre del año pasado, Ullmo aceptaba una cita en un sitio algo solitario de las inmediaciones de Tolón, y allí, cuando se disponía á cobrar el precio convenido por la entrega de los documentos, fué detenido por los agentes de seguridad que estaban escondidos y que acudieron al llamamiento de su jefe, M. Sulzbach. Éste había mostrado á Ullmo el paquete de billetes de banco que había de entregarle á cambio de los clisés, y cuando aquél se disponía á recogerlos revólver en mano, el agente, que es un gran boxeador, le tiró al suelo, le sujetó y llamó á sus subordinados.

Ullmo, en su primera declaración, confesó cómo se había apoderado de los documentos. Durante una ausencia del comandante del contratorpedero *Carabine*, tuvo á su disposición, en su calidad de segundo del buque, todas las llaves de á bordo, de lo que se aprovechó para proporcionarse una llave falsa, con la cual pudo abrir en lo sucesivo el arca de hierro en donde los documentos se guardaban y llevarse éstos á su casa y fotografiarlos.



El alférez de navío francés Ullmo escuchando la sentencia del Consejo de guerra celebrado en Tolón que le ha condenado á las penas de degradación y deportación perpetua en una fortaleza. (De fotografías de Branger.)

El acto cometido por el alférez de navío fué considerado como un sencillo *chantage*, pero la instrucción puso de manifiesto que á éste había precedido una serie de negociaciones con el agente de una potencia extranjera para la venta de aquellos importantes documentos y Ullmo ha confesado que realmente había sostenido esas negociaciones, pero ha afirmado que no había entregado documento alguno.

La vista del proceso ha sido á puerta cerrada, pero el informe del acusador se ha publicado impreso y en él se demuestra con pruebas contundentes la traición de Ullmo. El defensor de éste procuró sacar todo el partido posible de la difícil situación de su patrocinado é hizo un alegato elocuente y muy razonado.—P.

LONDRES

LA BODA DE MISS MARÍA BOTHA

El día 22 de febrero último celebróse en Londres, en la vieja iglesia holandesa de Austin Friars, la boda de la señorita María Botha, hermana menor del que fué general en jefe de las tropas transvaalenses durante la guerra contra los ingleses y hoy desempeña el cargo de primer ministro de la colonia inglesa del Transvaal, con Mr. R. C. Hawkin, secretario del Eighty Club.

Aunque hacía un tiempo horrible, el templo estaba lleno, desde mucho antes de comenzar la ceremonia, de un público distinguido, en el que figuraban, entre otros muchos personajes notables, el lord canciller Mr. Asquith, lord Carrington, sir Samuel Evans, el lord alcalde de la Ciudad, lord Coleridge y el cónsul general de los Países Bajos.

Fué celebrante el reverendo E. Hawkin y terminado el oficio religioso, el reverendo Dr. Clifford pronunció una corta plática, en la que expresó la esperanza de que esa unión será un nuevo vínculo de afecto y amistad fraternales entre los dos pueblos que representan los dos jóvenes desposados.

La verdad es que, como decíamos no hace mucho á propósito del regalo del diamante *Cullinam* hecho por los transvaalenses al rey Eduardo VII, Inglaterra ha dado una vez más pruebas evidentes de sus excepcionales aptitudes de nación colonizadora en el mejor sentido de esta palabra. Con su conducta habilísima, con su protección decidida á sus nuevos súbditos, ha logrado en poco tiempo que éstos olviden la sangrienta lucha sostenida contra los ingleses y terminada con la pérdida de su independencia, y que acepten de buen grado su dominación.

Poco más de cinco años y medio han transcurrido desde que se firmó entre boers é ingleses la paz impuesta por éstos por la fuerza de las armas; y á pesar de que el odio de los vencidos parecía no deber extinguirse en mucho tiempo, hoy el intrépido caudillo que capitaneó á los heroicos transvaalenses desempeña el cargo de mayor confianza en el gobierno autónomo de la colonia y concede gustoso la mano de su hermana á un compatriota de los que arrebataron á los boers su libertad.



Londres.—Boda de miss María Botta, hermana del que fué general en jefe de las tropas transvaalenses y hoy es primer ministro de la colonia inglesa del Transvaal, con Mr. R. C. Hawkin. – La novia disponiéndose á ir á la iglesia. (De fotografía de World's Graphic Press.)

LOURDES

LAS FIESTAS DEL CINCUENTENARIO

El día 11 del mes próximo pasado cumpliéronse cincuenta años de la primera aparición de la Virgen á Bernadette Soubirous en la gruta de Massabielle, situada cerca del río Gave, en las inmediaciones de la ciudad de Lourdes. Para conmemorar el quincuagésimo aniversario del milagroso suceso, se han celebrado en aquella población grandes fiestas religiosas, á las cuales han concurrido quince prelados franceses presididos por el cardenal Lecot, arzobispo de Burdeos y legado del papa.

Pero lo que ha dado á esas solemnísimas fiestas un carácter verdaderamente único, no ha sido la pompa de los oficios religiosos que se dijeron en la basílica del Rosario, ni el aspecto deslumbrador que ofrecía el interior de aquel grandioso templo, iluminado por millares de luces, ni las largas procesiones que con las banderas desplegadas y entonando cánticos y rezos desfilaban por las calles de la ciudad, engalanadas con colgaduras, gallardetes, arcos de triunfo, estandartes, inscripciones y guirnaldas; sino que ha sido la multitud inmensa que de todas partes del mundo ha acudido á presenciarlas y á tomar parte en ellas, multitud en la que se veían confundidos tipos de todos los países y en la que se oían todos los idiomas.

En la mañana del día 11, último de las fiestas, los contingentes de fieles y peregrinos que innumerables trenes dejaban continuamente en Lourdes, formaban un verdadero mar humano que en agitado oleaje se dirigió á la gruta, en donde, al mediodía, se celebró la grandiosa y solemne ceremonia conmemorativa de la primera aparición, ceremonia que fué presidida por el cardenal Lecot. Monseñor Schœpfer, obispo de Tarbes, pronunció un sermón elocuentísimo, recordando el milagro que en aquella misma hora y en aquel mismo sitio se había realizado en el año 1858, y mostró á los fieles el rosario que llevaba Bernadette cuando se le apareció la Virgen y con el que rezó en presencia de ésta en aquella fecha.—T.



Lourdes.—Fiestas celebradas en el famoso santuario, en conmemoración del quincuagésimo aniversario de la aparición de la Virgen á Bernadette Soubirous Monseñor Schœpfer, obispo de Tarbes, pronunciando un sermón en la gruta en la misma hora en que, en igual día de 1858, se realizó aquel milagro. (De fotografía).



DESPUÉS DE LA EXCURSIÓN, dibujo de José Cusachs



CURIOSIDAD, cuadro de Vilmos Nagy

UN GRAN JUGADOR DE BILLAR SIN MANOS

Son muchos los mancos que á fuerza de paciencia, de estudio y de ejercicio han conseguido sobresalir en algo para lo cual pueden considerarse indispensables los brazos. Hay artistas que tocan algunos instrumentos y otros que pintan valiéndose de los pies ó del trozo de brazo que aún les queda; y en espectáculos de circo y en salones de variedades han sido no pocos de ellos aplaudidos por la habilidad que demostraban. En otro género de trabajos, hemos visto también excelentes tiradores á quienes la falta de manos no impedía hacer blancos sorprendentes, y actualmente en Alemania ha sido proclamado como uno de los mejores carambolistas el Sr. Sulton, cuyo retrato adjunto reproducimos.



M. Sutton, que, á pesar de ser manco de ambas manos, es uno de los mejores carambolistas (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

VASOS DE MADERA TALLADA

ENCONTRADOS RECIENTEMENTE EN LOS ALREDEDORES DE AREQUIPA (PERÚ)

Por indicios debidos á una casualidad, practicáronse no hace mucho en una árida pampa situada á unos cinco kilómetros de Arequipa profundas excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de los vasos de madera tallada que adjunto reproducimos y que son una curiosidad arqueológica al par que una obra de arte.

La altura de esos vasos es de cuarenta centímetros y su circunferencia, en su parte más ancha, de un metro ocho centímetros. La materia de que están hechos es la madera, que, por el transcurso del tiempo ha tomado un tinte obscuro del color del café, pero que, al cortarla ligeramente, resulta ser amarilla. Cada vaso es de una sola pieza y su ornamentación revela una seguridad extraordinaria y un depurado gusto artístico.

Ignórase á qué época pertenecen y si fueron enterrados para guardar monedas, joyas, etc., ó con algún otro propósito; pero de todas suertes se trata de un interesante descubrimiento arqueológico acerca del cual los especialistas americanos no tardarán sin duda en dar las convenientes explicaciones.

PARÍS. - UN NUEVO AUTOBUS

Los vetustos, pesados é incómodos ómnibus que circulaban por las calles de la capital de Francia están en decadencia, de tal suerte que no es aventurado prever su próxima y total desaparición. Primero fueron los tranvías que les hicieron la competencia en las vías principales, después los automóviles públicos, á los que los parisienses han bautizado con el nombre de *autobus*, han completado su ruina recorriendo todos los trayectos en que los tranvías, por su índole especial, no habían podido ser instalados.

Pero también los primitivos *autobus* están llamados á desaparecer, vencidos, á la vez, por los modernos vehículos de esta clase que tienen condiciones de comodidad de que aquéllos carecían y de los cuales es buena muestra el que adjunto reproducimos, perteneciente á una compañía recientemente fundada. El interior de estos *autobus* es verdaderamente un modelo de *confort;* los asientos están distribuídos en compartimientos y son, en lugar de bancos, butacas y sofáes tan cómodos como elegantes.

Estos nuevos coches, que hacen el servicio desde la estación de San Lázaro á la de Lyon, tienen, sin embargo el inconveniente de que no pueden tomar ni dejar pasajeros en el trayecto, condición que ha sido impuesta para que esta concesión no perjudique á las anteriores.



Vasos de madera tallada encontrados en los alrededores de Arequipa (Perú). (Reproducidos de «La Ilustración Sud-Americana,» de Buenos Aires).



París.—El nuevo *autobus* que hace el servicio desde la estación de San Lázaro á la estación de Lyon (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos.—BARCELONA. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La casa vella*, bellísima comedia en un acto de Narciso Oller, inspirada en una producción del novelista francés Andrés Theuriet; y en el Romea, en la última función de la presente serie del «Teatre Intim,» *La campana submergida*, cuento dramático en cuatro actos de Gerardo Hauptmann, traducida por Salvador Vilaregut, con ilustraciones musicales de Pahissa, para la que han pintado dos hermosas decoraciones los Sres. Moragas y Alarma.

En el Eldorado actúa una excelente compañía dramática italiana que dirige la notable actriz Dora Baldanello, y que ha estrenado con muy buen éxito *La Gibigiana*, comedia en cuatro actos de Carlos Bertolazzi; *Il frutto acerbo*, comedia en tres actos de Roberto Bracco, y *La signorina*, comedia en tres actos de Ernesto Re.

El «Orfeó Catalá» ha dado el primer concierto de la serie que tiene anunciada, cuyo programa se componía de varias piezas ejecutadas al órgano por el maestro Daniel; de *Glosa*, grandiosa composición del maestro Pedrell escrita sobre un poema de Maragall; de *Catalanesques*, inspirada *suite* para orquesta del maestro Millet, y de *Alleluja* de Haendel. Todas estas piezas tuvieron una ejecución irreprochable y fueron calurosamente aplaudidas.

En el Liceo se ha dado una audición de varios fragmentos de la ópera *Atlantide*, sobre el poema de Verdaguer, música del maestro vascongado Sr. Urien. La obra abunda en melodías inspiradas y espontáneas y se presta al lucimiento de los cantantes. Las piezas fueron cantadas por las señoras Verger y Danis, y por los señores Fazzini, Molina y Giral.

MADRID. - Se han estrenado con buen éxito: en el Español *El drama de ayer*, drama en tres actos en Joaquín Dicenta; en la Princesa *Señora ama*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente; y en Lara *El tercer demonio*, boceto de comedia en un acto de Jacinto Grau Delgado.

En el Real se ha estrenado con mediano éxito la ópera de Saint-Saens *Henry VIII*, dirigida por el maestro Sr. Lamothe de Grignon, expresamente designado por el eminente autor de la obra. En el propio teatro se ha puesto en escena *La Walkiria*, bajo la dirección del célebre maestro Walter Rall y cantada en alemán por la señora Sengern *(Brunilda)* y Buers *(Wotán)*, y en italiano por las señoras Baldassare *(Sieglinda)* y Hottoska *(Erda)* y el Sr. Colazza *(Siegmundo)*.

PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigú *La bête feroce*, comedia en cinco actos y ocho cuadros de Julio Mary y Emilio Rochard; en la Comedie Royale *Le dernier jour de Taupin*, comedia en un acto de Alfredo Delila; *Propos d'hiver*, revista en un acto de Ardot y Laroche; *Pour etre heureuse*, comedia en dos actos de Pablo Arossa, y *Le rendez vous bourgeois*, opereta en un acto de Román Coolus, música de Carlos Cuvillier; en Cluny *Les tribulations d'un gendre*, comedia vaudeville en tres actos de Grenet Daucourt y Eugenio Heros; y en los Bouffes Parisiens *¡Aux bouffes on pouffe!*, revista en tres actos y siete cuadros de Rip, Wilned y Fargue. En Varietés se ha reproducido la antigua opereta en tres actos *Geneviève de Brabant*, de Cremieux y Treffieu, música de Offenbach, que ha sido puesta en escena con lujo extraordinario.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



Margarita estaba silenciosa de puro emocionada

—No lo creo; me parece que no llegas.

Al cabo de un rato, Alegre sudaba que era un gusto, y con el pretexto de enjugarse la frente soltaba los remos.

—¡Diablo de muchacho! Si te digo que tienes más bríos que el tío Jorge, me quedo corto, decíale el marino para alentarlo.

Con padre Ludovico rara vez podía hacerlo, porque siempre llevaba de grumete al hijo del tío Jorge, que le aventajaba á él, por lo menos en fuerza. Aquella vez era distinto; iba él solo, y necesariamente el capitán de la *Bella Italia* había de tomarlo en cuenta.

—Vaya si eres un buen grumete, chiquillo, decíale el tío Jorge, que le había dejado la caña del timón; un buen marino, y con el tiempo serás un buen capitán. No te falta mucho para que tú solo seas capaz de dirigir una embarcación tan grande como la *Parma;* quizás podrías hacerlo ya, en Cruz Chica no hay quien te gane.

Aquellos elogios sabían á gloria al negrillo. Su sueño dorado era llegar á capitán de veras, no de engañifa, como lo era ya.

Con brisa tan fresca, las cinco leguas de mar que distaba Necochea las hicieron en dos horas. Eran las siete cuando atracaron.

La descarga fué cuestión de media hora. Todo concluído, se volvieron á hacer al mar.

El viento había saltado al Este; todavía podía ayudarles, ciñendo mucho.

Pero cuando aún no habían hecho trabajosamente la mitad del camino, cesó por completo, y la vela golpeó inerte el mástil.

—¡Tromba, ya dije yo!, masculló el tío Jorge; esta es la buena, muchacho; ahora veremos si hay en ti pasta de marino; deja el timón, recoge la vela y toma un par de remos. No hay más remedio que echar el bofe hasta Cruz Chica.

Después de todo, aquello era divertido, pensó Alegre al hundir las palas en el agua.

El tío Jorge era muy capaz de irse remando hasta Montevideo; pero el muchacho no tenía sus músculos, y aunque bastaba él solo para hacer volar la *Gaviota,* otro cantar era con la *Bella Italia,* de mucho mayor porte.

Alegre iba á popa; á sus espaldas sentía los resuellos de buey del viejo marino, que se reía á solas viendo al muchacho aflojar de cuando en cuando los brazos.

—Te cansas, Alegre.

—No me canso, tío Jorge.

—Me pareció que aflojabas.

—¡Oh, tengo todavía para rato!

El negrillo, comprendiendo que le miraban y no queriendo dar su brazo á torcer, remaba y remaba; pero de vez en cuando, involuntariamente, aflojaba la remada.

—Deja, Alegre, si estás cansado.

—No lo estoy, tío Jorge; soy capaz de llegar yo solo.

Y el negrillo, no queriendo desmerecer, empuñaba los remos, y con todas sus fuerzas, hinchando los carrillos, seguía la tarea.

Cuando el tío Jorge vió que no podía más, dijo:

—¡Alto!

—¿Qué hay?

—Vamos á almorzar. ¿No sientes apetito?

—¡Hum! Sería capaz de almorzarme una ballena.

—Tanto, tanto no te voy á dar; pero tendrás lo suficiente.

Y el tío Jorge con su navaja cortó dos enormes rebanadas de pan fresquito y oloroso y dos buenos pedazos de salame de Milán auténtico, él lo aseguraba; había además unas valientes tajadas de queso de lo mejor y una botella panzuda, llena hasta el cuello de un vino italiano espeso como el chocolate.

—¿Qué te parece?

Alegre no podía dar su opinión, porque comía á dos carrillos.

Veinte minutos pasados en almorzar á conciencia y descansar un rato, eran suficientes. El muchacho declarábase con bríos para llegar, remando él solo, á Mar del Plata.

Pero no era necesario tanto. Una hora después, cuando el sol trepaba al cenit, ellos atracaban en el muelle de Cruz Chica.

No bien tocaron en tierra, Alegre saltó á la *Gaviota,* y cogiendo los remos, que le parecieron ligeros como dos plumas, empezó á remontar el río.

—¡Tromba contigo! ¡Ya, ya! Aún te quedan bríos, ¿eh? Pero mira, creo que mejor harás en irte á dormir la siesta.

—A eso voy, tío Jorge.

—¿Y adónde?

—Debajo de los sauces, en la *Gaviota.*

—Bueno, eso es mejor; allí tendrás aire fresco.

Alegre no iba á dormir la siesta; acudía á la cita.

XXI

¡CLAP, CLAP!

Esperando, esperando, Alegre se quedó dormido en el fondo del bote. Una voz argentina lo despertó.

Era su amiguita, que había podido distinguir á través de los sauces la blanca silueta del bote del negrillo.

—¡Alegre, Alegre!

El muchacho tomó los remos, y en cuatro segundos estuvo al lado de la chiquilla.

—¿Dormías?, le preguntó ella.

—¡Yo, no! Te esperaba.

—Ahora tengo permiso por toda la tarde; pero para cazar mariposas en el parque, sin salir al sol.

—¿Entonces vamos á andar en bote?

—¿Y si me pillan?

—Pero es que te han dado permiso.

—Sí, pero con tal que no salga al sol.

—No saldrás; bogaremos á lo largo de la orilla, bajo las ramas de los sauces.

—Pero me han dado permiso para cazar mariposas...

—Las cazaremos... si alguna se deja cazar desde el bote; ya verás, ya verás.

La chiquilla parecía convencida.

—¿Y cómo subo?

—¡Oh, eso es lo de menos!, exclamó Alegre.

Y sus brazos robustos levantaron á la niña, llevándola en un abrir y cerrar de ojos á la *Gaviota,* que tembló de gusto al recibirla.

Ella se iba á sentar á popa, pero el muchacho la detuvo.

—Espera; te mancharías el traje. (Y extendió una alfombrita sobre la madera.) Ya ves que nada he olvidado.

Margarita estaba silenciosa de puro emocionada. Pero cuando el bote, á impulsos del remo de Alegre, abandonó la orilla y se deslizó dulcemente á lo largo del río, bajo la sombra de los sauces, perdió el miedo.

—¡Qué lindo!, exclamó; y tú, Alegre, ¿andas siempre en bote?

—Sí, todos los días.

La chiquilla volvió á quedar silenciosa, encantada con la hermosura del paisaje visto desde la *Gaviota.*

Aquello valía la pena de saborearse. La brisa habíase levantado favorable. Alegre rumbeó hacia el medio del río y tendió el trapo.

—Iremos á la sombra.

La lona envolvía en sus pliegues á la niña, después se hinchó, y la barquilla, tiritando, remontó la corriente.

Alegre no se atrevía á interrumpir el silencio de su amiguita. Se contentaba con verla. ¡Estaba tan linda con la emoción de ese placer desconocido para ella!

Pero el bote se torcía; era preciso enderezar el timón.

—Margarita, déjame ese lugar, ¿quieres? Necesito tomar el timón.

Margarita se cambió.

—¿Sabes que es lindo andar en bote? Yo quisiera ser como tú, que andas todos los días.

—No, como yo no; á mí me gusta como eres, no más. Y tampoco necesitas serlo; yo te llevaré cuando quieras.

—¿Y si quiero todos los días?

—Todos los días te llevaré.

—¡Qué bueno eres tú!, exclamó la chiquilla, fijando en Alegre sus ojos azules; Julio nunca quería hacer mi gusto, y tú...

—Yo lo haré siempre, Margarita, respondió el muchacho, envolviendo á la niña en una mirada profunda.

—¿Por qué me miras así?, preguntó ella, sonrojándose.

—¿Yo? Así miro siempre.

La niña púsose á examinar la *Gaviota.*

—¿Y anda siempre así?, preguntó.

—Cuando hay viento.

—Y cuando no hay, con los remos se la hace andar, ¿no es verdad?

—Sí, con los remos.

—¿No quieres enseñarme á remar?
—No, es muy difícil; te lastimarías las manos. Lo que te puedo enseñar es á manejar el timón, si quieres.
—Sí, pero ahora no, es tarde ya.
—¿Tarde? ¡No! Si apenas habremos andado me dia hora.
—Pero mamá puede llamarme.
—¿Quieres volver entonces?
—Sí, volvamos.
La *Gaviota* viró; plegóse la vela, y la corriente quedó encargada de llevarla. Alegre precipitaba la marcha con un golpe de remos cuando se hacía muy lenta.
La chiquilla iba con miedo de que en su casa hubieran descubierto la escapatoria; parecíale que había corrido un siglo desde que salió. Pero cuando fueron acercándose al *chalet* y pudo ella ver los árboles del parque, volvióle su locuacidad: la cercanía de su casa la tranquilizaba.
—Ya llegamos, Alegre, ¿no?
—Sí, ya llegamos; ¿te ha disgustado el paseo? Me parecía...
—No, no; es que mamá ó miss Fulton pueden buscarme.
—¿Y no quieres pasear otro día?
—Sí, mañana, si no me pillan esta vez.
—Bueno; cuando quieras me lo dices, ¿oyes? Yo te llevaré siempre que tú quieras.
Margarita se había quedado pensativa.
—Dime, dijo al cabo, tú eres más bueno que Julio, ¿verdad?
—Yo creo que sí, respondió Alegre, riendo.
—¿Tú no me conocías antes?
—No.
—Entonces, ¿por qué eres así tan bueno?
Alegre se quedó callado un momento. Dudaba, dudaba, algo le quemaba en el pecho; ¿tiraría ó no la brasa?
—¡Porque te quiero!, exclamó, tomando una de las manos de su amiguita, que se puso colorada.
—¿Y me quieres mucho?, se atrevió á preguntar.
—Mucho, muchísimo; nadie en el mundo te quiere como yo.
El bote se había detenido; la niña iba á saltar; pero antes que lo hiciera, Alegre había estampado en su manita un beso ardiente.
Ella nada dijo; sus mejillas, rojas como la flor de la achira, lo dijeron todo.
—¿Vas á bajarte?
—Sí.
Tomóla él en sus brazos y la dejó en la orilla.
—¿Quieres que venga mañana?
—Sí, ven siempre, aunque no andemos en bote. Adiós, Alegre.
—Adiós, Margarita.
La niña, ligera y gozosa como un pájaro, se perdió entre los jardines. El siguió con la vista su graciosa silueta. Cuando no la vió más, parecióle que algo faltaba á su lado. Saltó á la barca, y remando dulcemente, se deslizó por las tranquilas aguas del río.
El paseo en bote no tuvo para Margarita las consecuencias que ella esperaba.
Entró de puntillas en las habitaciones.
Su mamá leía y dormitaba por entregas, tendida en una hamaca y dando muestras del más soberano aburrimiento.
La chiquilla le habló. Ella se limitó á decir:
—¿Cazaste muchas mariposas?
—No, porque estaban muy ariscas.
—Bueno, anda á ver si ahora puedes tomarlas; no es todavía la hora del te.
Y se sumergió en la deliciosa lectura de un libro leído entre bostezos y cabezadas.
En cuanto á miss Fulton, aún estaba en lo mejor de su siesta, y la chiquilla, que fué á preguntarle sobre la conveniencia de seguir ó no cazando mariposas, fué recibida con una andanada de las más puras interjecciones inglesas.
¡Se había lucido!
Ella, que volvía á toda prisa, creyendo haber estado ausente un siglo entero y temiendo encontrarse la casa revolucionada con su ausencia, hallábase con que ni de menos la habían echado.
No, lo que es otro día no sería tan tonta que volviera á la media siesta.
Por eso cuando al siguiente fué Alegre al muelle á que atracaba el *Relámpago*, ella, que lo esperaba ya, le dijo:
—Ahora pasearemos más largo.
—¿Te han dado permiso para andar en bote?
—No, sino para cazar mariposas.
—Bueno, las cazaremos desde la *Gaviota*.
—Sí, ¿como ayer, que no cazamos ninguna?
—No, no; hoy tomaremos algunas: pierde cuidado. ¿Quieres andar conmigo?
—Sí, y nos iremos más lejos que ayer; era muy temprano cuando volvimos.
—¿No te lo dije? ¿Vas á subir?
—Sí, álzame.
Los brazos de Alegre, tan fuertes como cariñosos, levantaron dulcemente á la chiquilla, haciéndola pasar sobre la borda y sentáronla en el banco, previamente cubierto con una alfombrita.
—¡Tienes fuerzas, Alegre! Julio una vez me quiso alzar y me dejó caer.
—¡Julio, siempre Julio!, murmuró el muchacho.
—¿No te gusta que hable de él?
—No, porque no era bueno contigo; y tú eras amiga suya, ¿no es cierto?
—Sí, pero no tanto como lo soy tuya, respondió la chica, mirando de reojo á Alegre.
Este sintió que esas miradas le quemaban el corazón. ¡Era tan linda su amiguita! Tomóle una mano con traidores propósitos, pero ella no lo permitió.
—No, no, dijo retirándola. Julio me besaba siempre, eso á mí no me gusta.
—¿No te gusta? ¿Por qué?
—Porque mamá se reía.
—Pero si tu mamá no está aquí, y además, yo no soy Julio.
—Por lo mismo; si quieres que sea tu amiga no lo hagas; ¿quieres?
Y la niña al decirlo, roja como un pétalo de rosa fuego, miraba á Alegre con sus ojos azules que suplicaban cuando podían mandar.
—Bueno, bueno, dijo él, envolviendo á su amiguita en su mirada más tierna, más profunda, más henchida de amor; nunca lo haré, Margarita, está segura.
Ella se rió.
—¿Por qué me miras así?
—¿No te gusta que te mire de ese modo?
—No es eso; sí me gusta; pero..., dijo, bajando los ojos, me da vergüenza.
Alegre púsose á remar.
La chiquilla se reía de verlo hacer esfuerzos cuando las palas se hundían en el agua.
—¿Tienes fuerza, eh?
—Un poco.
—¿No te lastimas las manos?
—No, porque ya estoy acostumbrado.
—¿Y si yo me acostumbrara?
—No debes acostumbrarte; quizás tampoco tendrías fuerzas.
—Yo no sirvo para nada, ¿no ves?; en casa me dicen lo mismo: la mucama dice que soy como la flor de la maravilla, que del aire se enferma.
—No, tú no eres como la flor de la maravilla, protestó Alegre; eres como otra flor.
—¿Como otra flor? ¿Cuál?
—¿Conoces la flor del aire?
—Sí, en el parque hay mucha colgada de los árboles.
—Pues como la flor del aire. Me parece que si yo te hubiera bautizado te habría llamado así.
—¿Te gusta ese nombre?
—Sí; te sentaría bien.
—Entonces llámame *Flor del aire*.
El sol brillaba glorioso en un cielo sin nubes. El agua tranquila del riacho reverberaba ante él. Los sauces, acariciados por la brisa, se mecían dulcemente, entreabriendo sus ramas para que los rayos del sol pudieran besar la cabecita de la niña. La barca, impulsada por los valientes remos de Alegre, hendía las aguas corriente arriba, y los pájaros se callaban para verla pasar.
Pero ni los pájaros, ni los sauces, ni el río, ni el sol, ni Tell siquiera, que sentado á proa lo averiguaba todo, podían adivinar la loca felicidad que henchía el corazón de Alegre.
Tampoco habían adivinado que en el corazón de la niña aleteaba también una alegre mariposa.
Y sin embargo, los rayos del sol se colaban por entre las ramas de los sauces para espiar el cuadro.
Hacía un rato que no se cruzaba entre ellos una palabra; la chiquilla miraba correr el agua y escuchaba sus rumorosas protestas al sentirse cortada por la quilla de la *Gaviota*; ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!.. hacía, chapoteando contra las maderas del bote, ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!
Alegre, remando como una máquina, llevábalo recto como un dardo y ligero como una golondrina. No hablaba, porque quería saborear golosamente la sensación de ser feliz. Se contentaba con mirar á su amiguita, entretenida con las ondas del río, que no tenían reparo en besar su manita pendiente fuera de la borda.
Tell también estaba mudo. Miraba entristecido, ya al capitán, ya á su linda compañera, que le había robado el corazón de su amo.
Tell era un grandísimo celoso; la *Gaviota* también era una celosa. Una caricia de la niña, cuando Tell protestaba con un gruñido y la *Gaviota* con un barquinazo, bastaba para reconciliarlos con su linda rival.
El cuadro era tan lindo, que una mariposa que lo vió, acercóse revoloteando tontamente á medio metro del bote.
Alegre, que la espiaba, soltó los remos, dió un salto y de un manotón la hizo caer con la gorra.
—¿No te decía?, exclamó triunfalmente, sosteniéndola con delicadeza por las pintadas alas.
—¿La has pillado?
—Sí, ya tienes para mostrarle á tu mamá.
—¡Qué hábil eres!, dijo la niña, tomándola con sus rosados deditos y aprisionándola en una cajita de hojalata con habilidad digna de un entomologista. Pero mira, Alegre, cómo me has mojado los zapatos.
Los remos al caer habían salpicado á la linda pasajera.
El capitán se arrodilló en el fondo, y con un pañuelo de deslumbrante blancura que madre María le había puesto en el bolsillo, secó cariñosamente las gotas de agua que mojaban los zapatitos de la chiquilla.
—Si tú anduvieras como yo, aunque te mojaras no te importaría, y el niño mostraba su pie desnudo, como conviene á un buen grumete.
—Si me dejaran, andaría descalza como todos los chicos de acá, pero ni mamá ni miss Fulton van á querer. ¿Estamos lejos de casa?
—Hemos andado algo más que ayer.
—¿Quieres que volvamos?
—Como tú quieras, Margarita; ya sabes, siempre como *Flor del aire* quiera.
—Volvamos entonces.
La embarcación empezó á desandar lo andado. La niña sonreía mirando á Alegre.
—¿De qué te ríes?
—De que tú me obedezcas. Julio no era así, ¿por qué entonces eres de ese modo?
—Te vas á enojar si te lo digo.
—No, ¿por qué me voy á enojar?
—Ya te lo dije ayer.
—No me acuerdo.
—¿Sabes por qué soy así? ¡Porque te quiero, Margarita!; ¡mucho, mucho!
Y la miraba con esa mirada que la hacía enrojecer.
Ella quedó un instante silenciosa, como luchando con su timidez. Después murmuró:
—Entonces yo también haría siempre lo que tú quisieras.
—¿Por qué?, preguntó Alegre temblando de esperanza.
—Porque... no me animo á decirlo, y sus ojos suplicantes y picarescos miraban al niño.
—¡Dilo, dilo!
—Porque..., porque; ¡pero si no me animo! Porque yo también te quiero, Alegre, respondió, ocultando su avergonzada carita entre las manos.
Él había ahogado un grito. Las grandes alegrías son como los grandes dolores.
Ella, roja de verguenza, no se atrevía á mirarlo; se distraía viendo correr el agua que chapoteaba contra el bote: ¡clap, clap!.. ¡clap, clap!
Y por hacer algo que disimulara su turbación, se puso á imitarla:
—¡Clap, clap!.. ¡clap, clap!

XXII

EL PRIMER BESO

No todos los días era posible salir. Más de una vez á la aburrida señora de Alvarado se le ocurría ir á pasearse por el parque precisamente á la hora de la siesta.
Y Margarita tenía que dedicarse á las incruentas cacerías de mariposas, mientras Alegre desde la otra orilla espiaba impaciente el momento de poderla hablar.
—Alegre, decía ella, acercándose al muelle en un momento de descuido, esta tarde no hay paseo, será mañana.
Pero al otro día tampoco era posible salir en bote, porque llovía, ó hacía viento ó miss Fulton no tenía sueño y era preciso aguantar las incomodidades de la inglesa, que también se dedicaba á la caza de mariposas.
La inglesa las coleccionaba. Este era un negocio para Margarita: si pillaba alguna que su aya no tuviera en la colección, podía permitirse el lujo de no estudiar una lección de piano, de dibujo ó de inglés. De inglés precisamente, ¡oh, Dios!; ¿para qué habría ingleses en el mundo? ¿No era más sencillo entenderse en castellano?

Un día ni á la señora de Alvarado se le ocurrió pasearse por el parque, ni á miss Fulton cazar mariposas, ni llovió, ni hubo viento.

Al contrario, el tiempo fué espléndido.

Alegre, que en varios días no había podido encontrarse con su amiguita, pudo hablarle aquella siesta.

—Alegre, ¡cuánto tiempo hace que no salimos!

—¿Pero saldremos hoy?

—No, no; estaremos un rato en el muelle y después me iré; mamá me ha dicho que tengo que dar lección á las tres.

—¿Lección?

—Sí; yo creo que es por hacer rabiar á miss Fulton, porque á la inglesa le gusta dormir la siesta. Pero no importa, Alegre, mañana podré ir contigo y muy lejos, ¿sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque mamá se va á Buenos Aires.

—¿Y tú?

—Yo me quedo con miss Fulton; mamá se aburre, el campo la fastidia.

—¡Ah!, suspiró el negrillo. ¡Cómo puede fastidiarse viviendo donde vives tú!

Por la mañana del siguiente día llegó á la quinta una volanta tirada por dos hermosos caballos. En ella la señora de Alvarado iba á hacer el trecho de dos leguas que separaba el *chalet* de la próxima estación del ferrocarril.

Alegre vió desaparecer el carruaje entre una nube de polvo, y respiró con fuerza. La amiguita quedaba más libre.

—Sí, más libre, respondió la niña cuando esa siesta él se lo dijo; miss Fulton me ha dicho que no me acerque al río, pero como ella no es mamá...

—No manda, ¡claro!, prosiguió Alegre.

Y como duerme hasta las cinco, podremos pasear más.

—¿Vienes ahora?

—Sí, súbeme.

El muchacho no se hizo rogar y alzó á la niña.

Ese día sentía como nunca deseos de hablar.

—Margarita, dijo, ¿quién es miss Fulton?

—Una inglesa muy flaca y muy mala.

—¿Y por qué está en tu casa?

—Porque es mi profesora de dibujo, de piano y de inglés.

—¿De inglés? ¿Y tú sabes mucho inglés?

—Sí, bastante, respondió la chica, segura de ello. ¿Y tú?

—Yo no, pero sé italiano y romañol y milanés y napolitano, contestó Alegre, orgulloso de tan vastos conocimientos lingüísticos.

—¿Y dónde has aprendido tanto?

—En Italia.

—¿Y has andado tú por allá?

—Como que allí he nacido, es mi patria, respondió él, que no conocía otra.

—¡Entonces, eres... *gringo!*, exclamó la niña, mirando al negrillo con ojos asombrados. ¿Es linda tu tierra?

—Sí, muy linda; pero es mejor ésta, porque tú eres de aquí.

—¿Hace mucho que viniste?

—Un año y medio.

—Y tus papás, ¿están todavía en Italia?

Alegre sacudió la cabeza tristemente.

—No tengo papás.

—¿No tienes? ¿Entonces, se murieron?

—Yo no sé, murmuró el negrillo, cuya historia se le venía de golpe á la memoria.

La chiquilla lo miraba con ojos cariñosos; ¿por qué se había entristecido? Lo tomó de la mano, y le dijo:

—No te enojes, Alegre.

—No, Margarita; con *Flor del aire* no me enojaría nunca.

Ella se rió.

—Es que yo no sabía que eso te ponía triste. Pero, dime, ¿quién te trajo de Italia?

—Es una historia larga.

—A mí me gustan mucho las historias

—Pero la mía no es de esas que á ti te gustan.

—No importa, cuéntamela, ¿quieres?, suplicó la niña.

—No, es muy triste, no te gustará.

—Cuéntamela; basta que sea tu historia para que me guste.

Alegre sacudió la cabeza sonriendo.

—No seas malo, Alegre, cuéntame tu historia; ¿no me has dicho que vas á hacer todo lo que yo quiera?

—Bueno, te la contaré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Te vas á enojar si te la digo.

—No me voy á enojar.

—Sí, sí; mejor es callarme la boca; no quiero que te enojes.

—Pero si no soy tan necia. Dime la condición; no me voy á enojar.

—Es una cosa que no te gusta.

—No importa, dímela.

El muchacho atrajo hacia sí la blonda cabecita de su amiga y murmuró á su oído una palabra.



Alegre se puso de rodillas, atrajo hacia sí su blonda cabecita y la besó en la frente

Ella enrojeció súbitamente.

—No, no, Alegre; ya te he dicho que eso no me gusta.

—Sí, Margarita, sí, no seas mala, insistió él, mirándola con esa mirada que tanta influencia tenía sobre su amiga.

Pero ella no se dejaba derrotar.

—No, no; he dicho que no.

—Entonces no cuento mi historia.

Los dos quedaron en silencio. Margarita, con un mohín de disgusto; Alegre, triste.

La vela de la *Gaviota* se estremecía gozosa, acariciada por una brisa fresca y chacotona que parecía complacerse en hacerle cosquillas. Y el bote volaba, sin que su joven capitán tuviera que hacer otra maniobra que mantener recta la caña del timón.

Al cabo de algunos minutos la niña rompió el silencio.

—¿Es larga tu historia?

—Sí, es larga.

—¿Y linda?

—Lindísima.

—Cuéntamela, ¿quieres?

El muchacho era inflexible.

—Ya sabes la condición; sin eso no te la cuento.

Y volvía esquivamente el rostro para no dejarse vencer por las suplicantes miradas de su amiguita.

—¡Qué malo eres! Cuéntamela con condición y todo; pero ahora no, después, después que hayas acabado la historia.

—¿No me engañas?

—No; tú sabes que yo no sé engañar.

Alegre comenzó su historia. La historia verdadera, la que no contaba á nadie, la que guardaba como un secreto vergonzoso; la historia que no contó ni al tío Delfín, ni al señor cura, ni á padre Ludovico, ¿por qué se la contaba, pues, á una chiquilla que apenas podía comprenderla? Las confidencias se hacen entre almas parecidas; un viejo no puede ser confidente de un niño.

Margarita era una niña. Alegre era un niño. Margarita fué la primera confidente de Alegre.

La narración principió alegremente; pero á medida que avanzaban en ella, el rostro del narrador y de la oyente comenzaron á nublarse. Hubo un momento en que el muchacho se detuvo.

—¿Y qué más?, preguntó ella.

—No, ya no cuento más.

—¿Por qué?

—Tengo vergüenza.

—No seas así; cuéntamela.

—No se puede.

—Mira que... no te voy á dar lo prometido.

Este argumento decidió á Alegre, que continuó su historia hasta el fin.

—¡Pobre Alegre!, murmuró ella. ¿Entonces, tus papás son Ludovico y Marta?

—Eso es.

—¿Y qué más?

—Nada más...; pero no, espera: «Después que vine á Cruz Chica, en el segundo verano hallé una niñita.»

—¿Y después?

—«Fuimos muy amigos, se llamaba *Flor del aire*, y me prometió una cosa porque le contara mi historia...»

—No, eso no es del cuento.

—Bueno, que no sea; pero ahora tienes que cumplir.

—¡No, ahora no!

—Sí, me lo has prometido.

—Que no te lo había prometido, ¿quieres?

—Me voy á enojar porque me has engañado.

La chiquilla cerró los ojos. Alegre se puso de rodillas, atrajo hacia sí su blonda cabecita y la besó en la frente, con ese primer beso dulce, tierno, profundo...

—¡Basta, basta!, dijo ella, retirándose vivamente, como si aquel beso la hubiera quemado.

Sus mejillas y su frente estaban teñidas con el más puro carmín; sus ojos azules brillaban como el cielo en un día de sol, pero en sus párpados temblaba una lágrima.

—No llores, Margarita.

—Eres muy malo.

—No, si tú me lo habías prometido, dijo él, queriendo tomarle una mano.

—¡Déjame, déjame! Quiero volverme á casa.

—¿Te has enojado?

—Sí, tú eres como Julio.

El muchacho, entristecido de haber disgustado á su amiguita, quedóse silencioso, mirando el agua.

Ella lo vió triste, y una leve sonrisa, como el primer rayo de sol después de una tormenta, plegó su boquita.

—¿Te has enojado, Alegre?

—No, yo no, porque no soy como tú, respondió él.

—¡Pero si yo no me he enojado!

—¿Entonces, quedamos amigos como antes?

—Sí, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no digas nada á nadie, ¿quieres?

Y la chiquilla suplicaba con sus ojos húmedos por un llanto que no había brotado.

—No, respondió Alegre, embriagándose en esa mirada y acariciando sus manitas; no lo diré á nadie. ¿Cómo crees que lo iba á decir?

—Y ahora vamos á casa; ¿te parece?

—Sí; á mí me parece siempre lo que á ti.

Y volvieron. Cuando atracaron en el muelle, la niña saltó á tierra sin esperar ayuda de su amigo, por miedo de que volviera á las andadas.

—Adiós, Alegre, hasta mañana.

Y voló como un pájaro á través de los árboles.

Alegre quedóse mirando un rato el lugar por donde ella se había perdido. Aún vibraba en su alma la emoción del primer beso.

XXIII

OTRA MARIPOSA Y OTRA DECLARACIÓN

Alegre no había conocido nunca un hogar. Para serlo, algo le faltaba á la casita del padre Ludovico.

(Se continuará.)

CARRERA DE AUTOMÓVILES NUEVA YORK-PARÍS

En el número 1.363 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de la salida de París de cuatro de los automóviles que habían de tomar parte en la carrera Nueva York-París, organizada por el periódico *Le Matin*. Embarcados los automovilistas en el Havre, al llegar el buque *Lorraine* que los conducía al puerto de Hamburgo, juntóseles el alemán Maass con su Protos.

Con ellos iba también M. Drieghe quien, sin figurar oficialmente en el concurso, intentará hacer el recorrido marcado y llegar á París antes que los otros.

A su llegada á Nueva York fueron todos recibidos con grandes demostraciones de simpatía y durante su estancia en aquella capital se vieron muy agasajados. La víspera del día señalado para la partida, el Automóvil Club de América les obsequió con un espléndido banquete, en el que se distribuyeron á los concurrentes sendas banderitas norteamericanas; el primero que entregue una de esas banderitas al barón de Zuylen, en el Automóvil Club de Francia, recibirá una recompensa de 5.000 francos ofrecido Mr. Jeffersen.

En la mañana del día 13 de febrero último, reunidos los competidores europeos con los americanos, emprendieron la marcha entre una multitud inmensa de espectadores y escoltados por más de trescientos automóviles del «Automóvil Club Americano.» Desde los primeros kilómetros hubieron de luchar con bastantes dificultades, que, con no ser pequeñas, han de resultar poco menos que insignificantes comparadas con las que habrán de vencer en las montañas de Alaska y en las heladas estepas de Siberia. Ya el primer día, según han dicho en los telegramas, hubieron de auxiliarse unos á otros para no quedar en callados en la nieve y aun hubieron de recurrir á gente del país para sacar de una granja á uno de los automóviles. Afortunadamente para los expedicionarios, el *raid* ha despertado en los Estados Unidos tanto interés y entusiasmo, que de seguro no ha de faltarles ayuda en los territorios que vayan atravesando. Como es preciso que los concurrentes lleguen á Siberia antes de que empiece el deshielo, han decididido que si, por cualquiera circunstancia, entendiesen que no podrían llegar á San Francisco el día fijado en el itinerario, utilizarán, á partir de Ogden, el medio de transporte que tengan por más conveniente, para continuar luego la carrera en automóvil.



Mr. Colgate Hoyt, presidente del Automóvil-Club de América, se dispone á disparar los pistoletazos que han de señalar la salida de los automóviles

Hasta ahora se sabe que de los ocho inscritos para la carrera se retiraron dos; que en los primeros momentos tomó la delantera el automóvil Dion-Bouton, guiado por el francés Bourcier Saint-Chauffray, seguido muy de cerca por el italiano Scarfoglio, en su máquina Zust; que en la primera semana Roberts (norteamericano), ha recorrido 1.262 kilómetros; Bourcier, 1.216; Scarfoglio, 1.170; Keepen (norteamericano), 910; y Godard (francés), 754. Pons había tenido que detenerse, y Scarfoglio, que había sido víctima de ligeros accidentes, al principio de la carrera, ocupando, como hemos dicho, el tercer lugar, había recuperado el tiempo perdido y al canzado á Roberts, á una milla de Benton; pero éste logró adelantársele nuevamente. El orden de los concurrentes, según las últimas noticias, era: Roberts, Scarfoglio, Bourcier, Keepen y Godard.

Todos los automóviles llevan aparatos de fotografía y la mayoría de ellos, además, operadores de reputadas casas cinematográficas con las máquinas necesarias para impresionar películas con los incidentes más interesantes del atrevido *raid*.

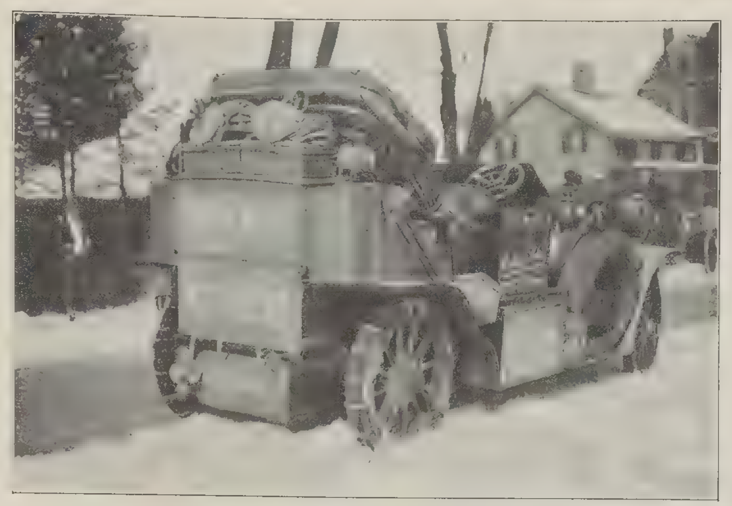
Como se comprenderá, tratándose de una excursión de esta índole al través de regiones, muchas de ellas inhospitalarias, los automóviles van provistos de todo cuanto puedan necesitar durante la carrera, y algunos de los concurrentes se han asociado con personas conocedoras de las costumbres y los idiomas de los países por donde han de pasar. Así, Bourcier lleva consigo al capitán Hansen, globe-trotter noruego que conoce perfectamente Siberia y habla, entre otros idiomas, el ruso y



Nueva York.—Los automóviles que toman parte en la carrera puestos en fila y esperando la señal de la salida

el samoyedo, y tiene de repuesto ruedas con puntas para la nieve y ruedas de vagones que le permitirán utilizar las vías férreas americanas.

El Motobloc que guía Godard y que reproduce el adjunto grabado, está admirablemente dispuesto para el *raid* que ha de efectuar, pues contiene una porción de armarios y de cajas, en los cuales están distribuídos en un orden perfecto los instrumentos, piezas de recambio, vestidos y provisiones. Además lleva un material completo de campamento con tienda de campaña, batería de cocina, cestas de botellas de champaña. Con Godard va Mauricio Livier, el más joven de todos los expedicionarios, ya que sólo cuenta diez y nueve años; es operador de la casa cinematográfica Raleigh y Robert, y con este carácter figura en la expedición.



El Motobloc, conducido por M. Godard, equipado para la carrera Nueva York-París

El automóvil italiano Zust corre por cuenta de los periódicos *Mattino*, *Stampa*, *Daily Mail* y *Pearson's Magazine*. Scarfoglio, que va en él, es hijo del director del primero de los diarios citados y de la notable escritora italiana Matilde Serao.

La *voiturette* Sizaire-Naudin, el más pequeño de los automóviles que figuran en el concurso, va confiada á Pons, que en una máquina de la misma casa tomó parte en la famosa carrera Pekín-París, y á quien acompaña el operador Deschamps, de la sociedad cinematográfica Pathé.—S.

(Fotografías de Rol y C.ª)



Marruecos. — El campamento de Mar Chica ocupado por las tropas españolas que desembarcaron el día 14 de febrero último
(De fotografía del capitán de infantería D. Juan López Vicencio).

Sabido es que por virtud del tratado de 1894, el sultán de Marruecos está obligado á tener en las inmediaciones de Melilla un contingente de tropas que asegure la tranquilidad en la frontera hispano marroquí. A esto obedecía la permanencia en Mar Chica de la mehalla, que, conforme explicamos en el número 1364, se vió obligada á dejar aquella posición, en la cual, por abandono del majzén, le era imposible sostenerse.

Retiradas aquellas fuerzas, España no podía consentir que Mar Chica permaneciese desguarnecida con riesgo seguro de que se apoderasen de ella los partidarios del Roghi y, por consiguiente, con evidente peligro para nuestras plazas del Norte de Africa. De aquí que se dispusiera su ocupación, que efectuó en la madrugada del día 14 de febrero último una pequeña columna de 560 hombres mandada por el general Marina, Gobernador de Melilla, y compuesta de fuerzas de infantería, artillería, ingenieros, sanidad y administración militar, que fueron conducidas por el cañonero *General Concha*. Al desembarcar la columna, los moros que se hallaban en el campamento que fué de los imperiales hicieron contra ella nutrido fuego; en vista de ello, el cañonero disparó algunas granadas y los soldados, lanzándose al agua, se precipitaron contra los enemigos, poniéndolos en fuga y obligándoles á internarse en los montes.

Nuestras tropas ocuparon la Restinga, en donde, según ha manifestado el gobierno, permanecerán hasta tanto que el sultán adopte las medidas convenientes para asegurar el cumplimiento del tratado de 1894, con lo cual además evitarán el gran contrabando de armas que por allí se hacía y harán, por ende, eficaz uno de los acuerdos de la conferencia de Algeciras.

Las potencias á quienes el gobierno español ha dado cuenta de lo sucedido, no han opuesto á ella objeción alguna; el majzén, en cambio, ha protestado y pretende que la mehalla refugiada en Melilla vuelva á Mar Chica, pero como para ello no envía á sus tropas los recursos necesarios, niéganse éstas á obedecer las órdenes imperiales. Y para que se comprenda hasta qué punto la razón les asiste, bastará decir que la tal mehalla se compone de 1.800 hombres y 600 caballos y que el sultán, por todo auxilio y para que ocupen nuevamente Mar Chica, ha enviado 25 000 pesetas, después de haber tenido á aquellas fuerzas enteramente abandonadas durante varios meses.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVII — Barcelona 9 de marzo de 1908 — Num. 1.367

El difunto rey Carlos I de Portugal, como artista

RETRATO PINTADO POR EL DIFUNTO REY CARLOS I DE PORTUGAL

(Reproducido con autorización del «Diario de Noticias» de Lisboa.)

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Es, ciertamente, una gran injusticia que el nombre de Barcelona sólo aparezca en las columnas de la prensa universal emparejado con relatos emocionantes de escenas de terror y como título de informaciones siniestras y á menudo desleales é insidiosas. Durante largo tiempo Barcelona fué, entre todas las de España, la «ciudad industrial» por excelencia y hasta se diría que por exclusión de las demás actividades y preocupaciones de la vida, como si la aptitud artística y mental le estuviese vedada y hubiese renunciado para siempre á toda participación en las altas empresas del espíritu.

Y, sin embargo, mientras esa clasificación, completamente arbitraria y estrecha, prevalecía en el mundo, observábase una intensa é inusitada germinación de ideales, de inspiraciones, de apetitos, de ensayos y tentativas; como un hervir interno de actividades, como una fermentación de aquellas que llegan á la entraña más profunda de una sociedad y funden y disuelven sus componentes antiguos preparando la aparición de un espíritu nuevo y de una cultura incipiente, pero caracterizada. Por deficiencias, espontáneas ó estudiadas, de la información, Barcelona continuó siendo la Manchéster española; y esto de un modo absoluto, exclusivo. Semejante rótulo subvenía perfectamente á la pereza cerebral de las muchedumbres que gustan de clasificaciones ó nomenclaturas simplistas, en una sola dirección, en un solo plano. Ahorraba no poco trabajo de discernimiento y observación personal. Daba una noción acuñada y de estampilla. El viajero, el publicista, el lector, no tenían que habérselas más que con unas imágenes siempre repetidas en trofeos de edificios públicos ó en alegorías de documentos mercantiles y billetes de Banco: unas fábricas con chimeneas muy altas, muy altas; unos andenes obstruídos por grandes balas de algodón; una locomotora rematada por el penacho de humo; un ancla y el casco y caduceo del veloz Mercurio...

Ahora, ni eso. Ahora, gracias á una campaña malévola y reticente—en la cual la astucia de la rivalidad ha puesto menos todavía que nuestra propia candidez y descuido,—Barcelona ha sufrido una transformación en el concepto de las gentes extrañas que, de lejos, se la representan como laboratorio perenne del terrorismo, como la «ciudad de las bombas,» según suele rotularla en sus telegramas el periódico de París más famoso en los anales del *chantage* mundial, y en fin, como la Varsovia de Occidente. Débese ello á que la información periodística gira sobre una sola fase de la vida social completa, iluminándola crudamente y dejando en absoluta obscuridad á las fases restantes. Reseña puntualísimamente las explosiones, los atentados, las alteraciones del orden, los muertos, los heridos, la parte dramática, cruenta y horrible de la vida, abstrayéndola y separándola de la normalidad cotidiana hasta producir la impresión de que esa *anormalidad* es normalidad corriente y el fondo común y diario de nuestro vivir. Y en cambio, pasa en silencio todo aquello que supone mejora, ascensión, progreso, trabajo, desenvolvimiento espiritual, vida artística, gloria.

Así, por ejemplo, ¿qué interés se ha prestado á la inauguración del Palacio de la Música que acaba de construirse el *Orfeó Català*? No cabe duda que en otra capital cualquiera, exenta de los prejuicios y fatalidades que vienen á condicionar la publicidad, por lo que atañe á Barcelona, la inauguración de un edificio semejante hubiera sido comentada, divulgada y recibida como un verdadero acontecimiento.

Porque esta solemnidad se presta á una doble serie de consideraciones. En primer término, la historia de la sociedad coral en sí misma, por lo que tiene de valor absoluto. Sucede á las veces que el historiador ó el sociólogo se esfuerzan en vano para hacernos penetrar en el secreto de una cultura, de una transformación humana, de un alzamiento espiritual; y que cuanto más prodigan sus disertaciones y argumentos, más difícil se nos hace la comprensión del enigma. Pero he aquí que el mismo lector desorientado se encuentra un día, por azar, sin acompañantes ni *cicerones*, en presencia de un viejo monumento ó en medio de una muchedumbre entregada á sus expansiones tradicionales, á la alegría de sus fiestas. Y entonces el *genius loci* nos revela en un segundo, directamente, cuanto no consiguieron explicarnos las palabras mejor aliñadas, los capítulos mejor compuestos. ¿Quién no recuerda la revelación súbita, la iluminación súbita que penetró en su alma, en un primer viaje, á la vista del palacio del Louvre ó en medio de las melancólicas soledades de Versalles? El secreto del Antiguo régimen y el secreto de la Revolución hablan al viajero como una confidencia sin palabras, como una emanación silenciosa del lugar. Ante la ruina de Poblet, ¿qué visitante medianamente preparado no sintió penetrar en su alma la visión de toda una época, de toda una nacionalidad heroica y joven, como no alcanzará á deducirla de los libros en muchas horas de estudio tenaz?

Así también, ante el ejemplo del *Orfeó*, asistiendo á alguna de sus audiciones y poniéndose en contacto con sus elementos, se inicia el observador en el secreto del renacer artístico de Cataluña, el cual ofrece como nota bastante propia y diferenciada, la de ser, ante todo, un fenómeno *social*. En otras partes el hecho de la cultura se presenta, principalmente, como algo limitado á una *élite*, á una selección, á una simple adición de individualidades escogidas, pero en cierta manera separadas del conjunto y externas á la masa general. Se da el caso de contar con un estado mayor brillante, pero sin ejército. Se da el caso de un ejército que no participa por ningún concepto ni estilo de las fruiciones más altas y nobles de la existencia, quedando relegado al papel de la comparsería en las grandes apoteosis y no sirviendo más que para sustentáculo y abono, ó humus, de la planta delicada y exquisita del genio. Admirable don de la Providencia es el genio; pero él no es el fin de la vida, la cual tiene en sí propia y para sí propia su plena justificación. La humanidad no es un rebaño á merced del «grande hombre,» ni, sin clamar al cielo, puede erigirse en doctrina y en norma de conducta de los pueblos la de hacerlos servir de pedestal para el alto goce reservado á una exigua minoría de intelectuales ó de «héroes.»

Cuando se haya disipado la ofuscación ejercida sobre el talento contemporáneo por los tres ó cuatro autores de gran fuerza paradójica que ahora lo dirigen, tendrá que reconocerse cuán inicuo, cuán antihumano, cuán regresivo es el concepto de un arte ó de una civilización *turrieburnista*. El privilegio destruído por el nuevo derecho en cuanto á lo económico y político, no puede refugiarse en la esfera intelectual ni en la esfera del arte. Una mentalidad que no se dirija á todos los hombres, que no abrace y se extienda potencialmente á todos los seres, desde el pastor al magnate, es una mentalidad ilegítima; un cultivo del genio ó del héroe á expensas de la felicidad de las muchedumbres, inconscientes y obscuras, que le sirvan de pedestal, es la más monstruosa é hipócrita de las tiranías. Disfrácese cuanto se quiera esa idolatría heroica; adopte para justificarse los aspavientos de un santo horror á la mediocridad, á los gustos burgueses y al filisteísmo, y siempre será el resultado de una resistencia egoísta á las corrientes democráticas y generosas de nuestro tiempo.

Por el contrario, y por más que se diga, siempre constituirá un signo de inequívoca «actualidad,» para Cataluña, y de honda compenetración con el espíritu de la época, el carácter social, colectivo, armónico, de su renacimiento, plenamente simbolizado en la obra orfeónica de Clavé y llevado al último límite de perfección por el *Orfeó* que motiva estas líneas.

Interesar á la multitud en las empresas del espíritu y hacer que levante la vista del suelo, desprendiéndose de su conciencia exclusivamente vegetativa ó fisiológica: ese es trabajo y fervor de religión, esa es caridad suprema. Y quien diga que el arte se contamina de su trato y comercio con las plebes, ignora que las maravillas de la antigüedad clásica, que nos son presentadas actualmente como depuraciones excelsas, fueron concebidas de cara al gran número, creadas para todos y por todos sentidas, en una edad en que el mundo, según expresión de Heine, no se había partido en dos. En otra esfera mucho más especial y limitada, la notable sociedad orfeónica barcelonesa ha hecho ostensible que la conciliación de lo popular y lo exquisito es sumamente más hacedera de lo que muchos sostienen. Fiel á la institución de Clavé, la ha desenvuelto y adaptado á las últimas exigencias del progreso musical de nuestros días, hasta el punto de poder sintetizar, en una pieza, lo más íntimamente regional y lo más expansivamente europeo y cosmopolita de que su especialidad sea susceptible. De aquella cruzada, de aquella especie de somatén artístico, se ha destacado poco á poco el orfeón dirigido por el maestro Millet, convertido en cuerpo regular y metódico en cuanto á la disciplina y al primor, en cuanto al estudio y á la exigencia escrupulosa, aunque conservando su constitución simpática y allegadiza de cuerpo franco, hijo de la iniciativa espontánea, libre, creadora de las cosas más arraigadas y perennes.

Expresión material y definitiva de ese arraigo es el edificio soberbio que acaba de inaugurarse y que, por informaciones gráficas, conocerán seguramente los lectores de La Ilustración Artística que no lo hayan visto en Barcelona. El nuevo Palacio de la Música está destinado á perpetuar y recordar una fecha, un momento doblemente señalado en la historia de nuestras artes, puesto que así afecta á la tradición musical como á la arquitectónica. Al propio tiempo es todo un himno, todo un canto jubiloso y de victoria á esa iniciativa espontánea á que antes me referí, la cual consigue que un puñado de modestos coristas (hombres, señoritas y niños) y cuatro ó cinco organizadores entusiastas y animosos, puedan reunir el dineral indispensable para una obra de tal naturaleza. Y aquí viene de molde otra vez la observación apuntada más arriba acerca del poder de iluminación y confidencia que poseen los lugares y las cosas inanimadas. Quien oiga al orfeón en su nuevo palacio, contemple el grandioso edificio é inquiera algo de su historia corporativa y económica, sabrá del espíritu de este pueblo mucho más de lo que puedan enseñarle largos artículos y disertaciones floridas.

Nadie mejor que el insigne Doménech y Montaner podía haber dado forma plástica al ideal desde tan antiguo acariciado por los admiradores de la institución orfeónica. Doménech es, dondequiera que suene su nombre, una autoridad indiscutible como constructor y como artista que, desde los días ya lejanos de la Exposición Universal, personifica en gran parte ese renacimiento arquitectónico barcelonés que fué el primero en responder al renacimiento literario. Su última obra es un trabajo digno de la maestría del autor y de su madurez llena de experiencia, conservando no obstante toda la agilidad de lápiz, toda la frescura de la fantasía juvenil, que sabe comunicar á la piedra y al ladrillo intenciones legendarias, poéticas, que caen más allá de la arquitectura, como si revelaran la riqueza espiritual del constructor y su sentido trascendente y armónico de todas las artes juntas. Las fachadas del edificio evocan recuerdos de las más gloriosas ciudades levantinas y adriáticas, sugestión de viejos palacios que se contemplan noblemente en las aguas del Canalazzo y del Lido. Para esa creación han sido puestos á tributo cuantos elementos constructivos han ido aprontando la tradición y las industrias de la tierra y cuantas habilidades de ejecución han dado tan universal nombradía á nuestros albañiles, de suerte que no pocas audacias y primores ideados por el arquitecto fueran imposibles sin la facultad de asimilación é interpretación que guía á los operarios sobre el terreno y en cada caso particular. De ese esfuerzo colectivo y en gran parte anónimo; de esa confluencia de voluntades; de ese entusiasmo concentrado sobre un ideal ha surgido, como concreción simbólica y definitiva, el espléndido albergue del *Orfeó Català*, con su vestíbulo airoso y abierto, con sus arrogantes escaleras, con las graciosas bóvedas de sus corredores, con el rico mosaico de sus columnatas, con la nota arcaica de sus farolones, con sus tribunas y galerías y con su magnífica sala de fiestas, donde las tonalidades se convierten también en música y son para los ojos una caricia de suavidad y dulzura, en la cual se templa la riqueza ornamental y se predispone el ánimo á la audición y al transporte sinfónico.

Bien merecía, pues, semejante acontecimiento una conmemoración, al lado de los relatos espeluznantes y de las informaciones terroristas, como la merecen también otras varias novedades de carácter intelectual... Hubiera debido hablar del nuevo poema de Apeles Mestres, *Liliana;* mencionar las últimas exposiciones de cuadros y los últimos estrenos; recordar unas memorables conferencias en el Ateneo del insigne director de la *Revue de Philosophie*, de París, P. Peillaube, que acaba de ofrecernos el cuadro general de la psicología contemporánea; dedicar un recuerdo al centenario de la guerra de la Independencia, con motivo de haberse cumplido un siglo desde que las tropas de Napoleón entraron en Barcelona y ocuparon la Ciudadela y el castillo de Monjuich... Faltándome espacio para todo ello será forzoso remitirme á otra crónica.

Miguel S. Oliver.



Esposas de los actuales Príncipes reinantes de Europa



Isabel, reina de Rumanía. Princesa de Wied.
Nació en 29 de diciembre de 1843.



Alejandra, reina de Inglaterra. Princesa de Dinamarca.
Nació en 1.º de diciembre de 1844.



María, princesa de Schwarzburgo-Sonderhausen. Princesa de Sajonia Altenburgo.
Nació en 28 de junio de 1845.



Milena, princesa de Montenegro. Hija del woywode Pedro Bukotitsch.
Nació en 22 de abril de 1847.



Olga, reina de Grecia. Gran duquesa de Rusia.
Nació en 22 de agosto de 1851.



Luisa, reina de Dinamarca. Princesa de Suecia.
Nació en 31 de octubre de 1851.



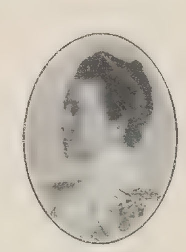
Isabel, gran duquesa de Mecklenburgo-Strelitz.
Nació en 7 de septiembre de 1857.



Augusta Victoria, emperatriz de Alemania. Princesa de Schleswig-Holstein.
Nació en 22 de octubre de 1858.



María Ana, gran duquesa de Luxemburgo. Infanta de Portugal.
Nació en 13 de julio de 1861.



Victoria, reina de Suecia. Princesa de Baden.
Nació en 7 de agosto de 1862



Hilda, gran duquesa de Baden. Princesa de Nassau.
Nació en 5 de noviembre de 1864.



Carlota, reina de Wurtenberg. Princesa de Schaumburgo-Lippe.
Nació en 10 de octubre de 1864.



Elisa, princesa de Reuss. Princesa de Hohenlohe-Langenburgo.
Nació en 4 de septiembre de 1864.



María Ana, princesa de Schaumburgo-Lippe. Princesa de Sajonia Altenburgo.
Nació en 14 de marzo de 1864.



María, duquesa de Anhalt. Princesa de Baden.
Nació en 26 de julio de 1865.



Isabel, gran duquesa de Oldenburgo. Duquesa de Meklenburgo.
Nació en 10 de agosto de 1869.

(Continúa en la página siguiente.)



Maud, reina de Noruega. Princesa de Inglaterra.
Nació en 26 de noviembre de 1869.



Ana Luisa, princesa de Schwarzburgo-Rudolstadt.
Nació en 19 de febrero de 1871.



Leonor, gran duquesa de Hesse. Princesa de Solms-Hohensolms.
Nació en 17 de septiembre de 1871.



Alejandra, emperatriz de Rusia. Princesa de Hesse.
Nació en 25 de mayo de 1872.



Elena, reina de Italia. Princesa de Montenegro.
Nació en 8 de enero de 1873.



Batildis, princesa de Waldeck. Princesa de Schaumburgo-Lippe.
Nació en 21 de mayo de 1873.



Berta, princesa de Lippe y de Hesse-Philippsthal-Barchfeld.
Nació en 25 de octubre de 1874.



Alejandra, gran duquesa de Mecklenburgo-Schwerin. Nació en 29 de septiembre de 1882.



Victoria Adelaida, duquesa de Sajonia-Coburgo y Gotha. Nació en 31 de diciembre de 1885.



Victoria, reina de España. Princesa de Battenberg.
Nació en 24 de octubre de 1887.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA.—COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

X

Pedro Benvenuti.—Nació en Arezzo en 1769 y murió en Florencia en 1844. Fué director de la Academia de Bellas Artes de esta última ciudad, considerándole como el mejor pintor moderno de la Toscana. Distínguense sus obras por la nobleza y elevación del estilo, corrección y pureza del dibujo y hermoso colorido. Débensele, entre otras notables producciones, los frescos de la cúpula de la capilla de los Médicis y varios cuadros que se conservan en las galerías de Florencia.

Luis Sabatelli.—Nació en Florencia en 1772 y murió en la misma ciudad en 1850. Fué excelente pintor y hábil dibujante, conservándose de las obras que ejecutó, además del auto retrato que reproducimos, la bóveda y ocho lunetos de la Sala de la Ilíada del Palacio Pitti, de su ciudad natal.

Juan Augusto Domingo Ingres.—Nació en Montaubán en 1780 y murió en 1867. Hijo de un pintor y músico á la vez, cultivó ambas artes, ingresando en la Academia de Tolosa, en donde obtuvo el primer premio de Dibujo. A los diez y seis años alcanzó otro premio, que le permitió trasladarse á Roma, empezando ya entonces á demostrar la independencia de su genio, por medio del cuadro *Edipo explicando el enigma.* A esta obra siguió la titulada *Odalisca,* que fué duramente censurada, sin que por ello abandonara el artista la senda que se había trazado. Durante un largo período fué objeto de ruda oposición, viéndose obligado á pintar retratos para luchar con la adversidad. La posteridad le ha hecho justicia, y se consideran como irrecusables pruebas de su talento las obras *El voto de Luis XIII, Juana de Arco, La Virgen de la Hostia, La Apoteosis de Homero,* así como su retrato y los de la duquesa de Broglie.

Francisco Hayez.—Nació en Venecia en 1792 y murió en la misma ciudad en 1882. Muy joven todavía ingresó en la Academia de Pintura establecida en su ciudad natal, perfeccionando en Roma sus estudios, en donde comenzó á distinguirse como colorista. Protegido y aconsejado por Canova, dióse pronto á conocer, confiándole Murat, siendo rey, varios trabajos. Tomó parte en las Exposiciones de 1855 y 1867, citándose entre sus mejores obras las tituladas *Carmañola, El beso de Romeo y Julieta, Ayax, Betsabé, Los dos Foscari.* Sus compatriotas le consideran como el jefe de la escuela colorista y uno de los mejores pintores de historia.

José Bezzuoli.—Nació en Florencia en 1794 y murió en la misma ciudad en 1855. Estudió en la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal, adelantando rápidamente bajo la dirección de los maestros Petroni y Desmarcies, ampliando en Roma sus conocimientos por medio de la observación de las grandes obras. Sus mejores producciones titúlanse: *El triunfo de Baco, Francisca de Rimini, Alejandro en casa de Apeles, La Providencia,* etc.

Antonio Zona.—Nació en Venecia en 1852 y pronto alcanzó notoriedad como paisajista, cuyo buen concepto merece actualmente, puesto que, de los antecedentes que hemos adquirido, resulta que, por fortuna, continúa produciendo obras del mismo género, resultando inexactas las fechas consignadas al pie de su auto-retrato. Se ha dedicado también á pintar retratos, entre los que merece citarse el del Rey Humberto I para la Cámara Italiana de Diputados.



En oración, dibujo de Eugenio Burnand

Francisco Luis Français.—Nació en Plombieres en 1814 y murió en 1897. Comenzó á trabajar en casa de un librero, distinguiéndose como dibujante. Consagró sus ocios á la pintura, y tales fueron sus progresos que obtuvo premios en las exposiciones de 1841 y 1848. Su cuadro titulado *Orfeo* le elevó al rango de los primeros artistas modernos, concepto que contribuyeron á cimentar sus lienzos *Bosque sagrado, Valle de Munster, Recuerdo de Niza,* etc.; así como dos hermosas composiciones, representando á *Adán y Eva* y el *Bautismo de Cristo,* existentes en la capilla bautismal de la iglesia de la Trinidad de París. Sobresalió también en la pintura á la acuarela.

Felipe Palizzi.—Nació en Nápoles en 1818 y murió en 1899. Dedicóse al ejercicio de la abogacía, abandonando en breve esta profesión para entregarse por completo al cultivo de la pintura, por la que sintió decidida vocación desde sus primeros años. Establecido en París, envió obras á casi todas las exposiciones que se celebraron en aquella capital, cobrando crédito y fama por la valía de sus producciones y singularizándose como inteligente paisajista. Hábil colorista, experto dibujante y conocedor de las costumbres de los animales, que había observado con perseverancia suma, supo representar con verdadero éxito cuadros animados é interesantes. Entre sus numerosas producciones, cítanse como las más notables las tituladas *Interior de un bosque, Búfalos en la campiña de Pestum, Regreso de la feria, Carneros, Rebaño, Boyada,* etc.

Jorge Federico Wats.—Nació en Londres en 1818 y murió en 1904. Discípulo de la Academia Real de Bellas Artes, se dedicó á la pintura de retratos y cuadros de género inspirados en las obras de Shakespeare y Boccaccio. Pintó al fresco en el palacio de Westminster Hall un *San Jorge derribando al dragón,* decorando otras salas de edificios públicos por medio de grandes composiciones, como la que representa á los principales legisladores que figura en la Escuela de Derecho de Londres. Merecen citarse también sus cuadros *Las ilusiones de la vida, El hada Margura, El amor y la Muerte, El buen samaritano* y varios retratos que figuraron en las exposiciones de París y que valieron al artista las primeras recompensas.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres



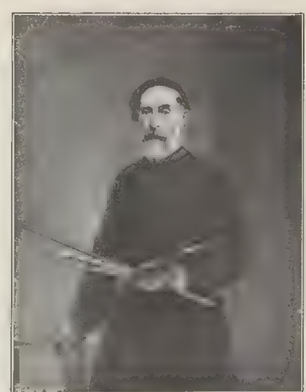
Pietro Benvenuti, italiano 1769-1844)



Luis Sabatelli, italiano (1772-1850)



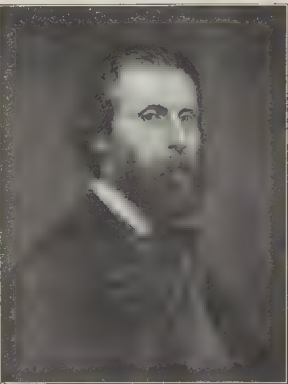
Juan Augusto Ingres, francés (1780-1867)



Francisco Hayez, italiano (1792-1882)



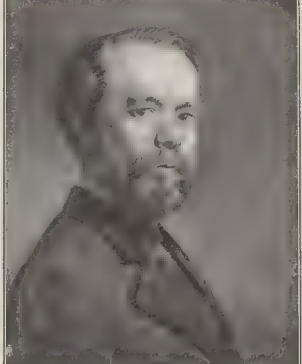
José Bezzuoli, italiano (1794-1855)



Antonio Zona, italiano (1810-1876)



Francisco Luis Français, francés (1814-1897)



Felipe Palizzi, italiano (1818-1899)



Jorge Watts, inglés (1818-1904)

LÁMINA 10.ª —DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

MARRUECOS.—LAS RECIENTES OPERACIONES DE LOS FRANCESES.

Combate contra los medakras. (De fotografías de Rol y C.°)



Combate del 18 de febrero.—La columna del Tirs toma posiciones y se dispone á romper el fuego para proteger la columna del litoral que ha de atravesar la llanura



Combate del 18 de febrero.—La artillería situada detrás de la primera línea de tiradores



Vista de Ber-Rechid, población ocupada por los franceses y que les sirve de base para sus actuales operaciones

DE MARRUECOS

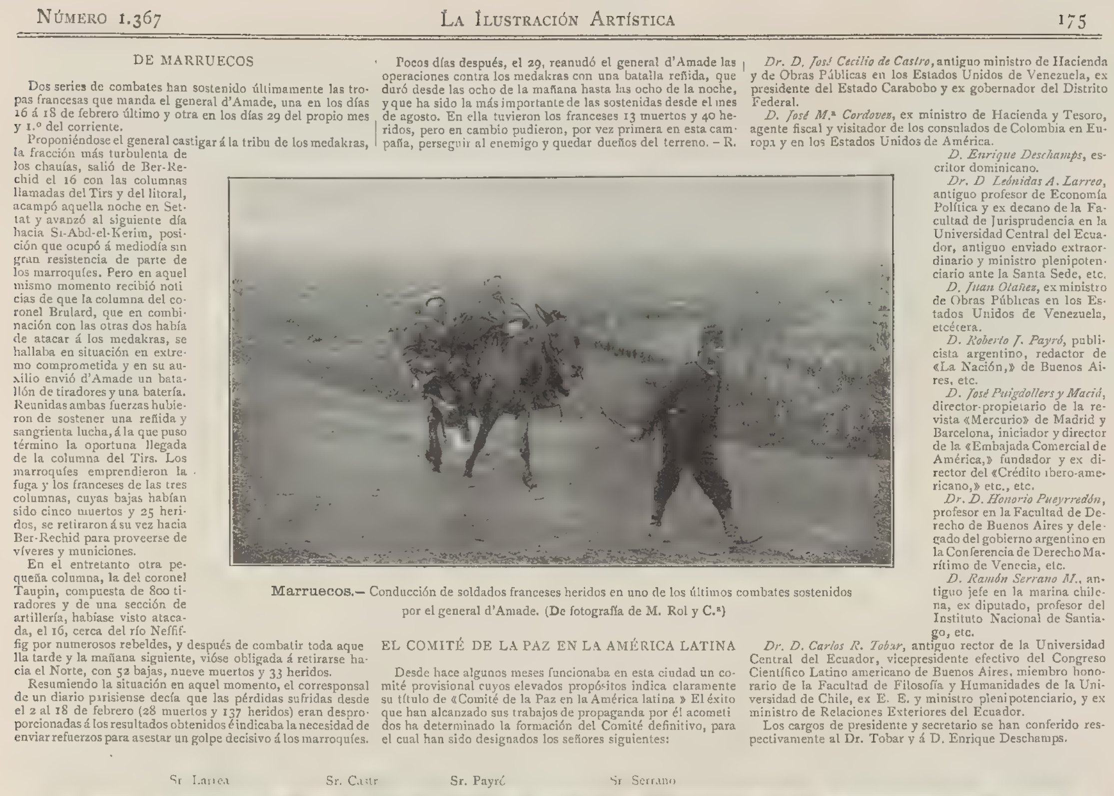
Dos series de combates han sostenido últimamente las tropas francesas que manda el general d'Amade, una en los días 16 á 18 de febrero último y otra en los días 29 del propio mes y 1.º del corriente.

Proponiéndose el general castigar á la tribu de los medakras, la fracción más turbulenta de los chauías, salió de Ber-Rechid el 16 con las columnas llamadas del Tirs y del litoral, acampó aquella noche en Settat y avanzó al siguiente día hacia Si-Abd-el-Kerim, posición que ocupó á mediodía sin gran resistencia de parte de los marroquíes. Pero en aquel mismo momento recibió noticias de que la columna del coronel Brulard, que en combinación con las otras dos había de atacar á los medakras, se hallaba en situación en extremo comprometida y en su auxilio envió d'Amade un batallón de tiradores y una batería. Reunidas ambas fuerzas hubieron de sostener una reñida y sangrienta lucha, á la que puso término la oportuna llegada de la columna del Tirs. Los marroquíes emprendieron la fuga y los franceses de las tres columnas, cuyas bajas habían sido cinco muertos y 25 heridos, se retiraron á su vez hacia Ber-Rechid para proveerse de víveres y municiones.

En el entretanto otra pequeña columna, la del coronel Taupin, compuesta de 800 tiradores y de una sección de artillería, habíase visto atacada, el 16, cerca del río Neffiffig por numerosos rebeldes, y después de combatir toda aquella tarde y la mañana siguiente, vióse obligada á retirarse hacia el Norte, con 52 bajas, nueve muertos y 33 heridos.

Resumiendo la situación en aquel momento, el corresponsal de un diario parisiense decía que las pérdidas sufridas desde el 2 al 18 de febrero (28 muertos y 137 heridos) eran desproporcionadas á los resultados obtenidos é indicaba la necesidad de enviar refuerzos para asestar un golpe decisivo á los marroquíes.

Pocos días después, el 29, reanudó el general d'Amade las operaciones contra los medakras con una batalla reñida, que duró desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, y que ha sido la más importante de las sostenidas desde el mes de agosto. En ella tuvieron los franceses 13 muertos y 40 heridos, pero en cambio pudieron, por vez primera en esta campaña, perseguir al enemigo y quedar dueños del terreno. – R.



Marruecos.– Conducción de soldados franceses heridos en uno de los últimos combates sostenidos por el general d'Amade. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL COMITÉ DE LA PAZ EN LA AMÉRICA LATINA

Desde hace algunos meses funcionaba en esta ciudad un comité provisional cuyos elevados propósitos indica claramente su título de «Comité de la Paz en la América latina.» El éxito que han alcanzado sus trabajos de propaganda por él acometidos ha determinado la formación del Comité definitivo, para el cual han sido designados los señores siguientes:

Dr. D. José Cecilio de Castro, antiguo ministro de Hacienda y de Obras Públicas en los Estados Unidos de Venezuela, ex presidente del Estado Carabobo y ex gobernador del Distrito Federal.

D. José M.ª Cordovez, ex ministro de Hacienda y Tesoro, agente fiscal y visitador de los consulados de Colombia en Europa y en los Estados Unidos de América.

D. Enrique Deschamps, escritor dominicano.

Dr. D. Leónidas A. Larrea, antiguo profesor de Economía Política y ex decano de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad Central del Ecuador, antiguo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante la Santa Sede, etc.

D. Juan Otañez, ex ministro de Obras Públicas en los Estados Unidos de Venezuela, etcétera.

D. Roberto J. Payró, publicista argentino, redactor de «La Nación,» de Buenos Aires, etc.

D. José Puigdollers y Maciá, director-propietario de la revista «Mercurio» de Madrid y Barcelona, iniciador y director de la «Embajada Comercial de América,» fundador y ex director del «Crédito ibero-americano,» etc., etc.

Dr. D. Honorio Pueyrredón, profesor en la Facultad de Derecho de Buenos Aires y delegado del gobierno argentino en la Conferencia de Derecho Marítimo de Venecia, etc.

D. Ramón Serrano M., antiguo jefe en la marina chilena, ex diputado, profesor del Instituto Nacional de Santiago, etc.

Dr. D. Carlos R. Tobar, antiguo rector de la Universidad Central del Ecuador, vicepresidente efectivo del Congreso Científico Latino americano de Buenos Aires, miembro honorario de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, ex E. E. y ministro plenipotenciario, y ex ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador.

Los cargos de presidente y secretario se han conferido respectivamente al Dr. Tobar y á D. Enrique Deschamps.

Sr. Larrea Sr. Castro Sr. Payró Sr. Serrano



Sr. Cordovez Sr. Tobar Sr. Deschamps Sr. Puigdollers

Barcelona.– Comité de la Paz en la América latina. (De fotografía de A. y E. F., Napoleón.)



Sevilla monumental y religiosa,
por Virgilio Mattoni



Cañas reales en 1729,
por el conde de Aguiar

ALBUM OFRECIDO POR LA REAL MAESTRANZA DE CABALLERÍA DE SEVILLA

á S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia

Consecuente con sus tradiciones, la Real Maestranza de Caballería de Sevilla ha ofrecido á la reina Victoria, por mediación de su augusto esposo, con motivo de su visita á la hermosa ciudad andaluza, un obsequio que representa un acto de adhesión y simpatía de la aristocracia á los monarcas, y á la vez un recuerdo de las costumbres de aquel privilegiado país, en donde todo brilla y vive, expuesto en forma de gallarda manifestación artística.

Consiste la delicada ofrenda, que fué entregada el día 6 de febrero último á D. Alfonso XIII en el histórico Alcázar que tantos recuerdos evoca, en un magnífico álbum, cuyas tapas, encuadernadas en terciopelo carmesí, hállanse afianzadas por artísticas cantoneras de plata, relevada y cincelada con bellos esmaltes reproduciendo las empresas del escudo familiar de la reina Victoria, campeando en el centro el escudo de armas de España, primorosamente ejecutadas por los Sres. Masriera, de Barcelona, en presencia del proyecto del joven artista sevillano D. Joaquín Gómez.

Forman el álbum una serie de notables composiciones, verdaderas obras de arte, ejecutadas por artistas meritísimos, pintadas sobre pergamino, que enumeramos por el orden en que están colocadas. Es la primera una alegórica representación de Sevilla, obra de D. José Villegas, en la que, como siempre, da testimonio de su maestría; la segunda es de D. Luis Jiménez Aranda, tan excelente pintor como lo fué su hermano, que, tras larga ausencia de la patria, recuerda en su trabajo los ejercicios ecuestres que se practicaban en Tablada durante el siglo XVI; corresponde la tercera á Nicolás Alpériz, quien reproduce las Fiestas del rejón, que en 1671 organizó la Maestranza para solemnizar la canonización de San Fernando; á Virgilio Mattoni débese la cuarta composición, viéndose en ella los monumentos más notables de la ciudad, representándola en su carácter monumental y religioso; el conde de Aguiar recuerda en la quinta las cañas reales dedicadas á Felipe V y á su esposa en 1729, celebradas en la plaza de San Francisco, encerrada la composición en una hermosa orla con elementos alegóricos; última obra del malogrado Emilio Sánchez Perrier, fallecido recientemente, es la sexta que ofrece uno de sus bellísimos paisajes, á los que debió su celebridad, representando á su ciudad querida á la caída de la tarde de un día brumoso; las Fiestas de toros en Sevilla en 1836 han servido á José García Ramos de tema para la séptima composición, presentando en forma bella y agradable otra nota retrospectiva; las dos instituciones benéficas, fundadas por la Maestranza, las Escuelas y la Tienda Asilo, creadas en 1902, conmemora Ricardo López Cabrera, en la octava página, en forma que cautiva su pincel: obra de Manuel García Rodríguez es la novena producción, ofreciendo en un á modo de tríptico los Jardines del Real Alcázar, cuyos cuadros laterales recuerdan las dos visitas que en distintas fechas ha efectuado D. Alfonso XIII; la décima obra representa la batalla de Vad-Ras, y ha sido ejecutada por Gonzalo Bilbao; en ella vemos los cañones que constituyeron la batería que la Real Maestranza ofreció con motivo de la guerra de Africa de 1860.

Por lo sumariamente expuesto, compréndese la importancia del álbum que se ha ejecutado, bajo la dirección del docto académico D. José Gestoso y Pérez y del excelente pintor D. Gonzalo Bilbao, ambos amigos queridos nuestros, así como los demás distinguidos artistas colaboradores de tan notable obra, y á todos los cuales felicitamos cordialmente por haber producido tan gallarda manifestación.

A. García Llansó.



Jardines del Real Alcázar de Sevilla,
por Manuel García Rodríguez



Triana, 1907,
por Emilio Sánchez Perrier



Alegoría de Sevilla,
por José Villegas



Escuelas y Tienda Asilo,
por Ricardo López Cabrera



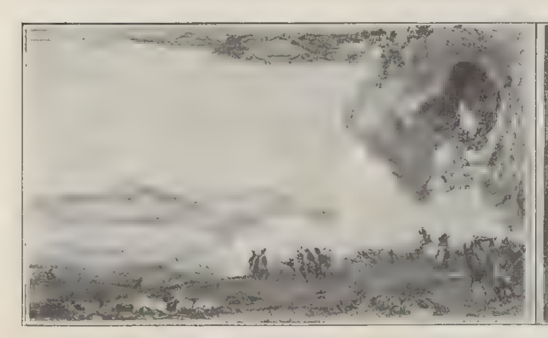
Fiestas de toros en Sevilla en 1836
por José García Ramos



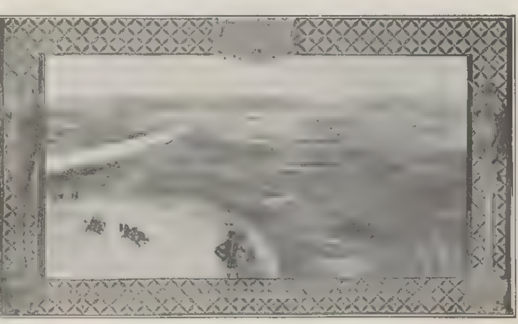
Tapa del álbum, proyecto de D. Joaquín Gómez,
ejecutado por Masriera hermanos, de Barcelona



Fiestas del rejón, en 1671,
por Nicolás Alpériz



La guerra de Africa,
por Gonzalo Bilbao



Ejercicios ecuestres en Tablada, siglo XVI,
por Luis Jiménez Aranda

PEDRO JANSSEN

En 19 de febrero último falleció en Dusseldorf el gran pintor de historia Pedro Janssen, director de la Academia de Bellas Artes de aquella ciudad, en donde había nacido en 1844. Desde muy joven se dedicó al estudio de la pintura y en su ciudad natal fué discípulo de Schadow y de Bendemann; pero más que á las lecciones de éstos debió á sus propias iniciativas el llegar á ser en poco tiempo un notable artista del género realista más sano. A los veintitrés años fué vencedor en un



El eminente pintor alemán **Pedro Janssen**, fallecido en Dusseldorf en 19 de febrero último. (De fotografía.)

reñido concurso para decorar el salón de la Casa Consistorial de Krefeld; poco tiempo después recibió el encargo de pintar un gran cuadro, *La colonización de las provincias del Báltico*, para la Bolsa de Bremen, y casi al mismo tiempo, en unión de Bendemann, un friso para la Galería Nacional de Berlín.

En 1877 entró como profesor en la Academia de Dusseldorf que, por un cúmulo de circunstancias, se hallaba en deplorable decadencia; con el ingreso de Janssen recobró su antiguo esplendor y entró en una nueva vida. A la enseñanza pedantesca de antes substituyó el sistema racional de no coartar, sino dirigir y enderezar las iniciativas y las especiales aptitudes de los alumnos. De la bondad de este procedimiento es buena prueba el hecho de que de la clase de Janssen han salido pintores tan eminentes como Arturo Kampf, Kleinchevalier, Pohle, Keller y Kampffer.

Su actividad como profesor y administrador de la Academia no le impidió emplear su talento en grandes obras pictóricas; así pintó multitud de cuadros históricos para la Casa Consistorial de Erfurt, para el Arsenal de Berlín y para la galería de aquella Academia, de la que fué nombrado director en 1892 y para la cual ejecutó una grandiosa composición sobre la historia de la humanidad.

Entre sus muchas otras pinturas merecen citarse un ciclo sobre Santa Isabel que pintó para la Universidad de Marburgo y que le valió el título de doctor *honoris causa* de la misma, varios lienzos para la Casa Consistorial de Elberfeld y para el castillo Burg del Wupper.

PARÍS. - BAILE DE LAS MODISTAS

Todos los años celébrase en París ese baile de las *midinettes*, como allí se llama á las que aquí denominamos modistillas; es una fiesta organizada por las Cámaras sindicales de la moda y resulta espléndida, en la que lindas muchachas lucen los más ricos y elegantes trajes y se adornan con las joyas más valiosas. Tanto lujo y tanta riqueza en jóvenes de posición modesta tiene fácil explicación; en efecto, las grandes casas en donde ellas trabajan ó en donde sirven de maniquíes ó «figurines vivos,» las proveen de sus mejores creaciones para que las luzcan en el baile y sirvan de reclamo, y además salen fiadoras por ellas en las grandes joyerías de la Rue de la Paix que les facilitan, gracias á esto, las mejores piezas de sus establecimientos.

Este año efectuóse el baile en los magníficos salones del Gran Hotel, en los que pudieron admirarse las más hermosas *toilettes*, así en trajes de sociedad como en disfraces, entre los que abundaban los de la época de Luis XV y Luis XVI, los de pajes, cantineras, odaliscas, etc.

A media noche bailóse el cotillón con preciosos regalos costeados por las Cámaras sindicales.

A la fiesta asistieron todos los *clubmen* de París, los hombres más distinguidos del sport y de la aristocracia.



París.—Baile de las modistas, celebrado en los salones del Gran Hotel el día 27 de febrero último (De fotografía de M. Rol y C.ª)

JUAN JOSÉ GARCÍA VELLOSO

El día 9 de diciembre del pasado año, y joven aún, pues sólo contaba 58 años, bajó al sepulcro D. Juan José García Velloso.

Nacido en la hidalga Navarra, á América vino como tantos españoles, en procura de más anchos horizontes, y en la Argentina abatió su vuelo aquel espíritu acostumbrado ya á remontarse á las sublimes alturas de la belleza. Su vida en el Plata fué la de todos los intelectuales: continua lucha y batallar continuo para abrirse camino, logrando poco á poco ver como aquél se ensanchaba á medida que circulaba su correctísima prosa, y se aplaudían y premiaban sus poesías. Y á tales méritos literarios unía Velloso espíritu noble y carácter franco, que le granjeaban simpatías y amistades.

En la Argentina se le conocía, se le quería y se le admiraba. En su patria nativa, ¿quién se acordaba de él? ¿Cuántos eran los que ahí sabían las sobresalientes dotes intelectuales del erudito catedrático de literatura de la Facultad de Filosofía y Letras?

Del amigo ya hablé cuando cerró los ojos. Hoy al enviar su retrato á LA ILUSTRACIÓN para contribuir á que perdure su memoria, quiero referirme al poeta de los españoles ignorado, al bardo de corte clásico que en otro ambiente, y moviéndose en otro escenario, hubiese alcanzado inmortal renombre.

No fué la lira de Velloso la quejumbrosa de los poetas primaverales, ni la meliflua, dulzona y un tanto soñolienta de los que al mundo cuentan intimidades que á nadie interesan. Hay ideas en sus cantares, hay en ellos lo que por desgracia va escaseando, verdadera inspiración, quizás porque sólo en verso escribía cuando le atraía la grandeza del asunto.

Profundo conocedor de lo que ha dado en llamarse escuelas poéticas, no se afilió á ninguna, pareciéndome, sin embargo, que sus versos son más hispalenses que salmantinos; hay en ellos más rastros de la influencia de Herrera que de la de fray Luis, influencia que se nota igualmente en su prosa rotunda y sonora. De vez en cuando sus tribunicias estancias se parecen á las del inolvidable Quintana.

Los treinta años aquí pasados no amenguaron ni su amor por España ni su admiración por las patrias glorias, aquel amor que con tanta elocuencia exteriorizó y aquellas glorias con tanto entusiasmo cantadas en su célebre *Oda á España*, que alcanzó en 1884 el primer premio en los Juegos Florales de la Coruña, laurel de que con justicia podía envanecerse Velloso, pues el Jurado aquél era de calidad, ya que lo formaban Cánovas del Castillo, Castelar, Núñez de Arce, Campoamor, Linares Rivas y Vicenti como secretario.

Enamorado de la hermosura de nuestro idioma, Velloso compuso un canto magistral «A la lengua castellana.»

Este es el poeta que ha perdido la literatura castellana, poeta de fibra y de vigor por cierto no afeminado, que aguarda aún el crítico que analice y ensalce su labor. ¿Lo hallará? ¡Quién sabe! Se vive tan aprisa, tenemos que hablar tanto de nosotros mismos, que no nos queda tiempo para hablar de los demás. Abrigo, sin embargo, la esperanza de que el nombre de García Velloso perdurará, porque cuantos aquí aleccionan á la juventud se encargarán de que no queden ignoradas las obras, no numerosas, pero sí de valía, de un apasionado defensor de las letras castellanas, y de uno de los mejores poetas con que en la actualidad se honraba la República Argentina.

R. MONNER SANS.

Buenos Aires, enero de 1908.



Juan José García Velloso, ilustre literato de origen español, fallecido recientemente en Buenos Aires. (De fotografía de Witcomb.)

Espectáculos. — BARCELONA. — En el teatro Eldorado, la excelente compañía dramática italiana que dirige la notable actriz Dora Baldanello ha estrenado con buen éxito: *Ninetta*, comedia en tres actos de Sabatini López; *Jeannette*, comedia en tres actos de Pedro Ottolini, y *L'onorevole Campodasergo*, comedia en tres actos de Libero Pilotto. En Romea se ha estrenado con regular éxito *Pascual Moltó*, comedia en tres actos traducida por los Sres. Prats y Vehil.

El programa del segundo concierto de la serie organizada por el *Orfeó Catalá* en su Palacio de la Música Catalana, se componía de la *Sinfonía en re*, para órgano y orquesta, de Guilmant; la *Sinfonía en do*, para piano, órgano y orquesta, de Saint-Saens, y la grandiosa escena de la consagración del Graal, de *Parsifal*, de Wágner, para coros, orquesta y órgano. Todas estas piezas fueron muy aplaudidas, especialmente la última, para ejecutar la cual los coros estaban distribuídos en diferentes alturas como en el teatro de Baireuth. De la parte de órgano se encargó el maestro Daniel; la orquesta estuvo dirigida por el maestro Nicolau y el coro del *Orfeó* por el maestro Millet.

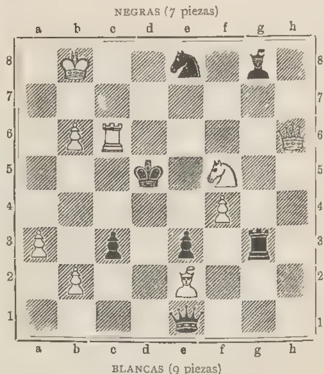
En el Principal el eminente pianista Emilio Sauer ha dado el primero de los dos conciertos anunciados, habiendo ejecutado en él con su habitual maestría composiciones de Schumann, Mendelssohn, Chopin, Brahms, Friedmann-Bach, Liszt, Sgambati y dos suyas, logrando en todas ellas grandes ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 489, POR V. MARÍN

4.ª mención honorífica del concurso de «Wiener Schachzeitung» 1901

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 488, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. R f 2 – e 1, y la solución continúa como en el problema n.º 487.	



La vieja dió un salto de mona, y gritando destempladamente, emprendió su persecución

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

Alegre no había tenido hermanos, ni tuvo nunca amigos.

Alegre vió á Margarita, y en su alma virgen quedó impresa la imagen de la niña. Alegre adoró á Margarita. Margarita tenía un hogar, pero su hogar era tan frío...

Su padre, ocupado siempre en sus negocios, vivía lejos de su casa. Margarita conocía apenas á su padre: el amor á los negocios está en razón inversa del amor á la familia; conocía, sí, á su madre, pero su mamá apenas la conocía á ella.

Su mamá, mariposa del gran mundo, se aburría de las caricias de su hija.

Era joven, era hermosa, era rica, ¿por qué alejarse del mundo, donde la esperaban tantos triunfos?

La dulce bujía de su hogar calentaba menos el alma fría de la gran señora que las deslumbrantes arañas de los salones.

Y la madre de Margarita, atenta más á brillar en el mundo que á formar el corazón de su hija, la confiaba á cuidados mercenarios y volaba al escenario á tomar el puesto que le correspondía en la *comedia humana*.

Margarita quedaba sola. Antes eso le importaba menos; tenía un hermano, un lindo muchacho de once años, con quien jugar y á quien querer. Después, la difteria apareció en Buenos Aires y su hermano voló al cielo.

Margarita no podía jugar sola. Llamaba á su hermano, pero su hermano no venía.

Vino Alegre, que tampoco podía jugar solo.

Ella se sintió atraída por él con la misma fuerza misteriosa que á él lo arrastraba hacia ella.

Una noche Margarita tuvo un sueño: vió á su hermano que le tendía los brazos, y al arrojarse en ellos, por una singular metamorfosis, el hermano se convertía en Alegre.

Al despertar sintió deseos ardientes de ver á su amigo.

Cuando entró en la habitación de miss Fulton, ésta la recibió con torcido gesto; tenía una jaqueca horrible; mejor haría en irse á atrapar mariposas, con tal que á las diez volviera á dar la lección.

¡Qué más quería! Gozosa como un pájaro á quien abren la jaula, corrió al muelle del *Relámpago* para espiar la venida de Alegre.

Precisamente el negrillo cruzaba el río en su *Gaviota*.

—Margarita, ¿tú aquí?

—Sí, miss Fulton me perdona la lección de inglés porque tiene una jaqueca horrible, y me ha dado permiso para coger mariposas.

Alegre bendijo cordialmente la jaqueca de miss Fulton.

—¿Pero no vas á subir en bote?

—No, tengo la mar de cosas que hacer; dar lección de piano, bañarme...

—¿En el mar?

—Sí, todos los días; el médico dice que es bueno. ¡Qué lindo es el mar! Sabes, Alegre, que podríamos dar un paseo por la costa en la *Gaviota*.

—¿Ahora?

—Ahora no, otro día; es mucho mejor que andar en el río; ahora tienes que ayudarme á pillar mariposas en el parque.

—¿Y qué haces tú de tanta mariposa?

—Yo nada; pero se las doy á miss Fulton, que las colecciona. Cuando le doy alguna que no tiene, la clava en una tabla con un alfiler y me perdona una lección de inglés.

—¡Pobres mariposas!

—¿Quieres venir conmigo?

Alegre salió del bote y los dos se internaron por las enarenadas calles del parque, provistos de una red con la que atentaban contra la libertad de las pobres mariposas, que al verlos, huían despavoridas.

Alegre era más ágil y más diestro; mientras la chiquilla cogía una, él atrapaba cinco.

Un pensamiento juguetón como una de aquellas mariposas, aleteaba hacía rato en el cerebro del negrillo.

—Como tome una linda, se la cobro cara.

Y todo ojos se dedicó á la cacería con más ardor. No tardó mucho en ver lo que buscaba; esa sí que era linda; no una lección, diez le perdonaría la inglesa si no la tenía. Y Alegre corrió tras ella; pero era arisca, y cuando él levantaba la caña, la taimada mariposa subía alto, muy alto, para descender á revolotear junto á su cabeza en cuanto se descuidaba.

Corrió mucho, mucho; pero tanto hizo el desconfiado insecto, que en una de esas el negrillo levantó la caña, y ¡zas!, la mariposa quedó embolsada en el embudo de tul.

—¡La pillé!, exclamó triunfante, examinándola de cerca. No era muy grande, pero sí muy hermosa: dos de sus alas eran blancas, blancas como la espuma de la leche; las otras dos rojas como el lacre, con pintas negras como el azabache; parecía una mariposa bordada á capricho en terciopelo.

Margarita se había acercado.

—¡Qué linda es!, exclamó. ¡Esa no la tiene miss Fulton! ¿Me la das, Alegre?

Por primera vez el muchacho se negó á hacer lo que ella pedía.

Margarita lo miró asombrada.

—¿No? ¿No me la das?

—No; esta la guardo para mí.

—Miss Fulton me perdonaría la lección; dámela, ¿quieres?

El negrillo sacudió la cabeza.

—A nadie se la daría.

—¿Ni á *Flor del aire?*

—No; á nadie.

—¿Entonces eres como Julio?, preguntó ella, mirándolo con sus ojos llenos de asombro.

El muchacho se rió. Había soltado la caña; con una mano sujetaba el insecto, con la otra tomó una manita de la chiquilla.

—¿Quieres que te la dé?, preguntó mirándola fijamente de ese modo que la emborrachaba.

Ella se puso colorada.

—Es para miss Fulton.

—¿Qué me das por la mariposa?

—¿Qué quieres que te dé?

El niño murmuró una palabra á su oído.

—¡Oh, no!, exclamó ella queriendo alejarse; pero él la contuvo por la mano.

—Sí, Margarita; te la doy en seguida.

—No, no y no.

—El último, ¿quieres?

Estaba tan hermoso Alegre, que ella lo miraba roja como una amapola sin atreverse á huir.

—¡Es que no me quieres!, murmuró él.

—¡Oh, sí! Ya te he dicho que sí; yo no sé mentir.

—Entonces, ¿por qué no?..

—Porque no me gusta.

—¡Si fuera Julio... te gustaría!, exclamó él bruscamente soltándole la mano. Toma tu mariposa; yo me voy, porque tú ya no eres mi amiga.

La niña se puso pálida; la mariposa se escapó y ella la miró volar con indiferencia; pero al ver á su amigo que se iba, no pudo contenerse.

—¡Alegre, Alegre!

—Me voy, porque tú no eres mi amiga; ya no volveré.

—Alegre, ¡no te vayas!

El muchacho volvió la cara; su amiguita lloraba. ¡Dios santo! ¡Y él la había hecho llorar!

—¡Oh, no llores, Margarita! ¡Perdóname, *Flor del aire!*

—Te estás haciendo como Julio, murmuró ella escondiendo la llorosa carita en el pecho de su amigo; antes no eras así.

—Bueno, ya no lo seré más, prometió él, arrepentido al ver los azules ojos de la chiquilla empañados por las lágrimas.

—Ya no me quieres, Alegre.

—¡Oh, no digas eso! Te quiero más que nunca.

—Entonces, ¿por qué te ibas?

—Porque tú no querías..., ya sabes.

—Sí, bueno; nunca me lo pidas, no me gusta.

—¿Y Julio?

—Menos, á él mucho menos lo hubiera dejado.

—Pero él te besaba...

—Sí, pero es que él no era como tú; bastaba que yo le pidiera una cosa para que hiciera otra; por eso no lo quería.

—¿Y á mí?

—A ti sí; pero si no me pides más de *eso*, ¿quieres?

—¿Qué era *eso?*

—Aquello de tu historia.

—No me acuerdo.

—Lo de la mariposa, tú lo sabes.

—Dilo, Margarita, y no te hablo más; no te pido más; ¿qué era?

—Un beso..., ¿sabes?

¡Ah! Era tan linda la chiquilla, y tan linda quedaba la palabra en su boquita, que Alegre hubiera dado, ¿qué habría dado él por besar aquel capullo entreabierto?, habría dado su traje de los domingos; más aún, la *Gaviota;* más, mucho más, le hubiera dado á Tell; muchísimo más, ¡se hubiera tirado de cabeza al mar!..

Esa tarde Margarita se escapó: no supo la lección de piano, y miss Fulton, modelo de institutrices, la dejó encerrada en su cuarto por toda la siesta. Pero uno de los alambres de la jaula no cumplió con su deber y el pájaro voló.

—¿Lo ves?, decía á Alegre, si me hubieras dado

la mariposa no me encierra, porque me habría perdonado la lección. ¿Quieres que andemos ahora en tu bote?

—¡Cómo no, Margarita! Toda la siesta: así aprovecha más la escapada.

Alegre saltó á tierra; tomó en brazos á su amiguita, rozando al descuido con sus mejillas de mármol negro las mejillas de rosa de la chiquilla, y la embarcó.

Se tendió la vela, y como Margarita sabía ya la maniobra del timón, ocupó á popa el puesto del joven capitán.

—¿Ves?, decía ella orgullosamente. Ya sé manejarlo, ¿no es cierto?

—Ya lo creo; con el tiempo serás una buena grumeta.

—¿Y qué es una grumeta?

—Una muchacha que trabaja como yo.

—¿Tú trabajas?

—Es claro. ¿No sabes que trabajo para vivir?

—¿Tú, Alegre? ¿Entonces, tú eres... pobre?

Alegre se quedó callado. Por el tono en que la chiquilla lo había dicho, conoció que en su casa se acostumbraba despreciar á los pobres.

—Dime, Margarita, dijo él lentamente, como si mascara las palabras, si yo fuera pobre..., y se detuvo.

—¿Qué?

—¿Me querrías?

—Sí, siempre, lo mismo que ahora, murmuró ella escondiendo la carita detrás de la vela.

—Cuidado, que el trapo es áspero... Y... ¿aunque tú fueras rica?

—Sí, aunque fuera rica, respondió ella envolviéndolo en una mirada tan tierna, tan franca, tan ingenua, que él comprendió que su corazón y sus palabras andaban acordes. Pero es que si yo fuera rica tú no serías pobre.

—¿Por qué, Margarita, por qué?

—Porque lo mío sería como si fuera tuyo.

Alegre estaba orgulloso; á sus propios ojos, con aquellas palabras creció un palmo en su dignidad. Tomó una mano de la niña y le dijo:

—Margarita, yo soy pobre, muy pobre.

Ella se reía.

—¿Y qué importa? Eres el mismo Alegre.

—Ya que lo sabes, ¿me querrás siempre?

—Pero ¿por qué me lo preguntas tanto? Ya te lo he dicho mil veces.

—Dilo otra vez.

—Bueno, sí.

—¿Y cuando sea grande?

—También, siempre.

Entonces..., Margarita, ¿no te vas á enojar de lo que te diga?

—No, no lo digas, exclamó ella cerrándole la boca con una mano, mientras el carmín teñía su hermosa frente.

Adivinaba lo que Alegre iba á decir; tantas veces había oído en su casa bromas de ese estilo subido, verdaderas marcas de hierro con que en el gran mundo se queman las alas de los ángeles.

La necia sonrisa de su madre la hacía avergonzarse sin saber por qué de la compañía de un muchacho de su edad.

Sólo á Alegre podía mirar sin sonrojo. ¡Era él tan bueno!

Alegre besó aquella manita que como blanca mariposa se había posado en sus labios. Y ella la retiró vivamente como si hubiera sentido un ascua.

—¿Por qué no quieres que lo diga?

—Porque me da vergüenza.

—Pero si no sabes lo que iba á decir.

—Sí, sí, lo sé; es lo mismo que decía mamá cuando...

—¿Cuando qué?

—Cuando... Julio jugaba conmigo.

—¡Siempre Julio!, ¡siempre Julio! ¿Y á él lo querrás cuando sea grande?

—No, Alegre, ni ahora, ni nunca.

—¿Y á mí cuando sea grande?

—Pero tú preguntas siempre la misma cosa; si ya te lo he dicho.

—Vuélvemelo á decir.

—No, no; ya no subiré más en bote; tú no me dejas tranquila.

Pero Alegre quería medir la distancia que mediaba entre él y Julio en el corazón de su amiguita. La miró ardientemente y suplicó casi arrodillado á sus pies, estrechando una de sus manitas:

—Por favor, Margarita, dímelo.

—No me mires así, respondió ruborizada.

—Bueno; ¿si cierro los ojos lo vas á decir?

—Sí.

Alegre cerró los ojos, y ella dijo apresuradamente como si las palabras quemaran:

—Sí, cuando seas grande te querré lo mismo que te quiero ahora...; siempre, siempre.

Alegre sintió un vértigo de dicha; aquello parecía un sueño; las palabras de la niña habían caído en su corazón como bronce derretido. Quiso saborear con fruición la sensación que ellas le producían, y sin abrir los ojos apoyó la frente ardorosa en la fresca manita que su amiga tenía sobre la rodilla.

Ella también se había emocionado al hacer aquella declaración con mayor vehemencia que la otra vez; estaba pálida, con la cabecita echada para atrás y los ojos cerrados. No rechazó aquella frente ardorosa que buscaba el frescor de su mano.

Así permanecieron un instante, largo, muy largo, á juzgar por el inmenso cúmulo de sensaciones que en él saborearon.

Alegre alzó la cabeza, y ella abrió los ojos, mientras la grana volvía á teñir sus mejillas como de costumbre.

El bote, sin gobierno, hacía un rato derivaba á favor de la corriente.

—Mira lo que has hecho, Alegre, dijo ella sin mirar al muchacho; ahora hemos vuelto para atrás, como los cangrejos.

Él, que no quería despertar aún de su sueño, nada respondió; empuñó los remos, enderezó la embarcación y tendió la vela.

XXIV

EL POEMA DE UNA ESPINA

El idilio continuaba.

Cada noche se dormía Alegre adorando más á Margarita. Cada mañana se despertaba la chiquilla queriendo más á Alegre.

Las jaquecas de miss Fulton eran inagotables. Capaz era la taimada inglesa de haberse traído una caja de ellas para librarse, sacándolas de pretexto, de su encantadora y chacotona discípula; una caja más grande que la de su colección de mariposas.

Y á fe que la colección prosperaba, gracias á Alegre, que, en horas en que no estaba con su amiga, pillaba cuanta mariposa revoloteaba á media legua á la redonda de Cruz Chica. Así la chiquilla no tenía por qué afligirse si no sabía la lección. Si á fuerza de jaquecas y mariposas el piano y el inglés progresaban para atrás, en cambio su salud era envidiable, y sus mejillas, al parecer amasadas con pétalos de rosas, aumentaban que era un gusto.

Era una gloria ver aquella chiquilla.

Y Alegre se pasaba las horas muertas en el bote mirándola, queriéndola y sintiéndose querido.

Él también progresaba. Nunca el serafín de carbón, como lo llamaba el tío Jorge, había estado tan hermoso.

—Y ahora, Margarita, ¿adónde vamos?, preguntaba él todas las tardes.

—Adonde vamos siempre, hasta las cinco.

El muchacho alzaba á la niña, más por costumbre que porque ella no pudiera saltar al bote sin el auxilio de sus brazos; se tendía la vela si había viento, y si no, se empuñaban los remos y ¡río arriba!, ¡río arriba!

Una siesta llegaron más lejos que nunca.

El monte de la orilla habíase ido raleando para espesarse más al centro del campo. Pero en un lugar dos gigantescos algarrobos, torcidos cuando jóvenes por algún ciclón, enredaban sus despeinadas copas, dejando caer sus ramas combadas sobre el agua y formando así una espléndida glorieta, cuyo piso estaba tapizado de gramilla finísima.

—¡Qué lindo para desembarcar!, exclamó Alegre.

Precisamente era ese el pensamiento de la niña.

—Desembarquemos; ¿quieres?

Alegre hizo atracar el bote, saltó á tierra y ayudó á saltar á su amiga, y ambos penetraron en la misteriosa glorieta, dejando á Tell el cuidado de custodiar la *Gaviota*.

El bosque continuaba tierra adentro, cada vez más espeso, pero también más espléndido en su lujosa frondosidad. Los niños se internaron en él conmovidos por el misterio que desentrañaban y silenciosos por no perder sílaba del murmullo de las frondas. No dejaban de sentir esos deliciosos miedos sin razón de los chicos curiosos.

Pero sus miedos sin cuerpo se condensaron de golpe, cuando la chiquilla, con un alarido de espanto, arrojándose al cuello del muchacho, exclamó:

—¡Alegre, Alegre, la bruja!

Y Alegre alcanzó á ver la pavorosa silueta de la india Chulpa, que medio escondida detrás de un matorral, les espiaba pronta á caer sobre ellos.

El negrillo mil veces se había reído de los cuentos en que la india hacía de las suyas, comiéndose los chiquillos; pero aquella vez, frente á la fiera, sintió que los cabellos se le erizaban, que sus dientes castañeteaban y que un terror loco lo invadía. Estrechó contra su pecho á su amiguita y echó á correr hacia la orilla.

La vieja dió un salto de mona, y gritando destempladamente, emprendió su persecución.

Alegre la sentía detrás de sí; las ramas crujían á su paso; á veces caía, enredándose sus andrajos en los *churquis;* después se levantaba y volvía á dar caza al muchacho, que corría despavorido.

La niña se había desmayado; su rubia cabecita se apoyaba sobre el hombro del negrillo; las mejillas de los dos se rozaban. Tan dulce carga daba alas á Alegre.

Pero sus fuerzas no eran las de un hombre. Aquella fuga loca á través de las malezas, saltando matorrales con los pies desnudos, desgarrados por las traidoras espinas, lo rindió.

Alcanzó á ver el río cuando ya no tenía fuerzas. Cuatro pasos más y se salvaba; quiso darlos, pero sus rodillas no pudieron y se doblaron, y él cayó en tierra sosteniendo á su amiguita.

—¡Tell, Tell!, gritó con todas sus fuerzas llamando al perro que á pocos pasos de allí guardaba el bote. ¡Tell, á mí, Tell!

Y Tell, como un ventarrón al oir la voz de su amo, se precipitó hacia él en momentos en que la vieja lo alcanzaba.

—¡A ella, Tell, á ella!

La india dió un alarido de espanto y huyó despavorida, perseguida por aquella fiera que había brotado del río para defender á los chicos.

Pero Tell no mordía sin necesidad; cuando la india medio muerta de terror se internó en el bosque, cesó de perseguirla y volvió á la orilla del río.

Ya el negrillo se había embarcado; sólo esperaba que llegara el perro, y en cuanto Tell estuvo á bordo, izó la vela y se largó á todo trapo río abajo.

Tranquilo ya, se dedicó á su amiga, que se había desvanecido. Estaba tan linda la chiquilla con la cabecita apoyada en el hombro del muchacho, los ojos cerrados y la primorosa boquita entreabierta, que Alegre, sintiendo su aliento angelical rodar por sus abrasadas mejillas, se extasió contemplando aquella deliciosa carita.

Pero la niña no volvía en sí. El muchacho mojó el pañuelo en el agua fría del riacho y se lo pasó por la frente. La impresión que le produjo el frescor hizo volver en sí á la chiquilla que sacudió la cabeza y suspiró.

—¡Margarita!, murmuró Alegre á su oído. *¡Flor del aire!*

Flor del aire abrió los ojos, y después de dejarlos vagar sin dirección, los fijó en el rostro de su amigo que la miraba ansioso.

—¡Margarita, Margarita!

—¿Ya se fué?, preguntó ella.

—Sí; ya se fué.

—¿Por qué nos corría?

—Yo no sé. ¿Has tenido mucho miedo?

—Sí, mucho; me desmayé, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y tú no me dejaste?

—¡Oh, no, Margarita! ¿Cómo te iba á dejar? Te alcé y te traje á la *Gaviota*.

La niña quedó silenciosa; sus ojos vagaban errantes por el paisaje; su mente calculaba el valor que había necesitado su amigo para no dejarla y huir ante el peligro. De pronto alzó hacia él la vista y exclamó juntanda su carita deliciosa á la de él:

—Gracias, Alegre, mi buen Alegre; siempre que alguien me asuste, tú me defenderás, ¿no?

—Sí, Margarita, respondió él embriagado con aquella caricia que premiaba su abnegación.

La niña, sin desatar su abrazo, envolvió á su salvador en la mirada más dulce que cabía en sus ojos fascinadores, y rápidamente, sin darle tiempo para prevenir su acción, lo besó en la frente.

Alegre dió un grito.

—¿Y yo, Margarita?

Tú, no, respondió ella, que se había refugiado en el otro banco de la *Gaviota*; tú, no; si no, me voy á enojar.

Quedó silenciosa un momento y después dijo:

—¿Sabes, Alegre, una cosa? ¡Me has lastimado!

—¿Yo?

—Sí, mira. Y la niña, levantando la ligera manga que cubría su brazo izquierdo, descubrió, á la altura del codo, un rasguño en la delicada epidermis, teñida apenas por una gota de sangre.

Alegre tomó amorosamente aquel brazo mórbido y suave como el raso, para examinar la herida.

—¿Has visto? Me has lastimado.

—No, Margarita, no he sido yo; es una espina, todavía la tienes.

—¿Una espina?

—Sí, mírala.

Y el muchacho señalaba la negra cabeza de una

espina que había lastimado con inaudita crueldad aquel brazo querido.

—Tienes razón; y ahora, ¿qué hacemos?

—Sacarla.

—Yo no puedo.

—Yo sí; ¿quieres que la saque? ¿No te vas á enojar?

—¿Qué vas á hacer?

—Eso es cuenta mía. ¿No te enojarás?

—No, no; pero no me hagas daño.

Alegre tomó el brazo y aplicó sobre la herida sus amorosos labios, y sin que valieran las protestas de su amiga, con sus pulidos dientes agarró la espina y la extrajo como lo hubiera hecho el mejor cirujano con unas pinzas.

—¡Mira la pícara!, exclamó triunfalmente, poniéndola ante los ojos de su amiga.

—¡Qué hábil eres! Pero yo no quería de ese modo.

—No hay otro, contestó él riéndose. ¿Me perdonas?

—Sí; pero no vuelvas á dejar me espinar, porque entonces me quedaré con la espina; ya te he dicho que no me gusta.

—¿Y cuándo te va á gustar? ¿Nunca?

—¡Quién sabe! Tal vez cuando seas más bueno.

Alegre sonrió. ¿Cuándo sería aquello? En lontananza veía algo que no se hubiera atrevido á explicar á la niña por miedo de sonrojarla; él mismo se avergonzaba de aquel cuadro de futura felicidad. ¿Llegaría? ¡Ay, si el hombre pudiera saber la senda que le traza el Destino!

XXV

LA CARCAJADA DEL MAR

El carácter de miss Fulton con la forzada reclusión que sufría en Cruz Chica, agriábase más cada día. Odiaba el campo y la habían condenado á vivir en él, Dios sabe cuántos meses, hasta que el médico dijera: «¡Basta!; la chica está fuerte.»

De pensar que por su causa sufría aquel destierro, la inglesa tomó tirria á la chiquilla.

—¡Me la pagará!, decía.

Y se la pagaba, y cara.

—Esta mañana, no hay paseo por el parque, Margarita; es necesario estudiar.

Y esa mañana la niña se quedaba en su cuarto haciendo como que estudiaba, ó mirando desde el balcón las mariposas que revoloteaban en el parque y envidiando su libertad.

Pero eso no era nada. Lo que más dolía á la niña era la reclusión durante la siesta, la hora de los paseos con Alegre. Se había entablado una lucha entre miss Fulton, á quien se le había puesto hacer dormir la siesta á la chiquilla encerrándola, y la chiquilla, que se había prometido hacer rabiar á la inglesa escapándose.

Ya la pobre criatura no tenía un minuto de libertad.

Una mañana se escapó y corrió al muelle. Alegre la esperaba.

—Margarita. ¡Por fin vienes!

—Por fin me libro de miss Fulton!

—Siempre miss Fulton.

—Siempre, mientras no venga mamá.

—¿Y cuándo viene?

—¡Quién sabe! ¡Se aburría tanto acá!

—¿Se aburría?, preguntó el muchacho mostrando en sus ojos, grandes... grandes, la profundidad de su asombro. ¿Se aburría? ¿Pero podía aburrirse contigo, Margarita?..

La niña movió tristemente la cabeza. El prosiguió:

—¿Cómo yo no me fastidio nunca?

—Es que ella es señora grande.

—No importa; es tu mamá.

—Pero se aburría. ¡Los chicos aburren á los grandes!

—No, no; ¿sabes lo que yo creo?

—¿Qué crees tú?

—Que ella dijo, bajando la voz, se aburre contigo porque no te quiere como te quiero yo.

La niña se puso pálida súbitamente para tornarse roja después.

—¡Oh, no! No lo creas.

—Sí, Margarita, estoy seguro.

—No, Alegre, no lo vuelvas á decir.

—¡Si es la pura verdad!

—Bueno, bueno; no hablemos más de eso.

—¿Quieres andar en bote?

—No, ahora no, esta tarde; estoy segura de que miss Fulton me va á encerrar; me escaparé en cuanto se duerma, y entonces vendré á buscarte.

—¿A la una?

—Sí, hasta las cinco; no dejes de venir. Ahora me voy, porque estoy en penitencia y me va á buscar. Adiós, Alegre, dijo tendiendo la mano.

El muchacho estrechó aquella mano adorada y volvió á empuñar los remos, mientras ella iba á estudiar las lecciones de miss Fulton, la eterna pesadilla del grumete.

A la hora convenida los dos niños se encontraron en el fondeadero, lugar de sus inocentes citas.

—Alegre, dijo ella permaneciendo medio oculta detrás de un árbol, ¿á qué no sabes una cosa?



Alegre tomó el brazo y aplicó sobre la herida sus amorosos labios.

—¿Qué?

—Adivina.

—No, déjate de adivinanzas, dímela.

—Bueno, mira, y se acercó á él.

Alegre dió un grito de regocijo.

—¡Al fin, Margarita!

Y el muchacho contemplaba entusiasmado los primorosos piececitos de la chiquilla, que se había venido descalza, y, roja de vergüenza, apenas se atrevía á mirarle.

—¡Así me gusta verte! ¿Cómo lo has hecho?

—A escondidas de miss Fulton; me dejó encerrada en mi cuarto para que durmiera la siesta, como si tuviera sueño, y porque no me escapara como otras veces, se llevó los zapatos. Pero en cuanto se durmió, salté por el balcón, descalza; quiero andar como andas tú.

—¿Y no te gusta? ¿Verdad que es lindo?

—Sí, yo quisiera andar así siempre.

Y la regocijada niña, libre y alegre como una mariposa escapada de la red, corría y brincaba por el parque, hundiendo sin cuidado sus lindos pies en el fino césped de los jardines, más suave que las alfombras de Smirna. Allí no había cuidado que una espina traidora la lastimara.

Alegre, encantado y orgulloso de su linda amiguita, se doblegaba á todos sus caprichos. Ya se subía á un árbol para reconocer un nido, ya se arriesgaba osadamente á conquistar una rosa que ella pedía entre las ramas de un rosal, ya corría sin descanso detrás de una mariposa destinada á rescatar una lección de inglés, aumentando la colección de miss Fulton.

¡Inocentes! ¡Quizás no estaba lejos la asechanza del Destino!

Se amaban y apenas lo sabían.

Más que realidad, era aquello un sueño de amor. Más que lo que se amaban, soñaban amarse.

Sus tiernos corazones, páginas en blanco aún, recibían las primeras impresiones del sentimiento, destinadas tal vez á borrarse con los años, aunque ellos creían eternas.

¡Hermosos años en idilio perpetuo con la dicha!

Cantados de sus ruidosos juegos, sentáronse los dos niños en uno de los bancos del parque.

Los dos tenían el rostro encendido. A refrescar sus ardorosas frentes, apenas llegaba una brizna de aire colándose por entre los árboles.

El calor de la siesta convidaba á tomar el fresco del río.

—¡Qué lindo sería andar en bote ahora!, exclamó Alegre.

Desde la aventura de la india Chulpa, la niña había cobrado un profundo horror al río.

—Sí, muy lindo, respondió á la exclamación del negrillo; pero ¿y la india?

—Como no desembarcaremos, la india no nos hará nada. ¿Quieres andar en la *Gaviota*.

—Sí, me gustaría, pero no en el río.

—¿Y entonces, dónde?

—¡En la mar!

—¿En la mar?

—Sí, ¿qué tiene?

—Pero tú no la conoces...

—¡Vaya si la conozco! ¡Si habré andado en el *Relámpago!*

—No es eso; digo que no conoces lo mala que es.

—¿Mala? ¡Si es tan hermosa!

—Sí, es hermosa, pero tiene unas pulgas...

—¿Pulgas?, preguntó asombrada la niña. Qué, ¿la mar tiene pulgas?

El negrillo recordó lo que en otro tiempo le había respondido el tío Delfín, y contestó con sus mismas palabras:

—Es una manera de decir que es mala; si tú vieras cómo se pone cuando se enoja...

—Hermosa, ¿no?

—Sí, hermosa, pero terrible, ¡Dios santo!, terrible.

—Me gustaría verla enojada.

—Tendrías miedo.

—¿Yo, miedo? ¡Bah! Sólo á las brujas, como la india, les tengo miedo, pero á la mar no.

Alegre miró á su amiguita: temblaba al solo pensamiento de que pudiera estar durante una tormenta á la orilla del mar. Pero al verla tan graciosa y tan linda, sonrió tranquilo: de seguro que las olas encrespadas, á su vista, se habían de serenar para ir dulcemente á besar sus pies en la arena.

—¿Por qué me miras así?, preguntó Margarita al ver al muchacho extasiado en su contemplación.

—¿De veras no tendrías miedo?

—Te lo aseguro. ¿Quieres que nos embarquemos?

—Sí, para andar en el río.

—¡Uf, el río! Estoy aburrida del río; yo quisiera ir á la mar.

—No, á la mar no: mi *Gaviota* es muy pequeña.

—Bueno; vamos al río, pero no hacia el lado de la india.

—No, no iremos; iremos hacia el lado de Cruz Chica.

Soplaba una brisa deliciosa; Alegre tendió la vela, y á la sombra de un toldo fabricado por la solícita mano de madre Marta, sentáronse los dos, se soltó la amarra y la *Gaviota* partió como una flecha corriente abajo.

El paisaje de la parte inferior del río era mucho más pobre.

A corta distancia del muelle del *Relámpago* se acababan los árboles, y seguía la playa arenosa y pelada, cubierta á trechos por manchones de gramilla.

La niña mostraba en su carita nublada que se aburría soberanamente. Alegre guardaba silencio.

Así llegaron al fondeadero de Cruz Chica. Desde allí, la vista circunscrita por las barrancas del río, se dilataba en un horizonte inmenso.

—¡El mar!, exclamó Margarita con los ojos brillantes de entusiasmo. ¡Qué lindo es!

Y estaba hermoso con su color verde obscuro, brillando como un espejo á los rayos del sol y rizado por una brisa NE. que dulcificaba el ardor de la siesta.

La chacotona vela de la *Gaviota* chicoteaba el palo, y el bote que la mano de Alegre sofrenaba ciñéndolo al viento, encabritábase impaciente por ir á mojar su proa en las salobres ondas del mar.

¡Qué hermoso estaba el mar!

Pero Alegre que lo admiraba tanto, lo miró sin entusiasmo por primera vez en su vida. Sentía algo indefinible que le oprimía el corazón de un modo extraño.

La hermosura de aquella inmensa lámina de agua tenía aquella tarde un matiz raro, algo misterioso; la mar sonreía á los besos del sol, pero su sonrisa era una sonrisa enigmática que hizo temblar á Alegre.

La *Gaviota* llegaba en este instante al límite de las aguas del río en su conjunción con las del mar. Al advertirlo el grumete, se aferró á la caña del timón para virar en redondo, pero la mano de la niña detuvo su brazo.

(Se continuará.)

ROMA.—LA PROTECCIÓN Á LAS «CIOCIARAS»

Los artistas, los turistas y en general los extranjeros que han residido algún tiempo en Roma, si, después de algunos años de alejamiento de esta capital, evocan de pronto el recuerdo de la ciudad eterna, no ven surgir ante su espíritu la imagen del Coliseo, ni la del Foro, ni la de las Termas ó las de los demás monumentos de la Roma pagana, ni tampoco la de la majestuosa basílica de San Pedro ó la del palacio pontificio, ornamentos eternos de la Roma cristiana; ni mucho menos la parte ya construída del grandioso monumento á Víctor Manuel, testimonio elocuente del afecto y de la veneración de la tercera Roma, la Roma italiana, á aquel monarca.

¡No! No es esto, por punto general, lo que acude á la memoria de los artistas, turistas y extranjeros, cuando quieren materializar el recuerdo de Roma.

En cambio, vuelven á ver con los ojos de la imaginación esa admirable y luminosa plaza de España, única en el mundo, con su monumental escalinata debida á la munificencia del embajador francés Gouffier, que la hizo construir en 1724, durante el pontificado de Inocencio XIII.



ROMA. – Plaza de España. Punto de reunión de los modelos

Diríase que al pie de esa escalinata se han dado cita, para disfrutar de los cálidos rayos del sol de Italia, todos los colores del iris representados por sus más maravillosas manifestaciones: las flores y las mujeres.

¡Las flores! Contemplad esas rosas abiertas y decidme si no tienen toda la frescura aterciopelada de la mejilla de un niño.

¡Las mujeres! Fijaos en esas muchachas vestidas con sus trajes pintorescos y originales, calzadas con sus sandalias que se llaman *ciocie,* de donde el nombre de *ciociare* que se da á aquéllas y el de *Ciociaria* que llevan las aldeas de las inmediaciones de Roma en que habitan, y decidme si no tienen todo el esplendor atrayente de una hermosa flor. La plaza de España, las flores y las *ciociaras,* he aquí las imágenes grabadas por modo indeleble en la mente de todos los que han visitado Roma.

Pero aunque las *ciociaras* sean un adorno tan precioso en la plaza de España y del Corso, los ediles del municipio romano no pueden encargarse de su sostenimiento.

Así es que las pobres muchachas no tienen más recursos que servir de modelos á los artistas ú ofrecer á los extranjeros pequeños ramilletes de flores. Esto les permite no padecer hambre cuando consiguen, lo que no siempre sucede, ganar por tales medios algunos céntimos; pero con frecuencia la ociosidad y la miseria dan pérfidos consejos á su juventud y á su belleza.

Para substraerlas á las tentaciones de la calle y á una existencia vagabunda, se ha formado en Roma, hace algún tiempo, un comité de señoras que ha creado un «Laboratorio para las *ciociaras.*»

Este comité se propone velar para que el oficio de modelo no se convierta en causa de perversión y para que esas muchachas, cuando en la mala estación regresen á sus aldeas, puedan dedicarse á un trabajo femenino suficientemente remunerador.

La señora Curtopassi, vocal del Comité del Laboratorio enseñando á leer á una *ciociara*

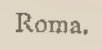
El laboratorio permanece abierto durante todo el día, y las *ciociaras* que no están ocupadas sirviendo de modelos, si trabajan en el laboratorio dos horas seguidas por la mañana, tienen derecho á la comida del mediodía, y su labor es recompensada con el regalo de las prendas de uso personal por ellas confeccionadas ó con el producto de la venta de esas prendas.

Varias señoras y señoritas se encargan de dar á las *ciociaras* la instrucción elemental.

Esta obra de beneficencia ha tenido que luchar, en sus comienzos, con muchas contrariedades, promovidas por el escepticismo general con que suelen ser acogidas tales instituciones. Eran muchos los que creían que esas hijas de los campos y del aire libre no aceptarían el abrigo de una jaula; pero, contra todos esos pesimismos y desconfianzas, el resultado ha superado todas las previsiones y en la actualidad las *ciociaras,* cuando se hallan desocupadas, acuden presurosas al laboratorio, trabajan con entusiasmo y quieren con verdadero amor filial á las damas y á las señoritas que de ellas cuidan.



CARLOS ABENIACAR.



Roma.



(Fotografías del autor.)



Sala de labores en el Laboratorio para las *ciociaras*

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. – Se han publicado los cuadernos 22 á 25 del tomo Toledo de esta magnífica obra que tan espléndidamente edita la Compañía arrendataria de la Gaceta de Madrid. Contienen multitud de grabados intercalados y grandes láminas, algunas en colores, que reproducen interesantes monumentos, sitios, fragmentos artísticos de la imperial ciudad. El texto, en castellano y en francés, es un acabado y magistral estudio de don Rodrigo Amador de los Ríos, y justifica los vastos conocimientos artísticos, arqueológicos é históricos de ese eminente escritor. El precio de cada cuaderno es de tres pesetas en España y de tres francos en Francia.

IN MEMORIAM. – CASIMIRO PRIETO VALDÉS. – Los amigos y admiradores de D. Casimiro Prieto y Valdés, fallecido hace algún tiempo en Buenos Aires, han reunido en un tomo los elogios que á raíz de su muerte se dedicaron á aquel escritor famoso, catalán de origen, redactor ó colaborador de los principales periódicos bonaerenses, de quien con razón se ha dicho que fué el «Mark Twain hispano-americano, menos bufo pero más cómico que el norteamericano.» Contiene artículos, oraciones fúnebres de los señores Numa Castellanos, Latzina, Noé, Soiza Reilly, Petrucci, y artículos publicados en *La Ilustración Sud americana, Tipos y fantoches, Diario Español, La Nación, La Prensa, El País, El Diario del Comercio, La Voz de la Iglesia, El Tiempo, La Razón, La Tribuna, La Patria degli Italiani, Caras y Caretas, España* y otra multitud de diarios y revistas argentinas, así como de algunos españoles. Todos los trabajos son á cual más encomiásticos y todos coinciden en señalar como una gloria literaria de sus patrias nativa y de adopción á Casimiro Prieto y Valdés, cuyos retrato y necrología publicamos en el número 1.277 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



La salida de la iglesia en una aldea de Moravia, cuadro de Othmar Ruzicka

LA VIDA SOCIAL, por la *Marquesa de L'Isle.* – En esta obra están expuestos en forma sencilla, natural, exenta de toda afectación cuantos consejos y reglas de conducta pueden constituir una excelente educación de la niña y una guía para su existencia en la sociedad y en el seno de su familia. Inspirado en los más bellos sentimientos, abundante en nobles máximas y en consideraciones de carácter eminentemente práctico, el libro de la marquesa de L'Isle ha de ser un auxiliar poderoso de las madres que se preocupan del porvenir de sus hijas y de las esposas que desean la verdadera dicha del hogar. Un tomo de 350 páginas, editado en Buenos Aires por D. Marcelino Bordoy.

LA REPÚBLICA DOMINICANA, por *Enrique Deschamps.* – Notable bajo todos conceptos es esta obra; las materias que contiene son interesantísimas, pues dan á conocer de una manera completa y en todos sus principales aspectos geográfico, histórico, político, económico, literario, artístico, etcétera, la República Dominicana, su organización, sus productos, sus servicios públicos, sus costumbres, en una palabra el modo de ser y de desenvolverse de aquel país. Abundan en ella los datos oficiales, las leyes y decretos, los cuadros estadísticos, mezclados con amenas descripciones y algunas inspiradas poesías. Ilustran la obra numerosos grabados, retratos de personajes dominicanos ilustres, monumentos, edificios, paisajes, y dos mapas, uno de ellos en colores. Forma un tomo de 720 páginas impreso en Barcelona en la tipografía de la Vd.ª Cunill.



Roma.—Llegada al Vaticano de los dos leones regalados á S. S. Pío X por el negus Menelik II de Abisinia
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El negus neguesti (rey de los reyes) Menelik II, soberano de Abisinia, ha querido dar una vez más testimonio de su afecto y de su veneración á S. S. Pío X, y al efecto le ha enviado como presente una pareja de leones que hace pocos días llegaron al Vaticano.

Sabido es que la religión oficial del Estado abisinio es el cristianismo copto, y aunque éste no se halla enteramente dentro de la ortodoxia católica coincide con ella en casi todos los puntos capitales. Nada tiene, pues, de extraño que Menelik II profese sentimientos de especial respeto y sumisión al que ocupa la silla de San Pedro y es en la tierra el representante de Jesucristo.

El regalo se conforma con las prácticas seguidas en esta clase de presentes por ciertos soberanos, ya que lo constituye algo peculiar del país del que lo hace y exótico en el del que lo recibe. En el Vaticano se ha dispuesto la instalación de los dos leones, que serán seguramente una de las más interesantes curiosidades de aquellos magníficos jardines.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 16 de marzo de 1908 — Núm. 1.368



MADONA, cuadro de E. Veith

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores una lindísima edición, brillantemente ilustrada por el eximio dibujante Daniel Vierge, de la preciosa novela de Próspero Merimée, COLOMBA, considerada unánimemente por los críticos como la obra más inspirada y genial de este novelador francés. Uno de ellos, M. Sainte-Beuve, después de comparar COLOMBA á la «Electra» de Sófocles llorando á su padre y esperando á Orestes, dice: «Todas las Electras de teatro, los Orestes posteriores, las Clitemnestras de segunda y tercera mano, están, á mi modo de ver, mil y mil veces más distantes de la Electra primera, que esta hija de las montañas, esa pequeña salvaje, que no sabe más que su «Pater.» COLOMBA es más clásica, en el verdadero sentido de la palabra.»

En cuanto á las 63 composiciones de Daniel Vierge, que embellecen la presente edición, baste decir, para hacer su elogio, que, además de ser la obra última del artista sin par, éste visitó para ilustrarla, como Merimée para escribirla, la isla de Córcega, estudiando, como este último, detenidamente el carácter, las costumbres y la indumentaria de sus habitantes.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé por qué se me viene hoy á la pluma hablar un poco de cocina. Sí; de cocina; la cocina es asunto muy importante, como que atañe á la salud, á la higiene, al buen orden y armonía de las facultades y energías físicas que nos sostienen en nuestra azarosa peregrinación por la superficie del planeta. Hoy puede afirmarse que la cocina se reviste de aspecto científico, y que todo médico necesita ser algo cocinero, pues más que jaropes y medicinas se recetan actualmente sistemas de alimentación y condimentos especiales para cada caso y cada paciente.

Desde luego noto que la cocina no es ahora lo que era hace dos ó tres siglos; y no nos remontemos más allá, ni lleguemos á los banquetes romanos, porque sólo pensar en ellos nos produce una sensación de indigestión y de embriaguez abrumadora. Aquel jabalí que se servía y que llevaba dentro un cabrito, el cual á su vez estaba relleno por un cochinillo, y éste por un pavo, y éste por unas gordas codornices, y éstas por unos pajaritos no menos grasientos y orondos, era bárbaro manjar, que sólo repugnancia produciría á nuestros estómagos, más cultos y exquisitos. No diré nada de las grandes lampreas servidas sobre un lecho de hierbas aromáticas, ni de las ostras confitadas en miel, ni de otros extraños condimentos que agradaban á Lúculo y que á la hora presente ya nadie toleraría. En cuanto al abuso de las especias, era entonces mucho mayor que hoy, particularmente el de las especias orientales y meridionales, de las cuales se hacía en Roma exagerado consumo. Verbigracia, el azafrán, desterrado de toda cocina elegante en el siglo XIX, en tiempo de Augusto se gastaba por arrobas. Lo mismo digo de la canela, tan caída en desuso, y del clavo, que aún se emplea, pero tratando de que no se note. En resumen, comían los Césares, los señores del mundo, peor de lo que come un hombre de nuestros días dueño de un regular caudal y con una mediana cocinera burguesa.

En la Edad media la cocina adoleció también de ordinariez, tosquedad y á la vez, de refinamientos infantiles. Empecemos por recordar que se comía con los cinco mandamientos, que los palillos de biznaga llegaron tarde, que las servilletas se ignoraban, que los manteles propiamente dichos tampoco aparecieron hasta el siglo XV, y que limpiarse los dedos después de comer en la rubia cabellera de un paje será muy romántico y pintoresco, pero es sucio, apestoso y repulsivo. La caza traída por el señor á lomos de caballo era la base de los festines feudales; una pierna de corzo ó de venado, liebres y conejos, palomos torcaces y patos silvestres, variaban el *menú*. Cocinar era asar, al menos generalmente. Lo propio sucedía, lo sabemos por Homero, en la época de la guerra de Troya. Sobre la llama activa daba vueltas el medio ternero ó el cuarto de buey, chorreando grasa y jugo, y con la espada, madre del cuchillo de mesa, se cortaban los trozos para cada comensal. Más tarde, la daga vino á llenar este oficio. No podemos comprender cuántos progresos, y qué lentos y graduales, representa una de estas mesas bien servidas, deslumbrantes de blancura, resplandecientes de plata y cristal, con su gracioso toque de flores ó verdura en el centro, donde hoy obsequia á sus amigos la más modesta familia. Los reyes de otros tiempos, pastores de pueblos, conquistadores, á cuya voz temblaban las razas y se estremecían las ciudades, no conocieron, á la hora de reparar sus fuerzas con el sustento diario, sino la ruda cocina que por todo instrumento tiene el asador, y por todo teatro una desnuda mesa de roble, alumbrada con teas de resina.

Poco á poco las exigencias aumentaron, las necesidades aparecieron, el goce se multiplicó, la variedad lisonjeó el paladar, y la cocina se enriqueció cada día con un nuevo plato ó un nuevo chirimbolo. Las cazuelas, almireces, sartenes, ollas, tarteras, cazos, parrillas, moldes, fueron infinitos en número y diversísimos en su forma. Yo quisiera saber dónde y cuándo empezaron á presentarse en las mesas, sorprendiendo, ciertos platos que hoy son pedestres, vulgares y hasta rechazados, por excesivamente conocidos, de un *menú* algo selecto. ¿Quién habrá inventado la salsa de perejil, la salsa de tomate, el arroz con almejas, la sopa de fideos, el besugo asado con ruedas de limón, las natillas, las berenjenas con queso, las sardinas espanilladas, las chuletas empanadas..., y cierro la lista, porque sería interminable? Manjares son bien caseros, bien llanos, y no obstante, Carlomagno y Teodorico se chuparían los dedos de gusto si los hubiesen probado alguna vez. No hay sino leer en Rabelais la gastronomía de Gargantúa, para convencerse de que se adelantó mucho y pronto en materia de guisos y pebres.

Leyendo alguno de esos libros de cocina y repostería que nos han legado los siglos XVII y XVIII, se ve también como quedaban en el arte coquinario de entonces infinitos residuos de barbarie. Los manjares que se servían al rey de España eran plúmbeos, con sazón excesiva, hechos sin esa delicadeza que tuvo su cuna en Francia y que es una forma artística de la sensualidad gastronómica. Ha sido preciso llegar á nuestra edad para que se comprenda que en el comer hay poesía, y que lo fino en la mesa es una exigencia imperiosa y lógica de la civilización.

Acercaos á un escaparate de confitero en un pueblo de provincia, donde todavía persiste la tradición de los dulces amazacotados y robustos, que mantienen y no engolosinan. Ved esas yemas recias, cubiertas de un caramelo duro y brillante; esos pasteles espesos, que envuelven una crema pegajosa y densa; esas rosquillas de ingenua construcción, primitivas, desigualmente bañadas en azúcar; esos caramelos mal encamisados; esos bombones de colorido chillón.—Recordad los escaparates de París, los suaves *fondants* y los elegantes bocadillos diminutos de cremas ligeras, de pastas alzadas y aireadas, de yema que se deshace en la boca; eso que no es sino incitación al gusto, nunca una piedra en el estómago, ni recuerdo porfiado de rancias mantecas y de empalagosos almíbares... Toda una transformación de los sentidos va unida á la diferencia que existe entre un maestro confitero de Villaobscura de Abajo, y Siraudin, en la esquina del bulevar...

La misma impresión, de pesantez en lo antiguo y de sencillez complicada en lo moderno, me parece característica de toda la cocina contemporánea al compararla á la de nuestros abuelos.

Una excelente comida no se compone ya de muchos platos, sino á lo sumo de cinco ó seis, y en ellos compensado el manjar fuerte con el ligero, y las carnes con las legumbres...

En mi niñez, creo recordar que todavía no se consideraba que una verdura, una hortaliza, pudiese ser *plato* en convites de ceremonia. Todo se hacía á fuerza de pavos, capones, jamones, perdices, salmones y rodaballos. Aclimatar la legumbre en la mesa española ha sido el triunfo del estilo francés. La fuente colmada de guisantes verdes y tiernos, sobre los cuales se derrite un témpano de manteca de Isigny, sería mirada con soberano desdén por aquellas guisanderas episcopales del siglo XVIII, que atiborraban las aves cebonas con castañas, guindas y nueces, y los pastelones con ostras, chochas, pernil de Granada y torreznos. Y los cardos á la medula, las espinacas hechas puré untuoso, los fondos de alcachofa deshaciéndose de puro cocidos, las enanas coles de Bruselas tan chicas como bombones, no parecerían alimento en aquellas mesas patriarcales presididas por un *cocido* formidable y rematadas por una torta de almendra con cabellera de huevos hilados... Sólo en las colaciones de Cuaresma eran tolerados los vegetales, y aun así se preferían las leguminosas, sólidamente nutritivas—la lenteja, el garbanzo, la habichuela—á estas verdurillas modernas, engaño del hambre y preservativo del reuma y de la gota, por lo que refrescan la sangre y limpian el organismo de herrumbres y toxinas...

Todavía, no obstante, la ciencia protesta de lo recargado de las comidas contemporáneas. De los cinco ó seis platos—consumado, entrada, pescado, asado, fiambre, legumbre—la prudencia aconsejaría suprimir la mitad. Se deposita demasiada ceniza en la chimenea después de la combustión; no se elimina la suficiente, y queda recargado el cuerpo con el exceso de alimento, más venenoso que la escasez. «Comemos más de lo necesario» es lo que se oye repetir y se lee en Revistas técnicas y en libros que vulgarizan los principios higiénicos de la alimentación.

Tales inconvenientes pueden prevenirse bastante al componer el *menú*. Sólo por excepción cabe admitir en él las carnes negras, la caza, el hígado gordo, los despojos, y otros alimentos que seguramente *recargan*. Los embutidos casi están ya proscritos de la cocina racional. Si no tienen picante no tienen gracia, y si pican, son un reguero de pólvora en las venas. El clásico chorizo, que llama á gritos por el zaque y la bota, acabará siendo desterrado de toda compañía de gente que se precie de comer con delicadeza. En efecto, lo ideal es no beber más que agua (mineral, si puede ser) con las comidas, y esos embutidos de brasa quieren los añejos tintos españoles, ó los claros y amarillos Burdeos, para anegar su picor y su densidad magra, seca y fuerte. El trago sigue al bocado, el bocado al trago, y creemos asistir á una escena de novela picaresca, en algún bodegón ahumado, velazqueño, con versos de Baltasar del Alcázar por lema, y aventuras cervantinas por remate.

Yantares eran aquellos muy de varones, de arrieros y trajinantes, de buscadores de vida, de bravos soldados y atezados labriegos; para nosotros esa cocina murió, y murieron los guisos sazonados con ajo y las manos de carnero con almodrote... Privan ahora los sutiles *purés*, las vaporosas *mousses* ó espumas, las gelatinas que concentran la substancia de tanta cosa buena, los helados que recuerdan el sabor de la fruta y suprimen su peso, las guarniciones y salsas —todo lo que disfraza la glotonería y la reboza en golosina, en algo de arte, de gentileza y cortesía, no ya con los invitados, sino consigo mismo.—No caiga nadie en el error de lamentar no haber asistido á festines de emperadores como Nerón y Vitelio. La mejor y más fastuosa cena de Nerón careció de champagne... Con eso sólo está juzgada.

Para terminar esta digresión alimenticia, se me ocurre dar una receta de manjar moderno... No son nidos de salanganas, sesos de fenicóptero, ni otro plato misterioso de tal linaje. Es sencillamente uno de los trescientos modos de cocinar las pechugas de gallina. Se cuecen en caldo, se pasan por tamiz, se les incorpora tres huevos (batidos aparte claras y yemas y luego reunidos) por pechuga, se sazona con algo de sal y pimienta, se agrega alguna manteca y bastante nata, se cuece en cacerola al baño de María, se deja enfriar, se vuelca, se sirve frío y rodeado de galantina. Se llama espuma de ave. Sancho Panza, en las bodas de Camacho el rico, se reiría de estos afeminamientos. Una gallina gorda, de amarilla grasa, ó un ganso lucio, eran las únicas *espumas* que comprendía el andante escudero.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA PESETA, cuento de Pedro Barrantes

Dibujo de Francisco Sardá



¿Ve usted esta peseta? Pues esta es la peseta que me dió usted ayer, y que yo conservaré siempre como recuerdo de un hombre bueno

Feliciano era un hombre inmensamente bueno. Honrado, fiel cumplidor de su deber y altruista como no he conocido otro, cifraba su anhelo en hacer el bien, como lo hacen los justos, sin esperar recompensa ni gratitud, sino por el placer de hacerlo.

Además de ser bueno por temperamento, este joven excepcional -Feliciano era joven, pues sólo contaba treinta años—tenía una razón poderosa para no ser malo. Justificaba su nombre.

Feliciano poseía una fortuna. Disfrutaba de una salud admirable. Desde el alba de la existencia, la suerte se le había mostrado propicia. Habían prosperado cuantos negocios emprendiera. Todo le había sonreído. A los veintiocho años contrajo matrimonio con una señorita bella, virtuosa y tan rica como él, que le adoraba. Era padre de dos preciosos niños, dos arcángeles amables y blondos que constituían su tesoro. No es, pues, extraño que teniendo en cuenta su cualidad innata, y rodeado de todas estas venturas, el protagonista de mi narración fuera más que bueno, inmensamente bueno, como he dicho al principio.

Yendo un día Feliciano por la calle, vió que por la misma acera, y en dirección opuesta, avanzaba un hombre cuyo aspecto le llamó la atención.

Aquel hombre era alto, enjuto, cenceño. Representaba de cincuenta á cincuenta y cinco años. Tenía la barba gris, los ojos penetrantes, la frente espaciosa. Llevaba un traje de pana muy raído, unas botas de campo muy usadas, la camisa flexible, el cuello sin corbata, y cubría su cabeza un viejísimo sombrero de fieltro. En toda su figura había un aire de distinción que demostraba que aquel hombre no era un vulgar.

Detúvose Feliciano y se quedó contemplando á aquel hombre. Luego echó á andar detrás de él.

La marcha del desconocido era lenta, y su camino no debía de tener rumbo fijo, puesto que algunas veces se detenía como dudando por donde había de continuar.

Feliciano pensó: «Sin duda es un caballero que está en la miseria. De buena gana le ofrecería algo, pero no me atrevo,» y siguió detrás del desconocido.

Así atravesaron varias calles, hasta que por fin, decidiéndose Feliciano, avanzó resueltamente, y poniéndose delante del hombre, le dijo:

—Perdone usted, señor. ¿Me haría usted el obsequio de admitir esto?

Y le alargaba una peseta.

Levantó la cabeza el incógnito personaje, clavó en Feliciano su mirada profunda, desplegó una sonrisa, y extendiendo la mano tomó la moneda, mientras decía:

—Muchas gracias, joven.

—¿Dónde vive usted?, le preguntó Feliciano.

—En la calle del Mar, número 4. Mi nombre es Lorenzo Luna.

Y el hombre del sombrero de fieltro saludó y siguió su camino.

Feliciano quedó perplejo. «¡En la calle del Mar!, se dijo. Es extraño. La calle del Mar es una vía nueva formada toda de casas magníficas. No lo entiendo. Es posible que ese desgraciado esté recogido en casa de algún amigo. Sí. Así debe de ser sin duda. De otra manera no me explico que viva en la calle del Mar.»

Durante todo el día no cesó de perseguirle el recuerdo del misterioso personaje. A la mañana siguiente, un indomeñable impulso de curiosidad le arrastró hacia la calle del Mar. La casa señalada con el número 4 era una hermosa finca.

Feliciano se detuvo un momento delante de la puerta, y entró.

—No sé si vendré equivocado, le dijo á la portera. ¿Usted sabe si vive aquí Lorenzo Luna?

—Es el dueño de la casa, contestó la portera.

—¿Cómo?, preguntó estupefacto Feliciano, creyendo haber oído mal.

—Que D. Lorenzo Luna es el dueño de la casa, y vive en el principal derecha.

El asombro había dejado mudo á Feliciano que, sin dar las gracias á la portera, empezó á subir la escalinata de mármol.

Llamó, y salió á abrir un criado.

—¿Está el Sr. Luna?, preguntó Feliciano.

—Sí, señor. Pase usted, contestó el criado.

El criado condujo á Feliciano hasta una espaciosa sala, lujosamente decorada.

—¿A quién anuncio?, preguntó.

—El señor no conoce mi nombre.

El criado desapareció y á los pocos momentos se destacó en el dintel de la puerta la distinguida figura de Lorenzo Luna.

—Amigo mío, dijo extendiendo la mano á Feliciano y sonriendo al notar la sorpresa que se reflejaba en el semblante del joven. Tengo un verdadero gusto en verle por esta casa, que es la de usted. Adivino su asombro, que es muy natural, pero yo soy un filósofo, y de aquí la abierta oposición entre mi indumentaria y la casa en que vivo y el capital de diez millones que poseo. Yo voy muy á gusto y muy cómodo con mi viejo traje de pana, mis botas de campo y mi sombrero de fieltro. Me río de las conveniencias sociales, y crea usted que el día que para asistir á algún acto oficial tengo que ponerme la levita, es un día horrible para mí. Ahora tenga usted la bondad de pasar á mi despacho, que voy á enseñar á usted un objeto curioso.

Ya en el despacho, tomó Lorenzo una cajita de cristal que estaba encima de la mesa, la abrió y sacó de ella una peseta.

—¿Ve usted esta peseta? Pues esta es la peseta que me dió usted ayer, y que yo conservaré siempre como recuerdo de un hombre bueno. Esta casa y todo lo que ella encierra pertenece á usted, y si algún día la fortuna le fuese adversa, aquí tiene usted á Lorenzo Luna para todo, absolutamente para todo lo que usted necesite.

Desde aquel día Lorenzo Luna es el mejor amigo de Feliciano.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XI

Antonio Ciseri.—Nació en Lucarno en 1821 y murió en Florencia en 1890. En la antigua capital de la Toscana completó sus estudios y en ella se estableció, alcanzando merecida fama por sus cuadros de carácter histórico y religioso, que figuran en colecciones importantes y en las iglesias de Italia. Un buen número de artistas florentinos contemporáneos fueron sus discípulos.

Miguel Rapisardi.—Nació en Cattanisetta en 1822 y murió en 1886. Fué este artista uno de los pintores sicilianos que más lograron singularizarse, siendo muy estimados sus cuadros históricos. También se distinguió en las composiciones alegóricas, decorando algunos edificios, cuyas obras son hoy justamente celebradas.

Esteban Ussi. Nació en Florencia en 1822 y murió en la misma ciudad en 1901. Formó parte del grupo de pintores florentinos que fueron representantes del arte moderno. Además del auto-retrato que publicamos, hemos de mencionar el cuadro que se conserva en la Real Galería Antigua y Moderna de dicha ciudad, titulado *Gualtero, duque de Atenas, es arrojado de Florencia.*

Alejandro Cabanel.—Nació en Montpellier en 1823 y murió en 1889. Recibió la enseñanza artística del pintor Picot, dándose á conocer ventajosamente en el Salón de París de 1844 por medio de su cuadro representando la *Agonía de Cristo en el monte Olivete.* Al siguiente año fué premiado por su nueva obra *Jesús en el Pretorio,* obteniendo una pensión en Roma. De regreso en París, pintó los cuadros *San Juan* y la *Muerte de Jesús,* así como las representaciones alegóricas de los doce meses para la Casa Ayuntamiento de París.

Domingo Morelli.—Nació en Nápoles en 1823 y murió en la misma ciudad en 1901. Hijo de un obrero, quedó huérfano á los quince años, y aunque su madre le destinaba al sacerdocio, la lectura de las obras de Manzoni y de Byron despertaron en su ánimo la vocación de artista, decidiéndose á ingresar en la Escuela de Bellas Artes. El rutinarismo de la enseñanza académica, que limitaba sus impulsos, fué la causa que le decidió á trasladarse á Roma, en donde expuso una *Madona.* A esta obra siguió la titulada *Los amores de los ángeles* y otras más, que afirmaron su propósito de no someterse á otro yugo que al del sentimiento. De regreso en su ciudad natal, tomó parte activa en la lucha, siendo herido y hecho prisionero. Al recobrar la salud y la libertad volvió á entregarse á la pintura, obteniendo un premio con su cuadro *Godofredo y el ángel Gabriel.*



Florecilla silvestre, cuadro de J. Kohler.
(Exposición de la Asociación de Artistas de Viena.)

Morelli fué uno de los grandes pintores del espíritu cristiano en Italia. Basta recordar sus cuadros *Las tentaciones de San Antonio, La hija de Jairo, Cristo muerto,* etc., para comprender que utilizó las tradiciones del cristianismo para propagar el pensamiento humano con el sentimiento del poeta. Sus obras tienen un sello de originalidad, distinguiéndose también como notable colorista.

Pedro Puvis de Chavannes. - Nació en Lyón en 1824 y murió en 1898. Fué discípulo de Scheffer y de Couture, consagrándose especialmente á la pintura mural y decorativa, obteniendo varias recompensas en el Salón de París y la cruz de la Legión de Honor. En 1861 exhibió sus obras tituladas *Concordia* y *Bellum,* vastas pinturas simbólicas, á las que siguieron las tituladas *El Trabajo* y *El Descanso.*

Julio Bretón.—Nació en Courrieres (Francia) en 1827 y murió en 1906. Tuvo por maestros á Félix de Vigue y Drolling, presentando en el Salón de París de 1849 su primer cuadro titulado *Miseria y desesperación.* En el siguiente certamen obtuvo una medalla por la *Bendición de los campos,* que además de la recompensa que se le concedió, fué adquirido por el Estado y figura en el Museo del Luxemburgo. Estos triunfos estimularon su actividad, puesto que sus nuevas producciones, que llamaron justamente la atención de los inteligentes, le reportaron un elevado concepto y el calificativo de maestro de la escuela moderna. Supo reproducir con caracteres de grandeza las escenas y cuadros de la vida rústica.

John Everette Millais. Nació en Southampton en 1829 y murió en 1896. Estudió en la Academia Real de Londres, dándose pronto á conocer, ya que cuando apenas contaba diez y ocho años se le concedió una medalla de oro por su cuadro titulado *Los Benjamitas,* pintando, poco tiempo después, *La reina Elgina* y *El dinero de la viuda.* Enemigo de las tradiciones académicas, convirtióse en el portaestandarte del grupo de los artistas reformadores, prerrafaelistas. Consecuente con los nuevos ideales, continuó la labor comenzada, siendo de ello evidente muestra sus obras *Fernando y Ariel, La infancia de Jesús, Mariana, La fiesta del circo, Episodio de la San Bartolomé, El realista proscrito,* etc., y un hermoso retrato de Ruskin.

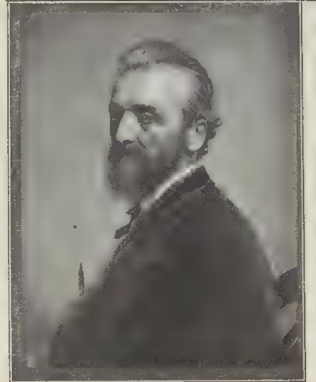
Federico Leighton.—Nació en Scarlorough en 1830 y murió en 1896. Comenzó sus estudios de pintura en Roma, ingresando después en la Academia de Berlín. Continuó practicándose en Francfort, Bruselas y París. Entre sus mejores producciones merecen citarse las tituladas *Miguel Angel cuidando á su servidor moribundo, El triunfo de la música, Una madre romana, La plegaria de una viuda, La lección de música, Venus bañándose, Andrómaca cautiva, El sermón de la montaña,* etc. También se le debe una hermosa escultura que representa á un *Atleta luchando con un pitón.*—Z.



La ola humana, cuadro de Luis Fahrenkrog

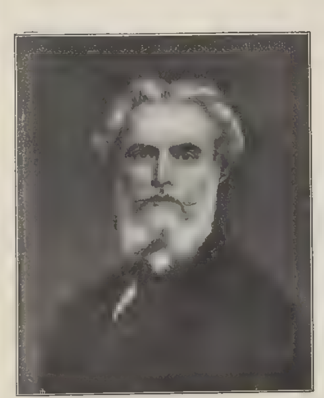
GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

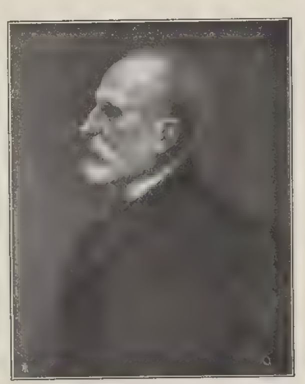

Antonio Ciseri, suizo (1821-1890)


Miguel Rapisardi, italiano (1822-1866)


Esteban Ussi, italiano (1822-1901)


Alejandro Cabanel, francés (1823-1889)


Domenico Morelli, italiano (1823-1901)


Puvis de Chavannes, francés (1824-1898)


Julio Breton, francés (1827-1906)


John Everette Millais, inglés (1829-1896)

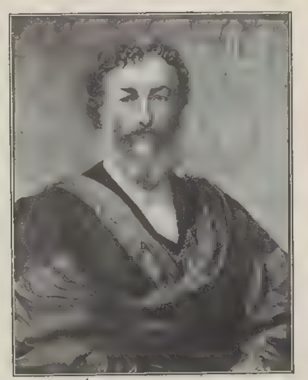
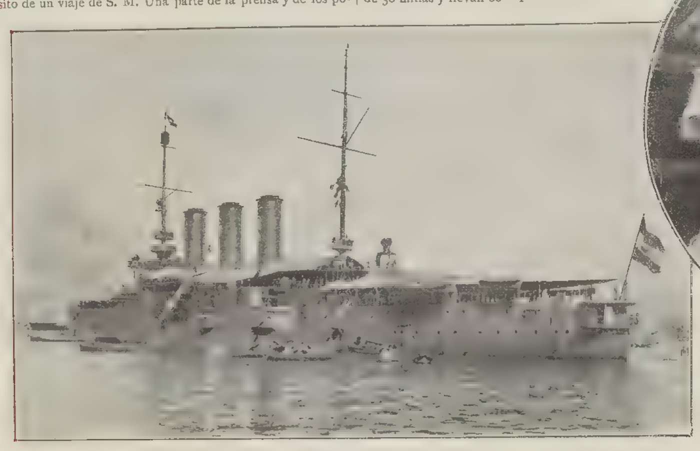

Federico Leighton, inglés (1830-1896)

LÁMINA 11.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN BARCELONA

Información fotográfica de A. Merletti

Pocas veces se había fantaseado tanto como ahora á propósito de un viaje de S. M. Una parte de la prensa y de los políticos madrileños calificaban de temerario ó cuando menos de inoportuno el de ahora, y hablaban de posibles riesgos ó de situaciones á que el gobierno no debía exponer al monarca. En cambio, aquí en Barcelona, nadie temía que ocurriese ningún incidente desagradable y todo el mundo estaba persuadido de que nuestra capital recibiría al rey con todo el respeto que es debido al jefe del Estado y que no faltarían en el recibimiento demostraciones de cariño y de entusiasmo.



Barcelona.—El buque almirante «Erzherzog Karl» de la escuadra austriaca que ha sido visitada por S. M. el rey D. Alfonso XIII

El almirante de la escuadra austriaca **Luciano von Ziegler** en su camarote del acorazado *Erzherzog Karl*

La realidad ha venido á dar la razón á los optimistas, si es que tal nombre merecen los que ajustaban su criterio á lo que la razón y la experiencia permitían de antemano asegurar. D. Alfonso XIII ha visitado una vez más Barcelona y Barcelona ha acogido una vez más con simpatía y una vez más ha aclamado al joven soberano.

Como el motivo del viaje ha sido, así se ha dicho oficialmente, el deseo del rey de hacer una visita de cortesía á la escuadra austriaca, antes de reseñar la estancia de S. M. en nuestra capital diremos algo acerca de dicha escuadra, que llegó á este puerto el día 9 de los corrientes.

Compónese ésta de los acorazados *Erzherzog Karl*, *Erzherzog Friedrich* y *Erzherzog Ferdinand-Max* y de los cazatorpederos *Uskoke* y *Scharfschutze*; los tres primeros desplazan 16.000 toneladas, fueron botados al agua en 1906 el primero y en 1907 los dos últimos, llevan cada uno cuatro piezas de 24 centímetros, doce de 19, catorce de 7 y doce ametralladoras, están dotados de máquinas que desarrollan una fuerza de 14.000 caballos, tienen un andar de 20 millas y sus tripulaciones constan de 803, 717 y 745 hombres respectivamente. Los cazatorpederos son también de reciente construcción, con todos los adelantos y medios de ataque y de defensa conocidos en esta clase de embarcaciones, desplazan 390 toneladas, tienen un andar de 30 millas y llevan 66 tripulantes.

Manda la escuadra el contraalmirante Luciano von Ziegler, cuya insignia arbola el *Erzherzog Karl*.

Y ahora hablemos de la llegada y estancia de S. M. en Barcelona en los días 10 y 11 de los corrientes.

Desde las primeras horas de la mañana reinaba inusitada animación en las calles por donde había de pasar la regia comitiva y la mayoría de cuyas casas ostentaban colgaduras.

Paso de la regia comitiva por el Paseo de Gracia. (De fotografía de Castellá.)

Grupo de estudiantes aclamando á S. M.

Mientras, formaban las tropas y reuníanse en el apeadero del paseo de Gracia las autoridades, las representaciones de las corporaciones oficiales y particulares, el cuerpo consular y cuantas personas por sus funciones, por sus cargos ó por su posición tenían allí su puesto.

A las nueve llegó el tren que conducía á S. M., á quien acompañaban el presidente del Consejo de Ministros señor Maura y el ministro de Marina Sr. Ferrándiz; el monarca, al apearse del tren, fué saludado con vivas y aclamaciones, que se reprodujeron aún con más entusiasmo al aparecer en el paseo. Subió D. Alfonso XIII á un *landeau* á la gran Daumond y tomaron asiento á su izquierda el Sr. Maura y enfrente el alcalde Sr. Sanllehy y el duque de Sotomayor. La comitiva, que era larga y brillante, se dirigió por el paseo de Gracia, plaza de Cataluña, en donde estaban formados en dos filas cincuenta automóviles, Ramblas, Dormitorio de San Francisco y calle Ancha, á la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, después del cual S. M. subió al camarín para adorar á la Virgen.

Terminada la ceremonia religiosa, dirigióse el rey á la Capitanía general, en donde se alojaba, y desde allí presenció el desfile de las tropas, detrás de las cuales desfilaron también gran número de automóviles, que constituían una nota en extremo pintoresca.

Poco antes de las doce, S. M., en el mismo coche á la gran Daumond, salió de la Capitanía general para inaugurar las obras de la reforma interior de Barcelona.

En la calle de la Reina Regente, en donde debía efectuarse este acto, se habían levantado varias tribunas que se hallaban totalmente llenas; el espacio destinado al público estaba ocupado por una multitud inmensa, ansiosa no sólo de ver al monarca, sino también de presenciar el comienzo de una obra importantísima, de vital interés para nuestra ciudad, reforma que parecía un sueño, por lo grandioso del plan y las grandes dificultades de su ejecución, y cuya realización, al marcar una fecha inolvidable para Barcelona, demuestra hasta dónde llegan sus energías, su perseverancia y sus deseos de ponerse á la altura de las más hermosas urbes europeas.

Subió el rey á la tribuna regia, elegantemente adornada y en la que se habían situado las autoridades, corporaciones, senadores, diputados y demás elementos oficiales y palatinos, y principió la ceremonia.

Después de la lectura de los principales acuerdos referentes á la reforma, el alcalde pronunció un breve y sentido discurso dando las gracias á S. M. por haberse dignado honrar con su presencia aquel acto de capital trascendencia para Barcelona, enalteciendo la obra que iba á inaugurarse y á cuantos á ella han contribuído y expresando su confianza de que á esa primera vía seguirán las otras proyectadas. Contestó el señor Maura, asociándose gustoso, en nombre del rey, á aquella



Llegada de S. M. al lugar destinado á la inauguración de las obras de la reforma interior de Barcelona

hermosa fiesta y manifestando el orgullo y la simpatía que siempre le había inspirado Barcelona, de la cual dijo que, repleta de vida, necesitaba expansionarse en busca de su progreso y de su prosperidad.

Descendió luego el monarca de la tribuna y dirigióse hacia la casa primera que debía ser derribada y en la cual campeaba un lienzo con la inscripción «Calle de la Reina Regente.»



Tribuna regia levantada para la inauguración de las obras de la reforma

En los extremos había dos plafones adornados con laurel, en los que se leían los nombres de «Cerdá» y «Baixeras,» autores de los planes de la reforma de la ciudad

El monarca, con un artístico pico con incrustaciones de oro, en el que se leía «Reforma de Barcelona inaugurada por Su Majestad el rey D. Alfonso XIII – 10 marzo 1908,» dió el primer golpe en la piedra previamente designada, quedando con ello solemnemente comenzadas las obras.

Terminada esta ceremonia, desfilaron por delante de la tribuna regia dos carros caprichosamente adornados, tirados por seis magníficos caballos y conducidos por carreteros vestidos con el típico traje de trajinante catalán, en los cuales eran llevadas las herramientas de las brigadas, que acto seguido comenzaron el derribo de las demás casas.

Su Ema. Rdma. el cardenal Casañas bendijo las obras y S. M. puso su firma en el acta, extendida en artístico pergamino, y que firmaron también las demás personas presentes.

S. M. almorzó en la Capitanía y por la tarde recibió en corte, habiendo asistido á la recepción todo el elemento oficial, la nobleza y gran número de importantes personalidades particulares.

Por la noche asistió S. M. á la función de gala del Liceo. De la magnificencia de esta fiesta es imposible que se forme idea quien á ella no haya asistido. No hay palabras para describir el aspecto deslumbrador del teatro, totalmente ocupado por la más escogida concurrencia; las suntuosas *toilettes* de las señoras, la riqueza de las joyas con que éstas se adornaban, los vistosos uniformes, los severos fracs, formaban un conjunto indescriptible en el inmenso salón de nuestro hermoso coliseo. D. Alfonso XIII, cuya aparición en el palco regio fué saludada con una ovación estruendosa que se prolongó durante algunos minutos, pudo presenciar un espectáculo que no vacilamos en calificar de uno de los más grandiosos que habrá contemplado en su vida.

El programa de la función corrió á cargo de la Asociación Musical de Barcelona, dirigida por el maestro Sr. Lamothe de Grignón, y consistió en un concierto cuyo programa componíase de varias piezas de Grieg, Saint-Saens, Glazunow y Wágner, que fueron perfectamente ejecutadas.

En uno de los entreactos visitó S. M. los salones del aristocrático Círculo del Liceo, en donde fué objeto de nuevas y calurosas ovaciones.

A las diez de la mañana siguiente visitó S. M. el local en donde estuvo establecida la fábrica de Batlló y Batlló y en el que ha de establecerse la Universidad Industrial de Barcelona. Desde mucho antes habíase reunido en la gran sala destinada á la celebración del acto un numeroso gentío que aclamó al monarca. Ocupó éste el trono dispuesto en el estrado presidencial, pronunció D. Luis Ferrer y Vidal, presidente de la Junta de patronato, un discurso explicando la importancia del establecimiento que ha de crearse, el secretario D. Augusto de Rull leyó una Memoria reseñando los trabajos de fundación de la Universidad, y el Sr. Maura contestó al discurso y á la memoria declarando que el gobierno está dispuesto á cooperar á que la nueva institución tenga vida vigorosa.

D. Alfonso XIII, después de recorrer el edificio, se dirigió á la Capitanía general, embarcándose luego para hacer la visita oficial á la escuadra austriaca.

De este acto, así como de la visita al cuartel de Atarazanas y de la salida de S. M. para Madrid, nos ocupamos en las páginas 198 y 199. – T.



Primera casa que ha de derribarse y en la que se efectuó la ceremonia de hacer caer S. M. una piedra, inaugurando así las obras



LILIANA ADORNÁNDOSE CON LOS PRESENTES DE LOS GNOMOS,

dibujo de Apeles Mestres que ilustra su poema «Liliana.»



FLOTT, NICH Y PUCK ESCUCHAN EMBELESADOS EL CANTO DEL RUISEÑOR,

dibujo de Apeles Mestres que ilustra su poema «Liliana»

PAULINA LUCCA

En Viena, en donde había nacido en 1841, ha fallecido esa artista eminente que fué una de las estrellas de primera magnitud en el arte lírico del siglo pasado. Allí recibió sus primeras lecciones de canto de los profesores Uffmann y Levy y á los 16 años hubo de entrar, para ganarse el sustento, en el coro del teatro imperial de la Ópera de aquella capital; pero dos años después fué contratada como tiple en Olmutz, luego en Praga y finalmente, en 1861 en la Ópera Real de Berlín, en donde, durante ocho meses, acabó de perfeccionarse bajo la dirección de Meyerbeer, no tardando en ser la artista predilecta del público. Rápidamente fué extendiéndose su fama por



Paulina Lucca,
célebre cantante fallecida en Viena en 28 de febrero último
(De fotografía.)

toda Alemania y por Europa y América, en cuyos principales teatros alcanzó los más ruidosos triunfos.

En 1868 casóse con el barón de Rhaden, oficial del ejército prusiano, de quien se divorció en 1873, casándose poco después en los Estados Unidos con Mr. Wallhofen. Al morir éste en 1899, Paulina Lucca se retiró definitivamente de la escena.

Sus principales creaciones fueron la Zerlina, de *Don Juan*, y el Querubín, de *Las bodas de Fígaro*, de Mozart; la Selika de *La Africana* y la Valentina de *Los Hugonotes*, de Meyerbeer; la Margarita de *Fausto*, de Gounod; y la Carmen de la ópera del mismo nombre de Bizet.

El eminente músico Bulow, hablando de ella, escribía en 1861, es decir en los comienzos de su carrera, lo siguiente: «Por sistema no voy al teatro; pero últimamente he hecho una excepción de esta regla general para oir á nuestro ruiseñor bohemio, la señorita Lucca. Es de figura pequeña, ingenua, juvenil; está dotada de una voz magnífica y tiene pasión é inteligencia, aunque le falta aprender mucho, una frescura de timbre extraordinaria y hace verdadero derroche de su potencia vocal. Posee además talento dramático, de suerte que, á pesar de su baja estatura, sabe elevarse al furor patético sin resultar ridícula.»

Pocos años después, Paulina Lucca era, como hemos dicho, una de las más grandes artistas líricas de su tiempo.

EL REY EDUARDO VII EN PARÍS

De incógnito, con el título de duque de Lancáster, ha permanecido dos días en la capital de Francia el rey de Inglaterra. La circunstancia indicada hizo que sólo fuese recibido á su llegada, en la tarde del día 5, por el embajador sir Francisco Bertie y el consejero de la embajada Mr. Reginaldo Lister; pero no impidió que la multitud que llenaba las inmediaciones de la estación del Norte y las calles del trayecto que debía recorrer el monarca tributara á éste una ovación tan cariñosa como entusiasta.

S. M. se hospedó en el Hotel Brístol, en donde pasó la velada en compañía del embajador, del consejero Lister y de las personas de su séquito, que son su ayudante el coronel Davidson, su secretario particular John Ward y su médico sir James Reid.

A la mañana siguiente, visitó el taller del famoso escultor Rodin, comió luego en el hotel con los Sres. Clemenceau y Pichón, ministro de Negocios Extranjeros, y por la tarde fué á visitar al Presidente de la República. Después estuvo en la embajada inglesa, tomó el te en el palacio de los duques de Mouchy y por la noche ofreció, en la embajada, un banquete á un corto número de personas de la aristocracia francesa.

Al otro día salió para Biarritz.

FEDERICO FUENTES

Este popular actor, fallecido hace pocos días, fué uno de los fundadores del teatro catalán. En 1866 debutó en el Odeón, formando parte de aquel grupo de aficionados que componían la genial Soler, el eminente Fontova, Clusellas, Cazurro, Goula y otros no menos notables y que, andando el tiempo, había de constituir la excelente compañía de Romea que dió vida y esplendor al teatro creado por el inolvidable Pitarra.

Fuentes puso en el ejercicio de su profesión todo su talento, que era mucho, y todo su entusiasmo, que aun sobrepujaba á su talento, y supo interpretar de un modo admirable los personajes concebidos por nuestros principales dramaturgos, caracterizándolos de una manera original, representándolos con gran *amore* y haciendo de muchos de ellos verdaderas creaciones.

Su especialidad eran los papeles de galán joven y cómico en los que no tenía rival; en ellos se ha hecho aplaudir hasta en los últimos días de su vida, y téngase en cuenta que ha muerto á la edad de 65 años. Cualquiera que ignorase esta circunstancia, habríalo tomado, al verle en escena, por un muchacho; tanta viveza y tanta soltura había en sus movimientos.

La muerte de Fuentes es una gran pérdida para el teatro catalán. En muchas obras será difícilmente reemplazado.

¡Descanse en paz!

LILIANA,

POEMA É ILUSTRACIONES DE APELES MESTRES

Alguien dijo acertadamente, refiriéndose á Apeles Mestres, *que es un poeta que dibuja magistralmente* y nosotros agregamos, completando el concepto, que es un meritísimo artista y un admirable cantor de la naturaleza. *Liliana*, el delicado y sentido poema que acaba de publicar, ha de estimarse como su obra maestra, la más hermosa, aquella en que de modo más completo se manifiesta la ternura de su espíritu enamorado siempre de todo lo noble y delicado, dispuesto de continuo á extasiarse ante los encantos de la naturaleza, ante todo lo que eleva el pensamiento y enaltece la sensación. Sólo el poeta, sólo el creador de *Liliana* podía ilustrar la obra, únicamente él podía representar plásticamente sus dulces cantos y preciso es convenir que sus excelentes dibujos están en perfecta armonía con la obra. Trazados con firmeza, con la seguridad y valentía de quien ha logrado singularizarse, son otra muestra, otra justificación del concepto de maestría, que, según decimos al principio, le asignaron hace algunos años.

Plácemes al poeta y al artista y con ellos el ferviente deseo de que se sostengan sus energías é inteligencia, para producir otras obras de igual índole, en bien de las letras y del arte de nuestro país.



París.—Viaje de S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra
El embajador inglés Mr. Francisco Bertie saludando al monarca á su llegada á la estación del Norte
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Necrología.—Han fallecido:

D. Antonio Aulestia y Pijoán, notable literato é historiador catalán, uno de los que más contribuyeron al renacimiento literario y político de Cataluña, autor de muchas y muy notables obras, entre las cuales merecen ser especialmente mencionadas *Barcelona, resenya histórica*, y sobre todo su importante *Historia de Cataluña*.

Roberto Stigell, notable escultor finlandés.

Felipe Carlos Zulkowski, físico austriaco, profesor de la Escuela superior técnica de Praga.

Andrés Groll, pintor de historia y retratista austriaco, profesor de la Escuela de industrias artísticas del Museo Austriaco, de Viena.



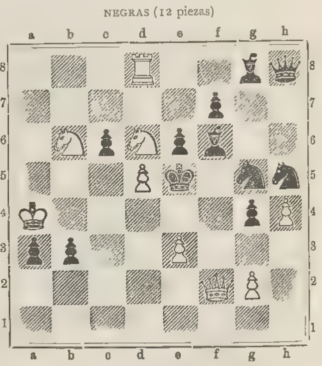
Federico Fuentes,
notable actor catalán fallecido en Barcelona el día 6 de los corrientes. (De fotografía de Napoleón.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 490, POR V. MARÍN

3.º premio del concurso de «Tidskrift för Skak» 1901

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

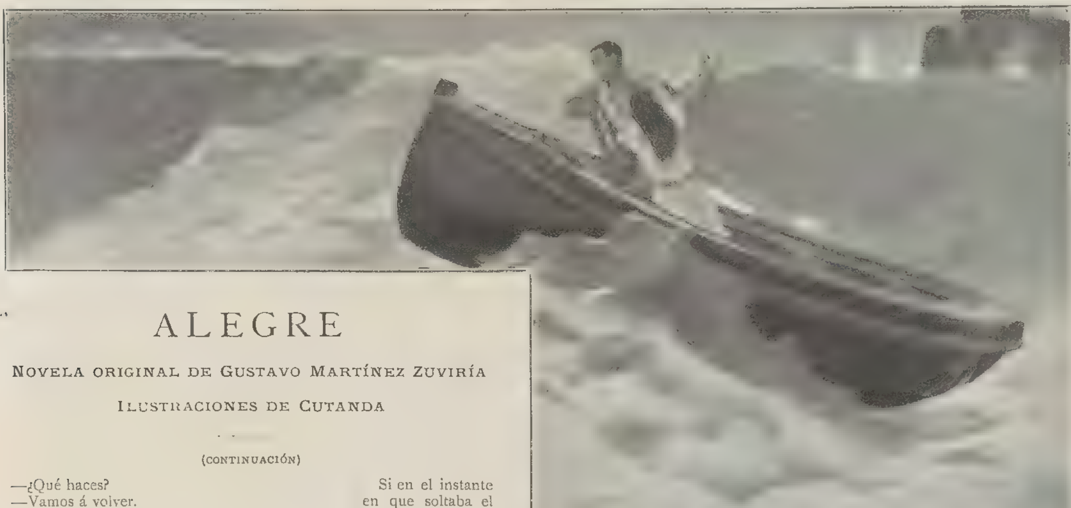
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 489, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Dh6-h7	1. Rd5×c6
2. Dh7-b7 jaque	2. Rc6-c5
3. b2-b4 mate.	

VARIANTES

1... ..... De1×e2; 2. Cf5-e7 jaq., etc.
Ag8×h7; 2. Cf5-e7 jaq., etc.
Rd5-e4; 2. Cf5-d6 jaq., etc.
De1-d2; 2. Dh7-h1 jaq., etc.
Ce8-d6; 2. Tc6×d6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Cf5-e7 jaq., etc.



—¡Alegre, Alegre!, exclamó la niña azorada abrazándose á su amigo

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué haces?
—Vamos á volver.
—No, Alegre, ¡si está tan linda la mar!
—Pero no me gusta...
—¿No te gusta?
—No me gusta contigo.
—¿Tienes miedo?
—¡Yo no! Nunca tengo miedo.
—¡Es claro! ¡Qué has de tener miedo tú, un grumete! Vamos á la mar, ¿quieres?
—¡Margarita!
—Vamos, Alegre; nunca hemos ido en la *Gaviota*.
—Es muy pequeña.
—Pero tú eres muy hábil. ¿No eres grumete?

¡Pobre grumete! Sentía un malestar indefinible, como si la garra de un presentimiento le estrujara el corazón.

La insistencia de la niña lo turbaba. ¿Cómo negarse á satisfacer tan ardiente capricho? No se atrevía á mirarla para no ser derrotado; buscaba algo que lo salvara de aquel conflicto; no quería ir á la mar, no; ¡Dios santo, si los pillara una tormenta! Volvió y revolvió su magín para inventar un pretexto; nada se le ocurría. Miró hacia Cruz Chica como buscando en ella una ayuda, pero era la hora de la siesta y todas las puertas estaban cerradas; en el fondeadero no había más que una embarcación: las demás habían salido en viaje á Necochea con padre Ludovico.

El muchacho se hallaba desamparado; con la caña del timón en la mano vacilaba entre virar en redondo ó hacer rumbo á la mar, cuyos primeros pliegues lamían ya la proa de su bote.

Miró á su amiguita; ésta comprendió que el grumete vacilaba, é hizo un último esfuerzo.

—Alegre, vamos á la mar, no tengas miedo; ¡está tan linda!

Y la niña lo embriagaba con sus miradas fascinadoras y con su voz suplicante. «¡Vamos á la mar!»

Alegre miró el cielo: estaba azul, profundamente azul; sólo allá á lo lejos, hacia el Sur, casi en el horizonte, se pintaban algunas nubecillas cobrizas; mal cariz hubieran tenido para un marino viejo, pero el muchacho no vió nada malo en ellas; miró la mar, estaba linda, en verdad; miró la playa, estaba solitaria, nadie podía verlos; volvió á mirar á su amiguita y volvió á escuchar su voz:

—Sí, vamos á la mar, no tengas miedo, Alegre; por un ratito, nada más que por un ratito.

Alegre se sintió fascinado, subyugado: soltó la caña del timón, amarró la escota que le quemaba la mano con los tirones de la vela impaciente, y se largó mar adentro, orzando un poco para no apartarse demasiado de la costa.

En ese momento, aletearon en su memoria las palabras del tío Jorge: «En el río puedes andar todo lo que quieras, el río es franco, es noble; la mar es mala, la mar nos odia; la *Gaviota* es muy pequeña y tú eres muy niño.»

Un rumor lejano y estridente, como si viniera de las profundidades del mar, lo arrancó de sus pensamientos.

—¡Ay!, dijo para sí. ¡La mar se ríe!..

Y sintió frío en el alma.

En Cruz Chica llamaban la *carcajada de la mar* al rumor de la resaca que la brisa á ratos hacía más intenso.

Si en el instante en que soltaba el timón, el grumete hubiera vuelto los ojos á la playa, habría visto dos muchachos que desde el muelle espiaban á la *Gaviota*.

—Se van, Cisco, dijo uno de ellos; los acusaremos para que les den una tunda.

—Calla, Toño; deja que se los trague la mar; así aprenderán á no ser orgullosos.

—¡Tienes razón! ¡Que se los trague la mar!

XXVI

EL PEÑÓN DE LAS GAVIOTAS

Alegre, sentado en el timón, apenas contestaba con medias palabras las regocijadas exclamaciones de su amiguita y las preguntas con que lo acosaba.

—Dime, Alegre, ¿podríamos llegar á tu patria en la *Gaviota*?

—Está muy lejos.

—Pero ¿no llegaríamos alguna vez? Mira qué ligera es, cómo deja atrás la costa.

Él no contestó; miró la playa, que huía en dirección opuesta al rumbo que llevaban.

Poco á poco la alegría de la chiquilla contagió al grumete.

Ya que el bote corría tan bien sobre las rizadas olas, mejor era dejarlo correr; así en pocos minutos se apartarían de la costa lo suficiente para que cuando quisiera volver, su amiguita no protestara.

Y el bote libre, volaba sobre las olitas que mullía la brisa, en línea oblicua á la costa, que pronto quedó á una milla.

Alegre pudo calcular la distancia gracias al Peñón de las gaviotas, que erguía sus inhospitalarias crestas hacia el Noreste.

El árido Peñón le serviría á la vuelta para tomar rumbo.

Y el bote corría como un caballo desbocado.

De improviso, el muchacho advirtió por la tensión de la escota y el bullir del agua alrededor de la embarcación, que la brisa refrescaba sensiblemente.

—Vamos á volver, Margarita, dijo á la niña que palmoteaba de alegría; había encontrado en el fondo del bote una galleta y se entretenía en tirársela pedacito á pedacito á las aves marinas, que ávidamente los recogían casi en el aire.

—¿Volver?, ¡no! Si es muy temprano.

—Hemos andado ya más de media hora.

—¿Y te parece mucho?

—No, pero la brisa refresca y no quiero que nos pille en el mar una ventolina; difícil nos será ya ceñir al viento para volver; felizmente quedamos muy al Sur.

Y al decir esto, el joven capitán viró en redondo; pero, con gran sorpresa suya, la embarcación apenas modificó su rumbo un cuarto de círculo y acostóse bruscamente á babor.

La chiquilla perdió el equilibrio, y apenas tuvo tiempo de agarrarse á la borda para no caer.

—¡Alegre, Alegre!, ¿nos hundimos?, exclamó presa del espanto.

—¿No ves?, contestó Alegre sacudiendo tristemente la cabeza y moviendo el timón para enderezar el bote; ahora nos costará más y llegaremos tarde.

¡Ay, Dios! ¡Si llegaban!

Entonces se le ocurrió al grumete volver el rostro para examinar el cariz que traía el Sur.

Las pequeñas nubecillas cobrizas de una hora antes se habían transformado en nubarrones plomizos, que como dos conos truncados unidos por sus vértices, avanzaban á la conquista del Norte.

La brisa que arrastraba el bote era Noreste, y la que impulsaba á las nubes Sudeste. La débil embarcación se iba á encontrar, pues, en la intersección de dos corrientes de aire, en el eje de un ciclón.

No había duda. Sentíase ya ese rumor característico que precede á cierta clase de tormentas, ese redoble de tambores que llaman á formar filas á los vientos. Sentíase ya la diana de la muerte y el sordo galopar de un escuadrón de fantásticos nubarrones.

Era el huracán que llegaba con su cohorte de nubes tormentosas y sonoras. Ya hacia el Sur brillaban lívidos relámpagos, y de vez en cuando un rayo azotaba las grupas de los corceles rezagados.

Pronto los primeros golpes del viento Sudeste castigaron la vela.

—¡Dios mío!, exclamó Alegre, que con instinto de verdadero marino se había dado cuenta de su situación. ¡La racha!, ¡el Sur!, ¡la tempestad!

Aún no se oían los truenos.

La niña miró á su amigo con asombrados ojos. Terrible estaba el grumete, de pie, con la cabeza descubierta, los cabellos enmarañados, las manos crispadas sobre la caña del timón y los labios apretados fuerte, fuerte, como para ahogar en su pecho la amarga desesperación que se apoderaba de él.

—¡Alegre!, exclamó la chicuela espantada. ¿Qué tienes, Alegre?

—¡La racha!, ¡el Sur!, murmuró el muchacho desgarrando las palabras con los dientes.

La niña no comprendió; miró de nuevo al grumete, siniestro y hosco; miró al cielo que se arrebozaba en un manto plomizo; miró al mar..., el mar era aún hermoso, el mar se reía, haciendo ¡clap, clap! contra las bandas de la *Gaviota*.

La niña se puso á imitarlo.

«¡Clap, clap!,» hacía el mar, y ella contestaba con su dulce voz: «¡Clap, clap!.., ¡clap, clap!»

El ave siniestra del huracán aleteó en la vela, cogiendo por babor á la *Gaviota* y arrojándola bruscamente de costado.

—¡El Sur!, gimió Alegre, y cerró los ojos para no ver.

Las dos corrientes de aire que el colosal sifón del Atlántico había dado cita en su seno, se encontraron formando un espantoso remolino.

Un segundo después, la *Gaviota*, como un corcel que siente á la vez el sofrenón de la brida y el aguijón de la espuela, gimiendo de dolor, dió un salto, y tomando la resultante de las dos fuerzas que la abofeteaban, escapóse hacia el Este como la piedra de una honda. El palo crujió; oyóse un desgarramiento,

y la vela del bote se arrancó dolorosamente de sus relingas, y dejando un jirón de lona en el desmantelado mástil, echó á volar como un inmenso pájaro blanco.

—¡Alegre, Alegre!, exclamó la niña azorada abrazándose á su amigo.

—¡Margarita!, respondió el muchacho estrechándola contra su pecho. ¡Dios nos ayude!

El cielo en un instante se cubrió de nubes que cruzaban á la desbandada unas, en revuelto apiñamiento otras. Rugió el trueno, crepitó el rayo, y el mar hirviente encrespó su melena y empezó á arrojar al cielo, como un reto, sus olas verdosas envueltas en desgarradas cenefas de espumas.

La desmantelada *Gaviota,* arrastrada por una fuerza irresistible, ya se encaramaba sobre las inquietas espaldas de aquellas moles de agua, ya se resbalaba por sus móviles flancos hasta sus siniestras gargantas, pero huía siempre hacia el Este. A veces, cansada de la carrera, se detenía sobre la gibosa espalda de una ola, y allí giraba como una peonza hasta que volvía á emprender la fuga.

Alegre, presa de infinita angustia, se aferraba con todas sus fuerzas á la caña del timón, sosteniendo á la chiquilla enloquecida de terror, para que no se la arrebataran las olas, aquellas olas crueles que les escupían al rostro sus salobres espumas.

¡Dios nos ayude!, murmuraba al oído de la niña. ¡Agárrate, Margarita!

Y Margarita, tiritando de miedo, se abrazaba frenéticamente al cuello del muchacho.

¡Qué sucesión de terribles pensamientos cruzaban por la mente del grumete! ¡Cómo se agitaban las olas de su alma, amargadas mil veces más que las olas de la mar por la desesperación que le oprimía! Ya no cerraba los ojos; ahora quería *ver,* y hundía con fruición sus miradas en la escena en que era actor, para huir de la vista de aquel océano interior, mucho más pavoroso que el que amenazaba tragar su barquilla.

Y sin embargo, su desbocada imaginación lo enloquecía.

No sufría por él, sufría por su dulce Margarita, cuyas manos crispadas sentía alrededor de su cuello y cuya mejilla yerta refrescaba el ardor de su rostro calenturiento.

Hubiera comprado con la vida las fuerzas del tío Jorge para arrancar á las olas su *Gaviota* y acercarla á la playa, donde pudiera dejar en salvo su tesoro. Después..., después se habría tirado al mar. ¡Se salvaba ella, y eso le bastaba!

Combatido por la naturaleza, abandonado de los hombres, miró al cielo. El cielo estaba ciego, sordo y mudo: sus ojos tenían una venda de plomo; sus oídos se ensordecían con el fragor de la tormenta; su voz se apagaba entre las descargas cerradas de los truenos.

Por un instante callaron los truenos, enmudeció el huracán, y el cielo pudo *ver.* Una nube se había desgarrado; á través de la herida se filtraba un rayo de sol como una promesa celestial.

—¡Margarita!, gritó Alegre lleno de esperanza al verlo. Margarita, Dios nos ayudará; ¡recemos!

La dulce niña abrió los ojos.

Alegre miró su carita angelical, y al verla tan linda, creyó que las olas respetarían su inocencia y su hermosura.

¡Pobre niño! El mar no entendía de eso; el mar no sabía amar, sólo podía odiar; el mar ante la debilidad de sus víctimas doblaba su furia.

Alegre se irguió como si le hubieran dado un latigazo en pleno rostro; insultó al mar y escupió á las olas.

Volvió los ojos á la playa. ¡Ay! ¡Qué lejos estaba! Apenas se veían sus contornos, y desde allí no alcanzarían á ver la fugitiva *Gaviota.*

—Sí, recemos, Alegre, murmuró.

Y el ojo de Dios espió por la desgarradura de la nube un cuadro encantador.

Los dos niños, arrodillados en el anegado fondo de la barquilla, fijos en el cielo sus inocentes ojos, oraban con esa fe ardiente que transporta las montañas.

Su oración candorosa y sencilla era de esas que hallarían siempre eco favorable en el cielo, á no ser por los inescrutables designios de la Providencia.

Alegre se sintió más fuerte con la plegaria; Margarita más consolada.

La escena de la mar embravecida era siempre terrible, pero su faz había cambiado. El Sur venció al Norte; y las olas, siervas de un solo señor, corrieron en una dirección sola, enormes, turbias y amenazadoras.

La *Gaviota,* que había estado cien veces á punto de zozobrar, azotada por dos vientos, huía ahora hacia el Norte en alas del huracán, sin velas y medio anegada, mostrando su mástil desnudo, en cuyo extremo flameaba un jirón de lona, como una bandera á media asta.

Alegre, vuelto á la posesión de sí mismo, empuñando con todas sus fuerzas el gobernalle, pretendía dirigir la embarcación entre aquel resalsero de olas. Pero la *Gaviota* había embarcado mucha agua y no obedecía al timón.

La *Gaviota* se hundía sin remedio; el Destino había marcado con una cruz negra aquel día en el libro de su vida. Alegre lo comprendió.

—¡Hágase la voluntad de Dios!, dijo.

Y esperó la muerte resignado, tranquilo, sonriente casi.

Pero cuando sus miradas se posaron en el dulce rostro de su amiguita, á quien nuevamente invadía el terror conjurado un momento, una pena inmensa le apuñaló el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas. No era que llorara, no; el capitán Alegre no lloraba sobre el puente de su barco anegado, pero no era dueño de cerrar el paso á aquellas gotas del mar desbordado de su angustia.

No pudo contenerse, y abrazó con toda su alma á la niña.

Ella lo miró. ¿Lloraba Alegre? ¿Era posible?

—¡Alegre!, exclamó llorando ella también, nos hundimos, ¿verdad?

El pobre muchacho no tuvo fuerzas para mentir.

—¡Sí, nos hundimos!

La chiquilla se estrechó más á él, y pegando su boquita al oído del grumete, murmuró:

—Por culpa mía, Alegre, por culpa mía nos hundimos.

—No, Margarita; ¡por culpa de la mar que nos odia! La mar es mala, muy mala.

—Muy mala, repitió ella.

Un rato permanecieron mudos. Después ella preguntó:

—¿Y mamá?

—¿Tu mamá? ¡Pobre Margarita!

—¿Ya no la veré más?

Alegre respondió con un grito.

—¡Tierra, tierra!, exclamó clavando los ojos en un punto obscuro que se alzaba sobre el mar.

Era el Peñón de las gaviotas, que mostraba sus negruzcas crestas ceñidas por una blonda de espumas, á menos de doscientos metros de allí.

No lo había visto antes, y al verlo ahora tan cercano, creyóse en salvo.

¡Triste salvación la que le ofrecía un hirsuto peñascal donde las olas se rompían con redoblada furia y adonde su barquilla se haría pedazos!

Pero el grumete no pensó en eso. Sólo vió que á *Gaviota,* siguiendo la dirección que llevaba, no abordaría el islote, y pasaría á pocas brazas de él, las bastantes para que se les escapara aquel inesperado refugio.

—¡Margarita!, gritó á la niña, si quieres volver á abrazar á tu mamá, toma la barra del timón.

La chicuela obedeció, y con todas sus fuerzas, ¡míseras fuerzas las suyas!, se abrazó al gobernalle.

Alegre empuñó los remos.

—¡Proa al Peñón! ¡Firme!, gritó.

Y con todas las fuerzas que su desesperación le daba, hundió las palas en el agua y comenzó á remar frenéticamente en dirección al islote.

El rumbo de la embarcación se modificó sensiblemente, y su proa, enfilando el Peñón, dirigióse recta hacia él.

Pero no bien hubo entrado en la zona peligrosa, donde la mar se rompía con fragorosa rabia, cubriendo de crespas espumas los negruzcos peñascos, una ola irresistible lo embistió por la proa.

Alegre apenas tuvo tiempo de soltar los remos y abrazarse á su amiguita para morir juntos.

Sintió que una montaña de agua caía sobre él; que las maderas del bote crujían haciéndose astillas y que él se hundía en un abismo sin fondo.

Estrechó á la niña contra su pecho prodigándole una última caricia; sintió que perdía las fuerzas, que se asfixiaba, que se moría, y después..., después no sintió nada.

XXVII

EL MAR CONTRA EL TÍO JORGE

Serían las cuatro de la tarde, cuando el estampido de un trueno sacó á la impasible miss Fulton del más profundo de los sueños.

Su jaqueca, más imaginaria que real, había desaparecido; pero el negro humor de todo el que ha perdido su tiempo en el sopor de una larga siesta, prometía tener, durante lo que restaba de la tarde, agriado como un limón el ánimo de la inglesa.

Levantóse restregándose los ojos; vistióse en regla, con toda la flema de que en abundancia le había provisto su naturaleza británica, y cuando estuvo presentable echó mano al picaporte para salir. La detuvo la vista de unos objetos que regularmente nada tenían que hacer en su cuarto: sobre una silla estaban los lindos zapatos de Margarita.

—¡Oh!, exclamó la Miss, recogiéndolos. Aún dormirá la muy remolona.

Tabique de por medio con la suya estaba la habitación de la niña. La inglesa entró, pero con gran sorpresa suya no vió ni viva ni muerta á su discípula.

—Sin embargo, tiene que estar, se dijo. Descalza no puede haber salido; otros zapatos no se habrá puesto ciertamente: el ropero está con llave.

Buscó, rebuscó, volvió lo de arriba para abajo, y lo de abajo para arriba, y nada...

—¡Oh, Dios Santo!, exclamó profundamente escandalizada cuando se convenció de que el pájaro había volado. ¡Descalza la señorita Alvarado! ¡Sólo en este país! ¡Clara! ¡Clara!, gritó llamando agriamente á la mucama, ¿ha visto usted á la señorita?

Clara no había visto á la señorita.

—Llame usted á Susana.

Susana tampoco había visto á la señorita.

—Pregunte á Pedro, al jardinero, al cochero, á todo el mundo por la señorita.

Todo el mundo, el cochero, el jardinero y Pedro desfilaron ante miss Fulton: nadie había visto á la chiquilla.

Algo inquieta ya, dió orden de buscarla por el parque.

Nada; ni las huellas de sus ligeros piececitos habían quedado marcadas en la arena de las avenidas.

La tormenta estaba en lo mejor. Rugía el trueno seco desgarrando los espacios, como la tos desgarra el pecho de un enfermo; bramaba el viento y las olas se quebraban en la playa con sordo fragor.

Aún no llovía.

La inquietud de miss Fulton aumentaba á cada trueno. Era necesario buscar á la niña; con tan cruda tormenta no podía andar ella afuera.

Corrió media hora, corrió una hora entera; toda la servidumbre del *chalet* se dispersó por las avenidas del parque, por los jardines, por la quinta. Nada, ni rastros.

El asombro y la inquietud de la inglesa llegaron á su colmo. Todo lo más terrible ocurríasele; pensaba que se había caído en el río ó en el mar y que las olas se la habrían llevado; recordaba los raptos de niños por los cómicos ambulantes; se imaginaba á la india Chulpa mascando con fruición los delicados huesecitos de la chicuela; todo era posible en aquel país; no había más que elegir lo peor.

. . . .

Esa siesta uno de los primeros en despertarse en Cruz Chica fué el tío Jorge.

Adormilado aún, paróse en el umbral de su casa, sacó su ahumada pipa, atascóla de tabaco negro, dióle fuego y aspiró una humeada capaz de hinchar ella sola un globo. Aquello le acabó de despertar.

Con su cronométrico paso, balanceándose como una balandra en mar picado, acercóse al muelle y respiró con delicia las ásperas emanaciones del mar.

—¡Tromba!, gruñó fijando sus ojuelos vivaces en el nublado horizonte. Mal cariz trae aquello, ó yo no soy el tío Jorge, ó antes de media hora la mar se es pulga; y ¡guay! de los barcos que naveguen cerca de la costa.

El estampido de un trueno dejóse oir desde el lejano teatro de la tormenta, y la primera racha del Sur plegó el ala del sombrero del viejo pescador.

—¡Ya está el Sur á la greña con el Norte! ¡Guay de los barcos de la costa, tromba!

El tío Jorge era el ave de las tormentas. Cuando el cielo se encapotaba, bramaba el huracán, rugía el trueno y el mar encrespaba sus turbias olas; cuando los elementos armaban zafarrancho de combate, ya el viejo marino estaba en el pico de la barranca, donde sólo alcanzaban las espumas que escupía el mar, riéndose de su rabia y de su impotencia para tragarse las arenas de la playa.

Aquella tarde no faltó. Odiaba al mar y quería hacerle muecas.

Una hora estuvo al borde de la barranca, mirando á la playa, nada más que á la playa azotada por las rabiosas olas.

¿Por qué no miró más allá, mar adentro? ¡Quizás sus agudas miradas hubieran divisado á la mísera *Gaviota* cabalgando sobre la odiada mar! ¿Por qué no comprendió que la mar se reía de él cuando él se reía de ella?

—¿A que no me juegas una mala pasada?, decía el tío Jorge á la mar.

¡Y la mar se reía! ¿A qué te la juego, viejo lobo?

—¡Tío Jorge!, ¡tío Jorge!, gritó una voz de la otra

banda del riacho, pásame el río, ¿quiere?; es de apuro.

Era el hijo del jardinero del *chalet*.

El tío Jorge tenía dos embarcaciones, una grande y otra pequeña. Precisamente *La Pequeña* llamaba al bote con que fué á pasar al hijo del jardinero.

—¿Qué buen viento te trae por estos lados? Vosotros los de tierra adentro, sólo cuando os sopla fuerte os arrimáis al pueblo.

—Nada de buenos vientos, tío Jorge; malos, muy malos son los que me traen.

—¿Malos? ¿Pues qué hay de nuevo?, ¡tromba!

—Que se nos ha perdido la chica.

—¿Qué chica?

—La señorita.

—¿La hija del señor Alvarado?

—¡Sí! Hace más de una hora que todos en la quinta andamos revolviendo el mundo y no aparece.

—Pues en alguna parte debe de estar.

—Sólo nos faltan las arenas de la mar por revolver.

—Malo, ¡tromba!, remalo; el tiempo no está para paseítos; y si la chicuela se halla en descampado, ¡guay de la pobrecita!

—Es lo que tememos, que se haya perdido en el monte, si es que no está en el pueblo.

—En el monte puede, pero aquí no; ¿cómo iba a pasar el río la chiquilla?, ¡tromba!

—Pero ¡quién sabe!

—Sólo que á nado, muchacho...

No importa; aunque no esté aquí, los chicos de la playa pueden haberla visto, y á preguntárselo vengo.

—Eso es otra cosa.

La Pequeña había atracado ya; el del *chalet* saltó á tierra.

—Gracias, tío Jorge.

—Que Dios te ayude, hijo.

El mocetón fuese por un lado, y el viejo marino, después de haber amarrado el bote á popa de la *Bella Italia*, volvió al pico de la barranca.

Espiando el mar y alejado del mundo, el rencoroso viejo permaneció largo rato inmóvil como un peñasco.

Una voz lo sacó de su éxtasis.

—¡Eh, tío Jorge!

—¿Qué?, preguntó volviendo el rostro: era el hijo del jardinero. ¿Conseguiste algo?

—Nada, nada.

—¿Preguntaste á los muchachos?

—Sí, á todos, uno por uno. Nadie la ha visto.

—¡Tromba! Eso está malo; mira qué tarde tenemos; y la noche será peor; ¡y la pobrecilla fuera!

—¡Y qué hacer!

—Pues revolver cielo y tierra y mar si acaso, y que Dios os ayude.

—¿Y usted, tío Jorge?

—¿Yo? Pues yo os ayudaré en lo que gustéis.

—Bueno, gracias. ¿Quiere pasarme el río otra vez?

Cuando el tío Jorge, después de pasarlo, volvió al pueblo apurando humeada tras humeada su pipa, oyó que madre Marta lo llamaba.

—Oiga, tío Jorge, ¿no ha visto á Alegre?

—¿A Alegre?

—Sí, al muchacho.

—Qué, ¿no está aquí?

—No, ha pasado la hora de la merienda, y nunca falta.

El tío Jorge frunció el entrecejo sin responder palabra. ¡Si se habría perdido también el negrillo, su capitán, como él lo llamaba!

—¿Y no malicias, Marta, dónde pueda estar?

—Absolutamente; todas las tardes sale en la *Gaviota*, pero nunca falta á esta hora.

—¡Malo!, gruñó el tío Jorge, revolviendo ideas en su cerebro. ¿Sabes que se ha perdido también la chiquilla Alvarado?

—¿Margarita?

—Sí, Margarita; hace dos horas que la buscan, y ni rastros de ella, ni en el monte, ni en el parque, ni en la quinta, ni en la playa, y ¡qué noche la aguarda, tromba!

—¡Ay! ¡Qué dice usted, tío Jorge! ¡Los dos niños andan juntos!

—¿Sí?

—Y en la *Gaviota*.

—¿Pero estás cierta?, insistió el viejo pescador guardando la pipa como si tuviera algo más grave en qué pensar.

—Segura, segurísima, tío Jorge; los chicos se quieren, y todas las tardes, á la siesta, se embarcan en la *Gaviota* y se marchan río arriba; más de una vez los he espiado.

—Si están juntos, tanto mejor, Marta; pero por algo no vuelven. Alegre no es lerdo, y bien habrá visto que la tormenta arrecia. Digo, digo, ¡tromba!, que algo les pasa; habrá que irlos á buscar.

—Ludovico no está.



—Tú, miserable, tú sabes donde está Alegre. ¡Suelta esa lengua, tromba!

—Pero estoy yo; yo, que quiero al muchacho como si fuera hijo mío, ¡tromba!

—Pues entonces, pronto, tío Jorge; el tiempo está muy malo; corra á buscarlos. ¡Pobrecitos!

—Ya estoy corriendo.

—¡Que Dios lo ayude!

El tío Jorge dejó su paso habitual, y corriendo se fué hacia el muelle, haciendo crujir la arena bajo la presión de sus pesadas botas.

Pero casi al llegar moderó el paso y se acercó con cautela; dos muchachos estaban conversando, vueltos de espaldas hacia el pueblo, y él había tomado al vuelo el nombre del negrillo.

—¿Se ahogarán, Cisco?

—Sí, se los tragará la mar.

—Contemos entonces.

—No, porque nos castigarán; Toño, cállate.

El tío Jorge no quiso oir más. Dió un salto, y atenaceando con sus dedos de hierro los pescuezos de los dos muchachos, los levantó en vilo y rugiendo: «¡Tromba con los miserables!,» metió á Toño en la bodega de la *Bella Italia* y se quedó con Cisco en el puente para interrogarlo.

Era una medida de alta policía: había incomunicado á los delincuentes.

Cuando los dos muchachos desde el muelle vieron á la *Gaviota* abandonar la playa con Alegre y la niña á bordo, formularon con ferviente anhelo: «¡Que se los trague la mar!» Pero cuando arreció el viento y comenzaron á hincharse las olas y á rugir la tempestad, su maldad se trocó en arrepentimiento y en terror. Lo hubieran descubierto todo, pero los míseros tenían miedo del castigo, sobre todo Cisco, más culpable y más malo. El tío Jorge lo había cogido de las orejas y lo zamarreaba rudamente.

—Tú, miserable, tú sabes dónde está Alegre. ¡Suelta esa lengua, tromba!

—Yo no sé nada, dijo el muchacho sordamente; yo no los he visto.

—¡Ah! ¿Conque no los has visto? ¿Conque sabes que andan juntos? Mira cómo te descubres, ¿eh?

Cisco palideció.

—¡Tromba!, prosiguió el tío Jorge soltándole las orejas para agarrarle los brazos y hacérselos crujir como en un torno. Tú los has visto, miserable; tú has visto á los dos niños largarse á la mar en la *Gaviota*, y te has callado para que la mar se los trague, porque tienes envidia á Alegre. ¡Tromba con el bribón!

Cisco, con los ojos cerrados y la faz descompuesta, aguantaba el dolor; era inútil, no le sacarían una palabra del cuerpo.

El tío Jorge lo encerró en la bodega y sacó de ella al asustado Toño.

Aquí varió de táctica.

—Vamos, pequeño, dijo dulcificando cuanto pudo la voz, no te asustes, que no pienso comerte. Dime, ¿conoces á Alegre? ¡Qué buen muchacho', ¿no es cierto?

Toño asintió con la cabeza.

—Bueno, bueno; si estuvieras tú en peligro, él te salvaría; y si él estuviera en peligro, ¿no harías algo tú por salvarle?

—¡Oh, sí, lo que pudiera!, exclamó el muchacho.

—¡Bravo, así me gusta! ¡Eres valiente, tromba! Ahora hablemos claro. Tú has visto á Alegre, has visto que se hacía á la mar en la *Gaviota;* iba con él la niña del Sr. Alvarado; vamos, ¿has visto lo que te digo?

El muchacho afirmó con la cabeza.

—Bueno, bueno; ahora mira la mar, ¡qué brava está! Mira esas olas verdosas y turbias que parecen montañas de agua; mira cómo hinchan el lomo ceñido de espumas blancas, blancas como montones de lana; mira cómo avanzan en línea, cómo vienen á romperse en la playa; escucha el fragor de la resaca. Ahora mira al cielo; mira ese escuadrón de nubes negras que el viento lleva á la desbandada; la lluvia no tardará cinco minutos en caer; mira los relámpagos, escucha el trueno... ¿Lo ves?, ¿lo ves todo? Bien; entre ese cielo airado y esa mar rabiosa está Alegre, el pobre Alegre en su *Gaviota*. ¿Sabes lo que es la *Gaviota* sobre esas montañas de agua? Una cáscara de nuez; menos aún, una paja. Ya ves que la mar se lo tragará. Dime, ¿querrías hacer algo por salvarlo?

—¡Oh, sí!, exclamó el muchacho, mirando con espantados ojos el pavoroso espectáculo que el tío Jorge le mostraba.

—¿Tú los viste salir?

—Sí, en la *Gaviota*.

—¿Qué rumbo tomaron?

—Marcharon hacia el Sur.

—¿Y después, cuando empezó la tormenta, los viste?

—Sí; la primera racha del Sur les arrancó la vela; pero por un retazo de lona que quedó en el palo, pudimos ver qué era de la *Gaviota*.

—¿Ah, pudisteis?; ¿es decir, Cisco y tú? Bueno, di, ¿qué fué del bote?

—Yo no sé de cierto.

—No mientas, dímelo todo; quizás sea tiempo aún de salvarlos.

—¡Ojalá!

—Dios te oiga. ¿Marcharon hacia el Sur?

—Hacia el Sur, no, tío Jorge; hacia el Norte.

—¡Hacia el Norte!

Sí; y creo que han ido á encallar en el Peñón.

El tío Jorge dió un rugido.

—¡En el Peñón de las gaviotas! ¡Pobres niños! Apenas quedarán en las olas las astillas de su bote; lo que es de ellos. . Dios sabrá.

Y el honrado marino, hundiendo la cabeza entre las manos, quedóse largo rato silencioso, presa de cruel angustia.

Toño lloraba.

Después, el viejo lobo se levantó, y exclamó golpeándose el pecho:

—Al menos querrá Dios que pueda robar sus cuerpos á las olas.

Una débil esperanza, quizás, anidaba aún en el corazón del marino.

—Tú, muchacho, dijo á Toño, dirás al que pregunte por mí que he ido á buscar á los chicos; nada más, ¿eh?

Soltó á Cisco, que lo miró estúpidamente, y fué á izar la vela de la *Bella Italia*, pero necesitaba un compañero para la maniobra.

(Se continuará.)

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN BARCELONA

Con motivo de la visita de S. M. á la escuadra austriaca, ofrecía el puerto un aspecto tan pintoresco como animado. Los vapores mercantes y los buques de guerra estaban empavesados con multitud de banderas; las innumerables embarcaciones menores, engalanadas también, formaban dos filas por entre las cuales debían pasar el monarca y su séquito; y en todos aquellos barcos, en los muelles, en el embarcadero, una muchedumbre inmensa esperaba el paso del rey. Y contribuían no poco á la animación los aplausos, los vivas, el ruido de las sirenas, las salvas que dispararon los buques de guerra y el castillo de Montjuich y los acordes de la marcha real con que fué saludada la presencia de D. Alfonso XIII.

Embarcóse éste en una lancha exploradora del crucero *Princesa de Asturias,* que iba escoltada por otras lanchas de vapor, y poco después llegaba al buque almirante austriaco, en donde fué recibido con los debidos honores. Don Alfonso, á quien acompañaban el Sr. Maura, el ministro de Marina, el alcalde, el gobernador, el capitán general, el conde del Serrallo y el duque de Sotomayor, revistó la tripulación del *Erzherzog Karl,* que se hallaba formada en la cubierta, y recorrió detenidamente las dependencias del acorazado, fijándose especialmente en las piezas de artillería, acerca de cuyo funcionamiento pidió algunas explicaciones, que el almirante se apresuró á darle.

Terminada la visita, S. M. y su séquito pasaron al comedor del buque, que estaba hermosamente adornado y en el que se sirvió un espléndido almuerzo, al que asistieron, además de los personajes citados, el embajador y el cónsul de Austria, el agregado militar de la embajada, el conde de Grave, el comandante del *Princesa de Asturias,* el doctor Alabern y la oficialidad de la escuadra austriaca. En el momento de los brindis, el almirante von Ziegler saludó al monarca, cuyas virtudes cívicas enalteció, y dijo que aquella fecha sería memorable para la escuadra austriaca. D. Alfonso, primero en francés y luego en alemán, contestó al brindis del almirante diciendo que se enorgullecía de llevar en sus venas sangre de los Habsburgos y ensalzando la memoria de uno de los más grandes príncipes de esa casa.

A las tres dejó S. M. el buque austriaco y visitó el *Princesa de Asturias,* regresando desde allí al embarcadero y dirigiéndose al cuartel de Atarazanas. Acompañado del general de artillería Sr. Sotomayor, y del coronel del cuarto regimiento

S. M. el rey D. Alfonso XIII embarcándose en la Puerta de la Paz para ir á visitar la escuadra austriaca



Regreso de S. M. el rey D. Alfonso XIII á la Puerta de la Paz después de su visita á la escuadra austriaca y al crucero español «Princesa de Asturias»



S. M. el rey D. Alfonso XIII dirigiéndose al cuartel de Atarazanas

mixto de ingenieros Sr. Baylo, recorrió el rey las cuadras, los dormitorios, las cocinas, el museo y demás dependencias del cuartel, desde donde pasó al Parque de Artillería.

Concluídas aquellas visitas, encaminóse el monarca á la estación de Francia, cuyos andenes estaban, desde mucho antes, atestados de comisiones, personajes oficiales y particulares.

El alcalde Sr. Sanlleby dió las gracias al soberano por el donativo de 5.000 pesetas que había hecho para los pobres de Barcelona y le manifestó que esta capital agradecía vivamente al soberano que hubiese designado nuestro puerto para visitar la escuadra austriaca y hubiese asistido al acto trascendentalísimo de inaugurar las obras de reforma de la ciudad. Además, hizo presente al monarca sus sentimientos de adhesión y respeto hacia las reinas D.ª María Cristina y D.ª Victoria Eugenia.

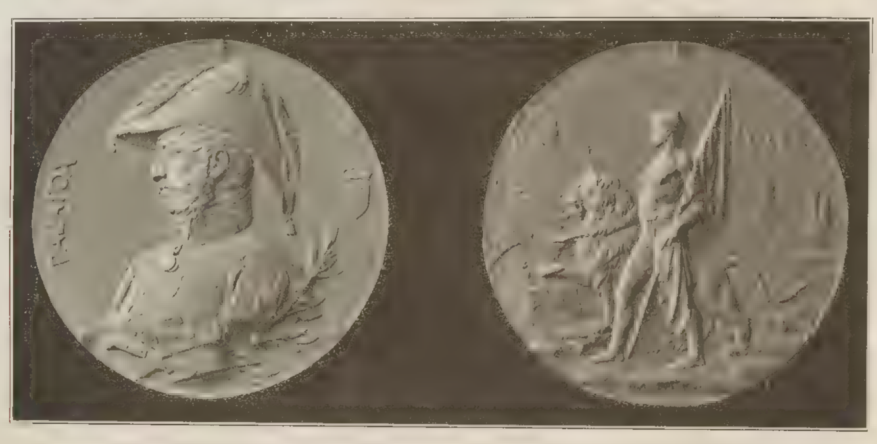
El rey agradeció esas frases del alcalde y se despidió de él ofreciéndole volver pronto á Barcelona.

Al partir el tren real, todos los presentes prorrumpieron en calurosos vivas y aclamaciones al monarca.—T.

(Fotografías de A. Merletti.)

Medalla conmemorativa de los Sitios de Zaragoza, modelada por el escultor Carlos Palao. Premiada en el concurso celebrado por la Academia de San Luis.

En el concurso celebrado por la Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, destinado á conmemorar los heroicos sitios que sufrió la capital aragonesa durante la guerra de la Independencia, ha sido premiado, entre los diez modelos presentados, el que reproducimos, obra de nuestro amigo el distinguido escultor Carlos Palao. Desconocemos los demás modelos y por lo tanto hemos de referirnos al que ha merecido la mayor distinción, que por esta sola circunstancia hemos de suponer es el que mayores méritos reune. En tal concepto, pues, entendemos que su autor ha interpretado el asunto que debía expresar, representando en el anverso el busto del heroico caudillo, el general Palafox, tal como lo pintó el insigne Goya; simbolizando los hechos que han inmortalizado su nombre, una rama de laurel, un cuchillo y un papel roto, para significar su enérgica contestación al intimarle el general francés la rendición de la plaza. En el reverso, represéntase á un guerrero edetano y á lo lejos la ciudad arruinada, de la que surge la nueva urbe, con sus fábricas é industrias, para demostrar que ha cobrado nueva vida, sobre cuyas edificaciones se destacan las cúpulas del templo del Pilar, patrona de la ciudad, que tantas veces invocaron los zaragozanos en aquella épica lucha, confundiendo en una sola aspiración la fe y la patria.



Medalla conmemorativa de los Sitios de Zaragoza, modelada por el escultor Carlos Palao
Premiada en el concurso celebrado por la Academia de San Luis

Bien merece un aplauso el escultor Carlos Palao por su obra, que, á la vez que una bella manifestación artística, recuerda una página gloriosa de la historia patria.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVII — Barcelona 23 de marzo de 1908 — Núm. 1.369

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VENDEDORA DE AGUA

copia de un notable cuadro de Francisco de Goya

ADVERTENCIA

Con el número último repartimos á nuestros subscriptores el tomo primero de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es la preciosa novela de Próspero Merimée

COLOMBA

la obra más inspirada y genial de este novelador francés ilustrada con 63 magistrales composiciones del famoso dibujante Daniel Urrabieta Vierge, última obra del artista sin par, quien para realizarla visitó expresamente la isla de Córcega, estudiando el carácter, las costumbres y la indumentaria de sus habitantes.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: el renacimiento de «Cuba libre:» el futuro presidente de la República: las declaraciones de Gómez. – *Puerto Rico:* la administración yanqui. – *Honduras:* presidencia constitucional: la amnistía y la Conferencia de Wáshington: advertencias de la Asamblea Nacional Constituyente. – *Nicaragua y Costa Rica:* intereses económicos. – *Panamá:* conflictos con la Administración de la zona del Canal. – *Colombia:* los proyectos de canal por el Atrato: una transacción con el fisco francés: el convenio de límites con el Brasil. – *República Argentina:* situación política, financiera y económica.

«Cuba libre» renacerá el 1.° de febrero de 1909. Así lo ha ofrecido el árbitro de los destinos de la isla, el gran Roosevelt.

Entretanto, se ha hecho el nuevo censo de población, se hace el censo electoral, se harán las elecciones para las Cámaras y para la presidencia de la República y, si las circunstancias no cambian, habrá presidente electo á fin del año actual.

¿Quién será presidente? Parece que tiene muchas probabilidades José Miguel Gómez, el jefe de los liberales históricos. Por la prensa de América han circulado declaraciones suyas hechas á modo de programa político. No hay en éste novedades: los tópicos de cualquier candidato á jefe de gobierno liberal y democrático; mucho respeto á la ley y á la soberanía del pueblo, independencia del poder judicial, toda clase de libertades, bien garantidas, etc., etc.

Más importancia ofrecen las declaraciones referentes á la necesidad y eficacia de la intervención extranjera. Las tropas yanquis en la isla no estorban; pero no hacen falta. Sin ellas, habrá paz, si hay buen gobierno. Y para que haya buen gobierno no bastan la honradez y el patriotismo; es preciso además que los individuos que lo forman sepan gobernar. Se puede ser muy honrado y muy patriota; pero también muy inepto. Cuba ha sido víctima de la incapacidad política de Estrada Palma.

Algo semejante dice Gómez de míster Magoon, aunque velando el concepto con eufemismos. Los yanquis merecen mayor consideración, no porque sean más honrados y capaces, sino porque constituyen un Estado poderoso y cuando llega el caso saben usar y abusar de la fuerza de que disponen. No conviene indisponerse con ellos.

Nótase en las frases que los periodistas atribuyen á Gómez cierto recelo de que á última hora aparezca candidato á la presidencia de Cuba favorecido ó impuesto por el gobierno de la Unión norteamericana. Mas no lo dice así, de modo claro y terminante, sino como un supuesto, cuya realidad niega, porque eso de la mala fe y de las miras interesadas sobre Cuba que se atribuyen á los yanquis, es pura leyenda.

Es posible que también sea leyenda todo lo que viene contándose respecto á la pésima administración de los yanquis en Puerto Rico, y seguramente serán infundados los graves cargos que se hicieron contra míster Post, el gobernador de la isla, tan graves, que el gobierno de Wáshington se creyó en el caso de llamarle para que personalmente diera explicaciones. Al fin y al cabo, Puerto Rico no era más que una próspera colonia que se arrebató á España para que la explotaran los dignos ciudadanos de la Unión. Si éstos no pueden realizar buenos negocios en ella, ¿para qué sirve?

* * *

Parece que se afianza la paz en Centroamérica.

Honduras, la República que más sufrió con motivo de los pasados disturbios, consolida y normaliza su situación política: decretóse amplia amnistía por delitos políticos y sus conexos, y en 28 de enero el gobierno revolucionario ó provisional quedó convertido en gobierno constitucional bajo la presidencia de D. Miguel R. Dávila.

Justo es consignar que la amnistía á que nos referimos ha sido consecuencia del último acuerdo de los congregados en la Conferencia centroamericana de Wáshington, que la recomendaron á todos los gobiernos de la América Central.

Esa Conferencia deja, entre otros beneficios, el de advertir á los pueblos de Centroamérica que necesitan rectificar su conducta política y administrativa si aspiran á vivir como naciones autónomas y á realizar el pensamiento de constituir la gran patria. Así lo reconoce y declara la Asamblea Nacional de Honduras al contestar al manifiesto del actual presidente de la República.

En esa respuesta hácense además otras muy oportunas advertencias. La Asamblea llama la atención del presidente sobre el desprestigio que acarrea á los gobiernos su inconsecuencia política y le recomienda que evite la amalgama de elementos heterogéneos, que tantos y tan profundos males origina.

Como se ve, los constituyentes hondureños no son partidarios de esas fusiones ó alianzas que hoy por hoy se pactan como *modus vivendi* en algunas Repúblicas de Suramérica, con resultado vario, aunque en general poco favorable al prestigio y honorabilidad de los profesionales de la política. Esos gobiernos ó ministerios de amalgama satisfacen, por el pronto, ambiciones ó vanidades de unos y otros, y evitan, acaso, una revolución ó un motín; pero no crean situaciones sólidas y permanentes capaces de impulsar el desarrollo de los intereses públicos y el consiguiente engrandecimiento del país.

Quieren los hondureños unidad de doctrina y de aspiraciones en los hombres que gobiernan; pero manteniendo una política de moderación y tolerancia respecto de los demás partidos. A este propósito responde la amnistía, á cuyo amparo han regresado al seno de sus familias la mayoría de los que, con razón ó sin ella, se consideraban expatriados por causas políticas.

* * *

Nicaragua y Costa Rica entablan negociaciones para establecer convenios de carácter político y comercial. Ambos Estados sienten ahora la necesidad de atender preferentemente á sus intereses económicos. Costa Rica ha tenido una mala cosecha de café, y Nicaragua sufre cierta paralización en los trabajos forestales y mineros de las provincias atlánticas por consecuencia de insurrecciones de los indios mosquitos. Hay en esas provincias dos grandes elementos de riqueza; el caucho y el oro.

* * *

Surgen conflictos entre el gobierno de Panamá y los administradores de la Zona del canal. Estos proceden como si aquél fuera una dependencia suya. Claro que de hecho lo es; pero no tienen los yanquis la delicadeza de guardar aparentes consideraciones á un estado soberano y á su jefe, por lo cual éste, el Sr. Amador Guerrero, hace entender la molestia que le causa la soberbia actitud de los altos funcionarios del canal y pide que se establezca la debida separación entre los asuntos políticos y los de carácter industrial que se refieren á la administración y á las obras de la gran vía interoceánica.

* * *

De día en día van tomando mayor intensidad los rumores de acción japonesa en América. Políticos y mercaderes nipones tienen puestas sus miras en las costas americanas del Pacífico y ahora vuelve á hablarse de proyectos del Japón para favorecer los trabajos de apertura de un canal que rivalice con el de Panamá y sirva para establecer competencias con los Estados Unidos desde los puntos de vista estratégico y comercial. Periódicos de Colombia anuncian que hay tratos entre su gobierno y el japonés para abrir canal por la vía del Chocó, y que en breve numerosa emigración nipona ha de instalarse en las fértiles tierras colombianas.

Indudablemente, si la noticia es verídica, habrán de referirse esos tratos á alguno de los antiguos proyectos de canal por los ríos Atrato y sus afluentes ó el San Juan, proyectos de los que dió noticia en el *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, de Madrid, en 1906, el Sr. Novoazerda, de Colombia. Por cierto, que ya en el artículo á que nos referimos, aludiendo el autor al supuesto pacto entre Inglaterra y Japón para construir el canal de Nicaragua, hacía notar las mayores ventajas que ofrecía el del Atrato, que pasa no más que por territorio de Colombia, bien dispuesta á ayudar con todo entusiasmo y decisión.

Quedó ya resuelto el conflicto entre Colombia y la hacienda francesa, que reclamaba unos 14 millones de francos por derechos de timbre ó de registro de las acciones depositadas en las Cajas de la Compañía del canal á la orden del gobierno colombiano. Mediante una transacción la nueva Compañía del canal pagará al fisco francés 7.850.000 francos, y Colombia deberá á dicha Compañía 1.500.000 francos.

Es noticia que también merece consignarse la ratificación del tratado de límites con el Brasil. Estas cuestiones de frontera entre potencias americanas, sobre todo en la vasta cuenca del Amazonas, son causa de frecuentes discordias y conflictos, y por esto tienen excepcional importancia los convenios que dan la solución definitiva.

* * *

«La calma reina en todo el país,» según declaraciones oficiales del gobierno argentino. Mas no puede negarse que hay mar de fondo en la política. Verdad es que en las últimas elecciones para renovar la mitad de la Cámara de Diputados han triunfado los candidatos ministeriales; pero los partidos de oposición, excepto los socialistas, se abstuvieron, y han de hacer cuanto puedan para contrariar al partido imperante. Entretanto, el gobierno que declaró terminadas las sesiones del anterior Congreso y legisló por decreto, ha renovado aquél á su gusto y dispone de la mayoría necesaria para legalizar sus actos.

El reciente atentado contra la vida del presidente no parece que tenga carácter político; el individuo que lanzó la bomba se declaró anarquista.

La situación financiera no es tampoco muy halagüeña. A juzgar por reciente informe de la Cámara Mercantil de la provincia de Buenos Aires, se acrecientan las dificultades y el país se aleja de la norma que debía llevarle á la verdadera y permanente solidez de su hacienda. Durante el año 1907 se hizo imposible la continuación y aumento de los depósitos de oro del fondo destinado á la futura conversión de la moneda fiduciaria. En los años precedentes se destinaron á ese efecto gruesas sumas de metálico, obtenidas de los sobrantes del presupuesto; pero en 1907 no se ha podido proseguir esa obra patriótica, ante la amenaza continua de serios desequilibrios en la marcha financiera del gobierno. Hay, pues, que ir difiriendo indeterminadamente la fecha en que podrá el país abordar con seguridad de éxito la solución del problema monetario.

En materia económica, la nota ó rasgo característico del año ha sido la restricción del crédito, impuesta á los bancos, como medida salvadora, ya por la pérdida de una gran parte de la cosecha de maíz, ya, principalmente, por el desenfreno de la especulación, con todas sus fatales consecuencias.

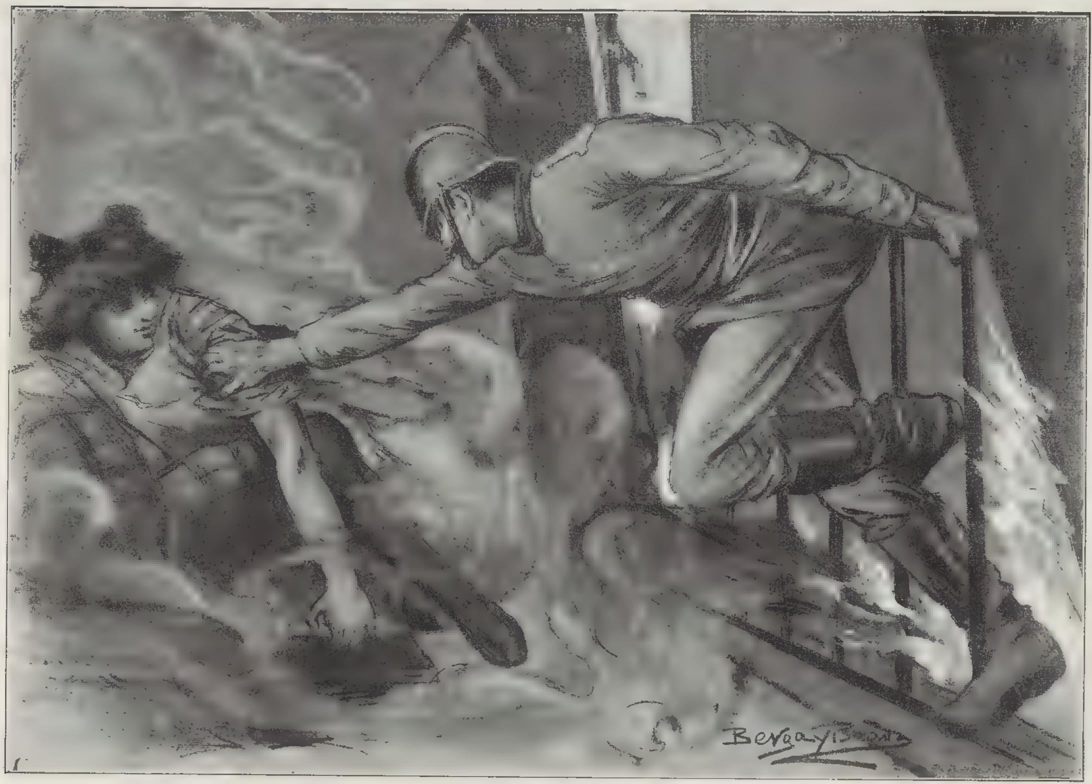
También se señala como circunstancia desfavorable la menor introducción de capitales extranjeros durante el año pasado. Pero es este un fenómeno pasajero, que se debió al malestar de los mercados monetarios de Europa y no á que la República Argentina haya dejado de inspirar confianza é interés al capital europeo.

Ha habido, sin embargo, un feliz acontecimiento en el terreno económico y financiero; el aumento del capital del Banco de la Nación Argentina, que era de 50 millones, hasta 100 millones de pesos moneda nacional. Es este un hecho de gran importancia, pues ha de influir poderosamente en el desarrollo de la producción agrícola y pecuaria, del comercio y de las industrias fabriles. El Banco de la Nación Argentina, con 100 millones de pesos de capital disponible, es una potencia financiera de primer orden, que garantiza la estabilidad del mercado monetario y promete eficaz impulso á todas las iniciativas bien encaminadas en el vasto campo de la actividad económica del país.

R. Beltrán Rózpide.

UN HEROE, CUENTO DE SEBASTIÁN GOMILA

Dibujo de Berga y Boada



Saltó por un balcón, derribó una puerta á hachazos, penetró en una alcoba...

La vida de Juan Portel había sido un completo martirio. Huérfano de padre y madre á los seis años, calculad la suma de dolores hasta llegar á los treinta.

Y sin embargo, nuestro hombre fué siempre de los que resisten. Amargábale el dolor, mas no le acogotaba; y con sus escasas luces veía claro una cosa que olvidan muchos de los mortales, esto es, que para arribar á puerto hay que sortear los riesgos.

Los que sorteó en la ruta Juan Portel son incontables. Cada pedazo de pan en la infancia, ¡lo que suponía!.. Porque la humanidad es tan atroz, que hasta la filantropía práctica de manera hosca.

Fuese porque la niñez y la inocencia son blandas y no han temor de los golpes, ó porque aquel rapaz hubiera nacido hecho á las penas y á los topetazos, es lo cierto que el mendrugo, bien ó mal, llegó á su boca, y que luego halló acomodo, y que su ánimo y su bondad corrieron en la juventud parejas.

Tuvo *ángel*, y le abrió camino el natural, más que la suerte. No se vaya á creer que un camino alfombrado de rosas. Si alguna halló al paso, con toda seguridad antes se pinchó que olió la fragancia.

El martirio de Juan Portel consistía más en su tendencia á la reflexión que á los embates duros de la adversidad. Era constante y tenaz en la lucha; pero esa tenacidad y esa constancia parecían derivarse de una protesta. Bregaba contra el infortunio, no por resignación, sino por ver y entender lo inmerecido del castigo.

Y claro está, con la resistencia se pasan los días, y los meses, y los años; y cátate que el niño pasa á ser hombre, y que ya tenemos á Juan Portel todo un oficial de albañil, más trabajador que la hormiga y más bonazo que eso de que habla el Padrenuestro.

A otro que no fuera él habríanle apurado grandemente los obstáculos y privaciones. A él, sin saberle á gloria, le producían el efecto de molestias pasajeras.

Solía decirlo:

—Los males son como el viento: fastidian, pero pasan. Todo estriba en saber resistir.

Ahora ganaba lo suficiente para cubrir sus necesidades, y únicamente sentíase acongojado por hallarse solo. Aquel vacío, sí, aquello de estar sin padre ni madre ni perrito que te ladre, le ponía á veces caviloso y como con ganas de atinar también en el medio de vencer la dificultad.

La venció, voluntarioso y empeñado en ello. La venció ayudado por la casualidad, ó la suerte, ó como se quiera llamarlo. Todo consistió en fijarse en unos ojos, pasar ligera revista á un cuerpo y decirse:

—He ahí una moza para emparejar sin pena.

Ya se sabe lo que ocurre en materias de esos *choques*. Los ojos son los que median, y el corazón el que se resiente. Miradas y más miradas, latidos y más latidos, llega la ocasión de terciar los labios. Y por los labios sale, convertido en dicho, todo el fuego de los ojos y toda la ternura de la entraña tierna.

Después..., después, como sea pura la afición y la intención honesta, tiene pocos lances la cosa. Arreglar unas copias, preparar un ajuar y requerir á un cura. Tras de la bendición...; ¡un mundo!

Quitándole á la comparación todo asomo de molestia para el sexo bello, algo hay en lo femenino de lo que á veces decía Juan Portel: «La mujer, como el melón, falta saber si está en sazón.»

No lo estuvo la mala hembra que vino, en vez de alegrar su vida, á amargarla. La malaventura tornó para el cuitado á los pocos años de matrimonio. Y un día..., un día tuvo que hacer gran esfuerzo por contenerse y no jugar su existencia por aquella esposa maldita, que tan mal pagaba el amor del compañero. La echó, y en paz.

Ya dijimos que el oficial de albañil, aunque escaso en instrucción, tenía claro entendimiento. Tomó el rudo golpe como una contrariedad más, y el desaliento al cabo no pasó á mayores. Fué, no obstante, la herida que más le apuró y que, aun cicatrizada, dolióle eternamente.

La gran dosis de amor que se almacenaba en su pecho había de traslucirse en algo, salir en una ú otra forma. La pena, esta vez, hízole más altruista; y si generoso había sido, generoso fué con creces. Tanta era la inclinación, que ingresó en el cuerpo de bomberos, dispuesto en todo á auxiliar al prójimo.

Una noche, rompió su plácido sueño el toque de alarma. Soñaba, sí, Juan Portel en algo venturoso. He aquí que en su matrimonio todo eran delicias; he aquí que su mujer era una santa, y su hogar un paraíso, y su amor una sublimidad; he aquí que en cercana cuna dormía un ángel, de rostro alabastrino, rubias guedejas y ojos azules como el propio color de los cielos...

Los pitos repitieron los toques y saltó del lecho Juan Portel, entre contrariado y risueño. Maquinalmente cogió la ropa á punto, el hacha y el casco, y voló al cumplimiento del deber.

Se trataba de un incendio horroroso; ardía una casa, amenazando con tomar gran incremento el fuego... Aquello era imponente, y más que á atajarlo, hubo de consistir la mira principal en procurar el salvamento de algunas personas.

Tocóle á Juan Portel hacer acopio de valor y sangre fría para escalar un piso y penetrar en una vivienda amenazada. Abajo reinaba grande expectación, y arriba susto de muerte.

Saltó por un balcón, derribó una puerta á hachazos, penetró en una alcoba...

Hubo unos momentos trágicos, de horrible sorpresa y tremenda vacilación... ¡Allí estaba la mujer traidora! ¡Allí la que causó la más honda herida!..

Al tenderse unos brazos, se produjo el gesto infernal de las venganzas solemnes... En la mente de Juan Portel chispeó otra vez una frase: «¡Maldita mil veces!;» y parecióle que le asestaran un martillazo.

Valieron aquellos segundos de lucha por una eternidad de sufrimiento. ¿Se impuso el deber, la filantropía ó el aturdimiento? Difícil es de averiguar. Lo que sí puede contarse es que el bombero arrancó la presa á la muerte, llevó á la mujer en brazos, salvó como pudo el peligro serio y respiró por fin al aire libre entre satisfecho y transido, apenado y contento, temblando de fatiga y de emoción...

Exclamaron algunos: «¡He ahí un héroe!»

No lo sabían bien. Quedaba oculto el principal heroísmo.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XII

Otto Heyden – Nació en Cucherow en 1820 y murió en Gottingen en 1897. Dedicóse en sus juveniles años al estudio de la Teología, trocándolo en 1843 por el de la pintura, por la que sintióse vivamente inclinado, recibiendo enseñanzas en la Academia de Bellas Artes de Berlín. Posteriormente, ó sea en 1850, se trasladó á Italia para conocer las obras de los grandes maestros, regresando á Alemania en 1854. Cultivó especialmente la pintura de retratos, de cuyo mérito es testimonio el de aquel artista, que reproducimos en la página siguiente.

Ernesto Stuckelberg. – Nació en Basilea en 1831 y murió en la misma ciudad en 1903. Aunque se dedicó á varios géneros de pintura, distinguióse de modo muy especial en las obras de carácter decorativo, pudiendo citar, entre las más importantes que ejecutó, el decorado del Palacio de Bellas Artes de su ciudad natal y las salas del Museo de Ginebra. Obra de tan preclaro artista son también los notables frescos que decoran varios edificios de Colonia, Zurich, Saint-Gall, Winterthur, etcétera.

Amós Cassioli. – Nació en Asciano (Toscana) en 1832 y murió en 1891. Sobresalió en las composiciones de carácter histórico, citándose, de entre las varias que produjo, por su indiscutible mérito las tituladas *La batalla de Legnano* y *Lorenzo de Médicis*, hermosa representación de aquel personaje que tantos días de gloria reportó para Florencia, por cuya ciudad debió contar el artista grandes simpatías, según lo demuestra el hecho de haber pintado el cuadro que mencionamos y ofrecido su auto-retrato.

Carlos Block. – A pesar de las laboriosas investigaciones que hemos llevado á cabo para adquirir antecedentes de este artista dinamarqués, únicamente podemos fijar su nacionalidad y las fechas en que nació y de su fallecimiento, que tuvieron lugar respectivamente en 1834-1890.

León Bonnat. – Nació en Bayona en 1834. Fué discípulo de D. Federico Madrazo y de León Cogniet. En 1857 obtuvo un segundo premio en el Concurso de Roma, en el que se dió como asunto la *Resurrección de Lázaro*, exponiendo el mismo año tres retratos. Viajó por Oriente, siendo condecorado, por el mérito de sus obras, con la Legión de honor. Cuéntanse, entre sus mejores producciones, las tituladas *Adán hallando á Abel muerto, Martirio de San Andrés, Peregrinos á los pies de la estatua de San Pedro, Edipo, Cristo*, destinado á una de las salas del Tribunal, obra admirable por la verdad de la anatomía, *Los primeros pasos, La lucha de Jacob* y el retrato de *Thiers*, obra magistral, que aumentó su celebridad la circunstancia de haber fallecido á los tres meses el retratado.

Eduardo Juan Poynter. – Nació en París en 1836, cursó sus primeros estudios en la Escuela de Westminster de Londres y en Ipswych; fué discípulo, desde 1856 á 1859, del profesor Gleyre, de París; establecióse en la capital de Inglaterra en 1860; fué profesor, desde 1871 á 1877, de Historia del arte en el Colegio de la Universidad londinense, y en 1876 fué elegido miembro de la Real Academia. Sus cuadros al óleo y sus acuarelas se distinguen por su originalidad y por la firmeza del dibujo, siendo los más notables *Israel en Egipto, La catapulta, La fiesta de la Edad de oro* y *Visita de la reina de Saba á Salomón.* Ha pintado hermosos frescos para la iglesia de San Esteban de Dulwich y dibujado varias alegorías para ser ejecutadas en mosaico en el palacio de Westminster. En 1896 fué nombrado director de la Galería Nacional y poco después substituía á Juan Millais en la presidencia de la Real Academia.

Lorenzo Alma Tadema. – Nació en Dronrip, aldea holandesa, en 1836. Perdió á su padre cuando apenas contaba cuatro años y gracias á las energías de su excelente madre, que pudo vencer toda suerte de penalidades, pudo dedicarse al estudio de la pintura, por la que sintió desde sus infantiles años decidida afición. Ingresó en la Escuela de Amberes, pasando después al estudio del pintor Leys, á quien ayudó en la ejecución de los frescos que decoran la Casa Ayuntamiento de dicha ciudad. Posteriormente pintó el cuadro titulado *La educación de los hijos de Clodoveo*, que contribuyó á cimentar su reputación, trasladándose á Londres en 1869, en donde abrieron al artista nuevos horizontes, adquiriendo tal notoriedad, que se organizaron exposiciones para dar á conocer sus obras. A partir de este período, ofrece un nuevo giro su producción, y así como hasta entonces había sido su género predilecto la reproducción de escenas de la Edad media, complacióse en hacer un detenido estudio de las sociedades antiguas, dedicándose á interpretar episodios de Grecia y Roma, según lo atestiguan sus notables cuadros *Cleopatra, Fidias trabajando en el Partenón, La fiesta de la vendimia, Ave-César, La lectura de Homero* y el *Apoclyterium.*

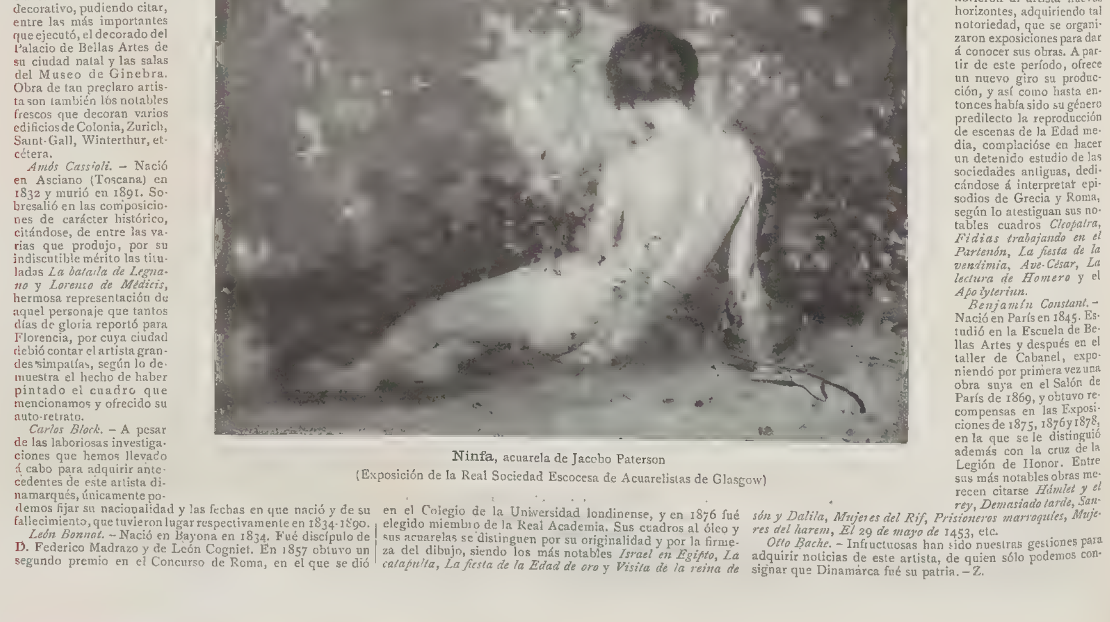
Benjamín Constant. – Nació en París en 1845. Estudió en la Escuela de Bellas Artes y después en el taller de Cabanel, exponiendo por primera vez una obra suya en el Salón de París de 1869, y obtuvo recompensas en las Exposiciones de 1875, 1876 y 1878, en la que se le distinguió además con la cruz de la Legión de Honor. Entre sus más notables obras merecen citarse *Hámlet y el rey, Demasiado tarde, Sansón y Dalila, Mujeres del Rif, Prisioneros marroquíes, Mujeres del harem, El 29 de mayo de 1453*, etc.

Otto Bache. – Infructuosas han sido nuestras gestiones para adquirir noticias de este artista, de quien sólo podemos consignar que Dinamarca fué su patria. – Z.



La Caridad **La Justicia**

Grupos escultóricos de Carlos J. Allen que figuran en el monumento erigido por subscripción popular á la memoria de la reina Victoria de Inglaterra en la iglesia de San Jorge de Liverpool

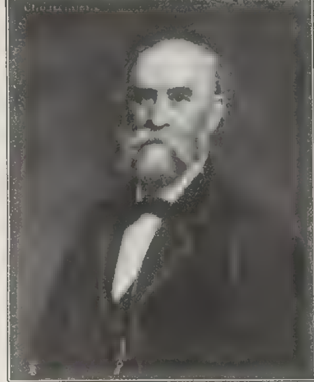


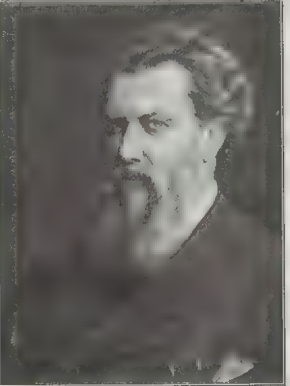
Ninfa, acuarela de Jacobo Paterson

(Exposición de la Real Sociedad Escocesa de Acuarelistas de Glasgow)

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres


Otto Heyden, alemán (1820-1897)


Ernesto Stuckelberg, suizo (1831-1903)


Amós Cassioli, italiano (nació en 1832)


Carlos Block, dinamarqués (1834-1890)


León Bonnat, francés (nació en 1834)


Eduardo Juan Poynter, inglés (nació en 1836)


Lorenzo Alma Tademá, holandés (nació en 1836)


Benjamín Constant, francés (nació en 1845)

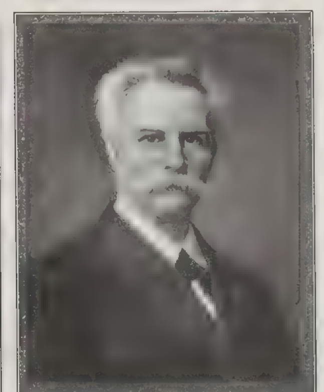

Otto Bache, dinamarqués

LÁMINA 12.ª –DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

EL DR. D. JUAN FASTENRATH

Con su duro laconismo nos ha transmitido el telégrafo la desagradable noticia del fallecimiento del Dr. Fastenrath, eximio escritor é inspirado poeta poliglota, cariñoso y entusiasta amigo de nuestro país, á quien debemos respeto y gratitud, puesto que consagró la mayor parte de su existencia al cultivo de las letras españolas, dando á conocer en su patria cuanto revela la grandeza de nuestro pueblo.

A sus indiscutibles méritos como escritor, hay que agregar los nobles sentimientos que le inspiró siempre España y especialmente Cataluña, cuya historia, tradiciones y literatura indujéronle á popularizarlas en su país, ya vertiéndolas á su idioma nativo, ó bien produciendo composiciones que por sí solas bastarían para formar su reputación. El *Ramillete de romances*, *Maravillas hispalenses*, *Siempre vivas de Toledo*, *Flores de Hesperia*, *Elegías granadinas* y su romancero histórico *Los doce Alfonsos*, aparte del considerable número de poesías y artículos publicados en castellano, atestiguan las simpatías que le inspiraba nuestra patria, á cuyo servicio y glorificación dedicó el esfuerzo de su inteligencia y el caudal de su inagotable sentimiento.

La traducción de la hermosa trilogía de Balaguer *Los Pirineos* y su libro *Los trovadores catalanes*, aparte de la versión de las poesías de Rubió, Apeles Mestres y otros poetas, atestiguan su apasionamiento por la literatura catalana, y si esta muestra no bastara, podría aducirse el hecho de que cuando en el año de 1889 visitó nuestra ciudad acompañando á su distinguida esposa, Luisa Goldmann, que presidió los Juegos Florales de aquel año, nos procuró la agradable y delicada sorpresa de que su amantísima é inteligente compañera pudo expresar en catalán sus sentimientos, á pesar de ser aquella la primera vez que visitara Cataluña.

A su patria dedicó una obra monumental, destinada á enaltecer el espíritu germánico, titulada *La Walhalla y las glorias de Alemania*, publicando entonces las *Figuras de la Alemania contemporánea*, inspiradas una y otra en elevados y nobles ideales, que revelan la grandeza de su alma y su patriotismo.

Nació el que fué para nosotros también excelente amigo el 3 de mayo de 1839 en Remscheid, cerca de Colonia, la ciudad de sus amores, en donde estaba el hogar de sus padres, cerca y casi á la sombra de la venerada iglesia de San Gercón. Allí trocó sus estudios del Derecho por sus trabajos literarios; allí, inclinado por su afición decidida, abandonó su toga doctoral por la investidura de poeta y de publicista, adquiriendo el título de amigo de nuestra patria y fundador de esos Juegos Florales de Colonia, que se celebran también en el mes de las flores y que tienen su palacio en el gótico salón del *Gurzenic*, presididos por una dama de real estirpe, destinados á perpetuar el glorioso nombre de Fastenrath.

Han transcurrido ya muchos años desde que la suerte nos deparó la ocasión de conocer á Fastenrath. Desde entonces se habían afianzado los lazos de sincera amistad que nos unían, y al romperse hoy, sólo nos resta dedicarle estas líneas á modo de afectuoso recuerdo, puesto que no podemos olvidar al que además colaboró con frecuencia en esta Revista, demostrando siempre su acendrado amor á nuestro país y la grandeza de sus sentimientos reflejada en todas sus obras.

El coro de alabanzas que en España se le tributa, como manifestación de cariño y gratitud de un pueblo, sirva á su dulce compañera de motivo de consoladora resignación.

A. García Llansó.



El Dr. D. Juan Fastenrath, eminente poeta y literato alemán y entusiasta hispanófilo, fallecido en Colonia el día 17 de los corrientes. (De fotografía de Antonio y Emilio F., dits Napoleón.)

DE MARRUECOS

Las columnas francesas mandadas por el general d'Amade prosiguen su avance por el territorio de los medakras, habiendo sostenido varios combates, de los cuales el único relativamente importante fué el del día 8 de los corrientes. En esta acción fueron duramente castigados aquellos rebeldes, lo propio que los mzabs, que habían acudido en su auxilio; los franceses tuvieron insignificantes bajas, un oficial muerto y siete soldados heridos, y aquella misma tarde acamparon en Sidi Abd-el-Kerim. Posteriormente han avanzado desde Settat hasta la alcazaba de los Ulad-Saíd y desde ésta, el día 15, hasta Dar-Ulad Fatima, destruyendo varios aduares y apoderándose de muchas tiendas y de numerosos rebaños.

Estas operaciones han impresionado hondamente á las tribus levantiscas de aquellas regiones, muchas de las cuales se han presentado al general d'Amade solicitando la paz. El propio Muley Hafid, á quien sus partidarios van abandonando poco á poco, parece inclinado á someterse á su hermano; pero esta noticia necesita confirmación, ya que es muy difícil que el pretendiente se resigne á desacreditarse ante los suyos, y no lo es menos que Abd-el-Aziz le dé las garantías y le otorgue las ventajas que de seguro le exigiría aquél para su sumisión.

A pesar de esas victorias, ó quizás para hacerlas más decisivas, el gobierno francés ha resuelto el envío á Casablanca de considerables refuerzos, á saber: cinco batallones de infantería, un escuadrón de caballería, una sección de ametralladoras y una batería de artillería, formando un total de 4.000 hombres aproximadamente. Todas estas tropas han sido tomadas de las fuerzas de Argelia, en cuyos puertos se han embarcado ya gran número de ellas. Algunas han desembarcado en Casablanca.

Francia no se limita, sin embargo, á la acción militar para lograr el fin que persigue en Marruecos, sino que conjuntamente con ella ejerce la acción diplomática. A esto obedece la misión confiada al general Liautey, comandante de la división de Orán, y á M. Regnault, ministro francés en el imperio, á quienes se ha encargado que estudien las medidas que han de preparar de una manera concreta las condiciones de la organización de la policía confiada á Francia y España. Pero al mismo tiempo que este punto especial han de tratar con el sultán otras muchas cuestiones que abarcan todo el problema marroquí, como lo demuestra el hecho de que en esa misión está comprendido el examen de la situación de Udjda, es decir, de la frontera argelina, en donde repercuten los sucesos de Casablanca, pues Muley Hafid, al mismo tiempo que predica la guerra santa en el interior de Marruecos, trata de provocar una agitación en el extremo Sur oranés. Por fortuna sus esfuerzos en este sentido no han dado hasta ahora resultados apreciables, lo cual no es óbice para que los franceses hayan de estar apercibidos contra cualquiera eventualidad que pudiera surgir en aquellos territorios.

El día 11 de los corrientes, el general Marina, gobernador de Melilla, de acuerdo con la cabila de Quebdana, envió un destacamento compuesto de tres compañías de infantería y de tres piezas de artillería á Cabo de Agua, con objeto de establecer un depósito de víveres para surtir á los habitantes de Chafarinas. El sultán estaba obligado á tener allí una guarnición, pero como tal obligación se hallaba incumplida, el gobierno español, con muy buen acuerdo, ha dispuesto esa expedición, que ha dirigido con gran pericia el coronel Larrea y ha sido apoyada por el cañonero *General Concha*. Se han instalado allí un campamento y una estación heliográfica y se ha montado un servicio de vigilancia para impedir cualquiera sorpresa de los rebeldes. – R.



La primavera, dibujo á la pluma de Anita French



Tropas francesas acampadas junto á la alcazaba de Bu-Znika. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Campamento de la columna del general d'Amade después del combate de 29 de febrero. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Jefes y oficiales de la guárnición de Melilla despidiendo á las fuerzas destinadas á la ocupación de Cabo de Agua
(De fotografía del capitán D. Francisco Lorduy.)



EL HIJO PRODIGO, COPIA DEL NOTABLE



...o de Jorge de Rosen, grabado por Ricardo Bong

EDMUNDO DE AMICIS

Repentinamente ha fallecido en Bordighera este escritor eminente, uno de los más populares de nuestros tiempos, y una de las glorias más legítimas de la literatura contemporánea. Aunque su fama no estuviese cimentada en otras muchas obras, habría bastado á conquistársela imperecedera su *Cuore*, ese libro hermosísimo que todo el mundo ha leído porque ha sido traducido á todos los idiomas y del cual se han tirado sólo en Italia 340.000 ejemplares.

Nació Edmundo de Amicis en Oneglia en 31 de Octubre de 1846, salió de la Escuela militar de Módena en 1865 y al año siguiente estuvo como alférez en la batalla de Custozza; pero muy pronto dejó la carrera de las armas para dedicarse enteramente á la literatura, en la que había debutado dirigiendo en Florencia el periódico *Italia Militar*. Sus poesías *Italia y Polonia* y sus *Bocetos de la vida militar* le valieron desde luego gran notoriedad, que aumentó muy pronto con la publicación de sus *Novelas cortas*. La lista de sus obras es muy larga, por lo que nos limitaremos á citar las más salientes, á saber: *Recuerdos de 1870-71*, *España*, *Holanda*, *Marruecos*, *Constantinopla*, *Recuerdos de París*, *A las puertas de Italia*, *Los amigos* y por encima de todas ellas la ya citada *Corazón*.



El eminente escritor italiano Edmundo de Amicis, fallecido en Bordighera el día 11 de los corrientes, en su lecho de muerte. (De fotografía remitida por R. Fiorilli.)

Edmundo de Amicis fué un escritor elegante y sentía de tal modo lo que escribía que sus libros impresionan hondamente al lector y le cautivan por la viveza del ingenio y por la verdad y vigor del colorido.

A raíz de su muerte, un importante periódico italiano ha escrito el siguiente juicio acerca del insigne escritor: «Profundamente idealista, había seguido siempre lo que creía bueno y útil; joven, había visto á su patria languidecer bajo la tiranía extranjera y se había hecho soldado para libertarla; viejo, había recogido el grito de dolor que desde los lugares en donde los hombres sufren había llegado hasta él y habíase hecho socialista para dedicar toda su actividad á la redención de aquellos desgraciados. Pero en el fondo era socialista, como había sido soldado, únicamente por una conmoción sentimental de su espíritu bondadoso; y del mismo modo que abandonara la espada apenas se hubo logrado la unidad de la patria con la ocupación de Roma, renunció á toda participación activa en las luchas del socialismo, el día en que se convenció de que éste era un partido político y no un fin ideal supremo.

»Era ante todo y sobre todo un alma sincera. En una época en que la literatura parece justificar el célebre dicho de que la palabra ha sido dada al hombre para esconder su pensamiento, él supo mantenerse sencillo, aun pudiendo esta sencillez ser tomada por un defecto. Pero precisamente en esta sinceridad suya está el secreto del favor, á menudo fabuloso, que siempre halló en el público. Cumpliendo el precepto horaciano, había llorado y hecho llorar, había sonreído y hecho sonreír, habíase conmovido ante los espectáculos de bondad ó de gloria, de horror ó de alegría, y había hecho conmoverse á sus lectores que eran también sus amigos.

»Toda su obra es obra de bondad, desde aquellos primeros insuperables *Bocetos* militares hasta su último *Reino del amor*, con que la fatalidad ha querido que en los confines de un reino ideal, acabase su vida de escritor.»

La muerte de Amicis ha sido un duelo general en toda Italia; al tener noticia de su fallecimiento, el presidente de la Cámara pronunció un sentido elogio fúnebre y los reyes enviaron un expresivo telegrama de pésame á la familia del gran literato y patriota, cuyas obras constituyen un espejo de sana moral y reflejo de su alma bella.

¡Descanse en paz!

LA EMINENTE ACTRIZ JAPONESA HANAKO

En París y en Berlín ha conseguido recientemente grandes éxitos una nueva actriz japonesa que ha recogido en aquellas capitales tantos laureles como recogió no hace mucho su compatriota la famosa Sada Yaco. Llámase Hanako, es joven, linda y graciosa y tiene sobre su colega la ventaja de que sobresale así en el género trágico como en el cómico, según lo demuestra de un modo elocuente en el drama *Otake*, una de sus obras predilectas y cuyo argumento es, en resumen, el siguiente:

Otake, criada de la geisha Yoshito, penetra, durante la ausencia de ésta, en su tocador y se pone sus vestidos y se pinta la cara con sus afeites; el amante de Yoshito la sorprende y tomándola por su amada, pretende acariciarla. Otake, que ama á un criado de la geisha y quiere casarse con él, rechaza enérgicamente aquellas caricias. Después de una apasionada escena de amor y celos con su prometido, se ve de nuevo acosada por el pretendiente de su ama que, enamorado ya de ella y furioso al ver que prefiere á otro, la mata. Entra en aquel momento Yoshito, y Otake, tras una horrible agonía, muere, no sin haber reconciliado á los dos amantes.



En la primera parte de este drama, Hanako hace gala de una vis cómica extraordinaria; en la segunda, se eleva como trágica á una gran altura. La escena de la muerte, sobre todo, produce, según parece, una impresión indescriptible; su rostro se demuda gradualmente y su cuerpo se agita en los espasmos de la agonía con una verdad asombrosa, pero sin caer en repugnantes realismos. Dentro de la naturalidad, el arte de Hanako, al decir de los críticos, es un arte romántico.

Desde Berlín se propone ir á Londres, á Bruselas y á otras capitales de Europa, en donde logrará seguramente los mismos triunfos que ha alcanzado en las de Alemania y Francia.



La célebre actriz japonesa Hanako, que ha trabajado recientemente con gran éxito en París y en Berlín. (De fotografía.)

Espectáculos.

BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La llar*, visión en seis cuadros de Víctor Brossa y Sangermán, música del maestro Bartolí, y *Cadena d'amor*, comedia en tres actos de Joaquín Riera y Bertrán; y en el Eldorado *La moglie del dottore*, comedia en tres actos de Silvio Zambaldi, que interpreta de una manera admirable la eminente actriz Sr. Baldanello y el notabilísimo actor Sr. Bratti, perfectamente secundados por los demás artistas de su compañía.

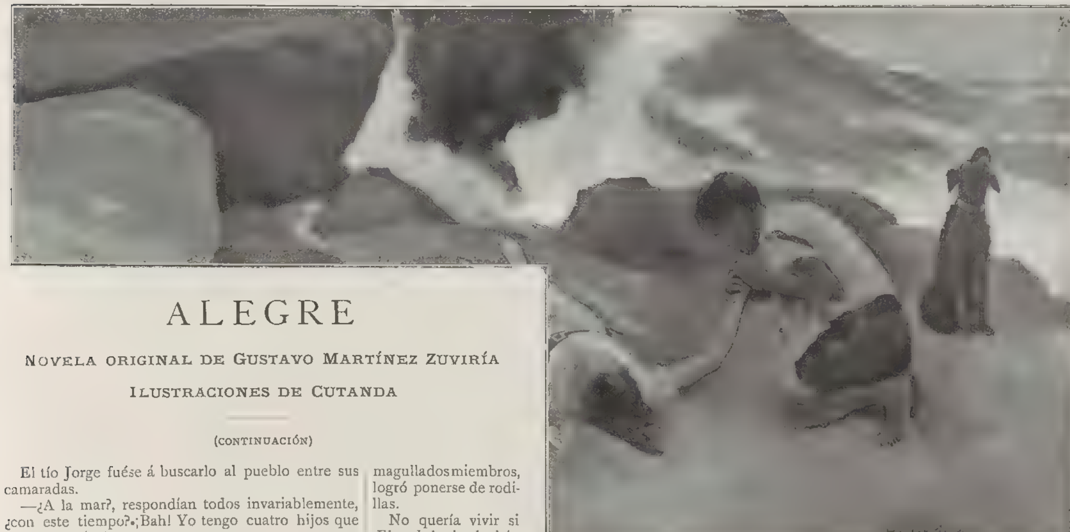
Orfeó Català. – Los tres últimos conciertos dados en el Palacio de la Música Catalana han sido otros tantos éxitos grandiosos para la benemérita institución. En el tercero y cuarto se ejecutó el hermoso *Magnificat* de Bach, que fué interpretado de una manera magistral por los coros y orquesta dirigidos por el maestro Millet, y por el órgano confiado al eminente Sittard; los solistas señoritas Bertrán, Amat y Darnís y señores Bosch y Navarro cumplieron bien su cometido, y el público tributó á todos una ovación indescriptible. Además se repitió la *Glossa* del maestro Pedrell, se estrenó el *Concierto* de Haendel para orquesta y órgano y el mencionado Sr. Sittard tocó en éste admirablemente varias piezas de Bach (padre), una de Bach (hijo) y otras de Max Reger y César Frank. En el último concierto se repitió, con el mismo éxito entusiasta que en la anterior audición, la escena de la Consagración del Graal, de *Parsifal*, y se presentó por vez primera ante nuestro público el joven y eminente pianista catalán Ricardo Vinyes, quien, en la ejecución del *Concierto* para piano y orquesta de Rimsky-Korsakoff, en las *Variaciones sinfónicas* de César Frank y en otras piezas justificó la fama de que venía precedido y que le coloca entre los más grandes concertistas de piano.

Asociación Musical de Barcelona. – El primer concierto de la serie organizada por esta Asociación en el teatro del Liceo fué dedicado á Grieg, de quien se ejecutaron las dos *suites* para orquesta de *Peer Gynt*, varias melodías noruegas, un *Concierto* para piano y orquesta y tres *lieders*, mereciendo muchos aplausos la orquesta dirigida por el maestro Sr. Lamothe de Grignón, el notabilísimo pianista Sr. Granados y la distinguida soprano Srta. Darnís. En el segundo y en el tercero se ejecutó el magnífico oratorio de César Frank, *Les Beatitudes*, que valió grandes ovaciones á la orquesta y á los coros de la asociación, al *Orfeó Gracienck* y á los solistas señoritas Darnís, Vinyas y Amat y Sres. Dini, Franco, Bataller, Giralt y Gorchs. El cuarto ha sido dirigido por el maestro Crocé-Spinelli; el programa se componía de varias obras de Schumann y de Berlioz, que obtuvieron una interpretación excelente y fueron extraordinariamente aplaudidas.

Segundo concierto Sauer. – Fué un nuevo y grandioso triunfo para el eminente pianista, que tocó de una manera imponderable piezas de Beethoven, Schumann, Schubert, Brahms, Chopin, Liszt, Grieg, Rubinstein, Strauss Schulz Evler y algunas suyas.

MADRID. – Se ha estrenado en el Español con éxito extraordinario *Las hijas del Cid*, leyenda dramática en cinco actos y en verso de Eduardo Marquina, obra que la crítica ha calificado unánimemente como una de las más hermosas producciones de la literatura dramática española moderna. Ha sido puesta en escena con lujo y propiedad grandes y excelente decorado de los Sres. Amorós y Blancas, y en su ejecución se han distinguido notablemente las Sras. Guerrero y Bárcena y los Sres. Díaz de Mendoza y Codina.

En el teatro Lara se ha estrenado con buen éxito *El incierto porvenir*, comedia en dos actos, primera producción escénica de D. Antonio Ramos Martín, hijo del aplaudido y popular autor dramático D. Miguel Ramos Carrión.



ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

El tío Jorge fuése á buscarlo al pueblo entre sus camaradas.

—¿A la mar?, respondían todos invariablemente, ¿con este tiempo?-¡Bah! Yo tengo cuatro hijos que mantener, tío Jorge.

—¡Es para salvar á los niños!

—No, tío Jorge, no se haga usted ilusiones; ya los chicos estarán donde Dios quiera. ¿No ve usted que es tentar al cielo largarse á la mar con este tiempo?

—¡Cobardes!, rugió como un león herido el viejo pescador, y se fué al muelle.

El tiempo urgía; cerraba ya la noche y había comenzado á llover.

—Si nadie me acompaña, iré solo, y saltó á bordo.

—Oiga, tío Jorge, díjole alguien á la espalda.

—¡Ah! ¿Eres tú, Toño? ¿Qué quieres?

—¿Quiere que vaya yo con usted?

—¿Tú?, y el marino sonrió tristemente.

—Sí; ¿por qué no? Conozco la maniobra, y aunque soy chico...

—Bueno, sube; eres un valiente; así mostrarás á esos cachalotes que un niño tiene más corazón que ellos; vamos, salta de una vez; al fin y al cabo no tienes padre ni madre que te riñan; y en cuanto á tu tío..., yo me encargo de él.

Toño había saltado ya. El tío Jorge largó la amarra, empuñó los remos y se dirigió al mar.

Desde el pueblo viéronle izar un tormentín en lo alto del mástil, y largarse al acaso entre las bravas olas que cubrían de espumas el puente de la *Bella Italia*.

XXVIII

EL CALVARIO DE ALEGRE

Cuando Alegre volvió en sí, sintió que el cuerpo le dolía como si le hubieran apaleado.

Abrió los ojos; todo era tinieblas en derredor; soñaba, sin duda; aquella angustia inexplicable que sentía era tal vez hija de una horrible pesadilla.

Quiso volver á dormirse cambiando de postura, pero la dureza del lecho le hizo dar un grito de dolor.

Abrió los brazos y tocó por un lado una roca áspera y fría y por el otro un cuerpo húmedo, lanudo y caliente.

—¡Tell!, exclamó acariciando al perro.

Incorporóse á medias, tanteóse las ropas, estaban empapadas; llovía, porque no podía ser otra cosa que lluvia aquella agua helada que caía sobre él.

Eso lo acabó de despertar, volviéndolo á la realidad desnuda y cruel. Recordólo todo, hasta el momento en que la *Gaviota* se hizo pedazos y él se hundió, y á ese recuerdo dióle un vuelco el corazón.

—¡Margarita!, exclamó con un alarido de terror, ¡Margarita!

Presa de una indecible desesperación, quiso levantarse: su amiguita, su tesoro, ¿dónde estaría? Recordaba que cuando la ola los cubrió, él se abrazó á la niña para morir á su lado, ya que así lo quería Dios. Recordaba que con ella se hundió en un abismo profundo y negro, y ahora él se sentía vivo, si no era la tumba aquel antro horrible donde estaba. ¿Y ella? ¿Qué había sido de ella?

Hizo un esfuerzo sobrehumano, y gimiendo de dolor á cada movimiento que obligaba á hacer á sus magullados miembros, logró ponerse de rodillas.

No quería vivir si *Flor del aire* había muerto; iría á buscar su cuerpo para morir á su lado; ya no tenía fuerzas, ya ni vida tenía.

Viva ó muerta, Margarita no debía de estar lejos; abrazados se habían hundido, abrazados debieron arrojarlos las olas á la orilla.

Trabajosamente dió algunos pasos á gatas, pero tuvo que detenerse; su cabeza había chocado contra un murallón de piedra.

Con el corazón henchido de negra desesperación, empezó á desandar lo andado.

Arrastrándose por el rocoso pavimento, anduvo un rato; de pronto sus manos, con las que tentaba en la obscuridad, chocaron contra otra roca.

¡Inútil, inútil! ¿Para qué afanarse? ¿No era mejor morir tranquilo? Ya su amiguita estaría en el cielo esperándolo.

Alegre se dejó aplastar por la desesperación; iba á morir sin el consuelo de besar por última vez la frente de la chiquilla muerta.

No tenía fuerzas ni para llorar; sus sollozos eran una contracción de su pecho, dolorosos como el hipo de la muerte. Buscó á tientas á Tell, pero Tell había desaparecido. ¿Iría á morir tan solo?

Tan solo no; Tell se había apartado pocos pasos y ladraba; al principio Alegre no supo distinguir sus ladridos de los rumores que llenaban la noche. Después los percibió claramente.

Alegre alzó la cabeza: el perro había cesado de ladrar y venía en busca de su amo; ¿qué quería decirle con aquellos refregones que daba contra su cuerpo? Después se escapaba para seguir ladrando.

—¡Me llama!, pensó Alegre. Hay algo allí. ¿Si será Margarita?

Este pensamiento devolvióle parte de su energía; se incorporó y guiándose más por los ladridos de Tell, que por el lívido fulgor de los relámpagos, se arrastró hacia el mar.

Tell lo aguardaba, Tell que gemía junto á un cuerpo distinto de las rocas: era Margarita.

El muchacho, enajenado con una triste alegría, se arrojó sobre ella; sus ropas estaban empapadas por la lluvia que caía lenta y fría y por las olas.

Tocó las heladas mejillas de la niña, sus mojados cabellos, sus ojos cerrados, su boquita entreabierta...

—¡Ah, ya me moriré yo también, *Flor del aire!*, murmuróle al oído.

Pero era necesario sacarla de aquel lugar fácilmente accesible á las olas.

El muchacho, cuyas fuerzas se duplicaban en una tensión nerviosa, abrazó á su amiguita, y despacio, muy despacio, caminando sobre las rodillas, que se desgarraban en la aspereza de las rocas y procurando librarla á ella de tan crueles caricias, arrastróse hacia arriba cuanto pudo, hasta que dió con la peña. Llegó rendido.

Tell se había echado. Reclinó á la niña sobre él, y sosteniéndole la blonda cabecita entre sus manos, clavó sus ojos en ella.

Un relámpago iluminó un instante su palidez cadavérica.

Tocó las heladas mejillas de la niña, sus moja los cabellos, sus ojos cerrados...

—¡Margarita!, gimió el acongojado niño. Desde el cielo, donde estás, pide á Dios que me lleve; no quiero vivir sin ti.

Estrechó contra su pecho aquella cabeza adorada y posó sus labios en la entreabierta boquita de la chiquilla.

Esto le hizo la impresión de una chispa eléctrica; le había parecido sentir un soplo débil que se escapaba á través de los labios de la niña; ¿era ilusión ó respiraba?

Medio desprendió la desgarrada bata y sobre el corpiño apoyó la oreja: escuchó unos instantes.

—¡Vive!, exclamó al sentir los latidos del corazón de su amiguita. ¡Vive!, repetía loco de contento, estrechándola contra su pecho con una alegría sin límites. ¡Gracias, Dios mío, gracias, porque Margarita vive, porque vive mi *Flor del aire!*

Sí, la pobre niña vivía aún; pero su vida pendía de un hilo.

Hay una Providencia especial para los niños. Ellos tienen un Dios aparte, que en su servicio detiene mil veces cada día las leyes naturales. Esa Providencia cuidaba de Alegre y de su amiguita.

El primer choque contra el Peñón de las gaviotas lo soportó el bote, y los dos inocentes náufragos, perdido el apoyo que los sostenía, se hundieron abrazados en un abismo sin escollos, en el preciso momento en que la ola, retirándose como si tomara aliento para una nueva embestida, dejaba en seco la arena de la costa.

Cuando los niños, perdido el conocimiento, volvieron á la superficie, Tell, con ese instinto natural de los de su raza, emprendió su salvamento.

Pero era necesario obrar pronto, ya que el mar estaba en momentánea calma; nadando vigorosamente el perro, asió á los niños abrazados de las ropas, y arrastrándoles dejólos en seco.

La ola volvía mugiendo á invadir de nuevo la costa. Tell adivinó el peligro, y haciendo un esfuerzo prodigioso, logró franquear con su carga una línea de peñascos: hasta allí no alcanzaba la ola todavía.

Aún no estaba satisfecho de su tarea. Agotando sus últimas fuerzas, logró arrastrar á su amo más adentro, hasta que rendido, seguro ya de que la ola no lo alcanzaría, echósele al lado como para darle parte de su calor si aún no había muerto, ó para morir á su lado si no iba á levantarse más.

Tell no se había fijado en Margarita. Él salvó á su amo; su amo abrazándola salvó á la niña. Mas con los tirones bruscos del perro, la chiquilla se desprendió de los brazos de Alegre y allá quedó tendida detrás de las primeras rocas, recibiendo la lluvia del cielo y las saladas espumas del mar.

Si Alegre no hubiera despertado, allí se hubiera quedado la niña; pero el muchacho volvió en sí, y Tell, seguro de que su amo vivía, se acordó de ella, y entre los dos la arrebataron á las injurias de las olas.

Pasados los primeros transportes de loca alegría, una sorda angustia volvió á oprimir el corazón de Alegre. Su amiguita vivía, sí; pero estaba yerta, insensible, rígida. Era necesario volverla á una vida más activa; hacer entrar en circulación su sangre aterida, para que el corazón, que latía apenas, volviera á regir la descompuesta máquina de aquel cuerpo delicado.

La lluvia caía fina y penetrante.

Alegre, cuyas fuerzas despertaban, emprendió la tarea de buscar en aquellas tinieblas y en aquel revuelto peñascal una concavidad cualquiera donde salvar de la lluvia á su amiguita.

Pero aquellas rocas, cortadas casi á pico, no ofrecían refugio alguno. Alegre se descorazonaba.

Tras larga busca, tanteando en la obscuridad, chocando contra las piedras, lastimándose, pudo encontrar un trozo de roca, que proyectado hacia afuera ofrecía un abrigo, harto mezquino en verdad, pero que pareció excelente al muchacho: no estaba en circunstancias de elegir mucho.

Cargó como pudo con el inanimado cuerpo de su amiguita, y emparejando el suelo con arenas y fucos, recostóla bajo el brazo protector de la peña: al menos allí la lluvia no la molestaba.

Alegre nunca había estudiado medicina, pero en aquellas circunstancias obró como un consumado galeno.

Enjugó los vestidos empapados de la chiquilla, y comenzó con rápidas y vigorosas fricciones á volver á la vida su aterido cuerpo.

Largo rato empleó en tarea tan delicada. Él habia entrado ya en calor, apenas sentía las magulladuras de su cuerpo. Pero ella, á despecho de sus desesperadas fricciones, permanecía inmóvil y yerta. Las puntas de las rocas habíanla respetado; pero más débil que el muchacho, la emoción, los zarandeos de las olas, la larga sumersión en las aguas y el frío de la noche la habían aletargado.

El descorazonamiento volvía á ahogar la alegría del grumete. Impotente para reanimar á la niña, lloraba, gemía, gritaba, llamándola con los nombres más dulces; la besaba en la frente, en los ojos, en la boquita; estrechaba contra su pecho, que ardía, sus manecitas yertas, sus piececitos helados.

Aquella tarde la pobre realizó su sueño dorado: andar descalza como su amigo; y allí estaba con los pies desnudos y lastimados por las asperezas.

El pobre Alegre interrogaba á cada instante los latidos del corazón de la chiquilla, de ese corazón que tanto lo quería, y que parecía pronto á quedar inmóvil como el péndulo de un reloj cuya cuerda se acaba.

Después de largo rato y cuando ya se iba sintiendo fatigado, le pareció que los movimientos del corazón se aceleraban.

No se había engañado. Margarita volvía á vivir, y con la vida de Margarita revivía su esperanza y revivían sus fuerzas exhaustas.

Quitóse la blusa y envolvió con ella los pies de la niña, que iban entrando en calor.

Pronto un hálito vital discurrió por aquellos miembros ateridos, volviéndolos más flexibles.

La reacción había comenzado: la chiquilla balbuceó una frase: Alegre esperó temblando aquella resurrección, y para apresurarla besó los ojos de su amiga. Los ojos se abrieron y el pecho se levantó en un sollozo.

—Margarita, murmuró el muchacho á su oído.

La niña quedó inmóvil.

—Margarita, por Dios, háblame; *¡Flor del aire!*..

Ella sacudió la cabecita; sus labios volvieron á moverse, logrando articular borrosamente:

—Miss Fulton. .

—¡Ahora sí que vive!, exclamó el muchacho loco de regocijo. Margarita, habla, háblame de nuevo.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está miss Fulton?, murmuró ella.

—Miss Fulton no está aquí; pero estoy yo, Margarita.

—¿Y tú, quién eres?

—¡Ay! ¡No me conoces! Alegre...

—¡Ah, Alegre!, exclamó ella. Alegre, ¿tú aquí? ¿Qué es esto?—quiso incorporarse.—¡Ay, Alegre!, gimió, no puedo moverme. ¿Dónde estoy? Dime, ¿dónde estamos?

El muchacho iba á contestar, pero el estampido de un trueno horroroso le cortó la palabra.

La chiquilla quedó trémula de espanto. El muchacho se inclinó sobre ella.

-Margarita, ¿tienes miedo?

—¡Oh, sí, mucho miedo!, respondió la infeliz enlazando con sus rígidos bracitos la cabeza de su amigo. Tengo miedo. ¿Dónde estamos?

—En el Peñón de las gaviotas.

La niña lanzó un grito. De golpe aquel nombre había evocado en su memoria toda la escena de la tarde.

Recordó que jugaban en el parque, que á ella se le ocurrió ir al mar, que los pilló una tormenta; vióse de nuevo en la *Gaviota*, zarandeada por las olas; vióla después hacerse trizas en las rocas del peñón, mientras ellos abrazados se hundían en un pozo negro, muy negro. Ella sintió que se ahogaba, quiso respirar, y un agua amarga como agua de jabón le llenó la boca. No recordaba más.

—¡Alegre!, dijo toda temblorosa, yo me voy á morir, ¿verdad?

—No, no, yo estoy aquí contigo; yo me moriría si te murieras tú; ¿sabes?

—No, tú no, yo sí, porque yo tengo la culpa, yo te hice venir. Alegre, perdóname; ¿quieres?

Él por toda respuesta le cerró la boquita con un beso.

—Quisiera ver á mamá...

Él no respondió; ¿qué podía decir el pobre grumete?

El viento había cambiado de dirección, arrastrando la lluvia hacia otro lado. La roca bajo la cual se resguardaban los niños, invadida por las rachas, dejó de ser un abrigo.

Alegre sintió que su amiguita temblaba de frío y él nada podía hacer, la había abrigado con parte de sus ropas, y él también empezaba á tiritar.

—Alegre, tengo frío...

El muchacho lloraba: la chiquilla confiaba en él: ¡y él podía tan poco!.. ¿Por qué era un niño cuando se necesitaba ser un hombre?

Pero eso no era nada, comparado con la angustia que se apoderó de él al sentir que un golpe de agua dejaba en sus labios un dejo salobre.

Esa ya no era la lluvia, era la marea que iba escalando las rocas del acantilado; era la mar que tomaba por asalto el Peñón, que llegaba ya al hueco en que se habían refugiado sus inocentes víctimas, que iba á buscarlas para engullírselas...

Alegre tembló de espanto. Aquellos ingratos peñascales no ofrecían refugio posible: era la muerte inevitable; la muerte siniestra, obscura y fría.

Tell también había adivinado el peligro y aullaba lastimeramente.

Sólo Margarita no lo comprendía. La inocente no sabía más sino que tenía frío, y pedía á Alegre que la abrigase.

Alegre, de pie, con los brazos extendidos como para conjurar la marejada, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba á la sulfúrea luz de los relámpagos aquellos monstruos desgreñados que con sordo chapoteo iban engulléndose las primeras trincheras del islote.

Llegaban en escuadrones y retrocedían para avanzar de nuevo y volver á retroceder, pero ganando un paso en cada embestida.

Y Alegre los miraba acercarse, atontado por la desnuda certidumbre de la muerte inevitable. No podía huir: por un lado el mar, que lo acosaba, cerrábale el paso; por el otro se levantaba inmóvil, insensible, cruel, el rudo murallón del picacho, tallado á pico, que sólo las gaviotas podían escalar.

Tanto que el niño había amado al Peñón en sus sueños robinsonescos, y tan ingrato que el Peñón era con él; lo entregaba cobardemente á la mar, que lo buscaba, y si quería huir le cortaba la retirada poniéndosele por delante: «Aquí estoy yo, de aquí no pasarás, soy aliado del mar y te odio.»

Y las olas seguían acercándose: una cayó sobre Alegre mojándolo completamente; la impresión del agua fría lo sacó de su marasmo.

—¿Por qué aguardar la muerte estúpidamente? ¿Por qué no intentar la huída siquiera para bregar hasta lo último? Él conocía palmo á palmo el islote; mil veces había encontrado entre aquel laberinto de mogotes una vereda para trepar á la cima. ¿Por qué no había de encontrarla ahora?

Una loca esperanza se apoderó de él; recordaba, orientándose mentalmente, que del lado Sur del Peñón donde habían encallado, una vereda perfilaba toda la base del islote, llegando hasta un boquete por donde podía franquear el murallón que le cerraba el paso, para llegar á la cima ó á la playa de arena que quedaba al Norte.

Sí, huir era la salvación ó la muerte; pero quedar se era la muerte sin alternativas.

¡Ay! Quizás era demasiado tarde; un golpe de agua cayó sobre él; era agua de mar, amarga, amarga como su pena; después cayó otro, y después un tercero; las olas llegaban ya al refugio donde el grumete había escondido su tesoro. Abrazó á la niña, que abrió los ojos asustada; se la echó sobre el hombro, y empezó á subir su calvario.

En ese momento Alegre tenía más fuerza que el tío Jorge.

XXIX

EL TÍO JORGE CONTRA EL MAR

En la naturaleza hay un genio que se llama la Casualidad.

Es un artista ciego.

En las montañas sus creaciones son á veces sublimes y á veces ridículas.

Al mirar aquellos desmesurados mogotes ostentando formas estrambóticas, haciendo la caricatura de un dios egipcio junto á la silueta de un zapato, cree uno hallarse en el taller de un cíclope escultor, ciego y loco.

El martillo de ese artista son los terremotos; su cincel los siglos.

En el mar la Casualidad genio es más delicada.

Es un Cellini que trabaja para el Caos.

Sus herramientas son los vientos y las olas: los vientos son el martillo; las olas el cincel.

En las montañas la Casualidad-genio trabaja á remesones.

Concibe la obra, pero solamente la esboza; jamás la pule.

En el mar la Casualidad genio trabaja todo un siglo, minuto á minuto, perfilando, puliendo, retocando hoy la obra de ayer.

Jamás descansa; jamás está satisfecha de su labor.

Sólo el agua paciente, dulce y constante puede tallar filigranas.

El Peñón de las gaviotas era una obra maestra de ese artista.

Era un tazón boca abajo, cuarteado en la parte Norte.

Al Sur estaba entero: era inexpugnable; sólo mostraba un murallón raso sin andamios, sin escarpias, sin salientes, sin agujeros, sin peldaños de ninguna clase. Por allí sólo trepaban los camaleones.

En la base del murallón las olas habían labrado un palacio. Habían trabajado en él con amor; era soberbio, pero no fué de su gusto y lo destruyeron.

Sólo quedaban estatuas sin pedestal, pedestales sin estatuas, capiteles sin columnas, columnas sin capiteles, columnas truncadas, lienzos de murallas y trozos de arcos sembrados por todas partes.

Una galería de escalones lamidos y gastados por las olas contorneaba todo el islote, hasta el Norte, hasta la playa de arena que mostraba el boquete del tazón cuarteado.

Aquel era el camino que debía seguir Alegre; pero estaba invadido por la marea y era preciso subir al atrio del palacio y buscar otra vereda entre el dédalo de escombros, resbaladizos y aguzados como puñales, únicos restos de aquel Partenón marítimo.

Era el calvario de Alegre.

Tell iba delante y él lo seguía fiándose más del maravilloso instinto del perro que de sus enmarañados recuerdos.

Cuando alguna columna de pie aún, ó algún lienzo de muralla, se le ponían por delante, él los rodeaba, esquivando sus celadas cobardes y sus traiciones, huyendo de las olas que lo perseguían, cayéndose, levantándose, arrastrándose como un gusano cuando no podía caminar; desgarrándose las manos, los pies, las rodillas; dejando jirones de sus ropas y de su carne en las aristas de las rocas, pero avanzando siempre con su preciosa carga al hombro y cuidando á costa suya que ni el más leve rasguño lastimara el delicado cuerpo de la niña.

Y seguía andando. A veces corría para ganar un trecho y tomar algún respiro, y cuando creía haber adelantado mucho, una barrera infranqueable le cerraba el paso y tenía que retroceder, desandar lo andado para buscar otra salida, para continuar huyendo, porque las olas conocían el camino y lo acosaban de cerca.

Esto lo hizo una vez, lo hizo diez, lo hizo veinte, lo hizo cien; y había que seguir huyendo, que sacar fuerzas de flaquezas, y el pobre niño, exhausto ya por la doble carga que llevaba, sacaba fuerzas, Dios sabía de dónde, y corría, corría con la loca esperanza de salvar á su amiguita, aunque él se muriera de cansancio.

Así contorneó gran parte del acantilado; así pudo llegar á la playa arenosa del Norte, donde tantas veces había fondeado su *Gaviota*.

Aún no había concluído; le faltaba lo más agrio del calvario: ahora era necesario avanzar, pero hacia arriba, encaramándose por las angostas sendas que llevaban á la cima, porque la marea seguía subiendo.

Quiso hacerlo, pero le fué imposible; en cuanto sintió la blandura de la arena, se le doblaron las rodillas y cayó rendido.

El golpe despertó á la aletargada niña

—Alegre, murmuró.

—Margarita, vamos á morir.

Ella sonrió: ¿qué clase de muerte era aquella que no llegaba nunca?

En la playa el avance de la marea era más lento, pero más formidable; entre las rocas, el agua crecía á oleadas: quedábales la esperanza de refugiarse en lo alto de una de ellas y prolongar por algunos minutos la vida: aquí no había ni esa esperanza. La muerte marchaba despacio, pero segura.

La lluvia seguía cayendo en columnas cerradas, frías como témpanos de hielo.

El viento no amainaba.

—Tengo frío, Alegre, murmuró la chiquilla, mucho frío.

Él no respondió, pero la besó en la frente, en los ojos, en los labios, con ternura desbordante; ¿qué podían hacer sus besos para devolver el calor á sus miembros ateridos?

En su desamparo volvieron á mirar el cielo y rezaron.

Pero la ayuda de la Providencia no siempre se ve.

Y Alegre, que esperaba el milagro en su fe sencilla y candorosa, lloró como no había llorado nunca, viéndose abandonado de los hombres... y de Dios.

Margarita, temblando de frío, medio escondida su cabecita en el pecho de su amigo, lloraba también.

Tell era el único que erguía la cabeza, miraba las olas negras que avanzaban rugiendo, á tragárselo todo. Hubiera podido tentar la huída y salvarse en lo alto del Peñón, pero Tell no huía: su amo no lo abandonó nunca á él; él no abandonaría nunca á su amo.

Alguna emanación extraña debió herir su olfato, porque tendiendo las orejas hacia el mar, mantúvose en acecho un rato, arrojando por último un ladrido penetrante.

Alegre lo oyó. ¡Pobre Tell, quería avisarle, sin duda, que la ola llegaba trayendo consigo la muerte, de la que tantas veces se habían escapado aquella horrible noche!

Intentó levantarse, pero estaba como clavado en tierra por el cansancio, moral más que físico. Si hubiera tenido alguna esperanza, sus músculos hubieran vibrado de vigor para salvarla á *ella*. Pero ¿para qué cansarse, si lo mismo les aguardaba la muerte en la cima que en la playa? El Peñón era el palacio de las olas; en la marea alta las olas venían á habitar su palacio y lo cubrían todo, todo.

Y las olas seguían avanzando. Era la última carga.

Y Tell seguía ladrando. No eran ya los lúgubres aullidos con que en el acantilado saludaba á la muerte, no; era el toque de corneta con que avisaba á lo Desconocido que en el Peñón había náufragos á quien salvar.

Alegre miró á su perro. ¿Por qué ladraría así?

¡Oh, qué grito de júbilo se escapó de su pecho!

—¡Margarita!, exclamó levantándose, ¡mira, mira allí!

—¡Dios mío!

A algunas brazas, sobre las bullentes olas y moviéndose á compás de ellas, avanzaba una luz.

—¡Es una barca!, ¡una barca que nos busca! Margarita, gritemos, gritemos para que nos oigan.

Los dos niños, con todas las fuerzas de sus pulmones arrojaron un grito, un grito de júbilo, de espanto, de desesperación, todo mezclado; pero su grito se perdió entre el grito que las olas arrojaron para ahogarlo: las olas los odiaban.

Pero allí estaba Tell que lanzaba al viento sus estridentes toques de corneta.

—¡Auxilio, auxilio!, gritaba Tell en sus aullidos, y las olas rugían impotentes para apagar el grito de auxilio de Tell.

Desde la barca lo oyeron y comenzaron á maniobrar para acercarse en esa dirección. Pronto se destacó en la negrura de la noche el blanco tormentín izado en el extremo del mástil; después se vió todo el casco de la embarcación.

Cada vez se acercaba más, corriendo parejas con las olas.

Si la barca llegaba antes, los niños se salvaban; si llegaba después, las olas cantarían victoria, azotando las rocas en la última fila de trincheras.

La barca se acercaba con lentitud desesperante. Las olas avanzaban á paso de carga.

Alegre comprendió que la muerte jugaba carreras con la vida.

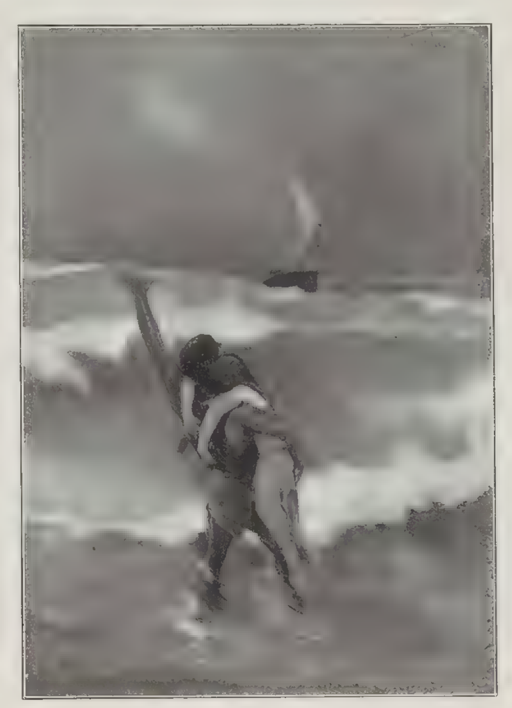
Y la muerte iba ganando. Ya la primera oleada había mojado los pies de los niños; era la avanzada de la gran ola.

Pero Alegre no tembló; tenía esperanza.

—¡Huyamos, Margarita!, gritó tomando en brazos á la niña.

Su vigor era como el Fénix: renacía de sus cenizas.

Llegó hasta las primeras rocas y con su carga adorada comenzó la ascensión; como no podía tenerse en pie, marchaba de rodillas.



Alegre lanzó un grito. — ¡Socorro! ¡Aquí! ¡Socorro!

Y la ola detrás de él lamiendo sus huellas ensangrentadas.

Y la barca detrás de la ola, disputándose la victoria.

Y Tell en la playa inundada dando al viento su toque de auxilio y guiando á lo Desconocido.

Tell no sabía que el patrón de la barca era el tío Jorge.

Alegre sí; había oído un «¡Tromba! ¡Un cuarto á babor!»

La barca, en el momento que su proa iba á alcanzar el linde de las rocas, viró cruzando de largo.

¿Se iba? ¿Los abandonada también el tío Jorge?

No; el tío Jorge burlaba á la mar. La ola hipócrita y traidora lo acercaba al islote en su lomo para estrellarlo contra el arrecife cuando ella franqueara el pórtico de su palacio.

Pero el viejo lobo adivinó su intención, y en el momento justo, en la pulgada precisa, la embarcación viró huyendo de las arteras caricias de la mar.

La ola despechada volvía rugiendo: sus víctimas se le escapaban; aún necesitaba otra embestida para alcanzarlas; iba á tomar alientos.

El tío Jorge la dejó pasar, y virando de nuevo volvió á cruzar frente al boquete del tazón.

—¡Ahora!, gritó á los niños, que habiendo errado la senda se habían detenido temblorosos al pie de otro murallón inaccesible. ¡Ahora, tromba! ¡Al agua, sin miedo!

Alegre comprendió la maniobra; era necesario obrar pronto, ó la barca se les escapaba y volvía la ola.

—¡Margarita, agárrate de mí!, gritó, y se arrojó al mar.

Primero se hundió; cuando salió á la superficie, sosteniendo con un brazo á la niña, nadó desesperadamente hacia la barca; un momento creyó que iba á alcanzarla, estiró el brazo, pero la barca se le escabulló como una anguila por entre los dedos. Un golpe de mar cayó sobre él; tragó agua; volvió á salir á la superficie; lanzó un grito; cerró los ojos y comenzó á hundirse, á hundirse como la primera vez..., abrazado á Margarita.

De pronto, cuando ya lo juzgaba todo perdido, sintió que lo levantaban de las ropas y lo sacaban á la superficie; respiró con ansia y abrió los ojos: Tell era su salvador.

En tanto la barca volvía á cruzar en busca de los niños; pasó á un metro de ellos sin verlos; Alegre lanzó un grito.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Socorro!

Como entre sueños parecióle que alguien nadaba á su lado, que lo sostenían, que lo impelían y, por último, que lo izaban.

Oyó órdenes mezcladas de trombas; soñó que cabalgaban sobre el lomo hinchado de una ola monstruo que zamarreaba á la barca con rabia, que huían de sus garras, que bailaban sobre el mar, y después, rendido por tantas emociones, perdió el conocimiento.

Estaba á bordo de la *Bella Italia*.

XXX

AL DESPERTAR

¿Cuánto tiempo pasó tendido en la cama sin conciencia de sí mismo? Alegre habría jurado que un siglo. Madre Marta, mirando el reloj, hubiera asegurado, con veinte minutos de aproximación, que diez horas.

Alegre soñó que estaba en el fondo del mar, en el palacio de las olas, entre pulpos y tiburones, como los que de oídas conocía. Despertó entero y en su camita arrinconada en el comedor de padre Ludovico. Debía ser de mañana: por la ventana abierta entraba á torrentes la luz de un día espléndido; y el aire puro, y un delicioso calorcillo, y un concierto abigarrado de martillazos, crujidos, chapoteos, ruidos de poleas, golpes de hachas, gritos, órdenes, rumores de pueblo despierto y laborioso.

Entraba además una alegría de vivir para ver aquello y aumentar la algazara.

Colábanse también algunas briznas de sol.

Por lo demás, en el cuarto no había nadie. Nadie á excepción de Alegre, que entre gozoso y avergonzado, asomaba su carita por las cobijas. Mejor para él: se acordaba perfectamente de todo lo del siglo pasado, según su cronología, y de la víspera, según la de madre Marta, y hubiera tenido vergüenza de levantarse, como en su vida de muchacho juicioso la había tenido.

Sentíase fuerte y sano, un poco descoyuntado. Pero espléndidamente bien; sólo quería abandonar aquel lecho insoportable, donde había dormido cien años de un tirón, tomar su desayuno y largarse al muelle para dar un paseíto en la *Gaviota*.

¡Ah, la *Gaviota!* ¡Pobre! ¡Verdad que se había hecho astillas en aquel horrible peñasco!

Pero en fin, quería levantarse para largarse al campo, para estirar las piernas, para verse vivo, pero vivo de veras, ya que aquella noche tan lejana había resucitado, sin morir, más de cien veces. Además, sentía, esto era un secreto, sentía un no sé qué, un hormigueo en el pecho, hacia el lado izquierdo.

—*¡Flor del aire!*, murmuraba el chico, escondiendo la cabeza entre las cobijas para oir él solo aquel nombre sibilino, llave de todos los tesoros de su corazón, *¡Flor del aire*, Margarita!

¡Qué ganas tenía el grumete de ver á la chiquilla, cuyos caprichos le habían costado caro, como no suelen costar los caprichos de la gente menuda!

Quería verla, quería hablarla, quería oirla.

Había que levantarse. Fué á arrojar las cobijas, pero una mano lo sujetó sin oprimirlo.

—Quieto, Alegrito; pronto despiertas. Si pareces un pájaro; ¿qué tal te hallas?

Era la buena madre Marta, que mientras le hablaba mullía sus almohadas, arreglaba sus cobijas y acariciaba sus mejillas.

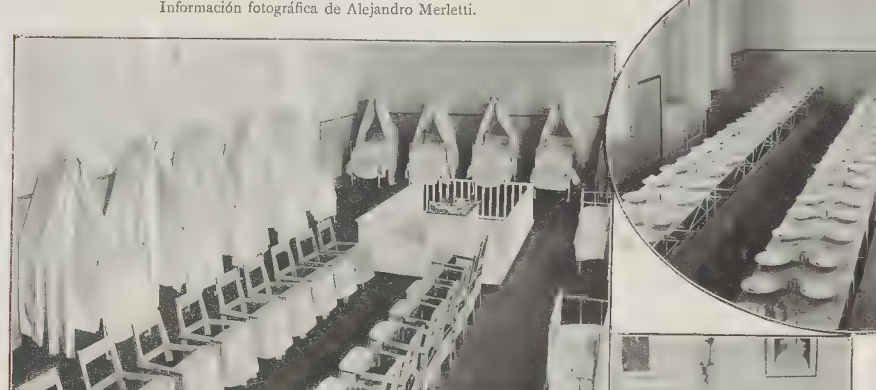
—Estoy bien, sano del todo, respondió; quisiera levantarme, la cama me fastidia.

—Sí, sí, ya te levantarás, luego, aún es muy temprano; debes dormir otro poco, debes de estar rendido, aunque no lo sientas, porque después de lo de *anoche*, que... vamos...

(Se continuará.)

BARCELONA.—INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOCAL DEL ASILO «CUNA DEL NIÑO JESÚS»

Información fotográfica de Alejandro Merletti.



Sala de niños menores de dos años

El comedor



Clase de párvulos

Con gran solemnidad efectuóse el día 14 de los corrientes la inauguración del nuevo local del asilo «Cuna del Niño Jesús,» instalado en la calle de Moncada de esta ciudad.

Presidió el acto, por delegación expresa de S. M. la reina madre D.ª María Cristina, la Excma. Sra. marquesa de Comillas, que fué recibida á los acordes de la marcha real, y á él asistieron, además de las señoras que constituyen la Junta directiva del asilo, el capitán general, el gobernador civil, representantes del Ayuntamiento, de la Diputación y de las autoridades eclesiástica y judicial y gran número de distinguidas damas.

El canónigo Dr. Vallet, en representación de Su Ema. el cardenal Casañas, pronunció un sentido discurso reseñando la historia del asilo, explicando el fin de tan benéfica institución y dando las gracias á sus protectores y á las ilustres damas que se hallan al frente del mismo.

El magistrado Sr. Cereceda, el gobernador señor Ossorio y el capitán general Sr. Linares enaltecieron los grandes beneficios que la «Cuna del Niño Jesús» dispensa á la infancia desvalida, y terminó la ceremonia con un discurso de gracias de una de las asiladas, niña de siete años.

Después las damas de la Junta acompañaron á la señora marquesa de Comillas, á las autoridades y á los invitados mostrándoles todas las dependencias del asilo. En la clase de párvulos, que se comunica con una espaciosa sala de recreo y con un gran patio, se hallaban formados los pequeños asilados de ambos sexos; en otra sala, situada en el segundo piso, estaban los niños menores de dos años, unos en sus camas y otros sentados en cómodas sillitas. En el centro de esta última sala hay una plataforma en la que los pequeñuelos aprenden á dar sus primeros pasos sin riesgo de caídas.

Los dormitorios, el comedor, la cocina, las celdas de las Hermanas que cuidan de los niños y la sala de Juntas, están instalados con el mayor confort, en medio de la sencillez propia de estos establecimientos, y todas las dependencias de la casa reunen las condiciones higiénicas que el cuidado de la niñez requiere.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al ocuparse hoy del acto inaugural del nuevo local de la «Cuna del niño Jesús» felicita con entusiasmo á la Junta directiva, que tan dignamente preside la Excma. señora marquesa de Castellflorite, y á cuantos colaboran con ella en una obra benéfica que tan beneméritos fines realiza y que, aproximando al potentado y al desvalido, uniéndolos con los sagrados vínculos de la caridad y del amor, cumple uno de los más altos fines sociales y uno de los más hermosos preceptos de la religión cristiana.—S.



La Excma. Sra. marquesa de Comillas (×) que presidió el acto inaugural, en representación de S. M. la reina D.ª María Cristina, y las señoras que constituyen la Junta Directiva del asilo



Roma.—Descubrimiento del templo de Júpiter Estátor realizado recientemento en el Foro

Los restos del templo están debajo del arco de Tito que se ve en el grabado. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El Foro romano es un tesoro arqueológico poco menos que inagotable. Gracias á trabajos sabiamente dirigidos por eminentes especialistas y á los auxilios del gobierno italiano, que comprende cuánta importancia tienen, aun desde el punto de vista material, tales empresas, realízanse allí de continuo descubrimientos á cual más interesantes.

Hace poco eran los *Rostra Vetera*, la *Fuente Yuturna*, el templo de Julio César, el *Vicus Tuscus* y otros edificios y monumentos no menos importantes que reaparecían ante los asombrados ojos de la generación presente; hoy las excavaciones últimas han puesto al descubierto el famoso templo de Júpiter Estátor, fundado por Rómulo y situado en el punto en donde la *Via Sacra* comenzaba á subir hacia el Palatino. En aquel templo reuníase el Senado en las ocasiones solemnes; en él fué en donde Cicerón pronunció el primero de sus famosos discursos contra el agitador Catilina.

Sobre el templo de Júpiter Estátor se levantó más adelante el arco de Tito.

LA CATÁSTROFE DE GOPPENSTEIN (SUIZA)



Vista del lugar después de ocurrida la catástrofe producida por la caída de un alud que destruyó el hotel de la compañía de perforación del túnel del Loetschberg, causando doce muertos y quince heridos. El primer edificio es el de las oficinas; al lado de él se ven los restos del hotel, totalmente derruído; después, la casa de correos, que sufrió algunos desperfectos; y encima de ella el hospital adonde fueron llevados los cadáveres y curados los heridos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El día 29 de febrero último un enorme alud cayó sobre la aldea suiza de Goppenstein, en donde está situada la boca Sur del túnel del Loetschberg, actualmente en construcción. A consecuencia del enorme trastorno atmosférico que esto produjo, derrumbóse enteramente el hotel hace poco construído para albergar al personal de la empresa encargada de las obras de perforación del túnel.

Los empleados técnicos y de contabilidad se hallaban comiendo en el citado local, cuando oyeron un ruido espantoso, al mismo tiempo que entraban en el edificio dos niños gritando: «¡El alud! ¡El alud!» En aquel momento, la presión del aire violentamente expulsado por la conmoción que había producido la caída de un alud enorme, destruía el hotel, sepultando entre los escombros á los que en él se hallaban. Procedióse en seguida á los trabajos de salvamento, que duraron toda aquella noche y la mañana siguiente, habiendo sido extraídos doce muertos y quince heridos, de ellos cinco graves; entre los primeros estaban los dos niños que dieron la voz de alarma.

Los cadáveres y los heridos fueron llevados al hospital que allí cerca tiene establecida la empresa de las obras del túnel.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 30 de marzo de 1908 — Núm. 1.370





BARCELONA.—CONGRESO DE LA «FEDERACIÓN DE SOCIEDADES PIRENEISTAS»

Los congresistas en el Tibidabo.—Fiesta celebrada en el Parque Güell en honor de los congresistas

(De fotografías de A. Merletti)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al cabo de los años mil, cae la humanidad en la cuenta de que los ratones son una plaga horrible, y se emprende con celo la *desratonización*, la extinción de los ratones y ratas, que infestan el mundo, y serían capaces de hacerlo odioso, aborrecible, á poco más que se multiplicaran...

Hasta Ligas y Asociaciones se fundan para perseguir á los ratones. Natural parecería á primera vista que las presidiese un gato; pero las presiden señores muy formales y conspicuos, médicos é higienistas ilustres, y el asunto no se trata en broma, sino en serio, completamente en serio, porque había llegado á adquirir proporciones alarmantes, y porque en los asquerosos roedores ven los sabios el peligro de la transmisión de los gérmenes patógenos, el vehículo de las epidemias y de los contagios.

¡Y si no tuviesen otro defecto! Para mí, y para mucha gente, tienen el de inspirar una repugnancia invencible. No somos excepciones raras los que preferimos ver el cañón de un revólver que nos apunta, á sufrir el contacto de un ratón. Es inútil que se nos hagan reflexiones diciéndonos que se trata de un bichejo inofensivo, que no nos ha de devorar, que no ha de atentar á nuestra vida, que huirá despavorido á nuestro ademán de amenaza. Es inútil, repito, que arguyan á nuestra razón contra nuestro instinto. El instinto es más fuerte, y se subleva. El chillido nervioso que arranca el ratón á personas por otra parte muy bien equilibradas, viene de las profundidades del sér inconsciente; es algo que revela lo íntimo, como lo revelan determinadas exclamaciones y movimientos, que el poder coordinador de la mente no ha logrado reprimir.

* * *

Nada tiene que ver con el miedo propiamente dicho esa grima especial que el ratón produce. El miedo es el sentimiento de un peligro, y el ratón no es peligroso sino en casos y circunstancias excepcionales. Léense y óyense relatos de personas devoradas por las ratas, como el de aquel guardia de un desolladero, que se quedó encerrado en un patio del establecimiento y de quien, á la mañana siguiente, sólo los huesos se encontraron; pero éste y otros sucesos de igual índole no suelen comprobarse de un modo efectivo, y puede afirmarse que tienen todavía menos ganas las ratas y ratones de medirse con nosotros, que nosotros con ellos. Su fuerza consiste en la repulsión que inspiran, y que tampoco siente el hombre por igual, habiendo quien hasta encuentra que los ratones son muy monos y graciosos, y que sus ojitos negros y vivos despiden una mirada hechicera. A los tales, ¡Dios les conserve el gusto!

* * *

Por fortuna, los sabios ahora vienen en apoyo nuestro; en apoyo de los débiles mortales que á la vista de un ratón ó una rata sufren hasta convulsiones de horror. Y se demuestra que el horror era justificadísimo, y que los animalejos antipáticos no en balde nos causaban tales impresiones. No sabíamos, pero presentíamos quizás, que con ellos venían el tifus, la peste bubónica, el bacilo H y el microbio X... Y tal vez el instinto de conservación era lo que nos arrancaba aquellos chillidos y aquellos esguinces de espanto pueril... Nos habíamos adelantado; se había adelantado nuestra espontaneidad á las investigaciones profundas de los laboratorios y á las salvadoras prescripciones terapéuticas. Condenábamos al ratón, porque nos daba en la nariz su misión fatal y destructora, su terrible y funesta condición de portador de males sin cuento, cogidos por un ratón acaso en la Indochina y comunicados á otros ratones hasta llegar á las mesetas ibéricas y soltar en ellas el gérmen maldito...

* * *

Lo que me desconcierta un tanto es que el anatema fulminado por la ciencia contra los ratones, alcance á los gatos también... Ellos, igualmente (aunque con mayor pachorra y de un modo tranquilo, pues ya se sabe que los gatos son apacibles y orondos señores), transmiten los microbios y los bacilos infecciosos de todas las marcas.

Siempre creí que el gato es el único medio de tener á raya al ratón. No digo de acabar con él: es probado que el gato destruye muy contados ratones; su papel es semejante al de la Guardia civil, que ni prende á los malhechores ni los mata, y sin embargo, refrena su osadía. Cuando el ratón observa que no hay gato, llega en su envalentonamiento á pasear se por vuestra habitación, á comeros la miga del pan con que acabáis de borrar un diseño, á roeros el libro que dejáis abierto sobre la mesa, y á creerse vuestro amigo, socio y huésped, domesticándose con espeluznante familiaridad. El gato, enroscado sobre un almohadón y ronroneando, evita que los granujas grises se permitan tales excesos; les recuerda la noción jerárquica y el respeto y consideración á que obliga... Confieso que me afecta tristemente este decreto científico adverso á los Micifuces, Zapirones y Marramaquices, á las Zapagildas y Miauras que alegraban, ya que no la vida, por lo menos el hogar, de pequeños con sus juegos, brincos y diabluras, de grandes con su pelo lustroso, sus ojos esmeraldinos y su ronquido de paz y contento. ¡Pobres gatos! Son mucho más fáciles de extinguir que los ratones. Si la ciencia les condena á muerte, yo les echaré de menos, y hasta el arte, que copiaba sus elegantes formas, vestirá de luto.

* * *

Ahora bien, ¿y con qué substituyen al gato los partidarios y propagandistas de la *desratonización*?

Me alegraría de saberlo, naturalmente para practicarlo, sin suprimir por eso á Micifuz. Porque todo hace falta; el mundo está muy ratonizado, y el desratonizador que lo desratonice, buen desratonizador será.

Supongo que los sabios no nos darán, por toda receta, el modelo de alguna ratonera, ó la fórmula de esas mantequillas fosforadas ó de esas pomadas de vidrio molido, que desde tiempo inmemorial vienen empleándose en la lid contra los roedores. Para este viaje en tercera no nos hacía falta gran equipaje científico. Algo nuevo nos dirán, y yo declaro que no sé qué es; leo y oigo que se proscribe al ratón, y pregunto: ¿cómo?, ¿de qué manera?, ¿por qué medios?

Los que hasta hoy conocemos tienen su eficacia, quién lo duda; pero eficacia muy relativa.

Uno de los menos usuales, es el cuidado exquisito de tapar agujeros. Conocí á cierto cónsul británico, que me decía en su jerga pintoresca: «Con mí no poder ratonsito. El abrir bujero y yo tapar bujero El volver abrir, yo volver tapar. El abrir aún, yo tapar aún. Cansarse ratonsito y largarse.» Y tenía razón el buen inglés. Los ratones no entrarían nunca en parte ninguna si no pudiesen roer y abrir esos boquetes por donde se cuelan. Y esta es una de las condiciones ratoniles más asombrosas. ¿De qué estará hecho el cuerpo de estos bichos, que cabe por la rendija más estrecha y por el orificio más diminuto? ¿Es que no tienen huesos; es que su cabeza se alarga y deprime, como un fideo ó un macarrón? No existe relación racional entre su tamaño y los huecos por donde pasan. Así es que por pequeños que los huecos sean, hay que taparlos y rellenarlos de modo que toda habitación esté maciza, sin resquicios entre sus junturas. Las malas construcciones, las casas desvencijadas y hechas cribas, son guarida de ratones, que desde allí pasan á otros edificios en mejor estado, para minarlos y acribillarlos igualmente. Y son nidos de ratones y ratas los desvanes abandonados y obscuros, donde se hacinan muebles en desorden, las cuevas mal ventiladas, los almacenes de leña y carbón, los graneros, todos los lugares donde se entra rara vez y son dueños del campo los roedorcillos, que pueden anidar y formar sus polvorientas madrigueras. En París, los Grandes Almacenes (Louvre, Bon Marché, Printemps) no logran verse libres de la invasión de ratones y ratas, lo cual es para desconazonar, pues allí el deseo de conservar la mercancía y los incalculables daños que los roedores ocasionan, despiertan el instinto de precaución y defensa, y además de los perros *fox terriers* y *bull dogs* amaestrados para combatir la plaga, hay brigadas de cazadores, que tienen obligación de cobrar y presentar diariamente un número señalado de piezas, un *minimum* de ratones acogotados. Y sin embargo, la plaga no disminuye sensiblemente; siempre hacen estragos en los géneros riquísimos los roedores; su fecundidad y su audacia les aseguran el triunfo. He aquí por qué desearía yo conocer los recursos con que la ciencia pondrá coto á la peligrosa difusión de esos animalejos, que en la sombra pululan y crecen, que rondan de noche por calles y plazas, en París, así que en los cuarteles, hospitales, colegios, cocheras, cuadras, hoteles —dondequiera que se hace vida en común,—abundan más todavía, por curioso fenómeno, que en las casas particulares. ¡Venga ese específico, venga ese conjuro, venga ese método racional de destruir á roedores de cuatro patitas..., ya que á los de dos ni el Sanedrín de todos los sabios juntos encontraría manera de extirparlos!..

* * *

Es cosa extraña que los ratones, tan repugnantes en su piel natural, den una piel admirable de suavidad y delicadeza después de curtida. Los que nos estremecemos ante la sola sospecha de la proximidad de un ratón, usaremos á veces guantes fabricados con su piel, y los encontraremos bonitos, finos y flexibles. ¿Será una leyenda ó será cierto que es en las alcantarillas parisienses —en esa ciudad subterránea, cuya red se entrecruza bajo las calles espaciosas y brillantes de la gran metrópoli —donde se cazan las pieles de Suecia, destinadas á cubrir las manos liliales y pálidas de las princesas y reinas de la moda?

Todo podrá suceder. Transformaciones más raras sufre la materia prima vulgar que luego se convierte en materia rara, costosa y preciosa. Llevar una rata sobre los dedos cubiertos de sortijas no molesta, porque no se piensa en ello; y sobre todo, porque ya aquella piel, adobada y amansada, no se parece al animalejo chillador y sucio de donde procede, como no se parece la seda al gusano, ni el encaje sutil al hilo moreno que colma el huso de la hilandera al deana.

Y no digo nada si la moda llega á prescribir, no ya la piel despojada de su pelo, sino con él, para abrigos, manguitos y estolas... De seguro que nadie se priva de usarla porque sea aquella piel misma que albergó tanto gérmen pestilente y cubrió la carne de los roedores (carne que en los antiguos recetarios servía para hacer un caldo horrible, que con la mayor fe absorbían los enfermos de males cutáneos). Y quién sabe si ya alguna de esas pieles que rodean mórbidas gargantas y abrigan pechos de nieve no es el último despojo de un roedor, hábilmente adobado por un curtidor y ofrecido por Revillón á la insaciable sed de adornos nuevos de las mujeres.

Emilia Pardo Bazán.

BARCELONA

CONGRESO DE LA FEDERACIÓN DE SOCIEDADES PIRINEÍSTAS

(Véanse los grabados de la página 217.)

Recientemente se ha celebrado en esta ciudad la continuación del Congreso de la «Federación de Sociedades Pirineístas,» cuyas primeras sesiones se habían celebrado en Perpiñán. Con este motivo han venido gran número de congresistas franceses, á quienes sus compañeros catalanes han obsequiado con varios festejos y excursiones á Montserrat y al monasterio de San Cugat del Vallés.

Acompañados por el alcalde y por algunos concejales é individuos de la Comisión de Bellas Artes, visitaron los museos de esta capital y terminada esta visita celebróse una recepción en el Salón de Ciento de la Casa de la Ciudad. Por la noche, en aquel mismo salón, el congresista M. Vidal, archivero de Perpiñán, dió una notable conferencia sobre la comarca pirenaica, acto que presidieron el señor cónsul de Francia barón de Bellisén-Benach, y el teniente de alcalde Sr. Puig y Alfonso, por delegación del alcalde, y al cual asistieron gran número de concejales y de representantes de varias entidades artísticas, científicas y literarias y todos los miembros del Congreso.

El domingo, 22 de los corrientes, celebróse en obsequio de los congresistas franceses un almuerzo en el Tibidabo, habiendo pronunciado en él elocuentes brindis el Sr. Torres, presidente del «Centre Excursionista de Catalunya;» M. François, delegado del Club Alpino de París; el cónsul de Francia; el concejal Sr. Rogent, que ostentaba la representación del alcalde, y los congresistas M. Vidal, conde de Saint Saud, Madama Tachard y Sr. Llagostera.

Terminado el almuerzo asistieron los comensales al festival de bailes catalanes organizado en su honor en el Parque Güell, que ofrecía un aspecto en extremo animado y pintoresco. Bailáronse sardanas y otras danzas regionales, y varios orfeones cantaron escogidas canciones populares, dejando aquella fiesta en extremo complacidos á los congresistas franceses, que en el expreso de aquella misma noche regresaron á su país, entusiasmados de cuanto aquí habían visto y agradecidos á los agasajos de que habían sido objeto durante su estancia en Barcelona.

¡MR. NAILARD!.., CUENTO DE NOGUERAS OLLER. Dibujo de José M.ª Marqués



El otro bote surca triunfalmente el mar, conduciendo á Alberta desmayada y á su inesperado salvador

Sopla una dulce brisa á estribor, y el buque corre sobre un mar ligeramente rizado y bondadoso.

Paséase el pasaje por la pulimentada cubierta, que brilla á los rayos del sol; hombres y mujeres vestidos con suma elegancia, deshácense en cumplidos tan afectuosos, que nadie creerá posible que una irrupción de la naturaleza baste para destronar las fórmulas altamente cívicas que imperan sobre cada individuo de este diminuto y flotante mundo aristocrático.

Figuran en primera línea la imponderable señorita Alberta; su padre, el grave y acaudalado comerciante Girón, que se dirige á Bilbao para reunirse con su esposa, y Mr. Nailard, el práctico y ejemplarísimo Mr. Nailard, hijo del difunto socio del Sr. Girón, y venturoso prometido de Alberta, que les acompaña para hacer *efectivo* su *ingreso* en la familia.

Nada debo objetar respecto de los que forman el distinguido resto del pasaje; vuestra imaginación, quizá más descansada que la mía, puede disponer libremente de todos y cada uno de los individuos que van á bordo del opulento transatlántico, y así me ahorraréis la difícil labor de cuidarme satisfactoriamente de la no menos difícil comparsería durante las cortas escenas de mi relato. Debéis concederme, empero, el particular capricho de que todos estén visiblemente intrigados por la suave tristeza que asoma, á menudo, en los ojos siempre espirituales de Alberta.

¿Está ó no enamorada de su novio? ¿Ha abandonado, quizá por fuerza, en algún florido rincón de la voluptuosa América, otro amor que crece á medida que aumenta la distancia?

Yo, que, como todo escritor, tengo el raro privilegio de penetrar en todos los corazones por muy cerrados que estén, os confiaré lo que he sorprendido en el de la señorita Alberta.

Pocos días antes de su partida, una noche al acostarse halló bajo su almohada una carta escrita en estos términos: «Va usted hacia el abismo de su infelicidad. Hay en el mundo otros ojos más ardientes que los de Mr. Nailard que se interesan y lloran por usted con la deliciosa ventaja de que son más grandes y nada tienen de parecido á los del mochuelo, como sucede con los de Mr. Nailard. Existen otros labios más rebosantes de besos perdurables que los fríos y vulgarmente burlescos de Mr. Nailard, con la no despreciable circunstancia de que son mucho más perfectos de línea y expresión que los notablemente abultados de Mr. Nailard. ¡Ah!, y sobre todo puedo asegurar á usted, señorita Alberta, que conozco un corazón más firme y soñador que el de Mr. Nailard. ¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..»

Alberta no pudo descubrir quién había dejado aquel sarcástico escrito bajo la sábana; sus sirvientas nada sabían; por lo cual tuvo que contentarse con esperar nuevas demostraciones de aquel misterioso sujeto que se le declaraba de una manera tan extravagante. Nada más recibió de él, ni llegó á sospechar quién pudiera ser. Sin embargo, aquella risa nerviosa que se descubría en la última frase de la carta había hallado eco en su corazón y le quitaba el sueño. Debía ser, por fuerza, un excelente caricaturista quien con tan pocas palabras había retratado tan bien á Mr. Nailard.

Alberta no estaba lo suficiente enamorada de su novio para que, una vez leído el anónimo, no reconociera en él los defectos citados, los cuales, justo es consignar, no eran bastante poderosos para destruir el concertado enlace, pues aunque la señorita Alberta comprendía que aquel matrimonio no era tal y como había soñado su alma, estimábalo regular, según las exigencias sociales. No tenía, por lo tanto, derecho á esperar más, ya que su corazón, únicamente interesado por sus padres, no había hecho elección alguna.

Con todo, aquel fatal escrito operaba un notable cambio en su manera de ser. Los pretendidos defectos de Mr. Nailard iban aumentando en su imaginación de mujer española de una manera alarmante, y más de una vez sobrecogióse de espanto al notar que maquinalmente, debido sin duda alguna á un fenómeno nervioso, soltaba una risa involuntaria, profiriendo sarcásticamente como si fuese el eco de una voz imperiosa:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Temió ser juguete de una voluntad cruelmente misteriosa y acabó por sospechar que aquella risa llegada de Dios sabe dónde, cambiaría su porvenir.

Por lo tanto no ha de extrañaros que al poner pie á bordo del veloz transatlántico experimentase una alegría análoga al fugitivo que supone recobrada su libertad. Se esforzaba en creer que el interminable canto de las olas ahogaría aquella risa. Así es que á pesar de sentirse ligeramente deseosa de saber quién era aquel misterioso enamorado, gozábase en la visión vertiginosa del mar, que iba subiendo más alto que la tierra á medida que el buque avanzaba...

Y ahora es cuando á mitad del viaje, casi á vistas de Coruña, están los tres sentados á cubierta, mientras sopla una dulce brisa á estribor y el buque corre sobre un mar ligeramente rizado y bondadoso. Hablan de amor y de poesía.

Nailard tiene la palabra:

—Los poetas, en su mayoría, son fatales para la humanidad. Dan un aspecto de sueño á las cosas más reales de la vida, y el hombre degenera al divorciarse del sentido práctico, al cual debemos someter todas nuestras acciones. El amor, por ejemplo, cuando no anda de acuerdo con las necesidades de la existencia de los cónyuges, cuando se eleva hasta las histéricas idealidades del alma, se hace imposible al cuerpo, y entonces es forzoso que éste ó aquéllas dejen de existir.

Cosa extraña, misterio incomprensible del corazón humano: mientras habla Mr. Nailard, la señorita Alberta sufre lo indecible. Como nunca, ha leído en los ojos, en la boca y en el corazón de su novio aquella sátira que en vano ha querido borrar de su pensamiento; como nunca, se halla acometida de un modo irrefragable por aquella risa que la persigue constantemente y más de un modo violento cuando está delante de Mr. Nailard.

En vano cierra los labios y se impone silencio; la risa retoza por su garganta magnífica y sale triunfante, sonora y atolondrada, con todas las inflexiones adquiridas en su largo cautiverio:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Y abandonando nerviosamente la *chaise longue*, se retira á su camarote riéndose á más no poder.

En este preciso instante, un joven que se pasea de babor á estribor vese obligado á detenerse para dejarla pasar, y ella repara en unos ojos y unos labios que nunca había visto tan cerca, y una vez en el camarote no acierta á pensar en otra cosa, quizá por la fuerza de la obsesión, que en el corazón del joven. Muy pronto se da cuenta, sin embargo, de la inconveniencia de su proceder respecto á Mr. Nailard, y corre á excusarse bajo pretexto de haber ido por un pañuelo.

En esto se declara fuego á bordo, con tan mala disposición por parte de la oficialidad del buque, que la locura se apodera de casi todo el pasaje, el cual, espoleado por el instinto de conservación, abandona en un instante todas las buenas fórmulas sociales adquiridas á fuerza de un sinnúmero de años, y cae sobre los botes, tablas y cinturones salvavidas, y á coces y mordiscos cada uno defiende su parte.

Nadie se conoce ni franquea el paso á nadie, según acontecía durante las horas de aristocrática placidez. Todo es tumulto espantoso y griterío que ensordece, y en este vivo, aunque pequeño apocalipsis, vemos escenas terribles, entre las cuales descuella en primer lugar la del Sr. Girón, que abrazando á su hija casi desmayada, intenta arrebatar con la mano que le queda libre uno de los dos cinturones que indebidamente defiende un sujeto.

Luchan los dos denodadamente. Sus ojos tan sólo ven el objeto que ambicionan y sus voces pronto se convierten en aullidos de fiera. Por fin, unos dientes se hunden en la mano del Sr. Girón y Mr. Nailard huye victorioso con su agilidad de egoísta. Alberta le reconoce, le llama; pero Mr. Nailard, cuando tiembla, no se acuerda de nadie, y abrazando sus salvavidas como un avaro su tesoro, se echa al mar.

Este ruin proceder despierta la cólera del grave comerciante, el cual, completamente cegado por la terquedad de la locura que desarrolla todo peligro inminente, salta tras de su yerno y quédase la señorita Alberta abandonada á una muerte segura, debida á un exceso de egoísmo y á otro exceso de amor paternal.

—¡Padre mío!.. ¡Mr. Nailard!.., grita desesperándose.

Pero también en este preciso instante, un joven que se pasea de estribor á babor—la única persona que se mantiene serena quizá,—detiénese ante ella, y soltando una carcajada estentórea, prorrumpe la sátira implacable:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Y ¡éxito natural, aunque parezca extraordinario!, por ser la única voz potente y serena, es acogida maquinalmente por el frenético tumulto de desesperados como un grotesco anatema, del cual no alcanzan el significado, pero que se impone como el sonido condenatorio de una trompeta del juicio final, y repiten la frase con verdadero furor, con la sonoridad de cien lenguas distintas, de una manera brutal é implacable:

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

La señorita Alberta hubiera sido víctima de una avalancha de locos que se precipita dentro de un nuevo bote; hubiera sido arrollada y arrojada al mar, pero el misterioso joven la toma en brazos y la conduce á estribor, hacia donde se ha declarado el incendio. Es el lugar más seguro de salvación, pues el peligro, en casi todas las catástrofes, consiste no en la causa, sino en el caso de dejarse arrastrar por el tumulto, que corre ciegamente hacia un mismo lado, disputándose un mismo objeto. A estribor, entre la espesa humareda que lo envuelve todo, permanecen olvidados dos botes, uno de los cuales tal vez será pasto de las llamas debido al estúpido terror de las gentes. El otro bote surca triunfalmente el mar, conduciendo á Alberta desmayada y á su inesperado salvador...

Por fortuna, la tripulación logra sofocar el incendio, y en menos de dos horas, una vez recogido el pasaje, vuelve á correr el buque sobre la superficie de un mar que ríe, espumeando al sol.

Hombres y mujeres, sentados á cubierta, comentan el suceso y todos sin excepción, quizás para ocultar su falta de respeto y caridad al prójimo, pretenden haber llevado á cabo heroicidades sin cuento. Sin embargo, nótase entre ellos una extraña violencia. Cada uno avalora su propio embuste por la calidad de las mentiras de los demás, y hállanse atrozmente ridículos, temblando y secándose al sol. Precisa por lo tanto una víctima expiatoria, alguien que revestido del egoísta proceder de todos sea blanco de la sátira de todos, y así restablecer, por fin, la maltrecha sociedad de su pequeño mundo flotante.

—¡Un hombre al agua!, grita en esto el joven salvador de Alberta, mientras comparte gloriosamente con ésta y su padre.

El náufrago es subido á cubierta. Todo el mundo le rodea. Todos le reconocen y el azar le señala como víctima, puesto que su heroicidad consiste en haberse dejado salvar... Una voz de mujer, no digo su nombre, pero sí delato su garganta magnífica, profiere estas palabras: «¡Mr. Nailard!..»

Todos le tienden graciosamente la mano, y mientras lucha el infeliz por deshacerse de los dos cinturones que desvirtúan su reputación de hombre filantrópico, oye la ovación más delirante de su vida:

Retrato de la señorita X, pintado por Max Slevogt

—¡Mr. Nailard!.. ¡Ja..., ja!.. ¡Mr. Nailard!..

Sólo me falta decir que si bien Mr. Nailard desembarcó sumamente corrido en la Coruña y el señor Girón en Bilbao, la señorita Alberta y su gallardo salvador continuaron el viaje por el accidentado mar del Matrimonio, con rumbo á Paternidad.

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XIII

Fernando Keller.—Nació en Carlsruhe en 1842. Residió durante su infancia en el Brasil, estudiando la pintura en la Academia de su ciudad natal y completó en Roma las enseñanzas que recibiera del profesor Canon. Considérase á este artista entre los primeros pintores de historia alemanes. Su cuadro titulado *La muerte de Felipe II* llamó poderosamente la atención del público en la Exposición Universal de París de 1867, obteniendo una recompensa el que representaba el *Incendio de Roma*, en la de Viena de 1873. A él se deben, entre otras obras, el telón del Gran Teatro de Dresde, el cuadro *Heros y Leandro*, de intenso efecto dramático, y varios retratos.

Francisco Podesti.—Nació en Ancona en 1810 y murió en 1895. Este artista, á quien puede asignarse el calificativo de meritísimo, ejecutó trabajos verdaderamente importantes, como lo son varias composiciones al fresco que decoran algunos salones del Vaticano. Distinguióse asimismo en la pintura de retratos, sin perjuicio de haber cultivado los demás géneros, ofreciendo un ejemplo de laboriosidad extraordinaria, puesto que produjo más de 400 cuadros y 350 retratos.

Alberto Pasini. — Nació en Busseto en 1826 y murió en 1899. Terminados sus estudios, fijó su residencia en París, en donde produjo la casi totalidad de sus obras, entre las que figuran algunos cuadros muy notables reproduciendo tipos y costumbres de los países de Oriente, que visitó varias veces este artista, debiendo estimarse las mencionadas obras como resultado de sus viajes artísticos.

Pedro Kroyer Severin.—Nació en Copenhague en 1855. Después de haber estudiado en la Academia de su ciudad natal, trasladóse á París, en donde concurrió al taller del pintor Bonnat. Siempre se ha distinguido como hábil dibujante, mereciendo citarse, entre sus obras más notables, las tituladas *Dafnis y Cloe*, *El sombrerero de un villorrio*, *Pescadores*, *El almuerzo de los artistas*, etcétera, algunos de los cuales fueron premiados en varias Exposiciones.

H. Henner.—Nació en Bernwiller (Alsacia) en 1829 y falleció en París en 1905. Desde muy niño demostró su afición y aptitudes para el dibujo, por cuyo motivo sus padres, modestos campesinos, colocáronle en el colegio de Altkirch, en donde hizo sus primeros estudios, que después completó en Estrasburgo. Algún tiempo después trasladóse á París, en donde ingresó en la Escuela de Bellas Artes, aprovechándose de las enseñanzas que recibiera del ilustre Ingres. En 1858 obtuvo el premio de Roma con la presentación de un cuadro en el cual pudieron apreciarse sus cualidades personales. Durante cinco años permaneció en la Ciudad Eterna estudiando las obras de los grandes maestros del Renacimiento. Los cuadros que envió al Salón de París de 1863 revelan sus grandes dotes de dibujante y colorista, que pudieron apreciarse más y más en los sucesivos envíos.

Entre las numerosas obras que produjo son dignas de mencionarse *Biblis convertido en fuente*, *Alsaciana*, *Idilio*, *Magdalena en el desierto*, *El buen samaritano*, *Náyade*, *Cristo muerto*, *San Juan Bautista*, *La tarde*, *Jesús en el sepulcro*, *Égloga*, *La fuente*, *Religiosa en oración*, *Andrómeda*, *Ninfa llorando*, *Fabiola*, *El levita Efraím ante el cadáver de su esposa* y *La casta Susana*, que se conserva en el Museo del Louvre.

Obtuvo varias recompensas, entre ellas la medalla de honor en el Salón de 1898.

A. L. Zorn. - Nació en Mora (Suecia) en 1860. Su nombre lleva aparejado un elevado concepto, pues ha logrado singularizarse como pintor, escultor y grabador, por cuyo motivo se le considera como uno de los grandes artistas contemporáneos del Norte de Europa.

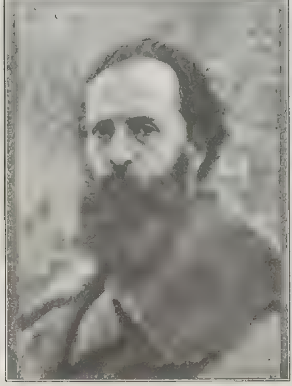
Muy á pesar nuestro, no podemos consignar noticia alguna acerca de los artistas Miguel Gordigiani, Eilif Petersen y Napoleón Nani, ya que no hemos logrado adquirir antecedente alguno, por más que no hemos escaseado las gestiones para obtener el resultado que apetecíamos.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres



Fernando Keller, alemán (nació en 1842)



Miguel Gordigiani, italiano (nació en 1830)



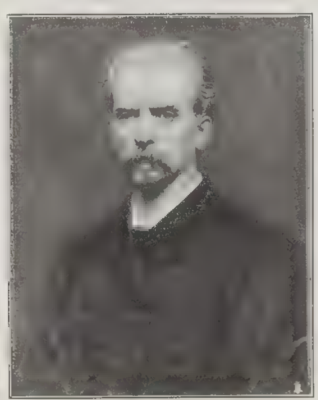
Francisco Podesti, italiano (1800-1895)



Eilif Petersen, noruego (1839-1874)



Alberto Pasini, italiano (nació en 1826)



Napoleón Nani, italiano



Pedro Kroyer Severín, dinamarqués (nació en 1855)



H. Henner, alemán (nació en 1829)



A. L. Zo[illegible], sueco (nació en [illegible])

LÁMINA 13.ª – DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI, DE FLORENCIA. (Reproducción autorizada.)

ACTUALIDADES LONDINENSES. — Las sufragistas. — Los moros de El-Raisuli



Mrs. Pankhurst (1), la heroína de la campaña de las sufragistas, y **Mrs. Drumond** (2), secretaria del comité de propaganda, acompañadas de **Mr. Pethwick Laurence**, uno de los más entusiastas partidarios de la causa del voto para las mujeres, dirigiéndose al banquete organizado en honor de la primera para celebrar su salida de la cárcel

Desde hace mucho tiempo agítase en Inglaterra, muy especialmente en Londres, la cuestión del voto femenino. Las *sufragistas*, que así se denominan á las mujeres que reclaman para su sexo los mismos derechos de sufragio de que disfrutan los hombres, no perdonan medio alguno de hacer propaganda en pro de su causa y ponen tanto entusiasmo en su obra, que no bastan á arredrarlas los medios coercitivos que en algunas ocasiones se ha visto el gobierno obligado á adoptar contra las más exaltadas.

Recientemente Mrs. Pankhurst, la heroína de esa campaña, y otras varias sufragistas fueron encarceladas por haber intentado penetrar en la Cámara de los Comunes y haber opuesto resistencia á la policía que quiso impedírselo, y en la cárcel han permanecido algunas semanas. Una de ellas, miss Vera Wentworth, llenó las paredes de su celda con inscripciones repitiendo la frase que es la consigna del partido, *Votes for Women*, lo que le valió un suplemento de condena. Puestas en libertad hace pocos días, sus compañeras organizaron en honor suyo, y en particular de Mrs. Pankhurst, la heroína de esa campaña, un gran banquete, en el que reinó mucho entusiasmo y al final del cual anuncióse haberse recibido la cantidad de 7.000 libras esterlinas, producto de una subscripción entre los partidarios del movimiento feminista. Y aquel mismo día celebraron un *meeting* monstruo en Albert-Hall, en el que, habiendo manifestado la tesorera que se necesitaban fondos, recogiéronse en pocas horas 115 000 francos.

Otro de los sucesos que actualmente despiertan la curiosidad de los londinenses es la llegada de doce moros que forman parte de las fuerzas acaudilladas por El-Raisuli. Explotando el interés que hoy tiene todo cuanto se relaciona con la cuestión de Marruecos, un empresario de la capital de Inglaterra ha enviado á buscar á unos cuantos marroquíes de los que siguen á aquel famoso agitador para hacerlos trabajar en un teatro.

Antes de su debut, fueron paseados en coches por las calles de Londres, llamando la atención del público, que no dejará seguramente de responder al reclamo, acudiendo á presenciar un espectáculo que, si no otra cosa, será por lo menos auténtico y original.



Llegada de los moros de El-Raisuli contratados por un empresario de Londres para trabajar en un teatro de aquella capital
(De fotografías del «World's Graphic Press».)

DE MARRUECOS.—Sumisión de algunas tribus. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

Las últimas operaciones de las tropas del general d'Amade han tenido como consecuencia inmediata la sumisión de varias importantes tribus de Xaukas, Xiudmas y Ulad Seíd, habitantes en los territorios recientemente ocupados por los franceses.

Hace pocos días, el citado general acampó en la alcazaba de los Ulad-Seíd-Acachi, situada á algunos kilómetros de Settat, sin ser molestado por los marroquíes; y en aquel campamento recibió la visita de varios caides, al frente de los cuales iba el caid Azaui y que pidieron el amán.

También Muley Hafid ha enviado emisarios á d'Amade en solicitud de que se permita el paso de sus mehallas por el territorio de los Xauías para pacificar á estas tribus, y protestando de que en modo alguno quiere guerrear contra los franceses. El general recibió cortésmente á aquellos embajadores, pero les declaró que no podía acceder á sus pretensiones ni aceptar la sumisión de los Xauías más que en nombre de Abd-el-Aziz, único sultán reconocido actualmente por Europa. Además pidió á los emisarios hafidianos que dispusieran que sus fuerzas acampasen fuera de las líneas francesas, á fin de evitar rozamientos posibles entre las tropas de uno y otro campo. La doblez del pretendiente es bien manifiesta, pues por un lado envía embajadas de paz á los franceses, por otro apoya con sus mehallas á los Medraka y á los Mzab que, sin este auxilio, ya habrían sido totalmente derrotados.

En las últimas operaciones las tropas francesas han castigado duramente á un nuevo pretendiente que ha surgido en la región de Settat. El morabito Sidi Zerual, que así se llama y á quien los marroquíes han puesto el sobrenombre de Bu Nula (el hombre de la cabaña), ha logrado, predicando la guerra santa y anunciándose como enviado de Dios, reunir en torno suyo numerosos partidarios, en su mayoría pertenecientes á las tribus de Mzamba y Ulad-Seíd. El general d'Amade invitóle á que se sometiera, amenazándole, en caso contrario, con atacarle. Esta amenaza, de la cual, según parece, se rió el «hombre de la cabaña,» cumplióse el día 14 del actual, en que los partidarios del morabito, á pesar de su denuedo, sufrieron una tremenda derrota y su aduar, compuesto de mil quinientas tiendas, fué incendiado.



Los caides de varias tribus presididos por Azaui y escoltados por un escuadrón de cazadores dirigiéndose al campamento del general d'Amade para pedir el amán ó perdón

El día 17 llegaron á Casablanca el general Lyautey y M. Regnault, quienes conceptúan que la situación es excelente y que las operaciones realizadas por el general d'Amade han estado perfectamente dirigidas y dado resultados que permiten esperar, en breve plazo, la solución definitiva de los complicados problemas marroquíes.

Una parte de la prensa alemana ha adoptado en estos últimos días un tono poco favorable á la acción francesa en Marruecos; unos periódicos muéstranse alarmados por el avance de las tropas del general d'Amade y dan á entender que Alemania no puede consentir una prolongación ó ampliación de las operaciones militares; otros, adoptando otra táctica, se esfuerzan en demostrar que la situación de Muley-Hafid es mejor de lo que se supone, con lo que se proponen debilitar á Abd-el-Aziz y de rechazo á los franceses.

Pero el gobierno alemán, por boca del canciller Bulow, ha hecho el día 24 en el Reichstag declaraciones tranquilizadoras, manifestando que Alemania confía en la lealtad y sinceridad de Francia, que hasta el presente se ha atenido al acta de Algeciras, y en que pronto terminarán las operaciones militares en Marruecos, por el escarmiento que han sufrido las tribus hostiles á la acción francesa.—R.



Llegada de los caides al campamento del general d'Amade



¿VENDRÁ,? cuadro de F. Markam. (Exposición del Instituto de Pintores al óleo; Londres 1908.)



ALEGORÍA PINTADA POR HERMAN PRELL que figura en los salones de la Cámara de los Estados de Dresde

PARÍS. – LA DETENCIÓN DEL FINANCIERO ROCHETTE

En la mañana del día 23 fué detenido en su domicilio el conocido financiero Raúl Enrique Rochette, director del Crédito Minero, del Banco Franco-español y de otras varias sociedades mercantiles.

Rochette tiene treinta años y á los catorce era *groom* de un café de Melún; habiendo heredado 5 000 francos, fué á París, siguió los cursos de contabilidad y cuando se creyó debidamente preparado entró como dependiente en una casa de banca. Hizo esta casa malos negocios y Rochette, con 50.000 francos que le prestó un amigo, púsose al frente de la misma y de la Caja de las Minas, prometiendo salvar el negocio é indemnizar al poco tiempo á los clientes de las pérdidas que habían sufrido.

Muy pronto fundó sucesivamente el Crédito Minero é Industrial, el Banco Franco-español, la Sociedad de las Pesquerías de Islandia y de Marruecos, la Explotación hullera de Laviana, la Explotación hullera de Carbayin, las Minas del Valle de Arán, las Minas del Liat, el Sindicato Minero, las Minas del Nerva, la Sociedad del Mechero Heller y finalmente el periódico *Le Financier*, diario destinado á sostener todas estas empresas, de las cuales era director ó presidente del Consejo de Administración.

Algunas de las sociedades por él fundadas tenían sucursales ó agencias en las principales capitales de Francia.

En mayo de 1907, cuando Rochette parecía hallarse en el apogeo de su poderío, un ingeniero, M. Gadot, presentó contra él una querella por estafa, afirmando que el financiero se había apoderado del secreto de un contador de agua de su invención y había formado una sociedad para explotar este invento. Poco después en otra querella se le acusaba de una nueva estafa. Pero como ninguno de los dos asuntos se presentaba bastante claro, el tribunal no se atrevía á resolver, hasta que últimamente una nueva denuncia de M. Gadot fundada en hechos concretos y en la que se citaba á varios testigos en comprobación de los mismos, determinó el auto de prisión del financiero.

Desde entonces han surgido varias denuncias más y todo hace presumir que se trata de un *krach* de grandísima importancia que puede traer consigo la ruina de innumerables personas.

De aquí la emoción enorme que el hecho ha producido en toda Francia y en los más importantes mercados extranjeros. Y aunque Rochette afirma que todo lo que le pasa es debido á una venganza personal y que los intereses que le fueron confiados no se hallan en modo alguno comprometidos, la opinión casi unánime es que se trata de otro *affaire* digno de hacer pareja con el célebre de los Humbert.



El financiero Raúl Enrique Rochette,
detenido recientemente en París como acusado de varios delitos de estafa
(De fotografía de M. Branger.)

PARÍS. – PRUEBAS DE AVIACIÓN REALIZADAS POR FARMAN Y DELAGRANGE

Enrique Farman que en enero último ganó el gran premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos por haber recorrido en su aeroplano el circuito cerrado del kilómetro, hecho del cual dimos cuenta en el número 1.360 de La Ilustración Artística, ha realizado últimamente otras pruebas con éxito aún mayor, puesto que el día 21 del corriente, en un ensayo artificial, salvó de un solo vuelo, en 3 minutos y 31 segundos, una distancia de 2 004 metros, y dos días después, en prueba particular, recorría unos 4 000 metros, dando dos veces la vuelta completa al campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux.



París.—Farman y Delagrange efectuando juntos una prueba en el aeroplano en el campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux, el día 21 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

M. Delagrange, inventor de un aparato muy parecido al de Farman, y que recorrió 1.500 metros el mismo día que éste ejecutó el vuelo de los 2.400, ha pretendido batir el *record* de su competidor; pero las pruebas que debían efectuarse, no pudieron hacerse por haberse estropeado una pieza de la maquinaria de su aeroplano, después de haber éste volado de 1.500 á 1.800 metros con varias viradas

En uno de los días en que se reunieron Farman y Delagrange en Issy-les-Moulineaux, hicieron juntos en un mismo aparato un recorrido de 40 á 50 metros; en ese momento los representa la fotografía que adjunta reproducimos.

Farman ha pedido á la comisión de aviación del Aero-Club de Francia autorización para efectuar una prueba oficiosa, pero comprobada por individuos de aquélla, para batir su último record de 4.000 metros.

Cuando se piensa que en 10 de enero de 1906 se consideró como un triunfo para la aviación el salto de siete metros y medio ejecutado por el aeroplano *Santos Dumont*, y que en 13 de enero de este año se estimó como un suceso excepcionalmente memorable en los anales de la conquista del aire el vuelo del kilómetro de Farman; las últimas pruebas llevadas á cabo por éste constituyen un progreso verdaderamente asombroso y demuestran que ya no se trata de una proeza deportiva, sino de un gran paso en la solución de un problema en alto grado interesante, que el día, al parecer no lejano, en que sea resuelto definitivamente, convertirá la aviación en un sistema de locomoción práctico, más revolucionario aún que el del mismo automóvil, hoy última palabra del deporte.

Espectáculos. — Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El testament d'Amelia*, visión dramática en un acto y tres cuadros, inspirada en una canción popular catalana, letra de D. Luis Vía y música de D.ª Carmen Karr y de D. Juan B. Espadaler; en Romea *Aigües estancades*, drama en tres actos de D. José Puig y Ferrater; y en el Eldorado *La Modelo*, comedia en tres actos de Alfredo Testoni.

Orfeó Català. – El notable pianista señor Vinyes ha dado un concierto en que tocó de un modo admirable piezas de Schumann, Chopin, Borodine, Liapounow, Fauré, Severac, Ravel, Flaurent, Schmitt y Debussy. El orfeón en un concierto extraordinario ha repetido la *Glossa* del maestro Pedrell, la escena de la consagración de *Parsifal* de Wagner y el *Magnificat* de Bach, obras todas magistralmente ejecutadas y que valieron entusiastas aplausos á todos los elementos, coros, solistas, orquesta y órgano, que en su interpretación tomaron parte.

Asociación Musical de Barcelona. – Tres conciertos más ha dado esta asociación durante la semana pasada: en el primero se ejecutó íntegro el poema de César Frank *Les Beatitudes;* el segundo estuvo dedicado á los compositores franceses modernos, D'Indy, Dupare, Bruneau, Fauré, Ropartz, Tiersot y Crocé-Spinelli, habiendo obtenido la orquesta, dirigida por el citado maestro Crocé-Spinelli, una serie de calurosas ovaciones. También las alcanzó en el concierto dedicado á Schumann, en el cual se ejecutaron el hermoso poema *Manfredo*, la *Sinfonía en re* y el *Concierto en la* para orquesta y piano, á cargo éste del distinguido concertista señor Lliurat.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito en Lara *La escondida senda*, comedia en dos actos de los hermanos señores Alvarez Quintero; en Martín *Fenisa la comedianta*, zarzuela en un acto y dos cuadros, letra de D. Gonzalo Jover y música de D. Emilio G. del Castillo; y en el Cómico *¡Hasta la vuelta!*, sainete en un acto, letra del Sr. García Alvarez y música del maestro Calleja.

– En el teatro de la Corte de Munich se ha estrenado con gran aplauso una tragi-comedia titulada *Don Quijote*, letra de G. Fuchs y música de A. Beer-Waldbrunn. Dirigió la orquesta el célebre maestro Mote.

AJEDREZ

Problema núm. 491, por V. Marín.

Negras (9 piezas)

Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 490, por V. Marín

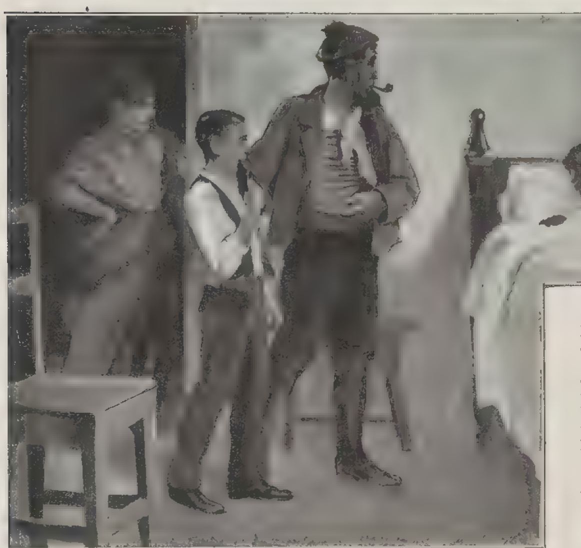
Blancas.	Negras.
1. D f 2 – f 1	1. c 6 × d 5
2. D f 1 – a 6	2. A f 6 × d 8 ú otra
3. C b 6 – d 7 ó D mate.	

Variantes.

1...... A f 6 × d 8;	2. C d 6 – c 4 jaq., etc.
a 3 – a 2;	2. D f 1 – a 1 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. C d 6 – c 4 jaq., etc.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



El tío Jorge, mareándolo á elogios, lo empujó hasta la cama de Alegre

Alegre no tuvo tiempo de pensar en la cronología, porque la sangre le quemó el rostro y tuvo que pensar en la cara de angustia y de vergüenza que tendría en ese instante.

Una carota que asomó por la ventana, una carota tosca, ruda, franca y hermosa, porque tenía de todo, salvó la situación de Alegre, sin mejorarla.

Era el tío Jorge, que entró como un huracán, más feliz que un Sábado de Gloria, gruñendo, refunfuñando y echando trombas, que daba miedo.

Alegre tembló bajo las sábanas. ¡Éste sí que no se guardaba las palabras en el buche!

—¡Tromba, chiquillo, tromba! Buenos días, me alegro de verte vivo, que es mucho; ¡pues no ha sido calaverada la tuya! A medio geme estuvimos tú y yo y la chiquilla y Toño de averiguar á qué sabe el fondo de la mar.

—¿Toño?, preguntó Alegre tranquilizándose: en aquel tío Jorge más era el ruido que las nueces.

—Sí, Toño ó Antonio ó *el Lagartijo,* que había tenido más arboladura para la mar que una fragata.

—¿Sí? ¿Pues qué ha hecho?

—Poca cosa; lo que no se atrevió á hacer ninguno de esos marinerotes con más barbas que un chivo; casi nada: acompañarme para ir á buscaros, ¡tromba!, ayudarme en la maniobra, ¡retromba!, á bordo de una cáscara de nuez que bailaba sobre las olas de un modo espantoso; porque eso sí, ¡truenos y relámpagos!, elegisteis un día que sólo porque Dios es grande y porque Él hizo la mitad, hemos podido, no ya salvaros á vosotros, sino salvarnos nosotros mismos. ¡Tromba con las aventuras que me habéis hecho correr! Como no sea ésta la última, ya podéis olvidaros del tío Jorge, que el chapuzón que anoche me di por sacaros del agua no me lo daré otra vez, seguro; y gracias que Tell os sostenía; tú ya estabas tragando agua, y lo que es tu compañera..., vamos, la chiquilla tenía más de muerta que de viva.

Alegre no fué dueño de enfrenar su lengua.

—¿Y ella?, preguntó cerrando los ojos para no ver la sonrisa de madre Marta, ¿se salvó?

—¡Claro que se salvó! Antes me hubiera ido yo al fondo que dejar á ninguno de vosotros en el agua, ¡tromba!

Y el tío Jorge lo decía así, con toda llaneza, sin fanfarronería, como quien habla de darse un baño. Era la cosa más natural del mundo el dejarse comer por los peces, todo por salvar á un par de chiquillos con quienes nada le iba ni le venía. ¡Tromba si era héroe el tío Jorge!

—La que no pude salvar fué la *Gaviota.* ¡Pobre barca! Allá andarán sus astillas golpeando los arrecifes del Peñón si las olas no se las han llevado más lejos; gracias á que era fuerte como un trozo de hierro, no os tragó la mar antes de encallar; y ella ha sido la única víctima. ¡Tromba con la suerte miserable de la pobre!

Alegre habría vertido algunas lágrimas sobre el dolorido recuerdo de su *Gaviota,* si no lo hubiese atajado una avalancha que se precipitó en el cuarto y pasando por encima de Marta y del tío Jorge saltó á la cama del muchacho.

Era Teli, que no ambicionaba ni laureles ni elogios por lo que había hecho; se contentaba con las caricias que le prodigaba su amo á manos llenas, y con los sabrosos huesos que en la cocina le regalaba madre Marta.

Su gloria no le quitaba el sueño: había dormido diez horas como un justo.

Después entró Toño, medio avergonzado. El tío Jorge, mareándolo á elogios, lo empujó hasta la cama de Alegre, que lo abrazó con la veneración con que se abraza á un valiente. *El Lagartijo* era tan héroe como Tell.

El grumete estaba como sobre ascuas; de él todo el mundo le hablaba, pero ¿y de ella? El tío Jorge, al parecer, sabía poco ó nada. Madre Marta estaba en iguales condiciones.

Alegre estalló.

—Madre Marta, ¿puedo levantarme ya?

El caso era de pensarse. El tío Jorge examinó las rodillas, los pies, los brazos del niño por si había algo roto debajo de los paños de árnica que le habían aplicado; no había nada; todo se reducía á de solladuras más ó menos dolorosas, pero sin gravedad.

El negrillo obtuvo el permiso. Bebióse una taza de leche humeante y saltó de la cama.

¡Madre de Dios! Tuvo que ahogar un grito de dolor para no alarmar á madre Marta: no había nada roto en su cuerpo, según el tío Jorge; según el propio Alegre, no había nada sano.

No pudo tenerse en pie y se sentó al borde del lecho; la vista se le turbaba; la habitación bailaba á la *cáscara rueda* alrededor suyo.

Madre Marta lo dejó solo. El negrillo se paró de nuevo, y de nuevo se volvió á sentar; estaba quebrantado, molido, descoyuntado, desollado, hecho harina, como si le hubiera pasado una locomotora con cien vagones por encima.

A la larga pudo vestirse y salió al campo, tambaleándose como si tuviera roto el espinazo.

Desentendióse de una cáfila de admiradores de doce años para abajo, y se acercó al muelle.

Sólo allí se convenció de que faltaba la *Gaviota;* el sitio que de costumbre ocupaba estaba vacío. Volvió á sentir el mismo cosquilleo en el corazón y los mismos deseos de llorar.

Y lloró. ¡Pobre *Gaviota!* Se había ido sin que su dueño la prodigara una última caricia, sin que besara sus bordas flamantes. Desde que vió á Margarita se olvidó de la *Gaviota,* la *Gaviota* no se olvidó de él; tuvo celos y contó sus desventuras al río; el río contóselas á la mar, y la mar quiso vengar á su hija llevándose á la rival y al amado; pero la *Gaviota* no se vengó y murió salvando á su dueño. ¡Pobre *Gaviota!* Ni un remo quedaba de la dulce compañera de Alegre, en otros tiempos, cuando el corazón de Alegre era todo para ella. Sobre su tumba ignorada pasarían centenares de olas, lamiendo sus astillados restos y modulando su eterno *requiem.*

El grumete miró hacia el mar con los ojos llenos de lágrimas; parecióle ver á lo lejos la fugitiva silueta de su *Gaviota;* se iba para siempre á devorar sus celos en la mar, porque en la mar las amarguras del mundo son dulces.

—¡Adiós, *Gaviota!,* exclamó saludándola con el pañuelo; y añadió como si hubiera leído las páginas en blanco de su historia: ¡Adiós, *Gaviota,* espérame!

Ahora que no tenía bote y quería pasar el río para averiguar algo de su amiguita, estaba perplejo: no había más remedio que aprovecharse de cualquiera de las canoas ó botes que estaban amarrados al muelle. Entre todas se destacaba la *Bella Italia* como la más hermosa y la más grande; aún no había vuelto de Necochea la escuadrilla que partiera la víspera; á popa, como un gracioso apéndice, estaba amarrada la *Pequeña,* del tío Jorge; era la que más le convenía para pasar el río.

Alegre miró si alguien lo espiaba: estaba solo. Los chicos jugaban en la playa del mar: no lo verían. Acercóse é iba á saltar, cuando alguien lo detuvo por la blusa. Volvióse confuso y se encontró cara á cara con el tío Jorge.

—¡Tromba!, gruñó el pescador. Si no me engaño, querías largarte en mi *Pequeña* Dios sabe dónde, ¿eh? ¿Es ó no cierto?

Alegre, cerrando los ojos con ese modo encantador que tenía cuando se avergonzaba, balbuceó algunas palabras de disculpa. En el fondo estaba, más que avergonzado, furioso con aquella sempiterna tromba que venía á desbaratar sus planes.

Pero en el adusto semblante del marino había un malicioso pliegue frunciendo los ángulos de sus ojos, que dulcificaba aquella bronca fisonomía; el buen viejo estaba husmeando algo y sonreía...

—Alegre, Alegrito, dijo palmeando al chico, no te asustes, no pienso comerte, ¡tromba!; pero mira, le diré á madre Marta que estabas por escaparte de nuevo.

«¡Truenos y relámpagos!,» pensó el grumete, el desagradecido grumete. Precisamente la pobre mujer habíale recomendado tanto que no se fuera á ninguna parte sin pedir permiso...

—No, no se lo diga usted, suplicó. ¡Si no iba á hacer nada!

—¿Eh? ¿Cómo es eso? ¿Con que nada? ¡Si habrá rapaz! ¿Entonces crees tú que yo no tengo ojos?, ¡tromba!, ¿que soy un topo?, ¡retromba! Estabas por largarte en mi bote, tan cierto como que hay Dios; intentabas otra calaverada, y todavía quieres engañarme como á un bobo.

Esta vez Alegre no se enojó; estaba asustado de veras; el marino calló; había hablado con más brusquedad de lo que solía: en los hermosos ojos del muchacho temblaba una lágrima...

«¡Ya lo hice llorar!—dijo para su coleto.—¡Maldita, maldita lengua que dice todo lo que se le viene á la punta! ¡Tromba, con el bruto del tiburón que sólo sirve para hacer llorar á estos angelitos!»

Y añadió con la voz más dulce que un caramelo:

—Vamos, Alegre mío, no me creas; no creas que vaya á decirle nada á madre Marta. ¡Si no has hecho nada! ¿Querías pasar el río, verdad?

Alegre asintió con la cabeza.

—Bueno, yo te pasaré, aún no podrías remar tú, pero te llevaré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me digas á qué ibas.

Y el tío Jorge lo miraba tan maliciosamente, que el negrillo sintió que la sangre le quemaba el rostro.

—A nada..., murmuró.

—¿Cómo á nada? ¿Quieres tú que vuelva á empezar? ¡Si me habrás creído tonto, tromba! O me lo dices, ó le digo yo algo á madre Marta.

Alegre no ganaba para sustos con el tío Jorge.

—¿No es verdad que ibas á la quinta?

—Sí.

—¿A saber de Margarita?

El muchacho cerró los ojos.

—Bueno, ahora te pasaré; pero me vas á decir otra cosa, cuando estemos en medio del río.

El tío Jorge saltó al bote, seguido del muchacho; desató la amarra é hincando un remo en tierra, hizo que la *Pequeña* se apartara de la orilla balanceándose. Era muy parecida á la *Gaviota*.

—Ahora me lo dirás; ven, siéntate aquí, á mi lado. ¿Tienes muchas ganas de saber de la chiquilla? ¿Sí? ¿Y de dónde tanto interés?

Alegre no respondió. El marino, tomándolo suavemente de la barbilla, murmuró á su oído:

—¿La quieres mucho?

El niño cerró los ojos.

—Sí, respondió.

—¿Y ella á ti?

—Yo no sé...

—¿De veras? Me parece que sí lo sabes. Bien, bien. ¿Has visto que no te iba á comer? Además, ya lo sabía.

—¿Lo sabía usted?

—¡Cómo no! ¿Habrías corrido la de ayer si no hubiera sido por ella?

—¿Y no se lo ha dicho á nadie?

—No, á nadie, chiquillo; yo me guardo los secretos en la bodega; y allí se pudren como no los saque el dueño; y tú eres el dueño de éste.

En la otra orilla el tío Jorge tomó de la mano á Alegre y se metió con él á través del parque, como en tierra conquistada.

Alegre, que no las llevaba todas consigo, por lo que pudiera tronar miss Fulton, regocijóse de aquella compañía.

Atravesaron todo el parque sin hallar á nadie; cruzaron uno de los patios, y sólo cuando llegaron al pie de la gran escalera de mármol encontráronse con el hijo del jardinero.

—¡Hombre!, díjole el tío Jorge. No parece sino que aquí no hubiera alma viviente, tan solo está todo esto; gracias á Dios que al fin se ve gente.

—Buenos días, tío Jorge, respondió el joven al exabrupto del marino.

—Muy buenos; y á todo esto, ¿qué dice la inglesa?

—¡Qué ha de decir! Gruñir en su lengua, cuando aseguramos que usted es un héroe.

—Y tiene razón; ¡qué he de serlo!

—Sin embargo...

—¡Psh! Lo que hice yo, cualquiera lo hubiera hecho.

—Sí, pero no halló quien lo acompañara entre los grandes.

—¡Claro! Porque nadie quiere á Alegre como yo, ¿verdad, chico? Y como allí no había que ganar..., ¡tromba! Nada, nada, habladurías, muchacho; por eso me gustan los ingleses, callados como unas carpas. En fin, al grano. ¿Y la niña, cómo está la niña?

—De cierto, de cierto no lo sé; pero no creo que esté mal del todo.

¡Ay! ¿Y así, con esa cachaza lo decía? Alegre temblaba de impaciencia; aquella charla le quemaba la sangre.

Una criada apareció en ese momento en el vestíbulo del *chalet*. Era Clara, una muchacha conocida del tío Jorge.

—¡Eh! ¡Clara!

—Tío Jorge, mande.

—Tú debes estar enterada. ¿Qué tal va la niña?

—Regular; hoy mejor que anoche; tenía fiebre, deliraba...

—¿Sí? El remojón, sin duda...

—Sí, el remojón y el susto y uno que otro golpe.

El viejo marino se puso al pairo; por último, abordó de frente.

—¿Y no podríamos verla, digo, yo y Alegre?

—¡Ah! ¿Conque es Alegre este chico?, exclamó Clara mirando al niño. Mire, á decir verdad, si la niña lo viera se curaba; no hace más que hablar de él...

El corazón del negrillo hacía ¡toc, toc, toc! con una fuerza que por poco se le saltaba, de gozo, de pena, de impaciencia.

—¿Y no podríamos verla?, se atrevió á decir.

—¡Imposible! Miss Fulton está furiosa; si entraran se armaría una muy gorda. Y me voy, tío Jorge, me mandan de apuro. Ya les diré si hay algo, descuiden.

—Bueno, me alegro que no haya nada malo; y dile á tu desdichada inglesa, que si ella hubiera estado anoche en lugar de Margarita, por mi parte se la comen los pescados, ¡tromba!

XXXI

CORAZÓN DE PADRE

Alegre sentía un malestar indefinible. Un cúmulo de ideas tristes se le había incrustado en el cerebro.

Su amiguita estaba enferma. La dulce niña no había podido resistir, como él, los horrores de la espantosa noche pasada en el Peñón de las gaviotas.

En su camita ya, adonde la llevaron los valientes brazos del tío Jorge, cayó en un delirio tranquilo, anunciador de la fiebre que empezaba á arder en sus sacudidas arterias.

La noche la pasó en brazos de Clara, la criada favorita. Miss Fulton, de pura corajina, había atrapado una terrible jaqueca y no quiso verla.

Sólo á las nueve de la siguiente mañana, revestida de su británica flema, tiesa, imperturbable, al parecer, fría como salida de una heladora, apareció la *miss* en el cuarto de su discípula.

La chiquilla no la necesitaba ya; estaba mejor á solas con Clara, hablando... ¿de qué podía hablar aquel angelito de diez primaveras? Hablaba de Alegre. Al despertar, su recuerdo voló á su amigo, al que cien veces la había salvado en una sola noche.

—¿Y Alegre?, fué el primer gorjeo del pájaro.

—¿Y quién es Alegre?

—¿No sabes?

—¡Ah, ya! ¿Tu amigo, el dueño de la *Gaviota*?

Clara no conocía á Alegre; oyó hablar de él la noche antes al tío Jorge; debía de ser un héroe aquel grumete, cuando así lo aseguraba el viejo pescador; pero la muchacha no estaba enterada á punto fijo de lo que valen los héroes, y se olvidó del nombre del negrillo.

—Sí, ese, el dueño del bote; sin él me hubiera ahogado, ¿sabes? ¿No lo has visto? ¿Estará sano?

Por el interés con que la niña preguntaba por él, dedujo Clara el que le inspiraría el muchacho; y aunque no sabía si estaba muerto ó vivo, no vaciló en mentir del modo más grato para su joven ama.

Tranquilizada ésta, no tardó en cerrar los ojos para caer en un sopor dulce y tranquilo.

¡Qué hermoso es el sueño de los ángeles! Margarita durmiendo era un ángel con los ojos cerrados. Su inocente imaginación, como un pájaro inquieto, no hacía más que cambiar de jaula. Volaba del mundo real al mundo de los sueños. Y ganaba en el cambio. Las realidades de sus sueños eran de oro; en ellas no había cobre, como en las realidades del mundo.

El sueño de Margarita era tan dulce que Clara la creyó sana del todo.

Pero el infalible termómetro de miss Fulton acusó un aumento anormal de temperatura. Tenía fiebre; sus mejillas encendidas y su frente ardorosa corroboraban el fallo del termómetro.

El delirio afirmó lo mismo una hora después.

Y mientras tanto, Alegre, clavado en el muelle de Cruz Chica, no hacía más que mirar hacia el *chalet*, como si sus ojos, dotados del don de traspasar las arboledas y las paredes, contemplaran á la niña tendida en su camita de colgaduras azules, como un cielo de primavera.

El tío Jorge lo dejaba estar; comprendía lo que pasaba en el alma del muchacho.

—Dejémosle; no se irá esta vez sin permiso; gato escaldado huye del agua fría; pero, ¡pobrecillo!, lo menos hace dos horas que está clavado en el sitio. ¡Tromba, si es bravo el mal que tiene! Mal de amores, como dice Marta; enfermo por una chiquilla de ojos azules, más linda que una brisa de popa; pero ¡qué diablos!, también el chico es hermoso; y si ella lo quiere, tiene mil veces razón; también lo quiero yo, sin que sea mi hijo ni mi novio; lo quiero como si lo tuviera incrustado en las entretelas del alma.

Y el tío Jorge, balanceándose y echando humo como un transatlántico, hacía rumbo á la casa de madre Marta.

—Marta, decíale, allí lo tienes á Alegrito encallado en el muelle, proa al Sur, atisbando lo que pasa en la quinta.

—¡Ah, tío Jorge! Cuando yo digo que la chiquilla le tiene á interés el corazón.

—Pues me gusta; mira si es linda la criatura; rubia como un sol que se levanta, con unos ojos más azules que la mar. ¡Tromba si es linda!

—Lo que digo yo; tiene muchísima razón en quererla, y si ella le paga...

—Me parece que sí, aunque él dice que no.

—¿Eso le dijo?

—Sí, eso me dijo; no pude sacarle una palabra más, y aun tuve que correr algunas bordadas, orzando, porque es vergonzoso y esquivo como un gamo, para sacarle la confesión de lo que él guarda para ella.

—Trabajo inútil, tío Jorge; hace tiempo que lo sé yo; como no me duermo en las pajas y sé que donde fuego se hace humo sale, en cuanto ví el humo en el desasosiego y en la impaciencia que hervía en el chico, busqué el fuego y le hallé en lo mejor de una siesta, lo pesqué llevándola en bote á la niña; me gustó, y desde entonces el camino de Alegre no tuvo estorbo; la cosa marchaba como sobre rieles. Lo raro es que en la quinta no hayan maliciado nada.

—¡Nada, nada! Esas gentes no tienen ojos más que para mirar por sí.

—Así es, y mejor que lo sea; pobrecitos, que se quieran; eso no es pecado.

—Pero temprano despiertan, ¡tromba! Mira que Alegre, aunque robusto y fornido como un mástil, no tiene más que doce años, y en la chiquilla los once estarán pintones todavía.

—Temprano es, pero no es raro. El pobre Alegre, hasta que dió con nosotros, había vivido sin más cariño que el de su perro; con nosotros pudo resarcirse de las hambres atrasadas de amor, pero sólo del amor de padres que le han faltado; mas ¿y el de hermanos? ¿Qué me dice usted, tío Jorge? Todos los chicos tienen compañeros de su edad con quienes jugar y á quienes querer, hermanos unas veces, amigos otras. Alegre no; el pobrecito no conoció hermanos ni amigos; tío Jorge, usted lo sabe, en el pueblo, entre los chicos de su estatura, no los ha encontrado, porque es más fuerte, más inteligente y más hábil que ellos, y en la playa se aborrece á todo el que por algo es superior y detestan á Alegre; él no los odia, porque es tan bueno que no sabe odiar, pero se ha vuelto huraño, no se junta con nadie porque nadie lo quiere. Ya ve usted que el terreno estaba abonado, sólo faltaba echar la semilla. Un día vió á Margarita; á la pobre le pasaba lo mismo; se aburría en su soledad, sin padres, porque los suyos apenas se acuerdan de ella; sin hermanitos, y en manos de una inglesa más seca que un pajonal. En cuanto vió á Alegre, por un lado la chispa, por el otro la yesca, se prendió el fuego.

—Y arde, ¡tromba!, y arderá: lo que me admira es que ustedes, las mujeres, adivinan cosas que á nosotros ni de lejos se nos ocurren.

—Cuestiones de corazón, tío Jorge.

A la tarde llegó Ludovico. Venía contento como unas Pascuas porque había realizado un espléndido negocio.

El tío Jorge, ayudándole á descargar lo que traía del pueblo, no le habló una palabra del suceso de la víspera. Se lo diría cuando estuviera seguro de alcanzar el perdón para Alegre; empresa delicada, como que tenía en contra la más linda embarcación de Cruz Chica hecha astillas en el Peñón de las gaviotas.

Padre Ludovico, entre regalos de menor cuantía, traía un corte de vestido para su mujer y un traje flamante de marino para el negrillo.

—¡Alegre, Alegre, ven acá!, gritó creyéndole en la habitación contigua.

Pero los vidrios de la ventana retemblaron inútilmente; Alegre no estaba por allí.

Sentado sobre un rollo de cables, mirando siempre hacia la quinta y envidiando á las golondrinas que en su fácil vuelo iban y volvían cien veces en un minuto del *chalet* al muelle y del muelle al *chalet*, no advirtió que la vela de una embarcación venía contorneando la playa con rumbo á Cruz Chica.

Era la *Parma* de padre Ludovico.

La vió sólo cuando se mojaba ya en las aguas del riacho; lleno de un miedo cerval al sólo imaginarse el gesto airado que pondría el buen marino cuando le contaran lo de la *Gaviota*, huyó á esconderse en el monte.

No volvió el rostro hasta que llegó á los primeros árboles; paróse, miró, y viendo que la *Parma* había atracado ya, entróle de nuevo un terror pánico y corrió hasta que sus piernas doloridas no pudieron más. Se dejó caer á la sombra de un *ombú*, y escondiendo su carita entre las manos se puso á llorar. Con las primeras lágrimas vínole sueño y se quedó dormido.

Y en tanto el tío Jorge busca que te busca al fugitivo en el pueblo, en la playa, en el fondeadero, en la *Bella Italia*, en la *Parma* y en cuanta embarcación había con bodega habitable. Ni rastros del muchacho.

—¿Y lo hallaste?, preguntó padre Ludovico, viendo regresar á su amigo cariacontecido.

—No; se ha hecho humo, ¡tromba!

—Andará en la *Gaviota*; no la he visto en el muelle.

—Puede que esté, pero por estos lados no hay ni señales de él.

—¡Cómo!, exclamó madre Marta afligida por aquella nueva desaparición y sin caer en cuenta de los planes del tío Jorge. Qué, ¿no está Alegre? ¡Hijo de mi alma, dónde se habrá ido!

—Andará en la *Gaviota;* ya volverá luego.

—¡Qué *Gaviota* ni qué niño muerto, sí!..

Una señal del tío Jorge le cortó la palabra en los labios.

—¡Vamos!, dijo el marido mirándola. ¿Qué ibas á decir?

La buena mujer, sin mirar al viejo marino que le hacía señales desesperadas de silencio, sintióse incapaz de mentir esta vez.

—¿Qué ibas á decir, mujer?

—¡Que ya no hay *Gaviota!*

—¡Cómo! ¿Y dónde está? ¿Qué ha sido de ella?

—Se hundió, respondió tristemente el tío Jorge, que no podía contener ya la despeñada conversación.

—¿Se hundió?, insistió el pescador cerrando los puños y golpeando el suelo con su pierna de palo.

—Se la tragó la mar anoche.

—¿Y quién tuvo la culpa?

Madre Marta se abrazó al cuello de su marido.

—¿Me oirás? ¿Me escucharás hasta el fin? Prométemelo.

—Bueno, bueno; escucharé hasta el fin; hasta el fin seré mudo; habla.

La buena mujer habló con toda la elocuencia de una madre que quiere rescatar á su hijo; de vez en cuando el tío Jorge la remolcaba. Toda la aventura del Peñón desfiló ante los ojos de Ludovico evocada por Marta y por Jorge. Algunas gotas de frío sudor corrían por la frente del marino. ¡Su *Gaviota!* ¡La niña de sus ojos!

La narradora iba á terminar; padre Ludovico escuchaba sin respirar para no perder sílaba; después respiró ampliamente como si le hubieran quitado una mole de encima.

—¡Eres un héroe, Jorge!, exclamó estrechando en los brazos á su amigo. Gracias; sin ti no tendríamos á Alegre.

—¡Psh!, murmuró *el héroe* sacudiendo la cabeza y dejándose abrazar. Eso y mucho más lo hubieras hecho tú, lo hubiera hecho cualquiera.

—Yo sí, porque quiero al chico como si fuera hijo mío; pero tú, que no eres su padre....

—¡Oh! ¿Y crees tú que yo no lo quiero acaso? ¡Tromba si lo quiero!

Y estrechó en fortísimo abrazo á su amigo.

—Bueno; ahora prométeme una cosa, Ludovico.

—Sí, sí, lo que quieras; dí ¿qué es?

—Que lo olvides todo, que olvides la *Gaviota*, que olvides la desobediencia, y que cuando venga Alegre le des un abrazo apretado y un beso en la frente.

¡Olvidar la *Gaviota*, la niña mimada de Cruz Chica! ¡Cómo iba á olvidar su *Gaviota!*

—¡Eso, eso; que no lo riñas! ¡Pobrecito, bastante dolorido está, tromba!

Venció la bondad.

—Bueno, bueno; ya que así lo quieren, así se hará; lo abrazaré y le daré un beso.

Y añadió en una explosión de ternura:

—¡Qué valen una *Gaviota* ni cien en comparación con mi Alegre!

—Sí, y á todo esto, ¿dónde estará el muchacho?; porque es lo primero de lo primero.

—Pues hay que llamarlo.

—No, hay que buscarlo.

—Pero ¿por qué ha de haberse escondido?

—¡Tromba!.¡Pues de miedo!

—¡Pobre chico!, murmuró padre Ludovico. ¡A buscarlo!

Y salieron los dos.

En la quinta no podía estar: ninguna embarcación había cruzado el río; todas estaban en el fondeadero. En la playa no estaba, en el pueblo no estaba, nadie sabía de él; no quedaba otra parte donde pudiera estar que el monte, tierra adentro.

Extendieron las pesquisas por la orilla del río, hacia la parte arbolada.

El tío Jorge marchaba delante echando trombas envueltas en nubes de humo. Padre Ludovico lo seguía hundiendo su pierna de palo en el tapiz de ramas y hojas secas que alfombraban el suelo y que se quebraban crujiendo bajo de ella.

No caminaron mucho. El tío Jorge había visto algo.

—Corre, Ludovico; pero ¡tromba! no hagas tanto ruido con esa pata que el diablo se lleve.

Y sin embargo, padre Ludovico no corría tan ligero como hubiera deseado.

Y valía la pena correr, porque era lindo el cuadro que contemplaron los dos pescadores á cuatro pasos de distancia. Alegre dormía tranquilamente, como si en su vida hubiera dormido, con un sueño profundo, entre las prominentes raíces de un *ombú* inmenso.



Alegre dormía tranquilamente, como si en su vida hubiera dormido...

—Anda, Ludovico, levántalo, pero sin despertarlo, á ver si lo llevamos á casa dormido. Pero deja, yo lo haré mejor, ya te lo daré.

El tío Jorge tenía brazos de madre para Alegre; lo alzó tan dulcemente que el chico siguió durmiendo como si lo hubiera alzado un hada. Pero tuvo que apelar á todas sus fuerzas, porque Alegrito no era de merengue.

Cuando traspasaron el lindero del monte y el terreno se niveló, el tío Jorge cedió la carga á su compañero, muy contento de librarse de ella.

—¡Hombre, vaya si pesa!

—¡Ah! ¿Te parece? Lo mismo decía yo, ¡tromba!

Madre Marta los aguardaba impaciente por conocer el resultado de la búsqueda.

Su marido entró respirando fuerte, y dejó al muchacho sobre la cama, pero lo hizo con tan poca destreza que lo despertó.

Alegre abrió los ojos, y frío de terror volviólos á cerrar, tartamudeando:

—¡Oh, usted ya ha venido!

Y quiso ocultar la cabeza bajo las almohadas.

El marino lo detuvo.

¡Era posible! ¡Se sonreía! ¡No estaba, pues, enojado!

—¿Y nada me dice?, murmuró Alegre.

—¿Qué quieres que te diga, hijo mío?

—¿Entonces me perdona?

—No sé que hayas hecho nada malo.

¡Y aquello no era sueño! ¡Era padre Ludovico en carne y hueso!

—Pero di, prosiguió el pescador, ¿por qué no me abrazas como acostumbras cuando vuelvo de viaje? ¿Por qué tienes miedo?

Alegre tendió los brazos exclamando:

—¡Qué bueno es usted!

Fué fortísimo el abrazo, y dulce, muy dulce, el beso del perdón.

Padre Ludovico decía para sí: «¡Qué valen una *Gaviota* ni cien en cambio de no hacer llorar á este buen chico!»

—¡Nada, tromba!, había respondido el tío Jorge, que con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca se marchaba satisfecho á seguir sus interrumpidas tareas. En casa del tío Jorge no sellaban plata.

XXXII

«FLOR DEL AIRE»

Esa mañana el tío Jorge llamó á Alegre.

—Oye, chiquillo, le dijo tomándolo por la barbilla. ¿Qué dirías tú si te ofrecieran otra *Gaviota?*

Los ojos del muchacho brillaron de alegría un instante, sólo un instante, porque al siguiente se apagó ese súbito fulgor.

—No la tomaría, respondió.

—¿Que no? ¡Tromba! ¡Y yo que me creí que le darías las gracias á quien tal hiciera!

—Sí, le daría las gracias, pero no aceptaría.

—¿Y por qué?

—Por no perder otro bote; porque no se hundiera como la *Gaviota*.

—¿Y por qué había de hundirse?

—Porque yo tengo muy mala suerte.

—¿Tú? ¡Hombre, yo habría jurado lo contrario! Pero en fin, suponiendo que se fuera á pique por culpa tuya..., como la *Gaviota*...

El tío Jorge miró á Alegre sonriendo maliciosamente. El muchacho cerró los ojos.

—Bueno; suponiendo que se hundiera, ¿para que crees tú que se han hecho las embarcaciones? ¿Acaso para semilla? Di, ¿aceptarías ó no?

Alegre sacudió tristemente la cabeza.

—¿Y si el tío Jorge, si yo, que tanto te quiero, te lo pidiera como un favor?

—Entonces, quizás; pero...

—¿Pero qué?

—Pero es que la embarcación no sería usted.

—¿Y por qué no había de ser? ¿Me crees tan pobre? Precisamente allí está la *Pequeña*. ¿La quieres?

Alegre sonrió.

—¡Vamos! Está visto, sí la quieres; desde hoy es tuya, ¿eh? Y cuidado con decirme nada, ¿entiendes?

Alegre fijó sus hermosos ojos en el sonriente rostro del marino, como dándole con ellos las gracias, ya que él no quería que se las diera de palabra.

—¿Aceptas?, ¿sí ó no?

—Sí, murmuró el chico.

—Bueno; ahora me das un abrazo fuerte, bien fuerte, y quedamos á mano.

El tío Jorge levantó en peso al muchacho; éste rodeó con sus brazos el cuello del marino y besó con sus frescos labios aquella frente paternal que habían besado los soles de todas las latitudes y las brisas de todos los mares.

El viejo lobo, con dos lagrimones de ternura y de orgullo, posó en el suelo al muchacho. Iba á marcharse dejándolo en posesión del bote; pero dió media vuelta y se quedó clavado.

—Dime, Alegre, ¿cómo la llamarás? Yo la llamaba la *Pequeña*, pero tú puedes elegir otro nombre mejor.

—Sí, sí; déjeme hacerlo, ¿quiere?

—¿Cómo le vas á poner?

—*Flor del aire*.

—*¡Flor del aire!* ¿Por qué así?

—¿No le gusta? Entonces dejémosle el que tiene.

—No, no es eso: es un lindo nombre el que dices, pero ¿por qué prefieres ése, que nada tiene que ver con un bote?

—Si no le gusta...

—¡Tromba con el chico! Te digo que sí, pero ¿por qué lo quieres llamar de ese modo?

—¡Ah! Por... Margarita.

—¿Y qué así se llama ella?

—No, pero podría llamarse, ¿no le parece?

Y los ojos de Alegre buscaban la respuesta en el rostro del marino.

—¡Ya lo creo! Podría llamarse, podría, porque la chiquilla es linda y graciosa como una flor del aire. Conque ya está bautizada tu segunda *Gaviota;* su nombre la traerá suerte. ¡Ah!, dime, ¿cómo te llama á ti Margarita?

—¿A mí? Alegre, no más. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Para bautizarla con tu nombre á mi *Bella Italia*.

—No, no se lo cambie usted.

(Se continuará.)

DEL MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud

La construcción del ferrocarril del Uganda realizada por Inglaterra es una obra verdaderamente gigantesca que, aparte de su importancia desde los puntos de vista político, científico y civilizador, y de su utilidad práctica para los fines del comercio, permite recorrer cómoda y seguramente regiones antes de imposible acceso y habitadas por tribus temibles, y realizar de esta suerte uno de los viajes más interesantes así por lo pintoresco de los lugares como por la originalidad de las costumbres de sus pobladores indígenas.

Este viaje ha sido efectuado recientemente por M. Carlos Allaud y el relato que de él ha hecho en la notable publicación parisiense LE TOUR DU MONDE, *tiene todo el interés y todo el atractivo que le prestan las dotes de hombre de ciencia ilustre y de literato distinguido que adornan al autor.*

En la seguridad de que á nuestros lectores han de conocer gustosos el trabajo de M. Allaud, hemos obtenido la debida autorización para publicar del mismo un extenso extracto, ilustrándolo con grabados, reproducción de fotografías por el mismo autor tomadas. (N. de la R.).

Para comprender el interés que han tenido los ingleses en llevar á cabo la empresa colosal del ferrocarril llamado del Uganda, obra tan costosa como, al parecer, poco remuneradora, basta considerar la geografía física de aquella parte de Africa y la importancia de los intereses que en ella tiene Inglaterra, la



MOMBASSA. – Pequeños tranvías de cuatro asientos *(garis)* empujados por dos negros swahilis. En el fondo, el Gran Hotel

cual domina allí en tres protectorados, el de Uganda, el del Este africano y el de Zanzíbar y sus dependencias.

Stanley, que en 1875 visitó el Uganda, vió en seguida el partido que podía sacarse de aquella región y envió misioneros al rey Mtesa, que se convirtió al cristianismo; pero no tardó en estallar una guerra entre musulmanes y cristianos que motivó la expulsión de los misioneros católicos franceses.

En vista de los disturbios que reinaban en Uganda y de las penalidades y ataques de los mtasis que habían de sufrir las caravanas destinadas al aprovisionamiento y relevo del cuerpo de ocupación, Inglaterra resolvió construir el ferrocarril que había de establecer una comunicación con aquellas lejanas tierras. La obra comenzó en 1896 y cinco años después quedaba terminada la línea entre Mombassa, puerto del Oceano Indio, y San Florencio, población situada á orillas del gran lago Victoria Nyanza; la construcción de este ferrocarril costó seis millones de libras esterlinas y fué en extremo difícil por la carestía de la mano de obra, por los rigores del clima, por el hambre, la peste y los animales feroces.

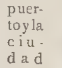
Las locomotoras no utilizan otro combustible que la leña, tan abundante en los inmensos bosques que el ferrocarril atraviesa; los vagones de mercancías son enteramente metálicos y los de viajeros se dividen en cuatro clases, las dos últimas reservadas á los negros y á los indios.



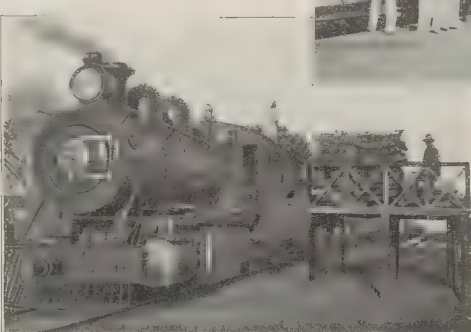
El puerto de Kilindini, al Sur de Mombassa

El trayecto total de Mombassa á Port-Florencio es de unos 1.000 kilómetros, que los trenes de viajeros tardan en recorrer 51 horas. Cada una de las cuarenta estaciones tiene telégrafo Morse y hay *dakbungalows* ó bufetes hoteles en Voi, Makindu, Nairobi, Nakuro, Muoroni y Port-Florencio; además hay *tea-rooms* en Maji Chumvi, Kiyabé y Londiani. El billete de primera clase desde Mombassa á Port-Florencio cuesta 180 francos; el de segunda, 90; el de clase intermedia 60, y el de tercera 30.

Después de estos pormenores preliminares, comienza M. Allaud el relato de su viaje.



Mombassa, ciudad árabe cuya fundación se pierde en la noche de los tiempos, está construída en una isla poblada de árboles que tiene dos radas, una al Norte, estrecha y poco profunda, en donde está el puerto y la ciudad de Mombassa, y otra al Sur, ancha y honda, en donde está el puerto de Kilindini creado con motivo de la construcción del ferrocarril y en el que hacen actualmente escala los grandes vapores. Ambos puertos están reunidos por un ferrocarril de vía estrecha por la que circulan los *garis*, pequeños tranvías de cuatro asientos empujados por dos negros swahilis, y que corre entre dos hileras de mangas y otros árboles que dan perfecta idea al recién llegado de la magnificencia de la vegetación tropical.



Locomotora del ferrocarril del Uganda

La vieja ciudad indígena, con su antiguo fuerte y sus estrechas calles es muy poco interesante; pero fuera de ella hay una ciudad nueva, enteramente europea, nacida ha poco y que crece con rapidez prodigiosa, desde que se construyó el ferrocarril. En primer lugar, hay el Gran Hotel situado enfrente de la estación ferroviaria, de la que la separa un jardín, en cuya entrada álzase la estatua de sir Eduardo Mackinnon, fundador y primer director de la *Imperial british East-Africa Company* y á quien con razón se considera como uno de los principales fundadores de la Africa oriental británica. En la vía de Kilindini sucédense sin interrupción los edificios europeos que poco á poco se van extendiendo hacia el centro de la isla y entre los cuales merecen citarse la sucursal del *National Bank of India*, la más hermosa construcción de Mombassa, las misiones católica y protestante, la procura de los Padres Blancos, el palacio del gobernador ó *commissioner*, el del *sub commissioner* y el hospital.

El clima de Mombassa es bastante sano y relativamente fresco sobre todo cuando sopla el monzón Oeste (de mayo á octubre). Los más fuertes calores se sienten en diciembre, enero y febrero y los cambios de estaciones, es decir, de monzones, van acompañados de copiosos aguaceros.

Los indígenas, ó más bien esa síntesis de tipos designados con el nombre de swahilis proveniente de la unión de los mercaderes árabes con mujeres de todas las razas africanas, hablan un idioma bantú, el *ki swahili*, que ha llegado á ser una de las lenguas comerciales más generalizadas, puesto que es entendida desde Zanzíbar hasta el Congo. Vestidos con una larga túnica blanca, sobre la cual suelen llevar un chaleco negro, estos swahilis recorren las calles de Mombassa y las de Zanzíbar buscando trabajo y tienen un aire de suficiencia y de insolencia que al pronto predisponen poco en su favor; sin embargo, valen, por lo general, más de lo que á primera vista pudiera creerse.

El viajero, después de haber desembarcado en Kilindini y de haber pasado por la aduana, en donde todo cuanto se importa paga un 5 por 100 *ad valorem*, puede tomar un *gari* que lo conduce al hotel. Casi en todas las calles de la ciudad y en los caminos de los alrededores hay pequeñas vías férreas para estos vehículos; cuando el pasajero se detiene para hacer alguna compra ó alguna visita, los swahilis quitan el *gari* de la vía, para dejarla libre, y vuelven á colocarlo en ella cuando aquél vuelve á subir.



Estación de Mombassa á la salida del Uganda-expreso

El viajero que quiera hacer el viaje de Mombassa á Port-Floren-

cio, hará bien en proveerse de un *bedding*, delgado colchón de campaña, de sábanas, almohada, mantas y un mosquitero para pasar cómodamente las dos noches que habrá de permanecer en el tren, noches frías, sobre todo la segunda.

A su salida de Mombassa, cruza el tren los jardines del centro de la isla, pasa el puente de Makupa, que une á ésta con el continente y tiene 600 metros de longitud, sube hasta la meseta de Mazeras y desde allí avanza por una llanura seca, en donde vive diseminada la población de los tímidos Wa-Durumas ó Wa-Nyikas, que raras veces se dejan ver y cuyas aldeas se ocultan entre los matorrales. Son una hermosa raza que necesita mucha energía para sacar algo del suelo ingrato en que vive; los hombres visten una sencilla tela anudada á la cintura y en algunos echada luego al hombro; las mujeres llevan una falda corta, se adornan con enormes collares de cuentas de cristal y ostentan taraceas en el pecho y en el vientre.

En la estación de Maji Chumvi, á la que se llega á las cuatro de la tarde, se sirve el te; la siguiente, Samburu, está muy bien situada para el turista que quiera visitar la tribu de los Wa-Nyikas, y después de ella el ferrocarril cruza el árido desierto de Tarú.

Al salir de esa región desolada es un verdadero encanto para los ojos ver las primeras ondulaciones del territorio de Taita, cubiertas de vegetación y pobladas de aldeas en que viven los Wa-Taitas. El viajero que desea visitar esta tribu ha de esperarse en Voi; desde allí, en una ó dos jornadas, llega á Bura, en donde hay una importante misión de los Padres del Espíritu Santo. De Voi arranca también la nueva carretera por la que, en cinco días, se llega á los puertos alemanes del Kilimanyaro, la famosa montaña que en medio de aquel país tórrido ostenta su cumbre cubierta de nieves.

Después de cenar en el *dak bungalow* de Voi, el viajero cruza de noche la frontera del territorio de los Wa Kambas, relativamente llano y regado por numerosos afluentes del Athi; en él prosperan muchos cultivos; en cambio, la abundancia de la terrible mosca tsetsé hace imposible la ganadería.

Al amanecer, poco después de dejar la estación de Sultán Hammed, admírase el espectáculo de las grandes llanuras del Kapiti, cubiertas de acacias y pobladas de manadas de cebras, de antílopes, de sicus, de jirafas y de gacelas que apenas se inmutan al paso del tren. Por el contrario, los avestruces, cada vez más numerosos, huyen á toda prisa, en cuanto oyen el ruido del convoy. De cuando en cuando se ve una pareja de leones persiguiendo á un grupo de cebras ó de antílopes, ó un rinoceronte que pasta tranquilamente. En la actualidad, así los rinocerontes como los leones se dejan ver muy poco; los primeros porque se han ido alejando de la vía férrea, los segundos porque no cazan sino de noche.

Aquellas llanuras son el paraíso de los cazadores; mas no crean éstos que podrán efectuar en ellas las grandes matanzas de otros tiempos, pues para evitarlas se han dictado severos reglamentos, de los cuales unos crean reservas en donde está prohibido el cazar y otros fijan el número de piezas que podrán matarse después de haber pagado el precio enorme del permiso de caza.

La primera estación importante que se encuentra después de cruzar aquellos territorios es la de Nairobi, capital administrativa del ferrocarril del Uganda.



Aldea kikuyu, cerca de Nairobi. El primer individuo de la izquierda es un guerrero que hace centinela á la entrada del pueblo

Sir Jorge Whitehouse, que fué quien ejecutó el trazado del ferrocarril y era un buen ingeniero, pero no un artista, sólo por razones de economía escogió la vasta llanura Msai, cruzada por el arroyo Nairobi, para establecer la estación central de la red y sus dependencias. No hay en aquel sitio ni un árbol ni un habitante y por consiguiente, podía obrar allí con entera libertad. La idea de fundar á más de 1.800 metros de altura y casi en mitad del camino entre los dos puertos extremos la residencia de la administración fué ciertamente perfecta desde todos los puntos de vista. El clima es excelente y los funcionarios viven en aquellos parajes en familia, como en Europa, lo que no habrían podido hacer ni en Mombassa ni en Port Florencio, en donde el calor húmedo y los mosquitos pronto habrían dañado sus naturalezas. No se comprende, sin embargo, cómo la población no ha sido construída algunos kilómetros más allá, junto á la frontera del territorio Kikuyu, en donde la vegetación es mucho más rica y la configuración del suelo habría facilitado la salida de las aguas de lluvia, que se estancan de un modo deplorable en la pantanosa planicie del actual Nairobi.

Esa estación, con sus talleres, almacenes y oficinas, tiene gran importancia, y la ciudad misma ocupa una superficie enorme á causa no tanto del número de habitantes como de la diseminación de las viviendas. Lo primero que se encuentra en esa ciudad es la parte denominada *Tintown* (ciudad de la hoja de lata), sobrenombre con que se designa el conjunto de 132 *bungalows*, todos parecidos, uniformemente cubiertos de planchas de hierro onduladas y alineados en seis filas matemáticamente simétricas; esos edificios son habitados por los empleados del ferrocarril, en su mayoría goanais convertidos al catolicismo. A la derecha, hállase Tintown, limitada por la calle Victoria, en donde están las tiendas, fondas, restauranes, casa-correos, etc.; sigue luego la Casa Consistorial y más allá el barrio indio y el mercado, en donde todas las mañanas se ve el más pintoresco conjunto de tipos de Msais y de Kikuyus.

(Se continuará.)





BARCELONA

El tren Renard recientemente ensayado

(De fotografía de A. Merletti.)



Barcelona. – Automóviles destinados al Matadero de Madrid para el transporte de carnes

Barcelona. – El tren Renard efectuando sus pruebas en el Salón de San Juan

Hace pocos días efectuáronse en esta ciudad las pruebas oficiales del tren Renard. El éxito fué enteramente satisfactorio, pues el convoy, compuesto de la locomotora, un vagón de 1.ª clase, otro de 2.ª y otro de mercancías, recorrió varias calles, algunas sumamente estrechas, describiendo con gran facilidad curvas de corto radio y circunferencias y efectuando el movimiento de marcha atrás con seguridad absoluta.

Lo que caracteriza á su privilegiado sistema de locomoción es la exactitud con que las ruedas de cada uno de los vagones siguen la huella trazada por el motor, lo que se debe á que éste no arrastra á aquéllos, sino que se limita á proporcionarles fuerza, funcionando cada vagón independientemente gracias á un ingenioso mecanismo. Estas pruebas han de completarse con otras que se efectuarán en una excursión de varios días á la alta montaña y para las cuales ha de llegar de un momento á otro un motor más potente que el empleado en los primeros ensayos.

El mismo día que el tren Renard, circularon por las principales vías de Barcelona los cinco automóviles construídos por la sociedad «La Catalana» para el Matadero de Madrid y destinados al transporte de carnes. Son unos vehículos que reunen todas las condiciones necesarias para el servicio que han de prestar y que, honrando á la industria barcelonesa, honran también al Ayuntamiento madrileño, pues constituyen una mejora digna de aplauso y de imitación.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de abril de 1908 — Núm. 1.371





Barcelona.—Jura de la bandera por los nuevos reclutas.—Los reclutas en el acto de besar la bandera.—Desfile de los reclutas y de las demás fuerzas de la guarnición después de la ceremonia. (De fotografías de A. Merletti.)

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Comienzo quieren las cosas, dice un viejo refrán. Y en cuanto á haber tenido comienzo no puede quejarse la reforma interior de Barcelona, pues ha sido inaugurada tres veces. También dice el pueblo que á la tercera va la vencida, y por ello, sin duda, la última inauguración, la que se verificó el día 10 de marzo, debe reputarse como la verdadera, ya que en las otras se había antepuesto el buen deseo á la posibilidad ó como quien dice se había empezado la casa por el tejado.

Difícil es reunir los fondos necesarios para una empresa de semejante magnitud y ardua la labor material que implica. Diríase que una vez obtenidos y asegurados estos factores todo ha de ser posible y la cosa ha de andar por sí misma, reduciéndose á coser y cantar. Y, sin embargo, el factor dinero y el factor trabajo é inteligencia para dirigirlo, quedan arrinconados y en segundo término ante otra labor inmensa, formidable, obscura, sin lucimiento, capaz de acobardar á las voluntades más firmes y bien templadas. Tendrá usted el capital indispensable, tendrá usted el plano mejor concebido, tendrá usted todo un ejército de arquitectos y trabajadores dispuestos á ponerlo por obra, tendrá inclusive la conformidad ó aquiescencia de los interesados, de los propietarios, de los vendedores y compradores de fincas, y con todas estas dificultades resueltas, la mejora puede diferirse años y lustros y hasta malograrse para *in æternum*.

¿Por qué? Porque es necesario abrir boquete en una montaña de papel, esto es, en la mole legislativa donde se embota la piqueta, donde se atasca la locomotora, donde se mellan las herramientas de mejor filo. Es preciso perforar el Alcubilla y vencer un pavoroso juego de resistencias y destruir una red endiablada de preceptos, prohibiciones y casuísticas sin término. Es el viejo *papelismo* obstruyendo y cerrando el paso á la iniciativa. Es el poder de lo inerte consumiendo en engrases, en amortiguar roces, en actividades invisibles y perdidas, cuatro quintas partes del esfuerzo total. Es la conjura de lo rutinario y de lo establecido, contra el empuje de lo futuro que avanza.

Suele sorprender al hombre europeo, como cosa de fábula, al leerla en libros y revistas, el crecimiento de las poblaciones americanas en el siglo XIX. Se alzan allí ciudades como nosotros levantamos barracones de feria. En lo que pocos años antes era bosque bravío, surge un emporio, como surge la mies de una á otra estación. Lo que en 1815 era un pequeño rancho ó factoría con mil habitantes escasos, en 1850 es una ciudad de 200 mil, en 1890 una capital fastuosa, una colmena industrial de un millón.

Pues esto que nos causa maravilla conocido de una manera indirecta, por impresión literaria, se es fuma y desvanece cuando se ha realizado á nuestra vista y al alcance de nuestra mano.

Por todo ello, cuando sigo al azar las vías espléndidas de la Barcelona nueva y trato de reconstituir imaginariamente la antigua disposición y apariencia de aquella inmensa superficie ocupada antes por la fortificación, por el foso, por la casamata, por las explanadas, por las huertas y viñedos, por las primeras *masías* de lo que fué campo abierto en fecha no muy remota; cuando trato de apreciar el conjunto de esfuerzos técnicos y económicos que aquella fecundidad arquitectónica supone, la acumulación de trabajo mental y trabajo muscular representado por tan formidables masas de edificios, el número inmenso de calorías gastadas sobre ese fragmento de la corteza terrestre en el trabajo de dominación y apropiación de la naturaleza por el hombre, entonces pienso también, con espanto, que esa actividad visible y que ha tomado forma corpórea, no supone nada todavía en comparación con otra actividad disipada, evaporada en el silencio y consumida, no en la remoción de terrenos, ni en la apertura de zanjas, ni en la desviación de torrentes, ni en el sistema de rasantes y alcantarillas, sino en la remoción del gran obstáculo español y neolatino: el *expediente*.

Cuando se escriba la historia del desarrollo de Barcelona—ó de Valencia, ó de Bilbao, ó de otra ciudad en progreso—tomándola desde el primer empuje de los Xifré y los Bacardí, hasta el derribo de las fortificaciones y la cesión de la Ciudadela; desde la aprobación del plano de Ensanche hasta la adquisición del de Baixeras para la reforma interior; desde la zanja de la calle de Aragón hasta el definitivo arreglo de la plaza de Cataluña, la apertura de la Gran vía diagonal y las vallas de la calle de Balmes..., los capítulos más densos y de mayor interés serán sin duda los consagrados al esfuerzo perdido: concertar voluntades, descartar inconvenientes, limar asperezas, desarmar á los que por ningún estilo quieren dejar hacer. ¡Cuántas horas invertidas en el conciliábulo y la conferencia, en la discusión, en el viaje á Madrid, en la antesala, en la postulación al ministro, en el recuerdo al negociado, y vuelta á empezar en seguida! De una dificultad surge otra; desvanecida una complicación, el choque de los intereses creados ó el simple ambiente de rutinaria hostilidad se encargan de prepararlas mayores. Cuando se tiene casi en la mano, al cabo de los años mil, la suspirada Real orden ó el inasequible Real decreto, cuando parece que ninguna sombra es capaz de obscurecer los optimismos, cuando todo está allanado y resuelto, una crisis intempestiva da al traste con la situación. Hombres nuevos, criterios distintos, conveniencias políticas opuestas, puntos de vista inconciliables. Vuelta á empezar otra vez, y otra, y otra. Cuando se da el primer golpe ó la primera paletada, se ha agotado un arroyo de tinta, un almacén de papel, un tesoro de paciencia.

Con esta última y definitiva inauguración de la reforma del casco antiguo, que trae consigo la apertura de la vía *A* del proyecto, coincidió el viaje de don Alfonso XIII á Barcelona. El apasionamiento con que se discutió así la oportunidad de ese viaje como las responsabilidades que, aconsejándolo, contraía el gobierno, queda completamente desvanecido. En el mecanismo de la opinión pública hay algo de automático y es la facilidad con que se disuelven los estados pasionales. Las cosas sacadas de quicio por una propaganda violenta vuelven por sí mismas á su natural posición y tamaño, así que deja de mirárselas con ojos congestionados, tan expuestos á la aberración visual. Fuera un pretexto diplomático la visita á la escuadra austro húngara; no serviera la visita del rey á Barcelona como pública rectificación internacional de las suposiciones malignas esparcidas á los cuatro vientos del mundo respecto á la desolación y pánico causados por el terrorismo, y así y todo el viaje del jefe del Estado no sería menos lógico.

Monarcas y presidentes de República acuden allí donde actúa una calamidad, un infortunio, una desgracia pública. Cuando la epidemia azota tales ó cuales pueblos, cuando un terremoto ó una inundación han devastado el país, la presencia del primer magistrado de la nación no paraliza ni borra ciertamente los estragos. Según este criterio materialista, el viaje está de más. Pero las costumbres modernas lo imponen como un acto de alta solidaridad política y social. Barcelona sufre, hace tiempo, los efectos de un tenebroso enemigo, de una conjuración diabólica é infame. Contra lo que un sistema de publicidad poco leal va difundiendo por el mundo, los barceloneses hacen cara á los peligros con ánimo entero y la ciudad prosigue estoicamente su obra de progreso, de desarrollo y de esperanza en mejores días. El terrorismo trabaja en Barcelona y maquina y consuma más ó menos periódicamente sus atentados; pero el *terror* no ha aparecido ni aparecerá probablemente en nuestras calles, cuyo aspecto es siempre normal, risueño y agitado. ¿Que existe peligro, inseguridad y riesgo próximo ó remoto? Pues los más altos poderes del Estado, las personas que los encarnan y simbolizan, van á compartir ese peligro, como prenda de la susodicha solidaridad que mejor se demuestra en adversas circunstancias que entre los halagos y vítores de los días gloriosos.

En medio de tantas contrariedades y como una noble protesta contra ellas, se da comienzo á la reforma interior, por tantos años acariciada y diferida. Empieza el derribo, abriendo brecha en un dédalo de callejas y callejones de la vieja edificación, en los cuales el interés artístico, pintoresco y costumbrista va por un lado y el interés higiénico y urbanizante por otro. El aire y la luz se disponen á penetrar en un barrio lleno de carácter hasta ahora que, por anticipado, mereció la poética despedida, el generoso tributo de las páginas de Emilio Vilanova en *Rialles y ploralles*, en *Pobrets y alegrets* y en tantos libros que conservan el secreto de todo aquel mundo humilde condenado á desaparecer y fundirse para siempre. Al mismo tiempo se inaugura la Universidad Industrial en los inmensos edificios y terrenos de la que fué fábrica de los Sres. Batlló; y una ráfaga de esperanza agita á la muchedumbre que allí se congrega, como advertida de que á la nueva institución le está reservado el empeño de preparar y hacer posible técnicamente un nuevo tránsito, un nuevo momento evolutivo de la industria de Cataluña, que siente ya la plena y noble codicia del mercado universal y quiere afrontar la lucha decisiva, á campo abierto y más allá de las fronteras...

Cuando se escriben estas líneas, una gran emoción suspende á Barcelona y atrae la curiosidad de toda España y aún de todo el mundo civilizado. Las sesiones del proceso Rull, que comenzaron en medio de una expectación inusitada, siguen con interés y sorpresa crecientes. Por fin la sociedad amenazada se halla en presencia de esa repulsiva esfinge del terrorismo, y la interroga. Un hombre torvo, maligno, enredador y rocambolesco, aparece como centro de una trama á trechos descubierta y á trechos subterránea y misteriosa. Este hombre prestaba sus confidencias á la autoridad á cambio de fuertes sumas de dinero: anunciaba atentados y los atentados se realizaban. Si se le atendía con largueza parecía estarse á cubierto de explosiones y cuando—como ocurrió con la bomba de la calle de la Boquería—el donativo de cien duros que había pedido se reducía á cincuenta, la máquina infernal sembraba la muerte en las calles más concurridas y populares.

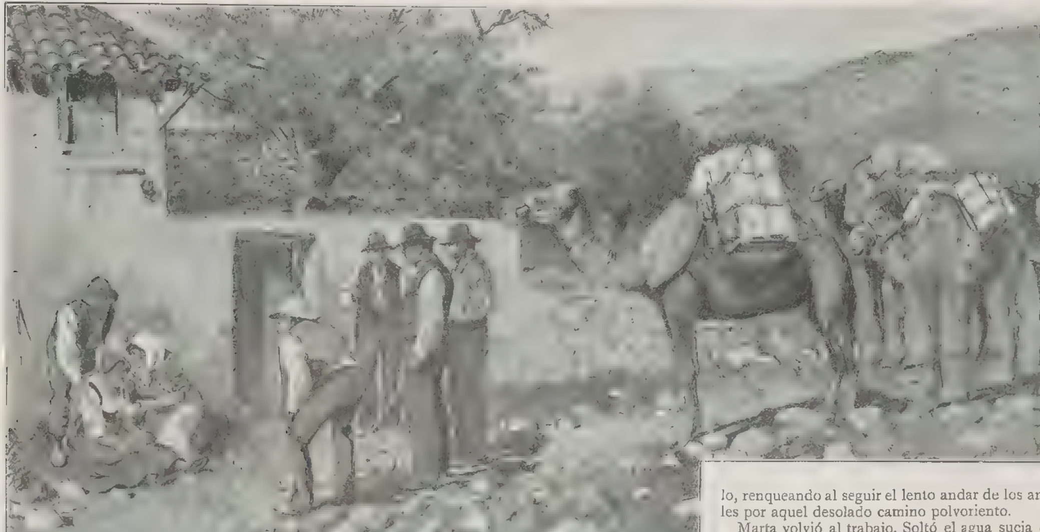
Alrededor de este hombre fué agrupándose un grupo heterogéneo de malvados, vividores y semiidiotas. Acaso no sean todos los que figuran en el proceso y quedara excluída de él, por la precipitación con que tuvo que procederse en los primeros momentos, la parte menos decorativa de la célebre «ronda.» De todas maneras el dilema que se formula la opinión pública no puede ser más riguroso: ó este hombre conocía el origen inmediato de los atentados, ó los organizaba para la explotación de la buena fe de las autoridades, combinando tal vez el estímulo de esa vil ganancia con el de su odio contra la sociedad. Ó ponía él las bombas, ó sabía quién era el autor. Toda su habilidad y marrullería de histrión no puede valerle ante esa disyuntiva; y las declaraciones han empezado á dar su fruto. Motivo de nueva emoción fué también el suicidio del procesado Ferrán, en su celda de la cárcel modelo, la noche del 29 de marzo, horas antes de la sesión del Jurado en que debía interrogársele.

El suicidio de Ferrán ha venido á recordar el del comandante Estheratzy en el famoso *affaire* Dreyfus. Nuevo incentivo á la curiosidad prestan las confesiones que, según parece, había hecho á un recluso que ocupaba la celda contigua y las frases enigmáticas con que le comunicó sus malas impresiones respecto á la vista, y la posibilidad de que «no se llegara á tiempo...»

Durante tres ó cuatro años el enigma de los atentados ha hecho en Barcelona un gravísimo estrago moral. Ha dado margen á todas las suposiciones, á todas las hipótesis y aun á todas las calumnias, acabando por arraigar una profunda y disolvente desconfianza, de todos contra todos. No ha habido explicación, por necia, inverosímil y disparatada que fuera, que no alcanzara adeptos y creyentes. Se explicaba lo sencillo por medio de lo complicado, lo lógico por medio de lo absurdo, lo obscuro por medio de lo obscurísimo. En medio de tan general y mutua recriminación, nadie quedaba indemne de la sospecha más que los anarquistas. Durante todo este tiempo, sólo llamándose anarquista se ha podido vivir al abrigo de toda acusación y de todo recelo.

Expuesta á errores es la obstinación de buscar á los culpables y de descubrir el móvil de su ferocidad sólo en un sentido, sólo en el sentido del odio ácrata; pero no es menos obstinado ni erróneo el prejuicio de excluir sistemáticamente á ese factor, dejándolo de lado y exento. Yo no diré que sea ni resulte de ese modo; pero puede ser y es verosímil que un confidente peque por el gasto y por el gusto, como vulgarmente se dice, y no sería hacer traición á los ideales que alguien satisficiera su odio contra la sociedad con el mismo dinero de las autoridades y de la burguesía. El tiempo, el gran desenredador de todos los misterios, nos dará algún día la clave integral de tanto enigma que empezamos ahora á descifrar por fragmentos.

Miguel S. Oliver.



Sorbía con ansia, con una enorme codicia de sedienta

TIERRA CANARIA

JUNTO AL BROCAL

¡Qué sol! Retostaba la tierra, haciéndola exhalar un vaho caliginoso de entre los surcos resecos.

Gracias á que en aquel rincón, cerca del aljibe y bajo el alto especiero que sombreaba la pila en la que lavaba Marta, se podía resistir el calor agostizo. Era una gloria asomarse al brocal y sentir en el rostro el fresco embate de las aguas embalsadas y verlas abajo, en la obscuridad del aljibe, moverse, cuando las agitaba la sacudida del balde, con un dulce vaivén de pereza, blandamente, al son de un leve murmurio de rezo. Bajo el ramaje del especiero cubierto de un perenne verdor, había una mancha de sombra grata en medio de la calina sofocante del día; sombra que hacían más fresca las salpicaduras del agua de la pila cuando Marta batía la ropa con ímpetu enérgico de los brazos chorreando espuma de jabón.

Sólo cuando venía breve ráfaga de aire corriendo sobre el campo abierto, al caer desde la montaña al fondo del llano, arrastraba el vaho caliente de la tierra retostada, Marta respiraba con fatiga y por unos instantes, sofocada, suspendía la ímproba labor. Ya la llevaba bastante adelantada y antes de que anocheciera, mucho antes, confiaba darle remate. Las últimas piezas lavadas secaríalas el sol de la tarde.

Luego aquel silencio del campo y de la casa cortijera tenía algo de hondamente sugestivo. Ni un labriego se alcanzaba á ver sobre los pegujales de aquellos contornos. Allá en la lejanía, sobre un alcor, como si fuese el único ser vivo en los aledaños, un molino, con las blancas velas desplegadas por el poco viento, volteaba sus aspas indolentemente cual si se desperezara con trabajo en la modorra del día.

Marta, de pronto, paró en la tarea, asustada. Un ruido seco, muy próximo, la hizo sobrecoger de miedo. Hasta entonces no se había dado cuenta de su situación. Estaba sola. Su padre había ido al pueblo á entrevistarse con el amo, y la vieja Martina, su madre, estaba con grano al molino. Ni siquiera el perro, bravo y reñidor, siempre vigilante á la puerta de casa ó en las lindes, estaba allí.

Miró Marta en torno con ojos de espanto. ¿Qué sería? Semejaba aquel rumor un gemido humano. No alcanzaba á ver, sin embargo, á nadie.

Y de nuevo volvió al trabajo. A poco, áspero, sonó el mismo rumor seco, ahora con más fuerza. Parecía venir de muy cerca; sonaba á cuatro pasos, así como detrás de la pared del camino. Por si era algún perro que roncara al sol, junto al bardal, tiró una piedra. Nada.

Miró entonces á la senda blanca y polvorienta que se tendía á lo largo de la llanura, ascendiendo también en ziszás por la cuesta de la montaña hasta escalar la altura, donde se perdía serpenteante. Cobraron, entonces, sus ánimos entereza. Camino adelante divisó la caravana de camellos que venían del pueblo distante al cercano caserío. Tardos en el andar los animales, seguíanlos perezosamente los camelleros, á distancia unos de otros, callados, sin romper con cantares el silencio de aquella calma del aire luminosamente encendido.

Marta, más animada ya, preparó la primera tanda de ropa lavada para tenderla y que se secara, blanqueando, al sol. Pieza á pieza las fué colocando sobre el *tuneral*. En la mancha pardusca del campo era una fiesta de alegría aquel albor de la ropa limpia, húmeda.

Miraba Marta, atosigada por el sobresalto, hacia el camino, sin cesar en la faena. Ya sonaban cercanos los esquilones de los camellos, que continuaban marchando pausados, rítmicos y solemnes. Cuando se aproximaron, uno de los camelleros gritó desde el camino:

—¿Eh?.. ¡Marta!

—¿Qué? ¡Con Dios!

—Mira; llégate acá.

Curiosa de aclarar el misterio, con temores aún del espanto sentido, la moza llegóse á la cerca. Había hecho alto la pintoresca caravana y los camelleros, inclinados, voceaban detrás de la pared. Marta asomó la cabeza á ras de ella.

—¡Dios santo! ¡La vieja Micaela! No la había visto... Creí escuchar...

—Parece dormida, dijo uno de los camelleros.

—¿Dormida? Puede que desmayada, añadió otro; muerta de sed. ¡Con este *solajero!* ¡Si se asan hasta las piedras!

—¡Pobre!, gritó lastimada de pena Marta.

Y corrió al aljibe. Rápida llenó un balde y por el portillo salió al camino. Al sentir la vieja Micaela en los labios la frescura del agua, respiró penosamente y abrió los ojos. Sorbía con ansia, con una enorme codicia de sedienta.

Al reanimarse sonrió á la muchacha. Luego, como si la gratitud no pudiera mostrarla más que en lágrimas, sus ojos se humedecieron.

—Marta... Dios te lo pague y que te quieran los que quieres...

—Si no vale...

—El agua no es lo que se agradece.

—¿Pues qué?

—El corazón con que se da. Eres buena...

Marta quiso que se quedara la vieja allí hasta la tarde. ¡Seguir con aquel sol de bendición tan largo camino! No hubo medio. Tenía que llegar al caserío. Iba á ver á un hijo enfermo.

Y marchó con los camelleros, apoyada en su báculo, renqueando al seguir el lento andar de los animales por aquel desolado camino polvoriento.

Marta volvió al trabajo. Soltó el agua sucia de la pila, que bien pronto halló cauce empapando la tierra reseca. Inquietos, sedientos, unos cuantos pájaros, abandonando la fronda del especiero, lanzáronse á la fangosa corriente, mojando el plumón en el agua jabonosa, con blando estremecimiento de alas. ¡Qué placer en aquella hora meridiana, de calor asesino!

Llena de nuevo la pila, Marta recomenzó la faena con ahinco. Quería darle un avance. Tardaba su madre en regresar del molino y le era preciso atender á algunos menesteres en casa. Y aún tardaría en volver la vieja Martina. Allá, distante, veíanse las aspas volteando con una pereza irritante. ¡Ni un soplo de viento! Allí, perezosa también, estaría la tolva dejando caer la molienda grano á grano.

De vez en vez Marta atisbaba, impaciente, la vereda del molino. Nada.

Grave, carleando, pasó por el camino un perro, mirando receloso á todas partes, como extraviado caminante. Tal vez huyera echado á golpes de un cortijo por ladrón ó quizás fuese un terrible merodeador de ganados, carnicero con las reses sorprendidas durante la noche en la paz del redil y llevase las garras ensangrentadas, señalando su fuga sobre el blanco polvo de la senda sin fin. Puede que fuera también algún abandonado, sin más asilo que el socaire de las paredes á orilla de todos los caminos. Tal vez huyese herido...

No ladró al pasar. Era un infeliz y tuvo por él piedades Marta. Llamólo á voces, y volvió la cabeza el mastín, extrañado, mirando con ojos curiosos. Como si ninguno de los nombres con que Marta lo llamara fuese el suyo, olvidado ya de la gente en el desamparo de su vagar constante, comprendiéndose extraño aun á aquel cariño de paso, siempre grave siguió andando, con tarda marcha, como quien no tiene rumbo fijo, ni tiene prisa de llegar á ninguna parte. Tenía todas las trazas de un perro mendigo. Y siguió.

A fuerza de puños ya llevaba Marta casi vencida la faena. Poco quedaba por lavar. ¡Y cómo, seca, blanqueaba la ropa tendida al sol! Recreábase mirándola y de pronto tembló. ¡Qué polvareda levantaba un rebaño, *acansinadas* las reses, arrastrando con fatiga las patas á lo largo del camino! Pasaría el hato por allí y ¡cómo iba á poner de polvo el albor inmaculado de la ropa! Apresurada fué recogiendo las piezas resecas, acartonadas por el calor. Pegábanse á las pencas del *tuneral* y necesitaba Marta tirar con fuerza de ellas para desprenderlas. Una sufrió un tremendo desgarrón. No tanta prisa. Iba á destrozarlo todo. A la postre consiguió recogerla. Pero, entonces, con sorda cólera, vió que el rebaño cambiaba de rumbo y por un atajo se corría, á campo traviesa, hacia el caserío. ¡Tiempo perdido! Casi lloró.

Era necesario recobrar lo perdido y tornó á la pila. Sin embargo, el azar en contrario disponía. Llegaba á la vera del aljibe Pancho, el viudo, llevando de la mano á su hijo. Daba pena ver á éste con su pañuelo negro anudado al cuello. También lo llevaba el padre. Prendas eran de luto.

—¿No das agua?

—Con gusto. Entren.

—Viene carleando el chico.

—¡Pobrete!

Ella misma sacó el agua y dió de beber al niño. Los ojos de éste miraron después á Marta, agradecidos.

La muchacha sintió una gran compasión muy adentro. Pancho era viudo hacía unos tres meses, y solo, sin ninguna familiar compañía, estaba con el pequeño en el cortijo que cultivaba á medias con el amo. Fué una gran desgracia la muerte de Clotilde. ¡Qué mujer aquella! Mejor era difícil encontrarla. Compadecían las desdichas de Pancho todas las buenas gentes del caserío y de las cortijadas circunvecinas.

Era una lástima ver al pobre chico, huérfano de maternal calor, cómo se quedaba todos los días á la puerta de casa, sin compañeros con quienes jugar, mientras Pancho estaba en la era, tristón, aburrido, quizás añorando en silencio los cariñosos mimos de la muerta. Cuando se pasaba junto á la cerca cortijera, á veces se le oía llorar humilde, y las buenas mujeres festejában lo con palabras de consuelo y con frutos de los huertos en flor.

Marta experimentaba también una misericordiosa simpatía por la infelicidad de aquel hogar tan dolorosamente deshecho. Sí; era una gran desgracia la de aquellos dos seres condenados, en el desamparo de un cálido amor de mujer, á un largo sufrir, pasivos, resignados á las crueldades de la suerte.

Pancho, con voz mojada en lágrimas, contó la historia entera de sus desventuras. No había más remedio que llegar al último sacrificio. Era imposible que continuase viviendo el chico en la soledad del cortijo. Él no podía atenderlo. Menos mal ahora. Pero cuando llegasen los tristes días de otoño con sus lluvias y sus nieblas, entonces, al encontrarse solo, mientras Pancho barbechaba á distancia las tierras, la tristeza agobiaría horriblemente al chico abandonado en la desierta casa.

Aunque era vivamente dolorosa la separación, habíase decidido á llevar el chico al pueblo al cuidado de los abuelos. Iban ya de partida..

—Es triste..., es triste..., repetía conmovida Marta.

—Y ahora lejos de mí..., ¡yo que le quiero tanto!

—¡Pobrete! También le quiero...

Las manos de la muchacha, con maternas suavidades, acariciaron el rostro tristón del chico.

—¿Lo quieres, Marta?

—Sí; casi tanto como su madre.

—¡Si quisieras serlo!..

Miráronse un instante. Pancho calló, sobresaltado de aquel dulce grito que le saliera, sin querer, del fondo mismo del corazón. Marta calló también; el mirar de sus ojos rastrearon por tierra y luego claváronse en la adolorida cara del niño.

—Si así lo quiere.., lo seré.

Lejos sonó un alegre ladrido. Era el perro que, por la vereda del molino abajo, anunciaba, retozón, el regreso al cortijo. Y la ropa lavada blanqueaba como una fiesta de color, sobre la pardusca mancha del campo, al tibio sol de la tarde.

Angel Guerra.

(Dibujo de Calderé.)

Barcelona.—Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad

Un hecho de tan extraordinaria importancia, cual lo es para nuestra ciudad la inauguración de las obras de la reforma interior, debía necesariamente interesar á nuestros artistas, atestiguando su deseo de aportar su valioso concurso en la transformación que ha de sufrir la parte antigua de la urbe, embelleciendo sus grandes vías y las nuevas edificaciones con las manifestaciones del arte. Rafael Atché, el laborioso é inteligente escultor, ha iniciado el movimiento, proyectando un bello monumento conmemorativo de dichas obras de reforma, cuyo comienzo inauguró el rey D. Alfonso XIII en su reciente visita á Barcelona, que su autor presentó al alcalde don Domingo J. Sanllehy y á la Comisión de Reforma, mereciendo de todos plácemes y elogios por la bella é inteligente interpretación de la obra.



Barcelona.—Estatua alegórica para el monumento conmemorativo de la reforma de la ciudad, boceto de Rafael Atché

El boceto que reproducimos hállase coronado por una hermosa estatua que simboliza á Barcelona; á los lados del pedestal hay la estatua de un heraldo portador de la enseña nacional y otra de un obrero, para demostrar la intervención del trabajo.

El escudo barcelonés y algunos atributos hábilmente agrupados, que adornan el pedestal, completan el efecto decorativo de la obra.

PABLO ANTONIO DE BÉJAR

Conocí á Pablo de Béjar el año pasado, en los días de su primera Exposición madrileña. Es rubio, fuerte, joven aún, y seguramente lo confundiríais al verle en la calle, en los paseos y teatros, sin todavía conocerle por su estimado nombre, con un militar ó más bien con un pacífico comerciante adinerado... No, no le imaginé yo artista la primera vez que le encontré en mis andanzas por Madrid.

Puede decirse que Béjar es pintor por casualidad. Su carrera la comenzó por bien distinto sendero del que conduce al Arte y á muchas millas de España, en Cuba, para donde partió siendo joven desde Cataluña, su país natal.

«Figúrese usted—me decía—que yo vivía en Colón pacíficamente con lo que ganaba en mi destino del Ayuntamiento. Jamás pasó por mi imaginación el conquistar ni nombre, ni honores, ni siquiera dinero. Y así sucedíanse los años en mi lugar, hasta que llegó «aquel del submarino» español, y al invento de Isaac Peral, á su homenaje en Matanzas, debo ser pintor y gustar de otra vida más próspera y llena de ideales. Mi Municipio organizó unos festejos y mandó construir un arco de gloria donde debería colocarse en sitio de honor un retrato del noble marino. Terminada la obra de carpintería, súpose que en todo aquel pueblo no había unas diestras manos capaces de copiar al óleo la noble figura del marino inventor, y entonces yo, que era aficionado al dibujo, me ofrecí para hacer este retrato. Copié la faz de un buen grabado de Revista, creo que de «La Ilustración,» de Barcelona, y terminada mi obra quedó expuesta, llenando de orgullo á mis compañeros y jefes, que por esta pequeña labor me creían ya un genio al que era preciso alentar. Me pensionaron al instante y fuí á la Habana, donde tuve como mis primeros maestros á D. Miguel Merelo, director de la Academia de San Alejandro de Bellas Artes, y al señor Herrera, profesor de dibujo de la misma.

»Más tarde gané una pensión para Roma, y á Italia partí, donde estuve estudiando sin descanso y con gran fe la pintura al óleo con D. Luis Madrazo y D. Alejo Vera. Este último notable pintor, gran maestro mío, me aconsejó, al examinar un apunte á la acuarela que le presenté, que dedicara en lo sucesivo mis estudios y mis aficiones por completo á esta clase de pintura, que él aseguraba sentía yo bastante bien. Seguí desde aquel día su consejo é hice ya serios apuntes y retratos á la acuarela de sus modelos y de los míos.

»Pero entonces aún no ganaba yo dinero, y terminada la pensión de la Sociedad de Beneficencia Catalana de la Habana, vine á España, Barcelona, donde viví con estrechez cercana á la miseria. De esta época es si mal no recuerdo el cuadro que pinté para el Sr. Simón, que este buen aficionado aún conserva. Poco á poco me di á conocer en la ciudad condal como retratista, y tuve la fortuna de acertar en los que hice á las bellas señoritas de Coll y de Dorda.

»En Cataluña decoré también las suntuosas moradas de los marqueses de Villanueva y Geltrú, de Alella y de los Sres. de Baumere.

»Después, amigos que vivían en Madrid me instaron á que viniese á la corte, donde encontraría más ancho campo. Y así lo hice, y con tal suerte, que á los pocos años de vivir en esta gran ciudad ya había retratado á las damas de más alta alcurnia.»

Guardó silencio el pintor y yo aproveché aquella pausa para contemplar sus obras. Había en el estudio hasta una docena de cuadros á punto de terminar. En todos observé las admirables condiciones de este gran artista. Dibuja Béjar como el mejor maestro; tiene gusto en el color, mucha delicadeza y combina con arte sin igual fondos espléndidos que firmarían sin titubear los más famosos pintores ingleses.

Los vestidos son en general claros; los sombreros grandes de moda que recuerdan los artísticos chambergos de largas plumas al viento, y para que la figura se destaque elegante, combina Béjar los colores verde, azul y rojo de la misma manera que lo hacían los pintores florentinos.

Del parecido de los retratos puede decirse lo que de los de casi todos los pintores españoles y extranjeros. Sueñan damas no muy bellas, y galanes no muy gallardos ni saludables, en que el pintor cambie por ensalmo sus rostros de cetrinos en rosados, de tristes en alegres, de fríos en expresivos.

Esta falta de aprecio artístico prueba la gran incultura de una época que ya estima más á un retocador fotógrafo que á pintores que saquen las almas en el retrato físico. Y constituye además un gran peligro para los artistas que al retrato se dedican y al que no siempre logran substraerse ni aún los que como Béjar están dotados de las mejores condiciones para el cultivo de este género de pintura.

Manuel Carretero.

El notable pintor retratista Pablo Antonio de Béjar y algunas de sus últimas obras



1. El pintor Pablo Antonio de Béjar. (De fotografía de Dalton Kaulak). – 2. S. M. la reina D.ª María Cristina en el taller de Béjar. – 3. Retrato de la esposa del artista. – 4. Retratos de los hijos de S. A. el infante D. Carlos de Borbón. – 5. Retrato de la Srta. D.ª Mercedes Coll. – 6. El secreto de Cupido. – 7. Retrato de la Excma. Sra. Condesa de San Luis. – 8. Retratos de los hijos del artista.

EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

en Biarritz

Pocos monarcas son tan aficionados á la *villegiature* como Eduardo VII. Actualmente, y desde hace un mes, hállase en Biarritz llevando en aquella hermosa playa una existencia más de particular millonario que de soberano reinante.

Unos días efectúa excursiones unas veces á San Sebastián, á San Juan de Luz ó á Bayona y otras á los sitios más pintorescos de aquella comarca.

Asiste á fiestas deportivas, como el *match* de golf entre los jugadores de Biarritz y los de San Sebastián; á expediciones cinegéticas, y á otros festejos, conciertos, banquetes, etc., en su honor organizados. Entre estas fiestas una de las más típicas ha sido la celebrada últimamente en Sare, de carácter regional, en la que se bailaron danzas vascas y se jugó un partido de pelota entre campeones franceses y españoles.

En San Sebastián recibió á una comisión del regimiento español de Zamora, del que es coronel honorario, la cual le hizo entrega de un riquísimo álbum.

Entre las visitas efectuadas por Eduardo VII merece especial mención, porque ella confirma hasta qué punto prescinde el soberano de toda etiqueta, la que hizo al eminente poeta Edmundo Rostand, el autor de la famosa comedia *Cyrano de Bergerac*, en su finca de Cambo.

Tan satisfecho está el monarca inglés de la estancia en Biarritz, que ha resuelto prolongarla hasta mediados de este mes.



Biarritz.—El rey Eduardo VII de Inglaterra en el gran concurso internacional de *golf*. (De fotografía de Carlos Trampus.)

PARÍS. — EXPOSICION DE PRODUCTOS

de las pequeñas industrias regionales

Mientras las sociedades francesas *Federación regionalista* y *Renacimiento provincial* se consagran activamente aquélla al estudio de las doctrinas descentralizadoras y éste á la conservación y resurrección de los típicos y pintorescos trajes y cantos regionales, la *Federación de las sociedades provinciales* se ha propuesto agrupar y coordinar, secundándolos, los esfuerzos de las diferentes sociedades de este género existentes así en París como en provincias.

En cumplimiento de tan laudable objeto ha organizado recientemente en París una exposición de los productos de las pequeñas industrias regionales, que ha permanecido abierta tres días y que ha sido en alto grado interesante.

Explicando la idea que en esa exposición ha presidido, ha hecho su organizadora, Mlle. Bressac, entre otras las siguientes manifestaciones: «Nos hemos propuesto presentar, la industria regional en sus productos exclusivos de la comarca que representan, las pequeñas industrias locales, así las existentes como las pasadas; dar á conocer al pequeño artesano que confecciona una chuchería curiosa, la encajera que maneja en su casa, durante todo el día, los bolillos. Esta iniciativa puede dar excelentes resultados. La fábrica anónima, la gran fábrica que sólo toma de la comarca el terreno en que está construída, suplanta de día en día todas las pequeñas industrias locales; nuestro propósito es ayudar á éstas á que vivan, y al mismo tiempo resucitar las que han muerto, y para ello queremos dar á conocer lo que las unas producen todavía y lo que produjeron en su tiempo las otras.»—S.



París.—Exposición de Productos de pequeñas Industrias locales. Grupo de mujeres y muchachas vestidas con los diferentes trajes de las provincias representadas en la exposición. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

DE MARRUECOS.—OPERACIONES MILITARES.—NEGOCIACIONES DIPLOMÁTICAS. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

Para desmentir las noticias propaladas afirmando que las tropas francesas habían cometido, después de los últimos combates, especialmente después del del día 15 de marzo, actos impropios de un ejército de una nación civilizada, el gobierno pidió al general d'Amade los datos necesarios. El general, con fecha 26 de marzo, ha manifestado que la artillería, el día 15, cañoneó los aduares enemigos, en donde se hallaban reunidos más de tres mil combatientes, sin que este ataque excediera de los límites normales y regulares de toda lucha y sin que hubiera de parte de los franceses desorden ni saqueo; añadiendo que las mujeres, los niños y los ancianos, cobardemente abandonados por los suyos, fueron recogidos por las tropas, lo mismo que los combatientes que se rindieron, y protegidos y auxiliados debidamente. Dice por último que mandó incendiar trescientas tiendas, no sólo como castigo, sino además para evitar que fuesen saqueadas, no por los soldados, cuya disciplina es perfecta, sino por los merodeadores que siguen á las columnas y á los convoyes.



Salida de las tropas francesas de Settat el día 13 de marzo, para emprender las operaciones contra los Ulad-Saíd, á quienes derrotaron el día 14

El propio general, siguiendo su programa de pacificación, se internó últimamente en la región de los Medakras y pudo comprobrar que muchos contingentes de éstos, á pesar de haber sido abandonados por los Mzab, continuaban siendo hostiles á los franceses. D'Amade comprendió, pues, la necesidad de combatirlos á fin de poder atravesar su territorio y á este efecto envió contra los rebeldes algunas fuerzas de caballería, que sorprendidas al pronto por un contingente de 300 marroquíes, no tardaron en reponerse y en perseguir al enemigo hasta el límite de las tierras cultivadas. El combate, aunque en definitiva favorable á los franceses, debió ser muy reñido, puesto que éstos tuvieron ocho muertos y doce heridos.

Mientras las tropas francesas castigan á las tribus rebeldes, las mehallas hafidianas combaten sin compasión á las que hasta ahora se han sometido al general d'Amade. Así recientemente los Xiadmas se han visto atacados por las fuerzas de Muley Hafid al mando del gobernador de Azemmur Si Aíssi, habiendo perecido en la sangrienta acción que se trabó entre unos y otros contendientes el caid xiadma El Maíssi.

El diario parisiense *Le Fígaro* publicó hace pocos días un artículo de uno de sus principales redactores que ha seguido todas las operaciones del general d'Amade y que en Rabat ha sido recibido en audiencia por el sultán. En él hay muchas cosas en extremo interesantes, algunas de las cuales valen la pena de ser transcritas. Abd-el-Aziz, después de probar que estaba perfectamente enterado de las operaciones francesas, se hizo explicar minuciosamente el sistema de combate de éstos y el plan que seguían al librar una batalla. Interrogado luego hábilmente por el periodista acerca de lo que opinaba de la intervención francesa, el sultán dijo que los Xauías merecían ciertamente el castigo que les han infligido los franceses. Y añadió después:

«Estoy muy agradecido al comportamiento del general d'Amade, cuyo modo de proceder es altamente noble y valeroso; sus soldados respetan á las mujeres, á los niños, á los heridos y á los muertos; todo esto está muy bien y aquellos de mis súbditos que tengan un poco de inteligencia comprenderán la bondad de esta conducta, la cual habrá de aproximarles necesariamente á los franceses.»

Mientras el general d'Amade continúa activamente sus operaciones militares, el general Lyautey y el ministro francés en el imperio marroquí M. Regnault están trabajando diplomáticamente para llegar á la paz asentada sobre sólidas bases. Esta paz la desean así Abd el-Aziz como Muley Hafid, aunque, por supuesto, cada uno de ellos en provecho propio, y la desea, en el fondo, la misma Francia, á la que, después de haber demostrado ante unos y otros el poder de sus armas, le conviene indemnizarse de los sacrificios hechos y ver premiados sus esfuerzos con la preponderancia que difícilmente podrá disputársele en Marruecos y con algunas compensaciones territoriales que de seguro consentirán las potencias, siempre y cuando se obtengan en forma que toda apariencia de conquista quede salvada.—R.

Casablanca.—Desembarco del general Lyautey, comandante de la división de Orán, y de M. Regnault, ministro francés en el imperio de Marruecos



Casablanca.—El general d'Amade con su estado mayor y el ministro M. Regnault, después de su desembarco



GITANA, cuadro de Torres Fuster. (Salón Parés.)



Recuerdo de la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII.—S. M. la reina D.ª María Cristina acompañando á la princesa Victoria Eugenia en el interior de la iglesia de San Jerónimo antes de la ceremonia religiosa. Cuadro de Julio M. Borrell destinado á la Exposición de Bellas Artes que en breve ha de celebrarse en Londres

M. LIPPMANN Y SU NUEVO DESCUBRIMIENTO

M. Lippmann, miembro del Instituto de Francia y autor de una serie de notables trabajos sobre la luz, entre ellos el famoso procedimiento de fotografía en colores llamado «de las interferencias,» ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias los primeros resultados de un método sumamente ingenioso llamado, al parecer, á realizar una evolución importante, casi inesperada, en el arte fotográfico.

En la actualidad, la fotografía de un paisaje lo reproduce desde un punto único y bajo el ángulo que abarca el objetivo, no apareciendo en ella la sucesión de perspectivas que nos ofrece la realidad y presentando el relieve de un modo imperfecto y á menudo falso, hasta el punto de que más que resultado de una visión directa, diríase que es producto de una asociación de ideas.

M. Lippmann ha encontrado el medio de obtener un positivo en cristal que nos da la sensación del relieve propia de las vistas estereoscópicas; y no sólo nos la da más exacta, sino que además la perspectiva cambia según el ángulo bajo el cual se mira el clisé.

Esta fotografía se obtiene sin objetivo y sin cámara obscura, sólo poniendo la placa en un *chassis* ordinario, colocando éste delante del paisaje que se quiere reproducir y destapándolo oportunamente.

Para llegar á este resultado, emplea M. Lippmann como placa una película de colodión preparada de manera que en sus dos caras presenta una red de semiesferas microscópicas (unas 25 por milímetro cuadrado) puestas unas enfrente de las otras, y cada una de las cuales forma un pequeño objetivo *gran-angular*. La película, en conjunto, viene á ser una especie de tablero de cámaras obscuras ó de ojos (cristalino y retina), que recuerda la red de ojos múltiples que constituyen el órgano de visión de los coleópteros.

No explicaremos el procedimiento por el cual se fija la imagen en esa película; nuestro único objeto es dar cuenta del descubrimiento. Los primeros clisés obtenidos por M. Lippmann son bastante imperfectos; pero el principio del método es cierto, y una vez abordado el problema y resuelto en parte, no será difícil llegar á una solución definitiva que abrirá nuevo y ancho campo á la fotografía y al mismo tiempo será un poderoso auxiliar del arte.

EL PRINCIPE JAPONÉS KUNI EN BARCELONA

Con objeto de entregar á S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia las insignias de la orden japonesa de la Corona, llegó á Madrid, el día 16 de marzo último, el príncipe japonés Kuni, primo del emperador. Alojóse en el Palacio real, en donde, el mismo día de su llegada, efectuóse la ceremonia de la entrega de aquella condecoración y se celebró un gran banquete de gala.

Durante su estancia en Madrid, visitó el príncipe el Museo del Prado, la Armería Real y asistió á varios teatros. Además realizó excursiones á Toledo y al Escorial.

Desde la corte marchó á Granada y á Sevilla regresando luego de incógnito á Madrid, en donde presenció una corrida de toros, y viniendo desde allí á Barcelona. Aquí permaneció sólo algunas horas que dedicó á recorrer la ciudad.

BARCELONA. – LA JURA DE LA BANDERA

(Véanse los grabados de la página 233.)

En la mañana del día 30 del próximo pasado, efectuóse con toda solemnidad y ante un numeroso gentío el acto de jurar la bandera los reclutas del último reemplazo. La ceremonia se celebró en el paseo de Gracia, en el cruce de la Gran Vía Diagonal, y consistió, como de costumbre, en la misa de campaña, la jura de la bandera y el desfile de las tropas por delante del Capitán general Sr. Linares.

En varias tribunas hallábanse los invitados, entre los cuales había el Gobernador civil, el Alcalde, el presidente de la Audiencia, el presidente de la Diputación provincial, el comandante de Marina, un representante del cardenal Casañas, senadores, diputados á Cortes, comisiones de concejales y diputados provinciales, cónsules, catedráticos y representaciones de varias sociedades locales.



Enrique Lippmann, inventor del nuevo procedimiento para obtener, sin objetivo y sin cámara obscura, un positivo que produce en visión directa la impresión del relieve. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Barcelona.—El príncipe japonés Kuni (×) en los jardines del Parque. (De fotografía de Branguli.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Zaragoza. – La Junta organizadora de la Exposición Mariana ha abierto un concurso para elegir un cartel anunciador de ésta. Las principales condiciones del concurso son las siguientes: el asunto será de libre elección, pero teniendo en cuenta el objeto á que se destina y que ha de poder colocarse en las puertas de los templos y en otros centros religiosos; el tamaño será de 53 por 152 centímetros ú otras dimensiones, siempre que resulte la misma superficie aproximadamente; el cartel habrá de llevar la inscripción «Exposición Mariana Universal-Zaragoza-1908,» quedando en él espacio para agregar algunas advertencias, y para su fiel reproducción no deberán ser precisas más que tres ó cuatro tintas; todos los modelos presentados podrán ser exhibidos en la Exposición Mariana si así lo acuerda la Junta organizadora; se concederá un premio de 500 pesetas al autor del boceto que se considere mejor ó más apropiado, pudiendo la Junta dejar de otorgarlo si los carteles no reunen las condiciones que, á su juicio, deben llenar; la Junta se reserva el derecho de hacer reproducir por cualquier procedimiento los carteles que crea convenientes, sin otra obligación que entregar á los autores cien ejemplares del cartel reproducido; los bocetos podrán presentarse hasta el 20 del presente abril en las oficinas de la Exposición Hispano Francesa (plaza de Aragón, 7, Zaragoza), ocultando los autores sus nombres, que entregarán en sobres lacrados, según costumbre.

Barcelona.—En el Salón Parés han expuesto últimamente: Ivo Pascual algunos paisajes hondamente sentidos y perfectamente pintados; Cabanyes también varios paisajes bien observados y de acertada factura; y Galofre Oller un boceto de grandes dimensiones que representa al rey D. Alfonso XIII saludando en Montserrat la bandera del Bruch.

*
* *

Espectáculos. — Barcelona. – En el Principal se ha reproducido la bellísima tragedia sacra en cinco actos y quince cuadros de Angel Guimerá, con música del maestro Morera, *Jesús de Nazareth*.

Asociación Musical de Barcelona. – Esta asociación ha dado en el Liceo los dos últimos conciertos de la presente serie, que han sido dirigidos por el maestro Saint-Saens. El programa del primero se componía de las siguientes obras de Beethoven: Sinfonía n.° 3 (Heroica); *Leonora* n.° 3, Sonata n.° 18, obertura de *Egmont*, y Concierto en *do*, en el que la parte de piano fué ejecutada por Saint-Saens; el segundo ha sido dedicado á este último, de quien se ejecutaron *Jeunesse d'Hercule*, paráfrasis sobre *Enrique VIII*, *Septuor de la Trompeta*, preludio del *Diluvio*, Conciertos IV y V y la *Sonata de Chopin*, que tocaron á dos pianos Saint-Saens y el notable pianista señor Granados. En ambos conciertos alcanzaron grandes aplausos todos cuantos en ellos tomaron parte, pero muy especialmente el maestro Saint-Saens como director, compositor y pianista.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La Habanera*, drama lírico de costumbres castellanas en tres actos, letra y música de Miguel Laparra, y *Ghyslaine*, drama lírico en un acto, letra de Gustavo Guiches y Marcelo Frager, música de Marcelo Bertrand; en el Odeón *Ramuntcho*, comedia en cinco actos y once cuadros de Pedro Loti, con algunos números musicales de Gabriel Pierné, y que ha sido admirablemente puesta en escena; *Petite Hollande*, comedia en tres actos de Sacha Guitry; *La comedie des familles*, comedia en un acto y en verso de Pablo Geraldy, y *Le chauffeur*, comedia en un acto de Max Maurey; en Renaissance *La femme nue*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; en el Chatelet *La revue du Chatelet*, revista en tres actos y 28 cuadros de Enrique Grosse y Jorge Nanteuil, música de Mario Baggers; en Marigny, á cargo de la sociedad «L'Oeuvre,» *Acquitté*, comedia en un acto de Camilo Antona Traversi, traducida del italiano por Lecuyer, é *Hypathie*, comedia antigua en dos actos y en verso de Pablo Bertalier; en Rejane *Qui perd gagne*, comedia en cinco actos de Pedro Veber, tomada de la novela del mismo título de Alfredo Capus; en Nouveautés *Occupe toi d'Amelie*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de Jorge Feydeau; en el teatro Antoine *Les jumeaux de Brighton*, comedia en un prólogo y tres actos, adaptación de *Los Menecmos* de Plauto, por Tristán Bernard; en el Palais Royal *La poudre aux moineaux*, vaudeville en tres actos de Mauricio Desvallieres y Luciano Gleize; y en el teatro Moliere *Nos magistrats*, comedia en cuatro actos de A. Branche.

– En el teatro de la Corte de Viena se ha estrenado con muy buen éxito una ópera de Carlos Goldmark, *El cuento de invierno*, cuyo libreto, tomado de un drama de Shakespeare, es de Wiilner.

*
* *

Necrología. – Han fallecido:

Roberto Bompiani, escultor y pintor italiano.

Luisa de la Ramée, novelista inglesa más conocida por el seudónimo de Ouida.

V. Zenger, célebre astrofísico y meteorólogo bohemio, inventor de importantes aparatos y autor de notables obras.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo

—Bueno, le dejaremos el que tiene, que me recuerda esa tierra querida que Dios sabe si volveré á ver. Hasta luego, chico, y no dejes que la mar te juegue otra como la pasada.

De nuevo la felicidad volvía á anidar en el corazón de Alegre. Privado de su *Gaviota*, parecíale hallarse encallado en la arena. El tío Jorge le regalaba una segunda *Gaviota;* ahora podría pasar cien veces el río, mil, si quería, para saber de su amiguita, sin pedir permiso á nadie y, sobre todo, sin descubrir el misterio de su corazón, que él creía impenetrable.

Dos días había pasado sin ir á la quinta; pero no dos días de veinticuatro horas, sino dos días de cien años cada uno, tanta era su impaciencia para volar á la otra banda.

En cuanto se vió solo corrió á la *Pequeña,* saltó á ella, acarició y besó sus bordas finas y lustrosas pintadas de un hermoso color gris perla, que la hacía parecerse mucho á la *Gaviota,* y la habló:

—Ahora, *Pequeña,* eres mía, ¿no?, y muy mía, porque el tío Jorge, el querido tío Jorge quiere que lo seas; ahora eres mía y de Margarita; ahora no te llamarás *Pequeña,* sino *Flor del aire,* como ella; debes estar contenta con tu nombre: tú serás buena con tu dueña, y cuando naveguemos en el riacho los tres, los cuatro con Tell, las mariposas se acercarán á verte porque irás linda con Margarita; «Flor del aire» en *Flor del aire,* ¿verdad que irás tan linda como la *Gaviota?*

Alegre besó de nuevo en la proa á *Flor del aire,* que es como si la hubiera besado en los labios, y de un golpe de remos se apartó de la orilla.

Flor del aire en el agua era tan gallarda como la *Gaviota.* Su joven capitán la contemplaba orgulloso. ¡Qué contenta se pondría Margarita cuando la viera! ¡Cuántos paseos darían á bordo cuando estuviera sana del todo, muy pronto! Eso sí, jamás se acercarían á la mar, esa mar hipócrita, pérfida y cobarde, que á no ser por el tío Jorge los habría engullido. En adelante siempre andarían en el río y siempre con permiso de padre Ludovico y de miss Fulton.

Alegre estaba seguro de conquistar con sus sonrisas y sus ruegos la voluntad de la inglesa, á quien de vez en cuando llevarían consigo en la *Flor del aire.*

Andando despacito, despacito, porque aún tenía los brazos doloridos, había llegado al fondeadero del *Relámpago.* Nada mejor podía hacer que desembarcar y correr á tomar lenguas de su amiguita, si es que no tropezaba con ella misma. En dos siglos de ausencia habría sanado del todo, como él, que hasta remaba ya.

Como lo pensó lo hizo. Atracó el bote, lo amarró al muelle y se internó entre las calles de árboles lujosos, donde tantas veces había perseguido con tesón las más lindas mariposas que pudieran valer á su amiga el perdón de una falta, de parte de su incorruptible profesora miss Fulton.

La puertecilla de la verja que ceñía el parque estaba cerrada; Alegre había llegado hasta ella á diez pasos de la gran escalinata; temblábanle las piernas de emoción y era todo ojos para saborear cuanto antes la deliciosa visión de «Flor del aire» si andaba por allí.

Pero no andaba: un jilguero basta para llenar de gorjeos un jardín, y el parque estaba silencioso.

¡Si estaría aún enjaulado! Alegre iba á saltar la verja cuando lo petrificó una aparición. No era Margarita; era la mismísima miss Fulton, al menos no podía ser otra aquella mujer altiva como un varejón de mimbre, desabrida y astringente como un trozo de alumbre y tiesa y planchada como un cartucho de porcelana, que acababa de surgir en el vestíbulo.

Y en efecto, era la inglesa, que venía á hacer sus visitas de inspección en el cuarto de Margarita.

Alegre, oculto detrás de una enorme *yuca* que junto á la verja alzaba sus carnosas hojas, contemplaba ávidamente la aparición, confrontando las descripciones de su amiguita con sus propias observaciones.

Miss Fulton había desaparecido en una habitación que daba al vestíbulo; era la de Margarita.

Alegre sintió un vivo disgusto. ¡Cómo era posible que aquella mujer tuviera la inmensa dicha de estar siempre al lado de la niña, y mirase con tan glacial displicencia eso que él habría comprado con un monte de oro más grande que el Peñón de las gaviotas!

Casi en seguida de desaparecer miss Fulton, apareció Clara.

La ocasión es calva. Ninguna como aquella para averiguar algo de la chiquilla. De un salto Alegre salvó la verja y de dos subió la escalinata.

—¡Alegre!, exclamó ella al verlo. ¿Eres tú, Alegre? ¿A que sé á qué vienes?

—¿A qué?, tartamudeó el muchacho, que puesto en la boca del lobo se sentía cobarde.

—A preguntar por Margarita, ¿no es cierto?

Alegre cerró los ojos.

—Sí, á eso. ¿Está ya bien del todo?

—Del todo precisamente no; pero le falta poco.

—¿Entonces, podré verla?

—¿Eres muy amigo de ella?

—Sí.

—¿La quieres mucho?

—¡Oh!, respondió el niño confuso.

—No tengas vergüenza, no te descubriré.

—Sí, sí, mucho.

—¿Y ella á ti?

—Yo no sé.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿A que no adivinas cómo lo he sabido?

—¿Cómo? Yo no sé adivinar.

—Ella me lo dijo. Estaba dormida y deliraba y hablaba en sueños de un amiguito.

—¿De quién?

—¿De quién había de ser sino de Alegre? ¿Lo conoces?

Alegre sonrió.

—¿Pero usted no se lo contará á nadie?

—Si tú no quieres.

—No, ni yo ni Margarita.

—Entonces no lo contaré.

—¿Y no podré verla?

—Es muy difícil; está delicada: quizás le haría mal.

—¡Al contrario! ¡Sanaría!

—¿Cómo lo sabes?

—Digo, me parece.

—¿Y por qué te parece?

—Porque si yo estuviera enfermo y ella fuera á verme, yo sanaría, respondió Alegre cerrando los ojos.

—Sí, sí; yo también lo creo; pero es que ahora está en el cuarto miss Fulton; tú no sabes quién es la inglesa; anoche dijo que si te pilla te sacará los colores á la cara, si es posible que puedan verse, porque..., vamos, no te avergüences, Alegre, eres morenito, pero lindo de veras.

—¿Y dijo eso delante de Margarita?

—No; me lo dijo á mí sola.

El muchacho respiró.

—¿Y no podré verla después, cuando usted esté con ella?

—¿Tienes muchas ganas de verla? ¿Y si no la vieras más?

—¡Cómo!

—Si ella se fuera á Buenos Aires.

—¡Ay, Dios!

—No, no se irá, se apresuró á decir ella viendo el desconsuelo del muchacho. Acércate por aquí mañana á las ocho y la verás; á esa hora estoy sola con ella y te dejaré entrar. ¿Vendrás? A las ocho, ni antes ni después.

—¡Oh, sí! ¡Qué buena es usted!

—Me alegro; adiós, hasta mañana, no faltes; me voy porque tengo muchos quehaceres. ¡No faltes!

¡Que no faltara, cuando sólo la esperanza de verla lo llenaba de alegría, de una alegría ruidosa y explosiva que estallaba en gritos y piruetas y carreras á través del parque!

Su *Flor del aire* lo esperaba. ¡Su *Flor del aire!* ¡Cómo se alegraría Margarita cuando al siguiente día le contara la historia de ese nombre!

El capitán Alegre embarcóse, y como soplaba una dulce brisilla desplegó la blanca vela del bote y se dejó llevar mecido por los recuerdos de aquellos días en que los dos, sin más testigos que Tell, se contaban lo que las mariposas pueden contar á las flores.

XXXIII

EL ÚLTIMO BESO

Cuando Alegre volvió al fondeadero, encontróse al tío Jorge, que con dos hombres de tierra adentro se embarcaba en la *Bella Italia.*

—¡Eh, capitán!, ¿cómo se porta tu cáscara tu nuez?

—¡Es espléndida, tío Jorge! Mejor no podría ser, ni soñada.

—¿Sí?, me alegro: así sentirás menos tu *Gaviota,* y además conviene que los regalos salgan al gusto de uno, ¡tromba! ¿No quieres venir con nosotros?

—¿Y adonde van?

—A cortar leña; volveremos á la tarde; cuestión de pocas horas.

—¿Y podré ayudarles?

—Si ese es tu gusto..., aunque no han de estar tus ensambladuras bien calafateadas todavía. Sube, muchacho; por Ludovico y madre Marta no te aflijas: precisamente me encargaron que te llevara si querías; ya van para cuatro días que no sales del muelle..

La lengua del viejo marino iba á despeñarse. Para evitarlo, Alegre saltó á bordo, amarrando á popa su *Flor del aire*.

La ancha vela de la *Bella Italia* se dió al viento, y la embarcación, temblando de gusto, dejó el muelle, navegando río arriba y llevándose á remolque el bote de Alegre.

Una de las industrias del tío Jorge era la corta de la leña con que abastecía el pueblo.

De cuando en cuando embarcábase con dos ó tres leñadores de tierra adentro que conocían bien el monte, y á algunos kilómetros de Cruz Chica, donde era más espeso, desembarcaban. La corta se hacía en la orilla, lo más cerca posible de la barca, para ahorrarse el trabajo de traer la leña de larga distancia.

El tío Jorge, como casi todos los del pueblo, era medio anfibio: manejaba el remo como el mejor remero del mundo, y revoleaba el hacha como el mejor leñador.

Alegre más de una vez lo había acompañado. También el negrillo cortaba leña que daba gusto verlo; pero aquel día, con las reliquias de la noche del Peñón, no estaba para darse esos lujos. Tampoco el tío Jorge lo hubiera dejado. Gracias que le permitiera guiar la embarcación, lo que el muchacho hacía como un lobo envejecido con la caña del timón en la mano.

¿Pero qué le importaba á él eso? Un par de hachazos más ó menos no iban á amenguar la felicidad que había inundado su alma con la sola esperanza de ver á la chiquilla á la mañana siguiente.

El tío Jorge, zorro viejo, no dejó de notar el cambio. Pocas horas antes aún estaba la linda carita del chico sombría, como si la nube de un pesar nublara el cielo de su alma.

—¡Malo!, había gruñido el viejo marino. ¡Mar de fondo, tromba!

Ahora no, ahora decía otra cosa. Bastaba mirarlo para adivinar en el brillo de sus parleros ojos la llama de un regocijo loco; el grumete estaba alegre, con esa alegría expansiva que le había valido el nombre que llevaba.

—¡Bueno!, se dijo el pescador. Ya despejan las nubes; buen tiempo, ¡tromba!

El joven timonel miraba al lobo de mar, que á su vez lo miraba á él. ¿Por qué lo miraría así? ¿De dónde aquella sonrisa que jugaba en sus labios?

El tío Jorge adivinó los deseos del muchacho. Acercóse á él, y afirmándose en la borda, le dijo:

—¿Quieres pasar un buen rato de conversación, Alegre?

—¡Cómo no! Si usted quiere.

—¿Qué te parece el día?

Cuando no se sabe cómo romper una conversación, la meteorología es un tópico muy interesante. Pero esa vez la pregunta del marino no era sin intención.

Alegre paseó la vista por el cielo. Estaba profundamente azul, pero manchado á trechos por nubes descabelladas que estiraban todas sus greñas hacia un punto misterioso del espacio. El sol brillaba limpio y radiante tiñendo de plata los cabellos de las nubes.

—¡Espléndido!, respondió Alegre.

—¡Ah! ¿Espléndido? Ya sabía que dirías eso: y no diré yo lo contrario; pero no te fíes: esta noche, con día espléndido y todo, tendremos fiesta.

—¿Sí? ¿Y por qué dice que sabía lo que yo iba á contestar?

—¿Estás alegre, no es cierto?

—Sí.

—Mucho, ¿eh?

—Mucho, si usted quiere.

—Pues ahí está la causa; por eso sabía yo que el día te iba á parecer espléndido, un día que no es más que uno de tantos limpios de ventolina y truenos como tenemos en el año. Apuesto lo que quieras á que esta mañana no pensabas lo mismo, y es que estabas triste, y ahora, como si te hubieran dado un chapuzón de dicha, estás alegre y con más ganas de jugar que un delfín.

Y era verdad. El tío Jorge tenía buen olfato.

—¿Y qué me dices de la chiquilla? ¿La has visto?

—Dicen que aún no está bien, respondió el muchacho; pero no la he visto todavía.

—¿No?

—Pero la voy á ver pronto.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y le darás expresiones de mi parte? La quiero porque es linda como una aurora, y aunque no lo fuera la querría porque la quieres tú.

—Se las daré, tío Jorge.

—Aunque dudo, ¡tromba!, que ella sepa algo de mí.

—Es cierto, no lo conoce; pero yo le hablaré de usted, le diré que usted la salvó y me salvó á mí; ella lo querrá como lo quiero yo, y después, cuando esté sana, algún día pasearemos los tres en la *Bella Italia* ó en la *Flor del aire*.

—¿Sí?, preguntó el tío Jorge con un aire tal de duda que hizo impresión en el entusiasmado Alegre. ¡Ojalá Dios te oiga!

—¿Pero usted no cree que sanará pronto?, se atrevió á preguntar él en voz baja.

—No es eso; al contrario, quizás esté sana ya; no era el mal para tanto; y me alegro, porque si por mí fuera y lo necesitara cualquiera de vosotros, el cuero me sacaría yo para cubriros, ¡tromba!

—¡Oh, gracias, tío Jorge!

—Aparte de que Dios haría un milagro, si fuese preciso para dejarte contento.

La *Bella Italia* no perdía tiempo. Corría dejando atrás todos aquellos cuadros tan conocidos de Alegre. Mientras más avanzaba, mayores dificultades iba encontrando en remontar el río. Ya era un banco de arena; ya un islote, de que estaba sembrado su lecho; á veces eran algunos árboles volteados por el huracán y atravesados en el río. Pero siempre el tío Jorge, que había tomado el timón, buscaba un pasadizo y lo encontraba.

Poco más allá no fueron ni los árboles, ni los bajíos, ni los islotes los que saliendo al paso decían: «Aquí estamos, no pasarán de aquí.» Fué el mismo río, cuyo caudal de agua había disminuído á tal extremo, que la *Bella Italia* no encontraba bajo su quilla más de dos pulgadas de agua.

No era posible ni necesario avanzar más; el monte á una cuadra de allí era espesísimo; un caballo de esos que sólo sirven para arrastrar ramas aguardaba, amarrado á un árbol, á los leñadores. Así la tarea de llevar á la orilla la leña cortada sería más fácil; el cargarla era cuestión sencilla.

La *Bella Italia* se acostó á la ribera y todos echáronse á tierra provistos de sus hachas. Alegre iba á estar de mirón; no tenía herramienta. Felizmente para él había á bordo una hachita de abordaje que serviría á lo sumo para cortar la ramazón de los árboles derribados. Era tarea á que él podía dedicarse sin que se resintiera su casco, como dijo el tío Jorge al darle permiso para ello.

Pronto el monte se pobló del grato rumor de hachazos bien dirigidos. De cuando en cuando oíase la agria protesta de algunos de los gigantes de la selva, que se desgajaban crujiendo de dolor; y allí de Alegre, que se entregaba con fruición á la fácil tarea de mutilarlos con su hachita, privándolos de su ramazón, pompa y orgullo de su vejez.

Talas, cocos, algarrobos, ñandubays, todos buenos para el fuego, pagaron su tributo al tío Jorge, el mejor leñador de aquellos lados, que con media docena de golpes abatía al más robusto de los gigantes aquellos.

A cosa de las cinco de la tarde, cargada de leña casi hasta la punta del mástil, ciñendo al viento y ayudada por la corriente, la *Bella Italia* emprendió el regreso.

El descenso se hacía más rápidamente que la subida á pesar del viento, cosa que no disgustaba á Alegre, impaciente por respirar los aires que respiraba su amiguita.

Aún faltaba mucho; pero las miradas del muchacho estaban fijas en la quinta, cuyos primeros árboles se divisaban ya. Algo extraño debió ver, porque yendo á popa, donde estaba el tío Jorge, le dijo:

—Usted debe tener buena vista, ¿no?

—No tanto como la tuya; tú eres joven y yo soy viejo.

—Sin embargo, no alcanzo á distinguir aquello, y señaló hacia el parque; eso blanco, extendido á lo largo del río.

El tío Jorge miró en la dirección indicada frunciendo el entrecejo y sombreando sus ojos con la mano puesta sobre ellos.

—¿Qué es?

—No veo bien; toma.

Entregó el gobernalle á Alegre y se paró.

—¡Tromba! ¿Sabes que es el *Relámpago*?

—¡El *Relámpago*!, exclamó el muchacho parándose también. ¡Tiene razón, es el vaporcito! ¿Y á qué vendrá?

—Hombre, no se me alcanza, quizás... Vamos, no sé nada.

—¿Nada, nada?

—De cierto nada. Quizás haya venido á traer á la señora de Alvarado.

—¿Le habrán dicho que Margarita está enferma?

—No lo creo; la cosa no es para tanto.

—¿Y no habrá venido á llevársela?

El tío Jorge estuvo á punto de largar un «precisamente es lo que temo,» pero se mordió á tiempo la lengua, viendo la ansiedad con que el chico esperaba su respuesta, como la de un oráculo.

—No, no es posible, respondió; el aire del campo y más aún el de la mar, son los mejores médicos que yo conozco; ni en Buenos Aires los hay iguales.

No tardó mucho la *Bella Italia* en pasar frente al *Relámpago* amarrado al muelle. Nadie había en la orilla del río, y á bordo sólo el maquinista, que en aquel momento bruñía los herrajes de la máquina.

En cuanto la embarcación atracó al muelle de Cruz Chica, Alegre saltó á su bote y se disponía á cruzar el río, cuando oyó que lo llamaban. Era Toño que acababa de subir á la *Bella Italia*.

—¡Alegre!, le dijo.

El niño levantó la cabeza.

—Hace una hora que te buscan.

—¿A mí?

—Sí; no podía hallarte; en tu casa me dijeron que estabas en el monte.

—¿Y para qué me buscabas?

—Yo, para nada...

—¿Y entonces?, preguntó impaciente el muchacho.

—Te busca Clara.

—¿Quién es Clara?

—La mucama de Margarita.

—¡Ah! ¿Y hace una hora?

—Sí, tal vez más; y eso que me encargó que te lo dijera pronto...

Flor del aire huyó con su capitán veloz como una golondrina. En medio segundo estuvo del otro lado. Y sin embargo era lerda al lado del pensamiento de su dueño, que había hecho ya cien mil leguas de conjeturas, llenándose el ánimo de temores.

Esa tarde, cuando los rayos del sol que se acostaba entraban de lleno por la ventana del cuarto de Margarita, llenándolo de luz y de alegría, incorporóse en el lecho. Cualquiera la hubiera creído sana.

—Clara..., dijo; pero un estridente silbido que venía de afuera le cortó la palabra.

—¿Qué es eso?

—No sé; parece la sirena del *Relámpago*.

Era el vaporcito que entraba á toda máquina.

—¿Entonces, vendrá mamá?, preguntó la niña llena de alegría.

—Puede ser; no te levantes; espérame, voy á ver.

Margarita cerró los ojos y reclinó su rubia cabecita sobre las almohadas, mientras en sus labios aleteaba una sonrisa. Su mamá venía, estaba segura, la iba á ver después de tanto tiempo de ausencia; la esperanza la halagaba dulcemente y cerraba los ojos para que fuera el hermoso rostro de su mamá la primera cosa que vieran al abrirse.

Algunos minutos pasó así; cansada ya de estar en voluntarias tinieblas y temiendo dormirse, iba á abrirlos á hurtadillas, pero la detuvo el ruido de unos pasos. La puerta se abrió chirriando débilmente.

Entonces ella abrió los ojos y miró de golpe. Era Clara y nadie más.

—¡Oh!, exclamó con un mohín de disgusto. ¿Y mamá?

—No ha venido; creí que estabas durmiendo.

La chiquilla tuvo vergüenza de confesar su inocente juego.

—¿Y por qué está ahí el *Relámpago*?

—Ha venido á llevarte para que te vean los médicos.

—Pero si estoy casi sana.

—Mejor, así curarás del todo.

—¿Y cuándo me lleva?

—Mañana á las ocho; miss Fulton escribió á tu mamá; pero como ella no quiere volver á Cruz Chica, ha mandado el vapor.

—¿Y por qué no ha venido ella?

—Tonta; mañana es Carnaval; tu mamá no querrá perder los bailes.

Margarita cerró los ojos. Aquella diversión carnavalesca que le robaba á su mamá, parecíale un insulto: ¿acaso no valía ella más que todos los carnavales del mundo?

«Para Alegre sí,» pensó y no se atrevió á pensar que para su mamá...

Margarita sintió en el pecho un desgarramiento como si el alma se le rompiera con la ilusión de ver á la madre adorada que un momento acariciara. Sus lindos ojos se llenaron de lágrimas.

Clara comprendió el mudo lenguaje de aquel llanto.

—Dime, Margarita, ¿no te quieres ir?

La chiquilla pensó en algo que la hizo enrojecer, pero nada respondió.

—¿No te gustaría?, insistía la criada. ¿Por qué no te había de gustar?

—Pero si yo no he dicho nada.

—Dime la verdad; si ahora mismo quisieran llevarte, ¿irías contenta?

La niña no quería venderse, pero se vendió apremiada por las socráticas preguntas de Clara.

—¿No ves? Ya decía yo; pero ¿por qué?

Esto era lo más difícil de responder, no porque la chica no ardiera en deseos de hacerlo, sino porque tenía vergüenza, vergüenza de hablar, vergüenza de que descubrieran el tesoro que guardaba en su corazón. Había podido preguntar por Alegre tres días antes, cuando aún le duraba la emoción de la tremenda noche, pero ahora no, ahora no se atrevía ni á nombrarlo, y sin embargo... se rindió. Hizo señas á la criada para que se agachara y le dijo al oído:

—Quisiera ver á Alegre antes de irme.

—¿De veras? Pues me lo hubieras dicho antes.

—Es que como mañana me voy...

—Entonces lo hago venir ahora mismo, ¿quieres?

—El brillo que adquirió la mirada de la niña y el carmín que tiñó su frente respondieron mejor de lo que hubiera respondido ella misma.

Clara sonrió; conocía aquello. Recomendó que se estuviera quieta para que á miss Fulton no se le ocurriera acercarse, y corrió á hacer llamar al negrillo.

Del otro lado de la verja, en el parque, Toño conversaba con Andrés, el hijo del jardinero, novio de su prima, y á quien había ido á llevar sabe Dios qué mensaje.

—Toño, ¿quieres hacerme un favor?, preguntóle Clara acercándose.

—Sí; lo que usted quiera.

—Corre al pueblo y busca á Alegre; y cuando lo halles dile que lo llamo yo, que venga pronto, que es de apuro.

Toño, ilusionado con la esperanza de alguna golosina, no se hizo repetir el mensaje y corrió á llevarlo.

Clara volvió al lado de Margarita. La chiquilla, estirándose cuanto pudo, había tomado un espejito del tocador y con él sobre las rodillas pasaba un peine por su cabecita para domar la artística rebeldía de sus bucles. Quería estar linda, más linda que nunca, para despedirse de su amigo.

Y en verdad que lo estaba; sus angelicales facciones, afinadas un poco por la enfermedad, con el ardor de la fiebre, se teñían de un rosado que querrían para sus pétalos las rosas del jardín.

Clara descubrió los ardides de su inocente coquetería; la niña huyó del espejo avergonzada.

—Lo he mandado llamar, dijo la criada fingiendo no haber visto aquello.

—¿Y vendrá?

—¡Oh, sí!

—¿Pero vendrá pronto?

—Si se lo dicen pronto, estará aquí al momento.

Clara se arrimó á la ventana para espiar la llegada del muchacho; Margarita quedó mirándose en el espejo á hurtadillas y temblando de emoción á cada ruido de afuera.

¿Vendría ó no? ¡Oh, Alegre, si supieras con qué ansiedad te esperan, pedirías sus alas á las golondrinas para volar á calmar su impaciencia!

Pero los minutos pasan, y tú, Alegre, no llegas, y ella espera y tiembla y su corazoncito palpita con fuerza como si quisiera saltársele del pecho, al solo pensamiento de que los pasos que se oyen en el jardín sean los tuyos.

Pero no, no son los tuyos, porque el rumor de tus pasos no se siente; tú eres un pobre grumete y los grumetes van descalzos.

Y los minutos volaban y se juntaban formando cuartos de hora, y los cuartos de hora iban cayendo en el pasado, y se acercaba la hora en que miss Fulton vendría á leer sus soporíferos libros en inglés, al lado de la cama de la niña, con el santo propósito de que no olvidara lo aprendido.

Quizás el mensajero no había cumplido su misión. Pero no; tras media hora larga, cayó Toño jadeante por una rapida carrera.

—¿Le dijiste?, preguntóle ansiosa Clara.

—Si no pude encontrarlo.

—¿No? ¿Y dónde está?

—Se ha ido á cortar leña.

—¿Y volverá?

—Sí, pero á la noche.

Clara miró á Margarita. La niña había quedado desolada; un gesto de decepción plegaba su boquita graciosa; su lindo rostro se había nublado.

Toño salió. ¿Si habría perdido el viaje? Por si venía, fué á esperar al negrillo en el fondeadero; aún había esperanza de ganar lo que él mismo se había prometido.



¡Margarita!, ¡mi «Flor del aire!, te has ido...

¡A la noche, había dicho Toño, á la noche! Entonces no lo vería. A esa hora miss Fulton estaría leyendo sus interminables *Adventures of the Vicar of Wakefield*, y al día siguiente muy de mañana se iría quizás para siempre... ¡ay! sin verlo. Ahora sí que podía medir lo que quería al lindo negrillo; no lo quería, no, lo adoraba; y queriéndolo así, con toda su alma, iba á dejarlo allí, á mil leguas de Buenos Aires, para no volverlo á ver nunca, nunca...

La niña ocultó su cabecita bajo la almohada y se puso á llorar. Al verla, Clara tentó un consuelo.

—¿Sabes que no viene miss Fulton?

—Pero vendrá.

—¡Quién sabe! Ya es casi de noche, el sol se ha ocultado ya; y si Alegre hubiera vuelto, podría hacerlo llamar.

—Anda, Clara, que lo busquen; mañana me voy y...

No dijo más; llamaban á la puerta del vestíbulo; ya no era tiempo; miss Fulton venía.

Pero no era miss Fulton. Margarita casi dió un grito; era Alegre, que llegaba jadeante por la corrida que había dado.

—Alegre, hace una hora que te esperamos, entra.

El muchacho entró azorado, sin ver bien en la penumbra de la habitación. Clara, para precaverse de cualquiera visita intempestiva, corrió por dentro los pasadores de las dos puertas.

—¡Alegre, aquí estoy!, exclamó Margarita incorporándose á medias.

El chico, aturdido por aquella inmensa dicha, se acercó vacilante y se sentó en un taburete al lado de la cama, estrechando entre sus manos amorosas las lindas manitas de la chiquilla.

Alegre tenía mucho que contarle, y precisamente por eso las palabras se le atragantaban y no salían. Clara lo remolcaba de cuando en cuando. Por fin anduvo solo y empezó la historia de *Flor del aire*.

Pero de repente se calló todo tembloroso. Alguien había llamado á la puerta de un modo particular.

—¿Quién será?, murmuró Clara temiendo siempre á la inglesa.

Seguían llamando; no golpeaban, arañaban. ¿Quién sería?

—¡Si es Tell!, exclamó Alegre golpeándose la frente. ¡Lo hemos dejado fuera al pobre y quiere entrar!

Abrieron la puerta y se precipitó Tell en el cuarto, volando á recibir las caricias de su linda rival, á quien iba queriendo como á su amo.

Y Alegre pudo entonces continuar su historia, la historia de *Flor del aire*.

—¡Qué bueno es!, se decía la niña bañando con los rayos de sus ojos incomparables el rostro de su amigo, iluminado de lleno por la bujía que acababa de encender Clara.

Le tocaba el turno á Margarita. Muy tristes eran las cosas que ella le tenía que contar; se iba para siempre á Buenos Aires á la mañana siguiente.

—¿Te vas? ¿De veras?, preguntó ansioso el muchacho.

—Sí, Alegre; mañana me llevan.

—¿Y ya no te veré más?

—Yo no sé; si volviéramos, pero mamá no quiere.

—Se aburría, ¿no?, indicó amargamente el muchacho.

La niña no respondió. Los dos quedaron en silencio.

Alegre estaba aturdido. Sabía muy bien que Margarita no viviría eternamente en el *chalet*, que alguna vez había de irse á Buenos Aires, pero jamás se puso á pensar en ello por no acibarar su dicha; y ahora se la arrancaban, de pronto, sin avisarle. ¡Ay Dios! ¡Si no hubiera sido por aquella maldita aventura del Peñón!

¡Pobre Alegre! Se quedaría solo. Comenzaría de nuevo aquella existencia vacía de afectos ardientes, él, cuyo corazón tenía todo el fuego de los soles africanos, él que había nacido para amar con delirio como amaba á Margarita. La perdía y para siempre; no la vería más; no oiría ya su voz cariñosa, ni se volvería á mirar en el cristal azul de sus lindos ojos; y Julio..., aquel Julio que en días ya lejanos le había hecho sufrir tanto, la vería, jugaría con ella, la besaría quizás... Él vivía tranquilo antes de conocerla. ¿Para qué la conoció si se la habían de quitar? Una vez probado su amor, ¿cómo iba á vivir sin él?

El grumete se sentía aplastado. De pronto levantó la agobiada cabeza como si una extraña resolución se hubiera apoderado de él.

—¡Margarita!

—¿Qué quieres?

—¿En tu casa no necesitan un sirviente?

—No sé; yo creo que no; siempre hay; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque..., Margarita, yo no quiero dejar de verte; yo quisiera vivir siempre á tu lado, porque si no te viera me moriría; quisiera... ser sirviente de tu casa...

—¡Alegre!, exclamó la niña horrorizada.

—Sí, quisiera serlo.

—Pero entonces yo no podría jugar contigo; mamá no quiere que juegue con los sirvientes.

—No importa, Margarita; aunque no me quisieras más; aunque me tuvieras odio, yo te querría siempre, siempre como ahora; y sería tu sirviente con tal de verte todos los días.

—No, no; yo no te olvidaría Alegre; pero mamá...

—¡Oh, tu mamá!

Lo que Alegre pensó decir no lo pronunciaron sus labios. Habían levantado el picaporte de la puerta que daba á la habitación de miss Fulton, y una voz colérica decía:

—¿Qué es esto? ¿Por qué está trancada esta puerta?

—¡Miss Fulton, Alegre!, balbuceó apenas Margarita.

El muchacho se levantó de un salto. Clara abrió la puerta del vestíbulo.

—Anda, Alegre, vete pronto, le dijo. ¡Se va á armar una... si te pillan!

El muchacho se inclinó hacia su amiguita.

—Adiós, Margarita, díjole.

—Adiós, Alegre, respondió ella con una voz dulce como una caricia.

Sus dos cabecitas se juntaron, besáronse en silencio, y Alegre salió de puntillas de la habitación, seguido de Tell, para quien no hubo ni una caricia, porque no había tiempo; miss Fulton insistía en su imperiosa orden.

—¡Oh, Dios! ¿Qué es esto? Clara, ¡abre pronto!

(Se continuará.)

DE MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud. *(Continuación.)*

Esta parte de Nairobi es la llamada ciudad de los *subordinates;* en cuanto á los *officials,* ó funcionarios superiores, tienen sus *cottages* en las colinas de los alrededores, en donde hay además los campos de polo, de tennis, etc., todo ello muy diseminado.

Aquellas colinas, situadas al Oeste y al Norte, sirven de fronteras de las tribus Masaís y Kikuyus que, aun siendo tan distintas entre sí, se confunden en el mercado de Nairobi.

Los Masaís, que hasta hace poco eran todavía el terror de las caravanas y de las tribus inmediatas, son nómadas, grandes criadores y ladrones de ganados que viven de sus rebaños... y de los de sus vecinos, y no practican ningún cultivo. Sus *kraales,* viviendas temporales, son construcciones primitivas, de forma anular, con la armazón de ramitas cubiertas de una argamasa hecha con barro y boñiga de vaca. En el centro del kraal hay un cercado en donde se encierran los rebaños durante la noche. Cada familia tiene su kraal y no hay allí aldeas.



Mujeres casadas y muchachas solteras en el mercado de Wa-Kikuyu
Las primeras llevan arracadas y brazaletes de cuentas; las segundas llevan en las orejas unos palillos

Los Masaís son altos y esbeltos, infatigables en la marcha y en la carrera, hasta el punto de que pueden andar en una noche 60 kilómetros llevando por delante el ganado robado; y para alimentarse durante el camino practican una ligera incisión en el cuello de alguna res y chupan la sangre sin interrumpir su carrera vertiginosa. Sus armas son la azagaya, el arco y las flechas, que manejan con rara destreza.

Los Masaís, entre los cuales es frecuente el estrabismo y abundan los ciegos á consecuencia de oftalmías purulentas, son de una suciedad indescriptible; todos carecen de incisivos inferiores, que se arrancan, como suelen hacerlo también otras tribus africanas. Los hombres llevan los cabellos largos y la cara sin pelo; las mujeres se afeitan la cabeza y las pestañas, y unos y otras tienen las orejas perforadas y se las adornan con todo lo que puede colocarse en ellas.

Las mujeres, desde muy niñas, usan brazaletes y aros en las piernas confeccionados con alambre grueso enrollado y que á menudo les causan heridas é impiden su crecimiento. Únicamente las mujeres casadas ostentan el gran collar de alambre tan característico. El traje de los varones consiste en un trozo de tela, generalmente muy corto, anudado al hombro; el de las hembras, en ese mismo trozo, pero muy largo, que les arrastra por el suelo, y en otro pedazo con que rodean su cintura. Y lo importante en ambos sexos es que esas prendas sean lo más harapientas posible. Los guerreros ó *morani* forman una especie de aristocracia y no carecen de cierto carácter cuando se cubren el rostro con su máscara de guerra y se ponen en los tobillos sus aros de piel con largos pelos.

Los Masaís se alimentan de leche y carne de buey, de cabra ó de carnero, no beben más que leche y agua, toleran admirablemente la sed y no conocen las bebidas fermentadas. Se sirven del perro de guarda y crían también unos borricos de raza pequeña, de color gris perla, que pueden estar varios días sin beber. Entre los Masaís, el matrimonio consiste simplemente en la compra de la novia y en el pago á los padres de ésta de un número convenido de vacas y de algunos metros de alambre para la confección del collar.

Los enterramientos son desconocidos; las hienas, animales sagrados que pululan en aquella región, se encargan de hacer desaparecer los cadáveres; de aquí que las denominen «las tumbas vivas de nuestros muertos.»



Cebras en la llanura Masaí, en los alrededores de Nairobi

Los Wa Kikuyu, al revés de los Masaís, son sedentarios y agricultores y viven en aldeas ocultas en el bosque y rodeadas de setos impenetrables con una sola abertura, fácil de cerrar y de guardar, por donde los animales sólo pueden pasar uno á uno; los hombres tienen que agacharse para pasar por aquel corredor de ramas entrelazadas. Cada hombre lleva, además de la azagaya, un pequeño sable en una vaina de acero y una clava de madera dura.

El traje es parecido al de los Masaís; el de los hombres se reduce á una pieza de tela anudada á la espalda; el de las mujeres es más complicado y consiste en un pequeño delantal y encima de éste una gran pieza de tela ó de pieles de cabra cosidas fijada en la espalda ó en la cintura y mucho más larga que la de los varones.

Los adornos difieren bastante de los de los Masaís. Para los hombres tiene gran importancia ensancharse el lóbulo de la oreja é introducir en él pedazos de madera y otros objetos del mayor diámetro posible; completan su atavío varios collares de cuentas de cristal y un cinturón del que cuelgan multitud de cadenitas de hierro que ellos mismos se fabrican.

Las mujeres también llevan numerosos collares y se enrollan en el brazo un grueso alambre, pero no con la profusión que se observa en las Masaís. En el pabellón auricular practícanse tantos agujeros como puede contener, y en cada uno de los cuales las muchachas solteras se ponen un palito bastante largo, que, al casarse, reemplazan con grandes aros de cuentas de cristal. El peso de estos aros, que han de ser muchos en número, desgarraría sus orejas si no estuviesen aquéllos sostenidos por algunas sartas de cuentas que pasan por encima de la frente.

Los hombres, en general, son de complexión recia, llevan alta la frente, tienen la mirada franca y no están desfigurados por cicatrices ni taraceas. Si dirigís la palabra á un kikuyu os contestará sin fórmulas exageradas de cortesía y os dará á comprender que habláis con un igual vuestro, con un hombre libre. El kikuyu siente un profundo desprecio por los negros de la costa, esos «burros de los blancos» que se dejan gobernar por los europeos y les hablan humillados como si estuviesen siempre dispuestos á recibir el puntapié del amo.

Entre los Kikuyus, como entre los Masaís, hay dos castas de hombres: los guerreros y los cultivadores. Los primeros, en tiempo de paz, no tienen más ocupación que presumir, para lo cual se adornan la cabeza con plumas de gavilán y se untan el cuerpo con una mezcla de ocre rojo y de manteca rancia. El único vicio del kikuyu es la embriaguez, y la bebida con que se emborracha es un brebaje fermentado hecho con caña de azúcar ó miel y que se denomina *pombe.*

También entre los Wa Kikuyu es costumbre no enterrar los muertos. Cuando una familia advierte que uno de sus individuos está muy enfermo, un pariente lo lleva á un rincón solitario del bosque, construye para él una especie de choza y lo vela hasta que se muere; entonces lo abandona y á la noche siguiente las hienas dan cuenta del cadáver.



Wa-Kikuyus vendiendo batatas cocidas á los pasajeros de tercera clase del ferrocarril de Uganda en la estación de Nairobi

En esa tribu es muy común la poligamia, y en las aldeas de los jefes, como la de Kinandui, situada á dos horas de Nairobi, pueden contarse hasta sesenta viviendas,

ocupada cada una de ellas por una esposa del gran jefe. Algunas de esas mujeres son Masaís, pues los Kikuyus se casan á veces con mujeres de aquella tribu vecina, ya á consecuencia de *razzias*, ya en matrimonio regular. En cambio, los Masaís sólo se enlazan con mujeres de su tribu.

La región ocupada por los Wa-Kikuyus, que se extiende desde el monte Kenya á Nairobi y desde Kikuyu Escarpment hasta el límite de las selvas del Este y cuya altitud varía desde 1.600 á 6.000 metros, es en extremo fértil para los productos de Europa y de una salubridad para los blancos que no tiene igual en todo el continente negro.

Por esto desde que se inauguró el ferrocarril los colonos acuden allí en gran número y las concesiones se extienden ya sin interrupción hacia el Norte hasta bastante lejos de Nairobi. Desde este punto de vista está llamada, por consiguiente, Nairobi á un gran porvenir y actualmente los trenes, que antes bajaban vacíos á la costa, hoy van cargados con productos del territorio Kikuyu que se exportan en gran cantidad al Africa austral.

Expuestos esos pormenores sobre las dos tribus citadas, reanudemos el relato del viaje.

La región que á partir de Nairobi recorre el tren, es decir, el trayecto de Nairobi al Victoria Nyanza, en nada se parece al anterior, de Mombassa á Nairobi.

Al salir de esta última estación, el tren, dejando atrás las grandes estepas sin vegetación, entra en pleno país Kikuyu, poblado de árboles y de verdura y en el que á los animales de la inhabitada llanura suceden seres humanos y tierras cultivadas, que se atraviesan sin interrupción hasta Kikuyu-Escarpment, inmenso talud cubierto de bosques que forma el límite oriental de la gran depresión ó Rift-Valley. Aquellos bosques no tienen aspecto tropical, y la frescura que en ellos reina y las praderas que en ellos abundan, contribuyen á dar á esta región un aspecto europeo. El tren serpentea por entre los árboles y sube hasta una altura de 2.500 metros, para descender luego, desde la estación de Escarpment y siguiendo un trazado que ofrece al viajero un magnífico panorama, al valle del Kedong.

Con los bosques han desaparecido los Wa Kikuyu y en la llanura reaparecen los Masaís con sus rebaños; y el tren, después de haber corrido al pie de un volcán extinguido, el Longonot, llega al lago de Naivasha, dominado al Este por un escarpado peñasco, en cuya cima está la residencia del *sub commissioner* de la provincia Masaí.

Esta enorme zanja que constituye el Rift Valley tiene una anchura de 30 á 50 millas y es un fenómeno geológico interesantísimo. En efecto, según las observaciones de Thomson, completadas por Suess y Gregory, puede seguirse desde el valle del Jordán al lago Nyanza, en una extensión de más de 6.000 kilómetros, esta depresión debida á la acción volcánica cuyos vestigios se encuentran en una porción de conos de volcanes, algunos de los cuales exhalan todavía vapores.

Las orillas del lago Naivasha son pantanosas, pero pintorescas, y están cubiertas de gigantescos papirus, entre los cuales se agita una ruidosa población alada compuesta principalmente de patos y flamencos. El agua, potable, aunque algo salobre, hállase poblada de hipopótamos, pero no de cocodrilos, y los peces no están representados más que por una especie minúscula del género *heflocilus*.



Tipo de hombre kikuyu

Tipo de mujer kikuyu casada

Alrededor del lago extiéndese la gran región de los Masaís, en donde los primeros exploradores, como Fischer, Thomson, Gregory y otros, hubieron de vencer las mayores dificultades que les ofrecían los indígenas de aquellos territorios.

Esas dificultades hoy no existen, pero hace dos años en poco estuvo que no se reprodujeran, á consecuencia de la aventura sionista del *East Africa syndicate*, que se proponía fundar una gran provincia judía autónoma y al cual el gobierno inglés estaba dispuesto á ceder una vasta extensión de terreno en aquellas regiones, á pesar de los informes desfavorables del entonces *sub-commissioner* Mr. Baggie y de otras autoridades competentes.

Después del lago Naivasha, la vía atraviesa la depresión, pasando junto á los lagos Elmenteíta y Nakuro, cuyas aguas son más saladas que las de aquél y no son potables, y luego comienza la ruda ascensión del Maú-Escarpment, reapareciendo entonces los bosques y sucediéndose sin interrupción los barrancos y torrentes, que se cruzan por medio de ligeros viaductos, todos parecidos y de fabricación norteamericana, cuya construcción será célebre en los anales del arte de ingeniería por su baratura y por la rapidez de su instalación.

(Concluirá.)



Venecia.—Entrevista de Guillermo II de Alemania y Víctor Manuel II de Italia.—Los dos soberanos dirigiéndose al palacio real
(De fotografía de Carlos Abeniacar)

Venecia ha recibido recientemente la visita del emperador de Alemania, á quien han acompañado en este viaje la emperatriz y los príncipes Augusto y Victoria. El rey de Italia se había trasladado previamente á dicha ciudad, y la presencia á su lado del presidente del Consejo de Ministros Sr. Tittoni y la del embajador alemán en Roma conde de Monts, han dado á esa excursión del *kaiser* una importancia diplomática innegable.

Venecia ha recibido á Guillermo II con gran entusiasmo y ha dispuesto en su honor algunos festejos, entre los cuales han sobresalido las magníficas iluminaciones de los canales, buques y góndolas. Desde la estación, dirigiéronse los soberanos al Palacio Real, en donde se celebró un almuerzo al que sólo asistieron el emperador, la emperatriz, los príncipes, el rey Víctor Manuel y sus séquitos, y terminado el cual hubo recepción de autoridades. Después trasladóse Guillermo II al yate imperial *Hohenzollern* y por la noche efectuóse en éste un banquete dedicado al rey de Italia. Al día siguiente, despidiéronse los dos monarcas, regresando Víctor Manuel á Roma. Por la tarde Guillermo II dió en su yate un te á las damas de Venecia y por la noche una comida á las autoridades.

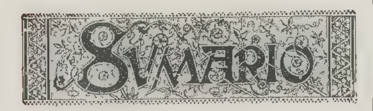
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII • Barcelona 13 de abril de 1908 • Núm. 1.372



CAMINO DE EMAÚS, cuadro de Federico Uhde



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El estafador «elegante» que acaba de desaparecer de Madrid llevándose un pellizco de cerca de un millón de pesetas, es un hombre tipo, representativo de la actualidad social; su delito es colectivo, aunque lo haya cometido un individuo solo, y de su delito debería responder el estado social—si el estado social respondiese de alguna cosa...

***

Ante todo, conviene decir que, en noventa y nueve casos de cada ciento, estos hombres como Z*** —suprimamos el nombre—son extremadamente «simpáticos.» A su alrededor se alza un coro de alabanzas y de murmullos halagadores. Nadie tiene para ellos una frase, no diré de reprobación, pero ni siquiera de censura indirecta; todas las manos se les tienden; una indulgencia sonriente envuelve sus actos; á su presencia no hay gestos desabridos; las personas más conspicuas admiten su relación y roce con llaneza fácil, de igual á igual. Sorprenderíais mucho á los *sportmen*, á los aristócratas, á los pudientes que con Z*** alternaron en círculos y palcos de sociedades, y sabe Dios en cuántos sitios más, si les dijeseis que un hombre semejante, *que vive como rico sin ser rico*, es el germen fatal y necesario del estafador y del ladrón, y que si no hoy, mañana, la estafa saldrá á luz, llevándose consigo el pan de alguna familia, que llora su ruina en silencio...

***

Si no estuviese hondamente desquiciado el sentido social, no existirían estas sorpresas. Un establecimiento de crédito como la Caja de Depósitos no podría contar entre sus funcionarios de confianza á una persona que sólo posee el modesto sueldo de cinco mil pesetas, suficiente para que un soltero viva con economía decorosa, y que gasta setenta ú ochenta mil al año, por lo corto, en juergas, amoríos venales, tapete verde y derroche. Si un *viveur* por el estilo se sujeta á un trabajo diario de oficina que le reporta retribución tan insignificante para su tren y boato; si con el estómago pesado y los ojos hinchados de la orgía y el insomnio de la víspera se conforma á correr atropelladamente—son sus palabras—á la oficina, donde permanece escasamente media hora, enterándose á duras penas del embrollo de cifras y libramientos..., entenderá el menos entendedor que no es el amor al trabajo, no es el concepto del humilde deber cumplido, lo que lleva allí al empleado, y sospechará el menos receloso que cuando un jugador incorregible y público sigue desempeñando el cargo que le produce lo apenas bastante para unas noches de broma, es que detrás del cargo ve *algo* distinto, la reserva para un momento crítico, la caja de caudales donde meter la mano hasta el codo y llevarse entre los dedos buena tajada...

He aquí por qué digo que Z*** representa un tipo social, y que social es su delito. La podredumbre fría de las costumbres es cómplice y encubridora de esta clase de delincuencia. Cuando no se sabe—ó cuando se sabe sobradamente—el origen del dinero que un sujeto echa por la ventana, ni se concibe que encuentre abiertas las puertas del trato de personas que viven de lo suyo, de su fortuna propia—empléenla bien ó mal, esto ya es otra cuestión,—ni que un establecimiento serio le cuente en el número de sus funcionarios de confianza. No se concibe, pero es lo que sucede á cada paso; lo que diariamente vemos; lo que á nadie sorprende, y sólo arranca ocasionales gritos de protesta á las víctimas de la estafa, y en peligro de que el establecimiento conteste impasible: «No soy responsable... El sujeto se ha evaporado... No parece... Y aunque parezca, el dinero habrá volado ya... *Requiescat in pace*...»

***

Hace algunos años, un tesorero de Círculo huyó de Madrid llevándose una suma exigua relativamente á la «desfalcada» por Z***; algunos miles de duros. Ocho días antes de que esto sucediese, el entonces presidente del Círculo (está vivo y no me dejará mentir) me habló incidentalmente del tesorero en cuestión, y me dijo que era de estos individuos alegres y juerguistas, simpáticos hasta la pared de enfrente. Y recuerdo que le respondí: «Pues ese se les marcha á ustedes con los fondos, á la hora menos pensada.» Cuando en tan breve plazo se realizó la profecía, exclamó el presidente: «Pero ¿es usted zahorí?» ¡Zahorí! ¡Zahorá', estuve por contestarle. A fe que se necesita el don de Isaías para vaticinar ciertas cosas. Si la sencilla noción de que no cabe gastar lo que no se tiene y conservar la honorabilidad entrase en las cabezas y ejerciese influjo en las relaciones todas de la sociedad, el caso de Z*** sería imposible, porque la Caja de Depósitos se hubiese apresurado á dejarle cesante, substituyéndole con otro «bastanteador» menos simpático, y que con sus pobres cinco mil sostendría quizás una esposa, unos hijos, un hogar sin más ostentación que la dignidad y la honra.

***

Los establecimientos de crédito están obligados moralmente á conocer la conducta de sus empleados y á prevenirse, evitando sucesos como el que hoy refiere la prensa. Siempre cabe que un empleado cometa una estafa; pero si ese empleado hace, sin recato, tal género de vida que irremisiblemente vendrá una hora en que no tenga más salida que cometer la estafa ó pegarse un tiro..., entonces el establecimiento es responsable, aunque por las triquiñuelas legales pudiese su responsabilidad no hacerse efectiva. Y si el establecimiento de crédito es del Estado, como en el caso presente, responsable debe ser el Estado; acaso se eximirá de la responsabilidad, pero el moralista le ve tan cargado de culpa como puede estarlo Z*** en el desconocido país donde oculta su delito y goza del fruto de su rapiña...

***

Lo más curioso del caso Z*** es que no fuese únicamente el Estado, sino los particulares, quienes depositaron confianza en él. Aparecen ahora unos cándidos señores que le habían entregado, para que cobrase el cupón, fondos por valor de trescientas mil pesetas. Este capital no despreciable, que desde hace años tenía en su poder el estafador, fué sin duda lo primero que derrochó, en su existencia intensa de alegre compadre. No negaré que para vivir en el mundo es necesario fiarse de alguien, y hasta fiarse de muchas personas. Sin embargo, paréceme excesiva confianza poner tal suma en manos de un jugador de oficio. Y eso de cobrar el cupón bien puede hacerse personalmente...

He oído yo quejarse á muchos hombres emprendedores, deseosos de dedicarse á negocios lícitos, á empresas industriales ó agrícolas, de la dificultad enorme con que aquí tropiezan tales intentos, por la falta de socios capitalistas; porque el dinero se invierte casi exclusivamente en papel del Estado, sosegada inversión que no da dolores de cabeza; y todo el talento, toda la energía que pretenda desarrollar un individuo trabajador, no dará garantías suficientes para que si necesita unos miles de pesetas ó de duros, encuentre quien se los proporcione. Y esos tenedores de papel del Estado, que temblarían ante la idea de asociarse á un intento útil para el desarrollo de la riqueza y la prosperidad del país, entregan intrépidamente fuertes sumas, sin la menor garantía, al parroquiano de la timba más ó menos elegante, al mujeriego y al nocharniego, al derretidor de moneda, y todavía sufren una decepción cuando, al preguntar por su pájaro de oro, el que lo tenía enjaulado imita el ¡frrrrt! del vuelo y sonríe para sus adentros, pensando que el mundo está poblado de inocentes...

***

Amén de los infortunados señores de los sesenta mil duros, surgirán, según parece, varios «perjudicados» que se fiaron de Z*** porque le veían ejercer importante cargo en la Caja de Depósitos. He aquí otro aspecto de la responsabilidad social á que antes me refería. El cargo supone la suficiencia—moral é intelectual—de aquel que lo ejerce. Tácitamente, el Estado garantiza á los que emplea, como los dueños de casa garantizan á los que reciben. Es la red complicada y fuerte de las relaciones sociales, y es la razón de que, cuando se falsean las nociones de lo verdadero y de lo recto en una sociedad, el daño sea infinito, y llegue á las últimas fibras y á los más recónditos senos. No es lo malo que haya algo podrido en Dinamarca, sino que el vaho de la charca forme parte de nuestra respiración. No es lo malo que existan estafadores, sino que puedan existir gentes cuyo género de vida les obliga á estafar, y que ocupan cargos que obligan al público á fiarse.

***

Otro aspecto curioso y social de este *affaire*, tal cual hoy lo refieren los diarios—yo no me hago responsable sino de la copia—es la manera que tuvo Z*** de calmar las impaciencias de los que le habían confiado fondos y los reclamaban sin obtener su devolución. «Voy—les dijo—á casarme con una señora inmensamente rica. Esperen ustedes, que al día siguiente de mi boda habrá lo suficiente para reintegrarles...» Y le creyeron.

Los comentarios á este incidente son tan sabrosos como desconsoladores. Todavía, según el criterio social, le quedaba al perdulario este recurso: no eran tan fatales la estafa y la fuga: podía reemplazarlas la tranquila explotación de las riquezas de una mujer. Así, todo se conciliaba: el derrochador entraba de lleno en el ambiente de lujo, brillo y *confort* á que se precipitaba como se precipita al foco de luz la mariposa; sus trampas de antes se cubrían con el soberbio manto de su opulencia actual; su reencarnación en millonario hacía olvidar sus tropiezos y titubeos de la época en que el dinero ajeno se le derretía entre las falanges... Como el protagonista del drama *La ráfaga*, de Bernstein, era el que había seguido la «carrera de rico;» con la diferencia de que éste, el de *La ráfaga*, prefirió una bala en el corazón á restaurar su fortuna por medio de una mujer, y Z*** hubiese preferido encontrar la señora poderosa que le sacase del atolladero. Tal desenlace parecía eminentemente lógico á sus acreedores; por su parte, la sociedad lo encontraría intachable. De un momento de emoción amorosa... ó lo que se le llame; del caso fortuito de cruzarse ó no en su camino la dama poseedora del gran bolsón bien relleno de oro, dependió el que el nombre de Z*** haya llegado á rodar con menosprecio por la prensa y las bocas, ó fuese, por el contrario, citado con ese murmullo de respeto misterioso que infunden los millones ajenos, de los cuales no ha de participar, ciertamente, el que así los venera...

Y yo me represento á Z***, en sus últimos tiempos de apuro, de ahogo, de *debâcle*, espiando, en teatros y paseos, la aparición de la fortuna debidamente simbolizada por una mujer. ¡Qué de miradas incendiarias; qué de proyectos de seducción; qué de escenas de la comedia del amor no habrá ideado el *viveur* exhausto ya de recursos, aguijoneado por la necesidad! ¡Qué de *combinas* para sorprender ese premio gordo que se llama una esposa archimillonaria! ¡Qué contradanzas de nombres, qué fiebre de indagaciones, qué cálculo de conjeturas, qué insensatos sueños de casualidades asombrosas, qué recuento de probabilidades físicas, qué de pedir consejos á su experiencia de aficionado á faldas, de cazador de cabelleras y atisbador de momentos psicológicos!

No sería él el primero, ni el segundo que... No lo sería, de fijo; pero esta vez, en este juego como en el otro, vino la contraria. Y entonces sólo quedaban el revólver ó la fuga. Y huyó de Madrid á otras tierras donde acaso le esperen nuevos lances de la suerte caprichosa, donde quizás encuentre, la dama del bolsón, la racha feliz en los naipes, algo que le permita subir á la superficie, flotando de nuevo al sol y á la luz...

EMILIA PARDO BAZÁN.

EXPIACIÓN, CUENTO POR MIGUEL SARMIENTO. DIBUJO DE F. SARDÁ



El poeta loco corría por los bosques próximos

Al cabo de algunos años de vida errante, Marco Estacio volvió de Oriente. En el transcurso de aquella excursión—interrumpida por cien escalas á lo largo de las costas helénicas—se habían borrado los últimos vestigios de su locura. Tornaba con el espíritu diáfano, fecundado por gérmenes ignorados hasta entonces. Volvía con la cartera abarrotada de notas y con la Quimera, una mujercita de la Jonia conocida y amada por primera vez á la sombra de los olivos de Cérigo. Tenía aquella mujer en sus besos toda la miel de los antiguos idilios; en sus ojos, todo el azul de los mares sagrados.

Con sus notas y la Quimera partió Marco Estacio hacia la Costa Roja. Allí, en el Refugio, su quinta de poeta, se proponía reanudar la obra, condensación de un estro, interrumpida súbitamente por la locura. Llegaron allá al anochecer, cuando el sol en el horizonte se desangraba, tras de la niebla, como un dios herido. Alrededor del Refugio brillaba el esmalte de los naranjos. La balaustrada de la terraza rayaba el espacio. Todas las mañanas llegaban hasta ella á contemplar la mar. Recostados en el pretil, el poeta y la Quimera dejaban volar las horas, olvidados uno del otro y olvidados de sí mismos. La mar se extendía honda á sus pies, tan grande y á tal distancia que la espuma de las olas parecía siempre inmóvil. No se oía más voz que la voz de los pinares.

El trabajo absorbió, reconquistó á Marco Estacio. Y en el revivir de la facultad plástica, la forma, la cruz de toda su vida, se hizo premiosa, un tormento. Luchaba, insistía sin reposo. Maquinalmente rechazaba á la Quimera. Aplazaba su amor por ansia de libertad absoluta, y como una recompensa para después de aquella gestación que era ya un martirio.

Los primeros tiempos la Quimera aguardó resignada y muda junto al poeta. Más tarde, al verse olvidada, le abandonó en aquella lucha cortada charramente por hondos desmayos. Vagabundeó sola á través de los pinares. Tendida en el pretil, dejó correr los días, triste en aquel horizonte que ella imaginó encierro de un amor dichoso y que ahora contemplaba como camino de algo desconocido que había de llegar á redimirla de aquel aislamiento injusto.

Y lo desconocido llegó al fin. Una mañana amaneció un yate fondeado al pie de los bosques. Flota ba blanco y diminuto como una hoja de azahar caída de la altura. Aquella tarde apareció un extranjero en las gradas del Refugio. El poeta le tendió los brazos. Era uno de sus admiradores fervientes. Sentado bajo el parral cargado de hojas, el extranjero explicaba, contemplando á la Quimera, el objeto de su visita. Pasaba en su barco y había recordado el Refugio, y había pensado en el poeta cuya curación y regreso leyera, semanas antes, en un periódico. Era su visita una felicitación.

A los ojos de la mujer, aquel extranjero fué un enviado que llegaba con la aureola de una vida magnífica y errante.

Y pasó lo que había de pasar. Un día, á la hora del desayuno, Marco Estacio aguardó inútilmente á la Quimera. Envió á los criados en su busca. La Quimera no estaba en sus habitaciones ni en los pinares. El poeta corrió á la terraza. Del yate, ¡ni rastro! En el golfo desierto, encima de las grandes lajas sumergidas en fondos de esmeralda, brillaba el mar en su vaivén de siglos.

En un rincón del bosque, Marco Estacio se dejó caer vencido por la angustia. Y allí, echado en la hierba, oprimiéndose las sienes con las manos crispadas de rabia y de miedo, sintió el primer impulso de la locura. No escribió una línea más, no dió un solo paso para descubrir el paradero de los fugitivos. La locura renació días después; llegó sin arrebatos, lentamente, definitiva é irremediable. Se derramó en su espíritu como un bálsamo, borró la idea, apagó el sufrir.

El poeta loco corría ahora por los bosques próximos. A sus labios no asomaba más que una frase, cada vez que una vela remota aparecía y desaparecía en el horizonte: «¡El yate! ¡El yate!»

Parecía un graznido de mal agüero.

Anochece. Acaba un día de enero. Diluvia. Tras de los vidrios del chalet están el extranjero y la Quimera. Ha llegado correo de Europa. Sentados frente á frente, ambos ojean los diarios más recientes. Hace ya tiempo que viven los dos aquí, en las cercanías de Tánger.

Al volver la hoja de un periódico se inmuta la Quimera. Sus ojos leen rápidamente, en tanto que en su boca—rosal de amores—asoma un gesto de asombro que se convierte al punto en una mueca de angustia. Ofrece el periódico á su compañero con esta frase en que su voz pone toda la amargura de un largo sufrir:

—¡Lee!

Y el extranjero lee impasible, mientras la Quimera permanece con los ojos llenos de lágrimas fijos en los vidrios, tras de los cuales se esfuman las costas de Europa, más allá de los chubascos. El periódico habla del poeta loco, aplastado, agotado por la traición de una mujer y una labor sobrehumana. El crítico—¡una gloria de París!—describe el Refugio y copia fragmentos de la obra inmortal para siempre incompleta. Al concluir y al ver las lágrimas de la mujer, el extranjero dice en palabras que trascienden á tedio oculto:

—Debes ir.

Y este consejo que es una ingratitud del seductor y este artículo que es un remordimiento de la mujer ingrata, deciden a la Quimera. Ella despertará, con el calor de un cariño nuevo, la inspiración del loco.

Meses después volvía la Quimera á la Costa Roja con el alma anhelante, con sed, con ansias de perdón. Pero ni sus lágrimas, ni sus caricias, ni las súplicas despertaron en el poeta los impulsos de la venganza ni la alegría de los encuentros esperados. Marco Estacio la vió llegar indiferente. La mujer se arrastró arrepentida hasta sus pies. Todo fué inútil. De labios del loco se escapó el grito de su tragedia: «¡El yate! ¡El yate!» Más tarde se exacerbó en Marco Estacio la manía persecutoria. Quería vengar el agravio, encontrar á la Quimera. Fué preciso viajar y la Quimera viajó. Siguió á su compañero silenciosa y triste, arrastrada por el Destino, que la obligaba á marchar, á marchar sin descanso, persiguiéndose á sí misma, abrazada á su dolor, á través de todos los mares.

GALERIA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

XIV

Con la publicación de esta lámina queda completada la notable colección de la importante galería florentina, que no dudamos habrán visto con gusto nuestros subscriptores y que constituye indudablemente una nota artística en extremo interesante dentro de las páginas de esta revista.

Los jóvenes de Emaús, cuadro de Federico Uhde

Luis Mussini.—Nació en Florencia en 1813 y falleció en Siena en 1888. Fué discípulo de su hermano César, notable pintor que desempeñó una cátedra en la Academia de Bellas Artes florentina y la dirección de la Academia de Siena. En 1849 obtuvo una medalla de tercera clase en el Salón de París y en 1877 se le distinguió con la cruz de la Legión de Honor. Entre sus principales obras merecen citarse las tituladas *Educación espartana*, que se conserva en el Museo del Luxemburgo; *Marino Faliero*, en la Galería de Wiesbaden; *Niños sieneses*, en el Museo Municipal de Turín, y *Mártires cristianos*, en el Museo de Siena.

Domingo Caldara.—Nació en Foggia (Italia) en 1814 y murió en Nápoles en 1907. Ingresó muy joven en la Real Academia de Bellas Artes de Nápoles, obteniendo el pensionado en Roma, después de haber completado sus estudios en el taller del famoso artista Felipe Marsili. Diéronle á conocer como pintor de grandes alientos sus cuadros representando *El sacrificio de Abel* y *Jacob*, que se conservan en la pinacoteca de Capodimonte. A estas producciones siguieron *Aparición de Cristo á Santa Teresa; Gloria de San Vicente Ferrer, San Fernando de Castilla*, que fué trasladado á Turín por mandato del rey Víctor Manuel II, *La presentación de la Virgen*, el retrato de *Fernando II de las dos Sicilias* y *Ultimos momentos del soberano*, ejecutados en Caserta por expreso encargo de la reina. Mereció afectuosa consideración de los monarcas y de sus compatriotas por sus relevantes cualidades y merecimientos.

Pedro Roi.—Nació en Sandrigo (Italia) en 1820. Estudió en la Academia de Bellas Artes de Venecia, estableciéndose en 1841 en Venecia, y dos años después trasladóse á Roma para perfeccionar sus estudios. Visitó Venecia y varias ciudades de Alemania, Dinamarca, Holanda y Francia, fijando definitivamente su residencia en Venecia en 1869. Entre sus mejores obras, son dignas de especial mención las tituladas *Romeo y Julieta*, que figura en el Museo de Vicenza, un retrato de *Pío IX, Santa Dorotea* y *Canto de Amor*.

Juan Salvador Sargent.—Nació en Florencia en 1858. Siendo sus padres americanos, fijóse su nacionalidad. Comenzó sus estudios en París en el taller de Carlos Durán, dándose pronto á conocer, puesto que ya tomó parte en el Salón de 1877, en donde y entre otras obras expuso un hermoso retrato de la Srta. W. En las siguientes exposiciones exhibió los cuadros titulados *La pesca, Retrato de su maestro, Entre los olivos, Interior, Capri*, etc., que también llamaron la atención. En 1887 establecióse en Londres, en donde alcanzó muy pronto merecida fama como hábil retratista, en cuyo género de pintura obtuvo uno de los primeros premios, logrando análogas distinciones en todas cuantas exposiciones ha tomado parte, sin que por ello haya renunciado á producir obras de diverso carácter, según lo atestigua, entre otros, su cuadro titulado *Niños iluminados por linternas venecianas*, que figura en el South Kensington.

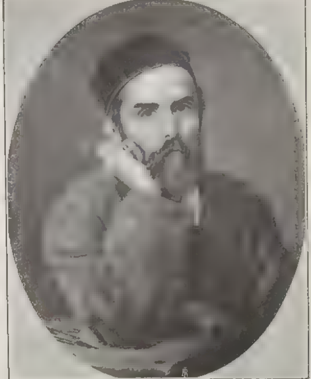
José Villegas Cordero.—Nació en Sevilla en 1844. Comenzó sus estudios de pintura en su ciudad natal, teniendo por maestros á José Romero y Eduardo Cano. Su primera obra ejecutada en sus juveniles años, representando á *Colón en la Rábida*, mereció muchos elogios y fué adquirida por los duques de Montpensier. En vista del éxito obtenido, solicitaron sus padres de las corporaciones oficiales de Sevilla una pensión que permitiera al joven artista trasladarse á Roma, que al ser denegada, obligóles á imponerse grandes sacrificios, que Villegas después apreció en lo que significaban, satisfaciendo esta deuda de afecto y gratitud. Fijada su residencia en Roma en 1867, fué amigo de Fortuny y de Zamacois, recibiendo provechosas enseñanzas de Rosales, pintando su primer cuadro de importancia, *El descanso de la cuadrilla*, que fué adquirido por Stuard. A esta obra siguieron las que han servido para formar su reputación, entre ellas *Un bautizo en Sevilla*, adquirida por Vanderbilt por la suma de 150.000 pesetas, *La capilla de los toreros, Ultima entrevista de Felipe II y D. Juan de Austria, El último beso, El triunfo de la dogaresa Foscari, Una odalisca, La madre romana, Un héroe de la Saint Barthelemy, El maestro de capilla, Una barricada, El día de Ramos* y otras más, acreditando la valía de este meritísimo artista, que premiado en muchas exposiciones, festejado por artistas y magnates, condecorado y elegido socio honorario de diversas corporaciones artísticas, ha podido recibir testimonios de la general consideración, lograda á costa de su laboriosidad y de su talento. Ha desempeñado la dirección de la Academia Española en Roma y actualmente ejerce igual cargo en el Museo Nacional de Pintura y Escultura, en Madrid.

Franz Stuck.—Este distinguido dibujante, pintor y escultor, nació en Munich en 1863. En la publicación titulada *Fliegende Blätter* dió á conocer un considerable número de dibujos humorísticos, inspirados en cuadros sociales y alegorías en las cuales domina una nota de amarga sátira. Respecto de sus cuadros hemos de hacer constar que se distinguen por la simplicidad en los trazos y por las formas acentuadas y vigorosas. Entre sus más celebradas composiciones de sentido simbólico, tan admiradas como discutidas, citaremos *El pecador, El asesino, La guerra, Lucifer, La caza fantástica, El destierro de Ovidio, La Crucifixión* y *La piedad*. También ha pintado paisajes de un impresionismo tan armonioso como atrevido, que al igual de todas sus obras, revelan su personalidad artística.

Carlos Emilio Zoir.—Nació en Gothenburgo en 1867, residiendo actualmente en Estokolmo. Se ha distinguido como pintor y grabador, alcanzando merecida reputación. Ha ejecutado muchos grabados verdaderamente notables, entre ellos los titulados *El esclavo blanco, Regreso del pescador, Pescadores suecos*, etc.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

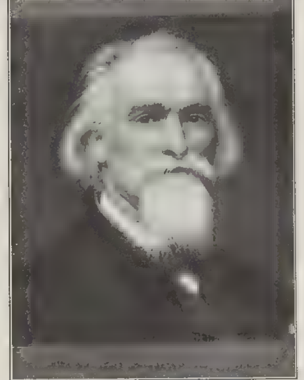
Auto-retratos de artistas célebres



Luis Mussini, italiano (1813-1888)



Domingo Caldara, italiano (1814-1907)



Pedro Roi, italiano (nació en [illegible])



Juan Salvador Sargent, norteamericano (nació en 1858)



José Villegas Cordero, español (nació en 1844)



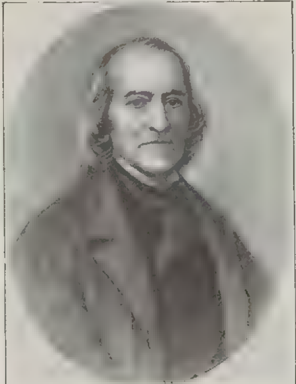
Franz Stück, bávaro (nació en 1863)



Carlos Emilio Zoir, sueco (nació en 1867)



Wilson Steer, inglés



Juan Bautista Canevari, italiano

LÁMINA 14.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI (LA DEL RETRATO DE VILLEGAS ES DE A. CA[illegible] É HIJOS, DE FLORENCIA)
(Reproducción autorizada.)

DE MARRUECOS.—Operaciones de los franceses.—Los españoles en el Cabo de Agua

Los anuncios de una próxima, paz de que nos hacíamos eco en una de nuestras anteriores crónicas, no se han convertido aún en realidad ni llevan por ahora trazas de ello; y se comprende, porque cada día resulta más evidente que el movimiento insurreccional de las tribus está fomentado y sostenido por las fuerzas del pretendiente Muley Hafid, á quien interesa mantener en el imperio un estado de perturbación constante, pues de este modo espera, sin duda, debilitar al Majzen, cansar á Francia y, en caso de que ésta apelase á procedimientos más enérgicos, excitar el fanatismo de los indígenas y proclamar la guerra santa contra los extranjeros.

Es preciso, por consiguiente, si Francia quiere poner pronto término á esta situación, ir directamente contra el foco de la rebeldía y reducir de una vez ó, cuando menos, infligir un castigo duro á las mehallas hafidianas, de donde parten todas las excitaciones. Convencido de esta necesidad, el general d'Amade, de acuerdo con el general Lyautey, entiende que la única manera de vencer de un modo definitivo la resistencia de los rebeldes es ocupar el territorio de los Xauías, cuya irreductibilidad hasta ahora se debe principal y casi únicamente á lo apartadas que las bases de las operaciones se hallan de los lugares en que éstos se realizan. Esta ocupación se conseguiría estableciendo puestos fortificados en el corazón mismo de aquel territorio.

El plan del general d'Amade se está poniendo ya en planta y ha dado motivo al combate de 29 de marzo último, del que nos ocupamos en la crónica anterior, y que habiendo comenzado por una sorpresa de las tropas francesas por los Medakras, acabó con la derrota de éstos y la ocupación de su campamento. El destacamento que tomó parte en aquella acción se distribuirá en tres puestos que forman los tres lados de un triángulo á la salida de la montaña del guad Aceila: el primero, en Dar-Buassa-ben Aceila; el segundo, en Dar-Uld-Saila, y el tercero, en una colina cerca de Suk el-Rhamis. Estos tres puestos, distantes entre sí unos tres kilómetros, están perfectamente unidos uno á otro, y dos de ellos han sido bautizados por el general con los nombres de Du Bucheron y Sylvestre, para honrar la memoria de los dos oficiales que murieron en el citado combate.

La instalación y ocupación de esas fortalezas y de las demás que se vayan construyendo á medida que las tropas de d'Amade avancen, serán provisionales. Así lo dicen los franceses; pero al señalar las condiciones de cuyo cumplimiento dependerá el abandono de las mismas, dejan vislumbrar el propósito de que esa situación provisional se prolongue por un tiempo tan indefinido que Dios sabe cuándo volverá aquel territorio á quedar enteramente libre. En efecto, si para el abandono se exige no sólo la pacificación total de aquella región, sino además el pago de las indemnizaciones debidas por los asesinatos de Casablanca y es de suponer que también el de los gastos ocasionados por la actual guerra, bien puede afirmarse que hay puestos fortificados franceses para tiempo. ¿Consentirán las potencias esa ocupación? Desde el momento en que hasta ahora no han opuesto dificultad



Estación de telegrafía sin hilos instalada por los franceses en el campamento de Bu-Znika
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



Campamento de los franceses junto á la alcazaba de Bu-Znika, situada en la costa septentrional de Marruecos, á poca distancia de Casablanca. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

alguna á las operaciones militares y han dejado que Francia vaya penetrando en Marruecos, y no pacíficamente, es lógico que tampoco se opongan á que procure resarcirse más adelante de los esfuerzos y de los sacrificios de hombres y de dinero que desde hace tantos meses viene haciendo.



Desembarcadero en el Cabo de Agua

Es de presumir que, una vez instalados esos puestos fortificados en los lugares convenientes y debidamente provistos de víveres y municiones, el general d'Amade procederá sin tardanza á una acción decisiva, dirigida seguramente más que contra tribus aisladas, contra el propio Muley Hafid, de quien se dice que, resuelto á jugar el todo por el todo, ha arrojado por fin la máscara de disimulo y de doblez con que hasta ahora ha pretendido encubrir sus verdaderas intenciones y ha declarado francamente su propósito de hacer directamente la guerra á los franceses en cuanto reciba los contingentes que con urgencia ha pedido á sus leales. Pero es muy problemático que tal propósito pueda realizarse. Muley Hafid está escaso de fondos, y sabido es que sin dinero no se sostiene una lucha por grande que sea el entusiasmo de los que á ella se lancen; y en cuanto á ese entusiasmo, no parece ser tanto como algunos han supuesto, como lo prueba, entre otras cosas, el hecho de que los habitantes de la ciudad de Marruecos, capital adicta al pretendiente, se hayan negado á enviar á éste los recursos pecuniarios que de ellos había solicitado.

En cambio, la situación de Muley Abd el-Aziz mejora de día en día. Son en gran número las tribus que se le someten, unas por convencimiento y otras haciéndose pagar á buen precio la sumisión, y las que hasta hace poco se consideraban más refractarias, como las de los Zemmur y los Beni-Hassán, han vuelto á la obediencia del sultán legítimo. Además cuenta con cuatro mahallas, fuertes en junto de 10.000 hombres bien equipados y armados y pagados puntualmente. Estas cuatro mahallas se hallan actualmente en Rabat y en sus alrededores: una de ellas, mandada por uno de los hermanos del sultán, acampa á unos diez kilómetros de aquella ciudad en el camino que conduce á Bu Znika, puesto ocupado por los franceses, que han instalado allí un campamento fortificado y una estación de telegrafía sin hilos; dos están dentro de Rabat, conteniendo la una el *afrag* ó conjunto de tiendas imperiales y mandada la otra por el ministro de la Guerra; y finalmente la cuarta, que es la más numerosa, acampa en el camino de Fez á las órdenes de Bujta-Bagdadi.

El día en que estas mahallas se muevan se habrá dado un gran paso en el camino de la pacificación.

Oportunamente explicamos la ocupación de Mar Chica y de Cabo de Agua, indicando la importancia que la misma tiene para el presente y el porvenir de España en Africa. A propósito de esto, nos parece interesante reproducir algunos párrafos de uno de los artículos que en un diario de esta capital ha publicado hace poco el eminente africanista D. Gonzalo de Reparaz, autor de la notabilísima obra *La política de España en Africa*, digna de ser leída y estudiada por cuantos entienden que el problema marroquí es uno de los más vitales para nuestra patria.

«La ocupación de Mar Chica y del Cabo de Agua no sólo ha mejorado la situación harto precaria en que Melilla se hallaba por la estrechez á que se veía reducida, sino que nos permitirá asegurar y mejorar nuestros medios de acción en el Norte de Marruecos.

»Porque si la comarca que examinamos forma un conjunto geográfico (de la península de Tres Forcas al Cabo de Agua), de sus tres puntos esenciales—el Kert, Melilla y Chafarinas—poseemos dos con sus apoyos necesarios (Mar Chica y Cabo de Agua), no precariamente como antes. Poco tiempo hace que aventureros extranjeros intentaron introducirse entre Melilla y Chafarinas separándolas y anulándolas. Pero la factoría de Mar Chica ha pasado á la historia. Urgía impedir la reaparición de semejante peligro, y no bastando á asegurarnos de él la maltrecha majala del sultán, forzoso nos ha sido suplir la deficiencia de ésta. Y por aquí hubiéramos quedado, si la necesidad de atender á los obreros de Chafarinas, comprometida por el rumbo que en la vecina costa iban tomando los sucesos, no nos hubiera decidido á ir hasta el Cabo de Agua. De este modo y por tales causas ha venido á nuestras manos la mayor parte del trozo de costa antes mencionado. Hemos avanzado hacia el Muluya, y estamos muy cerca de su desembocadura, que ciertamente no rebasaremos. Melilla y Chafarinas así enlazadas constituyen una posición muy fuerte, tanto para operar hacia el mar como hacia tierra; pero nuestra moderación nos ha contenido por la parte de Occidente vedándonos llegar al Kert, hacia donde me parece que las ruinas de Kasasa, antigua plaza española, nos están llamando á grandes voces, pues España debe asomarse cuanto antes por Tafersit al camino de Fez, á ver qué pasa y quién pasa por aquellos interesantes parajes.»—R.



Cabo de Agua.—Fortaleza.—Cisterna (×) de 22 × 5 metros y de mucha profundidad, situada en el patio del santuario y cuya agua es sagrada para las tribus de Quebdana. (De fotografías del capitán D. M. Lorduy.)



EL SALVADOR, cuadro de Juan Herterich. (De fotografía editada por la casa Franz Hanfstaengl, de Munich. Reproducción autorizada.)



LA SANTA CENA, cuadro de Enrique Saffer, pintado por encargo del emperador Guilermo II de Alemania para la capilla evangélica de la guarnición de Halle. (Reproducción autorizada por la casa Braun Clement, de Dornach.)

EL MOKRI EN RABAT

El ministro de Hacienda del imperio marroquí, El Mokri, ha permanecido una larga temporada en Europa, especialmente en París, en Amberes y en Lieja, con objeto de negociar un empréstito de 130 millones de francos para el sultán. Ignórase el resultado de sus gestiones, pero cabe suponer que si no ha logrado del todo su objeto, algo, por lo menos, habrá conseguido, pues las potencias europeas están interesadas en que de la lucha entre Muley Abd-el-Aziz y Muley Hafid salga triunfante el primero que, al fin y al cabo, no se muestra hostil á las miras civilizadoras y tiene puesta su firma en el acta de Algeciras, punto de partida de una nueva existencia para Marruecos



Marruecos.—El Mokri, ministro de Hacienda del sultán, y Si Kaddur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger, en Rabat á su regreso del largo viaje que han hecho por Europa para negociar un empréstito. (De fotografía de M. Branger.)

Desde París vino El Mokri á Barcelona y de aquí partió para Madrid. El día 13 de marzo último salió de la corte para Sevilla y Cádiz, en donde se embarcó el 19 en el crucero francés *Friand* con rumbo á Rabat. El mal estado del mar, que hacía impracticable la barra, le impidió desembarcar en aquella ciudad, actual residencia de Abd el-Aziz, y le obligó á hacerlo en Casablanca. Dos días después emprendió el viaje á Rabat, adonde llegó el 23.

Ha acompañado á El Mokri, durante su largo viaje por Europa, Si Kaddur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger.

MISS CATALINA ELKINS

Cada día son más frecuentes los enlaces entre las familias de los multimillonarios yanquis y las más aristocráticas de Europa; las más ricas herederas plebeyas del Nuevo Mundo conceden gustosas sus manos á los nobles más ó menos arruinados del Viejo y los millones de las unas sirven para devolver á los blasones de los otros el esplendor que tuvieron en otras épocas.

Esta clase de matrimonios ya no causan, por consiguiente, ninguna sorpresa; pero hay casos excepcionales que, á pesar de todo, sorprenden, y uno de ellos es el de miss Catalina Elkins, de quien se dice que está para desposarse con el duque de los Abruzzos, hijo del rey Amadeo de España y primo del actual soberano de Italia. Los antecedentes de éste, su brillante historia de marino y hombre de ciencia que le ha conquistado universal fama y su irreprochable conducta pública y privada, permiten asegurar que en su proyectado enlace no entra para nada el interés y que sólo el amor le mueve á unir su nombre ilustre al modesto de la joven yanqui. Estas circunstancias y además el génesis y el desarrollo de estos amores, demuestran que esta boda, si se realiza, no deberá incluirse en el número de aquellas en las cuales es factor principal la conveniencia.

Miss Catalina Elkins será inmensamente rica, pues además de la fortuna de su padre, que no es pequeña, tendrá la de su abuelo materno, Enrique Gassaway Davis, quien, en este asunto de la proyectada boda, se ha puesto enteramente del lado de su nieta.

La fortuna de Mr. Enrique Gassaway se estima en 60 millones de dólars.

El duque de los Abruzos ha permanecido últimamente una temporada al lado de la familia Elkins, en una quinta que ésta posee en la Florida.

Conoció á miss Catalina hace tiempo en Italia y se enamoró de ella, no habiendo podido desde entonces verla más que raras veces cuando fué con la escuadra italiana á los Estados Unidos, con ocasión de las fiestas de la exposición celebrada en Jamestown y después nuevamente en Italia, en los Alpes.



Miss Catalina Elkins que, según se dice, se desposará en breve con el duque de los Abruzos
(De fotografía.)

Para que la noticia de la boda sea oficial, sólo falta que el rey Víctor Manuel III, como jefe de la casa de Saboya, otorgue su consentimiento que, según parece, está dispuesto á conceder de muy buen grado.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés* – En la exposición organizada últimamente por el «Círcol Artístich de Sant Lluch» han figurado notables obras de los reputados artistas Llimona (Juan y José), Baixeras, Masriera (José y Luis), Pascual, Feliu y Ferrer, Llaberías, Galí, Elías *(Apa)*, Torres García, Vilás, Serra y Aleu, Torrents, Valentí, Bosch, Carles, Mariné, Mir, Mompou, Lapeña, Guinó, Borrell y Nicolau, Villarrubias, Domingo y Camps.

***

Espectáculos. — Barcelona. — En el teatro Romea se ha reproducido el grandioso poema sacro catalán, de gran espectáculo, en cinco actos y ocho cuadros, *Judas*, original de Federico Soler *(Serafí Pitarra)*, puesto en escena con el magnífico decorado que para su estreno pintaron los reputados escenógrafos Soler y Rovirosa, Moragas y Urgellés.

Para la próxima temporada de primavera del Gran teatro del Liceo, que comenzará el día 19 de los corrientes, han sido contratados, entre otros, los eminentes artistas Titta Ruffo, Teodoro Chaliapine, Eduardo Garbin, Guido Vaccari, Lina Passini Vitali, María Grisi y Graziella Paretto. Las óperas que se pondrán en escena serán *La Walkiria*, *Amleto*, *Rigoletto*, *Mefistoffele*, *Luccía di Lamermoor*, *La Boheme* y *Ernani*.

Como se ve, la temporada promete ser excelente, ya que pocas veces se habrá visto, ni aun en los más importantes teatros líricos del extranjero, un cuadro de cantantes tan notable como el que ha logrado reunir el actual empresario del Liceo, Sr. Bernis, cuyos esfuerzos merecen el aplauso incondicional de los filarmónicos barceloneses y serán seguramente recompensados por el público.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Figurar*, comedia en cuatro actos y un epílogo, original de Mauricio Donnay y traducida del francés por los Sres. Bueno y Catarineu; en la Princesa *Papá Lebonnard*, comedia de Juan Aicard, adaptada del francés por Augusto Abril; *De pequeñas causas*, boceto de comedia de Jacinto Benavente, y *... y ellos se juntan*, comedia en cinco actos arreglada del francés por el Sr. Jurado de la Parra; y en la Zarzuela, *Fuente escondida*, sainete en un acto de Enrique de la Vega con música del maestro Luna.

***

Necrología. – Han fallecido:

Francisco Alió, notable compositor catalán, uno de los que más han contribuído á la propagación de la música popular regional, autor de multitud de inspiradas composiciones para piano y de bellísimas canciones.

Juan Bautista Casali del Drago, cardenal, desde 1899, ex canónigo de San Juan de Letrán y patriarca latino titular de Constantinopla.

Gustavo Oppert, ilustre sanscritista alemán, profesor de la Universidad de Berlín y autor de importantes obras.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONTINUACIÓN.)



Estrechando entre sus manos amorosas las lindas manitas de la chiquilla

XXXIV

LOS CIRRUS

¡Qué noche aquella! Los habitantes de Cruz Chica, los marinos más viejos, revolviendo los rincones de su memoria, no recordaban otra tan terrible.

Al caer la tarde, los primeros hálitos del viento Sur habían empezado á agitar la atmósfera; horas después sólo se escuchaba el sordo rumor del huracán, que desgajando los árboles del monte y alzando montañas de agua en el mar, corría vertiginosamente hacia el Ecuador.

Las barcas del fondeadero, amarradas cerca unas de otras, casi rozándose sus bandas y estrechándose contra los rollos de cables que pendían del muelle, habían pasado la noche más angustiosa de su vida.

Las casitas del pueblo también habían temblado ante las caricias del pampero. Sus moradores, desvelados, aguardaban ansiosos la luz del día para reconocer los perjuicios que aquél habría causado en sus huertas y chacras y en la costa. Sólo Alegre, el pobre Alegre, había dormido como un lirón en su camita abrigada, seguro como un pájaro en su nido.

Al acostarse, pensando en que al siguiente día el *Relámpago* se llevaría á Margarita, lloró un poco, ahogó sus sollozos en las almohadas y siempre con el pensamiento fijo en la chiquilla, acabó por quedarse dormido.

Al amanecer, no bien la luz lechosa del alba se filtró por los cristales, el muchacho se vistió y fué á dar una vuelta por la playa.

El viento había cesado, pero la mañana estaba fría como una mañana de julio; tanto que Alegre, tiritando bajo su traje de verano, tuvo que envolverse el cuello con el pañuelo.

Acercóse al río, temiendo haberse levantado tarde para ver á Margarita antes de que saliera el *Relámpago.*

No, no era tarde: el yate estaba en su puesto de siempre y, cosa extraña, no se advertía en él la más mínima señal de próxima partida. Sus fuegos estaban apagados; el maquinista y los dos marineros de á bordo, sentados á proa, desayunábanse tranquilamente con café negro y galleta.

Alegre no se explicaba aquello. ¿Habrían desistido de partir? ¿Y con qué objeto? El mar, si bien un poco picado esa mañana, no presentaba el menor peligro para un barco de las condiciones del *Relámpago.* ¿Sería quizás porque Margarita estaría mejor... ó peor?

El muchacho barajó en la cabeza estas preguntas, y no hallándoles respuestas satisfactorias, ni queriendo adivinar nada, ni atreviéndose á interrogar á nadie, después de vacilar un rato, optó por volver á su casa á tomar su desayuno.

Pero antes de abandonar la costa dirigióse al fondeadero para dar los buenos días á *Flor del aire,* que, después de los zarandeos de la noche anterior, había quedado medio anegada.

En el muelle varios pescadores examinaban sus embarcaciones, por si las había maltratado el huracán.

Al pasar frente á uno de los grupos, parecióle oir que hablaban de la quinta. Detúvose y escuchó.

No había duda; hablaban de la quinta, de Margarita en particular. Dió los buenos días á los pescadores y saltó á su bote, quedándose muy ocupado, al parecer, en achicar el agua que contenía, pero en realidad más ocupado en no perder sílaba de lo que de su amiga se decía.

—¡Qué huracán más bravo! A no haber sido porque nuestro fondeadero es como mandado hacer, no lo cuentan las barcas.

—¡Ya lo creo! No parecía sino que los diez mil demonios del aire luchaban cuerpo á cuerpo con los diez mil demonios de la mar.

—¡Hombre! ¿No ha salido aún el *Relámpago*? ¿Qué ha hecho de la prisa que tenía ayer?

—Como si no la tuviera; allí se está sin chistar; ni una bocanada de humo sale por su chimenea.

—Como que no piensa partir, indicó un marinero que aún no había soltado una palabra.

—¿Que no piensa partir? ¿Y por qué?

-Porque no puede llevarse á la niña, que está muy mal; el frío que tan de golpe nos ha traído el pampero ha agravado su enfermedad. Creen que es pulmonía, á lo menos así lo dice Andrés, el hijo del jardinero.

Alegre dió un salto. ¡Margarita enferma, muy enferma! No necesitaba saber más; empuñó los remos, viró hacia el medio del río y se largó.

Con tres ó cuatro golpes de pala llegó la *Flor del aire* á la otra orilla, y su dueño, sin amarrarla siquiera, varándola en la arena, desembarcó, y á todo correr, salvando á saltos las verjas del parque, llegó jadeante á la escalinata de mármol.

Allí se detuvo. ¿Qué hacer? No había á quien interrogar, y no se atrevía á ir más adentro. Por fortuna, Clara apareció cuando el muchacho se volvía descorazonado al parque.

—¡Alegre! ¿Aquí tú? ¿Quién te ha llamado?

—¡Clara!, respondió el chico, ¿y Margarita? ¿Está enferma Margarita?

—Sí, hijo; está enferma, un poquito enferma, respondió la muchacha comprendiendo que era inútil disimular.

—¡Dios santo! ¿Y no podré verla? Quizás sanaría.

—Sí, tal vez; pero está miss Fulton con ella.

Alegre no quería irse sin verla.

—Vete, Alegre, díjole Clara adivinando lo que pasaba en el corazón del niño. Tu amiguita está enferma, pero sanará pronto y podrás estar con ella; ahora no la llevarán á Buenos Aires mientras no esté buena.

—¿Pero no podría verla?, insinuó el muchacho.

—Sí, la verás; espera que yo te llame, cuando esté con ella.

—¿Y cuándo me llamará?

—Luego; anda, vete á tu casa; te haré llamar.

Alegre vacilaba.

—Vete, hijo, insistió ella acariciándole las mejillas; te haré llamar, descuida. ¿No ves que si te pilla miss Fulton?..

¡Pobre niño! Clara lo vió irse triste, agobiado, como si su corazón le anunciara el desmoronamiento de toda su dicha.

Margarita estaba, en realidad, muy enferma. La fiebre, conjurada un momento, había vuelto, á causa de la crudeza de la noche, á hacer presa con violencia inesperada de su organismo débil como el tallo de una azucena.

Tal como estaba, era imposible hacerla viajar.

Miss Fulton, afligida más por egoísmo que por cariño á la chicuela, había pasado la noche al lado de su cama. ¿Qué diría la señora de Alvarado si su hija llegaba á morir?

El temperamento trágico de la inglesa concebía el dolor de la madre de una manera shakesperiana; sus nervios se erizaban como un cepillo con sólo imaginarse las mesaduras de cabellos y los arranques de desesperación que presenciaría en el hogar desolado. De antemano esbozaba con fruición toda una escena trágica. Aquí, la cama de Margarita donde se reclinaba su cuerpo blanco como un lirio tronchado; allí, la madre, pálida, desgreñada, arrojando á los cielos sordas imprecaciones; en un rincón el Sr. Alvarado, inmóvil, cejijunto, tétrico; y ella, miss Fulton, foco adonde iba á converger la cólera de aquellas dos almas, anonadada, en otro rincón, bajo el peso de su responsabilidad, pero soportando heroica todo el chubasco de maldiciones paternas y maternas...

A miss Fulton le gustaba el drama, pero el drama imaginado; el real, el que se palpa, aquel en que uno es protagonista de veras, ese no.

Por eso, cuando la arrancaban á sus elucubraciones los incoherentes gritos de la niña que deliraba en el ardor de la fiebre, y comprendía al contemplarla que su esbozo de tragedia podía muy bien representarse, estremecíase á su pesar.

—¡Clara, Clara!, gritaba con todas sus fuerzas, ven acá. ¡Cielo santo, cómo está Margarita! Ven, oye cómo delira, «Alegre, Alegre...» Siempre soñando con ese Alegre á quien Dios confunda; él es el verdadero causante de todo esto; él con su *Gaviota* y su Peñón y su... ¡Dios mío, qué dirá la señora!..

La inglesa salió; Clara acercóse á la cama de la niña.

—Amor mío, ¿cómo estás?, ¿qué sientes?, ¿quieres algo?

Margarita abrió los ojos, aquellos ojos azules, grandes y límpidos como un pedazo de cielo.

—¡Clara!, murmuró débilmente, ¡tengo sed!

La muchacha acercó á los labios ardorosos de la niña un vaso de limonada.

—¡Clara, quiero ver á mamá!

—¿A tu mamá? Ya vendrá.

—Pronto..., porque me muero, ¿no es verdad que me muero?

—No, hija mía; qué te has de morir.

—Y á Alegre..., quiero verlo á Alegre, añadió más bajo.

Y cayó de nuevo en el delirio, pronunciando frases sin sentido, en las que se enredaban los nombres de su mamá y el de su amiguito.

Era preciso llamar á un médico sin perder un segundo, porque el angelito se volaba.

Clara corrió en busca de miss Fulton; diéronse las

órdenes necesarias, y á poco un peón de la quinta partía á todo escape á la próxima estación para telegrafiar pidiéndolo á Mar del Plata.

Al mediodía habíase levantado una tormenta del Este; la atmósfera se empañó en pocos minutos, y como si todas las cataratas del cielo hubieran respondido á una señal volcándose, empezó á llover, á llover sin cesar una lluvia de gotas gruesas y compactas que en el aire formaban una malla impenetrable.

Alegre, en su casita, miraba por los cristales de la ventana aquellas sábanas inmensas que iban inundando los campos; pero su pensamiento no estaba donde estaban sus miradas; su pensamiento revoloteaba alrededor de la cama de su amiguita. ¿Qué sería de ella? Imposible averiguar nada; si sólo hubiera sido cuestión de una mojadura, no habría vacilado en ir á la quinta; pero las rachas agitaban de tal modo las aguas del río y era tan violenta la corriente, que difícilmente un bote se hubiera arriesgado á vadearla sin zozobrar.

El muchacho sabía que, aun pidiéndoselo de rodillas, padre Ludovico no iba á dejarlo embarcarse. Y allí estaba el pobre niño quemado por la impaciencia, mirando llover á través de los cristales.

Aquel día fué eterno; un siglo entero tardó en venir la noche.

Y seguía lloviendo.

Alegre durmió á ratos, con un sueño agitado, febril, revolviéndose en la cama y creyendo que el amanecer tardaría otro siglo.

Pero el monótono cascabelear de la lluvia sobre el techo de tejas transformó su agitado sueño en un sueño tranquilo, profundo, sin visiones.

Cuando abrió los ojos, la luz entraba á torrentes por la ventana.

Hacía una mañana lujosa.

Los campos chorreando agua, mostraban envanecidos la esmeralda de sus túnicas. La pradera parecía un inmenso paño de billar.

Los rayos del sol teñían de oro y de nácar los algodonosos cirrus que en pequeños copos manchaban el azul del cielo, apiñándose hacia el Oeste, como un rebaño de ovejas asustadas.

Alegre, embotado aún por el sopor de la noche, sentado en el umbral de la puerta, dejaba rodar sus miradas distraídas por los campos, á lo lejos, donde se juntaban con el cielo, donde se amontonaban las ovejas. Sentía una opresión extraña y una rara torpeza en el cerebro para juntar los recuerdos de la víspera.

Madre Marta apareció en la puerta con un tazón de leche humeante y una rebanada de pan; era el desayuno del muchacho.

Éste le dió los buenos días.

—Muy buenos te los dé Dios, respondió ella mirando el cielo, y al ver los cirrus apiñados murmuró con esa fe ciega de las campesinas: hoy ha subido á la gloria un angelito.

Alegre alzó la cabeza.

—¿Qué dice usted, madre?

—Lo que has oído; hay un angelito más en la gloria; hoy ha muerto un niño.

Alegre dió un salto.

—¡Un niño! ¿De veras? ¡Un angelito!

Y echó á correr hacia el fondeadero, sin hacer caso de la buena Marta, que le alargaba el humeante tazón de leche.

Llegar al muelle, subir al bote, soltar la amarra y largarse cortando la corriente de través, fué cuestión de medio segundo. Los remos se hundieron en el agua sucia y espumosa, y mientras el muchacho repetía dolorosamente «¡Un niño! ¡Un angelito!,» la *Flor del aire* volaba sobre las ondas.

En cuanto su proa tocó la opuesta orilla, el negrillo echóse á tierra, saltó las verjas del parque, subió como un torbellino la escalinata del vestíbulo, y trémulo, con el rostro desencajado, jadeante, sin pedir permiso á nadie, entró de golpe en el cuarto de su amiguita.

¡Cielos! ¡Qué vieron sus ojos! ¿Por qué no cegó antes de ver aquello?

Tendida sobre la cama estaba la chiquilla, más blanca que las azucenas que la rodeaban y que los lirios que ceñían su frente enredados en sus bucles de oro.

No había nadie en ese momento. Alegre se acercó temblando á su amiguita... ¿Dormiría?..

Tocó sus manecitas, estaban yertas; sus mejillas estaban blancas y frías como el mármol de las estatuas del jardín; su boquita, sonrosada apenas, no dejaba escapar un soplo de vida; sus ojos estaban cerrados. Pero no dormía.

Alegre dió un grito.

—¡Muerta!

Y loco, delirante, se arrojó sobre ella, la estrechó contra su pecho; la besó en la frente, en los labios, en los ojos, en aquellos ojos azules como las campanillas de los suspiros; en aquellos ojos cuyos fulgores lo habían embriagado tantas veces, que ahora estaban cerrados para siempre.

La dió mil besos, como si el calor de ellos pudiera despertarla de aquel sueño helado.

—¡Margarita!, ¡mi «Flor del aire!,» te has ido..., pero por qué te has ido dejándome...

Su cabeza cayó sobre el pecho de su amiguita, enredándose los cabellos negros del muchacho con los bucles dorados de la niña

Una voz cariñosa volviólo al mundo. Clara le hablaba.

—Alegre, decía sacudiéndolo dulcemente, ¿por qué has venido, niño mío?, ¿por qué has venido, pobrecito?

—¡Muerta!, murmuró sordamente el niño.

—Sí..., está en el cielo; pero vete, que va á venir miss Fulton.

Alegre la miró con sus ojos tiernos y llenos de lágrimas.

La bondadosa muchacha lo besó en la frente.

—Vete, Alegre mío, suplicó; va á venir miss Fulton.

El niño reclinó un momento su cabeza sobre el pecho helado de su amiguita, murmuró á su oído una súplica, la besó en los ojos, y sin conciencia del camino que tomaba, salió tambaleándose, embriagado de dolor en aquella orgía de la muerte.

A su lado iba Tell gimiendo dolorosamente. El pobre animal también lloraba..

XXXV

DESDE EL PEÑÓN

¿Adónde iba Alegre en la *Flor del aire*? El mismo no lo sabía. Encontróse de pronto sobre el bote, con los remos en la mano, y sus nervios, más que su voluntad impotente para querer, hiciéronlo todo.

Comenzó á remar, á remar sin rumbo, hacia el mar, el mar inmenso y amargo como la desesperación que se retorcía en su alma.

¿Qué le importaba ni qué sabía el pobre niño del rumbo que había de seguir? ¡Qué le importa ni qué sabe la hoja seca arrebatada por el huracán si va hacia el Norte ó hacia el Sur! Y él también era una hoja seca perdida en el torbellino del mundo, que seguía en alas del pampero una senda de lágrimas.

¡Alegre!, ¡triste ironía la de su nombre!

«Te llamarás Alegre, porque eres alegre como las golondrinas que vuelan alborozadas, mojando sus alitas en las olas; alegre como los delfines; alegre como la mar cuando está de fiesta...»

¡Pobre tío Delfín! No sabía él cuando bautizó al muchacho lo que el destino le guardaba para más tarde.

Corriendo sobre un mar acariciado por una brisa dulce y amorosa que apenas rizaba sus ondas, la *Flor del aire* no tardó en tocar con su proa la arena que acolchaba las primeras rocas del Peñón de las gaviotas. La brusquedad del choque sacó á Alegre de su ensimismamiento. Dejó los remos y saltó á tierra, siguiendo los impulsos de un resorte que lo movía.

Contorneando los flecos pizarrosos del acantilado, agarrándose para no resbalar sobre su viscosa superficie, eternamente lavada por las olas, llegó al extremo Sur del islote.

Reconoció el lugar en que se hizo astillas la *Gaviota* aquella noche fatal, y al ver de nuevo la roca que protegiera á su amiguita de las injurias de la lluvia, el pobre negrillo sintió que sus recuerdos, violentamente sacudidos, se despertaban como un enjambre de abejas para hostilizar su alma.

Dió gritos que espantaron á las salvajes aves del peñón; insultó á las rocas del acantilado, tan crueles con los dos náufragos de la *Gaviota*, y guardó sus caricias más tiernas para aquella más compasiva que los defendiera de la lluvia. Al abrazarla sintió Alegre que su corazón, mudo hasta entonces, daba un vuelco, que su dolor se enternecía y que dulcificándose su desesperación se abría ancho camino á las lágrimas que se desbordaron en amargos torrentes.

Lloró, cubriendo de lágrimas y besos la insensible peña. Ese llanto desahogó su pecho; sus nervios, tensos como las cuerdas de un violín, se distendieron; apoyó la cabeza sobre la piedra y permaneció así largo rato inmóvil, inconsciente, sin fuerzas para mover ni el pensamiento ni el cuerpo.

Volviólo en sí un ladrido estridente, hondo como un sollozo. Tell también lloraba.

—Tell, amigo mío, murmuró Alegre abrazando la cabeza del perro, no llores. ¡Si está en el cielo!

El pobre animal seguía gimiendo. Su voz prolongada y agria como la voz de un clarín, estaba como empapada en lágrimas.

Alegre miró hacia donde ladraba el perro, hacia el Norte.

En el horizonte, lejos, sobre el mar mudo, se dibujaba la blanca silueta del *Relámpago*, que á toda máquina, á juzgar por las turbias bocanadas de humo que vomitaba su chimenea, se dirigía á Buenos Aires.

—¡Ay!, exclamó el muchacho sollozando y tendiendo los brazos hacia el barco. ¡Margarita! ¿Te vas?, ¿te llevan?

Y Tell seguía ladrando como si comprendiera que en el yate se iba todo el corazón del niño.

—¡Se va!, murmuró sordamente Alegre mirando al perro; se va, Tell, se va para siempre...

Con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos, cuajados de lágrimas y fijos en el barco que se esfumaba sobre el inmenso cuadro del mar tranquilo, inmóvil como una estatua labrada por las olas en la cúspide del árido peñasco, estuvo largo tiempo.

Sólo cuando desapareció en el horizonte, con la bandera á media asta del *Relámpago*, el último penacho de humo, Alegre sintió que le faltaba aire, que todo daba vueltas á su alrededor como bailando una danza fúnebre, el islote, las gaviotas, la costa, Tell, el mundo entero, y cayó en tierra presa de un vértigo.

Allí se quedó profundamente dormido sobre los fucos y algas que días antes, en la noche terrible, amontonara él mismo para que sirvieran de lecho á Margarita.

Allí se durmió soñando con ella, soñando que se embriagaba en la música de su charla infantil, que acariciaba sus mejillas de rosa, que enredaba sus dedos en la blonda cascada de sus rizos dorados, que se miraba en el espejo de sus ojos azules como las campanillas de los suspiros, y que besaba su boquita de coral...

. . . .

XXXVI

¡TODO UN MARINO!

La resolución de Alegre era irrevocable; una noche entera pasó sin dormir pensando en ella.

Allí no podía vivir; á cada instante la luminosa silueta de Margarita se le aparecía despertando sus dormidos recuerdos y sacudiendo dolorosamente las fibras de su alma.

Los paseos en bote por el río, ó á pie por el monte ó la playa, habían concluído para siempre.

El único lugar frecuentado por el muchacho era el casco de una barca vieja, que hacía años aguantaba las injurias del tiempo, tumbada panza arriba en la arena de la playa.

En ella, sin más compañero que Tell, pasábase las horas muertas, sentado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. No lloraba, ni pensaba, ni dormía. Era una estatua viva.

La *Flor del aire* balanceábase aburrida en el fondeadero; miraba correr los días sujeta siempre á la amarra, sin que á su amo se le ocurriera empuñar los remos y largarse á la aventura, como en días más felices. En su casco resecado por el sol se hubieran abierto mil vías de agua si el tío Jorge, su antiguo dueño, no cuidara de ella á ocultas del muchacho.

—¡Tromba con la suerte!, decía el honrado marino al cubrir con una lona la graciosa embarcación. Unos nacen con estrella y otros nacen estrellados; el chico es de éstos; no sale de una si no es para entrar en otra; cuando no son sus padres, son sus amigos; cuando no son sus amigos, es él. ¡Pobre golondrina africana, siempre perseguida por la fatalidad; siempre herida por la suerte en lo más sensible, en el corazón..., ¡tromba!

Y dos lagrimones como pimientos de á libra rodaban por las curtidas mejillas del marino, que echando más humo que el *Relámpago* y soltando trombas y huracanes, viraba de bordo, no fuera á suceder que Alegre lo pillara en la tarea.

No fué chica la extrañeza de padre Ludovico, cuando una buena mañana el negrillo se le acercó, y echándole los brazos al cuello, le susurró al oído unas cuantas palabras.

—¡Diablo!, dijo para sus adentros el marino. Ya amaina el temporal, ya se barren las nubes de este cielo, ¡gracias á Dios!

Y añadió en voz alta:

—Ven, muchacho; vamos á la barca.

Los dos cogidos de la mano, tranqueando fuerte, acercáronse al refugio habitual del muchacho. Éste quería hablar en serio con padre Ludovico, pero á solas, sin testigos, porque iba á decirle cosas muy graves.

—Vamos, chico; suelta la andanada; ¿qué quieres de mí?

Alegre balbuceó unas cuantas palabras en crudo y se paró; no podía seguir; por poco no lloraba.

El pescador frunció el ceño.

—¡Trueno de Dios!, gruñó. ¿Conque aún dura la tormenta?, ¿conque te quieres ir?, ¿conque quieres dejarnos? Qué, ¿tan mal te hemos tratado, que...

La frase murió en sus labios. Alegre se le había arrojado al cuello.

No es por eso, padre Ludovico, no es por eso, le decía con la voz empapada en lágrimas: es por lo *otro*..

Y el chico le contó que allí no podía vivir; que el recuerdo de su amiguita lo perseguía á todas horas tenaz, implacable; que se la imaginaba presente á cada instante, mirándola con aquellos ojos azules tan alegres antes y ahora tan tristes, como culpándolo de su muerte, á él que tanto la quería; que aquella mirada llena de reproches lo enloquecía, porque él y sólo él tenía la culpa de todo; si hubiera resistido, si hubiera obedecido á padre Ludovico, no habrían ido al Peñón de las gaviotas y la chiquilla no hubiera enfermado ni hubiera muerto... No podía vivir allí, porque sufría horriblemente; quería irse lejos, muy lejos, al otro lado de los mares; quería ir en busca del tío Delfín para alistarse en el *Santa Ana* como grumete; quería ser marino para luchar más bien con la mar que con sus recuerdos; así se olvidaría, no de la chiquilla, á quien iba á querer siempre, sino del Peñón, de la noche terrible, de su desobediencia...

Avergonzado Alegre de aquella confesión, cerró los ojos apoyando su cabecita en el pecho del marino que le había escuchado conmovido.

El muchacho tenía razón. ¡Qué diablos!, aquello no era vida; él mismo, todo un hombre, no hubiera podido soportar tanta pena. Debía irse, aunque lo sentía, ¡vaya si lo sentía!, ¡si era su hijo!..; pero encima de todo estaba la felicidad del chico.

—¿Y cuándo quieres irte?

—Mañana.

—¿Tan pronto? Pero si el *Santa Ana* no está en Buenos Aires.

—Pero ya vendrá.

—Sí; ¿y mientras tanto?, suponte que tarde un año, ¿qué harás?

—Esperaré un año; buscaré trabajo; si no lo encuentro iré á casa del señor cura que me recogió; él me lo dará, seguramente, y yo vendré á visitarlos de tiempo en tiempo: y si me embarco, lo mismo, cada vez que el *Santa Ana* recale en Buenos Aires; de todas maneras es su carrera obligada, de Palermo á Buenos Aires, de Buenos Aires á Palermo, con poca variación.

Pero si tardara un año, bien podrías esperarlo aquí, en Cruz Chica.

—No, aquí no; en cualquier parte menos en Cruz Chica.

Padre Ludovico estaba convencido, pero aún faltaba lo mejor; convencer á madre Marta y al tío Jorge.

Sin embargo, las súplicas de Alegre, sus caricias y sus lágrimas elocuentes lo consiguieron todo.

Partiría al día siguiente.

Al amanecer la *Parma* estaba ya dispuesta para salir. Ludovico y Jorge harían el largo viaje desde Cruz Chica á Buenos Aires, para retener al muchacho consigo un tiempo más. Madre Marta hubiera querido hacer lo mismo, pero no se podía.

La pobre tuvo que resignarse.

Abrazó llorando al chico y lo besó; dióle sus últimos consejos y lo dejó ir siguiéndolo con la vista y diciendo en voz baja como una oración, mientras se enjugaba las lágrimas con la punta del delantal:

—Que Dios te ayude, hijo mío; que olvides; que sea feliz mi pobre Alegre.

Este y sus dos acompañantes saltaron á la embarcación. La brisa era bastante fresca; se tendió la vela y con un vigoroso impulso del bichero que Jorge empuñaba, se apartó la *Parma* de la orilla.

El negrillo, melancólico y mudo, fijaba sus ojos dulces y tristes en las cosas que le rodeaban, en el *chalet*, en el parque, en el río, en el pueblo: todos habían sido testigos de su felicidad; todos eran sus amigos.

Cuando desde la barca no se pudo ver más la copa de los álamos de Cruz Chica, Alegre lloraba...

***

Como á las doce del día, en la dársena Sur entró el *Santa Ana*.



Con los brazos extendidos, los ojos muy abiertos, cuajados de lágrimas y fijos en el barco que se esfumaba

Desde lejos Alegre conoció al buque por la arboladura. Llegaba con cuatro días de retraso; cuatro días que Alegre pasó recorriendo los muelles, desde la Boca al Paseo de Julio, contando los buques y averiguando si alguien sabía algo del *Santa Ana*.

Había pasado nueve en Buenos Aires, viviendo en casa de un amigo del tío Jorge, á quien recomendó al muchacho.

Cuando la *Parma* recaló en la Boca, el primer cuidado de Ludovico y sus compañeros fué correr á la Prefectura Marítima en busca de noticias del barco esperado.

—¿*Santa Ana*, dice usted?, preguntó el empleado, ¿de Palermo? ¡Hum! Me parece que no damos.

Había muchos homónimos, *Santa Ana* de Nápoles, *Santa Ana* de Génova, *Santa Ana* de Marsella, pero ninguno de la matrícula de Palermo; á lo menos, ninguna casa comercial de Buenos Aires lo esperaba.

Descorazonados iban á retirarse.

—¡Esperen!, díjoles de pronto el empleado. Si no es éste no hay otro: *Santa Ana* de Palermo, bergantín de 800 toneladas, capitán Volpi, frutas secas y vinos para Bertini y C.ª, ¿es éste?

—¡El mismo!, exclamó Alegre; sólo que viene con otro capitán. ¿Y cuándo llega?

—El veinticuatro se le espera.

—Estamos á veinte, ¿no?; dentro de cinco días.

—Si no viene retrasado, maña de todos los veleros.

Ni Ludovico ni Jorge podían esperar tanto tiempo, aunque hubiera sido su gusto hacerlo para dar un apretón de manos al tío Delfín.

Alegre quedóse solo en la gran capital argentina, después de asegurar por la centésima vez que iría á visitar á los viejos pescadores de Cruz Chica á su vuelta del primer viaje del *Santa Ana*, y que quizás, quizás, iría con el tío Delfín.

Había andado con suerte. Ni una semana tenía que aguardar al barco, cuando muy bien podía haber tenido que esperarlo un año.

Aquellos días que pasó el muchacho solo, dueño de sus actos, perdido en el torbellino de la gran ciudad, fueron de alivio para su corazón. Aturdido, no teniendo tiempo de pensar en su mundo interno por pensar en el mundo que le rodeaba, Alegre se olvidó de sus penas.

Desde la víspera del 24, todo su radio de acción se redujo á los muelles, espiando la llegada del bergantín.

Pero éste no llegaba.

Veinte veces fué á la Prefectura á preguntar por él y otras tantas volvióse sin atreverse á entrar.

Cuando llegó el 27, animóse y preguntó al empleado que ya conocía; nada pudo averiguar.

Por fin, el 28 al mediodía, el esperado entró en la dársena remolcado por un vaporcito. La tripulación maniobraba en el puente.

Pero en vano Alegre abría los ojos grandes, grandes para ver si entre los marineros veía alguno de sus conocidos. Ni tan siquiera uno; todas eran caras nuevas. ¿Si se habría chasqueado?

Sólo cuando pusieron la planchada y los tripulantes empezaron á desembarcar uno por uno, el muchacho tuvo que sofrenar los latidos de su corazón. Había visto á un viejo marino, algo encorvado, de fisonomía bondadosa, pero huraña.

El chico, temblando de emoción, se puso en el extremo de la planchada esperando que bajara. Lo devoraba con los ojos, era el tío Delfín, no había duda; ¡pero cuán cambiado!; parecía que en dos años le habían caído encima diez inviernos; su semblante era más esquivo y sus miradas más hoscas.

Cuando llegó al extremo donde se había colocado Alegre, pasó rozándolo sin verlo. Pero el chico, tomándolo del brazo, le hizo volver el rostro.

—¡Tío Delfín!

La mirada hosca del marino se dulcificó instantáneamente.

—¡Alegre, mi Alegre! ¿Pero eres tú?

—Sí, tío Delfín, soy yo..., soy el de antes.

Los dos se abrazaron. El muchacho reía de gusto, y el tío Delfín lloraba.

Aquella escena en mitad de una calle concurridísima no tenía, sin embargo, ningún testigo; en las grandes ciudades nadie se preocupa de lo que no le atañe. Pero era mejor concluir con ella; bastante tiempo tendrían para abrazarse cuando estuvieran solos.

Tomando de una mano al muchacho, el tío Delfín se alejó del muelle: un marino no tiene permiso para llorar en medio de la calle.

—Alegre, hijo mío, decíale mientras remontaban una de las que conducían al centro de la ciudad, ¡qué hermoso estás!, ¡y qué grande! ¡Si estás hecho un hombre!

No, Alegre no era un hombre por el cuerpo, aun que poco le faltaba; en lo que era un hombre era en el alma; en sus años de niño había soportado borrascas de hombre.

Algo de esto debió sospechar el viejo marino, porque parándose de pronto y tomando entre sus manos la cabeza del muchacho lo miró fijamente.

En la profundidad de sus ojos hermosos y tristes, vió el tío Delfín un mundo de pesares.

—Alegre, mi Alegre, ¡qué hermoso estás, pero qué triste! Tu mirar no es el mismo de antes; tus ojos no son aquellos ojos regocijados, vivos, chispeantes, que tenías cuando te conocí, ¿te acuerdas?, cuando te llamé Alegre por vez primera... ¿Qué te pasa?, ¿qué tienes?, ¿has sufrido?, ¿estás aún en la Compañía?

Alegre contó la historia de dos años pasados en América, día por día; la tenía tan grabada en la memoria que no había olvidado ni un detalle. Contó sus aventuras de payaso, su escapatoria, su extravío por los campos, las bondades del sacerdote que lo recogió, su llegada á Cruz Chica, sus primeras aventuras en la *Gaviota*, su amistad con Margarita, su desobediencia, la noche del Peñón, la enfermedad de la niña, y aun tuvo fuerzas para contar que la vió muerta, que la llamó, que la besó, que vió desde el islote el último penacho de humo del *Relámpago* que se la llevaba; fuerzas para revolver hasta la hez su dolor y sus recuerdos.

Ya no quería vivir en Cruz Chica; quería ser marino, quería alistarse de grumete en el *Santa Ana*, recorrer mares, ver mundo, para olvidarlo todo... ¡Sufría tanto recordando!

(Se continuará.)

DE MOMBASSA AL VICTORIA-NYANZA EN FERROCARRIL, por Carlos Allaud. *(Conclusión.)*

En el Maú, la vía llega á una altura de 2.800 metros, su punto culminante, en donde hay la estación de Londiani y las noches son glaciales. Allí se ven los mismos paisajes que en el Kikuyu Escarpment, pero los habitantes son escasos por razón del clima de aquella región que sólo es frecuentada por los Wanderobbo, mezcla de Masaí y de Nandi, que viven exclusivamente de la caza del elefante.


El mercado de los Kavironds cerca de Port-Florencio

A medida que se desciende, disminuyen los grandes enebros y reaparecen las acacias y el ferrocarril cruza el territorio de los Nandi, muy afines de los Masaí y que todavía son á veces motivo de alarma para las autoridades inglesas, pasa por Fort-Ternán y, cuatro horas después, llega á Port Florencio, á orillas del Victoria Nyanza.

El espectáculo que ofrece el lago á la llegada no es grandioso, pues sólo se descubre la bahía de Kavirondo, estrecha, de orillas pantanosas y aguas poco límpidas. Para apreciar bien lo que es ese mar de agua dulce, hay que salir de la bahía y dejar atrás la isla de Lusinga; entonces piérdese de vista la tierra, y el agua, azotada por el oleaje, es de una limpidez, perfecta.

El Victoria Nyanza es el lago más grande de Africa y sería el mayor del mundo, si no hubiese el lago Superior, en la América boreal, que tiene 1.500 kilómetros cuadrados más que él. Su superficie es de 83.310 kilómetros cuadrados y la extensión de sus orillas de 1.200 kilómetros; su profundidad no es proporcionada á estas dimensiones, ya que su fondo máximo es de 110 metros y hacia el centro no pasa de 74.

Ptolomeo conocía la existencia del Victoria Nyanza, y su mapa indica perfectamente el Nilo saliendo de tres grandes lagos: el *palus occidentalis* que es el Alberto Nyanza, el *palus orientalis*, que es el Victoria Nyanza, y finalmente el lago Tsana, de donde sale el Nilo Azul.

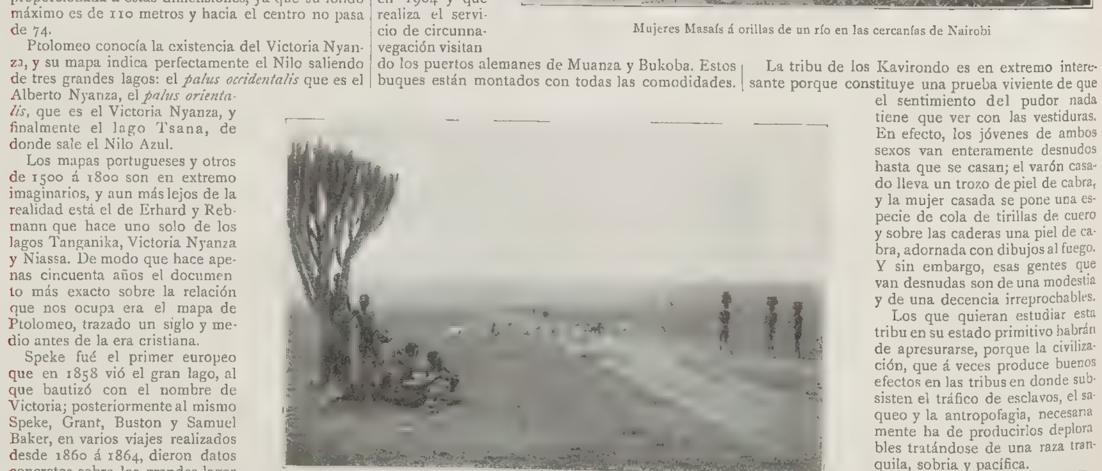
Los mapas portugueses y otros de 1500 á 1800 son en extremo imaginarios, y aun más lejos de la realidad está el de Erhard y Rebmann que hace uno solo de los lagos Tanganika, Victoria Nyanza y Niassa. De modo que hace apenas cincuenta años el documento más exacto sobre la relación que nos ocupa era el mapa de Ptolomeo, trazado un siglo y medio antes de la era cristiana.

Speke fué el primer europeo que en 1858 vió el gran lago, al que bautizó con el nombre de Victoria; posteriormente al mismo Speke, Grant, Buston y Samuel Baker, en varios viajes realizados desde 1860 á 1864, dieron datos concretos sobre los grandes lagos africanos y sus respectivas posiciones.

En 1877 Stanley efectuó por vez primera la circunnavegación del mismo y describe las islas que hay en sus orillas, y cuya presencia es de grandísima utilidad para la navegación, pues os canales que entre ellas y la costa se forman son, por la tranquilidad de sus aguas, un excelente refugio contra los huracanes allí tan frecuentes y terribles.

El servicio del ferrocarril hállase completado por otro de vapores combinados con los trenes procedentes de Mombassa. Al principio sólo había allí un vaporcito, el *William Mackinnon*, pero desde hace algún tiempo navegan en el lago dos vapores grandes, el *Winifred*, de 700 toneladas, botado al agua en 1903 y cuya velocidad de 10 nudos le permite recorrer en 18 horas las 175 millas que separan Port-Florencio de Entebbé, capital del Uganda, y el *Sybil*, igual al anterior, que fué botado en 1904 y que realiza el servicio de circunnavegación visitando los puertos alemanes de Muanza y Bukoba. Estos buques están montados con todas las comodidades.


Mujeres Masaís á orillas de un río en las cercanías de Nairobi


Llanura de las inmediaciones del Victoria Nyanza que indica claramente que en otro tiempo la superficie de ese lago fué mayor de la que hoy ocupa

El gran lago está situado á una altitud de 1.200 metros y tiene todos los caracteres de un mar, como el oleaje y las brisas; su agua nunca está fría y en él abundan los peces. El clima de sus orillas sería sano si no fuesen los mosquitos que inoculan el paludismo y la mosca tsetsé que produce la enfermedad del sueño.

El Uganda y sobre todo la isla de Buvuma, al Norte del lago, es la región que más ha sufrido esa terrible enfermedad de la que, hace años murieron las dos terceras partes de aquella isla, antes muy poblada, y que parece extenderse hacia el Este, ya que se presentan más casos, de día en día, en el territorio Kavirondo anteriormente indemne.

Las tierras que rodean la gran bahía habitadas por los Kavirondo ó Jalúo, hermosa raza nilótica que desconoce el uso de los vestidos y que nada de común tiene con los pueblos del Africa oriental que dejamos descritos, más bien se parece al tipo masaí, del que, sin embargo, la separan grandes diferencias. El Kavirondo es, en efecto, apacible, sociable y sedentario y habita en aldeas; poco agricultor, porque su región se presta muy poco al cultivo, dedícase á la ganadería y sobre todo á la pesca.

Las orillas del lago son arenosas y pedregosas y en la pobre vegetación que en ellas crece predominan enormes euforbiáceas; son llanas hasta el pie de las colinas y prueban del modo más evidente que, en otro tiempo, la extensión del Victoria Nyanza fué mucho mayor que en la actualidad. Abundan en éste los cocodrilos y los hipopótamos, que no inspiran miedo á los indígenas ni les impiden pescar por varios procedimientos.

La tribu de los Kavirondo es en extremo interesante porque constituye una prueba viviente de que el sentimiento del pudor nada tiene que ver con las vestiduras. En efecto, los jóvenes de ambos sexos van enteramente desnudos hasta que se casan; el varón casado lleva un trozo de piel de cabra, y la mujer casada se pone una especie de cola de tirillas de cuero y sobre las caderas una piel de cabra, adornada con dibujos al fuego. Y sin embargo, esas gentes que van desnudas son de una modestia y de una decencia irreprochables.

Los que quieran estudiar esta tribu en su estado primitivo habrán de apresurarse, porque la civilización, que á veces produce buenos efectos en las tribus en donde subsisten el tráfico de esclavos, el saqueo y la antropofagia, necesariamente ha de producirlos deplorables tratándose de una raza tranquila, sobria y pacífica.

Un antiguo gobernador, sir Harry Johnston, escribió: «La desnudez es irreprochable y no debe ser combatida, porque caracteriza á la tribu más moral del Africa oriental.»

La creencia, que en un principio tuvieron muchos, de que el ferrocarril de Uganda sería un mal negocio desde el punto de vista económico, quizás resulte

equivocada porque desde hace algún tiempo el tráfico de exportación ha alcanzado un desarrollo considerable, especialmente en la estación de Nairobi. Además la nueva línea de vapores que hace el servicio de los puertos alemanes del Victoria Nyanza meridional ha abierto una nueva vía á los pasajeros y á las mercancías que antes habían de seguir el interminable camino de Tanga-Muanza, pues si bien los alemanes comenzaron un ferrocarril que desde Tanga había de ir al Sur del gran lago, las obras se suspendieron al llegar á una distancia de 32 kilómetros de aquel puerto.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que de las cuarenta estaciones del ferrocarril de Uganda, sólo son importantes Mombasa y Nairobi; Port-Florencio, Makindu y Nakuro, capitales de distrito, tienen algunos *bungalows* para los empleados, y en Voi y en Naivasha se inicia una aglomeración. En cuanto á las demás, la estación es el único edificio de la localidad y el jefe de la misma el único habitante. Esta línea podría dar mayores rendimientos si en vez de ser un ferrocarril político, estratégico, administrado directamente por el Estado, estuviese en manos de una compañía privada que considerase el negocio desde un punto de vista más mercantil.

Los turistas que no quieran regresar por la misma vía, pueden hacer el viaje de vuelta por el Uganda, el Nilo y Egipto; pero al decir de cuantos han seguido este itinerario, el camino al través de los pantaños que hay entre el lago Alberto Nyanza y el Gondokoro es largo, difícil, fastidioso y muy mal sano.

Desde Entebbé á Kampala y á Butiaba, embarcadero del gobierno en el Alberto-Nyanza, hay un camino que llaman carretero, de unas 200 millas, que puede recorrerse en cinco días. En Butiaba se utilizan barcos del gobierno que van á Nimulé en tres días; de Nimulé á Gondokoro es preciso andar á pie 112 millas, en lo que un buen andarín emplea una semana, y en Gondokoro encuentra el viajero un servicio regular de vapores que conducen á Jartum en once días. Desde allí hasta Wadi-Halfa (segun da catarata del Nilo) hay el Sudán expreso, con vagón restaurant y *sleeping cars*, que recorre el trayecto en 27 horas; y en Wadi Halfa se toma el vapor hasta Assuán.

Entre Assuán y Luksor ó el Cairo hay diariamente trenes expresos.



Estación del ferrocarril de Mombassa al Victoria-Nyanza custodiada militarmente por una compañía de Masaís á sueldo del gobierno inglés para evitar las agresiones de los insumisos Nandis



Cristo llorado, grupo en barro cocido y pintado al óleo por Juan della Robbia (1469-1527.)

En este grupo que, aparte de su belleza, tiene gran interés desde el punto de vista artístico, el cadáver de Cristo aparece tendido en posición enteramente horizontal sobre la falda de la Virgen, apoyando la cabeza en San Juan y los pies en María Magdalena. Fué modelado en 1521 para un altar que, junto con una luneta de la misma fecha y sobre el mismo asunto figura en el Museo Nacional de Florencia

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 20 de abril de 1908 — Núm. 1.373



EL CARTERO RURAL EN FRANCIA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

ADVERTENCIA

Terminada en el presente número la publicación de «Alegre,» de Martínez Zuviría, comenzaremos en el próximo la publicación de la novela inglesa

EL HEREDERO,

original del reputado escritor G. Sydney C. Grier, con ilustraciones del notable dibujante G. P. Jacomb-Hood, cuya propiedad hemos adquirido para su traducción en España y que no dudamos será muy del agrado de nuestros lectores, así por la originalidad del asunto como por el interés que ofrece el desarrollo de su acción.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Puerto Rico: los unionistas contra el Consejo Ejecutivo y los burócratas yanquis: aspiración á la independencia; capacidad de los portorriqueños para tener gobierno propio: las víctimas de la anemia. —*México:* la conferencia de banqueros y la circular de la Secretaría de Hacienda: la fusión de los ferrocarriles. —*Colombia:* nuevo ministerio: la situación económica, sus causas y sus remedios. —*Venezuela:* el conflicto con los yanquis: las exigencias de Roosevelt, la firmeza de Castro y las sentencias de los tribunales venezolanos.

A juzgar por recientes discursos y escritos de las personalidades más distinguidas del partido político que se apellida «Unión de Puerto Rico,» vienen haciéndose grandes esfuerzos y sacrificios para no romper con el gobierno, es decir, el Consejo Ejecutivo. Dispuestos se hallan los unionistas á aceptar y aplaudir lo bueno que aquél haga; pero se oponen y opondrán firmemente á leyes contrarias al interés, á los derechos y á la dignidad de los isleños.

Mantiénese viva la protesta contra el régimen implantado por los norteamericanos, sobre todo contra ese Consejo de once individuos, en el que hay seis yanquis que no conocen ni la historia, ni las costumbres, ni el lenguaje de Puerto Rico. «Mientras tal régimen moralmente imposible subsista—decía el señor De Diego—tiene que persistir la protesta vibrante de los portorriqueños, aun cuando sean buenos los hombres del Gobierno. Pero si este régimen despótico es aplicado despóticamente, entonces la protesta llegará á los límites de la desesperación y nuestra voz será una imprecación máxima, terrible, resonante y trascendente en el mundo, contra la ley y contra los hombres que así oprimieran y ahogaran á un pueblo débil, inerme, sin otro auxilio que el de Dios, en la soledad y en el desamparo eterno del Océano.»

Otro de los más significados jefes unionistas, Muñoz Rivera, alzaba también su voz para expresar el dolor de los portorriqueños por las injusticias realizadas contra ellos en nombre del pueblo yanqui. No admite la pretensión injusta y depriмente de superioridad que se atribuyen los yanquis sobre los portorriqueños. Unos y otros no caben juntos en los estrechos moldes de un régimen que coloca los destinos de la patria en manos exóticas é imperitas. Hay que impedir que vayan á Puerto Rico esos burócratas que nada llevan, que nada nuevo enseñan y que van, lenta ó rápidamente, sembrando los gérmenes de la desconfianza para que algún día, próximo ó remoto, broten los amargos frutos de la desesperación.

Estas voces y protestas de los unionistas de Puerto Rico, secundados por otros partidos, revelan que los portorriqueños quieren tener patria, y no la tienen, aunque hagan tremolar la débil y melancólica bandera de la estrella solitaria al lado de la soberbia bandera de las 45 estrellas. Aún confían en que la una pueda prestar á la otra su sombra y su amparo, repartiendo la justicia y estableciendo la igualdad; pero «si ese ideal no cristaliza—exclamaba el gran orador portorriqueño,—si mi pueblo ha de ser el perpetuo paria sojuzgado y el humilde siervo sin alegría en el presente ni redención en el porvenir, demandaré sin reposo que la estrella solitaria brille solitaria, no envidiando la grandeza de las cuarenta y cinco estrellas que fulguran en la constelación americana.»

Y si llegara día en que, por una ú otra causa, pudiera ser Puerto Rico independiente, ¿tienen sus pobladores capacidad para ejercer con buen éxito las funciones de un gobierno propio? Plantea esta cuestión, y la resuelve afirmativamente, el ex delegado á la Cámara licenciado Sr. Montalvo Guenard.

La cultura intelectual de los portorriqueños es superior á la de muchos pueblos civilizados que disfrutan de gobierno propio como nacionalidades independientes. Tienen también la suficiente cultura política, desarrollada desde los albores del siglo XIX. Bajo la tutela de España supieron gozar y bendecir los bienes de la libertad... La abolición de la esclavitud, que costó un mar de sangre á los Estados Unidos, produjo en Puerto Rico una explosión general de júbilo; aun los perjudicados materialmente por el magno acontecimiento, se unían á las manifestaciones públicas para aclamar la abolición y á sus gloriosos apóstoles... Si después de haber cesado la soberanía española, el pueblo, en especiales momentos de agitación política, pareció intolerante y desordenado, debe tenerse en cuenta, entre otras razones, el proceder de las autoridades yanquis que, tal vez obedeciendo órdenes superiores, estimulaban á los desordenados y consentían toda clase de desmanes con el fin de hacer aparecer á los portorriqueños como una tribu de indios revoltosos é incapacitados para manejar sus propios intereses... El problema social en Puerto Rico es verdaderamente sencillo; apenas concurren elementos que puedan complicarlo de modo que constituya grave amenaza para lo porvenir bajo un gobierno propio. Mientras en los Estados Unidos va siendo cada día más difícil la convivencia de las razas blanca y negra, por el odio creciente y mutuo que se profesan, en Puerto Rico, por el contrario, desaparecen las prevenciones, y los lazos de fraternidad se estrechan más cada día en la convivencia de ambas razas; un cruzamiento natural realiza una gran transfusión de sangre y desarrolla una gran corriente de solidaridad social.

Estas y otras oportunas observaciones que hace el licenciado Montalvo demuestran que hay en Puerto Rico un gran movimiento de opinión contrario á los yanquis y favorable á la independencia.

La miseria y el hambre que entraron en la isla con la administración yanqui siguen causando víctimas. Según los datos que publica la Oficina presidencial de la «Comisión de la anemia en Puerto Rico,» en el mes de enero último murieron 7 enfermos, curaron 1.810 y quedaban 36.166 en tratamiento, en los servicios de dispensario, aparte de los que había en los hospitales.

***

En los primeros días de este mes debe haberse celebrado en México una conferencia de representantes ó delegados de los establecimientos bancarios de la República, á los que convocó el ministro de Hacienda Sr. Limantour con objeto de ponerse de acuerdo á fin de consolidar la situación económica del país.

El ilustre hacendista mexicano se había dirigido á todos los Bancos de concesión federal, por medio de circular firmada el 16 de febrero último, pidiéndoles su concurso para perfeccionar los métodos que usan los establecimientos de crédito y facilitar los negocios.

A medida que se crean intereses y aumenta el volumen de los negocios dentro del país y con otras naciones, mayor necesidad hay de adaptarse á las nuevas condiciones del comercio, poniendo los métodos y la organización bancaria á la altura de las exigencias actuales. Los trastornos á que ha dado lugar la reciente crisis financiera de los Estados Unidos han puesto de manifiesto deficiencias casi inconciliables con el deber de prestar garantía eficaz á todos aquellos que con su capital ó su trabajo cooperan al engrandecimiento del país. Es, pues, la oportunidad de hacer nuevos y vigorosos esfuerzos en el sentido indicado, aprovechando para ello las lecciones de la experiencia.

En la circular á que nos referimos se proponen algunas de las cuestiones que deben ser materia de preferente atención y se hacen breves consideraciones sobre los males que se desea remediar.

Consignaremos también otro hecho de gran importancia desde los puntos de vista económico y financiero: el 25 de febrero se ultimaron las negociaciones para la fusión de los Ferrocarriles Nacionales con el Mexicano Central. La mayor parte de las vías férreas del país quedan, pues, en manos del gobierno federal.

***

En el pasado mes de marzo se ha constituído nuevo ministerio en Colombia. El general Reyes persiste en su política de conciliación, y en el actual gobierno están representados todos los partidos.

Poco antes el presidente había dirigido circular á los gobernadores de los departamentos informándoles acerca de las causas de la difícil situación económica del país y de los medios puestos en juego para conjurarla. Hoy por hoy, las principales entre aquéllas son la langosta y la crisis monetaria universal.

Para combatir á la primera se han enviado los recursos necesarios adonde hacían falta. La carestía de los artículos alimenticios, efecto de las malas cosechas, se remedia declarando libres de derechos de aduana el maíz y el arroz. Mensualmente se gastan 100.000 pesos oro en jornales de los braceros á quienes se ha dado trabajo en las obras de ferrocarriles y carreteras.

Para aminorar los males que ocasionó la crisis monetaria universal, procura el gobierno que vaya del exterior capital en oro. Las empresas de obras públicas no solamente dan trabajo á millares de hombres, sino que les pagan en oro extranjero, que se reparte por todo el país, animando el comercio y las industrias y ayudando á sostener la firmeza del cambio.

La mayor parte del producto de las rentas nacionales se aplica de manera reproductiva y fecunda en pagar puntualmente el servicio de la deuda exterior, en la construcción de ferrocarriles y otros caminos, en fomentar la instrucción, en la reorganización conveniente del ejército y la marina y en todo lo necesario para formar una nación respetable.

Por medio del trabajo honrado y perseverante y subordinando todo otro interés al de la patria se podrá resolver el problema económico, como se ha resuelto el de la paz, que hoy reina en todo el país, sostenida por la firme voluntad de sus habitantes.

***

En estos días reviste otra vez caracteres de gravedad el conflicto yanqui-venezolano promovido por las exigencias de los aventureros y especuladores norteamericanos que pretenden enriquecerse á costa de Venezuela. Son los que fomentan las revoluciones, porque al menor motín tienen ya pretexto para suponer que sus casas ó almacenes han sido saqueados y pedir indemnización, ó para presentar cuentas de anticipos que no hicieron. Claro es que ni el gobierno ni los tribunales del país pasan por ello; pero los que reclaman son extranjeros, y en calidad de tal solicitan el apoyo de sus respectivos gobiernos para que con amenazas ó actos de fuerza obliguen á la víctima á pagar lo que no debe.

Pero el actual presidente de la República de Venezuela no es de los que toleran que su país haga el papel de víctima; antes al contrario, sienta la mano de firme á las empresas ó compañías que tomaron á juego sus compromisos con el gobierno, que no cumplen las condiciones del contrato pactado y que además han intervenido en todos los movimientos revolucionarios, apoyando resueltamente á los adversarios de la actual administración.

Roosevelt sale en defensa de los especuladores yanquis, niega valor á las sentencias de los tribunales de Venezuela y exige que la cuestión se someta al fallo de árbitros. Castro rechaza la exigencia, y el yanqui pide autorización legislativa para usar de la fuerza contra Venezuela.

Entretanto, los tribunales venezolanos siguen impertérritos dictando sentencias: el 12 de marzo el Tribunal Supremo confirmó el fallo del inferior que condenó á la «New York and Bermudez Company» á pagar fuerte multa por haber prestado ayuda á los revolucionarios, hecho público y notorio, y probado documentalmente por testimonios de ciudadanos yanquis y de los mismos empleados de la Compañía.

A pesar de las amenazas de Roosevelt, dúdase mucho que éste se decida á manchar con nuevo borrón la historia de los Estados Unidos del Norte de América.

R. Beltrán Rózpide.



LA BONDAD DE AMAR

Nita Vélez miró fijamente á su amiga, sintiendo comezones de llorar, mordiéndose los labios, apretándose el sobresalto del corazón.

La habitación se iba hinchando en sombra. En la amplia cavidad de la chimenea los leños se encenizaban lentos.

Fuera, moría la tarde de Carnaval. De la Castellana llegaba el rumor de la multitud. A largas pausas, meciéndose en la fina vaguedad del crepúsculo, sonaba tenue y lejana alguna estudiantina.

—Pero di, María, ¿es verdad?; pero ¿es posible?

María Montero afirmó con la cabeza. Al bajarse las negras plumas del sombrero recordaron un pájaro fatídico.

La Montero sentía una perversa voluptuosidad en destruir el hogar recién formado. Hablaba apresurada, frívola, ocultándose en la sombra para sonreir, enseñando los dientes blancos y menudos como ante una golosina.

«Sí; ella lo había visto *con sus propios ojos;* les vió entrar en una casa de la calle Hortaleza, y entonces ya no pudo dudar..., y sintió mucha rabia, sí, señor, muchísima rabia, de que aquél engañase á su Nita.»

—¡Pobrecita mía!

Y la besaba sonoramente, con ruidosos chasquidos, en las mejillas húmedas y ardientes.

«Nada de lloriqueos. Nita no debía apurarse. Ahora ya estaba prevenida, y cuando viniese su marido, hablarle muy clarito, plantear la separación; que él se amansaría, rogaría que le perdonase, y si no lo hacía, ¡mejor que mejor! Hombres no faltan.»

—Por Dios, María...

La Montero comprendió que había ido un poco lejos y volvió á besuquear á su amiga, sintiendo violentos deseos de morderla, recordando su desengaño cuando Mariano Roldán se casó con Nita Vélez.

Lejos, ondulando las campanadas en la muelle largura de los pasillos, un reloj dió las siete.

María Montero se puso en pie con gran revuelo de faldas.

—¡Ay, Jesús! ¡Cómo me he entretenido!

Y volvió á acariciar á Nita, levantándole la barbilla, besuqueándole los ojos, estrechándola contra la cálida blandura del blusón de piel.

—¡Pobre Nita mía! ¡Si vieras cuánto siento darte este disgusto!.. Pero las amigas somos para las ocasiones..., ¿verdad?.. Confía en Dios...

Nita se dejaba acariciar sin decir nada, sintiéndose enfriar el corazón, asombrada de una sordera de insensibilidad que la iba invadiendo.

Salieron al pasillo. La Montero, al ver á la doncella ante la puerta, dispuesta á abrir, procuró disimular.

—Pues sí, hija mía; es una notabilidad ese Anselmi. Canta como un ángel, y luego... ¡tan guapo!.. Adiós, queridita; otro beso.

Nita ofreció maquinalmente sus labios. María Montero empezó á bajar las escaleras, volviendo la cabeza, agitando la mano enguantada de color marrón.

—Retírate, retírate, querida... Saluda á tu marido...

Nita, aplastada de pechos sobre la baranda, la vió desaparecer hundiéndose, hundiéndose hasta oir su taconeo breve y seco en las losas del portal, la voz del portero y un portazo.

Nita dejó el rellano, pasó delante de la doncella sin verla, y al reentrar en el gabinete se dejó caer en el sofá, recobrando su amargura y con ella las lágrimas.

Era ya noche completa. Los leños se habían consumido. Los cristales del balcón tenían una clara azulosidad de cielo sereno y frío en el cual empezaban á temblar las estrellas. A momentos se adivinaba el paso de unas máscaras en las voces roncas y voces de mujer.

Nita se desabrochó el vestido, el corsé. Las peinetas, las horquillas se le clavaban como nunca en el cráneo; sufría estremecimientos de paroxismo, y con el martilleo taladrante de una idea, las palabras de María Montero seguían angustiándola.

«Sí; ella no debía perdonar, debía hablarle claro, plantear la separación; que él se amansaría, pediría que le perdonase..., y si no lo hacía, ¡mejor que mejor!»

Y como un deslumbramiento su vida fué una luz breve que le pasó ante los ojos hinchados de llorar. Primero, su niñez triste; las avarientas paradas ante los escaparates de juguetes y de las confiterías. Después, su juventud más triste aún, teniendo que ganarse la vida, luchando rabiosamente contra el hambre; las largas caminatas en los días invernales, aguazándose, chapoteando en las calles mojadas, tiritando bajo un abrigo raído, yendo de casa en casa, utilizando su maestría en el piano; los días de verano inactivos y lentos asfixiados de sol; las visitas al Monte de Piedad, insaciable, de hombres impasibles y duros de corazón... Y de pronto, sin saber cómo, la boda con Mariano Roldán, hermano de unas discípulas suyas.

Pero esta felicidad esperada tanto tiempo había terminado. Ahora debía ser fuerte, olvidar como en despertamiento de buen sueño y volver á la primera lucha de antes.

* * *

En la puerta del gabinete apareció la doncella.

—¿No cena hoy la señorita?

Nita contestó huraña:

—No; no ceno.

—¿Está mala la señorita? ¿Quiere algo? Son las once.

—Nada, nada; acuéstense. Yo esperaré al señor.

La doncella marchó pasillo adelante, arrastrando los pies.

Nita se arrebujó en una capa, y abriendo el balcón se acodó en el barandal de hierro, vacía de ideas, insensible, mirando sin ver con una estúpida fijeza clavada en las pupilas.

Hacía frío. El cielo tenía una impávida azulosidad agujereada de estrellas. Los balcones fronteros se alargaban en obscuras líneas rectas sobre la piedra gris. En el fondo se adivinaba, desierta y triste de *confetti* pisoteados y pingajos de serpentina, la Castellana.

Lejos, en la sonora y helada ondulación de la noche, fueron sonando las horas desde una torre.

Nita permanecía acodada, inmóvil, en una absoluta anulación de su ser.

Y sin verle llegar, sin sentir sus pisadas en la calle desierta, Nita se dió cuenta de que Mariano Roldán había entrado en la casa.

Corrió al pasillo, firme, desesperadamente firme en sus propósitos de rompimiento. Él ya venía en su busca, inquieto, presintiendo la catástrofe.

—¿Pero qué es esto? ¿Cómo estás levantada á estas horas?

Ella quiso contestarle bruscamente, escupirle insultos; pero sin saber cómo, en un impulso de supremo amor, le echó los brazos al cuello, rompiéndosele entre besos y lágrimas las palabras de bondad.

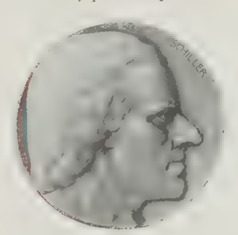
—¡Perdóname! ¡Perdóname, Mariano mío, y quiéreme mucho, mucho..., porque tu Nita te quiere con toda su alma!

JOSÉ FRANCÉS.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA MEDALLA ARTÍSTICA EN LOS TIEMPOS MODERNOS

El renacimiento de la medalla como objeto puramente artístico se debe á Francia, á la obra de Huberto Ponscarme, quien rompió con la tradición de los últimos tiempos y creó un nuevo estilo ó, por mejor decir, restableció el antiguo, aunque sin imitar servilmente sus modelos, logrando para este género artístico la importancia y la consideración que merece.



Schiller,
medalla de Daniel Grenier (anverso)



Jorge Leinfelder,
medalla de Jorge Wrba



Erasmo de Rotterdam, planchita de Juan Frei



Schiller,
medalla de Daniel Grenier (reverso)



El consejero áulico G. Wendt,
medalla de Bruno Elkan

El ejemplo de Ponscarme fué seguido por otros muchos maestros, que dedicaron á la medalla todas sus energías y todos sus talentos y fueron únicamente medallistas. Con ellos ensanchóse el campo de la medalla y logró ésta una mayor fuerza de expresión, pues mientras el anverso seguía reservándose á un retrato, en el reverso se desenvolvió una inagotable riqueza de formas, de pensamientos artísticos, en los cuales la imaginación veíase guiada por el buen gusto y por un sentimiento de la realidad. Y así las mismas figuras alegóricas no fueron abstracciones frías, sino que tuvieron vida y calor, y en ellas se juntaron lo espiritual y lo real en una nueva é indisoluble unidad. Este renacimiento de la medalla alcanzó también al procedimiento de ejecución y á la forma de la misma; para el primero, prefirióse el fundido en bronce; y en cuanto á la segunda, la forma redonda fué substituída en muchos casos por la cuadrada de las llamadas planchitas, que planteó nuevos problemas en punto á la distribución del espacio.

Con Chaplain aparece aún más determinadamente el tipo genuino de la medalla artística moderna. Sus creaciones son especialmente retratos, y en ellos la cabeza está trazada con rasgos vigorosos y tiene carácter monumental, que también se admira en sus demás composiciones, en las cuales las figuras enteras se presentan claras y sencillas, pero marcadas por amplias líneas y avaloradas por la plástica de sus movimientos.

Por otros procedimientos consigue el mismo fin O. Roty, cuya obra se caracteriza por la minuciosidad del trabajo y por la riqueza de medios y formas, que sabe ordenar y utilizar admirablemente sin caer nunca en el exceso ó en la confusión.

En torno de Chaplain y de Roty agrúpase un círculo de artistas que, en parte, siguen la misma senda por ellos trazada, en parte desarrollan los principios y las tendencias de ellos aprendidos. De este grupo merecen citarse Daniel Dupuis, que por la grandiosidad de sus figuras se acerca á Chaplain, Patey, Vernón, Ribet, Pillet y Coudray, en quienes se manifiesta más claramente la influencia de Roty, aunque cada uno tenga su nota personal, y V. Peter, especialista en el modelado de animales.

Con Alejandro Charpentier surge una personalidad independiente. Partidario convencido de un naturalismo grandioso, renuncia á la reproducción de paisajes y busca la naturaleza en la figura humana desnuda. En ésta desenvuelve toda su maestría, su estilo personal; pero en vez de la amplia línea de Chaplain nos da una silueta vibrante; en vez del reposo monumental, el movimiento de cada uno de los músculos.

Al lado de Charpentier ocupa Ovidio Yencesse el mismo lugar que al lado de Chaplain ocupó Roty. Yencesse dispone su relieve casi plano y sabe disponer las superficies de tal modo que sólo adquieren vida cuando sobre ellas cae y se desliza la luz, de suerte que el verdadero factor de ese arte especial es el mismo que encontramos en los grandes pintores luministas franceses.

Antes de terminar el capítulo de los principales medallistas franceses, citaremos las pocas medallas modeladas por A. Legros que parecen inspiradas en la técnica de los cuatrocentistas italianos.



Las cuatro estaciones, medallas de J. H. Morcom

El ejemplo de Francia fué seguido, aunque con algún retraso, por la escuela alemana que, después de aceptar las influencias francesas, terminó mostrando brillantes iniciativas propias. Los austríacos fueron los que abrieron la marcha con A. Scharff y Tautenhayn (padre), quienes supieron elevar el nivel de la medalla usual haciendo de ella una rama del arte con vida y carácter propios. Un discípulo de Scharff, F. X. Pawlik, sintió directamente la influencia de los franceses, especialmente de Roty, pero á las enseñanzas que de éstos aprendiera dióles un sello propio, y sus paisajes, directamente observados de la naturaleza con espíritu personal, tienen verdadera originalidad. Breithut, Schwartz, Tautenhayn (hijo) y sobre todo Rodolfo Marschall sostienen en la actualidad á gran altura el pabellón de los medallistas austríacos.

El cuadro que nos ofrece Alemania es distinto, pero también más variado: allí, al lado de los medallistas propiamente dichos, hay una porción de artistas que entre otras cosas hacen medallas; y así como en Francia y en Austria esta especialidad se ha concentrado en París y en Viena, en Alemania se ha difundido por los más importantes centros artísticos. Entre las medallas más notables que allí se han producido pueden citarse las de Hildebrand, de una sobriedad admirable y al mismo tiempo de extraordinaria grandiosidad; las del muniquense Armando Hahn, de carácter monumental, y las de los escultores Jorge Wrba y Juan Hartmann Mac Lean, de Dresde.

Como especialista distínguese, desde hace muchos años, Rodolfo Bosselet, que comenzó rindiendo culto al naturalismo para convertirse luego en uno de los estilistas más puros. Los trabajos de Dasio y Romer están también ajustados á un perfecto estilismo, y aunque muy distintos entre sí, tienen de común cierto carácter arcaico. Baltasar Schmitt y Hugo Kauffmann son asimismo reputados justamente como grandes medallistas, y una planchita del último, con un retrato, se considera como modelo en su género.

Daniel Grenier es otro de los que con más éxito ejecutan esta clase de trabajos; su medalla de Schiller, aparte de otras bellezas, tiene la del contraste entre el anverso, en que aparece vigorosa, casi dura, la cabeza del poeta, y el reverso, cuya figura tiene toda la majestad y serenidad de sus poesías.

En Leipzig y en Dresde es en donde el arte de la medalla alemán ha conseguido un mayor grado de florecimiento, figurando en primera línea de los artistas que á él se dedican Pablo Sturm, cuya obra es interesante, sobre todo porque en ella revive, hábilmente manejada, la antigua técnica, es decir, que ejecuta el modelo al mismo tamaño que ha de tener la reproducción, con lo cual resulta ésta mucho más perfecta y conserva toda la expresión y todo el vigor del original.

Félix Pfeiffer y Juan Zeissig son asimismo medallistas notables, especialmente en materia de retratos.

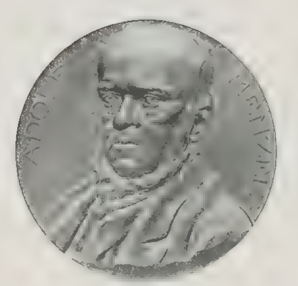
La medalla artística ha alcanzado también gran desarrollo en Inglaterra. Entre los muchos artistas que allí cultivan ese género pueden citarse Spicer Simson y Morcom; las obras del primero recuerdan las de los antiguos italianos; las del segundo se distinguen por la poesía y la gracia de su composición.—P.



Juana Matilde Claude,
medalla de J. C. Chaplain



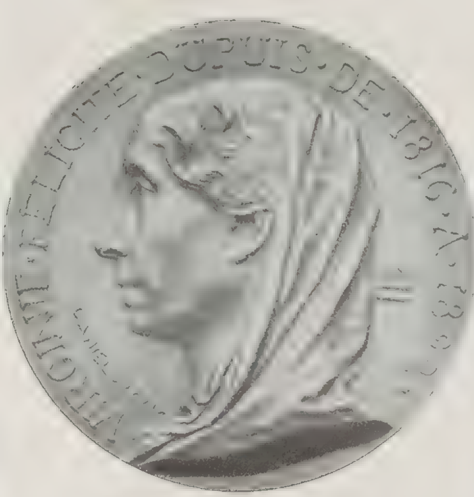
In labore quies, planchita de O. Roty



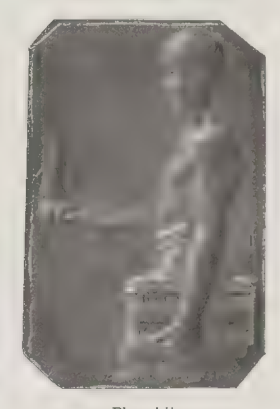
Adolfo Menzel,
medalla de J. Kowarzik



Guardadora de ánades,
planchita de Francisco X. Paulik



Virginia F. Dupuis, medalla de Daniel Dupuis



Planchita
de A. L. Charpentier



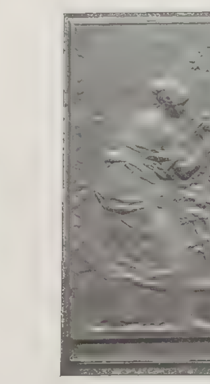
S. S. el papa León XIII,
medalla de Rodolfo Marschall



Francisco Lenbach,
medalla de Armando Hahn



Margarita Spicer Simson,
medalla de Teodoro Spicer Simson



Estación florida,
planchita de Daniel Dupuis



El rey Maximiliano y el conde Leonardo,
medalla de J. Tautenhayn

EXPEDICIÓN DEL BUQUE «JACQUES-CARTIER» AL OCÉANO ÁRTICO

Bajo los auspicios de la *Société d'oceanographie* y de la *Ligue maritime française*, ha organizado el ex oficial de la marina de guerra francesa y notable oceanógrafo Carlos Benard la expedición al Océano Artico que salió el día 12 de los corrientes del puerto de Dunkerque á bordo de la goleta *Jacques-Cartier*. M. Benard concibió hace ya tiempo el proyecto de ampliar los conocimientos hasta ahora adquiridos sobre los mares árticos, y su entusiasta campaña de propaganda por medio de conferencias y de publicaciones conquistóle el apoyo de los ministros de Comercio, de Marina, de Instrucción Pública y de Negocios Extranjeros y del príncipe de Mónaco.

Formóse luego un comité, y gracias á los esfuerzos de éste, pero muy especialmente á los de su presidente, Carlos Roux, que lo es también de la Compañía general transatlántica, se reunieron los fondos necesarios, con los cuales se equipó convenientemente el buque *Jacques Cartier*.

No se trata, como algunos han supuesto, de una expedición para la conquista del Polo, sino de un crucero de oceanografía para estudiar importantes problemas prácticos, entre ellos, el de las emigraciones de ciertos peces que interesa á los grandes pesqueros franceses, y el de ciertas investigaciones geológicas en Nueva Zelandia que pueden ser muy provechosas á la industria minera, y otros problemas de orden puramente científico cuya solución, ha tiempo deseada, contribuirá, si se logra, al progreso general.



Cubierta del buque expedicionario «Jacques-Cartier.» (Fotografía de M. Rol y C.ª)

El *Jacques Cartier* se dirigirá á las costas de Noruega, estudiará los fondos de pesca del mar de Barentz, entre el Spitzberg y la Nueva Zembla, hará en los fiords de ésta estudios de geología, de historia natural y de magnetismo, penetrará en el estrecho de Matochkin, que divide en dos partes la Nueva Zembla, estudiando la hidrografía y la hidrología de aquellas aguas y haciendo la prospección mineralógica de las vecinas montañas, y finalmente visitará el mar de Kara para estudiar en él una fosa de bajos señalada por Nordenskjold.

Como segundo comandante y oficiales de la expedición van el Sr. Espanet y los aspirantes G. Mœvus y R. Nepven respectivamente; en cuanto á los demás expedicionarios, son el doctor Candiotti, médico de la armada, Sr. Frochot, ingeniero de minas, y los Sres. Bœrsch de Malroy y Bermond, encargados el uno del campamento y el otro de las armas, de la caza y de la pesca.

La salida del *Jacques-Cartier* del puerto de Dunkerque fué presenciada por millares de personas que se agolpaban en los muelles. El alcalde subió á bordo para saludar al comandante Benard, y el Sr. Roux, rodeado de los miembros del comité, se despidió de los expedicionarios.

Pocos minutos después un remolcador condujo al *Jacques-Cartier* fuera del puerto, descubriéndose á su paso la muchedumbre.—T.



Grupo de los expedicionarios que forman la misión francesa que bajo la dirección del ex oficial de la marina de Guerra y notable oceanógrafo, Carlos Benard, salió el día 12 de los corrientes del puerto de Dunkerque á bordo del «Jacques-Cartier,» con rumbo al Océano Artico. (De fotografía de Harlingue.)

DE MARRUECOS.—OPERACIONES EN SETTAT.—MULEY HAFID



Soldados marroquíes de la mehalla del hermano del sultán en el campamento de las inmediaciones de Rabat

El guardián del fuerte de Rottenburg

El general d'Amade ha terminado la instalación del campamento de Boucherón, dejando en él un fuerte destacamento compuesto de cuatro batallones de infantería y la caballería y artillería correspondientes, y regresando luego á Ber-Rechid.

En el entretanto, una parte de la mehalla de Muley Hafid había ocupado la población de Settat y se disponía al saqueo de la misma, cuando la llegada de las tropas francesas la puso en fuga; y aunque poco después, en la noche del 8 de este mes, las fuerzas hafidianas intentaron recobrarla por sorpresa, no pudieron lograr su propósito, porque fueron rechazadas con grandes pérdidas.

A la mañana siguiente, el general d'Amade emprendió una ofensiva general, á fin de dejar enteramente libres de enemigos los puestos ocupados por sus soldados. Los rebeldes marroquíes fueron perseguidos enérgicamente hasta una distancia de siete kilómetros.

Estas últimas operaciones han impresionado fuertemente á algunas tribus, cuyos caides y notables han acompañado durante las mismas al ejército francés.

Actualmente reina tranquilidad en Settat y en sus alrededores; los habitantes de la ciudad han regresado á ella y pronto volverá á abrirse el mercado.

Además del campamento de Boucherón, ha instalado el general d'Amade otro en el territorio de los Mzamzas, y aún se propone instalar otros, todo con objeto de pacificar por entero la región de Casablanca.

Muley Hafid se muestra cada día más descaradamente hostil á los franceses. En efecto, no sólo su mehalla se apoderó, bien que momentáneamente, de Settat, sino que además ha enviado municiones y artillería á los rebeldes Medakras y ha ordenado á los caides de Mazagán que se apoderen de todos los camellos y acémilas destinados á las tropas francesas y pongan presos á sus conductores.

A pesar de estos aparentes esfuerzos, la decadencia de la causa hafidista es manifiesta. Según noticias de Fez, los principales caides hasta ahora partidarios del pretendiente, están trabajando para lograr la paz y el perdón del sultán legítimo, y una parte de la corporación de los ulemas se ha reunido secretamente para ver la manera, dentro de los preceptos del Alcorán, de volver sobre el acuerdo adoptado en enero último por virtud del cual fué destituído Abd-el-Aziz.

El general Lyautey se ha embarcado en Orán con rumbo á Marsella, desde donde ha ido á París para conferenciar con el gobierno y comunicarle sus impresiones sobre la acción militar y diplomática. Antes de separarse del general d'Amade, éste le ofreció á él y al ministro Sr. Regnault un almuerzo, que se celebró el día 6 en el campamento de Ber-Rechid y en el que se pronunciaron patrióticos brindis. – R.

El teniente Du Boucherón al frente de su escuadrón de spahis antes del combate de 29 de marzo último en que fué muerto

(De fotografías de M. Branger.)



EL EMINENTE BAJO TEODORO CHALIAPINE EN LA ÓPERA DE BOITO «MEFISTÓFELES»

(De fotografía de Varischi Artico y C.ª, de Milán)



EL EMINENTE BARÍTONO TITTA RUFFO EN LA ÓPERA DE THOMAS «HÁMLET»

(De fotografía de A. Ermini)

SIR HERBERTO ENRIQUE ASQUITH

NUEVO PRIMER MINISTRO INGLÉS

Quebrantado por una larga y grave dolencia, que se recrudeció á la muerte de su esposa, sir Enrique Campbell Bannermann, primer ministro inglés, se ha visto obligado á presentar la dimisión de su cargo, que desempeñaba desde hacía dos años. Político de gran talento y de muchos prestigios, ha sabido durante su gobierno fusionar y armonizar los diversos y en muchas cosas contrapuestos elementos que constituían el ministerio y la mayoría, y conquistarse las simpatías, no sólo de su partido, el liberal, sino también de las oposiciones.



Sir Herberto Enrique Asquith,
recientemente nombrado por el rey Eduardo VII primer ministro de Inglaterra. (De fotografía.)

El retrato de sir Campbell Bannermann y algunos datos biográficos los publicamos, á raíz de su nombramiento de primer ministro, en el número 1 251 de La Ilustración Artística.

El rey Eduardo VII recibió en Biarritz la dimisión y después de aceptada en los términos más encomiásticos para el dimisionario, llamó á sir Herberto Enrique Asquith, que desempeñaba la cartera de Hacienda, y le nombró primer ministro encargándole la reorganización del gabinete.

Sir Asquith nació en Londres en 1853. Se educó en Oxford, y terminada en dicha Universidad la carrera de abogado, se estableció en la capital del Reino como *barrister*.

Siéndole la fortuna poco propicia en el ejercicio de la abogacía, pretendió un destino del Estado. Gladstone le dió un empleo, y á los pocos meses el modesto jurisconsulto adquirió gran notoriedad en el proceso que, á petición de Parnell, se instruyó contra *The Times*.

Mister Asquith demostró que las cartas en que el gran diario londinense documentaba sus acusaciones contra Parnell, afirmando hallarse escritas por éste, eran falsas de toda falsedad.

A partir de aquella versión, Asquith subió rápidamente.

Fué diputado, y atacó tan sin compasión á Salisbury, que dió origen á una crisis.

Gladstone formó el nuevo gobierno, y Asquith fué su ministro del Interior.

Al estallar la guerra anglo-boer, Asquith, con lord Rosebery, con sir Edgar Grey y con Haldane, fundó la Liga liberal, partidaria de la guerra, y al iniciarse en el Parlamento el proteccionismo de Chamberlain, lo atacó rudamente.

Llamado al poder sir Campbell Bannermann, contó desde luego con la valiosa cooperación de Mr. Asquith, no sólo por su asombrosa competencia financiera y su saber político, sino por sus grandes condiciones de orador parlamentario.

BARCELONA. – GRAN TEATRO DEL LICEO

TEMPORADA DE PRIMAVERA

Cuando este número se publique habrá comenzado ya la temporada de primavera de nuestro primer coliseo lírico. Corta será esta temporada, pero en cambio, como decíamos en nuestro número anterior, pocas veces y en pocos teatros se habrá visto reunida una compañía tan notable como la que ha contratado el Sr. Bernis. Titta Ruffo, el famoso barítono, y el no menos famoso bajo Teodoro Chaliapine, son dos artistas que hoy figuran entre las más brillantes *estrellas* del arte del canto; el primero cantará *Amleto*, de Thomás, y *Rigoletto*, de Verdi, y el segundo, *Mefistófeles*, de Boito, de cuyo protagonista ha hecho una verdadera creación. Pero no son estas las únicas notabilidades que podrán aplaudir los filarmónicos barceloneses; la señorita Graziella Paretto, de quien se asegura que está llamada á ser una segunda Patti, cantará *Amleto, Rigoletto y Lucia di Lamermoor*; la señora Passini-Vitale verá reproducidas las ovaciones que en la temporada anterior logró desempeñando el papel de *Sieglinda* en *La Walkiria*, de Wágner, ovaciones que compartirá, como las compartió entonces, con el tenor Vaccari y el barítono Kaschmann; y Garbin, el tenor ya tan ventajosamente conocido de nuestro público, se presentará nuevamente interpretando el Rodolfo de *La Boheme*, de Puccini. Los demás artistas contratados, señoritas Grisi, Baldassare, Campagnoli, Pozzi y Lucci y el tenor Schiavazzi, de la Scala de Milán, son desconocidos en Barcelona, pero las noticias que de ellos se tienen permiten esperar que estarán á la altura de sus compañeros.

Dirigirá la compañía el reputado maestro señor Vitale, que recientemente ha sido nombrado director de orquesta del citado teatro milanés, y completará ese excelente conjunto el maestro Acerbi, que en las últimas representaciones de *Los maestros cantores de Nuremberg* fué objeto de merecidas ovaciones por la perfección con que los coros, por él ensayados y dirigidos, desempeñaron su dificilísima parte en dicha ópera.

BARCELONA. – Cartel anunciador de las fiestas del 50.° aniversario de los Juegos Florales. Obra de Ramón Casas.

Nuestra ciudad se dispone á celebrar con grandes fiestas el 50.° aniversario de la fundación de los Juegos Florales, haciéndolas coincidir con las de la conmemoración del sexto aniversario del nacimiento de D. Jaime I *el Conquistador*, que á este efecto fueron en su día aplazadas.

Tales fiestas prometen ser solemnísimas y á ellas concurrirán representaciones de todas las regiones que en tiempo de aquel gran monarca formaban la Corona de Aragón y se asociarán todos los admiradores entusiastas, así de España como del extranjero, de aquella institución de los Juegos Florales que, nacida al calor del cariño de unos pocos á la lengua catalana, ha llegado á un grado de esplendor incomparable y ha sido el factor más poderoso y el impulso más eficaz del renacimiento literario, artístico y político de Cataluña.

Para anunciar esas fiestas, el famoso pintor Ramón Casas ha hecho el cartel que adjunto reproducimos y que es una obra bellísima bajo todos conceptos. Sencillo en su composición, grandioso en su dibujo, suave en su colorido, el cartel de Casas puede colocarse al lado de los mejores en su género; la majestad de la figura corresponde á la alteza del pensamiento que simboliza y los pocos elementos decorativos armonizan admirablemente con la sobriedad con que aquélla está trazada y son perfectamente adecuados al objeto á que el cartel se destina.



Graziella Paretto,
soprano ligera, contratada para la temporada de primavera de nuestro Gran Teatro del Liceo. (De fotografía.)

Espectáculos. – Barcelona. – En el Principal se ha estrenado con buen éxito *Parada y fonda*, sainete en un acto de D. Figueras y Ribot y Francisco de Boter.

– Contratada por el *Orfeó Català*, la célebre Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por el eminente maestro Strauss, dará tres conciertos en los días 15, 16 y 17 del próximo mayo. En el repertorio que dicha orquesta ejecutará figuran, entre otras obras, las sinfonías quinta y octava de Beethoven, la sinfonía *Júpiter*, de Mozart; las oberturas de *Tannhauser* y de *Los maestros cantores de Nuremberg*, la escena del *Venusberg* y el *Encanto del Viernes Santo* de *Parsifal*, de Wágner.

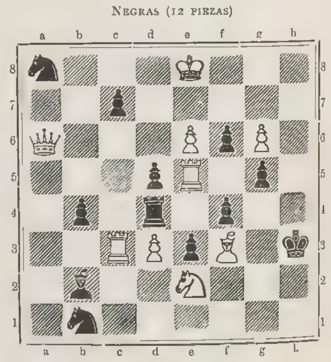
JOCHS FLORALS DE BARCELONA
MAIG 1908
FESTES DEL CINQUANTENARI

Cartel anunciador de las fiestas que con motivo del 50.° aniversario de los Juegos Florales de Cataluña se celebrarán en esta ciudad en el próximo mes de mayo. Obra de Ramón Casas.

AJEDREZ

Problema núm. 492, por V. Marín.

Negras (12 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 491, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Dd2–a2	1. d6–d5
2. Cf8–g6	2. Cualquiera.
3. D, C ó T mate.	

Variantes.

1. ... Ab1×a2;	2. Cc4–d2 jaq., etc.
Rc4×f3;	2. Da2–g2 jaq., etc.
Re4–d5;	2. Tf3–f5 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. Cc4–d2 jaq., etc.

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA.—ILUSTRACIONES DE CUTANDA. (CONCLUSIÓN.)



Los dos se abrazaron. El muchacho reía de gusto y el tío Delfín lloraba

Cuando acabó, el tío Delfín lo estrechó entre sus brazos y lo besó en la frente.

—¡Pobre Alegre! Yo también he sufrido.

Y con la misma sencillez de Alegre contóle la historia de esos dos años.

Era monótona: cien tempestades sufridas en cien mares; las peripecias de todos los marinos con idénticas aventuras é iguales peligros. Sólo que hacía ya cuatro años que no veía á sus hijos; siempre esperando una ocasión que no llegaba, y sufriendo siempre la misma decepción. El *Santa Ana* había cambiado de patrón y de itinerario; ya no se acercaba á la costa donde él tenía su hogar, aquel hogar que tanto quería y en el que lo esperaban sus hijos solos, porque su mujer, ¡pobre tío Delfín!, había muerto; poco tiempo antes recibió la noticia en una carta con seis meses de retraso; los pobres chicos, sus hijos adorados, habían quedado á cargo de una parienta lejana, que sólo esperaba la llegada de su padre para deshacerse de ellos.

—¿Y qué hará usted ahora?

—¿Ahora? Pues hacer el último viaje en el *Santa Ana*; vamos á Valparaíso; de allí volveremos á Buenos Aires, y de Buenos Aires nos iremos á Palermo; allí desembarcaré; mi contrata habrá concluído; mis hijos me esperan...

—¿Y no volverá á embarcarse?

—¡Hum! Quizás; quién puede decirlo; pero sólo después que los chicos estén bien colocados; además, estoy volviéndome viejo y las cuadernas se aflojan.

Y al decir esto el tío Delfín estiraba los brazos enseñando su musculatura de titán.

—¿Verdad que aflojan, Alegrillo?

La admisión de Alegre como grumete á bordo del *Santa Ana* era lo que más difícil parecía. La tripulación del buque estaba completa, y el capitán Volpi, hombre tacaño si los hay, no aumentaba así como así su presupuesto de gastos.

Esto aparte de que el muchacho con su aire tristón y candoroso tenía más aspecto de monaguillo que de grumete.

—¡Por Santa Ana!, decía el capitán soltando un taco y sacudiendo rudamente al chico, me parece que tú no sirves para maldita la cosa. A ver, trepa al trinquete.

Alegre quitóse la blusa y en un abrir y cerrar de ojos llegó al extremo del mástil.

—Enverga la vela.

El negrillo obedeció.

—Larga un rizo... ¡Diablo!, masculló Volpi, admirado de la soltura y limpieza con que Alegre ejecutaba las maniobras como si hubiera sido un gaviero de profesión. No será un mal grumete; puedes bajar, chiquillo, y á tierra, que apenas te quedan tres horas para hacer tu maleta. A las dos en punto estás aquí, ó pierdes el viaje y el empleo, ¿entiendes?

El capitán había despedido esa mañana á uno de sus hombres; no podía haber venido más á tiempo aquel negrillo. Alegre era ya un marino. A las cinco de la tarde, el bergantín *Santa Ana*, lejos ya del puerto, con todas sus velas desplegadas, marchaba á razón de diez millas por hora hacia los mares del Sur.

Alegre, á popa, inclinado sobre la borda, veía esfumarse los detalles de la gran ciudad.

Al sentir el chapoteo del agua que batía las maderas del buque, al ver las inmensas velas blancas extendidas sobre su cabeza, al alejarse de la tierra, le pareció que se despojaba de parte de sí mismo, que su corazón quedaba en ella, en su segunda patria, en la patria de Margarita.

Le pareció que al huir de ella, quizás para siempre, huía del recuerdo de su amiguita. Creyó ver de nuevo la dulce figura de la niña, que con ademán suplicante lo llamaba.

—¿Te vas, Alegre, te vas? ¡Ingrato!

Era su voz argentina, vibrante, musical; aquella voz armoniosa que lo enloquecía.

Alegre hubiera querido volver; pero el *Santa Ana*, arrastrado por la brisa, volaba hacia alta mar.

Las nostalgias de la patria invadieron su alma; sintió que sus lágrimas se desbordaban, y avergonzado de llorar, siendo todo un marino, ocultó la cabeza entre las manos.

—¿Lloras, hijo mío?, díjole alguien acariciándolo. ¡Pobrecillo!

Era el tío Delfín, que á través de esas lágrimas veía todo lo que pasaba en el corazón del grumete.

XXXVII

UN HÉROE DE DOCE AÑOS

Un chico que á los doce años ni juega ni ríe á carcajadas, es para los marineros, gente grosera por lo general, un simple que sólo sirve para blanco de las burlas de los otros.

Alegre no jugaba ni reía; su tristeza silenciosa era atribuída á cortedad de genio; á bordo no conocían el drama de su vida. Por eso allí no tenía más amigos que el contramaestre.

Cuando las ocupaciones retenían al viejo marino, Alegre vivía como un pájaro en la arboladura, dejando correr las horas, con la vista clavada en el horizonte, hacia el Norte, como si sus ojos sugestionados descubrieran en las azules lejanías del Océano algo que nadie descubría.

Eso sí, cuando el tío Delfín estaba en la rueda del timón, el chico, si no tenía entre manos alguna tarea de grumete, iba en busca de su amigo, y juntos pasaban el tiempo conversando en voz baja, como dos conspiradores.

El tío Delfín hablaba de la mar, de su patria, de sus hijos; de sus hijos sobre todo: allí estaba su flaco; no veía las horas de llegar á Valparaíso para volver á Sicilia, dar un adiós á la mar y buscar un pedazo de tierra firme donde echar el ancla y pasar el resto de sus días junto á aquellos pedazos de su alma. ¡Dios de Dios!, hubiera dado gustoso la mitad de ese resto por abrazarlos cuanto antes; uno, Felipillo, tendría doce años, como Alegre, porque cuando lo dejó era un gracioso diablillo de robustos mofletes, moreno como un bandolero de ocho abriles; el otro tendría á lo sumo nueve, ya se ve, Pedrito era un dulce querubín de cabellos de oro y ojos azules, que apenas frisaba en su quinta primavera cuando él se embarcó la última vez.

Después el tío Delfín callaba, comprendía que al recuerdo de sus hijos debía unirse el de su esposa, pero la herida aún estaba fresca; hablar de ella era enternecerse, era sentir un escarabajeo en el corazón y un ardor en los ojos, que se le nublaban, á él, todo un lobo de mar, un...

—¡Vientre de ballena!, gritaba el contramaestre para cortar el hilo de sus pensamientos. Alegre, ¿quieres que te cuente un cuento?

Y como Alegre siempre quería, comenzaba: «Era á principios del siglo...»

—¡Ah!, interrumpió el chico. ¿El de Enrique, el hijo del capitán?

—Sí; ¿lo conoces?

—Como que usted mismo me lo contó.

—¿Yo? ¿Cuándo, hijo mío, cuándo?

—La tarde aquella en que nos conocimos, en Nápoles, al embarcarnos con *il signor* Bertoni.

—¡Ya! Pues tienes razón. ¡Qué memoria la mía! A ver, busquemos otro.

—¡No, no! Siga; ¡es tan lindo ese cuento!

El tío Delfín contaba por segunda vez la aventura del hijo del capitán, y al siguiente día, á ruego de Alegre, volvía á contarla, y después lo mismo, y siempre al acabar oía decir al chico:

—¡Yo quisiera ser como Enrique!

—¿Un héroe de doce años? ¡Difícil es! ¡Con todo..., ¿qué edad tienes tú?

—Doce años..., lo mismo que Enrique.

—¡Es verdad! Pues, chico, difícil es, pero no imposible; á tu edad no quiere uno jugarse la vida; con todo, ¡qué diablos!, quién sabe si llegarías á serlo; apostaría doble contra sencillo á que de ti saldrá un nuevo Enrique. ¿Me dejarías perder, Alegre?

Alegre sentía correr por sus venas una sangre generosa; ciento contra uno hubiera podido apostar. Y el tío Delfín guiñaba un ojo: aquel grumete tenía arboladura de héroe.

Una tarde navegaba el *Santa Ana* á la altura del cabo de las Once mil Vírgenes.

El día había sido caluroso, más que caluroso, pesado. Ni una racha de aire acariciaba las deshinchadas velas que caían á lo largo de los mástiles, chicoteando las vergas con aleteos de pájaro moribundo. Se había largado todo el trapo para aprovechar el menor soplo de aire; pero ni por esas. El bergantín en medio del mar permanecía inmóvil, como anclado en una inmensa balsa de aceite.

El tío Delfín en el timón contaba cuentos á Alegre. A pesar de la serenidad de la tarde, estaba inquieto: algo presentía, y su instinto de marino no solía engañarle. Las velas continuaban golpeando flojamente los palos; sin embargo, no se escapó á sus

miradas un estremecimiento de la lona; acababa de levantarse una brisilla ligera; miró al mar; el agua, tersa minutos antes como un cristal, se rizaba levemente.

—Ya tenemos brisa, oyó decir á uno de los marineros; por fin vamos á movernos.

El viejo lobo, volviéndose, escudriñó ávidamente el Levante. Un velo plomizo iba envolviendo el horizonte. El tío Delfín, al ver aquello y al sentir que una ráfaga húmeda y fresca le acariciaba el rostro, frunció el ceño.

—¡Tiburones!, murmuró para sus adentros.

—¿Y qué más?, preguntó Alegre impaciente por saber lo que faltaba del cuento.

—Mal tiempo para cuentos, chiquillo; anda, llama al capitán, porque estamos de baile y antes de media hora, ¿eh?

El capitán Volpi salió á poco de su camarote, adonde Alegre fué á arrancarlo de una siesta patriarcal.

—¿Qué hay?, preguntó malhumorado, aspirando con avidez el aire fresco.

—Que ya le tenemos, capitán.

—¿A quién?

—Al Levante; se nos viene encima.

El capitán paseó sus miradas soñolientas por el horizonte, y respondió encogiéndose de hombros y dando una media vuelta:

—¡Psh! Tanto mejor; tendremos viento; cuando llegue que avisen.

Y se zambulló en la cámara.

—¡Cachalote!, refunfuñó el tío Delfín. Siempre dije que tú entendías tanto de mar, como yo de cantar misa. ¡Vientre de ballena!, que avisen cuando llegue, ¡y le tenemos encima! Tanto mejor, nos moveremos, ya verás si nos moveremos y antes de media hora.

En efecto; no habían pasado treinta minutos, y ya cárdenos relámpagos cuarteaban los nubarrones plomizos que habían ido cubriendo todo el Levante.

Se oyó un trueno sordo como un toque de alarma, y un torbellino envolvió al bergantín.

Las velas se hincharon de golpe; crujió la lona; gimieron los obenques y el buque partió hacia el Sur como una flecha.

—¡Rayo de Dios!, rugió el tío Delfín. Anda, muchacho, despierta á ese hombre; dile que ya ha llegado; ¡que venga con mil diablos!

Alegre corrió á la cámara. El viejo marinero hizo sonar su silbato de contramaestre.

¡A su puesto cada uno!, quería decir aquel estridente silbido.

El capitán subía despierto ya del todo, comprendiendo su imprudencia.

—¡Arría mayores!, mandó con voz que no pudo ahogar el fragor de la tormenta que empezaba.

Los marineros se lanzaron á los palos y desanudaron las jarcias para arriar las velas, pero el huracán no les dió tiempo.

Reventó el trueno, y la segunda racha envolvió al buque tumbándolo.

Si mano menos experta que la del tío Delfín hubiera empuñado la rueda, de seguro hubieran zozobrado; pero allí no había otro que el viejo marinero que con un golpe de timón á tiempo enderezó el barco; y aunque el viento arrancó en su brusca arremetida la mitad del velamen, con el trapo restante el *Santa Ana*, dando tumbos sobre las olas, partió como un caballo desbocado.

Principiaba la lucha siempre admirable entre la naturaleza y el hombre.

De una parte la fuerza brutal, irresistible, de los elementos sublevados. De la otra la inteligencia.

El cielo en la parte del Noreste se había cubierto de obscuros celajes, que avanzaban en tropel como escuadrones en línea de batalla; los rayos del sol orlándolos de oro al dorar sus orillas desgarradas, prestábanles algo de fantástico. De cuando en cuando rasgaba su negro vientre la fosfórica luz de un relámpago ó el ziszás de un rayo que estallaba en sus entrañas, y á poco se oía la voz del trueno sordo y prolongado unas veces como el desplome de una torre, otras crepitante y seco como una descarga de fusilería. Esto arriba.

Abajo, el mar habíase llenado de tumefacciones como si un infierno hirviera en sus entrañas. De la parte del levante avanzaba un murallón líquido, verdoso, rizado, con flecos blanquecinos en la cima.

Y entre mar y cielo el bergantín *Santa Ana*, á pesar de su escasa lona, huía en carrera desatentada delante del huracán.

Allí estaba la salvación: huir esquivando las embestidas furiosas y los bruscos maretazos, que hacían crujir las ensambladuras del casco, y que de cogerle desprevenido hubieran anegado el barco.

Por fortuna allí estaba el tío Delfín, que haciendo pie en una saliente de la cubierta, sostenía con todo el cuerpo la rueda del timón, espiando en la movediza superficie del agua un resquicio, una salida cual quiera por donde escapar de las olas, ó una pendiente fácil de escalar para encaramarse hasta el comba do lomo de alguna de ellas, para que ella misma, protegiéndolo á pesar suyo, lo llevara consigo.



—¡Alegre!, decía ¿quieres ser, como Enrique, un héroe de doce años?

La tripulación, amarrada á los palos para resistir los golpes de las olas que barrían la cubierta, permanecía alerta para la maniobra, fiándose más de la pericia del contramaestre que de la del capitán. También éste lo dejaba todo en manos del viejo lobo.

Alegre, cerca de la rueda del timón, amarrado por mitad de la cintura á un calabrote, miraba más sorprendido que asustado la escena que le traía á la memoria el recuerdo de otra no muy lejana, pero mucho más terrible. Entonces tenía miedo, ahora no. ¿Quién podía tenerlo al lado de aquel valiente marino, que afirmado en la rueda, rígido, como si sus pies estuvieran remachados en la cubierta, resistía inconmovible los chicotazos con que el mar le azotaba, y por pensar en la salvación de los otros no se acordaba de la propia?

A cada instante estallaba sobre sus cabezas un rayo, que como una culebra de oro se descolgaba de las nubes al mar. Hubo un momento en que un trueno espantoso hizo vibrar al buque entero desde la quilla hasta la punta de los palos. Un alarido de terror se escapó de todos los pechos; un globo de fuego, una centella, deslizándose por los obenques, fué á reventar casi encima de la cabeza del timonel.

Durante varios segundos todos quedaron encandilados Cuando el tío Delfín abrió los ojos, consultando la brújula, vió que el barco se dirigía un cuarto más al Oeste de su rumbo verdadero. Movió la rueda del timón volviéndole á su posición anterior. El cabeceo del buque se acentuó más. ¿A qué se debía aquello? ¿Había acaso cambiado de rumbo la tormenta? El viejo marino no lo comprendía; pero aun á costa de atravesarse un poco á la mar, era preciso conservar el derrotero que marcaba la brújula; aquellos mares estaban sembrados de islas y bajíos, y el camino más seguro para correr delante del huracán y evitar al mismo tiempo los escollos, era el que llevaban.

Una hora larga debieron de correr así.

La fuerza del huracán no amainaba, antes parecía aumentar á cada minuto. Pero el *Santa Ana* era un barco sólido, y dirigido como iba por una mano experta, era en vano que las olas se cansaran persiguiéndolo y embistiéndolo por la popa; el buque, dócil al timón, hurtaba el casco á aquellas moles de agua turbia que se desplomaban junto á él, y ligero como un corcel que siente la espuela, huía dando tumbos sobre la movible superficie del mar.

¡Bravo!, murmuraba el tío Delfín, aferrándose á la rueda con uñas y dientes. Ya podéis, hijitas, cansaros corriéndonos; á Dios gracias el casco es sólido, y si la arboladura resiste, apuesto doble contra sencillo á que no nos pilla la noche sin estar en refugio seguro. A pesar de esto, el viejo marino no las tenía todas consigo. Cuando reventó la centella sobre su cabeza, se encandiló, y hubo de pasar un minuto ciego como si le hubieran quemado los ojos; pero estaba seguro, ¡diablo si lo estaba!, de no haber dejado moverse un milímetro la rueda del timón; buen cuidado tuvo de mantenerla firme, como si su quicio se hubiera fundido con el eje. ¿Por qué, pues, la aguja magnética señalaba un cuarto al Este el rumbo verdadero? ¿Cómo se había desviado tanto sin sentirlo? Esto le daba mala espina.

De pronto vió la explicación del enigma clara como la luz del día y terrible como una sentencia de muerte.

Su oído, habituado á distinguir unos de otros todos los ruidos del mar, acababa de percibir un rumor que no se parecía ni al estampido crepitante ó sordo del trueno, ni al peculiar estruendo de las olas de alta mar, ni al golpe seco de los maretazos en las bandas del barco. Era un rumor sostenido como un redoble de tambores sonoros; un eco prolongado como si mil carros corrieran despeñados sobre un montón de piedras.

El contramaestre tembló.

—¡La resaca!, murmuró.

Y era la resaca, era el bramar de las olas al estrellarse contra una escollera.

Huyendo de la tempestad se habían acercado á tierra; huyendo de un peligro remoto habían ido á caer en las fauces de otro cien veces mayor.

En alta mar, un buen barco puede salvarse corriendo con la tormenta; pero cerca de la costa, donde las olas redoblan su furor y su empuje, el buque más grande es sólo una cáscara de nuez que, á merced de ellas, sin gobierno, sin rumbo, corre ciegamente á hacerse astillas en los escollos.

Y el *Santa Ana* estaba allí, á pocos cables de un acantilado. ¿Cómo se habían acercado á él?

El contramaestre lo sospechaba; el influjo magnético de la centella obrando sobre la aguja imantada, habíala desviado de su recta dirección, engañando al timonel con el rumbo falso que señalaba y que lo había arrojado contra la costa de que debía huir.

La tripulación toda oyó el rumor de la resaca, comprendió el peligro, y un solo grito salió de sus pechos: «¡Perdidos!»

El capitán corrió á proa

¡Un cuarto á estribor!

El timonel movió la rueda; el buque dió un bandazo al virar, y encabritándose hundió su proa en el hirviente remolino de las olas.

Era tarde para enmendar el yerro cambiando de rumbo; sólo alcanzó á correr unas cuantas brazas; sintióse un áspero rozar de maderas que hizo vibrar al barco, oyóse un crujido enorme, el trinquete saltó hecho astillas, las velas volaron en jirones, y el bergantín quedó clavado en el sitio, como si una mano invisible lo hubiera agarrado por la quilla.

Con la brusquedad del choque todos quedaron aturdidos; el contramaestre perdió el equilibrio y rodó por el puente, á tiempo que una masa de agua turbia y espumosa caía sobre él barriéndolo de punta á punta; por fortuna el tío Delfín tuvo tiempo de asirse de un cabo, evitando que la ola lo arrastrara al mar. Cuando el maretazo hubo pasado, oyóse el grito de la tripulación.

—¡Encallados!

Y todos corrieron á los botes. Pero de los cuatro que llevaba el bergantín sólo quedaba uno; á los demás los había arrebatado la ola.

En la desesperación de sálvese quien pueda, la tripulación, desmoralizada, corrió hacia aquel pedazo de tabla que les restaba, única esperanza de salvación.

El capitán fué el primero en arrojarse á él. Pero allí estaba el tío Delfín que de un empellón lo hizo retroceder.

—¡Van á hundirlo, brutos!, gritó empuñando su

revólver. ¡En orden todos, ó al primero que se adelante le salto la tapa de los sesos!

El capitán, ebrio de rabia, se echó sobre el bote atropellando al viejo marino. Sonó un estampido, y Volpi, con el cráneo destrozado, rodó por la cubierta.

—¡Uno menos!, rugió el contramaestre. Ahora mando yo; donde hay un capitán que olvida sus deberes, manda el segundo.

La gente, amedrentada, se detuvo.

El barco se iba hundiendo rápidamente; la vía de agua abierta en la quilla debía de ser enorme; era necesario aprovechar hasta los segundos para salir de él cuanto antes; el bote quizás, franqueando la blonda de mugidoras espumas que ceñía la cercana costa, podría arribar á un punto donde fuera posible desembarcar; la empresa era arriesgadísima, pero no había otra esperanza de salvación y era preciso correr el albur.

En el bote á duras penas cabían doce, y eran trece contando el grumete.

La gente comenzó á embarcarse; cuando hubieron subido once, sólo quedaban en el puente Alegre y el contramaestre.

—¡Otro!, gritó éste que llevaba la cuenta. Nadie se movió.

—¡Otro! Que suba el último, Alegre, hijo mío, á ti te corresponde.

Alegre no pestañeó.

—Vamos, Alegre, ¿me oyes?

—¿Y usted, tío Delfín?

—¿Yo? ¿No soy el capitán, truenos? ¿No debo ser el último, rayo de Dios? Vamos, salta, muchacho.

El grumete no se movía.

—¿Qué es eso?, interrogó el contramaestre estremeciéndose. ¿No quieres bajar al bote? ¿No ves que el buque se hunde?

—No importa, yo quiero quedarme; suba usted.

—¡Otro!, gritaban desde el bote impacientes y admirados ante aquella lucha de generosidad. ¡Cabe otro!

El tío Delfín quiso tomar en brazos á Alegre para embarcarlo á la fuerza, pero el chico se le escabulló.

—¡Alegre!, suplicó el viejo, sube, hijo mío; á mí me toca quedarme; soy el culpable de esto; soy el capitán; soy viejo, tú eres joven, ve niño mío; sube, por Dios.

En vano; el chico no se movía; el buque se iba hundiendo más y más; pronto el mar lo cubriría.

—¡Pronto, Alegre, ó mueren todos! ¡Sube ó en breve será tarde! Aún es tiempo; sube, no quieras morir; eres joven, eres niño, yo soy viejo.

—Tío Delfín, dijo Alegre arrojándose al cuello del marino, suba usted, yo no tengo á nadie en el mundo, á mí nadie me espera; á usted sí, sus hijos; Felipe, aquel pirata moreno de doce años; Pedrito, el dulce querubín de nueve, ¿se acuerda? Hace cuatro años que no los ve. ¿Qué será de los pobrecitos si usted se queda aquí? ¡Suba tío Delfín! Yo no tengo á nadie, á mí nadie me espera.

El tío Delfín sintió un vértigo; sus ojos se nublaron; el negrillo lo había herido en la fibra más sensible.

—¡Alegre, Alegrito!, gritó abrazando al niño y besándolo.

Sus piernas se doblaron, su vista se enturbió, y sin conciencia de lo que hacía, se arrojó al bote.

Era tiempo ya; la ligera embarcación se apartó del bergantín, que se iba hundiendo y que la hubiera arrastrado consigo en el remolino que formaran las aguas al cubrirlo.

Cuando el contramaestre abrió los ojos, alcanzó á ver al grumete aferrado á la borda para resistir los chicotazos del mar.

—¡Tío Delfín, rece por mí!, gritaba el muchacho.

Pero el tío Delfín no oía más que el fragor de la resaca.

Alegre no estaba solo; Tell tampoco cabía en el bote. Había ya media vara de agua en lo más alto del puente, y crecía por segundos. Pronto llegó al pecho del grumete; hubiera podido trepar á los obenques, pero era inútil; minutos más tarde ó más temprano, la muerte llegaría, la muerte amarga y fría de las olas.

Se abrazó á Tell que nadaba á su alrededor; alzó los ojos al cielo; murmuró una última plegaria; dedicó un postrer recuerdo á Margarita; se acordó de la *Gaviota* que lo esperaba, y dejó que la mar, un momento calmada, lo envolviera entre sus pliegues...

. . . .

Cuando las cofas del bergantín se hundieron, el contramaestre soltó una agria carcajada.

—¡Alegre!, decía, ¿quieres ser, como Enrique, un héroe de doce años? Dificilillo es, hijo mío; ¡pero quién sabe si llegarás á serlo!

Y la risa estridente del loco crispaba los nervios de los remeros del bote, que se acercaba á la espumosa escollera.

FIN

UN SUBMARINO PARA LA PESCA DE ESPONJAS

El vicario general de la diócesis de Cartago, el padre Raúl, que ha estudiado á fondo la industria de la pesca de las esponjas, pensó hace años en aplicar á la misma los progresos de la navegación submarina, y aun llegó á construir con medios rudimentarios un submarino, cuyo funcionamiento, á pesar de sus imperfecciones, le afirmó en sus esperanzas. Recientemente una sociedad fundada bajo sus auspicios en Bizerta ha encargado á la sociedad *Forges et Chantiers de la Mediterranée* un verdadero submarino que hace poco ha hecho con éxito satisfactorio las pruebas de resistencia á la presión.

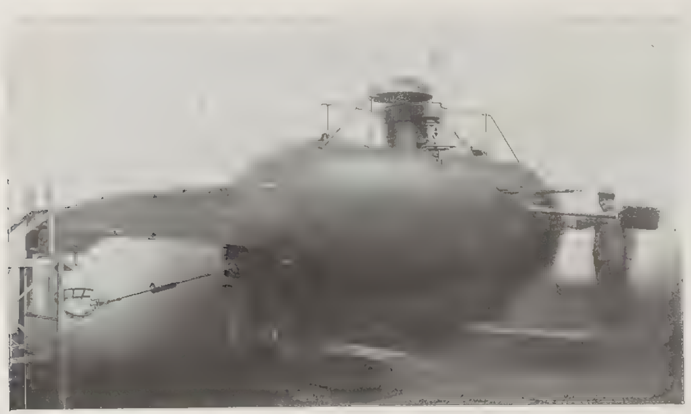


Fig. 1. – Submarino para la pesca de esponjas en la costa de Túnez

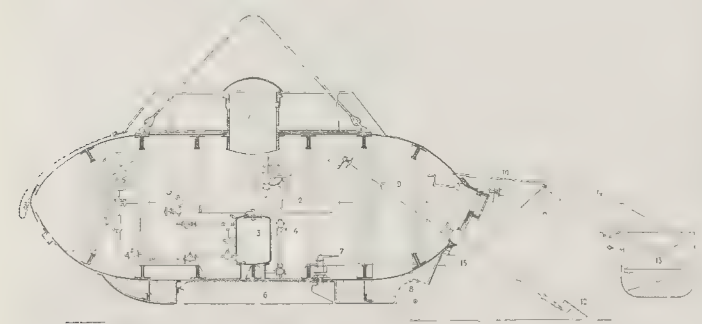


Fig. 2. – Sección longitudinal del submarino. – 1. Capota de descenso. – 2. Depósito de aire comprimido. – 3. Caja de agua central. – 4. Caja de agua lateral. – 5. Bomba. – 6. Plomada de seguridad. – 7. Válvula de la plomada de seguridad. – 8. Rueda. – 9. Brazo movible. – 10. Cabria de maniobra de la plomada de anclaje. – 11. Lámparas eléctricas. – 12 Pinza para coger las esponjas. – 13. Cesta. – 14. Brazo. – 15. Plomada de anclaje.

Este buque desplaza 8.660 toneladas, tiene cinco metros de largo por 1'60 de diámetro y puede llevar dos tripulantes; su forma general es cilíndrica con extremidades esféricas y una sola abertura con un quiosco da acceso al interior.

Los medios de inmersión están constituídos por tres cajas de agua de una cabida total de 560 litros; dos de ellas contienen 500, se llenan directamente del mar y se vacían por medio de una bomba; la otra sólo contiene 60, se llena como las anteriores y se vacía por medio del aire comprimido. Esta última sirve para los pequeños movimientos de inmersión y emersión. Una pesada de seguridad de plomo puede soltarse en caso de necesidad para lograr una emersión rápida.

La propulsión se obtiene mediante dos remos de acero que atraviesan el casco en una juntura esférica estanca.

En la quilla del barco hay una rueda, merced á la cual el submarino podrá moverse sin necesidad de los remos cuando repose en fondos planos de arena dura.

Los medios de pesca consisten únicamente en un brazo de acero que sale por la proa al través de una juntura esférica que permite imprimirle desde el interior movimientos variados. Este brazo lleva en su extremo unas pinzas cortadoras que recogen la esponja y la depositan en una cesta suspendida encima de él. El fondo del mar en que ha de operarse se ilumina por medio de un grupo de lámparas eléctricas y de un reflector, y los pescadores exploran el fondo al través de un tragaluz practicado en la proa del submarino y cerca del cual está la palanca de maniobra del brazo movible.

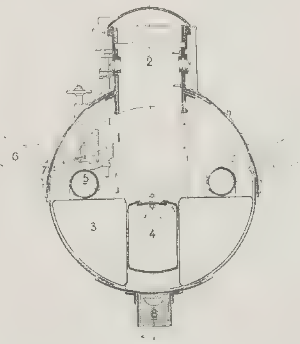


Fig. 3. Sección transversal del submarino. – 1. Aparato para abrir y cerrar la capota. – 2. Capota de descenso. – 3. Caja de agua lateral. – 4. Caja de agua central. – 5. Depósitos de aire comprimido. – 6. Remos. – 7. Junturas esféricas. – 8. Plomada de seguridad.

Una bola de plomo, suspendida al extremo de un alambre de acero, puede bajar hasta el fondo ó subir por medio de una cabria instalada en el interior y hace las veces de ancla.

La luz de las lámparas que alumbran, así el interior del barco como el fondo del mar, es producida por una pequeña batería de acumuladores.

Un teléfono pone en comunicación á los dos hombres que constituyen la tripulación del submarino con el exterior. – J.

TOLÓN.-INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO Á LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DEL «JENA»

El día 10 de los corrientes efectuóse en Tolón la inauguración del monumento erigido á la memoria de las 120 víctimas de la explosión del acorazado *Jena*, suceso del que nos ocupamos oportunamente en el número 1.317 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Ese monumento, construído en el cementerio de Lagoubrán, sobre la fosa en que están enterrados los restos de aquellas víctimas, consiste en un cenotafio de piedra dura y de forma clásica, adornado con áncoras en dos de sus lados y con flores en los otros dos, que se alza sobre un pedestal cuadrado de dos metros de alto.

En una de las caras del pedestal hay grabada la siguiente inscripción: «Recuerdo Francés. El departamento de la Marina, la escuadra del Mediterráneo, la ciudad de Tolón á los oficiales y marineros del *Jena*, víctimas de la explosión del 12 de marzo de 1907. ¡Para nosotros el recuerdo, para ellos la inmortalidad!» En las caras laterales hay inscritos los nombres de todas las víctimas. Cuatro áncoras enlazadas con cadenas rodean el monumento, alrededor del cual se han depositado las muchas y hermosas coronas que figuraron en el entierro y que hasta ahora habían estado depositadas en el Arsenal terrestre.



Tolón.—Inauguración del monumento erigido á la memoria de las ciento veinte víctimas de la catástrofe del acorazado «Jena,» ocurrida en 12 de marzo de 1907.
El contraalmirante Bellanger pronunciando un discurso. (De fotografía de M. Branger.)

Asistió al acto inaugural una muchedumbre emocionada y compuesta de muchos millares de personas de todas las clases sociales. En la comitiva estaban el almirante Marquís y todos los contraalmirantes de la escuadra y del puerto presentes en Tolón, el subprefecto, el alcalde, los concejales, los sobrevivientes del *Jena* y numerosas delegaciones de sociedades con sus banderas. En el cementerio pronunciaron sentidos discursos M. Niessens, secretario general del *Recuerdo Francés*, el contraalmirante Bellanger y el almirante Marquís.

ROMA EN LAS RUINAS DEL COLISEO

El Coliseo, además del interés que ofrece desde el punto de vista artístico, lo tiene y muy grande en el concepto religioso, porque en él fueron inmolados los primeros mártires cristianos. Nada tiene, pues, de extraño que sean muchas las personas piadosas de todas las nacionalidades, que continuamente, pero en especial durante la Cuaresma y la Semana Santa, acuden allí á orar y á meditar, en el mismo sitio en donde perecieron trágicamente, devorados por las fieras, los primeros propagadores del cristianismo. Algunos peregrinos se llevan como recuerdo piedrecitas recogidas en la arena que en otro tiempo se enrojeció con sangre cristiana.—S.



Roma.—En las ruinas del Coliseo.—Peregrinos rezando por los primeros mártires cristianos en la arena en donde fueron éstos devorados por las fieras. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

SURESNES.—INAUGURACIÓN DE UN MONUMENTO Á ZOLA, obra del escultor Derré

El día 12 de los corrientes inauguróse en la ciudad de Suresnes, situada en las inmediaciones de París, un monumento erigido á la memoria de Emilio Zola por acuerdo de aquel Consejo Municipal. El monumento, obra del escultor Derré, álzase en la plaza Trarieux, enfrente del Monte Valeriano, y consiste en un sencillo monolito con un busto en bronce del famoso novelista, unas ramas de hiedra, una inscripción que dice: *Un día Francia me agradecerá que haya salvado su honor. - Emilio Zola*, y una dedicatoria con sólo el nombre de éste.

Las autoridades habían adoptado grandes precauciones y la población estaba llena de gendarmes, de agentes de orden público y de funcionarios de la policía, y en la plaza en donde la ceremonia había de efectuarse no se permitía la entrada más que á las personas que iban provistas de una invitación.

A las dos y media de la tarde comenzó el acto. En un estrado levantado junto al monumento hallábanse los invitados oficiales; junto al alcalde estaban la viuda y los hijos de Zola, varios escritores, senadores, diputados y representantes de los ministros del Interior, de la Guerra, de Instrucción Pública y de Agricultura, entre ellos los Sres. Havat, Frantz Jourdain, Fernando Desmoulins, Bruneau, Fasquelle, Juan Finot, Psichari, Mateo Dreyfus, Gabriel Trarieux, Menard-Dorian, Pablo Strauss, Mascuraud, Poirier, Ferong, Steeg, y las señoras de Dreyfus, Trarieux y Menard Dorian.

Una música militar tocó la *Marsellesa* mientras se descubría el monumento, y en seguida comenzaron los discursos, por el del alcalde Sr. Diederich. Unas palabras alusivas al hecho de haberse empleado en el busto de Zola una parte del bronce de una campana procedente de la antigua iglesia demolida de Suresnes, palabras ciertamente tan inoportunas como provocativas, produjeron algunas protestas de ciertos individuos que con razón las estimaron como una ofensa á sus sentimientos religiosos. Aquellas protestas dieron lugar á varias detenciones.



Suresnes.—Monumento erigido á la memoria de Emilio Zola é inaugurado el día 12 de los corrientes. Obra del escultor Derré. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Al discurso del alcalde siguieron el de Mascuraud, que fué interrumpido repetidas veces por los gritos de «¡Abajo Zola!,» el de Luis Havet, miembro del Instituto, que se manifestó orgulloso de presidir aquella fiesta en honor de la virtud cívica y analizó detenidamente la obra del escritor, y el de Mauricio Leblond, representante del presidente del Consejo de Ministros.

La música ejecutó fragmentos de *Messidor* y de *La falta del P. Mouret* y las jóvenes del conservatorio parisiense «Mimi Pinsón» cantaron, bajo la dirección de Emilio Charpentier, un himno apoteósico á Zola y ejecutaron algunas danzas en un tablado delante del monumento.

Formóse luego la comitiva oficial que se dirigió á la Casa Ayuntamiento, en donde se sirvió un lunch á los invitados y se distribuyeron palmas académicas, una cruz del Mérito Agrícola y varias medallas del Trabajo y de la Mutualidad.

Así terminó aquella ceremonia durante la cual la población estuvo ocupada poco menos que militarmente y se detuvo á diez personas por haber proferido gritos subversivos. Los detenidos permanecieron en la comisaría de policía hasta la noche, en que fueron puestos en libertad.—N.



Marruecos.—El sultán Abd-el-Aziz (×), retrato hecho recientemente en Rabat, actual residencia del soberano marroquí, por un reportero fotógrafo francés. El otro personaje moro es Si Kadur ben Gabrit, intérprete de la legación francesa en Tánger

(De fotografía comunicada por M. Branger)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 27 de abril de 1908 — Núm. 1.374



VENDEDORA DE FRUTA, acuarela de Gabriel Puig Roda. (Salón Miralles.)

Forma parte este pintor del grupo de artistas valencianos que de modo admirable dan á conocer los tipos y cuadros de costumbres de aquella región. A esta clase de producciones corresponde el presente cuadro, en el cual Puig Roda hace gala de sus condiciones de excelente colorista

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es la primavera este año como los duendes, que todos hablan de ellos y nadie los ha visto.

Los mismos árboles del Retiro y de la Moncloa parecen friolentos bajo su temblorosa florescencia rosa y blanca, y evocan la idea de angelitos expuestos desnudos á la intemperie y cuyas carnes se estremecen á cada racha de viento destemplado y crudo.

El cielo anda velado de nubes las dos terceras partes de los días. Ha nevado, ha granizado. El aire es sutil y glacial á la salida de los teatros. Los sombreros de paja con flores, expuestos en los escaparates flamantes, se diría que tienen cortedad; las amapolas se avergüenzan, las lilas se encogen de timidez. Las *manuelas* son todavía una excepción. Los tranvías continúan cerrados..., y por lo tanto, mal olientes. En las horchaterías, las mesas están limpias y fregadas y desiertas. La maga no ha venido aún.

* * *

Más premiosa y desmazalada que la primavera asoma la conmemoración de la guerra de la Independencia, en su Centenario.

¿Qué se va á hacer? ¿Habrá muchos festejos? ¿De qué naturaleza y clase? ¿Con qué dinero? ¿Con qué grados de entusiasmo?

Sin género de duda cabe afirmar que, hallándose tan retrasado todo, las fiestas serán un relativo fracaso. La frialdad del espíritu público puede ser causa, pero también puede ser efecto, de estas deficiencias de organización. El espíritu público es una palabra muy vaga. El señorito que hace «telégrafos» con su novia; el ciudadano pacífico que cruza la calle para evacuar sus negocios; el empleado que va á su oficina; el médico que corre á la cabecera de un enfermo; el chulo, el soldado, la cigarrera, el mismo hampón..., son componentes de ese «espíritu público» que responde ó se hace el sordo en circunstancias señaladas. Y su sordera ó su entusiasmo son como el punto de nieve en las claras de huevo, que no se consigue sino á fuerza de batirlas... Si los periódicos, por espacio de algunas semanas, calientan y fustigan la opinión, la opinión acaba por formarse. ¿Que es una opinión inconsciente? ¡Ya lo sabemos! Y he ahí la gran fuerza y la gran responsabilidad de la prensa en nuestros días. Nunca como hoy una oligarquía gráfica é intelectual ha sido dueña de manejar y dirigir á la grey. No falta quien sostenga que sucede lo contrario, á saber, que es la grey la que influye en la oligarquía. Mis observaciones personales desmienten este supuesto: la grey recibe el impulso. No diré que mil veces no lleve al periódico sus prevenciones, sus sentimentalidades, sus desorientaciones y sus antipatías. Las lleva por muy varios caminos y de muy diversas maneras. Pero en estos casos, en que la grey se encuentra en un estado de equilibrio inestable, la prensa lo hace casi todo.

No quiero decir, no sería justo, que la prensa se haya mostrado hostil al Centenario: lejos de eso, lo recuerda con frecuencia, aunque tibiamente. Su tibieza (que es el reflejo de todas las tibiezas patrióticas que caracterizan al momento que atravesamos) no es voluntaria; en esto sí que el ambiente debe cargar con no escasa parte de culpa. Los periódicos han prodigado las hojas especiales dedicadas al Centenario, evocando recuerdos, efemérides y episodios nacionales de la última gran guerra española. La gente no muerde mucho este anzuelo. Y se acercá la fecha señalada, y aparte de la Exposición retrospectiva, no se anuncia ningún festejo que esté á la altura del memorable Centenario...

* * *

¡Ni siquiera se halla todo el mundo de acuerdo en que deba celebrarse esta fecha!

Sí, es preciso decirlo, para examinar y refutar semejante opinión: no todos son partidarios de las fiestas. Hay quien alega que hoy nos encontramos en la mejor armonía con Francia; que los rencores se han extinguido completamente; que el tiempo se lleva estas y otras animosidades en su profundo oleaje; que desde la sangre vertida el 2 de mayo, ha corrido mucha más, y que la España de entonces se parece á la de ahora como un huevo á una castaña...

Y los que afirman esto afirman una verdad perogrullesca, *une verité de la Palisse,* como dirían nuestros vecinos y ex enemigos del año 8. Bueno fuera que ahora durasen los odios y los furores que la invasión despertó justamente; y cándido fuera que nadie diese tal significación á los festejos conmemorativos. La significación única que puede dárseles es la del respeto á lo que fuimos y la afirmación de que somos capaces, siquiera, de sentir y expresar ese respeto entusiasta. Y ese respeto lo manifiesta la historia, lo sienten los extranjeros no menos que nosotros, y valdríamos tanto más, cuanto más capaces fuésemos de exteriorizarlo sincera y noblemente. Quien no se ama á sí propio, ni se venera á sí propio, está perdido, sea individuo ó sea nación. La virtud de hacer cosas altas y grandes, en cualquier terreno que sea, es un motivo de júbilo y de transporte para quien la reconoce en la raza de donde procede y de la cual han de proceder sus hijos. He aquí la significación del Centenario, y he aquí precisamente por qué deploro que no halle mayor eco en el espíritu nacional. No padezco ni por asomos de *chauvinisme,* pero todo lo que puede arraigar en la conciencia la noción de patria me parece admirable. Son los pueblos fuertes los que disponen de mayor provisión de estas sanas energías.

* * *

Ha ocupado por unos días la atención otro centenario, el del nacimiento de Espronceda. El gran poeta vino al mundo en el dramático año 8, entre el fragor de los ruidosos acontecimientos europeos de aquel período. Sin duda en otro país, Espronceda hubiese sido más festejado de lo que aquí fué, porque en España no existe el ferviente culto de los antepasados literarios, artísticos é intelectuales, la religión de los insignes muertos, que se practica de un modo constante en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y que reviste caracteres de piadosa devoción al pasado. Pensaba en ello recientemente, ante un detalle insignificante donde mi fantasía se recreaba en encontrar la clave del vigor y poderío de la nación británica. Es el caso que el actual representante de Inglaterra en España, sir Bunsen, me pregunta frecuentemente—aunque está bien informado desde hace tiempo—pormenores relativos á la acción de Elviña y la muerte del general Moore, uno de los aliados que vinieron á unirse á la defensa de España contra los ejércitos de Napoleón. La acción de Elviña ocurrió cerca de la Coruña, y el general Moore está enterrado en un solitario jardín público de la misma ciudad. Realmente, dentro del dramático y titánico período en que sucedió, la acción de Elviña no tiene extremada importancia. El interés del representante de Inglaterra—interés sincero, pues repito que está muy bien informado—es un signo de raza, un indicio de ese modo de ser peculiar de la vigorosa nación, que se ama á sí misma con tenaz amor patriótico. Dondequiera que ha ondeado la bandera inglesa gloriosamente; allí donde ha caído un soldado cumpliendo su deber, Inglaterra entera ve un lugar sagrado, y se descubre y se detiene y pregunta y recuerda. ¡Ay de los pueblos que lo entienden de otro modo; que dejan perecer obscuramente á los suyos; que no visitan la fosa; que ven indiferentes y atónicos amarillear el laurel!

* * *

Y lo que digo del soldado, digo del poeta. Espronceda es, sin embargo, la más popular entre las figuras máximas del romanticismo. No ha contribuído poco á ello su leyenda, romántica de verdad, más romántica que sus versos, los cuales conservan un marcado sabor de clasicismo, pues Espronceda fué discípulo de D. Alberto Lista, y lo mejor acaso de su obra tiene corte genuinamente clásico. Es indudable que si Espronceda nace contemporáneo de *Jovino* y de *Batilo,* ningún pastor más arcádico hubiese pisado los campos floridos del Zurguecí. Pero el romanticismo, que influyó hondamente en su literatura, selló también su vida, y una reunión de circunstancias le hizo símbolo del nuevo movimiento literario sentimental. Ni Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas, dos atildados y elegantes diplomáticos; ni Zorrilla, bohemio de obscura biografía y de tradicional sentir, llegaron al alma de su generación —en este concepto—como el brillante conspirador, el raptor de beldades, el calvatrueno diabólico, el de las desesperadas canciones, que se llamó D. José de Espronceda. Que las canciones desesperadas sean ó no obra suya, no impide que en cierto modo encarnen la idea que de él se formó y el prestigio tempestuoso de su nombre.

Dijérase que su musa fué la indignación y que su estro tenía la inconsciente y quemante fuerza de una corriente eléctrica poderosa. Lo mismo si deploraba en diatriba vehemente los males de la patria, que si renegaba del vacío de la vida, Espronceda sabía agitar y enfurecer el ánimo, obligando, aunque sólo fuese momentáneamente, á compartir su emoción dolorosa y pesimista. Los poetas, los escritores que nos procuran impresiones mediocres y plácidas, no nos pasan de la superficie; los que remueven el pozo del espíritu, son menos olvidables. No era el pesimismo de Espronceda algo sereno y alto como el de Leopardi, hecho para actuar sobre mentes impregnadas de cultura verdaderamente filosófica. En Espronceda, al través del agitador literario, se traslucían los contornos del agitador político; su indignación era fácilmente comunicable á las masas. Tenía que ser Espronceda un poeta muy popular y muy español, aunque su silueta recordase la de Byron.

* * *

Y Espronceda, por uno de esos casos frecuentes en la historia literaria y que sólo admiran á los que no la han leído, estuvo á punto de adelantarse á Zorrilla en la obra que más ha difundido su nombre; en el *Tenorio.*

Muy pocos años antes de que el *Tenorio* se estrenase, vió la luz *El estudiante de Salamanca.* La semejanza sorprendente de la idea de estas dos creaciones, poemática la una y dramática la otra—y las dos empapadas del jugo de los antiguos romances, consejas y comedias famosas—salta mejor á la vista si se hace representar algún fragmento del *Estudiante.* Mientras el veterano y ducho actor Felipe Carsi ensayaba en el Ateneo á los jóvenes alumnos del Conservatorio la escena de los *Jugadores* en el *Estudiante,* me sorprendía doblemente el azar que había impedido tan sólo á Espronceda escribir, en vez del *Estudiante,* el *Tenorio,* fuese en forma de poema, fuese en forma de comedia sacro-fantástica. Todos los elementos tradicionales, todo el carácter de don Juan están contenidos en el poema de Espronceda. Y me parecía verle vendado, en una especie de juego literario del cucharón, dirigiéndose hacia un punto y tropezando y desorientándose sin llegar á él, mientras Zorrilla, adiestrado por su ejemplo, va recto al fin y consigue el hallazgo. Y es posible, sin embargo, que Zorrilla, tan inconsciente, en esto también lo haya sido, y que sólo el instinto le llevase hacia su típico y archicélebre *Burlador,* del cual siempre habló con desprecio y enojo, porque un editor se lo había comprado en poco dinero, sacando de él millones.

* * *

Lo curioso de este Centenario de Espronceda fueron las voces que corrieron, de cómo encontraba grandes obstáculos su celebración, en esferas gubernamentales y políticas. Acaso hubiese yo dado crédito á estas voces, por aquello de que en el mundo no se debe dudar de nada, ni afirmar cosa alguna, á no suceder luego que corrieron otras voces atribuyéndome, á mí misma, igual propósito de estorbar la glorificación de Espronceda. Cuando se decían tales cosas, yo andaba atareadísima preparando (no sin trabajos arduos y dificultades enmarañadas) la solemne velada que el Ateneo de Madrid acaba de dedicar al poeta. Y á la verdad, pensaba que si era tan cierto lo ajeno como lo propio... Dábame qué sonreir el contraste entre mis afanes bien visibles por hacer algo en pro de la fama póstuma de Espronceda, que me robaban largas horas y me obligaban á escribir carta sobre carta y á enviar mensaje sobre mensaje á cuantos creía yo que realzarían con su presencia y su palabra el acto, y lo que se murmuraba en corrillos, respecto á *mi actitud...* Y mi sonrisa era la forma de mi resignación ante los errores comunes, que no han disminuído desde Feijóo acá.

Emilia Pardo Bazán.



Todo, con su bullicio loco y aturdidor, sus luces y sus intrigas, valsó y desfiló en tropel fantástico

CÓMO SE DEBE AMAR

El límpido semblante de la señora de Almedar, todavía muy joven, se obscurecía bajo las sombras de un desengaño torturador.

Se había entregado á sus hijos, sin previsión alguna, toda entera, siempre mimosa y tolerante... ¡Cuán loca había sido!

Principiaba á comprender, quizá demasiado tarde, que su amor era semejante al mar. Besa sin descanso las playas. Las playas quedan áridas.

En el fondo del amor, cuando se manifiesta desbordante y ciego, existe siempre un algo que destruye, como el salobre de los mares.

Todo su proceso maternal no había sido más que una ola. Sus hijos estaban secos. Almas sin ideal; naturalezas quebradizas.

Alberto, el mayor, apenas contaba diez y ocho años. Su rostro enjuto y amarillento; todas sus maneras y raciocinios, harto explicaban que tenía un corazón de arena sobre el cual era imposible edificar...

Los menores crecían indomables é insolentes; cerrados á todo impulso generoso, á toda idea sensata, quizá más perversos y holgazanes que el mayor...

El chiquitín, en aquel instante, pateaba contra una puerta con tal fogosidad de niño mal criado, que pronto consiguió hacer suya toda la orquesta de los cristales de la casa.

Era una música atroz; un concierto de aquelarre, como si un órgano se hubiese vuelto súbitamente loco y mandase al diablo, al unísono y en escala ascendente, todo el aire de sus trompeterías, al redoble de un enorme tambor, golpeado por dos pies furiosos!..

La infeliz madre que había soñado obtener hijos robustos, inteligentes, buenos y emprendedores, sólo á fuerza de besos y golosinas, sin emplear otro sistema que el de complacer al instante sus menores caprichos; ella, que confiaba merecer también, en el frío porvenir de su ancianidad, aquel rayo de sol que el amor reserva á los abuelos—rayo de sol que se hundía bajo la negra nube del desamor de sus hijos, de unos hijos que le costaban el enorme sacrificio de vivir separada de su esposo, para mejor preservarles de severas represiones;—ella, en fin, que había soñado un cielo y despertaba en la pavorosa obscuridad de su desencanto, se levantó rígida, resuelta, inflexible y justiciera, ante el negro cuadro del porvenir que le esperaba, y dirigióse á reprender duramente al más querido y mimado de sus hijos.

Ya en el corredor, encontró á la más nerviosa de sus muchachas.

—¿Qué tiene el niño?

—Canta. Me arañó y le pegué.

—Muy mal hecho. Debías avisarme.

—¡Como la señorita nunca los castiga!..

Decía verdad, y la buena señora por primera vez adoptó el sistema de callarse. Empujó la puerta.

—Abre, Quinito.

—No quiero.

Hubo de entrar á la fuerza. Joaquín estaba á reventar, sus ojos inyectados de sangre parecían pedir paso á las órbitas.

—Vamos, Quinito, sé bueno.

Quiso levantarle y no pudo. Intentó enjugarle las lágrimas, y el chico, de un solo mordisco, destrozó el pañuelo. Era tanta su exaltación, que la madre temió por su salud, propensa á quebrantarse como la de todos los niños que tienen madres demasiado aprensivas, y olvidándose de su deber de corregirle, acercó muy dulcemente á sus labios aquella carita de aquel revoltoso... Y Joaquín escupió á su madre.

Catalina de Almedar tuvo un desvanecimiento y cayóse en brazos de la muchacha. Su corazón no podía más. Hacía muy poco que se había presentado Alberto después de haberse pasado tres noches sin acostarse en casa, para exigirla una suma considerable que según él había perdido en el juego. La Providencia sumía en la mayor de las desventuras á la imprudente madre, víctima al fin de su propia obra. Había querido y cuidado á sus hijos como una esclava, y ellos á su vez la trataban con el mayor desdén y tiranía. Alberto la insultó y se fué. Estaba hastiado de la vida, y manifestó que de no obtener todo el dinero necesario para no aburrirse, pondría término á una existencia por demás enojosa, ya que él no se la había pedido. Estas palabras laceraban cruelmente el alma de la señora Almedar, y seguían repitiéndose dentro de ella como un toque de difuntos.

La reciente ofensa del pequeñín acababa de hundirla en el abismo de dolor que la absorbería quizá para siempre.

Y en su delirio, en su fiebre de besos filiales, en su desvarío de amor conyugal, vió muchas cosas; lo más dulce y lo más amargo de su vida...

Recordó las tibias noches de un verano de ensueño, tan lejano, lejano, que jamás volvería para su alma triste y desolada. Noches claras, divinas noches pasadas con su esposo bajo un cielo de azul ardiente, recortado por las redondas copas de los frutales que parecían grandes cestas ofrecidas á la luna, colmadas de naranjas y ruiseñores...

Alberto, entonces, crecía robusto y dócil, aunque medio salvaje...

Vió después á sus padres, á todos sus parientes, á sus falsas amigas... Oyóles claramente á todos, burlándose de ella y de su esposo, criticándola por su vida vulgar, por su existencia campesina... «Eres del gran mundo. Perteneces á la aristocracia. Te aguardan en los salones. ¿Vas á hacer unos labriegos de tus hijos? ¡Vaya un ambiente social para educarles! No quieres á tus hijos...» Ofendióse en su amor de madre y cedió.

Su esposo, férvido adorador de la naturaleza pura, no tuvo otro remedio que abandonar sus doctrinas vegetaristas, mejor dicho, su sistema de educar higiénicamente á los niños, y siguió á su mujer.

Todas las fiestas aristocráticas, los asaltos, las reuniones, los conciertos, las funciones de gala, todo, todo, con su bullicio loco y aturdidor, sus luces y sus intrigas, valsó y desfiló en tropel fantástico por su cerebro delirante... Sus hijos estaban solos en casa, á merced de criados, de muchachas, de institutrices, de gente en fin que no era su madre... Y la madre volvía á su casa llena de mareo y sobresalto; besaba á sus hijos febrilmente, con intensidad, como si se besara ella misma para acallar un débil reproche de su conciencia... Su esposo asistía á las fiestas pura y simplemente para acompañarla... Estaba fastidiado de tanta frivolidad, de tanto chisme dorado, de tanto esplín con disfraz alegre y coquetón.

Ella comprendía todo esto perfectamente, porque también se hastiaba; pero como decían que aquello era cumplir con la buena sociedad, se esforzaba y cumplía.

¡Ah, entonces ignoraba que el mejor cumplimiento de una madre para con la sociedad es dotarla de seres vigorosos y capaces de las más altas empresas! Había echado en olvido, por meras atenciones sociales, toda noción del único sistema conducente al grandioso fin maternal.

El marido, á pesar de todo, tenía tranquila la conciencia. No estaba contento de sus hijos; comprendía que un ambiente insano y trivial les estaba envenenando. Era débil ante su mujer por lo mucho que la quería, y sin embargo se esforzaba en atajar el mal... En vano probó volverla á la sana realidad de las cosas. No halló manera de cambiar su tolerancia y su mimo por un amor consciente y previsor que les guiase hacia el bien de la vida. Con tal motivo no perdonaba ocasión para reprenderles, sin comprender que él también cooperaba, con su debilidad de esposo, á que echase profundas raíces el mal vivir de su casa.

Un día Alberto, muy crecidito ya, contestó á su madre con la mayor insolencia.

—¡Sí, sí!.., tú te diviertes y nosotros todo el día estudiando!.. ¿Para eso nos trajiste al mundo?

El padre levantó una mano. La madre se interpuso. Y Alberto, al verse protegido, se rió de él... El

padre entonces sintió el ridículo, se amoscó y habló de sus derechos. La madre sacó á relucir su amor, y en el calor de su exaltación insensata, dejóle comprender que su fortuna era superior á la suya y que sus hijos, por más que no supiesen hacer nada de provecho, nunca serían pobres.

El Sr. de Almedar cogió el sombrero y marchóse para siempre á su casa de campo, donde las noches en otro tiempo se habían deslizado tibias y risueñas, bajo los frutales que parecían cestas desbordantes ofrecidas á la luna...

Catalina recordó todo esto en la dolorosa lucidez de su desvarío y rompió en amargo llanto largo tiempo contenido. Vió claramente el camino que debía seguir, y armándose de valor, fortalecida por el más vivo reconocimiento hacia su esposo, halló toda la serenidad necesaria en su alma para la enérgica obra de renacimiento que iba á emprender... Era necesario renovar la vida de su casa, la existencia degenerada de sus hijos, y ¿quién duda que la Naturaleza posee toda fuente de regeneración?

Hizo enganchar el coche.

Pocas horas más tarde se divulgó la especie de que la acaudalada hija de Alberto Donald estaba arruinada.

Vendió su casa y sus muebles para que sus hijos no sospechasen el engaño, y fué á ofrecer toda su fortuna á su esposo con el fin de que, olvidando la pasada ofensa, cuidase del porvenir y educación de sus hijos.

El Sr. de Almedar, profundamente emocionado por tan sublime acción de verdadero cariño maternal, la recibió en sus brazos, y volvieron las tibias noches á endulzar sus corazones quebrantados por la falsa risa de un mundo que se muere de esplín porque no sabe qué hacer, cuando su misión es tan grande!..

La dulce armonía de los campos, la generosa majestad de la Naturaleza, el ambiente sencillo y encantador de la aldea silenciosa y rebosante de sana felicidad, así como también los sinceros discursos de un anciano profesor, influyeron poco á poco en el alma y en el cuerpo de los pequeños hijos de aquellos padres que volvían á la vida.

Por lo que toca al joven Alberto de Almedar, cuando se convenció de que los amigos de placer huyen siempre de la miseria; al comprender claramente que, á pesar de su brillante nacimiento, nada podía arrancar de la sociedad sino á fuerza de trabajo, emprendió el camino de la regeneración y de la dicha positiva, andando hacia la casa solariega de su padre, más roído y apesadumbrado que el Hijo pródigo.

(Dibujo de Calderé.) NOGUERAS OLLER.



Aldeanas de Cracovia, cuadro de Teodoro Mentovicz

ENRIQUE ROMERO DE TORRES

Enrique Romero de Torres pertenece á la escuela de artistas que, como Rusiñol, Bilbao, Baroja y Miguel Nieto, atienden con gran cariño en sus cuadros al paisaje, para que no sea éste cosa secundaria ni menos un detalle que pase sin admiración. Imagina este notable pintor, según sus lienzos me declaran, que á la Naturaleza hay que representarla tal y conforme la columbramos con nuestros ojos de exquisitos observadores, y que es campo inagotable y siempre nuevo de bellezas.

Ni á Enrique Romero, ni á Sorolla, el insuperable pintor del Sol, les discutiría yo ni una sola de sus arraigadas ideas y creencias, puesto que siempre las defendieron gallardamente con obras admirables que han convencido á los más descontentadizos, y pinturas que entraron á servir para enseñanza de una escuela.

Enrique Romero de Torres, no hay que jurarlo, puesto que hoy vais á contemplar en estas páginas algunas reproducciones de sus celebrados lienzos, ama intensamente su bravío campo cordobés, y palpa, permítase la frase, sin gran esfuerzo toda su poesía. Es un convencido que, si á veces titubea y se nos presenta, con marcadísimas claudicaciones, á la vera de su hermano Julio, es sólo un instante, como ese *Descanso* que no puede influir en toda su obra ya hecha y premiada en varias exposiciones, ni en la más sobresaliente que de este buen artista esperamos.

Asuntos bellos, paisajes no vistos por las gentes de las ciudades, no han de faltarle en su amada tierruca al pintor. Yo aseguro que no hay otros campos comparables á los que he admirado en la provincia de Córdoba.

En otro orden debemos á Enrique Romero de Torres una labor digna de grandes encomios. El artista que nos ocupa ha enriquecido, en poco tiempo, el Museo provincial de Córdoba con numerosas obras de firmas muy reputadas. Yo he sido testigo alguna vez, cómo, ante sus repetidos ruegos, Benlliure, Blay, Querol, Sorolla, Villegas, Ferrant, Morín, Jiménez Aranda, Monserrat, Garnelo, Baroja, etc., se mostraron espléndidos y entregaron al joven pintor cordobés obras de su ingenio, como regalo para el notable y numeroso Museo de Córdoba, y para que las expusiera al lado de las tablas del siglo XV de Pedro de Córdoba y de Bartolomé Bermejo, y de los admirables lienzos de Palomino, Murillo, Zurbarán, Ribera, y de los que con el tiempo serán tan famosos como los del Greco, debidos á la fuerte y delicada paleta de Antonio del Castillo y de Valdés.

Es director del rico museo Enrique Romero, y es tan admirable su constancia y tan ardoroso su trabajo en este importante cargo, que si estas labores se premiaran como las de pintura con medallas, ya tendría, sin que nadie se las regatease, dos primeras, que uniría á otras ya alcanzadas por el mérito de sus cuadros, y la propuesta para la de honor votada por todos los artistas, que no ignoran cómo son de espléndidas las Diputaciones y los Ayuntamientos de España cuando de cosas de arte se trata.

MANUEL CARRETERO.



En las estepas de Polonia, cuadro de José Chelmonski

EL NOTABLE PINTOR ENRIQUE ROMERO DE TORRES



Las gallinas, cuadro de Muñoz Lucena, existente en el Museo de Córdoba, del que es director Enrique Romero de Torres



Paisajes cordobeses.—Camino de los Villares, cuadro de Enrique Romero de Torres



Alrededores de Córdoba, cuadro de Enrique Romero de Torres

MÓNACO

PROEZA DE UN AUTOMOVILISTA

Pablo Meyán es un artista del automóvil, y para demostrar que éste puede realizar las mayores proezas, se complace en acometer empresas que á cualquier otro parecerían imposibles

Hace pocos días se propuso subir á la Turbia por el camino de herradura llamado de los Moneghetti que desde Monte Carlo asciende en penosas cuestas hasta la cima de aquella roca colosal, salvando, en un trayecto de 3.500 metros, una altura de 600; camino estrecho todo él pedregoso, con recodos fantásticos, con pasos terroríficos, suspendido sobre el abismo. Y cumplió su propósito, efectuando felizmente la ascensión en un automóvil Lorraine-Dietrich de 24 caballos, doble faetón, de 3'20 metros de largo y de 1.600 kilogramos de peso, manejado por el mecánico Peccolo, hombre dotado de energía maravillosa, de gran sangre fría y de portentosa habilidad.

El resultado de la prueba fué admirable; los expedicionarios, salidos de Monte Carlo á las ocho y media de la mañana, llegaron felizmente á la cúspide de la Turbia á las cuatro y cuarto de la tarde.

Enterados de la asombrosa tentativa, los habitantes de aquellos lugares abandonaron sus casitas y siguieron en su loca marcha el audaz vehículo, en espera de la *panne*, merecido castigo de tanta osadía; pero sus esperanzas se vieron defraudadas, pues la ascensión se realizó, como hemos dicho, con toda felicidad.



Mónaco.—M. Pablo Meyán efectuando, en un automóvil Lorraine-Dietrich de 24 caballos, la ascensión al monte de la Turbia por un camino de herradura.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

EL PRINCIPE DE BULOW

EN ROMA

La visita del canciller del imperio alemán á Roma, después de la entrevista de Guillermo II y Víctor Manuel III en Venecia, ha sido y es aún objeto de grandes comentarios en los círculos diplomáticos y políticos de Europa. Bulow ha dicho que su viaje á la capital de Italia obedecía simplemente al deseo de corresponder á las visitas que en 1904 y 1905 le hicieron el presidente del Consejo de ministros italiano señor Giolitti, en Homburgo, y el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Tittoni, en Baden-Baden, y además aduce, como otro pretexto plausible, la adquisición de la *villa* de Malta, que ha comprado recientemente; pero todas estas explicaciones no satisfacen á los que con razón atribuyen siempre motivos de alta política á los menores actos realizados por los que se hallan al frente del gobierno de las grandes potencias.

Y en el presente caso, cuando están sobre el tapete cuestiones como la de la pacificación de Macedonia y la de los ferrocarriles balkánicos, nada tiene de particular que se conceda á la visita de Bulow á Roma y á sus entrevistas con el rey y con Tittoni mayor importancia de la que el mismo interesado pretende darles.

Por otra parte, la audiencia que le ha concedido Pío X y sus conferencias con Monseñor Merry del Val son otros motivos que justifican esta apreciación, pues es de suponer que en ellas se habrá tratado de la cuestión polaca, de tanta trascendencia para Prusia.—S.



Roma.—El príncipe de Bulow, canciller del imperio alemán, visitando el Arco de Constantino en compañía del Dr. Renvers
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

MELILLA. – EMBARQUE DE LA MEHALLA JERIFIANA PARA RABAT

Una parte de la mehalla jerifiana que, procedente de Mar Chica, se refugió á últimos de enero en Melilla, ha abandonado recientemente aquella plaza, embarcándose en el buque de guerra español *Numancia*, que la ha conducido á Rabat, para donde zarpó el 18 de este mes.

Los caides de las fuerzas marroquíes, antes de emprender su viaje, se han mostrado agradecidísimos á las atenciones y cuidados que las autoridades españolas les han prodigado. Ultimamente, gracias á las negociaciones de nuestro gobierno, la mehalla, que, juzgando por ciertos indicios, creía haber caído en desgracia, ha obtenido del majzen un amplio perdón. En efecto, Mohamed Torres ha dirigido al representante de España en Tánger una nota manifestando que, en correspondencia á la conducta del gabinete de Madrid, estaban perdonadas cuantas faltas anteriores ó posteriores á la entrada de la mehalla en Melilla hubiesen cometido los jefes y caides de la misma, quedando, por consiguiente, éstos exentos de toda responsabilidad por el pasado.

Con los soldados de la mehalla se han embarcado gran número de mujeres y niños, algunas piezas de artillería, municiones, víveres y ganado.

Los expedicionarios han llegado á Rabat, para donde partirá en breve el resto de la mehalla, que aún está en Melilla.

El general Marina y Si Mohamed el Farjani,
representante del sultán, presenciando el embarque de la mehalla

Lancha que conduce á los individuos de la mehalla al buque de guerra español «Numancia.»

La mehalla en la cubierta de la «Numancia.» (De fotografías del capitán D. M. Lorduy.)

MÓNACO.—MEETING DE CANOAS AUTOMÓVILES. (De fotografías de Roger.)



La canoa «Wolseley-Siddeley,» n. 26, ganadora del premio de los «racers,» en el concurso de los 50 kilómetros. — La canoa «Sizaire-Naudin,» n.° 41, ganadora del premio de los «cruisers,» en el concurso de los 50 kilómetros.—La canoa «Panhard-Levassor,» n.° 24 ganadora del Campeonato del Mar y de la copa del príncipe de Mónaco.

MARRUECOS.— EN EL CAMPAMENTO FRANCÉS DE BER-RECHID. (De fotografías de M. Branger.)



El caid de Ber-Rechid buscando amparo en el campamento francés antes del ataque de los marroquíes del 6 del corriente.—
Un tirador senegalés.—Sección de los tiradores senegaleses en el campamento de Ber-Rechid

BARCELONA. - LA BANDA «L'ELITE» DE GINEBRA

La visita que recientemente nos ha hecho la notable banda ginebrina *L'Elite*, habrá dejado seguramente recuerdos gratísimos, así á los individuos de la misma y á los turistas suizos que les acompañaron, como al público barcelonés; á los unos, por la cariñosa acogida que nuestra capital les ha dispensado, al otro porque en los dos conciertos dados en el Palacio de Bellas Artes ha podido apreciar las excelencias de una institución musical tan justamente renombrada.

Fueron aquéllos dos verdaderos acontecimientos musicales; la banda, compuesta de 80 músicos y dirigida por el Sr. Romaine, ejecutó admirablemente piezas de Mozart, Beethoven, Herold, Leo Delibes, Wágner, Iradier, Suppe, Raynaud y Gounod, que el público aplaudió con entusiasmo.

En el intermedio del segundo concierto, los músicos y el elemento oficial fueron obsequiados por el Ayuntamiento con un espléndido *lunch*, y terminado éste el alcalde entregó á la banda una artística corona de plata, adornada con lazos de los colores de las banderas suiza, española y catalana y con una dedicatoria, *A la Musique «L'Elite» de Ginebra, el Ayuntamiento de Barcelona. - Abril de* 1908.

Los expedicionarios visitaron la Casa de la Ciudad, el Palacio de la Música Catalana y los alrededores de Barcelona, siendo en todas partes agasajados cariñosamente. A su llegada y á su salida fueron recibidos y despedidos por las autoridades, por distinguidas personalidades y por la colonia suiza, presidida por el cónsul general Sr. Geschwin.



Barcelona.—La banda «L'Elite» de Ginebra y los turistas suizos que la han acompañado en el hotel de Ambos Mundos, en donde se han hospedado durante su estancia en esta ciudad. (Fotografía de A. Merletti.)

MÓNACO

MEETING DE CANOAS AUTOMÓVILES

(Véanse los grabados de la página 288)

El quinto concurso de canoas automóviles efectuado en Mónaco en los días 5 á 12 de este mes, ha puesto una vez más de manifiesto los progresos que de año en año se realizan en esta rama de la industria naval, y ha constituído, como de costumbre, una de las fiestas más brillantes y animadas de las muchas que durante la *saison* se celebran en aquel incomparable lugar de la Costa Azul.

No consignaremos los pormenores de todas las carreras, en las que las más acreditadas marcas se disputaron una porción de premios; refiriéndonos únicamente á las canoas que reproducimos, diremos que la *Sizaire-Naudin*, francesa, venció en la de *cruisers* de menos de 6'50 metros de largo, recorriendo los 50 kilómetros en 2 horas, 20 minutos y 16 segundos; que la *Wolseley-Siddeley*, inglesa, ganó el premio de la 1.ª serie de *racers*, empleando 56 minutos y 17 segundos en el recorrido de 50 kilómetros, y que la *Panhard-Levassor*, francesa, resultó vencedora en las dos pruebas que más interés despertaban, la del Campeonato del mar y la de la copa del príncipe de Mónaco, recorriendo, en la primera, 200 kilómetros en 3 horas, 46 minutos y 2 segundos, y en la segunda, un kilómetro en 1 minuto y 4 segundos.

Este es el tercer año que la marca *Panhard-Levassor* gana el Campeonato de Mónaco.

DE MARRUECOS

(Véanse los grabados de la página 289)

Mientras en la región de Settat los franceses obtienen cada día nuevos éxitos, en la frontera oranesa han sostenido recientemente un combate, del que, al parecer, no han salido muy bien librados.

En Settat aumentan las sumisiones de tribus, entre ellas la de los Sidi-ben-Daúd, cuyo territorio no había sido aún visitado por los franceses, y una parte de las de los Mzamza y de los Gdava, y el general d'Amade ha efectuado nuevos reconocimientos, en uno de los cuales, el día 12 del corriente rechazó victoriosamente un ataque de las fuerzas hafidianas, habiéndose apoderado del campamento que éstas abandonaron.

El combate de la frontera oranesa á que antes nos referimos se libró en las inmediaciones de Talzeza, en el lugar denominado Menaba. La columna del coronel Pierrón, fuerte de 800 hombres, fué sorprendida el día 16 de este mes en el campamento que había instalado á pocos kilómetros de Talzaza por la harka hafidiana, que se componía de 2.000 infantes y 300 jinetes. Al principio, los franceses se vieron envueltos por el enemigo; pero repuestos de su sorpresa, lanzáronse denodadamente contra los marroquíes, y después de una lucha encarnizada lograron ponerla en fuga, causándoles centenares de bajas.

Los franceses tuvieron, en ese encuentro, 30 muertos y 98 heridos.

Posteriormente el general Vigy, que no había podido tomar parte en aquella acción, ha perseguido á los restos de la harka, dispersándolos totalmente.

Si hemos de dar crédito á las noticias de procedencia francesa, la causa de Muley Hafid está en plena decadencia, y hasta los que más afectos parecían al pretendiente se separan de él y tratan, por todos los medios posibles, de congraciarse de nuevo con Abd-el-Aziz.

Esto no obstante, Muley Hafid no cede en su empeño de considerarse y ser considerado como sultán legítimo, y al efecto, sin tener en cuenta el fracaso de su anterior tentativa, envía ahora á Europa una embajada para solicitar de algunas potencias el reconocimiento de su soberanía.



Monumento erigido en Hannóver á la memoria del eminente parlamentario y presidente de la provincia R. de Bennigsen, obra de Orón Luer, arquitecto, y Carlos Gundelach, escultor

MONUMENTO A BENNIGSEN

Para honrar con un monumento la memoria del gran parlamentario y uno de los más ilustres colaboradores de la unidad alemana, Rodolfo de Bennigsen, convocóse un concurso en el que tomaron parte cuarenta escultores y arquitectos alemanes, habiendo obtenido el primer premio el proyecto de Luer y Gundelach.

El monumento álzase en el parque de Hannóver, y de su forma original y grandiosa puede juzgarse por el adjunto grabado. La estatua, de tamaño doble del natural, es de bronce y descansa sobre un pedestal en el que sólo se lee el nombre de Rodolfo de Bennigsen.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. - *Salón Parés.* - Han expuesto recientemente el Sr. Reynés unos paisajes bien escogidos y hábilmente pintados; el Sr. Berge varios cuadros de correcta ejecución y entonación agradable, y el Sr. Montserrat un retrato de gran parecido.

Salón P. Reig é hijo. - El conocido caricaturista Sr. Bagaría ha exhibido gran número de figuritas de madera, caricaturas de conocidas personalidades barcelonesas, ejecutadas con mucha gracia y casi todas ellas de admirable expresión.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *En Joan dels miracles*, drama en tres actos, y *L' alegría del sol*, idilio en un acto, originales ambas obras de Ignacio Iglesias; y en el Principal *El detective Sherlocy Holmes*, comedia melodramática en cinco actos y seis cuadros, tomada de las novelas de Conan Doyle por Guillermo Gillete y traducida al catalán por Salvador Vilaregut.

En el Liceo, el eminente barítono Titta Ruffo ha alcanzado un gran triunfo en *Amleto*, ópera en la cual ha sido asimismo muy aplaudida la señorita Paretto. En la *Tosca* ha obtenido merecidas ovaciones la señora Pasini Vitale y muchos aplausos los Sres. Titta Ruffo y Fazzini. Ambas óperas han sido muy bien dirigidas por el maestro Sr. Vitale.

En Novedades funciona la compañía de la eminente actriz Tina di Lorenzo, que en todas las representaciones es objeto de ovaciones calurosas; son asimismo muy aplaudidos los señores Carini y Falconi.

MADRID. - Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La araña*, drama en tres actos de Angel Guimerá y, con ocasión de la Fiesta del Sainete organizada á beneficio de la Asociación de la Prensa, *La comedianta famosa* y *Los majos de plante*, sainetes en un acto de Tomás Luceño el primero, y de los Sres. Dicenta y Répide el segundo, que fué admirablemente representado por las compañías reunidas del Español, de Lara y de la Princesa; en Lara *Las buñoleras*, pasillo cómico en un acto de los hermanos Alvarez Quintero; en el teatro de la Princesa *La montaraza de Olmedo*, comedia en tres actos de Luis Maldonado; en Apolo *El padre cura*, entremés en un acto, letra de Manuel Moncayo, música del maestro Paneca; *El porvenir del niño*, entremés en un acto de Antonio Casero, y *La muñeca ideal*, arreglo en un acto de la opereta francesa de Audrán *La poupée*, hecho por los Sres. Gereda y Soler; y en el Cómico *Los niños de Tetuán*, sainete en un acto de Ramón Martín, música de los maestros Calleja y Torregrossa.

PARÍS. - Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Simone*, comedia en tres actos de Eugenio Brieux; en el Ambigú *Les pierrots*, drama de la vida militar en cinco actos de Gustavo Grillet; en Cluny *Qui qu'a vu Ninette*, vaudeville opereta en tres actos y cuatro cuadros de J. Oudot y J. Drault, música de Lebailly; en Sara Bernhardt *La courtisane de Corynthe*, drama en cinco actos de Miguel Carré y Pablo Bilhaud; en la Porte-Saint-Martin *Le chevalier d'Eon*, ópera cómica de gran espectáculo en cuatro actos, letra de Armando Silvestre y Enrique Cain, música de Rodolfo Berger; y en Folies Dramatiques *Le coup de foudre*, vaudeville en tres actos de Xanrof.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.



Me parece que esto será lo más interesante para usted, dijo Mauricio cuando, después de haber comido y retirádose á la biblioteca, desenvolvía un largo rollo de pergamino

I

DE JURE

—Me parece, en verdad, que hago mal, dijo el rector del colegio de San Salvador al extranjero ilustre á quien acompañaba al paraninfo de la Universidad de Cambridge. El tiempo que ha de permanecer en esta población es tan corto, que ha de necesitar usted hasta el último minuto para sus trabajos.

—Yo lo ruego que no se preocupe por eso, replicó el profesor Panagiotis con la entonación afectada del que ha aprendido inglés en los libros. ¿Qué honor más grande podría hacérseme que el permitirme presenciar la contienda de esos campeones juveniles disputándose el premio de la poesía y de la oratoria?

—No espere usted grandes cosas, dijo el rector con alguna inquietud; bien es verdad que si se tratara tan sólo de los ejercicios ordinarios con que suelen disputarse los premios, yo le hubiera á usted dejado muy tranquilo en la biblioteca; pero el asunto del poema inglés tiene mucha relación con el de la gran obra de usted. No ha sido seguramente elegido con intención, sino una mera casualidad, añadió por escrúpulo de conciencia. Me ha parecido que debía usted estar presente á su lectura.

—Estoy en un todo conforme con usted, respondió el autor de la famosa obra, en alemán, sobre la caída del Imperio de Oriente, admirándose de que su introductor tuviera tanto cuidado en que no tomara por una delicada atención lo que no se había tenido intención de que lo fuera. ¿Así, pues, el argumento es histórico?

—La caída de Czarigrad, replicó el rector; la medalla se ha otorgado á un alumno de San Salvador, lo que hace muchos años que no había sucedido. Tengo entendido que antes de escribir ese poema ha estudiado muy atentamente la obra de usted. Este ha sido el motivo que he tenido para traerle á usted aquí.

Más de una vez sintió el profesor haber escrito su libro mientras estuvo sentado en el paraninfo, escuchando á varios jóvenes llenos de emoción, cuyos rostros unas veces competían en blancura con los birretes de los licenciados, y otras, por lo rojos, con los de los doctores, y que declamaban sus composiciones en diversas lenguas, con la gracia y dignidad que eran de esperar de una excesiva nerviosidad, sostenida de continuo por los aplausos de amigos bien intencionados. El profesor miraba al latín con desdén, y en cuanto al griego de Cambridge, á causa de la diferente pronunciación, con dificultad podía reconocer en él á su lengua nativa; pero el poema inglés le interesó algún tanto, á pesar de sentir grandes deseos de dispensar al autor de la tarea de recitarlo. El joven premiado con la medalla estaba pálido y no grana, por fortuna, pues el profesor Panagiotis tenía al rubor por cosa propia sólo de mujeres; pero al igual que sus demás compañeros, participaba de aquella falta de calor tan característica de los ingleses. En los pasajes más conmovedores se percibía claramente la nota de una consciente desconfianza; acogía los aplausos que le tributaban con estólida resignación; parecía que él mismo se preguntaba el por qué no le dejaban terminar en paz su misión desagradable. Esto contrariaba tanto más al profesor Panagiotis, cuanto que siempre que podía pescar alguna palabra, le parecía el poema muy notable. El autor había tomado por tema el último día de la prolongada lucha entre la Cruz y la Media Luna, cuando la ola musulmana anegó por fin el gran baluarte de la Cristiandad, y el emperador Juan Teofanis cayó en la brecha combatiendo como un soldado raso. La narración estaba puesta en boca del emperador; la descripción de la vigilia nocturna, del amanecer del día fatal, de la furia fanática del asalto, de la deserción de la causa cristiana hecha por sus aliados y del último y desesperado combate á que se

lanzó Teofanis, resuelto á perecer, le impresionó; sentía como si todo aquello fuera realidad. Él había vivido meses y años entre los testigos mudos de aquellos sucesos, pero no hubiera podido describirlos con mano más maestra que la de aquel opositor. El relato era sencillo y sin adornos, la expresión cruda y precisa; pero á medida que los truncados versos llegaban á su oído, sin ser acompañados de ningún artificio retórico por parte del recitador, iba sintiendo un estremecimiento parecido al que produce la narración sin adornos de un testigo ocular de los sucesos. Aquel joven debía ser un poeta de no comunes alientos; el profesor Panagiotis se olvidó de los manuscritos que le aguardaban en la biblioteca, pensando decididamente en trabar conocimiento con el estudiante.

—Pero, mi querido amigo, tienen ustedes aquí todo un genio, exclamó cuando volvió á reunirse con el rector, terminado el acto. ¿Quién es ese poeta, cuyo nombre no he podido oir por el ruido que hacían, llenos de envidia, los parientes de sus contrincantes?

Una sonrisa, que no pudo reprimir, se dibujó un momento en el semblante del rector, quien contestó con mucha seriedad:

—Teffany, Mauricio Teffany, estudiante de tercer año. Se marcha la semana entrante, después que se haya licenciado.

—¡Teffany! ¡Por vida de!.. ¿Será posible?, exclamó el profesor. Debió habérseme ocurrido. Esta es una coincidencia extraordinaria. Perdóneme usted, dijo á su interlocutor viendo que éste le miraba con sorpresa, pero ese nombre evoca en mí muchos recuerdos que me interesan. ¿Ese joven será el orgullo del colegio?

—De ningún modo, dijo riéndose el rector. Verdaderamente este es un caso curioso. Teffany ha sido siempre para mí una especie de enigma. No es lo que se llama un hombre popular, pero ha ejercido gran influencia sin ruido alguno. He de confesar que no me acaba de satisfacer, especialmente cuando lo comparo con su hermana, muchacha muy lista. Solía asistir á mis clases con otras estudiantas de Girtham y me ayudó mucho, manifestando gran capacidad para hacer investigaciones originales. Teffany estudiaba bastante; pero fatigosamente y sin ardor. Me apenaba la idea de que no habíamos acertado con la dirección que debía dar á sus estudios.

—¿Pero ahora, después de haber escrito ese poema, duda usted todavía?, preguntó con viveza el profesor Panagiotis.

Movió á uno y otro lado la cabeza el rector y dijo:

—Todavía dudo. Pregunté á su profesor si había antes hecho alguna otra cosa en cuestión de poesía, pues era de creer que habría llenado resmas de papel con versos de aficionado, como usted comprenderá; pero nada, ni una cuartilla. No había escrito ninguna composición poética; parece que tampoco tiene ganas de escribir ninguna más.

—Ese joven me interesa, dijo el profesor. Su nombre solamente...

Callóse de pronto, como si cambiara de pensamiento, y añadió:

—Quiero decir, sin tener su nombre para nada en cuenta.

—¡Ah! Naturalmente, el asunto elegido tenía que interesarle á usted, dijo el rector con algún recelo. ¿Tal vez le gustaría á usted conocerle? Le convidaré para que venga á comer con nosotros esta noche. Ha hecho honor al colegio y me alegraré de demostrarle que lo reconozco.

Aquella noche, durante la comida, el profesor Panagiotis examinó atentamente á su vecino de mesa siempre que tuvo ocasión. Á él, como al rector, el joven no le acabó de satisfacer. Era una medianía completa Ni alto, ni bajo; ni moreno, ni rubio; ni elegante, ni descuidado en el vestir; ni hablador, ni callado; en fin, en nada parecía distinguirse ni ser distinguido. Únicamente comparándolo con los otros invitados pudo el profesor sacar una consecuencia, que no dejó de sorprenderle algún tanto. La mandíbula y la barba indicaban cierta fuerza y decisión que, sin llegar á ser terquedad, decían claro que á su dueño no era fácil que le hicieran variar de propósitos; había en su mirada cierta tranquila fijeza que denotaba que no le gustaba apresurarse.

«El carácter más difícil de gobernar que puede haber en el mundo—dijo entre sí con pesar el profesor.—He de hacer cuanto pueda para ganarme su confianza; pero preveo que me será necesario para ello ganar antes la de su distinguida hermana.»

Muy pronto se encontró Mauricio Teffany en conversación con el ilustre convidado, con el gran literato griego, que había hecho famosa en todo el mundo la universidad alemana donde enseñaba.

El silencio que éste había guardado al principio, junto con sus curiosas miradas, le habían hecho aparecer temible á los ojos del primero; pero comenzó á hablarle con tanta amabilidad, que el joven concluyó por hacerle algunas confidencias respecto al poema que había obtenido el premio. Parecióle á su interlocutor que tomaba la cosa á broma.

—El que yo haya obtenido la medalla, dijo, no deja de ser una verdadera estafa. Debieron dársela á mi hermana, ó tal vez á usted mismo. Ella tenía gran empeño en que yo tomara parte en la contienda, porque hay en casa unos cuantos libros viejos, que tratan de Czarigrad, los que nos servían de mucho entretenimiento, cuando niños; pero á mí no se me habría pasado por la imaginación tal cosa. Además, el invierno último me torcí un talón á principio de las vacaciones, cuando sólo faltaba mes y medio para que venciera el plazo de admisión de los poemas; me veía imposibilitado de salir á la calle y ella no me dejó un momento en paz. Tenía su obra de usted y me traducía y leía los pasajes más interesantes; pues bien, sin saber cómo, se fué apoderando de mí la idea y ya me parecía que dominaba el asunto enteramente. Por lo tanto, lo escribí; ella me lo corrigió y puso en limpio, y vea usted, ha ganado la medalla. El rector dice que es una obra desaliñada y ruda, en fin, todo lo contrario de lo que un poema debe ser, pero que hay en él como una *segunda vista;* no sé qué querrá decir con eso.

—¿Y usted está conforme con su opinión?

—¡Ah! Paréceme que sí. De todos modos, lo cierto es que él debe saber por qué lo dice. Mire usted, á mí se me figura que no he sido yo quien lo ha escrito. Veía las cosas en mi imaginación como si yo hubiera estado allí y presenciado cuanto sucedió. Mi hermana y yo siempre lo llamamos «La más linda historia del mundo,» aludiendo á la obra de ese título de Kipling, pero tal vez no conozca usted á Kipling.

—Creo que no, si es que usted se refiere á cierto novelista inglés que ha tratado el tema de las reencarnaciones. Pero voy á hacerle á usted una pregunta indiscreta sobre un punto de psicología. ¿Será posible que el poema haya sido compuesto por su hermana, pero que lo transfirió con tal fuerza á la imaginación de usted, que usted lo aceptó y lo ha escrito como si fuera obra suya?

Reflexionó el joven Teffany un momento seriamente y luego se echó á reir.

—Me parece que no, dijo. Zoe es una muchacha muy lista y escribe bastante bien, pero ni ella ni yo habíamos antes compuesto ninguna poesía. Mi hermana se quedó tan sorprendida como yo de lo perfectamente que salió la cosa. En cuanto á que traspasara y grabara en mi pensamiento un poema suyo sin que yo me diera cuenta, estoy convencido de que eso no podría hacerlo ella, á pesar del gran concepto en que la tengo; pero esto, naturalmente, no se lo digo.

—Mi querido amigo, ya posee usted uno de los principales secretos para manejar al sexo bello, dijo sentenciosamente el profesor. Pero ¿me permitirá usted que le indique una variación á su teoría de la reencarnación? Ahora estoy ocupado en continuar mi gran obra con la descripción de cómo se dispersaron los griegos que sobrevivieron á la toma de Czarigrad. Se me ocurre que tal vez su familia descienda de alguno de ellos.

El profesor fijó atentamente la mirada en el rostro de su interlocutor como para tratar de descubrir si aquella idea era nueva para él, pero el joven lo que únicamente hizo fué reirse.

—¿Un caso de memoria transmitida por herencia? Me temo que no. Nosotros nada absolutamente tenemos de griegos.

—Cuatro siglos de casamientos con ingleses son bastantes para borrar los signos distintivos de las razas, contestó secamente el profesor. De todos modos, su nombre de pila es griego.

—Todos los nuestros lo son. Es una especie de tradición de familia. Mi padre se llamaba Teodoro y el suyo y su abuelo eran los dos Constantino. Por muy atrás que nos remontemos, los nombres de los varones son siempre Basilio, Gregorio y otros por el estilo, y los de las hembras Dorotea, Catalina y otros semejantes.

—Es muy curioso, dijo el profesor tratando de ocultar el interés con que lo oía. ¿Está usted seguro de que no exista ninguna tradición que les haga descender de Grecia?

—Que yo sepa, no la hay. Pero lo mejor sería que se lo preguntara usted á mi hermana. Está acatarrada y con un poco de bronquitis; si no, hubiera hoy venido aquí; me dijo que iba á olvidarse de sus males registrando los papeles de familia. Algunos tenemos en casa; otros en la de nuestro abogado. Pero, en verdad, me temo que no contendrán nada de particular. No hace más que sesenta ó setenta años que vivimos donde ahora, ya ve usted que es cosa muy reciente.

—Entonces, ¿dónde vivía su familia antes?, dijo el profesor inclinándose hacia adelante con sumo interés.

—¡Ah! No sé dónde, allá por las soledades del país de Cornualles. Mi abuelo recordaba el antiguo solar, y mi hermana y yo solemos hablar de ir en peregrinación hasta allá para buscar la casa, cuna de nuestra raza; pero creo que hoy está convertida en una granja.

—¡La cuna de su raza!, exclamó el profesor con inconmensurable desdén.

Su interlocutor le miró asombrado; el profesor cambió de tono y siguió diciendo:

—Mi querido Mr. Teffany, desearía ver esos papeles, como también cualquier otro recuerdo de familia que usted posea. Lo que esa identificación, si se llegara a verificar, representa para mí y para usted, apenas me atrevo á pensarlo. Yo he seguido las huellas de la familia que ando buscando hasta Peuteffan, en la costa de Cornualles; allí he perdido el rastro. Lo que usted acaba de decirme me infunde nuevos ánimos. ¿Me negará usted su ayuda?

—Me alegraré, naturalmente, de hacer en obsequio de usted cuanto pueda, respondió Mauricio con perfecta tranquilidad. Peuteffan es el nombre, sin duda alguna, de la posesión de mi bisabuelo. Tenemos una venta de la casa con un rótulo que dice: «Propiedad de Constantino Teffany, escudero.» ¿Quiere usted venir conmigo, la semana entrante, á registrar los papeles junto con mi hermana, si es que no tiene usted miedo de que le contagie el catarro?

—No, no tengo miedo alguno; ya le he pagado tributo al diablo, dijo apresuradamente el profesor.

Su oyente interpretó aquella afirmación, algún tanto alarmante, en el sentido de que personificaba al diablo en el catarro, y siguieron hablando sobre el cómo y el cuándo de efectuar el examen. Convínose, por último, en que Mauricio marcharía á su casa la semana siguiente, como ya tenía pensado, recogería los papeles que estaban en poder de su abogado, y en que el profesor, que debía recibir un doctorado honorario en la Universidad, le seguiría tan pronto como le fuera posible; entonces reunidos registrarían todos los documentos.

. . . .

—Mauricio, ¡qué terrible desengaño!, dijo Zoe Teffany levantándose de un salto para salir al encuentro de su hermano, al asomar éste la cabeza por la puerta de la biblioteca, donde ella estaba trabajando. Creo que nuestro apellido verdadero es Smith.

—¡Magnífico! ¿En qué te fundas?

—Mira, estaba rebuscando las tablas más altas de los estantes y encontré una porción de libros viejos para niños de escuela, y todos tenían escrito en la parte de adentro de la cubierta: «C. Smith ó Constantino Smith.» Después me acordé de aquellas cartas antiguas de mi bisabuela, que tratan, como sabes, de la compra de esta posesión, y cuando las miré, vi que todas ellas estaban dirigidas á Mr. Smith. La dirección estaba escrita en el centro de uno de los lados del papel; en aquella época no había sobres, y por eso antes no había reparado en ella.

—¡Qué terrible chasco se va á llevar el profesor Panagiotis!, dijo Mauricio sonriéndose. ¿Quieres que le pongamos un telegrama para sacar á ese buen señor de su cruel incertidumbre?

—¡Ah, no, no! Tal vez no sea verdad, ojalá no lo sea. He estado registrando todo cuanto se me ha venido á las mientes para averiguar y quedar segura, ya de una cosa, ya de otra, y sólo encuentro el nombre de Smith en la época en que el abuelo era un muchacho. Sus padres, antes de que naciera, llevaban el nombre de Teffany, y nosotros sabemos que también se llamaba Teffany cuando lo conocimos. ¿Qué significará todo eso?

—Bueno, puesto que era un muchacho que iba á la escuela cuando se hacía llamar Smith, es difícil que eso signifique que hubiera hecho algo que le obligara á andar oculto. De todos modos, esto que digo debe servirte de consuelo. Pero cuando mañana vaya á caballo á buscar los papeles, le hablaré de ello al viejo Lake. Si hay alguien en el mundo que sepa algo de eso, es él.

—Sí, hazlo, entérate bien y regresa pronto. Estaré muerta de impaciencia hasta que vuelvas. Me parece que, de cualquier modo que sea, siempre habrá en el fondo algo de novelesco. El apellido Smith es de lo más vulgar que se conoce. ¿No podrías ir hoy mismo?

—Con dificultad, pues la cita que tengo con Lake es para mañana.

—¡Ah! Qué prosaico eres hablándome de citas, cuando lo que debieras hacer es ensillar tu caballo

más ligero y arrearlo á todo escape por montes y valles para ir á averiguar la verdad.

—¡Ah! Ya tú sabes que no soy un novelista en embrión.

—No, lo que eres es un poeta trágico enteramente desarrollado, dijo Zoe alzando la voz, mientras Mauricio efectuaba una retirada precipitada.

Las diversas inclinaciones literarias de los dos eran continuo motivo para zaherirse mutuamente, pues mientras Zoe se envanecía de sus abortadas tentativas para publicar novelas, fundándose en que eran demasiado buenas para que cualquier editor las aceptara, Mauricio, más que otra cosa, estaba corrido de su feliz éxito. El romanticismo era el fuerte de Zoe, pero no el suyo; la única impresión que le produjo el importante descubrimiento de su hermano, fué debida á la idea del probable desencanto que le estaba reservado al profesor Panagiotis, á quien miraba con cierto recelo á causa de sus misteriosas frases y de sus semiconfidencias. No había, pues, en su voz emoción alguna cuando la tarde siguiente entró en la biblioteca diciendo:

—Pues bien: nuestro apellido verdadero es Teffany. He estado hablando con el viejo Lake y puedes estar tranquila. Hubo una razón para adoptar el de Smith, que de seguro creo que calificarás de novelesca; á mí me parece una chifladura.

—¡Ah! Cuéntamelo, exclamó Zoe. ¿Sería por razón de alguna riña con otra familia rival?

—Nadie lo sabe. Lake sólo ha podido decirme lo que su padre le contó y lo que él ha sacado en consecuencia. Aquél acababa de abrir bufete, cuando nuestra bisabuela, con un hijo pequeño, vino á estos parajes hace unos setenta años. Traía recomendaciones de opulentos banqueros y comenzó los tratos para la compra de esta finca. Le contó que ella era el único tutor de su hijo y que se había visto obligada á dejar la comarca donde vivía por los grandes peligros que amenazaban la vida del niño. Que para mayor seguridad adoptaría, por entonces, el nombre de Smith. Era todavía entonces una mujer hermosa, y la familia Lake supuso que debía danzar en el asunto algún pretendiente desahuciado y vengativo. Compró esta posesión y aquí vivió sin que nadie la molestara; cuando su hijo cumplió los veintiún años, volvió á tomar el apellido Teffany, y entonces fué cuando el abogado lo oyó por vez primera. Al mismo tiempo vendió su hacienda de Peuteffan, que administraba una casa de comercio de Londres. Mi abuelo hubiera querido irse á vivir á ella; pero su madre se opuso tan resueltamente, que terminó por complacerla, teniendo también en cuenta que habían dejado que la casa, que ya era vieja, se arruinase ó poco menos. Nunca supieron los Lake nada que explicara el horror que por dicha finca sentía la señora, exceptuando el hecho de que, según decía la gente, dos extranjeros habían estado en ella preguntando por la dueña poco después de haberse ésta mudado. Esto es absolutamente todo cuanto se sabe.

—¡Ah, Mauricio, qué cosas tan interesantes!, exclamó Zoe respirando con fuerza. ¿Crees tú que en la casa hubiera aparecidos? Pero no, estoy segura de que esos extranjeros eran contrabandistas. Tal vez ella los habría delatado á los carabineros y tratarían, para vengarse, de secuestrar á su hijo. Quizás haya algo referente á eso en los documentos que has traído. ¿Quieres que los examinemos ahora mismo?

—No, no digas tonterías. Dejémoslos hasta que venga el profesor. Vámonos á ver cómo arreglan el terreno donde hemos de poner el nuevo juego de croquet.

El profesor llegó al día siguiente, dirigiendo á todas partes penetrantes miradas llenas de curiosidad. La sobria majestad del edificio, los viejos criados, lo completo de todos los pormenores, así dentro como fuera de la casa, donde nada ofendía á la vista; el trato fácil de los jóvenes dueños, todo eso lo anotó, por decirlo así, en la memoria, poniendo á cada cosa su etiqueta para poder utilizarlas en momento oportuno. También se percató de la impaciencia, que no trataba de disimular, con que Zoe aguardaba la hora en que habían de registrarse los papeles de familia y la tolerante resignación con que Mauricio la esperaba por su parte. Otra vez vió confirmada su idea de que hallaría fuerza impulsora en la hermana y resistencia en el varón.

—Me parece que esto será lo más interesante para usted, dijo Mauricio cuando después de haber comido y retirádose á la biblioteca, desenvolvía un largo rollo de pergamino. Aquí está el árbol genealógico de nuestra familia, trazado con toda escrupulosidad.

El profesor Panagiotis examinó con mirada ansiosa el documento.

—Tiene usted razón, dijo, esto no tiene precio. Su familia de usted, Mr. Teffany, ha ido extinguiéndose de un modo extraño. No puedo decirle cuántas han sido las ramas colaterales cuyos pasos he ido siguiendo hasta encontrar siempre que se han extinguido; mientras tanto, la línea directa existía sin saberlo yo.

—Sí, mi hermana y yo somos los únicos representantes de ese apellido, por lo menos según reza esta genealogía.

—Exactamente..., según reza esta genealogía, asintió el profesor cotejando el documento con los apuntes que traía en una cartera.

—¡Ah! Mauricio, mira, exclamó Zoe. ¡Qué cosa tan curiosa! ¿No ves que la parte superior del pergamino está doblada y sellada? Debe haber ahí algún encargo secreto ó cosa por el estilo.

—Lake me dijo que nuestro abuelo lo selló en su presencia, contestó Mauricio. Pero debieron sellarlo muchas veces antes, á juzgar por todos esos otros sellos antiguos.

—¡Ah, hermano! Yo creo que eso nos va á aclarar el misterio, dijo Zoe dando un suspiro.

El profesor alzó la vista con viveza.

—Mi hermana, hace dos días, me dió un gran susto, dijo Mauricio. Parece ser que mi abuelo y su madre llevaron el apellido de Smith durante quince años, después de haberse mudado aquí desde Peuteffan.

—¿De veras?, preguntó el profesor con creciente interés. Eso me proporciona el eslabón que me faltaba, me explica lo único que todavía me tenía perplejo, es decir, la repentina y absoluta desaparición de los Teffany de Peuteffan desde hace setenta y dos años. No he podido hallar la partida de defunción de la viuda del último propietario de dicha finca, ni la de su hijo, entonces niño, ni tampoco he dado con el rastro de ninguno de los dos.

—¿Entonces usted sabe quiénes eran los extranjeros que vinieron á hacer indagaciones?, preguntó Zoe con vehemencia.

—¿De modo que usted podrá explicarnos por qué se hacían llamar Smith?, dijo simultáneamente Mauricio.

—Ahora lo puedo explicar. Los extranjeros eran delegados de la Asamblea Nacional griega que buscaban un jefe, cuyo solo nombre bastaría para reunir en torno suyo á las facciones rivales que manchaban la causa de la libertad, combatiendo cada cual por sus particulares intereses exclusivamente. La señora viuda de Teffany, hija de un inglés que murió defendiendo la causa de Grecia, tenía en ella demasiada poca fe para entregarle su hijo y lo hizo desaparecer por completo á la vista de todos.

—¿Pero para qué querían un niño de cinco años, que no iba á poder combatir?, exclamó Zoe. Eso estaría bueno si se tratara de un rey.

—Sin duda alguna lo hubieran proclamado rey. Lo que importaba no era tanto su persona como su nombre.

—¿Pero por qué su nombre? ¿Hay algo que nosotros no sepamos? ¿Hay algo allí, bajo esos sellos?

—Probablemente, dijo el profesor mirando de soslayo á Mauricio. Mr. Teffany, ¿quiere usted que diga lo que iba á decir?

—Sí, sí, exclamó Zoe, mientras Mauricio asentía con la cabeza. Díganoslo usted pronto.

La joven cogió el pergamino, pero el profesor se lo quitó de las manos.

—Su hermano de usted es quien debe hacerlo, dijo. Él es el jefe de la casa. Fíjense ustedes en que esa genealogía se remonta hasta Alejo Teffany, que en el siglo XVI se afincó en Cornualles. Ahora, si usted quiere, rompa los sellos. Tengan en cuenta que Alejo era hijo de Juan, hijo de Manuel, que lo era de Basilio...

—El cual lo era de Juan Teofanis, emperador romano, que murió gloriosamente sobre los muros de Czarigrad, exclamó con toda su alma Zoe. ¡Oh! Mauricio, ¿no es verdad que todo esto es magnífico?

—No es eso todo, dijo el profesor Panagiotis. Usted, Mauricio Teffany, es en la actualidad el legítimo emperador de Oriente.

II

DE ESTIRPE DE EMPERADORES

—¡Ah, Mauricio!, exclamó Zoe casi sin voz á causa de la emoción que las últimas palabras del profesor le habían producido.

—Bueno, contestó Mauricio afectando mayor indiferencia de la que en realidad sentía, no me suena mal al oído; pero hay en el mundo muchos que, de derecho, son esto y lo de más allá, sin que nadie lo tenga en cuenta en la realidad política. Además, casi estoy seguro de que ha de haber algún pero.

—¡Pero!, exclamó el profesor. No es posible que los haya. Aquí está el árbol de su ascendencia tal como lo ha conservado su familia, y que concuerda exactamente con los datos que he tomado de las antiguas crónicas locales y de los archivos y monumentos de Peuteffan. Todos los miembros de la familia de padres á hijos están enterrados allí, excepto uno.

—Ahí es, supongo, donde el hilo se rompe, dijo Mauricio.

—De ningún modo, caballero. El que falta, Nicolás, está sepultado en la Abadía de Westminster. Sin duda debió morir estando de paso en Londres.

—¡En la Abadía de Westminster!, murmuró Zoe. ¡Tenemos un pariente enterrado en ella y no lo sabíamos!

—Esto le ha de interesar á usted, dijo el profesor entregándole un papel.

Era la copia de una partida de matrimonio sentada en un libro parroquial del siglo XVII.

Leyó ella en voz alta el nombre de la desposada: «*Eugenia Teofanes, de stirpe imperatorum.*»

—¡Ah! Era...

—Era lo mismo que es usted, dijo el profesor inclinándose.

—*¡Zoe Teofanes, de stirpe imperatorum!*, repitió la joven en voz baja.

—No te extravíes, Zoe, dijo Mauricio con viveza. ¿Qué nos quita ni nos da el que lo sepamos? Está claro que nuestro abuelo debió saberlo; y sin embargo, á él ¿de qué le valió?

—Sí, él lo sabía, dijo el profesor Panagiotis alzando la vista del árbol genealógico que estaba sobre la mesa y fijándola en la decoración del salón, en la que se veía con profusión repetida, aunque no de modo que chocara, la cimera del escudo familiar: un águila de oro apoyando cada una de sus garras en una puerta distinta.

Zoe había ayudado á su abuelo á dibujar los adornos del friso y las molduras de la monumental chimenea, muy lejos de figurarse lo que aquello representaba á los ojos del anciano, ni que las dos puertas referidas simbolizaran las de Roma y Czarigrad.

—Aquí pasó su vida tranquilamente, cumpliendo sus deberes para con sus arrendatarios, recalcó Mauricio como si tratara de combatir algo de lo que antes se había dicho.

—Es verdad, respondió el profesor; pero cuando llegó á la edad viril y supo por primera vez su elevada alcurnia, ya hacía tiempo que se había erigido el actual reino de Grecia para un príncipe alemán.

—Supongo que no irá usted á proponernos que arrojemos de su trono al rey Guillermo de Morea, respondió Mauricio con risa forzada.

—No, dijo con énfasis el profesor. El reino de Morea, por más que desgraciadamente no haya correspondido á las esperanzas que hizo nacer, ha de dejarse á un lado hasta el día en que tome su puesto entre los Estados federados del resucitado imperio. Es en la parte no redimida de Grecia donde ha de fijar usted su atención, en esa única región de Europa que gime todavía bajo el yugo de los turcos.

—Ya veo que es usted un agitador emaciano, dijo con frialdad Mauricio.

—Lo soy y no lo soy, replicó el profesor. Soy un griego emaciano que alimenta grandes esperanzas de que su país ha de ser libre, pero nada tengo que ver con esas partidas de forajidos que, pagadas y dirigidas por comités egoístas, en Tracia y Dardania han desacreditado el nombre de Emacia ante toda Europa por sus matanzas al por mayor. Los detesto con toda mi alma. Ni los rumis son tan de temer como ellos.

—Quién es tu enemigo, el de tu oficio, dijo entre dientes Mauricio

Luego añadió en alta voz:

—Lo mejor que podría usted hacer, sin duda alguna, sería reunir en un solo haz á todos los que persiguen el mismo objetivo. En ese caso podría usted moderar el afán que por asesinar sienten los hijos de los Balkanes, y ellos, á su vez, le aportarían lo que es más de desear: gente y dinero.

El profesor Panagiotis se rió con amargura.

—Sus palabras me prueban que usted comparte la ignorancia, común en los ingleses, de lo que realmente sucede en Emacia, dijo. Para los cismáticos tracios y dardanios, un cristiano ortodoxo es tan odioso como un rumi y lo tratan como tal.

—Hermosa perspectiva nos descubre usted, dijo Mauricio.

El profesor, casi fuera de sí, se acercó á él diciendo:

—Ríase usted, búrlese, haga chacota y todo lo que usted quiera, á fin de no dejar que penetre en su ánimo la convicción de que tiene usted el deber de abrazar la causa de su país y de sus súbditos. La diferencia que existe entre la posición de su abuelo y la suya es esta: que la crisis, que no ocurrió en aquella época, ahora se ha presentado y tiene usted que conjurarla.

(Se continuará.)

Hierros artísticos españoles de la Edad Media y del Renacimiento



1. – Bisagras, cerraduras y cerrojos de los siglos XV al XVIII



5. – Llaves, cerrajas, bisagras, etc., de los siglos XVI y XVII

Un aficionado de gusto refinado y que tuvo excepcionales oportunidades para adquirir un tesoro artístico fué D. Nicolás Duque, de Segovia, ya fallecido. Su inmensa colección de hierros españoles, que abarca del siglo XIV al XVII, ha estado depositada durante estos últimos veinticinco años en el Museo Arqueológico de Madrid. La muerte del propietario trajo consigo su devolución, á fin de que los albaceas pudieran enajenar la con mayor facilidad. Como no se presentase en España quien la comprara, los directores de la Galería de Arte español, de Londres, que desde su inauguración se han ocupado con afán de los hierros españoles, han traído á este país la colección completa, que en la actualidad tienen expuesta al público en su local de la calle Conduit.



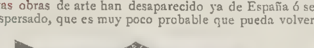
2. – Cabeza de clavo del siglo XV-XVI

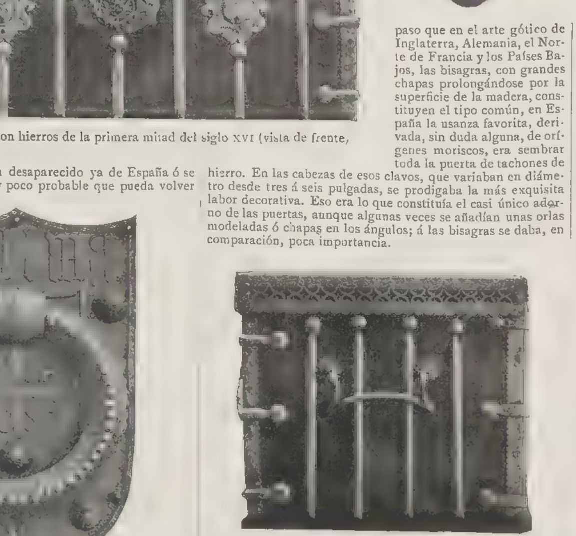
6. – Arca del siglo XVII

3. – Arca reforzada con hierros de la primera mitad del siglo XVI (vista de frente)

Tantas obras de arte han desaparecido ya de España ó se han dispersado, que es muy poco probable que pueda volver á reunirse una colección comparable á la del Sr. Duque. Ni aun cuando tal cosa llegara á suceder podría traspasar las fronteras de aquella nación, porque fué tal la indignación que su salida produjo, que se han dictado medidas legislativas para impedir que en lo futuro sufra el país pérdidas tan lamentables. Pero puesto que esa colección ha arribado á nuestras plazas, es muy de desear que la adquiera el Museo Victoria y Alberto ó los Museos Industriales de Edimburgo, Dublin ó de cualquier otro de nuestros grandes centros provinciales, donde se guarde perpetuamente, sirviendo de enseñanza objetiva de inapreciable valor. Porque no será mucho decir si afirmamos que todos sus diferentes componentes merecen el más detenido estudio, no precisamente para su reproducción material, sino á causa de la provechosa sugestión de *motivos* y de los primorosos métodos de ejecución que presenta cada uno de los objetos que la integran.

Así, pues, los adornos de las cabezas de clavo son tan característicos como interesante es su evolución. Es una ornamentación completamente distinta de la usada, por lo general, en el Noroeste de Europa; porque al paso que en el arte gótico de Inglaterra, Alemania, el Norte de Francia y los Países Bajos, las bisagras, con grandes chapas prolongándose por la superficie de la madera, constituyen el tipo común, en España la usanza favorita, derivada, sin duda alguna, de orígenes moriscos, era sembrar toda la puerta de tachones de hierro. En las cabezas de esos clavos, que variaban en diámetro desde tres á seis pulgadas, se prodigaba la más exquisita labor decorativa. Eso era lo que constituía el casi único adorno de las puertas, aunque algunas veces se añadían unas orlas modeladas ó chapas en los ángulos; á las bisagras se daba, en comparación, poca importancia.





4. – Aldabón del siglo XV

7. – Arca reforzada con hierros de la primera mitad del siglo XVI (vista de costado)

El tipo más antiguo de adornos para esas cabezas parece haber consistido en un hemisferio, por cuyo centro pasaba el clavo, de modo que, introducido en la madera, sujetaba la parte convexa. Esos hemisferios eran á su vez embellecidos, bien con depresiones, de modo que su superficie presentara un relieve parecido á un enrejado, ó sobreponiéndole cuatro ó seis tirillas que irradiaban del centro. A veces el clavo único primitivo se multiplicaba, formando un grupo de cinco ó, con menos frecuencia, de siete; sus cabezas redondas se colocaban simétricamente alrededor de la del central, dando así más relieve á la chapa. Posteriormente la chapa se prolongaba formando un adorno en las cuatro esquinas, y así vino á ser de traza cuadrada en vez de redonda. Durante cierto tiempo la chapa conservó su tachón central, que se fué gradualmente rebajando ó se hacía que así pareciera, hasta tener muy poco relieve, repujando la parte de lámina circundante formando protuberancias.

La chapa enteramente terminada consistía, pues, en una pátera cuadrada de hierro, repujada, taladrada y modelada y á veces también cincelada y engastada. Por regla general, sólo tenía una chapa el adorno de cada clavo, pero á veces se sobreponía otra de metal taladrada á fin de aumentar el efecto de la primera, ó bien se forjaban venas y nervios sólidos en alto relieve, ó se cincelaban primorosamente para adjuntarlos y darles todavía mayor precio.



8. – Aldabón de principios del siglo XVII

En la mayoría de los casos, únicamente afectaban formas

abstractas, y á pesar de esa limitación, presentan una maravillosa variedad y novedad en el trazado, aunque siempre ateniéndose á aquellos métodos racionales de procedimiento metalúrgico educidos de la naturaleza del metal y compatibles con las primitivas herramientas de que disponía el artífice.

La persistencia de determinados tipos se ve además en otros objetos; en aldabones, por ejemplo, hay gran número en forma de una argolla, que á veces se transforma en un estribo. Otras son variantes de una presilla alargada, terminando, por la parte inferior, en un par de circunferencias casi completas. Damos el grabado de uno (figura 8) que representa el emblema, tan común en España, de una concha, distintivo de los peregrinos que iban al santuario de Santiago de Compostela. Otra clase de aldabones, que comprende algunos ejemplares en extremo preciosos y fantásticos, se propone representar animales, verdaderos ó fabulosos, tales como leones, perros, delfines y dragones. La fertilidad de la imaginación de los naturales, que inventaba sin trabajo, aunque concretándose siempre á los expresados tres tipos principales, era en realidad inagotable y sólo se extinguió cuando sobrevino la invasión de las modas italianas en el siglo XVI.

Y no porque antes no hubiera influencias extranjeras, más ó menos beneficiosas, que se dejaran sentir en los hierros españoles, puesto que algunas de las más hermosas obras del último período gótico fueron, sin duda, inspiradas en *motivos* flamencos y alemanes. Cuando en el siglo XVI un príncipe español llegó á ser emperador de Alemania bajo el título de Carlos V, el águila imperial, coronada y de dos cabezas, se introdujo profusamente en la ornamentación española al lado de otros emblemas ya de antiguo muy usados, como el león de León y los castillos de Castilla. La flor de lis es un emblema de por sí tan delicado, que no hay que buscar otra razón para explicar su presencia en los trabajos españoles, y en todo caso sería difícil decidir si se propusieron representar con ellas las armas de Francia ó las de Florencia.

En la arquilla reforzada de hierro (fig. 3), todas las varillas de metal terminan en una concha. La franja que corre á lo largo de la tapa es una cinta taladrada que, á pesar de ser de un gótico de la última época, con dificultad pudo haberse hecho con intervalo de un siglo antes que las dos cerraduras laterales. No puede exigirse que haya completa unidad de estilo en épocas de transición, y es cosa sabida que los antiguos modelos continúan imitándose muchos años después de la introducción de modos nuevos. Sin embargo, puesto que el cuerpo de la arquilla corresponde muy bien al período en que se hizo, razonable es suponer que los escudos, de estilo muy marcado del Renacimiento, fueron añadidos posteriormente.

El arca figura 6 es de un estilo muy sencillo, exceptuando el adorno, que, como en el caso anterior, no forma parte evidentemente de la obra primitiva. En éste, la adición ha consistido en la parte superior, mutilada, de un escudo de la muy conocida forma italiana que toma su nombre de la testera de la armadura del caballo.

La parte inferior del escudo falta, y seis soportes, que antes debieron ir en ella, fueron chapuceramente sobrepuestos en los lugares en que pudieron encajarlos en el campo de aquél.

Entre los objetos más pequeños que hemos reproducido en las figuras 1 y 5, hay un fragmento, una cabeza humana, cuyo cuello termina en un ondulante ramaje del Renacimiento. Sin duda debió primitivamente formar parte de la ornamentación de la parte superior de una verja ó puerta de hierro. La rapidez y precisión del trabajo manual que implica el dar forma con el martillo y sobre el yunque á la superficie exterior redondeada de una plancha de hierro candente para representar un ser animado, son verdaderamente asombrosas. Sin embargo, esa especie de *tour de force* indica infaliblemente una época de decadencia. En otras, en que el gusto se conservara puro y sin contaminarse, no se hubiera podido hacer tal cosa. Cuando se hace es porque el artífice ha decaído y se ha vuelto demasiado hábil y ambicioso en su oficio. Ha perdido la fe en los procedimientos tradicionales de la herrería, y ya se impacienta viéndolos incapaces que son de expresar sus nuevas é hinchadas concepciones. No habiendo aprendido á ser ni escultor ni pintor, extrema su obra y la lleva más allá de sus límites naturales, tratando en vano de representar imágenes pictóricas con un metal más dúctil, como el oro ó la plata; tales representaciones modeladas pudieran ser legítimas y de un efecto satisfactorio; pero con el hierro no puede ser, pues no se avienen con la substancia dura y tersa de este metal, y por lo tanto, nunca deben intentarse.

Felizmente, en la colección de que tratamos son muy pocos y excepcionales los casos en que tal cosa sucede. La inmensa mayoría de los objetos que la componen, no sólo son artísticos en su concepción, sino trabajados magistralmente, prácticos y apropiados al fin á que se les destinaba.

Decir esto es lo más que hay necesidad de decir, ni realmente podría hacerse de ellos mayor elogio.

(De «The Studio,» de Londres.) AYMER VALLANCE.

9. Cabezas de clavos, llaves, cerrojas y cerraduras de los siglos XV al XVII



Marruecos.—Construcción de carreteras en Casablanca y en sus inmediaciones. (De fotografía de M. Branger.)

Los franceses no limitan á las operaciones militares su acción en Marruecos, sino que, mientras sus columnas avanzan á fin de pacificar mayor extensión de territorio, van construyendo en las comarcas pacificadas y, por decirlo así, sometidas de las inmediaciones de Casablanca, carreteras y otras obras que, al paso que facilitarán los movimientos de sus tropas en este período de lucha, serán factores importantes de su influencia una vez terminada ésta. La penetración armada habrá sido, pues, la preparación necesaria de la penetración pacífica; y si ésta se traduce en mejoras materiales para aquel imperio hasta el presente tan atrasado, no es aventurado afirmar que, andando el tiempo, los mismos marroquíes que hoy combaten con las armas en la mano á Francia, acabarán por reconocer que la civilización europea tiene sus ventajas y se aprovecharán gustosos de los progresos que ahora hay que imponerles por la fuerza.







Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 4 de mayo de 1908 — Núm. 1.375



RETRATO PINTADO POR VELÁZQUEZ

que se conserva en el Real Museo de Pinturas de Madrid



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Los Juegos Florales de Barcelona han llegado á su 50.° aniversario, y se halla la ciudad en pleno período de fiestas dedicadas á la celebración de esas «bodas de oro.» No puede hablarse actualmente de Juegos Florales, entre personas que se tengan por exquisitas, sin que asome á los labios una sonrisa imperceptible de desdén ó cuando menos de irónica indulgencia. ¿Por qué?

La humanidad tiende más á la parodia que al entusiasmo, y suele tener mayor aptitud para descubrir los aspectos flacos y ridículos de las cosas, que para extraer su oculto grano de poesía. Los certámenes literarios se han multiplicado sin medida, llegando á constituir, junto con la corrida de toros, el castillo de juegos artificiales, la batalla de flores y la *traca*, uno de aquellos números imprescindibles en todo programa de ferias.

En su vetusto ceremonial advierte nuestra época una disonancia de psicología. Aquel rito caballeresco, aquella Reina de la fiesta, aquella Corte de amor, saben á romanticismo trasnochado para muchos espíritus enjutos y positivistas. Tal como se ha ido divulgando por provincias y pueblos, tal como suele describirla la prensa en sus informaciones del verano y según se transforma actualmente con la ingerencia del mantenedor personaje, ha venido á parar la fiesta en no sé qué mezcolanza ambigua y de doble fondo.

¡El «mantenedor!» Consistorio de Mantenedores de la Gaya Ciencia se llamaba el antiguo de Tolosa, en el siglo XIV; y sobre este patrón se constituyó el de Barcelona en 1858, al ser restaurados los Juegos Florales. Mantenedores eran todos y cada uno de los individuos del tribunal, justiciero é inflexible, que debía aquilatar los méritos y distribuir las recompensas. Mantenedores se llaman todavía los siete miembros ó vocales del jurado anual de Barcelona. Mas al trasplantarse á otras regiones de espíritu menos en consonancia con la raíz de la institución y al adulterarse ésta con aditamentos extraños, ha aparecido la imponente figura del «Mantenedor» por antonomasia, magisterio augusto y como tenebroso, cuyas trascendentales funciones lírico-heráldicas en vano trata de inquirir la muchedumbre preguntando á los que están en el secreto.

* * *

Mantenedor-personaje, he dicho más arriba. Y, en efecto, esta es la última palabra del «floralismo.» No hay capital de provincia ni capital de partido que pueda prescindir del personaje para hacerle mantenedor de sus Juegos, ni personaje que decorosamente pueda dejar de tener Juegos durante las vacaciones veraniegas.

La política se enrosca, como las serpientes de Laocoonte, á todas las manifestaciones de la vida social. En España lo condiciona todo y todo lo subordina á su influjo y conveniencia. De una fiesta literaria hace una plataforma electoral ó una tribuna desde donde entregar al asombro de Europa las «declaraciones sensacionales» que todo político de mediana altura tiene el deber de preparar en los ocios del respectivo balneario. La llegada del conspicuo mantenedor suele constituir el *clou* de aquel linaje de festejos, con su obligado recibimiento en la estación, su miajita de arco de triunfo, su irremediable serenata por el orfeón, la estudiantina, la rondalla ú otra inofensiva manifestación del regionalismo pintoresco, y su banquete ó *paella*, según lo permita el esplendor de la cocina local.

La cúpula de este edificio no es otra que el discurso del personaje, ex ministro, ex subsecretario, ex director general. Los extractos telegráficos suelen ser extremadamente parecidos. El corresponsal eterno, el inmarcesible M. Homais creado por Flaubert, nos dirá que «constituyó un canto continuo á la patria y tuvo párrafos inspiradísimos al considerar á la mujer como ángel del hogar y como la más bella mitad del género humano, desde los días de Clemencia Isaura hasta nosotros.»

* * *

Pero abandonando esta digresión y volviendo á los Juegos Florales de Barcelona, no sé negarles encanto, prestigio y emoción independientes del aspecto literario puro y á pesar de todo su ponderado anacronismo y vetustez. Asistir á la fiesta únicamente como crítico severo é incorruptible, armado de su manual de estética y de su prontuario de preceptiva, para fallar—esta es la palabra—sobre el valor absoluto de las composiciones; aislarse del ambiente, inhibirse de las sugestiones del día primaveral y del perfume de las flores que embalsama el aire; reconcentrarse en sí mismos á guisa de solemnes magistrados de las letras, sordos al cohecho y la prevaricación, eso equivale á renunciar de antemano á toda comprensión de aquel hechizo á que me referí, en el cual se funden reminiscencias personales, asociaciones de ideas, vibración de sentimientos patrios, recuerdos, esperanzas, juventud, poesía.

Las cosas son como las hace el ambiente. Se mandan retoños del árbol de Guernica á todas las villas y concejos de Vizcaya. Aquí prenden, allá no. Aquí crece la planta con aspecto raquítico y desmedrado, allá se seca y agosta. Lo que hace famoso al árbol son los años y la tradición y leyenda adheridas á su tronco y á su sombra y á sus raíces. Así también las instituciones: lo que en ellas puso el tiempo ó la raza, lo que hay de subjetivo en lo objetivo, lo que es causa de su arraigo en los corazones, sobre eso recae, precisamente, la consagración de la historia.

Una fiesta que ha durado medio siglo, sin interrupción, resistiendo á todos los vaivenes de la época, no puede ser juzgada como una rutina, sino como una tradición; no es un simple episodio literario, sino un verdadero acontecimiento histórico. En el renacer de Cataluña se observa el fenómeno, que tantas veces he señalado, de su inmediata «socialización.» Así, sus principales columnas son el teatro, los coros de Clavé y los Juegos Florales de Barcelona, manifestaciones colectivas, hechas para interesar y atraer á las muchedumbres. Si á este renacimiento se le pudiesen asignar un carácter predominante, una tendencia espontánea, no serían otros que su aspecto colectivo y que la aparición de una «democracia intelectual.»

¿Democracia intelectual?.. Ello sabe á paradoja en tiempos de refinamiento, de torres de marfil, de aristarquías, de exquisiteces. Sin embargo, el hecho es innegable. Las individualidades eminentes suponen mucho menos que el fenómeno social; los conductores mucho menos que la masa. No se da el caso de una brillante plana mayor sin hueste, de un núcleo de caudillos sin ejército. Lo que hay de sorprendente y acaso de insólito en este espectáculo, es el profundo murmullo, el rumor de marea popular que sube desde el coro anónimo y con el cual responden las multitudes á la voz medio apagada de los actores y corifeos.

* * *

Suele negarse á Cataluña, aun sin ánimo de deprimirla, aptitud ideal y facultad de enamorarse desinteresadamente de un ensueño, de una utopía, de una empresa caballeresca. Se la supone guiada por un egoísmo material cuando no sanchopancesco, é incapaz, por ende, de toda abnegación quijotesca, espiritualista y elevada.

Esta creencia es errónea, radicalmente errónea. Yo no sé ver, en toda la historia del siglo XIX, una temeridad semejante á la temeridad catalana, á la temeridad que estos mismos Juegos Florales simbolizan. No hallo en ningún pueblo moderno otro caso de *quijotismo* fulminante como el intento de restaurar un idioma y una poesía paralizados por cerca de tres siglos de abandono y hostilidad y sobre cuyo mausoleo los historiadores de las literaturas meridionales, desde Sismondi á Boutterveck y Ticknor, acababan de cantar su lúgubre responso y de escribir su definitivo epitafio.

Sea el que se quiera el criterio con que asistamos á esta tentativa, veámosla con repulsión ó con entusiasmo, no podrá negarse que aquellos ilusos ó sonámbulos de la generación romántica se convirtieron en paladines de una causa que todo el mundo consideraba perdida, y lanzaron á la prudencia, á la sensatez, á la cordura filistea y aburguesada el más audaz de los retos. Hicieron ofrenda de su talento y de su vida á un infortunio histórico, se lanzaron á una aventura descomunal y todo lo sacrificaron á la princesa encantada, á la divina y fulgurante Dulcinea que ojos profanos y enemigos no sabían ver sino cubierta de harapos y comida de liendres y legañas.

* * *

La continuidad ininterrumpida de los Juegos Florales durante cincuenta años y el haber girado en torno de ellos, casi exclusivamente, hasta hace poco, el movimiento literario de Cataluña, demuestra que la temeridad de los iniciadores halló eco en el alma del país y que bien pronto una corriente popular respondió á la sugestión de los eruditos.

En todas partes la revolución romántica significó una reacción hacia los orígenes nacionales contra las superposiciones del falso clasicismo. En un pueblo fortalece la tradición nacional debilitada; en otro resucita la tradición nacional perdida. De esta manera puede decirse que el catalanismo literario, tal como se presenta al mediar el siglo XIX, es la manifestación ó forma local del romanticismo, es la aplicación y resultado de las doctrinas estéticas que lo guiaban y conducían, es la repercusión y efecto concretos de aquel movimiento universal que llevaba á los pueblos de la mano para que volviesen á encontrarse á sí mismos, bien en la intimidad de la conciencia (subjetivismo), bien en sus monumentos y reliquias de lo pasado (dirección histórica).

Es ocioso repetir que fué esta última la que en Barcelona prevaleció. En la primera levadura de la restauración, entraron seguramente muchos elementos de falsa liga, muchas adulteraciones sentimentales que produjeron un estado poético especialísimo. De un lado los poemas gaélicos de la mixtificación de Ossián. De otro lado el prestigio de lo popular y fantástico reducido á la categoría de unas inciertas y vagas «baladas septentrionales.» De otro los recuerdos nostálgicos de cierto *provenzalismo* turbio, deformado por la erudición del siglo XVIII. Todo vino á nutrir la superstición de nuestros abuelos empeñados en resucitar aquel mundo de bardos, trovadores, juglares y ministriles, de juegos de la Gaya Ciencia y de Cortes de amor, de torneos y feudalismos de ópera...

* * *

Pero ¿qué son estas deformaciones de la realidad, estas aberraciones visuales en que toda época incurre, en que acaso estamos incurriendo nosotros ahora mismo, sin advertirlo, por vanidad y petulancia; qué son sino *astucias* de la historia, que hila su trama y prosigue su trabajo? De la mano de este error, de la mano de esta ilusión poético-sentimental, se ha llegado á un despertamiento colectivo, á un período de vida intensa, á un germinar de deseos, de emulaciones, de iniciativas, de extravíos, de generosidades, de pasiones buenas y malas, de fiebre, en suma. Al fin y al cabo, ¿qué es el vivir, sino combustión del alma en fuego de ideal? ¿Y qué vale más en el viaje: la estación de llegada ó las aventuras del camino, los paisajes descubiertos, la riqueza atesorada por el espíritu en los riesgos y en las luchas, en las intemperies y en los grandes horizontes?

Pocos años después de inaugurados los Juegos Florales, el insigne Milá y Fontanals, su primer presidente, el docto investigador de la literatura medieval que puede ofrecer España en la misma línea que los Gastón París, publicaba *Los trobadores*; y en el prólogo de este densísimo libro oponía la verdad científica, no exenta de prosaísmo, á la idealización poética predominante en la opinión de las gentes acerca de la literatura trobadoresca y del error romántico en que se hallaban quienes no conocían un verso de los expresados trobadores. ¿Qué importa la decepción? El mundo se deja guiar por espejismos y alucinaciones. La humanidad necesita perpetuamente de la columna de fuego.

Miguel S. Oliver.

EL AMARGADO, CUENTO DE EL BACHILLER CORCHUELO

—Cualquiera diría que en vez de irte á Alemania vas á emprender un viaje al otro mundo, dijo Susana, interrumpiendo el largo discurso de su marido.



Roque se levantó de su asiento y la abrazó fuerte y cariñosamente

—No sabemos lo que puede ocurrir, replicó Roque, y no está de más vivir prevenidos...

—Pues yo no quiero más observaciones... El día que tú mueras, nada necesitaré, porque me matará el pesar...

Roque, conmovido por las amorosas palabras de su mujer, se levantó de su asiento y la abrazó fuerte y cariñosamente. Después de desahogar su ternura, dijo con voz apasionada y acariciándola paternalmente las manecitas:

—Si muero antes que tú, quiero que vivas cuanto tu destino tenga determinado. Quiero que vivas, si no feliz, ya que tu felicidad no es posible sin mí, al menos tranquila, libre de preocupaciones y al abrigo de toda necesidad... Por eso insisto tanto... Las injusticias de mis contemporáneos no me han permitido dejarte más dinero que el escaso que pudieran darte por el modesto mobiliario de nuestro hogar y los libracos de mi biblioteca...

—¿Quieres callar?, exclamó ansiosa Susana.

—Oyeme, pobrecilla... Toda mi vida he pasado preocupándome de cómo te quedarías después de faltar yo... Y, al fin, resolví mi problema... Dos años enteros, robando el tiempo al descanso y al recreo, he pasado, trabajando para legarte una pequeña fortuna, que únicamente después de muerto yo puedes cobrar tú... Lobín, el notario, tiene instrucciones y consejos míos, que te trasladará fielmente, y te guiará para que puedas sacar de mi obra todo el provecho material posible, que veo será mucho... Zorro, el editor, también te ayudará por la cuenta que le tiene...

No pudo continuar, porque el rostro de su mujer se bañaba de lágrimas.

—Vaya, no te aflijas, tontilla. Si no pienso morir me; si sólo te he advertido por si acaso... ¡Ea! Serénate... Si he hablado por tu bien...

—Mi bien es tu vida, balbuceó la afligida esposa. Y créeme, me da tan mala espina ese viaje, que si de mí dependiese, no lo realizarías.

—No es posible, ni hay razón para inquietarte... Este viaje es uno de tantos que mi deber de periodista me ha hecho realizar en esta vida... Es cosa del periódico, ya te lo he dicho...

Mentía.

Si Susana hubiese podido leer los pensamientos de su marido, se habría sobresaltado, porque el viaje de Roque obedecía á la más descabellada idea que pudo brotar del meollo menos equilibrado.

Desde muy joven, Roque se creyó injustamente postergado en todos los terrenos, en donde él se figuró poder desarrollar sus aptitudes y los talentos de cuya posesión estaba cierto; se vió víctima del más inmerecido menosprecio por parte de la humanidad, que diariamente, según él, admiraba y ensalzaba á hombres de mucho menos valer..

Su ambición, que era indescriptible por lo inmensa, y su vanidad, le hicieron desde muy niño parecer lo que se llama un hombre serio, es decir, un hombre que oculta cuidadosamente sus debilidades, sus flaquezas y sus vicios...

Al cabo de algunos años, se convenció de que su seriedad afectada y su hipócrita bondad eran sus peores enemigos, los más entorpecedores obstáculos para la realización de sus ambiciones.

Cuando publicaba algún libro, sus hermanos en las letras no se tomaban la molestia de dedicarle unas cuartillas, anunciando sus excelencias, si las había, ó inventándolas si faltaban, y si alguna vez se la tomaron, fué para acusar recibo de la obra, prometiendo ocuparse más extensamente de ella... *otro día*... El día del Juicio final...

—¡Claro!, pensaba, entonces Roque, ahogándose de despecho. Ellos dicen: «Roque es un infeliz, incapaz de guardar rencor... Además, como es tan bueno, en cuanto le mandemos un libro nuestro nos lo *bombeará* en seguida... ¡Es un buen compañero!»

Y lo peor era que ocurría así. Cuando llegaba á sus manos una obra de cualquier compañero que le desairó, se apresuraba á escribir el correspondiente artículo encomiástico, para demostrar su seriedad y su bondad, incapaz de guardar memoria de un pequeño desaire. Lo publicaba de pésimo talante, y por la noche, su bondad le costaba un ataque de nervios.

Así, fueron pasando años y años. En política, fué el correligionario leal, dispuesto á toda suerte de sacrificios por el partido, estimado siempre en la hora de combate y olvidado en el momento de repartir el botín. En el periodismo, llegó á ser redactor jefe de un importante diario... y director interino, siempre que el propietario tenía que ausentarse por obligación ó por placer.

—Sí... Soy el lacayo de confianza, que cuida la casa, mientras el mayordomo veranea..., pensaba, con inmensa amargura en semejantes ocasiones.

Varias veces vacó el puesto de director del periódico cuya jefatura de redacción desempeñaba, y otras tantas, cuando esperaba ser llamado para ocuparlo, fué la vacante adjudicada á un periodista extraño á la casa ó á un compañero menos antiguo que él...

Escribió varias obras para el teatro, y ningún empresario le rechazó una ni se dignó ponérsela en escena: pensaban que Roque era muy bueno, y que había que atender antes á otros escritores y periodistas más temibles...

Así, desairado á todas horas, se le amargó el alma y comenzó á odiar á la humanidad y á pensar el modo de desquitarse y de vengarse.

Un día, sonrió siniestramente. Acababa de ocurrírsele una venganza terrible... Luego, discurriendo mucho, halló manera de que su venganza fuese provechosa á su mujer, la única persona que le admiraba, que le creía un genio, que le había hecho justicia...

Se había casado dos años atrás, perdidamente enamorado, con el ciego enamoramiento del solterón que en cuarenta años de vida no ha advertido que hay una mujer digna de ser amada. La que se lo pareció, era una de treinta años, tan falta de dote como sobrada de belleza, muy pagada de su hermosura, muy presuntuosa, aficionada al lujo y ambiciosa de fortuna. Susana, cansada de ver que el pretendiente rico no se presentaba y de que no había que esperar más, sin riesgo á quedarse para vestir imágenes, se casó con Roque.

Este, que hasta entonces sólo había ambicionado la gloria, porque satisfacía á su exaltada vanidad, codició las riquezas, para que su mujer las derrochase. El día que se convenció de que no podía lograrlas, pensó una serie de disparates, de los cuales el más donoso y el que resolvió llevar á cabo le hizo murmurar:

—Debo vengarme... Quiero vengarme y me vengaré... Voy á escribir un libro..., ¿cómo lo titularé?.. Ya lo sé. *Memorias íntimas de un periodista que no ha podido hablar con sinceridad hasta después de muerto*... Lo imprimo, me pego un tiro, y ocho días después de enterrado se pone el libro á la venta... Como será una obra de escándalo, dará mucho dinero... ¡Mejor! Eso y mucho más merece mi mujercita que tanto me quiere...

Puso mano á la obra, y en dos años la acabó. En

ella se desmenuzaba, se ridiculizaba, se zahería implacablemente la labor y la vida de escritores, políticos, artistas, de todos los hombres célebres que en su larga vida de periodista había tratado y ensalzado. Hasta con sus mismos compañeros de redacción se metió...

Pero al terminar su obra, creyó que el éxito sería mayor de lo que pensó antes de comenzarla... Y la vanidad le hizo introducir una pequeña variante en su plan de venganza. Decidió imprimir el libro, marcharse al extranjero, enviar desde allí un *canard*, dándose por muerto, y ocho días después, cuando el libro fuese lanzado á la circulación, regresar á España, saborear su éxito y... ¡matarse vengado!..

Y así lo hizo.

Sólo que la casualidad, su exaltada imaginación y el recuerdo de algunas lecturas folletinescas le hicieron desarrollar su proyecto de otro modo.

En el tren trabó amistad con un español, que media hora antes de llegar al término del viaje se murió repentinamente.

Roque aprovechó esta coyuntura en su favor. Registró al muerto, le despojó de la cartera y puso, en el lugar de ésta, la suya con sus documentos, por los cuales constaba que el difunto era D. Roque Pérez, de 45 años, casado, natural de Madrid, y redactor jefe de *El Noticiero Mundial*... Cuando descendió del tren, Roque era ya Pascual Rodríguez, de 43 años, soltero, natural de Alicante y abogado y residente en Barcelona.



Dormida, cuadro de Alberto de Keller

Enterrado el muerto, Roque dirigió largos telegramas á los periódicos madrileños comunicando su falsa muerte...

Un mes más tarde, regresó á España.

En la primera capital de provincia en que se detuvo, no pudo contener su impaciencia. Se fué á su casino y comenzó á hojear los periódicos que dieron noticia de su muerte... Al ver la columna de elogios que le dedicaron, creyó que eran merecidos y sinceros y pensó:

—¡Claro! Como no puedo ya haceros sombra, me alabáis... ¡Canallas! Eso que me decís ahora, bien pudisteis decírmelo antes, en vez de amargarme la vida...

Y acordándose de su libro, pensó:

—¡Cómo os habréis quedado al leer la opinión en que os tenía! Merecido lo habéis, como yo vuestros elogios. Nada nos debemos.

Después de leer repetidas veces y con mucho detenimiento su necrología, salió del casino y se fué á una librería inmediata en busca de noticias de su libro...

—¡Oh!, exclamó el librero. Ha sido un éxito colosal, desconocido en España... Llevamos vendidas tres ediciones: la primera de mil ejemplares; las otras dos, de cincuenta mil... Y aún están haciendo otra..

—¿Y los periódicos han hablado?

—Los de Madrid, no. ¡Claro!, dijo el librero, que no sabía con quién hablaba. Y se comprende... Ellos que ocho días antes, al hablar de la muerte del autor, lo habían puesto poco menos que de genio, debieron quedar estupefactos, y su venganza consistió en no hablar del libro... Por venganza y para que sonasen menos las *Memorias*... La verdad es que fué una humorada terrible la del autor... En provincias, los periódicos han discutido mucho la obra... Esto y el reclamo hábil del editor han contribuído mucho al éxito...

Roque salió satisfecho, saboreando su venganza, gozando lo indecible al imaginar las discusiones y los disgustos que había motivado su obra, dispuesto ya á pegarse el tiro, porque no esperaba de la vida mayor satisfacción...

Pero se acordó de su mujercita... y quiso verla.

—¡Pobrecilla!, pensó. ¡Cuánto se acordará de mí! Debe estar inconsolable...

Sintió vehementísimos deseos de verla antes de matarse; pero para evitar que le reconociesen, retrasó su regreso á Madrid.

Diez meses después, completamente afeitado y disfrazado y con la personalidad civil suplantada, volvió á la corte y se albergó en una modesta casa de huéspedes.

Al día siguiente envió á informarse del estado de su *viuda*.

—Señorito, dijo el sirviente después de cumplir su cometido, me han dicho en la portería que esa señora no vive allí; que se ha casado hace un mes...

—¿Que... se ha... casado?.. ¿Con... quién?, preguntó Roque atónito, estupefacto, con la cara lívida de coraje y de emoción.

—No lo sé. Vive Hortaleza, 27...

Roque no pudo oir ni pronunciar una palabra más. Como un loco, corriendo, con un bastón enarbolado, salió á la calle y tomó un coche que le condujo ante la morada de *su viuda*, en el preciso momento que Susana salía con su nuevo esposo...

Una oleada de rabia, de despecho, le agarrotó la garganta y le dejó inmóvil.

El marido de *su viuda* era uno de los escritores más furiosamente atacados en su libro: Juan Perceber, el cual, más práctico que el autor de las *Memorias*, vendiendo ediciones y más ediciones del libro en que se le atacaba, se había labrado una fortuna: ¡lo que no había logrado escribiendo obras originales!..

Entonces Roque se murió *de veras*...

—



Los hijos de Carlos I de Inglaterra, cuadro de Van Dyck que se conserva en el Museo de Turín

CUADROS DE FERNANDO A. DE SOTOMAYOR

Los tres hermosos estudios que reproducimos revelan ya la valía y la tendencia del artista que los ha producido. No es ciertamente el Sr. de Sotomayor un pintor novel, ya que en breve período de tiempo y gracias á sus cualidades ha logrado darse á conocer y singularizarse. Discípulo del que fué excelente artista y amigo querido D. Manuel Domínguez, supo aprovechar las enseñanzas que recibiera, perfeccionando los conocimientos que adquiriera durante su pensionado en Roma y sus excursiones á París, Bélgica y Holanda. Resultado de sus adelantos han de considerarse las recompensas obtenidas en las Exposiciones de Madrid de 1904 y 1906 por sus cuadros *Orfeo perseguido por las bacantes* y *Los abuelos*, y de Barcelona de 1907 por su obra el *Rapto de Europa*, adquirida para el Museo Municipal de dicha ciudad.



Aldeano gallego, cuadro de F. A. de Sotomayor

Los cuadros que damos á conocer á nuestros lectores pertenecen á diverso género de los que mencionamos y revelan una nueva fase, otro aspecto de la producción artística del Sr. Sotomayor; pero en ellos se observa, cual en todos los del mismo autor, singular acierto en la formación de esa castiza gama, reflejo de una escuela que tantos aplausos merece, puesto que lleva consigo el concepto de nuestra nacionalidad. Cuanto á los temas ó asuntos, ha elegido el pintor tipos de su región, estudiados con el interés que inspira cuanto nos recuerda el país en donde nacimos, pintados con firmeza y con los rasgos que presta la realidad. Elogios merece también el recuerdo de la célebre Cartuja del Paular, que tantas bellezas conserva todavía, respetadas por la acción destructora del tiempo y de los hombres, que ha servido también al artista para trasladar al lienzo uno de sus poéticos rincones, que pregonan la grandeza de aquella construcción y la incuria de los que debían conservarla.



Un rincón del monasterio del Paular, cuadro de F. A. de Sotomayor

DORMIDA, CUADRO DE ALBERTO DE KELLER

El celebrado pintor muniquense Alberto de Keller es reputado como uno de los mejores retratistas de mujeres; pocos como él saben expresar lo que, siendo fruto de un profundo espíritu de observación, requiere un dominio absoluto de la técnica para ser reproducido con toda la intensidad de la vida psíquica; y pocos le igualan en habilidad para vestir, por decirlo así, á las retratadas y para situarlas en el medio que mejor se aviene con su modo de ser físico y moral. Y esto que decimos de los retratos puede aplicarse asi mismo á todos los lienzos en que aparece la figura femenina, como el que reproducimos en la página anterior.

Pero no es sólo en el retrato en lo que ha conquistado Keller su celebridad; llevado por su imaginación un tanto exaltada, ha cultivado con gran éxito un género especial, el de la pintura que podríamos llamar fisiológico psicológica, la pintura de las visiones, de los estados hipnóticos y de sonambulismo, género en el que ha producido cuadros tan notables como un busto de sonámbula, el retrato de una hipnotizada, *El suplicio de una bruja*, *Curación mística* y otros.

También ha tratado Keller asuntos bíblicos, como *La resurrección de la hija de Jairo*, y sobre todo el de la *Crucifixión* que ha representado en diversos lienzos y en el cual ha mostrado de una manera admirable el sufrimiento suprahumano que se sobrepone al tormento físico.



Aldeana gallega, cuadro de F. A. de Sotomayor

Keller es además un adorador de la naturaleza; pero no se limita á copiarla, sino que la traduce, la amolda á su propia personalidad y la ordena según sus ideas y sensaciones; es demasiado culto para ser simplemente un naturalista, y demasiado creador para limitarse á ser mero copista. De todos los fenómenos toma la esencia, gracias á su aptitud para sorprender lo momentáneo, y con maestría sin igual resuelve los más difíciles problemas de la luz logrando efectos de sorprendente belleza.

LOS HIJOS DE CARLOS I DE INGLATERRA, CUADRO DE VAN DYCK

Uno de los potentados que más apreciaron y protegieron al gran Van Dyck fué Carlos I de Inglaterra, quien en 1632 le llamó á su corte y le colmó de favores, nombrándole caballero, concediéndole una pensión anual de 200 libras esterlinas, alojándolo en palacio y cediéndole una casa de campo en el condado de Kent.

En aquella época pintó, entre otros, el magnífico retrato de Carlos I que se conserva en el museo parisiense del Louvre, y el grupo de los tres hijos mayores del rey: el príncipe de Gales, que fué más tarde Carlos II, nacido en 29 de mayo de 1630, la princesa Enriqueta María, nacida en 4 de noviembre de 1631, y el duque de York, que reinó después con el nombre de Eduardo II.—T.

ROMA

CONGRESO FEMINISTA

Que el feminismo hace cada día nuevos progresos es indudable; y no se limita ya á sostener campañas platónicas, á defender sus ideales en artículos publicados en periódicos y revistas de más ó menos importancia, sino que, por el contrario, adopta una actitud, por decirlo así, agresiva, buscando en la propaganda activa y en la acción vigorosa y á plena luz la satisfacción de sus aspiraciones. Y esta satisfacción la exige con apremio y hasta con violencia unas veces, como sucede en el caso de las sufragistas de Londres, y otras con alarde pacífico, pero grandioso, de las fuerzas con que cuenta.

De esto último es buena prueba el Congreso feminista que actualmente se celebra en Roma y en el cual están representadas todas las ciudades de Italia. Su presidenta es la condesa Spaletti y del comité organizador forman parte las damas de la alta aristocracia italiana, lo que no ha sido óbice para que en él se hayan votado algunas conclusiones de carácter extremadamente radical.

A la sesión inaugural del congreso, que se reune en el Capitolio, asistieron la reina Elena, la princesa Leticia, la duquesa madre de Aosta, los ministros Rava y Schanzer, el alcalde de Roma y la embajadora de Inglaterra, en representación de lady Aberdeen, presidenta de la federación internacional de las mujeres. Pronunciaron discursos en aquel acto el ministro Rava, el alcalde de Roma y la presidenta, condesa Spaletti.

El número de congresistas es de más de mil, siendo muchas de ellas francesas, suizas y alemanas. ¿Hasta qué punto dará resultados prácticos ese congreso? De momento, no es fácil que las aspiraciones en él formuladas se conviertan en realidades; pero de todos modos, el hecho tiene importancia como síntoma y demostración de lo que al principio decimos.—P.



Roma.—Primer Congreso de las mujeres italianas.
Salida de las congresistas después de la sesión en que se discutió el tema de los derechos políticos
(De fotografía de Carlos Abeniacar)

EXCURSIÓN DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE BARCELONA, SUBVENCIONADA POR EL AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD.

Con muy buen acuerdo ha organizado la Escuela de Bellas Artes algunas excursiones artísticas con el objeto de que los alumnos puedan ampliar sus estudios, tomando notas y apuntes del natural y adquiriendo por medio de la visita á determinadas localidades conocimientos de grandísima utilidad, que si son siempre provechosos, aun á los mismos maestros, lo son más cuando se trata de quienes están en el mejor período de su educación artística.

Recientemente se ha efectuado la primera excursión, dirigida por los inteligentes profesores de dicha Escuela D. Manuel Fuxá, D. Félix Mestres y D. General Guitart, recorriendo algunas importantes poblaciones de la provincia de Gerona, en donde han podido admirar las bellezas de esas notables construcciones que nos han legado aquellos artistas que, inspirados por sus creencias y su entusiasmo, tan evidentes muestras dieron de su valía.

El grabado que publicamos reproduce á los alumnos de las tres clases que dirigen los citados profesores, agrupados en un ángulo de uno de esos interesantes claustros que á pesar de los rigores del tiempo y de los efectos de la demoledora piqueta, todavía se conservan.

Digno de alabanza es el propósito que ha inspirado la organización de las citadas excursiones, puesto que no dudamos han de producir beneficiosos resultados y son una verdadera ampliación de la enseñanza artística.

Y merecedor es, por consiguiente, de elogios el acuerdo de nuestro Ayuntamiento de fomentar, no sólo con su apoyo moral, sino también con recursos materiales, la obra de la Escuela.—G.



Excursión artística realizada por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, subvencionada por el Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad. (De fotografía.)

DE MARRUECOS

Las fuerzas del general d'Amade que tienen sus bases de operaciones en Ber-Rechid y en Settat, han efectuado nuevos avances en la región Xauía, si bien por ahora sólo por vía de reconocimiento; mas como los resultados de éste han sido satisfactorios, pues los soldados franceses apenas se han visto molestados en la etapa de sesenta kilómetros por ellos recorrida, es seguro que se establecerán nuevos campamentos en el territorio recientemente recorrido. De momento ha quedado en la kasba de Ben-Ahmed otro destacamento regional, el tercero de los destinados á completar el sistema defensivo de aquella región. Algunos caides de las comarcas últimamente visitadas hicieron su sumisión al general d'Amade: sin embargo, la mayor parte de los aduares estaban abandonados por sus habitantes.



Marruecos.—Trinchera defendida por cañones de marina. (De fotografía de M. Branger.)

En la frontera oranesa reina tranquilidad. Hace pocos días el jeque de los Ain-Xeir invitó á una fiesta al general Vigy y á su estado mayor; los oficiales de éste aceptaron la invitación, habiendo sido muy agasajados, hecho tanto más digno de notarse cuanto que se trata de una tribu que siempre se había distinguido por su hostilidad á los franceses.

De los datos recogidos por el general Vigy resulta que se está formando cerca de Alkazar el-Beída, en donde acampan actualmente los franceses, un nuevo núcleo de resistencia, á dispersar el cual serán destinados, según parece, los llamados grupos francos, formados con los soldados indígenas más resistentes y más hábiles tiradores de cada compañía, al mando de oficiales escogidos expresamente. Estos grupos, ligeramente equipados, desembarazados de todo lo que no sea esencialmente necesario, andarines infatigables, están en marcha continuamente, cubriendo de una manera constante y regular etapas de cuarenta, cincuenta y hasta sesenta kilómetros, durmiendo al raso envueltos en un albornoz y alimentándose de dátiles, higos y galleta ordinaria. La idea que ha presidido en la formación de estos cuerpos francos ha sido poner á los indígenas al servicio de Francia en las mismas condiciones de lucha que sus compatriotas rebeldes, sistema cuyas excelencias han podido demostrarse en varias ocasiones, entre ellas cuando la rebelión de los Beni Snassén, rápidamente sofocada en diciembre último.

El sultán Abd el Aziz recibe cada día nuevas sumisiones. Hace poco pasaron por Mazagán varios caides influyentes de la importante tribu de los Rehamnas que se dirigían á Rabat para rendir acatamiento á su soberano legítimo, y lo propio han hecho algunos caides de los Dukkalas.

La mehalla jerifiana ha salido, al fin, de Rabat en marcha para Fez. El retraso de su partida se debe á que el sultán, el ministro de la Guerra y el jefe de la misión francesa han querido que la organización de esas fuerzas fuese lo más perfecta posible á fin de dar cuanto antes un golpe mortal y decisivo al pretendiente, cuya causa parece declinar de una manera rápida.—R.



Marruecos.—Desembarco de armas y víveres destinados á la mehalla del sultán Abd-el-Aziz organizada para combatir contra el pretendiente Muley Hafid. (De fotografía de M. Branger.)



ACTUALIDADES INGLESAS. (De fotografías de «World's Graphic Press»)

Salida de los reyes de Inglaterra para Copenhague

El rey Eduardo VII, la reina Alejandra y la princesa Victoria, que están efectuando actualmente un viaje por Dinamarca, Suecia y Noruega, salieron en la mañana del día 20 de los corrientes de Londres en dirección á Copenhague. Por cierto que los periódicos refieren, como una gran extrañeza, que los soberanos llegaron á la estación Victoria con cinco minutos de retraso, hecho que no tiene precedente, según parece, en la memoria de los londinenses, acostumbrados á que los reyes guarden siempre una puntualidad exagerada, si es que en esto puede haber exageración.

De Londres fueron á Douvres y allí se embarcaron, habiendo llegado á la tarde siguiente á la capital dinamarquesa, en donde les recibieron la familia real, los grandes dignatarios y una gran muchedumbre, que les tributó una ovación entusiasta. En Copenhague estuvieron cuatro días, hospedándose en el palacio de Amalienborg y siendo obsequiados con brillantes fiestas, entre ellas una comida de gala en palacio, un almuerzo ofrecido por el príncipe Waldemar y la princesa María, un banquete en la residencia del príncipe heredero, un almuerzo en el palacio del conde de Frijsenborg, una comida en el ministerio de Negocios extranjeros, una función de gala en el teatro de la Opera y un concierto en el palacio Real.

El 25 salieron de Copenhague y el 26 llegaron á Estockolmo, siendo recibidos en la estación por la real familia y el estado mayor general. Los soberanos ingleses han visitado en aquella capital, entre otras cosas, la exposición hípica y el famoso museo de pinturas en que se guardan preciosas colecciones de cuadros de los más grandes maestros flamencos, franceses é italianos. En su honor se han celebrado un banquete en el palacio real y una función de gala en el teatro de la Opera.

Aparte de los obsequios y fiestas oficiales, los soberanos ingleses han hallado en la capital de Noruega una acogida entusiasta por parte del pueblo, que adornó con flores y banderas las calles y tributó á los regios visitantes calurosas ovaciones.

Ha completado el viaje de los soberanos ingleses la visita á Cristianía, en donde se han reproducido los agasajos y las fiestas en su obsequio.

La excursión de Eduardo VII, además del carácter de correspondencia á las visitas que aquellos monarcas le han hecho en distintas ocasiones, obedece, según se dice, al deseo de establecer una inteligencia amistosa entre Suecia y Noruega.

* * *

Mr. A. G. Vanderbildt, hijo del conocido archimillonario yanqui, se halla actualmente en Londres, adonde ha ido con sesenta caballos de pura sangre para tomar parte en el concurso hípico que se celebra en la capital londinense y para el cual hay ofrecidos importantes premios. Mr. Vanderbildt espera ganar la mayor parte de éstos, y para ejercitar á sus caballos, al propio tiempo que para dar una prueba de su habilidad cocheril, se ha entretenido durante varios días en guiar su famoso carruaje *L'Aventure*, haciendo con él el recorrido de Londres á Brighton, es decir, unos 85 kilómetros, en varias etapas, en cada una de las cuales cambiaba los tiros.

El millonario yanqui Mr. Vanderbildt guiando un «breack» que recorre diariamente el trayecto de Londres á Brighton.

Para estos viajes ha admitido pasajeros, á los cuales ha cobrado el viaje como cualquier conductor de diligencias, haciéndoles pagar veintiséis francos y medio á cada uno. En realidad, no puede tacharse de caro el precio exigido, porque bien vale unas cuantas pesetas y aun algo más el honor de llevar de cochero á un hombre que posee una fortuna de muchos millones y que se ostenta en las grandes capitales con un tren capaz de deslumbrar á los más indiferentes.

* * *

Hace pocos días se ha celebrado en el campamento de Aldershot un gran concurso militar de *foot-ball* en que se disputaba la copa del ejército. Al *match* final, que se jugó entre el 4.° regimiento real y el 2.° de fusileros de Lancashire y que fué ganado por el primero, asistieron los príncipes de Gales y su hijo el príncipe Eduardo; la princesa distribuyó las medallas entre los vencedores. En la fotografía adjunta, el príncipe de Gales está á la izquierda, hablando con el generalísimo lord Roberts. – S.

Los píncipes de Gales en el match final del concurso de «foot-ball» celebrado en Aldershot



1. Alegoría de la Industria y del Comercio.—2. Faro y Atalaya.—3. Carroza de las reinas de la «Mi-Careme» de París.—4. Carroza de las reinas de San Sebastián.—5. Cleopatra en el Nilo.—6. Cafeteras y similares.—7. Cocineros y pasteleros.

(De fotografías de Frederic.)

SIR ENRIQUE CAMPBELL BANNERMANN

El día 22 de abril último falleció en Londres sir Campbell Bannermann, primer ministro que fué del anterior gabinete inglés.



Londres.—Entierro del ex primer ministro sir Enrique Campbell Bannermann
La comitiva fúnebre á la salida de la abadía de Westminster después de la ceremonia religiosa. (De fotografía del «World's Graphic Press».)

El eminente estadista, que tantos servicios ha prestado á su patria durante su larga carrera política, nació en Glascow en 1836, estudió en la universidad de su ciudad natal, perfeccionó sus estudios en la de Cambridge y en 1868 fué elegido diputado por el distrito de Stirling, cuya representación no ha cesado de ostentar desde entonces. En 1871 y 1880 desempeñó el cargo de secretario de Hacienda del ministerio de la Guerra y en 1882 el de secretario del Almirantazgo, siempre en los gabinetes presididos por Gladstone, que desde sus primeros años de vida parlamentaria le distinguió de un modo particular y que en 1884 le confió el puesto de secretario de Irlanda.

Sir Enrique Campbell Bannermann,
ex primer ministro de Inglaterra, fallecido en Londres en 22 de abril último

Cuando Gladstone comenzó en 1886 su campaña del *home rule*, Campbell fué uno de sus discípulos más convencidos y leales, y en aquel mismo año entró en el ministerio, desempeñando la cartera de Guerra, que de nuevo le fué confiada en 1892.

Al retirarse Mr. Harcourt pasó á ser el *leader* del partido liberal de la Cámara de los Comunes, y después de las elecciones de 1905 el rey le confió la presidencia del gabinete, al frente del cual ha estado hasta pocos días antes de su muerte, habiendo conquistado por su inteligencia, por la firmeza de sus convicciones y por el talento con que supo resolver importantes problemas de política nacional é internacional, no sólo la adhesión firme y entusiasta de los suyos, sino además el respeto y las simpatías de sus adversarios.

Su entierro, efectuado el día 27, ha sido una imponente manifestación de duelo. La ceremonia religiosa se celebró en la abadía de Westminster, y á ella asistieron el príncipe de Gales, como representante del rey Eduardo VII; el gobierno; las autoridades de Londres; el cuerpo diplomático; M. Clemenceau, presidente del Consejo de Ministros de Francia; representaciones de todas las autoridades y corporaciones de Londres, y una muchedumbre inmensa.

Al salir del templo, la comitiva se dirigió á la estación de Euston; las calles por donde pasó estaban atestadas de un gentío enorme que aguantó á pie firme una lluvia torrencial.

El cadáver de Sir Campbell Bannermann ha sido enterrado en la tumba de su familia, de Belmont Castle (Portshire).

LAS REINAS DE LA MI-CAREME DE PARÍS

EN SAN SEBASTIÁN

(Véanse los grabados de la página 305.)

Siguiendo la costumbre parisiense, la capital de Guipúzcoa ha celebrado este año la *Mi-Careme* con grandes festejos, y para dar á éstos mayor carácter invitó á las que habían sido proclamadas reinas de los mercados de París.

La fiesta más brillante ha sido indudablemente la gran cabalgata, en la cual figuraron numerosas carrozas, todas ellas notables, unas por su originalidad, por su grandiosidad otras y la mayoría de ellas por su belleza artística. Las que en la lámina de la página anterior reproducimos fueron las que más llamaron la atención, habiendo merecido la de las *Reinas de París* el gran premio de honor; la de las *Reinas de San Sebastián* el gran premio de San Sebastián, una y otra fuera de concurso; la de *Cleopatra en el Nilo* el gran premio de concurso; la *Alegoría de la Industria y el Comercio*, la del *Café y similares* y la de *Cocineros y pasteleros* primeros premios, y la de *Faro y atalaya flotantes* un tercer premio.

Las reinas parisienses han sido obsequiadas con otros muchos festejos, así en San Sebastián como en Madrid, en donde han permanecido también algunos días.

Espectáculos.—Barcelona.—En el teatro Romea se ha estrenado con buen éxito *Les ales de cera*, comedia en dos actos de D. Manuel Folch y Torres.

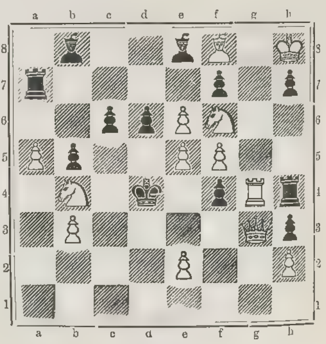
En el Liceo, la señorita Paretto ha logrado un nuevo triunfo en la ópera *Lucia di Lamermoor*, en la que también han sido muy aplaudidos el tenor Fazzini y el barítono Aineto. Desempeñando el papel de Scarpia, de *La Tosca*, ha reaparecido el notable barítono Kaschmann, á quien ha acogido el público con el mismo entusiasmo que en la temporada anterior.

—En el «Palacio de la Música Catalana» ha dado dos conciertos el eminente niño pianista Miecio Horzowski, quien ejecutó de una manera magistral obras de Frank, Bach, Chopin, Scarlatti, Beethoven, Mozart, Brahms, Debussy y Liszt, que le valieron grandes ovaciones. En el propio local se ha celebrado una velada necrológica á la memoria del malogrado compositor Francisco Alió. Los Sres. Millet y Nadal leyeron bellísimos discursos estudiando la personalidad y la obra de Alió; la señora Dachs y el Sr. Pujol cantaron admirablemente algunas hermosas canciones populares armonizadas por aquél y otras inspiradísimas originales del mismo, y el eminente pianista Sr. Vidiella tocó con su habitual maestría las cinco composiciones para piano, únicas que el Sr. Alió ha dejado. El público, escogido y numeroso, premió con entusiastas aplausos la labor de cuantos en la velada tomaron parte.

AJEDREZ

Problema núm. 493, por V. Marín

Negras (12 piezas)



Blancas (13 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 492, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Da6–a1	1. Td4×d3
2. Tc3–c1	2. Ab2×c1
3. Te5×g5	3. f6×g5 ú otra
4. Da1–h8 ó T mate.	

Variantes.

1...... c7–c5; 2. Da1–a7, Ca8–c7 jaq.; 3. Da7×c7 etc.
Ab2×a1; 2. Tc3–c1, etc.
Ab3–c1; 2. Tc3×c1, etc.
Otra jug.ª; 2. Da1×b1, Ab2–c1; 3. Db1×c1, etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Zoe se fué á la cama murmurando con inefable fruición: *Zoe Teofanes, de stirpe imperatorum*

Tras una breve pausa continuó:

—Nosotros, los griegos de Emacia, estamos en presencia de una conspiración organizada para despojarnos, asesinarnos y hacer de nosotros unos renegados; para barrernos materialmente, por decirlo así, de nuestro propio país.

—Pero ¿cómo es eso? ¿Quién lo hace?, exclamó Zoe.

—Los cismáticos, teniendo á Escitia á sus espaldas, respondió el profesor. Por tradición y derecho inmemorial, la Emacia es un país griego; pero se han enviado agitadores á los pueblos que son nuestros, donde predomina nuestra raza, á los que hemos convertido, dirigido y educado, á fin de persuadirles, con dádivas y amenazas, á que se declaren tracios, dardanios y hasta dacios, todo cuanto pueda dar visos de verdad á la ficción de que son descendientes de esclavos y, por lo tanto, extraños á nosotros.

—¿Qué quiere usted que haga yo?, preguntó Mauricio.

—Sus compatriotas de la Emacia, contestó el profesor, necesitan de algo que los una, de un objetivo común. Muchos de ellos sucumben sin poderlo evitar, no tanto por las tentaciones que les presentan, cuanto por el estado de terror en que viven, y se declaran tracios ó dardanios. Los sacerdotes de una ú otra de esas razas se encargan de ello, apoderándose de las escuelas; la generación que viene será efectivamente tracia ó dardania por su educación. Pero dígaseles en voz baja y en secreto que está pronto á presentarse un libertador; que el descendiente de sus antiguos gobernantes está esperando el momento oportuno para ponerse á su cabeza, y entonces todo cambiará. Al mismo tiempo se irán preparando los ánimos de los griegos opulentos de las ciudades y hasta de la misma Czarigrad, y cuando los atropellos de los comités revolucionarios hayan despertado á Europa de su letargo, á ella apelaremos en su contra. La imposibilidad de hallar un gobernante á propósito para Emacia y que á la vez fuera bienquisto de sus habitantes, ha sido, hasta aquí, la gran dificultad; pero cuando se presente un hombre que tiene legítimo derecho á gobernar por sí y que, sin embargo, está dispuesto á dejarse nombrar por las grandes potencias valí, comisario, príncipe ó lo que se quiera, esas potencias han de aceptar semejante solución con alegría, aunque no sea más que por lo cansadas que están ya de esta cuestión. Ya lo han hecho así en Minoa. En cuanto estuviera usted reconocido, los rumis no podrían permanecer mucho tiempo más en Czarigrad. Durante cuatro siglos han ocupado tierras europeas, aunque sólo como aves de paso, y no dejarán en ellas ningún monumento; hasta sus mismas casas no son sino albergues transitorios. Siempre han tenido la vista puesta en Asia, y cuando llegue el momento allá se volverán, tal vez sin disparar un tiro, y usted habrá librado á Europa de su más vergonzosa mancha.

—¡Ah, Mauricio! ¿No es verdad que así lo harás?, preguntó Zoe en tono suplicante.

—Tú no entiendes de estas cosas, contestó Mauricio con sequedad. El profesor habla como si todo fuera á salir á pedir de boca, pero ¿y si resulta un fracaso? No es esta una empresa que pueda acometerse á la ligera, para abandonarla luego si se ve que no va bien. Si una vez la hacemos nuestra, ya no es posible abandonarla.

Iba Zoe á protestar, pero el profesor no la dejó.

—Su hermano tiene razón, miss Teffany, dijo, y

me felicito de ver la manera como juzga la cuestión. El que comprenda perfectamente que la contienda no puede terminar sino con la pérdida de la vida y que, á pesar de eso, no rechace en absoluto la idea de tomar parte en ella, me infunde grandes esperanzas para el porvenir. Pero puesto que he sido yo quien le ha propuesto que acepte, ¿me será permitido hacer una indicación? No se decida usted á la ligera, caballero. Visite antes Emacia y hágame usted el honor de venir á mi quinta, en las cercanías de Therma. Mi casa de la ciudad está vacía durante el verano; pero en las montañas, usted y su hermana hallarán un clima agradable y sano. Mi mujer, persona muy estimable que tiene el corazón de un cocinero y la figura de una alemana de Niederwald, se alegrará muchísimo de poder lucir en obsequio de ustedes todas sus habilidades.

—Pero si están ustedes expuestos á las continuas incursiones de las partidas revolucionarias, una casa de campo no me parece que sea lugar muy seguro para señoras, dijo Mauricio frunciendo el entrecejo.

—Hay no muy lejos una guarnición rumi, con cuyos oficiales estoy en relaciones amistosas. Ha de saber usted que antes de abandonar mi cátedra de profesor en Benna, heredé de un pariente bienes de consideración. Todo cuanto poseo lo he consagrado á la causa griega; una parte la dedico á congraciarme con las autoridades rumis y para ponerme en comunicación con los griegos esparcidos por toda Emacia. Los comités revolucionarios nos acusan, como es consiguiente, de ser traidores á la fe cristiana; pero ¿deben ellos extrañarse de que prefiramos los rumis á cristianos de su ralea? Vamos, vaya usted á verme á Kallimeri y usted verá por sus ojos cómo andan las cosas, hablará usted allí con los jefes del partido griego y le proporcionaré cuantas ocasiones pueda para que usted conozca el modo de proceder de los propagandistas eslavos. Usted á nada se compromete antes de resolverse.

—Lo pensaré y le contestaré á usted mañana.

—¡Ah! Mauricio, hazlo esta noche, esta misma noche, le suplicó Zoe. Piensa en lo que voy á sufrir con la incertidumbre. Estoy segura de que esta noche no podré cerrar los ojos.

—Mañana, contestó inexorablemente Mauricio.

Zoe se fué á la cama murmurando con inefable fruición:

—*Zoe Teofanes, de stirpe imperatorum.*

A la mañana siguiente, cuando se encontraron en el jardín, díjole Zoe al profesor:

—No crea usted que Mauricio es débil ni que le falta corazón; no le gusta que en nada le den prisa, ni deja que sea otro quien resuelva lo que le interesa; pero cuando llega á convencerse de que debe hacer una cosa, persiste en ella hasta la muerte.

—Ese es precisamente el juicio que yo había formado del carácter de su hermano, dijo el profesor. ¿Deberé confesarla que al principio sufrí una contrariedad al no hallar en Mr. Teffany aquel entusiasmo por la causa de sus perseguidos compatriotas que tanto se echa de ver en su hermana? Pero muy pronto me dí cuenta de la tenacidad con que se aferra á sus propósitos, cualidad que nos importa más todavía que se emplee en favor nuestro.

—Sí, dijo Zoe con calor; si llega á resolverse á unirse á ustedes, nunca sufrirán un desengaño. Pueden tener en él una confianza absoluta. Como es consiguiente, yo jamás le digo la opinión en que le tengo, añadió con aire indiferente; no conviene; pero, créalo usted, es todo un hombre. Hizo lo que muy pocos, entrar en un colegio á una edad en que ya no suele hacerse, y esto después de haber estado años dirigiendo de hecho las haciendas de mi abuelo. Pero comprendió que ese era su deber, y en cuanto pudo, lo realizó.

—Pero de seguro usted también haría lo mismo.

—Sí, fuí junto con él á Girtham. Pero ya sabe usted, una muchacha siempre está dispuesta á aprender y un joven siempre lo está á abandonar los estudios. Así, pues, no le dé usted prisa á Mauricio, ni trate de que se decida en determinado sentido. ¿Lo hará usted?

—Mis labios permanecerán sellados hasta que el mismo Mr. Teffany me vuelva á hablar del asunto. Pero agradezco á usted mucho la advertencia.

Las gracias dadas por el profesor produjeron á Zoe una impresión desagradable; parecíale que no se portaba lealmente con su hermano; así fué que poniéndose en completa contradicción con lo que acababa de aconsejar, en cuanto vió á Mauricio se le acercó para hablarle del mismo asunto.

—¡Ah! Mauricio, lo harás, ¿no es cierto? ¡Qué hermoso sería que arrojaras á los rumis de Czarigrad y consolidaras la paz en Emacia!

—La cuestión que hemos de ventilar ahora entre los dos es la de nuestra excursión veraniega.

—Esto demuestra que estás dispuesto á hacerte cargo de la empresa. ¿No es verdad? Si no fuera así, ¿por qué dudar ni un momento en ir á Therma?

—Porque no acabo de resolverme á depositar en el profesor una confianza ciega. No me gustaría entregarme por entero en manos suyas.

—Ya lo sabía; bien ví que no estabas satisfecho del todo, pero ¿por qué?

—¿Te pareció bien la manera como habló de su mujer? Creo que eso ha debido ser lo suficiente para quitarte la venda de los ojos.

—¡Vaya, Mauricio, no hizo más que condensar en dos palabras los disgustos de su existencia! Me fijé en el arte con que lo hizo; nos reveló el verdadero estado de sus asuntos domésticos sin mostrárnoslos en su desnudez ante la vista. Me gusta mucho una frase intencionada é ingeniosa.

—¡Bah! No digas tonterías. Y bien, ¿no te has fijado en lo resuelto que está á que veamos todo cuanto pasa en Emacia á través de un solo prisma, el suyo, por de contado? ¿Es razonable creer que los griegos emacios tienen todas las virtudes y las otras razas todos los vicios? Quiero saber qué dirán los tracios y los dardanios por su parte.

—Pues bien, tal vez puedas conseguirlo.

—No, si desde el principio me consideran entregado en cuerpo y alma al profesor Panagiotis. Ese hombre puede ser muy bien que obre con la mayor buena fe; pero no es probable, por no decir otra cosa, que no espere obtener una recompensa proporcionada á los servicios que pueda prestar.

—¡Ah! ¿Crees que pretenda ser primer ministro ó cosa así?

—Tal vez algo más, me atrevería á decir. Ser dueño de mi albedrío, tener en sus manos el poder, parapetado tras del trono y cuantas cosas hay por ese estilo. Ya tú lo ves, él juega teniendo los triunfos en la mano; yo no tengo sino mi nombre y él todas las ventajas de la guerra, el conocimiento del terreno y una organización política. Con todo eso cree poderme atar de pies y manos. Ya tú sabes aquello de «tan grande es la astucia que el que está en las alturas ha concedido á los griegos.» No, Zoe, aún no estoy decidido. Estoy meditándolo, y si puedo hallar la manera de ir á Therma sin entregarme en cuerpo y alma á Panagiotis, harás tu viaje. Ya sé yo que lo más importante que hay en el cielo y en la tierra para ti es tener materia con que poder compaginar una novela.

Algo corrida retiróse Zoe, y si bien habló poco, pensó mucho hasta que, después de la comida, propuso otra vez Mauricio que se dirigieran á la biblioteca, y una vez allí la joven, llena de ansiedad, esperó á que Mauricio hablase.

—Mi hermana y yo, caballero, hemos estado hablando respecto á su amable invitación, y si usted nos da seguridades tocante á uno ó dos extremos, la aceptaremos con gusto. Ha de partirse de la base de que vamos tan sólo como amigos particulares de usted y que podremos cultivar la amistad de las personas del partido contrario con la misma libertad que la de sus amigos de usted á medida que se presente ocasión.

—Tendrán ustedes cuantas ocasiones pueda yo proporcionarles, contestó de muy buen grado el profesor. No pretendo decir que se encuentren ustedes á menudo, en las inmediaciones de Kallimeri, con los jefes de los comités revolucionarios; pero á sus víctimas, los campesinos, sí les podrá usted preguntar, y por lo que toca á su primera condición, le voy á sorprender á usted pidiéndole una reserva todavía mayor. Voy á pedirle que oculte su apellido, demasiado significativo, y que adopte otro cualquiera.

—No veo la necesidad de ello, dijo secamente Mauricio.

Sin esa precaución, no garantizo la seguridad de sus personas. Piénselo usted, querido amigo; la diferencia entre Teffany y Teofanes no es tan grande que no pueda sospechar su identidad algún enemigo desconfiado ó varios á la vez. Entonces usted y su hermana serían el blanco de las tentativas de los muchos que tienen interés en que ustedes desaparezcan.

—Entonces, ¿hay otros pretendientes?, preguntó Mauricio, que había notado la repentina palidez de Zoe.

—¿Quién no lo es? La Tracia, la Dardania y otros Estados, todos desean engrandecerse con la anexión de la Emacia; además, hay que tener en cuenta los comités revolucionarios, muchos de cuyos miembros son republicanos fanáticos. No, Mr. Teffany, yo no puedo aceptar la responsabilidad de su visita si usted no consiente en llamarse con un nombre menos llamativo.

—Muy bien, dijo como pesaroso Mauricio.

Esta contrariedad parecía que había de contribuir á que se acabara de decidir.

—En ese caso nos llamaremos, por supuesto, Smith, dijo alegremente Zoe. Tenemos derecho hereditario á ese nombre, que para seudónimo no tiene precio, por lo mismo de que nadie lo tomará por tal.

—Además, siguió diciendo el profesor, ha de tener usted presente que no deja usted de tener parientes, aunque no figuren en ese árbol genealógico. Por ejemplo, su antepasado Alejo Teoffany, el primero de ese apellido que se estableció en Inglaterra, vino á Cornualles desde Italia, donde muchas familias griegas conservaron su nacionalidad y su religión durante más de una centuria, dejando en dicho país á su hermana Eudoxia, que se casó con Román Cristodórides y fué el tronco de la poderosa familia de los Cristodórides, tiranos de la isla de Strio. Sus descendientes no pueden, naturalmente, alegar ningún derecho, mientras existan los de su hermano varón.

—Y esos descendientes, como es de suponerse, no tendrían ningún disgusto si los del hermano desaparecieran. ¿No es eso lo que usted ha querido dar á entender?, preguntó Mauricio.

—No diré tanto. El príncipe Cristodórides, probablemente preferiría fundar su derecho en la nulidad del matrimonio de Alejo Teoffany, contraído con una extranjera y que profesaba otra religión, ambas cosas contrarias á las leyes por que se regía aquella casa imperial.

—Si eso es verdad, tiene de su parte un argumento de peso, dijo Mauricio.

—Esa ley se echó en olvido varias veces, dijo Zoe con viveza. Gibbon así lo dice.

El profesor le dirigió una mirada de aprobación y dijo:

—Exactamente. Pero como no queremos que los Cristodórides se pongan en campaña, no dejaremos que llegue á su noticia la existencia de ustedes hasta que sea preciso. De todos modos, las pretensiones del príncipe Cristodórides tienen poca importancia. El emperador Juan, su heroico abuelo, además del primogénito, Basilio, dejó otro hijo y dos hijas: Ana, la mayor, casó con Boris, gran príncipe de Escitia, uniendo así la sangre de los Césares á la de la casa imperial escita. La menor, Elena, se casó con uno de la familia dacia, de Gratiauco, de quien desciende la madre del príncipe Timoleón Malasorte, pretendiente al trono imperial de Neustria. Pero esos derechos, derivados de mujeres, no tienen otra importancia que la meramente histórica. La única persona cuyo derecho puede entrar en parangón con el de ustedes, es la descendiente de León, hijo segundo de Juan Teofanis. Hace unos cuarenta años, la oficiosidad de los agentes escitas descubrió la madriguera, en Dacia, de un obscuro propietario, descendiente de León. Le invitaron á que fuera á Pavelsburgo, lo condecoraron, le dieron el tratamiento de Alteza Real, bienes y pensiones para sostener su rango y le hicieron concebir esperanzas de recuperar el trono de sus antecesores. Por supuesto, que nunca tuvieron intención de cumplir tales promesas, pues lo único de que trataban era de tenerlo bien vigilado. Pasó el resto de su vida haciendo infructuosos esfuerzos para conseguir que sostuvieran sus derechos, y cuando yo conseguí ponerme al habla con él, como ahora lo hago con ustedes, no tuvo la energía necesaria para dar los pasos que mis consejos y el odio que había concebido contra Escitia le incitaban á dar. Sólo le sobrevivió una hija, y el desencanto que con él sufrí fué lo que me determinó á venir á Inglaterra para hacer otra tentativa más para hallar el rastro de los descendientes de Basilio. Lo que nosotros necesitamos es un descendiente varón y por la línea masculina. La empresa que vamos á acometer no es para mujeres.

—¿Ese hombre, pues, era un Teofanis?, preguntó Mauricio.

—Era el príncipe Nicolás Andrewitch Teofan, así le llamaban en Escitia. Según parece, su familia había conservado durante siglos la tradición de su imperial descendencia, pero el temor á los rumis hizo que no lo divulgaran. Cuando lo llamaron á Pavelsburgo, le pareció que aquello era ponerse en camino de Czarigrad; mas así que se dió cuenta de que le engañaban, quiso retirarse otra vez á Dacia, pero no se lo permitieron. Al morir era, á poca diferencia, un prisionero de Estado, y dejó á su hija en la misma situación. Sin duda alguna concertarán un matrimonio entre ella y uno de los grandes duques menos principales, á fin de que sus derechos vayan á parar á la familia imperial.

—¡Pobrecilla!, dijo Zoe.

Puesto que ya estaba incontestablemente demostrado que los derechos de Mauricio eran los de mayor validez, sentía cierta compasión, mezclada de curiosidad, por la joven que creía ser lo que Mauricio era en realidad: la legítima heredera de las glorias del imperio de Oriente.

III

EL EXPRESO DE ORIENTE

Apenas transcurridas tres semanas, Mauricio y Zoe se encontraban en el andén de la estación del Este, de París, dispuestos á emprender la segunda etapa de su viaje en dirección á Oriente. El profesor Panagiotis había insistido en que realizaran su excursión lo más pronto posible, antes de que el calor, cada día más intenso, hiciera molesto el viaje en ferrocarril; pero no quiso acceder á la proposición de Zoe de que marcharan juntos cuando él lo hizo. El hecho de que fueran á visitarle á Kallimeri, había dicho, era de por sí lo bastante para llamar la atención, é importaba mucho que no se llegara á sospechar que tomaran, de ninguna manera, parte en sus planes políticos. Él fué quien dispuso todos los preparativos del viaje y quien les proporcionó pasaportes á nombre de Mauricio y Zoe Smith, habiendo aquél pedido á sus banqueros que pagaran los talones que les girase con su nueva firma. Hicieron correr la voz entre sus amistades de que Zoe había conseguido de Mauricio que la llevase á la Europa oriental á fin de estudiar aquel país, donde pensaba que se desarrollara la acción de una novela que tenía intención de escribir; y para dar mayor viso todavía de verisimilitud á ese propósito, llevó consigo gran número de cuadernos y libros en blanco de distintas formas y tamaños, lo que fué causa de que, si no muy voluminoso, fuera su equipaje muy pesado y de infinitas molestias al atravesar las diversas fronteras, pues los empleados de aduanas, que no concebían la necesidad de tantos libros en blanco, sospecharon que podrían ser obras anarquistas escritas con tinta invisible y los sometieron á minuciosas pruebas. Pero antes de que esto sucediese, Zoe estaba muy contenta pensando, no sólo en la novela que iba á escribir, sino en otra cuya heroína sería ella. Durante las pocas horas que pasaron en Londres, había podido llevar á remolque á su hermano á la Abadía de Westminster á fin de visitar la ignorada tumba de Mr. Nicolás Teffany. Mauricio se opuso tenazmente á que pusiera en ella una corona de flores; pero Zoe, sin que él lo advirtiese, dejó caer sobre la lápida un ramito de claveles que llevaba prendido á la cintura. Desgraciadamente, un pertiguero cortés lo recogió y se lo devolvió, dejando sin efecto su buena intención y exponiéndola á las burlas de Mauricio. Sin embargo, nada pudo nublar la satisfacción que sentía por tener un abuelo enterrado en la Abadía y porque su linaje se remontase hasta los Césares.

En la estación de París, la mirada de Zoe, algo corrida, tropezó con la de Mauricio cruzando por encima del montón de bultos que ostentaban, en grandes caracteres, la palabra «Smith,» al tiempo que el joven daba órdenes á uno de los mozos; pero antes de que ella pudiera decirle nada, un empleado de uniforme se acercó á ellos diciéndoles:

—Las otras señoras que vienen con ustedes están allí.

Mauricio y Zoe le siguieron automáticamente, tan sorprendidos se quedaron, y el empleado les condujo á un departamento donde sólo cabían cuatro personas y en el que ya estaban sentadas dos señoras, una de alguna edad, de aire altivo, casi agresivo, de dama de gran tono; la otra, una muchacha algo más joven que Zoe, vestida con un elegante traje de viaje, que no era indudablemente obra de las manos de un sastre inglés. Los efectos de viaje de las dos señoras, que estaban sobre los otros dos asientos, llevaban también escrito el nombre de Smith.

el empleado les condujo á un departamento en el que estaban ya sentadas dos señoras

Con la mano indicó el empleado á Mauricio y Zoe que subieran y se retiró. A Zoe le pareció que la joven le había dirigido una mirada de agradecimiento al ponerse en pie y principiar á quitar de los asientos las maletas, exclamando con amabilidad y con ligero acento extranjero:

—¡Ah! ¿Vamos, pues, á ser compañeros de viaje? Eso me será muy grato. Tengan ustedes la bondad de entrar.

—Debe haber aquí alguna equivocación, comenzó á decir Mauricio.

—¿Una equivocación? Pues bien, aprovechémonos de ella. Tendremos mucho gusto en ir en compañía de ustedes.

—Edita, hija mía, exclamó la otra señora hablando inglés con manifiesta dificultad, te olvidas de las conveniencias sociales, estás faltando á ese caballero y á esa señorita. Repórtate, te lo pido.

—No me parece que este caballero y esta señorita tengan por qué ofenderse en lo más mínimo, dijo inocentemente la joven, pero ruborizándose mucho. ¿No es natural que viajemos juntos siendo compatriotas y sin duda ninguna parientes lejanos?

E hizo una reverencia que tenía algo de burlona en su misma finura.

—Es usted muy amable..., dijo secamente Zoe.

Y no pudo continuar porque la interrumpió la señora mayor diciendo:

—¿No te lo dije, Emilia?

Zoe sorprendió una mirada de colérica impaciencia de parte de la joven.

—Esta señorita está asombrada, sorprendida por lo que estás diciendo. Te ruego que no insistas sobre ello.

—Mucho lo agradecemos, dijo Zoe con firmeza, pero ya tenemos asientos en otro lado donde nuestro equipaje nos espera.

—Pero podrían ustedes traerlo aquí, indicó la incorregible miss Smith.

—Le doy á usted las gracias, pero nos vamos al salón comedor en cuanto el tren eche á andar.

—¡Ah! Nosotras ya hemos comido; pero luego, esta noche, podríamos sentarnos á la misma mesa. ¿Por qué es usted tan poco amable?, dijo la joven con voz suplicante siguiendo á Zoe, que había dado fin al coloquio volviéndole la espalda.

A ésta después le pareció que no había estado del todo correcta y se quedó contrariada á pesar de creer que había obrado del modo más prudente y propio en aquellas circunstancias. Mauricio, por su parte, no trató de desvanecer ese malestar; no acababa de resolverse á decirle que debía haber aceptado aquella inusitada invitación, pero sí dejaba conocer que, en su opinión, pudo haberla rehusado sin herir el amor propio de miss Smith. A mitad de la comida fué cuando desapareció la contrariedad provocada por ese incidente, y se sintió Zoe dispuesta á hablar con entera libertad.

—¡Qué contenta estoy!, dijo recostándose cómodamente en su sillón. El corazón me salta en el pecho de alegría cada vez que veo las palabras «Expreso de Oriente,» lo mismo que antes la vista de un baúl de camarote marcado con las iniciales P & O me traía á la imaginación las maravillas todas de la India. ¡Ahora estamos ya de verdad en el tren! ¿Has averiguado cuál es el compartimiento que siempre reservan para el agente del gobierno inglés?

—Paciencia, paciencia, contestó deprecativamente Mauricio. Hay que dar tiempo al tiempo.

—Pues bien, yo ya he adivinado quién es ese hombre, quiero decir, el emisario, dijo Zoe con aire de triunfo. Su maleta tiene las iniciales J. G. W. y es militar y ha estado en la India y tiene los ojos de un azul lo más extraño que en mi vida he visto.

—¿Qué tienen de extraño?, preguntó con indiferencia Mauricio.

—Pues como tiene la cara tan morena y el cabello tan negro, parece que los ojos debieran serlo también; así es que se tiene una sorpresa cuando alza la vista y se ve que son azules.

—Me figuro que el hombre de los sorprendentes ojos azules debió quedarse asombrado cuando alzó la vista y vió que le estabas mirando con tanta atención. Ya sé cuál es la persona á que te refieres, pero no acierto á comprender cómo te las has arreglado para averiguar esos detalles biográficos.

—Son simples suposiciones, querido hermano. Cualquiera que lo vea ha de decir que es militar y que tiene algo que revela haber estado en la India.

—Hija mía, Sherlock Holmes se queda tamañito á tu lado.

—Gracias; no tanto. Creo que es un correo del rey.

—Supongo que eso será también otra deducción.

—Me parece que algo le preocupa. No puedo afirmar con certeza si es que lleva alguna misión muy importante, ó si es que, habiendo vivido mucho tiempo entre enemigos, ha adquirido la costumbre de estar siempre sobre aviso y dispuesto á rechazar una agresión.

—Valdría más que no fueras tan lejos en tus suposiciones, pues yo casi aseguraría que un correo del rey ha de llevar algún distintivo y traer siempre á la mano la cartera con los pliegos.

—¡Oh, Mauricio, qué torpe eres! Es seguro que traerá una comisión muy delicada y le habrán advertido que no lleve nada que pueda dar á conocer lo que es.

—¡Ah! Y ha sido tan listo para disfrazarse, que la primera muchacha con quien tropieza adivina quién es; verdad que ésta se entretiene leyendo novelas policíacas. Voy á decirte lo que pienso: acercarme á él y decirle al oído que lo han conocido. Verdaderamente debo advertírselo.

—¡Oh! No, no le preguntes directamente quién es. Me gusta más suponer que sea un correo del rey, que no saber que es un D. Fulano que va con licencia á Czarigrad. No tiene el aspecto bastante distinguido para hacer creer que sea un agregado militar de la embajada.

—Mira, Zoe, es á la verdad necesario que refrenes tu loca imaginación. Dentro de poco vas á ver el tren lleno de personajes misterioros. A propósito, añadió con afectada indiferencia, ¿qué te parecen nuestras tocayas?

—Mrs. Smith puede que se haya casado con algún inglés, pero de inglesa lo único que tiene es el apellido. Respecto á la muchacha, el Smith le pertenece tanto...

—Como á nosotros, interrumpió Mauricio. El enredo se va complicando; continúa.

(Se continuará.)

ESCULTURAS MODERNAS

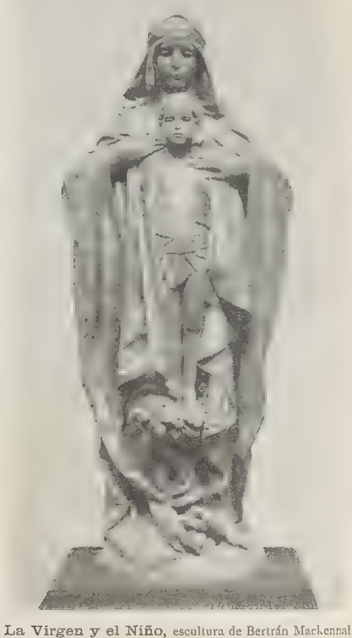
De los tres elementos estéticos de la Escultura, actitud, expresión y movimiento, la antigüedad atendió con preferencia al primero, á la representación de la belleza corpórea, y así la mayoría de las estatuas célebres del arte clásico caracterízanse ante todo por la belleza de la forma, por la armonía de las proporciones, quedando en ellas relegada á un término secundario la belleza espiritual. De aquí que tales obras, maravillosas desde el punto de vista puramente plástico, adolezcan, á los ojos de muchos, de frialdad, de falta de vida.



El Hombre y el Ideal, escultura de Ricardo Garbe



Protección, escultura de J. H. Morcom



La Virgen y el Niño, escultura de Bertrán Mackennal

Los escultores de la Edad media y sobre todo los de los tiempos modernos han concedido mayor valor á los otros dos elementos, la expresión y el movimiento, y sin desatender, ni mucho menos, la forma, han dado tanta importancia al rostro como á las demás partes del cuerpo, y han huído de la impresión de lo impasible, de lo permanente, procurando animar la materia insensible con ese algo que parece infundirle un reflejo de inteligencia, de sentimiento y de voluntad.

Las esculturas que en esta página reproducimos entran de lleno en esta última categoría, á pesar de que la mayoría de ellas, por las ideas que las inspiran, se prestaban por modo admirable á una ejecución ajustada á los antiguos cánones.

En *El Hombre y el Ideal,* del escultor inglés Garbe, hállase expresado un pensamiento que los artistas de todas las edades han interpretado, pero puesto en armonía con el modo de ser de nuestros tiempos. No es la imagen del que sintiéndose poseedor de la verdad marcha con paso seguro por el camino que ésta le señala; no es tampoco la del que, presintiéndola, avanza sereno y lleno de confianza por la senda que á ella ha de conducirle. Es el hombre que vislumbra el ideal, que ansía alcanzarlo, pero que, torturado por la duda, lucha para disipar las obscuridades que entre él y aquél se interponen y, combatido por su propio espíritu, no acierta á llegar hasta el fin supremo, que, en forma de majestuosa matrona, se le aparece ofreciéndole la anhelada satisfacción de sus ansias.

Lo que decimos de la obra de Garbe podemos aplicarlo á la de su compatriota Morcom, que coincide con ella hasta en el contraste entre la expresión de las dos figuras que constituyen los respectivos grupos. *Protección* es una hermosa muestra del modo como el arte moderno imprime vida y movimiento á sus creaciones; en la actitud del mancebo protector hay toda la serenidad, toda la virilidad del héroe; ni en su rostro ni en su cuerpo se revelan el esfuerzo realizado ni el alto concepto propio de la magna acción realizada. En cambio, en la figura de la doncella protegida adivinamos el espanto, el terror del peligro pasado y la gratitud, la adoración al que la ha libertado del horrible monstruo que yace inerte á sus pies. Y es tanto más de admirar esta impresión cuanto que la reproducción que publicamos no nos permite ver de frente esta segunda figura, cuyo rostro debe sin duda contribuir poderosamente á aumentar el efecto que, vista por detrás, nos produce. Mas lo que se ve basta para hacernos sentir toda la fuerza expresiva y toda la verdad y la belleza de la concepción: aquel brazo que se enlaza al cuerpo del salvador, aquel cuerpo violentamente doblado, aquella mano sujetando la cabeza cuyos cabellos caen en desorden sobre la espalda, son suficientes para la revelación de aquellos dos sentimientos que la animan.

Aunque perteneciente á un género distinto *La Virgen y el Niño* de Bertrán Mackennal, escultor también inglés, es una obra que asimismo responde á las tendencias modernas. Quizás echen algunos de menos en ambas figuras ese sentimiento místico que caracteriza á las obras de esta clase de otros tiempos; acaso se diga, con razón desde cierto punto de vista, que aquéllas son más humanas que divinas. Pero nada de esto perjudica á la belleza estética de ese grupo escultórico, del cual emanan una poesía, un encanto inefables; contemplándolo nos sentimos atraídos hacia la Madre y el Hijo divinos, que parecen llamarnos amorosamente y prometernos perdurables felicidades si acudimos á ellos con fe solicitando su protección y su gracia y ofreciéndoles sinceramente nuestras almas.



Bustos retratos, modelados por Julio Lagae

Digamos, para terminar, algunas palabras de los bustos del escultor belga Julio Lagae, reputado en la actualidad como uno de los mejores escultores retratistas. Hay retratos de los cuales, aun sin conocer á los interesados, se nos figura que forzosamente han de ser de exacto parecido; esta impresión nos producen los de Lagae. Hay en esos bustos tanta naturalidad, tanta expresión, tanta vida, que es imposible que no sean reproducción fiel, no sólo de los rasgos fisonómicos, sino también del modo de ser moral de los retratados. Y nos confirma en tal opinión la circunstancia especial de ser éstos los padres del renombrado artista, quien es de suponer que habrá puesto todo su conato y se habrá excedido á sí mismo en esta obra, que ha sido admirada en varias exposiciones.— O.

BARCELONA.—FIESTAS CELEBRADAS EN HOMENAJE Á LOS MAESTROS COMPOSITORES DE SARDANAS



Grupo de los maestros en cuyo honor se celebró la fiesta.— A partir del número 1: Sr. Méndez. – Sr. Cardús. – Sr. López Franch. – Sr. Perecaula. Sr. Estela. – Sr. Molins. – Sr. Rovira. – Sr. Munné. – Sr. Paixero. – Sr. Guiteras. – Sr. Sureda. – Sr. Bosch Cumet. (De fotografía de J. Brangulí.)

Organizadas por el *Foment de la Sardana* del distrito VI de esta ciudad, sección Fivaller, celebráronse el domingo, 26 de abril último, varias fiestas en honor de los más distinguidos compositores de sardanas, cuyos retratos reproduce el grabado adjunto.

Por la mañana, después del reparto de bonos entre los pobres, la *copla* «La Farnense,» de Santa Coloma de Farnés, tocó escogidas sardanas de Méndez, Font, Rigau y Llongueras, que fueron bailadas en la plaza de la Universidad por más de dos mil aficionados ante una concurrencia numerosísima.

Por la tarde el Parque Güell ofrecía un aspecto animadísimo. Millares de personas, entre las que predominaba el bello sexo, llenaban los amplios paseos y jardines de aquel hermoso lugar de esparcimiento, y en la ancha plaza del teatro griego se congregaron las coplas encargadas de la ejecución del programa, á saber: la de Sureda, de Barcelona; *Moderna Munnés*, de Esparraguera; *Serafins del Baix Montseny; La Farnense*, de Santa Coloma de Farnés; *La Pubilla*, de San Andrés; *La Badalonina*, de Badalona; *La Aliansa Vigatana*, de Vich; *La Principal*, de Perelada; *Nova Catalana*, de Granollers; *Unió Cassanenca*, de Cassá de la Selva. Cada una de ellas tocó dos sardanas y todas reunidas una de conjunto; el número de ruedas de sardanistas fué extraordinario. Las sardanas ejecutadas son originales de Sureda, Guiteras, Vilaró, Rigau, Comella, Riera, Rovira, López Franch, Estela, Paixero, Molins, Xaxu, Pitxot, Pujol y Cardús.

A la fiesta asistieron una comisión del Ayuntamiento de esta ciudad y otra del Ayuntamiento de Zaragoza, que circunstancialmente se hallaba en Barcelona.

Por la noche efectuóse una velada literario-musical en el Palacio de Bellas Artes, cuyo amplio salón, totalmente lleno, presentaba un hermoso y brillante golpe de vista. Pronunciáronse elocuentes discursos por los Sres. Gay, Barceló, el alcalde señor Sanllehy, el concejal barcelonés Sr. Pinilla y el zaragozano Sr. Allanegui; los rapsodas de la *Associació de Lectura Catalana* leyeron inspiradas poesías de los señores Surinyach Sentíes, Prat Gaballí, Redondo, Marinello, Folch y Torres (M.) y Agulló, y las mencionadas coplas tocaron varias sardanas nuevas de Vilaró, Estela, Paixero, Serra, Tresserres, Munné, Rigau, Frigola y Sureda, y repitieron la de conjunto de Cardús. Ocioso es decir que todas fueron bailadas por centenares de aficionados á la popular y poética danza catalana, que hoy constituye indudablemente la verdadera danza de nuestra región, y á la que rinden apasionado culto aun aquellos hijos de Cataluña á quienes la suerte ha llevado á las más lejanas tierras.

Las fiestas han sido un gran éxito para el *Foment de la Sardana* y para cuantos en ellas han tomado parte.



Marruecos.—Distribución de cartuchos en el campamento de Muley Hafid. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

A pesar de que por varios conductos se anuncia el propósito de Muley Hafid de marchar rápidamente con su mehalla á Rabat para presentar la batalla decisiva contra el sultán legítimo, las noticias de origen francés insisten en afirmar que la causa del pretendiente va de mal en peor.

Según dichas noticias, son muchas las deserciones que se realizan en el campo hafidista, sobre todo después de la derrota sufrida en la región de Settat el día 12 de abril último, derrota que obligó á Muley Hafid á abandonar su campamento y gran parte de sus papeles, de su dinero y de sus municiones. Así, los Rehammas regresaron al territorio de su tribu, no sin antes saquear los lugares que dejaban á su espalda; los Beni-Meskin han intimado al pretendiente que abandonase su comarca; y el influyente caid Mtugui se ha separado de Muley Hafid, y aunque éste ha intentado perseguirle, ha podido llegar á Mogador y hecho decir al caid Auflus que quería someterse á Abd-el-Aziz.

Esto no obstante, cuenta todavía con numerosos partidarios que le siguen, unos por fanatismo, otros por espíritu de rebeldía y muchos porque es más fácil la rapiña en el campo insurrecto que allí donde reina la disciplina, aunque ésta sea tan relativa como la que impera en el llamado ejército regular marroquí, que, como es sabido, no puede citarse como modelo, ni mucho menos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 11 de mayo de 1908 — Núm. 1.376



Barcelona.—El 50.° aniversario de la restauración de los Juegos Florales.—Srta. D.ª María Ricart, reina de la fiesta
D. Juan Guasch, poeta premiado con la flor natural. (Composición de Nicanor Vázquez.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

—Dos cosas hay que nos han amargado la vida, me dijo un señor formal, de unos cincuenta y pico de años. Dos cosas que no se conocían en mi tiempo, ó si se conocían tal vez en los gabinetes de los sabios, no habían llegado á noticia de los míseros mortales, y por consiguiente no les preocupaban, ni les quitaban el sueño, ni influían en su existir. Estas dos cosas..., ¿no lo adivina usted?, son... los microbios y el termómetro.

—¿El termómetro?, repetí sin darme cuenta del sentido de la frase.

—El termómetro, sí; el termómetro clínico. Antaño se enfermaba uno y se moría uno en paz, con cierta sana y ventajosa ignorancia de los síntomas alarmantes. Yo creo, Dios me perdone, que de esta ignorancia participaban los médicos. Por algo se inventó el famoso chascarrillo del doctor diciendo al enfermo: «Si tiene usted calentura, no me lo niegue...» Hoy, la incertidumbre no es posible ni para el médico ni para el paciente. La calentura se delata á sí misma, en la columna capiliforme que encierra el tubito de vidrio: allí da voces, y todos saben el límite fatal de su elevación, las altas temperaturas que abrasan y disuelven la sangre y calcinan el organismo. Y claro es que, si el médico estima preciosa la indicación del termómetro, el enfermo se desasosiega con ella, al comprobar que su calentura sube...

***

—No es todavía lo peor el caso de enfermedad, respondí; doblemente grave me parece el caso de aprensión... Los enfermos imaginarios, ó que sin serlo aumentan con su imaginación su mal, abundan más de lo que se cree. Yo conozco personas que padecen todo aquello de que oyen hablar, sea aneurisma ó dolor de ijada, sea cáncer ó escarlatina. Notan los síntomas, estudian el desarrollo, se miran la lengua al espejo, se tientan las sienes á ver si dan latidos, se estudian los ojos, la respiración, el andar y hasta funciones mucho más viles... Despiértanse azoradas y llenas de terror porque han creído percibir una inquietud sospechosa, y ya les tenéis termómetro en axila, sacándolo al cabo de algunos minutos para ver si pasan varias décimas de la normal... Vivir así no es vivir; vivir así me parece hasta despreciable.

—¿Quién lo duda?, exclamó mi interlocutor. La vida, para poder ser soportable, exige una gran dosis de inconsciencia. Sentir demasiado el chirrido de sus ruedas y secretos resortes, es peor mil veces que la muerte, porque al cabo la muerte es una inconsciencia mayor que todas, y en eso está su ventaja. Pero—volviendo al termómetro—el termómetro, por lo menos, no nos acosa sino en algunos días malos y penosos; cuando la enfermedad nos clava sus garras y nos postra en el lecho. Los microbios, en cambio, son como los «nuestros enemigos» de que habla la cartilla. En todas partes nos combaten y persiguen.

A fe que tenía razón. Los invisibles duendes de los cuales habló en són profético el padre Fuentelapeña, nos preocupan en razón directa de su misma invisibilidad y pequeñez misteriosa. ¿Dónde están? ¿Por qué puerta del organismo van á abrirse brecha para desmoronarnos? ¿Los tragamos con el alimento? ¿Los bebemos con el agua? ¿Los respiramos con el aire? Todo esto y mucho más sucede. Entran hasta por los poros, y se cuelan á la sangre como traidoras sierpes que aprovechan las hendeduras de un edificio para deslizarse dentro de él y construir su nido repugnante.

Algunos de estos bicharracos han sido desenmascarados ya; otros guardan todavía el riguroso incógnito. Conocemos el bacilo de la tuberculosis; conocemos el de la fiebre tifoidea; conocemos el del cólera... Es decir, es un modo de hablar; la verdad es que no nos han sido presentados; nuestros ojos no han llegado á verles. Nos dicen que son de este modo, del otro, y que se les combate así y asá, con ciertos sueros y ciertas inyecciones. ¿Eficaces? No; esta es la verdad amarga. De los famosos sueros, el único que va haciéndose respetar un poco es el de la difteria. El *croup*, verdugo de los niños, á quien un ilustre novelista llamó *el mayor monstruo*, parece derrotado. Las demás enfermedades infecciosas continúan triunfantes, y su microbio se ríe de la ciencia. Y en todas partes, en medio de las alegrías, surge el microbio amenazador, terrible, blandiendo su alfilerito *de monja*, chiquitín como la daga del rey de los enanos,—seguro y certero, inevitable.—¿Como prevenirse contra el microbio? Mucha higiene, mucho cuidado. La esclavitud de ese cuidado y de esa higiene es la más cruel de las tiranías á que el microbio nos sujeta.

***

El microbio me ha hecho estos días una de las suyas. Me ha torcido un viaje con el cual soñaba. Lo realizaré, claro es, al fin y al cabo, con permiso del microbio; pero ¿quién sabe si al realizarlo estará mi espíritu en la misma disposición que ahora? Empapada de lecturas que todas se relacionan con el viaje; con la fantasía impregnada de imágenes bellas y brillantes que revestirían de esplendor el árido camino..., ahora, en esta primavera tardía y amortiguada, era justamente cuando yo había proyectado mi excursión por la Extremadura española.

Dicen los que están familiarizados con esa tierra y aun los que sólo de paso la han recorrido, que es de lo más despoblado y yermo de España. Los cronistas, y hasta escritores extremeños tan enamorados de su país como D. Vicente Barrantes, reconocen este despoblamiento y aridez, que no es debido únicamente á condiciones del suelo, sino principalmente á circunstancias históricas. Cantera y vivero fecundo de una raza de héroes, Extremadura vió abandonados sus campos porque todos los hombres partían á la conquista. Mérida, que tenía ochenta mil habitantes, se ve reducida en 1530 á mil doscientos vecinos. Badajoz, de sus quince ó veinte arrabales populosos, sólo uno conserva. Llega un momento—nos lo dice la historia—en que los silos no encierran grano, los hornos no cuecen pan, en los hogares no se enciende lumbre, y el lecho de las esposas está frío y desierto. De la tremenda sangría de las conquistas y las guerras, Extremadura no se ha repuesto aún, á la vuelta de siglos.

En esa noble decadencia, que simboliza cumplidamente la de España, encuentro yo un encanto, un atractivo especial. Misterioso respeto y honda simpatía embargan mi ánimo, al pensar en la soledad de las comarcas de donde procedieron los titanes. Dijérase que la tierra, después de producir tales hijos, no puede ya engendrar cosa alguna; ni árboles, ni plantas, ni flores. Majestad y dignidad infinita hay á veces en las regiones desprovistas del encanto de la vegetación lozana y fresca que viste á Galicia y á Asturias. La misma aridez característica del solar extremeño—cortada por oasis encantadores como la célebre Vera de Plasencia—me halagaba, halagaba á mi pensamiento lleno de recuerdos, lleno de paisajes deslumbradores del pasado.

***

¡No contaba con el microbio!.. Cuando ya casi tenía preparada la maleta, al informarme un poco del aspecto práctico del viaje, me he encontrado rodeada de personas que conocen bien á Extremadura, que poseen en ella dehesas, castillos y palacios, y que me dicen con gesto de alarma:

—Muy atractivo es el viaje para usted, con la preparación de tanta lectura y tanto interés como se toma... Pero no lo haga usted ahora, de ningún modo: se expone usted á coger la infección palúdica.

—¿Tanta hay?

—Mucha. Falta agua en el país; existen charcas cubiertas de ese verdor que caracteriza las *maremmas* romanas..., y la calentura se desarrolla con rapidez. Ve usted caras de labradores consumidas por la perpetua *malaria*. Hay sitios en que las brigadas de trabajadores, en obras públicas, se remudan cada ocho días, por precaución contra el aire viciado. No estando aclimatado, como usted no lo está, el peligro es mayor. Hasta mediados de abril se puede ir sin riesgo. El caso es cuando empieza el calor á dejarse sentir. ¡No; ya no es estación propicia para visitar Extremadura!

***

Y se me caen los palos del sombrajo. Me veo en poder del microbio, con los escalofríos de la fiebre, en cualquier posada de uno de esos adorables poblachones que encierran á veces mayor cantidad de historia y de poesía que las grandes capitales, pero que carecen, ¡ay!, de lo más elemental para el cuidado de la salud... Y cuenta que no soy de las personas más aprensivas... Si yo me retraigo, ¿qué harán otros, qué harán los que no sienten el aguijón de esta apasionada curiosidad que me tienta cuando pienso en la España de ayer, la que todavía subsiste, á pesar de azares, vicisitudes y catástrofes?

Adiós, quién sabe hasta cuándo, Mérida, Badajoz, Cáceres, Yuste, Trujillo, Medellín, lugares sagrados, donde palpitó eso que no se ha elogiado tanto como la reconquista y que fué doblemente heroico que la reconquista y la lucha por la independencia: *la conquista*... Sitios cuyo nombre escribo con veneración y cuya tierra seca me parece amasada de oro y luz... ¡Adiós, quién sabe hasta cuándo! Un microbio me encadena, más seguramente que cien grillos de hierro. Un microbio es vuestro enemigo. ¿Por qué no combatirlo?

***

Si yo pudiese disponer de fuerza como la que poseen los que gobiernan á una nación, y que tanto bien les permitiría realizar á poco que se lo propusiesen, haría en Extremadura inmensas plantaciones de eucaliptos, y canalizaría las aguas, no sé cómo, pero de suerte que no existiesen *maremmas*. Roma, según parece, se está saneando con sólo el eucalipto, que los frailes propagan celosamente. El lugar donde se alza el templo de las *Tre fontane* era nido de fiebres: ya es tan saludable como el que más, merced al balsámico árbol, tan feo y desgarbado como útil.

¿Y no es para afligir el ánimo eso de que una región española, la más gloriosa quizás, una región que los romanos y los árabes vieron floreciente, sufra un azote triste, pero remediable y combatible, como el paludismo? ¿Les es acaso indiferente á sus hijos que la región se ponga en condiciones de salubridad? ¿No era salubre cuando Carlos V buscó en ella el remedio á sus achaques, una naturaleza rica, un aire puro?

Todo esto me confunde y da en qué pensar. Una contrariedad, un mal humor invencible se apoderan de mí al renunciar, mejor dicho, al aplazar la realización de mi sueño épico, el viaje á la tierra de los conquistadores, á la vez que á otra tierra neta y castiza y llena de leyendas: la Mancha de Cervantes; aquella región donde la desconsolada Ruidera ha hecho lagunas con su llanto, y la cueva de Montesinos esconde su misterio caballeresco y romancesco, y los dolores del muerto y vivo corazón de Durandarte...

***

Aplacemos. ¡Quizás, después de todo, las fiebres de Extremadura no sean tan temibles como se cuenta! En España, antes de comenzar un viaje, os salen al paso todo género de sustos. Antaño serían los bandidos, las partidas, los franceses; ahora son los microbios... Y he aquí que, para viajar, se requiere también cierta suma de valentía, amén de una sobriedad espartana.

EMILIA PARDO BAZÁN.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908



Las tres esposas, tríptico de Eduardo Chicharro

EL ACTO INAUGURAL

En la tarde del día 30 de abril último inauguróse solemnemente la Exposición Nacional de Bellas Artes, instalada en el que fué Museo de Ultramar y en el Palacio de Cristal, espaciosos y elegantes edificios que se alzan en el paseo del Retiro de la corte.

Asistió al acto una concurrencia tan numerosa como escogida, compuesta del elemento oficial, de artistas y de otras personalidades distinguidas y alegrada por la nota bellísima de las señoras elegantemente ataviadas. Desde mucho antes de comenzar la ceremonia, una gran multitud esperaba en los alrededores del Palacio de Cristal la llegada de la real familia, que había de presidir la fiesta.

Una doble fila de alabarderos señalaba el sitio por donde habían de pasar Sus Majestades y Altezas, y una compañía del regimiento de Saboya con bandera y música hallábase formada al frente del edificio para hacer á las personas reales los debidos honores.

En el atrio estaban los ministros de Instrucción Pública, Estado y Marina y las autoridades; en el interior, los representantes del cuerpo diplomático.

A la hora anunciada, fueron llegando Sus Altezas los infantes D.ª María Teresa y D. Fernando, que vestían, aquélla traje blanco con sombrero del mismo color, y éste el uniforme de húsar con la banda de Carlos III; Su Alteza la infanta D.ª Isabel, con vestido de tul negro sobre fondo gris; S. A. la infanta D.ª Luisa de Orleáns, de negro, acompañada de la marquesa del Aguila Real; S. M. la reina D.ª María Cristina, con traje heliotropo; y S. A. la princesa Beatriz, de gris obscuro, y finalmente SS. MM. el rey D. Alfonso, de capitán general con la banda del Mérito Militar, y la reina D.ª Victoria, con elegante traje claro, acompañadas de la duquesa de San Carlos, los elementos palatinos, los duques de Lécera y de Arión y los ayudantes de S. M.

El salón en donde había de efectuarse la ceremonia estaba artísticamente adornado con tapices y guirnaldas de follaje; en el testero principal se veía una corona real flanqueada por grandes alabardas doradas.

Cuando SS. MM. y AA. hubieron tomado asiento en el estrado, el ministro de Instrucción Pública señor Rodríguez Sampedro, con la venia de S. M., usó de la palabra pronunciando un corto discurso sobre la pintura española y la protección dispensada á las Bellas Artes por los gobiernos. Después, en nombre de S. M. el rey, declaró inaugurada la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1908.

Las personas reales, seguidas del elemento oficial, recorrieron luego las diferentes salas de la Exposición, deteniéndose delante de los cuadros más notables y felicitando á los autores de los mismos que se hallaban allí presentes. Terminada la visita, fueron SS. MM. y AA. obsequiadas con un *lunch,* que se sirvió en el pabellón árabe.

A causa de la insuficiencia del local, al público invitado no le fué permitida la entrada en el local de la Exposición hasta que salió de él la real familia.

Con la instalación en el ex Museo de Ultramar las obras expuestas han ganado notablemente, no sólo desde el punto de vista de la luz, sino también en cuanto á su distribución, puesto que, repartidas en salas de dimensiones relativamente reducidas, pueden ser mejor apreciadas, por lo mismo que la atención está menos distraída.

El local destinado á la sección de pintura lo constituye un salón central y seis salas laterales sencilla y artísticamente decoradas.

En el Palacio de Cristal, rodeado de frondosos jardines, se hallan instaladas las secciones de escultura, arquitectura y arte decorativo; las obras escultóricas especialmente están muy bien dispuestas.

Del valor artístico de las obras expuestas se ocupa á continuación nuestro estimado colaborador señor Carretero. Algunas de aquéllas, las más notables, van reproducidas en el presente número y otras las reproduciremos en el próximo.—S.



De viaje. Retrato de un amigo, cuadro de José M.ª López Mezquita

LA EXPOSICIÓN NACIONAL

DE BELLAS ARTES

Ya tenemos aquí en Madrid un local elegante y cómodo, que la admirable iniciativa de un buen subsecretario de Instrucción Pública, del señor Silió, ha destinado en buena hora á las Exposiciones de Pintura. Felicitamos, pues, al comienzo de estas notas al joven político y también á todos los señores jurados de pintura que, á ejemplo de lo que vieran con deleite en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, nos presentan hoy las ochocientas y pico de obras nuevas, alojadas con gusto y con orden.

Es el actual palacio de Exposiciones el que albergó en el Retiro muebles, armas, trajes, semillas de nuestra perdida isla de Filipinas. La sección de Escultura y la del arte decorativo vense dispuestas en el Palacio de Cristal del mismo hermoso Parque, á pocos pasos de la de Pintura.

Han concurrido á esta Exposición 82 expositoras y 599 expositores, y han sido desechadas 180 obras.

La Exposición, en resumen, puede calificarse de mediana. Esperábase mayor brío en los jóvenes artistas, más originalidad, más adelanto, en fin, en la evolución emprendida. Ahora los cuadros de sól están en decadencia y nuestros pintores casi los aborrecen. Triunfan, sin tapujos mal entendidos, los clásicos nuestros y los italianos y florentinos. Zuloaga tiene grandes admiraciones y á Tiziano se le venera. Conservan, sin embargo, nuestros jóvenes pintores su personalidad apegada á las más fuertes tendencias. Y este camino, que muchos creen una equivocación lamentable y triste decadencia de nuestra pintura, yo y otros muchos lo aplaudimos, animando á sus cultivadores para que sigan sin tregua «la mejora del original» en obras bellas donde se transparenten la verdadera poesía y las luchas más hondas del espíritu... «¿Qué pintores modernos llegarán, corriendo los años, á ser los mejores discípulos de Velázquez, Greco, Goya, Pantoja y Tiziano y á sucederles?» Quizás ninguno de los que hoy conocemos; pero es indudable que la labor de estos «simbolistas» ó «arcaizantes,» como ha dicho alguien, se citará siempre como primera piedra de un Renacimiento.

Y escrito este pró'ogo, daremos cuenta á nuestros lectores de lo que hemos visto expuesto en este Palacio del Retiro de la Corte, y qué lienzos y esculturas son las más notables y de nuestra predilección.

Comencemos por Santiago Rusiñol, el insigne paisista de Cataluña, que en el último concurso nacional obtuvo 50 votos para la gran medalla de oro. No descansa un instante en su espléndida labor este artista con dos almas. Ningún otro hermano nuestro, hijo de España, que sienta más intensamente la exquisita poesía de los paisajes. Yo he visto á Rusiñol copiarlos en este Aranjuez famoso y bello y llorar de emoción. No una medalla de oro daría yo á un artista, casi único, de este temple, sino docenas por cada uno de sus cuadros, que son pedazos de su alma, que se adueña con encanto soberano de esos rincones solitarios y viejos donde no entra jamás el sol, y los árboles son tupidos y las florecillas humildes, y las estatuas y las fuentes están ya rotas y abandonadas.

Los cuadros de Julio Romero de Torres son cinco tan hermosos, que por obras definitivas los toman muchos críticos y maestros. Es este educadísimo artista la revelación verdad del concurso. Personifica con su gran talento en los lienzos de su firma la vuelta atrás, que dirían algunos; y en verdad, lo que declaran sus obras á los más inteligentes en arte es el único camino fuerte y glorioso de la pintura. Romero de Torres observa su Andalucía de una nueva manera que quizás sea la que más se aproxima á la verdad. Dijimos hace tiempo que las mujeres de Córdoba eran muy tristes, como dignas hijas de los moros, y que el pintor andaluz Romero de Torres veía á sus paisanas como quien admira á santas, y copiaba sus encantos, sus almas llenas de poesía, como un idólatra, como Rusiñol llora sintiendo sus paisajes.

He aquí por qué vemos en uno de los cuadros principales de Romero de Torres cosas nuevas, originalísimas: las cantadoras y bailadoras y un tocador de guitarra como si fueran personajes bíblicos, justos, y más abajo, en otros cuadros del mismo notable autor, dos retratos—*Bendición* y *Fuensanta*—de mujeres cuyas almas no es ilusión que todos comprendemos, sino realidad asombrosa y uno de los aciertos más grandes que desde hace muchos años no habíamos admirado. Estos lienzos y los de *Musa gitana*, que es un hermoso desnudo entre Goya y Tiziano, y *Amor místico y profano*, son el *clou* de la presente Exposición, las obras más admiradas y las que si se trasladasen al Museo antiguo, á nuestra rica pinacoteca, no quedarían obscurecidas. El autor de estos celebrados lienzos domina ya su arte. Su dibujo es correctísimo, la colocación de sus figuras elegante y sobria y el color una maravilla de sabiduría, de armonía y buen gusto. Pero aún se observa en este pintor algo más que, en definitiva, es lo que decide su triunfo: el alma, la poesía, el que vemos todos muy entregado al artista en definir exquisiteces extrahumanas...

Eduardo Chicharro, de la misma manera que los dos pintores de que ya hemos hablado, presenta en esta Exposición algunas obras importantes. Sus cinco cuadros son muestras de dos tendencias distintas: una, la que aprendió en Sorolla, su maestro; la otra es idealista ó simbolista. Tiene su tríptico *Las tres esposas* aciertos de gran artista en el color y á veces en la transparencia de las almas de sus figuras, aunque no llega en esto á la intensidad que Romero de Torres lleva á sus lienzos. Chicharro juzgamos que está más en su campo en la copia de la Naturaleza, en *El Angelus* y en *Melancolía*, que son los otros cuadros perfectamente sentidos del mismo autor.

Rodríguez Acosta, el pintor granadino, no presenta en esta Exposición más que un lienzo de regular tamaño. Lo titula *Gitanos del Sacro Monte* y representa un interior de una vivienda de gitanos. Se ven cómodamente sentados aquí y allá á mujeres y niños de la raza, y al fondo un hombre que puntea la guitarra. Hay en esta obra dos ó tres cabezas admirables que recuerdan la de *La Gavirra*, que estuvo en Barcelona. La composición es sencilla, aunque sin llegar á serlo tanto como nosotros desearíamos. El color nos molesta quizás en un detalle de los pañuelos de las mocitas, que el buen gusto de Rodríguez Acosta debió cambiar de tono. Este joven pintor hase esforzado en presentarnos sus figuras tal como son y él las vió, sin idealidades que no pegarían bien en esta gente vulgar. Yo estimo este cuadro como uno de los mejores del concurso, que gustará al público y al Jurado. Sin embargo, Rodríguez Acosta hará cuadros más fuertes y originales, de esos que dominan todas las opiniones y nos rinden con noble admiración ante el talento de quien los presenta.

Santa María ha cambiado de dirección, de estilo en su pintura. Ayer eran los campos llanos y rojos de Burgos como los puede ver cualquier viajero, y el Cid guardándolos; hoy el notable pintor desdeña su tierra y penetra en la de los clásicos. Pero no es una obra mediocre, ni á ello se aproxima, estas hijas de Ruiz Díaz de Vivar, protegidas en su desgracia y desnudez por el servidor Ordoño, entre unos árboles añosos testigos de la crueldad de los condes de Carrión. Claro se ve que el simpático artista que acometió la difícil tarea de representarnos esta escena de leyenda en su buen lienzo *Las hijas del Cid*, no pudo librarse de las visiones de otros cuadros famosos de Tiziano, y en un paisaje de este gran maestro se inspiró. Es el único defecto de la obra, si así se juzga, y en cambio tiene este cuadro bellezas de armonía, de color, de dibujo, de expresión, etc., que sin disputa le colocan entre los mejores pintados del certamen.

José María Mezquita no descansa desde su ruidoso triunfo de revelación, premiado, hace seis años, con una primera medalla, y á todo trance porfía por otra recompensa de la misma importancia. Seis son los cuadros de la presente Exposición, y ninguno está al nivel de *Sus amigos*, que pintó hace tres años. A Mezquita le confunden los asuntos; cree encontrarlos en las escenas más nimias y en los personajes menos expresivos. Algún crítico mordaz citaría en este punto, como ejemplo, su cuadro del asno. Nosotros admiramos á Mezquita, y no dejaremos ocasión sin que hasta este joven llegue nuestro aliento de alabanza, que le anime en su durísimo empeño. De los cuadros que nos presenta, el que más nos satisface es *Modelo y pintor*, elegante y sencillo.

A Eugenio Hermoso le ocurre también algo pareci

Retrato del conde de A., pintado por Manuel Benedito
(Exposición Nacional de Bellas Artes Madrid, 1908.)

do: no presenta un acierto completo, un lienzo que esté bien del todo y no á trozos, como puede verse en los de las *Hijas de María* y *En la era*. Pintó este joven algunas caras de niñas extremeñas que nos recordaron con entusiasmo su cuadro ya juzgado *La Juma*. Mas después desdibujó otros rostros, no les dió vida, descuidó y complicó la composición y no supo, en fin, armonizar algunos colores de sus cuadros que ofenden á la vista, así el verde de una sandía y el rojo subido del zagalejo de una mozuela. Sin embargo, sus lienzos no son una labor vulgar que no revelen una definida personalidad que logrará ruidosísimos triunfos aquí y fuera de España.

Los hermanos Zubiaurre presentan ocho ó diez obras, algunas de ellas muy notables y todas dignas de alabanzas, porque evidencian que sus autores irán también muy lejos y dentro de poco serán artistas reputados. El estilo de estos pintores es el que hoy predomina en el gusto de la juventud: armonía entre el paisaje y las almas. Podemos decir que estos hermanos pintores son los Romero de Torres del Norte. Sus lienzos más celebrados en esta Exposición son *Amarratako* y *Las doce*. La intensidad de los rostros de las figuras es un gran acierto, como el paisaje y toda la composición. Nos atreveríamos á aconsejarles á tan admirables artistas que no abusen del gris y del verde en sucesivas pinturas, porque entonces no adelantarían en su carrera un paso y sus obras serían monótonas y desgraciadas.



Mi madre, retrato pintado por Fernando Alvarez de Sotomayor

No viene á esta Exposición Gonzalo Bilbao con ánimos de pelea, que nos recordarían aquellos tiempos muertos, y para el pintor sevillano felices, de *La Esclava*. Presenta este laureado artista varios acertados retratos, que aun estando bien no sobresalen tanto como tenemos derecho á exigir del talento de su autor. El grupo de mayor tamaño de los niños del Sr. P. O., si no llevase la firma de Bilbao, dudaríamos, por el estilo de pintura en él empleado, que hubiera salido de su fuerte y exquisita paleta.

Benedito y Sotomayor, que son jurados, exponen fuera de concurso algunos notables retratos. Son para mi gusto los mejores: del primero, el del *Conde de A.*, y de Sotomayor, el de su madre, que es una de las mejores pinturas que ha terminado este inspirado artista.

Meifrén, el paisajista catalán, trae á las salas del Retiro seis grandes cuadros que prueban otra vez más sus admirables condiciones. La vista de Mallorca es un lienzo decorativo que nos atrae. Sin embargo, donde Meifrén es un excelente pintor es en otros cuadros menores, como el *Jardín gris*, rico en color y lleno de poesía.

Carlos Vázquez tiene en la Exposición una sola obra, pero obra de grandes alientos por la fuerza dramática del asunto y por el vigor con que está tratado. El ansia satisfecha de una venganza cruel, implacable, hállase expresada admirablemente en la figura de esa muchacha gitana, en cuyo rostro y en cuya actitud se advierte la pasión que en aquella raza alcanza proporciones de exaltación salvaje. El paisaje constituye un bello fondo de ese cuadro, muy notable además por su colorido.

(Concluirá.) MANUEL CARRETERO.

Jardines de Aranjuez, cuadro de Santiago Rusiñol. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

BARCELONA.—HOMENAJE A D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

El nombre de Milá y Fontanals, del literato eminentísimo á quien admiran y veneran los sabios de todo el mundo, irá eternamente unido al de los Juegos Florales de Barcelona. Él fué el verdadero iniciador de su restauración; él su primer presidente; él quien les dió calor y vida con el amor entrañable á las cosas de su tierra y con el altísimo prestigio de su personalidad ilustre.

Era, pues, natural que al celebrarse el cincuentenario de aquella restauración, se rindiese homenaje al que por tantos títulos es merecedor de la admiración, del afecto y del respeto de cuantos por el esplendor de las letras catalanas se interesan.

Entendiéndolo así, el Consistorio de los Juegos Florales del presente año ha organizado algunas solemnidades en honor del gran maestro.

La primera de ellas ha sido la inauguración y entrega al Ayuntamiento de Barcelona del monumento á Milá y Fontanals, erigido en el Parque de esta ciudad.

A las once de la mañana del día 6 reuniéronse en el despacho de la Alcaldía las comisiones, representaciones y delegaciones de los centros, corporaciones oficiales y entidades que habían de concurrir al acto, y desde allí se dirigieron al sitio en donde éste debía efectuarse y en donde esperaban los individuos del Consistorio y multitud de literatos.

Comenzó la ceremonia con un elocuente discurso que leyó el Sr. Franquesa y Gomis y en el que, después de dar las gracias al Ayuntamiento por haber prestado su concurso al homenaje, ensalzó con oportunas observaciones la vasta y fecunda obra de Milá como literato, poeta, filólogo, erudito y maestro; citó, comentándolos con breves y acertados conceptos, sus admirables libros *Los trovadores de España, De la poesía heroico popular castellana* y *Compendio de estética,* á los que calificó con razón de monumentos, y aludió, en sentidas palabras, al gran discípulo del eximio maestro, el señor Menéndez y Pelayo, y explicó las razones que movieron al Consistorio de los Juegos Florales á ofrecer al Ayuntamiento barcelonés el busto de Milá y Fontanals, del verdadero creador de esa institución, del que le imprimió carácter propio que la hace inconfundible con la generalidad de certámenes que en España se celebran. «Señor alcalde—terminó diciendo el Sr. Franquesa,—acabo como había empezado. Al entregaros la imagen de nuestro Milá, tenemos la seguridad de que la recibiréis con verdadera alegría para vuestro ayuntamiento y para la ciudad. Que Barcelona pueda contemplarla siempre; que los pinos que Milá tanto amó en vida, y que ahora rodearán su imagen, puedan besarla con los ásperos y sanos oreos que traen las emanaciones de nuestra tierra hasta fundirse con su alma en las regiones del infinito; que los ruiseñores vengan cada día á ofrecerle el tributo de sus cantos; que la juventud se inspire en su doctrina sólida y vigorosa, y que todo el mundo lo recuerde con respeto, con devoción y con deseo de imitar sus méritos y sobre todo sus grandes virtudes.»

El eximio literato D. Manuel Milá y Fontanals,
iniciador de la restauración de los Juegos Florales y presidente del primer Consistorio

Al terminar este discurso, el Sr. Menéndez y Pelayo, que lo había escuchado con emoción hondísima, abrazó efusivamente al señor Franquesa y Gomis, mientras el público aplaudía con entusiasmo.

El alcalde interino Sr. Bastardas descorrió la tela de los colores de la bandera catalana que cubría el busto, á los acordes de la banda municipal y entre los entusiastas aplausos de los concurrentes.

El propio Sr. Bastardas, que había presidido la ceremonia, dió las gracias al Consistorio por la valiosa donación del busto del esclarecido maestro y expresó su satisfacción porque se había erigido el monumento á Milá en el Parque, en donde estaba ya el de otro catalán ilustre, Buenaventura Carlos Aribau.

Al acto, que resultó solemnísimo, asistieron, además de las representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial y de otras corporaciones, los literatos forasteros que han venido con ocasión de las fiestas de los Juegos Florales.

El busto de Milá y Fontanals, modelado en mármol blanco por el reputado escultor Sr. Fuxá, es de un parecido exacto y de un carácter altamente artístico. El monumento se alza en la plazoleta de los pinos.-R.



Barcelona.—Inauguración del monumento obra del escultor Sr. Fuxá, erigido en el Parque á la memoria de D. Manuel Milá y Fontanals
(De fotografía de A. Merletti.)

ZARAGOZA.—LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA

La ciudad heroica ha querido conmemorar sus inmortales hazañas de 1808 con una fiesta dedicada al trabajo y al progreso, con una fiesta de paz, en que aparecieran unidos por unos mismos sentimientos de hermandad los descendientes de aquellos que todos ellos puesto especial empeño en exponer los mejores productos y en presentarlos de la manera más elegante y artística.

En representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII y del gobierno, asistieron á la inauguración S. A. el Oficios y de Museos habíase levantado un altar con la imagen de la Virgen del Pilar; al lado estaba el trono y enfrente los sitiales de los obispos. Al pie de la escalinata alzábanse las tribunas de las autoridades y comisiones.



Zaragoza.—Inauguración de la Exposición franco-española, organizada para conmemorar los sitios de 1808
El arzobispo Sr. Soldevilla bendiciendo la Exposición en presencia del infante D. Carlos, que presidía la ceremonia en representación de S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografía.)

en los memorables sitios se combatieron, cien años hace, con sin igual fiereza.

Por esta significación sola merecería elogios entusiastas la Exposición franco española organizada en la capital aragonesa; pero además de esto es digna de admiración especial, porque constituye un hermoso alarde de las energías maravillosas, de la prodigiosa actividad, de la voluntad del pueblo zaragozano que, en un período relativamente breve, ha llevado á cima una empresa verdaderamente magna. Todos han trabajado en ella con entusiasmo, con ardor, con perseverancia incansable; pero los que de un modo particular se han consagrado con alma y vida á la Exposición han sido D. Basilio Paraíso, presidente del Comité ejecutivo, y M. Gastón Routier, vicepresidente de la comisión francesa. A ellos singularmente se dirigen los aplausos de todo Zaragoza por el brillante éxito conseguido.

Los pabellones que componen la Exposición han sido construídos en la Huerta de Santa Engracia, siendo los principales los de las Escuelas de Artes y Oficios, con productos de diversas industrias; el Palacio de Museos, en donde están la instalación de la casa real, el museo de arte retrospectivo y las esculturas; el Palacio de la Alimentación, en donde se admiran magníficas instalaciones; el pabellón del Ministerio de Fomento; el de la Caridad, en el que se hallan los departamentos destinados al arte moderno; el de Maquinaria, el Francés, el Mesiano y otros muchos dedicados á espectáculos, diversiones, café, restaurant, etc.

El número de expositores es grande, habiendo infante D. Carlos y el ministro de Fomento señor González Besada, respectivamente, quienes llegaron á Zaragoza el día antes del señalado para la ceremonia, siendo recibidos por las autoridades civiles y militares, comisiones de centros, corporaciones y entidades y jefes y oficiales del ejército. Una compañía con bandera y música les tributó los correspondientes honores. Después del discurso de bienvenida pronunciado por el alcalde Sr. Fleta y al que contestó con breves frases el infante D. Carlos, dirigióse éste á la capitanía general y de allí al templo del Pilar, en donde le esperaban el arzobispo, los obispos asistentes al concilio que en Zaragoza se celebraba aquellos días, y el cabildo. S. A. dirigióse bajo palio hacia el altar de la Virgen, oró ante la imagen algunos momentos y regresó seguidamente á la capitanía, en cuyo salón del trono efectuóse la recepción de autoridades y corporaciones oficiales y particulares.

Por la noche celebróse en honor del infante don Carlos un banquete de gala, al que asistieron el ministro de Fomento, el infante D. Luis Fernando de Orleáns, el alcalde, el capitán general, los gobernadores civil y militar, el arzobispo, los presidentes de la Audiencia y de la Diputación, el fiscal de S. M., el Sr. Paraíso, el delegado de Hacienda, el coronel jefe de parada y los marqueses de Asta, de Hoyos y de San Adrián.

A la mañana siguiente, después de visitar los cuarteles de la Aljafería y del Cid y de oir misa, que dijo el arzobispo en el templo del Pilar, presidió la ceremonia inaugural de la Exposición.

Entre los pabellones de las Escuelas de Artes y

Al llegar el infante D. Carlos, acompañado del ministro de Fomento, fué recibido por las autoridades y por el Comité ejecutivo de la Exposición, presidido por el Sr. Paraíso. S. A. se dirigió al templete, en donde esperaban el arzobispo Sr. Soldevilla, revestido de pontifical, y los obispos, é inmediatamente comenzó la ceremonia.

El prelado pronunció un elocuente discurso haciendo historia de las gestiones realizadas para conmemorar el centenario de los sitios, y bendijo la Exposición.

Usó luego de la palabra el Sr. Paraíso explicando su intervención en los trabajos de la Exposición por razones de su cargo de presidente de la Cámara de Comercio, atribuyendo la gloria del éxito á todos, desde el rey, que es el primer expositor, al obrero del último rincón de España, justificando el nombre de hispano francés que se ha dado al certamen por el deseo de estrechar los lazos de amistad y afecto entre dos pueblos hermanos, y dedicando elogios á los obreros y á la prensa.

El alcalde dió las gracias, en nombre del pueblo de Zaragoza, á cuantos habían contribuído á la fiesta; el ministro de Fomento se asoció al solemne acto que se estaba celebrando, y el infante D. Carlos, después de un corto discurso en que recordó el cariño que S. M. el rey siente por Zaragoza, declaró, en nombre del monarca, abierta la Exposición, cuyos pabellones recorrió detenidamente, elogiando la distribución y el hermoso aspecto de las instalaciones.

Con motivo de la Exposición reinan en aquella ciudad animación y entusiasmo extraordinarios.—P.



Retrato de una cordobesa, por Julio Romero de Torres



Retrato, pintado por Pedro Sáenz



Retratos de los hijos de un amigo, cuadro de Gonzalo Bilbao



¡**VENGANZA!**, **cuadro de Carlos Vázquez.** (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

BARCELONA. - LOS JUEGOS FLORALES DE 1908

La poética fiesta de los Juegos Florales ha revestido este año extraordinaria solemnidad. Tratábase de celebrar el 50.º aniversario de su restauración en Barcelona, y se ha querido que esta fecha memorable quedase grabada con caracteres indelebles en los anales de esa institución que tan poderosamente ha contribuído al renacimiento integral de Cataluña.

A la fiesta de este año han sido invitadas ilustres personalidades de fuera de Cataluña, habiendo correspondido á la invitación el eminente polígrafo Sr. Menéndez Pelayo; M. Wolf, ex alcalde de Bruselas; el inspirado poeta valenciano D. Teodoro Llorente; el popular escritor ruso Sr. Pawlowsky; el ilustre publicista francés Alberto Savine; el conde de Lassale, en representación de Alemania; el duque de La Salle Rochemaure, representante de Auvernia; el Sr. Tresserre, mantenedor de los Juegos Florales de Tolosa; el presbítero Sr. Costa y Llobera, representante de Mallorca; el Sr. Aude, del Felibridge provenzal; los Sres. Lacorte y Vergés de Ricondi, del Rosellón; el Sr. Fauré-Deré, del Languedoc; el lemosín señor Boysi; el Sr. Eberardo Vogel, eminente filólogo alemán, catedrático de la Universidad de Aachen (Aquisgrán) y autor de un diccionario alemán catalán; el filólogo Sr. Marietón, de París; el representante del *Mercure de France* Sr. Robin, y los Sres. Riba y Moles, en representación de la República de Andorra.

No disponemos de espacio para reseñar en sus pormenores las fiestas celebradas; así es que nos limitaremos á enumerarlas señalando lo principal de cada una.

En la noche del sábado, día 2, efectuóse en la Casa de la Ciudad una recepción en honor de los forasteros; hubo concierto por la banda municipal, *lunch* y elocuentes discursos que pronunciaron el canónico Dr. Jaime Collell, presidente de los Juegos de este año, y el alcalde Sr. Sanllehy.

La fiesta de los Juegos Florales celebróse al día siguiente en el Palacio de Bellas Artes, que estaba artísticamente adornado y presentaba un aspecto deslumbrador. Inauguró el acto el Sr. Sanllehy; leyó luego el secretario del Consistorio señor Matheu un breve discurso de homenaje á los restauradores de los Juegos; pronunció un elocuente discurso el Dr. Collell, y procedióse á la lectura de la memoria reglamentaria y á la apertura de los sobres que contenían los nombres de los poetas premiados. La *Flor natural* fué adjudicada á D. Juan M. Guasch, quien eligió reina de la fiesta á la bellísima y distinguida señorita D.ª María Ricart y Roger, que entre los aplausos delirantes de la inmensa concurrencia pasó á ocupar el trono. Los demás premios fueron adjudicados en la forma siguiente: la *Englantina*, á D. Apeles Mestres; la *Viola*, al reverendo Florencio Ribé; la Copa de oro del Consistorio, al Rdo. Salvador Galmés, y la pluma de oro, á D. Miguel de Palol. Además obtuvieron el accésit de la flor natural la señora Moncerdá de Maciá, el de la viola D. Juan M. Guasch, y los de la copa de oro D. José M.ª Folch y Torres.

Fué proclamado luego *Mestre en Gay saber* D. Apeles Mestres, y un sentido discurso de gracias del mantenedor D. Juan Maragall puso término á la fiesta, que resultó brillantísima y en la que reinó el mayor entusiasmo.

Por la noche celebróse en la «Maison Dorée» el tradicional banquete en honor de los poetas premiados, al que concurrieron más de cien comensales y en el que pronunciaron elocuentes brindis los Sres. Sanllehy, Matheu, Aude, el duque de La Salle de Rochemaure, Tresserre, Vogel, Lacorte, Fauré-Deré, Vergés de Ricondi, Alcover, Perpinyá, Montanyola, Dr. Collell, Rusiñol, Robin, Picó y Campamar y Riba. Todos los brindis se pronunciaron en catalán.



Barcelona.—Juegos Florales de 1908. Aspecto del salón del Palacio de Bellas Artes en donde se celebró la fiesta el día 3 de los corrientes. (De fotografía de Branguli.)

Medalla conmemorativa del 50.º aniversario de la restauración de los Juegos Florales en Barcelona, modelada por D. Juan Llimona

El lunes, por la noche, se efectuó en el gran salón de la Lonja la velada en honor de los poetas y escritores catalanes difuntos, bajo la presidencia del Dr. Collell, que tenía á sus lados al concejal Sr. Fuster y al Sr. Menéndez Pelayo, ocupando los demás sitios del estrado los representantes forasteros, los miembros del Consistorio y otras representaciones y distinguidas personalidades. Los Sres Picó, Tresserre, Aude, Vogel y Menéndez Pelayo leyeron notabilísimos discursos; además se recitaron poesías de Balaguer, Roselló, Rubió y Ors, Aguiló, Blanch, Forteza, Calvet, Soler y Pelay y Briz. Poesías y discursos fueron calurosamente aplaudidos por el selecto é inmenso público que llenaba el amplio salón.

Otras fiestas se han realizado en honor de los forasteros que han acudido á la invitación del Consistorio de los Juegos Florales, como las excursiones á Vallvidrera y al Tibidabo, á Folgarolas para inaugurar el monumento en honor del inmortal Verdaguer, y la función de gala en el teatro Romea con la representación de *Terra baixa*, de Guimerá, desempeñando el papel de protagonista el eminente actor Enrique Borrás. La falta de espacio no nos permite ocuparnos de ellas detenidamente, por lo que sólo diremos que, como en todas las demás, hubo gran entusiasmo y reinó la mayor cordialidad entre todos los que, siendo de distintas procedencias, se han unido en un sentimiento de amor á nuestra literatura y de piadosa veneración á nuestros más eximios literatos, para celebrar con solemnidades excepcionales las bodas de oro de los Juegos Florales de Barcelona.

La Ilustración Artística se asocia de corazón á tan hermosas fiestas y felicita calurosamente á sus iniciadores y á cuantos han contribuído á su excepcional brillantez con su presencia y su cooperación.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Esteva y C.ª* – El notable pintor Sr. Llaberías tiene expuestas cuarenta acuarelas, vistas de la costa de Levante catalana, que por sus asuntos, admirablemente escogidos, y por su ejecución irreprochable constituyen una manifestación artística de verdadera importancia. En estas obras, como en todas las de Llaberías, hay poesía, hay verdad, hay sentimiento y sobre todo luz y ambiente; son visiones hondamente sentidas y exteriorizadas con singular maestría.

* * *

Espectáculos.—Barcelona. – En el Ateneo Enciclopédico Popular ha dado un interesante concierto el notable violinista Antonio Sala, quien, acompañado al piano por la señorita D.ª Lola Sala, ejecutó piezas de Locatelli, Saint Saens, Max Bruch, Strauss y Popper, demostrando en todas ellas sus dotes artísticas excepcionales, así de interpretación como de ejecución, y logrando calurosos aplausos.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Desde la mesa solitaria, al otro lado del pasillo central, el hombre á quien Zoe había supuesto correo del rey, les observaba con pensativa complacencia

—La tengo por una espía escita, dijo con calma Zoe.

—¡Ah! No vayas tan aprisa. ¿Crees tú que esa muchacha?.. Te diré una cosa, y es: que eso de distribuir papeles imaginarios á quienes mejor te parezca, podrá ser muy bueno, pero no tienes derecho para... ¿Suelen acaso ir por regla general las espías acompañadas de tías de cierta edad?

—Falta saber si es su tía. ¿Es posible, Mauricio, que no hayas caído en la cuenta? Ella pretende apoderarse de los papeles que lleva el correo del rey: hasta el más joven é inexperto de tales funcionarios desconfiaría de una joven guapa que viajara sola.

—Pues yo hubiera dicho que si ella trama algo contra alguien, ese alguien eres tú.

—No, contestó Zoe. Ya sé lo que es. No está segura todavía de quién es realmente el correo del rey. El otro ha sabido disimular tan perfectamente, que ella está indecisa entre tú y él. Supondrá que vengo contigo para alejar de ti las sospechas, exactamente lo que respecto á ella viene haciendo su tía. Tratará de ponerse en contacto contigo sirviéndola yo de intermediaria. Estoy segura de que cualquier noche de estas la sorprenderemos registrando con una linterna sorda tu maleta, creyendo que allí tienes escondidos los documentos. ¿Qué opinas de esto, Mauricio?

—Si vas á dedicarte á componer novelas, dales, por lo menos, cierto viso de verisimilitud.

—¿De verisimilitud? Si todo cuanto he dicho es la verdad. Por de contado que ella no es espía de oficio. Será una joven de alto rango á quien las pérdidas del juego ó el haber tomado parte en intrigas políticas han puesto á merced del gobierno. Así se explica el por qué, á pesar de su deseo de hacerse amiga nuestra, quiere de todos modos tenerme á cierta distancia. Tú no sabes lo contentas que se ponen las señoras enriquecidas en el comercio cuando logran ser presentadas, en alguna tómbola de beneficencia, á una persona de la familia real. Le cuentan á todas sus amistades lo amable que estuvo la adorable princesa; pero á ninguna de ellas se le ocurrirá tomarse la más pequeña libertad. Por nada he de tomármelas con miss Edita ó Emilia Smith; pero ella teme que tal cosa pudiera suceder, y por eso adopta ese tono de superioridad. ¡Ah, Mauricio, si ella supiera! ¿No te halaga esa idea?

—El mozo está impaciente, hace tiempo por acabar de llevarse los platos, dijo Mauricio. Me alegraré que acabes pronto para poder irme á fumar.

—Te encargo que te hagas amigo del correo del rey, dijo Zoe acabando de comerse aprisa los postres.

Pero Mauricio le respondió de un modo vago dirigiéndose al vagón de fumar, sin prometer nada en concreto.

Al volver á su compartimiento con la secreta intención de echar de paso una ojeada á la señora y á la señorita Smith, por poco se cae Zoe de bruces al tropezar con una maleta de viaje que la más joven de aquellas dos, sin preocuparse de la seguridad de los pasajeros, atravesaba en el pasillo. La culpable se deshizo en disculpas.

—¡Ah, qué aturdida soy!, exclamó. Podía haberse hecho un daño de consideración. Nunca me lo hubiera perdonado si, por mi descuido, se hubiese usted lastimado; más lo hubiera sentido que si se tratara de cualquier otra persona.

«No debieras decir descuido, sino mala intención, pues bien he visto que lo has hecho expresamente,» pensó Zoe.

Luego le preguntó:

—¿Por qué valgo yo más que las otras personas que van en el tren?

—¡Ah! Sí, porque..., y titubeó un momento, por la equivocación ocurrida con motivo de nuestro común apellido, y porque usted y yo somos las únicas jóvenes que vamos aquí, razón por la cual deberíamos auxiliarnos mutuamente.

«Tú no necesitas que nadie te ayude, y hazme el favor de no querer divertirte á costa mía,» siguió pensando la desconfiada Zoe.

En seguida preguntó en alta voz:

—¿En qué puedo servirla?

—¡Ah! Venga usted y hablaremos un poco. Mi tía siempre está durmiendo y yo no sé qué hacer. Todos los que van en el tren tienen algún amigo, alguna ocupación, menos nosotras dos, señalando con la mano á Mrs. Smith, que dormitaba, y á sí misma. Hasta usted, sin duda, viaja por asuntos de su respetable hermano. ¡Ah!, añadió observando en el rostro de Zoe la sombra de una sonrisa, ¿no está eso bien dicho en inglés? Ya usted lo ve, pudiera usted hacerme un favor enseñándome á hablar con propiedad mi propio idioma.

—¡Ah! No tenemos negocios de que ocuparnos; viajamos por gusto, dijo Zoe. Mi hermano acaba de terminar sus estudios, y nos pareció natural que disfrutara de las vacaciones. Si algún asunto traemos entre manos es uno mío. Ando en busca de color local. ¿Sabe usted lo que es eso? Pues es lo que hay que trasladar á la obra que uno escribe, y lo que todos pasan por alto cuando la leen. Cuantos conocen mis escritos me están siempre diciendo: «Usted debe viajar. Eso abrirá nuevos horizontes á su imaginación, y ganará usted mucho en color local.» Tengo una porción de cuadernos atestados de tal cosa en espera de asuntos en que poder aprovecharla; pero lo peor del caso es que cuando escribo algo, me ocupo tanto de los personajes, que me olvido del color local.

Quedóse la señorita Smith algún tanto perpleja al oir aquel trozo de autobiografía literaria.

—¿Luego es usted escritora? ¿Una bohemia?, preguntó con manifiesto desagrado.

—¿Escritora? Pues bien, sí, hasta cierto punto, una muy humilde escritora; pero bohemia, ¡ah!, eso no. Ojalá lo fuera. ¿Quién tuvo jamás noticia de que un apellido tan vulgar y prosaico como el de Smith figurara para nada en la bohemia literaria?

Luego, viendo que la joven no había ni siquiera pestañeado al oirla, dijo entre sí con gran contentamiento:

«Lo sabía, sí, sabía que no se llamaba Smith.»

—Pues yo no tengo ni aun el pretexto de andar buscando color local, dijo la joven que se hacía llamar miss Smith. Quería viajar... para hacerme por completo inglesa, y conseguí que mi tía me acompañase. Ella es extranjera. ¿No lo ha notado usted? Yo me he educado á su lado fuera de Inglaterra.

«En dondequiera que fuere, no has necesitado que nadie te educara, ni me parece que la pobre señora Smith haya tenido mucho que ver en el asunto,» pensó Zoe.

Y añadió en voz alta:

—Pues bien, ahora estará usted muy contenta.

—Debiera estarlo, pero estoy un poco asustada. Nunca hasta ahora hemos viajado solas, y mi tía es muy nerviosa.

—Pues entonces, ¿por qué no han traído ustedes consigo una doncella ó un criado, ó una y otro?, preguntó asombrada Zoe.

—Eso es efectivamente lo que debiéramos haber hecho, y en Therma trataré de hallar unos sirvientes que nos convengan. Pero iba á proponerle á usted que durante el viaje nos uniéramos. Si usted y su hermano nos hicieran el honor de acompañarnos, especialmente á las horas de las comidas, no temeríamos encuentros desagradables.

Hablaba con la más completa tranquilidad, sin nada de aquella ruborosa timidez que era de esperarse, casi como si aquella proposición que hacía y que, en todo caso, debiera haberla hecho su tía, fuera cosa que no era posible rechazar.

«Mi buena pieza, ¿qué es lo que te propones?,» se preguntó mentalmente la sorprendida Zoe.

Luego, con la instintiva suspicacia de una hermana, añadió:

«¿Será Mauricio á quien traigas entre ojos? Si así fuera, eres de lo más despreocupado que he conocido.»

Después, dirigiéndose á la señorita Smith, le dijo con frialdad:

—No veo por qué haya usted de asustarse en lo más mínimo. No es fácil que molesten á unas señoras inglesas habiendo tantos caballeros de la misma nación en el tren.

—¿Qué te dije, Irene?, exclamó la señora Smith despertándose muy inoportunamente. Te cuidas muy poco de guardar las leyes de la buena sociedad. A esta señorita le ha de parecer tu franqueza muy chocante.

«¡Edita, Emilia, Irene! ¿Cuántos nombres tiene?,» se preguntó mentalmente Zoe, contemplando sin compadecerla el intenso rubor que cubrió el rostro de la señorita Smith.

—Ya le he dicho á usted que no se ocupe de estas cosas, dijo la joven con severidad.

La tía tornó á su somnolencia.

—Sí, mi nombre es Irene, dijo volviéndose con placentera sonrisa á Zoe, que fijaba la vista en el rótulo I. E. Smith que ostentaba un estuche para joyas. Tanto deseábamos ser inglesas de verdad, que mi tía ha estado tratando de llamarme por un nombre puramente inglés, pero sin resultado. Deseo que en lo sucesivo me llame usted Irene. Ahora, ¿querrá usted satisfacer mi curiosidad diciéndome cuál es su nombre? He visto una Z en uno de los baúles; es una inicial muy poco común.

—Me llamo Zoe, dijo de mala gana la interpelada, poniéndose de pie para despedirse.

—Un nombre griego, sin duda alguna, como el mío. ¿Quién sabe si, después de todo, resultamos ser primas, aunque lejanas? ¿Así, pues, quedamos convenidas en que usted y su hermano coman con nosotras?

—Dispénseme usted, pero ya tenemos hechos nuestros arreglos y tomado una mesa donde sólo cabemos dos, dijo impaciente Zoe, arrojando, como los Partos, un dardo al despedirse con toda la dignidad compatible con el movimiento del tren.

«¿Qué traerá entre manos? -se preguntaba otra vez al llegar á su compartimiento, adonde todavía no había vuelto Mauricio.—¿Será efectivamente una espía? Si lo es, lo mejor me parece que será portarnos como ignorantes de todo y sin desconfianza. No nos hará hablar más de lo que queramos. Le he de advertir á Mauricio que no se deje sonsacar. Lo más gracioso es que á mí me parece que está asustada de veras. Fijaba la vista en todos cuantos pasaban á nuestro lado.»

—Dispense usted, ese sitio está ocupado, dijo Zoe al ver á una persona junto á ella. ¡Ah, esto ya es de veras insoportable!, añadió viendo que dicha persona era miss Smith, que se sentó en el asiento de Mauricio.

—Venía á decirle á usted que nos colocarán en la misma mesa para el almuerzo, dijo apresuradamente. Un mozo ha venido á consultarme como cosa de cajón y yo..., yo le contesté: «¡Por supuesto!» A pesar de ser eso lo que deseaba, respondí en aquel momento maquinalmente. Vengo á suplicarle que no dé contraorden. Usted no sabe lo mucho que me importa el poder viajar como formando parte de una familia.

En el cerebro de Zoe comenzaron á surgir las más locas suposiciones. ¿Qué era aquella joven, una asesina, una nihilista ó una ladrona? ¿Qué designios tendría respecto á Mauricio? Intranquila por su hermano, no procedió con la finura debida.

—Siento tener que decirle que no podemos reunirnos con ustedes, dijo. Vamos á parar á casa de unos amigos.

—Pero si lo que yo pretendo es sólo para lo que dure el viaje, exclamó con impaciencia. En cuanto lleguemos á Therma, usted se va por su camino y yo por el mío. No volveremos á vernos más; pero usted sabrá, sí, usted sabrá de mí con toda seguridad; yo le prometo que ha de ver que no soy una ingrata.

—Para nada necesito su agradecimiento, dijo bruscamente Zoe. Lo que yo necesito es tener la certeza de que no trae usted entre manos algo que no deba ser.

—¿Que no deba ser? ¿Qué fechorías voy á estar tramando? ¿Cree usted que soy una anarquista que lleva bombas para arrojárselas al Gran Señor? Me parecen sus sospechas ofensivas en sumo grado.

—Lo siento. ¿No se le ha ocurrido á usted que también á mí me pudieran parecer ofensivas sus persistentes tentativas por trabar de todos modos conocimiento conmigo?

Y añadió para sí con satisfacción:

«Veremos si con esto la hago desenmascararse.»

Los ojos de la joven echaron llamas.

—Es usted una atrevida, dijo colérica. ¿Cómo tiene usted la audacia?.. Pero no, yo me lo tengo merecido. Señorita, ¿quiere usted aceptar la palabra que le doy de que nada malo intento? Viajo por un asunto enteramente de familia, que me encargó mi padre al morir. Llevo conmigo mis alhajas, que son de considerable valor, para mí inestimable. De su seguridad puede depender el éxito de mi expedición. Una vez más le pido que me conceda la protección de su compañía y de la de su hermano; crea usted que para mí no es cosa fácil suplicar, pues no estoy acostumbrada á ello.

—Me parece que debiera usted darnos alguna idea de lo que es ese asunto antes de pedirnos que la acompañemos, dijo Zoe ablandándose.

—Si fuera sólo cosa mía, se lo diría á usted sin vacilar un momento; pero hay otras personas interesadas en ello. No, si la palabra que le doy no es para usted suficiente, puede usted seguir creyendo que soy una aventurera, una espía, lo que usted quiera; yo no tendré otro remedio que sufrirlo.

Cruzó las manos sobre la falda con tristeza y dignidad, pero los labios le temblaban y una lágrima rodó por sus mejillas.

—¡Ah, no llore usted!, dijo apresuradamente Zoe con el horror al llanto que tan propio es de la mujer moderna. Desde luego comerá usted con nosotros y viajaremos juntos, si es que usted necesita efectivamente que así sea. Bien entendido que si alguien me pregunta, yo no afirmaré que usted viene con nosotros.

—No se lo preguntarán. A una familia no se la pregunta nada. Dos señoras solas sería lo que pudiera llamar la atención. ¡Ah, cuánto me alegro!, exclamó dejando á un lado todo disimulo y secándose con fuerza los ojos. Eudoxia Vladimirouna, mi tía, quiero decir, está muy asustada y he tenido que darla ánimo, á pesar de estarlo yo mucho también. Todos los que veía me parecían espías ó policías secretos. Vi un equipaje rotulado con el nombre de Smith, y me fijé en usted y en su hermano; sus fisonomías me inspiraron confianza y pensé que iríamos seguras si nos reuníamos con ustedes. Nunca olvidaré, tenga usted la seguridad de ello, el favor que usted me hace.

Y volviendo á recobrar su aire majestuoso, se puso en pie y salió.

«Me parece que he sido una tonta—se dijo á sí misma Zoe de mal humor.—Pero, después de todo, ella se ha portado bien. Si en lugar de dirigirse á mí lo hace á Mauricio, no le hubiera costado tanto trabajo conseguirlo.»

—Ya he trabado conocimiento con tu amigo, el de los ojos extraños, dijo Mauricio al entrar. No es un correo del rey; pero ya que tanto te interesa saber quién es, te diré que es un oficial del ejército de la India que regresa á su puesto, terminada su licencia. Ha de detenerse una ó dos semanas en casa de un amigo suyo que sirve en la gendarmería de Emacia y se llama Wylie.

—Bueno, casi eso mismo dije yo por suposición únicamente. ¿Has sabido algo respecto á miss Smith?

—¡Ah! Un señor muy gordo que, según parece, recorre este trayecto semanalmente y conoce á todos los empleados de la línea, andaba por ahí diciendo que le había manifestado el mozo del *sleeping car* que esa joven era de muy elevado rango y que viajaba de incógnito.

—Una princesa que se ha escapado de algún colegio, murmuró Zoe. Pues bien: mañana, ó ella baja en el concepto público, ó nosotros subimos, porque vamos á almorzar reunidos.

—¿Quieres decir con eso que, á pesar de todo, ya te has hecho amiga suya?, exclamó Mauricio. Pues bien: luego no digas que yo he tenido intervención en nada.

Pero al hacer esta advertencia, en el tono con que lo dijo se notaba cierta satisfacción.

IV

UNA PARADA EN FIRME

Cuando, años después, pensaba Zoe en su viaje, le parecía que á cada una de sus sucesivas etapas había ido en aumento su intimidad con Zoe Smith. La primera fué la horrible noche en que, soñolienta y aturdida, la llamó un feroz empleado de Aduanas alemán para que le explicara la naturaleza y objeto de los cuadernos que llevaba en su saco de viaje. Zoe sólo pudo contestarle con una mezcolanza de francés, latín y griego, lo cual, en vez de hacer que la tratara con mayor respeto, le hizo afirmarse en sus sospechas. Ni una palabra de alemán le venía á las mientes; la anciana señora francesa que, provista de un horrible gorro de dormir, ocupaba la otra litera, no tan sólo no acudió en su auxilio, sino que bien claro la veía atisbando por entre las cortinillas con mal intencionado contento, por ver si á Zoe la sacaban del tren y la llevaban ante la autoridad competente. Nunca le causó tanta alegría la presencia de otra persona, como la que le produjo la de Irene, que entró del compartimiento contiguo envuelta en una bata primorosamente bordada. Había oído el altercado, y en cuanto se presentó se hizo cargo del

principal papel de aquella escena. Habló en alemán y el aduanero se marchó aplacado, pero murmurando con aspereza que bien podía Zoe agradecer á *su hermana* el no quedar detenida junto con todo su equipaje. Vióse Zoe libre de un gran peso y dió las gracias á Irene de todo corazón. La señora francesa, defraudada en su esperanza de presenciar un conmovedor espectáculo, se puso incontinenti de parte del vencedor y comenzó á condenar severamente la grosería del aduanero y á encomiar el valor y sangre fría de Irene.

—¡Qué prudencia la de esa señorita!, exclamó. No dejó un momento de la mano la maleta de viaje que traía, ni en lo más recio de la discusión.

—Nunca la dejo, dijo sencillamente Irene. Vea usted, señora, estas alhajas son para mí muy preciosas. Fueron de mi difunta y querida madre.

Abrió la maleta y sacó una ó dos de las joyas que contenía, hermosas y de antigua forma, pero que á los ojos de Zoe no merecían el entusiasmo con que había hablado Irene de ellas.

—¡Ah, muy bonitas!, dijo la señora mirándolas con ojos codiciosos. Son de una moda demasiado antigua para una joven; sin duda usted las mandará montar de nuevo. ¿Pero cómo es, señorita, que siendo todas esas joyas de usted, no se ponga su hermana mayor ni un alfiler?

—No somos, señora, hermanas, contestó Irene, mezclando de modo encantador la verdad con la osadía. Pero nos queremos como si lo fuéramos. ¿No es verdad, Zoe?

Llevaba Irene también en la mano la maletita de las joyas cuando, á la mañana siguiente, se encontraron las dos en el compartimiento destinado á tocador. Habíanles advertido que se dieran prisa, pues las señoras mayores necesitaban peinarse, operación que no les convenía hacer á la vista de las jóvenes; pero Irene cerró la puerta y abrió por segunda vez la maleta.

—Ahora se lo voy á enseñar á usted todo, dijo alegremente. Así verá que tengo confianza en usted, aunque usted no la tenga en mí, y que estoy dispuesta á manifestarla todo cuanto á mí sola se refiera. Mire usted.

Zoe se quedó asombrada cuando la tapa, forrada de seda interiormente, cayó hacia adelante al ser oprimido un resorte, dejando al descubierto un admirable collar de gruesas perlas colocado en el fondo de un hueco hecho sin duda para él. De igual manera los costados y compartimientos de la maleta, manipulados de cierto modo, dejaron ver numerosos diamantes y esmeraldas de superior calidad que podían usarse por separado ó unirse para formar un collar ó una diadema, y un prendedor para el corpiño de grandes rubíes en forma de globo, flanqueado por dos alas extendidas y del que colgaba un medallón. Por último, Irene la mostró que el maletín tenía un doble fondo.

—Este es el más precioso de mis tesoros, dijo sacando cierto número de placas de oro que podían engancharse unas á otras para formar un cinturón.

En cada placa se veía, delicadamente repujada, la imagen de un santo de esmalte y en relieve sobre fondo de oro; la aureola y partes del traje de las imágenes tenían piedras preciosas incrustadas.

—Me veo en la precisión de traerlas ocultas cuando viajo, lo que hago con mucho miedo, pues esto es muy antiguo, sí, de una antigüedad fabulosa; no hay en el mundo otro semejante.

—De seguro será un trabajo bizantino, dijo Zoe examinándolo con gran interés.

Irene la miró con algún recelo.

—Sí, contestó con frialdad.

Y cogiendo de las manos de Zoe las macizas placas, las volvió á colocar en su sitio y dejó caer sobre ellas el doble fondo. Su disgusto era tan difícil de explicar, que Zoe sintió renacer en ella los recelos y desconfianzas de la tarde anterior; pero antes de que la maleta volviera á tomar su aspecto ordinario, había desaparecido la momentánea nubecilla y estaba Irene contestando con alegres bromas á las quejas que á través de la puerta le daba la señora Smith por su tardanza.

La segunda etapa de la estimación de Zoe por la personalidad de su nueva amiga, tuvo lugar en el almuerzo, cuando Irene dijo con sonriente desenvoltura á Mauricio, á quien Zoe acababa de presentar ceremoniosamente, como para indicar que el conocimiento hecho el día anterior no era todo lo formal que debiera ser.

—¡Qué buena ha sido Zoe disponiéndolo de modo que no haya necesidad de darnos enojosas explicaciones! Tenga usted la seguridad de que le estoy muy agradecida por haberme adoptado como hermana durante el viaje. Hasta que nos separemos en Therma, si no tiene inconveniente, seré para usted Irene sencillamente. Usted, si no me equivoco, se llama Mauricio.

Tan asombrado como su verdadera hermana y reparando en la cara asustada de la señora Smith, colocada en segundo término, Mauricio tuvo la suficiente presencia de ánimo para aceptar la situación tal cual se presentaba y murmurar entre dientes algo sobre placer y honor. La única persona de las allí reunidas que conservó su aplomo fué Irene, que señaló con la mano el asiento próximo al suyo para que se sentara Zoe y el de enfrente para que lo hiciera Mauricio, diciéndole á su enojada tía que ya tendría ocasión de ver cuán gentil y amable era su improvisado sobrino. Dando el ejemplo, como era de rigor, Zoe insistió en que la conversación se hiciera general, y al poco rato Mauricio y Zoe vieron desaparecer su embarazo y cortedad. Unicamente la señora Smith continuó irreductible, limitándose á contestar cuando directamente se le hacía alguna pregunta, pero los otros tres siguieron hablando y riendo con entera naturalidad.

Desde su mesa solitaria, al otro lado del pasillo central, el hombre á quien Zoe había supuesto correo del rey les observaba con pensativa complacencia.

«Me parece claro — decía entre sí — que la más joven es tan sólo hermanastra de Smith; la tía nada tiene de común con él. Supongo que estaría casada con un hermano de su padre, puesto que se llama Smith. Pero no, porque en ese caso también sería tía de él. Es todo un logogrifo el tal parentesco; pero tratándose de un apellido tan vulgar, puede que todo ello sea una mera casualidad. Me atrevería á sostener que la tía y la madre de la más joven son extranjeras y nobles, predispuestas á mirar con cierto desdén la parte de la familia que es inglesa y plebeya. Pronto se cansará Smith de que esa descarada se dé aires de superioridad, y en cuanto á su hermana, bien reparé que no le hizo mucha gracia el verlos entrar. Es de esas amistades en que pronto se fastidian mutuamente. Comprendo que quisieran trabar conocimiento con la hermanastra; pero ¿por qué traer á la tía que, según parece, cree á su sobrina sol y centro del universo? Lástima que no podamos eliminar á la señora Smith. Si se fuera... ¡Qué bien vendría ahora que le diera un fuerte dolor de cabeza! En tal caso, puede que Smith se apiadara de mi soledad y me invitara á su mesa. Parece que están muy alegres; si fuéramos tres en contra de ella, me figuro que bien podríamos hacer bajar un poco el tono á la señorita Irene. Los dos hermanos son demasiado condescendientes.»

No fué la señora Smith lo bastante amable para fingir una jaqueca; al contrario, bien se echaba de ver en la expresión de su semblante que, por más que de todo corazón aborreciera la situación en que se encontraba, ni caballos desbocados podrían arrancarla de su puesto. Mas no por eso se vió el capitán Wylie privado de la presentación que deseaba.

—Mi hermana Zoe Smith, la señorita Irene Smith, dijo Mauricio llevándolo junto á las dos jóvenes cuando hubo terminado el almuerzo.

Irene dirigió una sonrisa de agradecimiento á su seudo hermano por su *savoir faire*, si bien la presentación no pareció que la había complacido por completo, sin duda porque no se le había pedido antes permiso para hacerla. El recibimiento que hizo á Wylie fué frío, como si hubiera leído en su pensamiento y le pagara en la misma moneda; pero Zoe, que había pedido á Mauricio que lo presentara, se mostró amable. Wylie era el tipo de hombre con que soñaba. Si fuera hablador, le podría referir sin duda cosas maravillosas de la India, que le serían útiles más tarde; si no, podría, mirándole, imaginarse respecto á él cosas todavía más extraordinarias. Resultó que no era muy conversador, pero sí lo bastante para contestar cumplidamente las preguntas que se le hicieran. Zoe era maestra consumada en el arte de *revelar* las personas, como ella decía, ó de ponerles los sesos en tortura, según decía Mauricio.

A medida que el día avanzaba, echó de ver Zoe que iba aumentando la nerviosidad de Irene. No podía estar tranquila un instante, sino que iba de uno á otro compartimiento, de un extremo á otro del pasillo, temblando de emoción cada vez que se encontraba cara á cara con un pasajero ó con un empleado del tren. Por último, Mauricio sacó un tablero de ajedrez propio para viajes, y consiguió que se sentara á jugar con él, asegurándole que su inquietud desaparecería dando un paseo, al llegar á Viena, tan largo como lo permitieran los veinte minutos de parada y las cercas de la estación. Pero cuando se estaban aproximando á la imperial ciudad y se levantó Mauricio para coger el sombrero, ella cogió convulsivamente el brazo de Zoe.

—¡Ah! No me atrevo á bajar del tren. Si en alguna parte temo que me conozcan es aquí. Vamos en seguida á comenzar una partida, así podré tener la cabeza inclinada hacia el tablero. Permítame que le coja la mano.

Con la suya, fina y temblorosa, cogió la de Zoe por debajo de la mesa. Estaba colocando las piezas, cuando se oyeron los pasos de Mauricio que volvía. Entonces estrechó con más fuerza todavía la mano de Zoe exclamando:

—¡Que no se alejen mucho del vagón! ¡Que no tarden en volver! ¿No podrían quedarse aquí, con nosotras? No, eso infundiría sospechas. Pero dígales que no se vayan á gran distancia.

Mauricio y Wylie no acertaban á explicarse por qué las jóvenes estaban tan intensamente absortas en su juego, á pesar de lo cual las jugadas parecían hechas sin concierto, ni tampoco el por qué se habían negado tan resueltamente á parecer por el andén; pero hubieron de prestarles algún servicio, yendo, primero, á un puesto de libros á ver qué obras de Tauchnitz tenían de venta; luego, volviendo á comprar una para Irene, más tarde á buscar otra para Zoe, terminando por hacer otra expedición á fin de cambiar la de Irene, pues resultó que ya la había leído. Cuando esto último ocurrió, ya estaba Zoe casi tan nerviosa como Irene. Muy natural era que quisiese tener cerca á Mauricio; pero si detenían á Irene, como ésta parecía temer, ¿qué esperaba que hiciera por ella su hermano? No podía Irene figurarse que él y Wylie intentaran arrancarla de las garras de la policía austriaca. Por supuesto que se recurriría al embajador inglés; pero Zoe ya no creía que Irene fuera inglesa, y además, para ello Mauricio tendría probablemente que declarar su verdadero nombre, lo que Dios sabe los entorpecimientos que pudiera acarrear á los proyectos que acariciaban.

—¡Ah, Zoe, con qué poco cuidado juegas! ¡Jaque!, exclamó Irene. Juegas peor que meses atrás.

Esto le dijo para que lo oyera un policía, que se había aproximado lo bastante para oir lo que se hablara, y añadió luego dando un suspiro de satisfacción:

—Así acabaremos pronto.

Zoe levantó la cabeza con intento de decirle á Mauricio que le trajese una jícara de chocolate á fin de tener un pretexto para que no se alejara; pero vió con gran alegría que los pasajeros volvían corriendo al tren. Los tan temidos veinte minutos habían transcurrido.

—Ha de saber usted que ando oculta, dijo Irene en voz baja á Zoe al salir el tren de la estación.

—Me lo había figurado, respondió ésta; pero no debe ser por cosa mayor, cuando trae usted á su tía consigo.

—Es que por nada hubiera huído sola, dijo con un gesto de horror.

—Sí, ya sé que eso no estaría bien visto, contestó secamente Zoe.

—Algún día ya le contaré á usted todo lo que ha sucedido, siguió diciendo Irene. Creo estar ya á salvo; pues si hubiera fallado alguna de las precauciones que tomé, sabía yo que aquí era donde me habrían de atrapar. ¡Ah! Todavía hemos de pasar por otra estación antes de salir de Viena. Vamos pronto á jugar otra partida.

Pero la segunda estación era comparativamente de poca importancia, y el intervalo de terror duró poco. Zoe é Irene se soltaron de las manos y trataron de hacer creer á Mauricio que un súbito entusiasmo por el ajedrez no las había dejado aprovechar la ocasión de ver á Viena y sus cercanías. A la hora de comer, á pesar de los reparos de la señora Smith, le dieron á Wylie un asiento, provisional é incómodo, en uno de los extremos de la mesa; estuvo muy agasajado, debido en parte á verse Irene ya libre de sus temores y en parte á la buena voluntad que había manifestado acompañando á Mauricio en el desempeño de las comisiones que ella le había encomendado. La noche transcurrió sin sustos de ninguna especie, por que á pesar de haber cruzado las fronteras de la antigua Tracia, el registro de equipajes no se efectuó hasta la siguiente mañana; hubo necesidad de efectuarlo antes de llegar á Tartajé, donde los viajeros de Therma debían tomar otro tren, pues el expreso seguía directamente á Czarigrad. Al verlo desaparecer de su vista suspiró Zoe, pensando que ya el viaje había perdido la mitad de su encanto novelesco, pues el nuevo tren era de escasa importancia y en ningún concepto podía compararse con el admirable mundo en miniatura donde había pasado cerca de dos días. Andaba además tan pausadamente como el más pausado de los trenes rurales ingleses; la mohosa locomotora gemía y se lamentaba, arrastrándose mal de su grado para salir de la estación.

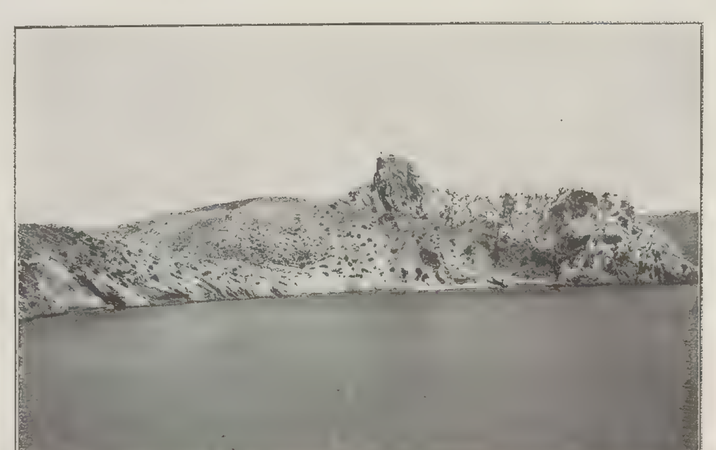
(Se continuará.)

El centenario de la guerra de la Independencia en la isla de Cabrera (Baleares)

La ceremonia efectuada el día 2 de los corrientes en la isla de Cabrera, no ha sido la conmemoración de las glorias guerreras conquistadas por los españoles en la grandiosa epopeya que se conoce con el nombre de guerra de la Independencia; ha sido, por el contrario, un piadoso recuerdo á la memoria de los soldados franceses hechos prisioneros en la famosa batalla de Bailén y que, en número de cinco ó seis mil, murieron en aquella isla durante los seis años de su cautiverio, víctimas de la soberbia de Napoleón, que no quiso nunca consentir su canje por los españoles que tenía cautivos en Francia.

Fué, por lo mismo, una solemnidad hermosa, un acto de fraternidad de dos pueblos que hace cien años se combatían con odio y á quienes hoy un sentimiento de amor junta ante una tumba modesta.

Del senador y catedrático D. Odón de Buen partió la iniciativa de colocar, en la fecha que parece compendiar el período de aquella heroica lucha, una corona en el mausoleo construído en 1847 por el almirante francés Joinville en el sitio en donde yacen los restos de aquellos infelices que perecieron tan lejos de su patria; y el Ayuntamiento de Palma, á cuya jurisdicción municipal pertenece la isla de Cabrera, acogió con entusiasmo la iniciativa del Sr. de Buen, dando así carácter oficial á tan noble idea.



La isla de Cabrera, en donde están enterrados los restos de los soldados franceses que fueron hechos prisioneros en la batalla de Bailén

Reunidos los elementos oficiales delante del monumento, el alcalde de Palma D. Antonio Roselló depositó al pie de aquél una magnífica corona de flores naturales, debajo de la cual el cónsul de Francia Sr. Audivert colocó otra, de flores naturales también, atada con una gran cinta de los colores de la bandera francesa.

El Sr. Roselló pronunció luego un elocuente discurso, en vindicación del Ayuntamiento de Palma de aquella época memorable, de quien afirmó que hizo todo lo humanamente posible para socorrer á los desdichados prisioneros, añadiendo que sólo la absoluta carencia de medios pecuniarios y la falta de comunicaciones fueron las causas insuperables de las tristes consecuencias que para aquellos desgraciados tuvo el abandono en que los dejó su soberano. Terminó haciendo votos para que nunca más puedan repetirse hechos tan dolorosos, para que nunca más se entreguen las naciones á los desbordamientos del odio y para que sea perdurable la fraternidad entre ambas naciones, entonces tan enemigas y hoy, por fortuna, unidas por los lazos de la más cordial amistad.

Análogas manifestaciones hicieron el diputado provincial D. Jerónimo Pau que, como diputado de más edad, presidía la representación de la provincia que asistió al acto y el periodista madrileño Sr. Ródenas, que se asoció á éste en nombre de la prensa de la corte.

Los Sres. de Buen y Audivert pronunciaron sentidas palabras, el primero agradeciendo al Ayuntamiento de Palma el que hubiese acogido la idea del acto que se estaba celebrando, y el segundo dando las gracias, en nombre de sus compatriotas, á cuantos habían contribuído á aquel homenaje á la memoria de los soldados de Francia y expresando su esperanza de que no se romperá la buena armonía que hoy une á su nación con la española.



El público depositando ramos de flores en el mausoleo donde descansan los restos de los prisioneros franceses que fallecieron durante su cautiverio en la isla

La ceremonia, como hemos dicho, se realizó el día 2 y fué presenciada por una multitud enorme en la que figuraban toda la colonia francesa de Palma y una expedición de algunos centenares de personas procedente de Barcelona.

Terminados los discursos, los concurrentes desfilaron por delante del mausoleo, depositando todos



Palma de Mallorca.—Los expedicionarios barceloneses á la entrada de las cuevas de Artá

ellos ramos de flores sobre la tumba de aquellas víctimas de la soberbia de Napoleón.

Antes de la ceremonia de la isla de Cabrera, que de manera tan concisa acabamos de reseñar, los expedicionarios barceloneses, dirigidos por D. Odón de Buen, visitaron las famosas cuevas de Artá, admirando las magnificencias que en ellas ha acumulado la naturaleza y que asombran aun á los avezados á contemplar los más sorprendentes fenómenos geológicos.—T.

(Fotografías de A. Merletti.)



El crucero inglés «Gladiator» después de su choque con el transatlántico «Saint-Paul» en las aguas de Port-Victoria,
junto á la isla de Wight (Inglaterra). (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Un terrible choque ocurrido el día 25 de abril último en aguas de Port-Victoria ha ocasionado la total pérdida del crucero inglés *Gladiator*, que fué echado á pique por el transatlántico *Saint-Paul*. Había salido éste de Southampton á la una de la tarde, cuando le sorprendió una tempestad de nieve tan violenta que era imposible distinguir los objetos á una distancia de pocos metros. A eso de las tres menos cuarto, los pasajeros oyeron un formidable crujido; el *Saint-Paul* había chocado con el *Gladiator*, que desde Portland se dirigía á Portsmouth, tumbándolo y abriendo en su casco un boquete de 40 pies de largo. El transatlántico, que pudo desembarazarse rápidamente, echó al agua sus embarcaciones, logrando salvar á la mayoría de los tripulantes del crucero, de los cuales unos se arrojaron al mar y otros consiguieron encaramarse á la quilla del buque tumbado, cuyas lanchas no pudieron utilizarse á causa de la posición en que había quedado.

El *Gladiator*, crucero de 5.750 toneladas, se considera totalmente perdido; en cambio, el *Saint-Paul*, magnífico vapor de 11.629 toneladas, ha sufrido averías relativamente muy pequeñas.

El número total de tripulantes del *Gladiator* perecidos en la catástrofe es de 30.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 18 de mayo de 1908 — Núm. 1.377

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908



PATRIA, grupo escultórico de Julio González Pola, premiado con primera medalla

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los grandes Estados en la América del Sur. – La situación actual y el porvenir de esta parte del Nuevo Mundo. – Los Congresos científicos latino-americanos y el primer Congreso científico panamericano.— La expansión japonesa en Sudamérica: la acción comercial y la inmigración asiática. – *Bolivia:* nuevo presidente electo: su programa de gobierno: la unidad nacional y la Patria.

Es indudable que hay en la América del Sur un movimiento de opinión resueltamente favorable á la alianza de sus grandes potencias como medio de crear una entidad política capaz de influir con eficacia en la vida internacional y poder contrarrestar la acción ó las pretensiones de europeos y norteamericanos, principalmente en cuanto se refiere á colonización y tarifas arancelarias.

Unión, confederación, alianza, ligas políticas ó económicas, etc., es decir, aproximación de esos pueblos con mayor ó menor intensidad ó alcance, es allí punto de mira que no se pierde de vista. Ya á fin de 1907 se daba como seguro un acuerdo ó convenio entre tres grandes Repúblicas del Sur, Chile, la Argentina y Brasil, para formar la Confederación Sudamericana. Ahora parece que contraría á esos propósitos la tendencia á reforzar armamentos de mar y tierra en las tres citadas Repúblicas.

Conviene, sin embargo, no olvidar que á la constitución de grandes Estados se llega por caminos ó procedimientos distintos, y que uno de ellos es la guerra, y mejor aún, el temor á ella. Esas tres Repúblicas, fuertes y poderosas cada una por sí, en condiciones tales que sea muy difícil predecir á cuál habría de corresponder la victoria, aun en el caso de que dos de ellas se aliaran contra la otra, han de sentir con mayor viveza la necesidad de unirse. Por otra parte, cuanto mayor sea la fuerza de cada cual, mayor será también el poder de la Confederación que formen; cuanto más se equilibren las fuerzas, más firme ha de ser la garantía de estabilidad del nuevo Estado confederado.

La emulación que se advierte en las Repúblicas del Sur de América, el ansia de ser y valer más de día en día y de superar á sus vecinas, dan la razón del ambiente belicoso en que hoy viven. Arbitra recursos el Uruguay para aumentar su ejército y fortificar sus costas en previsión de conflictos entre el Brasil y la Argentina; la eterna cuestión de fronteras mantiene en actitud recelosa á todos los Estados americanos que tienen dominio en la gran cuenca del Amazonas; se desavienen el Uruguay y la Argentina con motivo de los derechos jurisdiccionales que una y otra pretenden ejercer en aguas del Río de la Plata; Colombia no se conforma con su actual demarcación en el istmo, é invade ó amenaza invadir á Panamá, y el gobierno de esta República declara que habrá de considerar esa invasión como *casus belli*.

La confederación ó confederaciones de esos Estados habría de facilitar sobre manera el arreglo de los conflictos pendientes y desvanecer rivalidades que ya no tendrían razón de ser con la comunidad de intereses. Influiría también favorablemente en la vida política interior: los grandes Estados se hallan menos expuestos á motines y revoluciones.

En suma, constituyéndose esas grandes entidades por unión ó confederación de las que hoy existen, con todos los elementos necesarios para imponerse á los extraños y para normalizar y garantir el funcionamiento del régimen político establecido y el desarrollo de las fuerzas económicas, la América del Sur llegará á ser, en el transcurso de pocos años, tal como aparece en el cuadro que de ella ha trazado recientemente el profesor yanqui Mr. Barrett, de la Universidad de Cornell, en Ithaca. «Es—dice—la maravillosa tierra del progreso, del desarrollo intelectual, industrial y mercantil, fascinador é inapreciable campo de estudio y de trabajo para el mundo civilizado... Los que hemos viajado desde Panamá hasta Patagonia, y desde el Brasil hasta Bolivia, sabemos perfectamente que existe un gran movimiento de avance, y que esos países han entrado en era de espléndida actividad; sabemos la influencia que pueden ejercer en el mundo las Repúblicas del Sudamérica, cuya población llega á un total de más de 40 millones de habitantes, cuyo comercio está evaluado en 1.500 millones de dólares al año, y que van hacia el progreso tan rápidamente, que hombre alguno puede ser capaz de profetizar á qué límites podrán haber llegado dentro de diez años, dotados como han sido esos países de variedad de climas y recursos, con inmensas llanuras provistas de vastos sistemas interiores de ríos navegables, y largas y accesibles costas que dan salida fácil á importantes producciones que el resto del mundo allí compra; países que poseen pueblos profundamente simpáticos y de alta intelectualidad, basada sobre una antigua civilización... Nadie puede permanecer largo tiempo en relaciones con los hombres ó mujeres de Sudamérica sin tener que aprender útiles cosas de ellos, sin admirarlos y amarlos.»

* * *

Como ya en otras *Revistas* hemos tenido ocasión de observar, á la obra de aproximación hispano-americana contribuyen de modo muy eficaz los Congresos internacionales americanos reunidos con un fin especial. En este año de 1908 va á celebrarse, en Santiago de Chile, del 1.° al 10 de diciembre, el 4.° Congreso Científico.

La iniciativa de los Congresos científicos latinoamericanos débese á la Sociedad científica argentina. En 1898 se congregaron en Buenos Aires las intelectualidades de la América latina que dieron la norma, tan brillantemente seguida en los Congresos posteriores, reunidos en Montevideo, en 1901, y en Río de Janeiro, en 1905. Esos Congresos, á los que se aportan las investigaciones hechas en todos los ramos de la ciencia, y en los que se cambian los nobles productos del espíritu, han producido, entre otros muy apreciables frutos, un elevado sentimiento de solidaridad latino-americana.

El 4.° Congreso ofrecerá, por acuerdo de su Comisión organizadora, una novedad que lo priva de su peculiar carácter; no será Congreso latino americano, sino panamericano. Para ello tuvo aquélla en cuenta, según dice, la circunstancia de que en el Congreso anterior habíase resuelto que el próximo torneo científico de este carácter se ocupase preferentemente en asuntos que interesaran de un modo especial á los Estados del continente americano. En realidad, la causa de la innovación no es otra que el empeño de los yanquis de meter baza en todo cuanto se relaciona con América; la Comisión chilena los ha complacido, y han terminado, pues, por ahora, los Congresos científicos latino-americanos.

El programa del primer Congreso científico panamericano es vastísimo. Abarca todas las ciencias y en el cuestionario figuran nada menos que 515 temas.

* * *

Uno de los temas del citado Congreso es «La inmigración asiática en América.» Nos fijamos especialmente en él por el interés que ofrece en los presentes días el estudio de los hechos referentes á la expansión japonesa, que tiende á tomar como campo de actividad la América del Sur. La prensa americana presta á este asunto toda la atención que merece.

Un año hace que el publicista peruano Sr. Garland expresaba el temor de que la empresa del ferrocarril del Norte del Perú pudiera caer en manos de un Sindicato de capitalistas japoneses que introdujesen en el país algunos miles de braceros al año para la construcción de la vía férrea y para explotar las selvas vírgenes del Amazonas. Consideraba como síntoma precursor de esa invasión el establecimiento de dos líneas de vapores dedicadas á fomentar el tráfico directo de la costa occidental del Sur del Pacífico con los puertos del Japón y de la China.

Ahora viene en cierto modo á confirmar los temores de Garland la Memoria publicada por el economista japonés Ito Koyiro. Presenta á la América del Sur como país de escasa densidad de población y casi inexplotado. Con capitales hay campo para fructuosas empresas industriales y agrícolas, y sin capitales hay posibilidad de adquirirlos. Gracias á las líneas japonesas de navegación, en 37 días se hace el viaje de Yokohama al Callao, en el que antes se invertían diez días más. Existen ya en el Perú millares de emigrados japoneses que trabajan en las plantaciones de caña de azúcar, arroz y café, en las explotaciones de caucho y en algunas minas. En Chile y en la Argentina son bien acogidos los trabajadores del Japón, á quienes facilitan recursos para trasladarse á esos países las Compañías de emigración. Es también la América del Sur un buen mercado para la industria japonesa, que sin gran esfuerzo puede competir con los objetos de uso corriente, productos alimenticios y artículos de lujo que hoy se envían desde Europa ó Estados Unidos. En el día no hay más que dos almacenes nipones en el Perú y dos ó tres en Buenos Aires. Ito Koyiro aconseja á sus compatriotas que establezcan más almacenes y bazares ó que se dediquen al comercio ambulante; les asegura que podrán realizar buenas fortunas.

La acción comercial y la pacífica invasión de emigrantes japoneses que acrezcan el elemento obrero y productor en América, no son hechos, á nuestro juicio, que deban dar motivo á esos temores que sentía el Sr. Garland y que le llevaban á declarar que los sudamericanos aún necesitan de los yanquis para resguardarse contra las probables consecuencias de las numerosas invasiones pacíficas de inmigrantes asiáticos. Lo que necesita la América del Sur son hombres y brazos para poner en actividad todas las fuentes de producción que atesora, y vayan de donde fueren, si van á trabajar, los emigrantes deben ser acogidos como un gran beneficio que se recibe. Los cuarenta millones de individuos que pueblan esos territorios sudamericanos tienen sobradas energías étnicas y suficiente fuerza social para conservar la hegemonía de raza y el predominio político. Por otra parte, esos braceros asiáticos aún no han sufrido la influencia de ciertas doctrinas que tantas dificultades suelen crear en su aplicación á las relaciones entre el capital y el trabajo.

* * *

En Bolivia ha sido elegido presidente de la República para el período 1908 1912 el jefe del partido liberal Sr. D. Fernando E. Guachalla. Ha declarado en su programa de gobierno que va al poder sin ilusiones seductoras ni desfallecimientos pesimistas; pero sí con patrióticas esperanzas para llenar el mandato popular de una manera práctica, sujetando estrictamente su acción política y administrativa á esta regla: «probidad en todo y justicia para todos.»

Los tres puntos capitales á que ha de atender son: vías de comunicación; instrucción popular; unidad nacional. Insiste especialmente en este último.

Como el todo no excluye á la parte, así el amor á la Patria no excluye el amor al campanario: este cariño filial se confunde en aquél; uno y otro se complementan para formar el conjunto de deberes cívicos, que se llama patriotismo.

En tal concepto, ese amor *regional* merece que se le fomente y aplauda, porque no puede ser buen ciudadano de la Nación, quien no es buen vecino de su localidad.

Lo que está fuera de la lógica y de la moral es el egoísmo, que sobrepone lo menos á lo más, el interés de pocos al del mayor número, la parte al todo.

Tal perversión de sentimientos debe ser condenada y extinguida; y esto es, justamente, lo que se propone hacer Guachalla para consolidar la unidad y confraternidad nacional.

Abriga también el convencimiento de que, para administrar honradamente los intereses de un pueblo libre y consagrado al trabajo, no se requiere ser ni héroe ni sabio. Bastan las inspiraciones de la buena fe y la fuerza del patriotismo.

Y como la Patria es de todos, y todos tienen el deber y el derecho de tomar parte en los negocios públicos, ninguno de sus hijos puede negarle sus servicios en el gobierno ó en la oposición, porque la Patria es como Dios: todo lo debemos á ella y ella nada nos debe á nosotros. Por esto pide Guachalla el concurso de todos los ciudadanos, cualquiera que sea su afiliación política.

R. Beltrán Rózpide.

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1908. (Conclusión.)

Ya hemos hablado, al correr de la pluma, de los lienzos más salientes de esta Exposición. Réstanos recorrer ahora las seis salas del Palacio del Arte y dejar anotadas cuáles son otras obras también muy dignas de alabanza. Iremos por orden del catálogo, traduciendo y ampliando nuestros apuntes.



Fragmento del mausoleo de los marqueses de Linares, escultura de Lorenzo Coullaut Valera, premiada con segunda medalla

Alvarez Sala es un pintor naturalista de los que en estos años no están en boga. Presenta un cuadro enorme, *Emigrantes*. Es una escena triste que el pintor vió en su tierra, á bordo de cualquier transatlántico que para América iba á levantar anclas. Hay en este cuadro pormenores mil que caracterizan á un buen observador. Lástima que el artista haya detallado tanto su obra.

Ricardo Baroja, que es un gran aguafuertista que adora á Goya, continúa en esta Exposición su intensa labor. Presenta veinte trabajos de su firma que nos parecen admirables, y son los mejores los que llevan los números 66 y 68, donde se observan escenas picarescas de Madrid y sentidísimos paisajes de Castilla.

De Benlliure Ortiz es un lienzo interesante que delata en quien lo pintó grandes condiciones de artista. Dícenme que es su autor un hijo del Sr. Benlliure, director de la Academia de Roma. Felicito al joven artista por la fuerte pintura de algunas figuras de su primer cuadro *Los viejos*.

Bermejo trae á esta Exposición dos obras, *Vendedoras de flores en Roma* y un desnudo, que nos parece afectado y que recuerda una de las mujeres del tríptico que pintó hace años Chicharro. *Vendedoras de flores* es una pintura agradable, alegre, justa en color y sencilla.

De las seis ú ocho obras que presenta el andaluz Bertodano, ninguna tan bella como un estudio de la Sierra de Córdoba.

D. Aurelio de Beruete es otro paisajista incansable, como Rusiñol, y siempre lozano en sus obras. *Fuencarral* y *Un paisaje de Suiza* son dos encantadores cuadros que en esta Exposición llevan su prestigiosa firma.

A Borrás Abella le admiramos el loco *¡Bacarrá!* del tríptico *Almas errantes* que tuvo expuesto en Barcelona. La figura está pintada por mano maestra y es un verdadero estudio que afirma el talento nada vulgar de su autor.

Coin d'un parc y *Le jardin de la reine* son dos exquisitos y originales paisajes que firma Botas, un pensionado canario que con el tiempo hará célebre su apellido firmando hermosos lienzos. Estos paisajes, como los de Regoyos, son de la escuela impresionista y de estilo francés puro. El catalán Brugada expone un lienzo que titula *Plegaria*, digno de encomio. De su paisano Brull son cuatro ó seis pequeños cuadros muy bellos por la finura del colorido y por sus asuntos. Son retratos de mujeres extrahumanas: *Adelfas, Safo, El beso*.

Canals avanza, aunque sin dominarnos con la obra fuerte é importante que de él esperamos sus admiradores. Aquí firma un retrato de niña que no tiene pero. El color es elegante y delicado, y el alma de la retratada flota en esta buena pintura.

De Covarsi son unos *Corsarios portugueses*, que sin ser una vulgaridad, tampoco acreditarán á su autor como un gran maestro.

Domingo, hijo del maestro que vive en París, firma dos ó tres composiciones de la España tan conocida de sol, pan y toros. Como habrá podido observar el distinguido artista que nos ocupa, ya no van las corrientes ni el predicamento del público por estos trillados caminos. Sin embargo, su cuadro *El espada*, que es el más acabado dentro de su estilo, no está mal y tiene expresión.

Al Sr. Gárate, que es un notable pintor aragonés, sucédele algo parecido que al Sr. Alvarez Sala: ambos siguen impertérritos en medio de estas asoladoras corrientes de «simbolistas y arcaizantes,» bebiendo en su copa, como dijo Musset. *Emigración* es otro lienzo que los admiradores de esta clase de pintura —que yo afirmo no es en estos años la que se paga más cara—pueden presentar como una de las obras más notables en su género del actual concurso.



La paz de la aldea, cuadro de Inocencio Medina Vera

Por las seis pinturas que el laureado artista cordobés Sr. Garnelo expone este año en el Retiro, no nos atrevemos á juzgarle definitivamente. Nos parece que esos cuadros están sin concluir; el más hecho es un retrato de caballero, bien entonado y de trazo firme, cuadro que merece alabanzas.

Gómez Gil cautiva otra vez más con una marina á sol poniente.

Gutiérrez Solana es un joven batallador terrible. Tiene talento y cultura, y á todo trance quiere ser original. Hay algo, indudablemente, en este cerebro torturado por no sé qué visiones, ensueños y por el afán de gloria. Viendo su rarísimo cuadro y algunos de los aguafuertes del Canal que firma este pintor, quedaréis un poco desorientados; pero al fin formaréis una opinión favorable al artista que los expone.

Eugenio S. Oliveira presenta un retrato de su paisano el diplomático cubano Sr. Acevedo, mi amigo, que es un pintura correcta de dibujo y acertada en el color. Notables son también los lienzos titulados *Merillague*, de Hidalgo; *Ruinas de un jardín*, de Sobrado, y *Floreal*, de Lhardy.

De López de Ayala es un retrato de una señora baronesa y su hija, que nos entusiasma por su elegancia y por su finura de expresión, y que recuerda algunos de clásicos ingleses.

Martínez Jerez ha adelantado bastante desde la última Exposición. El cuadro *En el tablao* que presenta no es una obra mediocre; su retrato tiene espíritu y está tan bien armonizado como el notable que expone Masriera, *La Maja*, que recuerda *La Tirana*, de Goya.

La paz en la aldea, de Medina Vera, es una pintura de difícil ejecución y de mucho trabajo. Su autor no tuvo tiempo quizás para terminarla y nos la muestra hoy casi en boceto. Pero así y todo pueden admirarse en este cuadro bellezas de sentimiento y de color. El retrato del pequeñín es un acierto.

De Mestres Borrell (D. F.) son unos retratos de maestro, y de Muñoz Lucena el de sus hijos, digno también de especial mención.

Vieja Celestina es un buen cuadro de Alberti. Parece este artista un poco desorientado. En este nuevo camino que nos señala en su lienzo presentará sin duda algunas obras dignas de su nombre. Oroz trae á esta Exposición algunos aguafuertes que están bien. *Flores de Primavera*, de Capulino Jáuregui, es una esperanza.

Domingo Muñoz nos muestra con oportunidad una escena de la guerra de la Independencia que en estos días conmemoramos. La titula *Los piqueros de Bailén*. Es un cuadro efectista, pero agradable en su color.

De Pellicer merece alabanza el retrato de la señora de Milá y Pi.

Pichot expone dos cuadros de paisaje bellísimos.

Pinazo Martínez, otro pintor joven, trae á esta Exposición seis obras de importancia, unas poéticas, elevadas, y otras que recuerdan algunas escenas de sainete y sus tipos. El tipo de torero *El Habla poco*, de Posada, es una pintura excelente en algún trazo.

El caricaturista Ramírez presenta algunas obras de mucha gracia y llenas de observación.

Darío de Regoyos expone dos ó tres cuadros interesantísimos: *La procesión de los capuchinos* es un trabajo de maestro. De Sáenz son cuatro ó cinco bellos retratos; el de la señorita Pérez de Vargas acredita otra vez más á este excelente pintor.

En esta sala hay un cuadro de gran tamaño de Salaverría, *Atardecer*, que no es una obra acabada y que sin embargo tiene pormenores que revelan las excelentísimas condiciones del que lo pintó.

Sancha expone, como Ramírez, algunas caricaturas que son escenas callejeras de esta curiosa vida madrile-

ña: así *La marquesita, Plaza de Oriente, Verbena*. Ya hemos hablado en La Ilustración Artística de la labor de Sancha y de su talento. Hoy repetimos la opinión de antaño y nos afirmamos en nuestra idea de que es el primero, el de mejor gusto y más intenso de todos los caricaturistas de nuestro país. Sus *Músicos callejeros* es una obra maestra.

Tapiró, el excelente acuarelista, expone algunos retratos de moras y moros de Tánger. *El Pachá de Dukali* es este año su mejor obra.

Otros aguafuertistas de talento aparecen en esta Exposición, y creo que por vez primera. Refiérome á los hermanos Tersal Artigas, de Barcelona. *Los prensadores, Depósito flotante* y *Muelle de carbón* son unos trabajos de verdadero mérito.

Urgell (Ricardo), no decae de los últimos concursos. Su *Marina* y la impresión de *Teatro* son dos obras encantadoras.

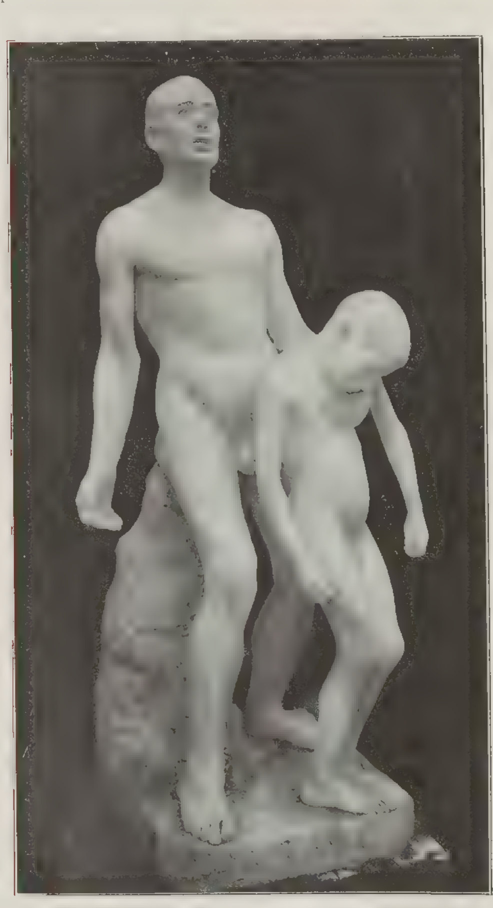
Y por último, admiramos en estas salas de la Exposición de Pintura unos cuadros de Pla, Verdugo y Vila Prades, los retratos y unos aguafuertes de Verger.



Costumbres segovianas.—La fiesta de Santa Agueda, cuadro de Samuel Mañá
(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

ESCULTURA

No es muy honrosa para el Arte la actual Exposición de Escultura. Retraídos muchos escultores de fama, las obras que se exponen en el Palacio de Cristal son escasas en número y casi todas deficientes en su ejecución. Sólo Blay y los Oslé presentan cuatro grupos notables. El primero, *El grillete* y *Eclosión*, que ya se juzgaron en la Exposición Internacional de Barcelona. El hombre arrastrando á la mujer, la cadena de nuestra triste vida, lo estimo como uno de los grandes aciertos del escultor. *Eclosión* es un grupo bellísimo que afirma la gran inteligencia de este famoso artista y el dominio que tiene de su arte. Los hermanos Oslé han traído á Madrid dos grupos, *Presos* y *De pesca*, admirablemente sentidos.



Desesperanza, grupo escultórico de M. García, premiado con segunda medalla

Autorretrato, obra de Francisco Palma

(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

El grupo *Patria,* de González Pola, merece figurar entre las mejores esculturas del certamen; la idea, grande en el fondo, está expresada en forma sobria y hasta cierto punto sencilla. Hay vigor en la figura del soldado y majestad en la de la matrona que deposita un beso sobre la frente del héroe.

De otros escultores son las obras siguientes: de Joaquín Bilbao, un gigantesco grupo, *Mujeres holandesas,* y unas figuritas en mármol, que están bien; de Calleja, *Gatos;* de Castellas, unos mendigos; de Coullaut, los retratos de los condes de Casal, bajo relieve elegante; de Foliá Prades, *Estudio,* un hombre sin piernas; de Pahissa, *Los desheredados,* grupo influído por las obras de los Oslé; de Perinat, un juguetito en mármol, *Flor de nieve,* y dos retratos bien modelados; de Ridaura, dos niños besándose, *Semillas,* grupo sentido y lleno de expresión.

Vallmitjana, hijo, expone una agradable estatua en yeso, *Melancolía,* que es digna de alabanza.



Gitanos del Sacro Monte, cuadro de José M.ª Rodríguez Acosta, premiado con primera medalla (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

Clará es otro joven que, como Enrique Marín, de vez en cuando nos hace concebir grandes esperanzas. Aunque su desnudo no es entre sus obras la más sobresaliente, merece lugar de honor en este concurso de escultura, con el busto del pintor Rosales, de Gabriel Borrás, que es otra escultura sentida y modelada con exquisito gusto.

Canalias expone también unos hombres de mar de intensa ejecución.

Y como término de estas notas diremos que en este mismo compartimiento se admiran: en la sección de Arquitectura, unos soberbios proyectos de restauración de Calcello y otros de Urdaquileta. Y en el arte decorativo, unos carteles de los notables pintores Cidón, Gili Roig y Varela Sartorio.

En la 4.ª sección de metalistería unas medallas de Arnau; un modelo de caja de caudales, y sobre todo esto, un *San Jorge,* que es un bajo relieve repujado en estaño, y unas arcas de estilo bizantino, trabajos estos de los que es autora la señorita Carmen Baroja, es, en resumen, lo que atrae nuestra atención y merece sinceras alabanzas.

Palma García, pensionado de Antequera, su retrato, una obra que descubre excelentes condiciones en su autor.

García y González un grupo, *Desesperanza,* sentido con alma de artista y modelado con aciertos de maestro.

Manuel Carretero.



Vendedoras de flores en Roma, cuadro de José Bermejo, premiado con segunda medalla. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—EN PORTUGAL.—EN MARRUECOS

El día 29 de abril último efectuóse la solemne apertura del Parlamento portugués. El joven rey don Manuel II, en carroza de gran gala y escoltado por una brigada de caballería, salió del palacio de las Necesidades y se dirigió al de las Cortes, siendo recibido á su llegada á éste por una comisión de las Cámaras y por la corte, que le acompañaron hasta el salón de sesiones. Penetró el monarca en éste, precedido del abanderado mayor que llevaba el estandarte real, y del infante D. Alfonso, duque de Oporto, condestable del reino, y sentóse en el trono, teniendo á su derecha al infante y á su izquierda al abanderado; en el estrado estaban los titulares de los altos cargos palatinos, y en el hemiciclo, enfrente del rey, los ministros.

El discurso del trono, después de una sentida alusión á la tragedia de que fueron víctimas el rey D. Carlos y el príncipe don Luis Felipe, describe la situación de Portugal, traza un vasto programa de la labor á que habrá de consagrarse el Parlamento y contiene una elocuente invocación á la abnegación y al patriotismo del pueblo portugués. Al terminar el discurso, resonó en el salón un entusiasta «¡Viva el rey!»

Manuel II fué en todo el trayecto objeto de las más vivas demostraciones de simpatía.

—

Las operaciones militares en Marruecos hállanse, por decirlo así, suspendidas, pues casi no merecen el nombre de tales unas cuantas ligeras escaramuzas sin consecuencias para ninguno de los dos contendientes. Esto no obstante, las tropas francesas prosiguen sus reconocimientos, así en el territorio de los Xauías, en la región de Casablanca, como en la frontera oranesa, y lo mismo el general d'Amade en aquél, que el general Vigy en ésta, van avanzando paulatinamente y tomando cada día nuevas posiciones.



El rey D. Manuel II de Portugal dirigiéndose al palacio de las Cortes para inaugurar las sesiones del Parlamento. (De fotografía de Domingo A. Obradors.)

El hecho más importante ocurrido desde nuestra última crónica ha sido, sin duda alguna, la recuperación de Saffí por las fuerzas de Abd el-Aziz. Saffí era el único puerto marroquí del Atlántico que había abrazado la causa de Muley Hafid, y su posesión tenía gran importancia para éste, no sólo por lo que en sí significaba, sino además porque le permitía la introducción de armas y municiones y le proporcionaba, con su aduana, considerables rendimientos.

Por otra parte, aquella plaza en poder de los hafidistas constituía una dificultad y un peligro para las operaciones de los franceses en la Xauía, de tal manera que Francia había pensado en realizar una demostración naval delante de Saffí para apoyar una acción decisiva de las fuerzas del sultán legítimo.

No ha sido necesario apelar á ese recurso, porque, como decimos, Saffí ha sido recuperado por Abd-el-Aziz, el día 3 del actual, sin haber hallado la menor resistencia.

La mehalla azizista, mandada por Bagdadi, marcha sobre Fez, y se dice que el bajá de Mogador, Belghazi, ha recibido orden de partir para la ciudad de Marruecos al frente de otra mehalla, y que el sultán prepara nuevas fuerzas para enviarlas al mismo destino.

Estas noticias, de origen francés, indican que la situación de Abd el-Aziz es buena, y así parece confirmarlo el hecho de que Muley Hafid, que se proponía marchar sobre Rabat, la actual residencia de su hermano, ha mudado de parecer, dirigiéndose ahora precipitadamente hacia Mequinez y Fez.

Han llegado ya á Europa los embajadores de Muley Hafid, portadores de cartas de éste para distintos soberanos, en las que el pretendiente afirma ser el único sultán legítimo, hace protestas de su estimación á los europeos, y se compromete, si los franceses ponen término á las hostilidades, á restablecer en poco tiempo la paz en Marruecos y á cumplir el acta de Algeciras, facilitando la acción civilizadora de las potencias.

Es de suponer que esos embajadores no serán recibidos oficialmente por ningún gobierno.—R.



El rey D. Manuel II de Portugal leyendo el discurso del trono en la sesión inaugural del Parlamento. (De fotografía de Carlos Trampus.)



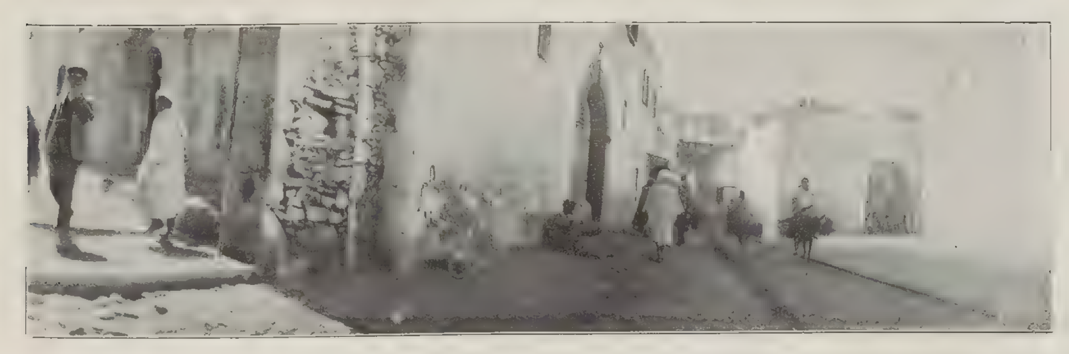
Calle de la Aduana, después de la ocupación de Saffí por las tropas de Abd-el-Aziz



Panorama de Saffí. Vista tomada desde la kasba



Calle Mayor de la ciudad de Saffí



Una puerta de la ciudad de Saffí. (De fotografías de M. Branger.)



LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO, copia del notable



cuadro de W. Immenkamp, grabado por J. J. Weber

BARCELONA.—MONUMENTO Á EMILIO VILANOVA

No hemos de decir quién fué Emilio Vilanova; á raíz de su muerte, acaecida en 1905, dedicamos algunas líneas á su memoria y en ellas expusimos el concepto que unánimemente se tenía de aquel incomparable narrador de las costumbres barcelonesas, que como nadie ha sabido sentir y hacer sentir á sus lectores lo que es nuestro pueblo; de aquel escritor eminente á quien de un modo tan admirable definió el alcalde accidental de esta ciudad Sr. Bastardas, cuando dijo de él, en el acto inaugural del monumento, que «era un buen escritor y un escritor bueno.» Porque realmente la característica de Vilanova fué, tanto como su talento, que era grande, su bondad, que era inmensa; por esto pudo decir con razón el ilustre Guimerá en el discurso leído en aquella ceremonia: que «Quien lee los libros de Vilanova, si no es bueno, bueno se vuelve;» y que «sus libros comunican la bondad, la resignación, la alegría del espíritu y el amor hondísimo á todo lo que es humano y precisa que sea amado.»

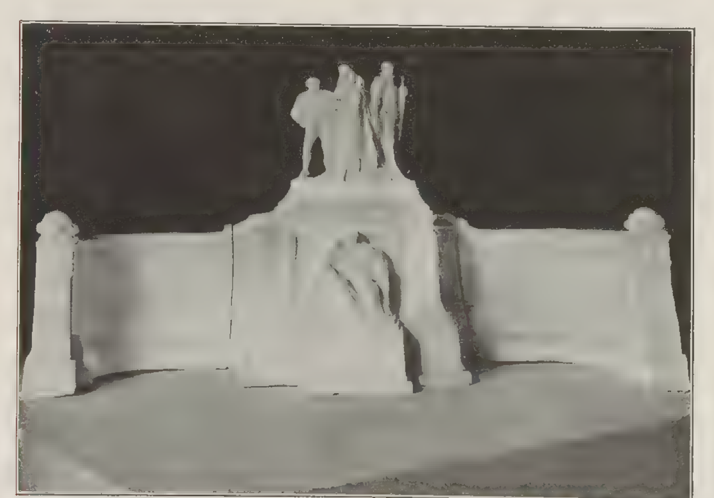
El monumento, erigido por subscripción popular, en la que no se admitió cuota superior á una peseta, álzase en el Parque de esta ciudad, en una plazoleta cercana al lago. El busto, obra del escultor Sr. Carbonell, es de un parecido perfecto y de una expresión inmejorable; el pedestal, sencillo y esbelto, ha sido proyectado por el arquitecto Sr. Bassegoda y ostenta en su cara anterior el escudo de Barcelona y la inscripción «*A l' Emili Vilanova,*» y en la posterior las fechas del nacimiento y de la muerte de éste, 1840 y 1905, y la del año actual.

La inauguración, efectuada el día 9 de los corrientes, fué una ceremonia en extremo conmovedora; á pesar de las muchas representaciones oficiales, de las ilustres personalidades literarias, de Barcelona y de fuera, y del numeroso público que á ella asistieron, tuvo un carácter íntimo, fué un homenaje, más que de entusiasmo, de cariño. Los discursos de los Sres. Matheu, Guimerá y Bastardas, hondamente sentidos, llegaron al alma de sus oyentes y arrancaron muchos aplausos.



Barcelona.—Inauguración del monumento dedicado á la memoria del popular escritor Emilio Vilanova, obra de los Sres. Carbonell (escultor) y Bassegoda (arquitecto). (De fotografía de A. Merletti.)

El que tanto amó al pueblo barcelonés tiene ya el monumento que el amor de los barceloneses le ha erigido. Vilanova ha inmortalizado en sus libros á la Barcelona que poco á poco va desapareciendo; y esta Barcelona, agradecida, ha perpetuado la memoria del que fué uno de sus hijos más modestos, pero no por esto menos predilectos é ilustres, señalándolo á la posteridad como modelo de escritores, de hombres y de ciudadanos.



Boceto modelado por Smith del monumento que ha de erigirse en Villafranca del Panadés á la memoria del eximio literato D. Manuel Milá y Fontanals, obra del arquitecto Sr. Pijoán. (De fotografía de Brangulí.)

MONUMENTO Á D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

La ciudad de Villafranca del Panadés, cuna de D. Manuel Milá y Fontanals, celebró el día 10 de los corrientes con grandes fiestas la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento dedicado al eximio literato. Asistieron al acto el cardenal Casañas, el obispo de Vich Dr. Torras y Bages, el obispo auxiliar de Barcelona Dr. Cortés, el gobernador civil Sr. Ossorio, representantes del Ayuntamiento barcelonés, de la Diputación provincial, comisiones de la Universidad, del Fomento del Trabajo Nacional, de la Cámara de Comercio y de multitud de otras corporaciones, y un gran número de literatos, entre ellos el Sr. Menéndez Pelayo, que ostentaba la representación del gobierno.

Su Emma. el cardenal bendijo la primera piedra; los coros *El Penadés y Obrers del Penadés* cantaron un hermoso himno á la gloria de Milá y Fontanals, letra del poeta Sr. Mas y Fornet y música del maestro Vinyals; pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Torras y Bages y los Sres. Bertrán de Amat, de la comisión del monumento, y Amiguet, alcalde de Villafranca, y se procedió á la colocación de la piedra.

Terminada la ceremonia, celebróse en la Casa de la Ciudad un banquete, durante el cual varios coros y solistas cantaron canciones populares catalanas.

Después la comitiva oficial, seguida de numeroso público, dirigióse al cementerio para depositar sobre la tumba en que descansan los restos de Milá y Fontanals la preciosa corona que las damas catalanas han dedicado al gran maestro; durante aquel acto solemnísimo leyeron hermosos discursos doña Carmen Karr, directora de la notable revista *Feminal*, y doña Inés Armengol de Badía.

El monumento, cuyo boceto, modelado por el escultor señor Smith, reproducimos adjunto, es obra del arquitecto Sr. Pijoán. Forma un banco semicircular, de alto respaldo, en cuyo centro se destaca la estatua de Milá y Fontanals, vestido con la toga de catedrático y en actitud pensativa. Rematan el monumento cuatro figuras que representan la Poesía épica, la Poesía popular, la Poesía trovadoresca y la Belleza.

Villafranca ha cumplido como buena honrando de una manera tan espléndida la memoria de su hijo preclaro, del que tanta gloria ha dado á su patria, del que tan alto puesto ocupa en la historia de la literatura universal.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



¿Quiere usted un poquito más de ron?

Cuando pasaron la frontera rumi, se levantó de un salto Zoe de su asiento para contemplar el paisaje, diciendo al oído á Mauricio:

—Ahí tienes nuestro país.

Su país los recibió con muy poca hospitalidad, porque la lluvia caía á mares y su aspecto general resultaba árido y descuidado en extremo. Llegaron á una miserable y pequeña estación, apartada, al parecer, de todo pueblo ó aldea y llena de soldados rumis; Wylie, por amor al oficio, quiso verlos más de cerca, bajó del tren junto con Mauricio, llevándose cuantos cigarrillos traían, y los distribuyó entre aquellos hombres que con tanta paciencia se estaban dejando calar hasta los huesos. Un sargento ya de edad que había servido en Egipto y que muy pronto conoció que Wylie era un oficial inglés, contestó en árabe á las preguntas de éste, cuadrándose militarmente. Aquel destacamento, dijo, había venido allí para proteger la estación, pues corría el rumor de que una partida de revolucionarios tracios andaba por las inmediaciones con siniestros designios. Desde por la mañana muy temprano estaban en la estación, sin albergue ni provisiones, destrozados los uniformes y agujereadas las botas. El edificio de la estación lo ocupaba el kaimakam del distrito, bajo cuyas órdenes estaban aquellos soldados y que se hallaba sumamente ocupado; pero seguramente cuando fuera tiempo ya proveería á las necesidades de la tropa. Algunos de los soldados más jóvenes y menos sufridos habían propuesto que se sobornara á su secretario para que le llamara la atención sobre dichos extremos; pero aparte de que con su paga, que percibían con un atraso de varios meses, no tendrían lo bastante para despertar la codicia de tan importante personaje, el sargento había hecho la reflexión de que semejante paso sería oponerse impíamente á los decretos del destino. Saludó marcialmente y volvió á unirse á sus soldados; aquella personificación, estoica y aterida, de la virtud militar puesta en mal aprieto.

—Son de los mejores soldados que hay en el mundo, dijo con calor Wylie á Mauricio. ¡Qué partido tan grande podría sacarse de ellos en la India! Si esa tropa fuera inglesa, ya haría seis horas que estaría insubordinada. Mire usted aquellos dos enfermos, en el cobertizo de las mercancías, cómo aguantan la lluvia, y entre tanto, el kaimakam, sin duda, se estará atiborrando de *hashish* en la casa del jefe de estación.

—Vamos á buscarlo y á afearle su abandono al no buscar alojamiento para su gente, dijo Mauricio.

Wylie movió la cabeza á uno y otro lado.

—No me atrevo, dijo. Lo único que hará será alojarlos en las casas de los habitantes cristianos de la aldea que allá lejos se ve. Eso ha de ser lo que al fin ocurra, creo yo; pero no quiero cargar con la responsabilidad de adelantar los sucesos.

Dirigió la vista á las dispersas casas del lugar que desde allí se veía coronando un ribazo, casas de techos planos y de un blanco sucio, que más parecían reunidas para hacerse compañía que para protegerse mutuamente; luego la volvió á fijar en el rostro del viejo sargento, que se había acercado otra vez y saludaba militarmente.

—¿Viene el señor oficial á servir en la nueva gendarmería?, preguntó respetuosamente.

—No, vengo únicamente á ver á un amigo, respondió Wylie.

—¡Alabado sea Alah!, contestó el anciano con evidente satisfacción.

—¿Y por qué?, preguntó Mauricio cuando Wylie le hubo traducido la respuesta. Pregúnteselo usted.

El sargento necesitó que lo apremiaran algo, pero al fin dió su razón con firmeza.

—Porque el señor oficial tiene los ojos del color de la crueldad, dijo. Nunca he visto ojos más crueles, y eso que he visto muchos hombres.

La contrariedad que se pintó en el rostro de Wylie hizo que Mauricio insistiera en que tradujese lo dicho, y cuando lo hubo hecho no pudo menos de reirse.

—Pregúntele usted, añadió, á ese viejo camama si realmente cree en semejantes sandeces.

—Los ojos del señor oficial han de infundir verdadero terror á sus enemigos, que huirán ante él y á quienes hará polvo, contestó el sargento tratando de conciliarlo todo; pero á sus propios soldados les gustaría más que fueran como los de ese joven caballero, su amigo.

—Vaya, creen que ha de ser usted más blando, ¿no lo ve usted?, exclamó con aire de triunfo Wylie. Cuando las grandes potencias le hagan gobernador general de Emacia, lo que debe usted hacer es llamarme y nombrarme general en jefe para que todos anden derechos.

—Está bien. Tenga usted presente que le tomo la palabra, contestó Mauricio dirigiéndose al tren, pues ya l'amaban á los pasajeros, y sonriéndose al pensar que bien pudiera llegar á ser verdad la broma de Wylie.

—¡Ah, Mauricio, esto ha sido un presagio feliz!, dijo en voz baja la emocionada Zoe, que estaba asomada á la ventanilla.

—Tonterías, respondió alegre Mauricio. Ahora vamos á admirar un magnífico panorama de montañas y además veremos gratis las partidas revolucionarias.

El tren comenzaba á entrar en la región montañosa y los cuatro jóvenes se colocaron en las ventanillas del pasillo, desde donde se disfrutaba de una muy extensa vista; pero la señora Smith se resistió á salir de su compartimiento, diciendo que Emacia tenía el aspecto más agreste y salvaje del mundo entero, tanto que se estremecía sólo al pensar en él y que trataría por lo tanto de distraerse, lo que consiguió, primero leyendo una novela francesa y quedándose luego dormida.

Realmente el paisaje que se veía desde el costado del coche donde ella iba sentada, no tenía nada de bello, puesto que se limitaba á la peñascosa altura en cuya falda se había abierto paso la vía á fuerza de barrenos; pero por el lado opuesto se distinguía algo parecido á un paisaje, según decía Mauricio. Desde el mismo borde de la línea, espesos bosques iban bajando, bajando, hasta unas profundidades adonde la vista no alcanzaba; subiendo luego por la otra pendiente del valle hasta unas alturas detrás de las cuales se estaba ya ocultando el sol, aunque apenas eran las cinco de una tarde de verano. En uno ó dos lugares pudieron ver, por un momento, corrientes de agua espumosa; pero por lo general sólo árboles se distinguían. Según decía Zoe, tenía el paisaje algo de sobrenatural, como si atravesaran por entre selvas encantadas. No la asustaba hacerlo en el tren; pero el pensar sólo en cruzarlas á pie, era lo bastante para infundir pavor al corazón más animoso.

—Muy pronto vamos á pasar por el gran viaducto sobre el río, dijo Wylie. Creo que es allí mismo donde la línea describe una curva tan pronunciada, que desde este extremo del tren veremos la locomotora y los primeros coches formando con nosotros como un ángulo recto, al entrar en el puente.

Poco después exclamó Irene:

—¡Allí se ve!

Ella y Zoe estaban sentadas en la banqueta debajo de la ventana; Mauricio y Wylie detrás, de pie. Todos alargaron la cabeza, ansiosos por ver el famoso puente, y la retiraron en seguida, riéndose, con el cabello en desorden, porque en aquel valle estrecho el viento era muy fuerte. Irene se echó hacia atrás para colocar bien una horquilla; los dos hombres se reían al verse tan despeinados, y únicamente Zoe continuaba mirando, cuando ocurrió lo que jamás pudo ella olvidar, aunque nunca le fué posible darse cuenta del orden exacto en que ocurrieron los hechos. En espera de ver la cabeza del tren, tenía los ojos fijos en el puente, cuando vió que el extremo más próximo se levantaba en el aire repentinamente y al parecer sin esfuerzo alguno. Abrió la boca para decir: «¡Miren el puente!,» pero sus palabras quedaron ahogadas por el ruido de una explosión que debió haber sido simultánea con la subida del puente, pero que le pareció posterior, tras un intervalo muy corto. El tren cabeceó y se bamboleó, los cristales de las ventanillas y lámparas se rompieron y cayeron como lluvia, produciendo un extraño retintín. Mauricio y Wylie fueron á parar al otro lado del pasillo. Zoe é Irene, sin saber cómo, se hallaron en pie mirándose mutuamente, muy abiertos los ojos, y oyeron á Wylie que ansioso les gritaba que se sentaran; parecióle confusamente á Zoe que el tren se había salido de los rieles y que trataba de subir por la pendiente. Pero ¿qué significaban aquellas terribles sacudidas que parecían las de un terremoto? A pesar de comprender que era una tontería, iba á preguntar: «¿No es verdad que la cuesta próxima á la vía no parecía ser aquí tan áspera?,» pero las palabras se le helaron en los labios. El piso se hundió bajo sus pies, el hueco de la ventanilla se prolongaba, sin saber cómo, hasta el techo; luego oyó un crujido horroroso y le pareció que caía á través del espacio; después todo quedó en silencio.

V

EL MALETÍN DE LAS JOYAS

Cuando Zoe volvió en sí, lo primero de que se dió cuenta fué del mal gusto que sentía en la boca; después, de los bosques cuya negra silueta se destacaba á su frente, sobre el firmamento. Arrojó un débil grito y cerró los ojos para no ver nada.

—Vamos bien, exclamó una voz. ¿Cómo se siente usted?

—Toda dolorida, murmuró ella muy quedo.

—Eso no es nada. Extienda usted el brazo.

Tan imperioso era el tono de aquellas palabras, que la joven obedeció maquinalmente.

—Ahora las piernas.

Y las alargó y encogió con un movimiento espasmódico.

—Está usted perfectamente, siguió diciendo la voz, que comenzaba ya á serle conocida á Zoe. ¿Quiere usted un poquito más de ron?

—¡Ah, no!, dijo ésta con repugnancia, apartando de sí el frasco que la ofrecían y echando de ver que tenía la cabeza apoyada en el brazo de Wylie. Ya me encuentro bien. ¿Perdí el sentido? ¿Dónde está Mauricio? ¡Ah!, añadió recobrando la memoria. ¿Está á salvo Mauricio?

—Está perfectamente y ayudando á salir á su hermana de usted de entre los coches destrozados. Oímos su voz y le he dejado en esa faena, mientras yo la subía á usted hasta aquí arriba. Ahora voy á buscar algo que le sirva á usted de almohada y luego la dejaré.

Enderezándose con dificultad, apoyada en el codo, Zoe vió que se hallaba tendida en lo alto de un ribazo escarpado de piedras y cascotes, cubierto á trechos de hierba. Más abajo estaba el tren deshecho y tumbado sobre el talud. Algunos hombres recorrían los coches, sacando pasajeros por los huecos donde estuvieron las ventanillas, ó apartando los montones de hierros torcidos y maderos hechos astillas. Varios de los viajeros que ya habían dejado el tren, se hallaban sentados en el declive lamentándose; otros se vendaban con pañuelos las heridas recibidas en cabeza y manos; á unos pocos los llevaron al pie de un árbol, donde un hombre en mangas de camisa se inclinaba sobre una mujer tendida en el suelo. Todo eso pudo verlo Zoe antes de que Wylie subiera otra vez corriendo la pendiente, trayendo en la mano una pequeña maleta que encontró arrojada á un lado, fuera del paso de los que estaban prestando auxilio.

—Le pondré esto debajo de la cabeza, dijo apresuradamente, y con un pedrusco á los pies, ya no habrá temor de que ruede usted por la cuesta abajo. Cierre usted los ojos y estése tranquila y verá cómo pasa pronto el susto.

—¿No podría yo bajar también para ayudar en algo?, preguntó Zoe.

—No; no se mueva usted; eso sería lo mejor que pudiera usted hacer. Yo la llamaré cuando su hermana esté ya fuera del tren.

Zoe le desobedeció hasta cierto punto, pues se puso á contemplar á los que estaban trabajando en el tren, hasta que distinguió á Mauricio; luego se recostó sin poder reprimir una risita histérica al pensar que Wylie había enviado á su hermano á salvar á una persona extraña, mientras ella estaba entregada á merced de otra. Al poco rato oyó que la llamaban.

—Señorita Smith, nos llevamos á su hermana para que la reconozca el médico. Está herida, pero no creo que sea cosa de cuidado. ¿Quiere usted venir?, dijo Wylie.

Poniéndose con trabajo en pie, aceptó reconocida la mano de Wylie para bajar la pendiente. Irene no había recobrado todavía por completo el conocimiento y se quejaba cuando la tocaban; Mauricio y Wylie la transportaron al improvisado hospital de campaña, donde un médico francés, que afortunadamente iba entre los pasajeros, hacía cuanto estaba en sus manos para atender á los heridos. Una ó dos señoras que habían salido ilesas, desgarraban sus guardapolvos para hacer vendajes provisionales; detrás del árbol había algunos cuerpos rígidos cubiertos con abrigos y mantas de viaje que á toda prisa se recolectaron. Zoe se estremeció á su vista, pero el médico no tenía tiempo que perder. Viendo que el mayor daño que Irene había recibido era la dislocación de un hombro, se la redujo en el acto sin andarse con contemplaciones; le arregló el brazo perfectamente y dijo luego á Zoe que se la llevaran de allí, pues los rasguños y contusiones tendrían que esperar más oportuna ocasión para ser curados. Mauricio se adelantó para sostenerla y dijo al oído algo al doctor, quien asintió con un vigoroso movimiento de cabeza, diciendo:

—De todos modos, haga usted que se acueste lo antes posible. Es de un temperamento muy nervioso, según he podido ver, y lo más probable es que sobrevenga la fiebre. Ya me cuidaré de que vaya en la primera tanda de heridos.

Cuando Mauricio y Wylie la colocaban cuidadosamente en el repecho, Irene se incorporó haciendo un esfuerzo.

—¡El maletín de las joyas!, exclamó con fuerza. ¡Mi maletín de las joyas! ¿Dónde está?

—Debe estar todavía dentro del vagón, dijo Mauricio. Ya lo encontraremos.

—¡Tráiganmelo!, exclamó colérica. Lo necesito.

—Ya lo traerán, dijo Zoe tratando de tranquilizarla, pero hasta ahora nadie lo ha visto; de todos modos no se apure usted, Irene, que todo se andará.

Esto último lo dijo algo impaciente, pues había colegido, por lo que Mauricio había dicho en voz baja al doctor, que la señora Smith era uno de los muertos é Irene no había ni tan siquiera preguntado por ella.

—¡Está perdido! ¡Me lo han robado!, exclamó Irene. Yo lo arrojé por la ventanilla cuando el tren principió á ladearse. Ofrezca usted, pronto, una gratificación, un millón de francos, lo que usted quiera.

—Su riqueza, señorita, debe ser mucho mayor que su prudencia, pues de otro modo no hubiera usted traído consigo cosas de tanto valor, dijo con sequedad el doctor, que como todos los demás que por allí cerca estaban, se había aproximado al oir los gritos de Irene.

—Era cuanto poseía en este mundo. Mis joyas lo son todo para mí, exclamó como fuera de sí. No me iré de aquí sin ellas. Las buscaré, aunque sea á gatas, por toda la vía. Tiene las iniciales I. I. Smith. Una maleta de cuero, pequeña, con abrazaderas de metal. ¿No la ha visto nadie?

Zoe abrió la boca y cogió del brazo á Mauricio, indicándole con la otra mano la maleta abandonada cerca de lo alto de la cuesta. Un momento después el joven la trajo, y su hermana, entre risas y lágrimas, se la devolvió á su ama.

—¡Ah, Irene, cuánto lo siento! El capitán Wylie me la puso para que me sirviera de almohada y yo no reparé en lo que era. Pero cuando usted habló de las abrazaderas de metal, me acordé de lo molestas que me habían parecido. Vamos, ya estamos tranquilas, ¿no es verdad?

Irene se acostó casi desmayada, pero sujetando con fuerza la maleta entre las manos, mientras los circunstantes se dispersaban en diversas direcciones murmurando y cuchicheando de aquel vulgar desenlace. Ya se habían puesto en comunicación con la estación más próxima, un caserío de la montaña, en comparación del que era una capital la aldea donde habían de alojarse los soldados rumis. Muy pronto llegó por la línea férrea una máquina con una plataforma conduciendo á un empleado de la compañía y varios trabajadores, quienes comunicaron la noticia de que se habían pedido por telégrafo auxilios á otra estación de más importancia, pero que únicamente podrían enviar una locomotora y algunas plataformas y aun tal vez no llegarían aquella noche. Era por lo tanto necesario que los pasajeros eligiesen entre quedarse donde estaban, ó volverse andando á la última estación de donde habían salido, acompañados por los que habían venido últimamente. Pronto se vió á qué iban aquellos trabajadores; en efecto, sacaron con gran trabajo de uno de los vagones cerrados, que desde que ocurrió el accidente estaba muy vigilado, unas cuantas cajas muy pesadas que amontonaron sobre la plataforma. El doctor consiguió que permitieran á Irene y á otros tres pasajeros cuyas heridas no eran bastante graves para impedirles andar, que fueran sentados en dichas cajas, sobre las que, con mucho cuidado, los acomodaron, llevando Irene asida con la mano que tenía útil la maleta de las joyas.

A los pasajeros que quisieron ir andando se les rogó que marcharan junto á la plataforma para que

sirvieran en cierto modo de escolta, al frente de la cual se pusieron dos guardas armados que venían hechos cargo del dinero. Debido á la prohibición que existía de importar armas, Wylie había enviado por mar las suyas reglamentarias, y aunque así él como Mauricio habían traído escopetas de caza, no habían tenido tiempo de sacarlas de entre los equipajes amontonados junto al tren. Wylie tenía un revólver de bolsillo del cual nunca se separaba, aleccionado por la experiencia adquirida en los peligros que había corrido, y se lo enseñó á Zoe para darle ánimo al tiempo de emprender la marcha. Como ya estaba anocheciendo, se habían encendido hogueras á los lados de la vía á fin de que se calentaran los pasajeros que habían optado por quedarse junto al tren.

—Cómo, ¿hay algo que temer?, dijo Zoe. ¿Acaso lobos?

—Quizás, pero no era mi ánimo asustarla; únicamente trataba de disipar sus temores, si es que usted los tenía.

—Wylie no puede seguirte á través de tus cambios de ideas, dijo Mauricio, que llevaba el saco de mano de Zoe, única cosa que habían podido recoger. Decías que te infundían miedo los bosques cuando estabas perfectamente segura en el tren, y ahora parece que vas de fiesta andando á pie por ellos á estas horas tenebrosas.

—¡Ah! No, ya sé lo que ha querido usted darme á entender, exclamó Zoe. A lo que hemos de temer es á los que han destruído el puente. ¿Cree usted, pues, que eso ha sido intencional?

—Sin duda ninguna, dijo Wylie, ha sido obra de la dinamita; algún aparato de relojería que había de hacer explosión en un momento dado; pero ha estallado unos cuarenta segundos antes de lo calculado. El maquinista vió perfectamente cómo el puente saltaba y tuvo el tiempo justamente necesario para descarrilar el tren, echándolo á un costado. Si hubiera entrado en el puente, como creían los monstruos que pusieron la dinamita, nadie hubiera escapado.

—Yo lo vi también, dijo Zoe estremeciéndose. ¿Y quiénes cree usted que hayan sido?

—Pues, por supuesto, los revolucionarios tracios de que nos habló el sargento, dijo Mauricio. Por medio de una falsa alarma, hicieron salir las tropas de sus puestos y el puente se quedó indefenso; ha estado todo muy bien preparado. Decían en el tren que todas estas partidas tracias están á las órdenes del obispo de Tatarjé, que es un gran panslavista.

—¿Pero qué ventajas les ha de reportar la destrucción de un tren atestado de gente que ninguna culpa tiene de sus males?, preguntó Zoe. ¿Vendrían por el dinero?

—Es muy probable, dijo Wylie. Con dinero se adquieren más dinamita y más fusiles. Pero aun cuando todo él hubiera ido á parar al río y se hubiera perdido, el efecto moral que la voladura de un tren como éste hubiera causado en Europa tenía que ser inmenso. Hubiera hecho que la opinión pública se fijara en sus quejas, y sus autores hubieran sido tenidos por unos héroes á quienes nada arredra.

—¿Y cree usted que ahora andarán ocultos entre los árboles?

—No, puesto que el golpe ha fallado. Me figuro que estarán corriendo á toda prisa para aparecerse en otra parte opuesta del país con el fin de probar la coartada; pero aun cuando estuvieran por aquí, no creo que nuestro aspecto les incite á atacarnos.

—Tenemos muy mala facha, dijo Mauricio tratando de ver á la claridad del crepúsculo sus manos arañadas y sus vestidos desgarrados. Cuando lleguemos á la estación, mi hermana nos curará las heridas y contusiones; porque ha de saber usted, añadió dirigiéndose á Wylie, que mi hermana es de aquellas personas que se precian de viajar con todo cuanto la persona más previsora cree que ha de llevar consigo para un caso de necesidad; así es que de seguro traerá tafetán inglés.

—Mucho tengo en mi equipaje, pero aquí poco, dijo Zoe, por lo que habrá que economizarlo. Supongo, añadió nerviosa, que no nos estarán aguardando un poco más adelante para robar las cajas del dinero.

—No hay que pensar en eso, dijo Wylie. Estamos preparados para recibirlos y ellos lo saben; según tengo entendido, mañana mismo seguirá su camino el dinero, escoltado por fuerza armada. Si me fuera lícito dar un consejo, les diría que las joyas que tanto preocupan á su hermana de usted, también debiera enviarlas por delante.

—Jamás se separa de ellas, dijo Zoe con convicción. ¡Ah! No me mire usted como pidiéndome que la convenza. ¿Cree usted que si ella me hiciera caso, por poco que fuera, andaría como anda llevándolas de un lado á otro?

—Nosotros somos para ella casi unos extraños, sabe usted dijo Mauricio algo embarazado; no podemos, pues, hacernos la ilusión de que tenemos sobre ella gran ascendiente.

—Pues bien: me parece que este es uno de esos casos en que está indicado el empleo de la autoridad fraternal. Haga usted, señorita Smith, que su hermano le hable con toda seriedad y no sea usted siempre la que tome á su cargo las comisiones enojosas. Mucho me temo que va usted á pasar un mal rato cuando tenga que darle la noticia de la muerte de la señora Smith. Y á propósito, ¿era ella también tía de usted?

—¡Oh, no! No tenía ningún parentesco conmigo, respondió Zoe.

—Nunca la habíamos visto antes de este viaje, agregó Mauricio.

—Eso mismo supuse cuando les vi á ustedes por primera vez, dijo Wylie á Zoe. En ese caso, ¿es tan sólo una coincidencia el que lleven ustedes el mismo nombre?

—Pura y sencillamente una casualidad, dijo con énfasis Zoe.

Y Mauricio añadió:

—Va usted á decir que somos una gente muy rara.

—De ningún modo, contestó Wylie cortésmente, pero con cierta incredulidad.

—Vaya si lo pensará usted, exclamó Zoe. A nos otros, en su caso, nos parecería que éramos la familia más extraordinaria que jamás ha existido. Pero ¿qué quiere usted que le hagamos?

—La familia propia es una de esas cosas con que hemos de conformarnos á la fuerza, dijo Wylie con la mejor intención, y principió á citar ejemplos de algunas que había conocido.

Mauricio y Zoe hubieran querido decirle la verdad; pero ¿cómo iban, sin el consentimiento de Irene, á manifestar la manera como se habían conocido?

—Esto es horroroso, Mauricio, decía más tarde lamentándose Zoe. ¿Qué pensará cuando vea que en Therma nos separamos, ó si alguna vez vuelve á encontrarla sin nosotros ó á nosotros sin ella? Le va á parecer que con toda intención le hemos estado engañando durante todo el viaje.

Pero de ello no se habló más cuando hubieron llegado al pueblo y aceptado, sin gran entusiasmo, el único alojamiento que había disponible. La posada hubiera podido muy bien acomodar á uno ó dos *sportmen* poco melindrosos; pero en aquella ocasión, invadida por una muchedumbre de viajeros cansados y hambrientos, y muchos de los cuales no tenían más ropa que la puesta, resultaba insuficiente.

Los empleados del ferrocarril, ayudando á Wylie, cuya experiencia reconocían, emprendieron la tarea de alojar al pasaje como mejor pudieron. El largo desván que formaba el piso más alto de la posada fué destinado á las señoras; todas las camas que había en el establecimiento y que no inspiraron grandes sospechas fueron trasladadas allí, y con mantas y sacos se prepararon lechos para los hombres en el piso bajo. Unas vasijas con mal preparadas gachas y unas fuentes de carne cocida de cualquier modo fueron servidas al cabo de algún tiempo, pues había sido preciso buscar en el vecindario la harina y un carnero; no había tenedores ni cuchillos y las cucharas escaseaban. A Wylie le tocó su parte en las maldiciones que le echaron á la empresa del ferrocarril, que, según lo que decían, debió haber tenido preparado con anticipación, en aquel mismo lugar, un hotel perfectamente provisto, con restaurant, peluquería, baños y un gran depósito de ropa; mas él siguió impertérrito, sonriéndose cortésmente y disponiendo con perfecto aplomo el desayuno para el día siguiente.

Unas mozas, sucias y descalzas, que habían sido llamadas para servir á los viajeros, tropezaban unas con otras en la escalera, tan empinada como una de mano, ó bien se quedaban paradas con los ojos como platos contemplando á los señores y señoras europeas, sentadas incómodamente en el suelo y murmurando de lo que para ellas hubiera sido un suntuoso banquete. Agua caliente no se pudo conseguir de ningún modo, y aun cuando así hubiera sido, no se habría encontrado en qué echarla; los cepillos y peines de los pasajeros que habían tenido la suerte de conservarlos, pasaban de mano en mano para que disfrutaran de sus beneficios los que habían sido menos afortunados. Zoe pudo, por suerte, escapar pronto del barullo, porque teniendo que atender á Irene, la dejaron que la subiera al desván en cuanto estuvo lista una cama. Mauricio les llevó una taza de caldo, mejor dicho, del agua en que habían cocido el carnero y en la que nadaban unos pedazos de carne. Irene no quiso comer nada. Mientras estuvieron sentados en la parte exterior de la posada esperando á que arreglaran el desván, había levantado de pronto la cabeza del hombro de Zoe, donde la tenía apoyada, como si despertara de un letargo, y había preguntado:

—¿Dónde está Eudoxia Vladimirouna? No la he visto.

—Me parece..., me parece que se quedó atrás..., en el puente, tartamudeó Zoe.

—¿Está herida? Si no lo está, no me hubiera dejado sola con usted. ¿Qué le pasa? ¿Ha muerto?

Zoe quiso decir algo, pero no pudo, é Irene, al ver su vacilación, adivinó la verdad.

—¿Ha muerto, pues?, dijo. ¡Ah, yo fuí quien la hizo venir conmigo!

No pronunció una palabra más; las lágrimas, que Zoe esperaba ver correr, no parecieron. Irene dejó pasivamente que la subieran al desván y la acostaran, pero no pudo dormirse. Cuando el ruido y confusión que reinaban en toda la posada hubieron cesado, Zoe se despertó al oir su voz. A veces hablaba en francés ó inglés, otras en un idioma desconocido, que á Zoe le pareció escita, charlando sin cesar y lamentándose desoladamente. Una vez pidió á gritos la maleta de las joyas, y Zoe, temiendo que los demás pasajeros se despertaran, se levantó y se la trajo, poniéndosela sobre la cama, á fin de que estuviera segura de que la tenía allí. Sostenía una discusión con alguien, á quien parecía que trataba de convencer para que hiciera algo determinado; Zoe presumió que, en su imaginación, estaba otra vez disipando las razones que la señora Smith había alegado para no acompañarla en su misión, cualquiera que esta fuese. A la mañana siguiente el delirio había pasado, pero Irene estaba abatida y febril, por lo que Zoe se alegró mucho cuando vió entrar al doctor, que vino desde el lugar de la catástrofe, con el resto de los heridos, en el tren de socorro, en cuanto fué de día. El movimiento reinaba ya por todos lados, y los empleados y Wylie se veían negros para lograr que el orden brotara de aquel caos. Los heridos más graves debían volver atrás, á Tatarjé, mientras que aquellos otros que sólo lo estaban ligeramente y los sanos debían continuar por la carretera, á medida que fueran llegando los vehículos que habían de transportarlos, siguiendo el camino antiguo. Este camino, por el que se atravesaba la cordillera antes de haberse inaugurado el ferrocarril, cruzaba algo más allá el río por un puente romano y volvía á encontrar la línea franca, en la primera estación de la otra orilla; allí esperaría á los pasajeros un tren que los llevaría hasta Therma. Esto era lo que Mauricio y Zoe debieron haber hecho, pero había que contar con Irene, y Zoe no se sorprendió cuando el doctor dijo, como la cosa más natural del mundo:

—Por de contado, que no hay que pensar en que se ponga en camino; necesita unos cuantos días de absoluto reposo y de tranquilidad de espíritu. Usted podrá, señorita, hacerle personalmente las curas; ya le dejaré todo lo que puede hacer falta. Su interesante hermana no corre ningún peligro, pero de seguro no podrá continuar el viaje antes de una semana.

—No habrá más remedio que quedarnos y cuidarla, dijo Mauricio, cuando hubo oído semejante veredicto. No podemos dejarla aquí sola.

Este era también el parecer de Zoe; pero sin saber por qué, no le agradó que Mauricio se conformara tan pronto.

—No tiene ningún derecho á pedírnoslo, dijo con alguna aspereza. Ella se nos ha agregado casi á la fuerza.

—Qué mal haces en decir eso, exclamó Mauricio, incomodado de veras. ¿Vamos á dejar en este apuro á esa pobre muchacha?

—Claro está que se encuentra en una situación difícil, pero ¿quién tiene la culpa? Tú podrás decir lo que quieras, pero bien sabes que te pondrías terrible y espantosamente furioso si yo me fuera á correr por Europa y me agregara á un desconocido que viaja con una hermana.

—Eso es cosa muy distinta. Quiero decir que no sería lo mismo si se tratara de otra clase de gente que nosotros. Irene tuvo bastante talento para comprender á primera vista quiénes éramos. Por lo menos, añadió Mauricio, que no tenía mucha fe en la fuerza de su argumentación, debemos estarle reconocidos por lo que ha hecho.

—¿Nosotros? No sé por qué. Creo que es ella, en todo caso, dijo secamente Zoe.

Y después de haberse permitido ese desahogo, quiso paliarlo diciendo:

—No te enfades, Mauricio. Ni por un momento se me ha ocurrido dejarla aquí sola; únicamente pensé que muy distinto hubiera sido el concepto que de mí hubieras formado, si yo estuviera en su caso. Nada temas; seré su guía, su mentor, y su amiga mientras ella me lo permita, y la entregaré á sus padres, ó tutores, enteramente cambiada cuando al fin demos con ellos.

(Se continuará.)

FOLGAROLAS.—HOMENAJE AL POETA JACINTO VERDAGUER

Las fiestas del cincuentenario de la restauración de los Juegos Florales en Barcelona han sido una glorificación de las letras catalanas y de algunos de los literatos que más han contribuído al renacimiento de las mismas.



La comitiva á la entrada del pueblo de Folgarolas

Verdaguer, el inmortal poeta, cuyas creaciones ocupan un puesto de honor en la literatura mundial, no podía quedar olvidado en esta ocasión, tanto menos cuanto que en los Juegos Florales barceloneses revelóse el genio del que, andando el tiempo, había de ser una de las glorias más grandes y más legítimas de su patria. Barcelona debe á *Mossén Cinto* un monumento grandioso, no para perpetuar al través de las generaciones venideras el nombre del autor de *La Atlántida* y *Canigó*, que harto lo perpetuarán sus obras, sino para testimoniar la admiración que por él sintieron sus coetáneos, para demostrar que para la consagración de los grandes genios no siempre ha de esperarse el fallo de la posteridad.

Pero en tanto que esa deuda se paga, y se paga en la forma que corresponde á la magnitud de aquella colosal figura, la entidad *Catalunya Vella*, de Vich, que tuvo la excelente idea de iniciar la erección de un monumento en el pueblo de Folgarolas, en donde nació Verdaguer, ha querido que ese monumento se inaugurase en estos días en que se han solemnizado las bodas de oro de nuestra tradicional y poética fiesta.

La inauguración efectuóse el día 8 de los corrientes, y á ella asistieron buen número de los forasteros que han honrado con su presencia las fiestas del cincuentenario, el obispo de Vich Dr. Torras y Bages, representaciones de la Diputación provincial de Barcelona, de los ayuntamientos de Barcelona, Gerona y Vich, de multitud de corporaciones científicas, literarias y artísticas, nuestros más celebrados escritores y otras muchas ilustres personalidades. También asistió la bellísima cuanto distinguida señorita doña María Ricart y Roger, la reina de los Juegos Florales de este año, que después de haber recibido el homenaje de los poetas vivos, quiso, á su vez, rendírselo fervoroso al incomparable poeta muerto.



La Srta. D.ª María Ricart, reina de los Juegos Florales de Barcelona del presente año, en el pueblo de Folgarolas. A su alrededor, el alcalde, los concejales y los vecinos de la población.

Los expedicionarios, que salieron de Barcelona por la mañana, se detuvieron en Vich, en donde después de saludar al señor obispo y de visitar el notabilísimo Museo diocesano y la catedral, fueron obsequiados con un banquete. Terminado éste, dirigiéronse al pueblo de Folgarolas, que estaba engalanado con arcos de follaje, guirnaldas y colgaduras y adonde habían acudido los habitantes de todas las poblaciones vecinas. Recibidos á los acordes de las músicas por el Ayuntamiento, encamináronse á la plaza en cuyo centro alzábase el monumento, envuelto en una gran bandera catalana. Situáronse las representaciones oficiales en la tribuna, cuya presidencia ocupaba María Ricart, y el prelado vicense, revestido de medio pontifical, bendijo el monumento después de haber dedicado un sentido y piadoso recuerdo al poeta que tan sublimemente cantó la patria y la religión.

Entre aplausos estrepitosos descubrióse entonces el sencillo monumento, y á continuación el *Orfeó Vigatá* cantó la bellísima canción *L'emigrant*, compuesta sobre una de las más sentidas poesías de Verdaguer, y el eminente actor Enrique Borrás leyó la inspirada composición de éste *L'arpa*. El señor Tresserre, en nombre del Languedoc, expresó su admiración por *Mossén Cinto;* el Sr. Agulló, en representación de la *Lliga Regionalista* de Barcelona, se adhirió con entusiasmo al acto que se estaba celebrando; el señor Martí y Juliá, por la *Unió Catalanista,* ensalzó el idioma en que escribió Verdaguer; los poetas mallor-

quines Sr. Alcobé y Rdo. Sr. Costa y Llobera leyeron sendas poesías, y los Sres. Vogel, Nubiola, del Ayuntamiento de Barcelona, Farguell, senador y diputado provincial, Juvany, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Gerona, pronunciaron breves discursos asociándose al homenaje. El alcalde de Folgarolas D. Bartolomé Pedra dió las gracias en sentidas frases á cuantos habían concurrido á la ceremonia.

El monumento, construído según el proyecto del arquitecto Sr. Pericas y cuya parte escultórica es obra de D. Juan Carreras, es de piedra, mide ocho metros de altura y termina en una cruz, debajo de la cual hay, en la cara anterior, una imagen del Sagrado Corazón; en la posterior, la Virgen de Montserrat; en la de la derecha, Santa Eulalia, y en la de la izquierda, San Francisco de Asís. En el centro de la cara principal se ve un medallón de mármol blanco con el busto de Verdaguer, y debajo de ella la siguiente inscripción: *J. M. J. El poeta M. Jacinto Verdaguer nasqué en aquet poble als 17 de maig del any de N. †. S.* 1845. (El poeta P. Jacinto Verdaguer nació en este pueblo en 17 de mayo del año de N. †. S. 1845.)—S.



Acto de la inauguración del monumento erigido a la memoria de Jacinto Verdaguer en su pueblo natal de Folgarolas por iniciativa de la sociedad «Catalunya Vella,» de Vich

(Fotografías de A. Merletti.)



El jubileo del emperador Francisco José.—El emperador Francisco José de Austria y el emperador Guillermo II de Alemania saliendo de la estación de Penzing y encaminándose al palacio imperial de Schoenbrunn. (De fotografía de E. Frankl.)

El pueblo austriaco ha celebrado en los días 6 y 7 de los corrientes el jubileo de su emperador Francisco José, que ocupa el trono desde hace sesenta años. Y no ha sido sólo Austria la que ha querido conmemorar este hecho; Alemania se ha asociado también al homenaje de cariño y veneración que acaba de tributarse á su venerable aliado, y para ello todos los soberanos reinantes, desde el emperador al último duque, han acudido á Schoenbrunn á testimoniar con su presencia su adhesión á Francisco José.

En aquella residencia imperial hanse efectuado con este motivo grandes festejos, oficiales unos y populares otros. Entre los primeros figura la comida de gala celebrada el día 7 y á la que asistieron, además de los soberanos, archiduques y archiduquesas, representantes del cuerpo diplomático, de los ministerios y parlamentos austriaco y húngaro, y otros altos personajes. Entre los segundos sobresalió el concierto que en el parque del palacio dieron, después del banquete oficial, la orquesta de los bailes de la Opera, varias músicas militares y una masa coral compuesta de 7.000 ejecutantes, todos los cuales, terminada la serenata, desfilaron por delante del anciano emperador y de sus regios huéspedes.

Francisco José, que á pesar de sus años y de sus achaques, ha resistido perfectamente las fatigas de los festejos, fué en persona á recibir al emperador de Alemania, á quien acompañaba la emperatriz, á la estación de Meidling, en las afueras de Viena, en donde tomaron el tren de corte que los llevó á la pequeña estación de Penzing, inmediata á Schoenbrunn, y desde ella se dirigieron en coche al palacio de este nombre, en donde el emperador reside.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVII — Barcelona 25 de mayo de 1908 — Núm. 1.378

SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. PARÍS, 1908

EL ENANO GREGORIO EL BOTERO, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Publicación autorizada)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El pueblecito de Móstoles ha gozado en estos momentos de un aura de popularidad. El día en que se descubrió el monumento, vióse el pueblecito lleno de automóviles y coches, de ciclistas y jinetes, de amazonas y de señoritas con amplios velos de flotante gasa; los uniformes cargados de bordadura del elemento oficial brillaron en su plaza y recogieron la polvareda de sus calles, y en las ventanas de su caserío se tendió profusamente la percalina amarilla y roja de las colgaduras más vistosas y á la vez más modestas que se gastan por aquí.

* * *

El espectáculo era atractivo y curioso. Los paletos discurrían por Móstoles, complacidos y alborozados. Eran de esos paletos de Castilla, elemento tan diferente de la chulapería de los suburbios madrileños: gente de cara de barro cocido al sol y al aire, de manos endurecidas por la labranza, de pescuezos rojizos y agrietados, de ojos pequeños, vivos y maliciosos en medio de cierto rústico candor; gente bien plantada y toscamente varonil, de habla clara y castiza, sin arrastre de consonantes ni apicaramiento de giros; gente de buena voluntad, no enemiga del señorío, y á su modo, un tanto hidalga con las mujeres. A tan corta distancia como está Móstoles de Madrid, ha bastado la interposición de las llanuras, de las verdes eras y de los agros donde la primavera hace despuntar la fecundidad del suelo, para que desaparezca el híbrido tipo del chulo afeminado, procaz y de finas extremidades, y reaparezca el hombre del terruño, el «pardillo,» algo que todavía es un núcleo de vida sencilla, muy española, y que se encuentra en estos lugares, armonizando perfectamente con el caserío anticuado y las torres de la iglesia erguidas á manera de mástiles sobre el mar inmóvil, cuajado, de la estepa castellana.

* * *

¡El caserío! Tiene un encanto que pocos saben apreciar y saborear dulcemente. Es un caserío en su mayor parte bajo de techos y escaso de ventanas. Algunas son tragaluces con rejas cruzadas de hierro, semejantes á aquel desde el cual, en la venta, le jugaron á D. Quijote la pesada broma de amarrarle por la muñeca y dejarle colgado. Hay moradas aristocráticas que lucen en la fachada su viejo escudo, y ostentan en el piso bajo rejas de copete—no tan ricas como las de Toledo y Córdoba, pero siempre elegantes.—En la casa del famoso Alcalde de Móstoles, los pasillos son estrechos, el techo casi se toca con la mano alzando el brazo, y la alcoba donde murió el patriota la ocupa casi entera la tarima de la humilde cama.

Sobre esta modestísima decoración se realizó el hecho sublime. Este pueblecito sin fachenda, con su parador de patio enorme, su iglesia de esbelto campanario, su devota ermita, sus edificios de adobes, fué el cazador madrugador que le metió—sirviéndose de una escopeta anticuada y rota, de tirar á las codornices—un perdigón, el primero, en el ala, á la terrible águila que hacía sombra á toda Europa... No digo que fuese una bala; digo sólo un perdigón; pero el caso es que el pajarraco imperial se sintió molestado, y no en balde su figura de bronce se alza en mitad de la plaza del pueblecillo, en furiosa actitud de lucha.—He aquí la poesía de Móstoles. La sencillez del lugar contrasta con la magnitud del hecho; la *bonhomie* de la gente, embobada ante la fiesta conmemorativa, con lo épico de las memorias que se alzan del suelo y forman fantasmas luminosos en el aire, bajo la caricia del sol, á trechos velado por nubes... Esta gente pueblana, risueña, que se empuja en las calles para ver más pronto al rey, á la corte, á tanta grandeza como se les entra de rondón, comenta con su sencillez el canto heroico de hace un siglo. De todo lo que en España ha cambiado, ¡ay!, quizás sean los paletos lo que ha cambiado menos, lo que la *evolución*—¡mala peste en ella!—respeta un poco, no sé si por necesidad ó por desdén.

* * *

El mujerío de Móstoles se apretuja en los balcones de la plaza. La tahona está vistosísima, con sus colgaduras de ricos mantones madrileños carmesíes y blancos, bordados de pájaros y flores extravagantes. Las señoritas visten de claro, de fresa, de azul, y llevan en el moño claveles colorados y rositas «del tiempo.» El Ayuntamiento se adorna con ramaje y farolería de papel. Cruza de vez en cuando la plaza un personaje de la cabalgata alegórica: el látigo del postillón interesa, sobre todo: es *el mismo*, el que arreó y fustigó para difundir, con rapidez que avergüenza al telégrafo y á todas las modernas invenciones de suprimir distancias, la chispa del levantamiento nacional por la Península...

Y me parece verle salir como un rayo, devorando la carretera, sacudiendo y restallando ese látigo que es un tizón encendido; dejando, tras la huella de las herraduras del caballo, rastro de fuego; inflamando el aire, y despertando, en los al parecer dormidos ámbitos de la patria, la furia vengadora y la desesperación de las grandes resistencias ancestrales, el alma de Viriato en los pastores trashumantes, el alma del Cid en los labriegos, el alma de bronce de los sitiados de Sagunto en las poblaciones; sembrando gotas de sudor para que surgiesen partidarios y guerrilleros.

* * *

Pronto se disipó aquella especie de alucinación, en mí tan poderosa, que determina la evocación, por imágenes sensibles, de las edades pasadas. Al subir al automóvil, la realidad se impuso. No estamos en la España de entonces, sin que por eso estemos completamente en la Europa de ahora—al menos en la Europa claramente orientada hacia la vida moderna.—Y estoy por creer que, si estuviésemos de lleno en esta última, miraríamos con más respeto y cariño á la primera. Forma superior de cultura es el amor, la veneración hacia lo tradicional. ¿Acaso no tenemos aquí diariamente ocasión de deplorar la destrucción de los monumentos y recuerdos del pasado, la bárbara profanación de lo que debiera ser sagrado para todos? Estos días se derriba la casa en que vivió Goya á orillas del Manzanares; la casa desde la cual observó sus costumbres pintorescas y características que trasladó á los cartones de sus tapices; el edificio que el vulgo bautizó llamándole «Casa del Sordo.» En mis viajes he visto iglesias magníficas sirviendo de establos y de depósito de maderas ó trastos viejos; he visto arruinado lo que debiera repararse, olvidado lo que debiera recordarse en letras de oro; vendido al extranjero, por un pedazo de pan, lo que, adquirido aquí por el Estado para conservarlo y enseñarlo, atraería á España miles de turistas, y reportaría centenares de miles de veces el valor de su coste... No, no es España un país que se haya perdido por cultivar la tradición: es al contrario muy poco tradicionalista; su frialdad, su apatía ante el pasado, corren parejas con su imprevisión ante el porvenir.

* * *

Y con ocasión del Centenario se ha podido observar: el que más y el que menos, notó la indiferencia común ante la fecha gloriosa. Se le achacó al gobierno, como se le achaca todo; y bien mirado, el gobierno podría preocuparse más ó menos, recelar ó no recelar que esto cayese peor ó mejor en una nación sobrado inteligente para extrañar que otras naciones celebren lo mejor posible sus altos hechos; pero el gobierno, ante una opinión compacta, firme, consciente, no hubiese presentado el menor obstáculo. Los gobiernos rara vez fabrican el entusiasmo: lo siguen, lo sufren, son llevados por él. He aquí la verdad...

Estudiar por qué tal indiferencia ante la idea de patria se ha acentuado en los últimos veinte años, sería hacer la historia de muchos sucesos, y á más de los sucesos, de sus causas íntimas y profundas, de su relación con el estado moral de la raza. Y saldrían á relucir, no sólo las guerras, sino el separatismo, el regionalismo, los motines, los desencantos de la política y las decepciones de tanta lucha por libertades verbales é impresas, libertades de aire, tinta y papel... Todo ello requeriría mucho trabajo, mucha paciencia en el escritor, y doble, probablemente, en los lectores. Lo único que no se me quedará olvidado, será una afirmación: la sonrisa irónica y la mofa ligera despertadas por el sentimiento patriótico, lejos de revelar superioridad, sólo revelan acorchamiento; son inferioridad, la del molusco con relación al vertebrado.

* * *

Y aunque me lo juren frailes descalzos—que no se tomarán semejante molestia,—la opereta inglesa no divierte. Para cuatro personas que entiendan los ¿chistes?, cuatrocientas se quedan en ayunas. La misma índole del chiste inglés se despega del modo de ser español. Creo que la tal compañía, que es de tercer orden, hará una temporada con fortuna, pero que no repetirá la suerte; no arraigará en nuestros espectáculos de primavera, como arraigaron las *troupes* italianas, hasta el punto de que, al faltarnos Tina di Lorenzo, dijérase que nos falta algo propio.

Lo que ha echado raíces es el espectáculo hípico. Quizás se deba su prosperidad á que es la menor cantidad de espectáculo posible. Sencillamente es pasarse una tarde al aire libre, entre gente conocida, merendando y charlando, sin fatigar la vista ni el cerebro. Por otra parte, estamos persuadidos de que conviene mucho que se desarrolle tal *sport*, que los oficiales del ejército demuestren su maestría y hagan primores, y que nuestra raza caballar se perfeccione y rivalice con las extranjeras. ¡El caballo es un ser tan hermoso y tan interesante! En esta época de automovilismo, el caballo adquiere la poesía de lo arqueológico y la pátina de lo castizo. Dijérase que el automóvil suprime al caballo, cuando en realidad lo que sucede es que los caballos de tiro y de silla cuestan más que nunca, que las jacas de polo adquieren relativo alto valor, que las mulas tienen soberbio mercado y que hasta los borriquitos humildes, resignados y diminutos, se cotizan á muy subido precio. Los inventos y las novedades no perjudican á nadie, está visto. El carruaje de lujo sigue siendo de lujo, los troncos de pura sangre continúan siendo privilegio de pocos afortunados, y el *chauffeur* no ha destronado al automedonte. Más vale así.

* * *

Un incendio formidable acaba de devorar las Américas, ese pintoresco é infecto bazar, semejante á los que deben verse en algunas ciudades de Africa y en el Oriente de Europa, y en el cual se reunían los despojos de tanto naufragio como en el oleaje de la villa y corte se produce diariamente.

Materia para reflexiones darían á un observador los puestos de las Américas, y millones de historias dramáticas y desconocidas dormirían en sus rincones polvorientos, bajo los muebles de lance hacinados de la mejor manera para que ocupasen el menos sitio que se pudiese. Cunas, lechos, mesas de escritorio y de comedor, consolas, espejos, entredoses..., ¡si hablaran! Y también había género nuevo, de maula en su mayor parte, para surtir posadas, casas de huéspedes, hogares muy modestos, buhardillas donde se trabaja y se pena desde la mañana hasta la noche...

Y había las «antigüedades,» los Grecos y los Murillos y los Ticianos y los Goyas *pour rire*, los bargueños falsificados, los platos de Talavera lañados y con desportillos, las espadas de cazoleta fabricadas anteayer, los galones negruzcos y los botones de metal color de aceituna... Todo ese fárrago, esa broza, ese polvillo, ese oropel, lo ha consumido el fuego rápidamente, deleitándose en una presa tan fácil, tan seca y tan gustosa de devorar. El agua faltó por completo... Suele faltar cuando más se necesita esta agua madrileña, y la verdad es que mucha gente del vecindario sólo se acuerda del agua ante el incendio, como de Santa Bárbara cuando truena. Otros usos más frecuentes é higiénicos del agua están muy olvidados, no seré yo quien lo dude. Así y todo, debiera haber agua á punto, para los pobres industriales del Rastro.

Emilia Pardo Bazán.

IGNACIO ZULOAGA EN EL SALÓN DE PARÍS DE 1908

En unos cuantos años de labor fecunda y admirable, el ilustre pintor vasco, primero entre los primeros, no de España, sino del mundo entero, ha improvisa-



Las brujas de San Millán (Segovia), cuadro de Ignacio Zuloaga. (Publicación autorizada.)

(Prohibida la reproducción sin autorización del autor ó del Sindicato de la Propiedad Artística.)

do un nombre de reputación universal. De triunfo en triunfo, ya en Venecia, ya en Munich, en concursos de carácter internacional, ha ido Zuloaga durante el lustro último. En los diversos Salones de París, que tienen una nombradía mundial y otorgan una definitiva consagración, en lucha con los pintores franceses y con los extranjeros de más larga fama, ha destacado briosamente su personalidad artística, de un temperamento original, y ha consolidado su gloria de maestro indiscutible.

La primer figura en el Salón de este año es Zuloaga. Sus cuadros, expuestos en las galerías del Palacio de Bellas Artes, han producido una enorme sensación. Todos los elogios de la prensa—estos periódicos que discuten y menosprecian todos los talentos si no tienen origen francés, así en letras como en artes—han sido para el pintor español. La grandeza del triunfo es necesario discernirla—conociendo este país, «feria de vanidades»—de esa unanimidad con que se han reconocido los altos méritos de Zuloaga.

Tres cuadros ha expuesto: *Les Sorcieres de San Millan, Nain,* y un retrato de la actriz señorita Breval en el traje de la ópera *Carmen.*

Zuloaga es el pintor que actualmente encarna la tradición del espíritu español en la pintura. Se nos ha presentado unas veces heredero de Goya, y en otras ocasiones como descendiente directo de Velázquez. No hay contradicción—como algunos han creído—entre estas dos tendencias artísticas. Todas han venido por un cauce común, por donde la vida española, á lo largo de los siglos, ha venido deslizándose, siempre vivo é igual de espíritu, variando en el aspecto externo, en lo accidental y pintoresco.

En nada se parecen estas muchachas morenas, de perfil brioso, de ojos que centellean ardientes y pícaros, que ha pintado Zuloaga, á las manolas, de

carnaciones blandas, de rubicunda tez, que nos dejara Goya. La mantilla á la usanza española es un simple detalle sin importancia, completamente accesorio. Lo que en ellas hay de común es el alma de raza, el carácter típico y solariego, la vivacidad espiritual, pronta de ingenio, fácil al donaire, rebosando una gracia, un encanto, una alegre sugestión singularísimos.

Lo mismo nos hacen sentir lo típico español, lo que hay de indígena y nativo en el modo de ser de nuestro pueblo, representado en unas figuras de mujer, la maja al balcón de Goya que estas muchachas segovianas, de la más pura cepa de Castilla, que Zuloaga ha puesto también asomadas al balcón. A pesar de todas las diferencias de tiempo y de costumbres, el tipo subsiste, y en recogerlo y perpetuarlo, como lo perpetuó el insigne sordo aragonés, ha estribado el gran acierto del ilustre vasco contemporáneo.

Hay paridad de temperamento; una idéntica visión. Nunca ni el plagio, ni la copia servil. Zuloaga ha heredado el espíritu, la levadura realista, el sedimento de nuestro carácter nacional, móvil, alegre, pintoresco.

Pero hay en ese espíritu español una nota más viva, mas nuestra. Es el humorismo, la amarga ironía, entre jocosa y doliente, que ha empapado, en el largo transcurso de nuestro vivir histórico, como aliento espiritual de la raza, las letras y la pintura.

Esa nota la ha recogido también con gran fortuna Zuloaga. Ella le da derecho al título de descendiente de Velázquez. Los cuadros que ahora ha presentado, *Les Sorcieres* y *Nain*, son de ello un elocuente testimonio.

No le han inspirado directamente los cuadros del maestro inmortal de *Las meninas*. Acaso le haya sugerido el camino. Nada más. La propia realidad del vivir, la extraña naturaleza han dado de sí esos tipos que tan maravillosamente ha reproducido Zuloaga.

Cierto que ellos recuerdan las figuras velazqueñas. Claro. Como que los tipos que el maestro trasladara al lienzo, por su temperamento realista que sólo podía observar y reproducir la vida, los encontró á su paso en la cantera inagotable de la naturaleza, en el modo de ser español. Los bufones y los pícaros de Velázquez no son seres sueltos, excepcionales, creados imaginativamente. Son de la misma laya que los buscones, los pícaros, el hampa maleante que desfila por las páginas de un humorismo amargo, de Hurtado de Mendoza y Espinel. Marcos de Obregón y Guzmán de Alfarache, que hemos conocido en la novela picaresca, son hermanos de sangre, sobre todo gemelos por la raza, de Pablillos de Valladolid y el bobo de Coria, que conocemos por Velázquez. ¿Es extraño, pues, que guarden parentesco el niño de Vallecas y el Enano que ha presentado ahora Zuloaga? No; es el espíritu de raza que se perpetúa, nuestro carácter que se prolonga en los siglos.

Este enano—*Nain*—de Zuloaga es monstruoso. Rechoncho, contrahecho, el cráneo aplastado, ventrudo, las cejas ásperas, chata la nariz, un ojo verdoso, con un mirar rarísimo, entre vivo y apagado, entre pícaro y estúpido, es una figura de un original relieve. Los odres que carga á hombros es una nota áspera, así como el pergenio mismo del caserío que al fondo se destaca, cerrando la lejanía, bajo un cielo lívido y con aire tormentoso.

¿Y las viejas? Esas *brujas* de San Millán componen un grupo macabro. Son también monstruosas. Escuálidas—casi pudiera decirse de alguna esquelética,—horrorosas en su aspecto torvo, tirando á lo trágico; las narices aguzadas, dando un carácter siniestro al perfil; las carnes flácidas; la piel rugosa; los párpados casi sin pestañas; las cejas comidas; los cabellos sucios, lacios; una mueca cruel en las bocas hundidas, justifican el remoquete popular de brujas con que el sentido, entre burlón y miedoso del público, suele designarlas. Son ellas el tipo clásico que la superstición de las gentes de España teme y odia, persiguiéndolas sanguinariamente á veces en aldeas y villorios, odio que inspiró á Pereda una de las más bellas páginas de *El sabor de la tierruca*.

Todas estas figuras, de una naturaleza anormal, Zuloaga las coloca en un escenario á propósito. Para mejor destacarlas, intensificando la impresión, las ha envuelto en una claridad torva, entre luces de crepúsculo sombrío, sobre paisajes extraños de una coloración verdinegra en que la paleta, sencilla, sobria y sobre todo hábil en el acierto, ha dado nada más que tonos verdes y rojos. El triunfo ha sido colosal. Zuloaga es hoy una de las primeras figuras de la pintura contemporánea. Y es, para nuestro orgullo, una de las más legítimas y menos discutidas glorias de España.

París, abril de 1908. Angel Guerra.



Presos, grupo escultórico de Luciano Oslé, premiado con primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1908.

A continuación del interesante artículo de nuestro distinguido colaborador, parécenos oportuno reproducir lo que el notable crítico del periódico parisiense «Le Figaro» Arsenio Alexandre, ha escrito acerca de los cuadros expuestos por el genial Zuloaga en el actual Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. El juicio de Angel Guerra podría, en concepto de algunos, parecer influído por la admiración del compatriota; el del periodista francés no podrá ser tachado de parcial, procediendo como procede de un pueblo y de una prensa tan parcos en glorificar lo extranjero.

«Un Salón que contenga, aunque sólo sean cinco ó seis obras que hagan pensar con alguna profundidad ó sean sugestivas de emoción y de encanto, es un Salón salvado. ¿Lo es el de este año? Sí, porque contiene una media docena de obras que, en diversos grados, llenan esas condiciones de un modo superior y un buen número de otras que también las llenan en parte. Podría yo decir que una Sociedad que ha perdido á Puvis de Chavannes, á Cazin, á Whistler, á Burne Jones y á Carriere y no ha visto surgir todavía nuevas figuras tan altas, tiene que trabajar mucho para borrar el recuerdo de las Exposiciones pasadas; pero es cosa muy fácil oponer los muertos á los vivos. Estos tienen razón contra aquéllos..., y sin más preámbulos diré cuáles artistas me han parecido dominar el conjunto de la Exposición. Después de haber procedido á esta selección de los *clous*, seguiré simplemente el orden de las salas, cuyo contenido analizaré, discutiendo las obras salientes de cada una.

»Parecería natural que debiesen tener el orden de prioridad en nuestro examen aquellas obras en que domina la inspiración personal, en que el autor se ha dejado llevar por la inspiración y por el ensueño; pero este año resulta que las producciones de este género son menos sorprendentes que las que descansan en la sola observación de las realidades. Comenzaremos, pues, por éstas.

»Zuloaga es uno de los que atraerán y agitarán más enérgicamente á los espectadores. Sus obras son cosas verdaderas, que tienen toda la potencia y todo lo emocionante inesperado de una pesadilla. Un grupo de viejas, *Las brujas de San Millán*, celebra en la noche un extraño conciliábulo. Son horribles y soberbias esas mujeres; adivínase que uno de sus oficios es vender filtros de amor y otro procurar á los débiles humanos ocasión de recurrir á ellos. Todas las delgadeces y todas las malas gorduras; todas las degeneraciones y todos los odios viven en esas fisonomías. Baudelaire habría encontrado en ese cuadro alegrías y sorpresas, porque presenta decrepitudes y estados de alma seniles que él no previó en sus *Viejas*.

»Aún es más alucinante el segundo cuadro: es un

Enano de Avila, fabricante y vendedor de odres; ese miserable juguete de la irónica naturaleza lleva sobre su hombro sus mercancías henchidas. *El hombre del pie contrahecho,* de Ribera, es un ángel al lado de ese ser humano, cuya boca tiene precisamente el orificio de un odre, cuyos ojos son de distinto color y cuyo cuerpo horriblemente deforme revela una vitalidad intensa. Y sin embargo, el enano es dichoso; es su propio universo, como lo es la mujer mas bella ó el hombre más poderoso; tiene la conciencia de su personalidad; siente vagamente que representa un papel en el mundo, y ciertamente ha desempeñado ya uno muy importante, el de inspirar á un robusto obrero y á un severo pensador una obra sorprendente.

»No necesito decir la riqueza de color siniestro, el vigor del modelado, la sólida y opulenta materia de esas pinturas.

»La tercera obra expuesta por Zuloaga forma contraste con las anteriores, no por su factura, que es igualmente vigorosa, sino por su ruda y nerviosa elegancia. Es un «ante estreno» en toda la fuerza de la palabra; porque esto es lo que representa la *Señorita Breval,* tal como estará en la ópera *Carmen.* A esa imagen de la bella cantante ha sabido darle Zuloaga todo el interés de una pintura de costumbres y todo el sabor de un verdadero retrato de teatro.»

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que en diversas ocasiones ha tributado el debido homenaje á Ignacio Zuloaga y que ha reproducido sus principales obras, hoy se honra nuevamente dedicando el testimonio de su admiración al eximio artista, que tan alto sostiene el nombre español en el mundo del arte, y le felicita con entusiasmo por el gran triunfo alcanzado en el actual Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París.



Una cueva en el Albaicín, cuadro de Tomás Muñoz Lucena
(Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)



Emigrantes, cuadro de Ventura Alvarez Sala, premiado con segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1908

LONDRES.—EXPOSICIÓN FRANCO-BRITÁNICA. (Fotografías del World's Graphic Press.)

Esta Exposición, recientemente inaugurada, ha sido acogida con tanto entusiasmo en Inglaterra como en Francia; ambas naciones la consideran como consagración de la *entente cordiale* que ha establecido estrechos vínculos de amistad entre los dos pueblos, y con ello ha modificado esencialmente la política internacional.

No es, pues, de extrañar que franceses é ingleses, así los elementos oficiales como los particulares, hayan puesto todo su empeño en que la Exposición fuese una manifestación grandiosa bajo todos conceptos de la vida y de los progresos de sus respectivos países.

Hállase la Exposición instalada en la extensa llanura londinense llamada Shepher's Bush, y sin exageración puede afirmarse que el conjunto de las instalaciones supera en gusto y grandeza á la última Exposición Universal de París; los veinte palacios de que consta ocupan un perímetro de 56 hectáreas, y cada uno de ellos es una maravilla de belleza arquitectónica, sobresaliendo los de Bellas Artes, Música, Agricultura, Ciencias, Artes liberales y Arte aplicado, en la sección francesa, y los de Maquinaria, Horticultura, Electricidad, Artes liberales, Arte aplicado, Música é Industria, en la británica.

Las secciones coloniales son también notabilísimas, como lo son asimismo el gran patio de honor y sobre todo el pabellón real. El estadio, destinado á las fiestas deportivas, es realmente soberbio; en él caben 140.000 espectadores.

El alumbrado del recinto de la Exposición consiste en 150.000 arcos voltaicos; pero además millares y millares de bombillas eléctricas dibujan las principales líneas arquitectónicas de los palacios y pabellones.

La Exposición contiene varias secciones recreativas, aún no terminadas, entre las que figurarán *music-halls* ingleses, *cabarets* artísticos franceses, teatros y aldeas exóticos, reproducciones de la ciudad de Londres en tiempo de los Tudor y una imitación de un barrio veneciano con sus correspondientes góndolas y gondoleros llevados expresamente de Venecia.

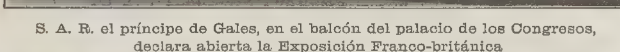
La inauguración se efectuó el día 14 de los corrientes, bajo la presidencia de los príncipes de Gales, y á ella asistieron, entre otras altas personalidades, el duque de Argyll, presidente de la sección inglesa; el ministro de Comercio francés M. Cruppi, presidente de la sección francesa; M. Ruau, ministro de Agricultura de Francia, y el embajador de esta nación en Londres M. Cambón.

Los príncipes fueron recibidos en la entrada de Wood Lane por M. Cambón y por el comité de la Exposición, y después de haber atravesado el salón de los Congresos asomáronse al balcón de este palacio, desde donde el príncipe de Gales declaró oficialmente inaugurado el certamen. Luego se efectuaron las presentaciones, habiendo los príncipes felicitado muy calurosamente á Mr. Imre Kiralfy, comisionado general de la Exposición y autor de los proyectos de las instalaciones inglesas.

A pesar de la lluvia torrencial, que no cesó un momento, un público numerosísimo asistió á la ceremonia, se efectuaron en el estadio algunos juegos atléticos, y la comitiva oficial, con los príncipes de Gales al frente, recorrió los principales palacios y pabellones de la Exposición, visitando especialmente el pabellón de la ciudad de París é inaugurando la sección de joyería francesa, única que está enteramente terminada.

En el palacio de la Música cantóse una cantata, letra del duque de Argyll y música de A. V. Stanford, dando la bienvenida á todos los trabajadores que han tomado parte en esa manifestación de la paz y del trabajo y ensalzando la *entente cordiale*.

Después, la famosa cantante señora Albani entonó el himno nacional inglés y los coros entonaron la *Marsellesa*. – S.



S. A. R. el príncipe de Gales, en el balcón del palacio de los Congresos, declara abierta la Exposición Franco-británica



La comitiva oficial, presidida por los príncipes de Gales, recorriendo los principales palacios y pabellones de la Exposición Franco-británica el día de la inauguración

LONDRES.—LA CIUDAD DE LOS PALACIOS EN EL WEST-END: CUATRO MAGNÍFICOS PABELLONES DE LA EXPOSICIÓN FRANCO-BRITÁNICA. (De fotografías.)



Palacio de arte francés aplicado

Pabellón real

Palacio de la industria francesa

Palacio de la India

La Exposición será altamente instructiva, no sólo para Francia é Inglaterra, sino también para todo el mundo civilizado. Sus hermosos edificios y sus bellísimos paseos y jardines harán además de ella uno de los sitios predilectos de Londres durante los meses de verano

LONDRES.—LA CIUDAD DE LOS PALACIOS EN EL WEST-END: CUATRO MAGNÍFICOS PABELLONES DE LA EXPOSICIÓN FRANCO-BRITÁNICA. (De fotografías.)



El palacio de Ingeniería y Maquinaria es el mayor de la exposición y contiene un número inmenso de máquinas, muchas de ellas en función, constituyendo, por consiguiente, una magnífica lección de cosas aplicada á la ingeniería moderna. Hay secciones especiales para la industria naval y para la navegación.



Esta exposición ocupa una superficie ocho veces mayor que la gran exposición de 1851 é igual á la mitad de la Hyde Park y presenta en un grado hasta ahora no alcanzado los esfuerzos de dos grandes naciones para hacer ostentación de sus industrias y de sus frutos. Esta exposición, importante desde el punto de vista social, lo es también mucho comercialmente considerada

1. Entrada. – 2. El pabellón de las ciencias. – 3. Palacio de la industria británica. – 4. Palacio de las industrias francesas. – 5. Palacio de industrias textiles y químicas británicas – 6. Pabellón de la educación británica. – 7. Pabellón de lectura de la educación británica. – 8. Palacio de Congresos. 9. Edificio de la administración – 10. Pabellón del traje. – 11. Palacio de artes aplicadas francesas – 12. Restaurant francés. – 13. Palacio de artes aplicadas británicas. – 14. Palacio de labores femeninas. – 15. Club de deportes. – 16. Palacio de Bellas Artes. – 17. Palacio de la Música – 18. Pabellón imperial. – 19. Pabellón Luis XV – 20. Pabellón franco británico. – 21. Gran restaurant. – 22. Garden Club. – 23. Pabellón real. – 24. Pabellón de la ciudad de París. – 25. Ferrocarril canadiense. – 26. Canadá. – 27. Nueva Zelandia. – 28. Colonia de la corona británica. – 29. La espiral. – 30. El *flip flap*. – 31. Pabellón del ferrocarril del Canadá-Pacífico. – 32. Factoría de galletas de Mc. Vitie y Price. – 33. Compañía de tabaco Ardath. 34. El viejo Londres. – 35. Australia. – 36. Argelia, Túnez y Africa oriental francesa. – 37. Aldea senegalina. – 38. India. – 39. Indo China. – 40. Aldea de Ceylán. – 41. Aldea india. 42. Aldea irlandesa. – 43. Túnez – 44. Palacio colonial francés. 45. Pabellón colonial francés. – 46. Pabellón militar francés. – 47. Recreos y deportes orientales.

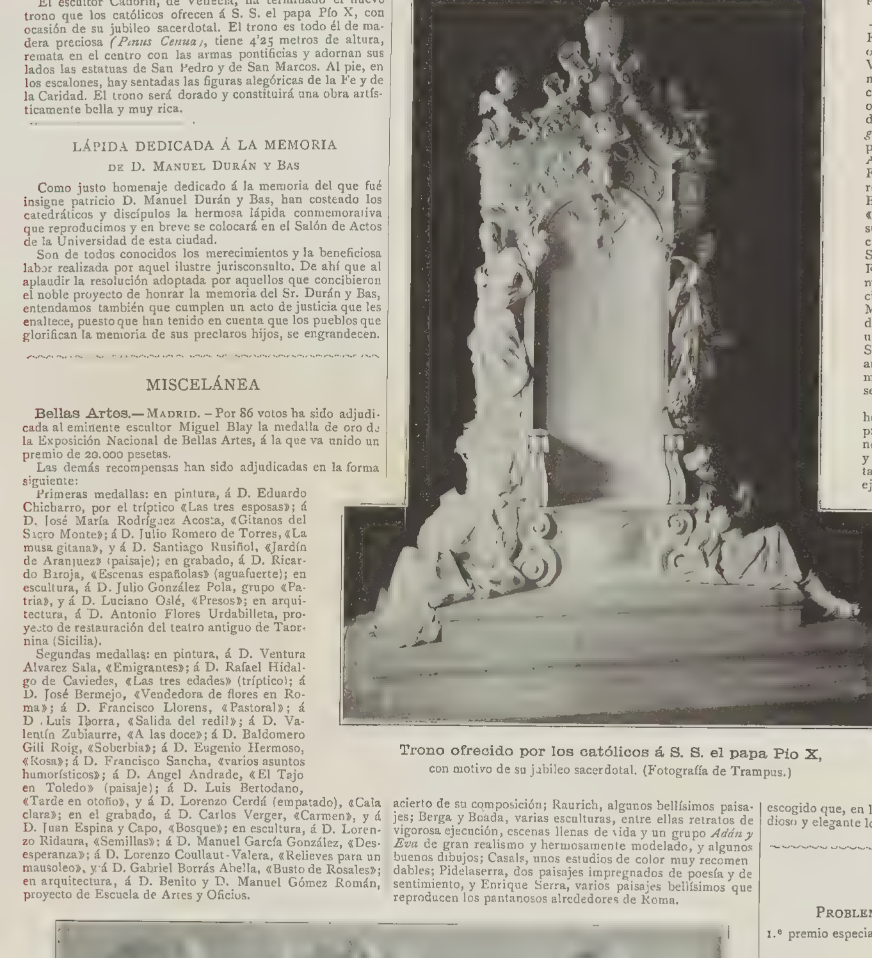
UN NUEVO TRONO PARA EL PAPA

El escultor Cadorin, de Venecia, ha terminado el nuevo trono que los católicos ofrecen á S. S. el papa Pío X, con ocasión de su jubileo sacerdotal. El trono es todo él de madera preciosa *(Pinus Cenua)*, tiene 4'25 metros de altura, remata en el centro con las armas pontificias y adornan sus lados las estatuas de San Pedro y de San Marcos. Al pie, en los escalones, hay sentadas las figuras alegóricas de la Fe y de la Caridad. El trono será dorado y constituirá una obra artísticamente bella y muy rica.

LÁPIDA DEDICADA Á LA MEMORIA
DE D. MANUEL DURÁN Y BAS

Como justo homenaje dedicado á la memoria del que fué insigne patricio D. Manuel Durán y Bas, han costeado los catedráticos y discípulos la hermosa lápida conmemorativa que reproducimos y en breve se colocará en el Salón de Actos de la Universidad de esta ciudad.

Son de todos conocidos los merecimientos y la beneficiosa labor realizada por aquel ilustre jurisconsulto. De ahí que al aplaudir la resolución adoptada por aquellos que concibieron el noble proyecto de honrar la memoria del Sr. Durán y Bas, entendamos también que cumplen un acto de justicia que les enaltece, puesto que han tenido en cuenta que los pueblos que glorifican la memoria de sus preclaros hijos, se engrandecen.



Trono ofrecido por los católicos á S. S. el papa Pío X,
con motivo de su jubileo sacerdotal. (Fotografía de Trampus.)

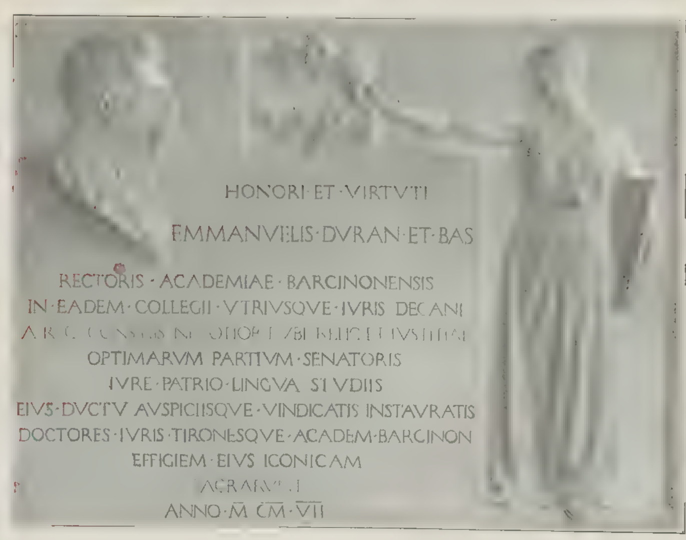
MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Madrid. – Por 86 votos ha sido adjudicada al eminente escultor Miguel Blay la medalla de oro de la Exposición Nacional de Bellas Artes, á la que va unido un premio de 20.000 pesetas.

Las demás recompensas han sido adjudicadas en la forma siguiente:

Primeras medallas: en pintura, á D. Eduardo Chicharro, por el tríptico «Las tres esposas»; á D. José María Rodríguez Acosta, «Gitanos del Sacro Monte»; á D. Julio Romero de Torres, «La musa gitana», y á D. Santiago Rusiñol, «Jardín de Aranjuez» (paisaje); en grabado, á D. Ricardo Baroja, «Escenas españolas» (aguafuerte); en escultura, á D. Julio González Pola, grupo «Patria», y á D. Luciano Oslé, «Presos»; en arquitectura, á D. Antonio Flores Urdabilleta, proyecto de restauración del teatro antiguo de Taormina (Sicilia).

Segundas medallas: en pintura, á D. Ventura Alvarez Sala, «Emigrantes»; á D. Rafael Hidalgo de Caviedes, «Las tres edades» (tríptico); á D. José Bermejo, «Vendedora de flores en Roma»; á D. Francisco Llorens, «Pastoral»; á D. Luis Iborra, «Salida del redil»; á D. Valentín Zubiaurre, «A las doce»; á D. Baldomero Gili Roig, «Soberbia»; á D. Eugenio Hermoso, «Rosa»; á D. Francisco Sancha, «varios asuntos humorísticos»; á D. Angel Andrade, «El Tajo en Toledo» (paisaje); á D. Luis Bertodano, «Tarde en otoño», y á D. Lorenzo Cerdá (empatado), «Cala clara»; en el grabado, á D. Carlos Verger, «Carmen», y á D. Juan Espina y Capo, «Bosque»; en escultura, á D. Lorenzo Ridaura, «Semillas»; á D. Manuel García González, «Desesperanza»; á D. Lorenzo Coullaut-Valera, «Relieves para un mausoleo», y á D. Gabriel Borrás Abella, «Busto de Rosales»; en arquitectura, á D. Benito y D. Manuel Gómez Román, proyecto de Escuela de Artes y Oficios.



Lápida conmemorativa, dedicada por los catedráticos y discípulos del que fué ilustre jurisconsulto D. Manuel Durán y Bas, obra de Enrique Clarassó, que ha de colocarse en el salón de la Universidad de Barcelona.

Barcelona. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente: Félix Mestres, un retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII destinado al Palacio de Justicia de esta ciudad y que es notable por el parecido, por lo majestuoso de la figura y por el acierto de su composición; Raurich, algunos bellísimos paisajes; Berga y Boada, varias esculturas, entre ellas retratos de vigorosa ejecución, escenas llenas de vida y un grupo *Adán y Eva* de gran realismo y hermosamente modelado, y algunos buenos dibujos; Casals, unos estudios de color muy recomendables; Pidelaserra, dos paisajes impregnados de poesía y de sentimiento, y Enrique Serra, varios paisajes bellísimos que reproducen los pantanosos alrededores de Roma.

Espectáculos.—Barcelona. – En el Eldorado ha comenzado sus funciones la excelente compañía de la Comedia de Madrid, de la que forman parte, entre otros, las señoritas Ruiz y Suárez y el Sr. Santiago, y que ha estrenado con buen éxito *El amor vela*, comedia en cuatro actos de Flers y Caillavet, arreglada del francés por el Sr. Palomero.

Palau de la Música Catalana. Orfeó Catalá. – Se ha celebrado con gran solemnidad la Fiesta de la Música Catalana, en la que han obtenido: la flor natural, el Rdo. D. Mariano Vinyas por su composición *L'encís;* un premio de 250 pesetas, el Sr. Lambert por su coro de hombres *La barretina;* otro igual, ofrecido por el cardenal Casanyas, el reverendo D. Luis Romeu por su obra *Laudes et gratiæ;* otro de 125, el Sr. Sancho Marraco por varios *Cánticos;* uno de 250 pesetas, del Ateneo Barcelonés, la señorita D.ª Julita Farnés por su colección de canciones populares; otro de 250 pesetas, el Rdo. D. Vicente Bosch por sus *Cançons de la terra;* el del «Centre Excursionista,» D. Enrique Riba por su colección de bailes populares de la comarca de Lérida; el de la «Unió Catalanista,» el Sr. Lambert por una sardana; el de la «Lliga Regionalista,» el Sr. Gibert y Serra por sus melodías catalanas *Pirinenques;* el de la Asociación Musical de Barcelona, D. Francisco Montserrat por sus *Impresions de natura;* uno de 250 pesetas, D. Francisco Fornells por unas transcripciones; otro de 250 pesetas, el Sr. Lambert por una colección de canciones armonizadas para piano, y otros varios premios los Sres. Lambert, Moixó, Pérez y la señorita Portella.

Antes del reparto de premios pronunció un hermoso discurso el maestro Sr. Nicolau, y el presidente del Orfeón Sr. Cabot puso término á la fiesta con otro también bellísimo. Uno y otro fueron muy aplaudidos, como lo fueron también las composiciones premiadas que se ejecutaron.

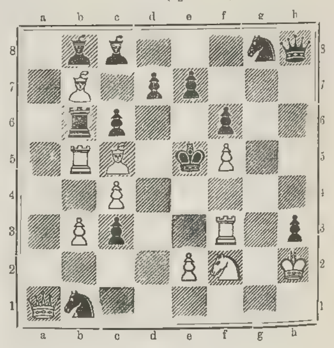
—En el propio palacio ha dado tres conciertos la famosa Orquesta Filarmónica de Berlín. Cuanto se diga en alabanza de ellos es poco: en los programas figuraban las sinfonías 3.ª, 5.ª y 7.ª de Beethoven; las oberturas y preludios de *Tanhäuser, Los maestros cantores, El buque fantasma, Parsifal* y *Tristán é Isolda*, la escena del *Venusberg* de *Tanhäuser*, la *Muerte de Isolda*, la escena del *Viernes Santo*, de *Parsifal*, de Wágner; los poemas *Don Juan, Travesuras de Till Eulenspiegel* y *Muerte y transfiguración*, de Ricardo Strauss, que dirigía la orquesta; la obertura de *Oberón*, de Weber; la obertura de *Benvenuto Cellini*, de Berlioz, y *Los preludios*, de Liszt. Todas estas piezas fueron ejecutadas de una manera maravillosa y acogidas con entusiásticas ovaciones por el público escogido que, en las tres noches, llenó enteramente el grandioso y elegante local del Palacio de la Música Catalana.

AJEDREZ

Problema núm. 494, por V. Marín.

1.º premio especial *ex-æquo* del concurso del «Sammler» 1902

Negras (13 piezas)



Blancas (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 493, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. A f 8 - h 6	1. d 6 × e 5
2. C f 6 - e 4	2. f 4 × g 3 ú otra
3. e 2 - e 3 ó D mate.	

Variantes.

1......... T h 4 × h 6; 2. T g 4 × f 4 jaq., etc.
R d 4 × e 5; 2. D g 3 × f 4 jaq., etc.
T h 4 × g 4; 2. D g 3 - d 3 jaq., etc.
T a 7 × a 5; 2. A h 6 × f 4, etc.
Otra jug.ª; 2. A h 6 × f 4, etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



—¡No mire usted hacia ese lado, no mire usted!, exclamó Wylie, abriéndose paso entre la turba

—Sí, no lo olvides, dijo Mauricio con una seriedad que no le pareció muy del caso á Zoe, la cual se alejó apresuradamente.

«¿Irá á interponerse entre Mauricio y yo?—se preguntaba.—No, eso no podrá hacerlo si yo no la dejo. Realmente no es mala para ser aún una muchacha, siempre tratando de ver hasta dónde puede llegar, asustándose luego de las cosas que hace y esperando que otros carguen con la responsabilidad. Lo cierto es que no puedo descifrar lo que en realidad es.»

—Buenos días, dijo Wylie, que llegaba en aquel momento. Me alegro de ver que no parecen haber hecho mella en usted las pasadas peripecias. Acabo de hablar con el doctor. ¡Qué contratiempo tener que quedarse usted aquí! Creo que el estado de su hermana no le debe inspirar ningún cuidado.

—Muchas gracias; dice el médico que lo único que necesita es descanso. Supongo que viene usted á decirme adiós, añadió notando que el oficial estaba ya en traje de continuar el viaje.

—No precisamente. Tan sólo voy, con su hermano, á ver si podemos desenterrar de entre los restos del tren el equipaje de ustedes. He visto que estoy más quebrantado de lo que creía, añadió notando que Zoe lo miraba sorprendida, y he pensado que me conviene tener un poco de descanso; así es que también me quedo aquí, si usted no lo tiene á mal.

—¿Por qué había de tenerlo?, respondió Zoe fríamente. Me parece que á mi hermano le agradará mucho tener un compañero, puesto que yo voy á estar tan ocupada. Supongo que no tendrá usted nada de importancia.

—¡Oh! No, no, absolutamente nada. Voy á ponerle dos letras á mi amigo diciéndole que no me espere tan pronto. A propósito, muy pronto van á mandar las cajas de dinero. ¿Qué hacemos con el maletín de las joyas de su hermana? Ya se ha hablado mucho de eso, y las gentes de este pueblo van á creer que son ustedes personas muy ricas. Me parece que estarán más seguras mandándolas por delante.

—En seguida se lo diré, dijo Zoe subiendo la escalera.

Para entrar en materia de un modo suave y diplomático, comenzó por decirle á Irene que Wylie se quedaba con ellos, lo que pareció haberla afectado un poco.

—No merezco esa prueba de abnegación de su parte, dijo con voz apagada, pues no he tenido con él ninguna clase de deferencias; pero no dejaré de pagársela. ¡Ah!, siguió diciendo al notar la mirada de asombro y algo indignada de Zoe. Me olvido de que él no sabe nada; sin embargo, su intención es buena.

—Él cree que lo que usted debiera hacer es mandar por delante el maletín de las joyas junto con las cajas de dinero, para que lo dejen en sitio seguro, dijo Zoe de pronto, incomodada sin razón por haber supuesto Irene que Wylie se quedaba por ella.

—¡Nunca!, respondió con firmeza Irene. No me separaré de ellas.

—¡Ah! Está bien. Todo el mundo se ocupa de las joyas, y con seguridad llegará á oídos de los insurrectos, que pronto vendrán y pondrán sitio á la posada y no tendrá usted más remedio que entregárselas.

—No, mientras viva.

—Pues bien: si usted cree que Mauricio, el capi

tán Wylie ó algún otro va á sacrificar su vida y las de tantos como aquí estamos tan sólo por salvar sus alhajas, lo que es yo, por mi parte, no lo creo.

Irene titubeó un momento.

—¿Qué dice Mauricio?, preguntó.

—Piensa como yo; que si usted es nuestra hermana, ha de tener usted en cuenta los deseos de su hermano.

—Si yo supiese de cierto que estarían seguras..., dijo Irene dando un suspiro.

—Por supuesto que lo estarán. Se me figura que le han de dar á usted un recibo, y en ese caso, la compañía del ferrocarril se hace responsable.

—Si yo creyera que..., añadió Irene agarrando la maleta con la mano. Zoe, ¿quiere usted enterarse de eso en seguida? Si la compañía me garantiza la seguridad de la maleta, se la entregaré.

Tranquilizada por esa resolución juiciosa, volvió á bajar Zoe la escalera, vió al encargado de conducir las cajas del tesoro, y habiendo obtenido de él todas las seguridades apetecibles, regresó adonde estaba Irene, que había abierto la maleta y con torpe mano estaba colocando en su sitio las alhajas que debían aparecer á la vista, aquellas que, según había dicho á la señora francesa, habían pertenecido á su madre.

—Llévesela usted en seguida, antes de que me arrepienta, dijo cerrando la maleta precipitadamente.

VI

UNA EMBOSCADA

Estaba próxima á terminar la semana que habían de permanecer en la posada. Por dos veces había llegado el tren de Europa á la estación, y sus pasajeros habían tenido que seguir la carretera, como lo hicieron los de el descarrilado, para volver á tomar la línea férrea á la otra parte del río. Cuadrillas de trabajadores estaban ocupadas en la reparación del puente, y los empleados de la estación tenían harto que hacer con el continuo paso de trenes transportando materiales. Mauricio y Wylie habían sacado cuanto habían podido de sus equipajes y de los de las jóvenes de entre el montón de maletas y baúles destrozados, y en parte saqueados por los trabajadores, que habían podido extraerse de debajo de los restos del tren. El carpintero del pueblo se vió sobrecargado de trabajo, ó por lo menos así lo decía él, haciendo cajas nuevas ó componiendo las viejas. Los huéspedes de la posada recibieron un refuerzo en la persona de Haji Ahmad, criado rumi de toda confianza del amigo de Wylie, el capitán Palmer, quien lo había mandado para que les sirviera, como así lo hizo. La infeliz señora Smith fué enterrada en el abandonado cementerio del pueblo, con las oraciones de rúbrica dichas á toda prisa por un sacerdote sucio y andrajoso que, al parecer, entendía tanto lo que estaba rezando como los mismos tres ingleses que le estaban escuchando, y el que mostró luego un indecoroso afán por cobrar en seguida los derechos que le correspondían.

—Irene, dijo Zoe al quinto día de su permanencia, me pide Mauricio que le pregunte á usted qué epitafio desea que se ponga en la lápida. Ha encontrado aquí uno que sabe grabar las letras, y quiere dejarlo todo bien arreglado antes de que nos marchemos.

—Eudoxia Vladimirouna, nada más, respondió Irene después de reflexionar un instante. Algún día levantaré aquí una iglesia conmemorativa que pregone su fidelidad y abnegación para conmigo; pero aún no ha llegado la ocasión.

Zoe guardó silencio, pensando en que la pobre señora hubiera preferido tal vez una vida tranquila á aquellos honores póstumos. Irene adivinó lo que pasaba por su mente y preguntó titubeando:

—¿Sabe usted que no era tía mía en realidad?

—Lo había sospechado, respondió Zoe.

—Fué la compañera de mi madre, dijo Irene indecisa respecto á cómo la había de calificar, y una de mis institutrices. Tuve necesidad de confiarle mis proyectos y no quiso dejarme venir sola, aunque le dije que podía pasarme sin ella, cosa que no hubiera sido posible. Como tenía la seguridad de que de todos modos vendría, le expliqué lo que tenía que hacer y ella ha tratado de cumplirlo. Usted no sabe con qué habilidad preparé mis planes, añadió con súbita animación. Hice que el mayordomo de mi padre nos tomara pasajes para América desde el Havre y nos consiguiera unos pasaportes yanquis á nombre de la señora de Silas Lapham y de la señorita Filadelfia Lapham y que pusiera en un banco de Nueva York cierta suma de dinero á disposición de las mismas. Después de haber estado algún tiempo en una estación de aguas francesa usando nuestros verdaderos nombres, nos marchamos tomando el expreso del Norte. Nuestras doncellas, que nada sospechaban, habían partido antes con el equipaje para..., para donde solíamos residir; pero Eudoxia Vladimirouna y yo dejamos el tren en la primera estación y nos fuimos á París. Facturamos para el Havre, con el apellido Lapham, otro equipaje idéntico al primero; y nosotras, llevando baúles diferentes, tomamos el expreso de Oriente bajo el nombre de señora y señorita Smith. Yo sabía que si Levinssohn nos hacía traición, únicamente podría indicar al Havre como el lugar adonde debían buscarnos y que allí quedaría detenido nuestro simulado equipaje; pero habrían de pasar algunos días antes de que cayeran en la cuenta de que no habíamos tomado aquel camino, y entre tanto todo rastro nuestro en París se borraría. Fuí una tonta en asustarme tanto en Viena, pues no era probable que mis precauciones hubieran fallado; pero me horripilaba la idea de que pudieran detenerme después de haber dado un golpe tan audaz.

—Todo esto está muy bien, repuso Zoe con sequedad; pero creo que para haber obrado así habrá tenido usted motivos poderosos.

Irene pareció ofenderse.

—Se me hicieron proposiciones que no me era posible aceptar, dijo con mucha dignidad. Mis razones eran muy fundadas, como usted misma lo confesaría si alguna vez se las dijera. Me gustaría justificarme ante sus ojos, confiándoselas ahora mismo; pero no hay que pensar en eso á no ser que... Zoe, dijo de pronto, á veces se me figura que usted y Mauricio no son lo que parecen. También usted, quiero decir ustedes, puede que viajen de incógnito. Si así fuera...

Lo singular de la situación cruzó por la mente de Zoe cuando Irene hubo cesado de hablar. ¿Le propondría un cambio de secretos? Pero el suyo no era suyo sólo, sino también de Mauricio; además, tampoco estaba enterado de nada Wylie. Por otra parte, ¿si realmente Irene era una espía, como al principio había creído, y todo aquello no era más que un atrevido ardid para llevar adelante sus nefandos proyectos? En un momento tomó Zoe una resolución.

—No se forje usted castillos en el aire, dijo; Mauricio y yo hemos llevado la existencia más vulgar que pueda usted imaginarse. Él es realmente lo que ha dicho que era: un modesto hacendado inglés. Vivimos, es verdad, en una casa cómoda, sólida, fea y vieja del siglo XVIII, con algunas buenas tierras anexas, á las que llamamos parque cuando queremos darnos tono. Tenemos unos cuantos arrendatarios que nos están continuamente molestando pidiéndonos que les hagamos esto y lo otro, pero que nunca pagan sus arriendos. Somos exactamente lo mismo que nuestros vecinos, con la diferencia de que hemos estado en un colegio.

Una instintiva prudencia, de la que se felicitó, hizo que no hablara de la medalla de oro, aunque ya le había sido muy grato ver el asombro de Wylie al enterarse de la fama de poeta de Mauricio.

Irene suspiró.

—¡Cuánto lo siento!, dijo. Me había imaginado... Hay algo en su hermano que llama la atención, una mezcla tal de fuerza y dulzura y negligencia, mejor dicho, de despreocupación, que no pude menos de creer que era noble.

La tentación que tuvo Zoe de confesar la verdad fué tan fuerte, que hubo de recurrir, para no caer en ella, á consideraciones de otro orden superior.

—¡Qué manera tan frívola tiene usted de apreciar las personas!, dijo con severidad; piensa usted en si son ó no nobles, en vez de preocuparse de si son ó no buenas. Mauricio y el capitán Wylie son dos caballeros ingleses, iguales, por lo tanto, á quienquiera que sea en este mundo.

—¿Y una señora inglesa qué será?, preguntó Irene con ironía.

—Superior á todas las del universo, á juzgar por el modo como las familias reales extranjeras tratan á las institutrices inglesas, replicó Zoe.

—Tuve una institutriz inglesa, dijo Irene cerrando los ojos lánguidamente. Estaba muy bien emparentada, según decía, y se imaginó que uno de nuestros guardabosques se había enamorado de ella. Solía dejar caer al suelo el pañuelo para que él se lo recogiera.

—¡Infeliz! Sin duda necesitaba de alguien que la consolara, ó tal vez comenzaba á chiflarse, dijo Zoe. ¡Me figuro cómo la trataría usted!

—¿Me cree poco amable?, preguntó con curiosidad. Irene, dígame con toda franqueza qué es lo que piensa usted de mí.

—A la verdad, no la creo á usted poco amable; pero al parecer, usted no se ocupa sino de su persona y en ella está pensando siempre. Usted me ha dicho que le dijera lo que sentía.

—Ya sé; creo que dice usted lo que siente. Me juzga usted egoísta. Pues bien: procuraré enmendarme, y para principiar, le suplico que vaya usted á ver á Mauricio y le diga de mi parte que la lleve á dar un paseo largo.

—¡Bah! ¿Para qué?, dijo riéndose Zoe; aquí se está muy bien y no quiero dejarla sola.

—Insisto en que se vaya usted y no tema que me aburra. Tengo mucho que hacer, pues he de componer esa falda que he de ponerme mañana. Hágame usted el favor de prestarme su costurero.

—¡Ah! No lo había notado, dijo Zoe mirando la falda, que estaba colgada en la pared y que tenía un gran descosido en el ribete. La arreglaré en un instante.

—No, dijo secamente Irene. Usted no es mi costurera.

—Pues bien: si usted no lo tiene á mal, la coseremos entre las dos, aunque usted no podrá teniendo un brazo en cabrestillo.

—Es el izquierdo y ya me servirá para sujetar la costura, dijo Irene. Váyase, exclamó con acento de enfado; no quiero que se ría usted de mis malas puntadas. Lo haré yo misma, aunque haya de tardar hasta que obscurezca.

Encogiéndose de hombros, Zoe tomó el sombrero y salió de la habitación.

Cuando volvió al anochecer, después de haber dado un agradable paseo por las montañas, Irene había ya terminado su tarea y estaba probándose la falda. Zoe la miró con sorpresa y no pudo menos de exclamar:

—¡Qué rara está! La ha fruncido usted demasiado. Hace un pliegue feísimo un poco más arriba del dobladillo. Voy a arreglarlo.

Arrodillóse y trató de alisar las arrugas; pero Irene, de mal humor, dió un tirón.

—Déjelo usted, Zoe. Ya está bien. Le he puesto algo de peso para que caiga mejor. Si no se le llama la atención, nadie lo notará; quedará perfectamente en cuanto me la haya puesto uno ó dos días.

—Pues bien: he de confesar que no me gusta su trabajo, dijo Zoe poniéndose de pie. Le ha puesto usted demasiado peso. Si su costurera viese esas arrugas, se le oprimiría el corazón. Me parece que yo lo hubiera hecho mejor, aunque no me tengo por una aguja de primera fuerza.

—Lo he arreglado tal como á mí me gusta, dijo Irene con tanta dignidad, que su compañera no volvió á decir sobre ello una palabra.

Pero aquella falda de tan mal ver le estuvo haciendo daño todo el día siguiente, en que bajó Irene y la acompañó á dar un corto paseo por el pueblo. A la otra mañana dejaron la posada para proseguir su interrumpido viaje, pero con la intención de pernoctar en la estación de más allá del río, por temor de que Irene se cansara demasiado si era larga la jornada. Sólo llevaron consigo en el coche lo que podía ser llevado á mano, dejando los bultos mayores para que fueran con los de los pasajeros que debían al día siguiente tomar el tren. Parecía que todos los habitantes del pueblo habían salido de sus casas para verlos marchar, desde el cura hasta el mozo de cuadra más descalzo de la posada; y Zoe disfrutaba pensando en el imponente aspecto que presentarían llevando á Hají Ahmad, armado hasta los dientes, sentado en el pescante al lado del cochero. El carruaje, vehículo indescriptible de la especie de las victorias, tenía gran necesidad de pasar una temporada en un taller de reparaciones; pero era lo bastante amplio para que pudieran instalar cómodamente á Irene, rodeándola de almohadas. Después de maduras reflexiones, fué Wylie de opinión de que, poniendo de su parte el cochero todo el cuidado posible, tal vez llegara el coche hasta el fin del viaje sin haberse deshecho. El camino no cruzaba por entre los obscuros bosques de encinas, sino por otros de hayas, mucho más alegres, y el paisaje no era tan agreste como el de la cuenca del río. Según decía Zoe, aquello era ir de romería, y hubiera querido continuar de aquel modo el viaje hasta Therma, en vez de tomar el tren.

A eso del mediodía se detuvieron para cambiar el tiro y tomaron un refrigerio en un desvencijado cobertizo, de estacas y vides, recostado en la casa de postas. Un poco más allá, el camino se dividía: á la derecha presentábase una cuesta bastante pronunciada; á la izquierda una bajada más suave. El cochero tomó sin titubear por la derecha. Mauricio, Wylie y Haji Ahmad se bajaron para aligerar el peso á los caballos. El primero iba andando al lado del coche hablando con las dos jóvenes; pero Wylie y el criado se quedaron algo atrás y á Zoe le pareció que hablaban con gran animación. Cuando hubieron llegado á la cumbre de la montaña, desde donde se veían otras muchas alturas sucesivas por entre las

que apenas se distinguía el camino, Wylie se adelantó y habló con viveza al cochero, empleando una mezcolanza de mal tracio con palabras rumis y árabes, jerga gracias á la cual había podido darse á entender en la posada. El cochero, al principio se limitó á mirarle con los ojos muy abiertos; pero luego su semblante se serenó y vertió un torrente de palabras, agitando con vehemencia el látigo. Al parecer, las explicaciones que dió dejaron satisfecho á Wylie, pero Haji Ahmad no parecía estar tranquilo cuando se encaminó á su puesto. Tan pronto como Wylie hubo vuelto á tomar asiento en el coche, Zoe le preguntó qué había pasado.

—Creía Haji Ahmad que no íbamos por el buen camino, respondió con aire indiferente; pero dice el cochero que éste es más corto que el otro y que el posadero le aconsejó que lo tomara á fin de acortar lo más posible el viaje y de evitar molestias á su hermana.

—Pero es mucho peor, objetó Zoe.

—Así se lo dije, pero él me contestó que había sentido que nos detuviéramos tanto para almorzar; que volver atrás, teniendo que bajar aquella larga cuesta, nos haría perder tanto tiempo; que no llegaríamos al término antes del anochecer, y que no tiene nada de agradable el andar á obscuras por estos caminos. No creo que haya temor de que no sepa por dónde va. Tal como lo dice parece evidente que los dos caminos conducen al río y al puente roma no, aunque éste suba por la montaña y el otro siga por abajo.

Mauricio é Irene no habían puesto atención á lo que se hablaba, y aprovechándose del ruido de sus risas y conversación para que no la oyeran, Zoe se aventuró á preguntar:

—¿Y si nos lleva extraviados?

—En ese caso, me figuro que me haré cómplice de la tiranía rumi y lo entregaré á Haji Ahmad para que se las entienda con él, dijo riéndose Wylie.

Siguieron subiendo la cuesta y el camino se hacía peor á medida que avanzaban. Zoe oyó que Wylie, entre dientes, maldecía del cochero y vió que miraba alternativamente al sol y al camino andado, como calculando si era tiempo todavía de volverse atrás. Bien claro estaba á la vista que el cochero tenía prisa por ponerse fuera del alcance del enojo de sus pasajeros, sacudidos como peras en un cesto, pues arreaba con furia los caballos, haciendo saltar el desvencijado carruaje por altos y bajos. Zoe miró á Wylie, y alzando la voz le preguntó si no podría decirle al cochero que fuera más despacio; pero antes de que aquél hubiera podido volver la cabeza, el cochero había desaparecido de su asiento como por ensalmo. Algo pasó rozando por encima del carruaje, que arrojó al suelo, desde el pescante, á Haji Ahmad, cuyas armas resonaron al chocar contra las piedras, y como por arte de encantamiento volvió á aparecer en su puesto el conductor, quien detuvo con un supremo esfuerzo los caballos, obedeciendo las roncas voces de unos hombres apostados á su frente en el camino. Zoe comprendió que el cochero se había inclinado hacia adelante para evitar el choque con una soga tendida de un lado á otro del camino. Paróse el coche con violencia y quedó medio atravesado en la vía; los acontecimientos se sucedieron con vertiginosa rapidez. Zoe vió que Mauricio y Wylie saltaban de sus asientos, que el primero caía derribado por un culatazo y que el segundo luchaba furioso, pero en vano, aprisionado por un lazo que diestramente le había echado el cochero y que le sujetaba los brazos á los costados. Grandes y velludas manos la cogieron á ella y á Irene, sacándolas del coche y arrojándolas sin consideración al suelo, mientras fieras voces maldecían de todos los santos y proferían toda clase de blasfemias. Entablóse una encarnizada lucha, y las dos jóvenes, tendidas en el camino, fueron pisoteadas por unos y por otros.

Zoe pudo ver un momento, con horror, á Haji Ahmad cubierto el rostro de sangre, defendiendo desesperadamente su vida antes de poder apartarse del sitio del combate; encontró luego á Mauricio tendido á un lado del camino, sin conocimiento y desangrándose, y también á Irene, que había caído sobre el brazo lastimado y exhalaba débiles quejidos. La turba de malhechores, vestidos con unos sucios tonceletes blancos, vociferando y gesticulando junto al carruaje, no paró atención en ella; por eso pudo ir arrastrándose hasta donde estaban Irene y su hermano.

—No mire usted hacia ese lado, no mire, exclamó Wylie abriéndose paso por entre la turba y colocándose entre Zoe y los bandidos. Así está bien, añadió viendo que la joven alzaba la cabeza de Mauricio. En el bolsillo traigo un frasco, vea usted si puede sacarlo. ¡Conténgase usted, miss Irene! Que no oigan quejarse esos bandidos á una joven inglesa.

—No soy inglesa, exclamó Irene incorporándose indignada. Por lo menos..., quiero decir... Pero ¿qué hacen ahí?, preguntó al oir un estridente grito de angustia que partía del centro del grupo de bandoleros y que hizo que á Zoe casi se le cayera el frasco de las manos.

—¡No mire usted, no mire usted!, dijo con voz suplicante Wylie Así, así, señorita Smith, trate usted de echarle, aunque no sea más que una gota, en la boca. Ahora, señorita Irene, añadió con viveza, ¿no podría usted desabotonar el cuello de su hermano y sostenerle la cabeza?

—Yo lo haré, dijo Zoe en el momento en que Irene cogía con delicadeza la corbata de Mauricio. Tome usted el frasco.

De pronto quedóse inmóvil, temblándole las manos al oir un segundo grito algo más débil.

—¡Qué vamos á hacer! Ya todo ha terminado, murmuró Wylie apretando los labios. Véndele usted en seguida la cabeza á su hermano, antes de que esas fieras se acuerden de nosotros. Cada uno de ellos ha de dar su puñalada á ese desgraciado, aunque esté muerto.

—¿A Haji Ahmad?, preguntó con voz apagada Zoe mientras disponía el pañuelo para formar un vendaje.

—Sí. Un rumi no puede esperar perdón de esa gente. Tome usted mi pañuelo para hacer la venda, es más grande que el de usted. ¡Ah, Dios mío! ¿No tendría usted un cuchillo ó unas tijeras con que pudiera cortar esta cuerda y dejarme en condiciones de hacerles frente cuando se nos vengan encima?

—En el coche, indicó Zoe, midiendo la distancia con la vista. ¡Ah! Mauricio ha de tener por fuerza algún cuchillo.

—Déjelo, déjelo, exclamó con viveza Wylie. Ya vienen. Levántese, Smith, si puede, dijo al ver que Mauricio abría con dificultad los ojos; pero no; ya de nada serviría; estése usted quieto.

Púsose delante de las jóvenes y le pareció á Zoe ver que los bandoleros, que avanzaban, se estremecían cuando afrontaron su mirada, y ocultaron sus ensangrentados sables, como si de pronto se dieran cuenta del horrible crimen que acababan de cometer.

—¿Habla alguno de ustedes inglés?, exclamó Wylie.

—Yo, un poco, dijo un hombre pequeño y delgado que avanzó al frente.

—¿Qué quieren ustedes de nosotros?

—Queremos todo lo que ustedes traigan; queremos mucho dinero, esta fué la contestación, acompañada de una sonrisa de complacencia.

—Así lo había supuesto. Bien, tengo una cosa que advertirles. Ustedes pueden, si gustan, dejarnos en cueros á mi amigo y á mí, pero no han de poner la mano sobre las señoras. Ellas se vaciarán los bolsillos y les enseñarán lo que tienen, y ustedes podrán coger lo que les haga falta.

El intérprete se volvió hacia sus camaradas, contento, al parecer, de escapar á la mirada de Wylie, y les explicó las condiciones. Por absurdo que parezca, la voluntad del prisionero, atado é indefenso, prevaleció sobre las protestas que se produjeron, y el intérprete se comprometió, en nombre del jefe de la partida, á no registrar á las jóvenes, siempre que Wylie jurara sobre los Evangelios que habían ya entregado cuanto poseían.

—Vaciad en seguida los bolsillos, les dijo Wylie, al tiempo que dos hombres le sujetaban y otros dos ponían en pie á Mauricio y le apoyaban contra un árbol.

—No quiero, gritó Irene echando fuego por los ojos.

—Hay que dejarse de tonterías. Es preciso que lo haga. ¿No oyó usted que así lo ofrecí en nombre de todos?

Hablaba Wylie con dificultad, tratando de volverse, en tanto que sus guardianes le empujaban y llevaban de un lado á otro.

—No me importa. Yo no le autoricé para que prometiera nada en nombre mío. Al que me toque, lo mato.

Ni Zoe ni Wylie pudieron distinguir lo que tenía en la mano. Los bandoleros, en tanto, seguían gritando y el intérprete insistiendo en que se cumpliese lo ofrecido.

—Dejadme, que yo le hablaré, exclamó Wylie.

Y con un movimiento brusco se zafó de las manos que le sujetaban, dejando en ellas el cuello de la camisa y la americana pendiente de una manga.

—Mire usted, Irene, no hay más remedio. ¿Va usted á exponer á su hermana á que la registren estos bandidos?

—Ella puede hacer lo que guste. Yo no me dejaré registrar ni entregaré nada.

—Smith, haga usted entrar en razón á su hermana; dentro de un momento toda nuestra sangre va á caer sobre su cabeza.

Mauricio, sujeto por dos hombres que le estaban registrando, quiso hablar, pero no pudo; Irene les volvió la espalda, y uno de los bandidos cogió á Zoe por el brazo, lo que exasperó á Wylie.

—Por última vez, vacíe usted los bolsillos, dijo á Irene en voz baja y airada. Si no lo hace, yo le doy mi palabra de honor que me soltaré las manos y lo haré yo mismo.

Irene se atemorizó y casi imperceptiblemente murmuraron sus labios:

—¡Su honor de usted!

Despacio y de mala gana fué sacando de sus muchos bolsillos tal botín, que los bandoleros se quedaron asombrados y respetuosos, mientras Zoe la contemplaba estupefacta. Casi todas las joyas que Irene había enseñado en el tren parecía que las traía escondidas sobre su persona; perlas, rubíes, esmeraldas, todo menos las placas, tan primorosamente esmaltadas y que ella tenía en mayor estima que todo lo demás. No había duda alguna de que antes de separarse del maletín que las encerraba, había sacado de él cuanto tenía de más valor.

—¿Es eso todo?, preguntó con severidad Wylie.

Irene, entonces, sacó de una manga un brazalete y lo arrojó incomodada al montón que tenía á sus pies.

—Esto es todo, dijo con altivez. Y me alegraré que les aproveche á usted y á sus amigos. Desde el principio vi perfectamente que estaba usted en connivencia con ellos.

—Ahora le toca á usted, dijo Wylie á Zoe.

Y ésta añadió al montón su parte, que produjo indignación en los bandidos; al hacerlo notó que en el brazalete de Irene iba figurada un águila, emblema que parecía serle, en cierto modo, familiar. Un bolsillo muy usado y lleno á medias, dos libros de memorias, uno muy pequeño, otro lo bastante grande para necesitar un bolsillo especial donde llevarlo y un lapicero en buen estado, fué todo lo que los bandidos tomaron de lo que la pertenecía; pero á Mauricio y á Wylie les despojaron de cuanto llevaban en sus bolsillos.

VII

UN ASILO NOCTURNO

Durante uno ó dos minutos se quedaron solos los cautivos, mientras los bandidos se repartían el botín; cada uno de ellos iba metiendo su parte en un saco que á guisa de mochila llevaba colgado á la espalda. Wylie apresuradamente dijo á Zoe:

—Haría usted muy bien en recoger todo lo más que pueda de lo que han dejado. De seguro que mañana nos rescatarán, pero así podrá usted pasar mejor la noche.

Obediente Zoe recogió diversas prendas de vestir, uno ó dos cepillos de cabeza de Irene, á los que les habían arrancado los mangos de plata, y otras cuantas bagatelas á las que ni la avaricia ni el ingenio de los bandidos habían hallado aplicación. Sus cuadernos y efectos de escribir, el contenido de su costurero de viaje y el pequeño estuche con todo lo necesario para hacer una primera cura y con el que estaba ella tan orgullosa, de todo se habían apoderado como de valiosa presa; así es que se quedó tan desprovista como pudiera estarlo el más despreocupado viajero. Irene, pensando taciturna en sus agravios, no la ayudó á buscar y tuvo ella sola que envolver juntos los pobres restos de sus comunes bienes, haciendo un paquete que amarró con la tira elástica arrancada á un paraguas. Terminó de hacerlo muy á tiempo, porque los forajidos, habiendo concluído su agradable faena, sin dejar de reñir entre sí y de murmurar de las disposiciones de su jefe, estaban ya en el caso de ocuparse de sus prisioneros. El intérprete, acompañado de otros dos que traían del diestro los caballos desenganchados del coche, se aproximó á ellos.

—Vean ustedes si somos buenos, dijo alegremente. Aquí les traemos caballos á estas señoras para que monten.

—Me parece que somos nosotros los que los hemos traído, murmuró Mauricio sentado en el suelo.

—No quiero montar, dijo Zoe con viveza. Mauricio sí, pues no puede andar.

—No tengo nada, puedo ir á pie muy bien, dijo Mauricio.

—Por amor de Dios, haga usted lo que le digan, exclamó ansiosamente Wylie. Todo esto no ha de durar sino esta noche.

—Tendremos que cegarles los ojos, continuó diciendo el intérprete.

Zoe abrió la boca para poder respirar.

(Se continuará.)

BARCELONA.—Concurso internacional de globos libres. (Fotografías de A. Merletti.)

En la mañana del lunes último, día 18, efectuóse ese concurso que debía celebrarse el día anterior y hubo de ser suspendido á causa de la dirección del viento.

Una concurrencia numerosísima presenció la fiesta; las tribunas y los palcos estaban ocupados por elegantes y distinguidas damas, y en el espacio destinado á la entrada general había mucho público. El local hallábase adornado con banderas, gallardetes y arbustos.

Los trabajos preparatorios de henchimiento de los globos, que habían empezado á las primeras horas de la madrugada, fueron realizados por soldados de ingenieros bajo la dirección del coronel Sr. Vives, director del servicio de aerostación militar de Guadalajara. A las diez estaban dispuestos los nueve globos que habían de tomar parte en el concurso y que eran los siguientes: el *Cóndor*, de 900 metros, propiedad del señor Dubonnet, del Aero Club de Francia; el *Norte*, de 2.500 metros, propiedad del Sr. Salamanca; el *Alcotán*, de 950 metros, propiedad del Real Aero Club de España; el *Júpiter*, de 950 metros, afiliado al Real Aero Club de España; el *Montañés*, de 2.250 metros, propiedad del marqués de Salvatierra; el *Jipaeto*, de 1.600 metros, del duque de Medinaceli; el *Anjou*, de 900 metros, del Aero Club de Francia; el *Gerifalte*, de 1.400 metros, propiedad de D. Ricardo de la Huerta; y el *Quo Vadis*, de 2.200 metros, propiedad del señor Montojo, del Real Aero Club de España.



Los globos que tomaron parte en el concurso.
Vista tomada momentos antes de efectuarse la ascensión de los mismos

A las once soltóse el primer globo, el *Cóndor*, tripulado por su propietario; el *Norte*, que había de ascender en segundo lugar, no pudo efectuarlo por haberse observado que tenía un escape de gas en la válvula. Sucesivamente fueron soltados los demás globos, que iban tripulados: el *Alcotán*, por el señor Magdalena; el *Júpiter*, por el capitán de ingenieros Sr. Gordejuela; el *Montañés*, por su propietario y por el Sr. Salamanca; el *Jipaeto*, por los Sres. Mendoza Cortina y Enríquez; el *Anjou*, por el Sr. Cormier; el *Gerifalte*, por su propietario y por el capitán señor Herrera; y el *Quo Vadis*, por su propietario y por el capitán Sr. Cortada.

El *Cóndor* descendió en Calahorra (Logroño) á las ocho de la mañana del día 19; el *Alcotán*, entre Alcover y Vallmoll (Tarragona), á las dos y media de la tarde del 18; el *Júpiter*, en Cervera del río Alhama (Logroño), á la una y quince de la madrugada del 19; el *Montañés*, en Larrabezúa (Vizcaya), á las nueve y quince de la mañana del 19; el *Jipaeto*, en Portella (Lérida), á las seis y media de la tarde del 18; el *Anjou*, en Alcañiz (Teruel), á las seis y media de la tarde del 18, y el *Gerifalte*, en Torres de Monte (Huesca), á las nueve y diez de la mañana del 19.

El *Quo Vadis* fué empujado, al anochecer, hacia el Ebro; sus tripulantes, que estaban á una gran altura, decidieron acercarse á tierra; pero la válvula no funcionó, y el globo, que se hallaba en un terreno montañoso y agreste, cerca de Sástago (Zaragoza), comenzó á dar bandazos contra las peñas. El señor Montojo quiso inutilizar la válvula, y al efecto encaramóse al borde de la barquilla; pero en aquel momento fué lanzado fuera de ésta y cayó, produciéndose fuertes contusiones, mientras el globo ascendía rápidamente, llevándose al Sr. Cortada. Éste fué á caer, poco después, en Quinto, quedando herido de alguna consideración.

El globo *Jipaeto* se quemó á consecuencia de la imprudencia de los labriegos que acudieron en su auxilio, y que, desoyendo las advertencias de los señores Mendoza Cortina y Enríquez, no quisieron apagar sus cigarros mientras se deshenchía el globo, determinando la inflamación del gas.—P.



Aspecto de los palcos y de las tribunas al comenzar el concurso

PARÍS.-EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP

UNA MODA EXAGERADA

Hace pocos días presentáronse en el hipódromo de Longchamp de París cuatro lindas muchachas vestidas con trajes sumamente elegantes, pero tan extremados, que si llamaron, por lo primero, la atención de mucha gente, causaron, por lo segundo, gran escándalo entre muchísimas personas. Eran cuatro maniquíes vivientes de uno de los más famosos modistos parisienses, que quiso por este medio lanzar una nueva moda, y vestían trajes de raso finísimo, cada uno de distinto color, sin vuelo alguno, puestos simplemente sobre un *maillot*, y que, aparte de su pronunciado escote, marcaban de una manera exagerada todas las líneas de su cuerpo.

Este hecho, que en realidad tiene una importancia muy relativa, ha tomado las proporciones de grave acontecimiento, gracias á la leyenda, digámoslo así, que en torno de él se ha formado, pues como si los trajes no fuesen ya por sí bastante llamativos, dijeron algunos cronistas que la falda de uno de los maniquíes estaba abierta por un lado, dejando ver la pierna hasta la rodilla.

En una palabra, la aparición de aquellos cuatro modelos produjo verdadera sensación en Longchamp, que era lo que el modisto se proponía lograr, y hasta la misma policía hubo de intervenir para protegerlas contra la curiosidad del público y facilitarles la salida. Y las cuatro jóvenes, según se cuenta, al fin abandonaron el hipódromo corridas y avergonzadas.

Pero pocos días después un artículo publicado por uno de los más importantes diarios parisienses y titulado «La verdad sobre los trajes de Longchamp,» desvanecía toda aquella leyenda; y aunque el tal artículo parece tener cierto carácter oficioso, ó cuando menos haber sido inspirado por el modisto en cuestión, contiene datos que, de ser exactos, deshacen en parte la tal leyenda.

En efecto, comienza el articulista rechazando el nombre de *trajes Directorio*, con que aquellos vestidos fueron bautizados por los cronistas, demostrando que en modo alguno pueden ser calificados de esa manera los trajes en cuestión, desde el momento en que marcan la cintura en su sitio normal. Y en cuanto á la censura más grave, es decir, á que las faldas estaban abiertas dejando ver la pierna, lo niega rotundamente, afirmando que sólo tenían una abertura rellena con una tela plegada parecida á la del vestido, y que sólo una se abría hasta una altura de 45 centímetros y aun sobre una aplicación de muselina á pliegues. Y añade: «Un accidente desgarró la muselina, y la falda, al abrirse, dejó ver por un momento, y únicamente hasta *debajo* de la rodilla, la media de *algodón* negro. Hay que confesar que si la forma de la falda hubiese debido mostrar libremente la pierna, ésta hubiera sido calzada con media de *seda.*» El argumento, en realidad, es convincente.

Los tan discutidos trajes han sido bautizados por su autor con el nombre de *tanagrenses*, porque su principal gracia consiste en recordar el plegado de las túnicas griegas y la elegancia de las célebres estatuitas de Tanagra. – T.



PARÍS. – Una de las jóvenes que tanto llamaron la atención en el hipódromo de Longchamp, por los llamativos y exagerados trajes que llevaban, á modo de reclamo para uno de los principales modistos parisienses. (De fotografía de M. Branger.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA. – Se ha publicado el cuaderno 26 de esta importante obra, editada en Madrid por la empresa arrendataria de la *Gaceta*. En él se continúa la descripción de Toledo y contiene numerosos y artísticos grabados y el correspondiente texto, bajo todos conceptos interesante, de D. Rodrigo Amador de los Ríos. Precio del cuaderno tres pesetas en España y tres francos en el extranjero.

OBRAS COMPLETAS DE D. JUAN VALERA. – Los tomos XV y XVI, últimamente publicados, comprenden el primero varias producciones dramáticas y el segundo algunos cuentos. Ni de unas ni de otros hemos de hacer el elogio; el nombre de su eximio autor es por sí solo la mejor alabanza. Precio de cada tomo, editado en Madrid, tres pesetas.

ASSOCIACIÓ WAGNERIANA. – CONFERENCIES. – Esta benemérita institución que tanto ha contribuído á la cultura musical, ha reunido en un voluminoso tomo las 25 conferencias, interesantísimas todas, que en ella se han dado desde 1902 á 1906. Lamentando no poder ocuparnos detenidamente de tan notable libro, citaremos únicamente los nombres de los autores de los notabilísimos trabajos en él contenidos: Pedrell, Ribera, Pena, Doménech Español, Roviralta, Gual, Par, Montoliu, Maragall, Viura, Clariana, y Jordán de Urries. El tomo, impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese á cinco pesetas.

JOYELES, por *Juan Aymerich*. – Colección de sonetos de distintos géneros, en los que el autor se muestra poeta de elevados pensamientos, y en punto á forma, ferviente adepto de la escuela moderna. Un tomo de 132 páginas, impreso en la tipografía «La Industrial,» de Córdoba (República Argentina).

LO GRAN REY EN JAUME I.er LO CONQUERIDOR, por el *Rdo. Jaime Collell*. – El sabio canónigo de Vich é inspirado poeta ha escrito esta biografía popular, en la que se explican los gloriosos hechos del gran monarca y la grandiosa obra política por éste realizada. El trabajo del Dr. Collell, que da una idea exacta de la personalidad de D. Jaime, ha sido escrito por encargo é impreso por acuerdo de la Comisión Municipal barcelonesa del 7.º centenario del nacimiento de aquel rey.

DICCIONARIO DE LA SALUD, por el *Dr. H. Godard*. – Novísima y completa medicina de las familias en la ciudad y en el campo, que abarca, entre otras materias, la medicina de urgencia, la farmacia para todos, la higiene preventiva, curativa y provisional; accidentes, envenenamientos, contagios, regímenes, aguas minerales, etc., todo expuesto con claridad y sencillez. Un tomo de 472 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig; precio, ocho pesetas.



Los embajadores de Muley Hafid en Berlín, Sidi Mohammed ben Hafis y Ben Abd-el-Kader ben Nis Tafi. (De fotografía.)

Los embajadores enviados por Muley Hafid á Europa, para gestionar cerca de las potencias el reconocimiento de su *soberano*, han fracasado en su misión.

Los que fueron á París no han sido recibidos ni por el ministro de Negocios Extranjeros ni por el presidente de la República. Y esto que Muley Hafid, que para los demás jefes de Estado se había contentado con simples cartas, para M. Fallieres había encargado al más experto taleb de Marruecos una misión especial escrita con tinta de oro y firmada de su puño y letra.

Los que se dirigieron á Berlín han sido algo más afortunados, en la forma, ya que no en el fondo, porque siquiera han logrado que los recibiese el barón de Langwerth, secretario de la legación alemana en Tánger, á quien el gobierno alemán envió á buscar expresamente para ese acto, y que, en resumen, les dijo: que el gobierno no podía entrar en negociaciones oficiales con ellos, porque aquel á quien representan no tiene título desde el punto de vista del derecho de gentes; que el secretario de Estado le había, sin embargo, encargado que los escuchase y le transmitiese luego sus manifestaciones; que el gobierno imperial decidiría, según fuesen éstas, si habría que ponerse en relación, y en este caso cuándo, con Francia y las demás potencias signatarias del Acta de Algeciras para tratar de este punto, y que el gobierno alemán desea que ante todo se restablezca el orden en Marruecos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO XXVII — BARCELONA 1.° DE JUNIO DE 1908 — NÚM. 1.379

SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS, 1908

LOS TIRANOS, cuadro de Juan Pablo Laurens

(Publicación autorizada.)



DE BARCELONA.–CRONICAS FUGACES

No existe rincón de España, en la actualidad, al cual no haya llegado la noticia ó cuando menos el nombre del Presupuesto de Cultura, aprobado por el Ayuntamiento de Barcelona, y donde no dé lugar á controversias apasionadas. La difusión y generalización de esta polémica, que ha llegado á las Cortes y obtenido atención preferente en la prensa no catalana, se debe mucho más al aspecto político y religioso originado por la ya famosa base 5.ª, que al interés que debiera despertar por sí misma una iniciativa municipal de tanta trascendencia.

La campaña de oposición sostenida contra dicha base 5.ª principalmente; la suspensión de ésta decretada por el alcalde Sr. Sanllehy, y el rótulo genérico de «Presupuesto de Cultura» adoptado por los periódicos en sus reseñas y artículos, han hecho formar á muchas personas, aun de Cataluña y de esta misma ciudad, una idea incompleta del sobado Presupuesto, del cual suele tratarse de oídas mejor que con conocimiento de causa.

* * *

Cosa de diez años, los que van desde Cavite y Santiago hasta la fecha, llevamos invertidos en proclamar constantemente la necesidad de una «revolución de cultura,» opuesta al antiguo método de revoluciones políticas, de pronunciamientos y de progreso abstracto y verbalista. Alemania celebra actualmente el centenario de su derrota material y de su humillación de Tilsit, como fecha inicial de su portentoso renacimiento. La misma Italia, primer teatro europeo de las hazañas napoleónicas y primer pasto de las ambiciones imperiales del soldado corso, salió de la guerra, del reparto y de la derrota con las ansias de la rehabilitación que la han llevado á realizar el secular ensueño de su unidad política. En casi todos los pueblos asolados hace un siglo por la tromba de los ejércitos de Bonaparte, obró la adversidad como estímulo y excitante supremo de sus energías, mejor para lo porvenir que para lo presente.

Tal es el caso de Prusia, que de la sima de la abyección se ha levantado, en menos de cien años, á la cumbre del poderío y la grandeza. No pudo ofrecer como España, al asombro del mundo, el espectáculo de un alzamiento nacional sin precedentes ni comparación posible en la época moderna. No ha legado á la historia ni un Bruch, ni un Bailén, ni unos sitios de Zaragoza y Gerona, ni un Albuera y los Arapiles. Pero á la larga, la humillación obró allí como un gran cáustico, como un revulsivo potente y heroico que despertó y agigantó la voluntad de todo un pueblo. Y ese pueblo se puso á forjar y labrar su «espada,» no en la forma tirteica é improvisada del canto marcial de Körner, sino en frío, laboriosamente y silenciosamente, en la escuela, en el gimnasio, en la biblioteca, en el taller, en el laboratorio, según la pauta iniciada por Fichte en sus imperecederos *Discursos*, y hasta producir esa *Germania Victrix* que es obra de integración y confluencia de todos los elementos y aptitudes, y cuyas glorias militares se apoyan sobre la base de un renacimiento económico, de una gran industria y de un glorioso florecimiento ideal y artístico. Así la obra de Bismarck y Moltke tiene su correspondencia y contrapeso en Hegel y Wágner, en Siemens y Kupp.

* * *

El esfuerzo de España en los terribles siete años de su guerra de Independencia, dejáronla en penoso agotamiento. Su triunfo actual consumió todas sus energías, y el haber salido victoriosa de su empeño no depositó en el alma de la raza aquel profundo y activo fermento de amargura que hace soñar á los vencidos en un ruidoso desquite. Al contrario: el optimismo y el énfasis fueron el tono general de la oratoria y la poesía españolas en los dos primeros tercios del siglo pasado.

Fué necesario el tremendo porrazo de 1898 para traernos al conocimiento de la realidad. Aquel momento pudo representar para nosotros algo parecido al momento de Tilsit para los alemanes, y convertirse en motivo y punto inicial de una rápida transformación. Entonces y por unos meses se vió claro. Entonces estuvo á punto de nacer un espíritu público verdaderamente digno de este nombre. Un gran movimiento de contrición se apoderó de las conciencias; y los doctrinarios y sectaristas más impenitentes hubieron de reconocer que la obra política del siglo XIX había resultado estéril, que habíamos hecho *fausse route*, que lo habíamos esperado todo de la revolución verbal y abstracta, abandonando la revolución cultural y substantiva, á la cual era preciso que nos convirtiéramos con todo el ardor de un elevado patriotismo.

Por desgracia, este momento de la conciencia nacional, que queda fijado en una copiosa literatura reformista, la literatura de 1898 á 1902, fué harto pasajero. Y una franca reincidencia después de una breve vacilación, un nuevo frenesí teorizante y palabrero, un nuevo enamorarse de los grandes tópicos sacrificando á ellos las cosas concretas y reales, han sucedido á los síntomas de enmienda radical y de rectificación prudente y generosa.

* * *

Y sin embargo, Cataluña, la gran parte de Cataluña que se preocupa y mueve por este problema, piensa ahora como pensaba toda España hace diez años. Es tenaz en sus determinaciones, más constante en sus propósitos que otros grupos de la península; y de esta constancia y tenacidad nacen á menudo discrepancias y conflictos de opinión que llegan á tomar carácter peligroso ó cuando menos molesto. Aquí continúa deseándose y queriéndose lo que se quería en 1898; es un pleito que no se considera sobreseído ni archivado, y aun puede decirse que en la aspiración general á la autonomía que aquí palpita, entra como parte grandísima y principal la aspiración de cultura, considerando á aquélla como instrumento ó medio para la otra.

No hay quien no se halle convencido de la necesidad de ese gran esfuerzo para la preparación de la «planta hombre» en términos que pueda sostener victoriosamente la lucha intelectual, política y económica de los nuevos tiempos y salvar el atraso con que hemos debido presentarnos, por causas históricas muy complejas, en el palenque de la civilización. De aquí ese conjunto de iniciativas que, aun antes del Presupuesto de Cultura, y con acierto unas veces, otras con apresurada improvisación, pero siempre con entusiasmo, han tratado de suplir deficiencias de la organización oficial y abrir cauce á un sin fin de actividades y anhelos que no encontraban sitio ni holgura para discurrir en los organismos existentes.

* * *

Así en lo que afecta á la cultura superior y á los altos estudios, ha debido observarse cómo, incluso en una nación tan centralizada y uniforme como Francia, la Universidad, la Biblioteca y el Museo se *territorializan*, se convierten en focos de estudio de la especialidad comarcal y en depósitos y arsenales presididos por el *genius loci*. Y no sólo agotan sus temas, sino que invaden los de las regiones extranjeras más próximas; y gracias al instrumental perfecto que poseen y á la incesante reunión de documentos, códices, antigüedades y materiales de toda especie con que devastan y empobrecen de continuo nuestro patrimonio, estudian nuestros asuntos antes que nosotros, si con más perfección técnica algunas veces, casi siempre con menos cariño y piadosa veneración.

Basta pasar los ojos por los anales y revistas de aquellos centros del Sur de Francia, para comprender cómo en Tolosa, en Montpellier, en Marsella y en el mismo París se monopolizan grandes ramas de filología, arqueología, historia literaria y prehistoria, cuyo dominio debiéramos reivindicar, y cómo tantas publicaciones occitánicas se alimentan de nuestros despojos, desde la *Revue hispanique*, hasta el *Bulletin hispanique*, órgano de la facultad de Letras de Tolosa.

Lo que acontece en esta parte de los conocimientos humanos, acontece en casi todas las otras. De este modo el Ayuntamiento creó la Junta autónoma de Museos, destinada á dirigir el de arte y reproducciones y á contrarrestar la emigración de cuadros, pinturas, estatuas y demás testimonios de nuestras antiguas civilizaciones y escuelas. De esta manera se creó también la Junta autónoma de Ciencias naturales, que tiene á su cargo los otros museos de esta índole, para organizar los elementos de estudio que dicen relación con la botánica, la mineralogía, la zoología, etc. El Observatorio Fabra nació de una fundación particular. Los Estudios Universitarios fueron también una iniciativa privada á fin de completar con las especialidades del territorio los conocimientos que se enseñan en las distintas facultades por patrón general. El Instituto de Estudios Catalanes, recientemente creado por la Diputación de Barcelona, es otro organismo dedicado á la investigación de la historia, literatura, derecho y arqueología, y á la publicación de textos y colecciones documentales pertenecientes á aquellas disciplinas.

La Universidad industrial es otra iniciativa barcelonesa de carácter mixto, destinada á hacer efectivas las enseñanzas técnicas y darles carácter realista y práctico, con el predominio constante del taller, el laboratorio, el mapa y la manipulación de substancias, sobre el cotorreo y recitación memorista de costumbre.

Para casi todas estas fundaciones tiene una distribución de gran importancia el Presupuesto de Cultura, señalándose especialmente la de 500.000 pesetas, concedida á instancias del Instituto de Estudios Catalanes con objeto de crear la Biblioteca Nacional de Barcelona, y habiéndose anticipado la Diputación en destinar otras 100.000 pesetas, que sirvieron para adquirir la colección de códices y libros de D. Mariano Aguiló. Museos, bibliotecas, universidad industrial, laboratorio, han de constituirse en centros de atracción de los tesoros del pasado que ahora se dispersan y huyen, y han de imprimir un vigoroso impulso á la investigación, en todas sus formas y tendencias, completado todo ello con el sistema de pensiones y misiones científicas al extranjero que están en curso ó se estudian y preparan actualmente.

* * *

Sobre toda esta parte del Presupuesto, puede decirse que no ha habido cuestión, ni ha merecido impugnación alguna, pues no deben contarse como tales los gritos aislados del residuo de analfabetos con título que se mofan de todo esfuerzo en pro del progreso intelectual. El conflicto lo ha motivado la creación de los cuatro grupos escolares, por el sistema gradual, á fin de dar una base á la reforma pedagógica empezando por la instrucción primaria; y puede decirse que se concreta á la base ó punto suspendido por el alcalde Sr. Sanllehy: el que establecía la neutralidad de dichas escuelas en materia religiosa, consignando que una tarde por semana se dedicaría á la enseñanza religiosa de los alumnos que voluntariamente quisieran asistir á ella. De la controversia que esto originó, de los grandes vuelos que ha tomado y del estado actual de la cuestión apenas es necesario informar á los lectores.

Ello envuelve ahora un problema religioso y político, muy arduo ciertamente y muy vidrioso, como que afecta á uno de los sentimientos más delicados y susceptibles del alma humana. Pero la polvareda que se ha formado en torno de ese punto concreto y en cierta manera aislado, impide ver las grandes líneas de la proyectada construcción y apreciar en todo lo que significa el primer esfuerzo serio que se intenta en España para poner por obra lo que hace diez años fué declarado de necesidad urgente y que el Sr. Alba condensaba, á manera de terrible dilema, en las siguientes palabras: «O regeneración ó intervención.»

Miguel S. Oliver.

EL INFIERNO DE LOS LITERATOS. Cuento, por Zeda



Cogióla maquinalmente el crítico y leyó con asombro: «Filibertigibeto, Comisario Regio de la Sección Literaria del Infierno.»

Dado á todos los demonios—que es el mejor estado de conciencia para hacer una visita al Infierno—salió cierta noche del teatro el «eminente» crítico—ahora todos somos eminentes—D. Hermógenes de la Palmeta.

Y motivos sobrados tenía el buen señor para sul furarse y renegar de los autores, de los cómicos y de la empresa. La comedia que D. Hermógenes había estado padeciendo durante tres horas mortales era un tejido de despropósitos disueltos en enrevesada prosa salpicada de solecismos y ejecutada por actrices de lengua de trapo y cómicos manoteadores y gritones.

Salía, como digo, el Sr. Palmeta del teatro echando chispas, cuando al poner el pie en la calle le atajó el paso, envuelto de pies á cabeza en un magnífico gabán de pieles, un distinguido caballero.

—¿Adónde va el ilustre maestro?, preguntó con cierto dejo de ironía el señor del gabán.

Miró D. Hermógenes de través al importuno y respondió con mal modo:

—¡Voy al Infierno!

—Que me place, replicó el otro. Hacia allá voy también.

—¡Ea!, déjeme usted en paz... ¡Para bromitas está el tiempo!..

—No bromeo, afirmó gravemente el desconocido caballero engabanado. Y en prueba de ello, ahí va mi tarjeta.

Cogióla maquinalmente el crítico y leyó con asombro, en letras que azuleaban como si hubieran sido trazadas con fósforo, las siguientes palabras: «Filibertigibeto, Comisario Regio de la Sección Literaria del Infierno.»

—¿De modo que usted es?..

—El activo Filibertigibeto que viste y calza. Si usted ha leído con algún detenimiento los dramas de Shakespeare, lo que no es del todo imposible siendo usted, como es, un crítico eminente, sabrá que yo salgo al dar las oraciones de mi oficina infernal y estoy vagando por los campos ó las ciudades hasta que suena el primer canto del gallo.

—Sí..., tengo idea... Pero, la verdad, yo creía que los funcionarios del Infierno...

—Lo comprendo.. Usted, siguió con su tonillo burlón Filibertigibeto, echa de menos un buen par de cuernos en mi frente y un largo apéndice caudal en mi rabadilla... Todo eso pertenece ya á la Historia, á *los cachivaches de antaño* que catalogó el olvidado satírico Roberto Robert. Nosotros, en efecto, allá, en tiempos del rey que rabió, ostentábamos con gentileza y gallardía nuestro correspondiente rabo, ni más ni menos que ustedes los hombres cuando eran monos, según lo ha demostrado Darwin, á quien tenemos el honor de contar entre nuestros huéspedes... Los cuernos son adorno que tampoco se lleva ya en el Infierno... Y ahora, amigo mío, ¿quiere usted aceptar mi invitación?.. He aquí mi automóvil.

Vaciló un poco D. Hermógenes; mas después de breves instantes, exclamó decidido, como en caso semejante el propio Alighieri:

Tu duca, tu signore e tu maestro.

Y sin hablar más palabra, subieron al auto el señor Palmeta y su acompañante. El *chauffeur*, cuyos ojos debajo de su máscara brillaban como gusanos de luz, hizo funcionar el «artilugio;» y D. Hermógenes, lo mismo que alma que lleva el diablo, sintióse arrastrado al través de las sombras de la noche con una velocidad de no sé cuántos kilómetros por minuto.

Al partir el automóvil sonó allá á lo lejos el canto del gallo.

***

Poco duró la vertiginosa caminata. Vibraban aún en el espacio los ecos de la «trompeta de la mañana,» cuando el vehículo se detuvo delante de la puertecilla de un altísimo torreón.

Mientras que se franqueaba la entrada á los viajeros, D. Hermógenes dirigió una mirada al inmenso edificio que se extendía en medio de árida llanura. Aquello parecía una fábrica enorme..., tan enorme como dos ó tres centenares de Londres juntos.

—No hay ciudad tan populosa en el mundo, dijo con orgullo Filibertigibeto, como esta famosísima ciudad.

El resplandor rojizo que se escapaba de un bosque inacabable de altísimas chimeneas permitió al señor de Palmeta enterarse de los contornos fantásticos de la dilatadísima urbe.

El cortés diablo, extendiendo su enguantada mano hacia las chimeneas, por cuyas bocas envueltas en humo salían penachos de chispas, dijo con acento irónicamente amable:

—Son los altos hornos, cuya lumbre se mantiene con almas de condenados. A cada paletada de ellas se producen en el aire esos hermosos árboles de fuego.

—¿Y no falta nunca combustible?

Sonrióse Filibertigibeto.

—Mire usted hacia aquel lado. ¿No ve usted una procesión interminable que va lenta, pero continuamente, penetrando en la ciudad?.. Pues ese es el combustible que ustedes nos proporcionan en las inagotables minas del pecado. Se acabarán, siguió con tono declamatorio el diablo, los yacimientos de hulla que ahora alimentan vuestras fábricas; no quedará ni una astilla de la madera de vuestros bosques; se pudrirán inservibles é inertes por falta de carbón, en arsenales y puertos, los formidables acorazados y los gigantescos transatlánticos; se desharán corroídas por el orín en los terraplenes abandonados de los caminos de hierro las locomotoras, y cesará el resollar de los motores de vapor en los talleres... Todo eso acontecerá algún día; pero el fuego cuyos rojizos resplandores nos iluminan en este instante, ¡no se apagará nunca!..

Mientras Filibertigibeto pronunciaba su discurso, D. Hermógenes seguía contemplando el desfile de la ininterrumpida procesión. Formábanla gentes de toda condición y clase y de los más diversos países: próceres y braceros; mujeres hermosas y elegantes y mujerzuelas de aspecto cínico; soldados rasos y generales; jueces y alguaciles; banqueros y mercachifles, y no faltaban, destacándose entre la abigarrada muchedumbre, puntiagudas mitras, rojos capelos y hasta coronas reales. El Sr. Palmeta, viendo cómo la ciudad

infernal se tragaba á toda aquella tropa, repetía por lo bajo:

> A la danza mortal venit los nasçidos
> que en el mundo soes de cualquier estado...

***

Se abrió la puertecilla, y D. Hermógenes y su acompañante, después de recorrer largo corredor, subieron una escalera y entraron en una oficina en donde varios empleados escribían en voluminosos librotes.

Despojóse Filibertigibeto de su gabán de pieles, quedando en elegante traje de etiqueta; llamó á un diablo galoneado que llevaba pendiente de la cintura un gran manojo de llaves; habló con él algunas palabras, y volviéndose hacia D. Hermógenes le dijo galantemente:

—Cuando usted guste.

Abrió el del llavero una puerta ferrada, y entraron los tres en una larguísima galería semejante á las de la Cárcel Modelo. Infinidad de puertas comunicaban con otras tantas celdas.

—Esta es, dijo Filibertigibeto, la galería de los poetas; los tenemos aislados unos de otros, porque son tan irritables que si estuvieran juntos acabarían por despedazarse... Puede usted mirar por el ventanillo que tiene cada celda...

Asomóse á una D. Hermógenes y quedó espantado.

En el centro de la celda había un hombre de largas melenas, rodeado de instrumentos de tortura. ¡Y qué instrumentos! Fonógrafos que no cesaban nunca de gritar en los oídos del condenado versos desiguales, rechinantes, largos, cortos, vacíos de sentido, zumbadores..., horribles. El melenudo se tapaba las orejas con sus puños, corría de una parte á otra, daba aullidos para ahogar la voz de los fonógrafos... Todo en vano: el ritmo vago, las frases opalinas y liliales, las imágenes glauceas, todo aquello con que él había atormentado á los humanos durante su efímera existencia, chillaba, chirriaba, trepidaba, crujía, *alarideaba* (vocablo del poeta) en torno de él, sin intermitencias, sin descanso ¡Y así una hora y otra y días y años!.. ¡Por toda una eternidad!

D. Hermógenes estuvo á punto de desmayarse.

—Asómese si quiere á otra mirilla, le dijo Filibertigibeto.

—¡No!, gritó el Sr. Palmeta. Es este un espectáculo demasiado horrible...

—Pasemos, dijo el diablo, al salón de los prosistas.

Allí estaba cada cual á lo suyo. Ante un montón de inmundicias, un escritor naturalista se fatigaba revolviendo podredumbre para amasar con ella sus libracos repugnantes; un estilista escribía y rompía cuartillas sin dar nunca con la frase meliflua, con el epíteto significativo, con el vocablo de color ó de olor con que trataba en vano de sugerir tal ó cual sensación. Y el hombre se mordía las uñas hasta hacerse sangre, se tiraba de los pelos, se levantaba, volvía á sentarse, arrojaba la pluma y la cogía de nuevo. D. Hermógenes pensó: «Y hablan del tormento de las Danaides...»

En un rincón, un erudito examinaba polvorientos pergaminos, códices, crónicas; compulsaba fechas, consultaba árboles genealógicos, y entontecido á causa de aquel trabajo, acababa por llenar sus amazacotados párrafos de anacronismos estupendos... Unas cuantas mujeres se desecaban más allá, nerviosas, febriles, aguijoneadas por la vanidad, estrujando sus cerebros como limones de escaso jugo sobre las devoradoras cuartillas. Allí uno se llevaba con manos temblorosas á los labios grandes vasos de ajenjo; acullá otro se envasaba hondas tazas de café; éste se inyectaba dosis tremendas de morfina; aquél chupaba desesperado una pipa venenosa, buscando todos excitaciones malsanas que substituyesen á una inspiración que ó no habían sentido nunca ó no podían ya volver á sentir.

Aterrorizado salió D. Hermógenes de aquella cámara de inenarrables tormentos. Filibertigibeto le siguió sonriente.

—Aún hay más que ver...

—¡Basta ya!, replicó el crítico.

—¿No quiere usted ver el departamento de sus colegas?

—¿Qué colegas?

—Los revisteros de teatros.

Vaciló un tanto D. Hermógenes; pero cediendo después á un invencible movimiento de curiosidad, dijo resueltamente:

—¡Vamos!

***

Al cabo de unos cuantos minutos de marcha, entraron en un callejón de forma aproximadamente circular, en uno de cuyos muros había de trecho en trecho varias puertas numeradas.

Abrió una de ellas el hombre del llavero, y D. Hermógenes y su acompañante se encontraron en el palco de un teatro. Una multitud de condenados á comedia perpetua llenaba la sala.

—Sentémonos, dijo Filibertigibeto.

Estaba levantado el telón, y en el tablado unos cuantos cómicos gritaban desesperadamente, gesticulaban de un modo horrendo, fingían odios, llantos, amores, plagado todo ello de frases tan rimbombantes como vacías, de chistes sin gracia, de hipos y latiguillos.

El diablo, inclinándose al oído de su ilustre compañero, le explicó:

—Este asiento que usted ocupa es el que le está reservado para cuando tengamos el gusto de contarle entre nuestros pupilos. Como clavado en esa silla permanecerá usted millares de millares de años, viendo con muy ligeras variantes una misma comedia, oyendo los mismos gritos, padeciendo los mismos chistes, escuchando á los mismos cómicos...

—Igual que en la tierra, dijo entre dientes don Hermógenes.

—Y caerá el telón y volverá á levantarse, y usted, en justo castigo á sus críticas, continuará ahí aburrido descuajaringándose á fuerza de bostezos, como lo están esos condenados que llenan la sala.

—Y todo eso me espera...

—Tal como he tenido el honor de anunciárselo.

—¿Y no hay remedio?

—Lo dudo.

—¡Oh! Si le hay, gritó D. Hermógenes.

> un punto de contrición
> da á un hombre la salvación!..

Yo prometo en lo que me quede de vida no volver al teatro, ni oir hablar de comedias, ni poner pluma en papel... Huiré al desierto, viviré en una gruta, me mantendré de raíces..., todo, todo, antes que padecer este tormento.

Y delirante, ciego de terror, salió el crítico, dando trompicones, del Infierno...

***

Según noticias que tengo por fidedignas, don Hermógenes de la Palmeta dejó el escalpelo y se fué á una cartuja, en donde vive entregado á la oración y á la penitencia.

(Dibujo de Sardá.)



La mala noticia, cuadro de Gustavo Bourgain. (Publicación autorizada.)
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.)

LOS SALONES DE PARÍS DE 1908

En el presente número comenzamos la publicación, que continuaremos en los sucesivos, de los cuadros que más han llamado la atención en los actuales Salones de París.

Los tiranos es una composición de carácter marcadamente decorativo, pero que en el fondo encierra un pensamiento trascendental; es al mismo tiempo una brillante nota de color. *La mala noticia* tiene gran valor dramático; el dolor y la piedad hállanse expresados en ese lienzo con gran acierto. *La cigarra* es un cuadro lleno de poesía y de ejecución perfecta; su autor ha encontrado una forma nueva y bellísima para una idea por otros muchos tratada. *Ante el mar* nos ofrece una visión sentida y grandiosa de la costa y de las gentes de Bretaña. En *Astucia femenina* júntanse todos los encantos de las pintorescas costumbres de Andalucía. *Fraternidad* inspírase en un ideal levantado que la artista ha sabido exteriorizar de una manera emocionante. *Los dos hermanos* pertenece á un género un tanto anticuado, circunstancia que se halla compensada por grandes bellezas de dibujo y de color.



LA CIGARRA, cuadro de P. Carrier-Belleuse.

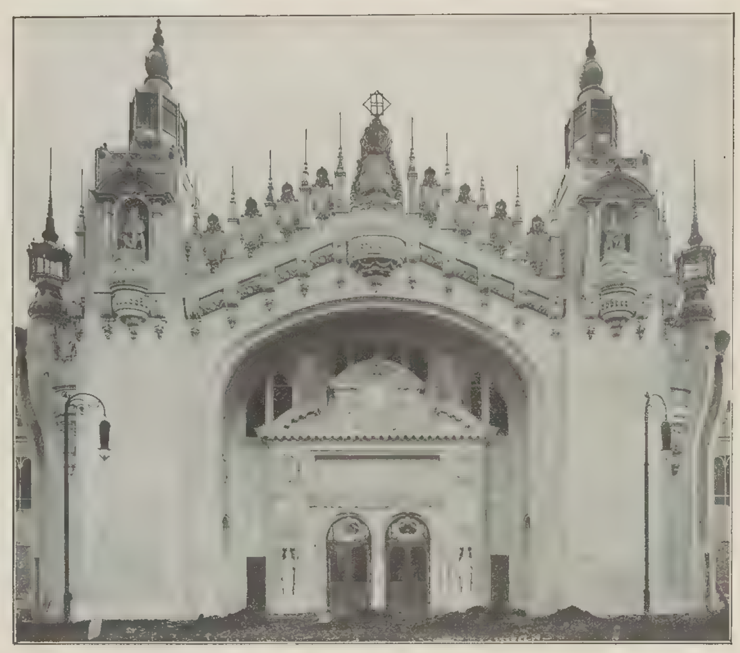
(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

LONDRES

EXPOSICIÓN FRANCO-BRITÁNICA

En el número último nos ocupamos de esa notabilísima Exposición y reprodujimos los principales edificios de la misma. Las vistas que entonces publicamos dan perfecta idea de la grandiosidad y belleza de aquellos palacios y pabellones y demuestran además que quienes los han proyectado y dirigido se han preocupado, no sólo de hacer obras grandes, sino también obras artísticas.

Esta circunstancia se advierte más especialmente en los grabados de esta página, en los cuales, así en la puerta de entrada del palacio de la Maquinaria, como en la fachada del palacio de Arte británico aplicado, que son indudablemente los pabellones más hermosos de la Exposición Franco-británica, pueden apreciarse pormenores arquitectónicos y escultóricos de hermoso estilo que no suelen verse generalmente en construcciones de esa índole, llamadas á tener vida efímera y hechas, por consiguiente, con la falta de solidez y de arte que suele caracterizar todo lo provisional.



Londres.—Exposición Franco-británica.—Una de las puertas de entrada del palacio de la Maquinaria. (De fotografía de World's Graphic Press.)

DE MARRUECOS

Dos combates de cierta importancia han trabado en la frontera oranesa las tropas del general Vigy; el primero desfavorable y el segundo favorable á los franceses. El día 12 fueron éstos sorprendidos por los marroquíes en Beni Uzián, y el encuentro debió ser sangriento, por cuanto los franceses tuvieron trece muertos y sesenta y cinco heridos. El día 14, después de un fuego realizado por la artillería contra el palmar de Bu Denib y que desalojó á los grupos más importantes de marroquíes que allí se habían puesto, fué atacado dicho palmar por las tropas francesas y tomado después de dos horas de combate. La columna francesa tuvo tres muertos y nueve heridos.

Habiéndose ya realizado el plan que las tropas francesas se proponían al Sur de Zettat, el gobierno de la República ha decidido en principio la evacuación del territorio de Chauia, y que queden solamente los efectivos precisos para mantener la seguridad en los puestos provisionales.—R.



Londres.—Exposición Franco-británica. Detalle de la fachada del palacio de Arte británico aplicado
(De fotografía de World's Graphic Press.)



Algunos caides marroquíes marchando al encuentro del general d'Amade con objeto de solicitar de él la suspensión de hostilidades
(De fotografía de M. Branger.)



Algunos caides marroquíes reunidos en los alrededores de una población esperan la llegada del general d'Amade con objeto de someterse á él. (De fotografía de M. Branger.)



Convoy del ejército francés dirigiéndose al campamento del general d'Amade para reincorporarse á su brigada
(De fotografía de M. Branger.)



Ante el mar inmenso, tríptico de Enrique Royer. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)



Astucia femenina, cuadro de Julio Worms. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)



Fraternidad, tríptico de la señorita S. Daynes-Grassot. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

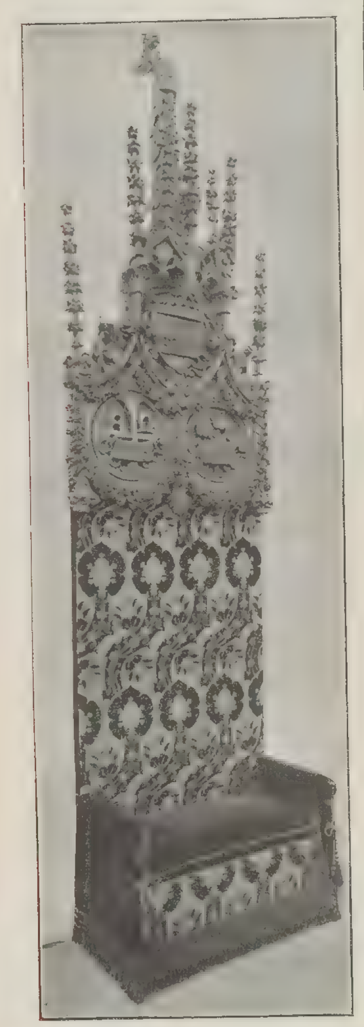


Los dos hermanos, cuadro de Enrique Brispot. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

SITIAL DE LA REINA DE LOS JUEGOS FLORALES

PROYECTO DE D. JOSÉ PUIG Y CADAFALCH

Cual todas las instituciones que encarnan el espíritu de un pueblo, la de los Juegos Florales perdura y cada vez inspira mayores simpatías y produce más entusiasmo en todos cuantos aman las tradiciones y las gestas de nuestro país. Los Juegos Florales evocan el recuerdo de pasadas glorias y atestiguan la cultura de un pueblo que por medio de poéticos certámenes ha conservado su literatura. Muestra de todo ello es el respeto



Sitial de la Reina de los Juegos Florales,
proyecto de D. José Puig y Cadafalch,
fundido en bronce por los Sres. Ballarin y C.ª

y el cariño que merecen las fiestas anuales de la *Gaya ciencia*. De ahí que como manifestación del deseo de perpetuarlas, hayan costeado las ilustres damas que presidieron los certámenes celebrados en los años anteriores el suntuoso y artístico sitial de bronce que, colocado en el simbólico trono, ha ocupado la bella señorita elegida como Reina de los Juegos Florales de este año.

El alto respaldo del referido sitial, proyectado por el erudito arquitecto D. José Puig y Cadafalch, contiene tres hermosos medallones, en los cuales, por medio de alegóricas representaciones, se reproducen los conocidos lemas *Patria, Fides, Amor*, en los cuales han de inspirarse aquellos que concurren á las poéticas lides, terminando en elegantes pináculos, recordando el período en que tuvo lugar la fundación de los Juegos Florales, allá, en aquella tierra provenzal, considerada como hermana de Cataluña.

El autor del proyecto ha tenido inteligentes intérpretes en los escultores Sres. Arnau, Llacer y Juyol, así como en los Sres. Ballarin y C.ª, en cuyos talleres se ha ejecutado el sitial, por medio del procedimiento de la cera perdida, al que ha servido de elemento de embellecimiento la rica estopa tejida por los Sres. Malvehy, resultando una obra bellísima, que atestigua la importancia que en nuestra ciudad han alcanzado las artes suntuarias.

FRANCISCO COPPÉE

El día 23 de mayo murió en París, en su casa de la calle de Oudinot, como un grande hombre y como un cristiano, el ilustre poeta francés cuyo corazón estuvo siempre al lado de los desgraciados: su experiencia, talento y pluma sirvieron á la causa de los poetas jóvenes, dándoles consejos, alentándoles para proseguir en la lucha por la gloria, poniendo prólogos á sus obras y alegrándose con sus triunfos.

Francisco Coppée nació en 1842 en París, de una familia modesta. Tuvo que dejar los estudios que seguía, por su poca salud y también por los escasos recursos de su casa, y para ayudar á los gastos, entró en las oficinas del Ministerio de la Guerra, en las que estaba colocado su padre. El *Parnaso contemporáneo*, cuya publicación (1866) dió nuevo impulso á la lírica francesa, insertó algunas poesías suyas, que fueron muy elogiadas por las personas de buen gusto, y aquel mismo año publicó *El Relicario*, libro de versos, al que siguió el titulado *Intimidades* (1868). En 1867 había obtenido el premio ofrecido por el gobierno á un himno á la paz con motivo de la Exposición Universal.

A invitación de la actriz Mlle. Agar, que había declamado con éxito algunas poesías suyas, compuso Coppée una pieza dramática en un acto, sencilla y delicadísima, *El caminante*, y gustó tanto al público (14 de enero de 1869), que al día siguiente su autor era para toda Francia altísimo poeta.

Desde entonces fué de triunfo en triunfo en la poesía lírica y en la dramática. Épico grandioso en sus *Relatos* y en sus *Elegías*, fué aún más admirable en sus versos íntimos, que llegan hasta el fondo del alma del lector, y en lo que constituía la originalidad de Coppée, en la expresión de los sentimientos, los placeres y los dolores de los seres obscuros y desgraciados. Creó en este género un arte nuevo y sorprendente. En la dramática, fué poeta sobre todo: de él se ha dicho que su gran obra había sido reconciliar la poesía con la realidad y el teatro con el ideal.

Las obras completas de Coppée, publicadas por A. Lemerre, comprenden cinco tomos de poesías con este contenido: tomo I (1864-1869), *El Relicario, Poemas diversos, Intimidades, Poemas modernos, La huelga de los herreros;* tomo II (1869-1874), *Los humildes, Escrito durante el sitio. No más sangre, Paseos é interiores, El cuaderno rojo;* tomo III (1874-1878), *Olivo, Relatos y Elegías;* tomo IV (1878-1886), *Cuentos en verso y Poesías varias;* tomo V (1886-1890), *Otoño, Las palabras sinceras.* Las obras dramáticas forman otros cinco volúmenes: entre las más aplaudidas figuran *El caminante, El guitarrero de Cremona, Severo Torrelli, Dos dolores, La abandonada, Madama de Maintenón, Los Jacobitas.* Escribió también cuatro tomos de cuentos y relatos en prosa, que son verdaderas filigranas de estilo, exquisitos en la forma, tiernos y consoladores en el fondo. Cuadros de los humildes, de los trabajadores, de los desheredados, de los limpios de corazón, Coppée hizo para ellos obra de aliento y de amor. Uno de los más leídos es *Un idilio durante el sitio.*

D. Teodoro Llorente, en su magnífica antología *Poetas franceses del siglo XIX*, publicada por esta casa editorial, ha dado á conocer, bellamente traducidas al castellano, las siguientes poesías de Coppée: *Los ojos de la mujer, Adagio, A una moneda de oro, Limosna de Nochebuena, Los dos sepulcros, Los meses, Flores impuras, Recuerdo de Dinamarca, Madre y nodriza, Vicente de Paúl, El hombre-anuncio, La amazona, En la playa, La desterrada, Ultima llama, ¡Supersticiones!, Toma de velo, En el museo del Louvre, Brindis campestre, Para no envejecer, Al paso del tren, Afán de gloria* y otras.

Francisco Coppée era académico, y más y mejor que todo esto, era un alma noble y un corazón bueno. Vivía con una hermana por la que sentía adoración y de la que no se separó nunca. Su muerte, acaecida hace poco tiempo, precipitó la del gran poeta. «Sin ella no podré vivir,» dijo Coppée al separarse del cuerpo de su hermana. Y poco tiempo ha podido sobrevivirla.

Como Haynd, el autor de *Los humildes* era muy aficionado á los gatos, sus compañeros de soledad en la casa de la calle de Oudinot, y á los que iban á visitarle, tanto como de obras literarias ó de los versos publicados ó por publicar, les hablaba de las gracias y de las muestras de lealtad de los felinos, que ronroneaban mientras tanto sobre las rodillas del poeta.

He aquí las disposiciones testamentarias del ilustre escritor francés:

«Tengo firme empeño en que mi entierro y funerales sean sencillísimos. Nada de esquelas á domicilio, ni flores y coronas. La reunión en la iglesia y nada de discursos bajo ningún pretexto. Sólo acepto las honras militares que me corresponden por mi grado en la Legión de Honor, en razón de mi respeto á la bandera, y también acepto que me acompañe á la última morada una delegación de la Academia Francesa, en recuerdo de las horas encantadoras que he pasado en su seno.»

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.*—Enrique Simonet ha expuesto recientemente un gran lienzo de pintura religiosa, destinado á decorar el plafón de la capilla del Palacio de Justicia, y que representa á Jesús predicando el Evangelio.

* * *

LONDRES.—En la subasta de la galería artística que perteneció á lord Clarendon, embajador que fué de Inglaterra en Madrid, se han vendido: en 13.000 francos, un retrato del célebre torero *Pepe-Hillo*, pintado por Goya; en 7.500 francos, un *San José*, de Murillo; y en 30.000 francos, el *Retrato de Torquemada*, de Velázquez.

* * *

PARÍS.—En el Palacio de la Bagatela se ha inaugurado una exposición de 300 retratos pintados durante el siglo pasado. Entre los cuadros expuestos figuran retratos de Luis Felipe, de Gounod, Girardin, el duque de Nemours, los condes de París, la reina Amelia, el duque de Orleáns, Sarah Bernardt, Napoleón III y Alejandro Dumas.

* * *

ROMA.—El maestro compositor Jenaro Napoli está componiendo una ópera cuyo asunto está tomado de la novela *Jacopo Ortis*, de Hugo Fóscolo.

Espectáculos.—BARCELONA.—En el Eldorado la compañía de la Comedia de Madrid ha estrenado con buen éxito: *La escondida senda*, comedia en dos actos de Serafín y Joaquín



Francisco Coppée,
fallecido en París en 23 de mayo último

Alvarez Quintero; y *Raffles*, comedia inglesa en cuatro actos, arreglada á la escena castellana por Gil Parrado.

Palau de la Música Catalana. Orfeó Català.—El día 22 de mayo dió esta benemérita sociedad coral un selecto concierto, en el que, además del famoso *Credo* de la Misa del papa Marcelo, de Palestrina, cantó las siguientes importantes obras: *La Mare de Deu* y *La mort de l'Escolá*, de Nicolau; *El cant de la Senyera* y *Pregaria á la Verge del Remey*, de Millet; *Els tres tambors* y *La barretina*, de Lambert; y *L'Encís*, obra premiada en la fiesta de la Música catalana, original del Rdo. don Mariano Viñas.

* * *

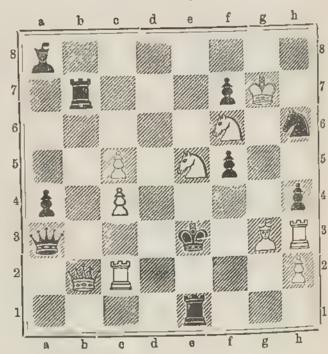
PARÍS.—La primera representación de la ópera rusa *Boris Godounoff*, de Moussorgski, en el teatro de la Gran Opera, ha constituído un verdadero acontecimiento musical y artístico.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 495, POR V. MARÍN

1.ª mención honorífica del concurso de «Illustracya Polska» 1902

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 494, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Da 1 – a 7	1. T b 6 × b 7
2. T f 3 – f 4	2. R e 5 × f 4 ú otra
3. A c 5 – e 3 ó C mate.	

VARIANTES.

1. ...... A b 8 × a 7; 2. C f 2 – d 3 jaq., etc.
T b 6 × b 5; 2. A c 5 – d 4 jaq., etc.
d 7 – d 6; 2. A c 5 – d 4 jaq., etc.
e 7 – e 6; 2. D a 7 × b 8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. A c 5 – d 6 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Mauricio, sujeto un brazo por la mano de un bandido que hacía á la vez de guía y de guarda

—Vendárnoslos, querrá decir, interrumpió Mauricio al ver que aquel hombre sacaba el pañuelo más sucio que habían los prisioneros visto en toda su vida.

—¡Ah, no, no!, exclamó Zoe sintiéndose desfallecer. De esa manera podrían llevarte á ti por un lado y á mí por otro sin que nos diéramos cuenta. Yo cerraré los ojos, haré lo que quieran, pero que no nos venden. Dígaselo usted, añadió dirigiéndose á Wylie. Ellos le atenderán.

—Tenga usted ánimo, dijo éste con severidad. Nunca hubiera yo creído que fuera usted histérica.

El reproche causó su efecto, y Zoe, oprimiéndose el pecho con ambas manos, pudo sofocar los sollozos prontos á estallar. Wylie se volvió hacia el intérprete.

—Vea usted, dijo, las señoras se han asustado. Si llegaran á creer que las iban á separar de su hermano, ya les darían á ustedes mucho que hacer. ¿Para qué quieren vendarles los ojos? Llevando ustedes los caballos del diestro, esas señoras no podrán huir.

—Ya se me ocurre un medio, dijo el intérprete alegremente.

Y se calló, pues no hallaba el modo de decirlo en inglés.

—Uno que vale el doble que lo otro, terminó diciendo aprisa.

Pidió á otro bandido la cuerda que traía á la cintura, cortó de ella un trozo no muy largo, amarró uno de sus extremos al cuello de Wylie y con el otro hizo una especie de presilla.

—La señora podrá pasar por aquí la mano, dijo riéndose.

—Perfectamente, repuso Wylie, conteniendo con una mirada la exclamación de horror próxima á escapársele á Zoe. Estamos en plena Edad media. ¿No es verdad, señorita Smith? Aquí van unas damas á caballo conduciendo á pie á unos caballeros cautivos. Felizmente para mí, no me han entregado á su hermana, pues en tal caso hubiera tenido ocasión de poder vengar sus agravios, estrangulándome... casualmente, por supuesto.

—¿Y usted lo permite?, preguntó airada Irene á Mauricio, viendo que Zoe, temblando de indignación, se dejaba vendar los ojos y que la sentaran en un caballo sin más silla que una manta.

—Lo que no puede evitarse, ha de aguantarse, respondió tranquilamente aquél. ¿Qué quiere usted que haga yo?

—Morir, exclamó con brío. Eso es lo que yo haría puesta en su lugar.

—Si usted verdaderamente lo desea, podré complacerla muy pronto. No tiene usted más que resistirse á que la venden ó á que la monten á caballo. Los bandidos querrán, como es natural, emplear la fuerza, y yo me veré en el caso de salir á su defensa. Por supuesto, teniendo las manos atadas, no he de poder hacer nada; pero sí creo que podré lograr que me maten. Estando aquí Wylie, él se cuidará de usted y de Zoe; así tendrá usted de mí un buen concepto.

—Usted dice eso para que yo no me resista, dijo incomodada Irene.

—Y bien, ¿le extraña á usted que yo prefiera vivir á morir?

—Ustedes los ingleses no tienen el sentimiento del honor. Pero soy injusta. Usted no es noble. ¿Por qué habría usted de preferir la muerte á la deshonra?

Al oirla, Mauricio se echó á reir involuntariamente, lo que molestó tanto á Irene, que se sometió en el acto, con tanta humildad como Zoe, á que le taparan los ojos y la subieran al caballo, sujetando á la muñeca el extremo de la cuerda con cierta feroz

satisfacción. Después de semejante humillación, no volvería á decir Zoe que Mauricio y Wylie eran sus iguales. Esta reflexión la dejó satisfecha y siguió cabalgando casi alegre, repasando en su mente todo lo hecho, que le pareció de perlas, lo cual es siempre un agradable entretenimiento. Mauricio, sujeto un brazo por la mano de un bandido que hacía á la vez de guía y de guarda, marchaba silencioso al lado de su caballo, cuya rienda llevaba otro de los de la partida. Detrás iban Zoe y Wylie en la misma forma escoltados; los demás bandoleros iban distribuídos en vanguardia y retaguardia. Sus pies, calzados con abarcas de piel de gamo, no producían ruido alguno al pisar las piedras del camino. El jefe había mandado que se guardara el más absoluto silencio; las patas de los caballos iban envueltas en trapos.

El corazón no le cabía en el pecho á Zoe. Las humillaciones por que habían hecho pasar á su hermano y á Wylie la habían herido en lo más vivo; sentía, por su causa, toda la indignación que ellos aparentaban no sentir. Lo más curioso del caso era que á veces veía lo ridículo de la situación, lo que la movía á risa; tan pronto tenía que contenerse para no dar gritos, como para no prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

El contacto casual del hombro de Wylie con su rodilla, al tropezar con las desigualdades del camino, le servía de consuelo y la tranquilizaba, trayéndola al terreno de lo real y conocido, á pesar de las fantásticas incidencias en que se hallaba metida. Una ó dos veces alargó tímidamente la mano para tener la seguridad de que iba él allí, oyendo, como en contestación, alguna palabra en voz baja; aquella amistosa correspondencia le daba fuerzas para reprimir el ataque de histerismo, que tanto miedo le daba.

Ya parecía que llevaban muchas horas de viaje, cuando, después de bajar una cuesta muy pendiente, el intérprete les previno que iban á llegar á un río y que Mauricio y Wylie tenían que dejarse llevar á cuestas á la otra orilla. De común acuerdo, ambos hicieron presente que preferían vadearlo; pero él les manifestó que era tan grande el interés que el jefe se tomaba por la salud de sus cautivos, que de ningún modo quería que se expusieran á acatarrarse. Zoe, al oirlo, se echó á reir involuntariamente, dando un poco de expansión á su espíritu, si bien luego se avergonzó de la poca oportunidad de su risa. No le hizo ninguna gracia á Mauricio la proposición, y así lo decía entre dientes, mientras dos robustos mocetones le echaban mano y lo bajaban por un rápido declive, lo pasaban por el río y lo subían por la opuesta escarpada orilla; por lo que hace á Wylie, contestó oportunamente á la risa de Zoe:

—¿Le recuerda á usted esto los melodramas de Gilbert y Súllivan?, preguntóle cuando terminaron de transportarlo cruzando unos veinte pies de un torrente que debía ser impetuoso, á juzgar por los resbalones y traspiés de los que le llevaban cargado.

Los caballos lo pasaron con admirable aplomo y el viaje continuó por un camino que en general subía en vez de bajar. Ya entonces no tenía Zoe ganas de reirse. Sentía frío y cansancio, rigidez y malestar, y la acosaban horribles presentimientos. Si Wylie no hubiera estado tan cerca, habríase echado á llorar como un niño, sin importarle un ardite lo que dijeran los bandidos; pero no podía, en presencia suya, dejarse vencer por el desaliento, puesto que él confiaba en que sería valiente; por lo tanto, trató de olvidar lo dolorido de su cuerpo y de pensar únicamente en la aplicación literaria que más adelante había de dar á tan desagradables aventuras. Así era como solía con frecuencia consolarse de sus contrariedades, pero en aquella ocasión no le pareció el consuelo suficiente y exhaló un suspiro de abatimiento. El mero hecho material de ir montada en un caballo sin silla ni estribos, le parecía que era ya de por sí imposible de soportar. ¡Si pudiera dejarse caer al suelo y dormir!

—¡Animo!, le dijo Wylie en voz baja. Milosch, así se llama el intérprete, dice que queda poco que andar.

Una vez más hizo ella un esfuerzo para reanimarse y le contestó alegremente; al poco tiempo ya no tuvo necesidad de seguir sacando fuerzas de flaqueza. Un cambio perceptible en la calidad de los sonidos apagados que oía en torno suyo, le dieron á entender que entraban al caballo en algún edificio; cuando lo pararon se dejó caer al suelo sin poderlo remediar, provocando la risa de los bandidos, que aún duraba cuando Milosch le quitó el pañuelo de los ojos. Tan pronto como pudo distinguir dónde se hallaba, vióse acurrucada junto á una hoguera recién encendida en un soportal de piedras sin labrar. En el techo había una abertura cuadrada, á la que se llegaba por una escalera de mano; la intensa obscuridad que en lo alto se percibía indicaba que debía haber una especie de segundo piso. Irene, Mauricio y Wylie estaban de pie cerca de ella, al amor de la lumbre, y los bandoleros, ó estaban extendiendo las capas por el suelo, ó registrando sus morrales.

—Sube, ordenó Milosch cogiendo á Mauricio por un brazo y mostrándole la escalera. Nosotros somos gente caritativa; ya les daremos de comer cuando estén arriba, bien seguros.

—¿Cómo va á subir por esa escalera con las manos atadas?, exclamó indignada Zoe. ¿Por qué no se las desatan?

Milosch miró indeciso á su jefe, éste se encogió de hombros desdeñosamente; entonces les quitaron á todos las cuerdas, teniendo cuidado de no cortarlas.

—Mañana los volveremos á amarrar, dijo Milosch con su peculiar sonrisa de satisfacción.

Mauricio subió la escalera, las jóvenes le siguieron y Wylie cubrió la retaguardia, después de haberse detenido para recoger las mantas que habían servido de sillas de montar y de haber pedido prestados dos de los grandes capotes de los bandidos.

—Esto es un pajar, exclamó con acento de horror Zoe.

—Dispense usted, dijo Wylie, es un desván en que hay paja, lo que no deja de ser una suerte, pues así tendremos camas. Ya verá usted, señorita Smith. Mientras aguardamos á que nuestros amigos de abajo nos manden algo que cenar, separemos con una cortina aquel extremo del desván para usted y su hermana. Smith y yo nos quedaremos cerca de la entrada, de modo que si esos bandidos tratan de hacer alguna de las suyas durante la noche, tengan que despertarnos antes de llegar adonde ustedes estén.

Su acento era tan alegre y tranquilo, que Zoe se olvidó de su cansancio y de sus temores, y sostuvo la manta mientras él ataba una de sus puntas con el fleco á un clavo torcido que estaba clavado en el inclinado techo. El otro extremo de la improvisada cortina presentó mayores dificultades para asegurarlo, pues no había dónde atarlo, hasta que Zoe trajo una gruesa aguja de sombrero, que Wylie clavó en una hendedura con el tacón de la bota. A Irene no le pareció bien el empleo que le habían dado.

—Debió reservarse para más altos destinos, dijo. La mía me servirá de puñal.

—¿Era eso únicamente lo que tenía usted esta tarde en la mano?

—¿Para qué más? Pudiera haber hecho lo que dije; esto mata si se da con fuerza.

—¡Cuánto me hubiera alegrado de haberlo sabido!, murmuró Wylie con toda su alma. Vamos, señorita Smith, ya lo ve usted, su habitación está lista. Con la paja pueden ustedes arreglarse unos nidos de primera clase, y para cubrirse aquí tienen estos dos capotes. Por supuesto que esto no será muy lujoso, pero para una..., y se calló de pronto y cambió de asunto. Smith y yo tenemos esta otra manta, así es que lo pasaremos perfectamente. Esta noche me parece que vamos á dormir sin temor á que nos despierten las sacudidas.

—Pero ¿no podríamos escaparnos mientras los bandidos estén durmiendo?, preguntó Mauricio bajando la voz.

—Difícilmente, pues es casi seguro que quitarán la escalera, y á nada conduciría que nos dejáramos caer en medio de ellos. Ya ve usted que tienen el fuego encendido.

—¿No podríamos, dijo Zoe pensativa, abrir un agujero en el techo y salirnos por él?

—Desgraciadamente han colocado centinelas en derredor, dijo Wylie. Yo oí al jefe cuando los estaba situando. La única probabilidad que habría sería sobornar á uno de ellos, pero no tenemos con qué.

—Si no me hubieran ustedes robado esta tarde mis joyas, no nos veríamos ahora tan sin recursos, dijo Irene riéndose.

—Voy á arrepentirme de no haber dejado que la registraran á usted tal como acostumbran á hacerlo en los Balkanes, murmuró Wylie.

—Vamos, Irene, dijo Mauricio con tono de hermano mayor. Dejemos eso. Si es usted hermana nuestra, tendrá que amoldarse á las circunstancias y no molestar á nuestros amigos. Esta tarde se portó usted con muy poco juicio y pudo poner en peligro nuestras vidas; debiera usted darle las gracias á Wylie por lo que hizo. Todos estamos embarcados en la misma nave, y seríamos unos necios si siguiéramos riñendo de esta suerte. Wylie es un veterano avezado á la guerra. Zoe y yo, con mucho gusto, nos ponemos á sus órdenes, y usted debe hacer otro tanto, gústele ó no le guste.

Creyó que Irene iba á protestar con altivez, pero sin duda su tono autoritario la intimidó.

—No saben ustedes lo que eran para mí esas joyas, dijo como disculpándose. Eran toda mi fortuna, las pruebas de mis heredados derechos, ¡y las he perdido! Pero no teman ustedes. Todos recibirán con el tiempo el testimonio de mi agradecimiento. No le guardo al capitán Wylie ningún rencor por su exceso de celo.

—Mucho lo agradezco, créalo usted, dijo entre dientes Wylie mirando á Irene como si le supusiera algún tanto trastornado el juicio.

Zoe se apresuró á decir:

—Cuando habla usted de esa manera, Irene, me recuerda siempre á D. Quijote repartiendo ínsulas. ¿No le parece á usted, capitán Wylie, que no está bien que extienda de ese modo su protección á Mauricio y á mí?

Antes de que éste pudiera contestar llegó Milosch, que subió la escalera trayendo unos cuantos pedazos de pan negro, de queso muy duro y una bota con agua.

—¿No es verdad que somos caritativos?, preguntó con cierto orgullo. Les damos nuestras propias provisiones.

—Todo esto está muy bien, dijo Mauricio mirando por la abertura cuando volvió á bajar el mandadero. Se están comiendo el pan blanco y todo lo demás que dejamos en el cesto de las provisiones.

—¿Cómo vamos á poder comer esto?, preguntó desconsolada Zoe, pues así el pan como el queso estaban como piedras.

—Pídales un poco de pan blanco para las señoras, dijo Wylie.

Mauricio, que estaba sentado en el suelo junto á la abertura, obedeció, mas no obtuvo otra contestación que la siguiente:

—Ustedes son nuestros huéspedes y les hemos dado de lo mismo que comemos.

No queriendo aumentar la repugnancia que á las jóvenes inspiraban aquellos comestibles, Mauricio se abstuvo prudentemente de decir que él había visto cómo los habían ido sacando de varios morrales de los bandidos, donde habían estado en íntimo contacto con cera, tabaco, hilo, cuero para echar suelas á las abarcas, trapos para limpiar los fusiles y otras cosas de gran utilidad; por el contrario, lo que hizo fué romper un pedazo de pan golpeándole contra el techo, y después de probarlo, afirmó que no era del todo malo para quien tuviera hambre.

Irene confesó que había probado antes el pan negro, cuando visitaba las chozas de los labriegos; pero añadió desdeñosamente que nunca había creído que llegara el caso de que se lo dieran por toda comida. Sin embargo, como no había otra cosa, todos se las arreglaron para roer un pedazo, y después las jóvenes, que ya estaban muertas de sueño, se retiraron detrás de la cortina. Al poco tiempo dormían tranquilamente, sin que las molestaran los sonoros ronquidos que se oían abajo, y que eran prueba de que, por muy cargada que estuviera la conciencia colectiva de los bandidos, no lo estaba lo bastante para tenerlos despiertos.

Parecióles á Zoe y á Irene que apenas hacía un momento que se habían dormido, cuando oyeron la voz de Mauricio advirtiéndoles que era hora de levantarse; una á otra se miraron acongojadas al ver, á la luz que penetraba por los agujeros del techo, que tenían las caras macilentas y el cabello lleno de paja.

—Me parece que podremos peinarnos sin necesidad de espejo, dijo Zoe. ¿Cree usted que habrá agua caliente?

Era la pregunta tan extemporánea, que no le sorprendió el que Mauricio, desde el otro lado de la cortina, le contestara con una carcajada.

—Hay un arroyo allá abajo, dijo después, y se les permite que se laven la cara y las manos en él. Han tenido ustedes mucha suerte en que les hayan dejado los cepillos de dientes. Wylie y yo tenemos que usar unas ramitas, como hacen los pobres indios.

—No creía yo que los bandidos usaran esos cepillos, dijo Zoe.

—Para la dentadura no, pero sí para limpiar fusiles; yo mismo los he visto. Así es que agradézcanselo y no hagan ascos al agua fría. Hasta puedo proporcionarles jabón, porque Milosch acaba de prestarme un pedazo del mismo que traíamos, encargándome mucho que se lo devuelva y alabándose de su desprendimiento.

—Me parece que el estimable Sr. Milosch es una calamidad, dijo Zoe alegremente sacudiéndose la paja de la falda. No bajes, Mauricio, hasta que no te haya vuelto á vendar la cabeza. Quiero hacerlo ahora bien á la luz del día.

—Vista la falta que aquí hay de agua y luz, ¿no sería mejor hacerlo abajo?, indicó Mauricio.

Y conviniendo en ello Zoe, muy pronto se vieron blanco de la curiosidad de los bandoleros. Esta publicidad tuvo sus ventajas, porque muy pronto pudo ella reconocer al que le había correspondido su bo-

tiquín, y aunque con alguna dificultad, pudo conseguir, por medio de Milosch, que se lo devolviera interinamente. Mientras el intérprete se pavoneaba, encareciendo en alta voz á los prisioneros la magnanimidad de sus raptores, que les proveían de material quirúrgico, ella cortó el pelo alrededor de la herida de Mauricio, unió sus bordes con tiras de tafetán inglés y le puso por corona un vendaje que parecía un turbante y que causó gran admiración á los espectadores. Tan pronto como hubo terminado, le trajeron á uno de los bandidos que había sido herido en el último y desesperado combate con Haji Ahmad, y por medio de Milosch le manifestaron que aquél también necesitaba de sus conocimientos médicos.

—No toque usted á ese puerco, dijo Wylie. Yo lo curaré, que demasiado bien quedará para quien es él. No merece que ponga usted en él las manos.

—¡Ah! No, yo lo haré, dijo Zoe con visible repugnancia, pues el aspecto del herido no era de los que atraen. Hasta ahora no había comprendido cuán difícil es ser buena cristiana, dijo con voz apagada cuando, terminada su tarea, uno de los bandidos le presentó un tosco recipiente de cuero lleno de agua para que se lavara las manos.

—No creo que en la práctica exija el Cristianismo que se vaya tan allá, dijo Wylie secamente.

En esto el jefe llamó con la mano á Zoe.

—Stoyan ze Voivoda, dice: «Aquí la muchacha,» explicó Milosch.

Zoe titubeó. El jefe le alargaba un pedazo de chocolate del mismo que ella había traído, tratando al propio tiempo de sonreirse; después de sostener una lucha consigo misma, Zoe se adelantó y lo cogió. Mejor le supo que el pan negro y el queso duro.

—Vean ustedes la munificencia de nuestro autócrata, exclamó Milosch adoptando una actitud de respetuosa admiración. Hasta regala dulces á sus huéspedes.

—Vamos, cállese, Milosch, dijo en tono de súplica Mauricio; se va haciendo usted insufrible. Si tiene en cuenta que todo era nuestro, verá que sería de mucho mejor gusto no hablar ni una palabra más sobre ese punto.

Milosch se sonrió poco satisfecho y se acercó á Stoyan para decirle algo en voz baja; muy pronto volvió al lado de los prisioneros, que dulcificaban su triste suerte comiendo algunos pedazos de chocolate.

—Ze Voivoda manifiesta que no les mandará atar las manos hoy si dan su palabra de caballeros de no tratar de escaparse, dijo á Mauricio y á Wylie. Vamos á entrar por unas montañas en donde las mujeres tendrán que ir á pie y han de necesitar de su ayuda.

—¿Para tratar de escaparse?, dijo Zoe. ¡Ah! Me parece que bien lo podemos prometer. ¿No es verdad?

—No, no, dijo con energía Irene. Eso es un engaño, un lazo que nos tienden. Tengo la seguridad. Sin duda alguna el camino será bueno y atravesará por poblados, donde excitaría sospechas el vernos amarrados. Esos bandidos querrán hacernos pasar por turistas á quienes van acompañando como guías. Por supuesto, sería atarse de pies y manos si prometieran semejante cosa.

—Realmente, parece que haríamos un disparate, asintió Mauricio. ¿Qué opina usted, Wylie? Mucho nos habría de pesar si luego no pudiéramos aprovechar alguna ocasión que se presentara de huir.

—Confieso ingenuamente que no alcanzo á comprender cómo se nos ha de presentar ocasión de escaparnos, llevando en nuestra compañía á dos señoras y estando en un país que no conocemos y los bandidos sí, dijo Wylie. Ni los mismos héroes de novela que la señorita Smith imagina, podrían hacer tal cosa. Pero no vayan ustedes á creer que esto lo digo por evitarme las penalidades que pudieran corresponderme.

—Pues bien: tomemos un término medio, dijo Mauricio, y neguémonos á dar nuestra palabra hasta que veamos qué clase de camino sea el que vamos á llevar. Si resulta demasiado malo para estas jóvenes, siempre tendremos tiempo de pedir que nos desaten.

—Los dos son ustedes unos tontos, dijo sarcásticamente Milosch cuando hubo oído su determinación. Puesto que rechazan lo que les ofrecemos, la severidad aumentará.

Muy pronto comprendieron el sentido de aquel sibilítico vaticinio, pues los bandidos, ofendidos de su negativa, les amarraron á los dos los brazos á la espalda con tanta fuerza, que las cuerdas les penetraban en la carne. Wylie se reía torvamente.

—Puesto que hemos optado por que nos ataran, no podemos quejarnos de que lo hagan, dijo. No quisiera ser exigente, señorita Smith; pero cuanto más pronto encuentre usted que el camino es impracticable, tanto más me agradará.

Hubo que aguardar algún tiempo antes de emprender la marcha, mientras dos de los bandidos, comisionados para el caso, aventaban las cenizas de la hoguera y borraban todas las huellas de su paso y los demás preparaban sus bagajes y se quejaban amargamente los que tuvieron que cargar con las mantas, que los prisioneros, como era evidente, no podían llevar. Púsose en camino el cortejo, llevando á los cautivos en medio, calladas las jóvenes y asustadas por el mal resultado que había tenido la proposición de Irene.

VIII

HISTORIA DE UNA JORNADA

La ingeniosa idea de Irene resultó ser una gran equivocación. Bien claro se vió en cuanto dejaron atrás el pequeño espacio despejado en que estaba el aprisco, y en verdad que no la hubieran ni por un solo momento aceptado si la noche anterior hubieran podido los prisioneros ver el camino que llevaban y la naturaleza del terreno por donde iban. Muy lejos de ser bueno y de cruzar por pueblecillos, era simplemente una senda de cabras que penetraba en el corazón de las montañas. Para los ágiles bandoleros, que llevaban flexibles abarcas, no ofrecía grandes dificultades; pero estaba lleno de peligros para los inexpertos cautivos que por él subían con botas. Al principio, Zoe é Irene retrocedían nerviosas ante las cortaduras del camino ó al tener que dar vuelta á un peñasco por una estrecha cornisa; pero las maldiciones y amenazas con que era acogida la menor vacilación las hacía seguir adelante, ciegas de terror.

Los bandidos eran peores todavía que las montañas. Comprendiendo que Mauricio y Wylie en nada podrían ayudarlas, las jóvenes tuvieron la firmeza suficiente para no apelar á ellos ni aun con la mirada, viéndoles subir penosamente, tropezando aquí y allá, con los brazos torturados por las cuerdas. No solamente maldiciones, sino también golpes llovían sobre ellos cada vez que les faltaban los pies; pero lo que más les dolía era el modo como trataban á las jóvenes. Por último, cuando Zoe hubo resbalado y por poco se cae y el bandido más próximo la agarró con sus brutales garras y la sacudió fuertemente, Wylie no pudo contenerse más tiempo.

—Smith, tenemos que dar nuestra palabra, dijo en voz alta á Mauricio. Sus hermanas no pueden seguir solas. Oiga, intérprete, dígales usted que prometemos no tratar de escaparnos.

Hízose alto y se entabló una larga discusión entre los bandoleros. Veíase claramente que querían que Mauricio y Wylie sufrieran hasta el fin las consecuencias de su negativa; pero los que llevaban las mantas se opusieron, lo mismo que los dos que estaban encargados de cuidar de las jóvenes. No era razonable, decían con mucha razón, que tuvieran que ocuparse de unas mujeres que tantas molestias daban y además de sus paquetes, siendo así que esa faena correspondía á sus protectores naturales. Estos argumentos al fin convencieron á los demás. Mientras Milosch pronunciaba un discurso encomiando la bondad sin límites de los bandidos, que permitían á los prisioneros volver sobre su acuerdo, el jefe cortó con su cuchillo las cuerdas y ordenó que inmediatamente se pusieran en marcha. Wylie, frotándose las doloridas muñecas, se acercó á Zoe.

—Tal vez le hayamos nosotras estorbado el escaparse, dijo ésta con acento pesaroso.

—Nada de eso. Por lo menos, si es que ve usted alguna probabilidad de huir por esas horribles montañas, lo que es yo no la veo. Tome usted mi brazo. ¿Quiere usted? El camino tiene aquí anchura suficiente. ¡Ah! ¿Qué es eso?, añadió viendo que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas. Por favor, no llore usted. ¿Está usted ya cansada?

—No, no es eso, siguió diciendo con palabras entrecortadas; es que veo cómo á usted... y á Mauricio los golpean..., ¡y no... poder... hacer nada!.. ¡Aborrezco el ser mujer!

—Vamos, figúrese usted que está en campaña, subiendo la cordillera del Afghanistán.

—¿Cuando el desastre de Khoord Cabul?, preguntó con melancólica sonrisa.

—¡Qué recuerdo tan triste evoca usted! Pero después de todo, los prisioneros en aquella ocasión fueron rescatados; eso es un buen agüero. Bien, así se hace, añadió al dar ella un tropezón y agarrarse á su brazo. No haga usted que nuestra abnegación sea estéril. Me temo que su hermana no me ha perdonado todavía. Hace un momento, se negó tan resueltamente á aceptar mi ayuda, que no tuve otro remedio que dejársela á su hermano de usted.

—Tiene, respecto al honor, ideas algo exageradas, dijo Zoe titubeando un poco, y me parece que creía que no aconsejaba usted bien á Mauricio. Usted fué quien propuso dar la palabra de honor, y yo supongo que eso le ha hecho desmerecer en su concepto.

—Bueno, después de todo, es una falta disculpable el tener demasiado vivo el sentimiento del honor. Nostros los ingleses somos, sin duda, demasiado inclinados á creer que toda transacción es buena. Su hermana de usted será una mujer cabal cuando haya suavizado sus asperezas, aunque siga sosteniendo las mismas ideas.

—Pero no se aferra á ellas cuando se trata de pequeñeces, dijo involuntariamente Zoe. ¡Ah, no debí decirlo!, exclamó contrariada, comprendiendo que sus palabras habían de sentar mal á Wylie, dado su modo de pensar. Vea usted, la han educado de un modo tan distinto al nuestro, que siempre nos está causando sorpresas.

—¿Ha sido una experiencia que han querido ustedes hacer el haberla traído á esta excursión? Coja usted mi mano para pasar por aquí. Quiero decir que hay personas muy tratables mientras todo marcha bien y tienen cuanto se les antoja, pero á quienes las contrariedades ó disgustos de cualquier clase crispan y erizan. Por supuesto, lo que le hace falta es que la zarandeen un poco; ya verán luego la diferencia, añadió apresuradamente.

—No puedo entrar en explicaciones minuciosas, dijo Zoe algo cortada; pero nos pareció que lo mejor que podíamos hacer era traerla con nosotros. Estoy segura de que ella trata de ser para nosotros una verdadera hermana. Sólo que no acaba de comprender ciertas cosas. Además, todos aquí hemos de salir juntos adelante ó desaparecer juntos.

—Perfectamente, y espero que se me considere, en ese sentido, como un hermano también. No se habían de escapar todos ustedes dejándome en manos de estos caballeros. ¿No es cierto?

—¿Cree usted que eso pudiera suceder?, preguntó indignada Zoe. Tampoco veo yo que haya probabilidades de escaparnos sin su ayuda. Ahora bien, añadió bajando la voz, ¿por qué cambió usted tan pronto de modo de pensar respecto á nuestra liberación? Primeramente, dijo usted más de una vez que sólo estaríamos prisioneros una noche; pero cuando llegamos al cobertizo usted se detuvo á la mitad de lo que iba á decir, como si de pronto se acordara de algo, y desde entonces no ha vuelto usted á hacer más profecías.

—No fué que me acordara de nada, sino que caí en algo, dijo Wylie pasando la manta del brazo al hombro para amortiguar el ruido de sus palabras. Cuando esperaba que hoy nos rescatarían, era porque creía que no saldríamos del triángulo que forman el camino, el ferrocarril y el río en el que fuimos cogidos. Al no llegar nosotros anoche, los que nos estaban aguardando al otro lado del río habían forzosamente de preguntar por telégrafo si habíamos salido, y al contestarles que sí, tenían que comprender que algo nos había sucedido en el camino. Hay á corta distancia bastantes soldados y gendarmes para escudriñar por completo todo el triángulo, recorriendo desde la carretera y la línea férrea hasta el río, y de fijo tendrían que dar con nosotros.

—¿Y fué después de haber pasado el río cuando usted comprendió que ya no estábamos en el triángulo? Pues yo creía que el país, hacia el Sur, estaba mucho más pacificado. ¿Nos llevarán realmente los bandoleros hacia esa parte?

—En eso cabalmente está su ardid. ¿Creyó usted que era de veras el río lo que cruzamos anoche, sin más anchura que unos veinte pies y con tan poca agua que se le pudo vadear?

—¿Pues qué otra cosa podía ser sino un río? Si no fué eso, aún estamos dentro del triángulo.

—No fué una corriente de agua; fué la línea férrea.

—¡Ah!, exclamó Zoe palideciendo. ¿Cómo lo sabe usted?, añadió.

—¿No se fijó usted en que no se oyó ruido de agua? Era de esperar que hubiera habido mucha, dada la manera de tropezar los bandidos, como si la corriente fuera impetuosa y el piso desigual. Eso me chocó y me puse á escuchar con cuidado. Si los hombres que me llevaban á cuestas hubieran traído botas, hubiera oído el rechinar de las piedras al pisar el casquijo ó el tropezar con los rieles; pero como llevaban abarcas, no hacían ruido. Pero sí noté que por cuatro veces levantaron los pies, como para evitar el tropezar con algo, y calculando la longitud de sus pasos, comprendí que lo habían hecho justamente en los sitios donde debían estar los rieles. De ese modo quedé convencido.

—En ese caso, ¿no hay que tener esperanzas de que pronto nos liberten?

(Se continuará.)

CARRERA INTERNACIONAL DE «VOITURETTES.» COPA «CATALUNYA»

Merced al incansable celo y acertada dirección del Comité Organizador del concurso, y á las medidas tomadas por las autoridades para garantir la seguridad y el orden en las carreteras afluyentes al circuito, y aun en este mismo, la carrera de *voiturettes,* celebrada el día 28 de mayo en el Bajo Panadés (Barcelona), ha tenido un éxito superior, en cuanto á los automovilistas que han tomado parte en la misma y en cuanto al público que ha acudido á presenciarla, al que esperaban, así la prensa profesional deportiva, como la diaria de nuestra capital, del llamamiento lanzado desde sus respectivas columnas.



Salida de la *voiturette* n.° 14 de la estación de partida en el cercado del Vinyet (Sitjes). (De fotografía de A. Merletti.)

El circuito designado está formado por las siguientes carreteras: 1.ª, de Sitjes á Igualada, kms. 56 al 45; 2.ª, de Cañellas á Villanueva, kms. 1 al 7; 3.ª, de Barcelona á Santa Cruz de Calafell, kms. 46 al 38, quedando enclavadas en dicho circuito las villas de Sitjes, San Pedro de Ribas, Cañellas (derecha) y Villanueva y Geltrú, siendo su desarrollo de 27 kms. 885 metros, debiendo los corredores verificarlo 9 veces, y resultando el recorrido total de 250 kms. 965 metros.

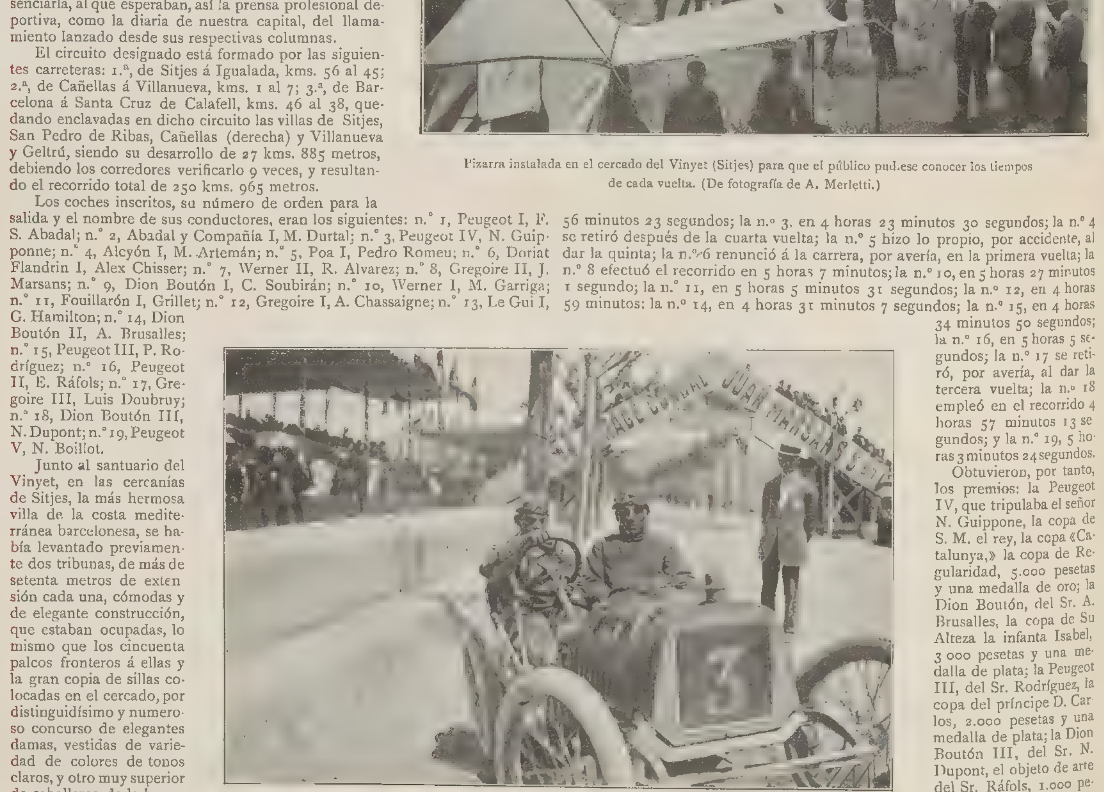
Los coches inscritos, su número de orden para la salida y el nombre de sus conductores, eran los siguientes: n.° 1, Peugeot I, F. S. Abadal; n.° 2, Abadal y Compañía I, M. Durtal; n.° 3, Peugeot IV, N. Guipponne; n.° 4, Alcyón I, M. Artemán; n.° 5, Poa I, Pedro Romeu; n.° 6, Doriat Flandrin I, Alex Chisser; n.° 7, Werner II, R. Alvarez; n.° 8, Gregoire II, J. Marsans; n.° 9, Dion Boutón I, C. Soubirán; n.° 10, Werner I, M. Garriga; n.° 11, Fouillarón I, Grillet; n.° 12, Gregoire I, A. Chassaigne; n.° 13, Le Gui I, G. Hamilton; n.° 14, Dion Boutón II, A. Brusalles; n.° 15, Peugeot III, P. Rodríguez; n.° 16, Peugeot II, E. Ráfols; n.° 17, Gregoire III, Luis Doubruy; n.° 18, Dion Boutón III, N. Dupont; n.° 19, Peugeot V, N. Boillot.

Junto al santuario del Vinyet, en las cercanías de Sitjes, la más hermosa villa de la costa mediterránea barcelonesa, se había levantado previamente dos tribunas, de más de setenta metros de extensión cada una, cómodas y de elegante construcción, que estaban ocupadas, lo mismo que los cincuenta palcos fronteros á ellas y la gran copia de sillas colocadas en el cercado, por distinguidísimo y numeroso concurso de elegantes damas, vestidas de variedad de colores de tonos claros, y otro muy superior de caballeros de la buena sociedad barcelonesa, que habían acudido á la fiesta, unos en lujosos automóviles, otros en los vapores, vaporcitos y balandros que zarparon de nuestro puerto en dirección á Sitjes, y los más en los trenes especiales y ordinarios de las líneas ferrocarrileras que por allí pasan.

En el mencionado cercado estaban instaladas las casetas de servicio, otras para estafetas de correos y telégrafos, las tribunas para el jurado, el restaurant, y la caseta de los cronometradores y comisarios, unida esta por un hilo telefónico con el personal encargado de la enorme pizarra instalada para que el público conociera los tiempos de cada vuelta.

Para protección del público en las aglomeraciones, se habían colocado á cada lado de la carretera barreras á una distancia de las casas suficiente para permitir á sus habitantes que saliesen de ellas. Además, en los puntos peligrosos para los corredores, como revueltas, obstáculos, etc., se habían colocado postes en los que, pintadas de blanco sobre fondo azul, se hallaban marcadas las señales.

A las ocho menos tres minutos, una hora después de haber recorrido el circuito los coches pilotos apostados en los puntos designados de antemano, salió la *voiturette* n.° 1, á la que siguieron las demás con intervalos de un minuto, á excepción de las números 2, 7, 9 y 13, que no se presentaron. Además, de las quince concurrentes, sólo once terminaron la carrera.



Pizarra instalada en el cercado del Vinyet (Sitjes) para que el público pudiese conocer los tiempos de cada vuelta. (De fotografía de A. Merletti.)

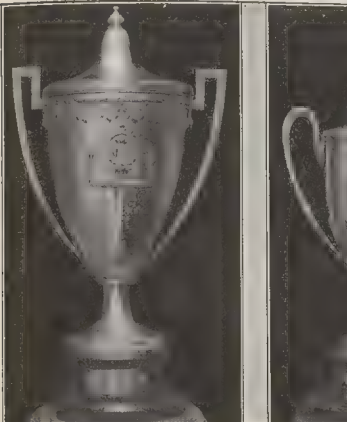
M. Guippone, vencedor en la carrera del circuito del Bajo Panadés, en su *voiturette* Peugeot IV. (De fotografía de A. Merletti.)

La *voiturette* n.° 1 efectuó el recorrido en 4 horas 56 minutos 23 segundos; la n.° 3, en 4 horas 23 minutos 30 segundos; la n.° 4 se retiró después de la cuarta vuelta; la n.° 5 hizo lo propio, por accidente, al dar la quinta; la n.° 6 renunció á la carrera, por avería, en la primera vuelta; la n.° 8 efectuó el recorrido en 5 horas 7 minutos; la n.° 10, en 5 horas 27 minutos 1 segundo; la n.° 11, en 5 horas 5 minutos 31 segundos; la n.° 12, en 4 horas 59 minutos: la n.° 14, en 4 horas 31 minutos 7 segundos; la n.° 15, en 4 horas 34 minutos 50 segundos; la n.° 16, en 5 horas 5 segundos; la n.° 17 se retiró, por avería, al dar la tercera vuelta; la n.° 18 empleó en el recorrido 4 horas 57 minutos 13 segundos; y la n.° 19, 5 horas 3 minutos 24 segundos.

Obtuvieron, por tanto, los premios: la Peugeot IV, que tripulaba el señor N. Guippone, la copa de S. M. el rey, la copa «Catalunya,» la copa de Regularidad, 5.000 pesetas y una medalla de oro; la Dion Boutón, del Sr. A. Brusalles, la copa de Su Alteza la infanta Isabel, 3.000 pesetas y una medalla de plata; la Peugeot III, del Sr. Rodríguez, la copa del príncipe D. Carlos, 2.000 pesetas y una medalla de plata; la Dion Boutón III, del Sr. N. Dupont, el objeto de arte del Sr. Ráfols, 1.000 pesetas y medalla de plata.

Además la casa Klein había concedido cuatro premios en metalico para los corredores que llegaran los primeros sobre sus neumáticos; la casa Bergougnan y C.ª, de Clermont Ferrand, tres á los que llegaran sobre neumáticos «Le Gaulois;» y la Sociedad Continental, tres á los que llegaran sobre los suyos.—S.

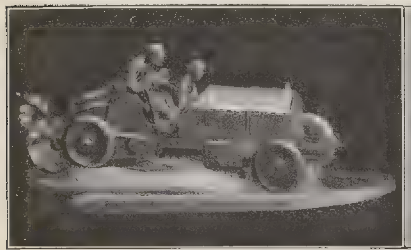
PREMIOS DEL CONCURSO DE «VOITURETTES» — CIRCUITO DEL BAJO PANADÉS


Copa de S. M. el Rey D. Alfonso XIII (premio especial.)

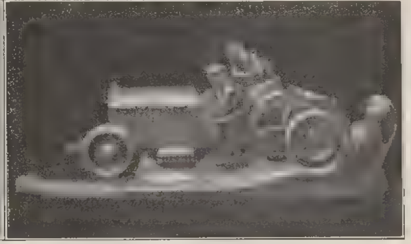

Copa «Catalunya» (primer premio) ofrecida por dos deportistas barceloneses.


Copa de S. A. R. la Infanta D.ª Isabel (segundo premio.)


Copa de S. A. R. el Príncipe D. Carlos (tercer premio.)


Objeto de arte (cuarto premio), ofrecido por D. Juan Ráfols.


Copa de Regularidad, ofrecida por S. E. el Capitán General de Cataluña


Objeto de arte (cuarto premio), ofrecido por D. Juan Ráfols.

Pocas manifestaciones deportivas, aun revistiendo la importancia de la que dejamos descrita en la página anterior, se han visto dotadas de tantos y tan valiosos premios. Las cinco copas y el objeto de arte que en la presente página reproducimos son por su valer artístico y por su valor material recompensas que sobradamente han tenido que satisfacer á los corredores automovilistas del circuito del Bajo Panadés. La copa de S. M. el rey estaba destinada al corredor que cubriese las cuatro vueltas completas, 111 540 metros, en menos tiempo. Al premio de la copa *Catalunya* iban asignadas además 5.000 pesetas (premio Barcelona) y una medalla de oro ofrecida por «El Mundo Deportivo.» El segundo y tercer premios, además de las copas correspondientes, consistían respectivamente en 3.000 y 2.000 pesetas y sendas medallas de plata, ofrecidas las cantidades, para el segundo, por la Diputación provincial de Barcelona, para el tercero por las Sociedades de Recreo y deportivas, y las medallas, para ambos, por el Sr. D. Juan Macaya. Completaban el cuarto premio 1.000 pesetas, ofrecidas por el Real Automóvil Club de España, y una medalla de plata, por el Club Deportivo. La copa de Regularidad, ofrecida por el capitán general de Cataluña, debía otorgarse al representante en España ó á la casa constructora del equipo vencedor.

PARÍS

MONUMENTO Á MARAT

El monumento que adjunto reproducimos es una hermosa obra de arte, como lo son todas las creaciones artísticas que despiertan honda emoción en quien las contempla. La figura del terrible convencional, del hombre sanguinario que aconsejaba la matanza de «doscientos setenta mil partidarios del antiguo régimen,» se nos presenta en toda su horrible realidad; en su rostro márcanse por modo admirable todos los rasgos de la más inhumana fiereza, de la más implacable impasibilidad ante el derramamiento de sangre; tiene en la mano la pluma con que escribió aquellas mismas acusaciones que llevaron á la guillotina á tantos desdichados, y en su actitud tranquila parece adivinarse la complacencia del que sabe que sus feroces instintos han de verse satisfechos.

El artista ha conquistado con esta escultura un título de gloria; pero hay que confesar que los que al erigir este monumento se propusieron enaltecer la memoria de Marat, no han logrado lo que deseaban; ante esa imagen, nadie sentirá admiración ni respeto, sino más bien miedo y repulsión.



París.—Monumento erigido á la memoria de Marat en el parque de las Buttes-Chaumont. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

Barcelona Selecta. Gran Anuario ilustrado. Año I. 1908. – Cuanto pueda interesar al que desee conocer en todos sus aspectos la vida barcelonesa, hállase en ese libro: artes, literatura, industria, política, comercio, trato social, deportes, teatros, prensa, propiedad, corporaciones, etc., todo tiene su capítulo especial escrito por reputados literatos. Además contiene multitud de datos y noticias útiles y va ilustrado con numerosos grabados y planos. Ha sido editado en Barcelona por los señores D. Angel Remigio Rodríguez y don Manuel Misas, y forma un tomo de más de 500 páginas lujosamente encuadernado.

Manual del ajedrecista, por *Martín Ricart.* (Segunda edición). – Obra utilísima, no sólo para los principiantes, sino también para los buenos jugadores, por el sinnúmero de casos prácticos que en ella se incluyen. Contiene un capítulo especial de gambitos y contragambitos y una copia exacta de las grandes partidas que se han jugado en el siglo XIX. Un tomo de 88 páginas, editado en Barcelona por don Francisco Puig; precio, dos pesetas.

Antología taurina. – Un tomo que forma parte de la «Colección Diamante,» editada en Barcelona por Antonio López, y que contiene algunos sonetos y romances taurinos de varios autores, recopilados por el revistero M. Moliné *(Caricias)*. Precio, dos reales.

Vértigo en altura, por *Justo González Hervás.* – En esta novela, el interés de la acción se enlaza íntimamente con el problema social que la obra entraña y que el autor plantea y resuelve con valentía y sinceridad y desenvuelve en estilo, ora rudo, ora impetuoso ó plácido, según la índole de las escenas que describe, pero siempre dentro de un alto espíritu de verdad. El libro lleva un bellísimo prólogo del notable escritor D. José Francés; ha sido editado en Madrid por D. Gregorio Pueyo, y se vende á dos pesetas.

Del oído á la pluma, por *Francisco Rodríguez Marín.* – Forma esta obra parte de la «Biblioteca Patria» que se publica en Madrid y que con tanto éxito se dedica á la publicación de libros que respondan al propósito de moralizar la novela y depurar el gusto del público, por desgracia muy pervertido por cierta clase de literatura. Contiene diez y ocho bellísimas narraciones del ilustre académico, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad de sus trabajos. Precio, una peseta.

En Poudor, por *Carlos de Fortuny.* – Interesante y bien escrita novela de costumbres barcelonesas, que es á la vez una vigorosa sátira contra ciertas clases de la sociedad. Un tomo de 278 páginas, publicado en Barcelona por la «Biblioteca Joventut,» que se vende á tres pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 8 de junio de 1908 — Núm. 1.380

VIAJE DEL PRESIDENTE

DE LA REPÚBLICA FRANCESA Á LONDRES

M. Fallieres revistando la oficialidad y marinería del crucero «Leon Gambetta» que le condujo desde Boulogne-sur-Mer á Douvres.



M. Fallieres cruzando el muelle de Douvres, después de su desembarco,

acompañado del príncipe Arturo de Connaught en representación del rey Eduardo VII de Inglaterra

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la serie de este año, que lo constituye la importantísima obra de actualidad, de Eugenio Aubin, que tiene por título

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS,

profunda y minuciosa descripción del Estado y del pueblo marroquíes, y en la que su eminente autor se nos presenta como turista que da al elemento pintoresco toda la importancia que en realidad tiene y como ingenioso cronista que sabe poner al lado del hecho histórico la anécdota curiosa, y sazonar su relato con esos rasgos brillantes que son uno de los mayores atractivos de la literatura francesa. MARRUECOS está espléndidamente ilustrada con copias de fotografías, tomadas algunas de ellas por el mismo autor del libro.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mis lectores encontrarán al pie de esta crónica alguna variación en mi firma. No les extrañará, si se enteraron por la prensa de que me ha sido concedido por el rey un título nobiliario. Las consideraciones á que obedeció la concesión y que verdaderamente son honrosas y halagüeñas para mí, me obligan por ley de gratitud á alterar una firma que ya ostenta pátina. El caso es que hace muchos años tengo derecho al título de condesa palatina—creo que así se dice—heredado de mi padre, y que no lo uso, sencillamente por lo habituada que me encontraba á mi nombre literario, al cual está unida la obra de mi vida entera. Hoy llega el momento de usar otro título de Castilla, que en la regia intención debe perpetuar un apellido llamado á extinguirse por ser de mujer é hija única. Mi labor ha hecho conocido ese apellido, y el título lo transmitirá á mis descendientes. He aquí como estaba escrito en las estrellas que condesa había de ser, más tarde ó más temprano. Y vengo á serlo porque los altos poderes de mi patria estiman la literatura en función de *valor social.* ¿No es mejor que si la mirasen con indiferencia ó desdén? Cualquiera opinión que profesen los lectores acerca de estos asuntos, no les impedirá reconocer que no es un paso hacia atrás la deferencia y consideración manifestada á las letras, y á las letras cultivadas por una mujer. Por ser tan personal el asunto no insisto: mi objeto se concreta á explicar al público constante y benévolo de estas crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el cambio en la firma del cronista.

***

Las «diversiones benéficas» han sido al principio muy censuradas. Hasta la Iglesia las miraba con ceño. Se recordaba aquello de que la mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha. Se decía que de lo malo nada bueno puede salir. Yo defendí tímidamente esta forma de atender á las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada á nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano... Desde la época á que me refiero, la opinión ha dejado de ser hostil á la que entonces se llamaba «caridad danzante;» la realidad se ha impuesto, y se ha tenido que reconocer que será culpa de la falta de fe, ó de la falta de virtud, ó del egoísmo, pero no se recolectaría por otros medios ni la décima parte de lo que por éstos se recolecta. ¡La necesidad! ¡Qué doctora tan irrefragable! Nadie le enmienda la plana. Y las fiestas benéficas pululan; quizás hemos pasado de extremo á extremo; en primavera, especialmente, no transcurre semana sin beneficio, *cine,* baile, corrida, tómbola ó cualquiera otra manera de sacar dinero para los pobres suavemente y á estilo de recreo.

***

Naturalmente sucede lo que tiene que suceder: á medida que se multiplican las diversiones de beneficencia, disminuye el producto de cada una. Las mismas damas organizadoras de las fiestas lo reconocen, con algo de desaliento. «¡Hay demasiadas cosas!» Y necesitan aguzar el ingenio, afinar muchísimo la puntería para hacer blanco. La gente se escurre, ejercita una gimnasia defensiva, reduce los donativos; y la organización de alguna de estas fiestas reviste el interés de una escaramuza, el atractivo de una cacería, el carácter semicientífico de un cálculo de probabilidades.

Las más fáciles de organizar y de llevar á feliz término son las funciones de teatro, á beneficio de tal ó cual Asilo ó Asociación. Se trata sencillamente de ir al teatro una noche más, y muy desgraciada será la señora que no reuna relaciones suficientes para llenar un teatro una noche. Tampoco presenta dificultad el animar un cinematógrafo, y sin gran esfuerzo se expenden los billetes de un baile. Lo más arduo son las tómbolas y *kermesses.* Reunir objetos suficientes y convenientes para el fin de atraer al público y que compre papeletas; y atraer después á ese mismo público que ha de comprarlas..., ¡qué empresa! De cien cachivaches que se envían con destino á las tómbolas, noventa y ocho pertenecen á esa categoría mal definida que, en los programas de Juegos Florales, recibe el enfático nombre de «objeto de arte.» Rara vez los bronces son bronces y las porcelanas porcelanas; la calamina, la hojalata, la tierra francesa, triunfan en toda la línea. El mal gusto se desborda, y los barómetros, termómetros, aparatos de luz fantásticos y «juguetes» de tocador predominan con aterradora abundancia, inspirando el deseo de preguntar: «Y esto, ¿para qué sirve?» Nunca falta la pareja de negritos de yeso pintado, envueltos en sus tocados de rayas y adornados con sus arracadas, colgantes y collares de amuletos en que la purpurina se derrocha insolentemente. Tampoco pueden omitirse las dos «figulinas» de falso Sajonia, la pastora con una pierna en el aire y el pastor con una flauta eternamente pegada á los labios. Menos faltará el aparato de luz eléctrica sostenido por un angelote. Todo ello hace, á primera vista, el efecto de un bazar; pero cuando se aislan los objetos y cada uno marcha por su lado, es peor: yo he oído mil veces, ante esos cachivachillos, decir con desdeñosa risa: «Esto te habrá tocado en una *kermesse*...»

***

El día en que las *kermesses* y tómbolas rifasen cosas verdaderamente útiles, paraguas, sombrillas, cacerolas, jabones, pastillas de sublimado y libras de te ruso, ¿qué sucedería? ¿Acudiría la gente con doble asiduidad, ó por el contrario, saldría huyendo más de lo que ahora huye y murmurando más de lo que ahora murmura? Yo de mí sé decir que encontraría excelente la idea. Nuestra civilización va por el camino de la utilidad; pero aun cuando fuese por el de la estética, como no hay cosa peor que la estética falsificada, la seudo estética de los bazares, siempre deberíamos preferir un corte de blusa ó una máquina de corchar botellas, á la pastorcita del pie en el aire y al Nelusko de *Santi boniti.* ¡Oh, ese Nelusko, y su congénere el negrito vestido á lo tío Sam, tocando el violín ó apurando el cigarro, mientras por medio de otro mecanismo revuelve los ojos é inclina la cabeza! ¡Oh, la damisela modernista verde claro, con caballera color de zanahoria, de legítimo yeso también, que representan el arte y el idealismo, en bastantes hogares, y á veces no de los más modestos!

***

Volviendo á las tómbolas, diré que acaba de verificarse una, de las muy suntuosas y aristocráticas, en el palacete de la Exposición de Industrias del Retiro. Este edículo es bonito y alegre, y estaba fastuosamente decorado con tapices de la Casa Real, de esos tapices que ya han adquirido suavidad sin perder del todo su brillante color, sus rojos prelaticios y sus azules de turquesa. Dondequiera que se tienden esos radiosos trapos, y cubre las paredes esa serie de figurones majestuosos, de la fábula y la leyenda, adquiere todo un tinte de solemnidad y lujo grave, que seduce al artista. Así estaba nuestro pabellón en París, durante la Exposición de 1900, y aunque desnudo de cualquiera otro atractivo, con sólo los tapices tenía bastante para ostentar regio señorío y magnificencia; para dar cumplida idea de lo que fué nuestro pasado. En el palacete del Retiro, guirnaldas verdes se enroscaban á las columnas, y el suelo del salón de baile lo recubría una estera ó petate de Manila, muy sutil y delicado. El baile de beneficencia fué sumamente agradable, porque no hacía ni asomos de calor: en esta época del año, toda fiesta en local cerrado es insoportable, si no se resuelve bien el problema de la temperatura. Al baile asistió la corte; á la tómbola concurrieron elevadísimos personajes; vendieron en ella las señoras más encopetadas, y sin embargo, todo ello leo en los periódicos que no ha producido arriba de unas veinte ó veinticinco mil pesetas. ¿Será este resultado, relativamente escaso, un síntoma de lo que al principio hice observar; de que, al multiplicarse las fiestas benéficas, cada una de ellas sufre el contragolpe y competencia de las otras?

***

Los automóviles continúan haciendo de las suyas. Cada día la prensa nos refiere algún nuevo despachurramiento. Los hay para todos los gustos: por compresión, por proyección, por combustión, por estrellamiento y por precipitación. El uno se queda aplastado bajo la mole del «artilugio trepidante,» como escribí yo, en frase que hizo fortuna; el otro pega el dulce salto de los diez metros, y va á caer, para mayor comodidad, sobre un blando lecho de guijarros; aquél es achicharrado por la gasolina; tal cual da contra un tronco; el de más allá desciende á plomo, desde la altura de un tercer piso, al fondo de un barranco, donde le acoge en su seno un torrente... Y cada día se venden más autos, y cada día crece la afición á ese deporte, y no parece sino que todos somos millonarios ó que el automovilismo es un recreo al alcance de las exprimidas bolsas de la muchedumbre... Hasta los tenderos de ultramarinos se dedican á correr juergas en la Bombilla en automóvil, desdeñando la útil, pacífica y típica *manuela,* que ha reemplazado á la calesa y que no tiene los inconvenientes del artilugio, aunque quienes lo ocupen hayan rendido excesivo tributo á Baco y á Ceres y echado en olvido las prescripciones de Higia... Creo que no puedo decirlo de un modo más recatado y mitológico.

De todo ello deduzco que el valor no disminuye en la raza, y que, como dijo anoche en el Ateneo, en una preciosa conferencia, el argentino D. Ricardo Rojas, hay un héroe dentro de cada hombre. Por lo menos, lo hay dentro de cada automovilista; de los que se ponen á guiar sin saber, de los que se confían á estos *chauffeurs* de ocasión, de los que dan velocidad y velocidad, y de los que tienen tanta prisa por llegar... á la catástrofe.

***

Ha muerto Francisco Coppée. No le he contado nunca en el número de los sumos poetas; era un intimista agradable, y hasta conmovedor, cuyos poemas mejores me producían el efecto de ser crónicas de periódico rimadas artísticamente, descripciones bellas de París, el realismo sentimental de un espectador inteligente.

Para mi opinión, el poeta más grande entre los de esta última época fué Heredia. A su lado—no me atrevo á decir *después* - Leconte de Lisle. Coppée está un escalón más abajo. Explicar las razones porque le señalo este lugar, exigiría escribir un artículo artístico—y no se trata aquí de eso.

Como novelista, tampoco puedo otorgar un lugar preeminente á Coppée. No es injusticia decir que á su misma altura, en el terreno de la ficción novelesca, estarán unas dos ó tres docenas de compatriotas suyos y sus contemporáneos. Y su teatro no figura entre los que ha removido el terreno y abierto brecha.

Era un distinguidísimo literato, conocido en todo el mundo porque tuvo la fortuna de nacer en Francia —lo cual equivale á sacar un billete de favor para esto del renombre,—pero que, realmente, no deja gran vacío ni aun en la literatura de su país.

El nivel de esta literatura, sin embargo, va descendiendo: las filas clarean, los muy ilustres caen, los secundarios también... El campo se arrasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

¡A TRABAJAR!, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA



– Pues venía á decirte que por mi parte no te apures ni te apesadumbres

I

Salió de la Bolsa, terminada la hora de cotización, como loco, con una nube de sangre en los ojos y un tableteo horrísono en las sienes, tan aterrado y aturdido, que, cuando despedido de sus compañeros, ansiando hallarse solo para poner en orden el tumulto de sus ideas, fué á atravesar la amplia y arbolada plaza de la Lealtad, no oyó la campana de aviso de un tranvía y estuvo á punto de ser atropellado por su pesada mole roja. A la sombra de las acacias de los andenes jugaban unos niños al «diavolo,» arrojando por alto sus carretes y celebrando con locas risas sus vuelos. Semejante infantil alegría, la tranquilidad que acusaba le hizo daño y huyó rápidamente, sintiendo vehementes ansias de comenzar á bofetadas con ellos. En su extravío mental parecíale imposible que hubiera seres humanos que se divirtieran; parecíale imposible que todo el mundo, hasta las inocentes criaturas, todavía flotando con sus alas purísimas sobre los limos sociales, no tomaran parte en su desesperación. Más allá, junto á la Carrera de San Jerónimo, tocaba un sexteto de ciegos. Cuando el postulante se le acercó bandeja en mano, le recibió con un bufido grosero, y escapó también, maldiciendo de la música y de las tolerancias municipales que consienten tales vagancias filarmónicas. Entró luego en un café cualquiera, de los que no frecuentaba, en el que nadie le conocía; pidió cerveza, olvidándose de beberla, y con la cabeza hundida entre las manos trató de buscar en la sentina de sus pensamientos un rayo de salvadora luz.

Estaba perdido, arruinado por completo, de improviso sepultado bajo un pasivo enorme como una montaña, tan tremendo que en seguida se hizo cargo de la imposibilidad de soportarlo y de levantarse. Y de una mirada apreció su situación angustiosa, agotado su crédito en una serie reciente y sucesiva de operaciones financieras deplorables, desastrosas, que remataba, arrojándole bruscamente en el abismo, aquella baja inesperada de los fondos que había tirado el papel por los suelos y sembrado el pánico en el patio de la Bolsa, aun entre los jugadores veteranos más aguerridos y perspicaces. Diez, quince, veinte, Dios sabe el número de personas que iba á arrastrar en su caída, á sepultar en la miseria, que se quedaban sin sus peculios, que le acosarían como fieras al día siguiente, en cuanto se enteraran por los periódicos de la noche ó los de la mañana del terrible descenso del barómetro rentístico. ¿Cómo afrontar sus iras, cómo contenerles, con qué pagarles? ¡Era la desconceptuación, el descrédito, la ignominia!

Y apartando la vista de los demás, se miró á sí propio, consideró las consecuencias personales de su quiebra, vió su casa, su hogar destruído, deshecho, como un buque náufrago asaltado por las olas de una tempestad. Su ruina total significaba el renunciamiento de cuanto constituía su vida, su bienestar, su medio de comodidades y de lujo, el derroche en que dejaba deslizarse su existencia muelle, dormido junto al pozo de la fortuna. Había que prescindir de todo, de coches, de automóviles, de veraneos, de francachelas, de viajes; había que hacer prescindir igualmente á su mujer de sus gastos disparatados, de sus *toilettes* parisienses y vienesas, de sus abonos; ahora mismo había que hacerla regresar bruscamente de la excursión que con su hija realizaba por la Costa Azul. Y era preciso obrar en seguida, resolverse á escape, buscar por la posta una humilde habitación barata, en un barrio apartado, sin ascensor, sin baño, en un cuarto piso quizás, y vender al punto los muebles y los caballos y los cuadros...

¡Ah! No estaba preparado para el golpe; cegado por sus éxitos, no había pensado nunca en las contrariedades, no concebía la caída, no sabía sino gozar y reir, y el alud de la baja que le arrastraba al abismo le cogía sin fuerzas para resistirlo, sin la energía necesaria para toda lucha. La loca fortuna le volvía inopinadamente la espalda, sin hacer caso de sus ruegos ni parar mientes en sus ayes, y sólo se le ocurría el recurso de los débiles de espíritu: gemir.

Hundido en sus fatídicas ideas, con un caos en el cerebro, anonadado, desorientado, febril, permaneció largo tiempo en el café desierto sin acordarse de apurar su cerveza y haciendo extrañarse al camarero de su inmovilidad. Al cabo entró la noche, encendiéronse las luces, la claridad pareció volverle á la realidad que le rodeaba, y tomó ávido y sediento la copa, á la que aplicó sus labios. Y entonces, en su rubio fondo, surgió como una mancha negra y horrible la única tenebrosa salida de su catástrofe: el suicidio.

II

Concluyó de leer la carta de su mujer, una carta gozosa, llena de amor á la vida, llena de entusiasmo hacia el dulce clima de Niza y hacia su cielo radiante y en la que concluía pidiéndole nueva remesa de fondos, y arrojándola sobre la mesa exclamó con sarcasmo:

—¡Dinero! ¡Dinero! Ya te lo mandará el juez de guardia si encuentra algo en mi gaveta, que lo dudo.

Después de este feroz comentario, escapado á un egoísmo brutal, quedóse pensativo é inmóvil, abstraído profundamente, y al cabo despertaron sin duda sus buenos sentimientos dormidos, porque se pintó en su rostro un profundo enternecimiento y murmuró con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Pobre Rosa y pobre hija mía! ¡Ellas no tienen la culpa de nada!

Estaba decidido á matarse. En dos días, cuarenta y ocho horas terribles de andar de acá para allá, llamando de puerta en puerta en busca de un préstamo, no había conseguido llegar á puerto alguno de salvación, no había conseguido que se le tendiera una mano, ni siquiera que se le oyese, y falto de fe, falto de resignación, sin fuerza para conformarse con su caída, iba á refugiarse cobardemente en la muerte, arrastrando consigo en esta segunda catástrofe á aquellas dos inocentes criaturas ausentes, cuyo recuerdo no era parte á hacerle desistir de tan espantoso designio. Viviendo él, aun en la ruina, todavía les quedaba su sombra y su apoyo. Desaparecido de este mundo, hundiríanse bruscamente en la miseria, por sorpresa, sin haber tenido la menor sospecha de su trágico desplomamiento.

Encendió un cigarro, buscando algo que aletargase sus miembros en terrible tensión, y se puso á pasear por su despacho á grandes zancadas. Fuera se oía el rumor de las calles, el estruendo de la capital viviendo su vida moderna de agitación y vértigo. Eran las tres de la tarde y de pronto se acordó de la Bolsa. Ahora estaría el patio en su apogeo. Quizás alguien se acordaría de él para despedazar su nombre. Esta idea le hizo estremecerse y apretar los puños con ira. ¿A qué perder más tiempo? Abrió su gaveta, sacó diversos papeles, rompiendo unos y volviendo á guardar otros, tiró de un cajón sacando un revólver, que cargó con detenimiento, metiéndoselo en un bolsillo, y por último se sentó ante su mesa, requirió de una cartera papel de cartas y se dispuso á escribir las imprescindibles en lances tales á su mujer y al juez de guardia, dando á la de su esposa la preferencia.

No había hecho más que redactar con trémula mano el encabezamiento: «Mi querida Rosa,» cuando sintió abrirse á sus espaldas la puerta de su habitación. Volvióse bruscamente; había dado orden á los criados de que negasen su presencia á todo el mundo. ¿Quién era osado de quebrantarla?

III

Vestía el infractor de cazadora y en su indumentaria se revelaba á primera vista el menestral. Podría alcanzar los sesenta años, no mal llevados por cierto, y aún conservaba en su rostro como recuerdo de marciales días un belicoso mostacho blanco, que resaltaba en un rostro tostado, revelando una vida deslizada al sol y al aire libre.

El bolsista se quedó como confuso aterrado con la inesperada visita.

Aquel hombre ya viejo era una de sus víctimas; aquel hombre á quien manejaba sus modestos ahorros no tendría mañana, no tenía ya por su causa un pedazo de pan que llevarse á la boca, y aquel hombre era sagrado para él, era un antiguo asistente de su padre, que habiendo economizado para la vejez unos cuantos miles de pesetas, ganadas honradamente con un modesto almacén de muebles, había concluído por retirarse á un pueblo de las inmediaciones, confiándole su dinero. ¿A quién mejor que al hijo de su señorito, de su comandante?

El bolsista permaneció mudo, anonadado. Entonces el viejo veterano, dominando su emoción, se adelantó hacia él y le dijo tuteándole, con la confianza de los criados que han visto nacer á los hijos de sus amos.

—Anoche me han dado la noticia y hoy he tomado el primer tren. Esta mañana he venido á verte sin encontrarte. ¿No te lo han dicho? Conque dime, ¿estás perdido, completamente arruinado, no es verdad?

El bolsista no tuvo valor para desplegar los labios y se contentó con decir que sí con la cabeza.

Entonces el anciano le tendió la mano y le dijo con sencillez:

—Pues venía á decirte que por mi parte no te apures ni te apesadumbres. ¡Qué demonches! Me quedo en la calle, pierdo mi tranquilo pasar y el de mi mujer, que es lo que más siento; pero Dios que me había dado esos cuartejos me los quita, y hay que conformarse, porque él es dueño de todo. Todavía me encuentro con fuerzas; no creo que se me haya olvidado el oficio; volveré á agarrarme á los tapices y no faltará alguna casa donde todavía admitan á este viejo. ¡A trabajar, á trabajar! ¡Es la única salida!

Conforme el buen anciano soltaba estas palabras de fortaleza, llenas de cristiana humildad y de verdadero valor obscuro, pero firme, el rostro del bolsista se distendía, asomándose á sus ojos una angustia suprema, que al fin hizo explosión cuando el viejo terminó su heroico monólogo, y de repente el llanto se agolpó á los párpados del pobre financiero, un sollozo subió á su garganta, y sugestionado por aquella recta voluntad de un ignorante, que así sabía hallar el único camino por donde subir de la sima de la sombra á la superficie de la luz, estrechó convulsivamente su mano como un náufrago que se agarra á una tabla que flota, y sintiéndose súbitamente animado de una energía imprevista, exclamó balbuciente:

—¡Ah, buen José, buen José! ¡Dios te ha hecho empujar esa puerta!

Se arrojó en sus brazos, lloró sobre su pecho... Luego desasióse, contándoselo todo, sus angustias, su desesperación, sus dos días de martirio, su falta de valor para imponerse á su situación, su propósito de suicidarse.

—¡Si tardas una hora no encuentras más que mi cadáver! ¡Ah, pero ahora no, no! ¡Ahora estoy salvado, ahora me siento otro! ¡Sí, tienes razón! ¡Eso es lo honrado y lo noble! ¡A trabajar!

(Dibujo de Triadó.)



Sileno, cuadro de José Garnelo. (Exposición Nacional de Bellas Artes Madrid, 1908.)

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

MADRID. 1908

Sileno.—La gitanilla, cuadros de José Garnelo.—Retrato de la Srta. M., cuadro de Pedro Sáenz.

Varios cuadros exhibe en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes el distinguido pintor José Garnelo, entre los cuales figuran los dos que reproducimos, que confirman las cualidades del artista y la sana tendencia que informa sus producciones. Si Garnelo fuese partidario de los efectismos, podría suponerse que da preferencia á los recursos que pudiera ofrecerle su paleta; pero como las obras que ha producido demuestran por su variedad que sólo aspira á la interpretación del natural y á la expresión del concepto, hemos de consignar que en los cuadros expuestos revélase la cualidad que le distingue y caracteriza, cual es la sinceridad y cierto dominio del color y de la línea, que ya manifestó en los comienzos de su carrera artística. Por tal motivo hemos de aplaudir su obra titulada *Gitanilla*, tan bien observada, y ese *Sileno*, que evoca el recuerdo de aquella mitológica representación.

Otro retrato del grupo expuesto por nuestro amigo Pedro Sáenz damos á conocer á nuestros lectores, pintado con facilidad y desenvoltura, subordinado á otra técnica que el reproducido recientemente, en el que se resuelven dificultades por los luminosos efectos de la luz y los contrastes que al aire libre han producido las tonalidades vivas y las brillanteces de la coloración.

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA Á LONDRES

Durante el período de cinco años transcurrido desde el viaje del presidente M. Loubet á Londres en 1903 á la visita actual de M. Fallières al rey Eduardo VII, la amistad anglo-francesa se ha estrechado tanto, la comunidad de intereses entre las dos naciones se ha completado de tal modo, que á nadie ha sorprendido que uno de los órganos más importantes de la prensa inglesa hiciera constar con júbilo, al dar la bienvenida al jefe del Estado francés, que la frase de Luis XIV: «Ya no hay Pirineos,» se ha trocado hoy día en la de «Ya no hay paso de Calais.» Esta buena armonía, esta solidaridad entre las dos potencias, añaden los periódicos, nace de la identidad de los intereses políticos y de la correspondencia de los intereses prácticos en ambas. Una Francia fuerte es tan necesaria á la Inglaterra, como un imperio británico fuerte lo es á la Francia, y la unión por mar y por tierra de los dos países asegura el mantenimiento del equilibrio europeo y de la paz del mundo.

Por su parte, la prensa francesa no oculta la satisfacción con que ve el viaje presidencial, el cual ha venido á ser así como el sello puesto á la *entente cordiale* establecida entre los dos pueblos, y de que es una grandiosa manifestación la actual Exposición Franco británica.

M. Fallières salió de París para Londres á las 7'30 de la mañana del 25 de mayo último, acompañado del ministro de Negocios extranjeros M. Pichon. A las diez y media llegó á Boulogne sur-Mer, y después de visitar la Casa consistorial, entre las demostraciones entusiastas de la colonia inglesa, que aclamaba la *entente* ó inteligencia cordial, embarcóse al mediodía en el *León Gambetta*, que emprendió poco después la marcha. En Douvres esperaban al presidente de la República Francesa el príncipe Arturo de Connaught, el embajador de Francia y el personal de la embajada. El alcalde de Douvres, después de saludar al «representante de la ilustre vecina y preciosa amiga,» añadió que abrigaba el convencimiento de que la dichosa amistad franco británica se haría aún más estrecha para bien de Francia é Inglaterra y de la paz del mundo. La comitiva dirigióse en tren especial á Londres, adonde llegó á las cuatro y media. Durante el trayecto, M. Fallières entregó al príncipe Arturo de Connaught y al almirante Beresford sendas grandes cruces de la Legión de Honor.

Esperaban al ilustre viajero en la estación Victoria el rey Eduardo, los príncipes de Gales y de Sleswig-Holstein, los altos funcionarios palatinos, el gobierno en pleno y gran número de personalidades de la aristocracia. El rey de Inglaterra y M. Fallières se estrecharon cordialmente las manos, y después de hechas las presentaciones oficiales, se dirigieron, acompañados de los príncipes de Gales y de Con-



La gitanilla, cuadro de José Garnelo. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)



Retrato de la Srta. M, cuadro de Pedro Saenz. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1908.)

naught, al palacio de Saint-James, que ha sido el designado para residencia del jefe del Estado francés.

Veinte minutos después, el presidente salió para ir á tomar el te en compañía de los reyes, y después de visitar á los príncipes de Gales, regresó á su residencia, de donde volvió á salir hora y media más tarde para asistir al banquete de gala que le ofreció Eduardo VII en el palacio de Buckingham.

A la mañana siguiente marchó M. Fallières á la embajada de Francia, donde le fueron presentados por el embajador los principales comerciantes franceses establecidos en Londres. Por la tarde, acompañado de los reyes y de la princesa Victoria, visitó la Exposición Franco-británica, impresionándole tan gratamente su importancia, que no cesaba de expresar su satisfacción por la esplendidez con que á ella habían concurrido sus compatriotas. Por la noche se celebró un baile en el palacio de Buckingham.

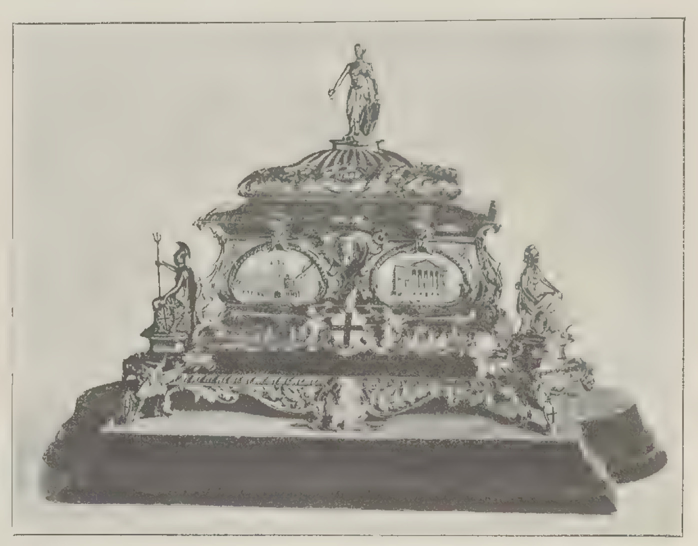
El día 26 el Ayuntamiento londinense obsequió con un almuerzo al presidente, y el ministro de Negocios extranjeros le ofreció una comida, después de la cual se reunió M. Fallières con la Real familia en la Opera de Covent-Garden, donde se celebraba en su honor una función de gala, que resultó brillante, así por el decorado de la sala como por la calidad de los espectadores y el renombre de los artistas que tomaron parte en ella.

En la mañana del 27 recibió M. Fallières en el palacio de Saint-James al cuerpo diplomático, á los miembros ingleses de la Legión de honor y á varias corporaciones y sociedades, entre ellas á la Asociación de Cámaras de Comercio, á los socios y corresponsales ingleses del Instituto y al municipio de Westmínster, cuyos presidentes ó decanos le dirigieron sendos mensajes. A las doce y media salió el presidente de la República en dirección al Guildhall, haciendo en él su entrada con gran solemnidad, precedido por los príncipes y princesas reales, y habiéndole dado la bienvenida el lord mayor, quien le entregó, después de haberlo leído, un mensaje de saludo en nombre de la ciudad de Londres. Por la noche los soberanos ingleses asistieron al banquete ofrecido por M. Fallières en la embajada de Francia.

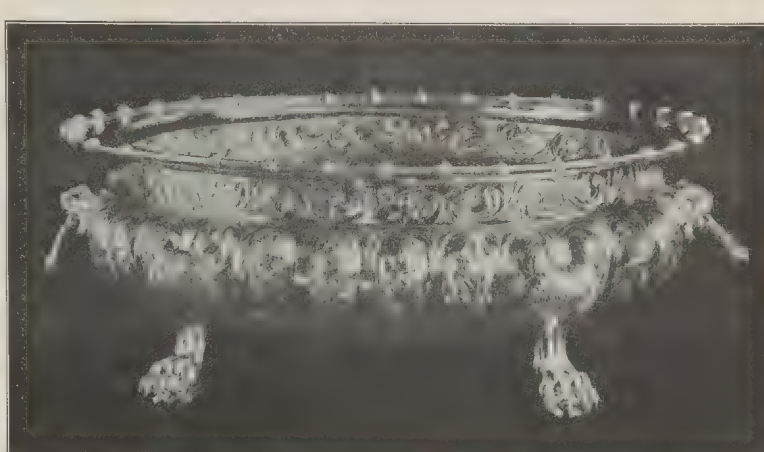
El día 28, por la mañana, visitó el presidente el Hospital francés, y después de un almuerzo íntimo en el palacio de Saint-James, se dirigió en ferrocarril á Windsor, siendo recibido en la estación por la corporación municipal en pleno. Seguidamente se encaminó la comitiva hacia el histórico castillo, que recorrieron los ilustres visitantes muy detenidamente, y después, en carroza de gala, se dirigió M. Fallières al panteón de Frogmose, depositando una corona sobre la tumba de la reina Victoria. Así á la ida como á la vuelta, en Windsor y en la capital, fué objeto el presidente de calurosas ovaciones por parte de la muchedumbre.

Durante la permanencia de M. Fallières en Inglaterra los marinos franceses fueron muy agasajados por parte de los ingleses, habiéndose celebrado en su honor banquetes, funciones teatrales y otras fiestas.

M. Fallières salió de Londres para Douvres á las nueve y media de la mañana del 29, habiendo sido muy vitoreado por el público y despedido muy afectuosamente por la real familia. Embarcóse al mediodía en dirección á Calais, siendo saludado con las salvas de los buques de la escuadra y las de los fuertes, y después de permanecer una hora en aquel puerto, salió para la capital de Francia, adonde llevó á los ánimos la convicción plenísima de que la inteligencia cordial entre Francia y la Gran Bretaña, que se ha confirmado con su viaje, no debe producir inquietud alguna en la política internacional, toda vez que es prenda de paz y tranquilidad para el mundo entero.—S.



Cofre de oro, obra de Goldsmith y Silverssits Company Limited, de Londres, ofrecido por esta ciudad á Fallières en su visita al Guildhall el día 27 de mayo. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Jardinera de plata maciza, obra de MM. Catchpole y Williams, de Londres, ofrecida por los Reyes de Inglaterra á M. Fallières como recuerdo de su visita á dicha capital. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LUNA DE MIEL

Sentado en la plazoleta del jardín, á la sombra de un roble, con el pie apoyado en el banco, el codo en la rodilla y el puño cerrado en la boca, Luis leía la correspondencia que acababa de recibir.

En la escalinata por la que se bajaba al jardín, se presentó ella. Su rubia cabellera brillaba al sol con reflejos de oro. Desde la puerta le llamó, sonriendo al ver su abstracción.

—¡Eh, Luisito! ¿Ya estás tocando la trompeta?

Él se volvió y retiró la mano.

—Déjame leer á gusto, mujer, no seas pesada, le dijo riendo.

Ella bajó y se sentó en un extremo del banco: después le llamó en voz baja:

—¡Luis! ¡Luis! No leas, hombre; no seas impolítico.

Como él no le respondió, cogió tres ó cuatro piedrecillas del suelo y se preparó á interrumpir su lectura.

Lanzó la primera que, hábilmente dirigida, chocó contra la carta.

—Estáte quieta, Isabel, no juegues, dijo él.

—Pues no leas, que eso es de muy mala educación, respondió preparándose á repetir, y repitiendo, en efecto, la suerte con las dos restantes piedras.

Isabel, sin esperar para gozarse en su victoria, pues había tocado con la última en la cara á Luis, salió huyendo: Luis soltó la carta sobre el banco y corrió detrás; corrieron dando vueltas alrededor de un árbol, ella huyendo siempre, él persiguiéndola, hasta que la alcanzó.

—Ya te cogí. Ven conmigo.

—¿Yo? De aquí no me muevo; no puedo dar un paso.

—Por eso no sea, repuso él.

Y la cogió en brazos. Ella reía, dichosa de verse levantada en aquellos brazos queridos.

Por fin llegaron al banco: Luis se sentó y la colocó sobre sus rodillas.

—Vamos á ver, dijo. ¿Qué crees tú que debo hacerte como castigo?

—Nada, hombre, soltarme; las almas nobles se vengan perdonando, respondió ella arreglándose el cabello, cuyos mechones rebeldes se habían escapado durante la anterior refriega.

De pronto Luis preguntó:

—Oye, chica, tengo un hambre atroz. ¿Cuándo comemos?

—Nunca, hombre. ¿Para qué vamos á comer? No seas prosaico.

—¿Que no coma? Verás: con el hambre que tengo, si dentro de cinco minutos no está la comida, te devoro.

—No dejan, respondió ella acompañando la respuesta con un mohín picaresco.

—¡Muy bien! Muy bonitas frases sabe mi niña. ¿Que no dejan? Pues prueba al canto: empecemos por el pescuezo.

Y la mordió débilmente en el cuello blanco de estatua.

En la puerta de la casita apareció la criada.

—Señoritos, ya está la comida servida.

—Si no llega esa, no encuentra de ti ni los restos.

Se miraron sonrientes, felices con su cariño; él le pasó el brazo por la cintura, ella apoyó la hermosa cabeza en su hombro, y marcharon con las manos enlazadas, lentamente, embriagados por la dicha de la mutua posesión.—F. Sánchez Pinto.



M. Fallières y el rey de Inglaterra recorriendo la Exposición franco-británica. Los personajes son de izquierda a derecha: el duque de Argyle, Eduardo VII, M. Fallières y S. M. la Reina



M. Fallières á bordo del «León Gambetta,» pocos momentos antes de zarpar de Douvres para regresar á Francia
(De fotografías de World's Graphic Press.)



RECOGIENDO LA RED, cuadro de A. Andrade, grabado por Bong



Yunta de bueyes, cuadro de Eugenio Burnand. (Publicación autorizada.)



Día agradable, cuadro de Lerolle (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)

EL «FLIP-FLAP»

Una de las atracciones más sensacionales de la Exposición Franco-británica es con seguridad la del «Flip-Flap,» representada en el adjunto fotograbado. Como es fácil comprender, esta máquina, que está movida por medio de la electricidad, afecta la forma de una doble grúa. Cada brazo de los dos que tiene mide 200 pies de altura, y en la cima de cada uno hay emplazadas sendas plataformas capaces para cincuenta personas, de modo que cada brazo puede contener un centenar. No dejan de sentir una sensación regular quienes, encaramados en aquellos largos aguilones, son descendidos, cuando la grúa se pone en movimiento, hasta tocar el suelo, distanciándose cada vez más en el vacío los que ocupan las plataformas derechas, de los que desde las izquierdas pueden casi darles la mano cuando la grúa está parada.

El «Flip-Flap,» instalado en la Exposición Franco-británica de Londres (De fotografía de World's Graphic Press.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Recogiendo la red, cuadro de A. Andrade. – La vida del mar y los accidentes de la pesca, que tan duros son para los modestos hijos de la playa, tienen encantos invencibles para el observador artista, que se siente encadenado por ellos: el copo, sobre todo, ha inspirado á muchos grandes pintores. Andrade ha sabido interpretar, con su exquisito gusto, una de las más rudas faenas de la vida de los pescadores.

Yunta de bueyes, cuadro de E. Burnand. – Este hermoso cuadro, que encanta por su naturalidad y su ambiente, causó profunda impresión en Alemania, cuando, por primera vez, lo expuso su autor en el salón Schultz, en Berlín. La crítica, que hasta entonces se había mostrado muy reservada al juzgar la labor del ilustre pintor suizo, reconoció y confesó lealmente que Barnand era un gran artista, uno de los pocos artistas que hacen sentir, al contemplar sus lienzos llenos de sol, la luz abrumadora y deslumbrante del mediodía. *Yunta de bueyes*, de Barnand, es una de las obras maestras de la pintura contemporánea.

Día agradable, cuadro de H. Lerolle. – Tiene el cuadro del pintor Lerolle, otra de las excelentes obras exhibidas en la Exposición nacional de Bellas Artes actualmente abierta en París, tal encanto, que uno no sabe qué admirar más en esa pintura, si la placidez del paisaje que sirve de escenario á las felices agrupaciones, ó las figuras femeniles que forman aquéllas, en la disposición de las cuales, así como en sus actitudes y en el plegado de los ropajes, se echa de ver al momento que el artista conoce perfectamente los secretos del arte que cultiva.

Flor de estufa, escultura de Pedro Braecke. – Es una de las obras más delicadas del famoso escultor belga, discípulo de Vigne. Braecke se distingue por su técnica irreprochable y su vigoroso sentimiento artístico. Sus obras principales, además de *Flor de estufa*, son *El anuncio de la primavera*, relieve existente en el jardín Botánico de Bruselas; el monumento al sargento Bruyne, en Blankenberghe; el monumento al filántropo Remy, en Lovaina; *Un niño hambriento; Sin trabajo*, etc.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés*. – El laureado autor del hermoso lienzo *Flevit super illam*, Sr. Simonet, acaba de exhibir en el Salón Parés otro cuadro, también de grandes dimensiones, destinado á figurar en el testero principal de la capilla del nuevo Palacio de Justicia. *El sermón de la montaña* es el tema desarrollado por el artista, y no titubeamos en afirmar que es una de sus mejores producciones. Notable es el paisaje que sirve de fondo, estudiado con cariño é inteligencia y ejecutado con maestría, puesto que tal circunstancia se necesita para pintar la luminosa cortadura del terreno, iluminada por rojizas tonalidades, formando como contraste las verdosas coloraciones de los olivos que quitan á la vertiente de la montaña su aridez. Mayores elogios deben tributarse al grupo de gente que, asentada alrededor de la figura de Jesús, escucha atenta la divina palabra. Las actitudes, los tipos, los trajes, pregonan la inteligencia é ilustración del distinguido pintor Sr. Simonet, quien con plausible fidelidad é inspirándose en un asunto de tan grande interés, ha logrado representar la escena con la habilidad del artista y el sentimiento del creyente.

París. – La Unión de las Artes Decorativas ha inaugurado una curiosa exposición teatral, en la que figuran trajes, retratos y recuerdos de célebres cómicos y cantantes, y, en especial, una hermosa efigie del famoso trágico Lekain.

***

Espectáculos.—París. – Se han estrenado con éxito: en la Grande Opera, *Hipólito y Aricia*, de Rameau, que hacía más de un siglo que no se había cantado; en la Ópera Cómica, *Le Cloun*, letra de Víctor Capoul, con música de J. de Camondo, y *Snegurochka* (Flor de-nieve), cuento primaveral en cuatro actos, tomado de Ostrowski, con música de Rimski-korsakow, jefe de la actual escuela rusa.

Madrid. – En el teatro de la Zarzuela ha dado tres conciertos el notable violinista Sr. Manen, habiendo sorprendido gratamente al público, que hace años no le había oído, por la seguridad y brillantez de su ejecución prodigiosa. En el último concierto incluyó en el programa la *Sonata de Kreutzer*, de Beethoven, que fué un éxito para nuestro paisano.

Barcelona.—En el teatro de Novedades ha debutado con la aceptación habitual la compañía cómico-dramática Rosario Pino - Emilio Thuillier, que ha vuelto á poner en escena *El adversario*. Se han estrenado: en dicho teatro, *La famosa Teodora*, comedia alemana en tres actos de Federico Erdmand Fenitzer, arreglada á la escena castellana por D. Federico Reparaz; en el Eldorado, *Alrededor del mundo*, juguete cómico en tres actos de Tristán Bernard, traducido al castellano por Celso Lucio, y *Escrúpulos*, comedia en un acto de Octavio Mirbeau, versión castellana de Carlos Costa.

Magdeburgo. – Se ha estrenado la ópera *Cherubín*, del maestro Massenet, que se ha cantado en alemán con excelente éxito.

Stralsund. – Ha sido muy bien recibida por el público *El filtro de amor ó la rosa de la bella Madama Amaranth*, ópera cómico-romántica en tres actos, original del maestro Zingel.



Medallón, escultura de Guillermo de Groot

Necrología.—Han fallecido:

D. Santiago de Liniers y Gallo-Alcántara, conde de Liniers, escritor español é individuo de número de la Real Academia de la Lengua.

D. Marcos Castrillo y de Medina, marqués de las Cuevas del Becerro, grande de España y senador vitalicio.

D. Eduardo Bustillo, culto escritor español, más conocido por el seudónimo de *El ciego de Buenavista*.

M. Alfredo Steinheil, pintor retratista, miembro de la Legión de Honor, asesinado, se cree, por un individuo que le había servido de modelo.



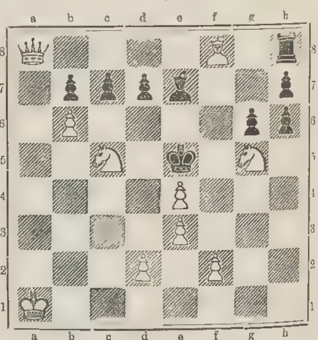
Flor de estufa, escultura de Pedro Braecke

AJEDREZ

Problema núm. 496, por V. Marín.

2.ª mención honorífica del Concurso del «Armeeblatt» 1903

Negras (9 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 495, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Ce5-g6	1. Cualquiera.
2. T mate.	

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)



Mauricio, furioso, dió un salto hacia adelante, pero Wylie detúvole por los brazos

—No debemos, ciertamente, perderlas todas. Pero ahora comenzará una persecución encarnizada; no hay temor de que á los bandidos los encierren en un círculo. Esta es su tierra de promisión, donde puede decirse que las órdenes del Gran Señor apenas tienen curso.

—Entonces, ¿esto podrá durar días, semanas, hasta meses?, preguntó Zoe casi sin aliento. ¿Cómo vamos á poder resistirlo?

—¡Quién lo sabe! Pero cada día puede ser el último. Figúrese usted que estamos en la frontera del Noroeste, ya que eso ha de darle ánimo, excitando su imaginación. Volveré en obsequio suyo á dar batallas, ó mejor dicho, escaramuzas. ¿Qué más da, quiere usted decirme, si las circunstancias son igualmente adversas, atravesar la cordillera de Solimán-Koh que la de los Balkanes?

—No lo sé; tal vez todo sea hijo de la imaginación. ¡Ah!, exclamó agarrándose con fuerza á Wylie al poner el pie en una piedra movediza. ¡Ah! ¿Qué vamos á hacer? Vea usted lo que tenemos al frente.

—Mal pedazo es, dijo Wylie sentenciosamente. Necesitaré tener las dos manos libres, añadió liando la manta y colocándosela encima de un hombro y debajo del brazo opuesto. Ahora, si usted me prestara la aguja de sombrero que tan honradamente le devolví esta mañana, ya no tendré en qué pensar sino en pasarla al otro lado. Su hermano ya habrá trepado alguna vez por montañas, ¿no es verdad? Si no, lo mejor que podré hacer será pasarla á usted primero y luego volver por su hermana.

Los labios de Zoe se movieron, pero sin emitir ningún sonido, al devolverle la aguja, bastante torcida después de haber servido de clavo. Wylie sujetó con ella los extremos de la manta cruzada sobre su pecho.

—Ahora no se asuste usted, dijo en tono alegre. La pasaremos al otro lado sana y salva. Esté usted segura de que tiene usted demasiado valor á los ojos de los bandoleros para que dejen que usted se mate. Aquí viene en nuestro auxilio el bandido que tan simpático le es á usted. ¡Cuánto me alegro de que no sea Milosch! Sería capaz de detenerse en los sitios de mayor peligro para elogiar su abnegación al venir en nuestra ayuda. Y Zeko trae también una cuerda. Estamos de enhorabuena.

Zeko, el bandido á quien Zoe había curado la cabeza, hizo señas al aproximarse, indicando que Wylie se amarrara á la cintura los extremos de la cuerda para llevar á Zoe en medio de los dos; en esa forma emprendieron la peligrosa marcha. En un espacio de cien varas, poco más ó menos, el sendero no existía; no había más que la roca pelada, que con una ligera inclinación bajaba casi perpendicularmente á los abismos.

Por fortuna, la piedra era lo bastante blanda para que pudieran socavarse en ella unos escalones donde poder ir poniendo manos y pies; pero al hacerlos los bandidos para nada tuvieron en cuenta que por ellos habían de pasar señoras. Casi imposible era para Zoe el poder colocar á la vez los dos pies ó las dos manos; pasó allí algunos de los más terribles momentos de su vida, teniendo un pie apoyado en un hueco, mientras Zeko, colgando de milagrosa manera un poco más adelante y más abajo que ella, llevaba con la mano el otro pie al próximo escalón, y Wylie, sujetándose firmemente con una mano á la roca, le alargaba la otra para que se apoyara en ella, mientras daba un impulso hacia adelante. Los bandoleros que habían pasado al otro lado, sentados en el suelo, se entretenían mirando y criticando sus maniobras, y los que venían detrás reñían entre sí sobre quién había de ser el que pasara á Irene y á Mauricio, pues Zeko se había negado desdeñosamente á molestarse por ellos.

Al fin obligaron á uno á prestar ese servicio, y Zoe, que ya estaba otra vez segura en el camino, pero abatida y sin fuerzas después de aquel terrible trance, se tapó los ojos para no ver lo que iba á suceder. Parecía imposible que Mauricio pudiera pasar bien, porque además de las dificultades que Wylie había tenido que vencer, venía detrás de él la retaguardia de los bandidos, que le llenaban de improperios porque no andaba más aprisa y hasta le daban en las manos con sus garrotes para que más pronto las cambiara de lugar. Mas él no les hacía caso y no dejó que Irene se apresurara, como ella quiso intentarlo. Por último, llegaron ambos sin novedad á la otra parte.

—No hubiera yo podido hacerlo, dijo Wylie en voz baja á Zoe, que le agradeció el elogio que á Mauricio tributaba.

Este fué el peor paso de aquella jornada; pero el camino seguía contorneando rocas salientes, costeando precipicios y subiendo por los lechos secos de los torrentes. Las jóvenes estaban enteramente rendidas antes de llegar al término. Mauricio y Wylie tenían que irlas empujando sin contemplaciones, ya riñéndolas, ya animándolas y hasta amenazándolas, pero no con la imperturbable brutalidad de los bandidos, cuyas no traducidas amenazas demostraban una perversidad hija de su larga práctica en el arte de atormentar. Por último, indicaron como sitio donde habían de pasar la noche un espeso bosque que se veía en una oculta quebrada del flanco de las montañas: dos de los bandidos, que se habían adelantado hacía rato, volvieron trayendo un par de cabras que, según dijeron como cosa natural y corriente, habían cogido á un cabrero que había tenido la desgracia de llevar su rebaño á pastar por aquellos sitios. Inmediatamente se llenó el bosque de animación y bullicio. Unos limpiaron de maleza un trecho para establecer allí el campamento; otros comenzaron á preparar grandes hogueras en aquellos parajes donde los árboles las ocultaran á la vista de los habitantes del valle, y los demás se entregaron á operaciones culinarias nada prolijas ni meticulosas.

A los prisioneros los dejaron por su cuenta, completamente seguros de que no podrían huir por mucho que lo desearan. Las jóvenes sentáronse, obedientes, donde les indicaron, recostadas contra el tronco de un árbol y se quedaron muy pronto dormidas.

Mientras tanto Mauricio y Wylie, con un cuchillo que le habían pedido prestado á Zeko, cortaron ramas y malezas é hicieron para los dos una cabaña, atención que no se les había ocurrido tener á los bandoleros. Era la cabaña lo suficientemente grande para que ambas cupieran cómodamente. El piso era de ramas de pino, tapadas con una manta, y una especie de biombo, hecho de ramas entrelazadas, servía de puerta. Delante de ella se les permitió á los prisioneros que hicieran una pequeña hoguera para su uso, y en ella comenzó Wylie á cocinar la cena. Milosch, haciendo de ello gran ostentación, les había traído un pedazo de carne de cabra como prueba del interés que por su bienestar se tomaba Stoyan. Wylie la cortó en tiras, que puso á asar en unos improvisados espetones de madera. Era tan apetitoso su olor, que las jóvenes se despertaron y se sentaron, observando con inteligente atención las manipulaciones de Wylie y esperando á que la carne estuviera á punto. Nunca en su vida habían probado nada tan delicioso, decían ellas mientras iban comiéndose los trozos de carne asada que iban cogiendo con la mano, sin más platos, cuchillos ni tenedores.

Zoe hasta principió á disertar sobre la facilidad con que la humanidad civilizada retorna al estado salvaje, lo que, según decía Mauricio, probaba que á su hermana se le había pasado ya el cansancio. Después de la comida, las jóvenes se negaron á irse en el acto á la cama, diciendo que querían disfrutar del bienestar que sentían. El fiel Zeko les trajo un obsequio, consistente en cuatro cigarrillos, á fin de que la cena fuera completa. Zoe se creyó en el caso de encender el suyo, aparentando que fumaba; pero lo arrojó al fuego en cuanto Zeko volvió la espalda; por su parte Irene fumó con la misma tranquilidad y placer que los hombres.

Concluídos los cigarrillos, Mauricio y Wylie se tendieron muellemente sobre la alfombra de pinocha que cubría el suelo, para disfrutar de un bien ganado descanso después de lo que habían trabajado.

—Si ustedes me permiten que les dé un consejo útil, dijo Wylie á las jóvenes, les diré que se quiten las botas para que los pies descansen todo lo posible.

—Ya se ve que otras veces ha pasado usted por estos lances, dijo Zoe preparándose para quitarse las suyas. Cuando el jefe ordena aquello mismo que uno está deseando hacer, la obediencia es una delicia.

—¡Ah, no!, exclamó Irene dando un fuerte quejido al quitarse un zapatito bastante estropeado. Les he estado á ustedes oyendo hablar de una misma suerte durante horas enteras; inventando, siempre inventando: «Estas son las montañas de Shinwari, peladas, áridas, color de tierra. Allá abajo, en el fondo del valle, está el castillo de un jefe Waziri; detrás de ese primer recodo nos está acechando una tropa de Afridis. Llevamos fusiles y raciones y botellas de agua y toda clase de cosas inútiles...»

—Apelo á usted, dijo Wylie dirigiéndose á Zoe. ¿He dicho yo en realidad tales desvaríos? Si así ha sido, nuestro infortunio debe haberme trastornado el juicio.

—¡Ah! No dijo usted palabra por palabra eso mismo, respondió Irene; pero tantas veces oí repetir esos nombres, que estoy segura de que son ellos; se trataba siempre de algo por ese estilo; imaginando que á un lado había nieves perpetuas, al otro un precipicio de una milla de profundidad, cuando lo que realmente había eran unas cuestas muy pendientes cubiertas de árboles feísimos, cuyas raíces la hacían á una caer, ó cuyas ramas me quitaban el sombrero. Dentro de uno ó dos días tendré que ponerme un pañuelo á la cabeza como una campesina, y al decirlo contemplaba tristemente los restos de su sombrero de paja, que había venido á este mundo con forma elegante, coquetona y parisiense. Y veían ustedes unos orientales, nobles y caballerescos (aquí hizo otra protesta Wylie) con trajes blancos como la nieve y magníficos turbantes; esos detestables bribones que se dicen cristianos, visten unos toneletes negros de sucios y son tan duros como una piedra. ¿A qué venían todas esas fantasmagorías?

—Por lo menos parece que hemos evocado en su mente imágenes poéticas y heroicas, dijo Zoe. Además, así se ha disipado algo el tedio de la marcha.

—De todos modos, yo no he pecado en ese capítulo, dijo Mauricio.

—Verdad es. Estaba usted tan contrariado ó aburrido, no sé cuál de las dos cosas, que no habló usted una palabra. Por eso pude oir á los otros todo el día.

—Mucho siento haberla molestado, dijo Wylie. Vea usted; yo creí hacerle el camino más corto á su hermana evocando mis recuerdos de otros tiempos.

—Y lo consiguió, exclamó Zoe. Sin eso no sé si hubiera podido llegar. ¿Por qué escuchaba usted lo que le aburría?

—No me aburría precisamente, respondió Irene. Me parecía insubstancial. Ya no somos unos niños. ¿Para qué sirve forjarse semejantes fantasías?

—Si nos ayudan á soportar mejor las adversidades, ya sirven de algo, contestó Zoe.

—Pero ¿para qué hemos de fingir que estamos contentos? Durante la primera parte de la jornada, antes de encontrarme tan cansada que ya ni podía escuchar, solía oir al capitán Wylie que le preguntaba: «¿Está usted muy cansada?,» y fingiendo satisfacción usted contestaba: «No, amigo mío, casi nada.» Eso no era verdad y él también sabía que no lo era. ¿A qué venía esa comedia?

—Era verdad, dijo Zoe con firmeza. Por el mero hecho de hacerme esa pregunta, me sentía, en aquel momento, menos cansada. Y usted, Irene, no dice sino lo desagradable.

—Me recuerda la vieja á quien el cura amonestaba por no saber soportar con paciencia sus tribulaciones, dijo Mauricio. Ella le contestó que cuando la Providencia nos enviaba un castigo, era para que nos doliera, y por lo tanto, había que quejarse.

—Está bien, dijo Wylie con alguna sequedad. Me parece que ha llegado ya á ser tradicional entre ingleses el que cada cual procure disimular sus males en obsequio á los demás, y lo único que puedo decir es que me alegraré de que esa tradición no se pierda. No veo la necesidad de examinar ni discutir más este tema.

—Ando estudiando los distintos caracteres de las naciones, contestó Irene impertérrita. En las que conozco, cuando se pregunta al que está mal si lo está, desde luego contesta que sí y pinta la grandeza de su desgracia y sostiene que nunca ha estado nadie peor.

—Y la vuelven al derecho y al revés y se lo ponen á uno delante para que le dé bien la luz, añadió Zoe.

—Pero si se le pregunta qué tiene á un inglés, le mira á uno de arriba abajo, desde la altura de una milla, y contesta con una sonrisa de hielo: «Absolutamente nada. Estoy más bien gozando que otra cosa.»

Al decir esto remedaba perfectamente el tono desabrido de Wylie.

—¡Qué terrible está usted esta noche, Irene!, dijo bostezando Mauricio. Al parecer, el haber escapado de á tan grandes peligros le ha aguzado á usted el ingenio. Pero creo que ya es hora de que las niñas buenas se vayan á la cama.

—Cuando una cosa me interesa, puedo pasarme la noche hablando, replicó Irene.

—No lo dudo ni poco ni mucho; pero Zoe está medio dormida y Wylie dando cabezadas, y á mí los ojos se me cerrarían si no los tuviera fijos en su animado semblante. ¡Hola! ¿Qué pasa?

Pasaba algo extraordinario entre los bandidos que se refocilaban junto á la otra hoguera. Era la inopinada llegada de un hombre que gesticulaba con viveza señalando el camino por donde habían venido. A la luz de la fogata los prisioneros conocieron al guía traidor que habían tomado el día antes.

—¿Será que llegan en nuestro auxilio? ¿Vendrán á rescatarnos?, exclamó con ansiedad Zoe.

—No tendremos tanta suerte: ¡ojalá!, dijo Wylie, que había comprendido algo de lo que refería el recién llegado. No se ocupen ustedes de mí, añadió poniéndose en pie, y váyanse á acostar. Quiero oir lo que ese mozo va á contar.

Aproximóse á la otra hoguera, y los tres que se habían quedado vieron horrorizados cómo los bandidos se abalanzaban sobre él dando aullidos de cólera. Maldiciones y denuestos llovían mientras le empujaban y arrastraban de un lado á otro; aquellos hombres enfurecidos le amenazaban con pistolas y puñales desenvainados.

—¿Qué será?, murmuraba Zoe con los labios lívidos.

—No sé. Esténse quietas, dijo Mauricio abotonándose la americana y apretando los puños.

Por causa de las jóvenes no quería intervenir mientras eso fuera posible; pero si herían á Wylie estaba decidido á adelantarse y ponerse á su lado, aunque comprendía lo poco que podrían hacer dos hombres sin armas contra una turba provista de ellas. Con gran satisfacción suya vió que el orden se restableció por intervención del jefe; después, Milosch pronunció un largo y al parecer conmovedor discurso, y Wylie volvió á reunirse con sus amigos, seguido de miradas y murmullos de rencor.

—¡Ah! ¿Qué fué?, exclamó Zoe cuando hubo llegado junto á ellos.

—Nada; el castigo que merece quien hace el tonto, respondió. ¿Ustedes recuerdan el mucho tiempo que nos tuvieron detenidos, con las manos atadas á la espalda, antes de emprender la marcha esta mañana? Yo estaba un poco separado de los demás; el terreno era arenoso y se me ocurrió la feliz idea de dar á los que vinieran á salvarnos un indicio por donde pudieran colegir el camino que llevábamos. Con la bota tracé en la arena una N y una W bastante profundas, moviéndome continuamente como quien está cansado de estar de pie. Por desgracia, ese caballero que acaba de llegar pasó por dicho lugar antes que los que nos buscan y adivinó lo que aquellas letras querían decir. Ha sido un mal muy grande el que la civilización de Occidente haya penetrado hasta el Oriente. De eso provino todo el alboroto. Milosch, especialmente, ha estado muy duro al tratar de mi ingratitud queriendo hacer traición á los bandidos después de tanto como por nosotros han hecho; yo tuve que recordarles la manera como, justamente en aquellos mismos momentos, nos ataron; con esto se calmaron, como ustedes ven.

—También yo lo hubiera hecho si se me hubiera ocurrido, manifestó Mauricio. Ya usted lo ve, ahora van á tratar mucho peor á estas jóvenes.

—¡Ah, Mauricio, no seas ingrato!, exclamó Zoe. Si hubiera salido bien, todos andaríamos diciendo que el capitán Wylie había tenido una magnífica idea y que era un hombre de mucho talento. Ya, por último, todo está arreglado.

—¿Ya lo está?, preguntó Irene.

Wylie titubeó un momento antes de responder.

—Pues bien, dijo, creo que van á dedicar la noche á resolver lo que convenga. Pero, después de todo, ¿qué pueden hacer? No les conviene, ya ustedes lo saben, maltratar á ninguno de nosotros. Podrán no querer fiarse más de mi palabra y me volverán á atar las manos; pero hasta ahora es lo cierto que no lo han hecho. Así, pues, no nos apuremos.

IX

UNO DE MÁS

—¡Oh! Lo repito. No puede ser todavía hora de levantarse, refunfuñaba Mauricio revolviéndose mal humorado en su lecho de ramas de pino, al sentir que una mano se apoyaba en su hombro.

Pero aquella mano le sacudió ligeramente y oyó la voz de Wylie que le decía:

—Despiértese y no haga ruido.

Arrojando á un lado la manta, Mauricio se sentó, entreabriendo los ojos á la pálida luz del amanecer.

Él y Wylie habían establecido su dormitorio frente á la cabaña, á fin de que las jóvenes supieran que estaban cerca en caso de ocurrir alguna alarma durante la noche. Wylie le indicó con la mano que le siguiera. Al otro lado de las cenizas que había dejado la hoguera, estaban los bandidos en fila, adustos y callados, con los fusiles dispuestos. Mauricio abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué pasa?, preguntó asombrado.

—No queremos tener tantos á quienes guardar, contestó Milosch. Son ustedes muchos para nosotros. Las mujeres valen mucho y habrá de que darse un hombre que las atienda. El otro ha de irse. Echenlo ustedes dos á la suerte.

—Bien, bien, pero no hay necesidad de hacerlo donde las señoras pueden enterarse, dijo impaciente Wylie. Vamos, Smith.

Este, ya entonces enteramente despierto, se puso en pie, y ambos siguieron á los bandidos, penetrando en el bosque. Wylie cogió del brazo á Mauricio y lo separó un poco á un lado, á fin de que Milosch no le oyera.

—Si la suerte le toca, dijo, cambiaremos, por de contado, pues sus hermanas no pueden quedarse sin usted; pero casi tengo la seguridad de que todo esto no es más que una farsa con objeto de verse libres de mí. Toda la noche lo han estado maquinando.



Las jóvenes se despertaron y se sentaron, observando con inteligente atención las manipulaciones de Wylie

—¿Pero usted no cree que se atreverán á... matarlo?

—¿Por qué no? A Haji Ahmad lo mataron sin compasión alguna. Ellos ya se han jugado la cabeza, como usted sabe, y tienen la convicción de que mientras sus hermanas vivan, de ningún modo el gobierno les ha de perseguir con verdadero empeño.

—Estas son dos varas de distinto tamaño, dijo Milosch, que se aproximó teniéndolas en la mano. Escoja cada uno la suya y yo les diré quién ha sacado la bola negra.

—¿Pero cuál la representa, la más larga ó la más corta?, preguntó Mauricio.

—No tienen ustedes para qué saberlo ahora. Ya se lo diremos cuando se haya sorteado.

—Yo se lo dije, murmuró Wylie. Cualquiera que sea la que yo elija, esa será la fatal. Vamos, Milosch, voy á coger una.

Tomó la más corta, Mauricio se quedó con la otra en la mano. Stoyan, adelantándose, midió con calma sus longitudes y declaró que la suerte le había tocado á Wylie. Mauricio, furioso, dió un salto hacia adelante, pero Wylie detúvole por los brazos.

—Ahora, no nos vayamos á perder los dos, dijo el condenado en tono de súplica. Yo sé lo que está pasando por usted y lo que desea hacer; pero, ahora, su deber es pensar en sus hermanas. No pueden que darse en manos de estos malvados, sin tener quien las proteja. Va usted á tener que ocuparse de las dos. Si puede, ocúlteles lo que ha sido de mí. ¿No podría usted hacerlas creer que me han llevado para tenerme seguro á algún otro lugar? Piense que demasiados sufrimientos tienen ya.

—Yo no puedo estarme quieto y dejar que lo maten, dijo Mauricio casi sin poder respirar.

—No quiero que usted lo presencie; retorne á la cabaña. Sus hermanas se horrorizarían, si despertaran y vieran que nos habíamos ido los dos. Adiós y buena suerte. No hubiera podido hallar mejor compañero, en un lance crítico, que usted lo ha sido en este.

—¿Tiene usted algún encargo que hacerme?, preguntó con afán Mauricio.

—No. No tengo á nadie que por mí se interese; mis asuntos están todos arreglados. Más adelante, dígale, si quiere, á la mayor de sus hermanas que he sentido muchísimo no haber podido darla un último adiós.

—Dice el Voivoda que está cansado de aguardar, exclamó Milosch acercándose.

Y con un pañuelo vendó los ojos á Wylie.

—Ahora, suplicó Wylie á Mauricio, váyase, váyase. Piense en esas jóvenes, como debí yo haber pensado ayer, en lugar de cometer locuras.

Mauricio le apretó la mano y se alejó despacio y de mala gana. Al llegar al lindero del bosque oyó la voz de su amigo que gritaba encolerizado: «Por amor de Dios, déjenme las manos libres,» Wylie seguía gritando; á Mauricio le pareció que no accedían á su pretensión. Llegó al lugar limpio de vegetación y se sentó junto á la apagada hoguera, presa del más profundo abatimiento que hubiera nunca sentido. Sin Wylie, ¿cómo iba él y las infelices mujeres á afrontar las pruebas que les aguardaban? El mismo podría ser la segunda víctima del salvajismo de los bandidos y ¿qué sería entonces de Zoe y de Irene, puesto que, ni el temor ni la avaricia parecían ser bastantes á contener á sus carceleros? Las felices ideas que á Wylie se le ocurrían, su infatigable energía, su buen humor y la entereza de su carácter que, aun cuando sólo se manifestaba en raras ocasiones, era, por lo mismo, más eficaz, hacían de él un inconmovible punto de apoyo; Mauricio se lamentaba amargamente de su relativa inutilidad. Su género de vida le había acostumbrado á tener poca iniciativa y ésta cohibida por el hábito que le habían inculcado como un deber de pesar maduramente el pro y el contra de las cosas, antes de decidirse; mientras él pensaba, Wylie obraba; mejor dicho, había ya obrado. Estos pensamientos le desalentaron por completo. El hombre de acción se lo había llevado y quedaba el que únicamente se sentía dueño de sí mismo en medio de las rutinas de la vida ordinaria. No se le ocurría que Wylie no había en un día adquirido aquella superioridad moral, ni que él mismo podría, de lo profundo de su actual postración, sacar la experiencia necesaria para que fuera completa su virilidad.

—Mauricio, ¡qué abatido estás!, exclamó Zoe asomando cautelosamente la despeinada cabeza por la puerta de la choza. Dile al capitán Wylie que tiene que prepararnos carne asada para el almuerzo también.

—Está bien. La tendrás. Con tal que, añadió con súbita y feliz inspiración, me prometas solemnemente que te la comerás antes de principiar á hablar. No estaría bien que dejaras enfriar mis... nuestros guisos, que deben comerse en cuanto estén.

—Te lo prometo, palabra de honor, dijo Zoe.

Mauricio principió á recoger leña para encender otra hoguera, algo receloso de que llegara la orden de marcha antes de que tuviera tiempo de hacer nada. Pero los bandidos regresaron al campamento y se sentaron alrededor del fuego que tenían, con evidente intención de tomar las cosas con calma; cuando las jóvenes salieron de la cabaña, encontraron á Mauricio que se estaba asando el rostro al mismo tiempo que la carne.

—¿Dónde está el capitán Wylie?, exclamaron.

—¿Qué me prometiste?, preguntó Mauricio para que se callara. Siéntense y vayan comiendo lo que ya está, mientras voy preparando más.

—Mauricio, ¿tú no comes nada?, preguntó Zoe habiendo cumplido su promesa hasta que hubo satisfecho el apetito. ¿Y dónde está el capitán Wylie? No se tostó ayer la cara como tú lo haces hoy.

—¡Ah! No sé. Por ahí andará, supongo, dijo entre dientes Mauricio. ¿Quieren más?

—No, gracias, no quiero más, Mauricio. ¿Le habrá pasado algo? ¿Sabes dónde está?

—¿No puedes dejar tranquilo á ese buen amigo?, preguntó Mauricio haciendo un esfuerzo desesperado. No se habrá escapado, dejándonos en el atolladero. Eso te lo puedo asegurar.

—No, pero ¿se lo habrán llevado? Me parece que algo muy grave debe haberle sucedido. Dime la verdad, Mauricio, ¿dónde está el capitán Wylie?

—Se lo llevaron esta mañana muy temprano, dijo Mauricio. Él creía que era una venganza por habernos querido libertar. Me encargó que te dijera cuánto había sentido no poderse despedir.

—¿Despedirse? ¿Creía que lo iban á matar?

—¡Qué sé yo! Delante de mí no lo hicieron.

—Pero ¿piensas que lo hayan hecho? ¿Y tú lo permitiste?

—Vamos, dijo Mauricio, lo mejor será que les diga cuanto sé, y así verán qué es lo que debemos pensar.

Y relató lo ocurrido tan á prisa como pudo, haciendo de cuando en cuando algunas pausas involuntarias.

—Entonces, no hay duda, dijo Zoe lentamente, cuando hubo concluído. A estas horas debe haber muerto.

—Les admiro á los dos, dijo Irene, con su aire majestuoso, como quien va equitativamente á distribuir elogios. El deber de ustedes era sacrificarse por nosotras; él lo sabía. Lo único que le correspondía hacer era morir, y eso lo ha hecho cumplidamente. Algún día...

—Irene, dijo Zoe con reconcentrada amargura, si va á decir que erigirá una iglesia á su memoria, la aborreceré á usted hasta que me muera.

Se levantó y entró en la cabaña; Irene se volvió hacia Mauricio.

—¿Cree usted que ha muerto?, preguntó.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa ha de pensarse?

—No lo creo en absoluto. Querrían amedrentarle, cosa muy natural. Cometerían un disparate si lo mataran. Si se vieran acosados muy de cerca, comprende usted, podrían asesinar á uno de nosotros, como un apercibimiento á sus perseguidores; pero hacerlo sin más ni más, sería tener que rebajar el rescate que han de pedir por nosotros y perder además la esperanza de que los amnistiaran.

—Bien, si está usted tan segura, ¿por qué no se lo dice así á Zoe?

Irene se encogió de hombros.

(Se continuará.)

BARCELONA. — MUSEO DECORATIVO Y ARQUEOLÓGICO

Decía nuestro inmortal Verdaguer, en una poesía póstuma, refiriéndose al parque de Barcelona, que es donde se levanta, en la antigua Ciudadela, el actual Museo decorativo y arqueológico, que había la ciudad condal convertido aquellos lugares, antes explanada y fosos, en frondosos y amenos jardines, «para sepultar en ellos sus inmensos oprobios y dolores, los muros que le habían servido de ceñidor, sus grilletes é improperios y la torre del suplicio, cubriéndolo todo después con una alfombra de flores.» Barcelona ha hecho más todavía: ha transformado aquella ominosa cárcel, erigida por Felipe V, en templo del Arte, y desde el último domingo de mayo, en que fué inaugurado oficial y solemnemente, podrán el público barcelonés y el gran número de extranjeros que nos honran con su visita recorrer pacíficamente, recreando su vista y educando su espíritu, aquellas mismas salas que un tiempo fueron lugares de tormento y de castigo, de que salieron cubiertos, sin embargo, de gloria los nombres de no pocos barceloneses.



Sala de Cerámica

Para que los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA puedan hacerse cargo de las muchas curiosidades que contiene el Museo decorativo y arqueológico barcelonés, vamos á dar, sala por sala, una idea ligerísima de él, haciendo sólo mención de las más notables.



Sala de Pintura y Escultura góticas. (De fotografías de J. Brangulí Soler.)

Sala de Armas.—Contiene la numerosa colección del antiguo Museo y la no menos importante del Sr. Soler y Rovirosa. Cubren las paredes laterales dos tapices, procedentes del Ayuntamiento, uno representando la batalla de Rodes y el otro la emigración asiática, ambos de verdadera importancia artística, y en los restantes lienzos de pared cuelgan panoplias y banderas, entre las que figuran algunas pertenecientes á los antiguos gremios de Barcelona.

Sala de los Vidrios.—En tres grandiosas vitrinas, colocadas de modo que los objetos puedan ser vistos al trasluz, hay expuestos ejemplares de vidriería catalana, española, de la fábrica de Murano, los de la colección del Sr. Ferrer Vidal y Soler, y una serie de ejemplares de vidrios romanos de procedencia desconocida, juntamente con los romanos y grecorromanos encontrados en Ampurias, como lacrimatorios, urnas cinerarias, etcétera. Del techo penden varias arañas de prismas de los siglos XVI, XVII y XVIII. La parte alta de las paredes la ocupan ejemplares de la colección de tejidos, perfectamente encuadrados.

Salas de Tejidos.—Son tres, además de una galería exterior en que se han colocado reproducciones de tapicerías notables y ejemplares de bordados de sumo interés. En la sala que contiene la colección de tejidos desde el siglo XII al XV, pueden admirarse el riquísimo terno llamado de San Jorge, propiedad de la Diputación provincial, y unos fragmentos de tejidos hispano árabe y mudéjar; entre la colección de tejidos de los siglos XV y XVI, hay varias casullas de imaginería bordada.

Salas de Cerámica.—Son cuatro: la primera está destinada á los ejemplares de platos hispano mudéjares con reflejos, á los ladrillos mudéjares y á los ladrillos azules catalanes y valencianos, además de dos fragmentos en estuco de arquitectura mudéjar, procedentes de Toledo; la segunda, á la cerámica del Renacimiento, con ejemplares de las fábricas de Alcora, Talavera, Sabona, Delft, Montelupo, Retiro, Triana, catalana, aragonesa y otras, y además la notable colección de cerámica alcorense propiedad del Sr. Comabella; la tercera (que es la que reproduce el grabado adjunto), á los ejemplares prehistóricos, con las colecciones chipriota, ibero micénica, ática, corintia, griega, etrusca, etrusco campaniana, grecorromana, romana, tanagrense, ampuritana, vasos saguntinos, cerámica cristiana, urnas cinerarias etruscas, ánforas romanas y armas prehistóricas (época neolítica).



Sala de Viladomat

Sala de Don Jaime I.—En esta sala, arreglada con motivo de conmemorarse este año el centenario del invicto rey *Conquistador*, hay expuestos, en vitrinas adecuadas, interesantísimos recuerdos de la vida del glorioso monarca: el célebre *Llibre Vert*, códice del siglo XIV, ricamente encuadernado en terciopelo verde con aplicaciones de metal; un ejemplar incunable de las *Constitucions de Catalunya*, impreso en 1495; un sello en cera del rey Don Jaime I, y la colección de documentos, concesiones, privilegios y cartas reales, entre las que figuran: la *Franquicia* dada á los baleares; la *Confirmación* de ordenanzas sobre la Ribera ó puerto de Barcelona, dada en 1258; el testamento de Berenguer de Castellet, manuscrito en pergamino de 1207, etc., etc. La pintura románica tiene también cabida en esta sala: ocupan los lienzos de pared los antipendios de Planés, Tavérnoles, Mossoll, Tamarite de Litera, Santa María de Aviá y dos muy primitivos, procedentes del Norte de Cataluña, y en la puerta que conduce

á la sala de Pintura y Escultura góticas se ha colocado en la misma posición primitiva el célebre cimborio de Tavérnoles, una de las joyas de la colección de pinturas románicas que posee el Museo, así como el cimborio reconstruído procedente de Estimariu (Seo de Urgel).

Sala de Pintura y Escultura góticas.—En esta sala hay expuestos los preciosos retablos procedentes de San Vicente de Sarriá, de Cardona, de Benavent, de San Martín, de Seo de Urgel y el de San Eloy, del gremio de los Plateros. En el centro se han colocado, en peanas y vitrinas, selectísimos ejemplares de escultura gótica en piedra, mármol y madera, procedentes de Poblet y de Gerp algunos de ellos.

Sala de Viladomat.—A cada lado de la puerta de ingreso á esta sala, consagrada á contener los cuadros del ilustre maestro catalán, entre ellos los que forman la colección de la Galería Seráfica, figuran dos telas, una anónima y de gran valor, *La adoración de Jesús*, y otra, *La adoración de los reyes.* En el corredor que atraviesa la sala hay dos reproducciones de Tiépolo, debidas á los notables artistas Barrau y Mas y Fondevila, y al otro extremo dos figuras de apóstol, de Caracci. Hay además en esta sala: la histórica bandera de Santa Eulalia y la figura ecuestre de San Julián, en madera, procedente del antiguo gremio de Caldereros de Barcelona. Completan esta sala interesantísimos dibujos de Viladomat, entre ellos un autorretrato del artista en su juventud, y un retrato de su maestro, junto con varios apuntes, estudios y bocetos, todos ellos pertenecientes á la importante colección de D. Raimundo Casellas.

Sala de Dalmau. - Ha recibido este nombre por presidirla la perla del arte catalán medioeval, la *Virgen de los Concelleres,* de aquel eximio maestro, encuadrada en su áurea moldura de filigranas escultóricas; dos ricas joyas la acompañan, *La degollación de San Cucufate,* del maestro Alfonso, y el riquísimo frontal bordado de San Jorge, propiedad de la Diputación provincial, y otras obras de no menor valía, como el *San Bartolomé*, de Ribera, y el *Fraile en éxtasis,* de Zurbarán.



¡Monumento al célebre cuentista francés Carlos Perrault,
obra del escultor Gabriel Pech (De fotografía de Felipe Hutin.)

Carlos Perrault (1628-1703), aunque escribió muchas notables poesías y varias obras de erudición, debe principal y únicamente su celebridad á sus famosos *Cuentos de hadas*, que tradujo al castellano D José Coll y Vehí. El Estado francés, queriendo perpetuar la memoria del eximio literato, encomendó al notable escultor Gabriel Pech el monumento que reproduce nuestro grabado y que se inaugurará muy en breve en el jardín de las Tullerías, de la capital de Francia. Entre las figuras que rodean el pedestal que sostiene el busto de Perrault, vense al *Gato con botas*, al *Pulgarcito*, á *Caperucita encarnada* y á otros protagonistas de sus cuentos.

Sala Monetario.—Además de la colección propiedad del Ayuntamiento, procedente de los donativos de D. Francisco Martorell y Peña y de D. Francisco Esteve y Sans, que comprende monedas ibéricas, coloniales, de los condes de Barcelona, pueblos de Cataluña, Rosellón, Navarra, Castilla, Sicilia y Cerdeña, hay las series de la colección especial de Ampurias, griegas, ibéricas y romanas, que corresponden á los períodos históricos de la fundación de *Emporion,* siglo VI antes de J. C., hasta los primeros tiempos de la ocupación de Sicilia por los cartagineses, y las de la colección cedida en depósito por la Diputación provincial, compuesta de las series catalanas: obispos de Vich, condes de Urgel, condes de Barcelona, reyes de España, pueblos de Cataluña, Rosellón, Aragón, Valencia, Mallorca, Navarra, Castilla y otras, proclamaciones y medallas catalanas, municipales de España, etc., etc., pues sería interminable la lista de todos los ejemplares.

Completan el Museo decorativo y arqueológico de Barcelona sendas salas destinadas á bronces, orfebrería y hierros, y además gran número de reproducciones de estatuas clásicas, de pintura, de escultura, de esmaltes, de muebles, de tejidos, de cerámica, que puede admirar el visitante, ya, al entrar, en el vestíbulo de la planta baja, en donde llama la atención una Venus y los fragmentos del famoso altar de Pérgamo, ya, al recorrer el Museo, en las galerías que conducen de una sala á otra, en que atraen especialmente la curiosidad las reproducciones de hierros, de tapices y de bajos relieves decorativos.

Los vocales de la Junta de Museos, Sres. D. Emilio Cabot, D. José Font y Gumá, D. Carlos de Bofarull, D. José Puig y Cadafalch, D. José Pijoan y don Raimundo Casellas, á cargo de los cuales ha corrido la instalación y clasificación de los objetos, se han hecho acreedores al aplauso de los barceloneses, pues merced á su incansable celo y á su dirección inteligente la capital de Cataluña puede vanagloriarse de haber dado en firme el paso que acaba de dar en el camino de su engrandecimiento artístico.—T.



Festival escolar en Viena con motivo del jubileo del emperador Francisco José

El día 21 del último mayo 35.000 alumnos y alumnas de las escuelas de Viena se presentaron por la mañana en el parque del Palacio de Schoenbrunn, desfilando ante el emperador, á quien acompañaba el cuerpo diplomático. Se representaron obras teatrales alusivas al acto que se conmemoraba, las alumnas más pequeñas ejecutaron danzas en honor del anciano emperador, y los coros infantiles entonaron himnos jubilares. El soberano austriaco, visiblemente conmovido, se dignó descender al parque á mostrar personalmente su agradecimiento á los organizadores de la fiesta y á los escolares que en ella tomaron parte. Esta terminó con el canto del himno nacional por todos los niños.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 15 de junio de 1908 — Núm. 1.381



De la obra «Die Theater Wiens,» publicación de la «Gesellschaft für vervielfæltigende Kunst,» de Viena.

RETRATO DE LA INSIGNE TRÁGICA CARLOTA WOLTER,

obra de Franz Matsch

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la serie de este año, que lo constituye la importantísima obra de actualidad, de Eugenio Aubin, que tiene por título

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS,

profunda y minuciosa descripción del Estado y del pueblo marroquíes, y en la que su eminente autor se nos presenta como turista que da al elemento pintoresco toda la importancia que en realidad tiene y como ingenioso cronista que sabe poner al lado del hecho histórico la anécdota curiosa, y sazonar su relato con esos rasgos brillantes que son uno de los mayores atractivos de la literatura francesa. MARRUECOS está espléndidamente ilustrada con copias de fotografías, tomadas algunas de ellas por el mismo autor del libro.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Perú: tentativa revolucionaria: progreso económico: necesidad de vías de comunicación: la cuestión de los braceros: la falta de inmigrantes europeos: los indios como braceros: el capital y el trabajo. – *Ecuador y Venezuela:* la peste negra: la situación política en el Ecuador: las relaciones entre Venezuela y los Estados Unidos. – *Colombia y Panamá:* la cuestión de frontera. – *Costa Rica:* el mensaje presidencial. – *Guatemala:* el atentado contra la vida del presidente.

Desde principio de año obsérvase cierta agitación política en el Perú. Van á verificarse en este mismo año las elecciones presidenciales: el partido dominante presentó su candidato; las oposiciones protestaban contra el apoyo indirecto que podían darle los elementos oficiales, y liberales y demócratas procuraban organizarse y llegar á un acuerdo para contrarrestar la acción ó la influencia de aquéllos.

Sin duda, enardecidos los ánimos de los adversarios del actual gobierno y del probable futuro presidente, algunos más impacientes ó de espíritu revoltoso lanzáronse á la lucha armada, acaudillados por los hermanos Durán, y con sorpresa se supo en Europa que el orden público se había alterado en esa cultísima República peruana que, para fortuna y honra de sus ciudadanos, llevaba ya largo tiempo sin sufrir las tristes consecuencias de la revolución.

Por suerte, el movimiento revolucionario quedó pronto dominado. Apenas se inició, el presidente de la República Sr. Pardo tomó rápidas y enérgicas medidas; pasó en los cuarteles la noche del 1.º de mayo, velando por la disciplina y preparando tropas contra los rebeldes, é hizo arrestar á los que se suponía complicados en la conspiración. Los Durán y su gente fueron derrotados y dispersos, y el 5 de mayo las Legaciones del Perú pudieron anunciar en los respectivos países que la tentativa revolucionaria había fracasado.

La revolución como medio de alcanzar el poder es una de las causas principales del atraso que se nota en algunas Repúblicas de América. Cerrar ese camino á los partidos políticos debe ser la aspiración predilecta de los gobernantes americanos; para ello hay que armonizar los procedimientos de buen gobierno y de amplia tolerancia con la energía y la severidad para reprimir el menor intento de apelación á la fuerza. Sólo así pueden prosperar y engrandecerse esos países dotados de tan extraordinarias y variadas riquezas naturales.

Los años de paz que viene disfrutando el Perú le han valido el desarrollo económico que en varias ocasiones hemos señalado y al que ahora se refiere en su última Memoria comercial el cónsul de España en Lima Callao Sr. Fábregas.

Casi por completo han desaparecido las tristes circunstancias que provocaron la despoblación y la ruina del país; la Hacienda se consolida, difúndese la instrucción en el pueblo, se activa la construcción de vías férreas, producción y comercio aumentan de año en año, la industria fabril empieza á tomar importancia, y la minería, base principal del engrandecimiento del Perú, adelanta de modo asombroso, gracias á la afluencia de capitales extranjeros y á las poderosas empresas que con ellos se constituyen para explotar los yacimientos auríferos, los minerales de plata y los enormes depósitos de cobre que atesora el suelo peruano.

El progreso, sin embargo, no es tan rápido y constante como pudiera serlo, porque faltan dos factores de gran valor para impulsarlo; los brazos para el trabajo y las comunicaciones para llevar los productos del suelo y de la industria hasta los puertos.

Al desarrollo de las vías de comunicación vienen dedicando perseverante empeño los gobiernos, y desde 1904 se han dictado, uno tras otro, leyes y decretos para la construcción de nuevos ferrocarriles y para arbitrar los necesarios recursos por medio de empréstitos y de convenios con poderosas Compañías.

El problema de los braceros tiene más difícil solución. El peruano Sr. Rodríguez Dulanto, en un discurso que pronunció no ha mucho en la Sociedad Nacional de Agricultura de Lima, hace constar que la inmigración asiática no conviene y que la inmigración blanca no va al Perú.

Aparte el valor que puedan tener las consideraciones en que se funda la no conveniencia de la inmigración asiática, ha lugar á preguntar por qué motivo no va al Perú la inmigración europea. Acaso podrá servir de respuesta uno de los párrafos de la Memoria del Sr. Fábregas: «América es buena para los americanos, pero no para los españoles, porque en ella sólo encuentran—las más veces—privaciones, miserias y calamidades.» Y es lógico deducir la afirmación de que si el europeo encontrase regulares condiciones de trabajo y de vida, que le pusieran á cubierto—las más veces—de calamidades, miserias y privaciones, iría á trabajar y á vivir en esas tierras de América.

El Sr. Rodríguez Dulanto, que no quiere asiáticos y no tiene europeos, pretende resolver la dificultad fomentando la corriente emigratoria de los indios, desde la Sierra, donde habitan, hacia la Costa. Es solución ya propuesta por otros. Pero ¿esos indios no se hallarán en el mismo caso que los europeos, es decir, en el de no querer ir á trabajar en las haciendas? Ahora, reconcentrados en las alturas de la Sierra, viven en sus comunidades, si no felices, por lo menos tranquilos, utilizando las labores que hacen en su propio beneficio, hasta donde se lo permiten las autoridades; saben que si van á trabajar en las haciendas, trabajarán para el individuo ó la empresa que los contrata, y saben que los contratistas los explotan por varios procedimientos; tomándoles parte del jornal, obligándoles á que les compren los artículos de consumo y despertando en ellos la afición á las rifas ó al juego.

Resulta, pues, que si el bracero europeo y el jornalero indio no van y no quieren ir á trabajar en la hacienda, en la fábrica, en las minas, en las obras públicas, es porque no le convienen las condiciones en que se le brinda el trabajo.

En la asociación de capital y trabajo para los fines económicos las cosas se van presentando de tal modo en todas partes, que no habrá otro remedio que dar menos al capital y más al trabajo.

* * *

La peste negra, la terrible peste bubónica, plaga que fué del antiguo mundo, señorea el litoral americano. Puertos del Pacífico en Perú y en Chile habían sufrido en los inmediatos pasados años el azote de la epidemia. Ahora han sido invadidos los más importantes del Ecuador y de Venezuela, Guayaquil y La Guaira. En una y otra República se ha combatido el mal con la mayor decisión y energía. La población de La Guaira quedó aislada y se entregó al fuego todo cuanto podía estar contaminado. Un cordón sanitario cerró toda comunicación con el interior; la vida se hizo casi imposible por falta de recursos, y no se pudo evitar que grupos de hambrientos rompieran el cerco para buscar subsistencias en los lugares próximos, llevando á ellos la amenaza del contagio y provocando colisiones y desórdenes.

En el Ecuador, conservadores, clericales y liberales disidentes no cejan en su empeño de crear dificultades al gobierno del general Alfaro; en abril último hubo temores de revolución, y se procedió al arresto y confinamiento en Riobamba de los supuestos ó verdaderos conspiradores, la mayor parte estudiantes.

Las relaciones entre Venezuela y los Estados Unidos continúan tirantes. Un nuevo incidente vino á contrariar más á los yanquis. La administración de correos de La Guaira, por error que luego explicó satisfactoriamente, hizo abrir las valijas de correspondencia dirigida á un buque norteamericano; reclamó el ministro yanqui en Caracas, y le replicó el ministro venezolano de Relaciones exteriores en los términos enérgicos que acostumbra hacerlo el gobierno de Castro; calificaba de «suspicacias» ó «ligerezas» á las observaciones que sobre el caso había comunicado el ministro yanqui.

El Constitucional, de Caracas, refiriéndose á las cuestiones pendientes, habla bien claro. «Los Estados Unidos—dice—deben respetar y apoyar tanto las decisiones de los tribunales mixtos internacionales, como los de Venezuela. ó alzar de una vez la bandera conquistadora en América. Entonces será cuando los habitantes del Nuevo Mundo determinarán la posición que deben tomar en el presente y en lo futuro.»

La prensa yanqui afecta á la política imperialista de Roosevelt califica de «ladridos» lo que decían y escribían el ministro venezolano y *El Constitucional.* Mas justo es consignar que el elemento mercantil de los Estados Unidos y la prensa independiente se inclinan á dar la razón á Castro; reconocen el derecho con que éste mantiene la competencia de los tribunales de justicia en las cuestiones con las Compañías extranjeras, y hacen valer también motivos de propio interés, recordando que los importadores yanquis han comprado y pagado ya gran parte de la cosecha de café y otros productos de Venezuela. Si hay un rompimiento, el café, el asfalto, etc., tomarán el rumbo de Europa, aquéllos perderán lo que hayan desembolsado, y lo que es más grave, sufrirá menoscabo el comercio exterior de los Estados Unidos, pues no será fácil restablecer las relaciones comerciales con Venezuela si, como es probable, los productos venezolanos logran abrirse buenos mercados en Europa.

Entre tanto, y á pesar de la anormalidad que ocasiona la peste, Venezuela sigue pagando las mensualidades convenidas para liquidar las deudas extranjeras.

* * *

La cuestión de fronteras entre Colombia y Panamá parece que lleva vías de arreglo. Mr. Taft ha ido á Panamá, ya para evitar guerra con Colombia, ya también para procurar que las elecciones presidenciales no sean causa de discordias y suceda allí lo que ha ocurrido en Cuba.

El conflicto de límites queda sometido al arbitraje; fallará como árbitro Mr. Magoon, el gobernador yanqui de la Gran Antilla.

* * *

Si hemos de dar crédito á los hechos consignados en el Mensaje que el presidente de la República de Costa Rica dirigió al Congreso Nacional al inaugurar éste sus sesiones el día 1.º de mayo, la situación es satisfactoria. Hay paz y excelentes relaciones con los demás países, progresa la agricultura, han mejorado los servicios de higiene y de instrucción pública, los ingresos recaudados superan á los presupuestos y el crédito de que la nación goza permite contratar empréstitos para atender con ellos á toda clase de gastos reproductivos.

Por ahora, ha desaparecido todo peligro de complicaciones con las demás Repúblicas de Centroamérica; los convenios que se firmaron en Wáshington están ya ratificados por todas ellas, y en la primera quincena de este mes de junio debe instalarse en San José el Tribunal Centroamericano.

* * *

Estrada Cabrera, el presidente de Guatemala, sostiénese en el poder, á pesar de las dificultades que procuran crearle sus adversarios. La audacia de éstos quedó bien patente con el atentado de 20 de abril último. Los cadetes de la Escuela Politécnica que, abiertos en dos filas, daban la guardia de honor en acto solemne, hicieron fuego contra el presidente cuando pasaba entre ellos. Una circunstancia fortuita, que le obligó á bajar la cabeza y levantar el brazo para separar con la mano una bandera que se interpuso en su camino, salvó la vida de Estrada Cabrera; el proyectil que iba dirigido á su frente hirióle en un dedo. Menos suerte tuvo un joven sobrino que le acompañaba, que cayó mortalmente herido.

El delito no quedó impune. Nueve cadetes, entre ellos cuatro ya graduados, fueron condenados á la última pena. Sólo se fusiló á siete, porque los otros dos eran menores de veintiún años.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA



Vista del puerto y ciudad de Palma

I

LA SENSACIÓN DE PALMA

Desde hace diez años es notorio el incremento que toma en Mallorca la afluencia de visitantes. El porvenir de la isla en este aspecto no puede ser más claro. Está destinada á convertirse en país de intensa atracción, no tanto por influjo de la moda como por intrínsecas y positivas condiciones de belleza, de interés arqueológico, de prestigio artístico.

Sería difícil reunir y combinar en igual superficie una mayor suma de atractivos, así naturales como debidos á la mano del hombre ó producidos por la historia. Desde el monumento megalítico á la muralla romana; desde el vestigio árabe á la iglesia gótica; desde el castillo roquero á los palacios semi-venecianos de un renacimiento muy de cerca tocado de italianismo como más próximo á su patria de origen; en sus poblaciones, en sus antigüedades y en sus edificios y recuerdos flota la sugestión perenne y viva de cuantas civilizaciones han abordado á las costas hispánicas.

Otro tanto ocurre en el aspecto del paisaje. La variedad de tonos y matices es completa, abarcando toda la gama ó gradación de que es susceptible la naturaleza en nuestra latitud, hasta formar un centro mediterráneo en que parecen enlazarse el tipo africano, el tipo oriental y el tipo alpino.

Predominan aquí los pinos y los encinares subiendo hasta la cumbre de altas montañas dispuestas en cordillera que no parece corresponder á la corta extensión de la isla. Destacan al otro lado mirtos, cipreses, laureles y adelfas, sobre grandes extensiones de viñedo, alternadas con olivares é higuerales añosos. Descuellan más allá las palmeras junto á grandes setos de nopales ó en los huertos por cuyas tapias asoman la flores del granado, de un rojo violento, como espoletas encendidas. Desde la costa abrupta á la llanura virgiliana, desde el despeñadero al vergel morisco, desde las grandes laderas en declive hacia el mar hasta los pueblecillos episódicos, de ópera romántica, con pequeñas cascadas y puentecillos de madera y molinos de agua y atajos entre peñas, todo tiene allí su ejemplar y su muestra. Lo sublime, lo bello, lo lindo y lo minúsculo se suceden en continuo enlace y, salvando distancias de pocos kilómetros, se pasa desde una barranca dantesca y horripilante á una visión llena de armonía homérica, ó se interna uno en los alcázares y palacios de la maravilla subterránea, en la región de la tiniebla eterna, del silencio absoluto y de los lagos dormidos bajo el trabajo incesante de las hadas y los gnomos, infatigables en la labor de sus estalactitas.



Escalera de la casa Morell

¿Dónde pudiera hallarse un concierto de notas tan distantes, que ya sorprendió á Aurelia Dupin hasta el punto de haberlo formulado, en pleno romanticismo, como la impresión de «la verde Helvecia, bajo el cielo de la Calabria con la solemnidad y el silencio de Oriente?» Tal es el verdadero carácter de la modesta isla «adyacente,» convertida por el Código Penal español en pena correccional de confinamiento y cuya suerte histórica oscila entre esos dos opuestos é irreconciliables destinos: la poesía y la estrategia. ¿Quién vencerá á quién?

Por ahora la ciudad de Palma, después de una lucha casi secular, ha conseguido el derribo de sus murallas. Ese derribo ha venido á contrapelo con

las verdaderas necesidades de la expansión urbana. En el período en que ellas se dejaron sentir con mayor intensidad, todo estaba sujeto á la servidumbre gravosísima de las zonas polémicas. Las construcciones tuvieron que ser endebles y de mampostería, como en el arrabal de Santa Catalina, ó en sitios distantes y separados de la población murada, como el Terreno, Portopí, Son Serra, Molinar, Hostalet, etcétera. Cuando ha venido el derribo y la liberación consiguiente, el esfuerzo que de ellos debía aprovecharse estaba en su mayor porción consumado. Una verdadera millonada se había invertido ya en aquellas imperfectas construcciones, imposibilitando las nuevas y definitivas. La obstinación con que fué defendida, durante cincuenta años, más que la permanencia física, la consideración legal de esas fortificaciones (á las cuales sobraban tres siglos para tener valor estratégico y faltaban otros tres para tenerlo arqueológico), pasará á la historia como un eterno reproche contra las rémoras impenitentes é incurables del progreso local.

Es bastante común, hasta entre los mismos mallorquines, negar todo interés á la capital de la isla en el sentido pintoresco, si se descuentan dos ó tres edificios, vistos en una mañana, como la Catedral ó la Lonja. Claro es que si el viajero aspira á encontrar una ciudad más ó menos populosa, pero moderna, en el sentido completo de la palabra, y del tipo de Barcelona ó Bilbao, sus esperanzas quedarán defraudadas. Pero si busca impresiones de otro linaje y no se deja llevar por las trivialidades de la vida de exhibición; si viaja más como artista y como curioso que como elegante consumidor de *gin-coktails*, y quiere penetrar en aquel sentido ó confidencia que todo pueblo ofrece al estudio, no resulta despreciable el fruto que puede sacar de Palma, ni dejará tampoco de obtener notas de singular hechizo, ni de entrar muy pronto en el encanto misterioso de la población y su ambiente.

Para ello es preciso tener la vista adiestrada á separar los elementos indígenas y autóctonos de los advenedizos y superpuestos. Intérnase el visitante por el barrio de la Almudaina y de la Catedral, y si sabe escudriñar los zaguanes de las casas nobiliarias, si le impresiona el eco de sus pisadas resonando en una calle desierta y solemne, si despierta en su alma alguna emoción de quietud y aplacamiento aquella soledad entre levítica y señorial, entonces no será para él tiempo perdido el que emplee en sumergirse en el gran silencio, en el silencio casi pitagórico que emana de la vieja ciudad, contra el cual parece que llega á romperse y estrellarse sordamente la marea de las fiebres continentales.

Entonces, en uno de esos momentos de grata abstracción que constituyen la verdadera delicia del viajero, llegará á revelársele todo el misterio é intimidad del alma mallorquina, suave, contemplativa y armónica. Admirará los viejos caserones con sus patios de comedia de capa y espada; con sus fuentes de herraje retorcido en hojarasca; con sus balcones salientes y ventrudos que hablan de la noche de amor de la eterna Julieta; con las puertas esculturadas de sus estudios, nidos de juristas, eruditos y teólogos del siglo XVII. En lo que queda de las viejas murallas, en sus fosos, en el glasis de los baluartes, en sus rebellines, en los alcaparros que á modo de cimera sombrean escudos imperiales de los Austrias ó flores de lis de los Borbones, percibirá, como un susurro, la canción de los cesarismos muertos. Observará el área ocupada por las iglesias y los antiguos conventos en relación con el área total de la ciudad. De la mole de la Catedral,—la «montaña Catedral» según expresión de Miguel Costa;—de la imponente masa de la Almudaina; del airoso perfil del castillo de Bellver; de la visión serena de la Lonja, arca de alianza de lo gótico tendiendo á la unidad y serenidad de lo clásico; de las grandes mansiones señoriales que quedan todavía empotradas en la trivialidad de las construcciones modernas sacará la impresión de un pasado faustuoso, de una capitalidad potente, de una prosperidad mercantil análoga á la de las viejas ciudades italianas que se ha resuelto ahora en adocenado provincialismo. Provincialismo de provincia de tercera clase, con Instituto, Audiencia y música en el paseo los jueves y domingos.

Como supervivencia pintoresca le interesará, sin duda, la línea de molinos de viento—el Molinar, un ejército de molinos—que se extiende, extramuros, á la parte de Levante de la población. Atacados por la parálisis, la vida huye de ellos. Sus dueños los abandonan; el aparejo se pudre; las torres flaquean y van desmoronándose lentamente. Ya no es posible discurrir, como hace cuarenta años, por aquellos andurriales y oir de un lado á otro el crujir de aspas y velas rodando á todo rodar y la trepidación del suelo conmovido por los setenta ú ochenta monstruos en actividad casi continua. Torres y casuchas conviérteuse ahora en merenderos ó albergues de la miseria, y no pasarán muchos años sin que quede borrada para siempre aquella nota simpática y llena de extraña alegría que el forastero no olvidaba jamás y que flotaba en su memoria como símbolo y evocación de los lejanos días de su viaje.

Hay que impregnarse, pues, de esa quietud y sumergirse en ese Leteo de silencio y olvido, como para una purificación del espíritu atormentado por el ardor voraz de las grandes ciudades. Hay que oir la vibración de la gran campana de la Catedral, á la hora de la elevación en el oficio diario; hay que advertir las voces y ruidos lejanos que nos dan la impresión de ese silencio de paz inalterada. Hay que pasar unas horas en alguna de aquellas bibliotecas apartadas, en alguno de aquellos caserones cubiertos de viejos retratos, guarnecidos de amplios sillones, de vastos bufetes con velones monumentales, como si esperasen la vuelta del prócer que los hizo construir en pasadas centurias... Entonces uno se acerca á la comprensión de la esencia de aquella poesía, del por qué de aquella dulzura melancólica. Parece que todo suspira vagamente por algo que fué; parece que de todo se escapa un vaho de nostalgia. Y se diría que la ciudad, sumida en grata absorción de sonambulismo, se contempla en lo pasado, en una inexplicable *anyoransa* de sí misma.



Molinar, cercanías de Palma de Mallorca

Sobre esa ciudad apacible pasan muy de tarde en tarde los vientos de la tempestad moral. Su alma es dulce y tímida. Diríase que se presenta llena de rubor á la contemplación del mundo. Todo habla de conformidad, de resignación tranquila, de aceptación voluntaria y sincera de la propia suerte. La misma pausada cantilena musical del lenguaje, indica ya esa muelle indiferencia, esa oriental apatía de los pueblos que no se sienten perturbados por grandes aspiraciones y prefieren la contemplación á la acción. Cien veces advertí en mis paseos por los caminos de ronda, sentados en un poyo, junto al lienzo grandioso de la muralla, una reunión de ancianos tomando el sol, contemplando el monótono, pero fascinador vaivén de las olas. Eran veteranos de la guerra, del mar, del trabajo; inválidos de la existencia, que como barcas viejas y cansadas de navegar, dormitaban allí en la playa, gratamente ociosos, gratamente substraídos al paso de las horas y al volar del tiempo. Así esperaban la muerte, serenos, tranquilos, evocando recuerdos de la juventud, visiones de antiguos viajes y de tierras lejanas.

A lo lejos se extendía el Mediterráneo en segmento grandioso. Por la línea del horizonte cruzaban buques de alto bordo, transatlánticos colosales, acorazados, la caravana marítima de los pueblos ambiciosos, atareados y febriles...

Una mirada indiferente de aquellos viejecitos se guía por un momento la ignorada ruta. Después volvían á su silencio ó á su coloquio, lleno de pausas y lentitudes.

Miguel S. Oliver.

(Fotografías de J. Truyol.)



Patio de la casa Olesa. (De fotografía de J. Truyol.)



Patio de la casa Sureda. (De fotografía de J. Truyol.)

SS. AA. RR. EN BARCELONA, IGUALADA Y EL BRUCH. (Fotografías de A. Merletti.)



SS. AA. RR. saliendo de la catedral de Barcelona después de la visita hecha á la misma el día 6 de los corrientes

«Toca á los catalanes, confiesa ingenuamente en su *Historia* el conde de Toreno, la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué, en efecto, la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.»

Las batallas del Bruch (días 6 y 14 de junio de 1808), que arrancaron al mentado historiador la confesión sincera que acabamos de transcribir, han sido objeto de solemne conmemoración, á la que ha querido asociarse S. M. el rey D. Alfonso XIII, delegando en su serenísima hermana la infanta D.ª María Teresa y en su egregio primo y cuñado el infante D. Fernando de Baviera la comisión de colocar las insignias de Capitán general á la gloriosa bandera del Santo Cristo de Igualada, que tremoló en el Bruch aquel puñado de valientes que puso en fuga las águilas imperiales, insignias que regala S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia, como para sellar una vez más la unión indisoluble entre el pueblo y sus reyes. No es, pues, de extrañar que á la regia distinción de que ha sido objeto la victoriosa enseña, hayan respondido Barcelona, Igualada, el Bruch, Montserrat, Manresa, todos los lugares de nuestro suelo que han recorrido SS. AA. RR. durante los días de su permanencia entre nosotros, con el entusiasmo que engendra la gratitud, y que en la capital de Cataluña, en la que han visitado, desde su llegada el día 5, á las 11'3 de la noche, la Santa Iglesia Catedral Basílica, las Casas Consistoriales, la Diputación provincial, el Museo arqueológico y decorativo, la Capitanía general, en la que tuvo efecto recepción brillante, el Tibidabo, la iglesia de las Mercedes, los talleres de construcción de automóviles «La Hispano-Suiza,» la Penitenciaría ó nuevo correccional, que inauguraron solemnemente el día 9, las Casas provinciales de Maternidad y Expósitos y de Caridad, el templo de la Sagrada Familia, el Hospital de San Pablo, el parque Güell, el Gran Teatro del Liceo, en que se dió en su honor una función de gala, el Círculo del Liceo, los grandes almacenes de El Siglo, el «Palau de la Música Catalana,» la Casa de Lactancia, el nuevo Palacio de Justicia, que inauguraron solemnemente, el crucero *Cataluña* y el Hipódromo, donde el Real Polo Club de Barcelona jugó en su honor una partida de polo; en Igualada (día 7), en donde asistieron á la misa de Campaña celebrada en el paseo de la Alameda, colocando después de ella S. A. R. la infanta Teresa la corbata concedida por R. D. á la bandera del somatén, y á la inauguración de la lápida conmemorativa empotrada en la fachada de la iglesia parroquial, y visitaron las Escuelas Pías é inauguraron la Exposición retrospectiva en el Ateneo; en el Bruch (día 8), en donde revistaron á los somatenes que allí habían acudido, asistieron á la misa de campaña que se celebró en los Plans de Sayol, visitaron en el cementerio la sepultura de los héroes de la memorable jornada, y presidieron los Juegos Florales, en que fué elegida reina de la fiesta por el poeta D. Luis Tintorer S. A. R. la infanta D.ª Teresa; en Montserrat, cuyo Real Monasterio visitaron, invocando á la Virgen de Cataluña y admirando la bandera tomada en 14 de junio de 1808 á los franceses, y que pertenecía al 16.º regimiento de infantería de línea y se había desplegado en las batallas de Ulm, Austerlitz, Jena y Eylau, como se lee en su anverso; y en Manresa, en donde después de visitar la catedral, la Casa Ayuntamiento, la Residencia de Padres Jesuítas, la cueva de San Ignacio y la fábrica de hilados y tejidos de los señores Bertrand, recorrieron las diferentes instalaciones de la Exposición Agrícola é Industrial: hayan sido los serenísimos esposos agasajados y vitoreados á porfía por el pueblo y por las autoridades, motivo por el cual es indudable que conservarán de su excursión por la provincia de Barcelona imperecedera y grata memoria. – L.

Inauguración de la lápida conmemorativa de la victoria del Bruch, que se ha colocado en la fachada de la iglesia de Igualada, con asistencia de SS. AA. RR.

SS. AA. RR. saliendo del Museo arqueológico y decorativo de Barcelona, después de la visita hecha al mismo el día 7 de los corrientes



Las autoridades provinciales, el Ayuntamiento del Bruch y las banderas de los somatenes esperando la llegada de SS. AA. RR. á dicha población el día 8 de los corrientes.

Llegada de SS. AA. RR. al Bruch con objeto de presidir las fiestas del Centenario de la primera gloriosa batalla allí ganada á las tropas napoleónicas.

SS. AA. RR. revistando en el Bruch, el día 8 de los corrientes, á los somatenes de esta población, de Esplugas, Pedralbes, Igualada, San Justo Desvern, San Gervasio, Manresa, Tarrasa, Sarriá, Sabadell, Castellbisbal y Capellades



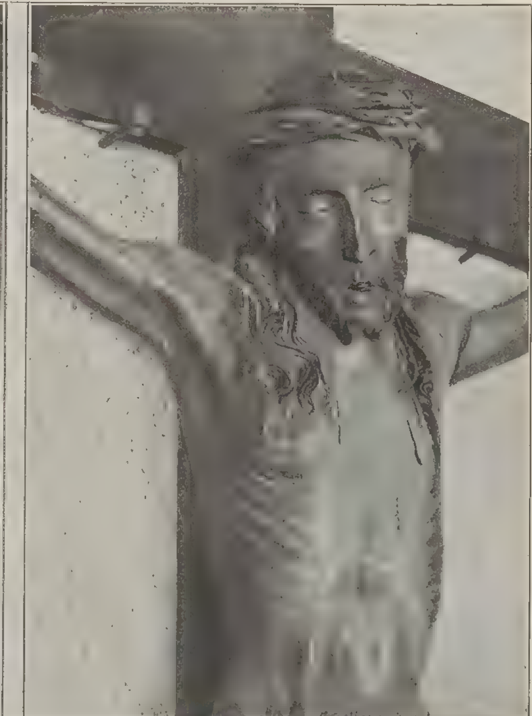
El Ayuntamiento de la ciudad de Valencia, precedido de los maceros, sale de la inauguración de la Exposición de Arte retrospectivo

Estrado de honor. En la mesa presidencial y sobre rico almohadón descansan el «Llibre dels Furs,» la espada de D. Jaime I y el casco de D. Martín, reyes ambos de Aragón





Vista del Salón Central, al fondo la capilla



Detalle de una escultura del siglo XV

VALENCIA.—Exposición de Arte retrospectivo organizada por la sociedad valencianista «Lo Rat Penat» con motivo del centenario de D. Jaime I el Conquistador. (Fotografías de V. Barberá Masip, de Valencia.)



PRIMAVERA, cuadro de Abel Boyé

EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO

ORGANIZADA POR «LO RAT PENAT» DE VALENCIA

Con motivo de las fiestas del centenario del rey D. Jaime I, ha organizado la sociedad titulada *Lo Rat Penat*, de Valencia, una notable exposición de objetos pertenecientes al glorioso período en que floreció aquel gran monarca, á quien tributan hoy los pueblos que constituyeron sus Estados el homenaje que merece quien alentó por su engrandecimiento y prosperidad, ya ensanchando los límites de sus territorios, ya otorgándoles las franquicias y privilegios que dieron vida á los municipios.

La reunión de los preciados ejemplares que constituyen la Exposición, acertadamente instalada en el antiguo palacio que ocupa dicha sociedad, evoca el recuerdo de la época y del esclarecido caudillo de la Reconquista, y en cierto modo resulta una interesante manifestación de las artes en uno de los pueblos del antiguo reino.

La noble iniciativa y laudables esfuerzos de la mencionada sociedad han sido acogidos y secundados con verdadero entusiasmo por varios particulares, quienes han aportado los objetos que poseían, llegando á formar, según ya hemos dicho, una notable exhibición, así por el número y valía de los ejemplares como por su acertada agrupación, que atestigua la competencia y buen gusto de los organizadores.

En la que fué antigua capilla del palacio y á la que da ingreso una puerta ojival, sobre la que se destaca una hermosa vidriera en colores con la representación de las imágenes de San Vicente y San Valero, reproducción de la de la capilla de los Reyes, destácase en el testero un valioso retablo del siglo XV, procedente de la iglesia de Pego, y en los lados, otros no menos interesantes facilitados por las iglesias de Albal, Liria, marqués de Montortal y el ilustre escultor Mariano Benlliure, llamando la atención la lámpara gótica del Sr. García Mas y varios candelabros de hierro forjado.

En la sala de armas figuran todos los tipos de aquel período tan digno de estudio y de tanto interés para la panoplia; revistiendo no menor importancia el monetario, los muebles, cerámica y la llamada sala baronil, así como la instalación en la que y entre otros ejemplares notables descuella una Biblia latina del siglo XII, que perteneció á Benedicto XIII, y se utilizó para la traducción lemosina que se imprimió en Valencia en 1477.

Elogios merece la Exposición á que nos referimos y plácemes el Sr. Barón de Alcahalí y los demás organizadores, que han demostrado su inteligencia y acreditado el entusiasmo que les inspiran las gestas de nuestro país, atestiguando que no en balde ostenta la sociedad *Lo Rat Penat* la emblemática representación que remata el escudo de la hermosa ciudad que evoca las glorias del gran rey Conquistador.



Joven madre, relieve en bronce, obra de Elena Langley

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

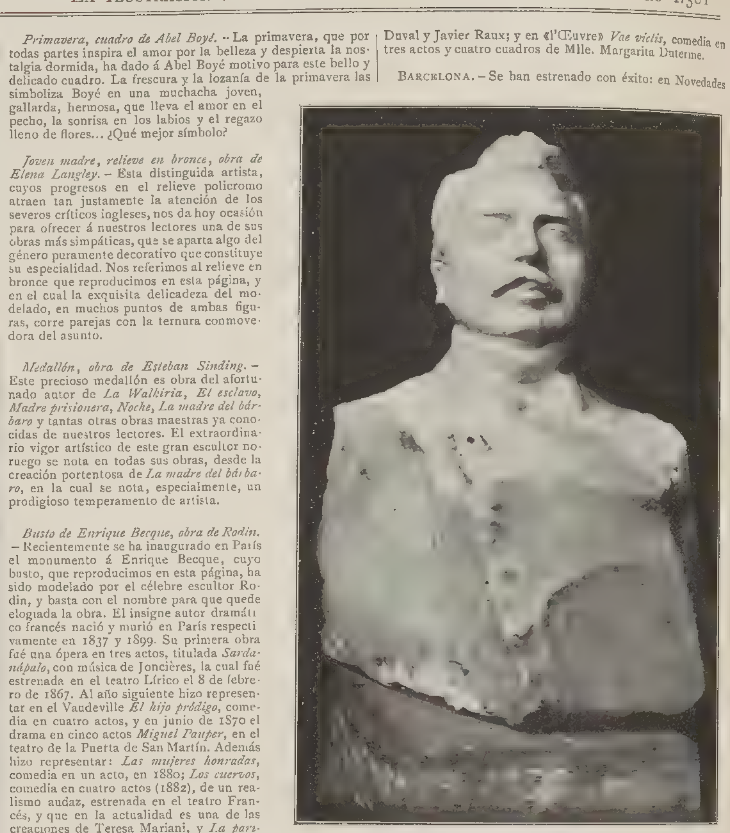
Retrato de Carlota Wolter, por Franz Matsch. – El ilustre pintor vienés, ya conocido por sus cuadros y pinturas decorativas, entre los que recordamos *El Sol, Playa de Grado, San Huberto, Las Musas, Madona, Urania y Polimnia, Los hermanos terrestres, La Teología, Primavera*, etc., ha hecho del retrato de la insigne trágica vienesa que reproducimos en nuestra primera página una verdadera creación, pues si atraen desde luego al que lo contempla la exactitud y expresión de su parecido, no le cautiva menos el descubrir en él, merced á la actitud noble y majestuosa que ha logrado dar á la artista, la exacta y sublime personificación del divino arte á que se dedica. No es incurrir en exageración asegurar que el retrato de Carlota Wolter es una de las excelentes obras maestras y artísticas del célebre pintor Franz Matsch.

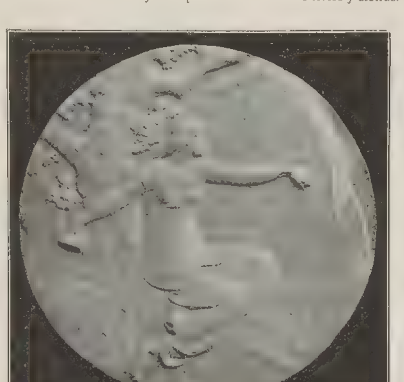
Primavera, cuadro de Abel Boyé. – La primavera, que por todas partes inspira el amor por la belleza y despierta la nostalgia dormida, ha dado á Abel Boyé motivo para este bello y delicado cuadro. La frescura y la lozanía de la primavera las simboliza Boyé en una muchacha joven, gallarda, hermosa, que lleva el amor en el pecho, la sonrisa en los labios y el regazo lleno de flores... ¿Qué mejor símbolo?

Joven madre, relieve en bronce, obra de Elena Langley. – Esta distinguida artista, cuyos progresos en el relieve policromo atraen tan justamente la atención de los severos críticos ingleses, nos da hoy ocasión para ofrecer á nuestros lectores una de sus obras más simpáticas, que se aparta algo del género puramente decorativo que constituye su especialidad. Nos referimos al relieve en bronce que reproducimos en esta página, y en el cual la exquisita delicadeza del modelado, en muchos puntos de ambas figuras, corre parejas con la ternura conmovedora del asunto.

Medallón, obra de Esteban Sinding. – Este precioso medallón es obra del afortunado autor de *La Walkiria, El esclavo, Madre prisionera, Noche, La madre del bárbaro* y tantas otras obras maestras ya conocidas de nuestros lectores. El extraordinario vigor artístico de este gran escultor noruego se nota en todas sus obras, desde la creación portentosa de *La madre del bárbaro*, en la cual se nota, especialmente, un prodigioso temperamento de artista.

Busto de Enrique Becque, obra de Rodin. – Recientemente se ha inaugurado en París el monumento á Enrique Becque, cuyo busto, que reproducimos en esta página, ha sido modelado por el célebre escultor Rodin, y basta con el nombre para que quede elogiada la obra. El insigne autor dramático francés nació y murió en París respectivamente en 1837 y 1899. Su primera obra fué una ópera en tres actos, titulada *Sardanápalo*, con música de Joncières, la cual fué estrenada en el teatro Lírico el 8 de febrero de 1867. Al año siguiente hizo representar en el Vaudeville *El hijo pródigo*, comedia en cuatro actos, y en junio de 1870 el drama en cinco actos *Miguel Pauper*, en el teatro de la Puerta de San Martín. Además hizo representar: *Las mujeres honradas*, comedia en un acto, en 1880; *Los cuervos*, comedia en cuatro actos (1882), de un realismo audaz, estrenada en el teatro Francés, y que en la actualidad es una de las creaciones de Teresa Mariani, y *La parisina*, comedia en tres actos (1885), representada por primera vez en el teatro del Renacimiento y que después se representó en el teatro Francés. La obra periodística de Becque como crítico de teatros es verdaderamente notable. El gobierno francés le condecoró, en 28 de diciembre de 1886, con la cruz de la Legión de Honor, y su memoria queda desde ahora perpetuada con el monumento que se ha erigido en la capital de Francia y que, como hemos dicho al principio, ha sido inaugurado recientemente en París con asistencia de las autoridades y de representaciones de las Artes y Letras.


Busto de Enrique Becque, colocado en el monumento recientemente inaugurado en París, obra de Rodin


Medallón, obra de Esteban Sinding

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – Una de las telas mejores de Goya, el retrato de la señora de Ceán Bermúdez, que actualmente está expuesto en el Salón Cassirer, ha sido comprada por los propietarios de la Galería Miethke, de la misma capital, y será colocada en la Galería Nacional de Hungría.

Espectáculos. – PARÍS. – Se han estrenado con éxito: en la Comedia francesa *Amoureuse*, comedia de Porto-Riche, muy combatida por la crítica cuando se estrenó en el Odeón; en el Ateneo *El canto del cisne*, comedia en tres actos de Jorge Duval y Javier Raux; y en «l'Œuvre» *Vae victis*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de Mlle. Margarita Duterme.

BARCELONA. – Se han estrenado con éxito: en Novedades *Señora ama*, comedia en tres actos de Benavente; y en el Eldorado *Floriana*, comedia en cuatro actos de Tristán Bernard y Alfredo Athis, arreglada al castellano por P. Muñoz Seca.

ZARAGOZA. – Se ha estrenado en el teatro Principal, con extraordinario éxito, *Zaragoza*, ópera en tres actos, libro de Pérez Galdós, con música de Lapuerta.

Necrología. – Ha fallecido:

D. Cesáreo Fernández Duro, experto marino y sabio historiador, presidente de la Sociedad Geográfica Española, secretario de la Academia de la Historia y académico de número de la de San Fernando.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 497, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)

BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 496, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D a 8 - d 8	1. Cualquiera.
2. C, P ó D mate.	

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Volvióse alegremente á decirle adiós con la mano al bajar, con sus custodios, el sendero de la montaña

—Está empeñada en que ha muerto. ¿Cómo quiere usted que por sólo mi opinión cambie de modo de pensar? Si creyera que eso la consolaría, se lo diría; pero supóngase usted que no lo volvemos á ver más hasta que todos hayamos sido rescatados y nos veamos libres. Volvería á creer que había muerto y sufriría el doble.

—Me alegraría que tuviera usted razón y estuviera vivo, dijo con tristeza Mauricio.

Los bandidos habían terminado su refrigerio y estaban tranquilamente ocupados en remendar sus trajes y abarcas; entretanto el jefe, sentado al pie de un árbol, sostenía animado coloquio con Milosch. Un centinela estaba apostado á la entrada del sendero que conducía al campamento, otro en lo alto de la montaña y un tercero, que Mauricio había visto, en el lindero más bajo del bosque. Todo parecía anunciar que el día iba á pasar tranquilamente y que no se moverían de allí; á Mauricio esta idea le era penosa, por más que el descanso fuera muy de apetecer. Si Wylie no había muerto, ¿dónde estaba? ¿Qué suerte le esperaba? Sería para volverse loco si había de estarse repitiendo estas mismas preguntas durante todo un día, sin que hubiera posibilidad de distraerse con alguna ocupación provechosa.

Estando Mauricio sentado y sumido en sus tristes meditaciones, salió Zoe de la choza, rojos los ojos, enronquecida la voz, pero rebosando fuerza nerviosa.

—Busquemos algo que hacer, Mauricio, si hemos de permanecer aquí todo el día, dijo. Hagamos otra cabaña para ti. Estoy segura que te vendrá mejor que tener que dormir esta noche al sereno.

Levantóse en seguida Mauricio, que notó la mirada de Irene, con la que, si bien no necesitaba el consejo, le decía: «Complázcala usted; necesita de algo que la distraiga.» Fuese al monte y comenzó á elegir unas ramas verdes y á cortarlas con el inapreciable cuchillo que para tantas cosas les servía. Zoe comenzó á trabajar con afán, é Irene, sentada como en un trono en un ribazo, al pie de un árbol, daba sus disposiciones.

—Debe hacerse lo bastante grande para que también quepa el capitán Wylie, dijo cuando Mauricio, creyendo que ya había cortado bastantes ramas, las estaba reuniendo en un haz para llevárselas al campamento. Tal vez esta noche esté de vuelta.

—Irene, ¿cómo puede usted?.., exclamó indignada Zoe, y se detuvo, porque no le fué posible continuar.

—Mire usted, Irene, dijo incomodado Mauricio, ¿no podría usted buscar algo que hacer? No se limite á estarse sentada, mirando.

—¡Ah, no puede!, interrumpió Zoe. Se volvió á descomponer el brazo ayer al cruzar por aquel horrible paso; estaba bastante mal cuando esta mañana se lo curé. Déjala quieta; cada cual gasta las bromas á su modo.

La mirada que Irene dirigió á Mauricio parecía decirle: «¿Qué le dije á usted?» Levantóse y volvióse andando con cuidado al campamento. Cuando los dos regresaron con sus respectivas cargas, Irene, con porte serio, se alejó, á fin de que se entregaran en paz á sus pesares.

Viendo, sin embargo, que no hacían caso de ella, se les fué acercando poco á poco para ayudarles en su obra con sus útiles advertencias, que resultaron serlo más de lo que se hubiera creído, porque, según dijo, en su niñez había con frecuencia visto á los guardabosques de su padre construir chozas con ramas de abedul. Sin embargo, al repetir su indicación

de que la hicieran capaz para dos, Mauricio se creyó obligado á intervenir para que la paz continuara.

—Tenemos todo el día para construirla, dijo; así es que podremos hacer que quede mucho mejor que la que levantamos anoche á toda prisa. Ustedes dos se pasarán á ella y yo me quedaré con la otra. ¿Les parece bien?

Zoe aceptó con su silencio la proposición y siguieron en su trabajo, entrelazando con las ramas inclinadas, que formaban los costados, otras más pequeñas y hojas. Trabajaron con ahinco durante casi todo el día, y hablaron tan poco, que Irene se cansó de estar en su compañía. Por fin, aburrida, los dejó y subió por la falda de la montaña en dirección al sitio donde estaba el centinela, cuidando de no perder de vista el campamento. La vieron sentarse en una piedra á propósito y ponerse á contemplar el paisaje; luego volvieron á ocuparse de su obra sin pensar más en Irene, hasta que una exclamación de ésta, acompañada de un grito del centinela, hizo que dieran de mano al trabajo y que los bandidos cogieran las carabinas.

—¿Habrán, á pesar de todo, encontrado nuestras huellas?, exclamó Mauricio.

—Llegan un día demasiado tarde, murmuró Zoe. ¡Ah, si nos hubieran alcanzado anoche!

—Vaya, de poco nos va á servir nuestro trabajo, pues tengo la seguridad de que á toda prisa nos llevarán á otra parte, dijo Mauricio viendo que los bandoleros se apresuraban á meter sus efectos en los morrales.

Pero muy pronto las voces del centinela, que siguieron á otras que se oyeron débilmente por la distancia, anunciaron que eran sólo tres y amigos los hombres que se veían. Casi al mismo tiempo bajó Irene la cuesta, corriendo á escape.

—Es él. Ya lo había dicho yo, exclamó. Es el capitán Wylie con dos de los bandidos. Tratarían tan sólo de asustarlo y ahí lo traen.

—¡Ah! Vamos á su encuentro, exclamó Zoe.

—Deje usted que vaya solo Mauricio, dijo con sequedad Irene. Tiene usted los ojos muy encarnados, añadió en voz baja.

—No piense usted como se pensaba hace cincuenta años, fué la contundente respuesta. ¿Cree usted que á mí me importa que vea que he llorado porque creía que lo habían asesinado? Si así no lo hubiera hecho, renegaría de mí misma.

Bajaron por el sendero siguiendo á los bandidos, que iban empujándose unos á otros entre sorprendidos, incomodados y asustados. Los dos individuos de la partida que acompañaban á Wylie comenzaron á lanzar á voz en cuello explicaciones y disculpas mucho antes de que pudieran distinguirse claramente sus palabras; mientras sus camaradas les estrujaban tomándoles declaraciones, Wylie pudo llegar hasta donde estaban sus amigos.

—¿De modo que todo aquello fué una farsa?, preguntó Mauricio.

—Hasta cierto punto. Yo supongo que ellos querían hacerles creer á ustedes que me habían matado para que les sirviera de escarmiento y no trataran de hacer más tonterías; pero también me habían elegido para confiarme una misión muy delicada, la de concertar el rescate de ustedes. Pero esos brutos se pasaron de listos en el modo que idearon para ello, y el resultado ha sido que aquí me tienen ustedes.

—¡Qué de cosas tendrá usted que contarnos!, dijo Zoe.

—Aguarde usted á que lleguemos al campamento para que podamos oirlas con comodidad.

—Vaya, han pasado ustedes el día construyendo casas, dijo Wylie al llegar á él.

—Eso es precisamente lo que hemos hecho para ahogar nuestra pena, dijo Mauricio. Ahora principie usted. ¿Fingieron que le iban á fusilar á usted, ú otra barbaridad por el estilo?

—No, únicamente me maniataron y empujaron, haciéndome bajar corriendo por esas sendas de cabras, lo que no era para tomarlo á broma llevando los ojos tapados y las manos sujetas. Verdaderamente me admiro de poder contar lo pasado, pues dí más resbalones que pasos. Por último, parecía que habíamos llegado á un lugar relativamente llano, me quitaron el pañuelo de los ojos y me dejaron libre. Me dijeron que me las arreglara como pudiera para llegar otra vez á país civilizado y decirles á los amigos de ustedes que si querían volverlos á ver vivos era necesario que mandaran quince mil libras esterlinas antes de que se cumpliera un mes, día por día.

—¡Quince mil libras!, exclamó Zoe abriendo tamaña boca.

—Sí, parece que es mucho, pero no fué eso lo que me dejó anonadado. Fué el que yo, en realidad, no sé más respecto á ustedes sino que tienen una posesión en el Homeshire. Sé también que Smith ha estado en Cambridge y que ganó un premio de poesía; pero con dificultad hubiera yo podido llegar hasta allá y abrir una subscripción, ó bien pedirle al claustro que hipotecara las rentas de la Universidad para conseguir el dinero, ¿no es cierto? Parecióles cosa muy desprovista de sentido común que, después de todo lo que hemos pasado juntos, supiéramos tan poco los unos de los otros y yo no pude hacérselo creer á mis acompañantes. Sin duda creerían que en nuestro país debíamos vivir puerta con puerta ó cosa parecida; con mucho trabajo me explicaron que si sólo hubiéramos sido tres, nos hubieran hecho escribir una carta; pero siendo cuatro, querían mandar uno en persona. Por último me las arreglé de modo que comprendieran que nada me haría presentar la cara en Therma sin llevar mis credenciales en debida forma, y que, sin saber yo á quién pedírselo, no era probable que recibieran el dinero; así es que decidieron que viniera uno aquí á recibir instrucciones. Pero cuando llegó el caso de designar al que había de venir, ninguno quiso quedarse solo conmigo, y como yo me negué á permanecer allí hasta que volvieran, comprendieron que lo único que les quedaba que hacer era traerme con ellos.

—¿Dice usted que ya no tenía los ojos vendados?, dijo Irene, en tanto Mauricio y Zoe se miraban uno á otro mudos de consternación. ¡Ah, sí, ya sé lo que pasó! Los bandidos tuvieron miedo de usted, de sus ojos. Ellos los aborrecen.

—Pues tienen en eso muy mal gusto, dijo alegremente Wylie. Vamos, aquí viene nuestro amigo Milosch; ya veo que nos trae algo que cenar.

Durante el día se habían procurado un carnero, furtivamente, por supuesto; Milosch trajo parte de la carne para los cautivos, pero también trajo el tintero de viaje de Zoe, una hoja arrancada á uno de sus cuadernos y una pluma de desconocida procedencia.

—Escriba usted ahora, antes de que el sol se ponga, dijo á Mauricio, una carta que todos han de firmar. El rescate que pedimos es de quince mil libras inglesas, que han de ser colocadas, en oro, este mismo día el mes que viene, en un lugar que se le indicará al mensajero. Si el rescate no viene ó si se trata de engañarnos, les mataremos, principiando por...

Y miró sucesivamente, con ojo escrutador, á los tres, los que, según confesaron después, sintieron que un escalofrío recorrió todo lo largo de la espalda; después se echó á reir y añadió:

—No, no diré por quién principiaremos. Tal vez lo dejemos á que la suerte lo decida. Desde este momento no pueden ustedes hablar con el mensajero sino en presencia mía; así es que no traten ustedes de fraguar ningún complot.

Mauricio miró á Zoe desesperado. ¿Cómo iban á dejar que fuera Wylie á desempeñar su cometido sin saber sus verdaderos nombres? Y sin embargo, ¿cómo iban ellos á decírselos oyéndolo Milosch, que tenía la mala cualidad de entender el inglés mejor de lo que lo hablaba?

Zoe vino en auxilio de su hermano.

—El capitán Wylie adonde debe ir es á ver al profesor Panagiotis, dijo.

—¡Al profesor Panagiotis!, repitió con viveza Irene. ¿Le conocen ustedes?

—Es la persona á quien íbamos á visitar, respondió sorprendida Zoe. ¿Es amigo de usted?

—Era conocido de mi padre, dijo Irene algo vacilante; pero no recuerdo haberle visto nunca.

—Bien: puesto que él no puede acordarse de usted, no habrá necesidad de nombrarla aparte, dijo con presteza Zoe, temiendo que Wylie estuviera, como ella lo hubiera estado en su caso, tratando de concordar los parentescos de aquella familia tan rara.

Dirigiéndose á Wylie añadió:

—Diga usted solamente que aquí estamos reunidos todos.

—Sí, me parece que la carta debe dirigirse al profesor, dijo Mauricio, y él le indicará á Wylie lo que haya de hacerse. Hay cosas que no pueden ahora explicarse bien, pero que son de mucha importancia en esta situación.

La carta fué escrita y firmada en debida forma por Mauricio Smith, Zoe Smith é Irene Smith, y dirigida al profesor en su quinta de Kallimeri. A Milosch le hizo mucha gracia la idea de que la cabeza del partido griego en Ematia se viera obligado á subvencionar á los esclavones, sus enemigos, con una suma tan considerable, y comunicó á voces á sus compañeros la mala pasada que le iban á jugar.

Mucho se rieron ellos entre sí porque Milosch no se volvió á separar de los prisioneros. Proponíase sin duda alguna de que ninguno dijera á Wylie una palabra que pudiera ocultar alguna contraseña que sirviera para privar á la partida del deseado botín, ó que pudiera hacer que los persiguieran y atraparan; hasta cuando Mauricio y Wylie se arrebujaron en sus mantas para dormir, se sentó entre los dos, revólver en mano.

X

LA OTRA PARTE

—Adiós. Muchísimo siento tener que dejarla á usted de esta suerte, dijo Wylie á Zoe al estrecharle la mano antes de partir.

Entre tanto Milosch, por la vigésima vez, volvía á leer la carta para convencerse de que no había en ella frases de dudoso sentido.

—La de ayer fué mucho peor, contestó ella sonriéndose.

—¡Oh, no quise decir eso! Quería decir que me parece que es á usted á quien dejo más en particular abandonada; hemos siempre estado unidos como buenos compañeros. ¿No es cierto? No me explico cómo va Smith á servir á la vez de escudero á dos damas por estos vericuetos.

—Quizás no nos saquen de aquí, dijo Zoe. Me parece este lugar tan escondido y seguro como el que más.

—¡Ojalá sea así! ¿Sabe usted, añadió bajando la voz, que casi creo que podría llegar hasta aquí desde el sitio adonde me llevaron ayer? A la vuelta, se olvidaron de taparme los ojos. Si bajáramos hoy por el mismo camino, entonces sí que tendría completa seguridad.

—Pero ¿de qué nos serviría?

—Vaya, ¿se imagina usted que yo me conformaría con que estuviera usted un mes más en poder de esta gente? Voy á armar un escándalo fenomenal y á obligar al gobierno á obrar con actividad. Tengo una pequeña cuenta que arreglar con estos bandidos, como usted debe recordar, y á la verdad, no me gustaría que se embolsaran quince mil libras.

—Pero si no se les entrega el rescate, nos asesinarán.

—No, si antes vienen á ponerles en libertad, dijo prontamente Wylie. No tenga usted miedo. No debe creer usted que yo ponga en peligro ni un solo cabello de su cabeza. ¿No es así? Pero si puedo ahorrarla quince ó veinte días de seguir en esta situación y al mismo tiempo escamotear á los bandidos la suma que esperan, ¿cree usted, en conciencia, que yo dejaría pasar la ocasión de hacerlo?

Volvióse alegremente á decirle adiós con la mano al bajar, con sus custodios, el sendero de la montaña. Zoe se quedó sumida en un arrobamiento que hubo de sacudir haciendo un gran esfuerzo de voluntad.

—Ha obrado muy bien en lo que ha hecho, se decía. Hemos sido buenos compañeros, según dijo; lo hemos pasado muy bien. Unos cuantos días más y ya no hubiera podido pasarme sin él; pero no hay que ocuparse de eso. Quiero ver mundo y crearme un nombre antes de pensar en tales cosas. Sí, ha hecho bien.

Pero esa conformidad no era lo bastante para tolerar que Irene se atreviera á decir que se alegraba de que se hubiera ido el capitán Wylie, pues siempre estaba disponiendo de Mauricio. De aquí provino una gran frialdad entre las dos jóvenes, que duró hasta que Irene, que necesitaba componer sus zapatos destrozados, tuvo que recurrir á Zoe para que le pidiera á Zeko agujas é hilo.

El día siguiente á aquel en que se marchó Wylie, los otros prisioneros vieron que no eran los bandidos tan confiados como aquél había supuesto. No tenían de ningún modo intención de permanecer en el mismo sitio donde los había dejado hasta que á él se le ocurriera volver. Antes del amanecer quedó abandonado el lugar, limpio de maleza el sitio donde hicieran las cabañas, y dió principio otra jornada fatigosa, subiendo y bajando por las tortuosas sendas de las montañas.

Zeko, con ademán señoril y desdeñoso, ayudaba á Zoe á pasar por los sitios peores, de modo que Mauricio pudo con toda libertad dedicarse á Irene; ambas jóvenes estaban enteramente rendidas de cansancio antes de ocurrir el lance peor de toda la marcha, que fué una larga ascensión por el pendiente lecho de un torrente, que á pesar de ser verano, llevaba agua bastante para que se mojaran por completo las jóvenes y para que acabaran de ponerse inservibles los zapatos. Iban enteramente descalzas cuando, dando traspiés, penetraron en el pequeño valle de donde el torrente descendía cuesta abajo. Estaban ya á tal altura de las montañas, que vino á agregarse el frío á sus anteriores sufrimientos. Hasta los bandidos se movieron á compasión al ver sus caras lívidas y al oir el castañeteo de sus dientes, ó tal vez temieron que las penalidades acabaran con ellas an-

tes de que llegara el rescate, pues ayudaron á Mauricio á recoger leña para hacer un buen fuego y obligaron á las jóvenes á sentarse junto á él para que se les secara la ropa.

El jefe llegó hasta á darles un poco de un licor tónico, pero ardiente, que las dejó sin respiración y aguados los ojos; también les proporcionó un par de abarcas para cada una, tomándoselas á dos individuos de la partida que habían sido lo bastante incautos ó melindrosos para haberse traído consigo algo más de lo puesto. También en aquellas alturas estaban los árboles demasiado diseminados para que pudieran hacerse chozas; pero en las rocas, á la orilla del arroyo, había unas cavidades que casi podrían llamarse cuevas. Mauricio barrió una de ellas con la rama de un árbol, hizo en su interior una hoguera más pequeña y tendió las mantas para que sirvieran de lecho. Se había acostumbrado ya á dormir al aire libre, envuelto en el capote de un bandido; pero aunque le permitieron que se acostara cerca del fuego, nunca pudo olvidar el frío penetrante de aquella noche; en el interior de la cueva, las jóvenes la pasaron abrazadas una á otra, cubiertas con las dos mantas, pero tiritando á pesar de todo ello. A la mañana siguiente, su aspecto asustó á los bandidos, y además de las abarcas les dieron capotes y polainas de los que ellos usaban. Tenían los pies tan lastimados, que no podían andar solas; las ayudaron á llegar á una especie de explanada en la parte de la cañada donde daba el sol, y allí, al fin, pudieron entrar un poco en calor. Prestáronles agujas é hilo para que se arreglaran lo mejor posible los vestidos, y al regreso de tres de la partida, después de una ausencia un poco larga, el jefe les regaló á cada una un pañuelo, grande y fuerte, para que con ellos reemplazaran los ya inservibles sombreros. A Mauricio, cuya herida en la cabeza estaba ya lo bastante cicatrizada para no necesitar vendajes, le pusieron un gorro turco, al que, con toda solemnidad, quitó Stoyan la borla con un cuchillo, alegando que no parecía bien que un cautivo la usara.

No había permanecido ocioso Mauricio durante el día. Reunió cuantos pedazos de roca sueltos pudo encontrar, y con ellos, á fin de que no penetrara el viento en la cueva, hizo toscamente un pequeño muro, sirviéndole de cemento el lodo que recogió de un lugar donde el arroyo formaba una charca cenagosa.

Los bandidos que habían traído los pañuelos trajeron también un gran haz de paja que extendieron, en gruesa capa, por el suelo, de modo que las jóvenes tuvieron la segunda noche un dormitorio donde poder descansar mucho mejor que la primera. Tambien se iba pasando el cansancio producido por la marcha forzada, y al segundo día principiaron á probar á andar con abarcas, arte que se necesita aprender con alguna cautela.

Pasó una semana tranquilamente, sin más incidentes que las excursiones que hacían los bandidos en busca de víveres y noticias. Parecían tener un servicio de información muy bien montado, por medio del cual supieron que desplegaban gran actividad las autoridades rumíes, así civiles como militares, y que mandaban tropas á las montañas por distintas direcciones. Estas noticias más bien causaban risa que miedo á los bandoleros; no faltaba que comer, lo que demostraba que los campesinos le iban perdiendo el miedo á sus señores de hecho, si no de derecho. Las jóvenes pasaban gran parte del tiempo componiendo sus rotos trajes con pedazos de la tela, parda y basta, que usaban algunos de los bandidos; relevaron á Mauricio en sus ocupaciones domésticas, dejándole en libertad de hacer obras admirables de ingeniería en el arroyo, ya construyendo en cierto sitio una presa para hacer un estanque donde pudieran las jóvenes coger agua muy cerca de su cueva, ya colocando pedazos de roca para que les sirvieran de escalones. La actividad que demostraban tener los prisioneros llenaba de asombro á sus guardianes, cuya mayor felicidad parecía consistir en tenderse al sol fumando, disputando entre sí ó jugando á algún primitivo juego de azar; al principio observaban con recelo todos sus movimientos; pero por grados se fué estableciendo entre Mauricio y ellos una cierta buena inteligencia parecida á compañerismo, sentándose aquél junto al fuego para escuchar lo que éstos decían, pues ya empezaba á entenderlos sin necesidad de que Milosch interviniera. A Irene no le parecía bien que lo hiciera, y según su costumbre, así se lo manifestó francamente.

—Eso es indigno y bajo, dijo agriamente. Una persona de elevados sentimientos todo lo soporta antes que tratar con intimidad á unos miserables de quienes sólo ha recibido malos tratamientos.

—Lo hago para distraerme, no para complacerles, dijo Mauricio Quiero averiguar por qué motivo esos mocetones se han hecho bandoleros y preguntarles qué agravios recibieron y tratan de vengar.

—¡Agravios! ¿Qué agravios han de haber recibido?

—No lo sé; pero desgraciadamente algún motivo han tenido.

—Pero ¿qué le importa á usted saber los que sean?

—¡Vaya! Yo sufro las consecuencias y usted también. Por eso es natural que quiera averiguar en qué consisten.

—¿Y á qué nación pertenecen, Mauricio?, preguntó Zoe. Yo creía que todos eran de Tracia ó de Dardania.

—No, casi todos son de Iliria, cristianos, hasta cierto punto. Naturales de Ematia, pero mandados por extranjeros, de eso no me cabe duda. Muy pocos son los que parecen haberse hecho bandidos por gusto; la mayoría están ya cansados de esa vida, pero no pueden ir á residir con seguridad en sus aldeas.

—Ellos se tienen la culpa, dijo Irene.

—En parte, pero también la tienen otros. Algunos no habrán podido pagar las contribuciones en los años malos, ó han hipotecado sus tierras y se las habrán vendido judicialmente. Otros han huído á las montañas después de haber asesinado á los recaudadores ó por haber cometido venganzas personales. Se precian de robar únicamente á los ricos, á quienes detestan cordialmente; pero se me figura que á los pobres no les queda otro camino sino proveerlos de comida y ropa, sobre todo si los pobres son griegos.

—Vaya, Mauricio, ya has oído á la otra parte, exclamó Zoe.

—¿Qué otra parte?, preguntó Irene con viveza.

—Cuando escuchábamos lo que nos decía el profesor Panagiotis, Mauricio le arguía con que le gustaría oir también á la otra parte, y eso es justamente lo que está haciendo ahora, interrumpió con presteza Zoe por temor á que Mauricio, arrastrado por el asunto, dejara escapar su secreto.

—Sí, eso es justamente lo mismo que yo pensaba; hay en esta cuestión dos aspectos muy distintos que tener en cuenta, dijo él pensativo. Es para asustarse ver cómo esta gente odia á la iglesia ortodoxa y á todo cuanto con ella se relaciona. Parece que, durante generaciones enteras, se les ha obligado, de un modo parecido á las dragonadas de Luis XIV, á pertenecer á ella, sin otra alternativa que hacerse mahometanos. Toda la enseñanza se ha dado en griego y el pueblo ni aún tenía la Biblia traducida á su idioma; así es que la única probabilidad de medrar consistía en volver la espalda enteramente á su propia nacionalidad.

—Y así debía ser, exclamó Irene echando llamas por los ojos. ¿Quería usted que degradaran las Divinas Escrituras y las Sagradas Liturgias, traduciéndo las del glorioso griego á los toscos dialectos de esos bárbaros?

—¡Qué cosa tan curiosa!, exclamó involuntariamente Zoe.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Irene.

—Vamos, Irene, no hay motivo para que aparentemos ignorar que es usted escita; ha dicho usted muchas cosas que lo comprueban. Es muy gracioso oirla á usted hablar en el mismo sentido que el profesor Panagiotis, en los momentos mismos en que Escitia está haciendo cuanto puede á fin de sublevar á los bárbaros, según usted los llama, contra los griegos.

—¿Por haberme educado en Escitia he de desconocer la verdad y el derecho?, exclamó Irene. Me sorprende, he de confesarlo, ver á un inglés defendiendo los criminales designios de los eslavos, en contra de la noble causa de los heroicos y perseguidos griegos.

—No defiendo á los eslavos ni á nadie, dijo Mauricio. Si quiere usted que le defina mi actitud, le diré que censuro con imparcialidad á ambas partes. Tal desbarajuste han armado, que parece como si en Ematia hubiera que reconstruir desde los cimientos todo el edificio social. Si las contribuciones fueran equitativamente repartidas y honradamente recaudadas y eliminados los intermediarios, se habría en realidad adelantado mucho, especialmente si se pudiera hacer desaparecer á los usureros estableciendo bancos agrícolas. Pero sería necesario establecer un sistema de responsabilidad municipal, como han hecho en Burmah, antes de que se puedan borrar los odios de familia y los desórdenes por causa de religión. He de preguntar á Wylie de qué medios han de valerse para tener una policía que no tome partido por uno ú otro bando. Paralelamente con eso, debían cruzar el país de carreteras y vías férreas, educar mejor á los sacerdotes, traducir libros, establecer escuelas y abrir el ejército á los cristianos, haciéndolo bienquisto al pueblo, á fin de que el bandolerismo no siga siendo...

—La única carrera para los jóvenes de alma bien templada, dijo Zoe aprovechando una pausa.

—Bien, exclamó Irene, que había escuchado con muda indignación á Mauricio exponiendo sus ideas respecto á la regeneración de Ematia. Quisiera yo saber qué le importa á usted todo eso.

—¿Y á usted?, preguntó Mauricio, excitado por la mirada ardiente de Zoe.

—Hace usted lo que todos los ingleses, continuó diciendo Irene desentendiéndose de la pregunta. En todas partes se meten ustedes en lo que no les concierne, y mientras tanto la India, ese país que ustedes han usurpado, la pisotean con tacón de hierro hombres como el capitán Wylie, á quien los mismos bandidos temen.

—Vaya, usted dice eso como si fuera un desdoro para Wylie, dijo Mauricio. Yo creía que, al contrario, eso era un penacho con que engalanar su casco. Parece que usted no comprende que, justamente porque somos ingleses, nos interesamos por todos los países que no están á nuestra misma altura.

Irene alzó la cabeza con enérgico movimiento.

—Cuando, principió y luego cambió la forma de comenzar: Si alguna vez llego á gobernar, no permitiré que ningún inglés me dirija. No escucharé quejas. Si el pueblo me desobedece, lo aplastaré.

—Hará usted un desierto del país, y á eso lo llamará pacificar, dijo Zoe.

—¡Vaya un país á propósito para vivir en él que será el suyo!, dijo Mauricio. ¿Va usted á organizar matanzas periódicas, como el rey Twala? ¿O hará usted que la mitad de la población mate á la otra mitad, procurando luego que los sobrevivientes se exterminen entre sí hasta que no quede ninguno, como los gatos del cuento? ¿O será tan sólo la generación presente la que debe desaparecer, dejando á los niños para que se les eduque del modo debido? Buena se armará cuando hayan crecido. No habrá uno que no tenga que pedirle cuenta de la sangre de los suyos derramada.

—Empleé mal la palabra, dijo Irene encendido el semblante. Quise decir que lo haría doblegarse. No prestaré oídos á ninguno que se alce en rebelión; pero cuando ésta quede vencida, veré por mí misma si hay agravios que deshacer.

—En tal caso, ¿dejaría usted que su pueblo se quejase pacíficamente?

—De ningún modo; eso sería rebelarse. Pero yo lo examinaría todo en persona. Ni un solo campesino sería perseguido por no pagar la contribución sin que el expediente viniera á mis manos para revisarlo, y lo mismo haría en todos los demás ramos de la administración del Estado.

—No me parece que los jueces disfrutarán mucho tiempo de sus cargos, dijo Mauricio.

—Además, dijo Zoe, ese es justamente el sistema que tan malos resultados les da á los rumíes, Irene. El Gran Señor se empeña en hacerlo todo por sí mismo, y como es consiguiente, no puede llevarlo á cabo sino hasta cierto punto; esa es la causa de que los asuntos se atrasen en ese imperio.

—A pesar de eso, dijo muy seria Irene, no me he de fiar de nadie; así me lo ha enseñado la experiencia del mundo. El ojo del gobernante debe verlo todo; su mano ha de alcanzar á todas partes.

—Gobierno maternal ó de hermana mayor, murmuró Mauricio. Pues bien, Irene, haga usted su gusto y adelante. Zoe y yo iremos á predicar la revolución á ese pueblo. ¿Qué nos haría usted?

—Les mandaría traer á mi palacio, donde serían tratados como mis amigos más queridos y más festejados huéspedes, respondió Irene con una prontitud que parecía indicar que ya antes había pensado en ello; pero no saldrían ustedes de él sino para ser conducidos hasta la frontera.

—¿Y si volviéramos?

—Entonces me convencería de que ustedes deseaban permanecer á mi lado y les señalaría habitación fija en palacio, para estar al tanto de si ustedes hacían daño.

—Bien: ya veremos qué es lo que hemos de hacer cuando nos percatemos de que no nos es posible vivir sin usted, dijo alegremente Zoe.

Una idea rara, que casi le pareció cosa cierta, la ocurrió, y le hizo una pregunta que tenía relación con ella:

—¿Pero no habrá en ese reino algún rey ó príncipe con quien haya usted de contar? ¿O es que usted espera que su marido la deje hacer lo que quiera con los dominios que son de él?

—No habrá marido, dijo Irene con altivez. Los dominios serán míos, míos únicamente. Ustedes están tratando de saber quién soy.

(Se continuará.)

PARÍS.—ZOLA EN EL PANTEÓN.—AGRESIÓN Á M. DREYFUS



Honras fúnebres nacionales de Zola en el Panteón. Vista interior durante la ceremonia. (De fotografía de Royer.)

En la noche del 3 de los corrientes fué desenterrado de la tumba del cementerio de Montmartre el ataúd que contiene los restos de M. Emilio Zola, que por disposición del Gobierno francés ocupa ya en el Panteón, de la capital de Francia, una tumba vecina á la de Víctor Hugo. Asistió á la traslación del cadáver el París radical y socialista, el París formado por el mundo oficial. En el barrio Latino, que es donde se levanta el famoso monumento en donde reposan los restos de muchos hombres célebres de Francia, reinaba agitación extraordinaria desde las primeras horas de la mañana del día 4, en que debía efectuarse la ceremonia. Una enorme muchedumbre, haciéndose eco de lo que en pro y en contra de dicha traslación había dicho la prensa, no cesaba de manifestarse en opuesto sentido. A las nueve y media de la mañana llegaron M. Fallières y M. Clemenceau, quienes, mientras las notas de la Marsellesa llenaban el espacio, oyeron partir del gentío que se aglomeraba en las calles algunos silbidos que fueron inmediatamente sofocados por nutridos vivas al presidente de la República. La comitiva oficial entró en el Panteón, que estaba engalanado con colgaduras y flores. La ceremonia se redujo á un discurso del ministro de Instrucción pública, M. Doumengue, en que éste puso de relieve las cualidades del literato y las energías del ciudadano. Terminada la ceremonia, y en el momento en que el Presidente de la República salía del Panteón para presenciar el desfile de las tropas que habían tributado honores á los restos de Zola, un redactor de *Le Gaulois,* M. Luis Gregori, disparó dos tiros de revólver contra el comandante Dreyfus, que, por fortuna, no resultó herido de gravedad á causa de no haber hecho blanco el segundo de los proyectiles y de no haber el primero interesado hueso alguno á pesar de haber penetrado con bastante profundidad en el antebrazo. Detenido el agresor en el acto, se declaró militarista, y dijo que había querido vengar la injuria que se había inferido al ejército haciéndole asistir á la glorificación del autor de *La débâcle,* que tanto le ofendió. «En cuanto á Dreyfus, añadió, no he intentado matarle. Al disparar lo hice sólo con el propósito de protestar.»

Nadie ignora que la personalidad de M. Emilio Zola adquirió extraordinario relieve en la última época de su vida, en días de luchas implacables, en los días de la gran tragedia de Dreyfus: de aquí que el centelleante relampagueo de aquellas violentas contiendas, por él mismo provocadas, haya agitado todas las conciencias en la hora postrera de su glorificación. El ilustre académico Barrés ha acusado al escritor famoso de haber calumniado al labriego en su libro *La terre;* al burgués, en *Pot-Bouille;* al minero, en *Germinal;* al empleado, en *Bonheur des dames;* al obrero, en *L'asommoir;* á la mujer, en *Fecundité,* y al ejército, en *La débâcle;* al lado de Barrés se ha levantado el duque de Montebello para pedir que se saquen del Panteón los restos de su glorioso antepasado el general Lannes, á fin de evitar que permanezcan al lado de los de Emilio Zola, y no ha faltado quien haya desenterrado las opiniones afrentosas que desde hace veinte años han lanzado sobre el hombre y su obra M. Jaurés, Gustavo Flaubert, L. Tailhade, Anatolio France, Maeterlinck, Sienkiewicz, Julio Claretie, Lombroso, Max Nordan y otros que, como los anteriores, no pueden ser tachados de parcialidad.—R.

Detención del redactor de «Le Gaulois,» M. Luis Gregori, autor del atentado contra M. Dreyfus. (De fotografía de M. Branger.)



Tumba de Emilio Zola en el cementerio de Montmartre (De fotografía de M. Branger.)



París.—Fiesta de las Flores: Madama Chiquita en su pequeño landó eléctrico, transformado en magnífico bosque de peonías, con grandes ramas de hortensias azules y haces de lirios. (Gran premio). (Fotografía de Royer.)

Los días 6 y 7 se celebró en el Bosque de Boloña, en París, la fiesta de las flores. El Paseo de las Acacias se vió concurridísimo, y el número de carruajes y automóviles adornados fué mayor que el del año último. Obtuvo el gran premio Mme. Chiquita, por el landó que en esta página reproducimos, y obtuvieron otras recompensas: Mme. de Abros, en un landó de peonías y margaritas, con las banderas francesa y brasileña hechas de claveles blancos y rojos y de azulejos; Mme. Germana Fabiani, en una victoria deliciosamente adornada de azulejos, de claveles y de rosas encarnadas; M. Grün, en un automóvil sobre el cual iba un perro de lanas hecho de claveles, fumando ilusoriamente en una pipa de papel; Mme. Doyen, en un automóvil adornado de rosas y por remate una sombrilla de rosas Catleya de color malva incomparable; M. Boiellmann, en un carruaje adornado de peonías y rosas; Mme. Perret, en un elegante tílburi convertido en bosque de flores artificiales; Mme. Weil, en un carruaje adornado de peonías, rosas y follaje, con una paloma por remate; Mme. Lucía Jousset, en una victoria adornada, sencilla, pero admirablemente, de azulejos y margaritas; Mme. Lefebvre, en un automóvil maravillosamente decorado con grandes peonías, lirios y flores de lis; Madames Lise Fleuron y Maud Samson, arrrastradas por un tronco adornado de azulejos, y Mme. Dumas, por un tronco oculto bajo peonías, hortensias azules y cintas oro. El segundo día el gran premio de honor fué otorgado á Mme. Penteado, por su carruaje transformado en enorme y oloroso ramo de diminutas rosas amarillas oro, y los otros premios, á Mmes. Beguin, Yvette Devillers y Mirette Denys.



Monumento á Juan Brahms, obra de Rodolfo Weyr, inaugurado en Viena el 7 de mayo

El día 7 del pasado mes de mayo, día en que hubiera cumplido 75 años el ilustre Brahms, descubrióse en Viena el monumento levantado á la memoria del maestro en el Parque de Ressel, cerca del Palacio de la Música, precisamente en el lugar por donde se veía diariamente al gran compositor (allá por los años de 1872 á 1897) atravesar en actitud pensativa, con paso rápido y con las manos cruzadas á la espalda. Brahms era hamburgués, pero creó sus mejores obras en Viena, la ciudad que tan vigoroso atractivo ejerce para los músicos, y Viena estaba en el deber de perpetuar por medio del arte la interesante figura del autor de las *Danzas húngaras*

El escultor Weyr ha cumplido honrosamente el encargo que le ha confiado la capital de Austria. Brahms, sentado y en la actitud que era en él habitual cuando «soñaba,» recuerda aquellas noches de estío en que se le solía ver, arrellanado en una butaca, en la terraza de la hospitalaria casa de su amigo Miller de Aichholz, en Smunden, abstraído con sus pensamientos y con la vista fija en el lago azul que tanto amaba. La semejanza de la cabeza es grandísima; la figura es pesada, pero real, y no resulta fea. A los pies del maestro una mujer, en noble éxtasis, hiere las cuerdas de una lira.

La figura de Brahms es de mármol blanco de Laas; la alegoría, de mármol de Carrara, ligeramente veteado; el zócalo es de piedra gris de Istria. Esta armónica variación de colores aumenta sensiblemente el efecto artístico del monumento, que honra al artista.

Imp. de Montaner y Simón

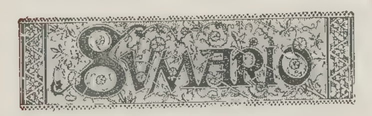
La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 22 de junio de 1908 — Núm. 1.382



Mlle. LUCIENNE BRÉVAL, en el segundo acto de la ópera «Carmen,» cuadro de Zuloaga

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1908.) (Publicación autorizada.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay quien cree que estamos en una época en que el espíritu humano ha roto sus cadenas de superstición y miedo, y vuela libre y atrevido por las regiones de la superioridad intelectual. Hay quien cree que la humanidad de hoy es distinta de la de ayer, y hasta supone que la de mañana ha de andar muy por encima de la que actualmente vemos y conocemos, siendo seguro que nos está preparada una edad de oro venidera, en la cual no habrá tuyo ni mío, sino que cada uno será un manso borrego y un hermano ternísimo para cada otro, y ni nadie tomará lo ajeno, ni nadie rehusará lo propio, ni habrá sino dulzura, paz, cordialidad y buenos procederes, todo ello sin necesidad de coacción alguna, sin jueces, soldados, cárceles ni leyes, en una apoteosis sublime de nuestra especie regenerada.

***

Viniendo al progreso á que en primer término me he referido, ó sea el de la rotura de las cadenas de la superstición, diré que acaso queden todavía algunos eslaboncillos arrollados alrededor del cuerpo de nuestra sociedad; sí; estoy persuadida de que quedan varios eslabones. ¿A qué podrá esto atribuirse? Siendo tan ilustrada la inmensa mayoría de los mortales, como á cada instante demuestran los hechos, ¿no es para admirar eso de que mil supersticiones no sólo se mantengan y persistan, sino que se propaguen y cundan á manera de mancha de aceite?

Empecemos por una de las más arraigadas, la de los trece á la mesa y del día trece en el calendario. Esta preocupación debe de ser atávica, y su origen supongo que se relaciona con la idea de la sagrada Cena, donde entre los Apóstoles y el Señor eran trece bien contados. De aquella Cena no le vino ningún daño á la humanidad, y sin embargo, el número trece contrajo un sentido fatídico: sentarse trece juntos á una misma mesa, fué anuncio de próxima muerte para uno de los comensales—el más viejo.—He contado alguna vez el suceso de la comida que en Lhardy nos ofrecieron varios ilustres escritores al ahora fallecido D. Juan Fastenrath y á mí. Al llegar yo á la sala donde el festín había de celebrarse, encontré á D. Ramón de Campoamor acurrucado en una esquina, muy cariacontecido y gacho de orejas. «¿Qué le pasa á usted, D. Ramón?—¡Que somos trece!—Una desgracia cuando sólo hay comida para doce.—Búrlate, búrlate... ¡Como no tienes mis años! – En fin, ¿se come ó no? Porque son las nueve y no falta apetito...—Lo que es yo, afirmó ya resueltamente el poeta, no quiero jugar un billete á la lotería de la muerte. No me siento.» Y hubo que buscar un número catorce, el conocidísimo librero D. Fernando Fe, que se puso el frac á escape y se vino á resolver el conflicto pavoroso, y á salvar á los *hors d'œuvres*, manteca y rabanitos, sardinillas y gordales, que desaparecían á paso de carga. Y fué lo bueno que, hablando la prensa de aquella comida, me achacó á mí el miedo al número trece y la intervención del número catorce. Restablecí la verdad y referí la graciosa aprensión del gran poeta, y la primera vez que volví á verle, se encaró conmigo indignado. «¿Por qué contaste que yo tuve miedo?—Porque decían que era yo la miedosa.—¿Y qué te importaba? El miedo, en las mujeres, es un encanto más. —¿Es un encanto creer en boberías?..,» exclamé aturdidamente. Campoamor se rió, porque, á fuer de poeta, si no era mujer, era niño; y después me dijo muchas y muy bonitas cosas respecto á lo subjetivo y lo objetivo en materia de aprensiones. Siento no recordar sus frases una por una.

***

Lo que recuerdo bien es que, cuando pasé temporadas en París, en el pueblo de la Toma de la Bastilla, del culto á Voltaire y de Zola en el panteón, saliendo un día del *restaurant* donde á veces almorzaba, vi á un señor muy peripuesto, con roseta roja en el ojal, que tenía trazas de esperar, apoyado en una jamba de la puerta. No sé por qué, aquel individuo bien trajeado y condecorado se me figuró un mendicante, y á mis preguntas, el mozo del *restaurant* contestó: «Es el señor catorceno.» *(Monsieur le quatorzième.)* Entonces averigüé que lo que aquí se hace por condescendencia, es en París un oficio, y oficio que sostiene al que lo ejerce. El catorceno, apostado en el *restaurant*, aguarda á que le llamen, y le llaman muy á menudo. Es frecuente el caso de reunirse trece comensales, y seguro que nadie quiere sentarse siendo trece á la mesa. Sube el catorceno, de roseta roja, y se le da un puesto, y come lo mismo que un sabañón, y al retirarse recoge una moneda de plata. *Diversus modus vivendi*, dirá, y con razón, el catorceno.

***

Quizás he hablado ya en estas crónicas de la persistencia de tales atavismos, y creo que puedo decir de su recrudecimiento; y si vuelve á mi pluma el tema, es porque noto que en España, sobre las supersticiones locales y nacionales, van injertándose otras extranjeras; la superstición, actualmente, se traduce. Antes se decía «mal de ojo;» ahora se dice *jettatura* en todas partes. En la sociedad de Madrid existe una señora cuya presencia se comenta en silencio, extendiendo el índice y el meñique y doblando los otros dos, y frotando aprisa los extendidos sobre madera (precisamente sobre madera). Lleva esta señora en la cara cierto sello de tristeza que acaso se deba á que conoce su mala fama. Por qué «goza» de fama semejante, es lo que ignoro. Es una señora vulgar, idéntica á las demás señoras; ni fea ni guapa; ni elegante ni cursi; un cero á la izquierda. Y trae la *jettatura:* su vista es fatal. Tampoco sé en qué consiste tal fatalidad; qué síntomas la caracterizan. Ello es que, al presentarse dicha señora, las fiestas se aguan.

***

Más fuerza que cuantos razonamientos pueden hacerse, tiene, en el espíritu humano, un sentimiento y un instinto. Y si á este instinto se añade lo persuasivo de algunas «coincidencias...,» entonces convione decir que la superstición se arraiga hondísimamente en aquella parte de nosotros mismos que resiste, y resistirá mientras haya hombres y estos hombres no sean puras máquinas lógicas, á los dictados de la seca razón.

No recuerdo dónde he leído un cantar americano, incorrectísimo en su forma, que reza así:

Tocoloco canta,
indio muere;
no será cierto,
pero sucede.

Estas cosas que «no son ciertas, pero suceden,» confunden el entendimiento y vuelven á colocarnos frente al Misterio, á ese Misterio infinitamente más poderoso que nosotros; de lo Incognoscible, que nos envuelve y penetra como la niebla al cuerpo.

***

¿Preguntaríais á la razón por qué un tuerto es cosa muy infausta y un jorobado señal de grandes bienes y dichosos acaecimientos? ¿Por qué, si al ver pasar un caballo blanco con manchas negras (preciso es confesar que no abunda este pelaje), repetís tres veces *dinero, dinero, dinero*, el dinero acudirá dócilmente? ¿Por qué, si regaláis un arma, tenéis que recibir una moneda de cobre, para que sea *vendida* y no *dada*, lo cual significaría *muerte*? ¿Por qué, si al saludar á una persona estrechándole la mano, vienen otras dos y hacen lo mismo por encima de vuestras manos, cruzándose los saludos, es anuncio de que sobrevendrá la ruptura de las amistades? ¿Por qué salir de casa con el pie derecho da buena sombra? ¿Por qué la dan igualmente el trébol de cuatro hojas, el cochinillo, los cuernos de coral, el ahorcado? ¿Por qué la raíz de mandrágora es un talismán? ¿Por qué lo es igualmente cierta piedra azul, que se ha vuelto verdosa al macerarla en hiel? Etcétera, etcétera. Se podrían enfilar *porqués* hasta mañana—sin respuesta.

***

¡La mandrágora! Su solo nombre, ¿no os trae á la imaginación brujerías orientales, conjuros de maga, horrendas escenas de maleficio y una sensación de vago recelo ante las fuerzas obscuras y ocultas de la naturaleza, nuestra madre y burladora?

De todos los talismanes que por ahí están más ó menos de moda, la mandrágora es el único que me parece en efecto talismán (séalo ó no por sus efectos; eso ya es otra cuestión, acerca de la cual yo podría extenderme en consideraciones de orden personal, y por lo mismo, sin valor alguno). Ello es que la mandrágora, aun cuando la he incluído entre los talismanes de moda, no lo es. La moda no lo conoce. Sólo he visto á una persona poseedora de una mandrágora (aparte de las que existen en los Gabinetes de historia natural de algunos conventos, de órdenes que tienen casas y misiones en los países de Oriente, donde la mandrágora se cría). En los jardines botánicos, la mandrágora debe de existir también; pero la mandrágora con hoja; y el verdadero talismán, señores, no olvidarlo, es la mandrágora en raíz, cuando reviste la forma de un cuerpo humano pequeñito, de un *homúnculo* color de madera, que de noche se queja, llora y exhala gemidos del otro mundo...

Ese es el caso, ¡oh espíritus enamorados de lo quimérico! La raíz de mandrágora bien formada es una persona: está viva: su vida no es la grosera vida de la fisiología vulgar, sino otra mucho más sutil, escondida y rara, suficiente para que no se pueda herir á la mandrágora sin que sufra, para que arrancarla una pierna, digámoslo así, sea una mutilación, y contemplarla sin los paños que la cubren una especie de impudor, y desabrigarla de esos paños matarla de frío, y dejarla sola un abandono. En cambio de tantas precauciones y cuidados como requiere, la mandrágora ejerce una acción protectora sobre su poseedor, que me río yo de los demás amuletos, fetiches y *gri-gris*. Si vais en automóvil y os lleváis la mandrágora bien protegida en su caja, ni se romperá un neumático, ni *deraperá* el artilugio, ni os sucederá, en resumen, nada malo; si vais en tren, no descarrilará; si echáis á la lotería, os tocará; si estáis enamorado, la mandrágora impedirá que os traicionen... Entre el puñal ó el revólver que os aceche y vuestro pecho, estará la mandrágora interpuesta para desviar el arma homicida; la mandrágora os ganará el pleito, la mandrágora os abrirá la puerta, la mandrágora os encontrará el objeto perdido, la mandrágora os reconciliará con el enemigo poderoso, os restituirá la suma ya olvidada, os cerrará el cajón que es peligroso dejar abierto, os restañará la sangre, os dirigirá el pie... ¡Qué no hará la mandrágora! Como que en ella está depositada toda la infusa ciencia del rey Salomón, todos los secretos del Oriente cabalístico, todas las fuerzas ignotas y benéficas que circulan alrededor nuestro y que no sabemos aprovechar ni dirigir para contrastar otras fuerzas dañinas que nos traen la mala pata...

***

Sí: ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo: no creáis en el cerdito, ni en las trece uvas, ni en el caballo pío; creed en la mandrágora, reina de los talismanes.

Id á arrancarla en una noche de luna, á las doce en punto, en desierto páramo. Que á vuestro alrededor zumbe tristemente el aire, se estremezcan las hojas del bosque que acabáis de cruzar, y los duendes os oigan, deseosos de impedir la profanación. Tirad fuertemente de las hojas: la raíz se quejará, y acaso sus extremidades destilen ese jugo negruzco que sirve de sangre á la pobre mandrágora, temblorosa de frío y de dolor sobre la tierra. Llevad prevenido el pequeño sudario de lino fino, guarnecido de encaje, para envolver á ese recién nacido, que es un muerto. Y cuando cobijéis á la mandrágora sobre vuestro corazón miedoso, sentiréis que se dilata de valor y de alegría... El talismán ejerce su poder.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.)



Mallorca.—Vista general de Sóller

II

EL VALLE DEL AZAHAR

¡Sóller! En este nombre perdura la vaga resonancia etimológica de un suspiro oriental. *Suliar,* «valle de oro,» le llamaron los árabes de la isla. ¿Y quién olvidará una excursión á Sóller, hecha en tiempo propicio, allá á últimos de Abril? Rueda el coche apresuradamente por la carretera despejada, entre huertas y campos de trigo, sombreados por el almendro; entre olivares casi milenarios. A los diez ó doce kilómetros, un pequeño alto: es la hostería de *Can Penasso,* en el arranque de la sierra de Alfabia. Un pequeño anticipo de vergeles perfumados, de frutales en flor, de ruiseñores que parecen estallar de melodía en la sombra húmeda de las hiedras y laureles, sobre acequias y aguas despeñadas.

Después de un ligero descanso, continúa el viaje. Hay que atacar la sierra por el *Coll* ascendiendo en ziszás de veinticinco ó treinta vueltas, amplias y desiguales, de una carretera magnífica, para descender luego hasta lo más hondo del valle que las grandes masas de los montes nos ocultan. Mientras el coche sube lentamente, nos acercamos á los colosales peñascos, de azul de plomo, con penachos de verde intenso, con manchones rojizos. La llanura parece que se hunde poco á poco, á nuestros pies, desde Alfabia á la ciudad con su bahía, en un segmento grandioso de muchas leguas. Es una sucesión continua de tonos, de vegetaciones, de arboledas, de velos de oro, de nieblas luminosas, de lejanías encendidas.

Advertimos un grato descenso de la temperatura. La carretera corre ya por la meseta del Coll; al otro lado aparece un extremo del valle de Sóller.

Entonces de una manera súbita, ascendiendo de las entrañas de ese valle, una onda de violento perfume, una poderosísima ráfaga de azahar, nos toma, nos envuelve, nos hace suyos y nos anega en un espasmo lírico inefable. Desde aquel instante el embriagador perfume os tendrá prisioneros hasta que salgáis de la agradable villa. En vano será que cerréis puertas y ventanas, que corráis los cerrojos, que tapéis las rendijas. Os perseguirá en la calle, en el campo, en la iglesia, en el dormitorio; filtrará por los tabiques. Y por la acción inefablemente sugestiva de los aromas, os sentiréis transportados á un ambiente de ilusión y de juventud acaso desde largo tiempo desconocidas para vosotros.

Si queréis saber de dónde procede aquel encanto de vuestros sentidos, es preciso recorrer las calles, asomarse á las márgenes del torrente que atraviesa la población, mirar hacia lo hondo de los jardines ó escudriñar los patios de las casas sólidas, pulcras y





Mallorca.—Tipos sollerenses

frescas, denotando bienestar y contento de la vida. Hay que intrincarse en la red de senderos, de arroyos, de barrancas, de alquerías, de molinos, de acequias, de huertos, de vergeles, de tapias, que hacen de aquel valle una cosa única y en apariencia artificial y compuesta. Como horizonte de cada calle, como perspectiva de cada camino, enfrente de toda ventana ó abertura, aparece siempre la decoración de montaña, el anfiteatro de montañas, coronadas de nubes y brumas, en cuyo fondo sonríe la villa. Las laderas están cubiertas de olivos. En la hondonada domina y florece el naranjo.

Oro, nieve y esmeralda se combinan en la preciosa arboleda: flores, frutos y hojas que desprenden de sí una insólita fragancia y una coloración intensa y rica. Los rosales, los jazmines, las vides trepadoras alternan á veces con el lujo y bizarría de los naranjales, defendidos de sus enfermedades y plagas por la tenacidad de los sollerenses, que los conservan con un esmero que tiene mucho más de encanto y honrilla que de sordidez económica. ¡Los sollerenses! Raza original y vigorosa que ha hecho de la emigración el secreto de su prosperidad por haber sabido encauzarla, dándole base y orientación firme, y por haber conseguido sostenerla con *esprit de suite*. Esa emigración habitual toma dos direcciones: una mediterránea y otra atlántica. La mediterránea invade el Mediodía de Francia por Marsella ó Nimes y llega hasta Burdeos, Lyón y París. No puede reducirse á cuento el número de familias sollerenses establecidas en esas y otras muchas poblaciones de la vecina república, dedicadas principalmente al comercio de frutas en todas sus formas, desde la carretilla ambulante hasta la tienda lujosa, chorreando oro y luz, en pleno *boulevard*. La base y muchas veces el pretexto de tales fruterías es la naranja del valle natal y su prestigio entre histórico y poético. Hace años que, en *Lis Isclo d'Or*, les comunicó su gracia de homérida el insigne Mistral:

Lou bastimen ven de Majorco
emé d'oranges un cargamén...

No sé qué hay de provenzalesco en el espíritu y la vida de Sóller, acentuado por la especial pronunciación del mallorquín, que tiende allí, de una manera insensible, á la desinencia en *o* de los femeninos, y por las importaciones del pintoresco patués de los puertos mediterráneos de Francia: cierta alegría, cierta intrepidez, cierta bizarría de ánimo, cierta agilidad de imaginación, siempre pronta á la réplica y á la imagen. Los sollerenses conocen también, muy mucho, la derrota de las Antillas y empiezan á conocer la de México. En la isla de Puerto Rico han mantenido y mantienen todavía una notoria preponderancia. Durante mucho tiempo poblaciones y comarcas, como Lares, estuvieron en poder de nuestros emigrantes, y hubo períodos en que el Ayuntamiento y la Diputación estaban formados principalmente por mallorquines de Sóller. Esto basta para indicar el arraigo de aquel núcleo inmigratorio, al cual es ya comparable el que se forma en algunas poblaciones de México, como Tabasco. Tiene buen cuidado el sollerense de no emigrar á la buena de Dios, sin rumbo fijo. El que sale de la isla sabe adónde va: cuenta de antemano con parientes que le precedieron y que en América ó en Francia le reciben y guían. Dirígese á menudo á reemplazarlos; y, de esta suerte, se escalonan familias y generaciones, que muy raramente se desarraigan del valle natal. Todos sus ahorros, todas las fortunas amasadas allá lejos, se acumulan en la simpática villa de origen, nutriendo bancos, empresas é iniciativas importantes y muy desproporcionadas á la corta extensión de la comarca. Así han logrado establecer una línea marítima de vapor con Barcelona y Cette, y están ahora construyendo á toda prisa, sin subvención ni ayuda alguna del Estado, un ferrocarril entre Palma y Sóller, atravesando toda la sierra de Alfabia por medio de túneles, cuyo coste y longitud hubieran descorazonado á otros menos emprendedores y patriotas.



Sóller (Mallorca).—Vista de «S'Estret» ó del barranco

Todo ese exotismo y aire de extranjería que penetra en el «valle del azahar» con el retorno de los emigrantes y con la renovación ó continuo relevo de sus avanzadas en el Mediodía de Francia y en el Nuevo Mundo, no ha conseguido borrar lo pintoresco y lleno de carácter de aquella hondonada. Unas mecedoras de mimbre más ó menos, unas cuantas niñeras mulatitas ó unos quepis de «liceístas» franceses en vacaciones, no hacen sino añadir una nota de gárrula animación y abigarramiento á su antiguo y muy intenso color local. El traje campesino de las mujeres de la villa, alterna con el sombrero mustio de sus primas de Marsella ó de Tolosa que se encuentran allí de temporada. Todavía se acuerda Sóller de haber sido la patria de los más famosos *glosadors*, ó versificadores populares y casi siempre analfabetos, que perdura en Mallorca como último resabio y degeneración del aedo antiguo ó de la juglaría medieval. Los nombres de *Tambó* y *Pau Cerol*, dos grandes amigos y contendientes en las «glosadas» de *picat* (ó dígase tenzones y pugilatos satíricos en los cuales todo se fía al ingenio repentista de la improvisación, alimentada por el jarro de vino) son nombres familiares al buen sollerense, para quien el gracejo es una imposición ó gravamen de estirpe. Cuando estaban en moda los andaluces, se llamó á los sollerenses los «andaluces de Mallorca.» Sin embargo, no es la hipérbole ni la fanfarronada el género de gracia en que descuellan, teniendo la suya mucho más de cáustico y de punzante que de locuaz y jacarandoso. Yendo de expedición con unos amigos oí la siguiente réplica de cierto lugareño, que nos sirvió de guía, á uno de mis compañeros que intentó ensayar sus malicias de señorito de la ciudad en la aparente candidez de nuestro acompañante:

—¡Ah, sí! Ya caigo: usted es el señor que traen para hacer reir...

En ninguna comarca de la isla se ha comprendido como en Sóller el alcance del turismo, de la «industria del forastero.» Los excursionistas se encuentran allí como en su casa, y ni siquiera producen expectación, ni curiosidad enojosa, ni corrillos de muchachos, los trajes más chillones del automovilismo, del deportista y del *globe trotter*. Todo ello ha entrado en las costumbres y se ha hecho habitual y cotidiano. La ascensión al Puigmajor (la más alta montaña de la isla) y la excursión á Lluch por el famoso *barranco* constituyen dos números obligados en el programa del viajero. Mas, aparte de tales atractivos, tiene la villa, por sí misma, un encanto silencioso que llega á penetrar el alma:

Pel cor qu'amor somnía
l'hora d'avuy s'escola,
la de demá s'atança
y la d'ahí no torna...
somniem sota 'l fullatje
dels taronjers de Sóller.

Así logró expresarlo Pons y Gallarza en un momento de feliz efusión lírica, y el mismo hechizo perdura en la memoria del peregrino, como perdura en sus ropas la transpiración del azahar que lo envolvió durante unas horas ó unos días. Nueva sorpresa le está reservada si abandona el valle tomando la carretera de Deyá y Valldemossa. Asciende y asciende las anchas curvas y, en un momento, después de una brusca revuelta del camino, aparece á mano derecha la esplendidez de un mar azul, de una inmensa turquesa líquida, con una perspectiva interminable de calas, promontorios y cabos que avanzan unos sobre otros así como proas de acorazados fantásticos, en términos distintos, con interposiciones de nieblas y velos sutiles, con gradaciones de tonos admirables, suntuarios, de aristocrática preciosidad: ágata, ópalo, ónice, madreperla. Deyá aparece, como verdadero tipo de lo que antes se llamó un pueblo pintoresco. De un género pintoresco llevado á la exageración: correr de aguas, puentecillos rústicos, casas sobre una peña, fuentes ocultas, hiedras abrazadas á los bancales, decoración de ópera sentimental á lo *Dinorah* ó *Sonámbula*, con esquilas de corderillos y vegetaciones frescas y retocadas para las necesidades de la *villeggiatura;* y todo ello flamante, vivo, lozanísimo, como telas en días de barnizado. El acicalamiento llega á parecer inverosímil, y entonces no puede dejar de asaltarnos la duda de si toda aquella prolijidad de episodios es obra espontánea ó arreglo y preparación de la compañía Coock.

MIGUEL S. OLIVER.



ABANDONADA, cuadro de Julio Lefebvre

(Reproducción autorizada.)



París.—Vista del recinto del pesaje en el hipódromo de Longchamp

PARÍS

LA CARRERA DEL «GRAN PRIX» EN LONGCHAMP

La carrera del *Gran prix* se verificó el día 14 en el hipódromo de Longchamp, con animación extraordinaria, á pesar de lo lluvioso del tiempo. El interés despertado por la carrera era mucho mayor este año, con motivo de haberse aumentado los premios de 200.000 á 300.000 francos.

Poco antes de comenzar la carrera, se presentó en el hipódromo M. Fallières, acompañado de su esposa, en un coche á la Daumont, ocupando la tribuna presidencial, junto con los presidentes del Senado y de la Cámara, los miembros del gobierno y muchos individuos del cuerpo diplomático. En dicha tribuna tomaron sitio además la princesa de Radolin, la mar quesa del Muni, Mme. de Nelidow, lady F. Bertie, las cuales, así como Mme. Fallières, lucían elegantísimos vestidos. Entre los trajes lujosísimos que vestía el elemento femenino predominaba el estilo Directorio.

Diez y ocho caballos tomaron parte en la carrera: *Valda, Faunillane, Amande, Sauge Pourprée, Médéah, Grill Rom, Jean de Nivelle, Holbein, Weber II, Northeast, Sea Sick, Quintette, Signorinetta, Sir Archibald, Mountain Apple, Lieutel, Souvigny, Sinaí.* El triunfo correspondió al caballo *Northeast*, del millonario Vanderbilt, que montaba el jockey J. Childs. *Sauge Pourprée* fué el segundo en llegar á la meta, y el tercero *Souvigny*.

El triunfo del millonario norteamericano fué acogido con demostraciones de simpatía.

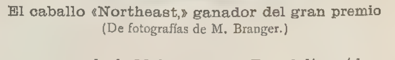
El importe de las apuestas cruzadas ascendió á 2.500.000 francos.

LONDRES. — LAS SUFRAGISTAS

Cerca de diez mil mujeres, entre las que figuraban representantes de sociedades políticas y profesiones femeniles y estudiantes de las Universidades inglesas y gran número de allegadas de casi todas las naciones, celebraron el día 13 de los corrientes, en Londres, una imponente manifestación en favor del derecho de sufragio femenino. Las manifestantes enarbolaban estandartes con inscripciones alusivas. A la cabeza de la comitiva figuraba lady Balfour, hermana del duque de Argyll, que es hermano político del rey Eduardo. También figuraban algunas bandas de música. En Albert Hall y en Trafalgar Square hubo sus correspondientes discursos en pro del sufragio femenino, y la multitud no escaseó las ovaciones á las sufragistas. Notábase también en la manifestación la presencia de conocidas doctoras. El grabado representa el momento en que la doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, pronuncia un discurso en Trafalgar Square. La sufragista que está detrás de la oradora es la condesa Mackienwicz, secretaria.

DE MARRUECOS

Después de la pacificación definitiva de la región de los Chaufas por el general D'Amade, la nota más saliente ha sido la entrada de Muley Hafid en Fez, el día 7, á las once de la mañana. Sesenta hombres, al frente de los cuales marchaban los caides, escoltaban al pretendiente, quien, antes de entrar en el Dar-el-Majzen (residencia imperial), fué á orar un rato á la mezquita. El primer acto de Muley Hafid, después de la ceremonia de la coronación, ha sido el nombramiento de gobernador de los Reales Palacios á favor de Abd el-Sada, significado partidario de Abd-el Aziz. Varias mehallas se han declarado por los hafidistas, quienes han ocupado, sin mucha resistencia, algunas ciudades. Muley Hafid, á quien han proclamado últimamente las tribus de Anghera y Arzila, y, por iniciativa de Er Raisuli, la región de Fharbia, ha escrito una carta á las legaciones pidiendo que regrese á Fez los europeos y cónsules.



El caballo «Northeast,» ganador del gran premio
(De fotografías de M. Branger.)



Londres.—La doctora Miss Ana Schaw, de Filadelfia, en el momento de arengar á las sufragistas reunidas en Trafalgar Square el día 13 de los corrientes. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MARRUECOS.—LLEGADA DE LAS MEHALLAS A FEZ



1, Muralla y torre de la puerta de Bab-es-Segma, 2, Puerta de Bab-el-Mahruk; 3, Puerta de entrada al Dar-el-majzen

(De fotografías de M. Rol y C.ª)



MERIENDA, cuadro de José Cusachs



SIN PAN NI CASA, cuadro de Ana de Carrié

DEGRADACIÓN DE ULLMO

La sentencia del Consejo de guerra celebrado en Tolón en febrero último, condenando al alférez de navío francés Ullmo á las penas de degradación y deportación perpetua en una fortaleza, se cumplió, en cuanto á la primera, el día 12 de los corrientes, ante una multitud enorme situada en la plaza de San Roque y que se estrujaba junto á los muros de la cárcel marítima. Al aparecer Ullmo oyéronse silbidos y rumores: el condenado estaba abatido y con la mirada fija. El escribano del Consejo de guerra marítimo leyó al reo la sentencia, y á pesar de que éste permaneció impasible durante la lectura, experimentó una violenta sacudida cuando el comandante Dutheil de La Rochère adelantóse hacia él y pronunció, mirándole cara á cara, las frases reglamentarias: «En nombre del pueblo francés, vos, Carlos Benjamin Ullmo, sois indigno de llevar las armas, y en nombre de la ley os degradamos.» Acto seguido, un cabo se acercó á él, le quitó la gorra de uniforme y le arrancó bruscamente los galones; después hizo lo propio con los botones y los galones de la levita, que arrojó al suelo; despojóle de las charreteras y desabrochándole el cinturón desenvainó la espada que de él pendía y rompióla contra su rodilla. Mientras se procedía á su degradación, Ullmo lloraba mucho, impresionando especialmente á los reclutas. Después de arrojarle á los pies, rota, su espada, desfiló ante sus compañeros, siendo conducido á la cárcel civil, vestido de paisano, entre las manifestaciones hostiles de la muchedumbre.

Dentro de breves días, el ex alférez Ullmo será conducido á la isla del Diablo, lugar de deportación que se le ha señalado para hacer efectiva la segunda parte de la sentencia dictada por el Consejo de guerra.

Como nos ocupamos ya extensamente este mismo año, en el número 1 366 de La Ilustración Artística, del ruidoso proceso en que ha sido protagonista el alférez Ullmo, no hemos de añadir una palabra más á lo que allí dijimos, esperando únicamente que el castigo será eficaz en uno de sus aspectos principalísimos, ó sea en el de evitar que se reproduzcan *chantages* tan antipatrióticos como el de referencia.

Tolón.—El alférez de navío Ullmo desfilando ante las tropas después de su degradación
(De fotografía de M. Branger.)

EL PUERTO DE ARRECIFE DE LANZAROTE

(Canarias.)

La sociedad constructora del puerto de Arrecife de Lanzarote, con el deseo de imprimir mayor actividad á las obras del mismo, ha adquirido una locomotora, la cual fué bendecida solemnemente en los primeros días del presente junio. Asistieron á la ceremonia de la bendición todas las autoridades, y de este acto, así como de la locomotora, da idea el adjunto grabado, copia de una fotografía que ha tenido la amabilidad de enviarnos el Sr. D. Emilio Cabrera, miembro de la aludida junta constructora.



Arrecife de Lanzarote (Canarias)
Bendición de la locomotora destinada á las obras del puerto

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Mlle. Lucienne Breval en el segundo acto de la ópera «Carmen,» cuadro de Ignacio Zuloaga. – La factura de este bello retrato es, como la de otros cuadros que de este eximio pintor hemos reproducido, vigorosa y elegante, y no es extraño que desde el primer momento llame la atención de los inteligentes que acuden al Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, en donde está expuesto. Como recientemente, en el n.º 1.378 de La Ilustración Artística, nos ocupamos ya con la extensión debida de este retrato y de sus compañeros de gloria, *El enano Gregorio el Botero* y *Las brujas de San Millán*, allí remitimos á nuestros lectores, reiterando al ilustre artista español el homenaje de nuestra admiración legítima y sincera.

Abandonada, cuadro de Julio Lefebvre. – Ni el asunto ni el modo de tratarlo son nuevos; pero el artista francés ha sabido imprimir á su protagonista una expresión tal de sentimiento y de resignación, al mismo tiempo, por su desgracia, que no puede uno menos de sentirse hondamente conmovido ante su cuadro, muy justamente admirado por los inteligentes en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde se exhibe.

Merienda, cuadro de José Cusachs. – Otra ocasión nos ofrece el pintor Sr. Cusachs para que dediquemos algunos renglones aplaudiendo su competencia en la representación de una escena de *sport*, cual lo es el bonito lienzo que reproducimos en estas páginas, adquirido por un inteligente aficionado de esta ciudad. Si el autor del cuadro no hubiese demostrado tan cumplidamente sus especiales condiciones para el cultivo de este género de pintura, preciso sería emitir apreciaciones; mas como son sus obras ventajosamente conocidas y el artista goza de la merecida consideración, hemos de referirnos á cuanto hemos consignado repetidas veces en esta Revista.

Sin pan ni casa, cuadro de Ana de Carrié. – ¡Cuántas veces hemos sido espectadores de escenas semejantes! Dios, que envía á las avecillas su alimento, ¡cuántas veces parece dejar sin él, y aun sin hogar, á seres para Él más queridos que aquéllas y con los cuales no sólo quiso compartir el pan, sino también las lágrimas y los sinsabores de esta vida! Afortunadamente, en sus inexcrutables designios, llega hora en que la resignación halla su recompensa, y esa madre y esos niños que están contemplando con envidia cómo la gallina y sus polluelos devoran ávidos las migajas que les han arrojado, tendrán á la vez quien les envidie cuando, sonando para ellos la voz: «¡Dejad que vengan á mí los niños!,» encuentren una alma caritativa que les provea del alimento y del asilo de que están necesitados. Ana de Carrié, así en la composición como en la ejecución del cuadro que acabamos de describir, demuestra ser artista que á un sentimiento y delicadeza exquisitos reune cualidades pictóricas envidiables.



Necrología. — Han fallecido:

Lord Derby, presidente de la actual Exposición Franco Británica en Londres.

Mr. Gaston Boissier, secretario perpetuo de la Academia francesa.

Jef Lambeaux, célebre escultor belga.



El marqués de Mos y de la Vega de Armijo,
† en Madrid el día 13 del actual

El día 13 de los corrientes, á los ochenta y cuatro años de edad, ha fallecido en la corte el Excmo. Sr. D. Antonio Aguilar y Correa, marqués de Mos y de la Vega de Armijo, conde de la Bobadilla y vizconde de Pegullal, grande de España, que había nacido en Madrid el día 30 de junio de 1824. Muy joven, á los treinta, se dió ya á conocer como político, militando al lado del general O'Donnell en el partido llamado Unión liberal. Como gobernador civil de Madrid, primer puesto oficial que desempeñó, realizó una enérgica campaña contra el juego y creó el cuerpo especial de higiene. Dejó ese cargo para desempeñar la cartera de Fomento y después la de Gobernación. Cuando la Unión liberal fué arrojada del poder después de los acontecimientos de julio del 66, trabajó por el triunfo de la revolución, y conseguida ésta, tomó parte en la manifestación que en sentido monárquico hicieron varios personajes políticos. En 1873 fué nombrado embajador de España en la República francesa. Después de la Restauración reconoció la monarquía de D. Alfonso, figurando en el grupo llamado de los centralistas, que, andando el tiempo, se unieron á los constitucionales, con los cuales ocupó el poder, desempeñando la cartera de Estado. Intimo amigo del Sr. Sagasta, fué en el partido liberal uno de los personajes de más valiosísima influencia Reciente está todavía su gestión como presidente de las últimas Cortes liberales y como último jefe de gobierno de aquella situación.

El marqués de la Vega de Armijo presidía las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Además del Toisón de Oro, el marqués de la Vega de Armijo poseía las principales condecoraciones de Portugal, Austria, Prusia, Italia, Rusia, Dinamarca, Brasil, Bélgica, Baviera, Noruega, China y Siberia.

¡Descanse en paz el ilustre político!

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra

—No lo estamos, dijo Mauricio indignado, en tanto que la culpable Zoe guardaba un prudente silencio. ¡Qué atrozmente desconfiada es usted, Irene! Vaya y cuénteles á las cañas sus secretos, si quiere. No nos pondremos á escuchar.

—Veo que, según ustedes piensan, no tengo derecho á oponerme á que ustedes elaboren imaginarios proyectos de reformas para Ematia; no me opondré á ello mientras no pasen de tal categoría. En eso estriba todo.

Mauricio se quedó mirándola con fijeza.

—¡Cuánto se lo agradecemos!, dijo. Irene, me temo que va usted á enfadarse otra vez conmigo; pero ¿no cree usted que á causa de lo mucho que ha sufrido, se le ha resentido un poco la cabeza? Si es así, díganoslo y ya sabremos lo que hemos de hacer. La trataremos, de muy buena voluntad, como á una reina destronada.

—Vamos, usted quiere chancearse, dijo Irene sonriéndose. No, mis queridos hermanos; continúen ustedes tratándome como á su igual. Los acontecimientos nos separarán el día de mañana, pero nunca olvidaré lo que han sido ustedes para mí en las actuales circunstancias.

—¡Santo Dios!, murmuró Mauricio.

Y echando la cabeza atrás, sobre los brazos, comenzó á silbar bajito mirando á las estrellas, mientras Zoe se estremecía de pies á cabeza en un espasmo de callada risa; Irene seguía sentada contemplando el fuego, sumida en dulce melancolía.

La tarde siguiente volvió Mauricio sonriéndose de su tertulia con los bandidos.

—Pues bien, dijo, mis aficiones poco dignas y plebeyas me han proporcionado una noticia muy interesante para ustedes. Wylie anda por aquí cerca.

—¡Ah! Mauricio, ¿qué quieres decir con eso?, exclamó Zoe.

—Pues parece que Demo y otros tres bajaron hoy en busca de víveres. En la aldea, que no sé cuál sería, les dijeron que un viajero inglés, con un criado y mucho equipaje, había pasado allí la noche anterior y se había internado en las montañas sin querer llevar guía. Nuestros hombres decidieron no perder semejante oportunidad, y habiendo averiguado la dirección que el viajero había tomado, fueron, por atajos, á salirle al camino, y le prepararon una bien dispuesta emboscada. Creyeron que ó debía estar loco ó que lo hacía por alguna apuesta hecha después de haberse sabido lo que nos había pasado; pero, de todos modos, el equipaje no era de despreciar. Yo creo que debía ser algún periodista. Pues bien: pusiéronse en acecho, y muy pronto vieron venir al viajero y á su criado. El equipaje parecía todo él tan nuevo y lujoso, que la boca se les hizo agua; pero afortunadamente para ellos no se precipitaron. «Se acercaron—refería Demo—y conocí al criado. Era el capitán. Vestía traje de Nizam; pero supe quién era por los malditos ojos, que no pudo disfrazar. Comprendimos que nos tendían un lazo y los dejamos pasar.»

—¿Pero qué lazo era ese?, preguntó Irene.

—Pues ó bien Wylie y el otro iban mucho mejor armados de lo que aparentaban y tenían intención de atrapar á uno ó dos de los bandoleros y obligarles á que enseñaran las madrigueras de la partida, ó querían dejarse apresar teniendo espías que los si-

guieran y vieran adónde los llevaban. Sin embargo, no veo qué objeto tuviera Wylie al disfrazarse. Había de saber que lo conocerían en cuanto lo cogieran y que, en ese caso, lo matarían. Sea como fuere, según parece, ha reconocido el terreno infestado por los bandoleros sin que nadie le haya molestado.

—Me alegraría que no hubiera hecho semejante cosa, dijo intranquila Zoe.

—Sí, dijo Irene, debía tener presente que nuestro rescate y libertad de él dependen. No tiene derecho á exponer su vida haciendo locas bravatas.

—Yo creo que podemos estar seguros de que Wylie trae en la cabeza algún plan ingenioso, dijo Mauricio. No veo bien claro cuál pueda ser, pero de fijo él quería que lo volvieran á apresar.

—Pues este cautiverio nada tiene de apetecible, dijo Zoe.

Al siguiente día mismo se vió, cuando menos se esperaba, cuál era el plan de Wylie. Los prisioneros se habían encaramado á lo que llamaban su atalaya vespertina, un saliente de la roca donde daban los rayos del sol poniente; estaban contemplando el laberinto de montes y valles que tenían á sus pies, y hablaban, por la novecientas noventa y nueve vez, de las probabilidades que había de ser libertados. De pronto, uno de los bandidos que estaba de centinela á la vuelta de un recodo que tenían á su izquierda y desde donde se dominaba una gran extensión de terreno hacia el Este, se acercó corriendo y llamando á voces á sus compañeros. En seguida notóse gran efervescencia entre los que estaban descansando en la hondonada. Unos apagaron con tierra las hogueras, á cuyo objeto tenían siempre preparado un montón de ella; los demás empuñaron las armas y escalando la altura se lanzaron sobre los prisioneros, que creyeron morir en el acto. No atreviéndose ni á moverse, cedieron sin resistencia al empuje de los bandidos, que los apartaron del borde cuanto pudieron, á fin de que vieran lo menos posible lo que pasaba en lo bajo; quitáronles á las jóvenes los pañuelos que llevaban en la cabeza, pues blanqueaban mucho sobre el fondo obscuro de la montaña y les ordenaron, si en algo apreciaban la vida, que no hicieran ni ruido ni movimiento alguno. Muy pronto vieron, muy lejos y muy abajo, la causa de la alarma: una columna de soldados rumíes, conducida por un oficial á caballo. A su frente iba, á pie, un paisano que, al marchar, miraba el suelo con cuidado.

—¡El capitán Wylie! ¡Sigue nuestra pista!, murmuró Zoe casi imperceptiblemente.

Milosch se volvió hacia ella con una sonrisa diabólica.

—Ofrézcales velas á los santos para que no continúe siguiéndola. Si halla el camino por donde se sube aquí, por el lecho mismo del arroyo bajarán la pendiente, para salirle al encuentro, de este modo.

Y levantándole un poco la barba, trazó alrededor de su garganta una raya con la punta del cuchillo. Reculó ella, horrorizada y casi desvanecida. Milosch se echó á reir.

—Principiaremos por usted, ya lo sabe, dijo.

XI

RESULTADOS DE UN CELO EXAGERADO

—No la toques, bárbaro, con tus puercas manos, vociferó Mauricio forcejeando inútilmente contra los hombres que le tenían sujeto en tierra.

Milosch volvió á sonreirse.

—Detrás irá usted, dijo. Los dejaremos á todos muertos en el campamento, ¡oh!, sí, para que los perros rumíes vean cómo lo han sido. Todavía han de tardar tres ó cuatro horas en hallar el camino hasta aquí, que les van á parecer á ustedes tres ó cuatro días. Y á esa otra muchacha, y miró con ojos investigadores á Irene, que estaba temblando á pesar de todos sus esfuerzos por aparecer serena, á esa no la mataremos, no. También se quedará en el campamento, pero viva, para que les cuente lo que ha visto.

La emoción era demasiado grande. Irene abrió un poco la boca y se desmayó. Milosch lanzó una carcajada.

—No se haga usted ilusiones, añadió, serio el semblante, dirigiéndose á Mauricio, que estaba furioso. Podrá ser que su amigo logre dar con nosotros, sí, pero ustedes nos compensarán con su sangre del rescate que trata de escamotearnos.

Mauricio volvió la cara y con toda la impasibilidad que pudo dijo á su hermana:

—No vayas tú también á desmayarte, Zoe. Eso lo dice para asustarnos. No te preocupes por Irene. No creo que le haga daño el quedarse por ahora como está; no ha de proporcionarle placer lo que ese dice.

Zoe, que había procurado acercarse á Irene, cesó en sus tentativas y volvió los ojos hacia los que se veían moviéndose allá abajo, en el fondo del valle. Aquel era, sin duda, el momento crítico, pues los bandidos observaban sus movimientos con extremada atención. Por último, cuando Wylie hubo pasado de determinado sitio, un murmullo de satisfacción vino á demostrar que, en opinión de la partida, el momento de inminente peligro había pasado.

—Ha sido el arroyo lo que le ha hecho perder la pista, murmuró Mauricio. Mucho ha de andar tratando de volver á encontrarla, antes de que se percate del sitio en que nos desviamos del camino.

—¿Pero cómo habrá podido llegar hasta ahí?, preguntó Zoe, á quien habían dejado suelta y que sostenía sobre las rodillas la cabeza de Irene, que poco á poco iba volviendo en sí.

—Por las huellas de nuestras botas, por de contado, dijo Mauricio. Nadie más las usa en estas montañas y no ha llovido desde que aquí nos han subido. Ya le diré yo á Wylie, cuando le vuelva á ver, el concepto que me merece. No tiene derecho á sacrificarnos por satisfacer su inquina contra los bandidos. Tiene ese defecto, es un bicho rencoroso, y le escuece la mala pasada que le jugaron el otro día, cuando fingieron que lo iban á matar.

—¡Mauricio, no digas necedades!, exclamó Zoe, que estaba muy ocupada atendiendo á Irene y hablaba á intervalos. Alguna razón especial habrá tenido para ello. Estoy segura. Podrá ser que les tenga inquina á los bandidos, como dices, pero él hubiera esperado á que estuviéramos en salvo para desquitarse.

—Entonces, ¿por qué ha hecho lo que ha hecho?, preguntó Mauricio.

Zoe no supo qué contestar. Irene se sonrió ligeramente y dijo:

—Zoe le diría, al exhalar el último suspiro: «Sé que no ha sido culpa suya,» y Mauricio: «Oye, bárbaro, todo esto es por tu causa.»

—Y usted, ¿qué diría?, preguntó Zoe algo amostazada.

—Ya usted sabe que para mí no debía llegar la última hora, dijo Irene que, temblorosa, se puso con trabajo en pie apoyándose en la mano de Mauricio; pero yo le diré cuando nos encontremos: «Ya ve usted, amigo, los resultados de un celo exagerado.»

—Eso sería echarle un jarro de agua hirviendo, dijo Mauricio conduciéndola á lo largo de la cornisa que formaba la montaña. Ahora volveré por ti, Zoe, aguárdame. No es extraño que usted se encuentre mal después de haber oído lo que dijo ese tunante.

El campamento les pareció un puerto de salvación después de lo que habían pasado durante la última media hora, y las jóvenes, dando gracias á Dios, se dejaron caer en su lecho de paja. Mauricio se sentó en una piedra á la puerta y trató de distraerlas con su conversación, pero sin obtener gran éxito. Stoyan logró lo que Mauricio no había podido, pues se presentó repentinamente diciendo algo en su propio idioma y arrojó al suelo un par de polainas y otro de abarcas, á los que señaló luego con el índice.

—Manda que me las ponga y le dé mis botas, dijo Mauricio á las jóvenes con voz lastimera. De esto tiene la culpa Wylie, me figuro. El jefe me dice también que esta noche no se duerme, gracias á nuestro amigo.

—Me parece que debemos ir haciendo el equipaje, dijo Zoe cuando Stoyan se hubo ido llevándose las botas.

—Me admira lo bien que discurres, Zoe, exclamó Irene, que no estaba dispuesta á moverse. ¿Por qué no descansas, como yo, todo lo más que se pueda?

—Porque sabe que no le haría á usted ninguna gracia encontrarse sin abrigos ni otras cosas en la próxima parada, dijo Mauricio. Vamos, levántese usted. Podrá usted acostarse en la paja todo el tiempo que nos dejen, pero tenemos que liar las mantas.

Éstas, envolviendo los pocos efectos que les quedaban, fueron la carga de Mauricio; las jóvenes llevaban los capotes arrollados, según Wylie las había enseñado, de manera que les dejaran los brazos libres. Pero cuando les ordenaron que se prepararan para partir, una hora antes de ponerse el sol, los bandidos les hicieron desdoblar los capotes y ponérselos, echándose los capuchones á la cabeza á fin de que, á cierta distancia, no pudieran ser conocidas. Algo les sorprendió el que echaran á andar siendo aún de día, pero muy pronto comprendieron el porqué. Tenían que bajar la rápida pendiente que formaba el lecho del torrente por donde habían subido hasta la cañada, y ni los mismos bandidos querían exponerse á tener que hacerlo á obscuras. Habíase mandado por delante espías que siguieran á Wylie y á la fuerza rumi, á fin de cerciorarse de que no retrocedían: por ellos supieron que la tropa se había alojado en un pueblo cercano para pasar la noche; por lo tanto, se podía sin riesgo emprender la marcha. Bajar el cauce del torrente era bastante peor que subirlo, como lo demostraron los frecuentes resbalones, caídas y chapuzones que sufrieron: así es que llegaron abajo las jóvenes enteramente molidas y mojadas. Sólo las permitieron un momento de descanso para exprimir las faldas, que chorreaban agua; en seguida, á la luz del crepúsculo, echaron á andar á buen paso los bandidos, siguiendo el mismo camino que había tomado Wylie. Conocían ellos aquellos pedregosos senderos y sabían cómo poner el pie en los sitios llanos; pero los prisioneros, que no estaban habituados á andar con abarcas, cada paso que daban era á la ventura, sin saber si les saldría bien ó si se torcerían un pie. Hasta cuando, de tarde en tarde, llegaban á un trecho de camino relativamente blando, no les permitían los bandidos que lo aprovecharan, sino que buscaban cuidadosamente por todos lados hasta encontrar la manera de dar un rodeo por las piedras, á fin de que no quedaran huellas de haber pasado gente por allí después de los soldados. La obscuridad sobrevino y los prisioneros continuaron su camino, tropezando trabajosamente, rodeados de sus guardas, que nunca les alargaban la mano para sostenerlos, sino que los insultaban atrozmente cada vez que resbalaban.

Dejando á un lado la negra honrilla, no tuvieron las jóvenes más remedio, por último, que agarrarse á las mangas de los bandidos que llevaban á cada lado; otra cosa no les era permitido por temor á verse sin los brazos libres en caso de presentarse un repentino peligro; hasta la misma Irene se abstuvo de formular protesta alguna. Después de un tiempo que les pareció ser de muchas y fatigosas horas de estar andando, los bandidos, de pronto, hicieron alto y se agruparon en torno á los prisioneros; dos de ellos, sin hacer ruido, desaparecieron en las tinieblas.

—Vamos á pasar por el centro del pueblo, dijo Mauricio en voz baja. Esos dos han ido á acallar los perros.

—Y si ustedes meten ruido les acallaremos también, murmuró Milosch desenvainando una larga daga.

Algún tiempo se pasó antes de que regresaran los dos hombres manifestando que no ocurría novedad.

La tropa estaba cómodamente alojada en casas y establos, los espías habían reconocido los lugares donde estaban encendidos los fuegos del vivac y colocados los centinelas, y venían seguros de poder llevar á los demás, evitando pasar por ellos, hasta el otro lado del pueblo. Wylie y el oficial rumi estaban en casa del vecino principal. Stoyan, en voz baja, pero enérgica, manifestó cuán conveniente sería llegar sin hacer ruido hasta donde estaban los dos y acabar con ellos. Pero como esto era imposible si los prisioneros habían de quedar bien custodiados, reprimió sus sanguinarios instintos. Los exploradores condujeron la partida por entre chozas y cobertizos, á veces andando á gatas, para cruzar un espacio débilmente iluminado por la hoguera de algún vivac y á veces deteniéndose tras de una cerca para dejar paso á un centinela.

Todos los bandidos llevaban la daga desenvainada, dispuestos á herir en cuanto los prisioneros hicieran el más leve ademán de querer producir alguna alarma; esa precaución fué suficiente. En el pueblo hubieran podido hallar calor, albergue, seguridad y amigos; pero con el corazón oprimido tuvieron los jóvenes que pasar por él y seguir su camino en aquella noche obscura y fría. Estaban ya para entonces tan fatigadas, que los que iban más próximos á ellas tuvieron que envainar las dagas y cogerlas por los brazos para ayudarlas á seguir adelante; para acabar de llenar la copa del infortunio, comenzó á caer una lluvia fría y que calaba hasta los huesos, la que también acabó de poner de malhumor á los bandoleros; empujando y dando tirones sin consideración alguna, hacían seguir adelante á las ateridas prisioneras, murmurando al mismo tiempo invectivas á cada paso.

—Mauricio, diles que no podemos ir más aprisa, exclamó por último Zoe. Vamos á su paso por estos horrorosos caminos, pero no podemos hacer más.

—No es eso lo que les enfurece, contestó Mauricio, que venía detrás. Nos insultan porque por nuestra causa han tenido que abandonar su campamento, tan cómodo y abrigado, para venir andando por estas montañas, á obscuras y mojándose. Dicen que, después de tanto como nos han agasajado tratándonos como distinguidos huéspedes, les estamos pagando con negra ingratitud.

—Cualquiera creería que hemos sido nosotros los que hemos querido venir, dijo Zoe.

—Bueno, hasta cierto punto, nuestra es la culpa, dijo Mauricio. Si no existiéramos en el mundo ni

hubiéramos venido acá, no estarían ahora ellos huyendo de Wylie.

Volvió á reinar el silencio; las maldiciones, dichas entre dientes, era lo único que se oía, además del ruido de las pisadas en los charcos y el caer de la lluvia.

Las jóvenes casi no se daban cuenta de nada por el cansancio y falta de sueño; seguían dado tumbos como si soñaran despiertas. Debía ser cerca de la madrugada, aunque en el negro y vacío firmamento no hubiera aún indicio de ello, cuando los bandidos volvieron á hacer alto al abrigo de un grupo de árboles achaparrados que más bien parecían arbustos; los exploradores se adelantaron para cumplir su misión. Contra lo que se creía, regresaron muy pronto; los informes que traían produjeron una explosión de horribles juramentos.

—Hay soldados apostados en el camino algo más adelante, les comunicó en voz baja Mauricio á las jóvenes. Wylie no sabe lo que ha hecho; en buena nos ha metido. A pesar de todas sus precauciones, nos ha colocado entre dos fuegos.

Por de pronto, parecía que Wylie iba á ser causa de la muerte de sus amigos, pues los bandidos estaban sumamente furiosos.

—Matemos á esos perros europeos, matémoslos para vernos libres de ellos, murmuraban. Nos han traído á este mal paso. Matémoslos y dejemos sus cadáveres aquí, en el camino, para que sus amigos los vean.

Una vez más salieron á relucir las dagas y se sacaron de sus fundas los revólveres.

—¿Por qué no reza usted? ¿Es usted atea?, preguntó Irene á Zoe, interrumpiendo una larga letanía de santos cuyo auxilio imploraba ésta con voz apenas perceptible.

—No, yo también estoy rezando, dijo Zoe, que se hallaba, con bastante extrañeza suya, del todo resignada.

Le parecía la muerte un reposo apetecible después de una noche tan terrible. Pero lo que Mauricio había dicho, en un momento de angustia, con referencia á Wylie, la acongojó. Nunca llegaría él á perdonarse lo que había hecho si algún día llegaba á saberlo. Si uno siquiera de ellos pudiera escapar, ya no sería tan grande su dolor. Incorporóse haciendo un esfuerzo y cogió del brazo á Mauricio.

—Hermano mío, tú podrías escaparte, aun cuando nos mataran á las dos. Puedes correr, el traje no te lo estorba. Armaremos el mayor alboroto que se pueda para darte tiempo á llegar donde están los soldados.

—No seas ave de mal agüero, dijo bruscamente Mauricio. ¿Te parece eso posible? Te pregunto, ¿lo crees posible?

—¡Es tan grande lo que representas! Nosotras nada significamos.

—¿Qué es lo que representa Mauricio?, preguntó Irene con viva curiosidad.

Zoe en parte cayó en la cuenta de su imprudencia.

—¡Ah! Pues bien: es el último, sabe usted, de su apellido, dijo.

—¿El último del apellido Smith?, preguntó inocentemente Irene.

—No, es decir, es el último Smith de nuestra rama, pudo al fin decir Zoe.

Y se echó á reir á grandes carcajadas, hasta que Mauricio la sacudió con fuerza preguntándole si quería hacerles creer á los bandidos que el miedo la había vuelto loca. Parecía que la suerte de los prisioneros había quedado ya decidida, pues Milosch, de quien menos podía esperarse, les defendió. No fué por blandura de corazón, sino que representando como representaba el comité tracio, que dirigía los movimientos de los bandoleros, les pintó, con vivos colores, la cólera y contrariedad que iban á experimentar aquellos augustos señores al enterarse de que los prisioneros, cuyo rescate tanto iba á engrosar sus recursos, habían desaparecido.

—Debe haber otro camino para subir á la montaña, dijo; de modo que podemos dejar este y no tener que acercarnos á esos perros rumíes.

—Lo hay, dijo Zeco; pero es tal, que habrá que subir por él agarrándose con pies y manos y hasta con los dientes. ¿Cómo van á poder efectuarlo las mujeres?

—Las mujeres harán lo que se les mande hacer, dijo Milosch con su diabólica sonrisa.

—De ese modo todo queda arreglado, dijo Zoe cuando Mauricio le hubo traducido dichas palabras. Si nuestras vidas dependen de que subamos allá arriba, ó tan siquiera de que sigamos andando, en ese caso tendrán que matarnos. Mira, Mauricio, tenemos las abarcas hechas pedazos, los pies me sangran y lo mismo le pasa á Irene. No podemos dar ni un paso más, así puedes decírselo.

No hubo necesidad de que Mauricio hablara, porque uno de los bandidos vino á dar parte, lleno de indignación, de que los pies de Zoe habían ido dejando por el camino un reguero de sangre que la lluvia no había hecho desaparecer por completo.

Viéronse todos en el caso de confesar que las jóvenes, efectivamente, no podían seguir adelante. Otra vez se trató de cortar el nudo rápida y eficazmente y otra vez Milosch se interpuso como un *deus ex machina* diciendo:

—¿Dices que esos cerdos rumíes tienen dos centinelas apostados en el camino y que los otros se han refugiado en una cabaña arruinada que hay más abajo? Pues bien: podéis tener la seguridad de que, en cuanto sea de día, los centinelas se irán á reunir con sus compañeros, pues ¿qué hombre en su sano juicio va á estarse aguantando la lluvia pudiendo meterse bajo techado? Ellos no van á creer que tratemos de pasar de día, y si los santos nos conceden que se queden dormidos después de haber comido, podremos cruzar sin que nos vean. Si quieren impedírnoslo, pondremos á los prisioneros de pantalla para guarecernos de sus balas, y así nosotros podremos escapar con vida.

—Muy bien dicho, exclamó el jefe, que veía peligrar la buena parte que le correspondía del rescate. Haremos por lo menos cuanto esté en nuestras manos para que ese dinero no se pierda. Por ahora, quedémonos aquí.

Esta determinación no tenía nada de halagüeña, pues el agua seguía cayendo de las empapadas ramas al encharcado suelo, mojándolo todo. Mauricio tomó á su cargo sacar el mejor partido posible de la situación. Recogió algunas ramas caídas por el suelo y las reunió en el sitio más seco que encontró y pidió á Zeco que le diera un fósforo. Echáronse á reir los bandidos de semejante petición.

—Si quieren ustedes matar á las señoras, lo mejor será hacerlo en seguida, dijo prontamente, como en contestación á su risa, y no dejarlas que perezcan de hambre y frío. Nadie podría, con la niebla que hace, distinguir el humo, aun dado caso de que hubiera quien mirase.

A no haber sido porque aquella petición era conforme á los deseos de los bandidos, probablemente la hubieran negado; pero en la frialdad y malestar que sentían, la idea de hacer una buena hoguera halló favorable acogida, y ellos mismos se dedicaron á recoger más leña y trabajaron con ahinco hasta que hicieron arder las ramas húmedas. No pasó de ser aquel un fuego que daba mucho humo y poca alegría, pero comunicó algún calor á los ateridos cuerpos de las jóvenes; Mauricio puso á tostar en él los remojados pedazos de pan negro y de mohoso queso que les habían tirado y logró que los probaran. Durante la comida habían estado los bandidos conferenciando entre ellos. Stoyan llamó á Mauricio aparte y le habló de una manera razonable y casi fraternal; mucha gracia le hizo á éste la desaprensión con que el otro afirmaba que tenían los dos intereses comunes.

—Usted ve con toda claridad, le dijo, que aquí no podemos quedarnos. Cueste lo que cueste hemos de pasar por entre la tropa que tenemos al frente. Por consideración á sus hermanas nos hemos abstenido de subirlas á rastras por las rocas; así, pues, usted debe obligarlas á que anden un poco más. Que se envuelvan bien los pies con trapos para que no dejen huellas, y una vez que hayamos salido de estos despeñaderos, ya les proporcionaremos caballos. Nos dirigimos á un escondrijo seguro, donde hallarán descanso, comodidades y mujeres que las sirvan. Sin duda usted comprenderá que les conviene más hacer ese pequeño esfuerzo, que no exponerse á que las dejemos muertas en el camino.

—Vaya si lo comprendo, respondió Mauricio después de pensar un momento.

Parecíale evidente que, por el momento, sus intereses coincidían con los de los bandidos, pues toda tentativa para llegar hasta donde estaban los soldados, ó para retrasar la marcha, sería castigada con una muerte inmediata. Volvióse adonde estaban las jóvenes y les explicó la situación; en el acto comenzaron trabajosamente á envolverse los pies con cuanto hallaron á mano, poniendo encima de todo las rotas abarcas. Muy pronto volvió á reunirse á sus compañeros uno de los exploradores, manifestando que los centinelas rumíes se habían reunido con sus camaradas en la casita desmantelada, dejando así franco el camino que iba por arriba.

La marcha se reanudó en el acto; las jóvenes, tambaleándose, siguieron como mejor pudieron una á cada lado de Mauricio, que sólo podía poner un brazo á su disposición. Los bandidos todos habían preparado las carabinas y examinado los cartuchos, y marchaban en una especie de orden abierto, llevando exploradores á vanguardia. De pronto se detuvieron, abriendo la boca involuntariamente de asombro. A su frente, subiendo la cuesta desde la derruída choza, toparon con los soldados rumíes, cuya sorpresa fué tan visible como la suya propia; difícil hubiera sido decir quiénes fueron los que menos esperaban encontrarse con los otros; pero los bandidos iban preparados para el caso, mientras que los soldados no. Llevaban colgados los fusiles para subir con mayor comodidad y marchaban diseminados por toda la ladera. A una enérgica voz del jefe de los bandidos, vieron que les apuntaban las bocas de veinte carabinas; dando un alarido de horror, volvieron las espaldas y huyeron. La mitad de la partida les persiguió, la otra se quedó para custodiar á los prisioneros, disparando los fusiles y dando gritos de júbilo.

La persecución no fué larga; el pito de Stoyan llamó muy pronto á su gente, y dejando uno atrás para que averiguara si el ruido de la escaramuza había llegado hasta la fuerza que estaba con Wylie, siguieron los demás adelante á cierta distancia, hasta que llegaron á un lugar donde dos sendas se juntaban. Uno de ellos se adelantó por la de más abajo, que partía á la izquierda, mientras el resto se dispersaba por entre las rocas á fin de no ser vistos desde el camino.

Milosch, acercándose á los prisioneros, dijo á Zoe:

—Dé al Voivoda un retazo.

Sorprendió tanto á Zoe aquella extraña petición, que se quedó mirándole perpleja; entonces él le señaló con el dedo el vestido. El jubón y falda de franela primorosamente rayada que en un tiempo fué su orgullo, estaban ya en bastante mal estado; la falda sobre todo, que había quedado reducida á una longitud adecuada para trepar montañas.

—Dele usted, Irene, un pedazo de su vestido. ¿No podría usted dárselo?, dijo. A usted le queda más tela que á mí de qué disponer.

—¡Oh, no! Lo quiere del de usted, dijo Irene con viveza. Se figuran que el capitán Wylie la ha de conocer.

Zoe la miró con fijeza, molestada por la falta de tacto que sus palabras revelaban; de mala gana arrancó una tira que colgaba de la falda, entre dos de los remiendos pardos que la había pegado.

Observando luego al jefe con curiosidad, vió que la partió en dos, que con mucha habilidad enredó una en un espinoso matorral que había á alguna distancia, subiendo por el sendero ascendiente de la derecha, y que luego continuó subiendo, evidentemente con intención de hacer lo mismo con la otra algo más adelante. Bien claro estaba cuál era el objeto de semejante maniobra; los prisioneros no supieron si sentir el engaño de que iba á ser víctima Wylie, ó alegrarse de que de ese modo alejaran el peligro de su presencia. Al cabo de algún tiempo, el bandolero que había bajado la cuesta volvió á aparecer trayendo un caballo viejo, muy flaco y casi ciego.

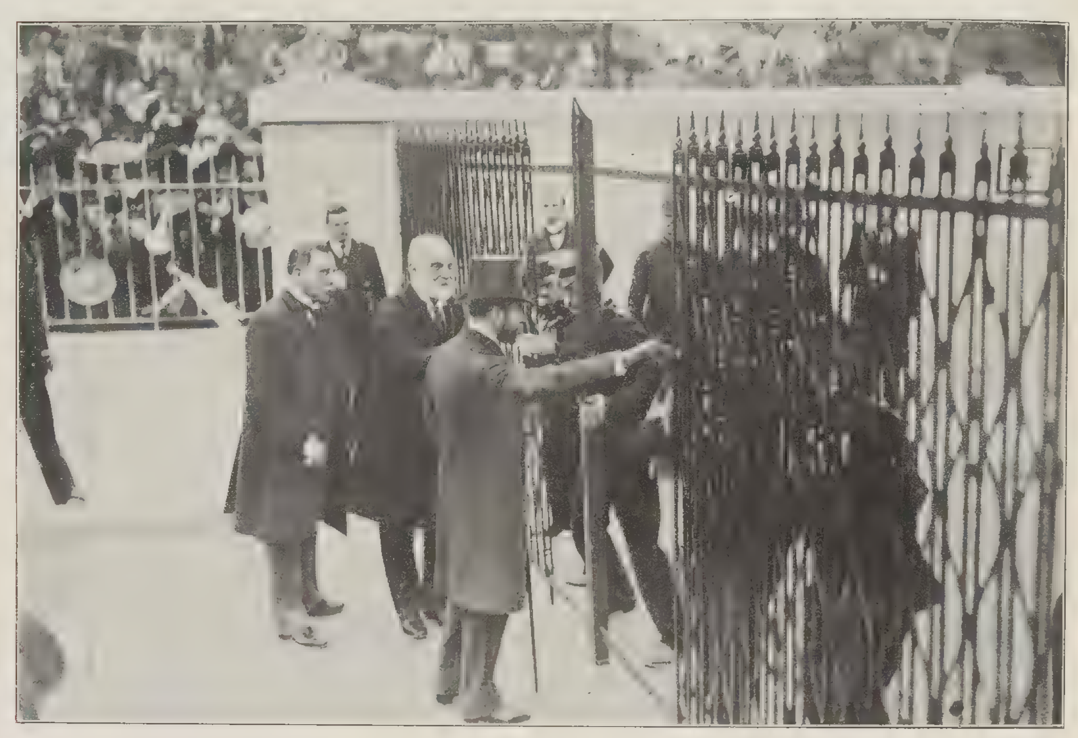
A las jóvenes, sin andarse con más ceremonias, les hicieron montar en él, una detrás de la otra, llevando las mantas colocadas á guisa de silla. Luego les vendaron los ojos, lo mismo que á Mauricio, y comenzaron la bajada, demostrando los bandidos su habitual aversión á los terrenos llanos y blandos, llevando al caballo por los sitios más pedregosos, lo cual podría ser propio de una muy hábil estrategia, pero que era muy molesto para las que lo montaban. Pararon en firme el caballo, recibiendo ellas una sacudida, y oyeron que alguien hablaba con gran calor al jefe. Mauricio se les acercó cautelosamente.

—Es el bandolero que mandaron volver atrás, dijo. Siguió á los soldados que se retiraban hasta que llegaron cerca del pueblo y se encontraron con la fuerza que acababa de salir de él, en esta dirección, conducida por Wylie, quien, como ustedes ven, se proponía explorar todo el terreno, y si los centinelas que estaban en las alturas no hubieran abandonado sus puestos, los dos destacamentos hubieran indudablemente cogido á los bandidos entre dos fuegos. Por supuesto, para nosotros personalmente, mejor ha sido que no haya sucedido así.

Milosch acercóse y ordenó á Irene y á Zoe que se desmontasen. Seguidas de Mauricio, las condujeron, dando intrincadas vueltas y subiendo y bajando escaleras dentro de una torre, por un corral, un granero y una cocina, á juzgar por los distintos olores que fueron percibiendo, hasta que se quedaron sin poder de ningún modo atinar la dirección que habían traído. Empujáronlas por una puerta baja, y de pronto les quitaron las vendas de los ojos. Estaban á obscuras, pero por el hedor comprendieron que aquello era un establo.

(Se continuará.)

LONDRES.—NUEVO TUNEL SUBFLUVIAL DE ROTHERHITLE EN EL TAMESIS



S. A. R. el príncipe de Gales en el acto de abrir con una llave de oro la verja de entrada al túnel de Rotherhitle

(De fotografía de World's Graphic Press.)

Todas las grandes capitales hacen esfuerzos titánicos para facilitar los medios de circulación á sus habitantes. En Londres acaba de inaugurarse un colosal túnel bajo el Támesis que facilita la comunicación con los barrios populares del Este de la capital, sin interrumpir la circulación de los buques y sin necesidad de haber tenido que acudir á medios costosos é imperfectos, tales como los puentes giratorios ó elevables. A la inauguración de este túnel subfluvial, que se efectuó en los primeros días del presente junio, asistieron SS. AA. RR. el príncipe y la princesa de Gales, el primero de los cuales abrió con una llave de oro, y en esto consistió la solemnidad inaugural, la verja colocada á la entrada.

El túnel de Rotherhitle es, indudablemente, el más importante que se haya construído hasta el presente bajo la superficie de un río. Su bóveda, en el punto central, sólo está á siete pies bajo el lecho del Támesis, y como las filtraciones caben en lo posible y, por lo mismo, una inundación, se han colocado bombas movidas eléctricamente para hacer que el agua refluya, á la primera señal de alarma, y las cuales son también utilizadas para la limpieza cotidiana.

La longitud del túnel subfluvial de que tratamos es aproximadamente de dos kilómetros. El diámetro es de diez metros al exterior y de nueve en el interior. La armazón es de hierro. El piso tiene cinco metros de ancho, y á cada lado se han construído aceras de 1'30 metro cada una para los transeuntes. Dos pendientes de poco declive ponen en comunicación el túnel con las calles de cada lado. Para evitar accidentes posibles á los vehículos cargados en pila ó rimero, se ha colocado á la entrada del túnel un aparato avisador en el que se indica á los conductores el máximo de elevación que puede admitir el túnel. En fin, ningún detalle se ha omitido para que la comodidad del tráfico y la seguridad de los peatones fuesen perfectas, á lo que contribuye no poco la iluminación, que se hace por medio de seiscientas lámparas eléctricas de 32 bujías cada una.

Esta importantísima obra, que así reune, en breves momentos y por debajo del lecho, dos puntos de las riberas del río Támesis en que el movimiento á pie y rodado es extraordinario, ha costado á la casa constructora, «London County Council,» la módica suma de dos millones de libras esterlinas, ó sea, aproximadamente, unos cincuenta millones de pesetas.—C.



Vista de la entrada al túnel subfluvial de Rotherhitle

(De fotografía de World's Graphic Press.)

VALLVIDRERA (BARCELONA). - MINA-GROTT

Uno de los sitios más amenos de Vallvidrera, en la vertiente opuesta de la pintoresca sierra que rodea como un cinturón á Barcelona, es el conocido por «el Pantano,» por recogerse en él las aguas de que se surte especialmente Sarriá. La hermosura del paisaje que circuye al tranquilo depósito, y el gran número de fuentes saludables que encuentra el excursionista en cada recodo de aquella hondonada agreste, han hecho de aquel sitio uno de los predilectos de los aficionados á respirar aire puro y á beber cristalina agua. La excursión allí, que antiguamente se hacía en caballería por el atajo, ó, con antorchas, por la mina de 1.500 metros que atraviesa la sierra de parte á parte, se ha hecho recientemente sumamente cómoda y excesivamente rápida, merced al metropolitano en miniatura allí instalado. El coche eléctrico que se emplea para el recorrido es exteriormente de tela metálica, y en su interior caben cómodamente sentadas 32 personas en diez y seis asientos, ó sea dos personas en cada uno. Inútil es decir que reune todas las condiciones de seguridad. Alumbrada espléndidamente por dos potentes reflectores de acetileno, la vagoneta penetra en la mina que atraviesa de parte á parte la montaña por su interior, y que está iluminada por 80 bombillas eléctricas de variados colores que le dan un aspecto fantástico. Emplea en el trayecto (1.500 metros) de 5 á 6 minutos, transcurridos los cuales, y respirando una temperatura fresca agradabilísima, se encuentra el pasajero cómodamente trasladado al pie mismo del Pantano, en medio del pinar, cerca de la típica iglesia románica y de las ricas fuentes de la «Gana,» de la «Teula,» de la «Manigua,» de «Mas Gimbau,» de «Llavallol,» etc., etcétera, que tanto aliciente tienen para jiras campestres, é inmediato á un hotel que allí se ha construído para los que aun en el campo son amantes de la comodidad.

El metropolitano en miniatura y todas las obras necesarias para su instalación han sido realizadas según proyecto y dirección del ingeniero D. Carlos E. Montañés, y es la primera etapa del desarrollo del plan que tiene proyectado para instalar en ambas vertientes de la montaña, junto á las bocas del fantástico túnel, gran número de atractivos que lleven allí al público necesitado de oxígeno y de esparcimiento.

(Fotografías de A. Merletti.)



Vallvidrera. — Atajo escalonado que conduce á la entrada de «Mina-Grott»

Vallvidrera. — Vagoneta eléctrica, capaz para 32 personas, que se utiliza para el recorrido de «Mina-Grott»



Roma.—Clausura de las fiestas deportivas celebradas en la quinta Umberto I (antes quinta Borghese). (De fotografía de Carlos Trampus.)

Las fiestas deportivas celebradas en los hermosos jardines de la quinta Umberto I, antes quinta Borghese, de Roma, con asistencia de los soberanos italianos, que pocos días antes (el 23 de mayo) habían también concurrido allí para inaugurar el magnífico palacio en donde se ha instalado el Instituto Internacional de Agricultura, fiestas á las que han asistido representantes de las principales asociaciones gimnásticas italianas, y en las que SS. MM. distribuyeron los premios, teniendo palabras de encomio para los vencedores, han tenido digno remate el día 2 de junio con el desfile ante SS. MM. de los aficionados que en ellas han tomado parte, y de la grandiosidad del cual da perfecta idea, mejor que pudieran hacerlo nuestras palabras, el grabado que encabeza estas líneas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 29 de junio de 1908 — Núm. 1.383

SALÓN DE LA SOCIEDAD DE ARTISTAS FRANCESES. PARÍS, 1908



ENRIQUE ROCHEFORT,

retrato pintado por M. Baschet, una de las obras más notables que figuran en el Salón

(Publicación autorizada.

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Cerca de dos meses llevamos invertidos en solemnidades y celebraciones. La racha de festejos dura en Barcelona desde principios de mayo, habiendo tenido una cosa de particular, á saber: que así los dedicados al quinquagésimo aniversario de los Juegos Florales, como los del Centenario de Jaime *el Conquistador* y de la guerra de la Independencia, consistieron generalmente en cosas de provecho y que dejan rastro. Han dado más que hacer al erudito y al tipógrafo que al adornista y al pirotécnico, y se puso un empeño muy laudable en preferir la substancia al ruido y á la ostentación. Hubiera sido relativamente fácil urdir un programa de números callejeros y consumir la pólvora en salvas, esto es, en iluminaciones, colgaduras y mástiles con gallardetes. Las costumbres evolucionan, y con semejante evolución el gusto se depura y hace cada vez más exigente.

De esta manera y sin ruido, el 50 aniversario de los Juegos Florales deja como recuerdo perenne, entre las frondas del Parque, el busto de Milá y Fontanals y el de Emilio Vilanova; colocada en Vilafranca del Panadés la primera piedra del monumento al insigne autor de *Los Trovadores*, honrada icono gráficamente su memoria en la Universidad, de la cual fué timbre de honor; pagado en Folgarolas análogo tributo á un poeta insigne con la lápida conmemorativa del nacimiento de Verdaguer, y magníficamente consagradas las empresas literarias del doctor Milá y de su tiempo en la *Semblanza* leída en el Ateneo Barcelonés por el gran Menéndez y Pelayo, ejecutoria y monumento definitivos de un varón tan insigne como modesto y de un renacimiento espiritual tan sorprendente.

* * *

No bien se había salido de esta etapa cuando se entró en la segunda, más especialmente dedicada al centenario de Jaime I *el Conquistador*. Se procuró también que quedara perpetua memoria de esta solemnidad, y ella está asegurada con la inauguración de las nuevas salas del Museo, instalado en el que se llamaba palacio de la Reina Regente. En el espacio de tres ó cuatro años el Museo Decorativo y Arqueológico ha recibido un extraordinario empuje, equivalente, casi, á una verdadera fundación. Adquisiciones de gran importancia, donativos y depósitos de sumo interés enriquecen ahora las colecciones instaladas en aquel edificio, pendiente de ampliación con las dos grandes alas que en la actualidad se construyen. Lo que la Junta autónoma de Museos, creada por el Ayuntamiento de Barcelona y subvencionada también por la Diputación, ha hecho en estos últimos años; las dificultades vencidas; los elementos aportados; la labor oculta que supone, así la adquisición como la ordenación, y el haber elevado á aquel establecimiento desde la rutina simplemente municipal y provinciana al esplendor de las instituciones dignas de una gran capitalidad, que corren en otros países á cargo del Estado y son objeto preferente de su acción tutelar de la cultura; todo eso quedó de manifiesto el día de la inauguración, mientras la concurrencia invadía las nuevas salas.

No es preciso dar de ellas especificada noticia en esta crónica por haberles dedicado ya La Ilustración Artística, en anteriores números, copiosa información gráfica y explicativa. Basta darse un paseo por la sala de Armas, por la de Vidrios, por la de Pintura y Escultura góticas, por la dedicada á Viladomat, por la de Dalmau, por las de Tejidos, Cerámica y Monedas, por la de Jaime I, para que se comprenda cuanto llevo dicho y se haga imagen y tome apariencia corpórea la antigua civilización catalana. Ella nos habla con voz inconfundible á cada paso, á través de cada vitrina, desde los venerables antipendios románicos, desde las viejas tablas trecentistas y cuatrocentistas, en las lápidas, en los sellos, en los brocados, como una lección de cosas interminable y llena de confidencias, de la cual resulta clara y limpia la línea general de una nacionalidad artística hasta hace poco negada ó desconocida.

Lo recogido quedará como foco de atracción permanente y, cada día, hará más difíciles las evasiones de los tesoros artísticos y arqueológicos que no hayan sufrido ya los efectos de la continua almoneda con que España ha ido desprendiéndose de las reliquias de su glorioso pasado. Y esta obra de concentración se ha conseguido y se va consiguiendo sigilosamente, tortuosamente á veces, ó como si dijéramos á hurto y escondidas de la ley, del reglamento y hasta de la opinión callejera, ya que—forzoso es decirlo—la cultura no ha sido nunca popular y, generalmente hablando, es necesario que la introduzca una minoría en beneficio de todos, pero contra todos. Así se introdujo también el consumo de la patata, alivio del pobre, y la vacuna, don de Jenner.

* * *

Del viaje á las islas Baleares organizado por el «Centre Excursionista de Catalunya» dijeron maravillas los periódicos al reseñarlo y las repiten privadamente cuantos tomaron parte en él. Esa fué también otra gran lección de historia viva, de historia plástica, con que iluminar y completar el texto de las crónicas y documentos, al seguir costa á costa ó sobre el terreno el itinerario de la primera conquista de Don Jaime, tomando conocimiento del rico florón añadido á su corona. La expedición realizada á bordo del vapor *Balear* formará época entre las más señaladas del «Centre Excursionista» y depara la ocasión de reflexionar sobre la benéfica influencia que esta sociedad y sus predecesoras han ejercido en Cataluña. El excursionismo, con el orfeón y el teatro, han sido los instrumentos de acción popular en la restauración catalana y los medios más eficaces para devolver á un pueblo adormecido la conciencia de su propia vitalidad. Cosa de veinte años hace que el inolvidable Ixart dedicó un importante y nutrido estudio á semejante tema. Desde entonces la labor del «Centre Excursionista» ha sido, si cabe, más intensa, más sostenida, mejor orientada, especializándose y dividiéndose en ramas y direcciones múltiples, separando la arqueología de la geografía, la simple exploración pintoresca del viaje de estudio y atesorando ricos materiales de toda especie que ofrecer á la diligencia del hombre de gabinete.

Hubo un tiempo ominoso, que recuerdan no pocos vivientes, en que la parodia, la «gatada,» la «gresca,» parecían ser los únicos caracteres de la exterioridad social en Barcelona. Fué la época de oro de las sociedades humorísticas, del *pitarrismo*, de los carnavales aparatosos; unas décadas consagradas á cierto buen humor sensual y escéptico, en los mismos años del miriñaque y como repercusión del cancanismo del segundo Imperio francés. Nuestra sociedad parecía presidida, en ciertos aspectos, por una divinidad burlesca, por un genio glotón, entre Momo y Gambrinus, que inspiraba ocultamente arte, teatro, caricatura, periodismo festivo... Todo esto ha pasado, por fortuna. Las excursiones no son ya simples francachelas ó *costellades* junto á las fuentes tradicionales, ni subidas á Montserrat amenizadas por un *plaga*, un *tranquil* ó un profesional cualquiera de la chocarrería alegre y de la guasa incivil. Una noble curiosidad ha sucedido, en gran parte, á todo esto. Se viaja mucho más; Cataluña es mucho más conocida; se han hecho familiares infinidad de rutas antes ignoradas y peligrosas; todo está hoy explorado, y la naturaleza y la historia, el suelo, el subsuelo, la flora, los vestigios arqueológicos, hablan al viajero y le interesan. El espíritu general se ha afinado y elevado; y esta obra de espiritualización bienhechora se debe á la constante y fecunda influencia del excursionismo.

* * *

También en Igualada y Manresa se ha dejado sentir ese prurito de finalidad educativa por lo que respecta al centenario de las memorables acciones del Bruch, que motivó el viaje de los infantes don Fernando y doña María Teresa, agasajados en aquellas dos ciudades y en Barcelona, durante su estancia, de la manera más efusiva. Igualada y Manresa han organizado, amén de los festejos conmemorativos de tan heroicos combates, sus respectivas exposiciones históricas, reuniendo en breve plazo una importante colección documental y de indumentaria muy á propósito para dar al visitante una sensación viva de la época y del espíritu que se trataba de evocar. En ninguna parte como en Aragón y Cataluña tomó la resistencia contra el invasor caracteres tan duros y obstinados, durante la campaña de 1808 á 1814. En ningún lado se registraron sitios como los de Zaragoza, Gerona y Tarragona, terminados los primeros por honrosa capitulación y el de Tarragona con los horrores de un asalto y matanza cuyo solo recuerdo estremece. Las acciones del Bruch tuvieron el privilegio de llamar la atención de Europa sobre el primer contratiempo sufrido por las águilas francesas en diez años de continuos y asombrosos triunfos.

La institución espontánea, indisciplinada y libre de los somatenes detuvo por primera vez en las asperezas del Bruch y en las calles de los pueblos de tránsito, como Arbós y Esparraguera, el torrente impetuoso de las tropas imperiales. Las campanas se rajaron tocando á rebato, sin cesar, durante días y noches enteras, y las gacetas de los más lejanos países reprodujeron en infinidad de lenguas y para diversidad de gentes las relaciones de los combates entre las más aguerridas legiones de Napoleón y los temerarios é irreductibles *brigants* que en el alborear del siglo XIX ofrecían al mundo como una reaparición de la indómita, temeraria bravura del primitivo fondo ibero ante la agresión de fuera, haciendo abstracción de todo cálculo, de toda apreciación del éxito final, de toda comparación de ventajas y desventajas, en la desesperación suprema y casi diríamos ancestral del vencer ó morir.

* * *

Durante la estancia de los infantes en Barcelona fué inaugurado solemnemente el Palacio de Justicia, con asistencia de aquéllos, pasando allí la Audiencia que había vivido instalada en el llamado Palacio de San Jorge, recuperado ahora por la Diputación. El edificio inaugurado viene á enriquecer la serie de construcciones modernas de que, con tanta justicia, se envanece Barcelona, y después de la Universidad y la Aduana, va señalando el avance que aun los mismos organismos de un Estado perezoso y anémico, como el nuestro, tienen que dar, quieras que no, respirando la atmósfera estimulante de una ciudad progresiva y obedeciendo á las presiones y excitaciones que aquí, por todos lados, le cercan y empujan.

No bien apagados los marciales acordes de las músicas y los aplausos con que fueron despedidos D. Fernando y doña María Teresa, y no habiéndose despedido de Barcelona el ministro de Gracia y Justicia y el subsecretario de Instrucción pública que aquí habían venido para representar al gobierno en alguna de tan diversas solemnidades, han dado comienzo las sesiones del primer Congreso de Historia de la Corona de Aragón, dedicado especialmente á Jaime I y su siglo. Este Congreso ha dado ocasión á que se congregaran, personalmente ó por envío de trabajos y comunicaciones, las tres ó cuatro pléyades de investigadores y eruditos que en Cataluña, en Valencia, en Zaragoza y Mallorca se afanan asidua y pacientemente en excavar la ruina sepultada, en descifrar el pergamino, en clasificar la moneda, en establecer el hecho dudoso, en exhumar el alcázar hundido de toda una nacionalidad histórica durante cuatro siglos perseguida de la adversidad y antagonismo del tiempo.

Esa adversidad ó conflicto con la época diríase que se ha ido resolviendo por sí misma; y el santo que se le había vuelto de espaldas se le pone de cara actualmente, recobrando esta España obscura, silenciosa y supeditada, un brío y vigor sorprendentes. La historia es aquí algo vivo, que nos interesa como llave de resurrección y existencia nueva. Los historiógrafos y eruditos no son simples sepultureros que entierran y guardan el cadáver de lo que fué; ellos, por el contrario, son reanimadores y taumaturgos que del contacto con los infolios y diplomas sacan ansias de vida y de grandeza ideal y las comunican á su pueblo... Mas veo que se acaba el espacio disponible y debiera mencionar muchas cosas. La cabalgata histórica, que habrá salido ya cuando esta crónica aparezca; la retirada de los diputados y senadores solidarios y la Asamblea de representantes de Cataluña, á la cual someten la cuestión de confianza; la aprobación casi inesperada del presupuesto de cultura por la Junta municipal de Asociados; todo esto son cuestiones que dejo en el tintero para ocasión próxima, y que hacen de estos días unos días emocionales y vibrantes.

Miguel S. Oliver.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.)



Mallorca.—Vista de Miramar

III

MIRAMAR: PAISAJE Y LEYENDA

Saliendo de Deyá hacia Valldemosa el paisaje se agranda; deja de ser episódico y lindo para cobrar una majestad lujosa y rozagante. El camino sigue corriendo á media ladera y divide como una cinta blanca la espesura de los bosques que descienden hasta el mar, en rápido declive, y suben hasta la cima de los montes sonrosados. La carretera se desliza entre ambas frondosidades, más como avenida de parque que como prosaica vía de comunicación, en suaves curvas y revueltas, con pretiles cuidados, bajo el dosel de las encinas y las guirnaldas de madreselva, entre muros de contención, estribos primorosos y bien perfilados bordillos. En la arista de los muros se cimbrean tenues florecillas, graciosas y aladas, como un festón ó cenefa decorativa; la hiedra suspende sus cortinajes invasores y advierte de la presencia del agua que baja por ocultas venas, saltando acá y allá dentro del tazón empotrado en la pared para refrigerio de los caminantes. La nota de aseo, de aliño, de limpieza exquisita en líneas y tonalidades, es la que da carácter á aquella naturaleza ante la cual se nos entran tentaciones de cantar un laudes y decir: *tota pulchra*.

Difícilmente se podría encontrar otro rincón que, como Miramar, ostentara los rasgos de tan inconfundible aristocratismo. Los árboles no tienen allí otra misión que la de crecer, en divina ociosidad, para deleite de la vista. Su objeto no es la cosecha, ni el fruto, ni la madera, ni la poda, ni ninguna suerte de beneficio material. Forman una vegetación opíparamente sostenida tan sólo para regalo de los ojos, sin que deba agotarse en los esfuerzos de la producción, sin que revele idea alguna de propiedad, de lucro, de sordidez. Hasta los árboles de prosapia más humilde, sustentados por un humus rico, por una tierra sin esquilmar, por sus mismos despojos que se amontonan sin que nadie se los dispute, parecen tener noción de su propia molicie formando como una aristocracia forestal, cuyo fin no es el trabajo, sino el embellecimiento y la elegancia. Así los encinares toman, sin intervención alguna de la mano del hombre, aspectos fantásticos y decorativos de selva legendaria, —selva de caza de halcones—con claros y plazoletas, bajo altas bóvedas de ramaje, á propósito para que allí pudiese descansar y solazarse la espléndida cabalgata de un Enrique *el Pajarero*. Los pinos, los vulgares pinos marítimos, crecen con bravía frondosidad y llegan á transfigurarse, adquiriendo formas de alerces, de tuyas, de coníferas suntuosas, y ofreciendo, en la distancia, suavidades y tornasoles de felpas y terciopelos, de áureas cabelleras descrenchadas, entre las cuales destacan sobre el vibrante azul del cielo, sobre la turquesa líquida del mar, los templetes, las rotondas, los miradores, las balaustradas y *verandes* que una mano próvida ha hecho surgir en todo peñasco avanzado y en toda situación interesante ó en apariencia inaccesible.

Desde estas alturas se descubre un segmento de mar extensísimo, grandioso. Los mayores transatlánticos, los inmensos acorazados, pasan alguna vez por allí y hacen el efecto de una pobre nuez flotando en el azul, en el infinito, en el silencio. Viendo el mar á pico ó casi perpendicularmente se hace uno la ilusión de que puede alcanzarle tirando una piedra. Observa cómo rompen las espumas sobre la playa, en el seno de las calas armoniosas, deshaciéndose en encaje inmaculado; y, no obstante, el rumor de la marea no asciende hasta allí ó sube con remota, lejanísima resonancia. El mar es diáfano; parece un enorme cristal puesto sobre los fondos, en los cuales se extienden blancuras de arena, misterios de vegetación subacuática, manadas de delfines ebrios de alegría, conglomerados de rocas con la verde fosforescencia de la esmeralda. Es un mar de tritones, de cisnes, de nereidas, de carnes de nácar, ante el cual aguarda el artista la aparición de un mito nuevo, una reencarnación de la cipria diosa, como un nuevo florecer de la belleza inmortal que rejuvenece al mundo por siglos y por edades... La costa se va prolongando hacia Bañalbufar, en una sucesión espléndida de calas virgíneas y de cabos y promontorios escalonados en distintos planos visuales y con diferente coloración: el primero de un rojo intenso, el segundo de rosa pálido, el tercero opalino; de ónice, de ámbar, de neblina luminosa los siguientes, formando una perspectiva interminable de grandes navíos fantásticos cuyas proas aparecen, de distancia en distancia, unas detrás de las otras.

A este esplendor y lujo inusitado de la naturaleza, que nada envidia á las «cornisas» y *côtes d'azur*, hay que añadir un gran prestigio espiritual. Con este paisaje se ha ido combinando, á través de seis siglos, el alma oculta de la leyenda. Estos bosques y laderas representan algo más que un simple territorio interesante, de hermosura inanimada y pasiva. Por ellos han pasado, á grandes ráfagas, la poesía, la emoción. Espíritus insomnes y atormentados han enriquecido este lugar con el perfume de su alta existencia y con el florecer de sus ideales ó de sus pasiones devoradoras. En la sombra de las florestas, en el susurro de los árboles, en el gemido del viento, flota, como algo inefable, una confidencia de los extraordinarios prodigios y exaltaciones de la vida que les cupo presenciar y de los cuales se impregnaron como de un inextinguible aroma. El viajero culto, discurre por aquellos andurriales bajo la presión de esa atmósfera de recuerdos; y el *genius loci* obra en él con poderosa insinuación y eficacia de complicidad y medianería para el amor divino y para el amor humano, para la maceración y para la embriaguez de los sentidos, para el arrobamiento del alma anegada en Dios y para el coloquio de la pasión furtiva ó trágica que se recata de las gentes.

Allá, en las postrimerías del siglo XIII, escogió Raimundo Lulio ese nido de águilas para su propia soledad y para el colegio poliglota, donde, como en un castillo de excelsa y generosa caballería, fuesen preparados los paladines de la cruzada espiritual é incruenta que constituyó, á la par, el impulso y el fracaso glorioso de su vida. La ermita de la Trinidad, algo más abajo de la actual carretera, en el sitio que ocupa ahora el palacio archiducal; las ermitas viejas, arriba, separadas de todo comercio mundano con los devotos que á la primera llegaban en romería; el bosque entero de Miramar, su silencio augusto, sus noches estrelladas, alientan y palpitan en aquella utopía novelesca que tituló *Blanquerna* el sublime visionario y en la cual engarzó, como eco medieval del Cantar de los Cantares, el *Llibre d'Amic e d'Amat*, primera aparición de la mística en una lengua romance española y primer florecimiento del espíritu franciscano. Pocas veces existirá conexión tan íntima entre un poema y un lugar, como la que se advierte entre los diálogos del Amigo y del Amado ó los capítulos de *Blanquerna* y esa comarca valldemosina: de suerte que el libro parece emanación del paisaje, y el paisaje comenta é ilumina el libro con luz interior

por nada substituíble. El cántico luliano está adherido tan indisolublemente á las costas de Miramar como el epitalamio salomónico al valle de Hebron, á las laderas del Galaad y á los viñedos de Edgadi.

Desde entonces no se ha interrumpido un punto la cadena de prodigios y maravillas espirituales de que ha sido teatro aquella ribera, refugio de contemplativos y penitentes, de estudiosos y enamorados, de artistas y proscritos ilustres. En su silencio prosperaron las cátedras de lenguas orientales y retumbó la voz de una nueva filosofía. Al venerable y desaparecido monasterio llegó un día, por escabrosos caminos de herradura, maese Gaspar Calafat, arreando las cansadas acémilas que transportaban á aquellas soledades los modestos enseres de la imprenta que empezaba á asombrar al mundo. Allí gimieron los tórculos, por primera vez en Mallorca, durante las gloriosas postrimerías del siglo XV, tan llenas de prodigios y maravillosas novedades. Cosa de un siglo después toda la comarca se perfuma de santidad, de milagro y de hechizo virginal con la vida de una doncella, de una niña extraordinaria, formada en el plantel de las Catalinas de Siena y de las Teresas de Jesús. Humilde flor de un predio de montaña, el lirio de Son Gallart es el alma ingenua, creyente y enamorada de Dios que pasa el rosario por los senderos de Miramar deshojando ramas de mirto y que, desde el alto cerro, oye la misa de la Catedral, á cinco leguas de distancia, haciéndosele transparentes los muros de la basílica en el éxtasis de la elevación. Así la Beata valldemosina, la celestial Catalina Thomas, trasplantada al claustro de Santa Magdalena, dejó una fragancia de sencillez y de suavidad campesinas que constituye el alma contemplativa de la vieja Mallorca y que todavía sorprende al viajero en el pozo rústico, y en la cueva, y en el molino, y en los lugares todos señalados por la tradición como elementos episódicos de aquella purísima existencia.

Pero vienen tiempos nuevos. Jovellanos, entre el desquiciamiento de una época y el incierto alborear de la revolución, pasea, durante un corto período, por las espesuras de aquella costa la nobleza de su destierro. Todavía aquel paisaje no ha hablado á un alma moderna. Todavía Chateaubriand no ha dotado á la literatura del sentido de lo grandioso; y Jovellanos se limita á expresarnos una impresión placentera, ó solemne, á lo sumo, y el reposo de sus pláticas con los santos varones de la ermita ó con los «silenciosos hijos de San Bruno,» en la cartuja del pueblo. M. Laurent no da tampoco en su viaje, hecho según la moda de los *magasins* ó álbums á la inglesa, más que atisbos ó indicios de las descripciones é interpretaciones futuras. El tema queda íntegramente reservado á *Jeorge Sand*. Cuando la famosa escritora llega allí, en compañía de Chopin, ¡qué mutación en el mundo!, ¡qué cambio en lo que se llama ahora «tabla de valores:» valores filosóficos, religiosos, estéticos, políticos! Aquellas frondas que sólo habían cobijado arrobos místicos y no habían visto cruzar sino sayales de penitente, figuras lívidas y demacradas por la maceración y la abstinencia, se abrieron á la profanación, á los aromas impuros, al rastro de las elegancias mundanas y pecadoras, á los coloquios de la pasión romántica, al sacrilegio, al satanismo de todas las rebeldías espirituales y sociales. La misma naturaleza de donde surgió el cántico luliano sirvió de fondo á las correrías de Aurelia Dupin, sueltos al aire los cabellos, y á las páginas apostáticas de *Spiridion*. La misma quietud de la cartuja fué alterada á las más altas horas de la noche por la mano convulsa del doloroso polaco obstinándose sobre el Pleyel en los tanteos de su *Tempestad*.

Treinta años después, un joven príncipe extranjero, el archiduque Luis Salvador de Austria, abordó á aquellas costas, adquirió aquellos predios, reconstruyó aquellas ruinas, cruzó de atajos y senderos las selvas impenetrables, puso miradores en toda altura y tendió puentecillos para llegar á los peñascos aislados. Reintegró en una sola propiedad el grandioso panorama, y desde entonces este sitio pertenece á los más interesantes que puede ofrecer Europa al artista y al viajero. En sus olivos añosos, retorcidos y fantásticos pudo encontrar Doré el elemento inicial de sus ilustraciones de la *Divina Comedia* y del Nuevo Testamento. Poetas, pintores, escritores, viajeros, reinas de la belleza y de la moda han buscado la «sensación de Miramar.» Allí acude un día Richepin, el poeta de las *Blasfemias*, y otro llega Verdaguer, el poeta de los *Idilis*, para revivir en las alturas de la ermita el llanto generoso de *Blanquerna* contemplando la bóveda estrellada. Allí han acudido los más preclaros representantes de la pura musicalidad española: Albéniz, Sánchez Arbós, Granados, Casals, buscando el eco y la sombra del gran autor de los *Nocturnos* y el eco y la sombra de un originalísimo violinista noruego, Ole Bull, que también, allá por 1838, al tiempo que Chopin, se enamoró de la isla y nutrió de belleza un alma nacida para descubrir la originalidad, como que después tuvo el mérito de haber adivinado y subvencionado á Ibsen y Grieg. Allí escrutó los lejanos horizontes con su monóculo de estilista Mauricio Barrès, cruzándose casi con una silueta augusta á la cual, andando los años, había de dedicar una página emocionante.

En efecto: la emperatriz Isabel de Austria, «la rosa de Baviera,» única entre las más grandes *fascinatrices* de su tiempo y en torno de cuya figura, llena de encanto y de elegancia suprema, se cernió un destino trágico, fatal, vagó por aquellas soledades á esconder su ensimismamiento, la grandeza de una adversidad que le arrebató á su cuñado Maximiliano en Querétaro, á su primogénito en un terrible drama amoroso, á su hermana en el incendio del Bazar de la *Charité*, á sus más próximos entenados, como Luis de Baviera, arrastrados por las ráfagas de una locura wagneriana. Y aquella mujer tan admirada y adulada como infeliz; aquel Hámlet femenino de cuyo monólogo vino á hacer Barrès el resumen (en la introducción al extraño y bellísimo libro del joven Cristomanos), destacó sobre el horizonte, en las rotondas y belvederes de Miramar, bajo la eterna sombrilla roja y escondiendo la cara tras del abanico abierto, para hurtarla á la curiosidad y admiración insaciable que había producido en las muchedumbres. Allí refrescaba sus impresiones de Corfú y sus plácidos entusiasmos poéticos del *Akileyon*...

Todo ese cúmulo de recuerdos y sugestiones palpita en el paisaje; de suerte que al viajero, al regresar de su excursión, no sólo le parece haber visitado un exquisito fragmento de la naturaleza, sino haber oído susurrar en sus bosques y en sus auras la misteriosa confidencia de tantos espíritus, de tantos dolores, de tantos anhelos, de tantas fiebres.

MIGUEL S. OLIVER.



Palma de Mallorca.—Sepulcro de la beata Catalina Thomas

EL LAGO DE NEMI. — FRUTA DE ORO, CUADROS DE ENRIQUE SERRA, ADQUIRIDOS POR D. J. ROVIRA PALAU.

Los dos cuadros que reproducimos en la página siguiente forman parte de los nueve lienzos de caballete que ha expuesto recientemente en el Salón Parés el distinguido pintor Enrique Serra, quien en estas obras atestigua una vez más su noble empeño en dar á conocer los encantos que ofrece el país en donde hace años reside y su habilidad y maestría en reproducir los hermosos contrastes de la naturaleza. El artista á que nos referimos y la labor que realiza merecen diversos conceptos de la crítica, cual todos aquellos que se separan de la vulgaridad y logran que su producción se singularice y distinga; mas todos, aun aquellos que se hallan afiliados á esas novísimas escuelas que combaten la minucia en la ejecución, convienen en que nuestro amigo es un verdadero poeta, un cantor de la naturaleza y un pintor habilísimo, dueño de la paleta, en la que amasa esas tonalidades admirables, esos efectos de luz que avaloran el tema reproducido, prestándole mayor atractivo, gracias á ese algo que aportan el sentimiento y la maestría del pintor.

Los dos cuadros de referencia han sido adquiridos por D. J. Rovira Palau para formar parte de su ya interesante colección, y constituyen otros dos bellísimos recuerdos de ese país, que de modo tan agradable ha reproducido el artista, dando á conocer sus bellezas y contrastes.

LONDRES

EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA

Las exposiciones de cuadros y esculturas que anualmente celebra en Londres la Real Academia son universalmente famosas porque á ellas acuden los más renombrados artistas ingleses, exponiendo cada uno de ellos lo mejor de lo que durante el año ha producido.

Algunas de las principales obras que en la exposición de este año han figurado las iremos reproduciendo en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, comenzando á publicar en el presente número tres de ellas, de género distinto, pero igualmente bellas. *Duelo á muerte*, de Padday, se caracteriza por la solidez de la composición y por la firmeza del dibujo; las figuras tienen una expresión admirable y la rudeza de la escena se armoniza perfectamente con la grandiosidad del lugar en que se desarrolla. *Sentencia de muerte* es una pintura magistral; el ilustre Collier ha puesto en ella toda su alma y todo su talento, y así han resultado los dos personajes, el médico y el enfermo, dos verdaderas creaciones. *Circe* es de una poesía encantadora; la hija del Sol y de Persea aparece en la deliciosa isla, que era su mansión, esperando á los héroes á quienes convertía, con sus filtros, en fieras después de haberlos atraído y cautivado con sus cantos.



EL LAGO DE NEMI, cuadro de Enrique Serra, adquirido por D. J. Rovira Palau



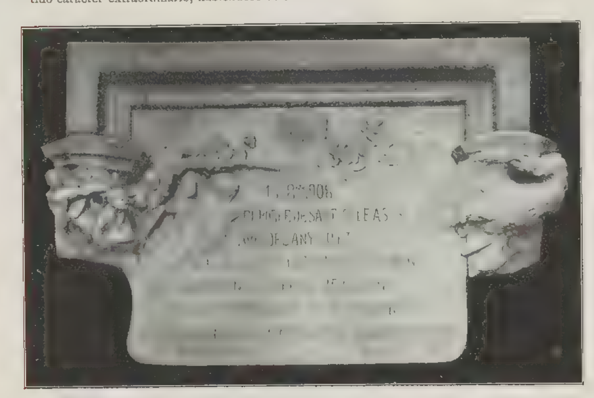
FRUTA DE ORO, cuadro de Enrique Serra, adquirido por D. J. Rovira Palau

EL CENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN SANT ISCLE DE VALLALTA (BARCELONA)

El general Duhesme, que tenía atemorizadas á las poblaciones de la comarca levantina catalana, dispuso el día 25 de junio de 1808 que fuese arrasado el pueblo de Sant Iscle de Vallalta, para vengarse de las acometidas que el somatén del mismo había realizado contra el ejército francés. Ante este peligro, los habitantes de aquél imploraron la ayuda del cielo, y una tempestad terrible hizo fracasar los siniestros designios de los invasores.

Desde entonces, todos los años se celebran allí solemnes fiestas religiosas, en acción de gracias; y en el presente, con motivo del centenario de aquel suceso, dichas fiestas han revestido carácter extraordinario, habiéndose celebrado además otras de carácter cívico, como la colocación de una lápida conmemorativa, regalo de D. Ramón de Montaner, y la entrega de una bandera al somatén de la población, regalo del niño Ramón Cammany y de Montaner. La lápida, en que está bellamente simbolizado aquel hecho, ha sido esculpida por el Sr. Masana, y la bandera ha sido bordada por D.ª Julia de Montaner de Cammany, ambas según el artístico proyecto y bajo la entendida dirección de D. Ricardo Cammany.



Lápida conmemorativa del heroísmo de los habitantes de Sant Iscle de Vallalta en 1908. (Fotografía de Merletti.)

BARCELONA.—CONCURSO HÍPICO

Aunque poco favorecido por el tiempo en los dos primeros días, el Concurso Hípico ha congregado este año, lo mismo que en los anteriores, á lo más selecto de la sociedad barcelonesa. En los palcos y tribunas lucían nuestras elegantes bellísimas *toilettes*, ofreciendo con este motivo la Plaza de Armas del Parque, en donde se ha celebrado la fiesta, brillante aspecto. En las «Pruebas de obstáculos,» premio Parque, para caballos montados por españoles ó extranjeros con más de un año de residencia, fueron premiados el caballo *Vendéen*, del duque de Andría, montado por el Sr. Bustos; *Kusoki*, del Sr. Niquet; *Lutteur*, de D. Fernando de la Gándara, y *Clear-Gleen*, del Sr. Bustos, montados los tres por sus respectivos propietarios. En la carrera de obstáculos *Omnium* se disputaron los premios veintinueve caballos, habiendo efectuado el recorrido en menos tiempo: *Abricot*, del Sr. de Rovirá; *Montjoie*, de don Paulino de la Cruz; *Aza*, del teniente Sr. Balmori; *Inkerman*, que montaba el Sr. Martí de Olivares; *Vendéen*; *Júpiter*, del teniente francés Sr. Escarré; *Clear-Gleen*, *Lutteur*; *Mellado*, del teniente Sr. Balmori, y *Giroflá*, del teniente francés Sr. Marsol. Para la prueba de obstáculos nacional-militar se habían matriculado 31 caballos. Fueron vencedores de entre ellos: *Humato*, montado por el teniente Sr. Arana (R.); *Hocicudo*, por el Sr. Arana (A.); *Funículo*, por el teniente Sr. Uzquiano, y *Frontero*, del teniente Sr. López Tello. El concurso se cerró con un recorrido de campo (militar), el campeonato de altura civil-militar y el campeonato de longitud. En el recorrido de campo (se habían matriculado veintiséis caballos) obtuvieron premio: *Júpiter*, montado por el teniente de dragones franceses Sr. Panescorse; *Hocicudo*, *Aza*; *Horrible*, por el teniente Sr. Uzquiano; *Palma*, por el teniente Sr. Llarch; *Funículo*; *Gijeto*, por el teniente Sr. Galobardes, y *Manilargo*, por el Sr. Llarch. En el campeonato de altura ganó el premio *Abricot*, que montaba el Sr. Richart, sin competidor ninguno. Entre *White* y *Frontero* se repartió, de común acuerdo, el valor de los dos premios restantes.



Bandera del somatén de Sant Iscle. (Fotografía de Merletti.)



Barcelona.—Aspecto de la tribuna durante el Concurso hípico celebrado en la Plaza de Armas del Parque. (Fotografía de Merletti.)

VIENA.—JUBILEO IMPERIAL.—LA CABALGATA HISTÓRICA. (Fotografías de C. Trampus.)



Emperador Rodolfo I, fundador de la dinastía de los Habsburgo (fines del siglo XIII)

La emperatriz María Teresa á su advenimiento al trono

Regreso á Viena del capitán Lázaro de Schwendis, después de sus victorias sobre los turcos en Hungría. (Siglo XV.)
Los artilleros de la época

Una de las fiestas más grandiosas y pintorescas efectuadas en Viena con motivo del jubileo del emperador Francisco José ha sido la procesión histórica celebrada el día 12 de los corrientes. Componíase de cuatro grupos: el primero reproducía los principales hechos de la historia nacional, representados por los descendientes de las familias nobles que en ellos tomaron parte; el segundo era un homenaje de las corporaciones; el tercero, un homenaje de las nacionalidades y conmemoraba los sucesos históricos más importantes de las naciones que constituyen el imperio, y el cuarto estaba formado por las sociedades deportivas. Los grupos históricos eran un portento de riqueza y propiedad. El desfile de la procesión duró más de siete horas y su paso fué contemplado por más de 500.000 personas. El emperador y la corte la presenciaron desde un pabellón construído en la plaza del Burg.

LONDRES.—EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1908



PAZ, escultura de Isidoro de Rudder



EL SOL, estudio para una pintura mural de F. Matsch



DUELO A MUERTE, cuadro de Carlos M. Padday. (Reproducción autorizada.)



SENTENCIA DE MUERTE, cuadro del Hon. Juan Collier. (Reproducción autorizada.)



CIRCE, cuadro de Arturo Wardle. (Reproducción autorizada.)

BARCELONA. – EXCURSIONISTAS ITALIANOS

A las siete de la mañana del domingo, 21 de los corrientes, llegaron en el vapor *Orione* á nuestro puerto más de trescientos turistas italianos pertenecientes á una sociedad de excursionistas de Turín que hace periódicamente viajes por distintos paí·es.



Barcelona. – Los excursionistas turineses á bordo del vapor *Orione* antes de su desembarco

Los excursionistas en el establecimiento «Torino,» en donde fueron obsequiados por el dueño del mismo, Sr. Mezzalama, con un vermouth de honor. (De fotografía de A. Merletti.)

Apenas desembarcados, una comisión de ellos se dirigió al gobierno civil para saludar al señor gobernador, mientras los demás recorrían la ciudad, y á las once juntáronse todos en las Casas Consistoriales, en cuyo Salón de Ciento fueron recibidos por el alcalde accidental Sr. Bastardas, quien les dió la bienvenida en nombre de Barcelona, recordando al mismo tiempo los lazos históricos que en épocas pasadas unieron á España, y especialmente á Cataluña, y á Italia. Contestó el cónsul de Italia Sr. Gaettani con un sentido discurso, expresando los sentimientos de afecto á España que reinan en la nación italiana y los vivos deseos de los excursionistas turineses de conocer esta gran ciudad mediterránea, y dando vivas á España, á Cataluña y á Barcelona, que fueron entusiastamente contestados.

Terminada la recepción, los expedicionarios fueron obsequiados en el café Condal por el Sr. Cinzano con un vermouth de honor, en el que se cruzaron diferentes brindis.

Por la tarde asistieron á la corrida de toros, que, por causa de la lluvia, hubo de suspenderse, y por la noche visitaron el *Centre Excursionista*, quedando admirados, así del edificio, tan interesante desde el punto de vista histórico, como de las notables colecciones de grabados, cerámica, numismática y epigrafía que en él se guardan. El presidente del *Centre* D. César A. Torras pronunció un elocuente discurso de salutación á los turineses, y el presidente de la *Unión Excursionista* de Turín contestó con otro muy sentido agradeciendo la cariñosa acogida que les habían dispensado. La fiesta terminó con una sesión de proyecciones de vistas de monumentos, paisajes y lugares de Cataluña.

Al día siguiente fueron obsequiados por el Sr. Mezzalama, dueño del establecimiento Torino, con un vermouth de honor y con un banquete en la *Maison Dorée*; en ambas fiestas reinó la mayor expansión y pronunciaron cariñosos brindis el cónsul de Italia, el alcalde accidental Sr. Bastardas, los Sres. Mezzalama, Gloria, Borrás de Palau, Riber y otros. Por la tarde, parte de los expedicionarios subieron al Tibidabo y otros concurrieron al Concurso Hípico.

El martes realizaron una excursión á Montserrat, acompañados de varios socios del *Centre Excursionista*, con los que recorrieron los más pintorescos sitios de la montaña, admirando sus innumerables bellezas, así como la maestría con que los escolanos cantaron una *Salve*, y por la noche muchos de ellos asistieron á la fiesta celebrada en el Parque Güell, que estaba espléndidamente iluminado y sumamente concurrido con motivo de la verbena de San Juan, una de las más características de Barcelona.

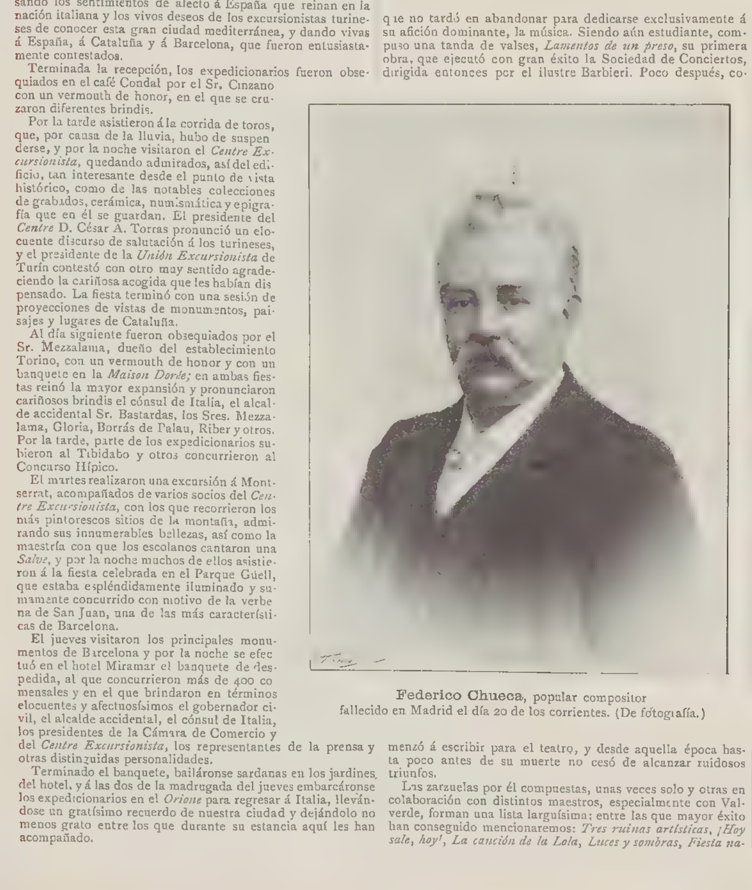
El jueves visitaron los principales monumentos de Barcelona y por la noche se efectuó en el hotel Miramar el banquete de despedida, al que concurrieron más de 400 comensales y en el que brindaron en términos elocuentes y afectuosísimos el gobernador civil, el alcalde accidental, el cónsul de Italia, los presidentes de la Cámara de Comercio y del *Centre Excursionista*, los representantes de la prensa y otras distinguidas personalidades.

Terminado el banquete, bailáronse sardanas en los jardines del hotel, y á las dos de la madrugada del jueves embarcáronse los expedicionarios en el *Orione* para regresar á Italia, llevándose un gratísimo recuerdo de nuestra ciudad y dejándolo no menos grato entre los que durante su estancia aquí les han acompañado.

FEDERICO CHUECA

El día 20 de los corrientes falleció en Madrid este maestro compositor, uno de los más populares de España. Su música juguetona, alegre, es de las que en seguida se retienen en la memoria y de las que mejor se prestan á la danza; nada, pues, tiene de extraño que se propagase con rapidez extraordinaria y que apenas estrenada una de sus obras, los principales números de la misma fuesen inmediatamente, por decirlo así, del dominio público.

Federico Chueca había nacido en Madrid en 1846, y comenzado á cursar la carrera de medicina, que no tardó en abandonar para dedicarse exclusivamente á su afición dominante, la música. Siendo aún estudiante, compuso una tanda de valses, *Lamentos de un preso*, su primera obra, que ejecutó con gran éxito la Sociedad de Conciertos, dirigida entonces por el ilustre Barbieri. Poco después, comenzó á escribir para el teatro, y desde aquella época hasta poco antes de su muerte no cesó de alcanzar ruidosos triunfos.



Federico Chueca, popular compositor fallecido en Madrid el día 20 de los corrientes. (De fotografía.)

Las zarzuelas por él compuestas, unas veces solo y otras en colaboración con distintos maestros, especialmente con Valverde, forman una lista larguísima; entre las que mayor éxito han conseguido mencionaremos: *Tres ruinas artísticas*, *¡Hoy sale, hoy!*, *La canción de la Lola*, *Luces y sombras*, *Fiesta nacional*, *De la noche á la mañana*, *Caramelo*, *El chaleco blanco*, *La casa del oso*, *Las zapatillas*, *Agua, azucarillos y aguardiente*, y sobre todo *La Gran Vía* y *Cádiz*.

Una de sus últimas composiciones ha sido un paso doble titulado *Dos de mayo*, escrito para conmemorar el centenario de 1808.

El maestro Chueca, además de popular por su música, era querido de todo el mundo por su carácter bondadoso y sencillo.

¡Descanse en paz!

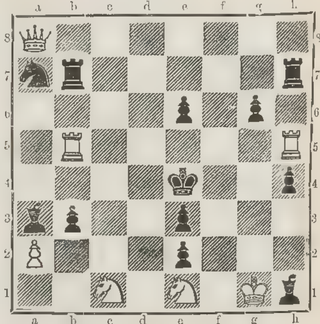
Espectáculos. —Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en la Zarzuela *Episodios Nacionales*, revista histórica en un acto y siete cuadros, letra de los Sres. Thous y Cerdá, música de los maestros Vives y Lleó; y *El niño de Brenes*, zarzuela en un acto de Lola Ramos, música del maestro Córdoba; en el Salón Regio *La eterna canción*, diálogo de Santiago Rusiñol; y en el Gran Teatro *Entre rocas*, zarzuela en un acto, letra de Joaquín Dicenta, música del maestro Chapí.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia francesa *Polyphême*, drama antiguo en dos actos y en verso de Alberto Samain, y *L'écran brisé*, comedia en un acto de Enrique Bordeaux; en el Odeón *Nirzana*, poema dramático en cuatro actos de P. Verola, con música de Tiarko Richepin; en el Palais Royal *Gribonille*, comedia vaudeville en tres actos de A. Tarride y A. Cheneviere; en el Athenée *La conquête des fleurs*, comedia fantástica en tres actos de G. Grillet; y en el Ambigu Comique *Le crime d'un autore*, drama en cinco actos de Leconte Arnold y Leracio Renault.

AJEDREZ

Problema número 498, por V. Marín

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 497, por V. Marín

Blancas	Negras.
1. Cg3-h5	1. Cg7 ó Ad1×h5
2. Tb4-b6 jaque	2. R juega
3. C ó T mate.	

Variantes.

1... ..... Tf4×d4; 2. Tb4-b6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Da7-b8 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

—¡Oh, Mauricio, qué sucio está esto!, dijo entre dos aspiraciones Zoe, al sentir que el pie se le hundía en un blando fango.

—Seguid, seguid, exclamó Milosch, que venía detrás, empujando á Mauricio, poniéndole en la espalda la boca de la carabina, procedimiento que produce siempre un efecto poco agradable en la persona contra quien se emplea; al mismo tiempo la voz de Zeko, que iba delante, les ordenaba lo mismo.

Siguiendo la dirección de esta voz, vieron una ligera claridad gris que marcaba el hueco de otra puerta, y destacándose en ella, la negra silueta del brazo de Zeko llamándolos. Tropezando por el fango llegaron á la puerta y se encontraron en una cueva ó habitación subterránea, excavada en la misma roca. Parte del techo era de piedra; el resto, á través del cual se filtraba la luz, parecía ser el piso mal ajustado de otra habitación alta. Unos sacos y grandes vasijas de barro indicaban que era aquel lugar el depósito de los enseres de la familia; pero nada había en ella que pudiera llamarse mobiliario. Zeko cerró la puerta con estrépito y le oyeron que contra ella apilaba, por la parte exterior, montones de heno ó cosa parecida para amortiguar los sonidos. Estaban encerrados bajo de tierra.



—Hoy ha sido día de acontecimientos y sorpresas, dijo Misopoulo aceptando de manos de su hermana un vaso de te...

XII

EL COLOSO

«Querido Wylie: Siento decirle que Stoyan y su gente han aumentado ahora el rescate que pedían por nosotros hasta veinte mil libras, por haber mandado el gobierno tropas en su persecución; y lo peor de todo es que dicen que si continúa esta persecución nos irán matando uno después del otro, aumentando el precio del rescate para el último á razón de cinco mil libras por semana. Le digo á usted con franqueza que esta persecución va á redundar en perjuicio nuestro, porque los bandidos están muy irritados, y además es imposible que nadie pueda dar con nosotros donde nos tienen escondidos. Las señoras afirman lo mismo que yo.—Soy de usted, *Mauricio Smith, Zoe Smith, Irene Smith.*»

Esto lo habían escrito en la parte superior de una hoja arrancada del cuaderno mayor de apuntes de Zoe, y al pie se veía lo siguiente, que se podía quitar antes de que el receptor hiciera pública la primera parte:

«Por amor de Dios, Wylie, no siga usted adelante. Sus intenciones son muy santas, pero no han de conducir á nada bueno. Las muchachas están medio muertas de cansancio por la manera como nos han tenido ustedes cazando, y ahora nos encontramos muy bien acompañados debajo de tierra, alumbrados por la escasa luz que penetra por una abertura. Aunque pudiera no sabría decirle dónde nos encontramos, y si lo supiera tampoco se lo diría. Los bandidos le tienen á usted muy mala querencia, sin que pueda decirle por qué; por algo será, desde luego; pero lo que sí le aseguro que si usted sigue en su propósito, se encontrará cuando menos lo piense con nuestros cuerpos muertos, en actitudes muy incómodas. Corra usted á Therma en seguida á buscar el dinero para el rescate. Esta será la obra más humanitaria y hermosa que puede usted hacer por nosotros.»

Al volver Wylie de su expedición, que resultó completamente inútil, para perseguir á los bandidos con el destacamento derrotado, se encontró esta carta clavada con un puñal en la puerta de la casa donde había fijado su residencia. Ninguno de los aldeanos había visto quien la había traído, ni podían dar la menor idea sobre el particular; no se sabe si realmente era cierto todo esto, ó si sería que estaban en combinación con los bandoleros. La carta produjo el efecto deseado, pues Wylie volvió á Therma mucho más asustado que había estado hasta entonces. Comprendía que por su manera de obrar había puesto en peligro las vidas de sus amigos, y se apresuraba ahora á remediar el mal que había hecho. Su primera aparición en Therma llevando la noticia de lo ocurrido y pidiendo el dinero para el rescate, fué la señal del principio de una tragicomedia feroz de responsabilidad. Las autoridades declararon categóricamente que en Ematia no había bandoleros, y que por lo tanto era de todo punto imposible que los viajeros hubiesen sido capturados por bandidos. Los representantes británicos á quienes Wylie acudió al mismo tiempo, abrigaban sus dudas respecto á la conveniencia de pagar el rescate; porque si se sentaba este precedente, ningún viajero inglés podía considerarse seguro en Ematia. El profesor Panagiotis, que estaba muy emocionado, era de la misma opinión. Se había visto últimamente sometido á un gran espionaje, y temblaba al pensar que pudiesen adivinar sus planes. En tal situación comprendió que lo mejor de todo para poder salvarse era guardar muy bien el secreto. Por temor á que Wylie pudiera utilizarlo para hacer presión sobre alguno de los gobiernos interesados, no se lo había comunicado, y contestaba con frases evasivas siempre que aquél le recordaba las explicaciones que Mauricio le había prometido, demostrando además gran curiosidad é inquietud por el asunto de Irene, cuya presencia allí no se la podía explicar. Se ofreció con mucho gusto á escribir á los banqueros de Mauricio pidiéndoles que adelantaran el dinero para el rescate; pero los banqueros contestaron, como era muy natural, que deseaban un cheque firmado por Mauricio, ó tener una entrevista con Wylie, que había de presentar documentos que atestiguaran de que estaba autorizado para cobrar aquel dinero; pero Wylie no quería salir de Ematia dejando á sus amigos en un peligro tan grande como se hallaban. Todo lo que el profesor hizo en este asunto fué afirmar que la captura la habían hecho seguramente una partida de bandoleros tracios, de la que ya habían hablado los principales periódicos de Europa. Se apeló también al gobierno tracio, pero contestó muy indignado diciendo que siempre había desautorizado la formación de tales partidas, prohibiéndoles terminantemente que cruzaran la frontera de Ematia. Que el gobierno no podía responder de que se hubiera formado alguna partida de que no tenía conocimiento, y por lo tanto el gobierno rumí podía perfectamente hacer lo que creyera conveniente con los individuos de esa partida que pudiese coger.

Para no verse obligados á confesar que en el sagrado suelo de Ematia había bandidos, aunque no fuera gente del país, los funcionarios rumíes desplegaron gran actividad, pero una actividad que era verdaderamente muy peligrosa. Aguijoneados por el profesor Panagiotis y sus partidarios, despacharon inmediatamente tropas para que recorriesen las montañas y limpiaran de bandidos los rincones, declarando bien alto que rescatarían á los cautivos sin pagar un céntimo. Wylie se vió obligado á acompañar á esta expedición militar por complacer á las autoridades y al mismo tiempo porque deseaba vengar á sus amigos castigando duramente á los bandoleros. Su amigo Palmer, que estaba muy furioso por la pérdida de su fiel Haji Ahmad, le acompañaría con gusto por toda la comarca infestada de bandidos, porque creía que el lujoso equipaje que llevaba sería un buen cebo para los bandidos, que saldrían á robárselo, y así podrían descubrir la madriguera donde se escondían y tenían encerrados á los cautivos, porque seguirían de cerca los mejores prácticos del país recomendados por el profesor Panagiotis. Pero no sucedió nada de esto, porque Demo reconoció á Wylie á pesar de su disfraz; sin embargo, aquella correría dió por resultado el hallazgo de las huellas de las botas, con lo cual pudo Wylie disponer sus planes para una persecución sistemática. Como Mauricio había supuesto, el cauce del torrente servía de camino á los bandoleros, cosa en que no había pensado Wylie, y por eso perdió la pista cuando creía ya que los tenía cercados en un determinado grupo de montañas; el descuido del destacamento que se mandó para guardar la salida hizo que se es-

capara la presa de las manos. Al verse burlado de este modo, no le quedaba otro recurso que volverse á Therma de prisa y corriendo, accediendo á los encarecidos ruegos de Mauricio; pero allí le esperaban, como hemos visto, nuevas contrariedades. Antes de marchar con la nueva expedición por las montañas, escribió una carta á los banqueros de Mauricio haciéndoles una relación muy detallada, incluyéndoles una copia legalizada de la primera carta que firmaban los tres cautivos, con la esperanza de que en vista de la situación tan apurada en que se veían, no exigirían las formalidades que en casos normales exigen los Bancos para retirar dinero. La contestación había llegado en el ínterin, y se deducía de ella que Wylie y el profesor Panagiotis habían urdido un complot para sacar dinero, y terminaban diciendo que el llamado á poner á los cautivos en libertad era el gobierno rumi, y que á él tenían que dirigirse.

«¿Pero esos viejos idiotas no ven que esta es una cuestión de vida ó muerte?—se preguntaba con amargura Wylie después de leer la contestación en el terrado de su hotel. Pues, señor, no puedo ir allí para presentarme con la gorra en la mano y que me echen á la calle de un puntapié, como si fuera un ratero, mientras que la familia Smith queda aquí en peligro. Prefiero pagar ese dinero de mi bolsillo. Pero lo que falta saber ahora es si lo podré reunir á tiempo. La verdad es que no sé de dónde me va á venir. ¿A quién podría yo recurrir?»

Recordó una por una la larga lista de las personas á quienes había escrito cartas urgentes, que fué á todas las que había oído decir que tenían algún influjo con la prensa ó valimiento con alguno de los gobiernos que parecía que se interesaban por Ematia; pero vió con enojo que no había podido conseguir nada más que los diarios más insignificantes pusieran algunos artículos pidiendo mucha sangre, y los efectos materiales estaban reducidos á nada. Cierto es que un dibujante, perteneciente á la redacción del *Plástico,* que por casualidad andaba por aquellas cercanías, tal como esta palabra se entiende en la Europa oriental, había sido enviado al teatro del secuestro, que entonces, conforme al dicho de que «Al burro muerto,» etc., se hallaba constantemente servido por la policía; el cual dibujante había hecho muchos dibujos de las distintas localidades, los que no hicieron salir de sus casillas al público indiferente. Ya había el artista regresado á Therma y se hospedaba en el mismo hotel que Wylie. No sabía éste qué partido tomar, cuando se le acercó el artista.

—¿Le molestaría á usted si le hago una pregunta?, le dijo con voz muy agradable. Sé que es usted, continuó diciendo, la persona que secuestraron con los Smith, y quisiera averiguar algo con respecto á ellos. Estoy cansado de dibujar una infinidad de malos sitios; mejor lo hubiera hecho con una cámara fotográfica: no he tropezado con nada interesante, y estoy pensando en hacer un dibujo del secuestro que ocupe toda una página. Dirá usted que ese será un dibujo de capricho, pero precisamente eso es lo que causa más efecto. Además, si trazo las figuras con arreglo á los datos que usted me dé, ya no será enteramente una composición de fantasía. ¿Tendrá usted inconveniente en facilitarme estos datos?

—No tengo inconveniente en contribuir en todo lo que pueda para salvarlos, dijo Wylie con tono enfático.

—Lo comprendo perfectamente. Para ellos y para usted estas gestiones deben ser muy enojosas. Bien: pues en ese caso, pongamos manos á la obra. Diga usted, ¿qué clase de persona es Smith?

—Es un joven que ha estudiado en Cambridge, su estilo es el corriente, no tiene nada de particular. Sin embargo, su hermana mayor me dijo que esta primavera ganó la medalla de oro con una poesía que presentó, cosa que usted no creería seguramente si se fijara en él.

—¿Una medalla de oro, dice usted? ¿No sería por un poema en inglés? Yo estaba allí precisamente, pero no recuerdo haber oído el nombre de Smith. Mi hermano menor obtuvo una medalla por un epigrama en griego, y tanto interés demostró porque le viera yo en todo el esplendor de su gloria, que anduve por allí casi todo el día de un lado para otro. Pero aproveché la oportunidad y llené una media página de dibujos para el *Plástico,* porque el asunto no es tampoco muy conocido. Según me dijo mi hermano, no quisieron anunciar la fecha del certamen con objeto de que no acudiese mucha gente. ¿Y cómo dice usted que se llama el joven que ganó la medalla inglesa? Sería sin duda un colegial de San Salvador, y el director estaría tan orgulloso, que en toda una semana no haría más que hablar del asunto.

—La señorita Smith me dijo que su hermano la había ganado, contestó Wylie en un tono que indicaba que no tenía más que añadir á lo dicho.

—En esto debe haber forzosamente alguna equivocación. Espere usted; creo que tengo en mi cuarto el cuaderno de dibujos á que me refería. Voy por él, y así podremos ver cómo se llama ese individuo.

Salió de la habitación y volvió al momento jadeante, con un abultado cuaderno de dibujos en la mano.

—¡Aquí está!, exclamó; se llama Teffany; ya me parecía á mí que era un nombre muy extraño.

Alargó el libro á su compañero y Wylie se encontró con el retrato de Mauricio de bonete y toga, con una sonrisita algo forzada y un rollo de papeles en la mano, que se veía que los llevaba muy apretados. A su lado estaba el retrato del profesor Panagiotis en actitud de prestar mucha atención, inclinado hacia adelante como para oir mejor.

—¡Cómo! Este es Smith, exclamó Wylie, y éste...

—Sí, señor, está bastante bien, ¿no le parece á usted? Este otro es un señor de edad que vive en Kallimeri, que está muy cerca de aquí. Me quedé muy sorprendido cuando me lo encontré en la calle; pero luego recordé que mi hermano me había dicho que era un personaje griego. ¿Conque resulta ahora que mi hombre es el mismo á quien usted se refería? ¿Pues sabe usted que parece esto cosa de broma?

—¿Pero qué razón había tenido para cambiar de nombre?, exclamó Wylie, procurando al mismo tiempo recordar algo que pudiera aclararle el misterio.

—Hay además otra cosa, dijo el artista, que disfrutaba en aquel momento lo indecible. Y esa cosa es una hermana más de la cuenta. Yo sé muy bien que Teffany no tiene más que una, que entró en el colegio de Girtham al mismo tiempo que él en el de San Salvador; les llamaban los huérfanos, porque siempre iban juntos y de luto riguroso, aunque sólo se trataba de un abuelo. A su padre lo mataron en el Sudán algunos años antes, y su madre murió del disgusto que le causó la muerte de su marido. ¿De dónde habrá salido, pues, esa otra hermana?

—No es más que hermanastra; eso ya lo sabía yo.

—¿Pero no dice usted que es más joven que los otros? Esto es para volver loco á cualquiera. Será prima y no hermana.

—Es verdad, contestó Wylie con sequedad. No comprendo, añadió á continuación, el por qué nos hemos de preocupar por este asunto. Nadie ha puesto todavía en duda de que fuera su hermana.

—Perfectamente; pero parece ser que nosotros hemos dado con un doble misterio, muy interesante por cierto. Oiga usted, monsieur, dijo el artista dirigiéndose á un señor que estaba de pie junto á la puerta del fumadero; venga usted para que decida en esta cuestión. ¿Qué razones cree usted que puede tener un hombre para hacerse llamar Smith, no siendo ese su verdadero nombre, no habiendo hecho otra cosa que venir con su hermana á pasar unos días en casa del profesor Panagiotis?

—¿Será inglés, por supuesto?, dijo el desconocido aproximándose y hablando con acento extranjero. En ese caso, ¿para qué quebrarse la cabeza buscando los motivos que ha tenido para cambiar de apellido? El seudo Smith será rico, acaso sea noble en su país y andará en busca de sensaciones nuevas, que encuentra viajando de incógnito.

—No va usted desacertado; mas yo supongo que Teffany se encuentra á gusto en el extranjero—el desconocido guiñó el ojo mientras que hablaba el artista,—pero en la familia no hay títulos. ¿Por qué demonio habrá hecho eso?

—Por la modestia, connatural del carácter inglés, dijo el extranjero.

—Pero hay además otra cosa. ¿Por qué llamará hermana á una joven que seguramente no le toca nada?

Si me lo pregunta usted á mí, dijo el extranjero en tono malicioso, le diré que lo hará porque si no es hermana suya, de alguien lo será.

—Sí, ¿pero las dos?, exclamó el artista. Si una es verdadera, ¿cómo se explica usted que consienta á la que no lo es?

—Oiga usted, señor, dijo Wylie, basta ya de conversación. Usted y los banqueros de Smith, quiero decir de Teffany, se empeñan en que no puede haber una segunda hermana. Yo le digo á usted que esa hermana existe, porque la he visto y la he hablado. Tengo el honor de conocer á las dos señoritas Smith ó Teffany, y sea el que fuere el motivo que usted tenga, bien tonto por cierto, para liar la cosa, le prevengo á usted que no lo conseguirá, porque estoy seguro de que todo eso tiene su explicación natural, aun cuando no la sepamos. No quiero por lo tanto más bromas sobre este particular.

—Pues lo siento muchísimo, se apresuró á decir el artista, mientras que el extranjero se retiraba sonriéndose; pero convendrá usted en que es una cosa muy chusca.

—Para usted tal vez lo sea. ¿Quién es ese amigo de usted que se ha marchado haciendo muecas?

—Un griego; se llama Misopoulo, es muy buen sujeto. Sabe todo lo que pasa y me pone al corriente de muchas cosas. Su hermana está casada con el cónsul general de Escitia; por cierto que es una mujer de primera, es hermosísima; pero él sólo está aquí de paso.

—No sé por qué le llamó usted, dijo Wylie mostrándose algo receloso. No necesitamos que Escitia intervenga en este asunto.

El artista se le quedó mirando.

—¡Ah, oiga!, y al decir esto se echó á reir; ya sabemos de dónde es usted. Tengamos la pólvora en seco y odiemos á los escitas como si fueran verdaderos demonios; esa es la divisa de todos ustedes, los que viven en la frontera Noroeste de la India, ¿no es verdad?

—¿Y qué sabe usted de la frontera Noroeste?, dijo de mal humor Wylie. Voy á casa del profesor Panagiotis para que me aclare todo esto. Me parece que terminaré por torcer el pescuezo á ese viejo farsante.

—¡Hasta luego!, dijo el artista afablemente, pues todavía no tenía todos los datos que necesitaba.

Y comenzó en seguida á trazar el bosquejo de su dibujo, dejando en blanco las caras de las dos jóvenes; entretanto Wylie, sin querer aceptar los ofrecimientos de cocheros y alquiladores de asnos, se encaminaba á pie á Kallimeri. El profesor había concluído por temer sus visitas, y esta vez, hasta el ruido de sus pasos fué motivo para que se asustara de nuevo. Wylie no le dejó que negara la identificación que en el retrato había comprobado, sino que le preguntó bruscamente por qué razón había habido aquel cambio de nombres y por qué no se lo había dicho antes. No había otro camino que tomar sino referir detalladamente todo lo que había ocurrido; eso fué precisamente lo que hizo el profesor.

—Comprenderá usted, por lo tanto, terminó diciendo, que nada de esto debe dejarse traslucir. Nuestro joven amigo es un gran obstáculo, así para las ambiciones escitas, como para las de los tracios y dardanios; si se llegara á saber quién es, sería muy fácil prepararle una muerte segura, ya á manos de los bandoleros, ya cayendo en un precipicio de las montañas, ó con la bala de un fusil rumi. Ocurriría de una manera tan natural, que no habría lugar á hacer muchas averiguaciones; y su hermana, á fin de que no heredase sus derechos, correría la misma suerte. ¿Comprende usted ahora el por qué no le había dicho nada de esto? Lo hice por bien de ellos. Temía que por una indiscreción lo echáramos á perder—Wylie hizo un gesto de desagrado.—Bien: pues ahora que ya sabe usted toda la verdad y lo mucho que importa su silencio, comprenderá muy bien que no debe decir nada á nadie. En el hotel donde se hospeda usted vive un hombre muy peligroso; se llama Nicetas Misopoulo; es un griego traidor que está pagado por Escitia. Desconfíe usted de él.

—Su advertencia llega un poco tarde. El caballero á quien usted alude estaba presente cuando descubrí la verdad.

El profesor Panagiotis alzó los brazos, lleno de desesperación.

—En ese caso, dé usted por muertos á Mauricio Teffany y á su hermana. Todas mis esperanzas se han desvanecido.

—No llore usted sus esperanzas, dijo Wylie incomodado, sino piense en lo que tenemos que hacer. ¿Qué probabilidades hay de salvarlos?

—Si pudiéramos aprontar el rescate para el día señalado, los bandidos, por lo general, cumplen su palabra; pero si llega una hora más tarde...

—Si es así, hemos de apronlarlo de cualquier modo que sea. ¿Puede usted adelantarlo? Le daré un recibo por la cantidad á que yo pueda responder, y tengo la seguridad de que para Smith será una deuda de honor el pago de lo que faltara.

—Desgraciadamente, no. No puedo, dijo con acento lastimero el profesor.

—Tonterías. A usted le tienen por rico. ¿Hasta cuánto podrá usted reunir en diez días?

—Yo..., yo tengo que explicarle á usted, dijo el profesor receloso; los acontecimientos se han precipitado desde que tuve la buena suerte de hallar á Mr. Teffany. En vista del buen aspecto que tomaba la causa de Grecia, me creí en el deber de dar cierta organización á sus partidarios á fin de que pudieran defender sus viviendas de los crueles eslavos que los atacaran.

—¿Y sin duda ha dispuesto usted que ejerzan represalias?, dijo Wylie. Eso, por lo tanto, significa que usted ha armado á los griegos de Ematia contra los eslavos, á fin de mejorar su situación.

—Y he tenido que hacer muchos gastos, siguió diciendo el profesor con humildad; una gran remesa de armas con que defenderse cayó desgraciadamente en manos de uno de los comités tracios; así es que en la actualidad no cuento con recursos.

—Está bien. ¿Podrá usted pedir, tomar prestadas ó robar cinco mil libras para fines de la semana próxima? Creo que me las podré componer de modo que tenga las otras quince mil, realizando cuanto poseo en este mundo. Si no, la diferencia usted la ha de buscar. De todas maneras, hemos de poner término á las rastreras intrigas de Mr. Misopoulo.

Si Wylie hubiera estado presente á cierta discusión que aquella noche se entabló en el consulado escita, hubiera visto que las intrigas de Nicetas Misopoulo tenían más importancia de la que él se imaginaba. Este griego entró en él por una puerta reservada que le abrió el mismo cónsul general en persona, que era un hombre alto y rubio, cuyo aspecto francote ocultaba una gran dosis de *finesse* diplomática que sabía utilizar.

—Bien venido, Nikita Feodorovitch, dijo con amabilidad; Clariclea te está esperando. En cuanto recibió tu recado, se sintió, rara coincidencia, acometida por un repentino dolor de cabeza que no la dejó ir á la reunión que tenía en su casa el cónsul cimbrio.

Mr. Misopoulo, impaciente, dejó atrás á su cuñado, porque el cónsul general estaba siempre dispuesto á entretenerse hablando de las pequeñas intrigas de la profesión, lo que no le divertía al otro, que era intrigante de profesión. Mucho más simpatizaba con su hermana, Madame Ladoguin ó Clariclea Feodorouna, según la llamaban sus amigos escitas, hermosa mujer, que vestida con un traje suelto levantino, con el negro cabello cayéndole más abajo de la cintura en dos gruesas trenzas, le estaba esperando en su *boudoir*, sentada en un diván rodeado de cojines, teniendo á su alcance, siempre lleno, el samovar para el te y cigarrillos. Mr. Ladoguin entró tras él reposadamente y se sentó á cierta distancia, dispuesto á intervenir cuando creyera oportuno.

—Hoy ha sido día de acontecimientos y de sorpresas, dijo Misopoulo aceptando de manos de su hermana un vaso de te en que flotaban algunas delgadas ruedas de limón. Es tanto lo que he adelantado, que casi no lo creo; te diré el resultado de mis trabajos, Clariclea, para que lo estudies y me digas si estoy equivocado.

—Lo examinaré con tanta minuciosidad como si fuera un informe sobre un plan de reformas, respondió ella con indolente sonrisa.

—Eso es, justamente, lo que quiero. Tú has adivinado, tengo la certeza, Clariclea, que mi venida aquí tenía relación con la desaparición, que no se había hecho pública, de una señorita de alto rango. Todos los indicios eran de que se había ido á América; pero como se sabía que el griego Panagiotis había estado en tratos con su padre, se creyó prudente que viniera á ver si aparecía por estos lugares. Hice vigilar al amable Panagiotis, lo que me temo no ha debido hacerle mucha gracia; pero como no se barruntara siquiera que estuviese ni esperase estar en comunicación con la princesa, ya me hallaba dispuesto á dejarlo en paz. Luego, hace únicamente una semana, uno de mis agentes me trajo la noticia de que una joya de oro y rubíes, propia para llevarse en el pecho, de un trabajo bizantino sin igual, le había sido ofrecida en venta y en secreto á un judío de esta ciudad. La descripción que de ella hacía venía bien con la de una de las joyas que desaparecieron junto con la princesa. Le encargué que se quedara con ella á cualquier precio; pero desgraciadamente, en cuanto principió á tomar informes, desapareció otra vez y probablemente la habrán deshecho. Hasta hoy, pues, creía que lo probable era que la princesa había burlado mi vigilancia y estaba oculta por aquí, subsistiendo de la venta de sus alhajas, hasta encontrar ocasión segura de comunicarse con Panagiotis.

Al llegar á este punto se calló, como para producir mayor impresión.

—Bien: ¿qué más?, preguntó Mme. Ladoguin.

—Hoy me llamaron para tomar parte en una conversación que sostenían un pintor de cabeza ligera y el oficial inglés á quien secuestraron en compañía de la famosa familia Smith.

—¿Estás completamente seguro de que no pusiste atención á lo que decían hasta que te llamaron, Nikita?, dijo riéndose el cónsul general.

Su cuñado hizo caso omiso de la pregunta, como si no la creyera digna de contestación.

—Y descubrí una cosa muy curiosa, confirmada por tres distintos testimonios fehacientes, y es que una de las señoritas que pasa por miss Smith no lo es. El tal Smith no tiene sino una hermana, y Panagiotis, en cuya casa venían á parar, no esperaba á esa segunda huéspeda.

—¿Y bien?, preguntó Mme. Ladoguin, cuyos ojos brillaban sombríamente.

—Una idea cruzó por mi mente como un relámpago, pero era demasiado improbable para aceptarla sin detenido examen. Fuí en seguida á la estación y tuve la gran suerte de encontrar al conductor del tren que descarriló cerca de Pizlepkar. Si no lo hubiera hallado habría tenido que aguardar dos ó tres días más. Se acordaba de esa familia perfectamente; el hermano, un inglés de tipo común, impasible; una de las hermanas, vivaracha, hasta donde es compatible con la tiesura británica; la otra es enteramente distinta. Me dijo que á él le pareció escita, lo mismo que la tía, muerta en la catástrofe. Por otra feliz inspiración le pregunté si había visitado su sepulcro en Pizlepka. Resultó que sí, y que el nombre esculpido en la lápida era el de Eudoxia Vladimirouna. Ese era el de pila de Mme. Lyoisky, la dama de servicio que desapareció junto con la princesa.

—¡Magnífico! ¡Muy bien hecho! Continúa, te lo suplico, exclamó Mme. Ladoguin batiendo palmas suavemente.

—Nada más pude sacarle, porque, como era natural, sólo había tenido ocasión de observar á la familia Smith durante el trayecto de Tartaje á Pizlepka. Para adquirir más informes tendré que ir yo mismo á Tartaje é interrogar al mozo del *sleeping-car* del expreso de Oriente, el que ha de tener muchas cosas que contar. Pero, al presente, ¿qué piensas de todo esto, mi querida Clariclea?

—Sólo puede haber una opinión, respondió ella con presteza. La princesa se encontró con esos Smith en París, y bien por dinero, ó á fuerza de súplicas, consiguió que la permitieran á ella y á Mme. Lyoisky pasar como formando parte de su familia, esperando que de esa manera no la encontrarían.

—Eso mismo hubiera creído yo á no haber sido por cierta cosa que he descubierto hoy. El tal Smith y su hermana no tienen más derecho á llamarse así que la princesa. Su verdadero nombre es Teffany.

—¿Y bien?, preguntó con curiosidad el cónsul general.

—Teffany, que viene á ser lo mismo que Theophanis, dijo Mr. Misopoulo.

Su hermana dió un salto sobre los cojines.

—¿Cómo, Nicetas, no querrás decir?..

—Quiero decir que Panagiotis ha logrado lo que no pudieron lograr sus predecesores; ha desenterrado ó inventado un representante inglés de la rama primogénita y descendiendo de varón de los sucesores de Juan Theophanis.

—Y en tal caso, ¿por qué se ocupaba de la princesa?, preguntó perplejo Mr. Ladoguin.

—¡Oh! Pues está bien claro, respondió desdeñosamente su mujer. Para casarla con el pretendiente.

—En eso no convengo contigo, Clariclea, dijo su hermano. Panagiotis es demasiado listo para hacer tal cosa. Reunidos los derechos de ambos, no habría quien pudiera ponerlos en duda y para nada tendrían necesidad de él. Podría muy bien ser que pensara ir preparando poco á poco ese matrimonio, inventando obstáculos y dilaciones á fin de que sus servicios parecieran ser indispensables; pero sería una locura principiar por poner en contacto á los dos jóvenes.

—Sin embargo, me parece algo difícil que podamos echar la culpa al digno profesor del descarrilamiento y del secuestro. ¿No es así?, preguntó riéndose Mr. Ladoguin. No somos tan tontos.

—No, ciertamente, él no pudo prever tales sucesos. ¿Pero cómo es que haya urdido su trama con tanta torpeza que ha dejado á los dos viajar en un mismo tren?

—Probablemente tendría algún proyecto para separarlos en cuanto viera que se interesaban más de la cuenta el uno por el otro, dijo Mme. Ladoguin sin que creyera en lo mismo que decía.

—Ahora voy yo á exponer lo que en este asunto dicta el sentido común, ya que vosotros, que sois tan listos, no sabéis qué pensar, dijo su marido. ¿Y si Panagiotis se ha lavado las manos por lo que respecta á la muchacha, quiero decir, á la princesa, desde que descubrió al descendiente varón, y si ella emprendió el viaje *motu proprio*, enojada al ver que no se hacía caso de sus derechos? Así se explicaría el por qué no la aguardaba. El encuentro con los Smith sería en ese caso una pura casualidad.

—Disparates, dijo secamente Mme. Ladoguin siguiendo la juiciosa máxima de crítica elevada, que rechaza todo lo que es obvio. ¿Quieres hacernos creer que esos dos jóvenes, cuyos intereses son diametralmente opuestos, se han enamorado uno de otro á primera vista, como los personajes de Shakespeare, y han convenido en hacer unas sus respectivas pretensiones?

—Es muy posible que así sea. ¿No es eso más razonable que no suponer que Panagiotis les ha reunido y les ha explicado la situación, con objeto de concertar un matrimonio de Estado?

—Basta, exclamó de pronto Misopoulo. Adoptando por ahora la teoría del encuentro fortuito, ¿hemos de suponer que queda así aclarada la situación? A mi modo de ver, Panagiotis tramó la desaparición de la princesa; pero ésta estaba demasiado impaciente y no pudo esperar hasta la fecha convenida. El quería que viniese dentro de un mes ó cosa así, cuando ya tuviera enteramente dominado al joven; pero, como es natural, á ninguno de los dos les habrá dicho nada de esto. Ella se escapó antes de lo que él pensaba, y se encontró en París con el otro pretendiente y su hermana. Eso sí fué casualidad. Ahora bien: ¿no es lo probable que cada uno ignore quién es el otro, puesto que Panagiotis, para sus planes, tenía interés en que continuaran en esa ignorancia? Así, pues, ¿por qué hemos de creer que están de acuerdo?

—¡Ah! Pero desde entonces acá todo se habrá descubierto, ó por lo menos, la mitad, dijo Mr. Ladoguin.

Y generalizando, con poco juicio, una idea que es de sentido común, añadió:

—El joven y su hermana, que no están hechos á su nueva dignidad, no habrán podido guardar silencio.

Misopoulo asintió con la cabeza, recordando las confidencias que Zoe le había hecho á Wylie respecto á la medalla de oro; su cuñado continuó con mayor animación diciendo:

—Respecto á la princesa, la cosa varía. Ella debe ser capaz de guardar un secreto contra viento y marea, á juzgar por la habilidad con que supo disimular sus preparativos para la fuga; además, ella hace mucho tiempo que se cree la heredera del imperio de Oriente. Encontrándose frente á frente de pretensiones antagónicas y mejores que las suyas, ¿cuál habrá sido su determinación? ¿No será la de guardar orgullosamente su secreto y aguardar la ocasión para anonadar á su rival? Me atrevería á decir que si la proponéis que vuelva, la hallaríais muy dispuesta á volver.

—¿Quieres que lo haga?, preguntó Mme. Ladoguin.

—Sí por cierto, replicó su hermano. Es un tesoro inapreciable la descendiente, en línea recta, griega y ortodoxa, de Juan Theophanis. El derecho del inglés es mejor, con arreglo á las leyes que rigen generalmente en Europa; pero no tendría valor alguno si se aprecia con arreglo á los estatutos de la familia imperial. Ella debió haberse casado hace tiempo, llevando sus derechos á la casa imperial de Escitia; pero se halla en una posición especial, muy elevada, mas no todo lo necesario. Se supone que aspiraba á unirse al mismo emperador; si yo hubiera tenido en mi mano la dirección de los asuntos de Estado, me parece que hubiera concertado ese matrimonio. Pero lo decidieron de otra suerte, y ella rechazó obstinadamente al gran duque Iván Petrovitch, que le presentaron como aspirante á su mano. Ella resolvió dirigir por sí sus asuntos, ó más bien Panagiotis la indujo que así lo hiciera.

—En ese caso, me parece que habrá que cuidarlo mucho, dijo despacio Mme. Ladoguin. ¡Qué lástima! Si no fuera así, podríamos vernos libres de él como de otro obstáculo cualquiera. Un simple obstáculo, ¿no es verdad? Un asesinato en su actual situación ó una catástrofe ocasionada por la dinamita, de que tienen la habilidad de apoderarse esas malditas partidas de bandoleros.

—No, me parece que no, dijo su hermano después de pensar un instante. Te olvidas de Panagiotis y de ese matasiete de los ojos azules que fué secuestrado junto con ellos. Comprenderían que habíamos querido vernos libres de ese hombre y de sus reclamaciones, lo que nos traería muchos disgustos. Lo que se debe hacer es obligarle á confesar que sus pretensiones son infundadas. Ha de declarar que Panagiotis le indujo á que se presentara con el nombre de Theophanis, sin tener derecho á ello. De ese modo, él y su hermana quedarían descartados. Cómo se ha de conseguir, es cuestión que otro día discutiremos.

—Si queréis tener á alguno bien encerrado por tiempo indefinido, yo os recomendaría el monasterio de Hadgi-Antomon, dijo sonriéndose Mr. Ladoguin.

—Perfectamente, disponiendo de mucho aceite de palma... de la mano para zanjar dificultades. He de pedir á Pavelsburg que me remitan fondos, dijo Misopoulo.

Justamente en aquellos mismos momentos los andaba buscando también Wylie. En carta á su notario le ordenaba que vendiera todos sus valores y que hipotecara, por todo lo más que dieran, la pequeña propiedad, en los límites de Escocia, de que era dueño. Por muy onerosas que fueran las condiciones, necesitaba tener quince mil libras en el término de diez días.

(Se continuará.)

LONDRES.—MANIFESTACIÓN MONSTRUO DE LAS SUFRAGISTAS

La manifestación monstruo organizada por las sufragistas inglesas celebróse el día 21 de los corrientes con un tiempo espléndido y fué, en verdad, imponente, así por el número de las manifestantes, que pasaban de 20 000, como por la multitud inmensa que la presenció y que se calcula que no bajaba de 500.000 personas.

Llegada la manifestación á Hyde Park, las oradoras desde veinte tribunas dirigieron la palabra al público, pronunciando enérgicos discursos de tonos radicalísimos, todos ellos encaminados á pedir al gobierno que conceda sin más dilaciones el voto electoral á las mujeres.

Desgraciadamente, el orden admirable que había reinado hasta que las manifestantes llegaron por distintos puntos á Hyde Park, se turbó cuando empezaron los discursos, gracias á la intransigencia de numerosos grupos de contramanifestantes que, rompiendo las apretadas filas de las sufragistas, armaron un verdadero escándalo junto á las tribunas. En vano las más lindas oradoras, como miss Pankhurst, trataron de invocar la caballerosidad de sus interruptores; éstos no se dejaron convencer y llevaron adelante el perturbador propósito que los había impulsado á acudir á Hyde Park y con sus vociferaciones, aullidos y campanillazos apenas dejaron escuchar los discursos, dando pruebas de una intolerancia indigna de un pueblo tan culto y tan verdaderamente liberal como el pueblo inglés.

De todos modos, las sufragistas consiguieron lo que principalmente se proponían: la manifestación se realizó, y fué una demostración elocuente de las fuerzas con que cuentan las defensoras del *Vote for Women* y de la perseverancia con que reclaman la satisfacción de sus aspiraciones y la concesión de lo que estiman como un derecho indiscutible y que algunos importantes políticos están dispuestos á otorgarles.

A la manifestación concurrió una delegación de las sufragistas francesas. – S.

Miss Wollaster Elmy, que cuenta 75 años de edad y es la sufragista más anciana
Uno de los numerosos coches que figuraron en la manifestación



Hyde Park, punto de reunión de las sufragistas después de la manifestación monstruo. (De fotografías de World's Graphic Press.)

BARCELONA. - SALÓN PARÉS

EXPOSICIÓN URGELLÉS DE AZULEJOS DECORATIVOS

Importante cometido desempeñan los azulejos en la decoración moderna, aplicándose sus variados elementos en forma análoga á la empleada por los constructores en los períodos en que los azulejeros produjeron sus más ejemplares obras. Los procedimientos se han perpetuado y las únicas diferencias que se observan consisten en la mayor profusión del trabajo y en el mayor campo de aplicación. Hoy como ayer debía el artista confiar á un operario hábil la reproducción del proyecto sobre el azulejo, de donde resultan las más de las veces diferencias en perjuicio de la obra artística. Tal inconveniencia desaparece con el nuevo procedimiento ideado por el inteligente químico-ceramista Sr. Urgellés, quien después de laboriosos ensayos ha logrado que el artista pueda ejecutar su obra directamente sobre el cuadro de azulejos, en igual forma que cualquier otra producción original. Para lograr tal propósito ha debido utilizar el Sr. Urgellés una loza especial que le permitiera someterla á elevadísima temperatura, de suerte que los cuadros de azulejos expuestos en el Salón Parés han de apreciarse en su doble empeño de obras y producciones artísticas y gallardas manifestaciones de la cerámica moderna, adecuadas, por lo tanto, para emplearse como elemento decorativo de las viviendas.

Simpática acogida han merecido de nuestros artistas los plausibles esfuerzos del Sr. Urgellés, según lo atestiguan los grandes cuadros compuestos de varios azulejos, que pulcramente ejecutados, dan á conocer las producciones de Dionisio Baixeras tituladas *Pirineo catalán* y *Levante;* de A. Bori, *El atardecer;* de Juan Llaverías, *Cataluña griega;* de Juan Llimona, *San Jorge;* de A. Cidon, *Modistilla;* de Ramón Casas, *Ahora;* de Utrillo, el *cartel Chassaigne*, y de Luis Graner, *La fabricación del vidrio.*

Todas estas obras han podido ser admiradas recientemente en el Salón Parés, que, adornado con ellas, ofrecía un aspecto encantador.

Elogios merece el Sr. Urgellés por su patriótico empeño y no menores los artistas que le han prestado su concurso. A todos felicitamos, haciendo votos para que se adopte esta clase de obras para la decoración, como interesante y apropiado elemento de las viviendas, tanto más cuanto que á su belleza artística unen grandes ventajas desde el punto de vista higiénico.

Levante, azulejos dibujados al carbón por Dionisio Baixeras, según el procedimiento Urgellés

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CANCIONES DE ARAUCO, por *Samuel A. Lillo.* - Colección de poesías altamente inspiradas, versificadas en distintos metros y abundantes en bellos pensamientos. Algunas son descriptivas, en otras predomina el sentimiento y en todas el estilo es vigoroso y vibrante. Un tomo de 146 páginas impreso en Santiago de Chile.

∴

CUERPOS DE INGENIEROS GEÓGRAFOS Y DE TOPÓGRAFOS AUXILIARES DE GEOGRAFÍA. - Se han publicado en un tomo los discursos y brindis pronunciados en el banquete que los mencionados cuerpos celebraron en enero último y al que fueron invitados algunos senadores y diputados que han apoyado las justas peticiones de los mismos para lograr un adelantamiento en sus escalas. El libro, que contiene además un notable trabajo del Sr. Saint-Aubin, ha sido impreso en Madrid en la imprenta de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

∴

PAPELLONES, por *J. Piana y Dorca.* - Colección de sonetos en catalán sobre los más variados asuntos; algunos entrañan pensamientos filosóficos; otros son descriptivos; otros se distinguen por su causticidad. Un tomo de 200 páginas, impreso en Barcelona por Fidel Giró; precio, tres pesetas.

∴

CUENTOS DE LA CERDEÑA, por *Gracia Deledda*, traducción de *Miguel Domenge y Mir.* - Este tomo, que forma parte de la «Biblioteca Diamante» que edita en Barcelona don Antonio López, contiene seis preciosos cuentos de la eminente escritora italiana, perfectamente traducidos. Precio, dos reales.

∴

AL AMOR DE LA LUMBRE, por *Norberto Torcal.* — PEÑAS CANTÁBRICAS, por *Rafael de Balbín y Valverde.* - El primero de estos libros es una colección de bellísimos cuentos sobre asuntos diversos, bien observados y hábilmente compuestos; el segundo es una interesante novela de costumbres asturianas, reproducidas con todo su color y toda su simpática y sugestiva sencillez. Uno y otro son de lectura tan amena como moral y forman parte de la «Biblioteca Patria» que se edita en Madrid. Véndense á una peseta cada uno.

∴

BOREALES, MINIATURAS Y PORCELANAS, por *Clorinda Matto de Turner.* - Colección de narraciones históricas y de viajes, de semblanzas y de artículos sobre diversos asuntos tan bien pensados como elegantemente escritos, debidos á la distinguida escritora argentina Sra. Matto de Turner. Un tomo de 320 páginas, ilustrado con varios retratos, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Juan A. Alsina.



Londres.—Las carreras de caballos de Ascot. En la tribuna central, el rey Eduardo, la reina Alejandra y la princesa Victoria
(De fotografía de World's Graphic Press.)

Las carreras regias de Ascot constituyen indudablemente la fiesta más animada y más elegante de la *saison* primaveral londinense, y en ellas, aparte del interés que inspiran los ejercicios hípicos, en los que se disputa la Copa de oro del rey, llama la atención muy especialmente la llamada procesión real, es decir, el cortejo de los carruajes que conducen al hipódromo á los soberanos y príncipes ingleses, á los grandes dignatarios de la corte y á otros eminentes personajes.

Este año las carreras, que comenzaron el día 16 y terminaron el 19 de este mes, no se vieron favorecidas por el tiempo, puesto que en los dos primeros días llovió de un modo copioso; en los dos últimos, en cambio, lució un sol espléndido que permitió apreciar los magníficos trenes y las elegantísimas *toilettes* de la más alta sociedad inglesa.

La fotografía que reproducimos representa el *stand* poco después de la llegada de SS. MM. La Copa de oro, que se disputó el tercer día, fué ganada por el caballo *White Knight*.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 6 de julio de 1908 — Núm. 1.384

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LECTURA INTERESANTE, dibujo al lápiz de Alfredo France,

premiado en el concurso de la Escuela de Arte Moderno, de Londres



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El marqués de la Vega de Armijo, que acaba de morir, que pasaba de los ochenta años y que durante toda su larga vida intervino en la política española, lleva ciertamente mucho que contar —si aplicable fuese este modismo—á su tumba silenciosa y romántica del castillo de Mos, castillo legendario en Galicia, y que el marqués restauró con interés y cariño de arqueólogo, con respeto religioso al pasado.

De la larga existencia del ilustre prócer, este episodio de la restauración de un castillo que evoca recuerdos de historia y de raza, es tal vez lo que encuentro más simpático y loable. Puede discutirse mucho, y de modo cruelmente analítico, no sólo la Unión liberal, sino las diferentes situaciones á que sucesivamente perteneció el marqués; pero á la vieja mansión de Pedro Madruga de Sotomayor no se la discute, y menos aún ocurrirá discutir que los magnates están obligados por mil consideraciones de decoro y hasta por el sencillo instinto de conservación, á no dejar que se vengan al suelo los restos y reliquias del ayer, gracias al cual son ellos algo toda vía superior y distinto, en medio de la nivelación democrática de los tiempos presentes.

***

Se ha deplorado mucho, en efecto, la barbarie demoledora, el ímpetu ciego del pueblo que ocasionalmente ha destruído; pero ¿quién contará los estragos de la incuria y el abandono, cien veces más temibles? ¿Quién, los de ese indiferentismo glacial y estúpido, que deja perder y borrarse la tradición, simbolizada quizás por unas cuantas piedras? ¿Quién no encontrará hasta natural que el pueblo, en su cólera, arrase, y en cambio, no mirará como caso monstruoso, aunque tan usual, por desgracia, que los interesados en conservar tiren á la calle y den con el pie á lo que debieran venerar por sagrado, aunque sólo les inspirase tal veneración el egoísmo y la conveniencia propia?

Y ¡qué fútiles ansias distraen de la conservación de sus glorias patrimoniales á muchísimos de nuestros grandes señores! El uno sólo piensa en automóviles ó jacas de polo; la otra vive pendiente del pingo y el trapo; aquél se consagra en alma y cuerpo á la devoción de alguna Diosa... eventual; éste cree poner una pica en Flandes con militar dócilmente en las filas de un partido, donde se ignora su presencia como se ignoraría su ausencia. Entre viajes sin objeto ó con un objeto de puro *esnobismo;* diversiones de tercer orden elevadas á la categoría de importantísimos negocios; juego, galantería, *sport* y *confort* (dos pestes de la alta vida contemporánea), se desliza la existencia de los descendientes de aquellos que pelearon con moros, indios, franceses y flamencos, y no plantaron en sus fachadas blasón que no ganasen á punta de lanza ó á tajo de espada bien templada —no tanto como la voluntad.—Ya sé yo que no es tiempo de héroes; que estamos en otro siglo; que las batallas son otras. Otras son, cierto; y sin embargo, son batallas. El influjo social se gana, ya que no vistiendo la cota, embrazando el escudo y blandiendo el hierro, luchando á cara descubierta y á pecho avante en las luchas que caracterizan y preocupan á cada época. Y hoy no se vestirá la cota ni se descargarán fendientes; pero en países como Inglaterra, donde la aristocracia de sangre ha sabido mantener su poderío y su influjo, la milicia y la marina son las carreras predilectas de los nobles: nótese como, en cambio, entre nosotros se va perdiendo tal costumbre.

***

Nunca decae una clase, una categoría social, si ella misma no se prepara la decadencia. Así como es incalculable el ascendiente que podría ejercer un clero muy virtuoso y muy unido, incalculable sería el de una aristocracia firmemente convencida de que tiene una misión que cumplir y un alto papel que desempeñar. Tales eran los pensamientos que me asaltaban al asistir á la ceremonia del cruzamiento de un caballero de Alcántara, pocos días hace. La iglesia de las Calatravas hallábase semi-llena; la concurrencia era, en su mayoría, femenina, luciendo trajes de última moda, con anchas mangas japonesas, y sombreros caros, empenachados de plumas, de esos que se comen á la que los lleva y vuelan más allá de los hombros, con sus alas de paja de colores anilinados. Los abanicos, movidos pausadamente, impulsaban ráfagas de perfumes suaves; el remangue de una falda, al arrodillarse su dueña, descubría calzados estrechos, con tacones Luis XV, y bajos delicados, de los que —¡oh galicismo!—*frufrutan* á cada movimiento ondulatorio. Y entre las dos zonas de *toilettes* y de caras, no diré bonitas todas, porque no sería verdad en conjunto, pero, en fin, adamadas, cercadas de un almohadón de pelo crespo y rizo; entre las siluetas que no desdecirían si algún caricaturista las apuntase con mordiente gracia en las páginas de un semanario de actualidad parisiense, se destacaba la doble y blanca fila de los caballeros de Alcántara, Calatrava y Montesa—los de Santiago son capítulo aparte, —envueltos en sus albos mantos, cubierta la cabeza con sus tocas y birretes de airosa pluma, y dejando apenas asomar la anacrónica nota de sus pies sobre los cuales recae el pantalón, y de sus manos que no calza el guante de ámbar, sino el moderno, comprado en alguna guantería y camisería que se llame *Old England, Nuevo siglo* ó *La Gardenia*..

Y los caballeros daban al neófito, calzada ya la espuela, la *acolada* fraternal; y los caballeros—pálidas y ascéticas cabezas dignas del pincel del Greco, morenas cabezas españolas, cuyo carácter descubría y realzaba el birrete, el manto, la *mise en scène* teno riesca—eran, por un instante, y logrando con la fantasía suprimir la realidad, una reaparición de sus antepasados, los que cabalgaban para tener á raya al Sarraceno, ó reñían á estocadas en los tiempos felipeños, retiñendo de sangre las cruces bordadas en su ropilla. Todo esto, mientras duró la ceremonia. Hora y media después, nos ofrecía el neófito un *sandwich* para que lo mojásemos en una taza de te; pero al menos—dicho sea por vía de consuelo de nuestras añoranzas del pasado,—el neófito, el profeso ya, despojado de su manto y su birrete, vestía uniforme militar: única vestimenta que me parece compatible con ese grave y poético ceremonial, con esa bella melancolía de lo que murió y no pasa aún, con ese saludo profundo hecho por la doble fila de blancos fantasmas cruzados, al sonar bajo las bóvedas del templo el nombre del rey «nuestro señor,» que es el emblema de la patria...

***

Sí, ya lo sé: no vuelven atrás los ríos. Nadie estará más convencido de tal verdad, incluída entre las de Pero Grullo. Ni siquiera —á pesar de toda mi predilección por las edades estéticas—desearía yo que el tiempo recorriese, como en cierta zarzuelilla, su marcha hacia atrás; lo único que me produce esa especial tristeza de la contemplación y del recuerdo, es comprender que tales formulismos, que hoy no son otra cosa, fueron raíces y tronco de energías, que en vano buscaríamos actualmente. Ni se hace lo que entonces se hizo, ni se hacen otras cosas. O mejor dicho, hace cada cual, sin fin social ninguno, lo que su capricho le dicta, y su capricho suele dictar á los poderosos que consuman el tiempo en ocio estéril, en disolución vergonzosa, en vanidad pueril ó en infantilismos de deporte: porque el deporte es pueril y baldío cuando no llena el objeto de preparar el cuerpo y ejercitarlo para otros empeños más graves, y se limita á juego no tan divertido como el de las cuatro esquinas ó el cucharón.

***

Ni aun al contraer los lazos que fundan la familia suelen acordarse los grandes aristócratas de lo que significa un nombre. Ejemplos sobrarían, y están en la memoria de todos: recordaré uno, porque la prensa lo ha comentado recientemente, y la publicidad lo entrega al comentario, pues los asuntos en tela de juicio ya no pertenecen al sacro fuero de la vida privada. Incoado está el expediente de divorcio entre un aristócrata de lo más calificado, como que lleva en las venas sangre de la primer familia de dos ó tres naciones, y su esposa, cuya historia antigua parece que podía competir con la de Manón Lescaut, Margarita Gautier, Naná y otras célebres heroínas de novela. Sin llegar á tal extremo—y no es infrecuente que se llegue,—hay numerosos enlaces que un verdadero sentido social reprueba. Las ideas que estoy exponiendo riñen con las bellamente defendidas por D. Benito Pérez Galdós en *La de San Quintín*. ¡Qué hacer! La tesis de Galdós no ha logrado persuadirme.

Ninguna redención espero de que las duquesas incurran en *mesalianzas*, y á decir verdad, tampoco es muy trascendental el que una duquesa se case ó no con arreglo á su categoría, por aquello de que una mosca no hace verano, y á fuer de imparcial, debo añadir que el hecho no es insólito, y se hallan ejemplares de él en los siglos donde no lo sospechábamos. Y si no, ahí está, para no dejarme mentir, el famoso *Tizón*, ese donoso libelo contra la nobleza, escrito por un cardenal para presentárselo á un rey..., ¡y qué rey! Nada menos que Felipe II...

Fué este *Tizón* reimpreso hacia 1849 por un excelente señor, que se propuso demostrar, en vindicación de las clases productoras, que nobles y plebeyos proceden igualmente del primer hombre de la creación, que todos los apellidos se reducen á uno solo, y que todos han de perecer y acabarse, cuando se acabe el mundo: inconcusas máximas que nadie seguramente habrá discutido, como tampoco sería acertado negar lo que el mismo reimpresor afirma solemnemente: á saber, que nunca fué la virtud patrimonio exclusivo de los ricos. Nada de esto, sin embargo, le importaba un pitoche al cardenal Mendoza, el cual sólo quería vengar un desaire que se había hecho á su estirpe, y para conseguirlo arremetió contra muchas familias señaladas, sacando á relucir lindezas y tizonazos, procedencia de judíos conversos y almojarifes, albañiles y mozas *espulga manteles* en los linajes más claros de Castilla; encontrándoles á los duques de Braganza la abuela hija de un zapatero renegado; al conde de Andrade, la abuela tendera; á los Portocarreros, la abuela de bajísimo linaje; á los Enríquez y Barrientos, la abuela esclava, y á otros muchos apellidos no menos claros y magníficos, las abuelas penitenciadas por la Inquisición, bastardas, mulatas, que habían sido sacadas á la vergüenza con sambenitos y corozas, y por último, como dice con gracioso menosprecio el terrible cardenal, las abuelas *fulanas*..., vocablo que contiene todo cuanto puede contener un vocablo, para expresar familiar y fuertemente el colmo de la desdeñosa insolencia...

***

Y con esta digresión me he dejado atrás al marqués de la Vega de Armijo, cuya memoria será grata siempre para mí, y de quien recibí afectuosas señales de amistad... Era el socio más antiguo del Ateneo de Madrid, presidente de la Academia de la Historia, y no sé si también de la de Ciencias morales y políticas. Era hombre de sano corazón, de vivo carácter, de trato franco y sencillo, de excelente humor en la intimidad, y en suma, nacido para hacerse querer bien de los que le viesen de cerca. No parecía viejo, porque tenía el alma joven. Paz á su recuerdo.

La condesa de Pardo Bazán.

POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA. (Fotografías de J. Truyol.)



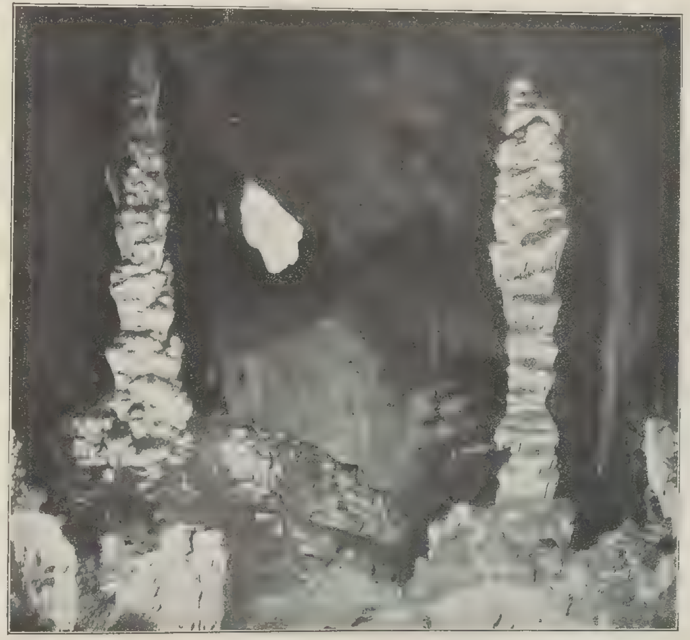
Mallorca.—Entrada á las cuevas de Artá

IV Y ÚLTIMO

LA MARAVILLA SUBTERRÁNEA

Ni con el aspecto de Sóller, ni con el de Deyá, ni con el de Valldemosa quedan agotadas las fases del paisaje mallorquín. Tiene la isla un agrado peculiar que nace de su variedad inmensa de motivos. Su belleza no es monótona, sino cambiante y accidentada como en pocos lados. Difícilmente se encontrará, compendiada en menos espacio, una tan continua sucesión de perspectivas y emociones que se extienden desde lo idílico hasta lo trágico, desde lo lindo hasta lo grandioso, desde el vergel hasta el acantilado abrupto y el despeñadero horripilante.

Hay comarcas, como la de Banyalbufar, que ahora empiezan á ser conocidas y explotadas estéticamente. No sé qué pasa con eso de los paisajes que cada generación descubre un carácter nuevo y adopta una preferencia, completamente suya. Diríase que existe una concordancia preestablecida entre cada época y un lugar determinado. Ahora predomina lo pintoresco, ahora lo sublime, ahora lo plácido. Me sería relativamente fácil fijar esa sucesión de gustos y ese cambio de la emoción por lo que respecta á la isla en un espacio de cincuenta ú ochenta años. Durante largo tiempo predominó la emoción romántico-revolucionaria de *Jorge Sand* y la emoción romántico-arqueológica de Piferrer. El paisajista Haës pintó arboledas y rocas y rebaños y algún claro de sementera, iniciando á su discípulo mallorquín Antonio Ribas, el pintor de los pinares y de los olivos, de los caminos rústicos y de las minúsculas riberas episódicas. El sentido de la soledad, las transfiguraciones de la costa, la revelación y animación panteística de las calas semicirculares, las coloraciones inusitadas, eso vino con el flamenco Degouve de Nuneques que transportó á la pintura los inflamados delirios poéticos de su cuñado Veraheren, cantor de *Les campagnes hallucinées*. Se internó Mir en lo más bravío de los peñascos y en lo más fragoroso de las rompientes; y Rusiñol reintegró al dominio del arte la suave belleza de los almendrales cubiertos de flor en los preludios de la primavera y el sentimiento lírico de los jardines nobiliarios, abandonados en incuria y silencio, que parecen suspirar por el alma de un siglo galante, que no ha de volver jamás...



Mallorca.—Cuevas de Artá. Entrada á la primera cueva

Recuerdo la sorpresa que causó, entre algunos de nuestros acompañantes, la impresión manifestada por cierto joven y ya ilustre escritor ante una perspectiva monótona, todo aridez y sequedad, fragmento de estepa sin roturación ni frescura, al atravesarla el coche que nos conducía á las cuevas del Drach, cerca de Manacor. El entusiasmo del forastero contrastaba con la relativa indiferencia que habíamos observado en anteriores excursiones ante otros espectáculos de efecto seguro, de esos que suelen constituir un *clou* del turismo habitual. Nuestra inocente vanidad de cicerones y patriotas, hijos gloriosos de un país pintoresco, había quedado ligeramente lastimada. La brusca é inmensa aparición del mar, en una revuelta del camino de Sóller á Deyá, por ejemplo, nos tenía acostumbrados á una sorpresa que no fallaba nunca. En este caso falló; y no hay para qué decir cómo salió defraudada nuestra aparatosa expectación de profesionales del excursionismo. En cambio, no dejaron

de extrañar las ponderaciones de aquella llanura inculta—*garriga*, como se la llama en el país,—en la cual el joven adepto de las nuevas estéticas encontró toda la sugestión del «campo de los asfódelos,» por el sin fin de gamones ó *aubons* que en él florecían como en mar movedizo, bajo un cielo pesado, gris, de plomo, que parecía gravitar sobre la tierra y sobre el alma con el agobio de un tedio formidable. Sin duda la opulencia de color, la vegetación exuberante y magnífica, los misterios de la floresta y la complicación de elementos visuales estaban fuera de la novísima sensibilidad y formaban en la naturaleza algo de envejecido para las flamantes escuelas, algo de burgués, cursi ó *rastaquoére* para los modernos exquisitismos y morbideces alimentadas con morfina y absenta.

La «maravilla subterránea» bastaría por sí sola á dar renombre á un país. Y sin embargo, no es en Mallorca sino algo de añadidura al esplendor del paisaje y á los recuerdos históricos y artísticos. Dos son las manifestaciones principales de ese mundo encantado y oculto: la cueva del Drach, cerca de Manacor, y la cueva de Artá. Más que los famosos olivos añejos, de los cuales *Jorge Sand* ofreció una descripción tipo, que han ido parafraseando después y amplificando viajeros y poetas, puede tentar á los estilistas ese Dédalo interior de grutas, oquedades, bóvedas, columnatas, galerías, pasadizos, artesonados, cortinajes y filigranas. Para la pluma de un Teófilo Gautier hubiera sido ocasión de prodigios y asombros de colorista y esmaltador del lenguaje. No hay por ventura espectáculo de la naturaleza que pueda dar mayor alimento á la amplificación descriptiva, que fué el principal carácter de la literatura durante el período inmediatamente anterior á nosotros.



Mallorca.—Interior de las cuevas de Artá

Un conjunto arbitrario de formas, una arquitectura delirante y convencional, un tejido de filigranas, pormenores y juegos de la casualidad reproduciendo más ó menos vagamente apariencias y figuras del mundo real y del mundo fantástico, del reino vegetal y del reino zoológico, préstanse á todas las interpretaciones imaginativas y á todos los caprichos de la pluma. En las cuevas de Artá predomina lo grandioso: sus bóvedas pueden parecer abortos ó deformaciones de basílicas; sus desfiladeros serpenteantes han de evocar por fuerza la terrible concepción del poeta florentino. Aquí las altas y vigorosas estalactitas, que han llegado á unirse y soldar con las estalagmitas, hablan confusamente al espíritu de columnas de templos babilónicos ó de colosales palmeras petrificadas. Esfinges, quimeras, monstruos primitivos, reminiscencias de especies perdidas ó de formas semi olvidadas por la madre naturaleza, se ofrecen á la interpretación individual para que, según sus recursos estéticos, vaya buscándoles correspondencia en la realidad y la vida.

En las cuevas del Drach predomina, en cambio, lo minúsculo, lo lindo, lo virginal. La presencia de los lagos interiores impone el recuerdo de las Hadas. Es un palacio de cristal, de hielo cuajado. Una Alhambra oculta, llena de alicatados primorosos y de artesones que destellan, al fulgor del magnesio, cuajados de pedrería. Aquí las plumas encariñadas con el *arabesco* y con el orientalismo podrían hacer maravillas; en la época de Arolas aquello se hubiera llenado de huríes. Sin embargo, la exploración de esta gruta singularísima data de menos tiempo y debió su notoriedad á haberse extraviado en ella, allí por 1878, dos viajeros catalanes



Mallorca.—Cuevas de Artá. Salón de las Columnas



PROYECTO DEL MONUMENTO AL GENERAL JUSTO J. DE URQUIZA, QUE DEBE ERIGIRSE EN BUENOS AIRES

obra de Agustín Querol, premiada en público concurso

que estuvieron á punto de perecer y que hubieran acabado seguramente en el horror de la noche eterna si el dueño de la fonda de Manacor, alarmado por su tardanza, no hubiese organizado una expedición de socorro valiéndose de las dos ó tres personas prácticas que conocía en el pueblo. Entonces empezó á ser visitada la gruta asiduamente y se ofrecieron al público los necesarios servicios de viaje y guías. Un conocido espeleólogo francés, M. Martel, llevó á cabo, años después, nuevas exploraciones, y á ellas se debe el haberse ampliado la parte practicable y conocida de la gruta con el magnífico lago *Victoria*.

Conocida de más antiguo la cueva de Artá, la imaginación popular, sin resabios ni ingerencias seudo cultas, se amparó de ella. No es siempre el instinto poético el que guía el gusto de las muchedumbres, digan lo que quieran ciertos folcloristas arrebatados. Por cada perla que es posible descubrir en tales depósitos, hay que manosear y revolver mil abrojos y escorias. Por cada rasgo de fina idealidad, por cada primor ó delicadeza de sentimiento, hay que habérselas con toda suerte de chabacanerías, bufonadas y groseros prosaísmos bucólicos ó *coprológicos*. Así sorprende hallar en la nomenclatura con que el vulgo ha ido distinguiendo cada una de las salas y episodios de la gruta de Artá, gran número de comparaciones de índole culinaria ó alimenticia: «sala de los perniles,» «sala de los embutidos,» «la despensa,» «los huevos estrellados.» Rabelais era profundamente popular en cuanto supo dar formas épicas y colosales á la glotonería y encarnarla en personajes tan simpáticos y comprensibles á la multitud como Gargantúa y su hijo. La imaginación popular no carece nunca del sentido pantagruélico, y ante las más sublimes apariciones y momentos de la naturaleza piensa en la nativa voracidad del hombre y en los medios de satisfacerla y aplacarla.

No así en la cueva del Drach, en la cual, exceptuando el nombre, todo huele á poetización moderna y cursi, á orientalismo de provincia. De mí puedo decir que prefiero todavía aquellas denominaciones gastronómicas y sanchopancescas de la gruta artanense, á estas otras, almibaradas y redichas, de la de Manacor, que saben á misterios de harén imaginado por un hortera: camarín de la Sílfide, baño de la Sultana... La emoción de las cuevas es algo que difícilmente se expresa por palabras ó literariamente. No recuerdo que se haya podido pasar de la tentativa en cuantos autores se han propuesto cantarla. Desde el curioso poema latino del marqués de Campofranco, prócer enciclopedista del siglo XVIII, titulado *Parnassidos sive Philemonis somnii*, hasta *La Deixa del Geni grech*, del insigne Costa y Llobera, son innumerables los conatos de interpretación poética ó literaria de tan extraño asunto. Y digo extraño porque es sumamente compleja la impresión que deja en el alma del espectador aquella grandiosidad inerte, fría, apagada, petrificada. A la larga producen un efecto deprimente, un efecto parecido al de los glaciares. ¿Es la ausencia de circulación y de vida? ¿Es una suspensión brusca del ritmo biológico ó vital, que no deja de acompañarnos al aire libre, en medio de las arboledas y á través de los campos, en la costra animada del planeta? Algo hay de esto. Algo hay de la hermosura pasmada en estatua de cristal, de falta de calor, de inmovilidad, de insipidez; belleza de tercer grado, del grado inferior ó mineral, en la cual no colabora apenas el elemento dinámico y agitador de la vida; belleza abstracta, en suma, destinada á producir más asombro que emoción. Acaso esa emoción corresponda plenamente al dominio vagoroso é impreciso de la música, y haya que buscar su correspondencia artística en los compases de la *Gruta de Fingal* elaborados por un Mendelssohn, antes que en la muchedumbre de odas y fantasías de esas que comienzan con un «¡Salve, alcázar de los gnomos, salve!»



Mr. Grover Cleveland, ex presidente de la República de los Estados Unidos del Norte de América, fallecido en Nueva York el día 24 de junio último. (Fotografía de Underwood et Underwood.)

Por esto, sin duda, dejó tan hondos recuerdos en cuantos formamos parte de la afortunada expedición una sesión musical que nos dimos el gustazo de oir en la última casi de las salas de la cueva de Artá, llamada «de las banderas.» Hace de ello como la friolera de quince años y todos lo tenemos tan presente como si acabara de ocurrir. Todos... no. Porque ha llovido desde entonces y la muerte ha hecho de las suyas clareando las filas de los alegres expedicionarios de aquella fecha. Hallábase en Mallorca, donde dió una serie de audiciones, el cuarteto Rubio-Fernández Arbós, junto con el gran pianista y compositor Isaac Albéniz, uno de los más entusiastas amigos de Mallorca. Habíamos tratado de ir, en compañía de tan eminentes artistas, á visitar la cueva de Artá, para hacer los honores de esta maravilla á los que todavía no la conocieran. No sé á quién se le ocurrió suplicarles que trajeran consigo los instrumentos... La idea fué acogida con entusiasmo. Violines, viola, violoncelo, atriles, partituras, bujías para los atriles, con todo cargamos, arreglándolo cuidadosamente en el vagón del ferrocarril. Trasbordamos en Manacor á los coches y pasó de la misma manera. Al llegar á la cala de la Ermita, en Artá, cada cual apechugó con uno de los bártulos, y así emprendimos la áspera subida á la boca de la gruta que se abre en el peñasco formidable como inmenso portalón alegórico de una epopeya dantesca, algo así como el ingreso arquitectural de nuestra Sagrada Familia... Al resplandor de las antorchas, como las dibujara Parcerisa en la edición de los *Recuerdos y bellezas de España* iluminando la lánguida silueta del romántico viajero de los días de Piferrer, fuimos internándonos por las revueltas espirales de la oquedad fantástica. Allí iban Noguera, el malogrado y exquisito musicógrafo mallorquín; el bajo *Uetam*, famoso y festejado de todos los públicos en su día; Albéniz, Fernández Arbós, Rubio, Gálvez y otros varios profesionales, aficionados y escritores incipientes. Pasamos media hora, una hora, cerca de dos horas hasta que llegamos al punto indicado previamente...

Eran las seis de la tarde cuando empezó en aquella soledad augusta el concierto ideal. Nos distribuimos, cada cual á su antojo, por las salas y revueltas inmediatas. Schumann y Schubert hicieron el gasto, oídos en una pureza de silencio matemático, de silencio pitagórico, revelado por el caer de una que otra gota desprendida de las estalactitas, como un arpegio; escuchados, asimilados y comprendidos en una obscuridad perfecta y absoluta, allí donde no llega jamás un rayo solar y donde los contados insectos pobladores de aquellas profundas estancias pierden la visión y quedan sumidos en la ciega serenidad de los inmortales en sus estatuas de mármol...

Entonces la belleza peculiar de las grutas se nos hizo clara y transparente, y al subir otra vez, poco á poco, en procesión de fantasmas, y al abrirse ante nuestros ojos asombrados por las horas de obscuridad y de visión interior la inmensa boca de la cueva, prorrumpimos en un hurra de victoria á la isla sin par que después de regalarnos con tesoros de poesía en la superficie, guarda en sus entrañas la maravilla laberíntica de esos palacios, palacios de ensueño, de vaguedad y de música, que caen más allá de los dominios del lenguaje humano.

Miguel S. Oliver.

GROVER CLEVELAND

A la edad de 71 años falleció el día 24 del mes próximo pasado en Nueva York el ex presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Grover Cleveland. Nacido en Caldwell (Nueva Jersey) de una familia modesta, fué sucesivamente pasante de una escuela de ciegos, dependiente de un *solicitor*, abogado, attorney de distrito y alcalde de su ciudad natal. Su gestión hábil y honrada en este último cargo valióle en 1882 ser elegido gobernador del Estado de Nueva York; su sencillez de costumbres y su gran competencia para el manejo de los asuntos públicos conquistáronle numerosas simpatías, así es que nadie se sorprendió de que en 1884 se le designase candidato á la presidencia de la República, cargo para el cual fué elegido y que desempeñó desde 1885 á 1889, habiendo demostrado en el ejercicio del mismo su talento político y sus grandes iniciativas para moralizar la administración.

En 1892 fué de nuevo elegido presidente; su gobierno en aquel período no fué tan tranquilo como el anterior, pues hubo de luchar contra los proteccionistas acaudillados por Mac Kinley. Al terminar su segunda presidencia, continuó, hasta su muerte, dedicado á la política y defendiendo con el entusiasmo de siempre el programa del partido democrático.

Al tener noticia de la muerte de su antecesor, el actual presidente Mr. Roosevelt publicó un manifiesto, del cual copiamos el siguiente párrafo:

«Su muerte ha privado á la nación de uno de sus más grandes ciudadanos. Abogado de profesión, sus principales servicios han sido para nuestra patria en el curso de una honradísima carrera política. Como alcalde de su ciudad natal, como gobernador de su Estado y como presidente de la República revelóse celoso y enérgico administrador, habiéndose unido en él una abnegación absoluta para el bien del país y un valor que no cedía ante ninguna hostilidad, una vez convencido de su deber.»

BARCELONA.—FIESTAS DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DE D. JAIME EL CONQUISTADOR. — LA CABALGATA HISTÓRICA

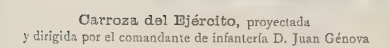


Carroza de los Juegos Florales, proyectada y dirigida por D. Enrique Monceidá

Digna y hermosa coronación de las fiestas con que Barcelona ha conmemorado el séptimo centenario del nacimiento del gran rey D. Jaime *el Conquistador* ha sido la magnífica cabalgata que, organizada y dirigida por el reputado artista don



Carroza oriental de los Sres. Moragas y Alarma



Carroza del Ejército, proyectada y dirigida por el comandante de infantería D. Juan Génova

Adrián Gual, recorrió las principales vías de nuestra ciudad en la noche del 27 de junio último.

Abrían la marcha batidores de la guardia municipal montada, precediendo las banderas de las ciudades de Barcelona y Tarragona y los pendones de las cinco nacionalidades que constituían la Corona de Aragón, llevados unas y otros por individuos del citado cuerpo. Seguían las banderas con emblemas del trabajo que sostenían obreros de las brigadas municipales, una banda militar, los Xiquets de Valls, comisiones de la Cruz Roja y de varias sociedades locales con banderas, grupos de bailes tradicionales de las regiones, y un carro del cuerpo de bomberos, adornado y acompañado de una sección de individuos del mismo con hachas de viento.

A continuación iba la carroza de la sociedad «El Tibidabo,» proyectada y dirigida por el ingeniero Sr. Rubió, y que era una pequeña reproducción de la montaña de aquel nombre, con una dedicatoria al rey D. Jaime, y detrás de ella una representación de la *Lliga Regionalista* con su nueva bandera.

La carroza de los Juegos Florales tenía en su parte alta el trono de bronce de la reina de la fiesta, en cuyo asiento había un gran libro que figuraba la crónica del rey D. Jaime y la espada de éste. En el respaldar, el escudo de la institución; delante, una tedera, y á los pies de la gradería, una joven simbolizando la Poesía y á su lado un trovador. Completaban el adorno guirraldas y grupos de flores y de pájaros.

A esta carroza seguían los coros de Clavé con sus estandartes, la banda municipal, el grupo del diario *La Veu de Catalunya*, llevando una gran bandera catalana adornada con una corona y guirnaldas de laurel, y la carroza del Ejército. Representaba ésta, que había sido proyectada y dirigida por el comandante de infantería don Juan Génova, una torre de asalto del siglo XIII, delante de la cual aparecía una matrona simbolizando á España; á los dos lados se veían los escudos de España y del reino de Aragón, rodeados el primero de armas modernas y el segundo de armas de la época de D. Jaime, y en otros sitios destacábanse los de Cataluña, Valencia, Aragón, Murcia, Provenza y el Rosellón, y de los principales personajes que acompañaron al gran rey en sus conquistas.

Seguían luego el carro de la Sociedad Fomento de Obras y Construcciones, que figuraba un ariete de guerra, dirigido por el ingeniero señor Rojo; un campanario gótico y otro románico, construídos bajo la dirección del Sr. Gual á expensas de la comisión organizadora; la carroza de la casa Bosch, que era una carreta oriental con la tienda de campaña de un rey moro hecho prisionero; un grupo de almogávares y de camellos y un carro oriental con cautivos, de muy vistoso efecto, construído por los señores Moragas y Alarma.

Cerraba la cabalgata el magnífico carro representativo de la glorificación de D. Jaime, dirigido y construído también por los Sres. Moragas y Alarma: sobre una especie de carabela y cobijada en elevado templete, estaba la figura hierática del glorioso monarca; en la proa, una matrona que representaba Barcelona; en la parte posterior, un grupo de esclavas orientales como botín de guerra, y el suelo hallábase lleno de flores y coronas. Este carro, que era verdaderamente suntuoso, estaba iluminado por 400 lámparas incandescentes, y detrás de él marchaban cien jinetes en traje del siglo XIII.

Todos los elementos que en la cabalgata figuraban llamaron la atención por su propiedad y su riqueza, que fueron unánimemente celebrados por el inmenso público que presenció el paso de la misma.

Los grupos de bailes tradicionales de las regiones que tomaron parte en la cabalgata descrita celebraron el día siguiente, por la noche, en el Palacio de Bellas Artes, un festival organizado por el *Centre Excursionista de Catalunya*, con motivo de las fiestas del Centenario y en honor del Congreso de la Corona de Aragón. Asistió al acto numerosísima concurrencia, entre la que figuraban la mayoría de los congresistas, habiendo reinado durante la fiesta animación extraordinaria. Se bailaron por los grupos respectivos bailes mallorquines, valencianos y los catalanes «Ball cerdá» y «L'hereu Riera,» y después, en los jardines, las sardanas «Conte de Fades » «Adela,» «Rondalla,» «Aixerida,» «La roda de la fortuna» y «La cistella enflocada.»

(Fotografías de A. Merletti.)



Carroza representativa de la glorificación de D. Jaime el Conquistador, proyectada y dirigida por los Sres. Moragas y Alarma



UNA BODA EN UN PUEBLO DE ITALIA, copi



EL VOTO, copia del celebrado cuadro de FRANCISCO PABLO MICH



del celebrado cuadro de FRANCISCO PABLO MICHETTI



cuyo original está en la Galería de Arte Moderno, de Roma

BARCELONA. - LA ASAMBLEA CATALANA

La promulgación de la llamada ley de Jurisdicciones originó en Cataluña un movimiento de protesta que engendró la Solidaridad Catalana, conjunción de todos los partidos políticos unidos por el amor á esta región, y determinó, como grandiosas manifestaciones de éste, la imponente fiesta del 20 de mayo de 1906 y el colosal triunfo de las elecciones de 21 de abril de 1907, para las cuales sirvió de plataforma el programa del Tívoli.

Una de las bases de este programa fué la derogación de la mencionada ley, y para lograrla los diputados solidarios, cumpliendo el mandato que del cuerpo electoral habían recibido, plantearon recientemente un debate en el Congreso. El resultado fué contrario á sus aspiraciones, y ante la declaración del gobierno de que por ahora no consideraba oportuno derogar aquella ley, las minorías solidarias de ambas Cámaras acordaron retirarse del Parlamento y someter su conducta al *referendum* de sus electores.

A este objeto correspondió la convocación de la Asamblea Catalana, á la que fueron invitados los ayuntamientos y las diputaciones provinciales de Cataluña, quienes respondieron unánimamente á la invitación enviando todos ellos numerosas representaciones.

La asamblea, que se celebró el día 29 de junio último en el hermoso palacio del *Orfeó Catalá* y á la cual asistieron todos los senadores y diputados solidarios y más de 1.400 delegados de Ayuntamientos, puede citarse como modelo de reuniones deliberantes. Leyéronse en ella cuatro proposiciones y una enmienda, que defendieron en breves y razonados discursos los Sres. Durán y Ventosa, concejal del Ayuntamiento de Barcelona; Cruells, diputado provincial de Barcelona; Torres, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Lérida; Layret y Giralt y Verdaguer, concejales barceloneses. Por indicación del presidente Sr. Prat de la Riba, que lo es también de nuestra Diputación Provincial, los autores de esas proposiciones se pusieron de acuerdo para presentar una proposición única, que fué aprobada sin debate y por aclamación y en la cual se ratificaba á los diputados y senadores de la Solidaridad Catalana la confianza que en ellos depositó el pueblo de Cataluña, se les pedía que volviesen al Parlamento y se les rogaba que con todas sus fuerzas y por todos los medios que las circunstancias permitan y el patriotismo les aconseje, luchasen enérgicamente para que con la derogación de la ley de Jurisdicciones y el reconocimiento de la personalidad de Cataluña queden satisfechos los ideales autonómicos del pueblo catalán.

El acto duró escasamente dos horas y en él reinaron la mayor armonía y el más grande entusiasmo. Fué una aprobación absoluta de la conducta de los representantes de Cataluña, los cuales volverán al Parlamento con mayor autoridad si cabe que antes, sabiendo una vez más que cuentan con la confianza incondicional del pueblo que les otorgó su representación para la defensa y el logro de sus nobles aspiraciones.

Los senadores y diputados de la Solidaridad Catalana, con objeto de que haya constantemente una representación más ó menos nutrida de la misma en ambas Cámaras, acordaron subdividirse en varios grupos que turnarán en la discusión de los problemas que han de resolverse en el Parlamento español.

Barcelona. - La Asamblea Catalana. Aspecto del Salón de audiciones del palacio del *Orfeó Catalá* durante la celebración de la asamblea. (De fotografía de A. Merletti.)

UN NUEVO SISTEMA DE FERROCARRIL]

EN EL QUE LOS TRENES CORREN Á RAZÓN DE 200 MILLAS (320 KILÓMETROS) POR HORA

Esta velocidad, realmente extraordinaria, es la que se pretende alcanzar con el sistema de ferrocarril Kearney, en el cual, para lograr tal resultado, se parte de los dos principios siguientes: diminución de la resistencia de los vagones al aire y diminución del roce de las ruedas.

Lo primero se consigue dando á los vagones la forma de torpedos; lo segundo, mediante una disposición especial de las ruedas y de los rieles.

Los vagones tienen dos líneas de ruedas que se ajustan á dos rieles situados verticalmente uno encima de otro. Esta situación de los rieles hace imposible todo descarrilamiento, á no ser que se rompa accidentalmente la vía.

Las ruedas de la parte inferior son las únicas que se apoyan en los rieles, pues las de la parte superior sirven simplemente de guías, de manera que la presión de las mismas sobre el riel de arriba es sólo de unas pocas libras cuando el vagón está en reposo y absolutamente nula cuando el tren corre rápidamente en línea recta.

Los vagones son movidos eléctricamente y los motores están directamente unidos á los ejes, merced á lo cual el centro de gravedad resulta sumamente bajo y por ende es mayor la estabilidad del vehículo y menor el roce de las ruedas superiores.



Ferrocarril de sistema Kearney, en el que los trenes pueden correr con una velocidad de 200 millas (320 kilómetros) por hora. (De fotografía de Underwood et Underwood, Londres.)

PROYECTO DEL MONUMENTO

DEDICADO AL GENERAL JUSTO J. DE URQUIZA, OBRA DEL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL

La República Argentina, deseosa de honrar la memoria de sus grandes hombres, erigirá en breve un monumento destinado á glorificar la personalidad del general D. Justo J. de Urquiza, á quien debe aquel país los primeros trabajos para lograr la unidad nacional. A nuestro compatricio, el distinguido escultor Sr. Querol, ha cabido la señalada distinción de adjudicársele el primer premio en el concurso celebrado al efecto, y por lo tanto la aceptación del hermoso proyecto de monumento que reproducimos, que en breve se erigirá en la capital de la República, para honrar la memoria del ilustre general Urquiza y atestiguar los méritos del artista.

Bellas Artes.—Málaga.—La Asociación de la Prensa de Málaga ha publicado el programa de los Juegos Florales y Certamen Literario y Artístico por ella organizados con la cooperación de la Junta permanente de Festejos. De dicho programa vamos á extractar las principales bases referentes á la parte artística, en la que se conceden los tres siguientes premios:

Escultura.—Tema: boceto de monumento al ilustre malagueño D. Antonio Cánovas del Castillo. Premio de 500 pesetas.

Pintura.—Tema: boceto al óleo representando el momento histórico en que «Alí Dordux» abrió las puertas de la Alcazaba para que penetrasen en ella el Comendador Mayor de León D. Gutierre de Cárdenas; el capellán y limosnero de los Reyes Católicos D. Pedro de Toledo y su séquito de hombres de armas, encargados de posesionarse de la ciudad y de enarbolar en sus torres las insignias vencedoras. Dimensiones: un metro por ochenta centímetros. Premio de 350 pesetas.

Música. Composición.—Tema: rapsodia de aires andaluces para orquesta con una reducción para piano.

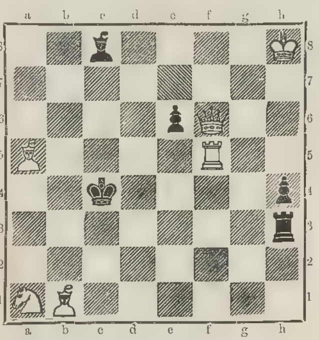
Los trabajos han de ser inéditos y presentados antes de las veinticuatro del mes corriente, debiendo ostentar cada uno de ellos un lema igual al que figure en el sobre que encierre el nombre y domicilio del autor. Todas las obras artísticas presentadas, sean ó no premiadas, quedarán de la propiedad de sus autores, con tal que éstos las reclamen dentro de los tres meses, á contar desde el día de la celebración de los Juegos Florales; pero transcurrido este plazo, se entenderá que renuncian los autores á su propiedad y que pasará á ser de la Asociación de la Prensa.



AJEDREZ

Problema número 499, por V. Marín

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 498, por V. Marín

Blancas.	Negras.
1. Da8-e8	1. Aa3×c1
2. De8 e7	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

Variantes.

1........	Re4-d4 ó f4;	2. Cc1×e2 jaq., etc.
	Tb7×b5;	2 De8×e6 jaq., etc.
	Th7×h5;	2. De8×e6 jaq., etc.
	Aa3-e7;	2. De8×g6 jaq., etc.
	Otra jug.ª;	2. De8×e6 ó×g6 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Lavaron y vendaron sus lastimados pies, y les ofrecieron pañuelos para la cabeza y camisas bordadas que ellas sólo se ponían los días de fiesta

XIII

HASTA LOS MEJORES AMIGOS RIÑEN

Por muy molesta que fuera la prisión subterránea, no dejaba, sin embargo, de ser un buen descanso para las marchas sucesivas, y por el momento los cautivos lo único que deseaban era poder descansar. Las jóvenes estaban cansadísimas por haber venido andando toda la santa noche azotadas por el viento y la lluvia; así es que al llegar dijeron que lo único que deseaban era poder descansar, y el saco de trigo que les iba á servir de almohada y una mala manta para taparse les parecieron hasta demasiado buenos. Al momento se quedaron dormidas, y Mauricio al verlas casi les tenía envidia. Para dormitorio habían elegido un sitio próximo á la puerta de entrada; pero Mauricio no se quiso acostar hasta no formar con las cajas y sacos que había por allí una verdadera barricada, con objeto de ocultar á las jóvenes de las miradas indiscretas. Le parecía á él que con el ruido que hacía con las cajas y los sacos para formar el parapeto era imposible que pudieran dormir; pero las jóvenes estaban tan cansadas que no se despertaron ni oyeron nada, y cuando terminó de hacerlo se acostó muy satisfecho de su obra. Pero no pudo dormir, porque al poco rato de haberse acostado vió penetrar por el lado opuesto del sótano un rayo de luz, y oyó al mismo tiempo una voz que le llamaba. Se levantó, aunque de mala gana, y vió que de una trampa del destartalado piso de arriba habían levantado una tabla, por donde bajaba una cesta con recado de escribir, mientras que Milosch le decía en los términos que había de escribir una carta para Wylie. Las circunstancias en que se hallaban podían disculpar muy bien de que los términos en que estaba redactaba la carta fueran un tanto duros, y Mauricio sintió cierta rencorosa satisfacción al añadir de su propia cosecha una posdata, que ni él mismo pudo leer bien después por lo soñoliento que estaba. Al poco de entregar la carta la volvieron á bajar en la cesta, diciéndole que tenían que firmarla también las dos jóvenes, y entonces tuvo por fuerza que despertarlas y guiarles la mano para que pudieran poner sus firmas.

Por fin lo dejaron en paz y durmió ocho horas de un tirón, y acaso hubiera dormido más tiempo de no haberle despertado la conversación que tenían las jóvenes. Entonces prestó atención y se enteró de lo que estaban hablando.

—¿Crees tú que esta gente nos matará de hambre?, murmuró Irene.

—No lo sé; pero lo que sí puedo decirte es que tengo ya un hambre feroz, contestó Zoe.

Estas palabras le hicieron recordar á Mauricio que él también sentía cosquilleos desagradables en el estómago; mas no sabía cómo se las iba á componer para decir á los bandidos que deseaban comer algo.

—Veremos á ver si contestan, se dijo.

Y principió á dar golpes á la puerta, pero se acordó después que la puerta seguía tapiada por fuera y que por más golpes que diera no oirían nada; el techo era bajo, mas no veía por allí ningún palo para dar golpes con él á ver si de este modo contestaba alguno. Al verse en tal apuro se le ocurrió una buena idea; vió que en un rincón del sótano había unas tinajas vacías y principió á rodar una por el suelo haciendo bastante ruido, lo que dió el resultado que él deseaba, porque no tardó en abrirse la trampilla del techo y Milosch les dijo muy incomodado que no hicieran ruido. Cuando Mauricio le explicó el por qué lo hacía, se dignó escucharle y le dijo que no

faltaba más que una media hora para ponerse el sol y que tan pronto como obscureciera saldrían de allí y tendrían una comida muy abundante y buena; pero que por el momento debían guardar mucho silencio si es que estimaban en algo sus vidas. El motivo porque les decían que no hicieran el menor ruido, lo adivinaron antes de que terminara la media hora más larga que habían pasado en toda su vida, por las muchas pisadas que se oían en el techo y el rumor de lejanos pasos acompasados.

—Ese es Wylie, que va á la cabeza de la fuerza que lleva á sus órdenes y que se vuelven desde aquí, dijo Mauricio. ¡Qué cerquita los hemos tenido! Creo que hemos retrocedido hasta las inmediaciones del pueblo por donde pasamos anoche. ¡Qué lástima si él supiera todo esto!

El ruido de los pasos acompasados se fué perdiendo poco á poco á lo lejos; la escasa luz que entraba por las junturas de las tablas de la trampa del techo desapareció por completo, y los tres prisioneros que daron en la más completa obscuridad, hasta que después oyeron con alegría que trasteaban en la puerta. Comprendieron que estaban quitando los haces de heno que la habían ocultado, y cuando terminaron la abrieron y les mandaron salir. Pasaron de prisa y corriendo por el sucio y mal oliente establo, les hicieron cruzar el patio y entraron todos en la casa; á Mauricio le hicieron sitio en seguida para que se sentara entre la alegre banda de bandoleros que estaban sentados en los bancos de piedra de una espaciosa habitación del piso bajo, contemplando los extensos preparativos culinarios que hacían delante de un hogar enorme, y á las jóvenes las condujeron á la torre que ya habían visitado antes y las entregaron á las mujeres de la familia. La abuela y dos ó tres criadas de alguna edad estaban preparando la comida en el piso de abajo, donde estaban también los hombres de la casa, haciendo, con más ó menos buena voluntad, los honores de ella á los bandidos; pero en el piso de arriba había tantas matronas, muchachas y niños, que era muy difícil el poner en claro las relaciones de parentesco que habría entre ellos. Las mujeres de casa se mostraron en un principio algo retraídas y tímidas; pero en cuanto vieron el estado lastimoso en que se hallaban sus huéspedas, perdieron la timidez y se apresuraron á servirlas y cuidarlas. Principiaron por lavarles y vendarles sus lastimados pies, y les ofrecieron pañuelos muy limpios para la cabeza y camisas bordadas que ellas sólo se ponían los días de fiesta, y después les sirvieron una comida muy abundante. Terminada la comida las hicieron sentar cómodamente en unos bancos donde habían extendido unas pieles de carnero, y las mujeres de casa se sentaron en el suelo cerca de ellas, con objeto de hablar un poco. Nuestras jóvenes habían aprendido ya por entonces bastantes palabras de la lengua del país, en la que Irene intercalaba muchas voces escitas, y cuando se veía apurada recurría á la mímica, con lo que lograban entenderse mutuamente. Las prisioneras consiguieron por este medio enterarles del país á que cada una de ellas pertenecía, el modo cómo habían sido secuestradas y todo lo que les había acontecido después, de lo que se dolieron mucho las mujeres de casa, informándolas al mismo tiempo del concepto en que tenían á los bandoleros.

Aquella era la primera noche de las cinco que pasaron en la torre; de día permanecían debajo de tierra, y en este tiempo los prisioneros pudieron convencerse de las relaciones que existían entre los bandidos y la población rural. Los campesinos disfrutaban del privilegio de proveer á los bandidos de alimentos, ropas y alojamiento siempre que se los pidieran, así como de todas las noticias de lo que las autoridades hacían; para recompensar estos servicios los bandidos les protegían contra los ataques de otras partidas enemigas de bandoleros, y les defendían y cuidaban sus haciendas y propiedades; pero á pesar de este mutuo acuerdo, los bandidos habían observado que las mujeres campesinas se apresuraban á esconder todos los objetos de valor que poseían siempre que tenían noticia de que vendrían los bandidos á sus casas. Entre protectores y protegidos no existía el menor cariño ni la más pequeña simpatía, porque según dijeron las mujeres de casa, los bandidos no se cansaban de pedir comestibles y ropas á pesar de que sabían en la situación apurada que muchas veces se encontraban, pues todo lo que ganaban y recogían de sus tierras se lo llevaban ellos: y sin embargo, se jactaban mucho de que ellos no robaban nada más que á la gente rica; pero si el pobre que lo tenía trataba de esconder el último carnero que le quedaba para salvarlo de sus garras, podía darse por bien servido si escapaba con vida. A pesar de todos estos inconvenientes, aquella familia estaba discutiendo con la misma tranquilidad que si fuera el sacerdocio la carrera á que debía dedicarse el hijo mayor de sus numerosas ramas, respecto á si convendría que fuese bandido en vez de acomodarse á los trabajos de la vida del labriego. La creencia general entre aquellas gentes era que el bandolerismo no dejaba de ser, á pesar de todo, una profesión muy conveniente para cualquier joven animoso y valiente; y hasta era un honor y una protección para cualquier familia el tener un pariente en alguna de las partidas de bandidos más notables del país, aunque por otra parte diera esto pretexto á las autoridades para imponer á la familia nuevas exacciones; por si ésta, á la larga, se cansaba de servir á dos amos, le convenía también al jefe de los bandidos el tener á mano un rehén que pudiera responder de su buen proceder. No porque las autoridades pudieran hacer mucho daño á una partida de bandoleros como la de Stoyan, afirmaba la abuela, que era la principal defensora del bandolerismo como carrera, porque aquél tenía sus correspondientes confidentes, á quienes pagaba con toda regularidad, entre los mismos empleados subalternos del Vali, los que le avisaban con anticipación de cualquier medida ofensiva que se tratase tomar contra ellos. Tan sólo cuando algún extranjero muy exigente, como Wylie, hacía que se tomasen sin dilación, era cuando no daba resultado su bien organizado espionaje.

Todas estas noticias las iba Zoe reteniendo en la memoria, para que le sirvieran después á Mauricio, cuando se presentara de pronto, como nuevo Miguel, á libertar á Ematia de la opresión de los unos y del pillaje de los otros. Sintió una impresión muy dolorosa cuando al saber aquellas mujeres que no tenía padre ni madre, le preguntaron impacientes si los rumíes los habían matado; pero esta impaciencia se disipó después, al enterarse de que miraban á los habitantes de un pueblo próximo, que hablaban griego, con un odio tan implacable como el que le tenían á los mahometanos, á quienes nunca nombraban sin maldecirles. Era aquello una verdadera ironía de la suerte; que los últimos descendientes de una dinastía griega tuvieran que aceptar hasta los favores más humildes de manos de aquellos fanáticos eslavos. ¿Habría esperanza de poder reconciliar elementos tan sumamente divergentes? Si fuera posible pasarse la existencia recorriendo el país para conocer personalmente á sus habitantes, acaso hubiera alguna probabilidad de conseguirlo, pensaba Zoe; pero aun cuando pudiéramos disponer del tiempo necesario, los celos y envidias de las grandes potencias nos lo impedirían. Hallábase ahora sentada en un banco, ataviada con el vestido mejor de una de las mujeres, la cual cosía un retazo de tela burda, tejida en casa, á la ya muy remendada falda gris de Irene, á quien la mujer sonreía cada vez que levantaba la cabeza para mirarla. Irene rehusó, hasta con cierta brusquedad, el ofrecimiento de las mujeres, y se sentó sola cerca del quinqué á remendarse su vestido, dejando á su hermana en completa libertad para que dijera á aquellas mujeres, á fuerza de gestos y mímica, que tenía un carácter muy independiente. «¿Qué pasaría si consiguiera yo explicarles quiénes somos?,» pensó Zoe; pero no quiso probar á hacerlo.

Los días que pasaron en el calabozo subterráneo fueron muy largos y sumamente aburridos, porque como no tenían luz no podían las jóvenes entretenerse en los trabajos de costura, y por muy cansadas que estuvieran no podían tampoco pasar el día y la noche durmiendo. Desde el segundo día organizaron una especie de veladas con el fin de distraerse mutuamente; mejor dicho, Zoe fué la que las organizó, tomando su parte sin que nadie se lo rogase, y se empeñó en que los demás tomaran la suya. Ella era quien lo disponía todo y quien hacía que pasaran las horas más agradablemente, refiriéndoles, por entregas, una historia muy larga, que parecía que no se iba á acabar nunca, por cuyo motivo decía el desagradecido Mauricio que ahora se explicaba por qué los editores no querían admitir sus novelas; porque temían el volverse locos si caían en la tentación de leerlas. Irene les refería leyendas escitas, que le enseñaron sus niñeras en sus primeros años, antes que vinieran á atormentarla de consuno las institutrices inglesas, francesas y alemanas, y Mauricio recurría siempre á su repertorio de cuentos de Cambridge, que ya estaba á punto de agotarse cuando terminó su encierro.

Hasta el sexto día después de la noche que pasaron andando no salieron de la alquería, y aunque lo más probable era que las tropas rumíes habían abandonado ya la comarca, los sacaron, sin embargo, con las mismas precauciones que habían tomado á la venida. Decía Zoe que los bandidos temían que la luz del día les hiciese daño á la vista después de haber estado tanto tiempo en la obscuridad, y que por eso les habían vuelto á vendar los ojos, por lo que salieron de aquellos lugares sin haberlos visto con la luz del día, y las caras de los habitantes de la granja tampoco las habían visto nada más que con la luz artificial. Las mujeres de esta granja donde habían estado encerrados todos estos días, expresaron á las jóvenes su condolencia y compasión, y las hubieran cargado con más víveres y ropas regaladas de lo que hubieran podido llevar, á no ser por la intervención del jefe de los bandidos. Tenían, dijo éste, mucho camino que recorrer, y ninguno de ellos se había de prestar á llevarles los paquetes. Los regalos quedaron por lo tanto reducidos á su más mínima expresión, y los infelices cautivos tuvieron que emprender la marcha, yendo cada uno de ellos en medio de dos bandidos. Afortunadamente para ellos, el camino que seguían ahora no era tan quebrado y desigual como el que trajeron al venir á la alquería; después de unas dos horas de marcha sus carceleros les quitaron los pañuelos de los ojos. La vista la tenían tan debilitada, que de pronto les pareció que todo era negro, hasta que poco á poco fueron viendo más claro, y se dieron cuenta de que se hallaban en un bosque muy espeso, cuyos árboles formaban bóveda, bajo la cual se extendía la estrecha senda por donde habían venido. No les concedieron mucho tiempo para que se fueran acostumbrando las jóvenes á aquella media luz, porque volvieron á emprender de nuevo la marcha; el camino continuaba subiendo, pero era una pendiente bastante suave y uniforme. Aquel breve descanso de mediodía les vino muy bien á las jóvenes, que ya principiaban á encontrarse cansadas, con gran pesadumbre de los bandoleros; Stoyan y su segundo estuvieron conferenciando un momento precipitadamente. Como resultado de esta conferencia decidieron caminar más despacio y no llegar al sitio que se habían propuesto; y al llegar á un claro del bosque, á eso de las cuatro de la tarde, hicieron alto para pasar allí la noche.

La adversidad había hecho cosas maravillosas, pues enseñó á las jóvenes á desempeñar las faenas propias de la vida al aire libre como si desde que nacieron lo hubieran venido haciendo; esta vez no quisieron que Mauricio hiciera solo la choza para albergarse. Cortó él unas ramas gruesas de los árboles que clavó en el suelo, pero Zoe é Irene le ayudaron á entrelazar otras ramas más delgadas para formar las paredes y el techo, y recogieron al mismo tiempo las hojas y tallos de las plantas que habían de servirles de cama. Irene estaba muy orgullosa de su obra, pero Zoe unía á esa satisfacción el triste recuerdo de Wylie.

—¡Cuánta molestia le causamos al principio!, pensaba ella; y nunca le ayudábamos en nada de lo que él hacía para nosotros. Había creído seguramente que somos unas personas inútiles que no servimos para nada.

La idea de que Wylie hubiera pensado esto y de que lo disimulara tan bien, le servía de algún consuelo, y después, reflexionando sobre lo mismo, llegó á la conclusión de que, después de todo, mejor era que así lo pensara.

Aquella noche no tenían necesidad de preparar la cena al fuego, porque con las provisiones que les dieron en la granja tenían comida abundante; sin embargo, los bandoleros encendieron una hoguera muy grande con objeto de ahuyentar á los animales carnívoros y á los espíritus malignos del bosque, y todos se sentaron muy alegres en derredor de ella. Los prisioneros no quisieron encender fuego, á pesar de haberles autorizado los bandidos para ello, y se sentaron en el suelo en la parte más alta del claro del bosque, apoyándose cómodamente en los troncos de los árboles, desde donde contemplaban los últimos resplandores del sol poniente, que penetraban á través del obscuro dosel de hojas y ramas que tenían sobre sus cabezas.

Irene recordó entonces otras puestas de sol muy parecidas, vistas á través de las copas de los pinos y abedules de las grandes llanuras llamadas de Escitia; y como si el encanto de aquellos momentos le hubiera desatado la lengua, principió á hablar de esas largas tardes de verano, en que apenas si hay noche, que le traían á la memoria una vez que se vistió de aldeana, y acompañada de su institutriz, tomaba parte en los juegos y bailes de las mozas labradoras de las tierras de su padre. Mauricio la escuchaba atentamente, descubriendo una nueva faz en el carácter de Irene y adquiriendo la convicción de que, cualquiera que fuese el disfraz que adoptase, siempre parecería una reina entre sus súbditos. Si éstos no lo reconocían así, tanto peor para ellos. Le dirigió muchas preguntas riéndose de sus contestaciones, y le dijo también que se hubiera alegrado mucho de estar allí para haber tomado parte en sus diversiones;

pero esto no le sentó muy bien á Zoe, que continuaba sentada sin hablar palabra.

—Desearía, dijo abriendo pausadamente los ojos, que no me interrumpierais en mis meditaciones, hablando de cosas que tan poca importancia tienen. Habéis olvidado sin duda lo propicios que son estos momentos para la inspiración literaria.

—¿Qué inspiraciones son esas?, preguntó Mauricio. ¿No será alguna de ellas el dormirse al pie de un árbol?

—Ya he dicho que estaba meditando, contestó ella muy seria. Parece ser que te has olvidado de que habiéndome tan cobardemente arrebatado mis cuadernos de apuntes, tengo necesidad de reconcentrar bien en la memoria el recuerdo de nuestras aventuras.

—¿Para trasladarlas después al papel? ¿Vas á escribir simplemente una narración más ó menos adornada, ó á componer una novela?

—Las dos cosas, dijo Zoe con firmeza. Sería, á mi parecer, derrochar un material excelente si lo empleara todo en una sola obra. La relación escueta de nuestras aventuras ha de tener seguramente gran salida; con su producto podré editar la novela, que estará llena de color local. En ella intercalaré las mejores leyendas, tradiciones y cosas por el estilo.

—Pues yo recuerdo, interrumpió Irene, que un día dijiste que al leer una novela se suele pasar por alto lo referente al colorido local.

—Sí, pero en mi libro no podrán hacer eso, porque todo él no contendrá otra cosa.

—Tampoco veo la necesidad de que lo lean, dijo Mauricio.

—Pues por eso precisamente necesito que la narración sencilla tenga buen éxito, á fin de poder publicar la novela, contestó con calma Zoe. Me conformo con que tenga *un succès d'estime*. Después no me volveré á ocupar en toda mi vida de colorido local.

—Casi voy creyendo, dijo Irene algo incomodada, que tú disfrutas mucho con que te encierren en un calabozo subterráneo, con que te hagan subir y bajar estas ásperas montañas, llevando el vestido hecho jirones y calzando siempre estas detestables abarcas; disfrutas indudablemente con que te insulten y amenacen, cuando reducida de cansancio te detienes un momento, tan sólo con la idea de que después podrás escribir y publicar todos estos sufrimientos.

—No, tanto como disfrutar, no; pero eso no quita que yo comprenda el buen efecto que hace todo eso en un libro.

—¡Dichosos libros! Eso raya ya en chifladura, dijo Irene con alguna aspereza. Si se tratara de la pintura, de la música ó cosa semejante, me lo explicaría perfectamente; pero escribir novelas, ¡vaya una gran cosa!

—Y es muy natural que no te lo expliques; pero lo comprenderás fácilmente cuando tengas un objeto determinado en la vida.

—¿Cómo puedes tú asegurar que mi vida no tenga un objeto bien determinado? ¿Acaso no estoy sufriendo por él en estos mismos momentos?

—Podías muy bien haber tenido la amabilidad de añadir que tus penas las mitiga nuestra compañía.

—Soy muy poco hábil en asuntos de cumplidos. No tengo nada de literata, contestó con acento de profundo desdén.

—¿No desearías serlo?, preguntó indolentemente Mauricio.

—No, no me parezco á Zoe, que dice que se casará únicamente con el hombre que se enamore de ella leyendo sus novelas.

—Pues entonces tardará en casarse, porque aún no ha escrito ninguna. Mi futuro cuñado tiene que aguardar algún tiempo, dijo Mauricio sonriéndose.

—Eso es una vileza, Irene, comenzó diciendo Zoe. Pero Mauricio la interrumpió al momento y dijo:

—Las dos estáis muy cansadas, ¿no es esto? Está visto que la caminata ha sido demasiado larga para vosotras. Sería conveniente que descansarais.

—No, dijo Irene, no es que estemos cansadas; lo que estamos es de mal humor. Yo lo estoy porque parece que Zoe se figura que con tal de poder hablar un lenguaje escogido, ya no se necesita otra cosa, y además porque dijo que mi existencia carecía de objeto. ¿Y tú, Zoe, por qué lo estás?

—No lo sé, contestó Zoe.

Y luego añadió con cierto retintín:

—No me parece que contribuya á quitarle á uno el mal humor el que le digan que lo tiene.

—Irene es así, dijo Mauricio. ¿No recuerdas lo que hablamos hace días con Wylie, con motivo de haber dicho ella que no debían callarse las cosas desagradables por temor á herir la delicadeza de los demás?

—Y todos ustedes se pusieron en contra mía, dijo Irene dando un suspiro.

Más tarde, cuando ya ella y Zoe se habían arropado con las mantas para pasar la noche, volvieron á tocar el mismo punto.

—¿Por qué estabas enfadada, Zoe? No podías ni hablar de incomodada que te pusiste. ¿Dije yo algo malo?

Miróla entonces Zoe con enojados ojos.

—Una señorita que dice á un hombre lo que otra le ha contado en reserva, no merece que la llamen tal, respondió con severidad.

—¡Pero Mauricio!.. Yo nunca creí...

—Mauricio es hombre, y los hombres comprenden ciertas cosas. Me parece á mí, Irene, que á ti te falta algo, pues no se necesita calentarse mucho la cabeza para comprenderlo en seguida.

—Puede ser que consista en que nunca he tenido hermanos ni hermanas, ni aun amigos de mi misma posición social, dijo Irene con voz ahogada. Me creo capaz de hacer cualquier clase de sacrificio por ti y por Mauricio, y no obstante, me porto mal con vosotros sin saberlo.

—No llores, exclamó Zoe con acento conmovido. Creo, como tú misma dices, que no es culpa tuya. Son muchos los que se dejarían cortar un brazo por sus parientes, y sin embargo, les dicen cosas muy desagradables.

—Todo lo dejaría de buena gana por ti y por Mauricio, volvió á decir Irene, menos el objeto que me he propuesto en la vida.

—¡Qué rara coincidencia sería que fuera eso precisamente lo que tuvieras que abandonar!, dijo Zoe en voz alta sin darse cuenta de ello.

Pero comprendiendo al momento que iba á entrar en terreno resbaladizo, comenzó á dar vagas y confusas explicaciones.

—Vaya... Mira..., de pronto se me ocurrió que pudieras verte obligada á optar entre el abandono de... tu objeto ó nuestra muerte, lo mismo precisamente que pasa en las novelas, ¿sabes? No sé por qué se me ocurriría semejante idea; acaso haya sido efecto de mi imaginación romántica, que á ti tanto te disgusta. No lo puedo remediar; yo soy así. Cualquier suceso, qué te diré yo, hasta lo que pasa cada día, lo que no tiene absolutamente nada de extraordinario, la cosa más sencilla del mundo, hiere mi imaginación y la hace ver todo lo que viene en pos, la hace ver la serie de acontecimientos que naturalmente se van sucediendo los unos á los otros. Ya ves tú, esta misma situación en que nos hallamos, se presta perfectamente á imaginar toda clase de aventuras.

—¿Pero por qué se te fué á ocurrir eso precisamente? ¿Por qué piensas en cosas tan horribles?, preguntó Irene con voz acongojada.

Zoe, que creyó que iba á llevar la conversación al pacífico terreno de las disquisiciones literarias, tuvo que volver á empezar su explicación.

—No, pero si no fué más que una idea sin pies ni cabeza. ¿Cómo era posible que te vieras en tal dilema? Cualquiera que sea el fin que te propongas...

—Pues mira, tú misma juzgarás; voy á decírtelo, dijo Irene.

—¡Ah, no!, exclamó Zoe, que de ningún modo quería cargar con la responsabilidad de un secreto que ella había adivinado sin necesidad de nadie. Aunque por otra cosa no fuera, ¿no comprendes que á Mauricio y á mí nos conviene más no saber nada, si se diera el caso de que nos preguntaran? Ya que has estado callada durante tanto tiempo, me parece que lo mejor será que continúes haciendo lo mismo.

—Así lo creo yo también, contestó Irene después de titubear un poco. Pero ten presente, añadió á continuación, que suceda lo que suceda, Mauricio y tú sois mis hermanos queridos y que por nada del mundo tenemos que separarnos.

—Y si tenemos que hacerlo no será por nuestra voluntad, dijo Zoe de todo corazón.

Y luego se preguntó si todo aquello sería realmente verdad.

XIV

UN EMISARIO

—¡Pero si es una iglesia!, exclamó Irene asustada.

—Sí, en algún tiempo lo sería; hoy no son más que las ruinas de una iglesia, contestó Zoe.

Después de caminar otro día, siempre subiendo la pendiente de la montaña, salieron del bosque y llegaron á un edificio aislado medio derruído, situado en una hondonada, entre dos altos picos de la cordillera, donde según les dijeron los bandidos tenían que refugiarse hasta nuevo aviso.

—¡Que tenemos que vivir aquí dicen! Eso sería un sacrilegio. ¡Y como dormitorio nos destinan la parte donde está el iconostasio!

—Pues bastante consideración han tenido con nosotros, porque á lo menos en esta parte hay techo y el resto de la iglesia se puede decir que no lo tiene.

—¡Pero si ese es el santuario donde no pueden penetrar las mujeres! Mira, lo mejor será que les digamos que nosotras no queremos quedarnos aquí.

—Eso es, y entonces nos tendremos que quedar á dormir al cielo raso. No, muchas gracias; lo que es por mi parte yo me quedo aquí. ¿No comprendes tú, Irene, que los bandidos no harán nunca nada que pueda irritar á los santos, y que ellos pertenecen, lo mismo que tú, á la iglesia griega?

—¿Quién, ellos de la iglesia griega? No, señora; son unos miserables cismáticos, que siguen los preceptos de la advenediza y herética iglesia de Tracia, y están por lo tanto fuera del dogma ortodoxo, contestó Irene.

—¡Calla, mujer!, exclamó alarmada Zoe, que puede ser que ese hombre que ha traído hoy Milosch entienda el inglés. Vi que te miraba con mucha insistencia cuando estabas besando á todos esos santos viejos y estropeados que hay en el cancel.

—¿Y qué daño habría en que lo entendiese? Demasiado saben todos ellos que son cismáticos.

—Desde luego, pero no les parecería natural que una joven escita los tenga por tales. ¿Cómo explicarías entonces tus simpatías por los griegos?

Guardó Zoe un momento de silencio, porque se asustó de lo que había dicho; pero se serenó muy pronto y continuó diciendo:

—Piensa bien en lo que te digo; la hora de nuestro rescate no puede tardar ya mucho, y sería muy triste que por cualquier indiscreción sospecharan algo los bandidos y no quisieran ponernos en libertad; ¡figúrate tú si sería horrible la cosa! Ten juicio, por Dios, y demos gracias de que tenemos un sitio bastante aceptable donde refugiarnos.

—Todo lo que quieras; pero yo me quedaré aquí fuera todo el tiempo que pueda, contestó Irene obstinadamente. Cuando obscurezca puede ser que entre; además, si nos pasa algo malo, bien merecido lo tenemos.

Zoe, que no sentía ninguno de estos escrúpulos religiosos ó supersticiones, continuó su tarea de preparar la habitación, en la entrada de la cual se había detenido Irene sin atreverse á entrar. Era el presbiterio ó ábside de la iglesia arruinada. La media cúpula que servía de techo estaba todavía en su lugar, así como el iconostasio ó cancel de madera, pintada con figuras de santos, que lo separaba del cuerpo del edificio; pero las placas de metal que antiguamente figuraban las aureolas ó recubrían ciertos detalles de las vestiduras, habían sido arrancadas. Debajo de las gradas que conducían al santuario desde la nave había un aposento subterráneo, al que se descendía por una puerta y una escalera situada en uno de los costados; aquel era el único sitio donde podían encender fuego, por temor á que el resplandor de las llamas ó el humo delataran la presencia de gente en el edificio. Los bandidos ya lo habían encendido, y el humo subió al momento por la escalera y se extendió por toda la iglesia, penetrando también por los resquicios del cancel hasta llegar al santuario. Parecía muy extraño que las partidas de malhechores que habían convertido aquel lugar en una de sus madrigueras, no hubieran echado ya al suelo el cancel para hacer leña, pero por lo visto sus sacrílegos desmanes se habían limitado á quitar las aureolas á los santos.

Zoe procedió con método en su trabajo; principió por extender sobre las losas de piedra del piso las hojas y ramas de pino que había cortado Mauricio para que les sirvieran de cama, y después desdobló las mantas y las puso por encima. Mauricio dormiría ante el umbral de la puerta, en la parte más alta de las gradas, y Zoe estaba muy satisfecha y tranquila al pensar que aquella pequeña y desmantelada habitación sería exclusivamente para ellas dos durante algunos días. Muy pronto quedarían en libertad y terminarían todos aquellos sufrimientos, porque era indudable que los esfuerzos de Wylie tenían que dar buen resultado, y lo más probable sería que desde aquella iglesia medio derruída irían al sitio donde habían de entregar el dinero de su rescate, haciendo su última marcha como prisioneros.

Cuando terminó Zoe sus faenas, se sentó muy cansada, sin ánimo para atravesar la nave de aquel templo arruinado y salir afuera para ver lo que estaba haciendo Irene. Mauricio estaba en el bosque inmediato ayudando á los bandidos á cortar leña para el fuego; Zeko y otro compañero suyo se cuidaban de la cocina en el subterráneo, y los demás de la partida estaban entretenidos en remendar sus abarcas ó andaban de un lado para otro por la iglesia.

(Se continuará.)

UN GOLPE DE ESTADO EN PERSIA.—La tragedia de Teherán

Cuando la nación persa consiguió que el shah Mozzafer-ed-Din la dotara de una Constitución, creyó que para ella se inauguraba una era de prosperidad. Al morir aquel soberano, su hijo y sucesor Mohamed Alí Mirza promulgó dicha constitución, que el pueblo acogió con gran júbilo, siendo inmediatamente elegido el Parlamento, que se instaló en el magnífico palacio de Baharistán.

Pero el nuevo shah, á pesar de sus protestas de constitucionalismo, mostróse poco afecto al nuevo régimen, y por si sus sentimientos personales no fuesen bastantes, sus favoritos Eucir Bahadur y Chapsal Jan no dejaron desde un principio de recordarle las ventajas de la autocracia. A consecuencia de ello y aprovechando los errores que los parlamentarios noveles habían necesariamente de cometer, intentó ya en diciembre del año pasado un golpe de Estado para desembarazarse de aquel estorbo, no logrando entonces realizar sus propósitos, gracias á la oportuna intervención del cuerpo diplomático. Desde aquel momento, las relaciones entre el shah y los parlamentarios, que nunca habían sido muy cordiales, fueron en extremo tirantes.

Las diferencias se ahondaron á fines de mayo, por haber pedido el Parlamento al soberano el destierro de los favoritos de éste. Mohamed Alí Mirza prometió acceder á esta petición, mas no cumplió su palabra. A todo esto, Emir Bahadur, uno de los personajes cuyo destierro se pedía, habíase refugiado en la legación de Rusia, primero, y luego en la residencia veraniega de Bagué Shak, en donde el soberano se había instalado y estaba concentrando sus tropas.

El Parlamento envió allí una comisión para recordar al shah su promesa; éste hizo encarcelar á los principales delegados, y en 8 de junio dirigió un *ultimátum* á los parlamentarios invitándoles á que rompiesen toda clase de relaciones con los *anyumanes* (clubs revolucionarios) y á que le entregasen en el plazo de veinticuatro horas á todos los comprometidos en el complot que suponía tramado por su tío Zill es Sultán con objeto de sucederle.

Aplazada con diferentes pretextos la contestación al *ultimátum*, volvió el shah á insistir en sus exigencias y amenazó con arrasar el Parlamento si no eran éstas inmediatamente satisfechas. Y como tampoco entonces obtuvo contestación, en 23 de junio envió tropas al palacio de Baharistán para que se apoderasen de los principales caudillos constitucionales. Negóse el Parlamento á entregarlos, y al mismo tiempo los *anyumanes* hicieron algunos disparos y desde la mezquita de Sepah-Salar lanzaron bombas contra los soldados; contestaron éstos, y después de un largo tiroteo y de haber bombardeado el palacio, saquearon una porción de edificios y se entregaron á toda clase de excesos. En seguida fueron arrestados el presidente del Parlamento Syed Abdulah, muchos miembros de los *anyumanes* y varios periodistas, siendo algunos de ellos ejecutados al día siguiente.



Mohamed Alí Mirza, shah de Persia

Durante el día 24 continuaron el fuego, las matanzas y los incendios, reinando en Teherán verdadero pánico, que no comenzó á calmarse hasta la noche del 25. Posteriormente se han reproducido los desórdenes, aunque con menos intensidad en la capital; en cambio en Talriz, en donde nada aconteció en los primeros momentos, han ocurrido sangrientos sucesos en los días 27 y 28, habiendo sido asesinados multitud de partidarios del shah y de revolucionarios, y saqueados una porción de edificios.

Mohamed Alí Mirza ha dirigido al pueblo persa un manifiesto cuyos principales párrafos dicen así:

«Todo el mundo ha podido ver que innumerables *anyumanes* se constituían sin reglamento alguno y se inmiscuían con insistencia en los asuntos administrativos del país; á consecuencia de ello, había llegado á ser imposible al gobierno asegurar la marcha de los negocios de que aquellos grupos se habían apoderado pretendiendo discutirlos y resolverlos á su guisa, lo cual podía producir un desorden absoluto y poner á la nación enfrente de grandes dificultades.

»Por otra parte, la prensa y los oradores hacían aún más complicada la situación, merced al apoyo que habían prestado á los *anyumanes*.



Teherán.—Palacio de Baharistán en donde celebraba sus sesiones el Parlamento persa y que ha sido destruído á consecuencia del bombardeo efectuado por las tropas imperiales durante los recientes sucesos ocurridos en aquella capital. (De fotografía de Frankl.)

»Las riendas del gobierno que á nosotros toca empuñar hallábanse en manos de cierto número de intelectuales, y el mismo Parlamento prestaba á los *anyumanes* su apoyo, habiendo sido infructuosas todas nuestras gestiones para hacer comprender á éstos su deber y contenerles en su proceder alarmante.

»Atentos á los deberes que tenemos para con nuestro pueblo amado, que nos ha sido confiado por Dios todopoderoso y cuyos miembros consideramos como propios hijos nuestros, vímonos obligados, en interés de la seguridad pública, á prender á los principales agitadores; pero el Parlamento los protegió y algunos de ellos se refugiaron en el palacio de la Asamblea nacional, levantaron barricadas é hicieron uso de fusiles y de bombas contra el ejército del Estado.


Teherán.—Vista del interior del palacio de Baharistán. (De fotografía.)

»En atención á ese estado de cosas, hemos creído que debíamos disolver el Parlamento á partir del día del hoy y organizar en un plazo de tres meses nuevas elecciones de diputados, leales y patriotas, que celebrarán sus sesiones según las prescripciones de la Constitución del Imperio, al mismo tiempo que el Senado.

»Mi gobierno queda encargado de hacer llegar, por conducto de las autoridades competentes, á conocimiento de toda la nación el contenido de este manifiesto, á fin de que conozca nuestras buenas intenciones, inspiradas en su interés, y la misión que nos hemos impuesto para el mantenimiento del orden y de la seguridad públicos.»

Ultimamente ha promulgado el shah un decreto de amnistía en el que, después de recordar que si procedió á la detención de los agitadores fué sólo por el deseo de restablecer el orden y la seguridad, expresa su deseo de que cese el pánico producido por los últimos acontecimientos, para lo cual decreta una amnistía general, si bien continuarán presos los principales culpables, que serán juzgados por un tribunal especialmente instituído para ello.—R.



El globo dirigible «Zeppelin 4» efectuando sus pruebas sobre el lago de Constanza. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Hace pocos días efectuó su primera salida sobre el lago de Constanza el globo dirigible *Zeppelin* 4, construído por el conde de Zeppelin, uno de los que desde hace más tiempo y con mayor perseverancia se dedican á la solución del problema de la dirección de los globos.

Las pruebas se efectuaron en presencia de una muchedumbre enorme y con asistencia de varios representantes del gobierno alemán y del estado mayor prusiano que, según parece, se ha comprometido á entregar al aeronauta 2.500.000 marcos si su máquina recorre 800 kilómetros en veinticuatro horas.

El aeróstato, conducido por el inventor y llevando catorce pasajeros, entre ellos el ministro de la Guerra alemán y algunos jefes del estado mayor, maniobró durante unos veinte minutos, á una altura de 100 metros sobre el lago de Constanza y á una velocidad de 12 metros por segundo; pero habiendo advertido el piloto algunos defectos de funcionamiento en el timón, fué preciso proceder el descenso.

Pocos días después, realizóse la segunda prueba, maniobrando durante algo más de dos horas. Ultimamente, en otros ensayos ha alcanzado una velocidad media de 55 kilómetros por hora, habiendo permanecido el globo más de cuatro horas en el aire y realizado un largo recorrido y habiéndose hecho desde la barquilla experimentos de telegrafía sin hilos que dieron buen resultado.

En breve intentará el *Zeppelin* 4 la prueba decisiva, que consiste en llegar con sus propios recursos desde Friedrichshaven á Maguncia, remontando el Rhin.

El globo, el mayor de cuantos se han construído, difiere poco de los modelos precedentes del mismo inventor, el último de los cuales llegó á recorrer 350 kilómetros. Es de forma cilíndrica, todo él construído de aluminio, mide 142 metros de largo por 14 de diámetro y tiene un volumen total de 13.000 metros cúbicos.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVII — Barcelona 13 de julio de 1908 — Núm. 1.385

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENTRE FLORES, copia del notable cuadro de Oscar Twintscher

(VII Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia.)



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: las próximas elecciones: anexionistas y patriotas: malestar económico como consecuencia del predominio mercantil de los yanquis. — *Panamá:* la elección de presidente. — *México:* movimiento revolucionario y sus probables causas. — *Centroamérica:* ratificación de los Convenios de Wáshington: la instalación del Tribunal de Justicia centroamericano: «La Fraternidad Centroamericana» en México. — *Venezuela:* Castro y los yanquis. — *Perú:* nuevo presidente de la República. — *Paraguay:* otra revolución.

No van bien las cosas en los países sometidos á la acción directa de los yanquis.

A principios de 1909, si las circunstancias no obligan á mayor aplazamiento, ha de constituirse el gobierno cubano, cesando la intervención yanqui. Antes se harán las elecciones municipales y provinciales. Los partidos políticos se aprestan á la lucha en los comicios, y hasta las mujeres toman parte en los trabajos preparatorios; hay en Santiago de las Vegas un Club liberal de señoras que apoya la candidatura presidencial del Sr. Zayas.

La proximidad del nuevo ensayo de «Cuba libre» aviva los temores de los desconfiados: muchos desean que continúe la intervención yanqui, y crece el número de los que resueltamente piden la anexión á los Estados Unidos.

Los adversarios de los norteamericanos, los patriotas, hacen el balance del período durante el cual viene gobernando Míster Magoon, á quien atribuyen la responsabilidad del actual malestar económico, y amenazan con actos de fuerza para impedir que de modo indefinido sigan los yanquis imponiéndose al país. La intervención norteamericana, dicen, está amontonando más y más inmoralidades sobre las que ya existían en el primer período de gobierno propio.

Los Estados Unidos han conseguido su propósito, el único que les impulsó á favorecer á los cubanos contra España: dominar mercantilmente en la isla. Sus exportaciones á Cuba han aumentado en un 123 por 100 de 1903 á 1907. En la importación hay un aumento medio anual de 43 millones de pesos; se llevan casi todo el azúcar, y en ese mercado ya no pueden competir con ellos las naciones europeas.

En un informe consular procedente de Pinar del Río, y ahora publicado por nuestro ministerio de Estado, se ponen bien de manifiesto las consecuencias de ese predominio mercantil de los yanquis. Las dificultades insuperables que allí encuentra el productor extranjero han sido causa de que los artículos todos, y en especial los de primera necesidad, se vendan á precios tan altos, que la vida es carísima, y aun las personas acomodadas tienen que someterse á privaciones que antes no sufrían.

Los impuestos al comercio, en general, son tales, que duplican y hasta triplican los que hubo que satisfacer durante la guerra de los diez años. Han disminuído de tal modo los capitales, que en un año han cerrado sus puertas más de trescientas casas de comercio, registrándose además doscientas quiebras, lo cual no se vió ni aun durante la angustiosa época, de triste recuerdo, del bloqueo por los buques de guerra de los yanquis. La falta de capitales paraliza la agricultura, y ni aun los que disponen de dinero se deciden á emplearlo en labores agrícolas ó empresas industriales, porque temen revueltas interiores ó conflictos con los mismos yanquis.

Aun desde el punto de vista financiero ha perdido Cuba con la intervención de aquéllos. En los días del gobierno de Estrada Palma llegó á haber 22 millones de pesos sobrantes en las cajas de la República. Hoy, en manos de los norteamericanos, el Tesoro de Cuba sólo dispone de 10 ó 12 millones.

Refiriéndose á estos y otros datos comparativos, escribía un periódico de la Habana: «Para desengaños el tiempo, y para enseñanzas la Historia.»

***

Panamá lleva camino de seguir la misma suerte que Cuba. En estos días (primeros de julio) debe haberse elegido presidente de la República. Los candidatos eran el vicepresidente Sr. Obaldía y el ministro de Relaciones exteriores Sr. Arias. Había gran excitación entre los partidarios de uno y otro, se temían colisiones, y para evitarlas y garantir la libre emisión del sufragio, las autoridades yanquis dispusieron que fuerzas de su marinería ocuparan los colegios electorales.

Así tiene ya que ejercer la más alta función de su soberanía el pueblo de la novel República creada por iniciativa y bajo la férula de los gobernantes de la Unión norteamericana. Hay que fiar poco en las aptitudes ó en la buena fe de los políticos yanquis como hacedores de repúblicas en América.

***

En el último mensaje (1.° de abril) leído ante el Congreso por el presidente de los Estados Unidos mexicanos, hacíase constar que la riqueza y prosperidad de la República siguen su marcha ascendente, á pesar de las dificultades de orden económico que ocasionó la crisis general debida á la transitoria mala situación de los mercados públicos extranjeros. A la paz y tranquilidad interior que viene disfrutando el país se debían el progreso y bienestar general.

Ahora, en estos primeros días de julio, esa paz y tranquilidad, causa principal del engrandecimiento de México, se ha perturbado. El telégrafo nos trae la noticia de movimientos revolucionarios en el Norte de la República, en la zona fronteriza con el Estado yanqui de Texas, y á la vez llegan periódicos de fecha anterior que nos dan, acaso, la clave de los hechos, aún no bien conocidos.

En efecto, dícese que el presidente, general Porfirio Díaz, en conferencia que tuvo con un periodista norteamericano, indicó su propósito de no aceptar nueva reelección una vez terminado el actual período constitucional. El prestigio y las energías del viejo general habían puesto coto á las ambiciones de quienes pudieran substituirle ó alcanzar, con otros gobiernos, codiciados cargos en la administración pública. Pero ahora, prevista la posibilidad de que en breve plazo cese el general Díaz de estar al frente del poder ejecutivo, los que hacen de la política medio de medrar y encumbrarse—que son allí, como en todas partes, la mayoría de los políticos—se apresuran á mover y agitar la opinión para adquirir popularidad que les ponga en buen camino de lograr sus aspiraciones.

Surgen ya en la capital y en los Estados artículos ó manifiestos en que se anuncia la caída de la dictadura, del despotismo y de la tiranía, y salen á luz los consabidos tópicos del renacimiento de la democracia, la resurrección de las libertades civiles, el sufragio libre, el despertar de los ideales políticos, etcétera, etc. Y para todo ello—escribe un periódico afecto á la situación—se emplean las frases cáusticas que han de encender la hoguera del odio en el corazón del pueblo, para lanzarlo al desorden y á la anarquía, reviviendo el funesto período del vandalismo político que por tantos años desangró al país, en sus aciagos tiempos, y del que sólo pudo librarlo la mano férrea del general Díaz.

Indudablemente, las primeras consecuencias de la agitación producida por los elementos políticos que aspiran á substituir al actual gobierno han sido los disturbios y sangrientos combates de que nos habla el telégrafo. Allí en la frontera de los Estados Unidos, con las espaldas bien cubiertas y con la complicidad ó ayuda de las gentes de Texas, se trata de constituir fuerte núcleo revolucionario para ganar el poder en ocasión propicia.

***

Los Congresos legislativos de las Repúblicas de Centroamérica, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Honduras y Guatemala, dieron, por el orden en que se citan, su ratificación soberana á las Convenciones y Tratados de la Conferencia de Wáshington, los que, según el *Diario Oficial* de El Salvador, «marcan en la vida nacional centroamericana un punto de partida seguro y firme hacia una situación de paz perpetua y de adelanto verdadero: con razón de sobra se les considera como un triunfo glorioso y definitivo... Las cinco Repúblicas hermanas, vinculadas fuertemente por esas Convenciones, se consagrarán desde ahora á la realización de sus altos destinos; y ancho campo de acción tienen para ello, amparadas por el orden que aquéllas garantizan, é impulsadas por los sentimientos y las ideas que contienen, propicios los unos y las otras á una regeneración completa y á un definitivo estado de armonía, sosiego y engrandecimiento.» Allá veremos.

Una de las citadas convenciones es la relativa al establecimiento de una Corte ó Tribunal de Justicia Centroamericano, con residencia en la ciudad de Cartago, República de Costa Rica, al que cada una de las cinco repúblicas envía un magistrado propietario y dos suplentes. El alto tribunal se constituyó el día 25 de mayo con asistencia de los Sres. Creel y Buchanan que habían concurrido, en representación de los Estados Unidos mexicanos y los de Norteamérica, respectivamente, á la Conferencia de Wáshington, y que ahora, con su presencia y sendos discursos en la inauguración del Tribunal, dieron mayor solemnidad al acto.

Para trabajar en pro de la paz, unión y prosperidad de Centroamérica se ha fundado en México, por iniciativa del citado Sr. Creel, una Sociedad titulada «La Fraternidad Centroamericana,» que empieza con muy buenos auspicios. Presidió la sesión preparatoria el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes Sr. D. Justo Sierra, y para la Junta Directiva del grupo mexicano fueron elegidas personalidades tan ilustres como D. Ramón Corral, D. José Ives Limantour, D. Félix Romero, D. Federico Gamboa, D. Pablo Macedo, D. Sebastián Camacho y D. Porfirio Díaz, hijo.

Según el Dr. Madriz, que en esa reunión expuso el objeto ó fin de la nueva Sociedad, México está obligada, por deber de raza y por propio interés, á contribuir al establecimiento de paz sólida y duradera entre las cinco repúblicas. Esa paz es una garantía para todos, porque la apertura del canal de Panamá puede ser un grave peligro, y es necesario precaverse contra probables ataques del enemigo común.

***

En Venezuela, el indomable Castro sigue haciendo alarde del desprecio que le inspiran los yanquis. *El Constitucional*, de Caracas, los trata con la mayor desconsideración posible: dice que los Estados Unidos son «el Caín de América, que simula cordial fraternidad para enmascarar sus brutales instintos.»

***

Ha sido elegido presidente de la República del Perú D. Augusto B. Leguía, que entrará en funciones el 24 de septiembre próximo.

El Sr. Leguía es joven; tiene 44 años de edad. Ha sido ministro de Hacienda y presidente del Consejo de ministros. Lo llevan al poder los partidos civilista y constitucional y se propone continuar la política del Sr. Pardo, es decir, la que aquí llamaríamos política liberal conservadora, en oposición á los radicalismos que substentan los demócratas ó pierolistas, promovedores de la tentativa revolucionaria que acaudilló Durán.

***

Otra vez la contradicción entre el telégrafo y el correo americanos. A un mismo tiempo casi recibimos del Paraguay, por correo, la rotunda afirmación, en el Mensaje presidencial, de que el orden público está completamente asegurado; por telégrafo, la noticia de nueva revolución, y de que el presidente de la República y el ministro de la Guerra se ponen al frente de las tropas leales para combatir á los insurrectos.

El presidente general Ferreira, que por medios revolucionarios alcanzó el poder, tiene ahora que defenderlo con las armas y tiene también que cumplir la solemne promesa que ante el Congreso Nacional hizo el 1.° de abril último: mantener la paz y la tranquilidad en toda la República, á costa de cualquier sacrificio, como el supremo bien que necesita el país para marchar resueltamente por el camino del progreso.

R. Beltrán Rózpide.



Yo, en cambio, me paso las horas tumbada en la galería que da frente á la huerta, con un libro en las rodillas

LA CARETA DEL CORAZÓN

CARTAS DE LINA

I

Fresnedo, julio de 1908.

«A cada nueva carta tuya, Eduardo querido, me entristezco más y de mayor lentitud me parecen los días. Detrás de tu letra gruesa y recta, te veo ceñudo, foscos los bigotes, mordiéndote los labios; igual, igual que en casa cuando sirvo el te á Juanito Navarro, ó como en las noches del Real cuando mamá se entusiasma con Anselmi, y yo me creo en la obligación de asentir... y aplaudirle.

»Estoy aburrida hasta la estupidez; y seguramente las muchachas y los jovencetes que se reunen en la playa por la mañana, que hacen excursiones por la tarde y bailan en el balneario por la noche, me deben estar echando una fama que ni la de miss Ada.

»Ella sí que goza á sus anchas. Estas brumas del Norte, esta melancolía de los pinares, las canciones que se oyen al ponerse el sol, sin saber de dónde vienen ni quién las canta, la recuerdan sus nieblas, sus esplines y sus novelas impresas en papel de fumar y encuadernadas en tela roja. En todo el día de Dios no se la oye más que «*How delightful! How charming it is!*..» Claro está, que siempre rígida, seca, inalterable la voz, que, según tú, suena á cerrojo ó á carraca, lo mismo que si dijera: «*How sorry Yam!*»

»¡La mordería! Yo, en cambio, me paso las horas tumbada en la galería que da frente á la huerta, con un libro en las rodillas—imposible leer; me sucede como en tus cartas: hay algo de ti detrás de cada letra,—mientras mamá se entrega al patriarcal esparcimiento de echar miguitas á las gallinas ó de ver «qué raras son las hojas de la patata.»

»Algunas tardes salimos de paseo. Delante, los chicos con miss Ada; detrás, mamá y yo con el médico y su señora: un matrimonio horriblemente cursi y ofensivamente gordo. El tiene pretensiones de gracioso, y todos los días se ríe á sí mismo la prehistórica agudeza de: «Linita, ayer me hablaron de usted.» Su señora se dedica al noble *sport* de las enfermedades: cuando no tiene jaqueca, es el estómago ó las palpitaciones del corazón—esto del corazón es lo que más le duele que no haya comprendido el galeno de su esposo—ó la blusa nueva de mamá.

»Luego, lo ameno y variado del paisaje. Unas veces la vía férrea, bajo un sol que parece mentira pueda vivir en este cielo tan antipático, andando sobre la arena abrasada, espantando las lagartijas.—Y sin embargo, por aquí es por donde me molesta menos pasear; creo que me voy acercando á ti.

»Otras veces, á trepar por la cuesta de Moranco, porque desde allí arriba se domina una gran extensión de mar—aunque malditos los deseos que se tienen de extasiarse y abrir la boca para decir «¡Oh!» cuando se llega rendido á la cumbre.

»Después, á las nueve, á la camita, que hay que madrugar... para hacer lo mismo que el día anterior: el baño, temprano, esperar al cartero—que no todos los días viene, señor faltón,—echarme la siesta por recurso, coger un libro para no leer y luego dar un paseíto con doña *Terapéutica* y sonreir cortésmente á su señor marido cuando llegue la hora de decir: «Linita, ayer me hablaron de usted.»

»¿Por qué no has venido, Eduardo mío? Esta separación me va siendo intolerable, y hay momentos en que pienso que el quedarte en Madrid ha sido un pretexto para engañarme más tranquilamente.

»¿Verdad que no, feúcho? ¿Verdad que te has impuesto ese sacrificio para que más pronto podamos casarnos y olvidar tanto como estamos sufriendo? ¡Si vieras qué atracones me doy de llorar! Ayer miss Ada, con su voz de fonógrafo roto, quiso consolarme: «*don't give way despair;*» pero yo no la hago caso. Tus cartas son mi único consuelo, y cuando me faltan, ¡me pongo de un humor!..

»Escríbeme, escríbeme mucho; háblame de ese Madrid que yo tanto quiero. Tú, al menos, eres feliz, porque á cada momento puedes decir: «Aquí estuvimos tal día.» Por esta alameda me dijo: «No seas loco; que te va á ver miss Ada.»

»Siempre, siempre tuya

»LINA.»

II

Fresnedo, julio de 1908.

«Estoy rendida, simpaticona Kare. El baile terminó anoche á las dos de la madrugada. Cuando salíamos del balneario nos encontramos con los pescadores que iban entonces á embarcarse. Se preparaba buena mañana, según me dijo uno de ellos.

»Cada vez estoy más contenta de que el bobalicón de Eduardo se haya quedado en Madrid. Tan pelma, tan celoso como es, no me hubiera dejado un rato libre.

»Mañana vamos á la romería de San Juan de Noreña. Ya te contaré. Vamos á ir solos las muchachas y los muchachos..., incluso míster Whistson, el ingeniero.

»Está cada vez más loco. Ayer se me volvió á declarar. Aquí todo el mundo nos cree novios, y yo me río. En el fondo no me disgusta, y si no fuera porque lo de papá va de mal en peor y porque este inglesote no tiene más que su sueldo de las minas...

»Pero me divierto un poco y eso basta. ¡Tiene una gracia!.. Ha estado en Málaga y ayer quiso bailar sevillanas con doña *Terapéutica*. ¡Había que ver el gesto que ponía miss Ada ante aquella flexibilidad de su compatriota de rigidez!

»Perdóname que no te escriba más. Aunque, después de todo, te pago con la misma moneda. Tú tampoco eres muy *lata*, como dice papá en el Senado alabando una disertación de D. Antonio Maura.

»¡Y luego llaman descanso al veraneo!

»Cuantos besos quieras.

»LINA.»

CARTAS DE EDUARDO

I

Madrid, julio de 1908.

«Mi muy adorada Lina: Sólo dos letras; son las cinco, se hace tarde para el correo y á las cinco y media estoy citado con Herrera, uno de los testamentarios.

»¡Cuánta pena tuya viene á buscar el estanque de la mía, lleno hasta rebosar de tristeza! En este calor angustioso que oprime á Madrid con un cinturón de fiebre, todo me parece hermano de mi abatimiento, de mi forzada resignación y de mi amor, que se encuentran como la rama de un árbol doblado de sol y la tierra, sedienta, resquebrajada, pronta á romperse.

»Y sin embargo, este verano es un camino de felicidad. Tú, bajo ese cielo gris y melancólico; yo, por estas calles solitarias y hostiles de la ciudad, somos peregrinos de amor que hemos de encontrarnos muy pronto.

»Confía en mí, como yo en ti confío. No escatimes tus cartas: ellas me saben á fuente de agua clara al borde de este sendero por donde se va arrastrando mi dolor.

»Tuyísimo

»EDUARDO.»

II

Villa Aire Ona.

San Juan de Luz, julio de 1908.

«Hoy es un día espléndido de bravura, amigo Carlos.

Flecha el sol sobre las hojas;
vibran ilusiones rojas
en la sábana del mar.
Surge una ondina quimera.
Y oigo á Pan que desespera
porque no sabe nadar.

»¿Ves? Hasta escribo versos. Me parezco árbol, nube, ola, quisiera tener la ardiente voluptuosidad de la arena. Soy como un pedazo de Naturaleza que se reintegra á ella.

»Soy feliz, completamente feliz; tengo todo: el impetuoso amor de esta adorable Julia de ojos verdes que me va arruinando; el selvático alejamiento de la vida madrileña; la despreocupación de los negocios y de los libros, incluso la delicia de fingirme triste, según verás por la adjunta carta para Lina y que te mando abierta por si la quieres leer antes de echarla al correo.

»Y á propósito: procura no se te olviden en el bolsillo estas cartas mías. Lina se queja de que algunas llevan cuatro fechas de retraso.

»¡A ver si hace el demonio que se entere de que en vez de sudar en Madrid pensando en ella, estoy aquí tan ricamente con otra...

»Cae la tarde.

»Desde mi ventana, el mar es una imitación de oro y de fuego. Me voy á la playa, y desde allí te compadeceré, imaginándote en una mesa del *Lyon d'Or*, triste, nostálgico, viendo cómo riegan la calle de Alcalá.

»Gracias por tu *cartería honoraria*, y sabes que te quiere siempre

»EDUARDO.»

JOSÉ FRANCÉS.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

EN PUERTO-ARTHUR.—INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO Á LOS SOLDADOS RUSOS MUERTOS DURANTE EL MEMORABLE SITIO DE AQUELLA PLAZA.

Importante en extremo fué la ceremonia de la inauguración de este monumento que el Japón, por iniciativa del general Oshima, ha erigido para honrar la memoria de los soldados rusos que sucumbieron defendiendo heroicamente Puerto Arthur.

He aquí en qué términos la describe un testigo presencial, M. J. C. Balet, que durante la guerra ruso japonesa fué corresponsal de un importante periódico ilustrado francés:

«El emperador había designado con toda intención al general Nogi para presidir esa solemnidad. El tsar, por su parte, había enviado, en representación suya, al general Gerngros y al almirante Massevitch, á quienes habíanse agregado el general Tchichakoff, comandante de las tropas de Kharbin, y una multitud de oficiales y hasta de simples soldados, todos defensores de Puerto Arthur, unos sin brazos y otros con cicatrices todavía visibles. Por los japoneses tributaban los honores el regimiento 39.° y un destacamento de la marina. Su bandera, hecha jirones y manchada de sangre, tenía una elocuencia sobrehumana al inclinarse ante la tumba de los adversarios de ayer que por dos veces habían matado al abanderado y arrebatado por un momento la insignia.

»Después de la consagración religiosa por el obispo de Pekín, los enviados de ambas naciones subían por parejas las gradas del mausoleo: el ruso multiplicaba los signos de la cruz; el japonés inclinábase hasta el suelo, y las dos veneraciones confundíanse en un mismo pensamiento. Nunca olvidaré el grupo de Nogi y Tchichakoff: el anciano guerrero japonés, el vencedor de Puerto Arthur, tan sencillo, tan desprovisto de presunción como el último de sus soldados, parecía conmovido; quizás invocaba también, detrás de aquellas tumbas rusas, las imágenes de sus dos hijos que perecieron en los sangrientos combates del sitio del cual es él el héroe.

»Esta emoción estalló cuando, terminada la veneración individual, los delegados se saludaron. El general Nogi, en vez del acompasado apretón de manos de las ceremonias oficiales, cogió los brazos de los enviados rusos y los sacudió con una rudeza y un vigor que mal disimulaban los sentimientos del corazón, no encontrando ya palabras para decir lo que sentía. Entonces el general Gerngros, substrayéndose á esas efusiones, avanzó delante de las tropas que presentaban armas y gritó: «¡Al emperador del Japón, al valiente ejército japonés, hurra!» Y de todas las bocas un eco potente respondió al hurra tres veces.

»Entonces el general Nogi se puso á su lado, y con voz que difícilmente emitirá otra vez, y con un ademán que yo no había visto jamás en él y que reflejaba toda su alma, exclamó: «¡Al emperador Nicolás, á los valientes rusos muertos y á los soldados que tan bien defendieron á su patria, *banzai!*»

»Y aquel *banzai* que todos repetimos durante un minuto, será, mejor que todos los tratados de cordial inteligencia, el signo y el sello de una reconciliación indudable entre Rusia y el Japón.»

Después de la ceremonia, el general Oshima obsequió con una comida y una *garden party* en el Club de los oficiales á los militares rusos, quienes fueron objeto de las más cariñosas atenciones.

Los japoneses, que tan admirablemente se portaron durante la guerra, se han conquistado, con ese acto, uno de los más conmovedores que la historia registra, un nuevo título á la admiración del mundo civilizado, ya que honrar á los vencidos, como ellos los han honrado, constituye una de las mayores virtudes de los pueblos realmente grandes.—R.



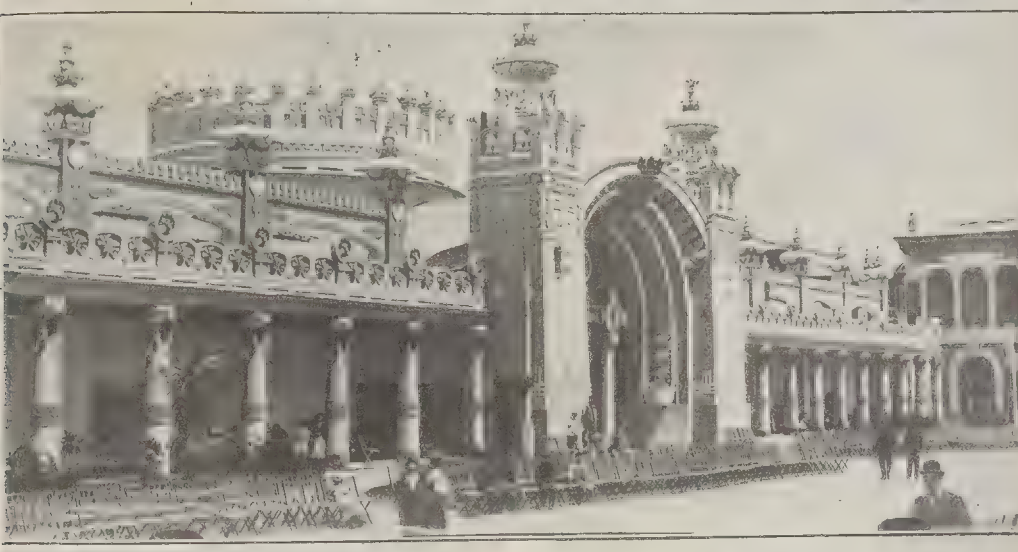
Puerto-Arthur.— Inauguración del monumento erigido por los japoneses á la memoria de los soldados rusos que murieron durante el famoso sitio de aquella plaza. Delante de la estela funeraria, los generales Tchichakoff y Nogi oran mientras al pie de la escalinata esperan su turno los generales Masscovitch, Hashimoto y otros. (De fotografía de J. C. Balet.)

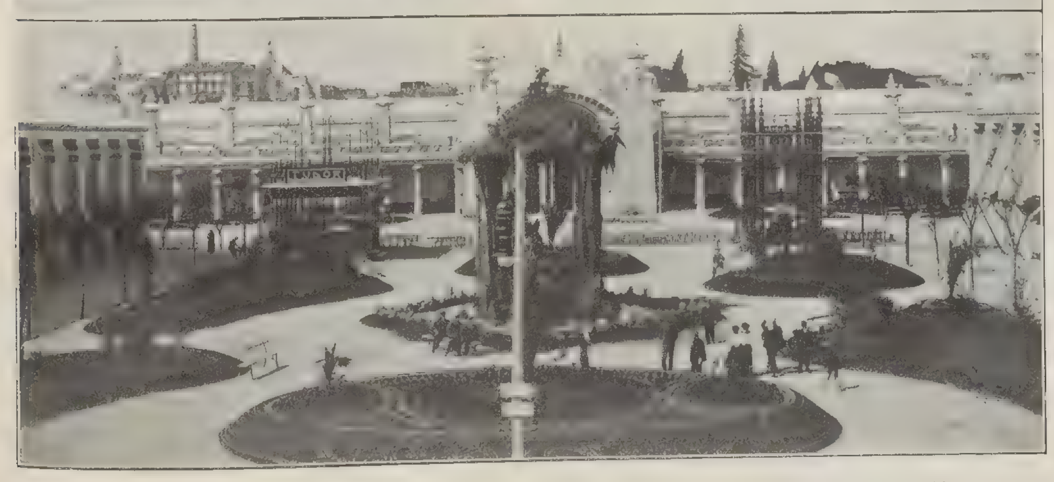


Puerto-Arthur.— El 39.° regimiento de infantería japonés presentando las armas delante del monumento. (De fotografía de J. C. Balet.)

ZARAGOZA.—EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA. (De fotografías de Asenjo.)







Pabellón del Ministerio de Fomento.—Pabellón central ó de Alimentación.—Explanada central en donde están los pabellones de la Industria y de la Alimentación



MADRID

MONUMENTO Á CASTELAR

INAUGURADO

EL DÍA 6 DE LOS CORRIENTES

El insigne escultor Mariano Benlliure, autor del monumento



El general López Domínguez, presidente de la comisión ejecutiva del monumento



D. Rafael del Val, secretario de la comisión ejecutiva del monumento

A raíz de la muerte del ilustre repúblico D. Emilio Castelar, acaecida en mayo de 1899, un sentimiento unánime de España toda, sin distinción de clases ni de partidos, expresó, con la fuerza inmensa que tienen esos impulsos del alma nacional, el deber en que el pueblo español estaba de inmortalizar con un monumento la memoria del que tanto había hecho por su patria, del orador elocuente que fué la admiración de propios y extraños, del político honrado que se sacrificó siempre en aras de sus patrióticos ideales, y del gobernante sabio y enérgico que en días tristes y difíciles de nuestra historia supo regir con mano firme, con tesón inquebrantable, la nave del Estado.

Para realizar el pensamiento, constituyóse una comisión de notables personalidades, cuya presidencia se confió al general López Domínguez y de la que fué secretario D. Rafael del Val, sobrino del preclaro tribuno, comisión que ha llevado á cabo su cometido con universal aplauso. De los trabajos por ella realizados dan perfecta idea los siguientes párrafos del discurso pronunciado por el general López Domínguez en el acto de la inauguración.

«No fué, señores, difícil—dijo—la labor que se encomendó á la Comisión por mí presidida. Se trataba de perpetuar la memoria de un hombre ilustre, de honrar á un gran patriota, y la idea tomó cuerpo en seguida, porque en todas partes fué acogida con cariño, con verdadero entusiasmo. Solicitamos primero el concurso de las provincias, y el éxito de esta primera gestión fué tan completo, que de las 49 provincias españolas, 47 acudieron al llamamiento, aportando cantidades respetables.

»Después nos dirigimos á las fuerzas vivas, á las entidades importantes de nuestra Patria, y la subscripción abierta aumentó con este motivo notablemente.

»También creyó oportuno la Comisión hacer un llamamiento á las Repúblicas americanas, por haber llegado á ellas muchas veces la voz elocuente de Castelar, y las esperanzas que abrigábamos se colmaron en un todo. Todos aquellos países contribuyeron á que la subscripción aumentara, y especialmente México y la Argentina dieron una vigorosa prueba de amor á España.»



Uno de los últimos retratos de Castelar. (De fotografía de Reymundo y C.ª)

El monumento, que se ha erigido en la Castellana, es obra del insigne escultor Mariano Benlliure. He aquí en qué términos lo ha descrito detalladamente el eminente novelista don Jacinto Octavio Picón.

«Sobre una planta rectangular de granito se alza un bloque de piedra caliza, que tiene los ángulos matados, estrechando de abajo arriba, como para guiar la mirada hacia el cuerpo más importante: encima de ese bloque hay un estrecho basamento de mármol blanco, que sustenta dos bancos de bronce, iguales á los del Congreso, puestos diagonalmente; colocada entre ellos, en actitud de hablar, alta la cabeza, extendida la diestra, está la figura de Castelar, también de bronce, parecidísima de rostro y de apostura, y llena de dignidad y nobleza.

»A la izquierda de Castelar, y algo más baja, cual si se desprendiera del trozo de mármol blanco en que está labrada, aparece una gallarda figura de mujer, desnuda como la Verdad, hermosa como Venus, que dejando caer hacia atrás lánguidamente la cabeza, parece abismada en la delectación mental de lo que escucha al orador maravilloso. ¿Qué representa aquella mujer? ¿Es la inspiración que anima? ¿La razón que persuade? ¿La poesía que encanta? Todo ello junto.

»La persona de Castelar y los dos escaños de bronce entre los cuales habla, destacan sobre un gran cubo ó dado de mármol rojizo obscuro, á cuyos lados hay dos estrechas escalinatas. Por la de la izquierda suben dos figuras de mármol blanco: son Cicerón y Demóstenes, pero no fingidos por la imaginación del artista, sino copiados, variando, como es natural, el movimiento de las dos famosas estatuas clásicas que de ambos se conservan. El gran orador de Roma y el de Grecia vienen atraídos por el supremo artista de la oratoria moderna: el manto de uno y la toga de otro se ciñen á sus cuerpos robustos; los pies se apoyan fuertemente en los peldaños; las cabezas expresan curiosidad, interés, admiración, asombro; el que va delante parece decir: «¿Quién habla así? ¡Es nuestra elocuencia, nuestra alma, nuestra libertad!» Y allí se detienen, como si en aquellas palabras que escuchan viniera para ellos la visión magnífica de cuanto el rodar de los tiempos trajo al mundo desde que ellos vivieron.

»Por la escalinata de la derecha suben un obrero, un soldado y un estudiante: son el taller, el cuartel, el aula: la juventud en toda su plenitud, bravía y valerosa; son los que manejan la herramienta, el fusil y el libro.

»La parte posterior baja del monumento está for-

mada por un alto relieve de superficie convexa, ejecutado en bronce, de pátina verdosa, que conmemora las campañas de Castelar por la abolición de la esclavitud en nuestras antiguas colonias. Lo componen ocho valientes, robustas y bien movidas figuras de hombres y mujeres en actitud de mostrar las cadenas rotas, mientras por cima de ellas se leen estas palabras de un discurso del famoso tribuno: «Levantaos, esclavos, porque tenéis Patria,» escritas en letras de oro.

Madrid. — Monumento á Castelar, inaugurado el día 6 de los corrientes, obra del insigne escultor Mariano Benlliure. El monumento visto de frente.

»El cuerpo medio de la parte posterior lo forma un grupo compuesto por un cañón de artillería rodada, visto por la boca de la pieza, y en cuyo armón va sentado, cara al espectador, un artillero, tipo impregnado de ruda y encantadora verdad: es el hijo del pueblo, hecho soldado, y á cuyas manos confía la Nación la más formidable de sus armas. De esta suerte se perpetúa el recuerdo de uno de los actos más elogiados de la vida de Castelar: la reconstitución del cuerpo de artillería.

»Entre las dos caras, anterior y posterior, y las dos escalinatas y grupos de los costados, que constituyen las partes inferior y media del monumento, se alza, formando centro por elevación, un paralelepípedo de piedra caliza, rematado á modo de pedestal. Ornan su parte superior los cuarteles del escudo patrio, combinados con colgantes y guirnaldas de follaje, y encima se yerguen tres figuras de mujeres desnudas, en las cuales ha simbolizado el escultor las tres palabras «¡Libertad!» «¡Igualdad!» «¡Fraternidad!»

Al acto inaugural, efectuado el día 6 de los corrientes, asistieron el presidente del Consejo de ministros Sr. Maura, representaciones de las Cortes y de los partidos políticos, el alcalde de Madrid conde de Peñalver, el presidente de la Asociación de la Prensa D. Miguel Moya, gran número de periodistas, comisiones del cuerpo de artillería y de milicianos, etc. Pronunciaron sentidos discursos los Sres. López Domínguez, Maura y conde de Peñalver, y al descorrer el Sr. Maura la tela que cubría la estatua, resonó una prolongada y ruidosa salva de aplausos.—P.



Cara posterior del monumento. (De fotografías de Pedro Calvet.)

CÓMO SE FUNDA UNA UNIVERSIDAD EN CHICAGO

La Universidad de Chicago se dispone á festejar el vigésimo año de su existencia; con este motivo parécenos oportuno decir algo de su historia.

Fundada en 1886 la primera institución que llevó aquel nombre, fracasó apenas nacida; pero uno de los «reyes» de Chicago, Juan D. Rockefeller, prestó á una segunda tentativa una poderosa ayuda, y secundado por el eminente profesor Guillermo R. Harper, hizo que la asamblea anual de Boston, de 1889, aprobase su proyecto, mediante su ofrecimiento de 600.000 dólars, á condición de que se encontrasen 400.000 más.

En 1889, la nueva universidad tuvo existencia jurídica, siendo elegido presidente de ella Mr. Harper, y apenas inaugurada heredó 500.000 dólars de un nuevo donador, Mr. Guillermo B. Ogden. Dos años después, miss Elena Curvey dió una finca estimada en un millón, y Mr. Rockefeller, no queriendo ser menos, entregó igual cantidad y posteriormente ha ido dando otras hasta la suma de 20 millones de dólars. Esta munificencia explica por qué al título oficial de «Universidad de Chicago,» se le añade «fundada por Juan D. Rockefeller.»

Mas no es él único favorecedor del famoso establecimiento, ya que las generosidades de otras procedencias alcanzan á la cantidad de ocho millones de dólars.

La Universidad de Chicago hállase situada casi en las afueras de la ciudad, entre los dos inmensos parques de Wáshington y Jakcson; allí han surgido los veintitantos edificios en donde se organiza y distribuye la vida intelectual, moral y material de la gran corporación universitaria. Esos edificios recuerdan por su arquitectura, que es de estilo inglés del Renacimiento, los de las universidades de Oxford y de Cambridge.

Las artes, las letras, las ciencias, la teología, el derecho, la educación, el comercio y la administración forman en la Universidad de Chicago otras tantas facultades distintas, las cuales se dividen en sesenta y un departamentos especiales de instrucción. Los profesores son más de 500 y los instrumentos de trabajo son abundantísimos: la biblioteca contiene 447.166 volúmenes y recibe 1.500 periódicos; la química, la física y las ciencias biológicas tienen sendos laboratorios; la geología y las ciencias orientales, su museo propio, y la astronomía, su observatorio.

El rápido aumento de los efectivos escolares justifica tan gran desarrollo: en 1892-93, el número de alumnos inscritos en los *College and Graduate Classes,* es decir, en los cursos que corresponden á nuestra segunda enseñanza y á la enseñanza superior, era de 698; en los años sucesivos fué de 920, 1.347, 1.815, 1.880, 2.307, 2.959, hasta llegar, en 1889-90, á 3.000. En 1905-06 alcanzó la cifra de 5.079.

A esta enseñanza directa hay que añadir la del departamento de *Extensión,* que consiste en difundir la enseñanza superior fuera de la universidad por medio de cursos ambulantes, de trabajos por correspondencia, de lecturas dirigidas y de préstamos de obras. Este sistema, que se halla establecido en Inglaterra desde hace mucho tiempo y que se sigue ya en algunas universidades francesas, era demasiado democrático para no propagarse rápidamente en los Estados Unidos; de aquí que la Universidad de Chicago se haya preocupado de él desde sus comienzos y no haya cesado desde entonces de practicarlo, cada día con mayor éxito. El año 1906-07 hizo circular 6.000 volúmenes y dió 51.772 audiciones en 147 centros diferentes y 191 cursos de seis lecciones cada uno. En presencia de tan brillantes resultados, compréndese la orgullosa satisfacción de la Universidad de Chicago y su deseo de festejar su extraordinario progreso.—T.



EL CARDENAL MANNING, por W. Onles



UN BUEN AMIGO, cuadro de Guillermo Trubner

EN EL BAÑO, cuadro de E. Zier



LA OBRA DEL «BOCADO DE PAN,» cuadro de G. Pierre. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1908.)

CIUDADANOS DE HESSE, celebrado cuadro de Carlos Bantzer

BARCELONA. – INAUGURACIÓN DEL DISPENSARIO MUNICIPAL OTO-RINO-LARINGOLÓGICO

El día 5 de los corrientes se inauguró este dispensario, instalado en la tenencia de alcaldía del distrito de la Concepción



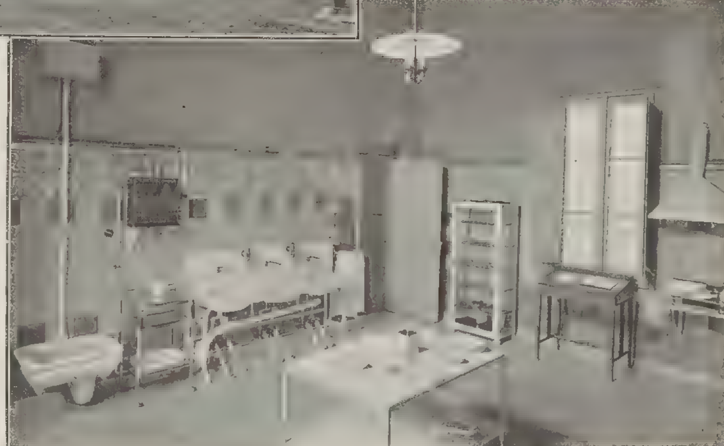
BARCELONA. – El dispensario municipal oto-rino laringológico inaugurado el día 5 de los corrientes. Edificio en donde está instalado el dispensario.

y que responde á las siguientes necesidades: inspección y tratamiento médico de los alumnos de la Escuela de sordo mudos; asistencia facultativa oto-rino-laringológica á los enfermos de la beneficencia municipal; enseñanza de la especialidad, ó cuando menos, prácticas de exploración oto-rino-laringológica asequibles á los estudiantes y médicos generales que deseen tener conocimientos de la misma.

En la planta baja del edificio hay un despacho con su correspondiente biblioteca científica, el cuarto de inscripciones y dos salas de espera. La sala de intervenciones y curas hállase provista de un *vidoir* con chorro automático, de asientos de cristal y metal, de tres tuberías de conducción de agua caliente, fría y suero, de lavabo con agua esterilizada, de una gran mesa operatoria sistema Mathieu, con bomba de aceite y con movimientos para adaptarse á diversas posiciones. El suelo de esta sala es de declive central y desagüe provisto de sifón, que también tienen todas las demás cañerías de desagüe del Consultorio.

La sala de éste tiene asientos para enfermos, escupideras de chorro automático, cuadro mural para galvanocáustico, electrólisis, faradización, motor, etc., recipiente para lavado de instrumentos, *etagere* para colocar las cubetas con soluciones antisépticas y el esterilizador provisto de chimenea que vierte el vapor de agua al exterior, gran lavabo con tres palanganas, botiquín y mesa central.

Desde una de las salas de espera, una cómoda escalera conduce á los altillos, en los cuales hay dos habitaciones para enfermos operados, provistas de luz eléctrica y *u ater-closet.* También se halla instalada en este piso la sala de autoclaves que corresponden á la sala de curas é intervenciones y están destinados el uno á esterilizar agua y suero y el otro á material de curas.



Sala de intervenciones y curas. (De fotografías de A. Merletti.)

Al acto inaugural asistieron el alcalde accidental Sr. Bastardas, varios concejales, el arquitecto municipal Sr. Falqués, el jefe del cuerpo médico-municipal Dr. Macaya, el comisario regio de Instrucción pública, los directores de los hospitales de Santa Cruz, Clínico y Militar, algunos catedráticos, médicos y otras distinguidas personalidades. Los doctores Macaya y Martín dieron explicaciones sobre el dispensario, elogiando además la obra realizada por el Ayuntamiento; el concejal Sr. López pronunció un discurso patentizando el interés que la comisión municipal de Gobernación ha demostrado en favor de la beneficencia y de la sanidad, y el Sr. Bastardas dedicó encomiásticas frases á la comisión mencionada y á los facultativos del dispensario.

En una palabra, el nuevo dispensario está montado según los últimos adelantos científicos y dotado de un instrumental completo y modernísimo, así como de todos los aparatos y accesorios necesarios para la especialidad á que se le destina. Al frente del mismo figura como director el reputado especialista Dr. D. Avelino Martín.



BARCELONA. – EL ACUEDUCTO DE MONCADA

Con objeto de inspeccionar el estado de los trabajos de esta importante obra que, una vez terminada, tanto contribuirá al saneamiento de nuestra ciudad, dotándola del abundante caudal de agua de que tanto necesita, realizó hace pocos días el Ayuntamiento una visita oficial al acueducto de Moncada. Los expedicionarios descendieron á las galerías, construídas unas, y otras en construcción; examinaron la notable instalación de máquinas, pozos y vertederos; visitaron la boca mina de la Acequia Condal, el distribuidor de aguas y el criadero de árboles del Ayuntamiento.

Las obras del acueducto comenzaron en 19 de marzo de 1891; la longitud total del mismo es de 6.503 metros y su sección de 3'40 de ancho por 3'38 de alto. Al presente hay construídos 5.727'50 metros, que han costado 2.027.125'77 pesetas, faltando, por lo tanto, construir 780'50 metros, de los que hay subastados y en curso de ejecución 656 metros por un valor de 499 646'80 pesetas; queda, pues, únicamente para su total terminación 124'50, cuyos proyectos están pendientes de subasta.

El acueducto totalmente terminado costará 2.659.773'15 pesetas.

La sección facultativa de Urbanización y Obras tiene formado el proyecto para la terminación del acueducto, elevación y distribución de las aguas dentro del término municipal de esta ciudad, ascendiendo el presupuesto total á 14.718.404'21 pesetas. El agua llegará á Barcelona con una presión de 10 atmósferas sobre el nivel del mar, es decir, 100 metros de altura.

Las aguas desde Moncada irán á parar al sitio de su elevación, el solar del Ayuntamiento llamado «La Trinidad,» en donde se instalarán las máquinas elevatorias de 1.000 caballos de fuerza y los demás aparatos necesarios, y de allí entrarán en el acueducto, en el que habrá, al principio, un depósito regulador, y al final los depósitos, de los cuales partirán las cañerías de distribución.

El acueducto estará iluminado eléctricamente, y por el centro del mismo circulará un pequeño ferrocarril sistema Decauville para las necesidades del servicio y para facilitar la inspección.

El proyecto ha sido redactado por los facultativos señores Falqués y Steva.

Para aumentar el caudal de aguas de esta ciudad, el Ayuntamiento construyó los tres pozos de Moncada, cuya estación elevatoria se compone de tres calderas, dos máquinas verticales, cuatro bombas, que elevan al día unas 10.000 plumas, y todas las demás máquinas auxiliares necesarias para el buen funcionamiento de esta instalación, como son caballetes de vapor, reguladores de tiro para las calderas, contadores para saber el agua evaporada, gasómetros para la iluminación y un vertedero para medir, siempre que convenga, el agua que se eleva y envía á esta ciudad.

Todas las obras de albañilería que se han realizado en la citada instalación han sido ejecutadas por las brigadas municipales, y los trabajos de herrería, carpintería, lampistería, pintura y vidriería por los talleres que han sido montados hace algún tiempo por el Ayuntamiento y funcionan por cuenta del mismo.

En el almuerzo que, con motivo de la visita oficial, se celebró en el departamento de los pozos, el alcalde accidental Sr. Bastardas pronunció un breve discurso elogiando á cuantos han intervenido en esa grandiosa obra, que ha de llenar una de las más apremiantes necesidades de nuestra capital, poniéndola, desde el punto de vista importantísimo del abastecimiento de aguas, á la altura de las mejores urbes del extranjero. – S.



BARCELONA – Visita oficial á las obras del acueducto alto de Moncada. El Ayuntamiento y los invitados (De fotografía de A. Merletti.)

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD, R. I.

(CONTINUACIÓN)



Está bien; pero, mientras pueda, me quedaré sentada afuera, dijo Irene resueltamente

Aún no había anochecido, y como Zoe creía irrevocable la decisión tomada por Irene, se sorprendió mucho al verla subir las gradas y entrar en el santuario sin protestas ni vacilaciones.

—Zoe, dijo con ansiedad en voz baja, tenemos aquí un amigo, se llama Vlasto; es el que ha venido hoy con Milosch.

—¿Pero has estado hablando con él todo ese tiempo? Irene, por Dios, mira que puede ser un espía.

—No, escucha, yo te diré lo que ha pasado. Estaba yo sentada en la parte exterior de la puerta, cuando vi que subía la cuesta trayendo un haz de leña. Tropezó y le faltó muy poco para caer al suelo, y entonces lanzó una exclamación en escita puro, no en esa lengua mixta que hablan los otros. Luego parece que recapacitó y miró en torno suyo como para cerciorarse de que nadie le había oído; aquello me llamó mucho la atención y me decidí á hablarle en escita, y entonces me dijo que el profesor Panagiotis le había enviado aquí.

—¿Que le ha enviado el profesor, dices? ¿Para hablar con Mauricio?

—No, para hablar conmigo. Adivinó quién era yo cuando me vió adorar los *ikones;* el tropezar y la exclamación en escita fueron ardides para que reparara en él.

—¿Pero cómo podía saber el profesor que estabas aquí?

—Eso mismo le he preguntado yo, pero parece ser que no lo sabe; lo que sí me dijo que le parecía que el profesor me espera junto con vosotros, mas yo le aseguré que no. Entonces me manifestó que el profesor debió sospecharlo al tener conocimiento de mi fuga, pero que de esto no le había hablado una sola palabra.

—Quiera Dios que todo sea para bien, murmuró Zoe en tono de duda.

—¿Y qué mal puede haber en todo esto? Me ha dicho que venía á advertirme que el profesor se proponía llevar á cabo un proyecto que tiene ideado; á decirme que no me marche á Therma con vosotros cuando nos pongan en libertad, porque sería muy fácil que me conociera alguno de los de la colonia escita. Pero me negué á seguir semejantes consejos, y le contesté que no me separaría de mis fieles amigos hasta que no estemos todos en completa seguridad.

—Mira, Irene, yo no creo que el profesor Panagiotis haya mandado aquí á ese hombre, exclamó Zoe. No puedo creer que el profesor haya ido á escoger por mensajero á uno que habla escita; y además, ¿por qué había de dirigirse á ti en vez de dirigirse á nosotros?

Esta pregunta la hizo porque allá en su interior temía que el profesor hubiera cambiado de parecer y abandonara la causa de Mauricio; pero Irene creyó que la duda provenía de su amor propio ofendido por aquella gran postergación suya.

—Es preciso que te lo explique todo, Zoe, dijo Irene con mucha dulzura, porque no quería que de

ningún modo se trasluciera en sus palabras el menor asomo de superioridad. Yo soy Irene Nicolaievna Teofan, y el profesor tiene á su cargo la honrosa empresa de sentarme en el trono de mis imperiales antecesores.

—Sí, querida, sí; todo eso lo sabía yo; pero ¿por qué ha hecho la tontería de enviarte ahora un mensajero para ese asunto?

—¿Lo sabías tú ya?, preguntó Irene casi sin respirar. ¿Y por dónde te has enterado?, volvió á preguntar con ansiedad.

—El profesor nos habló de ti y de pronto caí en quién eres. Todo cuanto yo sé de Irene Teofan te cuadra á ti perfectamente y á nadie más.

—¿Lo sabe Mauricio también?

—No, estoy segura que no sabe nada, ni tampoco hay necesidad de que lo sepa. Que se quede esto entre nosotras dos.

—Pues yo quiero que Mauricio lo sepa, dijo resueltamente Irene. Si tú no se lo dices, se lo diré yo.

—No, no; yo se lo diré, contestó Zoe con viveza.

—Perfectamente, y me harás el favor de decírselo lo antes posible. Estoy contenta porque por fin se ha aclarado todo. Si cuando nos vimos por primera vez os hubiera conocido como os conozco ahora, os lo hubiera dicho entonces.

—Pero, por Dios, Irene, estás hablando como si de pronto te hubieras alzado unas cuantas millas sobre nuestras cabezas. Nosotros somos nosotros y tú eres tú, exactamente como antes. Yo te aseguro que tan sorprendentes nuevas no nos han de hacer cambiar en lo más mínimo, y como tengo muy buena idea formada de ti, sé perfectamente que á ti te pasará otro tanto.

Irene se sonrió con cierto embarazo y dijo después:

—Quizás hubieras preferido que siguiendo el consejo del profesor no te hubiera dicho nada.

—¿Te aconsejó el profesor que no nos dijeras nada?

—Ese ha sido precisamente el recado que me ha traído Vlasto, que no debía de ningún modo participaros su proyecto.

—Y á pesar de eso, vienes y me lo dices en seguida.

—El profesor Panagiotis no tiene ninguna clase de autoridad sobre mí, contestó Irene con dignidad. Puede, sí, darme su opinión y yo aceptarla ó rechazarla, según me parezca.

—¿Pero qué razones habrá tenido el profesor para obrar de ese modo?, se preguntaba mientras tanto Zoe.

—También quiso saber si yo os había dicho quién era, y me rogó que, si no lo había hecho, continuara guardando el incógnito. Esto me hizo comprender que no me portaría bien con vosotros diciendo á unos compañeros de toda mi confianza lo que sabe ya cualquier labriego.

—¿Te hizo más preguntas?, preguntó Zoe, que estaba ya demasiado excitada para reparar en las vacilaciones mentales de Irene.

—Sí, tenía mucho interés en saber si todas las joyas de familia que yo me llevé de casa se habían perdido definitivamente. Según parece, la *plaque de corsage* de rubíes la habían puesto en venta en Therma y después la han deshecho; aquella que tenía las alas, ¿la recuerdas? Esta noticia me causó de pronto un gran disgusto, pero le aseguré que se había salvado la mejor de todas.

Ya era de noche; Irene cogió la mano de Zoe é hizo que tentara su falda.

—Este es el cinturón de la emperatriz Isidora, dijo al tropezar varias veces los dedos de Zoe con algo redondo y duro.

—¡Irene, este es el lastre que cosiste á la falda! ¿Y lo has llevado aquí todo ese tiempo? Ahora comprendo por qué no querías que nadie la tocara, exclamó Zoe.

—Sí, los escondí aquí el día que te hice salir á dar un paseo por Pizlepka ¿No es verdad que parece que desde entonces ha pasado mucho tiempo? No me atreví á guardarlos en los bolsillos. Este cinturón es de lo más precioso que hay en el mundo. Desde la caída de Czarigrad ha venido pasando secretamente de uno á otro en la familia.

—Pero, Irene, ¿lo tenías en tu poder cuando aseguraste á los bandidos que todo lo habías entregado ya y permitiste que el capitán Wylie jurara de que decías la verdad?

En el semblante de Irene se reflejó en aquel momento su indecisión.

—Sí, dijo por fin; ya lo veo. Hay momentos que siento haberlo hecho, sobre todo después de saber cómo pensabais tú y Mauricio sobre el particular. Pero me consuelo cuando pienso que no podía separarme de él de ningún modo y que para salvarlo no podía hacer más que lo que hice.

—No; di que en realidad tú no lo sientes, dijo Zoe con acento severo, porque si lo sintieras se lo entregarías ahora mismo á los bandidos.

—Eso es completamente imposible, mujer, contestó Irene con calma.

—Eso sí que está bueno; tú debes tener una conciencia muy elástica. Temes que te pueda suceder alguna desgracia si duermes en una iglesia, y sin embargo, mientes con premeditación sin temor al menor remordimiento.

—Pero eso tiene su explicación correspondiente, dijo Irene. No hay una precisión absoluta de dormir en la iglesia, mientras que lo otro no se podía evitar de ningún modo.

—Sea como tú quieras, pero yo creo que la desgracia que temías ha ocurrido ya por haber hablado con Vlasto. Cada vez voy estando más convencida de que ese hombre es un espía, y puedes estar segura que hallará el medio de quedarse con el cinturón. Milosch es muy capaz de haberle dictado lo que tiene que decir.

—¿Pero cómo es posible que supiera Milosch quién era yo?

—Pues mira, atando cabos he venido á suponer lo mismo que el profesor. ¡Ah, Irene!, si por tu causa no nos ponen en libertad la semana próxima, yo nunca...; vamos, ¿pero crees tú que podríamos perdonártelo nunca?

—Eso sería para mí tan malo como para vosotros.

—No lo sé, puede ser que no.

Irene la miró asombrada, y ella prosiguió:

—De todos modos, á nadie sino á ti podría echarle la culpa.

—Aquí viene Mauricio, dijo Irene. Acuérdate de lo que hemos convenido.

Zoe cumplió su promesa, aunque lo hizo con alguna repugnancia, y á la mañana siguiente buscó la ocasión de estar un rato á solas con Mauricio y le dijo:

—Irene tiene gran empeño en que te diga una cosa; que es Irene Teofan, la joven de quien nos habló el profesor, parienta lejana nuestra, y la heredera más próxima después de nosotros dos.

Mauricio se quedó tan asombrado al oir esto, que guardó silencio durante un momento, por no poder pronunciar una sola palabra.

—¿Quién lo iba á suponer?, dijo por fin hablando muy despacito. ¡Haberla tenido tanto tiempo á nuestro lado sin que sospecháramos nada!

—No, yo hace tiempo que lo había adivinado, dijo Zoe con calma.

—¿Hablas de veras? ¿Y cómo lo adivinaste?

—Pues muy sencillo: como era natural, desde que la conocimos he venido haciendo lo posible por averiguar quién era; yo bien veía que era escita, pero no podía figurarme que perteneciera á la familia imperial; ¿como habrá podido fugarse y por qué andará tan sola?, me preguntaba yo. Pero una tarde, hablando en la cueva, ¿te acuerdas?, nos dijo que conocía al profesor, y que estaba de parte de los griegos y contra los eslavos, así como que esperaba reinar por derecho propio. Con esta explicación, comprendí en seguida que no podía ser otra que Irene Teofan.

—Todo eso lo oí yo también, pero ni por asomos se me ocurrió que pudiese ser ella.

—Porque estabas pensando en otros asuntos; pensabas en la misma Irene y en mejorar la condición de los bandidos. Pues mira, faltó muy poco para que yo no lo dijera todo, cuando nos anunció que tratábamos de saber quién era, y tú dijiste con mucha indignación que no era cierto. Fué á consecuencia de haberle hecho una pregunta intencionada.

Mauricio frunció entonces el entrecejo y dijo:

—Supongo que le habrás dicho quiénes somos.

—No por cierto; ni se lo he dicho, ni pienso decírselo.

—En ese caso, yo se lo diré.

—No hagas tal cosa. No sería prudente. Ya sabes cómo es Irene, mejor dicho, tú no puedes afirmar qué es lo que hará. Sin ir más lejos, ayer tarde mismo estuvo haciendo confidencias al bandido recién incorporado, á ese Vlasto, y se lo contó todo sin más ni más, tan sólo porque el otro le dijo que el profesor Panagiotis lo había enviado para darle un recado.

—Pues por eso mismo quiero decírselo. Si supiera quiénes somos, comprendería fácilmente que el profesor no lo ha enviado para que se vea con ella. Créeme, Zoe, no obraríamos bien. La colocamos en una situación muy desventajosa; sabiendo nosotros su secreto, no tiene ella que ignorar el nuestro.

—Bueno, ¿pero qué adelantamos con que lo sepa?

Mauricio se quedó un momento sin saber qué contestar; y después de titubear un poco, dijo:

—Yo creo que lo agradecería, se alegraría al saber que somos sus iguales, que somos parientes y todo lo demás; ¿no lo crees tú así?

—¡Querido hermano mío!, dijo ella con sumo desdén. Después de tanto tiempo veo que conoces muy poco á Irene. ¿Crees tú que se alegrará de saber que somos sus iguales y parientes? Me parece que te olvidas de que vamos á desbaratar todos sus planes. Si te reconocen á ti como heredero, ¿para qué la necesitan á ella?

—Todo lo que quieras, pero esto es una bajeza, exclamó Mauricio. ¡Robar á una pobre joven lo que siempre ha considerado como legítimamente suyo! Mira, Zoe, vamos á decírselo todo.

—Te olvidas ya del profesor, dijo tranquilamente Zoe.

—¡Váyase el profesor al diablo! ¿Pero qué intenciones son las suyas al embarullarlo todo de este modo? ¿Por qué no deja tranquila á Irene, en vez de imbuirle la idea de que es la heredera, y la hace después venir aquí á recibir un desengaño? Parece que no te percatas de lo vil de esta trama, ni de lo mucho que se ha empeorado desde que sabemos quién es ella y el daño que la amenaza.

—Sí, tienes razón; comprendo perfectamente que el profesor debió haberla puesto en relaciones con nosotros, pero desgraciadamente no lo ha hecho. Según deduzco de todo esto, él dejó á un lado al padre, porque no servía nada más que para hablar y no para obrar, y éste fué tan indiscreto que le refirió á Irene las proposiciones que le había hecho. Ella obre por su cuenta y riesgo y de una manera tal, que hubiera puesto á buen seguro al pobre profesor en una situación muy difícil á no haber ocurrido el descarrilamiento. En el interín, el profesor se encontró contigo y ya no se volvió á ocupar para nada de Irene. Mas si el tren hubiera llegado con felicidad á Therma, probablemente nos hubiéramos separado de ella en la estación para volvérnosla á encontrar á la puerta de la casa del profesor, quien hubiera tenido que optar incontinenti por uno de los dos pretendientes rivales.

—Parece que todo esto te divierte, dijo Mauricio indignado. No se te ocurre pensar en lo mucho mayor que es el perjuicio para Irene que para nosotros. A nosotros no puede pasarnos otra cosa que tener que volvernos á casa si nuestros proyectos se frustran; pero ella, en cambio, se juega el todo por el todo. Se halla separada en absoluto de sus amigos y de Escitia, sin dinero y con todas sus joyas perdidas. ¿Qué va á hacer esa pobre joven?

—Lo que hay que ver es si te has de preocupar más de que Irene no sufra, que de cumplir lo que creías que era tu deber cuando emprendimos el viaje, dijo Zoe. Ya la has oído hablar, y por lo tanto puedes imaginarte cómo había de gobernar si por una posible serie de desgracias quisieran las grandes potencias, cansadas de todo esto, restaurar el imperio en su favor. También sabes lo que harías si te confiaran tal misión. Además, conviene tener presente que esta no es cuestión de sentimiento, sino de derecho.

—Siempre había oído decir que las mujeres son crueles unas con otras, pero te confieso que nunca creí que llegara á tanto.

Zoe tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su cólera. De pronto se serenó y dijo impaciente:

—Querido Mauricio, me obligas á decirte que hay una manera muy sencilla y obvia de conciliar tus derechos con los de Irene. En tu mano está el hacerlo.

—¿Qué me quieres indicar con eso?, preguntó Mauricio.

—No pienso indicarte nada, contestó Zoe con semblante impaciente.

—Sí, te comprendo; me estás proponiendo que me porte como un villano.

—Pues si me comprendes, te diré otra cosa, y es que no seas idiota, dijo Zoe muy incomodada. Lo único que quiero es que lo dejes todo como está hasta que lleguemos á Therma. Allí puedes hacer lo que gustes, y no veo que haya en esto ninguna clase de villanía. Porque si ahora le decimos á Irene quiénes somos, nos tendrá por unos impostores y todo lo habremos perdido para con ella. A mí me va en esto tanto como á ti, y me opongo en absoluto á que se lo digas. Te confieso que aprecio en algo la vida.

—Dispénsame. Creí que querías darme á entender que debía tratar de conquistarla ahora que no tiene á nadie á quien volverse, ni puede separarse de nosotros.

—Pero, Señor, ¿por qué han de ver siempre los hombres una segunda idea cuando les dan un consejo?, exclamó Zoe incomodada todavía.

Mas ablandándose después, continuó diciendo:

—Mira, querido hermano, ten cordura. ¿Qué probabilidades crees tú que habría de conquistar á Irene

en las presentes circunstancias? Espera hasta que sepa la verdad y comprenda que no está en el mismo caso que la reina Cophetua y el pordiosero. Pero no vayas á poner en peligro nuestras vidas precisamente cuando sólo falta una semana para vernos en seguridad, haciéndole creer que ó eres un impostor ó un competidor peligroso. No quiero suponer ni por un solo momento que quisiera hacerte daño; pero como obra impulsivamente, puede muy bien dejarse llevar de toda clase de arrebatos. Vaya, no pensaba decírtelo, porque no le hace ningún favor; pero es positivo que á ese Vlasto le ha dicho que ha traído consigo, durante todo el tiempo, un cinturón bizantino, de inapreciable valor, dividido en varios trozos y unido á su falda.

—¿Pero no lo entregó todo cuando nos secuestraron?, preguntó Mauricio.

—Así lo dijo, contestó Zoe con repugnancia. Estábamos discutiendo si debería ó no dárselo ahora á los bandidos. ¿A ti qué te parece?

—Me parece que es una tontería. El cinturón no fué nunca de los bandoleros, dijo desdeñosamente Mauricio.

Y cambiando de asunto añadió:

—¿Pero quién es ese Vlasto? ¿Por qué se ha dirigido á Irene?

—Pues eso es, precisamente, lo que me hace creer que no viene de parte del profesor, contestó Zoe. Ese hombre ha creído sin duda que el profesor sabía que Irene iba á ir á Therma y ha forjado su recado partiendo de esa base; pero á buen seguro que el profesor no tiene ni la más remota idea de tal viaje ni de que estuviera con nosotros.

—¿Te refirió ella el recado?

—Sí, era aconsejándola que se separara de nosotros en cuanto estuviésemos rescatados, alegando que podían conocerla en Therma. Afortunadamente ella se ha negado á hacerlo; pero... Mauricio, no te quepa duda que Milosch es el que lo ha traído aquí. Nosotros suponíamos, al no verle anteayer con la partida, que habría ido á avistarse con alguno de los individuos del comité y á recibir nuevas instrucciones. Pero ¿y si en vez de esto que nosotros suponíamos, fué á reunirse con algún agente escita y sospechan que Irene pueda estar aquí con nosotros y han mandado á Vlasto para que se cerciore? Ella se lo ha contado todo.

—No hay tampoco necesidad de llevar las cosas á ese extremo; no vamos á estar siempre viendo escitas en todas partes, contestó Mauricio pensativo; sin embargo, continuó diciendo, esto se va poniendo muy mal. ¿Pero por qué querrán separarla de nosotros? No será, de fijo, por su bien. Oye, Zoe, ¿harás cuanto puedas para que persista en su idea de quedarse á nuestro lado? Ya tú ves que ella, en realidad, es una proscrita por haber perdido la protección de Escitia; en cambio, si á ti ó á mí nos pasara algo sería muy distinto, porque no pasaría inadvertido.

—Lo haré con mucho gusto. ¿Y no te empeñarás tú en decirle quiénes somos?

—No; veo que lo mejor será dejarla tranquila.

XV

EL CINTURÓN DE ISIDORA

—Esta es una vida de penas, dijo Zeko, mientras se apoyaba en una de las columnas de la abandonada iglesia y se disponía á liar un cigarrillo.

—Pues yo creía que en general lo pasaban ustedes bastante bien, contestó Mauricio, que se había sentado en las gradas, debajo del iconostasio. Las jóvenes se habían sentado también detrás de él, en la parte más alta, y contemplaban el campo por el hueco de la arruinada puerta occidental, cuya parte inferior estaba interceptada con los restos de cornisas que se habían desprendido de arriba. No podían salir afuera porque en aquel momento llovía mucho; pero por entre las destrozadas columnas podían admirar aquel paisaje agreste y montañoso, que parecía un cuadro pintado colocado en su marco. La mayor parte de los bandidos se refocilaban al amor de la lumbre que habían encendido en la improvisada cocina subterránea; pero el capitán, acompañado de Milosch y de Vlasto, habían salido poco antes á pesar de lo mucho que llovía, mientras que Zeko y otro de los bandoleros estaban encargados de vigilar á los presos.

—¡Que lo pasamos bien!, repetía en tono desdeñoso Zeko. Lo que hacemos es trabajar mucho y estar siempre con el alma en un hilo; trabajo y sustos no faltan; pero comodidades, de cualquier clase que sean, no las vemos nunca; y después de todo, ¿para qué?, para nada. Verdad es que de vez en cuando tropezamos con algo bueno, como cuando les secuestramos á ustedes, ¿pero qué sacaremos nosotros de todo esto? El comité será el que hará un buen negocio, porque se quedará con casi todo el dinero; otra cosa sería si pudiera uno retirarse á vivir tranquilo con lo que le correspondiera. Sería muy bonito poder pavonearse por las calles del pueblo, llevando el cinto repleto de armas, y ver como le miran las mozas y se dicen al oído: «Ese que va por ahí es el valiente Zeko, el de la partida de Stoyan;» como tener por otro lado á todos los jóvenes dispuestos á venirse con uno á la primera indicación; pero desgraciadamente, en vez de esto, tiene uno que entrar en el pueblo algunas noches de invierno muerto de hambre y frío en busca de alimento y de abrigo. Verdad es que la gente no se atreve á negarnos lo que les pedimos; pero nos miran de reojo, y en sus miradas siniestras se comprende fácilmente que nos están maldiciendo. Decimos que no robamos á los pobres, pero éstos saben, y nosotros también, que nos tienen que llenar los morrales de pan, aunque sus hijos se mueran de hambre, y nos tienen que dar buenos abrigos, aunque tengan que quitárselos de encima á los decrépitos abuelos. Y si el valí llega á saber por dónde andamos, y quiere que los cónsules extranjeros hablen de él, diciendo que es un hombre muy activo y muy recto, sale en nuestra persecución; mas no nos persigue á nosotros, sino que cae sobre las pobres gentes que nos han dado de comer y nos han vestido, y les roba lo poco que nosotros les hemos dejado. Y no se atreven á quejarse, ni mucho menos á hacernos traición, porque á nosotros nos temen mucho más que á él.

—Y si tanto se compadecen ustedes de los campesinos, ¿por qué los maltratan de ese modo?, preguntó Mauricio.

Zeko se encogió de hombros y dijo después de reflexionar durante un momento:

—Nosotros bien tenemos que vivir; así es que por fuerza tenemos que hacer lo que hacemos. Además, mi misma familia tiene que contribuir también á mantener á otras partidas que andan por mi pueblo, del mismo modo que éstos nos mantienen á nosotros. Por lo regular nunca operamos en nuestro propio país, porque entonces al valí le sería muy fácil acabar con nosotros muy pronto. Para vengarse no tendría más que arrasar nuestro pueblo y así quedaba todo concluído en seguida. Pero como todos venimos de sitios diferentes y operamos á grandes distancias de nuestras casas, sabe perfectamente que no conseguiría nada con destruir un pueblo determinado. Esto quiere decir además que no podemos visitar el pueblo nada más que de tapadillo, y muy de tarde en tarde, pues á veces se pasan muchos meses sin que podamos ir á ver á nuestras familias.

—Pero si tan dura y aperreada es esa vida, ¿por qué siguen ustedes en ella?, volvió á insistir Mauricio.

—¿Y qué vamos á hacer entonces? Mire usted, tenemos el asunto de las contribuciones, las cuestiones con la policía, los odios de familia y todas las causas en fin que nos obligaron á refugiarnos en las montañas; ¿cómo quiere usted que volvamos?, nos encontraríamos en la misma situación ó mucho peor que antes. Toda la gente rica, que escupe á los rostros de los pobres, grita mucho cuando les hacemos probar un poco á lo que sabe nuestra vida, pero ellos tienen la culpa. Tal vez nos compadezca usted un poco ahora que ya sabe lo que en realidad son el frío y las penalidades.

—Yo les tenía compasión mucho antes de venir á Emacia, dijo Mauricio; pero lo que es ahora, les compadezco mucho menos, porque ustedes tienen mucha culpa de sus desgracias. Si todos los cristianos de Ematia estuvieran ustedes unidos, podrían obtener sin gran dificultad bastantes concesiones; podrían obtener hasta la misma autonomía del gobierno rumi, y se granjearían además el respeto de Europa; pero con sus disensiones se han hecho despreciables á sus ojos. Cada aldea tiene un enemigo mortal en la aldea vecina, y hasta en las aceras opuestas de una misma calle se combaten entre sí. En vez de hacer esto debían de agruparse todos y combatir á los rumíes; los ilirios, los tracios y los dardanios están asesinando á los griegos, y éstos se preparan á su vez para tomar venganza. Pero qué más, los cristianos se odian unos á otros mucho más que odian á los rumíes.

—Eso es mucha verdad, dijo Zeko, convencido por completo de lo que acababa de oir. Pero diga usted, añadió á continuación, ¿no son por ventura los patriarquistas, que Dios maldiga y arroje á lo más profundo del infierno, y al decir esto escupió en el suelo, mucho peores que los rumíes? Si nos pudiéramos ver libres de ellos, acabarían muy pronto nuestros males.

—¡Pero si están ustedes destrozándose unos á otros!, exclamó Mauricio. Le aseguro que si fuera yo vuestro jefe lo arreglaría todo muy pronto, porque en vez de ocuparme de los rumíes me ocuparía de terminar con mano firme las luchas intestinas de los cristianos.

Habló, sin darse cuenta, con mucho más calor de lo que acostumbraba; pero los bandidos no le hicieron caso y se echaron á reir. Zoe recordaba al joven Pompeyo encerrado en la fortaleza de los piratas; Irene, en cambio, frunció el entrecejo, porque no era de su gusto aquella teoría, que consideraba como usurpación de sus atribuciones. Antes de que ninguno de los bandidos se tomara el trabajo de combatir las absurdas teorías de Mauricio, quedó cortada la conversación. El jefe de los bandoleros y Milosch entraron en aquel momento en la iglesia; Stoyan venía con el semblante muy adusto; se acercó á Irene, la cogió bruscamente de un brazo y le preguntó:

—¿Es cierto que aún llevas algunas joyas escondidas en tus ropas, á pesar de haber manifestado que las habías entregado todas?

Irene palideció al oir esto; pero se repuso muy pronto y contestó con valentía:

—Sí.

—¿Y usted estaba enterado de esto?, preguntó entonces el capitán á Mauricio.

—Yo ignoraba..., principió á decir éste.

Pero cambiando de pronto de manera de pensar, añadió:

—Sí, señor, estaba enterado.

—No me apriete usted tanto el brazo, que las entregaré en seguida, dijo Irene.

—No las quiero, no; quédese usted con ellas y con su mala suerte, porque ellas serán su perdición.

Zeko y su compañero, que habían empezado á murmurar, se aplacaron al oir esto y se separaron para referírselo á sus camaradas; el jefe y Milosch se fueron también. Zoe tomó de la mano á Mauricio y lo llevó á un lado.

—¿Pero por qué no has dicho que lo ignorabas por completo?, le preguntó muy indignada.

—¿Cómo quieres que la abandone, mujer? ¿No comprendes que les parecería mentira que hubiera tratado de engañarnos también á nosotros?

—Tú no piensas más que en ella, Mauricio. ¿No ves que creerán que el capitán Wylie lo sabía y que juró en falso deliberadamente?

—No digas tonterías. ¿Por qué han de suponer una cosa semejante? El caso es que no sé cómo me las voy á componer ahora. Porque no van á creer nada de lo que les diga.

—No, no van á creer una palabra, exclamó Zoe; has hecho un disparate; Irene y tú lo habéis hecho. Supongo que ahora estaréis convencidos de que Vlasto era un espía.

No volvieron á tratar del asunto, porque Irene, comprendiendo el disparate que había hecho, rehusaba toda conversación que lo recordase y se afligía mucho si sus compañeros de cautiverio lo sacaban á relucir. Los prisioneros notaron de que los miraban ahora con mucha más desconfianza que antes. No les permitían salir de la iglesia sin ir muy bien escoltados, ni mucho menos penetrar en el bosque, y colocaron dos centinelas más en las gradas del santuario, uno á cada lado de Mauricio, los cuales cargaban ostensiblemente sus armas y no se apartaban un momento del prisionero en toda la noche. Zeko y uno ó dos compañeros más que hasta entonces habían demostrado cierta simpatía á los prisioneros, ponían ahora cara ceñuda siempre que les echaban la vista encima, y lo peor de todo y lo más incomprensible para ellos, era que Milosch se multiplicaba andando de un lado para otro, demostrando cierta maligna alegría que no podía ocultar, lo que los prisioneros tomaban como cosa de mal agüero. Así pasó toda una semana, hasta que por fin llegó la víspera del día señalado para pagar el rescate y dejar á los cautivos en libertad. Les ordenaron de nuevo que recogieran sus efectos y que se preparasen para la marcha, lo que efectuaron con mucha alegría y grandes palpitaciones de corazón. ¡Por fin se iban á ver libres después de tanto sufrimiento!

Acababan de abandonar la medio derruída iglesia y emplearon casi toda la mañana en recorrer las escabrosas sendas, á las que ya se iban habituando, subiendo y bajando constantemente aquellas ásperas lomas y breñales, rodeando grandes precipicios, sin llevar al parecer rumbo fijo. A eso de mediodía llegaron á la entrada de una caverna, donde les hicieron entrar, y dos de los bandidos salieron en seguida á explorar el terreno.

Estos dos bandidos volvieron una hora después jadeantes y muy excitados, y estuvieron hablando largo rato con el capitán. Stoyan se dignó por último dirigir la palabra á los prisioneros para anunciarles que se suspendía la marcha hasta que entrara la noche, por un motivo que le tenía bastante intranquilo.

(Se continuará.)

FABRICACION DE LOS MANGUITOS DE INCANDESCENCIA

Ya en 1825 comprobó Berzelius que el circonio y el cerio, puestos incandescentes por medio de una llama, despedían una claridad deslumbradora. Al año siguiente, Drummond, calentando un fragmento de cal mediante una mezcla gaseosa de hidrógeno y de oxígeno, fué el primero en realizar un sistema práctico de alumbrado por incandescencia de cuerpos sólidos elevados á una alta temperatura. Algunos años después, el inglés Cruikshank construyó un tejido metálico, de hilos de platino finísimos y de dimensiones un poco más pequeñas que la llama para que estuviese dentro de la parte más caliente de ésta. En 1848, Guillard inventó un manguito de platino análogo para el alumbrado público, habiéndose efectuado algunos ensayos de este sistema en Passy y en Narbona. Pero desgraciadamente el metal calentado al contacto de los gases carburados se volvía extremadamente friable y los hilos del pequeño cilindro se rompían con gran rapidez. Frankenstein de Gratz aplicó, en 1849, el principio de la incandescencia de los cuerpos sólidos para aumentar la potencia lumínica de la lámpara de Argand, disponiendo en el seno de la llama un cuerpo al que daba el nombre de «multiplicador de luz» y que consistía en un armazón cónico hueco de un tejido flojo impregnado de una papilla caliza ó magnética mezclada con goma arábiga. En aquella misma época, el mecánico Roberto Werner confeccionó también multiplicadores de luz por medio de tejidos ligeros, como gasas, muselinas y tules impregnados de cal ó de magnesio. En estos dos últimos procedimientos está en germen la idea de los manguitos actuales.

Mencionaremos asimismo una patente sacada por Edison en 1878, en la que el gran inventor preconizaba el empleo de una cesta de hilos de platino cubierta de óxidos dotados de gran potencia emisoria, tales como los óxidos de circonio y de cerio. A partir de aquel momento, multiplicáronse los ensayos de alumbrado de incandescencia; pero sólo el invento de Carlos Auer, de Welsbach, resolvió el problema de una manera realmente práctica. El sagaz discípulo de Bunsen, inspirándose en los trabajos de sus antecesores, inventó un manguito de incandescencia constituído por la calcinación de un tejido de algodón ó de lana impregnado de una solución de nitrato y de acetato combinados con óxidos de lantano, de yttrio y de circonio (1885). Poco después, Auer añadió á esas diversas mezclas el óxido de torio, que aumenta extraordinariamente la intensidad lumínica, realizando con ello en la industria del alumbrado de incandescencia por el gas una revolución cuyos efectos persisten todavía. Los manguitos de aluminio de la «Sunlight & C.°,» los á base de amianto de Thomás, los de tejido de ramio de Perroux, los de Plaisetty, los obtenidos por hilado de la nitrocelulosa (seda artificial de Chardonnet, Oberlé y otros) y los de cabeza metálica del sistema Hella, no son sino variantes de la genial invención del químico vienés.



Fig. 1. - Operación de cortar el tejido tubular y de colocar los alambres de amianto

Para fabricar los manguitos de incandescencia ordinarios actualmente en uso, se empieza por tejer, por medio de una sencilla máquina de hacer punto de aguja, hilos de algodón, de ramio ó de seda artificial preparada con una solución de celulosa en amoniuro de cobre.

El tejido de algodón, al salir del telar, preséntase bajo la forma de una manga estrecha y larga, llena de impurezas, por lo que hay que someterla á una porción de coladas metódicas al amoníaco, á fin de sacar las materias grasas, al ácido clorhídrico diluído para eliminar las menores partículas de cal, de barita ó de sílice, y al agua destilada para que desaparezcan los menores vestigios de ácidos que, al secarse, atacarían la fibra.

Una vez lavado, enróllase el tejido tubular en un tambor y se le deja secar, evitando todo contacto con substancias grasas ó hierro, y se le divide luego en trozos de 18 á 20 centímetros de largo, que se entregan á costureras, las cuales hacen en uno de sus extremos un dobladillo de dos centímetros, reforzado con un ribete de tul. Entonces comienza la serie de los «escamoteos» químicos que substituirán á la tela un armazón de tierra blanquecina. Amontónanse los pedazos de tejido en cubetas agujereadas de loza ordinaria, que se sumergen en otras cubetas que contienen una solución de nitrato de torio y de nitrato de cerio, y se los encierra luego en una estufa, en donde puede hacerse ulteriormente el vacío á fin de que las fibras se impregnen mejor. Cuando se utiliza tejido de seda artificial, se le sumerge primeramente en un baño de nitrato de torio y después en un baño de amoníaco; así se forma hidróxido de torio en el mismo interior de la fibra, y los manguitos de este modo fabricados no son higroscópicos.

Después de templados, pasan los manguitos á la máquina oreadora, que se compone esencialmente de dos cilindros de madera forrados de ebonita y de caucho, y que pueden acercarse ó apartarse á voluntad por medio de un sistema de tornillos y muelles en espiral. Debajo del aparato se colocan unas cubetas planas de porcelana para recoger el líquido procedente del oreamiento; un manubrio ó una polea transmite el movimiento á los cilindros. Luego una obrera pone sucesivamente cada manguito sobre una correa sin fin que lo lleva hasta los cilindros por debajo de los cuales pasa.

Los manguitos han de ser prensados con regularidad para que en ellos no quede ningún pliegue, pues de lo contrario, una vez terminados serían desigualmente resistentes y se rasgarían muy de prisa. Al otro lado del aparato, una segunda obrera recoge los manguitos oreados, que caen en una plancha de cristal inclinada, y los va colocando en una cubeta de porcelana.



Fig. 2. - Operación de modelar los manguitos al calibre que se quiera

A la salida de la oreadora, cada manguito, impregnado de unos cinco gramos de solución, pasa á manos de las *fixinadoras*, las cuales lo fortifican pasando sobre el ribete superior un pincel mojado en una solución de nitrato de circonio, ó de aluminio, ó de glucinio, ó de magnesio. Para secar los manguitos así fortificados, se les coloca, unos al lado de otros, sobre enrejados de madera.

Varias mujeres los amoldan luego sobre formas cónicas de cristal dispuestas en una planchita de madera por grupos de veinte, llevándolos después á unas grandes estancias calentadas á 50° en donde se les deja hasta que se han secado enteramente.

Hecho esto, hay que dotar al manguito de una asa de alambre de amianto que permita fijarlo en el sustentáculo de níquel; para ello se forma el ribete del manguito y se introduce en él, por medio de un pasador (fig. 1), el alambre de amianto de modo que constituya un asa encima del hueco formado por el extremo fruncido.

Los manguitos, cuando están bien secos, se colocan sobre un mandril cónico de madera para modelarlos al calibre que se quiera (fig. 2), y al retirarlos, como están impregnados de sales, conservan la forma cónica que se les ha dado. De allí pasan los manguitos á la incineración, poniéndolos sobre un

mechero Bunsen de larga espita, y luego, por medio de otro mechero encendido, se inflama su parte superior. La combustión se propaga de arriba abajo y pronto queda destruído el tejido; mientras dura esta operación, un obrero calienta continuamente la cabeza del manguito, quedando al final un esqueleto de óxidos de color grisáceo y de consistencia blanda.

Luego hay que proceder á la calcinación propiamente dicha de los óxidos. Abrese suavemente la llave Bunsen de larga espita y se inflama el gas al través del esqueleto de óxidos que cubre el mechero, y después de dos ó tres minutos de calcinación débil, se abre más la llave, se quita la virola de la entrada del aire y se hace dar vueltas poco á poco al mechero dentro del manguito, el cual se pone resplandeciente, contrayéndose los óxidos y disminuyendo la altura del manguito, que toma una forma regular. Al cabo de unos diez minutos se vuelve á colocar el Bunsen de larga espita debajo del manguito y se deja que éste se cueza durante una hora y media, sin dejar de calcinar la parte superior con el segundo mechero. Esta combustión, como indica el grabado número 3, se efectúa por serie de 40 á 50 manguitos dispuestos escalonadamente. Una especie de chimenea situada encima de éstos sirve para evacuar los productos de la combustión. Después de la incineración, los óxidos de torio y de cerio han reemplazado totalmente á la celulosa.



Fig 3. – Combustión de los manguitos

A fin de preservar á los manguitos, una vez quemados, de los choques que habrán de soportar ulteriormente, se les sumerge en una disolución diluída de caucho ó de colodion con un 5 por 100 de aceite de ricino y después se los seca, hecho lo cual sólo falta embalarlos, con su tija de suspensión, en cajitas cilíndricas de cartón forradas de uata blanda.

Los manguitos de seda artificial son de notable solidez; ensayados en una mesa de choque, se los ha encontrado intactos después de más de 2.000 sacudidas, cuando los antiguos modelos soportaban solamente 100.

Finalmente, han de ejecutarse en los manguitos en varios especímenes mediciones fotométricas para apreciar su potencia alumbradora y ver, en su caso, los defectos de fabricación.—JACOBO BOYER.





LA ANUNCIACIÓN, medallones pintados sobre madera por Fra Angélico da Fiesole, que se conservan en la Galería de Perugia

Fra Giovanni da Fiesole nació en 1387, y á la edad de veinte años entró, con su hermano Domingo, en el convento de Fiesole, cerca de Florencia. En 1409, á consecuencia de los disturbios que estallaron en Italia cuando Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V se disputaron el trono pontificio, los dos hermanos hubieron de refugiarse en el convento de Foligno, pasando en 1414 á Cortone y regresando cuatro años después á Fiesole, en donde ejecutó gran número de pinturas al fresco y al temple. En 1436 trasladóse á Florencia, y en los nueve años que residió allí decoró el colegio de San Marcos y varios edificios públicos.

Eugenio IV llamóle al Vaticano en 1445 para que decorase una capilla, y dos años después hallábase en Orvieto, seguramente dirigiendo las obras de aquella capital; entonces estaba en el apogeo de su reputación. Llamado otra vez á Roma por Nicolás V, hubo de dejar sin concluir los frescos que ejecutaba en Orvieto, y pasó en aquella capital el resto de sus días pintando frescos, cuadros y admirables miniaturas para libros de coro. Murió en 1455. La celestial belleza de las cabezas que pintaba hizo que se diera á este artista el apodo de Fra Angélico.

Entre sus principales obras merecen citarse especialmente, aparte de los mencionados frescos del Colegio de San Marcos, los cuadros *La Virgen y dos santos*, *La coronación de la Virgen*, *El matrimonio de la Virgen*, *La muerte de la Virgen*, *El descendimiento de la Cruz*, *Madona*, *La resurrección de Jesucristo*, *Los milagros de Santo Domingo*, *Una gloria celeste*, *San Juan y la Magdalena*, *San Francisco* y *El Juicio final*, que se conservan en diversos museos de Florencia, París, Munich y Berlín.

Los dos medallones que reproducimos representan la Anunciación; á la izquierda está el ángel Gabriel y á la derecha la Virgen. Figuran en la Galería de Perugia y están pintados sobre madera con fondo de oro.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 20 de julio de 1908 — Núm. 1.386

LONDRES.—EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1908



LA OFRENDA DEL GUERRERO,

copia del notable cuadro de E. Blair Leighton

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Escribir crónicas para La Ilustración Artística, donde tan largo tiempo colaboró Castelar; escribirlas quien debió al excelso orador amistad grande y verdadera; haberse inaugurado el monumento á su memoria y en su honor, y no decir palabra de este acontecimiento, sería omisión que, aun perdonada por todos, no me la perdonaría yo á mí misma.

Paréceme cuestión quizás ociosa discernir, con tal motivo, el puesto que á Castelar habrá de conceder la posteridad, en su triple aspecto de hombre político, escritor y orador. Es una discusión que he oído suscitar mil veces, y nunca los argumentos empleados por una y otra parte consiguieron fijar definitivamente la difícil tasación de los méritos, servicios y cualidades del que, sin embargo, la inmensa mayoría de los españoles, la opinión europea y la hispano americana saludaron como á uno de los más preclaros representantes, no ya sólo del genio ibérico, sino del genio latino, en un período de nuestra historia contemporánea.

Sin asomos de duda, de los tres aspectos del talento y la actividad de Castelar, el que en tiempos venideros se elogiará explícitamente, será el oratorio. No porque el estilo de su oratoria no se preste á diversas apreciaciones, y aun á censuras, sino porque su fuerza y eficacia y su elocuencia caudalosa no podrán nunca negarse, y aun cuando se quiera ver en él á un Góngora de la tribuna, habrá que reconocerle, como á Góngora, que es único en su género, inimitable, y con frecuencia sublime.

En esos tiempos venideros (no todavía en los presentes, en que continúan agitándose las pasiones y las mezquindades, los intereses más ó menos lastimados y el recuerdo de acerbas y feroces campañas de prensa), sedimentada ya la opinión y convertida en sereno juicio crítico, no se verá en la oratoria parlamentaria de Castelar algo que ha pasado de moda, porque de moda habrán pasado también las oratorias que se han sucedido, y con unas y con otras se ejercitará igual procedimiento, situándolas en su medio, en su momento, en su ambiente, y juzgándolas por tales datos, únicos que las pueden caracterizar y definir. Cuando se critique de este modo á Castelar, se verá su desmedida altura y el papel extraordinario que representó su elocuencia, á pesar de cuantos reparos quepa ponerle, y á pesar del cambio completo en la psicología de las muchedumbres, antes electrizables por un discurso, y cada día más refractarias ó más escépticas ante esta clase de sugestión.

***

Castelar era pequeño de estatura, y cuando le conocí ya estaba grueso: su enorme bigote contrastaba con las proporciones de su figura, de brazos cortos y piernas nada escultóricas; su voz tenía un timbre antes agudo que sonoro; la forma de su cuello restaba nobleza á la testa, enterrada entre los hombros, difícil de movimientos. Por qué misteriosa virtud del arte y de la inspiración, así que Castelar tomaba la palabra, tantos defectos desaparecían ó se olvidaban, es cosa que no sé. La naturaleza, en parte avara, en otra parte había sido con él pródiga como loca madrina, que no cuenta sus dones. Ni el empaque majestuoso de Ayala, ni la dulce, clara y varonil voz de Cánovas del Castillo, ni ninguna de las excelencias que otros grandes oradores poseyeron, se echaba de menos al desatarse el soberano río de la palabra castelarina, al resonar su acento transformado por la voluntad y el entusiasmo, al callar subyugado el auditorio, pendiente de unos labios donde parecían haber dejado su miel las abejas del Lacio, y no diré las del Atica, porque el arte de Castelar pertenece á la llamada *decadencia*, período que tiene sus apasionados, y en el cual el genio latino, ya infiltrado de influencia griega, sufre las del Asia, y más tarde las africanas. De las grandes escuelas retóricas, tenía Castelar los recursos, la técnica; y del tiempo en que le tocó vivir, tenía el sello pasional del romanticismo, por lo que se le ha comparado mucho á Lamartine, y en efecto, entre él y el autor de *Graziella*, no faltan afinidades, considerándoles á los dos como tribunos y cotejando sus estilos oratorios. Otra afinidad y otra disconformidad, tristes para los que profesábamos á Castelar sincero afecto, existió entre Alfonso de Lamartine y él. Los dos pasaron los últimos años de sus gloriosas vidas entre ahogos económicos y trabajando afanosamente con la pluma para equilibrar su recargado presupuesto; sólo que la nación francesa, acertadamente, pagó las deudas de Lamartine, y aquí no sé si se pensó en pagar las de Castelar, pero sé que no se hizo, y que en sus postreras horas, el insigne español se veía amenazado de un embargo judicial. Debo añadir, porque es la verdad y una verdad para Castelar honrosa, que cuando se le dirigía alguna indicación referente á promover en América y España subscripción ó cosa semejante, que le proporcionase medios para pasar la vejez en descanso bien merecido, sus protestas y hasta su enojo frustraban los propósitos de amigos y admiradores. «Seré—decía—hasta mi postrer instante, jornalero de la pluma. El día de mi muerte escribiré un artículo, firmaré una cuartilla.» Los sucesos demostraron sobradamente que llevaba razón al vaticinar así.

Este hombre, que firmó una cuartilla para vivir apurado en el mismo día de su muerte, y á quien hoy se alza un monumento; que no pudo interrumpir ni para prepararse á la agonía la labor á que le tenía sujeto y uncido la necesidad, había sido, conviene recordarlo, ¡todo se olvida tan pronto!, presidente de la República, es decir, jefe del Estado; y en período de azarosa agitación, en que no es imposible á los hábiles echar los cimientos de grandes fortunas. Castelar desdeñaba el dinero, con cierto espléndido desdén de príncipe italiano del siglo XV, incapaz de comprender prosas utilitarias. Por dinero trabajaba asiduamente, se me dirá. Verdad; pero una cosa es ser capaz de trabajar por dinero—de trabajar desvelándose, hasta matándose—y otra ser capaz, por el mismo dinero, de envilecerse. Hasta afirmaría yo que existe contradicción entre ambos supuestos, y que rara vez uno de estos nobles obreros de la pluma, que desmigajan su cerebro para convertirlo en plata, se enfangará en negocio sucio, en transacción miserable, con objeto de redimirse de la tarea. Castelar, á fuer de verdadero trabajador, estaba encariñado con su faena, por medio de la cual llevaba hasta los últimos confines del mundo su nombre y su pensamiento; y resignado, después de renunciar á los triunfos parlamentarios, á los halagos del poder; conforme con la suerte en su tercer piso de la calle de Serrano, sin verdadera ambición ni verdadera codicia, tiraba de la péñola invariablemente, lo mismo que si estuviese en los principios de una carrera, en la juventud de una existencia; lo mismo que si no hubiese ocupado el más alto lugar, no ya intelectualmente, sino oficialmente, en la jerarquía de la nación española.

***

Empapado en la filosofía práctica y poética á la vez de su raza; enemigo natural de las ideas anglosajonas, de método y orden; convencido de la brevedad é instabilidad de la vida, Castelar no se preocupó nunca, de fijo, por el porvenir. Sin familia—muerta ya su hermana, aquella Concha en quien adoró,—el mañana no le parecía digno de sacrificios y privaciones. Cuando podía, gastaba como un gran señor; sus propinas dejaron memoria en los balnearios y casas donde pasó temporada ó fué hospedado. Alguna vez le enviábamos nosotros en Madrid tal cual golosina gallega, una lamprea, unos mariscos; al cabo renunciamos á hacerlo, porque tal era su generosidad al gratificar, que realmente pagaba más del valor de estas fruslerías.

En regalos era también pródigo, y en su mesa, huelga decir que era magnífico. No volveré á verse nunca reunida tal exposición de productos nacionales y extranjeros, pues hasta de Francia le remitían terrinas de Estrasburgo y marcas de Burdeos y Champagne. Sin embargo, dominaba lo español; Castelar recibía de toda la Península especialidades en aves, jamones, frutas, confituras y vinos, y comer con él equivalía á estudiar la riqueza de nuestro suelo, la feracidad de nuestras vegas, y hasta la serie de nuestra historia, representada por los platos moriscos y árabes que alternaban allí con guisos propiamente castellanos, prolongando la lucha épica de la Reconquista. Uno de los espectáculos curiosos que ofrecía la mesa de Castelar, era el asombro de los ilustres extranjeros invitados á ella, ante aquel desfile de singularísimos platos, que cada uno requería detallada explicación. Y Castelar, con inocente orgullo, señalando hacia lo que le rodeaba, la mesa, digna de Lúculo, y el mobiliario del comedor, regio, decía sonriente: «*Nihil emptu*... Nada comprado.»

Ponía su satisfacción, su goce, en que desde todas partes le enviasen presentes: la popularidad, el cariño, el prestigio del hombre ilustre, se revelaban en la afluencia de regalos y en el delicado esmero con que los elegían los donantes. Cánovas, en el apogeo de un ilimitado poderío, no recibió nunca en Navidades el formidable alud de presentes y obsequios que obligaba á Castelar al desembolso de mil y pico de pesetas, sólo para abonar los derechos de entrada en Madrid de lo que le remesaban sus amigos de provincias. Pagaba el orador el rescate de su gloria, y se reía, bien humorado, al recontar los cestones de botellas, las seras de dulcísimas frutas, los embutidos, las cajas de jaleas y conservas elaboradas en los rincones de España, donde es placer trabajar en el fogón, porque hay tiempo. Entre los regalos á Castelar en Nochebuena, jamás faltaba un cajón de mazapanes y mermeladas, envío de unas monjitas. ¿Qué servicio eminente, qué rasgo de bondad protectora recompensaban los bocadillos y pastas de las Madres? Nunca lo he sabido. Castelar se limitaba á decir: «Son muy amigas mías esas monjas.»

***

A manera de un Vulcano que de un lingote de oro saca mil monedillas y juguetes, Castelar, en sus años últimos—me refiero á ellos siempre, porque es cuando frecuenté su agradabilísimo trato—pulverizaba su oratoria en la conversación, y se ganaba fama de *causeur*, pero en realidad, orador seguía siendo: hablaba mucho, y casi sin aguardar respuesta; de lo cual yo no me quejaba, ni nadie debió quejarse, por que al escucharle salíamos ganando. Engarzaba anécdotas, recuerdos, páginas de historia, biografías concisas de personajes, mordacidades á lo Juvenal, descripciones de países y lugares, de ciudades y monumentos; reflexiones políticas, apologías de principios que le eran queridos, censuras de otros que no concordaban con sus ideales, vaticinios que vi cumplir se muchas veces, y elogios calurosos y desinteresados á personas que no siempre se contaban entre sus adictos. Llevaba al día la crónica política, pues aunque aparentemente retraído, puedo asegurar que nada se arreglaba sin su conocimiento y previa consulta. A todas horas estaba llena su casa de primates, los señalados de cada partido, y más que en el Congreso, dijérase que se elaboraba allí la marcha de los negocios de Estado. Cuando amagaba crisis, aumentaban el revuelo, el visiteo, el palabreo, los ires y venires, las voces altas ó cuchicheantes, y no se cabía en la sala que me parece estar viendo, con sus muebles de cuero cordobés, sus cuadros antiguos, su busto florentino, dorado y estofado, coronando la chimenea. No afirmaré que siempre se siguiese el dictamen de Castelar, y le he visto en más de una ocasión colérico y preocupado, por lo que juzgaba yerros imperdonables de los gobernantes, ó por lo que creía que redundaba en destrucción de su obra democrática, de la cual no digo palabra, porque no es lugar ni sazón. Añadiré que, conforme la dinastía y las instituciones iban consolidándose, el influjo de Castelar disminuía, y sus postreros actos políticos demuestran que se le impuso fatalmente la necesidad de dejar el retraimiento...

El recuerdo más vivo que me ha quedado de Castelar, es el del cambio que sufrió ante el desastre de nuestras armas y pérdida de nuestras colonias; el de ver su cara de pronto consumida y color de plomo, sus ojos llenos de lágrimas que se escapaban y corrían por sus mejillas demacradas de repente. Si no mereciese el homenaje que hoy se le tributa por tantos conceptos, lo merecería por la sinceridad, por el ardor de su corazón de patriota. Las ilusiones de toda su vida se venían al suelo; la puñalada era certera; el orador áureo no sobreviviría mucho á la *leyenda de oro.* Si no se envolvió entonces en la toga para morir, fué lo mismo: estaba sentenciado. No lo olvidemos, cuando pasemos delante del monumento á Castelar.

La condesa de Pardo Bazán.

LA RAMILLETERA DE VILLENEUVE. Cuento de Juan Kervall, ilustrado por Sardá



Los dos muchachos reanudaron sus cotidianos paseos

Llámase Marianita y de fijo la conocen los turistas, los poetas y hasta las personas dichosas que han escogido las cimas gigantescas de los Alpes como testigos de su felicidad, si han visitado Villeneuve, ese lindo pueblecito que se asienta sobre la orilla del lago Lemán, en el extremo opuesto al que ocupa Ginebra.

En aquel rinconcito de tierra, el turista es verdaderamente turista; su corazón de poeta, su alma de soñador encuentran á cada paso un alimento á la misteriosa melancolía que en aquellas íntimas soledades se apodera de todo su ser. Las cumbres alpinas álzanse sobre su cabeza hasta perderse de vista; algunos *chalets*, pintados con los colores nacionales, alegran la naturaleza pintoresca y las azuladas aguas del lago se mecen á sus pies, y ante aquel cuadro, el turista mira, contempla, enmudece, y cree no sentir nada, de tal manera hállase absorto en presencia de aquella profusión de bellezas grandiosas.

Ni siquiera el áspero retintín de los cencerros de las vacas le distrae; únicamente la voz de Marianita, que se acerca, le recuerda que hay un mundo que se mueve, aquella voz juvenil que le dice:

—Cómpreme usted un ramo, señorito.

—¿A cómo las flores?

—Las ciclamas á quince céntimos y á diez el es pliego.

Marianita, con su falda de algodón rayado y su delantal de peto blanco, sobre el cual se balancea la cestita llena de olorosas flores, es tan linda, que nadie puede negarse á sus requerimientos; y así los quince céntimos no tardan en pasar al bolsillo de la muchacha.

A la llegada de los trenes, Marianita está en el andén, y cuando se acercan el *Monte Blanco* ó el *Helvetia*, la veréis en el desembarcadero, siempre vivaracha, siempre afable, siempre aseadita; su cesta se vacía y por la noche no le queda ya ningún ramillete.

Su madre había querido enviarla á vender flores á Evian-les-Bains; pero la chica le entregaba todos los días una cantidad tan respetable, que la buena mujer no había insistido en su idea. Y esto era lo que Marianita deseaba, porque había prometido á Toñico no abandonarle nunca.

Toñico era el menor de nueve hermanos; y como sus padres opinaban que aun sin él había bastantes hijos, habíase criado á la buena de Dios, alimentado y amado únicamente por *Bella*; y así vivían ésta y él juntos, comiendo á menudo en el mismo plato de barro.

Bella era una cabra de leche que no tenía igual en el cantón de Vaud, según el muchacho afirmaba.

Marianita y Toñico se encontraron un día; se hablaron, agradáronse y una mañana díjole la ramilletera al cabrero:

—Deberías venirte conmigo á Villeneuve, y cuando yo vendería mis flores tú ofrecerías á los viajeros la leche de *Bella*.

—¡Oh, no!, respondió Toñico. No me atrevo.

—¡Anda, ven! Nada se pierde con probar. Iremos juntos por la mañana y juntos regresaremos por la tarde.

Y dicho y hecho.

Tres días después, Toñico llegaba á su casa con poco menos de dos pesetas, producto de la leche de *Bella*, y por vez primera conmovióse su corazón bajo la acción dulce de una caricia... Su frente serena no había sentido hasta entonces la impresión de un beso efusivo.

—¿No sabes?, díjole á Marianita al día siguiente. Desde que les llevo dinero me quieren más; ya no me pegan, y esto te lo debo á ti. ¿Me querrás tú también?

—Sí, Toñico, te quiero y no de ahora, sino desde el día en que nos conocimos. ¿Y tú á mí?

—¡Oh, yo, Marianita! Yo te quiero más que de aquí á Chillón..., más que de aquí á Montreux..., más que todo el lago y quisiera estar siempre contigo.

Dos olas azuladas que murieron á sus pies registraron en el pliegue de sus ondas acariciadoras aquella declaración de los dos niños.

Toñico iba á proseguir su diálogo con Marianita, pero ésta echó á correr hacia el muelle en donde atracaba el *Monte-Blanco*. En pocos segundos recogió la muchacha sesenta céntimos, mientras él ordeñaba la leche de su *Bella*.

Sentados sobre el césped de la umbrosa avenida que se extiende al borde del lago, los dos niños contaban y recontaban sus ganancias; sentían una alegría intensa, y en sus ojos, en su boca, en su corazón retozaba la risa. Mil ensueños, que eran otras tantas rosas sin espinas, acariciaban sus imaginaciones juveniles. Veíanse lo bastante ricos para comprarse una barca y dedicarse á la pesca, cuyo producto expedirían á Lausanne y á Ginebra, mientras esperaban que la señora fortuna les permitiese hacerse construir un *chalet* tan bonito como el de aquel ricacho que vivía en los Alpes saboyanos.

Esos risueños proyectos les unían más y más, y sus pensamientos, al comunicarse del uno al otro, fundían en uno solo sus corazones.

Cada mañana Toñico levantábase con la aurora á fin de recoger el musgo largo y sedoso para los ramilletes de Marianita, y Marianita lo aceptaba hasta el momento en que discretamente deslizaba una moneda en la bolsa de cuero del muchacho cuando ambos contaban las ganancias del día.

Sopló el viento de las cañadas; alfombraron las hojas el suelo; los bosques negaron á la ramilletera las flores que todas las mañanas recogía, los Alpes quedaron desiertos y el sendero se cubrió de escarcha.

—¡Hasta el año que viene!, hubieron de decirse Marianita y Toñico.

Durante el invierno, cuando la nieve caía en espesos copos y azotaba los cristales, cuando soplaba el viento y los hermanos mayores de Toñico se refugiaban en la cabaña temiendo la caída de un alud, él, el pobrecillo, acariciaba á *Bella*, peinaba su pelo sedoso y luego, tras mil vacilaciones, le preguntaba:

—¿Te acuerdas de ella?

Al fin volvió el sol; la pradera se esmaltó de flores doradas y Toñico encontró otra vez á la amiga del año anterior; pero sintió que, al darle la mano, su corazón palpitaba con gran violencia, mientras Marianita, que creyó sonrojarse, cogía en la hierba fresca una flor que no estaba allí...

Los dos muchachos reanudaron sus cotidianos paseos, y una mañana ella le dió un puñado de ciclamas y él le regaló una florecilla blanca, algodonosa, una de esas flores de los ventisqueros que inspiran á los turistas, propensos al vértigo, un mundo de deseos irrealizables. Toñico, á fuer de hijo de Suiza, de cabeza firme y pie seguro, habíala entrevisto un día de primavera, la había codiciado, y agarrándose á las rocas escalonadas, había conseguido arrebatarla á las nieves alpestres.

Ofrecióla á Marianita y aceptó lo que ella le dió á cambio. Los dos se amaban.

Su amor se hizo tímido; pasábanse horas enteras en silencio, siempre con deseos de hablarse, pero sin saber por dónde empezar.

El muchacho fué creciendo y llegó á ser hombre, y un día se atrevió á decir:

—Marianita... si me amas..., como en otro tiempo..., ¿quieres... que nos casemos?

La ramilletera contestó sencillamente:

—Toñico, tú eres protestante y yo soy católica; ¿es posible que caminen juntos por la senda de la vida los que crean que no han de poder subir juntos á la mansión eterna?

El circuito de Dieppe.—Lautenschläger y su mecánico, ganador del gran premio del Automóvil Club de Francia. (De fotografía de M. Branger.)

Toñico no respondió; su corazón parecía querer saltarle del pecho; la naturaleza parecióle teñida de púrpura, y los árboles y las montañas danzaron ante sus ojos una rítmica pantomima. ¡No se le había ocurrido aquella dificultad!

Marianita esperó, llena de valor y de fortaleza; esperó hasta el anochecer, confiando en que sería decisivo el momento en que ambos se separarían para tomar los senderos que les conducirían á cada cual á su cabaña.

Declinó el día.

—Adiós, Toñico, dijo Marianita sin atreverse á añadir «¡hasta mañana!»

El cabrero, entonces, cogiendo entre sus manos leales la de la ramilletera, preguntó:

—Dime, Marianita; para elevarme hasta ti, ¿quién podría enseñarme?

—Primeramente yo, si tú quisieras.

—Lo quiero, Marianita. Mañana me darás la primera lección... Seré católico y tú serás mi esposa.

El día 6 de agosto, las calles de Vevey aparecían engalanadas con guirnaldas de follaje y de flores. Aquel pueblecillo, bueno y enamorado de su vida por él poetizada, ofrecía un espectáculo mágico á la multitud que acudiera para asistir á las diversiones: los trajes de los veintidós cantones habíanse dado cita para aquella «Fiesta de los Viñadores,» que sólo se reproduce cada treinta y tres años. A pesar de los preparativos, de los estudios y de los ensayos, todo es en esa fiesta natural, lo que constituye el mayor encanto de la representación. Las graciosas danzas campestres, la deliciosa pantomima de las segadoras, el desfile, los *iodlers* de Appenzel, el *ranz* de las vacas, todo era nacional, puramente nacional. Los suizos, los veveyenses, estaban bien persuadidos de ello, ¡y cuán orgullosos se sentían!

El *clou* de la fiesta fué sin duda la *boda lugareña*, en la que cada pareja personificaba un cantón. De todos los que formaban el grupo llamaban la atención un viñador y una viñadora: ésta, llena de vida, lindamente ataviada con su corpiño de terciopelo negro y su falda rosa y blanca, apoyábase, radiante de felicidad, en el brazo de su compañero. Ella es Marianita; él, Toñico.

Junto á ellos, sin dejarlos un momento, dos *niños de la primavera*, encantadores con sus antiguos trajes, acarician de cuando en cuando á la ramilletera y al cabrero de Villeneuve.

¡Todo tiene un término en este mundo! Por la noche, cuando las estrellas se adormecen, Marianita y Toñico están en el *chalet;* él, el honrado viñador, se clava con un alfiler en la chaqueta la nueva medalla que le ha otorgado la *cofradía* por el cultivo de sus viñas; ella, la madre feliz, duerme á los pequeñuelos después de haberse quitado el elegante traje cosido durante muchas velas. Todos tienen la risa en los labios y la alegría en el corazón; por esto Toñico, á quien la felicidad vuelve poeta, entreabre una modesta caja, el relicario del *chalet*, y se acerca á su esposa.

Marianita mira y por centésima vez contempla un puñado de ciclamas, una rama de florecillas alpestres y el rosario en que Toñico murmuró su primera plegaria á la Virgen.

—¡Marianita!, exclama el dichoso marido. Nuestros amores cuentan diez años... ¿Te acuerdas?

—¡Oh, sí, Toñico mío! Ese recuerdo canta en mi corazón como si fuese de ayer.

—Y de nuestros ensueños de entonces, ¿te acuerdas?

—Nada he olvidado... Tenemos el *chalet*, tan lindo, tan lealmente adquirido... Tenemos la riqueza, que son nuestros hijos; tengo tu amor; ¿qué nos falta, pues?

—Nada, mi buena Marianita.

Y luego, cogiendo la mano de la joven, exclamó:

—¡Quiera el cielo que en el aniversario de nuestra fiesta popular los hijos de nuestros hijos se unan á nosotros para cantar nuestros viejos amores, como celebramos hoy los amores de nuestra primavera..! Cuando la nieve corone nuestras cabezas, cree, mujercita mía, que encontraremos en nuestros corazones dulces recuerdos para perfumar el final del camino que conduce á las cimas eternas.

Marianita se sonrió y ambos se callaron...

EL CIRCUITO DE DIEPPE

El día 7 de los corrientes efectuóse la carrera automovilista conocida con la denominación de circuito de Dieppe, en la que se disputaba el gran premio del «Automóvil Club» de Francia. El recorrido era de 790 kilómetros, es decir, diez veces el circuito, y en la carrera tomaron parte veintidós máquinas francesas, nueve alemanas, seis italianas, seis inglesas, tres belgas y una norteamericana.



El circuito de Dieppe.—Cissac, que murió á consecuencia de un accidente desgraciado ocurrido durante la carrera. (De fotografía de M. Branger.)

La victoria fué para un automóvil alemán, marca Mercedes, que montaba Lautenschläger y que recorrió los 790 kilómetros en seis horas y cincuenta y cinco minutos, lo que representa una velocidad media de ciento once kilómetros y medio por hora, algo inferior á la de ciento trece y medio que el año pasado alcanzó Nazzaro, vencedor en la misma prueba.

Esta diferencia, insignificante en sí misma, tiene, sin embargo, cierta importancia, porque en todos los centros automovilistas se suponía que en el año presente se alcanzarían velocidades superiores á la del anterior.

Los otros vehículos ganadores fueron dos belgas y uno francés.

En esta carrera hubo que lamentar la muerte del conductor Cissac y de su mecánico Schraube; el automóvil en que iban, al descender una pendiente, se desvió y saltando por encima del camino fué á caer en una zanja, cogiendo debajo y aplastando á aquellos dos desdichados.

Una multitud inmensa acudió á presenciar esa carrera, que tanto interés despierta no sólo en Francia, sino en todo el mundo automovilista.—S.



EL BAÑO, cuadro de José M.ª Tamburini

MONUMENTO Á CRISTÓBAL COLÓN

EN BUENOS AIRES

Un comité, oportunamente nombrado, anunció un concurso internacional para un monumento en honor del descubridor del Nuevo Mundo: el veredicto del jurado fué favorable al proyecto presentado por el escultor Arnaldo Zocchi, de Roma.

Es, pues, el tercer monumento de importancia que la latinidad levanta á su hijo ilustre: Génova, su tierra natal; Barcelona, en representación de su segunda patria; Buenos Aires, la metrópoli de una parte de la tierra descubierta por el gran navegador.

Este monumento, que adjunto reproducimos, se compone de un pilar ornado sobre el cual se levanta la figura de Colón: en la parte delantera de la base, unos brazos poderosos lanzan al mar la proa de un buque; es la nave que trae la civilización guiada por la Ciencia y el Genio que, después de haber roto las cadenas que tenían subyugado al Océano, señala la tierra lejana.

En la parte posterior de la base figuran los navegantes que desembarcaron los primeros, en el acto de besar al nuevo continente y de plantar la Cruz, símbolo de la fe que los guió.

Esta agrupación circunda sin interrupción el pedestal, que corona la estatua del inmortal navegante en actitud de escrutar el Océano.

El monumento, que es de proporciones colosales y ha de ser en granito y bronce, se levantará en la Avenida de la Estación Central de Buenos Aires; ha sido costeado por la colonia italiana de aquella ciudad, que lo regala á la República Argentina.

Para la ejecución del monumento se han reunido 500.000 pesetas.

Arnaldo Zocchi es autor de monumentos tan notables como el de Dante, en Trento; el de Alejandro II, en Sofía; y el de Garibaldi, en Bolonia.

A. ROMIEUX.

JUEGOS Y EJERCICIOS FÍSICOS

EN LOS TALLERES NORTEAMERICANOS

En pocos países atienden los industriales tan bien como en los Estados Unidos el precepto de *mens sana in corpore sano* aplicado á los trabajadores empleados en sus fábricas, talleres ó despachos, comprendiendo que está en su propio interés tener obreros debidamente alimentados, que respiren aire puro y gocen de un proporcionado descanso al par que de todas las comodidades y distracciones compatibles con su trabajo.

La compañía *National Cash Register,* que fabrica las cajas registradoras actualmente en uso en muchísimas tiendas, tiene sus fábricas dispuestas de modo que todas las cuadras reciben luz en abundancia y están provistas de caloríferos y ventiladores. Los obreros, varones y hembras, en número de 3.800, tienen á su disposición una enfermería, roperos individuales, asientos cómodos con respaldos, lavabos con agua fría y caliente, salas de baños y de duchas. Además, á una hora fija recorre los talleres una biblioteca ambulante para que los trabajadores escojan los libros que quieran, y que devuelven, una vez leídos. Por último, dos veces al día se suspende la labor por diez minutos, que se dedican á ejercicios físicos.

La empresa *The Brooklyn Rapid Transit* sostiene para su personal varios *clubs,* en los cuales hay, no solamente salas de lectura y de conversación, sino también una serie de juegos variados, salones en donde pueden practicarse ejercicios que tan beneficiosamente influyen sobre el organismo humano.

En el club central, que ha costado á la compañía 200.000 francos, hay un teatro, salas de baños, vestuario, un gimnasio perfectamente organizado, juego de bolos, un salón con varios billares, todo á la disposición gratuita de los varios agentes de la sociedad. Análogas salas de recreo, aunque montadas en más modesta escala, hay establecidas en otros diez puntos de la ciudad, en los depósitos ó en las estaciones terminales de la compañía.

Esta misma preocupación de mantener á sus empleados y obreros en buenas condiciones físicas y de conservar y aun desarrollar su sistema muscular, se observa en una industria en la que no parece que los músculos desempeñen un papel muy importante; nos referimos á los teléfonos.

La «Compañía Bell de Teléfonos de Cincinnati,» por ejemplo, ha comprendido que en la industria telefónica es quizás más necesaria que en cualquier otra una salud robusta, puesto que las predisposiciones enfermizas ejercen una influencia perniciosa que se revela en el carácter de la telefonista y por ende en la manera de poner las comunicaciones, de tratar á los abonados, etc., circunstancia tanto más digna de tenerse en cuenta en los Estados Unidos, cuanto que las compañías, como no disfrutan de un monopolio, están interesadas en tener contentas á sus clientelas respectivas.

El cargo de telefonista requiere no sólo decisión, atención y actividad, sino además cortesía, calma y una ausencia lo más absoluta posible de irritabilidad; cualidades que, en el fondo, no se avienen muy bien con una ocupación sedentaria y al mismo tiempo agitada cual la del servicio telefónico. Para llegar á satisfacer esos *desiderata,* las compañías de teléfonos de los Estados Unidos no se limitan á escoger empleadas robustas y bien constituídas, sino que les proporcionan la mayor suma de comodidades, poniendo á su disposición libros, juegos y en muchos casos jardines, campos de *tennis,* de pelota, etc.

La Compañía de Cincinnati, en particular, se ha preocupado ante todo de crear para ellas recreos y ejercicios atléticos, en los que el cuerpo pueda encontrar una compensación amplia á la forzada inmovilidad en que durante tantas horas han de permanecer dedicadas á un penoso trabajo.

Las telefonistas hállanse muy satisfechas con esos ejercicios puestos á su disposición, que contribuyen grandemente á conservar su salud y de los que de rechazo salen gananciosos los abonados, ya que el perfecto estado físico de las empleadas influye en su estado moral y como consecuencia lógica, en la manera de atender á los servicios que les están confiados.—P.

Monumento á Cristóbal Colón que ha de erigirse en Buenos Aires,
proyecto de Arnaldo Zocchi, premiado en concurso internacional

EL BUQUE DE GUERRA ESPAÑOL «NAUTILUS»

EN LA HABANA

Una mañana estival, luminosa y cálida, entró en el puerto de la Habana la gallarda y débil nave hispana, enarbolando en el tope del primer palo la bandera tricolor de la estrella solitaria y ondeando á popa la enseña gualda y roja.

Y al embocar el canal y pasar entre el Morro y la Punta, escoltada por doble fila de vaporcitos, veinte mil almas saludaron al velero de guerra que traía la visión lejana de la nación conquistadora y colonizadora.

Aquellas veinte mil almas clamorosas eran indistintamente de cubanos y españoles, unidos para la realización de un acto hermoso, aunque motivado por distintos sentimientos. Los españoles demostraban su amor por la patria lejana; los cubanos daban pruebas de que no son vanas palabras la unión y la concordia.

Pero había algo más en el entusiasta recibimiento dispensado á los marinos españoles: el sentimiento de raza palpitaba en aquellas demostraciones de amor, de afecto y de simpatía.

El cubano que no es anexionista—y los cubanos anexionistas pueden contarse con los dedos de la mano—sabe que sólo en la vitalidad de ese sentimiento racista está la salvación del alma cubana.

Cuba, por culpa de algunos de sus hijos, más atentos á satisfacer sus ambiciones burocráticas y mandarinescas que á laborar por la paz y bienestar del país, está sufriendo hoy una segunda intervención americana, con la natural influencia del espíritu yanqui en muchos órdenes de la vida. Los Estados Unidos, procediendo con una nobleza digna de encomio, se disponen á entregar de nuevo la isla á los cubanos, pero declarando abiertamente que una tercera intervención sería definitiva. Y otra intervención, que pueden hacer posible las ambiciones de los políticos, ó que pueden provocar elementos mal avenidos con la independencia, significaría la absorción paulatina de cuantas características constituyen hoy la personalidad cubana.

Ese peligro, que presiente el genio de la raza, alma colectiva de un pueblo, es seguramente el que mueve á tantos corazones cubanos, haciéndoles palpitar de amor á España con tanta intensidad como antes la aborrecían.



Habana.—Aspecto del malecón antes de la llegada del buque de guerra español «Nautilus» (De fotografía de Pijuán hermanos.)

Y es que antes veían en ella á la nación dominadora, y hoy sólo ven en ella la nación progenitora; y el español ya no es el dominador, sino el amigo, el padre, el hermano.

Al romperse bruscamente los lazos materiales que unían la colonia á la madre patria, se ha obrado el milagro de que se fortalecieran los lazos espirituales de las dos naciones, lazos que no son otra cosa que la identidad de lenguaje, costumbres y el común origen.

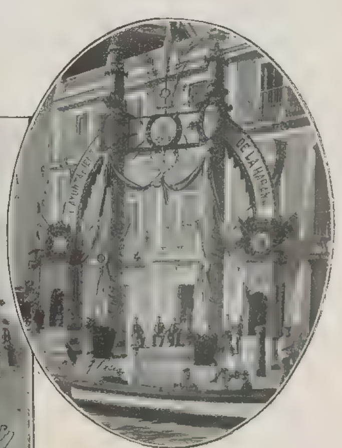
Contemplando la entrada triunfal de la *Nautilus* —triunfal por la pacífica conquista de tantos corazones—recordé que, diez años hacía, por aquella misma boca del Morro había salido sin aclamaciones, triste y sombría, otra nave de guerra también española.

¡Cuántos cambios, cuántas mudanzas en diez años!

Aquella nave guerrera que nos abandonó un día lluvioso de invierno, representaba la sombra del coloniaje que se alejaba, se alejaba hasta perderse en las brumas del mar inquieto. Por eso los corazones cubanos la vieron alejarse sin pesar.

En cambio, esa nave velera que ahora se ha acercado á nuestras playas, es el símbolo de la España, de la madre España que un día dió vida á las jóvenes naciones de América, y que hoy, libres de su tutela, se complacen en honrarla como progenitora. Por eso los cubanos se unieron á los españoles para recibirla con alborozo.

Por algunos días la Habana ha estado de fiesta, sucediéndose sin interrupción los festejos en honor de los marinos españoles. Levantáronse arcos y adornáronse algunas calles; el Ayuntamiento les obsequió con un *Garden party;* la colonia española, los veteranos de la Independencia y los marinos cubanos les ofrecieron espléndidos banquetes; la legación de los Estados Unidos celebró una gran recepción; en el Teatro Nacional se efectuó un gran baile de etiqueta, y en todas partes fueron objeto los marinos de consideraciones y atenciones, saludados siempre con afecto y agasajados con cariño.



Arco de triunfo levantado por el Ayuntamiento de la Habana delante de la Capitanía en honor de los marinos españoles de la *Nautilus.* (De fotografía de Pacías.)

¡Oh poder del amor y de la libertad! Con centenares de miles de hombres y buen número de buques de guerra, España no logró domeñar á los cubanos; y ha bastado el arribo de una débil nave, saludando con cariño á la bandera de la estrella solitaria, para que los cubanos se sintieran espiritualmente reconquistados.

Si el amor y la libertad reinaran siempre en el mundo, ¡cuántos crímenes y miserias se evitarían!

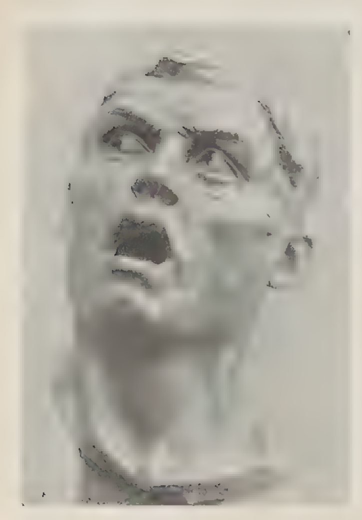
ADRIÁN DEL VALLE.



Habana.—El buque de guerra español «Nautilus» saludando á la plaza. (De fotografía.)



LA PRECONIZACIÓN DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, cuadro de Fernández y González



El grito,
escultura de Rosa Silberer



Busto retrato de H. J. Dyer,
obra de Mervyn Lawrence



Trompetero,
escultura de G. Groot

Budapest.—Monumento recientemente erigido á la memoria del popular poeta húngaro Vörösmarty,
obra de Eduardo Kallós y Eduardo Teles (escultores) y de Geza Markus (arquitecto)

NICOLÁS RIMSKY KORSAKOFF

El célebre compositor ruso recientemente fallecido en su quinta de los alrededores de San Petersburgo, nació en 18 de marzo de 1844 en Tichwin (gobierno de Nowgorod), fué



El célebre compositor ruso NICOLÁS RIMSKY KORSAKOFF, fallecido en 22 de junio último. (De fotografía.)

alumno de la Escuela de Marina de aquella capital desde 1856 á 1862 y sirvió en la marina hasta 1873, en que, habiendo sido nombrado inspector de todas las bandas militares de la armada rusa, se dedicó por entero á la música. Por espacio de treinta años desempeñó en el Conservatorio de San Petersburgo la cátedra de composición y de instrumentación, habiendo sido discípulos suyos muchos de los principales compositores rusos modernos, entre ellos Alejandro Glazunoff y Antonio Arensky. Desde 1883 á 1894 fué director substituto de la Capilla de cantores de la corte de San Petersburgo; desde 1886 á 1890, director de los Conciertos de la Escuela libre y de los Conciertos sinfónicos rusos de la misma capital; en 1889, director de orquesta en París; en 1898, en Moscou, y en 1900 y 1906, en Bruselas.

Cultivó todos los géneros de composición, sinfonía, música de cámara, música vocal y ópera. Entre sus obras más notables citaremos las tres sinfonías *Capricho español*, *Antar* y *Schecherazada*, un cuarteto y un sexteto para cuerda, varios coros, y las óperas y operetas *Sadko*, *Mozart y Salieri*, *La novia del tsar*, *La doncella de Pskow*, *Flor de nieve*, *El tsar Saltan*, *La noche de mayo*, *Servilia* y *Pan Wojewode*, todas ellas muy aplaudidas en Rusia y algunas también en otros países. *Flor de nieve* ha sido puesta recientemente en escena en la Ópera Cómica de París, habiendo obtenido un éxito por demás satisfactorio.

Rimsky Korsokoff fué uno de los cinco compositores que formaron la *Kutchka*, grupo que se propuso dotar á Rusia de una música nacional, dando por base á cada obra un tema ó un aire popular; sin apartarse de este ideal, es decir, siendo siempre ruso en cuanto á la melodía, fué wagneriano en la instrumentación y se conquistó como instrumentista uno de los primeros puestos en el mundo musical contemporáneo.

BUDAPEST. - MONUMENTO A VÖRÖSMARTY

(Véase el grabado de la página 481.)

En la capital de Hungría y en presencia del archiduque José, que representaba al emperador, del gobierno y de un escogido y numeroso público, efectuóse recientemente la inauguración del monumento dedicado á Vörösmarty, el poeta más popular de aquella nación, porque fué el que con más inspirados y ardorosos acentos supo cantar el amor á la patria húngara.

Vörösmarty nació en 1800 en Nyeck y falleció en 1855 en Budapest. Sus cantos épicos son conocidos en toda Hungría, especialmente la oda nacional *Szozak*, que ha llegado á ser, por decirlo así, la plegaria patriótica de los magiares.

El monumento es una obra grandiosa en su conjunto y hermosísima en sus pormenores; las figuras están magistralmente modeladas, y en cada una de ellas, así en la del poeta como en la de los grupos que llenan la base, se admira tanto la belleza de la ejecución como la magistral expresión del sentimiento único que á todos anima.

BARCELONA

INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA DE ZOOLOGÍA MARÍTIMA

El día 11 de los corrientes efectuóse la inauguración de la Escuela experimental de Zoología Marítima, instalada en el antiguo guardacostas *Cocodrilo* y fundada y dirigida por el capitán de fragata é infatigable adalid de aquella ciencia don Francisco de Borja.

Los invitados se reunieron en el embarcadero de la Paz, y en las canoas automóviles de los prácticos y de la Junta del Puerto y en las falúas de la Capitanía y del cañonero *Temerario* se trasladaron al buque escuela, en donde fueron recibidos por el Sr. Borja.

La ceremonia inaugural efectuóse en la cubierta del barco, que estaba profusamente adornado con flores y banderas, habiendo ocupado la presidencia, en nombre del gobierno, el director general de Navegación y Pesca Marítima D. Emilio Luanco, quien tenía á su derecha al comandante de Marina de esta provincia Sr. Campañá, y á su izquierda al Sr. Bosch y Alsina, presidente de la Junta de Obras del Puerto.

Asistieron además al acto representaciones del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, del gobernador civil, de la Real Academia de Ciencias y Artes, de la Escuela Náutica, del Club de Regatas, del Comité de Defensa, etc.

El Sr. Borja pronunció un elocuente discurso explicando los trabajos realizados para instalar la Escuela de Zoología, primera de España, la importancia de la industria de la pesca, la trascendencia material y científica de la nueva institución y la necesidad del conocimiento de una ciencia tan útil como educadora. Enumeró los medios escasos con que actualmente cuenta la escuela y terminó dando las gracias á cuantos habían contribuído á su instalación.

El Sr. Luanco felicitó en términos entusiásticos al Sr. Borja y declaró abierta la Escuela en nombre del rey.

Después los invitados recorrieron el barco, admirando la transformación del viejo guardacostas, hoy convertido en elegante y hasta lujoso museo de fauna mediterránea, en el que pueden estudiarse casi todos los ejemplares de peces que viven en nuestro mar.

A las felicitaciones que en el acto inaugural recibió el señor Borja, unimos las de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, rindiendo con ello el debido tributo al talento y á la perseverancia científica del sabio marino y digno director de la nueva Escuela.

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés*. – El notable escultor Sr. Gargallo ha expuesto tres bajos relieves destinados al Hospital de San Pablo, que representan las tres obras de misericordia «dar de comer al que tiene hambre,» «dar de beber al que tiene sed» y «visitar á los enfermos;» otro relieve con las figuras de la Virgen, Jesús y San Juan; un busto de mujer y un busto retrato. Todas esas esculturas se distinguen por su admirable expresión y por una ejecución amplia y vigorosa, y los relieves del Hospital de San Pablo además por la habilidad del artista en adaptarlos á las dimensiones y formas de los espacios en donde han de ser colocados.



El antiguo guardacostas «Cocodrilo», en donde está instalada la Escuela de Zoología Marítima (De fotografías de A. Merletti.)

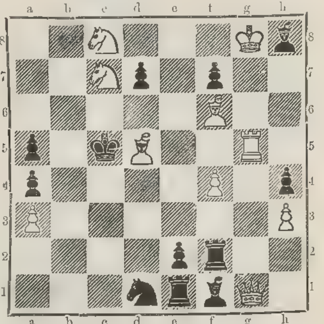
Barcelona.— Inauguración de la Escuela de Zoología Marítima. — El Director general de Navegación y Pesca Marítima y las autoridades y representaciones oficiales visitando las instalaciones de la Escuela, acompañados del director de ésta capitán de fragata D. Francisco de Borja.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 500, POR V. MARÍN

(2.° premio del Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1904.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 499, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A a 5 – c 3	1. Cualquiera.
2. D ó A mate.	

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



... hasta que sintió que la agarraban y atraían lateralmente

Si seguían el camino que traían, tenían que penetrar por fuerza en un distrito donde capitaneaba el jefe de una partida enemiga que se llamaba Kayo; habían tomado aquel camino por ser el más corto y por creer al mismo tiempo que este Kayo se hallaba persiguiendo á cierto personaje griego recalcitrante por la parte opuesta de la comarca. Pero según acababan de averiguar, este capitán de bandoleros se había enterado de que nuestros prisioneros estaban á punto de ser rescatados, y se había puesto al acecho de Stoyan y de los suyos con objeto de apoderarse de ellos para cobrar el dinero del rescate, ó á lo menos para venir á un arreglo y partirlo entre las dos cuadrillas de malhechores. Era preciso, por lo tanto, volver atrás y dar un gran rodeo, que les emplearía por lo menos dos días. A pesar de la gran contrariedad que sentía Mauricio, no dejó de comprender que Stoyan tenía mucha razón cuando le dijo que si las dos partidas de bandoleros llegaban á las manos, las jóvenes lo pasarían muy mal, mientras que dando este rodeo no había ninguna clase de peligro, sino la incomodidad del viaje, y para que ésta no fuera mucha les proporcionaría caballos.

Mauricio le dijo entonces que Wylie estaría con mucho cuidado al ver que no se presentaban sus amigos; pero el capitán de bandoleros le prometió que le mandaría un recado explicándole lo que ocurría y diciéndole al mismo tiempo que no tenía necesidad de pagar el rescate hasta que no estuviera completamente convencido de que todo estaba en regla. Cuando Mauricio refirió á las jóvenes lo que pasaba, le contestaron que contra lo inevitable no se podía hacer nada, y que por lo tanto no tenían más remedio que resignarse con su suerte y marchar por donde las llevaran los bandidos; dedicaron la tarde á descansar bien á fin de prepararse para el viaje nocturno, porque entre otras muchas cosas habían aprendido á aprovechar todos los momentos que se presentaban en las marchas.

A eso del obscurecer volvieron á salir dos bandidos y regresaron al poco rato trayendo dos caballos ó jaquitas, y en cuanto montaron las jóvenes en ellos se emprendió de nuevo la marcha, yendo al principio muy despacio y tomando muchas precauciones. Cuando salió la luna se hallaban ya bastante lejos del teatro de las hazañas del bandido Kayo para que los pudiera alcanzar aunque apretara mucho el paso; el camino por donde caminaban ahora era tan estrecho y tan pendiente, que las jóvenes se mareaban y tuvieron que cerrar los ojos, dejando á los bandidos el cuidado de guiar las caballerías por el diestro. Estaban ya muy cansados y muertos de frío, cuando principió á ocultarse la luna, y se alegraron cuando oyeron decir á Stoyan que era imposible caminar á obscuras por unos vericuetos que él no conocía muy bien, y que por lo tanto tenían que detenerse y pasar la noche por aquellos alrededores. Hicieron alto en un reborde de la montaña, donde el camino era algo más ancho; las dos jóvenes se acurrucaron en las rocas, envueltas en sus mantas, resguardándose con los caballos del viento helado que soplaba, y lo mismo hicieron Mauricio y los bandidos. El sitio no era el más á propósito para poder descansar, porque

las rocas no presentaban ninguna superficie plana donde tenderse con alguna comodidad; pero como estaban ya bastante cansados pudieron dormir un poco, y á la mañana siguiente se hallaban todos dispuestos y deseosos de continuar la marcha. Entonces les manifestaron los bandidos que tenían que volver á vendarles los ojos, porque habían de pasar por un sitio de la montaña que no podía ver ningún prisionero, conforme al juramento prestado por todos ellos. No se opusieron, como era natural; pero cuando Milosch sacó de su morral un pedazo de cera y les mandó que se taparan los oídos, se resistieron y no quisieron obedecerle.

—Pero si es para que no se asusten ustedes, les dijo. Ahí enfrente tenemos un destacamento de fuerzas rumíes, y si oyen los tambores gritarán y nos venderán á todos nosotros, mientras que llevando los oídos tapados no oirán el ruido y no nos sucederá nada.

—No tengan ustedes cuidado, que no gritaremos, exclamó indignada Zoe. No haremos el menor ruido aunque oigamos los tambores ó cualquier otro sonido.

Milosch se lo comunicó en seguida al capitán y éste se quedó un momento muy pensativo, con la faz adusta y desabrida.

—No estamos obligados á guardar á ustedes ninguna clase de consideración, dijo el capitán hablando entre dientes. Les hemos alimentado y vestido durante un mes ó algo más; les hemos proporcionado alojamiento mientras que nosotros nos quedábamos al raso aguantando el frío y la lluvia, y en todo ese tiempo nos han estado engañando. Por culpa de ustedes hemos tenido que huir de nuestras guaridas, hemos tenido que hacer marchas forzadas y pasar andando noches enteras, y á pesar de todo esto nada agradecen; al contrario, si se les presentara ocasión nos entregarían de muy buena gana á los rumíes.

—No somos tan necios como todo eso, contestó Mauricio. Si se trabara un combate, los primeros que sufriríamos las consecuencias seríamos nosotros, como usted mismo dijo ayer muy bien. Hemos prometido que no trataríamos de escaparnos, y conforme lo prometimos lo cumpliremos.

—¿Qué valor pueden tener sus promesas?, dijo Stoyan con desdeñosa sonrisa.

A todo esto, con la conversación, no se volvió á mentar la cera, y las jóvenes siguieron cabalgando á obscuras, llevando á Mauricio en medio de las dos. Hacía ya unas dos horas que caminaban de este modo, cuando de pronto se produjo cierto movimiento entre los bandidos. Prepararon al momento las armas y estuvieron hablando con mucha animación en voz baja durante un buen rato. Hicieron dar media vuelta á los caballos, de modo que quedaran atravesados en el camino, tocando á la roca con la cola; colocaron á Mauricio en medio y le ordenaron que cogiera las bridas de los dos; mientras tanto todos los bandidos se adelantaron con intento, al parecer, de practicar un reconocimiento. Pasó algún tiempo sin que el ruido sordo de los pies, calzados con abarcas, anunciara que regresaban. Después oyeron á Milosch que decía en voz baja, pero con mucha energía: «Si habláis una sola palabra moriréis en seguida.» Le quitaron á Mauricio las bridas de la mano y notó que se le puso como antes un hombre á cada lado; volvieron á emprender la marcha en medio del mayor silencio, y así siguieron durante varias horas, hasta que las jóvenes se caían ya de los caballos rendidas de cansancio. Por fin los bandidos que iban delante se detuvieron y le quitaron á Mauricio el pañuelo que le tapaba los ojos. Entonces miró asombrado en torno suyo, y vió que habían hecho alto en un valle pedregoso, circuído por todas partes de altos picachos, y que el sol estaba á punto de ocultarse. Estaban rodeados de cierto número de hombres armados que se apoyaban en sus carabinas y que iban vestidos de paño pardo muy burdo, en vez de llevar los trajes sucios y las polainas altas que usaban los de la partida de Stoyan. Entre ellos no veían una sola cara conocida; parecía aquello cosa de magia, porque sin saber cómo ni cuándo una partida de bandidos nueva había substituído en un abrir y cerrar de ojos á la anterior.

—Ayúdame á bajar, Mauricio, dijo Zoe con impaciencia; me he quedado tan entumecida, que no puedo moverme siquiera.

Así lo hizo el joven al momento casi maquinalmente; pero mientras le desataba el nudo del pañuelo que le tapaba la vista quiso prepararla para lo que iba á ver.

—Oye, Zoe, y tú, Irene, algo extraño ocurre aquí. No veo ya á ninguno de nuestros bandidos; todos los que hay ahora me son desconocidos.

—¿Nuestros bandidos has dicho? Eso sí que está gracioso, dijo Irene mientras se quitaba ella misma la venda de los ojos.

Y así Zoe como ella se quedaron admiradas al ver aquella nueva tropa que les custodiaba.

—Pregúntales, Mauricio, qué significa todo esto, dijo Zoe con voz algo temblona, lo que aquél hizo al momento.

Pero resultó que los desconocidos ignoraban ó fingieron ignorar todas las diferentes lenguas que emplearon los cautivos para dirigirse á ellos, los cuales hablaban entre sí otra que los prisioneros no comprendían, aunque á Irene le pareció que debía de ser la llamada moesia. Tampoco se dieron por entendidos, ó por lo menos no quisieron contestarles á las señas que les hicieron; pero cuando Mauricio señaló el camino que habían seguido y les indicó que él y las jóvenes querían desandarlo muy pronto, les interceptaron el paso y echaron mano á las carabinas con gesto bastante significativo.

Contrariados y rendidos de cansancio, se sentaron los prisioneros en el suelo, y el capitán de aquella nueva partida les miró sonriéndose y les señaló al mismo tiempo el sitio donde estaba su gente haciendo preparativos para pasar la noche. Habían metido un palo entre la cortadura de unas rocas y luego pusieron por encima una tela de lona muy larga, que aseguraron al suelo con piquetes, formando como una gran tienda de campaña con dos compartimientos. Mauricio se apresuró á decir á las jóvenes que tomaran posesión de aquel albergue, y el capitán lo aprobó con una inclinación de cabeza. Los bandoleros habían encendido fuego y cocían algo en un gran caldero que miraban con mucha atención á cada momento. Hubo después la escasez de vajilla que había siempre, pero á los prisioneros les sirvieron su parte en la tapa de la olla; sus guardianes se acercaron á ésta cuchara en mano y principiaron á comer muy contentos y satisfechos. La comida consistía en una especie de gachas dulzonas y pegajosas que sólo por la mucha hambre que tenían los prisioneros pudieron tragar. En cuanto terminaron la frugal comida, Mauricio les dijo á las jóvenes que se acostaran, pero ninguna se movió de su sitio.

—¿Qué significa todo esto, Mauricio? Tenemos que averiguarlo, dijo Zoe.

Y añadió á continuación:

—¿Será que la partida del bandolero Kayo se ha apoderado por fin de nosotros?

—No creo que pueda ser eso, no habiendo habido combate entre ellos. Lo que me temo es que Stoyan nos ha entregado á esta nueva cuadrilla.

—¿Y adónde nos llevarán ahora?, preguntó Irene bruscamente.

Mauricio dudó un momento antes de contestar; pero luego le pareció que no había necesidad de ocultar nada y dijo:

—Yo creo que para ir á Therma debíamos de haber caminado en dirección Sur, en vez de ir hacia el Sudoeste, como si fuéramos á la frontera de Morea.

—¿Y nadie sabrá ahora dónde nos encontramos?, dijo Zoe con labios trémulos.

—¡Todo por culpa mía!, exclamó Irene. Les he traído sin querer á este mal paso, y lo que más siento es que no puedo hacer nada para remediarlo.

—No digas eso, se apresuró á contestar Zoe, que hacía esfuerzos por contener sus lágrimas al ver correr las de Irene por sus mejillas. En otros pasos peores nos hemos visto ya y hemos salido de ellos. Lo triste es que ahora que parecía que todo estaba ya arreglado, tendremos que principiar de nuevo. Verdad es que estamos muy cansadas y todo lo vemos muy mal en este momento. Mañana por la mañana ya no nos parecerá nuestra situación tan desesperada.

Si las muchachas lloraron mucho antes de quedarse dormidas, Mauricio no lo supo, porque á la mañana siguiente parecía que estaban hasta contentas, aunque veían muy bien que en la marcha que habían emprendido se alejaban de Therma y caminaban en busca de lo desconocido. El aspecto de las montañas iba cambiando poco á poco, y á las laderas ondulantes y á los elevados picos iban sucediendo las grandes rocas y cortaduras á plomo, con grandes precipicios y masas de granito fantásticas.

—Parece que estamos en el fondo de uno de los barrancos más profundos del mundo, dijo Zoe cuando por la tarde caminaban contemplando aquellas paredes naturales de roca que daban miedo. Mira, Mauricio, cómo se va ensanchando esta garganta. Allí hay otra columna de peñascos y en la parte más alta una casita. ¿Cómo podrán subir hasta allá arriba? No, ahora veo que es un edificio grande..., sí, es un castillo.

—Será algún monasterio edificado sobre las peñas, dijo Mauricio; pero no sabía yo, añadió después, que hubiera monasterios en Emacia.

Alzaron la vista al firmamento, sobre el que se destacaba el monasterio de Hagios Antonios, asentado sobre su columna de roca como un botón en el extremo de un tallo muy largo.

. . . .

El día anterior, Wylie, con su amigo Armitage, el dibujante, que se había empeñado en presenciar la liberación de los cautivos, llegó al lugar convenido con los bandidos, llevando el rescate cuidadosamente empaquetado á lomo de unos burros. La cita era en una posada de dudosa reputación situada al borde del camino, donde daban pésimo alojamiento á hombres y á bestias. Los bandidos habían puesto por condición que el dinero no tenía que venir escoltado por soldados ni hombres armados de ninguna clase, motivo por el cual Wylie y Armitage tuvieron que ir solos, pues hasta los mismos dueños de los burros se resistieron á acompañarles en la última etapa. Antes de comprometerse para el viaje, habían exigido que el valor de sus animales, apreciándolos muy por lo alto, quedase depositado en el consulado general de Inglaterra, y por esta razón se encontraban muy á gusto y tranquilos en la otra posada donde se habían quedado. Wylie se había imaginado que podría pagar en el acto el rescate y que aquel mismo día volvería con sus amigos ya libres á otro alojamiento mejor, donde les esperaban muchas ropas y otros efectos que habían proporcionado la señora del profesor Panagiotis, las del consulado inglés y otras varias damas filantrópicas; pero el mal encarado posadero de aquella posada de bandidos se echó á reir al oir decir á Wylie que quería acabar en seguida.

—¿Pero cree usted, dijo después, que la partida iba á estar aquí aguardándole, sin asegurarse antes de que había usted cumplido su palabra de venir solo?

Y añadió después que él era el encargado de ir á un sitio de lo más escondido de las montañas vecinas para avisar á los bandidos que ya habían traído á la venta el dinero del rescate, y aquéllos entonces explorarían todos los alrededores antes de atreverse á entrar en la venta. Al oir esto apretó Wylie con rabia los dientes, porque comprendió la trastada que le habían jugado los bandidos. Había sacrificado todo cuanto tenía para reunir el dinero del rescate, y ahora se lo robarían en cuanto Armitage y él entraran en la posada los cajones llenos de oro que habían traído. No podían volverse atrás de ningún modo; descargaron los cajones, echaron una manta por encima y se pasaron la noche relevándose y haciendo centinela armados de sable y revólver.

La primera parte del siguiente día transcurrió muy lentamente para ellos, porque no se atrevían á separarse del dinero; pero por fin les dijo el posadero que Stoyan les aguardaba en el sitio convenido, por lo que volvieron á cargar los asnos y se fueron en seguida, deseosos de terminar cuanto antes aquel negocio. Stoyan y Milosch les salieron á recibir cerca de un pequeño bosque y los llevaron al momento á un sitio despejado que había en el centro del mismo. Nadie más se hallaba presente, pero Wylie abrigaba la convicción de que las matas tenían ojos y de que los cañones de las carabinas asomaban por entre la maleza. Bajaron entonces los cajones, contaron el dinero y el capitán dijo que quedaba satisfecho.

—Bien, pues si está usted satisfecho, ¿dónde están nuestros amigos?, preguntó Wylie.

—Ya están en libertad, le contestó aquél.

—¿Pero cómo es eso? Yo creí que me los iba usted á entregar aquí mismo, como habíamos convenido.

—¡Ah, no! Ya hace tiempo que conocemos al capitán y sabemos que acostumbra á hacernos algunas raterías, contestó Stoyan sonriéndose. Si tuviera usted á sus amigos sanos y salvos á su lado, ¿quién le podía impedir que llamara á los soldados para que nos cogieran antes de que pudiéramos escapar con el dinero? Mientras siga usted en nuestro distrito no se juntará con ellos. Sin embargo, ya van camino de Therma, y allí los encontrará usted cuando lleguen.

—¿Pero cómo es posible que los hayan puesto ustedes en libertad antes de recibir el dinero del rescate?

—Porque nos había usted prometido que nos lo entregaría, y nosotros sabemos muy bien que un inglés cumple siempre su palabra; ¿no es así?

—Sí, señor; ¿pero quién acompaña á mis amigos?, preguntó Wylie, asombrado é inquieto sin saber por qué.

—No les acompaña ninguno de los nuestros; los hemos mandado solos; las dos mujeres van á caballo; marche en seguida detrás de ellos, no sea que les vaya á ocurrir otra desgracia parecida. Ahora verá usted.

Y el capitán de bandoleros dió entonces un silbido; los bandidos salieron del matorral y continuó diciendo:

—Aquí estamos todos; puede usted contarlos si gusta.

Wylie los contó al momento y vió que efectivamente estaban todos presentes. Entonces bajó la cabeza y se marchó con Armitage, yendo muy preocupado y de mal humor. Al entrar en la posada, un labriego que hablaba con el posadero se volvió y se quedó mirándoles.

—A usted venía buscando precisamente, dijo después el labriego dirigiéndose á Wylie. Me he encontrado á un hombre con dos mujeres que van á caballo en dirección á Therma, y me encargaron que procurase ver á un caballero europeo de ojos azules y que le dijera, si daba con él, que ellos iban delante para la ciudad.

Wylie le entregó una moneda al hombre que acababa de darle la noticia, y le dijo á Armitage en alta voz que pagara la cuenta de la posada, mientras que él entraba dentro precipitadamente para recoger todos sus efectos. Los cargaron al momento en los borricos y emprendieron en seguida la marcha, porque Wylie tenía muchísimos deseos de volver á ver á sus amigos, aunque sentía por otro lado mucha inquietud por las palabras de Stoyan. Caminaban á muy buen paso en los borriquillos, cuando de pronto oyeron una voz que les llamaba desde la falda de una loma, y al mirar vieron que era Milosch, que estaba de pie en lo alto de un peñasco y que le decía á Wylie:

—Mira, si no encuentras á los que buscas, acuérdate de que juraste en falso.

—¿Qué dice ese de jurar en falso?, preguntó Armitage.

—No sé á qué se refiere. No recuerdo haber jurado nunca en falso; tal vez hayan sido ellos. Apresuremos el paso.

Parece que estamos en el fondo de uno de los barrancos más profundos del mundo, dijo Zoe

XVI

HAGIOS ANTONIOS

En la cumbre de enorme pilar de roca viva, y como formando su coronamiento, se levantó el monasterio de Hagios Antonios; los prisioneros y sus guardianes lo contemplaban desde abajo, sin comprender cómo se podría llegar hasta allá arriba. Verdad es que se veían algunas escaleras de mano en varios sitios de la cara superior de aquella roca vertical, pero no de una manera continua, sino que á lo mejor faltaban en los puntos de mayor peligro, y la más baja de todas estaría, sin embargo, á más de ciento cincuenta pies del suelo. Los bandidos no demostraron, ni mucho menos, la extrañeza de sus prisioneros, porque seguramente estaban ya muy acostumbrados á verlo y á subir hasta arriba; así es que al llegar hicieron uno ó dos disparos de arma de fuego para llamar la atención de sus habitantes. Aquella debía ser indudablemente la señal convenida, porque no tardaron en asomar dos cabezas con luengas barbas y altos gorros cuadrados, allá en la parte más alta, casi tocando al firmamento, y cambiaron algunas palabras con los de abajo, después de lo cual se vió que descendía lentamente desde un torreón saliente una maroma, á cuyo extremo venía algo atado.

—Pero, oye, Mauricio, ¿qué va á pasar aquí?, preguntó Zoe en voz baja, mientras miraba cómo iba bajando la maroma poco á poco.

—Supongo que nos irán subiendo uno á uno, contestó él.

—¿Uno á uno? Entonces es que piensan separarnos, dijo Irene asustada.

—No lo creo; pero de todos modos, tenemos que prometernos mutuamente que no tomaremos ninguna resolución ni haremos ninguna promesa sin estar de acuerdo los tres. Caso de que trataran de obtener algo de nosotros separadamente, tenemos que pedir cada uno que nos pongan en comunicación con los otros dos. Esa será la única probabilidad que tendremos de acertar en nuestras contestaciones.

Las jóvenes se apresuraron á prometer que así lo harían, mientras examinaban lo que venía atado al extremo de la maroma, que ya había llegado al suelo, y que resultó ser una red muy grande, hecha de cuerda gruesa, sujeta por los cuatro extremos á un gancho de hierro muy sólido.

Los bandoleros la desengancharon y extendieron en el suelo é hicieron señas á los prisioneros para que se pusieran sobre ella.

—¿Tenemos que subir metidos en eso?, preguntó Zoe palideciendo.

—Mejor será que vaya yo primero, dijo Mauricio, y así veréis cómo no hay ninguna clase de peligro.

Irene lanzó una protesta inarticulada, pero él se sentó en seguida en medio de la red, reunieron y engancharon las cuatro puntas sobre su cabeza y principió á levantarse del suelo pausadamente. Las jóvenes contemplaban la ascensión asustadísimas y sin poder respirar, porque la maroma daba grandes vaivenes y á cada uno de ellos parecía que la red con Mauricio dentro iba á dar contra las rocas; pero éste lo evitaba con las manos, como si hubiera sido lanzado en medio del espacio. Tan espantadas estaban las jóvenes de ver aquello, que allá en su interior le creyeron muerto más de cien veces, antes de que unas robustas manos cogieran la red y la metieran dentro del torreón; entonces fué cuando advirtieron que las dos estaban estrechamente abrazadas la una á la otra. En aquel momento se oyó una voz que decía algo desde arriba al volver la maroma á descender, y casi antes de que se dieran cuenta de que le tocaba subir ahora á una de ellas, el capitán de los bandidos extendió la red y les indicó que podían ir las dos juntas. Pero Mauricio dijo desde arriba que no subieran las dos juntas, porque la cuerda no era muy fuerte, y entonces Zoe empujó á Irene hacia adelante.

—Ahora te toca á ti, le dijo.

É inmediatamente le entró la duda, como le sucedía siempre, de si se habría reservado para sí la peor parte, teniendo que presenciar una segunda ascensión, ó si con lo que había hecho privaría á Irene del valor que le hubiera dado su buen ejemplo.

La ascensión de Irene no fué, ni con mucho, de tantas emociones como había sido la de Mauricio, y Zoe comprendió en seguida que su hermano se había encargado de sostener y dirigir la maroma, porque habían cesado casi por completo las terribles y peligrosas oscilaciones de antes que tanto espanto les había causado á las dos. Pero á pesar de todo, aquella subida la consideraba Zoe muy peligrosa, porque sólo al contemplarla desde abajo se horrorizaba, y en aquel momento hubiera deseado con toda su alma el no tener la vista tan buena como la tenía. Al mirar resueltamente arriba, cuando le llegó el turno de meterse en la red, observó, temblando de espanto, que la maroma que cortaba el cielo allá cerca de las nubes era vieja y estaba muy gastada, pareciéndole que por algunos sitios había quedado reducida á un solo cabo. El mirar hacia abajo tampoco le proporcionó ningún consuelo, pues la tierra le pareció que estaba á una distancia inconmensurable, y el movimiento oscilatorio, por más que fuera entonces bastante débil, la mareó mucho y tuvo que cerrar los ojos, manteniéndolos así hasta que sintió que la agarraban y atraían lateralmente, depositándola en el suelo y desenganchando la red.

—Respira, Zoe, que ya pasó todo y te encuentras entre nosotros sin novedad, dijo Mauricio al ver que su hermana seguía sentada en la red, temblando de pies á cabeza sin poder moverse. Anda, pronto, que van á volver á bajar la cuerda para subir nuestros efectos.

—La maroma se está rompiendo, Mauricio, articuló ella por fin, mientras se asía al brazo de su hermano para poder levantarse del suelo.

—Lo has notado, ¿no es verdad? Pues, mira, por eso precisamente no quise que subierais juntas. Pero después me dijo uno de estos monjes, que habla el tracio, que suben muchas veces dos hombres juntos y que hasta ahora nunca ha ocurrido nada. Dice que la maroma no hace más que cuatro años que la están utilizando, y que por lo regular siempre dura seis.

—Mucho celebraría que no tuvieran que subirme á mí con ella cuando llegue á su sexto año de prestar servicio, dijo Zoe con sonrisa forzada. ¿Pero dónde está Irene?

—Por ahí anda la pobre medio muerta, al cuidado de una vieja que debe tener más años que varias viejas juntas. Ves á ver lo que tiene, que ha preguntado por ti y quiere estar á tu lado, y así dejaremos solos á estos venerables señores.

No había mucho más espacio en el torreón del que ocupaban el primitivo cabrestante y los monjes que lo ponían en movimiento. Salió Zoe apoyada en el brazo de Mauricio, pero aún iba tambaleándose por lo mareada que había quedado, y se halló en un patio embaldosado, donde vió á Irene tendida en el suelo, completamente sin sentido, y á su lado una vieja que se lamentaba amargamente; á una prudente distancia había un grupo de monjes, vacilando entre la curiosidad, que les incitaba á acercarse, y la conciencia, que les detenía, al pensar que no estaría bien visto que lo hicieran.

—¿Pero qué es eso?, exclamó Mauricio al ver aquel cuadro. Hace un momento no había perdido el conocimiento. Mira, Zoe, ¿no podrías aplicarle algún remedio? ¿Qué sería bueno..., ron, tal vez?

—Agua, contestó Zoe de pronto; tráeme agua.

Y Mauricio la pidió en alta voz en inglés, latín, griego, francés y tracio. Uno de los monjes lo entendió en francés y llamó á otra vieja, ordenándole que trajera un jarro de agua.

—¡Ah, Zoe, estás aquí!, exclamó Irene cuando abrió los ojos. Quédate conmigo, te lo suplico. No consientas que me separen de ti y de Mauricio.

El monje que hablaba francés se acercó silenciosamente á éste, diciéndole en tono de súplica:

—Haga usted el favor de tranquilizar á S. A. R. Le tenemos preparado el mejor alojamiento que nos ha sido posible, y si ella desea que la otra joven le acompañe, no hay en ello dificultad alguna. Se le guardarán todas las consideraciones debidas á su jerarquía, siempre que no sean incompatibles con su seguridad personal.

(Se continuará.)

EL GUARDIA DEL HARÉN.—EN LA MEZQUITA DE OMAR

CUADROS DE WALTER TYNDALE

El autor de estos cuadros nació en Brujas, hizo sus primeros estudios en aquella academia, visitó á Inglaterra y después de una corta estancia en Amberes trasladóse á París, en donde tuvo por maestro á Bonnat y á Van Beers.

En un principio dedicóse á los retratos; pero sus viajes á Italia, á Egipto y á Marruecos le hicieron preferir muy pronto los paisajes y la pintura de costumbres, géneros en los cuales ha producido verdaderas joyas.

Tyndale es de los artistas que mejor han sabido interpretar la naturaleza, porque es de los que más en contacto se han puesto con ella y de los que con más intensidad la han sentido y con más cariño la han estudiado.

De su ciudad natal, que tan piadosamente guarda como preciadas reliquias los monumentos medioevales, conserva el amor á todo lo arquitectónico; y este es uno de los principales caracteres de sus pinturas, lo mismo cuando traslada al lienzo sus impresiones de las severas ciudades italianas, que cuando reproduce las pintorescas y luminosas vistas de los países de Oriente.



En la mezquita de Omar, cuadro de Walter Tyndale

Desde el punto de vista de la ejecución, Tyndale es algo minucioso; pero no incurre en exageraciones censurables, sino que, por el contrario, atiende cual se merece á la visión del conjunto y aplica concienzudamente el sabio principio de que en materia de arte sólo es pernicioso lo que no es esencial; así es que sólo se entretiene en aquellos pormenores que entiende son necesarios para que el cuadro tenga todo su valor y para que la composición responda cumplidamente á la idea y al sentimiento que le impulsaron á pintarlo.—N.

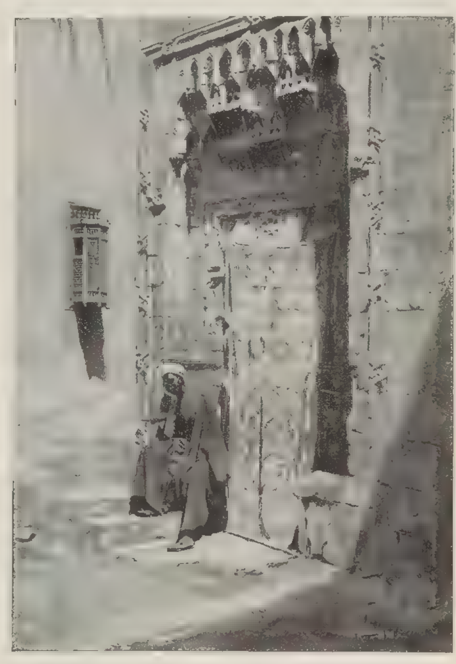
PARÍS.—CONCURSO DE NADADORES EN EL SENA

Organizado por el *Auto*, efectuóse el domingo 12 de los corrientes el cuarto concurso de natación en el Sena, en el trayecto comprendido entre el puente Nacional y el viaducto de Auteuil. Esta prueba despertaba en el presente año grandísimo interés, porque en ella había de tomar parte el famoso nadador inglés Billington, dispuesto á disputar el premio á sus más célebres colegas franceses é italianos.



París.—Concurso de natación en el Sena, efectuado el día 12 de los corrientes
Llegada del vencedor, el inglés Billington. (De fotografía de Royer.)

De los diez y siete inscritos faltaron dos, y entre los restantes desde luego se vió que la lucha se circunscribía entre el citado Billington y el francés Chretien, que en la prueba eliminatoria había ganado el primer puesto.



El guardia del harén, cuadro de Walter Tyndale
(Reproducción autorizada por A. B. Stevens, Esq.)

A las nueve y dos minutos dióse la señal de partida, y durante los quinientos metros primeros, los dos nadadores mencionados apenas se distanciaron; pero después, Billington tomó sobre su contrincante una ventaja que á las 9'34 era de 100 metros; á las 9'51, de 125; á las 10'28, de 150, y á las 11'4, de 200. El vencedor llegó á la meta á las 11'32; habiendo, por consiguiente, empleado dos horas y media justas en recorrer el trayecto de 11.600 metros. El año pasado empleó en recorrer igual distancia dos hóras y diez y ocho minutos; pero hay que tener en cuenta que en el actual la corriente del río era menor y además presentaba numerosos remolinos.

Después de Billington, el joven nadador francés Chretien hizo un recorrido en extremo notable, empleando en él dos horas y treinta y cinco minutos.

El tercer puesto fué disputado con gran empeño; desde la salida, tres competidores, Michel, Ponthieux y Hanouet, nadaron casi juntos y no se separaron hasta muy cerca de la meta. Primero logró alguna ventaja Ponthieux; después Hanouet; luego el mismo Ponthieux, y finalmente Michel, poco antes del punto de llegada, consiguió adelantárseles unos cincuenta metros.

De los quince competidores que comenzaron la prueba, sólo uno, Lavogade, se retiró á la mitad de ella.

He aquí el orden en que llegaron los otros catorce y el tiempo invertido por cada uno:

Billington, en dos horas, treinta minutos;

Chretien, en dos horas, treinta y cinco minutos;

Michel, en dos horas, cuarenta y cinco minutos;

Ponthieux, en dos horas, cuarenta y siete minutos;

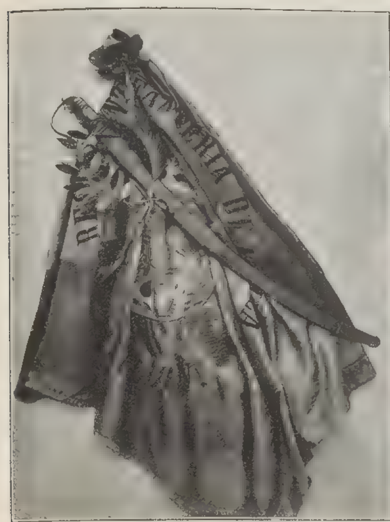
Hanouet, en dos horas, cuarenta y ocho minutos;

Moreau, en dos horas, cincuenta y dos minutos;

Ballot, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos;

Gossen, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, diez segundos;

Paulus, en dos horas, cincuenta y cuatro minutos, veinte segundos;



Sable del capitán D. Vicente Moreno, ahorcado en 10 de agosto de 1810 por los franceses. Ha sido regalado por los descendientes del capitán al regimiento al que éste perteneció.



Melilla.—Acto solemne de la entrega del sable del capitán D. Vicente Moreno al regimiento de Melilla. Las tropas de la plaza formadas durante la ceremonia. (De fotografías de D. Juan López Vicencio, capitán de infantería.)

Altieri, en dos horas, cincuenta y cinco minutos;
Becker, en tres horas, un minuto;
Latimier, en tres horas, cuatro minutos;
Bougoin, en tres horas, siete minutos;
Burgess, en tres horas, once minutos.

Estos resultados demuestran los progresos que en materia de natación han realizado los parisienses, desde el momento en que hoy concurren tantos profesionales á una prueba como la travesía á nado de París en toda su anchura, que hace muy pocos años se consideraba como punto menos que imposible.—T.

HOMENAJE AL CAPITAN MORENO

Hace pocos días celebróse en Granada con gran solemnidad el acto de descubrir la lápida dedicada al capitán Moreno, que en 10 de agosto de 1810 fué ahorcado por los franceses en aquella capital. Dicha lápida ha sido colocada en la fachada del cuartel de la Merced, situado junto á la iglesia de San Ildefonso, en donde están enterrados los restos del capitán, héroe y mártir, que dió su vida por la patria.

El general Serrano, el arzobispo, el gobernador civil, el alcalde, un capitán del regimiento de Melilla, al que perteneció Moreno, un concejal del ayuntamiento de Antequera, pueblo en donde nació éste, y el diputado del distrito D. José Luna Pérez pronunciaron sentidos discursos enalteciendo la memoria del héroe.

D. José Moreno, sobrino del capitán, entregó el sable que perteneció á su ilustre pariente y que regala al regimiento de Melilla, terminando el acto con el desfile de las tropas por delante de la lápida.

Antes de la ceremonia del descubrimiento, díjose una misa de campaña en el Campo de Triunfo, delante de la columna de la Virgen, en donde fué ahorcado el capitán Moreno.

Pocos días después celebrábase en Melilla el acto de la entrega del sable al regimiento de ese nombre. También fué una ceremonia solemne y emocionante, en la que se dedicaron entusiásticos recuerdos al heroico oficial.

El regimiento de Melilla ha regalado el referido sable al nuevo Museo de Infantería, instalado en la Academia de Toledo y que ha sido inaugurado por S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 14 de los corrientes, en ocasión de entregar el monarca los reales despachos á los nuevos tenientes del arma.



Londres.—La reina de Inglaterra acompañada de sir Dighton Probyn en el ferrocarril escénico de la Exposición franco-británica

La soberana (×) pagó, como paga el público, sesenta céntimos para subir al ferrocarril

Una de las *atracciones* que mayor éxito han alcanzado en la Exposición franco-británica que actualmente se celebra en Londres es el llamado «ferrocarril escénico,» variante de las «montañas rusas,» en el cual todo contribuye á dar al viajero la ilusión de que recorre un sitio montañoso y pintoresco. Mediante el pago de seis peniques, unos sesenta céntimos, los que van en ese ferrocarril pueden proporcionarse, durante diez minutos, las emociones intensas de un descenso vertiginoso por un camino agreste y lleno de precipicios.

La reina Alejandra de Inglaterra, queriendo disfrutar de esas emociones, presentóse hace pocos días en la Exposición, acompañada de la princesa Victoria, de sir Dighton Probyn y de miss Carlota Knoleys, y después de haber pagado, como cualquier ciudadano, sus asientos instaláronse todos juntos en un vagón descubierto del ferrocarril.

La graciosa soberana hizo la excursión mezclada con el público, sin preocuparse de la etiqueta protocolar y dando una nueva prueba de la sencillez y del espíritu verdaderamente democrático que tantas simpatías les han granjeado, á ella y á su augusto esposo, entre sus súbditos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 27 de julio de 1908 — Núm. 1.387



EN ACECHO, escultura de Enrique Clarasó



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

No han pasado treinta días desde mi última crónica, y en este lapso de tiempo la tormenta política ha amenazado dos ó tres veces, disolviéndose otras tantas, á pesar de los augurios, en algún punto siniestros, que la gente se esforzaba en propalar. El mismo día en que apareció aquel artículo se celebraba la Asamblea á que dió origen la retirada de los diputados y senadores solidarios, después del debate en que pidieron la derogación de la ley de Jurisdicciones. Convocados, como se sabe, todos los concejales y diputados provinciales de Cataluña adheridos á la Solidaridad en el Palacio de la Música Catalana, los representantes en Cortes les sometieron algo así como una cuestión de confianza. De semejante consulta salieron plenamente ratificados los poderes que aquéllos ostentan y recibió nuevo impulso y más fuerte cohesión el grupo parlamentario de referencia.

Después del discurso del Sr. Carner en el Congreso, que pudo considerarse como resumen y condensación del espíritu dominante en la Asamblea catalana por lo que se refiere al proyecto de Administración local y al simulacro de obstrucción organizado contra el mismo, esta conjura pareció arreciar en dos ó tres periódicos y en los elementos del bloque de las izquierdas, y hasta se intentó extenderla á organismos del Estado que, afortunadamente, han declinado el honor de sacar las castañas del fuego, con que se les brindaba. La intervención del señor Cambó y su discurso sobre las haciendas municipal y provincial han acabado de disolver el nublado, y serán posibles desde luego las vacaciones parlamentarias, que tan desasosegados traían á los padres de la patria, pareciendo asegurada la aprobación del proyecto en lo que resta de año.

* * *

Este tránsito brusco desde la exasperación á la concordia, y desde la normalidad al anuncio de cataclismos y violencias, prueba cuán necesitado se anda en España de una opinión pública, de un criterio general, verdaderamente digno de este nombre. Tratándose de un problema tan palpitante y tan antiguo como el de estas aspiraciones de Cataluña, en cualquier país se hubiera fijado una orientación que evitara estas vacilaciones continuas y este andar y desandar. Hace veinte años que se habla del asunto, y en cada ocasión, en cada nueva fase, en cada incidente, es como si se presentara por primera vez. Vale más un criterio «malo,» pero firme y sostenido, que esa carencia de criterio sobre un punto de tamaña gravedad, que hace oscilar bruscamente los ánimos entre la promesa de todo y la negación de todo, entre el halago y la injuria, entre la adulación y el grito de exterminio y guerra santa.

No es tanto de artículos de fondo y arengas de lo que se necesita, como de una buena y leal información. Generalmente no provienen los conflictos del efecto que causan sobre las muchedumbres los párrafos declamatorios de la primera columna. Arrancan de una noción confusa de los hechos, por falta de método, de paciencia, de claridad ó de buena fe en su exposición. Así como no tenemos catastro parcelario y hemos estado muchos años sin mapa geológico, nos falta ese estudio completo de la topografía moral del país, que ha de ser la obra del periódico moderno. La pasión es mala consejera en todo momento, pero lo es mucho más cuando convierte la simple reseña de hechos en propaganda tendenciosa, abultando ó eliminando á su antojo aquellos elementos de juicio de que se alimenta el criterio nacional.

* * *

No fué el Congreso de Historia de Aragón la última de las manifestaciones de actividad colectiva á que me refería en la crónica anterior. Hemos tenido en pleno mes de julio otro congreso de índole intelectual: el de Economía, organizado por una sociedad naciente y entusiasta, llamada también de Estudios Económicos.

Al buen éxito é interés innegable de esta asamblea han contribuído dos órdenes de circunstancias, permanente el uno y circunstancial y de oportunidad el otro. La vida económica es cuestión de esencia para los catalanes. Históricamente considerada representa la primera forma de su renacimiento, la base ó punto de apoyo de todo lo demás, que ha ido viniendo como de añadidura. Por lo tanto, estudiar esa vida, ahondar en su observación, señalar aspiraciones y direcciones para lo porvenir, es ocuparse de la misma entraña de nuestro pueblo. De otro lado, se habla hace meses de crisis económica, se observan vacilaciones y deficiencias en su organización, han ocurrido hechos de aquellos que alarman y extienden el pánico por sus consecuencias inmediatas y se han insinuado puntos de vista nuevos y desconocidos en lo que formó el ambiente del proteccionismo clásico en Cataluña.

En cada momento de la historia suele existir un principio dominante del cual recibe la civilización su carácter distintivo, su fisonomía de época. Unas veces se trata de la conquista ó expansión militar; otras del impulso religioso; otras del interés dinástico. Cada uno de estos elementos ha dado un matiz propio á determinados períodos. No hay pueblo, como dice Ganivet, que no ofrezca la apariencia de una integridad de funciones: poco ó mucho, todos trabajan, piensan, elaboran un arte y una industria, poseen una organización militar. Sin embargo, observados durante una larga sucesión de años, es decir, á través de su desenvolvimiento histórico, aparece clara una propensión ó aptitud privativa, que lo especializa y distingue. Así los griegos vivieron para la belleza, los judíos para la teología, los romanos para el derecho. Por encima de estas predisposiciones nacionales, el tiempo tiene también su principio motor, su gravitación ó preferencia determinadas.

* * *

¿Cuál será este principio por lo que afecta á nuestro tiempo? Por superficialmente que observemos la marcha de la civilización en el conjunto de los pueblos modernos, aparecerá como nota primordial el *sentido económico.* Toda la vida política viene informada, en general, por ese interés que suele desdoblarse también en aspiración de cultura, la cual no es, en el fondo, más que una de tantas manifestaciones de la preocupación económica. Se habla mucho de la supuesta superioridad de Cataluña. No sé quién ha formulado esta afirmación, ni en qué texto concreto aparece. El concepto parece fabricado por los impugnadores mejor que por los panegiristas, con ánimo de hacer más fácil la refutación y ganarse la simpatía del público, rechazando insinuaciones presuntuosas y depresivas para los demás. De lo que en todo caso se habló y puede hablarse es de la mayor «actualidad» del espíritu catalán ahora, después de haberse mantenido inactual durante dos ó tres siglos. Y esa actualidad nace principalmente de su sentido económico, que le pone en armonía con la ley general del mundo y en concordancia con la época.

No obstante, aquel sentido económico no había revestido hasta ahora más que formas instintivas, empíricas, casi siempre individuales. Los catalanes se pusieron á trabajar después de la catástrofe de 1714. Capmany, á últimos de aquella centuria, con sus imperecederas *Memorias* evocó y robusteció la conciencia de esa aptitud económica de nuestro pueblo, presentándole su pasado en espejo magnífico y apoyando en el testimonio de la historia aquella misteriosa insinuación del impulso nativo que parecía susurrar en el alma de la región estos consejos y exhortaciones: «Trabaja; tu ley íntima es la ley del trabajo; por este camino hallarás la correspondencia con las edades futuras y podrás resarcirte de los pasados abatimientos.»

Trabajó, en efecto, con ardor; pero casi siempre de una manera individualista y atómica. Improvisó una organización de ese trabajo, en forma espontánea y libre, á modo de somatén, sin cuidarse ni tener tiempo de cuidarse más que de la defensa contra las hostilidades de un ambiente poco propicio; teniendo que arraigar su industria en medio de un gran Estado cuya parte mayor se hallaba todavía en el tránsito desde el pastoreo á la agricultura propiamente dicha, que eso viene á representar y señalar el famoso *Informe* de Jovellanos sobre la Ley agraria.

* * *

El trabajo, la producción y sus leyes han ido desenvolviéndose en el mundo, sin tener en cuenta, claro está, la pequeña mancha de vida industrial intensa que colora el extremo nordeste de la península y que aquí continuaba entregada á sí misma, sin enlazarse con el movimiento universal más que para recibir y sufrir sus reacciones y reflujos. El Congreso de Economía viene á significar, pues, el primer movimiento en busca de una orientación de carácter colectivo, algo así como el punto de partida para un esfuerzo que tienda á poner la organización económica de Cataluña en consonancia con la organización económica universal.

Ha sido como un cambio general de impresiones, como un tanteo y exploración del campo vastísimo que está todavía por recorrer, como el primer conato para sacar ese sentido económico de su forma instintiva y trasladarlo, no á las esferas de la abstracción ni de la teoría, sino á una fase de reflexión y conciencia general, ante los peligros de la lucha, agravados por la deficiencia del organismo que debe sostenerla.

La obra de este Congreso, más que por la eficacia inmediata de sus acuerdos y conclusiones, debe juzgarse por la remoción de espíritu que ha producido y por el nacimiento que contribuirá á determinar de una opinión económica debidamente orientada. Así, por ejemplo, la industria, la gran industria, va adquiriendo por doquier formas sindicales, colectivas, solidarias, de inteligencia por grupos, que disminuyen extraordinariamente el coste de producción y evitan ó regulan su exceso. La competencia del productor aislado con estos núcleos de resistencia y de agresión es insostenible. El sentido radicalmente individualista que predominó por mucho tiempo entre industriales y fabricantes, no puede sostenerse, y hay que tender cada día más á la adopción de esas fórmulas nuevas que conciertan las voluntades y los esfuerzos dando carácter social y seminacional á lo que antes era absolutamente atomista y privado.

* * *

La cuestión económica es la cuestión esencial para Cataluña, como lo es para todos los pueblos en el mundo moderno. Ya que ha sido objeto de tantas diatribas el ponderado «egoísmo» de la protección, de la cual suele hablarse de oídas muy á menudo, los espíritus imparciales están obligados á reconocer el nacimiento de nuevas corrientes económicas que pugnan por salir del antiguo molde y por entrar en el campo abierto de la concurrencia mundial.

Si la defensa «interior,» si el mecanismo legal y el *outillage* que el Estado debe prestar á los productores, ofreciese garantías de eficacia, de estabilidad, de seguridad para el cálculo de las especulaciones, iría sobrando cada día una parte de ese margen protector que tanto exaspera, considerándolo base única de la relativa prosperidad de las dos ó tres comarcas industriales de España, sin contar con que rige en todos lados y que dondequiera ha podido ser aprovechado; sin contar que no menos margen y protección encuentran otros aspectos de la producción nacional, los cuales soportamos todos, entendiendo que el hacerlo así es obra de solidaridad patriótica, instinto elemental de conservación.

MIGUEL S. OLIVER.

LA CARTA DEL PADRE, POR ALFONSO PÉREZ NIEVA



– ¿Qué es esto? ¡Su letra!

I

El despacho del Sr. de Ramírez, una amplia habitación de casa antigua con dos grandes balcones á la plaza Mayor de la población, por los que entra la claridad de la mañana, dejando ver las ricas librerías de roble sin cristales, la mesa renacientemente finamente labrada y la jaula giratoria cargada de infolios. Las lomeras de los alineados volúmenes y los innumerables legajos con cubiertas orladas revelan la profesión del dueño, uno de los más acreditados notarios de la capital. El Sr. de Ramírez es hombre, en sus sesenta años, de grave y afeitada fisonomía, y viste su clásica levita profesional de arcaico corte. Su esposa, señora de cincuenta inviernos, hállase sentada en un butacón de cuero, y en su dulce rostro, cuya dulzura completa una cabellera casi blanca, refléjase un profundo abatimiento. El Sr. de Ramírez se pasea agitadísimo por la estancia.

RAMÍREZ.—¡Siento, mi buena Anita, que te hayas brindado á ser heraldo de tan mala causa; pero puesto que lo eres, ya sabes mi respuesta!

ANITA.—¿De modo que no das tu consentimiento?

RAMÍREZ. —¡No lo doy! *(con gran energía).*

ANITA *(con las lágrimas en los ojos).*—¡Se trata de la felicidad de tu hija, de nuestra hija!

RAMÍREZ. —¡Esa hija ha debido preferirnos á nosotros, á sus padres, no ignorando, como no ignora, que el hombre que ha ido á elegir es nuestro enemigo mortal...

ANITA *(insistiendo).*—Extremas tus rencores. Eso ya pertenece al pasado. Además, el pobre muchacho no tiene la culpa...

RAMÍREZ *(deteniéndose delante de su esposa con aire indignado y hablándole á gritos).*—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? ¿Has medido bien tus palabras? ¿Que las causas de tal enemistad pertenecen al pasado? ¿Pero tú crees que cuando son tan graves hay pasado, que pueden olvidarse? ¿Tú no te acuerdas de que hasta nos separa un arroyo de sangre, de que mi padre, que santa gloria haya, murió en desafío, á manos del abuelo de quien ahora quiere casarse con nuestra hija? Toda esa familia nos odia ferozmente, el padre de ese joven me tiene declarada guerra sin cuartel, él me ha arrebatado la Senaduría, él me quita mis clientes, él me discute mis propiedades. Es un aborrecimiento hereditario, y yo, hasta por dignidad, no debo transigir nunca, debo pagarle con la misma moneda. *(El Sr. de Ramírez se deja caer en un sillón, agotadas sus fuerzas.)*

ANITA *(sin darse por vencida).*—Exageras, Luis; la pasión te pone una venda en los ojos. Repito que todo eso son menudencias de localidad, vistas á través del amor propio... Y cuanto al desafío, cierto que es una cosa gravísima; pero... ¡no te ofendas por lo que te voy á decir!.., pero es público que la provocación partió de tu padre.

RAMÍREZ *(levantándose de un salto).*—¡Calla y no profanes una santa memoria! ¡Te han engañado los que tal te han dicho!

ANITA.—Y aunque así sea. ¿Qué culpa tienen los hijos?..

RAMÍREZ *(dominándola con la voz).*—¡Es inútil tu insistencia! ¡He dicho que no, y no autorizo esa malhadada boda! *(Sale de la habitación, dejando á su esposa anonadada.)*

II

Han pasado cuatro meses. El mismo despacho del notario, y el Sr. de Ramírez, pálido hasta la lividez, temblando de indignación y estrujando con febriles dedos un pliego de papel sellado que acaba de leer con ávidos ojos. Está solo.

RAMÍREZ.—¡Todo se ha consumado! ¡Han tenido el valor de ir hasta el fin y de casarse judicialmente, prescindiendo de mí! ¡Nada puedo hacer! ¡Mi hija es mayor de edad! ¡Oh leyes menguadas que así desamparan la patria potestad, lo más solemne que existe en este mundo, el sagrado derecho de los padres! ¡Mi oposición, la legítima causa que la producía, los manes de mi padre muerto, todo inútil, todo vilipendiado, todo escarnecido!

(Enmudece y queda algunos minutos hundido en un sombrío silencio, como una estatua viva de la desesperación, hasta que al cabo se repone y toma una pluma que moja en el tintero con arrebato, continuando en su iracundo monólogo.)

¡Está bien! ¡Me han vencido, pero no pueden impedirme la protesta! ¡Legalmente nada cabe hacer; pero en el orden moral, todavía soy temible y caerá sobre ellos, sobre mi hija, todo el peso de mi justa indignación! ¡Es una hija ingrata, es una mala hija que escarnece mis canas, que ha merecido que la arroje de mi corazón y la maldiga, y la arrojo y la maldigo! Ahora mismo, sin perder un segundo, voy á escribírselo para que lo sepa y lleve el castigo que se merece. *(Se sienta ante su mesa y comienza á escribir con nerviosa mano.)*

III

La alcoba del Sr. de Diéguez, uno de los abogados de más nota de la población. El jurisconsulto, desahuciado de los médicos, está en su lecho ceñido de colgaduras, sentado en la cama y recostado sobre cuatro almohadas. En su rostro escuálido están impresas las señales ineludibles de su muerte próxima. Es hombre sexagenario. A su lado se halla sentada la esposa del escribano, con la estupefacción pintada todavía en su semblante.

EL SR. DE DIÉGUEZ *(con voz entrecortada y jadeante).*—¡Comprendo su asombro por esta llamada secreta, pero quería hablarla á solas, antes de morir, de un asunto que entraña el reposo de nuestros hijos!

DOÑA ANITA *(atónita).*—¿De nuestros hijos?

DIÉGUEZ *(con anhelo, tomando una carta de amarillento sobre que tiene sobre la colcha).*—¡De nuestros hijos, sí! Quizás debí sacarla de la gaveta en que ha llevado tantos años, cuando nuestros hijos se casaron; pero la soberbia detuvo mi mano y no la saqué. *(Detiénese y enmudece, acometido por un acceso de fatiga y luego continúa.)* Rosa y Luis podían unirse al amparo de la ley, y yo mismo les aconsejé que lo hicieran, prescindiendo de la oposición de su marido de usted. Hoy me pesa, pero ya es tarde para remediar el mal.

DOÑA ANITA.—¿Pero qué dice esa carta?

DIÉGUEZ *(atajándola).*—No. ¡El último favor; no la lea usted hasta mañana en que ya habré muerto! *(Con angustia).* ¡Prométamelo usted!

DOÑA ANITA.—¡Cómo negarle este favor! ¡Prometido!

IV

Cuatro días después de la muerte del Sr. Diéguez. Un cuarto de una de las fondas de la población, con sus colgaduras y sus muebles anodinos de hotel. En un butacón una mujer joven de rostro apenado, en el que se lee profunda angustia, y á su lado un hombre como en sus treinta años, ambos vestidos con sencillez, pero revelando clase acomodada. Una señora de edad, la esposa del notario, en otro sillón. En una camita un niño blondo y angelical, que no llegará á los seis abriles, durmiendo con la tranquilidad de la inocencia, que aún no sabe que existe en el mundo una cosa muy negra, que se llama odio humano, y ajeno, por tanto, á la tempestad que se desarrolla alrededor de su sueño.

ROSA, *la hija de D.ª Anita.*—¡Aquí me tienes, mamá! En cuanto recibimos tu telegrama tomamos el tren, sin poder ni medio sospechar el motivo de tu llamada, que éste fuera tu designio de que nos arrojáramos á los pies de mi padre para pedirle perdón por nuestra boda.

D.ª ANITA *(con firmeza).*—¡Que obtendréis sin duda alguna! Tu padre es entero de carácter, pero es bueno. En cuanto os vea os abrirá los brazos. Y por si no sucede así, yo tengo el medio de convencerle.

ROSA.—¡Me dejas estupefacta! ¿Qué medio es ese? Antes hubiéramos venido á echarnos á sus plantas: ¿verdad, Luis, que mil veces lo hemos pensado? ¡Luis no se ha opuesto nunca!

LUIS *(con acento sincero).*—¡Jamás! ¡Yo no guardo rencor á D. Miguel, nunca se lo he tenido; pero su tesón fué tan enérgico, que no me atreví á aconsejar á su hija de usted que diera tal paso!

D.ª ANITA.—Pues ahora vais á darlo con seguridad de no ser rechazados. ¡Yo os lo aseguro en redondo! ¡No me preguntéis más! ¡Es mi secreto! Mañana á las diez os aguardo. Entráis por la puerta de servicio y esperáis á que yo os avise en la habitación de José, el criado de la notaría. ¡Ni una palabra más! ¡El niño se despertó! ¡Pobre ángel! ¡Mañana recibirá el primer beso de su abuelo! *(Se acerca á la cama y toma en sus brazos enajenada á la tierna criatura.)*

V

El despacho del Sr. Ramírez y éste sentado en un butacón, escuchando á su esposa, entre curioso y asombrado.

RAMÍREZ.—¿Pero á qué viene ese misterio? ¿Qué visita es esa que me anuncias con tales circunloquios?

D.ª ANITA.—¡Dentro de unos minutos vas á saberlo! Sólo te suplico que la oigas con toda tu atención, con toda tu serenidad!

RAMÍREZ *(iluminado por una idea súbita y levantándose de pronto).*—¡Acabemos! ¿De quién se trata?

D.ª ANITA *(acercándose apresuradamente á la puerta y abriéndola de par en par).*—¡Entrad!

Rosa y su marido se precipitan en la estancia, llevando él el niño de la mano. Luis se queda de pie con la cabeza inclinada en señal de respeto y su esposa se arroja bañada en lágrimas á los pies de su padre.

ROSA *(sollozando y con las manos juntas implorantes).*—¡Soy yo, padre; soy yo que vengo á pedirte perdón!

RAMÍREZ *(retrocediendo un paso y con acento duro y trémulo).*—¿Tú? ¿Tú aquí? ¿Quién te ha mandado venir? ¡Esto es un complot en que habéis querido cogerme! ¡Pero es inútil! ¡No, yo no tengo hija alguna! ¡Vete! ¡Váyanse ustedes!

D.ª ANITA *(interviniendo y sacando del pecho una carta amarillenta que alarga á su marido).*—¡Un momento! ¡Toma y lee antes de resolver nada! Tú no puedes ser más inflexible que tu padre.

RAMÍREZ *(atónito).*—¿Qué es esto? ¡Su letra! *(Lee con avidez).* Se acusa de ser el ofensor, el causante del duelo con Diéguez y le pide perdón antes de expirar, perdonándole á su vez! ¡Dios mío! ¿Pero cómo ha llegado á tu poder tal documento?

D.ª ANITA.—¡El mismo padre de Luis me lo ha confiado al morir! *(Ramírez se deja caer en un sillón, sin alientos. Un instante de pausa solemne.)*

ROSA.—¡Padre!

(Ramírez se levanta de pronto.)

RAMÍREZ.—¡Pero aquella carta que yo te mandé, protestando, maldi...

D.ª ANITA *(interrumpiéndole).*—¡Yo la intercepté y no salió de esta casa!

RAMÍREZ *(vencido).*—¡Ah! ¡Todo es obra de Dios! ¡No, yo no puedo ir más allá de donde fué mi padre! ¡Ven, ven á mis brazos, hija mía!

(Rosa se precipita en ellos dando un grito y ambos confunden su llanto silencioso. Luego el padre se desase de su hija fijándose en el niño.)

RAMÍREZ.—¿Y este niño? ¡Este niño es vuestro, claro! ¡Es mi nieto! ¡Me traéis mi nieto, mi primer nieto! ¡Y qué hermoso es! *(Le coge con arrebato besándole apasionadamente; luego abraza á su mujer y á su yerno).* ¡Oh, sí, sí, perdón completo, te perdono, os perdono! ¡Qué feliz me siento! ¡Qué bueno es perdonar!

(Dibujo de Calderé.)



El prebendado Carlile, retrato pintado por A. S. Cope, A. R. A.
(Exposición de Bellas Artes de la Real Academia de Pintura y Escultura de Londres. 1908.)

EL BAÑO DEL RICO Y EL BAÑO DEL POBRE

(Véanse los grabados de la página siguiente.)

La higiene y la moda de consuno han impuesto el uso de los baños. Cuando el calor aprieta, todo el mundo procura zambullirse en el agua, unos por el solo placer de refrescar su piel resecada por los rigores estivales, otros siguiendo las prescripciones facultativas para hallar curación ó alivio á sus dolencias.

El verano es, por consiguiente, la gran época para las poblaciones marítimas, y aquellas playas que, debido á especiales circunstancias, han sido elegidas por la sociedad elegante de las grandes ciudades, conviértense durante los meses de julio y agosto en centros de animación aristocrática, en donde se vive como en las capitales, distribuyendo las horas del día y de la noche entre el paseo, las visitas, el casino, el teatro y las excursiones más ó menos de recreo.

Allí no descansan el cuerpo ni el espíritu; la libertad del campo, tan indispensable á quienes han llevado una vida agitada y cohibida por los sociales convencionalismos, es cosa desconocida en esos lugares. El cumplido, la etiqueta, las exigencias de la moda imperan con mayor despotismo aún que en las populosas urbes, por cuanto es más limitado el espacio en que dominan y más reducido el número de esclavos sobre quienes ejercen su despótica autoridad.

Los baños pierden en tales sitios su verdadero carácter; la playa es una continuación de las salas de tertulia, un escenario más en que lucir *toilettes* especiales, un mentidero en donde todos de todos murmuran; en una palabra, es cualquiera cosa menos el lugar de esparcimiento, de libertad, de franca alegría que debería ser.

Y los niños, más necesitados que nadie de expansión, penetran en el agua encogidos, temerosos, y en vez de saborear la sensación deliciosa de las olas que acarician sus débiles cuerpecillos, en vez de moverse, de agitarse, ayudando con el ejercicio á la acción salutífera del baño, apenas se atreven á alejarse unos pasos mar adentro y permanecen quietos, agarrados á una cuerda, ó se confían á un bañero que les enseña á nadar con todas las reglas del arte, pero impidiendo que en ellos se desarrollen los instintos de la naturaleza, que es la gran maestra de todas esas cosas.

A esos mismos niños los veréis juguetear por la playa; pero sus juegos son tranquilos, y si en alguna ocasión quieren propasarse dando rienda suelta á la necesidad que sienten de correr, de gritar, de hacer, en una palabra, lo que es tan natural que hagan los niños, no faltará una *gouvernante,* una *miss* ó una *fräulein* que les llame al orden, recordándoles que la expansión, la libertad, no se han hecho para los niños de las altas clases, como el aire puro y el sol ardiente no se han hecho para las flores de estufa.

¡Qué diferencia entre esas criaturas y los hijos del pueblo, aun aquellos que no han nacido junto al mar y en el mar, por decirlo así, se han criado! Pongamos como ejemplo los golfillos madrileños. Estos ni saben dónde *cae* San Sebastián, ni casi conciben que haya *potentados* que, utilizando los trenes botijos, puedan visitar por unos cuantos días ciertas playas democráticas. Y sin embargo, cuando un sol de justicia abrasa á los habitantes de la corte á quienes el deber ó el haber escaso retiene en la coronada villa, encamínanse á su *playa,* despójanse de sus andrajos y en el traje del hombre primitivo zambúllense en algún remanso del modesto Manzanares y se toman un verdadero baño de placer. Nadie les vigila, nadie les regaña; son reyes absolutos de sí mismos y dueños de aquel rincón de río que bondadosamente los acoge en su seno; y aquella libertad de que tan á sus anchas gozan es el mejor regalo de su espíritu, del mismo modo que sus juegos bulliciosos son el más delicioso y saludable reconstituyente para su cuerpo.

¡Quién sabe cuántos niños ricos trocarían gustosos las tristezas de sus doradas jaulas por la alegre existencia libre de esos niños pobres!

La Fortuna es desigual é injusta en el reparto de sus dones; pero la Providencia casi siempre repara esas injusticias y desigualdades, concediendo, pródiga, á unos, lo que aquélla, avara, les niega, anticipando así en este mundo algo de la absoluta justicia que impera en el otro.—T.



El baño del rico. En la Concha de San Sebastián



El baño del pobre. En el Manzanares. (De fotografías de Manuel Asenjo, Madrid.)

VIAJE DE M. FALLIERES

Á LAS CORTES DEL NORTE DE EUROPA. (Fotografías de Rol y C.ª)

El presidente de la República francesa, siguiendo sus propósitos de estrechar personalmente los lazos de amistad que unen á Francia con las demás naciones, está realizando en la actualidad un viaje por el Norte de Europa, para visitar á los soberanos de Dinamarca, Suecia, Noruega y Rusia.

Acompañado del ministro de Negocios extranjeros M. Pichón, salió M. Fallieres de París en la mañana del 18 de este mes. Llegado á Dunkerque, celebró una recepción en las Casas Consistoriales, embarcándose después en el acorazado *Verité*, al que daban escolta el crucero acorazado *Dupetit-Thouars* y los contratorpederos *Cassini*, *Baliste* y *Arquebuse*.

El día 20, á las tres de la tarde, desembarcó en Copenhague, siendo allí objeto de un entusiasta recibimiento. El rey Cristián y el príncipe heredero fueron á bordo del *Verité* y juntos desembarcaron entre las aclamaciones de la multitud y se dirigieron al palacio real de Amalienborg para cumplimentar á la reina. M. Fallieres visitó después á los príncipes herederos y á los príncipes de Valdemar.



En Dunkerque.—Delegación femenina que ofrece al presidente ramos de flores y un barco en miniatura de plata maciza

Lancha de salvamento con su tripulación instalada en una calle por donde pasó el presidente

Por la noche efectuóse en palacio un banquete de gala, en el que el rey Cristián pronunció un brindis expresando la satisfacción que le había causado el viaje de M. Fallieres y haciendo votos por la felicidad de Francia y de su gobierno, representado por el presidente de la República. Este contestó manifestando que no le había sorprendido el entusiasmo de que había sido objeto, porque conocía la amistad que el rey y su pueblo han sentido siempre por la nación francesa y añadiendo que este mismo sentimiento es el del pueblo francés, cuyos deseos son que se estrechen cada día más los vínculos que unen á ambos países. Terminó M. Fallieres brindando por la familia real y por la grandeza y prosperidad de Dinamarca.

Concluído el banquete, regresó el presidente á bordo, y en la mañana del 21 visitó la Gliptoteca, célebre museo de esculturas, y luego realizó en automóvil una excursión á Roskilda, antigua capital de Dinamarca, depositando una corona en la tumba de Cristián IX.

Después ofreció un almuerzo á los soberanos daneses en el palacio de la legación de Francia, y por la noche fué á su vez obsequiado con un banquete en el ministerio de Negocios extranjeros y con un concierto en el palacio real.—R.



El presidente Fallieres embarcándose en el muelle de Dunkerque para dirigirse á bordo del acorazado *Verité*

LONDRES.—LOS JUEGOS OLÍMPICOS. (Fotografías de Underwood & Underwood.)

Celébranse actualmente en el inmenso *stadium* de la Exposición franco británica de Londres los Juegos Olímpicos internacionales, que constituyen sin duda alguna la más grandiosa de cuantas fiestas de este género se han realizado hasta la fecha, puesto que en ellos toman parte 2.000 individuos oriundos de veinticinco distintas naciones.

El programa de esos juegos comprende todos los ejercicios físicos, tales como gimnasia, natación, carrera á pie, carrera en velocípedo, polo, *foot ball*, lanzamiento de discos y de jabalinas, esgrima, boxeo, tiro al blanco, etc., y en ellos se disputan importantes premios.

Los primeros días se han dedicado á las pruebas eliminatorias, y en el momento en que escribimos estas líneas aún no se conocen los resultados definitivos de ninguno de los concursos. Uno de los números que más interés despierta es la llamada carrera de Maratón, que consiste en recorrer la distancia de 26 millas que media entre el castillo de Windsor y el *stadium*. Para esta carrera se han inscrito diez y siete competidores, figurando entre ellos el canadiense Roberto Kelly y el piel roja Lewis Trevania, famosos corredores que gozan de gran celebridad en la América del Norte.

El tiempo se ha mostrado poco favorable á estas fiestas, pues ha llovido casi todos los días, lo cual, sin embargo, no ha sido óbice para que se realizase con exactitud el programa, ni para que concurriese al *stadium* un público numerosísimo y á las tribunas la *élite* de la sociedad londinense.

La ceremonia inaugural fué tan solemne como hermosa.

A las tres y media la música del regimiento de granaderos tocó el *God save the king*, púsose todo el mundo de pie y en la tribuna regia aparecieron el rey Eduardo VII y la reina Alejandra, que fueron entusiastamente aclamados y á quienes acompañaban los príncipes de Gales, la princesa Victoria, el duque y la duquesa de Connaught, la princesa Patricia, el príncipe heredero y la princesa de Suecia, la princesa de Grecia y el maharajah de Nepaul. En la misma tribuna sentáronse los representantes del cuerpo diplomático.

De pronto comenzaron á moverse, en el extremo opuesto del *stadium*, las masas perfectamente ordenadas de los 2.000 atletas que toman parte en los Juegos Olímpicos y que avanzaron con una regularidad de movimientos admirable, agrupados por naciones. Al llegar la cabeza de la comitiva frente á la tribuna regia, detuviéronse todos, saludando cada agrupación con su bandera á los soberanos; y en aquel momento lord Desborough, presidiendo los miembros del comité internacional, del comité británico y del comité de honor, solicitó del rey que se dignara declarar abierta la cuarta Olimpiada. El rey declaró abiertos los Juegos Olímpicos de Londres; los trompeteros reales, distribuídos en distintos sitios de la pista, dejaron oir los alegres sones de sus instrumentos; la música de la Guardia tocó el himno nacional, y los atletas lanzaron tres hurras estruendosos, que fueron contestados con entusiasmo por el público de las tribunas y de las gradas.

En seguida, al son de una airosa marcha militar, comenzó el desfile. Alemanes, austriacos y húngaros, con sus trajes de azul obscuro; italianos, vestidos de negro y blanco; noruegos, suecos y dinamarqueses, con sus trajes de punto blancos; franceses, con sus cinturones tricolores y su blanco quepis; tcheques, finlandeses, americanos, ingleses, coloniales venidos de los más lejanos países del imperio británico, desfilaron por delante de la tribuna regia, y terminado el desfile comenzaron simultáneamente varias pruebas de los Juegos Olímpicos.—S.

Los portaestandartes de las sociedades formados delante de la tribuna regia y saludando con sus banderas á los soberanos ingleses



Desfile de las sociedades gimnastas, deportistas, atléticas, etc , de veinticinco naciones, por delante de la tribuna regia el día de la inauguración de los Juegos Olímpicos

BUENOS AIRES

—

CONCURSO

PARA UN MONUMENTO

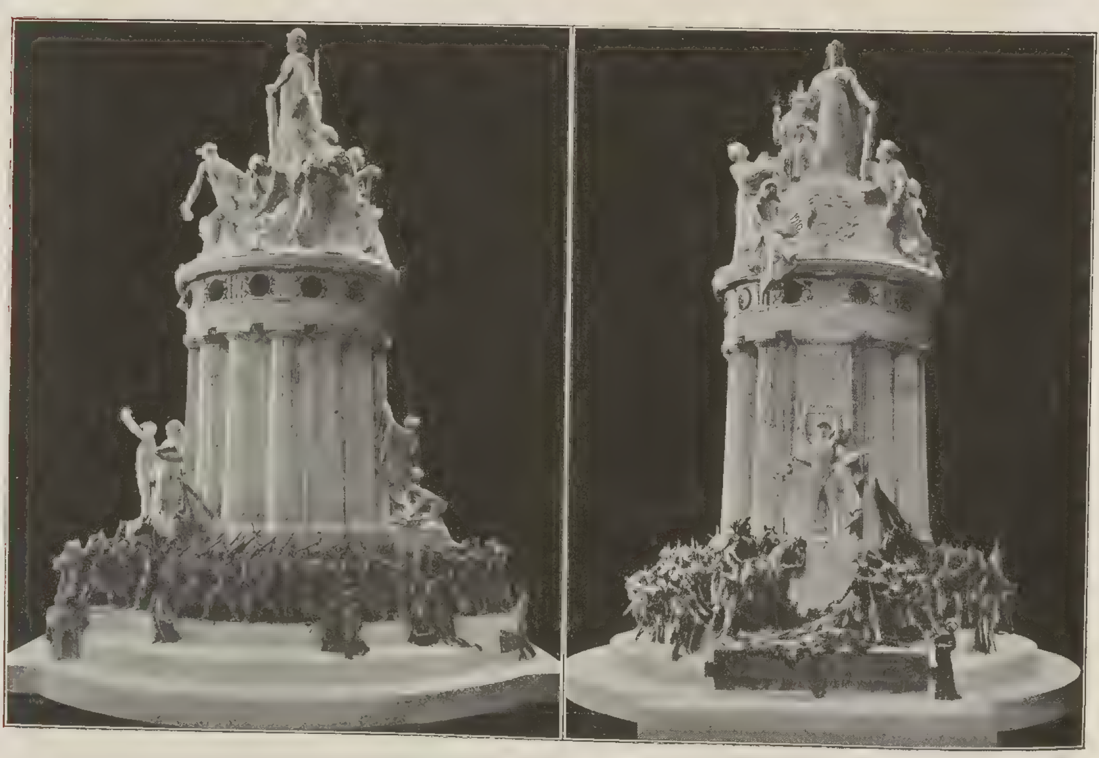
Á LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

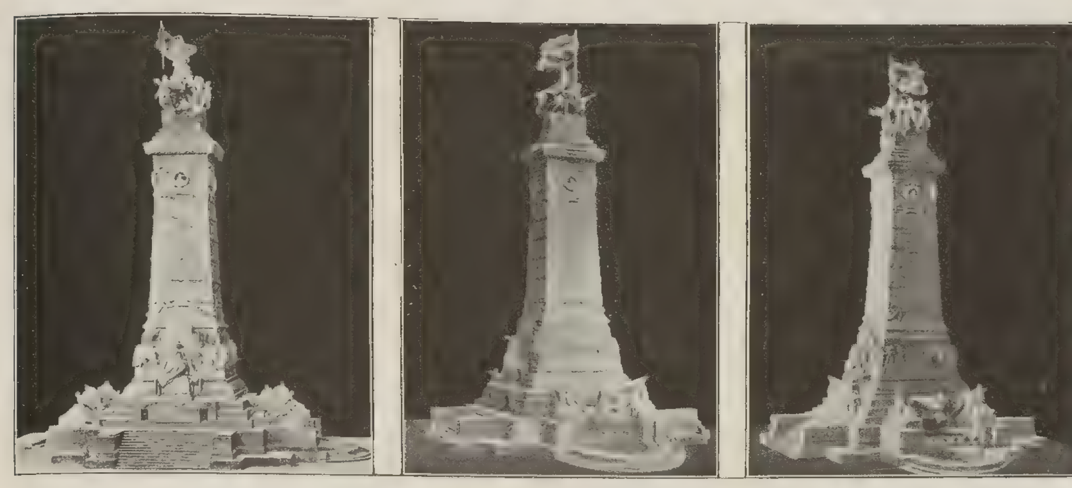
PRIMEROS PREMIOS



Número 1.—«Fortes fortuna adjuvat,» proyecto de Gustavo Eberlein (alemán)
N.° 2.—«Océano,» proyecto de G. Chedanne y P. Gasq (franceses)



N.° 3.—«1810.—1816.—1910,» proyecto de Miguel Blay (español). Vista lateral. Vista de la cara principal



N.° 4.—«Pro patria et libertate,» proyecto de G. Moretti y L. Brizzolara (italianos). Vista de la cara principal y de dos laterales



N.° 5.—«Sol», proyecto de J. Lague y E. Dhurcque (belgas)



N.° 6.—Arco de triunfo, proyecto de R. Irurtia (argentino)



Detalle del Arco de triunfo

PARÍS

UNA FIESTA ORIGINAL EN EL PRE-CATELAN

Desde hace algunos años los actores franceses tienen, gracias á la munificencia del célebre Coquelin (mayor), una magnífica casa-asilo, situada en Pont aux-Dames, en donde los inválidos del trabajo que no cuenten con los necesarios medios de subsistencia, pueden disfrutar de una vejez tranquila y cómoda. De esta hermosa institución nos ocupamos detenidamente en el número 1.223 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y por esta razón no insistiremos hoy en explicar lo que es y cómo funciona.



PARÍS. - Una fiesta en el Pre-Catelan á beneficio de la «Casa-retiro para los Artistas líricos.» - Instalación del teatro y de las decoraciones. (De fotografías de M. Rol y C.ª)

Pero la Casa de los Actores, como su nombre indica, sólo beneficia á una parte de los que á la escena se han dedicado, es decir, á los artistas dramáticos; de aquí que los artistas líricos, estimulados por el ejemplo de sus compañeros, quieran tener también su casa que los acoja cuando los años ó la desgracia les impidan ejercer su profesión y los libre de la miseria, del asilo común y del hospital.

A fin de allegar recursos para la realización de tan justas aspiraciones, varios artistas de los más aplaudidos por los parisienses han organizado una compañía ambulante que se propone recorrer las principales poblaciones francesas y dar en ellas representaciones á beneficio de la proyectada «Casa-retiro para los Artistas líricos.» Esta compañía, que componen Denantes, Gerval, Dramen, Jacquet, Chemin y las señoritas Nina Pach y Routchine, viaja en un automóvil que, además de conducir á los artistas, lleva las decoraciones y los accesorios necesarios para las representaciones teatrales.

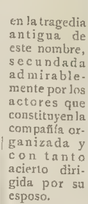
Hace pocos días y antes de comenzar su excursión, dieron una función en el *Pre-Catelan;* el éxito favorable en ella conseguido y la bondad de la idea que guía á los filántropos artistas hacen esperar fundadamente que los resultados de su *tournée* serán excelentes y constituirán una buena base para la realización de aquella obra benéfica.

EL TEATRO DE LA NATURALEZA

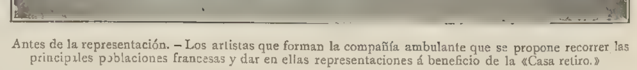
DE MARNES-LA-COQUETTE

En distintas ocasiones hemos hablado de los teatros de la naturaleza, señalando el notable incremento que, sobre todo en Francia, han tomado de algunos años á esta parte.

Hoy reproducimos el que recientemente se ha inaugurado en Marnes-la-Coquette, pequeña población de las inmediaciones de París. El teatro se ha instalado en el frondoso bosque que hay junto al pueblo, y en él ha representado la eminente trágica señora Sylvain el papel de *Electra*



en la tragedia antigua de este nombre, secundada admirablemente por los actores que constituyen la compañía organizada y con tanto acierto dirigida por su esposo.



Antes de la representación. - Los artistas que forman la compañía ambulante que se propone recorrer las principales poblaciones francesas y dar en ellas representaciones á beneficio de la «Casa retiro.»



Teatro de la naturaleza de Marnes-la-Coquette (Sena y Oise). - Representación de la tragedia *Electra* por la famosa actriz señora Sylvain. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

CONCURSO PARA EL MONUMENTO

Á LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

(Véanse los grabados de las páginas 496 y 497.)

A la convocatoria que al ingenio escultórico dirigiera en 1.º de abril de 1907 el Comité Ejecutivo de la Comisión Nacional del Centenario, contestaron los artistas remitiendo 74 bocetos procedentes de distintos países.

Desde luego llama la atención que no figure el país descubridor á la cabeza de los pueblos que al certamen han concurrido, pues mientras Francia remitió 21 bocetos é Italia 17, España mandó tan sólo 10; como también ha sorprendido á muchos la rara casualidad de que haya un proyecto premiado de cada una de las naciones europeas que han concurrido al torneo, con excepción de Austria é Inglaterra. Un premio tiene Francia con 21 bocetos y otro Bélgica con 3; un premio Italia con 17 y otro Alemania con 6. ¡Rara coincidencia!

Las fotografías que se publican dan una idea de la manera que cada artista interpretó el acontecimiento que se trata de conmemorar; mas como no es posible levantar los seis monumentos, el Jurado propuso, con plausible acuerdo, que se llame á nuevo concurso á los seis autores premiados. El que de éstos sea el sobresaliente, será el aceptado en definitiva para perpetuar el fausto acontecimiento cuyo primer centenario se prepara.

Motivo de orgullo es para España en general, y para Cataluña en particular, que un paisano nuestro, Blay, haya obtenido no sólo uno de los seis premios, sino que en el orden con que figuran en el fallo sea el tercero.

¿Quién logrará en definitiva la gloria de que su nombre vaya unido al del monumento que se proyecta? ¿Será Blay? Ojalá así fuera, pues sería nuevo lazo de unión entre Buenos Aires y Barcelona, y digo nuevo lazo, pues ya fué un catalán el autor de la música del Himno Nacional Argentino y otro catalán el creador de su marina.

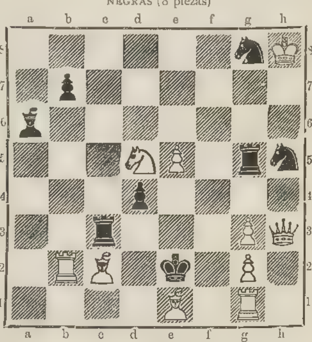
R. MONNER SANS

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 501, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1904.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 500, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. Tg5-g7	1. d7-d6
2. Dg1 g6	2. f7×g6
3. Cc8-b6	3. Cualquiera.
4. A ó C mate.	

VARIANTES.

2............Tf2×f4; 3. Dg6-d3, etc.
2............Tf2-f3; 3. Dg6-e4, etc.
2............Otra jugª; 3. Dg6-d3 ó e4, etc.
1...Ah8×g7; 2. Dg1×g7, Tf2-g2 ó ×f4; 3. Af6-e7 jaq., etc.
1...Af1 juega; 2. Dg1×e1, Cualq.ª; 3. De1-c3 ó ×a5 jaq., etc.
1...Cd1-e3; 2 Dg1×f2, etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



... y rozó ligeramente la mano de Irene con las guías de su retorcido y engomado bigote

Mauricio se quedó algo turbado al oir lo que le acababa de decir el monje; pero se lo comunicó á Irene, y ésta comprendió en seguida lo que significaba todo aquello, y preguntó á su vez con viveza que cómo iban á tratarle á él, á lo que contestó el monje que se le trataría como á huésped del monasterio. Satisfecha con esta contestación, quiso Irene que le enseñaran su habitación, adonde fueron conducidas ella y Zoe por uno de los monjes y las dos ancianas. Era un aposento bastante grande, aunque algo bajo de techo; el piso era de losas y tenía un diván de piedra todo en derredor, sobre el cual campeaban como adorno unos ligeros arcos de yeso. Había una gran chimenea que llenaba casi todo un lado de la habitación y en cuyo hogar se veían apilados varios troncos gruesos de leña, y tres ventanas, las tres desprovistas de cristales, pero con sus correspondientes postigos de madera. Desde dos de ellas se veía el paisaje allá en lo más profundo del valle; la otra daba á un patio pequeño, en cuya parte opuesta se alzaba un edificio sumamente irregular y muy extraño por cierto, que ocupaba el sitio más elevado de la montaña; en uno de sus huecos vieron las jóvenes á Mauricio asomado. Estaban muy distantes para poderse hablar, pero él les indicó por señas que se encontraba muy bien allí; volvieron á entrar en la habitación más tranquilas al saber que Mauricio estaba contento, y vieron que las ancianas habían encendido el fuego y tendido una alfombra cerca de él sobre el diván. Al poco tiempo les trajeron una bandeja con apetitosos manjares, cuya naturaleza no pudieron apreciar á primera vista, pero lo que sí vieron es que no había carne; la colocaron sobre una mesita baja cerca del diván y las dos jóvenes dieron buena cuenta de ellos en muy poco tiempo, porque tenían mucho apetito y grandes deseos de comer algo que estuviera bien condimentado. Como estaban muy cansadas para hablar y hacer comentarios, se fueron en seguida á la cama, y tan profundamente se durmieron sobre el duro lecho, que no oyeron el terrible estruendo que se armó al golpear con un mazo en un tablón para llamar á los monjes á los rezos de media noche.

Durmieron hasta muy entrado el día, y ya era más de media tarde cuando se asomaron al patio y vieron á Mauricio que, vestido con un traje completo griego, se paseaba aburrido de un lado á otro, mirando de vez en cuando como deseando verlas. A ellas les extrañó mucho el que no hiciera él por acercarse á la ventana; pero después se fijaron en una vieja que habían colocado los monjes de centinela y que estaba sentada en la escalinata, con el propósito, sin duda, de no dejar que nadie pasara por allí.

—¡Estás muy guapo, Mauricio!, exclamó Zoe al verlo. Pareces un señor muy respetable con esa túnica; te cae muy bien.

—No la creas, Mauricio, dijo Irene muy indignada. Parece que vas á un baile de máscaras, digo, de trajes. Créeme á mí, ponte siempre un traje inglés de campo, que es como vas mejor.

—Eso es, y con el traje inglés de campo irá á la Opera, como hace el típico turista inglés, dijo Zoe. Pero, oye, Mauricio, volvió á decir Zoe dirigiéndose á su hermano; ¿por qué no nos has traído alguna ropa para nosotras, ya que habrás ido por ahí de compras?

—Ojalá que me hubieran dejado salir, pues habría ido á un pueblecito griego que hay aquí cerca y os hubiera comprado algunos vestidos; este traje me lo

ha proporcionado el monje viejecito que me cuida, que es el segundo jefe, ó segundo prior, ó alguna cosa parecida, de este monasterio; me lo ha mandado con un *kosmikos,* que debe ser lo que nosotros llamamos lego. Los vestidos que llevan las mujeres que andan por aquí son demasiado ligeros, mejor dicho, son poco vestidos, y por eso no he querido pedir ninguno, porque comprendí que no os gustarían.

—Bien; pues en ese caso, pídeles que nos manden dos blusas y alguna tela para hacernos las faldas, tijeras, agujas, dedales, hilo... y algunas horquillas para el pelo. Pero ahora que pienso; ¿con qué vamos á pagar todo eso, Mauricio?

—Pues pagaremos con promesas, que es con lo único que podemos pagar en este momento. Esta gente parece que participa de la misma fe ciega de Stoyán en la palabra de un inglés, fe que desgraciadamente se había enfriado mucho en él á estas horas. No creas, ya he tenido buen cuidado de decirle al monje que les pagaré todo lo que nos faciliten cuando volvamos á algún país civilizado.

—¿Pero se puede saber por qué nos tienen aquí?, preguntó Irene.

—Eso digo yo, contestó Mauricio; ya se lo he preguntado, y dicen que no lo saben, y si lo saben no han querido decírmelo. Es indudable que en el asunto habrá intervenido alguno de esos comités, de esto no me cabe duda; pero no he podido averiguar, por más que he insistido varias veces en que me lo digan, el tiempo que piensan tenernos aquí, ni qué es lo que van á hacer con nosotros. El *hegumenos,* es decir, el abad, me ha llevado toda la santa mañana de un lado para otro enseñándome la iglesia y todas las capillas, la biblioteca y demás dependencias del monasterio, y anoche en la cena me mareó soberanamente á fuerza de hacerme preguntas infantiles. Por supuesto, todas estas preguntas tuvo que hacérmelas por mediación del padre Atanasio, que es el monje que me han destinado. ¡Pero qué francés habla el buen padre! Te hubieras reído, chica, si hubieras estado por algún rincón escuchando nuestra conversación. Lo que es el abad se habrá quedado muy enterado de lo que yo le dije al intérprete.

—Me alegro muchísimo de que sean tan buenas personas, interrumpió Zoe; pero oye, Mauricio, ¿nos dejarán marchar?

—Por ahora desde luego que no, pero poco á poco se va lejos; iré trabajando y veremos á ver si con paciencia se consigue algo. Aún no sé á punto fijo cómo marchan aquí las cosas; pero creo que entre los monjes hay dos partidos; trataré de averiguar cuál de los dos es el más dúctil.

—¿Crees que nos tendrán siempre encerradas en esta habitación?

—No seáis tan descontentadizas, que podéis daros por muy satisfechas. Gracias á la alta jerarquía de Irene, os han destinado la habitación que tienen reservada para las señoras de la más elevada alcurnia que vienen aquí en peregrinación; pero no podéis salir fuera, porque con vuestra presencia distraeríais á los monjes que andan en sus meditaciones por el monasterio. Creo, sin embargo, que cuando se encierren todos en la iglesia os dejarán pasear por aquí fuera y os sentaréis debajo de mi ventana y hablaremos mucho, pues yo tampoco podré acercarme á vosotras; al contrario, me encerrarán en mi habitación mientras estéis paseándoos por aquí; porque tenéis que saber que temen que nos pudiéramos escapar si estuviésemos todos sueltos. En medio de estos diferentes cuerpos de edificios hay algunos huertecillos donde podréis solazaros; pero es preciso tener cuidado de no aproximarse mucho al borde de la roca, pues no hay muro de ninguna clase y podríais caer abajo, y entonces sí que pronto se acababa todo. Por más que no creo que os dejen completamente solas, pues la dueña, mayordoma ó lo que sea os acompañará constantemente, y me parece que es una buena carcelera. Estuve hablando largo rato con ella para ver si podía persuadirla á que me permitiera entrar en vuestra habitación á veros, y la única contestación que dió á todos mis razonamientos fué sacudir con fuerza el manojo de llaves que llevaba en la mano, como amenazándome con que, si volvía á insistir, me rompería con él la cabeza. ¿Habéis oído el primer toque? Ya suena el *semantion* ó mazo de madera que llama á los monjes á la iglesia. Me vuelvo á mi celda de prisa y corriendo, y os dejo ahí tranquilas para que podáis contaros mutuamente vuestras cosas.

Durante los días siguientes se formaron las jóvenes una idea exacta de la parte exterior de los diferentes edificios que componían el monasterio de Hagios Antonios, porque se cansaron de andar de un lado para el otro, examinarlo todo detenidamente, sin dejar de oir nunca las voces estentóreas de los monjes que cantaban en el coro de la iglesia. No se veía allí esa regularidad que se observa en las construcciones monásticas de Occidente, porque si bien es verdad que la iglesia, el refectorio y las alas de los edificios que sirven de aposento á los peregrinos parecía que se habían hecho con la intención de que formaran un cuadrilátero, la simetría había desaparecido por completo con la multitud de pequeñas capillas y casitas ocupadas por los monjes, que parecía que estaban allí como llovidas del cielo. No había tampoco, como en otros monasterios, ningún muro exterior que lo encerrara todo, porque realmente no hacía falta, dada la situación inexpugnable del monasterio; y si bien es verdad que se veían algunos torreones en los puntos extremos, también había edificios que llegaban hasta el mismo borde de la explanada, con algunos huertecillos intermedios, donde solían sentarse las jóvenes de nuestra historia á contemplar las veladas montañas que se veían en la parte Norte, ó las lontananzas que se extendían hacia el Sur, hasta que su carcelera sonaba el manojo de llaves, en señal de que iban á terminar los rezos y cantos de los monjes, y tenían que volver á encerrarse en su habitación. Una vez entraron en el pórtico de la iglesia, donde se veían varias pinturas al fresco que representaban muy á lo vivo los tormentos de los condenados; con muchas precauciones miraron después al interior, y vieron á los monjes orando, apoyados en sus báculos y cantando constantemente; las imágenes, revestidas de ricas telas y piedras preciosas, que había en el iconostasio, brillaban en medio de la luz opaca de las naves del templo.

Continuaban negándoles categóricamente el permiso para que vieran á Mauricio á menor distancia de la altura de su ventana; pero al pie de ésta pasaba él la mayor parte del tiempo que tenía libre. Cuando venció Zoe las dificultades que presentaba el tener que cortar con unas malas tijeras, manifestó con gran diplomacia que la mucha necesidad que tenían de hacerse algunos vestidos no consentía que hablasen las dos á un tiempo con Mauricio; así es que ahora se sentaba ella á coser en una de las ventanas más apartadas, mientras Irene hablaba con su hermano por la que daba al patio; pero le hubiera sido muy difícil á Zoe el poder precisar cuál era la verdadera causa de su altruismo. El motivo más poderoso sería tal vez cierta idea vaga de que, cuanto más estrechamente se ligaran los intereses de Irene con los suyos propios, mayores esperanzas habría de llegar en lo porvenir á un arreglo satisfactorio para todos. Una tarde llamó Irene á Zoe muy excitada para que se acercase en seguida, porque Mauricio traía noticias para ella.

—No me has entendido bien, Irene, dijo Mauricio al instante; no traigo noticias de fuera; lo que tengo que deciros es que he podido averiguar que las cosas no andan muy bien por aquí. Entre los monjes hay dos partidos, como sucede en toda Ematia: el griego y el tracio. Los griegos, como es natural, están en el poder; el *hegumenos* ó abad lo es, pero los contrarios son bastante fuertes, y poco á poco han ido arrojando á los primeros de los cargos menores de la comunidad. Llevan éstos la idea de que el monasterio se declare partidario de los exarquistas, de esos á quienes el profesor Panagiotis y tú, Irene, llamáis cismáticos. Escitia les ayuda bajo cuerda. El anciano y desdichado abad sólo tiene un pensamiento: impedir que ocurra una ruptura entre ellos, pues aunque sabe que son muy pocos aquellos en quienes puede fiar y conoce muy bien á los cabecillas del bando contrario, ignora por otro lado en qué sentido votará la mayoría de los monjes; él, sin embargo, teme que suceda lo peor. También me he enterado de que, según parece, ha sido un emisario escita el que lo arregló todo para que nos trajeran aquí, bajo el pretexto de que fuera corría peligro la vida de Irene. Esto es lo que le dijeron al abad, pero yo me atrevería á apostar á que el partido tracio sabe algo más. De todos modos, tengo esperanzas de poder conseguir que nos permitan marcharnos si nos dejan aquí solos algún tiempo. Estoy ahora siguiendo una pista á fin de averiguar de qué modo colocan las escaleras de mano para llegar hasta el pie de la montaña; ya sé que al final ponen una escalera de cuerda; como nos dejen una noche sin vigilancia, podríamos escapar por esa vía, pues sin el esfuerzo de la mitad de los monjes no se puede echar á andar el cabrestante. Después nos ocultaríamos en el pueblo inmediato, hasta que pudiéramos avisar á Wylie.

—¿Pero por qué no avisarle desde ahora mismo?, exclamó Zoe.

Mauricio abrió las manos vacías.

—Desgraciadamente sólo podemos pagar con buenas palabras, dijo demostrando pesar.

—¿Pero no podrías conseguir del abad que nos dejara marcharnos buenamente?

—No se atrevería á hacerlo, mujer. Lo haría tal vez con una orden expresa del Patriarca, porque le daría el valor necesario para arrollar la resistencia de los monjes tracios, y lo más fácil sería que el partido griego perdiera con eso el ministerio. No, nuestra única esperanza consiste en que una noche haya un poco de descuido, convenido de antemano, lo cual confío que podré lograr.

Al siguiente día de esta conversación se presentó Mauricio con la cara muy triste y muy larga.

—Me parece, dijo al ver á las jóvenes en la ventana, que lo hemos perdido todo; no quería deciros nada, pero después he pensado que debéis estar advertidas. El asunto es que me han informado que esta noche llega aquí cierto funcionario tracio.

—Puede ser que su venida no tenga nada que ver con nosotros, dijo Zoe que, en el fondo, creía lo contrario.

—No; el abad dice que viene para saber cuáles son los deseos de Irene; pero á mí me parece que á lo que viene es á contrariarlos.

—¿Y qué hará á todo esto el capitán Wylie?, preguntó Zoe.

—Si el hombre no sabe dónde estamos, no es posible que á nadie se le ocurra el pensar que estamos aquí; no podrá hacer nada, aunque comprendo muy bien que andará averiguando por dónde andamos. Si ha pagado el rescate...

—Yo tenía entendido que los bandidos eran honrados á su modo. ¿Si habrán cobrado el dinero sin que tengan la intención de libertarnos?

—No me extrañaría nada, porque Stoyán decía que tenía motivos para estar quejoso de nosotros. Ya ves tú...

Mauricio se calló de pronto, pero luego continuó diciendo:

—Lo único que deseo es que al pobre Wylie le hayan dado un salvoconducto, porque mientras se encuentre vivo y sano seguirá registrando cielo y tierra hasta que dé con nosotros.

—Mauricio, exclamó Irene de pronto en tono de ansiedad, si en este momento entregara el cinturón de Isidora, ¿crees que podríamos llegar á tiempo todavía? ¿No se les podría sobornar antes de que llegue ese hombre?

Mauricio movió la cabeza negativamente y dijo después:

—Creo que es demasiado tarde. Por dinero puede ser que lo hicieran; pero una alhaja como esa sería una prueba contundente de que se habían dejado comprar, y recaería la responsabilidad, como es natural, sobre el abad. Después de todo, no debemos extrañarnos de que estando la suerte del monasterio pendiente de un albur, como realmente lo está, les preocupe esto mucho más que nosotros.

—Está bien, dijo Zoe con maligna alegría; voy á concluir mi costura, porque no quiero presentarme ante una persona, que hay que suponer que será civilizada, aunque bien pudiera suceder que sólo fuera un tártaro disfrazado, con una falda tan corta como la de una cantinera. Lo mismo debías hacer tú, Irene; en vez de ir á pasearte, podías arreglarte tu vestido. Mauricio, anda, retírate á tu celda, que ya tocan el *semantion.*

—No sé cómo aún tienes gana de bromas con todas estas cosas, dijo Irene muy indignada, mientras cogía la costura con desaliento.

—Pues si no hiciera esto tendría que echarme á llorar, lo cual sería inútil y vergonzoso al mismo tiempo. ¿No ves que parece que estamos destinadas á retroceder constantemente? Cuando creemos que nuestras penas tocan á su fin, se presenta alguna dificultad y vuelta á principiar de nuevo.

—Lo que á mí me parece es que tú me detestas á mí, dijo Irene con amargura.

—Nada de eso. Todos vamos embarcados en la misma nave, y comprendo perfectamente que tu intención no fué el hacer lo que has hecho. Ha sido efecto del Irenismo y no de la mala voluntad.

—No recuerdo haber conocido en toda mi vida una persona de menos corazón que tú, dijo Irene echando chispas por los ojos.

—Muy bien; pues mira, ¿sabes lo que te digo? Que en nuestra situación actual lo mejor sería no tener ninguno, y así nos evitaríamos muchísimas penas.

Siguieron un rato cosiendo en silencio, muy enojadas las dos, hasta que haciendo un visible esfuerzo levantó Irene la cabeza y dijo:

—Tengo un plan. Me parece que he hallado el medio de arreglarlo todo muy bien.

—No, lo mejor es que te dejes de planes. Acuérdate que tu último y brillante proyecto es precisamente el que nos ha metido en el atolladero en que nos vemos ahora.

—Bastante lo siento y bien cara voy á pagar mi ligereza; pero óyeme un momento, que deseo explicarte mi plan. Cuando venga ese escita le diré categóricamente quién soy, y le prometeré ser obediente y sumisa en lo sucesivo. Naturalmente, creerá que tú y Mauricio habéis intervenido en mi fuga, pero yo conseguiré persuadirle de que ninguna parte habéis tomado en ella; le diré que os supliqué que me ayudarais, sin deciros de antemano quién yo era, y que cuando lo supisteis ya era completamente imposible que pudierais hacer nada para impedirla. Si no queda satisfecho con esta explicación, os exigirá tal vez que juréis que habéis de guardar secreto sobre todo lo ocurrido, y con esto me parece que os dejarán en libertad y á mí me llevarán otra vez á Escitia. ¿No sentirás que nos separemos, Zoe? Hemos estado tanto tiempo reunidos..., y además, esto quiere decir que renuncio desde luego á mi misión. Un día me preguntaste si sería yo capaz de hacer tal cosa en obsequio tuyo y de Mauricio; ¿te acuerdas de esto? Pues bien: llegó la hora; estoy dispuesta á hacerlo en seguida. No volveremos á vernos nunca; acaso oigas decir algún día que me han casado; si no oyes decir nada, no volverás á saber nada de mí.

—Mira, Irene, deja ese tono trágico, dijo Zoe, tanto más impaciente cuanto no se sentía muy satisfecha de sí misma. ¿Por qué hablas de ese modo, mujer?

—Porque lo más probable es que haya tragedia. ¿No comprendes que en la vida hay situaciones que no se arreglan con un dicho ingenioso y en las que luego no se piensa más? Puede ser que algún día se pas algo. ¿No has oído hablar de las monjas negras?

—No, no sabía que hubiera monjas en Escitia.

—Ya lo creo que las hay; hay muchas, y las monjas negras prestan muy buenos servicios, pues se hacen cargo de las personas que no quieren hacer lo que se les dice, ó de las que han cometido alguna indiscreción; naturalmente, entenderás que te hablo de personas de alta alcurnia. Yo cometí una indiscreción al huir de mi casa. Las jóvenes desobedientes, cuando las devuelven al mundo, ya no lo son. Las indiscretas mueren más pronto ó más tarde, y al morir les hacen grandes funerales. Un funeral imponente hace siempre muy buen efecto, ¿no lo crees tú así?, y de este modo se demuestra que los parientes no tienen nada que ocultar.

—¡Por favor te lo pido, no sigas hablando de ese modo!, exclamó Zoe. No pienses en semejantes cosas. Siento en el alma haber dicho que por tu causa nos veíamos en el aprieto que nos vemos; perdóname, ya veo que cometí un disparate. Hablemos ahora de otra cosa.

—Bueno, pero déjame terminar, dijo Irene. Me parece que soy muy capaz de hacer todo lo que he dicho. Mira, por salvarte á ti y á Mauricio perdería gustosa mi vida.

Y pronunció el último nombre con tanta emoción, que hizo adivinar muchas cosas á la hermana de aquél.

—Pero no tendría objeto ninguno, siguió diciendo, el que quisiera yo fingir ahora que ignoraba lo que significa todo eso, ó lo mucho que me gustaría que fuera tal como te he dicho.

—Vamos, Irene, ten un poco de juicio, dijo Zoe en tono de súplica. ¿Es posible que hayas podido llegar á imaginarte que Mauricio, ó cualquier otro hombre honrado, permitiría que se sacrificara una joven por salvarle á él? No pienses una cosa semejante, Irene; yo no sé qué clase de personas has tratado tú hasta aquí; la verdad es que tienes unas ideas muy raras. Puedes tener la completa seguridad de que Mauricio no te abandonará nunca, y mucho me nos consentirá que te traten mal.

—Sí, pero será fácil que no pueda impedirlo, porque me llevarán ocultamente á la fuerza. Pero me conformo con que tú y Mauricio penséis en mí de vez en cuando, y habléis de mis penas y desgracias.

—Eso es, y además de hablar de ti iremos á derramar muchas lágrimas sobre tu tumba, ¿qué te parece? Oye, esto se va prolongando demasiado; ¿quieres hacer el favor de no tornarte tan sentimental? Si te llevan á Escitia, Mauricio y yo iremos detrás de ti y te pondremos en libertad. Yo tomaría tu nombre y me quedaría en tu lugar, y tú te marcharías con Mauricio; después apelaría yo al embajador de Inglaterra, y no tendrían más remedio que ponerme á mí también en libertad.

XVII

SIN RODEOS

A pesar de ver Zoe la situación á través de un prisma muy optimista, pasó muy mala noche y casi no pudo dormir, debido á las voces que se oían fuera de su habitación y al incesante chirriar del cabrestante, que anunciaba la llegada al monasterio del emisario escita. Pero no era esto solo lo que le había quitado el sueño; la tenía muy desasosegada la creencia de que debería confesarlo todo á Irene, pero por otro lado estaba resuelta á no decirle una palabra. No era justo, decía para sus adentros, no corresponder á la confianza que les había demostrado Irene; pero por otra parte se encontraba indecisa al ver el gran riesgo que se corría explicándolo todo. Podía ser muy fácil que se alegrara mucho Irene de saberlo, porque de este modo quedaba tendido un puente sobre el profundo abismo que sin duda debía creer que existía entre Mauricio y ella; pero podía muy bien suceder que se aferrase más en su propósito de sacrificarse por él, si llegaba á darse cuenta de lo mucho que importaba que Mauricio no se quedara en poder de los escitas. Además, podía suceder también que no quisiera darla crédito, y que por pique insistiera en obrar por sí sola, cuando tan indispensable era que obraran los tres de común acuerdo. Y esta era la causa principal de que se impacientara tanto Zoe al pensar que no era posible poder predecir lo que haría Irene en un caso determinado. Esa constante incertidumbre la traía desesperada y la ponía de tan mal humor, que hacía muy difícil su trato; y ya se arrepentía de no haber hecho lo que Mauricio le había aconsejado, esto es, habérselo explicado todo desde un principio, porque de este modo no hubiera resultado la cosa tan mal como se iba poniendo ahora. Después de dar muchas vueltas sobre el duro diván, se decidió por fin á adoptar un término medio. No le diría nada á Irene antes de su entrevista con el funcionario escita, por temor á cometer alguna imprudencia; pero en cuanto tuviera ya una idea exacta de lo que se tramaba, se lo confesaría todo.

El escita vendría, sin duda, dispuesto á no perder mucho tiempo, porque aún no habían terminado las jóvenes de tomar el desayuno, cuando entró la anciana que las servía con una carta de imponentes dimensiones que entregó á Irene. El Sr. Boris Constantinovitch Kirileff tenía el honor, decía la carta, de ponerse á las órdenes de S. A. R. y de pedirle humildemente permiso para hablarla, bien en su misma habitación ó en el salón de recepciones del monasterio.

—Ahora es cuando vamos á entrar en fuego de veras, dijo Irene al terminar de leer la carta. Yo creo que no debemos hacerle venir aquí. ¿Qué te parece á ti, Zoe?

—Sí, mejor es; lo veremos en el salón. Recuerdo haberlo visto en Panelsburgo. Está empleado en la Cancillería Imperial.

La anciana había traído pluma y tinta, pero el único papel que tenían en la habitación era el dorso del satinado pliego sin doblar de la epístola del señor Kirileff, en el que escribió Zoe la contestación en debida forma. Después de entregarla á la vieja demandadera, que esperaba muy seria á respetable distancia, se quedaron las jóvenes mirándose una á otra con alguna intranquilidad, como queriendo preguntarse con la vista alguna cosa. Comprendían perfectamente que el aspecto de las dos no tenía nada de distinguido en aquel momento, hallándose tan desastrosamente mal de vestidos y tocado como se hallaban. No era posible presentarse decentemente con aquellas blusas y aquellas faldas tan mal cortadas, hechas por ellas en aquellos últimos días, con aquellas abarcas en vez de zapatos ó botas, y sin horquillas para sujetarse el cabello, porque en el pueblo inmediato donde habían mandado á buscarlas no las habían podido encontrar; era muy difícil que pudieran ser bien vistas en aquella presentación, y sólo con una hermosura excepcional se podría salir del paso medio regularmente.

—Si no fuera porque conviene que nos presentemos de un modo digno, créeme que me importaría á mí muy poco todo esto, dijo Zoe. Oye, Irene, ¿por qué no te pones el famoso cinturón? Eso sería de gran efecto.

—No, eso sí que no lo haré yo; bastantes contratiempos y sinsabores nos ha causado ya; dejémosle tranquilo donde está y no hablemos más de él.

—Oye, Irene, no obres precipitadamente, dijo Zoe con voz suplicante. Puede ser que ese hombre no traiga más misión que la de acompañarte á Therma; así es que no vayas á principiar ahora por hacer una sumisión dramática.

—No temas; te aseguro que me portaré con el señor Kirileff como verdadera princesa, contestó Irene en el mismo momento que la anciana demandadera aparecía en el umbral de la puerta y les hacía señas para que la siguieran.

—Pero supongo que no querrás decir con eso que le vas á tratar con despego y aspereza, dijo Zoe en voz baja mientras bajaban los escalones que conducían al patio.

Y añadió á continuación:

—¿Veremos á Mauricio por aquí?

No le vieron en el patio, pero al subir las gradas que conducían al salón de recepciones le vieron en medio de un grupo de monjes, que le rodeaban como si comprendieran que ellos eran los encargados de cuidar de su persona y seguridad. Pero las jóvenes no tuvieron tiempo de preguntarse lo que podría significar aquello, porque en aquel momento se acercó á ellas un hombre muy bien portado, de edad indefinible, demostrando mucha alegría y respeto, y rozó ligeramente la mano de Irene con las guías de su retorcido y engomado bigote. Tenía ella intención de presentarle á Zoe, pero aquél se adelantó, como si hubiera adivinado su pensamiento, y la condujo en el acto, cruzando el salón, al diván donde estaba sentado el anciano abad, que era viva imagen de la incertidumbre y del deseo de complacer, el cual señaló á Irene el asiento inmediato al suyo, y ella á su vez le indicó al Sr. Kirileff que se sentara, lo que hizo manteniéndose á respetuosa distancia. Mauricio y Zoe se miraron mientras tanto, cambiando una sonrisita casi imperceptible de regocijo.

—Supongo que traerá usted algún mensaje para mí, dijo Irene dirigiéndose al escita.

Este se inclinó en seguida en señal de profundo respeto.

—Al contrario, señora, vengo solamente á suplicar á S. A. que me perdone por las medidas que me he permitido tomar en su obsequio. Ya sé que le parecerá como una intrusión de parte mía, no habiéndomelas pedido nadie y sólo por la convicción que tengo de que serían para su completa seguridad en un momento de tanto peligro; esto es precisamente lo que me ha dado el valor necesario para ponerme en su presencia.

—En ese caso debo suponer que el hallarme aqui obedece al resultado de sus gestiones, dijo Irene arqueando ligeramente las cejas. He de confesar, caballero, que lo que usted ha hecho con esta intervención ha sido empeorar mi situación muchísimo, dejándome abandonada durante un mes de continuos peligros y desvaneciendo todas mis esperanzas en el momento preciso en que creía que iba á verme completamente en salvo.

—Señora, la grandeza de su inteligencia le hará ver muy pronto la manera como yo he obrado. A fuer de hombre de honor que soy, y fiel servidor de mi augusto amo, cuyo afecto por su ilustre casa no tengo necesidad de encarecer, le aseguro humildemente que en el momento mismo en que se creía que quedaría completamente á salvo, corría precisamente un peligro mucho más espantoso que ninguno de los que corrió durante todo el mes que estuvo cautiva de los bandoleros.

—Me deja usted asombrada, caballero, con lo que acaba de decirme. ¿Y de parte de quién iba á venir ese peligro que dice usted que me amenazaba?

—No era un peligro venidero, señora; el peligro existía ya y vendría de parte de las mismas personas que la acompañaban. ¿Tiene S. A. R. conocimiento de quiénes pueden ser en realidad ese joven y esa joven que están cautivos con usted?

—Me parece que llevando un mes en su compañía en circunstancias como estas, tengo motivo sobrado para conocerlos bien. Tengo sumo gusto en poder afirmar á usted que los dos me han demostrado una adhesión tan grande, que sería muy digna de alabanza en servidores míos, pero que es única tratándose de personas extrañas con quienes sólo me unía el lazo de una desgracia común.

—¿Les llama usted personas extrañas, señora? Entonces quiere usted darme á entender que no les conocía cuando emprendió su peregrinación.

—Sí, señor, eso quiero decir. En el momento de emprender mi... peregrinación, contestó Irene en una entonación que hizo sonreir involuntariamente á Zoe, ignoraba yo, así la existencia del señor y de la señorita Smith, como ellos ignoraban quién yo era cuando la casualidad nos reunió en nuestro viaje.

—¿La casualidad, dice usted? Sí, el encuentro fué casual por su parte, no lo dudo, señora. Pero la ignorancia de los hermanos Smith no existe más que en su imaginación, porque no tiene usted malicia ni es capaz de sospechar que nadie la haga traición.

—No, señor, no soy de natural tan confiado como usted supone, caballero, dijo Irene visiblemente contrariada. Tan decidida estaba á mantener el incógnito, que tan sólo á una persona comuniqué el itinerario que pensaba seguir y el objeto de mi... peregrinación, y esta persona era la señora que me acompañaba y que murió después. Nadie más que ella podía saberlo.

(Se continuará.)

TOLEDO.—LA FIESTA DE LA INFANTERÍA



S. M. el rey D. Alfonso XIII en el patio del Alcázar, rodeado de los coroneles del arma de Infantería

El día 14 de los corrientes celebróse en la Academia de Infantería de Toledo una hermosa fiesta, realzada por la presencia del rey y por la asistencia del presidente del Consejo de ministros, del ministro de la Guerra y de multitud de generales, jefes y oficiales del arma, de comisiones de los demás cuerpos de guarnición en Madrid y de otras altas personalidades. Aquella fiesta tenía por objeto descubrir la lápida que conmemora el heroísmo del cadete Vázquez y Afán de Rivera, gloriosamente muerto el 2 de mayo, en la defensa del parque de Monteleón; entregar los reales despachos á los oficiales recientemente promovidos é inaugurar el Museo de la Infantería española.

A las siete salió de Madrid el tren en donde iban los militares y los periodistas, y á las nueve y veinte el que conducía á S. M. el rey, á S. A. el infante D. Fernando, al señor Maura, al ministro de la Guerra, al capitán general de Madrid, al obispo de Sión y á varios generales.

D. Alfonso XIII llegó á la imperial ciudad á las diez y media, siendo recibido con aplausos y aclamaciones entusiastas, y en automóvil se dirigió al Alcázar, en donde le recibieron el cardenal Sancha, una comisión del cabildo, el coronel Friedrich, director de la Academia, los gobernadores civil y militar, las demás autoridades y los generales.

Después de un corto descanso, S. M. ocupó el trono levantado en el patio, que estaba rica y elegantemente adornado con colgaduras y trofeos militares y en el cual hallábase formado el batallón de alumnos; é inmediatamente se procedió á la ceremonia de inaugurar la lápida dedicada al cadete Vázquez y Afán de Rivera.

El coronel Sr. Friedrich pronunció un discurso de tonos patrióticos, dedicando un entusiasta recuerdo á aquel heroico alumno de la Academia, en quien deben ver los cadetes un hermoso ejemplo que imitar, y ensalzó las glorias de la Infantería española.



Grupos de soldados vestidos con uniformes auténticos de todas las armas de la época de la guerra de la Independencia. Este grupo dió guardia de honor á la lápida dedicada al cadete Vázquez y Afán de Rivera, durante la ceremonia de descubrirla.

A este discurso siguió otro elocuentísimo del señor Maura. Ensalzó éste la memoria del cadete Vázquez, dedicó brillantes párrafos al Ejército, al que calificó de alta y digna representación de la patria y baluarte de su bandera; cantó las glorias de la Infantería española, tan sufrida como heroica, recordando las hazañas de los tercios de Flandes y las demás altas empresas por ella realizadas al través de los siglos; enalteció el amor que al pueblo, al Ejército y á la Patria profesa D. Alfonso XIII, y terminó con vivas al rey, al Ejército y á la Infantería española, que fueron contestados con general entusiasmo.

A continuación habló S. M. con palabras sentidísimas de homenaje á la Patria, al Ejército, á la Infantería y al cadete Vázquez, y ensalzando el ejemplo heroico de éste, recomendó á sus compañeros de armas que tuvieran bien presente la fecha de aquel día, que él conservaría siempre grabada en el alma.

Terminado el discurso del rey, las bandas de música tocaron la marcha real, los batallones de alumnos de la Academia y del Colegio de María Cristina presentaron armas, y el rey, tirando del cordón que pendía de la bandera española, dejó al descubierto la lápida. Esta, obra del notable escultor Aniceto Marinas, figura la defensa del Parque de Monteleón por manolos y chisperos, y ostenta á un lado la Inmortalidad que recoge al cadete que cae moribundo, y las siguientes inscripciones:

«A los que mueren por la patria los recoge la Inmortalidad.»

«Para ejemplo y orgullo de sus futuros oficiales, el Arma de Infantería perpetúa en este bronce la gloriosa conducta del caballero cadete D. Juan Vázquez y Afán de Rivera, muerto á los trece años en la defensa del Parque de Monteleón el día 2 de mayo de 1808.»

Después de aquel acto, el rey entregó los reales despachos á los nuevos oficiales y visitó el museo, instalado en una sala á la que se ha dado el nombre del general Primo de Rivera.



Lápida de bronce dedicada al cadete Vázquez y Afán de Rivera, muerto heroicamente el 2 de mayo en Madrid, en la defensa del Parque de Monteleón

El museo encierra gran número de objetos de mucho valor histórico, entre ellos una proclama del general Palafox, donación del duque de Zaragoza; el puñal de caza del rey Carlos IV, del marqués de Fuensanta de Palma; la placa de San Hermenegildo que usó el marqués del Duero, del comandante Bermúdez de Castro; la espada, faja, sombrero y veneras del general marqués de las Amarillas, del marqués de Ahumada; espada del general O'Donnell, del duque de Tetuán; espada, faja y pasador del general Barrenechea, de la señorita Candelaria Barrenechea; espada que usó en la campaña del Norte el general Quesada, marqués de Miravalles, y que ha sido remitida por la ilustre dama condesa de Aguilar de Inestrillas; anteojo del general marqués de Mornayo, de la misma señora; sable y pistolas del general Palafox, del duque de Zaragoza; espada del general marqués de Portago; espada del general Prim, que envía el duque de los Castillejos; una caja de plata que contiene los huesos y bala extraídos de la cabeza del primer conde del Serrallo, que regala su hijo, el actual jefe de la Casa militar de S. M.

El regimiento de Infantería de Tetuán ha donado las bandas de Carlos III é Isabel la Católica, del conde de Lucena; el Cuerpo de Inválidos, el pendón de Castilla del Inmemorial del Rey; la duquesa de Bailén, un bastón de mando del general Castaños; la bandera de Inválidos de Badajoz, regalo del obispo don Félix Soto, varios autógrafos de Ruiz y algunos otros objetos.

Luego de inaugurado el museo, S. M. permaneció algunos momentos en el despacho del director de la Academia, saliendo después al patio del Alcázar, en donde se retrató rodeado de los coroneles de infantería que habían concurrido á la fiesta.

Después se celebró en el nuevo comedor del Alcázar un almuerzo de 1.500 cubiertos, á cuyo final pronunció el rey un discurso, que fué un elocuente y sentido himno á España. Las últimas palabras del joven monarca fueron acogidas con vivas entusiastas.

A las cuatro tomó S. M. el tren real, habiendo sido á su paso por las calles de Toledo aclamado por el pueblo en masa.—P.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CÁMARA OFICIAL DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA Y DE LA NAVEGACIÓN DE BARCELONA. – Memoria de los trabajos realizados durante el año 1907, presentada por la Junta Directiva á la asamblea general ordinaria celebrada el 11 de enero de 1908. Contiene además, como ampliación, una porción de documentos que demuestran la fecunda y activa labor llevada á cabo por la Cámara y la parte activa que ha tomado en la resolución de importantes cuestiones, así como dos estados relativos al movimiento de nuestro puerto. Un tomo de 136 páginas, impreso en la imprenta de Henrich y C.ª

PROGRESO DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA durante la administración del Excelentísimo Sr. Presidente Manuel Estrada Cabrera. – Folleto impreso en Liverpool con motivo de la inauguración del ferrocarril interoceánico de Guatemala.

MEMORIA DEL ORFEÓN PAMPLONÉS, correspondiente al año 1907. – Memoria de los actos más importantes en que ha intervenido ese famoso orfeón durante el año pasado. Folleto de 32 páginas, impreso en Pamplona en la imprenta de Aramburu.



La primera mujer que ha subido á un aeroplano

La señorita Peltier en el aeroplano de Delagrange en Turín. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Delagrange, de cuyos experimentos de navegación aérea hemos hablado ya en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha permanecido una temporada en Italia haciendo, con éxito muy favorable, nuevos ensayos de su aeroplano. Hace pocos días, hallándose en Turín, encontró á la escultora Teresa Peltier, quien le suplicó que le dejara subir al aeroplano; el inventor, que es asimismo un escultor de talento, accedió á los ruegos de su colega, y la señorita Peltier pudo satisfacer su capricho realizando en el aparato volador un vuelo de 200 metros á dos metros de altura.

SALOMÉ, drama en un acto de *Oscar Wilde*. Traducción catalana de *Joaquín Pena*. – Del drama nada hemos de decir, pues su celebridad es universal; en cuanto á la traducción, bien podemos calificarla de modelo en su género; y por lo que hace á la parte material, el libro, impreso en Barcelona por Fidel Giró, es una verdadera joya bibliográfica Precio, cinco pesetas.

CUENTO DE REYES, por *Carolina de Soto y Corro*. – Bellísima composición poética digna de elogio, así por la bondad del sentimiento en que se inspira, como por la fluidez del verso Un librito de 16 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Antonio Alvarez. Forma parte de la «Nueva Biblioteca Infantil» y se vende á 10 céntimos.

CASTILLA ANTE EL PROBLEMA DE LA VIDA LOCAL, por el *Excelentísimo Sr. D. Santiago de Alba*. – Notable conferencia dada el 18 de enero último en el Círculo Mercantil de Salamanca, en la que el ilustre hombre público Sr. Alba explicó, con gran claridad de concepto y elocuente palabra, el fondo, las tendencias y la estructura del proyecto de ley de Administración local que se discute en el Congreso. Un folleto de 54 páginas, impreso en Valladolid en la Imprenta Castellana.







IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 3 de agosto de 1908 — Núm. 1.388



EL ESTÍO, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Son ustedes aficionados á chicos? Yo creo que por lo menos harán una excepción, y no les gustarán los niños en las carreteras y en las calles.

Ignoro qué relación misteriosa hay establecida entre éstas y la mala educación de las criaturas; pero es lo cierto que dejar á un chico diablear en la vía pública es como echar un petardo ó dar suelta á un mono maligno.

En la casa de sus padres, en la escuela, en el campo mismo, en un sendero de aldea, el chico guarda ciertas consideraciones y respetos, atiende á la voz, se rasca la pelona tímidamente cuando le dirigen la palabra, se esconde cuando ha realizado una picardía; pero en la calle y en la carretera, el chico se cree dueño de la situación, y nos hace la vida imposible.

La calle es suya, la carretera también: sólo la vía férrea, gracias á su no menos férrea disciplina, tiene la inapreciable ventaja de estar libre del chiquillo; que es como estarlo de la langosta, el tábano, la filoxera vastatrix y todas las plagas que cayeron sobre Egipto en hora infausta y bíblica.

Diariamente leo diatribas é invectivas contra los automovilistas, por los atropellos que cometen. Nadie aprobará estos atropellos; pero si juzgo por el recuerdo de las veces que he andado en automóvil, lo milagroso es que, tratándose de chiquillería, no sean los atropellos cometidos muchos más. En cuanto ven un trepidante artilugio, los chicos se disputan el honor de meterse debajo, como se disputan los indios, según cuentan, el de tenderse bajo el carro del dios Yagrenates, á fin de que con toda comodidad y precisión los despachurre. No descansan las criaturitas si no se colocan precisamente en el sitio donde no es posible evitar el aplastarlas, y su mayor delicia consiste en incorporarse al auto, en formar un todo con él, en ser hechos cisco por él.

No por eso han perdido enteramente su antigua afición á los coches, sean particulares, sean de línea. Aunque *demodé*, el caballo conserva para los chicos cierto prestigio tradicional. Y especialmente la habilidad y travesura de colgarse del juego trasero, siempre será una de esas cosas altamente atractivas, incitantes, para los pilletes agresivos de la carretera y de la plaza; los que debieran estar en la escuela, y están, por nuestro mal, en todas partes menos allí...

***

La carretera enseña á los chicos la mendicidad, como les enseña la acometividad y el merodeo. Es una especie de hampa y universidad picaresca la carretera; en ella cursan todo género de ciencias de malignidad y barrabasismo. En ella se rozan con los boquirrotos arrieros, con los jacarandosos guapos de arrabal, con los señoritos ecuestres y ciclistas, con las mujeronas que portean al mercado hortalizas y aves, con los cocheros de línea y sus zagales, con burreros y espoliques, obreros que van al trabajo y borrachines que se quedan presos por las patas en la taberna; con mozas de rompe y rasga que salen á hacer sus comprillas; con panaderas de rejo y garbo, capaces de descalabrar al más terne á golpe de mollete de pan; con lecheras ágiles, que llevan en equilibrio el cántaro con soldados festivos, que tararean el *pon, pon*, y á veces dan en liberales y regalan una perrita lo mismo que si fuesen Rothschild; con labriegos malhumorados, con viejas gruñonas, con curas de paraguas rojo, con marineros y pescadores de bronca voz y léxico de salmuera; con regateras frenéticamente insultantes, aguardentosas, bravías por los cuatro costados; con la hez, la escoria, la espuma, el recuelo de una ciudad, que rebosa por sus alrededores y se vierte en inquietas oleadas, arrastrando experiencia, lecciones de vida. Y los chiquillos ruedan por entre tantos pies, oyen tantas voces, reciben tanto mojicón, que acaban por aprender un sinnúmero de asignaturas, papeletas y cuestiones, y cuando se les pregunta responden demostrando conocimientos, á menos que callen de puro zorros y ladinos. Por los chiquillos puede saberse siempre quién habita una casa, quién la frecuenta, qué género de vida se hace en ella, qué operario trabaja ó huelga, qué costurera tiene novio, qué matrimonio se tira los trastos, qué *sportman* se rompió la crisma, qué matutero pasa géneros sin pedir permiso al resguardo, qué lechera agua más la leche y en qué figón se concertó un robo. Con los chiquillos se envían recados, se toman informes, se ejerce el espionaje y se monta una policía. Nadie está más al corriente que ellos de las horas, sitios y modos de celebrarse festejos, solemnidades, bodas y bautizos, entradas de personajes, inauguraciones y primeras piedras; nadie acierta como los chiquillos á apoderarse del mejor puesto, entrando de balde y disfrutando de cualquier espectáculo más y mejor que los que pagan.

Lo asombroso de los chiquillos es que parecen tener el don de ubicuidad. ¿Dónde habrá rincón, esquina, recodo, ángulo, pico, páramo, solar con valla, montón de escombros, hacina de basura, puerta de café, atrio de iglesia, portal grande ó chico, en que no aparezca un pillete, ó acaso dos, y mejor tres, saliendo de detrás de las puertas y de los esconces obscuros, como los bichejos de humedad y las moscas en otoño?

***

¡Los portales! Claro es que en Madrid, supuesto que haya portero, no están los portales tan infestados de chiquillería; pero donde falta ese funcionario ó funcionaria, los chicos invaden el salón que se les ofrece tan á mano para defenderles de la lluvia, del calor, del frío, de la nieve, de los vigilantes y de las madres amigas de zorregar nalgadas. En provincia, donde los porteros son institución de lujo, los portales presencian hazañas vandálicas de la chiquillería. La decoración, si la hay, es atacada por navajas, trozos de vidrio, puñales de hoja de lata y humazo y fuego de fósforos; las paredes blancas sufren los gráficos y las inscripciones que es fácil suponer; los aparatos de luz eléctrica padecen pedrada; y son también más para adivinadas que para referidas otras demasías del género sucio que en los portales suelen cometerse, para desesperación de inquilinos y furor de caseros... En el portal dan los chicos campales batallas á perros, mininos y mures, y en el portal atisban al enamorado que hace señas al balcón de enfrente, á la menegilda que se avista con el húsar, á la beata que cruza pisando blandito y haciendo sonar su rosario, al curial cargado de papelotes que el viento se encargará de dispersar pronto; á cuantos pasan y no piensan en el ojo siempre avizor, en la curiosidad siempre incansable de los pequeños, decididos á empaparse en la realidad que los cerca y que adivinan más de lo que la estudian...

***

Al paso que observan y fisgonean, molestan y acometen, los chicos juegan, riñen y cantan. ¿Con qué juegan los chicos de la calle, que no poseen juguetes? En eso está el toque: habiendo juguetes, cualquiera juega. ¿No es simpleza meterse en un bazar, comprar el sable, la trompeta, el aro, el cubo, los soldados, y después divertirse con lo adquirido? El asunto es gozar y pegar chillidos de alegría y soltar risas sin fin, y saltar y brincar locamente, siendo el instrumento y vehículo de tanta dicha una lata vieja de petróleo, dos astillas de palo, un poco de *piola*, un periódico atrasado ó un *(¡horresco referens!)* ratón difunto. A los chicos les sirve de juguete el charco de agua, el atullo de barro, el montón de cal á medio gramar, las virutas, las barricas vacías, el clavo oxidado y el desfondado cajón. Si encuentran cosas mejores, como cajas de fósforos con estampa, retazos de cartón dorado, una cabeza de muñeca es tropeada, una botella desocupada ó un semanario ilustrado en que abundan los monos, entonces la fiesta es de repique doble.

Escudados por su candorosa desvergüenza, los chicos piden cuanto ven. Si lleváis un ramillete, os demandan una flor; si un cartucho de dulces, quieren su parte; si no lleváis nada, os reclaman tercamente la *perrilla*, el centimillo, desmintiendo su cara de manzana roja y sus ojos chispeantes las lástimas que os cuentan para enterneceros. Y si no les dais, ellos sacan su provecho en miraros y admiraros, en informarse detenidamente de los mínimos pormenores de vuestra indumentaria y vuestra persona; en escuchar lo que habláis, y remedarlo después, burlonamente, celebrando con algazara cualquier frase sorprendida, lo mismo que celebrarían donoso sainete.

***

Hace pocas tardes estábamos en una playa. A nuestro alrededor se formó, como por ensalmo, un corro de chiquillería. Surgían, al parecer, de la arena; salían, garrapateando, de los botes y esquifes varados allí; los arrojaba quizás el mar; no sé; ello es que se juntaron, y nos encerraron en la sortija viviente y bullidora de sus cuerpos, vestidos de percal andrajoso, desteñido, lleno de porquería. La mayor parte de ellos eran criaturas preciosas, rubias, rollizas, saludables, que sólo requerían peine, jabón y estropajo para salir relucientes de belleza y vitalidad, soltando su crasa pátina, la cochambre de su vivir sardinero. A sardina olían, excusado creo decirlo, pues esta sangre roja y bella que cría la orilla del mar, está formada con el saín del plateado pez, con su carne blanca y sabrosa, de acentuado picor. No sin pueril orgullo nos enseñaban sus juguetes, rebuños de algas, conchas vulgares, y un bicho extraño, gelatinoso, que yo no había visto jamás, y que parece hecho de transparente cristal rosa, con vetas de púrpura. Con esto, y puñados de arena, se divertían hasta que nosotros llegamos; pero desde que nos bajamos del coche, comprendieron que éramos más entretenidos aún que las algas y el pingajo de gelatina, y no hubo más remedio que sufrir la proximidad, nada fragante, de aquella pillería de playa.

Se echaron en el suelo para contemplarnos con todo sosiego y calma, y poder fácilmente palpar y examinar la orla de nuestros trajes, el tacón de nuestras botas, la puntilla de nuestras enaguas, el regatón de nuestras sombrillas. En voz muy queda trocaban comentarios acerca de tales particularidades; reían ahogadamente, y silabeaban con una especie de sagrado terror. No se crea, sin embargo, que el arenal es de esos donde en un año no pone nadie el pie. Al contrario, habrá pocos tan concurridos, donde desembarque y embarque con tal frecuencia gente de muy diversas esferas sociales. Pronto la temporada balnearia le animará; incesantemente abordan á él las lanchas. ¿Qué veían en nosotros los chiquillos para asombrarse tanto? Ahí está el quid. Cada persona, ó mejor dicho, cada *señor*, es para los pilletes fuente inagotable de sensaciones, espectáculo de los que no cansan nunca. Y puede ser el *señor* además dispensador de gracias tan preciadas y singulares como una rosquilla, un mendrugo, una moneda de cobre ó un pañuelo de zaraza...

***

Estos niños que se os cuelan debajo de los pies, en los barrios extraviados, en las aldeas comarcanas, en la carretera polvorosa, no son, propiamente hablando, niños menesterosos. En su casa tienen pan —blando ó duro, de trigo ó maíz, pero comestible.— Tampoco van desnudos; algunos hasta revelan la coquetería de las madres en el lacito colorado ó azul puesto en un mechón, á la izquierda de la frente. Lo que no se descubre en ninguno, es huella de refriegue de la tez; lo que falta á estas criaturas es aseo. Muchos ostentan el lazo de cinta sedeña, y van descalzos. Otros, con golpe de entredoses en los delantales, lucen en la faz cada churrete que espanta. Y abandonados, solos, á porfía, se arrojan deliberadamente al paso del automóvil ó del coche, sin perjuicio de que, realizado ya el atropello, la familia salga furiosa, llorosa, trágica, á increpar al cochero y al mecánico. Así viven, robustos y puercos, angelicales y medio bestias, revolcados en cieno y envueltos en tolvanera, inaguantables y chistosos, bravos como espinos, inocentes como palomos, semilla de haraganes y de faeneros, de inútiles zánganos y de míseras abejas. .

¡Oh, la escuela, si fuese como la soñamos! ¡Oh, los campos de juego, del juego escolar; oh, la enseñanza cristiana, moderna, el orden, la luz en esas almas semi-salvajes, vivaces, como la fresa en la fresera y el rosal espino en la mata!

Un desaliento me postra, cada vez que oigo bajo la ventana los corros de niños:

Qué quería usté,
matalile lile lile...

ó escucho, en la carretera: «¡Tralla atrás! ¡Tralla atrás!»

La condesa de Pardo Bazán.

RECONCILIACION, CUENTO DE ENRIQUETA LLOREDA



– Isabel, que sólo nos separe la muerte..., yo te lo suplico ..

Emilio Garándamo medía con paso desigual y nervioso la estancia. Su aspecto exterior revelaba claramente la crisis honda y dolorosa de que su alma era presa.

Aquel hombre en pleno vigor vital, bello, robusto, aparecía demacrado; su barba y cabellera negras yacían descuidadas y surcadas por algunos hilos de plata; el pliegue que de ordinario contraía y ensombrecía su boca y frente, con mueca desdeñosamente escéptica, delatora de prematuros y acerbos amargores, era suplido en aquellos instantes por la ansiedad y el temor.

Por centésima vez se acercó Emilio á la camita, en que, abrasada por alta fiebre, respiraba dificultosamente su hija Lita; un capullito de rosa de cuatro años de edad, de rizos rubios y ojos negros. La niña se revolvía inquieta, febril, palpando con sus calenturientas manecitas el fresco barandaje de la cama. Estrujaba las sábanas, ó bien gritaba pidiendo agua, llamando á la niñera, ó pronunciando palabras entrecortadas, incoherentes.

Seis días hacía que Lita enfermó, y lo que en un principio pareció ligera fiebre gástrica, amenazaba degenerar en grave mal; tanto que el anciano médico rural se declaró exento de toda responsabilidad, caso de sobrevenir la temida y casi inevitable complicación.

Emilio había suplicado en términos apremiantes á un su amigo, doctor de gran renombre, que viniera allí á su casa de las cercanías de Toledo á poner remedio, si aún era tiempo, al mal de su hija. Pero el médico madrileño, que debió haber llegado al medio día, no lo efectuó, y ya era cerca de media noche y sin esperanzas.

¡Y él solo allí con su hija! ¡Impotente para detener el mal! Más impotente aún para salvarla. Y en cada rincón de la alcoba bañada por la luz azulada, tenue de la mariposa; en cada hueco de los balcones; en cada pliegue de los cortinajes, creía ver la Parca, que se reía, con castañeteo de choquezuelas, burlándose de él, esgrimiendo su guadaña, pronta á segar la vida de su hija.

El delirio de Lita era aquella noche un puñal que sentía el pobre padre revolverse en su corazón. La inocente criatura no cesaba de llamar á su madre con desgarrador y desesperante acento.

En uno de los accesos se incorporó en la cama, y sacudiendo la dorada cabecita, que brilló con reflejos áureos, exclamó:

—¡Papá!.. ¡Ven, mi papá..., tú tráeme á mi mamá!.. ¡Yo lo quiero!.. ¡Quiero... ver á mi mamita!.. ¡Que venga pronto!..

Emilio hacía inauditos esfuerzos por calmar á su hija; la besaba, enjugaba el sudor que bañaba su frente, separaba amoroso los ricitos que el sudor apelmazaba en las sienes... Hacía comprender á la pequeña lo imposible que era hacer venir á mamá, por encontrarse ésta haciendo un largo viaje y estar además muy malos los caminos, puesto que era nada menos que invierno... Después cuando hiciese buen tiempo... ya vendría ya... Y añadió tras hondo y doliente suspirar: –«Querida mía, olvida á mamá, duerme tranquila, bebe esta cucharadita de medicina que te doy, y no hables, ¿sabes?»

Los ojos de Lita se abrieron desmesuradamente, brillando las negras pupilas, dilatadas, febricientes; las mejillas, muy rojas, fueron surcadas por llanto que partía el alma, y por entre los resecos labios dejó escapar un gemido, gorjeando débilmente: «¡A mí... no se me olvida mi ma...má!..,» y tomando la pócima dejóse caer en la almohada, lacia, quebrantada, llena de congojas, durmiéndose á poco con sueño inquieto, interrumpido de vez en vez por comprimidos y gimientes suspiros.

Emilio besaba á Lita apasionadamente en la boca, en las manos, en la frente... El desgraciado padre se ahogaba; un nudo le atenazaba la garganta; sentía que le faltaba aire, y martirizado por los recuerdos, devorado por la impaciencia se dirigió al balcón del gabinete, lo abrió y se asomó, dirigiendo la vista al cielo, que estaba tan negro como sus penas, tan cargado de nubes como su pecho. Mas ¡ay! que las nubes que flotaban sobre su cabeza estallarían con cataratas de agua y se aligerarían de peso; pero la nube que abrumadora pesaba sobre su corazón, no estallaría en lágrimas: ¡porque los hombres no lloran! Al menos Emilio entendía que no debían llorar.

Acodado en el barandal escudriñó con la mirada; solamente divisó negruras; mas acostumbradas las pupilas á la obscuridad, columbró las esqueléticas figuras de los árboles, que despojados de hojas crujían macabramente impelidos por el cierzo invernal.

Hacía seis años que Emilio contrajo matrimonio con la ideal rubia Isabel. Días de ventura habían sido los suyos, porque aquel matrimonio lo hizo el amor.

Mas cuando su felicidad era mayor, la duda, los celos, los terribles celos destruyeron de un zarpazo aquel idilio.

La envidia engendró la calumnia. Continuos y mal intencionados anónimos perturbaron la mente de Emilio, que no vió, que no creyó en la inocencia de su esposa.

Isabel tenía un primo de su edad, Carlos. Se amaban fraternalmente, pues durante la infancia estuvieron siempre muy unidos, compartiendo á menudo sus juegos.

Ya mayores, siguieron queriéndose como hermanos, comunicándose entonces sus amoríos, conquistas y ensueños.

Isabel fué siempre una joven juiciosa, pero Carlos salió algo calavera, por cual motivo la primita solíale sermonear.

Carlos fué el instrumento de que se valió la calumnia para mancillar la honra de Isabel.

Y lo que en un principio vió Emilio natural, como era que Carlos acompañase á Isabel algunas veces, puesto en guardia por los anónimos—por esa más cara propia de necios, cobardes ó bandidos.—lo encontró pecaminoso y execrable. Observó. Y en palabras, en gestos, en nimios detalles, creyó notar la falta palpable y efectiva.

El carácter dulce, angelical de Isabel lo conceptuó

hipócrita; sus caricias siempre tan anheladas las recibía con prevención, y aunque ocultaba en lo posible su lucha interior, sorda y cruel, no pudo escapar este cambio á la penetración de Isabel, fina como la de casi todas las mujeres.

Mas la cándida mujer creyó que aquellas frialdades ó rarezas tendrían por origen el abrumador trabajo que pesaba sobre el bufete de su marido; así que redoblaba caricias y atenciones para con él. Emilio, cada vez más exasperado y obcecado por la inquietante y perturbadora duda, sentía como los celos, cual sierpe maligna de fuego, iban paulatinamente enroscándose en todo su ser; iban infiltrándole, despertándole, ansias, sed de sangre... Su cólera estaba pronta á estallar, impetuosa, arrolladora, cuando un incidente precipitó los acontecimientos. ¡Oh! Todavía recordaba horrorizado aquel día, pronto haría un año, en que fué en busca de Isabel á su gabinete, y allí junto á las patitas torneadas del secreter, en el suelo, vió un papelito doblado, que cogió y leyó con avidez. Decía así: «Estoy muy enfermo. Ven sola, prima mía. Debo comunicarte algo muy grave. *Carlos.*»

Emilio dedujo que aquello *grave*, á que aludía el billetito, era que sospecharía que Carlos iba á descubrir su infame traición. Estrujó iracundo el papel, del mismo modo que hubiera estrujado la garganta de los culpables, y con paso precipitado, fuese derecho adonde vivía Carlos.

Allí encontró los *hechos*, pues la cara asustada de ambos, como el que se ve sorprendido infraganti...; el encontrarse encerrados en la alcoba... ¡Que le vinieran á él con argumentaciones! «¡Canallas!», rugió fieramente, y no quiso escuchar á Carlos, que le daba y pedía explicaciones; ni atender á Isabel, que se desmayó.

Loco de furor, y herido en lo más profundo de su ser, regresó á su casa y tomando á Lita, marchóse precipitadamente á su caserío de Toledo, no sin estampar primero en un trozo de papel: «Me llevo á mi hija, porque la que no ha sabido ser buena esposa, tampoco sabrá ser buena madre.»

La vida de Emilio se deslizaba desde aquel episodio triste y desesperada; Lita no olvidaba á su madre, y él no se atrevía á engañarla diciéndole que había muerto. «¡Ojalá hubiera muerto..., ojalá muriese!..» pensaba muchas veces crispando los puños y apretando los dientes.

En aquel su retiro vivía ignorado para todos, menos para su madre, que en párrafos sentidos le decía: «Hijo mío: Isabel es inocente, yo te lo aseguro. El secreto de Carlos era algo que se refería á querer cumplir un deber de conciencia. Tenía un hijo, al cual no quería dejar en el desamparo. Como sabes, está mal con su familia, debido á sus calaveradas, y deseó confiarse en su prima.

»Tu cariño excesivo te cegó á la verdad; las pruebas que tomaste por buenas son falsas. La mayor parte de las veces labramos nuestra desgracia: tú has destruído tu dicha...»

Esto era calificado por Emilio como una *mentira piadosa* de su madre.

Un agudo silbido le estremeció, sacándole súbitamente de la abstracción en que estaba sumido; era un tren de mercancías que pasaba por la cercana estación. Esto recordó á Emilio que el expreso no tardaría en pasar, y como concibiera la esperanza de que acaso el doctor viniera en aquel tren, cerró el balcón y ordenó á uno de los criados que saliera con una linterna á explorar el camino.



El altar de la Virgen,
pintura mural de Juan B. Tiépolo, que se conserva en la iglesia de Santa María del Rosario de Venecia

Lita dormitaba un poco más tranquila. Emilio dió algunos paseos por la alcoba, presa de mortal angustia. Por último se replegó en una butaca, oprimiéndose la frente con las manos, y efecto del cansancio y crisis moral de que era víctima, quedóse aletargado.

Entre tanto Lita abría los ojos á intervalos. Continuaba pensando fijamente en su mamá. Dirigía miradas vagas á su padre, á los muebles, á los cortinajes.

Pasaron unos momentos. De improviso el portier que ocultaba la puerta de acceso se descorrió con suavidad, dejando al descubierto la figura esbelta de una mujer enlutada, cuyo rostro, fino como de figulina, estaba intensamente pálido en aquel instante: era Isabel. La seguía el médico esperado tan impacientemente.

La pequeña miró ávidamente, y sin sorprenderse, como cosa esperada, gritó:

—Mamá..., mamá, ¿por qué has tardado tanto en el viaje?..

Isabel abrazó á su hija en un transporte de cariño rayano en demencia.

Emilio, puesto en pie como impulsado por una corriente eléctrica, consideraba insólito, sobrenatural, lo que veía. Estaba estupefacto. ¿Cómo se había atrevido Isabel á llegar hasta allí?

Indudablemente, la pequeña estaba alucinada y él... estaba sugestionado.

La voz conocida, simpática, de timbre imperativo y vibrante del doctor su amigo trájole á la realidad, y con paso de autómata se aproximó á la cama de la enfermita y oyó como Lita lo llamaba agitando un bracito, en tanto que con el otro oprimía fuertemente el cuello de Isabel.

—Papá..., articuló débilmente la pequeñuela, sujeta á mi mamaíta para que no se marche, ¿oyes? Que no se marche más de viaje...

Y como Emilio no obedeciese á estos requerimientos y permaneciese impasible, ceñudo, sin conmoverse ante las súplicas de Lita, ésta, impaciente, cogió las puntas del pañuelo de seda que tenía anudado al cuello y tiró... Tiró desesperada, amenazando estrangularle, obligándole al fin á inclinarse y juntar su cabeza con la de Isabel, á percibir el hálito de aquella que tanto amó y ahora aborrecía; á escuchar de cerca sus sollozos sofocados y el tictac presuroso de su corazón...

De pronto dejó Isabel de sollozar, se irguió y con entonación segura, entera, firme, estrechando contra su pecho á la hija de sus entrañas, dijo solemne y lentamente:

—Emilio, por la salud de esta inocente criatura yo te juro que ¡jamás!.. ¡jamás! fuí culpable...

Y se quedó mirando á su marido, con la frente alta, la mirada serena, y esperó su fallo.

Él á su vez se estremeció al choque de las pupilas azules, transparentes, claras como la verdad misma. Al fijarse en el rostro de Isabel, marchito y hollado por profundo sufrir, se turbó...

Las manos de Lita buscaron las suyas, y angustiosa, con vocecita temblante, gorjeó la niña:

—Papá..., di tú á mamá... que no se vaya más...

Por toda respuesta, Emilio abrió los brazos estrechando á la madre y á la hija, murmurando con emoción:

—Isabel, que sólo nos separe la muerte..., yo te lo suplico. Y por la salud de nuestra hija, ¡perdóname!

Las lágrimas de los tres se confundieron, porque los hombres, ¡oh!, también lloran á veces.

(Dibujo de Sardá.)



Dar de beber al sediento, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid



El Angelus, fotografía de Manuel Asenjo, de Madrid

VIAJE DE M. FALLIERES

Á LAS CORTES DEL NORTE DE EUROPA

Continuando el relato del viaje del presidente de la República francesa, daremos las notas más salientes del último día de su estancia en la capital de Dinamarca y de su permanencia en Estockolmo.

El día 22 por la mañana recibió á la colonia francesa de Copenhague, visitó el castillo de Rosemborg, museo de los reyes de Dinamarca, y el museo del gran escultor Thorwaldsen, y almorzó con los soberanos en el histórico castillo de Frederiksborg, regresando luego á la capital. Después de haberse despedido de la reina, embarcóse M. Fallieres en la chalupa real, acompañado del rey Cristián VII y de los príncipes, y se dirigió al acorazado *Verité*, que, al poco rato, levó anclas, emprendiendo la ruta de Estockolmo.

El presidente llegó á la capital de Suecia el 24 por la mañana. Gustavo V, con algunos miembros del gobierno y las personas que habían de formar el séquito de M. Fallieres, salió al encuentro de la escuadra francesa y almorzó á bordo del *Verité*. Después del almuerzo, el rey regresó al muelle para recibir oficialmente á su ilustre visitante, que pocos minutos después desembarcaba entre las aclamaciones de la multitud. Llegado al palacio real, el presidente saludó á la reina Victoria Luisa, que le esperaba rodeada de las princesas y en compañía de la cual tomó M. Fallieres el te. Visitó luego la iglesia de Riddarholmen, panteón en donde descansan los reyes y los grandes hombres de Suecia, y por la noche fué obsequiado con un banquete de gala. Ocioso es decir que en aquel acto se cambiaron entre los dos jefes de Estado los discursos de rúbrica afirmando la amistad que une á las naciones sueca y francesa y brindando por la prosperidad de cada una de ellas.



En Copenhague.—El rey Cristián VII presenta á M. Fallieres á los altos dignatarios de la corte. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Al día siguiente efectuóse una excursión al castillo de Gripsholm, preciosa residencia real que constituye una de las maravillas de Suecia. Después del almuerzo, que se sirvió en el gran salón de fiestas, el presidente, el rey, los duques de Sudermania y de Neurice y sus séquitos visitaron detenidamente el castillo, y regresaron á Estockolmo en vapor, atravesando el hermoso lago de Mailán. Por la noche M. Fallieres dió en la legación de Francia una comida en honor de los reyes, á la que asistieron, además de éstos, elevados personajes de la corte y del gobierno. Terminado el banquete, los coros de estudiantes de Estockolmo, que gozan de grande y merecida fama, cantaron algunas antiguas canciones patrióticas suecas, y una flotilla de veinte barcos espléndidamente iluminados desfiló por delante del edificio.

El día 26 M. Fallieres recibió en audiencia á algunos miembros del gobierno sueco y á la colonia francesa, y terminada la recepción, asistió al almuerzo de despedida con que los soberanos le obsequiaron en el palacio real. Por la tarde, acompañado del rey, visitó los principales monumentos de Estockolmo y el magnífico parque del Scaucen, despidiéndose luego de la real familia y embarcándose en el *Cassini* y luego en el *Verité*, que por el poco fondo de la rada se había quedado fuera de ésta.—R.



En Estockolmo.—M. Fallieres despidiéndose del rey Gustavo V y de los príncipes, dignatarios de la corte y miembros del gobierno
(De fotografías de M. Rol y C.ª)

LONDRES.—LOS JUEGOS OLÍMPICOS
LA CARRERA DE MARATHÓN

El día 24 de julio último celebróse la carrera de Marathón, que puso remate á los Juegos Olímpicos londinenses. Era esta la prueba que más interés despertaba, y á presenciarla acudieron al *stadium* más de 100.000 espectadores, aparte del público inmenso que se agolpaba en los alrededores del mismo y en los sitios por donde habían de pasar los corredores. Fué además una prueba emocionante y, al final, eminentemente dramática.

A las cinco y cuarto resonó en el *stadium* un grito formidable; era que entraba en el recinto el primer corredor, el italiano Dorando, quien, demudado, vacilante, cayó al poco rato de penetrar en la pista. Precipitáronse á socorrerle multitud de personas; incorporóse, corrió unos metros más y cayó de nuevo; volvió á levantarse ante las excitaciones de los que le rodeaban y volvió á caer, repitiéndose este doloroso espectáculo cinco veces, hasta que el infeliz se desplomó al parecer exánime.

Resonaron entonces nuevas aclamaciones, saludando al norteamericano Hayes, que á su vez entraba en el *stadium* y que corría á buen paso, aunque visiblemente fatigado. Faltábanle sólo treinta metros para llegar á la meta, y Dorando continuaba tendido en el suelo como un cadáver. Entonces los entrenadores y los árbitros dijéronle al italiano que se acercaba su competidor, y el infeliz, haciendo un esfuerzo sobrehumano, púsose de pie y corrió unos metros, cayendo nuevamente como una masa inerte. La victoria de Hayes parecía segura; pero cuando todo el mundo creía que iba á ganar la carrera, Dorando se levantó maquinalmente y en un supremo y prodigioso arranque salvó los cinco últimos metros que le separaban de la cuerda de llegada y fué recogido, sin sentido, en brazos de los jueces.

Inmediatamente después de él llegó el norteamericano que, extenuado también, se desplomó apenas hubo pasado la meta. El tercero fué el sudafricano Hefferon, único que hasta el fin se mantuvo fuerte y sin aparentes señales de cansancio. Durando había empleado en la carrera (41.500 metros) dos horas, 54 minutos y 36 segundos.

El vencedor, sin embargo, fué descalificado por el jurado á pretexto de que al final de la carrera había sido auxiliado por varias personas, y el premio, en su consecuencia, se ha concedido á Hayes, contra el cual también protestó Hefferon, fundándose en los mismos motivos que habían determinado la descalificación de Durando.

La decisión del Jurado ha merecido grandes censuras, pues la inmensa mayoría del público niega que Durando recibiese auxilios materiales de nadie, y sostiene que si se le acercaron varios individuos culpa es de los organizadores de la carrera, que no supieron hacer que la pista estuviese despejada.

La misma reina Alejandra, comprendiendo la poca equidad del fallo, ha regalado á Durando una magnífica copa de oro que personalmente le entregó en el acto oficial de la distribución final de premios.—S.



Londres.—Los Juegos Olímpicos. La carrera de Marathón.
El italiano DURANDO, primero que llegó á la meta y á quien luego descalificó el Jurado, otorgando el premio al norteamericano HAYES



La carrera de Marathón. Los corredores en la bajada del castillo de Windsor. (De fotografía de Underwood et Underwood, Londres.)



LA PAVERA, cuadro de Francisco Pablo Michetti



PERSEO, cuadro de Kunz Meyer

PARÍS. - LA BODA DE LA SEÑORITA FALLIERES

El día 10 de los corrientes se efectuará la boda de la señorita Fallieres, hija del presidente de la República de Francia, con el Sr. Lanes, secretario general de la presidencia. Este enlace despierta gran interés en París, no sólo por la calidad de los novios, sino también por las muchas simpatías personales de que éstos disfrutan.

El futuro yerno del jefe de Estado francés no es solamente un precioso colaborador de éste, que desde hace mucho tiempo ha podido apreciar debidamente sus méritos, sino que es además un amigo antiguo que, durante veinticinco años, ha seguido su suerte parlamentaria con tanta lealtad como desinterés, sin ambicionar nunca las compensaciones que suelen ser generalmente consecuencia de las posiciones privilegiadas. Oriundo, como M. Fallieres, del departamento de Lot y Garona, el Sr. Lanes fué primero secretario particular de aquél, y cuando el hoy presidente fué nombrado ministro, desempeñó á su lado el cargo de jefe de gabinete en los ministerios del Interior, de Instrucción Pública y de Justicia sucesivamente. Como secretario acompañóle también cuando fué elegido presidente del Senado, y finalmente, al ser elevado á la presidencia de la República, M. Fallieres le confió la dirección del secretariado general del Elíseo, cargo importantísimo en cuyo desempeño ha podido demostrar su gran inteligencia y su perfecta cortesía.

La señorita Fallieres, que por su talento, su bondad y su amable trato se ha conquistado universal aprecio, ha querido que al matrimonio civil acompañe el religioso, ceremonia á la cual han resuelto asistir todos los miembros del gobierno.



La señorita Fallieres, hija del presidente de la República francesa, y su prometido Sr. Lanes (De fotografía de M. Rol y C.ª)

PARÍS. - LA CARRERA NUEVA YORK-PARÍS

El domingo, 26 de julio último, llegó á París el primero de los automóviles que han tomado parte en la carrera organizada por el diario *Le Matin* entre las capitales de los Estados Unidos y de Francia. Dicho automóvil, el *Protos*, es alemán y ha sido conducido durante todo el viaje por el teniente Kœppen, quien, en unión de sus dos compañeros, fué calurosamente aplaudido por el público al apearse delante de la redacción del citado periódico.

Durante la carrera, hubo de reconocerse la imposibilidad de atravesar la península de Alaska y el estrecho de Behring, en vista de lo cual los concurrentes desistieron de su empresa, excepto sólo el americano Roberts y el teniente Kœppen, á quien el emperador ordenó terminantemente que prosiguiese el viaje, costase lo que costase.

Los dos campeones llegaron por mar á Vladivostock y desde allí continuaron la carrera al través de Siberia, Rusia y Alemania.

El teniente Kœppen efectuó ya el año pasado el difícil y penoso *raid* Pekín-París.

La carrera Nueva York-París comenzó el día 13 de febrero, según dijimos en el número 1.366 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, de suerte que el viaje del vencedor ha durado ciento sesenta y cinco días.

LA TELEGRAFÍA SIN HILOS EN EL PERÚ

El trascendental invento del célebre Marconi propágase rápidamente en todo el mundo y con profusión pasmosa instálanse cada día nuevas estaciones destinadas á transmitir al través del aire el pensamiento humano y que establecen lazos de comunicación constante hasta con los grandes transatlánticos que hasta poco tiempo ha cruzaban los mares en absoluto aislamiento.

La telegrafía sin hilos es indudablemete la invención más maravillosa de nuestros tiempos y es asimismo una de las que pueden reportar mayor utilidad práctica; de aquí el desarrollo que ha adquirido aun en los más apartados lugares.

La estación que el adjunto grabado reproduce ha sido inaugurada en junio último en Iquitos, capital de la provincia del Bajo Amazonas (Perú), para comunicar esa ciudad con Lima, distante de ella 400 leguas.

La fotografía reproducida nos ha sido enviada desde Iquitos por el Sr. Mosquera, á quien damos las gracias por su atención.

Iquitos (Perú).—Estación de telegrafía sin hilos recientemente inaugurada. (De fotografía.)



París.—Carrera Nueva York-París. Llegada del automóvil «Protos» guiado por el teniente alemán Koeppen. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro del Tívoli *Las bribonas*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Viérgol y Calleja, música del maestro Torregrossa; y en el teatro Nuevo *Mayo florido*, zarzuela en un acto, letra de los Sres. Paso y Abati, música del maestro Lleó.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 502, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1904.

NEGRAS (9 piezas)

BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 501, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. g 3 - g 4	1. T c 3 × h 3
2. A e 1 - g 3	2. C h 5 × g 3 jaque
3. A c 2 - h 7 mate.	

VARIANTES.

1...... T g 5 - f 5; 2. A c 2 - d 3 jaq., etc.
T g 5 × e 5; 2. C d 5 × c 3 jaq., etc.
T c 3 - e 3; 2. D h 3 × e 3 jaq., etc.
C h 5 - g 3; 2. C d 5 - f 4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. A c 2 - d 3 jaq , ó C d 5 × c 3 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



... y un pedazo de clavo lleno de herrumbre que encontró al hacer la limpieza...

Zoe aguardó con impaciencia la contestación del emisario. El arte con que el Sr. Kirileff iba preparando el desenlace despertaba sus aficiones críticas. Considerándolo desde el punto de vista literario, hubiera aplaudido de buena gana la descarada mentira con que respondió á lo manifestado por Irene.

—Permítame, señora, que le diga que esas cosas se traslucen siempre de un modo ó de otro. Si nosotros conocíamos sus intentos, hablo de la institución que tengo la honra de representar, y velábamos por su seguridad, sin que supiera usted que los conocía también el conspirador Panagiotis, ¿qué de particular tiene que estuviesen enterados del mismo modo esos dos instrumentos suyos?

—Pues si usted velaba por mi seguridad, lo único que puedo decirle es que sus medidas han dejado mucho que desear, contestó Irene con viveza. Tengo que decirle además que acaba usted de aplicar un calificativo muy ofensivo á un caballero y á una señorita á quienes á consecuencia de los sucesos del mes pasado me veo obligada á mirar con la mayor consideración del mundo.

—Lo siento muchísimo, señora, y hubiera deseado vivamente que se hubieran declarado á usted, pues de este modo no me vería yo ahora en la triste precisión de demostrarle que valen muy poco. Son los cómplices del gran conspirador Panagiotis en el asunto de privarla de los derechos que le legaron sus imperiales antecesores.

—Pero estoy viendo, caballero, que usted no dice más que desatinos, cosas enigmáticas que no tienen pies ni cabeza.

—Sí, señora, le parecerán á usted desatinos; pero si preguntase usted á ese hombre y á esa mujer (y con el dedo acusador señaló á Mauricio y á Zoe, que hacían grandes esfuerzos por comprender lo que decía el otro en francés, porque hablaba muy de prisa), le contestarían que su verdadero apellido no es Smith, sino Teffany, y que son descendientes del hermano mayor del antecesor de usted, de León, hijo del emperador Juan Theophanis.

—¡No diga usted un absurdo semejante!, exclamó Irene indignada.

—Ha ido usted, señora, á buscar precisamente la única palabra que cuadra á la presente situación. Es un absurdo, sí, señora; pero permítame usted que continúe un momento más. Fueron educados por su abuelo, un propietario muy respetable llamado Smith, quien entrado ya en años se imaginó que era descendiente del último emperador cristiano. Esa alucinación hubiera muerto indudablemente con él sin ninguna clase de consecuencias; pero desgraciadamente llegó á oídos de esa tea incendiaria que se llama Panagiotis, en uno de sus viajes á Inglaterra en busca de partidarios que le secundaran en su propaganda demoledora. El ilustre padre de usted no quiso dar oídos á nada de esto, porque prefería esperar, en digna pasividad, los resultados de la diplomacia de su augusto amigo, el emperador de Escitia, á ponerse á la cabeza de una conspiración revolucionaria. Viendo entonces que sus proyectos no tenían razón de ser, se encontró Panagiotis de la noche á la mañana con el medio de proseguir sus planes y de vengarse á la vez de la hija del padre de usted. Su objeto es presentar un heredero mucho más directo. Ahora podrá usted fijarse, señora, en la marcha que han llevado los sucesos. Su irreflexiva determinación de emprender de pronto una peregrinación á los santuarios que están más íntimamente enlazados con las devociones de su familia, la ha puesto á merced de la conspiración tan hábilmente urdida, que ni aun nosotros, que secretamente velamos por usted, cono-

cemos en este momento hasta dónde llega su alcance. El diabólico Panagiotis vió que había llegado el momento de obrar, y dió instrucciones á sus instrumentos para que por medios arteros se relacionaran con usted y lograran su confianza.

—Está usted engañado, caballero, dijo Irene haciendo un supremo esfuerzo lleno de dignidad. Fuí yo precisamente quien buscó á la señorita Smith.

—Perfectamente, señora; yo siento en el alma el verme en la necesidad de tener que indicarle que esa reserva aparente que demostraban no era otra cosa que el medio de que se valían para picar la curiosidad de una señorita que acababa de emanciparse de las cortapisas que le imponía su alcurnia, y á quien podían creer llena de inocente curiosidad por enterarse de quiénes eran sus opulentos compañeros de viaje.

El rostro de Irene se tornó en aquel momento del color de la púrpura, y Zoe no pudo por menos de sonreirse al recordar cómo había sido su primera entrevista.

—La estratagema surtió su efecto correspondiente, siguió diciendo el emisario. Al cruzar la frontera rumí, los conspiradores, en unión de otro cómplice que se hace pasar por oficial del ejército inglés, se habían ya apoderado de la confianza de S. A. R. Lo digo con toda lealtad; á no haber ocurrido la catástrofe del puente, que no puedo por menos de creer que fué providencial, porque gracias á Dios no tengo nada de ateo, no sé lo que hubiera ocurrido. No podré decir si la habrían dejado llegar viva á Therma ó no. El aspecto vulgar é inofensivo de sus acompañantes fué precisamente la causa de que no infundieran sospechas, y dudo mucho que mis agentes hubieran podido conocer á tiempo su verdadero carácter. Pero si hubiera usted llegado á Therma y hubiera aceptado la falaz hospitalidad de Panagiotis, yendo á su quinta de recreo, no puede caber la menor duda de que no hubiera usted vuelto á salir de allí con vida, ó por lo menos no hubiera usted quedado nunca en libertad, por ser usted un gran obstáculo para sus planes. Sus proyectos no los puede realizar nada mas que con la muerte de usted, ó con la alternativa, muy degradante por cierto, como princesa y como mujer, tanto, que yo no me atrevo más que á indicárselo á usted.

—Oye, Zoe, interrumpió Mauricio al tropezar su mirada con la de Irene, que sintiéndose ya desfallecida de vergüenza, buscaba en vano donde fijar la vista y al verle cambió de color. ¿Qué está diciendo ese bribón? Dile que hable inglés, y si no lo sabe, que te deje traducir sus palabras. No sé de lo que trata, pero lo que sí sé es que está haciendo sufrir mucho á Irene.

—Dice que somos unos impostores y que nos hicimos amigos de Irene en el camino á fin de llevarla engañada á casa del profesor, para matarla allí, dijo Zoe sucintamente.

—¡Qué disparate! ¿Cómo puede usted oir con calma todos esos desatinos, Irene? Creo que nos conoce ya demasiado para dar crédito á lo que le está diciendo ese hombre. Zoe y yo se lo explicaremos todo en cinco minutos, si quiere que nos veamos en cualquier sitio donde no esté ese sujeto, que me parece que se está ocupando de cosas que maldito lo que le importan.

No hablo inglés, dijo con mucha suavidad el Sr. Kirileff, y también con mucha facilidad, según comprobó luego Zoe; pero me parece que ese joven se equivoca respecto al grado de confianza con que me honra usted, señora. Ha de saber que ya no está usted sola, que tiene usted quien la proteja, porque el escudo de Escitia se ha interpuesto entre la real persona de usted y los malvados designios de sus enemigos. No puedo menos de admirar como se merece el medio á que ha recurrido la Providencia, valiéndose del crimen atroz de los bandidos para preservarla del inminente peligro que amenazaba su vida y tranquilidad. El impostor no se atrevió á presentarse bajo su verdadero carácter, porque sabía perfectamente el amor que los bandidos tienen, aunque mal puesto, á la idea eslava y exharquista; la necesidad de conservar la confianza de usted les obligó á tratarla con circunspección y respeto. Después de haber pagado el rescate y de hallarse usted otra vez á merced suya, hubiera vuelto usted á estar en gran peligro, peligro que he tenido la suerte de disipar trayéndola aquí. Mis medidas han sido atropelladas; confieso que han sido hasta violentas; pero después de todo comprendo que no podía elegir otras, y estoy muy satisfecho al ver que han dado resultado.

—Su adhesión, caballero, merece mi más profunda gratitud, dijo Irene sacando fuerzas de flaqueza. No siento tener que confesar que sus revelaciones me dejan confundida y anonadada. Tanta traición, tanto engaño, donde únicamente creía ver lealtad y respeto, me parecen verdaderamente cosas increíbles. Ese descarado ataque a mis derechos... Pero diga usted, ¿qué conducta voy á seguir sobre ese particular?

En mi opinión, señora, y si es que puedo decirlo respetuosamente, creo que deben tenerla en cuenta mis superiores, no hay lugar más á propósito para detener á los culpables que este mismo. La manera más humanitaria, así como la más conveniente, de poder apreciar lo que ocurre, es suponer que padecen de una manía hereditaria; pero no es posible dejar que anden divulgando por el mundo sus locas alucinaciones. Hemos de conseguir de cada uno de ellos que confiese su impostura, que confiese las negociaciones habidas para que entraran en la conjura, así como los motivos que tuvieron para buscar su amistad; todo esto es indispensable y tienen que declararlo forzosamente. Hasta que firmen esa declaración pueden quedarse aquí encerrados, vigilados por los buenos monjes, sin que nadie se escandalice de nada de esto, por ser una cosa muy natural y justa á la vez.

—Sí, me parece muy buena idea, dijo Irene. Dígame, añadió con dureza volviéndose hacia Mauricio, ¿está usted dispuesto (ahora ya no le tuteaba) á firmar una declaración confesando la impostura de que se ha hecho culpable y pidiéndome perdón por la traición?

—No firmaré nada que no sea cierto, contestó Mauricio. No traigo conmigo todos mis documentos de familia; los tengo guardados en casa. Tan verdad es que descendemos del hijo mayor de Juan Theophanis, como lo es que usted desciende del más joven.

Irene irguió la cabeza desdeñosamente.

—Esa comparación demuestra claramente el estado lamentable en que se encuentra su cabeza, dijo. Es indudable que usted sufre de alucinaciones; será una buena obra de caridad el tenerle bien sosegado hasta tanto que hayan desaparecido por completo.

—Muy bien dicho. En ese caso puede usted contar al primer cónsul inglés que encuentre su proyecto caritativo, y ya verá usted lo que le contesta.

—El cónsul inglés no diría nada, dijo ella con viveza. Olvida usted sin duda que al alegar que por sus venas corre sangre griega, renuncia deliberadamente á la nacionalidad inglesa y viene usted á ponerse entre mis súbditos, sí, señor, se pone usted entre los míos.

—Siento muchísimo tener que discutir de lo que usted piensa; pero tengo la persuasión, por otro lado, de que cuando usted medite un poco sobre el particular, verá que sucede precisamente todo lo contrario de lo que ahora supone.

—¡Esto es ya demasiado!, exclamó Irene levantándose de su asiento. ¿Por qué he de sufrir que se me insulte, que se me arroje el guante á la cara? ¡Y que esto lo haga precisamente la persona en quien había depositado toda mi confianza!

—Tranquilícese usted, señora, dijo el Sr. Kirileff aprovechando la ocasión para intercalar una juiciosa reflexión. Todos sus amigos han de deplorar seguramente que su impaciencia por sacudir todo yugo y su afición á todo lo extraordinario, la hayan traído á esta situación; pero no dejaremos que luche usted sola. Las instrucciones que traigo son que le pregunte qué planes tiene formados para el porvenir.

—Sí, señor; por el momento irme á cualquier parte, con tal de salir de aquí cuanto antes.

Y al decir esto se dejó caer otra vez en el diván.

-Supongo, dijo el Sr. Kirileff en tono algo severo, que S. A. R. no se hará la ilusión de creer que va á ser recibida en la corte como antes, por lo menos hasta que no se haya olvidado algo el escándalo producido por la excentricidad de su conducta. ¿No le agradaría quedarse aquí?

Irene se estremeció al oir esto.

—¿Aquí? No, señor, no: detesto ya hasta las piedras; necesito ir á una ciudad cuanto antes. Mi salud, mis nervios, todo mi cuerpo ha sufrido muchísimo con las penas y angustias de este mes que ha pasado, y sobre todo con este último desengaño. Necesito además asistencia facultativa y criadas que me sirvan constantemente.

—Sí, verdaderamente ha sufrido usted mucho, y comprendo lo que le pasa ahora. Al venir aquí, la señora Ladoguin, la esposa de nuestro cónsul general en Therma, me rogó la manifestase que podía usted disponer de su casa y de sus servicios por todo el tiempo que le convenga. Es una mujer encantadora y muy instruída; su compañía le servirá de consuelo y de distracción al mismo tiempo.

—Está bien, dijo Irene levantándose de su asiento. No me atrevo á hacer proyectos para el porvenir, sobre todo después de lo que me ha sucedido hoy. Dispénseme usted, caballero, si le dejo. No puedo resistir mas.

—Siento muchísimo, señora, haber sido la causa de que haya tenido este disgusto, dijo el Sr. Kirileff, que la acompañó hasta la puerta y notó la mirada fría y desdeñosa que dirigió á Mauricio al pasar por su lado.

Volvió luego á su asiento, cambiando de pronto de maneras, y los monjes se adelantaron para oir lo que iba á decir.

—No quiero perder mucho tiempo ocupándome de ustedes, dijo con desprecio á Mauricio y á Zoe. Ya saben ahora por qué se hallan aquí y lo que tienen que hacer para lograr su libertad. Hasta que lo hagan pueden tener la seguridad que estarán cuidadosamente encerrados. Tengan bien entendido que ya no son huéspedes, sino prisioneros. No tenemos intención de proporcionar á gente intrigante, como son ustedes, las comodidades de un hotel de primer orden. Haga usted que le metan en uno de los calabozos del monasterio, añadió en tono autoritario dirigiéndose al padre Atanasio, y á ella en una de las celdas peores destinadas para las mujeres que vienen en peregrinación.

—¡Pero si hace siglos que no se ocupan los calabozos!, protestó diciendo el monje en mal francés.

—No importa; haga usted preparar uno para el preso. Si hay ratas, tanto mejor. No hay necesidad de emplear amenazas, siguió diciéndole á Mauricio. Su propio criterio, por más que sea usted un inglés de cráneo duro, le hará ver lo que más le conviene. Aquí están ustedes y aquí estarán hasta que escriban y firmen la declaración cuyo borrador les dejaré antes de marcharme. Nadie sabe dónde están ustedes, ni á nadie se le ocurrirá venir á buscarles á un sitio como este. Su alteza real no es vengativa, pero no permite que se juegue con sus derechos, amparados por Escitia. También tengo que decirles que su cómplice, el falso oficial inglés, está á punto de dejar á Ematia, so pretexto de que le llaman á otra parte sus deberes militares.

—Ese hombre no conoce á Wylie, ¿no es verdad, Zoe?, dijo Mauricio al quedarse un momento solo con su hermana, mientras el Sr. Kirileff hablaba con el abad.

El padre Atanasio había ido á dar la orden para que limpiaran el calabozo.

—De fijo que no lo conoce. Ves, Mauricio, ¿crees ahora lo que te dije de Irene? Ya sabía yo cómo se iba á portar con nosotros.

—Eso ha sido un arranque del momento, dijo Mauricio sin inmutarse. Cuando recobre la serenidad y no tenga delante á ese hombre que le hace tantas insinuaciones rastreras, recordará cuanto ha pasado entre nosotros y comprenderá en el acto que no podíamos tener interés en perjudicarla. Era muy natural que las noticias que le ha dado ese hombre le habían de causar una gran impresión, pero mucho lo ha de sentir cuando se percate de todas las cosas que ha dicho.

—Mira, Mauricio, yo no sé como tú eres; creo que te tenderías en el suelo y dejarías con gusto que te pisoteara Irene. Sí, esa..., pero no, no quiero decir nada.

—Sí, ya sé que para ti es muy duro todo esto que nos piden, dijo Mauricio. Por eso, créeme, quisiera que hasta cierto punto nos disociáramos.

—Eso nunca; no abandonaré jamás tu causa, aunque sea tanto mía como tuya. No, continuaremos siempre unidos, aunque se declaren en contra nuestra todas las Irenes del mundo. Me dedicaré desde luego á escribir una novela, que será toda ella fruto de mi ingenio. Hasta ahora no he tenido nunca tiempo para ponerme á trabajar sin que nadie en absoluto viniera á molestarme. Y mientras yo escribo tú madurarás un plan para el gobierno de Ematia. Sí, querido hermano, ten ánimo y no desesperes.

Al decir esto último asomaron las lágrimas á los ojos de Zoe, y su voz, que quería ser alegre, principió á temblar. Mauricio le dió entonces un golpecito cariñoso en la espalda para tranquilizarla.

—Muy bien, Zoe. Ten la seguridad de que el padre Atanasio me cuidará bien. No te aflijas, mujer, que ya verás como Wylie no tarda mucho en presentarse por aquí; ten confianza en él y no pienses tan mal de Irene.

—¡Siempre Irene!

Y al decir esto Zoe dió con el pie en el suelo, al tiempo que se llevaban á Mauricio, quien se volvió y le saludó con la cabeza alegremente.

A ella le pasó en aquel momento por la cabeza una idea muy extraña.

«¿Será posible?—se preguntaba.—¿Se lo diré á Mauricio? No, sería mucho peor para él si luego no resultara cierto. Quisiera, por él, que fuera verdad, y

después de todo, también por ella y por mí. Pero no creo que pudiera hacerlo.»

XVIII

GRANDES EMBUSTES

A Zoe le pareció que á pesar de llamar calabozo al encierro de Mauricio y celda al suyo, el cambio de situación resultaba mucho más penoso para ella que para él. Su nueva habitación era muy pequeña, muy sucia, enteramente desamueblada y casi sin luz, porque no había más que una pequeña abertura enrejada junto al techo, que no se le podía llamar ventana por la poca claridad que entraba por ella y por sus escasas dimensiones. Y además Mauricio tenía al padre Atanasio, que le atendía y se cuidaba de él con gusto, mientras que la vieja que servía á Zoe de carcelera parecía que realmente disfrutaba con sus sufrimientos. Su actitud era ya de por sí muy provocativa; pero Zoe se mantuvo firme, y á la media hora de entrar en su nuevo alojamiento le obligó á que le trajera una escoba, la manta y demás efectos suyos que se habían quedado en la habitación que ocupaba antes en compañía de Irene. Después de quitar el polvo secular de las paredes y techo de la celda, resultó más clara que antes; y con la faena de la limpieza y de tender la manta sobre el banco de piedra y formar una almohada con la demás ropa, se le fué pasando poco á poco la indignación é incomodo que sentía contra Irene, pudiendo entonces fijar el pensamiento en otras cosas que le halagaban mucho.

No eran palabras ociosas las que había dirigido á Mauricio, ni se las había dicho tampoco con el único objeto de consolarlo. La idea de escribir una novela se le había ocurrido de verdad, y no podría descansar ni quedar tranquila un momento hasta que no principiara á trabajar en ella, porque en todo el mes últimamente transcurrido había estado fuera de su medio ambiente y apartada de sus habituales ocupaciones. Sentía que iba á ser una obra maestra, latiéndole ya el corazón con el extraño latir que siempre le causaba el idear algún asunto nuevo. ¡Ah, se decía, si tuviera sus cuadernos en blanco! Pero ya que no veía el medio de tenerlos, pensaría allí á solas con mucho más detenimiento, pensaría con regla y compás, á fin de poder escribir de memoria la novela en cuanto se viera en libertad.

Las paredes de la celda estaban blanqueadas de yeso, y un pedazo de clavo lleno de herrumbre que encontró al hacer la limpieza, pensó que le podía muy bien servir de punzón. La gran excitación de la mañana formaba marcado contraste con la tranquilidad de la tarde, pues la pasó muy á gusto entretenida en bosquejar los capítulos de su obra, lo que hizo nacer en el ánimo de su carcelera terribles sospechas, porque se imaginó que aquellos signos misteriosos trazados en la pared debían de ser por fuerza alguna especie de conjuro dirigido contra la prosperidad y bienestar del monasterio.

A la mañana siguiente se puso de nuevo á trabajar con entusiasmo en cuanto terminó la limpieza de su habitación, y no pudo disimular su impaciencia cuando al poco rato entró su guardiana diciéndole que la siguiera. «Sígueme pronto, niña,» fué lo único que entendió, porque nunca podía comprender bien lo que le decía su carcelera, como la llamaba Mauricio. Salió detrás de ella, bajando los viejos escalones carcomidos por la acción del tiempo, y encontró en el patio á Irene acompañada del Sr. Kirileff; su novela no la tenía tan preocupada que la impidiera reparar con placer que Irene estaba muy pálida y disgustada. El Sr. Kirileff fué el que dirigió la palabra á Zoe, después de recibir el permiso de Irene, que se lo dió con un gesto imperioso.

—Su Alteza Real, dijo, se empeña aún en salvarla del castigo merecido por la terquedad de su hermano. Si quiere usted firmar la declaración que he redactado, se le permitirá que la acompañe hasta Therma, y por efecto de su gran bondad procurará ella, una vez allí, que le proporcionen los medios de llegar hasta su casa.

—Muchas gracias; prefiero quedarme aquí, contestó Zoe con sequedad. No puede usted imaginarse el gran favor que me hacen deteniéndome donde nadie venga á visitarme. Hasta ahora no he tenido un momento ocioso, y aún me queda labor para algún tiempo.

El Sr. Kirileff no trató de ocultar su asombro, é Irene intervino diciendo, con el tono lánguido del que está cansado de hablar de un mismo asunto:

—Me da usted compasión, porque sé que su imaginación exaltada la hace tomar por realidades las más disparatadas visiones. A su hermano no me atrevo á decirle nada, porque no tiene la misma disculpa. Si fué usted la que inventó esa impostura y le indujo á tomar parte en ella, le aconsejo que deshaga el daño ahora que está usted á tiempo, y no lleve por mal camino á un joven que por otra parte es muy digno de estimación. El buen padre Atanasio le llevará cualquier recado que quiera usted mandarle para que se someta, pero no se lo llevará si fuera de otro tenor.

—Siento que se haya tomado esa molestia, porque no hay necesidad de mandar á mi hermano ningún recado, dijo Zoe. Cuando haya tenido usted tiempo de pensarlo maduramente y se dé cuenta de lo que ha hecho, entonces seré yo la que le tendré lástima, Irene.

—Me parece que no hay necesidad de que prolonguemos más esta entrevista, dijo Irene al señor Kirileff.

Y volviéndose después á Zoe añadió:

—No es fácil que volvamos á vernos; pero si cambia usted de modo de pensar tendré sumo placer en concederle mi protección.

Zoe se volvió muy furiosa á su celda y pasó algún tiempo antes de poder recobrar la tranquilidad necesaria para proseguir su obra; entre tanto Irene fué á prepararse para emprender su viaje á Therma en compañía del Sr. Kirileff, que tenía caballos, tiendas de campaña y criados que esperaban al pie de la montaña y una moza que habían contratado en el pueblo inmediato para que sirviera á Irene por el camino. La trataban con la mayor deferencia, consultándola siempre la hora en que habían de hacer alto ó debían volver á emprender la marcha; pero á pesar de esto la tenía sujeta a una continua vigilancia.

Dentro de la tienda no la perdía de vista la criada, fuera seguían todos sus pasos dos *cavasses* y en las marchas el Sr. Kirileff la acompañaba cabalgando detrás, siempre á la distancia exacta de rigor y con la atención fija en ella ó en el camino. Él procuraba siempre que la conversación recayera en Mauricio y en Zoe ó en sus aventuras mientras estuvo en poder de los bandoleros; pero las manifestaciones de ella daban muy poca luz. Decían tan poco que no era posible formar ninguna conclusión precisa, ni tampoco podía conjeturarse nada. Sintiendo á la vez resentimiento y satisfacción, la dejó el Sr. Kirileff por último al cuidado de la señora Ladoguin, á quien comunicó á solas sus últimas instrucciones.

—Desearé que tenga usted más suerte con nuestra encantadora princesa que la que yo he tenido, le dijo. Ya no me admira que pudiera fraguar su fuga de Escitia y llevarla á cabo del modo que lo hizo.

—No le extrañe á usted, contestó la señora Ladoguin; después de sus recientes aventuras, no era de esperar que fuera á depositar su confianza en persona tan joven y amable como usted. ¿Se lo había usted imaginado?, preguntó sonriéndose. Verdad es que tratándose de una mujer como ella que conoce el mundo, la cuestión es muy diferente.

—Si hay alguien en la tierra que pueda conquistar su confianza, es sin duda Clariclea Feodorovna, dijo el Sr. Kirileff con todas las apariencias de una profunda convicción.

Y añadió á continuación:

—¡Ojalá lo consiga!

—¿Cómo?

La nota de súbita alarma que vibró en la voz de la señora, indicó que presentía algún peligro.

—¿Cree usted que siente alguna simpatía por el impostor?

—En la actualidad, ninguna; pero tratándose de una mujer, siempre es de temer un cambio de modo de pensar. Hay algo en el joven Smith que desorienta por completo. A un individuo de cualquier otra nación á quien se probara que había cometido una vil traición en presencia de una dama cuya buena opinión ha de tener en mucho, hubiera protestado, hubiera rogado y afirmado que era inocente. Pero ese impertérrito inglés ni tan siquiera se ha tomado la molestia de aducir la más mínima disculpa. Se contenta con afirmar que está en su derecho y lo dice de un modo que implica lo muy poco que le importa que ella le crea ó no; la pone fuera de sí insistiendo en afirmar la legitimidad de sus pretensiones. Hay algo que choca mucho en esa ingenuidad salvaje.

—Verdaderamente es muy raro todo eso, dijo la señora Ladoguin. ¿Pero cree usted que ha causado alguna impresión en ella ó que se la podrá causar más tarde?, preguntó á continuación.

—En usted confío y de usted depende que no suceda tal cosa. Confieso que hubo momentos en que me asusté mucho. Me pareció haber visto en su semblante cierta satisfacción cuando por primera vez le expliqué la verdadera índole del complot de que había sido víctima. Pero se disipó pronto, en cuanto le indiqué los sórdidos móviles y el nacimiento burgués de los conspiradores. Ella hubiera preferido mil veces que su rival fuera un aldeano en vez de ser un joven decente de la clase media.

—Yo creía que esos Teffany, quiero decir esos Smith, pertenecían á la pequeña nobleza, á eso que los ingleses llaman *gentry*, dijo la señora Ladoguin.

El Sr. Kirileff se sonrió al oir esto de un modo muy significativo.

—Esa es una idea que la suplico olvide por completo lo antes posible. Para la princesa no conviene que sean otra cosa que unos labradores acomodados. Ya se lo recalqué bien cuando le hice ver que si hubiera llegado á caer en manos de Panagiotis, le hubieran propuesto que se casara con el joven Smith si quería conservar la vida.

—Me ha preparado usted bien el terreno, Boris Constantinovitch. ¿Y demostró ella repulsión?

—Demostró más que repulsión; demostró una gran pena. Y por eso el inocentón del Sr. Smith preguntó muy incomodado qué podía yo haberla dicho para disgustarla y afligirla tanto.

—¡Ah! Esos incidentes inesperados destruyen el efecto de las comedias mejor representadas. ¡Pero ese joven es verdaderamente inaguantable!

Luego añadió con repentina viveza:

—Supongo que no habrá usted dejado de indicar á la princesa que en caso de volver á fugarse se vería Escitia en la precisión de abandonar sus pretensiones y proteger las de otro pretendiente. Eso la suavizaría mucho.

—¡Usted me asusta, señora!, exclamó el Sr. Kirileff. ¿No comprende usted que el único asidero que tenemos para conseguir dominarla, estriba en mantenerla en la creencia de que sus derechos son los únicos que merecen tenerse en cuenta? La más simple indicación de que ese joven pudiera tener de su parte un asomo de razón, sería lo bastante para echarlo todo á perder. Se vendría abajo en un momento la barrera de repulsión que con tanto trabajo he levantado; creería ella ser la usurpadora y no él, y aun cuando continuáramos apoyándola, desaparecería por completo la energía moral que le da la convicción profunda de la legitimidad de su derecho.

—Lo comprendo perfectamente, respondió muy despacio la señora Ladoguin. Francamente, me extraña mucho que siendo esa la situación, la haya usted traído aquí. No quiero decir con esto que no la vigilaré yo cuanto pueda; pero en una ciudad como esta hay muchas probabilidades de que ocurra algo malo. Panagiotis está aquí cerca, y á ese capitán Wylie le tengo yo mucho miedo. Desde que le jugaron la mala pasada de hacerle pagar el rescate sin poner en libertad á sus amigos, no deja á nadie en paz. El cuerpo consular está ya tan harto de él como lo están las mismas autoridades, y ahora ha recurrido al embajador en Czarigrad. En cuanto se entere de que la princesa está en casa, puede usted tener por seguro que deseará verla para que le diga dónde están los Smith, y acaso logre convencerla de que las pretensiones de ellos son las legítimas.

—No tiene que verla, contestó él al momento. ¿Pero cree usted que yo se la hubiera entregado si no tuviera en usted entera confianza? Usted ha de componérselas de modo que no sepan nada el uno del otro. El médico recetará á la princesa mucha quietud y tranquilidad, le encargará que no reciba más que á los amigos íntimos de usted, nunca á los extraños; ¿me comprende usted ahora? Su hermano de usted podrá tenerla al corriente de lo que haga el capitán Wylie, y mientras éste se halle en la ciudad no debe usted ir á ningún sitio donde haya probabilidades de encontrarse con él, y ha de tener usted especial cuidado de que no se sepa por medio de las criadas adónde piensa usted ir á pasear en coche. No creo que él se atreva á entrar violentamente en el consulado; pero en caso de atreverse no dudo de que su marido de usted rechazaría la fuerza con la fuerza; la opinión pública estaría entonces de su parte. Y si valiéndose de alguna estratagema lograra entrar, yo tengo la seguridad de que usted sabría cómo habría de tratarle.

—Por esa parte puede usted estar tranquilo. Lo que yo temo es el escándalo y las importunidades. No puede usted formarse una idea de lo terco que es ese hombre.

—Lo comprendo perfectamente. Veo que es un gran inconveniente que la princesa tenga que detenerse en Therma. ¿Pero qué vamos á hacer? Muy bueno es que se publique que el motivo de su marcha fué para cumplir una promesa; pero en el círculo de la corte todo el mundo sabe la verdad de lo sucedido, y no hay que esperar por lo tanto que se la reciba allí como si nada hubiera pasado. Sus Majestades Imperiales están sumamente enojadas.

(Se continuará.)

LA DEFENSA DE LOS BISONTES EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el número 1.210 de La Ilustración Artística publicamos un artículo de Enrique Varigny, en el que se explicaba cómo se han efectuado en América las grandes matanzas de bisontes, algunos millones de los cuales fueron exterminados en el corto período de cuatro años (1871 á 1875). También en Europa ha sido perseguido con gran saña por los cazadores, resultando de todo ello que así en el continente americano como en el europeo, la raza de los bisontes estuvo seriamente amenazada de una total extinción y hubo momentos en que casi pudo darse por totalmente desaparecida esa especie de rumiantes, que es uno de los testigos de los primeros pasos y de las primeras vacilaciones del hombre en la tierra.

Bien es verdad que así en América como en Europa se habían adoptado algunas prudentes medidas de protección, encaminadas á conservar por el mayor tiempo posible los últimos restos de los inmensos rebaños primitivos: en unas partes los aficionados ricos, y en otras, como en Lithuania, los gobiernos habíanse dedicado á esa obra de grandísima utilidad, y aun se habían llevado á cabo, con excelente resultado, cruzamientos de bisontes con vacas; pero todas esas tentativas nada resolvían en definitiva y no eran más que paliativos destinados á lo sumo á retardar, pero en manera alguna á impedir el desenlace normal de un caso desesperado, desenlace que todo el mundo consideraba fatal é inevitable.

Ahora bien; á pesar de tan tristes pronósticos, ¿nos hallaremos al presente, por fortuna, en un período de crisis favorable en la historia del bisonte? Ciertas noticias recientes que de América nos llegan, parecen autorizar esa suposición y alentar esa esperanza, puesto que nos anuncian que se está realizando un ensayo serio, no solamente de conservación, sino, además, de regeneración del bisonte.

Preciso es confesar, por otra parte, que el amor propio de los americanos estaba en cierto modo interesado en esa obra de resurrección á fin de hacerse perdonar la manera brutal con que en el período de diez años á lo sumo (1870 1880) había sido exterminado el bisonte en las regiones septentrionales y meridionales de los Estados Unidos. De las indicaciones suministradas por Enrique Varigny en su citado artículo, escrito sobre la base de los estudios de los Sres. Hornaday y Bunn, no es exagerado calcular en 30 ó 40 millones por lo menos el número total de los bisontes muertos durante la sanguinaria década á que hemos hecho referencia. Esta sola cifra es la mejor prueba de la persecución terrible de que aquellos animales habían sido víctimas, é indica cuán reducido debió ser el número de los que escaparon á tan terribles matanzas.

El número de estos últimos, ó á lo menos el de sus descendientes, es conocido porque una vez consumado el mal que parecía irremediable, no tardó en producirse un saludable movimiento de reacción y de reprobación, habiéndose llevado á cabo, como consecuencia del mismo, algunos censos sumamente exactos á fin de saber hasta dónde había llegado el daño cometido.

Y este es el fundamento de la esperanza que al principio formulábamos. En efecto, según el censo de 1903 (y conviene tener en cuenta que no hay razón alguna para dudar de la exactitud de las cifras, con una diferencia de unas pocas unidades), el número de los bisontes americanos ascendía á 1.419, comprendiendo en esta cifra 109 individuos pertenecientes á colecciones europeas; al paso que según el nuevo y último censo de 1.° de enero del año actual, el número de individuos de raza pura era de 2.047, sin contar 345 *cattloes* ó híbridos obtenidos por cruzamiento. De modo que en cinco años se ha realizado un aumento de 628 individuos, ó lo que es lo mismo, de un 44 por 100.



El rebaño de bisontes cautivos de Yellowstone Park

Este feliz resultado se debe á la iniciativa privada, tan poderosa, como es notorio, en los Estados Unidos. En efecto, una sociedad especial, la *American Bison Society*, fundada en 1906 y cuya presidencia de honor fué conferida á Mr. Roosevelt, ha tomado á su cargo la defensa de los últimos bisontes, agrupando para ello en un sindicato de protección á la mayoría de los cuarenta y cinco propietarios ó criadores de bisontes del Canadá y de los Estados Unidos. Por otra parte tenemos el hecho del rebaño de bisontes de la tribu india de los Cabezas Achatadas; el jefe de éste, Miguel Pablo, había reunido en su *reserva*, situada en el Estado de Montana, unos treinta bisontes que, gracias á sus inteligentes cuidados, no tardaron en convertirse en un rebaño numeroso, vendido á precio de oro al gobierno canadiense.

El buen éxito de esa tentativa sugirió á Mr. W. Hornaday, presidente efectivo de la *American Bison Society*, la idea de convertir el territorio de aquella reserva de los Cabezas Achatadas, ó por lo menos una parte del mismo, en una especie de vasto parque destinado á la cría y á la regeneración de los bisontes; mas como la Sociedad del Bisonte no podía ni quería correr por sí sola con los cuantiosos gastos de tamaña experiencia, y como, por otra parte, se trataba, al propio tiempo que de una empresa mercantil, de una obra de utilidad pública, Mr. Hornaday solicitó la cooperación del gobierno norteamericano.

Después de un primer bill votado por el Senado y en el cual se aceptaba en principio el proyecto concebido por Mr. Hornaday, la Cámara de los Representantes emitió también un voto en el mismo sentido, y el resultado de ello ha sido la creación del *Montana national Bison Range* (Parque nacional del Montana para el Bisonte), debida en gran parte á la intervención personal del presidente de la República.

La Sociedad del Bisonte facilita al parque nacional el rebaño que servirá de punto de partida; en cambio el gobierno de la Confederación toma á su cargo los gastos de instalación y entretenimiento, habiendo abierto desde luego un crédito de 30.000 dólars (algo más de 150.000 pesetas) destinado á la compra de un territorio de veinte millas cuadradas en la reserva de los Cabezas Achatadas, y otro de 10.000 dólars que se empleará en la construcción de las vallas y de los abrigos necesarios y en otras análogas atenciones.

Por último, la *American Bison Society* ha abierto una subscripción nacional é internacional para recoger adhesiones y cuotas, á partir del mínimo de un dólar, á fin de reunir los otros 10.000 dólars que se necesitan para procurarse un rebaño de pura sangre de un número determinado de cabezas.



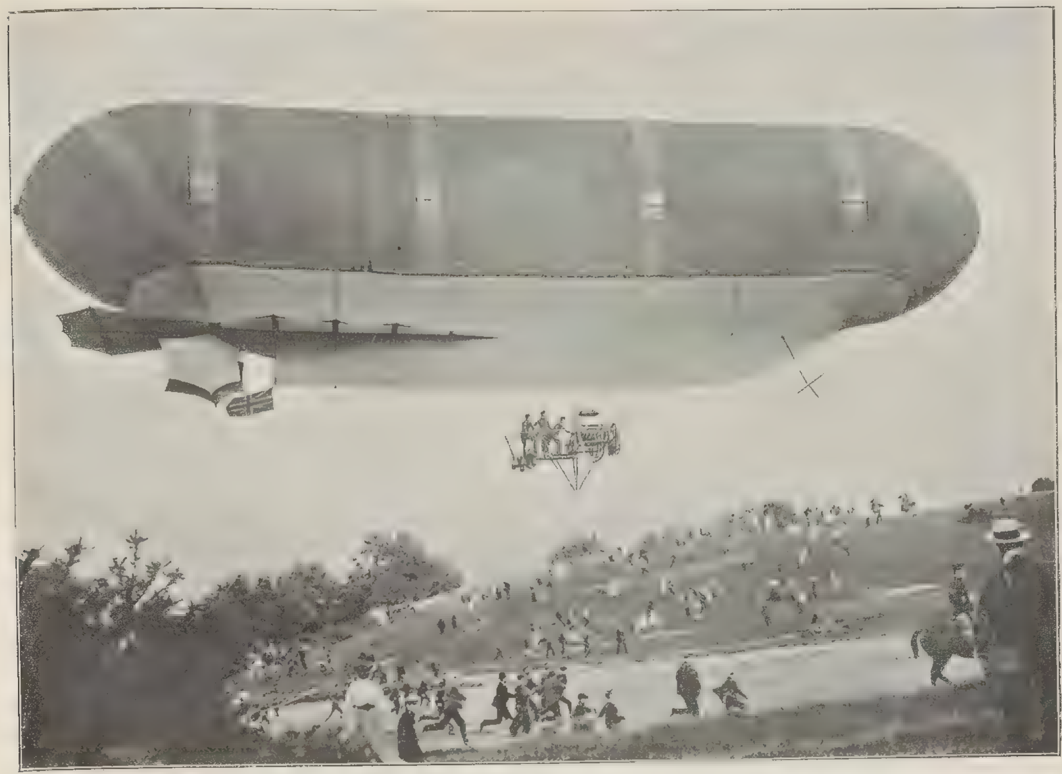
Vallados del departamento de los bisontes en el Yellówstone Park

Hablar de una victoria sería, á no dudarlo, prematuro; pero desde ahora cabe confiar seguramente en los buenos resultados de una obra que tiene por base, de una parte, el admirable espíritu organizador de los norteamericanos, y de otra, la asombrosa vitalidad del bisonte.

Si estos buenos resultados se consiguen, no se tratará, como algunos con censurable ligereza opinan, de la simple satisfacción de una pasión de arqueólogo; el bisonte, como tantos otros seres, cosas y fuerzas de la naturaleza, es domesticable y puede ser utilizado de muchas maneras por el hombre.

A éste toca, pues, no malgastar las riquezas del mundo, y es su deber no sólo no malgastarlas, sino reconstituirlas cuando, después de haberlas malgastado, advierte á tiempo sus errores.

Marcelo Blot.



El segundo globo dirigible militar inglés efectuando sus primeras pruebas. (De fotog afía de M. Rol y C.ª)

No hace todavía un año, el primer globo dirigible inglés, construído por el ministerio de la Guerra según los planos del coronel Templer y de Mr. Mac-Wade, y al que se había bautizado con el nombre de *Nulli Secundus*, fué destruído totalmente por una ráfaga de viento, después de haber efectuado con excelente éxito varias pruebas y de haber practicado varias evoluciones sobre la ciudad de Londres.

Inmediatamente procedióse á la construcción de otro, bajo la dirección del coronel E. J. Capper, y ese nuevo aeróstato militar ha realizado en los talleres de Farnborough algunos ensayos que permiten esperar buenos resultados de la prueba definitiva. En uno de ellos elevóse á la altura de 350 metros; pero habiéndose roto la cadena que mueve las hélices, los aeronautas hubieron de descender á tierra.

El dirigible militar número 2 se parece mucho, en sus líneas generales, al *Nulli-Secundus*, pero el sistema de suspensión de la barquilla al globo es enteramente distinto y además se ha suprimido la red de cuerdas. La envoltura de cuero va cubierta por un delgado saco de seda, en cuyos extremos hay los juegos de cuerdas que sostienen una ligera armazón de acero, la cual, á su vez, sostiene otra armazón semi rígida, de la que penden la barquilla, los motores y los aparatos de dirección.

La distancia entre la barquilla y el globo es de unos tres metros. El motor tiene una fuerza de 80 caballos.

Los círculos militares ingleses están muy satisfechos del nuevo aeróstato y esperan que ha de prestar excelentes servicios.



Transporte en barca de una casa entera con sus habitantes de un sitio á otro de la orilla del río Hudson (Estados Unidos)
(De fotografía de Carlos Trampus.)

Es bien sabido que no hay gente como los yanquis para realizar las cosas más extraordinarias, y aunque, por esta misma razón, han sido á menudo forjados á costa suya los mayores *canards*, es lo cierto que en muchas ocasiones la realidad ha superado, tratándose de cosas de aquellas tierras, á lo que la imaginación pudiera concebir. De aquí el nombre de país de las posibilidades sin límites que se ha dado á la América del Norte.

Un ejemplo reciente de lo que sus progresos técnicos les permiten acometer es el hecho que la adjunta fotografía reproduce: una casa situada á orillas del río Hudson ha sido arrancada, por decirlo así, del suelo, cargada entera en una barcaza y trasladada á otro sitio, como la cosa más natural del mundo. Y no se trata de una vivienda pequeña, sino de un edificio de dos pisos, con la particularidad además de que los inquilinos no han tenido que desocupar sus habitaciones, sino que ellos y sus muebles, todo ha sido transportado en bloque en esa original mudanza.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVII — Barcelona 10 de agosto de 1908 — Núm. 1.389

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PRÍNCIPE TOMÁS DE SABOYA,

copia del celebrado cuadro de Antonio Van Dyck

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: revolucionarios ó merodeadores en la frontera Norte. – *Honduras:* tentativa revolucionaria: fracaso de la misión confidencial en *Guatemala.* – *Panamá:* el nuevo presidente de la República. – *Colombia:* el viaje del presidente: un saludo á España – *Ecuador:* el ferrocarril de Guayaquil á Quito. – *Perú:* el telégrafo sin hilos en las selvas del Oriente peruano. – *Paraguay:* el triunfo de la revolución.

Según informes oficiales, no ha habido movimiento revolucionario en México. El gobierno de esta República ha participado á todas sus legaciones en el extranjero—y éstas se apresuraron á dar publicidad al despacho—que la pretendida revolución á que aludimos en la anterior *Revista* no fué más que actos de rapiña a que se entregaron unos cuantos bandidos que merodean por la frontera yanqui y que hicieron incursiones en territorio mexicano, inmediatamente reprimidas por la policía rural. Sus organizadores ó cómplices han procurado dar á esos hechos carácter político para impedir que tengan eficacia las demandas de extradición que en su día pudiera dirigir el gobierno de México al de la Unión norteamericana. Este último ha procedido con toda corrección, manifestándose dispuesto á prestar su concurso para prender á los culpables y evitar nuevos incidentes. Por otra parte, se afirma que los autores de esos desórdenes no merecen consideración alguna; son gente perdida, á quien nadie conoce, y que vienen viviendo del robo y el asesinato.

Tal es la versión oficial, no muy de acuerdo por cierto con las noticias, impresiones y juicios que estampan algunos periódicos de México que, inspirados, según dicen, en un sentimiento de verdadero patriotismo, protestan contra la conducta que observan los *malos mexicanos* residentes en la frontera yanqui, instigadores de tan lamentables sucesos.

Malos ciudadanos, bandidos, gente perdida, criminales, etc., suelen ser los calificativos al uso por parte de gobiernos constituídos cuando se trata del enemigo político que por actos de fuerza pretende derrocarlos.

Llámeseles como quiera, el movimiento parece que ha tenido relativa importancia, y no es de presumir que bajo la bandera del robo y el asesinato puedan reunirse elementos suficientes para atacar y ocupar varias poblaciones y para obligar al gobierno á poner en acción tropas y solicitar además el apoyo de las autoridades yanquis fronterizas. El comandante militar del Estado de Texas recibió de Wáshington orden de situar fuerzas en todos los puntos de la frontera en que lo considerase necesario, con lo que los Estados Unidos podían contribuir eficazmente á restablecer la tranquilidad pública en las comarcas invadidas por los insurrectos. Sin embargo, el gobierno mexicano no está satisfecho de la conducta seguida por las autoridades del Estado de Texas, y hubo rumores de que iba á pedir el castigo de los funcionarios de dicho Estado por haber consentido que los bandidos, insurrectos ó revolucionarios celebrasen sin obstáculo alguno las reuniones en que concertaron el plan de invasión de México.

Alguna duda expresábamos en la *Revista* anterior con la frase «allá veremos,» final del párrafo en que se consignaban los propósitos de armonía y paz perpetua que tienen ó declaran tener los actuales gobernantes de las Repúblicas centro americanas. Y fundamento había, ciertamente, para poner en tela de juicio la posibilidad de que tales propósitos pudieran cumplirse. Ya por entonces se preparaba el general Bonilla para atacar á Dávila, el presidente de Honduras, y las Repúblicas vecinas, El Salvador y Nicaragua, apoyaban, si no de modo ostensible, por medios indirectos, la primera á Bonilla y la segunda á Dávila. Las últimas noticias dan por fracasada la tentativa revolucionaria que inició el general Bonilla.

Otro hecho muestra que no son tan cordiales como se pretende que lo sean las relaciones entre algunas de las Repúblicas que pactaron los convenios de Wáshington en diciembre último. Un agente confidencial de Honduras en Guatemala, el Sr. Oquelí Bustillo, se vió maltratado por la prensa, y como allí, según el mismo Sr. Oquelí, «no hay una sola hoja periódica que sea independiente, y nada insertan sin orden expresa del Poder ejecutivo y con instrucciones terminantes del mismo,» comprendió que su misión de paz y concordia ofrecía dificultades insuperables y decidió regresar á su país sin avistarse con el presidente de Guatemala, que con uno ú otro pretexto iba aplazando las conferencias. Pero cuando iba á embarcarse en San José, el comandante del puerto, alegando orden superior, le prohibió ir á bordo. Tuvo que volver á la capital, y á los pocos días tomó la determinación de asilarse en la Legación mexicana, «no por miedo, dice, sino porque deseaba evitar un ataque brutal que comprometiera la dignidad de Honduras.»

Por aquellos días ocurrió el atentado contra la vida del presidente de Guatemala Sr. Estrada Cabrera, y la situación de Oquelí se agravó, porque la prensa le suponía comprometido en el suceso, haciendo correr la especie de que, por comisión del presidente de Nicaragua, Sr. Santos Zelaya, había llevado 80.000 dólars para repartirlos entre los ejecutores del plan de asesinato. Fueron presos amigos y deudos de Oquelí, y aun se trató de prenderá éste. Gracias á las gestiones de los ministros de México y Estados Unidos pudo el agente hondureño salir de Guatemala.

Hacemos relación de estos hechos para que se comprenda bien cuál es el estado de ánimo de los gobernantes y políticos centro-americanos. Viven en permanente zozobra, consecuencia de los celos y desconfianzas que unos tienen de otros. La misión confidencial de Oquelí debió ser contrariar los manejos de los emigrados hondureños que preparaban la revolución; pero Estrada Cabrera no se hallaba propicio á dar buenos oídos á las proposiciones de aquél, y ni escucharlas quiso. Su rival más temido es Zelaya, que dió al traste con la presidencia del general Bonilla en Honduras; supone que son hechura de aquél los actuales gobernantes hondureños, y le conviene más apoyar á los adversarios de éstos.

Así se ve como las ambiciones ó la soberbia de los jefes de Estado que ahora imperan en esas Repúblicas contrarrestan cuantos esfuerzos se vienen haciendo para realizar la unión ó confederación á que aspiran los pueblos centro americanos.

Ha sido elegido presidente de la República de Panamá D. José Domingo de Obaldía. A última hora se retiró el Sr. Arias, y gracias á ello fueron las cosas del mejor modo posible.

Obaldía es hombre de sesenta y tres años de edad; había sido gobernador de provincia y diputado al Congreso Nacional cuando Panamá pertenecía á Colombia. Como diputado, fué uno de los más resueltos defensores del tratado Herrán-Hay para la construcción del canal de Panamá, y no vaciló en declarar que si el tal tratado no se aprobaba, el Istmo se separaría de Colombia. El primer gobierno del nuevo Estado le nombró su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Wáshington; fué después presidente interino de la República durante la ausencia del Sr. Amador Guerrero.

El presidente de Colombia, general Reyes, ha recorrido las provincias del litoral y el departamento de Antioquía, informándose así personalmente de la situación y necesidades de los pueblos. El 20 de mayo regresó á Bogotá, donde hizo aparatosa entrada.

La jira presidencial será fructuosa para el país. Ha tenido por objeto estudiar en la costa atlántica y otros departamentos los ramos de la agricultura y otras industrias que pueden explotarse con mayores ventajas para mejorar lo más pronto posible la mala situación económica de Colombia. Los resultados han superado á las esperanzas. «Creo—decía Reyes en uno de sus discursos—que soy uno de los colombianos que más han recorrido el país, y os confieso que lo que he encontrado en nuestra costa atlántica es tan exuberante y grande, que verdaderamente no he podido explicarme por qué los colombianos no se han unido y esforzado para explotar tanta riqueza como allí hay, y que si se beneficiara juiciosamente haría de nuestro país el más importante de la América del Sud.» Cita el presidente el ejemplo dado por el Sr. Carlos Vélez, quien en menos de catorce meses ha descuajado selvas primitivas en las cercanías del dique de Cartagena, en medio de un desierto, y las ha convertido en inmensas sementeras de caña de azúcar que hacen horizonte, porque miden no menos de dos mil fanegadas; ha abierto un canal de un kilómetro de longitud y ha construído un ferrocarril de tres kilómetros; ha levantado un amplio edificio y ha expuesto un capital de un millón de dólars en el establecimiento de un gran ingenio central. Obra de un solo colombiano, que la ha acometido en la confianza de que ya los héroes de las guerras civiles no podrán destruir esas riquezas.

Muy pocos días antes del regreso del presidente á la capital, el 17 de mayo, hubo fiesta en la casa-legación de España para solemnizar el natalicio de don Alfonso XIII. Allí acudió lo más selecto de la sociedad de Bogotá, y en nombre del presidente de la República el ministro de Relaciones exteriores señor Urrutia dirigió al ministro de España elocuente saludo, no como mera fórmula diplomática, sino como expresión de calurosas afecciones que en el espíritu colombiano emanan del sentimiento mismo de la patria. «Cuando volváis á España—exclamaba Urrutia dirigiéndose al Sr. Carrere—decid á vuestro rey: «Señor, no es verdad que el sol de España se haya ocultado en sus dominios; allende el Océano seguimos señoreando grandes pueblos con el magnífico señorío de nuestro pasado indeleble, y en ellos vive, fecunda, inagotable, la vida de España.»

El 18 de junio se inauguró el ferrocarril de Guayaquil á Quito. Son 521 kilómetros de vía férrea que va remontando la zona andina para llegar hasta la capital de la República; alcanza altitudes, en el Páramo del Chimborazo, de más de 4.000 metros. La ingeniería ha tenido que hacer verdaderos alardes de audacia para subir y cruzar por aquellas enormes moles montañosas, y los capitalistas (ingleses y yanquis) que acometieron la difícil empresa han gastado en ella 25 millones de pesos. Pero la gran importancia que este ferrocarril tiene para la República ecuatoriana compensa con creces cuantos sacrificios se han hecho; á lomo de caballería y durante dos semanas había que subir antes desde la costa hasta Quito; en poco más de 30 horas pueden llegar ahora viajeros y mercancías hasta la capital de la República.

El telégrafo sin hilos funciona ya á través de las selvas de la América meridional. Habían fracasado las varias tentativas hechas para establecer, por los bosques de países tropicales, ese medio de comunicación telegráfica: el Perú lo ha conseguido. Lima é Iquitos, separadas por una distancia de 2.000 kilómetros, en la que hay altas cumbres, ríos caudalosos, selvas extensísimas, pueden comunicar directamente por el nuevo procedimiento telegráfico. Es Iquitos el principal puerto que el Perú tiene en el río Amazonas, y el centro de vasta y rica comarca donde las explotaciones forestales, la agricultura y el comercio van tomando extraordinario desarrollo. Tiene, pues, gran valor desde los puntos de vista económico y político el hecho de que la capital de la República pueda ponerse al habla con la que hoy por hoy cabe ya considerar como la capital del Oriente peruano.

Triunfó la revolución en el Paraguay. Fué un pronunciamiento: las tropas sublevadas dieron la batalla á las leales en las mismas calles de la capital. El presidente Ferreira y sus ministros se refugiaron en la legación argentina; desde ella enviaron sus renuncias á los vencedores, y púsose al frente del gobierno el vicepresidente de la República Dr. Emiliano González Navero, que formó ministerio, disolvió las Cámaras y declaró, como medida de precaución, el estado de guerra.

¿Cuál ha sido la causa de la revolución? Probablemente una escisión del partido liberal, que es el dominante. Los de ideas más radicales dieron en decir que el general Ferreira se mostraba algo retrógrado, y los codiciosos del poder y de cargos públicos aprovecharon la ocasión para sacar de los cuarteles algunos regimientos. Conseguido el propósito, todo ha quedado en calma por ahora.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA MADRE (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. DIBUJO DE CALDERÉ



—¡Ah, con toda el alma!, exclamó la madre...

Nada hay comparable con el corazón de una madre; de ello es prueba la siguiente historia que en toda la Armórica se considera como cierta.

En el departamento del Finisterre, no lejos del pequeño lago de Huelgoat, cuyas límpidas aguas, al salir de él, se precipitan agitadas por entre un montón de rocas caóticas, álzase la quinta del conde de Kermendy, en donde agonizaba el primogénito, el heredero del nombre.

Con la cabeza caída sobre la almohada, rodeados los ojos de un círculo amoratado, pálido, debilitado por la enfermedad y con la mirada vaga, yacía Juan Kermendy; su pulso era cada vez más lento; el instante supremo se acercaba.

El conde de Kermendy, que no podía soportar ya por más tiempo aquella escena angustiante, bajó al jardín, dejando al enfermo al cuidado de sus dos hermanas y de su madre.

Brillaba la luna en un cielo sin nubes, y el aire de la noche, refrescando su frente, imprimió otro rumbo á sus tristes pensamientos.

De pronto, al doblar una avenida, surgió delante de él una mujer envuelta en largo velo que con voz cavernosa le dijo:

—¿Me conoces?

—No.

—Soy la Muerte y vengo en busca de alguien de tu familia.

—¿Mi hijo?

—Él ó cualquier otro, lo mismo me da.

—¿Te bastaría, pues, una sola víctima?

—Sí.

—En este caso tómame á mí, exclamó el padre espontáneamente.

Pero al ver que la Muerte extendía su mano encorvada para cogerle, echóse hacia atrás; en su espíritu habíase operado una reacción repentina.

«¿Por qué él, lleno de salud, de energía, de vigor, había de sacrificar su vida por su hijo, minado por la enfermedad que lo dejaría enclenque y débil, é imposibilitado, por ende, de procrear retoños sanos y robustos?.. Por otra parte, ¿quién sabe si Dios le reservaba otro heredero de su nombre?»

Razonamiento evidentemente capcioso y sugerido por el miedo, pero humano.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des Gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Y sin perder de vista á la Muerte, que permanecía inmóvil bañada por la luz de la luna, volvióse á la quinta y entró de nuevo en el cuarto del enfermo, á cuyo lado estaban la madre y las hermanas en la misma actitud en que él las dejara.

La mayor de éstas, no pudiendo contener por más tiempo sus lágrimas, salió de la habitación, y al llegar al jardín vió delante de ella al fantasma.

La señorita Marivonick de Kermendy, atemorizada por aquella aparición, quedóse inmóvil mientras la forma blanca avanzaba con paso de autómata y le decía:

—Nada temas; no es á ti á quien busco.

—¿Pues á quién?

—A tu hermano.

—¡Ah!

—Sí, porque necesito un individuo de tu familia.

—¿Y por qué él y no otro?

—No tengo preferencia por ninguno, así es que si tú quieres seguirme, él se salvará.

La joven amaba á su hermano, que representaba á la familia y se había mostrado siempre con ella bueno y cariñoso... Pero también amaba la vida, y en un rápido momento de lucidez vislumbró su boda con su primo Max de Kergoet, los venturosos días de ese enlace y sus goces puros de madre de familia, y seducida por tan encantadora perspectiva, volvió al cuarto del enfermo lanzando un suspiro hondo, pero sin la menor vacilación.

Apenas instalada nuevamente á la cabecera del lecho del moribundo, levantóse su hermana menor Ivona de Kermendy, la cual, presa de emoción intensa y llenos de lágrimas los ojos, abandonó la estancia para substraerse por un momento al conmovedor espectáculo.

Así que estuvo en el umbral de la puerta del patio divisó al espectro y se detuvo asombrada.

—No se trata de ti, sino de tu hermano, díjole la Muerte con lento ademán.

—¡De mi hermano!..

—Sí, á no ser que quieras ponerte en su lugar.

—¿Quién es usted?

—Soy la Muerte, respondió el fantasma con pausado acento.

—No quiero morir tan pronto, dijo apresuradamente Ivona. Apenas entro en la vida, pues el mes pasado cumplí quince años; de la existencia conozco tan sólo los placeres y las alegrías, y el porvenir se me anuncia lleno de promesas... Que cada cual cumpla su misión en la tierra; déjame á mí cumplir la mía.

—¿De modo que te niegas?

—Me niego, contestó resueltamente la joven.

Y sin volver la cabeza entró de nuevo en la casa.

La madre, que desde hacía muchas noches velaba á su hijo, había perdido toda esperanza ante los progresos constantes del mal; pero, á pesar de las tristezas de su corazón angustiado, conservaba el semblante sereno á fin de ocultar á los demás sus inquietudes. En un momento dado, sin embargo, sintió que los sollozos acudían á su garganta y amenazaban ahogarla; pero haciendo un esfuerzo supremo, logró contenerlos, y dirigiendo al moribundo una última mirada en la cual se desbordaba su profunda tristeza, encaminóse á su vez hacia la escalera.

El aire puro de la noche refrescó su frente calenturienta, dándole una sensación de bienestar. El astro nocturno inundaba con sus oleadas de luz las altas frondas del parque sembrando á trechos el suelo de plateadas manchas.

Pocos metros antes del oquedal, apareciósele, erguida é inmóvil, una forma blanca que le llamó la atención. La condesa, mujer animosa como pocas, avanzó resueltamente hacia ella, y cuando estuvo á cierta distancia, como no pudiera distinguir bien las facciones de la desconocida, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—La que te espera.

—¿Cuál es su nombre?

—¡La Muerte!

Estremecióse la madre, y ante sus ojos se dibujó de pronto la pálida faz de su hijo.

—¡Mi pobre Juan!, murmuró con voz apenas perceptible.

—De ti sola depende que se salve.

—¿Cómo?

—Muriendo en vez de él.

—¡Ah, con toda el alma!, exclamó la madre en un arranque soberbio de abnegación.

—Pues entonces, disponte á seguirme.

—¿Y mi hijo vivirá?

—Te lo prometo... Y puedes dar crédito á mi palabra jamás quebrantada.

—Acepto el trato; pero concédeme tan sólo veinte minutos para despedirme de los míos.

—Te concederé más si quieres.

—No, espérame.

—Vé.

La condesa, como si se hallase libre de un gran peso, radiantes de satisfacción los ojos, transfigurado el semblante, penetró en el cuarto de su hijo, y cuando estuvo cerca de éste díjole con su voz más dulce:

—¡Animo, hijo mío! Ha terminado el tiempo de tus sufrimientos y pronto recobrarás la salud.

La mirada del enfermo revelaba claramente su ansiedad.

—Tengo la seguridad de lo que te anuncio; hace un momento he adquirido la certeza de ello.

Al oir estas palabras, el padre y las dos hijas tuvieron un estremecimiento de terror; á los tres se les había ocurrido la misma idea. ¿Tendría aquella afirmación alguna relación con el fantasma? En tal caso, ¿habría aceptado la madre la proposición de la Muerte y se habría prestado á substituir á su hijo? ¡A no ser que aquellas palabras se las dictase su confianza absoluta en la Virgen, tantas veces invocada!

La condesa, tranquila y con la sonrisa en los labios, añadió:

—Bésame, hijo mío, y ten esperanza.

Y luego volviéndose á sus hijas y á su esposo, les dijo:

—Besadme vosotros también y confiad, que Dios todo lo puede.

Después de haberles estrechado efusivamente entre sus brazos, la señora de Kermendy, tranquila, serena, encaminóse de nuevo al parque.

El fantasma continuaba en el mismo sitio, en el centro de la grande avenida; la condesa se dirigió hacia él, pero el espectro al verla salió á su encuentro.

—Mi hermana, le dijo, no acepta tu sacrificio.

—¡Ah!, exclamó la madre turbada.

—Así me ha encargado que te lo dijera.

—¿Y quién es usted?, preguntó la señora de Kermendy, al ver el rostro del fantasma, cuya juventud tanto contrastaba con el de la Muerte.

—Soy la Vida.

Y añadió, después de una pausa:

—Mi hermana, la Muerte, enternecida por tu valor y por tu abnegación sublime, renuncia á llevarse á tu hijo, y en recompensa de tu heroísmo, te traigo la curación del primogénito de tu raza y la seguridad de luengos años de salud.

Dicho esto, el fantasma se desvaneció como leve humo y desapareció entre las copas de los árboles, envuelto en un rayo de luna.



Estatua modelada por Javier Duniowski

NUEVO PALACIO DE JUSTICIA EN BARCELONA

(Véanse los grabados de las páginas 528 y 529)

Se levanta este edificio sobre una manzana del Ensanche de Barcelona, de 113 metros de longitud por 78 de latitud, limitado por el Salón de San Juan, á la que corresponde su frente, y por las calles de Almogávares, Roger de Flor y Pallars.

Consta de semisótanos y planta baja, primero y segundo pisos. En la planta baja, inaugurada en 1898, se hallan los despachos de once jueces de primera instancia, con treinta escribanías anexas, sala de subastas, gabinete para médicos forenses, despacho para jueces especiales, retén de guardia civil, portería y anchos y ventilados calabozos. La planta baja del cuerpo central, constituída por un gran salón y dos galerías laterales, servirá de sala de notificaciones para los procuradores judiciales.

Se destinan las plantas de primero y segundo piso al servicio de la Audiencia.

Por medio de una escalera monumental que se abre en el centro de la fachada al Salón de San Juan, se llega á unas amplias galerías que dan acceso al gran vestíbulo ó salón principal del edificio, que los franceses llaman *les pas perdus*, y desde él puede llegarse á todas las dependencias; y junto con otro salón semicircular que tiene anexo en su extremo posterior y con el cual puede unirse siempre que se quiera corriendo una gran puerta que los separa, puede llenar las necesidades de gran salón de fiestas ó habilitarse, para el caso de ser necesario, para celebrar juicios orales de gran concurrencia.

Así la escalera principal como el gran salón presentan la novedad de aparecer al descubierto decoradas las arcuaciones de hierro armado que sostienen sus cubiertas, dando á las mismas un carácter de ligereza y grandiosidad sumamente notable y característico de la arquitectura moderna, que tiene por ideal acusar siempre los materiales de que se sirve para llevar á cabo sus concepciones.

Completan el decorado del gran salón unas esbeltas columnas de mármol rojo, que sirven de apoyo á las arcuaciones de hierro, mosaicos venecianos en los tímpanos de otras jacenas parabólicas que sostienen los paramentos laterales del mismo, aligerados notablemente con numerosos ventanales de dibujo muy elegante y apropiado, faltando sólo para completar la totalidad de esta dependencia la colocación de pinturas murales en sus testeros, que está preparando el conocido artista Sr. Sert.

Desde este salón puede pasarse á los dos cuerpos de edificio Norte y Sud, que con el central completan el Palacio de Justicia.

En el primero hay establecidas cuatro salas de lo Criminal y dos para lo Civil. De las primeras, dos son de grandes dimensiones, con altura apropiada (unos 12 metros), y otras dos más reducidas, pero con luces laterales y cenitales y con grandes ventanales para la renovación del aire. Las salas de lo Civil se hallan situadas en el centro de la fachada principal del cuerpo Norte y están decoradas en sus paramentos con tapices que fueron de la antigua Audiencia, convenientemente restaurados, que comunican á dichas salas un aire de riqueza y suntuosidad.

Además de salas destinadas á los Jurados, á testigos, á despachos de relatores y otras dependencias auxiliares, cabe mencionar un precioso salón destinado á biblioteca, la sala de togas y otra de magistrados. En el techo de la Biblioteca es donde han de colocarse los plafones decorativos pintados á tal objeto por el Sr. Llimona.

Pasando al cuerpo Sud, encontramos en él los despachos del señor fiscal con antesala para oficiales, del teniente y abogados fiscales, la secretaría con el despacho del señor secretario, despacho del señor presidente con antedespacho y salón de conferencias, y así se llega á la escalera particular para el señor presidente, que da acceso asimismo al piso segundo, donde tienen habitación el señor fiscal de S. M., el señor secretario de la Junta de Gobierno y otros empleados de categoría inferior. La habitación del señor presidente se desarrolla en el ángulo Sud del edificio, y junto á ella hay dos grandes salones destinados al Colegio de Abogados.

Anexo á las habitaciones del señor presidente se ha dispuesto un oratorio con entrada general desde la galería destinada al público, en donde puede admirarse un retablo de forma bizantina que el notable pintor Sr. Simonet ha completado con un trabajo que representa á Jesús en el momento de dirigir la palabra á su pueblo.

Desde el punto de vista artístico puede afirmarse que en el Palacio de Justicia de Barcelona se habrá reunido cuanto hoy representa en nuestra capital el mayor grado de adelanto en las artes arquitectónica, escultórica y pictórica, completándose una á otra mutuamente, pues los arquitectos, al concebir su proyecto dentro de un estilo que podríamos calificar de bizantino moderno, cuidaron de que en sus fachadas abundaran los altos relieves y las estatuas monumentales (hay 22 de los primeros y 48 de las segundas), que fueron encomendados á los más distinguidos escultores; y luego en el decorado interior de los grandes salones y vestíbulos han procurado decorar sus paramentos con producciones pictóricas de Casas, Llimona, Sert, Simonet, Mestres, Monserrat y Mas y Fondevila.

La sucesiva gradación en la altura de los cuerpos de edificio que constituyen la parte central del Palacio, contribuye á darle carácter monumental y sirve de complemento á los remates pétreos de las ocho torres angulares de los cuerpos Norte y Sud.

Destácase en primer lugar el pórtico de entrada, de forma nueva, en cuyo centro se dibuja el grandioso escudo de España y en su parte alta descansa el grupo escultórico, obra de Querol, formado por las estatuas de Moisés, del Trabajo y del Derecho. Grandes arcuaciones de hierro laminado con cartelas forjadas del propio metal sostienen la grandiosa cubierta de cristales de colores que cobija la gran escalera de honor; sigue el gran salón de actos, aislado de los cuerpos Norte y Sud, y con un gran rosetón de piedra calada en el centro de su fachada principal se completa el decorado de esta última. Grandiosos cornisamentos le dan remate, y por último en tercer término sobresale un cupulín que se levanta sobre la cúpula del salón absidal, y que con sus elegantes líneas y su esbelta bóveda de forma parabólica rodeada en su base con un rico cornisamento á manera de corona ducal y en su remate con un grandioso floreo de hierro forjado, viene á servir de digno y monumental coronamiento al edificio.

El nuevo Palacio de Justicia es una construcción grandiosa, elegante, verdaderamente monumental, que ha merecido con razón los elogios de cuantos artistas visitan nuestra ciudad.

Los Sres. Doménech Estapá y Sagnier han realizado una obra bajo todos conceptos notable, que viene á aumentar la ya larga lista de los edificios bajo su dirección construídos. Reciban nuestra más entusiasta y cordial felicitación. — T.



MAGDA, cuadro de F. Wobring. (Copyrigh 1907 by Franz Hanfstaengl, Munich.)

VIAJE DE M. FALLIERES A LAS CORTES DEL NORTE DE EUROPA

Desde Estockolmo dirigióse la división naval francesa al puerto ruso de Revel, adonde llegó á las primeras horas de la tarde del 27 de julio último. Una lancha del yate imperial *Standart*, que llevaba al almirante Dykoff, acercóse al *Verité;* embarcado en ella, M. Fallieres pasó al yate á saludar á los emperadores y regresó al acorazado francés, en donde poco después recibía la visita del tsar Nicolás II y de la tsarina Alejandra, en cuyo honor habíase dispuesto un almuerzo. Terminado éste, los dos jefes de Estado conferenciaron solos por espacio de tres cuartos de hora, retirándose luego los soberanos rusos.

Por la noche asistió el presidente al banquete de gala dado en su obsequio en el *Standart*, y ocioso es decir que al final cambiáronse afectuosos brindis, en los cuales se aludió á los estrechos vínculos que unen á Rusia y á Francia y se hicieron votos por la consolidación de la paz.

A la mañana siguiente, los Sres. Mollard y comandante Keraudren pasaron al *Standart* para entregar á la emperatriz dos preciosos jarrones de plata y á sus hijos magníficos juguetes, en nombre del presidente. Al mediodía almorzó éste á bordo del yate imperial, haciendo luego oficialmente entrega de aquellos presentes; después el emperador, acompañado de M. Fallieres, visitó detenidamente el acorazado francés *Dupetit-Thouars*, cuya tripulación revistó, y á su vez el presidente visitó el acorazado ruso *Cesarevitch*, haciéndole allí los honores Nicolás II.



En Revel. – El tsar Nicolás II recibe á M. Fallieres á bordo del yate *Standart*
(De fotografía de León Bouet, representado por Rol.)

Por la noche, los soberanos rusos fueron obsequiados con un banquete á bordo del *Verité*. Terminada la comida, y á una señal del *Standart*, todos los buques rusos se iluminaron instantáneamente, produciendo aquel conjunto de millares de luces un efecto fantástico. Al poco rato, los soberanos rusos se despidieron afectuosísimamente de M. Fallieres y dejaron el acorazado francés, que á media noche salía de la rada de Revel con rumbo á Cristianía.

La escuadra llegó á la capital de Noruega al mediodía del 31; poco después el rey Hakoón fué á saludar á M. Fallieres á bordo del *Verité*, y á las tres regresó al muelle, adonde llegó al cabo de algunos minutos el presidente. Hechas las presentaciones de rúbrica y revistada la Guardia real, el rey y M. Fallieres se dirigieron al palacio en donde se celebró el banquete de gala, pronunciándose en el momento de los brindis los afectuosos discursos acostumbrados en tales ocasiones.

Al día siguiente hubo en la legación de Francia un almuerzo con que el presidente obsequió á Sus Majestades y recepción de la colonia francesa; por la tarde, el monarca y M. Fallieres visitaron los principales museos, y por la noche celebráronse en palacio una comida íntima y un concierto.

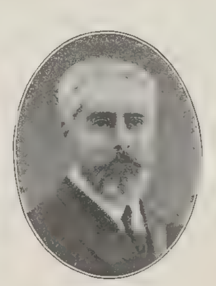
El día 2 de este mes efectuóse una expedición á Voxenhollen, en donde se almorzó en familia, y á las tres de la tarde despidióse M. Fallieres de los soberanos noruegos y se embarcó en el *Verité* con rumbo á Dunkerque, adonde llegó el día 4 altamente satisfecho de su viaje, durante el cual ha sido objeto de las más espontáneas demostraciones de afecto y simpatía.—R.



En Cristianía.—El rey Hakoón y M. Fallieres revistando la Guardia real. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LA TURQUÍA CONSTITUCIONAL.—PROCLAMACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN EN SALÓNICA

Pocas veces se ha efectuado en una nación un cambio radical de régimen político de una manera tan inesperada y rápida como en Turquía últimamente. Nadie podía figurarse, hace pocos días, que el movimiento revolucionario promovido en Macedonia por el partido llamado de los «jóvenes turcos» había de traer tan pronto consigo la restauración del régimen constitucional en aquel imperio; así es que á todo el mundo sorprendió la noticia de que el sultán Abdul Hamid había, en 24 de julio último, declarado nuevamente en vigor la antigua constitución de 1876, que al ser implantada entonces sólo vivió unas semanas.



Ahmed-Riza, jefe del partido de los «jóvenes turcos» y director del periódico órgano del mismo *Mechveret*, que se publica en París.



Abdul-Hamid, sultán de Turquía



Saíd Bajá, el nuevo gran visir de Turquía, en quien cifra sus esperanzas el partido de los «jóvenes turcos.»

Mas no se crea que el soberano turco haya renunciado por propia y espontánea voluntad al poder absoluto de que estaba investido; para conseguir su abdicación, ha sido preciso que el miedo se apoderara de Abdul-Hamid y que éste se persuadiera de que esta vez la revolución iba de veras y de que no le quedaba más recurso que ceder á las imposiciones de los revolucionarios. En efecto, ya no eran los elementos civiles los que exigían la restauración del régimen constitucional, sino que una gran parte del ejército apoyaba las reivindicaciones de los reformistas y amenazaba, en caso de que no se diese satisfacción á ellas, con intentar un golpe de mano en la misma Constantinopla. Las noticias que en el palacio imperial de Yldiz Kiosk se recibían especialmente de Salónica y de Andrinópolis, principales focos de la insurrección, no dejaban lugar á la menor duda acerca de la gravedad y magnitud del movimiento, al cual se adherían de continuo nuevos núcleos militares.

El sultán, pues, hubo de ceder y publicar el iradé promulgando la constitución. El corresponsal de un importante diario londinense explica del siguiente modo las circunstancias en que esta resolución fué adoptada.

En la noche del 22, después de haber sido violentamente destituído el gran visir Ferid-Bajá y llamado en su lugar Saíd-Bajá, celebróse en palacio un consejo al que fueron llamados los ministros y los consejeros del sultán. La discusión fué larga y animada y parecía no haber de conducir á ningún resultado positivo, cuando el viejo astrólogo de Abdul Hamid, el jeque Adul Uda, que á pesar de hallarse gravemente enfermo, había querido asistir al consejo, tuvo el valor de pronunciar la palabra Constitución y de decir que éste era el único medio de salvar el trono. Entonces Saíd-Bajá y otros apoyaron aquella proposición, pero el consejo se separó en la mañana del 23 sin haber resuelto nada. Reunido nuevamente aquella noche, las noticias de los graves sucesos de Monastir, en donde había estallado una verdadera insurrección que las tropas imperiales habíanse negado á combatir, decidieron á los más reacios y al mismo sultán, y al día siguiente, como hemos dicho, la constitución quedó proclamada.

La población otomana de Salónica dirigiéndose á la estación del ferrocarril para recibir á Enver-Bey, comandante de Estado Mayor que en Revsna inició el movimiento revolucionario de los «jóvenes turcos.» (De fotografía de Carlos Trampus.)

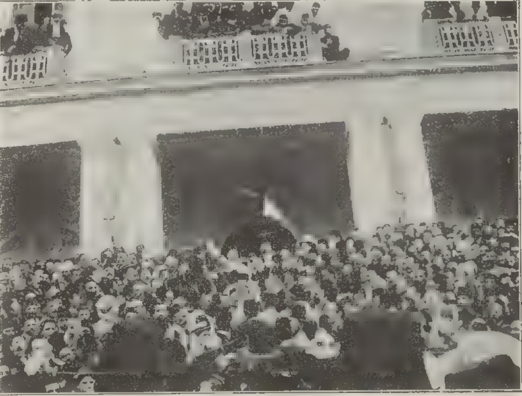
¿Cabe sospechar de la sinceridad de Abdul-Hamid? Parece que no, porque, sean cuales fueren sus ideas acerca del gobierno de su pueblo, debe estar convencido de que hoy por hoy le interesa vivir en armonía con éste y aceptar en toda su integridad el programa de reformas de la «joven Turquía.» Además, por fuerza han de halagarle las demostraciones de entusiasmo popular de que ha sido objeto y que seguramente infundirán en su ánimo el convencimiento de que nunca está más seguro un soberano que cuando se apoya en el cariño de sus súbditos. A los dos días de proclamada la constitución, Abdul-Hamid, que desde hace treinta y dos años permanecía, por decirlo así, recluído en Yldiz Kiosk, hubo de asomarse á una de las ventanas del palacio para mostrarse á la multitud enorme que le aclamaba desde fuera. Y cuatro días después, al dirigirse á la mezquita de Hamidié para celebrar el Selamik, más de cuarenta mil personas le vitorearon.

En Salónica las manifestaciones de regocijo público han revestido proporciones más grandiosas si cabe. Uno de los héroes más festejados allí ha sido Enver Bey, comandante de estado mayor que inició, en Revsna, la sublevación de los «jóvenes turcos.»

Como consecuencia de la proclamación de la constitución, se ha concedido una amplia amnistía, han sido puestos en libertad todos los presos políticos, se ha disuelto la policía secreta, se ha suprimido la censura de los periódicos y se ha ordenado que se proceda á las elecciones parlamentarias.

La «joven Turquía» ha triunfado, pues, en toda la línea, debiéndose buena parte de este triunfo á Ahmed Riza, jefe del partido, que desde hace muchos años vive emigrado en París, defendiendo con tanta tenacidad como inteligencia su causa.—S.



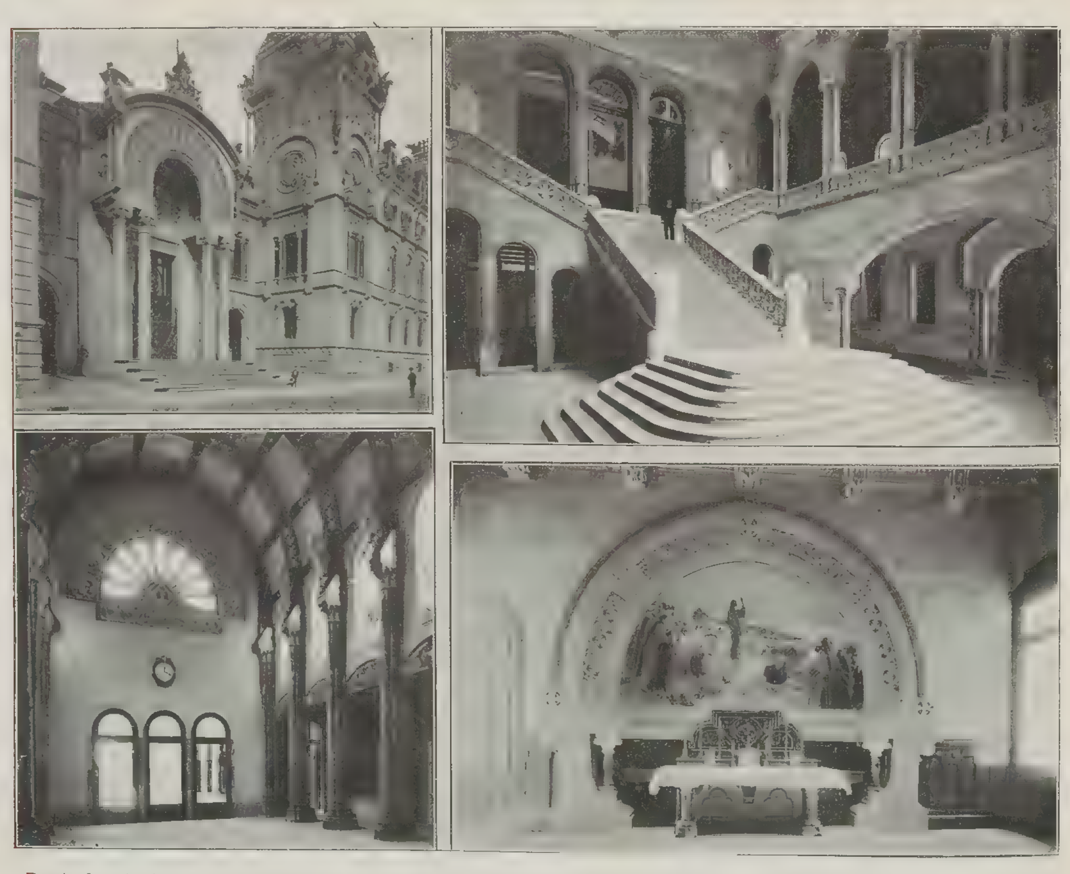


El Konak de Salónica engalanado con banderas el día de la proclamación de la constitución turca. – Hilmi-Bajá (×), inspector general de los vilayetos de Rumelia, dando lectura en el Konak al iradé imperial que promulga la constitución. (De fotografías de Carlos Trampus.)

BARCELONA.—El nuevo Palacio de Justicia, obra de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech y Estapá



Vista general del edificio (ala lateral derecha y fachada principal)



Puerta de entrada principal.—Escalera monumental.—Una de las galerías del primer piso que dan acceso al salón principal.—Capilla

(De fotografías de A. Merletti.)

BARCELONA.- El nuevo Palacio de Justicia, obra de los arquitectos Sres. Sagnier y Doménech y Estapá. (De fotografías de A. Merletti.)



Despacho del presidente de la Audiencia



Sala primera de lo Criminal



Sala segunda de lo Civil



Sala del tribunal de lo Contencioso

LAS SUFRAGISTAS

INGLESAS

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de ese movimiento feminista londinense que en un principio tomaron muchos á broma y que poco á poco va acentuándose de tal manera que, de seguir así, acabará por imponerse á los gobiernos de la Gran Bretaña. El *¡Vote for women!* es un grito que resuena cada día más enérgicamente y lanzado por más numerosas y más entusiastas voces; la propaganda incesante de las sufragistas va tomando carta de naturaleza y el problema del voto de las mujeres adquiriendo cada vez más derecho á figurar en la lista de las cuestiones sociales que requieren pronta satisfacción.

Las sufragistas inglesas apelan á cuantos recursos pueden para abrirse paso en el mundo político y para lograr el triunfo de sus ideales, y lo mismo exponen pacíficamente sus doctrinas en *meetings* y manifestaciones como la monstruo celebrada el día 21 de julio último en Hyde Park, de la que dimos cuenta oportunamente, que provocan colisiones con la policía, como sucedió hace cosa de dos meses cuando se presentaron tumultuosamente ante la misma Cámara de los Comunes.

A consecuencia de aquel suceso, quince sufragistas fueron condenadas á seis semanas de cárcel y hace pocos días, extinguida ya la pena, se les puso en libertad.

Aunque la hora en que se abrieron para ellas las puertas de la prisión, las seis de la mañana, era algo intempestiva, algunos centenares de personas acudieron á las inmediaciones para verlas salir de la cárcel y expresarles sus simpatías, realizándose con este motivo una manifestación cariñosa y entusiasta en favor de aquellas víctimas del deber.



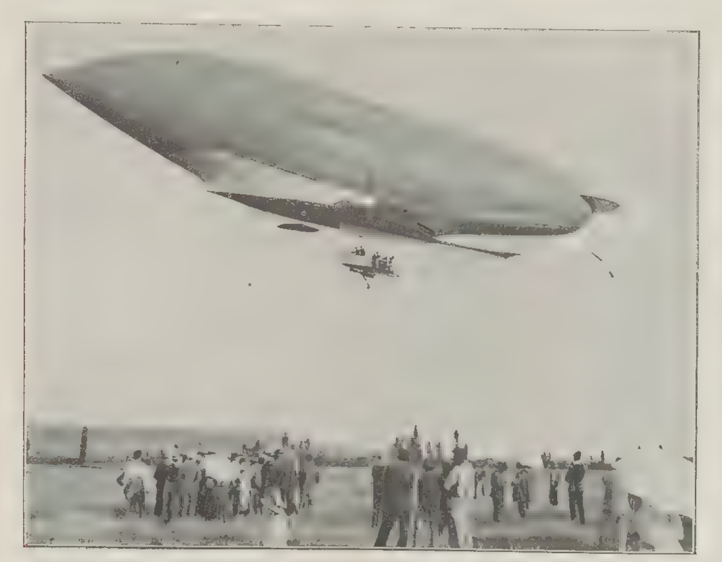
LONDRES. – Las 15 sufragistas condenadas á seis semanas de prisión por el tumulto producido delante de la Cámara de los Comunes, salen de la cárcel después de extinguida su condena. (De fotografía de World's Graphic Press.)

A juzgar por la fotografía que reproducimos, el castigo no ha abatido sus ánimos, ya que en todas ellas se advierte, además de la alegría de verse libres, la firmeza de espíritu que es patrimonio de los campeones de las más nobles causas. De fijo que ahora volverán á la lucha con mayores alientos aún que antes, y también con mayor prestigio, pues la persecución las ha adornado con la aureola del martirio, y sabido es que los mártires han sido siempre los que más rápido y sólido impulso han dado á las obras iniciadas por los apóstoles.

EL GLOBO DIRIGIBLE MILITAR FRANCÉS

«REPUBLIQUE»

Tanto como de los armamentos terrestres y marítimos preocúpanse en la actualidad las grandes potencias de los globos militares dirigibles, comprendiendo que la conquista del aire ha de dar á la que la consiga una superioridad indiscutible sobre todas las demás.



El nuevo globo militar dirigible francés *Republique*, efectuando sus ensayos en las inmediaciones del parque de Moissons. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

En anteriores números hemos hablado del *Zeppelin* y del *Nul.i Secundus*, en los que tienen puestas grandes esperanzas Alemania é Inglaterra. Francia no se queda atrás, y recientemente ha terminado la construcción del *Republique* que, junto con el *Ville de Paris*, ha substituído al *Patrie*, primer aeróstato francés dirigible que se perdió prematuramente después de haber realizado las pruebas más satisfactorias.

Durante algunos días el *Republique* ha efectuado sus primeros ensayos en el pa que de Moissons y en sus alrededores; pero el sábado, 1.º de los corrientes, inauguró la serie de sus salidas formales, por decirlo así, encaminándose hacia París.

Salió el *Republique* de Chalais-Meudón á las ocho y cuarto de la mañana, dirigióse en línea recta á la capital, y al hallarse encima de ella efectuó múltiples y caprichosas evoluciones con seguridad extraordinaria, regresando luego al punto de partida, adonde llegó á las nueve y media. La velocidad media alcanzada fué de 54 kilómetros por hora.

Bellas Artes.— BARCELONA. – En el concurso de dibujos y fotografías de calles antiguas que han de desaparecer con la reforma han obtenido primeros premios las acuarelas de Modesto Urgell, los dibujos al lápiz de Dionisio Baixeras, las diapositivas en cristal de Narciso Cuyás y las fotografías de Adolfo Mas; segundos premios los estudios de Juan F. Fradera, los dibujos coloridos de Alejandro Cardunets, las fotografías de Adolfo Mas, de Carlos Passos y de Miguel Matorrodona; un premio extraordinario las fotografías de José Pons y Escrigues, y accésit las fotografías de A. Mas y las acuarelas de Domingo Soler y de Joaquín Renart.

La exposición de los trabajos presentados al concurso, que se halla instalada en la Escuela Municipal de Música, es interesantísima y se ve muy visitada.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 503, POR V. MARÍN

9.º premio del Concurso *Neuen illustr. Blattes*, 1904.

NEGRAS (7 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 502, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Dh3 – f1	1. Ta1 × f1
2. Cd8 – f7 jaque	2. Rd6 – c5
3. Ab8 – a7 mate.	

VARIANTES.

1.. ... Rd6 – c5; 2. Df1 – f2 jaq., etc.
Rd6 – e5; 2. Df1 × a1 jaq., etc.
Tf5 – f4; 2. Cc7 – e6 jaq., etc.
Cg7 – e8; 2. Cd8 f7 jaq., etc.
Tf5 × b5; 2. Df1 × b5, etc.
Tf5 × f6; 2. Cc7 – d5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Cd8 – f7 jaq., ó Cc7 – e6 jaq., etc.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)



¿No le gusta á usted, señora?.. Tal vez poniéndolo á la luz conveniente...

Después de una breve pausa, continuó el señor Kirileff:

—Yo por mi parte expondré con todo el calor posible la conveniencia de que vuelva pronto, y usted debe hacer cuanto pueda para convencerla de que escriba una carta de arrepentimiento y sumisión; eso contribuiría mucho á que todo se allanase. No siendo en un convento, y yo no la mandaría á ninguno fuera de Escitia, en ninguna parte está más segura que al lado de usted.

—¿Y no habría bastante con que firmara la carta que nosotros le presentaríamos ya escrita?

El Sr. Kirileff dijo que no con la cabeza.

—Parecería muy poco formal. No, debe ser toda de su puño y letra. Yo tengo mucha confianza en los consejos de usted. Recuérdele constantemente el peligro y la deshonra de que la hemos librado, y hágale comprender que su porvenir depende de que consiga congraciarse con la corte. Una sola advertencia más tengo que hacerle. No trate usted de hacer pasar al joven Smith por un conspirador, ni de dar á entender que sea otro su propósito que el de contraer el más lícito y burgués de los matrimonios. Con sólo verle la cara una vez, ya queda uno convencido de que es incapaz de nada que se parezca á artificios ni intrigas de ninguna clase. Tenga usted presente que es un ciego instrumento en manos del implacable Panagiotis, que no perdona á nadie que pueda ser un obstáculo para sus planes.

—Lo tendré muy presente, dijo la dama sonriéndose. La opinión de usted de que la princesa se dejará persuadir fácilmente, me da mucho ánimo.

—Lo creo, y comprendo también que es preciso no dejarla que cambie de su actual modo de pensar. Yo mismo noté en ella algunos momentos de vacilación la mañana que salimos de Hagios Antonios, cuando manifestó el deseo de ver á la hermana de Smith. Yo le hice notar que tal vez la joven, que es mucho más lista que su hermano, enfurecida al ver descubiertas sus intrigas, tratara de agredirla; ella convino en seguida en que lo mejor sería que estuviera yo presente. Este género de ayuda es precisamente el que espero de usted; que esté siempre alerta sin que ella lo eche de ver, así para impedir que se comunique con los de fuera, como para que no se aparten sus pensamientos de la conveniente decisión.

Esta conferencia fué causa de que los dos Argos de Irene quedaran mutuamente satisfechos el uno del otro; el Sr. Kirileff emprendió su vuelta á Escitia con el ánimo muy tranquilo, dejando á su aliada la misión de procurar que la existencia le resultase á Irene poco agradable. Las semanas que transcurrieron después fueron las más penosas que había pasado la joven en toda su vida, porque comprendía perfectamente el concepto que habrían formado de ella Mauricio y Zoe, y por otro lado no tenía medio alguno de llevar á cabo lo que se había propuesto. Su imaginación la hizo ver en un momento la conducta que debía seguir, mientras estaba sentada en el diván, junto al abad, escuchando los bien redondeados períodos del Sr. Kirileff. Su primera impresión fué algo más que la satisfacción que éste había sorprendido en su semblante; fué la de un triunfo completo. Después de todo, había acertado al sospechar que Mauricio era un príncipe disfrazado. Pero al mismo tiempo que cruzaba esa idea por su mente, leía en el rostro del escita que había dejado traslucir su pensamiento, y en el acto vió ante sí el camino que debía tomar. El quedarse en Hagios Antonios,

compartiendo la suerte con Mauricio y Zoe, no le reportaría ninguna ventaja. El monasterio, que durante tantos siglos había sabido conservar su fe, sabría también guardar sus secretos. Los prisioneros seguirían sepultados en vida, sin que lo sospechara el mundo exterior, y en Europa correría la voz de que habían muerto á manos de los bandidos. Los embajadores pedirían indudablemente una indemnización y el castigo de los asesinos; Escitia adelantaría al gobierno rumi el dinero necesario, y el atentado se cargaría á la cuenta de los primeros criminales que no tuvieran con qué untar las manos de la justicia. Hasta conseguirían engañar á Wylie con una novela bien urdida, ó tal vez presentándole objetos que fueran de sus amigos, y tendría que volverse á la India cabizbajo y aburrido después de perder la última esperanza. Irene vió todo esto mientras fingía la repulsión y enfado que hicieron creer al Sr. Kirileff en el buen éxito de su manera de presentar los hechos. Tenía que borrar de la memoria de éste el recuerdo de su momentáneo descuido; hasta tenía que engañar á Mauricio y á Zoe para que no fuera él á traslucir en su fisonomía que le estaba engañando. Necesitaba volver á tierras civilizadas y ponerse, ya de un modo, ya de otro, en comunicación con Wylie; para poder conseguirlo era preciso echar tierra á los ojos de amigos y adversarios.

Manifestación curiosa del estado de su espíritu era que las trascendentales noticias que había oído de labios del Sr. Kirileff las recordaba únicamente para darse razón de él, porque no querían que Mauricio y Zoe quedaran en libertad si antes no se deshonraban confesando que eran unos impostores. No se preguntaba cuáles serían las consecuencias que traerían para su porvenir, pues las exigencias del momento presente ocupaban todo su pensamiento. La magnitud de su intento no la dejó dormir en toda la noche última que pasó en el monasterio y la llevó á hacer la tentativa que el Sr. Kirileff frustró para procurarse en Zoe una aliada. Mucho más fácil había de ser el comunicarse con Wylie ó con cualquier representante inglés, siendo dos, en lugar de uno, los que buscaran la oportunidad; por eso quiso inducir á Zoe á que se sometiera en apariencia y la acompañara. La cautela del comisionado no tan sólo desvaneció esa esperanza, sino que la obligó á hacer todavía más negro el concepto en que Zoe debía tenerla; así fué que emprendió su viaje en un estado poco menos que de desesperación. Convino sin ninguna clase de protesta en lo que le indicó el señor Kirileff; que dejara correr la voz de que volvía de visitar el santuario de Hagios Antonios y que se detenía en Therma para reponerse de las fatigas sufridas en el viaje, en tanto que los amigos que habían compartido con ella las penalidades de su cautiverio en poder de los bandidos continuaban su excursión á los monasterios edificados en las rocas próximas á la frontera de Morea. Ese rumor debía de todos modos dar alguna idea á Wylie del paradero de sus amigos, y con toda seguridad le haría insistir en querer verla y saber por ella cuál era la verdadera situación de las cosas.

Pero en estos cálculos no había tenido Irene en cuenta á Clariclea Feodorouna, ni al estado mayor de auxiliares sagaces que tenía á su lado. La princesa fué recibida con el mayor cariño y respeto; pero muy pronto quedó atada de pies y manos, si bien las ligaduras eran demasiado ligeras para que las sintiera y demasiado fuertes para que pudiera romperlas. El médico, á quien se llamó para que la recetase algo que aplacara sus excitados nervios, aconsejó mucha quietud y sosiego, á la vez que poco trato social, y ese poco que fuera de índole familiar y alegre. ¿Podía darse nada más en armonía con las prescripciones facultativas que limitar las visitas que había de recibir Irene á las de unas cuantas personas, elegidas entre la colonia escita, y á las de los pocos representantes amigos de las potencias que favorecían las miras de Escitia? Al mismo tiempo, la señora Ladoguin, cuyo buen aspecto hacía honor á su mucha habilidad, se encargó de devolver la frescura al rostro de su huéspeda, perdida por haber estado, durante un mes, expuesto á todas las inclemencias del tiempo sin velo ni sombrero. No era admisible que Irene pudiera presentarse en la corte escita, adonde pronto debía regresar, con la cara quemada por el sol y las manos coloradas; su curandera desempeñó á lo vivo el papel de tirano benéfico, ya prohibiéndole salir los días en que reinaba cierto viento especial ó en que soplara alguno, cualquiera que fuese, ya aplicándole bálsamos suavizadores que requerían, para que su efecto fuera completo, que la paciente se pasara todo el día en la cama. El resistirse hubiera sido inútil, é Irene á todo se avenía por no tener otro remedio, á fin de no infundir sospechas; pero en una cosa no quiso ceder. Todas las palabras persuasivas y argucias de la señora Ladoguin no pudieron hacer que escribiera á la corte escita encareciendo su arrepentimiento. Tuvo que recurrir, tanto la hostigaban, al expediente de pasarse mañanas enteras escribiendo borradores de la carta que, principiados, rompía antes de terminar. «No saldré de Therma—decía entre sí—hasta que no haya hecho algo en favor de Mauricio y de Zoe. Después, nada me importa lo que á mí pueda pasarme. Supongo que tendré que volver á Pavelsburgo, pero no escribiré lo que no siento únicamente para que me traten algo mejor. Mauricio no lo haría, pues yo tampoco lo haré.»

En todo ese tiempo Wylie no dió señales de vida. Tan pronto como Irene hubo llegado á Therma, preguntó por él al ama de la casa, diciendo, con franqueza, que deseaba darle las gracias por lo mucho que había trabajado para reunir el rescate; pero se la contestó que se había ido á la India otra vez, convencido de que sus amigos estaban ya en seguridad. Ella no lo creyó, pero pensó que sería muy probable que él quisiera que así lo creyeran á fin de tener más libertad de acción; y siempre que salía á pasear en coche miraba con atención á la multitud de diversas nacionalidades que llenaba las calles, buscando aquellos ojos delatores que ningún disfraz podría ocultar. Pero nunca los vió.

Una ó dos veces se atrevió á preguntar, como por casualidad, á alguno de los que visitaban á la señora Ladoguin, si sabían algo del capitán Wylie, y siempre le contestaron, con miradas de extrañeza, que se había dado á conocer demasiado mientras estuvo en la ciudad, pero que ya felizmente se había ido. Esto, sin embargo, no probaba que no hubiera podido volver, é Irene se dió á pensar si debería escribirle, puesto que, lo que era muy de extrañar, tan poca prisa tenía en encontrarla. No sabía su dirección, pero el cónsul general de Inglaterra indudablemente haría llegar la carta á sus manos. ¿Sería mejor remitirla por el correo ó por mano de un criado? Hasta entonces estaba en la creencia de que la dejarían sostener correspondencia con quien quisiera, y únicamente la convicción que tenía de que había de luchar con adversarios muy astutos y precavidos, era lo que la hacía titubear. No podía permitirse el lujo de que sus tentativas fracasaran. Si llegaba á saberse que deseaba ponerse en comunicación con Wylie, bastaría eso solo para desvirtuar la actitud firme en que se había colocado, y si se trasluciera que le había escrito, los Ladoguin tomarían sus medidas para no dejarla dar un paso más.

Por rara casualidad, aquel mismo día vió confirmarse las suposiciones que había hecho respecto á los peligros que entrañaban ambos medios de entrar en relaciones. Habíanle facilitado dinero en abundancia y se había ocupado en la muy necesaria tarea de comprar ropa nueva. Uno de los encargos lo hizo á una casa inglesa establecida en Vindobona. Escribió en nombre de Irene la señora Ladoguin, que actuaba como una especie de dama de honor sin carácter oficial; pero habiendo tenido esta última que salir de la habitación antes de terminar la carta, Irene puso el sobre y lo cerró aprisa para que pudiera llegar oportunamente al correo.

La contestación llegó á su debido tiempo; pero el comerciante suplicaba en ella que le dijeran si dentro del sobre habían incluído algún otro pliego, porque había notado que lo habían abierto y vuelto á cerrar, con mucha habilidad, antes de que llegara á su poder. Ese incidente bien alto decía lo aventurado de entregar sus cartas á la balija consular, é Irene se percató de que, sin que lo echara de ver, se hallaba en realidad sujeta á una vigilancia tan minuciosa como la ejercida durante su viaje. Entonces se preguntó: «¿No habrá peligro en tratar de sobornar á los criados?» Todos parecían deseosos de complacerla y hasta, á lo menos así se lo parecía, á dejarse comprar, especialmente la doncella francesa de la señora Ladoguin, que también la servía. ¿Serían espías que buscaban que les hiciera proposiciones de venderse, á fin de ir á delatarla á su ama? Un impulso inexplicable le hizo examinar el dinero que le habían entregado. Era todo en oro y cada moneda estaba marcada con una rayita trazada precisamente en el mismo sitio. Irene abandonó toda idea de sobornar á la servidumbre.

Sólo llegó á poner en práctica una tentativa que no concluyó tan desastrosamente como pudo haber terminado. Iba de paseo en coche con la señora Ladoguin, cuando ésta mandó parar ante una tienda para hacer un encargo. Antes de que tuviera tiempo el *cavass* de volver, vió Irene que una señora se dirigía hacia el carruaje.

—Perdóneme usted, querida princesa, dijo la señora Ladoguin apeándose precipitadamente; pero esa señora es la esposa del cónsul general de Panonia, que todavía no le ha sido presentada. Si me permite que le salga al encuentro, le evitaré la molestia de saludarla, pues es bien poco simpática.

Como no pudo adivinar que aquella señora era en realidad la esposa del cónsul general de Inglaterra, una de las personas con quienes menos quería la señora Ladoguin que hiciera conocimiento en Therma, Irene miró en torno suyo para ver si había medio de aprovechar aquella oportunidad. En el asiento delantero había el programa de un concierto que con un objeto benéfico iba á celebrarse pronto; la joven lo cogió apresuradamente y escribió en él con lápiz:

«La princesa Irene Teofan tendrá especial placer en recibir al capitán Wylie cuando éste lo estime oportuno. Que procure avisarla directamente.»

Dobló el papel y puso la dirección al cónsul general inglés, llamó con la mano á un mendigo que en ausencia del *cavass* se había atrevido á acercarse al carruaje y le enseñó una moneda de oro.

—Para Sir Frank Francis, en el consulado de la Gran Bretaña, le dijo en francés y en voz baja. Esto es para usted si quiere llevársela.

El mendigo la miró con ojos estupefactos y codiciosos, y ella, al ver que la señora Ladoguin volvía, le hizo señas que se marchara, repitiéndole al mismo tiempo:

—Para el cónsul general inglés.

Vió que la había entendido y que con paso vacilante echaba á andar por una callejuela que iba en dirección opuesta á aquella en que estaba el consulado inglés. Nunca supo nada más Irene del mendigo ni de su misiva; pero poco á poco se dió cuenta de lo mucho que debía alegrarse por haber tropezado con un bribón tan inexperto, que no supo duplicar la ganancia llevando el papel al cónsul general escita, en vez de llevarlo al inglés.

XIX

CÓMO SE SACA PARTIDO DEL ARTE

El capitán Wylie se hallaba en aquellos días en el mismo estado de ánimo que Irene. En cuanto se enteró de que había llegado á Therma, dió los pasos necesarios para poder hablar con ella, pero le manifestaron que estaba muy enferma y que por lo tanto no podía recibir á nadie. Sin perder un momento más se embarcó con Armitage para Morea, y recorrió detenidamente todos los monasterios de las montañas de aquella parte de la frontera, enterándose de que sus amigos no estaban ni habían estado antes en ninguno de ellos. Sólo le quedaba por ver el de Hagios Antonios; pero al intentar visitarlo, los guardas de la frontera le hicieron retroceder, protestando que trataba de hacer entrar una partida griega en territorio de Ematia. Regresó entonces á Therma, con la intención de ir desde allí á dicho monasterio, pero tropezó con gran número de inconvenientes que le desesperaban, porque veía que por todas partes le cerraban las puertas. El valí se preocupaba ahora tanto de su seguridad personal, que rayaba ya en lo intolerable; decía que no podía ir como no fuese acompañado de una buena escolta; mas por otro lado se negaba á dársela, y tampoco le permitía que la organizara él pagando á la gente de su bolsillo. Todo eran inconvenientes cuando quiso contratar guías, caballos, criados y todo lo demás que necesitaba para emprender el viaje; pero Wylie, aunque se enfurecía al ver las dificultades casi insuperables que se iban presentando, se tranquilizaba después, y seguía con energía combatiendo una por una todas las objeciones que le hacían, hasta que cambió de pensamiento, por haber visto á Irene de lejos en el carruaje de la señora Ladoguin. La resolución que tomó de verla á toda costa, fué el preludio de una serie de grandes contratiempos. Una vez tan sólo logró entrar en el consulado escita, recibiéndole la señora Ladoguin, quien con melifluas palabras le dió de parte de S. A. las más expresivas gracias por sus anteriores servicios, y le hizo presente lo mucho que sentía no poder recibirle por su estado delicado de salud. Los ruegos, los razonamientos, las amenazas, todo, en una palabra, se estrelló contra la coraza suave, pero impenetrable, de que se revistió dicha señora, hasta que cansado Wylie de suplicar se retiró con el firme propósito de volver, como así lo hizo varias veces, pero ya no quisieron recibirle. Pensó después en escribir á Irene, y á su primera carta contestó la señora Ladoguin á nombre de ella, diciéndole poco más ó menos lo que antes le había dicho de palabra; pero se lo decía en términos más secos, censurando su atrevimiento é importunidad. Otras dos ó tres esquelas que recibió después, se quedaron sin contestación, y las que mandó al poco tiempo se las devolvieron sin abrir. Recurrió entonces al dinero; pero se encontró con que había muchas

manos dispuestas á recibirlo, entre los criados y empleados subalternos del consulado, y muy pocas ó ninguna á servirle de veras, pues no pasó mucho tiempo sin que se convenciera de que ninguna de sus misivas había llegado á manos de Irene.

Wylie, sin embargo, era demasiado tenaz para desmayar ó desistir de su empeño por todas estas contrariedades y desengaños; así es que vigilaba sin cesar las puertas del consulado, se apostaba en los lugares por donde era probable que pasara la señora Ladoguin acompañando á su huéspeda al dar sus acostumbrados paseos en coche. Pero sus adversarios eran tan testarudos como él y mucho más listos, aunque Wylie verdaderamente no tenía nada de torpe. Nicetas Mitsopoulo seguía todos sus pasos con incansable persistencia, y diariamente, á veces á cada hora, le daba cuenta á su hermana de todo lo que había visto y oído respecto al capitán Wylie. Con mucha frecuencia hacían correr falsos rumores respecto á la dirección que las señoras pensaban tomar en sus salidas en coche. Pero á pesar de todas estas tretas y manejos, la mucha constancia de Wylie produjo al fin su efecto correspondiente, es decir, logró poner nerviosa á la señora Ladoguin, que decía que si aquel maldito inglés continuaba rondando por las inmediaciones de su casa, alguna vez tenía que hallar por fuerza la ocasión de celebrar la entrevista que pretendía, porque ella no iba á estar constantemente en todas partes. Después de maduras reflexiones y de haberlo consultado con su hermano, dió uno de esos pasos atrevidos que sólo dan las inteligencias muy superiores. Fué á visitar á la esposa del cónsul general británico y le suplicó que le permitiera tener una conferencia reservada con ella, lo que le concedió la otra al momento, y entonces se quejó amargamente de la conducta poco digna de un caballero, que observaba un compatriota de su marido. Esa persona era uno de los que fueron secuestrados por los bandidos al mismo tiempo que la real señora que se hospedaba en su casa, y tanto le había desvanecido esa casualidad, que se había enamorado locamente de la princesa, persiguiéndola sin descanso por todas partes, á pesar de estar ya otra vez en el seno de la civilización, con demostraciones tan insultantes como mal recibidas. Este hombre importuno andaba en acecho todos los días, sobornaba á los criados para que le llevaran sus declaraciones amorosas, y tal temor y repulsión había llegado á inspirarle, que casi no se atrevía ya á salir fuera del recinto del consulado.

Esta confidencia sirvió para que lady Frank comprendiera ahora á qué obedecían los insistentes pasos que daba Wylie por ver á la princesa, y al mismo tiempo le proporcionó algo en que poder ocuparse. Con la mejor buena fe del mundo se prestó á los manejos de la señora Ladoguin, llevada de la verdadera compasión que sentía por Wylie, viéndose además halagado su amor propio por tener que intervenir en las intrigas amorosas de una persona de real estirpe. No tardó un momento en referir á su esposo lo dicho por la señora Ladoguin, y Sir Frank, que apreciaba mucho al capitán Wylie y deploraba lo que ocurría, le suplicó que fuese á verle cuanto antes, y le habló con la misma ternura que si fuera su padre.

—No se trata, principió diciéndole, de nada que le haga poco favor, muy al contrario, me parece cosa natural; pero comprenderá usted fácilmente que siendo como es dama de tan alta alcurnia, eso no tiene razón de ser.

Wylie llegó hasta á perder el aplomo al oir esta salida del cónsul de su nación y al ver además que cuantas tentativas hacía para que supiera la verdad resultaban infructuosas. Sir Frank se empeñaba en atribuir sus terminantes negociaciones al deseo de no comprometer á la princesa, y con mucha seriedad le preguntó por qué, si realmente no estaba enamorado, rondaba tanto su casa y la importunaba de aquel modo, escribiéndole cartas casi á diario.

—¿Pero no comprende usted, exclamó por último Wylie, que la princesa ha visto á los hermanos Smith mucho después que yo? Si yo no pretendo otra cosa sino que me diga qué ha sido de ellos.

—¿Y no sabe usted que andan recorriendo los monasterios? ¿Por qué no da usted crédito á las palabras de la princesa y del Sr. Kirileff?

—¿Y por qué no me han escrito los Smith? ¿Por qué no he tenido ya noticias suyas? ¿Cómo quiere usted que anden viajando si no tienen dinero? ¿No lo comprende usted, señor cónsul?

—Sí, ahora lo comprendo, dijo Sir Frank, pensando por primera vez que en todo aquello sería probable que hubiera algo más que una quimera, hija del exaltado cerebro de Wylie. Pero vamos á ver, ¿qué es lo que desea usted que le diga la princesa?

—Yo no quiero más que preguntarle dónde y cómo dejó á los hermanos Smith y qué era lo que pensaban hacer; todas mis gestiones no se encaminan nada más que á eso, á que me diga algo de ellos.

—Pero para eso creo que no necesita usted una entrevista reservada.

—Yo no he pretendido verla á solas y me hubiera guardado muy bien de pretender una cosa semejante. Tendría mucho gusto en hacerle esas mismas preguntas en presencia de usted y de los señores Ladoguin y de todo el personal de los dos consulados, si fuera preciso.

—No creo que hubiera necesidad de tanta gente; tal vez bastará con lady Frank y la señora Ladoguin, y de este modo sería menos penoso para la princesa, dijo Sir Frank con cierta risita.

Y añadió después:

—Me ocuparé del asunto, déjelo á mi cuidado, y mientras tanto no ande usted rondando por el consulado; ¿me comprende usted?

Wylie asintió y se despidió en seguida. Después comenzó á renegar y á maldecir de su negra estrella en presencia de Armitage, que aún seguía en Therma esperando á ver en qué paraba todo aquello, dibujando entre tanto vistas de Ematia para el *Plastic*. Armitage oyó tranquilamente los coléricos arranques de Wylie, el cual, cuando se le pasó la ira, principió á lamentarse de las injustas y necias imputaciones que le hacían de que estaba enamorado de Irene; esto era precisamente lo que más le sublevaba, porque decía que estaba siendo el hazmerreir de toda la ciudad.

—Tranquilícese usted, amigo, dijo el artista con calma cuando terminó Wylie de maldecir y de lamentarse de todas sus desgracias y de su mala sombra. Es usted un león aprisionado en la red; ¿quiere usted concederme el honor de que haga yo de ratón?

—¿Qué es esto?, gruñó Wylie cogiendo un pliego de grandes dimensiones dirigido á Irene que su amigo le puso ante la vista.

—Es una carta de la princesa Florentina, duquesa de Inverness, recomendando á un pintor inglés llamado Armitage á la princesa Irene Teofan, á quien dicha duquesa conoció en Francia la primavera pasada.

—¿Y cómo pudo usted trabar amistad con la duquesa de Inverness?

—Si quiere usted que le sea franco, no lo sé á punto fijo; tal vez haya sido por ser ella muy aficionada á la pintura. El caso es que yo me atreví á pedirle esa carta escrita de su puño y letra, para que no fueran los esposos Ladoguin á confiscarla y contestarla ellos mismos, como han hecho con las de usted. Por supuesto, yo no le dije el por qué tenía tanto interés en ver á la princesa Irene; peró la dama de honor de la duquesa me manifestó que aquélla le había indicado que me aconsejaba llevase, cuando fuera á verla, algunos de mis dibujos, pues de ese modo sería fácil que me encargase su retrato. Debe haber creído sin duda que ando algo escaso de recursos.

—Muy bien: ¿quiere usted que vaya yo en su lugar?, preguntó Wylie.

—¡No sea usted tan inocente, hombre de Dios! ¿Cree usted que le admitirían en el consulado escita, aun cuando llevase una carta del mismo emperador de Escitia? ¿Se imagina que su aspecto, y sobre todo sus ojos, no son conocidos hasta de los muchachos limpiabotas de este pueblo? Soy yo el que tengo que ir en persona. No pretenda usted que abuse de la bondad de la duquesa, enviando en mi lugar á un hombre tan poco grato como usted, quiero decir, poco grato á Escitia. Pero no se apure usted, que yo trataré de hacerle el juego. En resumidas cuentas, ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero verla, quiero oir de su propia boca qué ha sido de ellos, exclamó Wylie. Dígale que si continúa sin querer darme las noticias que le pido, la seguiré á todas partes hasta que me diga la verdad.

—Vamos despacio. Este es un caso en que es indispensable proceder con mucha maña y gran cautela. Tratemos primeramente de hablar de qué estratagema nos hemos de valer. No hay que olvidar que á pesar de todo, es muy posible que no se la dejen ver. Busquemos el medio de que pueda yo adquirir en todo caso las noticias que usted desea.

Combinaron su plan, y Armitage entregó la carta en el consulado, donde causó no poca intranquilidad y recelo. Según habían ya supuesto los dos amigos, no era posible que hicieran con la carta de recomendación de una princesa inglesa, entusiasta por el arte, lo mismo que habían hecho con las de Wylie, pues tuvo la satisfacción de recibir aviso de que la princesa Irene le recibiría al día siguiente. Cuando se presentó, con una cartera llena de bocetos, no le sorprendió que primero le recibiera la señora Ladoguin, quien aparentando hablarle con toda la franqueza del mundo, le advirtió que de ningún modo debía nombrar al capitán Wylie en presencia de Su Alteza Real.

—Probablemente, añadió, tendrá usted ya noticia de la incalificable conducta que observa ese señor con la princesa; no es posible que pueda usted formarse una idea exacta de lo mucho que ha sufrido ella por su causa.

—Le agradezco á usted mucho la advertencia, le contestó Armitage fingiendo la misma franqueza. No creo que lo hubiera nombrado á no hacerlo antes la princesa; pero ahora con mucho más motivo, con lo que acaba usted de encargarme.

Cuando lo llevaron á presencia de Irene, notó que ella se quedó algo contrariada, como si hubiera esperado que le presentaran á otra persona, y dirigió algunas miradas para cerciorarse de que nadie más le acompañaba, lo que le hizo al momento comprender que la princesa había tenido la descabellada idea de que vendría Wylie disfrazado. Semejante descubrimiento venía á allanar la mitad por lo menos de las dificultades de su misión, puesto que de hecho quedaba resuelta la cuestión de saber si ella tenía ó no tenía parte en aquella conspiración de guardar tanto silencio y no querer contestar á las cartas de Wylie. Agradóle mucho la manera lánguida y cansada con que le preguntó dónde había aprendido su arte y cómo había conocido á la duquesa, porque todo esto contribuiría indudablemente á disminuir la suspicacia de la señora Ladoguin. Pero muy pronto se evidenció que ni aun momentáneamente se podía engañar la gran vigilancia de aquella señora. Se colocó ésta entre Irene y Armitage, é iba entregando á aquélla los diseños á medida que éste los sacaba de la cartera. Hasta que no pasó por sus manos todo el contenido no se retiró á un extremo de la mesa, donde se sentó y siguió entretenida con su labor de ganchillo. Armitage observó que su tarea no la absorbía por completo, pues mientras se movían los dedos, seguían los ojos escudriñando cuanto pasaba en torno suyo, exactamente lo mismo que antes. Irene continuaba mientras tanto examinando los dibujos que ya tenían el visto bueno de la dueña de la casa.

—Crea usted que he tenido un verdadero placer viendo sus trabajos, dijo al pintor con mucha amabilidad. Siento que no haya traído usted más retratos. La duquesa de Inverness me dice que hizo usted para ella uno del duque de cuerpo entero

—Lo traigo aquí fotografiado, señora, dijo Armitage mientras sacaba de un bolso de la cartera la fotografía, procurando presentar primero un lado y después otro á la inquieta mirada de la señora Ladoguin, como hace el prestidigitador que quiere hacer creer al público que no emplea trampas.

—Sí, me gusta mucho, dijo Irene después de haberlo mirado detenidamente.. Mas no conozco al duque ni tampoco á ninguna de las personas cuyos retratos acaba usted de enseñarme. ¿No tendría usted el de alguna persona conocida mía?

—No tengo más que uno, señora, y es tan sólo un ligero bosquejo del capitán Wylie.

Y al decir esto dirigió á la señora Ladoguin una mirada implorando su perdón.

—Pues lo habré pasado por alto, porque no le he visto. Haga usted el favor de dejármelo ver.

Armitage sacó entonces el retrato de debajo de los otros, donde con gran destreza lo había colocado la señora Ladoguin en lugar de pasarlo á Irene. Era un dibujo al lápiz ejecutado con mucho esmero; Wylie estaba adelantando un pie como si fuera á salirse del papel, y su semblante respiraba intrepidez.

—¡Qué parecido está! Esa expresión me es muy conocida, dijo Irene sonriéndose y suspirando al mismo tiempo bajo la influencia de los recuerdos que evocaba aquel retrato. Pero tiene usted que darle color. Para hacerle justicia al capitán Wylie, hay que reproducir el color de sus ojos.

—Esto no es más que un simple bosquejo, señora. Lo hice espiando al vuelo esa posición en que está, porque me gustó mucho. Le he dicho que me servirá para pintar un cuadro en que aparezca aterrando á todo un ejército con sólo el látigo, como el general Gordon.

—Entonces tendrá que cambiar el fondo. ¿Por qué pone usted á un guerrero en mitad de un bosque?

—¡Ah! Porque ese era un rincón de monte que quería tener á la vista; por eso precisamente lo dibujé ahí, dijo el artista con naturalidad. Estoy muy contento de él, porque me parece que he reproducido bastante bien el aspecto de esa clase de arbolado. ¿No le gusta á usted, señora? Tal vez poniéndolo á la luz conveniente...

Y le aproximó á la ventana. Irene se volvió en su asiento.

(Se continuará.)



Madrid.—El Museo Nacional de Pintura y Escultura

EL MUSEO NACIONAL

DE PINTURA Y ESCULTURA DE MADRID

España se encuentra en materia de museos y de colecciones artísticas, especialmente en el ramo de Pintura, á más altura que las naciones más adelantadas del globo, pudiendo además enorgullecerse justamente con la idea de que los cuadros de sus pintores son objeto preferente de estudio y de universal admiración por encima de las primeras obras de los demás museos del extranjero. Entre los establecimientos de esta clase que posee es el primero, no sólo en España, sino también en el mundo, entre los de su clase, el Museo de Pinturas de Madrid, el cual contiene más de 2.000 cuadros de autores de grandísima celebridad. El bellísimo edificio destinado á este objeto, y que comenzó á construirse con el fin de que fuese un Museo de ciencias naturales, data del reinado del gran Carlos III, que confió su dirección á su arquitecto mayor, el célebre Villanueva, y se terminó en el de Fernando VII, que contribuyó á esta obra con gruesísimas asignaciones, que no dejó de satisfacer ni aun en las mayores escaseces de la real casa.

Los cuadros que forman hoy este gran Museo fueron todos del real patrimonio y estaban diseminados en los palacios de Madrid, de Aranjuez, de San Ildefonso, del Pardo, la Zarzuela y la Quinta. En dichos puntos no eran del dominio público, aunque en honor á la verdad se ha de hacer constar que nuestros reyes siempre mandaron que se dejaran ver, estudiar y aun copiar á los artistas que tuviesen por conveniente el pedirlo simplemente de palabra al mayordomo del palacio.

Pero los sitios reales hallábanse apartados de la capital, y el ir á estudiar á ellos era harto difícil á los artistas.

Gracias á la iniciativa de José Bonaparte (1810) se formó el Museo de Pinturas. Con un amor al arte digno de todo encomio, y aun diremos á España, y para contrarrestar el pillaje de los generales del imperio, que andaban robando y extrayendo cuadros de los palacios é iglesias á más y mejor, dictó una orden reservada á sus gobernadores militares prohibiéndoles la exportación de objetos de arte, orden que luego fué reproducida en la *Gaceta* del 1.° de agosto del mismo año, imponiendo la confiscación de dichos objetos al que los sacara y á más una multa igual á su valor, y del doble en caso de reincidencia.

Después de lo cual, en 24 de agosto, publicó la orden de creación del *Museo Nacional de Pinturas* en el palacio de Buenavista, recogiéndose en él los cuadros de los conventos y palacios, cosa á que no se hubieran atrevido los reyes españoles. Luego Fernando VII, gracias á la iniciativa de su esposa doña María Isabel de Braganza, que era apasionada por las artes, dió en 13 de noviembre de 1819 la orden para que el edificio dedicado á Ciencias Naturales sirviera de palacio al Museo de Pinturas.

Con esta orden y con las sumas que, como hemos dicho, entregó para la adquisición de cuadros y su conservación, contribuyó dicho soberano á este Museo.

No obstante, durante los dos primeros años el Museo se redujo á tres salas que contenían 311 cuadros de la escuela española. En 1821 abrióse otra sala y en 1828 se inauguraron las salas de la pintura alemana, italiana y francesa, formando un total de 755 cuadros. En 1830 se abrieron al público las salas flamenca y holandesa y la galería de la Escultura. En 1839 se añadieron otros salones, en 1851 se inauguró el ovalado, y por fin en 1873 la República hizo trasladar al Museo las preciosas tablas que yacían en los depósitos del ministerio de Fomento.

El niño de la escudilla, cuadro de Murillo

Algunos de los cuadros preciosos de este Museo desaparecieron al retirarse los franceses, yendo á parar á los Museos de París, pero fueron devueltos gracias al tratado de las naciones aliadas que vencieron á Napoleón I.

* * *

El Museo del Prado representa hoy por hoy el emporio del arte europeo, desde las tablas góticas á la pintura de principios de siglo, no sólo por lo que toca á las escuelas españolas, que por sí solas constituyen un arte completo, sino también por lo que se refiere á todas las escuelas europeas, flamenca, germánica, holandesa, diversas italianas y francesa.

En el Museo de Pinturas, como acabamos de decir, se encuentran, pues, las obras maestras en materia de cuadros de las mejores escuelas de pintura, todas las cuales están debidamente clasificadas. En la florentina se distinguen los de Miguel Angel, Leonardo Vinci, Andrea del Sarto, Bartolomé Carducci y Francisco Salviati. En la romana los de Rafael, entre los cuales están los conocidos por el *Agnus Dei, La Perla, La Virgen del Pez, La Rosa, La Visitación* y el celebérrimo *Pasmo de Sicilia*, cuya reputación es europea; además hácense admirar las de Julio Romano y Sassoferrato. En la veneciana los hay del Tiziano, de Paolo Veronese, del Tintoretto y del Bassano. En la boloñesa se distinguen los del Dominiquino, los de Carducci, de Guido y de Albano. En la lombarda y milanesa, los de Correggio, los de Crespi y de Lanfranco. En la napolitana se admiran los de Salvador Rosa, Caballero Máximo, Vaccaro Calabrese y Jordano. En las flamenca, holan-

desa y alemana destácanse los de Rubens, Van Dyck, Teniers, Van Bosch, Rembrandt, Both, Alberto Durero y Mengs. En la francesa sobresalen los de Poussin y Claudio de Lorena.

Pero donde sobre todo brillan las grandes creaciones del arte, donde se ve el vigor en el sentimiento del colorido, es en nuestra antigua escuela española, cuya colección es la más rica del mundo.

Allí se encuentran los admirables cuadros de Murillo, de Ribera, del gran Velázquez, de Claudio Coello, de Juan de Juanes, de Zurbarán, de Villavicencio, de Ribalta, de Morales, de Pantoja de la Cruz, de Carreño y de otros bien notables.

¿Quién no ha admirado el *Cuadro de las lanzas*, el *Esopo y Menipo*, *Las meninas*, *Las hilanderas*, *Los borrachos*, el *Cristo* y los retratos á caballo de Felipe IV, del condeduque de Olivares y del infante don Carlos, obras colosales de Velázquez? ¿Quién no ha visto *la Virgen*, el *San Francisco*, *La Anunciación* y la *Magdalena* del incomparable Murillo? ¿Quién no se ha extasiado ante los retratos de Moro, ó asombrado ante los desnudos de Ribera, ó espantado ante *los fusilamientos* de Goya? No hay Museo en el mundo, podemos decirlo muy alto, que se le pueda comparar en materia de pintura.

En la Galería ó Museo de escultura hay una preciosa colección de objetos de este arte, entre ellos muchas obras griegas y romanas y no pocas de artistas célebres españoles desde el Renacimiento á principios de siglo.

POMPEYO GENER.


La Sagrada Familia, cuadro de Rafael conocido por «La Perla,» que se conserva en el Museo del Prado, Madrid

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL EN ESPAÑA. AÑO 1907.—Un tomo de 114 páginas que contiene numerosos datos acerca de las fiestas del árbol celebradas en varias poblaciones de España, algunos artículos de interesante lectura y multitud de grabados. Ha sido impreso en Barcelona en la imprenta y litografía de José Casamajó.

EL TRIUNFO DE LA VIDA, diálogos novelescos, por *Manuel Carretero*. – Es esta obra una novela bien meditada y desarrollada con acierto, en la que hay algo más que narración de sucesos imaginados, puesto que se basa en ideas trascendentales y plantea y resuelve un problema psicológico. Lleva el libro bellísimas ilustraciones del notable artista Julio Romero de Torres. Un tomo de 108 páginas, editado en Madrid por el Sr. Pue)o. Precio, tres pesetas.

POESÍAS, por *Juan Valera*. – Este volumen es el tomo XVII de la colección de obras completas del eximio escritor, de la que en otras ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que se merece, y en él se han incluído muchas poesías inéditas de los primeros años de vida literaria de D. Juan Valera. Contiene además una carta de éste al Sr. Menéndez y Pela)o, un prólogo de J. Jiménez Serrano y otro de D. Antonio Alcalá Galiano. Impreso en Madrid en la imprenta Alemana, véndese el libro á tres pesetas.

GUSARAPO, por *Emilio Román Cortés*. – Novela interesante, escrita con gran soltura y que encierra un fondo altamente moral é instructivo. Es la primera producción en su género de su autor, y á juzgar por ella, no es aventurado asegurar al Sr. Román Cortés un porvenir lisonjero en la literatura novelesca y un puesto distinguido entre nuestros buenos novelistas. *Gusarapo* forma parte de la biblioteca «Patria,» que con tanto éxito se publica en Madrid, y se vende á una peseta.



Londres. – El 17.° Congreso internacional de la Paz.—La baronesa de Suttner (×) agraciada en 1905 con uno de los premios Nobel, dirigiéndose al congreso. (De fotografía de World's Graphic Press.)

En el Caston Hall de Londres se está celebrando actualmente el 17.° Congreso internacional de la Paz, al que han concurrido representantes de las entidades pacifistas de todo el mundo y multitud de personalidades ilustres de las más diversas naciones, que ponen sus talentos y sus energías al servicio de tan humanitaria causa.

Veinticinco de los principales miembros del mismo fueron recibidos, antes de la sesión inaugural, por el rey de Inglaterra, á quien entregaron un mensaje en el que se le llamaba el pacificador. Eduardo VII contestó que nada le satisfacía tanto como saber que sus esfuerzos en pro de la paz internacional no eran infructuosos y que, en general, eran bien acogidos por el pueblo de la Gran Bretaña y por los demás países. Añadió que estimaba como el objeto más noble desenvolver los buenos sentimientos y la buena armonía entre las naciones, medio el más seguro de permitir que la humanidad lograse su más bello ideal, y después de afirmar que á la consecución de este ideal dedicaría sus energías y tenderían sus esfuerzos, terminó deseando que Dios bendijese los trabajos del congreso.

Entre los congresistas figura la baronesa de Suttner, á quien fué adjudicado en 1905 uno de los premios Nobel y que lleva la representación de Austria.

El Congreso, además de reproducir los acuerdos adoptados en años anteriores, se ha ocupado de interesantes cuestiones de actualidad, como las de Turquía, China, Persia, Corea y Estados escandinavos, proponiendo para todas ellas soluciones en armonía con los fines que el congreso persigue.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 17 de agosto de 1908 — Núm. 1.390



CONCILIABULO INFANTIL, cuadro de M. Bashkirtseff

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis reflexionado alguna vez en lo que significan, en el papel que representan dentro de la vida de la humanidad, las llaves?

Ese trozo de hierro que por un lado tiene forma de asa y por otro una hechura especialísima, semejante á la de una mano chiquita y mutilada, que sin embargo se adelanta para ejercer un esfuerzo, incomunicando ó comunicando, aislando y resguardando ó franqueando, es una entidad importantísima en el cuadro de la civilización humana.

Preguntábase Bartrina, el desengañado poeta, qué graves delitos habrían precedido á la invención de las llaves. Es indiscutible: la primer llave—ó cosa equivalente—fué la sanción del derecho de propiedad, la consagración del *tuyo* y *mío*, no sólo en lo material, sino en lo espiritual; porque la llave no guarda solamente objetos y dinero: guarda también á la mujer, y la mujer bajo llave, es todo el Oriente, celoso y exclusivo.

«La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,» reza el antiguo refrán. De poco serviría, para el achaque de la honradez, el estar en casa, si las casas no tuviesen provisión de llaves y cerrojos; si las casas fuesen únicamente cuatro paredes y una puerta, que cualquiera puede atravesar. Y á veces, han sido llaves y cerrojos estímulo para que el galán atrevido ponga cerco al recato de la mujer. El cerrar defiende, pero tienta.

Lo seguro es que ignoramos el origen de las llaves; yo al menos no he podido averiguar dónde y cuándo se usaron por primera vez. Que son muy antiguas es cierto, pues Cristo dió á San Pedro las del cielo hace mil novecientos años. He podido admirar colecciones de llaves que constituyen verdaderos objetos de arte, maravillas de cincelado y de forjado, objetos de Museo. Nuestra época, que de todo tiene menos de estética, ha reducido la llave á su mínima expresión y á la más sencilla y desairada hechura; pero antaño (un antaño bastante remoto) eran tan primorosas las llaves, que hubo quien adquirió una y por encontrarla encantadora, construyó un mueble *ad hoc*, en el cual la llave funcionaba.

¿No habéis oído hablar de las llaves del corazón? A cada paso esta idea asoma en la poesía y en el lenguaje familiar. ¡Las llaves del corazón! Nos las figuramos diminutas, de oro cincelado, incrustadas de rubíes, unos rubíes chiquitos y vivos como gotas de sangre que hiere el sol. También el corazón necesita, por lo visto, ser cerrado rigurosamente, y también si se abriese entrarían por él haciendo riza los ladrones y descuideros... Con mayor motivo que los cofres y arcas, que los joyeros y armarios, debe cerrarse el corazón, que es donde guarda cada cual lo mejor de sí mismo. En el corazón de cada uno sólo cabe cada uno: ¡ay del que lleve, dentro de su corazón, á otro ser humano! Como el gusano en el nudo vital del árbol, irá el intruso ó la intrusa royendo y destrozando, hasta que el árbol tenga que venirse á tierra, desplomado de repente. Las llaves del corazón serían las llaves de mayor importancia... si hubiesen existido alguna vez.

Otras llaves, sin embargo, suelen imponerse con doble fuerza á los míseros mortales. Son las tantas veces citadas *llaves de la despensa*. ¿No habéis oído nunca lamentar el que un padre de familia, al morirse, se lleve consigo á la sepultura las necesarísimas, urgentísimas llaves?

Es decir: no creo que sean precisamente las llaves lo que se lleva, sino más bien lo que bajo esas llaves se custodiaba. Notad que los duelos por la pérdida del jefe de la familia, revisten especial carácter cuando en un ángulo de la caja mortuoria suponemos que van ocultas esas llaves desgastadas por el uso diario, engrasadas del contacto de los dedos hacendosos. El duelo por un hombre que deja á los suyos «bien» es una manifestación de simpatía y un tributo á la ley común que acatan los hijos de Adán; pero hay quien sale de un duelo envidiando más que compadecien do á los herederos del difunto. En cambio, los due los donde las llaves de la despensa bajan á la tierra acompañando al cadáver (como acompañaban en tiempos prehistóricos al guerrero muerto sus armas y hasta sus mujeres favoritas), esos sí que son duelos y quebrantos. Allí sí que los párpados se han hinchado al cauterio de verdaderas lágrimas escocientes; allí sí que todo descubre el aplanamiento y el horror sordo de las catástrofes interiores. La viuda tiene gestos especiales, de desesperanza; los hijos están como si les hubiesen descargado un mazazo en la cabeza; los criados la mueven á guisa del que anuncia la imposibilidad de arrostrar el porvenir, y los amigos, atropellando entre los labios las fórmulas oficiosas del pésame, piensan en otra cosa, é involuntariamente cavilan entre sí: «Habrá que alejarse un poco, con habilidad. Esta *pobre* gente ha quedado en malísima situación...»

¿No es esta la verdad, la cruda verdad humana? ¿No es el interés el móvil, oculto ó visible, de las nueve décimas partes de las acciones que vemos realizar diariamente? Y no debe de haber remedio para tal estado de cosas, cuando ha sido preciso inventar las llaves, los cerrojos, las trancas, las rejas, las puertas de hierro, las tapias y otros mil modos de clausura defensiva...

Si fuese preciso idear una alegoría de la propiedad, bastaría dibujar una enorme llave

Y sin embargo, así como la firma no demuestra y quizás arguye en contra de la autenticidad de un cuadro, las llaves no salvan la propiedad en momentos críticos... Con la ganzúa se burla la llave; con el formón y la palanqueta se descerraja... La llave no es más que una especie de guardia civil de hierro; ante fuerza ó maña superiores, no es útil su custodia.

En los casos de descuido doméstico ó pérdida casual; cuando es preciso requerir al cerrajero para que precipitadamente abra una puerta cuya llave no parece, me ha producido siempre vago asombro y como sensación de la nulidad de las cosas, el ver que esa puerta que creíamos segura y reciamente defendida, esa cerraja en la cual fiábamos, cede sin la menor violencia, con fantástica facilidad y suavidad, á la primer vuelta de ganzúa. Todo lo que destruye la fe, nos aniquila. Aunque sea la fe en un objeto material, la fe que no llega á los hondos repliegues del espíritu, se sufre un dolor espiritual, un desconsuelo, al perderla. Yo he sentido oprimírseme el pecho siempre que he visto practicar esa operación sencillísima, el cerrajero agitando su llavero de ganzúas, eligiendo una, y en una vuelta de mano, franqueando con la mayor naturalidad la puerta que creísteis infranqueable... El honrado oficial os parece entonces un malhechor. La imaginación os le pinta entrando furtivamente, á las horas silenciosas, nocturnas, con calzado de fieltro, linterna sorda, puñal prevenido, el clásico *attrezzo* y vestuario del ladrón de oficio... Estos juegos de la fantasía son una de las doscientas razones que hacen temible la *pequeña gran desgracia*, como diría un traductor de folletín, de perder una llave...

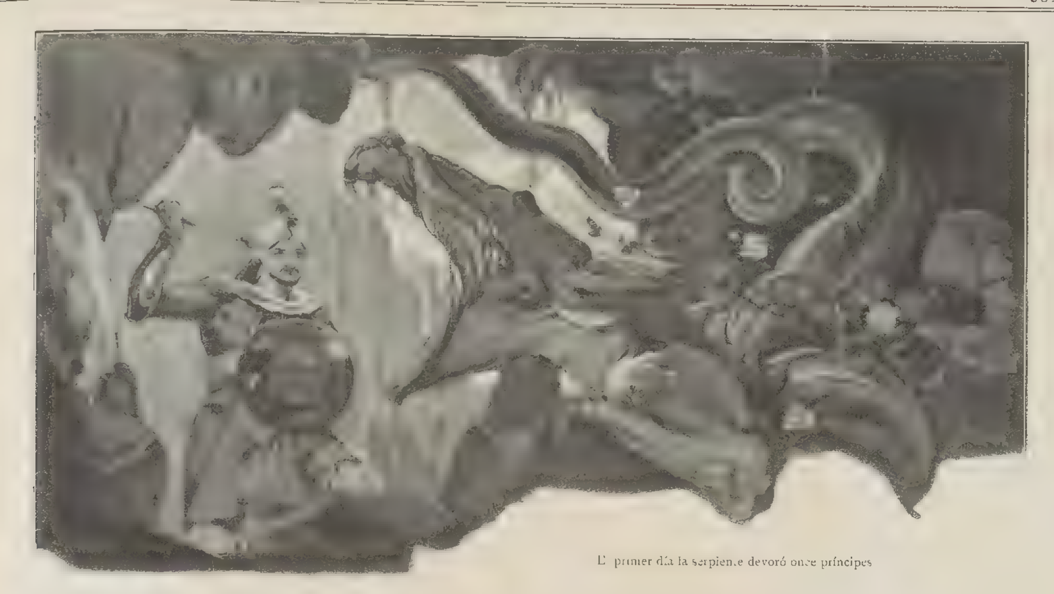
¿Quién no las pierde alguna vez? Echegaray dice por boca de uno de sus personajes, en *Mariana*, si no me engaño, que el diablo es quien se lleva las llaves que faltan y no aparecen. No sé si el diablo se entretiene en eso por obra de su natural maldad, como San Antonio, por bondad, se toma el trabajo de encontrarlas, si se le reza el Responso; lo que sé es que hay veces en que sólo la intervención diabólica podría explicar la desaparición y reaparición de ciertas llaves. Acabáis de tenerlas en las manos, y de pronto..., ¡psit!, como si un ser invisible os las arrebatase y desapareciese con ellas. Y empieza la búsqueda ansiosa, el revolver por todas partes, el no dejar rincón que no se visite y escudriñe, el preguntar, y por último, el desesperarse. Cuando la desesperación ha llegado á su colmo, y ya las órdenes de «que venga el cerrajero» están cursadas..., allí, delante de nuestras narices; allí, donde habíamos mirado mil veces...; allí, riéndose de nosotros, ¿qué vemos? La llave, la maldita llave, el pedazo de hierro, sin el cual la normalidad de la existencia de los civilizados es imposible... La llave, que nos ha costado dos horas de dolor de cabeza y mal humor, y que ni un minuto había cesado de estar donde no se la buscaba.

Conviene advertir que mucha gente tiene la manía de las llaves, el prurito de cerrarlo todo, aun lo que no hay para qué. Y vive cargada con una respetable cantidad de *kilos* de hierro oxidado, pues quien abusa de las llaves, necesariamente las llevará descuidadas y sucias. ¿No es cierto que con sólo mirar las llaves que una mujer usa, os dais cuenta de sus aptitudes para hacer agradable el *home*? Un manojo de llaves relucientes, colgadas de un llavero de acero que brilla, es indicio cierto: hay orden y cuidado. Las llaves, por otra parte, son como las demás cosas; deben limpiarse y hasta desinfectarse. Yo tuve una tía, señora muy exquisita y principal, que había contraído la neurosis del asco, y lavaba cosas que es inverisímil que reciban el bautismo del agua, como los tiradores de las campanillas (por entonces eran gruesos cordones de seda rematados en una borla). De las extravagancias de esta señora, exagerada en su aseo, saqué en limpio—y aquí sí que cabe el modismo—que deben lavarse muchos objetos que la gente no lava jamás; las llaves, verbigracia. Un poco de aceite, papel de lija, un trapo, dejan una llave hecha un espejo. Averigüé también que la susodicha señora no absorbía un huevo pasado sin haberlo visto lavar anticipadamente, y que antes de usar una pastilla de jabón, la hacía disolverse un poco en agua, y esa agua la tiraba, porque allí iba la inmundicia y contaminación de los dedos de la operaria que había envuelto la pastilla en su camisa de papel de seda y en su coraza de papel plateado...

Hay veces en que la llave adquiere altísima significación. No hablemos de las de San Pedro, pues no ignoramos que no son de metal; recordemos solamente aquella llave de su puerta que los moros se llevaron al marcharse de España, ó que dejaron colgada de un clavo en el zaguán, que no tendrán más que descolgar el día en que quieran volver á sus antiguos lares... Acordémonos también de las llaves que guardan secretos, en muebles incrustados, dorados ó fileteados de concha; esos muebles que se ven en los cuadros viejos, en las prenderías y en las casas donde se cultiva la idea de lo pintoresco y lo artístico... ¡Si esos muebles hablasen! ¡Si nos refiriesen la historia del paquetito que atado con cinta azul ha permanecido allí años y años, palideciendo su tinta, enranciándose sus satinados folios, sufriendo la lenta alteración que sufre todo, cosas y personas, bajo la acción del tiempo! ¡Si la llave contase el temblor de la mano que la deslizó en la cerradura, las palpitaciones del seno en que se ocultaba, todo lo que formó alrededor de su metálico cuerpo ambiente de pasión!

Hace años, todavía las llaves desempeñaban papel muy trascendental en los estrenos teatrales. La mayoría de los madrileños se llevaba en el bolsillo la llave de la puerta, y aplicándola á los labios, juzgaba una obra. Fué asombroso el coro de llaves que acompañó al estreno de *La Carmañola*, de Nocedal. Actualmente, la inmensa mayoría de los madrileños entregan al sereno sus llaves, y se libran de llevarse una carga de hierro en el bolsillo. Y de pasada diré —puesto que frecuentemente tengo ocasión de deplorar aquí las malas costumbres—que es admirable esta humilde corporación de serenos madrileños, en manos de la cual se encuentra la hacienda y hasta la vida del vecindario, y que las guarda y defiende, sin que se registre un caso de complicidad con ladrones y malhechores. ¿No os da lástima, en las noches frías, el sereno? Mientras los demás trasnochan por divertirse, él trasnocha hasta el amanecer, y diariamente, para abriros la puerta y vigilar vuestra casa. Tiene en su poder el modo seguro de entrar en ella y de desbalijaros; tiene el depósito de vuestra confianza y seguridad, y no la defrauda nunca. Los extranjeros que vienen á Madrid, no se cansan de repetir que no sería fácil establecer en París ó en Londres algo análogo á nuestros serenos. El sistema de París, del famoso «cordon, s'il vous plâit!,» se presta á todo género de abusos y facilita la delincuencia nocturna. Hay que reconocer el mérito de los serenos—en el cual no reparamos, como se suele no reparar en lo que estamos viendo á cada instante —y perdonarles su única falta—por otra parte tan natural dentro de su oficio,—á saber, la afición á echar un reparillo al cuerpo, en la estación en que el frío amorata la nariz y las uñas; la inclinación á trasegar al estómago una copita ó un vaso de café con gotas... ¡El café! Y sin el café, vaharoso, hirviente, más de achicoria que de moka, ¿qué sería del sereno?

La condesa de Pardo Bazán.



El primer día la serpiente devoró once príncipes

LA ROSA Y LA ESPINA

LEYENDA ORIENTAL

Al amor de la lumbre, durante las interminables veladas de invierno, mi abuelo, que había viajado y leído mucho, solía deleitarnos á mis hermanitos y á mí, refiriéndonos cuentos maravillosos, que escuchábamos con la boca abierta, sin pestañear, palpitantes de emoción, y entre los de su vasto repertorio, quedó particularmente grabado en mi memoria el que á mi vez voy á contar.

El rey de Tipitapi había sido un célebre guerrero, cuyas conquistas llegaron á ser innumerables. Poco á poco había engrandecido su reino con la anexión de todos los pequeños Estados que le rodeaban, sin piedad para con los reyezuelos á quienes había desposeído de su corona.

Pero aquel período de gloria tuvo fin. El reuma paró los pies al ambicioso monarca, el cual, viéndose en la imposibilidad de seguir guerreando, recurrió al hada Melindra para que le buscase mujer.

El hada, agradecida al rey, que la había librado del genio maléfico Pulgarín, su mortal enemigo, condujo á la corte de Tipitapi á una joven princesa, cuya belleza extraordinaria no tenía igual en ninguna de las cortes del Asia.

El rey se enamoró locamente de la princesa y ordenó en seguida que se organizasen espléndidas fiestas para la boda.

Un año después, la joven reina murió dando á luz una bonita princesa, á quien el hada Melindra, su madrina, puso por nombre Zila.

El rey sintió mucho la muerte de su esposa; pero poco á poco Zila fué creciendo, y era tan simpática y hermosa que el monarca su padre le cobró un miedo espantoso á la muerte, que podía separarlo de su hija.

Zila tenía dieciocho años, cuando su padre le anunció su resolución de casarla.

En cada aniversario de su nacimiento, Zila iba á la gruta de las Pimpinelas, en que vivía su madrina, la cual le concedía un favor ó la dotaba de una nueva cualidad. El año anterior, Zila había encontrado en la gruta al hijo menor de un monarca vecino, el rey Hu, y se había enamorado de aquel simpático príncipe que unía á la gracia de su rostro, algo afeminado, pero bellísimo, una brillante inteligencia; se llamaba Hip. Por su parte, el príncipe Hip, igualmente ahijado del hada Melindra, había hecho una apasionada declaración de amor á la encantadora Zila.

La pobre princesa tuvo, pues, una profunda pena al enterarse de la condición que su padre ponía á los pretendientes para el casamiento de su hija. Tratábase de llevar al rey de Tipitapi la rosa de las Pimpinelas, que había de dar la inmortalidad al que pudiera cogerla y á la persona á quien fuese regalada; pero la empresa era difícil.

La rosa de las Pimpinelas florecía sobre la gruta en que vivía el hada Melindra y estaba guardada por el terrible genio Pulgarín, transformado en una monstruosa serpiente cuyas escamas, al menor movimiento, sonaban como campanas. La boca del reptil era tan grande, que hubiera podido tragarse un hombre con facilidad.

Era, pues, cuestión de librar un combate terrible; pero muchos príncipes lo ignoraban, y por otra parte, la perspectiva de una victoria que tan provechosos resultados había de dar, tales como la inmortalidad y la mano de la más linda de las princesas, cuya fama se había extendido por los confines del mundo, decidió á los príncipes casaderos, que acudieron en masa á la noticia del edicto que el rey de Tipitapi mandó publicar en los Estados vecinos.

Naturalmente, el edicto fué publicado en la corte del rey Hu, como en las demás. El rey Hu tenía dos hijos, Hop é Hip; pero el heredero de la corona era el primogénito, Hop, á quien su padre excitó á combatir con la serpiente, á fin de poder reunir más tarde, bajo un mismo cetro, los dos poderosos reinos.

Hop era un mozo robusto y temible; los cortesanos le llamaban el tigre, y le aborrecían tanto como apreciaban á su joven hermano Hip; así es que se alegraron de su partida, esperando que sería devorado por la serpiente.

Hip había manifestado á su augusto padre el deseo de tomar parte también en el combate. El rey se había burlado de él diciéndole que sus pretensiones eran ridículas, pues ni fuerza tenía para manejar una lanza.

Al pobre príncipe le contrarió mucho la negativa de Hu, pero el amor que sentía por Zila le dió el valor de infringir las órdenes del soberano que le prohibían ir á Tipitapi.

Se fué en derechura á las Pimpinelas en busca del hada Melindra, su madrina, para que le ayudase.

—Toma, le dijo el hada; aquí tienes una espina procedente del rosal de las Pimpinelas. La serpiente en que se halla transformado Pulgarín nada podrá contra el que lleve esta espina. Anda, ahijado mío, la victoria será tuya si conservas hasta el fin este talismán.

Acudieron ciento y un príncipes á tomar parte en el combate. Zila sentía aumentar su pena al ver que su amado no figuraba entre los pretendientes. Uno de ellos, sobre todo, la asustaba con su mirada solapada y dura: el príncipe Hop.

Empezó el combate, y el primer día, la serpiente devoró once príncipes. Muchos de los que quedaban se volvieron á sus Estados sin querer probar fortuna.

Al día siguiente, el príncipe Hop se disponía á combatir, pues era tan valiente como malo, cuando llegó su hermano Hip, que se apresuró á decirle:

—Por favor, hermano mío, no te expongas así, porque sucumbirás como los otros. Sólo yo tengo lo necesario para vencer, y como amo á Zila y ella me corresponde, dispensa que no te dé esta espina de rosal que me asegura la victoria. Por el amor de nuestro padre, no te expongas á una muerte segura.

Ya las escamas de la serpiente enviaban su ruido de campanas á los ecos de las montañas vecinas, cuando Hop se abalanzó sobre Hip puñal en mano y se lo hundió en el corazón. Cogió la espina y llegó fácilmente á la rosa de las Pimpinelas, que la serpiente, replegada en el hueco de su roca, le dejó coger. Después de la victoria, enterró á su hermano al pie mismo de la gruta.

En Tipitapi se organizaron grandes festejos en honor de Hop, el célebre vencedor de la serpiente. Se le paseó por la ciudad montado en un elefante, con un manto de oro tan largo que se necesitaron más de cien esclavos para sostener la cola.

Desesperada, Zila había ido á ver á su madrina, el hada Melindra, y siguiendo el consejo de ésta, solicitó y obtuvo de su padre que el matrimonio se celebrase en la gruta de las Pimpinelas. Llegó el día de la boda, y se ordenó á todos los súbditos del rey, residentes en la ciudad, que se reuniesen en la llanura inmediata á la gruta famosa. ¡Cosa extraña! En aquella llanura, hasta entonces inculta, habían nacido y crecido rápidamente miles de cañas, que obstruían el paso.

El príncipe Hop, que no encontraba obstáculo que él no venciese, mandó cortar todas las cañas y convertirlas en caramillos. La muchedumbre obedeció y pronto cada cual tuvo su caramillo en la boca.

—Ahora quiero, dijo Zila, que todo el mundo pase por delante de mi padre y de mí soplando en esos caramillos.

Pero ¡oh sorpresa!, el primero que desfiló soplando, produjo un plañidero sonido que vino á formar esta frase:

—¡No fuiste tú el que me mató para obtener la rosa de las Pimpinelas!

El rey no salía de su asombro. Cada súbdito que pasaba producía esta misma frase con su caramillo.

Entonces Zila rogó á Hop que soplase á su vez.

De pronto quiso negarse. Pero poco á poco, y á pesar de los violentos esfuerzos que hacía para impedirlo, su mano llevó el caramillo á sus labios y salió entonces una voz vibrante que dijo:

—¡Tú fuiste el que me mató para obtener la rosa de las Pimpinelas!

Inmediatamente el rey mandó prender y ajusticiar al miserable felón á la vista del pueblo, y la orden iba á ser ejecutada, cuando apareció por los aires, en un carro alado, el príncipe Hip, que al encontrarse frente al rey exclamó:

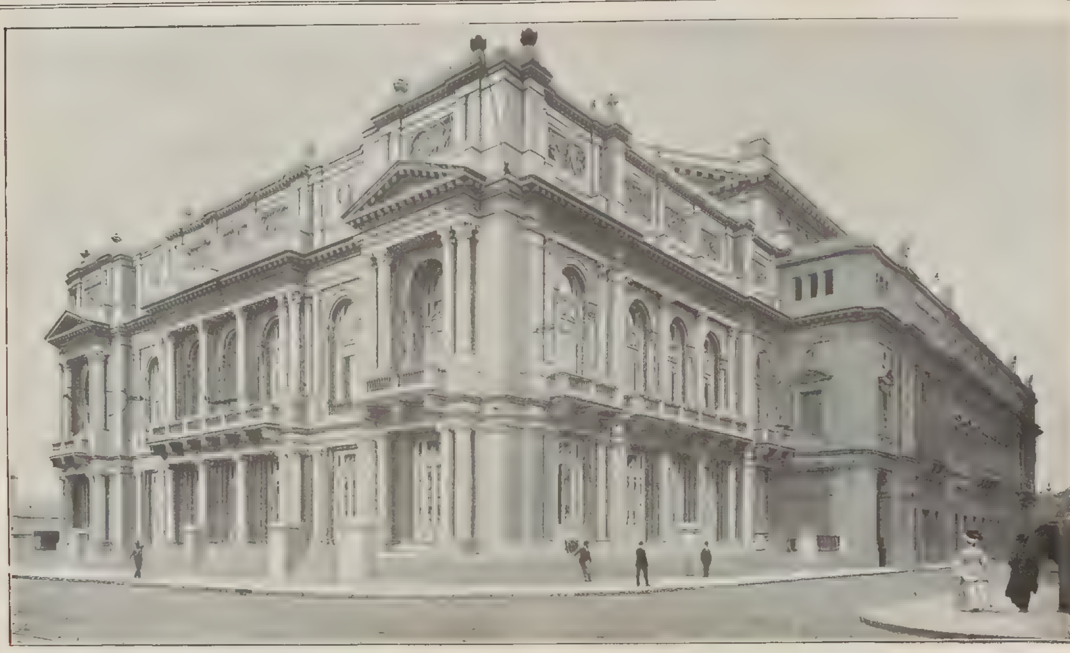
—Señor, perdón para mi hermano, que harto castigado quedará con no casarse con la más bella y graciosa de las princesas.

Perdonado, Hop se volvió á la corte del rey Hu. No había podido matar á su hermano porque Hip llevaba la espina, talismán necesario para obtener la rosa que daba la inmortalidad.

Aquel mismo día, Hip se casó con Zila, y los festejos fueron tan extraordinarios, que duraron sesenta días en la corte de Tipitapi.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Triadó.)



Buenos Aires.—El Teatro Colón, recientemente inaugurado. Vista general del edificio

BUENOS AIRES.—EL TEATRO COLÓN

Hace poco se ha inaugurado en la capital de la República Argentina ese nuevo coliseo, que puede competir bajo todos conceptos con los mejores del mundo. El arte y la ciencia han aunado sus esfuerzos para hacer de él una obra maestra, y el resultado ha sido la creación de un verdadero monumento arquitectónico, embellecido por hermosas producciones pictóricas y escultóricas y dotado de todos los adelantos que la moderna escenografía exige en esta clase de construcciones.

Alzase el edificio en uno de los mejores sitios de Buenos Aires, enteramente aislado, y está dividido en tres pisos. En la fachada principal admíranse varias estatuas alegóricas de bronce y artísticos bajos relieves y otros adornos dispuestos simétricamente; y en su base hay amplias escalinatas que dan acceso al piso bajo, situado á un metro y medio sobre el nivel de la calle, y conducen á un gran vestíbulo profusamente adornado con grupos de columnas. De este vestíbulo se pasa al magnífico *hall*, de 14 metros de ancho por 28 de largo, cuyo techo de cristales llega hasta las azoteas del edificio, de 25 metros de altura, y en cuyo centro una escalinata de 14 metros de ancho se eleva hasta el nivel de la platea. Otras dos escaleras bajan hasta el pasaje de carruajes, inmediato al cual se halla un vasto *foyer* destinado á salón de espera, de descanso, etc.

La sala de espectáculos puede contener más de 3.000 espectadores.

El teatro está dotado de numerosas entradas, y sólo la platea tiene, para 600 personas, cinco salidas, que representan en conjunto una abertura de 14 metros.

Para servicio del público hay dos ascensores con capacidad para ocho personas cada uno, y multitud de escaleras en el interior del teatro. Para la cazuela hay seis, dos de ellas independientes, y para el paraíso cuatro, dos de ellas independientes también.

El escenario tiene cuatro grandes puertas de salida á tres calles.

Techo de la sala de espectáculos

Los amplios pasillos, *foyers*, saloncitos de espera y otras comodidades facilitan en alto grado la circulación del público sin apreturas ni aglomeraciones.

En la elección de los materiales para la construcción del teatro se ha tenido especial cuidado de emplear los incombustibles, como el hierro, el cemento armado y el yeso, habiéndose utilizado la madera únicamente en los suelos y en las puertas. El escenario es todo de hierro y no hay madera más que en el piso.

Para el servicio de incendios están instaladas en dos pequeñas casas subterráneas construídas en el terreno destinado á los jardines dos bombas centrífugas intensificadoras de presión, abundantemente provistas de agua y que funcionan automáticamente movidas por fuerza eléctrica que les suministran dos fábricas distintas. En la parte superior del escenario hay una gran parrilla por donde, en caso de incendio, podrá arrojarse un volumen inmenso de agua á gran presión.

Para la ventilación y calefacción hay varios ventiladores que, recogiendo el aire puro del exterior, lo llevan al interior por conductos adecuados, haciéndolo pasar por cámaras y aparatos de mezcla para que se caliente ó refresque, según la estación.

El escenario tiene 35 metros de largo por otros tantos de ancho y una altura máxima de 44, y ha sido construído según los últimos progresos de la escenografía que permiten montar en él los espectáculos más complicados.

Todas las dependencias del teatro están instaladas con lujo, arte y elegancia, siendo algunas de ellas realmente suntuosas y ostentando las principales obras pictóricas y escultóricas.

El teatro ha sido costeado por el municipio bonaerense y construído según los planos del arquitecto Sr. Meano y bajo la dirección de éste hasta que, habiendo muerto asesinado antes de ver terminada su obra, substituyóle su colega francés Julio Dormal.

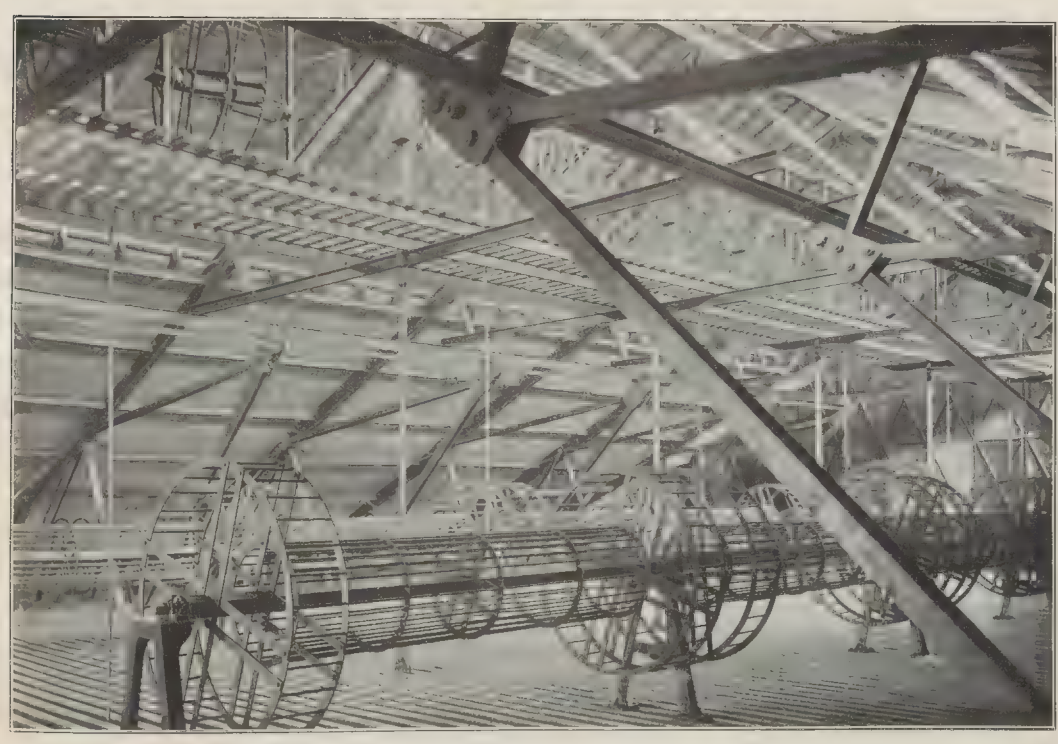
El techo del salón de espectáculos ha sido pintado por el famoso artista parisiense Jambón, llamado para ello á Buenos Aires.—T.



Foyer de la platea



Gran Hall de la platea



Detalles del palco escénico. Peines y tornos

PÉRDIDA DEL GLOBO ALEMÁN DIRIGIBLE «ZEPPELIN»

El magnífico aeróstato alemán que tantos años de trabajos y sinsabores había costado á su inventor y cuyas pruebas parciales permitían, por sus brillantes resultados, esperar en el triunfo total del dirigible, ha quedado enteramente destruído durante la prueba definitiva, comenzada bajo los mejores auspicios y terminada de una manera trágica.

El *Zeppelin,* llevando á bordo doce personas, entre ellas el inventor, había salido el día 4, á las seis cuarenta y cinco de la mañana, de Friedrichshafen (lago de Constanza), á las 12 y 10 pasaba por encima de Estrasburgo corriendo con una velocidad de 55 kilómetros por hora, y á las 2 y 45 por Mannheim. Tres horas después, una avería del motor obligó á los aeronautas á descender junto al Rhin, entre Laubenheim y Oppenheim; pero á las diez elevábase de nuevo el globo, que una hora más tarde era divisado en Maguncia. A la 1 y 45 de la madrugada del 5 volvía á pasar por Mannheim, de regreso á su punto de partida; á las cuatro atravesaba la frontera wurtemberguesa y á las ocho estaba á la vista de Stuttgart. A las once prodújose una nueva avería en la parte mecánica y el globo hubo de bajar en Echterdingen, en donde procedióse inmediatamente á la reparación. En el entretanto, había acudido al lugar del suceso una muchedumbre extraordinaria que no bajaría de 50.000 personas.

A eso del mediodía, levantóse un fuerte viento que no tardó en convertirse en terrible huracán. Treinta soldados, que en vano trataban de sujetar el globo, fueron levantados con éste á una altura de ocho metros, y al fin hubieron de soltar las cuerdas, siendo entonces el dirigible arrastrado por una violenta ráfaga y estrellándose poco después contra un árbol. Desgarróse la envoltura del globo y de repente se oyó una explosión formidable y se vió al mismo tiempo una gran llamarada; un momento después, del magnífico aeróstato sólo quedaba un montón informe de hierros, y junto á él yacían un obrero muerto, otro con ambas piernas rotas y algunos más con heridas de mayor ó menor gravedad.

El público que presenció la catástrofe quedó presa del más profundo estupor.

Al producirse aquélla, el conde Zeppelin no estaba allí; se había marchado poco antes para almorzar y poner un telegrama á su hija diciéndole que la prueba de las veinticuatro horas había tenido un éxito maravilloso. Cuando salía de la fonda, un periodista corrió á su encuentro gritando como un loco: «¡El *Zeppelin* está destruído!» El conde subió á un automóvil y se dirigió al sitio del desastre, adonde llegó aún á tiempo para contemplar, abatido y llorando como un niño, el fin de aquella obra á la cual había consagrado toda su vida.

Cuando el fuego lo hubo consumido todo, el conde Zeppelin, aterrado, regresó al hotel entre dos filas de curiosos emocionados que le saludaban respetuosamente y muchos de los cuales tenían los ojos empañados por las lágrimas. La multitud se congregó delante de la fonda, obligándole á salir á una ventana, y uno de los allí presentes le dirigió un conmovedor discurso prometiéndole el concurso de la nación entera.

Toda Alemania ha respondido á esta promesa, hasta el punto de que habiéndose abierto una subscripción nacional en todas las ciudades y aldeas alemanas para la construcción de un nuevo dirigible, se han reunido más de tres millones de marcos.—S.

El dirigible *Zeppelin* en los aires, pocos momentos antes de la catástrofe. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



Restos del dirigible «Zeppelin,» después de la catástrofe. (De fotografía de M. Branger.)

MISS FYZÉE

Desde hace algunos días hállase en París el nabab de Jaujura (Indostán) Sidi Ahmán Kuhn, acompañado de toda su familia, en la que figura su cuñada, miss Fyzée, joven dotada de gran inteligencia y de gustos y sentimientos en extremo delicados.

Es la primera mujer india que ha abandonado la claustración en que se educan las musulmanas del Indostán, para dedicarse desde la edad de trece años á un estudio profundo de las condiciones de la existencia de la mujer europea.

Convencida de la utilidad de crear en los centros mahometanos indostanos escuelas en donde las mujeres reciban una educación completa que les permita salir del estado de ignorancia casi absoluta en que viven las musulmanas en las Indias inglesas, se ha separado de la regla de conducta que obliga á sus congéneres á permanecer constantemente lejos del contacto con los hombres á fin de poder conocer á los indígenas educados á la europea é introducirse en sus familias.

Puede decirse, pues, que es la primera feminista de su país.

Hace poco ha fundado en Aligauh, no sin tener que vencer para ello grandes dificultades, una escuela de niñas musulmanas análoga á las de niños que de algunos años á esta parte funcionan en aquella ciudad.

El nabab de Jaujura y su familia son los primeros indios musulmanes de su condición que han visitado á París. La capital de Francia les ha impresionado muy favorablemente, y en ella mis Fyzée se ha dedicado á estudiar á la mujer francesa desde el punto de vista de su vida doméstica y de su instrucción.





Miss Fyzée, cuñada del nabab de Jaujura, primera *feminista* musulmana del Indostán. (De fotografía de F. Hutin.)

EL EMPERADOR DE ALEMANIA

EN ESTOCKOLMO

Guillermo II ha puesto fin á su excursión veraniega por tierras del Norte con una visita al rey de Suecia, visita efectuada pocos días después de la del presidente de la República francesa. Salió el emperador, acompañado de la emperatriz, de la ciudad noruega de Bergen el día 29 de julio último en dirección á Swinemunde, de donde partieron los imperiales esposos el 1.° del corriente á bordo del yate *Hohenzollern*. Dos días después salían á recibirles en aguas de Suecia el rey Gustado V y la reina Victoria, entrando juntos en la rada de Estockolmo, en donde esperaban á los ilustres viajeros todos los miembros de la familia real sueca. A poco de haber desembarcado, el alcalde de Estockolmo saludó al emperador en nombre de la ciudad, y luego se encaminaron los soberanos al palacio real, á cuya entrada recibiéronles el mariscal del reino y los altos dignatarios.

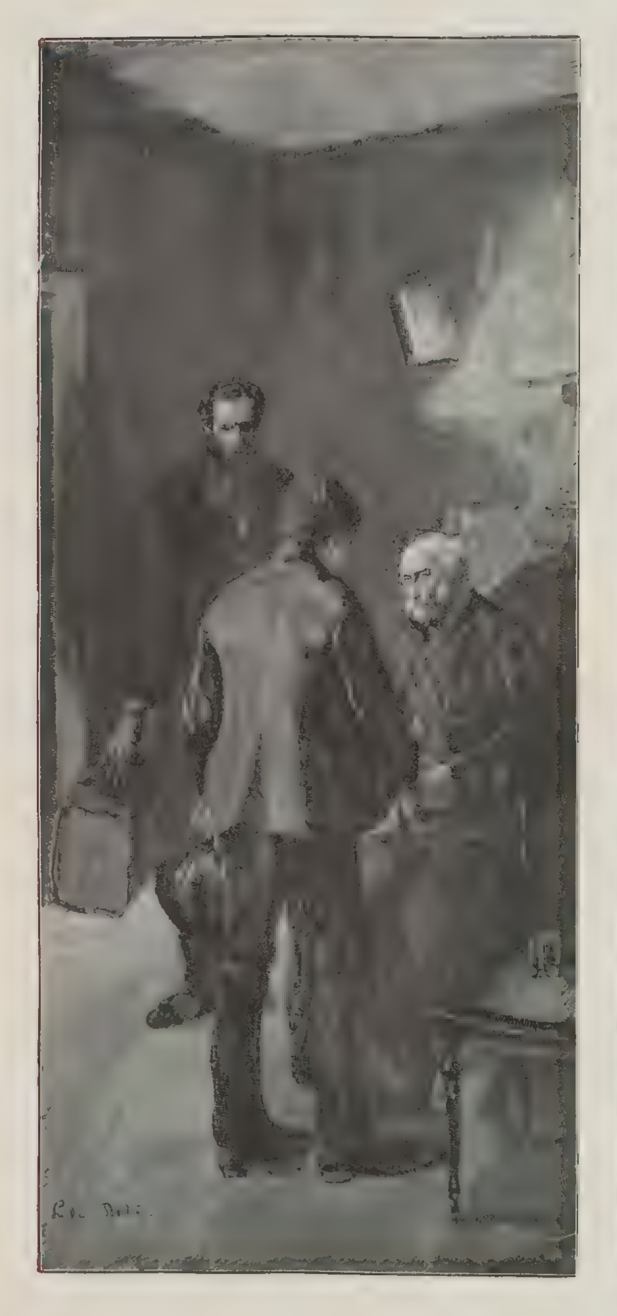
Retiráronse el emperador y la emperatriz á sus habitaciones particulares y por la noche asistieron al banquete de gala dado en su honor. Gustavo V, al brindar, saludó á Sus Majestades y á la nación alemana, unida á Suecia por lazos de amistad y de sangre, recordó el entusiasta recibimiento que se le había hecho en Berlín, afirmó que la visita de Guillermo II contribuirá á estrechar los vínculos existentes entre ambos pueblos, expresó el deseo de que esos vínculos se perpetúen y se desarrollen y bebió á la salud del emperador y de la emperatriz y á la prosperidad del imperio alemán. Guillermo II agradeció los sentimientos manifestados por el rey y el brillante recibimiento que le habían dispensado éste, la reina y la ciudad de Estockolmo, manifestó la satisfacción que le causaba pasar unos días en medio de un pueblo amigo, expresó la esperanza de que las buenas relaciones entre las dos naciones se perpetuarían y de que los dos pueblos, gracias á la paz interior y á la exterior, continuarían manteniendo entre sí relaciones cada vez más estrechas y avanzarían por la vía del progreso, y terminó haciendo votos por la prosperidad de Suecia y brindando por el rey, la reina, la familia real y el pueblo sueco.

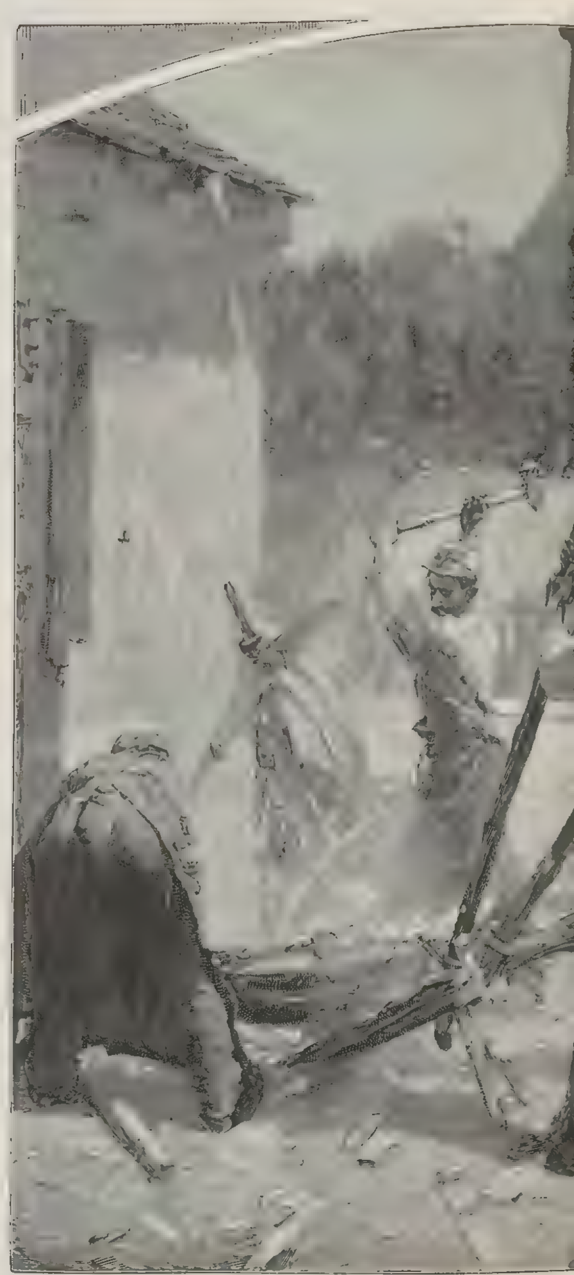
Los soberanos alemanes salieron de Estockolmo el día 5.

Aunque se ha dicho que ese viaje del emperador no tenía ningún alcance político, es lo cierto que ha sido muy comentado y que los comentarios se justifican por la circunstancia de haberse realizado la visita, como antes decimos, á raíz de la de M. Fallieres.—R.



Estockolmo.—Visita del emperador de Alemania al rey de Suecia. El alcalde de la ciudad saludando á Guillermo II En el centro del grabado la emperatriz y Gustavo V. (De fotografía de M. Rol y C.ª)





EL TRABAJO, copia del celebrado tríptico del pint





or alemán Luis Dettman, grabado por J. J. Weber

PARÍS. – LA BODA DE LA SEÑORITA FALLIERES

Las ceremonias civil y religiosa del matrimonio de la hija del presidente de la República francesa con el Sr. Lanes revistieron una sencillez extraordinaria por razón del luto riguroso del novio, que hace pocos meses perdió á su madre. Una y otra se celebraron en la mañana del lunes último, efectuándose la primera en la alcaldía del octavo distrito y la segunda en la iglesia de la Magdalena.

Aunque por el motivo indicado no hubo invitaciones oficiales, el gobierno, el cuerpo diplomático, el gobernador militar de París, el gobernador del Banco de Francia y un gran número de altos funcionarios asistieron á la boda como particulares, deseosos de dar esa nueva muestra de simpatía al jefe de Estado y á los contrayentes.

A las once llegó el cortejo nupcial á la alcaldía, en donde estaban los miembros del gobierno y de las casas civil y militar del presidente con sus familias. El alcalde pronunció un sentido discurso recordando la recepción triunfal que recientemente han dispensado á M. Fallieres las cortes del Norte y haciendo votos por la felicidad de los recién casados. Firmaron éstos, en unión de los testigos, el acta, y la comitiva se dirigió á la Magdalena. Allí esperaban todo el cuerpo diplomático y algunos ministros y generales. Bendijo la unión el párroco de la iglesia y después rezóse una misa, durante la cual la capilla del templo, reforzada por las de las principales parroquias de París, cantó varias composiciones religiosas de Beethoven, César Frank, Durand y Saint-Saens.

Terminada la ceremonia, los novios y sus padres recibieron en la sacristía las felicitaciones de todos los concurrentes.

La Magdalena, lo mismo que la alcaldía, estaban sobria y elegantemente adornadas sólo con flores, crisantemos, rosas y hortensias blancas.

En todo el trayecto del Elíseo á la alcaldía, de ésta á la Magdalena y de allí nuevamente al Elíseo, los novios y el presidente de la República fueron objeto de ovaciones continuadas y entusiásticas por parte de la multitud inmensa que presenciaba el paso del cortejo.

Después de la ceremonia religiosa, los Sres. de Fallieres dieron en el Elíseo un almuerzo, al que asistieron únicamente los novios, los testigos con sus familias y algunos amigos íntimos.



París.—La boda de la hija del presidente de la República con el Sr. Lanes
Los novios á la salida de la Magdalena. (De fotografía de Romani, de Londres.)

LA VUELTA A FRANCIA

EN BICICLETA

El día 13 de julio último, á las tres de la madrugada, salían de la plaza de la Concordia de París 155 ciclistas que tomaban parte en el sexto concurso de la vuelta á Francia en bicicleta. La prueba era realmente extraordinaria, pues se trataba nada menos que de recorrer un circuito de 4.500 kilómetros, dividido en catorce etapas, sin que los que en ella tomaran parte pudiesen cambiar de máquina durante el camino, ni descansar más de un día entre etapa y etapa.

Para que se comprenda la importancia del recorrido, bastará decir que los corredores habían de pasar sucesivamente por Roubaix, Metz, Nancy, Besanzón, Dijón, Ginebra, Lyón, Grenoble, Marsella, Niza, Tolosa, Bayona, Burdeos, Nantes y Amiéns.

La prueba se ha realizado con toda felicidad, y el día 9 de los corrientes llegaron á París los ciclistas, en primer lugar Petit Bretón, que ha sido el vencedor. La salida de la última etapa fué de Caén, y al llegar á Pont-Audemer (79 kilómetros) el pelotón de cabeza constaba de ocho corredores, número que, en Nantes, quedaba reducido á cinco. Al fin Petit-Bretón y Faber dejaban atrás á sus competidores, llegando á Ville-d'Avray en el mismo orden, separados sólo por dos longitudes. Seguían luego Cornet, Beaugendre, Passerieu, Paulmier, Dubre, Forestier, Fleury, Garrigou y Chauvet.

La clasificación general ha dado los resultados siguientes: 1.° Petit-Bretón, 36 puntos; 2.° Faber, 60 puntos; 3.° Passerieu, 75 puntos; 4.° Garrigou, 91 puntos; 5.° Ganna; 6.° Paulmier; 7.° Fleury; 8.° Cornet; 9.° Godivier, y 10.° Rossignoli.

En esta carrera se ha dado la casualidad de que los once que llegaron primero montaban bicicletas de una misma marca, Peugeot.

El vencedor Petit-Bretón ha realizado un recorrido admirable, ganando cinco de las 14 etapas que constituían el circuito y ocupando en todas las demás uno de los cuatro primeros puestos. A su llegada á la meta fué objeto de una calurosa ovación.



París.—La vuelta á Francia en bicicleta
Llegada á Ville-d'Avray del vencedor Petit-Bretón, seguido de cerca por Faber. (De fotografía de Royer.)

MISCELÁNEA

Espectáculos. – BUENOS AIRES. – En el Teatro Victoria de la capital de la República Argentina ha hecho recientemente una brillante campaña la compañía dramática catalana dirigida por el popular actor D. Jaime Capdevila y compuesta de elementos en su mayor parte tomados de la que funciona ordinariamente en el teatro Romea de Barcelona, y entre los cuales figura en primera línea la eminente actriz señora Jarque. Ha puesto en escena las principales obras del moderno teatro catalán, como *La mare* y *La bona gent*, de Santiago Rusiñol; *La mare eterna*, de Ignacio Iglesias, y *La morta*, de Pompeyo Crehuet, y en todas ellas ha obtenido grandes ovaciones. El teatro estuvo lleno todas las noches de una selecta concurrencia, en la que se veían no sólo los principales elementos de la colonia catalana de aquella gran capital, sino también las más distinguidas familias de la sociedad bonaerense. Los diarios de Buenos Aires han dedicado entusiásticos elogios al Sr. Capdevila y á la señora Jarque, así como á los demás actores y actrices Sres. Caralt, Doménech, Morató, Escalas y Perlá y señoras Socías, Barceló, Periu y Bosch.

Necrología. —Han fallecido:

Jorge Varlosius, notable pintor y dibujante alemán.

Sir Guillermo Randal Cremer, miembro del Parlamento inglés y uno de los principales y más infatigables propagandistas de la idea de la paz; en 1903 había sido honrado con un premio Nobel.

Huno de Uetritz, célebre escultor alemán.

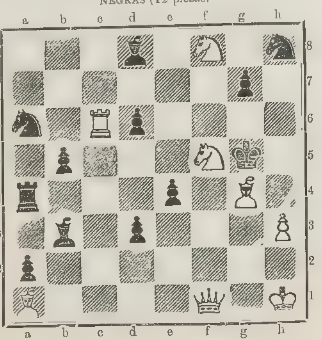
Juan Kvicala, ilustre filólogo bohemio, profesor, desde 1860, de Filología clásica en la Universidad de Praga.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 504, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso de Suiza, 1905.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 503, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. Dh8-e8	1. Af1-d3
2. De8 e5	2. Cg4×e5 ú otra
3. Ca4-b6 ó b2 ó D mate.	
	1. c7-c5
2. De8-e3	2. Cg4×e3 ú otra
3. Ca4-b2 ó b6 ó D mate.	

VARIANTES.

1...... C juega ; 2. Ca4-b2 jaq., etc.
Rc4-d5; 2. De8×d7 jaq., etc.
Rc4-d3; 2. De8-e4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. De8-e4 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

—Veo que ha puesto él su firma. ¡Qué letra tan clara tiene!, dijo con naturalidad. Sí, Sr. Armitage, me parece que no le ha hecho usted justicia. Debe ser muy difícil imitar bien esas plantas. ¿Son unas muy olorosas que se crían en los bosques?

Hablaba con volubilidad, casi sin saber lo que decía, porque Armitage le había puesto en las manos el dibujo al revés, y en esa posición la hojarasca resultaba ser unas letras, perfectamente legibles, que decían:

«Trate usted de buscar la manera de recibirme. ¿Cuándo podré hablarle? ¿Dónde están los Smith? Estoy seguro de que ha habido alguna mala inteligencia. Hace bastante tiempo que estoy tratando de ver á usted por todos los medios posibles, pero me han asegurado que usted se niega á ello. Dígame únicamente dónde están Smith y su hermana y la manera de ir en su ayuda, y no volveré á molestarle más. No tendrá usted tan mal corazón que los deje expuestos á peligros que nadie sabe cuáles pueden ser.—*Jaime Graham Wylie.*»

—¿Cuándo hizo usted este dibujo? Me parece que el capitán Wylie está aquí mucho más delgado que cuando yo le vi la última vez, siguió ella diciendo.

—Hace dos días, señora.

—¿Dos días solamente? Pero no sería aquí; no debe de estar en Therma. He manifestado varias veces que deseaba ver al capitán Wylie para darle las gracias por los buenos servicios que me prestó, y me aseguraron que había regresado ya á la India. ¿Qué significa todo esto?

—Pues vive en mi mismo hotel, señora, y me consta que tiene grandes deseos de hablar con usted.

Y al decir esto dirigió á la señora Ladoguin una mirada en la que se veían mezcladas la perplejidad y la súplica de que le perdonara, y á la que ella contestó:

—Siento mucho tener que decir á usted, señora, que desde que el capitán Wylie volvió á Therma su conducta ha sido tal, que ha merecido la reprobación de todo el que le conoce, hasta del cónsul de su nación inclusive. Todos están conformes en que su cabeza la debe tener muy trastornada. No puedo entrar en detalles, pero es absolutamente imposible que usted le reciba.

—Ya comprendo, dijo Irene frunciendo un poco el entrecejo. Le ruego, Sr. Armitage, que le diga al capitán Wylie de mi parte que no me está bien recibirle.

—A mí no me incumbe, señora, poner en tela de juicio sus determinaciones, dijo el artista; pero creo que si usted me lo permitiera podría explicárselo todo satisfactoriamente.

Irene no hizo movimiento alguno, y entonces él continuó con cierta brusquedad:

—Creo, señora, que mi amigo tendría mucho gusto en ofrecerle personalmente sus respetos, siempre que usted tuviera la bondad de darle las noticias que le ha pedido respecto á los hermanos Smith.

Al oir esto enarcó Irene las cejas.

—Suponía que estaría enterado de que cuando me separé de ellos gozaban de buena salud, dijo.

—Y además de gozar de buena salud, estaban muy contentos, añadió la señora Ladoguin. Más de una vez me ha dicho usted lo contenta que se puso la señorita Smith cuando se despidió usted de ella.

—Sí, dijo Irene con imperceptible sonrisa. Su alegría casi me ofendió un poco, porque yo no quería que se quedara allí, y agoté toda mi elocuencia para persuadirla á que se viniera conmigo á Therma; pero todo fué inútil. Creo que esto es todo cuanto podía decirle, Sr. Armitage. Y ahora, si usted quiere, hablaremos de sus trabajos. Dígame, ¿podría usted encargarse de hacer mi retrato en estos días que permaneceré aquí?

—Señora, para mí sería un honor muy grande tanta distinción.

—En ese caso, vamos á ponernos de acuerdo, principió á decir Irene.

Pero la señora Ladoguin la interrumpió en aquel momento.

—Querida princesa, perdóneme usted; pero ¿qué dirá el doctor Simovies? Ya sabe usted que le ha recomendado mucho que se abstenga de cuanto pueda excitarle los nervios, y usted no sabe lo que se sufre mientras está una inmóvil para que la retraten. Si á usted le parece se lo comunicaremos, pero ya sé lo que opinaría de esto.

—También lo sé yo, dijo Irene incomodada. Esto parece significar que debo renunciar á retratarme. Pero de todos modos, quiero tener un cuadro suyo, añadió volviéndose hacia Armitage. No sé, y cogió algunos de los dibujos, si se atrevería usted á pintar una vista de Hagios Antonios sin más apuntes que la descripción que yo le hiciera. Me gustan mucho los paisajes representando los monasterios de Morea; pero como no he estado en ellos, no me llaman tanto la atención como el de Hagios Antonios.

—Trataré de representarlo, señora, lo mejor que pueda, pero temo que no quede usted muy complacida. Si pudiera usted hacerme un croquis, aunque fuera algo defectuoso...

—Desgraciadamente no sé dibujar. Pero creo que le podría indicar á grandes rasgos á qué se parece. Mire usted, quisiera una vista de la iglesia, pero sé que es inútil que yo trate de bosquejarla; ha de estar tomada desde abajo. Ahora no se vaya usted á reir de mis mamarrachos.

Armitage le dió un lápiz y un pliego de papel en blanco.

—La montaña, comenzó ella á decir, se alza casi en línea recta, así como esto que voy á trazar aquí, y el monasterio está en la parte más alta, casi colgando en algunos sitios. Esto que ve usted aquí es la cuerda y la red en que suben á los que van á visitarlo. Estas cosas que parecen gusanillos, en la superficie de las rocas, son escalas. Los monjes deben tener otras para colocarlas en los tramos que faltan; pero durante el tiempo que estuve allí no vi nunca que las usaran, ni sé tampoco dónde las guardan. Aquí, y casi al mismo borde de la cúspide, están los huertos de los monjes. No crea que voy á dibujar el follaje tan bien como usted lo hace.

Irene seguía escribiendo muy aprisa, y Armitage, colocado á su espalda, leyó lo siguiente:

«Están ahí. Z. en las celdas reservadas para los peregrinos. M. en un calabozo subterráneo. Los monjes están divididos en dos partidos, griego y tracio. El Hegoumenos y los griegos son nuestros amigos, pero son tímidos; los tracios están á las órdenes de Escitia. Los griegos obedecerían el mandato terminante del patriarca ecuménico de libertar á los prisioneros. Vaya dispuesto á sobornar con largueza á los tracios, á amenazarlos y hasta á emplear la fuerza. Guarde mucho secreto, no vayan á llevarse á los prisioneros á otra parte.»



. . y muy pronto atracó al costado Armitage en estado de gran excitación

—¿Supongo, señora, que eso será un bosque que cuelga, como el monasterio, de las rocas?, preguntó Armitage.

Irene se echó á reir con toda su alma.

—No, señor; no son más que malezas y zarzas; en algunas partes hierbas.

—Dispénseme usted, señora, entonces me parece que de este modo quedaría mejor.

Y cogiendo el lápiz escribió:

«¿Corre usted peligro? ¿Quiere que antes la pongamos en salvo?»

—Me parece que le voy á pedir á usted que me dé algunas lecciones de dibujo. ¿Estaría bien así?, añadió cogiendo á su vez el lápiz y escribiendo: «No pueden ustedes hacer nada por mí. Me llevarán de nuevo á Escitia. Diga usted que siento mucho que no pueda pintar mi retrato.»

—Si me permite usted, señora, que le haga una pequeña observación, le diré que los arbustos no suelen tener las ramas en esa forma, dijo Armitage con sequedad.

Y volviendo á tomar el lápiz, lo pasó ligeramente por el escrito de Irene, convirtiéndolo en un momento en espeso follaje.

—Nada; deseo ahora más que nunca que me dé usted algunas lecciones de dibujo, dijo Irene contemplando con admiración el dibujo.

Y volviéndose á la señora de casa le dijo:

—Clariclea, no vaya usted á decirme también que se opondrá el médico.

La señora Ladoguin, que se proponía, como es natural, ahorrarse las molestias de la extremada vigilancia que indefectiblemente tendría que ejercer en caso de que el pintor reanudara sus visitas, le respondió en tono de lamentación:

—Desgraciadamente el doctor no quiere de nin-

gún modo que se fatigue usted la inteligencia, las manos, ni la vista.

—Si tuviera el honor de retratarla, señora, me arreglaría de modo que no estuviera usted incómoda, porque una vez elegida la posición conveniente, podría usted moverse con toda libertad.

—Ya sabía yo que no sería tan fatigoso, dijo Irene con satisfacción. ¿Lo oye usted, Clariclea?

—Siento muchísimo tener que hacer las veces del doctor, y tener también que cargar con la odiosidad de hacer cumplir lo que dispone, exclamó afligida la señora Ladoguin. Repito lo que dije antes, señora; mejor será que le consultemos, y así quedaré yo más tranquila.

—Pero si ya sé yo lo que significa todo eso, respondió Irene haciendo un gesto de desagrado. Una princesa que cae en desgracia es una verdadera infeliz, Sr. Armitage.

—Lo deploro muchísimo, señora, contestó el artista en un tono tan lastimoso, que la señora Ladoguin le suplicó con la vista que no continuara hablando de aquella manera.

Pero él no se dió por entendido y añadió á continuación:

—¡La recomendación de la princesa me había hecho concebir tantas ilusiones!

—Cuando la vea usted dígale que no ha sido culpa mía, dijo Irene, mientras escribía muy aprisa: «Las rocas son de color gris, los muros blancos, el tejado de tejas rojizas, los matorrales de un verde pardusco, el cielo muy azul.» Sobre cada cosa, dijo, he anotado su color para que usted lo recuerde mejor. ¿Qué le parece á usted esto, Clariclea?

La señora Ladoguin se quedó un momento examinando aquella obra de arte con cierto aire de desdén.

—Si quiere usted que le sea franca, señora, le diré que á mí me cuesta trabajo encontrar el parecido que tiene este dibujo con Hagios Antonios.

—En ese caso corríjalo usted, Sr. Armitage, dijo Irene poniéndose en pie. En vez de enderezar mis entuertos, enderece los del monasterio.

XX

SOBORNO É INMORALIDAD

—Bien; pues ahora que ya sabe usted lo que deseaba saber, dijo Armitage cuando terminó de referir á Wylie lo que había pasado en su conferencia con Irene, ¿qué piensa usted hacer?

—En cuanto á eso no hay la menor duda. Hay que ir lo más pronto posible á Czarigrad á ganarnos al patriarca. Creo que Panagiotis debe marchar también; pues es el único de nosotros que tiene influencia con aquellas gentes, yo le acompañaré para animarle cuando vea que principia á ceder.

—Supongo que no se dirá una palabra á nadie del verdadero objeto del viaje.

—¿Pero por quién me toma usted, hombre de Dios? Vamos á Czarigrad á poner en movimiento á la embajada, cosa que todos verán como lo más natural del mundo.

—¿Y qué cometido me toca á mí en el programa?

—Mi opinión es que se quede usted aquí para no perder de vista á la princesa Irene. Tal vez pueda darnos todavía algunos pormenores. ¿Cree usted que podemos fiarnos de ella?

—Desde luego que podemos fiarnos, y hasta me atrevería á decir que desea ayudarnos en todo lo que pueda. Muy bien; pues en ese caso estaré alerta. Pero ¿cómo me las voy á arreglar teniendo al mismo tiempo que hacer mis preparativos sin ostentación para ir á Hagios Antonios, á fin de pintar unas vistas, para la devota y ortodoxa princesa imperial Irene Theophanis? Me ha encargado que le saque una vista del exterior, y me dijo que le agradaría también tener otra de la iglesia. Probablemente me facilitarán un pasaporte en toda regla, cuando sepan con seguridad que está usted ya en Czarigrad, pues no sería conveniente impedir que los europeos fueran á Hagios Antonios, porque las gentes sospecharían que algo anormal pasaba allí. Sir Frank me apoyará también cuando se vea libre de usted. Después procure que pierdan su pista en Czarigrad; y á mí me parece que lo mejor será que vuelva usted por mar, y así podemos reunirnos sin que tenga usted que venir á Therma. Existe un pequeño puerto llamado Myriaki, donde podemos citarnos con toda seguridad, y, en último caso, dejaría á uno de mis criados y usted iría en su lugar.

—Veo que ha debido usted pensar mucho durante el camino desde el consulado escita hasta aquí, dijo Wylie con sequedad.

—¡Ah! No puede usted figurarse lo fecundo que es mi cerebro cuando quiere. Me he propuesto ver el fin de esta aventura. Y á propósito, ¿cómo andamos de dinero?

—El profesor ha cobrado hace poco otro trimestre y está de muy buen humor.

—Todo marcha perfectamente por lo que toca á Czarigrad, pero en Hagios Antonios tal vez tengamos que pujar más alto que el agente escita. Yo puedo buscar hasta mil libras. ¿Las busco?

—Me parece que no vendrían mal, dijo Wylie de mala gana. Me disuena oirle á usted hablar en plural, añadió un poco pesaroso de haber estado tan indiferente. Creo que he dejado que usted tomara en este asunto una parte mucho mayor de la que le correspondía, si se tiene en cuenta que nada tiene usted que ver con los Smith.

—Está bien; pero respecto á eso tampoco creo que tengan nada que ver con usted, ¿no es verdad? Lo que les ha unido ha sido únicamente la casualidad de haberse encontrado. Cierto es que han pasado ustedes juntos diversas vicisitudes; pero supongo que me estará permitido hacer lo que pueda en favor de una señora inglesa que se halla en una situación crítica, á pesar de que no haya tenido antes el honor de haberle sido presentado.

—Tiene usted mucha razón. Me va usted á tomar sin duda por un ente rústico y arisco. Me felicito de que me haya usted hecho volver de mi acuerdo, y estoy por decir que hubiera sido capaz hasta de desear que no se vieran en libertad los Smith si no era á mí á quien se lo debieran en primer término.

—Usted será quien se la dé si de mí depende, dijo Armitage con toda sinceridad. Después de tanto como ha hecho usted, sería una injusticia que le privaran de esa satisfacción. Tenga usted presente que estoy á sus órdenes ahora y siempre. Aquí lo iré disponiendo todo, mientras usted en Czarigrad lleva á cabo su parte de la empresa; luego nos reuniremos y daremos juntos el golpe de gracia.

Wylie no titubeó en dar á todo su asentimiento; pero durante los primeros ocho ó quince días siguientes, no pudo menos de pensar que Armitage se había á todas luces reservado para sí la tarea más hacedera. Unicamente teniendo una voluntad de hierro hubiera podido arrastrar, como arrastró, al profesor hasta Czarigrad y mantenerlo allí después de haber llegado, pues su resistencia á presentarse al patriarca era tanta, que Wylie comenzó á sospechar si serían ciertos los rumores que había oído respecto á estarse organizando en secreto, en Ematia, partidas griegas que el profesor pensaba utilizar para poner en libertad á Mauricio á viva fuerza, obligándole de ese modo á abrazar su causa y á las partidas la de Mauricio. Pero como el profesor no se dignaba comunicarle sus planes, lo único que podía hacer Wylie era llevar adelante los suyos, cuya ejecución no facilitaban los pocos deseos que el patriarca y los que le rodeaban demostraban de desempeñar el cometido que les había asignado. No cabía duda de que los agentes de Escitia habían de antemano conferenciado con el patriarca, porque se necesitaron algunos días de fatigosa insistencia y negarse á dejar el puesto repetidas veces antes de que Wylie pudiese echarle la vista encima á ninguno de sus familiares. Cuando lo consiguió, ya el profesor Panagiotis, al parecer, se había decidido á trabajar con Wylie de buena fe, y juntos fueron al palacio del patriarca, donde los recibió una especie de prelado doméstico ó secretario particular eclesiástico, monje de alto bonete y fisonomía inteligente y perspicaz. Después de oir su pretensión, el secretario se dirigió al profesor, considerándolo, sin duda, como el de más autoridad de los dos, en los siguientes términos:

—Si ustedes supieran el estado en que se encuentra la comunidad de Hagios Antonios, comprenderían que lo que piden es imposible. Desde que, por desgracia, admitieron en ella por primera vez monjes tracios, bajo la condición de que su número no habría de pasar nunca de la cuarta parte del total, los intrusos han tratado constantemente de dominar en el monasterio. Nominalmente esa condición subsiste, pero en realidad la mitad son tracios, y de aquí uno ó dos años anularán por completo al elemento griego. Hasta ahora la comunidad permanece fiel al patriarcado, pero es porque el Hegoumenos y otros que desempeñan los primeros cargos son griegos; mas si por cualquier motivo ocurriera una colisión entre los dos partidos, es casi cierto que se quedarían aquéllos en minoría. Nuestro constante afán es evitar que ocurra esa colisión. ¿Cómo quieren ustedes, pues, que nosotros, en obsequio de una pareja desconocida de turistas ingleses, nos expongamos á perder una posición avanzada tan importante como esa?

—¿Es decir, que ustedes cerrarían los ojos ante un asesinato, con tal de que no se perdiera el monasterio?, preguntó Wylie.

—¿Por qué no se dirigen á su embajador?, díjoles el monje encogiéndose de hombros.

—Porque sabemos que antes de que se pudiera, accediendo á nuestra demanda, ejecutar la orden de libertad, los prisioneros serían trasladados á otra parte, ó los entregarían á una de las partidas de bandidos para que los asesinaran.

—Nos hallamos, pues, en el mismo caso, dijo sonriéndose el secretario. No hacen ustedes todo lo que pudieran por temor á las consecuencias; exactamente como nosotros. No creo que sus amigos estén en inminente peligro. ¿Por qué, pues, se toman tanto empeño?

Wylie se puso en pie, colérico, pero Panagiotis le tiró de la manga y dijo:

—No hemos tenido en cuenta que los prisioneros no son unos turistas ingleses cualquiera, sino los herederos del bienaventurado Juan Theophanis.

—Eso no pasa de ser un hecho curioso, dijo el secretario con impasible semblante. Viviendo como vivimos bajo el gobierno tolerante é ilustrado del Gran Señor, los recuerdos de la especie del que usted evoca no nos interesan nada.

—En caso de ocurrir ciertas eventualidades, podría ser un inconveniente para el patriarcado el que el heredero de Juan Theophanis tuviera motivos justos de resentimiento con él, continuó diciendo el profesor.

—No tenemos para qué discutir eventualidades posibles, sino permanecer fieles y leales en la actualidad.

Esta contestación puso á Wylie fuera de sí, pero el profesor conservó toda su calma.

—Está muy bien, dijo; hablemos sólo del presente. La otra única descendiente está en poder de los escitas, que se han comprometido á sostener el exarcado cismático. ¿Importa ó no que haya otro descendiente más directo, que esté unido por lazos de gratitud y afecto al patriarcado, y dispuesto á salir á la palestra siempre que Escitia dé señales de querer hacer valer los derechos de su protegida?

—Eso ya es otra cosa, dijo el secretario complacido. ¿Responden ustedes de la completa ortodoxia de ese joven?

—Yo mismo le he instruído en ella, y lo que ha sufrido en poder de los cismáticos no creo que sea motivo que le obligue á adoptar su causa. Si el patriarca interviene para que lo pongan en libertad, quedará ligado á él por lazos indisolubles.

—La idea es buena, pero se presentan dificultades para realizarla. Si les damos á ustedes la orden para que pongan en libertad á los prisioneros, sería probable que los hicieran desaparecer; estamos rodeados de espías y seguramente perderíamos el monasterio. Habrá que darla sin nombrar á nadie; pero aun así, usted, señor profesor, es demasiado conocido y me han advertido que esté en guardia contra el caballero inglés que le acompaña, á quien, por lo tanto, han de tener muy vigilado. Han de buscar ustedes una persona de confianza á quien pueda entregarse la carta del patriarca, y que sea un representante suyo que se encargue de todo.

—Extiéndase á nombre de Haroldo Armitage, un pintor inglés que tiene el encargo de pintar unas vistas de dicho monasterio para la princesa Irene Theophanis, dijo Wylie.

—¿La misma cuyas pretensiones Escitia favorece? Caballero, da usted muestras de mucho ingenio utilizando los piadosos deseos de la princesa para su propia ruina. Corriente, se escribirá la carta y deseamos que el Sr. Armitage encuentre toda clase de facilidades para realizar su obra de misericordia. Lo demás es cuenta de ustedes.

Los despidió haciendo una reverencia, y en cuanto hubieron traspasado el umbral de la puerta, Wylie manifestó con sinceridad la opinión que había formado del allegado al patriarca. El profesor se sonrió sarcásticamente.

—Cuando estalló la insurrección de la Morea, dijo, al patriarca de entonces lo ahorcaron á la puerta de su misma iglesia; hoy en día no todos estamos dispuestos á ser mártires.

Wylie nada replicó, pues bien veía que, en concepto del profesor, lo que había dicho era una explicación más que suficiente: pero no pudo menos de hacerse estas preguntas: «¿Hasta dónde creerán que van á llegar el afecto y la gratitud de Mauricio para con el patriarcado? ¿No habremos prometido demasiado en su nombre?»

Al día siguiente llegó la carta del patriarca, cuya elaboración aceleró una acertada distribución de dádivas entre las personas que en ello habían de intervenir; Wylie estaba, pues, en situación de poder llevar adelante sus planes.

El profesor debía quedarse algunos días más en Czarigrad para seguir continuamente visitando la

embajada inglesa y aparentando tener gran empeño en que por su medio fueran puestos en libertad los prisioneros; entretanto Wylie se hacía á la vela para Myriaki en un barquichuelo que había fletado el profesor con ese exclusivo objeto. Wylie sospechó que no era aquella la vez primera que aquel barco se empleaba en viajes secretos, tan al corriente parecía estar el capitán de los buques y de las aduanas que era conveniente dejar á un lado. Cuando llegaron á dar vista á Myriaki, Wylie, puesto en la proa, alzó y bajó una luz tres veces. Contestaron desde tierra á la señal y muy pronto atracó al costado Armitage en estado de gran excitación.

—Todo marcha perfectamente, dijo. Usted pasará por ser mi *cavass* Espiridión Ystriotes, de quien he traído un traje completo para que se lo ponga. El verdadero Espiridión queda recluído en el hogar paterno, cobrando por completo su salario hasta que yo le avise. Me parece que debe usted cambiar de ropa antes de saltar á tierra. ¿No lo cree usted así? Su camarote es lo bastante grande para que pueda hacerlo con comodidad, aunque seguramente los dos no podríamos estar á la vez en él.

—¿Qué hay del pasaporte?, preguntó Wylie mientras rápidamente cambiaba de traje, en un angosto hueco, bajo el castillo de proa, y Armitage le aguardaba afuera, apoyado en el propao.

—¡Oh! Ha sido lo más gracioso que pueda usted figurarse. El que me han dado, lo mismo puede servirle á usted que á su amigo Smith, que á cualquier otro mortal y que á mí. Supongo que tienen una fórmula invariable para afiliar á todo inglés, con arreglo al tipo convencional; alto, cabello rubio, ojos azules, *et sic de cæteris,* así es que no hacen sino copiarla. Creo que es á usted á quien mejor le cuadra; en los ojos, por lo menos, están acertados. ¿De qué color los tiene Smith?

—No lo sé, supongo que serán como todos, murmuró entre dientes Wylie, á quien no le agradaba que tocaran ese extremo.

—Bueno; de todos modos, nunca podrán esas señas venirle tan mal como á mí, así es que todos podremos servirnos de ese mismo pasaporte, siempre que sobornemos á los polizontes, para que miren á otra parte, mientras nos lo vamos pasando de mano en mano. Pero como usted representa á Espiridión, no lo necesita. ¿Está usted listo? Yo he venido bogando solo, lo que no les hizo ninguna gracia á la gente de mar que había en el muelle, porque tengo que decirle algo que no quiero que lo oiga nadie.

Trasladaron al bote los efectos de Wylie y se despidió éste del capitán del barco, con quien convino en que, durante los quince primeros días, cruzaría sobre la costa, sin alejarse de Myriaki. Ya en el bote, cogió Wylie los remos y Armitage desatracó del barco, y cuando estaban á medio camino de la costa, este último sacó un paquete pequeño, pero pesado, metido en un saco de piel de gamuza.

—Métase esto en el bolsillo más sano y escondido que tenga el traje de Espiridión, dijo. Ahí van dos cientas cincuenta libras esterlinas en oro inglés, yo llevo sobre mí otras tantas. Casi no he dormido desde que salí de Therma. El resto de mi dinero está en billetes y monedas de varias formas y especies, privativas de esta deliciosa península, y encerrado en una pesada caja de caudales que he acostumbrado á todos mis criados á mirar con el más profundo respeto. Pero he creído conveniente traer un repuesto oculto en moneda corriente, y mucho me alegro de poder compartir con usted la responsabilidad y el peso.

—¡Muchas gracias amigo!, dijo Wylie, guardando el saco en el seno y sujetándolo con el cinto cuando llegaron al muelle.

Allí vivía Armitage, en una sucia posada griega que había elegido como lugar á propósito para estar á la mira de la llegada del barco. Había hecho correr la voz de que aguardaba á un enviado especial que traía una carta del patriarca, para facilitarle el cumplimiento de la misión que le llevaba á Hagios Antonios; así que á Wylie lo miraron con respeto los griegos del puerto, cuando echó á andar delante de Armitage, abriéndole paso en igual forma que lo hubiera hecho el ausente Espiridión. Unas cuantas personas notables del pueblo fueron á verles después de la cena, deseosos de tener el honor de contemplar por fuera la carta del patriarca; á uno ó dos de los más principales se les hizo la suprema distinción de dejar que la besaran. A la mañana siguiente, escoltaron á la carta y á sus portadores hasta cierto sitio del camino, y allí se despidieron, disparando en señal de alegría repetidas veces los fusiles.

Armitage no había dejado de tomar todas aquellas precauciones que pudieran asegurar el buen término de su viaje y que le habían aconsejado, con muy buen juicio, sus muchos mentores de Therma. Los cuatro individuos á quienes llamaba sus criados, eran en realidad una escolta de ilirios mahometanos, armados hasta los dientes y fieles hasta morir en el cumplimiento del compromiso contraído, pero que una vez terminada su misión, sin escrúpulo serían capaces de asesinar á los mismos á quienes acababan de servir, siempre que otros se lo pagaran bien. Su presencia era causa de que los recibieran amistosamente los rumíes con quienes tropezaban; y lo propio sucedía cuando se encontraban con los dueños de hecho del país, gracias á una carta dirigida al jefe principal de las partidas de bandidos que merodeaban en aquella comarca, llamado Fido. Aquella carta era una especie de salvoconducto que, mediante una retribución, habían obtenido del representante que Fido tenía acreditado en Therma. Armitage no se había atrevido á hacer ningún preparativo que pudiera dejar traslucir su intento de libertar á los prisioneros; pero confiaba en que para cuando llegaran á Hagios Antonios las provisiones habrían disminuído lo bastante para que una mula quedase libre y pudiera en ella hacer Zoe el viaje de regreso. En cambio, había hecho gran acopio de jabón de olor, pañuelos y otras frioleras, ostensiblemente para su uso particular.

Nada de notable ocurrió en el viaje, puesto que incidentes tan corrientes como el de verse la cabalgata con frecuencia detenida por partidas de hombres armados, no tenían importancia, ya que al presentar, según los casos, la carta del patriarca ó el salvoconducto del bandido ó el pasaporte rumí, los dejaban seguir su camino. Una de las precauciones de Armitage fué la de llevarse consigo una buena provisión de azúcar y otras golosinas, pues la mala voluntad del bandolero más feroz ó del comisario de policía más intratable, nunca se resistió á un regalo de esa especie. La llegada á Hagios Antonios fué el término de aquella marcha triunfal. Armitage y Wylie divisaron en las alturas el monasterio asentado sobre su pilar de rocas, y se preguntaron si el resto de la empresa resultaría tan fácil como hasta allí.

Los disparos de las carabinas de la escolta hicieron, como de costumbre, que los monjes se asomaran á su atalaya. Cambiáronse entre éstos y aquéllos preguntas y respuestas hechas á voz en grito, y cuando los monjes se enteraron de que un lord inglés traía una carta del patriarca ecuménico, sintieron gran alborozo y sin dilación bajaron la red. Wylie subió en ella por temor de que si iba primero Armitage no le dejasen luego entrar, y una vez arriba, mientras aguardaba á que su amigo subiera, dirigió una mirada escrutadora al torreón y al cabrestante. Cuando hubo subido Armitage con toda felicidad, aunque algo pálido y conturbado, los llevaron primeramente á la iglesia, donde los monjes, después de hacer una reverencia á los santos, entonaron con mucha rapidez unas oraciones muy cortas, que lo mismo podían ser para dar la bienvenida á sus huéspedes, que en acción de gracias por su feliz arribo, aunque Wylie supuso que sería esto último. Ya se hallaba otra vez á pocos pasos de distancia de sus amigos, después de larga separación.

El anciano Hegoumenos, que había enviado á un monje para que le disculpase por no haber asistido en seguida á recibir á los viajeros, les estaba aguardando en el salón de recibo, rodeado de toda la comunidad. Armitage entregó la carta del patriarca, que el Hegoumenos besó y llevó luego á la frente, dándola después al padre Atanasio para que la leyera. En ella se notificaba á la comunidad la piadosa misión de pintar algunas vistas del monasterio para la ilustre princesa que hacía poco se había hospedado en él, y se hacían grandes alabanzas del artista. Después de haber pasado la carta de mano en mano, para que todos la besasen, se retiraron los monjes. El último y, al parecer, el más reacio en salir de la sala fué uno de barba blanca y de aspecto severo que había estado examinando detenidamente á Wylie. Cuando se hubo ido otro monje joven y, al parecer, algo simple, entró furtivamente á mirar al forastero y dijo algo á su compañero que se había quedado fuera. Todo esto pareció que contrariaba al padre Atanasio; pero sin embargo, también clavó la vista en Wylie.

—¿Qué dicen?, le preguntó Armitage.

—¡Ah! Nuestros hermanos, los más jóvenes, no tienen juicio, son unos niños que no están acostumbrados á ver extranjeros; corre entre ellos un dicho, una tontina, dijo el monje, turbado, y no están acostumbrados á ver con frecuencia personas parecidas al *cavass* del lord inglés.

—¿Pero cual es ese dicho? ¿Hace mucho tiempo que corre?

—No, no mucho, á la verdad, sólo hará unas semanas. El señor escita, que vino para acompañar á la princesa hasta Therma, dijo á uno de nuestros hermanos que tuviera mucho cuidado con cierto individuo de ojos azules; y ya creen saber á quién aludía; pero eso no pasa de ser una necedad. El señor Hegoumenos desea saber en qué otra cosa podrá servirle, puesto que en la santa carta del patriarca universal se le ordena que no sólo le complazca en su piadoso cometido, sino también en cualquier otra cosa que le pidiera en reserva.

Pero cuando Armitage pidió que pusieran en libertad á los prisioneros ingleses, el padre Atanasio y el Hegoumenos se miraron uno á otro indecisos, asustados y temerosos. Luego comenzaron á explicarle en voz baja que si de ellos hubiera dependido, no habrían sido detenidos los prisioneros; pero que el Sr. Kirileff así lo había dispuesto, de acuerdo con el padre Demetrio, tesorero del monasterio y el único tracio que desempeñaba cargo en él. Los dos superiores tuvieron que reconocer, bien á su pesar, que el padre Demetrio era un tesorero digno de admiración, pues parecía que convertía en oro cuanto tocaba; nunca las rentas del monasterio habían dado tanto de sí. Gracias á él se estaba decorando de nuevo la iglesia, pintándose los frescos é imágenes del mismo modo y con los mismos colores exactamente que tenían antes; en vista de lo cual hasta los monjes griegos le sostendrían en su cargo, aunque fuera contra viento y marea. Comprendieron fácilmente los que esto oían cuál era la causa de haber el partido tracio ganado tanto ascendiente en el monasterio; pero no se atrevieron á decir á los dos ancianos, aunque fuera empleando muchos miramientos, que lo que estaban haciendo era vender su nacionalidad al oro escita.

—El padre Demetrio debe haber exprimido bastante al Sr. Kirileff para haberle complacido en semejante asunto, dijo Armitage á Wylie. Démosle todavía más que él. ¿Hizo ese viajero escita alguna donación al monasterio?, preguntó al padre Atanasio.

—Ofreció una cuantiosa suma valiéndose del padre Demetrio, unas cuatrocientas libras esterlinas. Todos los hermanos se alegraron mucho, pues con eso se podrá restaurar el iconostasio y terminar la renovación del templo.

—Ha sido para nosotros una gran suerte, dijo Wylie, que por prudencia ó por no tener el dinero á mano, el ofrecimiento no haya pasado hasta ahora de promesa. Ofrézcale quinientas y que entreguen de una vez los prisioneros.

Pero eso era andar demasiado aprisa. Había que tratar el asunto reunida en capítulo toda la comunidad, según manifestó el padre Atanasio, para deliberar sobre si convendrían más quinientas libras seguras que cuatrocientas probables. Wylie entonces propuso que en vez de hacer entrega de los prisioneros, se limitaran á no cerrar las puertas de sus calabozos, á suprimir los vigilantes y á colocar todas las escalas en los precipicios de las rocas, de modo que pudiesen utilizarse. No pidió que les dejaran servirse del cabrestante, pues siempre que se ponía en movimiento se enteraba de ello toda la comunidad. Esta indicación, al parecer, hizo que disminuyera en gran parte el temor de los dos ancianos, y el Hegoumenos manifestó muy contento que al día siguiente convocaría á capítulo á los monjes para tratar de la generosa oferta del lord inglés.

—¿No podría usted indicarnos dónde están los prisioneros?, preguntó Wylie al padre Atanasio al detenerse en el patio después de salir del salón de recibo, mientras Armitage hacía rápidamente un croquis de uno de los ángulos de la iglesia.

El anciano monje, en vista de la insistencia del fingido *cavass* en explorar sin previa autorización diferentes patios y aposentos, comenzó á sospechar si sería acertado el consejo del Sr. Kirileff, y respondió con alguna aspereza:

—El alojamiento de los huéspedes del monasterio es cosa que no le importa á usted.

—Por lo menos dígame qué tal están, dijo en tono de súplica Wylie.

—Los dos gozan de buena salud, respondió el padre Atanasio con más dulzura. Yo mismo he permitido al joven que se paseara por el patio en horas en que el padre Demetrio lo creía muy bien encerrado en su celda, tal era el ahinco con que me rogaba que le dejara respirar el aire libre; otras veces he tenido con él largos ratos de conversación. La joven está al cuidado de una anciana beata, que está muy edificada viéndola constantemente en meditación; de tal modo, que si fuera ortodoxa creería que tenía apariciones místicas. Una cosa preocupaba mucho á nuestra hermana, y era que su prisionera trazaba con un clavo en los muros signos misteriosos que muy bien pudieran ser reprobables sortilegios, y tanto la traían desasosegada, que un día de fiesta, no recuerdo si fué Hagia Friada ó Hagia Joanis, permití también á la joven que se paseara por el jardín y examiné por mí mismo aquellos signos.

(Se continuará.)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. (Fotografías de A. Merletti.)

En las primeras horas de la tarde del lunes último llegó á este puerto la división de la escuadra inglesa del Mediterráneo, que manda el almirante Drury y de la que es vicealmirante el príncipe Luis de Battenberg, tío de la reina de España. Cambiados los saludos de ordenanza, anclaron dentro del puerto el buque almirante, acorazado *Queen*, el acorazado *Prince of Wales* y el crucero *Bacchante*, habiéndose quedado fuera de aquél los acorazados *Glory* y *Golliath* y los cruceros *Suffolk* y *Lancaster*.

Inmediatamente pasaron á bordo del *Queen* el comandante de Marina y el vicecónsul de Inglaterra, cónsul interino Mr. Witry, con objeto de saludar al almirante. Ni éste ni el príncipe de Battenberg desembarcaron aquella tarde.

A la mañana siguiente, el almirante Drury hizo las visitas oficiales al gobernador civil, al alcalde, al capitán general y al comandante de Marina. En el Ayuntamiento fueron los visitantes recibidos solemnemente por el alcalde accidental Sr. Bastardas, varios concejales y altos empleados, y después de las presentaciones y discursos de rúbrica, recorrieron las principales dependencias de las Casas Consistoriales, deteniéndose especialmente en el Salón de Ciento y en el del Consistorio. Por la tarde, las autoridades devolvieron la visita al almirante.



Entrada del buque almirante «Queen» en el puerto

La mañana del miércoles dedicáronla sir Drury y el príncipe de Battenberg á visitar la catedral, de la que hicieron grandes elogios, y por la tarde los jefes y oficiales de la escuadra, acompañados del alcalde y de varios concejales, pasearon en coche por el Parque y se dirigieron luego al Tibidabo, en donde el Ayuntamiento les obsequió con un banquete, al que asistieron, además de los indicados, las autoridades, representantes de las más importantes corporaciones locales, el comandante del crucero alemán *Victoria Luisa*, llegado el día antes á este puerto, y otras distinguidas personalidades, hasta el número de 200 comensales. A la hora de los brindis, cambiáronse afectuosos discursos entre el alcalde y el almirante. Durante el banquete la banda municipal, que había saludado la llegada de los marinos ingleses con su himno nacional, tocó varias piezas.



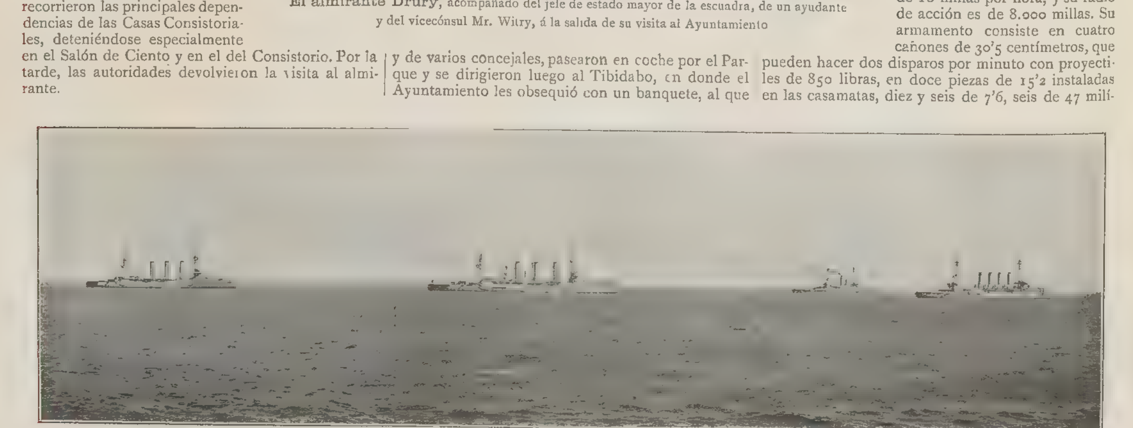
El almirante Drury, acompañado del jefe de estado mayor de la escuadra, de un ayudante y del vicecónsul Mr. Witry, á la salida de su visita al Ayuntamiento

El almirante, en justa correspondencia, obsequió el jueves por la noche á las autoridades con un espléndido banquete, que se celebró á bordo del acorazado *Queen*.

La escuadra salió de este puerto el viernes.

He aquí algunos datos acerca de los buques que la componen.

Los acorazados de combate *Queen* y *Prince of Wales* fueron botados en 1902, tienen el casco de acero y miden 122 metros de eslora, 22'85 de manga y 8'15 de puntal y desplazan 15.000 toneladas. Están dotados de dos máquinas de 15.000 caballos cada una, que desarrollan una marcha de 18 millas por hora, y su radio de acción es de 8.000 millas. Su armamento consiste en cuatro cañones de 30'5 centímetros, que pueden hacer dos disparos por minuto con proyectiles de 850 libras, en doce piezas de 15'2 instaladas en las casamatas, diez y seis de 7'6, seis de 47 milí-



Los buques de la escuadra anclados fuera del puerto

metros y dos tubos lanzatorpedos. Van mandados por capitanes de navío, y la tripulación de cada uno se compone de 790 hombres.

Los acorazados *Glory* y *Golliath* desplazan 13.850 toneladas, fueron botados en 1898 y 1899, miden 119 metros de eslora, 22'60 de manga y 7'90 de puntal, y sus dos máquinas de 13.500 caballos desarrollan una velocidad de 18 millas. Su radio de acción es de 8.000 millas, y montan cada uno cuatro piezas de 30'5 centímetros, situadas dos á proa y dos á popa; doce de 15'2, de tiro rápido, instaladas en las casamatas; diez de 76 milímetros, tres de 47, ocho ametralladoras y cuatro tubos lanzatorpedos. Van también mandados por capitanes de navío y llevan 750 tripulantes.

El crucero acorazado *Bacchante* fué botado en 1901, desplaza 12.500 toneladas, lleva máquinas que desarrollan 21.000 caballos de fuerza y tiene un andar de 21 millas. Monta dos cañones de 23'4 centímetros, doce de 15'2, doce de 76 milímetros, tres de 47 y dos tubos lanzatorpedos. Su tripulación se compone de 750 hombres y va mandado por un capitán de navío.

Los cruceros *Suffolk* y *Lancaster*, botados en 1902, miden 138 metros de eslora, 20 de manga, 7'70 de puntal y desplazan cada uno 9.800 toneladas. Sus máquinas desarrollan una fuerza de 22.000 caballos y su andar es de 23 millas. Su artillería consiste en catorce cañones de 15'2 centímetros, diez de 16, tres de 47 milímetros y dos tubos lanzatorpedos. Llevan 600 tripulantes cada uno.—X.



El vicealmirante príncipe de Battenberg, el almirante Drury, el vicecónsul Mr. Witry y el alcalde accidental Sr. Bastardas, dirigiéndose desde la Puerta de la Paz al Tibidabo



Viaje del presidente de la República Francesa á las cortes del Norte de Europa

M. Fallieres y los reyes de Noruega en Voxenhollen. (De fotografía de M. Branger.)

Una de las impresiones más gratas que en su reciente viaje habrá recibido M. Fallieres, habrá sido sin duda la de la excursión realizada en compañía de los soberanos noruegos á Voxenhollen, pintoresco sitio de los alrededores de Cristianía.

Allí, en aquel paisaje hermoso, libres todos de las molestas etiquetas cortesanas, el ilustre viajero y sus regios huéspedes pasaron unas horas deliciosas, de plácida tranquilidad, de sencillez burguesa, olvidándose enteramente de su personalidad oficial y figurándose por unos momentos ser unos simples ciudadanos que gozan de los encantos de una jira campestre. En una modesta quinta almorzaron el presidente Fallieres, el rey Haakón, la reina Matilde, el príncipe Olaf y algunos íntimos; no fué un banquete oficial, sino una comida familiar, una fiesta de expansión, después de la cual y de dar un paseo por aquellos bosques, regresaron los excursionistas á Cristianía para volver á ser, de fijo con cierto sentimiento de pena, los jefes de Estado cuyos actos, palabras y movimientos han de estar forzosamente cohibidos por las estrechas y muchas veces ridículas exigencias del protocolo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 24 de agosto de 1908 — Núm. 1.391

TRES GENERACIONES DE LA REALEZA EN INGLATERRA



EDUARDO VII DE INGLATERRA, SU HIJO EL PRÍNCIPE DE GALES Y SU NIETO EL PRÍNCIPE EDUARDO

Fotografía de «World's Graphic Press» tomada recientemente á bordo del yate real en Cowes (isla de Wight.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el tercer tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ISABEL II, ÍNTIMA

apuntes históricos y anecdóticos de la vida y de la época de esta reina española, escritos por el erudito cronista D. Carlos Cambronero, jefe de la Biblioteca Municipal de Madrid, é ilustrados con interesantísimas reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época existentes en los Museos y colecciones particulares.



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La dispersión del veraneo se hace visible cada año con mayor intensidad y es difícil asegurar cuál de las dos poblaciones, Madrid ó Barcelona, rinde actualmente mayor tributo á la costumbre. Claro que en Madrid la ausencia de la corte y las vacaciones parlamentarias producen el efecto del mutismo y de la soledad, alejando á la parte más vistosa de los habitantes de la coronada villa, es decir, aquel grupo que se da constantemente en espectáculo al forastero y que sostiene la animación exterior de las calles, de los cafés y de las diversiones públicas.

No es posible que en Barcelona suceda otro tanto, así por carecer de aquellos elementos, como por la índole misma de su trabajo comercial y mercantil, que no permiten interrupción y que exigen la presencia continua de un personal numeroso, el cual para satisfacer sus ansias de expansión debe acudir á soluciones intermedias: al veraneo en sitio próximo, en pueblecillos colocados sobre las líneas férreas ó en alguna *torre* de los inmensos y variados suburbios de la capital. No quiere esto decir que no haya mucha gente que aproveche la estación para un viaje por el extranjero ó que acuda á sitios lejanos y semiincomunicados con Barcelona, cortando por uno ó dos meses sus amarras, en un descanso absoluto.

Lo que hay todavía de bienhechor en el veraneo de los barceloneses es el tratarse de un veraneo más real y positivo que el de «buen tono.» Desparramándose las colonias estivales por pueblos verdaderamente agrestes, por el Pirineo y la costa de Levante, donde no han puesto su mano las compañías explotadoras de atracciones y «recreos,» donde no hay gran casino, ni ruleta, ni *croupiers*, ni servicio para la recogida silenciosa de suicidas, el tiempo se aprovecha mucho mejor para el cuerpo y para el alma. La higiene, el verdadero amor de la naturaleza y el excursionismo bien orientado prevalecen aquí, por fortuna, sobre las insoportables rutinas de la moda, que no hace otra cosa que trasladarse de población y buscar la vecindad del mar para volverle la espalda ó un aire y un sol más benigno para consumir todas las horas bajo la luz artificial de las mesas de juego.

El excursionismo—según llevo insinuado con anterioridad—ha sido una de las pasiones más nobles y sanas de cuantas ha despertado el renacimiento de Cataluña. De ella han beneficiado la salud de la raza, la pureza de las costumbres, el sentido de la naturaleza, el conocimiento de la región explorada ahora palmo á palmo, el respeto de las antigüedades, la emoción histórica. Por ella la gente se ha identificado con el territorio y ha conocido sus riquezas latentes ó no explotadas todavía. Por ella, al llegar la hora del retorno, á mediados de septiembre ó principios de octubre, regresan con el rostro curtido y los músculos llenos de fortaleza y agilidad muchos de sus adeptos, trayendo repleta la caja de clisés, con la satisfacción muchas veces de haber sorprendido un panorama inédito, una flor no clasificada, una inscripción desconocida, un sendero no fijado en los mapas estratégicos.

No consintamos, pues, que una falsa elegancia desnaturalice esa verdadera aproximación de la ciudad al campo y á la montaña. Consérvese esta nota original, este sentido ampliamente educativo y pedagógico del veraneo, sin campanillas, ni revisteros, ni instantáneas de semanario en las playas de explotación de la buena sociedad, donde más bien se representa la comedia del fastidio ó la tragedia de la desesperación disimulada, que se restaura el organismo con las brisas del mar ó con el aire y la luz de las alturas, siempre agradecidos y pródigos para con quienes de veras van á buscarlos.

* * *

El famoso proceso de Juan Rull y su familia y cómplices, tuvo su tristísimo desenlace el día 8 del actual. Aunque esperado este desenlace, sorprendió por la reserva con que fueron transmitidas las órdenes, de suerte que no vino á conocerlas el público sino algunas horas después de haber sido puesto el reo en capilla.

Yo no sé cómo viviría la gente en las épocas en que el derecho penal era terrorista é implacable, cuando no pasaba semana sin que alguna pena de muerte, de mutilación, de azotes, de vergüenza pública, se cumpliera en las calles ó plazas de la ciudad. Seguramente la vista de los suplicios y su frecuencia habían embotado la sensibilidad humana, dejándola impasible ante toda emoción, incluso la más horripilante y violenta. Una falsa interpretación histórica nos lleva á presumir que la existencia sería entonces una pesadilla lúgubre, una continua exasperación de los nervios, y que tales escenas infiltrarían en la sociedad un humor desesperado y sombrío. No comprendemos cómo podía contemplarse el espectáculo de tantos infelices á quienes señaló la mano del verdugo: mancos, desnarigados, desorejados, marcados por hierro candente, hampa del crimen, siniestra procesión de espectros abominables... Y sin embargo, la sociedad era poco más ó menos como ahora; y más agitaba sus entrañas la risa plena y sonora de un Arcipreste de Hita, de un Rabelais, que los terrores *á posteriori* imaginados por los románticos.

La ejecución de una pena capital deja actualmente en la atmósfera cierta tristeza antes desconocida, cuando esa pena terrible é irreparable se prodigaba. Y esto, no por consideración al caso concreto, á la duda ó vacilación que pueda quedar en los ánimos acerca de la culpabilidad de un reo ó acerca de la falibilidad inevitable de los humanos juicios. Semejante tristeza va anexa á la ejecución en sí misma, con independencia de todo juicio circunstancial. No es *aquel* caso el que hace meditar al hombre, sino todos los casos. El día se vuelve aciago, la luz parece enlutarse, el espíritu se enturbia y se diría que en tales horas, sobre la población donde se levanta el patíbulo, cae una sombra mortal que lo envuelve todo, que llega á todos los rincones de las plazas, de las viviendas y de los espíritus. Diríase que nada grande ni equilibrado puede nacer ó concebirse en aquellas horas, propicias tan sólo al aborto ó al engendro de monstruosas quimeras. ¿No es verdad, lector, que es esto lo que flota en el aire un día tristísimo de pena capital?

* * *

Para que nada faltase al 8 de agosto, una bomba estalló en la *golondrina* n.° 3, de las que se dedican al servicio de viajeros entre el muelle de la Paz y la Barceloneta. El estampido puso un solemne punto final á la fúnebre jornada y resonó sobre el recogimiento pensativo de Barcelona. En tal día, sólo cinco horas después de haber expirado Rull, cuando todavía sus despojos yertos no habían sido retirados del cadalso, esta explosión dió más que pensar y cavilar, si cabe, que todas las anteriores, con haberse perdido ya la cuenta de ellas y haberse apurado las hipótesis, los cálculos, las pesquisas...

Lo que no hace Barcelona es entregarse al pánico; eso no. Ha comprendido admirablemente que el pánico es el objetivo y el deseo de los terroristas y que, admitiéndolo y dándole materia, colaboraría del modo más eficaz en los planes de los enemigos de esta urbe. Así que las «golondrinas» han continuado prestando su servicio como si tal cosa y todas las tardes se ven llenas de la pintoresca concurrencia que se dirige al Astillero para tomar baños ó recrearse en las escenas de la playa y en las terrazas de los improvisados cafés y merenderos. Mujeres, niños y niñas, trabajadores, gentes de toda laya y condición, acuden al vaporcito con su maletín de baño ó su cesta de merienda y ocupan el mismo vaporcito y se sientan en el mismo banco debajo del cual fué depositado por un cobarde asesino el último aparato de destrucción.

* * *

Aunque no tan de prisa como desean generalmente los que ven los toros desde la barrera, esto es, los espectadores pasivos que no ponen las manos en la masa y no conocen la red de obstáculos con que tropieza todo proyecto; á pesar de esa relativa lentitud, continúan los derribos de la Reforma, de suerte que el boquete abierto en el macizo de las viejas manzanas barcelonesas empieza á ser formidable.

El peón armado de su piqueta trabaja con rapidez extraordinaria. Una vez que la brigada puede poner el pie en un edificio, diríase que todo es cosa de magia, y como coser y cantar. Los tejados desaparecen, las puertas son arrancadas de sus quicios, caen tabiques, queda al descubierto toda la interior armazón de la casa, y en pocos días no aparece á la vista del transeunte más que el solar y algunos montones de escombros.

Mas para penetrar en aquel edificio ha sido necesaria una larga preparación documental. El notario, el registrador, el consejo de familia de los menores, el abogado, los peritos, un montón de escrituras y papeles, ¿qué sé yo?, todo ha tenido que ponerse en actividad y zarandeo, empleando cuatro, cinco, seis meses, un año, antes de hacer posible un derribo que se realiza materialmente en menos de una semana.

Los barceloneses de pura sangre siguen las vicisitudes y progresos de la Reforma con una asiduidad que tiene algo de filial y piadoso. Pasan y vuelven á pasar, día tras día, por los barrios sujetos á la nueva apertura de calles, y renuevan impresiones de la infancia, recuerdos de días felices ó de antiguas emociones dormidas en los fondos de la memoria. Así, el Ayuntamiento, al convocar el concurso de dibujos y fotografías cuya Exposición acaba de tener lugar, ha cumplido un deber casi religioso diríamos y ha dedicado unas solemnes exequias á esos interesantísimos despojos de la vieja ciudad cuya mutilación se ha hecho inexorablemente necesaria. La cámara fotográfica ha hecho maravillas, reproduciendo conjuntos, tejados, panoramas á vista de pájaro, escudos, ventanas, capiteles. La colección ó colecciones obtenidas revisten el mayor interés, pero éste no supera ciertamente al de los dibujos presentados por Baixeras y por Urgell. El objetivo de la máquina fotográfica no sabe lo que le gusta al hombre de cada cosa, no ve las cosas como las ve el hombre, ni pone en ellas todo lo que nosotros ponemos. La imagen ha de pasar á través de una emoción y de un temperamento para que se resuelva en arte y en poesía. Esto es lo que han conseguido los dos notables artistas, con sus respectivas colecciones, con sus respectivas interpretaciones de la realidad y del tema propuesto: poniendo Baixeras en sus carbones, no sólo la silueta de los edificios y las calles, sino la vida completa, el fenómeno de la vida menestral y atareada á que servían de fondo; substrayéndose Urgell al bullicio y á la presencia del hombre para no interesarse más que por los edificios, entregados á una quietud solemne, romántica, misantrópica... En realidad, el esfuerzo de los dos maestros y la iniciativa y cuidados de la corporación municipal para legar á las futuras generaciones esa proyección de la Barcelona que fué sobre la Barcelona que vendrá..., todo eso tendrá que hablar muy alto en favor de esta época, que nos complacemos en vilipendiar y calumniar á cada instante, sólo porque nos ha correspondido vivirla, sin parar mientes en otros tiempos mucho peores, aunque bastante próximos á nosotros.

MIGUEL S. OLIVER.

LOS DOS TESOROS (1), CUENTO DE EMILIO SOLAR. Dibujo de Sardá.



— Mi tesoro, ¡helo aquí!

Mientras duraron las operaciones de la división de bienes que les dejara su tío, surgieron mil desavenencias entre los dos primos Bernardo y Numa Champblen, porque si bien uno de ellos, Numa, tenía un carácter pacífico, en cambio el otro, Bernardo, formuló tales exigencias y pidió tantas cosas, que más de una vez hubo materia sobrada de discusión.

Los bienes que debían repartirse consistían únicamente en un vasto terreno situado á la salida de la población y tan descuidado, en cuanto á cultivo, durante los últimos años, que más que un campo parecía un junglar. Las hierbas lo habían invadido todo y multitud de hortalizas que se habían reproducido espontáneamente y que aparecían altas, retorcidas, vueltas á su estado salvaje, extendían por todos lados sus tallos y sus hojas vigorosas, desarrolladas con toda libertad, pero impropias para todo uso alimenticio.

A primera vista, la división en dos partes de aquel terreno no ofrecía dificultad alguna, pues bastaba para hacerlo trazar en el centro y en dirección de Norte á Sur una línea á cordel, desde el momento en que todo el campo tenía la misma pendiente, la misma orientación é igual clase de tierra. La misma naturaleza parecía haberse prestado complaciente á que la división se efectuara con toda facilidad, ya que de un extremo á otro de la finca corría un arroyo de cuyas aguas arrancaba la luz reflejos de color de acero y de plata; el cual arroyo atravesaba el terreno casi en línea recta y á igual distancia de las dos zanjas llenas de hierba que formaban las lindes por el Este y por el Oeste.

Bernardo exigía ese trozo y aquel otro; despreciaba el arroyo; pero, en cambio, quería tres de los cuatro ángulos, consintiendo, sin embargo, en que el tercero estuviese aislado del resto de su lote; y trazaba un plano tan extravagante de la repartición, tal como él la concebía, que al fin Numa se rebeló y trató de hacerle desistir de sus absurdos proyectos. En resumidas cuentas, Bernardo, después de haber aceptado algunas insignificantes modificaciones, se mostró irreductible en todo lo demás y acabó por salirse con la suya. El campo quedó dividido por una línea tortuosa; todo el arroyo fué para Numa, y los tres ángulos tan codiciados fueron de propiedad de su primo.

Lo que más intrigó á los habitantes del pueblo, que en seguida estuvieron al corriente de la contienda, fué que Bernardo no quiso dar ninguna explicación del porqué de sus exigencias. Y así que entró en posesión de la herencia inmueble y de una veintena de miles de francos líquidos que á ella se juntaba, mandó cerrar la propiedad con un muro, construyóse él mismo una vivienda sencillísima, de paredes de ladrillo y compuesta de una sola pieza con una puerta y una ventana, trasladó á ella los pocos muebles que poseía y se encerró en su casa.

Numa, por su parte, hizo rodear su lote de fuertes vallas; pero no tuvo necesidad de construirse habitación, porque la suya estaba contigua á la pequeña finca heredada, limitándose á abrir en la pared una puerta por la cual salía á su campo.

La cantidad de dinero que le había correspondido y que era mucho menor que la de su primo, por haberlo así dispuesto el testador, se consumió casi toda en la valla y en las primeras contribuciones, de modo que apenas quedaron de ella tres ó cuatro cientos francos, que Numa Champblen guardó cuidadosamente. Hecho lo cual púsose de nuevo á trabajar.

A la semana siguiente de su doble instalación, Numa oyó una noche dos golpes discretos que alguien daba á su puerta; abrió, reconoció en el visitante á su primo Bernardo, y aunque no estaba en muy buenas relaciones con él, invitóle cortésmente á que entrase, le hizo sentar y le ofreció un vaso de sidra.

Bebió un trago de sidra y prosiguió:

—Entre los papeles de nuestro tío, encontré dos libros que me entretuve en hojear por si dentro de ellos había algo, y de uno cayó un papel doblado, viejo y amarillo, en el cual había un plano en el que reconocí desde luego el terreno que debíamos repartirnos.

—¿Y aquel papel te inspiró tus luminosas ideas?

—Sí, pero no por lo que imaginas. El papel tenía en el dorso una inscripción escrita con tinta y fechada en el siglo pasado, según la cual existía un tesoro enterrado en el campo en uno de los sitios señalados en el plano con una cruz. Las cruces eran muchas pero no había ninguna indicación acerca de la profundidad del escondrijo. No me interrumpas y espera á que acabe mi relato.

El primo Bernardo apuró el contenido de su vaso y continuó diciendo:

—Añadía la inscripción que el primogénito de la familia, de nuestra familia, sería el único que tendría el derecho de buscar el tesoro; y como el primogénito era yo, no tuve ningún escrúpulo. Pero para ello era preciso obtener, sin descubrir nada, las porciones del terreno que encerraban la fortuna.

Numa, hombre práctico y de recto sentido, miró á su primo y vió que hablaba seriamente.

—¿Y has encontrado ya el tesoro?, preguntó.

—No, pero desde mañana lo buscaré. Por esto he querido exponerte la situación para que no me creyeras loco.

—¿Y por qué no me dijiste todo esto antes?, replicó Numa soltando la carcajada. Como yo no creo en los tesoros, te habría cedido sin discusión todo lo que hubieses querido. Los tesoros, Bernardo...

Y sin acabar la frase hizo un gesto de duda que encolerizó á su primo.

—¡Tan imbécil me crees!, exclamó éste. ¿Puedes suponer que iba yo á dar crédito á un cuento de bromista? No, nada de esto; pero estoy absolutamente seguro de la existencia del tesoro y lo encontraré.

—Encuéntralo.

—Ya lo creo que daré con él. La envidia te hace hablar así; pero cuando lo haya descubierto vendré á enseñártelo y entoces veremos quién será el que se ría.

Dicho esto, marchóse furioso dando un portazo, y Numa, regocijado, oyó el ruido de sus pasos que se perdían en el rumor de un viento invernal que se había desencadenado prematuramente en aquel mes de octubre.

***

Numa, para ganarse la vida, fabricaba, valiéndose de una fórmula secreta, jabón oloroso para uso de damas y señoritas; sabía comprar materiales escogidos, transformar el aceite y los cristales en suaves pastillas de lindos colores y delicados perfumes. Sus jabones eran inimitables y sus clientes no habrían

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des Gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

gastado otros por nada del mundo; unos, de un color verde obscuro, desprendían los aromas del espliego y del tomillo; otros, rosados ó amarillos, tenían los olores dulces de las flores abiertas; los había blancos que olían á iris de Florencia, y morados que difundían el perfume de las modestas florecillas que crecen en los claros de los bosques.

A Numa no le gustaban el almizcle ni los demás olores fuertes, así es que sólo los empleaba cuando se lo encargaban especialmente. Sabía ofrecer tan bien su mercancía y en la reducida estancia que daba á la carretera y le servía de tienda hallaba la gente tan buena acogida, que la venta aumentaba de día en día y era cada vez más remuneradora.

La cuestión del terreno, al mismo tiempo que le sirvió algo de reclamo y le valió la visita de lindas curiosas, permitióle ensanchar su laboratorio, y al propio tiempo le hizo concebir la idea de montar, con los pocos centenares de francos que le quedaban, un modesto depósito de sus productos en el centro de la ciudad vecina. El ensayo dió buen resultado y la fabricación pronto fué en aumento, hasta el punto de hacer indispensable el empleo de un ayudante.

En el entretanto, el primo Bernardo buscaba el tesoro. Algunas veces, durante la primavera, mientras descansaba en su jardín contemplando cómo apuntaba en el firmamento el oro pálido de las primeras estrellas, oía Numa, al otro lado de la pared, golpes de pico y de azada. Y lo mismo sucedía por las mañanas. Ocho meses hacía que Bernardo revolvía la tierra de su campo sin encontrar nada, y aunque había llegado á ser el hazmerreir de la comarca, no se preocupaba de ello, atento únicamente á sus investigaciones; no salía más que para renovar sus provisiones y trabajaba como un condenado.

Numa, cuyos negocios prosperaban, respiraba deliciosamente, según las horas, el aire embalsamado de la mañana ó el viento tibio de la noche, trabajando con entusiasmo y acostándose con el espíritu y la conciencia tranquilos.

Entre sus clientes habíase fijado el jabonero de un modo especial en una joven cuya historia conocía. Huérfana desde hacía muchos años, vivía allí cerca con un hermano cojo que apenas ganaba la mitad de lo indispensable para su sustento; pero María, que así se llamaba, suplía esta deficiencia y aun hallaba manera, sin descuidar el manejo de la casa, limpia como una tacita de plata, de procurarse con la aguja los recursos que faltaban. A pesar de todo, su pobreza era extremada, y por esto iba muy contadas veces á la tienda de Numa y siempre escogía las pastillas más pequeñas y más baratas, que aquél le cedía con alguna rebaja.

María respiraba salud y bondad.

Un día el jabonero le dijo resueltamente:

—¿Qué diría usted si yo la pidiese en matrimonio?

—¡Pero si no tengo nada!

—Tiene usted veinte años. ¿Me cree usted rico?

—No puedo abandonar á mi hermano cojo.

—Vendría á vivir con nosotros ó, mejor aún, se quedaría en su casita y yo le proporcionaría trabajo.

—¿Habla usted formalmente?

Formalmente hablaba y lo demostró casándose



Horas plácidas, cuadro de V. Corços

seis meses después con María, á pesar de la falta de dote y de la cojera del hermano.

Y apenas casado, díjole para tranquilizarla:

—La verdad es que te necesitaba; mi clientela aumenta de día en día y dos brazos más no me vendrán mal.

Al mismo tiempo, Numa hacía cultivar su campo, y más adelante utilizó una parte del mismo para construir una pequeña fábrica; el arroyo proporcionó la fuerza motriz y sus aguas transparentes espumáronse en la rueda que á su impulso se movía.

Pasaron años y en la casa del jabonero nacieron hijos que llevaron á ella alegrías y cuidados. Pronto hubo cuatro, niños y niñas, cuyos retozos regocijaban el jardín; Numa y su mujer fabricaban, vendían y vigilaban.

Y al otro lado de la pared, el primo seguía excavando sin cansarse. Y excavó por espacio de veinte años, comiéndose poco á poco todo el dinero que había heredado. Flaco, seco, huraño, hirsuto, obstinábase en su labor con una especie de locura; para mejor guardarse había comprado dos feroces perros de presa que durante la noche ladraban en el cercado del tesoro; y cuando pasaba por las calles parecía el espectro de un viejo avaro.

En casa de Numa se hacían necesarias nuevas instalaciones. La explotación producía pingües beneficios; pero el jabonero, á quien habían nacido nuevos hijos, no amontonaba las riquezas, sino que daba una buena educación á su prole, era generoso y servicial y pagaba muy bien á sus obreros. La fábrica, ensanchada, funcionaba día y noche bajo el esfuerzo de sus ruedas hidráulicas, y las pastillas de jabón, hechas siempre según las mismas excelentes fórmulas, perfumaban todas las comarcas vecinas.

Una noche, después de una jornada de mucho trabajo, cenaba Numa con toda su familia. Al terminar la cena, abrióse la puerta bruscamente, y el jabonero notó que los perros del cercado contiguo, que habían estado ladrando furiosamente durante todo el día, de repente se callaban.

En el umbral de la puerta apareció el primo Bernardo, presa de una alegría terrible y mostrando un saco de cuero. Dió tres pasos, y poniendo brutalmente su botín sobre la mesa, en medio de los platos, exclamó:

—¡El tesoro! ¡He aquí el tesoro! ¡Ya es mío! Y ahora dime, ¿soy un loco?

Los comensales, asustados, miraban sucesivamente á aquel hombre y las monedas esparcidas sobre el cuero basto. Había allí una cantidad muy considerable; el oro, apenas empañado por la acción del tiempo, despedía aún reflejos amarillos, y entre las monedas veíanse joyas, cuyas piedras lanzaban brillantes destellos.

Numa fijó su mirada en el botín y luego en sus hijos. Eran éstos tres, dos ya mayores, hombres robustos, de rostros francos, y otro pequeño que comenzaba á hablar y jugaba sentado en una silla alta. Luego admiró á sus hijas, dos hermosas morenas, bien desarrolladas, graciosas y fuertes; contempló afectuosamente á su compañera y evocó su propia imagen, sus brazos musculosos, su faz enérgica y que respiraba salud.

Después miró á su primo, solitario, envejecido, quebrantado, y señalando con amplio ademán á su mujer y á sus hijos y aquel hogar en donde la lámpara familiar velaba, dijo tranquilamente, en medio de un silencio que por momentos se hacía más emocionante:

—Mi tesoro, ¡helo aquí!

LAS PLAYAS DE MODA

TROUVILLE

En materia de playas, como en todo lo que afecta á la vida social, la moda impone sus despóticas leyes. Hay poblaciones marítimas dotadas de iguales si no mejores condiciones que otras, y sin embargo, permanecen poco menos que desiertas, mientras en sus afortunadas rivales la concurrencia afluye cada año más numerosa. Y es en vano que aquéllas apelen á todos los recursos imaginables para atraerse bañistas, que multipliquen las comodidades, que procuren distracciones á los forasteros; como la moda no las toque con su varita mágica, tendrán que guardarse sus distracciones y sus comodidades y llorar, en la soledad más espantosa, la inutilidad de los sacrificios hechos. Para las otras, en cambio, todo va viento en popa y su clientela aumenta de año en año.

Entre las playas privilegiadas figura en primera línea la francesa de Trouville que, desde hace muchísimos años, cuenta con una parroquia tan numerosa como selecta, en la que abundan los nombres más aristocráticos, las firmas más respetables de la alta banca y del gran comercio parisienses, muchos artistas, buen contingente de extranjeros y no pocas celebridades del mundo elegante.

La vida que en Trouville se hace es la misma de todas las playas: por la mañana, el baño; á mediodía, el corro en la calle de París; por la tarde, el paseo en la terraza del casino, en el hipódromo, en el campo de *golf*, de *tennis* ó de *croquet*, y por la noche, el teatro y el casino. Y para cada hora y para cada cosa, una *toilette* especial, lo que obliga naturalmente á pasarse la mitad del día cambiando de traje, faena que para muchos resultaría un verdadero martirio, pero que para esas gentes constituye el placer supremo de la existencia. Ellas, allí, como en París, como en todas partes, son esclavas de la moda; para ellas, la higiene es un vieja regañona que no se ha propuesto más que amargarnos la vida con sus consejos y sus exigencias. Día vendrá, empero, en que su reina de hoy se reirá de sus homenajes, que no harán sino ponerlas en ridículo, y cuando pretendan rendir acatamiento á la higiene de que ahora se burlan, esa buena señora les responderá sin duda con el proverbial «¡Tarde piache!»



En la calle de París, al mediodía



Delante del Casino por la tarde



En el hipódromo durante las carreras



Tolón.—Entierro de las víctimas de la explosión ocurrida el día 12 de los corrientes á bordo del buque de guerra *La Couronne* (De fotografía de M. Branger.)

TOLÓN.—ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN OCURRIDA EN EL BUQUE DE GUERRA «LA COURONNE.»

El día 12 de los corrientes, mientras se practicaban ejercicios de tiro en el buque escuela de cañoneros *La Couronne,* estalló una de las piezas, causando numerosas víctimas, cuatro muertos y veintiún heridos. De estos últimos fallecieron dos pocos momentos después, y tres á poco de haber ingresado en el hospital; de los demás, algunos tienen heridas sumamente graves.

El entierro de los nueve que murieron efectuóse el día 17. Desde las primeras horas de la mañana, una multitud inmensa agolpábase en las inmediaciones del hospital marítimo; á las nueve llegó el ministro de Marina señor Thomson y en seguida formóse el fúnebre cortejo, en el que figuraban todas las autoridades, representaciones de la marina y del ejército, corporaciones y un público numerosísimo.

Al llegar la comitiva á la estación del ferrocarril, pronunciaron sentidos y patrióticos discursos el ministro, el comandante de *La Couronne,* el prefecto marítimo de Tolón y el alcalde de la ciudad.

Después retiráronse el ministro y las autoridades y los ataúdes fueron colocados en los vagones que habían de conducirlos á Bretaña, patria de las víctimas.

CRONBERG.—ENTREVISTA DE EDUARDO VII Y GUILLERMO II.

Todos los años, el rey de Inglaterra, al ir á tomar las aguas de Marienbad, hace una visita á su augusto sobrino el emperador de Alemania. La periodicidad de esas entrevistas no evita que vayan siempre acompañadas de largos comentarios que no se cansan de hacer los centros diplomáticos y la prensa de todos los países.

La entrevista de este año se ha celebrado el día 11 en Cronberg, adonde llegó Eduardo VII á las nueve de la mañana, siendo recibido en la estación por el emperador. Los dos soberanos se besaron afectuosamente y y partieron para el castillo de Friedrichshof, en donde permaneció el monarca inglés hasta las once de la noche. Por la tarde asistieron juntos á la inauguración del monumento erigido en Homburgo á la memoria de Isabel de Hesse.

Aunque, como decimos, se ha comentado mucho esa entrevista, las impresiones son este año más optimistas que en los anteriores.—S.

Entrevista del rey Eduardo VII de Inglaterra y del emperador Guillermo II de Alemania

Llegada de los dos soberanos á Homburgo para inaugurar el monumento á Isabel de Hesse. (De fotografía de Carlos Trampus.)

VIAJE DE S. M. LA REINA

VICTORIA DE ESPAÑA

Cediendo al natural deseo de pasar una temporada en su patria y al lado de su augusta madre, S. M. la reina Victoria, después de una permanencia en la Granja y de una corta estancia en San Sebastián, salió de la capital guipuzcoana en la tarde del día 13, acompañada de S. M. el rey y de su séquito. En automóvil se dirigieron á Henduya y allí tomaron el expreso de Burdeos, en donde se separaron los regios esposos, continuando la reina su viaje á París.

En la capital de Francia, esperábanla en la estación el embajador de España marqués del Muni, su esposa, el alto personal de la embajada y del consulado y el prefecto de policía Sr. Lepine. Como la reina Victoria viaja de riguroso incógnito, no pudieron ir á recibirla ni el presidente de la República ni el elemento oficial.

Desde la estación dirigióse la soberana al hotel Maurice, y después de tomar un desayuno, salió en automóvil á dar un paseo por el bosque de Bolonia, regresando luego al hotel.

A las doce tomó el tren que había de conducirla á Calais, y á pesar del incógnito, fueron á despedirla el coronel Griache, representante del Sr. Fallieres, el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón y su esposa, los marqueses del Muni, el personal de la embajada, el prefecto de policía y los altos empleados de la compañía del ferrocarril del Norte. Una compañía de la Guardia republicana tributó los honores debidos á la reina Victoria, á la que fueron ofrecidos preciosos ramos del presidente de la República, del embajador español y del ministro de Negocios Extranjeros.



S. M. la reina Victoria de España en el acto de desembarcar en Dover
(De fotografía de Underwood et Underwood.)

A propósito de la despedida, dice un diario parisiense: «Decididamente es muy difícil conservar el incógnito en París cuando se trata de soberanos tan populares como la graciosa reina Victoria. De ello habrá podido convencerse la soberana, al ver la muchedumbre que había acudido á la estación del Norte para saludarla á su partida. Y preciso es decir que la reina no parecía ofendida por ese pecadillo protocolario, puesto que á las aclamaciones de los parisienses correspondió sonriente y visiblemente satisfecha.»

Poco después de las doce salió el tren, habiendo acompañado á S. M. hasta Calais el diplomático español Sr. Quiñones de León y el comisario especial señor Bordire. A las tres llegó la reina Victoria á Calais, siendo cariñosamente recibida y vitoreada; á las cuatro se embarcó para Dover, y á las siete llegaba á Londres, en donde la esperaban su madre, la princesa Enrique de Battenberg, el embajador de España y el ministro consejero de la embajada.

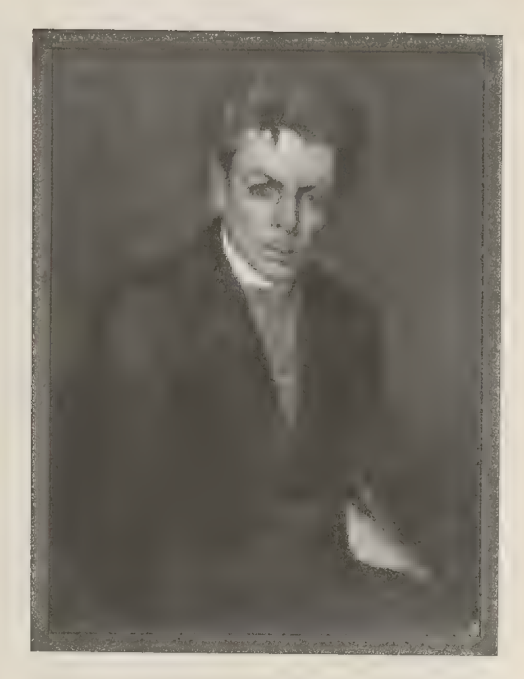
A la mañana recibió numerosas visitas en el Grosvenor Hotel, desayunóse luego en el palacio de la embajada española y por la tarde marchó en automóvil á Southampton. Desde allí el yate real *Alberta* la condujo á Cowes, en donde permanecerá hasta mediados de septiembre. Entonces irá á buscarla S. M. el rey D. Alfonso XIII para desde allí ir á Viena á visitar oficialmente al emperador Francisco José.—S.



S. M. la reina Victoria en París. Salida de la estación de Orleáns. (De fotografía de M. Branger.)



Retrato de la Sra. T., pintado por Oscar Björck



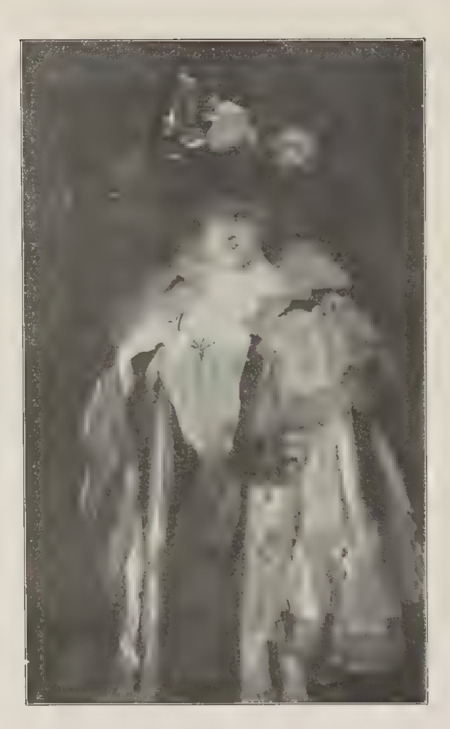
Retrato, pintado por Aron Gerle



Salvamento de náufragos, cuadro de Miguel Ancher. (Fotografía de Pablo Heckscher, de Estocolmo.)



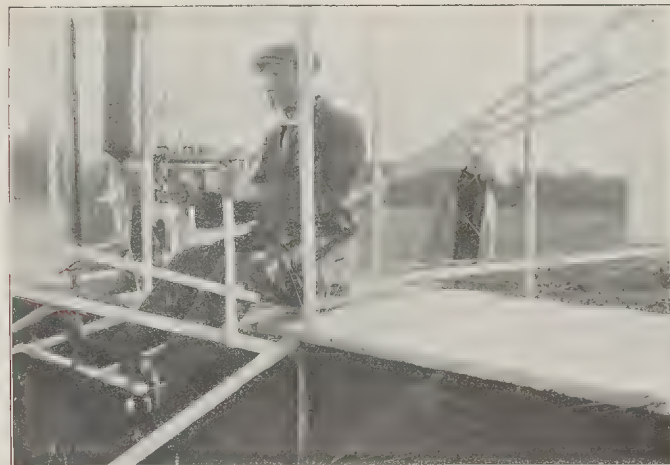
El reloj, cuadro de Osvaldo Grill



Retrato de la Sra. Hunter, pintado por Juan S. Sargent



En el taller del retratista, cuadro de Alberto de Keller



Mr. Wilbur Wright
haciendo funcionar las palancas de dirección de su aeroplano
(De fotografía de M. Branger.)

EL AEROPLANO WRIGHT

Mucho se ha hablado en estos últimos tiempos del invento de los hermanos Wright, y no será seguramente porque éstos hayan buscado la publicidad, muy al contrario, puesto que no sólo han huído siempre de los periodistas, sino que además han efectuado sus primeros ensayos en los Estados Unidos, su patria, en Springfeld, en 1903, y este año en Manteo, con el mayor sigilo.

Este misterio de que se han rodeado hasta hace poco ha sido poderoso incentivo para los que siguen con interés el problema de la conquista del aire, y ha dado lugar á los juicios más contradictorios, pues mientras había quien daba como resuelto por ellos aquel problema, otros afirmaban que se trataba de una farsa.

Tanto se aseguró, sin embargo, que el aparato de los Wright permitía volar fácilmente y maniobrar sin dificultad alguna en el aire, que en Francia se constituyó un comité, presidido por M. Lázaro Weiller, que ofreció adquirir la patente del invento para Francia por la cantidad de 500.000 francos, con la condición de que los inventores ejecutasen previamente dos vuelos en un circuito cerrado de 50 kilómetros cada uno. El menor de los hermanos, Wilburg, aceptó la proposición y se trasladó á Francia, instalándose en las inmediaciones del Mans, en los talleres que á su disposición puso un constructor de automóviles, M. León Bollée, muy aficionado á la aviación.

Allí ha trabajado Mr. Wilbarg Wright durante dos meses preparando su aparato para las pruebas que, en su concepto, han de ser concluyentes.

Hace pocos días efectuó, en el hipódromo de Hunaudieres, los ensayos preparatorios, cuyo resultado ha sido calificado de maravilloso por cuantos los presenciaron; el primero tuvo lugar el día 8, habiendo realizado Wright un vuelo magnífico de 2.000 metros en un minuto cuarenta y seis segundos, durante el cual el aeroplano obedeció sumiso á su conductor, ejecutando con precisión admirable todos los movimientos que éste le imponía. Tres días después emprendió su segundo vuelo, que fué aún mejor que el primero: el aparato describió grandes y majestuosas curvas con seguridad asombrosa, virando doce veces y descendiendo en el mismo punto de partida; había recorrido 4.000 metros en tres minutos. Al día siguiente emprendió nuevos ensayos, algunos hechos con viento más que regular, y todos con el mismo satisfactorio resultado.

Estos éxitos, que muchos consideran como decisivos, han inducido á Mr. Wright á anticipar las pruebas definitivas que le han de valer los 500 000 francos ofrecidos por M. Weiller, siendo probable que, dentro de poco, emprenda los grandes vuelos.

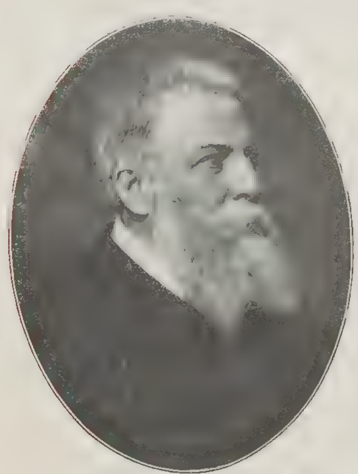
Para esos grandes vuelos ha escogido el aeronauta el campo de Auvours, situado á doce kilómetros del Mans, en donde se está construyendo ya el cobertizo para el aparato, pues el hipódromo de Hunaudieres resulta demasiado pequeño y de efectuarse en él las pruebas de los 50 kilómetros tendría que realizar demasiadas viradas. La velocidad del aviador obligaría á virar cada doce segundos, lo que causaría á Mr. Wright una fatiga excesiva que podría comprometer el éxito de sus ensayos.

El aparato de Mr. Wright, al decir de los que lo han visto funcionar, es superior á todos los demás hasta ahora ensayados y son muchos los que dan por seguro su triunfo en las pruebas decisivas.

En cuanto al inventor, he aquí lo que un competidor suyo, el francés Delagrange, ha escrito á propósito de él en un importante periódico ilustrado: «Que los que hayan dudado de él, y de mí puedo demostrar que no he sido nunca de los incrédulos, inclinen la frente y se arrepientan. Mr. Wright es el más hermoso ejemplo de fuerza de voluntad que jamás se haya visto. A pesar de los sarcasmos y de las burlas, á pesar de los lazos que de todas partes le han tendido, á pesar de los ofrecimientos y de las provocaciones, ese hombre ha permanecido silencioso durante años y, seguro de sí mismo, seguro de su genio, ha guardado su secreto.»



El aeroplano Wright efectuando sus pruebas preparatorias en el hipódromo de Hunaudieres, en las inmediaciones del Mans. (Fotografía de M. Rol y C.ª)



El marqués de Rudini,
ilustre político italiano, fallecido en Roma el 8 de los corrientes
(De fotografía de Carlos Trampus.)

EL MARQUÉS DE RUDINI

El ilustre hombre público italiano fallecido en Roma el día 8 de los corrientes, había nacido en Palermo en 1839, y á los veintiséis años era alcalde de aquella ciudad. Habiendo estallado una violenta insurrección en Sicilia, Rudini, al frente de la Guardia Nacional, organizó la resistencia contra las turbas que habían invadido la capital y á las cuales venció después de tres días de empeñada lucha. Por este hecho fué nombrado prefecto de Palermo; en 1868 se le confió la prefectura de Nápoles. Al formar, en 1869, ministerio el general Menabrea, dióle la cartera del Interior, que sólo desempeñó algunas semanas. En 1870 fué elegido diputado por el distrito de Canicatti (Sicilia), que representó hasta 1882, fecha en que le enviaron á la Cámara los electores de Siracusa. Muy pronto fué reconocido como jefe y renovador de la derecha parlamentaria, adquiriendo gran autoridad sobre sus colegas. En febrero de 1891 sucedió á Crispi en la presidencia del Consejo de ministros, reservándose además la cartera de Negocios Extranjeros; durante su gobierno se renovó la Triple Alianza. En 1892 presentó la dimisión, pero el rey le encargó nuevamente la reconstitución del gabinete; pocos meses después, un voto contrario de la Cámara le obligó á retirarse del gobierno. Combatió al gabinete Giolitti, y volvió á ser presidente en 1896, hasta que, dos años después, fué reemplazado por el general Pelloux.

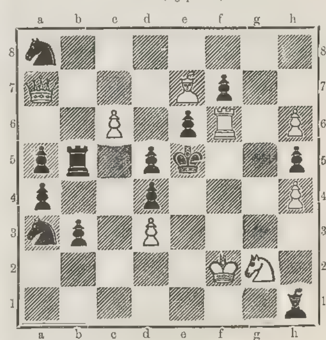
Desde entonces intervino aparentemente poco en la política activa, pero su influencia siguió dejándose sentir, así en el Parlamento como en las esferas gubernamentales; su experiencia, su talento y su patriotismo eran otros tantos títulos para que sus consejos fuesen admitidos ó cuando menos seriamente meditados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 505, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso de Barmen, 1905.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 504, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Tc6-c4	1. Ab3×c4
2. Ag4-d1	2. Cualquiera.
3. b3-h4 ó C mate.	

VARIANTES.

1...... Ta4 ó b5×c4; 2. Df1-f4 jaq., etc.
Ca6-c5 ó c7; 2. Df1-f3, etc.
Otra jugada; 2. Df1-f3 ó f4 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



... y fué cuando se encontraron con un funcionario de la policía ambulante que también iba escoltado

—Pero no tenían nada de pecaminoso; eran unos garabatos tan disparatados y sin sentido como pudiera hacerlos un loco; así se lo dije á la hermana, que con esto se tranquilizó.

Armitage se reía involuntariamente; pero para Wylie la idea de que Zoe había disfrutado alguna libertad durante la fiesta de la Santísima Trinidad, sin saber que sus renglones eran objeto en aquellos mismos momentos de un minucioso examen en busca de pruebas que la convencieran de hechicera, le conmovió de tal manera, que hubo de volver la cara bruscamente.

XXI

LA HUÍDA

El capítulo se reunió, y á pesar de los desesperados esfuerzos del padre Demetrio, resolvió por gran mayoría que se aceptara la oferta de Armitage y que, por lo tanto, se hiciera la vista gorda, dejando escapar á los prisioneros. Si el Sr. Kirileff hubiera entregado sus dos mil quinientos rublos, el monasterio se hubiera visto en el compromiso de honor de cumplir las condiciones estipuladas; pero como muy acertadamente indicó el anciano padre Apostolos, habiéndose sólo limitado á prometer, sin hasta entonces haber cumplido, sería una locura negarse á aceptar otra cantidad, con la que se podrían substituir las aureolas de plata dorada de las imágenes del iconostasio por otras de oro puro. Y después de todo, no se les pedía que soltaran á los prisioneros; todo se reducía á dejar las escalas colocadas en sus puestos durante unas noches, en lugar de recogerlas y guardarlas, y á que al padre Atanasio se le perdieran temporalmente las llaves. También se convino, á propuesta del hermano Nicolás, el monje joven, de semblante alelado, que había identificado á Wylie, en que la huída no se efectuase hasta que hubiera terminado Armitage la vista de la iglesia, á fin de que la princesa Irene no viese frustrados sus piadosos deseos. La fausta nueva se la llevó el padre Atanasio al pintor, que estaba en el patio dedicado de lleno á su trabajo y que fué á comunicársela á Wylie. A éste, así por su indiscreto comportamiento el día anterior, como por los consejos del Sr. Kirileff, habíanle prohibido que entrara otra vez en el recinto; mas no por ello les cobró mala voluntad á los monjes, pues en cambio habían autorizado al hermano Evangelios, que era el encargado de las escalas, para que le enseñara cómo se colocaban, y se había pasado la tarde en que se reunió el capítulo gateando arriba y abajo por el flanco de la montaña, como mosca que sube y baja por una pared. Al otro día, cuando Armitage descendió en la red, después de haber estado trabajando mañana y tarde, Wylie le salió al encuentro y lo condujo á cierta distancia del campamento.

—Esos venerables truhanes de allá arriba están tramando alguna picardía, le dijo.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?, preguntó Armitage.

—Uno de ellos bajó por las escalas esta mañana con un cesto; al parecer era un lego que iba á buscar provisiones al pueblo. Me pareció que andaba receloso, como si temiera que le siguiesen; así es que eché tras él arrastrándome por entre las malezas con las manos y las rodillas. Sucedió lo mismo que había pensado; en cuanto hubo perdido de vista nuestro campamento, puso en tierra el cesto, se remangó el hábito y echó á correr, tan aprisa como pudo, en dirección opuesta á la del pueblo. Quise seguirle, pero

como no me atreví á enderezarme del todo, pronto me ganó gran ventaja, por lo que me oculté cerca del cesto á esperar que volviese. Pasó como una hora antes de que regresara y recogiera el cesto; entonces se dirigió al pueblo con toda tranquilidad.

—¿Y adónde cree usted que iría?

—Indudablemente á ver á alguno que sirve de intermediario entre el padre Demetrio y los escitas, y que tal vez sea un bandolero. El pueblo es griego; por eso habrán tenido que buscarlo en otra parte. Naturalmente, querrán que vuelva Kirileff y que mejore sus proposiciones antes de que nos vayamos. Ya usted sabe que no me gustó la cláusula de tener que esperar á que usted concluyera el cuadro. ¿Cuándo cree usted que quedará terminado?

—Ni en muchos años, si son los monjes los que han de decirlo. Quieren que sea una obra enteramente bizantina, en la que se cuenten una por una todas las piedras de los muros y todas las tejas del tejado. Ya se ve, desconocen por completo los procedimientos modernos; únicamente por complacerlos pinto tantos pormenores como en conciencia puedo. Sin embargo, con otro día de trabajo he de dejar mis mamarrachos en estado de poder pasar.

—Perfectamente. Tampoco podríamos de ningún modo partir esta noche. Cuando obscurezca subiré por las escalas á fin de aprender á hacer el camino en las tinieblas; sin ese ensayo no me atrevería á bajar á la señorita Smith. Siempre es arriesgado que lo haga una mujer, y no digo nada siendo á obscuras...; pero tal vez sea mejor así, puesto que no se dará cuenta de los peligros que corra.

—Quisiera yo tener la cabeza tan firme como usted. Sufro lo que no es decible cada vez que me suben ó me bajan en la red. A propósito, para no tener con los padres más discusiones artísticas, ¿no podría usted hacerme para mañana un croquis, sujeto á escala, de la montaña vista desde abajo, anotándome los colores, para yo poder pintarla luego? Tan preocupados están con la vista de la iglesia, que se han olvidado de la del exterior del monasterio; pero el padre Demetrio es muy capaz, si se acuerda, de valerse de este pretexto para detenernos.

—Convenido. Saldrá un adefesio; pero, vamos, eso no importa. Entre tanto no deje de indicarle al padre Atanasio que procure perder las llaves antes de que llegue la hora de cerrar las puertas mañana por la noche. ¿Lo hará usted así?

. . . .

Tan sólo un incidente vino á turbar, al día siguiente, la tranquilidad de los conspiradores, y fué un percance ocurrido al hermano Evangelios, quien al pasar por un corredor obscuro tropezó con una de las muletas de que se sirven los monjes para apoyarse durante sus largos rezos y se torció un pie, teniendo que quedarse en su celda. Wylie había bajado y subido, durante la noche, por las escalas y tenía ya la seguridad de que sabía perfectamente ir de unas á otras; así es que no había motivo para más dilaciones. El padre Atanasio había advertido á Mauricio que estuviera listo para cuando el *semantron* llamase al oficio de la media noche; y el oportuno regalo de un rosario bendecido del Sacro Monte fué lo bastante para que la vieja María llevara el mismo aviso á Zoe. Un hábito negro y un gorro alto de los que usaban los monjes habían entrado de contrabando en cada una de las dos celdas, por si acaso algún padre rezagado, al dirigirse á la iglesia, tropezaba con los dos seglares.

Wylie se hallaba á medio camino subiendo por las escalas, cuando el estruendo del *semantron* llegó á sus oídos y acabó de subir la otra mitad, olvidándose enteramente de cuán peligroso era el camino. Aún retumbaban los ecos por todo el monasterio, cuando llegó al torreón adonde iban á parar las escalas y alcanzó á ver, escabulléndose por el patio, á los monjes que más habían tardado en despertarse. Muy pronto cesó del todo el ruido, y el hermano que había estado empuñando el mazo del *semantron* fuése tras los otros á la iglesia. Wylie, sin hacer ruido, deslizóse hasta las habitaciones del Hegoumenos y dejó sobre un diván un paquete que contenía doscientas cincuenta libras; otras tantas habían sido ya entregadas cuando se supo la resolución del capítulo. Después escondióse de nuevo detrás del torreón y esperó con el corazón palpitante, no atreviéndose á dar á conocer su presencia ni aun en el momento de ver á dos personas que daban vuelta á la esquina de la iglesia, porque con el hábito monacal era imposible distinguir quiénes eran. Pero ellas, sin vacilar, se encaminaron directamente al torreón, y dando Wylie un paso fuera de la puerta para recibirlas, cogió una mano de cada una y las condujo á la escala, conteniendo con imperioso gesto las preguntas que ansiaban dirigirle. Sin dejarles tiempo de que se percataran del modo cómo iban á bajar, descendió unos cuantos peldaños de cara á la roca y dijo luego a Zoe que le siguiera, para lo cual con sus manos iba colocándole los pies en los desiguales travesaños. Mauricio venía el último, bastante detrás de Zoe, á fin de dejarla en libertad completa de agarrarse á los costados de la escala, y así comenzaron á bajar penosamente. Las luces del campamento aparecían muy pequeñas y distantes allá abajo, tan lejanas casi como las estrellas que brillan de un modo inusitado en una atmósfera sin nubes.

Si sólo se hubiera tratado de Mauricio, habría afrontado Wylie aquella situación con la risa en los labios; pero horrorizábale la idea de que estuviese Zoe suspendida entre cielo y tierra, asida á una desvencijada escala, silbando en torno suyo el viento de la noche.

Parecíale que sus pies eran de plomo y apenas sentía el peldaño que pisaba; pero Zoe no se dió cuenta de que él iba temblando al llevarla, muy despacio, cada vez más hacia abajo, y obedecía las indicaciones que le hacía en voz baja como en un sueño, porque aún le parecía estar en el mundo imaginario en que había vivido la mayor parte del tiempo de su cautiverio. Era como si su espíritu oyera las órdenes y su cuerpo las ejecutara, sin que en realidad fuera ella misma la que estaba allí presente.

Por último llegaron á cierto reborde de la montaña en donde, por ser de absoluta necesidad, permitió Wylie que se hiciera un descanso, pues ya tenía que agarrarse á la escala, á pesar de verse en terreno firme. Pero apenas los pies de Zoe habían tocado al suelo, arrojó ésta una exclamación que puso en tensión los nervios de Wylie.

—¿Qué es eso?, había exclamado. ¡Aquí hay alguien! Un bulto grande y negro ha desaparecido tras el recodo.

Ni Wylie ni Mauricio, que estaban de cara á la roca, habían visto nada; pero ella había vuelto la cabeza y aseguraba que en aquel mismo momento alguien que estaba junto á Wylie había desaparecido. Asomáronse al recodo con cuidado, pero nada alcanzaron á ver. Wylie sacó un revólver, y precediendo á sus compañeros, recorrió el sendero que unía la escala bajada últimamente con la que le seguía. A nadie vieron y él volvió á colocar el arma en el cinto antes de bajarse para tocar con las manos el extremo superior de la escala. Fué tanteando por todo lo largo del borde sin hallar nada; entonces comprendió lo que pasaba. La escala había desaparecido. No era ésta muy larga, pero cruzaba oblicuamente sobre una cortadura profunda de la montaña, que presentaba un obstáculo insuperable á todo el que tratara de pasar sin escalera.

—¡Se han llevado la escala!, dijo volviéndose hacia los otros dos, haciéndose la ilusión de que su voz no había de delatar lo emocionado que estaba. Tendremos que descolgarnos. Quítense los hábitos que traen. Nos servirán de cuerda.

Obedecieron. Wylie cortó en dos con una daga los largos y amplios hábitos, desde el cuello hasta el dobladillo, ató las dos mitades por las anchas mangas y después uno á otro.

—Iré el primero, dijo; ustedes dos han de sostener la cuerda, porque la tensión ha de ser grande.

Obedecieron otra vez, sin explicarse de qué modo pensaría pasar al otro lado; horrorizados vieron que en cuanto se descolgó por el pretil, la cuerda comenzó á dar violentas sacudidas. Se la había amarrado á la cintura, de modo que las manos le quedaran libres, y haciendo un gran esfuerzo se lanzó para llegar al otro lado de la cortadura. Una y otra vez probó de hacerlo sin lograrlo, golpeándose contra las piedras al retroceder; pero por último, con un impulso supremo, pudo agarrarse á unos matorrales que había al otro lado y subirse en la peña.

—Ahora, señorita Smith, dijo casi sin respiración, acuérdese usted de la gimnasia que aprendió en la escuela. ¿Cree usted que podrá bajar por la cuerda?

Zoe se hubiera muerto antes que decir que no podía ó que tenía miedo, á pesar de que aquella cuerda, anudada de cualquier modo, estaba muy lejos de parecerse á las de un gimnasio.

—Creo que sí, contestó al instante.

Wylie dió varias vueltas al extremo que tenía en la mano para dar al puente más resistencia. No era posible dejarse deslizar á lo largo de ella á causa de los nudos; así es que Zoe comprendió que tendría que bajar colgando de pies y manos. Mauricio colocó el otro extremo de la improvisada cuerda debajo de la piedra más grande que encontró, para más dificultar que se le escapase, y luego, asentando en tierra los pies con fuerza, la mantuvo todo lo más tirante que pudo. Colgóse de ella Zoe con brazos y piernas, y avanzó despacio de nudo en nudo, descendiendo diagonalmente, hasta que Wylie, sujetando con el pie el extremo de la cuerda, pudo cogerla en sus brazos. Púsola en tierra jadeante, y preguntó á Mauricio si la piedra sería bastante para aguantar su peso.

—Ni con mucho, contestó. Saltaré. Por si no llego, me ataré la cuerda á la cintura y usted me izará. Zoe también debe aguantar la cuerda, no vaya usted, con la sacudida, á precipitarse de cabeza. ¡Ahora!

Wylie y Zoe se echaron hacia atrás, haciendo hincapié en el suelo, y aguardaron la sacudida; pero Mauricio había calculado tan bien la distancia, que á pesar de no caer en la peña, pudo agarrarse á las matas que crecían más abajo, y antes de que cedieran, Wylie le dió la mano. En las ramas y raíces pudo apoyar los pies y encaramarse sobre la roca; después de lo cual, arrollándose al cuerpo la cuerda, por si acaso había que utilizarla otra vez, siguió tras los otros dos en busca de la siguiente escala. Esta se hallaba en su sitio y principiaron á bajar en la misma forma que antes; pero á mitad de camino el corazón de Wylie dejó de latir pensando: «¿Qué sucedería si su desconocido enemigo, después de quitar la otra escala, hubiese aserrado los barrotes de ésta?» Nada quiso decir á sus amigos y todos siguieron bajando con cautela hasta llegar al pie; pasando por una abertura horadada en la misma piedra, llegaron á la cuarta escala. También descendieron por ella sin novedad y se encontraron en una especie de plataforma de piedra que penetraba, hasta cierta distancia, en el flanco de la montaña, formando como una cueva. Estaban ya tan sólo á unos ciento cincuenta pies del suelo; la escala de cuerda colgaba de sus dos anillas de hierro, dispuesta para que bajaran.

—Oigan, dijo Mauricio, no me gusta nada esta cueva. No podremos registrarla bien sin tener luz, y si alguien se ha escondido en ella verá nuestras siluetas destacarse sobre el cielo; si el fantasma que vió Zoe está dentro, tal vez se le ocurra jugarnos una mala pasada cortando la escala cuando todos estemos en ella. Baje usted primero con Zoe, Wylie, y yo me quedaré de centinela hasta que lleguen abajo sanos y salvos.

—Perfectamente, dijo Wylie. Tome usted mi revólver y haga fuego sin contemplaciones. ¿Si estará ya abajo Armitage?

Silbó quedo y se oyó que contestaban de abajo con otro silbido; la escala, hasta entonces flexible y oscilante, quedó rígida y quieta. Una vez más dió Zoe gracias á Dios de llevar abarcas, pues la excitaba más los nervios el sentir, al descender, bajo la planta los peldaños flojos de cuerda, que los resistentes de madera. Wylie, lo mismo que antes, iba colocándole los pies despacio para ayudarla á bajar. El aumento de la obscuridad indicaba que se acercaban á la tierra firme. Zoe, que se había portado valientemente hasta entonces, cuando llegó el momento de dar el último paso no pudo resolverse á darlo. Parecíale haber estado innumerables años bajando á gatas por escalas que se bamboleaban, y se agarró temblando á las cuerdas sin atreverse á soltarlas. Wylie, por último, con suavidad la obligó á abrir las manos y en brazos la puso en tierra; luego le dijo con el mismo tono que se emplea generalmente en sociedad y que hizo contener las lágrimas próximas á brotar:

—Quiero presentarle, señorita Smith, á mi amigo Armitage. A él tiene usted que dar las gracias por su libertad, pues él no inspiraba recelos, y de mí, en cambio, desconfiaban.

—Mucho me alegro de verla sana y salva en tierra firme, dijo Armitage. Me temo que va usted á encontrarse muy mal alojada, pero tendrá la bondad de dispensar las deficiencias.

—Hubiéramos querido traer para usted un equipo completo, una camarera y todos los lujos orientales, dijo Wylie, que estaba sosteniendo la escala para que Mauricio bajase; pero teníamos miedo de infundir sospechas. Como su hermana, quiero decir, la princesa Irene, no está aquí, ¿me será lícito decir que usted es quien manda?

Zoe se reía algún tanto nerviosa, pero de pronto exclamó:

—¡Ah! ¿Me ha traído usted algún libro en blanco?

—No, á la verdad, creo que no, dijo Wylie consternado. ¿Por qué lo pregunta usted?

—¡Ah! Todo el tiempo que he estado en el monasterio lo he pasado ideando una preciosa novela y hubiera querido escribirla antes de que se me olvidara. Sé que se me borrará de la memoria en cuanto vuelva á la vida ordinaria.

El tono con que lo dijo indicaba que su novela la absorbía tan por completo, que Wylie sintió algo indefinible, mezcla de envidia y celos.

—Mucho lo siento, dijo hipócritamente. Ya tendrá usted cuantos quiera así que lleguemos á Ther...

Una exclamación de Armitage no le dejó acabar la frase. En lo alto, por encima del borde de la rocosa plataforma, aparecieron momentáneamente, sobre el estrellado firmamento, un gorro alto y una faz barbuda; la luz se reflejó en algo bruñido. Un lado de la escala pareció desprenderse y los peldaños quedaron colgando. Wylie buscó su revólver, pero lo tenía en el cinto Mauricio, que estaba suspendido de la otra mitad de la escala. Antes de que Armitage pudiera empuñar el suyo, la cuerda se rompió dando un estallido como un escopetazo y Mauricio cayó desde aquella altura al suelo con estrépito. Arrojó un grito de horror Zoe, y Wylie dió por cierto que había quedado sin vida. Cuando llegaron junto á él le hallaron sin sentido; pero mientras con gran ansiedad le palpaban el cuerpo, abrió los ojos momentáneamente.

—Me parece que tiene roto el brazo derecho, dijo Armitage.

Wylie opinó lo mismo.

—Bueno, peor hubiera sido una pierna, dijo débilmente Mauricio, pues en ese caso hubieran tenido que dejarme aquí.

—¡Qué disparate! Le hubiéramos acomodado en una jamuga y nos lo hubiéramos llevado en una de las mulas de carga, respondió Wylie, buscando hasta dónde llegaba el daño recibido, á la luz de las cerillas que Armitage encendía.

—Puede usted darse por muy satisfecho, Smith, si no hay más que esto, porque yo podré hacerle una cura provisional; en cambio, si se tratara del codo ó de una fractura conminuta, entonces sí que de nada serviría mi ciencia. Ahora bien, ¿podría usted ir hasta el campamento ayudándole nosotros?

Mauricio, apretando los dientes, dejó que lo sostuvieran y llevaran hasta las tiendas de campaña; ya allí, obligaron inexorablemente á Zoe, á pesar de sus indignadas protestas, á que descansara una hora ó cosa así, fundándose para ello en que ya había sufrido bastante. En vano hizo presente que tenía el diploma de enfermera de primera clase; Wylie fué duro como el diamante, y hasta el ingrato Mauricio le rogó que fuera á acostarse y los dejara en paz Cuando la despertaron muy temprano á la mañana siguiente, ya Mauricio tenía el brazo entablillado, y aunque pálido y con bastantes dolores, estaba dispuesto á partir. Wylie le cedió su caballo y siguió á pie á su lado, y Zoe, como ya estaba convenido, montó en la mula. Nadie supo qué pensarían las escoltas del aumento que había tenido la caravana, porque nada preguntaron ni hicieron objeción alguna; así es que todo marchó perfectamente. Aquel día sólo hubo un momento desagradable, y fué cuando se encontraron con un funcionario de la policía ambulante que también iba escoltado. Al principio recibió con alegría la noticia de que Mauricio y Zoe eran los dos famosos europeos cuyo secuestro por los bandidos tanto ruido había metido; pero inmediatamente después manifestó el propósito de detenerlos por viajar, sin pasaporte, por el interior del país. Preguntado qué pensaba hacer con ellos, contestó que era su deber conducirlos inmediatamente al puesto más cercano, á lo que le replicaron que eso mismo pensaban ellos hacer lo más pronto posible. Entonces hizo presente que le parecía oportuno acompañarlos hasta allá; pero como los viajeros preferían perderlos de vista á él y á sus andrajosos subordinados, determinaron hacer una tentativa para que desistiera de querer cumplir con su obligación. El medio empleado para conseguirlo fué bien sencillo, pero costoso, y durante largo rato no supieron Wylie y los suyos si el afecto que el polizonte parecía haberles cobrado sería tan grande que le obligara á seguir con ellos, por lo menos mientras les quedara algo que excitara su codicia. Por último, consiguieron verse libres de él, y el resto del viaje de regreso fué tan desprovisto de incidentes como el de ida. Soportó Mauricio bastante bien las fatigas, y tanto él como Zoe mostraron verdadera alegría al verse viviendo al aire libre, después de haber estado cuatro semanas encerrados entre muros de piedra.

La única persona que no estaba satisfecha era Wylie. Había realizado el objeto al que había dedicado todos sus esfuerzos; estaba otra vez en compañía de sus amigos; pero la realidad había defraudado sus ilusiones. Zoe y él no se trataban con la misma intimidad que en los primeros días de su cautiverio. A veces procuraba apreciar este cambio á la luz del sentido común, pensando que el percance ocurrido á Mauricio lo explicaba satisfactoriamente; pero otras se decía con amargura que toda la culpa era suya por no haber traído los cuadernos en blanco. Era muy natural que Zoe creyese que todo lo que á ella le interesaba le tuviese á él enteramente sin cuidado. Lo que no dejaba de ser una injusticia, pues aun cuando no le gustaba mucho el trato de las mujeres *que se dan á escribir*, como por lo regular acontece á todos los hombres de su tipo, tenía la seguridad de que Zoe no había podido percatarse de ello. Se había conformado ya con el tono ligero y sin pretensiones con que hablaba Zoe de sus trabajos literarios, y hasta había llegado á felicitarse de que su vocación, según parecía, no estuviera muy arraigada; pero ahora tenía la seguridad de que aquella dichosa novela había venido á interponerse entre los dos. Cuando después de cabalgar una hora sin decir una palabra se sobresaltaba al oir que la llamaban para que volviera al mundo real, ya sabía que pensaba en alguna cosa exclusivamente suya, en la que no tenía él parte. Pero esto no disminuía en nada el afecto que le profesaba, y si Zoe quería pasarse los días enteros escribiendo, él se avendría y disfrutaría con sus escritos, por muy poca parte que tomara en ellos, pues bastaba que fueran suyos para que le gustaran. El alejamiento venía de parte de ella, y al separarse en el bosque se había propuesto pasarse sin él, cosa que le resultó muy fácil por tener la imaginación ocupada en su novela.

XXII

Á FAVOR DE LAS TINIEBLAS

—Me tiene sumamente preocupada Mauricio, dijo Zoe al encontrarse con Wylie en el patio de la quinta del profesor, en Kallimeri, adonde habían ido en cuanto llegaron á Therma, procedentes de Myriaki.

—¿Por qué? ¿Está peor del brazo? Me pareció que ese médico griego hizo demasiados elogios de mi labor quirúrgica. ¿Quiere usted que monte á caballo y vaya en busca de uno europeo y lo traiga?

—No, no creo que sea eso; me figuro que Mauricio tuvo un acceso de fiebre la noche que pasamos en la bahía, porque no deja de hablar de Irene y dice que le da el corazón que se halla en inminente peligro. Y como Mauricio no cree en la transmisión del pensamiento ni en otras cosas parecidas, supongo que debe estar enfermo. Habla de ir á Therma á verla, de cualquier modo que sea, y ya sabe usted que el médico dijo que debía estarse quieto. Pienso que al hablar de un peligro se referirá á la ida de Irene á Escitia; pero no me explico cómo lo ha sabido. De todos modos, tengo la convicción de que no está en estado de ir y luchar con todos los obstáculos que se le habrían de presentar en el consulado escita.

—Ciertamente. Tampoco sería yo bien recibido allí, y claro está que lo mismo le pasaría á Armitage, porque le han devuelto sus cuadros sin siquiera haberlos desempaquetado.

—¡Ah! No lo sabía, dijo Zoe.

—Han llegado esta mañana con una esquela de la señora Ladoguin diciendo que la conducta falaz de Armitage, después de haberle la princesa dado audiencia, había ofendido tanto á ésta, que se consideraba desligada de todo compromiso con él. Han sabido todo lo que ocurrió en Hagios Antonios, y supongo que el mensajero del padre Demetrio llegaría demasiado tarde para que pudieran detenernos.

—No sé si convendría que yo fuera también, dijo pensativa Zoe. No me gusta dejar solo un día entero á Mauricio; pero...

—No piense usted en semejante cosa. ¿No comprende que si la dejaran entrar en el consulado sería con algún fin avieso? Lo primero que pudiera suceder es que se la llevaran á usted ocultamente á Escitia, y entonces tendríamos que salir de nuevo en su busca.

Zoe se echó á reir.

—Tal vez si le escribiera á Irene, dijo, le permitirían que me contestase. Supongo que Mauricio quedaría contento si supiera que estaba buena y que no era tan mala su situación. ¿Cree usted que ya se ha ido?

—En la carta nada hablaban sobre ese particular, y bien hubieran podido decir que los cuadros habían llegado demasiado tarde si no hubieran querido hacerle un desaire á Armitage. Bueno, ¿quiere usted que monte á caballo y lleve la carta y haga todo lo posible para que llegue á manos de la princesa? Para otra cosa no puedo ofrecerme; pero tal vez, como ahora no me esperan, pueda manejármelas de modo que la vea.

—No quisiera darle á usted tanta molestia.

—No lo es para mí. En realidad, debía ir hoy ó mañana á Therma á ver y dar cuenta de todo á sir Frank Francis, que ha hecho por nosotros siempre cuanto ha podido, si bien de un modo vacilante, tardío, como buen paisano. Es un buen señor. También ha dicho el profesor que quería ir á ver al valí. Cree haber hallado la pista de un complot tracio dardanio para acabar de un solo golpe con cuantos griegos y rumíes haya en Ematia, lo cual le tiene, naturalmente, muy alarmado y quiere que el valí lo esté también.

Wylie hablaba con tono indiferente, porque su amor propio herido le impulsaba á tratar á Zoe del mismo modo que ella á él. Si no quería acordarse de los días en que juntos habían desafiado la muerte y las privaciones, Wylie también, por su parte, estaba dispuesto á tratarla como á una conocida cualquiera. La serviría en cuanto estuviera en su mano, porque su mismo amor se lo mandaba; pero no quería exponerse á sufrir nuevos desaires manifestándole todo lo que sentía. El resultado natural de esta conducta fué que Zoe, echando de menos en él algo que la halagaba, por más que no le fuera grato el sentimiento que se lo inspiraba, principió á sondearlo delicadamente para averiguar hasta dónde podría contar con él, y en aquella ocasión no quiso dejar el tema que habían tocado.

—No considero justo que ande usted siempre corriendo, haciendo nuestros mandados. No parece sino que lo tenemos constantemente ocupado en nuestro servicio. ¿Cómo es que no ha tenido usted todavía que regresar á la India?

—He conseguido que me prorrogaran la licencia, dijo Wylie impasible. Ya sabe usted que siempre estoy pronto á servir en cuanto puedo; pues bien, si quiere usted escribir la carta, averiguaré si va el profesor á la ciudad; si no, iré yo solo. Me parece que pasaremos la noche en su casa y que volveremos mañana; así tendré más tiempo de que disponer para poner sitio á la princesa.

—No sé cómo Mauricio va á estarse quieto todo el día, dijo Zoe dando un suspiro.

—¡Ah! Ya estará cuando sepa que hay quien está tratando de verla. ¿Va usted á pedir á Irene que venga?

—¡Oh, no!, en la carta no, pues entonces no la dejarían llegar á sus manos; pero si usted la ve, ruéguele que venga á pasar un día aquí. Ya sabe usted que el profesor fué amigo de su padre. Por supuesto que la señora Ladoguin tendrá que venir también, pero yo me encargaré de amansarla.

—Sería usted la primera persona que lo consiguiera, dijo Wylie despidiéndose para ir en busca del dueño de la casa.

El profesor Panagiotis estaba muy dispuesto á aceptarlo por compañero de viaje, así fué que salieron á caballo muy temprano aquella tarde. En la casa que aquél poseía en la ciudad se separaron, marchando el profesor al palacio del gobernador rumi para pedirle audiencia y Wylie al consulado inglés. Sir Frank estaba muy ocupado, pero le invitó á comer aquella noche á fin de que, de sobremesa, le refiriera todo lo ocurrido. Desde allí fué al consulado escita, donde volvieron á representar la misma comedia que tanto le había hecho perder la paciencia anteriormente. Fueron varios los sirvientes que, vertiendo raudales de elocuencia, trataron de convencerle, unos de que la princesa estaba indispuesta y no recibía á nadie, otros de que había salido á dar un paseo en coche, ó de que se estaba preparando para hacer el viaje á Escitia, y todos afirmaron que podía entregar la carta, que la recibiría sin falta, á lo que se negó Wylie, quien pidió tener una entrevista con la señora Ladoguin, que no le fué concedida. No tuvo más remedio que volver á meterse la carta en el bolsillo y ocupar otra vez su antiguo puesto de observación frente al consulado. Allí permaneció hasta que ya había anochecido, sin que viera regresar á las dos damas, quedando así casi probado que uno, por lo menos, de los pretextos alegados era falso. Dejó su observatorio con pesar; y viendo que apenas le quedaba tiempo de ir á vestirse para el convite, subió á un coche de alquiler que lo condujo á casa del profesor.

Apenas había partido, cuando la puerta principal del consulado escita se abrió de par en par y la señora Ladoguin é Irene salieron en coche. Iban á comer al consulado de Hercia, una de aquellas casas de confianza donde había la seguridad de no encontrarse con ningún inglés entrometido; pero así y todo, la señora Ladoguin insistía en conocer de antemano la lista de los invitados, pretextando lo exigente que en cuestiones de etiqueta era la princesa, que se negaba á transigir en nada ni aun cuando, como entonces, viajara de semi-incógnito. Una nube obscurecía la frente de la señora Ladoguin. La inesperada reaparición de Wylie la había alarmado, y recelaba que se urdía algún bien ideado plan para llevarse á Irene antes de que pudiera con toda seguridad marchar á Escitia.

(Se continuará.)

LA EXPEDICION DE CHARCOT AL POLO SUR. (De fotografías de M. Branger.)

El día 15 de este mes salió del puerto del Havre la expedición que dirigida por el doctor Charcot se propone explorar las regiones del polo antártico. Desde algunos días antes reinaba inusitado movimiento en el barco que, bautizado con el significativo nombre de *Pourquoi Pas? (¿Por qué no?)*, ha de conducir á los expedicionarios; las últimas operaciones de carga se efectuaban con una actividad y un orden extraordinarios y bajo la dirección inteligente de Charcot que, aleccionado por el viaje que hace algunos años emprendió en el buque *Français* á los mismos lugares que hoy se propone visitar de nuevo, ha adoptado todas las medidas y precauciones necesarias para el buen éxito de la expedición de ahora.

Todos los espacios del *Pourquoi Pas?* han sido aprovechados de una manera admirable, habiéndose reservado la mayor parte de ellos á los víveres, al carbón y al material científico; los expedicionarios no tienen, para ellos más que el sitio puramente indispensable.

El barco lleva víveres para dos años y para treinta hombres: doce mil kilogramos de carne en conserva, veinte mil litros de vino, cinco mil kilogramos de legumbres secas, seis mil de harina, seis mil de pescados secos, mil de frutas secas, y azúcar, sal, café y te en cantidades suficientes, además de una abundante provisión de galleta, pues aun cuando hay instalado á bordo un horno, no se fabricará pan sino en días extraordinarios.



El doctor Juan Charcot (×) y su estado mayor á bordo del «Pourquoi-Pas?»

Acompañan al doctor Charcot los Sres. Bougrain, Rouch, Godefroy, Liouville, Gourdon, Gain y otros sabios: Bougrain realizará estudios sobre el peso y la gravedad en las regiones antárticas para confirmar ó rectificar la exactitud de la forma que se atribuye á nuestro planeta, y sobre los movimientos sísmicos; el meteorólogo Rouch intentará comprobar las nuevas hipótesis sobre la circulación atmosférica; Godefroy estudiará la química de la atmósfera y determinará la cantidad de ácido carbónico que contiene el aire de las regiones polares, y Liouville, Gourdon y Gain explorarán y clasificarán la fauna submarina.

Todos ellos van animados del mayor entusiasmo, no siendo menor el que siente la tripulación, compuesta de veinte hombres escogidos entre los ciento cincuenta que voluntariamente se presentaron; y no se crea que esos bravos marineros acudieron atraídos por el cebo de una gran soldada, puesto que se les paga modestamente, sino que se ofrecieron movidos sólo por su espíritu aventurero. De los veinte tripulantes del *Pourquoi Pas?*, catorce habían acompañado ya al doctor Charcot en el *Français* y profesan gran afecto al intrépido sabio, que más que un jefe ha sido



El «Pourquoi-Pas?» á la salida del puerto del Havre

para ellos un compañero amable y jovial.

En la mañana del día 15 una multitud inmensa invadía el muelle junto al cual estaba anclado el *Pourquoi Pas?*, y en la cubierta de este multitud de amigos y representantes de sociedades científicas despedían á los expedicionarios. Entre ellos había el almirante Abnour, antiguo amigo de la familia Charcot; el comandante Peraygues, en representación del príncipe Alberto de Mónaco, que no pudo ir personalmente, pero que se interesa mucho por la expedición; el comandante Guidocora, delegado especial de la Sociedad de Geografía de Italia; el Sr. de Guerne, representante de la Sociedad de Geografía de París; el Sr. Brindeau, diputado por el Havre, y otras personalidades ilustres. Allí estaban también la esposa del doctor Charcot, que acompañará á su marido hasta Buenos Aires, y su hija Mónica, niña de ocho meses, en brazos de su nodriza.

El doctor Charcot no se daba punto de reposo despidiéndose de los suyos y de los amigos, enterándose de los telegramas que á docenas llegaban de todas partes haciendo votos por el éxito feliz de la expedición y dictando las últimas disposiciones para la salida del barco.

A las once y media retiráronse de bordo todos los visitantes, quitóse la palanca y pocos momentos después el *Pourquoi-Pas?* deslizábase á lo largo del muelle y entraba en el antepuerto. Un silencio profundo, religioso, reinaba en los malecones ocupados por millares de espectadores; ni un grito ni un aplauso interrumpieron aquella quietud. Fué un momento solemne; parecía que aquella multitud, conocedora de los caprichos del mar y presintiendo los peligros que esperan á los expedicionarios, no se atrevía á turbar con manifestaciones de júbilo ó de entusiasmo el recogimiento de aquella hora emocionante.



La esposa y la hija del doctor Charcot á bordo del «Pourquoi-Pas?»

Todavía se detuvo el barco unos minutos en el dique del Rey para que pudieran despedir al doctor Charcot algunos ilustres amigos, entre ellos el Sr. Daumer, protector decidido de la empresa, y otros que expresamente habían ido al Havre desde París y que no pudieron llegar antes á causa de un retraso del tren que los conducía.

Al fin partieron todos, habiendo sido los últimos en salir de bordo la hermana de Charcot y la pequeña Mónica, á la que su padre besó efusivamente.

Después, el *Pourquoi-Pas?* salió del antepuerto y con las velas plegadas hizo rumbo á alta mar.

En los muelles, millares de manos saludaban agitando los pañuelos. Desde la borda del buque, la señora de Charcot contemplaba aquel hermoso espectáculo; en el puente, rodeado de sus compañeros, el jefe de la expedición, inmóvil, con la cabeza descubierta, fijaba una última mirada en aquella tierra á la que sólo Dios sabe si volverá á ver. T.

EL CENTENARIO DE DAUMIER

En la pintoresca aldea de Valmondois, cerca de Pontoise, efectuáronse el día 9 del corriente varias fiestas para celebrar el centenario del natalicio del célebre caricaturista francés Honorato Daumier. Aunque éste nació en Marsella y pasó la mayor parte de su vida en París, retiróse en sus últimos años á Valmondois y allí falleció en 1879.

Gracias á las iniciativas de sus admiradores, erigióse en la plaza del pueblo un busto del satírico dibujante, y últimamente, en la fecha antes indicada, se ha inaugurado una lápida conmemorativa en la modesta casita en donde vivió y murió.

Las solemnidades del centenario han sido presididas por el subsecretario de Estado en las Bellas Artes Sr. Dujardin-Beaumetz, á quien acompañaban los señores Aimond y Berteaux, diputados; Poisson, senador; Autrand, prefecto del departamento, y Bescherelle, alcalde de la localidad. Uno de los principales actos celebrados ha sido la lectura, por la notable actriz de la Comedia Francesa señorita Bovy, de una hermosa composición en verso de Emilio Henriot. Del propio autor es un gracioso apropósito que representaron admirablemente los actores Amyot, del teatro Antoine, y Bee, del Odeón.

El Sr. Dujardin Beaumetz pronunció un breve y sentido discurso encomiando la obra de Daumier y felicitando á los que tan bien habían sabido honrar su memoria.



Valmondois (Francia). El centenario de Daumier

La señorita Bovy, de la Comedia Francesa, recitando una composición de Emilio Henriot junto al busto del célebre caricaturista. (De fotografía de Felipe Hutin.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

SEMBLANZAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX, por *Alfredo Opisso*. — Comprende este libro las semblanzas de Espartero, Narváez, O'Donnell, Olózaga, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Bravo Murillo, Dulce, los principales hombres del Bienio, Ríos Rosas, Posada Herrera, Rivero, Aparisi y Guijarro, Nocedal, los individuos del ministerio Miraflores, Calvo Asensio, González Bravo, Prim, Figueras, Manterola, Valera, Campoamor y Castelar. La colección de estos artículos constituye un cuadro completo de la historia política de España desde el establecimiento del sistema parlamentario hasta nuestros días, cuadro tan interesante por los hechos que lo forman, como ameno por el estilo en que están narrados. Editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili, véndese el libro á tres pesetas en rústica y á cuatro ricamente encuadernado en tela.

CRAPOTTE, novela de *Enrique Duvernois*. — Novela francesa, de costumbres parisienses, en la que el autor nos presenta ingeniosamente descritos los episodios de la vida de una mujer de mundo. Editado en París por Albin Michel, véndese el libro á 3'50 francos.

CANÇONER SELECTE. SCHUBERT. SERIE I. — Prosiguiendo la noble y desinteresada tarea que se ha impuesto de dar á conocer los *lieder* de los más grandes maestros, ha publicado D. Joaquín Pena, después del tomo de Beethoven, del que oportunamente nos ocupamos, el primero de Schubert, que contiene 25 canciones con acompañamiento de piano. Las poesías sobre las cuales estas canciones se escribieron, son de Goethe, Mayerhofer, Claudius, Szecheny, Schmidt de Lubeck, Werner y Hüttenbrenner, y han sido admirablemente traducidas al catalán y adaptadas perfectamente á la música por el Sr. Pena, á quien enviamos nuestro más entusiasta aplauso. Un tomo lujosamente impreso y encuadernado, con el retrato de Schubert. Precio, seis pesetas.

EL LIBRO DE LA ESPOSA. EL LIBRO DEL AMA DE CASA, por *P. Combes*, traducción de *María de Echarri*. — Los títulos de estos libros bastan para que se comprenda cuáles materias se tratan en ellos, y el nombre de su autor y la aprobación de la autoridad eclesiástica son la mejor garantía de la bondad de la doctrina que contienen. Aumenta el valor de ambas obras el estilo ameno en que están expuestos los consejos y las consideraciones en que el autor desarrolla su pensamiento. Dos tomos que forman parte de la «Biblioteca de la Mujer cristiana,» editada en Barcelona por los Herederos de Juan Gili. Precio de cada tomo, dos pesetas en rústica y tres encuadernado.

LA ESPUMA DE VENUS, por *Manuel Carretero*. — Colección de once bellísimos cuentos, originales de nuestro distinguido colaborador D. Manuel Carretero. Un tomo de 164 páginas; forma parte de la Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y se vende á dos reales.

EN EL CEMENTERIO, monólogo por *Juan B. Tijerina*. — Composición en armoniosos versos endecasílabos libres. Un folleto de ocho páginas, impreso en los talleres de Moreno y C.ª, en Tampa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 31 de agosto de 1908 — Núm. 1.392

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CUADRO RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN FLORENCIA Y ATRIBUÍDO A SEBASTIÁN DEL PIOMBO

(De fotografía remitida por Carlos Abeniacar.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el tercer tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ISABEL II, ÍNTIMA

apuntes históricos y anecdóticos de la vida y de la época de esta reina española, escritos por el erudito cronista D. Carlos Cambronero, jefe de la Biblioteca Municipal de Madrid, é ilustrados con interesantísimas reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época existentes en los Museos y colecciones particulares.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada época tiene sus manías, y la nuestra, que en tantos conceptos se puede calificar de infantil, se ha dedicado ahora á regresar al primer período de la niñez; á la lactancia. Todo el mundo está—ó estará muy pronto, en seguida que consulte al doctor—á régimen lácteo.

Que padezcáis neurastenia y empecéis á notar esos síntomas de debilidad, muchas veces precursores de algo más grave; que tengáis propensión al artritismo y á la plétora y necesitéis aligerar y desmaterializar vuestro organismo; que seáis flaco; que seáis gordo; que seáis joven; que seáis viejo; que vuestra sangre esté viciada; que vuestros huesos estén duros ó hechos una cañaheja de puro vacíos de medula y substancia; que os duela la cabeza ó que os pique la piel; que el estómago funcione mal ó el hígado se insubordine; que se soliviante el corazón ó el pulmón se perfore..., la leche y siempre la leche será la base de vuestra restauración física... Que os agrade ó no ese licor procedente de las ubres de «la humilde esposa del valiente toro,» como dijo algún cultilatiniparlante de antaño, habréis de vivir de «lácteos candores,» según escribía otro de la misma secta.

Lo que yo no comprendo es dónde va á encontrar la humanidad tanta leche como, á este paso, necesita y necesitará para lo venidero, cada día más, puesto que la moda se afianza y cunde, y pronto llegará hasta á los países recónditos, africanos ó australianos, donde aún persiste, sofocada y oculta por la civilización, pero vivaz como todo lo tradicional, aquella dulce costumbre prehistórica de la antropofagia.

La cosa se presta á múltiples reflexiones, hasta del orden histórico filosófico. La humanidad ha empezado por beber sangre en cráneos mondos, y acaba por beber leche en vasos de fino cristal. No creáis, sin embargo, que eso de beber sangre fuese cosa ni tan dañosa ni tan horrible como parece á primera vista. Claro es que dicho así, estremece nuestras fibras y evoca recuerdos de horribles tragedias; Macbeth, Atreo, los criminales que el arte ha inmortalizado, desfilan ante nuestra vista envueltos en el rojo sudario de sus atrocidades. La sangre tiene el don de aterrarnos sólo con su nombre... Hay en ello mucho de sugestión. No quisiera hacer una paradoja cruenta, pero debo decir que el hombre es esencialmente un animal... que á cualquier cosa se acostumbra, y á la sangre y carne de sus semejantes fácilmente se aficiona. A pocas sugestiones es capaz de lo que ni aun en hipótesis concebiría. Y por otra parte, en disfrazándole el aspecto de las cosas, el hombre se las traga como un bendito. Dadle sangre, en forma de morcilla ó de fritanga, y se chupará los dedos. Me diréis, y con sobrada razón, que lo que el hombre come regaladamente es sangre de cerdo, sazonada con varios condimentos gustosos.

«Pero dime, Inés: ¿no aprecias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
¡Tal debe tener especias!»

No obstante, conviene recordar que la sangre y los despojos y toda la anatomía del cerdo son lo más semejante á nuestra estructura interna..., lo cual debe humillarnos profunda, irremisiblemente. ¡Los sesos del marrano, válganos Dios, tan parecidos á los sesos del sublime Newton ó del divino Wágner! Así es que, por tan comprobada afinidad, dijérase que debía repugnarnos todo manjar que del cerdo procediese, y debíamos dar la razón á musulmanes y judíos, cuando declaran inmundo ese alimento. Lejos de imitarles, el cerdo en general gusta muchísimo, y se chupa todo el mundo los dedos tras él, indicación clara de que, si no nos hubiesen habituado á mirar con repulsión la vianda humana, también (¡qué grima!) nos relameríamos ante un alemán en salsa ó un inglés á la parrilla, manjares fantásticos de los cuales nos hablan algunos zarzueleros en *cuplés*, tangos y guarachas de estilo asalvajado.

La sangre, la sangre humeante y caliente, según sale de las venas recién abiertas, es un medicamento ordenado por muchos doctores sapientísimos. En París, hay diariamente procesión de enfermos de consunción y languidez á recoger en el Matadero de la Villa el torrente que se escapa de las venas de las reses sacrificadas para el consumo. A grandes tragos, por vasos de á cuartillo, beben rápida y ávidamente el rojo líquido, con el ansia del que absorbe vida...

Esta procesión de bebedores de sangre despierta recuerdos de dramas de la historia. No en balde se llamó «bebedores de sangre» á los revolucionarios terroristas. Hay que buscar la razón de ese apodo en escenas y rasgos donde el antiguo canibalismo resurgió, no en sentido figurado, sino en el concreto y positivo, como suele resurgir la vieja barbarie de la especie al choque de violentas pasiones y de excitaciones más fuertes que los hábitos de humanidad. El caso de la señorita de Sombreuil, del cual tanto se ha hablado y que últimamente se han empeñado algunos escritores, guiados por un objeto de vindicación política, en relegar á la categoría de las leyendas, es algo natural dentro de la situación. Como nadie ignora, el padre de esta desventurada señorita era gobernador de los Inválidos y fué aprisionado en la cárcel de la Abadía, donde se encontraba cuando ocurrieron los degüellos de septiembre; carnicerías tan espantosas, que dieron origen al verbo *septembrizar*, sinónimo de lo que aquí más vulgarmente llamaríamos *escabechar*. La hija de Sombreuil, heroicamente, corrió á disputar á aquellas turbas ebrias de matanza la vida de su padre, y claro es que primero agotaría las súplicas y las lágrimas, y hasta después apelaría á intentar una lucha insensata, que sus débiles fuerzas no podrían ni un instante sostener. Sin embargo, la historia nos dice que veinticinco horas seguidas peleó la señorita de Sombreuil con los asesinos, cubriendo con su cuerpo á su padre. Cuando ya parlamentaron, cuando se trató de imponer condiciones, la vida del padre fué ofrecida en precio de un vaso de sangre humana fresca, que la hija había de beber sin vacilar; y así lo hizo. Por esta vez, lo rescató con la energía del acto tremendo; pero no mucho después, el pobre viejo fué enviado definitivamente á la guillotina...

No comprendo por qué este hecho—al cual se refieren algunos hermosos versos de Víctor Hugo—ha sido negado con tal interés. Está completamente dentro del cuadro de las escenas del Terror. Parece más difícil inventarlo, que el que haya sucedido. Cuando se producen ciertos estados de locura colectiva, resurge el hombre de las cavernas y el hombre de las selvas prehistóricas; el instinto de ferocidad nativa se sobrepone á las nociones de cultura y de humanidad, que nadie ha dejado de recibir, pero que las turbas olvidan completamente en momentos trágicos. Más atroces que el vaso de sangre de la señorita de Sombreuil, fueron los antojos de los que decapitaron á la princesa de Lamballe; y están muy probados. El error de los que sostienen estas vindicaciones históricas, consiste en creer que se achaca á los principios y á las ideas lo que es meramente resultado casi fatal en determinadas circunstancias. Las ideas y los principios son malos ó buenos no porque en un día dado las turbas hayan cometido ó dejado de cometer delitos brutales y estúpidos, sino porque en un largo período de normalidad hayan producido bienes ó males á un Estado constituído y en normal funcionamiento. La Revolución francesa no sería condenable por el vaso de sangre consabido, si hubiese logrado dar á Francia la prosperidad, grandeza y tranquilidad que necesitan las naciones. Si ha fracasado el régimen revolucionario, no es por culpa de los sicarios de septiembre. Son antipáticos, pero se les hubiese olvidado pronto.

Dejando este tema repulsivo, volvamos al suave régimen alimenticio que los doctores imponen ahora á media humanidad. ¿Dónde se encontrará, repito, leche en cantidad suficiente para tantos parvulitos lactantes? El mundo entero tendrá que cubrirse de praderías, convertirse en una Holanda ó en una Arcadia pastoril. Hay en esto un caso de regresión, algo que nos retrotrae á la soñada edad de oro, cantada por los poetas y ensalzada por Don Quijote. Dado que nada mejor puede hacerse para la salud y hasta para la moralidad—porque el problema lácteo tiene dos aspectos, y al evitar los estragos del vino y del alcohol, sanea también el espíritu—que ponerse de leche hasta aquí, debiéramos los humanos volver á aquellos venturosos días en que las zagalas, conduciendo á sus simples corderillos, andaban en trenza y en cabello triscando por oteros y enramadas; y nuestros quehaceres y placeres serían los descritos por Salas en su *Observatorio rústico:* ordeñar

«la leche en una herrada,
aunque tosca, muy limpia y aseada,
escogiendo con maña y experiencia
las ovejas más gordas y más sanas,
y hacer para cenar las migas canas.»

Porque la leche se presta á la confección de mil manjares inocentes y puros como ella; las migas, la cuajada y los varios requesones, el suero, los quesos, las mantecas y natas; y no cabe duda que, si el vino y la carne negra parece que deben criar un corazón airado y una sangre irritable, la leche está indicada para adobar el ánimo y bañar de patriarcal dulzura las costumbres. Cuando leemos el relato de algún bárbaro crimen, es frecuente leer también que los asesinos, cometida la fechoría, descorcharon botellas y empinaron el codo. ¿Verdad que nos extrañaría infinito que la bebida de esos vándalos fuese leche? No concebimos á un hombre que acaba de hacer daño á un semejante, llevando á sus labios un cuenco de leche tibia y espumosa. La leche purifica las entrañas, infunde ideas de paz y de benignidad: por algo se ha dicho de ciertos escritores que bañaba su prosa «la leche de la bondad humana.» Hay una idea de terapéutica moral en el régimen lácteo.

La leche tiene hoy acérrimos partidarios, y son la inmensa mayoría; pero tampoco le faltan detractores. Nadie es doblón de á ocho; del campo mismo de la ciencia médica, desde el cual la leche ha sido preconizada, proceden voces que la desacreditan.

No se crea que la leche es un cúralo todo—repiten algunos médicos.—El uso prolongado de la leche como alimento exclusivo, produce el linfatismo; los niños de pecho son siempre linfáticos. La leche, está demostrado, se indigesta lo mismo que cualquier otro alimento, y ¡líbrenos Dios de una indigestión de leche! Además—y en esto insisten con particular empeño—la leche es el vehículo frecuente del contagio tuberculoso...

Todas estas incertidumbres nos amargan la vida. Quisiéramos, de una vez, cerciorarnos de lo que es malo y de lo que es bueno. Antes nos decían que nada como la carne, y muy cruda y sanguinolenta; ahora, que volvamos á la primera época de la vida, y chupemos nuestro biberón cada tres horas... El buey, la ternera, fueron antaño nuestro sustento; la vaca es ahora nuestra providencia... ¿Por qué cayó de su pedestal el *beafsteack* «poco hecho?» ¿Por qué los jugos y extractos de vianda ya apenas se recetan, y se les acusa de producir todo género de trastornos?

No sabe uno á qué carta quedarse: la incertidumbre y el escepticismo nos asaltan. ¿Verdad que se dijo, y aún se dice, que las moscas se entretenían en llevar y traer, ni más ni menos que si fuesen comadres, los gérmenes de un sinnúmero de infecciones? Pues hete aquí que de improviso nos dicen que, al contrario, los apreciables dípteros se dedican á comerse los microbios más dañinos y nos prestan así servicios incalculables. Yo, no obstante, prefiero privarme de tales beneficios y no escuchar el zumbido de la *musca doméstica* de Lineo, ni encontrar sus asquerosos despojos en la sopa. Los microbios, como ni se ven ni se oyen, molestan infinitamente menos; hasta nos lanzaríamos á decir que no molestan nada. «Ojos que no ven, corazón que no quiebra...» ¡Se vive con los microbios tan ricamente!

La verdad es que la ciencia, metida á rehabilitar, no se queda corta. Nos demuestra que el sapo es utilísimo, la araña modelo de laboriosidad, la víbora una pobrecilla criatura sin veneno, y la mosca un excelente *detective* que vela por nuestra seguridad y salud... Nuestro siglo deberá llevar el nombre de siglo de las rehabilitaciones. Nadie es malo, lo cual equivale á sentar que nadie es bueno...

La condesa de Pardo Bazán.

MAS ALLÁ DE LA VIDA, POR NOGUERAS OLLER



Era una extraña cámara mortuoria, con la techumbre de cristal...

No hace mucho que visité á un anciano poeta. Su casa es humilde y risueña como sus blancas hermanas de la playa. Lo mismo que ellas está adornada de una franja azul, tan azul, que parece que el mar con su color intenso las haya teñido el pie.

¡Son unas bellas casas, las pequeñitas y relucientes casas de pescadores!..

Huelen á sol y á brisa marina como los botes. Con sus cruces de palma seca á la puerta. Con sus macetas encarnadas en las ventanas. Con sus abuelos fumando, fumando de cara al mar. Con sus mujeres color de cobre y de ojos azules, remendando redes.

Mi anciano escritor tiene un clavel en la puerta, sobre el picaporte; un clavel rojo como un coágulo de sangre, que él renueva todos los días. Es el corazón del poeta, siempre á merced de quien llame á su casa.

Carlos Bonom, así se llama el anciano, es el patriarca de aquel lugar. Todo el mundo le conoce, le agasaja, le quiere. Los niños del vecindario saborean sus pastas secas de almendra y piñón, que huelen á alcanfor, mientras él les refiere los más interesantes relatos de aventuras no menos prodigiosas que las de Gulliber.

Las más lindas muchachas, tímidas de emoción y de vergüenza, golpean suavemente los vidrios de su ventana llena de flores, con el corazón rebosante de palabras dulces y locas que no saben traducir al papel...

Y el poeta está pronto.

Nada más interesante que verle encorvado sobre el papel tan blanco como sus cabellos; con las gafas puestas; abrumado por el doble esfuerzo de improvisar las palabras más dulces y amorosas, á pesar de su senectud, y de hacer la letra clara, muy clara, á pesar del temblor de su mano.

Improvisa á vuela pluma las más bellas estrofas, colocando los versos uno á continuación de otro, imitando la prosa de una carta vulgar, con el bondadoso fin de que quepan más letras en las cuatro caras.

A mí me sorprende la infinita modestia del anciano escritor. Lejos de publicar sus bellas creaciones literarias, cifra toda su vanidad de poeta en oirlas de los rojos labios de sus bellas vecinas. Corren de boca en boca, como nuevas narraciones populares, y diríais que flota sobre las blancas casas de aquella aldea de pescadores un ambiente de poesía y de belleza tan seductor que en vano buscaríamos en las ciudades más cultas y febricentes del mundo civilizado.

Carlos Bonom se sentía griego, viviendo en el oro ardiente de la playa, bajo el azul purísimo del cielo y ante el azul enérgico del mar.

Predicaba la vida sin ningún rencor á la muerte, sin sombra de temor al eterno reposo; pues para él, solo existía el eterno trabajo, la incesante transformación de las cosas hacia organismos nuevos.

Adoraba á la muerte como si fuese una divinidad creada para mantener eternamente el equilibrio de la vida.

La última vez que le visité, enteréme de esta teoría suya, poco común, desgraciadamente, entre los hombres.

Mirábamos el mar, y yo, alucinado por su majestuosa belleza, lamentéme de que fuese tan cruel para los hombres albergando la muerte en sus entrañas.

Sin proferir una sola palabra, cogióme de una mano y me obligó á seguirle.

Empujó una puerta y quedé profundamente sorprendido.

Era una extraña cámara mortuoria, con la techumbre de cristal para que ni un rayo de sol se perdiera. Una especie de panteón semi-invernáculo, donde florecía en todo tiempo una infinita variedad de flores.

En el centro, guarnecida de claveles rojos y amarillos, de toda especie de claveles, de rosas te, de rosas blancas y sangrientas, de las más bellas rosas, había una pequeña estatua de la muerte, tallada en marfil.

Y en las paredes, en los ángulos, en todas partes de aquella estancia original, había una multitud de objetos los más raros y antiguos, un verdadero museo de antigüedades y de objetos y atavíos de mujer, todo disperso y rodeado de macetas de lilas, de tiestos de gardenias, ánforas con amapolas, jarros con crisantemos, vasijas con geranios, grandes latas llenas de dalias, de nardos, de siemprevivas, de lotus, de rosas, de claveles, de lirios; flores de todas clases, de todos colores, de todo perfume, desde la humilde violeta á la presuntuosa peonía; ¡todo un mundo de flores!..

Legión de recuerdos muy queridos que acompañaban el busto de una mujer también adornado de flores.

Yo estaba estupefacto. El penetrante perfume de aquella estancia de tan prodigiosa fecundidad, de vida tan intensa, me mareaba. Me sentía morir, ahogado por un mar de perfumes.

Olas de esencia de nardos rompiéndose contra oleajes de heliotropos, contra perfumes de violetas que flotaban sobre aquel mar de aromas, como exquisita espuma...

El poeta anciano abrió todas las ventanas y me dijo mientras la brisa marina despejaba el ambiente:

—La muerte es la vida misma. Yo adoro á la muerte.

Y después de manifestarme multitud de razones por las cuales condenaba el terror que nos produce morir, me contó el motivo por que adoraba á la muerte.

—Cuando joven... Le advierto á usted que me transporto treinta y seis años atrás... Sí, sí, cumplía entonces los treinta... Mis padres empezaban á ser viejos ya, y no me ocultaban su deseo de verme lo más pronto casado.

La elección corría de mi cuenta; sin embargo, la posibilidad de equivocarme me infundía verdadero terror y me volvía taciturno.

Por otra parte sentía una tan grande necesidad de satisfacer el deseo de mis padres, que hubiese dado al momento la mitad de mi fortuna á quien me hubiese podido indicar una buena muchacha capaz de ser feliz conmigo y hacerme dichoso.

Por fin, quieras que no, me prometí algún tanto prendado de unos bellos ojos, y todo mi trabajo durante el día era rogar á la noche que llegara pronto para embebecerme oyendo una voz suave como trino de pájaro.

Era una chica prodigiosa mi prometida. Aunque pobre de fortuna, tenía todo el gesto de una princesa intachable.

Habitaba no lejos de mi casa, en el último cuarto de un edificio viejo y ruinoso, con su madre y su hermana, una joven modesta y triste que yo tomaba por hipócrita y ruin. Nunca levantaba los ojos, y cuando yo, á pesar de la aversión que me causaba, le decía algo, cambiaba de color y apenas acertaba á responder... Isabel me hablaba tan mal de ella, que yo casi la profesaba rencor.

El día fijado para nuestro enlace se acercaba rápidamente, pues aunque yo opinase todo lo contrario, en mi loca impaciencia, casi podíanse contar con los dedos los días que faltaban.

Así las cosas y á no ser la muerte repentina que me sobrevino al caerme de cabeza en el terrado de su casa, hubiese sido el más infeliz de los hombres. Fueron por mis padres, avisaron al doctor y hube de presenciar afortunadamente las escenas más desesperantes y aterradoras.

Tendido en la cama de Cristina, la hermana de mi novia—pues para escapar de los trámites consiguientes á toda muerte sobrenatural, el médico creyó prudente no sacarme de aquella casa,—asistí sin poder proferir protesta ni señal alguna á la sombría tarea de transformar la estancia en cámara mortuoria.

Mi madre me veló llorando hasta media noche... La arrancaron de mi lado, y las dos hermanas, completamente solas, cuidaron de mí. Isabel tenía los ojos secos y en su bello semblante de princesa una resignación brutal que me hacía morir. Cristina no... Cristina....

Al llegar aquí, mi anciano poeta se levantó con los ojos anegados, acercóse al busto de mujer é imprimióle el beso más tierno... Y sin dejar de rodearlo con sus brazos, concluyó así su lúgubre narración:

—Cristina toda la noche tuvo sus llorosos ojos posados sobre mis párpados ligeramente entreabiertos; ojos fijos y persistentes; una mirada, en fin, que nunca jamás había observado á nadie, que parecía alejarse de la realidad de las cosas, hundirse más allá de la vida perforando mi cadáver y escudriñar el otro mundo.

—¡Oh, qué sueño!.. Me voy á dormir, exclamó de pronto mi prometida arrojando el pañuelo que había empapado las pocas lágrimas que había vertido. ¡Bah! ¿No contestas? Parece que te lo comas con los ojos. ¡Al fin es tuyo!.. Sí, tuyo, porque yo... ¡Yo no quiero eso!

—Mío... ¡Mío para siempre!.., profirió Cristina con voz ahogada.

Isabel, con un profundo gesto de desdén, entornó tras de sí las vidrieras, y mi desconsolada veladora cogió mi mano y la besó con el mayor recelo, como si temiese ofenderme...

El dulce calor de su boca corrió por mi sangre, me encendió el corazón y mis nervios tuvieron un sacudimiento tan leve, que era imposible de ser experimentado por Cristina á no haber dependido su vida de mi propia existencia.

Abalanzóse sobre mi cuerpo y me miró los ojos, muy adentro...

El aliento tibio y anhelante de su boca abierta sobre la mía me llenó de un agradecimiento tan grande hacia la muerte, que ésta, justamente enternecida, hizo fulgurar una llama en mis ojos.

—¡Vive!.. ¡Vive!..

Me casé con ella. Hace dos años que murió en mis brazos, contenta de haberme hecho feliz y de haber sido dichosa.

Hace dos años que espero..., ¡qué sé yo lo que aguardo!..

Dígame usted, ¿verdad que debo adorar mucho á la Muerte? Vivo mas allá de la Vida...

(Dibujo de Sardá.

COSAS DE MUJERES

En las sillas, sobre la cómoda, tirados por el suelo, muchos libros; sobre la mesa, papelotes, cuartillas, unos guantes, un tintero sucio; ante la mesa, Javier, apoyada su frente en la palma de la mano, meditaba sobre las palabras de D. Juan. No le dejaban tranquila la memoria.

—Haga usted algo que suene... Sálgase usted de la vulgaridad, amigo mío. No quiero que mi hija se case con un buenazo... Haga usted algo. Después, veremos.



El hijo pródigo, escultura de Constantino Meunier

Javier quería con toda su alma encontrar ese algo. Nada se le ocurría. Por su magín, en desorden, pasaban proyectos y más proyectos: ninguno era factible. Haciéndose la cuenta de que sin la posesión de Elvira no le fuera dable soñar en felicidades ni ambiciones, rebuscaba en su frente un plan salvador. Periodista de salón, cronista de atildado estilo, no se sentía capaz de lanzarse en aventuras de política, para conquistar las llaves de esa puerta, por donde los audaces se cuelan en el palacio de la gloria. Además, eso era largo; precisaba cosas más rápidas. D. Juan quería algo que sonara: un gran triunfo ó un gran escándalo. Javier habría de optar por una cosa de las dos. Era el padre de Elvira un monomaníaco de la popularidad; de joven pasó plaza de galante y atrevido; sus aventuras diéronle fama de Tenorio. De aquella borrascosa juventud sacara don Juan la convicción de que no podía ser caballero quien no fuera un trasto. Aseguraba él que los hombres desprovistos de travesura son forzosamente hipócritas y, como tales, incapaces de nada noble.

No tenía Javier efugio; forzosamente habría de meterse en aventuras. Si no valiente, tampoco era cobarde el periodista; entre una acción gloriosa y una notoriedad adquirida por una salida de tono, prefería ésta. Era más factible, menos trabajoso. Así como así, la fama de muchos en eso descansa: en el escándalo. La idea comenzaba á halagar la mente de Javier. Necesitaba dar un espectáculo. ¿Cómo? De cualquier manera; le era igual. Su Elvira ante todo: había que ganarla.

Puesto á discurrir, recordó Javier que D. Juan, como buen militar, era un devoto ferviente de los «lances de honor.» Javier se batiría. Y levantándose, paseó por la estancia y planeó su idea.

Se supo lo ocurrido con la rapidez con que se saben las llamadas «noticias de sensación.» El periodista Javier Linares, por una futesa, había abofeteado en pleno casino al heredero del marqués de Alubia. Los padrinos celebraban continuas conferencias. Guardábase reserva. La prensa comentaba lo ocurrido entre «los dos caballeros.» Se imponía una «reparación.»

Entre comentarios y pronósticos, pasó todo el día. En los círculos había impaciencia por saber noticias. ¿Quién sería el vencedor? Javier no era muy hábil en el manejo de la pistola. El marquesito tiraba como un perfecto *gentleman:* vencería. Sin embargo... Dar con una bala en el cuerpo de un hombre no es obra de romanos. Javier podía acertar...

Por fin. Se habían portado caballerosamente. Ocuparon sus puestos; el juez de campo dió las tres palmadas; sonaron las detonaciones... El marquesito de Alubia cayó con un hombro atravesado por el pedazo de plomo.

Javier había hecho «algo.»

Al día siguiente—no esperó más—Javier se presentó en el despacho de D. Juan. Este le recibió afablemente. Le hizo sentar, preguntóle detalles del lance, tenía inmejorables referencias de la corrección de ambos contendientes. ¡Ah, cuando él tenía 24 años!.. Después hablaron de «lo otro.» Se trató de la mano de Elvira.

—¿Usted tiene la seguridad de que mi hija le quiere?

—¿Del cariño de Elvira? Segurísimo. Sí, señor...

—Bien, mi amigo, bien...

Aquí una pausa.

—Bueno—siguió D. Juan.—Pues vaya usted á verla. Que me lo diga ella. Yo no me opongo. En estas cuestiones siempre me coloco en última fila.

Javier, alegre, nervioso, no acertaba á dar las gracias.

—Vaya, vaya usted—decía «el papá» sonriendo.

Era una solución á su embarazo. Javier no se hizo repetir la orden. Por la escalera iba el periodista soñando en ser feliz. Elvira, al salir de misa, se enteraría de la buena nueva. De la felicidad ansiada no les separaba sino un paso. Salió á la calle. Algunos hombres le miraron curiosos, hablando entre sí:

—Se ha batido ayer... El otro salió herido. Dicen que está grave.

Javier oyó el dicho. No sintió remordimientos, pero no pudo menos que reflexionar en la buena acogida de D. Juan después de haber hecho el «algo» prevenido. Reflexionando, no le parecía cosa justa que la sociedad tuviera aplausos para quien hacía correr la sangre de otro hombre que ningún daño le había hecho. Pero acalló pronto sus pujos de filósofo. Elvira volvió á llenarle todo el cerebro. Caminaba el periodista á grandes zancadas; ya pronto divisó la iglesia. Y entonces se le acercó una joven con un papel en la mano. Era Luisa, la criada de D. Juan:

—Señorito... La señorita Elvira me dió esta carta. Ella sabe que se ha «peleado» usted. Creo que está muy disgustada...

Javier rasgó el sobre sonriendo, con ademán tranquilo, como quien espera un reproche para perdonarlo. Y leyó:

«Le creí á usted un hombre de corazón y me equivoqué al creerlo. Yo no podría casarme con un «camorrista.» Triunfos como el de ayer no los aplaude *Elvira.*»

Cuando alzó la mirada, saliendo de su asombro, murmuró el periodista:

—Cosas de mujeres.

Y se marchó calle adelante. Uno que le vió, dijo después que Javier llevaba los ojos llenos de lágrimas. Tantas cosas se dicen...

JOSÉ COSTA FIGUEIRAS.



ORACIÓN, cuadro de José Benlliure

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BILBAO Y EN PARÍS

A las cuatro y media de la tarde del día 15 entraba en el puerto de Bilbao el yate real *Giralda*, á cuyo bordo iba D. Alfonso XIII. Apenas desembarcado y cambiados los saludos de rúbrica, dirigióse el rey en automóvil al santuario de Begoña, en donde se celebraba la tradicional y famosa romería. Visitó la capilla, adoró á la Virgen y regresó á Bilbao entre las aclamaciones de la multitud.

Al día siguiente, después de haber oído misa en el *Giralda*, presenció desde el edificio flotante del «Sporting-Club» las regatas, tomando parte en una de ellas con su balandro *Corzo*. Por la tarde asistió al concurso hípico.

En la mañana del lunes asistió á las regatas, ganando un primer premio; por la tarde visitó el Certamen del Trabajo, el hospital de Basurto y la Asociación Vizcaína de la Caridad, y por la noche concurrió al teatro Arriaga, en donde se daba una función á beneficio de la la Casa de Misericordia y del Hospital Civil.

El 18 tomó nuevamente S. M. parte en las regatas, tripulando en unión del infante D. Luis de Orleáns el balandro *Zape*, visitó por la tarde el nuevo cuartel de la Reina Victoria y desde allí se dirigió al campo de Basurto, en donde presenció los ejercicios del regimiento de Garellano, y al concurso hípico.

El miércoles obsequió el rey con un almuerzo en el *Giralda* á varias personalidades notables de Bilbao y á algunos senadores y diputados; visitó luego la Granja modelo de Abadiano, asistió al concurso hípico y por la noche al baile que en su honor dió el Club Marítimo del Abra.

Al día siguiente, después de haber tomado parte en las regatas, en las que ganó varios premios, y almorzado en casa de los condes de Heredia Spínola, estuvo en los talleres de la Compañía Euskalduna; por la noche concurrió al nuevo teatro de Portugalete.

El 21 efectuóse la regata-crucero de Portugalete á Castrourdiales, en la que el rey ganó uno de los premios; terminada aquélla, celebróse en el jardín de Murga, del último de los citados pueblos, un banquete en honor de S. M., quien por la noche asistió á la función de gala del teatro de los Campos Elíseos.



Bilbao.—El Sporting Club empavesado con motivo de la fiesta celebrada en honor de S. M. el rey D. Alfonso XIII. (De fotografía de Asenjo.)

D. Alfonso XIII obsequió el sábado con un almuerzo en el *Giralda* á las autoridades bilbaínas, recibió luego á varias comisiones y por la tarde concurrió al Frontón Euskalduna, en donde se celebró un festival á beneficio de las víctimas de la última galerna y del Colegio de Sordomudos y de Ciegos de Deusto.

A las diez y media de la mañana del domingo llegó á Bilbao S. M. la reina doña María Cristina, quien en automóvil dirigióse á Portugalete; allí se embarcó, llegando poco después al *Giralda*, en donde la esperaba el rey. D. Alfonso y doña María Cristina asistieron al banquete que en honor suyo dió el Sporting Club; el rey pronunció un elocuente brindis, en el que dedicó un sentido párrafo á su augusta madre, y al que contestó con oportunas frases de gratitud y entusiasmo el presidente de aquella sociedad Sr. Arana.

Terminado el banquete, S. M. la reina madre procedió al reparto de los premios de las regatas, y concluído este acto, marcharon los reyes en canoas automóviles al *Giralda*, que á las cuatro de la tarde levó anclas con rumbo á San Sebastián, adonde llegó á las ocho de la noche. El rey se proponía ir á Inglaterra por mar, pero el deseo de poder recibir continuamente noticias de los asuntos de Marruecos le hizo desistir de su propósito y decidirse á hacer el viaje por tierra. Así es que tres horas después de haber llegado á la capital de Guipúzcoa, salió del palacio de Miramar en automóvil, acompañado del general Echagüe, del conde de Aybar y del Sr. Palomino, y en Biarritz tomó el rápido de París.

A pesar de que en la capital de Francia sólo tenían noticia del viaje del rey el embajador de España, el prefecto de policía y el ministro de Negocios Extranjeros, fueron muchos los que acudieron á la estación á saludar al joven monarca, que de tantas simpatías goza entre los parisienses. D. Alfonso, que fué recibido por los marqueses del Muni, por el personal de la embajada, por el prefecto de policía Sr. Lepine y por el subdirector del protocolo señor Douchement, quedó agradablemente sorprendido por aquella cariñosa manifestación popular y se dirigió en automóvil hacia el Bosque de Bolonia. En Longchamp se apeó y por el paseo de las Acacias encaminóse á pie al pabellón de Armenonville, en donde almorzó, dirigiéndose después al palacio de la embajada. Allí permaneció hasta las tres y media, y á las cuatro tomó el rápido de Boulogne, adonde llegó á las siete, embarcándose inmediatamente en el *Onward* con dirección á Folkestone y habiendo llegado á Londres á las once de la noche. —S.





S. M. el rey D. Alfonso XIII en París.—El embajador de España Excmo. Sr. marqués del Muni y su esposa saludando a D. Alfonso XIII al bajar éste del tren.—S. M. á la salida de la estación; delante de él va el prefecto de policía M. Lepine. (De fotografías de Trampus.)



Las fiestas de la revolución turca.—Llegada de Fuad-Baja (×) á Constantinopla. (De fotografía.)

DE TURQUIA

El regreso del ilustre desterrado Fuad-Bajá á Constantinopla ha sido triunfal. Fuad-Bajá, educado en la Escuela Politécnica de París, uno de los pocos generales turcos que cuentan en su hoja de servicios victorias obtenidas en los campos de batalla, hombre de ideas liberales y de sentimientos humanitarios, cayó en desgracia de su soberano, y hubo de expatriarse estableciéndose en Damasco.

Dícese que hace unos meses Abdul-Hamid, sea porque comprendiese la injusticia de su proceder, sea porque, presintiendo lo que había de ocurrir, quisiese congraciarse con importantes elementos liberales, le mandó á decir que había olvidado el pasado y que gustoso le indultaría; á lo que Fuad-Bajá contestó que agradecía la magnanimidad del sultán, pero que no habiendo cometido ninguna falta no podía aceptar medida alguna de clemencia.

La revolución turca le ha sacado de su destierro, y el día 12 de este mes llegaba á Constantinopla á bordo del *Senegal*, siendo recibido con delirante entusiasmo por una multitud inmensa que se apiñaba en los muelles, en los buques anclados en el Bósforo y en centenares de embarcaciones, por entre las cuales apenas podía abrirse paso el transatlántico.

Al día siguiente efectuóse una imponente manifestación que, después de recorrer, entre aplausos y aclamaciones, varias calles de la ciudad, se dirigió al jardín del Taxim. Allí se pronunciaron muchos discursos; uno de los oradores fué Fuad-Bajá, quien en una fogosa arenga exaltó la libertad conquistada y juró verter hasta la última gota de su sangre en su defensa. Una ovación formidable coronó las palabras del orador, en quien tienen puestas, con razón, sus esperanzas los constitucionales turcos.—R.



Constantinopla.—Gran manifestación en los jardines de Taxim á la memoria de las víctimas de la libertad
(De fotografía de Carlos Trampus.)



LA GALLINA CIEGA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE L. Ko



VALSKY. (Copyright 1907 by Braun, Clement & C° Dornach.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

LA COLONIA ESCOLAR MUNICIPAL BARCELONESA DE TIANA

El Ayuntamiento de Barcelona, prosiguiendo su meritísima obra de las colonias escolares veraniegas, ha enviado también



Barcelona. – Colonias escolares municipales. Visita del alcalde accidental Sr. Bastardas á la colonia de Tiana. Grupo de niños de la colonia con el Sr. Bastardas y los profesores Sres. Noguera y Ruf.

este año varios grupos de niños y niñas á distintos pueblos de la costa ó de la montaña. De todos ellos se reciben las mejores noticias y en todas partes las autoridades locales, las gentes del país y los forasteros rivalizan en hacer lo más agradable posible la estancia entre ellos de aquellos pequeñuelos de modesta condición que, gracias á los cuidados de nuestro municipio, pueden disfrutar de los encantos de la naturaleza y fortalecer sus débiles organismos respirando los aires puros del mar ó del bosque.

Hace pocos días, nuestro alcalde accidental Sr. Bastardas visitó una de esas colonias, la instalada en Tiana; acompañado por el alcalde de aquella población Sr. Bruguera, después de ver las dos escuelas en donde están los comedores y dormitorios de la colonia, dirigióse al pintoresco sitio denominado la *Conrería*, en donde les aguardaban, con sus profesores D. Jaime Noguera y D. Modesto Ruf, los niños, que hicieron al alcalde un recibimiento en extremo cariñoso. Cantaron los escolares



Barcelona.—Colocación de la primera piedra del viaducto que ha de unir la barriada de Vallcarca con San Gervasio

algunas canciones y encamináronse luego á la *Font dels Monjos*, junto á la cual se les sirvió una abundante comida. Terminada ésta, el Sr. Bastardas fué obsequiado con un banquete que se celebró en la *Conrería* y al cual asistieron el alcalde de Tiana, los concejales de aquella villa Sres. Clapés y Artusa, el regente de la parroquia, el juez municipal, el presidente de la sociedad recreativa «El Dorado» y algunos individuos de la colonia veraniega.

De regreso en Tiana, visitaron los expedicionarios el casino, en donde se improvisó una velada literario-musical, en la que los niños de la colonia escolar cantaron el *Himne á Tiana*, letra de D. José A. Trías y música de D. Tomás Buxó. Después obsequióse á los asistentes con un *lunch*, terminado el cual se distribuyeron entre los escolares estuches de objetos de dibujo y escritorio y ejemplares de la obra *Records de Tiana*.



El Sr. Bastardas presenciando la distribución de la comida á los escolares. (De fotografías de A. Merletti.)

EL VIADUCTO DE VALLCARCA

El pueblecito de Vallcarca, hoy barriada de Barcelona, es uno de los sitios más pintorescos de los alrededores de nuestra capital. Ocupando hace pocos años únicamente una hondonada, poco á poco ha ido extendiéndose por las colinas inmediatas, en la actualidad pobladas de gran número de casitas y quintas de recreo.

Pero su situación especial tiene el inconveniente de mantenerlo poco menos que aislado, pues una riera se opone á su fácil comunicación con el paseo de la Diputación, vía de enlace que une á Barcelona y á Gracia con el Putxet, San Gervasio y la Bonanova, núcleos de población de no escasa importancia. Este inconveniente desaparecerá en breve, gracias al viaducto que el Ayuntamiento barcelonés ha acordado construir, dando con ello pruebas de que dedica sus actividades, no sólo á la mejora de la ciudad, sino también á mejorar y embellecer los pueblos agregados.

La ceremonia de colocar la primera piedra del viaducto efectuóse el día 24 de los corrientes. Desde media tarde la banda municipal tocó varias composiciones, y á las seis llegó una numerosa comisión del Ayuntamiento, siendo recibida por nutridas representaciones del Fomento de Vallcarca y de la junta de festejos. Concurrieron además al acto un delegado del gobernador, el ingeniero de caminos Sr. Cabestany, el diputado á Cortes Sr. Marial, el diputado provincial Sr. Calvo y otras muchas personalidades.

Después de leído por el secretario Sr. Planas el acuerdo consistorial relativo á la construcción del viaducto, el Sr. Trilla, en nombre de los propietarios de Vallcarca, pronunció algunas frases de gratitud al Municipio por haber acordado una mejora tan importante.

El alcalde accidental Sr. Bastardas, después de exponer los buenos propósitos que animan al Ayuntamiento en beneficio de Barcelona y de los pueblos agregados, habló de la obra que se inauguraba, del proyecto de convertir en paseo la riera de Vallcarca, y de otras mejoras; dedicó grandes elogios al señor Marial, iniciador del viaducto, y terminó aconsejando á los propietarios que cooperen á las mejoras que tiene en planta el Ayuntamiento.

Después procedióse con las formalidades de costumbre á la colocación de la primera piedra, siendo luego los invitados obsequiados con un lunch que se sirvió en un lujoso entoldado y durante el cual pronunciaron discursos, que fueron muy aplaudidos, los Sres. Marsans, Bastardas y Marial.

El viaducto, que ha sido proyectado por el arquitecto don Miguel Pascual, medirá 110 metros de longitud por 12 de anchura, de los que 9 se destinarán al tránsito rodado, y su coste está presupuesto en 500 000 pesetas.



Vista de la barriada de Vallcarca. (De fotografías de Francisco Vives.)

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

Había enviado recados, llena de ansiedad, á su marido y á su hermano para que fuesen á verla antes de que saliera; pero el Sr. Ladoguin había estado fuera toda la tarde hablando con sus colegas, los demás cónsules, respecto á los alarmantes rumores que corrían de estar próximo á estallar un movimiento revolucionario, y Nicetas Mitsopoulo estaba ausente, desempeñando una de sus misiones misteriosas.

Como último recurso, la señora Ladoguin ordenó al cochero que se detuviera frente á un casino muy frecuentado por los representantes europeos, esperando encontrar en él á su marido, con el propósito de decirle que se quejara á Sir Frank Francis de que su importuno compatriota volvía de un modo intolerable á perseguir á la princesa.

El Sr. Ladoguin estaba en el casino, pero su mujer no quiso que le dijeran que bajase á hablar con ella, y pidiendo á Irene que la dispensase, bajó de la victoria y entró en el vestíbulo, donde la princesa no pudiera oir lo que hablara. Irene se quedó sola y dirigió una mirada indiferente á lo largo de la calle, que estaba muy iluminada, porque allí, en el barrio europeo, gracias á los esfuerzos del cuerpo consular, la iluminación y el empedrado se parecían más á los de Occidente que á los de Oriente.

Contiguo al casino se destacaba la negra mole de un edificio, que sabía era el Banco de la Señoría, ya cerrado por ser de noche; pero algo que se movía en sus gradas llamó la atención de la joven. Aunque era difícil averiguar, en la sombra, qué sería aquello, le pareció que era un faquín que había dejado en tierra la carga para descansar. En aquel momento le distrajo la atención un coche de alquiler que se aproximaba corriendo á todo correr y cuyas ruedas pasaron casi rozando las de su carruaje, lo que motivó que se cruzaran algunas injurias entre el cochero y el *cavass* consular. Luego (todo esto ocurrió en un instante) las casas pareció que se inclinaban, se sintió lanzada hacia adelante y el aire retumbó con una tremenda explosión. Los caballos, asustados, partieron rápidos como el viento, aumentando su espanto el ruido que hacían al caer los trozos de mampostería que volaban por el aire. Irene se acurrucó, deslumbrada, en el fondo del coche; tenía el rostro y los hombros heridos y magullados por la lluvia de piedras. Las detonaciones sucesivas que oyó le probaron que no se había quedado sorda; pero no percibió la voz del cochero tratando de contener á los caballos, por lo que supuso que había sido arrojado del pescante. Al mismo tiempo se dió cuenta de que reinaba la más profunda obscuridad. Lo primero que se le ocurrió, y esta idea la llenó de horror, fué que se había quedado ciega; pero al mirar hacia arriba, á través de la destrozada cubierta del coche, vió unas llamas que subían hacia el cielo, y comprendió que la explosión, debiérase á lo que se debiera, había destrozado la cañería que proveía de gas á la ciudad. Los caballos ya habían salido del barrio extranjero y penetrado en las calles habitadas por la gente del país, según pudo colegir por la manera como el coche saltaba y se zarandeaba sobre los guijarros; parecíale un milagro que á cada momento no volcara, pues las ruedas tan pronto tropezaban con un poste, como rozaban los escaparates de alguna tienda.

Resonaban gritos y lamentaciones é interpolados de cuando en cuando con algunas explosiones, y á lo lejos se oía un rumor que Irene supuso serían tiros. Allí sentada y sin poder valerse, mientras los caballos, enloquecidos, seguían corriendo, analizaba las eventualidades que pudieran ocurrir con una calma que á ella misma la sorprendía, dudando si aquella vertiginosa carrera terminaría en las aguas de la bahía ó estrellándose contra un muro. Luego sucedió una cosa que le causó más horror que todo cuanto antes había ocurrido. Se había levantado y puesto en el asiento delantero de rodillas, tratando de ver por dónde iba, cuando un bulto negro, dando un salto desesperado, se encaramó en el pescante, y cogiendo el látigo azotó á los caballos. A la luz del resplandor que el cielo proyectaba, vió que llevaba el gorro alto y el amplio hábito que usan los monjes y los cabellos y la barba en desorden. Penetraron á escape por otra calle, que á Irene le pareció recordar confusamente ser una de las del barrio mahometano, y mirando adelante vió una masa compacta de gente que obstruía el paso. Gritóles que detuvieran los caballos, pero no la entendieron y se apartaron para abrir camino al carruaje, y así llegó á la altura de un gran edificio. El hombre que iba en el pescante, dejando á un lado el látigo, se puso en pie y arrojó una cosa con toda su fuerza; la explosión que siguió no cogió de sorpresa á Irene. El edificio pareció bambolearse y los caballos, dando un salto, siguieron adelante, haciendo caer al monje del pescante. Un alminar se derrumbó con horroroso estrépito, quedando atravesado en la calle, y los caballos, asustados por los gritos que detrás sonaban, precipitáronse sobre el obstáculo que formaba el montón de ruinas, dieron una vuelta cuando tropezaron con él y arrastraron violentamente el carruaje en redondo, montando una rueda sobre las piedras. Irene tuvo bastante presencia de ánimo para dar un salto cuando el coche dió la vuelta y arrimarse á las casas de uno de los lados de la calle mientras los caballos coceaban y forcejeaban furiosos por verse libres. Uno lo consiguió y se precipitó locamente calle abajo; pero el otro, que se había caído, se enredó en los arreos y en vano trató de levantarse del suelo.

Viendo que el peligro había pasado, la gente que venía detrás corrió y sacó á Irene de su refugio. El monje había desaparecido, y con gran horror Irene comprendió que el populacho la tomaba por la persona que había destruído la mezquita. Rodeáronla mahometanos armados de cuchillos y puñales; llovían sobre ella imprecaciones capaces de helar la sangre en las venas, y se veía encerrada en un círculo de aceros. En cuantas lenguas sabía les rogó que la llevaran al consulado ó que, por lo menos, la dejaran ir; pero nadie quería escucharla, ni siquiera parecía que entendiesen lo que decía. Se quitó las sortijas y las estrellas de diamantes que llevaba en el cabello y se las arrojó á los que la acosaban; luego el collar de perlas, no el histórico, que había entregado á los bandidos, sino otro de menos valor que había enviado, con toda seguridad, en el cofrecillo de joyas después de la catástrofe del ferrocarril. El hilo se rompió al quitárselo con fuerza, y la joven, cogiendo las perlas, las ofreció á la plebe para que la dejaran marchar. Pero fué en vano; le violentaron la mano y riñeron unos con otros para apoderarse de las perlas; pero no por eso abrieron hueco por donde pudiera escaparse. Hubiera dado por salvar la vida hasta el cinturón de Isidora si lo hubiera traído puesto, pero estaba bien seguro en el consulado.

Pasado el primer momento, no la tranquilizó ver que no la habían hecho pedazos en el acto, porque colegía, por los gestos de los que la amenazaban, que mientras algunos eran de opinión de hacerlo así, otros proponían que la llevaran á una casa y la sometieran al tormento para que descubriera á sus cómplices. Un momento más y á fuerza de horror hubiera perdido el conocimiento, cuando el caballo tendido en tierra y del que nadie se acordaba, se levantó haciendo un esfuerzo, y botando con furia, hizo despejar el terreno en torno suyo. Viendo la probabilidad de escaparse que se le presentaba, se libró de las manos que la sujetaban, dejando en ellas la capa, y de un salto se subió sobre el montón de escombros que interceptaba la calle. A sangre fría nunca hubiera podido hacer tal cosa, pues no había sitio seguro donde sentar el pie, y las asperezas de las piedras y las astillas de los maderos se le enredaban en la ropa y le herían las manos; pero bajó como un rayo y fué á parar en medio de otro grupo que se había ido reuniendo al otro lado, atravesando por entre aquellas gentes antes de que pudieran comprender lo que querían decir los gritos exhalados por sus chasqueados aprehensores.

Recogiendo en el brazo la larga cola para que no estorbara sus movimientos, corrió á escape calle abajo, tropezando con los puntiagudos guijarros. Muy pronto oyó la gritería que venía siguiéndola y comprendió que presto la alcanzarían, porque los altos tacones de sus zapatos se quedaban aprisionados entre los traidores intersticios de las piedras, haciéndola casi caer. Al llegar á una bocacalle se le ocurrió un recurso desesperado. La puerta de la primera casa estaba abierta; se deslizó dentro y dejó pasar á sus perseguidores, que siguieron furiosos

—¡Oh sí!, exclamó la joven quitándose el velo

adelante. En cuanto lo hubo efectuado el último, salió con cuidado y corrió por la calle perpendicular á la anterior, pero más despacio, porque se había caído el tacón de un zapato y le era muy difícil seguir corriendo. Antes de llegar al final de la calle oyó que se acercaban otra vez los gritos del populacho, y se percató de que ya se habían dado cuenta de su evasión. Dos estrechos callejones, entre casas que parecían tocarse, se abrían ante ella; echó á correr por el más próximo, lleno de toda clase de inmundicias, y al fin salió á un ancho espacio descubierto rodeado de miserables casuchas, cuyos contornos apenas se distinguían á la luz del mortecino resplandor del cielo. Jadeante, se detuvo un momento, se quitó el zapato que aún conservaba el tacón y trató en vano de arrancárselo dándole con una piedra. Era aquello superior á sus fuerzas; se echó hacia atrás el cabello, se ató el pañuelo por delante de la cara, debajo de los ojos, de modo que cayera como el velo con que las egipcias se cubren el rostro, y se echó por encima de la cabeza la cola de su vestido de etiqueta, esperando pasar por una mujer rumí cuyo velo la sirviera de salvaguardia en caso de tropezar con algún musulmán. Felizmente para la tranquilidad de su espíritu, no se le ocurrió que los adornos de seda y encajes la delatarían, y cojeando comenzó á cruzar el espacio descubierto, que muy pronto conoció eran los restos de un anfiteatro romano, una de las cosas notables de Therma.

Apenas había salido de la sombra que proyectaban las casas, cuando oyó pasos detrás de ella. Se detuvo, pero aquéllos no dejaron de oirse, y echó á correr vacilante, pues siguió oyéndolos cada vez más cercanos. Creyó distinguir una voz, arrebujóse más en la falda la cabeza y continuó dando traspiés, hasta que el traidor tacón quedó encajado entre dos piedras, haciéndola caer. Los pasos se acercaron á la carrera, cerró los ojos y aguardó la muerte.

—Muchísimo siento haberla asustado, dijéronle en inglés. ¿Puedo servirla en algo?

La impresión que sintió fué tan fuerte, que se acurrucó sin fuerzas en el mismo sitio en que había caído y miró al que la interrogaba. Con inmensa alegría, como nunca creyó sentir en semejantes momentos, conoció de quién eran los azules ojos que estaban fijos en ella.

—¡Ah, el capitán Wylie!, exclamó sollozando.

—¡Cómo! ¿Quién es?, preguntó éste ayudándola á levantarse. ¡Es posible! ¿No es usted la señorita Irene, quiero decir, la princesa?

—¡Oh, sí!, exclamó la joven quitándose el pañuelo; una turba quiere matarme y no puedo huir. ¡Ah! ¿Qué haré?

—Tranquilícese usted, dijo Wylie llevándola junto á las casas. ¿Está usted herida? Me pareció que cojeaba.

—Son los zapatos. Sólo me queda un tacón.

Se quitó el zapato y él con un cuchillo lo cortó.

—No puedo ofrecer á usted llevarla al consulado, dijo guiándola para cruzar el espacio abierto, porque gran parte de los atentados se han cometido en el barrio de los extranjeros; las tropas han salido á la calle y andan haciendo fuego á diestro y siniestro. Me gustan los rumíes en general; pero esta noche, he de confesarlo, más quisiera encontrarme con el populacho que con los soldados. Lo que están haciendo es muy natural después de lo ocurrido.

—¿Pero qué ha sucedido?, exclamó Irene. ¿Han volado el Banco de la Señoría?

—Sí y también otros muchos edificios. Al fin me cansé de contar las explosiones. Estoy viviendo en casa del profesor Panagiotis, y regresaba á ella en coche, cuando se oyó la primera detonación y se apagó el gas. Mi cochero se negó á seguir adelante diciendo que, con toda seguridad, la casa del profesor debía ser una de las que habían volado. Traté de llegar á ella, yendo á pie, por el camino más corto; pero las tropas estaban persiguiendo, por todas las calles del barrio extranjero, á unos insurrectos imaginarios, y cruzaban demasiadas balas por el aire para que el paseo resultara higiénico.

—¿Pero vamos ahora á casa del profesor? ¿Para qué si la han volado?

—No tengo motivos para creer que así haya sucedido. Por lo que he podido ver, los atentados, en su mayoría, han sido dirigidos contra casas de extranjeros. Supongo que los descontentos quieren hacer patente el disgusto y desprecio que les inspiran las reformas que las grandes potencias han obligado á adoptar al Gran Señor. De todos modos, como huésped del profesor, en el barrio griego es donde mejor que en ninguna otra parte podré hallar refugio.

—¿Pero por qué dice usted que las tropas disparan contra unos revolucionarios fantásticos? ¿Quiénes cree usted que son los que han arrojado las bombas? Hubo un monje que de un salto montó en mi carruaje. ¡Ah, fué una cosa horrible!

—De seguro que habrán sido agentes de los comités tracio dardanios, pero no creo que aguarden á que los fusilen. Ya se habrán cuidado de tener la retirada franca, y únicamente unos cuantos transeuntes infelices, que no habrán tenido nada que ver con los atentados y que de puro asustados no han acertado á quitarse de en medio, serán los que sufran las consecuencias de estos momentos de pánico.

—¿Pero cómo voy á poder llegar á casa del profesor?, preguntó Irene pensando otra vez en lo crítico de su situación, mientras apoyada en el brazo de Wylie cruzaba las desiertas calles.

—De todos modos, me parece que allí hemos de estar mejor que en la calle, contestó pensativo Wylie. Mucho me alegraría que pudiéramos ir hasta allá.

Había en el tono con que dijo estas palabras cierto retintín en que ella, de pronto, no reparó; era que su oído, ya práctico, había percibido la marcha acompasada de las tropas, distinguiéndola perfectamente de los demás ruidos que poblaban el aire, no cerca, porque las casas inmediatas semejaban sepulcros, sino á lo lejos, por la parte hacia donde se dirigían. Al llegar á cierta bocacalle, Wylie con cautela se adelantó á explorar é hizo retroceder á Irene, arrojando al mismo tiempo una exclamación.

—Un destacamento de soldados viene hacia aquí despejando la calle. ¡Allá va, ya habrán dejado sin vida á algún pobre diablo!, dijo en el momento de oirse una descarga y un grito penetrante que hendió los aires. Arrímese usted al quicio de esa puerta. Puede que sigan adelante sin vernos.

Irene se ocultó todo lo que pudo, y Wylie se colocó delante, cubriéndola en lo posible.

—Están fuera de sí y hacen fuego á cuanto ven, dijo Irene.

—Eso es lo peor de todo, contestó Wylie volviendo hacia ella la cabeza. Si caigo, trate usted de hacerles comprender la enormidad que han cometido disparando contra un europeo, é invoque usted el nombre de Sir Frank Francis para que se aquieten.

XXIII

FUSIÓN DE INTERESES

Los soldados bajaban por la calle hablando alta y acaloradamente; bien claro se veía que estaban rotos los lazos de la disciplina. De cuando en cuando, un tiro aislado indicaba que alguno de ellos había creído ver algo que se movía entre las sombras y había adoptado el medio más seguro de evitarse un contratiempo. Los vacilantes rayos de una linterna vieja y estropeada oscilaban de uno á otro lado de la calle á medida que el soldado que iba á la cabeza la aproximaba á cada puerta que encontraba al paso; pero su luz era tan débil, que Wylie, rígidamente incrustado en su rincón, casi tenía la seguridad de no ser visto. Sin embargo, su traje á cuadros se destacaba sobre las negras y grasientas piedras que formaban el arco de la puerta, y cuando el rayo de luz iluminó su persona, una voz exclamó:

—Un hombre está escondido en aquel portal.

Al momento las preparadas carabinas lo enfocaron, y antes de que pudiera dar un paso hacia adelante, dos ó tres balas perdidas dieron en las piedras ó levantaron el polvo á sus pies; pero aquellos disparos habían sido hechos únicamente por algunos soldados impacientes. Antes de que dieran la voz de fuego, Wylie gritó en rumí:

—¡No tiréis!

Y los soldados, cogidos de sorpresa, obedecieron. Aprovechó la oportunidad para decirles que era inglés y pedirles que lo acompañasen al consulado británico.

—Vaya, después de todo salimos con que es un perro cristiano, dijo uno de ellos.

—Si no ha sido él quien arrojó las bombas, por lo menos habrá incitado á esos bribones para que lo hicieran, añadió otro.

—Y de todos modos, ¿qué estaba haciendo aquí?, preguntó un tercero.

—Sorprendido en una actitud sospechosa, murmuró entre dientes el sargento. Matémoslo, que los muertos no hacen daño.

—No cometa usted esa locura, dijo Wylie enérgicamente, pues mi muerte podría ser fatal para usted.

El sargento se contuvo al oir esta amenaza.

—Vamos, dadme la linterna, dijo.

Y quitándosela al soldado que la llevaba, dirigió la luz al rostro de Wylie.

—¡Cómo! Si es el Bimbashi Bey de los ojos crueles, el que nos regaló cigarrillos cuando estuvimos en el Norte, hace tres meses. Es un buen hombre, aunque sea cristiano. No hablemos más de fusilarle. ¿Qué desea el Bimbashi Bey?

—¿Puede usted llevarnos al consulado?, preguntó Wylie apartándose á un lado.

Los soldados quedáronse sorprendidos al ver á Irene acurrucada en la sombra, detrás de él.

—Será muy difícil llevar á la señora á tan larga distancia atravesando esas calles, contestó pensativo el sargento. ¿No tiene el Bimbashi Bey amigos en el barrio griego?

—Estoy hospedado en casa del profesor Panagiotis, dijo Wylie.

—¡Ah! El jefe de los griegos. Perfectamente, con tal que su casa no sea una de las destruídas. Pronto lo veremos.

Los soldados abrieron filas; Wylie é Irene se colocaron en el centro, y el sargento, que marchaba delante, volvió la cabeza para hablar con Wylie. Desde su encuentro en el Norte, él y su fuerza habían recorrido por orden superior todos los lugares donde se temía que estallara algún movimiento; pero siempre ocurrían las sediciones en los distritos que abandonaban, ó sucedía, como entonces, que dejaban madurar los complots en vez de segarlos en flor. Según dijo, hacía días y hasta semanas que todo el mundo esperaba que estallara aquel motín. Podía haberse impedido en absoluto que así fuera; pero alguien, sin duda, debió recibir mucho dinero para que no se hiciera nada. Claro estaba que todo aquello era obra de los representantes de las grandes potencias, que con una mano alentaban á los revolucionarios á cometer desmanes, mientras con la otra contenían á los rumíes á fin de que no los castigaran como merecían.

Argumentos de esa clase no admiten grandes discusiones, y no trató Wylie de defender la acción de las grandes potencias, que indudablemente no se había señalado por ningún éxito de consideración. Hallábanse en el barrio griego; ojos asustados les miraban desde las ventanas altas; todas las puertas estaban herméticamente cerradas.

Al llegar al extremo de la calle, donde vivía el profesor Panagiotis, encontráronse con un cordón de tropas que la interceptaba, custodiando un carruaje dispuesto para partir. Hacia la mitad de la calle, un hueco en la fila de casas, que se destacaba, negro, sobre el firmamento, indicaba el sitio donde antes se alzaba la del profesor. El sargento interrogó á su colega encargado de la escolta, y supo que ésta había sido enviada por el vali para que custodiara al profesor hasta su casa; pero al llegar le manifestaron los vecinos que el edificio había sido destruído casi al mismo tiempo que ocurrió la primera explosión en el Banco de la Señoría. El profesor estaba en aquel momento recorriendo las ruinas para ver si era posible salvar algo de lo suyo; pero dentro de pocos minutos tendrían que escoltarlo hasta las puertas de la ciudad y dejarlo, con toda seguridad, en el camino de Kallimeri.

—¡Qué encuentro tan feliz!, dijo Wylie á Irene; yo me arrogo el derecho de ofrecerle á usted hospitalidad en la quinta del profesor; allí encontrará usted de nuevo á los Teffany, que desean mucho verla.

—¿Los Teffany? ¡Ah! Usted quiere decir Mauricio y Zoe. Nunca los recuerdo sino por el nombre de Smith. Mucho me alegraría de volverles á ver, pero no en esta facha, é Irene se miró el vestido roto y los zapatos destrozados. No estaría propio ni decente, pues ya no estamos en las montañas.

Wylie se echó á reir involuntariamente.

—En ellas la habrán visto á usted mucho peor, dijo. ¿Por qué no ha de ser decente ahora lo que antes lo era?

—Las circunstancias son distintas, contestó Irene ruborizándose. Ellos ya saben quién soy yo, y no está bien que los obligue á recibirme y ampararme á la fuerza. Por lo menos, en las montañas todos estábamos en situación igual.

—De todos modos, puedo asegurar á usted una cosa, y es que no se trata de que la acojan contra su voluntad, pues ellos tienen grandes deseos de verla. Aquí traigo una carta de la señorita Teffany para usted; no sé si habrá bastante luz para que usted la lea, y además me encargaron que pusiera en práctica todas las artes de la diplomacia para persuadirla á que vaya á Kallimeri, aunque sólo sea por un día y aunque tuviera usted que ir acompañada por la señora Ladoguin.

—¿De veras es así?, dijo mirándole perpleja. ¿No lo dice usted únicamente para que yo acceda á ir? Usted tal vez no lo crea, pero ese paso es para mí muy penoso; quiero decir que los Ladoguin, si quieren, podrían decir de mí tales cosas, que todos me abandonarían por completo en el caso de que no volviera en seguida al consulado. ¿Comprende usted?

Wylie puso término á sus entrecortadas razones diciéndole afablemente:

—No tema usted. Volverá usted mañana al consulado á la hora que quiera, pero esta noche es de todo punto imposible que pueda usted ir allá. La murmuración más enconada no tendrá nada que decir porque pase una noche refugiada en casa de un antiguo amigo de su padre que vive con su mujer. Ahora bien, ¿quiere usted entrar en el carruaje y leer la carta, mientras yo busco al profesor? ¿Me promete usted quedarse aquí hasta mi vuelta?

Wylie vió con gran contento que Irene no oponía objeción alguna; la idea que se le había ocurrido de que pudiera escaparse en cuanto él volviera la espalda y perderse en el dédalo peligroso de las calles, no había cruzado por la mente de la joven. Estaba demasiado abatida por lo mucho que había sufrido para que le quedaran ánimos de concebir proyectos por sí misma, y le causó indecible satisfacción ver que otro se encargaba de disponer lo que debía hacerse. Agradecida aceptó los ofrecimientos de Wylie, subió al carruaje, tomó la carta de Zoe después de darle las gracias y con ansiedad se inclinó hacia adelante para leerla á la luz del farol del sargento. La carita pálida y afligida de Irene, que le miraba enteramente rendida y sin alientos mientras atravesaba el cordón de soldados, hízole tomar la firme resolución de terminar una empresa que preveía, aun que sin saber exactamente por qué, había de ser difícil. Se encontró con el profesor que se dirigía al coche, y le hizo presente su pesar por las pérdidas que le habían causado.

—¡Ah! Lo veía venir, contestó filosóficamente. Hubiera sido algo así como un desaire si en una ocasión como esta no se hubieran acordado de mí. Por supuesto, esos malvados esperaban lucrarse; me han dicho que una docena de judíos rebuscaban por entre los escombros, antes casi de que el fuego se apagara, so pretexto de ayudar á salvar mis pertenencias, pero puedo asegurarle que nada habrán encontrado. Desgraciadamente, no se ha salvado ni el mobiliario ni lo demás que había en la casa; la destrucción ha sido demasiado completa. Me parece que deben haber sido dos ó tres las bombas que colocaron, por cierto muy bien colocadas. La mujer del conserje, que ha escapado con vida, me ha dicho que había notado, al obscurecer, que rondaba por las inmediaciones una mujer muy alta, que supone fuera un hombre disfrazado. Creo que lo mejor será volvernos á Kallimeri. Siento decirle que sería inútil que buscáramos su maleta, si es que ese ha sido el motivo que le ha traído á usted aquí.

—No había pensado en semejante cosa, dijo Wylie deteniéndole. No, he recogido á una señora europea que he encontrado desamparada y quisiera llevarla con nosotros. Nada tenemos que hacer aquí.

—¿Quién es esa señora?, preguntó con viveza el profesor.

—La princesa Elena Teofan.

—Lo sospechaba. No, dejémosla que se vuelva al consulado escita; yo no respondo de ella.

—No puede ser; las calles están intransitables. Usted fué amigo de su padre y no puede usted negarse á darle asilo.

—No quiero tener nada absolutamente que ver con ella. ¿No comprende usted que es un instrumento de que se vale Escitia, que es la única persona cuyos derechos á la corona imperial griega se aproximan, y según el parecer de algunos, exceden á los de Mauricio Teffany? Dejemos que Escitia se cuide de su candidato; mis intereses son diametralmente opuestos á los suyos.

—Profesor, dijo Wylie, á quien se le había ocurrido una feliz idea y que supo dominar su indignación, usted no puede engañarme; no vaya, pues, á decirme que no piensa lo mismo que pienso yo. Tiene usted los triunfos en la mano y sería perder el tiempo si tratara de persuadirme que no va usted á aprovecharse de ellos. Si usted se lleva la princesa á Kallimeri y la casa con Teffany, así él como usted habrán hecho un buen negocio.

El profesor aspiró el aire con fuerza.

—El tal vez sí, dijo; pero yo me quedaría en la calle.

—¡Oh, qué disparate! ¿No contraerían los dos para siempre una deuda de gratitud con usted por haberlos puesto en contacto uno con otro? ¡Quién lo duda! Desde ese mismo momento ejercería usted sobre ellos la mayor influencia.

El profesor meditó. Bien claro veía Wylie que estaba pensando mentalmente las ventajas é inconvenientes de las diferentes líneas de conducta que podría seguir. Lo mismo que Mauricio, Wylie abrigaba la poco grata convicción de que en las resoluciones del profesor habían de tener muy poca parte sus propios deseos ni sus razonamientos; el resultado lo habrían de decidir consideraciones que no estaban tan á la vista

—Su idea es excelente, dijo al fin con gran contento de Wylie; este matrimonio equivaldría á dar jaque mate á Escitia y daría gran fuerza á la posición del Sr. Teffany. Yo le haré ver la conveniencia de este plan así que lleguemos á Kallimeri; en cuanto á la señora no habrá dificultades, porque la tenemos en nuestro poder.

—¿Está usted loco?, exclamó Wylie cogiéndole del brazo con viveza mientras se dirigían de prisa hacia el carruaje. Usted no puede decir en serio que piensa ejercer presión sobre la princesa. Si así fuera, Teffany sería su enemigo para toda la vida. La princesa viene á Kallimeri únicamente en busca de un asilo, é incidentalmente á ver á sus antiguos amigos antes de regresar á Escitia. Si Teffany puede conseguir que se quede, perfectamente; si no, tendríamos mañana que llevarla otra vez al consulado.

—Sería demasiado tarde, murmuró entre dientes el profesor. Las calles estarán ya despejadas y podrá pasar ella sola sin peligro alguno.

—Mire usted, dijo Wylie, déjeme que le haga una advertencia. Usted y yo somos hombres de mundo y sabemos con toda exactitud lo mucho y lo poco que quiere usted dar á entender al decir cosas como esa. Pero no sonarían bien en los oídos de los Teffany, quienes podrían creer que usted de veras pensaba así. ¿Se hace usted cargo?

El profesor, de mala gana, asintió y preguntó:

—¿Entonces qué provecho sacaremos de llevar á la princesa á Kallimeri?

—Sencillamente el de ponerlos en comunicación. Si Teffany la ama, no dejará que se le escape otra vez, sobre todo después que su hermana y yo le hayamos exagerado lo doloroso de una separación sin término y los peligros que amenazarán á la princesa en Escitia.

¡Ah! ¿Qué interés tienen usted y la señorita Teffany en ello?, preguntó secamente el profesor.

—La señorita Teffany espera de ese modo complacer á su hermano, que hubiera venido hoy á Therma para tratar de ver á la princesa si no hubiera yo insistido en hacerlo en lugar suyo. Mi único interés es satisfacer los deseos de la señorita Teffany.

Desconcertado por el tono indiferente de Wylie, el profesor Panagiotis se acercó al carruaje, donde Irene, enteramente rendida, se había quedado dormida en su rincón. Wylie le presentó al profesor, y antes de ocupar su asiento, entregó cuanto dinero traía encima al sargento que tan bien se había portado, para que lo distribuyese entre su gente. Los soldados que habían formado el cordón rodearon el coche, que echó á andar despacio hacia la puerta más próxima á Kallimeri. Muchas de las calles estaban interceptadas por las ruinas de las casas destruídas; en algunas continuaban los incendios y las tropas prohibían el tránsito, y en otras seguían haciéndose pesquisas en busca de los revolucionarios, con acompañamiento de gritos y disparos; no pocas estaban enteramente desiertas, viéndose sólo algunos cuerpos rígidos tendidos á la sombra de las casas. En la puerta de la ciudad el sello del valí, presentado por el oficial que mandaba la escolta, les procuró inmediata salida, y los soldados los condujeron á través de los arrabales de la población, hasta llegar sanos y salvos al camino que conducía á Kallimeri. Allí se despidió la escolta y se permitió al fin al cochero que arreara á los caballos, haciéndoles emprender hacia la quinta una de esas carreras locas y desenfrenadas que tanto agradan á los del oficio.

—¡Ah! ¿Qué es lo que ha sucedido?, exclamó Zoe bajando á la carrera de una altura cercana á la puerta de entrada de la finca. Hemos oído explosiones y visto unos incendios horrorosos; no de esos ordinarios que ocurren todas las noches; calles enteras han debido arder. Todos estábamos muy asustados, y yo he permanecido en observación horas enteras.

—Lo cual era muy peligroso, dijo Wylie emocionado.

Había bajado de un salto del carruaje para salir al encuentro de la joven; el profesor é Irene, medio dormida todavía, siguieron en el coche.

—Si algún revolucionario hubiera recalado por estos lugares con ánimo de volar la quinta, la hubiera asesinado para que no diese la señal de alarma.

—Pero en ese caso no me hubiera ido mucho mejor estando dentro de la casa, dijo Zoe. ¿Conque eran los revolucionarios los que querían hacer volar la ciudad? Supongo que no podría usted entregar mi carta.

—¿Cómo no?, dijo Wylie, con aire de triunfo. Y me he traído á la princesa. Va en el coche.

—¿En el coche? ¿Irene?, y ¿me ha dejado usted que viniera andando tan despacio? ¿Qué habrá pensado de mí?

—Espere usted un momento, dijo Wylie á Zoe, al querer ésta aligerar el paso y hasta correr. Estoy sumamente satisfecho de mí mismo por el modo como he cumplido su encargo, pues he tenido que emplear todos los recursos de la diplomacia para vencer las objeciones que la princesa oponía á su venida aquí, como también las del profesor para traerla. Pero habrá que precipitar los acontecimientos mañana por la mañana, porque ella piensa volverse en seguida.

—Y, si lo hace, tendremos que abandonar la partida, pues se pondrá fuera de nuestro alcance, dijo Zoe. Es verdad, hay que precipitar los acontecimientos. Pero ¿cómo ha sabido usted cuáles eran mis deseos?, exclamó de pronto. Yo no se los había dicho.

—Lo deduje tomando por base lo que usted me había manifestado respecto á su hermano; se me ocurrió de momento que podríamos arreglarlo todo y de una vez, aprovechándonos de los sucesos ocurridos en la ciudad. Nadie sabe dónde se encuentra la princesa y tardarán algún tiempo en hallar su pista.

—¿Quiere usted decir que podrían casarse antes de que dieran con ella? ¡Oh, qué bien! Es preciso que arreglemos este asunto. Esta noche meditaré sobre ello y mañana hablaremos.

—Tenga usted confianza en mí, dijo Wylie al llegar á la puerta de la casa, donde la señora Panagiotis, alemana de robustas proporciones, estaba mirando con visible desconfianza á Irene, descotada y con su traje de gala hecho jirones.

Las dos jóvenes, dando un grito de alegría, se arrojaron en brazos una de otra, y á ruegos de Zoe la señora Panagiotis accedió á recibir á la desaliñada forastera, diciendo que se le daría la habitación inmediata á la de Zoe y que le prestaría un traje presentable en caso de que la señorita Teffany no tuviese ninguno á mano. Zoe, muy contenta, hizo presente que á ella sola correspondía el cuidado y agasajo de su amiga, y en seguida ayudó á ésta á subir las escaleras, deteniéndose únicamente para decir en voz baja á Wylie:

—Avísele á Mauricio, al pasar, que Irene está aquí. Sabiéndolo, tal vez podrá dormir.

Volviendo adonde se hallaba Irene, se encontró al profesor que, con marcada intención, le hacía presente lo mucho que se alegraba de recibir bajo su techo á una descendiente de la rama menor de la ilustre casa á que pertenecían los huéspedes que ya le honraban con su presencia. Zoe se la llevó en seguida, temiendo que el profesor pudiera decir algo que desbaratara sus planes.

—¿No le parece á usted la señora Panagiotis una persona muy extraña?, preguntó á Irene cuando se quedaron solas. Mauricio y yo nos habíamos figurado que se sentaría en el suelo y comería con los dedos; puede usted imaginarse lo que pasó por nosotros cuando nos encontramos que era de una corrección monumental. Al principio, el profesor la llamaba la señora profesora, *die Frau Professorin;* pero sin duda comprendió que no sonaba bien y dejó de llamarla así.

Irene se sentó escuchando pasivamente á Zoe, mientras ésta le desataba el cabello y le pasaba el cepillo.

—¡Ah, Zoe, exclamó de pronto, qué bienestar tan grande siento al verme aquí! Nada me importa de nadie, ni del profesor, ni de la profesora; me basta estar cerca de usted y de Mauricio. Usted no puede figurarse el deseo que tenía de verla.

—Es mucha bondad de su parte expresarse así, dijo Zoe arrepentida. Comprendo que, con frecuencia, no me he portado con usted todo lo bien que debiera.

—No hay tal cosa, replicó Irene indignada; usted y Mauricio siempre fueron buenos para mí, tanto cuando me creían una señorita Smith, como cuando supieron que era una princesa. A usted le sobraba la razón al reprenderme por decir necedades; acertó usted respecto de Vlasto, y yo fuí una tonta. Era el mismo Sr. Mitsopoulo, el hermano de Clariclea Ladoguin, disfrazado. Lo reconocí en cuanto me lo presentaron, y pensé, con amargura, en mi torpeza y en su acierto. Bien merecido tenía el castigo.

—De todos modos, es una cosa enteramente nueva para nosotras el que estemos dirigiéndonos mutuamente tantos cumplidos. ¿Ha traído usted consigo el cinturon de Isidora?

—¡Ah, no! ¿Cómo era posible que lo trajera? No me atrevía á llevarlo más tiempo en el vestido, por temor á la doncella. ¿Sabe usted, Zoe, que tenían muchas ganas de que se lo enviara á la emperatriz como una ofrenda de paz? Tanto Clariclea como su hermano me lo indicaron; pero no quise hacerlo, porque me parecía que eso equivalía á comprar su favor, cediendo mis derechos, que también son los de usted.

(Se continuará.)

ARTE PRACTICO DEL ALFARERO, por Keighley Snowden

El obrador del alfarero depende en la actualidad en gran parte de la escuela de artes y oficios, y la escuela á su vez debe estar convertida en obrador, para que pueda responder al fin que se propone; pues lo mismo debe enseñar la parte artística que explicar la parte científica. He visto varios de los preparativos que se están haciendo para el Congreso internacional de arte que se celebrará este mes en Londres, y me han llamado mucho la atención los métodos sumamente prácticos que se emplean hoy en la enseñanza de la industria. En la Exposición de South Kensington se pueden hacer comparaciones entre las treinta y seis naciones que concurren á este certamen industrial.

He hablado con los delegados de la Cámara británica de comercio que fueron hace poco á recorrer varias naciones del extranjero para ver cómo se hallan montadas las escuelas de artes y oficios, y todos me dicen que en muchos puntos están mejor subvenidas que en Inglaterra, pero que aquí se da á la enseñanza un sentido más práctico que en otras naciones.

Es una verdadera lástima, que demuestra nuestra indiferencia por la gente que se dedica á esta clase de industrias, que las revistas populares y baratas no se tomen el trabajo de describir, aunque fuera á la ligera, la escuela de alfarería del Real Colegio de Arte de Londres, por ejemplo, pues realmente es una pequeña fábrica. Los alumnos hacen todas las labores, hasta las más rudas, como son las de preparar el barro, á pesar de ser pequeños artistas, en el sentido más lato de la palabra. Es decir, que antes de tocar el barro han pasado cuatro años estudiando dibujo, pintura, modelado, arquitectura y otras varias cosas necesarias.

El barro que emplean en la fabricación de estas vasijas lo tienen que sobar y trabajar mucho con las manos para que desaparezca enteramente el aire que contiene, pues la menor burbuja que quedara dentro levantaría una ampolla en la pieza al cocerla en el horno. Pero antes de trabajarlo con las manos se apalea con una varilla de hierro, se parte la porción en dos pedazos que se ponen el uno encima del otro, se levantan en el aire y se tiran con fuerza sobre la piedra ó tablero donde se está trabajando. Este trabajo sirve además para desarrollar las fuerzas del muchacho.

En las fábricas, donde está establecida la división del trabajo, los hombres encargados de esta labor llegan á adquirir con el tiempo un gran desarrollo muscular y mucha corpulencia; pero á los estudiantes de estas escuelas no les gusta mucho esta parte práctica de la enseñanza.



Alumnos del Real Colegio de Arte de Londres en el trabajo
1. Colocación de un borde en la plancha. – 2. Operación de redondear la vasija
3. Pintura de las vasijas



Objetos fabricados por los alumnos del Real Colegio de Arte de Londres

Antes de llegar á la rueda ó al modelado para dar forma al barro, tiene que pasar el alumno por todas estas operaciones; tiene que aprender también á hacer los moldes, figuras sueltas y grupos de estatuitas, y la ingeniosa combinación de los moldes para reproducir éstas; tiene que aprender todas las clases de vidriado ó barnizado que se conocen, y del modo que se emplean en los objetos de su fabricación, á encender el horno y á arreglar la mufla.

En una palabra, cuando el estudiante sale de esta escuela industrial no tiene que ignorar nada de lo que pueda saber cualquier director de una fábrica de porcelana. Su enseñanza es puramente práctica desde el principio hasta el fin; y puede con sus conocimientos introducir nuevas formas y nuevo decorado y dar nuevo impulso á la fábrica donde entre á trabajar, porque su enseñanza es muy completa.

Por esto resulta que los equipos de estas escuelas sean mucho más costosos que los de las escuelas de tejidos ó cualquier otra escuela industrial, porque se necesitan hornos y otras muchas cosas que cuestan bastante dinero para poder hacer moldes y fabricar después los objetos de porcelana; á menos que no se quiera prescindir de ellos, y en ese caso la enseñanza ya no es completa.

Algo se ha hecho privadamente en este sentido, pero hoy existen ya más de veinte escuelas oficiales sólo en el distrito de la industria alfarera, de donde salen los mejores dibujantes que ocupan buenos puestos en las fábricas de porcelana, aunque hay que confesar que la iniciativa partió del Sr. E. R. Taylor y de otros que principiaron por establecer escuelas particulares.

Algunas de estas escuelas oficiales no están aún bien instaladas, pero lo estarán dentro de poco para que la enseñanza de los alumnos no sea deficiente. Hoy ya no hay secretos perdidos de la fabricación de la porcelana, como dice muy bien el Sr. Richard Lunn, maestro en la escuela de South Kensington; todo lo que sabían los

antiguos de esta industria se ha descubierto y se enseña hoy en las escuelas, con otras muchas cosas que ellos no sabían.

Sin embargo, hay que confesar que la fama que ha alcanzado este pequeño obrador de la escuela de South Kensington es debida en gran parte á la buena idea de sus profesores de instruir bien á sus alumnos en la parte artística. El profesor Lethaby, que es uno de los consejeros de arte del «County Council» de Londres, se expresa del siguiente modo:

«La ventaja especial que tiene el Real Colegio de Arte, como escuela de dibujo, consiste en estar asociado al gran Museo, que posee la colección más rica y hermosa de porcelana de la China y de vasijas artísticas de barro que hay en el mundo. Principiando con los pocos, pero escogidos, vasos griegos de los siglos VI y V antes de Jesucristo, posee ejemplares de cerámica artística de casi todas las escuelas importantes que han florecido. En este incomparable Museo es precisamente donde los alumnos pueden observar característicamente las hermosas formas, los colores y la fabricación de la porcelana.

»Pero esto no quiere decir que vayan á copiar lo antiguo; nada de eso; el minucioso examen de esta hermosa colección de vasijas de barro de todos los tiempos y de todos los países del mundo, les sirve admirablemente para inspirarse, para tomar ideas y preparar modelos nuevos con arreglo á los gustos del día; porque la instrucción que reciben en la escuela es más que suficiente para poder apreciar lo bello, lo mucho que hay de bueno en los objetos antiguos que tienen á la vista.

»Con este minucioso examen, el estudiante puede apreciar la gran diferencia que hay entre inventar formas nuevas, dibujando en un papel, y estudiar los objetos verdaderamente bellos que ya se han fabricado. Y lo mismo que decimos de las formas se puede decir de la decoración y del color, que se adquieren los dos observando y practicando mucho el arte.

»El estudiante aventajado que conoce todo esto, no presentará al fabricante de porcelana ningún modelo nuevo de su invención dibujado en el papel; le presentará el objeto fabricado por él, para que lo examine y reproduzca si le gusta.»



Coquetería, estatua de Juan Schaffer

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

INFORME SOBRE EL FOMENTO DE LA INDUSTRIA BANCARIA, por *D. Guillermo Graell.* – La *Societat d' Estudis economichs*, establecida en Barcelona, abrió hace poco una información pública sobre la necesidad de crear banca catalana. Muchos y muy notables fueron los trabajos durante la misma presentados, mereciendo entre ellos especial mención el informe de clausura redactado por el presidente honorario de la sociedad, el distinguido economista Sr. Graell, informe en el que se estudian, con excepcional competencia, los importantes problemas económicos en aquella información planteados. Un folleto de 32 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Casanovas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES 1907. – Varias veces nos hemos ocupado de esta publicación, que puede considerarse como modelo en su género. El anuario correspondiente al año pasado, como todos los anteriores, contiene todos los datos, cuadros y noticias que puede desear el más exigente en materia de estadística, y que demuestran, así el crecimiento y la excelente administración de la capital de la República Argentina, como la inteligencia y actividad de la Dirección de Estadística municipal bonaerense, desempeñada por don Alberto B. Martínez.

ARBOLES FRUTALES, por *Víctor Miranda.* – La casa editorial barcelonesa de Francisco Puig ha publicado la segunda edición de esta importante obra, que es un tratado completo del cultivo y explotación de los principales árboles frutales, como el albaricoquero, el almendro, el castaño, el cerezo, el ciruelo, el cocotero, el granado, el guindo, la higuera, el manzano, el melocotonero, el membrillero, la morera, el naranjo, el níspero, el nogal, la palmera, el peral y el plátano. Un tomo de 228 págs.; precio, tres pesetas.

LA VIDA ESPIRITUAL, por el *R. P. Andrés M.ª Meynard.* – Esta obra responde admirablemente al concepto de la ciencia interior ó espiritual, se halla del todo conforme con el espíritu y los principios de Santo Tomás de Aquino, y en ella encontrarán las personas piadosas y singularmente los religiosos, las religiosas y el clero secular un manual incomparable de educación espiritual, y los maestros y directores un guía segurísimo en sus instrucciones y conferencias. Correctamente traducida por el R. P. Raimundo Castaño, *La vida espiritual* ha sido editada en Barcelona por los Herederos de Juan Gili, y se vende á cuatro pesetas en rústica y á cinco encuadernada.



Wigan (Lancashire. Inglaterra). — Terrible explosión en una mina de carbón. Sitio en donde la explosión se produjo
(De fotografía de «World's Graphic Press.»)

El día 18 de este mes produjose una explosión terrible en la mina de carbón de Abraham, cerca de Wigan, en Lancashire (Inglaterra). Cuando ocurrió la catástrofe, hallábanse dentro de la mina ochenta hombres, de los cuales sólo cuatro pudieron salvarse. Organizados los trabajos de salvamento, extrajéronse al pronto veinte cadáveres, pero á causa del humo y de los vapores deletéreos hubieron aquéllos de suspenderse; han quedado, por consiguiente, enterrados cincuenta y seis mineros, habiéndose perdido toda esperanza de sacarlos con vida del fondo de la mina. La explosión fué tan grande que las aberturas por donde habrían podido escapar los obreros se cegaron.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 7 de septiembre de 1908 — Núm. 1.393



ESTIO, cuadro de E. J. Gregory

(Exposición de la Real Academia de Pintura y Escultura de Londres.)



REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: conservadores y liberales: situación económica: el azúcar. – *República Dominicana:* la nueva constitución: agricultura, obras públicas é inmigración. – *Costa Rica:* una legación apostólica. – *Colombia y Ecuador:* aspiraciones á reconstituir la Gran Colombia. – *Venezuela:* la cuestión con Holanda: el Acta original de la independencia y el Museo Nacional. – *Bolivia:* muerte del Presidente electo. – *Paraguay:* causas del fracaso de la proyectada inmigración de bejaranos.

A juzgar por las elecciones provinciales y municipales que acaban de verificarse en Cuba, el partido conservador ó moderado tiene gran mayoría. Se presume idéntico resultado en las elecciones legislativas y presidenciales.

Estamos, pues, como estábamos. El partido triunfante es el de Estrada Palma, contra el que los liberales habían provocado el movimiento revolucionario que dió origen á la intervención yanqui.

Los liberales no pierden, sin embargo, esperanzas. Atribuyen el fracaso á las divisiones que hay entre ellos y tratan de robustecer sus fuerzas formando la «Unión liberal» con los dos importantes bandos que acaudillan Zayas y Miguel Gómez.

Acerca del estado económico del país ha informado recientemente el Cónsul de México en la Habana Sr. Palomino. Sigue notándose escasez de dinero y desconfianza en casi todos los negocios, á consecuencia de los dos años de malas cosechas: pocos son los que dedican sus capitales al fomento de la agricultura, prefiriendo emplearlos en la construcción de fincas urbanas. El comercio sufre una paralización pocas veces igualada en esta época. Así es que la situación económica dista mucho de ser satisfactoria en el presente. No obstante, el país cuenta con muchos elementos de riqueza sin explotar, y bastará un año de buenas cosechas y buenos precios en el azúcar y el tabaco para que renazca la animación en todos los negocios.

Respecto al azúcar la producción ya va aumentando. En la «Estadística general de la industria azucarera y sus derivadas» que ahora ha publicado el Negociado de Riqueza territorial, consta que la zafra de 1906-7 tuvo un valor total de 73.897.000 pesos oro, habiendo sido la anterior de 61.515.000. Pero aún no iguala á la de 1904-5, que fué de 80 millones.

* * *

Bajo el régimen de nueva ley constitutiva ha sido reelegido presidente de la República dominicana el general D. Ramón Cáceres, que con fecha 1.° de julio entró en ejercicio de sus funciones.

La constitución ahora vigente proclama la libertad religiosa y la libertad de imprenta y de enseñanza, declara abolida la pena de muerte por delitos políticos, reorganiza los tribunales de justicia, establece las dos Cámaras legislativas, Senado y Cámara de diputados, en vez de la única que antes había, y amplía á seis años los cuatro que anteriormente duraba el período presidencial.

Se ha creado un nuevo ministerio, el de Agricultura é Inmigración. En su programa de gobierno, Cáceres manifiesta que se propone atender con preferencia al desarrollo de la agricultura, de acuerdo con los métodos científicos; á este propósito responde de la partida consignada en presupuestos para una Escuela de Agricultura experimental.

La situación financiera, normalizada por los últimos convenios y mediante la intervención yanqui en las aduanas, inspira ya alguna confianza. Pero el ideal del actual gobierno y de todos los buenos patriotas dominicanos es poder prescindir de tales intervenciones: sobre todo aspira Cáceres á que las empresas públicas, es decir, ferrocarriles, puertos, canales de riego, estén bajo la inmediata inspección de la administración pública.

Esas obras y el fomento de las labores agrícolas requieren mayor población rural y más braceros; es necesario atraer inmigración y se hacen gestiones para llevarla de Europa, especialmente de España.

* * *

A Costa Rica no llega la efervescencia revolucionaria que con frecuencia agita á otras repúblicas de Centroamérica. Por esto su capital viene siendo la elegida para residencia de las nuevas instituciones de paz y armonía centroamericanas (Tribunal arbitral, Instituto pedagógico, etc.), y por esto también la Santa Sede lleva á San José una Legación apostólica.

Probablemente, en los varios trances ó contingencias que se sucedan para constituir al fin la gran confederación de repúblicas de Centroamérica, ha de corresponder lugar preeminente á la pequeña y culta República de Costa Rica.

* * *

No se abate la bandera de la Gran Colombia. A ella alude, es decir, á la unión de Colombia, Venezuela y Ecuador, el presidente Reyes en el Mensaje que leyó ante la Asamblea nacional reunida el 21 de julio último, y la proclama también, como ideal de esos tres estados, en el mensaje de felicitación que dirigió al presidente del Ecuador con motivo de la inauguración del ferrocarril de Guayaquil á Quito. Cuando los carriles de hierro, decía, unan á Quito con Bogotá y con Caracas habrá que pensar en la reconstitución de la Gran Colombia que fundó Bolívar.

Pero el general Alfaro, el presidente del Ecuador, no quiere esperar tanto. Recuerda á Reyes, en la respuesta que le envía, que hay que cumplir el testamento de Bolívar, y que realizada ya la más difícil etapa del ferrocarril interandino del Ecuador, tienen un primer deber que cumplir: «dar el primer paso político hacia la confederación colombiana». No debe terminar este año sin que se reuna la primera gran Dieta de Colombia, en la que delegados de los tres gobiernos echen los cimientos de la confederación de las tres repúblicas.

No ha de faltar, seguramente, el concurso del presidente de Venezuela, general Castro, que, como es bien sabido, años hace que aprovecha toda ocasión propicia para aconsejar la reconstitución de la Gran Colombia, entre otros fines con el de imponer á los yanquis y demás potencias extranjeras mayor respeto á los derechos é intereses de estas Repúblicas.

* * *

Y no ceja, por cierto, Castro en su empeño de hacerse respetar de esas potencias que toman como cosa de juego los intereses y los derechos de algunas repúblicas hispanoamericanas.

Ahora ha entrado en turno Holanda. Su ministro en Caracas, un Sr. Reuss, que estaba en relaciones con los comerciantes de su país, cometió la indiscreción de escribir, con su firma, informes que publicó la prensa de Amsterdam, y en los que se emitían conceptos impropios de la mesura con que debe proceder un diplomático que ostenta en país extranjero la representación del suyo.

«La política del presidente Castro, decía, que desde 1899 ejerce un poder casi dictatorial, tendiendo á apoderarse de todos los monopolios mediante toda clase de recursos, ha arruinado casi completamente el país. En tanto que el actual gobierno esté en el poder, no resurgirá el comercio, porque sería quimérico esperar que después de haber gobernado como dictador durante nueve años, cambie el presidente de política, en el interior y en el extranjero.»

Cuando el gobierno venezolano tuvo noticia del hecho, dirigió al Sr. Reuss, por conducto del ministro de Relaciones exteriores, la siguiente comunicación: «En vista de las opiniones expresadas por usted en su nota del 9 de abril, el presidente, á quien está encomendada la salvaguardia del decoro nacional, lo conceptúa á usted incompetente para servir de intermediario entre su gobierno y el de Holanda. En consecuencia, envía á usted los pasaportes del caso para que salga de Venezuela.»

Cuidó el ministro venezolano de advertir que esta medida se refería personalmente al Sr. Reuss; éste era el expulsado, no el ministro de Holanda, nación con la cual Venezuela mantenía y quería mantener la más cordial amistad.

En la vecina isla holandesa de Curaçao, foco de todas las conspiraciones contra los gobiernos de Venezuela, sentó muy mal la digna y enérgica resolución de Castro. Las turbas hostilizaron el consulado venezolano y las casas en que vivían súbditos de Venezuela, y se oyeron gritos de «muera Castro» y otros análogos.

El gobierno holandés, en vez de apresurarse á nombrar nuevo ministro y dar satisfacción á Venezuela, se mostró ofendido, y aun corrió el rumor de que preparaba acción militar contra aquella república. Entonces el ministro de Relaciones exteriores de Venezuela se dirigió ya al ministro de Relaciones exteriores de Holanda, advirtiéndole que Venezuela no puede continuar manteniendo relaciones amistosas con una nación que tolera que su representante oficial injurie á Venezuela, cuyos cruceros no saludan la bandera y cuyos súbditos de Curaçao atacan al cónsul venezolano, violan el Consulado y profanan el escudo consular.

En lo que á la vida interior de Venezuela se refiere, es hecho digno de anotarse la novedad que ha ofrecido en este año la fiesta nacional del 5 de julio, á saber: la solemne entrega al presidente del libro original de las actas del Congreso Constituyente de 1811, que contiene la de la independencia, libro recientemente descubierto en la ciudad venezolana de Valencia y declarado auténtico por la Academia Nacional de la Historia.

El hallazgo de tan importante documento ha motivado un decreto que manda construir un edificio destinado á servir de Museo Nacional, y en el que, entre otros objetos relativos á la Historia patria y á las varias Ciencias y Artes, se conservará dicho libro encerrado en valioso cofre que se colocará á modo de Arca sagrada en el centro del principal departamento del Museo. Entre tanto, el Libro de actas quedará en la Academia Nacional de la Historia, al cuidado de este docto cuerpo, para ser trasladado al Museo el 5 de julio de 1911, primer centenario de la independencia de Venezuela, que se celebrará con pompa y esplendor inusitados.

* * *

El Presidente electo de Bolivia D. Fernando Guachalla murió repentinamente el 24 de julio. Esta imprevista desgracia obligó á convocar el Congreso nacional, el cual, reunido el 6 de agosto, acordó prorrogar por un año las funciones que desempeña el actual presidente Sr. Montes.

* * *

Pocos días hace que hemos recibido la Memoria de la oficina de inmigración y colonización del Paraguay correspondiente á los años 1905 á 1907. Hay en ella párrafos muy curiosos relativos á la fracasada emigración de los bejaranos á dicha república. Veamos cómo nos cuentan desde allá los hechos que tanto dieron que hablar en nuestro país.

Los presidentes de los centros obreros de Béjar enviaron una circular impresa, en la que exponían las penurias sufridas en su patria y solicitaban que el gobierno paraguayo «les tendiera la mano, acogiéndolos en su seno.» Se les contestó que en el Paraguay eran bien recibidos todos los hombres honrados y trabajadores, que allí los obreros gozaban de mejores salarios que en otros puntos y que á los que quisieran dedicarse á la agricultura se les daría gratuitamente tierras de labor.

Pasó tiempo, y un día se presentaron dos señores en nombre de sus conterráneos de Béjar. Se les dió pasaje desde Buenos Aires á la Asunción y se les atendió en el Hotel del Estado. Pusieron todo su empeño en conseguir fondos para que la población entera de Béjar pudiera hacer el viaje sin gastar un céntimo. Y á la vez se mostraban poco propicios á las labores del campo, porque los bejaranos eran industriales, y cuando vieron una hilandería de algodón con máquinas modernas, declararon que no podrían trabajar en ese establecimiento porque la maquinaria no era la que ellos habían usado en su país y porque además únicamente sabían trabajar en lana!

En suma, pretendían que el gobierno del Paraguay gastase muchos miles de pesos en llevarlos á su país, sin ofrecerse á trabajar en lo que conviniera, no á ellos, sino á la República que los recibía en su seno.

R. Beltrán Rózpide.

LA DOTE DE GERMANA (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá.



En el gran salón del hotel cada cual contaba su historia

I

En el gran salón del hotel cada cual contaba su historia.

Cuando le llegó el turno á mi vecino, expresóse en los siguientes términos:

—Yo, señoras, me he casado dos veces con la misma mujer.

Y observando el asombro que sus palabras habían causado en el auditorio, prosiguió diciendo:

—Sí, señoras, sí. ¿De qué se extrañan? Dos veces con la misma mujer, en justas nupcias, en la misma alcaldía; y por cierto que mi segunda boda fué el origen de mi fortuna.

La señorita Germana Leduc quedó huérfana de madre cuando era todavía muy niña, y su padre, agobiado por el dolor de la pérdida de su esposa, nunca pensó en volverse á casar y consagró su existencia á su hija única, poniendo en ella todos sus afectos.

Nuestras familias conocíanse desde hacía mucho tiempo, y un día, seducido por las gracias y las buenas cualidades de Germana, me atreví á confesarle mi amor. Aceptó ella mi demanda y prometióme ser mi esposa. También mi padre había consentido en nuestro enlace, que debía efectuarse dos meses después, cuando una catástrofe imprevista ocasionó al pronto la ruina de mis padres: su banquero, un amigo de la infancia, depositario de toda su fortuna, se había fugado á América.

Ante un desastre tan espantoso, que destruía mis más queridas esperanzas, creí que mi deber de hombre honrado me obligaba á devolver su palabra á la señorita Germana, relevándola de sus compromisos; mas ella, que compartía mis sentimientos de cariño, no lo entendió así, y á pesar de las observaciones, mejor diré, de los insistentes ruegos de su padre, que de buen grado habría aceptado mi ofrecimiento, persistió en su resolución. Conociendo, como conocía desde larga fecha, su corazón magnánimo, aquella prueba de desinterés de su parte no me sorprendió lo más mínimo, no obstante lo cual le guardé profundo agradecimiento.

Cuando llegó el momento de firmar el contrato, el Sr. Leduc, alegando la reciente fuga del banquero que se había alzado con los valores, exigió, contra lo que antes habíamos convenido, que la fortuna de su hija, compuesta exclusivamente de inmuebles, quedase sometida á las más rigurosas cláusulas del régimen dotal.

En vista de esa prudencia exagerada, y sin embargo disculpable, hubiera sido una impertinencia de mi parte insistir para que aquella resolución se modificase; así es que no formulé objeción alguna y el notario redactó el documento.

¿A qué describir á ustedes las delicias de nuestra vida? Nos amábamos, y esta palabra ¿acaso no resume todas las felicidades humanas?

Una nubecilla vino, sin embargo, á empañar nuestro cielo azul. Murió mi suegro á consecuencia de una pleuresía; era un hombre excelente y durante largo tiempo le lloramos. Consecuente con sus principios, había desnaturalizado su fortuna, vendiendo sus valores mobiliarios para comprar inmuebles. ¡Siempre el miedo de una desgracia!

A consecuencia de la crisis agrícola, los arrendatarios de nuestras fincas, situadas cerca de Bayeux, en el departamento del Calvados, pagaban mal, y hasta me vi en la necesidad de hacerles grandes rebajas. Por fortuna mi empleo de dependiente principal de un agente de cambio me permitía esperar días mejores y subvenir ampliamente á los gastos de nuestra casa.

En esto murió uno de los socios de mi principal, y éste, siguiendo la costumbre que tenía establecida, ofreció la parte que aquél interesaba en la casa á los empleados. Las condiciones eran muy ventajosas, pero ninguno de los dependientes se hallaba en condiciones de comprar aquella participación; en cuanto á mí, la dotalidad que pesaba sobre los bienes de mi mujer me impedía, con gran sentimiento mío, pensar en aquella adquisición.

Referí, naturalmente, á Germana lo que ocurría, y la pobre, ante la imposibilidad de obviar aquel inconveniente, se afectó mucho; pero viendo mi contrariedad, supo hábilmente desviar la conversación y no hablamos más del asunto.

Al cabo de tres días, cuando estábamos acabando de comer y en el momento en que menos pensaba yo en ello, díjome Germana, acompañando sus palabras con la más encantadora sonrisa:

—¿Cuánto te piden por la participación en la agencia de cambio?

—Trescientos mil francos.

—Cómprala.

—¡Pero, desgraciada!, ¿con qué lo pagaré?

—Con mi dote.

—¡Con tu dote! Demasiado sabes que por virtud de nuestro contrato matrimonial, que nos somete al régimen dotal, tu dote es inalienable.

Germana, con cierto aire de triunfo, me replicó:

—Siguiendo el precepto del Evangelio, he buscado y he encontrado el medio de enajenarla... Conque da un beso á tu mujercita y confíale la dirección del negocio... Y tenga usted entendido, caballero, que habrá de obedecerme usted en todo...

II

El siguiente jueves reuníamos en nuestra mesa á una docena de amigos. Entre los comensales no había dejado ni un momento de reinar la alegría más franca, cuando á los postres, queriendo yo pasar á mi vecina una cesta de uvas, derribé su copa de vino sobre el mantel.

Mortificado interiormente por una observación agridulce de Germana, le repliqué con brusquedad, y lleno de cólera acerquéme á ella y delante de todos le dí un solemne par de bofetadas.

Mediaron los amigos para apaciguarnos, pero Germana no hizo caso de nadie.

—Ustedes son testigos, dijo levantándose, del grosero insulto de mi marido... Como no lo merezco, no me rebajaré para recogerlo, pero tampoco permaneceré un minuto más en esta casa... No he de guiarme más que por lo que mi honor ultrajado me dice, y mañana tendrá ese caballero noticias mías.

Y á pesar de las instancias y de las súplicas de nuestros invitados, se marchó furiosa.

Al día siguiente entablaba demanda de divorcio.

Su abogado, algo pariente suyo, llevó el asunto con rapidez; muy versado en los procedimientos y considerado en extremo por el presidente del tribunal, halló manera de abreviar los términos, y seis meses después el tribunal fallaba el asunto en contra mía y decretaba el divorcio.

Libre ya de sus derechos, por haber quedado roto el contrato matrimonial, Germana aprovechó aquella situación para vender en seguida sus inmuebles, y alegre y sonriente vino á entregarme el precio de la venta.

—Vé ahora á pagar tu participación, me dijo, y

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

no tardes en traerme el recibo; á tu vuelta verás de nuevo, como antes, á tu mujercita instalada en tu casa y esperándote con los brazos abiertos...

—¡Oh, Germana, mi adorada Germana!, exclamé.

—¡Ah! Durante el tiempo del maldito pleito, ¡cuánto me costaba no poder verte más que por las noches y á escondidas! ¡Pobre amigo mío! Te ocultabas como un ladrón... Si por desgracia te hubiesen visto, el tribunal habría tenido motivos para creer que nos habíamos reconciliado y no habría dictado el fallo esperado con tanta ansiedad... Convén conmigo en que tengo buena mano y en que mi primo el abogado nos ha aconsejado á las mil maravillas.

—Es verdad.

—Estoy contentísima y nado en un mar de ventura.

—Pero dime, ¿no has pensado en que viviendo bajo el mismo techo la gente puede creer?..

—¡Oh! En cuanto á eso me tiene sin cuidado, porque tengo el asentimiento de mi director espiritual.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. A los ojos de la Iglesia el matrimonio religioso es el único válido; el otro, el contraído delante del alcalde, no significa nada. Por consiguiente, desde el punto de vista canónico, á pesar de la ruptura del vínculo civil, nunca he dejado de ser tu esposa... ¿Te haces bien cargo de la lógica del razonamiento?

—Perfectamente.

—Vuelta por mi espontánea voluntad al domicilio conyugal de donde había salido benévolamente, recobro como es natural mi puesto en el hogar y nadie podrá censurar mi conducta. La doctrina de los teólogos me manda obrar así y yo no hago más que cumplir con mi deber.

—Eres una esposa adorable y te amo con todo mi corazón, díjele estrechándola entre mis brazos y correspondiendo cariñosamente á sus caricias.

Cuando hubo transcurrido el plazo exigido por la ley y se hubieron llenado las formalidades previas de rúbrica, nos dirigimos, en compañía de nuestros testigos, á la alcaldía y el funcionario público procedió por segunda vez á la consagración de nuestro enlace.

—Y esta vez sí que el matrimonio es indisoluble, dije sonriendo.

—Así lo espero, ya que ahora no tenemos ningún motivo para reanudar aquellas duras pruebas, me contestó en el mismo tono mi adorable Germana.

De nuestra unión han nacido dos hermosos niños. Dios ha bendecido nuestros esfuerzos, y gracias á la adquisición de aquella participación en la agencia de cambio, pagada con dinero procedente de la dote de mi esposa, nos hemos hecho ricos. Sólo unos días me he adelantado á mi familia, y mañana, señoras, tendré el gusto de presentar á ustedes mis dos hijos y á la que dos veces se ha casado conmigo civilmente.



Retrato del niño Tomás Fane, pintado por Jorge Romney

LAS PLAYAS DE MODA.—BIARRITZ

Es esta otra de las playas consagradas por esa reina, la más tirana y caprichosa de cuantas ejercen dominio y la más gustosa y ciegamente obedecida por sus súbditos, mejor dicho por sus esclavos.

De ella puede decirse lo que de todas las demás playas frecuentadas por la alta sociedad: la vida es allí una continuación, muchas veces agravada, de la existencia de las grandes capitales; el mar, la campiña, los aires puros, son lo de menos; el casino, los salones, el paseo por las calles en donde hay lujosas y tentadoras tiendas, el traje á la *dernière*, he aquí lo que principalmente preocupa á los que allí veranean. El reposo, tan necesario al cuerpo como al espíritu, es un mito; bien es verdad que son muy contados los que, entre aquellas gentes, necesitan descansar de grandes fatigas físicas ó intelectuales.

La elegancia, el lujo, la animación sientan sus reales, durante los meses de agosto y septiembre, en Biarritz, en donde hay una colonia española numerosísima, compuesta en su mayor parte de familias de la aristocracia. El casino de Bellevue se ve muy concurrido, especialmente en las horas de los grandes conciertos que se dan en la alegre terraza del magnífico edificio; y en las salas de juego y en el teatro del mismo, la concurrencia es tan numerosa como selecta, desde el punto de vista del último figurín. También se ve muy concurrida la playa, pero más, muchos más son los que acuden á ver y á ser vistos que los que van á bañarse. Por las tardes se ven en la plaza de la Mairie gentes de todas las residencias veraniegas de las inmediaciones.

Abundan asimismo las grandes fiestas particulares, los suntuosos banquetes, los bailes, las tertulias íntimas, las partidas de *bridge*, en una palabra, todo lo que significa diversión y entretenimiento.

No faltan allí, sin embargo, los veraneantes que hacen una vida más sosegada, que toman sus baños higiénicamente y que realizan excursiones á los sitios pintorescos, entre los cuales merece citarse la roca de la Virgen de los Navegantes y que se entretienen buscando mariscos en las rocas; pero los que así viven en Biarritz constituyen en realidad una excepción y son mirados casi compasivamente por los que no comprenden los goces de una existencia apacible.

Ahora Biarritz se halla en plena *saison*, y durante unas semanas el bullicio será allí extraordinario; y sin embargo, la primera fiesta con que la temporada se ha iniciado, ha sido una fiesta tranquila, el llamado concurso de fortificaciones, en el que tomaron parte varios *equipos* de niños franceses y españoles que en la arena de la playa construyeron varios fuertes.

A los vencedores se les entregaron, en premio, preciosos juguetes.—S.



Retrato de los niños G., pintados por Juan Hoppner

LAS PLAYAS DE MODA.—BIARRITZ. (De fotografías de Manuel Asenjo.)



Puerto viejo

Casino de Bellevue



Entrada al baño



Niños en la playa



La Virgen de los navegantes



Buscando mariscos durante la bajamar

EL REY DE ESPAÑA EN LONDRES. (De fotografías de World's Graphic Press.)

D. Alfonso XIII llegó á la capital de Inglaterra á las once de la noche del 24 del próximo pasado, y á la mañana siguiente salió del Hotel Ritz, en donde se hospedaba, con el propósito de dar un paseo por la ciudad y de efectuar varias compras.

Creía poder pasar inadvertido y callejear un rato por la capital como un particular cualquiera; pero la satisfacción del incógnito, que tan grato suele ser á los reyes en esas excursiones, le duró bien poco. Una ráfaga de viento le arrebató el sombrero y D. Alfonso echó á correr tras éste, logrando recogerlo; aquel incidente, sin embargo, fué bastante para que los transeuntes se fijasen en él y algunos de ellos le reconocieran. Desde aquel momento se acabó para el joven monarca la tranquilidad; los que le habían reconocido hicieron cundir la noticia, y no se pasó mucho rato sin que un grupo cada vez más numeroso fuera en seguimiento del ilustre extranjero.



S. M. el rey D. Alfonso XIII reconocido por el público en las calles de Londres

En vano trataron los *policemen* de librar á don Alfonso de aquel séquito que no cesaba de prodigarle vivas muestras de simpatías. El rey, aun agradeciendo aquella manifestación cariñosa, quiso substraerse á ella y subió á un coche que por allí acertaba á pasar y que, emprendiendo una buena marcha, no tardó en dejar atrás á los manifestantes. Al decir *acertaba* á pasar, decimos mal, porque el encuentro del vehículo con el soberano no fué debido únicamente á la casualidad, y como con este suceso se relaciona una curiosa anécdota á la que se refieren dos de los grabados que en esta página reproducimos, vamos á referirlo tal como el cochero, un tal Carlos Mabson, se lo contó poco después á un redactor del *Daily Mirror:*



El cochero que condujo en su *cab* á D. Alfonso XIII contemplando el autógrafo que le dió el rey de España

«Acababa yo de desembocar en Picadilly, cuando vi venir hacia Saint-James's Street dos caballeros, seguidos por un grupo de gente. Me bastó una ojeada para advertir que uno de los caballeros era el rey de España. Instantáneamente me dije: «Aprovechemos la ocasión.» Arreé en seguida el caballo, y en menos tiempo del que tardo en contarlo, S. M. D. Alfonso XIII y el caballero que le acompañaba (el marqués de Viana, según supe después) se subieron al coche, sin decirme el punto de destino.

»Pensando que lo que deseaba el rey de España era substraerse á la curiosidad de las gentes que le escoltaban, emboqué Albemarle Street, dí media vuelta y me dirigí á la embajada de España.

»Entonces el rey, sacando la mano por la ventanilla, me hizo señal de detenerme. Me incliné para ver lo que deseaba S. M.

—»Cochero, dijo, vas mal. Llévame donde dice este papel.

»Y me entregó un pliego de papel de cartas con el membrete del Hotel Ritz y dos señas. Como una de ellas tenía equivocado el número, resultó que llevé á Su Majestad y al marqués de Viana á un *restaurant,* en vez de conducirlos á una librería, que era lo que ellos deseaban.

»Rectificado el error, me despidió el rey, entregándome media libra esterlina como pago de mi servicio.

»D. Alfonso y su acompañante penetraron en la librería.

»Al guardarme la moneda en el bolsillo, tropecé con la noticia de las señas.

»Ocurrióseme entonces que acaso el rey no tendría inconveniente en estampar en ella sus iniciales, y entré en la tienda.

—»Perdóneme V. M., dije, descubriéndome y haciendo profunda reverencia; pero como no suelo tener el honor de conducir reyes en mi carruaje, me atrevo á suplicarle que escriba, á título de recuerdo, sus iniciales en este papelito.

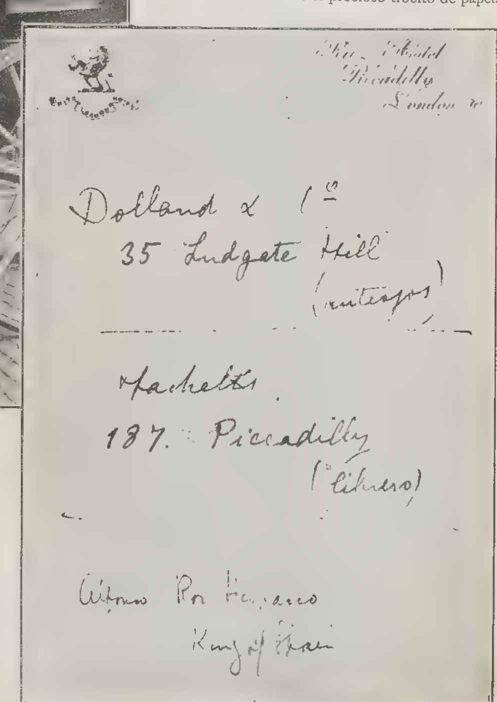
»D. Alfonso se sonrió amablemente, y repuso: «*All rigth,* cochero». Y pidió un lápiz.

»Yo hubiera preferido que el precioso autógrafo fuera escrito con tinta; pero S. M., tomando un lápiz de una mesilla próxima, dijo:

—»¡Bah!.. Es lo mismo.

»Acto seguido trazó en la nota su nombre y su título de Rey de España.

»Excuso decir á usted, señor *reporter,* que voy á colocar en un marco el precioso trocito de papel.»



Piccadilly

Dolland & Co
35 Ludgate Hill
(anteojos)

Hachettes
187. Piccadilly
(libros)

King of Spain

Facsímile del autógrafo que S. M. el rey D. Alfonso XIII dió al cochero con las señas de las tiendas adonde había de conducirle y en el cual puso luego su firma

DUSSELDORF

EL 55.° CONGRESO DE CATÓLICOS ALEMANES

El día 16 de agosto último inauguróse en Dusseldorf el 55.° congreso de católicos alemanes, en el que han tomado parte más de 60.000 personas. Es este el segundo congreso de esta clase que se celebra en aquella ciudad; el primero se efectuó en 1869, cuando la población de Dusseldorf, que hoy cuenta con 300.000 habitantes, era sólo de 60.000.

Las sesiones celebráronse en el *aula maxima*, recientemente construída y una de las salas de congresos más grandes del mundo, puesto que sus dimensiones son de 90 metros de largo por 42 de ancho.



Dusseldorf (Alemania).—El 55.° Congreso de los católicos alemanes. Las delegaciones obreras desfilando delante de la tribuna, en cuyo centro está el cardenal Fischer, obispo de Colonia.

En la primera, después de elegida la mesa presidencial y de pronunciar sendos discursos el cardenal Fischer, obispo de Colonia, el regidor Meyer y otras eminentes nacionalidades, la asamblea acordó enviar dos telegramas, uno al papa, prometiendo trabajar fielmente por la libertad de la Iglesia y de la Santa Sede, y otro al emperador, ofreciendo colaborar á la realización de los buenos propósitos imperiales.

La asamblea tomó acuerdos sobre los más importantes problemas religiosos y sociales de estos tiempos.

El mismo día en que se inauguró el congreso, efectuóse una imponente procesión en la que figuraron todos los miembros adheridos al congreso, es decir, 60.000 personas, llamando en ella especialmente la atención por lo numerosas las delegaciones obreras y los estudiantes; estos últimos iban á pie unos y otros á caballo ó en coche, llevaban sus estandartes y con sus uniformes constituían una nota en extremo pintoresca.

La procesión desfiló por delante de la tribuna oficial, cuya presidencia ocupaba el cardenal Fischer.



MARRUECOS

LA PROCLAMACIÓN DE MULEY HAFID EN TÁNGER

(Véanse los grabados de la página 592.)

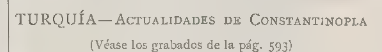
Cuando Abd el-Aziz, al frente de su almahala, se dirigía á la ciudad de Marruecos, con objeto de posesionarse nuevamente de aquella capital del Sur del imperio, que se había declarado en favor de Muley Hafid, una derrota tan grande como vergonzosa le obligó á desistir de su empresa y á refugiarse apresuradamente en Settat, bajo la protección de las tropas francesas. No llegó siquiera á trabarse combate; acampaba Abd el-Aziz á dos jornadas de aquella ciudad, en la llanura del Kla, cuando aparecieron de improviso mil jinetes hafidistas, cayendo sobre las fuerzas del sultán; éstas no opusieron resistencia, sino que emprendieron desordenada fuga, abandonando á su soberano y cometiendo en su huída actos de verdadero salvajismo, inspirados por el pánico que se apoderó de ellas.

Así que en Tánger se supo la derrota, reuniéronse los notables de la mezquita en la tarde del domingo 23. El Menebbi, ex ministro de la Guerra de Abd-el Aziz y ahora representante oficioso de Muley Hafid, propuso que antes de tomar una resolución se esperase dos ó tres días para ver si Abd el-Aziz abdicaba; pero los demás opinaron que debía proclamarse sin tardanza á Muley Hafid, á fin de evitar que las tribus adictas á éste que rodeaban la ciudad penetrasen en ella violentamente y produjesen desórdenes. En vista de esto, El Menebbi avistóse con El Guebbas, ministro de la Guerra que era del sultán derrotado, y le hizo comprender la inutilidad de toda resistencia y la necesidad de proceder cuanto antes á la proclamación del vencedor. Al propio tiempo, le dió toda suerte de garantías respecto de su seguridad personal y aun le rogó, en nombre de Muley Hafid, que conservara su cargo. Aceptó El Guebbas tales proposiciones, y aquellos dos hombres, hasta hacía poco enemigos, se reconciliaron y marcharon juntos á casa de El Torres, el cual fué también de parecer de que la proclamación se hiciese inmediatamente. El Menebbi y El Guebbas visitaron al embajador de Francia Sr. Regnault, y al encargado de negocios de España Sr. Padilla, y les dieron cuenta de lo que ocurría y de lo que se proponían hacer. Después de lo cual, dirigiéronse á la mezquita, en donde fué solemnemente proclamado Muley Hafid entre las aclamaciones de los asistentes á la ceremonia.

Muley Hafid ha sido además proclamado en otras importantes ciudades, como Rabat, Salé, Arzila y Larache, de suerte que, á no mediar sucesos imprevistos é improbables, pueda darse por terminado el reinado de Abd el-Aziz.

¿Qué ocurrirá ahora en Marruecos? ¿Reconocerán desde luego las potencias á Muley Hafid? ¿Aceptará éste los acuerdos del acta de Algeciras y los demás compromisos contraídos por su desdichado hermano con las potencias y con varias entidades financieras?

Por de pronto reina gran marejada en las cancillerías, y la conducta de Alemania, enviando á Fez, en donde se halla Muley Hafid, á su representante en Tánger Sr. Vassel, á espaldas de las demás naciones y casi ocultamente, inspira graves recelos á las demás potencias, que ven en ese hecho un acto agresivo poco conforme con las prácticas internacionales y opuesto á la unidad de miras y de procedimientos que, al parecer, debería existir entre todos los países interesados en la cuestión de Marruecos.



TURQUÍA—ACTUALIDADES DE CONSTANTINOPLA

(Véase los grabados de la pág. 593)

Desde que se proclamó el régimen constitucional en Turquía, el sultán Abdul Hamid, que hasta entonces había permanecido poco menos que aislado en Yldiz-Kiosk, rodeado de polizontes y guardias incondicionalmente adictos, pone verdadero empeño en mostrarse en público y recibe con suma complacencia las ovaciones que le tributa su pueblo siempre que recorre las calles de Constantinopla.

Cada vez que se dirige á la mezquita en coche abierto para asistir al selamik, la multitud le aclama y el sultán se siente ahora, á pesar del escaso aparato de fuerza de que le rodea, mejor defendido que cuando cruzaba las vías de la capital en carruaje herméticamente cerrado y entre espesas filas de soldados.

Las manifestaciones numerosas menudean en Constantinopla. En el número último nos ocupamos de las que se efectuaron con motivo de la llegada del ilustre desterrado Fuad-Bajá y en los jardines de Taxim en honor de las víctimas de la libertad; en el presente publicamos un grabado que reproduce el entierro de Redgib Bajá, que murió de repente, á los ochenta años de edad, el 16 de agosto último, pocos días después de haber regresado de su destierro de Trípoli y de haber tomado posesión de la cartera de Guerra que le había adjudicado Kiamil Bajá al formar ministerio á principios del citado mes. Fué una ceremonia imponente, en la que tomaron parte más de 100.000 personas y á la que se asociaron todos los habitantes de la capital. El féretro, que iba cubierto con el magnífico paño mortuorio que adorna la propia tumba de Solimán, era llevado en brazos por sacerdotes, oficiales, estudiantes y gentes de todas las clases, que se disputaban el honor de conducirle.—R.



Los estudiantes de las Asociaciones Católicas en la procesión que se efectuó el día de la inauguración del congreso (De fotografías de Carlos Trampus.)



El Menebbi (×), ministro de la Guerra de Muley Hafid, y verdadero iniciador de la proclamación de éste en Tánger



El Guebbas, ministro de Negocios extranjeros y representante de Muley Hafid en Tánger



Aspecto de las azoteas de Tánger, llenas de mujeres, el día de la proclamación de Muley Hafid

TURQUIA.—La revolución constitucional. En Constantinopla. (De fotografías de Carlos Trampus.)



El sultán Abdul-Hamid dirigiéndose á la ceremonia del Selamik, entre las aclamaciones de la multitud
El personaje sentado enfrente de él, en el coche, es el gran visir Kiamil-Bajá

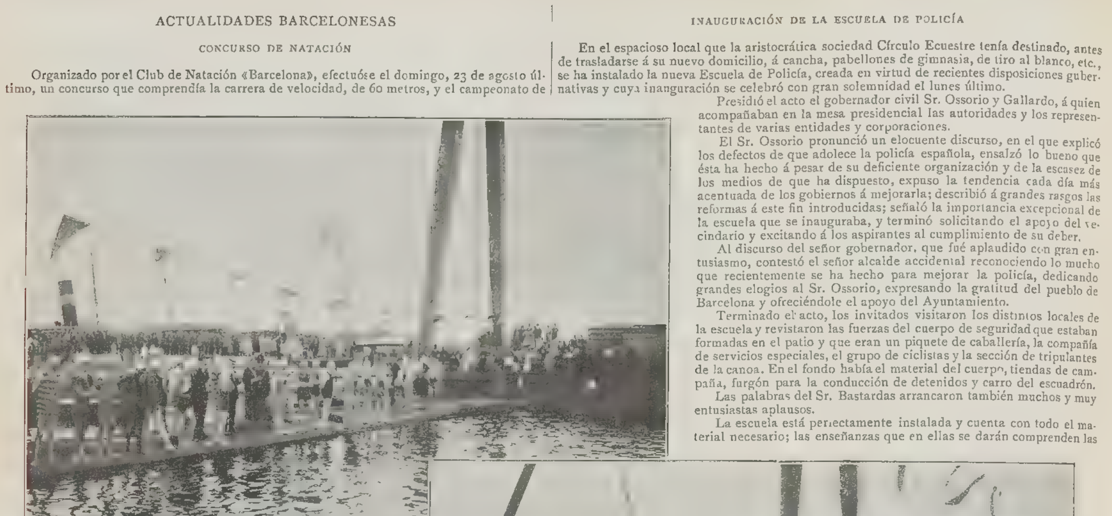


Entierro del mariscal Redgieb-Bajá, fallecido pocos días después de haber regresado del destierro y de haber sido nombrado ministro de la guerra
El ataúd, cubierto con el paño mortuorio del sultán Solimán, es conducido en brazos por entre una multitud de más de 100.000 personas

ACTUALIDADES BARCELONESAS

CONCURSO DE NATACIÓN

Organizado por el Club de Natación «Barcelona», efectuóse el domingo, 23 de agosto último, un concurso que comprendía la carrera de velocidad, de 60 metros, y el campeonato de España, consistente en recorrer un trayecto de 1.500 metros dando tres vueltas. Para la primera había tres premios: medalla de plata, medalla plateada y medalla de bronce; para el segundo, ocho: medalla de vermeil y diploma, medalla de vermeil, medalla de plata, una escribanía artística, un objeto de arte, medalla plateada y dos medallas de bronce, ofrecidos respectivamente por el Club de Natación «Barcelona,» el presidente del club, *El Mundo Deportivo*, D. Antonio Sanromá, D. Miguel Vidal, el Club de Natación «Barcelona», *El Mundo Deportivo* y D. P. Bernard. Además se disputaba en el campeonato la copa Solé, que debía adjudicarse al nadador español que llegase primero á la meta.



Barcelona. – Concurso de natación organizado por el Club de Natación «Barcelona.» – Los nadadores á punto de echarse al agua para disputarse el campeonato de España.

En la carrera de velocidad tomaron parte once nadadores, habiendo alcanzado los premios Gastón Guiraud, francés; Enrique Solaegui, español, y Roberto Miller, irlandés, que hicieron el recorrido en 50 segundos $^{2}/_{5}$, 51 $^{3}/_{5}$ y 51 $^{4}/_{5}$.

Disputáronse el campeonato veinticuatro nadadores. El español Claret tomó pronto la delantera, seguido de cerca por Heyden y Guiraud, y conservó la ventaja hasta que, cuando le faltaba recorrer sólo 300 metros, sobrevínole un calambre, accidente que los otros dos aprovecharon para adelantársele; esto no obstante, fué el tercero en llegar, llevándole el segundo medio metro de avance únicamente. Ganaron los premios: el primero, Heyden, alemán; el segundo, Guiraud; el tercero, Claret, y sucesivamente los demás, Jimeno, Solaegui, Luján, Baertschi y Fernández, todos españoles, excepto el cuarto, que es suizo. La copa Solé fué adjudicada á Claret.



Los vencedores del campeonato de España: 1.° A. von der Heyden (alemán); 2.° Gastón Guiraud (francés); 3.° E. Claret (español). (De fotografías de A. Merletti.)

Terminó la fiesta con una partida de *water-polo*, que jugaron los Sres. Rauret, Miller, Rabe, Wallace, Thornton, Luján y Candell, azules, contra los señores Muller, Baertschi, Evertz, Moller, Guiraud, Picornell y Novoa, blancos. El *match* resultó interesantísimo, y al final de las dos partes reglamentarias, de siete minutos cada una, habían vencido los azules; pero habiendo acordado el juez Sr. Solé prolongar el partido, terminó éste con un empate.

La fiesta fué tan interesante como agradable, y á presenciarla acudieron el comandante de Marina, representantes de varias asociaciones y una concurrencia tan escogida como numerosa.

INAUGURACIÓN DE LA ESCUELA DE POLICÍA

En el espacioso local que la aristocrática sociedad Círculo Ecuestre tenía destinado, antes de trasladarse á su nuevo domicilio, á cancha, pabellones de gimnasia, de tiro al blanco, etc., se ha instalado la nueva Escuela de Policía, creada en virtud de recientes disposiciones gubernativas y cuya inauguración se celebró con gran solemnidad el lunes último.

Presidió el acto el gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, á quien acompañaban en la mesa presidencial las autoridades y los representantes de varias entidades y corporaciones.

El Sr. Ossorio pronunció un elocuente discurso, en el que explicó los defectos de que adolece la policía española, ensalzó lo bueno que ésta ha hecho á pesar de su deficiente organización y de la escasez de los medios de que ha dispuesto, expuso la tendencia cada día más acentuada de los gobiernos á mejorarla; describió á grandes rasgos las reformas á este fin introducidas; señaló la importancia excepcional de la escuela que se inauguraba, y terminó solicitando el apoyo del vecindario y excitando á los aspirantes al cumplimiento de su deber.

Al discurso del señor gobernador, que fué aplaudido con gran entusiasmo, contestó el señor alcalde accidental reconociendo lo mucho que recientemente se ha hecho para mejorar la policía, dedicando grandes elogios al Sr. Ossorio, expresando la gratitud del pueblo de Barcelona y ofreciéndole el apoyo del Ayuntamiento.

Terminado el acto, los invitados visitaron los distintos locales de la escuela y revistaron las fuerzas del cuerpo de seguridad que estaban formadas en el patio y que eran un piquete de caballería, la compañía de servicios especiales, el grupo de ciclistas y la sección de tripulantes de la canoa. En el fondo había el material del cuerpo, tiendas de campaña, furgón para la conducción de detenidos y carro del escuadrón.

Las palabras del Sr. Bastardas arrancaron también muchos y muy entusiastas aplausos.

La escuela está perfectamente instalada y cuenta con todo el material necesario; las enseñanzas que en ellas se darán comprenden las materias siguientes: esgrima, gimnasia, fotografía, antropometría, práctica de policía, legislación é idiomas; y el cuadro de profesores lo forman los Sres. Bricall, García, Muñoz, Carreras y otros.

Es de desear y de esperar que los resultados de la escuela corresponderán á los propósitos y esfuerzos por demás laudables de sus iniciadores y organizadores. A éstos, y muy especialmente al dignísimo gobernador Sr. Ossorio, que con su talento, su tacto, su afabilidad y su rectitud se ha conquistado en el desempeño de su cargo universales simpatías, enviamos nuestro más sincero y caluroso aplauso.





Barcelona.—Inauguración de la Escuela de Policía.—Las fuerzas del cuerpo de seguridad, montadas y á pie, formadas en el gran patio de la escuela. La tribuna presidencial en el acto de la inauguración. (De fotografías de A. Merletti.)

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)



– Hay que hacerlo, murmuró ella, tratando de desasirse de la mano con que Mauricio la tenía cogida

Hizo Irene una breve pausa para fijarse en el efecto que habían producido sus últimas palabras, y después continuó:

—Hallé un lugar donde esconderlo, pero no sé si estará seguro. Tal vez den con él esta noche mientras me hallo ausente y lo manden á Pavelsburgo diciendo que va de mi parte.

—Si así sucediera, no podría usted remediarlo, dijo Zoe. No se ocupe usted, pues, de ello esta noche. ¿Se encuentra usted muy cansada, Irene? Tengo muchísimas preguntas que hacerle. Vamos á ver, traigamos su cama á mi cuarto, y así podremos charlar sin molestar á nadie hasta que nos quedemos dormidas. Mauricio querrá hablar con usted toda la mañana.

Ni la falta de sueño, ni las aventuras de la noche anterior, parecía que habían causado efecto alguno en Irene al día siguiente. Zoe le había arreglado el cabello de manera que ocultase las heridas y contusiones recibidas á consecuencia de la explosión, y estaba muy bien con la bata blanca que Zoe, con verdadero heroísmo, le había cedido, á pesar de que acababa de hacérsela para reemplazar á los horribles vestidos de procedencia alemana con que había tenido que contentarse desde su llegada á Therma. Las dos jóvenes se hallaban sentadas en la galería que daba á un patio interior, cuando Wylie, ya dispuesto á representar su papel, subió primero un brazado de cojines y luego á Mauricio, á quien acomodó en una butaca.

—¿Podré hablar con usted un momento?, preguntó á Zoe, según ya habían convenido.

La joven se fué al otro extremo de la galería con él.

—Tengo efectivamente algo que manifestarle, dijo Wylie; es absolutamente imposible que la princesa pueda regresar hoy por la mañana. Aún continúa el tiroteo en la ciudad, y se cree que no terminará mientras no lleguen más tropas, lo que no sucederá hasta esta noche. ¿Qué le parece á usted mi idea de montar á caballo é ir á pedirle á los Ladoguin que manden una escolta suficiente para acompañarla?

—Así se verá en el caso de tomar una resolución, que es lo que queremos, dijo con mucha seriedad Zoe. La llamaré aparte para que escriba una carta á la señora Ladoguin cuando sea tiempo de que usted parta. Tal vez antes de eso se pongan de acuerdo. Los dejaré solos toda la mañana, así que la haya dicho á Irene que ha de permanecer aquí, hasta que vengan por ella.

—¿No será demasiado significativo el dejarlos solos?, preguntó con interés Wylie.

Zoe le dirigió una mirada de conmiseración.

—Me quedaré aquí, dijo; si hablan alto, les oiré y tomaré parte en la conversación; si hablan bajo, seguiré cosiendo tranquilamente.

—¿No podré venir y acompañar á usted mientras esté de centinela?

—No, su compañía me distraería demasiado. Ya sabe usted, que, sin que se note, he de estar alerta.

Wylie se marchó sin hacer objeciones, dejando quizás á Zoe algo despechada; no volvió hasta dos horas después, dispuesto ya á montar á caballo.

—Ha llegado el momento, dijo Zoe. He de recurrir á todo mi valor. ¿Salvaré la situación ó la hundiré?

—¿Pero no cree usted que á estas horas ya estarán de acuerdo?

—De ningún modo. De vez en cuando he oído lo que decían y siempre era: «¿Se acuerda usted?,» como dos niños que hablan de lo que se divirtieron el domingo. Pudiera muy bien haber tomado parte en toda la conversación. Ahora voy á interrumpirlos. ¿No le parece á usted una iniquidad?

—De ninguna manera. Usted sabe perfectamente que va á hacer el papel, como en una novela de tres tomos, de diosa *ex machina* ó cosa semejante, que aniquila el tiempo y el espacio para hacer felices á dos amantes.

Zoe le miró con fijeza.

—No debe usted leer tan fácilmente en el pensamiento ajeno, dijo, ó le voy á tener miedo. Ahora voy á dar el salto mortal. Irene, ¿está usted lista? El capitán Wylie va á partir.

—¿A partir? ¿Adónde?, preguntó Mauricio.

—A Therma, por supuesto, á llevar una carta de Irene, pues si debe regresar esta tarde tendrán que venir á buscarla.

—¿Cuando todavía duran los disturbios, cuando hace tan poco que ha escapado con vida? ¡Qué disparate! No puede regresar.

—No debo permanecer más tiempo fuera de casa, dijo Irene.

—Muy penoso le será no haber podido estar sino un momento con nosotros, como el condenado á muerte que se despide de sus amigos antes de separarse para siempre, dijo Zoe.

—¿Y por qué se ha de ir?, preguntó de pronto Mauricio. Zoe, déjanos solos un momento más. Y dile á Wylie que aguarde, ¿quieres? Irene, añadió en cuanto Zoe se hubo separado, ¿quiere usted irse?

—Debo hacerlo, contestó sonriéndose animosamente.

—¿Puede usted soportar la idea de irse? Yo no quiero dejar que usted se vaya.

—Hay que hacerlo, murmuró ella, tratando de desasirse de la mano con que Mauricio la tenía cogida.

—¡Ah! No habría esa necesidad si..., sé que á usted le va á parecer muy mal, pero debo decírselo, si usted se casara conmigo.

—Me parece que me mira usted con compasión porque sabe que ya no soy la heredera, dijo ella con viveza.

—No había pensado en tal cosa; la compadezco, sí, pero es únicamente porque debe ser muy duro para usted verse en la alternativa de tener que aceptarme ó volver á una existencia que le infunde miedo.

—Supongo que sabrá usted, dijo Irene con energía, que si volviera á Escitia se me reintegraría en mi anterior posición, que sería rica y bien recibida en la corte.

—Sí, lo sé, y en cambio lo único que yo puedo ofrecerle con seguridad es una existencia campesina en Inglaterra. Todo lo demás son meras probabilidades.

—¿Cree usted que yo pienso en ellas? Lo que yo deseo saber con toda seguridad es que usted no me dice eso por compasión.

—Por compasión se lo digo, sí. Pero lo que yo quiero es que usted la tenga de mí.

Un rayo de sol vino á disipar de pronto la nube que cubría el rostro de Irene.

—¿Sabe usted, dijo con dulzura, que antes que se me vuelva á recibir en la corte tendría que llenar una condición?

—Supongo que será que tiene usted que casarse con alguien; ¿se puede saber quién es él?

—No, eso no me lo hubieran exigido. La condición es que tengo que escribir pidiendo perdón y diciendo que sentía mucho el haberme escapado.

—¿Y lo ha hecho usted ya?

—No, no he querido escribir, porque me alegro mucho, pero muchísimo, de haber huído. Si no lo hubiera hecho...

—¿Qué hubiera sucedido entonces?

Y Mauricio le apretó con fuerza la mano al preguntarle esto.

—Hubiera continuado siendo rebelde al jefe de mi casa, dijo Irene bajando los ojos.

—Sí, y hasta puede ser que nos hubiéramos puesto el uno frente al otro, dijo Mauricio en el mismo tono de solemnidad que había empleado ella. A propósito, ¿ha analizado usted mis derechos?

—No, suyos son; á mí me basta con que usted los crea legítimos, dijo Irene.

XXIV

ENCONTRADOS PARECERES

—¿Le gustó á usted el modo como desempeñé mi papel?, preguntó Wylie á Zoe al encontrarse con ella el día siguiente en la galería.

—Lo hizo usted perfectamente. Su impaciencia, sus botas y sus espuelas causaron mucho efecto. Tengo la seguridad de que eso ha sido lo que hizo ver á Mauricio lo crítico del momento y lo que ha traído tan feliz resultado. ¿No está usted orgulloso del éxito obtenido la primera vez que ha hecho de casamentero? Yo, por mi parte, lo estoy.

—Usted fué la casamentera. Yo no hice sino cumplir sus órdenes. Y ahora, vamos á ver, ¿cuál será mi recompensa?

—La promesa de emplearlo en lo sucesivo, si alguna vez se necesitaran sus servicios, dijo Zoe con entera tranquilidad mirando en torno suyo, buscando con afán el modo de escurrirse. ¡Ah! Aquí vienen ya Mauricio é Irene, que al fin han terminado su conferencia con el profesor, exclamó con verdadera satisfacción. Y bien: ¿en qué han quedado ustedes?, les preguntó cuando acabaron de subir la escalinata.

A la vista estaba que Mauricio venía tembloroso y excitado, é Irene vacilante y ruborosa.

—Todo está arreglado, exclamó gozoso Mauricio. No, Irene, no voy á gritar, ni á alborotar, ni á hacer nada de lo que he prometido que no haría, pero tengo que decírselo á estos dos, pues es necesario que lo sepan y nos hace falta que Wylie nos ayude. ¿Adónde va usted, Wylie? Vuelva en seguida. Usted es nuestro sostén, nuestra víctima, nuestro único recurso, como desde hace tiempo ha venido siéndolo.

—No sabía que ustedes me necesitaran, dijo entre dientes Wylie.

Mauricio comprendió que habían llegado inoportunamente, pero tuvo el talento de aparentar que no había caído en ello.

—Lo necesitamos y mucho, dijo. Debo decirles que Irene se está portando como una buena chica. Se halla dispuesta á casarse conmigo tan pronto como todo esté listo. Me da una prueba de confianza que yo nunca me hubiera atrevido á pedirle, y si alguna vez dejara de ser digno de ella, quiero que ustedes dos me digan cuanto merezca.

Cogió cariñosamente la mano de Irene, ella le miró sonriéndose y con lágrimas en los ojos; luego se hizo hacia atrás, ocultándose con él, huyendo de las miradas de los otros.

—Ustedes comprenderán, continuó diciendo Mauricio, que nos ahorraríamos infinitas molestias si pudiéramos casarnos antes de que los esposos Ladoguin sepan dónde se halla Irene. Según parece, el profesor ha comprado ya el silencio de los soldados que le escoltaron hasta aquí y el de los que guardaban la puerta de la ciudad; así es que nadie sabrá que vino una señora, y felizmente no se atreverán á hacer pesquisas ostensibles por temor á que se diga que la señora Ladoguin debió haberse cuidado más de la persona que tenía á su cargo. El profesor cree que al no hallar huellas de Irene junto al destrozado carruaje, porque, como es natural, los rumíes que la atacaron nada dirán por la cuenta que les tiene, tendrán el atrevimiento de propalar que pereció en la primera explosión. No podremos permitir que ese rumor corra sin desmentirlo, pues sería abandonar sus pretensiones; pero lo más prudente será que no se deje ver hasta que no sea mi esposa.

—Mire usted, dijo Wylie, no es mi ánimo impugnar un plan tan bien concebido; pero ahora, ¿qué peligro hay que temer de parte de Escitia? La princesa es mayor de edad. ¿Quién puede oponerse á que se case con quien quiera?

—¿Y qué les impedirá decir que es menor, que está loca ó cualquier otra cosa?, preguntó Mauricio. Podremos pedir que se instruya un expediente, pero no la permitirían quedarse á nuestro lado, y usted debe saber mejor que nadie lo difícil que sería volver á reunirnos con ella si llegaba á caer de nuevo en sus manos. Además, podrían ejercer una presión tan grande, que ningún sacerdote griego se atreviera á casarnos.

—Yo estoy pronta á abrazar la religión de Mauricio, dijo Irene en voz baja á Zoe; pero él cree que sería dar un buen ejemplo á los emacios el que vieran que dos personas de distintas creencias pueden, sin embargo, vivir juntas sin reñir.

—¡Pobrecilla! ¿Ya la están sacrificando en aras de la política?, dijo Zoe.

—Permítanme que les diga, interrumpió con viveza Wylie, que ustedes se olvidan de que el matrimonio religioso no es suficiente. Con toda seguridad habrá de ser necesaria una ceremonia civil, tal vez dos. ¿Se proponen ustedes tomar el coche é ir al consulado escita para que Ladoguin ejerza sus funciones é inscriba el matrimonio?

—Será difícil que recurramos á él, dijo Mauricio. Hemos estado largo rato sin saber cómo nos las compondríamos para prescindir de sus servicios. El declarar que éramos príncipes soberanos y que podíamos legislar para nosotros, no tendría bastante fuerza; pero felizmente Irene se acordó de que su padre nunca renunció á su nacionalidad dacia. Cuando se trasladó á Escitia conservó sus propiedades de Dacia, supongo que para tener donde refugiarse si las cosas iban mal, y ahora pertenecen á su hija. Lo más sencillo sería que nos fuéramos todos allá, que nos casara el pope del pueblo y que luego lo hiciéramos de nuevo en la legación inglesa; pero estoy seguro de que ha de haber mucha vigilancia en los trenes, aunque aparenten que no. Así es que debemos trasladarnos al territorio dacio más próximo, que es su consulado en Therma. El profesor está en buenas relaciones con el cónsul, pues hasta ahora Dacia no ha tomado parte en la lucha por la preponderancia en Ematia, y más bien se inclina á los griegos que á ningún otro partido. Sin duda espera que algún día ha de obtener su recompensa; pero eso ahora no nos importa. Hay una iglesia junto al consulado que los dacios consideran les está especialmente reservada, así es que podremos conseguir que ambas ceremonias se efectúen en toda regla.

—La princesa quedará perfectamente casada, pero me parece que usted no, objetó Wylie.

—Lo quedaré también si el cónsul inglés, ó quien le substituya, está presente é inscribe el matrimonio, dijo Mauricio; el profesor ya se ha enterado de todo. Ahora, Wylie, es cuando debe usted ayudarnos; necesitamos que nos traiga á su amigo Sir Frank Francis. Lo mejor del caso es, y la voz de Mauricio se veló un poco, que si los Ladoguin le han dicho algo de la desaparición de Irene, él sospechará que ha sido usted el raptor y que es para usted mismo para quien le va á pedir ese favor. Así es que lo primero que tiene usted que hacer es aclarar bien ese punto. Luego debe exigirle que guarde el secreto y le explicará usted el caso tal como es. Dígale usted que por nada hubiéramos acudido á otro consulado rival si no hubiéramos estado seguros de que, si recurríamos á él, su conciencia le hubiera obligado á dar á Ladoguin ocasión para prohibir los esponsales. Tal como están las cosas, tan sólo se le pide que vaya á la iglesia dacia y al consulado y que inscriba el matrimonio de un súbdito inglés en la forma acostumbrada. Si todavía le parece mucho, pídale que se ausente por un día y que nombre á su canciller para que le substituya.

—Y si no quiere, ¿qué sucederá?, dijo Zoe.

—Pues en ese caso tendremos que marcharnos á medio casar en busca de un cónsul inglés que no sea tan afecto á Escitia. Pero Wylie se lo pedirá con tanto empeño, que no podrá negárselo. Después de todo, yo soy el jefe de la familia de Irene. ¿Quién, sino yo, tiene el derecho de intervenir en su matrimonio? Y si quiero yo casarme con ella en vez de entregársela á otro y si ella no se opone, ¿quién tiene derecho á impedírmelo?

—Todo eso está muy bien, dijo Wylie. Parece todo muy lógico y convincente, pero usted sabe muy bien que hay muchos que pueden y quieren impedírselo. Sin embargo, no tema usted; agotaré toda mi elocuencia á fin de convencer á Sir Frank, y si con nada le doblego, le haré presente que su deber es estar presente al acto para que pueda cerciorarse de que no soy yo, después de todo, el que va á casarse con la princesa. Pues bien: supongamos que ya se ha celebrado con toda felicidad la ceremonia nupcial. ¿Y después?

—Después, nos daremos tono enviando á los principales periódicos del mundo una relación detallada de nuestro matrimonio, haciendo ver que implica la unión de las ramas mayor y menor de la descendencia de Juan Theophanis. También Irene se lo comunicará á las varias casas reales con quienes está en relaciones.

—¿Y dónde estarán ustedes cuando esa noticia sorprenda al universo?

—En casa, así lo espero, disfrutando de la luna de miel. El profesor parece dispuesto á darnos un plazo de respiro. No acierto á comprender qué es lo que piensa hacer; pero, al parecer, lo único que por ahora le preocupa es que la boda se efectúe. Además creo que el invierno es mala estación para estar en Ematia. Me gustaría enseñar á Irene sus propiedades de Inglaterra, y vivir allí retirados, mientras se pasa la primera impresión que ha de producir la noticia de nuestra boda.

—Supongo que tendrán ustedes que pedir protección á la policía, murmuró Wylie.

—O que traer de América un destacamento de la fuerza de Pinkerton, á fin de guarnecer la casa, dándoles orden de hacer fuego sin avisar á cuantos forasteros se aparezcan por el pueblo, dijo Zoe.

—¿Y qué más?, insistió Wylie.

—Eso es lo que no sé aún. Irene tiene la idea de que el profesor posee, en imaginación ó en realidad, una isla fortificada en el Archipiélago, donde podría

mos ensayar el papel de soberanos, vamos al decir; si así fuera, le tendría por un hechicero benéfico para mí, pero eso no concordaría con otra cosa que sé de él.

—¡Excelente idea!, exclamó Zoe, así se estarían ustedes muy tranquilos en su isla mientras no ocurra nada de particular; cuando llegue el momento de las aventuras, se hallarán cerca para tomar parte en ellas. Yo espero que me avisen en cuando tal cosa suceda; acudiré en seguida, aunque esté en el fin del mundo.

—Y tú, ¿que te propones hacer?, le preguntó Mauricio.

—Querido Mauricio, déjame un poco en libertad. Me parece que no habrás creído que voy á ir detrás de ti y de Irene. Tengo tantos proyectos que no sé por cuál empezar. Voy á escribir mi obra magna, á demostrar que conozco á fondo la literatura de los Balkanes y á recorrer todo el mundo.

—¡Ah! Me parece bien; pero desde luego te digo que no serás tú, sino los acontecimientos, los que determinen lo que has de hacer, dijo Mauricio con cierta expresión que no pasó inadvertida para Zoe y que la resintió.

—Bien mirado, creo que principiaré por la parte literaria. Me encerraré para escribir, y de vez en cuando daré mis zarpazos á los infelices que se figuran que el problema de Ematia es cuestión baladí ó que cometen faltas ortográficas al escribir los nombres propios balkánicos.

—¿Pero quién va á reconocerte por crítica?, preguntó Mauricio.

—Todo el mundo, contestó con aire de triunfo. Tengo el requisito mayor para serlo, y es que he fracasado como escritora.

—Pero yo creía que ahora ibas á alcanzar un gran triunfo. Vas á verte metida en una jaula de vidrio, sirviendo de blanco á los otros críticos.

—Mauricio, ya antes me he visto en el caso de tener que decirte que eras escaso de inteligencia; siento tener que repetírtelo en presencia de Irene. Después que haya logrado el triunfo, que tengo la seguridad de obtener, comenzaré mis viajes. En el Thibet ó en el desierto de Sahara no ha de molestar lo que de mí digan las gentes; bastante tendré en qué ocuparme, únicamente con velar por mi persona.

—Siento tener que interrumpir la exposición de tan risueños planes para el porvenir, dijo Wylie con voz algún tanto forzada; pero el hecho es que está al terminar mi licencia, ya una vez prorrogada, y que me queda muy poco tiempo de que disponer. ¿Para qué día debo decir á sir Frank que será necesaria su presencia en el consulado?

—Para tal día como hoy de la semana entrante, contestó en seguida Mauricio. Irene se ha comprometido á no poner reparos, y el profesor la ha ofrecido, como premio, la bendición del patriarca.

—En ese caso tendré tiempo suficiente para dejarlo todo terminado, y ese mismo día por la tarde me embarcaré.

—Si á usted le conviene podemos adelantar la boda, dijo Mauricio. No se trata de lo que yo quiera, sino de lo que á usted le venga bien, pues le necesito á usted para que me acompañe. Aquí tiene usted á Armitage.

—De todos modos, él vendrá también. El profesor dice que se necesitan dos testigos, y usted ha de ser uno de ellos. Hábleme usted con franqueza, ó lo retendré á la fuerza y seré causa de que lo despidan del servicio.

—Ya todo se arreglará, dijo Wylie compadecido del rubor de Irene. Creo que estará usted convencido de lo muy afortunado que ha sido usted y que la princesa no dejará que lo eche usted en olvido.

—¿Cómo he de olvidarlo teniéndola á mi lado?, preguntó Mauricio. Está usted cometiendo un delito de lesa majestad, ¿no es cierto, Irene? Vámonos con nuestro resentimiento, y dejemos que él y Zoe vean la manera de conquistar á sir Frank. No, Zoe, no te necesitamos. Me extraña que una persona de tu talento quiera estorbar á dos novios que van á pasearse. No eres tú la única persona de la familia que se dedica á casamentera, añadió en voz baja al sentarse otra vez Zoe algo mohina.

Pero lo crítico de la situación picó el amor propio de la joven, que se volvió hacia Wylie, sonriéndose él tranquilamente, en tanto que Mauricio é Irene bajaban la escalinata que conducía al jardín.

—¿No es un espectáculo encantador el de esa pareja tan feliz?, dijo. Siento emoción deliciosa viéndolos.

—¿No cree usted que esa suprema felicidad debiera ser contagiosa? ¿No le parece que usted y yo..?

—¡Oh, por favor, no continúe usted!, exclamó ella.

—¿Qué es lo que no debo hacer?

—Seguir diciendo esas cosas. Me gusta usted mucho, es cierto, y le creo el mejor amigo que pueda haber en el mundo; pero yo quiero viajar durante algún tiempo y de la manera que me plazca, escribir y correr aventuras, ¿comprende usted?

—¿No ha corrido usted bastante en estos tres meses?

—Me parece que no. No han servido sino para abrirme más el apetito. Hay aún tantos casos interesantes que no he visto... Quisiera lanzarme de un salto en medio del vértigo de la vida.

—¿Y es de necesidad absoluta que ese salto lo dé usted sola?

—¡Ah! Ya sé lo que va usted á decir. ¿Pero no ve usted que quiero hallarme algún tiempo sin trabas de ninguna clase? Siempre he estado pendiente de Mauricio, pero ahora puedo con entera tranquilidad de conciencia entregarle en manos de Irene y hacer yo lo que me parezca. Quiero poder encerrarme á escribir ó comenzar mis correrías, seguir adelante, volverme atrás ó suspender el viaje, según se me ocurra, sin tener remordimientos por dejar de hacer lo que debía.

—Pronto se cansaría usted de esa clase de vida.

—Así me dice todo el mundo, pero yo quiero probar. Usted es más bueno que la generalidad; es usted el primero que he conocido que no se haya escandalizado con lo que acabo de decirle y que no haya hecho todo lo posible para disuadirme.

—Tal vez tenga yo la prudencia de no decir todo lo que pienso. O ¡quién sabe!, puede que trate de engañarla aparentando una falaz conformidad de ideas. Con sinceridad le digo, Zoe, que á estar en mi mano, no pasaría usted una vida monótona, á mi lado, se entiende, añadió tímidamente. No es posible que usted crea que yo sería capaz de oponerme á que usted escriba; al contrario, me llenarían de orgullo sus obras.

—Comprendo. Es mucha amabilidad la suya al decir eso, pero usted no me ha entendido bien. Figúrese usted lo que sería de mí, relegada en algún destacamento aislado de la India.

Wylie abrió los labios para hablar, pero volvió á cerrarlos sin decir palabra.

—Usted me dijo hace tiempo, prosiguió diciendo Zoe, que cuando regresara, lo destinarían á algún pueblecillo á morirse de aburrimiento, á un sitio donde nada ocurre, donde todos los días hay que desempeñar los mismos deberes, pesados y fastidiosos, y sin nada que me moviera á escribir. Si siquiera estuviera usted todavía destacado en la frontera.

—Más vale que no lo esté si iba usted á cambiar de modo de sentir en cuanto me trasladaran á otra parte. Yo creía que una existencia tranquila y ordenada era la más propicia para escribir.

—Para hacer libros sí, pero no para escribir. Vaya, supongamos que un día me despierto con una idea sublime en la cabeza y que quiero ponerme á trabajar hasta darle forma, sin ocuparme de comer ni de nada; tomando únicamente un poco de café y galleticas ó cosa semejante que pueda comerse maquinalmente; pues bien, cuando usted viniera tengo la seguridad de que arrojaría, sin consideración alguna, lejos de mí los libros y se empeñaría en que me alimentara como era debido y además querría que le quedara agradecida.

—¿Y no lo lograría? Pues en ese caso, procuraría moderar mis ímpetus. Terminaríamos por tomar ambos, haciendo garrapatos con la pluma y rodeados de libros, un ligero refrigerio, sentado cada uno á distinto extremo de la mesa.

—No, nunca llegaría usted á hacer eso y estaría muy bien que así fuera. Usted tendría sus deberes que cumplir, los que exigen orden, regularidad y demás cosas á que precisamente trato de substraerme, durante algún tiempo. Sería muy distinto si fuera usted más tolerante.

—Me figuro que la mujer que me acepte habrá de tomarme tal cual soy, á no ser que tenga habilidad bastante para hacerme cambiar. Zoe, trate usted de conseguirlo, ¿quiere usted? La dejo en libertad de hacer en mí cuantas alteraciones y mejoras guste.

—Pero si justamente ese su modo de ser es lo que más me agrada en usted. No, usted no quiere comprenderme. Cuando me case, quiero decir si me caso, será para cumplir mis nuevos deberes y ser ama de mi casa; y si yo me uniera á usted ahora, mi existencia se confundiría con la suya. No me ocuparía de otra cosa sino de que comiera á sus horas y á su gusto, de que la casa y todo lo demás estuviera como es debido, y usted estaría muy satisfecho por haberme quitado de la cabeza todas mis locas aspiraciones. Y un día me despertaba pensando que iba ya envejeciendo sin haber hecho nada, que todas mis ilusiones se habían desvanecido, y entonces le cobraría á usted odio. No, no se vuelve á ser joven por segunda vez, ni á sentir que el corazón late con violencia cuando, de pronto, asalta la mente una gran idea. He de aprovechar la luz antes de que se apague. Dentro de algunos años será otra cosa, pero ahora me alientan tantas aspiraciones que no puedo sacrificarlas todas á...

—¿A un hombre y á su carrera? Pues bien: supongamos que ha pasado usted esos años del modo que mejor le ha parecido, y ¿después?

—En ese caso, bien haya alcanzado éxito, bien haya fracasado, habré probado mis alas, mi alma, como Paracelso. Tal vez esas ilusiones se disipen por sí mismas, tal vez pueda sobreponerme á ellas; entonces será la ocasión de considerar la existencia bajo otro aspecto.

—En otros términos: ¿entonces, tal vez estaría usted dispuesta á aceptar al hombre que se habría pasado los mejores años de su vida esperándola?

—Usted quiere ponerme entre la espada y la pared. Yo, yo, balbuceó Zoe ruborizándose, no dudaría en comprometerme con usted siempre que estipulásemos un plazo largo.

—Pues yo, sí. ¿Cree usted que yo podría vivir tranquilo no sabiendo dónde se encontraba usted ni á qué locas aventuras pudiera haberse lanzado? Supongamos que se viera usted en una situación parecida á la del verano pasado. Otro hombre tropieza con usted, como yo tropecé, y se enamora, como yo me enamoré, y halla una constante repulsa como yo he hallado en usted, pero exige una explicación como yo ahora la exijo, y usted alega que está ya comprometida; entonces él diría: «¿Quién es ese mentecato que la deja correr sola por el mundo de este modo? No es posible que sea muy grande su amor,» y le sobraría la razón

—Ya le he dicho á usted más de lo que nunca hubiera creído que le diría á ningún hombre viviente, dijo Zoe con resolución, aunque con trémula voz. Si no quiere usted aguardar, yo no debo por mi parte hacer más concesiones. ¿Por qué tiene usted tanta impaciencia?

—Porque la vida es corta y, á veces, se acaba de pronto. ¿Para qué hablar más, Zoe? Yo la quiero á usted y usted no me quiere á mí; esto es todo lo que hay.

—¡Ah!, dijo Zoe, sin poderlo remediar, cuando habla de esa manera me parece que en ese momento le veo á usted tal cual es. En las demás ocasiones creo que no pone usted en juego toda la fuerza de su voluntad. Si usted la pusiera, yo... ¿En qué consistirá eso?

—Yo bien lo sé. Tengo la seguridad de que si yo clavara los ojos en los suyos con fijeza y le dijera: «Ven,» usted vendría. La obligaría á atender mis razones, pero no quiero; quiero que usted, con el espíritu sereno, vea si me ama lo bastante para dejarlo todo, absolutamente todo por mí, sin que luego se arrepienta.

La expresión indecisa del semblante de Zoe sirvió de mudo ruego para que Wylie continuara:

—Acuérdese usted de todo lo que he sabido, desde que por primera vez la vi, respecto á las esperanzas que en el porvenir tiene su hermano, esperanzas que el profesor ha hecho que arraiguen más todavía. Si los derechos de Teffany llegan á ser reconocidos ó siquiera simplemente protegidos con eficacia, piense usted en el abismo que se abriría entre usted y yo. Casada con un soldado pobre y desconocido, se vería usted atada de pies y manos; soltera, podría usted aspirar á cualquier posición por alta que fuera. A no ser que usted me quisiera verdaderamente con toda su alma y vida, habría de pensar que yo era para usted un obstáculo, y yo... yo podría soportarlo todo, menos ver que usted se arrepentía de haberse casado conmigo.

—¡Ah, qué injusto es usted!, exclamó Zoe. ¡Como si fuera yo capaz de cambiar por nada que sucediera! Si yo fuera una princesa y usted viniera á mí como un desconocido, yo descendería hasta usted y le alargaría la mano.

—Y yo la besaría y seguiría mi camino.

—Es usted muy cruel. ¿No comprende usted que para hacer una cosa semejante había de quererle muchísimo? ¡Ah!, prométame, prométame usted que si alguna vez yo lo hiciera, no pasará usted de largo!

Wylie se sonrió con amargura, y le dijo:

—¡Qué mujer tan especial es usted! Se le llenan los ojos de lágrimas á la sola idea de que pueda echarme de menos algún día, y sin embargo se niega á aceptarme ahora.

—Lo estaba leyendo en su pensamiento como en un libro, murmuró Zoe avergonzada. ¿Pero no me promete usted hacer lo que le he dicho?

—No, no quiero prometérselo, porque no lo cumpliría; desde el día que me vaya de aquí, haré cuanto pueda por olvidarla.

(Se continuará.)

PRACTICAS DE INGENIEROS MILITARES EN EL FUERTE GUADALUPE (SAN SEBASTIAN)



Construcción de un puente de troncos y ramas para salvar un barranco

El 5.° regimiento de Ingenieros ha efectuado recientemente importantes prácticas militares en el fuerte Guadalupe, situado en las inmediaciones de San Sebastián.

Los trabajos de fortificación han consistido en un reducto de posición para una compañía en pie de guerra, un rebellín caponera, sistema crainiciano, una luneta del perfil alemán del último reglamento de aquel ejército, con emplazamientos á propósito para ametralladoras y un grupo de baterías de distintos tipos.

En la Escuela de puentes se han construído: uno colgante de 70 metros para el paso de todas las armas, otro mixto de caballetes y cuerdas, otro de caballetes Biraga y dos pasaderas para el paso de la infantería.

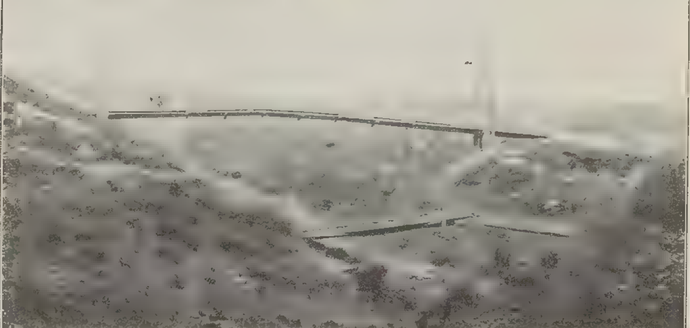
En la Escuela de Minas se han efectuado la voladura de numerosos hornillos, fogatas y torpedos, y finalmente el ataque y voladura por medio de minas del rebellín caponera, que quedó totalmente destruído.

Hiciéronse después experimentaciones de diferentes explosivos, como pierita, melinita, etc., rompiendo tubos y vigas de hierro, planchas de acero, por sitios indicados de antemano por el capitán Aguirre, cortando instantáneamente robles seculares, rompiendo rieles, etc.

Han completado los anteriores trabajos los referentes á castrametación, barracas, cocinas, vivacs, etc., resultando en conjunto una Escuela Práctica admirablemente aprovechada, sobre todo si se tiene en cuenta la poca fuerza de que el regimiento en la actualidad dispone.

El gobernador militar interino de Guipúzcoa general Campuzano, en su visita á las obras y experimentos llevados á cabo, quedó sumamente complacido de unas y otras, y felicitó calurosamente al regimiento, en especial al capitán Sr. Ibáñez y á los tenientes Sres. Barrio, Liaño y Sierra, encargados de los trabajos en el último período de esta escuela práctica.

La oficialidad del regimiento de ingenieros obsequió, al final de las prácticas, al general Campuzano y á los jefes y oficiales de las demás armas que habían asistido á aquéllas, con un banquete que se celebró al aire libre y en el que reinaron la alegría, la fraternidad y la más franca expansión.

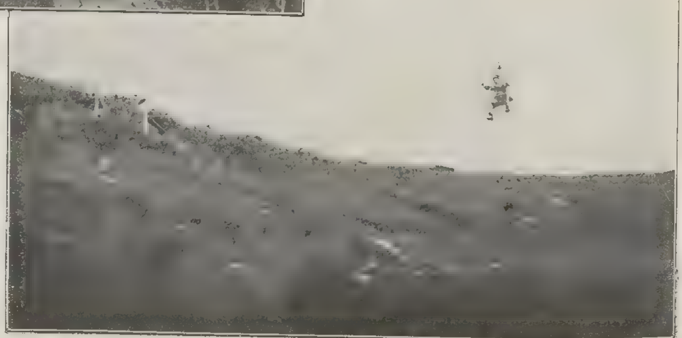


Puente colgante de 70 metros en el punto más elevado de un barranco

Las fotografías que en esta y en la siguiente página reproducimos y que representan algunos de los principales trabajos realizados y el banquete celebrado al final de los mismos, son del reputado fotógrafo de San Sebastián Sr. Frederic.—P.



Posición que fué volada y que podía ser defendida por 250 hombres



Paso de un torrente por un alambre aéreo para establecer una comunicación



Banquete ofrecido por los ingenieros á los jefes y oficiales de las demás armas que asistieron á las prácticas finales en el fuerte Guadalupe (San Sebastián.)



Cara principal

Cara posterior

Tumba del Excmo. Sr. D. Ramón Blanco y Erenas en el cementerio del Sudoeste de Barcelona
Obra de los Sres. Campeny (escultor) y Fossas (arquitecto). (De fotografía de A. Esplugas.)

Por disposición expresa del que fué dignísimo capitán general de esta región, el Excmo. Sr. D. Ramón Blanco y Erenas, fallecido en Madrid hace poco más de dos años, su cadáver fué trasladado á esta ciudad y enterrado en el cementerio del Sudoeste.

Recientemente se ha terminado su tumba, que adjunta reproducimos y en cuya construcción han colaborado el celebrado escultor Sr Campeny y el distinguido arquitecto Sr. Fossas. El monumento en su parte arquitectónica es elegante de líneas y proporciones, estando en él perfectamente combinados los elementos decorativos y resultando de gran efecto el contraste entre el carácter rústico de la cara posterior y el estilo de la cara principal. Las esculturas, especialmente los dos ángeles, son de gran belleza y cautivan por su esbeltez, por su expresión, por la naturalidad de sus actitudes y por su correcto modelado. Nuestro querido colaborador Sr. Campeny ha acreditado una vez más su alta inspiración artística y su dominio de la técnica.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 14 de septiembre de 1908 — Núm. 1.394



LA MADRE DEL ASESINADO, escultura de Francisco Ciusa

que figuró en la última Exposición de Bellas Artes de Venecia y fué adquirida por el gobierno italiano para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tolstoy está ó estuvo, según noticias, á pique de morirse. En los últimos diez años se pierde la cuenta de las veces que se ha encontrado en trance crítico Tolstoy. Luchan todavía—en lo avanzado de la edad—aquellas dos naturalezas de su niñez, la una de enfermo y epiléptico, la otra de robusto vástago á quien el cerebro fortifica el organismo y lo prepara á la longevidad y á la senectud fuerte, de viejo roble.

Tal vez el sistema y método que se ha impuesto Tolstoy sea en efecto muy higiénico y contribuya á conservarle y á sacarle con bien de tan frecuentes crisis. Se asegura que Tolstoy, en su suntuosa residencia de Yasnaya Poliana, rodeado de todos los detalles que exige el *confort* moderno, servido por criados correctos, enfundados en su librea ó llevando con soltura el frac, hace, él personalmente, aislándose en una habitación ó celda apenas amueblada, una especie de vida humilde, ascética ó cenobítica, y come y duerme y se viste como han comido, dormido y vestídose los antiguos solitarios del desierto. Si en estas referencias hay ó no exageración, se puede discutir. Lo primero que necesita hacer un solitario, un penitente, es aislarse de la familia. Por algo ha dicho Jesucristo: «Si quieres seguirme, despréndete de todo.» La familia es muy dulce, muy insinuante y muy contraria á la afirmación de la individualidad. En familia, casi no hay modo de almorzar gachas si los demás almuerzan chocolate ó café. Rodeado de gentes que se bañan, se perfuman, se visten elegantemente, el sayo grosero de Tolstoy y los pies descalzos, como le retrató el pintor Répine, tienen forzosamente que ser una nota discordante. Hay escritores que narran la existencia diaria de Tolstoy y afirman que es cómoda y lujosa. A fe que lo siento. Me agradaba esa leyenda, porque aun siendo Tolstoy una especie de heresiarca, tenía su ideal mucho de franciscano, el amor de la dama Pobreza, la descalcez y la ternura hacia todos los seres.

No significa lo que acabo de escribir que me hayan alucinado nunca las ideas de Tolstoy, las cuales, por señas, han cundido como reguero de pólvora, no sólo en Rusia, sino en Europa entera. No ha llegado á inficionarme esa enfermedad del tolstoísmo, diagnosticado sin benevolencia por Max Nordau en su libro *Degeneración*. Ni sé yo á quién podrán convencerle—aunque en efecto han convencido á muchos—esas ideas regresivas al estado salvaje, pues no á otro fin van, en su mayor parte, las doctrinas del autor de *Resurrección*. No hay para la humanidad sino dos estados: el de civilización—cuyos inconvenientes no niego—y el de naturaleza... que es igual al salvajismo. Por más pinturas poéticas que se nos hagan de la edad de oro, del siglo de Saturno, de los tiempos en que existía la inocencia y los hombres eran un rebaño de corderillos unidos por la fraternidad, no podrá la ciencia presentar en demostración de esa tesis ni un dato ni una prueba, ni en los pueblos más próximos al estado de naturaleza que nos ha sido dado conocer, como las repúblicas y monarquías americanas de la época del descubrimiento y de la conquista—y cuenta que poseían su cultura—hallaríamos más que canibalismo y ritos horribles. Todas las ilusiones de los escritores que predican el regreso á una edad de paz, concordia y dulzura entre los hijos de Adán, son meros ensueños, que parten de un error capital, suponer que los hombres son naturalmente buenos, y que es la civilización quien los corrompe. Tan corrompido era el Chato del Escorial, como el marqués de Sade. Los brutos tienen su corrupción, más sucia, hedionda y feroz que la de los refinados. Malo es todo el mundo; los católicos creemos que desde el pecado original, y los sabios, los verdaderos sabios, observadores, inductivos, sin mancha de filantropismo cándido creen lo propio exactamente, no situándose en el terreno de la teología, mirando la cuestión desde el punto de vista antropológico...

Voltaire decía á Rousseau (genuino precursor de Tolstoy, el cual con su aspecto castizo de mujik ruso, es más afrancesado que otra cosa): «Cuando os leo, me dan ganas de andar á cuatro patas.» Esta misma sugestión de regreso á lo más natural, que es lo animal, produce Tolstoy, á pesar de su exaltado espiritualismo. En efecto, sabiendo y queriendo ver al través de las predicaciones del apóstol de Yasnaya, lo que aparece es meramente la tendencia á la regresión. No lo cree así el ilustre novelista, ni menos sus adeptos: la reforma tolstoyana les parece llena de espíritu, llena de dominio del alma sobre la animalidad, de victorias de la voluntad sobre los sentidos, de misticismo y de abnegación. Y lo estará en efecto; sólo que no lo estará nunca sino en la intención elevada que yo no he de negar á Tolstoy, pues ni le creo un comediante ni un agitador ambicioso, y supongo que, diciéndolo tan admirablemente, dice lealmente su sentir. En los resultados, las enseñanzas y programa de Tolstoy nos conducirían—en el caso inverosímil de que prevaleciesen—al archipiélago de los Maoríes ó á la Bahía de los Sacrificios. Esa piara de labriegos, todos unidos para «trabajar el pan;» sin tuyo ni mío, sin tribunales, sin fuerza armada, sin que nadie tenga derecho á vestirse de seda ni á hacerse servir por otro, sin moneda, sin rey ni roque—pongamos por roque, en este caso, á cualquiera que ejerza el poder, á un presidente de república—parece, á primera vista, algo muy santo y bueno, muy justo y muy respetable. Fijaos bien, y los veréis, á plazo breve, convertidos en la horda primitiva, la ancestral, la que aulla, devora carne de sus semejantes, vive en promiscuidad y por no alzar la casa se refugia en la caverna. Los recuerdos de un estado anterior civilizado y disciplinado—no perfecto, ciertamente—bastarían para envenenar más aún y hacer más negra esta barbarie, á la cual vuelve el hombre no bien se le deja á solas con su natural instinto...

Sin recurrir á la ciencia; en la vida diaria, en los más humildes aspectos de la existencia, comprobaréis el predominio del impulso de barbarie y hasta de maldad que sólo trabajosamente reprime la civilización. Todo el que tenga servidores advertirá cuán difícil es imbuirles ideas de aseo, de orden, de respeto á sí mismos. Quizás obtendréis que limpien vuestra habitación; lo imposible será que espontáneamente hagan otro tanto con la suya. Abandonad unos días cualquier rincón de vuestra casa, y lo encontraréis atestado de objetos informes, que arrojan allí la desidia y la indiferencia, formas mansas de la barbarie. Hasta sucede una cosa no prevista por Tolstoy, y es que la barbarie se manifiesta más ó menos, según las edades, y es á veces y muchas—de *origen sexual.* Es decir, que en la edad en que el amor constituye una necesidad imperiosa, el hombre es de suyo más bárbaro. No se presenta el fenómeno sólo en el pueblo, en las clases poco educadas: á cada paso leemos en los periódicos casos de señoritos que han cometido este desmán, la otra tropelía, la atrocidad hache y la bestialidad equis. Rompen todo, lo arrojan todo por el balcón, dan palizas á míseras mujeres, insultan á los agentes, disparan tiros... Si no existieran, mal ó bien, autoridades, leyes, cárceles, castigos, ¿á qué extremo llegarían esos nenes? Nos degollarían á los ciudadanos pacíficos... Verdad que en la sociedad imaginada por Tolstoy no existe el problema del amor; el apóstol lo ha arreglado con radicalismo, decidiendo que la especie humana debe acabarse y no conviene que nazca un hombre más sobre la tierra...

Y aquí tenemos, bien patente, una señal de lo que dan de sí esas teorías de regresión al estado natural y primitivo. De ellas sale lo más antinatural, lo absurdo, lo que lleva el estigma de la locura; y ese estigma, esa grieta en el cráneo, caracteriza á la literatura social, propagandista y evangélica de Tolstoy. He dicho evangélica porque, en efecto, Tolstoy se inspira en pasajes del Evangelio; sólo que interpretados en determinado sentido. Todas las herejías, todos los delirios de la razón y del sentimiento humano pueden sacarse del Evangelio y de la Biblia. El inmenso contenido, la profundísima doctrina rebosante de los libros sagrados, da larga tela á los sofistas; por eso Tolstoy se apoya en textos evangélicos, y Evangelios llamó á sus novelas sociales Zola.

Zola, menos inspirado, menos artista que Tolstoy—aunque también grande por sus condiciones literarias,—en cuanto predicador social no me parece tan desequilibrado ni tan peligroso. La idea de la patria, por Tolstoy cruda y cerradamente anatematizada, la respeta Zola hasta en obras como *La debâcle.* Zola no cree que convenga suprimir la especie humana suprimiendo el amor: antes al contrario, recomienda y encomia la unión conyugal y la formación de la familia. Zola tampoco creo yo que opina que el arte es algo bizantino y corruptor, como dice Tolstoy, en quien reviven aquellos monjes fanáticos de los primeros siglos de la Iglesia, que pulverizaban á martillazos las bellas estatuas paganas, y echaban á la hogueras los vasos primorosos, las joyas y las telas ricas. En Tolstoy—y es curioso notarlo—reviven esos tipos históricos que parecían extinguidos, los anacoretas invasores de Roma, Constantinopla y Alejandría, enemigos de la hermosura porque aún no se habían dado cuenta de que es uno mismo y solo el Autor de lo bello y el de lo bueno; y además, empeñados en que desapareciesen los monumentos de una religión adversa y falsa. Yo excuso á los Pacomios y á los Pablos, abrasados por el sol de sus yermos; no excuso lo mismo á un conde del siglo XIX, contemporáneo de Wagner y de d'Annunzio, y que dice pestes de Shakespeare, desde una tierra semipolar. Tolstoy es un artista sublime; pero es un bárbaro.

Consideramos y hasta veneramos á este bárbaro—recuérdese que los romanos fueron fuertes mientras llamaron *bárbaros* á los demás pueblos del mundo,—porque este bárbaro, este eslavo atormentado por el sombrío misticismo de la Edad Media en las extremidades de Europa, ha escrito *Paz y guerra, Ana Karenine, En el Cáucaso, La muerte de Ivan Ilitch, El príncipe Neklindof, Los tres solitarios, Resurrección, El poder de las tinieblas, La sonata á Kreutzer...* y tantas y tantas obras maestras de la forma épica más propia de nuestro siglo—la novela, el cuento, el drama.—Lo magistral del arte de Tolstoy brilla en las páginas donde se olvida del apostolado y se limita á retratar la vida con singular energía y verdad asombrosa. Si Tolstoy fuese lógico, su arte debiera reducirse á lo que se reduce el de los romances de ciego. Por fortuna, Tolstoy no es bárbaro sino en sus aspiraciones: escribiendo, tiene todas las exquisiteces del observador realista más educado por el ejemplo de Balzac y de Flaubert, por la gradual difusión de la ciencia y el giro nuevo que ha tomado el arte. Lean con paz los incondicionales admiradores de Tolstoy, los que creen que el fin del arte es guiar á las multitudes hacia la tierra de promisión—la zanja donde llueven jamones y perdices y cada quisque se abraza;—lean con paz, digo, este calificativo de bárbaro que aplico, en el sentido de los romanos, al insigne novelista... No nace todos los días un bárbaro así; de tales bárbaros nos den carretadas. Y sin embargo, no me desdigo.

Hay que declarar, para ensalzar á Tolstoy como se merece, que su genio no ha conocido decadencia. Yo no gusto mucho del arte docente y de las tesis. Tolstoy me ha convencido de que se puede escribir para catequizar, y hacer cosas tan hermosas como las que hizo Flaubert, que era impasible, ó Balzac, que casi lo era. Zola rodó hasta el abismo de la ñoñería al meterse en dibujos evangélicos: Tolstoy no es ni más ni menos admirable cuando enseña (á su modo) que cuando retrata, con el vigor y la luz de un Rembrandt y, en ocasiones, con la crudeza de un Franz Hals.

«¡Qué gran artista pierde el mundo!,» diz que dijo aquel cómico de la legua que se llamó Domicio Enobarbo Nerón, al oir que llegaban los soldados para matarle y adelantárseles clavándose un hierro en la garganta. Esta elegía y oración fúnebre será la que debemos aplicar al autor de la *Sonata*, cuando—quiera Dios que lo más tarde posible—difunda el telégrafo por ambos hemisferios la noticia, ya segura, de su tránsito... No lloraremos al reformador, al místico, al nihilista, al socialista, porque de todo eso muy leve huella quedará. Es al narrador inmenso, al cuentista maravilloso, al pintor del alma eslava, al que nunca llorarán bastante las Musas—maltratadas por él en cuanto Diosas!

La condesa de Pardo Bazán.



CERCA DEL MAR

CUENTO DE E. RAMÍREZ ANGEL

Dibujo de Carlos Vázquez

Se marchó el novio todo lleno de optimismo, despidiéndose de Lucía con un largo, dulce apretón de manos. Habían hablado de casorio. Pocos días después, se haría la petición...

En cuanto Lucía quedó sola, corrió al cuarto de su abuela Dolores. La viejecita había salido hacia el templo.

No podían sorprenderla. Penetró temerosa en el dormitorio, vaciló un momento, y por fin resolvió apoderarse del cofrecillo, con el cual corrió á su cuarto, donde aún la clara luz de una tarde de mayo ardía serenamente.

Allí, en la cándida tranquilidad de su refugio de virgen, se puso de nuevo á leer todas aquellas cartas que su abuela guardaba con romántica veneración.

Era un epistolario amoroso, ennoblecido por la lejanía. Lucía gustaba de leerle toda trémula, en la dulce paz de la tarde, mientras la casa languidecía en ese sopor doméstico de los quehaceres concluídos, cuando el padre está fuera, la madre da lentas órdenes á la criada, y la abuela se sumerge en la penumbra inefable del templo, acompañada por la hermana menor.

Aquella tarde, Lucía, acongojada, sintió el aletazo de un infortunio próximo. Su novio, Marcelo Castañar, le hablara de boda, mansamente, con vulgares palabras, sin temblor, sin ese tartamudeo que los ojos llevan á los labios cuando ven avanzar un horizonte.

Lucía advirtió entonces que no le quería. Iba á hundirse en una cueva, en una vida monótona, junto á un hombre enfrascado en negocios, que había secado su juventud, como una flor, entre las anchas hojas de los libros de cuentas corrientes. Tarde reconocía su torpeza. Aquellas relaciones, desde pocos años antes, fueron concertadas por sus familias. Los padres disponen, á veces, del corazón de sus hijos como de cosa propia... Y el corazón es una víscera huraña, que gusta de fabricarse su castillo, elegir su comarca y mantener una gloriosa independencia de rey sin corte.

Lucía escuchó, desilusionada, los proyectos de su novio. Recordaba su vulgaridad de mozo aviejado, ducho en deducir la utilidad de un negocio, pero torpe en sentir el lírico enervamiento de un amor. Sus padres habían cuidado de abismarle, prematuramente, en la prosa letal de la vida, orientándole hacia el sitio donde puede conquistarse el pan; pero no se encuentra un corazón nuevo, que sepa más de quimeras que de cálculos.

Lucía había esperado otra cosa. Su sensibilidad la indujera á pensar en el amor que come, mas también en el amor que sueña. Cuando franqueó la pubertad, la palabra «novio» le olió como á rosa recién cortada, y aguardó de él largos coloquios sentimentales; algo como un efluvio singular que fuera, poco á poco, aletargándola.

Sus diálogos con Marcelo labraron un hastío en su alma. ¿Era aquel el amor que con tantas fiebres codiciara? ¿Era aquel mozo ladino y práctico, el ensueño luminoso de toda virgen, cuando abre los ojos á la vida y se obstina en suponer jardines los eriales?..

No era así el novio ideal que Lucía evocaba leyendo las cartas que abuela Dolores conservaba aún en aquel cofrecillo.

Todas ellas parecían respirar aún con un cálido estremecimiento de vida. Bajo los pardos renglones, se alzaba la polvareda de un alma romántica; y las palabras fulguraban como gemas, embriagaban como pebeteros, sonaban como músicas gloriosas.

¡Qué feliz debió de ser, cuando joven, la viejecita que aquella tarde oraba en el templo, ya consumida y desencantada!..

Así hubiese querido Lucía á su novio: oyéndole aquellas encendidas plegarias de amor, aquellas vibrantes estrofas que la vida da hechas, cuando corazón rima con juventud...

Eran hermosuras de otros tiempos. Los veintitrés años de Lucía se abatieron doloridos. Y removiendo cartas, flores secas, amuletos y mil deliciosas pequeñeces que el cofrecillo encerraba, cotejó su presente con aquel pasado, que bien podía ser suyo.

Se había asomado la noche á la ventana. Lucía, pensando en su boda futura, decidió, heroica, quitar adornos crueles á su mortaja. Al día siguiente...

Al día siguiente se vió lejos de su casa. Había salido con su hermana y su madre á beber el aura salobre y vivificante del mar.

Residían en una capital norteña, apacible y soñolienta, sólo reanimada de verano en verano, cuando el mar atraía á las gentes enfermas ó aburridas del centro de España.

Lucía logró evadirse, aprovechando un encuentro de su madre con varias amigas, en la playa. Corrió ligera, con el cofrecillo bajo el brazo. El mar pulido, manso, *veraniego*, iba trocándose, de roca en roca, en noblemente bravío.

De un azul intenso corría rizado, como un ancho tul recamado por las blancas puntillas de la espuma. A lo lejos, avanzando lenta, la vela ocre de alguna embarcación abría un triángulo en la doble mancha cobalto del cielo y de las aguas.

Subida á una roca, azotados sus vestidos por el viento, Lucía vaciló un instante. Nadie la observaba. Algunas gaviotas, con sus largas alas, ascendían y se sepultaban, como adornando al picar, con un nuevo arabesco, el encaje blanco de las olas.

Perduró en su semblante el gesto heroico. Próxima á unirse sin amor á un hombre, ¿para qué sufrir la tortura de ver en aquel cofrecillo la sombra del que no vió, ni llegó á conocer?.. La abuela advertiría la falta... Lucía pensó mil disculpas. «Una criada, que hurtó el cofrecillo, seducida por un tesoro que su codicia imaginó dentro de él...»

Y, con augusto ademán, con un esfuerzo sobrehumano, le arrojó al mar, á lo más lejos, donde el agua, colérica, se alzaba para destruirse en un abrazo ó estrellarse en un cantil.

Una tarde, un mozo soñador, enamorado de la amplia soledad marina, encontró lejos de la playa aquella misteriosa cajita, fuertemente cerrada.

En la quietud de su cuarto, leyó las cartas. Y ellas, exaltadas, plenas de amor y de delirio, realizaron el milagro de convertirle á esa religión que suscitan los ojos de mujer, cuando se miran largamente.

El había sentido, confusamente, una música á la que las cartas del cofre hubieron de poner letra.

Y una noche, en el paseo de la ciudad, cuando las sillas de hierro estaban rebosantes de mujeres y sonaba la música en un quiosco y algunas estrellas apagábanse en el cielo, como si las salpicasen las olas coléricas del mar, aquel muchacho vió á una mujer, espléndida, soñadora, y la habló de amores. Ladinamente, repitió todas las emocionadoras palabras que aprendiera en las cartas del cofrecillo por el mar entregado á él en una tarde de soledad y meditación.

La mujer escuchó hechizada. El Amor, el Amor que había soñado desde su pubertad, estaba allí, con la complicidad de la estrellada noche y de la música lejana.

Y Lucía, porque era ella, sonrió, agradecida...

Nadie supo el misterioso móvil de su ruptura con Marcelo. Lucía pensó en la boda con aquel hombre que surgió de pronto, hablándola con palabras que ella creía recordar. Pero es que en Amor, todo parece haberse vivido ya antes, y las palabras que el labio dice las ha presentido el corazón.

Fué allí, cerca del mar. El cofrecillo, flotando sobre las aguas, partió de la playa y volvió á ella. Lucía nada supo ni su nuevo novio tampoco.

Porque el mar, no sólo sirve para devorar vidas: dulce ó iracundo, dice con sus cien labios que también sabe devolverlas...

DOS CUADROS COETANEOS

DEL LEVANTAMIENTO DE CATALUÑA EN 1640-1651

(Véanse los grabados de las págs. 608 y 609.)

Los movimientos, separación y guerra de Cataluña, á que dieron lugar los agravios, homicidios, hurtos, estupros, raptos y sacrilegios cometidos, desde 1626 hasta 1640, por los soldados del rey D. Felipe IV, tan lastimosa como reverentemente expuestos por los concelleres y Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona en la *Proclamación católica á la majestad piadosa de Felipe el Grande*, si encontraron en don Francisco Manuel de Melo un brillante historiador que los perpetuara gloriosamente en las letras, tuvieron, para dos de sus numerosos y heroicos hechos de armas, un pintor, Pandolfo Reschi (1643-1699), discípulo de Santiago Courtois *el Borgoñón* é imitador del italiano Salvador Rosa, que los hizo vivir para las generaciones futuras en sendos animados lienzos, que pueden admirarse, entre los de sus maestros, en la segunda sala de la Galería Corsini, de Florencia, ciudad en donde el pintor residía.

Representa el primer cuadro la batalla de Martorell, librada en 1651 entre el ejército del rey católico, al mando del general marqués de los Vélez, y las huestes catalanas que, gobernadas desde había pocos días por el diputado militar Tamarit, allí se habían refugiado después de abandonar sucesivamente Cambrils y Constantí, en espera de nuevos socorros pedidos á Barcelona. Mas al advertir que las fuerzas velezeñas se acrecían con las tropas de Torrecusa, á pesar de que, como dice Melo, «ó fuese flojedad ó artificio de los castellanos, ninguna vez pretendieron arrimarse á las fortificaciones contrarias que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los catalanes,» éstos, al verse atacados por tres flancos á un mismo tiempo, dando su perdición por segura, considerando «que Martorell no merecía ser el final teatro de sus desesperaciones,» y que «quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera,» desalojaron en buen orden la villa, haciendo avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salieron los infantes. Esta salida y las escaramuzas sangrientas que la precedieron costaron á los catalanes la pérdida de más de dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros, entre ellos el teniente de maestre de campo general don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago. «Por la misma razón que el Vélez, dice el citado historiador, esperaba de aquel lugar más obediencia, permitió que fuese allí mayor el estrago.»

El segundo cuadro de Reschi representa el sitio puesto á Barcelona por el marqués de Mortara en agosto de 1651, á la cabeza de once mil hombres, al mismo tiempo que se bloqueaba la plaza por mar con una poderosa escuadra. Los barceloneses, aliviados ya de la peste que se había cebado en la ciudad desde principios del citado año, se defendían bajo las órdenes del gobernador general de Cataluña D. José de Viure y Margarit. Como á pesar de la vigilancia del marqués recibían los barceloneses vituallas y socorros de toda especie, estrechó aquél más el sitio, «y con este fin dividió su ejército en dos mitades. Ocupaba la una desde Sans hasta la torre de Novell, sita más abajo de lo que llaman las Corts de Sarriá, y quedóse él con la otra en la parte opuesta de Barcelona,» estrechándose también el bloqueo por mar con nueve galeras llegadas el 19 de octubre con el príncipe D. Juan de Austria, hijo de Felipe IV, nombrado generalísimo del ejército sitiador. Este es el momento del sitio elegido por Reschi para trasladarlo al lienzo. Aunque el ejército sitiador menudeó los ataques contra los fuertes de la ciudad, fué rechazado varias veces, no habiéndose podido apoderar, hasta el 11 de septiembre de 1652, más que del convento de Valldoncella. Sin embargo, la miseria que sufría Barcelona debilitaba las fuerzas de los sitiados, y la ciudad se vió obligada á capitular con la condición de que no se alterarían en lo más mínimo las constituciones y fueros de Cataluña y que se concedería un perdón general, el cual concedió, en nombre del rey, D. Juan de Austria. Este príncipe entró en Barcelona el 13 del mismo octubre, y la ciudad despachó en seguida un mensajero al rey, que fué D. Francisco Puiggener, á cuyas negociaciones se debió la confirmación de las preeminencias y privilegios que gozaba y poseía Barcelona antes de las alteraciones del año 1640.

El palacio (hoy Museo ó Galería) Corsini, de Florencia, en donde, como hemos dicho, se admiran los dos cuadros de Pandolfo Reschi objeto de estas líneas, comenzóse á edificar en 1648, según proyectos de Pedro Franco Silvani; es uno de los más importantes de Florencia y los cuadros están repartidos en él entre doce espaciosas salas.—V. Y LL.



La Virgen, el Niño, San Francisco y San Blas,
célebre cuadro de Tiziano que actualmente es objeto de un pleito en Ancona (Italia.)
(De fotografía remitida por Carlos Abeniacar.)

UN CUADRO DE TIZIANO EN PLEITO

Actualmente está sometido á la decisión del tribunal de Ancona un pleito curiosísimo, en el que se discute la propiedad del célebre cuadro del Tiziano que adjunto reproducimos.

Ese lienzo fué regalado en 1665 por un noble á los frailes franciscanos de Santo Domingo de la citada ciudad, que lo colocaron en la iglesia de su convento; esta iglesia ya no está consagrada al culto y ha pasado á ser, con todo cuanto contenía, una dependencia del ministerio de Instrucción Pública.

Las condesas de Daraha y de Bonda, descendientes del donador, reclaman ahora al gobierno la restitución del famoso cuadro, fundándose en que su ascendiente sólo lo dió en depósito para el culto y en que, habiendo cesado éste, ha de volver la pintura al poder de los herederos de aquél.

El litigio ha despertado gran interés, y el fallo que en él recaiga, si es favorable á las demandantes, puede servir de precedente para otras muchas reclamaciones de la misma índole.

MARRUECOS

EN LA FRONTERA ORANESA

Después de haber pacificado, ó poco menos, la región de los chauías, tienen ahora que luchar los franceses en la frontera oranesa con numerosas fuerzas hafidistas.

Desde hace muchas semanas, las tribus partidarias de Muley Hafid han ido acumulando sus contingentes en Tazzuguert hasta reunir últimamente una harka de unos 24.000 hombres. Esta harka se ha formado con cuatro harkas parciales: la primera, de unos 4.000 hombres, compuesta de los restos de las que los franceses derrotaron no hace mucho en Menabba, Beni Uzien y Bu Denib; la segunda, fuerte de 12.000 infantes y 8.000 jinetes, reclutada en el Tafilalet; la tercera, de 4.000 combatientes, y la cuarta de 2.000, procedentes del alto Muluya y de la región del Sudoeste de Fez y de Mequinez. El jefe de todas estas fuerzas es Alí-Muluel.

Por su parte los franceses, comprendiendo el peligro que por aquel lado les amenazaba, han ido enviando desde Colom Bechar y desde Orán considerables refuerzos á los puestos avanzados de Bu-Anán y Bu-Denib, entre ellos una columna de 5.000 hombres de todas las armas, organizada por el general Liautey y puesta á las órdenes del coronel Alix, que ha hecho la jornada dividida en cuatro escalones.

Desde los últimos días de agosto, tiroteábanse las avanzadas de ambos ejércitos y la harka realizaba un movimiento de avance, al mismo tiempo que algunos de esos exploradores se acercaban de noche al campamento francés y cortaban las comunicaciones telegráficas. El día 28 acentuóse aquel movimiento, y la harka, saliendo de Tazzuguert, se instaló á 15 kilómetros de Bu-Denib.

En vista de esto, el comandante Fesh, del puesto de Bu Denib, dispuso el día 30 una salida de reconocimiento, que efectuaron un batallón de infantería, una batería y un escuadrón de caballería. Estas fuerzas exploraron el terreno á una distancia de algunos kilómetros y dispararon algunas granadas contra el enemigo, hecho lo cual y para ver si atraían á éste fueron retirándose poco á poco. Unos 700 jinetes y 1.500 infantes de la harka fueron en su seguimiento; pero al llegar á algunos kilómetros del reducto de Bu-Denib, emprendieron la retirada.

El día 1.° de este mes el coronel Alix destacó un



Marruecos.—En la frontera oranesa. Vista general de Colomb-Bechar, el puesto francés más seguro

escuadrón de spahis que, después de haber explorado el terreno, se replegó sobre Bu-Denib, no sin dejar una patrulla á fin de mantener el contacto con el enemigo. Atacada por numerosas fuerzas de caballería é infantería marroquíes, se replegó á su vez sobre el mencionado puesto, cuya artillería no pudo, de momento, contener el avance de los atacantes que, dando prueba de temeridad extraordinaria, se adelantaron hasta cuatrocientos metros del campamento francés, despreciando el mortífero fuego que desde éste se les hacía. Después de aquella demostración se retiraron, pero por la noche volvieron con fuerzas numerosísimas y dirigieron un furioso ataque contra el blocao del telégrafo óptico, siendo contenidos por una red de alambres y por la infantería que les arrojaba granadas de mano, mientras desde el reducto, distante 1.500 metros la artillería apoyaba la defensa de aquella posición.

El combate, que fué muy violento, duró hasta las dos de la madrugada, hora en que los marroquíes se retiraron á Yorf, en donde tienen instalado su campamento. Los hafidistas tuvieron grandes pérdidas; á pesar de haber retirado la mayor parte de sus muertos, dejaron abandonados en el campo de batalla veinticinco cadáveres. Las bajas de los franceses consistieron en un muerto y trece heridos.

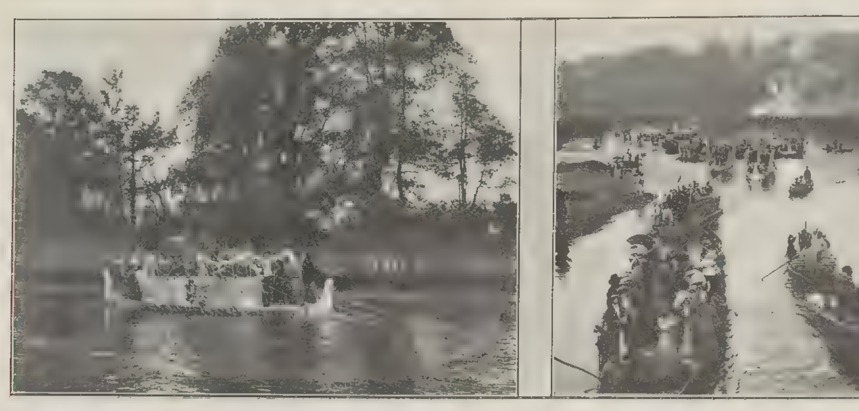


Marruecos.—En la frontera oranesa. El campamento francés de Bu-Denib que recientemente ha sido atacado por los marroquíes

En la mañana del día 3 un destacamento de caballería de Bu-Denib efectuó una salida para ver si podía atraer de nuevo á la harka; pero ésta no abandonó su campamento. Según las últimas noticias, la harka espera refuerzos que ha de recibir del bajo Tafilalet y del alto Muluya, entre cuyas tribus hacen activa propaganda los agentes de Muley Hafid. Los contingentes del Muluya irán mandados por el caíd de la gran tribu de los Zaías, que ya suministró numerosas fuerzas á la almahala que combatió contra los franceses en los Chauía. También espera, según parece, víveres, de los que anda muy escasa; pero lucha con grandes dificultades para proporcionárselos, porque, aunque los caminos ofrecen seguridades, Fez y Marruecos, que son los centros de aprovisionamiento de la harka, cuentan con muy pocas vituallas.

Los franceses no han querido dar al enemigo tiempo para rehacerse y reforzarse. En efecto, el día 7 el coronel Alix, con la columna de 5.000 hombres, salió de Bu-Denib y se encaminó al campamento de la harka; al llegar á Yorf, los marroquíes, con todas sus fuerzas, atacaron el frente y los dos flancos de la columna, intentando repetidas veces envolverla á fin de aislarla de Bu-Denib. Después de un reñido combate de cuatro horas, los hafidistas fueron enteramente derrotados, huyendo á la desbandada y dejando abandonado el campamento de Yorf, del que se apoderó el coronel Alix. Este desde allí se dirigió á Tazzuguert, campamento del que también se apoderó. Las pérdidas de los marroquíes fueron muy grandes; las de los franceses consistieron en 21 heridos.—R.

Marruecos.—En la frontera oranesa.—Columna de aprovisionamiento dirigiéndose á Colom-Bechar. (De fotografías de M. Branger.)



San Sebastián. La gira náutica.—Gabarra del Ayuntamiento.—Aspecto de la ría

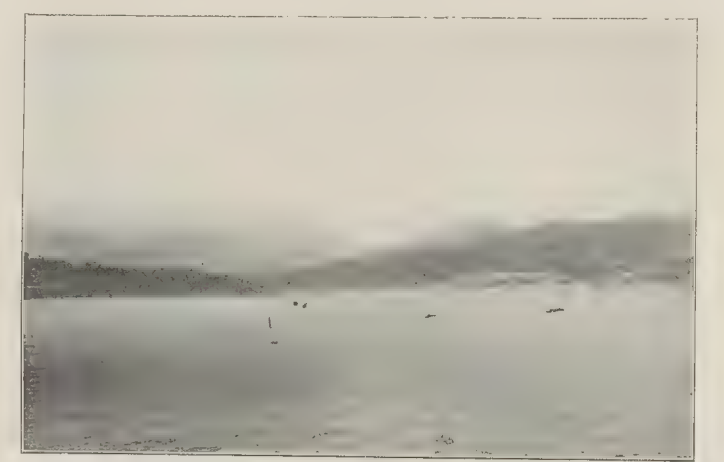
FIESTAS EN SAN SEBASTIÁN

La bella capital donostiarra arde en fiestas; como si quisiera retrasar el momento en que han de abandonarla los que la han honrado con su presencia durante el verano, á medida que se acerca la fecha del desfile general prodiga las diversiones para retener los unos días más, ofreciéndoles una despedida digna de ella y de ellos.

Entre los más notables festejos merecen especial mención la jira náutica en el Urumea, el baile infantil de trajes dado en el Gran Casino y las regatas de canoas automóviles.

La jira náutica, que se efectúa todos los años, es indudablemente la fiesta más popular y simpática de cuantas en esta época se celebran. No es, pues, de extrañar que, á pesar de la inseguridad del tiempo, se viera este año tan concurrida como siempre, habiendo tomado parte en ella más de treinta embarcaciones grandes y cuarenta pequeñas, muchas de ellas adornadas con tanto arte como riqueza. Durante el viaje, la lucha de serpentinas y *confetti* fué continua, y al llegar al valle del Loyola, efectuáronse distintos festejos acuáticos. Al atardecer regresaron los expedicionarios, luciendo las barcas caprichosas iluminaciones. Las márgenes del Urumea y los caseríos inmediatos aparecían iluminados con bengalas; en las cumbres de las montañas ardían fogatas enormes, y de trecho en trecho se quemaban fuegos artificiales mientras las músicas y el orfeón alternaban en sus tocatas y en sus cantos.

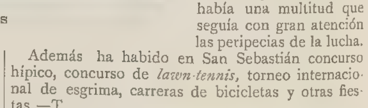
El baile infantil de trajes estuvo animadísimo, habiendo concurrido á él más de mil niños que con sus ricos y elegantes disfraces ofrecían un golpe de vista soberbio. La amplia terraza del casino estaba materialmente cuajada de gente, no siendo menos numeroso el público que se agolpaba en los alrededores de la misma y en todo el parque de Alderdi Eder. La gente menuda se divirtió en grande, y al terminar el baile hubo reparto de juguetes que llenaron de contento á los protagonistas de la fiesta.



San Sebastián Regatas de canoas automóviles

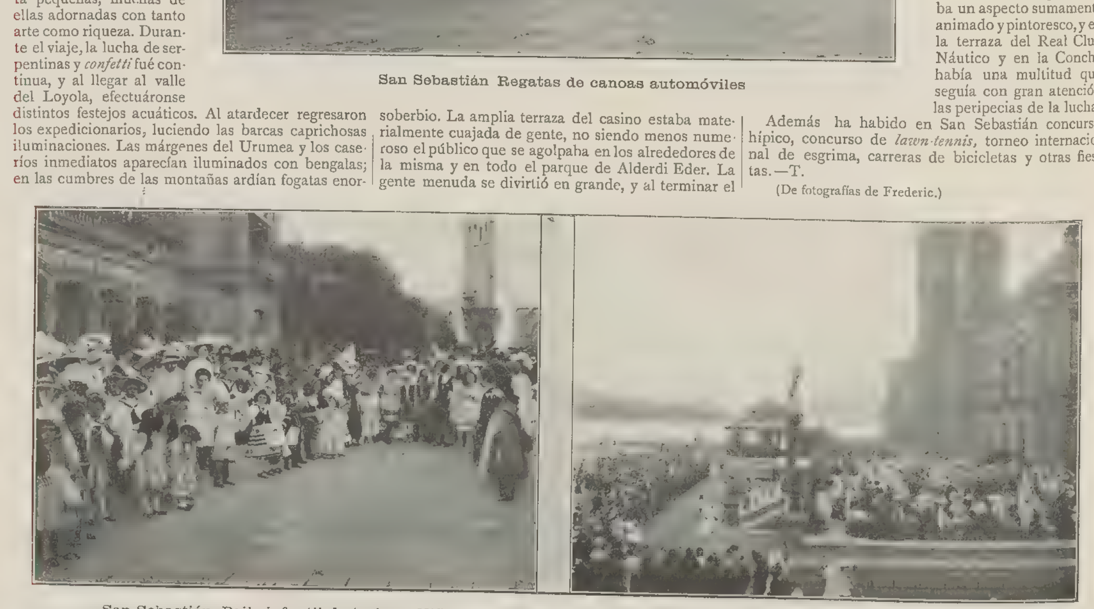
Las regatas de canoas automóviles se efectuaron en cuatro series: en la primera, handicap de *cruisers*, tomaron parte seis embarcaciones; en la segunda, tres, en la tercera, seis, y en la cuarta, tres, habiendo obtenido los primeros premios respectivamente: *Lanturlu II* (nueve millas, en una hora, diez minutos y catorce segundos), *Lanturln Aster* (15 millas, en una hora y cincuenta y tres segundos); *Lanturlu Aster* (24 millas, en una hora, treinta y cuatro minutos y diez y nueve segundos); *Ant-Ziak* (24 millas, en una hora, cuarenta y tres minutos y cuarenta y tres segundos).

Todas las series resultaron interesantísimas y muy disputadas, hasta el punto de que las ventajas de las vencedoras fueron de muy pocos minutos y en algunas sólo de unos cuantos segundos. Durante ellas, la bahía presentaba un aspecto sumamente animado y pintoresco, y en la terraza del Real Club Náutico y en la Concha había una multitud que seguía con gran atención las peripecias de la lucha.



Además ha habido en San Sebastián concurso hípico, concurso de *lawn-tennis*, torneo internacional de esgrima, carreras de bicicletas y otras fiestas.—T.

(De fotografías de Frederic.)



San Sebastián. Baile infantil de trajes.—Niños disfrazados.—Aspecto de la terraza del Gran Casino durante la fiesta

EL GLOBO DIRIGIBLE FRANCÉS «REPUBLIQUE»

En el número 1.389 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un grabado que representaba el nuevo dirigible militar francés *Republique,* efectuando sus ensayos en las inmediaciones del parque de Moissons. Desde entonces, el aeróstato ha realizado nuevas y más decisivas pruebas, con éxito tan afortunado como concluyente. Recientemente salió de su cobertizo á las ocho y treinta y cinco de la mañana, y se dirigió, á Compiegne siguiendo el valle del Oise. Llegó felizmente á aquella ciudad, y después de haber practicado encima de ella algunas elegantes evoluciones y difíciles viradas, dió la vuelta alrededor de la torre de las Casas Consistoriales, emprendió su regreso á París, y después de haberse cernido sobre la capital entró de nuevo en su cobertizo á las tres y diez minutos de la tarde, habiendo permanecido, por consiguiente, en el aire seis horas y treinta y cinco minutos. Había el propósito de enviar el *Republique* á una plaza fuerte, pero se ha desistido de esta idea, y el aeróstato permanecerá en Chalais Meudón, en donde en breve será deshenchido.

No por esto quedarán desocupados los encargados de aquel parque de aerostación, puesto que ya han comenzado á montar el *Lebaudy,* en el que se han introducido algunas modificaciones y que empezará sus pruebas á fines de este mes.



El globo militar dirigible francés *Republique* evolucionando sobre París (Fotografía de M. Rol y C.ª)

EN LAS ARENAS DE BEZIERS

Con éxito grandioso se han reanudado en el teatro de las Arenas de Beziers las grandes fiestas artísticas que el año pasado se interrumpieron á consecuencia de los dolorosos sucesos de Narbona, producidos por la cuestión de los viticultores del Mediodía de Francia.

La obra puesta en escena este año ha sido *Le Premier Glaive,* tragedia en cuatro actos de Luciano Nepoty, en la que con admirable vigor dramático desarrolla el autor el primer conflicto entre la inteligencia y la fuerza en una tribu primitiva. Es esta la primera obra representada al aire libre cuyo asunto no está tomado de la leyenda ni de la historia; en ella se plantea un problema que ha sido de trascendentalísimas consecuencias para la humanidad.

Las ilustraciones musicales y los cantables de *Le Premier Glaive,* son de Enrique Rabaud, director de orquesta de la Opera, quien ha dado con ellas elocuente muestra de su alta inspiración.

La obra ha sido representada por artistas tan notables como los señores Mounet y Fenoux y señorita Roch, de la Comedia Francesa; Sr. Perrin y señorita Barjac, del Odeón; Sr. Affre, de la Gran Opera, y otros actores y cantantes no menos celebrados.

A las primeras representaciones de la tragedia de Nepoty y Rabaud asistió una concurrencia numerosísima que no bajaría de doce mil espectadores. El aspecto que ofrecían las Arenas era en extremo animado y pintoresco.

La *mise en scene* nada deja que desear; es un modelo de lujo, de propiedad y de arte, según puede verse en el grabado adjunto, que reproduce uno de los más interesantes cuadros de la tragedia, aquel en que la tribu celebra con grandes fiestas la victoria obtenida por dos de sus caudillos, Dulberg y Rang.— D.



Beziers.—Representación de la tragedia de Nepoty y Rabaud *Le Premier Glaive* en las Arenas (De fotografía de Carlos Trampus)



BATALLA DE MARTORELL (1651), cuadro de Pandolfo Reschi existente en la Galería Corsini, de Florencia



EL SITIO DE BARCELONA EN 1651, cuadro de Pandolfo Reschi, existente en la Galería Corsini, de Florencia

ZARAGOZA.—VISITA DEL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Zaragoza, con su hermosa Exposición Hispano-Francesa, ha hecho una obra grande y eminentemente patriótica. Ha conmemorado el centenario de inmortales hechos de guerra con una espléndida manifestación de paz; y poniendo término á la tradicional enemiga de dos pueblos que hace cien años se odiaron y combatieron á muerte, los ha juntado en el más firme y afectuoso abrazo, haciendo que juntos compartieran las alegrías y las glorias de una grandiosa fiesta del trabajo y de la inteligencia.



Concierto por la banda municipal de Barcelona en la Exposición

Cuantos visitan la Exposición quédanse admirados ante la belleza de los edificios levantados y la importancia de las instalaciones en ellos expuestas. Bajo todos conceptos, la inmortal ciudad ha realizado un esfuerzo gigantesco que al honrarla á ella honra también á toda España.

Tratándose de una región á la que está unida por tan estrechos vínculos, creados por la historia y cimentados y mantenidos por una simpatía y un afecto seculares, no podía Cataluña dejar de acudir al llamamiento que para el mejor éxito de la Exposición dirigieron los organizadores de ésta á todos los productores españoles. En efecto, los principales fabricantes catalanes enviaron allí sus mejores productos y los instalaron artística y lujosamente, haciendo hermosa ostentación del grado de adelanto que á fuerza de talento, de trabajo y perseverancia han alcanzado entre nosotros las más importantes industrias.

Mas no se ha limitado á esto la colaboración de Cataluña, sino que además el Ayuntamiento de Barcelona envió á la Exposición las más escogidas obras de sus museos de bellas artes, que hoy figuran en una sala especial de aquélla. Las obras enviadas son cuadros al óleo, acuarelas y dibujos de Zuloaga, Mir, Casas, Llimona (Juan), Galwey, Jiménez Aranda, Ribera, Masriera (José), Mas y Fondevila, Balcells, Baixeras, Mestres, Guinea, Pitxot, Masriera (Francisco), Rusiñol, Blanche, Burne Jones, Rassenfosse, Hanken Lee, Thomas, Gilsoul, Ciardi, Moira, Vieirieu, Brangwyn, Macaulay, Roubard, Moarel, Mesdag, Evart Peters, Hans Bartels, y esculturas de Blay, Suñol, Fuxá, Reynés, Arnau, Montserrat, Llimona (José), Rodin, Meunier y Blairzy. Estos nombres dan idea, con sólo enumerarlos, de la valía excepcional de la remesa.

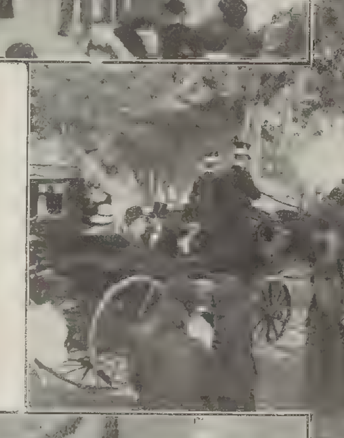
Un importante diario de Zaragoza, *El Heraldo de Aragón*, hablando de la participación que Cataluña ha tenido en la Exposición Hispano-Francesa, ha escrito lo siguiente:

«Justo es reconocer, y así lo hemos proclamado otras veces, que á Cataluña se debe gran parte del éxito de esta Exposición de la que nos envanecemos. Desde el primer instante, el arte y la industria catalanes acudieron con entusiasmo al llamamiento que les hizo Zaragoza, poblando la huerta de Santa Engracia de hermosas y numerosísimas muestras del trabajo.

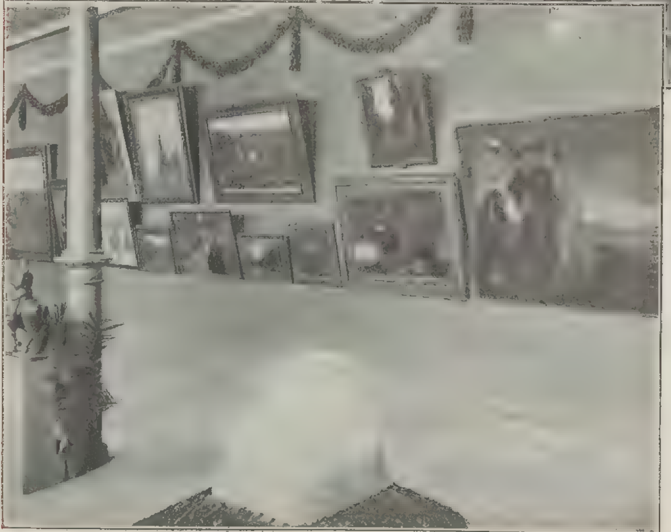
»Faltaba una nota delicadísima, exquisita, de arte puro, que fuera algo así como la expresión del ideal de nuestros modernos tiempos, y los catalanes se han encargado también de darla, reuniendo en una preciosa sala, que causará la admiración de todos cuando la contemplen, lo más selecto de los museos de Barcelona, lo más escogido de la moderna producción de los más ilustres artistas europeos...

»Cataluña, que no ha omitido gasto ni esfuerzo alguno para abrillantar nuestra Exposición, mirándola con simpatía extremada y con afecto extraordinario, merece nuestro ferviente reconocimiento.»

El Comité de la Exposición invitó á nuestro Ayuntamiento á visitarla oficialmente, y nuestra corporación municipal, aceptando la invitación, designó para que fuesen en representación suya á Zaragoza al alcalde accidental Sr. Bastardas, á los concejales Sres. Rogent, López, Nubiola y Magriñá, al jefe de negociado Sr. Corominas, en calidad de secretario, y á los Sres. Puig y Cadafalch, Fuxá y Pirozzini, de la Junta de Museos y Bellas Artes. Asimismo acordó enviar á aquella capital á cinco individuos de la guardia municipal montada, con su comandante Sr. Mendiola, la bandera de la ciudad y la banda municipal.



Llegada del Ayuntamiento de Barcelona. Coche en que iban los Sres. Bastardas, Puig y Cadafalch, Fleta (alcalde de Zaragoza) y Paraíso.



Sala Barcelona, instalada en la sección de Bellas Artes de la exposición (De fotografía de Coyn)

La comisión llegó á Zaragoza el día 6, á las cuatro y media de la tarde, siendo recibida en la estación por el Comité de la Exposición, el Ayuntamiento y un público numerosísimo que le dispensó un cariñoso recibimiento. Cuatro días permaneció en la ciudad, siendo continuamente agasajada con grandes fiestas. Como no disponemos de espacio para reseñarlas detenidamente, nos limitaremos á decir que, aparte de las visitas oficiales á la Exposición y á los principales edificios públicos de Zaragoza y á la inauguración de la Sala de Arte de Barcelona, los comisionados barceloneses fueron obsequiados con banquetes por el Comité de la Exposición, por el presidente del mismo Sr. Paraíso, por el Ayuntamiento y por el Círculo Mercantil. En todos los actos que se celebraron hubo discursos elocuentes y en extremo sentidos: los de los aragoneses, reiterando su gratitud á Cataluña y encomiando el adelanto de ésta en todo cuanto significa trabajo, actividad é inteligencia; y los de los catalanes, ensalzando como se merece á Zaragoza por la brillante muestra que de su valer y de sus poderosas energías ha dado con su Exposición, y los de unos y otros recordando los lazos de cariño que siempre han unido á las dos regiones y las épicas hazañas que juntas realizaron en otro tiempo, y haciendo votos por que la unión y el esfuerzo de ambas, con la unión y esfuerzos de las demás regiones hermanas, puedan hacer nuevamente de España una nación rica, próspera y gloriosa. – S.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD, R. I.

(CONCLUSIÓN)



¿No es un espectaculo encantad[illegible]l de esa pareja feliz?, dijo (véase página 597)

El decir eso era un delito de lesa majestad, que pedía en alta voz el condigno castigo.

—¿Pero es que puede usted olvidar cuando se le antoja?, preguntó Zoe intencionadamente.

—No, ¡ojalá pudiera hacerlo! No sentiré, por cierto, mucho placer cuando me encuentre allá en el Sudán, y piense que andará usted sola por esos mundos de Dios expuesta á toda clase de vicisitudes; eso ya lo puede usted tener por seguro.

—¿En el Sudán, dice usted? ¿Pero no regresa usted á la India?

—No, voy á las órdenes del gobierno egipcio para una comisión especial. Por eso ha terminado ya mi licencia.

Y al decir esto se despidió bruscamente, y Zoe le vió alejarse, presa de encontradas emociones.

«Ya volveremos á vernos—dijo Zoe para sus adentros.—Todo eso que dice de que me olvidará no son más que tonterías; si me quiere de veras, no podrá olvidarme, y para entonces ya tendremos más edad, seremos más tolerantes y podremos congeniar mejor.»

Le pasó en aquel momento por la imaginación la idea de que podía ser que con el transcurso de los años estuvieran Wylie y ella más distanciados todavía; más apegados los dos á sus respectivos gustos y opiniones; más imposibilitados de comprenderse mutuamente, pero la desechó en seguida, como un mal pensamiento.

«Tengo derecho á vivir á mi gusto, lo mismo que lo tiene él á procurar de que yo viva al suyo. La verdad es que no sé si habría conseguido que me casara con él. Confieso que me hubiera sido un poco difícil el decirle rotundamente que no si hubiera insistido un poco más. Casi casi voy sintiendo ya que no lo haya hecho. ¿Por qué no me hablaría antes del Sudán? Lo ha ido á dejar precisamente para última hora.»

En vano se hacía esta última pregunta; pero Wylie se lo explicó después todo á Irene, que, sintiéndose en terreno firme, por hallarse ya comprometida, deseaba tender una mano protectora al que en cuestión de amores no había tenido tanta suerte como ella. Con aquel aire de amable condescendencia, que ya no empleaba cuando hablaba con Mauricio, dijo á Wylie:

—El Sudán es precisamente lo que más le gusta á Zoe. Desde el principio debió usted haberle hablado de ese país. ¿Por qué no lo hizo usted?

—Porque no quiero que se case conmigo con la idea de que yo la voy á proveer de aventuras.

—Es usted muy brusco, hombre de Dios, dijo Irene con dignidad.

—Lo siento mucho, contestó Wylie. Pero no es la primera vez que me califica usted de ese modo, ¿no es verdad?

—Pues no sabe usted lo mucho que siento que no haya sabido llevar las cosas por mejor camino, porque tengo la persuasión de que es usted la persona que más le conviene á Zoe.

—Muchas gracias por el halago, pero á pesar de eso ella no lo cree así.

—Eso no importa, algún día lo creerá. Sentiría que me tomara usted por entremetida y demasiado curiosa, pero supongo que no irá usted á casarse por despecho con la primera que se le presente, ¿no es verdad?

—No, señora, no; no creo que en el país donde

voy ahora haya muchas probabilidades de que me case con nadie, dijo mirándola cariñosamente; así es que por esa parte puede usted estar tranquila, y le aseguro que procuraré olvidarlo todo.

XXV

PROYECTOS DESVANECIDOS

En la pequeña iglesia de Hagion Gerasimon se casaron por fin Mauricio é Irene. Los dos se coronaron mutuamente como siervos de Dios, y bebieron en la misma copa, dando después la vuelta en procesión por el templo, llevando los padrinos las coronas suspendidas sobre sus cabezas; cambiaron entre sí los anillos nupciales, y al despedirse los asistentes á la boda les desearon que fueran tan felices como Abraham y Sara, como Isaac y Rebeca, como Jacob y Raquel. Sir Frank se halló presente para dar fe del matrimonio. Wylie volvió á dar nueva prueba de su talento y de sus aptitudes diplomáticas, poniendo sitio á lady Frank, cuya exaltada imaginación le llevó á creer, en cuanto oyó hablar á Wylie, sin fijarse en fechas ni en verisimilitudes, que había estado trabajando para conquistar á Irene para su amigo, en los afanosos días que se pasó vigilando, tan asiduamente, el consulado escita. Hasta que no se vió asediado por la persona que, según voz general, conocía mejor que nadie su lado flaco, no se mostró sir Frank dispuesto á dejarse ablandar. La promesa que había hecho de guardar silencio fué únicamente lo que no le dejó ir en el acto á referírselo todo al Sr. Ladoguin; pero varias veces y bien alto manifestó que por ningún concepto intervendría en nada que fuera clandestino ó irregular. Tan sólo apelando á las simpatías que por Irene sentía, pudo su mujer arrancarle el consentimiento. «Puesto que de todos modos—le decía ésta—Irene va á casarse, ¿sería prudente que lo hiciera fiando nada más que en la buena fe del novio? Después de su salida de Therma, ¿querría Mauricio renovar sus juramentos ante otro cónsul inglés? ¿Sería justo dejar á la novia expuesta á una contingencia semejante?» Mauricio de seguro no hubiera creído que se hablaba de él, si hubiese oído á lady Frank disertando sobre el peligro que corría Irene de verse, muy probablemente, abandonada por su esposo; Wylie no hubiera podido menos de sonreirse maliciosamente si hubiese escuchado tan descabelladas suposiciones. El deseo propio de toda persona honrada de que no tuviera Irene que lamentarse algun día de su exceso de confianza, pudo más en el ánimo de sir Frank que el de cumplir con lo que él estimaba su deber para con su colega. Dos condiciones puso, sin embargo, á su asentimiento, que fueron aceptadas en el acto: primera, que había de hablar á Irene á solas y antes de la ceremonia, á fin de saber cuáles eran sus verdaderos deseos y para tener la seguridad de que ella no faltaba á ninguna otra palabra de matrimonio, dada anteriormente; y segunda, que al día siguiente de la boda había de referírselo todo al señor Ladoguin.

El casamiento había de celebrarse precisamente por la mañana, á fin de que pudiera presenciarlo Wylie; pero el barco en que la recién desposada pareja y Zoe habían tomado pasaje para Inglaterra, no debía salir hasta por la tarde. Así fué que en cuanto terminó la ceremonia, Armitage acompañó á Wylie á bordo del vapor y los demás se volvieron á Kallimeri, vistiendo la novia el traje de aldeana griega y fingiendo ser una doncella de la señora Panagiotis, pues tenían que guardar grandes precauciones hasta no verse en seguridad en alta mar. Zoe, especialmente, estaba muy alegre y motejaba á los novios por participar también de la tristeza que, según dicen, se apodera de los concurrentes á un casamiento cuando ven á los recién desposados alejarse para emprender el viaje de rigor en tales casos.

—No digas tonterías, contestó Mauricio. Con sólo verme el anillo de boda espanto yo toda tristeza; y, al decirlo, se miraba la mano con orgullo. ¡Qué hermoso es! Contemplándolo se siente uno casado de veras, ¿no es cierto?

—¡Bah! Todo eso estará muy bien, dijo Zoe, pero es inútil que traten de ponerse una careta delante de mí. No se olviden de que tengo una ventaja de mi parte como no la ha tenido otra dama de honor de carne y hueso. Me parezco al niño fenómeno que acompañó en su viaje de boda á los esposos Lillyvick. ¿Ha leído usted á Nicolás Nickleby, Irene? ¿No? Muchas cosas vamos á tener que enseñarle, ¿no es verdad, Mauricio?

—Una quisiera yo que aprendieras: á conocer el mérito de un hombre cuando tropiezas con alguno que lo tenga, dijo con cierta acritud Mauricio.

Zoe se volvió hacia él diciendo:

—Si crees favorecer al capitán Wylie, tratándome como lo vienes haciendo últimamente, estás muy equivocado. Cualquiera creería que soy una niña que no sabe lo que quiere, y no una mujer cuerda, que obra á conciencia. Le dije á Wylie lo que sentía y él me ha comprendido. No quiere casarse conmigo, mientras yo piense como pienso en la actualidad. Así mismo me lo dijo, y ahora espero que olvides para conmigo ese modo tan impropio y me dejes una libertad igual á la que yo te concedo.

—¡Ah, Zoe, Mauricio no ha tenido las intenciones que le supones!, exclamó Irene con calor. Unicamente ha sentido lo ocurrido por el capitán Wylie.

—Creo, Mauricio, continuó diciendo Zoe sin aplacarse, que comprenderás lo mal que has hecho viendo que Irene ha tenido necesidad de explicarme lo que de mí piensas.

Encaminóse Zoe con porte majestuoso á la escalinata para alejarse de la galería, pero en aquel momento subía por ella Armitage.

—¡Ah! ¿Ya está usted de vuelta?, exclamó. ¿Le vió usted partir?

—Sí; el vapor fué muy puntual, no tuvimos sino el tiempo estrictamente necesario para embarcar. Me pidió que de nuevo lo despidiera de usted y la hiciera presente sus respetuosos recuerdos. Me detuve hasta que le vi salir del puerto, y he venido corriendo por el deseo que tengo de que la señora Teffany me permita retratarla con ese traje griego que lleva puesto. Es sumamente pintoresco y no volverá á presentárseme otra ocasión de hacerlo.

Armitage debía quedarse hasta el vapor siguiente, á fin de cubrir la retirada de los otros ó, más bien, para averiguar si en contra de ellos se tomaban algunas medidas. No se preocupaba por lo que pudieran decir en la redacción de su periódico, á causa de su prolongada estancia en Therma, confiando para aplacar el enojo, si lo había, en la presentación de un espeluznante dibujo, de doble página, representando el espectáculo que ofrecía aquella ciudad la noche de los atentados vista desde Kallimeri, y además en la de otros, bastante para llenar por completo un suplemento, y en los que se veían representadas las aventuras de los amigos, cuyo secuestro había sido causa de su venida á aquellas lejanas tierras.

—Le agradecería, señora Teffany, continuó diciendo en tono suplicante, que permaneciera usted en la misma actitud que ahora tiene. Ya tengo retratado á su marido en traje griego, así podrá hacer luego con los dos un grupo de mucho efecto.

—Que ha de ser para mí, dijo Mauricio. Vamos, Irene, deja que te retrate, puesto que tiene ese capricho. Figúrate que, como es costumbre, te vas á fotografiar con el traje de novia.

—Sería mejor un grupo, dijo Zoe, cuyo enfado se había disipado ante el deber en que se creyó de arreglarle á Irene el traje de modo que luciera más.

Con mano experta tiró de un lado, alisó por otro, hasta que Armitage le suplicó que lo dejase para que no resultase demasiado rebuscado el efecto.

—Puesto que hablamos de grupos, la verdad es que ha debido hacerse uno, antes de que Wylie se fuera, de los cuatro que estuvimos secuestrados, dijo Mauricio. No parece sino que siempre lo dejamos en segundo término, siendo así que tanto ha hecho por nosotros.

—¡Ah, eso me hace recordar una cosa!, dijo Armitage. No puedo menos, siguió diciendo algo cortado, de creer..., á mí, estoy seguro, me gustaría que me lo recordaran si me hallara en el mismo caso. Hay que hacerle justicia á Wylie. ¿Ustedes saben que fué él quien pagó el rescate?

—No, exclamó Mauricio. Creía que habían sido mis banqueros. ¡Vamos, ahora me explico la corta mezcla de disculpas y de parabienes que últimamente me escribieron! He estado demasiado ocupado para fijarme en ello; pero tenía intención, en cuanto llegara á casa, de pedirles una explicación. ¿Dice usted que Wylie fué quien lo pagó?

—Creo que el profesor también contribuyó con algo. Pero lo que me consta es que Wylie reunió 15.000 libras vendiendo hasta el último chillín de sus valores públicos é hipotecando la pequeña propiedad que posee en el Norte de Inglaterra. Ya se ve, sus banqueros no querían adelantar el dinero y los bandidos habían jurado matarlos á todos ustedes si no se lo entregaban.

—Pero ¿por qué no nos ha hablado de ello una palabra? ¡Nos tendrá por unos ingratos, sin corazón! Sí, lo digo, le daremos asco, exclamó Mauricio, dando grandes pasos por la galería, presa de violenta excitación.

—Si bien es verdad que no fué su dinero el que realmente les proporcionó la libertad. Los bandidos, es cierto, se lo embolsaron; pero ya Escitia se había adelantado á pagar el rescate; tanto hubiera dado que Wylie lo hubiese arrojado al mar. Me prohibió que les dijera ni una palabra. Con su paga, decía, le bastaba para cubrir sus necesidades y nada le importaba que estuviera la finca hipotecada. Pero á mí me ha parecido que yo debía decírselo á ustedes.

—¡Cuánto me alegro que lo haya usted hecho!, exclamó Mauricio. ¡Me da vergüenza de mí mismo! ¡Después de tanto como Wylie ha trabajado en favor nuestro!... Y todo...

Zoe se levantó de pronto y bajó las gradas, volviendo intencionadamente á otro lado el rostro para ocultárselo á los demás, crispadas las manos, en cuyas palmas se clavaron las uñas, ahogada por una ola irresistible de vergüenza y tardío pesar.

Echó á andar maquinalmente por los senderos del jardín, erguida la cabeza, muy abiertos los ojos, pero sin ver nada. Muy pronto Irene la alcanzó, tras un seto de arbustos, fuera de la vista de la galería.

—¡Ah, Zoe, no hay que afligirse de ese modo!, le dijo en tono suplicante. El ha de saber que usted lo ignoraba.

—Hay castigos providenciales, murmuraron secamente los labios de Zoe, y éste me está bien merecido.

—Pero, insinuó tímidamente Irene, Mauricio se lo devolverá. Nada absolutamente ha de perder.

—No es eso. Es que ha sido capaz de una acción semejante sin decir ni una palabra, ni tan siquiera en el momento en que... ¡Ah, Irene! Usted no me entiende, ni puede entenderme, y alégrese de que sea así. Usted no cerró al amor su corazón, sino que lo acogió en él y es feliz. Yo quise vivir á mi albedrío y éste ha sido el pago.

—Pero si él la quiere á usted de veras..., se atrevió á indicar Irene cada vez más nerviosa. ¡Ah!, Zoe, siento tener que decirlo, pero si yo pudiese hacer algo...

Zoe se sonrojó de cólera, mas fué sólo un momento.

—No, nada puede usted hacer. El ya me conoce tal cual soy y todo sería inútil. ¿Me comprende usted, Irene? Nada se puede hacer, absolutamente nada. Júreme usted que tampoco tratará de hacer nada.

Irene se apresuró á prometérselo así.

—Déjeme usted sola un rato y vuelva á reunirse con los demás. Dentro de poco ya me encontraré bien.

Irene obedeció con tanta mayor presteza cuanto que viendo á Zoe en aquel estado sufría atrozmente. La convicción de que era su deber acompañarla, la había impulsado á ir tras ella; pero ya en aquel momento, con gran satisfacción echó á correr hacia la galería, donde se hallaba Mauricio, quien bajó la escalinata para recibirla en sus brazos.

—¡Ah, Mauricio, cuánto me alegro de tenerte!, le dijo en voz baja. ¡Qué horrible es verse una mujer sola, aun en el caso de no ser suya la culpa!

No quiso preguntar Mauricio el porqué de aquella frase; pasó algún tiempo antes de que terminara de arreglar los flotantes pliegues del traje griego de Irene, y ayudándola á subir del brazo por la gradería, la llevó á presencia del pacientísimo Armitage, que se devanaba los sexos, tratando de averiguar el motivo por que había desaparecido la novia en el momento mismo en que iba á comenzar á retratarla. Volvió Irene á apoyarse en la pilastra y Armitage á continuar su trabajo, pero parecía que la suerte se había empeñado en que no lo terminara.

Poca cosa había adelantado, cuando apareció en la galería el profesor Panagiotis, quien suplicó á Mauricio le prestara atención.

—El asunto es algo serio, aunque trivial el motivo que le da origen, dijo. ¿Tal vez prefiera usted que hablemos reservadamente?

—Ya sabía yo que no estábamos casados en toda regla, murmuró Mauricio. Wylie siempre nos decía que debíamos hacerlo lo menos cuatro veces, y tan sólo lo hemos hecho dos y media, contando por media vez la asistencia de sir Frank. Puesto que esto te interesa á ti tanto como á mí, Irene, me parece que lo mejor será que vengas con nosotros. Entretanto podrá ir bosquejando Armitage el fondo y los accesorios.

El profesor los condujo á su despacho particular con mucha ceremonia, como si quisiera recordarles la elevada posición que, según sus planes, habían de ocupar más adelante. Sobre la mesa se hallaba un pergamino, escrito con caracteres griegos.

—Por esto ha sido, dijo el profesor señalándolo, que se ha presentado una ligera dificultad. He creído conveniente extender una sucinta relación de las circunstancias que han mediado en su matrimonio, en previsión de los sucesos que ulteriormente puedan desarrollarse. Un ejemplar de ella deben ustedes llevárselo á Inglaterra para conservarlo junto con los demás papeles de familia; otro, ó se lo entregaré para que lo guarde al Patriarca Ecumenico, ó lo depositaré en lugar seguro y bajo mi custodia, según uste

des dispongan. En estos tiempos de dinamita, no sabemos si volarán simultáneamente el consulado inglés y el escita, quedando por lo tanto destruídos sus archivos. Ya he conseguido que los cónsules pusieran su firma, de lo que pueden ustedes cerciorarse; pero, desgraciadamente, el padre Sotirios, á quien por su natural sencillez y su alejamiento de la política elegimos para que celebrara el casamiento, pone algunos reparos para hacerlo.

Luego, encarándose de pronto con Mauricio, añadió:

desempeñar sus funciones el padre Sotirios, ignoran do que era usted cismático.

—Pero ¿por eso queda anulado el matrimonio?, exclamó Mauricio. Si es una bagatela. No puede ser. No hay nada que pueda invalidar el contrato civil celebrado ante los dos cónsules.

—¡Ah, eso es verdad!, dijo apresuradamente el profesor. Nadie puede poner en duda la validez del casamiento. Pero á los ojos del pueblo, téngalo usted presente, cualquier informalidad de la ceremonia religiosa...

tas las cosas por ese prisma, resulta ahora que la princesa, su esposa de usted, ha contraído un matrimonio heterodoxo y que por lo tanto ha perdido todo derecho á la sucesión, derecho que era el único incontestablemente superior al del príncipe Cristodoridi.

—Está bien: pues entonces, ¿qué debemos hacer?, exclamó Mauricio, que se había quedado un momento sin saber qué decir. Supongo que será preciso volvernos á casar. Pero no, eso de nada serviría, y además usted dice que no lo permitirían. Siempre he



Zoe se levantó de pronto y bajó las gradas volviendo intencionadamente á otro lado el rostro

—Sin duda alguna usted notaría en aquel solemne acto que se le nombraba «el príncipe ortodoxo Mauricio, hijo de Teodoro,» y á la novia, «la princesa ortodoxa Irene, hija de Nicolás.»

—No, yo no, contestó Mauricio. Sabía que era en griego lo que se estaba leyendo y, como es consiguiente, comprendía de lo que se trataba en general, pero no entendí bien la pronunciación.

Irene le miraba con ojos llenos de ansiedad.

—Pues bien: á la verdad, dijo el profesor con acento paternal y cariñoso, se trata de una cosa insignificante y baladí. Según parece, el padre Sotirios reparó en que usted, al salir de la iglesia, no se inclinaba ante las imágenes de los santos; cuando volvió á verme luego, me preguntó con insistencia si realmente era usted ortodoxo. Parece mentira, pero es lo cierto, que con la prisa de disponerlo todo para la boda y lo difícil que era hacerlo sin despertar sospechas, se me había olvidado decirle que todavía no había usted ingresado en la iglesia griega. Su apellido alejaba toda sospecha y el Patriarca le concedió su bendición, al

—¿Es decir, que no habrían permitido la celebración del matrimonio si hubieran sabido que yo no era griego?, preguntó Mauricio.

—Pues bien: la verdad es que hablando con exactitud, los matrimonios mixtos están prohibidos. Como es natural, esa prohibición no tiene efecto en determinados casos. Y como ya el matrimonio se ha consumado, no veo nada que pueda poner en duda su validez desde el punto de vista religioso. No hay más sino que estamos en el deber de no dejar que se malicie que ha habido en él la más ligera informalidad. Ha de tener usted presente que en cuanto el público se entere, el príncipe Cristodoridi se pondrá en guardia y procurará buscar algún reparo que poner á las pretensiones de usted.

—Pero, según usted me dijo hace tiempo, él asegura que son muchos los que tiene que ponerles, y que todo matrimonio extranjero y no ortodoxo que hubiera ocurrido en mi familia sería un obstáculo para que yo heredara sus derechos.

—Exactamente, pero hay también otra razón. Vis-

creído que no valdrían de gran cosa mis derechos si eran los fanáticos los que habían de decidir; pero yo no puedo dejar que por mi culpa pierda mi esposa los suyos. Es de suponer que tendrá usted algún consejo que darnos en esta coyuntura.

—Felizmente tengo un medio muy sencillo y hacedero que proponer. No hay otra cosa que hacer sino declarar que está usted dispuesto á ingresar en seguida en la iglesia griega. Una breve abjuración de los errores de sus creencias cismáticas y una profesión de su nueva fe, igualmente corta, pronunciadas ante el padre Sotirios y otros testigos respetables, bastarán para allanarlo todo.

—Pero ¿cómo? No veo..., comenzó á decir Mauricio.

—La conversión y el matrimonio aparecerán como efectuados el mismo día, dijo el profesor despacio y con énfasis, y ha de suponerse, naturalmente, que la conversión fué primero. El sacerdote se alegrará de poder complacer de ese modo á un converso tan distinguido como usted; los cónsules nada dirán en

pro ni en contra, puesto que se trata de un acto en que no han tenido intervención, y ustedes pueden estar seguros de que seré mudo. Los derechos de la princesa quedarán á salvo y los de usted robustecidos.

—Pero es que yo no pienso...

—Todo se reduce á que dé usted ahora un paso que, probablemente, habría que dar más tarde y que dado espontáneamente ha de tener más mérito. Nadie que no pertenezca á la iglesia ortodoxa puede ser reconocido como pretendiente serio á la herencia de Juan Theophanis.

—Y, sin embargo, usted ha insistido en que me tenga por tal pretendiente serio, sin haberme hasta ahora dicho ni una palabra respecto á ese particular.

—Salta tan á la vista, que me pareció superfluo hablar de ello. Sin duda en cuanto usted lo piense con detenimiento, verá que es de absoluta necesidad.

Hablaba el profesor con acento firme, pero la mirada era inquieta.

—Pues bien: yo no lo veo así y, lo que es más, creo todo lo contrario. Si antes de haber venido á Ematia hubiese sentido alguna inclinación hacia la iglesia griega, lo que aquí he visto me la habría hecho perder. Mi propósito es unir á todos los cristianos de este país, no ahondar sus divisiones. Si me pusiera de parte de los patriarquistas, sería lo bastante para atraerme la enemistad de todos los eslavos de Ematia. En todo caso, más bien me iría con los exarquistas, puesto que ya mi mujer ha tomado partido por los griegos.

—Un emperador heterodoxo no sería un verdadero emperador, dijo el profesor, recalcando la frase.

—Muchos de mis antecesores no fueron que digamos muy ortodoxos, contestó secamente Mauricio.

—Todos los cristianos de Ematia, así griegos como eslavos, se unirían en contra del hereje que aspirara...

—Me alegro saberlo, interrumpió Mauricio. Sería la primera vez en toda su historia que aparecieran unidos en favor ó en contra de alguna cosa. Habría yo, en tal caso, conseguido un triunfo muy grande. Pero no creo que lo hagan. Si nunca se han unido para combatir á los mahometanos, menos se unirán para combatirme á mí.

—¿Faltaría usted tanto á lo que á su sangre debe, que adoptase una actitud neutral, hasta hostil, en una cuestión semejante?, exclamó el profesor. ¿Nada valen á sus ojos nuestros sufrimientos, sacrificios y esfuerzos, sofocados por el peso abrumador de la hostil indiferencia de los eslavos?

—Creo que en la actualidad los griegos están vejados, lo que no deja de ser el justo castigo de lo que antes hicieron. Ese clero de ustedes, ignorante y avaro; esos obispos y patriarcas, egoístas y ambiciosos, tienen ellos mismos en gran parte la culpa de haberse enajenado el cariño de los pueblos á quienes se les imponían á la fuerza. Esos vuestros hombres de letras han abogado por completo la cultura intelectual, exceptuando la suya, y reciben el condigno castigo al verse con una población eminentemente hostil á los griegos, y que ignora todo cuanto no sea el odio.

—Sr. Jeffany, dijo incomodado el profesor, todo eso podrá estar muy bien dicho, pero no es de lo que tenemos que hablar. Sería una locura pensar que el partido que represento iba á consentir en poner su influencia al servicio de un candidato que menosprecia sus instituciones é ideales más queridos. Yo le pregunto á usted con toda claridad si está dispuesto á ingresar en la iglesia ortodoxa, y á aceptar, de todo corazón, el programa helenista del partido griego de Ematia, en pago, llamémoslo así, de la ayuda que éste preste á su causa.

—Pues bien: con toda franqueza, contesto que no.

—Piénselo usted despacio, insistió el profesor. Tal vez no sepa que desde que se encuentra en libertad, he adelantado algo en mi tarea de sondear á los representantes de las grandes grandes potencias, á fin de averiguar lo que piensan de las pretensiones de usted. Cansados del clamoreo general que pide reformas y del poco éxito que han tenido las medidas hasta aquí tomadas, no se han mostrado sordos á mis razones. Un gobernador general cristiano que contara con el apoyo de la parte más importante de la población sería muy bien recibido, y así lo creen también las naciones neutrales. Queda por averiguar lo que piensan Escitia y Pannonia. La primera no se opone jamás á lo inevitable; más fácil sería que tuviese usted que quejarse de su patronato que de su hostilidad. La segunda no puede permitir que Escitia la supere en magnanimidad y desprendimiento.

La verdad es que todas las señales nos son tan favorables, que no podemos detenernos en nuestro camino. Si usted nos abandona, apoyaremos las pretensiones del príncipe Cristodoridi, que encontrará el camino franco, por haber usted anulado las de la princesa, su esposa.

—Irene, dijo Mauricio, ¿quieres que afiance tus derechos al precio que el profesor pide?

Era el acento con que pronunció estas palabras muy duro; Irene comprendió el porqué. No estaba seguro de cómo ella pensaría, pero desvaneció esa duda contestando:

—No, si ha de ser violentando tu conciencia. Haz lo que creas que debes hacer. Nuestros derechos, de todos modos, seguirán siendo tan legítimos como antes.

Mauricio la apretó la mano, satisfecho al ver que no se había equivocado en el concepto que de ella había formado. Mi mujer y yo estamos de acuerdo, dijo. Conservaremos nuestra independencia.

—Mucho siento que así sea, pero ya no hay más que hablar. Ustedes han elegido el camino que han de seguir y no ignoran las consecuencias, dijo con reconcentrado despecho el profesor.

—Es cierto, pero nos creemos en plena libertad para dar cuantos pasos creamos convenientes al sostenimiento de nuestros derechos, pues seguimos siendo los herederos de Juan Theophanis, y tanto el derecho común en Europa como los usos actuales de Bizancio están de nuestra parte. Vámonos, Irene.

Dejaron al profesor, sentado en su bufete, mordiendo despechado el extremo del mango de la pluma. Una vez fuera de la habitación, Mauricio abrazó á su mujer diciéndole:

—Ten la seguridad de que antes me hubiera dejado cortar la mano derecha que casarme contigo, si hubiera sabido lo que te iba á hacer perder, le dijo:

—Mauricio, contestó ella con viveza, tú sabes que eso á mí nada me importa. Si hubieras cedido habría perdido toda la fe que en ti tengo. Temí, mucho lo temí un momento, que ibas á hacerlo por amor á mí; pero sentí algo, no sé qué, que no me dejó hablar. Ahora me alegro de no haber dicho una palabra. ¿Pero no ves, añadió con una risa nerviosa, que ni aun haciendo lo que él quería hubiéramos conseguido nada? Todo eso no pasaría de ser una superchería, un engaño vergonzoso tramado entre él, el sacerdote y tú. No obstante, para ellos seguiría siendo casada con un cismático.

—¡Pardiez, tienes razón!, exclamó Mauricio. El profesor se pasa de listo. Nos hubiera tenido completamente á merced suya, y si hubiéramos querido resistirnos, le bastaba con decir que al sacerdote le comenzaba á remorder la conciencia por la parte que había tenido en el engaño ó con hacer la insinuación de que estaba dispuesto á comunicar al príncipe Cristodoridi algo que sabía le había de agradecer, y no hubiéramos tenido otro remedio que ceder. ¡Hija mía, no tan sólo hemos obrado con honradez, sino que hemos derrotado vergonzosamente al que venía á tentarnos.

. . . .

—Adiós, patria mía, dijo Mauricio enternecido contemplando desde la popa del vapor el semicírculo de luces centelleantes, que indicaba el lugar donde dejaban á Therma.

—Un último, un postrer adiós, dijo Zoe, no sin cierto pesar.

—No por cierto, dijo Mauricio; vamos tan sólo á reponernos, á cobrar nuevas fuerzas para seguir adelante en nuestra empresa.

—Hermano mío, dijo Zoe con gravedad, tu causa está perdida.

—Me tengo por un hombre, dijo Mauricio, que sintió la mano de Irene oprimiendo afectuosamente la suya. Vine aquí con ánimo resuelto á cumplir mi deber. Ahora tengo una esposa á quien he privado de sus derechos. Claro está que para mí es cuestión de honor devolvérselos.

—Son los hombres los que acusan á las mujeres de sacrificar las causas á las personas, dijo Zoe en tono sentencioso.

—No estoy del todo conforme, Zoe. Yo soy la causa; causa perdida, como has dicho hace un momento, é Irene la persona. Pero ¡ah, ya lo comprendo, los dos no somos ya sino uno solo para nuestro bien!

FIN

ELEVADOR AUTOMÁTICO

PARA TABLONES

Hasta ahora todas las manipulaciones para apilar tablones, maderos desbastados, traviesas de ferrocarril y planchas se efectuaban generalmente á mano en la mayoría de los almacenes de depósito, procedimiento que, además de exigir un personal numeroso, no estaba exento de peligros. Por esta razón prestará indudablemente grandes servicios el nuevo elevador inventado por el Sr. Josse, director de la fábrica municipal de entarugado de París.

Compónese esta máquina de dos montantes triangulares, unidos entre sí por medio de tirantes, y en cada uno de cuyos ángulos hay fijo un árbol en el que hay colgados dos tambores dentados que engranan con los eslabones de dos cadenas paralelas al plano de los montantes. Estas cadenas tienen unos garfios dispuestos de trecho en trecho para recibir los tablones que son conducidos hasta el pie de la obra en vagonetas.

En la cara opuesta del elevador, muévese una doble cartela inclinada, que por medio de una pequeña cabria puede subir según el avance de la pila. Una dínamo de escasa potencia imprime movimiento á la cadena.

Dos obreros situados al pie del aparato colocan los tablones en los garfios á medida



Elevador de maderas automático

que éstos pasan delante de ellos, y de este modo el madero es elevado hasta la cima de la máquina; una vez allí, cae sobre unos garfios más grandes, situados enfrente de los otros, que los sostienen hasta que están sobre los brazos de la cartela. Entonces los garfios sueltan el tablón, dejándolo colocado sobre su nuevo sostén, y continúan su marcha, mientras el madero se desliza por los brazos inclinados de la cartela, en donde el obrero apilador lo pasa á un compañero que lo coloca de una manera regular sobre la pila.—J. B.

UN MONUMENTO Á PERUGINO

EN PERUSA

Entre Roma, Florencia y Siena extiéndese la fértil y pintoresca provincia de Umbría, patria de muchos y muy célebres artistas que dieron inmarcesible gloria á Italia en los siglos XV y XVI. ¿Quién no admira las obras de Pinturicchio, de Spagna, de Viti, del escultor Sansovino, por no citar otros nombres de pintores y escultores consagrados por la fama, que nacieron en aquella región?

Pero de todos los pintores de la escuela de Umbría, el más conocido es sin duda alguna Pedro Vannucci, el *Perugino*, como comúnmente se le llama por haber residido

casi toda su vida en Perugia (Perusa). Nació en Piave, aldea situada cerca de Perusa, en 1446, é hizo sus primeros estudios artísticos en Florencia, en donde vivió miserablemente, no tardando, empero, gracias á la fama que supo conquistarse, en recibir muchos é importantes encargos. Poco después, pintaba en Roma varios frescos en la capilla Sixtina, tres de ellos destruídos más tarde; decoraba algunas salas del Vaticano y ejecutaba otras pinturas, y en 1490 se estableció en Perusa, en donde murió en 1524, dejando una serie numerosísima de hermosas obras.

A raíz de su establecimiento en Perusa, abrió una escuela que pronto se hizo célebre, y en la que ingresó, en 1495, un niño de doce años, el inmortal Rafael. Discípulos suyos fueron también el Pinturicchio, el Ingegno, Ubertino, Bastiano de San Gallo, Ghiberti, etc.

La ciudad de Perusa cumple ahora con el deber de levantar al pintor ilustre un monumento, bello por sus líneas y simpático por la idea en él representada. Una especie de templete álzase sobre una base cuadrangular; un grifo, emblema de aquella ciudad, corona el dosel, y debajo de éste está sentado el *Perugino*, en actitud de examinar el trabajo que le presenta su genial discípulo.

El autor de este monumento, cuyo boceto adjunto reproducimos, es el escultor Enrique Quattrini, de Roma. — A. ROMIEUX.



Boceto del monumento que ha de erigirse en Perugia al célebre pintor Pedro Vannucci, el Perugino, obra de Enrique Quatrini

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL IDILIO DE ROBLEDA, por *Enrique Menéndez Pelayo.* — Bellísima novela de costumbres montañesas, cuyo mejor elogio puede hacerse diciendo que recuerda las obras del ilustre Pereda, por el sentimiento que en ella preside, por la verdad con que están estudiados y descritos los tipos y los cuadros de la naturaleza y por el estilo castizo de la narración. Un tomo de 146 páginas que forma parte de la Biblioteca Patria, con tanto éxito editada en Madrid, y se vende á una peseta.

GUÍA DE MAQUINISTAS Y FOGONEROS DE FERROCARRILES, por *Pablo Sans y Guitart.* — Acaba de publicar el editor Francisco Puig la tercera edición de esta útil obra, que contiene noticias acerca de la construcción y funciones de la locomotora, así como reglas y enseñanzas para su conservación y conducción. Forma un volumen de 23 por 15; consta de 240 páginas y se vende al precio de 6 pesetas cada ejemplar.

LAS CABRAS DE LECHE, por *Narciso Montagut.* — En esta obra que ha publicado recientemente el editor D. Francisco Puig se estudian las razas, cría, producción de este útil animal, al que con razón se ha denominado «la vaca del pobre,» así como las enfermedades que le afligen y su tratamiento; sirviendo de complemento un tratado para la fabricación de quesos de varias clases. Forma un volumen de 23 por 15; consta de 140 páginas y se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar.



Estambul (Constantinopla).—Horroroso incendio ocurrido el día 23 de agosto último y á consecuencia del cual quedaron destruídos 2.000 edificios y sin albergue 20.000 personas. Aspecto de las ruinas después de la catástrofe

(De fotografía de Harlinghe.)

Un horroroso incendio estalló el día 23 de agosto último en Estambúl, Constantinopla, y aunque son frecuentes en aquella capital tales siniestros, á causa de ser de madera la mayoría de las viviendas, este de ahora ha revestido proporciones tan extraordinarias, que no se recuerda otro igual desde 1870, en que se incendió el arrabal de Pera.

El número de casas destruídas se acerca á 2.000 y el de personas á quienes la catástrofe ha dejado sin albergue elévase á 20.000. Además á consecuencia del fuego ha habido numerosos muertos y heridos.

El aspecto de Estambul, después del desastre, era verdaderamente desolador; de él da perfecta idea la fotografía que reproducimos adjunta.

Desde los primeros momentos acudieron al lugar del siniestro el gran visir y varios ministros y generales que dirigieron las operaciones de extinción del fuego. El incendio duró trece horas.

El sultán ha dado 5.000 libras para socorro de las víctimas, y el Banco Otomano 2.000; al mismo tiempo se han abierto en todas partes subscripciones con excelente resultado.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXVII — Barcelona 21 de septiembre de 1908 — Núm. 1.395

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



VENDEDORES DE FRUTA CONTANDO DINERO

cuadro de Murillo que se conserva en la Pinacoteca de Munich



DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

En el espacio de pocos meses la *Associació Wagneriana* ha publicado el primer volumen del *Cançoner selecte* (Beethoven), las *XXV Conferencies*, la partitura catalana para canto y piano de *Tannhäuser* y el segundo volumen del *Cançoner* (Schubert). Al abrir el volumen de las conferencias y examinar el índice que figura al dorso de la portada, el lector queda sorprendido por la fecundidad de la Asociación en los seis años escasos de su existencia. Más de ciento setenta sesiones, unas dedicadas á conferencias, otras á audiciones musicales y no pocas de índole mixta, han llenado, sin interrupciones ni desmayos, la vida corporativa de tan benemérita institución, que ha publicado además, con letra catalana, los expresados cancioneros, *Tannhäuser, Lohengrin, Los maestros cantores,* y tiene en prensa actualmente el *Tristán é Isolda.*

Pero todo esto no se refiere más que á la cantidad; y por muy sorprendente que ella sea en un grupo guiado exclusivamente por la afición y el desinterés, más sorprende la calidad, la intensidad de espíritu que preside á semejantes tareas. Para convencerse de ello no hay más que repasar esas ediciones, examinando su pulcritud interna y externa, el nimio cuidado de los pormenores, el gusto de la presentación y el feliz consorcio de sobriedad y elegancia que en ellas resplandece como un *ex libris* sin *ex libris*, como un sello personalísimo é inconfundible. Esa envoltura predispone, incluso á los más legos, á internarse en las páginas, así literarias como musicales, y á seguir el desarrollo cronológico de los wagnerianistas barceloneses, que han dado á su labor una notoria amplitud y que alrededor del gran maestro y su obra han sabido agrupar todo el ciclo musical contemporáneo, sin aislar al genio, separándolo de sus predecesores y de sus descendientes.

En muy pocas instituciones libres y desde luego en contadísimos conservatorios ó escuelas profesionales habrá sido posible asistir á un desfile ó curso más vasto y completo del wagnerismo y sus antecedentes; curso no sujeto, en verdad, á rigorismos de academia ni á programas de «asignatura,» pero orgánico y total como una cosa viva que surge del manantial de la opinión artística, no canalizada en formulismos ó convenciones de ciencia oficial, y que sigue el movimiento espontáneo del gusto y de la sensibilidad estética en las sociedades escogidas.

Dichas sesiones sirvieron de comentario y preparación no pocas veces á las audiciones y conciertos anunciados en los teatros de Barcelona. Así, por ejemplo, ocurrió respecto al *Crepúsculo de los Dioses*. Se leía la traducción del libreto; seguidamente se daba una conferencia explicativa, y se entraba, por último, en la interpretación comentada de la partitura y sus temas. El tomo de las *Conferencies* es una de las más interesantes misceláneas musicales de los comienzos de nuestro siglo XX, y en ella se pasa revista á todos los aspectos actuales del arte. Un conjunto de espíritus distinguidos y selectos: musicógrafos, maestros, poetas, matemáticos, críticos y oyentes fervorosísimos, ha pasado por la tribuna de la *Wagneriana,* explicando sus investigaciones, sus teorías ó sus confidencias. Pedrell y Ribera, Joaquín Pena y Maragall, Doménech Español, Adrián Gual, Manuel de Montoliu, Viura, Clariana, Jordán de Urries, Roviralta..., han ido trayendo á colación ideas, estudios, lecturas ó emociones, haciendo pasar por aquella sala modesta la corriente plena en que la más alta mentalidad y la sensibilidad más elevada se confunden para ennoblecer al hombre de nuestros días. Mozart y su *Don Juan,* Schumann, Berlioz, Listz, Chopin; los precursores del wagnerismo, como Marsillach y Letamendi; los compositores modernos, como Charpentier, Vincent d'Indy, Weingartner, Humperdinck, todo eso y mucho más ha hablado y vivido en las sesiones de la Asociación, explicado por conocedores competentes ó interpretado y oído en religioso recogimiento.

La nota distintiva de esos trabajos es la seriedad que se atribuye á ellos, muy lejos de la superficial brillantez y alboroto de los antiguos «bel cantistas,» en los días felices del romanticismo de ciprés y arpa, de *La dona dil lago* y *Marino Faliero.* No; no es el arte un pasatiempo frívolo que merezca ser abordado sin preparación ni reverencia. Es algo que nos remonta sobre la escala de los demás seres, que nos pone en contacto con lo trascendente y absoluto, que linda con lo eterno. Así lo entienden los promotores y sostenedores de la Wagneriana, y el alma de todos ellos, Joaquín Pena.

Para cerrar este ligero comentario, aprovechando la novedad de sus dos últimas publicaciones *(Cançoner* de Schubert y *Tannhäuser),* trataré de resumir mi concepto, afirmando que si en todos los órdenes y ramos de la actividad espiritual: filosofía, historia, matemáticas, ciencia experimental, estudios psicológicos y sociales, lo que se quiera; si en todas esas direcciones é intereses del alma y de la inteligencia se lograra constituir un núcleo semejante, dotarlo de su mismo ardor tranquilo, infundirle la misma actividad sostenida, convertirlo en centro de introducción y distribución de las ideas universales, entonces eso que llamamos aproximación á Europa habría dado un paso decisivo, sin renunciar por ello á nuestra índole nativa, antes bien resolviéndose el problema de combinar lo nacional y lo cosmopolita en una alianza indestructible.

* * *

Por fortuna, la tranquilidad de las últimas semanas deja espacio y tiempo para seguir comentando otras novedades que no sean las del crimen, del desorden ó de la pasión política. La Junta autónoma de Museos y Bellas Artes ha visitado últimamente las excavaciones que se están realizando en Ampurias, mediante acuerdo y subvención de la propia entidad, la cual empezó por adquirir una superficie de terreno como base de sus trabajos. La elección de ese terreno no fué desatinada, por cuanto en una parte ha ido apareciendo el antiguo emplazamiento ibero romano y en la otra el recinto griego.

A expensas del Estado se hacen otras excavaciones junto á las dunas, habiendo quedado al descubierto restos de una basílica cristiana con un columbario y diversos enterramientos. También las realizan dos particulares, el Sr. Pi y el Sr. Villanueva, y han aparecido ya una casa romana y restos de viviendas con fragmentos de mosaico.

Todo ello hace actualmente de Ampurias una curiosa estación arqueológica y pone de manifiesto cómo se va apoderando de las corporaciones locales de Barcelona el sentido de la cultura predominante hoy en los principales Estados europeos y americanos. Esas corporaciones no se sienten, tan sólo, meros organismos administrativos ó fiscales para la recaudación de tributos y para la prestación de servicios de orden material. Entienden que les está confiada una misión superior relacionada con el progreso científico del país, con su renombre, con su civilización, con el florecimiento de las artes. Las excavaciones de Ampurias no darán por resultado la exhumación de una cosa espléndida y de primer orden, como Pompeya. Así la ciudad griega, como el recinto ibero romano, no se hundieron de una vez, sepultados bajo un torrente de lava y cenizas. Sufrieron la lenta acción de los años y la sucesiva aniquilación impuesta por las edades y las conquistas. Pero aun de este modo, la infinidad de medallas, monedas, instrumentos y restos de cerámica ya recogidos y lo que sin duda irá apareciendo si los entusiasmos actuales no se apagan, demasiado justifican la explotación emprendida, redimiéndonos del sonrojo de que pudieran hacerla algún día los extranjeros, ó darnos el camino y la impulsión, como en Numancia.

Ya sé que no todos piensan así y que no falta quien crea que la función de los municipios y corporaciones locales, y aun la del Estado, se reduce á la de un administrador inflexible, á la de un economato limitado á la más estricta necesidad. No siempre se ve la relación que liga entre sí á toda suerte de iniciativas ni la solidaridad de esos estudios puramente desinteresados y de lujo con las conveniencias utilitarias y prácticas. Todo se eslabona, todo se da la mano; y no hay descubrimiento, por ideal y apartado que parezca de toda realidad, que no tenga dentro de un año ó dentro de veinte una repercusión progresiva y hasta una influencia económica.

* * *

La visita á Zaragoza, la «semana catalana,» los brindis, los banquetes, los obsequios al Ayuntamiento y á la prensa de esta ciudad por el Ayuntamiento y la prensa de la capital de Aragón, ofrecen materia de muy agradables consideraciones.

El esfuerzo de los zaragozanos, la iniciativa de Paraíso y su tenacidad para llevarla á término han merecido constantemente y desde el primer día mi atención y mi más caluroso encomio. Antes de ahora he debido escribir que esas dos fechas: *Barcelona,* 1888, y *Zaragoza,* 1908, son el desquite y la compensación de otra fecha, intermedia y lúgubre: *Santiago,* 1898.

Las etapas de Barcelona y Zaragoza son el preludio ó vago despertamiento de la energía social sobre la decadencia oficial, el nacimiento de un país sobre las ruinas de un Estado histórico y la aparición de una España adolescente sobre una oligarquía gastada y decrépita. En este sentido puede decirse también que Aragón ha resuelto incorporarse y que es un nuevo miembro ganado á la *hemiplejia* peninsular, á esa dolorosa hemiplejia, mitad actividad y mitad parálisis, que divide, si no el territorio, cuando menos los ideales y las conciencias del país.

* * *

Con la detención de Blanch Queraltó y de Cuyás como presuntos autores del atentado terrorista de la «golondrina» y con la aparición de Melich en Zaragoza acusándose de haber colocado la última bomba que estalló en el urinario de la Rambla de las Flores, esa magna cuestión sigue despertando el más vivo y más justificado interés, al cual para ser completo no le faltan su punto de enigma y sus grandes dificultades de investigación.

Hace tantos años que la madeja se va enredando, que ahora, cuando parece haberse dado con uno ó dos cabos del hilo, los dedos más expertos y hábiles han de vacilar. Durante más de quince años todas las propagandas, todos los detritus sociales, todas las heces de los demás países han venido á caer en Barcelona, como en un bajo fondo y por medio de una selección al revés.

Es posible que las mismas gentes sensatas hayan contribuído á un extravío de la opinión y hayan ayudado inconscientemente á la impunidad de los culpables, buscando, *à priori,* pistas de altura ó direcciones preconcebidas. Durante muchos años se ha dado aquí el caso paradógico de que, para estar libre de toda sospecha de terrorismo, casi era necesario declararse anarquista. Se ha desatinado mucho hablando del *cui prodest* sin haber leído los libros de la parcialidad que no repudian, ni mucho menos, esa propaganda por la acción, solitaria y aislada. Se ha invocado el argumento de que las víctimas de la última serie de atentados eran casi siempre de condición menesterosa, olvidando que los anarquistas intelectuales sostienen en sus escritos que no existen *inocentes* en la sociedad, que todos son responsables de su infame organización actual, que conviene tenerla en constante zozobra y que si por consecuencia de la guerra social caen algunos de sus hermanos, muchos más caen víctimas de la burguesía en los talleres y en las minas. Se ha dicho, por último, que el verdadero anarquista nunca ha hurtado su cuerpo y que ha embestido bravamente y cara á cara, olvidando que obró así cuando se propuso un objeto concreto: atentar contra un rey, contra un poderoso, contra un estadista, y cuando no contaba todavía con los explosivos de tiempo ó de inversión que le aseguran la impunidad y la fuga.

Ahora apunta otro prejuicio peligroso: el de creer que todo venga de un solo origen y obedezca á un complot. Puede ser así; pero no cabe excluir la suposición contraria de que existan dos, tres y cuatro focos diferentes y sin conexión. Es decir, que en vez de una sola avispa, exista todo un avispero. Desgraciadamente ha habido un largo trabajo de propaganda y disolución, y no es aventurado pensar en lo extenso de la zona moral de nuestra población invadida por aquel fermento.

Miguel S. Oliver.

LAS BODAS DE ORO (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá.



Y volviendo al piano para terminar la canción que había empezado, cantó con toda su alma...

La vida es bella mientras se ama,
Y se ama aún en la vejez...

Y su voz, algo temblorosa, pero afinada, matizaba esas palabras con dulzura infinita, mientras miraba á su amado compañero, sentado delante de ella y que la seguía con los ojos cuando sus afilados dedos rozaban lentamente las teclas del piano.

Aquella mujer, en el radiante esplendor de su juventud debió de haber sido muy bonita; sus cabellos, blancos como la nieve, formaban marco á un rostro ovalado, de una pureza de líneas intachable, y la delicada sonrisa que vagaba en sus labios denotaba inteligencia y bondad. Los ojos se habían conservado hermosos: negros, un tanto hundidos y sombreados por largas pestañas, respiraban alegría.

Contemplando á aquellos dos viejos que tan placenteramente soportaban el peso de los años, experimentaba yo un sentimiento de bienestar y de contento. ¿Podía, acaso, darse algo más confortante que aquel cuadro de dicha conyugal?

Cuando se hubo apagado el sonido de las últimas notas, el marido, volviéndose hacia mí, me dijo:

—En la próxima primavera celebraremos nuestras bodas de oro, porque se habrán cumplido los cincuenta años de nuestro matrimonio. La fiesta será para los dos tan hermosa como el día en que pronunciamos el *sí* sacramental, á los pies del sacerdote. ¿No es verdad, mi querida Juana?

—Es verdad; en aquel entonces no te amaba más que ahora; mi alma ha sido siempre tuya y siempre has sido dueño de mi corazón.

—Nunca nuestro amor ha sufrido el más pequeño menoscabo; ninguna nube ha empañado nuestro afecto. Desde el venturoso día en que vi á Juana por primera vez, la existencia ha sido para los dos una serie continuada de delicias.

Amigo mío, no éramos ricos, ¡qué habíamos de ser!, cuando, sin conocernos, nos hallamos uno al lado del otro en el interior de la diligencia de Laffite y Gaillard, que hacía entonces el servicio entre Caén y París.

Juana, á quien sus padres enviaban á casa de una anciana parienta, florista de la calle del Cairo, había de entrar de aprendiza desde su llegada, y en cuanto á mí, llevaba una carta de recomendación para uno de los jefes de sección de los almacenes del Pequeño Santo Tomás, de la calle del Bac. Con esto basta para que usted comprenda que si emprendíamos el camino de la fortuna distábamos mucho de haberla conquistado.

En el coche los dos guardábamos silencio, vencidos por la pena natural de abandonar nuestros hogares, y transcurrieron las primeras horas sin que ni uno ni otro pronunciásemos una palabra, y si en varias ocasiones nuestras miradas se encontraron, su elocuencia fué muy débil, porque la timidez y un cierto embarazo sellaban nuestros labios. Y quizás así hubiésemos continuado durante todo el viaje, cuando la súbita intervención del cochero varió el aspecto de las cosas. La diligencia llegaba al pie de la gran cuesta de Lisieux, y á todos los viajeros se nos suplicó que bajásemos del coche.

El día se presentaba hermoso; los rayos ya calurosos de un sol primaveral iluminaban el camino; cantaban los pájaros en las ramas de los árboles; las primaveras, casando el oro pálido de sus corolas con las primeras violetas, tapizaban las zanjas y por doquiera se respiraba la alegría de vivir.

Cerca de la cumbre, en un talud que se alzaba delante del cercado de un jardincito, atraía las miradas un gran grupo de violetas blancas. No pude resistir la tentación, y en dos zancadas llegué hasta ellas; cinco minutos después volvía á estar al lado de mi compañera, á la que, lleno de emoción, ofrecía el ramillete, húmedo aún del rocío de la mañana.

El modo como aceptó las flores demostróme claramente el placer que sentía de recibirlas, y desde aquel momento quedó roto el hielo. Por el camino nos hicimos mutuas confidencias, y cuando, llegados á París, bajamos del carruaje, en el patio de las Mensajerías de la calle de San Honorato, nos habíamos prometido volver á vernos.

Por espacio de dos años, cada domingo, á eso de las tres de la tarde, nos encontrábamos en el Jardín de las Tullerías, delante de la estatua de Espartaco; ni un solo día faltó ninguno de los dos á la cita. Juana se cogía de mi brazo, y mientras paseábamos á lo largo de la gran avenida, hablábamos de lo que habíamos hecho durante la semana, nos comunicábamos nuestras probabilidades de éxito y forjábamos risueños planes para el porvenir.

¡Horas encantadoras, horas deliciosas en que el corazón despierta al amor! Vuestro perfume es tan penetrante, que basta para embalsamar el resto de la existencia y para saturar el alma hasta los límites de la extrema vejez.

Nombrado á mi vez jefe de sección de mi almacén, al abrigo ya de toda inquietud y pudiendo ofrecer á mi amada Juana, si no grandes comodidades, por lo menos un modesto bienestar, le rogué que asociase su existencia á la mía, y poco tiempo después, su padre, que vino expresamente á París, la conducía al altar.

La esposa que, llenos los ojos de dulces lágrimas, había escuchado enternecida á su marido, se levantó, y dirigiéndose á una elegante arquilla de palo de rosa, colocada sobre el mármol de la consola, sacó de ella un ramito marchitado, en el que posó sus labios con verdadera veneración.

—Intérprete delicioso de la confesión de mi bien amado, lazo místico que encadenas nuestras dos existencias, dijo en una especie de éxtasis, tú nos seguirás hasta la tumba. Desde la mañana venturosa en que, en lo alto de la gran cuesta de Lisieux, lo recibí de manos de mi adorado, nunca se ha separado de mí. El cielo ha bendecido nuestros esfuerzos y hemos sido ricos; y si no ha querido concedernos hijos, es sin duda porque ha querido concentrar en nosotros dos nuestro mutuo afecto y no distraer de él la menor partícula en favor de otros.

Y volviendo al piano para terminar la canción que había empezado, cantó con toda su alma:

Amémonos hasta el supremo día
En que cierre la muerte nuestros ojos.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



SS. MM. dirigiéndose á las tribunas para presenciar las carreras de bicicletas

SAN SEBASTIÁN.—CARRERAS DE BICICLETAS

Continuando la serie de fiestas de que dimos cuenta en el número anterior, hanse efectuado en la capital donostiarra, entre otras, las carreras de bicicletas en el velódromo de Atocha. Una concurrencia tan numerosa como distinguida llenaba las tribunas y se agolpaba alrededor de la pista.

A las cinco menos cuarto llegaron en un landó de la real casa Sus Majestades el rey don Alfonso XIII y la reina doña Victoria, á quienes acompañaba el príncipe Mauricio de Battenberg hermano de nuestra soberana.

Las reales personas fueron recibidas por el gobernador civil, el alcalde y el presidente del club ciclista.

El resultado de las carreras fué el siguiente:

Campeonato de Guipúzcoa.—Primer premio, consistente en una medalla de oro y diploma de honor, á Pedro Bordane.

Segundo premio, medalla de plata, á Luis Elizalde.

Tercer premio, medalla de bronce, á Francisco Verde.

Carrera regional.—Primer premio, de 100 pesetas, á Francisco Verde; segundo, de 50, á Esteban Tejera, y tercero, de 25, á Miguel Lloret.

Carrera internacional.—Primer premio, de 300 pesetas, á Dupuy, de París; segundo, de 150, á Ponchois, también de París; tercero, de 100, á Weber, y cuarto, de 60, á Chadeau.

Carrera de Consolación.—Primer premio, de 50 pesetas, á Ruff (alemán); segundo, de 40, á Michel (belga), y tercero, de 30, á Delaye (francés).

Internacional de *tandem*.—Primer premio, de 175 pesetas, al equipo Duprié y Pouchois; segundo, de 100 pesetas, al equipo Chadeau y Rit, y tercero, de 50, á Pregnat y Deyde.

Carrera infantil.—Primer premio, Federico Ferreirós.

Campeonato de España.—Se lo disputaron Neira, de Vigo; Durán, de Barcelona; Echevarría, de Bilbao, y Perdi, de San Sebastián, vencedores en las pruebas eliminatorias.

Ganó el primer premio, copa del rey, diploma de campeón y 300 pesetas, Durán, de Barcelona.

El segundo, un bastón del infante D. Carlos y 100 pesetas, Perdi, de San Sebastián, y el tercero, de 75 pesetas, Echevarría, de Bilbao.

S. M. el rey entregó la copa á Durán y le colocó la banda de campeón.—S.

(Fotografías de Frederic.)



Carrera en que se disputaron la copa del rey y el campeonato de España

EL JUBILEO DEL CONDE TOLSTOI

El día 10 de los corrientes cumpliéronse ochenta años del natalicio del conde Tolstoi. Sus admiradores habían proyectado celebrar este aniversario con brillantes fiestas, pero al fin desistieron de su idea ante las vivas instancias del interesado, quien, por su repugnancia á toda ostentación ruidosa, veía con disgusto que en su honor se hicieran aparatosas manifestaciones.

Esto no obstante, no pudo evitar que aquel día los periódicos más importantes de Rusia insertaran largos artículos en su loor, declarando que la fecha que conmemoraban era para Rusia una fiesta nacional en la que el mundo entero tomaba parte. Y como los periódicos, todas las instituciones públicas, las sociedades, los círculos y las escuelas realizaron expresivas manifestaciones de simpatía y tributaron entusiastas homenajes de admiración al autor de *Ana Karenine*.

Con motivo de su octogésimo cumpleaños, ha recibido el conde Tolstoi más de 4 000 telegramas, la mayoría de academias y universidades extranjeras le han elegido miembro honorario, y gran número de ciudades rusas le han proclamado «ciudadano notable.» Además, multitud de rusos y extranjeros han ido personalmente á su residencia para felicitarle.

Díjose que el Sr. Stolypine, presidente del Consejo de ministros ruso, había dirigido á los gobernadores de las provincias un despacho-circular previniéndoles que debían permitir la celebración de las fiestas en honor de Tolstoi. Los centros oficiales declaran que no ha sido preciso adoptar una medida especial para autorizar dichas fiestas, puesto que ninguna razón existía para creer que los gobernadores pudieran oponerse en modo alguno á que se honre á Tolstoi como escritor; en cambio, con ocasión del aniversario se tomaron disposiciones para evitar que se hiciesen manifestaciones políticas ó que se honrase á Tolstoi como representante de las ideas antirreligiosas y anarquistas.

El Santo Sínodo, en cambio, publicó una alocución dirigida á los fieles exhortándoles á que se abstuviesen de tomar parte en las fiestas y ordenando á los sacerdotes que adoptasen las medidas convenientes para refutar las doctrinas de Tolstoi. Esta disposición ha sido casi unánimemente censurada por la prensa rusa, habiendo hecho constar los principales periódicos que Rusia, al festejar al conde, festejaba, no al teólogo, sino al novelista ilustre de fama universal.

No corresponde á una nota puramente de actualidad como esta hacer el juicio de Tolstoi y de su obra; ni es tampoco necesario, ya que en su última crónica lo ha hecho en párrafos admirablemente pensados, como todos los suyos, nuestra estimada colaboradora la condesa de Pardo Bazán.—T.



S. M. el rey D. Alfonso XIII entregando la copa al Sr. Durán, vencedor del campeonato de España

EL JUBILEO DEL CONDE TOLSTOI. (De fotografías remitidas por la agencia «Nouvelle-Photo.»)



Yasnaia Poliana, la casa de campo en donde nació y reside el conde Tolstoi



El conde Tolstoi rodeado de su familia en Yasnaia Poliana. (De fotografía tomada en agosto último.)

EL CONGRESO EUCARÍSTICO

DE LONDRES

Con pompa y solemnidad extraordinarias se ha celebrado en Londres un Congreso Eucarístico, que ha sido presidido por el cardenal Vanutelli, legado del Papa, y al que han asistido otros siete purpurados, 14 arzobispos, 66 obispos, 20 abades mitrados, centenares de sacerdotes y millares de fieles ingleses y extranjeros.

Acerca del carácter del Congreso y de la importancia del hecho de su celebración en la capital de Inglaterra, he aquí lo que, entre otras cosas, dijo monseñor Vanutelli, en Lovaina, á un redactor del *Times* enviado allí expresamente para conferenciar con él:

«Este Congreso es singularmente importante por dos razones: primera, porque Londres, capital de una potencia tan grande y tan influyente como el imperio británico, atraerá probablemente un gran número de miembros del clero y de seglares del mundo entero; segunda, porque el hecho de reunirse el Congreso en Londres da una prueba directa y palpable de una verdad universalmente conocida y que es un título de honor para Inglaterra, la de que la libertad de que sus súbditos disfrutan de exponer su opinión, no existe sólo en sus leyes constitucionales. Por esto el Papa envía allí á un cardenal legado con la misión de expresar la simpatía, la benevolencia y la admiración que siente por el pueblo británico y su deseo de manifestar su afecto á aquellos de sus hijos que son súbditos de Inglaterra.

»Los miembros de este Congreso no se reunen en Inglaterra con ningún fin político, sino con un fin exclusivamente religioso, para afirmar en toda su sencillez su fe en la Eucaristía, y recuerdan los tiempos en que esta fe era universal en aquella nación; y no tienen la menor intención de discutir con los protestantes, á quienes consideran como hermanos en Jesucristo.»

El Congreso ha celebrado cuatro sesiones, en los días 9, 10, 11 y 12 de este mes, habiéndose leído en ellas muchas y muy notables memorias sobre el sacramento de la Eucaristía.

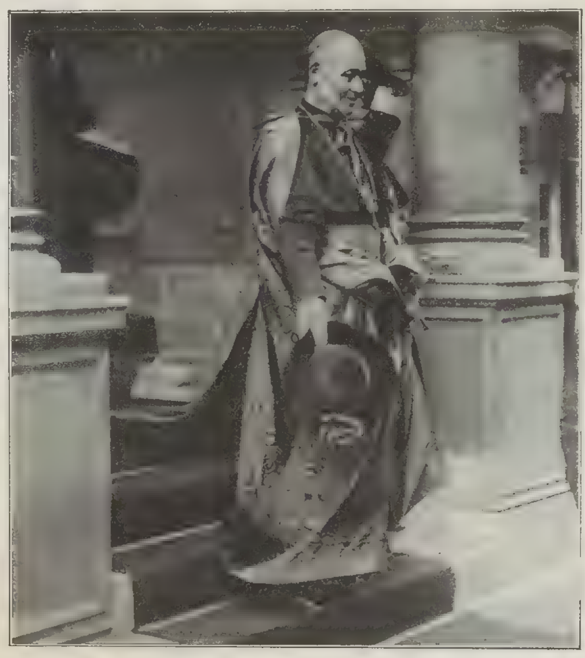
El día 13 ofició de pontifical en la catedral de Westminster monseñor Vanutelli; el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore (Estados Unidos), pronunció un sermón elocuentísimo, y millares de fieles se acercaron á la Mesa.

Por la tarde efectuóse la procesión, que fué un espectáculo grandioso, como pocos se han visto en Londres. Las asociaciones protestantes habían solicitado del gobierno que la prohibiese, pero no lo consiguieron; y el gobierno se limitó á prohibir la presencia del Santísimo Sacramento en la ceremonia pública. Concurrieron á la procesión todos los congresistas, innumerables asociaciones y corporaciones con sus estandartes y un número inmenso de fieles; se calcula que entre los que iban en la procesión y la multitud que invadía las calles por donde ésta pasó, sumaban más de ciento cincuenta mil personas.

El orden fué perfecto y no lograron turbarlo las débiles protestas de algunos pequeños grupos, á las que los católicos contestaban con delirantes aclamaciones; el gobierno, justo es decirlo, había adoptado todas las precauciones para que la libertad de los católicos fuese respetada.

Casi todas las casas del trayecto que recorrió la procesión, muchas de ellas habitadas por protestantes, estaban engalanadas.

De regreso en la catedral, apareció monseñor Vanutelli en el balcón del pórtico llevando en la mano el Santísimo Sacramento; á sus lados ondeaba la bandera inglesa y pontificia. Entre la muchedumbre inmensa hízose un silencio profundo, todos se arrodillaron y el legado dió solemnemente la bendición papal, siendo luego aclamado con estruendosos y entusiastas *hurras*. Fué aquel un momento imponente, digna coronación de un Congreso que ha dejado imperecedero recuerdo en cuantos á él asistieron y que ha de ser de gran trascendencia para la Iglesia católica. – S.



S. E. el cardenal Vicente Vanutelli, legado del Papa y presidente del Congreso Eucarístico recientemente celebrado en Londres. Es el primer enviado pontificio que ha visitado Inglaterra desde 1553. (De fotografía de World's Graphic Press.)



Londres.—El Congreso Eucarístico. Reunión de cardenales en Caxton Hall

(De fotografía de Underwood y Underwood.)

LONDRES.—EL CONGRESO EUCARÍSTICO. (De fotografías de World's Graphic Press.)



Grandiosa procesión celebrada el día 13 de los corrientes. Grupo de cardenales, prelados y alto clero



Grupo de congregaciones, asociaciones y colegios con sus estandartes



GUITARRISTA, cuadro de R. A. Schlegel



JULIÁN DE MÉDICIS, DUQUE DE NEMOURS, cuadro de Rafael

adquirido recientemente por un aficionado berlinés por el precio de 425.000 marcos (531.250 pesetas)

WILBURG WRIGHT

El célebre aeronauta de quien nos ocupamos en el número 1.391 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha batido el *record* de la aviación en Europa, realizando con su aeroplano, en el campo de Auvours, el día 16, un vuelo de 39 minutos y 18 segundos. Delagrange, cuyo vuelo de 29 minutos 55 segundos, efectuando once días antes, había sido el mayor de los hasta entonces llevados á cabo, ha quedado vencido por su competidor norteamericano.

Los ensayos que, desde hace tiempo, viene realizando Wilburg Wright, primero en Hunaudieres y últimamente en Auvours, han llamado la atención de cuantos al deporte aéreo se dedican, y todo hace esperar que saldrá triunfante de la prueba definitiva, que le ha de valer los 500.000 francos que como precio de su patente se ha comprometido á pagarle, según en el citado número decíamos, el comité presidido por Lázaro Weiler.

Wilburg Wright realiza con su aparato verdaderas maravillas; marcha en línea recta con seguridad absoluta, describe círculos y graciosas curvas, vuela contra el viento y desciende y toca al suelo con la misma suavidad con que se posan los pájaros.

Entre tanto, su hermano Orville obtiene aún mayores triunfos en los Estados Unidos, habiendo realizado hace poco un vuelo de una hora, quince minutos y veintidós segundos, á una altura de 75 metros, con una seguridad y una facilidad asombrosas. Además, acompañado del capitán Squier, voló durante nueve minutos y siete segundos, tiempo que constituye el *record* de los aeroplanos con dos pasajeros. El día 18 quiso repetir el experimento llevando en su aparato al teniente Lelfridge; pero, según dicen los telegramas publicados por los periódicos en el momento de escribir estas líneas, ambos aeronautas han caído durante la prueba, habiendo resultado heridos de gravedad.

Por estos ensayos, así como por los de Delagrange, Farmann, Bleriot y otros, puede juzgarse de los progresos rapidísimos que en estos últimos tiempos está haciendo la conquista del aire por medio de aparatos más pesados que éste. La aviación ha dejado de ser un simple deporte y un problema puramente especulativo, para entrar en la categoría de problema mercantil, industrial y militar de importancia y trascendencia realmente prácticas. ¡De aquí la atención con que, no sólo los aficionados y los especialistas sino los mismos gobiernos de las grandes potencias, siguen los adelantos que en la materia se han conseguido y los ensayos que de continuo se están llevando á cabo.

EL CIRCUITO DE BOLONIA. - LA TARGA FLORIO

En los días 6 y 7 efectuáronse las carreras automovilistas del famoso circuito de Bolonia; el primer día disputábase la Targa Florio; el segundo, la Targa Bolonia. La distancia total que debía recorrerse era de 528 kilómetros.

De los diez y siete automóviles, tipo Grand Prix, que tomaron parte en la primera carrera, sólo seis pudieron terminarla, habiendo sido clasificados por el orden siguiente:

1.° Nazzaro (marca Fiat, italiana), en 4 horas, 25 minutos, 21 segundos. Velocidad media, 119 kilómetros y 100 metros por hora;

2.° Trucco (marca Lorraine-Dietrich, francesa), en 4 horas, 34 minutos, 7 segundos. Velocidad media, 119 kilómetros por hora;

3.° Cagno (marca Itala, italiana), en 4 horas, 50 minutos, 12 segundos;

4.° Demogeot (marca Mors, francesa), en 4 horas, 57 minutos, 11 segundos;

5.° Lancia (marca Fiat), en 5 horas, 8 minutos, 51 segundos;

6.° Garcet (marca Mors), en 5 horas, 22 minutos, 7 segundos.

Wilburg Wright, el célebre aeronauta que, en su aeroplano, ha efectuado en Auvours el 16 de los corrientes un vuelo de 39 minutos 18 segundos, el mayor de los realizados hasta el presente. (De fotografía de Theodoresco.)



Nazzaro, ganador de la Targa Florio, en el circuito de Bolonia. Recorrió 528 kilómetros en 4 horas, 25 minutos y 21 segundos, es decir una velocidad media de 119 kilómetros y 100 metros por hora, superior á todas las obtenidas anteriormente. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Las velocidades totales medias alcanzadas por Nazzaro y Trucco han sido las mayores de la hora logradas hasta el presente; pero Lancia, en la segunda vuelta, las superó, puesto que recorrió 53 kilómetros en 23 minutos y 54 segundos, lo que da la espantosa velocidad media de 135 kilómetros y medio por hora.

La carrera del segundo día era para los automóviles de tipo corriente. Sólo cinco corredores la terminaron, habiendo llegado:

1.° Porporato (marca Berliet, francesa), en 4 horas, 56 segundos;

2.° Appendino (marca S. P. A. L., italiana), en 4 horas, 14 minutos, 15 segundos;

3.° Buzio (marca Franco, italiana), en 4 horas, 40 minutos, 57 segundos;

4.° Taugazzi (marca Junior, italiana), en 4 horas, 43 minutos, 49 segundos;

5.° Maggioni (marca Zust, italiana), en 5 horas, 5 minutos, 57 segundos.

La velocidad media alcanzada por el automóvil vencedor ha sido de 105 kilómetros y medio por hora, velocidad extraordinaria si se tiene en cuenta el tipo de los vehículos que tomaron parte en la carrera.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—JEREZ DE LA FRONTERA. — La casa Díez Hermanos ha abierto un concurso de cartel anunciador de su *Jerez Cognac Oxigenado*, en el que sólo serán admitidos artistas españoles. Cada artista podrá presentar el número de carteles que quiera, ejecutados por cualquier procedimiento (excepto el pastel) y de forma alta ó apaisada, con tal que sus dimensiones sean de 90 por 140 centímetros. En el cartel habrá de figurar la botella «Oxigenado,» y así esta palabra como la razón «Díez Hermanos» habrán de estar trazadas con caracteres bien visibles.

Se concederán tres premios, uno de 500 pesetas y dos de 250, que serán adjudicados por un Jurado constituído por D. Luis García Sampedro, don Cipriano Folgueras, D. Santiago Castellanos, don Enrique Amaré, D. Salvador Viniegra, presidentes de secciones los cuatro primeros y secretario general el último del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y por un socio ó apoderado de la casa Díez Hermanos.

Los carteles habrán de ser enviados francos de porte al secretario del expresado Círculo (Alcalá, 7, Madrid) firmados con un lema que figurará igualmente en un sobre cerrado y lacrado, dentro del cual se incluirá la firma autógrafa y la dirección y que se acompañará á la obra.

El plazo de admisión terminará á las doce de la noche del día 30 de noviembre próximo.

Todos los carteles serán expuestos al público durante diez días en el Palacio del Círculo (Parque de Madrid) y serán juzgados al quinto día de su exposición.

Para más pormenores pueden los artistas dirigirse al mencionado Círculo ó á la casa Díez Hermanos.

***

Necrología. —Han fallecido:

Juan Fattori, pintor italiano que cultivaba especialmente el género de las batallas.

Maximiliano Klein, geógrafo, historiador y filósofo alemán, director desde 1876 de la escuela de agricultura de Weiburg, autor de muchas é importantes obras.

Eleuterio Mascart, notable meteorólogo francés.

Víctor Hardouin, escritor francés, muy celebrado por las crónicas diarias que publicaba en *Le Matin*.

Maximiliano Klein, notable escultor alemán, premiado con la medalla de oro en una de las exposiciones de bellas artes de Berlín.

Teodoro Duimchen, novelista alemán.

Antonio Julio Barilli, escritor italiano, autor de muchas novelas del género de las de Edmundo de Amicis.

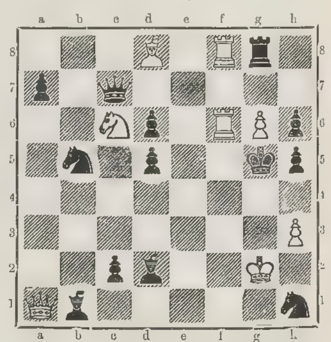
Luis Varney, popular compositor francés, autor de varias operetas muy aplaudidas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 506, POR V. MARÍN

1.er premio *ex æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 505, POR V. MARÍN

Blancas	Negras.
1. A e7 - b4	1. C a8 - c7
2. D a7 × d4 jaque	2. R e5 × d4
3. T f6 - f4 jaque	3. R juega.
4. P ó C mate.	

VARIANTES.

1... a5 × b4; 2. Da7 - e7, Ah1 × g2 ú otra; 3. Tf6 - f5 jaq., etc.
Tb5 - c5; 2. Tf6 - f5 jaq., Re5 × f5; 3. Da7 × f7 jaq., etc.
Re5 × f6; 2. Da7 - e7 jaq., Rf6 - e5; 3 Ab4 - d6 jaq., etc.
Rf6 - g6; 3. De7 - g5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Da7 × d4 jaq., ó e7, ó Tf6 - f5 jaq., etc.



La joven apoyó su cabeza en el hombro de Veraines, que la sintió desfallecerse en la divina debilidad de las enamoradas

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

El almirante Jacobo Carlos Veraines descendió ágilmente del tren y se volvió en seguida para saludar á una pareja con la cual había hecho el viaje.

—¡Como á los veinte años, almirante!, dijo la joven.

—¡Como á los quince, señora! El mar tiene esta ventaja, que al mismo tiempo que nos amojama nos conserva... Pero á todo esto no dejamos bajar á Dervilly, que se impacienta... ¡Qué quiere usted!.. La juventud no puede ocultar sus impresiones.

—Y que ni siquiera tiene la galantería de disimular. Es tanta su prisa por dejarnos, que se deja olvidado su *kodak*. Tome usted, Sr. Dervilly; seguramente lo necesitará usted. ¿Verdad que es deliciosa una fotografía instantánea?

—Casi tanto como una pasión de la misma índole, respondió la voz alegre de Dervilly; y si no me deja usted salir del vagón, creeré que quiere usted secuestrarme...

—Decir esas cosas delante de mi marido es una traición.

—Deja bajar á ese caballero, exclamó cómicamente el esposo; pues ya empiezo á verlo todo de color de sangre.

—Es la banderita del guardabarrera, que nos recuerda nuestro deber. Ven, Pedro, que ya silba la locomotora.

Pedro saltó al andén mientras la máquina se envolvía en una nube de humo.

—¡Buen viaje!, gritó el almirante.

—¡Gracias!, respondió la señora. ¡Que vaya usted á vernos!

Alejóse el tren, y el almirante le vió partir entre pensativo y sonriente. Jacobo Carlos Veraines no era un hombre alto, pero su cuerpo revelaba á la vez agilidad y vigor; su pecho constituía una caja sólida reforzada por unos hombros musculosos, y su rostro, curtido por el viento y por el sol, mostraba unos ojos negros como la antracita, una barba cúbica y enérgica, y una boca indulgente fácil á la sonrisa. Inspiraba respeto por la fuerza que en él se adivinaba, y simpatía por una bondad que, para aquellos á quienes amaba, rayaba en ceguera.

Pedro Dervilly, más alto que el almirante, era ahijado de éste, quien, al morir su padre, lo había recogido y educado; su cara, con su expresión soñadora y sus ojos perspicaces, ofrecían marcado contraste con la del marino. De cutis blanco y cabello negrísimo, su fisonomía era enteramente gala, y en ella á la vez se reflejaban inteligencia, ternura y cierta impetuosidad contenida por un temperamento tenaz y reflexivo.

—Mejor sería que no fueses amigo de Cayetano, dijo el almirante á Pedro después de una pausa.

—¿Pero qué se ha figurado usted, padrino?

—Nada; mas tengo una experiencia que en ciertas atmósferas se despierta, como se despierta mi reuma cuando sopla el viento de Levante... Un filósofo hizo una fortuna con la teoría de las ideas-fuerzas, y la ironía, muchas veces, no es sino la manifestación, bajo forma negativa, de una de esas ideas muy reales...

—Para hacer un guisado de liebre se necesita un cocinero, pero también se necesita una liebre...

—Una liebre de caza, muchacho, y para cazarla no es el peor sistema el del cazador furtivo... Por lo demás, te digo todo esto porque detesto los pecados por inconsciencia... Si has de cometer un crimen, acométele de frente.

—De frente lo he mirado, y en verdad que no me desagrada; sin embargo, también yo tengo mi idea-fuerza, y por consiguiente...

—¡Cómo! ¿Tienes tú..?

—Un amor que me salvará de cualquier felonía.

Ante el tono de gravedad que sus palabras habían ido tomando, el almirante clavó en él su mirada viva; pero no tuvo tiempo de interrogarle, porque un lacayo, que se les había acercado, le preguntaba:

—¿Quiere usted darme la capa? La pondré en el coche. Corentín ha recogido ya los equipajes.

—¡Ah, sí, el coche! Oye, Pedro, ¿te molestaría que hiciésemos el camino á pie? La mañana está deliciosa y á mí me gusta mucho andar, sobre todo en tierra firme.

—A mí también, padrino.

—Pues andando. En cuanto á vosotros, ya podéis iros con el carruaje.

El lacayo se marchó con el aire de disgusto del criado que ve á unos amigos de sus amos faltar á las costumbres establecidas, y subió al coche, cuyos magníficos caballos piafaban. En aquel momento apareció el criado del almirante.

—Los equipajes de usted y del señorito Pedro ya están cargados... ¿Se le ofrece algo al señor?

—Sube á la *charrette* con tu antiguo amigote el canadiense Luis, y no te emborraches como la otra vez. Como buen francés, sé fiel al vino y rechaza esas porquerías del *gin* y del *whisky*.

—Mi almirante..., balbuceó el doméstico.

—Bueno, bueno... Yo no digo que seas un borracho, sino que procures arreglarte de manera que no bebas demasiado y que esta misma noche estés preparado.

—Pero, mi almirante, si no hay ningún tren.

—Hay uno á la una de la madrugada y en él partiremos. Conque hay que tenerlo todo dispuesto.

—¿De modo que regresaremos esta noche?, murmuró Pedro, que de pronto se había puesto muy pálido.

—Detesto las reuniones numerosas, y aunque me gusta ver á mis hermanos y á mis sobrinos, me aburre la manía de mi padre y de mi madrastra de dar á este día un carácter ultrasolemne.

—Precisamente al siguiente día ya cesa la parte ceremoniosa y uno se divierte algo.

—A mí la víspera me estropea el día siguiente. Pero paréceme que lo que digo te contraría, añadió fijándose en su joven compañero. ¿Tanto te gusta divertirte, austero matemático?.. ¡Ah, Pedro, no eran estos los planes que tenía yo formados respecto de ti!

Pedro permanecía silencioso, entristecido y hasta suspiró.

—Hago mal en bromear, siguió diciendo el almirante. Desde el momento en que suspiras es que algo serio te pasa y que el niño dios, armado con su arco, se ha cruzado en tu camino. Por otra parte, creo que ibas á contarme el asunto cuando el imbécil del lacayo nos ha interrumpido... ¿De modo, mal timonel, que has enderezado el timón por entre esa gente de aquí? ¡Que Dios te proteja! No hay peor escollo que ese para un joven pobre como tú; todas esas gentes son millonarias, y millonarias con pretensiones... En fin, tengo la esperanza de que tu elección habrá re.

caído en alguna divinidad secundaria, una humilde ninfa...

—En una diosa, padrino.

—En este caso voy á darte un consejo, dijo el almirante consultando su reloj. Son las ocho de la mañana, y dentro de veinticinco minutos pasará el tren de París; tómalo sin dirigir una mirada atrás, vé á reanudar nuestro trabajo en el punto en que lo hemos dejado y anega tu amor en las cifras...

Mientras hablaban habían recorrido un sendero y ahora se hablaban en un bosquecillo de olmos, en donde la voz del marino resonaba como bajo una bóveda. Pedro había escuchado en silencio y su malestar parecía haber subido de punto.

—Padrino, dijo, ¿soy acaso despreciable porque soy pobre?

—Tan despreciable como yo.

—Pero en usted la pobreza es voluntaria... Y además, usted será rico algún día...

—Mira, muchacho, cuando después de haber derrochado millones me vi sin un céntimo, declaré que nunca más poseería riquezas. No tengo vocación para hacer buen uso de ellas, y no quiero llenar con ellas un jergón para dormir encima.

—Paréceme que la fortuna nada tendría de espantosa si la compartiese con aquella á quien amo.

—¿Nada de espantosa? ¿Cómo puedes decir esto? ¿No sabes, acaso, que con ella se pierde el más dulce y precioso de todos los sentimientos, la intimidad? Con ella no se goza de uno siquiera de esos gratos momentos que en nuestra modesta existencia hemos tenido nosotros. ¡La agitación y los cuidados de una casa montada por todo lo alto! ¡Ah, pobre muchacho! Cuando mi padre quiere disfrutar de algunas horas de paz y de meditación, se refugia en Blot, en la casa solariega, cuna de nuestra familia, situada entre fábricas y ensuciada por el humo, y allí pasa él, el riquísimo Veraines, semanas enteras con un solo criado y una cocinera. Y sin embargo, mi padre tiene el sentido de la riqueza, por más que sea mi madrastra la que desde la muerte de mi madre todo lo dirige, y no ha dejado nunca de sostener el más lujoso tren. Pues bien: ¿no te enseña esto todo lo que tiene de penoso esa función que podríamos llamar el «millonariado» y que envidian todos los imbéciles? ¿Será preciso citarte á los maniacos americanos?

—No, contestó Pedro riendo; evíteme usted esa molestia. Crea usted que no siento especial vocación por la riqueza; pero...

—Pero sueñas con casarte con una mujer rica..., porque supongo que no piensas que por ti renuncie a su fortuna.

—¿Y por qué no?

—Hay en toda renuncia algo penoso, lo digo por experiencia.

—Pero si la renuncia es por lograr la felicidad.

—He aquí un misterio que no se puede aclarar violentamente. En la mediocridad está la dicha, pero es doloroso renunciar á una posición para pasar á otra inferior; así lo ha dispuesto la naturaleza y es en vano que quieras contrariarla. Por uno como yo á quien el empeorar de condición le sienta bien, hay ciento á quienes desespera.

—De modo que, para conquistar á la que amo, tendré que ganar millones.

—Pero ¿qué demonio de idea te ha dado de poner tus amores en una esfera superior á la tuya?

Dervilly no contestó y bajó la cabeza con desaliento, mientras el almirante se encogía de hombros.

Ambos siguieron andando en medio de aquellos campos y bosques que mayo llenaba de suavidades, y al llegar á lo alto de una colina que bañaba el sol, aparecióseles á lo lejos, por entre un claro de los grandes árboles del parque, la quinta de la Roule. En torno de ella la comarca era maravillosa: extensos campos en donde el trigo, verde aún, semejaba una alfombra de césped, bosques, praderas atravesadas por un riachuelo y aquí y allí algunas alquerías. El sol parecía tender sobre todo ello un polvillo de oro que de pronto desaparecía cuando aquél se ocultaba detrás de una nube, y el cielo vibraba, lleno de luz y cruzado por largas nubecillas de color blanco sedoso.

—¡Hermoso paisaje de la vieja Francia!, exclamó Veraines. Pocas regiones hay en donde puedan admirarse sitios tan nobles, tan sobrios de líneas, de color y de tranquila majestad. ¡Qué diferencia del paisaje inglés, tan pesado, tan fresco!..

—En verdad, respondió Pedro, que esa quinta está admirablemente situada.

—Las cinco posesiones de mi padre están todas en sitios igualmente bellos, cada uno en su género; pero la Roule es nuestro Versalles y mi madrastra sabe conservarla maravillosamente sin dejar nada al azar. La comarca es nuestra hasta el horizonte y los arrendatarios no tienen el derecho de plantar remolachas allí donde la señora de Veraines ha decidido que se plante centeno para recreo de la vista... Esta es la primera vez que vienes aquí, pues hasta ahora siempre te había llevado á la quinta de Buc en-Foret ó á la de Telargue, y allí ó en París se han extraviado sin duda tu corazón y tu inteligencia, engañados por el carácter más íntimo de las relaciones. Piénsalo bien; aún estás á tiempo de regresar á París con un pretexto honroso; mira que de todo esto sólo pueden resultar para ti disgustos y penas.

—Las penas y los disgustos no me importan, padrino, pues desde muy joven he aprendido á sufrir. En un zaquizamí me encontró usted casi muerto de hambre, pero no abatido por la adversidad.

—Eres un gran muchacho, Pedro, como tu padre fué un gran marino; pero no quiero ver al hijo morir como el padre en un acto de temeridad inútil.

—¿Pero es tan grave cosa amar á quien nos ama?, dijo Dervilly con amargura.

—¿A quien nos ama?, exclamó el almirante asombrado. ¿Te burlas de mí? ¡Si querrás hacerme creer que una de esas jóvenes y lujosas beldades ha aceptado la perspectiva de un matrimonio con el secretario del miembro pobre de la familia!

—No digo que ella haya aceptado esa perspectiva, pero estoy seguro de que no le soy indiferente.

—¡Vamos!, dijo Veraines suspirando tristemente. Te habrás dejado engañar por una de esas coqueterías sin consecuencia. . Hijo mío, es menester que esas muchachas ensayen sus flechas.

—La que amo no es una coqueta.

—¿Quieres ser franco con tu viejo amigo?

—Hace media hora que busco la ocasión de serlo..., pero temo que va usted á asustarse.

—No importa... ¿Será esa traviesa de Margarita?

—No.

—Entonces es Simona, mucho más maliciosa de lo que te figuras.

—No es Margarita ni Simona; es Juana.

—¡Estás loco! Juana, «la princesita,» la más guapa, la más altiva, la más rica de las Veraines... ¡Pobre Pedro! ¿No sabes el novio que le destinan?

—¿Un novio?

—¿Qué te extraña? Mi madrastra se ha metido esa boda en la cabeza, y ¡cuidado si es testaruda!

En aquel momento por la carretera adonde el sendero conducía pasó un landó; los que iban en el carruaje, un hombre de cincuenta años, una mujer de mediana edad y tipo extranjero y un joven de veinticinco años, reconocieron al almirante y le saludaron, indicando á la vez al cochero que parase. El marino devolvió amablemente el saludo, pero con un ademán se opuso á que le esperasen, en vista de lo cual el cochero sacudió su látigo y el coche prosiguió su camino.

—¿Los has reconocido?, preguntó Veraines á su joven compañero.

—Fernando Beverley es mi compañero de liceo...

—Fernando Beverley es par de Inglaterra y se llama lord Beverley. ¡Hermoso nombre! A la fortuna de su padre y de su madre juntará la de su padrastro, mi hermano Rodolfo... ¿Qué te parece?

—Que es una posición brillante la suya.

—¿Puedes compararla con la tuya?

—¡Quiere usted burlarse de mí!

—No tanto como te imaginas, porque ese es el novio de tu «princesa;» sí, ese guapo mozo, tan espléndidamente dotado por la naturaleza, por la fortuna y la educación de mi hermano, que es un hacedor de hombres, como Warwick era un hacedor de reyes.

Pedro Dervilly permanecía inmóvil, y el sol que iluminaba su cara hacía resaltar más su palidez. Por un instante pareció resuelto á tomar aquel tren de París de que le había hablado el almirante; mas luego hizo un gesto enérgico y exclamó con acento vigoroso:

—*¡Alea jacta est!*

II

Cuando el almirante y su compañero hubieron llegado á la carretera, alcanzáronles tres automóviles que después de habérseles adelantado se detuvieron. Del landolet ó faetón salían varias manos y afectuosos gritos que llamaban á Veraines, el cual tranquila y bondadosamente sonreía á las muchachas y besaba las redondas mejillas de los niños.

—¡Jacobo Carlos! ¡Tío! ¡Suba usted con nosotros!

Algunos que conocían á Dervilly saludábanle cortésmente; á otros, el almirante les presentaba al joven, y todos, en medio de sus finos modales, mostrábanse algo fríos hablando con él. Era un matiz imperceptible que Pedro no advirtió, pero que molestaba profundamente á Veraines, que amaba al joven como si fuera su hijo.

—¡Cuánta familia, padrino!, exclamó éste. ¡Cuántos hermanos y cuántos sobrinos! Todos parecen quererle mucho.

—No dudo de que me quieren. Mis hermanos me temen porque mi lenguaje es rudo; pero aparte de que de lo que les digo se guardan sólo lo que les conviene, me han creado una reputación de excentricidad que les resulta muy cómoda. En cuanto á los niños, siempre se encariñarán con los viejos marinos, porque los viejos marinos tienen un alma ingenua y manos habilidosas. Añade ahora á esto mi uniforme, que impresiona á toda esa gente menuda. En una palabra, soy popular, y no hay una, entre todas mis grandullonas sobrinas, que no guste de presentarse llevándola yo del brazo. Estos pequeños móviles, no lo dudes, son los móviles grandes...

—¿Y por esto se ha puesto usted el uniforme?

—Por esto y para dar gusto á mi padre, que quiere que el día de hoy sea simbólico de la gloria de los Veraines. Su alma es la misma que la de los buenos menestrales fundadores de nuestra familia, y no me habría perdonado mi fuga de la casa paterna si no hubiese vuelto con mis charreteras. Rodeado de banqueros, de hombres de la alta sociedad, de funcionarios, mi grado de almirante le enorgullece en extremo; mi misma pobreza le agrada como prueba que es de mi independencia, y se ve reproducido en mi sencillez. Los demás me miran con cierto desdén, porque al fin y al cabo un buen hombre que vive en un modesto segundo piso del muelle de Bethune y á quien ven pasearse á pie por los Campos Elíseos, les inspira compasión. Pero mi padre sabe que este sistema de vida responde á una necesidad de libertad; mi madrastra, en cambio, que es la encarnación de la vida del gran mundo, no me comprende tan bien como él y no ha cesado de instar para que me ofrecieran una especie de anticipo de herencia, cosa de diez millones. Sin embargo, el dinero me da miedo, pues carezco de la abnegación que han de tener los ricos. Corentin, con su honradez y su familiaridad respetuosa de lobo de mar, es casi un amigo para mí; al paso que me hastían y repugnan el servilismo ó la insolencia, la necedad ó la mala fe de los criados. Y sobre todo, que necesito codearme con la multitud, con el pueblo; por esto cuando navego, siempre escucho con placer las conversaciones del castillo de proa, y mis marineros que lo saben, sin salirse nunca de los límites de la conveniencia, jamás interrumpen por mí sus coloquios y dicen: «Nuestro almirante sabe lo que es la vida.» ¡Y tanto como lo sé! He conocido la miseria, que los hombres de acción pueden, en mi concepto, soportar perfectamente, y todavía le conservo cierta afición.

—Pero, padrino, ¿no ha pensado usted nunca en el mucho bien?..

—¡Tonterías, muchacho! El verdadero bien consiste en gastar el dinero que se tiene del modo que la sociedad indica. Yo no censuro ciertamente la caridad ni las instituciones benéficas; pero una y otras no deben constituir la regla general, sino la excepción. ¿Concibes un estado social basado en instituciones filantrópicas? El fundamento de todo orden es el trabajo, es la producción, y por consiguiente, el consumo. Mi norma es, pues, no criticar el dinero que socorre y venerar el dinero que crea recursos. No soy Dios para estar completamente seguro del buen empleo de mis millones, y en la duda me abstengo, resuelto á dar mi parte de trabajo y de buena voluntad.

—Mi almirante, me avergüenzo de ser su discípulo y de no poder imitar su desinterés.

—No hay por qué avergonzarse... Aunque el amor no explicase tu afán por ser rico, ese afán no dejaría de ser, á mis ojos, sensato y razonable, siempre que respondiese á una vocación mundana; pero me temo que tus aficiones sean, en el fondo, sencillas y modestas y que sólo la ambición, con sus espejismos, te haga ambicioso... Eres un sabio...

—¿Y esto es un impedimento para ser rico?

—Sí, hasta cierto punto... Pero, en fin, la cuestión no tiene en realidad ninguna importancia, porque no eres rico ni tienes en la mano los triunfos que se necesitan para llegar á serlo...

—¿Me cree usted incapaz?..

—¡Incapaz! Al contrario, te juzgo muy capaz; pero la capacidad general nada tiene que ver con lo que discutimos. Necesitarías tener aptitudes comerciales..., financieras, las únicas que llevan rápidamente á la fortuna, y en lugar de esto eres un matemático, un filósofo, un observador, hasta un soñador y un alma tierna, discreta, heroica... Cierto que hay en ti algo de espíritu aventurero y de perspicacia; mas para sacar partido de ello, habrías, por lo menos, de marcharte á América.

Nuevamente se calló Pedro Dervilly, en cuyo ros

tro pintóse una expresión de pesar mezclada con cierta violencia.

En esto habían llegado delante de la verja de la quinta, que se hallaba abierta. Al otro lado de un inmenso césped en pendiente, rodeado por dos caminos de coches, alzábase el cuerpo principal de los edificios. Era una construcción sencilla, sin estilo definido; pero sus amplias ventanas en todos los pisos, su hermosa fachada blanca y el invernadero que adornaba la entrada, precedida de unos cuantos escalones, anunciaban una comodidad y un lujo grandes. El jardín deslumbraba con sus grupos de tulipanes, de rosas y de jeranios; á lo lejos los bosquecillos ofrecían frescas sombras; todo estaba admirablemente cuidado, trazado á cordel, por un jardinero habilísimo que á las exuberancias de la naturaleza añadía el aseo y la pulcritud humanos.

Rodolfo Veraines y los viajeros de los automóviles habían seguramente dado aviso de la llegada del almirante, porque apenas vieron su uniforme, una porción de niños corrieron á su encuentro. Sólo les acompañaba una persona mayor, pero era ésta la más fina, la más bella, la más distinguida que pudiera imaginarse. Era una joven de cabellos castaños y de ojos que tiraban á verdes; la regularidad de sus facciones daba á su rostro cierta altivez que nada tenía de dura y antes bien estaba suavizada por la sonrisa más amable y por una multitud de rasgos espirituales y tiernos que se revelaban cuando hablaba. Sus ojos reían dulcemente bajo unas cejas espesas, un poco demasiado aproximadas á la nariz, y su frente denotaba inteligencia y algún indicio de obstinación. Caminaba con los niños y parecía una niña con todas las gracias de la mujer.

—Animo, muchacho, dijo el almirante clavando sus ojos en Pedro. Se acerca tu princesa... No le des el espectáculo de tu debilidad.

El primero que llegó á la meta fué un hermoso chicuelo de unos diez años.

—¿Traes la brújula?, gritó sin cuidarse siquiera de dar los buenos días.

—Está en mi maleta.

—¿Y por qué no traes tu maleta?

—Si no fueses tan atolondrado, respondió el marino soltando la carcajada, sabrías que un almirante no lleva maletas.

—Y sin embargo eres bastante fuerte; papá dice que llevarías un cañón sobre tus hombros.

—¡Y hasta dos!

—¿Dos? ¿De veras? ¡Bah! Lo dices para burlarte de mí.

—¿Por qué das crédito á esas paparruchas?

—No son paparruchas, sino que papá...

—¡Ea, dame un beso, y deja el turno á Alfredo!

Este, más formal, besó á su tío y luego le dijo reposadamente:

—Acuérdate de que me prometiste arreglarme el barco.

—Te lo arreglaré, pierde cuidado.

Sucesivamente todos exigieron algo, y cuando al fin se acercó Juana, el almirante le dijo:

—Y tú, ¿estás contenta de lo que te traigo?

Juana se ruborizó, sin atreverse á ver una alusión en aquellas palabras, y para ocultar su turbación echóse en los brazos de su tío, quien prolongó aquella caricia más que de costumbre. El viejo marino, comprendiendo que Pedro no se había engañado y que la joven no veía al secretario con ojos indiferentes, sintióse satisfecho y á la vez contrariado, por entender que la situación era insoluble; y emocionado por el valor de su sobrina, parecióle que de pronto la quería infinitamente más que antes.

Juana saludaba á Pedro, estrechándole la mano á la inglesa, cuando se vió de nuevo cogida por los brazos de su tío, que murmuraba cariñosamente:

—¡Juanilla mía!

La joven apoyó su cabeza en el hombro de Veraines, que la sintió desfallecerse en la divina debilidad de las enamoradas. Fué cosa de un momento, pero se habían comprendido; en aquel momento había todo un drama: para el almirante, la visión clara de luchas en las que se preparaban grandes angustias y quizás catástrofes; para Juana, el presentimiento de que no era dueña de su suerte y la preocupación de muchos obstáculos; sólo para Pedro, el impulso presuntuoso de los jóvenes que simplifican las cosas á la medida de su deseo.

III

Pedro logró con facilidad alejarse de la gente y refugiarse, dando vuelta á la casa, en un sitio del parque adonde no llegaban los ruidos de la fiesta y que, iluminado por la blanquísima luz que descendía del cielo como al través de sedas brillantes, tenía entonces un encanto sin igual. La variedad de los perfumes quitaba al paisaje todo carácter de aspereza, y entre las frondas, en los claros hábilmente dispuestos, parecía flotar el espíritu de una sociedad elegante. El joven avanzó hasta la extensa terraza sobre la cual hallábase la casa construída, y se apoyó en la balaustrada, vencido por el cansancio y por el desaliento.

La dulce belleza del paisaje aumentaba la amargura de la derrota moral hacía un instante sufrida. En medio de aquella luz y de los frescos esplendores vegetales, parecía que la existencia había de ser de una serenidad perfecta y estar por encima de todas las vicisitudes; y para Pedro la vida ofrecíase triste y sombría como un ídolo en el fondo de una caverna. Sentíase despreciado, inútil; comprendía que su inteligencia y su corazón estaban muy lejos de toda aquella gente, y se veía desprestigiado á los ojos de Juana, imbuído en preocupaciones y dedicado á trabajos que no eran los de aquella sociedad. El sabio, el artista, enteramente dedicados á su obra, padecerán siempre la tristeza de sentir la profunda indiferencia de los que le rodean y de percibir que son extraños á lo que hace latir los corazones de esos niños grandes del gran mundo cuyo amor solicitan. Sin embargo, Dervilly se equivocaba en cuanto al carácter de aquella indiferencia, no exenta de un fondo de respeto y de admiración; pero no se engañaba creyendo que las manifestaciones del genio humano nada valen al lado de ciertas cualidades relumbrantes ó de ciertas excelencias de posición. Newton ocuparía sin duda alguna un puesto preferente en las inteligencias, pero no se introduciría en los corazones con tanta facilidad como el más mediocre de sus descendientes que hubiese llegado á ser lord Newton y riquísimo *sportman*. Pedro habría podido reflexionar que no se puede ir contra una corriente que data de siglos, pero la reflexión no es patrimonio de los enamorados; por esto prefería pensar en las contadas excepciones que resolvían el conflicto en favor suyo.

Pero entretanto sufría. El magnífico almuerzo no había sido para él más que una larga tristeza, pues en vez de sentarse, como había esperado, al lado de Juana, por disposición del almirante, que con la firmeza del hombre que cree cumplir con su deber había cambiado el orden de los sitios, encontróse entre Margarita de Blemont y Matilde Veraines, dos rubias del mismo tipo, ligeramente aguileño, y de colores vigorosos, denunciadores de un origen normando.

No menos furiosa que Pedro estaba Margarita, ya que de no haberse alterado el primitivo orden de colocación, habría tenido á su derecha á lord Beverley, á quien adoraba; y Matilde, por su parte, envidiaba el sitio que su hermana ocupaba junto al Sr. Delecourt, joven distinguidísimo que enseñaba el *golf* á toda la colonia femenina. Ni una ni otra se dignaron ocuparse de su vecino, el cual, por añadidura, hablaba en voz algo apagada, á fuer de sabio verdadero que se preocupa más de sus ideas que de las inflexiones de su voz, y seguían de lejos la conversación de Beverley con Juana y la de Delecourt con Carolina. En una ocasión, Pedro, mortificado por la atención que Juana prestaba á Fernando y del aire vencedor de éste, aprovechó una interrupción para formular una pregunta á su antiguo condiscípulo, pregunta á la cual éste había contestado fría y altaneramente y con una mirada como de asombro por la presencia del secretario del almirante... Pedro, aunque tenía la sangre ardiente, sintióse avergonzado y guardó silencio, y cuando al cabo de un rato su mirada se cruzó con la de Juana, vió en los ojos de la joven una expresión de benevolencia, pero vió asimismo que aquellos ojos estaban lejos de él y que en seguida Juana los apartó para fijarlos en lord Beverley, que le dirigía la palabra.

Desde aquel momento, los rumores del almuerzo fueron para Pedro un suplicio; las leves carcajadas, la alegría que en todos reinaba, los suaves matices de las flores esparcidas sobre el blanco mantel, las gotas de luz que temblaban en las botellas, la animación de aquellas deliciosas testas juveniles en las que brillaban diamantes, perlas, zafiros, turquesas y esmeraldas que parecían pequeñas ascuas ocultas entre las cabelleras, todo le era indiferente á Pedro, mejor dicho, todo aumentaba su pesar...

Como de costumbre en tal día, el abuelo pronunció una corta alocución en que habló de la madre fallecida y de la madrastra señora de la casa; expresó las esperanzas, la alegría de ver á los dichosos de aquella fiesta, la suerte cada vez mayor y sobre todo el honroso y envidiado puesto que en la sociedad ocupaban los Veraines; hizo algunas salvedades sobre las modernas costumbres; tuvo un recuerdo para los ausentes; deseó salud á los enfermos, y terminó anunciando próximos enlaces y prediciendo otros...

El almirante contestó á su padre con aquella filosofía suave, pero firme, que le permitía hablar con cierta causticidad benévola é ingeniosa, desempeñando quizás allí el papel de los grandes predicadores de la corte de Luis XIV, que pronunciaban el *Memento quia pulvis es* ante el propio monarca. También dedicó algunas palabras á su padre y á su madre, y al final hizo de su madrastra un elogio que la emocionó profundamente.

Después de los brindis, levantáronse todos para ir á tomar café al jardín, y Pedro Dervilly permaneció un instante en el grupo en que estaban el almirante y la señora de Veraines. El marino hizo recaer la conversación en los casamientos, y su madrastra, sonriente, hizo algunas alusiones al de Juana con lord Beverley y acabó por llamar á éstos. Aunque en la conversación que luego se sostuvo para nada se habló de aquel asunto, Pedro quedóse convencido de que Juana aceptaba el proyecto de una boda tan brillante, y el marino no paró hasta lograr por este medio que su ahijado viese demostrada de un modo palpable la peligrosa ilusión que acariciaba.

Acaso la demostración fué demasiado contundente, pero el hecho es que Pedro no pudo resistirla y vió, en su consecuencia, destruído su sueño. Jacobo Carlos advirtió la turbación del joven, y si bien se alegró, en el fondo, de haber sido duro, sintió gran compasión por su víctima. «Le salvo—pensaba—y vale más acabar de una vez;» pero al propio tiempo atenaceábale el remordimiento de haber quizás ido más lejos de lo que convenía. Por esto siguió con la mirada á Pedro cuando le vió alejarse poco á poco de la reunión.

—¡Pobre muchacho!, decía tristemente para sus adentros. Es digno de ser feliz, y de seguro que con él sería Juana dichosa.

De esta suerte luchaban dos sentimientos contrapuestos en aquella alma tranquila y heroica.

Pedro daba vueltas á su desgracia ante el más hermoso paisaje, cuyo primer término formaban algunos olmos que elevaban al cielo sus numerosas ramas, tamizando la claridad entre su follaje tembloroso. Tres colosales castaños, con los candelabros de sus blancas flores, semejaban pequeñas iglesias; los foliolos triangulares de un aliso vacilaban á impulsos de imaginarias brisas, como campanillas que ora escondiesen, ora dejasen escapar reflejos de luz; á lo largo de un álamo de Stalia corría un arroyo de diamantes y por todas partes el aire penetraba en aquella frágil exuberancia y flotaba en ella un vapor que ocultaba los fondos y envolvía los ramajes, mientras los troncos y las ramas negras avivaban la frescura de los céspedes.

Para el desesperado, sin embargo, no había frescor alguno; hubiera querido aliviar su pena con una acción violenta, y sintiendo esa plenitud de fuerza de la juventud que es como una embriaguez, tan pronto soñaba con montar un caballo fogoso ó hallarse en el mar en medio de una tempestad, como deseaba tenderse sobre la hierba y dormir así su pena.

Presa de esa crisis, vió que se le acercaba Juana Veraines más bella aún que el paisaje, acompañada de un niño y de una niña á quienes se había llevado con el pretexto de que cogiesen flores. Pero en realidad su buen corazón sufría con la tristeza de Pedro y acudía con intento de consolarle, aunque sin ninguna idea fija; es más, si hubiese podido prever que su presencia había de infundir alguna esperanza en el alma del joven, quizás no habría ido al sitio en donde éste se hallaba.

—Por lo visto, ama usted mucho la soledad, preguntóle.

—Cada cual ama lo que puede, contestó Pedro algo bruscamente. La soledad es una amiga cuyo consuelo es infalible cuando se reviste del esplendor que aquí tiene. Esos olmos y esos álamos son para mí terribles lecciones de cosas, aunque no lo parezcan; crecen en el espacio, extienden sus ramajes para mejor absorber la vida, sin temor y sin apresuramientos, y obran así á pesar de la amenaza, á pesar del viento y á pesar del rayo, aumentando de este modo sus probabilidades de padecer y de morir, pero también desarrollando entretanto su esperanza de hojas nuevas y de nuevos frutos... Me figuro ser como ellos, pronto á entregarme á dolores y á alegrías, pero he perdido los encantos del instinto, y la sabiduría de los demás me aconseja una prudente reserva. Por esto vacilo...

La amargura de su acento impresionó á Juana, que, á su vez, se entristeció comprendiendo que se trataba de un asunto en extremo serio, tanto para él como para ella. Porque cien veces se había interrogado á sí misma acerca de su sentimiento, y como sucede á las jóvenes, no había sabido definirlo...

(Se continuará.)

EL PAIS DE LA PLATA.—HIENDELAENCINA

No hemos de profundizar en la Historia; no buscaremos en la tradición ni en la leyenda el nombre de Hiendelaencina, porque sería trabajo poco menos que infructuoso. Existía ya en el siglo XIII como una miserable aldea apenas conocida, sin industria, casi sin agricultura, sin vida propia, y así ha llegado



Central eléctrica de las minas

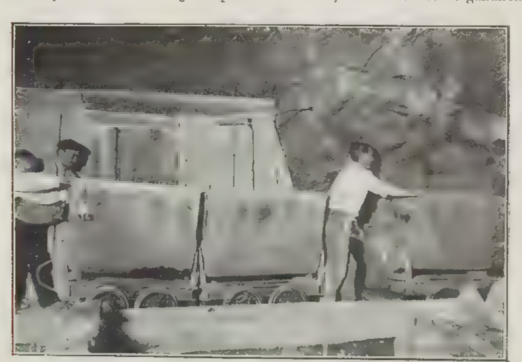
hasta la primera mitad del siglo XIX, *para despertar brillante y esplendorosa* con todo el vigor y apogeo de la primavera de la vida en 1844.

Está situada diez leguas al Norte de Guadalajara, á tres y media del partido de Atienza y á igual distancia de Jadraque.

En la fecha á que nos referimos, vivía en Hiendelaencina D. Pedro Esteban de Górriz, ingeniero agrimensor, que desde su niñez había demostrado extraordinario entusiasmo por la mineralogía, y de sus investigaciones y estudios del terreno, obtuvo bien pronto el convencimiento de la existencia de plata en el lugar denominado Canto Blanco, en las afueras del pueblo.

Górriz, falto de recursos que habían absorbido reveses de fortuna, solicitó la cooperación de muchas personas para explotar aquel venero de riquezas; pero obtuvo mil desprecios y hasta pasó por loco ante algunos al pintar sus esperanzas en el éxito que señalaba. Por fin encontró auxilio en D. Antonio Orfila, que recibió, como compensación del Sr. Górriz, un buen número de acciones de los primeros registros Santa Cecilia, Suerte y Fortuna, acciones que por su alza fabulosa, motivada por la abundancia de mineral, constituyeron bien pronto una colosal fortuna.

Como dato curioso diremos que la sociedad primera se formó con siete individuos y cien acciones de 5.000 pesetas cada una, obteniendo como ganancias



Acarreo del mineral en una mina de 500 metros

en los cinco primeros años la bonita suma de once millones de reales con una explotación verdaderamente primitiva.

Cundió por todas partes el nombre de Hiendelaencina y la fama de sus riquezas, entrando el pueblo todo en una actividad nunca vista, en una verdadera fiebre minera, en la que naturalmente no podían faltar los ingleses, que construyeron en seguida la fábrica de beneficio *La Constante*, que en sus primeros años entregaba un promedio de 300.000 onzas de plata con sus correspondientes estupendas ganancias, teniendo en cuenta que cuando el quintal de mineral bruto daba cuatro onzas de plata, lo pagaban á ocho reales, vendiéndolo después de saneado de 20 á 24 en la Casa de la Moneda.

En una *Memoria* del ingeniero de aquellas minas D. Miguel Bautista, se dice que «desde el 1844 al 70 se entregaron en la Casa de la Moneda, procedentes de *La Constante*, 10.437.635 onzas de plata, que á 24 reales importaron 250.503.144 reales.» Ante tales riquezas nadie extrañará que las acciones de la *Santa Cecilia* y la *Suerte* subieran á 10.000 y 16.000 duros respectivamente.

¡Cómo habían de imaginar que hollaban con sus plantas tantas riquezas aquellos míseros pobladores del lugar que fué del marqués del Cenete y duque del Infantado!

Conocía las minas de Hiendelaencina sólo por referencias de mi excelente amigo el ingeniero D. Rafael Bautista y por el libro que lleva por título el que encabeza estas líneas, original de D. Bibiano Contreras, publicado por su hijo el notable escritor D. Eduardo, y sus noticias habían cautivado mi atención extraordinariamente, haciéndome caer en vehemente deseo de visitarlas. La amistad, inteligencia y hospitalidad exquisita de mi amigo fueron puestas á mi servicio, y con tales medios no era cosa de perder la ocasión de escudriñar las entrañas de la tierra hasta 500 metros de profundidad. Restar medio kilómetro á la corteza terrestre tiene siempre algo de fantástico, equivale á una gran conquista, y sobre todo es verdaderamente encantador.

Debidamente autorizados por D. Joaquín Menéndez Ormaza, ingeniero director de la mina *La Plata*, que es actualmente la de mayor actividad de esta comarca, y teniendo por *cicerone* al inteligente subdirector D. J. Bautista Targhetta, vestidos todos con el típico é indispensable traje de mineros, entramos en el ascensor que había de bajarnos hasta los 250 metros.

Es un momento un tanto espeluznante este primero, haciéndose cargo de que una caída desde aquellas alturas equivale á trocarse en la más desmenuzada papilla, y que la más ligera imprudencia puede costarle á uno la friolera de dejarse la cabeza en cualquiera de los tramos. Pero por lo mismo es tentador.

Visitar todas las galerías sería empresa de muchas horas, y desde luego bajamos á los 250 metros, dejando á nuestro paso ocho pisos de 30 metros, en cada uno de los cuales nos saludaba candil en mano un vigilante, que más parecía en las sombras figura y voz de ultratumba que semejante nuestro.



Taller de monda del mineral

Descendimos al piso 8.° y recorrimos vistosas naves y calles pintorescas, vimos las primeras faenas, consistentes en transportar las vagonetas que salen cargadas del segundo ascensor hasta el primero, que las saca á la superficie, y por el segundo volvimos á bajar hasta el 14.° piso, que con sus diversas alturas suman cerca de 500 metros.

Hasta entonces la temperatura es agradable, porque circula el aire por los pozos de ventilación; pero aquí se deja sentir el calor más que regularmente, y de ahí la necesidad de que los obreros tengan que trabajar en traje de Adán. Allí es donde se aprecia la lucha por la existencia; allí donde entre chorros de sudor y estampidos de dinamita se arranca á los filones su tesoro.

Recorrimos todas las labores, saboreando sus encantos, y volvimos á ascender después de varias horas de viaje subterráneo, siempre por mi parte asombrado de tanta belleza y del esfuerzo que representan aquellas calas incomparables.

Salimos á la superficie; entonces respiramos fuerte. He aquí el fin de la conquista. ¡La vida, la luz!

Cuando las vagonetas llenas de mineral llegan á la boca del pozo, son conducidas á mano al vertedero, que consiste en un enorme zarzo inclinado de gruesos barrotes de hierro, en donde se hace la primera clasificación por tama-



Trituración del mineral y preparación para el lavado

ños y el primer apartado del mineral estéril, que desde luego pasa á la escombrera. Todo el mineral que eligen aquellos obreros puede asegurarse que contiene plata; pero como una gran parte de los gruesos terrones aporta generalmente una pequeña de metal rico, de aquí la necesidad de proceder á una nueva operación que se llama de *monda*, la cual consiste en desmenuzar á martillo aquellas grandes masas para eliminarles la parte no aprovechable.



Taller de lavado y separación mecánica del mineral fino

Desde este momento es ya fácil aun al menos entendido conocer la plata, que se aprecia en cualquier piedra á la simple vista.

Convenientemente triturado pasa á las *cribas de mano* para la preparación de las grancillas; estas cribas están dispuestas sobre el agua y en ellas sufre el mineral una especie de cernido muy cuidado, quedando al final de la operación en el fondo la parte más pesada, que es la plata, y encima las demás materias de nueva eliminación. Como es natural, las arenas y el mineral pulverizado se escapan de la criba, cayendo al fondo de unas tinas, de donde es recogido para pasarlo al *taller de separación mecánica de los finos*, en cuya ingeniosa mesa, inventada precisamente por el actual director de esta mina, sufre un nuevo lavado producido por una continua trepidación y caída de agua, que á su paso por la mesa arrastra los minerales completamente clasificados por su peso, y por tanto la plata ya casi limpia de las demás impurezas.

Quedan con esto terminadas las operaciones llamadas de preparación y pasan á la fábrica de beneficio.

La primera operación consiste en decrepitar ó reducir á polvo toda la materia recogida, lo cual se consigue en los *hornos de calcinación*, que están al cuidado de obreros provistos de unos largos rastrillos dentados, con los que remueven el polvo para que reciba por igual la cloruración, hasta conseguir por una graduada temperatura que la plata en estado de sulfuro se transforme en cloruro.

Pasa otra vez el mineral por un nuevo cernido para desmenuzar lo aterronado y triturar la granza, y desde allí al tren de *toneles de amalgamación*, donde mezclado con agua, azogue, hierro y mercurio necesarios recibe la amalgama después de muchas horas de continuo y vertiginoso movimiento de rotación de los toneles, producido, como toda la fuerza de esta mina, por la *central eléctrica* de turbinas instalada á tres kilómetros para aprovechar la corriente del río Bornoba.



Hornos de destilación y fundición. Delante del horno se ven los panes de plata y sus moldes

Fíltrase la amalgama en fuertes mangas de cuero y lona por donde escapa el mercurio excedente, quedando dentro el combinado con la plata en una masa llamada *pella*.

Procede entonces la desecación ó destilación, que se efectúa en nuevos hornos, evaporando el mercurio por elevada temperatura y quedando la plata aislada. El mercurio se condensa de nuevo pasando por unos tubos sumergidos en agua fría, recogiéndose para volver á emplearlo, y la plata queda seca y muy porosa en un estado que se llama *copela*.

El fundido es la última operación. La plata se pone en crisoles que se colocan en un horno de mucho tiro, donde se verifica la liquefacción; se vierte en unos moldes de hierro y quedan formados los panes ó lingotes de plata en disposición de usarlos aunque sea para duros *sevillanos*, que es la última palabra de la aplicación.

Actualmente trabajan con actividad más ó menos relativa, además de esta mina, las de Santa Cecilia, San Carlos, Vascongada, Regeneradora, Tres Amigos, Mala Noche, Fuerza y Cubana.

He aquí en términos vulgares y en el reducido espacio de que disponemos un bosquejo de lo que son las minas de Hiendelaencina.

MANUEL ASENJO.

(Fotografías del autor.)



París.— Octava exposición de juguetes organizada en las Tullerías por el prefecto de policía Sr. Lepine,
iniciador de estos concursos anuales. (De fotografía de M. Branger.)

En la terraza del juego de pelota de las Tullerías se inauguró el día 11 de los corrientes la octava exposición de juguetes organizada por el prefecto de policía Sr. Lepine, iniciador de estos concursos, en los cuales pueden admirarse todos los años los más curiosos productos de la inventiva y del ingenio, puestos al servicio de la industria que constituye el encanto de los niños.

La actualidad política y la científica son las fuentes más copiosas de inspiración para esos pequeños inventores, que unas veces ponen en caricatura el alto personaje en boga ó el suceso que ha llamado grandemente la atención, y otras reproducen en miniatura y por medio de hábiles mecanismos las últimas conquistas de la ciencia.

En la exposición de este año abundan naturalmente los aeroplanos que se balancean graciosamente y evolucionan... atados á un hilo; hay también un misterioso barquito que navega sin propulsor, un pescador de caña que parece ser una demostración del movimiento continuo, diminutas fábricas de electricidad y otros cien objetos más del género que podríamos llamar científico. En otro género, llaman la atención un ladrón perseguido por un gendarme, una Sada Yacco, una tienda de zapatos para muñecas, un jugador de *diábolo*, figuras de hombres políticos recortadas en madera, etc., etc.

La exposición, como todas las anteriores, ha tenido un gran éxito y el Sr. Lepine ha sido muy felicitado.





Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 28 de septiembre de 1908 — Núm. 1.396

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Monumento al célebre explorador alemán Germán Wissmann,

obra del escultor berlinés A. Kurle. (De fotografía de Trampus.)

Este monumento, que se inaugurará en breve en Dar-es-Salam (Africa Oriental alemana), ha sido erigido por iniciativa del príncipe Juan Alberto de Mecklemburgo, regente de Brunswick. El emperador Guillermo ha contribuído á él con una cantidad respetable.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *Una rosa en el cabo Norte*, cuento de Luis Enault. – *Ginebra. Congreso feminista.* – *El Lourdes inglés. Reproducción de la gruta auténtica en Spalding.* – *París. Incendio del Palacio de Teléfonos.* – *Las grandes maniobras del ejército francés en el Loire. Los mecanismos de un ejército moderno.* – *Problema de ajedrez.* – *El vellocino de oro*, novela ilustrada (continuación). – *Actualidades españolas. La jira automovilista á Oñate.* – *Los Juegos Florales de Vigo.* – Libros enviados á la Redacción.

Grabados.—*Monumento á Germán Wissmann*, obra de A. Kurle. – Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el cuento *Una rosa en el cabo Norte.* – *Ginebra. Congreso feminista.* – *Roma. Traslación del cuadro de Rafael «La Transfiguración.»* - *La Transfiguración*, cuadro de Rafael. – *La gruta de Spalding (Inglaterra).* – *Procesión de la inauguración de dicha gruta.* – *París. Incendio del Palacio de los Teléfonos.* – *Los mecanismos de un ejército moderno.* – *D. Nicolás Salmerón.* – *Pablo Sarasate.* – *El ajedrecista Marshall jugando en Kerkan.* – *La jira automovilista á Oñate.* – *Los Juegos Florales de Vigo. La reina de la fiesta y su Corte de Amor.* – *Londres. Manifestación de las sufragistas.* – *Monumento á Goethe*, obra de Edmundo Hellmer.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algún tiempo, creo que dos ó tres años, he sostenido aquí mismo la tesis de que uno de los mayores enemigos de España es la chinche; enemigo que nos ha hecho y nos hace poco menos daño que Napoleón y hasta que yanquis y filibusteros. Ello parece una paradoja gruesa; pero si se reflexiona, es una verdad sencilla. Diré en abreviatura lo que entonces explicaba quizás prolijamente.

Para un país como España, con grandes extensiones de despoblado y cuantiosísima riqueza artística y monumental, nada es tan útil, tan sano, como el movimiento y afluencia de viajeros, que despierta y estimula todas las energías civilizadoras, y además deja dinero en abundancia. Italia saca al año copioso rédito á su caudal de recuerdos y antigüedades históricas. En España, por la escasez de turistas, este capital está muerto.

Ahora bien; la escasez de turistas, en España, se debe no sólo al mal servicio y difíciles itinerarios de los trenes, sino también y muy en primer término, al terror de las vigilias amenizadas por las chinches y pasadas en un sofá á fin de evitar una cama impura.

Se va sin mucho recelo á hacer noche en las ciudades —y á veces también en ellas se encuentra la plaga;—pero se huye como de la peste de los pueblecitos, en los cuales se ocultan tesoros para la curiosidad y la afición artística de los viajeros. La sangre circula cuando más por las grandes arterias; en las venillas se estanca completamente. Nadie se atreve á detenerse en los lugares donde fluye el rico venero de la tradición y de la íntima belleza española.

Oís decir unánimemente á los viajeros que no les importa comer cualquier guiso, beber el peor vinillo, sufrir cualquier privación, renunciar al *confort* más usual; pero que no se avendrían nunca á reposar en una cama visitada por el bichejo detestable y hediondo.

* * *

La justicia manda que se confiese que hay casas y aun posadas de villorrio, donde un poco de aseo previene el peligro. Lo malo es que, como están infestadas otras muchas, se teme igualmente á todas. En la puerta, según ahora es frecuente colocar las placas dedicando la casa al Corazón de Jesús, debieran los limpios poner otra placa advirtiendo «Aquí no hay chinches: entra sin miedo, viandante.»

Lo triste de todo ello es que la chinche no es una fatalidad física: la chinche, como la mosca, desaparece cuando hay policía y se friegan bien las maderas y muebles. En las escuelas debiera enseñarse el modo de asear y los procedimientos insecticidas. Con esto y un medianísimo, un humilde *albergo* que se encontrase en cada rincón, España empezaría á ser visitada como merece. El lujo de los hoteles vendría después: insensiblemente sucedería aquí lo que en Suiza, donde todo se facilita al viajero, y donde en las más escarpadas montañas no falta cuanto puede desearse. Los buenos hoteles se forman al calor de los turistas, y para que acudan turistas y suelten dinero á cambio de servicios y satisfacciones, es necesario que desaparezca el terror á la chinche.

* * *

La chinche modifica los itinerarios, obliga á pasar á escape por puntos que sería delicioso recorrer detenidamente, destruye el encanto y la impresión poética de los sitios donde la tradición ha grabado su huella misteriosa; he aquí por qué veo en la chinche á un cruel enemigo de la patria.

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una expedición deliciosa, sin asomos de *panne*, sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo é incomprensible del artilugio. (Porque es de saber que mi ineptitud para la mecánica pasa de los límites de la verosimilitud, y un amigo mío, fallecido ya por mal de la ciencia española, Laureano Calderón, sudó tinta al empeñarse en enterarme de cómo funcionaba un reloj de bolsillo.) Ello es que el viaje salió perfectamente, y admiramos, mis compañeros de expedición y yo, un sinnúmero de paisajes y monumentos encantadores. Nos detuvimos aquí y acullá, en fondas desconocidas, en parajes infrecuentados, hallando en todas partes gente amable y solícita que nos ofrecía cuanto necesitásemos, y comida abundante y excelente. De buen grado se quedaría uno, por una noche, en tal lugarejo, cerca de tal ó cual monasterio, castillo arruinado ó convento impregnado de romanticismo... «¡Ah, si no fuese la contingencia de las chinches!,» repetíamos al desechar el proyecto, por unanimidad...

* * *

En Ribadavia—uno de los pueblos más bonitos, pintorescos y monumentales de la provincia de Orense—pasamos una noche. La fonda está agasajada entre parras y álamos, como rodeada de la fresca y vivaz vegetación de un parque, y se asienta frente á la estación misma. Yo recordaba haber dormido allí otra vez, limpiamente. Y limpiamente volví á reposar, en cama pulcra, con sábanas de nieve y á la cabecera un San Antonio, que acentuaba la sensación monástica de celda alegre, flotante sobre un mar de follaje denso y frondoso de viña, que amaga invadir las ventanas, abiertas al calor de septiembre y á la regocijada luz del cielo riberano. ¡Oh, si en toda España se encontrasen de estos *albergos*, sencillos, pero libres de asquerosas plagas! Creo que no es mucho pedir; no exigimos el hotel fastuoso, con ínfulas de palacio, al estilo del que se alza al lado de la fuente mineral de Mondáriz ó al pie de los manantiales de la Toja. Bastan para empezar y tienen su grato perfume de manzanilla y violeta las fonditas como la de Ribadavia, sin pretensiones... y sin chinches.

* * *

En ocho días, como iba diciendo, hemos recorrido tres provincias; la Coruña, Pontevedra, Orense. Hasta nos hemos internado un poco—¡tan poquillo!—en Portugal, visitando Valença do Minho... Poco, pero lo suficiente para comprobar esa curiosa diferencia que se nota entre naciones y pueblos, por la virtud de una frontera que los divide... Es la misma tierra; á las dos márgenes del Miño, el arbolado es idéntico, iguales los accidentes del terreno; y sin embargo, Valença lleva un sello tan característicamente portugués, que es inconfundible con una ciudad de allende. La fanfarronería de las ceñudas fortificaciones—ya inservibles—y de los cañones—anticuados, de veinte modas atrás—de los cuales hablan con énfasis respetuoso los pilluelos color de aceituna que se constituyen en cicerones nuestros, es ya cosa propiamente lusitana: Túy no conserva esa actitud de dogo amenazante; nosotros nos hemos dejado de *rodomontades espagnoles*. Pasamos por delante de la cárcel, *a cadea*, y una esportilla, colgada de un bramante, viene á caernos delante de los ojos. Una presa nos pide así limosna. Entramos en una barbería; nos refrescamos y pulverizamos con agua de Colonia, y el *fidalgo* barbero se niega, haciendo reverencias, á cobrarnos nada. Las casas, de arquitectura seudogótica, están revestidas de una azulejería bellísima, de relieve—el azulejo es una de las manifestaciones artísticas más genuinas de Portugal.—Vemos un paço, una casona enorme, con patio jardín, con escudos que la blasonan. «Es la casa del *senhor barao*,» exclaman, con inflexiones de veneración profunda, los golfillos que van siguiéndonos ó precediéndonos, sin agobiarnos, sin pedirnos (como nos pedirían si fuesen del otro lado del río) una *perriña*.

Entramos en el Casino—creo que se llama la *Asambleia*; es detalle que no recuerdo.—Con la cortesía clásica en Portugal, nos enseñan unas salitas donde hay *recreios*, billar, mesas de juego, y por último, la biblioteca. Y aquí es preciso alabar, alabar sin reserva alguna. Acabo de visitar la biblioteca del Casino de Vigo, cuyos salones son espléndidos y están amueblados como el palacio de un potentado fastuoso; y en la biblioteca, asaz chica, sólo divisé colecciones encuadernadas de la *Gaceta*. En el modesto Casino de Valença, en una sala bastante capaz, rodeada de estanterías, calculo que se alineaban unos cuatro mil volúmenes de obras antiguas y modernas, portuguesas, francesas, españolas, inglesas, escogidas con inteligencia y conocimiento de la verdadera marcha de la literatura contemporánea. Los gran desescritores portugueses—Herculano, Fialho de Almeida, Eça de Queiroz, Castello Branco, Riveira Martin—allí están. Los títulos que leo me interesan; me pasaría de buena gana una tarde revolviendo libros en este Casino de poblacho, mejor surtido, en lo intelectual, que el de una población tan próspera, tan llena de tráfico y actividad como Vigo. En cambio—eso sí—la *biblioteca* vinosa y alcohólica del *bar* Bandeira, es completa y está bien ordenada.

* * *

¿Será verdad que ciertos adelantos representan progresos? El *bar* Bandeira me obliga á formularme la pregunta á mí propia. Todas las tardes que hemos pasado unas horas en Vigo, visitábamos el *bar*. ¡No se imagine nadie que esto es un reclamo! Lo que consumimos en el *bar* queda pagado religiosamente, y hasta creo que por las setenas, doblado y zahumado, como dijera Cervantes. Pero el *bar* se presta á reflexiones, y he de hacerlas. El *bar* es la taberna de lujo. Quizás sólo en el lujo, y en el predominio del *cock-tail* sobre la caña de manzanilla, difiere de la freiduría malagueña, donde el pescado tira de la bebida, y la bebida llama por el pescado, las aceitunillas y las rajitas de salchichón. Hay un matiz muy marcado que distancia al *bar* del figón y lo eleva en la categoría de tales asilos báquico-gastronómicos. En el *bar* todo es extranjero, y muy elegante, aun cuando los mejillones en escabeche—una especialidad—hayan sido, naturalmente, captados en aguas españolas ó portuguesas—pues los hay á estilo de Aveiro.—Pirámides de latas de caviar comentan la frase que acabamos de oir de labios del dueño del establecimiento ultramoderno: «Cuando fondeó aquí la escuadra rusa, me dejó cuatro mil duros...»

* * *

Los toneles que amueblan el *bar* están decorados con caricaturas de escritores, músicos, políticos... El tonel en que figuraba la mía ha sido adquirido hace poco, con otra media docena de toneles iconográficos, por un aficionado. «Allí los puede ver á senhora...» Vigo es muy cosmopolita; en el *bar* entra de pronto un hombre alto, rubio, silencioso, que bebe calladamente y se va como ha venido, es decir, más *full* de lo que ha venido, de seguro... Es un hijo de Albión. Portugueses atezados, flemáticos insulares, abundan en las calles de la ciudad, sembradas de sillares de cantería, de esa cantería admirablemente blanca y fina de la provincia de Pontevedra, que se parece al mármol griego. Todo el día se oye en Vigo el tintín de los picos; veis alzarse casas de una suntuosidad que sorprende, bordadas, afiligranadas, recargadas de adornos. ¿Producirá lo bastante la fincabilidad urbana en Vigo para compensar este derroche arquitectónico? ¿O es que la labor de la piedra, en otros países tan costosa, es en Vigo barata? No me han sabido esclarecer las dudas—en viaje se formulan mil interrogaciones que no hay tiempo de contestar satisfactoriamente.—Lo que sé es que no conozco casas más *repinicadas* que las nuevas de Vigo.

* * *

Su puerto es una magia. Discutíamos—y tampoco dimos con la explicación—por qué una puesta de sol en la bahía de Vigo es más hermosa que otras puestas de sol en otros lugares y en otras riberas. Hay una majestad y una grandeza infinita en el espectáculo del ocaso sobre aquella bahía y aquella ría, envidia de las naciones.

Se pone el sol á lo lejos, en el magnífico horizonte, detrás del erizamiento de los mástiles, como desdeñoso del movimiento del puerto, como huyendo de la *Bolsa del pescado*, donde se subastan, y por cierto muy ingeniosamente y sin ruido ni posibilidad de engaño ó disputa, las *pescadas* ó merluzas plateadas y tersas que se reparten después por toda la provincia y el reino todo... Dondequiera que vayamos, la merluza nos perseguirá. La encontraremos en Ribadavia, en la Guardia, en Santiago, en las estaciones del camino, ya bañada en la cursi salsa mayonesa, ya cocida y salpicada de perejil, ya frita, bajo su túnica de huevo... En Vigo, en la Bolsa, la hallamos apilada por centenares, y su olor fuerte y bravo nos sigue, nos satura la nariz, nos hace apretar el paso y buscar, en lo alto del pueblo, calles libres de ese tufo ingrato. No sé por qué, oliendo tan deleitosamente el mar y las algas, ha de apestar el pescado reunido...

El sol dijérase que también se aleja, hundiéndose en el agua toda ruborizada de recibirle... Es una puesta de sol nupcial y regia.

La condesa de Pardo Bazán.

UNA ROSA

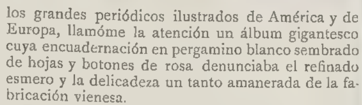
EN EL CABO NORTE (1)

CUENTO DE LUIS ENAULT

DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ



Edwina habíase visto condenada á un rudo destierro



Tenía diez y seis años, era rubia como trigo en sazón, esbelta y delgada; su figura delicada era un conjunto de gracias encantadoras; el azul de sus ojos recordaba el firmamento de las hermosas mañanas de primavera, y su cutis, de transparente pureza, podía competir con la blancura inmaculada de las campanillas blancas de invierno. Había en ella un no sé qué de poético y de inmaterial que sólo he observado en esas razas del Norte que han engendrado las ondinas y las Walkyrias, y vista una vez su deliciosa imagen, su recuerdo permanecía indeleble en la memoria. Habría llamado la atención en todas partes; en el cabo Norte, fué para mí como una aparición.

Su padre, Carle Sturlessen, había fijado su residencia en el punto extremo de nuestro continente, en un contrafuerte de ese promontorio gigantesco que viene á ser el centinela avanzado de Europa por el lado de los mares boreales. Los intereses de un comercio importante que le obligaba á estar en contacto con Rusia, por una parte, y con Noruega, por otra, habíanle impulsado á establecer en aquellas apartadas latitudes depósitos que eran continuamente visitados por buques de toda la región septentrional. Desde la muerte de su esposa adorada, á la que había perdido en su juventud, no había vuelto á Suecia, y su hija, la encantadora Edwina, habíase visto condenada á un rudo destierro, cuyos rigores soportaba sin quejarse, porque era de carácter bondadoso, paciente y resignado.

Su padre, ya riquísimo, pero que no quería regresar á su patria hasta ser dueño de la enorme cifra de millones con que hacía tiempo soñaba, le prodigaba los mimos y las atenciones que se reservan para los seres más amados y le procuraba una educación de joven princesa.

Había tenido sucesivamente institutrices francesas, inglesas y alemanas, y hablaba cuatro ó cinco idiomas, todos con igual pureza y también con el hechizo de ese acento ligero que los suecos comparten con los rusos y que comunica un atractivo singular á todas las lenguas por ellos habladas.

Hábiles maestras de música habían hecho de ella una artista que los más exigentes públicos habrían aplaudido, porque infundía un alma en el piano, que cantaba y lloraba bajo la presión de sus dedos.

***

¡Oh veladas encantadoras pasadas en aquel salón, en donde se olvidaba uno de que estaba á mil leguas de París, de Viena, de Roma ó de San Petersburgo! Gracias á Edwina, á cualquiera habría parecido demasiado corta la noche de tres meses que envuelve al cabo Norte en sus semitinieblas, apenas alegradas por la vaga claridad de las auroras boreales.

Había yo pasado una temporada entre los lapones, que no me mimaron ni mucho menos, y sentía un placer indecible al saborear, en el otro extremo del mundo, todos los refinamientos de la civilización más exquisita. Los contrastes ofrecen siempre un gran atractivo.

Toda la vida íntima de la familia y de los forasteros concentrábase en el gran *hall*, que ocupaba por sí solo la mitad de la superficie de la casa y en el cual habíanse reunido muebles de distintas épocas, todos bellos por su carácter y por su estilo, cuadros de los mejores maestros y objetos de arte que recreaban los ojos y el espíritu.

Los estantes de una biblioteca de ébano con incrustaciones de cobre, nos brindaban las novedades literarias de Londres, de Leipzig y de París. Sobre una de las mesas, entre revistas, *magazines* y todos los grandes periódicos ilustrados de América y de Europa, llamóme la atención un álbum gigantesco cuya encuadernación en pergamino blanco sembrado de hojas y botones de rosa denunciaba el refinado esmero y la delicadeza un tanto amanerada de la fabricación vienesa.

Edwina, al ver que yo miraba el álbum, me dijo:

—Abralo usted; contiene tesoros, pero no secretos.

Y poniendo el tomo al alcance de mi mano, añadió:

—He reunido en él una colección de obras maestras, amigas mías todas ellas; pero no soy egoísta; al contrario, me gusta que las admiren los demás, y los elogios de que son objeto parécenme una prueba de mi buen gusto.

Hice lo que me decía, y sucesivamente fué desfilando ante mis ojos una colección sin rival de reproducciones perfectamente hechas, dibujos, pasteles, acuarelas, grabados y fotografías de los cuadros de pintores ilustres que han tomado como asunto de sus estudios la flor que puede considerarse como la obra maestra, el encanto y la gracia de la naturaleza. ¡La rosa!

Me explico esa preferencia, porque ¿dónde encontrar líneas más elegantes, colores más deleitosos, perfumes más suaves?

Dijérase que de todas las rosas conocidas ninguna había dejado de acudir al llamamiento; todas estaban allí, desde las más sencillas, que son la delicia de la primavera, con sus tenues pétalos que la más leve brisa arranca y que brillan como estrellitas de oro ó de plata en el obscuro verdor de las malezas, hasta esas maravillas de la naturaleza fecundadas por el arte y por la industria de los horticultores, esas rosas que se llaman *Pablo Neyrón*, *Mariscal Ney* y *Gloria de Dijón* y que, como envanecidas de su triunfo, son el orgullo de nuestros concursos y se ven solicitadas por los aficionados admiradores de sus formas delicadas y del brillo y de la suavidad de sus colores.

Felicité á la hija de mi huésped por la riqueza de su colección.

—Confieso, respondióme, que nada omito para que mi álbum sea siempre completo; cada día surge una creación nueva, pero yo no perdono medio y hago las mayores locuras para tener por lo menos la imagen de las últimas nacidas en el mundo de las flores.

—De modo, señorita, que es una verdadera pasión.

—Pasión bien inocente; la pasión de las rosas; pero lo que da un carácter singular á mi caso es que nunca he visto rosas de verdad, naturales, vivas, por decirlo así.

—¡Cómo! ¿No ha visto usted nunca rosas?

—No, nunca. Vine aquí siendo aún muy pequeña..., era muy niña cuando perdí á mi madre, el ser adorado cuyo retrato ha encontrado usted tan bello, y desde entonces no hemos vuelto al Mediodía (¡el Mediodía para ella era Estockolmo!), y aquí, ya usted ve, hace demasiado frío para esas plantas delicadas. En este país no vivirían..., y esta es una de mis penas, lo cual no me impide amarlas... ¡Al contrario!, añadió con delicada sonrisa, en la que la formalidad de la mujer se mezclaba con la ingenuidad de la niña.

—¿Y cómo se apoderó de usted esa pasión?

—Era muy joven todavía cuando un corresponsal de mi padre, que vino á vernos, nos dejó un libro francés titulado *Les Roses;* lo devoré, y no puede usted imaginar el placer que me causó su lectura. Parecióme que penetraba en un mundo nuevo, desconocido y encantador, del que no habría querido salir jamás, y desde aquel día he leído todo lo que los poetas y los novelistas han escrito sobre mi flor predilecta... ¿Qué quiere usted? Algo hay que hacer para matar los ratos de ociosidad, y ¡son tantos los ratos de ociosidad en el cabo Norte! Pero esto no obsta para que nunca haya visto rosas... Sin embargo, pronto las veré, pues dentro de dos años, yo entonces tendré diez y ocho, papá dejará el Cabo y nos iremos á vivir en Estockolmo... Allí tendré un jardín, y cuando lo tenga...

Su gesto completó el pensamiento que no había acabado de expresar.

***

A la mañana siguiente dejé aquella casa hospitalaria. En el momento de partir, la señorita Sturlessen púsome una pluma en la mano, y con esa gracia á la que nada puede negarse me dijo, presentándome una hoja blanca de su álbum:

—Escriba usted aquí algo.

Y acordándome de un verso del poeta Sadi, escribí:

«No soy la rosa, pero junto á ella he vivido.»

Algunas semanas después, terminadas mis excursiones por la Laponia noruega y la Finlandia rusa, regresé á Francia siguiendo las tempestuosas costas del Báltico. En el intervalo de dos tempestades, hice escala en Hamburgo, y mi primer cuidado en aquella ciudad fué ir á casa del floricultor que estaba más en boga, quien me dejó tomar cuanto quise de sus jardines. Hice un magnífico ramo con sus rosas más bellas, cortando los tallos muy largos y mojando las puntas de éstos en cera hirviente, á fin de aprisionar la viviente y nutridora savia; después las envolví en gruesas capas de algodones, para evitar todo golpe y el más pequeño roce, y por las vías más rápidas que al presente hay en todas partes, expedí al cabo Norte mi perfumado paquete.

Al día siguiente de mi llegada á París, recibía una tarjeta que sólo contenía estas palabras:

«¡Al fin he visto rosas! ¡Gracias!»

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

GINEBRA.—CONGRESO FEMINISTA

El movimiento feminista va tomando grandes proporciones. Ya no se trata de la mayor ó menor participación ó colaboración de la mujer en las profesiones ó en las obras en que los hombres conservan todavía su preponderancia; ya no se contentan las mujeres con figurar en segundo término, sino que apelan á todos los procedimientos y recursos que la organización de la sociedad moderna pone en sus manos para aparecer en primera línea y aun para excluir de sus públicas manifestaciones á los hombres. Así tenemos hoy periódicos exclusivamente dirigidos y redactados por ellas, clubs femeninos y un partido político feminista en Inglaterra que empieza á dar que pensar á los hombres públicos de aquel país, y que después de haber resistido el período de las burlas ha entrado ya en el de las discusiones en serio y hasta en el de las persecuciones.

Últimamente se ha celebrado en Ginebra un congreso internacional que ha sido presidido por lady Aberdeen, esposa del virrey de Irlanda, y al que han concurrido mujeres de varias naciones de Europa y de América. En él se han tratado importantes cuestiones de educación y de higiene; mas no se han limitado á esto las tareas de las congresistas, sino que han abordado otros importantísimos problemas relacionados con la actual situación de la mujer y de los medios conducentes á que ésta tenga en la sociedad los derechos y las consideraciones necesarias para que su condición no resulte inferior á la de que actualmente disfruta el sexo fuerte.



Ginebra.—Congreso internacional feminista recientemente celebrado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

TRASLACIÓN

DE UN CUADRO DE RAFAEL

En vista de que la antigua pinacoteca del Vaticano resultaba demasiado estrecha para las muchas y valiosas obras de arte que contenía, se ha dispuesto un nuevo museo, al cual ha sido trasladada hace pocos días una de las obras maestras de Rafael, el cuadro *La Transfiguración*.

La delicada operación del traslado ha exigido minuciosas precauciones. El cuadro, que está pintado en cinco grandes tablas de madera, fué primeramente encerrado en un cajón de 5'75 metros de alto, por 3'40 de largo y 45 centímetros de grueso; después se hizo resbalar suavemente la caja por un plano inclinado construído expresamente en la sala en donde estaba instalada *La Transfiguración*, y por medio de rodillos se la condujo hasta el pie de una gran ventana cuyos cristales habían sido previamente arrancados.

Enganchada á unas poleas suspendidas en el andamiaje exterior y protegida por una sólida armazón fué lanzada al espacio y bajada lentamente por medio de dos cabrias, recorriendo así una distancia de 38 metros.

Roma.—Traslación del célebre cuadro de Rafael *La Transfiguración*, desde el último piso del Vaticano á la nueva Pinacoteca instalada en la planta baja del Museo Pontificio. (De fotografía de Felici.)

La Transfiguración había estado en la iglesia de San Pedro de Montorio, en donde la instaló el cardenal que luego fué el papa Clemente VII, hasta que, en virtud del tratado firmado por Bonaparte con el Sumo Pontífice en 19 de febrero de 1797, pasó al Louvre, junto con otras obras maestras, y fué restituído á la curia romana en 1815.

La composición de ese famoso cuadro, que algunos críticos califican de obra maestra de las obras maestras, se divide en dos partes: en la superior, Jesucristo, ascendiendo del monte Tabor, se aparece á sus discípulos envuelto en una luz sobrenatural que irradia de su propio cuerpo. Á sus lados, los profetas Moisés y Elías, también suspendidos en los aires, están en actitud de adorarle. En la cumbre del monte Tabor se ve á los apóstoles Pedro, Juan y Santiago, que habían acompañado á Jesús, prosternados, y cerca de ellos, de pie junto á un árbol, á dos diáconos, San Julián y San Lorenzo, en adoración. En la parte inferior, un muchacho poseído de los malos espíritus, con la mirada extraviada, la boca llena de espuma y los brazos retorcidos por horribles convulsiones, va acompañado de su familia que, desesperada, pide á los discípulos que están al pie de la montaña que le curen; su padre le sujeta por los hombros, y su madre, arrodillada en primer término, lo muestra á los discípulos con expresión dolorosa y suplicante, mientras varios parientes y amigos imploran la salvación del desdichado muchacho.

Rafael murió dejando sin terminar *La Transfiguración*, que fué concluída por Julio Romano.

Mengs ha emitido sobre esta pintura el siguiente juicio: «Esta obra contiene infinitas bellezas más que todas las otras de Rafael; la expresión es en ella más noble y más delicada, el claroscuro mejor, la gradación de matices más acertada y la pincelada más fina y perfecta. Hay más variedad en los ropajes, más belleza ideal en las cabezas y más majestad en el estilo.»

Passavant ha dicho que Rafael desplegó en esa obra maravillosa cualidades incomparables.—S.



LA TRANSFIGURACIÓN, célebre cuadro de Rafael recientemente trasladado desde el último piso del Vaticano á la planta baja de la nueva Pinacoteca del Museo Pontificio. (De fotografía de Alinari)

EL LOURDES INGLÉS. REPRODUCCIÓN DE LA GRUTA AUTÉNTICA EN SPALDING

La gran nación inglesa está dando cada día mayores pruebas de ser la tierra de la verdadera libertad. Tolerante como ninguna otra, lo mismo el gobierno que el pueblo, así las clases más elevadas como las más humildes, profesan un religioso respeto á las opiniones ajenas y dejan que éstas se expongan y manifiesten públicamente, sin más trabas que los justos límites de una legislación, la más liberal del mundo.

Y así resulta que, siendo Inglaterra un país protestante y en el que la religión reformada es la religión del Estado y de la inmensa mayoría de sus habitantes, á ella han acudido en busca de refugio congregaciones violentamente expulsadas de otros países que de muy liberales se precian, como la republicana Francia, y en ella se consienten actos públicos que en otras partes están absolutamente prohibidos. Y no sólo se consienten, sino que el gobierno ampara en su derecho á los que los realizan, como ha sucedido hace poco con motivo de la procesión del Congreso Eucarístico de Londres, en la que, á pesar de tratarse de una manifestación contraria á la religión oficial, más de 7.000 agentes de policía cuidaron de evitar que se molestase á los católicos en el ejercicio de su derecho. Y dicho sea en honor del pueblo londinense, no hubo necesidad de que la fuerza pública recurriese á medios coercitivos para mantener el orden; pues de aquella multitud, que no bajaría de 150.000 almas y en la que abundarían los adversarios del catolicismo, apenas salieron unas débiles protestas que no tuvieron eco en el público.



La gruta de Spalding (Inglaterra). Reproducción de la famosa gruta de Lourdes que ha sido inaugurada recientemente con gran solemnidad

Una nueva prueba de ese espíritu de tolerancia la ha dado recientemente el pueblo inglés con ocasión de inaugurarse una reproducción de la famosa gruta de Lourdes en Spalding, aldea del condado de Lincoln. La ceremonia fué solemnísima y se celebró con gran pompa y publicidad. Bendijo la nueva gruta un sacerdote belga y pronunció un sermón el reverendo Felipe Flechter, de Londres, quien expuso los grandes beneficios que la gruta estaba llamada á dispensar á los peregrinos que la visitarían procedentes de todos los puntos de Inglaterra.

Después de la bendición efectuóse una procesión, en la que figuraban multitud de banderas y de emblemas religiosos, abundando en ella las niñas coronadas de flores y los peregrinos de las vecinas parroquias que habían acudido á Spalding para visitar la gruta.



Spalding.— Procesión celebrada con motivo de la inauguración de una reproducción de la famosa gruta de Lourdes. (De fotografía de «World's Graphic Press.»)

PARÍS.—INCENDIO DEL PALACIO DE LOS TELÉFONOS

Un incendio espantoso destruyó, el día 20, el palacio de los teléfonos de la capital de Francia, conocido allí comúnmente por «el Gutenberg;» la inten-



La batería americana, recientemente instalada y destinada al servicio de 160 series de abonados, tal como era antes del incendio.

sidad extraordinaria del fuego y la rapidez con que se propagó hicieron inútiles los esfuerzos que se realizaron para limitar la catástrofe.

A las siete de la tarde, los porteros de las casas situadas enfrente del palacio vieron salir de una de las ventanas de la planta baja una ligera humareda, á la que siguieron en seguida algunas pequeñas llamaradas. Dada la voz de alarma, las señoritas telefonistas que se hallaban en el edificio, en número de unas 200, salieron precipitadamente á la calle, sin haber tenido tiempo de salvar ninguno de sus efectos; y apenas se hubieron puesto en salvo, el incendio se propagó á todo el inmueble.

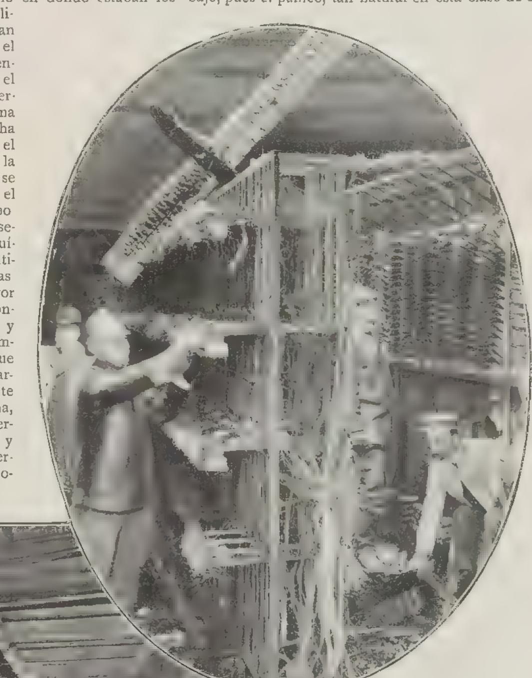
Poco después acudieron las brigadas de bomberos con todo el material necesario y comenzaron los trabajos de extinción y sobre todo de aislamiento, á fin de impedir que el incendio se comunicase á los edificios inmediatos. Desgraciadamente, la combustibilidad extraordinaria de los materiales allí acumulados y la naturaleza de la gutapercha y de la parafina que en grandes cantidades allí existían, hacía poco menos que inútil la acción del agua; así es que á las nueve y media, es decir, al cabo de una hora de esfuerzos, por todas las ventanas de los pisos superiores salían abundantes llamas, á pesar de los torrentes de agua que sobre ellas se arrojaban.

A las diez y media, el incendio, que parecía calmarse, recrudecióse, produciéndose algunos hundimientos; pero esta circunstancia favoreció la extinción del fuego, que á la una y media estaba enteramente dominado.

Los estragos causados por el incendio son enormes y las pérdidas se calculan en unos treinta millones de francos. En los sótanos no ha quedado nada; en la galería del entresuelo en donde estaban los departamentos para el público, los principales daños han sido causados por el agua; el laboratorio ha sido totalmente destruído, y en cambio el repartidor de las líneas interurbanas, que estaba en una pieza contigua á aquél, ha podido ser salvado. En el primer piso, los locales de la administración, en donde se hallaban la contabilidad y el guardarropa, han sufrido poco relativamente, y en el segundo han quedado destruídos en gran parte los múltiplos. Pero en donde el desastre aparece en todo su horror es en el piso tercero, en donde todo está carbonizado y retorcido y en donde se rompió una de las columnas que sostienen el techo; en el cuarto, se ha perdido totalmente la famosa batería americana, cuya instalación se había terminado hace quince días y que estaba destinada al servicio de 160 series de abonados.

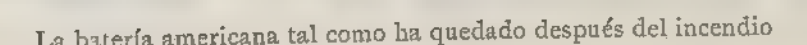
La causa del siniestro ha sido un corto circuito. Durante el día habíanse producido cuatro amagos de incendio originados por el mismo motivo, pero habían podido ser extinguidos inmediatamente, gracias á que esos accidentes se avisan automáticamente, encendiéndose una lámpara así que un corto-circuito se forma. A las siete de la noche declaróse un corto-circuito en los sótanos; un maquinista bajó á ellos, echó un cubo de agua sobre un montón de trapos que empezaba á arder, y creyendo haber apagado el fuego, se marchó. Pocos momentos después estallaba el incendio.

En aquella hora prestaban servicio, como hemos dicho, 200 señoritas telefonistas que á las nueve habían de ser relevadas por el personal masculino. La circunstancia de ser domingo hizo que no hubiese mayor número de empleados, porque en los días de fiesta el servicio es mucho más reducido que en los laborables, en los cuales trabajan ordinariamente 1.400. Gracias á esto pudo ser desalojado el local con facilidad y sin que tuviera que lamentarse ninguna desgracia, lo que probablemente no habría sucedido de haber ocurrido la catástrofe en día de trabajo, pues el pánico, tan natural en esta clase de siniestros, habría determinado mayor confusión, por haber más personal.



Los que conocen la manera como estaba hecha la instalación eléctrica en el Gutenberg, no se extrañan que se haya producido la catástrofe, que atribuyen á la batería central, instalada á pesar de las protestas de la liga de abonados. Dicha batería es de un sistema sumamente delicado, que al lado de innegables ventajas técnicas tiene grandes inconvenientes prácticos, sobre todo allí donde el personal de ingenieros y maquinistas no esté muy disciplinado y muy dispuesto al sacrificio, pues exige muchos cuidados y muy minuciosas precauciones, porque la intensidad excepcional de la corriente constituye un peligro y una amenaza continua de cortos circuitos.

A consecuencia de la catástrofe, quedó de momento interrumpido todo el servicio interurbano, con las provincias y con el extranjero, así como el correspondiente á 19.000 abonados.—R.



La batería americana tal como ha quedado después del incendio

LAS GRANDES MANIOBRAS DEL EJÉRCITO FRANCÉS EN EL LOIRE

LOS MECANISMOS DE UN EJERCITO MODERNO

Cocina ambulante montada sobre cuatro ruedas y arrastrada por dos caballos



Soldado equipado con la nueva mochila



Tren Renard que sirve para el aprovisionamiento de las tropas

En las grandes maniobras recientemente efectuadas por el ejército francés, han tomado parte más de 100.000 hombres, divididos en dos ejércitos al mando de los generales Millet y Tremeau; la dirección suprema de las mismas ha corrido á cargo del general Lacroix, vicepresidente del Consejo supremo de la Guerra.

Aparte del problema táctico que en ellas se ha planteado y para el cual se ha dejado en completa libertad á los dos mencionados generales, se han estudiado otra porción de cuestiones importantes y se han ensayado varias reformas en el equipo y aprovisionamiento de las tropas. Entre estos ensayos merecen especial mención el de las compañías ciclistas utilizadas como exploradoras, en substitución de la caballería; el del tren Renard y de los carros automóviles para la conducción y distribución de víveres y municiones; el de las cocinas ambulantes para la preparación del café y de la sopa durante las marchas; el del empleo del teléfono para las comunicaciones entre los cuarteles generales y los estados mayores, así en los acantonamientos como en el campo de batalla, y el de una nueva mochila ó saco para el soldado.

Según parece, el resultado de estos ensayos ha sido enteramente satisfactorio.

Los oficiales extranjeros que han asistido á las maniobras son: por Alemania, el mayor von Mutins, agregado militar; por la República Argentina, el coronel Villarroel; por Austria Hungría, el mayor conde de Lemezan-Selins, agregado militar; por Bélgica, el teniente general Van Sprang; por Bolivia, el coronel Suárez, agregado militar; por Bulgaria, el teniente coronel Jostof, agregado militar; por Cuba, el mayor general Guerra, el comandante Martí Zayas y el capitán Landa González; por Chile, el coronel Bari; por China, el jefe de batallón Sio-Lian-Tcheng, el comandante Yao-Pao-Laí y el subteniente Ban-Pao-Tchao; por Dinamarca, el general de brigada Raabye; por España, el comandante Rivas y Rivero; por los Estados Unidos, el capitán Guignard, agregado militar; por Grecia, el comandante Zembrakakis; por Inglaterra, el coronel conde Gleichen y el teniente coronel Lowther; por Italia, el teniente general Massone y el mayor Zaccone, agregado militar; por el Japón, el coronel Matchida, agregado militar; por México, el comandante Salas, agregado militar; por Montenegro, el general de brigada Vukovitch, el capitán Martinovitch y el teniente Urbitza; por Noruega, el coronel Luna; por los Países Bajos, el teniente coronel Van Teswisga; por el



Inspección de las bicicletas de la compañía ciclista. (De fotografías de Branger.)



LAS GRANDES MANIOBRAS

DEL

EJÉRCITO FRANCÉS EN EL LOIRE



Llegada á Chateaurout de los agregados militares extranjeros que han asistido á las maniobras

Perú, el teniente coronel Ponce; por Portugal, el mayor Correia Mendes; por Rumanía, el general Constantinescu, el teniente coronel Iliescu y el comandante Sturdza; por Rusia, el coronel conde Nostitz, agregado militar, y el coronel Belaieff: por Serbia, el coronel Paunovitch; por Suecia, el capitán Kruger, agregado militar; por Suiza, el coronel Immenhauser y el mayor Bridel; por Turquía, el comandante Sermed-bey, y por el Uruguay, el capitán Pirán.

El decano de esas misiones extranjeras ha sido el teniente general Massone, del ejército italiano.

Aparte de las misiones oficiales, han asistido á las maniobras el general Palitzyne, jefe del estado mayor ruso, y el coronel Kortazzi, también del ejército ruso, que se han agregado al cuartel general del general Lacroix. — T.

Soldado ciclista preparado para entrar en fuego.
Lleva á la espalda, además de la nueva mochila, la bicicleta doblada



Infantería dirigiéndose á los acantonamientos después de la batalla



Dragones conduciendo una ametralladora

NICOLÁS SALMERÓN

En la población francesa de Pau, adonde había ido en busca de alivio á una larga y pertinaz dolencia, falleció el día 20 de los corrientes el ilustre filósofo y hombre público D. Nicolás Salmerón y Alonso, una de las figuras más eminentes y más venerables de la ciencia y de la política españolas contemporáneas.



El ilustre filósofo y hombre público **D. Nicolás Salmerón y Alonso**, fallecido en Pau el día 20 de los corrientes. (De fotografía.)

Nació en Alhama la Seca, provincia de Almería, en 10 de abril de 1838, y en la Universidad de Granada cursó las carreras de Derecho y Filosofía. Trasladóse á Madrid en 1856 y allí continuó sus estudios. Terminadas ambas carreras, pronto se dió á conocer en la cátedra del Ateneo y en la prensa como pensador profundo, orador elocuente y escritor notable, y después de haber sido profesor auxiliar de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad matritense, conquistó en reñidas oposiciones, primero, la cátedra de Historia en la de Oviedo, y después, en 1866, la de Filosofía de la central.

Por sus ideas avanzadas sufrió algunos meses de prisión en 1867, y al salir de la cárcel fuése á su pueblo, en donde cayó gravemente enfermo y en donde le sorprendió, convaleciente todavía, la revolución de 1868. Marchó apresuradamente á Madrid, siendo elegido individuo de la Junta revolucionaria, y al convocarse las Constituyentes de 1869, presentóse candidato por Huércal Overa, siendo derrotado; en cambio, en aquel mismo año, en unas oposiciones brillantísimas, ganó la cátedra de Metafísica de la universidad de Madrid.

Elegido por primera vez diputado en 1871, fué uno de los más prestigiosos caudillos del partido republicano en el Congreso, y después del destronamiento del rey D. Amadeo y de la proclamación de la República, fué sucesivamente ministro de Gracia y Justicia y presidente del Congreso, y en 18 de julio de 1873 nombrado presidente del Poder Ejecutivo. España atravesaba entonces uno de los períodos más difíciles de su historia: Salmerón reorganizó el ejército, declaró piratas á los buques sublevados, y acudiendo á la colaboración de los generales de ideas más opuestas á las suyas, dominó enteramente los movimientos revolucionarios de Cartagena y de Valencia.

En 7 de septiembre del mismo año de su elevación á la presidencia de la República dimitió aquel supremo cargo por no firmar una sentencia de muerte, siendo elegido entonces otra vez presidente del Congreso.

Después del golpe de Estado de 3 de enero de 1874, permaneció una temporada apartado de la política, y al ser proclamado D. Alfonso XII vióse desposeído de su cátedra y hubo de refugiarse en París, en donde muy pronto alcanzó gran fama como abogado, y colaboró en la obra de propaganda revolucionaria de Ruiz Zorrilla, firmando con éste los manifiestos de septiembre de 1876, diciembre de 1879 y abril de 1880.

En 1884 volvió á España, ocupando nuevamente su cátedra, y en 1886 fué elegido diputado por Madrid.

En 1901, la asamblea republicana celebrada en Madrid le nombró jefe de la Unión republicana.

En 1906 combatió enérgicamente la llamada ley de Jurisdicciones, y Cataluña, agradecida á la defensa que de ella hizo en aquella ocasión, organizó en su honor y en el de los demás diputados que votaron en contra de aquella ley, la grandiosa manifestación del 20 de mayo, uno de los actos más imponentes y más trascendentales que registra la historia de los pueblos modernos. Y al constituirse, como consecuencia de aquel poderoso movimiento popular, la Solidaridad Catalana, Salmerón, entusiasta de ella, fué proclamado jefe de la misma y elegido diputado por Barcelona en las memorables elecciones de 25 de abril de 1907.

Al poco tiempo, inicióse la enfermedad que le ha llevado al sepulcro y que le obligó á renunciar á la política activa, no obstante lo cual ha seguido siendo hasta su muerte al jefe querido y venerado de los solidarios.

La muerte del Sr. Salmeron es una pérdida inmensa: filósofo eminente, abogado ilustre, político íntegro, patriota insigne y hombre de arraigadas convicciones y elevados sentimientos, con él ha perdido España á uno de sus más preclaros hijos. Cataluña además ha perdido al amigo entusiasta y abnegado que en uno de los momentos más críticos de su historia no vaciló en sacrificar la posición excepcional que en el partido republicano se había conquistado, para defender su causa, no sólo por estimarla justa, sino también por creerla medio valiosísimo para la regeneración de la patria española.

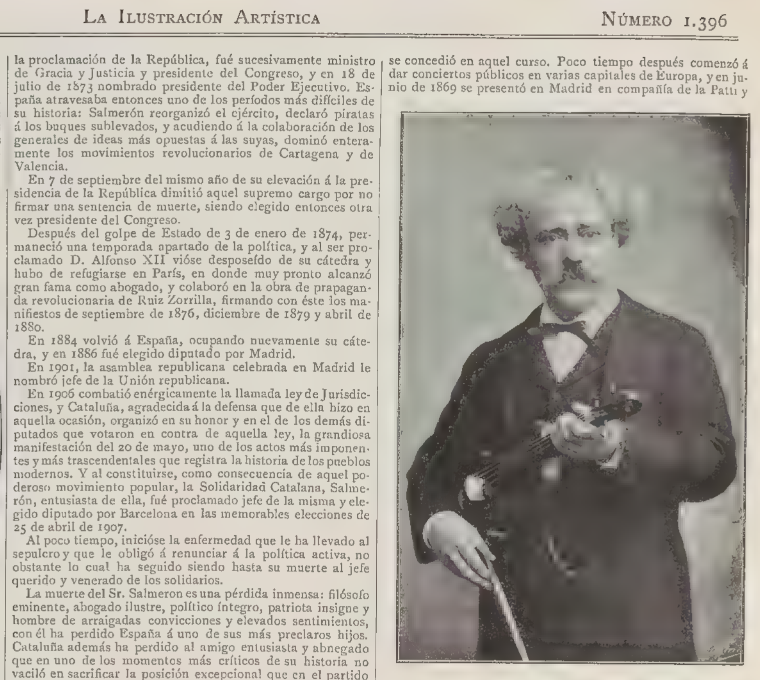
¡Descanse en paz!

PABLO SARASATE

Una de las más grandes y más gloriosas figuras del arte músico español ha muerto: Pablo Sarasate, el artista genial, el insuperable violinista, admiración de todos los públicos, ha fallecido en Biarritz el día 21 del actual.

La biografía de Sarasate puede hacerse en muy pocas líneas: la enumeración de sus triunfos y de las distinciones de que fué objeto ocuparía, en cambio, espacio larguísimo.

Nació en Pamplona en 10 de mayo de 1844; comenzó sus estudios musicales bajo la dirección de su padre, que era músico mayor del regimiento de Aragón, y á la edad de cinco años recibió lecciones de violín de José Curtier, violín primero de la catedral de Santiago de Galicia. Un año después, pensionado por la condesa de Espoz y Mina, pasó á Madrid, en donde fué discípulo de Manuel Rodríguez; sus progresos fueron tales, que muy pronto se hizo aplaudir ruidosamente en varios teatros de la corte y de algunas capitales de provincias. En 1866, gracias á la protección de D. Ignacio García, pudo trasladarse á París y entrar en aquel Conservatorio, en donde al año siguiente obtuvo el premio de violín, único que se concedió en aquel curso. Poco tiempo después comenzó á dar conciertos públicos en varias capitales de Europa, y en junio de 1869 se presentó en Madrid en compañía de la Patti y



El eminente violinista **Pablo Sarasate**, fallecido en Biarritz el día 21 de los corrientes. (De fotografía.)

de Ritter, alcanzando un éxito inmenso. Desde entonces su vida fué una continuada serie de triunfos que le tributaron los públicos más exigentes, y á partir de aquella fecha su biografía puede sintetizarse diciendo que en todas partes fué aclamado y reconocido como el primer violinista del mundo y que los principales soberanos de Europa le prodigaron todo género de distinciones.

Como compositor conquistó también justa nombradía.

Sarasate fué un apasionado de su patria y especialmente de su ciudad natal, á la que todos los años acudía para dar algunos conciertos durante las fiestas de San Fermín.

Pamplona ha hecho á su hijo predilecto un entierro regio, manifestación del duelo intenso de toda una ciudad, y se dispone á erigir en su honor un monumento digno de tan excepcional artista.

¡Descanse en paz!

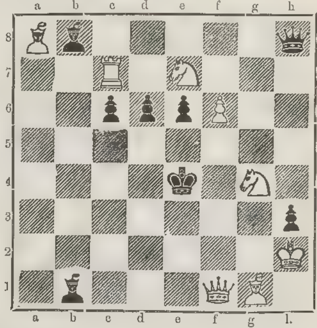


El famoso ajedrecista Marshall (×) jugando simultáneamente, en Kerkan, 34 partidas de ajedrez, de las cuales ganó 28, perdió 3 y empató en otras tres. En el grabado se ve al árbitro Mr. Limbau (× ×.) (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 507, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 506, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Da1–a5	1. Dc7×a5
2. Cc6–e5	2. d6×e5 ú otra.
3. Tf6–b6 ó f5 ó f4 ó Ce5–f3 mate.	

VARIANTES.

1.... Ad2×a5 ; 2. h3–h4 jaq., etc.
c2–c1(D); 2. Tf6–e6 jaq., etc.
h5–h4 ; 2. Da5×d2 jaq., etc
Otra jugada; 2. Tf6–e6 jaq., ó Da5×d2 jaq., etc.



– Te deseo que seas feliz, repuso Juana gravemente; pero sé juiciosa y guárdame el secreto, como yo te guardaré el tuyo

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Y en aquel momento Juana sentía casi cólera al ver que Pedro apelaba á una especie de violencia moral.

—Paréceme, dijo Juana, que la sabiduría debe ser escuchada con preferencia á la locura.

El dolor que aquellas palabras causaron á Pedro hízole vacilar, obligándole á apoyarse más fuertemente en la balaustrada.

—¿De modo, dijo con voz alterada, que también usted me aconseja una prudente reserva?

El sufrimiento del pobre muchacho hirió de rechazo á Juana, que se sintió desfallecer.

—Estamos hablando en forma de charadas, aventuróse á decir, y no sé adónde quiere usted ir á parar.

Apenas hubo dicho estas palabras, sintió haberlas pronunciado; pero es lo cierto que la palabra, si es que no nos ha sido dada para esto precisamente, revela á menudo nuestras intenciones. Juana jugaba el eterno juego de la mujer que, á la vez, se siente fascinada y espantada por la verdad, ese juego al que llamamos coquetería, cuando no es sino un sentimiento profundo: en Juana era al mismo tiempo coquetería y amor.

—¡Y de qué otro modo puedo hablar que en forma de charadas!, exclamó Pedro. ¿No comprende usted que si pronunciásemos ciertas palabras no tendríamos medios para una retirada honrosa?.. Pruebe usted de ser clara, si puede; en cuanto á mí, creo que lo honrado es persistir en mis conceptos obscuros... Sin embargo, si siente usted por mí algún afecto...

—Mucho...

—En este caso conteste usted á la pregunta que voy á dirigirle, por muy vaga que le parezca. ¿Qué vale más, arrostrar las probabilidades de un gran pesar y de una gran dicha, ó renunciar á la dicha para evitar el pesar?

Juana permaneció un minuto turbada; su pecho latía violentamente, miró á Pedro de soslayo y aun llamó á los dos niños que jugaban allí cerca.

—El que formula tal pregunta, dijo al fin, ¿no ha aceptado de antemano el desistimiento que le impedirá sufrir?

—Me ha comprendido usted mal, balbuceó Pedro tristemente. No se trata de *mi* sufrimiento, que existe desde hace mucho tiempo y seguirá existiendo, porque depende de mi situación; se trata del sufrimiento de otro...

—Tal vez este *otro* preferirá sufrir si usted sufre...

Una alegría inmensa invadió el corazón de Pedro.

—¡Juana!, gritó.

Pero la joven clavó en él una mirada de reproche, y Pedro se calló y se estremeció como potro cegado por el sol al salir de la caballeriza.

—Por lo menos, siguió diciendo Juana, dentro de los límites en que este otro es dueño de sus sufrimientos..., porque no vivimos solamente para nosotros, sino que nos debemos á los demás.

—¿No cree usted que sería posible señalar los límites de la parte que á los demás se debe?

—Hasta cierto punto, sí...

—El *otro* de quien hablamos, ¿llegaría hasta conservarse libre de todo compromiso durante un período determinado?

Juana reflexionó un momento y contestó emocionada:

—Sí, pero con la condición de que tuviese usted probabilidades de transformar su posición.

—¿Quiere usted decir con esto que sería menester que yo llegase á ser rico?

—A ser rico ó algo equivalente.

Pedro inclinó la cabeza y su rostro expresó una lucha en la cual la desesperación, la voluntad y la pasión le dominaban alternativamente. Después de un rato de silencio dijo con voz alterada:

—No quiero engañar á ese *otro*, á quien amo más que á mí mismo; ni la fortuna ni algo que á ella equivalga se encuentran tan fácilmente sin el concurso de la suerte... No soy un artista, sino un sabio, y la clase de notoriedad que pudiera yo conquistar sería siempre poco deslumbrante para satisfacer las exigencias sociales.

Juana miróle despechada, pareciéndole sin duda que veía demasiadas objeciones y manifestaba demasiado poca fe.

—¿No cree usted que eso que llama usted suerte tiene su compensación en el valor?

—No comprendo...

—Quiero decir que no hay combate en el que no se corra el riesgo de una derrota, pues dejaría de ser combate si así no fuese.

—¿De modo que debería yo aceptar la derrota?

La joven, viéndole palidecer, titubeó; mas como amaba ante todo el valor y la lealtad, repitió:

—*Deberíamos* aceptarla.

Al oir esto, Pedro se irguió y sus ojos brillaron.

—Tiene usted razón, dijo; pero yo venceré.

—Así lo espero.

A estas palabras sucedió un silencio impresionante. Los niños miraban cómo reñían dos insectos; el follaje vibraba apenas á impulso de una ligera brisa; la luz dormía sobre los céspedes como si fuese un polvillo impalpable, y únicamente respiraban vida los grandes álamos negros, bañados de arriba abajo por una cascada de chispas que no eran otra cosa que los reflejos del sol sobre las hojas.

Pedro permaneció unos instantes absorto en su ensueño; pero cuando oyó que la joven llamaba á los niños, exclamó de pronto:

—Una palabra todavía... ¿Cuánto tiempo me da usted?

—No puedo decírselo ahora; lo pensaré y pronto lo sabrá usted... Acuérdese de que esta conversación ha de ser la última que sobre este asunto tengamos. Si somos vencidos, no quiero que otros sufran.

Dervilly sintió que los celos le devoraban, y viendo ya á Fernando esposo de Juana y viéndose á sí mismo, no sólo preterido, sino además negado, lanzó un suspiro. Juana se alejaba y él se atrevió á alcanzarla.

—No puedo jurar que la olvidaré, exclamó.

—Ese es un juramento que no le pido, respondió la joven con dulzura.

Pedro comprendió que tampoco ella le olvidaría y se sonrió.

Y mientras Juana regresaba á la quinta, él se internó en las espesuras del parque, que tomaban un aspecto más salvaje á medida que se acercaban á la pared de cerca, siendo al final un verdadero bosque. La sombra era allí fresca; los troncos de las encinas estaban cubiertos de musgo y el suelo presentaba una superficie encarnada á causa de las hojas caídas en el pasado otoño. Algo de la rusticidad de aquel sitio penetró en el alma del joven, quien se sintió ferozmente resuelto á conquistar la fortuna y la gloria. Todo le parecía fácil, y andaba con tanto vigor y tanta agilidad, que ofrecía cierta semejanza con un tigre ó con un león.

IV

La elegante reunión se había en parte dispersado. Un grupo de muchachas que jugaban á adivinar charadas, se paseaba bajo los grandes sicomoros que rodeaban el amplio césped; otro grupo daba vueltas alrededor del *tennis*, todavía lleno de sol, pero que muy pronto quedaría en la sombra y sería accesible á los jugadores; y los niños habían organizado una partida de cuatro esquinas que iba perfectamente, otra de escondite que ya no iba tan bien, y algunas ruedas que por momentos languidecían. Los pollos, recostados en bancos, fumaban cigarrillos; los mayores, de pie, hablaban de deportes, y los hombres maduros hablaban con las señoras, jugaban al billar ó discutían las menudencias de la política. Las señoras, en su mayoría, se contaban las molestias que trae consigo el cuidado de una casa, las tretas de los proveedores ó de los criados, y los goces del veraneo en lejanas tierras, saliendo á relucir Venecia y Roma en primer término, y luego nuevos países de los que antiguamente ni siquiera se hablaba y que ahora han dado á conocer los viajes en yate y las excursiones de las sociedades de turismo.

El almirante, que se hallaba en el grupo de los políticos, escuchaba á su sobrino Juan Fournais emitir su opinión sobre los acorazados y la defensa de las costas. Era el tal un hombre que había sabido monopolizar el comercio del arroz y realizaba todos los años enormes beneficios; pero en no tratándose de cosas de su comercio, se dejaba llevar de la fantasía, y sus ojos azules, su frente redonda y lisa y su boca apasionada hacían de él el personaje lunar á quien no asustan los más extraños partos de la imaginación. El almirante le escuchaba y se sonreía oyéndole sostener la opinión de que debían construirse acorazados diez veces mayores que los actuales y torpederos diez veces más pequeños, rechazar los submarinos y preconizar el empleo de los proyectiles volantes.

—La lucha debajo del agua será siempre obscura, porque allí nada se ve, y por ende la casualidad será la que decida. Pues bien: ¿qué hombre inteligente aceptará la casualidad? El cañón, en cambio, me parece bien.

—Es usted muy indulgente, dijo el almirante.

—No se ría usted; admito el obús, pero rechazo el torpedo por traidor. ¿Dónde está aquí la guerra? Se contentan ustedes con echar al mar cien torpedos vigilantes, y si vuelan un buque enemigo es por pura casualidad.

—Las más de las veces, repuso el almirante, son nuestros propios buques los que vuelan.

—De modo que conviene usted en lo que digo. ¿Es este un procedimiento regular? Esto es simplemente salvajismo.

—Como es salvaje la guerra en sí misma, dijo uno de los del grupo.

—Hay guerras y guerras, replicó Veraines. Las naciones tienen el derecho de deslindar su terreno.

—¿No le parece á usted, almirante, que entiendo algo de esas cosas?, preguntó Fournais sintiéndose halagado por las palabras de aquél.

—Dispense usted, pero me parece que no entiende usted poco ni mucho...

Una carcajada general acogió esa respuesta del marino.

—...Pero esto no prueba que haya de dejarse á los hombres que se asesinen como quieran... La guerra es un recurso supremo de derecho y no apelaríamos á ella si tuviésemos alguna otra manera de demostrar nuestra superioridad... En principio, basta que no se impida ninguna manifestación de la fuerza conveniente para establecer la soberanía, y no es necesario admitir las matanzas inútiles.

—No soy de su opinión, dijo Max de Blemont, otro sobrino de Jacobo Carlos; puesto que la guerra existe, vale más que se haga de un modo salvaje; así se matará ella misma rápidamente, al paso que ahora con nuestras precauciones la mantenemos viva.

El almirante se encogió de hombros bondadosamente.

—Jamás he visto, dijo, que dos hombres se pongan de acuerdo sobre esas cuestiones que, en mi concepto, se substraen á nuestra crítica; y lo más sabio sería, quizás, creer que siguen un desenvolvimiento orgánico como la humanidad misma Pero es lo cierto que son temas de conversación de sobremesa, que son eternas y apasionan tanto más cuanto más lejos están de toda solución posible, y que ayudan á pasar un rato como este, mientras se fuma un cigarro. Por lo que á mí hace, habré dicho todo lo que pienso sobre esta materia cuando les diga á ustedes que la violencia existe, que yo no la he inventado, que lo mismo se me da de ella que de otra cosa..., y que soy un humildísimo servidor de Francia.

Mientras así hablaba, estaba distraído y preocupado porque había visto á Pedro alejarse y á Juana seguirle acompañada de los dos niños.

«Esa Juana, tan discreta, es una imprudente—pensó.—Ignora todo lo que pasa en su corazón y en esta ignorancia está el verdadero peligro, pues cree no demostrar más que una simpatía, cuando en realidad abre el porvenir á esperanzas que germinarán contra viento y marea. ¡Qué poder de ilusión tan grande encierra el amor! ¡Con qué sutileza se desliza por entre los dedos de los infelices que están seguros de tenerlo bien sujeto! Y lo peor es que esos dos muchachos creen que nadie se ha fijado en ellos, siendo así que, aparte de mí, les acecha Fernando.»

Absorto en esas ideas, apenas escuchaba la réplica de Juan Fournais á Max de Blemont, el cual remachaba su teoría de la guerra sin cuartel, adornándola con la autorización para emplear los virus, los microbios y los humos asfixiantes. El almirante no hacía caso de tales absurdos y no pensaba más que en precipitar la partida de Pedro antes de que se produjera el choque inevitable con lord Beverley; pero aun en esto, á pesar de su sagacidad, la vida había de anticipársele. Juana regresó con los dos niños, y lord Beverley, después de algunas vacilaciones, acercóse á ella; hablaron unos instantes y en seguida se separaron, encaminándose la joven al grupo de sus primas, mientras él, siguiendo la misma táctica empleada por Pedro, se internaba en el parque y se dirigía al sitio en donde estaba el sabio.

El almirante no pudo contener la risa.

«Somos unos valientes tontos—murmuró.—Cuando uno piensa que esos dos muchachos tan contrariamente educados, inglés impasible el uno y francés impetuoso el otro, adoptan los mismos procedimientos, las mismas precauciones infantiles... Y con todo esto, hétenos en un mar lleno de escollos; Beverley, que no es un necio, se imagina que va á realizar prodigios, y lo que hará será afirmar más en el corazón de Pedro el amor fortalecido por la contradicción. ¡Llévese el diablo á la gente joven! Nadie es capaz de hacerle concebir las inmensas ventajas que puede reportar la inercia. Sin la penetración de Beverley, yo habría cortado la aventura antes de que adquiriese mayores proporciones, mientras que ahora tendré que luchar con el amor propio, que es algo peor que el amor á secas.»

—Mi querido almirante, dijo Juan Fournais, paréceme que está usted preocupado. ¿Será que los problemas que estamos debatiendo le ponen melancólico?

—Todos los problemas infunden melancolía y muy particularmente los que se refieren á la muerte ó al amor..., y ello es debido, sin duda, á que no podemos prescindir de la una ni del otro cuando pensamos en saborear la vida. Así no concebimos una historia sin una guerra, ni una novela sin un amor, y aunque nadie ignora que la paz para los pueblos y la serenidad para el individuo son tesoros inestimables, todo el mundo sabe que únicamente tienen valor por el contraste. Las formas en que haremos la guerra, las que presidirán en el amor, pueden variar; pero no concibo que ni éste ni aquélla desaparezcan de nuestro pobre universo.

—Habla usted como un arzobispo, querido tío, dijo Max de Blemont, y en resumen da usted el ejemplo de esa vida serena, superior á las pasiones, de las que duda usted con tanta energía.

—Eres un niño, Max; mis cabellos comenzaban á encanecer cuando viniste al mundo. Por desgracia he conocido la guerra y el amor... ¡Dios me preserve de una y otro!

—¿Acaso menosprecia usted el dulce lazo cantado por los poetas?

Lo venero, pero cree en mi vieja experiencia y ten por seguro que es bueno darle desde muy joven un grave compañero que se llama el deber... Si preguntan ustedes á mi padre, les dirá lo que es la existencia de una mujer enamorada. Mi pobre madre, bella, amante y abnegada, hubo de buscar su consuelo único en la educación de sus hijos; fué la millonaria que lo es para los demás y la amada que bebe hiel en abundancia por aquellos á quienes ama. Bien es verdad que tuvo la compensación del amor constante de mi padre, quien le fué siempre fiel y la vió siempre adornada de la suprema belleza hasta cuando, por haber engrosado algo, perdió su primera frescura..., pero estudien ustedes un sino como el suyo y piensen en lo que habría sido sin el amor maternal y sin el sentimiento del deber. ¿Creen ustedes que mi madre no dejó este mundo como las demás, presurosa y ferviente, con la visión de un luminoso porvenir? Diez hijos que tuvo en el espacio de unos veinte años le enseñaron el significado terrible que puede ocultar el dulce simbolismo pasional. Me dirán ustedes que esto constituye una excepción; pero ¡qué existencia no ofrece presa á la excepción!

—Está usted muy grave, almirante.

—Tienen ustedes razón; hablemos de otra cosa.

Iniciaron otro tema, pero no cuajó; Fournais ofreció cigarrillos y las columnitas de humo reemplazaron á las palabras hasta que el almirante llamó á Juana, que pasaba por allí cerca. La joven se aproximó un tanto ruborizada; su tío era para ella un juez temible, y sin embargo, Juana tenía por cierto que ignoraba su última travesura. El marino no tardó en sacarla de su error, diciéndole:

—Veo que te gustan mucho las bougainvilleas.

Juana se estremeció recordando que en el sitio en donde había encontrado á Pedro había algunas bougainvilleas hermosísimas; pero serenándose en seguida, respondió:

—¿Ha visto usted acaso alguna mujer á quien no gusten las flores?

—¿Y que no entienda su lenguaje?, añadió el almirante.

—¡Oh! Hace demasiado poco tiempo que la bougainvillea crece en nuestro jardín para que tenga ya un significado.

—Las flores nuevas simbolizan la locura, replicó riéndose de la complicidad que les permitía hablar de este modo delante de Fournais y de Blemont.

—No, simbolizan únicamente el capricho.

Y se alejó después de pronunciar esa frase, que dejó perplejo á su tío.

«Lord Beverley no vuelve, y cada minuto prolonga un mes el suplicio de mi amigo.»

Así pensaba el almirante mientras Juana se reunía con sus primas. Todas aquellas jóvenes pasaban, durante el año, muchos meses juntas, en diferentes sitios y casi siempre bajo la juiciosa vigilancia de la señora de Veraines, llevando esa vida de muchacha que de momento parece aburrida, pero que, por un singular efecto de espejismo, se recuerda con tanto placer.

Aunque aparentemente unidas, formaban dos bandos capitaneados por Juana Veraines y Margarita de Blemont. Esta, inteligente y alegre, era apasionada de los deportes y tenía el campeonato del *tennis*; era rubia, de ojos azules, bajita, pero admirablemente proporcionada, y tan hábil en la réplica viva y oportuna, como diestra en devolver la pelota con la raqueta. Todo el mundo la quería y le mostraba cierta protección que ella soportaba mal, pues estaba convencida, y con razón, de que poseía un cuerpo vigoroso y una inteligencia privilegiada. Durante mucho tiempo había sido la amiga íntima de su prima Juana, pero luego aquella amistad se había enfriado sin que nadie supiera á punto fijo por qué.

En realidad, amaba á Fernando Beverley y se rebelaba contra el proyecto de matrimonio del lord inglés con su prima Juana. En una cabeza como la de Margarita, las ideas fermentan de prisa; así es que, aun sin sentir envidia, no admitía que por fuerza hubieran de unirse la más rica de las Veraines con el más apuesto y más noble de los jóvenes en estado de merecer. Una intuición sutil le hacía comprender que su talento y su belleza no eran indiferentes á Beverley, y hasta suponía que era el ideal del joven anglo-canadiense. Su carácter de normanda la impulsaba á combatir, pero su gran optimismo la movía á esperar.

Aquel día estaba irritada, hasta el punto de mostrarse injusta y mala, debido esto á que había oído demasiadas alusiones á la boda de Juana y Fernando, observado demasiadas atenciones á su prima de parte del abuelo y visto en la señora de Veraines una propaganda demasiado activa en favor de Fernando.

Por otra parte, el proyecto de la señora de Veraines merecía una aprobación unánime, y los mismos Blemont, ignorantes del secreto de Margarita, manifestábanse entusiasmados. Pero lo que colmaba su indignación era la actitud de Fernando, esa voluntad de ambicioso que nada puede refrenar y que va contra el propio corazón.

«Porque yo concedo—decía – que Juana es bella,

inteligente, buena y cariñosa, pero él no la mira como me mira á mí... Yo le gusto más y le convengo más, y Juana no tardará en saber que su ensueño de intimidad no tiene eco en esa alma dominadora... Las palabras á veces contradicen la realidad; todo el mundo llama á Juana la princesa, y sin embargo, no tiene nada de tal; la verdadera princesa soy yo. Mi reino es de este mundo, y gustosa me someto á una existencia aparatosa, tejida únicamente de acontecimientos, de luchas mundanas, de triunfos deportivos, mientras que Juana prefiere los méritos personales y la grandeza moral.»

Muy pronto se vió que la gente menuda se desmandaba; surgieron dos ó tres disputas y hasta hubo un comienzo de pugilato, que hizo necesaria la intervención de las jóvenes mayores, primero, y luego la del almirante, á quien todos aceptaban como árbitro, porque sabía hacerse cargo en seguida de la situación y conocía admirablemente el corazón de los niños, tan semejante al de los marineros. Los chiquillos estaban nerviosos á consecuencia del gran rato que habían permanecido en la mesa; sus juegos, mal dirigidos, no lograban entretenerlos, y la anarquía les ponía tercos é impacientes.

—Organicemos un gymkana, dijo el tío.

La idea fué bien acogida, y lo mismo las niñas que las jóvenes quisieron ser parte en los múltiples é interesantes juegos que combinó la imaginación del marino. Todos se divertían, actores y espectadores, y más que nadie el almirante, el cual reía y observaba, clasificando los actos, adivinando los impulsos y viendo como en un libro abierto los destinos de todos. El ardor con que Margarita procuraba vencer á Juana no podía ocultarse á su penetración y hubo de sorprenderle; si prefería á la segunda por su bondad inteligente, no por esto dejaba de amar la viveza de impresiones, la sinceridad y el valor de la primera. Las dos primas habían sido siempre buenas amigas; para que estuviesen desunidas era menester que mediase alguna disensión grave.

Después de una carrera del vaso de agua, que ganó Margarita, díjole el almirante:

—¿Pero qué te pasa?

—Que estoy contentísima con mi victoria.

—Me parece que hay algo más que no quieres decirme.

—¿Acaso no puedo estar contenta por haber ganado?, repuso la joven ruborizándose y con acento malhumorado.

Disponíase á alejarse, pero su tío la detuvo. Estaban solos; Juana hallábase algunos pasos distante, y un poco más allá, los jugadores discutían la carrera.

—Margarita, no eres franca conmigo.

—Es que no puedo serlo.

—¿Guardas rencor á Juana?

—Si se lo guardo, mis razones tendré.

—¡Margarita!, gritó Juana, que había oído estas palabras.

—¿Y bien, qué?, replicó Margarita desconcertada. Supongo que no pretenderás que todo el mundo se postre á tus plantas.

—Margarita, eso que haces no está bien, dijo el almirante llevándose aparte á las dos primas.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo; me parece injusto que *todo* sea para Juana.

Veraines la miró asombrado.

—¡Hola, hola! ¿Conque ese asunto, tan sencillo para todo el mundo, se complica?

Margarita palideció al verse descubierta, pero no quiso confesar; lamentaba haber ido demasiado lejos y trataba de juntarse con los jugadores, cuando el almirante le dijo:

—¿No sería mejor que tuvierais una explicación?

Juana, honrada y altiva, aceptó, y la otra no quiso ser menos.

—Cuando quieras.

—Pues en seguida.

Las dos muchachas lograron apartarse del gymkana, para lo cual les ayudó su tío proponiendo una prueba para los niños, y anduvieron largo rato en silencio, animadas por sentimientos confusos. La juventud devoradora aumentaba en ellas las impresiones, y sentían una especie de embriaguez, de orgullo, de pertenecer al fin á esa humanidad de novela que tiene aventuras; un asombro al verse juntas para debatir otros intereses que los puramente superficiales; y el temor y el deseo de confiarse mutuamente las emociones que las agitaban, esa primera confesión á una amiga, confesión casi tan apasionante como la que se hace á aquel á quien se ama. Pero sentían además la tristeza que, á pesar nuestro, se apodera de nosotros en medio de todas las expansiones, de todas las alegrías, y que no es indudablemente otra cosa que el legado de la experiencia, la certeza vaga de que nunca la vida corresponde al ensueño, de que nuestros más fervientes anhelos han de resultar impotentes, de que la muerte acompaña y amenaza en todas partes nuestras dichas. Y de este modo, sintiendo que sobre ellas se cernía algo dulce y á la vez grave, saborearon aquel trascendental minuto, contemplando los céspedes, los corpulentos árboles y el cielo cuyo esplendor exaltaba sus espíritus.

Sentáronse en un banco, sin advertir que detrás de ellas había una ventana y que por ésta se asomaba la señora de Veraines. La presencia de las dos jóvenes hizo asomar una sonrisa en los labios de la excelente dama, que se disponía á retirarse discretamente cuando las primeras palabras de Juana la detuvieron.

—¿Estás enfadada porque la gente me casa con Fernando?

Margarita permaneció un instante callada, embargada por la emoción y con los párpados temblorosos.

—No soy injusta, respondió al fin. Admito que ames á Fernando, pero hallo absurdo que á nadie se le haya ocurrido que pueda casarse con otra que no seas tú.

—En efecto, es absurdo, tanto más cuanto que nadie me ha consultado ni ha tenido en cuenta mis sentimientos personales.

—¿Quieres decir con esto que no amas á Fernando?, preguntó Margarita estremeciéndose y sintiendo que su corazón apenas latía.

Juana no contestó y Margarita, furiosa, siguió diciendo:

—Ya ves que sí que le amas; pero también le amo yo y me considero en mejores condiciones para ser su esposa... No me oculto de confesártelo; ódiame si quieres.

Mientras Margarita decía esto, Juana la contemplaba sonriendo melancólicamente, reconociendo en ella á la rival singular de toda su vida, así en los estudios como en los juegos, y por lo demás, verdadera rival en inteligencia, aunque todos se obstinaban en tratarla como una niña, mientras á ella le concedían extraordinaria autoridad.

—No acierto á explicarme, Margarita, por qué nadie ha pensado en ti para Fernando.

—Porque tú eres la «princesa,» respondió impetuosamente Margarita, y porque yo soy una chiquilla sin substancia.

—Pues te juzgan muy mal quienes así te juzgan... Ten la seguridad de que yo veo en ti una inteligencia superior, unas cualidades tan encantadoras...

—¡Cállate!, exclamó Margarita halagada; ningún elogio me agrada tanto como los tuyos, y esta es una prueba de que instintivamente me considero inferior á ti.

Y añadió, sin poder contener una sonrisa:

—Qué, ¿vamos á detestarnos?

—¿Es bien cierto que amas á Fernando?

—¡Caramba! Tengo la ambición de casarme con él.

—Confío en ti, Margarita, dijo Juana tras un momento de vacilación. Has de saber que yo no estoy del todo segura de ambicionar lo mismo que tú.

—¿Te disgusta Fernando?

—No es esto, contestó Juana ruborizándose; es que creo amar á otro.

—¡A otro!, exclamó Margarita arrojándose sobre su prima y llenándola de besos. Siendo así, ¿me permites que procure contrariar el gran proyecto?

—Te deseo que seas feliz, repuso Juana gravemente; pero sé juiciosa y guárdame el secreto, como yo te guardaré el tuyo.

—¡Te lo juro!

La señora de Veraines, mientras escuchaba la conversación de las dos jóvenes, había sentido los más contradictorios impulsos; varias veces había querido retirarse comprendiendo que su curiosidad era indiscreta, pero en definitiva esa curiosidad había triunfado y lo que había oído habíale causado tanto asombro como pesar.

Es admirable cosa, aun teniendo al parecer la fuerza de una ley natural, la poca perspicacia de los padres cuando de apreciar las inclinaciones de sus hijos se trata. Así la señora de Veraines extrañóse sobre manera de la temeridad de Margarita y se entristeció al ver que Juana despreciaba magníficas esperanzas. La pasión de aquélla le impresionó poco, considerándola un capricho, casi una travesura; y en cambio echóse á buscar con ardor quién pudiera ser el hombre á quien Juana había distinguido. Poco curiosa del amor en general, de nada podía servirle la intuición; pero, en cambio, era excelente observadora y conocía perfectamente la existencia de Juana, y en seguida sospechó que el preferido de ésta era Pedro. Rebelóse contra esta idea, y precisamente porque se rebelaba contra ella, la idea se aferró más en su mente y llegó á ser casi una certeza. Su descubrimiento la hizo sonreir, porque entre Pedro y Juana no veía ningún lazo posible; sin embargo, comprendió que para tranquilidad de la joven era preciso impedir las visitas de Dervilly, cosa relativamente fácil desde el momento en que Jacobo Carlos aprobaba el matrimonio con Beverley. La señora de Veraines habría podido tratar directamente el asunto con su hijastro, pero prefirió confiar el encargo á su marido.

Después de un rato de buscarlo entre los invitados, encontrólo al fin en una glorieta conversando con tres de sus nueras y dos de sus hijas. Al señor de Veraines todos le querían y ante él cesaban las disensiones; no obstante, sabía, por lo mismo que poseía algo de la penetración del almirante, que debajo de aquella armonía hermosa hacía estragos una sorda rivalidad; pero había aprendido á contentarse con la apariencia, en lo cual consiste tal vez la sabiduría suprema. Las heridas de amor propio de sus hijos no le impresionaban gran cosa y no le desagradaba que entre ellos hubiese celos, porque sabía que sin este estimulante habrían abandonado una lucha que él consideraba fecunda y que él se imponía á sí propio á pesar de su edad avanzada. Gustábale remontarse á sus orígenes y vivir entre las reliquias de sus padres... Allí estaba su cuarto de estudiante en vacaciones tal como lo había habitado en otro tiempo, con la misma biblioteca que contenía los mismos libros. En la fábrica había aún máquinas delante de las cuales se había embobado siendo niño, y en la aldea vivían viejos que todavía le llamaban D. José. Esos recuerdos, esas imágenes motrices de todos sus actos, eran lo único que podía mantener la fuerza de ilusión que substituye ventajosamente á la felicidad; y al evocarlos, volvía á ser el trabajador obstinado y fecundo á quien todo le sale bien. Recordaba que allí habían vivido y balbuceado sus primeras palabras Jacobo Carlos, Rodolfo, Elena y Margarita; lloraba en presencia de los vestigios de su amor y de las huellas de su dicha, y nada era para él tan grato como volver á verse en Blot en compañía de Jacobo Carlos, su primogénito. Para las pobres gentes de la aldea, el uniforme del almirante simbolizaba la fortuna de los Veraines mejor que todas las haciendas; los chiquillos que jugaban con él se le acercaban respetuosamente, y para Veraines padre las consideraciones que á su hijo tenían aquellos aldeanos eran la más positiva recompensa que pudiera tener en este mundo.

En aquella ocasión, aquel hombre sencillo escuchaba la crónica elegante que le relataban sus nueras y sus hijas, la mayoría de las cuales tenían ya hijos cuyas hazañas referían. Recepciones, comidas, frases galantes de grandes señores ó de obispos mezclábanse con anécdotas sobre la malicia de los niños mal criados ó con algún rasgo de ingenio de algún talentudo sacerdote. Charla de buen tono, encantadora y pintoresca, que solía ser la delicia de la señora de Veraines; pero en aquellas circunstancias estaba ésta demasiado preocupada para soportarla mucho tiempo; así es que, pretextando que debía servirse la merienda, alejó á todas las señoras y se quedó sola con su marido.

—Tengo que comunicarte cosas muy importantes, murmuró.

Veraines permanecía serio y aun algo temeroso delante de su mujer, porque ésta tenía tal hábito de autoridad, que ni aun para sus íntimos abandonaba el tono que empleaba con los hombres de negocios y que no admitía réplica. Aunque algo gruesa y colorada, poseía un encanto y una elegancia extraordinarios; mas como su vocación no era el amor, Veraines la trataba con afectuoso cariño y algo de respeto.

—Amigo mío, dijo, estoy sumamente alarmada; Juana no se presta tal como yo querría á nuestro proyecto de matrimonio.

Veraines se estremeció; de su largo amor á su primera esposa habíale quedado un sentimentalismo tenaz que se difundía en él en toda ocasión, como un antiguo perfume en una estancia que se calienta.

—¿Quieres decir que ama á alguien?

—No voy tan allá; pero Fernando es tan unánimemente solicitado, que la frialdad de Juana me parece extraordinaria.

Veraines, que con razón se creía muy superior á su esposa en achaques de amor, se sonrió.

—¿Crees, pues, que Juana ha de amar á Fernando porque las demás se lo disputan?

La señora de Veraines lo creía así, pero por nada del mundo lo habría confesado, respetando, al pensar de este modo, una especie de protocolo de la pasión, de la misma manera que respetaba la moda; pero se colocaba por encima de la moda y de la pasión, y creía que hay leyes eternas á cuyo yugo todo el mundo se somete.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES ESPAÑOLAS.—La jira automovilista á Oñate.—Los Juegos Florales de Vigo

Organizada por el Real Club Automovilista de Guipúzcoa, efectuóse el día 19 una jira automovilista desde San Sebastián á Oñate, en la que figuraron 61 automóviles, tres de ellos de D. Alfonso XIII, ocupados el primero, un hermoso 60, por el rey y la reina; el segundo, un Panhard 50, por la duquesa de San Carlos y el conde del Serrallo, y el tercero, un Renault 35, por los ayudantes de Su Majestad el coronel señor Jordana y el teniente coronel barón de Casa-Davalillo.

El primer automóvil salió de la capital donostiarra á las nueve, y á las once menos diez minutos el de Sus Majestades, que tenía el número 56 y que llegó á Oñate á las doce y treinta y cinco.

En el último vehículo de la caravana iba el presidente del citado club, conde de Torre Múzquiz, con su hijo.

El recibimiento tributado por la población de Oñate á los reyes fué cariñoso y entusiasta. Las calles estaban convertidas en túneles de verdura, los edificios engalanados y el pueblo en masa aclamó á los soberanos, mientras las campanas eran echadas á vuelo y se disparaban multitud de cohetes y chupinazos. Sus Majestades, después de haber pasado por entre los automóviles, que estaban formados en dos filas, entraron en las Casas Consistoriales y se asomaron al balcón á instancias del público, que les tributó una nueva y ruidosa ovación.

Desde allí, precedidos de una banda de música y de los *espatadanzaris*, se dirigieron á la iglesia de San Miguel, en donde se cantó un *Tedéum*, y luego asistieron al almuerzo con que les obsequió el Real Club Automovilista y terminado el cual presenciaron algunas danzas del país. El almuerzo se celebró en la Universidad, cuyos claustros estaban adornados con neumáticos de automóviles, escudos, banderas y guirnaldas, habiendo ocupado la presidencia de la mesa S. M. la reina Victoria, que tenía á su derecha á S. M. el rey, á la duquesa de San Carlos y al comandante general de alabarderos, y á su izquierda al alcalde de Oñate, al presidente de la Diputación provincial y al gobernador civil.

Después marcharon al santuario de Aranzazu, regresaron á Oñate y tras unos momentos de descanso, emprendieron la vuelta á San Sebastián, habiéndose detenido en Vergara para ver el *Cristo* de San Pedro, obra de Montañés.



Jira automovilista organizada por el Real Club Automovilista de Guipúzcoa
Llegada de SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina doña Victoria á Oñate. (De fotografía de Frederic.)

Los automovilistas atravesaron gran parte de la provincia de Guipúzcoa, siendo en todo el camino saludados afectuosamente por los habitantes de los *chalets* y de los rústicos caseríos, y por los campesinos y pastores, que abandonaban los campos y los rebaños y corrían á la carretera para verlos más de cerca.

Fué la jira una fiesta muy animada y agradable, en la que no hubo que lamentar ningún accidente, gracias, en buena parte, á la excelente organización que en ella había presidido.

Después de dos brillantes certámenes musicales de orfeones y bandas de música, celebráronse hace poco en Vigo los Juegos Florales, presididos por el notable periodista y académico Sr. Ortega Munilla, quien leyó un hermoso discurso.

Obtuvo la Flor Natural D. Carlos Miranda, el cual eligió para reina de la fiesta á la bella y elegante señorita doña Rosa Conde Castilla. Formaron la Corte de Amor las no menos bellas y distinguidas señoritas Dolores Manjón, Angeles Tapias, Asunción Barrio, Dolores Elías, Manuela Posada, María Teresa Núñez, Dolores Lago y Pilar García Arenal.

La sociedad coral «La Oliva,» organizadora de los certámenes musicales y de los Juegos Florales, ha alcanzado un éxito grandioso en todas esas fiestas y se ha conquistado los aplausos del pueblo de Vigo.—X.



Juegos Florales de Vigo.—La reina de la fiesta con su Corte de Amor. (De fotografía remitida por D. Manuel Maestu.)



Londres.— Manifestación de las sufragistas en honor de su compañera miss Philipps, al salir ésta de la cárcel en donde ha permanecido algunas semanas á consecuencia del tumulto producido hace tres meses delante de la Cámara de los Comunes. (De fotografía de «World's Graphic Press.»)

Las sufragistas inglesas no perdonan medio ni ocasión de ostentar públicamente sus ideas y de pasear en aparatosa manifestación por las calles de Londres su famoso programa, sintetizado en el ya popular «¡Vote for Women!»

Hace poco, y de ello dimos cuenta en el número 1.389 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la salida de la cárcel de algunas de ellas dió pretexto á sus compañeras para realizar en honor suyo una de esas manifestaciones; y últimamente se ha realizado otra, mucho más grandiosa y pintoresca que la anterior, para solemnizar la libertad de miss Philipps, que ha permanecido una temporada más que aquéllas en la cárcel, en castigo de haber querido enviar ocultamente una carta á sus padres, contraviniendo así el reglamento de la prisión.

A la salida de la cárcel esperábanla gran número de correligionarias, muchas de ellas vestidas con traje escocés, por ser escocesa miss Philipps, que la obsequiaron con ramos de flores, y una de las cuales, miss Drumond, una famosa *leader* del partido, bailó una danza en su honor. Después, la ex presa subió á un coche arrastrado por varias sufragistas y fué triunfalmente llevada por las principales calles de Londres entre las aclamaciones de las manifestantes. En la manifestación figuraban varias banderas con lemas alusivos.

MONUMENTO

Á GOETHE,

obra de

Edmundo Hellmer

El autor de ese monumento es uno de los más célebres escultores austriacos de la actualidad, y de él ha dicho un notable crítico que desde sus primeras á sus últimas obras, todas llevan el sello de su personalidad, todas revelan una energía que no descansa hasta conseguir, cueste lo que cueste, la mayor perfección posible. En ninguna de ellas, ni siquiera en sus composiciones escolares sobre temas académicos ni en las ejecutadas por encargos especiales, ha sacrificado jamás el espíritu elevado de su arte. Hellmer ha luchado con tenacidad contra todas las rutinas y contra todas las imposiciones y al fin ha vencido.

Su monumento á Goethe, que adjunto reproducimos y que adorna uno de los más hermosos sitios de la ciudad de Viena, es una prueba de las anteriores observaciones. La figura del gran poeta está modelada con vigor y naturalidad extraordinarios, y el conjunto es de una sobriedad que no excluye el carácter majestuoso, que tan bien sienta en esta clase de obras.



Monumento á Goethe,

obra de Edmundo Hellmer, erigido en la Ringstrasse de Viena

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Anuario estadístico de la ciudad de Barcelona. – De no menos interés que los anteriores es el V volumen, correspondiente al año de 1906 que acaba de publicar el Ayuntamiento de esta ciudad, cuya obra han de consultar necesariamente todos aquellos que deseen estudiar cuanto constituye la vida urbana de Barcelona, ya que hallará ordenados con singular acierto los datos y antecedentes de todos los servicios. Ilustran la obra varios grabados, cuadros gráficos, etc., formando un elegante volumen de 20 por 28, bien encuadernado, y consta de 590 págs., cuidadosamente impresas en la tipografía de Henrich y C.ª

San Juan Bautista, por *José M.ª Riqué y Estevill*. – Obra de gran interés es la que con este título acaban de publicar los editores Herederos de Juan Gili, puesto que es un hermoso estudio histórico y apologético de la vida del Precursor de Jesucristo, completando la obra un curioso Apéndice, con la descripción de los lugares de Palestina, visitados por el santo Evangelista. Forma un volumen de 12 por 13, de 196 págs., y se vende al precio de 2 pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 5 de octubre de 1908 — Núm. 1.397

LA CONQUISTA DEL AIRE



El aeroplano de Wilburg Wright efectuando en el Mans un vuelo de una hora y 31 minutos en un recorrido de 66 600 metros, el día 21 de septiembre último. – Wilburg Wright y Pablo Zens, el primer europeo que ha montado en ese aeroplano, disponiéndose á efectuar la prueba que se realizó el día 25 de septiembre último y en la cual ejecutaron un vuelo de 9 minutos 6 segundos. (De fotografías de M. Rol y C.ª)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Política internacional suramericana. — Las guerras modernas y la política de expansión. — La política de avenencia y concordia. — *Uruguay:* situación financiera y económica. — *República Argentina:* la prosperidad nacional: prodigioso aumento de la riqueza pública: los partidos políticos. — *Chile:* malestar económico. — *Perú:* la política económica del nuevo presidente.

De las Repúblicas suramericanas del Atlántico nos llegan de nuevo noticias de aprestos militares. Los Estados Unidos del Brasil refuerzan su escuadra, y uruguayos y argentinos se aperciben para hacer frente á los conflictos que pudieran sobrevenir. Ya en el próximo pasado verano el presidente de la República del Uruguay anunciaba su propósito de arbitrar recursos para construir cruceros y torpederos y para fortificar á Montevideo. En la República Argentina la Cámara de Diputados vota un crédito de 65 millones de pesos destinado á los armamentos navales.

Aparte alguna que otra cuestión, de escasa importancia, sobre fronteras y sobre jurisdicción en aguas marítimas, no hay motivo que pueda justificar un rompimiento. Mas, por desgracia, en las relaciones internacionales no suelen regir principios de justicia ni reglas de derecho; si así fuera, no habría guerras. A la guerra se va las más de las veces para satisfacer codicias que se pretende cohonestar en nombre de un interés colectivo.

Pueblos é individuos aspiran á vivir con el mayor bienestar posible, y desarrollan todas sus actividades para lograr prosperidad y riqueza con sus propios recursos. Pero si la ambición desapoderada los subyuga, y los medios de que disponen no bastan para satisfacerla, y les falta sentido moral y conciencia del deber, procuran enriquecerse á costa ajena y toman lo que no es suyo, con engaño ó por la fuerza. El individuo que tal hace cae bajo la férula del código penal; es un estafador ó un ladrón. El pueblo ó nación que necesita para vivir mejor ó engrandecerse más tierras, más población ó ganar posiciones en otros territorios que abran nuevos y más vastos horizontes á su comercio y á su industria, si dispone de fuerza suficiente para hacerse respetar ó temer de las demás colectividades políticas, puede, sin peligro de sanción penal, poner mano en lo ajeno.

El derecho de expansión como medio de impulsar el desarrollo y crecimiento de la riqueza pública de la potencia invasora, con beneficio de las poblaciones que caen bajo su soberanía, porque se supone que lo que aquélla toma contra la voluntad de su dueño ha de ser y valer mucho más que en poder de la nación débil, apocada y torpe que lo poseía; tal es el principio hoy por hoy admitido como razón de esas guerras en que el agresor no lleva más objeto que expropiar al agredido. Claro es que este principio, de valor muy accidental, lo declaran y mantienen los agresores y los que están en condiciones de poder agredir con ventaja.

Ahora bien: en el estado presente de las Repúblicas suramericanas á que nos referimos, ¿hay alguna que pueda sentir esa imperiosa necesidad de desbordarse, que da origen á la política de expansión?

Es el Brasil la potencia que ahora inspira recelos. Es la que mayor territorio y más población absoluta tiene en la América meridional. Pero un Estado cuya densidad de población no pasa de dos habitantes por kilómetro cuadrado, que tiene aún zonas vastísimas sin colonizar, y en el que el régimen federal ha creado tendencias separatistas, no debe ni puede fiar en una expansión á mano armada el engrandecimiento político y económico que sin salir de sus actuales límites ha de alcanzar poniendo en actividad todos los elementos de producción y riqueza que existen en el propio territorio. Por otra parte, no hay en el Brasil, con relación á las demás Repúblicas, esa superioridad en todos los aspectos de la vida nacional que se alega como razón ó pretexto de conquista y dominio en países más atrasados y donde la acción de los poderes gobernantes es ineficaz para desenvolver y garantir los intereses económicos.

El peligro, dado caso que amenace, es muy remoto. No urgen, pues, los armamentos. En lo que sí deben poner empeño las Repúblicas hispano americanas del Sur es en cortar de raíz todo motivo de desavenencia entre ellas, mostrándose sobre todo menos intransigentes en esas eternas cuestiones de límites que tanto apasionan allí los ánimos. Bien avenidas todas, no habría de ser difícil llegar á inteligencias entre las que más intereses comunes tienen por su situación geográfica ó por los antecedentes históricos, y constituir así grandes confederaciones que pudieran hacer contrapeso á la federación brasileña.

***

Entre tanto, hay que ir creando riqueza para ganar el respeto y la consideración de los extraños.

En el Uruguay, los últimos presupuestos acusan la buena situación financiera del país; se calcula que el ejercicio actual se saldará con un sobrante de dos millones de pesos. Aumenta la renta de aduanas, y como parte de ella está afecta al servicio de la Deuda, el crédito se consolida, y pueden realizarse empréstitos en excelentes condiciones. La agricultura y la ganadería están en vías de continuo progreso, y el comercio crece de año en año. Se estudia un vasto plan de colonización que facilite la entrada y establecimiento de inmigrantes extranjeros, se proyectan obras de saneamiento en las poblaciones del interior, se construyen nuevos ferrocarriles y prosiguen con actividad las obras del puerto de Montevideo.

***

En cuanto á la República Argentina, su presidente resumió, en breve párrafo, el estado general del país: «la prosperidad nacional es superior á las previsiones más favorables; pero la situación actual de los partidos políticos argentinos constituye, frente á la situación económica, una singular antítesis.»

Ningún país del mundo ha realizado, en menos tiempo, progresos tan considerables. La agricultura y la ganadería están en pleno desarrollo; su fuerza expansiva es extraordinaria. Hace un cuarto de siglo todo el pan que se consumía en la República se elaboraba con harina extranjera; hoy producen sus tierras 5.500 000 toneladas de trigo. Se hallan en cultivo 15.000.000 de hectáreas, cuyo rendimiento en cereales se aproxima á 11.000.000 de toneladas. Esto coloca á la Argentina en primera línea como país productor, y en segundo lugar como país exportador. En un porvenir no muy lejano la República cultivará 100.000.000 de hectáreas.

El ganado argentino se ha venido mejorando, gracias á la selección metódica y concienzuda de las razas y á la aplicación de los más modernos procedimientos de esta industria. Está hoy la Argentina á la cabeza de los principales países ganaderos; el suelo y el clima son excepcionalmente favorables para la cría de ganados de toda especie. Consecuencia de ello es el aumento prodigioso de la riqueza pública. Sólo el ganado de las siete provincias en que se ha hecho el último censo representa un valor de 2.684 millones de pesetas (oro). Los capitales invertidos en una sola provincia, la de Buenos Aires, para explotar esta industria, se calculan en 9.900 millones.

Esta prosperidad tiene su lógica repercusión en todos los órdenes de la vida nacional. Los cambios comerciales, que pasaron de 2.900 millones de pesetas en 1907, siguen su marcha ascendente; el crédito del país es mayor de día en día; aumenta la importación en todas formas de capitales, destinados especialmente á obras de utilidad pública, como los ferrocarriles, que han absorbido ya 3.506 millones; el movimiento de inmigración va tomando más importancia cada año que pasa; en fin, por todas partes se ven manifestaciones de la actividad creadora, fuente de riqueza, de poder y de civilización.

El gobierno de un país que tales ventajas goza no debe tener más aspiración que consolidar, de hecho y de derecho, las instituciones, la paz y el trabajo, que son los más fuertes sostenes de prosperidad y de grandeza futura.

Pero los gobiernos salen de los partidos políticos, y éstos en la Argentina carecen, según declara el presidente de la República, de organización y homogeneidad. No hay ni puede haber buenos gobiernos si los grupos políticos no tienen más objeto que la lucha por el poder, sin ideales, sin aspiraciones y tendencias bien determinadas y precisas. A quien sólo le mueve la ambición de ganar altas posiciones, no hay que pedirle que consagre todo su entendimiento y todas sus actividades á consolidar el trabajo, la paz y las instituciones. El interés individual se sobrepone al interés público, y no se vacila en provocar movimientos revolucionarios, como los que últimamente ha habido en la República, que, aunque parciales y fracasados, no dejan de causar daño á las instituciones, á la paz, al trabajo y al prestigio nacional.

Este es uno de los aspectos de la antítesis á que se refería el Sr. Figueroa Alcorta. Los hombres que trabajan levantan y enriquecen el país; los que de la política hacen oficio contrarían la noble labor de aquéllos y dificultan el engrandecimiento y la prosperidad de la nación.

***

Desde el punto de vista económico, Chile está muy por bajo de la Argentina. Tiene menos territorio y menos población absoluta. El último censo ha dado 3.400.000 almas; la superficie se calcula en 755.000 kilómetros cuadrados; la densidad ó población relativa es, por consiguiente, de poco más de cuatro habitantes por kilómetro, el doble que la República Argentina. Sin embargo, esta población es allí insuficiente para poner en producto el suelo y el subsuelo que están en condiciones de inmediata explotación; faltan brazos en los campos del Sur y en las minas del Norte y de las zonas montañosas. El crecimiento vegetativo de la población es escaso, la mortalidad infantil mucha, la inmigración poco numerosa; ha de ser, pues, obra difícil y lenta dar á la producción nacional todo el impulso que hace falta.

La situación financiera se resiente del malestar económico. Se gasta más de lo que se tiene. Los gastos autorizados para 1908 exceden en mucho á los ingresos, que se calculan en unos 200 millones de pesos: el gobierno tendrá que procurarse por lo menos 20 millones para poder cerrar el ejercicio sin déficit.

Ahora, como siempre que en estas *Revistas* se habla de Chile, hay que dar noticia de crisis ministerial. La última ocurrió á fines de agosto; el nuevo gabinete se presentó á las Cámaras el día 3 de septiembre: obras públicas, cuestión obrera, régimen monetario, aumento de la riqueza y del poder económico de la nación, tales son los puntos capitales del programa que leyó el primer ministro Sr. Figueroa.

***

Ha entrado ya en el ejercicio de sus funciones el nuevo presidente del Perú Sr. Augusto B. Leguía. A juzgar por las declaraciones que hizo cuando sus conciudadanos le eligieron para tan alto cargo, ha de preocuparse especialmente en las cuestiones económicas: aspira á fortalecer las energías nacionales, aumentar la producción y sanear ciudades y pueblos á fin de que se arrebaten á la muerte elementos útiles que pueden aprovecharse en beneficio de la colectividad. De ahí que la inmigración europea, el riego de las provincias del litoral y el saneamiento de valles y poblaciones habrán de constituir las más urgentes y fundamentales empresas á que el Sr. Leguía dedicará su atención como gobernante.

El anterior presidente Sr. Pardo puso ya los cimientos del sólido edificio de la grandeza económica del Perú: el actual continuará esa grande obra, esforzándose por acrecentar el caudal de la riqueza pública, y propendiendo con medidas como la reforma del arancel y la creación de nuevas líneas férreas al bienestar de todas las clases sociales.

Con una producción abundante, con el poderoso instrumento de riqueza que constituyen los ferrocarriles, con un factor individual y étnico robusto, sano, inteligente y educado, el Perú tiene resueltos todos sus problemas.

R. Beltrán Rózpide.

LOS GUISANTES DE SOISSÓNS (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá



Juan nos invitó á que nos sentásemos á su lado, al pie de un castaño corpulento, y comenzó su relato

Cuando topamos en la hondonada con Juan Pottier, el buen hombre llevaba sus carneros á pastorear; al vernos, alzó los ojos y no se mostró extrañado cuando nuestro cicerone le dijo, señalándome á mí:

—El señor desearía oir de labios de usted el relato referente á las misas del párroco de San Ambrosio.

—Vengan conmigo hasta el prado, en donde podré vigilar el rebaño fácilmente y les contaré la historia.

A unos centenares de metros de distancia había, en efecto, una vasta extensión cubierta de hierba fina y abundante por donde se diseminaron los carneros. Juan nos invitó á que nos sentásemos á su lado, al pie de un castaño corpulento, y comenzó su relato.

—A la edad de quince años, entré á servir al párroco de San Ambrosio, hombre excelente y bondadoso con los pobres, cuyo único defecto era la generosidad.

De diez leguas á la redonda acudían los mendigos á la parroquia, en la seguridad de que no se irían con las manos vacías; así es que cuando salían de la casa rectoral, apresurábanse á avisar á sus compañeros, lo cual era causa del continuo ir y venir de andrajosos por nuestras carreteras.

El párroco de San Ambrosio no tenía una gran fortuna, ni mucho menos, y las pocas arpentas de tierra que heredara de su padre pronto fueron vendidas y más pronto aún consumidas por las limosnas.

De cuando en cuando, algunas buenas almas le entregaban cantidades respetables para sus pobres, pero en seguida daba cuenta de ellas, porque en este punto era verdaderamente un pródigo.

Como el culto de San Ambrosio está tan extendido en la comarca, en determinada fiesta del año afluían numerosos peregrinos á la capilla puesta bajo su advocación, y se multiplicaban los encargos de misas, pues el santo disfrutaba de mucha fama.

El párroco de San Andrés, si bien cobraba los honorarios de aquellas misas, no podía cumplir inmediatamente todos aquellos encargos, y á fin de que á cada cual le llegase su turno, veíase obligado á aplazar para una época ulterior la celebración del oficio divino.

Una noche obscura, mientras iba por el campo á llevar el Viático á un enfermo, tropezó en una piedra y se cayó en una torrentera, quedando muerto.

Sus colegas, los curas de las inmediaciones, vinieron á su entierro y, siguiendo la costumbre, fueron invitados á comer.

Margarita, la vieja criada, no sabía cómo componérselas para dar comida á tanta gente, pues para colmo de males, aquel día era viernes.

Buscando por todas partes, registrando las alacenas del cuarto del párroco difunto, la casualidad hízome encontrar una jarra llena hasta arriba de grandes guisantes de Soissóns. Satisfecho de mi hallazgo, lo llevé á Margarita, la cual se apresuró á cocer aquellas preciosas legumbres, que fueron servidas como plato suplementario y que á todos parecieron excelentes.

Procedióse después á las operaciones relativas á la sucesión, y al formularse el inventario hallóse en uno de los cajones del escritorio un papel que el notario leyó y que decía así:

«A pesar de no poder celebrar, á lo menos por ahora, todas las misas que me han sido encargadas, he seguido cobrando los honorarios de ellas anticipadamente. Para estar en regla con mi conciencia y no olvidar el número de tales misas, he puesto en la jarra de barro cuidadosamente encerrada en la alacena de la izquierda de la chimenea de mi cuarto tantos guisantes de Soissóns cuantas son las misas cuyos honorarios tengo percibidos: cada guisante representa, pues, una misa.

»En lo sucesivo, no quiero aceptar ningún encargo nuevo sin antes haber saldado mi déficit. En mi testamento, dejaré á uno de mis colegas una cantidad suficiente para que cumpla por mí, diciendo las misas que hayan quedado pendientes... Este papel es como recordatorio...»

Habiendo el párroco de San Ambrosio fallecido *ab intestato,* como decía el notario, sus herederos para nada quisieron tener en cuenta aquella nota, y sin preocuparse de la voluntad del difunto se repartieron íntegra su herencia.

El nuevo párroco no quiso tener criado, y entonces entré de mozo de labranza en casa de Santiago Gautier, en la Bliais.

Dos años después de esos acontecimientos, regresaba yo una noche de la feria de San Jorge, y al pasar junto al cementerio, vi iluminado el coro de la iglesia. En aquel momento daban las doce.

Extrañado de aquello, quise saber la causa de la iluminación en hora tan inusitada y me encaminé á la puerta principal del templo, que estaba abierta de par en par, y vi el altar mayor brillantemente iluminado.

Quedéme inmóvil de asombro, y subió éste de punto cuando vi salir por la puerta de la sacristía á mi antiguo amo, el párroco de San Ambrosio, que, revestido de los hábitos sacerdotales, se dirigió lentamente al altar.

Dejado que hubo el cáliz sobre el blanco mantel que cubría el mármol, volvióse de cara á la nave de la iglesia y por señas me indicó que me acercase. Obedeciendo su mandato, me aproximé al altar, y entonces me ordenó que le ayudase la misa, como lo hacía en otro tiempo.

Terminó el Santo Sacrificio, y cuando estuvimos en la sacristía, hablóme en los siguientes términos:

«A causa de tu ignorancia y también de tu imprudencia, véome condenado á estar en el Purgatorio hasta que haya dicho las misas cuyos honorarios percibí indebidamente... La jarra de barro contenía 1.733 guisantes de Soissóns, y este es el número de misas que debo; y puesto que tú eres el causante indirecto de mi desventura, prométeme que cada noche á esta misma hora vendrás para ayudarme hasta que mi deuda quede saldada... Sobre todo no digas á nadie lo que has visto.»

Prometí hacer lo que me pedía, y durante 1.733 noches acudí á la iglesia cuando el reloj daba la media noche.

La última vez, después de celebrada la misa, el señor cura me dijo:

«Juan Pottier, ya estoy en paz con los hombres, y el Todopoderoso va á recibirme en su Paraíso. Te

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

relevo de tu promesa y de tu silencio y voy á pedir al Señor que vele por ti... Algún día nos veremos en el cielo...»

Apenas dichas aquellas palabras, la iglesia volvió á quedar á obscuras. Me encaminé entonces hacia la puerta; pero habiendo tropezado con un banco, caí con tan mala suerte que un fuerte golpe en la sien me hizo perder el conocimiento.

A la mañana siguiente, cuando compareció el sacristán, encontróme lleno de sangre y desmayado todavía... Mucho tiempo tardé en curarme, pero ahora estoy tranquilo porque el señor cura pagó su deuda y está en el Paraíso, y yo reparé mi torpeza.

Di las gracias á Juan Pottier por su relato, y al despedirnos le puse una moneda de plata en la mano.

Cuando le hubimos perdido de vista, díjome mi acompañante:

—Ese muchacho ha sido siempre un modelo de bondad y nadie hubiera dicho que pudiese padecer de alucinaciones. Lo cierto es que una mañana el sacristán, al entrar en la iglesia lo encontró tendido sobre un charco de sangre... La víspera las puertas del templo habían sido cuidadosamente cerradas, ¿cómo se explica, pues, que Juan estuviese allí? A cuantas preguntas se le hicieron contestó con las explicaciones que usted mismo ha oído de sus labios... Los escépticos afirman que se volvió loco á consecuencia de su caída; pero son muchos los que dan crédito á sus palabras.

ACRÓBATAS,

GRUPO EN BRONCE DE EMILIO BENLLIURE

Cual si el apellido Benlliure llevase aparejado un concepto de competencia artística, cada uno de los individuos de esta ya numerosa familia, apórtanle de continuo nuevos timbres por medio de la importancia y valía de las obras que producen. Mariano, el notable escultor; José, pintor distinguido que por sus merecimientos dirige la Academia Española en la Ciudad Eterna, y Blas, celebrado como excelente colorista, han logrado singularizarse de tal suerte, que ocupan hoy preferente lugar entre los artistas que más honran el arte patrio. Emilio, el más joven de los Benlliure y por lo tanto el último que ha abrazado la carrera artística, dióse pronto á conocer, como hábil é intencionado escultor, logrando alcanzar también merecida fama y sostener el buen nombre adquirido por sus deudos. Pocas veces han sido las que nos ha procurado la ocasión de examinar sus producciones, puesto que, allá en su taller de Roma, en donde hace años reside, merecen favorable acogida por los aficionados inteligentes, pero aun así recordamos algunas preciosas esculturas que pregonaban la valía del artista, que ya antes de abandonar nuestra ciudad había logrado cierta notoriedad por sus bonitas cabezas de estudio.

Las provechosas enseñanzas que recibiera, allá en los comienzos de su carrera y en los primeros años de su residencia en Roma, de su primo y maestro Mariano, sirvieron para desenvolver sus aptitudes y cualidades, convirtiendo en afirmaciones las gratas esperanzas que se concibieran al juzgar sus primeros ensayos escultóricos. Copiosa ha sido su labor, y preciso es convenir que pocos como él han logrado interpretar con tal acierto, habilidad é intención el género especialísimo de esas pequeñas obras que constituyen su principalísima labor. Esas producciones, destinadas á servir de complemento de aristocráticas viviendas, representando tipos, sentimientos, escenas poéticas ó de costumbres, ó bien de aplicación á objetos de ornato ó enseres de uso frecuente y de práctica utilidad, admiran ó cautivan por la belleza de su ejecución.

Réstanos felicitar á Emilio Benlliure por cuanto ha logrado, gracias á la laboriosidad é ingenio, deseando nos ofrezca ocasión para darle nuevo testimonio de la consideración afectuosa que le dedicamos.



Acróbatas, grupo en bronce de Emilio Benlliure. (Salón Parés.)

UN RETRATO DEL EMPERADOR GUILLERMO II

El emperador de Alemania ha *posé* estos últimos días delante del famoso pintor berlinés Schwarz para un retrato que éste ha debido ejecutar por encargo de los Sres. Braquenié y compañía de París y que ha de servir para un tapiz de los Gobelinos.

Guillermo II viste en ese retrato el hábito de los caballeros de la orden de San Juan, que sienta admirablemente á su figura; está de pie delante del trono con las armas imperiales, y el obscuro manto con valona de armiño cae en amplios pliegues sobre las gradas de aquél. A sus pies, como saliendo del marco, un león, en actitud de reposo, pero con expresión vigilante, parece proteger las banderas germánicas artísticamente plegadas detrás de él.

La obra de Schwarz es digna de su fama; en ella aparece el soberano en todo su carácter, revelando ese vigor de inteligencia y esa firmeza de voluntad que todos en él reconocen.



A LA MEMORIA DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA

La infortunada emperatriz Isabel, á cuya existencia tan llena de desventuras puso término en Ginebra el puñal de un anarquista el día 9 de septiembre de 1898, ha dejado imperecedero recuerdo entre cuantos la amaron y conocieron en vida. Su esposo, el emperador Francisco José, profesa á su memoria un verdadero culto, que se exterioriza en todas las ocasiones.

Recientemente, con motivo del décimo aniversario del asesinato, ha inaugurado un monumento y ha puesto la primera piedra de un hospital en Ischl, uno y otro destinados á perpetuar el recuerdo de la desdichada soberana. El monumento, obra de arte, recordará corpóreamente á la emperatriz; el hospital, obra benéfica, será un testimonio perenne de las bondades de aquella mujer que fué en vida adorada por sus virtudes y cuyo espíritu, aun después de muerta, servirá para el alivio y el consuelo de los desgraciados.



El emperador Francisco José de Austria colocando la primera piedra del hospital que ha de erigirse en Ischl á la memoria de la emperatriz Isabel. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Retrato del emperador Guillermo II de Alemania, pintado por el profesor berlinés Schwarz por encargo de los Sres. Braquenié y C.ª de París y destinado á un tapiz de los Gobelinos. (De fotografía de Ed. Franke.)

BERLÍN

CATÁSTROFE EN EL FERROCARRIL AÉREO

Hace pocos días, el 26 del pasado septiembre, ocurrió un terrible choque entre dos trenes del metropolitano ó ferrocarril aéreo de Berlín, en el sitio llamado «el triángulo de las vías» por ser el punto de intersección de las tres líneas del Este, del Oeste y del centro. Un tren del Este, al llegar á aquel punto, fué más allá del punto de parada y embistió de través á otro procedente de la calle de Bülow, compuesto de cuatro vagones; de éstos, dos quedaron volcados sobre los rieles, otro suspendido en el aire y el último, un coche de tercera, cayó desde una altura de ocho metros haciéndose astillas.

Todos los viajeros que iban en este vagón, excepto uno que se salvó milagrosamente, murieron ó recibieron gravísimas heridas; en los primeros momentos recogiéronse veinte cadáveres y diez y ocho personas heridas de gravedad.

El aspecto que ofrecía el lugar de la catástrofe poco después de ocurrida ésta era horroroso; de él da perfecta idea la fotografía que adjunto reproducimos.

Berlín.—Horrible catástrofe ocurrida en el ferrocarril eléctrico aéreo el día 26 de septiembre último y á consecuencia de la cual murieron 20 personas y resultaron 18 gravemente heridas. (De fotografía de E. Frankl.)

ROMA

EL JUBILEO SACERDOTAL DE PÍO X

El día 18 de septiembre próximo pasado cumpliéronse cincuenta años de la celebración de la primera misa por el actual Sumo Pontífice Pío X. Con este motivo han acudido á Roma numerosas peregrinaciones de todo el orbe católico, se han celebrado en el Vaticano varias recepciones y ha recibido el Papa multitud de regalos, entre los que sobresalen el magnífico y artístico trono de la peregrinación veneciana, y el precioso caliz de oro y brillantes que le ofreció la Juventud católica italiana y que ha sido adquirido con donativos de todo el mundo.

El mismo día del cincuentenario, Pío X dijo misa en el altar de San Pedro de la basílica vaticana, ayudado por los obispos de Travira y de Padua y sus cuatro secretarios. A ambos lados del altar daban guardia de honor los guardias nobles, espada en mano.

Oyeron la misa, aparte de muchos peregrinos y congresistas de la Juventud católica, ocho cardenales, varios obispos, el hermano y las hermanas de S. S., todos los cuales habían asistido, el 18 de septiembre de 1858, á la ordenación y á la primera misa del Papa.

Después pasó S. S. á la capilla del Santo Sacramento, en donde los asistentes le felicitaron, y por último se retiró á sus habitaciones privadas, acompañado de los individuos de su familia.—S.



Roma.—Jubileo sacerdotal de S. S. el papa Pío X. Misa celebrada por el papa en la basílica de San Pedro el 18 de septiembre último, cincuentenario de su ordenación y de la celebración de su primera misa. (De fotografía de Felice, remitida por Carlos Abeniacar.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN LA CAPITAL DE FRANCIA

El rey Alfonso XIII y la reina Victoria salen del hotel Meurice para dirigirse á la iglesia de San Roque en donde oyeron misa. (De fotografía de M. Branger.)

S. M. el rey D. Alfonso XIII saliendo de la iglesia de San Roque, rodeado de la multitud de fieles (De fotografía de M. Rol y C.ª)

De paso para Munich y Viena, han estado unas horas en París los reyes de España, primero S. M. D.ª María Cristina y luego SS. MM. D. Alfonso XIII y D.ª Victoria.

La reina madre, acompañada de la duquesa de la Conquista, del marqués de Aguilar de Campóo y de D. Alberto Aguilar, su secretario particular, llegó á París el 24 de septiembre último por la noche, siendo recibida por los marqueses del Muni, por el personal de la embajada, el subdirector del protocolo, un ayudante del presidente de la República, el prefecto de policía y muchas personas de la colonia española. Desde la estación dirigióse S. M. al hotel Meurice.

A la mañana siguiente, dió un paseo en automóvil, visitando la tumba de Napoleón en los Inválidos, y después de almorzar, estuvo en el museo Carnavalet, tomó el te en la embajada de España, regresó al hotel y desde allí fuése á la estación, en donde la despidieron el elemento oficial y gran número de particulares. A las siete y veinte salió el tren que la condujo á Munich, siendo S. M. calurosamente aclamada.

El día 26, también por la noche, llegaron don Alfonso XIII y D.ª Victoria, á quienes acompañaban el ministro de Estado Sr. Allendesalazar, la duquesa de San Carlos, el marqués de Viana, el duque de Santo Mauro, el conde del Grove y el señor Palomino; en la estación les recibieron el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, un ayudante del presidente de la República, el prefecto de policía, los marqueses del Muni, el alto personal de la embajada y distinguidas personalidades de la colonia española. A la salida de la estación, los jóvenes soberanos fueron entusiastamente aclamados por un numeroso público que no cesó de vitorearlos hasta que estuvieron en el hotel Meurice.

El domingo, el rey, que se había levantado muy temprano, recibió á las nueve al general Dalstein, gobernador militar de París, y á las diez, en unión de la reina, oyó misa en la iglesia de San Roque. Después dieron un paseo en automóvil por el bosque de Bolonia, en donde se separaron, dirigiéndose D.ª Victoria á Boulogne sur-Seine para visitar á la condesa de Eu, mientras D. Alfonso XIII se encaminaba al Elíseo, en donde celebró una larga entrevista con M. Fallieres. A la entrada y á la salida de la residencia presidencial, S. M. fué objeto de los honores debidos á su alta jerarquía.



S. M. la reina D.ª María Cristina saliendo del hotel Meurice. (De fotografía de M. Branger.)

Poco después el presidente de la República y su esposa visitaron en el hotel Meurice á SS. MM., y terminada la visita, dirigiéronse los reyes á la embajada de España, en donde se dió en su honor un almuerzo, al que asistieron, entre otros altos personajes, el presidente del Consejo de ministros de Francia Sr. Clemenceau y el ministro de Negocios Extranjeros con su esposa.

Después del almuerzo dirigióse D. Alfonso XIII á Fontainebleau, y la reina al teatro del Vaudeville, en donde se le reunió el rey poco antes de terminar la función.

De regreso en el hotel, recibieron algunas visitas.

A las siete y cuarto llegaron á la estación, en donde les esperaban las mismas personalidades que el día antes les habían recibido y gran número de otros representantes oficiales, miembros del cuerpo diplomático y particulares.

Al partir, poco después, el tren, resonaron estruendosos vivas al rey y á la reina.—R.



PESTALOZZI Y LOS NIÑOS, grupo de José Chiattone



MIREYA, cuadro de Pedro A. Cot, que se conserva en el Museo del Luxemburgo, de París

(De fotografía de Braun Clement y C.ª)

PAMPLONA

EL ENTIERRO DE SARASATE

La capital de Navarra ha recibido el cadáver de Sarasate con todos los honores debidos al genio por el mundo entero admirado y al hijo ilustre que siempre puso por encima de todos sus amores el amor apasionado á la ciudad natal. Nunca con más razón podrá decirse que todo un pueblo se asoció á una manifestación de duelo; Pamplona en masa tomó parte en ella, y no por ostentación aparatosa, sino á impulsos de un sentimiento de dolor hondo y sincero.

El día 24 de septiembre último llegaron á Pamplona los restos mortales del afamado artista, que en todas las estaciones del tránsito, desde Biarritz, habían sido saludados por grandes y emocionadas muchedumbres. Colocado el féretro en la carroza preparada por el Ayuntamiento, púsose en marcha la comitiva, al frente de la cual iban la corporación municipal en pleno, las autoridades y numerosas representaciones oficiales. Una multitud inmensa, silenciosa y dolorida, contemplaba el paso del cortejo, y cuando se sacó del coche fúnebre el ataúd para colocarlo en el salón de la Casa Consistorial, convertido en capilla ardiente, un aplauso largo, atronador saludó aquella caja que contenía los restos del admirado y querido conciudadano.

A la mañana siguiente, toda Pamplona desfiló por delante del cadáver y en la capilla ardiente se rezaron misas hasta las once. Poco después organizóse el entierro, que fué presidido por el marqués del Vadillo, en representación del rey y del gobierno, la familia del finado y las autoridades, y al que asistieron comisiones de todos los centros y entidades de la ciudad y de muchas de la provincia y un público enorme. El féretro era llevado en hombros por doce individuos del notable Orfeón Pamplonés, y detrás de él iban varias carrozas atestadas de coronas; el vecindario en masa llenaba las calles del trayecto. La población ofrecía un aspecto imponente, pues todas las tiendas habíanse cerrado en señal de duelo y la mayoría de los balcones ostentaban negras colgaduras.

El cadáver fué enterrado provisionalmente en un nicho hasta que se construya el magnífico panteón que tiene proyectado el Ayuntamiento.

El homenaje de Pamplona á Sarasate ha sido tan grandioso como sentido, testimonio elocuente de la admiración de un pueblo al artista sin par que al glorificarse lo ha glorificado y de cariño al ciudadano predilecto que en su triunfal carrera siempre tuvo puestos su corazón y su pensamiento en la tierra que le vió nacer.



Pamplona.—Entierro de Sarasate. Paso del féretro, conducido en hombros por individuos del «Orfeón Pamplonés,» por debajo del túnel eléctrico de la plaza de la Constitución. (De fotografía remitida por nuestro corresponsal D. Paulino Gandiaga.)

LONDRES. - UN «MEETING» MONSTRUO

El gobierno inglés ha presentado con el nombre de *Licensing bill* un proyecto de ley que tiende á poner cortapisas al alcoholismo y por virtud del cual se irán cerrando paulatinamente gran número de tabernas y de cervecerías. Como es natural, esta proyectada ley ha de perjudicar grandemente multitud de intereses, así de los fabricantes de cerveza como de los establecimientos dedicados á la venta de esta bebida, cuyo consumo tan generalizado está en Inglaterra; de aquí el grandioso movimiento de protesta que contra la misma se ha producido y que se exteriorizó en el *meeting* monstruo celebrado en Londres, en Hyde-Park, el domingo 27 de septiembre último.

A pesar de que el tiempo no se mostró muy favorable, se reunieron en el mencionado parque más de 200 000 manifestantes pertenecientes á todas las clases sociales, desde el más humilde obrero al acaudalado fabricante, trabajadores de Londres, aldeanos, propietarios rurales, todos vestidos con sus trajes de fiesta, todos animados de gran entusiasmo. Desde las primeras horas de la tarde, inmensos grupos, procedentes unos de todos los barrios de la capital y otros llegados de fuera y muchos de ellos acompañados de ruidosas charangas, se encaminaron á Hyde-Park, en donde se habían levantado veinte tribunas, desde las cuales varios oradores dirigieron la palabra á aquella enorme multitud, que por aclamación aprobó una orden del día contra el *Licensing bill*, calificándolo de atentatorio á la propiedad y á la libertad y de causa segura de grandes desórdenes, puesto que, de convertirse en ley, quedarán sin trabajo centenares de miles de obreros.

Espectáculos.—PARÍS. – Se han estrenado con éxito: en Folies Dramatiques *Mam'zelle Trompette*, opereta en tres actos de Mauricio Desvallieres y Pablo Moncousin, música de Hirlemann; en los Bouffes Parisiens *Madame Bluff*, comedia en tres actos de Alejandro Debray; y en el teatro Sarah-Bernhardt *L'or*, comedia en tres actos de los Sres. Peter y Danceny.

⁂

BARCELONA. – El teatro Principal ha inaugurado la temporada de otoño é invierno con el estreno de *Els picarols*, drama en tres actos de Erckmann-Chatrián, traducido por D. Salvador Vilaregut, y para el cual han pintado tres bellísimas decoraciones los Sres. Brunet y Pous, y *Día de pluja*, comedia en un acto de Luis Forest; ambas producciones han alcanzado excelente éxito. Además se ha estrenado con aplauso *El viatje del senyor Pons*, traducción catalana de una comedia francesa de Labiche y Martin.



Londres.—Meeting monstruo contra el «Licensing bill.» El grupo de fabricantes de cerveza dirigiéndose á Hyde-Park
(De fotografía de «World's Graphic Press.»)

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)



Margarita recogió la pelota casi al ras de la red y la devolvió con un golpe seco

—No concibo que Juana pueda substraerse al encanto y á las grandes cualidades de Fernando, que está seriamente enamorado de ella.

—En lo cual demuestra un gusto exquisito, replicó Veraines, porque nuestra Juana es guapa y buena como ninguna otra.

Esta respuesta desconcertó á la señora de Veraines, que vió en ella algo de resistencia; su marido quería entrañablemente á Juana y por nada del mundo la habría contrariado en la elección de un esposo.

—Me temo, repuso la señora de Veraines, que Juana tenga cierta inclinación por Pedro Dervilly.

—¡Pedro Dervilly! ¡El secretario de Jacobo Carlos!, exclamó Veraines sobresaltado.

Diciendo esto levantóse; su apacibilidad le abandonaba, y su esposa, aunque se asustó algo al verle presa de aquella emoción, sintióse contenta por haber dado en el blanco.

—Tú mismo podrás convencerte de ello sólo con hablar de la petición de Fernando.

—Pero ¿la ha formulado ya?

—La formulará cuando tú quieras, pues he querido dejarte en entera libertad.

—Eres la delicadeza en persona, querida María, dijo Veraines radiante de placer. Todo lo que haces está bien hecho.

No podía dirigirle un cumplido que más la halagase. Un ambiente de cariño y de estimación recíprocos envolvió á los dos esposos.

—Quiero á todos los tuyos, pero no ignoras que mi preferida es Juana; y sin ser insensible á la brillante fortuna de Fernando, me cautivan más la nobleza de su carácter, su buen corazón y su talento. Es un muchacho que hará feliz á la que se case con él.

—Es un joven formal á quien atrae la vida de familia; por esto apruebo tu elección y me complacería en extremo que agradase á Juana. Pero ¿qué tiene que ver con todo esto Pedro Dervilly?

—Quizás lo que Juana siente por él no sea más que uno de esos caprichos sin consecuencias tan frecuentes en las muchachas; pero presiento una resistencia, y si mis observaciones son ciertas, la causa de esa resistencia está en Pedro.

—No es posible, murmuró Veraines entristecido. No se ven casi nunca, y además, ¿cómo se habría atrevido ese chico á poner los ojos en ella?

—No creo que él haya llegado á tanto, y supongo únicamente que Juana se ha figurado que un poco de familiaridad, unas cuantas efusiones de la mirada equivalían á un compromiso. Generalmente se juzga mal á las muchachas en este concepto. Cuando yo tenía quince años, un señor de cierta edad me dió su retrato, rogándome que no lo enseñase á nadie y lo considerase como una prenda de desposorios. Quedéme estupefacta y me tuve por obligada. Todos los domingos, en la iglesia, se me acercaba y me ofrecía agua bendita; yo me ruborizaba, y si mis padres me hubiesen hablado de otro hombre, habría creído cometer una traición escuchándolos. Y sin embargo, todo aquello no era más que una absurda niñada, hasta el punto de que no habría podido decir de qué color eran los ojos de aquel sujeto, á quien nunca había mirado con atención; así es que bastó una temporada de baños de mar para que le olvidase enteramente.

A Veraines agradóle aquella historia sencilla, perfectamente aplicable al caso de Juana.

—Sí, dijo, esto es fidelidad antes del amor, como antes del hijo hay la afición á la muñeca, la solicitud maternal. ¿Te parece que hable á Juana?

—Creo que podrías tener una entrevista con ella, pero también sería menester que hablases al almirante á fin de que evitara que Dervilly y Juana se viesen.

Veraines frunció el entrecejo. Temía á Jacobo Carlos, cuya brusquedad de marino pondría demasiado claramente las cosas en su punto. Pero, en fin, ¡puesto que no había otro remedio!

V

En el entretanto, Pedro Dervilly, ignorante de la intriga que contra él se tramaba, seguía caminando á través del inmenso parque. Así cruzó céspedes, trozos sombríos, llegó hasta el muro de cerca, y luego, después de bajar por un delicioso sendero abierto entre pinos, hallóse en un sitio ocupado por grandes balsas que se comunicaban entre sí por medio de compuertas.

No sabía dónde estaba, pero creía hallarse lejos del mundo, y como después de su reciente exaltación había sentido alguna fatiga, sentóse satisfecho en un banco de césped esperando el momento de volver á emprender su marcha. Asaltáronle entonces los pensamientos más tristes y más desalentadores, sin que pudiera hacer nada para vencerlos; aquella era la hora pesada y lenta que parece surgir de un abismo. Pedro suspiró comprendiendo que aquella hora había de pasar por sí sola, ya que nuestra acción sobre ella, cuando no es peligrosa, es nula.

«¿A qué viene esto en nuestra historia de hombre? ¿Se trata simplemente de un desaliento cerebral ó de un contraste necesario entre mi entusiasmo totalmente ficticio y la acción próxima?.. Siento como si nada debiese salir ya de mí y me dan ganas de gritar el *Pater, in manus tuas.*»

Un ligero ruido llamó su atención; volvióse y vió delante de él á Fernando, no al lord que hacía un momento le acogía con frialdad casi desdeñosa, sino al antiguo compañero de colegio con quien había jugado en toda la familiaridad de los escolares. Dervilly tenía un carácter receloso, y como la actitud de Fernando le había molestado, le miró con arrogancia y le preguntó con cierto tono de desdén:

—¿Qué quieres?

—Quisiera hablarte, respondió Beverley muy dueño de sí mismo, aunque algo emocionado ante la mirada enérgica de Pedro.

—Antes de que empieces, he de advertirte que tus aires de grandeza me disgustan, y que si te propones seguir hablándome delante de la gente con ese tono de protección que te has permitido durante el almuerzo, vale más que renuncies á verme en la inti-

midad... Pertenezco á una raza impaciente y orgullosa, y si no he contestado con un escándalo á tu altanería británica, agradécelo á que, habiéndome traído aquí mi señor y amigo, he querido evitar á esa familia todo motivo de disgusto.

—No la llames altanería, replicó tranquilamente lord Beverley; llámala frialdad y atribúyela á una costumbre realmente británica. Mis compañeros ingleses no sólo aceptan esas formas, sino que me las imponen. He hecho mal en olvidar que eres de un país en donde los hombres admiten á veces jerarquías, pero se niegan siempre á someterse á los ritos que las consagran. Perdóname; en lo sucesivo nada empañará el aprecio y la admiración que tu carácter y tu inteligencia me inspiran.

Pedro se sintió desarmado con la misma facilidad con que antes se sintiera belicoso.

—No hablemos más de ello, Fernando, dijo. No iré á verte á Inglaterra y asunto concluído. Pero ¿cómo has podido encontrarme aquí sin que yo haya oído tus pasos?

—El secreto de los dioses y la blandura de los céspedes.

—¿Y es la pura casualidad la que te ha guiado, ó es que me has seguido?

Beverley titubeó; aunque estaba resuelto á jugar noblemente, todavía ignoraba en qué forma abordaría el asunto y sobre todo qué actitud adoptaría.

—La casualidad y la voluntad han intervenido á medias, dijo al fin. Vi que después de almorzar te alejabas y no volvías...

Omitía decir que había vigilado atentamente, que había observado la maniobra de Juana, que la cólera y los celos se habían apoderado de él y que en el primer momento de aquella cólera había estado á punto de buscar verdadera pendencia á Pedro. Luego había recobrado su sangre fría; la reflexión había destruído poco á poco el furor, y sólo quedaban en él la resolución implacable y el convencimiento de una fuerza tranquila. En vano procuraba no ver en todo aquello más que una aventura sin consecuencias; su sentido práctico le indicaba un peligro. Juana, en medio de las manifestaciones de una amable familiaridad, mostrábase fría con el hombre que todo el mundo le daba por novio; Fernando se había percatado de ello, atribuyéndolo á timidez ó á ignorancia del amor de parte de la muchacha; pero los amoríos con Pedro lo explicaban todo, y era preciso arrojar una piedra á la engañosa tranquilidad de un sentimiento que la inconsciencia no haría más que agrandar. Era harto evidente que Dervilly se contentaba con simples palabras; por esto Beverley habíase trazado el plan de ponerle frente á frente de la realidad, de hacerle ver el peligro.

Dervilly miró con ojos inquietos á su ex condiscípulo. ¿Qué sabía de cierto Fernando? Aunque soñador y teórico, Pedro tenía cualidades intuitivas que le ilustraban respecto de los seres; de aquí que conociera á Beverley mucho mejor de lo que éste se imaginaba. Por otra parte, en sus relaciones de colegiales, Pedro era siempre quien iniciaba la lucha; pero una vez ésta empeñada, el inglés no soltaba su presa. Y aquella tradición se reprodujo entonces; Pedro, después de haber clavado los ojos en Fernando, díjole de pronto:

—Como te conozco, sé que no me has seguido para recordarme nuestra época de escolares y discutir los respectivos méritos de Herberto Spéncer y de Augusto Comte. Hasta ahora, siempre más bien has procurado apartarte de mí, cual corresponde á lord Beverley respecto de un modesto ingeniero francés dotado de una independencia incorregible. Algo, pues, te trae aquí. ¿Qué es ello?

—Lo que me trae es que cazamos la misma pieza, respondió Fernando colérico. ¡Oh! No te asombres de que el hombre que ha creído poder adoptar una actitud glacial con un compañero pobre, se comprometa hasta discutir con él una cuestión de rivalidad; que á pesar de las apariencias, no soy de la madera de que se hacen los desdeñosos... Sé que Juana siente por ti cierta simpatía, pero estoy seguro de que ignora la naturaleza de ese sentimiento...

—¿Sentimiento que, en tu concepto, no puede ser más que conmiseración?, replicó impetuosamente Pedro.

Beverley se calló, como hombre que no quiere mentir.

—¿De modo que para decirme esto has venido?

—No acierto á explicarme, confesó lord Beverley, tu necesidad de luchar por una cosa que de antemano está resuelta en el ánimo de todos en contra tuya.

—Pues si todo está resuelto, ¿qué te importa la lucha de un gusano como yo?

Lord Beverley mordióse los labios. Había algo que no se atrevía á decir, y eran los celos que le inspiraban las atenciones que para Pedro tenía Juana; y pretendía considerar las cosas únicamente desde el punto de vista de la rivalidad de dos hombres.

—¿De manera que tienes muchas ganas de sufrir?, dijo.

Y después de un instante de reflexión, añadió:

—¿Y de hacer sufrir?

—No te entiendo, exclamó Pedro mirándole con ojos de asombro. ¿Qué te impulsa á obrar así? ¿Es el deseo de apartarme de tu camino porque me temes? ¿Es la idea de evitarme una humillación?

Una imperceptible sonrisa desdeñosa asomó á los labios de lord Beverley.

—¡Siempre el mismo afán de poner los puntos sobre las íes!.. ¿Acaso no puedes concebir la vida más que bajo la forma de dilemas? Lo que me impulsa es más complicado de lo que te figuras, y un buen psicólogo encontraría en ello, en diversos grados, mi amistad hacia ti, mi afecto por Juana, el horror de los incidentes que destruyan á mis ojos la armonía social... y otras muchas cosas. Por mucha estimación, por mucho respeto que sienta por ti, la idea de una rivalidad me desagrada, y me disgustaría que mi esposa futura hubiese acariciado, aunque sólo hubiese sido por un momento, un ideal inferior á su condición... Pero entendámonos bien; no le echaría en cara un capricho, pero lo que no podría admitir sería que hubiese pensado seriamente en ser tu mujer. ¿Estás contento de mi franqueza y de mi claridad?

—Pero en todo esto, ¿qué papel concedes al amor, oh inglés práctico? ¿Le niegas ese carácter de fatalidad que los griegos le habían reconocido, y ese otro carácter, propio de nuestra civilización, que hace de él un encuentro de almas bien afinadas por encima de todo convencionalismo social?

—¡Magnífico! Siempre fuiste un teórico... Para mí las cosas no tienen ese carácter de eternidad y de absoluto que tú les atribuyes, y las veo sin otro lazo de unión que las circunstancias sociales... Tú te pierdes en ideas de individualismo y de conciencia, y esta es la ridiculez de toda una época, pero ridiculez que sólo ha engañado á Francia, la cual se entretiene con las escorias en tanto que los demás países han fundado sociedades. La realidad es cosa muy distinta de esta. ¿Crees que se progresaría mucho con esa manía de sobreponer una concepción personal á una organización general?

—No; admito la necesidad de una organización ajustada á la naturaleza humana y práctica, más bien que salida por entero del cerebro de los ideólogos; pero el exceso de rigor trae consigo la debilidad del sistema. En tu tierra, la aristocracia ha sido más fuerte precisamente porque no se ha aislado enteramente, ya que la ley inglesa ha admitido la libertad de elección de esposo ó de esposa.

—La juventud inglesa se somete voluntariamente á las exigencias de su posición...

—Lo que constituye la más triste servidumbre.

—Es la misma humanidad, dijo fríamente Fernando, la justa medida en que el individuo renuncia á sus caprichos en pro del bien general. Tú representas á este país en lo que tiene de más miserable, que es la necesidad de elevarse artificialmente por otros medios que los medios de clase... Yo no me opongo en absoluto al matrimonio excepcional, sobre todo al del hombre rico con la mujer pobre, pero para la inmensa mayoría de los franceses la dote es la lotería, y la gente prefiere saltar un escalón á conquistar su puesto con el trabajo ó con el talento... Me apresuro á añadir que tú no estás en este caso, pero la desgracia parece mayor cuando un hombre como tú da el ejemplo.

Dervilly quedóse, al parecer, muy sorprendido; y lo que más mella hizo en él fué, no el argumento en su conjunto, sino la frase «sobre todo el del hombre rico con la mujer pobre.»

Esta frase hería en lo más vivo su orgullo; el hábil inglés la había pronunciado con toda intención, y viendo el efecto que había producido, quiso completar su victoria.

—Bien sé que no querrías ser clasificado entre los pescadores de dote y que, por consiguiente, existe cierta esperanza, cierto espejismo, lazo en que se deja prender tu buena fe; quiero decirte, pues, que en nuestra época no se encuentra de la noche á la mañana una fortuna que te pusiera al nivel de Juana Veraines. Concedamos, en el caso más favorable, que haya una probabilidad por mil quinientas; ahora bien, ¿no sería una lástima, por no decir un engaño, cifrar toda su dicha en un azar semejante?

El argumento no tenía réplica. Fernando, con la astucia diplomática que heredara de Rodolfo Veraines y con ese sentido práctico que durante tanto tiempo fué la cualidad dominadora del espíritu inglés, señalaba el obstáculo insuperable, la barrera que no se salta. Gloria ó fortuna, había dicho Juana; pero ¿qué gloria, qué fortuna? Y sin embargo, en medio de aquella angustia profunda, Pedro tuvo alientos para tomar una resolución.

—Querido Fernando, dijo, la vida siempre es la vida. Lo que estoy dispuesto á sufrir en este asunto es cosa que sólo á mí interesa, y lo principal es que el objeto que se persigue valga la pena de ser perseguido. Todo lo más que puede sucederme es haber intentado una vez más ese famoso imposible que nos obstinamos á aceptar como francés.

—Olvidas, replicó amargamente lord Beverley, que ciertas aventuras se empiezan con facilidad, pero que el abandonarlas es más difícil. Crees poder resignarte y habrás envenenado el manantial de todas tus alegrías..., y lo habrás envenenado para ti y para los demás. Amo á Juana y ella me amará sin duda, si su bondad ingénita no se ha conmovido por ti hasta el punto de que tus miserias le impidan saborear la posición dichosa que debe á las circunstancias.

—Y tú, exclamó Pedro, ¿saborearías tranquilamente una felicidad alcanzada á costas de un pobre diablo como yo?

—No estoy desprovisto de sensibilidad, respondió Beverley con calma, pero jamás creería lograr mi felicidad á costas de la tuya. En cierto modo, tu actitud es una locura, y nadie siente escrúpulos de apartar de su camino á un loco... Por desgracia, las mujeres sienten de manera distinta, y por esto he preferido apelar á tu inteligencia más bien que al sentimiento de Juana. La lucha es entre nosotros dos; yo represento la legitimidad, tú la casualidad. Tu acción positiva será nula, pero tu acción negativa puede ser nefasta; crees amar á Juana y le arrebatas la dicha pura y tranquila que le ofrecía el destino para lanzarla á una agitación estéril.

Dervilly pensó que, bajo esta forma, la intervención de lord Beverley representaba la idea eterna de la felicidad en el reposo, idea á la cual se opone naturalmente la de la ventura en el esfuerzo; pero no creyó necesario entrar en una discusión seria sobre este asunto.

—He dejado que llegases hasta el fin, dijo, y de tus palabras debo deducir, en resumen, que me concedes el honor de creer que puedo ejercer alguna influencia en la cabeza ó en el corazón de Juana. Me muestras el escollo de esa influencia, y desde tu punto de vista, la cosa no puede ser más exacta; en cuanto á mí, quiero creer que el ideal de Juana Veraines no es esconderse en una concha, sino aceptar nobles sufrimientos y grandes pesares dignos de su alma... Ya sé que tú y yo apreciamos de distinto modo esos pesares y esos sufrimientos, y por desgracia nuestra discrepancia es tan marcada como la diferencia de nuestras respectivas posiciones sociales. Si tú me crees incapaz de una villanía y yo te considero por cima de toda deslealtad, habremos creído y considerado el uno del otro todo lo que es menester; lo demás serían palabras inútiles.

Lord Beverley hizo un gesto de maligno desagrado. El tono serio de Pedro le disgustaba, y por vez primera, en el curso de aquella conversación, sintió una impresión de cólera y de celos. Nunca se había figurado que su antiguo compañero hablase con tanta entereza, y su orgullo herido aumentó su amor á Juana. La adolescencia, que deja en nuestra alma los más poderosos impulsos ambiciosos, le recordaba su rivalidad con Dervilly en el colegio y una cierta superioridad del joven pobre. Y hasta llegó á creer en la posibilidad de una herencia.

—Por supuesto, dijo sonriéndose burlonamente, que si tienes alguna esperanza concreta, un tío en América...

—No tengo esperanza concreta, replicó Pedro interrumpiéndole, ni tío en América. Los miembros ricos de mi familia tienen muchos hijos.

Fernando respiró; la necedad de Pedro volvió á parecerle lastimosa, pero comprendió la inutilidad de repetir los argumentos antes aducidos.

—Adiós, Pedro; creo haber obrado en conciencia hablándote como lo he hecho, y espero que por ello no me guardarás rencor.

—Puedes estar tranquilo, pues agradezco la franqueza.

Lord Beverley ofreció un cigarro á Dervilly, y los dos compañeros de colegio se pasearon todavía un rato juntos. Avanzaba la tarde; aumentaban las sombras bajo los árboles y una especie de ceniza caía sobre todos los objetos, envolvía los macizos de plantas y ocultaba el cielo. Los dos jóvenes se alegraron de llegar á la gran explanada cubierta de césped, situada lejos del castillo, que se extendía hasta un pequeño estanque. Allí empezaba de nuevo el reino de la claridad, arrancando suaves reflejos del césped y brillantes chispas del agua, y allí buscaron Pedro y Fernando la fuerza de ilusión que la hermosura de la naturaleza difunde en la mente de los hombres;

pero cada cual se dejó llevar de su carácter, y mientras Beverley adoptaba la resolución práctica de vencer los obstáculos, Dervilly acariciaba un fogoso plan de conquista, sin que ninguno de los dos supiese á punto fijo por dónde había de empezar.

Esperábanles en el campo del *tennis*, y al verlos Margarita de Blemont se les acercó furiosa, seguida de miss Esther.

—Son ustedes muy poco galantes.

—Somos simplemente fumadores, contestó Pedro.

—Hace una hora que les estamos buscando por todas partes, y miss Esther tenía el presentimiento de que se habían caído ustedes en la charca de las ocas que, según parece, tiene un fondo de fango profundísimo... Nuestra miss es una verdadera sensitiva hasta el punto de que no he conseguido averiguar por cuál de ustedes dos se alarmaba...

—¡Señorita, por Dios!, dijo la inglesa en tono de protesta y ruborizándose.

Margarita se rió; Pedro permanecía pensativo y Fernando se sonreía mirando á Esther. A fuer de verdadero diplomático y enteramente entregado á su idea, había vislumbrado en seguida la manera de sacar partido de aquel incidente.

VI

El sol había declinado lentamente; los grandes olmos, los ojaranzos y los álamos proyectaban sus sombras sobre los céspedes, y el aire, que soplaba algo más fuerte, permitía una mayor animación. Los señores de Veraines, gozosos de ver en torno suyo á la numerosa y feliz familia, estaban sentados cerca del *tennis*, en donde los criados acababan de arreglar el piso, tendían la red, preparaban un juego completo de raquetas y desenfundaban las de los jugadores consumados, la raqueta ligera de Margarita y la de mango algo grueso preferida de Beverley.

Alrededor del césped se paseaban los futuros competidores, Margarita con Dervilly y Juana con Beverley, y con ellos algunos jugadores más, unos jóvenes y ardientes, y otros que, comenzando á sentir el peso de los años, compensan la falta de agilidad con una hábil sangre fría.

—Ese Dervilly no carece de cierta belleza característica, murmuró el anciano al oído de su esposa. Se comprende que á Juana le guste.

—Son dos parejas invertidas, respondió riendo la señora de Veraines; Margarita ignora seguramente el nombre del preferido de Juana, y en cambio ésta sabe perfectamente que Margarita tiene puestos los ojos en Beverley.

Veraines permanecía algo pensativo y no cesaba de mirar á Pedro.

—¿Has observado, preguntó á su esposa, si Fernando muestra alguna inclinación á Margarita? Es una muchacha encantadora y tiene ciertas cosas de mi madre, que fué una mujer de extraordinaria viveza y de ingenio cáustico, pero á estas cualidades junta una afición á lo aparatoso que nunca han tenido los Veraines.

—Creo que es una afición contraída por Margarita en su rivalidad con Juana. De ser cierto lo que se dice del tipo jupiteriano, Juana sería imponente por naturaleza, al paso que Margarita, terrena y lunar, habría debido luchar para hacerse valer, y si no hubiese tenido á la otra á su lado, tal vez se habría contentado con ser la bella y encantadora joven que conocemos. De lo que, sin querer, he sorprendido de su conversación, deduzco que Margarita no siente envidia, palabra que es precisamente todo lo contrario de lo que quiero decir, sino una emulación extraordinaria para llegar á ser igual á Juana.

—No me disgusta esto; hubiera preferido, sin embargo, que las cosas no llegaran hasta el punto de que Margarita sintiese deseos de acaparar al hombre destinado á su prima... Por otra parte, Rodolfo, que ve con gusto la boda de Fernando y de Juana, no vería de fijo con tan buenos ojos un enlace con Margarita.

—Creo, dijo la señora de Veraines suspirando, que ni él ni Fernando se prestarían á ello. Rodolfo me ha confesado sus intenciones; ya sabes que es ante todo hombre de las conveniencias sociales, y si le parece cosa apetecible proporcionar á su hijo adoptivo una fortuna colosal, en cambio no se preocupa lo más mínimo de la cuestión amorosa.

—Así es Rodolfo, en efecto; yo, por el contrario, deseo que los jóvenes se amen.

La señora de Veraines no contestó; pensaba en Rodolfo, en el almirante, en todo aquel largo período durante el cual había tenido la dirección de la poderosa familia. El día en que Veraines, sintiéndose incapaz de hacer frente, después de la muerte de su esposa, al desorden que se había introducido en sus asuntos domésticos, la pidió en matrimonio, había aceptado inmediatamente, conviniendo ambos en que el amor para nada intervenía en su unión y en que él permanecería fiel al recuerdo de su primera mujer. Aceptó, pues, como un hermoso deber que se hermanaba con sus gustos, el atender al gobierno de la casa y á la educación de los niños y de las niñas.

Y cumplió aquel deber de un modo admirable, así es que la segunda señora de Veraines se conquistó la estimación de su marido, el afecto de la mayor parte de los hijos de su amiga y el respeto universal. Tenía el don de la organización y agradábale apasionadamente distribuir aquella gran fortuna de los Veraines, dándole el empleo magnífico que la civilización impone; de suerte que las cinco quintas, perfectamente cuidadas y habitadas sucesivamente, y el palacio de la calle de Francisco I, todo revistió un lustre extraordinario. Levantábase á las cinco, daba sus órdenes, consultaba á los hombres de negocios, notarios y procuradores, leía y firmaba los contratos de arrendamiento, seleccionaba la jauría, vendía y compraba caballos, asistía á los estrenos y á las tómbolas benéficas, daba reuniones, frecuentaba la sociedad y era, en una palabra, lo que nos figuramos que ha de ser un buen rey para una nación.

Por espacio de treinta años había llevado esa existencia, sin sentir el menor desfallecimiento, fijando las dotes, interviniendo con autoridad en los asuntos penosos de la vida de los hijos, tales como deudas de juego y otras cosas por el estilo, y ayudando á las hijas con sus consejos y con su ejemplo...

En aquella existencia admirable de obrera inteligente, había tenido una pena de la que nunca se había consolado: Jacobo Carlos, que adoraba á su madre y que tenía diez y nueve años cuando ésta murió, no aceptó á la intrusa, como la llamaba, y después de cruzar con ella algunas frases duras, abandonó la casa paterna. Era un muchacho algo maniático, pero de notable inteligencia y de gran energía; entró en la marina y, joven aún, alcanzó en ella los más altos grados. Su prodigalidad fué espantosa, tanto que en pocos años gastó los seis millones de la herencia materna, quedándose sólo con lo estrictamente necesario para mantaner su categoría, y fué el hombre más estudioso y más celoso en el servicio de cuantos ha tenido Francia en nuestra época.

Después de su fuga, que duró diez años, reanudó las buenas relaciones con sus padres, pero rechazó todos los ofrecimientos que su padre y su madrastra le hicieran para que pudiese desempeñar un buen papel en sociedad. Su lujo fué un segundo piso en París, en la calle de San Luis, con vistas al muelle de Bethune; costábale unos mil quinientos francos, y su mueblaje recordaba la marina, el mar, la ciencia. Los hermosos objetos que le habían sido regalados ó que él había recogido en el extremo Oriente, todos los había dado. Puede decirse que era un apasionado de la mediocridad, y si esto apenaba á su madrastra, que creía ver en ello un resto de rencor, en cambio José de Veraines, como el Jacob de la Biblia, admiraba en silencio la vida de su primogénito.

Por lo demás, la señora de Veraines había hallado una compensación y un consuelo en la brillante carrera del hijo segundo, Rodolfo, que fué para ella la encarnación de un ideal.

Rodolfo no sólo había cursado la carrera de Derecho con gran aprovechamiento, sino que además había sabido elegir en seguida una carrera en armonía con su fortuna. Era un carácter resuelto, una voluntad semejante á una fatalidad, y poseía un espíritu tan justo de apreciación de las circunstancias, una flexibilidad tan inteligente, que, sin desatender sus relaciones sociales, pudo ocupar una elevada posición política. Su elocuencia ingeniosa no era comprendida en el Palacio de Justicia, ni brillaba en la Cámara ni en el Senado, sino que dejaba sentir su influencia en grupos y subgrupos, en el Consejo de ministros, del que formó parte el tiempo suficiente para llegar á ser académico, y en las grandes asociaciones. Joven aún, publicó un reducido número de libros que se distinguían por el buen gusto, y su éxito no despertó envidias. Fué una especie de poder ponderador, una representación sin mandato de la opinión conservadora, y sin ejercer ningún cargo, disfrutó de todos los honores. Y todavía reforzó su posición casándose con la viuda riquísima de lord Beverley, una canadiense encantadora que restituyó de esta suerte á la madre patria los millones ganados por sus antepasados franceses. Lady Beverley tenía un hijo de su primer matrimonio y no tuvo ninguno de Rodolfo; así es que aquél fué igualmente adorado por ambos esposos, ya que si la madre amaba en él su sangre, Rodolfo colmaba de atenciones al admirable alumno, que no tardó en ser su discípulo. Fernando aceptó, sin variarlo en nada, el programa de la existencia de su padre, bien que aportando á él alguna rigidez, y mostróse apasionado del brillo social, de todo lo que sostiene y hace destacarse una personalidad. En Inglaterra cumplía los deberes con la regularidad propia del carácter británico; y en Francia adoptaba ese aire de rebelión espiritual, bajo la que ocultamos nuestra sumisión de pueblo administrativo, enamorado de una justicia un tanto abstracta. Por esto decía: «Cuando desembarco en Calais, siento que me vuelvo anarquista.» Su admiración era para la organización inglesa, pero sus amores para el carácter francés. Guapo como un dios joven, aunque se entregaba á los deportes elegantes, no incurría en la extravagancia, tan censurada por Rudyard Kipling en sus contemporáneos, de abusar del esfuerzo físico en mengua del desarrollo intelectual. El almirante Jacobo Carlos le juzgaba diciendo que no podía suponerse en Fernando Beverley el *Homo sum* de Terencio. De muchas cosas que interesan á la humanidad no tenía la menor noticia; colmado de los dones de la fortuna, había de ignorar siempre las ideas y los sentimientos que la lucha por la existencia engendra en el alma y en el corazón de nuestros jóvenes de mediana condición; pero para la señora de Veraines, aquel hijo de su hijo predilecto era la perfección suma, y esto explica de sobra que no compartiera los temores de su marido sobre la ausencia de amor en Juana, ya que, á sus ojos, Fernando era irresistible.

—Te aseguro que Fernando está enamoradísimo de Juana, dijo María á su esposo.

Éste la creyó. Beverley se esforzaba visiblemente por agradar, y su compañera, aunque guardaba una actitud un tanto fría, no se mostraba desdeñosa con él. Margarita importunaba á Pedro hablándole de su melancolía, y en varias ocasiones aludió al pesar que había manifestado Esther Lavisham cuando le dijeron que probablemente se había hundido en alguna charca. Pedro se defendió de aquella broma con una inocencia de la que su pareja se rió mucho interiormente.

De pronto cesaron todas las conversaciones, porque comenzaban las partidas de *tennis*.

—¡Juego!, dijo Fernando.

Margarita recogió la pelota casi al ras de la red y la devolvió con un golpe seco.

—¡Bravo!, gritó el Sr. de Veraines.

—No está mal, exclamó Beverley.

—¡Cómo, no está mal!, replicó Margarita. Sencillamente voy á derrotarle á usted, milord.

Estaba encantadora con su falda corta de *tennis*, su talle flexible y sus ademanes vivos y graciosos. Lord Beverley hizo una mueca y lanzó nuevamente la pelota, que también fué devuelta, y que recogida, á su vez, por él, voló durante dos minutos de un campo á otro, hasta que Margarita remató el tanto.

Picóse Fernando; interesado en el juego, como buen inglés, sintióse mortificado por haber perdido. Margarita, triunfante en su belleza rubia y ágil, gritó:

—No olvide usted jamás que los normandos conquistaron Inglaterra.

Beverley la vió más hermosa y altiva que de ordinario, y el corazón latió apresuradamente en su pecho mientras le contestaba:

—Los normandos la conquistan de nuevo cada día.

La frase fué muy celebrada, y Margarita la saboreó con esa gran penetración de presentimientos febriles que bajo la insignificancia de las palabras adivina los instantes trascendentales.

Reanudáronse las partidas, y la casualidad hizo que Juana hubiese de contender con Pedro; emocionadísimos los dos, hicieron algunas jugadas detestables. De cuando en cuando mirábanse sonrientes, y entonces el almirante veía que una sombra obscurecía las frentes del señor y de la señora de Veraines y de Beverley. En este último, la sombra iba acompañada de un movimiento duro del labio inferior, y el bondadoso marino, á quien toda aquella situación parecía cómica, creía vislumbrar en el gesto de Fernando el único indicio de un verdadero drama.

«Ese es un realista—pensó,—hijo de la raza imperiosa y práctica que nunca se ha contentado con soñar... ¿Qué estará tramando en su cabeza de joven pirata escandinavo?.. Por fortuna voy á retirar á mi Pedro de la lucha.»

El almirante no se equivocaba respecto de las ideas de Fernando Beverley. El joven diplomático era un entusiasta de Maquiavelo, no por la complicación de las intrigas que han hecho la gloria de aquel gran italiano, sino, al contrario, porque en sus intrigas no se descubre más que un reducido número de medios juiciosos y sobre todo enérgicamente indicados.

(Se continuará.)

LA FIESTA DEL ARBOL EN UNA UNIVERSIDAD FEMENINA DE LOS ESTADOS UNIDOS



Las colegialas en la orilla del estanque de Longfellow, en donde ejecutan su danza las del primer curso

El cuidado y la protección del árbol constituía algo natural para los antiguos germanos, que veían en él la manifestación de las fuerzas creadoras de las divinidades. Debajo de las corpulentas encinas, sentían más cerca el brazo protector de Donar, el dios del trueno, y los tilos puestos delante de sus viviendas asegurábanles la benevolencia de Wotán, el esposo de Fricka, de quien era aquél el árbol predilecto. Por las mismas razones concertábanse á menudo matrimonios bajo el tilo de la aldea, y muchos juegos y muchas danzas de nuestros antepasados se ejecutaron á la sombra de los árboles para honrar á los dioses y hacérselos propicios.

En los tiempos cristianos perdióse poco á poco el culto á la naturaleza y con él el amor y el cuidado de los árboles. Y cuando el demonio de las riquezas fué haciendo nuevos adeptos, en honor suyo se causaron graves daños á la naturaleza en una de sus más grandiosas manifestaciones: los bosques y selvas enteras fueron destruídas en aras de la ambición insaciable, con lo cual no sólo se atentó contra la belleza, sino que además se originaron perjudiciales modificaciones en el clima. Algunas tentativas aisladas se hicieron para poner coto á esa obra devastadora, pero hasta el pasado siglo no se adoptaron, en Europa primero y mucho tiempo después en América, medidas enérgicas para la protección de los árboles.

El pequeño principado de Montenegro fué uno de los primeros países europeos que fomentó ese movimiento protector, no tardando en seguir su ejemplo Italia, en donde se celebró en 1889 la primera fiesta del árbol, bajo el patronato del rey y de la corte. Desde entonces el movimiento ha hecho grandes progresos, y en el Norte de Italia especialmente, las fiestas del árbol tienen todos los años verdadero carácter popular. También en España y en Francia se va propagando el culto al árbol, que tanto ha de contribuir á devolver á las comarcas su antigua riqueza.



Grupo de colegialas representando las ninfas del bosque

En la América del Norte fundóse en 1872, en el Estado de Nebraska, la primera sociedad protectora del árbol que, al poco tiempo de creada, introdujo las fiestas anuales, que en la actualidad celebran igualmente, con más ó menos pompa, muchos otros Estados. El que esto escribe tuvo la suerte de asistir á una de ellas, única en su clase, que todos los años se efectúa en una de las más importantes universidades femeninas de los Estados Unidos, el *Wellesley College* del Estado de Massachusetts; y aunque en el transcurso del tiempo ha perdido la significación universal que en su origen tuvo, para quedar limitada á una fiesta colegial íntima, todavía está muy por encima de los actos de esta clase que ordinariamente se realizan en otras partes, y por sus especiales ceremonias y su carácter artístico merece ser mencionada.

En la primavera, poco antes de la terminación del segundo semestre, se celebra el llamado *Tree day* (el día del árbol); por la mañana, muy temprano, se procede á la plantación del árbol por las alumnas del primer curso, con ceremonias misteriosas que simbolizan la compenetración con el alma máter de las jóvenes alumnas, que de este modo se obligan á cuidar, así del árbol como de los intereses del colegio, y á contribuir al crecimiento y á la prosperidad de uno y otro. Al mediodía celébranse varios festejos, en los que toman parte el claustro de profesores y muchos antiguos alumnos, algunos de los cuales acuden allí desde regiones muy distantes.



Danza de los espíritus de la primavera en torno del árbol recién plantado

Reunidos todos en la vertiente de una colina desde la cual se dominan vastas praderas, una orquesta toca una marcha compuesta por una alumna, y á los acordes de la misma todas las alumnas, en número de unas 1.250, se dirigen procesionalmente y por parejas al prado en donde ha de celebrarse la fiesta. Delante va la maestra de ceremonias, que es una alumna del último curso, vestida con larga y flotante túnica y seguida de las damas de honor, de las presidentas de los principales organismos y del cuerpo escolar, dividido en cuatro grupos, corres-

pondientes á los cuatro cursos. Conforme á la tradición, las del último curso llevan traje talar negro y birrete; las del tercero vestiduras blancas adornadas con flores de distintos colores, según las clases, y las del segundo pueden vestir á su capricho; el año en que yo las vi figuraban una boda en Bretaña.

Las del primer curso, verdaderas heroínas de la fiesta, ocupan el último sitio en la procesión: van precedidas de señoritas de honor que presiden los comités de las diferentes clases; siguen luego las bailarinas, formando encantadores grupos, y detrás de ellas el resto de la clase, que aquel año lucía trajes griegos de todos los colores del arco iris.

La larga procesión se encamina, describiendo artísticas curvas, á la vertiente de la colina en donde están los espectadores y se sitúa al pie de la misma, en un gran espacio cuadrado reservado expresamente para ello. Después salen de entre las filas las oradoras, y la presidenta del último curso pronuncia una salutación dirigida á todos los invitados y especialmente á las alumnas del primer año, á quienes explica la importancia del acto que se está celebrando. Luego viene el discurso de la «oradora de las clases,» que es siempre esperado con gran interés y en el cual, de una manera humorística, mezclando lo serio con lo jocoso, se habla de los estudios en general, se expresa la gratitud á la naturaleza y al colegio, y se dan buenos consejos á las alumnas más jóvenes. Terminados los discursos se entrega á éstas, para que procedan á la plantación del árbol (que, según hemos dicho, se ha efectuado á primera hora de la mañana), la pala histórica instituída por el fundador del colegio con ocasión de la primera fiesta; y la oradora explica á las novatas todos los pecados que pueden cometer, desde el primer año, especialmente contra la etiqueta del establecimiento, que regula las relaciones entre los diversos cursos, y les recuerda los deberes que contraen con la plantación del árbol. La que recibe la pala contesta con otro discurso, cerrando este torneo oratorio la representante oficial de las colegialas del primer año, que revela el secreto, hasta entonces rigurosamente guardado, de la plantación del árbol, los nombres y los colores de la flor de las clases, el santo y seña de éstas, etc.

Después de estas ceremonias, ejecútase una danza en las orillas pobladas de árboles del estanque de Longfellow (1), junto al árbol recién plantado.

El sol se hundía en el ocaso, de modo que los árboles proyectaban largas sombras sobre la ribera del tranquilo lago; por entre el ramaje gris asomaba aún la azulada claridad del día y á lo lejos brillaban los plateados reflejos del lago Wabán. El césped hallábase salpicado de flores, y cuando la orquesta dejó oir sus notas, toda la naturaleza pareció animarse. De todas partes acudieron los espíritus de la primavera que representaban el despertar de una nueva vida simbolizado en el árbol; las mariposas revoloteaban en torno de éste, los silfos ahuyentaban á los enemigos, procurando darles caza, y driadas y ninfas mezclábanse en la danza, que terminaba con el más bello idilio pastoril.

Aquella fiesta transcurrió demasiado rápidamente; cuantos la presenciábamos nos creíamos transportados á otro mundo; los aplausos tributados á las gentiles bailarinas nos volvieron á la realidad.

Finalmente la procesión regresó al pie de la colina, en donde las alumnas del último curso ejecutaron un baile á modo de despedida de aquellas colegialas que dentro de poco habían de abandonar el establecimiento docente.— K. WOLTERECK.



Solemne procesión de las colegialas en la fiesta del árbol; los diferentes cursos se distinguen por sus trajes

(1) Longfellow, que sentía grandes simpatías por ese colegio, pasó allí muchas temporadas, dió varias conferencias y legó á su biblioteca gran número de libros y de cuadros.



Una obra maestra de ingeniería.—El arco principal del viaducto de Wiesen, que actualmente se construye en el cantón de los Grisones (Suiza). (De fotografía de Trampus.)

UNA OBRA MAESTRA DE INGENIERÍA

El viaducto de Wiesen

La ciencia de la ingeniería moderna realiza cada día mayores prodigios. Diríase que para ella no hay obstáculos, por grandes que sean, que no puedan ser vencidos; las obras en apariencia más difíciles, los proyectos más atrevidos se convierten en realidad con facilidad y seguridad asombrosas, y el hierro y la piedra, dóciles á los mandatos del ingeniero, se sujetan á fórmulas matemáticas que á veces parecen contrariar las leyes de la naturaleza, y al juntarse en sabias y bien calculadas combinaciones dan por resultado esos trabajos gigantescos, verdaderos monumentos erigidos á la ciencia y al progreso.

No hay en esas obras colosales el menor alarde de fuerza; la aparente sencillez con que se ofrecen á nuestros ojos excluye toda idea de fatiga, de larga y paciente labor realizada sólo á fuerza de brazos y de dinero, como acontece en los grandiosos trabajos de la antigüedad. Al verlas terminadas, nadie diría que para llevarlas á cabo se han necesitado poderosos esfuerzos, y contemplándolas con atención, adviértese en ellas una belleza que, aunque de opuesto carácter, puede hasta cierto punto ser parangonada con la de las obras análogas de las antiguas civilizaciones.

La característica de las creaciones de la ingeniería moderna es la esbeltez, la simplicidad de líneas, manifestación del empeño, que antes indicamos, de alejar del espectador toda idea de esfuerzo; los autores de esas obras parecen haberse propuesto presentar como cosa fácil y sencilla lo que es producto de madurados cálculos y supone, en el fondo, el vencimiento de grandísimas dificultades.

El viaducto de Wiesen, que adjunto reproducimos, es una prueba de nuestros asertos, y lo será más todavía cuando esté terminado y hayan desaparecido los andamiajes que en la actualidad permiten comprender la magnitud de los trabajos que para su construcción han de llevarse á cabo. Ese viaducto, que se levanta en Suiza, en el cantón de los Grisones, será sin duda una de las obras más importantes y más atrevidas de nuestros tiempos; forma parte de la línea férrea que ha de unir Davos con los ferrocarriles del Albula, que desde Wiesen atraviesan la Engadina, y será todo él de piedra. El arco principal mide 55 metros de abertura por 90 de alto. La longitud total del viaducto será de 90 metros, y además del arco principal tendrá otros seis de menores proporciones, es decir, de 20 metros de abertura cada uno

Ocioso es decir cuánto facilitará este viaducto los viajes y las excursiones por aquel hermoso país privilegiado, al cual dejan todos los años muchos millones los turistas procedentes de todas las partes del mundo. La naturaleza ha sido allí pródiga en dones, pero justo es consignar que los hombres han sabido aprovecharse de tantas bellezas, proporcionando toda suerte de facilidades y de comodidades á los que desean visitarlas, y construyendo obras dificilísimas que permiten llegar hasta puntos al parecer inaccesibles. — S.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 12 de octubre de 1908 — Núm. 1.398

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, POR SALVADOR SANCHEZ BARBUDO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con el otoño vuelve, indefectiblemente, la conversación del cólera morbo asiático, y las conjeturas, y las precauciones sanitarias, y todo lo que se relaciona con la terrible enfermedad enviada por el Ganges y que un tiempo asoló á Europa.

Un tiempo... Pero ese tiempo ha pasado. No podemos dudarlo, cuando ya tantos años hace que la epidemia amaga y no da, contenida por los adelantos de la higiene y por los progresos de la ciencia médica, que á mediados del siglo pasado se declaraba impotente para atajar la invasión del azote.

Las epidemias nos han enseñado de un modo categórico el valer y la eficacia de la higiene. Si que dase en el espíritu de las gentes la menor duda acerca de la importancia de la limpieza y el saneamiento público, la observación de cómo han decrecido y casi desaparecido estas pestes horribles que en la Edad media estremecían y diezmaban á los pueblos, bastaría para demostrar que todo esfuerzo tiene recompensa y todo adelanto trae un resultado positivo y bienhechor.

No es completa, no es ni aun relativamente satisfactoria, la higienización de las grandes ciudades; dejan que desear los alcantarillados, el servicio de aguas, los barridos, la ventilación en las casas donde se alojan los pobres y los humildes; no se vigila ni la mitad de como es debido el que los alimentos no se sofistiquen; no están suficientemente oreados ni aseados los puntos de reunión, teatros, cinematógrafos, casinos; no se persigue lo bastante á los ratones, conductores y propagadores de toda infección; y sin embargo, con lo poco que se ha hecho en el sentido de higienizar, ha sido bastante para que no se repitan las tristísimas escenas descritas por Galdós en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, por Patxot en *Las ruinas de mi convento* y por Eugenio Sué – á su manera y en su cuerda peculiar – en *El judío errante* (si no me engaño, pues algunas de estas lecturas ya ni recuerdo cuándo las hice). El misterioso terror del contagio ha desaparecido; se sabe que habría medios para combatirlo y extirparlo aunque se presentase; se sabe cuál es su vehículo, cuál el microbio que lo produce; no es una fuerza obscura, fatal, que hiere en la sombra; se le ve venir de frente, y de frente se establece la defensa enérgica y activa.

Entre los folletos curiosos que guardo en mi librería, hay uno encaminado á demostrar que el cólera es un castigo especial del cielo, similar á los que descargaron sobre las pecadoras espaldas de Babilonia, Sodoma y Gomorra y de las tropas de Senacherib, y á las plagas que Jehovah envió á Egipto para que fuese justo con los hebreos. No se crea que el tal folleto es muy antiguo: mi ejemplar es de la segunda edición, 1888, y creo que la primera (que no he hojeado, procedamos con escrúpulo bibliográfico) vió la luz hacia 1866, después del ramalazo de cólera del año 1865. Su autor, reiteradamente, se declara católico antes que académico, por si ignorábamos que la pila del bautismo precede al honor de ser nombrado individuo de varias corporaciones científicas y literarias españolas y extranjeras: pues salvo esta idea de orden cronológico, no veo qué clase de oposición pueda existir entre la cualidad de católico y la de académico, sea de los Arcades, sea de cualquiera otra respetable Sociedad. Al frente del opúsculo figura una *Advertencia importante*, dirigida al lector; y no entiendo por qué no he de reproducirla aquí, con su transposición elegante y sus notas, que tiene cuatro para dos quintillas:

> No anhelo la aprobación
> del que se muestre estudioso (1).
> Yo quiero la aceptación
> del hombre sin presunción
> que es *sincero* y religioso (2).
>
> No fué mi objeto lucir (3)
> mi modesta inteligencia
> al mi opúsculo escribir,
> sino tan sólo esparcir (4)
> la Fe, la Moral, la Ciencia.

No altero un ápice, ni quito ni añado punto ni coma á este documento humano, digno de que lo coleccionase Flaubert, que se divertía en reunir testimonios del candor de nuestra especie (no siempre debe llamarse á las cosas por su nombre, y escribo *candor).* Ahora bien: si la tesis del autor de este opúsculo hubiese prevalecido, tendríamos cólera cada dos ó tres años, y peste bubónica cada seis ó siete, como la hubo en Barcelona hasta que empezó en Europa la campaña sanitaria, todo lo incompleta que se quiera, pero suficiente á contener las epidemias antes de que adquieran tremendo desarrollo. Porque una cosa es reconocer que Dios nos tiene en su mano y hace de nosotros según sus designios, y otra es caer en el fatalismo de atribuir los males á la ira celeste y cruzarse de brazos ante ellos, bajando la cabeza y dando por hecho que hay que sufrir y callar y esperar á que la Providencia lo arregle. Precisamente—insisto en ello – las epidemias han venido á ser demostración palmaria de lo que puede la voluntad del hombre, en su lucha con la naturaleza tantas veces enemiga.

En otro tiempo, las guerras eran origen de pestes. Ninguna peste han causado las últimas guerras europeas. La mortandad fué enorme en la franco prusiana: Sedán, sin exageración, pudo calificarse de carnicería. Con todo eso, y á pesar de haberse desarrollado entre los soldados, y especialmente los prisioneros, la inevitable disentería, no hubo que añadir á los horrores de la matanza y á las atrocidades de la Commune una plaga de cólera ó de peste negra que se hubiese difundido por otras naciones, después de desolar á Francia. Son ya estas pestes características de los países sucios, es decir, de los países más sucios, y donde la forma religiosa de enterrar á los muertos no está de acuerdo con las prescripciones de la higiene. Así, en la India, parece que se dejan los muertos al aire ó se arrojan al sagrado río, con lo cual lo convierten en depósito de infecciones. Los ingleses luchan por desterrar estas supersticiones que perpetúan el peligro del Ganges; y aunque tardarán en extirparlas, es de suponer que lleguen á conseguirlo, porque los indios son una raza inteligente, capaz de darse cuenta de lo razonable y de lo útil, aunque prefieran su nirvana. Rusia, de donde parece que viene ahora el *huésped*, como se le nombraba en los años de terror, se cuenta también entre los pueblos *espesos*, y permítase este modismo. La suciedad rusa es la que engendra el clima frío; suciedad tal vez más repulsiva que la de los climas cálidos, donde, al fin, la gente, por egoísmo, se remoja y anda medio en cueros. Es verdad que tienen fama los *baños rusos*, en que alternan el vapor casi hirviente y la ducha helada; pero ¿cuántos rusos se bañan de ese modo? La inmensa mayoría pasa el invierno entero sin cambiarse de ropa, durmiendo vestidos á orilla de la estufa, y el tener cama, verdadera cama —si hemos de estar á los relatos de los viajeros,—es un lujo, aun en las clases pudientes. Gogol ha pintado un cuadro alarmante de la porquería de su patria; y si bien desde Gogol acá también Rusia ha progresado, que al cabo no hay rincón del mundo donde no se progrese, en estas materias y en un tan enorme imperio, tiene el progreso que ser lentísimo, y el cólera, propagado en las inmensas ferias donde se reunen mercaderes de toda el Asia, cargados de telas y mercancías sospechosas; donde se condensa, por decirlo así, la pintoresca inmundicia del Oriente, ha de venir forzosamente de Rusia, si de alguna parte del continente europeo está escrito que venga, cada dos ó tres años, á dar un susto leve y retirarse...

Es interesante recordar que, en Egipto, la peste negra ó bubónica fué completamente desconocida mientras existió la costumbre de momificar, no sólo los cadáveres, sino las carroñas de animales—gatos, perros, ibis, hasta cocodrilos.—Ese pueblo laborioso é industrioso, uno de los grandes fautores de civilización en la antigüedad, se consagraba á embalsamar á sus muertos, y sin saberlo, atajaba así en germen cualquier peligro. Bien puede asegurarse que las plagas, entre las cuales se contó la peste, fueron obra de Jehovah enojado, pues los anales de Egipto, tan detallados, tan exactos, no hablan de epidemias. Allí se hacía un consumo enorme de esa substancia que llamamos nafta ó betún, asfalto ó momia; se había suprimido la podredumbre; se construían las necrópolis como palacios, y es posible que el sabio pueblo que llegó á arrancar á Atenas el cetro de la cultura, no ignorase que son los muertos los que, al descomponerse, esparcen la muerte. Suele decirse que los egipcios profesaban el culto de las sepulturas, un culto á la muerte: no era así en realidad: al ocuparse tanto y tan asiduamente de los difuntos, lo que hacían era defender la vida y la longevidad, en Egipto extraordinaria.

Todo lo cocían en betún: betún grosero para los pobres, betún delicado, depurado é impregnado de aromas, para los ricos y los poderosos, pero igualmente salubre, pues el asfalto—ahora se sabe y se aplica—es el enemigo de la humedad y de toda fermentación pútrida. Un pueblo que se pasa la existencia entre betún, no debe temer contagios; y no los había, efectivamente. Otra idea higiénica, disfrazada de superstición, era la de vedar que el sagrado Nilo fuese ofendido arrojando despojos y cuerpos muertos á su corriente. La peste acechaba, cuando se hubiese consentido tal atentado. No se consentía Y hasta las vísceras, hasta los corazones de los muertos eran hervidos en betún, antes de pasar á los vasos canopeos que guarnecían el ataúd de la momia y parecían velar su sueño tranquilo, entre tiras de lienzo y dentro de una caja de dorada y pintada madera, que no podía atacar ni la polilla.

Al cambiar de religión; al despedirse de Isis, Osiris, Hermes, Hathor, Serapis y el ladrante Anubis, Egipto cambió de modo de enterrar, y comenzaron las pestes. Cosa extraña, pues el cristianismo y el catolicismo no se oponen á que los cadáveres sean embalsamados, y bien pudo adaptarse, en esta materia, el nuevo culto á la tradición. Ello es que no se adaptó; que el betún dejó de envolver los cuerpos, y que la bubónica, desde el siglo VI de la Iglesia, cayó sobre las márgenes del Nilo, haciendo estragos, no sólo en los cuerpos, sino en los espíritus, que apoca y envuelve en una fatídica sombra de miedo y espanto.

Los doctores nos reaniman—si es que hiciese falta, que tengo para mí que no la hace.—Nos ordenan no comer nada crudo, tomarlo todo caliente y bien cocho, porque el bacilo del Ganges no resiste arriba de los 60 grados de temperatura. Si esto es cierto, el remedio, como suele decirse, no está en Roma. Es una regla ya universal de higiene cocer bien los alimentos y hasta hervir el agua que se ha de beber.

Antaño—cuando el cólera se presentaba rodeado de un prestigio casi sobrenatural,—la profilaxis del cólera era otra; de seguro, menos eficaz, puesto que arreciaba el azote, en vez de aplacarse. Se empleaban los astringentes, en primer término. Sopa de arroz tostada; carne seca asada; jalea y pasta de membrillo —he aquí el *menú.*—Proscritos los pimientos, los tomates, los melones, las uvas—por instinto, como se ve, la gente huía ya de lo que suele comerse crudo ó poco pasado.

Existía un zapatero remendón en Marineda, tan menesteroso, que nunca había logrado darse un hartazgo de cosas buenas, de fruta sazonada, legumbres selectas y ensaladas finas. Al ver que con el cólera quedaba intacto el surtido en los cestos de las placeras, díjose el hombre: «Esta es la mía.» Y sus atracones dejaron memoria: le regalaban los comestibles, por no tirarlos. Cada vez que pasaba un entierro—y era incesante el lúgubre desfile—las vecinas anunciaban al remendón, ocupado en rellenarse de uvas moscatel, que al día siguiente pasaría el suyo. Y no pasaba, ni al día siguiente, ni al otro, ni pasó en jamás, hasta muchos años después, llegado el momento de pagar la deuda común de los mortales. Nunca gozó el zapatero de mejor salud que mientras se apiporró de melones y sandías, fresas y peras urracas, según la estación; porque mucho tiempo duró el miedo á las frutas, y se hizo un consumo fabuloso de una sola, el membrillo, como si el problema del cólera se resolviese con llaves, candados y cadenas, cuando se hubiese resuelto antes por medio de escobas, freganzos, agua sublimada, cloruro y demás desinfectantes, á la sazón no muy conocidos, y menos usados.

El espanto, convertido en médico, sugería remedios heroicos. Este se curaba con dos ó tres azumbres de aguardiente absorbidas en una noche; aquél tomaba un purgante de caballo, conocido por *Lerroy*, y después de deshacerse, quedaba sano. Al uno le envolvían en sábanas mojadas y chorreantes; al otro le daban una paliza con ortigas, abrojos y ramas de espino, y ensangrentado, sin pellejo, curaba también. Lo cual prueba que por todas partes se va á Roma y que no se puede pronosticar nada seguro en medicina. Y menos podría pronosticarse, dentro de lo científico, que apenas fué sacado en procesión el famoso Nazareno de Marineda, cesó la plaga.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(1) *No*, y mil veces *no*.
(2) *Sí*, y mil veces *sí*.
(3) *No*, y mil veces *no*.
(4) *Sí*, y mil veces *sí*.



LA ANTIGUALLA

Nicolás Román supo distinguirse muy pronto, así por sus críticas de arte como por sus telas hábilmente pintadas, alcanzando no escasos triunfos, entre ellos, el honroso y bien remunerado cargo de Asesor de museos y antigüedades.

Era soltero, y á pesar del amor que sentía por los niños, nunca pensó tomar en serio el asunto del matrimonio, aunque me quepa decir metafóricamente que ya hacía muchísimo tiempo que estaba casado—de un modo ideal, por supuesto—con la más linda y linajuda muchacha de la nobleza de su ciudad.

Nicolás Román, en sus difíciles y trabajosas mocedades, daba lecciones de dibujo y pintura, y era, por consiguiente, lo más lógico y natural del mundo —¡claro que lo era!—que la espléndida belleza de Anita de Castell-d-Arnold se grabase indeleblemente en lo más recóndito de su alma. El joven artista le daba la lección temblando, maldecía sus ropas de pana vulgar, su obscuro nacimiento, su loca pasión y hasta á sí mismo se maldecía!..

En cierta ocasión, Anita le pidió que guiara su mano para conseguir más soltura y seguridad en el trazado de una línea, y Román se puso lívido, frío, blanco y colorado simultáneamente... Sin embargo, obedeció, y la línea en cuestión dejó de pertenecer al prodigioso mundo de las líneas, transformándose en una especie de ziszás tan torpe de mocosuelo que estropeó el dibujo...

Era tan enormemente cómico el caso, estaba tan ridículo en su turbación y espanto el desventurado profesor, que Anita de Castell-d-Arnold soltó una carcajada soberbia y sostenida, la cual provocó el gorjeo más animado y encantador de todas las avecillas del parque.

Nicolás Román, muerto de vergüenza, se disculpó cuanto pudo, y aunque ella hizo lo mismo, no halló el joven la serenidad suficiente para volver un solo día á la casa.

Iban transcurridos por lo menos diez años de tan lamentable suceso, cuando una mañana, mientras Nicolás Román, encaramado en lo más alto de una escalera portátil, se entretenía restaurando concienzudamente un pequeño detalle de un famoso cuadro de.......... casi borrado por el tiempo, se presentó el secretario del museo, notificándole que acababa de recibir una carta consignada á nombre del Sr. Asesor.

—¡No estoy para nadie!

—Es que... ¡Sr. Asesor! ¡Sr. Román! Debo decir á usted que me han encargado sobre manera que la lea usted en seguida.

—¡Digo que no estoy! ¿Entiende usted? No estoy.

Y como el secretario no abandonase la empresa, añadió:

—Déjela usted ahí, en uno de los peldaños de la escalera... Ya la recogeré. ¡Vaya si la recogeré!.. ¡Pues no faltaba más! ¡Fin-fi, fi-fi, fin fin...

Y se puso á silbar una dulce canción que hacía muchos años no se había atrevido á interpretar. Un hermoso *lied* de Schumann que Anita modulaba deliciosamente...

El secretario, que conocía muy á fondo el carácter olvidadizo de Román, pensó que dejar la carta en uno de los peldaños, equivalía á abandonar á la peor de las profanaciones la más hermosa letra de mujer. El Sr. Asesor bajaría, como de costumbre, arrebatado por una idea súbita, y sus zapatos sucios, que representaban el último vestigio de su pasada vida de bohemio, aplastarían aquel delicioso y perfumado sobre... Y aun, en el caso contrario, eso es, en la improbable casualidad de que Román recogiese la carta, también, ¡oh, triste suerte la suya!.. ¡Pudrirse en el fondo de un bolsillo cualquiera, entre migas de pan y polvo de tabaco!..

A decir verdad, otro móvil despertaba tan piadosos sentimientos en el corazón del viejo secretario. Más curioso y entrometido que un ratón, se moría por alcanzar de su jefe el honor de ponerse al corriente de lo que él consideraba una intriga amorosa.

Calóse las gafas y preguntó como una de tantas veces:

—¿Quiere usted que la lea?

—Haga usted lo que quiera. ¡Fin fi, fi fi, fin-fin!..

Y continuó trabajando.

—«Olvidadizo y no olvidado amigo (¡je, je! Le conoce, le conoce): Sírvase usted pasar por esta su casa lo más pronto posible. Su antigua alumna, Anita de Castell d-Arnold.»

Juro que no miento. La paleta cayó sobre la desteñida casaca del secretario, y Nicolás Román rodó la escalera como un beodo.

Y mientras el artista aguardaba una hora más tarde en la antesala del suntuoso palacio á que le recibiese la hermosa condesita, convino en sospechar que caerse escalera abajo y echar á perder el casacón del viejo no era menos cómico que estropear un dibujo con un ziszás intolerable. Temió, por lo tanto, que Anita le obligase de nuevo á cometer otra ridiculez por el estilo, y componiéndose lo mejor que pudo, prometióse el placer de burlarse de ella á la menor sospecha.

Anita no tardó en salir, y lejos de sonreirse socarronamente como él imaginaba, avivó más y más sus amores secretos, hablándole con una dulzura y un tinte de tristeza tan interesante que le desarmó por completo.

En los diez años transcurridos habíase desarrollado tan delicadamente, que el Asesor de museos creyó hallarse en presencia de la mismísima Venus de Médicis vestida.

La condesita le propuso la compra de un cuadro para los museos.

Era una antigua pintura sin valor alguno, de las muchas que abundan, por desgracia, en los palacios de nuestros aristócratas.

Un puntapié no habría seguramente molestado tanto á Nicolás Román. ¡Anita, su más antigua y amada alumna, proponiéndole la adquisición de *aquello!*

Fulguró por su mente el temor de que la joven tomaba á chacota su nombramiento de Asesor de museos, y revolviéndose contra el purísimo amor que ataba su lengua, contestó secamente:

—Siento muchísimo que tan sólo para *eso* me haya usted llamado. Es una *antigualla* que ya está bien donde está. Sospecho que de pura vergüenza se trocaría en polvo al verse en el más humilde rincón de mis museos. Beso sus pies, condesita.

Y marchóse.

Al día siguiente inquirió que el señor conde de Castell d-Arnold se había suicidado dos semanas antes, completamente arruinado en el juego. La anciana consorte, enferma de gravedad, ignoraba lo sucedido, gracias al cuidado de su hija que, habiendo ya vendido todas sus joyas, estaba realizando todos cuantos objetos pudiesen mantenerla á flote durante la enfermedad de su querida madre.

Nicolás Román se mordió con saña, tiró de sus cabellos y abofeteóse con verdadera furia delante de un espejo, para que el oprobio fuese todavía mayor. No pudo conciliar el sueño y se pasó la noche borroneando y haciendo trizas todo un paquete de pliegos en cada uno de los cuales empezaba una carta que en su desespero no conseguía concluir. Por fin acertó en dar la siguiente forma á su idea:

«Nunca olvidada y sí muy ofendida condesa. Lo sé todo, como sé también que soy el hombre más malo y descortés del mundo. ¿Cómo, en nuestra entrevista de ayer, no me hizo usted echar por los criados? Adjunto le mando un cheque, cuya despreciable cantidad es todo cuanto he podido recoger y ofrezco á usted como primer plazo de adquisición de la tela que en mi torpe comportamiento tanto desprecié, la cual solicito de rodillas y que espero obtener si su corazón estima en algo mi vida.—*Nicolás Román.*»

Poseía bastante dinero, fruto de sus ahorros y de una herencia de un tío suyo, capital que depositó en el Banco, una vez enviada la carta.

¿Para qué fatigaros, relatando detalladamente que Anita le perdonó, y que, á no ser la muerte de su padre, se hubiese alegrado con toda el alma de la pérdida total de su fortuna?

Anita era inteligente y comprendió que el acto realizado por Nicolás Román le hacía digno del todo del amor sin esperanza que sentía por él desde el lejano día en que el trémulo profesor de pintura le estropeó un dibujo. La condesa viuda sanó al cabo de poco tiempo, y en el presente, mediante la consabida bendición de Madre Iglesia, viven los tres en la más linda casa de campo, lejos de las luchas del mundo y en espera de un chiquitín, toda vez que la esposa también participa del amor que Nicolás Román profesa á la infancia.

NOGUERÀS OLLER.

(Dibujo de C. Vázquez.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN MUNICH. (De fotografías de Carlos Delins.)

En la capital de Baviera, adonde llegaron en la mañana del 28 del próximo pasado, fueron D. Alfonso XIII y D.ª Victoria recibidos con el mismo entusiasmo que en todas partes. Esperábanles en la estación la reina madre D.ª María Cristina, el príncipe regente, las infantas D.ª Paz y D.ª María Teresa con sus esposos los príncipes D. Luis y don Fernando de Baviera, el embajador de España Sr. Polo de Bernabé y distinguidas personalidades españolas.

Desde la estación, á cuya salida fueron calurosamente aclamados, llamando especialmente la atención nuestra joven y hermosa reina, dirigiéronse los soberanos á la Residencia, y de allí, al poco rato, al palacio de Nymphenburgo, en donde almorzaron en familia. Visitaron luego la Exposición que actualmente se celebra en Munich, asistieron después á un vino de honor en las Casas Consistoriales y por la noche al banquete de gala con que los obsequió el Regente y en el que cambiaron sentidos brindis éste y D. Alfonso XIII.

Al día siguiente tomó parte el rey en una cacería de jabalíes que en su obsequio se organizó en el parque de Furstenried y por la noche hubo banquete de gala en el palacio de Nymphenburgo.

Entrada de los soberanos españoles en Munich
Coche en que iban el rey D. Alfonso XIII y el príncipe regente de Baviera

El día 30 D. Alfonso XIII fué á Landau, acompañado del infante D. Fernando y de los príncipes D. Alfonso y D. Adalberto de Baviera, á fin de revistar el regimiento de artillería n.° 5, de que es coronel honorario. Terminada la revista, los oficiales le obsequiaron con un almuerzo.

El mismo día, la reina D.ª Victoria, en compañía de la princesa Beatriz, su amiga de la infancia, dirigió se en automóvil á Tegernsee para visitar á la madre de aquélla, la gran duquesa viuda de Coburgo-Gotha. En el palacio que en aquel delicioso sitio, uno de los más agradables y pintorescos del territorio bávaro, tiene la gran duquesa, almorzó la soberana española, visitando después del almuerzo el palacio y la antigua residencia de los Benedictinos, é hizo la excursión al llamado «Gran paraguas,» especie de rotonda situada en una gran altura, desde donde se domina un magnífico panorama.

Cuando D. Alfonso hubo terminado la revista de Landau, regresó á Munich, y en un tren especial fué á reunirse en Tegernsee con su augusta esposa. Allí permaneció el rey breves momentos, emprendiendo luego los soberanos la vuelta á Munich, adonde llegaron á las diez de la noche, saliendo poco después para Budapest.—R.



Los reyes de España en Nymphenburgo
1. La infanta D.ª María Teresa. – 2. La reina D.ª Victoria. – 3. El infante D. Fernando. – 4. El rey D. Alfonso XIII. – 5. El príncipe D. Luis Fernando. – 6. La infanta D.ª Paz

Monumento á los héroes de los sitios de Zaragoza, obra de Agustín Querol.

La inmortal Zaragoza ha sido una de las ciudades elegidas para conmemorar por medio de un monumento los hechos más gloriosos de la épica lucha que sostuvieron nuestros abuelos contra las huestes napoleónicas. La elección ha sido justa y unánimemente aplaudida porque pocas ciudades ostentan mejores títulos para sintetizar la guerra de la Independencia que la capital aragonesa por el heroísmo con que la defendieron sus hijos en aquellos sitios memorables.

El monumento conmemorativo de tales hazañas hubo de confiarse á un artista de grandes alientos, á un escultor insigne que, como Agustín Querol, se distinguiera por la grandiosidad de sus concepciones; y preciso es confesar que nuestro amigo ha respondido cumplidamente, dando otra gallarda muestra de sus notables aptitudes para esas que pudiéramos denominar creaciones poemáticas, y para la armónica disposición de las grandes masas que prestan á la obra monumental la augusta serenidad del gran arte.

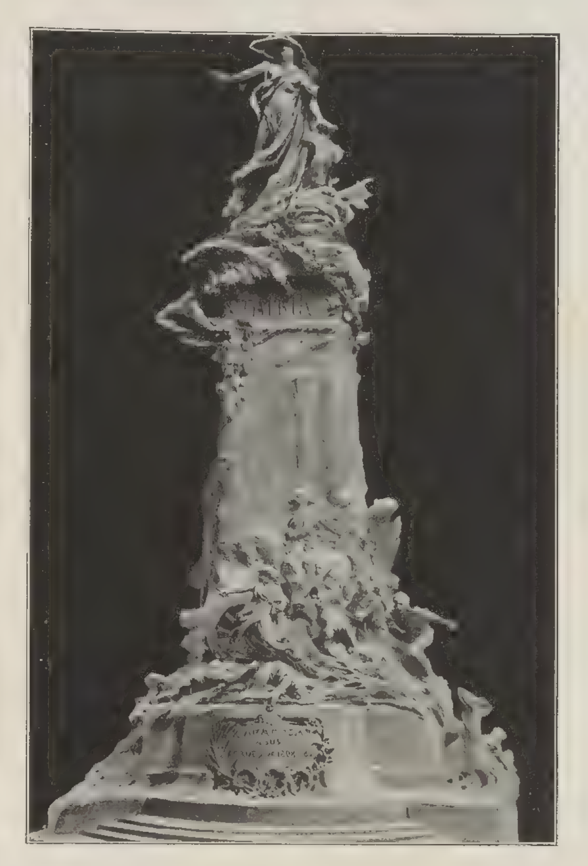
Al pie de amplia escalinata, y empujados por poderoso aliento, aparecen los héroes que toman parte en el combate, los soldados improvisados que defendieron la ciudad querida y que no titubearon en sacrificar sus vidas por la patria. Esta agrupación que asciende, hállase enlazada con el cuerpo superior del monumento por una agrupada ornamentación de flores y follaje que termina á los pies de la matrona que remata la obra, símbolo de la Patria, que ampara á los que por ella sucumben.

La escultura monumental constituye una de las que pudieran llamarse especialidades de Querol, no sólo por acreditarlo así ya el considerable número de esta clase de obras que ha producido en estos últimos tiempos, sino también porque es indudable que en ellas ha encontrado el medio á que se adaptan sus cualidades. El insigne escultor, saturado su espíritu del gran arte, concibe cuanto lleve aparejada la grandiosidad y la belleza. Véase y estúdiese su producción y quedarán comprobadas nuestras afirmaciones. Los monumentos á Cánovas del Castillo, Legazpi y Urdaneta, Quevedo, Bolognesi, Urquiza, Epalza, el de los bomberos de la Habana, el frontón del edificio donde se halla instalada la Biblioteca Nacional, los grupos que sirven de coronamiento al Ministerio de Agricultura y Bellas Artes, y tantas y tantas obras más, demuestran las excepcionales aptitudes de Querol, su temperamento que le impulsa de continuo á esa pasmosa actividad y conduce á todo lo grande, á esas concepciones que son fiel expresión de una voluntad firme y decidida, que le impulsa á imprimir á la piedra la belleza y el sentimiento de todo lo noble y elevado.

Véase también la majestuosa é inspirada estatua destinada á figurar en el monumento á Garibaldi que se erige en la República Argentina, y cuya publicación en estas páginas debemos á la galantería y buena amistad del distinguido escultor. Ofrece, como las demás obras, los caracteres distintivos del autor. Amplitud en el modelado, serenidad grandiosa en su concepción, cual si destinada á inmortalizar un recuerdo, sugiriera el trágico reposo de la muerte, el augusto descanso de la inmortalidad.

Al leer el extenso catálogo de la obra realizada por Agustín Querol, no es posible substraerse á la admiración que produce el poderoso esfuerzo que representan tantas energías desarrolladas. De ahí que una vez más le tributemos un aplauso y á la vez el homenaje de nuestra consideración.

A. García Llansó.



Monumento «Los Sitios,» que se erige en Zaragoza,
obra de Agustín Querol



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,»
obra de Agustín Querol

VIVIENDAS PRIMITIVAS Y MAQUINAS MODERNAS

Hay en las costas del canal de la Mancha y á media docena de kilómetros de distancia de Boulogne-sur-Mer, un pueblecillo de muy corto vecindario, llamado Eqhien que goza de cierta notoriedad por las exquisitas almejas que en sus aguas se pescan. Aparte de esto, la aldea en cuestión es sólo conocida por unos pocos bañistas que, huyendo del bullicio y de la vida cara de los balnearios de moda, acuden á su tranquila playa en busca de salud para su cuerpo y de reposo para su espíritu.

Pero Eqhien tiene algo más que sus almejas y su playa para llamar la atención de los forasteros, algo que de ser más generalmente conocido le proporcionaría seguramente un buen contingente de turistas, que podrían ver allí un espectáculo quizás único en su clase y tan interesante como nuevo.

Nos referimos á las viviendas de muchos de sus habitantes, viviendas que no son otra cosa, según puede verse en el grabado adjunto, que viejos barcos tumbados, en cuyos costados se han abierto puertas y ventanas y cuyo interior se ha dispuesto de manera que en él pueda vivir más ó menos cómodamente una familia. Esas viviendas no constituyen una excepción en aquel pueblo de valientes pescadores, sino que se cuentan allí por docenas, representando una forma de propiedad que difícilmente podría ser clasificada en alguna de las divisiones de ese derecho establecidas por los jurisconsultos, pues de todas tiene algo y á ninguna se ajusta enteramente. Y á buen seguro que el fisco, al que nada escapa, se habrá visto apurado para determinar la condición de tales barcos casas, consideradas como materia imponible y señalar la clase de contribución que deben satisfacer.

Las habitaciones pintorescas de los pescadores de Eqhien,
pueblecito situado en la costa del canal de la Mancha, cerca de Boulogne-sur-Mer. (De fotografía de Trampus.)

Desde estas viviendas primitivas á las más modernas creaciones, ¡qué salto tan enorme! Mentira parece que sean coetáneas las cosas y las personas que representan los adjuntos grabados, reproducción el uno de costumbres que bien podrían atribuirse á los primeros tiempos de la humanidad y el otro de un invento novísimo en el que se muestra en todo su esplendor el triunfo de la inteligencia del hombre sobre las fuerzas y resistencias de la naturaleza. Esta máquina agrícola que actualmente se emplea en muchas haciendas de los Estados Unidos, efectúa por sí sola y á un tiempo mismo las faenas para cuya realización necesitábanse hasta hace poco varios aparatos y no pocas operaciones, puesto que siega las mieses, las trilla, mete el grano en sacos y hace con la paja gavillas que va dejando en el campo.

Otra particularidad que ofrece esta máquina es que en vez de ser movida por el vapor, como suelen serlo las de esta clase é importancia, es arrastrada por treinta y tres caballerías, enganchadas en cinco filas de seis, y una, la delantera, de tres.—S.



Máquina agrícola que se emplea en los Estados Unidos, tirada por treinta y tres caballerías, que siega, trilla, mete en sacos el grano y forma gavillas con la paja, colocándolas en hileras. (De fotografía de Underwood et Underwood, N. Y.)

EL TSAR FERNANDO I DE BULGARIA

El principado de Bulgaria que, en virtud del tratado de Berlín, era un principado autónomo bajo la soberanía de Turquía, se ha erigido en reino independiente y se ha anexionado la provincia de Rumelia, que el príncipe búlgaro administraba como gobernador imperial del sultán.

Bulgaria ansiaba desde hacía muchos años su independencia y activamente se preparaba para conseguirla, esperando sin duda que la decadencia cada vez mayor de Turquía no había de tardar en ofrecerle una ocasión propicia para el logro de sus propósitos.

Y aunque no era un secreto la aspiración de los búlgaros, nadie creía que los hechos se consumaran de una manera tan repentina y tan inesperada, precisamente cuando Turquía ha entrado de lleno en la vida constitucional, que ha de conducirla á su regeneración. Tal vez por esto mismo, comprendiendo que la reconstitución del imperio turco podía aplazar indefinidamente y acaso hacer imposible la realización de sus planes, Bulgaria ha aprovechado los momentos en que tal reconstitución se inicia y en que Turquía está atravesando un período crítico, para ver convertido en realidad su sueño dorado. Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Bulgaria proclamó solemnemente su independencia el día 5 del actual, notificándose inmediatamente la proclamación á Turquía y á las demás potencias.

La noticia causó gran sensación en todas partes, y en los primeros momentos temióse que estallara una guerra entre Turquía y Bulgaria; pero según parece, el peligro de una lucha, cuya extensión y cuyas consecuencias era imposible prever, ha desaparecido, y la cuestión ha pasado á la jurisdicción de la diplomacia, que seguramente sabrá solucionarla pacíficamente.

El tsar Fernando I pertenece á la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha, nació en Viena en 1861 y desde 7 de julio de 1887 era príncipe de Bulgaria.



El tsar, antes príncipe, Fernando I de Bulgaria
que ha proclamado la independencia de aquel principado hoy constituído en reino
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

LOS REYES DE ESPAÑA EN BUDAPEST

Prosiguiendo el relato del viaje de los soberanos españoles, de cuya estancia en Munich damos cuenta en este mismo número, referiremos someramente, pues no permite otra cosa la falta de espacio, su permanencia en la capital de Hungría, adonde llegaron á las tres de la tarde del día 1.° del actual, siendo recibidos en la estación por el emperador Francisco José, varios archiduques, cuerpo diplomático y una representación del Ayuntamiento, presidida por el burgomaestre.

Seguidamente se dirigieron al Kirali Palota (palacio real), siendo aclamados calurosamente por la gran multitud que llenaba las calles del tránsito. Llegados al palacio, presenciaron el desfile de las tropas que habían cubierto la carrera, recorrieron luego los magníficos salones de la regia residencia y comieron con el emperador y los miembros de la familia imperial. Por la noche celebróse un gran baile de corte, que por su magnificencia excedió á toda ponderación.

Al día siguiente, después de haber visitado D. Alfonso y D.ª Victoria los principales museos y edificios públicos, dirigióse el rey al Círculo Científico Militar, en donde los oficiales del regimiento de infantería número 38, del que es coronel honorario, le obsequiaron con un almuerzo. Por la tarde recorrieron los pintorescos alrededores de la ciudad, visitando la mezquita Turkenkapelle y el Svab Flagy, desde donde se domina un hermoso panorama, y asistieron luego al gran banquete de gala que se dió en el salón de María Teresa y que fué una fiesta espléndida. Al final de la comida brindaron en los más afectuosos términos el emperador Francisco José y el rey Alfonso XIII. Por la noche concurrieron á una suntuosa fiesta que en su palacio, uno de los más hermosos de Budapest, había dispuesto en honor suyo el gran magnate húngaro conde de Karatsonyi.

El día 3 salieron los reyes de Budapest en dirección á Viena. La despedida fué tan entusiasta y cariñosa como el recibimiento; á la estación acudieron el emperador, la familia imperial, los ministros, y numerosas comisiones militares y otros elementos oficiales que al ponerse en marcha el tren prorrumpieron en vivas á los reyes de España.—R.



Los reyes de España en Budapest.—El emperador Francisco José y el rey Alfonso XIII á la salida de la estación. (Fotografía de Trampus.)



FIGURA ALEGÓRICA DEL MONUMENTO DEDICADO AL GENERAL GARIBALDI
erigido en la República Argentina, obra de Agustín Querol



PATRIA, FIGURA ALEGÓRICA QUE CORONA EL MONUMENTO DE «LOS SITIOS» QUE SE ERIGE EN ZARAGOZA,
obra de Agustín Querol

UN MONUMENTO FRANCÉS EN ALSACIA-LORENA

El domingo, día 4 de los corrientes, inauguróse con gran pompa en Noiseville el monumento que adjunto reproducimos,



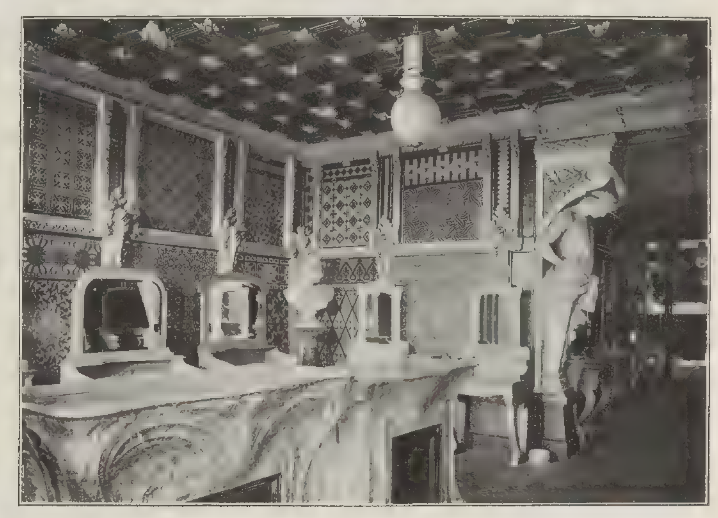
Noiseville (Alsacia-Lorena).—Monumento á la memoria de los soldados franceses muertos en la guerra de 1870-71, obra de Hannaux, inaugurado el día 4 de los corrientes. (De fotografía de Felipe Hutin.)

dedicado á los soldados franceses muertos durante la guerra de 1870-71. El emperador Guillermo II ha consentido en la erección del monumento, no queriendo ver en él el carácter de protesta contra la anexión que acaso en el fondo tiene, sino tan sólo una manifestación piadosa en honor de los que perecieron heroicamente en defensa de su patria.

A la ceremonia de la inauguración concurrieron numerosas delegaciones de veteranos franceses, una comisión de los oficiales de la guarnición de Metz, presidida por el gobernador, general Arnim, los miembros del Comité provincial, los consejeros generales, los delegados de las municipalidades y multitud de sociedades de Metz, Thionville, Vallieres, Monssón, etcétera, con sus músicas. El público que la presenció no bajaría de 60.000 personas.

El monumento estaba rodeado de un círculo de banderas francesas y de otro de banderas alemanas, y junto á él pronunciaron sentidos discursos los Sres. Jean, iniciador de la obra; Wendel, diputado en el Reichstag; Niessen, secretario general del «Recuerdo francés,» y el alcalde de Noiseville. Después de los discursos colocóse delante del monumento la bandera de los combatientes de Gravelotte y depositáronse al pie del mismo innumerables coronas, entre ellas una de la guarnición alemana de Metz.

El escultor Hannaux ha sabido expresar por modo admirable el dolor francés, sin dar á su obra el menor carácter de provocación que pudiera herir los sentimientos del pueblo alemán: sobre sencillo pedestal, un hermoso grupo representa á Francia sosteniendo en sus brazos á un joven soldado moribundo y amparándolo entre los pliegues de la bandera francesa; al pie del pedestal, una bella efigie de mujer simboliza el recuerdo.



Barcelona.—Concurso de establecimientos y edificios públicos de 1908
Despacho de productos aplicables á la construcción de los Sres. Butsems y Fradera, que ha obtenido un premio extraordinario. (De fotografía de Brangulí.)

BARCELONA

EDIFICIOS PREMIADOS EN EL CONCURSO DE 1908

En el concurso de establecimientos y edificios urbanos de este año merecieron el premio ordinario la oficina de farmacia del Dr. Baltasar Doménech, instalada en la Ronda de San Pablo, y uno extraordinario el despacho que en la calle de Pelayo tienen los fabricantes de productos aplicables á la construcción Sres. Butsems y Fradera. Los arquitectos directores de las obras y del decorado de esos dos establecimientos han sido D. Roberto Juan Torner y D. Augusto Font respectivamente.

La ceremonia de la entrega oficial de los premios por el Ayuntamiento se ha efectuado hace pocos días, y á ella han concurrido varias autoridades, representantes de corporaciones y muchas personalidades distinguidas, habiéndose pronunciado expresivos discursos encomiásticos para los premiados, que con su desinterés han contribuído al embellecimiento de la ciudad, para los arquitectos que tan bien han sabido secundar sus loables iniciativas y para el Ayuntamiento que con esos concursos realiza una obra de cultura y de estímulo á los industriales, obra á la cual Barcelona debe muchas de sus más bellas y artísticas edificaciones.



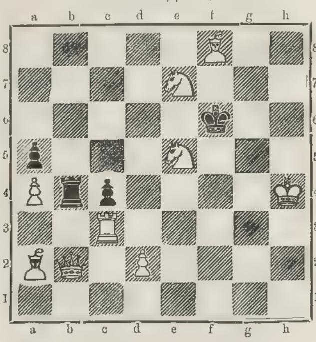
Barcelona.—Concurso de establecimientos y edificios públicos de 1908
Oficina de farmacia del Dr. D. Baltasar Doménech que ha obtenido el premio ordinario. (Fotografía de Brangulí.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 508, POR V. MARÍN

Mención honorífica en el Concurso «Armeeblatt» 1905

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 507, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ce7-d5	1. Cualquiera.
2. A, T ó C mate.	

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(continuación)

Para él, Maquiavelo era el apóstol del esfuerzo aplicado en el momento oportuno; empleado demasiado pronto ó demasiado tarde, el efecto no se produce. Y en esto pensaba precisamente aquella tarde.

«O no intervengo en ese asunto—pensó—y en tal caso quizás la solución sea aún más favorable, ó intervengo en él inmediatamente con energía y eficacia, según la frase de Rosebery. Mi carácter, sin embargo, no me permite asistir á la batalla cruzado de brazos, aparte de que he comenzado ya á intervenir.»

Por un momento estuvo rumiando toda la conversación sostenida con Pedro, conversación que, salvo alguna palabra desdeñosa que hiciera reflexionar á Dervilly, más bien había excitado á éste á la lucha.

«Y sin embargo, toda la razón está de mi parte»—pensó.

Aquella idea hízole reir irónicamente, pues acostumbraba no dar crédito á la razón y sí únicamente á las circunstancias, punto de vista natural en un diplomático.

«Me he dejado llevar demasiado por mis recuerdos de infancia, ya que de no haberse tratado de un rival de colegio, jamás me habría rebajado á discutir. ¡Valiente cosa perder el tiempo en todas esas palabras inútiles!»

No obstante, por lo mismo que había evocado los recuerdos de la infancia, costóle algún esfuerzo serenarse: tan fuertemente subsiste en nosotros esa época de nuestra existencia. El alma de Fernando flotó al principio entre suaves remembranzas y se sintió inclinado á la dulzura, á una generosidad caballeresca; pero muy pronto su espíritu revivió otros momentos en los que dominara la lucha, las batallas deportivas, los cruceros en pequeños yates veleros sacudidos por formidables tempestades, su amistad con los jóvenes lores, sus iguales, y la noble sensación de una omnipotencia que no quiere obstáculos...

Al llegar á ese punto, Pedro se le apareció como el pobre diablo que se arroja debajo de las ruedas de un coche, y ya no tuvo piedad de él; la excitación envidiosa pudo más que el sentimiento de lo absurdo de una situación semejante.

«¿Qué le habrá dicho Juana?»—pensó.

Miró á la joven y vió que jugaba sencillamente, pero que sus ojos se encontraban de cuando en cuando con los de Pedro y cambiaban una sonrisa que no podían dominar. Pasó luego revista á los semblantes de los espectadores, y al fijarse en el de miss Esther Lavisham, que, sumida en una especie de admiración extática, seguía todos los movimientos de Dervilly, no pudo menos de decirse para sus adentros: «Esa infeliz cree que son para ella las sonrisas de Pedro; también es de la especie de los que viven de ilusiones y que por nada se exasperan...»

La joven inglesa era la décima hija de un rector cuyos emolumentos no despreciables estaban destinados, conforme al sistema británico, á satisfacer una necesidad excesiva de comodidades. Ninguna de sus hijas podía esperar dote, y todas corrían por el mundo á caza de un marido. Esther, perfectamente educada, honrada y virtuosa, pero abandonada á sí misma, no sentía los escrúpulos de las herederas encerradas entre cuatro paredes, y la posición que ocupaba cerca de Juana nada tenía de servil. La señora de Veraines, dando por hecho el matrimonio con lord Beverley, había querido que Juana tuviese siempre á su lado una inglesa distinguida, y miss Esther estaba encantada de ocupar en una sociedad elegante aquel cargo por el cual no percibía sueldo, pero que le valía muchos regalos. Candorosa en demasía, había creído que eran para ella las asiduidades de Pedro, quien, por otra parte, la trataba con gran amabilidad, y aquella creencia fué la llama que incendió su corazón inflamable. Su matrimonio con el joven ingeniero francés parecióle el ideal, y en ello no se mostraba presuntuosa, porque aceptaba un marido pobre al cual aportaba en dote una belleza espléndida y excelentes intenciones. Juana no ignoraba las inclinaciones de Esther, y en cierto modo sentíase despechada, porque la inglesa relataba anécdotas en las que parecía que Pedro se mostraba sensible á sus encantos.



—¡Qué imprudencia, querida Juana!, exclamó estrechándola sobre su pecho

Terminada la partida de *tennis*, los jugadores se agruparon en torno del almirante, y juntos se pusieron á pasear mientras iba cayendo la tarde. Por doquier, en los céspedes, en los árboles, flotaba la languidez de un sol rojizo, de un cielo que parecía, ante la proximidad de la noche, llenarse de un vapor violado. Jacobo Carlos saboreó el placer de aquel crepúsculo en medio del drama de existencias jóvenes que ignoraban su propio misterio, y vió claramente la pena de Dervilly, la inquietud de Juana, la quimera de Esther, la firmeza de Margarita y el cálculo de Fernando. Si se hubiese tratado de otros personajes, no habría intentado intervenir en tales asuntos, sabiendo, como sabía, cuán inútiles son las previsiones humanas, y que la cuestión de la felicidad ó de la desdicha no depende de la sabiduría de un pobre filósofo. Ya que al fin y al cabo hemos de representar la pequeña comedia que denominamos nuestro destino, ¡qué más daba una intriga que otra! Que la suerte decidiera. Pero Jacobo Carlos miraba á Pedro Dervilly como hijo propio y quería evitarle una de las peores derrotas que en este mundo pueden sufrirse; y en cuanto á Fernando, no representaba á los ojos del marino más que una personalidad y una moralidad mediocres.

«No dudo de que puede hacer la felicidad de una ú otra de esas pobres muchachas, pero esa felicidad no depende de él. La elección de Margarita no es sino una afición de joven por una existencia brillante; Juana, si aceptase al inglés, no haría más que resignarse á las circunstancias, y el diablo no dejaría de aprovecharse de esa resignación.»

Su aspecto preocupado llamó la atención de Margarita.

—¿Se atrevería usted á decirme en qué está usted pensando, querido tío?, preguntóle riendo.

—Pienso, respondió el almirante, que era tan pronto como ella á la réplica, que los niños que piden la luna se hallarían muy perplejos si se la diesen.

—Hay luna y luna, replicó Margarita con cierto tonillo de cólera. La que yo quiero no dista de nosotros ochenta mil leguas.

—Y pienso además, añadió el marino, que me gustaría que Pedro regresase á París después de comer, porque he resuelto quedarme aquí esta noche y tengo un trabajo urgente que mi buen amigo podría ejecutar.

Pedro se ruborizó.

—No hay más que el expreso de las once, dijo, y aun es preciso tomarlo en X.

Beverley, que había oído aquellas palabras, dijo con aire de amable indiferencia:

—Si es que con ello puedo serle útil, pongo gustoso mi automóvil á la disposición de Pedro.

El almirante le miró sorprendido, y Fernando añadió:

—Por desgracia no tengo á mi mecánico.

—No importa, respondió el marino; Pedro es un *chauffeur* de primer orden, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Agradezco tu ofrecimiento, Fernando; pero ¿dónde dejaré el automóvil?

—Puedes dejarlo en cualquier *garage*... Y si no, guárdalo todo el tiempo que quieras, porque tengo otros dos casi tan buenos como ese.

—Qué, ¿aceptas?, preguntó el almirante.

Pedro, cuyo semblante veló por un momento una imperceptible tristeza, miró á Juana, y viendo que tenía los ojos bajos, fijos en el césped, respondió:

—Acepto.

—Podrías partir antes de las nueve, cuanto más pronto mejor. Te daré algunas instrucciones.

El almirante hablaba en tono paternal, cariñoso, y Pedro, comprendiendo su intención, se resignó, aunque preguntándose si tendría la respuesta de Juana antes de marcharse. Todos le observaban, Juana pálida, Esther encarnada y Beverley sonriendo fríamente.

Pedro paseóse tristemente antes de la comida. Sabía demasiado cuánto le quería el almirante para tener la seguridad de que aquel hombre excelente creía hacerle un gran bien contrariando sus deseos; pero al fin y al cabo estaba enamorado y hubiera preferido que su amigo no hubiese abusado de una confidencia para hacerle imposible toda lucha.

«¿He hecho mal en confesárselo? ¿Habré de esconderme de él en lo sucesivo?»

Estas preguntas resultaban, sin embargo, ociosas desde el momento en que partía tan repentinamente que Juana no tendría tiempo para preparar su respuesta. Y ¿cuándo volvería él á la quinta? ¿Acaso su padrino no pondría de su parte todos los medios para impedir una nueva entrevista con la joven? ¿La vería siquiera otra vez? Aparte del almirante, no existía otro lazo de unión entre él y los Veraines.

«¡Ah, cuánto diera por conocer su respuesta! ¡Si á lo menos estuviese seguro de que Juana consiente en esperarme! ¡Pero trabajar sin saber á qué atenerme y con un rival tan formidable como Beverley! Fernando, no sólo no se ve contrariado, sino que cuenta con la complicidad de todos; verá á Juana diariamente y Juana me olvidará.»

A pesar de estas palabras que pronunciaba, en cierto modo para conjurar la adversidad, guardaba en el fondo de su corazón cierta esperanza, comprendiendo que la simpatía de Juana por él era innegable y que la joven no parecía en modo alguno un alma frívola. Desgraciadamente Juana consideraba como un deber ceder á los deseos de sus padres, y tenía puesta toda su confianza en la señora de Veraines, cuyo sueño dorado era el matrimonio con Beverley. Y era contrariedad grande tener por enemiga á la segunda esposa de José Veraines, á la que el almirante consideraba con razón dotada de un poder invencible.

En esas alternativas de esperanza y de temor, Pedro representaba exactamente lo que el amor hace de un espíritu privilegiado, no pensando casi en el único gran obstáculo que el almirante y la misma Juana le habían indicado, es decir, la falta de una fortuna ó de una notoriedad suficiente para compensar la fortuna colosal de la joven, mirando sólo al presente y no reflexionando en el apuro en que se vería al día siguiente del en que los señores de Veraines, después de haberse dignado escucharle, le repetirían las palabras de Jacobo Carlos sobre la imposibilidad manifiesta de un matrimonio entre un modesto sabio sin un céntimo y una de las más brillantes herederas de Francia.

En cambio Beverley pensaba en ello afanosamente. La tontería de Pedro le horripilaba cada vez más, y mientras, en su cuarto, se quitaba el traje de *tennis*, meditaba acerca de la mejor manera de poner en planta el proyecto que había concebido. Poco á poco sus ideas fueron haciéndose lúcidas, y sentado delante de su mesa púsose á escribir varias cartas, después de lo cual salió y se dirigió á las caballerizas, evitando el encuentro con los grupos de los que estaban conversando.

Beverley, á fuer de aristócrata inglés, era muy aficionado á los buenos caballos, así es que á nadie extrañó que recorriese las plazas en donde estaban los animales de más precio, enterándose de la genealogía de algunos de ellos y criticando ó alabando sus formas. Después preguntó incidentalmente por Luis, su criado canadiense, y le dijeron que estaba en una gran pieza situada detrás de las cocheras, en donde los cocheros y los palafreneros solían reunirse. Allí se hallaba efectivamente Luis jugando á cartas con Corentino, y dos botellas puestas encima de la mesa explicaban la animación y la rubicundez de sus semblantes.

Corentino, así que vió á lord Beverley, quiso retirarse discretamente, pero el joven díjole que no se moviese y llamó aparte á Luis, no sin haber cuidado antes de encargarle en alta voz que preparase el automóvil para Pedro.

—Que los faroles estén encendidos... El Sr. Dervilly lo tomará para regresar á París.

—Milord puede estar tranquilo, pero milord no ignora que ha dado licencia á Augusto.

—El Sr. Dervilly guiará él mismo.

—Está bien, milord, voy á sacar el carruaje para limpiarlo un poco; pero milord sabe que yo no entiendo de automóviles y que no puedo responder del mecanismo.

—Yo respondo por tí... Pero de todos modos, voy á dar un vistazo á los engrasadores.

Examinó cuidadosamente las piezas principales, y después de cerciorarse de que los acumuladores funcionaban bien, dijo con aire indiferente:

—Qué, ¿no te separas nunca de Corentino?

—Milord puede creerme; Corentino tiene buenas cualidades, pero yo no apruebo que prefiera el ron al whisky con soda. Con ello demuestra tener un gusto detestable.

Beverley se sonrió. El canadiense era un antiguo criado de su padre y gozaba de ciertos privilegios; el joven lord no habría consentido á ningún otro de sus servidores que delante de él hablase de la excelencia de una bebida alcohólica.

—Siempre serás el mismo, pobre Luis, y algún día el whisky te jugará una mala pasada.

—Milord sabe que no bebo más que del bueno.

—Bueno ó malo, te estás poniendo el hígado en compota.

—Lo que hace bien no puede hacer daño, milord, respondió Luis riéndose con aplomo. ¡Ah, si fuese ron, como ese pobre diablo de Corentino!

—No le incites á beber, dijo seriamente Beverley, en quien reapareció de pronto el moralizador popular que todo inglés lleva dentro de sí.

—El señor puede tener la seguridad de que no necesito incitarle, pues basta colocar la botella sobre la mesa.

—Bueno; pues no la coloques.

El canadiense miró á su amo bondadosamente; le había visto nacer y le quería con toda su alma.

—Corentino, dijo, es hombre para ir á buscarla si otro no la coloca.

Fernando se echó á reir, lo que llenó de contento al criado; pero el joven lord, que no había ido allí para divertirse, le preguntó:

—¿Crees á Corentino capaz de hacerte un favor sin importancia, pero en secreto?

—No sería menester para ello otra cosa que hacer le beber un trago más.

—¿Es él quien arregla el cuarto del almirante?

El señor almirante no quiere que nadie sino él toque su neceser de tocador y sobre todo sus navajas.

—¿Y el cuarto del almirante está lejos del de la señorita Juana?

—No lo sé, milord; pero de todos modos, para llegar á la habitación del almirante, que está en el ángulo derecho del castillo, hay que pasar por delante de la de la señorita Juana.

Beverley titubeó un momento antes de confiarse á Luis, pero aquella vacilación fué muy corta; podía contar en absoluto con la discreción del canadiense, á quien nadie arrancaría un secreto concerniente á su amo, ni aun sometiéndole á la tortura.

Las bromas más ó menos pesadas eran el flaco de los Veraines, y algunas habían estado á punto de llevar á sus autores ante los tribunales. Como acontece en toda reunión numerosa de gente joven, llegaba á perderse la noción de lo que puede y de lo que no puede hacerse, contribuyendo no poco á ello la emulación. Beverley, como los otros, había pagado su tributo á esa locura en calidad de organizador y de víctima, y los criados, cuya complicidad era con frecuencia necesaria, se reían con sus amos de las burlas que habían salido mejor. Por otra parte, la buena educación de toda aquella sociedad salvaba casi siempre lo que pudiera haber de peligroso en tales desahogos de gente joven. De suerte que la palabra bromazo era una palabra mágica merced á la cual se lograba positivamente el silencio y el misterio; por lo mismo, Corentino se callaría al igual que Luis, con tal que la intriga no fuese contra su amo ni contra Pedro.

—Convendría que Corentino entregase esta carta á la señorita Esther; pero no es necesario que le digas que yo te la he dado.

—Milord puede estar tranquilo.

—No te entretengas en la cocina después de comer; ven aquí, pues quizás te necesitaré.

—Está bien, milord.

Beverley salió de las caballerizas. Desde que había entrado resueltamente en las vías de acción, sentíase calmado; su maquinación parecióle de aquellas que forzosamente han de salir bien, y además, había adoptado las debidas precauciones para que no tuviese consecuencias graves y pareciese una simple broma de buen género, en el caso de que se descubriese prematuramente.

«Lo cual es poco probable—pensó,—porque todos los actores tendrán interés en callarse.»

Satisfecho de haber fundado sus previsiones sobre la sólida base del amor propio y del orgullo, púsose á pensar seriamente en los efectos de su plan.

«Para conseguir una eficacia absoluta, sería menester que Juana supiese de un modo cierto lo que ocurre... Este punto no puedo confiarlo á la casualidad; pero desgraciadamente aquí empieza el peligro, porque la explicación no sería posible más que avisando á muchas personas, y entonces pierdo el beneficio del secreto. Pedro queda comprometido, pero se rehabilita desde el día siguiente y tal vez con mayor gloria. Por muy fastidioso que sea, debo correr el riesgo de no avisar más que á Juana. Pedro regresa á París y no volverá en mucho tiempo; Esther se callará y Juana forzosamente habrá de ser discreta.»

Como buen diplomático, complacióse en su intriga, que quiso fuese sencilla, porque es propio de la diplomacia realizar las cosas más grandes con medios pequeños. La frase de Pascal sobre Cromwell es la divisa de esa carrera, pero no se deja que el grano de arena venga, sino que se le crea. Pedro no sabría jamás lo que había precipitado su desgracia.

«Acaso Juana sienta cierto desprecio hacia Esther, pero no la interrogará, y la inglesita es demasiado inglesa y está demasiado segura de su virtud para no reconquistar la estimación de Juana. De modo que, en realidad, á nadie perjudico y salvo una situación que, al prolongarse, molestaba á todo el mundo.»

Satisfecho de esos argumentos, no tardó en reaparecer, después de haber dado un rodeo, entre los grupos que conversaban mientras esperaban la comida. Sentía en su espíritu una tranquilidad definitiva, cuando oyó, cerca de su oído, la voz del almirante que le decía:

—¿No te parece que esta velada es deliciosa, respira apacibilidad y evoca la pureza del alma? ¿No es realmente sensible pensar que existen tantas inquietudes inútiles en el corazón y en la mente de los hombres, cuando éstos, durante la mayor parte del tiempo, no debieran hacer otra cosa que abandonarse á la buena naturaleza?..

Beverley se estremeció, pero luego replicó en tono altanero:

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir, contestó con voz dura Jacobo Carlos, que no detesto una hermosa tempestad, pero que me aterran las corrientes insidiosas y los escollos.

Fernando vaciló un momento, durante el cual su mirada se cruzó con la del marino; pero sin duda pensó que era indigno de él demostrar que las palabras del almirante le impresionaban y descubrir su secreto. Así es que, dulcificando la expresión de sus ojos, dijo con flema imperturbable:

—Las comparaciones marítimas son imponentes, pero tienen el defecto de ser de aplicación demasiado general. Como todos los anglo sajones, soy algo duro de entendimiento para las frases ingeniosas; no se complazca usted en impacientarme y explíqueme el sentido de sus figuras retóricas.

El almirante, bondadoso y prudente, era hombre de poca paciencia; así es que se disponía á lanzar alguna diatriba, cuando pensó en la inutilidad de su enfado, desde el momento en que sacaba á Dervilly del avispero.

—¡Por Dios!, dijo con acento burlón, ¿por qué supones que mis palabras tenían un doble sentido? La serenidad del cielo y de la tierra me incita á compadecer las vanas intrigas de los humanos. Un hombre como tú y un hombre como yo, sabemos que la mejor política del mundo se ha basado en la inercia; la acción rápida y violenta pudo convenir á las pequeñas repúblicas italianas, pero ha llegado á ser indigna de las grandes naciones... No te asombres viéndome filosofar, pues soy un viejo razonador, un metafísico impenitente.

—Le aseguro á usted que sus palabras me interesan en extremo, replicó socarronamente lord Beverley; mas no veo que una ofensiva rápida haya dejado de ser el medio por excelencia de resolver las cuestiones litigiosas.

—Reconocerás, sin embargo, que el gran principio consiste en contar más con las torpezas del enemigo que con el genio propio... Las más de las veces el que ataca se compromete inútilmente. ¿Qué dirías de un general que se creyera obligado á tomar por la fuerza una posición que el enemigo se dispone á abandonar?

Al oir esto, Beverley prestó atención, ya que el aviso del almirante era demasiado claro para que él lo rechazara sin más ni más; y Jacobo Carlos, comprendiendo que había conseguido el efecto deseado, no insistió y se puso á hablar de cosas indiferentes, pues era hombre que dejaba que los acontecimientos siguieran su curso, cuando había hecho lo que creía necesario para evitarlos.

Beverley se separó de él sumamente perplejo, pensando que el marino podía luchar en buenas condiciones con él; pero después de reflexionar que en su maquinación no había nada que la acción del almirante pudiese dificultar, se dijo:

«Seguramente no se enterará nunca, y por consiguiente, ¿qué importa?»

El mal estaba en que estas palabras indicaban cierta indecisión, porque la vigorosa inteligencia de Jacobo Carlos influía en Fernando, á pesar suyo, y el joven lord temía que semejante adversario se volviera en contra de él. Al fin en su alma franco sajona el amor á la acción se sobrepuso á todo otro sentimiento, y encogiéndose de hombros, aceptó la perspectiva de la lucha.

«He de ganar de todas maneras—pensó,—y prefiero ganar de prisa y bien.»

VII

La comida fué aún más animada que el almuerzo, dejándose sentir en ella los efectos de un día pasado al aire libre en la comunión íntima de recuerdos familiares. El Sr. de Veraines se tranquilizó; Rodolfo, con sus incomparables dotes de elocuencia, se atrajo en varias ocasiones la atención de todos y el almirante entretuvo con sus dichos á la señora de Veraines, que estaba sentada á su lado. Sin embargo, el marino, en el fondo, no estaba contento, pues en medio de aquella sociedad brillante le inspiraba lástima el rostro contristado de Pedro. ¡Con qué placer hubiera querido poder ayudarle á conquistar la mano de Juana, tan digna de él! Su corazón luchaba con su entendimiento, en la sensación poderosa de su afecto al hijo de su mejor amigo y en el convencimiento de la inutilidad de toda lucha. Por otra parte, el estado de su ánimo dejóse traslucir en algunas réplicas á su hermano Rodolfo. Así, habiendo éste hablado con cierto orgullo de un trabajo de Beverley sobre el repartimiento del Africa, el almirante dijo con gran tranquilidad:

—He leído el comienzo de ese trabajo en la *Contemporany Review* y felicito de todo corazón á Fernando por haberlo acometido.

—¿Sólo por haberlo acometido?, preguntó con viveza Rodolfo, que era en extremo sensible á la menor crítica formulada sobre su hijo adoptivo.

—¡Te parece poco! ¿O crees que debo perjudicar con mayores elogios á un hombre que por su fortuna está expuesto á la corrupción terrible de las falsas alabanzas? No soy un tío de cartón, y si Fernando me preguntase mi opinión sobre el fondo de su artículo, se la daría terrible, pero sincera.

—Me da usted miedo, tío, gritó Beverley desde el otro extremo de la mesa.

—No te doy miedo, y es lástima.

—Tienes razón, dijo Rodolfo, que admiraba el vigor intelectual de su hermano; Fernando no podría menos de salir ganando si te tuviese miedo.

Una sonrisa de orgullo animó el semblante del señor Veraines, padre, quien miró á su primogénito con afecto respetuoso.

—Jacobo Carlos, dijo, ha sido siempre para nos otros una especie de razón dominadora, mal comprendida, que nos seducía y nos irritaba al mismo tiempo. Cuando tenía diez y ocho años, su madre le interrogaba como á un oráculo; era tan autoritario, como Rodolfo bondadoso y acomodaticio, y miren lo que son las cosas, hoy los papeles parecen invertidos, pues mientras Rodolfo brilla por su actividad y sus iniciativas, Jacobo Carlos es un filósofo determinista que más bien observa el juego de las pasiones que trata de dirigirlas.

—Ciertamente, dijo riendo el almirante, pero algún día puede cambiar todo esto, y entonces, ¡cuidado con la caja!

Estas palabras alarmaron á la señora de Veraines, que se inquietaba muy fácilmente siempre que se trataba del terrible primogénito; pero habiendo reanudado su coloquio con él, le vió tan afable que se tranquilizó.

Pedro, por su parte, había seguido con interés vivísimo el pequeño incidente contra Beverley, y creyó ver en la actitud del almirante cierta hostilidad. Por añadidura, aunque Juana había sido colocada muy lejos de él, tuvo en su vecina, Margarita de Blemont, la más amable oyente; y tan bien supo ésta estimularle, que en un momento dado fué haciéndose poco á poco el silencio en el comedor, y todos los comensales escucharon á Pedro discurrir sobre el vasto tema de la pérdida de la energía universal, pérdida traicionera en la cual ven los sabios el fin del mundo, en otro tiempo anunciado por los profetas. Aquella inteligencia joven y vigorosa se complació en poner al alcance de las inteligencias mundanas cuestión tan formidable, y al terminar su discurso resonó un ligero murmullo de sorpresa y de admiración.

—¡Qué interesante es todo esto!, exclamó Juana.

—Querido Pedro, dijo el almirante en tono sarcástico, cualquiera diría que quieres dar celos á tu viejo amigo.

Beverley sintióse por un momento dominado por la cólera, y Rodolfo soportó sin estoicismo el triunfo del protegido de su hermano; mas nadie advirtió sus impresiones, salvo el marino y Margarita, que se divertía en grande.

Aquella joven traviesa se complacía haciendo resaltar las grandes condiciones de Dervilly, y si hubiese podido humillar directamente á Beverley, no habría dejado de hacerlo. Mas como no halló ocasión para ello, contentóse con mostrarse excesivamente coqueta con su vecino, y en este papel, que le sentaba á maravilla, estuvo radiante, con el rostro animado, los ojos brillantes y su magnífica cabellera rubia, que caía, como un ala, sobre su frente de soñadora.

Varias veces Beverley la miró, y Margarita se percató de ello perfectamente, aunque sin aparentarlo. El joven lord ignoraba probablemente la seducción que sobre él ejercía la joven, y su cabeza, ya que no su corazón, no se ocupaba más que de Juana. El sentimiento de su rivalidad con Pedro, que, al principio, revestía un carácter desdeñoso, exaltábase cada vez más, y de haber vivido juntos, el asunto habría terminado con un duelo, á pesar del horror británico que Fernando sentía por el desafío. A los postres, los dos jóvenes, excitados por la suave embriaguez de una comida copiosa, cruzaron sus miradas con expresión altiva; sus pechos vibraban con vigor guerrero; palpitaban sus narices y en su sangre hervía una vida ardiente.

A todo esto acercábase la hora de la partida de Pedro, y el almirante, fiel al papel que se había impuesto, la precipitó sugiriendo la idea de abreviar el servicio.

—Pedro ha de marcharse, y desearía que se fuese lo más pronto posible.

La señora de Veraines no se lo hizo decir dos veces, pues también ella deseaba la partida del joven y se proponía insistir cerca de su marido para que cuanto antes tuviese con Jacobo Carlos una explicación á propósito de Dervilly.

VIII

Así que se levantaron de la mesa, Pedro fué en busca del automóvil de Fernando, que estaba preparado cerca de las caballerizas; subió á él, comprobó que todo funcionaba con regularidad y se disponía á dar la vuelta al manubrio, cuando llegó casi sin aliento Esther Lavisham, envueltas la cara y la cabeza con un ligero chal.

—No he podido venir antes, dijo la inglesa, deslizando al mismo tiempo una carta en las manos de Pedro.

—Pero, señorita, ¿no puedo saber?..

—Es la respuesta, murmuró Esther ruborizándose y mirándole con ojos apasionados.

Y después de un momento de vacilación, durante el cual lanzó un suspiro, añadió:

—¿Será usted feliz?

La embriaguez repentina que se apoderó de Pedro hízole vacilar.

—¡Oh!, exclamó ardientemente. ¿Es verdad que me trae usted la inefable dicha que espero?.. Si fuese así, señorita, ¡cómo la bendeciría á usted!

Esther bajó los ojos pudorosamente, como quien oye un secreto que ha de ignorar, y murmuró:

—No me bendiga usted; ámeme un poco.

Pedro quiso seguir interrogándola, pero ella se escurrió desapareciendo en dirección á la casa, en el momento en que por una coincidencia, tal vez buscada, la sombra de Juana aparecía en la escalinata espléndidamente iluminada.

Pedro quedóse sorprendido, pues jamás habría podido pensar que Juana hiciese llegar á sus manos su respuesta en aquella forma, y aun sintió cierta inquietud, porque para tomar por confidente á la inglesa era preciso que Juana tuviese la certidumbre de no verse comprometida en lo porvenir, y esto implicaba una ruptura inmediata. Mas cuando hubo abierto la carta, el asombro le hizo estremecerse; el papel decía:

«Acepto; á media noche esté usted junto al Discóbolo, y en cuanto me vea usted salir de la casa, encamínese usted hacia la poterna de la carretera de Pontoise, en donde estará su automóvil; yo le seguiré de lejos.»

El billete no tenía firma y la escritura estaba visiblemente contrahecha, pero Pedro interpretó esto como una precaución adoptada por Juana; y aunque la palabra «acepto» le turbó por un instante, pues más parecía una contestación á una cita solicitada que una cita dada directamente, sus aprensiones no tardaron en disiparse; sentíase demasiado feliz y orgulloso de la prueba de amor que le ofrecían. Y ni siquiera le inquietaba pensar que Juana le seguiría hasta la poterna de la carretera de Pontoise, muy distante de la casa y en una soledad absoluta, y que luego tendría que volverse sola.

«Si así lo ha querido, sus razones tendrá para ello; lo más prudente es, pues, obedecerla sin reflexionar.»

Empuñó el volante, y el automóvil, ágil, silencioso, deslizóse suavemente por el camino y dió vuelta al césped. Pero al llegar cerca de la puerta, Dervilly vió á Corentino que le hacía señales para que se detuviese.

—¿No parte con usted el almirante, señorito Pedro?, le preguntó con cierta inquietud.

A Dervilly chocóle el tono de la pregunta, como chocan ciertas cosas, es decir, vagamente y más bien para guardar de ellas un recuerdo, que para ocuparnos de ellas desde luego.

—No, Corentino, respondió; no se ha hablado siquiera de esto.

—¿De modo que puedo todavía encontrar al almirante en la quinta?, preguntó el criado rascándose la cabeza.

—Ciertamente.

El marinero no se movía; cuando vió que Pedro se disponía á proseguir su camino, hizo ademán de detenerle nuevamente, pero luego se contuvo y contestó á la despedida del joven. El automóvil llegó á la puerta de salida y se lanzó por las carreteras perfectamente conocidas por Dervilly, que las recorrió á gran velocidad. En una población lejana renovó la esencia, y luego, temiendo una *panne*, quedóse en acecho en un bosquecillo apartado, esperando la hora de la cita, y llegada ésta, encaminóse lo más silenciosamente posible á la poterna de la carretera de Pontoise. Aquel sitio estaba enteramente desierto, pues la puertecita no daba directamente á la carretera, sino que para llegar á ésta había que pasar una ancha avenida sombreada por tilos. Pedro detuvo su automóvil, cubrió los faroles con dos trozos de tela, se acercó á la poterna, que estaba entreabierta, y se introdujo en el parque, por entre las ramas de cuyos árboles filtrábanse los rayos de la luna que había salido hacía tres horas. Al principio, mientras anduvo bajo los espesos grupos de árboles que crecían junto á las paredes de cerca, todo fué bien; pero muy pronto se encontró con un espacio despejado, en donde vibraban y repercutían los ruidos de la noche. Pedro, al llegar allí, se detuvo y se puso á escuchar; el viento agitaba primero las ramas altas y luego movía las inferiores, y cuando dejaba de soplar, un grito, un ladrido, turbaban el silencio. A veces ladraba toda la jauría del castillo, que había oído el ruido de un coche lejano, de algún transeunte, del mismo Pedro, cuya presencia había husmeado el olfato de los perros.

El joven tenía un miedo horrible de que alguien pudiera verle; y si la violencia de su amor le hacía esperar con alegría aquel encuentro, su razón, en cambio, protestaba contra la temeridad de Juana.

«Nunca hubiera creído tal cosa de ella, y de fijo que la ha impulsado á obrar así alguna grave circunstancia. Quizás quieren apresurar su matrimonio ó, lo que es más probable, habrán descubierto que yo era un estorbo para los proyectos de Fernando, en cual caso nuestra entrevista será la última en mucho tiempo.»

Había penetrado en un sendero sombrío, y apenas había dado cien pasos, una blancura rompió las tinieblas de la noche; era la quinta, sobre la cual derramaba la luna su luz como agua fosforescente. El corazón de Pedro latió con violencia, y sin duda á causa de las precauciones que adoptaba, sintió el joven la impresión envilecedora de que era un ladrón. Imaginóse la cólera indignada del señor ó de la señora de Veraines. ¿Qué les contestaría cuando le increpasen por su conducta? Pero aún más temía ver surgir al almirante, su gran amigo, reprochándole su proceder con sus palabras y con la expresión de su rostro; y fué tal su desfallecimiento y tan vivo su sentimiento del honor ante esa idea, que pensó en volverse atrás.

(Se continuará.)

EL TURISMO EN CARAVANA

Cuando los progresos del automovilismo y las facilidades de los trenes parecían haber desterrado en absoluto los antiguos sistemas de viaje, vuelve el turismo á resucitar los medios de locomoción que se creían para siempre desaparecidos, y en los países en donde abundan los verdaderos turistas circulan por las carreteras grandes vehículos que sirven á la vez de carruaje y de vivienda, que se detienen donde sus dueños quieren y contienen todos los elementos indispensables para pasar unas horas ó unos días en los lugares escogidos por los excursionistas.



Campamento de la «Clayesmore School» de Pangbourne (Inglaterra), en una de sus excursiones en caravana

En Inglaterra es en donde más se ha desarrollado este sistema de turismo, que los ingleses han bautizado con el nombre de «turismo en caravana.» En las excursiones de este modo efectuadas, al revés de lo que sucede en las realizadas en automóvil, en las cuales todo se supedita al afán de conseguir las mayores velocidades, se camina despacio y se disfruta de las bellezas de la naturaleza cómodamente y con tranquilidad; el excursionista no ha de preocuparse por su albergue, puesto que dondequiera que vaya lleva su casa consigo, ni por la comida, ya que dispone de cocina y de todos los enseres necesarios para guisar.

El turismo en caravana tiene fervientes adeptos en todas las clases sociales; así, cuando á un lado de la carretera se ve á un grupo ocupado en los distintos quehaceres domésticos, lo mismo puede tratarse de la familia de algún encopetado aristócrata ó de un millonario, que de un profesor con sus alumnos, ó de un grupo de artistas, ó de un modesto tendero.

Uno de los principales atractivos de estas caravanas es la independencia, la vida en plena naturaleza, con todos los placeres y los encantos que ésta ofrece y sin ninguna de las trabas de la existencia de hotel. Y no digamos las ventajas que tienen para el artista: sin los apremios del tiempo tasado, de la hora de salida del tren, de las comidas á horas reglamentarias, puede escoger los sitios que más le agraden y aprovechar los momentos en que más inspirado se sienta; y el fotógrafo aficionado tiene además la de poder realizar en seguida las manipulaciones propias del arte que cultiva, porque en el coche no falta casi nunca un rincón destinado á cámara obscura y laboratorio.



Turistas en caravana y vehículo en que efectúan su excursión



Lujoso vagón automóvil de turismo. Vista exterior

También los médicos miran con interés este nuevo deporte, y se comprende; los que predican los beneficios que al organismo humano reporta la vida al aire libre, han visto que uno de los medios más sencillos de proporcionar á los enfermos la cura del aire era el de las caravanas; y últimamente se han realizado gran número de excursiones de este género, en las cuales muchos tísicos han encontrado notable mejoría en sus dolencias.

Pero los que indudablemente pueden sacar más provecho del turismo en caravana son los profesores; esas excursiones pedagógicas, aparte del placer que proporcionan, son un poderoso elemento para la enseñanza, en su doble aspecto de instrucción y educación, ya que en tales expediciones los alumnos no sólo pueden aprender mejor las lecciones de cosas, sino que además, puestos en un medio ambiente propicio, su inteligencia, su corazón y su voluntad se asimilan más fácilmente los conocimientos útiles, los sentimientos elevados y los nobles impulsos. Aparte de esto, la necesidad de proveer por sí mismos á todas sus necesidades, desde la preparación de la comida hasta el arreglo de su *casa,* desenvuelve en ellos el espíritu de compañerismo, el sentimiento del orden y una porción de facultades y de aptitudes que en el curso de su existencia han de servirles admirablemente.

El director de la «Clayesmore Shool,» de Pangbourne, el Dr. Devine, fué el primero, hace ya muchos años, que comprendió el valor que esas excursiones podían tener para sus educandos; su ejemplo no tardó en ser imitado, y hoy las *vacaciones en caravana* son una institución arraigada en muchas escuelas de Inglaterra. Uno de nuestros grabados reproduce una escena del campamento de esa escuela, famosa por sus iniciativas y reformas pedagógicas.

La «Clayesmore School» efectúa una interesante excursión cada año, y se consideran muy dichosos los alumnos que, en premio de su aplicación y comportamiento durante el curso, han sido escogidos para formar parte de ella, y á los cuales se les instruye naturalmente de lo que han de llevar consigo y sobre todo de lo que no han de llevar, y se les dictan una porción de reglas como las siguientes: «No lleves reloj; el tiempo no se cuenta para nada en una excursión en caravana; disponte á compartir todo el trabajo del campamento, en donde hay que levantar tiendas, guisar, lavar, acondicionarlo todo; y todas estas cosas debes hacerlas, no ya con buena voluntad, sino además con gusto y alegremente.»

Estas reglas se aplican no sólo á los educandos de la «Clayesmore School,» sino también á todos cuantos toman parte en una excursión en caravana, pues en todas estas agrupaciones los quehaceres domésticos han de ser desempeñados en común ó alternativamente. Algunas veces, sin embargo, el director de la excursión es quien señala previamente á cada cual, según sus especiales aptitudes, los trabajos que habrá de realizar.

Las caravanas de turistas no se improvisan de cualquier modo, sino que, por el contrario, hay que prepararlas con tiempo, estudiando la agrupación de los excursionistas, el itinerario, la cuestión de los víveres y sobre todo la elección y el arreglo del carruaje. Este último punto es de capital importancia, pues de que se solucione bien ó mal puede depender el éxito de la expedición. La variedad de formas y de instalaciones adecuadas á esta clase de excursionismo pudo verse en el punto de reunión en donde, en la primavera última, se dieron cita todos los coches del Club de Caravanas de Londres, antes de que cada uno de ellos emprendiera la excursión proyectada. La condición esencial de estos vehículos es que pesen poco y sean de la mayor capacidad posible. En cuanto á las caballerías, se ha probado que son más convenientes los coches tirados por un caballo que los de dos, y que los animales acostumbrados al campo son preferibles á los de las ciudades. Respecto de la instalación interior, el ingenio tiene ancho campo para lucirse á fin de aprovechar para fines útiles los menores espacios; así se ve en la mayoría de esos vehículos que cada mueble sirve para dos ó tres objetos distintos, habiendo, por ejemplo, salas que se transforman fácilmente en dormitorios y en comedores con todos los muebles y enseres necesarios. Y en ninguno de ellos falta un sitio para las bicicletas, aparatos de mucha utilidad en esta clase de excursiones para reconocer el terreno en donde podrá instalarse el campamento y para ir, en caso de apuro, á la población más cercana en busca de provisiones ó de cualquier otra cosa que haga falta á los excursionistas.



Lujoso vagón automóvil de turismo. Vista interior

El verdadero turismo en caravana desdeña el vagón automóvil porque pesa demasiado, lo que le impide acampar en muchos lugares de suelo blando, y porque no pudiendo caminar sino por buenas carreteras, hace imposible disfrutar de los encantos de muchos rincones apartados de los grandes caminos. Esto no obstante, muchas familias de la alta sociedad prefieren el automóvil al carro, porque la rapidez de la marcha y las mayores comodidades de la instalación interior compensan, en su sentir, sobradamente las ventajas que los otros vehículos ofrecen.

De tal manera se ha desarrollado en Inglaterra la afición al turismo en caravana, que en Londres se ha constituído el club antes mencionado, que cuenta muchos adeptos y que, además de organizar excursiones entre sus socios, facilita toda clase de datos á los que deseen realizarlas por su cuenta ó quieran agregarse á las por él organizadas.

ENRIQUETA JASTROW.



Isla de Man (Inglaterra). Carrera automovilista del Tourist Trophy, organizada por el Automóvil-Club de la Gran Bretaña

Mr. Watson, vencedor de la carrera que recorrió 543 kilómetros y 150 metros en 6 horas, 43 minutos, 5 segundos. (De fotografía de Underwood y Underwood.)

El día 25 del próximo pasado, en la isla de Man (Inglaterra) efectuóse la carrera automovilista organizada por el Automóvil-Club de la Gran Bretaña y en la que se disputaba el clásico *Tourist Trophy*. Esta carrera, la más importante de cuantas en aquel país se celebran, está esclusivamente reservada á los automóviles de turismo y se corrió por primera vez en 1905.

El circuito de la isla de Man tiene una extensión de 60.350 metros, y la prueba efectuada consistía en recorrerlo nueve veces, lo que da un recorrido total de 543.150 metros.

Resultó vencedor Mr. Watson, que guiaba un automóvil Hutton y que hizo el recorrido en 6 horas, 43 minutos, 5 segundos, es decir, con una velocidad media de 80.856 metros por hora. Llegaron, con pocos minutos de diferencia, en segundo y tercer lugar los Sres. Lee Guinness y George, que iban en vehículos de la marca Darraq.

Imp. de Montaner y Simón

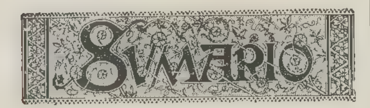
La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 19 de octubre de 1908 — Núm. 1.399

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DOMINGO DE RAMOS, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



DE BARCELONA.—CRONICAS FUGACES

Todos los años, poco más ó menos, se reproduce en Barcelona el viejo tema de las fiestas de la Merced. Sin haber tratado, en tiempo oportuno, de iniciarlas y prepararlas; cuando ya no es posible ingerir la correspondiente partida en el presupuesto municipal; cuando no queda ningún sobrante ni ningún capítulo por rebañar ó exprimir; cuando los días resultan contados incluso para una mala improvisación, entonces, de prisa y corriendo, se trata de hacer en dos semanas lo que se ha tenido olvidado durante doce meses y se anuncian unos festejos que no los sufriera iguales una población de 10.000 almas.

La cuestión de tales festejos se relaciona actualmente con la llamada «industria del viajero,» ó sea, con la atracción de gente de fuera de Barcelona que venga á pasar unos días en esta ciudad y deje en ella su tributo monetario. Este punto de vista es demasiado tentador é interesa demasiado á un sin fin de pequeñas industrias para que alguien se atreva á contrariarlo, aun bajo pretexto de una insuficiente preparación ó de un posible papel ridículo. Esto es lo que ha ocurrido últimamente. Nadie dejó de prever el fiasco, nadie tuvo osadía bastante para evitar que se consumase, nadie quiso cargar con la impopularidad que hubiera acompañado á tal ingerencia.

Sucede en Barcelona, á causa de su rápido crecimiento en los últimos treinta años, que no todo se ha desarrollado á la vez. Al ensanche material no siempre ha sucedido un ensanche del espíritu que guardase con el primero la debida proporción. Obsérvanse frecuentes supervivencias de los ideales que correspondían á la ciudad de antaño, y á los cuales la urbe moderna viene decididamente ancha. Acaso no hemos procurado dilucidar si esa forma de fiestas periódicas, y sobre todo, el tiempo elegido para celebrarlas, corresponden á las necesidades y gustos de nuestra edad, á la índole de la población y á los recursos que en aquéllas pueden racionalmente ser invertidos. Las costumbres no cambian tan sólo según los territorios; cambian según las épocas, y aun desaparecen ó se transforman y subdividen por no corresponder á las mil menudencias y causas favorables que las engendraron un día. ¿Quién nos dice que así como han ido desapareciendo los antiguos y fastuosos Carnavales, á pesar de todas las excitaciones de la prensa y de todos los recursos y artificios puestos en juego para resucitarlos; quién nos dice, repito, que las fiestas de la Merced no padezcan del mismo mal de interior decrepitud y no sea ya posible levantarlas de ella?

Nada existe en la actualidad que pueda vivir una vida propia y lozana sin la colaboración activa del espíritu popular, de la opinión pública. A la legua se conoce cuándo una institución nace de las entrañas del pueblo ó cuándo ha sido incubada artificialmente. La misma violencia, la misma dificultad, la misma penuria con que se lucha ahora para organizar cuatro festejos provincianos en septiembre, dicen lo bastante acerca de esa obra corrosiva del tiempo sobre las modas y las costumbres pasajeras. Acaso no se ha pensado tampoco, cuanto se debiera, acerca de la forma de atracción que deba y pueda ejercer Barcelona, dado su rango actual.

Desde luego cabe observar que es una ciudad productora, es decir, ocupadísima. Las ciudades ocupadas nunca serán las más á propósito para distraer á los ociosos, como el hombre trabajador y que tiene los minutos contados no puede atender á sus huéspedes con la holgura y afabilidad exigidas. La industria del viajero es además una industria supletoria, propia más bien de los países dormidos, quietos ó principalmente históricos. Barcelona—por la propia fuerza de su gravitación económica y por la intelectual que ya empieza á sentirse—ha atraído y seguirá atrayendo *habitantes,* mucho más que *viajeros.* Aquí se viene á residir y no á pasear; pero aun dentro de esta última corriente, lo que nuestra ciudad puede hacer exige carácter continuo antes que periódico. Decía muy bien un cronista, á este propósito, que tres ó cuatro teatros buenos y con buenas compañías, dos ó tres museos de verdadero interés, harán más por Barcelona y por sus hoteles y tiendas, que cuantas fiestas pueda proyectar por extraordinario.

Además, los atractivos de una capital como Barcelona deben nacer naturalmente de la exuberancia y esplendor de su propia vida civil, que florece hoy en grandes conciertos, mañana en exposiciones artísticas de excepcional importancia, el otro día en espectáculos de categoría superior ó en congresos y asambleas que afecten á todos los órdenes, aspectos é intereses de la civilización humana. Esas fiestas parciales, pero casi continuas, llegarán á suplir con gran ventaja las fiestas periódicas, pero sin contenido ni interés espiritual, fuera de la conmemoración religiosa, y que hacen indispensable un río de oro para dejar, á la postre, adornadas dos ó tres grandes vías, y á obscuras y sin barrer las otras nueve décimas partes de la ciudad...

Tal es el recuerdo y la impresión que me dejan las «fiestas» de este año, en las cuales palpitaba algo como un adiós, como una despedida entre una época y otra: entre la metrópoli que comienza, y la capital de provincia que se resiste á desaparecer definitivamente en el pasado.

* * *

El gran poeta de Cataluña Jacinto Verdaguer sufrió, al final de su vida, como otros insignes escritores —Lamartine, Balzac—la cruz de las deudas. Esas deudas han venido persiguiendo su memoria vinculada en los libros que constituyeron la biblioteca de trabajo del cisne de Folgarolas; y esos libros, embargados por sentencia judicial, fueron sacados últimamente á subasta pública, rematándose á favor del propio ejecutante, de quien los ha adquirido, en virtud de convenio, el *Institut d'Estudis Catalans.* Dicho Instituto, creado por la Diputación de Barcelona y subvencionado también por el Ayuntamiento, no abandona su propósito de organizar una gran biblioteca de Cataluña. Actualmente lleva adquirido, como primer núcleo, el más importante de cuantos podía apetecer en lo relativo á literatura catalana antigua: la colección formada por el insigne bibliófilo y poeta D. Mariano Aguiló y Fuster, compuesta de numerosos manuscritos de los siglos XIV y XV y casi de cuantos incunables é impresos catalanes anteriores á la pasada centuria han llegado á noticia de los curiosos, con más la parte mayor de lo publicado durante el actual renacimiento.

Los herederos del distinguido historiador D. Antonio Aulestia tuvieron la generosidad de ceder al Instituto los libros de la pertenencia de aquél; y ahora se añade á unos y otros la biblioteca de Verdaguer, salvada de la dispersión y la venta al menudeo.

Hace años, muchos años, que un amigo de quien esto escribe adquirió en un puesto de libros viejos de Madrid el ejemplar de la primera edición de *L'Atlántida* con la dedicatoria auténtica de Verdaguer al malogrado profesor y crítico D. Manuel de la Revilla. En este ejemplar leí por primera vez el poema famoso, doliéndome de la dispersión que habían experimentado los libros de Revilla, aunque muy lejos de pensar que la misma suerte amenazase algún día á los del propio Verdaguer. Por fortuna, el peligro no ha pasado de peligro; y una institución patriótica, entre las muchas que se disponían á hacer otro tanto, ha conseguido vincular perpetuamente, en beneficio de Cataluña, aquellas valiosas reliquias.

Los grandes poetas, los sumos artistas, ornamento de la humanidad, alcanzan raras veces aquella felicidad terrena que suele ser patrimonio de los obscuros y humildes. El genio es el más alto testimonio de la nobleza de nuestra especie; es el instrumento de sus más elevadas operaciones y como el intermediario entre lo eterno y lo caduco. En sus obras la conciencia humana se reconoce á sí misma y se expresa y perpetúa. Sin ellas no saldría del estado amorfo ó difuso y no se establecieran esa solidaridad, continuidad y perfección sucesiva que distingue al hombre, separándole del resto de la escala zoológica.

Pero al mismo tiempo, cierta ley de compensación desarrolla unas facultades á expensas de las otras, como para proclamar la imperfección de lo terreno, y hace que el genio se nutra muy á menudo de su propio dolor y viva á costa de la dicha. O gloriosos é infelices, ha dicho un exquisito paisano mío, ó dichosos y obscuros. Apenas hay manifestación del genio que no haya nacido de la adversidad. Aun sin ella, el talento superior de la poesía y del arte desequilibra á quien lo posee y le hace inhábil para la existencia reposada y normal. Como el simbólico *albatros* de Baudelaire, al abatir su vuelo sobre el navío, arrastra sus alas disformes y ridículas, anda torpemente y excita la burla soez de los marineros. Es sublime en la altura y grotesco á ras de tierra, para las muchedumbres que se codean con él. Como el pelícano de Musset, se abre las entrañas y dilacera su corazón para darlo en alimento á la prole humana, que cuanto más vivo y arrancado con mayor dolor, más sabroso encuentra el manjar de la poesía.

No pudo escapar Verdaguer á ese general infortunio de las existencias geniales; y lo ocurrido con sus libros es un rastro material de la conturbación de su vida y de los agobios y adversidades que le persiguieron, á modo de jauría de perros hambrientos, en sus últimos años; como si al poeta y al artista en la pura acepción de la palabra, no les fuese dado vivir en paz y tuviesen que revelar el espanto de los que vuelven del profundo reino de las sombras y han bordeado aquellas fronteras que separan confusamente la fantasía y el delirio.

* * *

Teatros y salas de conciertos han abierto de nuevo sus puertas y han dado comienzo á su campaña. Desde luego la música sale muy bien librada de estas audiciones de otoño en el magnífico Palacio de la Música del *Orfeó Catalá,* donde el maestro Lassalle y la orquesta del Sindicato Musical Barcelonés han desarrollado una brillante labor, tan sana para el deleite como para la educación artística del público. Inmediatamente les han sucedido los conciertos del insuperable violoncelista Pablo Casals y el pianista Bienvenido Socías, conciertos que han sido otros tantos triunfos.

Tenemos compañía catalana en Romea, en el Principal y en Novedades, y se anuncian no pocos estrenos con marcada tendencia de selección artística. Es posible que de la emulación nazca algún esfuerzo provechoso, si bien las «compañías,» como tales, han tenido que disgregar sus elementos, ya en conjunto no muy numerosos por la limitación en que vive forzosamente el teatro catalán. Trabaja en Eldorado la compañía Larra Balaguer, y el estreno más importante en lo que va de temporada á ella lo debemos.

Claro es que aludo á *Las de Caín,* nueva producción de los hermanos Quintero, en la cual, según observa con exactitud un cronista, parecen haber encontrado la fórmula del *vaudeville* castellano. Los simpáticos autores andaluces van abandonando el tipo de comedia semi-poética, algunas veces casi *larmoyante,* de sus primeros años, tendiendo principalmente ahora á «divertir.» Dentro de este designio su última obra deja muy poco que desear, y aun contiene tipos muy diestramente copiados y ambiente madrileño digno de una obra de arte en el sentido estricto. El espectador ríe durante los tres actos, y no obstante, al dejar el teatro y por poco aficionado que sea á las meditaciones, ese primer regocijo se trueca poco á poco en una impresión deprimente.

No nace, por cierto, esa impresión de lo que han puesto en la comedia los Quintero; es la estrechez económica, el agobio de una sociedad que no acaba nunca de resolver el problema de su alimentación, de su subsistencia, de su porvenir; es aquella misma voz que llora tras las páginas aparentemente caricaturales y burlescas de Taboada...

MIGUEL S. OLIVER.

EL RAMO DE MUGUETE (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá



Sentada en un banco de madera y de espaldas al pedestal de la estatua de Velleda, había una joven que bordaba en cañamazo...

Cuando yo era estudiante, hace ya de esto mucho tiempo, solía ir con frecuencia al jardín del Luxemburgo. Menos jardín á la inglesa que ahora, más bello en conjunto, no cortado por calles transversales y cuidado sin gran esmero, tenía entonces una porción de rincones llenos de sombra, de silencio y de soledad.

El Vivero, hoy desgraciadamente desaparecido, fué á menudo teatro de bellas intrigas y vió esbozarse gran número de efímeras uniones, y sus encantadores bosquecillos de lilas fueron con frecuencia testigos discretos del comienzo de amores primaverales.

La legendaria estatua de Velleda, colocada en el centro de la plazoleta, atraía la atención y evocaba el recuerdo de *Los Mártires* de Chateaubriand, cuya gloria literaria empezaba á palidecer; sin embargo, el melodioso autor de *Los Natchez* brillaba todavía con resplandores bastante vivos entre la juventud estudiosa, enamorada siempre de la poesía.

Deseoso de obtener mi diploma, trabajaba yo de firme y preparaba mi examen de licenciatura. Una hermosa mañana del mes de mayo, paseábame bajo las verdes frondas de los altos castaños, en dirección al Vivero, pensando melancólicamente en el gran número de bolas negras que el legendario profesor Watrin repartía con tanta profusión y asaz inquieto acerca del resultado de mi ciencia jurídica. Mi paseo tenía por objeto ver si podía variar el curso de mis pensamientos, impregnados de cierto sentimiento de tristeza.

Sentada en un banco de madera y de espaldas al pedestal de la estatua de Velleda, había una joven que bordaba en cañamazo: rubia, blanca, de cuello redondo y flexible y bien formado busto, parecióme hechicera con su lindo sombrero sencillísimo y adornado con un solo grupo de centauras. Su diminuta mano, de largos y afilados dedos, manejaba diestramente la aguja, y enteramente dedicada á su tarea, la hábil obrera no levantaba los ojos de su labor.

Encantado por aquella visión, quedéme inmóvil contemplando á la joven, y como ésta no sospechaba mi presencia, pude apreciar detenidamente la delicadeza de sus facciones y su aire de distinción innata. De pronto, una niña ramilletera, con la cesta llena de muguete florido, paróse delante de la desconocida y le pidió que le comprase un ramito.

La joven escogió uno, olióIo un momento, y después de haberlo fijado en el broche de su falda, registró su bolsillo buscando sin duda una moneda para pagarlo; pero no tardó en hacer un gesto de sorpresa, que denotaba claramente que había olvidado su portamonedas, y, como apesarada, devolvió á la niña el ramillete.

Al pasar la florista por delante de mí le compré el ramo de blancas y perfumadas campanillas, y cuando se hubo marchado, avancé con grandes precauciones para evitar que la arena crujiese bajo mis pisadas, y acercándome á la desconocida le arrojé las flores con tal acierto que fueron á caer en su falda.

Cuando volvió en sí de su sorpresa, ya estaba yo lo bastante lejos para que no pudiera reconocerme en el ángulo de una avenida por donde me escapaba como un ladrón.

Al día siguiente, á la misma hora, hallábame otra vez delante de la estatua de Velleda; como la víspera, trabajaba en el mismo sitio mi bella desconocida, que fijando sus ojos grandes, de un hermoso azul marino, dirigióme una sonrisa y con un ademán me dió las gracias, al mismo tiempo que me señalaba el ramito clavado en su cintura.

Creíme entonces autorizado á saludarla y trabamos conversación. Desde aquel momento fuimos los amigos mejores del mundo, y durante un año, una vez por semana á lo menos, teníamos la seguridad de encontrarnos al pie de la estatua de la druidesa.

Un día me anunció que al siguiente partiría para Saint Omer, de donde era oriunda su familia, para casarse con un buen muchacho de quien estaba enamorada y que la quería con toda su alma.

Cambiamos un último y cordial apretón de manos un tanto triste para los dos, y nunca más volví á oir hablar de ella.

Ayer fuí al Senado, atravesando los puentes, para ponerme de acuerdo con mi viejo compañero Couteaux, el nuevo senador por Vienne, acerca del día y de la hora de nuestra alegre comida mensual; y al salir del Palacio, en vista de que sonreía el sol en el horizonte enviando torrentes de luz sobre las cúpulas de verdura de los castaños en flor, un resto de antiguas costumbres hízome entrar en el jardín por la verja cercana á Fontainebleau y dirigirme al Observatorio.

Siempre vuelvo á ver con nuevo deleite las estatuas artísticamente alineadas en aquel soberbio parque; una de ellas, sobre todo, la de la Gran Demoiselle, la duquesa de Montpensier, tiene el don de cautivar en alto grado mi atención, y nunca me canso de admirar el maravilloso bruñido de su mármol, que imita perfectamente los tornasolados reflejos de una falda de muaré.

Absorto en la contemplación de aquella obra maestra, no había reparado en la presencia de una señora elegantísima que estaba sentada en un gran sillón de hierro, apoyado en el pedestal de Luisa de Orleáns. De pronto, nuestras miradas se encontraron, y de su choque surgió la chispa...

Alegre, sonriente, acercóse á mí la dama, y tendiéndome cordialmente la mano, me dijo con emoción que yo compartía:

—¡Qué feliz encuentro!.. Porque no me equivoco, ¿verdad?

—¿Usted en París?..

—¿Tanto he cambiado que no me ha reconocido usted en seguida?.. Bien es verdad que desde que por última vez nos vimos han nevado sobre mi cabeza las pálidas margaritas de los cementerios...

—Siempre será usted encantadora, le respondí con acento de sinceridad. ¡Ah! Confieso á usted que no esperaba encontrar á usted hoy en el Luxemburgo...

—Y pensando en usted, porque en usted pensaba.

—¿En mí?

—Sí, y en prueba de ello, permítame que le presente á mi hija Marcela y á mi futuro yerno, que en este momento llegan de comprar en las galerías del Odeón la última obra de usted.

Saludé á un alto y guapo mozo de rostro simpático y á una hermosa joven en el radiante esplendor de sus veinte años, que se inclinó ruborizándose.

—Hemos venido, me dijo, para un asunto importantísimo... ¡Figúrese usted! Se trata nada menos que de la adquisición del ajuar de novia....

—Deseo que toda suerte de felicidades les acompañen en su nuevo estado, dije dirigiéndome á los novios.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Societé des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—Tenga usted la seguridad de que los dos esperan, sin la menor duda, ser muy dichosos. ¿Quiere usted hacerme un gran favor?

—¿Que si quiero?..

—Pues bien: ofrezca usted á Marcela un ramito de muguete... He visto algunos muy frescos junto á la verja de entrada, en la cestita de la ramilletera... Soy por naturaleza algo supersticiosa y tengo el íntimo convencimiento de que ese ramillete, como el que un día me arrojó usted al pie de la estatua de Velleda, proporcionará dichas y satisfacciones á mi hija querida... Venga usted, añadió cogiéndome del brazo; iremos á comprarlo juntos.

Cuando ofrecí las flores á la venturosa desposada, díjome su madre sonriendo:

—También los años han dejado caer la nieve sobre la cabeza de usted, amigo mío. ¿Por qué, pues, no hacer valer el privilegio de la edad? ¡Vamos! Pida usted á la hija lo que nunca se atrevió usted á pedir á la madre...

—¿Un beso?

—¡Claro está!... Y siguiendo la excelente costumbre de su tierra de usted, Normandía, bésela tres veces en sus hermosas mejillas tan sonrosadas y tan frescas.

Ya supondrán mis lectores que no me hice repetir la invitación.





Sofía.—La Sobranié, Parlamento búlgaro. (De fotografía de Delius.)

LA CRISIS DE ORIENTE.—BULGARIA. SERVIA

Aunque en el número último dijimos algo de esta cuestión, los sucesos ocurridos en la región de los Balkanes tienen sobrada importancia para justificar que en el presente ampliemos el relato que entonces hicimos.

El príncipe Fernando, que hace poco celebró en Budapest una entrevista con el emperador Francisco José, entrevista en la cual se ultimaron sin duda los acuerdos de los actos trascendentalísimos realizados por Bulgaria y Austria, y que se hallaba en Bucarest, salió el día 4 de esta última ciudad en dirección á Giurgevo, en donde le esperaban sus ministros. Allí deliberaron unos y otros á bordo del yate *Krum* por espacio de tres horas, y el resultado de aquella deliberación fué la proclamación inmediata de la independencia y erección en reino del hasta entonces principado de Bulgaria, sometido á la soberanía turca.

A la madrugada siguiente llegó el príncipe á Tirnovo, la histórica capital de los soberanos búlgaros, y pocas horas después se le reunían su esposa la princesa Leonor y los jóvenes príncipes y princesas sus hijos, que habían salido de Sofía en tren especial.

La ciudad de Tirnovo había sido empavesada durante la noche, y en la población reinaba gran entusiasmo, que se tradujo en ovaciones sin cuento así que se supo que había sido proclamada la independencia del principado.

El acto de la proclamación y al mismo tiempo de la anexión de la Rumelia oriental á Bulgaria, se efectuó en la iglesia de los Cuarenta Mártires. El antes príncipe tomó el título de tsar de Bulgaria.

Inmediatamente después visitó Fernando I el monasterio de Preobrajenski y partió para Filipópoli, capital de la Rumelia oriental, entre las aclamaciones de la multitud. Antes de su partida telegrafió al sultán de Turquía manifestándole que se había visto obligado á obedecer los mandatos de su pueblo y expresando la esperanza de que subsistirían las relaciones amistosas entre ambos países.

Después de un viaje que bien puede calificarse de triunfal, entró el nuevo soberano en la capital de su reino, Sofía, el día 12 de los corrientes, siendo recibido por la población en masa con entusiasmo delirante.

De la impresión que el acto de Tirnovo produjo en Turquía y en las demás potencias, ya expusimos algo en el pasado número. El gobierno turco ha observado en tan críticas circunstancias una actitud prudente y digna, habiéndose limitado hasta ahora á protestar de la violación, en su sentir injustificada, del tratado de Berlín, y en confiar á las potencias signatarias de éste el restablecimiento del estado de derecho por el mismo creado. En cuanto á las demás naciones, no parece que hayan sentido muy intensamente el agravio sufrido por Turquía, ni la transgresión de las cláusulas de aquel tratado; la diplomacia se ha hecho cargo del asunto, y todo hace creer que con conferencia internacional ó sin ella, quedarán las cosas como están ahora, concediéndose, á lo sumo, á Turquía algunas compensaciones que de fijo serán de orden más bien moral que material.

Mas no se limita al acto de Bulgaria la actual crisis de los Balkanes; en efecto, dos días después de proclamada la independencia del reino búlgaro, el emperador Francisco José, en un rescripto publicado en el *Diario oficial* de Viena, declaraba la anexión al imperio austro húngaro de las provincias de Bosnia y Herzegovina y la evacuación del sanyak de Novi Bazar, territorios cuya pacificación y administración había sido confiada por el tratado de Berlín á Austria. Contra este acto ha formulado Turquía una protesta igual á la motivada por la independencia de Bulgaria.

La anexión de las citadas provincias, en cambio, ha causado un efecto desastroso en Servia, pues con ella se desvanece el sueño durante largo tiempo acariciado por los servios de reconstituir su gran patria con los territorios poblados con gentes de su raza. De aquí que en Belgrado, apenas se tuvo noticia de ella, promovióse gran excitación, se organizaron grandes manifestaciones de simpatía á Turquía, y el rey Pedro I, que debía partir para presenciar las maniobras de su ejército, suspendió su viaje.

Para que se comprenda el estado de la opinión en Servia, reproduciremos lo que decía uno de los más importantes diarios de Belgrado pocos días antes de que se realizase la anexión:

«No queremos creer que se prepare de un modo clandestino y contrario á las obligaciones internacionales y á las declaraciones solemnemente reiteradas, un acto que heriría mortalmente los sentimientos, los intereses y las esperanzas más sagrados de Servia y de los servios. Porque si nos viésemos de tal manera atacados, se apoderaría de nosotros la desesperación, y nuestras decisiones ulteriores podrían ser resultado de disposiciones al tomar las cuales no se tienen en cuenta los peligros ni se mide la magnitud del riesgo.»



Sofía.—Palacio del tsar Fernando I. (De fotografía de Delius.)

Desde el primer momento, el ministerio servio presentó la dimisión, siendo substituído por otro de defensa nacional, presidido por el Sr. Pachitch, jefe del partido radical. Inmediatamente se convocó la Skupchina, y después de elegirse una mesa compuesta de elementos radicales, los jefes de todos los partidos entregaron al gobierno una declaración en la que manifestaban que, haciendo abstracción de las diferencias que les separan, están dispuestos á darle apoyo unánime.

Las últimas noticias que se tienen de Belgrado en el momento en que escribimos estas líneas son de que el ministro de la Guerra ha pedido un crédito de 16 millones, que ha sido inmediatamente aprobado con el solo voto en contra de un diputado socialista.



El rey Pedro I de Servia. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El gobierno servio procede sin precipitaciones ni apasionamientos; pero en el pueblo no cesa la agitación, fomentada en gran parte por el mismo príncipe heredero, cuya actitud belicosa y cuyos fogosos discursos enardecen á la multitud, no faltando quien dice que los servios exigirán del rey Pedro I que abdique en favor de su hijo.

En Belgrado son muchos los que se alistan en la llamada «legión de la muerte,» diciendo que están dispuestos á marchar hacia la frontera austriaca.

Esta conducta de Servia y los preparativos militares que está haciendo han motivado una nota del gobierno austriaco al servio pidiéndole explicaciones, y aunque este último ha contestado que las medidas adoptadas no tienen en modo alguno un carácter agresivo, Austria, á su vez, se apercibe para cualquiera eventualidad. Los continuos incidentes que en la frontera servio austriaca ocurren, demuestran que el gabinete de Viena hace bien en prepararse, pues ya hemos dicho que la desesperación se ha apoderado de los servios, y un pueblo desesperado es capaz de realizar los actos más temerarios sin reparar en los peligros á que con ellos se expone.

Y por si algo faltaba para acabar de complicar la cuestión de Oriente, la isla de Creta ha sacudido también el yugo, más nominal que efectivo, de Turquía, y proclamado su anexión á Grecia. Así lo acordó el Parlamento cretense, en sesión de 7 de los corrientes, quedando en el acto establecida la autoridad griega en la isla, con gran contentamiento y entusiasmo de sus habitantes.

¿Terminará aquí el conflicto? ¿Querrá alguno de los demás Estados balkánicos, Montenegro, por ejemplo, aprovecharse de las circunstancias para obtener también su parte en el botín que, á costa de Turquía, se está repartiendo?

La conferencia que, según parece, se reunirá en breve y para la cual trabaja Rusia con tanto empeño, está llamada, como se ve, á discutir y resolver graves y trascendentales problemas que, por un momento han amenazado turbar la paz de Europa.

Todas las potencias no interesadas directamente irán á ella animadas de los mejores deseos, y como Turquía, que es la más perjudicada, ha adoptado una actitud de resignación, no es difícil que se encuentre una solución satisfactoria que asegure y garantice la nueva situación del territorio de los Balkanes.—R.

Artillería servia. (De fotografía de Delius.)



Música militar servia. (De fotografía de Delius.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN VIENA

No disponemos de espacio para relatar ni siquiera someramente la estancia de nuestros reyes en la capital de Austria, ni las excursiones efectuadas por D. Alfonso XIII á Dresde y á Leipzig. Diremos, pues, sólo lo más saliente de una y otras.

Llegados á Viena el día 3, fueron obsequiados por la noche con un banquete íntimo en el palacio del archiduque, en donde se hospedaron. El día 4 asistieron á una función de la Opera. El día 5 visitó D. Alfonso la ciudad de Dresde, siendo recibido por el rey de Sajonia, la familia real y elementos oficiales; revistó el regimiento de granaderos, visitó el palacio, y después del banquete de gala que se celebró en la regia residencia, asistió al teatro de la Opera, en donde se cantó la ópera *Acté*, del compositor catalán D. Juan Manén. El día 6 por la mañana concurrió á una cacería organizada en su honor en el castillo de Moritzberg, y por la tarde marchó á Leipzig, en donde revistó el regimiento de ulanos n.° 18, del que es coronel honorario. Aquella misma tarde regresó á Dresde y de allí á Viena, adonde llegó al día siguiente. El 7 visitó uno de los cuarteles de caballería, presenciando algunas maniobras, y el grandioso Arsenal, en el que hay instalados el Museo Militar, la Galería de las Glorias, iglesia, hospital, manufactura de armas y municiones, fundición de cañones y talleres para la construcción de armones y carros de artillería. Por la tarde asistieron Sus Majestades á una representación en el teatro de Hofburg, y terminada ésta á una cena en la embajada española. El día 8, después de haber visitado la Academia militar de Sandhurst, en donde estudió D. Alfonso XII, y el cuartel del tren militar, en donde está el servicio de automóviles de guerra, partieron los reyes para Habshurn (Hungría). En la magnífica finca que allí posee el archiduque Federico han permanecido cazando hasta el día 13; de lo que habrá sido la cacería puede formarse idea sabiendo que durante ella se han cobrado 12.000 piezas, de las que D. Alfonso XIII ha matado 2.000.

No hay que decir que los reyes de España han sido en todas partes acogidos con demostraciones de entusiasmo y simpatía, no sólo por los elementos oficiales, sino también por la masa del pueblo.



El rey D. Alfonso XIII en Viena.— S. M. en el cuartel del 1.er regimiento del tren
El mayor Wolf, jefe de la sección de automóviles de guerra, explica el uso de éstos al monarca español.
(De fotografía de Carlos Trampus.)

BERLIN

CONCURSO AEROSTÁTICO DE LA COPA GORDON-BENNET

El domingo, día 11 de los corrientes, efectuóse en Berlín el concurso en que se disputaba por tercera vez la tan codiciada copa Gordon-Bennet, que fué ganada en 1906 por los Estados Unidos y en 1907 por Alemania. En él han tomado parte 23 aeróstatos alemanes, franceses, belgas, ingleses, norteamericanos, italianos, españoles, suizos y austriacos. España hallábase representada por los globos *Valencia*, *Montañés* y *Castilla*, tripulados respectivamente por los señores Kindelán, Herrera y Salamanca. El segundo se desgarró durante el viaje aéreo, yendo á caer en Meistendorf, sin que afortunadamente sufriera el menor daño el aeronauta.

Durante la salida, ocurrió un accidente al globo norteamericano *Conqueror* que causó gran impresión en el público. Los tripulantes del aeróstato arrojaron demasiado lastre y el globo subió rápidamente á gran altura y se desgarró; la multitud vió cómo el *Conqueror* descendía con gran rapidez y previó una horrible catástrofe; pero por fortuna el aire penetró por la rasgadura del globo hinchándolo y convirtiéndolo en un paracaídas. Entonces el aparato bajó lentamente y los tripulantes saltaron á tierra sin novedad.

El triunfo ha sido para el globo inglés *Banshee*, tripulado por John Dunville y C. F. Pollock, que ha ido á parar á Hridding (Dinamarca), habiendo recorrido 425 kilómetros.—R.

Berlín.—Concurso aerostático de la Copa Gordón-Bennet. Vista general del lugar en donde se efectuó el concurso tomada poco antes de elevarse los globos. (De fotografía de Ed. Frankl.)

EL AEROPLANO WILBUR WRIGHT

El día 9 de los corrientes, Wilbur Wright efectuó en el campo del Mans cuatro vuelos, acompañado en cada uno de ellos por otra persona. Una de las veces llevó de compañera á la señora de Hart O'Berg, esposa de su asociado, que ha sido la primera mujer que ha volado en ese aeroplano. Dicha señora ha explicado las sensaciones que experimentó en su viaje aéreo en las siguientes líneas, publicadas en *Le Figaro* de París:

«Me pregunta usted sobre mis impresiones y voy á comunicárselas. Antes del vuelo: el deseo de volar, de cernerme en los aires, y un aceleramiento de los latidos del corazón en el momento de ser lanzado el aparato. Durante el vuelo: la admiración profunda por el genio de Wright y por su tranquilidad, que obliga al que va con él á confiar absolutamente en su aparato. Después del vuelo: un poco de orgullo por haber sido la primera mujer que realmente ha volado.»

Al día siguiente realizáronse las primeras pruebas oficiales en presencia de la comisión científica que ha de dictaminar sobre si el aparato cumple las condiciones del contrato firmado entre Wright y el comité Weiller. El resultado de esos ensayos fué enteramente satisfactorio, habiendo, por consiguiente, el inventor ganado la mitad del precio de 500.000 francos convenido. La otra mitad la recibirá cuando haya instruído á tres pilotos. Estos tres pilotos serán el conde de Lambert, un oficial designado por el ministerio de Marina y otro designado por el ministerio de la Guerra de Francia.

El comité Weiller, según parece, ha encargado ya la construcción de 50 aeroplanos, algunos de los cuales están ya vendidos por 25.000 francos. Es probable que el ministro de Marina encargue 50 aeroplanos destinados á la defensa de las costas y para cuyas pruebas se instalará un campo en Dunkerque.



La señora de Hart O'Berg en el aeroplano Wilbur Wright antes de emprender el vuelo que realizó en el campo del Mans el día 9 de los corrientes. Ha sido la primera mujer que ha volado en ese aparato. (De fotografía de M. Branger.)

LONDRES.—LA CARRERA DE MARATÓN

El periódico londinense *Daily Mail* organizó una repetición de la carrera de Maratón efectuada hace poco más de dos meses con ocasión de los Juegos Olímpicos y de la que nos ocupamos en el número 1.388 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. El trayecto que debía recorrerse era el mismo de entonces, es decir, desde el castillo de Windsor al Estadio de la Exposición Franco-Británica, y el premio ofrecido por el citado periódico importaba 2.500 francos.

Tomaron parte en la carrera los mejores profesionales de varias naciones, pero especialmente franceses é ingleses, habiendo resultado vencedor el francés Enrique Siret, quien hizo el recorrido en 2 horas, 33 minutos y 22 segundos, ó sea en 22 minutos menos que el italiano Dorando, que fué, como recordarán nuestros lectores, el primero en llegar á la meta en la ocasión antes citada.

Siret ha ganado tres veces la Vuelta alrededor de París, la carrera del Maratón italiano hace pocos días y últimamente, también en París, la carrera de la hora.

Los cinco corredores clasificados después del vencedor fueron: White, inglés (2 h. 40 m.); Keywood, inglés (2 h. 41 m.); Crudgington, inglés (2 h. 42 m.); Aldridge, inglés (2 h. 42 m. 51 s.), y Orphée, francés (2 h. 48 m.).—S.



Londres.—La carrera de Maratón para profesionales, efectuada el día 10 de los corrientes. Los corredores antes de emprender la carrera (De fotografía de Underwood y Underwood.)



SERRANOS SALMANTINOS, reproducción de una fotografía obtenida por el sistema Rawlin,

por Wenceslao Miralles y expuesta en el Salón Parés, de esta ciudad



PENITAS, reproducción de una fotografía obtenida por el sistema Rawlin,

por Wenceslao Miralles y expuesta en el Salón Parés, de esta ciudad

NUEVO APARATO PARA EL SALVAMENTO

DE NÁUFRAGOS

En la lucha contra los elementos, el esfuerzo del hombre resulta con mucha frecuencia estéril enfrente del poder de la naturaleza. Esta verdad puede aplicarse mejor que á nada al mar, cuyas tempestades han hecho fracasar hasta ahora todos los medios que para combatirlas ó para evitar sus terribles efectos han ideado los más ingeniosos inventores.

En efecto, es infinito el número de los aparatos y sistemas ensayados para el socorro de los náufragos, y, sin embargo, todos son de una eficacia á menudo dudosa y siempre insuficiente. El más generalizado de ellos, la boya de salvamento, dista mucho de satisfacer á todas las exigencias, puesto que se halla á merced de las olas cuando el mar está alborotado, lo que sucede las más de las veces en caso de naufragio; de suerte que como medio de salvamento es un medio altamente aleatorio.

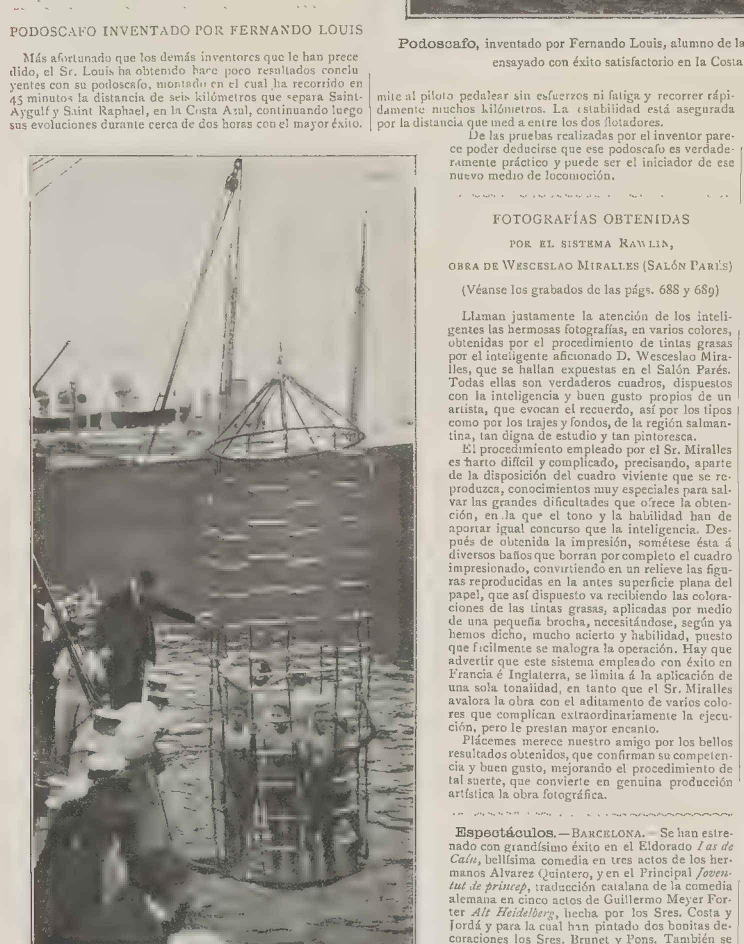
El Sr. Sinckel, de Hamburgo, ha inventado recientemente un aparato cuya mejor recomendación queda hecha diciendo que ha sido adoptado por la poderosa compañía Hamburguesa-Americana, la cual lo ha instalado ya en muchos de sus vapores. Su disposición es muy sencilla: tres círculos colocados horizontalmente y seis escalas de cuerda puestas verticalmente constituyen el aparato, cuya base está formada por un sistema de redes, y cuya parte superior va fija á una polea que alcanza á gran distancia. El aparato, que doblado ocupa muy poco sitio, se monta con gran rapidez y en cada inmersión puede subir á la superficie 36 personas; es sumamente práctico, porque cualquier náufrago, aun las mujeres y los niños, pueden encaramarse con facilidad en la escala de cuerda, y su misma forma, que tiene algo de jaula y de red de pescador, puede contener todos los objetos y todas las personas que encuentra á su paso.

PODOSCAFO INVENTADO POR FERNANDO LOUIS

Más afortunado que los demás inventores que le han precedido, el Sr. Louis ha obtenido hace poco resultados concluyentes con su podoscafo, montado en el cual ha recorrido en 45 minutos la distancia de seis kilómetros que separa Saint-Aygulf y Saint Raphael, en la Costa Azul, continuando luego sus evoluciones durante cerca de dos horas con el mayor éxito.



Podoscafo, inventado por Fernando Louis, alumno de la Escuela práctica de Electricidad de París y recientemente ensayado con éxito satisfactorio en la Costa Azul. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Nuevo aparato para el salvamento de náufragos, inventado por el Sr. Sinckel, de Hamburgo, y adoptado por la poderosa Compañía Hamburguesa-Americana. (De fotografía de Trampus.)

El podoscafo, como es sabido, viene á ser la bicicleta acuática; el del Sr. Louis se compone de dos tubos flotadores paralelos, de sección rectangular y de cuatro metros de largo, separados, de eje á eje, por una distancia de 70 centímetros. Un piñón ovalado que gobierna la hélice por medio de una cadena, es el órgano mecánico principal de ese aparato y permite al piloto pedalear sin esfuerzos ni fatiga y recorrer rápidamente muchos kilómetros. La estabilidad está asegurada por la distancia que media entre los dos flotadores.

De las pruebas realizadas por el inventor parece poder deducirse que ese podoscafo es verdaderamente práctico y puede ser el iniciador de ese nuevo medio de locomoción.

FOTOGRAFÍAS OBTENIDAS

POR EL SISTEMA RAWLIN,

OBRA DE WESCESLAO MIRALLES (SALÓN PARÉS)

(Véanse los grabados de las págs. 688 y 689)

Llaman justamente la atención de los inteligentes las hermosas fotografías, en varios colores, obtenidas por el procedimiento de tintas grasas por el inteligente aficionado D. Wesceslao Miralles, que se hallan expuestas en el Salón Parés. Todas ellas son verdaderos cuadros, dispuestos con la inteligencia y buen gusto propios de un artista, que evocan el recuerdo, así por los tipos como por los trajes y fondos, de la región salmantina, tan digna de estudio y tan pintoresca.

El procedimiento empleado por el Sr. Miralles es harto difícil y complicado, precisando, aparte de la disposición del cuadro viviente que se reproduzca, conocimientos muy especiales para salvar las grandes dificultades que ofrece la obtención, en la que el tono y la habilidad han de aportar igual concurso que la inteligencia. Después de obtenida la impresión, sométese ésta á diversos baños que borran por completo el cuadro impresionado, convirtiendo en un relieve las figuras reproducidas en la antes superficie plana del papel, que así dispuesto va recibiendo las coloraciones de las tintas grasas, aplicadas por medio de una pequeña brocha, necesitándose, según ya hemos dicho, mucho acierto y habilidad, puesto que fácilmente se malogra la operación. Hay que advertir que este sistema empleado con éxito en Francia é Inglaterra, se limita á la aplicación de una sola tonalidad, en tanto que el Sr. Miralles avalora la obra con el aditamento de varios colores que complican extraordinariamente la ejecución, pero le prestan mayor encanto.

Plácemes merece nuestro amigo por los bellos resultados obtenidos, que confirman su competencia y buen gusto, mejorando el procedimiento de tal suerte, que convierte en genuina producción artística la obra fotográfica.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con grandísimo éxito en el Eldorado *Las de Caín*, bellísima comedia en tres actos de los hermanos Alvarez Quintero, y en el Principal *Joventut de princep*, traducción catalana de la comedia alemana en cinco actos de Guillermo Meyer Forter *Alt Heidelberg*, hecha por los Sres. Costa y Jordá y para la cual han pintado dos bonitas decoraciones los Sres. Brunet y Pons. También se han estrenado con aplauso en Romea *La carretera nova* y *De pesca*, piezas en un acto de José Burgas y Pablo Parellada respectivamente.

Palacio de la Música Catalana. — Se han dado dos conciertos dirigidos por el Sr. Lasalle, con una orquesta de 100 profesores, y otros dos por el famoso violoncelista Sr. Casals y el notable pianista Sr. Socías. En los primeros ejecutáronse de una manera irreprochable la *Sinfonía n.° 14 en re mayor*, de Haydn; la *Sexta sinfonía (Patética)*, de Tchaikowski; *Gudrun*, poema sinfónico de G. Cords; la *Sexta sinfonía (Pastoral)*, de Beethoven; las oberturas *Polonia*, *Columbus* y *Faust*, de Wagner; una *Serenata*, de León Weiner, y *Queixa*, bellísima composición de F. Montserrat Ayerbe. El maestro Lasalle y la orquesta fueron objeto de continuas ovaciones.

En los conciertos Casals-Socías, el primero tocó de un modo maravilloso la *Suite en do* y un *Aria*, de Bach; las *Variaciones sinfónicas*, de Boellmann, y cuatro sonatas de Beethoven, Rontgen, Casella y Moor, perfectamente acompañadas al piano por el Sr. Socías. Este ejecutó solo y admirablemente *Humoresque*, de Schumann; *Fantasía cromática y fuga*, de Bach, y una pieza de Listz. Uno y otro fueron aplaudidos con gran entusiasmo.

MADRID. — Se ha estrenado con buen éxito: en la Comedia, la citada obra de los hermanos Alvarez Quintero *Las de Caín*, y en el Español *La nube*, comedia dramática en tres actos y un epílogo de Ceferino Palencia.

PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Le petit Fouchard*, comedia en tres actos de C. Raymond y B Sylvane; en el Vaudeville *La maison d'ordre*, adaptación al francés por J. W. Bienstock y Bazalgette de la comedia inglesa de Pineiro *His house in order;* y en el teatro Antoine *L'auberge rouge*, drama en dos actos de Sergio Basset, y *Repudiée*, comedia en tres actos de Luisa Dartigue.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 509, POR V. MARÍN

1.er premio *ex-aequo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (10 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 508, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Tc3×c4	1. Tb4×c4 jaque
2. d2-d4	2. Tc4×d4 jaque
3. Ce5-g4 mate.	

VARIANTES.

1...... Rf6-e6; 2. d2-d4, etc.
Tb4×b2; 2. Tc4-f4 jaq., etc.
Tb4×a4; 2. Tc4-f4 jaq. ó Db2-b6 jaq., etc.
Otra jugada; 2. Tc4-c6 ó f4 mate.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(continuación)



Apoyada la frente en los cristales de la ventana, permaneció largo rato contemplando el paisaje

«Esta sería la verdadera prueba de amor—pensó, —la que se da á costa de uno mismo. Indudablemente Juana saldría de la casa á pesar de todo; pero suponiendo que la sorprendieran, desde el momento en que la encontrarían sola, no habría medio de atribuir su acto á otra cosa que á un capricho de joven.»

Su vacilación duró dos minutos; pero después sintió una necesidad invencible de corresponder al amor de Juana con amor, á su valentía con valentía, y aceptó que todo el mundo dudase de él, mas no de ella.

«Sé muy bien que en todo esto hay una buena parte de egoísmo; pero sin esta parte de egoísmo, ¿qué sería mi amor? También sería un acto egoísta dar mi vida por Juana, porque al darla lo haría esperando de ella un amor más grande hacia mí. Puedo soñar con todos los sacrificios, menos con el de obrar para que Juana no me ame.»

Y al pensar esto lanzó un suspiro. El viento agitó las ramas con furia, arrancando algunas hojas, y en medio de aquel ruido Pedro creyó oir algunas voces; y aunque luego comprendió que era una ilusión, escondióse detrás de un macizo y permaneció largo rato inmóvil, palpitante, como liebre acosada por los cazadores.

—¡Ah!, murmuró. Los seres civilizados hemos perdido el sentido de la aventura. Un perro estaría seguro y tranquilo en este sendero, y yo no puedo conservar mi sangre fría.

Poco á poco, sin embargo, iba avanzando hasta llegar á la vista de la ventana del cuarto de Juana, en donde le pareció que una mano descorría una cortinilla de seda. Entonces ya no vaciló y se dirigió resueltamente hacia la estatua del Discóbolo.

El lugar estaba bien elegido, porque sólo desde la ventana de la habitación de Juana podía verse. Allí permaneció Pedro quieto, sintiendo lo que debe sentir un centinela bajo el fuego del enemigo. Transcurrieron algunos minutos y de nuevo pareció que una mano descorría las cortinas de la ventana. Pocos segundos después, apareció en el ángulo de la casa una figura de mujer, envuelta en un guardapolvo y con un velo ajustado á la cara. Pedro, sorprendido de aquel traje, cumplió las instrucciones del billete y se encaminó hacia el sitio en donde los árboles proyectaban mayor sombra.

Y así anduvo, sin atreverse á mirar atrás, hasta la poterna. La luz de la luna, atravesando el follaje, sembraba el suelo y los troncos de los árboles de manchas redondas y azuladas; los ladridos de los perros eran cada vez más lejanos, y del bosque se desprendía un ambiente fresco. Dervilly oía detrás de sí los pasitos de la joven, y toda aquella aventura parecíale á la vez encantadora y pueril; preguntábase qué pretendía Juana y por qué llevaba aquel traje de viaje. ¿Habría resuelto huir? En tal caso, ¿qué haría él? Tiempo tuvo para pensarlo, pero no lo pensó, pasando de una idea á otra sin fijarse en ninguna.

Parecíale, sin embargo, que tendría energía suficiente para alejar á Juana, salvándola de sí misma; pero en seguida temblaba ante la posibilidad de perderla cuando se le presentaba una ocasión única para hacerla suya.

Al fin llegó á la poterna, entreabrióla, y viendo que estaba allí el automóvil, volvióse hacia su seguidora, la cual apresuró el paso y aun corrió un poco. Un momento después, Pedro tenía entre sus brazos aquella figura flexible, joven, fresca.

—¡Qué imprudencia, querida Juana!, exclamó estrechándola sobre su pecho.

Pero la joven, sin detenerse, abrió la puerta y encaminóse hacia el automóvil.

—¡Por Dios!, gritó Pedro. No se comprometa usted más, se lo suplico, porque...

Sin terminar la frase, quedóse estupefacto. Una sombra corpulenta habíase puesto de pie en el automóvil, y en el silencio de la noche oyóse la voz del almirante.

—¡Desgraciado! ¿Qué ibas á hacer? ¿Sabes por ventura quién es tu compañera? ¡Ea, miss Esther, quítese por un momento el velo!

Pedro retrocedió espantado.

—Eres víctima de una broma de mal género, llamémosla así, continuó diciendo el marino, y la cuestión es que salgas bien librado de ella. Todo lo tengo preparado para que así sea. Suba usted con nosotros, miss Esther; Pedro nos llevará donde yo le diré. ¡Valiente papel me hacen desempeñar ustedes!

—Pero, padrino, ¿cómo sabía usted?..

—Te lo diré luego... Ante todo conviene que salvemos una situación en extremo comprometida. No creo que haya gran peligro para miss Esther en desandar el camino por donde ha venido; pero en la duda, vale más que regrese á la casa por otro.

—¡Soy muy desgraciada!, exclamó la joven deshaciéndose en sollozos.

—Es un mal trago que hay que pasar... Se han burlado de usted.

—¿Pero por qué Dervilly me llama Juana?, dijo llorando la inglesa. Bien sabe que me llamo Esther...

Seguramente el almirante creyó inútil revelar aquel misterio á la joven, pues á una señal suya, Pedro dió vuelta al manubrio, empuñó el volante, y el automóvil giró y echó á correr entre las sombras de la noche.

IX

Juana se había retirado á su cuarto. Los acontecimientos de aquella larga jornada desfilaban por su mente, y ella los iba recordando sin gran placer, á causa de la fatiga, de la tensión que había sentido. Quiso reunir sus ideas y serenarse, y sentóse ante un pequeño escritorio en donde guardaba su correspondencia. De pronto, vió encima de aquel mueble un sobre escrito con esa letra torcida que es la letra de los anónimos.

«¿Qué es esto?,» pensó cogiendo aquella misiva singular sin abrirla.

Después de unos minutos de vacilación, resolvióse á leerla, temiendo que fuese Pedro quien se hubiese valido de tal procedimiento.

La carta no contenía más que esta frase:

«Se le suplica que á media noche descorra la cortinilla de la ventana y mire hacia el Discóbolo.»

«¡Imprudente!—murmuró Juana.—¡Volver á media noche al parque! ¿Y para qué? Si alguien le sorprende, se hallará en la situación más humillante.»

Pensaba poco en sí misma; por otra parte, ella no corría ningún peligro, puesto que Pedro había seguramente acometido aquella locura resuelto á cargar él solo con las consecuencias. Pero de todos modos el enigma resultaba extraño, y Juana, á medida que examinaba con más atención la carta, encontraba en ella nuevas rarezas. ¿Qué significaba, por ejemplo, aquella idea de pedirle que descorriese la cortina?

«Es incomprensible—pensó;—nunca hubiera dicho que el Sr. Dervilly cometiese semejante locura.»

Tenía de Pedro el concepto más elevado y estimaba en mucho su altivez, su valor y también el tacto que en todas ocasiones demostraba. ¡Era posible que un hombre como él hubiese escrito aquel billete extraordinario! Cogió de nuevo el sobre, estudió cuidadosamente su escritura y no encontró ningún parecido con la de Pedro.

«¿Se habrá, pues, entretenido en desfigurar su letra?»

Después reflexionó sobre la manera como la carta había llegado á sus manos. ¿Quién la había dejado allí? ¿Había que suponer que Pedro hubiese logrado la complicidad de un criado, ó bien él mismo?..

«Esta última hipótesis es la única que puedo admitir, porque es imposible que haya querido comprometerme confiando nuestro secreto á una tercera persona; pero, por otra parte, es inverosímil que haya llegado hasta aquí ocultamente, como un ladrón.»

Sin embargo, había oído hablar á menudo de actos temerarios cometidos por los enamorados, y en las pocas novelas que le permitían leer, podía adivinar cierto espíritu audaz que impulsaba á los jóvenes á la extravagancia. Mas no era su carácter á propósito para estas cosas; precisamente Dervilly le gustaba por su noble sencillez, por su inteligencia tranquila, por su calma, por su sangre fría, que no le abandonaban nunca. Todas las palabras pronunciadas por Pedro en la entrevista de aquella tarde respiraban un profundo respeto al par que un amor profundo, y siendo así, ¿qué significaba aquello?

Un pequeño reloj que había en el cuarto dió las once.

«Voy á acostarme —pensó Juana—y á no responder á esa necia invitación.»

Pero ella, tan acostumbrada á hacer lo que quería, aquella noche no pudo dominar la contradicción que se había enseñoreado de su espíritu; y se irritó de no poder dominarla, como se irritan aquellos á quienes la esclavitud pasional sojuzga por vez primera. En la misma hora en que Pedro acudía de mala gana á aquella cita que le parecía una imprudencia, Juana trataba en vano de resistir á los sentimientos que se agitaban en el fondo de su alma.

Joven de educación delicada, tenía tendencia á una filosofía suave, pero firme; veía perfectamente el mal de este mundo, y detestándolo, no se asustaba de él, porque sentía en su corazón la gran corriente de caridad que ha de atenuarlo. Las inquietudes que con frecuencia causan estragos en las almas jóvenes, no hacían presa en ella; su vida era sencilla y se formaba de dulzuras que en ella se renovaban al través de los siglos. El amor á la naturaleza casi bastaba a ocupar toda su existencia; agradábanle la belleza de las flores y la hermosa labor de la tierra, que se adorna de un modo distinto según las estaciones, y la colmaban de alegría los crepúsculos que se prolongaban hacia Occidente, con la impresión de ensueño que los acompaña; la lluvia que empapaba los céspedes y el viento que movía las ramas.

En una naturaleza como la suya apenas cabía lo novelesco; Juana había de amar con cariño fiel y con la preocupación de los grandes deberes que debía cumplir, así es que la situación en que la ponía el billete encontrado sobre su escritorio no podía ser de su agrado, porque ni era franca ni estaba justificada por los acontecimientos.

Y sin embargo, no se acostó. A las doce menos cuarto oyó unos pasos leves en el corredor al cual daba la puerta de su cuarto, y su primera idea fué abrir esa puerta; pero luego pensó que si alguien la viese se extrañaría de que todavía estuviese levantada, y no se movió. Poco después oyó rechinar una puerta.

A pesar suyo, sintióse emocionada. En aquel momento dieron las doce. La ventana la atraía como el abismo atrae á los que padecen de vértigo, y después de una nueva lucha corrió hacia ella.

Junto á la estatua del Discóbolo é iluminada por la luna, veíase una figura en la que fácilmente reconoció á Pedro.

La vista del joven le causó cólera y miedo á la vez, y al pensar que otros podían verle, decidió lograr de él que se alejara, y haciendo lo que le pedía en el billete, descorrió un poco la cortinilla y se acercó á mirar al través de los cristales. Vió entonces á una mujer, envuelta en un guardapolvo, que se dirigía al sitio en donde estaba Pedro, y á duras penas pudo contener un grito. De pronto Dervilly echó á andar, desapareciendo por un camino sombrío, y la joven del guardapolvo le siguió.

«¡Pero si es Esther!»

El alma de Juana se sublevó, y la indignación pareció matar en ella el amor y con el amor hasta los celos. Sentía á la vez desprecio hacia Pedro y despecho por haber sido tan infamemente engañada. Cuando las dos sombras hubieron desaparecido, retiróse de la ventana y se echó en su lecho. Latíale el corazón con violencia y le parecía ver en el mundo abismos de maldad.

Cedió al fin su pena y Juana se asombró de pensar aún en Pedro. ¿Era posible que éste hubiese cometido tan extraña acción? ¿Qué se proponía, pûes, al procurar obtener el amor de una Veraines? ¿La fortuna? ¿Y cómo el almirante, tan sagaz, se había engañado hasta tal punto respecto de su joven amigo?

Todas estas preguntas acudían en tropel á su pensamiento, como acuden á todos los corazones conturbados, causando en ellos estragos profundos y quebrantando esa firme base de nuestro carácter, la confianza en la lealtad, en la bondad, en la justicia de ciertos elegidos. Pedro había sido para ella uno de estos elegidos, y si él, tan noble en apariencia, claudicaba, ¡qué sería de los demás!

Así se torturaba con preguntas incontestables y con hipótesis confusas, cuando oyó el mismo ruido de puerta que antes y los mismos pasos á lo largo del corredor, y cediendo al impulso de curiosidad que por entero la dominaba, salió furtivamente de su cuarto. En los corredores, iluminados por opacas luces eléctricas, reinaba un silencio solemne. El que comunicaba con la habitación de Juana era muy largo, y gracias á esta circunstancia pudo la joven ver desaparecer, rápida y ligera, en el ángulo del fondo, á la dama del guardapolvo. Juana corrió lo bastante para comprobar que aquella mujer entraba en el cuarto de Esther Lavisham.

«Es, en efecto, Esther,» murmuró.

Quedóse un momento inmóvil y sofocada, cuando un nuevo ruido de pasos anunció la presencia de otro noctámbulo que se retiraba á su habitación.

«¿Qué significa esto?,» pensó Juana situándose de modo que pudiese explorar todo el corredor, por donde avanzaba una figura corpulenta en la que fácilmente reconoció al almirante, á pesar del capote de color de tierra que llevaba puesto. Juana temió verse sorprendida; pero de pronto recordó que allí cerca había una antecámara que precedía á las habitaciones ocupadas generalmente por las familias que tenían niños pequeños, antecámara en aquella ocasión no habitada por nadie y cuya puerta permanecía abierta, y apenas tuvo el tiempo justo de penetrar en ella sin ser vista. El almirante pasó por su lado y siguió su camino hasta el cuarto de Esther; llamó suavemente á la puerta y la inglesa abrió. Jacobo Carlos no entró en la habitación, limitándose á amonestar suavemente desde el umbral á la joven, que le escuchaba con la cabeza baja. Al fin Esther se retiró, y el almirante, con grandes precauciones, volvióse á su cuarto.

Reinó de nuevo el silencio en el corredor, y Juana regresó, con paso furtivo, á su habitación, adonde llegó como alelada á causa de la novedad de las sensaciones que la invadían. Haber sido hasta entonces una joven de alma tranquila y confiada, y verse de repente envuelta y arrastrada por una corriente impura de artificio, de infidelidad, de equívoco; no poder impedir que algo de esa corriente penetrase en ella, y sentir, á pesar suyo, pasiones tales como los celos y la venganza; todas esas sensaciones producían en Juana una lasitud como la que experimenta una persona molida á golpes.

Hasta después de mucho rato no consiguió ordenar sus ideas y deducir algunas conclusiones de aquella aventura. La falacia de Pedro parecióle evidente; Esther Lavisham era una víctima, y el bueno del almirante, sabedor por casualidad de los proyectos de su pupilo, había salvado á la infeliz inglesa.

Juana aceptó esas hipótesis como lógicas, pero no pudo evitar una lucha interna, en medio de la cual percibía la imposibilidad de atribuir á Pedro tan vil papel.

«Seguramente—pensó— carezco de experiencia y me figuro que se puede juzgar á un hombre por algunas palabras.»

Entonces quebróse la cabeza procurando descubrir algo más, ya que la intervención del almirante parecíale en extremo misteriosa. Acordábase Juana de que el marino la había estrechado sobre su corazón, como si hubiese adivinado su simpatía por Pedro. ¿Habría querido obligar á su ahijado á casarse con la heredera? ¿Amaría Dervilly á la inglesa, y á ella la cortejaría sólo por obedecer á su padrino?

«¡No! Esto sería absurdo. Por mucho que mi tío ame al Sr. Dervilly, no me sacrificaría á él. Pensar otra cosa sería inferir agravio á su carácter.»

La pobre muchacha sentíase desfallecer de angustia. Fatigados su corazón y su mente por aquella noche pasada en vela y en lucha con tantas contradicciones, sentía deseos de dormir y de llorar al mismo tiempo. Apoyada la frente en los cristales de la ventana, permaneció largo rato contemplando el paisaje, los húmedos rayos de la luna, las sombras más alongadas de los árboles, y ante el contraste del encanto exquisito de las cosas con su pena, sollozó suavemente y derramó esas primeras lágrimas que derramamos al contacto de la realidad verdadera, de la realidad que no vemos al amparo de una madre ó de un padre, sino que surge repentinamente delante de nosotros, feroz, implacable, haciéndonos ver que nada somos aun viviendo en las posiciones más privilegiadas del mundo.

X

El almirante estaba demasiado acostumbrado á pasar de vez en cuando una noche en claro para mostrarse malhumorado cuando á la mañana siguiente, muy temprano, le despertó Corentino para afeitarle. Tomó alegremente su ducha fría, se comió una lonja de tocino en una rebanada de pan de centeno, bebióse una taza de café y salió al parque... La mañana, en aquella hora de frescura, estaba deliciosa; la hierba, al evaporarse el rocío sobre ella depositado durante la noche, embalsamaba el aire con su perfume; cantaban los mirlos en las copas de los árboles, y las abejas comenzaban á rondar por los céspedes y los macizos de flores.

El marino recordó tantas otras mañanas en las que salía de su camarote á bordo del *Buitre* ó del *Perseverante;* el mar tenía el color indeciso del sílice, la niebla envolvía el horizonte y el viento traía una llovizna salada que refrescaba las sienes. El puente estaba irreprochablemente limpio, y los poderosos motores sacudían el buque. Todo, lo mismo la arboladura que los tripulantes, daba una impresión de fuerza ruda, en la que parecían más fáciles, así la vida como la muerte, anegadas en el vasto universo.

Y saboreó el contraste que ambos espectáculos ofrecían á su espíritu. En él se agitaban dos hombres: el que había huído de la casa paterna y buscado el peligro, y el que amaba las ciencias y las artes, el gabinete del sabio y la lámpara que por la noche proyectaba su claridad sobre libros y papeles; uno, que era el rudo almirante Veraines, á quien el gobierno podía confiar las tareas más difíciles, el mejor marino de Francia, que parecía leer en el fondo del mar, según la habilidad con que evitaba los escollos y las rompientes, que son la muerte de los acorazados; y otro, que era el hijo cariñoso, el hombre humanitario y bondadoso por excelencia, el padre adoptivo del hijo de su amigo, padre tan diligente, tan afectuoso, que seguramente jamás se habría atrevido el muchacho á decir que su padre verdadero le hubiese prodigado mayores cuidados ni dado pruebas de más abnegación.

«No faltaba otra cosa que el estúpido bromazo de anoche para que Pedro se resista más aún á esa ruptura que, en el caso presente, es la suprema sabiduría.»

Antes de separarse, la noche pasada, y mientras Esther Lavisham permanecía algo apartada, apoyada en un árbol, el almirante había intentado por última vez convencer á su ahijado; pero éste, si bien no se mostraba insensible á las razones de su amigo, sentía una rabia secreta contra el autor de la broma de que él había sido víctima.

—Hágase usted cargo de que Juana podía haberse enterado de lo sucedido, y creerme bastante infame para hacerle la corte á ella mientras preparaba el rapto de Esther.

—Está tranquilo, habíale contestado el marino; Juana ignora é ignorará siempre esta aventura... Al pronto he creído, como tú, que todo esto obedecía á un motivo interesado; pero pensándolo bien considero más razonable no ver en ello más que una de esas bromas á que tan acostumbradas están las gentes de esta casa. Sólo Beverley podía sacar alguna ventaja de rebajarte en el ánimo de Juana; pero para lograr este objeto había de avisarla á ella, y obrase como quisiese, forzosamente debía desprestigiarse ó

descubrirse. Una de dos: ó mi sobrina lo ignora todo, ó sabe que tú no te figurabas huir con Esther.

—Por desgracia basta y sobra con que se imagine esto; porque, siendo así, puede suponer que yo habría aceptado el huir con ella, cuando bien sabe usted que no ha sido nunca esta mi intención. Beverley puede haberse propuesto ponerme de este modo en ridículo.

—Beverley no es un imbécil... En novecientos noventa y nueve casos de mil, una mujer se sentirá conmovida, en vez de incomodada, si ve al hombre á quien ama cometer por ella una locura... ¿Crees tú que nuestro joven Maquiavelo inglés incurra en semejante tontería? Si lo crees así, le conoces mal. Te digo que ó no tiene nada que ver con esa broma, ó si tiene participación en ella se ha desprestigiado. Dejémosle, pues, el beneficio de la duda. Te prometo obtener explicaciones de Juana; confía en mí.

—Yo confío, padrino, y le suplico que ponga en juego toda su perspicacia para averiguar si Juana está enterada de la aventura.

—Te lo prometo, y tú, á tu vez, aléjate para siempre ó á lo menos por mucho tiempo.

—No puedo prometer nada sino después de haber vuelto á verla.

Después, Pedro había partido y el almirante pudo comprender hasta qué punto estaba indeciso, inquieto y nervioso. Para regresar á la quinta con Esther, adoptó el marino las mayores precauciones, y en el corto coloquio sostenido en el umbral del cuarto de la inglesa y que Juana había sorprendido, suplicó á aquélla que guardase silencio, y que opusiese una impasibilidad absoluta al autor del bromazo, que no dejaría, á su vez, de quedar algo embromado.

«Ahora sólo falta—pensó Jacobo Carlos—sacar en claro el punto de arranque del asunto... En mi concepto no hay más que dos autores posibles, Beverley ó Margarita... Si aplico la regla jurídica del «busca á aquel á quien el crimen aprovecha,» el culpable es Beverley; pero si acepto la hipótesis de una simple travesura, es Margarita... Pero ésta no es más tonta que Fernando, y en el actual estado de cosas no tiene interés alguno en poner á Pedro en ridículo... ¿Habría, pues, que buscar á un tercer criminal? Pero es el caso que Corentino ha recibido de Luis la carta enviada á Esther.»

Reflexionó un instante, y luego se hizo el siguiente raciocinio:

«Es Beverley, sin duda alguna... Demasiado joven para comprender bien á Pedro, á pesar de ser compañeros de liceo, ha creído seguramente que Esther Lavisham llegaría á comprometer á mi ahijado y aun que éste mostraría cierta flaqueza en presencia de una muchacha bonita y enamorada... Y hasta hay una hipótesis más en relación con el carácter de Beverley y es que haya encontrado un medio de avisar á Juana; pero por más vueltas que le dé no puedo convencerme de que esa hipótesis sea buena... Admito que el joven lord se haya aventurado á una broma provechosa para él, pero ¡una felonía!..»

Y por más que caviló sobre aquel problema, no pudo deducir otras consecuencias.

«A falta de certeza, es preferible atenerse á la suposición de una simple broma; en casos como este nada se gana con pensar mal.»

Terminaba ese monólogo, cuando vió de lejos al Sr. de Veraines que se paseaba por la terraza. El anciano era, como su hijo, muy madrugador. El almirante se dirigió hacia él, pues sabía cuánto le agradaba á su padre platicar algunos minutos solo con su primogénito.

«En este sentimiento de mi padre—pensaba—hay un poco de todo: primeramente, la alegría de volver á tener consigo al hijo cuya cuna fué testigo de las primeras emociones de la paternidad; en segundo lugar, una cierta debilidad por el muchacho calavera; y por último, un respeto hacia mi independencia de espíritu y la certidumbre de encontrar en mí un cariño exento de toda preocupación de orgullo ó de dinero... ¡Qué historia más singular podría escribirse con los simples actos y hechos de los diez hijos Veraines, que á los ojos del mundo carecen de historia! El matrimonio de Juana, por ejemplo, que acabará de fijo por concertarse según las conveniencias sociales, está más lleno de complicaciones que la política. En él desempeño yo el papel de Alejandro, tratando de romper el nudo gordiano. ¿Adónde me llevará esto? ¿Adónde llevará á Pedro? ¡Son tan tontos los jóvenes! Por poco que se abroquelase, no en la pasión, sino en el orgullo, la comedia se convertiría en drama. Mientras sea yo el que mande en la compañía, el peligro no será muy grande; pero cada uno de esos personajes pretende representar su papel y puede suceder que Fernando humille á Pedro, que Juana resista á su corazón y que mi ahijado se pegue un tiro... Porque sólo por amor propio se suicida la gente... Juana me inspira muchas simpatías; pero se ha equivocado en punto á valor, pues el valor único, el verdadero, era la separación. Pedro y Juana han tramado seguramente algo... Qué sea ello no importa; basta que haya habido moratoria, ya que en amor, lo mismo que en los negocios, la moratoria es el primer paso de la quiebra. Si Juana no ha dicho «Nunca,» es lo mismo que si hubiese dicho «Siempre.» ¡Y cuántas tonterías seguirán á esta! Por fortuna, yo vigilo.»

Su padre, sentado en una silla rústica, hacíale señas para que se acercase; y el marino, apenas se hubo fijado en la expresión inquieta de su rostro, pensó:

«He aquí otro que ahora mismo va á comunicarme el gran secreto.»

Con toda intención no interrogó á su padre sobre la causa de su inquietud, y su silencio desconcertó al anciano, el cual díjose para sus adentros: «¡Cómo voy á sorprenderle y á fastidiarle con esa historia!»

—Papá, díjole el almirante, tengo que darte una buena noticia: tu yate está dispuesto. La semana pasada estuve en Dieppe y lo vi detenidamente; de modo que estoy á tu disposición para cruzar á tu antojo mares y océanos...

Y añadió con cierta perfidia:

—Podrías llevarte á Juana y á Elena, que no se marean y que son tan entusiastas del *yachting*... Yo, por mi parte, me llevaría á mi Pedro, de quien no sé prescindir...

«¡Qué lástima—pensó el Sr. de Veraines—tener que darle un disgusto!»

—Lord Beverley, continuó diciendo Jacobo Carlos, podrá seguirnos en su yate, llevando á bordo á los Blemont y á los Fournais. Sería un viaje ideal.

—Desgraciadamente, atrevióse á decir el padre, el ideal ha sido perfectamente definido cuando se ha dicho de él que es una esperanza que se mantiene siempre más allá de nuestras facultades... Me han contado cierta historia que haría en extremo difícil la presencia de Pedro en nuestro yate...

—¡Vaya, alguna calumnia!, replicó el almirante.

—No, no se trata de nada deshonroso..., sino que me han asegurado que ese joven no obraba con la debida prudencia respecto de Juana.

—¿Cómo?, exclamó el almirante. ¿Y tú lo crees?

—Lo sé de buena tinta... Más valdría que el señor Dervilly no volviese por aquí en algún tiempo.

—Y sin embargo, mi querido papá, hay que convenir en que otros yernos peores que él podría haber.

Veraines quedó sorprendido y no supo qué contestar, porque suponía que su hijo en este asunto sería revolucionario. El propio almirante le sacó de apuro.

—Haré lo que me pides, dijo, porque considero esa unión mala para Pedro, que, á pesar de todas sus buenas cualidades, no tiene el poder de variar las modas y las conveniencias. ¡Tanto peor para él! Por de pronto, he comenzado ya seriamente á desengañarle.

—¡Hola!, exclamó Veraines sonriéndose involuntariamente. ¿De modo que sabías algo?

—Lo sabía... Puedes contar conmigo, y á tu vez hazme la merced de creer que Pedro, en su género, vale tanto como lord Beverley. Mi antiguo amigo Dervilly, que murió siendo capitán de fragata, era uno de nuestros mejores amigos y el hombre de carácter más noble; su padre había disipado su herencia, que ascendía á un respetable número de millones, y jamás le oí lamentarse de ello. Soportó dignamente su pobreza y murió por salvar la vida á un timonel sorprendido por un tiburón... Yo vi cómo su sangre enrojecía el mar. Era todo un hombre y Pedro se le parece; quisiera que le estimases en lo que vale, y como sé que aprecias el mérito, puedo asegurarte que no perderías el tiempo si admirases á mi ahijado.

Veraines se emocionó, pero sólo superficialmente, como se emocionan los viejos.

—No deseo otra cosa, dijo, y si crees que en algo puedo serle útil, me proporcionarás un gran placer recurriendo á mí.

—Tú no eres más que un millonario, replicó el marino soltando la carcajada, y Pedro nada necesita, pues aparte de la locura de que hace un momento hablábamos, es un devorador de x y de y, uno de esos que viven en un perpetuo ensueño...

Las rarezas del almirante eran tan proverbiales, que Veraines no creyó deber asombrarse, ni siquiera cuando aquél añadió:

—Por otra parte, puede esperarse de él cualquiera cosa. Es un chico que posee grandes provisiones de genio, y no me extrañaría de que le hubiese gustado á Juana.

—¿Crees que le ha gustado?, preguntó el anciano tímidamente.

—Estoy seguro de ello.

—¡Vaya un fastidio! ¿A qué turbar así el alma de una muchacha, sabiendo que el matrimonio con ella es imposible?

—¿Acaso hay algo imposible para la juventud?, preguntó el almirante mirando con asombro á su padre.

En el rostro de éste pintóse un cierto espanto.

—¿De modo que ha llegado á creer?.., dijo.

—¡Diantre! Algo más ha hecho y Juana también, respondió Jacobo Carlos bruscamente.

—¿Algo más? ¿Qué quieres decir con esto?

—Que Pedro ama á Juana; que Juana no es indiferente á ese amor, y por último que, en cierto modo, uno y otro esperan en ese imposible de que tú hablas.

Veraines sintió una fuerte sacudida en todo su cuerpo.

—Lo que me dices me disgusta en extremo... ¿No te parece que estabas en el deber de avisarme?

—Nada supe hasta ayer por la mañana. Por otra parte, el mal no me parece muy grande, y creo haber convencido enteramente á Pedro.

Veraines estaba pálido y entre sus ojos se marcaba una arruga de irritación. Esa cólera pareció injusta al almirante, quien si desaprobaba la conducta de Dervilly, no era porque le juzgase indigno de Juana, sino tan sólo porque conocía la fuerza de una preocupación, fundada, por otra parte, en bases legítimas. Veraines se dió cuenta del mal efecto que producía.

—Mis ideas deben parecerte muy rancias, dijo; perdóname, pero es tanto lo que queremos á Juana...

—Esas ideas rancias son también las modernas, replicó el almirante con alguna rudeza; son las ideas de todos los tiempos, y Pedro ha sido un necio en no haberlo comprendido así. Pero no hay peligro de que olvide tan pronto la lección...

Titubeó un momento, no atreviéndose á formular una pregunta que se asomaba á sus labios; mas al fin se decidió:

—¿Tienes intención de imponer á Juana su enlace con lord Beverley?

—Imponer no; pero confío en que ella no le rechazará.

—¡Quién sabe!

—Pues bien: no la casaremos contra su voluntad.

El marino se sonrió con expresión un tanto escéptica.

«Hay tantas maneras de contrariar la voluntad de la gente,» pensó.

Mas comprendiendo que su padre ya se había espontaneado bastante aquel día, se calló, dispuesto á insistir en otra ocasión si era preciso. Tal vez Juana necesitaría ayuda, pues al marino se le había metido en la cabeza una idea que no por haber penetrado á pesar suyo, dejaba de persistir en ella cada vez más firme.

La mañana avanzaba con suave majestad. El sol ya no enrojecía las cumbres de las montañas; el cielo perdía sus vivos colores, y del césped se desprendía un vapor tenue, mientras un vaho violáceo envolvía las umbrías del bosque. El viento había cesado y ya no volvería á soplar hasta la caída de la tarde. Aquí y allí oíanse todavía los gorjeos de los pájaros, pero en general dominaba el silencio como impuesto por la proximidad del calor.

Padre é hijo permanecían callados, tranquilos ambos, pero el uno en la plenitud de su vigor y el otro en la semisomnolencia de la vejez; aquél dominado por la inquietud de un alma que siente la amargura de vivir, éste sumido en el sosiego de lo irremediable.

—Mi mayor felicidad la he sentido cuando todos vosotros erais pequeños, murmuró el padre. Hay en la infancia una dulzura misteriosa... Siempre he experimentado un placer infinito teniendo á un infante en mis brazos... Ahora todo es más abstracto... He de preferir vuestra felicidad á vuestra presencia... Por supuesto, que me gusta veros á todos reunidos, como hoy. ¡Cuán dichosa se habría sentido mi adorada Elena!

—¡Oh, sí!, exclamó melancólicamente el marino. ¡Pobre mamá!..

Y después de una corta pausa, añadió con un dejo de amargura:

—¡Es en verdad curioso! Tú, que tan bien has comprendido el amor y que tanto quisiste á mamá, no puedes explicarte que mi Dervilly y tu Juana...

—Parecíame que tú también..., respondió casi tímidamente el anciano.

—Sí, yo también... Tú y yo, que hablamos de todo ese pasado enternecedor, que sabemos lo que es la vida... Tú y yo...

—Por desgracia, esa es la vida precisamente, murmuró José Veraines.

(Se continuará.)

EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP (PARIS), el día de la carrera del Gran Premio Municipal

Últimas creaciones de la moda. (Fotografías de M. Branger.)



Falda-pantalón

Falda-túnica

Modelos de sombreros de grandes dimensiones

El domingo, día 4 de los corrientes, efectuóse en el hipódromo de Longchamp la carrera del gran premio del Consejo Municipal de París. Esta fiesta despierta gran interés, no sólo entre los aficionados al deporte hípico, sino también entre las mujeres elegantes; los primeros encuentran en ella el atractivo de una carrera reñida, puesto que en ella se disputa un premio de 100.000 francos, lo cual hace que tomen parte en la misma los mejores caballos de las cuadras francesas y de algunas extranjeras; y las segundas tienen aquella tarde ocasión de admirar las últimas creaciones de los más afamados modistos parisienses. Este año se han llevado la palma, puesto que han sido los que más han llamado la atención, los trajes de la casa Morin Blossier y en especial las llamadas faldas pantalones y las faldas-túnicas. Para que nuestros lectores se formen idea del efecto que produjeron, copiaremos lo que acerca de ellas ha escrito un cronista en *Le Fígaro* bajo el significativo título de «¿Adónde vamos?»

«Ayer hubo una pequeña revolución; realizóse en Longchamp; pero tranquilícense ustedes, no se trata de un atentado ni de una revolución política. Los que la presenciaron preguntáronse la causa de aquel repentino movimiento en torno de dos ó tres lindas muchachas; un círculo de curiosos las rodeaba, estorbando sus movimientos y casi avergonzándolas. «¡Es un escándalo!,» decían unos.—«Ciertamente; hay que confesar, sin embargo, que es bonito,» replicaban otros.—«Sí, pero ¿dónde vamos á parar?,» exclamaban muchos.

»Con gran trabajo pude acercarme á lo que era objeto del debate. Tratábase de una falda á primera vista como las demás; pero, y esto era lo que había provocado la discusión, que al andar ó á un ligero movimiento de mano de la que la llevaba, se abría, dejando al descubierto las piernas. La falda es realmente atrevida, mas no puede negarse que su elegancia hace que se mire con indulgencia su atrevimiento.»

No era esta que dejamos descrita la única falda *sensacional* que pudo verse en Longchamp; otra había más atrevida aún, la llamada falda pantalón, que, como puede verse en una de las fotografías reproducidas en esta página, excede á todos los atrevimientos hasta ahora vistos en trajes femeninos.

Aparte de las faldas, llamaron en alto grado la atención los sombreros de dimensiones colosales que lucían los modelos de las principales casas confeccionadoras. Apenas se concibe que haya cabeza humana que pueda soportar esas balumbas de plumas, lazos, flores, frutas, etc., etc., que la moda viene imponiendo de algún tiempo á esta parte á las mujeres y que cada día alcanzan más desmedidas proporciones. Serán todo lo elegantes que se quiera; pero si en vez de ser imposiciones de las modistas lo fueran de un legislador antifeminista, el sexo bello se levantaría en masa contra el tirano que las condenara á un tormento tan intolerable.

Váyales usted, sin embargo, con tales observaciones á las que rinden culto á la despótica diosa; precisamente el imperio de ésta se funda en la obediencia ciega de sus vasallos, que si discutiesen ó siquiera raciocinasen un poco ya dejarían de serlo. Y las mujeres, y muchos hombres también, seamos francos, pasan por todo antes que por faltar á las leyes de la moda, sean éstas como sean, ordenen lo que ordenen, aunque se trate de los mayores absurdos y hasta de las mayores inconveniencias; es más, diríase que cuanto más exageradas, cuanto más absurdas son sus imposiciones, tanto más gustosamente se acatan, como si la moda fuese incompatible con el sentido común.—P.



París.—Concurso del gran premio anual del Aero-Club de Francia, celebrado el día 4 de los corrientes
La multitud contemplando desde la plaza de la Concordia la salida de los aeróstatos. (De fotografía de M. Branger.)

Recientemente se ha efectuado en París el concurso internacional de globos, en que se ha disputado el gran premio anual del Aero-Club de Francia, y en el que han tomado parte los 18 aeróstatos siguientes: *Geneviève* (1.600 m. c.); *Almanzor* (1.600 m. c.); *Cambronne* (800 m. c.); *L'Aube* (1.240 m. c.); *Excelsior* (1.600 m. c.); *Quo Vadis* (1.200 m. c.); *Austerlitz* (1.600 m. c.); *Nervana* (1.600 m. c.); *Limousin* (1.200 m. c.); *Aero Club II* (1.550 m. c.); *Djinn* (1.600 m. c.); *Esperance* (1.575 m. c.); *Centaure* (1.600 m. c.); *Le Charles* (1.437 m. c.); *Overstolz* (1.430 m. c.); *Abeille* (1.600 m. c.); *Mouche* (1.600 m. c.), y *Anjou* (1.200 m. c.). Exceptuando *L'Aube*, del Club Aeronáutico del Aube; el *Excelsior*, de la Academia Aeronáutica de Francia; *Le Charles*, del Aero-Club de Bélgica; el *Overstolz*, del Deutscher Luftschiffahrt Verband (Club de Aerostación Alemán), y *Anjou*, del Aeronáutico Club de Francia, todos los demás pertenecían al Aero Club de Francia.

A las cuatro dióse la salida al globo piloto fuera de concurso, *Gay Lussac*, tripulado por los tres campeones designados por los aeronautas franceses para el concurso de la Copa Gordon Bennet, que ocho días después debía disputarse en Berlín, y á las cinco salieron los demás por el orden que dejamos indicado.

En la clasificación provisional correspondió el primer lugar á *Centaure*, pilotado por Jorge Blanchet y Edmundo Sirven, como ayudante, que cayó en Navecelles, cerca de Alais (Gard), después de haber permanecido en el aire 13 horas y 22 minutos y recorrido una distancia de 550 kilómetros.



Los reyes de España en Hungría.—S. M. el rey D. Alfonso XIII y la oficialidad del regimiento de infantería n.° 38, del que es coronel honorario, en el Círculo Científico Militar de Budapest. (De fotografía de Erdely, de Budapest, comunicada por Carlos Trampus.)

En uno de los días en que S. M. el rey D. Alfonso XIII estuvo en la capital de Hungría, visitó en compañía de las personas de su séquito el Círculo Científico Militar, en donde los oficiales del regimiento de infantería número 38, del que es coronel honorario, le obsequiaron con un almuerzo.

El coronel Leitschaft presentó á D. Alfonso la oficialidad del regimiento, conversando el monarca afablemente con todos ellos.

El rey recorrió todas las dependencias del Círculo, que estaban llenas de militares que vestían los variados y pintorescos uniformes del ejército austriaco y húngaro. Durante el almuerzo platicó el rey con los comensales sobre prácticas y costumbres militares de aquel país.

Al llegar el momento de los brindis, el coronel Leitschaft brindó por los reyes de España, por la familia real y por el ejército español. D. Alfonso contestó con un sentido brindis que fué muy aplaudido. El citado regimiento fué el que hizo los honores á la llegada y á la partida de los soberanos españoles.



Imp. de Montaner y Simón



Año XXVII — Barcelona 26 de octubre de 1908 — Núm. 1.400

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LA LUCHA POR LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS



El candidato Mr. Taft pronunciando un discurso ante sus electores

(De fotografía de Underwood y Underwood.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un artículo del brillante cronista Gómez Carrillo sobre manjares raros y estrambóticos, ha sido discutido estos días por la prensa. ¿Se comen realmente en París arañas,

«sapos y sucios insectos,»

como se dice en una obra teatral de la época de Comella, ó es sólo una fantasía del escritor, para entretener y asombrar á los lectores de aquende el Pirene, que no han pasado, en materia de comistrajos, de las ancas de rana y la sangre frita?

Hace tiempo que París, en su grande y sutil espíritu comercial, ha declarado artículo de comercio la curiosidad inquieta y algo bobalicona de los extranjeros que á la ciudad-Luz concurren. Si un establecimiento puede sacar partido de esta curiosidad atrayendo gente por medio del anuncio de manjares inauditos y asquerosos, no vacilará en aprovechar el filón que se le presenta. Como Vespasiano, encuentran que toda moneda, venga de donde viniere, huele bien, y ponen en explotación las perversiones del apetito y lo que pudiéramos llamar sadismos del estómago cansado y revuelto de los viajeros ricos y buscadores de sensaciones nuevas.

Desde luego reconozco que en lo del comer, algo hay de convencional. Si nos habituamos á un alimento, no nos parece repugnante, pero se lo parecerá á quien no esté acostumbrado á él. Recuerdo que en mi niñez, en un pueblo de la costa, nuestra cocinera horrorizó á los indígenas, pidiendo en la cortaduría criadillas de ternera. El clásico frito de todos los cafés de Madrid parecía allí una comida de locos ó de sucios. «¡Los señores comen cada porquería!,» exclamaba, puesta en jarras, la cortadora, que en vez de alegrarse al ver apreciado lo que antes se echaba á los perros, demostraba reprimida indignación.

Sí: hay el hábito, la educación del paladar, que es un ejercicio como otro cualquiera.—Hay también la saturación invencible, la hartura de un manjar, la repulsión hacia una comida que no varía, aun cuando al principio guste. Un chico á quien en un colegio dieron huevos fritos al almorzar por espacio de un año seguido, sentía arcadas al ver huevos fritos tan sólo. De suerte que el paladar es una persona equilibrada, que rechaza lo nuevo y lo demasiado viejo, y pide cosas que conozca y trate y no le cansen en demasía.

En paladares normales, claro es que la extravagancia no ejerce atracción. Por mucho que nos lo repitan—y lo dicen hasta eminencias culinarias, pero no convencen,—el buey y la ternera, para biftecs y chuletas, serán siempre preferibles al burro y al caballo; el gazapo al gato; el pollo al ratón, y la anguila á la sierpe. Es inútil que nos ensalcen los méritos del encebollado de gato, del fricandó de *mur* (dicho así da menos grima) y del Chateaubriand de pacífico jumento. Nos atenemos á las especies animales que desde tiempo inmemorial se consideran comestibles, y continuamos por el trillado camino de huir de las otras, que nos habrán encajado en embutidos alguna vez, pero conste que abusando de nuestro candor.

Por lo demás, el comer arañas no es tan nuevo ni tan parisiensE (¡apenas hará años que trino yo contra el parisiÉN; que lo recuerde Cavia!), como da á entender el artículo de Gómez Carrillo. En la propia Marineda existía, allá por 1868, un guasón local, uno de esos hombres ocurrentes de quienes cada mañana se refiere una salida humorística ó una diablura sazonada, que había dado en la no muy pulcra tema de sentarse á la mesa de un café céntrico, pedir Jerez, y cuando le traían la copa, abrir un cucurucho, sacar de él una araña viva, zambullirla en el vino, y tragarse ambas cosas juntas, ante la concurrencia estupefacta. Sucedió que, habiendo llegado á la ciudad un tratante inglés, le convidó nuestro bromista, con objeto de dejarle atónito, al café donde diariamente realizaba su *tour*, ó, para que Cavia no se queje, su gracia ó habilidad. Todos se fijaban, esperando divertirse más que nunca. Cuando, al servirse el Jerez, vió el hijo de Albión que salía del cucurucho el insecto agitando las patas, permaneció absolutamente impasible: dijérase que ni se enteraba del caso. El español puso el bicho en remojo, y no sin hacer disimulado guiño á los de enfrente, se dispuso á trasegarlo. Entonces el britano, deteniéndole con el ademán, exclamó pausado y grave: «Mi guarda osté un moslito de la araña, para comer yo mí también.»

No discutamos á los aficionados al «moslito» de araña. En la «Cazuela asiática» forman parte los tales moslitos del menú, minuta ó lista. Claro es que los parroquianos de la sobredicha cazuela merecen el calificativo con que leemos en *Salambó* que eran designados los moradores de cierto barrio cartaginés, «*mangeurs de choses immondes.*» Pero, en fin—una vez que se trata de Francia, emplearemos este giro francés,—*tous les goûts sont dans la nature*, ó, á la española, de gustos no hay nada escrito, y al que le plazcan los bicharracos, con su pan ó con su Jerez se los coma...

Lo que no debe autorizarse nunca es el que tales platos figuren en los convites. Porque cada cual es muy dueño de comer aunque sea bofes de tigre con salsa de mosquitos; lo que no es lícito es imponer al resto de la humanidad el capricho de un estómago. Por eso, en los banquetes, la lista suele ser clásica, sin rarezas y hasta sin regionalismos.

En efecto, la cocina regional, muy simpática para mí, y en general muy gustosa, no está admitida en las mesas correctas, en las mesas «bien» (señalo este atroz galicismo á Cavia). Así como no se pueden llevar á sociedad el elegante traje de los charros, ni el garbosísimo traje de los majos andaluces, ni la montera, ni los zaragüelles, no cabe servir en un banquete *fino* el farinato, el gazpacho, el pote ni la paella platos todos muy ricos—y tras de los cuales infinitos cristianos se chupan los dedos.

El gazpacho, sin embargo, en las épocas de calor y con el aditamento del hielo, va deslizándose suavemente en los almuerzos escogidos, substituyendo á la sopa y al consumado, á mi ver con ventaja.

No se ha abierto camino aún la idea—tan lógica—de que las estaciones deben modificar la alimentación. Se sirven en verano las mismas carnes abrasadas y sangrientas, los mismos guisos con las mismas especias, los mismos vinos alcohólicos, que forman en invierno y en climas fríos la base del sustento de las clases acomodadas. Y esto es absurdo: nadie me lo negará. El verano pide una alimentación refrigerante, suave y sencilla. A decir verdad, y si atendemos á las enseñanzas de los higienistas, lo de la sencillez conviene en todo tiempo; nuestra mesa, como los otros aspectos de nuestro vivir, se ha complicado por demás, y ya se sabe que el ayuno era sanitario antes aún que religioso; y digo *era*, porque ya contadísimas personas lo practican.

¿Verdad que da pena que se haya inundado la Exposición de Zaragoza? Es una casualidad, de esas que parecen picardía de la suerte. Después de tanto trabajo, de tanta lucha como habrá costado la Exposición, merecían sus iniciadores que el Ebro no les jugase esta pasada. «No hay que llamalo... ¡Masiau viene!,» que dijo el baturro.

Es una de las plagas españolas, la inundación. No entiendo de hidrografía lo bastante para decir si hay manera fácil y práctica de remediarlas. He leído, ó mejor dicho, he pasado los ojos por artículos en que se desarrollaba extensamente la teoría de los canales, charcas, pantanos, embalses y otros medios de repartir convenientemente el agua por el suelo, seco y árido, de la mayor parte del territorio español. Sería muy de desear que los planes escritos se desarrollasen, trayendo la tranquilidad y la fertilidad á comarcas inmensas. Uno de los enemigos mortales de la Península Ibérica es la aridez: escribamos sin temor la palabra, por más que la encuentren hasta ofensiva los panegiristas de la belleza y fertilidad de nuestro terruño, que es bello y fértil, en todo caso, si se riega y cultiva y desaparecen esos temerosos «despoblados» que han sido su nota característica desde los tiempos remotos. Este cuerpo vigoroso y fuerte necesita jugo de sangre. La riqueza hidrográfica, bien distribuida, le daría cuanto jugo ha menester.

Un suceso asaz curioso es el percance del diestro Fuentes, no en la plaza, sino en automóvil. No cabe episodio más modernista. El suceso, nos dicen los periódicos, ocurrió al subir la cuesta de la Cierva, que yo no sé adónde cae, pero que, por las señas, debe de ser bastante pina. El artilugio llevaba excesiva velocidad. He aquí un detalle típico. Para las cuestas arriba quieren los profesionales del auto sus caballos ó su burro, que las cuestas abajo se las suben perfectamente deslizándose, con la ayuda de todos los santos, como nadie ignora. Y la gala del buen automovilista, dueño de una mecánica de cientos de pies de caballo—contando á la portuguesa – es vencer las cuestas arriba lo más aprisa posible. Ahora bien: en tales prisas es cuando ocurren los accidentes.

El torero saltó del auto y fué lanzado al aire, ni más ni menos que le habrá sucedido ó podrá sucederle á cualquier hora en el redondel. Sin astas, el automóvil emula al brioso jarameño ó al fiero cordobés. Ya no dan cornadas solamente los cornúpetos y el hambre: el auto les hace competencia y zarandea á los matadores con toda limpieza y empuje.

Y mirándolo bien, ¿á qué dianche se mete un torero en un automóvil? Lo encuentro un anacronismo en toda regla. Al torero, la calesa, el calesín, el coche de colleras, el potro jerezano negro como la noche, cuyos lomos fatigaba Frascuelo, ó la carretela de cuatro mulas que usa Guerrita. Todo menos la chocolatera mecánica. La disonancia salta á la vista.

O sobra el automóvil, ó sobran las corridas de toros. Las almas piadosas, los espíritus humanitarios, opinarán rotundamente que sobra lo segundo. Y sin embargo—atendiendo al dato del derramamiento de sangre y los estragos y desperfectos, —el automóvil lleva ventaja. Diariamente encontramos en la prensa noticia de algún estropicio, y casi siempre son nombres conocidos los que provocan las exclamaciones de susto y lástima con que tales nuevas se comentan. Siquiera, en las corridas de toros, mueren—y muy rara vez—los toreros. En el automóvil quien menos se desgracia es el *chauffeur*, ó mecánico, ó como guste Cavia: verdad que los señoritos aficionados le relevan de sus funciones y se disputan el placer de quebrarse los huesos, magullarse las carnes y descolgarse las vísceras.

Ya tenemos las Cortes abiertas. La discusión en ellas planteada versa sobre Hacienda; es decir, sobre lo más importante, en la actualidad, para la nación española, y acaso para todas las del mundo. La política económica es la clave de la vida pública. Hoy bien se puede afirmar que los problemas son económicos; que el hombre, el Estado y cuantas entidades jurídicas supongamos, piden la subsistencia y codician la riqueza, prescindiendo de otras ansias que sintieron antaño (libertad, independencia, gloria, triunfo).

Dicen que este modo de ser responde á la evolución científica de la especie, y que por tal evolución, y no por el antiguo patriotismo, perdurará la lucha entre fronteras y entre razas. Verbigracia: en un libro muy interesante que estoy leyendo, *El derecho*, por Carlos Octavio Bange, veo que los jornaleros australianos piden que se imponga á los *coolies* ó jornaleros procedentes del Celeste Imperio un fuerte derecho de entrada, para que no les hagan la competencia, pues son rivales temibles por lo sobrios y activos. Veo también que los obreros norteamericanos hacen huelgas contra los obreros negros y chinos, por igual razón que los australianos se alzan contra los *coolies*. Es decir, que, á despecho de los conatos de fraternidad socialista, los pueblos siempre harán aquello que es natural, y como natural, eterno: procurar cada uno para sí las ventajas mayores, y combatir á los que se las disputen, por todos los medios y empleando los sistemas que dicte la oportunidad.

Una cuenta interesante es la presentada al gobierno ruso, de los perjuicios acarreados por la revolución que estalló y fué ahogada en aquel Imperio.—Sólo los perjuicios directos, entiéndase bien; porque los indirectos, el diablo que los calcule, aunque los calculistas les echan (á ojo) setecientos cuarenta millones de rublos.

Los directos son: destrucción de pozos de nafta, cien millones de rublos; casas incendiadas, cincuenta millones; saqueo del puerto de Odessa, cincuenta millones; otras ciudades, villas y aldeas saqueadas, sesenta millones; daños al ejército, cincuenta millones; daños á la industria, cuarenta millones; total de lo directo, trescientos cincuenta millones; que, con lo indirecto, arrojan mil y cien millones de los consabidos rublos, y á decir verdad, me parecen demasiados millones, y demasiadas matemáticas en quien los haya sumado, contado y comprobado, y me atrevo á creer que en todo ello hay mucho de fantasía.

Sucede ahora con el dinero lo que antes con los degüellos y matanzas: tal número de hombres «perjudicados» resultaban de los telegramas, que, si se admitiesen los datos, no quedaría ya en Rusia *piante ni mamante*. Y ahora, no quedaría dinero. De suerte que diremos, por vía de consuelo filosófico: «Siempre se *exagera*.»

La condesa de Pardo Bazán.

LA DICHA DE UN HOGAR, cuento de Nogueras Oller. Dibujo de Calderé



Cómodamente sentados en la hermosa terraza de su casa de campo, terminábamos de comer

Luisita Antoña, casada con mi amable amigo Tomás Bornell, era ingenua, pura y sencilla como una virgen; vivía solamente para su esposo, y en su plácido semblante era vano buscar la más leve expresión de vanidad ó de hipocresía, cualquier huella, en fin, de los devaneos del gran mundo. Toda su sociedad se reducía á los deberes de su casa. Amaba su casa como los palomos su nido, y á pesar de eso, Luisita Antoña destrozó todo el encanto de aquel hogar.

Yo que les visitaba con mucha frecuencia, nunca temí lo que llevo dicho, hasta que me enteré, de un modo casual, de que Luisa era profundamente supersticiosa.

* * *

El corazón se embriagaba en realidades de poesía campestre. Era un día de sol y de perfumes; cielo, campo y montañas tenían una tan limpia claridad que yo veía al mundo como dotado de luz propia. Me imaginaba ver el espacio á través de las entrañas de la tierra, y hubiese apostado que nuestro planeta se había vuelto de cristal.

Cómodamente sentados en la hermosa terraza de su casa de campo, terminábamos de comer. Un panorama espléndido se desenvolvía á nuestros ojos, y mi amigo fumaba muy satisfecho de la fuerte emoción que alteraba mi semblante.

Luisa, de pronto, dió un grito tan agudo como inesperado.

Un negro moscardón volaba en torno de su cabeza rubia como el trigo... Agitó el pañuelo con visible terror, y el asqueroso insecto, siempre zumbando, fuése á dar de cabeza contra los cristales del invernáculo del jardín.

Su esposo y yo nos reímos, y ella, muy augustiada puso todo su empeño en hacernos comprender que no se trataba de una avispa más ó menos fea, sino de un mal presagio. Relató los más tristes y espeluznantes acontecimientos que, según ella, había presenciado cuando niña; nos contó la manera rara como murió su madre, esto es, á voluntad de un viejo reloj que con la cuerda rota se puso á andar de golpe, marcando el día y la hora exacta del fatal desenlace...; pero como el sol era alegre, la brisa refrigerante, el café superior y el panorama magnífico, por esfuerzos que hicimos para contenernos no pudimos lograrlo, y cinco ecos, á cual más sonoro, repitieron nuestra carcajada.

Luisa era tan incapaz de ofenderse de su marido como de guardarme rencor; así es que estuvo muy alegre toda la tarde. Sin embargo, su alegría, lejos de animarnos, nos alarmó de tal modo, que más de una vez Bornell y yo nos interrogamos en silencio. El moscardón debía de atormentar grandemente á la joven cuando se descubría tan fuerte excitación en su fingido contento.

La belleza de Luisa tomó de pronto un nuevo y extraño carácter para mí; se me figuró más humana, más hembra, y tuve un estremecimiento que no sé explicar...

A pesar de todo, nos despedimos los tres muy satisfechos de la jornada, y desde lejos, á los postreros rayos del sol, vi la doblemente plácida silueta de mis amigos, enlazada delante del infinito. Pensé que se besaban y apreté el paso. ¿Por qué hice esto?

Al día siguiente me apresuré á partir á la dulce y terrible ciudad de mis luchas, y sólo durante la primera y segunda semanas tuve carta de ellos. A mí, de una parte, me hacía mucho mal, un mal inexplicable, recibir noticias suyas.

* * *

Yo en otro tiempo me había enamorado poéticamente de aquella Luisa encantadora; pero como fuese que mi amor no albergase otro deseo que el de contemplarla y oirla, acabé por querer sinceramente á su esposo y á su casa, tan dulce y apacible, que una vez dentro de ella, me parecía hallarme en un santuario. Veneraba á aquella mujer como se adora á una joya artística, que por sentimientos que despierte, casi nunca nos produce una pasión carnal.

Según crecía mi engaño de apreciar á Luisa superior á las miserias de este mundo, más respeto sentía por ella; de modo que me hubiese disgustado de mí mismo á haber soñado, entonces, una sola vez, la más pálida de las visiones que me atormentaron desde el momento que descubrí que era, en algo, comparable á las otras mujeres.

La superstición la ataba firmemente á la tierra, y yo me hubiese arrastrado á sus pies, á no ser por otro cariño que subsistía en mí... Durante mis frías y otoñales noches parisienses, pasadas en la más triste soledad, lejos de mi patria, barrido por el esplín como una hoja seca, placíame recordar el confortable y alegre comedor de la casa de mis amigos, y este tibio recuerdo conseguía dominar mis nacientes exaltaciones, á la par que me volvía tan bueno y espiritualista como antes.

La dicha de la casa de Tomás Bornell era para mí como un puerto que me salvase del turbio mar de las pasiones... Yo soñaba tener también, en el porvenir, mi casita dulce, apacible y hospitalaria como un santuario y una esposa ingenua y sencilla como una virgen... Era preciso, por lo tanto, no empañar con torpes deseos el espejo de mi dicha futura. Y entonces precisamente fué cuando temí que se desvaneciese el delicioso encanto de aquel lugar.

¿Quién me aseguraba que la insana tentación que me había trastornado no podía hacer mella en otro temperamento más fogoso é impuro que el mío?

Me acordé, no sé cómo, de Juan Reinal, un ente desocupado y pendenciero, adornado de todas las exigencias de la moda, gran jinete y decidor, más potro que jinete, en fin, una calamidad tratada á paño inglés y á piel de España, que, lejos de contentarse con hablar sin respeto alguno de la belleza de Luisa, se atrevía á rondar descaradamente su casa... Y temblé, porque este miserable, curtido en lances amorosos, era muy capaz de sacar no poco partido de las supersticiones de ella.

Y desde entonces, cosa inexplicable, la negra silueta de Juan Reinal rondó todos los días por mi cerebro, zumbando entre el concierto de mis ideas, como un moscardón que me vaticinase una desgracia.

La melancolía no me abandonaba un solo instante; parecía un niño que echa de menos el calor de su casa, de tal manera, que, vivamente indignado por el silencio absoluto de mis amigos, me propuse tomar el tren á la primera ocasión, cuando una tarde, mientras cerraba las ventanas dispuesto á salir, llamaron á mi puerta.

Era Luisa Antoña. Digo mal, era la sombra de Luisa.

Sus ojos, aquellos ojos tan claros y sonrientes, estaban rodeados de una gran mancha violácea. Había espanto en su voz, terror en su mirada, y creí de pronto que en su bello semblante se había petrificado aquel gesto de supersticioso azoramiento que descubrí por primera vez mientras un asqueroso bicho volaba diabólicamente en torno de su cabecita rubia... Estuve á punto de creer también en los malos presagios.

Ni se sentó siquiera. Habíase apoyado en la pared y hablaba con la más loca ansiedad, sin que yo la entendiese.

Intenté calmarla al propio tiempo que adquirir alguna luz sobre lo que ocurría, pero todo fué en vano. Estaba tan persuadida de que yo lo sabía *todo* — ese todo me desesperaba, — que lejos de enterarme, me envolvía atrozmente en un torbellino de palabras inconexas, mas alarmantes cuanto más obscuras é incongruentes; y como manifestase que yo también hacía causa contra su inocencia, ocultándole el paradero de su esposo, lo mismo que su padre, el cual la había encerrado tan cruelmente que no fué posible para ella recibir ni mandar noticia alguna, creí, ante la enormidad del caso, que me hallaba en presencia de Luisa demente, fugada de una casa de locos. ¡Pobre mujer! Ella, que me había hecho desear las dulzuras de un nido semejante al suyo, andando á la ventura, loca, sin hogar... ¡Quizá perdida para siempre!..

Pero Luisa, por fortuna, empezaba á precisar sus ideas, y á pesar de mi asombro, la entendí perfectamente, mientras me contó la manera como había logrado escapar del encierro al mismo tiempo que obtenido noticias indudables del desafío de su esposo con *él*. Este *él* proferido con no menos terror que asco, desgarró un poco el velo de tanta confusión, y aunque lleno de perplejidad, á fuerza de preguntas, supe hallar la manera de entendernos.

Juan Reinal, después de haber atentado inútilmente contra la fidelidad de Luisa, habíase revuelto contra la dicha de su casa, penetrando por la grieta de su fe supersticiosa.

Le hice comprender mi absoluta ignorancia sobre tan tristes sucesos, y me contó los menores detalles.

***

Desesperada por la tenaz impertinencia de Reinal, Luisa no olvidó ni un momento que tenía el deber de avisar á su marido; pero como soñara durante tres noches seguidas un gran estanque de agua, y el agua, según ella, siempre que toma parte en los sueños es anuncio de una muerte segura, temió exponer á su esposo á las funestas consecuencias de un probable desafío, y calló.

Sin embargo, el silencio era imposible para su alma infantil; así es que ella misma, con la mayor inconsciencia, entregóse en manos de la adversidad. La mujer que la peinaba supo granjearse pronto su confianza, y todos sus temores, sus sueños, sus ideas, pasaron á conocimiento del enemigo, que pagaba á buen precio... Se armó el complot, y Luisa visitó á una sonámbula para que leyendo su porvenir la aconsejara en consecuencia. Fué precisa la mediumidad de un medallón ó un anillo, de algo en fin que ella quisiese mucho... Y el anillo pasó á ser arma de Juan Reinal, el cual la amenazó con hacer uso de aquella joya para probar públicamente la existencia de infames relaciones, en el caso de que éstas no fuesen aceptadas inmediatamente.

Así fué como Luisa, sin cometer otro desliz que el de dar crédito á las supersticiones, vió deshecha la dicha de su casa.

Su inquebrantable fidelidad se cotizó á cualquier precio, y una noche, en lugar de ir Tomás Bornell á su casa á la hora de costumbre, presentóse su suegro, el cual, sin dar ni atender razones sobre lo acaecido, sometió á su hija al más triste y duro de los cautiverios.

***

Tomás Bornell no estaba en París. Le hallé en Barcelona, descendiendo la escalera de su casa, pocos momentos después de haber desalquilado el piso. De aquel lugar delicioso que había sido mi templo, nada quedaba en pie.

Bornell, al verme, se disgustó; irascible y huraño, trató de reñir conmigo para lograr que le dejase en paz. Me irrité mucho y le volví la espalda. Sin embargo, un infinito deseo me lanzó de nuevo sobre sus pasos.

¡Oh, la dulce, la hospitalaria, la casi religiosa casa de mis amigos! Aquella felicidad tan sin razón deshecha me destrozaba el corazón! Yo estaba en la verdad—porque Luisa era imposible que me hubiese engañado,—yo poseía toda la verdad y estaba en mí el deber de restaurar aquella dicha y levantar de nuevo aquella casa.

La noche había cerrado por completo. El paso precipitado y convulso de Tomás Bornell se apagaba sobre el polvo de carbón que cubría el piso de aquellas calles extremas y débilmente iluminadas... Tomás Bornell se dirigía al mar.

Me vió y gritóme:

—¿Qué quieres?

—¿Le mataste?

—Sí, ¿qué te importa?

—Reinal mintió y tú concluyes la obra de una infamia.

—Bueno... ¿y qué? Vete.

Comprendí que su plan era acabar con la vida. Agoté las razones y los insultos. Le pegué y me obedeció.

. . . .

La sonámbula y Rosa, la peinadora, su cómplice, volvieron loco á Tomás Bornell; pero como fuese que le aguardase otra locura mayor al recobrar la felicidad perdida en los amorosos brazos de Luisita Antoña, pronto recobró la razón, y fuí yo, entonces, quien, algunos días más tarde, fumaba muy satisfecho de la fuerte emoción que alteraba su semblante, sentado en la gran terraza de su casa de campo, frente á un panorama divino...

Androclo y el león, cuadro de Briton Riviere. (Exposición de la Real Academia de Londres. 1908.)

NUEVO PUENTE SOBRE EL PO

Bajo la presidencia del rey Víctor Manuel III de Italia y con asistencia del ministro de Obras Públicas, de los presidentes del Senado y de la Cámara, de los senadores y diputados por las provincias de Milán y Plasencia y de numerosas representaciones provinciales y municipales, se ha efectuado recientemente y con gran solemnidad la inauguración del nuevo puente sobre el Po, que une las dos provincias citadas.

Después de una breve ceremonia en la Casa Consistorial de Plasencia, el rey, acompañado de la comitiva oficial, dirigióse al puente, en donde pronunciaron sendos discursos un representante del Consejo provincial de Milán, otro del Consejo provincial de Plasencia y el citado ministro, quien ensalzó la construcción de la obra, haciendo constar que en ella no había tenido participación alguna el gobierno del Estado. En seguida el monarca y su acompañamiento recorrieron el puente.

Éste se compone de dos viaductos, uno de 278 metros en la orilla milanesa, y otro de 320, con un terraplén además de 540, en la plasentina, y de un tramo metálico de 604 metros, sostenido por siete pilas y dos estribos. El coste total ha sido de cuatro millones de liras, habiendo pagado las provincias de Milán y de Plasencia cada una sus respectivos viaductos y ambas por mitad el puente de hierro.



Plasencia (Italia).—Inauguración del nuevo puente sobre el Po
El rey Víctor Manuel III, después de pronunciados los discursos, baja de la tribuna de honor para atravesar con su séquito el nuevo puente



Vista del nuevo puente sobre el Po, recientemente inaugurado por el rey Víctor Manuel III
La longitud del puente con los viaductos, terraplenes, etc., es de 1.743 metros; la anchura del tramo metálico, de 15, y el coste total, de 4 millones de liras
(De fotografías de Lucas Comerio, comunicadas por Carlos Trampus.)

LA CRISIS DE ORIENTE

Mayor importancia que la independencia de Bulgaria tiene indudablemente la anexión de la Bosnia y de la Herzegovina á Austria; al fin y al cabo, el primero de estos hechos sólo afecta á un derecho más nominal que efectivo de Turquía, al paso que el segundo, además de la lesión de otro derecho análogo, significa el positivo engrandecimiento territorial de una de las grandes potencias europeas más directamente interesadas en la cuestión de Oriente, sin ventaja para ninguna de las demás.

Puede, pues, asegurarse que la actual crisis se debe en principal, si no en único, término á la resolución adoptada por el gobierno de Viena respecto de aquellas dos provincias, y la manera habilísima con que fué preparada y realizada, así como la energía con que luego ha sido sostenida, acreditan de gran estadista y de genial diplomático al barón de Aehrenthal, ministro de Negocios extranjeros del imperio austro húngaro.

En la nota enviada á las potencias se explica y se pretende justificar el acto llevado á cabo por Austria en los siguientes términos:

«Austria-Hungría ha cumplido la misión que el tratado de Berlín le confiara en Bosnia y Herzegovina, para bien de estas poblaciones y en interés mismo de Turquía; en efecto, la situación creada en Bosnia y Herzegovina por el tratado de Berlín y sólidamente mantenida por Austria-Hungría, ha permitido á Turquía concentrar sus fuerzas para defender la integridad territorial de su imperio.

»Bosnia y Herzegovina han llegado hoy, gracias al trabajo asiduo de la administración austriaca, á un alto grado de cultura material é intelectual; parece, pues, llegado el momento de coronar la obra acometida otorgando á esas provincias los beneficios de un régimen autonómico y constitucional que la población desea.

»Austria-Hungría debe, sin embargo, para realizar sus intenciones generosas, fijar de una manera precisa la situación de esas dos provincias y proveer á garantizarlas eficazmente contra los peligros que podrían amenazar la estabilidad del régimen establecido en 1878.



El barón de Aehrenthal, ministro de Negocios extranjeros austro-húngaro, que con la anexión de Bosnia y Herzegovina á Austria ha determinado la actual crisis de Oriente. (De fotografía de J. Ablozia comunicada por C. Trampus.)

»Por consiguiente, Austria-Hungría se ve en la imperiosa necesidad de prescindir de las reservas contenidas en el convenio de Constantinopla y de recobrar, en cuanto á la Bosnia y á la Herzegovina, su antigua libertad de acción, y cree que las relaciones entre los dos países, libres de la incertidumbre que pesa sobre la situación en Bosnia, en Herzegovina y en el sanyacato, mejorarán mucho con el estado de cosas definitivo y normal que queremos instaurar.»

No puede negarse que esa nota está redactada con habilidad, pero también con esa despreocupación que emplean en los documentos de esta clase las naciones fuertes cuando tratan de beneficiarse á costa de otras más débiles. Eso de querer convencer á Turquía de que la ocupación de las dos provincias ha sido una ventaja para ella, se parece mucho al conocido cuento francés del «guillotinado por convicción;» y en cuanto al hecho de que la sola voluntad de Austria haya sido bastante para echar por tierra el edificio tan costosamente levantado en el tratado de Berlín, no se comprende sino por el temor que una guerra de incalculables consecuencias inspira á todos los grandes Estados. De aquí la confianza de que la actual crisis se resolverá en la conferencia que se está preparando y que reconocerá los hechos consumados, buscando compensaciones más ó menos ficticias para los que por ellos han sido perjudicados.

Austria, de todos modos, tiene la ventaja de que la anexión de Bosnia y Herzegovina ha sido aceptada con entusiasmo por las poblaciones de estas provincias, cuyas ciudades y aldeas, sin excepción, acogieron la proclama del emperador con grandes manifestaciones de adhesión y simpatía. Pero aunque así no fuese, es de suponer que no se dejaría arrebatar las dos provincias que por un procedimiento tan expeditivo se ha anexionado, como lo prueba la manifestación de que sólo irá á la conferencia con la condición de que la anexión no ha de ser discutida.—R.



Gran manifestación en el parque de Serajevo, capital de la Bosnia, después de proclamada la anexión de ésta y de la Herzegovina á Austria. (De fotografía de Nouvelle-Photo.)

LOS PRÍNCIPES HEREDEROS

DE BÉLGICA

La fotografía que reproducimos adjunta ha sido tomada recientemente, cuando los príncipes salían de la inauguración de un congreso.

El príncipe Alberto Leopoldo Clemente María Mairad es el tercer hijo del príncipe Felipe Eugenio, hermano del rey Leopoldo II y es el llamado á ocupar el trono por no tener el actual monarca hijos varones y estar excluídas de la sucesión las hembras.

Nació en Bruselas en 8 de abril de 1875 y es coronel del regimiento de granaderos belgas y jefe honorario del 2.° regimiento de dragones prusianos número 16, caballero de la orden del Aguila Negra, de la de San Huberto, de la de San Andrés y de otras muchas.

En 2 de octubre de 1900 casóse en Munich con la duquesa Isabel de Baviera, nacida en Posenhofen en 25 de julio de 1876 y que es dama de la orden bávara de Teresa y de la de Santa Isabel.



El príncipe heredero Alberto de Bélgica y su esposa la princesa Isabel
á la salida de un congreso recientemente celebrado en Bruselas
(De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

LA ESCUADRA FRANCESA

EN BARCELONA

Con motivo de la visita de los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria Eugenia á nuestra capital, Francia ha enviado á nuestro puerto una división de su escuadra del Mediterráneo, que llegó en la mañana del día 21.

Componen dicha división, que manda el almirante Germinet, los acorazados *Patrie* y *Republique* y los destroyers *Arbalète* y *Coutelas*.

El *Republique* fué botado al agua en 1902, y un año después el *Patrie;* los dos son del mismo tipo. Su casco es de acero, tienen dos chimeneas y tres palos, con una cofa militar en el mayor, sobre el castillo del comandante; miden 134 metros de eslora, 24 de manga y 8'38 de puntal, y desplazan 14.865 toneladas.

Poseen tres máquinas de 17.500 caballos; su velocidad es de 19 millas por hora; su radio de acción de 8.400 millas, con una marcha de 10 nudos.

Sus medios defensivos consisten en una cintura continua que mide sobre la línea de flotación 2'60 metros delante y 3'30 en el centro.

El espesor es de 280 á 120 milímetros bajo la línea de flotación y 180 en las extremidades. Posee también un puente acorazado, una coraza delgada en la proa, torres de 305 milímetros, una fija de 280 y otra movible de 320, y casamatas.

Montan 48 piezas: cuatro cañones de 30'5 centímetros en las dos torres de proa y popa; 18 piezas de 16'4 centímetros, 12 de ellas en seis baterías dobles y seis en las casamatas, en el puente inferior, y 26 cañones de 47 milímetros, seis de ellos dentro de la batería baja, diez en la alta, seis sobre los castillos y cuatro en la cofa del palo mayor, poseyendo además cinco tubos lanzatorpedos y aparatos de telegrafía sin hilos.

Los tripulan, respectivamente, 800 y 750 individuos, al mando de los comandantes MM. Croix de Gastier y Forereau.

De los destroyers, el *Arbalète* mide 56 metros de eslora, 6'3 de manga y tres de puntal, desplazando 300 toneladas, y el *Coutelas* mide 58 metros de eslora y desplaza 335 toneladas.

Cada uno de ellos está dotado de dos máquinas de 4.800 caballos de fuerza, siendo su velocidad de 24 millas por hora; montan un cañón de 65 milímetros á proa y seis de 47, situados simétricamente tres á cada costado, completando sus medios defensivos dos tubos lanzatorpedos, y su dotación consta de 63 tripulantes.

Mandan, respectivamente, el *Arbalète* y el *Coutelas* los tenientes de navío MM. Dumesnil y Geupin.

El almirante Germinet trae la representación del presidente de la República francesa y el encargo especial de saludar en nombre de éste á SS. MM.



Barcelona.—El acorazado «Patrie,» que en unión de otros buques de la escuadra francesa ha visitado nuestro puerto con motivo del viaje de SS. MM. los reyes D. Alfonso XIII y D.ª Victoria Eugenia. (De fotografía de A. Merletti.)



LA PROCESION DEL CORPUS EN UNA ALDEA DE LOS ABRUZZOS, CUADRO



DE FRANCISCO PABLO MICHETTI. El original es propiedad del emperador de Alemania

MONUMENTO A J. J. ROUSSEAU

El día 18 de los corrientes inauguróse en Ermenonville, pueblo situado á 50 kilómetros de París, un hermoso monumento á Rousseau, obra del escultor Greber, en la que se admiran una inspiración elevada y una ejecución digna de los mayores encomios. La actitud y la expresión del rostro del filósofo y la idealidad de la figura que detrás de él se alza son de cautivadora belleza.

La ceremonia inaugural fué presidida por el ministro del Trabajo Sr. Viviani, quien pronunció un elocuente discurso enalteciendo la obra de Rousseau como educador del pueblo.

Rousseau pasó las últimas seis semanas de su vida en Ermenonville, adonde se había retirado, aceptando la hospitalidad del marqués de Girardin, cuando se vió en París abandonado de todos, achacoso, perseguido y sumido en la miseria. Allí murió en 3 de julio de 1778, siendo enterrado en la isla de los Alamos; en 20 vendimiario del año III (11 de octubre de 1794), sus restos fueron trasladados al Panteón, en virtud de un decreto de la Convención nacional.

Cuéntase que al visitar Napoleón, cuando era primer cónsul, la tumba de Rousseau en Ermenonville, exclamó: «Más hubiera valido para el reposo de Francia que ese hombre no hubiese existido. – ¿Por qué?, le preguntó Girardin. – Porque él fué quien preparó la Revolución francesa. – Paréceme que no sois vos quien pueda quejarse de la Revolución. – Pero el porvenir dirá si para el reposo del mundo no hubiera sido mejor que ni ese hombre ni yo hubiésemos existido.»



Monumento á Wágner, obra de Federico Schaper, inaugurado el día 9 de los corrientes en Venecia. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

MONUMENTO A WÁGNER

Dos meses después de terminadas en Bayreuth las representaciones de *Parsifal*, Wágner, fatigado por los ímprobos trabajos que el estreno de aquella obra colosal le impusiera, retiróse á Venecia con toda su familia, estableciéndose en el palacio de Vendramini, propiedad del conde de Chambord, situado en el gran canal.

Apenas instalado allí, recrudecióse la hipertrofia de corazón que desde hacía tiempo padecía, y las crisis fueron cada vez más frecuentes é intensas. El martes, 13 de febrero de 1883, cuando iba á embarcarse en la góndola para dar su habitual paseo, tuvo una discusión acalorada; de pronto se levantó de la silla en que estaba, y diciendo que se sentía muy mal, cayó desmayado. Lleváronle á la cama, y el doctor Keppler, llamado á toda prisa, lo encontró ya muerto en brazos de su esposa, que le creía dormido.

Venecia, que tuvo el triste privilegio de ver extinguirse la vida de aquel genio sin par en la historia de la música, ha querido honrar su memoria erigiendo en uno de sus jardines públicos el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido regalado á la ciudad por Adolfo Thiem.

El monumento es obra del celebrado escultor berlinés Federico Schaper, autor de una porción de monumentos que se admiran en las principales ciudades de Alemania.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – El Excmo. Ayuntamiento de esta capital, en la sesión extraordinaria del día 26 de septiembre último, ratificada en la ordinaria de 1.º del actual, acordó la publicación de un cartel de propaganda de Barcelona como ciudad de invierno, bajo las siguientes bases:

A. El estilo, carácter y procedimiento artístico del cartel quedan á completa libertad del artista, quien no obstante deberá tener muy presente que el principal objeto de la publicación es atraer la atención hacia el espléndido clima de Barcelona durante los meses de invierno, y hacia las bellezas naturales de esta ciudad y su comarca.

B. Las dimensiones del cartel serán de 1'25 por 0'90 mts.; debiendo quedar espacio libre para la leyenda *Barcelona ciudad de invierno*, y un par de líneas por si el Jurado estima necesario publicar notas de temperaturas ú otras especiales.

C. El modelo ú original del cartel deberá presentarse completamente terminado en la Secretaría de la Comisión de Atracción de Forasteros de este Ayuntamiento antes de la una de la tarde del día 15 del próximo mes de diciembre; será conveniente que el artista indique cuál será el mejor procedimiento para la reproducción, y el presupuesto por cada mil ejemplares.

D. El Jurado examinará los carteles presentados; y teniendo en cuenta el mérito artístico de cada uno y el objetivo principal que con la publicación se persigue, concederá, si lo estima de justicia, un premio único de cinco mil pesetas al modelo que considere digno de tal recompensa.

E. Podrán tomar parte en el concurso artistas de todas las naciones.

F. El Jurado será presidido por el Excmo. señor alcalde, y se compondrá con él de los señores concejales que forman la Comisión municipal de Atracción de Forasteros y Turistas, de dos delegados de la Junta municipal de Museos y Bellas Artes, de un delegado del Círculo Artístico y de otro del Círcol de Sant Lluch.

G. El Jurado tendrá el derecho de desechar las obras que no considere dignas de figurar en el concurso y de no adjudicar el premio si á su juicio no se presentasen trabajos merecedores del premio ofrecido.

H. Para facilitar el conocimiento de este concurso y la concurrencia de artistas nacionales y extranjeros, se publicarán las Bases, no solamente en los periódicos oficiales, sino también en las revistas que la Comisión de Atracción de Forasteros estime conveniente, destinando á este objeto hasta la cantidad de quinientas pesetas.

I. La Comisión de Atracción de Forasteros propondrá á la mayor brevedad, después de la publicación del fallo del Jurado, lo que entiende oportuno para la inmediata publicación del cartel pensionado, destinando á ello la cantidad de 2.000 pesetas. Se entenderá que el Ayuntamiento, con el pago del premio al autor del proyecto que resulte favorecido, adquiere los derechos de propiedad absoluta y perpetua de la obra, así como los de reproducción por cualquiera de los medios y procedimientos conocidos, amparándose para ello si fuere menester en las leyes de propiedad intelectual, artística y literaria vigentes en España y en los demás países.

Monumento á J. J. Rousseau, obra de Greber, inaugurado el día 18 de los corrientes en Ermenonville. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Espectáculos. — Barcelona. — Se han estrenado con grandísimo éxito en Novedades, en donde actúa una excelente compañía bajo la dirección artística de Adrián Gual, *La vida pública*, traducción catalana de una comedia francesa de Emilio Fabre, y *El somni d' una nit d' estiu*, bellísima traducción en verso catalán de la hermosa comedia fantástica de Shakespeare, con la inspirada música de Mendelssohn, ejecutada por una orquesta dirigida por el maestro Pahissa, y puesta en escena con gran lujo y propiedad. Para esta obra se han estrenado siete magníficas decoraciones de los Sres. Moragas y Alarma. También con gran éxito se ha estrenado en Romea *L' Aranya*, drama en tres actos de Angel Guimerá, para la que han pintado una hermosa decoración los citados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en Eslava *La balsa de aceite*, zarzuela en un acto de Sinesio Delgado con música del maestro Lleó, y en Lara *Roberto el Diablo*, juguete cómico en un acto de Enrique López Marín.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le bon Roi Dagobert*, comedia en cuatro actos y en verso de Andrés Rivoire; en Renaissance *L' emigré*, drama en cuatro actos de Pablo Bourget; en Cluny *Le revue de Cluny*, revista de gran espectáculo en tres actos y diez cuadros de Pablo Ardot y Alberto Laroche; en el teatro Rejane *Israel*, drama en cuatro actos de Enrique Bernstein; en el Odeón *Parmi les pierres*, drama en cuatro actos de Sudermann, traducido por Remón y Valentín; en el teatro Antoine *L'oreille fendue*, comedia en cuatro actos de Luciano Nepoty, y en el Ambigu *L' agence Legris*, melodrama en seis actos de Jacobo Roullet.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)



Juana se levantó de pronto y acercándose á su tío, le preguntó:

XI

Beverley no había cerrado los ojos en toda la noche. Temeroso de que se descubriera su intervención en la intriga por él tramada, no se había atrevido á salir de su cuarto, y como éste estaba situado en la otra ala de la quinta, no había podido enterarse de todos los pormenores de la aventura. Al día siguiente se levantó muy temprano; una sola idea le preocupaba, el temor de que Esther confesara á Juana lo que había ocurrido, pues si bien á la inglesa le convenía callarse, por otra parte su misma ingenuidad podía inducirla á las confidencias. Esto era lo que él quería impedir, y después de haber meditado largo rato, decidió emplear el medio más sencillo, es decir, lograr de la joven la promesa de que guardaría el secreto.

No ignoraba el inmenso ascendiente que sobre ella tenía; en efecto, para la inglesita, lord Beverley era una especie de semidiós al que veneraba; además, no se mostraría insensible al ofrecimiento de una dote, y Fernando estaba resuelto á sacrificar un millar de libras á fin de evitar el reproche de felonía en que había incurrido á causa de su carta á Juana. Descartada Esther, Pedro no volvería á presentarse; unos minutos de conversación con los señores de Veraines bastarían para tenerle alejado.

«Asegurémonos ante todo—se dijo—de que nada se ha traslucido.»

Su aparente tranquilidad disimulaba mal su turbación cuando interrogó al ayuda de cámara sobre lo que habían hecho los huéspedes de la quinta: la señorita Juana no se había levantado aún; en cambio la señorita Margarita se paseaba por el jardín, el señor almirante se había desayunado muy temprano y los señores de Veraines tomaban, como de costumbre, el te en la salita mientras arreglaban los asuntos del día.

—¿Y miss Esther?

—Miss Esther tiene jaqueca, señorito; la camarera de la señorita Juana, que la ha visto, dice que tiene muy mala cara.

—¿Quién, miss Esther ó la señorita Juana?

—Miss Esther, señorito.

—¿De modo que no saldrá de su cuarto?

—No, señorito; miss Esther sale en coche .. Están preparando el *do gcar* para ella, que, como sabe el señorito, guía muy bien.

El criado se puso á hablar con algo de envidiosa cólera de las rarezas de la joven inglesa, pero Beverley le interrumpió:

—¿Sabes á qué hora ha de salir la señorita Esther?

—El coche está pedido para las ocho, señorito.

Fernando miró su reloj, y viendo que eran las ocho menos cuarto, apresuróse á terminar su atavío y fuése á pasear por el jardín. Cuando vió acercarse el pequeño *dog car* de Esther, salió al encuentro de ésta y entabló conversación en inglés con la joven, que, sonrojándose de orgullo, apresuróse á contestar á las preguntas que acerca de su salud le dirigía el joven lord.

—Señorita, dijo al fin Fernando, he de advertir á usted que una casualidad me ha puesto al corriente del engaño de que ha sido usted víctima esta noche pasada.

Esther lanzó un grito de espanto, pero ni por un momento sospechó del guapo lord, como no habría sospechado del mismo Dios en persona.

—Esa burla podría perjudicarle mucho, ¿no lo cree usted así?

—Bastante lo temo.

—¿Aceptaría usted un consejo?

—¡Oh, milord! ¡Cuán bueno es usted!, exclamó por toda respuesta Esther fijando en Beverley una mirada ardiente de gratitud.

Fernando sintióse algo turbado al ver que su diplomacia degeneraba en hipocresía; esto no obstante, añadió:

—Lo mejor sería quizás que á nadie hablase usted de esa aventura... Me intereso por usted y sabré protegerla.

—Pero ¿si otras personas están enteradas de ella?

—No importa; niegue usted con energía.

—Este mismo consejo me ha dado el almirante.

Fernando quedóse asombrado. ¿Qué tenía que ver con todo aquello el almirante? En este sentido interrogó á Esther.

—Nos ha sorprendido á Pedro y á mí; estaba en el automóvil que Pedro había llevado y me ha traído aquí.

Hablaba con más tranquilidad de la que habría sentido cualquiera francesa en iguales circunstancias; por otra parte, estaba segura de que lord Beverley no sospechaba de sus intenciones. Si había sido bastante cándida para creer que Pedro quería raptarla de noche, cuando tan fácilmente podía obrar en pleno día, no por esto dejaba de estar incólume su virtud, con la certeza además de no caer en ningún caso.

—¿No le ha sorprendido á usted esa intervención del almirante?, preguntóle Beverley.

—Me ha asombrado mucho. Yo estaba convencida de que la carta en que me invitaban á acudir á la cita era del Sr. Dervilly.

—¿Y ahora está usted segura de que no era suya?

Beverley lanzó con energía esa sugestión, que impresionó vivamente á la joven inglesa, la cual no deseaba otra cosa que creer.

—El señor almirante me lo ha asegurado.

—¿Y no se le ocurre á usted que el señor almirante podría tener razones para impedir que su ahijado se casase con usted?

El rostro de Esther se animó como á impulsos de una inspiración maravillosa.

—Tiene usted razón, exclamó. ¿De modo que usted cree que la carta procedía del Sr. Dervilly?

—¿Quién se la entregó á usted?

—Corentino.

Beverley se sonrió, y la joven turbóse de tal manera ante la ironía del lord, que soltó las riendas de su caballo.

—¡Bondad divina!, dijo suspirando. ¿Será posible que Pedro me ame? Pero en tal caso, ¿por qué me llamó Juana?

Fernando no titubeó más.

—De todos modos, le dijo, la salvaguardia de usted está en creer que el billete procede del Sr. Dervilly y aun en afirmar que había un acuerdo entre ustedes.

Esther pertenecía demasiado á la raza del *breach of promise* (quebrantamiento de promesa) para no comprender aquella argumentación que para una francesa tal vez habría resultado obscura. Al otro lado de la Mancha, la conquista del marido por parte de las hembras se realiza con la misma falta de escrúpulos que entre nosotros caracteriza la seducción masculina.

—Por supuesto, añadió Fernando, que yo no aconsejaría á usted esa actitud sino en el caso de que el asunto se divulgase... Puede haber quien tenga interés en poner á usted en ridículo... Me ha parecido que el almirante acaricia respecto del Sr. Dervilly otros proyectos de los cuales podría usted ser víctima...

—Haré lo que usted me diga, milord, contestó la inglesa satisfechísima.

—Siendo así, mientras yo no la releve á usted del compromiso, afirme usted enérgicamente, si la interrogan, que había connivencia entre usted y el señor Dervilly; hay muchas probabilidades de que tenga usted razón... Y añadiré, miss Esther, que mi madre está dispuesta á asegurar á usted un millar de libras para su canastilla de boda.

Esther, sin ser una adoradora del vellocino de oro, conocía todo el valor de una dote de veinticinco mil francos. Suficientemente cándida para creer en la generosidad del joven lord y de su madre, aceptaba el donativo de dinero con la misma facilidad con que los generales ingleses se embolsan los millones con que se recompensa su talento, ó los hombres públicos, filántropos ó propagandistas ven convertido en moneda el entusiasmo de las multitudes. Beverley sabía muy bien lo que hacía, y lo hacía con aires de gran señor cuya munificencia nadie acostumbra discutir. Parecióle que sus asuntos iban á las mil maravillas, y comprendiendo que la conversación había durado bastante, invitó á la joven á continuar su paseo; y mientras el caballo se puso á galopar, como si miss Esther le hubiese infundido su alegría, Fernando regresó á la casa, tranquilizado y decidido á afrontar al monstruo, es decir, al almirante. Cuando estaba cerca del edificio, vió al Sr. Veraines que hablaba con Juana.

«¡Diantre!—díjose para sus adentros.—Probablemente estamos en plena peripecia. Dejémosles por de pronto que se desenreden, que no por esto será menos decisiva mi entrevista con el terrible Juan Bart.

El Sr. Veraines, en efecto, hablaba con Juana de cosas muy serias, inducido á ello por su esposa, quien, á su vez, había obrado á instancias de la madre de Beverley. El anciano, después de su conversación con el almirante, estaba resuelto á precipitar los acontecimientos; y el temor de que su nieta pudiera ser de Dervilly le hacía más deseable el enlace con Fernando.

Juana mía, habíale dicho, todo el mundo opina que estás en edad de casarte y todo el mundo pronuncia un nombre... ¿Sería este nombre el que á ti también te gustaría pronunciar?

La joven estaba muy pálida, fatigada y triste, y en sus labios se dibujaba una expresión de amargura.

—Querido abuelito, quisiera de todos modos esperar algún tiempo.

—Todo el que quieras, pero ¿en principio?

—En principio Fernando no me desagrada.. No creo amarle como habría podido amar á otro hombre, porque todos acariciamos ensueños más ó menos bellos é irrealizables; pero no estoy segura de amar á otro más que á él. Deseo, sin embargo, reservarme hasta que haya consultado con dos personas, mi tío el almirante y mi prima Margarita.

—Por lo que hace á Jacobo Carlos, puedo asegurarte que aprueba nuestra elección...

—¿De modo que ya le has hablado?

Sí... Habíame parecido observar que no tenía de Fernando el alto concepto que tenemos nosotros.

—¿Y te ha dicho que estabais equivocados?

-Sí, pero ha insistido en que te dejen libre; insistencia inútil, porque bien libre eres.

—¿Y ha aprobado mi matrimonio con Beverley?

—¿Te sorprende?

Juana parecía agitada, nerviosa, y hubo de hacer un esfuerzo para responder con calma:

—Un poco, abuelito, porque también á mí se me había figurado que no apreciaba á Fernando en todo lo que vale.

—Es extraño... Pues bien: te aseguro que nuestro proyecto le parece excelente.

—¿No será que me tiene en poco?

—¡Estás loca! Jacobo Carlos te quiere muchísimo: no tienes amigo mejor que él y me place en extremo que busques su consejo. En cambio, me sorprende mucho que hayas elegido el otro árbitro.

—¿Margarita?

—Sí, Margarita; no sé que tenga conocimientos especiales.

—¡Oh!, exclamó Juana sonriéndose. Margarita es una muchacha muy inteligente y juiciosa... Y puesto que se ha suscitado este tema entre nosotros, me permitiré preguntarte por qué Fernando no ha pensado en ella; estoy segura de que á ella le parece muy bien y que él no habría encontrado, por este lado, obstáculo alguno.

—La mejor razón es que Fernando te ama á ti y no ama á Margarita.

—¿Estás bien seguro de ello?

—Segurísimo. Fernando ha pedido tu mano y jamás ha hecho la más pequeña alusión á Margarita... Creo sinceramente que Beverley te ama y que en los planes de Rodolfo ha entrado siempre el ver á su hijastro casado contigo. Rodolfo ejerce un ascendiente absoluto sobre Fernando, aparte de lo cual no ha de haberle costado mucho á nuestro lord amar á la más bella y más inteligente de mis nietas...

—Y también la más rica.

—La más rica también, sí, lo cual no es sino una conveniencia más. Cierto que Rodolfo tiene gran empeño en juntar dos grandes fortunas; pero á Fernando no puede guiarle en este asunto sólo el interés, porque es más rico que tú y te hace ingresar en la más ilustre aristocracia del mundo.

—No soy insensible á todo esto, abuelito; pero no me censurarás porque mi ideal haya sido un matrimonio de inclinación.

—Este puede serlo con el tiempo... No olvides lo que te he dicho á propósito de Margarita: Rodolfo no consentirá nunca en su boda con Fernando y éste jamás ha pensado en ella.

—No lo olvidaré, abuelito.

Al decir estas palabras palideció, y el Sr. Veraines, emocionado, murmuró con infinita dulzura:

—Juanita mía, no te desalientes; acuérdate de nuestros gratos coloquios, y sé animosa y fuerte. Todos nos debemos á un deber superior. Yo no te aconsejo que te cases sin amor, pero sí te recomiendo que ames según tu posición y según las conveniencias sociales.

—Tienes razón, dijo Juana irguiéndose y recobrando su energía; soy una tontuela.

Y se fué por el parque en busca de Margarita, á la que encontró en el *lawn tennis*.

—¿Tienes empeño en ganarnos á todos?

—Quizás sí, replicó Margarita.

Estaba vestida de blanco, con una falda corta, y sus ojos cambiaban de expresión á cada movimiento y parecían palpitar como estrellas. Los de Juana, grandes, muy abiertos, sorbían la luz que se irradiaba hasta en la esclerótica, dejando en ella como una gota de claridad. Las dos eran en extremo lindas, y formaban el eterno contraste de la morena y la rubia; Juana era más alta y esbelta, la otra más regordeta, ágil y musculosa, como una pantera. Al ver la mala cara de su prima, dijo Margarita:

—Te pareces á Ofelia; observo en ti un aire hosco.

Lo estoy... Esta noche he soñado cosas muy desagradables.

Margarita la miró con curiosidad, y comprendiendo que los sueños desagradables no podían ser causa bastante para aquella palidez y aquel abatimiento, fijó en su prima una mirada perspicaz.

—Algo más te pasa, Juanita mía, le dijo.

—Qué, ¿lo revela mi cara?

—Naturalmente... Tus asuntos no van á la medida de tus deseos. Desde lejos te he visto hablando con abuelito... ¿Te casan con lord Beverley?

Juana le confesó la verdad.

—¿Ha pedido tu mano?

—Ha rogado á su padre que explorase mis sentimientos. Ahora mismo me he separado del abuelito.

—¿Y qué has resuelto?

—He querido primero hablar contigo... Y he subordinado mi respuesta á lo que las dos hablemos... También he preguntado al abuelito por qué no había pensado en casarte á ti con Fernando.

—Es inútil que me digas la respuesta: milord no me ha pedido en matrimonio; milord te ama á ti y no se casará sino contigo ó con persona de tu clase.

—Efectivamente, esto me ha dicho abuelito, dijo Juana sin poder contener una sonrisa.

—No era difícil adivinarlo... Pero todo esto no me interesa; tú sola me inquietas, y al parecer no estás tan reacia como ayer á tomar á lord Beverley por esposo. ¿Debo creer que ya no amas al hombre á quien preferías?

—He visto que ese hombre no es digno de mi amor.

—¡Tan pronto!

—Tan pronto...

—Pues yo no lo hubiera creído nunca... Ayer mismo le aplaudías con tanto entusiasmo.

—¡Te burlas de mí!, dijo Juana ruborizándose al ver descubierto su secreto.

—¿Me he equivocado? ¿No se trataba de Pedro Dervilly?

Juana guardó silencio.

—Ya ves que he acertado... Y siendo así, ¿cómo quieres que acepte la transformación, en una noche, del héroe en un miserable?

—No se trata de nada deshonroso para el señor Dervilly.

—¿Pues de qué?

—He visto que me equivocaba acerca de sus sentimientos.

—No querrás hacerme creer que ya no te quiere...

—No me quiere.

—Es absurdo.

—No profundicemos, Margarita; no me quiere, simplemente, y yo tampoco le quiero, de lo cual resulta una situación muy clara, á mi juicio.

—¿De modo que, á no mediar nuestras confidencias de ayer, aceptarías hoy el matrimonio con Fernando?

—Sí, Margarita, lo aceptaría... La lección ha sido dura para mí, y ya no veo la vida como la veía antes. Abuelito, abuelita, mis tíos, la sociedad, consideran mi boda con Fernando como cosa por demás satisfactoria... Ciertamente que no me casaré con él en seguida y que pondré á nuestro compromiso la condición de que Fernando sea libre hasta el final, dejando de este modo espacio á una probabilidad; pero, aparte de ti, no veo nada que pueda moverme á resistir á mis mejores amigos. .

Margarita permaneció silenciosa durante unos minutos y luego dijo tristemente:

—Tampoco yo sé nada... Mientras hablábamos ayer, me asaltó una loca esperanza; pero siendo tú libre, ¿cómo va Fernando á pretenderme á mí? Por otra parte, mi pobre Juana, no puedo vanagloriarme de sentir un afecto excesivo por el amable sujeto que te destinan, y te confieso que me seduce casi tanto como el personaje su posición. Es justo indudablemente que te ceda la prioridad, y te doy las gracias por la lealtad con que conmigo te has portado... No digo que rechazo el plazo que me ofreces, porque espero que tu opinión acerca del Sr. Dervilly ha de modificarse; pero si has de persistir en ella, prefiero acabar cuanto antes y buscar un novio que no sea inglés...

—¿No has pensado, Margarita, en la casi imposibilidad de un matrimonio entre Pedro Dervilly y yo, aun en el caso de que volviésemos á vernos?

—¡Oh! Me habría sido indiferente... De todos modos, no habrías aceptado á Fernando; te conozco y sé que eres fiel. En este caso habría intentado mi probabilidad, según dicen los ingleses, y como me agrada la lucha...

—¿El amor?

—Creo poco en el amor, querida Juana, ó mejor dicho, creo en él en cuanto á ti; pero en cuanto á mí, no. Prefiero apasionadamente el poder y tengo más ansias de consideración que de atenciones. Milord se parece á mí, y si llega á sentir por ti una pasión, ésta nacerá de su orgullo, de los obstáculos que se le opongan, no de un sentimiento afectuoso. No creo, sin embargo, que sea un monstruo; es más, le considero dotado de bondad, pero de una bondad ampliamente resguardada por un egoísmo sólido.

—Pero tú no eres egoísta, Margarita.

—Soy generosa por ostentación y leal por razonamiento, y me parece que en el fondo viene á ser lo mismo. No valgo más ni menos que lord Beverley.

—¡Estará de Dios que en una noche y un día vea yo desvanecidas todas mis ilusiones!, exclamó Juana con amargura.

—Qué, ¿te las habías formado respecto de mí?

—Te creía mi mejor amiga.

—Y lo soy, pero es porque tú me tienes sugestionada... Una palabra tuya me produce satisfacción, y creo que daría mi vida por evitarte una pena, pero á condición de que tú lo supieras.

Juana, estremeciéndose, abrazó á su prima.

—¡Calla!, le dijo. Tienes un corazón tan sensible, que sufriría si no lo resguardaras al abrigo de tu ingenio

—Di más bien que mi corazón late en mi cerebro.

—Qué importa, con tal que lo tengas y que yo conozca tu afecto leal. Nos lo confiaremos todo, ¿no es verdad, Margarita? Pues bien: esta noche he tenido la prueba de que se puede mentir bajo una máscara de delicadeza y de sensibilidad... He aquí por qué preferiría que fueses insensible á que fueses falsa.

—Si Pedro Dervilly te ha engañado á ti, también á mí me ha engañado; pues no sólo le creía honrado y sincero, sino que era para mí el prototipo de la lealtad, de la franqueza, del honor...

—¿Verdad que sí?, dijo Juana ávidamente. Pues si ese hombre ha sido un canalla, ¿en quién podré de hoy más tener confianza? Tanto vale que me case con Fernando en seguida y que cierre el libro del amor en la primera página...

Margarita quedóse unos minutos pensativa; su frente contraída y el pliegue de su boca denunciaban una especie de lucha...

—A pesar de tu afirmación, dijo al fin, no concibo que nuestro tío Jacobo Carlos ponga sus simpatías en un canalla.

—Indudablemente se deja seducir por una inteligencia superior.

—Es posible que así sea; pero una inteligencia superior apreciada por nuestro tío no es un grano de anís, y no se compagina muy bien con un vicio tan bajo como la mentira.

—Tengo la prueba; mis propios ojos lo han visto. No puedo referirte los pormenores de la aventura, pues de hacerlo, comprometería á una tercera persona..., pero sí te aseguro que el Sr. Dervilly mentía cuando afirmaba que me amaba.

—¿Hasta este punto llegaba su falsía?

—Hasta este punto. Saca, pues, la consecuencia.

—¿De modo que te casarás con lord Beverley?

—Si me lo permites.

—¡Vaya si te lo permito!, exclamó Margarita soltando la carcajada. Eres una amiga demasiado encantadora para que yo te prive del placer de habitar el castillo de Downhill; pero á tu vez permíteme que trate de aclarar un poco todo esto.

—Con tal que lo hagas con la discreción necesaria...

—Te lo prometo... ¿Y no me darás ninguna indicación que me facilite la empresa?

Juana vacilaba, cuando vió pasar al almirante, que parecía absorto en meditaciones profundas, y con la punta de un palo golpeaba de cuando en cuando los guijos del camino.

—¿No me pedías una indicación?, dijo. Ahí la tienes; tío Jacobo Carlos lo sabe todo. No tenemos más que llamarle y preguntarle si aprueba mi matrimonio con Beverley... Si lo aprueba, es señal de que juzga á Pedro indigno de mí.

—Pues interroguémosle, replicó Margarita muy excitada.

Y sin esperar más, echó á correr hacia el marino, seguida de cerca por Juana, hasta que las dos cayeron en brazos de aquél.

—¡Abordaje de un acorazado por dos torpederos!, exclamó el almirante.

—¿Está usted seguro de que es galante tomarnos por dos torpederos?, preguntóle Margarita.

—¡Cómo si es galante!, exclamó el marino riendo de muy buena gana. ¡Si aún te hago favor, bribonzuela! Eres algo peor que un torpedo; eres uno de esos odiosos aparatos que flotan entre dos aguas.

—¡Cuidado con las injurias, tío! ¡Un odioso aparato! ¿Por qué me dice usted sin rodeos que soy una intrigante?

—¡Quién sabe!, replicó el almirante clavando en ella su límpida mirada.

Margarita no se inmutó, y con gran sorpresa de Jacobo Carlos le dijo sonriéndose dulcemente:

—No, tío; en todo esto no entro ni salgo.

—¡Cómo!, exclamó el almirante.

Aquellas palabras de Margarita echaban por tierra todas sus suposiciones sobre Beverley; y cuando Juana le pidió su opinión acerca del proyectado enlace, respondió con acento de tranquila convicción:

—Hija mía, no veo ningún obstáculo á esa boda, á no ser el que pueda oponer tu poca inclinación hacia Beverley... Pero las combinaciones de la vida son bastante vastas para que puedas hallar la felicidad al lado de un hombre que reune el mejor conjunto de cualidades...

Juana se turbó; aquella apología de Fernando parecía la condenación de Pedro. Margarita, sin embargo, no se dió por vencida.

—¿Querrá el señor almirante, dijo, concederme unos minutos de audiencia particular?

—Concedida, aunque supongo que más que una audiencia será un sermoneo.

—¡Allá veremos!

XII

Una hora después, el almirante estaba solo: su conversación con Margarita le había abierto los ojos y reflexionaba sobre todas las dificultades de la situación. No aprobaba el acto de Beverley; pero parecíale que juzgándolo con demasiada dureza cometía una falta de táctica.

«A ese niño grande inglés le ha perdido su afición á Maquiavelo. ¡Hasta dónde puede llevar la confusión de épocas! Concibió el bromazo primeramente con la idea de poner en ridículo á Pedro y sólo después pensó en avisar á Juana. Se dejó coger un dedo y luego se ha cogido la mano. No deseo la muerte del culpable, pero de todos modos la situación ha variado.»

Pensaba, enternecido, en la dureza con que había tratado á su ahijado, y recordaba la ardiente súplica de Pedro de que no dejase á Juana en la creencia de que él era un canalla.

«Pedro tiene derecho á una reparación, esto por de contado; pero ¿debo ir más allá? ¿He de hacerle concebir alguna esperanza?»

En esto estuvo pensando largo rato mientras vagaba por el parque. Había en su pasado una historia que á nadie había referido y cuyo recuerdo volvía siempre á su memoria, persiguiéndole como una idea fija.

«¿Volveré á incurrir en la odiosa quimera, ó lo que es peor, haré que incurra en ella mi pobre Dervilly? Toda mi vida de lucha para llegar á la renunciación, á una sana filosofía de trabajador, ¿vendría á parar á ese resultado de arrojar á la hornaza al hijo de mi mejor amigo?»

Los árboles se alzaban con tranquila majestad, proyectando una sombra cada vez más corta sobre los magníficos céspedes, y el castillo, iluminado por la luz matutina, surgía majestuoso de entre los macizos de flores que por todos lados le oprimían. El almirante, con los ojos de la imaginación, vió á Pedro recorriendo como dueño aquellos caminos de elegantes curvas, del brazo de Juana, sonriente y dichosa.

«¡Ah, triste humanidad! ¡Sobre qué base tan miserable has puesto la dicha!.. Mi Pedro querido, á quien yo había escogido y educado expresamente para la alta contemplación científica, para el trabajo, para la gloria, ¡verme ahora reducido á imaginármelo propietario rural y casado con una heredera!»

Su semblante tomó una expresión taciturna; mil recuerdos le asaltaban tumultuosamente, y revivió el mejor momento de su existencia, cuando era oficial del *Invencible* con el padre de Pedro, ambos llenos de entusiasmo, de ardor, de voluntad para alcanzar los más elevados puestos.

«Y también aquello había de terminar de una manera lamentable; bastó para ello que amásemos á la misma mujer. ¡Ah! Yo dejé en aquella aventura mi corazón; Dervilly, la vida... Sólo me queda ese recuerdo admirable: Pedro.»

Un dolor muy hondo invadió su pecho, y comprendió que Pedro era dos veces su hijo. Aquel niño sólo satisfacciones le había dado desde el día en que lo encontró en París casi muerto de hambre; no podía darse un cerebro mejor organizado ni un alma más sensible y buena.

«¿Debo castigar á Beverley?.. No, el desgraciado está en esa edad en que sólo se cometen tonterías; no turbemos esa florida juventud. Deseemos únicamente que la lección le sea provechosa. Pero ¿puedo poner á Pedro como rival de Fernando?»

Esta idea le tuvo inquieto largo rato. Toda su calma, toda su seguridad del día anterior habían cedido su puesto á los agitados sentimientos del terrible Veraines aventurero, que afrontó cien veces la muerte con indiferencia, que no se detenía ante ningún obstáculo y á quien sus amigos habían bautizado con el apodo de Veraines *el Arrojado*...

«Los que han despertado en mí á ese hombre han sido muy imprudentes.»

Acercábase la hora del almuerzo sin que el marino hubiese resuelto el problema, y tal vez hubiera esperado aún algún tiempo más si Margarita no hubiese ido á buscarle á la gran avenida de los tilos, en donde se desarrollaba aquella tempestad debajo de un cráneo.

—¿Qué ha resuelto usted, tío?, le preguntó.

También aquella muchacha dependía de él. Margarita, tan altiva, tan desdeñosa en apariencia, le miraba con ojos suplicantes.

—¿Crees acaso que puedo darte tu Beverley?, le preguntó el almirante.

—No, respondió ella cogiéndole la mano con cierta autoridad tímida; no creo tal cosa; pero usted es aquí el único que puede ver y comprender... ¿Me supone usted capaz de querer el infortunio de Juana, aunque sea para realizar mi mayor ambición?

—Lo he supuesto por un momento después de la escena de hace un rato, en que tan bien me has hecho ver los móviles ocultos de la intriga de esta noche... Pero ahora no lo creo... Sé que tu alma es audaz y altiva, pero sincera, y sé que amas á Juana, y sabiendo esto, paréceme difícil que quieras estropear tu hermosa visión de una existencia noble, visión que, dicho sea de paso, hallo un tanto ridícula, hija mía.

—Me juzga usted perfectamente... Sé que debo parecer algo ridícula á un alma tan grande como la de usted ó como la del Sr. Dervilly; y sin embargo, acierta usted pensando que no me rebajaría ni á los ojos de los demás ni á los míos... No reclamo para mí el mismo mérito que para Juana y para el señor Dervilly; sólo pido el segundo lugar.

—Niña mía, demasiado sensata, díjole el almirante cogiéndole cariñosamente la mano, ¿quieres decirme qué medio ves para unir á Juana y á Pedro?

—Ninguno... Pero si Juana ama á Pedro, no debe casarse con Beverley, porque ello sería una derrota injusta para el más pobre de los dos.

—No está mal razonado; olvidas, sin embargo, que la vida no es tan sencilla como supones; mi padre, mi madrastra, mi hermano, todos miran ese matrimonio como un ideal, y si Pedro ha de renunciar á Juana, ¡qué importa un sufrimiento de vanidad! Lord Beverley continúa de todos modos siendo un partido excelente para tu prima.

—¿Aun después de lo que ha hecho?

—Lo que ha hecho no es cosa extraordinariamente grave... Ten la seguridad de que Fernando está purgando ya su falta, de que tiembla y se exaspera...

—¿Y usted le perdona?

—Enteramente... Y aun te suplico que mantengas el secreto, que hasta ahora sólo conocemos los dos.

—¿Y dejará usted que pese sobre Pedro el desprecio de Juana?

—¡Oh, esto no!, exclamó el almirante, acordándose de pronto de su promesa. Pero bastará con la intervención de la buena miss Lavisham.

—Es todo cuanto deseo.

Cuando el almirante y Margarita se reunieron con Juana, estaba ésta hablando con el Sr. Veraines y con Fernando y hubieron de esperar á que estuviese sola. El Sr. Veraines se marchó pronto; pero Beverley, que presentía algún peligro, no se movió; en vista de lo cual el almirante tomó el partido de cortar por lo sano y de poner de una vez término á aquella intriga que ya duraba demasiado.

—Mi querida Juana, dijo sin encomendarse á Dios ni al diablo, anoche fuiste víctima de una burla, lo mismo que Pedro Dervilly y que miss Lavisham... A Pedro le engañaron respecto de la persona á quien esperaba.

Juana se puso encarnada como la grana, y más bien para fingir serenidad que para exponer una verdadera duda, volvióse á su tío diciéndole:

—Cuéstame trabajo creer que no está usted burlándose de mí.

—La cosa es fácil de comprobar, replicó el marino. Haz venir á miss Lavisham.

Juana llamó á un criado y preguntó si había regresado ya la joven miss, y habiendo aquél contestado afirmativamente, hízole decir que deseaba verla. Esther fué en seguida, algo emocionada, pero con esa firmeza británica que tantas batallas ha hecho ganar á los soldados de Albión. El almirante notó inmediatamente la forzada sonrisa de la hermosa inglesa y miró á Beverley, que se mordía el labio, comprendiendo que se iba á empeñar la partida más importante y que podía quedar convicto de embustero. Un ligero rubor circundó sus ojos y empañó sus pómulos, y escuchó con gran sorpresa las siguientes palabras del almirante:

—Señorita, evitemos palabras vanas á sus labios sonrosados... Quería que usted misma explicara la broma de que ha sido usted víctima; pero en sus puros ojos leo que no me lo dirá usted... Pedro Dervilly no ha sido engañado respecto de la persona á quien esperaba junto al Discóbolo, ni yo he vuelto á traer á usted aquí esta noche después de un corto paseo en automóvil...

—Sí, me ha traído usted, dijo la miss interrumpiéndole; pero el Sr. Dervilly no ha sido víctima de ningún engaño... Yo misma le entregué la carta dándole la cita.

—¿Y recibió usted contestación de él?

—Sí, señor.

—¿De su puño y letra?

—No sé si de su puño y letra; pero sí que la carta procedía de él, puesto que él mismo me lo dijo.

El almirante se echó á reir.

—Entonces ya sabrá usted por qué la llamaba por un nombre distinto del suyo.

—Para engañar á usted, porque temía su oposición.

—¿De modo que estaban ustedes de acuerdo?

—Sí, lo estábamos.

—En este caso, Pedro debería á usted una reparación, ¿no es eso?

—Ciertamente.

(Se continuará.)

MI ASCENSIÓN AL ACONCAGUA, por Sir Martin Conway

Salida de la expedición para el Aconcagua

El Aconcagua es la montaña más alta del hemisferio occidental; según las últimas medidas, se alza unos 7.000 metros sobre el nivel del mar. Está situada cerca de la línea divisoria de las aguas de los Andes y un poco al Norte del camino que conduce de Buenos Aires á Valparaíso. Para emprender su ascensión desembarqué en esta última ciudad, fuí por ferrocarril hasta el pie de los Andes, atravesé á caballo el Paso de la Cumbre y descendí unas cuantas millas por la otra vertiente, llegando á los baños de Inca, famosos por su sorprendente puente natural y sus cavernas, donde brillan los más variados colores y en las que hay unas aguas termales excelentes para el reumatismo, y que algunos reputan como las mejores del mundo.

De allí fué de donde partimos para subir á la montaña. Llevé conmigo dos guías italianos, Maquignaz y Pellisier, y cierto número de mulas de la localidad, arrieros y faquines. Nuestro camino era hacia el Norte, subiendo unos 30 kilómetros por el valle de Horcones, hasta llegar al pie del pico por el Noroeste; trepamos á la cumbre por la falda de aquel mismo lado.

A las tres horas de haber salido de Inca entramos en un valle ancho, de fondo llano y deshabitado, dejando atrás la comarca, relativamente fértil, que hasta allí habíamos recorrido Desde aquel lugar hasta la base del Aconcagua el paisaje es magnífico, pues á un lado se divisan los imponentes derrumbaderos y precipicios de aquella montaña, y al otro una serie de picos caprichosamente contorneados. Una hora, poco más ó menos, de cabalgar cómodamente bastó para llegar á un sitio donde el fondo del valle se estrechaba hasta formar una garganta, y tuvimos que apechugar con la pendiente, desigual y áspera, de la vertiente oriental. Alcanzamos trabajosamente el extremo del valle y acampamos, para pasar la noche, en un terreno llano, entre dos grandes rocas desprendidas de lo alto.

Al día siguiente, como el tiempo continuaba siendo espléndido, envié á los dos guías y á dos mozos bien cargados para que buscasen un sitio á propósito para acampar á unos 4.800 metros más arriba, con orden de dejar allí la carga y regresar. Mientras tanto me adelanté solo por el valle lateral, que se abría frente á nuestras tiendas, á fin de contemplar la cara occidental de la inmensa mole del Aconcagua, que se elevaba ante mí en graderías de escalones verticales, primorosamente estratificada en capas multicolores.

El 5 de diciembre, á las seis y media de la mañana, emprendimos la marcha para instalarnos en el campamento más elevado. Seguimos por el valle una distancia de 800 metros, después subimos una cuesta pedregosa, seguimos la cresta de la morena del ventisquero que llena la parte superior de la hondonada, hasta que, transcurrida una hora, llegamos al pie de un barranco largo y relleno con la nieve de anteriores aludes. Tras unos cuantos minutos de encaramarnos fácilmente por las rocas situadas al término del barranco, nos hallamos en una faja de terreno llano, muy á propósito para acampar; eran las once del día. Podíamos haber subido más, pero todos estábamos cansados; fatiga mucho el andar cargado, aunque sea á 4.800 metros de elevación. El resto del día se pasó en un continuo tormento, á causa de los abrasadores rayos del sol. Parecía que nuestras cabezas iban á estallar á fuerza de dolernos; pero cuando ya el sol estaba próximo á ponerse, disminuyó el calor, desaparecieron los dolores y todos volvimos á sentirnos contentos y animosos.



Paisaje nevado en el camino de la cumbre

A la mañana siguiente, 6 de diciembre, volvimos á ponernos en marcha á las seis y media, para establecernos en otro campamento más alto todavía. Uno de los dos faquines enfermó y tuvimos que dejarle atrás; de modo que entre los cuatro que quedábamos hubimos de repartirnos las tiendas de campaña, las pieles para dormir, etc. La subida fué pesada y muy fatigosa, teniendo que trepar todo el camino sobre piedras movedizas. Por último, llegamos á una pequeña plataforma, donde levantamos nuestras tiendas. El calor, aquella tarde, no fué tan insoportable como la anterior, pero fué bastante fuerte, sin embargo. A 5.700 metros de altura no se puede estar á gusto. Todo es extremado: si el sol brilla, abrasa; si se oculta tras las nubes, uno se hiela; si hay viento, parece que nos va á llevar la cabeza de los hombros.

Al principiar la tarde, el cielo se obscureció y comenzamos á tiritar; á las tres tronó, á las cinco volvió á serenarse el tiempo y el sol se puso majestuosamente, hundiéndose en la plomiza y vasta extensión del Pacífico. El espectáculo era, sin duda, espléndido, pero no me sentía en disposición para admirarlo; lo único que nos satisfacía era ver que el cielo había vuelto á despejarse.

Maquignaz nos despertó á todos á media noche, estando el termómetro á 5° Faherenheit y reinando la más absoluta obscuridad. A las tres y media emprendimos la subida por encima de las sueltas piedras, siguiendo á Maquignaz, que llevaba un farol en la mano. Nada ocurrió digno de mencionarse en nuestra ascensión de seis horas, que hicimos muy despacio por una monótona pendiente sembrada de pedruscos que rodaban. El decirlo es fácil, pero el hacerla fué verdaderamente penosísimo; durante toda ella, cuanto más alto subíamos, más bajaba la temperatura y con más facilidad se desprendían las piedras.

Mientras trabajosamente íbamos encaramándonos, comenzó á clarear el día. Cuando el sol hubo salido, vimos como repentina aparición la sombra monstruosa del Aconcagua, un cono purpúreo cuyo vértice tocaba al horizonte. Nada hay que impresione tanto como esos conos, producidos por la sombra de las montañas; pero para verlos es necesario hallarse en ellas á gran altura por la parte del Oeste y tener un horizonte despejado. Se ha de estar en la vertiente no iluminada, cerca de la cumbre del pico que domine á todos sus vecinos y que se hallen próximos terrenos llanos ó el mar. A medida que va el sol subiendo, el extremo del cono va descendiendo despacio hasta la tierra y aproximándose gradualmente. Puede observarse muy bien su marcha solemne y majestuosa, porque la sombra aparece como semisólida; no tan sólo semeja tenderse sobre la tierra, sino que llena el aire de un matiz purpúreo, vivo y transparente. Fuera de él, fulgura, roja y dorada, la luz directa del sol, inundando asimismo al parecer de fuego el aire y la tierra. Una y otra vez me detenía para contemplar las maravillas de aquel hermoso amanecer, pero siempre el frío me hacía al poco tiempo reanudar la marcha.

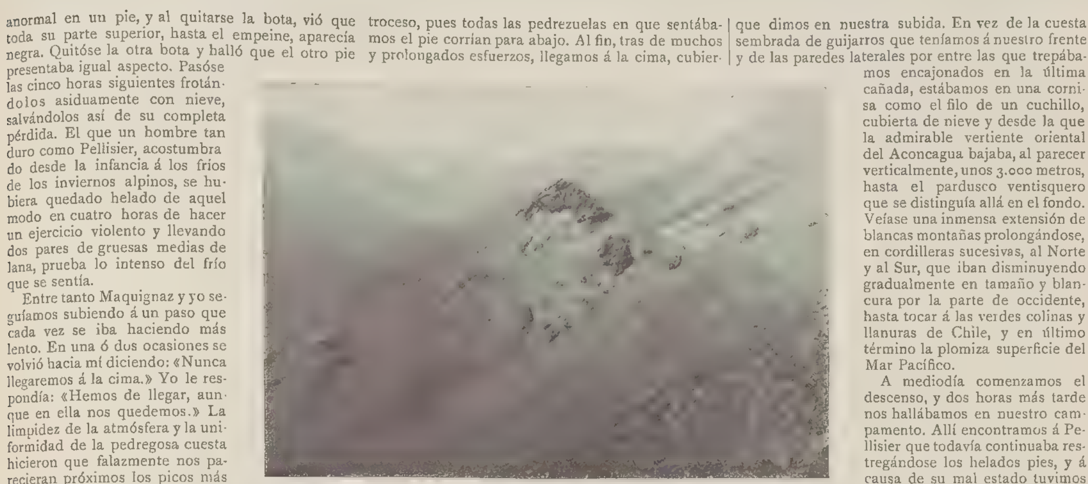


Algunos de los picos que rodean al Aconcagua. Llaman la atención los *Penitentes de Nieve* que se ven en primer término

La pequeña carga que nos habíamos atrevido á llevar hasta la cima iba en hombros de Pellisier. Poco á poco nos percatábamos de que era más de la que podía soportar. Todo el día anterior no se había sentido bien, y la continua diminución de la presión atmosférica fué aumentando su malestar. Hasta que los rayos del sol no llegaron á nosotros, era el frío demasiado intenso para que pudiéramos hacer alto en su obsequio. En el campamento el termómetro marcaba 5° Faherenheit y se sentía un calor relativo; á 6.600 metros de altura y antes de que el sol nos alcanzara, el frío nos pasaba de parte á parte como una espada afilada. Ya bajo la acción de sus rayos pudimos detenernos para esperar á Pellisier, quien nos dijo que le era imposible continuar; así fué que tuvo Maquignaz que coger la carga y él se volvió atrás. Ni remotamente sospechaba que estaba helado; pero al llegar al campamento sintió algo

anormal en un pie, y al quitarse la bota, vió que toda su parte superior, hasta el empeine, aparecía negra. Quitóse la otra bota y halló que el otro pie presentaba igual aspecto. Pasóse las cinco horas siguientes frotándolos asiduamente con nieve, salvándolos así de su completa pérdida. El que un hombre tan duro como Pellisier, acostumbrado desde la infancia á los fríos de los inviernos alpinos, se hubiera quedado helado de aquel modo en cuatro horas de hacer un ejercicio violento y llevando dos pares de gruesas medias de lana, prueba lo intenso del frío que se sentía.

Entre tanto Maquignaz y yo seguíamos subiendo á un paso que cada vez se iba haciendo más lento. En una ó dos ocasiones se volvió hacia mí diciendo: «Nunca llegaremos á la cima.» Yo le respondía: «Hemos de llegar, aunque en ella nos quedemos.» La limpidez de la atmósfera y la uniformidad de la pedregosa cuesta hicieron que falazmente nos parecieran próximos los picos más altos, vistos desde el campamento. Calculamos Maquignaz y yo que emplearíamos tres horas en la subida, y aun suponíamos que no habíamos andado cortos, pero seis se pasaron sin haber llegado á ellas. No dábamos un paso hacia adelante que no fuese seguido de un retroceso, pues todas las pedrezuelas en que sentábamos el pie corrían para abajo. Al fin, tras de muchos y prolongados esfuerzos, llegamos á la cima, cubierta de nieve, y nos detuvimos en el punto más alto del Aconcagua vencido.



El Aconcagua visto desde el Norte

No puede imaginarse un cambio más repentino de decoración que el causado por aquel último paso que dimos en nuestra subida. En vez de la cuesta sembrada de guijarros que teníamos á nuestro frente y de las paredes laterales por entre las que trepábamos encajonados en la última cañada, estábamos en una cornisa como el filo de un cuchillo, cubierta de nieve y desde la que la admirable vertiente oriental del Aconcagua bajaba, al parecer verticalmente, unos 3.000 metros, hasta el pardusco ventisquero que se distinguía allá en el fondo. Veíase una inmensa extensión de blancas montañas prolongándose, en cordilleras sucesivas, al Norte y al Sur, que iban disminuyendo gradualmente en tamaño y blancura por la parte de occidente, hasta tocar á las verdes colinas y llanuras de Chile, y en último término la plomiza superficie del Mar Pacífico.

A mediodía comenzamos el descenso, y dos horas más tarde nos hallábamos en nuestro campamento. Allí encontramos á Pellisier que todavía continuaba restregándose los helados pies, y á causa de su mal estado tuvimos que bajar apresuradamente aquella misma tarde al otro campamento en la base de la montaña. Al anochecer del día siguiente estábamos en Inca; dos días después llegábamos á Valparaíso, dando así término á nuestra expedición al Aconcagua.

Valencia.—Plano de la Exposición Regional Valenciana, que se celebrará desde el 1.° de mayo hasta 31 de julio de 1909

Por iniciativa del Ateneo Mercantil de Valencia se celebrará el año que viene en aquella ciudad una exposición regional, cuya presidencia honoraria ha aceptado S. M. el rey D. Alfonso XIII y para la cual se cuenta con la protección oficial del gobierno y con el concurso de los ayuntamientos y diputaciones de Alicante, Castellón y Valencia. El objeto de la exposición hállase admirablemente expresado en el siguiente párrafo de la convocatoria que la Comisión organizadora ha publicado:

«Queremos que Alicante, Castellón y Valencia hagan patente la vitalidad que deben al esfuerzo, al ingenio, al arte, á la industria, al saber de sus hijos. Queremos presentar á nacionales y extranjeros, con los productos de nuestras montañas, de nuestros campos, de nuestra huerta sin par, los adelantos de talleres y fábricas, de artes y oficios, de las artes bellas, de cuanto es demostración de progreso y cultura, de prosperidad y riqueza, en los pueblos que todo lo deben á sus energías, á su fe en lo presente y en lo venidero, á la confianza que tienen en sí mismos.»

La exposición comprenderá las siguientes secciones: productos del subsuelo, productos del suelo, agricultura, frutales y frutas, horticultura, jardinería, fauna regional, edificación y ornato, mobiliario y anexos, indumentaria, varia (musical), metalistería, instrumentos de precisión, cristal y loza, recreativo, pedagógico, instituciones civiles), papel é impresos, artes bellas, material y procedimientos generales de la mecánica, electricidad, trabajos de ingenieros civiles, medios de transporte, productos alimenticios, productos químicos y arte miltar y naval.

Preside el Comité ejecutivo D. Tomás Trenor Palavicino y es comisario general de la exposición D. Francisco Monleón Torres.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 2 de noviembre de 1908 — Núm. 1.401



SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA D.ª VICTORIA EUGENIA

(De fotografía de Franzen, Madrid. Reproducción autorizada.)

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: las elecciones: los partidos conservador y liberal y sus respectivos candidatos: el programa de gobierno del partido liberal: los hombres de color en Cuba: el partido negro: la lucha de razas. – *Puerto Rico:* protestas contra el régimen actual: la conmemoración del establecimiento de los españoles en la isla. – *México:* situación general: los yanquis: la cuestión presidencial. – *Panamá:* su insignificancia y falta de condiciones para ser Estado soberano.

El día 14 del actual noviembre se harán en Cuba las elecciones de presidente y vicepresidente de la República y de diputados al Congreso.

Para la presidencia y vicepresidencia presentan los conservadores, respectivamente, al general Mario Menocal y á D. Rafael Montoro, que años hace representó á Cuba en las Cortes españolas. Menocal es hombre de gran pestigio; tomó parte activa en la guerra de independencia, trabajó con empeño para que moderados y liberales se avinieran á fin de evitar la vergüenza de la intervención yanqui, y cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, retiróse al central Chaparra, uno de los mayores ingenios del mundo, de cuya empresa es accionista y administrador.

Los candidatos de los liberales son el general José Miguel Gómez para presidente y el Dr. Alfredo Zayas para la vicepresidencia.

El presidente electo entrará en funciones el 28 de enero de 1909.

El general Gómez ha expuesto en un manifiesto su programa político. Representante y jefe de partidos cubanos—el liberal y el liberal histórico,—se impone el deber de velar por el derecho que Cuba tiene á ser un pueblo independiente, «absolutamente independiente,» que quiere permanecer abrazado á su bandera y que, en el orden internacional, no admite conceptos de superioridad ni inferioridad, sobre todo si esta última se entiende en detrimento del pueblo cubano. Hay que cumplir y respetar la Constitución, que sanciona todos los principios democráticos y liberales; nada de revisión constitucional ni convocatoria de asamblea constituyente. Separación é independencia absoluta de los tres poderes; los errores del pasado deben servir de útil enseñanza en este difícil punto de política práctica. Consulta á las clases productoras en todas las cuestiones que les afectan directamente; aduanas, tarifas de ferrocarriles, impuestos, salarios, etc. Garantías para todos; para los poderes públicos, para el pueblo, para los grupos económicos y sociales, para los mismos adversarios políticos, que al día siguiente de las elecciones deben considerar al gobierno elegido como su propio gobierno que sabrá defenderlos, protegerlos, ayudarlos en sus intereses legítimos: nada, pues, de política de partido, de política de camarilla. Tolerancia y olvido de las pasadas contiendas. Atención preferente á la situación económica y estímulos á las iniciativas individuales. Negociación con el gobierno de Wáshington de un tratado de comercio más favorable que el actual. Apertura de nuevos mercados por medio de convenios especiales con otras naciones. Fomento de la inmigración, sobre todo la de familias. Economía y honradez en la administración de los caudales públicos. Almacenes generales de mercancías, con facilidad de reembarcar las no vendidas. Bancos territoriales para la agricultura, con garantía de interés. Creación de escuelas agrícolas é industriales. Desenvolvimiento de la red de ferrocarriles y carreteras, primas á la marina mercante y canalización de ríos. Planes de estudios superiores y de segunda enseñanza menos complicados y más prácticos. Reorganización de las escuelas primarias, de modo que sus beneficios alcancen á la población rural. Tribunales de arbitraje mixtos para resolver conflictos ó antagonismos entre obreros y patronos. Autoridades locales con atribuciones puramente administrativas y sin intervención en la vida política. El principio de la no reelección como uno de los principios más absolutos del partido liberal y como una de las más sólidas garantías de paz y justicia. Tales son, en resumen, los puntos capitales del programa de Gómez. Es la República liberal y democrática de Céspedes, de Martí y de los patriotas cubanos; es la República de todos, sin privilegios para nadie, sin diferencias de clases ni de razas.

Es, por otra parte, y en términos generales, el programa de todos los partidos que aspiran al gobierno en las modernas Repúblicas. En la práctica, sin embargo, es difícil sobreponerse á las preocupaciones ó sentimientos de raza allá donde son varias las que constituyen la población. En esos Estados Unidos que se pretende presentar como prototipo de país libre y democrático, la libertad y la igualdad han sido y son principios ilusorios con relación á indios y negros. Donde más realidad han tenido esos principios es en los pueblos gobernados por raza española.

De raza española son los cubanos blancos, y con ellos viven millares de negros y mulatos. Si el alma española predomina, los hombres de color podrán allí llegar á ser y valer lo que son y valen los blancos. Pero la influencia yanqui ha avivado el sentimiento de desprecio hacia esos negros que tanto han contribuído á la independencia de Cuba, y como están ó se creen en condiciones de imponerse por el número, se preparan á tomar por la fuerza lo que de grado se les niega, y surge ahora el *partido negro*, es decir, la unión de todos los hombres cubanos de color para formar un tercer partido político, que aspira á tener diputados, senadores, presidente y vicepresidente de su propia raza. Son cubanos, como los de más, y reclaman el derecho de participar en el gobierno.

El problema que así se plantea es realmente pavoroso. La lucha de razas es la mayor de las calamidades que pudiera caer sobre Cuba. Desde luego, ese partido negro ha de ser resuelto adversario del yanqui, el linchador de negros. Numerosos, aguerridos y fuertes, los negros de Cuba no temen á los yanquis; que vengan, dicen, á lincharnos en nuestro propio país; no somos, dicen, los famélicos y febriles soldados españoles á quienes vencieron casi sin combatir. Por lo menos, si no logran el triunfo en las elecciones, pueden dar la victoria al partido á cuyo favor se inclinen, y ese partido, que á ellos deberá el poder, en ellos tendrá que apoyarse y se verá obligado á satisfacer sus aspiraciones. Así, fácil será que en plazo no remoto la situación política de Cuba quede representada por dos partidos; el nacional con el concurso de la población de color, y el anexionista, con el apoyo del soldado yanqui.

Entre tanto, las próximas elecciones excitan sobre manera los ánimos: en la Habana, en Sancti Spíritus y en otras localidades hay desórdenes y tumultos en que toman parte liberales, conservadores y negros, y la audacia de éstos preocupa ya de tal modo, que muchos de los que antes pedían la pronta evacuación de la isla por las tropas yanquis, indican la conveniencia de que éstas permanezcan en Cuba el mayor tiempo posible.

* * *

El partido nacional de Puerto Rico prosigue la campaña emprendida contra el actual orden de cosas. Un comisionado de los isleños, el Sr. Larrinaga, hizo presente ante el Congreso de Wáshington que los portorriqueños no están conformes con el gobierno que les ha impuesto la Unión norteamericana. Las autoridades, dijo, que nombra el Poder ejecutivo, van á Puerto Rico para dictar ó hacer cumplir leyes que no están de acuerdo con las condiciones ó circunstancias del país y de sus pobladores. Es preciso modificar, sobre todo, las leyes de carácter económico y fiscal, que han arruinado á Puerto Rico.

A principios de agosto se celebró el 400.° aniversario del establecimiento de los españoles en la isla. Inició el acto conmemorativo el Casino español y le secundaron el Ateneo portorriqueño y el mismo gobierno, cuyo jefe, el yanqui Post, contribuyó á las solemnidades con una recepción en su propia casa ó palacio.

En histórica procesión, que presidía el gobierno, se trasladaron los restos de Ponce de León desde San José á la catedral; la urna ó féretro iba envuelto en la antigua bandera española, y al final del cortejo ondeaba la moderna enseña de España.

La exposición de objetos históricos en el Casino español, las funciones de gala en los teatros, los concursos literarios que una vez más han demostrado el valor intelectual de los portorriqueños, la inauguración del obelisco de mármol erigido en el sitio que ocupó la primitiva ciudad, la fundada por Ponce, han completado las fiestas de este Centenario dedicado á recordar, bajo la dominación yanqui, las glorias y las tradiciones de España.

* * *

Como anunciaba el presidente de la República mexicana en el informe que leyó ante el Congreso en septiembre último, la situación económica del país, aunque se resiente de algunas de las causas que la perturbaron á fines del pasado año, va mejorando de día en día. Se ha saneado notablemente la condición de los mercados interiores, los Bancos dan señales de mayor actividad y el rédito del dinero baja, á la vez que la inversión de capitales extranjeros vuelve á tomar importancia.

La persistencia de la crisis económica no ha llegado á impedir el adelanto sólido y manifiesto de esta República. Hay progreso en todos los servicios públicos; saneamiento de poblaciones, enseñanza elemental y superior, trabajos científicos tan notables como los que realizan la Comisión geográfico-exploradora, la Comisión geodésica y el Instituto geológico; reforma, mejora y construcción de puertos, canales y ferrocarriles, etc., etc.

La que podemos llamar cuestión india ha sido causa de algunos conflictos en estos últimos tiempos. Recrudecida la guerra con los yaquis, el gobierno resolvió deportar á esa tribu que venía comprometiendo la paz y tranquilidad en el Estado de Sonora. Hubo temores de que también se levantaran en armas los pápagos, indios audaces y bravos. Hay quien atribuye estas insurrecciones á los malos tratamientos de que se hace víctimas á los indios por parte de algunos hacendados y de las mismas autoridades del Sonora. No hace mucho tiempo que esas tribus que ahora se presentan en actitud belicosa se dedicaban al trabajo en las haciendas y en las minas.

Asunto de actualidad en México es la sucesión del presidente, cuyo período constitucional termina en 1910. La opinión se muestra contraria á que el general Díaz renuncie á ser reelegido. Aunque su edad es mucha, se conserva sano y vigoroso. Reeligiéndole, pueden evitarse ó aplazarse muy probables complicaciones: si en el nuevo período los achaques de los años le obligan á apartarse por algún tiempo de las tareas de gobierno, la República tiene su vicepresidente que puede substituirle provisionalmente. El nombre y el prestigio de Porfirio Díaz son una firme garantía de paz y prosperidad en la República.

Parece que aspira á la presidencia el Sr. D. Enrique Creel, embajador de México en los Estados Unidos y candidato muy simpático á los yanquis, porque, según dice un periódico norteamericano, «es hombre de su raza y sangre de su sangre.» Creel ha hecho declaraciones protestando contra esta insinuación: ante todo y sobre todo es mexicano.

* * *

De la novel República de Panamá nos da noticias el cónsul de España en aquel país.

Con territorio relativamente extenso, apenas tiene 400.000 almas, y entre ellas gran número de indios más ó menos salvajes que habitan zonas del interior casi desconocidas y del todo inexplotadas. Sólo le dan vida el tránsito de viajeros del Atlántico al Pacífico y las obras del canal. Puede decirse que toda la República está reducida á las dos ciudades de Colón y Panamá.

Los presupuestos se liquidan siempre con déficit; el comercio propiamente panameño casi no existe. Los millares de empleados y obreros del canal consumen mucho; pero se surten en los Comisariatos ó almacenes de la zona del canal, donde se vende de todo y á precio de coste.

La agricultura no produce ni lo necesario para el consumo; industria no hay. A unos cuantos plátanos y pequeñas cantidades de cacao, madera y caucho queda reducida toda la exportación.

Panamá, pues, carece de los elementos y condiciones indispensables para ser pueblo libre é independiente. Es una ficción de Estado, creada y mantenida por los yanquis.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Saqué el revólver y disparé á lo alto

HISTORIAS DE LOCOS

LA SOMBRA DE LA MUERTE

CUENTO DE MIGUEL SAWA. DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ

Se llamaba..., ¿cómo se llamaba? A veces pierdo la memoria... Elena, sí, creo que se llamaba Elena... ¡Qué hermosa era! De esto estoy bien seguro, esto sí que lo recuerdo bien, ¡qué hermosa! Alta y fuerte, tal como una estatua de Minerva; los ojos negros, negros como la noche, ojos fascinadores que enloquecían con su mirar de amor; la tez morena, artísticamente «soleada;» la boca roja y ardiente como la llama; el cabello azulino y brillante...

Yo le pregunto á usted: una mujer así, ¿debe morir? ¿Por qué la Belleza no ha de ser inmortal? ¿Por qué la Gracia no ha de ser eterna?

Pero la muerte es implacable y á nadie perdona. Armada de su guadaña, hiere ciega lo mismo lo bello que lo feo, lo bueno que lo malo. Nada respeta. Para ella no hay clases ni privilegios. ¡Todos iguales! ¡Maldita sea la igualdad!

Y así llevamos siglos y siglos, desde que el mundo es mundo. El hombre á crear y la Inexorable á destruir.

¿Qué poder hay semejante al de la Muerte? Ella tiene como cómplice, como aliada, á la Naturaleza entera, al aire, al agua, al fuego... La Tierra no da de sí más que elementos de destrucción.

¡Oh, es horrible! Todo lo que nace, nace para morir. El mismo planeta que habitamos, rotos sus ejes, dejará algún día de girar alrededor del sol y desaparecerá roto en el vacío. Y el sol, el mismo sol, se apagará también; ¡no hay fuego que no se consuma, no hay llama que no se extinga, no hay lumbre que no se torne en cenizas! Y volveremos otra vez á las tinieblas del caos y la noche será eterna en el Infinito.

Sí, la Muerte lo puede todo. Ya lo he dicho antes: no hay poder como su poder. Y sin embargo... Oigame usted, si es que es usted capaz de comprenderme. Voy á contarle cómo yo he estado á punto de matar á la Muerte. Pero no crea usted que estoy loco, como han tenido á bien asegurar los fariseos de la justicia que me han confinado en este manicomio. No, no crea usted que estoy loco. ¡Los locos son ellos!

Escuche usted la historia de la verdad.

Elena, á pesar de sus apariencias de diosa, era, en realidad, una mujer... como son todas las mujeres. Aquel hermoso bloque de carne, digno de un pedestal, era también susceptible, ¡miseria humana!, al dolor de la enfermedad y al dolor de la muerte...

Una tarde... Estábamos asomados al balcón, mirándonos sin vernos, en pleno éxtasis de amor. Era en verano, á la hora misteriosa del crepúsculo. Cantaba el pájaro en el árbol y el agua en la fuente, vibraba el aire armónico, el cielo era de púrpura, y la tierra, dorada por el sol, parecía un paraíso.

Elena apoyaba su cabeza sobre mi pecho, y en voz queda, con palabras seguidas de suspiros, murmuraba:

—¡Oh! ¡Quisiera morirme en esta felicidad! ¡Temo tanto á la vida! El amor que hoy es fuego, mañana es ceniza. ¡Todo muere! Las dichas de este mundo son humo y se las lleva el aire. ¡Todo muere!

Calló un momento, ahogada por los sollozos.

—Sí..., algún día dejaremos de querernos. Nuestro amor se marchitará, se agostará, como se marchitan, como se agostan todos los amores... Llegará el momento, tarde ó temprano, de la desilusión y del hastío... (No, no me beses, déjame hablar...) Y te olvidarás de mí. Y yo me olvidaré de ti...

Y echándome los brazos al cuello y uniendo su boca á la mía, me dijo:

—Por eso te digo que quisiera morirme en una hora como esta de ahora, gozando de este estado de plena felicidad.

De pronto mi adorada gritó:

—¡Dios ha oído mis ruegos! ¡Me muero, Dios mío, me muero!

Y cayó desplomada en mis brazos. Cesó en su canto el pájaro, dejó de sonar la fuente, paróse el aire y el cielo se cubrió de sombras.

¡Sí que se moría! Besé su boca, y su boca estaba yerta; palpé su cuerpo, y tampoco había calor en él. Y sus ojos, ¿por qué permanecían cerrados y no me miraban ya, como me miraban antes, con fiebre de amor?

Entonces—¡oh, le juro á usted que no miento!—se acercó á nosotros con paso lento, se interpuso entre los dos, una sombra surgida no sé de dónde—¿hombre ó mujer?, no puedo decirlo,—un ser monstruoso, que llevaba una sonrisa en la boca y una guadaña en la mano.

La reconocí en seguida. ¡Era la Muerte que venía á robarme á mi Elena!

De pronto se hizo la noche, una noche de tinieblas, sin estrellas, sin luz alguna que iluminase el espacio.

—¡Elena! ¡Amor mío! ¡Elena!, clamé desesperado.

Una voz misteriosa, que venía de la sombra, me contestó:

—¿A qué la llamas, insensato, si no te oye, si ya no puede oirte? Crees tenerla en tus brazos y se halla entre los míos. Mientras tú estrechas su cuerpo muerto, yo estrecho su alma viva. Ella me llamó, bien lo sabes, y por eso he venido. «¡Ven, muerte, á mí, en esta hora única de felicidad!» Y aunque suelo hacer oídos sordos á tales requerimientos, he querido esta vez ser amable y aquí me tienes. Agradéceme el favor. ¡Me llaman de tantas partes!.. Yo bien quisiera servir á todos, pero no tengo tiempo. De día y de noche el clamoreo es general. «¡Ven, ven!» La vida cuenta con muchos partidarios, ¡pero mira que yo!.. Todos me temen, pero todos me llaman. No debo ser tan mala como dicen.

Un silencio. Luego la voz vibró severa:

—¡La única verdad está en mí, la única verdad que jamás sabrá el hombre! Yo soy lo desconocido, lo ignorado, lo misterioso. ¿Qué hay después de mí? ¿La Nada? ¿El Infinito? ¡Que lo averigüen, si pueden, esos bestias de sabios!

Y blandiendo, amenazadora, la guadaña, continuó:

—Hoy cargo con Elena. Mañana cargaré contigo. ¡Espera! ¡Ten paciencia! Tarde ó temprano serás mío. ¡Yo soy lo Inexorable, que á nadie perdona!

Loco de desesperación, grité:

—¡No! ¡A Elena no te la llevarás mientras yo viva!

Oí reir en las tinieblas.

—¡Insensato! ¿Te atreverás conmigo?

—¡Sí!

Saqué el revólver y disparé á lo alto.

—¡Adiós, llevo prisa, tengo mucho que hacer! Hasta muy pronto.

La sombra se desvaneció, siempre sonriéndose, y entonces surgió la luna y brillaron las estrellas y se iluminó el espacio.

Yo seguía apretando frenético entre mis brazos á Elena.

Y vea usted si son bestias esos médicos. Para traerme aquí han inventado la farsa de que yo, en un momento de locura, había ahogado á mi adorada al abrazarla. Y no he sido yo, ¡juro á usted que digo verdad!, sino la Muerte quien la asesinó. ¡La Muerte, la Inexorable, la que á nadie perdona! Por eso disparé sobre ella los seis tiros de mi pistola Browhing. ¡Si llego á alcanzarla!..



SS. MM. D. Alfonso XIII y D.ª Victoria en Barcelona

De nuevo ha recibido Barcelona la visita del joven monarca, á quien esta vez ha acompañado su augusta esposa. Nuestra capital ha dispensado á los soberanos una acogida cariñosa y entusiasta, que se ha traducido en manifestaciones de simpatía, en aplausos y en aclamaciones, prodigados en todos los actos que los reyes han honrado con su presencia.

D. Alfonso XIII y D.ª Victoria Eugenia, la reina hermosa, como con razón se la llama, han dejado en Barcelona gratísimos recuerdos, y no dudamos que no menos gratos serán los que de aquí se han llevado.

Durante los cinco días que han permanecido en esta ciudad, no han tenido, por decirlo así, un momento de reposo. Describir minuciosamente las fiestas y ceremonias á que han asistido, exigiría un espacio que preferimos reservar para la información gráfica; como en otras ocasiones, nos limitaremos, por consiguiente, á dar de ellas una descripción somera.

Llegaron SS. MM. el día 22 de octubre último, á las tres y media de la tarde, y excusado es decir el aspecto brillante que ofrecía el apeadero del Paseo de Gracia, en donde descendieron y en donde les esperaban las autoridades, corporaciones, elementos oficiales y personalidades notables. En el trayecto que la regia comitiva había de recorrer, la animación era extraordinaria; una muchedumbre inmensa llenaba las calles, y los balcones hallábanse atestados, dominando en ellos el elemento femenino.

Los reyes se dirigieron á la Capitanía general, en donde se han hospedado, saliendo inmediatamente á una de los balcones para presenciar el desfile, en columna de honor, de las tropas que habían formado en la carrera. Por la noche sentaron á su mesa á las duquesas de Santo Mauro y de San Carlos, á la marquesa de Casa Torre, al capitán general Sr. Linares, al general Echagüe, al Sr. Maura y al marqués de Comillas.

El día 23, á las diez, salieron SS. MM. de la capitanía en coche cerrado, pues el tiempo estaba lluvioso, y se encaminaron á la catedral, en cuya puerta fueron recibidos por el cardenal Casañas, el obispo auxiliar Sr. Cortés y el Cabildo. Bajo palio, cuyas varas llevaban individuos de la nobleza catalana, penetraron en el templo, situándose en el presbiterio; el cardenal entonó el *Tedéum*, que cantó la capilla con acompañamiento de orquesta, y después de visitar la cripta de Santa Eulalia, entraron en la Sala Capitular, en donde se efectuó la ceremonia de la toma de posesión por D. Alfonso XIII del cargo de canónigo de esta santa basílica, que por tradición corresponde á los reyes de España. Leyóse el acta de la toma de posesión del último monarca don Alfonso XII; pronunció el cardenal Casañas un breve discurso sobre la significación del acto que se celebraba; contestó con otro el rey, y luego que éste hubo prestado juramento, abrazáronle todos los canónigos, compañeros de capítulo. En seguida pasó el monarca á ocupar por unos momentos la silla del coro que por herencia le corresponde.

Desde la catedral fueron los reyes á las Casas Consistoriales. En el centro de la plaza de San Jaime habíase formado un cuadro, que cerraban fuerzas del ejército, 80 mozos de la escuadra y 80 municipales.

El interior del edificio del Ayuntamiento estaba hermosamente engalanado, y en él hallábanse formados guardias municipales y guardias urbanos. En el zaguán estaba situada la banda municipal. Sus Majestades fueron recibidas al pie de la escalera de honor por el alcalde accidental Sr. Puig y Alfonso y una comisión de concejales, precedidos de los maceros de gran gala, y pasaron al despacho de la Alcaldía, en donde se habían dispuesto dos magníficos sillones rodeados de plantas. El alcalde dirigió al rey una salutación en catalán, dándole la bienvenida, recordándole su última visita en que inauguró la reforma, explicándole el estado en que ésta se halla, exponiéndole las necesidades que siente Barcelona y los me-



Llegada de SS. MM. – En la plaza de Cataluña

SS. MM. saludando al público desde un balcón de la capitanía general



En la catedral.—Salida de SS. MM. después del Tedéum y de la ceremonia de la toma de posesión de una canongía por D. Alfonso XIII



La plaza de San Jaime durante la visita de SS. MM. al Ayuntamiento y á la Diputación Provincial



SS. MM. en el Laberinto, finca propiedad del señor marqués del Alfarrás, presenciando la representación en los jardines de algunos fragmentos de la comedia de Shakespeare *El somni d'una nit d'estiu.*

Grupo de los actores del teatro de Novedades que representaron fragmentos de *El somni d'una nit d'estiu*

dios de satisfacerlas, y expresando la confianza de que con su intervención suprema ayudará S. M. á que se resuelvan favorablemente para Barcelona los capitales problemas municipales que para el desarrollo de la misma hay planteados.

El rey contestó á este discurso leyendo otro en el que, después de agradecer el saludo de la ciudad, manifestó el singular aprecio que profesa á Barcelona y el agrado con que escuchaba todas las lenguas nacionales; encomió el desarrollo de esta capital, llamada á un engrandecimiento que él desea como el que más de sus ciudadanos, y terminó diciendo que sería para él venturoso poder secundar los esfuerzos de los barceloneses y atestiguarles la compenetración de los deseos de éstos con los suyos propios.

Después de recorrer el Salón de Ciento y el Nuevo Consistorio, SS. MM. se dirigieron al palacio de la Diputación Provincial, siendo allí recibidas por el presidente Sr. Prat de la Riba y una comisión de diputados. En el vestíbulo estaban formados 100 mozos de la escuadra y en la escalera once voluntarios de la guerra de Africa. Llegados los soberanos á la sala de la Comisión Provincial, el Sr. Prat de la Riba pronunció un discurso explicando á grandes rasgos lo que ha hecho la Diputación en materia de obras públicas y de enseñanza, exponiendo las aspiraciones de Cataluña para dar mayor impulso á unas y á otra, y señalando como medio para realizarlas la desaparición de las trabas de la centralización vigente y la instauración de un régimen inspirado en el ejemplo de Inglaterra y de Alemania. Contestó el rey elogiando el celo de la Diputación, aludiendo á la obra que las Cortes preparan para dar mayor expansión á la vida local y manifestando que el amor que él y la reina sienten por España consiste en conocer las aspiraciones de sus pueblos y en procurar el bien y el progreso de los mismos. Después, SS. MM. visitaron algunas dependencias del palacio.

Por la tarde asistieron á la fiesta que el señor



SS. MM. en «La España Industrial.»—Los reyes saliendo de una de las cuadras de la fábrica



S. M. el rey D. Alfonso XIII visitando las obras de la reforma

marqués de Alfarrás había organizado en honor suyo en su magnífica finca el Laberinto. La concurrencia era tan numerosa como brillante y distinguida, y los jardines de la señorial posesión presentaban un golpe de vista hermosísimo. La compañía del teatro de Novedades representó algunas escenas de *El somni d'una nit d'estiu*, que ejecutadas en aquel teatro de la naturaleza produjeron un efecto delicioso. Desde el Laberinto se dirigieron los reyes al Tibidabo, cuyas principales obras visitaron.

Por la noche hubo función de gala en el Liceo, que ofrecía un aspecto de magnificencia indescriptible. Bajo la dirección del maestro Mascheroni cantaron *Aida* las Sras. Giudicci y Pozzi, y los señores Viñas, Blanchard y Nicoletti.

El día 24, cumpleaños de la reina, asistieron Sus Majestades á la misa y salve que en la iglesia de la Merced celebró en su honor el Real cuerpo de la Nobleza, y poco después de terminada la ceremonia religiosa visitaron la fábrica «La España Industrial,» que recorrieron detenidamente. Por la tarde efectuóse en la Capitanía general la recepción, á la que asistieron numerosas representaciones de los elementos oficiales y de casi todas las entidades barcelonesas,



S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia en la Casa provincial de Maternidad y Expósitos



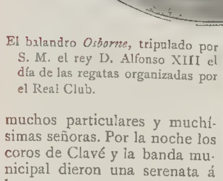
Fiesta escolar.—SS. MM. saliendo del Palacio de Bellas Artes y dirigiéndose á los jardines del Parque para revistar á los niños de las escuelas de esta capital



Fiesta escolar.— Los niños de las escuelas esperando en el Parque la llegada de los reyes



Fiesta escolar.—SS. MM. pasando revista á 22.000 niños de las escuelas de esta ciudad agrupados con sus estandartes en los jardines del Parque



El balandro *Osborne*, tripulado por S. M. el rey D. Alfonso XIII el día de las regatas organizadas por el Real Club.

muchos particulares y muchísimas señoras. Por la noche los coros de Clavé y la banda municipal dieron una serenata á los reyes.

El día 25 celebróse la fiesta escolar, que ha sido indudablemente una de las más bellas y simpáticas de cuantas se han realizado durante la estancia de los reyes en nuestra capital. Comenzó con la distribución de premios á los niños, maestros y padres, acto que se efectuó en el gran salón del Palacio de Bellas Artes. Terminada aquella ceremonia y después de visitar la exposición de obras de pintores y escultores catalanes dispuesta en el salón de la Reina Regente, SS. MM. se dirigieron al Parque, en cuyas principales avenidas estaban correctamente formados más de 22.000 niños y niñas de las escuelas de esta ciudad.

Por la tarde asistieron á la corrida regia; la plaza nueva estaba enteramente llena, y la mayoría de las señoras, así de los palcos como de las gradas, lucían mantillas blancas.

Por la noche celebróse en el palacio de los señores condes de Torroella de Montgrí un baile en honor de SS. MM. Cuanto se diga en alabanza de la suntuosidad de esta aristocrática fiesta es poco; toda la alta sociedad barcelonesa habíase congregado en ella, y la riqueza y elegancia de los atavíos de las damas armonizaban perfectamente con la esplendidez del decorado de los salones.

El día 26, el rey visitó por la mañana las obras de la reforma interior de Barcelona; y luego se dirigió al Real Club de Regatas, y tripulando el balandro *Osborne*, tomó parte en la regata que en su honor se había organizado.



S. M. el rey D. Alfonso XIII á la salida del Real Club de Regatas

Entre tanto la reina visitaba la Casa de Maternidad y Expósitos de Las Corts, recorriendo detenidamente sus principales dependencias, enterándose del funcionamiento de los servicios y dirigiendo calurosas alabanzas á la Diputación, á la Junta, á los médicos y á la superiora Sor Laura por el orden, aseo é higiene que se admiran en todo el establecimiento.

Por la tarde presidieron la solemne ceremonia de la bendición y entrega de la bandera de combate regalada por algunas damas barcelonesas al crucero *Cataluña*, y por la noche asistieron al concierto de gala del «Palau de la Música Catalana.» El hermoso salón de espectáculos estaba verdaderamente deslumbrador; el Orfeó Catalá cantó con su habitual maestría algunas de las principales composiciones de su repertorio, mereciendo el aplauso y las felicitaciones de SS. MM.



SS. MM. en el crucero «Cataluña» presidiendo la ceremonia de la entrega de la bandera de combate regalada por algunas damas barcelonesas



Bandera de combate regalada al crucero *Cataluña*

El día 27 efectuaron los reyes una excursión á Montserrat, y á las diez y media de la noche partieron para Zaragoza, siendo despedidos por numerosas y distinguidas personalidades y aclamados con entusiasmo.

Las fotografías que de la estancia de SS. MM. en Barcelona reproducimos son de nuestro *reporter* fotográfico don Alejandro Merletti.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)



Ni traigo ninguna idea, ni he inventado procedimiento alguno, contestó fríamente Dervilly

—La cosa sale á pedir de boca, querida miss; tenemos ya aclarado un punto de historia... Espero, Fernando, que disculparás nuesta indiscreción. ¡Que el diablo se lleve á Pedro Dervilly!.. Sin embargo, añadió en tono de severidad, no debe usted guardarle ningún rencor, porque soy yo quien tramó la broma y por consiguiente sería yo quien tendría que casarme con usted, niña encantadora. Mas como soy demasiado viejo para ello, podría hacerlo en mi lugar lord Beverley.

Este creyó que había de mostrarse enfadado.

—¿Se burla usted de mí, señor almirante?, gritó.

—¿Burlarme de ti?, replicó irónicamente el marino. Si me burlo de ti será señal de que no soy el autor del bromazo, y como afirmo serlo, cualquiera denegación sería para mí una injuria... Si deseas una explicación, te la daré, milord, pero no en presencia de esas señoritas... Porque aseguro, bajo mi palabra de honor, que Pedro Dervilly no ha escrito á Esther Lavisham, que ni por un instante ha creído encontrarse con Esther Lavisham, y aun añadiré, siento tener que decirlo, estimada miss, que no ama á Esther Lavisham.

Beverley estaba ciego de rabia, pero había de reconocer que el almirante vengaba á Pedro de la manera más ingeniosa. Sin embargo, no queriendo rehuir la entrevista á solas con que el almirante le había amenazado, le dijo:

—Cuanto antes me dé usted la explicación ofrecida, tanto mejor.

Juana se levantó de pronto, y acercándose á su tío le preguntó:

—¿Qué debo deducir de todo esto?

—Lo siguiente: que Pedro es el muchacho más honrado del mundo y que te quiere con toda su alma.

—¿Tiene usted derecho de hacer semejante declaración en su nombre?, exclamó Beverley furioso.

—Por lo menos me lo tomo.

—¡Salgamos, caballero!

—No, dijo Juana; Esther y yo nos retiramos.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Beverley tomó una actitud agresiva.

—Paréceme, señor almirante, dijo, que se mezcla usted demasiado en mis asuntos.

—Nada de esto, replicó el marino tranquilamente; tú estás tan seguro como yo de la inocencia de Pedro.

—¿Y si yo quisiera dudar de ella?, rugió Beverley avanzando hacia Jacobo Carlos con la mano levantada.

El almirante dejó que se le acercase, y cogiéndole de pronto los brazos con fuerza terrible, le dijo:

—¡Pobre niño! ¿No comprendes que puedo arrojarte por la ventana como si fueras una paja?

Beverley, aprisionado por aquellos puños vigorosos, retorcíase en una mueca horrible; cuando el marino lo hubo soltado, comprendió que no era el más fuerte y recobró repentinamente su sangre fría.

—Tío, he hecho mal en desconocer la fuerza de usted; pero por muy hábil que usted sea, no ha modificado usted en una noche una situación, y todo lo más que podrá usted hacer es entregar su herencia á Pedro anticipadamente...

—Pues no lo haré, porque aparte de que no quiero privar de ella á mi familia, no concibo á mi ahijado recurriendo á semejante subterfugio... Por otra parte, tendría que engañar á mi padre respecto del destino del dinero que él me diese...

—¿Sigue usted, pues, en la creencia de que el hecho de ser mi rival sólo puede producir á Pedro sinsabores?

—Esto el porvenir lo dirá.

—¿Empleará usted el arma que contra mi tiene?

—No emplearé arma alguna; ni siquiera quiero acordarme de que la tengo. El mismo Pedro me censuraría...

—Siendo así, dentro de seis meses Juana Veraines será mi esposa.

El almirante quedóse unos minutos perplejo.

—Dentro de seis meses, dijo al fin, es muy poco; dentro de uno ó dos años, no diré que no.

XIII

—¡Ea, se acabó el trabajo!, murmuró el almirante firmando una última carta; ya tenemos la correspondencia del día... Amigo mío, nos hemos portado como un ministerio..., todo estaba atrasado.

Diciendo esto, clavó una mirada maliciosa en el fino semblante de su secretario.

Dervilly había dejado caer la pluma y soñaba locamente, con esa mirada interna que parece fija en otro mundo, en el mundo de los fantasmas que hacen surgir ante el hombre el Pasado y el Porvenir.

—Sí, muchacho, añadió Jacobo Carlos moviendo su gran cabeza gris. ¡Se acabó!

—¿Qué?, exclamó Pedro sobresaltado.

—¡El vivir tranquilo, qué diantre!.. El hombre es un animal que no puede vivir sin proyectos..., y por consiguiente, sin las alternativas del azar y de las circunstancias... ¡Hay que sufrir! *Dura lex*...

—Ley que acepto, replicó vivamente Dervilly, porque nunca he creído que mis días transcurrirían sin sufrimientos; pero cada cual tiene su manera de someterse á ella.

—Y la tuya no es la mejor..., como todas las que rompen la armonía.

—¿Y qué se crearía de nuevo si nadie rompiese la armonía? Todo lo que crece se compone de cosas destruídas, y la misma tierra que pisamos no es sino un magnífico cementerio. ¿Acaso no brotamos entre la ceniza de los muertos? Y luego, ¿tan fuera estoy, por ventura, de mi papel? Antes de que mi abuelo se quedara arruinado, ¿no estaba mi familia á la altura de?..

—De la nuestra, sí; razón de más. Vuelve á encaramarte, y si no, acepta la parada. Es preciso demostrar que eres un hombre.

—¿Pero cree usted, mi bondadoso maestro, que pienso entrar por la puerta pequeña?

—¿Cómo entrarás por la grande? ¿Gloria, fortuna? Alcanzarás la una ó la otra, ó tal vez ambas; mas ten presente que no se entregan, sino que hay que

conquistarlas, y en tal empresa los más fuertes consumen su juventud. Supongamos que has de descubrir una fuerza nueva; pues bien, el día en que esa fuerza se revele en el fondo de tu laboratorio, tendrás canas. Supongamos, en otro sentido, que consigues hacerte con un par de millones; necesitarás para ello tantos esfuerzos, que no te quedará tiempo para amar. La felicidad con que sueñas hay que cogerla ahora ó nunca... Bien es verdad, añadió encogiendo sus fornidos hombros, que hay la Suerte...

Y á su vez se puso á soñar con la mejilla apoyada en su mano derecha. De cuando en cuando estrujaba alguna carta ó recortaba una caja de cigarros habanos abierta que tenía á su lado.

—En el fondo, dijo al fin, te compadezco, muchacho, y tendría una gran satisfacción si el asunto se arreglaba. En prueba de ello, ahí están los esfuerzos que he hecho para aclarar en favor tuyo ese embrollo de Esther y compañía. ¡Quién sabe si es mi destino poner la suerte en tus manos!

Dervilly miró al almirante con expresión de sorpresa.

—Es una historia de las *Mil y una Noches,* sin genios, sin hechiceros, sin pájaros fabulosos, pero con todo lo demás. Figúrate que hay muchas probabilidades de que yo haya descubierto, hace tiempo, una rica mina de cobre; perfectamente. Si yo la hubiese positivamente descubierto y si otros no la hubiesen descubierto á su vez, no tendrías más que ir á buscarla, valorarla y venderla; porque está en un país en donde se encuentran compradores, el noble país de los yanquis. Por otra parte, ya procuraría yo que no te explotasen, pues tengo medios para ello.

Pedro se había levantado y fijaba en su padrino dos ojos brillantes, llenos de fe, mientras vagaba por sus labios una sonrisa incrédula.

—Pero esa mina sería de usted, almirante.

—No, respondió éste rotundamente; no la querría á ningún precio. Si yo quisiera dinero, no tendría más que sacarlo de mi mina legítima..., la mina de mi padre, que en la actualidad se consideraría muy dichoso proporcionándomelo. Por lo demás, ten en cuenta que no adquirirías la mina gratis, y si he de dar crédito á mis presentimientos, la conquista de la tal mina es difícil y hasta peligrosa.

—¡Difícil, peligrosa!.. ¡Dificultades que un ingeniero arrostra por diez mil francos de sueldo!.. ¡Peligros profesionales! Se burla usted de mí, padrino; esa mina resultaría siempre gratis para mí.

—Y aunque así fuese, ¿qué? ¿Serías tan necio que rechazaras una dádiva mía?

—¿No privaría de ella á su familia de usted?

—¡Eres un tonto! No se la daría á ninguno de los míos; sería ridículo; por consiguiente, démosla por perdida.

Hubo un momento de silencio, que al fin rompió Pedro preguntando con voz ansiosa:

—¿Pero no está usted seguro de su descubrimiento? ¿Cómo puede dudarse de si se ha descubierto ó no una mina?

—Cabe que se caiga uno de cabeza.

Y viendo el asombro que en Pedro causaba tan extraña respuesta, añadió:

—Es cosa por demás sabida. ¿Quién no ha conocido gentes que han olvidado una parte más ó menos considerable de su pasado á consecuencia de una caída desgraciada? Pues esto me pasó á mí cuando contaba treinta y dos años, durante mi excursión por Sierra Nevada; y el resultado fué que perdí todo recuerdo preciso del viaje que realicé en aquella interesante cordillera. Y sin embargo, es muy probable, pero mucho, que descubrí un importantísimo yacimiento de cobre.

—¿Pero es esto un recuerdo?

—No. Cuando interrogo mi memoria, me niega toda imagen desde primeros de junio de 1885 hasta fines de agosto del mismo año; pues bien, este período comprende, entre otros acontecimientos, la totalidad de mi excursión á Sierra Nevada. Y si sé que he subido por aquellas montañas, es primero por el rumor público y luego por algunas notas escritas en un viejo cuaderno; de no ser por esto, juraría que cuando mi crucero pasó por los Estados Unidos no fuí más allá de San Francisco. Te daré mis notas y sacarás de ellas lo que puedas. Y si no se ha descubierto una gran mina de cobre en la indicada región, allí está la fortuna, tan virgen como en los tiempos prehistóricos.

—Es extraño, sin embargo, que un yacimiento tan importante haya permanecido ignorado.

—Muy extraño, y de fijo que median circunstancias de las que no tengo la menor idea. Que una mina muy oculta, muy subterránea, pueda substraerse á los ojos de los exploradores yanquis, es cosa que se comprende fácilmente; pero una mina cuyas características pude determinar en unos pocos días, no tiene nada de misteriosa, á lo menos *a priori.* A ti te toca penetrar el secreto.

El almirante se puso de nuevo á meditar, mientras Pedro se paseaba nerviosamente por el despacho. En nuestra existencia, donde todo es enigma, aprendemos desde muy temprana edad á no asombrarnos de nada, y se requiere algún acontecimiento enérgico para despertar la especie de excitación vertiginosa ó de temeroso abatimiento, que son como latigazos del optimismo y del pesimismo. Dervilly veía ensancharse de pronto el estrecho círculo de la vida social; tenía delante de él la Aventura, todos los medios que, según las circunstancias de tiempo y según las cualidades del individuo, hacen la fortuna de César, de Bonaparte, de Julio Grevy, de Cristóbal Colón, de F. Hernán Cortés, de Rockefeller, de Carneggie. Después de todo, lo que se le ofrecía era una combinación sin importancia, un episodio al lado de lo que se hace todos los días en el mundo de los Negocios. Y Dervilly precipitaba su paso y sentía que le ardían las sienes y que el corazón le latía tumultuosamente.

El almirante le observaba con ironía cordial.

—Pareces una fiera enjaulada, díjole riendo. Estoy pensando en que aun cuando no existiese tal mina de cobre, á América es adonde hay que ir. No porque no haya nada que hacer en Francia, pues si se tratase sólo de ciencia desinteresada, de alta física ó de mecánica trascendental, mejor sería anclar en este viejo puerto en donde la inteligencia humana concentra sus escuadras; pero en este caso no está bien amar con pasión loca á la señorita Veraines, sino que es preciso canalizar el corazón sabio y contentarse con unos amores modestos. Tendrás que renunciar á Juana ó á la ciencia pura. En cambio, la ciencia aplicada brinda con una gloria magnífica y con mayor poderío... en América. Allá has de fijar tu destino, y como primera recompensa, en vez de las débiles vacilaciones y del pataleo inútil, tendrás las emociones de la lucha, que son las generadoras de todo lo grande en este mundo. Y no te entreten gas; fijemos la fecha desde ahora. ¿Que no haces fortuna? Pues no vuelves... ó vuelves, pero con los cabellos grises y las piernas envaradas... ¿Quedamos en esto?

Aquel lenguaje, aunque imprevisto, se amoldaba al estado de alma de Pedro, quien lo escuchaba como una revelación y lo sentía repercutir en lo más profundo de su ser, porque era, en resumen, el verdadero «vencer ó morir,» el único signo de su honradez y de su valor.

—¡Quedamos en esto!, contestó Dervilly.

Y cogiendo cariñosamente la mano del almirante, añadió:

—Pero no sin volver á ver á usted algunas veces, padrino. Sería demasiada amargura.

—¡Ya lo creo!, dijo á gritos el marino para ocultar el temblor de su voz. ¡Cada año, no faltaba más! El mundo es pequeño, como dicen los yanquis, y con los grandes transatlánticos el viaje se reduce á un paseo por mar.

Y fijando sus ojos enérgicos en Pedro, puso término á la conversación con las siguientes palabras:

—En cuanto á Juana, es bastante joven para esperar, y si de veras te ama, te esperará un año... y hasta dos..., porque es un alma valiente y constante; pero si sólo te quiere superficialmente, en este caso, pobre hijo mío, habrás pasado por la gran prueba... Cada vida tiene la suya.

XIV

Una tarde de los primeros días de septiembre, en que una enorme niebla que se escapaba del lago Michigan difundíase en forma de gasas sobre la ciudad de Chicago, Pedro Dervilly fué presentado á los Sres. Archibaldo Morrison y G. C. T. Abbot, especuladores en minas y promotores de ferrocarriles, industrias ambas íntimamente relacionadas. En efecto, Morrison y Abbot dedicábanse especialmente á construir caminos de hierro en las regiones en donde habían puesto en marcha una ó varias minas, sin por esto desdeñar la fundación de poblados, denominados invariablemente ciudades, y de los cuales obtenían beneficios, no por ser accesorios, menos respetables. Pedro encontró á esos poderosos personajes en el sexto piso de una casa de la calle 11.ª, en un despacho embaldosado con muestras de plata, de estaño, de níquel, de cobre y hasta de oro, sacadas de las minas por ellos lanzadas á la explotación.

Era una estancia perfectamente cuadrada, con entabladuras de caoba, de ébano y de palisandro, y adornada con el busto de Morrison y la estatua ecuestre de Abbot. La mesa de Archibaldo tenía incrustaciones de nácar y de malaquita; la de Abbot era toda de cobre virgen. Aquellos dos asociados ofrecían dos tipos distintos de energía, G. C. T. era el *northmann* clásico, de cráneo en forma de quilla, cabello de color de paja de avena, nariz á lo Wáshington, cuello largo, hombros caídos, busto ancho y músculos vigorosos. Sus manos eran largas, sus ligamentos un tanto rígidos; la mirada de hielo de sus ojos azules imponía por una cierta expresión de feroz testarudez; su boca, al cerrarse, dejaba abierta una hendedura como la de una alcancía, y la barba avanzaba como una proa. Y sin embargo, aquel rostro duro, enteramente afeitado, de cutis cobrizo por efecto del abuso del whisky y del extra dry, tenía algo de ingenuo y casi infantil.

Morrison apoyaba sobre unos pies grandes y unas piernas como troncos un cuerpo grueso, de hombros perfectamente cuadrados; tenía el cabello negro salpicado de abundantes canas, la boca un tanto hocicuda y placentera, el cráneo cúbico y los ojos de color de grosella y fosforescentes como los de la puma. Sus dientes eran brillantes y tan fuertes como el granito, mientras que los de su colega eran movedizos y estaban llenos de orificaciones y empastaduras.

El introductor de Pedro, Benjamín Booker, un yanqui de la más vieja cepa y algo apartado ya de las encarnizadas luchas de sus compatriotas, expuso el objeto de la presentación: Dervilly creía poder prestar, como ingeniero y como químico, apreciables servicios en las minas. Abbot y Morrison escucharon atentamente la demanda, por razón de la importancia de Booker, que «valía» cinco millones de dólars, y cuando éste hubo concluído, Archibaldo respondió:

—No deseamos otra cosa que hacer negocios... ¿Nos trae alguno el Sr. Dervilly?

—Todavía no, contestó el joven; pero creo que antes de pocos meses podré presentar á ustedes una proposición.

—Nosotros no leemos en el pensamiento, replicó Abbot; un negocio existe ó no existe, y el de usted no existe.

Pedro se sonrojó, humillado por haber sido poco concreto con gente tan resuelta.

—Tienen ustedes razón, dijo; no vengo á proponerles un negocio, sino á ofrecerles mis servicios...

—Lo cual es también un negocio, replicó Morrison fijando en él sus ojos relucientes. ¿Trae usted una idea? Nosotros pagamos las ideas á muy buen precio. ¿Ha inventado usted algún procedimiento para facilitar la extracción ó la trituración del mineral? Si es bueno, su fortuna de usted está asegurada.

—Ni traigo ninguna idea, ni he inventado procedimiento alguno, contestó fríamente Dervilly. Solicito únicamente de ustedes que prueben mis aptitudes.

—El Sr. Dervilly es un ingeniero muy sabio, dijo Benjamín Booker interviniendo en la conversación; conoce á fondo la química.

—Esto nos tiene sin cuidado, gruñó Abbot. Edison lavaba platos en las estaciones, y por consiguiente no era un sabio. Esto no obstante, no nos negamos á «probar,» por más que ese caballero venga del viejo mundo, y aun más, de Francia, en donde no se hace ya nada bueno... Probaremos gustosos; pero si la prueba es desgraciada, tenga usted en cuenta que no titubeamos nunca en cortar las amarras.

—Lo supongo, dijo el joven; y deseo tanto más satisfacer á ustedes, cuanto que espero necesitarles algún día.

—¡Ah! ¿Conque espera usted necesitarnos?, exclamó Morrison sonriéndose burlonamente. ¿Y por esto nos ha dado usted la preferencia?

—Sí, por esto, respondió Dervilly flemáticamente. Ustedes son las personas que mejor pueden ayudarme en mis proyectos; de aquí que haya acudido á ustedes antes que á nadie.

—¿De modo que tiene usted proyectos?

—Sí, los tengo; pero, como ustedes han observado muy justamente, un negocio existe ó no existe. Cuando exista el mío volveré á hablarles de él.

—Muy bien, joven, dijo Morrison con acento de aprobación. En esa respuesta hay algo que vale más que el viejo mundo. Corriente, vuelva usted mañana; aquí encontrará usted á una persona que le explicará minuciosamente nuestras empresas y podrá usted escoger.

Los dos socios tendieron automáticamente sus manos á Dervilly, como indicándole que ya habían gastado con él bastante tiempo.

Mientras bajaban la escalera y cuando estuvieron en la calle, Booker habló así á Pedro:

—Joven, una vez más le recomiendo que tenga la piel dura, porque en América, además de la actividad, de la osadía y del *bluff,* hay que tener un cuero de rinoceronte. El hombre que se ofende cuando no ha habido intención deliberada de ofenderle, es hombre perdido; y advierta usted que aquí el que quiere

ofender no recurre á circunloquios. No somos refinados, ni sutiles, ni finos; y amostazarse por estas cosas es como amostazarse ante la punta de una roca ó las leyes de la gravedad, leyes que, dicho de paso, son á veces muy desagradables... Sobre todo, no vaya usted á sulfurarse cuando oiga decir pestes de Europa y de Francia; todos los yanquis, desde el último sangrador de cerdos, creen que América está cien codos por encima de las viejas barracas de allá, y por lo demás, tienen razón, según podrá usted comprobar sólo con que permanezca usted un par de años en este país. Sin embargo, le aconsejo que no asienta usted á ello; al contrario, sostenga usted que Francia es la primera nación del mundo; hable usted de la torre Eiffel, de la Galería de Máquinas y de los automóviles franceses, que los nuestros no han podido superar. Hable usted también del acero francés..., ustedes fabrican una cierta clase cuya resistencia es doble de la de los mejores aceros americanos. También hay los cañones que ustedes saben combinar admirablemente. Diga usted todo esto fríamente, sin encolerizarse y con su poquito de grosería juvenil, y le respetarán á usted. Y si *después* de haber defendido lo suyo, nos concede usted ciertas superioridades, su concesión valdrá mil veces más de lo que habría valido una fácil alabanza.

Mientras así hablaba, llevábale rápidamente por la tumultuosa avenida. En torno de ellos, envueltos en la pálida niebla, hombres, mujeres y niños huían como lebreles; una prisa terrible precipitaba á todos aquellos seres hacia un destino furioso y rapaz; todos parecían presa del temor de perder una malla del tejido de que la existencia está hecha. En el arroyo, en donde los tranvías aullaban sin cesar y los carros pasaban al galope, enormes polizontes, en su mayoría alemanes, de pelo rojo ó rubio claro, mantenían el orden sin gran trabajo, porque si aquella multitud es brutal, en cambio se organiza fácilmente.

—Nuestro pueblo es realmente admirable, exclamó Booker. Sí, á menudo me echo á mí mismo en cara el haber perdido algo de su magnífica actividad. ¡Qué quiere usted! Europa me ha debilitado.

-No estoy muy seguro de que el pueblo de aquí sea tan admirable. Su actividad es indudablemente una gran cosa..., pero ¿no tiene algo de animal? Todas esas gentes han acabado por creer que el dinero vale más que la vida, y de aquí que hayan llegado á esa concepción extravagante de que la importancia del tiempo depende del dinero que vale. Esta idea, dispense usted que se lo diga, me parece que está en los confines de la enajenación mental.

—¡Palabras de gente vieja y gastada!, exclamó Booker moviendo la cabeza. Los hombres prudentes de Europa opinan que lo que debemos amar es el tiempo, y como no tenemos de éste más que una cantidad pequeña, sin medio alguno para aumentarla, sacan de ello la consecuencia de que es preciso ahorrarlo. Desde el momento en que así se piensa, todo está perdido. El que vive sobre el tiempo, está muerto en vida; se parece á un hombre que quisiera ahorrar el vacío. El que quiere vivir ha de considerar el tiempo como una cosa desdeñable, como cosa que se mata, según frase de los que se aburren. Descubrir luego que con tiempo puede hacerse algo, he aquí una ilusión bienhechora, una magnífica hélice para hacer avanzar al buque. Mire usted, joven, los pueblos no se mueven si no se proponen la conquista de algo; de algo, por supuesto, que se pese, que se cambie, que pueda aumentarse. En nuestros días, ese algo es la riqueza. Pero si un soñador holgazán se pone á disertar sobre la verdadera felicidad, todo se lo lleva el diablo, porque la verdadera felicidad no existe..., no existe más que el perseguimiento de la felicidad.

—Me ha entendido usted mal. Yo no he tomado el tiempo como sinónimo de felicidad, sino como sinónimo de vida, y los hombres de aquí, sacando de él un partido tan frenético, se gastan. Ya ve usted, ustedes no tienen viejos; el americano sucumbe abrumado prematuramente, como sucumbe el buey al golpe de maza.

—¿Y qué mal hay en esto? Así se barren los desperdicios; es malo que un pueblo se vea embarazado de materiales inservibles.

—¿Cree usted entonces que la naturaleza ha hecho en vano la longevidad del hombre, tan grande con relación á la de los animales de su estatura? La longevidad expresa el vigor real de las razas, y las matanzas de ustedes condenan el porvenir. Sus descendientes tendrán las arterias como tubos de pipa, y si por ahora resisten ustedes el mal es gracias á los inmigrantes. La energía del hombre, como el tiempo, no puede aumentarse mucho, y lo que de ella gasten ustedes ahora, lo pagarán amargamente más adelante.

—¿De modo que hay que hacer como Francia, pudrirse sin moverse?

—No, Francia toma las cosas con demasiada comodidad. Lo que hay que hacer es trabajar con insistencia más tranquila, tanto más cuanto que la cosecha es segura, esa cosecha que prospera, no tanto en la raza como en el suelo admirable, en la extensión inmensa. Siendo esto así, lo mismo si van ustedes un poco más de prisa que un poco más despacio, necesariamente ha de sonar la hora en que tendrán la hegemonía del mundo, con la diferencia de que si, cuando ese momento llegue, están ustedes agotados, su supremacía será efímera, al paso que si han sabido ustedes economizar sus fuerzas, su soberanía durará siglos. Preveo, sin embargo, que persistirán ustedes en su insensata actividad.

—*¡Very well, ioung man!*, exclamó alegremente Booker. Así debe discutirse, pero conformándose con esa actividad *insensata* que permitirá á los Estados Unidos pulverizar á ustedes con la misma facilidad con que la escuadra japonesa pulverizó á la rusa en Tsu Shima...

Y estrechando la mano de Dervilly, añadió:

—No olvide usted que mañana almuerza usted conmigo; y si escribe usted á mi antiguo amigo el almirante, déle usted mis más cordiales recuerdos.

Booker subióse á un *tram car*, dejando que el joven francés prosiguiera su camino hacia el Michigan. Dervilly andaba de prisa, tanto como los paseantes empedernidos de Chicago, y llegó al borde del lago en el instante en que el viento comenzaba á desgarrar el pálido tejido de la niebla.

El agua del lago extendíase inmensa y agitada; el aire levantaba olas en ella y sobre su superficie corrían tantos buques y barcos como en un Mediterráneo. Dervilly soñó unos minutos en aquellos tiempos en que aquella agua fertilizaba las sabanas libres y las selvas vírgenes; en que rebaños de veinte mil bisontes tenían allí su abrevadero; en que los mustangs, de flexibles piernas, alargaban sus cabezas nerviosas y se embriagaban de aire, de libertad, de espacio; en que el formidable grizzli descendía de cuando en cuando á una caleta solitaria; en que Aguila Negra, Nube Sangrienta, Gran oso, Serpiente y Flor del Lago fumaban en rústicas pipas ó perseguían la ágil presa...

Pedro suspiró, porque había adorado la leyenda salvaje, y contempló la ancha avenida que se extendía á lo largo del Michigan; los tratantes en cerdos, en petróleo, en granos, han construído en ella cómodos palacios y parques de hermosas sombras; reina allí un lujo feroz, y en las bellas noches estrelladas, cuando el agua muere en la playa lanzando prolongados sollozos, flirtean en aquel sitio las frescas muchachas de precioso cutis con los muchachos robustos, llenos de planes audaces y de tenaz combatividad.

«Han llegado á la meta—pensó Pedro,—luego tienen razón; y no la tenían de ningún modo el bisonte, el mustang y el arrapahoe, puesto que han desaparecido.»

Sumido en estas meditaciones internóse en la avenida, caminando lo más cerca posible del Michigan, y así llegó á un jardín en donde el propietario había hecho plantar con profusión árboles de ramas caídas, fresnos llorones y sauces de Babilonia que proyectaban una sombra espesa. Al pasar junto á la verja de entrada, que estaba entreabierta, oyó unas palabras que, gracias á la extremada finura de su oído, pudo percibir sin perder una, á pesar de ser pronunciadas á media voz.

—¡La cartera..., el reloj..., todo el dinero!.. Si da usted un grito lo mato.

Dervilly comprendió que se trataba de uno de esos atrevidos robos americanos en los que el bandido ataca á un hombre en el centro de la ciudad y á dos pasos de la multitud, y que son posibles por la seguridad que tiene la víctima de que al menor grito el agresor cumplirá su amenaza.

Pedro, molestado por sus primeros encuentros con los americanos, estaba en una disposición de ánimo tal, que una aventura casi le resultaba agradable; quedóse inmóvil, oculto detrás de una plancha de hierro y muy cerca de la puerta, y desde allí pudo oir cómo el agredido contestaba en el mismo tono que el agresor:

—*¡All right!* Asunto concluído. Voy á entregárselo todo.

Hubo un silencio, luego un leve ruido metálico y por último un paso rápido, y el ladrón, correcto y estirado como un *gentleman*, que salía precipitadamente y se encaminaba á un parque cercano. Pero Pedro, de un salto, se le puso delante y apuntándole su revólver á la cara, le dijo en el mismo tono que él antes empleara:

—¡Venga la cartera robada..., el reloj..., el dinero!.. Si da usted un grito, le mato; si obedece, le dejo en libertad.

El ladrón se había detenido estupefacto; pero al ver que toda lucha era imposible y que se acercaba gente, sacó la cartera, el reloj y el dinero, que había escondido apresuradamente en un bolsillo. Quizás habría intentado sacar su propio revólver, mas su conocimiento exacto de las personas le hizo comprender, fijándose en la mirada escrutadora de Pedro, que éste no dejaría que se le adelantase. Además, le convenía escurrir cuanto antes el bulto.

—¿Está todo?, preguntó Dervilly.

—Sí, todo, gritó un hombre que llegaba corriendo. Hay que hacer prender al *scoundrel*.

—Esto no, replicó fríamente Pedro cogiendo los objetos robados; le he prometido dejarle libre. ¡Ea, largo de aquí, canalla!

—¡Ese es un cumplido *gentleman!*, gruñó el ladrón apresurándose á desaparecer, mientras Pedro decía al robado:

—Lo principal es que recobre usted sus dólars, ¿no es verdad?

En aquel momento los dos se miraron la cara por primera vez.

—*¡By Jove!*, exclamó la víctima. ¡Usted es el francés de Booker!

Dervilly, al reconocer la cabeza prolongada y la mirada fría de G. C. T. Abbot, respondió con exagerada flema:

—Sí, soy el francés de Booker.

—¡Caramba! No es usted sordo, ni ciego, ni manco, ni cojo; utilice usted convenientemente tan buenas cualidades y cogerá usted la fortuna al vuelo... En el entretanto, tiene usted derecho al cinco por ciento sobre la presa; en esta cartera hay diez y ocho mil dólars...

—De los que no aceptaré ni un céntimo, protestó Pedro con energía.

—He aquí una cosa que no es práctica, replicó G. C. T. sonriéndose burlonamente... Novecientos dólars siempre vienen bien; son una buena simiente.

—Mejor simiente es el afecto de usted.

—En materia de negocios no hay afecto; no hay más que ganancias y pérdidas. Si alude usted á mi aprecio, lo tiene usted en calidad de vigilante de bandidos; ahora habrá que ver si sabe usted vigilar del mismo modo las máquinas, los minerales y otras cosas por el estilo.

Y tendiendo á Pedro su mano, con gesto casi de cordialidad, añadió.

—¡Hasta mañana!

Dervilly volvió á hallarse solo en la gran avenida. En el fondo, no estaba descontento de la aventura, no sólo por lo que personalmente le satisfacía, sino también por el frío personaje cuyos billetes de Banco había salvado y cuyo aprecio era de importancia suma para sus proyectos. ¡Si pudiese tener la misma suerte en algún negocio de aquella razón social!

Al día siguiente, presentábase Pedro de nuevo en el despacho de la 11.ª calle, en donde encontró á Morrison y á Abbot conferenciando con un tercer personaje, un anglo sajón de pelo color de cobre, y con el rostro sembrado de manchas encarnadas, algunas de las cuales tenían el diámetro de una guinea. Era un hombre de brazos de gorila, hombros angulosos y dedos torcidos.

El desconocido clavó en Dervilly sus ojos amarillos, con ligeros reflejos de malaquita.

—Ese es el hombre que nos recomienda Booker, dijo Morrison con su voz seca, y á quien deseamos probar. Ayer salvó veinte mil dólars á Abbot.

—¡Y de qué modo!, murmuró éste. Crea usted, Billington, que sería un excelente *detective* ó un explorador de primera clase.

Samuel Bellington se encogió de hombros, y luego, de sus anchas mandíbulas escapóse una voz de tambor viejo desfondado.

—Esto ya es una prueba de decisión, dijo, y sin decisión, aun teniendo cien mil talentos la fortuna se desliza entre los dedos como una serpiente untada de aceite; sin embargo, se puede ser un perfecto *detective* y no distinguir una vena de oro de una de cobre. ¿Qué es lo que quiere usted hacer?

—Quiero *hacer* minas, respondió Dervilly, y al mismo tiempo toda la maquinaria de la mina.

—Corriente. ¿Entiende usted algo de máquinas?

—Me parece que sí.

—Ahora lo veremos. Vamos á ver, ¿sabe usted manejar automóviles?

—Los automóviles nada tienen que ver con las minas.

—Es verdad, pero todo está en relación. Tratándose de quien se jacta de conocer las máquinas, no es buena señal que no entienda algo de automóviles.

(Se continuará.)

MUERTOS ILUSTRES

EL CARDENAL CASAÑAS

El sabio y virtuoso prelado, cuya repentina muerte ha producido dolorosa sorpresa y un sentimiento de pesar unánime, había nacido en esta ciudad en 5 de septiembre de 1834. Hijo de una familia humildísima, al quedar huérfano en los primeros años de su vida ingresó en el asilo de los Infantes Huérfanos; poco después y siguiendo una verdadera vocación, entró en el Seminario Conciliar, en donde muy pronto dió muestras de virtud y de talento extraordinarios, hasta el punto de que antes de terminar sus estudios explicaba Filosofía, Teología y Moral.



El Eminentísimo Dr. D. Salvador Casañas y Pagés, cardenal obispo de Barcelona, fallecido en esta ciudad el día 27 de octubre último
(De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

Ordenado de presbítero en 1858, fué sucesivamente secretario, vicerrector y rector del Seminario y párroco de Nuestra Señora del Pino, y si al frente de aquel establecimiento docente demostró sus grandes dotes de hombre práctico y de gobierno, en la dirección de su parroquia se hizo admirar por el celo y el saber con que atendió á la predicación, á la enseñanza, al consejo y al socorro de sus feligreses.

En 13 de noviembre de 1876 tomó posesión de la dignidad de chantre de nuestra catedral, y en 1878 el papa le nombró obispo titular de Céramo y administrador apostólico del obispado de la Seo de Urgel, siendo en septiembre del mismo año nombrado obispo de aquella diócesis, de la que se hizo cargo en 22 de septiembre de 1880. Al año siguiente posesionóse del principado de Andorra, y en los veinte años que ocupó tan alto puesto acreditó nuevamente sus talentos y sus virtudes y dió pruebas de su habilidad y tacto diplomáticos.

En 1895 fué creado cardenal, y en 1901 nombrado obispo de Barcelona.

Imposible es enunciar las grandes obras realizadas por el cardenal Casañas en las distintas etapas de su carrera eclesiástica. Rector del Seminario, fundó el pensionado de segunda enseñanza y la sección del Beato José Oriol, gracias á la cual han podido llegar al sacerdocio multitud de jóvenes pobres; párroco del Pino, aparte de cumplir de modo admirable sus deberes de tal, trabajó sin descanso por la canonización del Beato José Oriol, anhelo de toda su vida que ha podido ver realizado antes de morir; obispo de la Seo de Urgel y príncipe co-soberano de Andorra, conquistóse el título de sabio diplomático por el talento y la energía con que supo defender los derechos de aquella mitra, que son los de España, sobre el principado; obispo de Barcelona, fundó multitud de colegios y de instituciones religiosas y benéficas, creó gran número de becas y beneficios, como también varios asilos, y construyó ó reparó muchos templos y otros edificios religiosos.

Sus pastorales son verdaderos tratados, llenos de doctrina y de sólida argumentación, y algunas de ellas merecieron elogios especiales del papa León XIII; y en los congresos católicos y en el Senado ha pronunciado muchos y muy notables discursos, en todos los cuales resplandecen por encima de todo una fe profunda y un gran conocimiento, no sólo de cuanto á la religión se refiere, sino también de las más importantes y candentes cuestiones sociales.

Fué, en suma, el doctor Casañas un sabio y virtuoso sacerdote que supo captarse el cariño de sus diocesanos por sus bondades y la admiración de todos por sus talentos.

¡Dios lo tenga en su santa gloria!

EL CARDENAL MATHIEU

Este purpurado, una de las más eminentes figuras de la iglesia francesa, había nacido en Einville (Meurthe y Mosela) en 27 de mayo de 1839 y sido ordenado sacerdote en 1863, después de brillantes estudios. Al día siguiente de su ordenación, confiósele una cátedra de Historia y Filosofía en el seminario de Pont á Mousson, que desempeñó hasta el año 1879.

En 1878 graduóse de doctor en Letras, desarrollando el tema «El antiguo régimen en la provincia de Lorena,» que le valió el premio Gobert, de la Academia.

Desde 1879 á 1890 fué limosnero de las damas Dominicas de Nancy, y desde 1890 á 1893 párroco de San Martín de Pont á Mousson.

En 1893 sucedió en la sede de Angers á monseñor Freppel; tres años después ocupó la sede arzobispal de Tolosa, y en 1899 fué elevado á la dignidad cardenalicia, siendo nombrado cardenal francés de curia, lo que le obligó á trasladarse á Roma.

En 1906 ingresó en la Academia francesa, en reemplazo del cardenal Perraud.

Entre las obras que deja escritas, la más notable es la *Historia del Concordato de* 1801.

El cardenal Mathieu ha fallecido en Londres, adonde había ido con motivo del Congreso eucarístico.

JOSÉ DEL PEROJO

Nacido en Santiago de Cuba en 1853, educóse en París y en Alemania y graduóse de doctor en la famosa Universidad de Heidelberg. Vino á España, y muy joven todavía, hízose admirar en las discusiones del Ateneo de Madrid, y fundó y dirigió la notable *Revista Contemporánea,* en cuya publicación consumió su no escasa fortuna. Después de una breve estancia en París, regresó á la corte, en donde fué sucesivamente redactor, fundador y director de varios periódicos, entre ellos del popular *Nuevo Mundo.*



Su Emma. el cardenal Mathieu, prelado francés, fallecido en Londres en 26 de octubre último
(Fotografía de A. Haas, de Nancy, comunicada por Trampus.)

Había sido diputado varias veces por Puerto Rico y Cuba, y actualmente lo era por Canarias. Murió repentinamente en su escaño del Congreso en el curso de la discusión de una enmienda por él presentada al proyecto de administración local en defensa de los intereses de su distrito.

Hombre de grandes talentos, de una ilustración tan sólida como vasta, de una laboriosidad incansable y de las más nobles iniciativas, rindió siempre culto á los más elevados ideales y consagró su vida y su hacienda á la causa de la cultura, de la que fué esforzado paladín en el periódico, en el libro y en la tribuna, dejando el recuerdo de una brillantísima historia científica, literaria y política.

¡Descanse en paz!



D. José del Perojo, eminente escritor y periodista, fallecido en Madrid el día 17 de octubre último
(De fotografía.)



SS. MM. en la plaza de toros durante la corrida regia celebrada en las Arenas. Entrada de SS. MM. en el palco regio



Londres.—Las sufragistas haciendo una colecta, al son de un piano de manubrio, para allegar fondos con que proseguir la campaña en pro del voto de las mujeres (De fotografía de Underwood et Underwood.)

Las sufragistas inglesas se han propuesto no perdonar medio alguno de propaganda, y lo mismo se reunen en grandiosos *mitines*, que recorren las calles de Londres tocando un piano de manubrio para llamar la atención del público y sacarle unos peniques con que sostener su causa.

El día en que se inauguró la actual legislatura del Parlamento inglés, gran número de ellas, unas en bicicleta y otras á pie, se dedicaron á poner carteles propagandistas en los principales monumentos londinenses, y aunque la policía había extremado su vigilancia para impedir que tal hicieran, ellas lograron su objeto y pudieron fijar carteles de aquéllos en las mismas casas de los ministros y hasta en la puerta de la Cámara de los Comunes. Al día siguiente trataron de penetrar violentamente en la Cámara; pero la policía lo impidió, poniendo presas á treinta y cinco, que fueron castigadas con una multa, y dos de ellas procesadas por excitación al desorden. Y mientras esto sucedía en la calle, una sufragista pudo introducirse en el salón de sesiones, en donde se discutía un proyecto de ley de protección á la infancia, y una vez allí, se puso á gritar desaforadamente y agitando los brazos: «¡Dejad en paz á los niños! Antes de ocuparos de ellos, conceded el derecho de sufragio á las mujeres.» La protestante fué expulsada de la Cámara de los Comunes en medio de la hilaridad general.

Imp. de Montaner y Simón



Año XXVII — Barcelona 9 de noviembre de 1908 — Núm. 1.402

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

RECUERDO DE LA ESTANCIA DE SS. MM. EN BARCELONA

EL REY D. ALFONSO XIII Y LA REINA D.ª VICTORIA EUGENIA

á la salida del Palacio de Bellas Artes el día de la fiesta escolar. (De fotografía de A. Merletti.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el tomo cuarto de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que será

MARIA ANTONIETA, ÍNTIMA.

El carácter histórico-anecdótico de esta obra la hace en extremo interesante, pues en ella se nos presenta la infortunada soberana, como en el título se indica, en la intimidad, así en los días prósperos como en los aciagos.

El libro, ilustrado con reproducciones de grabados, estampas y facsímiles de la época existentes en los Museos y Bibliotecas de París, será uno de los tomos de nuestra biblioteca que se leerán con más agrado.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Alguna vez las modas (asunto que parece frívolo y no lo es tanto como parece) se imponen á la crónica de actualidad, no porque ésta trate de hacer competencia á los artículos de fondo de los figurines, sino porque en la vida, cuya trama da tela á la susodicha crónica, la cuestión de las modas ocupa lugar, cada día en mayores extensiones del globo—síntoma también muy revelador y elocuente.

Sin ser corta, tampoco es mi vida la de un patriarca Matusalem, y en ella cabe ya el recuerdo de épocas en que la moda estaba muy circunscrita y en que el trapo no influía la centésima parte que hoy. La nivelación casi absoluta del modo de vestir amaga á Europa, introduciendo en las diversas clases sociales fermentos de inquietud y corrupción. Sólo un poco de buen sentido y mucho de buen gusto podrían poner diques á esta marea de lo que no llamaré lujo, pero sí desorden en la indumentaria.

Vaya un ejemplo. De los artículos más desquiciados en la vestimenta, es el sombrero de las señoras. Ya sé que este es un tema muy resobado, pero se nos impone con aflictivo apremio.

¿Cuál es el objeto del sombrero?, empecemos por preguntar. Distinguir á las «señoras» del pueblo, de las «artesanas» (esto acaso en primer término); rematar la *toilette*, y cubrir y resguardar (en último término, naturalmente) la cabeza.—Fijémonos en cada uno de estos fines, y en cómo los llena la moda de 1908-1909.

Habría, por lo pronto, que especificar en qué (además del sombrero) se diferencia una «señora» de una «artesana.» Dejémonos de conceptos morales, de si es ó no es señora la que se conduce de un modo ó de otro, de si la que está en su casa es tan señora como, verbigracia, la princesa de Mentzikoff; olvidemos que la cortesía da el nombre de *señoras* á las mujeres ocupadas en labores humildes..., y tomemos como norma vulgar del «señorío» el hecho de que una mujer sea lo bastante rica ó acomodada para no necesitar dedicarse al trabajo manual. Es decir, que la «señora» empieza donde empieza la clase media desahogada; y es decir, que, siendo innumerables las mujeres de la clase media laboriosa y menesterosa, hay en realidad muchas menos señoras de lo que acaso se pudiese suponer, y debían gastarse más pañolitos que sombreros (toda vez que cayó en desuso la mantilla nacional).

Hablo de España. En Francia el sombrero es el tocado usual y corriente, y las francesas pobres tienen el arte de arreglarse unos sombreritos baratos y adecuados á su objeto, con los cuales están graciosas y monísimas.

No sucede otro tanto aquí. Como entre nosotros el sombrero no es indígena, sino trasplantado, las mujeres que lo usan sin poderlo usar, sin deberlo usar, pagan la pena llevando cada pantalla y cada serón de higos que horripila. No hay adaptación al sombrero sino en las clases donde, como indiqué, el sombrero puede salir á escena con el aparato que su argumento requiere.

En efecto, llegan aquí los figurines, el primer surtido de invierno, y toma el rábano por las hojas la clientela de las modistas, incitada al gasto por ellas, que naturalmente quieren vender. En vez de pensar las señoras si están en el caso de armonizar con el sombrero la vida, sueñan quizás, ante el armatoste de terciopelo ó fieltro, más empenachado que cimera heráldica, *otra* vida, una existencia de triunfos de elegancia, de sugestiones envidiosas, de gran *chic* á todo trapo. Y aflojan los quince, los veinte duros, y el cartón llega á la casa modesta, y queda depositado sobre el sofá de yute, al lado de la pieza de madapolán que han enviado de otra tienda, para hacer camisas baratas, á máquina y á domicilio. No se sabe dónde colocar el magnífico sombrero: no hay armario en que quepa: es preciso que los chiquillos no lo manoseen, que se evite la curiosidad de la fámula, las preguntas y las admiraciones de la vecina del tercero. En consejo de familia se exhibe la prenda: ¿es bonita?, ¿es original?, ¿cae bien? El esposo tuerce el gesto, porque le duele el bolsillo; las niñas encuentran el sombrero algo «atrevido» para mamá; la hermana habla de otro idéntico que ha visto en otro sitio y que cuesta cinco duros menos, ¡cinco durazos! Llega el día de estrenar. Es de rigor que haga buen tiempo, que se reunan determinadas circunstancias, y que toque ir de visita á casa de las amigas á quienes es sabroso *epatar* (igalicismo irreemplazable y horrendo!) Y la señora se echa á la calle, empavesada—pero sin que el resto del atavío corresponda al sombrero ni por semejas,—caminando despacio y oscilando las plumas á cada paso que da, como las de la condesa de Carrión en los bufonescas *Campanas*...

Todo ello significa que el sombrero no puede comprarse sólo porque tenga novedad y muchas «fantasías;» y que, si se da de cachetes con todo el resto de la situación que ocupa la mujer, es buenamente ridículo. La mujer que va en coche puede permitirse sombreros que están vedados á la infantería. La mujer que adquiere cinco ó seis sombreros á principio de estación, puede dar rienda suelta al capricho, lo cual no le es lícito á la que ha de contentarse con uno solo. El sombrero (es elemental) ha de guardar relación con las ocasiones de usarlo.

Esta misma afirmación es censura de las locas exageraciones de los sombreros actuales, que convierten á la mujer, escurrida por abajo é inmensa por arriba, en clavo romano, hongo disforme ó sombrilla japonesa abierta. Noto que acabo de decir que la mujer en coche está facultada para excederse en el sombrero, y me apresuro á rectificar. Con los sombreros del día, tendrá que ir siempre en coche abierto; de otro modo, no cabe, ni por la portezuela ni ya sentada en el interior. Y ¿sabéis la íntima desolación de la mujer á quien se le tuerce el sombrero? ¿Sabéis el martirio de las horquillas desbaratadas, del peinado revuelto, de las agujas que se hincan en el cráneo?

Natural parecería—si la mujer mirase por su bienestar, no opuesto, al contrario, á su atractivo y seducción—que jamás hubiese consentido sombreros que, ó por sus desmedidas proporciones ó por su forma ilógica, son una tortura. Sombrero hay que no se sabe cómo ni por dónde fijarlo en la cabeza. Sombrero hay que pesa un *kilo, kilo* y medio... con los accesorios. Sombrero hay que guiña irremesiblemente hacia un lado, por haber recargado en él la modista el adorno, por ende el peso, y existir, mientras no se demuestre científicamente lo contrario, la ley de gravedad...

Para consolarnos de todas estas imperfecciones, sobras más bien que faltas, nos dicen los periódicos que han sido lanzados á la circulación sombreros de un metro cincuenta de diámetro, tres de circunferencia, y tres mil francos de coste.

Demos por seguro que se trata de una extravagancia estrepitosa, destinada á lanzar por el reclamo y el alboroto á una actriz, á una hétera ó á una chiflada suelta, de esas que necesitan el ruido y el asombro de los papanatas. Aun así, convengamos en que es *síntoma*, como lo es también el escurrido de las faldas y los ligamentos y plomos que les prestan la «silueta de tirabuzón» (¡otro galicismo crispante!) reclamada por la moda.

No soy yo nada enemiga de que la moda impere. Ello ha sucedido siempre, y no se adaptan á sus exigencias las mujeres tan sólo: los hombres las acatan, so pena de ir hechos unas estantiguas. Sin embargo, ciertas modas y ciertos estilos van contra lo poco que ha progresado la mujer. Observemos cómo la moda encierra un sentido simbólico. En Turquía el velo, en China la deformación del pie, son el símbolo de la sujeción y del atraso de las hembras. Si en Europa prevalecen hechuras que imposibilitan á la mujer para andar, entrar, salir, moverse, hacer vida activa, en suma, es lo mismo que desandar los cortos pasos andados y volver á los tiempos de la pierna quebrada, las rejas y los cerrojos. La esclavitud femenina está apuntalada también por la moda.

Debiera establecerse un Sindicato de señoras elegantes—en los países donde se confeccionan los modelos y se guisan las novedades—para rechazar enérgicamente toda innovación contraria á la comodidad. Que discurran y varíen sin causar molestias, sin atentar á lo más precioso, la salud y la facilidad del existir. Esas señoras sindicadas imponiéndose á los modistos, haciendo el vacío á las invenciones funestas, serían más útiles á su sexo que las sufragistas—ó por lo menos, tanto.

Al lado de las faldas de medio paso con cola delante y detrás y los sombreros aeroplanos, parece que ha asomado, tímida y sin probabilidades de victoria, una tentativa de falda pantalón.

Relativamente á la *divided skirt* y á las *turkish leglettes* ó bombachos de hace años, de las cuales hablé entonces en *El Imparcial*, paréceme la falda-pantalón un retroceso. Ni es cómoda, ni es decente; ventajas que la *divided skirt* (falda partida) reunía por completo. Creo, no obstante, que no es necesario poner en prensa el discurso ni hacer cosas raras para conseguir que el traje de la mujer no la incapacite para andar. Las faldas *trotonas* son excelentes sin más que acortarlas todavía un par de dedos, especialmente en la estación lluviosa. Llevar faldas no es ni malo ni bueno; lo terrible es llevarlas arrastrando por el barro, ó quedarse manca por levantarlas incesantemente. Se diría que un adarme de razón comienza á sazonar el cerebro de las mujeres, en vista de que han adoptado las trotonas y se han encariñado con ellas. Por tal camino llegarán á la reforma racional del traje.

Como todas las reformas, si han de ser duraderas, esta del traje tiene que apoyarse en la tradición, y no hay nada más tradicional que las faldas mujeriles. No conviene renunciar á ellas; son prácticas y tienen sus razones de ser anatómicas. La falda partida respondía á muchas exigencias, y en su forma se diferenciaba poco de la falda trotona sin partir; pero asustaba á los filisteos aquellos de que habló Heine, y los filisteos también merecen algún respeto, siquiera porque son como aquellos adornos del sombrero á que nos referíamos antes, y que lo inclinan á la derecha ó á la izquierda con su pesadumbre. Todos los inconvenientes se obvian con agarrar las tijeras y acortar las faldas á la altura del tobillo, cuando se quiera andar á pie, andar aprisa, no recoger gérmenes infecciosos y no ir remangando y apretujando la ropa contra las formas del cuerpo, unas veces demasiado eurítmicas y otras demasiado... visibles.

Y vuelvo á decirlo: en los salones no rigen estas leyes. Allí no importa pisarse la vestimenta al andar, ni que le planten una bota encima á la creación de los sucesores de Paquin ó de cualquier otro engatusador de señoras. Mejor; el comercio marcha. En los salones se va á eso, á lucir y estropear ropa, y á inclinarse ante todo lo estorboso, inútil y nocivo, con tal que sea bonito, ó que lo parezca en determinado momento y en virtud de las corrientes del gusto reinantes.

Así, la futura duquesa de los Abruzzos hace bien en derrochar millones en su discutido y celebrado equipo de boda. Puesto que esos millones no le eran necesarios, los tira así, como podría tirarlos de otra manera y con menos lucimiento. ¡Va tanto de mujer á mujer! Y ese país nuevo, los Estados Unidos, creyérase que sin clases, sin aristocracias, ha venido únicamente al estadio de la historia para confirmar, con la desigualdad esencialísima del dinero, la noción de la imposibilidad de todas las igualdades.

He ahí una *miss* á quien se le pone mala cara en un palacio, y no sé si orgullosa ó si implorante, defiende su causa por medio de alenzones, venecias, valencienes (sáqueme Cavia del apuro), malinas, batistas, tules, diamantes y perlas. La antigua pastorcita á quien despojaban del zagalejo encarnado para vestirla de manto real, se ha convertido en la plutócrata dorada á fuego é incrustada de pedrería, que viene acaso á reirse disimuladamente del ajuar y el guardajoyas de las reinas del viejo mundo... Entrará en el Quirinal la *miss*, dando dentera y picando los ojos á las damas que pasan apuros para refrescar los pingos..., y sonreirá complacida al extender la cola de su traje nupcial, salpicada de azahares y toda rebordada de plata. Es la paloma mensajera de un Estado democrático, y es la negación de cuanto esa democracia representa, porque el oro es rey, emperador, señor feudal, cómitre y cabo de vara de la humanidad mísera...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA.—La gran parada militar

La gran parada militar efectuada en la mañana del día 3 de los corrientes, fué un espectáculo brillante. Tomaron parte en ella 10.000 hombres, que formaron en la Granvía Diagonal, desde el Paseo de San Juan, y en el Paseo de Gracia hasta la entrada de la calle Mayor, por el orden siguiente: brigada montada al mando del general Brandeis y compuesta de fuerzas de caballería, artillería y guardia civil; división de infantería mandada por el general gobernador Sr. Cortés, y brigada de cazadores al mando del general Imaz.

Las tropas vestían traje de gala sin mochila, y mandaba la línea el capitán general don Arsenio Linares

A las once y media salió el rey de la capitanía general, acompañado de un brillante estado mayor, del que formaban parte el jefe de la casa militar señor conde del Serrallo y los ayudantes del monarca. Precedían y seguían á D. Alfonso XIII las fuerzas del escuadrón de la escolta real al mando del teniente coronel vizconde de Uzqueta. Vestía S. M. el uniforme de gala de capitán general de húsares de Pavía con dolman y el kolpak de reciente modelo. En el cruce de la Granvía Diagonal con el Paseo de San Juan unióse al rey el general Sr. Linares.

S. M. el rey D. Alfonso XIII después de revistar las tropas y de presenciar el desfile en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca. S. M. conversa con el Sr. Maura y gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo

El rey revistó las tropas, y terminada la revista, situóse en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca, y desde allí presenció el desfile de las fuerzas, marchando éstas en columna por secciones, la artillería al trote y al galope la caballería.

Cuando hubo desfilado la última sección, que era el primer regimiento de artillería de montaña, S. M., precedido y seguido de la escolta real y del estado mayor, emprendió la marcha al galope por el Paseo de Gracia en dirección á la capitanía general.

La parada militar fué presenciada por un público numerosísimo que aclamó á S. M.

El rey felicitó al general Linares por el orden y la marcialidad de las tropas que figuraron en la parada, felicitación que el general transmitió á aquéllas por medio de una orden del día redactada en los términos más laudatorios.

Las fotografías que reproducimos en esta página son de nuestro reportero fotográfico Sr Merletti.



Desfile de las tropas que han tomado parte en la parada militar. Paso de la división de infantería por delante de S. M. y el estado mayor, situados en el cruce del Paseo de Gracia y de la calle de Mallorca



El célebre pintor alemán **Guillermo de Díez**

GUILLERMO DE DÍEZ

Este eminente pintor alemán, uno de los que á mayor altura han sostenido la fama de la célebre escuela muniquense y cuya muerte, acaecida en febrero de 1907, fué una pérdida inmensa para el arte germánico, había nacido en 1839 y pertenecía al número de esos artistas que todo lo deben á su propio esfuerzo. Tanto es así, que casi puede afirmarse que no tuvo maestro, puesto que sólo unos pocos días estuvo en el taller de Piloty.

Desde muy niño demostró aptitudes especiales para el dibujo, en vista de lo cual su padre le hizo entrar primero en la Escuela de Artes y Oficios de Beyruth, su ciudad natal, y posteriormente en la Escuela Politécnica y en la Academia de Munich; mas no fué en la academia ni en la escuela en donde aprendió el arte que tanta fama había de proporcionarle, sino estudiando en los museos á los grandes maestros y sobre todo poniéndose en contacto íntimo con la naturaleza y frecuentando todos aquellos lugares en que más espontánea se ofrece la vida del pueblo.

De este modo, empapándose, por decirlo así, en la realidad y asimilándose las enseñanzas de los mejores modelos, logró esa seguridad, ese vigor, ese sentimiento de la verdad que caracterizan sus composiciones, incluso aquellas que reproducen escenas y tipos de otras épocas, puesto que sus profundos estudios artísticos y literarios le proporcionaron un conocimiento exacto y sólido del modo de ser y del espíritu de los pasados tiempos.

Su estilo y sus tendencias son reflejo vivo de lo que fué el gusto muniquense en los comienzos del último tercio del siglo XIX, período en el cual la vida de Munich se inspiraba en un entusiasmo por todo lo que tenía relación con el Renacimiento y el estilo gótico, entusiasmo que fué una sana reacción contra una época anterior de gran pobreza artística. De aquel período fueron la quintaesencia los cuadros de Díez.

Guillermo de Díez fué un gran pintor; sus lienzos, ya muy estimados en vida del artista, adquieren mayor aprecio de día en día. Pero en donde se nos presenta aún más grande es en sus dibujos, que, siendo de distinto género, pueden, sin embargo, compararse con las producciones clásicas de Ménzel.



El trompeta, cuadro de Guillermo de Díez

Menos correcto quizás, menos delicado que éste, Díez pone en sus dibujos toda la fuerza de un temperamento vigoroso.

Como Ménzel también amó la soledad, no por misantropía, sino para substraerse al ruido y al movimiento que pudieran turbar sus sensaciones; y encerrado en su taller, cuidóse exclusivamente de sus discípulos y de sus cuadros, que nunca le parecían bastante perfectos y que retocaba sin cesar.

Fué profesor de la Academia de Munich y bajo su dirección se formó una pléyade de artistas que hoy son honra de aquella escuela y entre los cuales citaremos sólo, como los más culminantes, á Conrado Egersdorfer, á Adolfo Echtler, á Carlos Fröschl, á Max Slevogt, á Guillermo Trübner y á Alfredo Zimmermann.

Cultivó los más diversos géneros y en todos ellos produjo obras admirables. Sus paisajes tienen toda la frescura de la naturaleza; sus escenas campestres rebosan de vida y animación; sus tipos de soldados de otros tiempos parecen pintados por artistas coetáneos suyos, y sus cuadros de costumbres, sus figuras de actualidad, son de un realismo de la mejor ley y nos dan la visión de la realidad misma.

La escuela muniquense y la alemana en general pueden estar orgullosas de haber inscrito en sus anales artísticos el nombre de pintor tan ilustre y tan universalmente admirado.—P.



Descanso, cuadro de Guillermo de Díez

La boda del príncipe Augusto de Alemania con la princesa Alejandra Victoria de Slesvig-Holstein



Entrada solemne de la princesa en Berlín.—El príncipe Augusto y la princesa Alejandra Victoria
Las doncellas de honor esperando el paso de la novia en la puerta de Brandeburgo. (De fotografías de Carlos Delius y A. Harlingue.)

El día 22 de octubre último celebróse en el palacio imperial de Berlín la boda del príncipe Augusto Guillermo, cuarto hijo del emperador, con su prima la princesa Alejandra Victoria de Slesvig-Holstein.

El día antes, la novia había hecho su entrada solemne en aquella capital en una magnífica carroza tirada por seis caballos; en la puerta de Brandeburgo, en donde la esperaban treinta y seis doncellas de honor, fué recibida por las autoridades berlinesas, y desde allí, por el paseo de los Tilos, dirigióse al palacio entre las aclamaciones de la multitud. En el trayecto estaban formados los estudiantes, las corporaciones, las asociaciones de veteranos y la Federación de los tiradores.

La ceremonia del matrimonio civil efectuóse en uno de los salones del palacio y la religiosa en la capilla del mismo, habiendo asistido á la primera los parientes más próximos de las familias de los desposados, y á la segunda, además de éstos, varios príncipes, el cuerpo diplomático y otros altos personajes. En el banquete de boda el emperador dió un viva en honor de los novios y les recordó que vivir significaba trabajar y que trabajar era realizar esfuerzos por la patria y por el bien del pueblo. Después del banquete hubo la tradicional danza de las antorchas.

El príncipe Augusto, que, al revés de su hermano, tiene más afición á la vida civil que á la militar, es doctor por la Universidad de Estrasburgo y nació en Potsdam en 26 de enero de 1887.

La princesa Alejandra nació en 21 de abril del mismo año.

EXCURSIÓN DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII A LA COMARCA DEL LLOBREGAT

(De fotografías de A. Merletti.)



En Manresa.— S. M. disponiéndose á subir al automóvil para dirigirse á Sallent, Navás y Puigreig, después de haber sido saludado por el alcalde y de haber revistado el batallón de Cazadores de Reus, que le hizo los honores en la estación.

En las minas de Figols.— S. M. á la salida de la capilla particular del Sr. Olano, propietario de las minas, después de oir la misa que celebró el obispo de Solsona el día 1.° de los corrientes.



En la colonia Rosal.— S. M. visitando las dependencias de la colonia en donde se había dispuesto una exposición de productos agrícolas que el rey visitó detenidamente, acompañado de los dueños de la colonia los hermanos Sres. Rosal.



En la Pobla de Lillet.— Recepción campestre durante la que desfilaron por delante de S. M. ayuntamientos de los pueblos de la comarca, diputados provinciales, varios fabricantes, sociedades, somatenes y los niños de las escuelas públicas.



S. M. en una vagoneta descubierta á la salida de las minas de Figols para dirigirse á Guardiola y la Pobla de Lillet. Acompañaban al rey el presidente del Consejo de ministros, el general Echagüe, los ayudantes de S. M., el doctor Alabern, médico del rey, y otros personajes palatinos.

En la Pobla de Lillet.—S. M. visitando las dependencias de la importante fábrica de cementos «Asland.» D. Juan José Ferrer y Güell explica á D. Alfonso XIII la organización y el funcionamiento de la fábrica.



Entrada de SS. MM en Zaragoza. En el coche de los reyes va el alcalde de la ciudad. (De fotografía de Freudenthal.)



Inauguración por SS. MM. del monumento «Los Sitios», obra de Agustín Querol. (De fotografía de Ignacio Coyne.)

FRAGMENTOS DEL MONUMENTO A LOS HÉROES DE LOS SITIOS

OBRA DE AGUSTÍN QUEROL, INAUGURADO POR SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.ª VICTORIA EN ZARAGOZA

EL DÍA 28 DE OCTUBRE ÚLTIMO



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol

A modo de complemento de cuanto consignamos en el número 1.398 de esta Revista acerca de tan notable obra, la última que ha ejecutado el ilustre escultor Agustín Querol, damos á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería del autor, otros tres fragmentos de la grandiosa composición que, arrancando de la amplia escalinata en que se asienta el monumento, asciende y se enlaza armónicamente con el cuerpo de la obra. En los tres fragmentos que reproducimos desarróllase y se completa la epopeya zaragozana: en ellos vense representados los gloriosos hechos cuyo recuerdo ha conservado la tradición y la historia; allí puede apreciarse en toda su extensión el aliento y la poderosa concepción del artista, cuyo temperamento y genialidad ha hallado tema apropiado para manifestarse, condensando en tan hermosa producción el doble concepto de glorificar el heroísmo y simbolizar el amor á la patria.

Si Querol ha correspondido á satisfacer los deseos y aspiraciones de los iniciadores del proyecto del monumento y si ha sabido expresar el sentimiento del pueblo zaragozano, atestígualo la explosión de entusiasmo que produjo su vista al descorrer S. M. el rey el paño que lo cubría en el solemne acto de su inauguración, ocurrido el día 28 de octubre último. Los plácemes de los monarcas, la efusiva felicitación del señor presidente del Consejo de Ministros y los vítores de los asistentes, ha de estimarlos el artista como el general reconocimiento de sus méritos, como la genuina expresión de la afectuosa consideración que se dedica á quien como él ha logrado encarnar en la piedra y el bronce el sentimiento de un pueblo, que por fortuna se aviva cuando se honra la memoria de sus mayores y se engrandece á la patria.

Allí en Zaragoza ha podido gozar Querol de la mayor satisfacción que le es dable experimentar á un artista; allí, desde la más alta representación del Estado, personificada en nuestros reyes, hasta la de todas las clases y estamentos, han proclamado al artista y han ensalzado su última obra. ¿Qué más podía desear?

Aires de simpatía han conducido hasta aquí el eco de los aplausos, el rumor de los plácemes. A ellos unimos los nuestros, deseando que nuestro amigo nos procure nueva ocasión para felicitarle, en bien de su nombre y en provecho del arte patrio.—A. GARCIA LLANSÓ.



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol



Los héroes. Fragmento del monumento «Los Sitios,» obra de Agustín Querol

MEDALLA CONMEMORATIVA

Dentro de pocos días se celebrará en la capital de la República Argentina el quincuagésimo aniversario de la fundación del Colegio Pontificio Pío Latino-Americano, que fué instituído en Roma el día 21 de noviembre de 1858 por monseñor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, bajo los auspicios de S. S. Pío IX.

Ese colegio, creado con el objeto de que en él se formase el clero americano, ha dado resultados excelentes, pues de él han salido en el espacio de medio siglo numerosísimos sacerdotes sabios, ilustrados y virtuosos. Pío IX, León XIII y el actual pontífice Pío X le han dispensado siempre gran protección, convencidos de que protegían una obra de trascendencia é importancia extraordinarias.

Para conmemorar la fecha de la fundación del colegio los ex alumnos del mismo han hecho acuñar la artística y bellísima medalla que adjunta reproducimos y que ha salido de los acreditados talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi. En el anverso se ven los bustos de los tres citados papas, la leyenda dedicatoria y encima de ésta la tiara pontificia y debajo el escudo de la República Argentina. En el reverso, hay la vista del edificio del colegio, las dos fechas 1858-1908 y la noticia de la fundación.

Buenos Aires.—Conmemoración del quincuagésimo aniversario de la fundación en Roma del Colegio Pontificio Pío Latino-Americano. – Medalla acuñada por los Sres. Bellagamba y Rossi por encargo de los ex alumnos del Colegio.

CALIZ DE ORO REGALADO AL PAPA PÍO X

Con motivo de su jubileo sacerdotal, ha recibido S. S. el papa Pío X innumerables regalos valiosísimos de todo el mundo. Uno de los más ricos y hermosos ha sido sin duda el magnífico cáliz que le ha ofrecido la juventud cristiana y que el grabado adjunto reproduce, obra admirable, así por su riqueza como por su valor artístico.

Cáliz de oro macizo y piedras preciosas ofrecido al Papa Pío X con motivo de su jubileo sacerdotal por la Juventud cristiana. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

Es de oro macizo y tiene 32 centímetros de alto; el cuerpo superior ostenta tres bajos relieves que representan escenas de la Biblia, y entre ellos ángeles y serafines con azucenas y algunas alegorías; en el central, tres preciosas estatuitas simbolizan la Fe, la Esperanza y la Caridad; y en el inferior hay otros tres bajos relieves, enlazados por elementos decorativos, tales como espigas, conchas y cintas, distribuídos con exquisito gusto.

Contribuyen al buen efecto y á la riqueza del cáliz dos círculos de brillantes de gran tamaño.

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La lley d'herencia*, farsa en tres actos de Santiago Rusiñol, y en Novedades *Aucells de pas*, comedia en tres actos de G. Martínez Sierra, traducida al catalán por Santiago Rusiñol y para la que ha pintado tres bonitas decoraciones el Sr. Gracia.

Palacio de la Música Catalana. – Se ha dado un concierto dedicado á Bach y á Hændel, habiéndose ejecutado del primero la Sinfonía de la Cantata n.° 100, las cantatas 65 y 123 y un Preludio y fuga; y del segundo el Concierto en *la* mayor. Tomaron parte en el concierto el *Orfeó Catalá*, bajo la dirección del maestro Millet, una nutrida orquesta, el célebre organista alemán Dr. Schweitzer y el notable tenor, también alemán, Sr. Walter. Para todos hubo muchos y muy merecidos aplausos. Pocos días antes, el Dr. Schweitzer había dado una interesantísima conferencia sobre Bach y su significación en la historia del arte musical, ilustrándola con la ejecución de varias composiciones del gran maestro, que tocó magistralmente en el órgano.

Asociación Musical de Barcelona. – Ha dado dos magníficos conciertos en el teatro del Liceo bajo la dirección del eminente compositor francés Vincent d'Indy. El programa del primero se componía de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, *Primera Sinfonía* de Schumann, *Muerte de Isolda*, *Marcha fúnebre* de *El crepúsculo de los dioses* y sinfonía de *Los maestros cantores*, de Wágner. Formaban el segundo: la introducción del primer acto de *Fervaal*, el poema *Souvenirs*, las variaciones sinfónicas *Istar*, el preludio del segundo acto de *L'etranger* y una sinfonía para orquesta y piano, obras todas de d'Indy; la *suite* para *Pelleas et Melisande* de Fauré, dos nocturnos de Debussy y las melodías para soprano y orquesta *Phidylé*, de Duparc, y *La procesión*, de César Franck. Todas las obras fueron perfectamente ejecutadas por la orquesta, logrando ésta y el Sr. d'Indy grandes ovaciones. Muchos aplausos obtuvieron también la Srta. Alicia Chasselet, de la «Schola Cantorum» de París, que cantó admirablemente las melodías de Duparc y Franck, y el Sr. Buxó, que tocó con gran acierto la parte de piano de la citada sinfonía de d'Indy.

MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Príncipe Alfonso *El marido de su viuda*, comedia en un acto de Jacinto Benavente, y *Lo que engaña el dinero*, comedia en un acto de los Sres. Duque y Sánchez de Lafuente; en el Ideal Polistilo *Más allá del honor*, comedia en un acto de José Francés, y *Miedo*, cuadro dramático en un acto de Modesto Urgell, traducido al castellano por Enrique Gutiérrez; y en Lara *Lo que no muere*, comedia en dos actos de los Sres. Alonso y Manzano.

PARÍS. – Se ha cantado con éxito extraordinario en la Gran Opera la hermosa ópera de Wágner *El crepúsculo de los dioses*, admirablemente puesta en escena. Se han estrenado además con buen éxito: en el Palais Royal *L'heure de la bergère*, vaudeville en tres actos de Mauricio Ordonneau; en el Athenée *Arsène Lupin*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de F. de Croiset y M. Leblanc; en el Gymnase *Le passe-partout*, comedia en tres actos de Jorge Thurner; y en el teatro des Arts *L'éveil du printemps*, comedia en tres actos y quince cuadros de Frank Wedeking, traducida del alemán por Roberto de Humieres, y *Monsieur Mesian*, comedia en un acto de Weber.

JOSÉ CUSACHS Y CUSACHS

Tras penosa y prolongada dolencia falleció el día 2 del corriente mes el conocido pintor militar José Cusachs y Cusachs, cuyas obras más importantes habíanos cabido la suerte de reproducir en esta Revista.

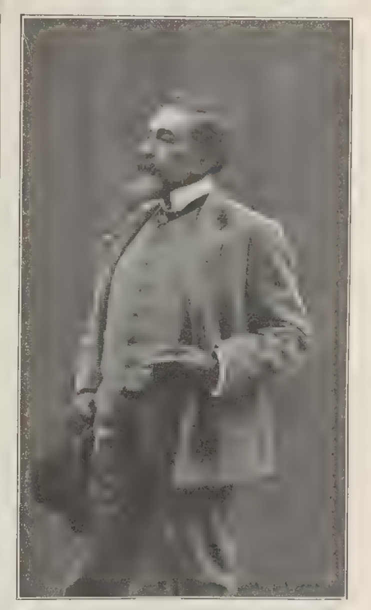
El que fué artista de no escasos merecimientos dedicóse á la pintura militar, asumiendo con el célebre Marcelino Unceta la representación de los pintores españoles dedicados á este género de producciones. Y preciso es convenir que aparte de las aptitudes que Cusachs poseía como artista, hallábase en condiciones especialísimas por sus conocimientos militares, ya que profesó la carrera de las armas, llegando á la categoría de capitán de artillería. Frisaba ya en los treinta años cuando trocó la espada por los pinceles, dedicándose por completo al cultivo de la pintura, por la cual había sentido desde sus primeros años decidida vocación, según lo demuestran las hojas de sus álbums repletas de dibujos interesantes, ejecutados al azar durante la campaña carlista como oficial ó al frente de la batería que le estaba confiada. Tipos, escenas, apuntes de campos de batería, grupos de combatientes y notas curiosísimas enriquecen la colección á que nos referimos, que representan una á modo de historia documentada y pintoresca de aquel período de la guerra civil.

Dedicado por completo á su nueva profesión, concurrió durante algún tiempo al taller del malogrado pintor Simón Gómez, trasladándose á París para completar sus estudios y recibiendo también provechosas enseñanzas del célebre pintor Detaille.

Afirmadas sus cualidades y fijada su orientación artística, dedicóse á producir obras de carácter militar, confiándole la casa editorial Sucesores de N. Ramírez y C.ª la ilustración de la importante obra de Barado titulada *La vida militar*, en la que dió innegables muestras de sus conocimientos y de sus recomendables condiciones.

Difícil empresa sería hacer mención de sus obras, tan cuantiosa ha sido su labor. Bastará consignar que algunos de sus cuadros fueron adquiridos por monarcas tan inteligentes como el rey D. Luis de Portugal, encargándole Su Majestad la reina regente doña María Cristina el notable lienzo que representa á *D. Alfonso XIII y su Estado mayor.* Obtuvo varias recompensas en muchas exposiciones.

Durante los últimos años dedicóse con notable éxito á la representación de asuntos y escenas de *sport hípico*, utilizando sus estudios, así como á los retratos, entre ellos algunos de S. M. el rey D. Alfonso XIII destinados á varios edificios públicos.



José Cusachs, notable pintor fallecido en Barcelona el día 2 de los corrientes. (De fotografía de A. y E. F. dits Napoleón.)

Lamentamos su desaparición de entre nosotros, y como amigos y admiradores del mérito, rendimos un tributo de consideración al artista que tanto supo distinguirse por su extraordinaria labor y por haber logrado singularizarse.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Siendo así, replicó Pedro sonriéndose, supongamos que entiendo de automóviles.

—Pues á probarlo. Sr. Morrison, ¿está todavía en el *garage* el suyo?

—Sí..., hasta esta tarde no han de venir á examinarlo.

—El caso es el siguiente, gruñó Billington. A ese Darracq han tenido que remolcarlo al *garage*... Se ha estropeado..., poca cosa, según creo, pero lo suficiente para que necesite una reparación. No le pido á usted sino que diagnostique aproximadamente el género de su dolencia; si acierta usted, tendremos un primer indicio de sus aptitudes. ¿Le conviene á usted?

A Dervilly esto le convenía perfectamente, porque si bien no había estudiado á fondo la construcción de los automóviles, creía conocerla; así es que aceptó la prueba y siguió á Billington, bajando con él en el ascensor que conducía á los patios, á las caballerizas y á los *garages*. Llegados á la planta baja, descendieron por una suave pendiente hasta un amplio local subterráneo en donde guardaban sus automóviles, no sólo los inquilinos de la casa, sino además numerosos abonados. Pedro calculó que habría unas seis docenas de vehículos en aquella especie de cuadra moderna, en donde una calle central, de treinta toesas de largo por lo menos, permitía efectuar alguna prueba sumaria. Todo respiraba limpieza en aquel local, alumbrado por lámparas de incandescencia.

—Me figuro que en Europa no tienen ustedes una cosa como esta, exclamó Billington.

—Ciertamente que no, respondió Pedro con indiferencia..., por lo menos idéntica; pero crea usted que tenemos amplios *garages*, cómodos y bien instalados. Por otra parte, ya sabe usted que nuestros automóviles son los mejores del mundo y que los de ustedes no ocupan sino el sexto lugar.

—No nos costará mucho alcanzarles.

—Ya lo veremos; veinte años hace que dura la lucha, y la verdad es que no avanzan ustedes extraordinariamente.

El rostro de Billington expresó una irritación fría. De pronto el yanqui adoptó la postura de un boxeador, pero luego se echó á reir.

—¡Bah! Es porque no hemos tomado aún la cosa á pechos. ¡Ya veremos!

—Fiar en el porvenir puede hacerlo cualquiera; es un procedimiento inofensivo, replicó tranquilamente Dervilly.

Billington frunció las cejas y cortó en seco una discusión cuya inutilidad reconoció. Y no volvió á hablar más, hasta que señalando el automóvil estropeado dijo:

—Ese es.

—Hermosa máquina, respondió Pedro deteniéndose delante de un magnífico sesenta caballos ligero y potente al par.

La máquina arrastraba un landó de color de escarlata con algunos escudos verde manzana que denunciaban el gusto de Morrison.

—Es la primera vez que flaquea. ¿Cree usted que puede arreglarse aquí mismo?, preguntó Billington con cierta sorna que excitó al francés.

—¿Por qué no? De todos modos, veámoslo.

Ayudados por un negro y dos mulatos que estaban al cuidado del *garage*, colocaron el automóvil en la calle central.

—Yo me encargo de la calda, dijo instalándose en su asiento, mientras Dervilly ponía la máquina en marcha.

El automóvil echó á andar á la velocidad mínima y Pedro observó en seguida cierta irregularidad en el funcionamiento del diferencial, al mismo tiempo que unas sacudidas de mal augurio, y después de haber llevado el vehículo hasta el extremo del *garage*, dijo:

—Me parece que la cosa no tiene gran importancia... Si tienen ustedes las herramientas necesarias, pronto lo sabremos.

—Aquí tenemos siempre todo lo que se necesita, respondió Billington. ¡Tome usted!



—Sam, dijo Pedro en tono bondadoso, suelte á ese hombre; la mina no es un *ring*

Dervilly se dedicó primeramente al diferencial, y su ojo perspicaz, ayudado algo por la suerte, descubrió en seguida la causa del desperfecto: uno de los piñones cónicos movíase casi imperceptiblemente por culpa de un tornillo que tendía á desprenderse. Sin decir nada á Billington, Dervilly reparó el mal y luego examinó el aparato de encender, en donde el defecto no se manifestaba tan claro.

—¿No es fácil, eh?, dijo Billington con cierta suavidad relativa, pues bien comprendía que el francés conocía el mecanismo.

—No mucho, respondió Pedro.

Pero casi en el mismo instante brilló en sus ojos una expresión de alegría, pues había descubierto un corto circuito superficial fácilmente reparable. Un pequeño enlace y un poco de barniz aislador bastaron para arreglar el desperfecto.

Terminado su trabajo, incorpóse Dervilly.

—Hay alguna probabilidad de que la máquina funcionará mejor, dijo sonriéndose. ¿Quiere usted que reanudemos las pruebas?

—Veamos, gruñó Billington descontento.

En cuanto la máquina echó á andar, vióse que el desperfecto estaba reparado; así lo reconoció el yanqui, dándose un gran puñetazo en el muslo.

—¡Caramba!, gritó dejando de pronto su tono de malevolencia. Ya veo que no es usted más manco con los mecánicos que con los ladrones, y he de confesar que ha procedido usted de un modo brillante.

—Habrá que consolidar, sin embargo, esta reparación, porque el tornillo se moverá si no lo sujetan bien. Además, creo que hay que examinar á fondo la...

—Esto es cosa del mecánico... Lo importante es que haya probado usted su habilidad, ¡y de qué manera! Subamos á ver á esos señores.

Al llegar al sexto piso hubieron de esperar á que los dos socios hubiesen despachado á una porción de visitantes. Cuando éstos hubieron salido, Dervilly se encontró de nuevo delante de la mirada fría de Abbot y de los ojos fosforescentes de Morrison.

—Y bien, preguntó éste. ¿Entiende algo en máquinas el joven?

—He de decir con sinceridad, respondió Billington, que he conocido pocos individuos dotados de más rápido golpe de vista. El mismo Willingsgale no le supera.

—¡*By Good*!, murmuró Abbot con su voz glacial. No deseaba otra cosa, porque me habría disgustado deber mi cartera á un hombre vulgar... Y ahora, díganos, ¿qué quiere usted hacer? Puede usted elegir.

—Quisiera trabajar en una mina de oro, de plata ó de cobre, como ingeniero, por supuesto.

—¿De modo que resueltamente cree usted que en la mina ha de encontrar la suerte?, preguntóle Morrison.

—Sí..., por ahora.

—Perfectamente. Enviaremos á usted al Cañón del Grizzly; tenemos por allí una antigua mina de plata que no ha dado lo que prometía. Yo quería deshacerme de ella, pero mi socio no quiso.

—Habría sido preciso cederla con pérdida, dijo Abbot sonriendo maliciosamente, y calculo que se descubrirá un filón razonable que permita venderla con beneficio. Al que lo encuentre se le dará una buena prima; procure usted, pues, ser tan hábil como con el ladrón.

—¿Partirá usted antes de quince días?, preguntó Morrison.

—Cuando ustedes quieran; estoy dispuesto.

—Así me gusta... Pues parta cuando le venga bien, pero antes equípese usted, porque la existencia allí no tiene nada de agradable. En cuanto al sueldo, tendrá usted ciento cincuenta dólars al mes; si resulta usted incapaz, dése por despedido; si se porta usted simplemente bien, vegetará usted; si es usted hábil y trabaja usted de firme, no le escatimaremos la recompensa... Conque ¡buen viaje!

El apretón de manos de los socios fué casi cordial, y Dervilly salió de aquel despacho seguro de que había ganado la primera partida, partida insignificante sin duda alguna, pero que de todos modos era una buena base para un ancho porvenir.

XV

La mina de las Cavernas ocupaba una situación poco cómoda en una de las paredes del Grizzly Cañón, y se componía, como lo indicaba su nombre, de una serie de cavernas unidas entre sí por estrechos pasadizos y en las que se trabajaba con luz eléctrica, alumbrado poco costoso, aparte los gastos de instalación, porque era producido por el río del fondo, inagotable depósito de hulla blanca. El paisaje de las inmediaciones era formidable; la pared más alta elevábase á setecientos metros y era, en su primera mitad, vertical. En ella veíanse vertiginosos edificios de granito, de pórfido verde y de basalto; la torre de Babel parecía haber dejado allí sus gradas hendidas por el furor divino, y la imaginación veía en aquella mole las ruinas de Baalbeck, de las ciudades megalíticas, de las fortalezas construídas por los cíclopes y de las murallas levantadas por los fabulosos pelasgos, torres góticas, hipóstilos de columnas medio destruídas, perfiles de mastodontes, de rinocerontes, de aurocs ó de osos legendarios. Los vegetales taladraban las rocas con sus raíces horizontales: alerces rechonchos, abetos vertiginosamente colocados sobre el vacío, y en la parte baja, delgadas hayas de prodigiosa altura con una pequeña copa de hojas para recoger la luz. En verano, abundaban las flores, de colores brillantes, sostenidas por cortos tallos y hábiles en aprovecharse del sol que se asomaba apenas dos horas por encima de la pared menos alta. El musgo sobre todo y el liquen crecían con una fuerza invencible y eran el único alimento de los animales alpestres durante el sombrío otoño y el crudo invierno.

Allí vivía una población de obreros rudos y más de la mitad de ellos salvajes: hombres de ojos duros como el cristal de roca, el acero y el jade, vestidos con trajes tan toscos como ellos y calzados con pesadas botas de cuero rojizo. No habitaban en el cañón, sino que por la noche, exceptuando los veladores, bajaban á una especie de aldea prehistórica situada seiscientos metros más abajo. En las márgenes del valle veíanse unas cuantas viviendas de madera pintada, varias máquinas y algunos edificios en donde se guisaba y se comía. En el flanco del peñasco, unos cables bajaban y subían las banastas del mineral. Un mal camino, practicado á cierta distancia del río, conducía á regiones más civilizadas.

Dervilly se presentó en la mina en una brumosa tarde de septiembre, siendo recibido por el superintendente, hombre joven todavía, de ojos de lince, enormes mandíbulas, nariz esponjosa y de color de berenjena, y cara gruesa, como rellena de jamón, de la que emanaba un fuerte olor á gin y á whisky irlandés. Detrás de él estaba un individuo pequeño que llevaba unos lentes de oro falso, y cuyo rostro flaco y enorme frente denotaban un carácter á la vez enérgico y soñador.

—¡Bien llegado!, dijo el superintendente. Supongo que no habrá usted venido á divertirse, porque este es el rincón de mundo más infame adonde pueda ser desterrado un cristiano. De fijo que los presidiarios son más felices que nosotros, que hacemos vida de trogloditas... Y aun los trogloditas habían terminado su trabajo en cuanto habían dado muerte á su presa...

Hizo entrar á Pedro en una estancia estrecha y larga en la que había una romana, pesas, dos mesas, tres sillas y unas cuantas libretas.

—¡Mi despacho!, exclamó con sonrisa burlona. ¡Una pocilga!.. ¡Bebamos una copa de whisky!

A Dervilly no le pareció cortés rehusar aquella invitación, así es que dejó que el superintendente le sirviese una copa del fuerte licor y brindó con aquél y con el hombrecito de los lentes.

—Barro, frío, agua sucia de nieve, hierbas repugnantes, he aquí lo único que produce esta tierra, y añada usted á ello que trabajamos para el rey de Prusia, puesto que los gastos ascienden á seiscientos dólars diarios y apenas si recogemos igual cantidad en metal.

—Ha de haber una buena vena en alguna parte, dijo el hombrecito.

—¡Sí..., á mil pies..., en el granito!.. Jimmy Yellowground, es usted un utopista.

—Y de ello me vanaglorio, articuló con énfasis el interpelado. A la utopía debe la gloria nuestra América; por supuesto, á la utopía de la fuerza y de la riqueza. Pues bien: yo afirmo que esta montaña es inmensamente rica en plata; á cien yardas encima de nuestras cavernas hay un campo enorme que hará la fortuna de dos ó tres multimillonarios de la siguiente generación, aunque naturalmente serán precisos procedimientos nuevos, porque en nuestros días, la libra de plata extraída de allí costaría dos veces lo que vale. De modo que hoy por hoy no hay que pensar en la explotación de tal riqueza; pero de todos modos, ¿es posible que en una roca tan argentífera no haya venas ricas? ¡Todo consiste en encontrarlas!

—¡También hay los galeones de España... en el fondo del mar!, replicó con sorna el superintendente. Yo aseguro, por las botas de mi bisabuelo, que nada bueno se hará por aquí, á menos de tener una suerte endiablada.

Dicho esto, bebióse la segunda copa de whisky y cambió de conversación.

—Viene usted á substituir á Dick Shortfellow, dijo dirigiéndose á Pedro, y su trabajo consistirá principalmente en dirigir la obra de extracción en las cavernas. Como usted ve, no es un buen tratamiento contra el reuma... Shortfellow tuvo varias crisis del corazón y de los riñones... Y ahora, ¿quiere usted ver la mina?

—Estoy á su disposición.

—Jimmy le acompañará... Es su colega de usted y está encargado de la trituración... Procure entenderse con él... Tiene un genio de perro, y si las banastas se retrasan, prepárese usted á oirle.

—El señor exagera, replicó Yellowground encogiéndose de hombros; lo que yo quiero es que el trabajo se haga con pulcritud y regularidad. Vamos, Sr. Dervilly.

Jimmy condujo al recién llegado primeramente al *Molino*, en donde unos mazos enormes reducían á polvo cenagoso el mineral que vaciaban las banastas; un barro líquido se deslizaba sobre grandes planchas mercurializadas, dejando en ellas sus partículas de plata.

—¡Hermosas máquinas!, ¿verdad?, exclamó Yellowground con acento admirativo. ¿Tienen ustedes algo semejante en Europa?

—¡Pardiez, ya lo creo! Aunque ciertamente tenemos menos y no tan buenas como las de ustedes.

—¡Por supuesto! ¡Como que les endosamos á ustedes las malas!

Pedro se sonrió por el tono cándidamente desdeñoso con que fué dicha aquella frase.

—¡Oh, no tanto!, replicó. También nosotros sabemos fabricar nuestras máquinas... cuando es necesario.

—Nunca lo hubiera dicho, por lo menos en cuanto á los nuevos sistemas. Por de contado que imitarán ustedes nuestros tipos.

—Algunas veces..., pero generalmente las inventamos nosotros mismos.

—¡Tiene gracia! Qué, ¿les quedan á ustedes todavía inventores?

—No tantos como á ustedes, respondió Dervilly un si es no es impaciente; pero los europeos se inclinan á creer que los suyos son mejores que los de aquí.

Jimmy se echó á reir; tan cómica le parecía semejante pretensión.

—¿Ignora usted, entonces, que sin América aún estarían ustedes sumidos en las tinieblas de la Edad media?.. No tendrían ustedes buques de vapor, ni el telégrafo eléctrico, ni el teléfono, ni el fonógrafo; serían ustedes una especie de chinos...

Hablaba con tal aplomo, con tan flemático orgullo, que Dervilly no pudo menos de reirse á su vez.

—¿De qué se ríe usted?, preguntóle Yellowground. ¿Acaso no es cierto lo que digo?

—Me río de esos pobres europeos que se imaginan haber inventado la máquina de vapor, de la que el *steamer* no es más que una aplicación, y aun dicen que un barco de vapor navegó por el Ródano antes de la Revolución francesa; que se figuran haber inventado la locomotora, y creen que el telégrafo, inventado por ellos, sólo ha sido perfeccionado en América; y que hasta pretenden seriamente que Riess hizo funcionar un teléfono diez años antes que Gray ó Bell, y que Cross descubrió el fonógrafo mucho antes que Edison. Pero lo más chocante de ellos, ó mejor dicho, de sus sabios, es que en todas esas máquinas no ven otra cosa que vulgares juguetes científicos cuyos principios era preciso haber descubierto antes; así, sin el electromagnetismo creado por Ampere y sin la inducción dinámica inventada por Faradey, no habría dínamos ni teléfonos... Y por último, llevan su inocencia hasta el punto de imaginarse que porque han definido el transformismo, fundamentado la química orgánica después de la inorgánica, patentizado con Pasteur el trabajo de los seres infinitamente pequeños, creado las ondas hertzianas antes de la telegrafía sin hilos, también descubierta en Europa, y bosquejado una nueva teoría de la materia después del descubrimiento de los rayos catódicos, de los rayos Rœntgen, del radium, han dado pruebas de una ingeniosidad científica superior á la de los americanos.

—Me parece que está usted burlándose de mí, dijo Yellowground con tono brutal.

—No lo crea usted, respondió cordialmente Dervilly; pero ¿le halagaría á usted mucho que yo me burlase interiormente de su ignorancia en lo concerniente á Europa? Y por otra parte, una raza enérgica como la de ustedes, ¿no ha de saber soportar la contradicción? Vamos á ver, mi querido colega, ¿no es bastante ser la aglomeración humana más rica, más emprendedora y más activa del mundo? ¿No pueden ustedes dejar algo á los pobres?

Diciendo esto tendió su mano á Jimmy, que se la estrechó lealmente.

—¡Por vida de Roosevelt!, dijo éste. ¡Me gustan los hombres de carácter! Si todos los europeos defendiesen tan bien como usted su vieja tierra podrida, no los despreciaríamos. Vamos á visitar las cavernas; pero antes póngase usted un traje de minero.

Pocos minutos después metíanse en un cajón que los llevó á lo largo de la gran pared. A veces, el extraño vehículo rozaba las paredes; otras, elevábase por encima de una grieta ó de una depresión, y la sensación que aquello producía era mucho más vertiginosa que la de la barquilla de un aeróstato, porque, aunque el cable funcionaba perfectamente, percibíase una oscilación alarmante, y cuando se echaba una mirada al paraje que se recorría, experimentábase la sensación real de la ascensión y sentíase uno *cogido* por el abismo.

—Un tranvía endemoniado, ¿eh?, dijo riendo Yellowground.

De pronto cruzóse con ellos una vagoneta cargada de mineral, y Dervilly, creyendo que chocaban, cerró los ojos presa de un ligero vértigo; cuando volvió á abrirlos, cerníase en el vacío, encima de un terrible conjunto de peñascos rojos y de hendeduras.

—¡Ya llegamos!, exclamó Jimmy.

Detúvose el cajón y Dervilly hallóse en una plataforma bastante grande, al fondo de la cual abríase una especie de portal alto como el de Nuestra Señora.

—¡Las cavernas!, dijo su guía. Ahí dentro es donde va usted á buscar la fortuna por cuenta de los señores Morrison y Abbot. Si he de ser á usted franco, no me disgustaría estar en el puesto de usted, porque allá abajo se aburre uno lo que no es decible.

Mientras hablaba, caminaba delante de Pedro dirigiéndose hacia la entrada de las cavernas. Llegaron á una sala enorme de contorno irregular, cuya bóveda tenía una forma toscamente ojival y de cuyo techo colgaban algunas estalactitas á las que las lámparas eléctricas comunicaban un brillo de nieve, de nácar, de plata, las luces palpitaban como astros, se entrecruzaban á manera de cohetes y se repercutían en halos misteriosos ó en coronas de escarcha. Vislumbrábanse perfiles de cíclopes, melenas, rosetones, lustros de movedizas luces, destellos de girándulas, como si algún artista fabuloso, á la vez delicado, salvaje é incoherente, hubiese decorado la caverna.

Dos ó tres individuos de aspecto feroz arrancaban algunos pedruscos de la pared.

—Aquí no hay nada, dijo Yellowground. Se trabaja con la esperanza de descubrir una veta, pero en mi concepto el sitio bueno está en otra parte.

Una galería separaba aquella sala de la inmediata. Yellowground y Dervilly tuvieron cuidado de caminar arrimados á la pared, porque continuamente pasaban trenes, cargados unos, otros vacíos.

—¡Ajajá!.. ¡La sala buena!, exclamó el americano.

Era aquello un infierno húmedo y cálido; á la luz de una docena de lámparas eléctricas, veíase una

mezcla de seres flacos, armados de picos, máquinas, paredes de colores cambiantes, boquetes equívocos y amenazadores rincones obscuros. De la bóveda caía agua, y el suelo formaba una capa de lodo ru goso.

—Se perfora tanto como se puede, dijo Yellowground, pues no hay que abusar de los explosivos aunque no pueda prescindirse de ellos.

Dervilly contempló aquel infierno en donde iba á pasar la mayor parte del tiempo, y si bien le pareció espantoso, no sintió miedo ni repulsión. La idea de una existencia ruda no le disgustaba, porque en ella había de encontrar la fatiga y las inquietudes necesarias para combatir el recuerdo de Juana; además, á medida que se internaba en tierra americana, sentíase más dispuesto á la lucha. Si en definitiva había de ganar la partida, ¿no era justo y saludable que la ganase al precio de penosos esfuerzos?

Muy pronto su observación se concentró en los hombres. Eran éstos individuos de todos los territorios de América y de Europa y en su reclutamiento no presidía ninguna selección; se les atrapaba al azar, sin perjuicio de echar á los que no convenían. Los había de todas estaturas y calañas; entecos y robustos, astutos y violentos, inteligentes y estúpidos, pero todos con ojos febriles y alma enérgica. Por añadidura, la mayoría de ellos dábanse á la borrachera y al juego en cuanto se les presentaba ocasión, generalmente los sábados por la noche y los domingos.

De entre todos, dos llamaron especialmente la atención á Dervilly: el primero era un individuo de muy pequeña estatura, sobre todo á causa de la cortedad de piernas, y su busto tenía proporciones extravagantes; más profundo que ancho, con las costillas en forma de ojiva, sostenía unos brazos velludos, achatados lateralmente y terminados en manos de mono, cuya presa era formidable. Su frente presentaba una prominencia como la proa de un barco y con sus cejas como penachos proyectaba una gran sombra sobre los ojos de color de amatista en los que brillaba una mirada alarmante. Unas orejas delgadas, cubiertas de un pelo amarillo, unos cabellos como cerdas de jabalí y una boca enorme con dientes en forma de sierra completaban el físico de aquel extraño personaje. A pesar de todo, no desagradó á Pedro, quien le examinaba con una benévola curiosidad que el otro advirtió, puesto que irguió su tosca cabeza y dirigió una sonrisa al visitante.

—¿Ha echado usted el ojo sobre Sam el Perro?, preguntó Yellowground. ¡Valiente gorila! Diríase que tiene pez debajo de la lengua, de tal manera economiza sus palabras. ¡Eh, Sam! Ese señor es el nuevo jefe. Procure usted contestarle cuando le pregunte.

Sam movió la cabeza con aire de duda y golpeó con el pico la pared.

—Seguramente no había nacido para cristiano, dijo con sorna Jimmy... Figúrese usted que ese animal tiene una nariz más fina que la del mejor sabueso, es la pura verdad. Debiera haber nacido en los bosques ó haberse dedicado á la caza de Pieles Rojas... Mas con todo, no trabaja mal y al cabo del día ha hecho una buena tarea.

Dervilly había contestado á la sonrisa de Sam con un amistoso movimiento de cabeza, lo que hizo que aquél, después de haber reflexionado un rato, dijese:

—Bienvenido, señor.

—¡Por vida de Dowie y del mariscal Botha! ¡Habla!, exclamó Yellowground sonriendo burlonamente. Buen agüero para usted, si alguna vez necesita de su nariz.

El otro individuo era un hombre de seis pies de alto, de cutis color de canela, con las facciones características de la raza india. Llevaba el pantalón remangado hasta las rodillas y mostraba unos músculos admirables dignos de la pierna de Aquiles; también sus brazos denotaban un vigor excepcional y su pecho dibujábase debajo de la camisa tan amplio como el del luchador Pons ó el del atleta Sandow. Un tatuaje delicado cubría sus muñecas y una de sus mejillas; tenía una magnífica cabellera negra con reflejos violáceos que llevaba anudada en rodete; sus facciones eran nobles, extremadamente aguileñas, y sus ojos, aunque pequeños, no carecían de atractivo.

—Presento á usted, dijo Jimmy, á Chonn-Monn-Y Case... que sería el jefe supremo de los Ottoés, si los Ottoés no hubiesen desaparecido tan enteramente como el bisonte de las praderas. De esa tribu venerable no quedan más que él..., su mujer, sus dos hijos y una niña á quien recogió en una encarnizada refriega con los Pawnies Lobos. Anda buscando las armas de su gran antepasado, de su mismo nombre, y espera reconstituir su raza.

—Chom Monn-Y-Case encontrará las armas de su abuelo dijo gravemente el indio, y su raza repoblará las praderas desde oriente á occidente.

—¿Y de nosotros que harán ustedes?, preguntó jovialmente Yellowground.

—A los blancos les llegará su hora. Los blancos han abusado de la pradera, de la selva, de la montaña y han arrancado su riqueza á la tierra profunda; la pradera, la selva y la montaña no alimentarán ya á los Rostros Pálidos y entonces los Ottoés crecerán innumerables entre los Grandes Lagos Salados.

Yellowground se echó á reir mientras el indio clavaba en él su mirada penetrante, en la que se revelaba la melancolía de las razas vencidas. A Dervilly no le parecían ridículos aquellos sentimientos del indio, hacia el cual le atraía una piedad simpática. Chonn, observador como lo fueron en todo tiempo los de su raza, volvió hacia el forastero su cara repentinamente sosegada.

—Chonn Monn Y-Case, dijo, no habla por jactancia como una mujer ó un niño..., sino porque no quiere renegar de sus antepasados ni de sus descendientes delante de aquellos que se han apoderado de los pastos del Hombre Rojo. Chonn Monn Y Case no tiene nada más que decir.

Y volviéndose hacia la pared, púsose á trabajar.

—Veamos la tercera caverna, dijo el americano.

Aquella caverna era más grande que las anteriores, pero en ella trabajaban pocos hombres.

—Esto no va bien, observó Jimmy; se abren huecos y más huecos sin resultado, y sin embargo, aquí es donde se esconde la veta.

—¿Y en qué se funda usted para creerlo así?

—En nimiedades..., en la naturaleza de la roca... y luego en el olfato. ¿No cree usted acaso en el olfato?

—Creo en él como en la suerte. Sin el olfato, entiendo que las dos terceras partes de los grandes descubrimientos no habrían podido realizarse.

—Precisamente lo mismo que opino yo. Pues bien: yo creo que aquí se encontrará algo.., si no nosotros, nuestros sucesores. Procure ser usted.. Ciertamente que trabajará usted para el mayor beneficio de los Sres. Morrison y Abbot; pero éstos, al fin y al cabo, no son unos perros, y si el hallazgo fuese importante, serían capaces de asignar á usted un diez por ciento de los beneficios y una prima, pues tienen por norma alentar á los *prospectores*, lo cual, por lo mismo que es público y notorio, les ha proporcionado negocios magníficos.

Dervilly, mientras iba andando, palpaba las paredes húmedas con la vaga superstición á que no se substrae nadie que de minas se ocupe. ¡Quién sabe si estaba allí la caverna de Alí Bajá, en donde descubriría los elementos de la felicidad! Un ruido de agua subterránea llamó entonces su atención.

—Es el abismo, dijo Yellowground al observar que escuchaba. Mire usted..., ahí está.

Y le señalaba un hueco de la pared delante del cual había un ligero parapeto. Pedro vió una abertura de unos ocho pies de diámetro que se hundía en las tinieblas y de la cual salían un rugido de torrente y un olor de humedad.

—Es muy hondo, dijo el yanqui; tiene unos ciento treinta pies y el agua corre por ahí todo el año.

—¿Ha bajado alguien á ese abismo?

—Sí... Hubo una ocasión en que creí que podría haber algo en él y me hice bajar con un doble cable; pero es imposible seguir el curso del torrente, pues no tiene orillas y presenta casi desde un principio una bóveda muy baja. En cuanto á la parte explorable de las paredes, subí algunas muestras..., pero no valían nada.

Dervilly, retenido por una atracción extraña, permanecía delante del abismo. El estudio de las aguas subterráneas le había cautivado siempre, porque en ellas, como en el fondo de los océanos, tiene la vida primitiva su refugio supremo. Allí se oculta en una eterna noche todo un sistema de ríos, de lagos, de pantanos, que no son estériles, sino que, por el contrario, albergan una misteriosa población ciega, á veces abundante, y vegetales primitivos que crecen en el agua ó en las orillas. Allí se puede soñar algún boceto de un mundo nuevo que, formándose al través de las edades, acabaría por ser comparable al mundo superficial del planeta.

La voz de Yellowground arrancó á Pedro de su contemplación.

—Apuesto á que bajará usted, dijo.

—Puede que sí, replicó Dervilly riendo.

—¡Es irresistible! Mientras no se llega al fondo, caliéntase uno la cabeza.

El francés no contestó, pero fijando una última mirada en las tinieblas preguntó:

—¿Se sabe si tiene el torrente alguna otra entrada?

—Nadie conoce ninguna; ignórase por dónde entra y por dónde sale.

Dervilly pensaba en el trabajo inmenso que aquella agua había tenido que realizar durante los miles de años en que, según todas las apariencias, chocaba con las masas rocosas, mordiéndolas, disgregándolas y arrastrando bloques, guijarros y arenas en su impetuosa corriente. Y puesto que desde hacía tanto tiempo atravesaba cuarzos y granitos argentíferos, ¡quién sabe los tesoros que habría acumulado en alguna playa inaccesible ó en alguna cueva perdida en lo más profundo de la montaña! ¡Sí, quién sabe!

Pedro siguió á su guía por las fangosas penumbras sumido en sus meditaciones.

XVI

Una mañana, seis semanas después de su llegada, Pedro Dervilly vigilaba una galería que hacía abrir en el fondo de la segunda caverna. La antevíspera habíase empleado la dinamita, bien que con prudencia, pues quedaban aún muchas incógnitas respecto de la estructura de aquel lugar, y se quitaban los últimos escombros. Pedro estaba inquieto é impaciente; desde que había hecho empezar aquella obra, no había obtenido ningún resultado; el mineral que se extraía era más bien de calidad algo inferior al mineral medio de la misma caverna, y el superintendente comenzaba á refunfuñar. Si la empresa no tenía buen éxito, el nuevo jefe de extracción podía tener por seguro que se desacreditaba, á pesar de haber demostrado ser un hábil organizador y un ingeniero perspicaz, y ese descrédito alejaba indefinidamente la suerte que no sólo había de proporcionarle una posición, sino que, además, había de conquistarle la preciosa confianza de los señores Morrison y Abbot.

Consumido por la impaciencia, Pedro acabó por internarse en lo más hondo de la galería, en donde examinó detenidamente los productos de la extracción y luego las paredes. Después de aquel examen, su semblante se ensombreció: el producto continuaba siendo muy mediano.

—Procurad acabar con ese trozo, dijo á tres mineros que trabajaban en el fondo, señalándoles un bloque enorme que se movía hacia la derecha.

—No es cosa fácil, replicó uno de los obreros; parece que está á punto de caer y se resiste como si tuviera raíces. Pero en fin, allá veremos.

—Voy á enviaros refuerzos, contestó Dervilly, cediendo á un ligero acceso de cansancio.

Salió de la galería y echó un vistazo á su alrededor, cuando llamó su atención el ruido de una disputa: Sam el Perro, asegurado sobre sus anchas botas, hacía frente á un corpulento minero de Kentucki y rugía de una manera extraña; sus labios apartados dejaban ver las dos sierras brillantes de su dentadura; estaba ligeramente encorvado, con las manos hacia delante, en una actitud que tenía algo de la de un felino y de la de un oso. El kentuckiano, individuo fornido, de musculosos hombros y barba color de pan de especia, estaba con los puños en alto y profiriendo mil injurias gritaba:

—¡Hijo de perra! No sé cómo dejan entrar en una mina honrada á monstruos de esa calaña, de los que no sabe uno si son orangutanes ó siux degenerados... Te digo y te repito que quiero trabajar aquí y que tú te irás más lejos.

—No, rugió Sam.

Y sus ojos brillaron como linternas.

—Entonces voy á trasladarte yo mismo.

El kentuckiano se arrojó sobre su adversario, pero se encontró con el vacío, porque Sam se había apartado hacia la pared, después de lo cual, convirtiéndose de agredido en agresor, cogió al corpulento minero por las muñecas. El otro retiró los brazos con tal fuerza que levantó al Perro, mas no logró desprenderse de él; entonces intentó darle un golpe con la cabeza, pero tampoco le salió bien esta maniobra y quedó medio caído sobre la peña.

Al ver esto, otro minero, que había presenciado la escena y hasta mostrado manifiesta simpatía por el kentuckiano, lanzóse á su vez contra Sam, empujándole brutalmente. Iba á continuar atacando á éste, cuando Dervilly, saltando con la ligereza del leopardo, interpúsose entre los combatientes, agarró por el cuello al de Kentucki y con un movimiento pronto, preciso y vigoroso lo arrojó á cinco pasos de distancia, gritando al mismo tiempo:

—¡A jugar limpio!

Estas palabras son siempre bien acogidas por los anglo-sajones, que no admiten que dos se peleen contra uno; así es que los mineros presentes dejaron oir un murmullo de aprobación. En cuanto á Sam, que no había soltado á su adversario, al que tenía apretado contra la pared, dirigió á su jefe una mirada de gratitud.

—Sam, dijo Pedro en tono bondadoso, suelte á ese hombre; la mina no es un *ring*.

(Se continuará.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN HALBTHURN (HUNGRIA), EN ZARAGOZA Y EN BARCELONA

D. Alfonso XIII, D.ª Victoria Eugenia y D.ª María Cristina en Halbthurn

Como recuerdo del viaje recientemente realizado por los soberanos españoles á Austria, reproducimos en esta página dos interesantes fotografías referentes á la cacería organizada en honor de D. Alfonso XIII en la magnífica finca que el archiduque Federico posee en Halbthurn (Hungría). Esa posesión no es sólo un gran cazadero, sino también un importante establecimiento agrícola; una verdadera granja modelo, en donde el archiduque ha implantado las máquinas y los procedimientos agrícolas más modernos y en donde se ensayan todos los cultivos más adelantados, dedicando especial atención también á la ganadería.

Los reyes D. Alfonso, D.ª Victoria y doña María Cristina permanecieron allí seis días, durante los cuales el joven monarca pudo satisfacer plenamente sus aficiones cinegéticas cobrando 2.000 piezas de todas clases y acreditando una vez más sus extraordinarias y excelentes dotes de tirador.



Los reyes de España en la finca que posee en Halbthurn (Hungría) el archiduque Federico
El rey D. Alfonso disparando sobre una pieza. A su lado, sentada, la reina D.ª Victoria Eugenia. (De fotografía de Harlingue.)

D. Alfonso XIII y D.ª Victoria Eugenia en Zaragoza

La capital aragonesa dispensó un entusiasta recibimiento á los reyes, que llegaron á ella á las ocho de la mañana del 28 de octubre último y fueron recibidos por las autoridades, corporaciones, senadores, diputados, aristocracia, muchas otras personalidades ilustres y un público inmenso.

Después de una salutación del alcalde Sr. Fleta, á la que contestó el rey con sentidas frases, encamináronse SS. MM. al templo del Pilar; cantóse un Tedéum, adoraron los soberanos á la Virgen y se dirigieron al palacio arzobispal, en el que estuvieron alojados durante su permanencia en aquella ciudad.

Tras breve descanso, los reyes con el señor Maura y su séquito encamináronse al recinto de la Exposición para inaugurar el hermoso monumento á los Sitios, obra del célebre escultor D. Agustín Querol. El secretario de la Comisión ejecutiva leyó un mensaje, descubrió el rey el monumento y el Sr. Moret pronunció un elocuente discurso explicando la patriótica significación del monumento inaugurado, discurso al que contestó con otro no menos elocuente el Sr. Maura, en nombre del rey. D. Alfonso felicitó calurosamente al señor Querol.

Después de la ceremonia, visitaron los reyes la Exposición, acompañados por el Sr. Paraíso y otros individuos del comité, y desde allí regresaron al palacio episcopal.

Al día siguiente, por la tarde, efectuóse el reparto de premios á los expositores, bajo la presidencia de SS. MM. El salón del Casino de la Exposición ofrecía brillantísimo aspecto. El Sr. Paraíso pronunció un elocuente discurso, que fué contestado por el señor Navarrorreverter, como presidente honorario del Jurado hispano francés; hablaron también el señor Bauduin, delegado del gobierno francés, y el señor Maura, en nombre de S. M. Luego procedióse á la entrega de los diplomas á los expositores premiados.

Los reyes de España en Halbthurn
Las reinas D.ª Victoria Eugenia y D.ª María Cristina después de la cacería. A sus pies los trofeos de los ciervos cazados
(De fotografía de Harlingue.)

El día 29 por la mañana hubo gran parada militar, y terminada ésta, los reyes, con el Sr. Maura y otras personas de su comitiva, dirigiéronse al edificio de la Facultad de Medicina para presidir la sesión de clausura del Congreso del Progreso de las Ciencias. Por la tarde SS. MM. presidieron la inauguración de la capilla dedicada á las heroínas de Zaragoza y del monumento á Agustina de Aragón, obra admirable de Mariano Benlliure; pronunciaron discursos el arzobispo Sr. Soldevilla, el deán del Cabildo Sr. Jardiel y el Sr. Maura. Después los reyes visitaron el Hospicio y la Exposición, en donde se celebró la fiesta de la Jota. Por la noche bailóse en el Casino un espléndido cotillón.

El día 30 asistieron SS. MM. al concurso hípico, y de regreso en el palacio arzobispal efectuóse la recepción oficial. A las tres y media de la tarde salieron los reyes de Zaragoza, marchando D.ª Victoria á Madrid y don Alfonso á Barcelona, adonde llegó á las doce menos cuarto.

En la capital aragonesa han sido los reyes incesantemente aclamados por la población en masa.

D. Alfonso XIII en Barcelona. — Excursión á la comarca del Alto Llobregat.

Esta nueva visita de S. M., más que á Barcelona ha sido dedicada á varias comarcas de Cataluña, en donde la industria y la agricultura han alcanzado gran desarrollo, y en las cuales, por consiguiente, habrá podido admirar D. Alfonso XIII los maravillosos resultados del esfuerzo de esta región por conseguir el grado de adelanto que han puesto á muchas de nuestras industrias al nivel de las mejores explotaciones del extranjero.

El rey, acompañado del Sr. Maura y de su acostumbrado séquito, salió de Barcelona el día 31 por la mañana en dirección á Manresa, en donde se detuvo unos minutos saliendo seguidamente en automóvil para Puigreig. Visitó allí la colonia y la fábrica del Sr. Pons y Henrich, y asistió á un Tedéum que se cantó en la iglesia de la colonia, en la que fué recibido por el obispo de Solsona, y al banquete dispuesto en su honor.

Terminada la comida, partió para Aviá, en donde los señores Rosal tienen establecida una importante colonia agrícola, que Su Majestad recorrió detenidamente, visitando la exposición de productos de la misma y enterándose minuciosamente de su organización y funcionamiento. Terminada la visita y después del *lunch* con que fué obsequiado, salió el rey para Berga. A su llegada, recibió en el salón del Ayuntamiento á los alcaldes y ayuntamientos de la comarca, y desde allí dirigióse á la casa del senador Sr. Farguell, en donde se le ofreció un te y presenció la típica fiesta de la *Patum*.

Desde Berga, fué S. M. á las minas de Figols, propiedad del Sr. Olano, en cuya suntuosa residencia celebróse un espléndido banquete, después del cual



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona.—La función regia en el «Teatre Catalá.—Romea.»

(De fotografía de A. Merletti.)

retiróse el rey á descansar en las magníficas habitaciones que se le tenían destinadas.

Al día siguiente oyó misa en la capilla de la casa y tomó el tren que le condujo á Guardiola, desde donde en automóvil marchó á Pobla de Lillet. A su llegada efectuóse una recepción campestre, en la que desfilaron ante S. M. ayuntamientos, sociedades, diputados provinciales, somatén y niños de las escuelas públicas. Terminada la recepción, trasladóse á la fábrica «Asland,» cuyas instalaciones visitó detenidamente, y luego fué obsequiado en la casa del señor Güell con un espléndido banquete. Aquella misma tarde regresó el rey á las minas de Figols, en donde pernoctó.

El día 2 visitó D. Alfonso las minas de carbón, recorriendo una de las galerías y presenciando algunas operaciones; de regreso en casa del Sr. Olano, oyó misa y partió para la colonia de D. José Monegal, en cuyo chalet le fué servido un magnífico almuerzo. Después emprendió el viaje de vuelta á Barçelona, adonde llegó á las siete de la noche, sin haberse detenido más que un rato en Artés, en el salón de cuyo Ayuntamiento se le ofreció un *lunch.*

Como resumen de la excursión regia, diremos que el rey fué recibido con gran entusiasmo por todos aquellos pueblos de la alta montaña y manifestó vivo interés por todas las explotaciones agrícolas é industriales que visitó.

Por la noche asistió á la función de gala del teatro Romea, cuya sala de espectáculos presentaba un aspecto brillantísimo. Representáronse *La Sirena,* cuadro de costumbres en un acto de Apeles Mestres, y la popular comedia en tres actos de Federico Soler *(Pitarra) La dida.*

El día 3, por la mañana, visitó la Universidad y revistó las tropas en la gran parada, de que damos cuenta en otro lugar de este número; por la tarde estuvo en la fábrica de automóviles «La Hispano-Suiza,» y por la noche asistió al teatro Eldorado, en donde se representaron el entremés *El flechazo* y la comedia *Las de Caín* de los hermanos señores Alvarez Quintero.—X.

CARICATURAS DE JEFES DE ESTADO COMO OBJETOS DECORATIVOS DE HABITACIONES



La triple alianza.—Guillermo II, Víctor Manuel III, Francisco José



La inteligencia cordial.—M. Fallieres, Nicolás II, Eduardo VII

(De fotografías de C. Delius.)

Es indudable que la caricatura en pocas partes florece tan naturalmente como en Francia. El *esprit* francés es proverbial, y del mismo modo que ningún pueblo aventaja á aquel en el *bon mot*, en la palabra ó frase gráficas que ingeniosamente sintetizan un orden de ideas ó explican un hecho tomándolos en su aspecto finamente ridículo, así también en orden á las artes gráficas llévanse los franceses la palma en la manera de satirizar un acontecimiento, desde el más trascendental al más insignificante, ó de mostrarnos caricaturescamente los rasgos característicos de un personaje, sea éste de la más elevada alcurnia ó de la condición más humilde.

Además, en esto como en otras muchas cosas, tienen los franceses como nadie el don y el sentimiento de la oportunidad, elemento indispensable cuando de la caricatura se trata. Ahora mismo está llamando la atención en París una serie de figuras caricaturescas de los jefes de los principales Estados. Los grabados adjuntos reproducen algunas de ellas y su contemplación nos releva de encomiar el arte y la gracia con que están hechas: Guillermo II, Víctor Manuel III y Francisco José, los soberanos de la Triplice; Eduardo VII, Nicolás II y el presidente Fallieres, los de la *entente cordiale*, se nos presentan tales como son en lo físico y en lo moral, por supuesto, con la exageración propia de las caricaturas, de tal manera que mirándolos, no sólo vemos sus veras efigies, sino que además penetramos en sus intenciones y comprendemos el papel que cada uno de ellos desempeña en el grupo en que está incluído.

Esas figuras, cuyos trajes son de tela, están destinadas á ornamento de habitaciones.




IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 16 de noviembre de 1908 — Núm. 1.403

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SANTÓN DARKAGUY DE TAFILETE, acuarela de José Tapiró

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el tomo cuarto de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es

MARIA ANTONIETA, ÍNTIMA.

El carácter histórico-anecdótico de esta obra la hace en extremo interesante, pues en ella se nos presenta la infortunada soberana, como en el título se indica, en la intimidad, así en los días prósperos como en los aciagos.

El libro, ilustrado con reproducciones de grabados, estampas y facsímiles de la época existentes en los Museos y Bibliotecas de París, será uno de los tomos de nuestra biblioteca que se leerán con más agrado.

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

¿Será preciso reseñar la estancia de los reyes en Barcelona después de lo que han venido diciendo, día tras día, los periódicos acerca de ese viaje? En las mismas páginas de La Ilustración Artística queda ampliamente registrada la expedición de don Alfonso y doña Victoria Eugenia, con todo lujo de pormenores y documentos gráficos. Esos documentos tienen un valor infalsificable, como no es posible atribuirlo á las informaciones orales del periodista y del corresponsal. La cámara obscura y el clisé fotográfico están exentos de prejuicios; son testigos que no se dejan sobornar por la pasión; no se doblegan ni al odio ni á la simpatía. Espectadores incorruptibles de la realidad, fijan y perpetúan lo transitorio de una manera impersonal, completamente veraz y objetiva.

No así el testimonio humano. Aun cuando no intervenga la mala fe, el testimonio humano es apasionado por naturaleza; de tal suerte, que muchos psicólogos modernísimos trabajan é investigan ahora sobre esa subjetividad del conocimiento y hasta de la simple imagen visual. El hombre ve en las cosas lo que apetece ver en ellas, ó en otros términos, aquello que responde á una aptitud ingénita ó adquirida, á una especial habilidad de percepción; de idéntico modo que absorbe ó no advierte otros aspectos para los cuales carece de receptividad. El mismo suceso presenciado por treinta hombres produce treinta versiones discrepantes; de la misma imagen formada en la retina de treinta espectadores y trasladada al papel resultan treinta dibujos diferentes. Este fenómeno puede ser comparado á la refracción que los rayos luminosos experimentan al atravesar una masa líquida ó gaseosa, según la densidad y naturaleza de ésta.

Cada hombre vive rodeado por un halo ó atmósfera personal; y esa envoltura subjetiva deforma la imagen del mundo exterior y la diversifica hasta el infinito, pudiendo decirse que en las sensaciones de las cosas, así influye la realidad, ajena á nosotros, como el temperamento sobre el cual esa realidad imprime su huella.

Si esto ocurre normalmente y en el supuesto de la sinceridad, considérese los extravíos y mixtificaciones de índole voluntaria debidos á la ingerencia de una mala pasión, del egoísmo, del odio, del espíritu de venganza.

La comunicación afectuosa entre el jefe del Estado y los catalanes había de contrariar no poco á los elementos que maquinan continuamente para hacerla imposible y para convertir á la monarquía, símbolo de unidad, de amor, entre los diversos pueblos peninsulares, en encarnación ó avanzada del exclusivismo agresivo y de la incompatibilidad de caracteres. La magistratura suprema de un país tiene que ser equidistante por excelencia; en esa esfera elevada deben fundirse y conciliarse todas las fuerzas, antagónicas ó afines, como en un órgano benéficamente regulador y moderador. Por algo la «magnanimidad» ha sido en todos tiempos considerada como la más alta virtud, como la flor y resumen de cuantas virtudes puedan florecer en las cumbres de la jerarquía; y la magnanimidad es aquella amplitud de espíritu, aquella grandeza de alma, distintivo de las vidas superiores y capaz de contenerlo todo, de comprenderlo todo y de abrazarlo todo amorosamente, resolviendo en igualdad de afecto y simpatía la diversidad y tumulto de las aspiraciones humanas.

Hacer de un rey un jefe de bandería, querer convertirlo en caudillo de una parcialidad, de una clase, de un grupo, es la más impolítica ó la más pérfida de las sugestiones. Y eso es lo que se ha ensayado últimamente, aunque, por fortuna, sin éxito, al ver que D. Alfonso se acercaba á Cataluña y que con su presencia se desvanecían muchos equívocos respecto á la manera de ser del Principado. El joven monarca no se ha contentado esta vez con pasar por las poblaciones y asistir á actos de pura etiqueta oficial. Se ha puesto en contacto con elementos y aspectos interesantes de la vida catalana, tales como el teatro y el orfeón.

Por cierto que su asistencia al «Palau de la Música» y á la función del Romea ha sido tomada como pretexto de fantasías y malévolas suposiciones. Algunos periódicos, los de siempre, han inferido á determinada institución, cuya base es la disciplina, el agravio de suponerla en conspiración para realizar en el teatro Romea, mientras el rey estaba allí, manifestaciones ó asaltos que hubieran estado más cerca de las repugnantes escenas de Belgrado contra Milano y Draga, que de una manifestación de respeto á la monarquía ó de una exaltación patriótica.

Felizmente no ha habido aquí más que una formidable y estupenda superchería y un acto de provocación abortado en absoluto. En primer lugar ha contrastado el revuelo esparcido desde Madrid con el silencio observado en Barcelona por los periódicos, casi unánimes, y por los espectadores del Romea, que no vieron nada, absolutamente nada anormal, y sí muchas muestras de deferencia al rey y á su séquito, y mucha curiosidad y complacencia por parte de estos últimos. Brava cosa es que deban enterarse los barceloneses de lo que ocurre en su ciudad por periódicos escritos á doscientas ó trescientas leguas de distancia y contra el testimonio concorde de cuanto aquí tenemos á la vista. Un accidente deplorable, pero de carácter individual é íntimo, ocurrido al teniente de la Escolta real Sr. Bargés, ha servido también como tema de comentarios sensacionales, relacionando la herida que se infirió al afeitarse, con un supuesto duelo cuyos pormenores han sido descritos con mayor viveza que si el episodio hubiera ocurrido realmente.

En segundo lugar se ha puesto en evidencia que existen más aptitudes para la tercería que para la prostitución; y que las Celestinas que rondan los cuarteles no encuentran en ellos materia explotable, lo cual hace presentir la hora en que serán expulsadas á culatazos para que no insistan. Y por último, el rey y su corte y sus habituales confidentes y amigos han presenciado sobre el terreno una de esas periódicas y sistemáticas adulteraciones de la verdad, de las cuales, en fuerza de ser tan burdas é inverosímiles, pudieron dudar cuando la opinión de Cataluña las venía denunciando un día y otro. Ahora lo han visto, lo han vivido, lo han respirado, y sabrán á qué atenerse, en consecuencia de ello, cuando se repitan.

Conste, pues, que durante el viaje regio no ha ocurrido nada desagradable ni anormal, y que á los que buscan y fomentan la discordia les ha sido preciso acudir á la invención para colmar el vacío que dejaban los hechos.

Discútase, enhorabuena, desde el punto de vista político, la mayor ó menor trascendencia que pueda tener la excursión. Quédese el tradicionalista con su antigua fe, el republicano con su irreductible convicción, el escéptico ó indiferente con la duda de si esas visitas alcanzan la utilidad que se les atribuye, dada la forma que suelen revestir, por lo convencional y simbólico de muchos actos y ceremonias ó por la forzada rapidez con que se realizan. Si ello fuera exacto, no resultaría exclusivamente imputable á las exigencias de la etiqueta real, pues tales viajes no discrepan, trátese de reyes ó de presidentes y aun de personajes políticos de importancia. A todos les es preciso recibir los mismos agasajos, oir los mismos cumplidos, contestar con frases del mismo patrón y ver un desfile de calles, de muchedumbres, de banderas, gallardetes, arcos é iluminaciones, no menos que sentirse envueltos en idéntica atmósfera de oficiosidad y acatamiento.

De lo que no cabe duda es de que para llegar á la franca comunicación y al conocimiento perfecto de ciudades y comarcas, es preciso agotar un primer período de festejos y recepciones de aparato, que viene impuesto por la costumbre universal. Perseverando en el propósito de recorrer aquéllas frecuentemente, llegará por sí mismo el instante de que la presencia del jefe del Estado no imponga ninguna suspensión de la vida normal á las poblaciones visitadas ni ningún programa previo al primero, quien podrá entonces moverse á su antojo y á merced de sus curiosidades y preferencias, entregarse á la observación personal y sorprender en la intimidad y sin adobos ni composturas la íntima manera de ser de sus pueblos.

En el último viaje no ha habido «primera piedra» ni inauguración, pero se ha ofrecido á D. Alfonso algo más digno de aprecio que una de dichas solemnidades.

No es el *esprit de suite* ó sentido de la continuidad el que, por lo general, distingue á las naciones llamadas latinas; y de España ha podido decirse, especialmente, que tanto como de ruinas gloriosas, está cubierta de edificios á medio construir, de proyectos abandonados, de «primeras piedras» sobre las cuales no se pondrán ya las segundas, ni las terceras, ni las cuartas, ni cosa alguna que indique prosecución y tenacidad.

Pues bien: á los seis meses de haberse inaugurado, por mano del monarca, la reforma interior de Barcelona con el derribo de las primeras casas, el mismo D. Alfonso XIII ha podido ser invitado por el Ayuntamiento á recorrer la brecha abierta, en toda su longitud, pasando desde la plaza de Antonio López á la del Angel con sólo un brevísimo rodeo. Este hecho resulta, para mí, el más interesante y representativo de toda la serie última. Porque, en efecto, implica distinción y novedad esa inversión de términos, tanto que debiéramos acostumbrarnos á no celebrar, de hoy en adelante, las primeras piedras, dejándolo todo para las últimas, que son las que no llegan á celebrarse en nuestro país.

Aquella manifestación debió de demostrar al rey y á su séquito que la transformación material de Barcelona, y la transformación espiritual que corresponde á la primera, no son problemas puramente planteados sobre el papel, sino cosa de substancia y de realidad inmediata. Es decir, que proyecto quiere decir, y ha de querer decir siempre entre nosotros, ejecución, acto, potencia, y no esparcimiento de las imaginaciones enfermizas ó débiles, que conciben sin cesar y no realizan nunca.

Vale más una cosa acabada, con todas las imperfecciones del mundo, que una utopía irreprochable sobre la vitela ó en los libros, pero que jamás ha de pasar de los libros ni de la vitela. La sobriedad en los proyectos y la fecundidad y el esfuerzo desbordante en la ejecución son distintivos de las razas serias, distintivos que á toda costa debemos asimilarnos y apropiarnos. No se diga que nuestra fama se funda, como la del escritor zaherido por Larra, en un soneto publicado el año 15, en un prólogo que todavía no se ha escrito y en un libro que se escribirá...

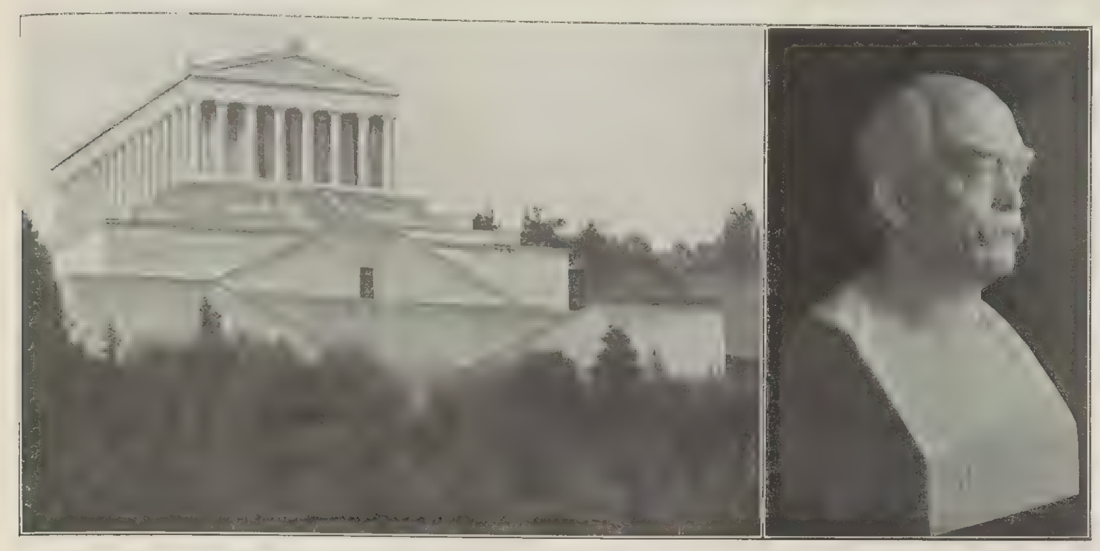
Casi al mismo tiempo que se verificaba la revista militar, dejaba de existir en Barcelona, después de una dolencia larga é insidiosa, el pintor de asuntos militares que mayor reputación había alcanzado en España cultivando dicho género: Cusachs. José Cusachs había pertenecido al arma de Artillería y tomó parte en la última guerra civil, durante la cual obtuvo diversas condecoraciones. Su afición á la pintura y los felices éxitos que en ella iba alcanzando le determinaron á pedir el retiro y á abrazar definitivamente como profesión lo que antes le había seducido como pasatiempo.

Su nombre va unido á *La vida militar*, de Barado, que ilustró de una manera copiosa, veraz y espléndida, siguiendo las huellas de Detaille, al lado del cual había trabajado, pero conservando su personalidad y dando siempre á sus composiciones y tipos un acento inconfundiblemente nacional, que no nacía tan sólo de la parte externa de los uniformes y de los paisajes, sino también del secreto de la apostura, de la fisonomía, del movimiento, de todos los rasgos sutiles mediante los cuales el elemento psicológico y espiritual se proyecta sobre el corporal ó fisiológico. La pintura bélica ó castrense le condujo de la mano á la deportiva ó hípica, y consiguió desplegar en ella habilidad y lucimiento. Le sonrió la fortuna, y sin mostrársele después huraña del todo, padeció del vaivén de los gustos y modas estéticas, que hace olvidar, poco á poco, los nombres que antes encumbró, y anticipa, con frecuencia, para los artistas la hora de la posteridad.

A sus méritos de pintor unió Cusachs un fondo generoso y bueno, que los «ácidos» del taller no llegaron á adulterarle.

Miguel S. Oliver.

EL BUSTO DE BISMARCK EN LA WALHALLA DE REGENSBURGO



Regensburgo (Baviera).— Vista exterior de la Walhalla ó palacio de los héroes
El busto de Bismarck recientemente colocado en la Walhalla, obra de Erwin Kurz

El día 18 de octubre último efectuóse con gran solemnidad la ceremonia de colocar el busto de Bismarck en la Walhalla de Regensburgo, ese hermoso palacio de la fama ó mansión de los héroes que mandó construir el rey Luis I de Baviera y en el cual se guardan los bustos de los hombres más ilustres de Alemania.

El acto, al cual asistieron el nieto de Bismarck y otros individuos de la familia y multitud de personalidades notables, fué presidido por el canciller Bulow, quien pronunció un bellísimo discurso enalteciendo la obra del citado monarca bávaro, creador de la Walhalla, y la de Bismarck, su antecesor en el cancillerato. «En la época de nuestra decadencia – dijo, – de nuestro más profundo abatimiento, de los tristes días de Austerlitz, de Ulm y de Jena, Luis I, entonces príncipe real de Baviera, concibió el proyecto de la Walhalla, que luego realizó de tan espléndido modo. Cuando parecía que al genio de nuestra raza se le habían roto las alas para siempre, él aún creía en el porvenir glorioso del nombre alemán... El sueño se ha realizado, y el héroe que supo dirigir la acción de las razas alemanas fué Bismarck...» Y añadió luego: «Las dinastías alemanas y las razas alemanas aliadas en una unidad inquebrantable por el mismo amor á la patria y por el mismo espíritu nacional, pueden estar seguras de que las necesidades de la comunidad alemana jamás exigirán el sacrificio de la personalidad propia de cada una. Su desaparición significaría para el Imperio alemán la pérdida de uno de sus bienes más esenciales, la pérdida de ese espíritu local que no podría desenvolverse más que al abrigo del Imperio alemán y de la paz que éste le asegura. Como dijo el poeta: «Unidos enfrente del extranjero y poderosos por la espada, agrupados en torno de una sola bandera; pero en el interior, variados en cuanto al carácter y rigiéndose cada país por sus especiales costumbres.»

Después del discurso, el canciller depositó al pie del busto una corona del emperador, y el ministro bávaro Podewil otra del príncipe regente. – R.



Interior de la Walhalla, en donde están colocados los bustos de los hombres más ilustres de Alemania
(De fotografías de Gebr. Laufle et C.º, remitidas por Carlos Trampus.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Cataluña



El día 4, por la mañana, S. M. el rey D. Alfonso XIII visitó la fábrica colonia Sedó, situada en las inmediaciones de Esparraguera, recorriendo primeramente la sección de la fabricación de los carburos, luego las cuadras de los hilados y tejidos y finalmente las escuelas. Hubo después recepción de alcaldes de la comarca y banquete, durante el cual los coros de la colonia cantaron composiciones de Clavé y algunas sardanas. Terminado el banquete, el rey emprendió el viaje de regreso á Barcelona, y sin detenerse apenas, marchó á Canet de Mar. Recibido en dicha población por el alcalde, el obispo de Gerona Dr. Pol y demás autoridades y escoltado por el somatén, dirigióse al nuevo matadero, que inauguró solemnemente, y luego al santuario de Nuestra Señora de la Misericordia. Desde allí fué al castillo del Valle de Canet (Santa Florentina), en el que pernoctó y en donde se celebraron suntuosas fiestas, de las que nos ocupamos en otro lugar de este número.



S. M. el Rey D. Alfonso XIII



S. M. la reina D.ª Victoria Eugenia

(De fotografías hechas en Barcelona por A. y E. F. dits Napoleón, por especial encargo de SS. MM.)

El día 5 D. Alfonso XIII estuvo en Arenys, en donde visitó la exposición de industrias locales instalada en el balneario Lloveras y la Granja Paraíso y Escuela de Avicultura del Sr. Castelló.

Desde Arenys y en automóvil dirigióse S. M. á Vich, adonde llegó á las dos de la tarde, encaminándose á la catedral, en cuya puerta le esperaban el obispo Dr. Torras y Bages y el cabildo. Terminado el *Tedéum*, S. M. subió al palacio episcopal, y después del banquete que allí se celebró, visitó el museo, las obras del templo romano, el cuartel del batallón de Alfonso XII y la fábrica de salchichón de los herederos de Juan Torras. Efectuóse luego la recepción en las Casas Consistoriales, y por la noche celebróse en la plaza, que estaba profusamente iluminada, un festival de coros y bailes populares.

A las diez y media de la mañana del 6 salió el rey de Vich, dirigiéndose á Ripoll. La villa estaba magníficamente adornada; todos los balcones lucían colgaduras y en todas las calles por donde había de pasar S. M. alzábanse arcos de triunfo con sentidas dedicatorias en catalán y en castellano. A la entrada de la población esperaban el Ayuntamiento, la Diputación de Gerona, el senador Sr. Farguell, el arquitecto del monasterio Sr. Coll y Font, las sociedades corales de la localidad y una inmensa muchedumbre. El alcalde Sr. Pellicer dirigió al rey una breve, pero muy sentida y elocuente salutación, recordando las glorias de Ripoll y agradeciendo la visita del monarca. D. Alfonso pidió al Sr. Pellicer las cuartillas de su discurso, diciendo que quería llevárselo á Madrid, y en seguida se encaminó al famoso cenobio, bajo cuya arcada central esperábale bajo palio el obispo de Vich. Después del *Tedéum*, S. M. visitó detenidamente los sepulcros de Berenguer III *el Santo*, Vifredo *el Velloso*, de Tallaferro, Seniofredo, Bernardo y Raimundo Desvach, Guillermo *el Craso* y su hijo Bernardo, el claustro gótico y el patio descubierto, y se detuvo á contemplar la antiquísima imagen del Santo Cristo, única que se salvó del incendio de 1835, y la bellísima escultura de alabastro de Llimona.

Terminada la visita al monasterio, efectuóse la recepción popular en la plaza de la Constitución, en donde se había dispuesto una tribuna flanqueada de los escudos de España, Ripoll, Cataluña y Gerona. D. Alfonso ocupó un trono, y delante de él desfilaron todos los ayuntamientos de la comarca con sus pintorescos trajes y sus típicas insignias, y el pueblo.

Después de la recepción, visitó el rey la fábrica de los Sres. Forcada, Vidal y Compañía, marchando luego al Ayuntamiento, en donde fué obsequiado con un espléndido banquete, durante el cual un coro de niños cantó varias canciones de la tierra.

Por la tarde celebróse la fiesta de los bailes típicos de aquella comarca, la danza de *Campdevánol* y la de las *Caputxes*, que bailaron varias parejas lujosa y propiamente ataviadas con magníficos trajes y riquísimas joyas antiguas. Fué una fiesta en extremo pintoresca que complació extraordinariamente al joven monarca, y á la que puso remate la cantata *¡Gloria á España!*, de Clavé, entonada por las sociedades corales.

Terminada la fiesta, S. M. se dirigió á la estación, siendo despedido, á la salida de la villa, con las mismas entusiastas aclamaciones y lluvia de flores y *confetti* con que había sido saludado á su llegada y que puede decirse que no cesaron un momento mientras permaneció en la población.

El tren real regresó á Barcelona, en donde Su Majestad tomó el expreso de Madrid. A despedirle habían acudido á la estación de Francia todas las autoridades, corporaciones oficiales, comisiones de entidades particulares, muchas personalidades distinguidas y un numeroso público, que al partir el tren prorrumpieron en vivas, aclamaciones y aplausos.



Llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Vich, en donde salen á recibirle el obispo, el Ayuntamiento y otras autoridades



S. M. el rey D. Alfonso XIII dirigiéndose desde Ripoll á la fábrica de los Sres. Forcada, Vidal y C.ª

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN RIPOLL. (De fotografías de A. Merletti.)



Llegada de S. M. á Ripoll.—S. M. y el Sr. Maura en la plaza de la Constitución.—Recepción de alcaldes de la comarca
S. M. á la salida del histórico monasterio

S. M. en Canet de Mar y en el castillo del Valle de Canet



Vista exterior del castillo del Valle de Canet (Santa Florentina).—Llegada de S. M. á Canet de Mar

Las relaciones que nos unen á D. Ramón de Montaner, propietario del castillo del Valle de Canet, no han de ser óbice para que nos ocupemos de la estancia de S. M. el rey D. Alfonso XIII en aquella histórica morada; porque por encima de toda otra consideración está para nosotros el deber de informar á nuestros lectores de las etapas de la excursión regia á Cataluña, y ésta ha sido una de las más hermosas é indudablemente la única en su género.

El aspecto exterior del actual castillo, reconstruído sobre las ruinas del antiguo, sorprende verdaderamente al aficionado á la arqueología, quien cree hallarse en presencia de una señorial mansión de la Edad media; nada falta para que la ilusión sea completa: altas murallas con preciosos y auténticos detalles arquitectónicos, amplias portadas y robustos torreones almenados; la esbelta torre del homenaje; el patio con su bellísimo claustro del antiguo cenobio del Tallat, sus ventanales góticos y su imagen de la Virgen; la regia escalera que termina en una galería del más puro estilo; la gran sala de honor, con su artesonado, sus vidrieras de colores, sus esculturas, su ancha y artística chimenea, sus tapices, armas y banderas y sus lámparas de hierro, todo de la época; el comedor, con su sillería catalana del siglo XVIII, sus tablas góticas y sus aparadores llenos de valiosos objetos antiguos; la capilla, con su artístico retablo, y la soberbia cripta de mármoles y jaspes, llena de primorosas esculturas, entre las que sobresale la magnífica estatua yacente de la esposa del Sr. de Montaner, obra de Blay, superior á todo encomio; en una palabra, cada una de las estancias y el conjunto de todas ellas, así como los pormenores ornamentales y la multitud de joyas artísticas y arqueológicas profusamente distribuídas en todo el castillo, hacen de éste, por una parte, una verdadera evocación medioeval, y por otra un rico é interesante museo.

La habitación destinada al rey, cuyas paredes cubrían damascos carmesíes, estaba espléndidamente decorada, sobresaliendo en ella una cama de columnas salomónicas; el despacho, el tocador y el cuarto de baño de S. M. eran realmente regios. Las habitaciones del Sr. Maura y del general Echagüe no desmerecían de la del soberano.

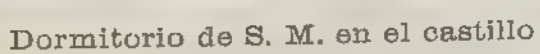
La entrada de D. Alfonso XIII en el patio del castillo fué solemne; los vítores al rey se confundían con las notas de la marcha real y con los disparos de morteretes y fuegos artificiales, en tanto que en la torre del homenaje se izaba el pendón real. El monarca, recibido al pie de la escalera por la familia del Sr. de Montaner, pasó al salón, en donde el niño Ramón Cammany y de Montaner, nieto del dueño del castillo, le hizo entrega de las llaves de éste y le recitó, poco después, una poesía catalana explicándole la leyenda sobre el origen del escudo de Cataluña, asunto en el que está inspirado un cuadro de Béjar, que llamó la atención de S. M.

Después de descansar un rato en sus habitaciones, visitó el rey la capilla y la cripta, pasando luego al comedor, en donde se sirvió un espléndido banquete. Los cubiertos de S. M. eran de oro macizo; los platos, de Sevres y Sajonia antiguos, y antigua veneciana la cristalería. Terminado el banquete, simulóse la llegada de una cabalgata de poetas y cómicos vestidos á la usanza medioeval, y en el salón del trono, lleno de señoras de la más alta sociedad barcelonesa ricamente ataviadas, celebróse una velada literario-musical, que puso digno remate á las fiestas del castillo del Valle de Canet.

Como nota final diremos que S. M. no cesó ni un momento de expresar su admiración por las magnificencias de la señorial morada y de los festejos en ella dispuestos en su honor. – P.

(De fotografías de A. Merletti.)





Dormitorio de S. M. en el castillo



Dormitorio del Sr. Maura en el castillo



EL PATIO DE HONOR, en el que se admira el precioso claustro del antiguo monasterio del Tallat



LA CRIPTA, en donde está la admirable losa sepulcral, obra del escultor Blay

S. M. el rey D. Alfonso XIII en el castillo del Valle de Canet (Santa Florentina)



EL SALÓN DE HONOR dispuesto para la recepción de S. M



EL COMEDOR, durante el banquete regio (fotografía obtenida con luz artificial)

LA ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

TRIUNFO DE MR. TAFT

Después de una lucha de propaganda encarnizada, en la que se han pronunciado por los candidatos y por sus respectivos partidarios millares de discursos y se han gastado millones de dólars, hase efectuado la elección de los compromisarios, que á su vez habrán de elegir el presidente y el vicepresidente de la República.

La victoria ha sido para el candidato republicano Mr. Taft, á quien apoyaba resueltamente el presidente actual Mr. Roosevelt. Las mayorías por él obtenidas en los principales Estados son: en Connecticut, 35.000 votos; en Kansas, 26.000; en Minnesota, 90 000; en Nevada, 1.000; en Colorado, 5.000; en Illinois, 168.000; en Maine, 31.500; en Nueva Jersey, 84.000; en Ohío, 190 000; en Wáshington, 40.000; en California, 45.000; en Iowa, 40 000; en Maryland, 5 000; en Nueva York, 190 000; en Pensylvania, 30.000, y en Wyonnins, 5 000.

Los demócratas han obtenido las siguientes mayorías: en Kentucky, 15.000; en Missuri, 20.000; en Virginia, 20.000, y en los Estados del Sur, 436.000.

La mayoría total alcanzada por Mr. Taft asciende á 1.091.000 votos, superando á la que hace cuatro años obtuvo Mr. Roosevelt en los Estados de Nueva York, Nueva Jersey y Massachussets, y siendo menor en los Estados Oeste y Central, en donde hay gobernadores demócratas que han dado allí el triunfo á Mr. Bryand.

Calcúlase que en la elección definitiva obtendrán Mr. Taft 302 votos y Mr. Bryand 181; de ser así, el nuevo presidente resultaría elegido por algunos votos menos que Mr. Roosevelt en 1904.

El actual presidente, al conocer el resultado de las elecciones, hizo la declaración siguiente: «El nombramiento de míster Taft había sido un triunfo sobre la reacción conservadora; su elección es un triunfo sobre el radicalismo impúdico.»



Mr. Taft el futuro presidente de la República de los Estados Unidos y su sucesor Mr. Wright el nuevo secretario de Estado. (De fotografía de Carlos Delius.)



El notable pintor José Tapiró, autor de la acuarela que reproducimos en la primera página de este número. (De fotografía.)

Por su parte Mr. Taft, al enterarse de su victoria, dijo: «Creo haber sido elegido por los hombres de negocios del país, lo mismo demócratas que republicanos; y creo también haber obtenido una parte de los votos del partido obrero. Estoy muy satisfecho del resultado, y me comprometo desde ahora á trabajar con todas mis fuerzas para conseguir que mi gobierno sea digno sucesor del de Mr. Roosevelt.»

La elección de Mr. Taft fué saludada con un alza considerable en la Bolsa de Nueva York.

Como es de suponer, los vencidos se desahogan y procuran consolarse de su derrota diciendo que Mr. Taft debe su triunfo á las crecidísimas sumas destinadas por el partido republicano á los gastos de «corrupción,» es decir, electorales; pero se olvidan de decir que también los demócratas han prodigado el dinero, y sobre todo que desde hace muchos, muchísimos años, el oro es uno de los principales factores, si no el principal, de las elecciones en los Estados Unidos. En 1866, la elección presidencial costó 240 000 dólars; en 1876, los gastos se elevaron á 2.000.000; en 1884, á 2.400.000; en 1892, á 5.500.000; en 1896, á 6.000.000, y en 1900, á 9 000.000.

El total de las sumas invertidas ahora aún no se conoce, pero se supone con fundamento que será muy superior á las empleadas en elecciones anteriores.



D. Tomás Estrada y Palma, primer presidente de la República de Cuba, fallecido el 5 de los corrientes en Santiago de Cuba.

D. TOMÁS ESTRADA Y PALMA

El hecho de haber sido el primer presidente de la República de Cuba es la demostración más elocuente de la admiración y del respeto que por Estrada Palma sentían sus compatriotas. Su elección para la más alta magistratura del nuevo Estado, apenas se vió éste libre de la tutela que los Estados Unidos impusieron á la isla á raíz de su emancipación de la soberanía de España, fué un homenaje unánime del pueblo cubano al patriota ferviente y al político honrado, en quien cifraba grandes esperanzas.

Elegido en febrero de 1902, entró en funciones en 20 de mayo, y durante los cuatro años de su presidencia recibieron gran impulso el comercio, la instrucción y las obras públicas, logrando Cuba gran prosperidad económica. En 1906 fué reelegido por otros cuatro años; pero la revolución estallada á fines de aquel año obligóle á dimitir, estableciéndose entonces un gobierno provisional bajo la autoridad de los Estados Unidos.

Estrada Palma ha muerto pobre, y el gobierno cubano ha acordado una pensión para su familia.

Su entierro ha sido, según refieren los telegramas, una gran manifestación de duelo.

JOSÉ TAPIRÓ

Desde Tánger, en donde reside hace muchos años, ha tenido el eminente pintor la atención de remitirnos para su reproducción en nuestra revista la preciosa obra que en la primera página de este número publicamos. Ocioso nos parece hablar de los méritos de la acuarela ni de la alta significación de su autor en el arte español contemporáneo: aquéllos saltan á la vista y demuestran que Tapiró conserva toda su maestría como dibujante y ese dominio del color que han sido siempre su característica; y en cuanto á lo que el artista vale y significa, hable por nosotros la fama universal de que goza y que le ha colocado entre los primeros acuarelistas de nuestros tiempos.

Al honrar hoy nuestras páginas con el hermoso busto del *Santón Darkaguy* y con el retrato de nuestro ilustre compatriota, nos limitamos á agradecerle muy de veras su buen recuerdo y á felicitarle con entusiasmo por esa reciente y notable producción, nueva joya que ha de añadirse á la larga lista de las obras que lleva creadas.

CRUZ REGALADA POR EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ Á S. S. EL PAPA PÍO X.

Uno de los regalos más valiosos que con motivo de su jubileo sacerdotal ha recibido S. S. el papa Pío X es indudablemente la cruz que adjunta reproducimos y que le ha sido enviada por el emperador Francisco José de Austria. Es de oro, está adornada con 60 brillantes y 50 rubíes, unos y otros de gran tamaño, y ha sido confeccionada por el artista vienés A. E. Koechert. En su cara posterior lleva grabada la siguiente inscripción: *Franciscus Josephus I Imperator et Rex muneris Augusti bis sexqui lustra peregit gratur sacri lustra per acta decem. Pio decimo papæ. Anno jubilei utriusque MDCCCCVIII.*

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La santa*, comedia en un acto de Martín Giol, y en el Eldorado *La pesca del millón*, comedia en cuatro actos de Emilio Mario.

Asociación Musical de Barcelona. – Ha dado dos conciertos con la colaboración del eminente violinista Thibaud, quien tocó de un modo admirable el *Concierto en re menor* de Max Bruck; *Sarabande, Gigue* y *Chaconne* de Bach; un *Concierto*, de Mendelssohn; el *Concierto en si menor* de Saint Saens, y en unión del no menos eminente pianista Sr. Granados, la famosa *Sonata á Kreuzer*, de Beethoven, que fué una maravilla de ejecución y de interpretación. La orquesta, bajo la inteligente dirección del maestro Lamothe de Grignón, tocó muy bien la obertura de *Los maestros cantores*, *Souvenirs* de d'Indi, *Fêtes* de Debussy, la obertura *Leonora* n.° 3 de Beethoven y el poema sinfónico *La jeunese d'Hercule* de Saint-Saens. Para todos hubo muy entusiastas y merecidos aplausos.

Orfeó Català. – En el cuarto concierto de la temporada ha cantado con su habitual maestría varias composiciones bellísimas de los antiguos músicos clásicos catalanes Brudieu y Flecha y varias piezas de Millet, Lambert, Sancho Marraco, Romeu, Pérez, Viñas y Bach. El maestro Millet y sus orfeonistas fueron objeto de continuadas ovaciones.



Cruz de oro y piedras preciosas regalada por el emperador Francisco José de Austria á S. S. Pío X con motivo de su jubileo sacerdotal. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Sam soltó al kentuckiano, que hizo ademán de reanudar la lucha; pero Dervilly se plantó delante de él, y con acento frío, seco, contundente, le dijo:

—Como se menee usted, se va de la mina.

El kentuckiano, dominado por Dervilly, permanecía inmóvil, con los ojos fijos y la boca contraída.

—Y ahora, dijo Pedro tranquilamente, vamos á ver cuál de los dos tenía razón... ¿Por qué quería usted el lugar de Sam?

—Porque ya estaba yo harto de chapotear en aquel rincón fangoso, y bien podía ir allí, á su vez, ese condenado perro; esto habría sido lo justo.

—¿Y no ha habido más? ¿No se ha metido Sam en el sitio en donde usted trabajaba?

—¡No le habría reñido por ello!

—En este caso, no sólo ha obrado usted como un bruto, sino que además de parte de usted está toda la culpa... Si quería usted cambiar de sitio, era á mí á quien debía pedirlo, y yo habría accedido á su petición si realmente había usted permanecido demasiado tiempo trabajando en un mal terreno. Ahora estará usted allí toda la semana. ¡Ea, á trabajar!

El hombre recogió su pico y reanudó pesadamente su tarea; había quedado vencido. Los demás mineros, á pesar de que en general sentían muy pocas simpatías por Sam, acogieron favorablemente el fallo de Pedro.

—¡El francés sabe bien lo que se hace!, dijo un viejo de barba gris.

Sam quedóse con los ojos clavados en Dervilly con una especie de pasión, hasta que, pasado un rato, murmuró:

—Dicen que soy un perro... Pues bien, comodoro (1), el perro quiere á su amo. Si Sam ha de ladrar por usted, ladrará, y si ha de morder, morderá.

—Está bien, muchacho, respondió Dervilly en tono cordial; pero entretanto hay que ir á reforzar á los hombres de la nueva galería. Blackleave irá con usted.

Pedro permaneció un minuto bajo la impresión de aquella escena; no estaba descontento de ella, pues comprendía que había vigorizado la disciplina y le agradaba haberse conquistado la amistad de Sam. Pero muy pronto volvieron á acosarle sus preocupaciones, y se puso á pasear febrilmente por la caverna. De pronto llamóle la atención un movimiento que se produjo en la entrada de ésta; por ella penetraba un hombre en quien Dervilly reconoció á Guillermo Nightingale, el superintendente. Aquella visita desagradaba al joven ingeniero, que salió al encuentro de su jefe con aire contrariado.

—He venido á dar una vueltecita, dijo el recién llegado con voz que parecía un relincho.

(1) Oficial de marina de más graduación que un capitán de navío y de menos que un contraalmirante. Esta palabra, en ciertas jergas americanas, suele designar á las personas que han cruzado el Océano.

Y fijando sus ojos amarillos en los obreros, se encogió de hombros.

—¿Nada nuevo?, preguntó.



Dervilly, con un cinturón de salvamento puesto en bandolera, bajó hasta ella

—Nada, contestó Dervilly.

—Es un asco, replicó Nightingale silboteando y con las manos metidas en los bolsillos. He recibido carta de *allá abajo*, y hubiera querido enviarles, ya que no una buena noticia, algo siquiera que les animase. Esta maldita galería nos cuesta hombres, materiales y tiempo; me temo que no ha sido una idea muy feliz.

Su mirada era dura y sus labios tenían una expresión malévola; escupía en el suelo con aire de desprecio y de contrariedad.

—Y sin embargo, hay que hacer algo, murmuró Dervilly. Oportunamente sometí á usted mi proyecto...

—Y yo lo aprobé, exclamó Nightingale interrumpiéndole brutalmente. No digo lo contrario; calculaba que tal vez tendría usted suerte... Para mí, qué quiere usted, es preciso tener suerte, y usted no la tiene...

—Pero usted no sabe si la tendré mañana, ó pasado, ó la semana que viene; después de todo, no hace mucho tiempo que está abierta la galería.

—No, pero presenta mal aspecto. ¿Ha obtenido usted siquiera un mayor tanto por ciento?

Pedro movió la cabeza negativamente; comprendía que el superintendente le guardaba rencor por aquella decepción que, unida á tantas otras, le desacreditaba cada día más á los ojos de los Sres. Morrison y Abbot.

—¡Será usted causa de que me tomen por un imbécil', exclamó irritado Nightingale. Esta maldita mina me ha perjudicado ya de sobra. Es la última tentativa que autorizo, y si dentro de tres días no cambia la situación, suspendo los trabajos.

Pedro, que le escuchaba algo pálido y mordiéndose los labios, protestó:

—¡Esto no sería justo! Déjeme usted sólo uno ó dos hombres, si quiere, pero no interrumpa una tentativa cuya inutilidad no está probada ni mucho menos.

—No revoco nunca una orden.

—Corriente; pero supongo que á lo menos me permitirá usted que prosiga los trabajos por mi cuenta.

—Me es igual, con tal que no pierda una hora del trabajo de nuestros hombres.

—No la perderá usted.

—¿De modo que confía usted aún?, preguntó Nightingale riendo y encogiéndose de hombros.

—Tanto como el primer día.

—Es usted un visionario como Yellowground. Procure usted más bien aumentar la producción diaria..., que es todo lo que puede hacerse en esa mina infernal. *¡Farewell!*

Alejóse descontento, dejando á Pedro pensativo. El incidente, á la verdad, no tenía importancia, y á cualquier otro que no fuera Dervilly no le habría preocupado; pero él creía estar en una de esas horas decisivas para la suerte de un hombre en que el más insignificante azar puede convertirse en una gran desgracia. Y melancólico como estaba, rendido de fatiga, calenturiento, aún se exageraba el alcance de la aventura y se sentía presa de un gran desaliento, mientras allá en el fondo de su memoria surgían la figura irónica y triunfante de Fernando Beverley y otra en quien se compendiaba toda la belleza del mundo.

Pedro lanzó un suspiro, y en aquel mismo instante una mano le tocó suavemente. Su mirada se encontró con la de Sam *el Perro*.

—¿Qué quiere usted?

—Nada, señor, sino decirle que hemos sacado el bloque... ¿Quiere usted verlo?

—Vamos, dijo melancólicamente Dervilly echando á andar detrás del minero.

Al día siguiente, Guillermo Nightingale almorzaba, con aire taciturno, en su barraca de madera

encarnada. Por lo regular, aquella era la única comida que hacía con gusto, porque por la mañana la gastrorrea le dejaba rendido y por la noche sentía como fuego en el estómago. Sobre la mesa había una lonja de carnero, queso de California, anchoas, patatas y una serie de salsas en botellas á cual más fuerte; en una taza humeaba el te negro junto á una botella de doble cerveza y á otra de whisky apenas empezada. Nightingale, después de haber tragado la mitad de su ración de carnero con dos ó tres patatas, contemplaba aquel paisaje de fin del mundo que se ofrecía á su vista al través del grueso cristal del *long house.*

«Si tuviese un golpe de suerte—murmuró colérico—no estaría ni una semana más en esta repugnante cisterna.»

Y apartando malhumorado el te y la cerveza, sirvióse una buena copa de whisky.

«Esto es lo único bueno que hay aquí,» dijo suspirando, mientras sus ojos brillaban fosforescentes como luciérnagas.

Y sin embargo, comprendía el daño que le había hecho aquel licor de color de ámbar y oro. ¡Cuántas coyunturas perdidas por haberse entretenido en los bars en los momentos en que es preciso tener las dos manos prontas á agarrarse á la ocasión! No carecía de buen instinto; al contrario, había sido el promotor de soberbios negocios; pero jamás había podido sostenerse en terreno firme hasta el final y siempre había capitulado en condiciones desastrosas.

«¡Por vida de!..—exclamó.—Y no era justo, porque yo había hecho lo principal.»

Y dando un puñetazo sobre la mesa de pino, añadió:

«¡Si á lo menos esa condenada mina prosperase! Entonces podría emprender algún negocio con Morrison y Abbot...»

Sirvióse con rabia otra copa de whisky y se disponía á beberla cuando vió que alguien se paraba delante de la puerta.

«¡El visionario! Apuesto á que me trae malas noticias... ¡Adelante!,»—respondió al golpe que en la puerta dió Dervilly.

—Me figuro, dijo Nightingale indicando una silla á su visitante y sonriéndose con sorna, que habrá ocurrido por allá algún accidente... ¿Un desprendimiento..., alguna máquina estropeada?

—No, respondió Pedro flemáticamente; vengo á hablar á usted de la galería.

—¡Ah!

—Después de haber apartado un gran bloque que estorbaba mucho á los obreros, me ha parecido que la piedra era más rica en metal y he empleado la dinamita.

—¿Y ha habido alguna desgracia?

—Hemos analizado los escombros y á simple vista puede calcularse que el cuarzo producirá de un diez á un veinte por ciento más de plata... Yellowground recibirá dentro de un momento las dos banastas de prueba, 52 y 53 T.

—¡Un diez ó un veinte por ciento!, murmuró el superintendente. ¿Y lleva la cosa trazas de continuar?

—Toda la nueva pared descubierta es homogénea.

Nightingale se acercó al teléfono y llamó.

—Voy á prevenir á Yellowground, quien antes de una hora nos dirá exactamente la proporción de la plata... ¿Una copa de whisky?.. Amigo mío, si no se ha equivocado usted y la vena es profunda..., la situación puede variar notablemente y empezar para nosotros la era del beneficio.

Oyendo que por el teléfono le contestaban, interrumpió su conversación con Dervilly.

—¡Jimmy!.. Dentro de un momento recibirá usted dos vagonetas 52 y 53 T. Haga usted en seguida el análisis, porque nos urge conocerlo... ¿Entendidos? *¡All right!*

Y dejando nuevamente los receptores en su sitio, volvió á sentarse ante su mesa.

—¿Quiere usted esperar aquí el resultado, ó prefiere volver á las cavernas?

—Prefiero volver allá arriba.

—Lo mismo haría yo si estuviese en el lugar de usted... Ya le telefonearé, y si hay buenas noticias, subiré yo mismo á dárselas.

Algunos minutos después estaba Pedro en la segunda caverna, y la hora que allí pasó no tuvo nada de agradable, pues aunque los escombros seguían presentando un aspecto excelente, sentía grandes temores y dudas. Su análisis somero y hecho en una limitada cantidad de mineral podía ser destruído por un examen más severo y practicado con instrumentos apropiados y en una masa relativamente considerable. De aquí que sintiera cierto encogimiento de corazón cuando un minero le anunció la llegada del superintendente y de Jimmy Yellowground.

Hizo, no obstante, un esfuerzo para mostrarse impasible y muy pronto quedaron desvanecidas sus inquietudes.

—Acertó usted, díjole Nightingale alargándole la mano. La carga da un veinte por ciento más de metal.

—Y lo da francamente y de un modo constante, añadió Yellowground. Si la veta es larga, está salvada la mina, y los Sres. Abbot y Morrison realizarán pingües beneficios. ¡Tienen mucha suerte, en medio de todo!.. Pero veamos el nuevo *stuff.*

Penetró en la galería, lanzó una mirada inteligente á los escombros y luego al nuevo orificio, y volvió diciendo:

—No me extrañaría que la mina fuese persistente y más bien más rica cada vez. En este caso, habría usted tenido un famoso comienzo.

—¡Tanto mejor!, gruñó el superintendente. No basta que uno sea entendido en su profesión; ha de tener además olfato y suerte. Si tiene usted suerte realmente, señor comodoro, será para mi gran satisfacción tenerle á usted en la mina.

Transcurrieron diez días, durante los cuales la galería había sido ahondada y ensanchada, y no cabía duda de que la veta se extendería á gran distancia; la parte descubierta prometía una recolección favorable y hasta había aumentado la proporción de la plata. Una mañana el cartero de la mina llevó una carta de los Sres. Abbot y Morrison, quienes felicitaban lacónicamente al joven ingeniero y le concedían una prima sobre el beneficio neto de la explotación. Aquella carta emocionó extraordinariamente á Dervilly, pues ella confirmaba su primera realización práctica; hasta entonces había obrado como mero subalterno, pero la participación le hacía intervenir con carácter activo en un negocio verdadero, llevado por dos de las más poderosas individualidades del mundo americano.

Después de haber leído la misiva varias veces, se dijo:

«Tenemos ya que la quimera va siendo menos quimérica.»

Y con cierto cariño contemplaba la penumbra en que se abría *su* galería, y en donde unos hombres rudos y tenaces realizaban su idea y trabajaban para él. Pero de todos modos, aquello era sólo un comienzo, no un fin, y ¡cuántos años se necesitarían, de no sobrevenir un golpe de la fortuna, para que de aquella veta brotase la fuerza mágica capaz de vencer al destino! Pedro pensaba en la confidencia del almirante; pero, por otra parte, un extraño ensueño le acosaba y le empujaba hacia aquella tercera caverna en cuyo fondo mugían las aguas del abismo.

Día y noche, desde su llegada, calculaba las riquezas que el torrente debía haber arrancado de aquella montaña llena de metales preciosos, los tesoros que debía haber amontonado en el fondo de las negras regiones subterráneas.

XVII

Pedro había logrado atraerse las simpatías del indio Chonn-Monn-Y Case, á la par que se aseguraba la fidelidad de Sam *el Perro;* y aquello le alegraba, porque entraba en sus planes hacerse con uno ó dos auxiliares subalternos de quienes pudiera fiarse en algún momento difícil. Con Sam, las circunstancias habían sido propicias: aquel hombre extravagante, para quien sus compañeros de mina tenían más pullas que palabras buenas y que por sus maneras, por su mutismo, por su pelo irregular, por sus desmesurados brazos, por su estatura demasiado baja y á la vez demasiado gruesa, y también por su timidez, no había logrado gustar á ninguna mujer, vivía solitario y misántropo. Su corazón, sin embargo, era tierno; así es que, impresionado desde un principio por el buen trato de Dervilly, le cobró afecto, gustábale oir la voz del francés, le obedecía con ardor y temblaba de orgullo cuando recibía de él algún elogio. Pero lo que puso el colmo en su sentimiento de veneración, fué el acto de Pedro al tomar su defensa contra el kentuckiano; desde aquel día tuvo para su jefe una abnegación salvaje y sentíase dispuesto á seguirle hasta el fin del mundo. Y muy á menudo el joven ingeniero sorprendía al *Perro* mirándole con una especie de adoración...

La conquista de la simpatía de Chonn-Monn-Y-Case no había sido tan rápida; porque si bien el indio comprendía que el francés le miraba con buenos ojos, recibía con deferencia sus órdenes y las ejecutaba al pie de la letra, sin usar para con él del derecho de trabajar lo menos posible que se había arrogado en frente de los expoliadores de su raza, por otra parte manteníase en la defensiva, dominado por la desconfianza profunda que caracteriza á los Pieles Rojas. Pero poco á poco fué humanizándose y comenzaba ya á contestar con menos recelo á las preguntas que á veces, por la noche, después del trabajo, le dirigía Dervilly.

La amistad nació el día en que Pedro celebró francamente los méritos del gran antecesor del indio que había llevado el mismo nombre de Chonn-Monn-Y Case á fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Un domingo, Pedro había bajado á los valles inferiores; el tiempo, por casualidad, era casi benigno. Primero se ofrecieron ante sus ojos murallas graníticas que destacaban sus puntiagudos dientes sobre un cielo azul plomizo, bosques de alerces rechonchos, de abetos apretados unos contra otros como gigantescos animales verdes; luego, á la salida de un desfiladero transversal, pinos enormes, algunos tumbados sobre el abismo y tan podridos que el pie se hundía al apoyarse en ellos; después, malezas, más abetos y prados de grana azul salpicados de nieve. Una zorra azul se deslizaba entre la hierba; grandes alondras se elevaban dando vueltas en el aire húmedo; algunos halietos cerníanse á gran altura sostenidos por sus alas cortantes como cimitarras, mientras un coyote asustado saltaba bruscamente entre dos montículos.

La pendiente fué haciéndose más suave y Pedro hallóse en un gran circo, apenas más inclinado que las llanuras, en cuyo fondo corría impetuosamente un espumoso río, que á intervalos asomaba su brillante superficie entre los grandes álamos ó detrás de los sauces. Allí aparecía la vida abundante y salvaje: un ciervo de negra cola que con sus cervatos bebía en un remanso, husmeó el olor temible del hombre y escapó en vertiginosa carrera; unas cercetas se ocultaron entre las cañas secadas por el otoño; una bandada de avutardas emprendió el vuelo, pesadas al principio, pero rápidas y ligeras luego como grullas; algunos ánades silvestres se posaron sobre un promontorio, completando aquel animado espectáculo de la naturaleza multitud de albranes, de palomas cenicientas y de hermosos cisnes blancos como la espuma de las cataratas, y un oso negro, semejante á un negro grotesco, que buscaba su desayuno á lo largo del río.

Dervilly, con la carabina al hombro y un sólido *bowie* y dos revólvers al cinto, no se cansaba de contemplar aquel cuadro, en el que encontraba el ensueño profundo que yace en el alma de los jóvenes, indeleble huella de la existencia de los antepasados, remembranza obscura de todas las obscuras alegrías que en el seno feroz de la naturaleza saborearon las hordas humanas.

Pedro siguió lentamente el curso del río. Un sol de ámbar nacarado se reflejaba en los remolinos, y el agua, que parecía un ser colosal formado de millares de seres no individualizados todavía, escapábase con frescos clamores, arrastrando grandes masas de plateados peces. Luego oyéronse los infatigables rugidos de una catarata, y apareció ésta quebrándose por encima de peñascos de rojo pórfido, tan clara como la nieve y tan veloz como una manada de mustangs.

Dervilly se estuvo largo rato contemplándola; y como aquel espectáculo infundía en todo su ser una emoción consoladora, pensó que si no podía conquistar á Juana, tal vez se abandonaría á una nueva vida libre y aventurera.

El movimiento de una sombra le sacó de sus meditaciones, y al volverse, vió la alta figura, el rostro taraceado y la azulada cabellera del indio Chonn-Monn-Y Case. El Piel Roja se sonreía con gravedad; pero su sonrisa no pasaba de los labios; sus ojos conservaban su fijeza, su impasibilidad, su misterio.

—¿Chonn-Monn Y Case acecha algún ciervo de negra cola ó algún antílope?, dijo Pedro hablando instintivamente en tercera persona, según costumbre del minero.

—No, respondió el indio con voz cavernosa. Los blancos han matado demasiados ciervos y antílopes; han despoblado los bosques, las montañas y las praderas. Si Chonn-Monn-Y Case mandara, dejaría á los animales tiempo para crecer de nuevo.

—Es verdad, dijo Pedro asintiendo á las palabras del indio; los blancos abusan de la vida.

—Matan del mismo modo que los niños arrancan la fruta verde ó destrozan los capullos, y de este modo destruyen sus propias generaciones. Sobre sus ruinas renacerá el Hombre Rojo y devolverá la vida á las grandes selvas y á las sabanas sin límites.

Dervilly no contestó. La ilusión del indio le conmovía; y aunque sabía que toda la naturaleza primitiva estaba destinada á desaparecer para ser reemplazada, después del reinado del Hombre, por una naturaleza muy diferente de la que había producido los animales y las plantas antiguos, compartía la melancolía del salvaje.

—Chonn-Monn Y-Case no ha querido disgustar al jefe francés, dijo el indio con dulzura.

—No me ha disgustado usted, replicó vivamente Dervilly. Como usted, no creo en la eternidad de la raza blanca; la raza blanca perecerá.

—¡Sí, sí!, exclamó el indio, cuyas pupilas centellaron. La raza blanca tendrá su fin.

Dieron algunos pasos por la orilla del río, y luego Pedro preguntó:

—Usted es el último descendiente de un célebre caudillo, ¿no es verdad?

El indio lanzóle una mirada penetrante, pero sus ojos no descubrieron la menor señal de ironía en el rostro del joven, y además su oído había percibido un acento simpático.

—Chonn-Monn Y-Case desciende del gran caudillo de los Ottoés, exclamó con orgullo. Antes de él, los Ottoés habían sido humillados por los Pawnies Lobos, por los Pancas, por los Siux, por los mexicanos y por los americanos, y vagaban miserablemente por la pradera. Sus armas eran malas, sus cuerpos flacos y debilitados por la falta de alimento, su jefe tenía un corazón de bisonte, sin astucia, sus hijos morían como peces en un río desecado y sus mujeres ni fuerzas tenían ya para ser madres. Entonces fué cuando Chonn Monn Y Case comenzó á revelar su energía, su valor y su astucia; él descubría los mejores cazaderos; él cambiaba las pieles de puma, de oso y de ocelote por rifles y pólvora; él robaba caballos á nuestros enemigos, los Saukos y los Zorros. Un día en que iba al frente de un pequeño grupo, fué perseguido por una partida de Omahas; los Ottoés estaban casi cercados y su pérdida parecía segura; pero Chonn Monn-Y-Case atrajo á los Omahas á un pantano cuyas vueltas conocía perfectamente y los dispersó, cogiendo á cinco de ellos, que perdieron sus cabelleras. De regreso en la tribu, fué igual y luego superior al anciano jefe, y su reputación se extendió por toda la Pradera. Capturó doscientos caballos á las tribus enemigas, derrotó á varias partidas de Siux, de Pancas y hasta de mexicanos; mató dos osos grises, alióse con los Misuríes, y llegó á no temer á ningún pueblo rojo y á tratar como gran jefe con el Padre de los Estados Unidos y con los Mexicanos de California, del Arizona y de la Sonora. El solo, por consiguiente, había hecho revivir una raza vencida, y la habría puesto por encima de los Siux y de los Pawnies Lobos si su vigor no hubiese sido aniquilado por la fiebre de las lagunas.

Calló el indio; su rostro estaba contraído y sus ojos miraban con extraordinaria fijeza. Dervilly le había escuchado con melancólico interés. En aquel humilde minero persistía toda la historia de una raza decaída. ¡Cuántos miles de años habían vivido en su continente solitario aquellos hombres á quienes tres siglos de civilización habían poco menos que aniquilado!

Después de un minuto de silencio casi solemne, Pedro reanudó la conversación.

—¿No dijo usted el día en que yo entré en la mina que buscaba usted las armas de sus antepasados?

El indio rióse con risa gutural y bondadosa.

—Hablo así, respondió, para los Rostros Pálidos. Me consideraría dichoso si encontrase la tumba y las armas de Chonn-Monn Y-Case, que hoy ocultan las praderas, los campos ó las casas de los invasores; pero ¿cree usted que ignoro que un buen rifle moderno y los nuevos revólvers valen más que el viejo fusil, las pistolas enmohecidas y el tomahawk de mi antepasado? No es esto lo que quiere decir Chonn Monn Y-Case, sino que espera alcanzar la sabiduría y la prudencia del gran caudillo; pero ¿sería esta sabiduría lo que era hace cien años? Entonces el indio podía aún creer que la tierra era libre y que se le dejarían grandes reservas, al paso que hoy sabe que ha de comprar la tierra con oro, plata ó billetes de Banco y que ha de estar inscrita á su nombre. Chonn-Monn Y-Case quisiera llegar á ser rico, comprar una extensa sabana y un bosque, en donde viviría con su familia y dejaría unos numerosos descendientes que crecerían hasta que los blancos se hubiesen hecho á sí mismos imposible la vida.

Era aquella una quimera tan irrealizable como la de los antiguos caudillos, pero estaba muy por encima del corto entendimiento de los salvajes. Pedro, no queriendo desanimar inútilmente al indio, le dijo:

—¡Chonn-Monn-Y-Case se ha hecho cargo de la vida moderna!

—¿Lo cree usted así?, exclamó el Piel Roja con alegría infantil y el rostro repentinamente serenado.

—Lo creo, respondió amablemente Dervilly.

Entonces el indio, abandonando su reserva, cogió la mano del joven.

—Chonn Monn Y Case se alía con el jefe francés, le dijo; sus brazos, su corazón y su cabeza serán para usted los brazos, el corazón y la cabeza de un hermano.

Aquella declaración agradó sobre manera á Dervilly, porque sabía que no se trataba de palabras vanas, sino que podía contar con la lealtad del salvaje, aparte de lo que pudieran beneficiarle su astucia, su instinto sutil y su extremada discreción.

Así se completaba el plan que se había trazado desde los primeros días en que había desembarcado en tierra americana, plan que consistía en conquistarse por un lado la confianza y por ende el apoyo de una casa poderosa, y por otro la lealtad de dos hombres, por lo menos, de quienes pudiera fiarse incondicionalmente. Ahora tenía ambas cosas; por esto había cierta alegría de conquistador en el apretón de manos que dió al Piel Roja.

—Procuraré, dijo gravemente, poniendo término á la conversación, ayudar á Chonn-Monn-Y-Case en sus proyectos, como él procurará ayudarme en los míos.

XVIII

Jimmy Yellowground no había sido el único en experimentar la atracción del abismo, sino que aun antes de que se descubriera la mina, varios blancos y quizás mayor número de Pieles Rojas habían tenido la curiosidad de hacerse bajar desde el nivel del río subterráneo. Y aun se refería la leyenda de un minero que había sido arrastrado por las aguas y del cual no se había encontrado la más pequeña huella. Dervilly había efectuado varios descensos preliminares antes de su encuentro con Chonn Monn-Y Case en el valle del Cinnamon Bear, descensos que no habían presentado grandes difidultades porque Yellowground había hecho instalar en otro tiempo una escala de cuerda con travesaños de bambú que, en caso de urgencia, podía subirse por medio de una cabria. Aquella escala iba á parar á una plataforma de pórfido encarnado, de suave pendiente cuya anchura máxima no excedía de una yarda y cuya longitud tendría unos tres metros. Era la plataforma la única eminencia practicable de las paredes, pues si bien en éstas había varias anfractuosidades, asperezas y brechas, únicamente habría podido mantenerse en equilibrio en ellas algún mono atleta ó algún lemúrido. En aquella estación la plataforma se hallaba á dos pies del nivel del río; en algunas ocasiones debía el agua cubrirla, y en otras, en cambio, distaría más de la corriente. La espuma que de continuo la salpicaba habíala puesto resbaladiza; de modo que el apoyarse en ella era peligroso, y para sostenerse era muy conveniente ayudarse con las puntas de las rocas ó utilizar unos garfios que había mandado clavar Yellowground.

Lo primero que sorprendía en aquella húmeda cisterna era la temperatura, más elevada que en las cavernas, en las cuales, sin embargo, reinaba, aun en el rigor del invierno, un ambiente tibio; parecía como si las paredes estuvieran calentadas por algún aparato misterioso.

La corriente era muy rápida y una espuma palpitante cubría casi toda la superficie de las aguas que, después de precipitarse tumultuosamente por una abertura toscamente arqueada de la cual sólo dejaban libre un estrecho segmento, agitábanse en la cisterna dominada por la plataforma, dejando oir como rugidos de coyotes, ladridos de grandes dogos y mugidos de bisontes. La cisterna se ensanchaba hasta alcanzar una anchura de treinta toesas, y luego se estrechaba hasta terminar en una brecha de salida en forma de ojiva puntiaguda; al llegar allí, las aguas saltaban aún con mayor ímpetu para perderse después en las tinieblas. Proyectando el haz de una luz eléctrica, se veía que la bóveda era allí más alta que aguas arriba; pero hasta donde alcanzaba la claridad, no se distinguía señal alguna de orilla y sí solamente las espumosas ondas y las dos paredes inclinadas una sobre otra.

El domingo siguiente al de su paseo por el valle del Cinnamon Bear, Dervilly se quedó, para guardar las minas, sólo con Sam *el Perro* y Chonn Monn-Y-Case. La noche antes había hecho fijar una cuerda sólida á una segunda cabria, á fin de estar preparado contra cualquier sorpresa. Sam y el indio habían de vigilar en el orificio, mientras Dervilly, provisto de una buena linterna y de algunas herramientas, bajaría hasta la plataforma.

Serían las ocho de la mañana cuando Pedro, después de minuciosas recomendaciones, se aventuró á descender por la escala de cuerda. Bajó despacio, deteniéndose de cuando en cuando para inspeccionar la pared, por más que, desde un principio, no fuese allí en donde esperase encontrar algo. Llegado que hubo á la plataforma, procedió á un examen más detenido y más largo que en los descensos anteriores. La parte del torrente-río de aguas arriba no le interesaba gran cosa; esto no obstante, se entretuvo en calcular la rapidez de la corriente y la naturaleza de las rocas, y trató de ver, valiéndose de los rayos de su linterna, si la bóveda se elevaba más que en el orificio. Esta investigación fué negativa, pues la luz se quebró en un estrecho pasadizo que parecía terminar de un modo brusco, sin duda á causa de un cambio de dirección de la corriente.

El examen de las paredes no reveló nada de particular; á trechos había algunas grietas, pero todas sin salida. En cuanto al canal de desagüe, permitía seguir el curso de las aguas hasta bastante lejos; la bóveda se presentaba muy desigual, llena de protuberancias y de agujeros, y seguramente en algunos sitios debía ser muy elevada.

Lo que interesaba á Dervilly era saber si había señales de orillas ó por lo menos de cornisas abordables; pero aunque los rayos de su lámpara le permitían distinguir el recodo del pasadizo hasta una distancia de ciento cincuenta metros, sólo descubrió paredes inaccesibles con algunos festones abruptos y en extremo inclinados.

«De modo—pensó Dervilly cuando hubo terminado su exploración,—que no hay puntos de apoyo para comenzar...»

Quedóse pensativo, recostado en la pared, buscando la manera de establecer paradas; hormigueaban los proyectos en su imaginación y siempre volvía á los más sencillos, que son, en general, los más prácticos, sobre todo cuando se entrega uno á lo desconocido. Mientras daba vueltas á su idea, púsose de nuevo á examinar la roca que dominaba la cornisa, y al fin hubo de llamarle la atención un garfio enorme, hundido casi hasta la clavija encima de una parte estrecha de la piedra saliente; muy enmohecido y de una forma bastante rara, interesó á Dervilly tanto más cuanto que había atado á él un fragmento de cuerda semipodrida y probablemente muy vieja.

En la situación de ánimo en que se hallaba, no vaciló ni un instante acerca del significado de aquel descubrimiento: era indudable que algún hombre osado había partido de allí, en otro tiempo, para explorar el abismo, y aquella cuerda era seguramente el único vínculo que le unía con el mundo exterior. ¿Había descubierto algo? ¿Había vuelto? ¿Era acaso el minero desaparecido cuya leyenda subsistía entre los obreros de las cavernas?

Pedro no se entretuvo en contestarse á todas esas preguntas; era menester obrar, y para obrar precisaba abandonar aquel sitio vertiginoso. Lo que convenía era preparar allá arriba el viaje.

Subió de prisa la escala, y en seguida comenzó los primeros preparativos, ayudado por Sam *el Perro* y por Chonn-Monn-Y-Case.

Aquel trabajo no le cogía desprevenido; desde hacía tres semanas suponía que tendría necesidad de materiales, y como no quería utilizar nada de la mina, había comprado todo lo que le hacía falta en los bien surtidos *stores* de las inmediaciones del valle del Cinnamon Bear, en donde se proveían los buscadores de minas, tan numerosos en aquel distrito, y los cazadores y pescadores de paso. Antes de mediodía, los tres hombres habían construído una pequeña balsa rudimentaria, pero muy sólida, que junto con grandes paquetes de cuerdas, varias cadenas, ganchos, un martillo, un pico, un hacha, garfios, clavos y tornillos, había de ser descendida por medio de una de las cabrias. Aquella vez Pedro se hizo acompañar por Sam, que trabajaba perfectamente la piedra y que entre otras habilidades tenía la de clavar admirablemente un garfio. Gracias á él, sólidas ataduras retuvieron los dos rollos de cuerda que Pedro se proponía ir soltando á medida que fuese arrastrado por la corriente.

Cuando los preparativos estuvieron terminados, Chonn Monn-Y Case hizo descender lentamente la balsa, que sin dificultad fué puesta á flote y quedó amarrada á la plataforma por medio de una cadena. Dervilly, con un cinturón de salvamento puesto en bandolera, bajó hasta ella con su provisión de cuerdas; y cuando se sintió traqueteado por el agua impetuosa, tuvo un ligero estremecimiento que cesó en seguida, porque Pedro era de la casta de hombres que, una vez aceptado el peligro, son punto menos que inaccesibles al miedo.

—¡Suelte!, gritó con acento firme.

Pero Sam no obedeció; su rostro feroz expresaba temor, turbación, simpatía ardiente.

—¡Por Dios, comodoro!, exclamó con voz ronca. ¡No se aventure usted solo en esta empresa condenada! ¡Déjeme que le acompañe!

(Se continuará.)

LA INDUSTRIA DE LA MADERA DE KAURI, por D. W. O. Fagan

En ninguna otra parte del mundo se encuentra el árbol llamado kauri, sino en la región septentrional de la Nueva Zelanda del Norte; árbol soberbio, no sólo por su tamaño, sino también por su forma y aspecto; álzase su tronco majestuosamente sobre los robustos contrafuertes que le prestan las raíces, alcanzando una altura de más de 60 metros; hasta los 24 ó 27 no viene ninguna rama á interrumpir la lisura de tal columna, que adelgaza muy poco antes de llegar á la copa, de manera que un tronco de cuatro metros de diámetro en su base conserva casi esa misma dimensión inmediatamente debajo del ramaje que le corona.



Un tronco de kauri transportado en ferrocarril

Por término medio la circunferencia del kauri suele ser de 4 y medio á 7 metros, pero hay muchos que la tienen de 12 á 15; otros se han cortado en los que pasaba de los 19, y de estas dimensiones todavía quedan bastantes en los bosques de esos árboles que aún se conservan.

Lo que más impresión causa al que por primera vez penetra en uno de esos bosques, es la grandeza de todo cuanto le rodea y la relativa pequeñez de las obras del hombre. No es únicamente la enorme corpulencia de los árboles lo que le llena de respeto y admiración, sino más bien el gran número de ellos, casi iguales todos en altura y tamaño, alineados en filas que por todas partes se prolongan hasta perderse de vista.

La explotación del kauri constituye una de las industrias más importantes de la Nueva Zelanda del Norte, así por la multitud de trabajadores que en ella se emplean, como por el mucho dinero que á la isla produce la exportación de su madera. Puede afirmarse, sin temor de exagerar, que en la región al Norte de Auckland, la mitad casi de la población, en una ú otra forma, está interesada en esa industria, que es el recurso principal con que cuenta para su subsistencia.

Antiguamente las selvas de kauris eran mucho más extensas y cubrían casi toda la isla al Norte de una línea imaginaria trazada de Taupo á Kawhia; al Sur de ella no se han hallado vestigios de esos árboles. Aún quedan bastantes, á pesar de que se cortan y labran en número que cada año se hace mayor, desde hace treinta y cinco. En Puhipuhi se conserva un monte, que ocupa una extensión de 64 kilómetros de largo por 32 de ancho, perteneciente al gobierno y al cual no se permite tocar por ningún concepto: si esa prohibición continúa, se evitará que el kauri haya desaparecido por completo en el plazo de veinte años, como sucedería irremisiblemente en caso contrario.

Para derribar esos árboles gigantescos, se comienza por construir alrededor del tronco, á unos dos metros del suelo, un tosco andamiaje ó plataforma, sobre el que se colocan los trabajadores; con el hacha se practica una cortadura de dos ó tres pies de profundidad por la parte por donde el árbol ha de caer. Por la opuesta y unos centímetros más arriba principian á morder los dientes de acero de la sierra. Cuando ésta ha penetrado lo bastante para perderse de vista, se introducen cuñas en la cortadura, pues sin ellas el peso de la madera oprimiría de tal modo la sierra, que no podría funcionar.

Lentamente el árbol va separándose de la perpendicular; unos cuantos golpes más en las cuñas, unos cuantos avances más de la sierra y allá va; óyese el henderse y estallar de la madera, el chasquido de las hojas cortando el aire, y poco á poco primero y luego con ímpetu, cae la columna de 24 metros y otros 60 de ramas y hojarasca con retumbante estruendo.



Transporte de troncos de kauri por el río Waiwa. Los troncos están detenidos por falta de agua que los arrastre



Tronco de kauri derribado

A pesar de todas las precauciones que se toman, puede un árbol, bien por una repentina racha de viento, bien por chocar con otro, desviarse al caer. Otras veces las ramas, dando en tierra primero, le hacen recular; estos son los dos mayores peligros de que han de guardarse los que se ocupan en derribarlos. La muerte es pronta y sin dolor para aquel á quien un kauri coge en su caída; queda deshecho por completo. Hasta la simple rozadura del tronco ó de una rama es lo bastante para lanzar á un hombre á muchas varas de distancia, y por feliz puede darse si escapa con sólo algunos huesos rotos, tal es el peso de la mole que cae.

Los bosques más fáciles de ser explotados hace mucho tiempo que desaparecieron; la mayoría de los que quedan están en la región montañosa, fuera de los límites de la civilización, lejos de toda clase de caminos; así es que el arrastre y conducción de tan enormes troncos es empresa ardua y peligrosa. Cuando está próximo algún río se aprovecha su corriente; cuando no, hay que arrastrarlos con bueyes hasta la estación de ferrocarril más inmediata, después de vencer, á fuerza de habilidad y tesón, las innumerables dificultades de la ruta.



El eminente dramaturgo francés Victoriano Sardou, fallecido en París el día 9 de los corrientes

El eminente dramaturgo francés que hace pocos días falleció en París, había nacido en aquella capital en 1831. Hijo de una modesta familia, después de terminados sus estudios en el Liceo Enrique IV, hubo de dar lecciones y de trabajar en la Enciclopedia Didot para ganarse el sustento. Su primera obra dramática *La taberna de los Estudiantes* (1854) representóse en el Odeón, pero fué un fracaso. Cinco años después lograba su primer éxito, y desde entonces su carrera fué una serie casi no interrumpida de triunfos.

Escribió más de sesenta obras dramáticas, de entre las que sobresalen *Nos intimes* (1861), *La famille Benoiton* (1865), *Nos bons villageois* (1866), *Patrie* (1869), *Fernande* (1870), *Rabagas* (1872), *Andrea* (1875), *Ferreol* (1875), *Dora* (1877), *Divorçons*, *Odette* (1880), *Fedora* (1882), *La Tosca* (1887), *Cleopatre* (1890), *Thermidor* (1891), *Madame Sans Gêne* (1893), *Gismonda* (1894), *La Sorcière* y *Le drame des poisons* (1907).

Cultivó todos los géneros, la comedia, el drama y la tragedia, y en todos ellos demostró sus talentos especiales y muy particularmente su maestría en el desarrollo de la acción, maestría por nadie superada y que le permitió interesar y dominar como pocos autores al público.

«Dotado de todo cuanto puede dar la naturaleza – ha dicho últimamente un célebre crítico francés – adquirió todo lo que á ello pueden añadir el esfuerzo, la reflexión y la paciencia. Por esto fué todo un maestro, y por tal entiendo no sólo el que domina, sino también el que enseña. Nadie ha tenido más habilidad, más ingenio, más recursos, pero todo esto solamente sirvió para adornar, ordenar y poner en obra lo que en él había de verdaderamente deslumbrante, la imaginación... La imaginación de Sardou era mágica; todos los prodigios le eran familiares; sabía crear y sabía también resucitar.»

ULTIMOS PROGRESOS DE LA NAVEGACIÓN AEREA



El dirigible alemán *Zeppelin* n.° 5 evolucionando sobre el lago de Constanza
(De fotografía de Carlos Delius.)



El dirigible francés *Clement-Bayard* encaminándose desde Sartrouville á París
(De fotografía de Nouvelle-Photo.)

Son realmente maravillosos los progresos realizados en poco tiempo por la navegación aérea; el problema de la conquista del aire parece muy próximo á su solución definitiva, alcanzada á la vez bajo las dos formas de aerostación y aviación. La emulación entre globos dirigibles y aeroplanos es cada vez mayor, y bien puede afirmarse que los éxitos brillantes se suceden diariamente, conseguidos ora por Wrigth, Farmann, Bleriot, Delagrange, etcétera, en sus aparatos voladores, ora por los aeróstatos *Ville de París*, *Clement-Bayard* (franceses), *Zeppelin* (alemán), *Crocco-Riccalcidini* (italiano), y otros.

El globo *Clement-Bayard*, del que muy pocos tenían noticia, efectuó el día 29 de octubre último su primera salida con el resultado más satisfactorio, evolucionando con precisión admirable por espacio de cinco horas. Salió de Sartrouville dirigido por Enrique Kapferer, á quien acompañaban los Sres. Clement, Charrón, Guillelmón, Binón y Sabatier, marchó hacia París, ejecutó varios movimientos sobre la capital y regresó á su punto de partida, obediente siempre á la mano del piloto y sin haber experimentado el menor accidente.

El *Clement Bayard*, construído por los Sres. Kapferer y Surcouf, mide 60 metros de longitud y 10'50 de diámetro y tiene una capacidad de 3.500 metros cúbicos; es fusiforme, lleva una barquilla de 28 metros de largo, un timón y una hélice de madera de cinco metros de diámetro y está movido por un motor de 120 caballos. Su velocidad es superior á la de todos los otros dirigibles, y sus condiciones de estabilidad y dirección son excelentes.

El conde Zeppelin no ha desmayado después del terrible accidente ocurrido á su globo n.° 4 en Echterdingen hace poco más de tres meses. En este corto período ha construído el *Zeppelin* n.° 5, que efectuó su primera salida el día 24 de octubre último, partiendo del cobertizo flotante de Manzell y dando la vuelta por Friedrichshafen El 26 realizó otro viaje por encima del lago de Constanza, y finalmente el día 27 hizo un nuevo ensayo, llevando á bordo, además del inventor, al príncipe Enrique de Prusia.

El éxito de esas pruebas ha sido excelente, y el conde Zeppelin, en la última de las mencionadas, fué felicitado calurosamente por el emperador, quien se propone, en breve, realizar una ascensión en el nuevo aeróstato. El *Zeppelin* n.° 5, al decir de los que lo han visto funcionar, evoluciona con más precisión y facilidad que sus antecesores.

La subscripción nacional para la construcción de globos Zeppelin alcanza actualmente la cifra de siete millones de marcos (8 750 000 pesetas).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 23 de noviembre de 1908 — Núm. 1.404



EN LA CANTERA, grupo escultórico del renombrado artista belga Guillermo Charlier

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Jamás he podido explicarme—¡pero son tantas las cosas que no logra uno explicarse en su vida!—por qué se avergüenza una población ante el hecho de que en su recinto se verifique una ejecución capital.

Que se experimente una impresión de tristeza, que se excite la sensibilidad, sí es natural: porque son las especies sensibles las que determinan los movimientos del ánimo, y la idea de una ejecución va acompañada de una serie de representaciones que nada tienen de alegres y pueden y deben mover á piedad y á compasión. Pero ¿vergüenza? Eso sí que, mírese por donde se mire, no se entiende. Concibo, en una ciudad, avergonzarse del mal estado del piso, ó de las deficiencias en las escuelas, ó...

¿Es que las poblaciones tienen la pretensión de que en su recinto no ha de nacer un criminal, ó que si nace, ha de elegir cuidadosamente otro lugar para llevar á cabo sus fechorías? ¿Es que suponen que si viene un criminal de afuera, no debe tener la desfachatez de cometer el crimen en la ciudad? ¿Es que el cometerse en una ciudad un crimen supone algo en contra de dicha ciudad? ¿Es que no se han cometido, cometen y cometerán (si Dios no lo remedia) crímenes en todas partes?

Y lo donoso consiste en que el crimen, propiamente el crimen, no es lo que abochorna: si nos atenemos á las noticias corrientes, lo que hace el crimen es consternar... La vergüenza y el sofoco empiezan (sigo refiriéndome á las noticias) cuando la ley ha dado su fallo y el reo está próximo á sufrir su castigo.

Nótese que estas protestaciones de vergüenza por el castigo son iguales, trátese del crimen de que se trate, así sea éste el más atroz y horrendo que la mente humana, estremecida, horripilada, pueda concebir. Es decir, que la impresión de la vergüenza se contrae y reduce á la contingencia penal. Si los criminales más audaces y feroces se desatasen dentro de una ciudad y cometiesen los excesos más brutales y no dejasen á nadie á vida, los moradores de la ciudad no tendrían por qué sentir vergüenza, reservándose experimentarla cuando á alguno de esos tigres en forma humana le fuese aplicada la pena merecida cien veces...

Meditando en este extraño fenómeno, que de nuevo me llama la atención con motivo del fusilamiento del carabinero Zorrilla, he venido á preguntarme: ¿pero será verdad todo eso de la vergüenza de las ciudades? Porque siento, como diría *Azorín*, una vaga y tenue sospecha de que pudiera ser uno de tantos *traísmos*, una de tantas mentiras convencionales que se repiten un día y otro día, y no por eso adquieren consistencia, al contrario.

Los periódicos lo dicen, creyendo contribuir así á que se otorguen los indultos; pero en ningún periódico habrá nadie que esté persuadido de que es mengua para Granada ó para Sevilla, verbigracia, que en sus muros, ó dentro de su cárcel, se alce el patíbulo, dado que tampoco fué padrón de ignominia el que se cometiese el crimen que ocasiona la ejecución.

Jamás he oído á nadie expresar—á título de ciudadano—el menor bochorno por tal causa. Y creo que si alguien lo hiciese, si no nos reíamos á carcajadas, al menos nos sonreiríamos. Imagínense ustedes á un honrado droguero, á un pacífico rentista, á un excelente marinero ó cargador de los muelles de Marineda, cubriéndose de rubor porque cada cien años ó doscientos es agarrotado un reo en la ciudad.

Otro error común, otra verdadera leyenda, me parece lo de la indignación de las multitudes. Se da la noticia, pongo por caso, de que un monstruo ha estrangulado á una criatura, un hijo ha despachurrado los sesos á un padre, una madrastra ha mechado á una niña, un enamorado (!) ha rebanado el pescuezo á su dulce prenda; y á renglón seguido, indefectiblemente, se añade que la multitud indignada quiso lincharles, no consiguiéndolo gracias á la intervención de los agentes de la autoridad... Y al punto me ocurre: ¡milagro! Los agentes de la autoridad, que no suelen lograr evitar que suceda nada malo, ¿evitan con seguridad matemática estos arranques de fiereza de la multitud? ¿No es rara casualidad que de tantas veces como la multitud se indigna, no llegue ni una sola á vías de hecho? ¿No será más verosímil suponer que no existe semejante alboroto, que la muchedumbre tiene contraído para estos casos igual escepticismo que para los restantes, que no va más allá del comentario compasivo ó censurador, y que las hortalizas son—á lo sumo—el arma y el instrumento de sus indignaciones supremas?

Hablar de la ley de Lynch aquí, es algo semejante á lo que muy donosamente decía Luis Taboada de los señoritos anglófilos, que se untaban la cara con manteca para oler á desayuno inglés. Esa ley vigorosa y brutal, hija de la brutalidad y del vigor de un pueblo joven y enérgico, nos caería como á un Cristo un par de pistolas; y así es que no nos cae, ni bien ni mal, y que no veremos aquí un lynchamiento para un remedio, así vivamos más años que Matusalem.

Descontemos, pues, la indignación, la vergüenza y otras menudencias que podrían descontarse, y convengamos en que la psicología de las multitudes aquí ha cambiado de todo en todo, desde los tiempos en que se arrastraba por las calles, atándoles una soga á los pies, á los reos políticos—nunca á los reos de delitos comunes, conste.

Indefectiblemente, esas multitudes tan indignadas al conocer el crimen, se inundan de piedad y misericordia al saber, no ya que un reo ha sido condenado á muerte, sino sencillamente que va á verse su causa. El que antes era el enemigo del género humano, se convierte en el pobrecillo, desgraciado y, esto es infalible, desequilibrado, perturbado, irresponsable. La opinión gira sobre sí misma con mayor facilidad que un trompo. Y yo juraría que no ha girado; que ni al principio existía verdadera cólera vengadora, ni mucho menos hay después ese derroche de sensibilidad. Cada cual va á sus asuntos; algunas comadres del barrio charlan entre sí; el abogado defensor bate unas cuantas pompas de jabón y las lanza al aire, para lograr la satisfacción de amor propio de sacar absuelto ó indultado, si le condenan, á su defendido; y aquí paz y después gloria... ó lo que fuere. Estamos en el secreto.

Mientras en la tierra se dificulta cada vez más la conquista del sentido común, la conquista del aire parece lograda.

Lo que se pensó obtener por medio del globo, va á conseguirse por el aeroplano. ¡Loor á los valerosos, infatigables aviadores, que con quebranto de su hacienda, con riesgo inminente de su vida, con sacrificio de ella tantas veces, se han acercado á este descubrimiento de incalculable trascendencia!

Honran á la humanidad estos generosos pilotos de los aeroplanos, los Wright, los Farman. No han conseguido todavía el triunfo definitivo; pero se cree, y afirman los inteligentes, que en principio está resuelto el problema, y que todo es ahora cuestión de ensayos reiterados, de continuas tentativas para aprovechar y ensanchar el terreno conquistado ya para la magna empresa. Es una victoria del ideal, pues ciertamente sólo un idealismo pudo guiar á los primeros luchadores; ahora vendrá la realidad á grabar su sello y á transformar á los Icaros soñadores en prácticos é industriales. Se organizarán los viajes aéreos—el *sport* aéreo ya se ha organizado.—En Lila, un grupo de jóvenes deportistas, haciendo una infidelidad á la motocicleta y al artilugio trepidante, han fundado una escuela de vuelo.

En el enorme patio de una antigua fábrica abandonada instalaron su campo de maniobras. El aprendiz de aviador se eleva en un aeroplano. sujeto á una cuerda de unos cien metros de longitud, á una altura de unos diez metros del suelo; se pone en movimiento el aparato por medio de un alambre sujeto á un tractor, y ya en el aire el neófito, maneja las palancas que mueven los planos, para aprender los movimientos que le permitan subir, bajar, virar, tornar, cosas todas que me figuro en extremo difíciles; verdad es que yo nunca hubiese inventado el aeroplano, ni siquiera el molinillo de chocolate.

Esto quizás acrecienta mi admiración hacia los inventores, descubridores y científicos en general. Nada admiramos tanto como aquello que nos sentimos radicalmente incapaces de hacer.

Acaso nos hemos dado demasiada prisa á cantar el triunfo del aeroplano sobre el globo dirigible. Leo que también el *Clement Bayard* se luce estos días, evolucionando en París, á vista de todos, durante cinco horas, asombrando por la precisión de sus maniobras y la seguridad de su marcha. Y en Alemania, otro dirigible, el *Parsifal*, piloteado por el capitán von Keller, estuvo en el aire largo tiempo y sólo descendió al levantarse una espesa niebla que le ponía en peligro. El ministro de la Guerra lo ha comprado y ha pagado por él la bonita suma de trescientos setenta mil francos. Y de Nueva York—¿de dónde había de ser?—nos llega la noticia—espero que no será filfa ó *humbug*—de hallarse establecida una Sociedad para fundar el servicio de globos dirigibles para el transporte de viajeros y mercancías entre aquella capital y Boston. Se calcula que empezará á prestar servicio la línea de dirigibles hacia el 1.º de marzo próximo.

Así las gastan. Y nosotros, entretanto (en este rincón de España, bonito como pocos), nos dedicamos á calcular, no cuándo se abrirá á la explotación y al tráfico, sino cuándo se decidirán á construir cierto brazo de ferrocarril que ha de unir á Santiago de Compostela con La Coruña—Marineda de Cantabria,—hoy comunicadas por medio de diligencias y automóviles.

Y á la vez que pensamos, como se piensa en algo poético é irrealizable, en tal ferrocarril, y en otros análogos, que nunca veremos probablemente, nos interesamos por las peripecias de una captura de bandidos, lo mismo que nos habíamos interesado por la horrenda fazaña de éstos en el tren, al asesinar á los guardias encargados de su custodia. Aquel fué el clásico día de la «indignación;» ahora se acerca (ya lo verán ustedes) el del apiadamiento, y si hay que cumplir en esos *outlavos* una sentencia severa y justa, vendrá el día del gran bochorno y sofoco en la ciudad donde se haya de llevar á efecto..., que creo que es Sevilla, y ya anuncia la prensa que se disgustaría hasta lo sumo el vecindario si tal cosa acaeciese...

Dícese que los bandidos se encuentran en un estado de abatimiento profundo. He aquí una desilusión. Yo no les regateo á los bandidos su aureola romántica, con tal que se muestren, hasta la última hora, desdeñosos de la vida, según se mostraron, es tradición, los grandes anárquicos, los guapos de oficio, que al empezar á ejercer uno tan peligroso van bien convencidos de que no morirán en su cama y bebiendo cocimientos de flores cordiales. El *Cojo* y el *Conejero*, tiritando de miedo y preguntando á cada instante cuándo se les va á ejecutar, me parecen la grotesca caricatura de aquel bandidaje español tan pintoresco, el que inspiró á los Merimée, á los Gautier, á los Dumas, el que tenía el colorido de las panderetas y los madroños, el que la guitarra rasgueaba, la manzanilla perfumaba, los cantares realzaban y hasta el amor meridional de las Cármenes coronaban con nimbo de fuego... Y si el desalmado no es valiente como el Cid, ¿qué le resta?

Cubiertos de sangre, cargados de delitos, los bandoleros que perpetúan en nuestra patria la leyenda roja tendrían lo único que de estético pueden tener, si viesen venir la muerte como se ve venir á la amiga y libertadora, con la cual ha familiarizado al *guapo* el continuo riesgo. Quien tan fácilmente da la muerte, con igual facilidad debe arrostrarla, ¡qué diantre! No eran obras de caridad aquellas en que se empleaban los bandidos presos, para que esperasen terminar sus días de otro modo; y al menos, el *tal morir* les elevaría un poco, les prestaría la bárbara belleza compatible con su situación, profesión y aventuras...

Es, lo repito, una decepción, que sentimos en el alma los aficionados al color local, los que todavía, con el instinto, gustamos de la España de Roque Guinart y Candelas, aunque, claro está, nuestra razón prefiere á la España seria, industriosa, laboriosa y apacible, en progreso constante y en mayor dignidad ante Europa. Si de nosotros dependiese, ya se deja entender que no habría bandidaje, y en cambio nos inundarían los aeroplanos y los ferrocarriles; no es culpa nuestra si reviven José María y otros famosos reyes de los campos andaluces; mas ya que resurge este tipo tan arrancado de la entraña hispánica, no nos gusta bastardeado y rebajado hasta la miseria del temblor.

Con su temblor y su decaimiento, nos quitan esos salteadores el recurso de repetir una vez más lo que acaso forme parte de los errores comunes: que, colocados en otras circunstancias, los que hoy son bandidos serían héroes. Visto está que no lo serían...

Todo degenera, diríamos, si no temiésemos caer en la charca de otra trillada y resobada afirmación, según la cual ya no hay toreros, ni cantantes, ni autores dramáticos, ni castañeras que sepan cocer las castañas como se cocían en tiempos de D. Ramón de la Cruz...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL BESO, CUENTO DE ALFONSO PÉREZ NIEVA. Dibujo de H. M. Paget

El sabio doctor, un hombre de bigote comenzado á encanecer, joven aún, con esa segunda juventud refle xiva de la madurez de la vida, y su hija, una dulce doncella con todo el candor y la ingenuidad de la pri

tad para descansar).—¡Está riquísima! ¿Y tu padre y tu hermano?

RAPAZA.—Están los dos al maíz para cogerlo antes de que llueva.

de cuartillas, algún bisturí. El sabio acaba de sacar de una camarita frigorífica, colocada en una mesita auxiliar, un cerebro humano, un pobre cerebro de hospital, símbolo de una vida y de un dolor ignorados, y con la lente.



Llega junto á su padre, tocándole suavemente en un hombro

mavera de su existencia y á la que su padre mira con esa mirada doblemente cariñosa con que se envuelve á los hijos sin madre, como si en la intención de los ojos resplandeciera, además del propio amor paternal, el amor de la que para siempre se fué. Regresan de su paseo habitual por el campo en una serena tarde de otoño y llegan al caserío á orillas de la carretera, delante del cual, sentada en un poyo de piedra junto á la puerta, les ve acercarse una rapaza como de ocho años, descalza, blanca y rubia y con ese tostamiento que da á la piel el continuo permanecer al aire libre.

RAPAZA *(levantándose cuando llegan y con una simpática voz un poco temerosa).*—¡Buenas tardes, señorita Luisa! Madre no está; se ha ido á lavar al arroyo. Ese mamón de Antonio es tan cochinote, que no hay ropa que le baste, y como en casa no somos marqueses y tenemos pocos pañales... Pero ya ha dejado ordeñada la leche de la Pinta; todavía no se habrá enfriado y ahora mismo voy á sacársela. *(Entrase rápidamente, con un trotar de corza, en el caserío.)*

LUISA *(encantada del charloteo infantil de la campesinilla, pizpireta como una ardilla).*—¡Es monísima esta chicuela!

DOCTOR.—¡Y muy lista!

RAPAZA *(saliendo con un vaso rebosante de leche espumosa aún, que procura no verter trayéndolo en equilibrio entre sus dos manos).*—¡Aquí lo tiene usted calentito!

LUISA *(apurando el vaso y suspendiéndolo á la mi-*

LUISA *(termina el vaso y se lo entrega á la rapaza).*—¿Tú ya sabrás ordeñar también?

RAPAZA.—Sí, señorita; pero padre no me deja porque dice que aprieto mucho y le hago daño á la vaca. ¡Vaya, señorita, que aproveche!

LUISA *(con entusiasmo).*—¡Qué mohín tan gracioso! Está pidiendo un beso.

DOCTOR *(con prontitud).*—¡No, déjate de besos! ¡Qué pronto te has olvidado de lo que te he dicho, de los modernos descubrimientos de la ciencia! ¿No sabes, desgraciada, los verdaderos peligros que corres? ¿No sabes que el beso, aun el de las bocas más pulcras, es un verdadero nido de microbios, un transmisor activo de todos los contagios? Lee las estadísticas y verás los males terribles que el beso acarrea. Después de todo, ¿qué necesidad hay de besar? El beso no es sino uno de tantos convencionalismos... En vez de un beso, da, pues, á esta chicuela un par de *perros* para ella, sobre lo que cuesta el vaso, y le vendrá mejor.

LUISA *(pagando la leche).*—Bien, bien, respeto tus escrúpulos, en tu boca tan autorizados; pero me voy con ganas de darle un beso.

Gabinete de trabajo del doctor. En la gran mesa de las vigilias, testigo de las visitas nocturnas, testigo de las batallas de un pensamiento, multitud de libros, algunos infolios antiguos y las últimas revistas antropológicas. Tintero, lápices, un microscopio, un montón

seccionándolo hábilmente con un escalpelo, lo examina con la lente.

DOCTOR *(interrumpiendo el examen para escribir en las cuartillas, reanudándolo de cuando en cuando y tornando á su escritura).*—¡Oh, sí, sí! No me cabe duda. ¡El cilindro eje, sublime papel, el cilindro eje! Ese es el Sésamo de la verdadera verdad. *(Pausa.)* En estas neuronas en que se produce el pensamiento, con una gestación de abeja escondida, maravillosa labor renovatriz, se producen también las impresiones conscientes, vulgarmente llamadas sensaciones, y como la vida es toda sensación, el cerebro no es más que una cinta de película cinematográfica, una sensación sin fin...

(Pausa.) ¡Qué tesis tan profunda podría constituir esta consecuencia, encerrada en una simple pregunta: «¿Qué es el sentimiento?» Porque la conclusión de tales premisas, como única y lógica, es la de la existencia de la sensación, existencia real y tangible, por decirlo así. Todo cuanto se añada parece falso, hipotético, imaginativo, sueños de poeta que no deben servir de base á una investigación científica y que han creado esa palabra dulce y que en el fondo nada encierra: sentimiento, por lo menos tal como los idealistas la han dado carta de naturaleza. Su acepción científica define su esencia, el medio de percibir con los sentidos las impresiones de los objetos. Podría avanzarse más, podría considerársele como una exteriorización de la sensación...

(Pausa.) Pero no perdamos el tiempo en divagaciones que me apartan de mi objeto principal: señalar la importancia en la fisiología del cerebro, de los cilindros ejes, constitutivos de la substancia gris y elemento esencial é integrante de las funciones de relación. ¡Ah sabiduría de la naturaleza, misterios de la naturaleza descubiertos por el microscopio dirigido por el raciocinio, que es otro microscopio eterno creado por Dios! *(Pausa. Consulta varios libros y escribe con rapidez en una cuartilla.)* Quizás no voy á añadir nada nuevo ó voy á añadir muy poco en esa áspera labor de la especulación científica, pero un átomo de conocimiento en la ciencia es un paso más hacia la suprema luz. *(Se queda meditabundo con la frente apoyada en una mano y en actitud de profunda abstracción. Un reloj da las dos de la madrugada en una habitación inmediata.)*

Abrese sin ruido una puerta y bajo su dintel aparece una suave figura de jovencita, la de Luisa, que con un libro en la mano se detiene un instante suspensa y al cabo avanza á pasos quedos, sin alzar el más leve rumor, hasta llegar junto á su padre, tocándole suavemente en un hombro.

LUISA *(con voz tenue).* —¡Papá!

DOCTOR *(levantando bruscamente la cabeza).*—¿Qué? ¿Quién es? ¡Oh! ¡Eres tú! ¡No te he sentido llegar! ¿Dónde vas á estas horas? ¡No te creía ya en pie!

LUISA.—Me he entretenido leyendo esta novela tan interesante, y cuando me iba á acostar he visto luz en tú cuarto y he entrado en ganas de darte las buenas noches... y de echarte un poco de sermón.

DOCTOR. — ¡Sermón!, ¿por qué?

LUISA.—Por estas atraqueras de estudiar que te hacen pasar las noches de claro en claro... ¡Vas á caer enfermo! Verdaderamente es incomprensible lo que sucede; los médicos sois las personas que menos os acordáis de la higiene.

DOCTOR.—¡Es verdad, pero quería acabar hoy mismo mi opúsculo que he de leer mañana sin falta en el Ateneo. Ya está la cosa vencida, sólo me faltaban dos cuartillas finales que escribiré en un dos por tres y enseguida me acuesto.

LUISA.—¿Y estás satisfecho?

DOCTOR.—¡Satisfechísimo! Creo que he conseguido dar novedad á mi tesis...

LUISA.—La satisfacción te rebosa en la cara.

DOCTOR.—¡Pienso que mi memoria haga ruido!

LUISA.—¡Pues el undécimo no estorbar!...

DOCTOR.—¡Tú no me estorbas nunca!

LUISA. — Pero te robo el tiempo. Conque que acabes pronto y á tu gusto esas dos cuartillas. ¡Buenas noches! *(Se aparta de su padre y se dispone á retirarse deteniéndola él, agarrándola de la falda.)*

DOCTOR.—Te vas así... sin...

LUISA.—Sin que...

DOCTOR *(vacilándole la voz).*—Sin... darme un beso...

LUISA *(con gran extrañeza, en el fondo un poco fingida).*—¿Cómo? ¿He oído mal? ¡Un beso! ¿Tú, el eco de esas terribles teorías de contagios transmitidas con los labios, me pides un beso?

DOCTOR *(algo confuso.)*—¡Bah! ¡Por una sola vez! Además tus besos no tienen microbios, y si los tienen son microbios buenos, verdaderos leucocitos que destruyen las toxinas del alma!

Padre é hija cambian un beso ternísimo, y luego Luisa sale de la habitación sonriente, mientras el doctor, tornando al trabajo, requiere las dos últimas cuartillas de su opúsculo.

Monumento al pintor belga Teodoro Verstraete, obra de Guillermo Charlier

LAS ULTIMAS OBRAS DEL ESCULTOR BELGA

GUILLERMO CHARLIER

El nombre de Charlier hállase unido al de los artistas que con su esfuerzo han logrado llevar á cabo la evolución que tanto enaltece á la escultura flamenca. Algunas de sus más importantes obras produjeron viva impresión en el certamen artístico de esta ciudad celebrado en 1894, y una de ellas, titulada *Inquietud maternal,* augusta representación de la madre, figura en el Museo municipal de Barcelona. Quien examine sus producciones podrá convencerse de que el distinguido escultor á que nos referimos es un artista psicólogo, dotado de un espíritu de observación que le permite representar los dolores y las aspiraciones de la sociedad en que vivimos. En tal caso hállanse sus obras *Plegaria* y *Miseria, Un voto,* el *Dolor maternal,* el *Abuelo, Los ciegos* y *Los canteros,* que reproducimos en la primera página de esta Revista, hermoso y concienzudo estudio en el cual representa el artista á los obreros, desnudo el vigoroso torso, aunando sus esfuerzos para mover el pesado bloque que acaban de arrancar de las pétreas entrañas.

Mención especialísima merece también el monumento recientemente dedicado á enaltecer la memoria del célebre paisajista belga Teodoro Verstraete, á quien tanto debe la moderna escuela pictórica flamenca. Charlier, separándose por completo de los antiguos moldes, ha procurado representar al artista en acción, colocándole en el lugar en donde pintó sus más celebrados cuadros, en ese *Campine,* antes terreno arenoso é ingrato, convertido en vergel gracias á incesantes trabajos, en esa comarca que fué antes ingrata y facilitó al insigne pintor el tema para ejecutar su obra magistral *La noche de difuntos en Campine.*

Tales son las obras del escultor Guillermo Charlier y tal es el artista que, á pesar de la reputación adquirida, da señaladas muestras de su valía y su modestia, ya que sólo aspira á procurar el engrandecimiento artístico de su país, á la consideración de sus conciudadanos y al afecto de sus amigos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

ANTIGÜEDADES

HISPÁNICAS ARTÍSTICAS

Testimonio de la piedad de nuestros mayores son los hermosos templos que ostentan las principales ciudades de España, soberbios ejemplares de los estilos arquitectónicos más puros. Y no es sólo la magnificencia y la grandiosidad de sus fábricas lo que tal piedad atestigua; atestíguanla asimismo los valiosos tesoros que en ellas se guardan, valiosos por su riqueza unos, por su interés histórico otros y todos ellos joyas inestimables desde el punto de vista artístico.

Nuestras imponentes catedrales son en este concepto verdaderos museos; pero aparte de ellas, es grande el número de las iglesias, no solamente de las ciudades populosas, sino también de las más solitarias aldeas, en donde se admiran obras notables del arte en sus más diversas manifestaciones.

Como muestra de esas joyas artísticas reproducimos en la siguiente página una casulla y una dalmática del terno llamado de San Eugenio, de la catedral de Toledo, y una cajita de plata de la de Sigüenza. La casulla y la dalmática están adornadas con bordados preciosos que representan figuras de santos y artísticos ornamentos, y entre los recamados de oro se ven ricas y numerosas perlas; el terno de que forman parte sólo se usa el día de San Eugenio y fué regalado á la catedral por el cardenal Alfonso B. de Fonseca en 1530. La cajita ostenta primorosos relevados y cincelados; es obra de autor desconocido y constituye un ejemplar bellísimo de la orfebrería española del siglo XVI.



Dalmática del terno de San Eugenio (siglo XVI)
de la catedral de Toledo



Casulla del terno de San Eugenio (siglo XVI)
de la catedral de Toledo



Cajita de plata que se conserva en la catedral de Sigüenza (siglo XVI)

LA NAVEGACIÓN AÉREA

El conde Zeppelin prosigue con éxito cada vez mayor las pruebas del nuevo globo que lleva su nombre, como todos los anteriores. El día 7 de este mes efectuó una ascensión con el príncipe heredero de Alemania; á las once de la mañana salió el aeróstato de Niedschafen, y permaneció en el aire hasta las seis de la tarde, en que descendió en Manzell.

Aquel mismo día el emperador Guillermo II, procedente de Viena, llegaba á Donaueschingen, castillo del príncipe de Fürstenberg, y en el momento en que el tren que le conducía entraba en la estación, cerníase encima de ésta, á una altura de 150 á 200 metros, el *Zeppelin*, desde cuya barquilla le saludaron su hijo y el conde.

Poco después, hallábase el soberano en la terraza del castillo, y allí recibió una carta que desde el aeróstato le arrojó su hijo; y más tarde, habiéndose embarcado Guillermo II en un vaporcito, los aeronautas descendieron al sitio en donde estaba la embarcación y volvieron luego á elevarse y á continuar su excursión aérea.

El día 9, el *Zeppelin* realizó otra ascensión llevando á bordo al príncipe de Fürstenberg, á la princesa y á un general prusiano. El globo estuvo evolucionando durante dos horas y media sobre el lago de Constanza, y terminada la prueba, el emperador, que desde un vapor había presenciado las evoluciones del dirigible, felicitó calurosamente al inventor y le entregó las insignias de la orden del Aguila Negra, abrazándole con efusión entre las aclamaciones de los que presenciaban la escena. Después el emperador pronunció una sentida alocución que terminó con las siguientes palabras: «El monarca y la patria pueden estar orgullosos de tener un súbdito y un hijo que es el más grande alemán del siglo XX y que con su invento señala una época en la historia del género humano. No es exagerado decir que hoy hemos vivido uno de los momentos más importantes para la civilización. ¡Ojalá podamos decir el último día de nuestra existencia que hemos servido á nuestra querida patria con el mismo éxito que usted!»

El conde Zeppelin quiso besar la mano á Guillermo II, pero éste lo impidió y lo abrazó de nuevo.

Después, el soberano, dirigiéndose al mayor Gross, director de los trabajos de aerostación militar é inventor del dirigible de su nombre, le dijo: «Ahora estará usted convencido de las excelencias del globo; de aquí en adelante á usted lo encomiendo.»

El nuevo *Zeppelin* presenta respecto de sus antecesores algunas útiles modificaciones que tienden principalmente á disminuir el peso muerto; gracias á ellas, no sólo se ha conseguido que el globo pueda elevarse á mayores alturas y moverse con mayor velocidad, sino que además podrán embarcarse en la barquilla hasta doce personas por lo menos.



El emperador Guillermo II y el conde Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre, en el castillo de Donaueschingen, propiedad del príncipe de Fürstenberg, después de las últimas felices ascensiones del aeróstato, en una de las cuales acompañó al conde el príncipe heredero de Alemania. (Fotografía comunicada por C. Delius.)

Las últimas pruebas efectuadas, aunque no han tenido carácter oficial, han dado ya resultados prácticos; en efecto, dentro de pocos días quedará instalada en Friedrichshafen una estación de doce globos dirigibles *Zeppelin*.

Mucho tiempo hacía que no se oía hablar de Santos Dumont, que ha sido quizás el más osado de los conquistadores del aire, ya con su dirigible, ya con su aeroplano, el primer aparato de esta clase que en Francia se elevó por su propio impulso sobre el suelo. El intrépido aeronauta, sin embargo, no descansaba, sino que, por el contrario, seguía trabajando con su característico entusiasmo, pero en silencio, en la construcción de una nueva máquina voladora que recientemente ha terminado y que es un aeroplano monoplano basado en los mismos principios que el que había utilizado en sus ensayos de Bagatelle y de Issy-les-Moulineaux, si bien mucho más ligero y pequeño.

El nuevo aparato tiene una longitud de cinco metros, pesa 200 kilogramos y su superficie total es de nueve metros cuadrados. Lleva un motor de 24 caballos que hace funcionar una hélice á 700 revoluciones por minuto é imprime al aeroplano una velocidad de 80 kilómetros por hora.

Santos Dumont ha transportado su aparato en automóvil al campo de ensayos de Saint Cyr, en donde en breve comenzará sus experiencias, preparándose para tomar parte en el concurso del Gran Premio de Aviación que se celebrará en Montecarlo.

La Liga Nacional Aérea de Francia ha instituído un premio de 20.000 francos, que se concederá al que resulte vencedor en una carrera de aeroplanos en una distancia de 20 kilómetros. La propia Liga ha recibido del marqués de Polignac el ofrecimiento de una copa de un valor de 50.000 francos. Se adjudicará al final de cada semestre al aviador que gane el *record* de la distancia en línea recta, y al término del tercer año será de propiedad definitiva del que conserve el *record*. Pero si antes de cumplirse este plazo algún aviador recorre la distancia de 1.000 kilómetros en menos de cinco horas, la copa le será inmediatamente adjudicada.—S.



Santos-Dumont transportando en automóvil su nuevo aeroplano al campo de ensayos de Saint-Cyr. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

UN BANQUETE MONSTRUO

Una de las notas características de nuestros tiempos son los congresos especialistas; no hay profesión, industria, clase ni grupo de colectividades que no quiera celebrar sus asambleas para discutir los problemas que á cada una de ellas interesan y adoptar acuerdos que mejoren sus condiciones respectivas. Y no se limitan á reunirse los de una misma localidad, región ó nación, sino que casi todos los congresos tienen el carácter de internacionales.

Hace poco se ha efectuado en Roma un congreso internacional de fondistas, al que han concurrido dueños de hoteles de muchos países, y aunque no sabemos los temas que en él se han tratado, bien podemos suponerlos conociendo la condición de los congresistas.

Ocioso es decir que uno de los números del programa fué un banquete, al que concurrieron 1.500 comensales; y excusado también nos parece afirmar, tratándose de gente tan entendida en la materia, que la comida resultó suculenta.

Roma.—Banquete monstruo de 1.500 cubiertos celebrado con ocasión del Congreso internacional de fondistas. La mesa presidencial. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA CATÁSTROFE DE LAS MINAS DE HAMM

En la madrugada del 12 de los corrientes prodújose una explosión de grisú en uno de los pozos de las minas de Hamm (Westfalia). El fuego se propagó tan rápidamente, que desde el principio se vió la imposibilidad de salvar á los 400 infelices mineros que había en el fondo de la mina; así es que apenas retirados unos 40 cadáveres y 38 heridos, los más de ellos graves, suspendiéronse los trabajos de salvamento y todos los esfuerzos se dedicaron á extinguir el incendio, inundando y tapiando los pozos. Aquel momento fué horrible, pues las familias de los obreros, agrupadas junto á la boca de la mina, no querían renunciar á su esperanza de salvar á sus parientes y amigos.

De la catástrofe han resultado 360 muertos y 40 heridos.

Al día siguiente, salió de Berlín para el lugar del suceso el príncipe Eitel, enviado especialmente por su padre el emperador. Al llegar á Hamm, en donde estaba ya el ministro de Comercio, visitó á las familias de las víctimas, á los heridos, las dependencias mineras y el departamento en donde estaban los cadáveres extraídos, y recibió á una comisión de mineros, á quienes expresó su dolor por la catástrofe y ofreció interponer toda su influencia para que se mejorase su condición.—S.



La catastrofe de las minas de Hamm (Alemania), en la que han perecido 360 mineros. La multitud esperando noticias á la entrada del pozo en donde se produjo la explosión. (De fotografía de Trampus.)



Grupo de manifestantes cada uno de los cuales lleva una bandera de los Estados Unidos y el retrato de Mr. Taft colgado en el pecho



Grupo de manifestantes que ostentan en la cabeza sendos gorros con el retrato de Mr. Taft

NUEVA YORK.—MANIFESTACIONES DE PROPAGANDA EN FAVOR DE MR. TAFT. (De fotografías de Carlos Delius.)



Grupo de manifestantes con delantales de letras que forman el nombre de Mr. Taft



La multitud en las calles de Nueva York el día de la elección

NUEVA YORK.—MANIFESTACIONES DE PROPAGANDA EN FAVOR DE MR. TAFT. (De fotografías de Carlos Delius.)

EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LA CHINA

Con pocas horas de diferencia han fallecido en Pekín Kuang-Su, emperador, y su tía Tsu-Shi, emperatriz, que era la que en realidad gobernaba desde hacía muchos años el Celeste Imperio.

Kuang Su, que antes de subir al trono se llamaba Tsai-Tien, había nacido en 1873, y en 1875 sucedió á su primo Tsai-Chuen. A su advenimiento tuvo dos tutoras, su madre Tsi-An, y su tía Tsu-Shi, madre de su antecesor; poco tiempo después, quedaba esta última tutora única de su sobrino, y desde entonces ella ha sido la que de hecho ha ejercido el gobierno de China. En efecto, á pesar de que en 1889 el emperador Kuang-Su, casado con una hija del duque Kuei-Siang, hermano de su tía, fué proclamado mayor de edad, Tsu-Shi continuó siendo la verdadera soberana, y en 1898, cansada de gobernar entre bastidores, restableció oficialmente la regencia.

El reinado de Kuang-Su ha sido funesto para China. Además de la derrota tremenda que le infirió el Japón, el imperio hubo de sufrir el castigo de las potencias europeas, apoyadas por el mismo Japón y por los Estados Unidos, á consecuencia de la revolución de los boxers y de los atentados cometidos contra las legaciones extranjeras de Pekín, castigo completado con una intervención extranjera que todavía subsiste en aquella capital y en Tien-Tsin. Además ha sufrido varias pérdidas territoriales, habiéndose visto obligado á ceder Puerto-Arthur á los rusos, que, á su vez, lo cedieron á los japoneses, á aceptar la ocupación de la Mandchuria, á arrendar Wai-vom-Pu á Inglaterra y Kiao-Cheú á Alemania, á otorgar á Francia una concesión análoga en la frontera indo-china, y á ratificar las consecuencias de la expedición inglesa al Thibet y de la violación de Lhassa, la capital religiosa del budhismo.



Tsu-Shi, emperatriz de la China recientemente fallecida (De fotografía de Nouvelle-Photo.)

Kuang-Su, emperador de la China recientemente fallecido (De fotografía de Nouvelle-Photo.)

La emperatriz Tsu-Shi ha muerto á la edad de setenta y cuatro años y fué siempre hostil á Europa y enemiga de los reformistas chinos.

A Kuang-Su ha sucedido su sobrino Pu-Yi, que sólo cuenta dos años y en cuyo nombre gobernará su padre, el príncipe Chuen, hermano del difunto emperador.



La primera alcaldesa de Inglaterra Mrs. Garret Andersson, recientemente elegida alcaldesa de Aldeburgh (De fotografía.)

LA PRIMERA ALCALDESA DE INGLATERRA

Una reciente ley inglesa permite á las mujeres que reunen determinadas condiciones ser elegidas para el cargo de alcaldesas; y como consecuencia de ello, han sido varias las candidatas que se han presentado en las elecciones últimamente efectuadas en Inglaterra para la provisión de las presidencias de los ayuntamientos. De todas ellas, sólo una ha logrado salir triunfante, la señora Garrett Anderson, que ha sido nombrada alcaldesa de Aldeburgh.

La señora Garrett Anderson es una de las doctoras en medicina más reputadas en su patria y pertenece á una familia que ha residido mucho tiempo en aquella ciudad del condado de Suffolk que ahora la ha honrado con sus sufragios. Comenzó á estudiar medicina en 1860; pero el Colegio de Cirujanos y Médicos de Inglaterra negóse á admitirla á exámenes, viéndose en su consecuencia obligada á doctorarse en París en 1870. Ha sido médica decana del Nuevo Hospital para mujeres, y decana de la Escuela de Medicina para mujeres, de Londres, y presidenta de una de las secciones de la Asociación Británica.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – *Círculo Artístico.* — En la exposición de otoño últimamente celebrada han figurado notables cuadros, dibujos y esculturas, sobresaliendo entre ellos las figuras de Casas, Nonell, Gili y Roig, Cidón, Cabanes y Masriera (L.); los paisajes de Rusiñol, Masriera (J.), Cardunets, Ferrater, Fabra, Casas Abarca, Vallhonrat, Colom y Egozcue; los dibujos de Riquer y de Tersol; las esculturas de Oslé, Montserrat, Atché y Reynés, y las caricaturas de *Apa*, Junceda, Brunet, Inglada, Costa, Planas, Torrent, Bianqui y Estalella.

Salón Parés. - Han expuesto recientemente en ese Salón: Xiró, una serie de cuadros simbólicos, grandiosamente concebidos y vigorosos de dibujo y de color; Casanovas, unos notables retratos al óleo, al carbón ó á la sanguina, varios estudios de cabezas de caballo y algunas pintorescas vistas de la Barcelona antigua que desaparece con la reforma; Cardunets, unos bellísimos paisajes y varios recuerdos también de la Barcelona antigua, y Renart, tres vistas asimismo de la Barcelona que desaparece, un ex-libris y una serie de bellos dibujos para ilustrar el libro *Tria*, de Juan Maragall.

Espectáculos.— Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Les follies del amor*, comedia en tres actos de F. Regnard, celebrado autor francés de fines del siglo XVI y principios del XVII, muy bien traducida al catalán, y *Gent de casa*, comedia en dos actos de Eduardo Coca y Vallmajor, y en Romea *Segones nupcias*, comedia en cuatro actos de Juan Puig y Ferrater.

Ateneo Barcelonés. – Los celebrados artistas Sres. López Naquil (violinista) y José Solá (pianista), antes de emprender la excursión que se proponen realizar por el extranjero, han dado dos conciertos; en el primero tocaron la *Sonata en re* de Wilm, la *Sonata en sol menor* de Levandowsky y la *Sonata en la* de Dubois, no conocidas en Barcelona, y en el segundo varias escogidas composiciones de Bach, Schumann, Chopin, Hændel, D'Ambrosio y Sarasate, logrando muchos y muy entusiastas aplausos por la interpretación que supieron dar á todas las obras de los programas y por la brillantez y seguridad con que las ejecutaron.

En la propia sociedad dió también un concierto el notable pianista D. Gonzalo Núñez, quien tocó con gran acierto piezas de Liszt, Chopin y Beethoven y algunas inspiradas composiciones suyas, entre las que llamaron principalmente la atención algunas bellísimas danzas cubanas. El Sr. Núñez fué muy aplaudido.

Madrid. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Gerineldo*, poema de amor y caballería en cuatro jornadas, compuesto en algunas escenas con pasajes del «Romancero,» por Cristóbal de Castro y Enrique de Alarcón; en Lara *Mi cara mitad*, comedia en dos actos de Miguel Ramos Carrión, y *La fuerza bruta*, comedia en un acto y dos cuadros de Jacinto Benavente; en Apolo *El talismán prodigioso*, fantasía cómico-lírica en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Vives; en Barbieri *La borrasca*, zarzuela en un acto del Sr. Royo de León, música del maestro Santonja; y en el Ideal Polistilo *Cómo se ama*, comedia en dos actos de los señores Jover y Castillo.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *La patronne*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay; en los Bouffes Parisiens *S. A. R.*, opereta en tres actos de Xanroff y Chamel, música del maestro Iván Carill; en Dejazet *L'enfant de ma sœur*, comedia en tres actos de Monezy Eyon y Francheville, y en Nouveautés *Dix minutes d'auto!*, comedia en tres actos de Jorge Berr y Pedro Decourcelle.

Necrología. — Han fallecido:

Bruno Baentsch, sabio orientalista alemán, catedrático de la Universidad de Jena, autor de varias obras histórico-críticas.

Pablo Berger, eminente cirujano francés, profesor de la Facultad de Medicina y presidente de la Sociedad de Cirugía de París.

Conde Michisura Nodzú, general japonés que se distinguió notablemente en la guerra contra China de 1894 y en la ruso-japonesa, durante la cual mandó el cuarto cuerpo de ejército.

Alberto Mainán, celebrado pintor francés.

EL GRAN DUQUE ALEJO DE RUSIA

En París ha fallecido el día 14 de los corrientes el gran duque Alejo, hermano menor del tsar Alejandro III y tío, por consiguiente, del actual emperador de Rusia.

Nacido en San Petersburgo en 1850, entró en la marina, preparándose desde muy joven para el cargo de jefe supremo de las escuadras rusas que, andando el tiempo, había de desempeñar.

Con su clara inteligencia y con una energía que no excluía la bondad, realizó una labor excelente en el puesto elevado que ocupó durante quince años; el hecho de haber sido la marina rusa tan desgraciada en la guerra con el Japón, no impide reconocer los esfuerzos hechos por Rusia después de la guerra de Crimea, y no hay que culpar al gran duque Alejo, á quien se debió la formación de la soberbia escuadra del Norte, si posteriores exigencias de la política rusa en el Extremo Oriente obligaron á concebir y poner en planta en poco tiempo un programa naval vastísimo para tener una escuadra en el Pacífico, programa cuya ejecución se resintió precisamente de la rapidez con que hubo de hacerse.



El gran duque Alejo de Rusia, fallecido en París el día 14 de los corrientes. (De fotografía de Walter y C.ª)

Después de la derrota de Tsu-Shima, el gran duque Alejo solicitó que le relevasen del mando naval supremo, y desde entonces no representó papel alguno político ni militar.

Era hombre de afable trato, sencillo, bondadoso y gozaba de universales simpatías. En París, en donde últimamente residía, era muy popular, especialmente en el mundo del arte y de las letras; poco aficionado á las fiestas ruidosas, apenas frecuentaba las reuniones de la alta sociedad, y en cambio concurría asiduamente á los teatros, á las solemnidades artísticas, á las bibliotecas y á los museos.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Y diciendo esto, alargaba sus brazos velludos y sus manos simiescas, mientras sus grandes mandíbulas chocaban entre sí como si sintiera un gran frío.

—Gracias, mi buen Sam, respondió Pedro bondadosamente. Su presencia en la balsa sería inútil, dado lo que, por de pronto, tengo que hacer, y en cambio su ausencia de la plataforma sería un gran peligro. Es preciso que esté usted ahí, dispuesto a tirar de mí, si es necesario, del mismo modo que conviene que Chonn vigile allá arriba. ¡Vamos, Sam, suelte usted!

Sam inclinó la cabeza y se resignó; soltó lentamente la cadena, y la balsa descendió por la corriente á medida que Dervilly soltaba cuerda. Con ayuda de una especie de bichero, Pedro evitaba que la frágil embarcación, ora se lanzase contra la pared, ora se alejase de ella, y de este modo llegó hasta cerca del orificio. Allí la balsa dió un bote, y luego se internó con una fuerza muy difícil de resistir; pero después la corriente se presentó más manejable. Entonces la balsa se deslizó con gran lentitud, pues Dervilly tenía empeño en examinarlo todo minuciosamente, deteniéndose á cada momento y dirigiendo á todos lados los potentes rayos de su linterna. Según había previsto, la bóveda alcanzaba alturas considerables; pero esto le interesaba poco; lo que le importaba eran las paredes, y éstas nada ofrecían que mereciera fijar la atención.

Cuando hubo soltado unos treinta metros de cuerda, dispúsose Pedro, conforme con sus planes, á hacer un alto á fin de clavar, si era posible, en la pared un garfio de relevo.

Después de algunas evoluciones, consiguió detenerse, gracias á una pequeña protuberancia en forma de media luna, alrededor de la cual enrolló la cadena. En rigor, aquella protuberancia habría podido hacer las veces de garfio, pero su orientación, en el mismo sentido de la corriente, y su superficie lisa, la hacían poco segura; por esto buscó un sitio en donde pudiera perforar la roca con su taladro de punta de cromo, y después de varios tanteos, escogió el punto que le pareció más favorable y logró clavar en él un garfio enorme. Como era en la parte de arriba de la media luna de granito, pudo disponer de un doble sistema de atadura, de tal manera que cuanto más se tirase de la cuerda allí amarrada tanto mayor fue se la seguridad. Y no contento aún con ello, clavó un segundo garfio, y de este modo obtuvo un conjunto de resistencia tranquilizadora. Después anudó su cuerda de amarre, á la que dió varias vueltas aseguradas con ataduras fuertes y pudo proseguir su ruta con seguridad relativa.

Así recorrió unas quince toesas más. La corriente, aunque rápida siempre, se regularizaba. La segunda amarradura presentaba grandes dificultades, porque no había ninguna prominencia en donde pudiera fijarse la cadena; sin embargo, Dervilly descubrió al fin una pequeña grieta, en la que clavó un doble garfio al cual pudo sujetarla. Y se disponía á clavar otros garfios cuando llamó su atención un objeto rojizo, cuya vista hízole lanzar una exclamación; á su izquierda había un gancho de hierro cubierto de orín con una cuerda cuyo extremo se perdía en el río. Dervilly tiró de aquella cuerda, todavía sólida; tenía seis yardas de longitud y estaba embreada, lo que explicaba su conservación. Ya no cabía, pues, ninguna duda: otro hombre había precedido á Pedro en su empresa y seguramente había perecido en ella.



Tendido cuan largo era sobre la plataforma de una peña...

Pedro se imaginó la temeraria odisea de aquel explorador de las aguas subterráneas, y lo vió, bien en una balsa como la suya, bien en alguna rústica canoa, ó acaso también sostenido por un simple cinturón de salvamento, y sintió hacia él profunda simpatía. ¿Había sucumbido cerca de allí por habérsele roto la cuerda, ó por haber zozobrado su canoa, ó por haber perdido el cinturón? ¿O acaso había llegado á aquellas orillas que tantas veces se había representado la imaginación de Dervilly? Y si había arribado á ellas, ¿qué había descubierto?

Envuelto en la penumbra amenazadora, estuvo Pedro más de diez minutos fantaseando sobre aquella aventura, que si habría sido desalentadora para un espíritu pesimista, á él le excitaba, espoleándole con extraño entusiasmo. Como había hecho antes, clavó un garfio y se dejó llevar por la corriente, mientras exploraba la caótica pared. No había recorrido veinticinco metros cuando distinguió una nueva peña en la que sólo había un cabo de cuerda podrida. Dervilly ya no se asombraba, y clavando nuevos garfios preguntábase hasta dónde seguiría encontrando aquella maravillosa pista. Tres veces más la encontró, aunque no sin trabajo; por una razón ú otra los garfios se habían roto y sólo quedaban de ellos sendos fragmentos que bailaban en sus alvéolos.

Pedro ardía en deseos de proseguir su ruta, pero su cronómetro señalaba las seis, y como hacía tres horas que se había puesto en marcha, pues su obra, erizada de dificultades y ejecutada con cuidado minucioso, había exigido mucho tiempo, decidió, á pesar de su ardiente curiosidad, regresar al punto de partida.

Con grandes trabajos logró volver á la plataforma, en donde, lleno de impaciencia y de inquietud, le esperaba Sam, quien, al verle, prorrumpió en un grito gutural y exclamó:

—¡Ah, comodoro! Si no hubiese usted vuelto de esa empresa diabólica, creo que me habría arrojado al agua.

XIX

Dervilly pasó la semana en un estado febril. Habíase propuesto no bajar al abismo hasta el domingo siguiente; y no era que guardase absoluto secreto sobre sus investigaciones, lo cual habría sido una torpeza, sino que se limitaba á ocultar la magnitud y el objeto verdadero de las mismas. Los mineros no daban á ellas ninguna importancia, pues aquel género de locura estaba catalogado y desacreditado; después de tantos fracasos, nadie «creía ya» en el abismo, y hasta Yellowground, una vez que se encontró con Pedro, le dijo:

—¡Bien sabía yo que pillaría usted la enfermedad! Ya se le pasará, pierda cuidado, porque no hay secreto alguno en aquel condenado agujero.

Y Nightingale, una mañana en que había subido para efectuar su visita de inspección, habíale dicho encogiéndose de hombros:

—¡Conque también usted es un visionario!.. En fin, esta es cosa que me tiene sin cuidado, con tal que no descuide usted sus obligaciones..., y veo que no las descuida usted. Abbot y Morrison están contentos y yo lo estoy asimismo; el descubrimiento por usted de la nueva galería ha resucitado la caverna.

El hecho es que la producción aún había aumentado y que la mina iba siendo extraordinariamente remuneradora; y los dueños, mientras llegaba el momento de liquidar los beneficios, habían hecho á Pedro un anticipo á cuenta de dos mil dólars. Todo marchaba, pues, á las mil maravillas, y en caso de que sus actuales investigaciones resultasen inútiles, el joven ingeniero sabía que podía contar con los

reyes de las minas para seguir la pista indicada por el almirante.

Al otro domingo, Dervilly hizo descender desde muy temprano la balsa, el equipo y los instrumentos y materiales necesarios, y luego dijo á Sam que le acompañaba:

—Sam, dos cabezas valen más que una. ¿Quiere usted ir á comprobar mi trabajo?

Explicó al minero lo que había hecho y cómo lo había hecho, y *el Perro* no titubeó ni un momento, ya que prefería mucho más exponerse él mismo que no que se expusiese su jefe. Sin embargo, como Dervilly no quería que el minero fuese más allá del trozo por él recorrido, no le dió cuerdas, pues las que unían entre sí las estaciones por él dispuestas debían bastarle suficientemente.

—¡Que Dios le acompañe!, exclamó Pedro con el corazón oprimido cuando vió á Sam arrastrado por la corriente tumultuosa.

Sentóse en la plataforma, esperó sumido en hondas meditaciones y lleno de inquietud. La expedición de Sam no fué larga.

—Y bien, Sam, ¿qué le ha parecido?, preguntó al minero cuando éste hubo subido á la cornisa.

—No lo habría yo hecho mejor... Aquellos garfios, comodoro, podrán resistir muchos años.

Aquellas palabras colmaron de satisfacción á Dervilly, pues si bien, como todos los hombres inteligentes y enérgicos y que por virtud de estas mismas cualidades han puesto desde muy jóvenes sus facultades á prueba, tenía cierta confianza en lo que hacía, esta confianza se aumentaba en un doble con la aprobación de un profesional. Así es que bajó alegremente á la balsa, y sacando su cronómetro antes de dar la señal de partida, dijo:

—Son las ocho, Sam; no se inquiete usted antes de las ocho de la noche. Por supuesto que no hay necesidad de que hasta entonces permanezca usted en esa estrecha plataforma; basta con que baje de cuando en cuando para ver si ocurre alguna novedad.

—¡Ah, comodoro!, exclamó el minero como recriminándole. No es justo que se vaya usted sin mí. ¿No basta que Chonn-Monn Y Case vigile el abismo?

—No; Chonn-Monn Y Case ha de estar allá arriba porque hay entre los mineros hombres peligrosos á quienes podría antojárseles cortar nuestras comunicaciones. ¡Vamos, Sam, ánimo!

—¿Será usted prudente, comodoro?

—Seré muy prudente, amigo mío... Por lo demás, es probable que mi ausencia no dure más que seis ó siete horas. En cuanto me sienta cansado, dejaré el trabajo para otra ocasión. ¡Suelte, Sam!

—¡Que Dios le bendiga, comodoro!

La embarcación se deslizó lentamente; aquella vez seguía una ruta fija hasta los ciento veinte metros, en que terminaban los puntos de apoyo. Dervilly, que mientras guiaba la balsa no dejaba de explorar á su alrededor, descubrió en la pared muchos sitios evidentemente trabajados con herramientas, que denotaban de un modo preciso los esfuerzos del misterioso precursor.

Al llegar á los ciento veinte metros, comenzaba de nuevo lo desconocido. Dervilly avanzó hasta llegar al recodo, y antes de establecer allí otra estación, examinó bien el lugar á la luz de su linterna. A la izquierda, alzábase la pared lisa y recta sin el menor asomo de orilla; á la derecha, una roca obstruía la vista enteramente. Dervilly lanzó un suspiro de desaliento, y para animarse preguntóse mentalmente: «¿Qué, ¿te habías figurado salir tan pronto de la incertidumbre?»

La roca le hipnotizaba; tenía confusamente la forma de una esfinge agachada sobre el abismo; dos prolongaciones de la misma se destacaban al nivel del agua, y encima asomaba una especie de cabeza opaca. El conjunto reflejaba vivamente la luz en destellos verdes, rojizos y violáceos.

«¡Quizás sea el tesoro!,» murmuró sonriéndose con sarcasmo.

Después de haber examinado el lugar, escogió el punto á propósito para fijar una nueva estación, sorprendido de no encontrar huella alguna del precursor. Después, dejóse llevar de la corriente hasta la roca, y allí encontró un cabo de cuerda anudado á unas prominencias rocosas que ofrecían todas las garantías de seguridad y orientación deseables; así es que, siguiendo el ejemplo del zapador subterráneo, estableció en aquel sitio su punto de apoyo y comenzó á dar la vuelta á la roca. En el momento decisivo, vaciló, temeroso de un nuevo desencanto; pero al fin salvó el obstáculo, y al mirar en torno suyo, escapóse de su pecho un grito de alegría. ¡La realidad estaba delante de él! Orilla en unos puntos llana, en otros desigual, pero más espaciosa de lo que él se la había imaginado, bajo una bóveda de granito, de pórfido, de cristal de roca, que relucía como un cielo de cuento de hadas, como un firmamento de gemas. El río deslizábase más lento sobre un lecho ensanchado, y al lado opuesto continuaba la pared inaccesible, prolongada en línea recta, de una manera fantástica.

Pedro no se cansaba de contemplar aquel espectáculo, cuyos encantos habrían hechizado á cuales quiera ojos humanos; cada vez que los rayos eléctricos llegaban á ciertas regiones de cristal puro, producíase un centelleo de luces multicolores, como si millones de rubíes, de topacios, de amatistas, de lazulitas, se enviaran unos á otros sus destellos. Pero aquella magnificencia, aun no siendo Pedro insensible á ella, no era la causa principal de su éxtasis; su atención concentrábase casi por entero en la orilla cuyo fin no distinguía en lo que su vista alcanzaba.

Comenzaba casi inmediatamente después de la roca, y Dervilly no tuvo que hacer más que dejar que la balsa se deslizase un momento, para desembarcar al fin en tierra firme. A pesar de su deseo de comenzar en seguida su exploración, no quiso dejar nada al azar, y no se decidió á ponerse en marcha hasta que hubo puesto la embarcación, las herramientas y el material al abrigo de toda contingencia.

Resolvió primeramente costear el río, á fin de reconocer someramente los lugares, y dejar para después las investigaciones minuciosas. El camino era practicable; ninguno de los obstáculos que encontró Dervilly era suficiente para detener á un hombre joven y ágil, así es que recorrió fácilmente algunos kilómetros. Preocupado sobre todo por el deseo de encontrar la pista del precursor y dominado por aquella primera embriaguez del descubrimiento, no se fijó en la naturaleza del suelo. Aquella pista no parecía por ninguna parte; pero esta circunstancia no desalentó á Dervilly, porque aun suponiendo que el hombre hubiese llegado hasta la orilla, no era de extrañar que no hubiese dejado huellas de su paso, como él mismo no las dejaba del suyo.

Después de haber andado una hora larga, Pedro, que sólo había tomado una taza de te al saltar de la cama, sintió las molestias del hambre, y sentándose en una prominencia de pórfido rojo, sacó de su saco de provisiones pan, carne fría, sal y una manzana del Canadá, y almorzó con gran apetito. ¡Cosa extraña! No sentía la menor inquietud, porque, á fuer de hombre de acción, tenía confianza en las precauciones que había adoptado, y estaba tan seguro de regresar á puerto, como si se hubiese hallado en una carretera real de su país.

Terminado el almuerzo, examinó el lugar: era una parte accidentada de la playa; el piso ascendía desde el río hasta la pared cubierto de rocas semejantes á alguna construcción megalítica, y era evidente que en una época que se perdía en la noche de los tiempos debía haberse producido allí una violenta ruptura cuyos vestigios podían verse aún en la bóveda, agrietada y hendida como una barranca de los Diablerets. La luz de la linterna filtrábase al través de los corredores, llegaba hasta las cavernas, hería algunos perfiles monstruosos y generalmente acababa por rebotar sobre el río, en donde Pedro vió dos ó tres veces agitarse unas formas esbeltas y pálidas, peces sin duda, peces ciegos y descendientes de quién sabe qué antepasados fabulosos de la época secundaria ó terciaria.

Al fin reanudó Pedro su marcha, mas no pudo resolverse á atravesar simplemente aquel paisaje fantástico, sino que cada vez que un perfil ó una abertura le tentaban, hacía una corta exploración. En una de ellas su pie tropezó con un objeto ligero; inclinóse para verlo mejor y cogió con la mano un gorro de cuero cocido endurecido y cubierto de moho.

«¡Ah!—se dijo.—¡Conque también has abordado..., también has conocido como yo la tierra misteriosa!»

Dió vueltas entre sus manos á aquella gorra miserable sin descubrir en ella otra cosa que vagos vestigios de una marca de fábrica en el fondo de la copa; pero tal como era, hablaba, por decirlo así, y relataba la historia más conmovedora, el más impresionante drama. De pronto Pedro sintió un estremecimiento.

«¡Tal vez está cerca!,» pensó.

Pero encogiéndose de hombros, púsose á registrar con encarnizamiento las tinieblas, y después de trasponer una cuesta, sus ojos se dilataron, aceleróse su respiración y sus piernas se negaron á moverse: *¡el hombre estaba allí!*

Tendido cuan largo era sobre la plataforma de una peña, no tenía, propiamente hablando, ni cara ni manos, á pesar de conservar su piel, porque habiéndose realizado mal la momificación, aquélla formaba extrañas prominencias, y una mejilla aparecía mucho más hundida que otra. El muerto, de alta estatura y constitución vigorosa, vestía una chaqueta de cuero rojizo, unos pantalones de paño que debió ser pardo y que ahora era de un color verde agrisado y grandes botas cubiertas de musgo; sus cabellos obscuros estaban sembrados de canas, como su barba rojiza. A su lado había una capa de paño grueso, un farol, un rifle, un revólver y un *bowie knife* cubiertos de orín y como incrustados en la roca. El río no debía llegar nunca á aquella altura, ni de la bóveda debía caer ninguna gota de agua, porque aquellos objetos, á pesar de todo, no se hallaban en muy mal estado.

«¿Desde cuántos años estará aquí?, preguntóse Pedro. ¿Quince, veinte, treinta?.. ¡Si llevase encima algunos papeles!»

Después de unos instantes de vacilación, decidióse á registrar el cadáver, no sólo para satisfacer su curiosidad, sino también con la idea de que tal vez existirían aún algunas personas que tendrían interés en conocer la suerte de aquel desgraciado.

Abrió la chaqueta, que estaba desabrochada, y no sin repugnancia fué sacando de los bolsillos interiores una cartera de piel encarnada, un pañuelo, una doble yarda articulada y una lente; en los bolsillos del chaleco encontró un reloj de plata de gran tamaño, algunas monedas de cobre, una cajita plana con agujas y alfileres, y un eslabón. De los bolsillos exteriores de la chaqueta extrajo un cuchillo, un cortaplumas de seis hojas con sacatrapos, dos lápices nuevos, una bolsa para tabaco y una pipa de brezo, y de los del pantalón una bolsa de cuero y un manojo de llaves.

Pedro hizo un montón con todos aquellos objetos, exceptuando la cartera, que le pareció ser lo único interesante y que se puso á examinar así que hubo terminado el registro.

Era una cartera bastante voluminosa, con cuatro compartimientos, y un cuaderno para apuntaciones en el centro. En el primer compartimiento encontró Dervilly algunos billetes de banco americanos, de los que los más recientes llevaban la fecha de 5 de agosto de 1852 y que en junto sumaban doscientos cincuenta dólars; el segundo contenía un acta de nacimiento en la que constaba que el difunto se llamaba Jacobo Eward Kennington y había nacido en 18 de noviembre de 1821, de padres desconocidos, en el distrito de Sud Hackney, condado de Midlesex. A este documento iban unidos otros de importancia secundaria, uno de los cuales acreditaba que Kennington había adquirido la nacionalidad norteamericana en el Estado de Virginia.

En el tercero había unos planos trazados bastante toscamente, y que, según las indicaciones que los acompañaban, se referían á presuntos yacimientos de oro, de plata y de cobre. El misterioso personaje era, en definitiva, un profesional, un *prospector* de minas, y su viaje subterráneo no había tenido más objeto, cosa que de antemano sabía Dervilly, que la busca de un metal precioso.

El cuarto compartimiento era el menos interesante; encerraba insignificantes papeles de negocios, algunas facturas y dos ó tres prospectos de hacía medio siglo.

Finalmente el cuaderno central resultó ser el objeto más importante de cuantos dejara el muerto; las primeras páginas contenían notas varias, cálculos, proyectos y nombres de individuos y de agencias, siguiendo luego una indicación que habría parecido enigmática de haber sido hallada la cartera en un camino real, pero que en aquel sitio resultaba muy clara. Decía así:

«Cinnamon Bear's Valley—Grizzly Canon.—Las Cavernas. Algo que hacer. El río. Cavernas de debajo. Las aguas deben haber trabajado de firme.»

Aquella nota llevaba una fecha 15 *de agosto de* 1854, y á ella seguían otras que demostraban que aquel hombre debía haber subido hasta los *stores* de Stonemill, en donde se había procurado provisiones, herramientas, materiales y una mula. Después había permanecido algunos días solo en las cavernas, y luego venían inscripciones incomprensibles, mezcladas con signos y cifras, y algunos versículos de la Biblia.

«Eterno, hacia ti me he retirado; haz que no sea nunca confundido; líbrame por tu justicia.—Inclina tu oreja hacia mí... ¡Sé para mí una fuerte roca y una fortaleza!—¡Atiende mis súplicas cuando grito hacia ti, cuando levanto mis manos hacia el oráculo de tu Santidad!»

Era evidente que el viajero, bajo la inspiración de la exploración terrible que iba á emprender, había tenido piadosas remembranzas.

Las últimas notas eran mucho más importantes; comenzadas con un grito de júbilo y de triunfo, terminaban con un lamento de agonizante, y aunque

redactadas en forma lacónica y con gran sencillez, percibíase en ellas una mezcla de espanto, de dolor, de resignación y de misticismo que resultaba en extremo emocionadora en aquella misma soledad en donde el hombre había exhalado el último suspiro.

2 de septiembre de 1854, *mediodía*.—«Mis presentimientos eran ciertos. La mina está allí. Es una gran fortuna; dos millones de dólars, por lo menos... quizás más. Pepitas enormes.»

Por la tarde.—«Estoy perdido; se ha roto la cuerda y la canoa se ha destrozado ó hundido bajo la tierra. Es imposible que una criatura humana remonte el torrente á nado.»

Por la noche.—«Todo es inútil. Nada puede salvarme. ¡Sólo tú, Señor!..»

«¡Oh, Dios, si es posible, concédeme que pueda ver de nuevo la luz!»

«¡Es preciso morir! He de pensar únicamente en el cielo. ¡Jesús! No he causado mucho mal; puedo ser perdonado... ¡Y creo!... Habría querido morir sobre la tierra de los hombres.»

«Huérfano vine al mundo y solo vuelvo á la eternidad, más profundamente debajo de la tierra que en las más profundas cavernas. ¡El Señor tendrá piedad de mí!»

«Mi farol está á punto de apagarse. Si algún día descienden aquí otros hombres, como yo he descendido, he aquí mi testamento: deseo que el oro que hay en mi cinturón sirva para que me transporten á mi parroquia natal, me entierren cristianamente y me compren una tumba, en donde se pondrá una losa con mi nombre. La mina recompensará á aquel ó aquellos que ejecuten mi voluntad; está situada á menos de cinco millas del sitio en donde empieza el río.

«*3 de septiembre de* 1854.»

Dervilly había leído aquellas líneas con tanta emoción como si hubiesen sido escritas por un amigo muy querido, y no pudo menos de estremecerse ante la idea de que también podía romperse su cuerda, en cual caso... Pero pronto se tranquilizó, en primer lugar, su cuerda era doble: en segundo, lo había repasado muy bien todo, y en último término *¡alea jacta est!*

Disipada la melancolía del primer momento, sintió una satisfacción profunda y una gran curiosidad: la satisfacción como consecuencia de las líneas relativas á la mina; la curiosidad despertada por el párrafo referente al *cinturón*. De éste no había la menor huella ni en el cadáver ni cerca de éste. ¿Qué había sido de él? La hipótesis más plausible era que el explorador, rendido de cansancio, se lo había quitado, puesto que aún había vagado algún tiempo antes de ir al fin á morir en aquella plataforma en donde siquiera podía tenderse.

«¡Busquemos!» -dijose Pedro.

Procediendo con método, dividió el terreno de exploración en fragmentos, todos los cuales partían de la plataforma. Aquella búsqueda fué, durante largo rato, infructuosa, hasta el punto de que decidió desistir de ella para dedicarse á lo más importante, es decir, á la mina; pero cuando se retiraba hacia la playa, llamóle la atención un objeto pardusco que estaba en una anfractuosidad muy parecida á un estante de biblioteca. Era el objeto buscado, un cinturón de cuero en parte cubierto de moho, pero sólido todavía. Pedro lo desenrolló, y en los bolsillos interiores del mismo encontró las pepitas, siete en junto y de hermoso tamaño. Pedro las sospesó y se convenció de que pesaban en total más de treinta kilogramos, lo que les daba un valor de unos cien mil francos.

«El pobre hombre deja lo suficiente para que le hagan un gran entierro y le construyan una tumba magnífica» —pensó Pedro.

Después miró su cronómetro, y al ver que eran las once se dijo:

«Tengo tiempo de buscar la mina.»

Debía distar de ella menos de tres millas, puesto que desde su desembarco había avanzado cerca de cuatro kilómetros; pero á medida que se internaba en lo desconocido hízose evidente que, de no favorecerle la casualidad, las investigaciones no serían cómodas. La playa iba ensanchándose y presentaba considerables variaciones; era como una pequeña comarca con barrancas, cerrillos, cadenas de rocas y hasta de trecho en trecho unas lagunas que era preciso salvar dando un rodeo. Pedro, al pronto, limitóse á seguir la playa en cuanto le era posible, porque con frecuencia había de dar la vuelta á obstáculos abruptos ó pérfidos. Aquella marcha desigual no era muy á propósito para hacer cálculos aproximados de la distancia, así es que algo al acaso estimó Pedro que había recorrido las cinco millas indicadas.

Hallábase en una especie de playa, sembrada de grandes guijarros, en donde no se veía nada que denunciase la presencia de una mina; mas esta circunstancia no le impresionó poco ni mucho, porque nunca había creído que el yacimiento estuviese precisamente en su camino.

«¡La una!—murmuró después de haber consultado su reloj.—Tengo todavía cuatro horas por delante.»

Su plan entonces consistía en recorrer la playa partiendo del punto central de ésta y siguiendo las líneas de radios imaginarios en un semicírculo de quinientos á seiscientos metros. Comenzó por el segmento central, que era el que mayores probabilidades ofrecía.

El primer radio, cortado por continuos rodeos, le condujo hasta la pared, á cerca de medio kilómetro de la playa. Pedro no tenía tiempo de examinar atentamente la roca, pero este examen no parecía necesario desde el momento en que las notas del cuaderno hacían suponer que la mina era fácilmente visible; así es que se limitó á recoger algunas muestras.

Cuando hubo recorrido el primer segmento, casi en todas direcciones, dejó en el suelo las muestras recogidas y se puso á explorar rápidamente el segundo segmento. También allí fueron infructuosas sus tentativas, y después de dejar los nuevos minerales junto al primer montón, vió con disgusto que sólo le quedaba tiempo para terminar la exploración de la primera mitad del semicírculo; si nada descubría allí, regresaría provisionalmente chasqueado. Reanudó su marcha por el tercer segmento, y á las tres no había encontrado más que las piedras depositadas en la playa. Aquel contratiempo, sin inquietarle por el porvenir, le desagradaba. Sentóse fatigado, y lanzando una mirada á su colección de pedruscos, observó en muchos de ellos la presencia de laminillas de plata.

«He aquí una promesa que pondría en movimiento á cualquier *prospector*»—díjose con indiferencia.

Arrojó los guijarros al montón y sintióse dominado por la rabia.

«¡No quiero quedarme en la incertidumbre! Voy arriba el tiempo preciso para tranquilizar á Sam y á Monn Chonn Y-Case y vuelvo; y si he de pasar aquí la noche, la pasaré.»

Una vez adoptada esa resolución, sintióse más sosegado y se puso en marcha sin dar ningún rodeo ni entretenerse en la contemplación del paisaje, de suerte que no tardó más de dos horas en volver al sitio en donde había desembarcado, teniendo al llegar la satisfacción de ver que todo estaba en orden y que la balsa, bien amarrada en una pequeña ensenada, no había sufrido la menor avería. Dervilly, ayudándose con las cuerdas, remontó el río, llegó á la roca, dió vuelta á ella, comprobó el buen estado de los garfios y antes de las siete estaba junto á la plataforma. Allí le aguardaba Sam *el Perro*, quien, al ver aparecer á su jefe, lanzó un grito de júbilo y ayudó á Pedro á desembarcar.

—¿Nada nuevo, Sam?

—Sí, comodoro... Sam no está contento; hay dos malas cabezas que han venido hasta las cavernas, Jack Parker y Ben Peach; se conoce que habían bebido ginebra y brandy y han molestado al Hombre Rojo.

Aquella noticia puso malhumorado á Pedro.

—¿Y qué han dicho?, preguntó.

—¡Oh, comodoro! Ya sabe usted que Chonn y yo no nos llevamos mal, pero no nos hablamos, así es que no me ha contado más que lo preciso para que yo pudiese dar á usted cuenta de lo sucedido.

—Entonces voy á subir.

—¿Hay que recoger la balsa?

—No, Sam; todavía tengo que hacer ahí dentro... y es absolutamente necesario que lo haga.

—¡Ah, comodoro! Esto es tentar al diablo... Para un día basta y sobra...

—Es indispensable, Sam. Por lo demás, puede usted irse á dormir allá arriba.

—¡Eso sí que no!.. No cerraría los ojos en toda la noche. Si usted vela, yo también velaré.

—Es usted un amigo, Sam, dijo Pedro enternecido; y no se habrá usted cansado en vano, porque le prometo...

—Salvando el respeto debido, preferiría que no me prometiese usted nada. No desprecio el oro ni la plata, y si usted llega á ser rico podrá hacer algo por mí; pero promesas... me apenarían, porque trabajar por usted es para mí un gusto.

Al través de sus enmarañadas cejas brillaban los ojos del *Perro* con tal expresión de bondad, que Dervilly se sintió hondamente conmovido.

—Está bien, Sam, dijo gravemente; le trataré como usted se merece, como amigo.

—¿Ve usted, comodoro? Esas son las palabras que á mí me gustan. Cada una de ellas vale para mí millares de dólars.

En la caverna encontró Pedro á Chonn-Monn-Y-Case, que estaba dando cuenta de una cena compuesta de pemmican y de una tortilla de maíz. El Piel Roja, con el mismo rostro impasible de costumbre, esperó, antes de decir nada, que el ingeniero le preguntase.

—*¡Hugh!*, exclamó al fin... Han venido Jack Parker y Ben Peach, un par de cornejas que hace quince años husmean las minas.

—¿Y á qué han venido?

—Sus lenguas no lo han dicho, pero sus ojos hablaban; creen que el joven jefe está sobre una pista y que Sam y Chonn-Monn-Y-Case tendrán su parte y quisieran ser aliados de usted.

—¿Habían bebido?

—Sí; sin la ginebra no se habrían atrevido á venir hasta hasta las cavernas.

—¿Los conoce usted desde hace tiempo? ¿Cree usted que son peligrosos?

—Son astutos y pacientes, y tratarán de sorprender el secreto de usted.

—¿Qué secreto?, preguntó Dervilly lanzando al indio una mirada de sorpresa. Todo el mundo sabe que hago investigaciones, como otros antes de mí las hicieron.

—No saben que tenga usted un secreto, contestó Chonn encogiéndose ligeramente de hombros; únicamente están excitados como coyotes puestos sobre la pista de un ciervo... Chonn Monn Y-Case sabrá frustrar su astucia.

—No es esto lo que le pregunto. ¿De qué secreto habla usted?

—¿De qué secreto quiere usted que hable? Del que trae usted de la mina.

—¿Cree, usted, pues, que tengo un secreto?

—Conozco el rostro del joven jefe mejor que el valle del Cinnamon Bear, y sé que ha hecho un gran descubrimiento.

—¡De modo que se ve!, exclamó Pedro desconcertado é inquieto.

—Los blancos no lo verían, respondió Chonn-Monn-Y-Case riendo silenciosamente, y un rojo tampoco lo vería en el semblante de Chonn Monn Y Case; pero yo lo veo, como vería las huellas de un grizli ó de un bisonte.

Pedro había oído hablar de la penetración de los indios, pero no esperaba poder comprobar un ejemplo tan elocuente de ella; así es que, renunciando á todo disimulo, confesó la verdad.

—Pues bien, sí, es cierto; he hecho un gran descubrimiento y mis aliados tendrán su recompensa.

—Ya sé que la tendrán, dijo sosegadamente el salvaje. El águila no es avara de su presa, y Chonn-Monn Y Case tendrá la sabana y el bosque en donde ha de crecer su descendencia. ¡Chonn Monn Y-Case está contento!

—Diríase que está usted seguro de ello.

—Estoy de ello seguro, si vive usted y si yo vivo.

—¿Sabe Chonn-Monn-Y Case que la mina se repartirá con otros?

—Sí; y sabe también que la parte del joven jefe será diez veces mayor que la del *Perro* y del Hombre Rojo; pero la mina es profunda.

Aquella convicción imperturbable ponía perplejo á Dervilly; y sin embargo, ¿si «el hombre» se hubiese equivocado? ¿Si la mina fuese sólo superficial? Pero luego, pensando en las pepitas encontradas en el cinturón, se tranquilizó.

—Chonn-Monn-Y Case, acuérdese usted de que yo no prometo ni afirmo nada, dijo gravemente. Usted tendrá su recompensa, ciertamente; pero tal vez no será tan grande como usted se figura. Entre tanto, todavía hay que velar, quizás durante una buena parte de la noche. ¿Puede usted?

—Chonn-Monn Y Case puede velar dos días y dos noches sin que su vista se enturbie ni su oído se canse. El joven jefe puede bajar tranquilo, aunque vuelvan Jack Parker y Ben Peach; pero no vendrán, porque la ginebra les cortará las piernas hasta mañana por la mañana...

Aquella conversación preocupó á Dervilly mientras descendía de nuevo hasta el sitio en donde estaba Sam.

(Se continuará.)

UNA ALDEA EDIFÍCADA EN LAS COPAS DE LOS ARBOLES

He viajado mucho, se puede decir que he recorrido casi todo el mundo habitado, y que yo sepa no existe en ningún país civilizado ninguna aldea edificada en las copas de árboles corpulentos como esta de que nos vamos á ocupar. En Nueva Guinea y en otros muchos países, los indígenas construyen con mucha frecuencia sus habitaciones entre las ramas de los árboles de las selvas, y otros las edifican en las playas bajas donde hay poca rompiente, sobre grandes estacas que clavan en el mar; pero lo hacen con objeto de librarse de las tribus hostiles que de vez en cuando les acometen para robarles sus ganados, sus mujeres y niños, pues desde lo alto de los árboles pueden espiar con más facilidad al enemigo.

Pero la encantadora aldea de Robinsón, cerca de París, es muy diferente de todas estas. Es una aldea preciosa y muy tranquila, que podríamos llamar la isla de los conejos de la metrópoli francesa; allí no hay sobresaltos ni ruido de ninguna clase; es un sitio pintoresco donde los que huyen del tumulto y continua agitación de la capital, pueden pasar algunos días disfrutando de la tranquilidad más absoluta y del hermoso panorama que tienen á la vista. El nombre de Robinsón se lo puso Jacobo Guesquin, modesto rentista que después de haber hecho una pequeña fortuna en París, se retiró á este sitio á vivir tranquilo, dedicado á las labores del campo, vida que le gustaba mucho.

De esto hace ya más de sesenta años. El señor Guesquin hacía ya tiempo que suspiraba por encontrar un rinconcito tranquilo cerca de la capital, hasta que por fin lo encontró en las proximidades de Sceaux y Fontenay aux Roses, á unos nueve kilómetros de París. La propiedad estaba toda cercada de rosales silvestres y de los añosos y corpulentos castaños que en otra época formaban un inmenso bosque alrededor de París.

El anciano Guesquin mandó construir en esta finca una quinta, y como era un hombre muy activo y su fortuna no era tampoco muy grande, pensó que más le produciría un almacén de comestibles que cultivar la tierra. Se admiraba de que con tanta gente como había en París, no hubiera pensado ninguno antes que él en este rinconcito de bosque tan tranquilo y agradable. No tardó en comprar otra parcela de terreno para ir ensanchando su finca, y mandó construir otra quinta, porque pensaba, y no pensaba mal, que alguien iría á alquilarla. Después tuvo una


Casita típica edificada en la copa de un árbol

idea magnífica; al fijarse en las altas y gruesas ramas de un añoso olmo, pensó que construyendo allí una casita de madera, con una escalera para subir con facilidad, se podría disfrutar desde aquella altura de la vista del hermoso panorama del valle del Sena, y tal como lo pensó lo hizo, y á partir de aquel día disfrutó el viejo rentista lo indecible contemplando desde su elevado escondite los alrededores de París.

Una mañana pasaron por allí algunos estudiantes de la gran Universidad de la Sorbonne, y vieron á Guesquin asomado á la puerta de su alto mirador de madera, y le suplicaron que les permitiera subir, á lo que accedió el dueño con mucho gusto; los estudiantes celebraron en extremo la idea y hablaron de lo conveniente que sería convertir aquello en un sitio de recreo, que además podía ser muy beneficioso para el dueño de la finca.

Los alegres jóvenes lo daban ya por hecho, y en seguida principiaron á pronunciar nombres de héroes para ver cuál de ellos le cuadraría mejor á la nueva población edificada entre las ramas de los árboles, hasta que uno de ellos dijo en un momento de inspiración que el mejor sería «Robinsón,» y con Robinsón se quedó.

Guesquin puso en seguida manos á la obra, y en muy poco tiempo no quedaba ya un árbol corpulento en su finca donde no hubiera un bonito cenador de madera, y en todos ellos restaurant ó cantina. La noticia cundió al momento por París, y por los caminos se veían á cada momento gran número de vehículos de todas clases con excursionistas que iban en busca del nuevo Robinsón Crusoe.

Para animar un poco aquello y que no fuera todo contemplación del paisaje y merendar en las casitas de los árboles, se establecieron al mismo tiempo otras diversiones, como, por ejemplo, el tiro de pichón y carreras de caballitos y borriquillos, así como otros varios juegos y pasatiempos que distraían mucho á la gente alegre, particularmente á la de la clase media, que los domingos por la tarde iba allí á pasar algunas horas.

Llegada de excursionistas que van á comer en uno de los restaurants instalados en las copas de los árboles

El sitio es verdaderamente de lo más pintoresco que puede imaginarse, y una comida en uno de estos elevados pabellones, medio cubiertos por las ramas y hojas de los árboles, y desde donde se descubre el hermoso valle del Sena, es de lo mejor que se puede encontrar para los amantes de la quietud y de admirar la naturaleza. Desde allí se pueden contemplar también otras muchas cosas: las venerables torres de Nuestra Señora de París y las principales líneas de la torre Eiffel. La gente menuda disfruta lo indecible cuando ve que funciona la polea por donde pasa la cuerda que sube la cesta con la comida. Allí no falta nada; hay muy buenos cocineros que presentan platos tan bien condimentados como en el mejor hotel de París, y los muchachos atrevidos suplican con mucha frecuencia á los camareros y empleados que los suban y bajen en estas grandes cestas, con lo que las familias ríen y pasan muy buenos ratos.

Después de la comida bajan las familias de estos restaurants aéreos y dan un paseo por el bosque en los caballitos que hay en la pintoresca aldea, y bien entrada la noche vuelven en sus vehículos á París, contentos y satisfechos de haber pasado un buen día.

Basta contemplar los grabados que ilustran el presente artículo para comprender cuán deliciosos ratos pueden pasarse en aquel ameno lugar. El rincón de bosque en donde la singular aldea está situada, ofrece todos los encantos de la naturaleza, y diríase, al verse allí, que se encuentra uno á cien leguas de la capital. Y el hombre, por su parte, sin quitar nada de aquellos atractivos naturales antes al contrario, completándolos, ha puesto allí cuantos entretenimientos y cuantas comodidades pueden contribuir á hacer más grata la estancia en tan pintoresco sitio. Los pabellones aéreos son elegantes y confortables y el servicio nada deja que desear.


Camarero que sube la comida en una cesta

Bien merece, pues, el propietario que tuvo tan excelente como original idea el éxito que ha conseguido y el favor que los parisienses y no pocos extranjeros le dispensan.

W. G. Fitz Gerald.

UN PERGAMINO ARTÍSTICO

Los que han seguido con interés la historia de la reforma interior de Barcelona, saben que á la rápida resolución de este asunto importantísimo, en su último período, ha contribuído poderosamente el digno gobernador civil de esta provincia Excmo Sr. D. Angel Ossorio y Gallardo, despachando con inusitada prontitud cuanto de él dependía, ahorrando trámites y formalidades superfluos y abreviando todos aquellos de que, por mandato de la ley, no podía prescindirse.

El Ayuntamiento barcelonés, deseando demostrar su agradecimiento al que tan celosamente había colaborado en la trascendental obra, le ha regalado el artístico pergamino que adjunto reproducimos y cuya dedicatoria es á la vez testimonio de los merecimientos del Sr. Ossorio y manifestación de la gratitud que hacia él siente nuestra ciudad.

El pergamino es una labor artística de gran belleza; el distinguido dibujante Sr. Saurí Sirés, ha sabido expresar en él, con tanta oportunidad de pensamiento como habilidad de ejecución, el significado de la obra de la Reforma, simbolizando la ciudad vieja, que desaparece, en los ratones fugitivos y en las tristes adormideras de caídos pétalos, y la ciudad nueva, que nace de entre las ruinas de aquélla, en las hermosas flores que se abren espléndidas al beso primaveral. Los ornamentos, atributos y emblemas que completan la decoración, están dispuestos con exquisito gusto y dibujados magistralmente.



Pergamino regalado por el Ayuntamiento de Barcelona al gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, en testimonio de agradecimiento por la diligencia y buen celo con que ha contribuído á la reforma interior de esta capital. Obra de A. Saurí-Sirés.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

PRODIGIOS EUCARÍSTICOS. – El editor don Miguel Casals ha publicado la segunda y hermosa edición de esta obra, original de *R. P. Manuel Traval y Roset, S. J.*, de gran utilidad é interés para los creyentes y propia para las explicaciones catequísticas. Forma un volumen de 17 por 10, de 482 páginas, profusamente ilustradas, y se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BARCELONA. – El Ayuntamiento de esta capital ha publicado el volumen V, correspondiente al año de 1906, de esta importante obra que reviste igual interés que los anteriores. Constan en ella, á que nos referimos noticias y antecedentes copiosos de todos los servicios municipales, de tal suerte que al examinar la obra adquiérese el conocimiento exacto de cuanto constituye la vida y movimiento de la urbe, en todos sus aspectos. Ilustran el libro numerosos grabados de edificios, retratos de catalanes ilustres, etc.

CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR EN COLOMBIA. – Así se titula el cuaderno de la 3.ª serie, de nutrida y provechosa lectura, que como resultado de sus estudios é investigaciones, ha publicado en Bogotá el docto catedrático del Colegio Mayor de aquella capital Francisco Javier Vergara y Velasco, y que aportan nuevos é interesantes materiales para quien desee conocer la historia documentada de aquel país. Forma un volumen de 24 por 18; y consta de 94 páginas.

LLARS APAGADAS, drama en tres actos y en prosa de *J. Vidal y Jumbert*. Esta producción escénica del fecundo escritor catalán Sr. Vidal y Jumbert, se estrenó con excelente éxito en el Teatro del Casino Comercial de Granollers. Impreso en aquella población en la imprenta de J. Xirau, véndese á dos pesetas.

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS. Concursos pendientes y Catálogo alfabético de sus publicaciones. – Un tomo de 120 páginas que contiene las condiciones de los concursos de 1909 para optar á varios é importantes premios y además el catálogo de las obras publicadas por la expresada Academia, y que así por su número como por su importancia son un título de gloria para la docta corporación. Impreso en Madrid en la imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús

DE ANDALUCÍA. RUINAS, por *F. Cortines y Murube*. – Colección de inspiradas poesías divididas en cuatro grupos, cuyos títulos *De este cielo, De esta tierra, De mi patria* y *De mi corazón*, indican los distintos géneros á que pertenecen las composiciones. En todas ellas se ve al observador profundo de la naturaleza y de las costumbres andaluzas y al poeta de ideas y sentimientos elevados. Un tomo de 204 páginas, impreso en Sevilla en la imprenta de Izquierdo y C.ª; precio dos pesetas.

ACUARELAS, por *Sarah Lorenzana*. – Colección de cuentos y poesías, interesantes y elegantemente escritos aquéllos y muy sentidas y bien versificadas éstas. Varias de las composiciones poéticas que contiene han sido premiadas en públicos certámenes. Un tomo de 164 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Fernando Fe; precio, tres pesetas.

BOREALES, MINIATURAS Y PORCELANAS, por *Clorinda Matto de Turner*. – Colección de narraciones históricas, artículos de viajes, semblanzas de personalidadss ilustres, trabajos literarios, etc., escritos en estilo elegante y apropiado á cada género por la distinguida y popular literata bonaerense Clorinda Maatto de Turner. Un tomo de 320 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Juan A. Alsina.

COLOMBIA EN 1907, BAJO LA ADMINISTRACION DEL SR. GENERAL RAFAEL REYES, por *Lisímaco Palau*. – Un folleto de 64 páginas, que contiene, además de una extensa biografía del general Reyes, interesantes estudios sobre el desarrollo de Colombia, en todos sus aspectos, durante su gobierno. Impreso en Bogotá en la Imprenta Nacional.

MIGUETTE DE CANTE-CIGALE, por *Manuel Delbousquet*. – Bonita novela de costumbres de la región de las Landas (Francia) que forma parte de la interesante Colección de Escritores Regionales que con tanto éxito publica en París la «Nouvelle Librairie.» Un tomo de 180 páginas; precio, dos francos.

MANUAL DEL CRISTIANO DEVOTO DE MARÍA, por el *P. Fr. Luis Carrión González*. – El título mismo de esta obra, publicada con licencia eclesiástica, nos releva de hablar del carácter de la misma. Unicamente diremos que está dividida en cinco partes: el ejercicio diario, el semanal, el mensual, el anual y el perpetuo. Ha sido editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili.

POESÍAS, por *Juan Valera*. – Formando parte de la Colección de obras completas de D. Juan Valera, se ha publicado el volumen 11 de las poesías del ilustre escritor que contiene muchas originales y algunas paráfrasis y traducciones de Byron, Goethe, Heine, Moore, Geibel, Víctor Hugo, Uhland, Coppée, Russell Lowell, Wetmore Story, Greenleaw Whittier y de otras celebridades literarias extranjeras. Avaloran el libro unas extensas notas del eminente crítico Sr. Menéndez y Pelayo. Impreso en Madrid en la Imprenta Alemana, véndese el tomo á tres pesetas.

MEDALLA REGALADA AL EMINENTE VIOLINISTA SARASATE, POCO ANTES DE MORIR,

POR SUS ADMIRADORES VIENESES, OBRA DE ALFREDO ROHLBERGER. De fotografía de Trampus.





El incomparable artista á quien con razón se denominaba «el rey del violín,» tenía en todas las grandes capitales del mundo fervientes admiradores que le colmaban de aplausos entusiastas y de regalos valiosísimos tantas cuantas veces ante ellos se presentaba en sus periódicas excursiones. Recientemente los vieneses quisieron testimoniarle la admiración que por él sentían, y al efecto encargaron al notable escultor de aquella ciudad Alfredo Rohlberger la bellísima medalla que adjunta reproducimos y que le fué entregada poco tiempo antes de su fallecimiento. En el anverso se ve el busto del violinista sin par, hermosamente modelado, y en el reverso un violín y unas solfas artísticamente enlazadas por unas ramas de laurel.

Este ha sido seguramente el último homenaje que recibió el eximio concertista, quien poco después fallecía en Biarritz, dejando escrito para siempre su nombre en los anales del arte músico universal.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 30 de noviembre de 1908 — Núm. 1.405



PARÍS.—LAS ÚLTIMAS CREACIONES DE LA MODA. EN EL «FIVE O'CLOCK TEA» RUMPELMAYER

(De fotografía de Enrique Manuel, comunicada por Carlos Trampus.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: la colonización en los territorios del Sur: proyectos de ferrocarriles y de Compañías de Colonización. —*Bolivia:* las colonias y las misiones en el Chaco: el problema de la inmigración. —*Perú:* la cuestión de Tacna y Arica: la política del nuevo presidente. —*Venezuela:* el conflicto con Holanda: la campaña en la prensa contra el general Castro y puntos de vista que toman sus defensores y sus adversarios. —*Cuba:* las elecciones y el triunfo de los liberales.

La colonización argentina entra en vías de mayor engrandecimiento. Las vastas gobernaciones ó territorios del Sur prosperan menos de lo que debieran porque no hay fácil comunicación entre los pueblos ó colonias del litoral y las zonas del interior inmediatas á la cordillera. Ahora se trata, según nuevas leyes aprobadas ó en proyecto, de construir ferrocarriles que den salida á los productos del país, favorezcan el acceso á comarcas lejanas de la costa y de excelentes condiciones para la explotación agrícola, pecuaria, forestal ó minera, y consiguientemente fomenten la población y colonización en aquellas extensas regiones de la Patagonia. Allí, además de las industrias agro-pecuarias que pueden desarrollarse, hay, como es sabido, abundantes maderas y yacimientos de minerales varios, y con el estímulo que crean las explotaciones bien remuneratorias, la seguridad del trabajo permanente y la apertura de caminos que permitan establecer frecuentes y cómodas relaciones entre el litoral y las fincas ó colonias del interior, la corriente inmigratoria podrá tomar extraordinario desarrollo, poblando aquellos vastísimos y ricos terrenos, de clima sano y templado, donde pueden instalarse y vivir millones de seres humanos.

Para el objeto indicado, es decir, para la construcción de vías férreas, parece que por el pronto se autoriza un gasto de 25.000.000 pesos oro. La situación financiera y económica de la República Argentina garantiza la posibilidad de un empréstito, emitido en condiciones relativamente ventajosas, con el fin de obtener esa cantidad. Sin embargo, la prensa bonaerense expresa cierto recelo, porque el nuevo gasto se suma á otros ya acordados, entre ellos el muy considerable que representan los armamentos que no ha mucho aprobó la Cámara de Diputados.

Pudieran, acaso, dar eficaz ayuda á las obras proyectadas las Compañías de ferrocarriles que explotan los de la República. Según recientes noticias, los capitalistas ingleses que tienen invertidos fondos en las líneas férreas argentinas, se proponen formar Compañías de Colonización que comprarán grandes extensiones de tierras aptas para la agricultura y las revenderán en lotes pagaderos á plazos. Si adquiriesen esas tierras en las gobernaciones del Sur, podrían tomar á su cargo la construcción de las nuevas líneas, con lo que darían más valor á los terrenos, y á la vez prepararían para un porvenir no muy remoto la seguridad de importante tráfico mercantil y movimiento de pasajeros y por tanto de mayores ingresos en la explotación de los ferrocarriles.

***

La última Memoria del Ministerio de Colonización y Agricultura de Bolivia nos informa de los progresos que hace la colonización en el Chaco, país en que pueden establecerse grandes núcleos de inmigrantes. La belicosa raza de los Chorotis va sometiéndose, y las demás tribus que ocupan esa dilatada comarca viven en paz y los caciques dan pruebas de fidelidad á las autoridades. Los misioneros prestan buenos servicios en su cristiana labor, si bien el excesivo celo y la severidad de algunos padres conversores han motivado protestas ó reclamaciones ante los jueces ó tribunales civiles. Replicaron aquéllos que era imposible gobernar y sujetar á la vida civilizada á los neófitos suprimiendo los azotes, el cepo, el calabozo y otros castigos materiales. El gobierno manifestó que las leyes prohibían los castigos infamantes y el tormento, y recomendó á los misioneros que evitasen, en lo posible, toda pena corporal, por el carácter odioso y cruel que siempre tiene.

Muestra, sin duda, en este punto el gobierno boliviano cierta tolerancia, porque ve que la prosperidad material en esos pueblos de neófitos es notable, gracias al perseverante celo de los misioneros. Los templos, escuelas, talleres, hospederías y casas de los indígenas obedecen á un plan regular y metódico, y hay algunas Misiones que pueden considerarse como modelos de esfuerzo colonizador.

Son numerosas las solicitudes de empresas de colonización y de individuos particulares, que recibe el Ministerio, para ocupar tierras del Estado en calidad de inmigrantes. La República de Bolivia es ya conocida en el exterior, y sus riquezas naturales llaman la atención de los centros industriales y mercantiles. Las empresas mineras que se han constituído con capital extranjero, y la construcción de los ferrocarriles que han de ligar á todos los pueblos de la nación, son circunstancias que contribuyen á que se vayan fijando las miradas sobre esta privilegiada región de América.

Bolivia tiene que plantear resueltamente el problema de la inmigración. Su territorio, la mayor parte despoblado, pide brazos, reclama el trabajo humano para ostentar su potencia productora y revelar la riqueza, que ahora sólo se vislumbra. Pero hay que evitar la inmigración libre, que es muy perjudicial, pues en ella predominan elementos disolventes, hombres que forman los rebalses de la criminalidad y de la corrupción, seres que contagian, engendran é inoculan los vicios de las grandes agrupaciones sociales.

Preciso es, pues, escoger y dirigir bien la inmigración. Mas no debe olvidarse que el buen inmigrante, el que conviene al país, necesita muchas garantías para dejar el suyo é ir á lo desconocido llevando su familia y su trabajo; hay que darle seguridades de vivir cómodamente y prosperar. Por esto, el actual ministro de Colonización Sr. Ballivián propone como primera medida que el Congreso nacional vote los suficientes fondos para pagar los pasajes de los inmigrantes y sus gastos de subsistencia y alojamiento hasta que queden instalados en los lugares que elijan. Aun después, la movilidad ó cambios de residencia debe correr por cuenta del gobierno.

En Bolivia, como en la mayor parte de las Repúblicas de América, el inmigrante español es el preferido. En el pasado año, el Ministerio de Colonización pidió á Barcelona para los trabajos de la «Sociedad Constructora» obreros catalanes, que ya están en el país.

***

La eterna cuestión sobre la nacionalidad definitiva de las provincias de Tacna y Arica continúa en pie. Durante el presente año se han seguido activas negociaciones entre la cancillería chilena y la representación diplomática del Perú, y la prensa de uno y otro país ha publicado sobre el caso comentarios más ó menos vivos y apasionados. La incertidumbre en este punto es un constante peligro para las cordiales relaciones entre ambas Repúblicas.

El ex presidente Sr. Pardo tuvo que declarar en su último Mensaje que la cuestión de Tacna y Arica no había podido quedar resuelta dentro de su período gubernativo, como lo procuró, inspirándose en el anhelo unánime del Perú, en el que cada día son más robustos los vínculos de nacionalidad y afecto que lo unen á esas provincias. Sostenida la discusión diplomática, añade, la cancillería peruana tuvo ocasión de demostrar una vez más al gobierno de Chile y á los de otras naciones amigas, que dentro del cumplimiento del tratado de Ancón se encuentra la fórmula para resolver en justicia la cuestión pendiente, y de conformidad con las legítimas expectativas que se derivan de este pacto.

Las negociaciones han de proseguir bajo el gobierno del nuevo presidente Sr. Leguía que, como ya se dijo, continúa la política de su antecesor, y ha tenido el buen acuerdo de formar ministerio con ilustres personalidades casi ajenas á la lucha de los partidos en estos últimos años, con lo que claramente da á entender sus propósitos de conciliación y armonía, para evitar disturbios que paralicen los rápidos progresos que en todos los órdenes de la administración vienen cumpliéndose en el Perú.

***

En el Ecuador, el progreso es más lento, y sus jefes de Estado aún tienen que consignar en los Mensajes á las Cámaras el desbordamiento de las pasiones políticas, origen de continuos atentados contra el orden público y contra el partido imperante.

Gobierna hoy el partido liberal, y su jefe y presidente de la República, el general Alfaro, declara que las facciones reaccionarias, unidas por el común propósito de derribarlo del poder, no cesan de conspirar y apelan á toda clase de recursos para conseguir su objeto. Nunca se ha visto, dice, más profunda división entre conciudadanos.

Desde las alturas del poder, no se puede trazar cuadro más triste de la situación del país que el que describe Alfaro en el documento á que nos referimos. Y acrecen y cunden tristeza y desaliento, porque la oposición persiste en forma violenta y agresiva y se maquina la ruina del Estado con una tenacidad increíble, digna—añade Alfaro—de mejor causa. Este es precisamente el punto dudoso: cuál es la mejor causa, si la de Alfaro ó la de sus adversarios.

***

Con más fortuna que Alfaro, el presidente de Venezuela se ha impuesto á sus enemigos y la revolución ha sido hasta ahora impotente para crear un partido en armas capaz de sostener la guerra civil. El conflicto con Holanda no da el juego que aquéllos presumían; llevado al terreno de las previas negociaciones, el tiempo va pasando, el gobierno holandés apura todos los medios de avenencia y Castro da largas pidiendo el envío de un agente especial para discutir los puntos controvertidos.

Pero en la prensa de América y de Europa arrecia la campaña contra Castro. Sus defensores toman el punto de vista que justifica ó excusa en trances graves el ejercicio de la tiranía, y recuerdan el caso de Porfirio Díaz, cuyos procedimientos de gobierno respecto á política interior fueron semejantes á los que hoy pone en práctica el general Castro. Se procesa y se encarcela sin trámites legales, se violan el domicilio y la correspondencia, se fusila por delitos políticos, y nadie puede, de palabra ni por escrito, censurar, dentro del país, los actos del gobierno. Así dicen que se vive en Venezuela los adversarios de Castro. Aunque fuera cierto, replican los adictos, si hubo épocas en que tal se hizo, fué porque era necesario; hacía falta férrea mano para regenerar, para restaurar el país, y esa mano de hierro fué la de Castro, el restaurador de Venezuela.

Hacen observar los anticastristas que bajo la tiranía ó despotismo del restaurador la República no se engrandece ni prospera; antes al contrario, hay ahora menos comercio, menos industria, menos agricultura, más impuestos, más miseria que nunca. Huye del país el capital extranjero, se rompen las comunicaciones con Europa y se va á la ruina á pasos agigantados. No hay en Castro, añaden, ninguna de las cualidades que tienen los tiranos capaces de salvar á un pueblo. No es más que un hombre enloquecido por el ansia de poderío y grandeza, hasta tal punto, que en reciente comunicación dirigida al gobierno de uno de los Estados, con motivo de cierta controversia sobre asuntos religiosos, lo hace como jefe del Estado y de *la Iglesia* venezolana.

***

Se han hecho las elecciones en Cuba y ha triunfado el partido liberal. En el primer ensayo de «Cuba libre,» la República, gobernada por el bando conservador, vino á caer bajo la intervención yanqui: era lógico que ahora la mayoría del país diera sus votos, como lo ha hecho, al partido contrario. El partido negro se ha presentado con escasa fuerza; la mayor parte de los hombres de color han favorecido con su voto á liberales ó conservadores, principalmente á los primeros.

El general Gómez aspira á conciliar aspiraciones opuestas y ha declarado que será, no jefe de un partido, sino presidente de todo el pueblo cubano.

Míster Magoon, el interventor yanqui, va á ser despedido con grandes solemnidades y festejos.

R. Beltrán y Rózpide.



Siéntase junto á la cabecera de la cama...

DANIEL REINOSA

Nada más interesante y más bello que la cabeza y el corazón de Reinosa. Era una cabeza noble, dorada de vello, sanamente encarnada como un melocotón, de la cual destacaba una frente espaciosa, blanquísima, tersa y reluciente, sobre unos ojos sentimentales que decían á todas horas y á todo el mundo cuán buena era el alma de su dueño.

No puedo hacer semejante elogio de sus piernas, porque estoy convencido de que por muchas cuartillas que llenase, no conseguiría enmendar su arquitectura de arco triunfal. Nada diré tampoco de sus manos, como no sea encarecer los prodigios que realizaban sobre el piano á pesar de su mórbida pequeñez. Admiraban de toda verdad verlas saltar de una parte á otra de las teclas, con la mayor soltura y elegante gallardía, arrancando cascadas de notas rápidas y lentas, sutiles y vibrantes, quejumbrosas y alborotadas...

Redondas y sonrosadas en su ligereza y admirable exactitud, parecían dos rosas que saltasen locamente hechizadas por sobre de mágicas armonías...

Todo esto he creído justo consignar en favor de Daniel Reinosa, profesor de piano de no pocas señoritas de la bella aristocracia. Conocerle y quererle era una cosa que ocurría con la misma exactitud con que consuenan las dos palabras.

Yo no sé qué extraña ley ó fuerza misteriosa realizaba el prodigio—en el mismo instante que Daniel se sentaba—de hacer caer como un tupido velo, capaz, no de ocultarnos solamente que sus pies diminutos estaban á un palmo del suelo, no; eso sería poco; una especie de velo inexplicable que sólo dejaba á nuestra vista la simpática belleza de su rostro, dulce y lumínico en la penumbra de un ángulo, como la visión de un sueño...

Todos los seres diminutos ejercen por lo regular una inexplicable influencia en nuestra alma, que hace que nos unamos á ellos por verdaderas corrientes de gratitud y simpatía. Yo he notado muchas veces este fenómeno de sugestión en casi todas las bajas estaturas que conozco; así como he experimentado también una cierta impresión de recelo y de rivalidad ante las personas que pasan de la altura corriente. Éstas, por lo común, son dominadoras y se yerguen ante los seres de razonable altura, como es la mía, con la fatua terquedad de un poste; reto sumamente inoportuno, toda vez que no depende de mí ponerme á raya de sus cabellos.

Pero volvamos sobre los leves y gloriosos pasos de nuestro pianista. Veámosle, no en el ángulo más obscuro de cualquiera de los confortables saloncitos elegantes, vestido prudencialmente de gris, como prudencial es también para nuestro artista la elección de asiento en las medias tintas, esa semi-penumbra que borra piadosamente el contorno del cuerpo, respetando tan sólo la blanca claridad del rostro, prestándole al propio tiempo toda la poesía de un retrato antiguo de Lucas Cranach. Veámosle en su casa, en la dulce, silenciosa y ordenada casa de su madrecita, una mujer sutil, del propio color y altura de un lirio blanco.

Daniel está enfermo. Su rostro destaca sobre la nieve de la almohada como una fruta. Su madre, con su gorrita crem, con su cabello blanco, con su rostro transparente, con su manteleta de lana blanca, delgada y bajita, atraviesa levemente la estancia... Y la estancia se llena de la húmeda tonalidad de sus faldas verde claro de lirio...

Daniel la recibe con complacencia. Es una fruta servida por una flor.

Hablan dulcemente, suavemente, sin que el concierto de sus voces altere en lo más mínimo el plácido silencio de la casa.

Daniel, tan feliz, ha pasado una noche de lucha contra sí mismo, de duda y de desvarío.

—Ya estoy mejor, madrecita... No te alarmes... Mi mal...

No sabe dar en la forma más suave para relatar la causa de su mal.

Doña Isabelita, que conoce el corazón de su fruto más que su propio corazón, cree haber descubierto el motivo por el cual hace algún tiempo que está triste. Siéntase junto la cabecera de la cama, y tomando una de las rosas que se agitan nerviosamente sobre el verde-pradera de la colcha, le dice fundiendo su voz en una larga caricia:

—Daniel, hijo mío... Eres injusto con tu madre. ¿Crees que voy á sentirme celosa?

Resbala una lágrima por las afelpadas mejillas de Reinosa, y sus labios besan las dulces manos maternales, aquellas olorosas manos amarillentas como cirios eucarísticos.

Daniel apoya la cabeza en el delicado hombro de su madre y sufre un desvanecimiento. Después, desviando los ojos, se confiesa con la escrupulosa lentitud del que va á morir. Su confesión, sin embargo, nada tiene de horrible ni de remordial... Es el relato de un amor purísimo, que sale de su boca con inflexiones de voz inimitables, balbuceos y suspiros indescriptibles...

—Una noche—hace ya algún tiempo de eso, madrecita,—al meterme en cama busqué en los bolsillos del gabán un periódico que se ocupaba de mí. Me puse á leerlo sosegadamente, cuando de pronto tropecé con una leyenda escrita á lápiz por mano de mujer... Las letras eran deformes y confusas, hechas con tanto miedo como prisa. Decían: «Cuando una joven se consume de amor sin que lo note el ser querido..., ¿ha de conformarse á morir ignorada de una probable felicidad? ¿Qué es lo que debe hacer?» Esta leyenda, madre mía, me ha lastimado el corazón durante mes y medio. En vano busqué, hasta el día de anteayer, en las palabras y en los ojos de mis alumnas la clave del enigma. Todas me amaban por un igual, con amor de discípulas, que tienen fe en el talento musical del maestro... Y yo, por mi parte, correspondía con amor semejante á todas y cada una de ellas. Sin embargo, Margaret Huntley influía de un modo tan especial en mi alma, que yo ponía todo mi tacto en demostrarme muy frío para con ella, tratándola con la mayor cortesía del mundo.

—¿Qué nombre has dicho?, interrumpe doña Isabelita, visiblemente intrigada.

—Margaret Huntley, una inglesita de ojos soñadores y grandes aptitudes para el canto... Hija de un newyorquino muy amable, de vasta ilustración y no poca fortuna, que recorre Europa con el afán de que ella aprenda á cantar las canciones populares más características, más clásicas, del viejo continente... Pues bien, madre, como te decía, mi relación respecto á las alumnas siempre ha sido muy afable, exceptuando la señorita Huntley, pues todo mi cuidado ha sido en apartarla cortésmente del templo de mi corazón, consagrado solamente á ti...

—Y á Margaret, añade doña Isabelita con la sonrisa de un ángel.

Daniel agacha la cabeza y prosigue:

—Tienes razón... Perdóname. A ti y á Margaret... ¡He sido un impotente! Anteayer, mientras tomaba su lección... Oye, madrecita; te juro que nunca estuve más grave é inflexible para con ella... La reprendía á cada instante, y una de las veces, seguramente la última que la habré reprendido, ella echóse á llorar, y apretándome un dedo con su muy linda mano, fría entonces como el hielo, me dijo: «Tiene usted razón... Me equivoco mucho..., pero es usted muy cruel conmigo...» Había tanto dolor en sus palabras, que experimenté súbitamente el mayor tormento de mi vida. Perdí la cabeza, y tomando sus manos frías, las calenté en el fuego vanamente sofocado de mi pecho... No me olvidé de ti, no, madrecita mía; me pareció que me hablabas desde el fondo de mi alma, dándome valor... Y mis palabras salieron á borbotones, tanto más apasionadas por el largo tiempo que habían sido contenidas... ¿Qué le dije? No sé... Yo no conozco delirio más grande que aquél. Apoderóse de mi fantasía todo el amor del mundo y del espacio, y montado en sus alas crucé infinitos países de ventura... Tú ibas á nuestro lado, dejándote besar por ella... ¿Oyes, madre mía, oyes?

Daniel Reinosa guarda silencio un instante, y después prosigue con dudosa voz:

—Ayer Mr. Huntley me habló de mi poco porvenir artístico en mi país natal. Elogió mis méritos, avivó mis entusiasmos y por fin... ¡me propuso seguirles!

—Y tú, le contestaste...

—¡Oh, madre!.. Le confesé mi amor por su hija, y él, estrechándome las manos..., ¡Perdóname! Olvidé que á tu edad... Atravesar los mares... ¡Eres tan viejecita!.. He sido un insensato.

—¡No, no! Yo quiero seguiros; volando, volando... Tus países de ventura me fascinan, me remozan. Hacen revivir el mundo de los recuerdos de tu padre...

Y después, reponiéndose, añadió:

—¿Y la autora del misterioso escrito?

—¡Margaret Huntley, madre mía, Margaret Huntley!, grita locamente Daniel saltando de la cama.

NOGUERAS OLLER.

(Dibujo de Calderé.)

LA CATÁSTROFE DE HAMM

ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS

En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos minuciosamente la catástrofe ocurrida en las minas de Hamm (Westfalia).

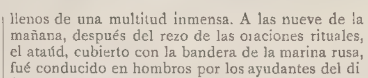


Entierro de las víctimas de la catástrofe de Hamm (Alemania).—El fúnebre cortejo precedido de los sacerdotes católicos y de los pastores protestantes.

El entierro de los treinta y seis cadáveres que en los primeros momentos pudieron ser extraídos del pozo incendiado, efectuóse el día 16 de los corrientes y fué una ceremonia imponente y conmovedora. Los ataúdes que contenían los restos de aquellos desdichados obreros, fueron colocados en grandes carrozas enlutadas y adornadas severamente, al lado de las cuales iban empleados de las minas y compañeros de las víctimas; detrás de cada una seguían las familias respectivas.

Precedían al fúnebre cortejo las autoridades, corporaciones, representantes de la sociedad minera y dos numerosos grupos, uno de sacerdotes católicos y otro de pastores protestantes, pues entre los muertos los había de una y otra confesión.

En el cementerio, después de rezados los responsos, fueron los treinta y seis ataúdes depositados en una gran fosa, en presencia de un numeroso público que presenció, emocionadísimo, la triste ceremonia.



Carroza con algunos ataúdes, seguida de las familias de las víctimas



PARÍS.—ENTIERRO DEL GRAN DUQUE ALEJO

El cadáver del gran duque Alejo de Rusia, después de embalsamado, fué instalado en el gran salón del palacio que aquél ocupaba, convertido en capilla ardiente. Allí acudieron á rezar los responsos el arcipreste Smirnoff, rector de la iglesia rusa de la calle de Daru, y el arcipreste Rodjestwenski, en presencia de varios miembros de la familia imperial y de las personas notables de la colonia rusa.

Al día siguiente, el cadáver fué introducido en un triple ataúd de abeto, de plomo y de roble barnizado y forrado de raso blanco, que permaneció abierto todo aquel día y el siguiente. La caja de plomo tenía un cristal que permitía ver la cara del archiduque, y sobre la de roble se veía una cruz rusa de cobre dorado. A la entrada de la capilla ardiente daban guardia algunos marineros rusos llegados expresamente de Brest y varios tripulantes del acorazado francés *León Gambetta*. Aquella noche, después de rezadas las preces de rúbrica, procedióse á soldar el ataúd, sobre cuya tapa se colocaron el bicornio y la espada de Su Alteza Imperial.

El miércoles, día 18, efectuóse el entierro. Los alrededores del palacio mortuorio y las calles por donde había de pasar la fúnebre comitiva, estaban llenos de una multitud inmensa. A las nueve de la mañana, después del rezo de las oraciones rituales, el ataúd, cubierto con la bandera de la marina rusa, fué conducido en hombros por los ayudantes del difunto hasta la magnífica carroza que ostentaba escudos con las armas imperiales de Rusia; sobre el féretro se depositaron las coronas de flores naturales enviadas por el emperador de Rusia y el presidente de la República francesa.

Presidían el duelo el gran duque Pablo Alejandrovitch, hermano del difunto, los duques de Oldenburgo y de Leuchtenberg, y los príncipes Alejandro de Leuchtenberg y Jorge de Grecia, seguidos del representante de M. Fallieres, del embajador de Rusia, del embajador de Francia en San Petersburgo, de los ministros, comisiones de las Cámaras, cuerpo diplomático, gran canciller de la Legión de Honor, gobernador militar de París y jefe del estado mayor general del ejército francés.

Delante del coche fúnebre, al que daban escolta los marineros rusos, iban cuatro oficiales, que sostenían los cuatro pabellones de la marina rusa, y otros ocho que en sendos almohadones llevaban las condecoraciones que poseía el gran duque Alejo. Completaban el cortejo un público numeroso compuesto de ilustres personalidades y un gran carro lleno de coronas.

Al llegar á la capilla rusa, el féretro, recibido por el obispo Wladimiro, ministro del Santo Sínodo llegado expresamente de Londres, y por los altos dignatarios y popes de la iglesia ortodoxa, fué colocado en un túmulo, en el centro del coro; junto al altar, situáronse los individuos de la familia imperial y los representantes del presidente y del gobierno. Rezóse una misa, entonáronse los responsos, y puesto de nuevo el ataúd en la carroza, cambiáronse los besos de paz entre monseñor Wladimiro y los miembros de la imperial familia, por delante de la cual desfilaron todas las personas que habían concurrido al entierro y las tropas que, al mando del general Goirand, habían formado en la carrera. Terminado el desfile, el gran duque Pablo felicitó al general y le dió las gracias.

Después, el fúnebre cortejo púsose de nuevo en marcha, dirigiéndose á la estación del Norte, en cuyas inmediaciones había una multitud que no bajaría de 50.000 personas. A la una llegó allí la comitiva, que fué recibida por algunos altos funcionarios de la compañía y por el capitán de fragata Laugier, en representación de M. Fallieres.

Colocóse el féretro en un vagón del tren especial dispuesto como capilla ardiente, y en un compartimiento contiguo se instalaron el gran duque Pablo y su esposa, el arcipreste Smirnoff, el agregado naval ruso en Francia y marinos ayudantes del gran duque. Las tropas le tributaron los últimos honores y á las dos púsose en movimiento el tren que conducía á San Petersburgo los restos del gran duque Alejo.—R.



En el cementerio: colocación de los féretros en la fosa. (De fotografías de Carlos Delius.)

PARIS

ENTIERRO DEL GRAN DUQUE

ALEJO DE RUSIA



Desfile de los estandartes rusos y de los oficiales que llevan las condecoraciones del gran duque difunto. – El gran duque Pablo de Rusia dando las gracias en nombre de la familia imperial y de la nación rusa al general Goirand que mandaba las tropas designadas para tributar los últimos honores al cadáver del gran duque Alejo. – Gran carroza que conduce el féretro. – Los popes rezando los responsos ante el cadáver del gran duque en la iglesia rusa. – Salida del cadáver de la iglesia rusa, después de los divinos oficios. (De fotografías de Nouvelle-Photo y de M. Branger.)

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—EN LA ISLA DE CRETA.—LOS REYES DE SUECIA EN PARÍS

Sabido es que desde fines de 1898 y por virtud del tratado de paz que puso fin á la guerra turco-griega, la isla de Creta, aunque sometida á la soberanía de Turquía, goza de un gobierno autónomo que ejerce un comisario supremo nombrado por las grandes potencias Francia, Inglaterra, Italia y Rusia. Este alto cargo lo ha desempeñado siempre, desde aquella fecha, el príncipe Jorge de Grecia, hijo segundo del rey de los helenos, quien es además jefe de las fuerzas militares de la isla.

Los trascendentales sucesos hace poco acaecidos en Oriente han exaltado el patriotismo de los cretenses, los cuales jamás han olvidado su origen griego y han suspirado siempre por volver á formar parte de la nación á la que por su sangre y por su historia pertenecen. De aquí que al ver las últimas desmembraciones de Turquía, hayan proclamado su anexión á Grecia, acto que constituirá uno de los puntos del programa de la conferencia que ha de reunirse para resolver el gran problema oriental.

Como consecuencia de esa proclamación, funciona ahora en aquella isla un poder ejecutivo, y ante una comisión del mismo residente en la Canea, capital de la isla, prestaron, el día 15 de los corrientes, el metropolitano y los siete obispos cretenses juramento de fidelidad al rey Jorge I, y presidieron luego la ceremonia de prestación de igual juramento por los funcionarios y la milicia cretenses. Ambos actos fueron solemnísimos y el segundo fué presenciado por una multitud inmensa que había acudido á la capital desde todos los ámbitos de la isla, cuya población entera quiso de este modo asociarse con entusiasmo á esa especie de consagración definitiva de la anexión de Creta á Grecia.



La Canea (isla de Creta).—El arzobispo y el alto clero ortodoxo presidiendo la solemne ceremonia de la prestación del juramento de fidelidad al rey Jorge I de Grecia por los funcionarios y la milicia cretenses. (De fotografía de Carlos Trampus.)

Después de haber permanecido unos días en Inglaterra, el rey Gustavo V de Suecia y su esposa la reina Victoria llegaron á París en la tarde del 22 de los corrientes. En la estación del Bosque de Bolonia esperábanles el presidente de la República y su esposa, el gobierno, representantes de las Cámaras, el cuerpo diplomático, y en una palabra, todo el elemento oficial.

Al descender los monarcas del vagón, una música tocó el himno sueco primero y luego la Marsellesa, y después de las presentaciones de rúbrica, púsose la comitiva en marcha, yendo en el primer coche Gustavo V y el señor Fallieres, en el segundo la reina Victoria, la señora de Fallieres y el general Menestrel, y en los demás los respectivos séquitos.

El cortejo se dirigió al palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, en donde tenían los regios viajeros preparado su alojamiento. A las seis recibieron los monarcas al cuerpo diplomático acreditado en París, y dos horas después asistieron á una comida íntima en el Elíseo.

Durante su estancia en París, los reyes de Suecia han sido obsequiados con una cacería en Rambouillet, un banquete de gala en el palacio presidencial, una función de gala en la Opera y otros festejos.—S.



París.—Llegada de los reyes de Suecia; Gustavo V y el presidente Fallieres dirigiéndose al palacio del ministerio de Negocios Extranjeros, en donde se han alojado los monarcas suecos. (De fotografía de M. Branger.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS.—UNA EXPOSICIÓN DE PINTURAS NOTABLES.—LAS OBRAS DE LA REFORMA

En los salones de la Unión de Fabricantes de España para el Fomento de la Exportación, se han expuesto varias notables pinturas antiguas y modernas, destinadas á figurar en la exposición que en la capital de la República Argentina celebrará en breve la sociedad «Casal Catalá,» recientemente fundada. Para que se comprenda la importancia de esa manifestación artística, bastará que citemos algunas de las obras que en ella figuran: *San Juan Evangelista,* de Salvator Rosa; *Niño Jesús,* de Murillo; *Virgen,* de Correggio; *Fundación del Escorial,* atribuído al Greco; *San Jerónimo* y *Santo Sepulcro,* atribuídos á Ribalta; *Santo en éxtasis,* atribuído á Tristán; *Cacería,* atribuído á Delbos; *Pastores,* atribuído á Bassano; *Virgen,* de la escuela italiana; *Retrato,* de la escuela florentina; *Bebedores,* tablita de la escuela francesa; *Retrato del general Manso,* de la escuela española; *Desnudo,* de Martí y Alsina; *Bautizo,* de Carrasco; *Estudiantes,* de Simón Gómez; *Interior catalán,* de Balasch; *Paisaje,* de Meifrén; *Paisaje,* de Larraga; *Marineros,* de Massenet, y otros.



En los salones de la Unión de Fabricantes de España para el Fomento de la Exportación
Exposición de pinturas antiguas y modernas destinadas á la que proyecta celebrar el «Casal Catalá» de Buenos Aires

Con esta exposición ha demostrado la Unión de Fabricantes que no sólo se preocupa de los intereses materiales, sino que también atiende á las más nobles manifestaciones del espíritu, comprendiendo muy acertadamente que las buenas relaciones entre los pueblos se mantienen del mismo modo con el intercambio de productos de la industria y de la agricultura, que fomentando lo que podríamos llamar trato espiritual. Por ello merece calurosos elogios esa entidad barcelonesa, cuyos salones han sido visitadísimos durante los días en que han estado expuestas en ellos las citadas obras de arte.

También debemos alabar sin reservas la tarea del «Casal Catalá» de Buenos Aires, que tanto hace por mantener muy alto el buen nombre de la patria en aquella metrópoli americana y que con la proyectada exposición tanto ha de contribuir á estrechar los lazos de simpatía entre los hijos de la República Argentina y los catalanes allí residentes.

Las obras de la reforma interior de nuestra capital avanzan rápidamente, gracias al empeño decidido del Ayuntamiento barcelonés, resueltamente ayudado por el Banco Hispano Colonial. Los antiguos caserones de aquella parte vieja de Barcelona van desapareciendo; y por lo que hasta el presente se ha hecho, puede juzgarse perfectamente, así de la magnitud de la obra, cuando esté enteramente realizada, como de la relativa rapidez con que se lleva á cabo.

Compárese la vista que publicamos en el número 1.368 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que representa el acto de inaugurar la reforma S. M. el rey D. Alfonso XIII, con la que reproducimos á continuación de estas líneas, tomada hace pocos días, y se verá que las observaciones que dejamos hechas no pecan de exageradas y que con razón podemos envanecernos de la trascendental mejora que en nuestra ciudad se está realizando.—B.

(Fotografías de A. Merletti.)



Estado actual de las obras de la reforma. El sitio señalado con una × es el que ocupaba la casa en donde derribó la primera piedra S. M. el rey D. Alfonso XIII en el acto inaugural de la reforma, celebrada el día 10 de marzo del corriente año



ROMA.—El jubileo sacerdotal de S. S. el papa Pío X. Misa celebrada ante 50.000 fieles por S. S. en la gra



basílica de San Pedro el día 16 de los corrientes. (De fotografía de Felici, comunicada por Carlos Abeniacar.)

MELCHOR DE PALAU

Geólogo, ingeniero, catedrático, abogado y poeta, Melchor de Palau ha cosechado grandes lauros en todas estas diversas y al parecer contrapuestas manifestaciones de la inteligencia.



D. Melchor de Palau, inspirado poeta cuya recepción en la Academia Española se efectuó el 22 de los corrientes. (De fotografía.)

En todas ellas ha demostrado excepcionales dotes; pero su labor más conocida es indudablemente su labor poética: sus grandiosas composiciones, inspirados cantos entonados á la ciencia, y quizás más que ellas sus delicados cantares, en los que el Sr. Palau es verdadero especialista, le han conquistado grande y merecida popularidad.

Por esto su elección para la Academia Española fué unánimemente aplaudida, y al acto de su recepción acudió una selecta y numerosa concurrencia que quiso así dar testimonio de su admiración al genial poeta.

El Sr. Palau leyó un discurso sobre «La Ciencia como fuente de inspiración poética,» hermosamente escrito y repleto de doctrina y de erudición, al que contestó con otro no menos hermoso el ilustre presidente de la Academia D. Alejandro Pidal. De la elocuente oración de éste copiamos los siguientes párrafos, que retratan admirablemente una de las modalidades, tal vez la característica, de Melchor de Palau considerado como poeta:

«Melchor de Palau – dice – es el ejemplo vivo del poeta que piensa, siente y canta en catalán y en castellano á la vez, sin que la variedad de sus modulaciones y acentos destruyan en lo más mínimo su unidad poética de español, como no la destruyen, antes la confirman, en Castilla los hijos del Cid, y en Asturias los hijos de Pelayo, cuando cantan sus glorias extrañas ó enemigas, cuando las unen en su entusiasmo y en su amor, por no decir en su orgullo, de Patria, de nacionalidad y de raza, con las que en las islas de Italia, en los clásicos territorios de Grecia y del Oriente, allí donde esculpieron la alteza y la grandeza del nombre español con sus *hierros dispertados* contra la tierra, los héroes inmortales de *la Gran Compañía*.

»Como poeta catalán, Palau es un poeta de cuerpo entero, y yo lo siento y lo proclamo en castellano, porque como español he sentido y llorado con *Las campanas de la Seu*, *La mort del Princep de Viana;* como podría hacerlo mi maestro el gran Coll y Vehí, la desaparición del gran escritor español Milá y Fontanals; como el último ribereño del Ter y el último habitante del Canigó, la colosal grandeza del memorable santuario de la Virgen de Montserrat; porque todo se podrá deshacer, deformar, desagregar y destruir en el mundo, abandonado por Dios á las disputas, y por lo tanto á los sofismas de los hombres, menos que lo que haya sido pueda no haber llegado á ser; y que así como Montserrat es Cataluña, Cataluña con Montserrat haya dejado de haber sido tierra de la tierra española, entrañas vivas de la historia de su nacionalidad, amor de almas y de corazones españoles, timbres gloriosos del orgullo de sus banderas nacionales, y esperanza de nueva y radiante vida y de eterna felicidad para todo el que no reniegue de la fe y de la tradición de sus padres

»Por eso yo, en nombre de la gran familia española, cuya más alta representación literaria es esta inmortal Academia, felicito al ilustre poeta que ha cantado en catalán y en castellano á la histórica Virgen de Montserrat y que viene á simbolizar en nuestro seno la unidad de persona, de naturaleza y de substancia del poeta genuinamente nacional, que no ve ni siente incompatibilidad de ninguna especie en cantar las glorias de su solar regional en los tajadores acentos de la lengua de sus montañas, y las glorias de su patria nacionalidad en los vibrantes acentos de la lengua histórica y oficial que alcanzó el nombre de Españoла cuando nuestros místicos la santificaban hablando con ella de Dios, en términos no superados por otro alguno, y nuestros Monarcas la ennoblecían, escogiéndola para recibir, como la más majestuosa, en sus sonorosos acentos, las parias de la Cristiandad, avasalladas por nuestras armas.»

Reciba el Sr. de Palau nuestra felicitación más cordial y entusiasta.

SANTA CRUZ DE TENERIFE

MEETING DE SOLIDARIDAD CANARIA

El día 15 de los corrientes efectuóse en la Plaza de Toros de Santa Cruz de Tenerife un grandioso *meeting* de solidaridad canaria, al que concurrieron más de 8.000 personas, entre las cuales había numerosas representaciones de las islas de Tenerife, Palma, Gomera y Hierro.

El *meeting*, al cual precedió un brillante desfile de banderas, comenzó á las tres de la tarde bajo la presidencia del doctor Guigou, á quien acompañaban los jefes del movimiento regional, los representantes de la isla y los alcaldes de las capitales. Leyéronse innumerables adhesiones y pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Roldán, Pérez, Armas y otros, abogando todos por la necesidad de mantener la unidad del archipiélago y por la autonomía de las islas y de los municipios, combatiendo el caciquismo y aceptando los ideales de la Solidaridad.



Santa Cruz de Tenerife.—Meeting de solidaridad canaria celebrado en la Plaza de Toros el día 15 de los corrientes. – Aspecto de la plaza antes de comenzar el acto (De fotografía de Molowny.)

Entre las conclusiones por aclamación aprobadas figuran el nombramiento de un comité de defensa de los intereses de Canarias y la unión de todos los partidos contra la tiranía de la política imperante.

En el *meeting* reinaron la mayor unanimidad y el más grande entusiasmo; y después de terminado, entre grandes aclamaciones y vivas á la Solidaridad de Canarias y á Cataluña, todos los que en él habían tomado parte fueron en imponente manifestación al Gobierno Civil para hacer entrega de las conclusiones aprobadas.

LIMA. – INAUGURACIÓN DEL PANTEÓN

PARA LAS VÍCTIMAS DE LA GUERRA DE 1879

Con gran solemnidad inauguróse el día 8 de septiembre último el magnífico panteón erigido en el cementerio de la capital peruana para contener los restos de los marinos, militares y paisanos que en 1879, en la guerra con Chile, murieron en defensa de su patria. Las primeras autoridades de aquella república presidieron el acto, al cual concurrió toda la ciudad limeña, invadiendo las calles que dan acceso á la necrópolis; á la entrada de ésta se habían levantado varias tribunas, en las cuales se colocaron las comisiones del homenaje, las familias de los muertos, el cuerpo diplomático, el clero, el presidente y los ministros.



Lima (Perú).— Panteón para las víctimas de la guerra de 1879 entre el Perú y Chile, solemnemente inaugurado en 8 de septiembre último. (De fotografía.)

Los cuerpos de los héroes fallecidos en aquella lucha, y entre los cuales estaban los de Grau y Bolognesi, fueron conducidos procesionalmente al panteón en hombros por soldados; y una vez depositados en la cripta, el presidente de la República pronunció una sentida y elocuente oración fúnebre, recordando la grandiosa epopeya y las gloriosas hazañas de los que en ella sucumbieron.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – El conocido pintor Ivo Pascual ha expuesto una colección de paisajes, llenos de poesía todos ellos y en su mayoría admirablemente pintados, sobresaliendo de un modo especial los que reproducen las vagas luminosidades de los crepúsculos.

Espectáculos.—Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El gos dels Baskerville*, melodrama en cuatro actos tomado de una de las novelas de Conan Doyle sobre aventuras de Sherlock Holmes, para el cual han pintado bonitas decoraciones los Sres. Moragas y Alarma y Brunet y Pous; en Romea *De festa major*, sainete en un acto de costumbres ampurdanesas de Pedro Colomer y Fors; en Novedades *La dama enamorada*, drama en cinco actos de Juan Puig y Ferrater; y en el Eldorado *Lo que no muere*, comedia en dos actos de Sebastián Alonso Gómez y Luis Manzano y Mancebo.

En el Liceo se ha inaugurado la temporada con *La dannazione di Faust*, de Berlioz, perfectamente dirigida por el maestro Mascheroni y en cuya ejecución se han distinguido la señora Longari Ponzone y los Sres. De Luca, Dardani y Mugnoz. Con mucho éxito se han cantado también *Aida* y *Sansone e Dalila;* habiendo sido muy aplaudidos en la primera las señoras Gagliardi y Julia y el Sr. Gilion, y en la segunda la señora Cucini y el Sr. Gilion y en ambas el maestro Mascheroni. En *La dannazione di Faust* se han estrenado las decoraciones luminosas de Eugenio Frey, que producen excelente efecto.

Palacio de la Música Catalana. – El coro «Eco de Catalunya,» dirigido por el maestro Sr. Comella, ha dado un notable concierto cuyo programa se componía de escogidas obras de Mendelssohn, Clavé, Comella, Molera, Calduc, Mas, Pujol, Millet, Morera, Puig y Lambert, que fueron muy bien cantadas, y de la *Invocación á Santa Cecilia*, de Calegari; dos corales, y *Preludio y fuga*, de Bach, que tocó en el órgano con excelente estilo el Sr. Comella. Para todos hubo muchos y muy merecidos aplausos.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedie Royale *Petit Babouche*, comedia en un acto de Giafferi; *Feu la mère de madame*, de Jorge Feydeau, y *Fraisidis*, opereta en un acto de Jacobo Redelsperger, música de Marcelo Lattés; en el teatro Sarah Bernhard *Les revoltés*, drama en cinco actos y seis cuadros de Enrique Caín y Eduardo Adenis; y en el teatro des Arts *Kaatje*, comedia en cuatro actos en verso de Pablo Spack.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Reflexionaba sobre los medios de burlar la curiosidad de los dos *prospectores*, y lo que le tranquilizaba algo era la certeza de que *el Perro* y el indio, cada cual según su naturaleza, le eran enteramente adictos, y ambos eran discretos, listos y de un valor inquebrantable.

—Sam, dijo Dervilly en el momento de embarcarse; es menester que me prometa usted que irá á descansar algunas horas allá arriba.

—¿A qué hora piensa usted estar de vuelta?, preguntó Sam evasivamente.

—Lo más pronto á las dos de la madrugada, y quizás más tarde.

—No podría dormir.

—Pero á lo menos irá usted á desentumecerse de cuando en cuando, porque esta cornisa es atrozmente incómoda.

—No para mí; en este cuerpo, comodoro, hay algo del mono. En un árbol viviría yo, ¡qué caramba! No obstante, si me siento fatigado, le prometo que descansaré. ¡Que Dios le guarde, señor!

Partió de nuevo la balsa arrastrada por el ruidoso río. El viaje se hizo aquella vez sin la menor dificultad, y Pedro, que ya conocía el camino, desembarcó á los veinte minutos escasos de su partida. Con la misma rapidez llegó á la playa y reanudó sus investigaciones, recorriendo uno tras otro los segmentos que, desde una línea perpendicular á la corriente, se inclinaban cada vez más aguas abajo. Después de una hora de busca, comenzó á inquietarse seriamente, no porque dudara del relato del desconocido, sino porque le asaltaban mil turbadoras hipótesis. ¡Quién sabe lo que podía haber pasado durante el medio siglo transcurrido desde aquella aventura! No era imposible que se hubiese producido un trastorno en el suelo que respetando tal parte del subterráneo hubiese transformado tal otra. Bien es verdad que Pedro no había observado ningún vestigio de tal alteración, pero sus medios de comprobación eran también muy deficientes. Sería un sarcasmo singular que la mina hubiese desaparecido, tragada por la tierra ó sepultada por un gran derrumbamiento; de ser así, no habría modo de determinar siquiera el sitio que ocupaba, y lo único que podría él ofrecer á los capitalistas sería una vaga indicación por la cual le pagarían una cantidad irrisoria.

Mientras se hacía esas reflexiones continuaba sus pesquisas, y al fin llegó al último segmento sin haber encontrado nada. Entonces se apoderó de él una verdadera desesperación, sintió una gran laxitud en todos sus miembros, y no atreviéndose á emprender en seguida la exploración suprema, sentóse lanzando un suspiro. Y como una duda trae otras consigo, le pareció también problemática la existencia de la otra mina, la del almirante, á causa de la cual había hecho el viaje á América; porque, aparte de que el sitio en donde se suponía que estaba hallábase muy mal determinado, ni siquiera existía como prueba un recuerdo directo de Jacobo Carlos... Y siendo esto así, ¿cómo esperar?

Incorporóse pálido y temblando de fiebre y reanudó su marcha al través del laberinto. Paso á paso, siguiendo el resplandor de su linterna, examinó el suelo más minuciosamente aún que hasta entonces, con la idea de descubrir siquiera un vestigio de la desaparecida mina. Por último, volvió al borde de la playa, y perdida ya toda confianza, andaba pesadamente, como un autómata, sintiendo que los pómulos le abrasaban.

De pronto dió un gran grito, dilatáronse sus ojos y su mano se estremeció de tal modo, que por poco deja caer la linterna.

Delante de él estaba la mina, mejor dicho, el placer, abundante y magnífico. Era una gran extensión de arena y de guijarros, de aspecto árido, casi descolorida y en extremo melancólica; pero un ojo perspicaz y adiestrado descubría inmediatamente en ella la substancia soberana que, desde hace siglos y siglos, no ha cesado de aumentar en prestigio y en poder. Allí yacía la reina de las hadas, la hechicera amarilla en quien se encarnan la fábula y la leyenda y todo cuanto realiza el hombre de grande, bello y terrible; el patrimonio, en suma, de veinte civilizaciones.



Y escupiendo al suelo y cruzando los brazos en ademán provocador...

Dervilly permaneció un rato como embriagado por su descubrimiento; sintióse rey, aunque no fuese más que para conquistar una criatura frágil, un contorno que huía entre las cosas fugaces, la suave línea de una figura de mujer... Procuró serenarse, inclinóse sobre la arena aurífera y recogió aquí y allí algunas pepitas, tratando de calcular lo que valía toda aquella fortuna. Dondequiera que metiese la mano, la composición del depósito parecía aproximadamente homogénea; lo que allí había era polvo ó pequeños fragmentos de oro, pero en una proporción tal, que su extracción había de ser tan rápida como fácil. En algunos sitios veíanse también pepitas notables; en menos de veinte minutos Pedro recogió unas cuantas que pesaban unos quince kilogramos y valían, por ende, cerca de cincuenta mil francos.

«Sólo en pepitas—murmuró examinando la playa—hay por lo menos dos ó tres millones de oro.»

Dió algunos pasos escarbando la tierra con el pequeño pico que llevaba, cuando de pronto sintió una resistencia; maquinalmente púsose á registrar el suelo, y dejó al descubierto una pesada piedra amarillenta que quiso desenterrar. La operación fué difícil, pero al fin logró levantarla; el peso por sí solo bastaba para no dejar la menor duda sobre su naturaleza: era una enorme pepita de treinta kilogramos que valía cien mil francos.

—¡Ea!, exclamó alegremente. Si el azar y las circunstancias no me tienden algún lazo muy grande, voy á figurar entre los poderosos del mundo.

Cuando Pedro hubo regresado á la plataforma, dijo á Sam *el Perro:*

—Ahora hay que arrancar con el mayor cuidado los garfios aquí y en las dos primeras estaciones, y recoger la cuerda, procurando que no quede ninguna huella visible.

—Qué, ¿ha fracasado el negocio?, preguntó Sam ansiosamente.

—No, Sam; pero antes de darlo por terminado tendré que hacer probablemente un viaje de algunos días, y por si, en mi ausencia, bajasen algunos curiosos, vale más que no puedan seguir la pista.

—Todo se hará de manera que no quede señal alguna, respondió Sam guiñando un ojo, si el comodoro quiere que yo me encargue de ello.

—Sí, usted lo hará mejor que yo; vaya usted.

Sam se embarcó en la balsa, en la que no había de llegar más que á la segunda parada, pues la disposición de los lugares no permitía distinguir las otras, y bajo la vigilancia de Pedro realizó perfectamente su cometido. Cuando hubo terminado, Dervilly dió un suspiro de satisfacción.

—Ahora, Sam, cuento con que pesará usted cada una de sus palabras.

—Ni en la caverna ni en toda la montaña hay nadie capaz de arrancar á Sam una palabra imprudente.

Arriba encontraron á Chonn-Monn-Y Case, que les ayudó á subir la balsa.

—Mejor será que destruyamos esta embarcación del mismo modo que se han arrancado los garfios, dijo el indio.

Sam no pudo menos de clavar una mirada de admiración en el Hombre Rojo.

—¡Caramba, comodoro! Ya sabe todo lo que hemos hecho.

—No era difícil de oir ni de adivinar, replicó Chonn mirando oblicuamente á Pedro y sonriéndose.

—¿Por qué se ríe usted?, preguntó Dervilly.

El salvaje hizo una seña discreta, y luego, cuando Sam se hubo apartado para recoger las herramientas, murmuró:

—El joven jefe será un gran caudillo entre los blancos... Puede viajar sin temor alguno, que Chonn-Monn-Y Case vigilará..., y no hay minero que pueda ocultarle su huella.

XX

Pedro esperó varios días antes de resolverse á obrar, y durante ellos aparentó fijar toda su atención en la nueva galería cuya producción seguía colmando las esperanzas que en ella se habían puesto. La había ensanchado considerablemente y hablaba en términos sibilíticos de trabajos más importantes que debían efectuarse en una dirección transversal. Por otra parte, la suerte le favoreció una vez más; en efecto, un minero arrancó un bloque que contenía una masa de plata de unos cincuenta kilogramos de peso, y aquel hallazgo dióle un pretexto para visitar al superintendente, á quien Pedro encontró, como de costumbre, bebiendo y fumando. Guillermo se había habituado á recibir al francés amablemente, y aquella amabilidad era hija de una simpatía verdadera, porque el director pertenecía á esa clase de individuos que no sólo se inclinan ante el éxito y lo admiran, sino que además sienten una especie de bienestar en presencia de un hombre afortunado.

—Apuesto á que trae usted buenas noticias.

—No son malas. La producción tiende positivamente á aumentar, y como signo de buen agüero hemos extraído ahora mismo cincuenta kilogramos de plata de un solo bloque.

—¡Hola, hola!, exclamó beatíficamente Nightingale. Esa mina acabará por ser un magnífico negocio.

Pedro aprovechó aquella satisfacción para decirle:

—Pero no he venido solamente por esto... Quisiera algunos días de licencia.

La petición no agradó al superintendente.

—¿Una licencia? ¿Para qué?, gruñó. Está usted de suerte y es una estupidez interrumpirla. Si estuviera usted malo.., pero que el diablo me lleve si no está usted más vigoroso que un *cow boy*.

—Estoy bien, sí; pero tengo que arreglar dos ó tres asuntos

—Debiera usted haberlos arreglado antes de salir de Chicago.

—No podía; hubiera tenido que esperar, y estaba impaciente por ensayar mis energías.

—La explicación no está mal, murmuró Nightingale.

Después quedóse pensativo, sacó de su pipa tres ó cuatro nubes enormes, y mirando á Pedro con aire de desconfianza exclamó:

—¡Corriente!. Por de contado que visitará usted á los Sres. Abbot y Morrison.

—Por supuesto.

—¿Piensa usted proponerles algún negocio?

—Es probable.

Nightingale bebió un sorbo con cierta preocupación y de pronto dijo:

—El aspecto de usted no es el de un hombre solapado... ¿No tratará usted de conquistar el puesto del viejo Night?

—Antes me dejaría cortar la mano derecha... Aunque me ofreciesen el destino que usted desempeña, le doy mi palabra de honor de que lo rechazaría.

—¡Está bien, joven!, exclamó el superintendente dándole un cordial puñetazo en el húmero. Veo en usted la sinceridad, y puesto que mi empleo no peligra, los negocios son los negocios; atienda usted á los suyos. ¿Cuántos días necesita usted?

—En ocho ó diez creo estar listo... Los trabajos de la mina pueden proseguir sin inconveniente alguno durante mi ausencia.

—Corriente; puede usted marcharse... Supongo que si se habla de mí no me tratará usted mal.

—No, respondió gravemente Dervilly; primero, porque sería injusto si lo hiciese, y segundo, porque me disgustaría tener otro director...

—¿Quiere usted que le diga una cosa?, exclamó Nightingale con cierto entusiasmo. Hará usted de los hombres lo que quiera; yo se lo fío.

Terminado aquel asunto, Dervilly pensó en Yellowground, que probablemente le substituiría en su ausencia; y como Jimmy había sentido la obsesión del abismo, convenía mucho no inspirarle la menor sospecha. Pedro encontró á Yellowground en el taller de trituración ocupado en insultar á un maquinista.

—¡Canalla..., granuja..., perro maldito!

Al ver á Dervilly se contuvo.

—¡Mire usted ese condenado mono!, le dijo. Por un cochino cigarro de tres céntimos ha estado á punto de hacernos volar á todos.

El obrero, consciente de su falta, no decía palabra, y permanecía con la cabeza inclinada y los brazos colgantes.

—¡Largo de aquí!, aulló Yellowground..., y que el diablo me lleve si al primer desliz no te lincho como á un negro.

Mientras el maquinista se alejaba silenciosamente, Jimmy, dirigiéndose á Dervilly, le preguntó:

—¿Necesita usted algo de mí?

—Por ahora no; pero como me tomo unos días de licencia, es probable que haya de ocuparse usted de las cavernas, á lo menos en parte.

Yellowground fijó en él una mirada penetrante, y silbando algunas notas de una canción popular, le dijo:

—¿Negocios, eh?

—Sí, dos ó tres asuntos de familia que he de arreglar...

El otro seguía mirándole con vaga desconfianza.

—Tiene usted una suerte tan loca, dijo al fin, que no me extrañaría que hubiese usted descubierto algo más allá arriba. Apuesto diez dólars contra mil que no regresará usted sin haber propuesto un negocio á los amos.

—No sería yo quien aceptase la apuesta, replicó Pedro sonriendo, porque correría gran riesgo de perder... Ciertamente que propondré algo á los señores Abbot y Morrison..., no con otro objeto vine á América.

Yellowground había movido al principio la cabeza con aire de quien sabe que no se equivoca, pero el final de la frase le desconcertó.

—¡Me cree usted bobo!.. Si hubiese usted tenido algo que proponerles, por aquí habría empezado.

—¡Que esto diga un hombre de negocios!, exclamó Pedro riendo y encogiéndose de hombros... ¿Sería usted capaz de creer realmente que los Sres. Morrison y Abbot habrían dado oídos á un joven sin recursos, y francés por añadidura, que iba á proponerles un negocio en el que quería una participación, y una participación importante?

—Es que compran las ideas, replicó Yellowground un tanto confuso.

—¿A qué precio? Ofreciéndome mil, dos mil, quizás tres mil dólars habrían creído mostrarse generosos; y en resumidas cuentas, lo habían sido, en efecto; pero, compañero, yo no habría cruzado el Atlántico por mil ni por diez mil dólars... Lo que yo quería era una asociación... Supóngase usted en mi lugar: ¿qué habría usted hecho para lograr su objeto?

Pedro había conseguido lo que se proponía: Yellowground le escuchaba con interés, y ya no pensaba en un descubrimiento en las cavernas.

—Ya le dije á usted, exclamó Jimmy guiñando los ojos, que era usted digno de ser yanqui... Adivino, pero explíquese usted como si no adivinase.

—De fijo que lo primero que se habría usted propuesto habría sido conquistar con medios prácticos la confianza de los Sres. Abbot y Morrisson; pues esto es lo que he hecho yo, ¡pardiez!.. He solicitado trabajo en las minas después de haberles demostrado que conocía mi profesión de ingeniero, y me lo han dado... Y ya ha visto usted que la suerte me ha favorecido. «Calculo,» para hablar como un americano, que mi idea vale ahora mucho más que cuando el ferrocarril me dejó en Chicago. ¿Y usted, qué opina?

—Opino que no tiene usted callos en el cerebro... Ha llevado usted la cosa admirablemente y puede usted contar con Jimmy. Vigilaré sus trabajos como si fueran los míos.

Una vez arreglado este segundo asunto, Dervilly sintióse casi tranquilo. Quedaban, en verdad, Peach y Parker; pero en primer lugar había tomado contra su curiosidad y su astucia todas las precauciones convenientes, y en segundo contaba con la adivinación de Chonn-Monn-Y Case y con la profunda abnegación de Sam.

«Parto en buenas condiciones»—pensaba á la mañana siguiente mientras bajaba hacia el valle de Cinnamon Bear.

Algunas horas más tarde, un tren local le conducía hacia el Este.

XXI

Pedro volvió á presentarse á los Sres. Abbot y Morrison un lunes por la mañana; había anunciado su visita, y el recibimiento que le hicieron fué muy diferente del que le habían dispensado, no sólo en su primera entrevista, sino aun en las que habían seguido á los incidentes del ladrón y del automóvil.

Morrison le estrechó la mano con energía y Abbot le demostró toda la cordialidad que su temperamento polar consentía.

—¡Con franqueza!, dijo el primero. Estamos verdaderamente contentos de usted. Ha creado usted valor... Las acciones, que habíamos emitido á cien, estaban á ochenta y sólo nuestro crédito las sostenía; usted las ha hecho subir á ciento sesenta... Y á propósito, aconsejo á usted que compre, porque antes de seis semanas habrán subido á doscientos.

—¿Trae usted noticias nuevas?, preguntó Abbot interrumpiendo á su socio.

—Supongo que no, respondió fríamente Pedro, porque seguramente habrán ya recibido ustedes la del último hallazgo.

—Todavía no, dijo G. T. C.; esperamos el informe de la quincena. ¿Qué hallazgo es ese?

—Un bloque de plata de cien libras, contestó Dervilly con indiferencia; pero lo que vale aún más es que parece anunciar una nueva concentración de la veta.

—Siga usted por este camino... Con el tiempo pesará usted un buen peso de dólars.

Después de un momento de silencio, dijo Abbot con fingida inocencia:

—Me figuro que no ha venido usted para hablarnos únicamente de nuestra mina.

—No habría valido la pena de hacer el viaje, respondió Pedro; no, he venido para hablarles de mis negocios.

Archibaldo clavó en él una mirada cordial é irónica.

—¡Por vida de..., joven! ¿Acaso no está usted contento de nosotros? Tal como la cosa marcha, habremos entregado á usted antes de fin de año treinta mil dólars... ¡No comencé yo con tan buena suerte!.. Cuando *lancé* mi primera mina, el negocio me produjo tres mil dólars, ni un céntimo más, y esto después de trece meses de tanteos... ¡Y aun si hubiese continuado así! Pero no, al cabo de un mes lo había perdido todo en otro negocio que era bueno, puesto que otros ganaron dinero en él; para mí, sin embargo, era demasiado grande y no tuve fuerzas bastantes para llevarlo á cabo... Después pasé dos años, unas veces haciendo negocios insignificantes y otras sirviendo al prójimo... En una palabra, tardé cinco años en ganar mis primeros veinte mil dólars.

—Y yo uno más, articuló lentamente G. T. C.

—Pues yo no tengo tiempo para esperar tanto; para ganar veinte mil dólars en cinco años no se me habría ocurrido salir de mi patria.

—¿Es decir, que está usted descontento?, preguntó Abbot con acento un tanto irritado.

—Al contrario, estoy contentísimo *de ustedes*..., que se han portado perfectamente..., y de mi suerte, que ha sido excepcional.

—¿Y pues?

—Pues que no tengo tiempo para esperar, ya lo he dicho... Y no es que me parezca un plazo largo el de cinco años para ganar doscientos mil francos, ya que de mil hombres no hay uno apenas que sea bastante afortunado para conseguirlo; pero es que vine aquí con ideas bien definidas. Algo de ellas insinué á ustedes, que me contestaron con cierto desdén; era menester, por consiguiente, que probara mis aptitudes... ¿Las he probado ya?

—Sí.

—De modo que si les propusiera un negocio...

—Le escucharíamos.

Hubo una nueva pausa. El tono en que hablaba Pedro era seco, firme, casi perentorio, lo que en modo alguno desagradaba á los asociados; pero éstos, que estaban dispuestos á escuchar, lo estaban también á atacar, á defenderse, á reducir al mínimo las pretensiones del francés en caso de que realmente les llevase una idea ó un secreto negociables. Dervilly no necesitaba mirarles para conocer el estado de su ánimo, pues de antemano lo había previsto.

—Me escucharán ustedes, perfectamente; pero mi negocio se basa en un secreto, y antes de descubrirselo será preciso que nos pongamos de acuerdo sobre el reparto.

—Créome obligado á decir á usted, si es que ya antes no se lo he dicho, que no damos participación á nadie en nuestros negocios, declaró fríamente Abbot; nosotros compramos.

—En este caso, seguramente no haremos nada, replicó Pedro con no menos frialdad; porque yo exigiría á ustedes un precio tal, que, á pesar de su fortuna, se asustarían.

Morrison tenía clavada en el rostro del joven su mirada ardiente y perspicaz; pero no pudo leer en él otra cosa que una resolución enérgica.

—Y sin embargo, no es usted un loco, refunfuñó. ¿Tan importante es el negocio?

—Si yo tuviese los capitales y los medios de acción de ustedes, dijo lentamente Pedro, no lo cedería por tres millones de dólars.

Aquellas palabras causaron gran sensación: Abbot apoyó la barba en su mano abierta y tomó una actitud tan vaga como un airón dormido sobre una pata; á Morrison se le enrojeció el rostro.

—Supongamos, dijo éste, sí, supongamos que no está usted ofuscado por la megalomania característica de los inventores ó de los poseedores de secretos, y que el negocio de usted vale realmente tres millones. ¿Con qué los «extraerá» usted?

—Si pudiera «extraerlos» yo solo, no estaría aquí. Sé sobradamente, ¡pardiez!, que necesito capitales y una fuerza establecida; pero cuando un negocio es tan hermoso como el mío, los capitales no tienen igual valor que cuando el negocio no pasa de mediano. De modo que no cederé, se lo advierto desde ahora: la mitad para ustedes y la mitad para mí.

—¡Abbot!, exclamó Archibaldo. ¡Es un carácter el mozo ese!

Abbot bostezó, dejando ver sus mandíbulas llenas de orificaciones, y preguntó:

—Una pregunta: ¿se necesitaría mucho capital pera poner el negocio en marcha?

—En un principio, no; no habrá que hacer otra cosa que recoger, por decirlo así. Después, la cosa ya no será tan fácil.

—¿Y la primera recolección será buena?

—Muy buena; calculo que los primeros beneficios no bajarán de un millón de dólars... Un dos mil por ciento como mínimo.

—Si es así, queda efectivamente muy reducida la importancia del capital... Pero ¿es cosa segura?

Abbot permanecía en la misma actitud vaga, pero sus ojos escrutaban profundamente la fisonomía de Pedro.

—Absolutamente segura, respondió éste recalcando cada sílaba.

Archibaldo Morrison no pudo disimular la excitación que aquella afirmación le produjo. Su rostro se contrajo casi convulsivamente, y sus pupilas, ya de sí tan brillantes, centellearon como diamantes negros.

—Siendo así..., dijo.

Un gesto de G. T. C. le cortó la palabra, mientras una voz glacial declaraba:

—Un negocio de esta índole sería, sin duda, excepcional; razón de más, pues, para meditarlo. Dentro de unos días diremos á usted, caballero, si podemos aceptar ó no sus condiciones.

Pedro logró conservar su calma, no sin tener que hacer para ello un esfuerzo terrible. Leía en el pensamiento de Abbot y discernía la duda y la intención que habían dictado aquella respuesta; G. T. C. seguramente no había adivinado nada; pero por costumbre quería comprometerse antes de haber mandado practicar una rápida información en la mina.

—Esperaré gustoso cuarenta y ocho horas, dijo Dervilly; después, me consideraré libre de ofrecer el negocio á otro.

—En cuanto á esto, desafío á usted á que lo haga, replicó burlonamente Abbot. Sin pecar de temerario ha podido usted concebir el proyecto de tratar el negocio con nosotros, que tenemos razones especiales para apreciarle, pero esas razones no existen para los demás.

—Los hechos son hechos, sobre todo en este país de ustedes. No necesitaré sino explicar lo que he realizado; la cotización de las acciones es buena prueba de ello, y además estoy seguro de que el testimonio de ustedes me sería favorable, pues ustedes son hombres hábiles, sí, pero son también hombres leales.

—¿De modo que cuarenta y ocho horas?, preguntó Abbot encogiéndose de hombros.

—Cuarenta y ocho horas.

—Pues bien, convenido, dijo Morrison, á quien la discusión impacientaba y que era partidario de las soluciones rápidas.

G. T. C. lanzóle una mirada de descontento, pero no se atrevió á contradecirle, y haciendo con la cabeza un gesto de aquiescencia, dijo dirigiéndose á Pedro:

—Para mañana miércoles, á las once de la mañana, esperaremos á usted.

—Y ya lo saben ustedes, sí ó no, rotundamente.

Mientras recorría las endemoniadas calles de Chicago, Dervilly pensaba, con una mezcla de furor y de abatimiento, que el asunto continuaba comprometido. Abbot telegrafiaría inmediatamente á Nightingale que practicase una información, y por consiguiente todo dependería de la casualidad. Indudablemente todas las probabilidades estaban á favor suyo, porque había tomado las precauciones necesarias para borrar las huellas de su exploración y podía confiar en la habilidad profesional de Sam y en la astucia de Chonn-Monn-Y-Case; indudablemente también la información sería confiada á Yellowground, que «ya no creía en el abismo» y á quien él había desorientado... Pero de todos modos, era posible un contratiempo, y quién sabe si un hecho insignificante bastaría para derrumbar el andamiaje tan penosamente y con tanto ingenio construído.

Y aun cuando nada descubrieran, los asociados, pensándolo bien, podían hallar equívoco el negocio y no aceptarlo; y en este caso, ¿no se hacía de imposible realización, puesto que para llegar al *placer* subterráneo había que pasar por las minas de aquéllos? Esta eventualidad no cogía desprevenido á Dervilly, quien la había examinado en todos sus aspectos, asegurándose ante todo de que Abbot y Morrison no tenían ningún derecho sobre la parte de la montaña adyacente á la mina de oro. Según sus cálculos, para llegar horizontalmente á ésta bastaría una galería de trescientos metros; y aunque esa obra se presentaba á la vez costosa y difícil, no lo resultaba tanto si se tenía en cuenta la importancia del fin perseguido. Por esto Pedro había pensado en comprar, en caso necesario, el terreno y los derechos á él anejos, que no serían muy caros en aquella comarca salvaje; además se había enterado del procedimiento que había de seguir. Sin embargo, temía que su condición de extranjero fuese causa de molestias y de retrasos, y por otra parte habría querido obrar secretamente.

No conocía más que á un personaje importante en quien pudiera confiar, Benjamín Booker; el almirante se lo había indicado como hombre de toda confianza, y en estas cosas el almirante era un juez casi infalible.

«Pues bien, díjose subiéndose á un tranvía; vamos á casa de Booker.»

Halló al viejo yanqui que se disponía á examinar un cuadro que le presentaba un traficante. Era un paisaje de matiz argentino, en el que, entre árboles envueltos en vapor, distinguíanse figuras de mujeres desnudas, que lo mismo podían ser ninfas que salvajes. El traficante, hombre de elevada estatura, con unos brazos tiesos como aspas del telégrafo Chappe, decía con voz fuerte y gangosa:

—Es un Corot... Consiento en que me maten si no es un Corot... y un hermoso Corot. Vale diez mil dólars.

Booker era hombre de gusto, pero de gusto restringido y no se las echaba de inteligente.

—¡Sin duda! ¡Sin duda!, exclamaba meciéndose en un enorme *rocking*... Pero quisiera el parecer de uno ó dos peritos.

—¡Peritos!, exclamó el otro sonriéndose burlonamente... Desafío á usted á que encuentre uno que pueda compararse conmigo, de uno á otro Océano.

—Usted, que es francés, dijo Booker volviéndose á Dervilly..., ¿qué opina?

—No está mal pintado... comenzó diciendo Pedro.

—¿Eh, que tal?, rugió el traficante.

—Pero en cuanto á su autenticidad, no cabe la menor duda..., es una copia...

—¡Una copia!, exclamó el mercader dando un brinco. Apuesto mil dólars...

—Acepto la apuesta, dijo fríamente Dervilly; pero aconsejo á usted que guarde su dinero, porque lo perderá usted si persiste en su locura. He estudiado á Carot, y puedo dar á usted las más minuciosas indicaciones acerca de su cuadro.

Y después de haber examinado medio minuto el lienzo con la mirada del sabio que está haciendo un experimento, añadió:

—Jamás Carot dispuso así sus fondos..., jamás dió tanta pesadez á sus vapores..., y mire usted, aquí hay unas pinceladas en espiral que nunca han sido suyas.

Y viendo un cuadrito del mismo maestro colgado en la pared, hizo observar de *visu* las diferencias.

—¡Witthaker!, gritó Booker soltando a carcajada; Márchese... ó pague los mil dólars.

Puesto entre la espada y la pared, el traficante murmuró algunas palabras gruesas, pero sin insistir en la apuesta, y se despidió.

—A fe mía, dijo Benjamín golpeando cordialmente el hombro de Dervilly, que debiera usted hacerse traficante de cuadros; con su método científico tendría usted asegurada su fortuna en Chicago.

—¡No iría bastante aprisa! Ya sabe usted que he venido á América para ver, vencer... ó morir, respondió Pedro sonriente.

—Así me lo dió usted á entender antes de partir para las minas. Supongo que trae usted de ellas buenas esperanzas.

—Sí, y de ellas venía á hablar á usted para pedirle un consejo y un favor, porque el almirante Veraines me dijo que en un caso grave me fiase de usted.

—Y bien podía decirlo. Benjamín Booker es de toda confianza para sus amigos y hasta para sus enemigos cuando ha empeñado su palabra, y está dispuesto á ayudar al ahijado de su amigo Veraines. Ya lo sabe usted..., y tenga en cuenta que no le pido confidencias, sino únicamente que me diga lo que quiere usted que haga.

Dervilly clavó una mirada penetrante en el rostro encarnado del viejo yanqui, y después le habló de su proyecto de comprar terreno y derechos de mina no lejos de las cavernas de Abbot y Morrison. Booker, que le escuchaba atentamente, adivinó sin esfuerzo que aquel proyecto ocultaba otro más importante y que por fuerza debía relacionarse con algún gran descubrimiento; pero sin dejar traslucir su pensamiento limitóse á contestar:

—Está bien... Tengo buenas relaciones aquí, y vamos á poner manos á la obra en seguida para que nadie se nos adelante... A no ser que en este mismo momento haya alguien que también trabaje el asunto.

—No lo creo; no se trabajará sin antes practicar una información.

—¿Habéis cuidado de sacar un plano exacto de la situación?

—Aquí está, respondió Pedro sacándoselo de la cartera.

—Es usted un hombre, dijo Booker guiñando un ojo y con gesto de aprobación. Ahora, déjeme usted hacer... Nada dejaré al azar..., ni siquiera la posibilidad de mi muerte repentina.

Dervilly, algo avergonzado de no haber confiado su secreto al viejo, murmuró:

—Si desea usted conocer el motivo de mi conducta...

—¿Puede esto servir de algo? Por mi parte no lo deseo... El hombre que guarda su secreto merece mi estimación, porque guardará el de los demás... Ya supongo que se trata de un negocio de minas y obro en consecuencia; pero en cuanto á la índole y á la importancia de la cosa, prefiero no saber'as... Conque ¡manos á la obra!, porque no hay que perder ni un minuto.

A la caída de la tarde, paseábase Dervilly por la orilla del lago Michigan; el sol brillaba al Oeste rojo como la boca de un horno tiñendo las aguas de un color sanguinolento, y las nubes comenzaban á iluminarse, produciendo la ilusión esplendente, profunda y melancólica que acompaña los crepúsculos de los días hermosos.

Pedro, sumido en dulces fantasías, daba pequeñas chupadas á su cigarro; aunque el mañana le inspiraba temores bastante serios, no se sentía agitado, pues le animaba la certeza de no haber omitido nada. Si á pesar de todo sucumbía, podría perfectamente culpar de su fracaso á la Fatalidad, lo que es un gran consuelo para un alma enérgica. Y sobre todo, siempre quedaría la mina del almirante.

Contempló el lago resplandeciente surcado por una flotilla, cuyas líneas se iban haciendo más vagas á medida que el sol se hundía en el ocaso. Al otro lado de las aguas temblorosas, vió en sueños su jardín de las Hespérides y sus deliciosos tesoros, y flotando por encima de todo ello á Juana Veraines, en quien se compendiaban la magia primitiva del amor, el esplendor de que han adornado á las bellas hijas de los hombres tantos siglos de arte y de poesía. Toda felicidad de la que ella no fuese principio y gracia al mismo tiempo, parecíale informe. ¡Ah, si hubiese de pertenecer á otro! ¡Nunca más tendría valor para volver á verla, ni siquiera para vivir en el mismo continente que ella!

Suspiró, y luego, por una pendiente natural, volvió á sus preocupaciones prácticas, á la mina, á Abbot y Morrison, á Nightingale, á Yellowground, al Piel Roja y á Sam *el Perro*.

«Lógicamente pensando—se dijo—nada he de temer. Nightingale, cuando reciba el telegrama de los Sres. Abbot y Morrison, consultará con Yellowground, y éste *quizás* bajará al abismo; pero es más probable que busque por otro lado, al azar; pues como ni Abbot ni Morrison tienen sospechas concretas, el telegrama habrá sido muy vago. Por otra parte, creo firmemente que Chonn-Monn-Y-Case y Sam no dejarán traslucir ni un átomo de la verdad.»

(Se continuará.)

París.—Las obras del túnel del Metropolitano que pasa por debajo del Sena. (Fotografías de M. Rol y C.ª)

Pocas veces se han visto algunas de las principales calles de París tan obstruídas como en la actualidad por las empalizadas del Metropolitano; y sin embargo, lo que se ve en la superficie apenas puede dar idea de las gigantescas obras que en el subsuelo se están ejecutando para prolongar aquel ferrocarril subterráneo en la nueva línea que ha de pasar por debajo de los dos brazos del Sena y de la isla de la Cité, desde la plaza del Chatelet, en la orilla derecha, hasta la plaza de Saint-André des Arts, en la izquierda.

Los trabajos principales han consistido en la introducción en el suelo de los tres grandes cajones que han de constituir la estación de la Cité y cuya instalación, ya muy adelantada, quedará terminada definitivamente dentro de algunos meses. Estos tres cajones han sido introducidos por medio de potentes máquinas de aire comprimido y aisladamente uno de otro, porque de haberse ejecutado la operación formando aquéllos una sola pieza, habría sido en extremo difícil su montaje, aparte de las dificultades y de los peligros de manejar una masa de tan grandes dimensiones. Para la unión de los tres cajones, el contratista de las obras Sr. Chagnaud ha inventado un procedimiento muy ingenioso. El gran cajón central, enteramente hundido bajo tierra, tiene una longitud de 66 metros, y á fin de evitar que durante el hundimiento el agua penetrase en su cavidad interior, cerróse en ambos extremos con un tabique formado por siete vigas verticales de dos metros de anchura que sostenían una plataforma de palastro desmontable en la parte correspondiente exactamente al hueco de la estación propiamente dicha.

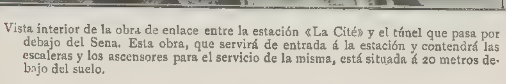


Punto de enlace, en el muelle de las Flores, del cajón y del túnel. En el agua se ven sobresalir dos chimeneas de aire comprimido que se han utilizado para introducir los tres cajones en el lecho del río

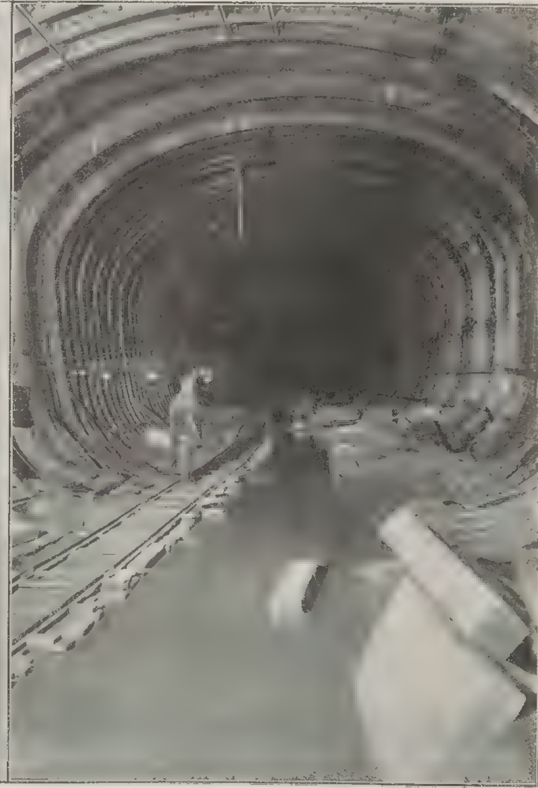
Esa imponente masa pesa 12.000 toneladas, peso en el que el acero sólo entra por 1.600, correspondiendo el resto al betún puesto entre la envoltura de la estación y la del cajón que la contiene.

Los dos cajones de los extremos tienen una sección elíptica cuyo eje máximo es de 26 metros y el mínimo de 18'50, y sus paredes estancas están constituídas en unos 20 metros de altura por una doble entibación de acero con un intervalo de dos





Vista interior de la obra de enlace entre la estación «La Cité» y el túnel que pasa por debajo del Sena. Esta obra, que servirá de entrada á la estación y contendrá las escaleras y los ascensores para el servicio de la misma, está situada á 20 metros debajo del suelo.



Vista de la armazón metálica del centro del túnel que pasa por debajo del Sena y que se compone de tres cajones que han sido sucesivamente introducidos en el lecho del río y después unidos entre sí. El agua que se ve en el grabado procede de la orilla derecha y será próximamente agotada.

metros, en las tres cuartas partes de su altura, y de 1'50 en la otra cuarta parte.

Los tres cajones llevan en su parte inferior una cámara de trabajo de 1'80 metros de alto, servida por cinco chimeneas y dividida por un tabique levantado en el sentido del eje máximo que lo divide en dos compartimientos. Esta disposición tiene por objeto remediar el defecto de la desigualdad de resistencia del suelo y regularizar, por ende, el descenso del cajón. El peso de cada uno de esos dos cajones de los extremos es de 7.000 toneladas, de las que sólo 690 corresponden á los materiales metálicos.



Vista general de las obras para consolidar el subsuelo fluvial, operación que se efectúa por medio de máquinas con motor de amoníaco que permiten perforar el suelo congelado

Los obreros que trabajan en esos cajones proceden del modo siguiente para hundir la masa de los mismos hasta una determinada cota. En el interior de la cámara de trabajo abren un surco periférico de 40 centímetros de profundidad, primero en un lado, para que por éste descienda el cajón, y luego en el otro. De este modo se consigue un descenso regular, sin sacudidas, y para evitar que se escape el aire comprimido, desembarazan la sección central. El mecanismo del hundimiento consiste, pues, en el descenso del cajón por su propio peso, gracias al camino que se le ha preparado en su base y por espacios de 40 centímetros de alto, alternativamente en un extremo y otro de la obra.

A pesar de las grandes dificultades que ha habido que vencer para efectuar el paso de esta línea del Metropolitano, que es la número 4, por debajo de los dos brazos del Sena, los accidentes desgraciados han sido muy pocos relativamente. El mayor de ellos costó la vida á cinco obreros, y las causas que lo produjeron merecen ser conocidas, así para que sirvan de enseñanza en obras análogas, como para demostrar que hay peligros muy difíciles de prever, y que á pesar de todas las precauciones y de las más prudentes medidas, siempre ha de desconfiarse de la fatalidad, contra la cual está el hombre desarmado.

Cuando se acometió el hundimiento del gran cajón central, estaba ya hundido uno de los cajones laterales, y el espacio de 1'50 metros de terreno no descombrado comprendido entre ambos cajones, experimentó algunas compresiones, determinadas por el descenso del gran cajón central. Las capas friables de calizas se prestaron á esa elasticidad; en cambio las calizas sublitográficas, por razón de su dureza, transmitieron exactamente el esfuerzo á que se las sometía y obraron á modo de ariete por la parte del cajón lateral.

El día en que el accidente se produjo faltaba extraer todavía unos tres metros de altura de escombros para dejar sentado el cajón central sobre el fondo, y en uno de sus extremos los terrenos exteriores hallábanse comprimidos en la base de la obra. Cinco obreros estaban ocupados en abrir, en dicho extremo, una tajea para preparar el segundo movimiento de descenso, cuando la desgracia quiso que se encontrasen en presencia de una capa friable que se había agrietado, y por aquella grieta se abrió paso el aire comprimido que, combinándose con el esfuerzo de la capa superior de caliza dura, hizo ceder, por su base, la pared del cajón lateral. A consecuencia de esto, los cinco infelices obreros viéronse arrastrados en aquel torbellino, y después de haber quedado laminados entre los cuchillos del cajón central y el suelo, fueron arrojados contra el cajón lateral.

Díjose, á raíz del accidente, que aquellos obreros, al ser luego encontrados, presentaban en el cráneo una herida de tal naturaleza que permitía suponer que la bóveda craneana había estallado. Nada tiene esto de particular, pues si se considera que ciertos peces, retirados de grandes profundidades, estallan al salir á la superficie, se comprenderá fácilmente que suceda lo mismo con individuos que pasen sin transición desde un medio en donde el aire está comprimido á 1'2 kilogramos á otro en el que está sometido á la presión atmosférica.

Con la realización de los trabajos de que nos hemos ocupado, es decir, con el hundimiento de los tres cajones, no está terminada ni mucho menos la grandiosa obra de la nueva línea del Metropolitano; faltan todavía dos secciones del túnel: una que ha de unir los dos brazos del Sena, pasando por debajo del cuartel de la Cité; y otra que va desde la plaza de San Miguel al brazo pequeño del río. Pero, dada la actividad con que se trabaja y los poderosos medios que se emplean, es de esperar que antes de un año circularán los trenes por esa nueva línea.—N.

PARIS. - EL DIRIGIBLE «CLEMENT-BAYARD»

El dirigible *Clement-Bayard*, del que nos ocupamos en el número 1.403 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, efectuó el día 21 de los corrientes una nueva salida llevando á bordo, además del inventor Sr. Clement, al ministro del Trabajo Sr. Viviani, al coronel Lowther, agregado militar á la embajada inglesa en París, y á los Sres. Guillelmon, Sabathier y Capazza. Primeramente se realizaron en el Bosque de Bolonia varias pruebas, que consistieron en evoluciones de dirección en todos sentidos, variaciones de altura, paradas del motor, reanudación de marcha, etcétera, y que dejaron enteramente satisfechos al ministro y demás personas que le acompañaban. Después de estos ensayos el aeróstato se elevó sobre París maniobrando admirablemente por encima de Passy, del Trocadero, del Arco de la Estrella, del Parque Monceau y Levallois.

La ascensión duró una hora y media, y á su descenso los aeronautas fueron objeto de una entusiasta ovación.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

NINETTE, novela por *Vicente Díez de Tejada*. - Esta novela ha sido premiada en el segundo concurso de la Biblioteca Patria que con tanto éxito se publica en Madrid, con lo cual y teniendo en cuenta la índole de esa biblioteca, dicho se está que se trata de una obra de tan sana como agradable lectura; en efecto, *Ninette* interesa por su asunto y encanta por su estilo castizo y familiar. Véndese á una peseta.

CONGRESO DE ECONOMÍA CELEBRADO EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA en los días 28, 29 y 30 de junio, y 1, 2, 3, 4 y 5 de julio de 1908. Acuerdos tomados por la asamblea en contestación al cuestionario propuesto por la «Sociedad de Estudios Económicos» y proposiciones adicionales aprobadas. Estos acuerdos y estas proposiciones se refieren á los problemas monetario y bancario, á la administración local, al servicio de correos, á las sociedades de seguros, al impuesto sobre utilidades, á la tributación, al crédito agrícola, á la fabricación, á las oficinas de trabajo, á la propaganda económica, á la creación de una Facultad de Economía, á la banca de exportación y á la creación de un Banco Industrial Regional. Un folleto de 38 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Domingo Casanovas.

PARÍS.— NUEVA ASCENSIÓN DEL DIRIGIBLE «CLEMENT-BAYARD.»



Ascensión efectuada el día 20 de los corrientes por el dirigible *Clement-Bayard*. Los personajes que se ven en primer término en la barquilla son, de izquierda á derecha, los Sres. Clement, inventor; Viviani, ministro del Trabajo, y Lowther, agregado militar á la embajada inglesa en París. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

PLANO. - GUÍA DE BARCELONA, por *F. Noriega*. - Contiene la nueva demarcación de distritos de esta ciudad, reproducidos en distintos colores; la denominación de calles, el trazado de los tranvías y el del ensanche interior, y va acompañado de un nomenclátor de todas las calles y plazas por orden alfabético, con su situación en el plano, y de una guía de servicios y monumentos públicos. Publicado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é Hijos.

LA VISITA MENSUAL DOMICILIARIA Y LOS TALLERES CONFERENCIAS DE LA SAGRADA FAMILIA, por el *P. Bernardo Montoliu, Pbro.* - Opúsculo de piadosa lectura, destinado á propagar el culto doméstico á la Sagrada Familia. Impreso en Barcelona con licencia eclesiástica en la Tipografía Católica.

AUTOR D'UN FOYER BASQUE, por *Pierre Lhande*, S. J. - En forma tan amena como elegante describe el autor de este libro los usos, costumbres y tradiciones familiares y populares de la Vasconia francesa. La obra de Lhande es un cuadro acabado é interesantísimo del hogar vasco. Un tomo de 150 páginas, publicado en París por la «Nouvelle Librairie National» y que forma parte de la Colección de Escritores regionales. Véndese al precio de dos francos.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 7 de diciembre de 1908 — Núm. 1.406

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VENDEDORA DE FLORES, cuadro de Antonio Pesne (1683-1757)

que se conserva en la Pinacoteca de Munich

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Os gustan los espectáculos solamente visuales? ¿Por ejemplo, los cinematógrafos?

De su incremento y difusión nadie puede dudar. Hemos llegado al extremo de que haya cinematógrafos (transeuntes, naturalmente) hasta en las más apartadas aldeas, á las cuales, por otra parte, han llegado también los fonógrafos, los gramófonos, las pianolas y los Angelus. Todos los refinamientos, en suma, de la más avanzada civilización moderna.

Y vuelvo á preguntar: ¿os gustan los cinematógrafos? Cómo no es fácil oir la respuesta, opto por preguntármelo á mí misma...

He aquí que, al definir la impresión que el *cine* me causa, se me ocurre mirarlo desde el punto de vista literario, y establecer ligeras comparaciones con la literatura.

Hay en los *cines* dos elementos. Uno realista, otro de falsedad y ficción. El primero me es simpático; el segundo no puede menos de infundirme cierto desdén, obligándome, sin embargo, á serias reflexiones.

De dos clases son las películas cinematográficas. O reproducen cuadros que da hechos la realidad, ó escenas compuestas artificiosamente, y que las más veces son verdaderas historietas ó cuentos inventados *ad hoc.* También se da el caso de que cuentos é historietas, ya conocidas, se adapten á la exhibición cinematográfica. Así sucede con las tan celebradas y predilectas de la gente menuda el Ogro, Pulgarcito, Cenicienta, el Gato de las botas, Caperucita colorada, la Bella dormida en el bosque y otros infinitos, sea de Perrault, sea de sus imitadores y del fondo folklórico ó popular.

Menos mal entonces. Todo el mundo recuerda su niñez, y en ella brillan con chispazos de magia esas historias morales y aterradoras, que nos desvelaron con delicioso miedo. Lo terrible es la fantasía de los modernos, las historias y anécdotas *discurridas* para *libretos,* por cada uno de los cuales—según he oído decir—se pagan cien francos... ¡Imagínense ustedes lo que imaginarán los imaginadores! Parten los corazones las cosas que suceden y que presenciamos con escalofrío—es un modo de decir.—Ya es un niño robado de su cuna por una tía Marizápalos, oculto en el zaquizamí de la misma, y á quien un fiel perro de Terranova, guiado por el rastro y supongo que por el arcángel San Rafael, al través de obstáculos y estorbos sin número, vadeando ríos y saltando muros, descubre y recobra y presenta á los padres, que lloraban desconsolados la pérdida del pedazo de sus entrañas. Ya es una bellísima joven, salvada de la marea alta por los torreros de un faro, de la cual se prendan los dos, y por la cual se dan de puñaladas ó de mordiscos ó no sé de qué, cayendo ambos sobre los escollos y quedando muertos allí mismo, hasta el día del Juicio final. Ya es un padre que, para desembarazarse de un marinero pretendiente de su hija, sierra el palo mayor de una lancha, y después, torturado por el remordimiento, ve alzarse del agitado seno de las olas las figuras acusadoras de sus víctimas, de los que naufragaron por su causa.—Lo cómico corre parejas con lo trágico. Uno de los elementos cómicos favoritos del *cine,* es la subida rauda y veloz por una pared vertical de una serie de automóviles, carros, bicicletas, triciclos, carretillas, coches de punto, caballos, burros, personas, en persecución de cualquier malhechor, ó sencillamente de un aturdido, que les ha tropezado y á quien se pretenden detener. Este *truc* debe de ser de los más fáciles, y consistir buenamente en pintar una decoración de pared y extenderla en el suelo. El efecto, sin embargo, es infalible: el público se descalza de risa ó se pasma de admiración ante el maravilloso caso de que trepen por una casa arriba tantos vehículos y tanta gente... sin despeñarse, como si llevasen sindeticón en las ruedas y en los zapatos...

La evidente complacencia del público en los cinematógrafos y la acogida que dispensa á estas invenciones literarias, morales y gimnásticas, no deja de sugerir reflexiones desagradables á los que un día y otro estamos pendientes de la misma colectividad. Este monstruo, este público de nuestros afanes, ¡qué fácil y qué difícil es de cautivar; qué benévolo y qué exigente; qué cosas traga y qué cosas repele!

Y es imposible que una concurrencia demuestre mayor satisfacción ante un espectáculo, que demuestra la de los *cines.* Verdad que en ella abundan los niños, y la frescura de sensaciones del niño ¡es un elemento tan precioso! Todo le conmueve; todo le hace palmotear; todo le arranca exclamaciones de alegría ó de miedo. Cuanto más absurdo sea lo que desfila ante sus ojos, más le arrebata de admiración. Los ¡aaah!, los ¡oooh! de los pequeños, entre la obscuridad, hacen un ruido como de aire en las frondas. Dijérase que se escucha el golpeteo de sus corazoncitos emocionados. ¿Qué saben ellos de si la fábula es ridícula y sensiblera? Para ellos no hay Shakespeare, no hay *Iliada,* no hay Cervantes; para ellos, el arte no podrá jamás producir obra maestra como la anécdota del perro de Terranova salvando, en su bocaza, á la criatura robada por la hechicera á fin de darle martirio...

Así es que los autores para cinematógrafo, convencidos de que su victoria la asegura la chiquillería, reservan á los niños el lugar más eminente entre sus héroes sentimentales. Un cultivador bretón, martirizado por una gavilla de bandoleros llamados *chauffeurs,* sucumbe á los crueles tormentos; su hijo, niño de unos diez años, juró vengarle—y, en efecto, uno por uno, con precisión matemática, va despachando de un balazo á los siete bandidos, después de persignarse devotamente... Otro niño, menor aún, defiende y salva á su hermanita, rescatándola de manos de otra gavilla que se ha apoderado de ella. Ya es un niño que adivina y denuncia al asesino de su madre; ya es una niña, recogida por unos ricos, acusada por la tunanta de la cocinera de haber robado las joyas de la señora, encarcelada y cuya inocencia se descubre al fin mediante los lances de un incendio... Estos dramas de chicos alborotan á los chicos, les hacen soñar, les vuelven locos... Y al otro día, con lágrimas y pucheros, piden que les vuelvan á llevar al cinematógrafo, donde hay pequeñuelos que son héroes, y nenitas que por milagro no se las merienda un tigre ó no las retuerce el cuello una bruja...

No tiene este espectáculo, según parece, más que dos inconvenientes: el peligro de incendio, siempre inminente, y el de la vista, que sufre con el parpadeo y las rápidas transiciones de luz. Están recomendados los gemelos de cristales ligeramente verdosos y la intermitencia, es decir, el no ir todos los días á imponer á los ojos violentas y prontas contracciones. Lo segundo me parece doblemente fácil que lo primero, pues á pesar de haber leído en una docta Revista lo de los vidrios teñidos de verde, no los he encontrado en el comercio, no sé que los venda nadie. Hay prescripciones científicas más malas de seguir...

Volviendo al *cine,* confesaré que las películas limitadas á reproducir espectáculos y cuadros de la naturaleza y la realidad, me gustan muchísimo. La agitación magnífica del mar, las cascadas y sábanas de los grandes ríos del Nuevo Continente, la subida de la marea, el avance y paso de un tren, los efectos de países nevados, de patinaje, de *yachting,* de otros varios deportes, donde se ve que la escena ha sido sorprendida y no preparada y ejecutada por *clowns,* mimos y acróbatas, son hasta bellos, con la sencilla é intensa belleza de la verdad. Y he aquí cómo las teorías ortodoxas de estética pueden aplicarse hasta á los cinematógrafos —y salir confirmadas.

***

Ha muerto el mañoso Sardou, rey de los éxitos teatrales. Sardou no era un dramaturgo desdeñable, un Comella; pero de Shakespeare andaba más lejos aún. No se ha olvidado la terrible diatriba de Zola, en la cual, después de enumerar todas las ventajas por Sardou conseguidas—fama mundial, hotel, coches, millones—á cada párrafo se repetía el estribillo: «Tiene todo esto..., pero no tiene mi estimación literaria.»

Sin extremar tanto los juicios, yo no negaría á Sardou la estimación, pero sí la admiración, que no debe otorgarse á los hábiles, sino á los fuertes.

A una voz dice hoy la prensa—anticipándose con severidad á lo que puede suceder dentro de diez ó doce años —que nada quedará en pie del teatro de Sardou. Nada, ni siquiera la graciosa y expresiva *Madame Sans Gêne,* esa *Pepa la frescachona* elevada á lo épico, con cuya historia más ó menos adulterada han conseguido tan prodigiosos llenos las compañías, no sólo de allende el Pirineo, sino hasta de aquende.

¡Peregrinos misterios los del teatro! Dijérase que, para escribir obras dramáticas, necesitan reunirse y yacer en uno la literatura y la habilidad; pero que, apenas se han juntado, la habilidad -como los ogros de los cuentos—ha menester degollar á su compañera, y esconder su cadáver en algún gabinete de Barba azul. —Los grandes proveedores de teatro no pueden prescindir de ser algo literatos; sin embargo, la literatura, en primer término, les dañaría. Así su cedió con Scribe, y así con Sardou, opulento, célebre, universal autor.

De cierto no era un ignorante, al contrario: sus obras están fundadas en estudios y en acopio de datos muy abundantes. *Madame Sans Gêne, Termidor, El asunto de los venenos, Tosca, Fedora,* revelan un conocimiento suficiente de los períodos históricos; el conocimiento que basta para no dar notas tan ridículamente anacrónicas é inverosímiles como las que dió Cátulo Mendes en su *Santa Teresa.* Dramaturgos como Sardou se ven obligados á hacer con la erudición histórica lo que con el arte literario: servirse de ellos y relegarlos al almacén de los trastos, así que han servido. No se le exigiría nunca á Sardou la exactitud nimia, la escrupulosidad; pero él comprendió que se le exigiría una apariencia de exactitud, una cáscara que revistiese á sus personajes de aspecto adecuado al momento en que nos los presenta. Y esto lo supo hacer, con destreza suma, el gran ebanista dramático, fuerte en ensambladuras, incrustaciones, labor de taracea y gracia para articular sus «muñecos.»

Tampoco ha de negársele á Sardou el don de evolucionar de acto á acto, con certero instinto, previniendo la monotonía y el cansancio del espectador. Sus *fondos* son de los que ya desde el primer momento preparan al auditorio á lo que va á suceder. Todo se une para el resultado apetecido: el arte del decorador viene en auxilio del arte del dramaturgo; la indumentaria, pintoresca, entretiene tanto ó más que el diálogo. Recuérdese el obrador de plancha del primer acto de *Madame Sans Gêne;* el lavadero, el patio de la prisión, en *Termidor;* la plataforma del castillo de Santángelo, en *Tosca.* Los dramas han de desarrollarse en alguna parte, es indiscutible; el toque está en que el *fondo* se elija de manera que ya desde el primer instante determine emociones del mismo género que los sucesos que vamos á presenciar. Y en esto es donde se ve la cuquería, la sagacidad de autores como Sardou.

Sin duda que el público, á tener verdadero sentido artístico, hubiese otorgado á obras teatrales como la maravillosa *Resurrección,* de Tolstoy, ó la terrible *Teresa Raquin,* de Zola, los llenos y el prolongado éxito que gozaron las «máquinas» del autor de *Termidor.* Sí, eso debiera ser..., pero no es, y quizás no será nunca. Estarán siempre en minoría los que buscan en el teatro algo más que el entretenimiento. Y todavía, los que asisten al drama efectista de Sardou son superiores á los que sólo quieren en el teatro «reirse,» porque «demasiados disgustos hay en la vida.»

No faltaron, sin embargo, á Sardou esos contratiempos que no ha evitado ningún dramaturgo. Su primer estreno—*El bodegón de los estudiantes*—no fué sólo un fracaso, sino un pateo y silba que se oyeron á diez leguas. Por largo tiempo, este percance impidió que le admitiesen obra alguna los empresarios teatrales. Recordábase la fatídica noche sin tomar en cuenta la conjura que provocó el escándalo—y se repetía: «¡Ah! ¡El del *Bodegón!* ¡Nunca!»

Y aun después que «el del *Bodegón*» hubo ascendido en triunfo, llevándose de calle á los públicos y embolsando cientos de miles de francos por temporada, otra obra suya, *El cocodrilo,* cayó al foso de una vez, en un acceso de mal humor repentino de «la fiera.» No se encontró explicación al fenómeno, pero así sucedió, y no podía negarse que el público rechazaba al anfibio, sin apelación ni misericordia. Hoy, todos los que consagran á Sardou necrologías y conmemoran, al par que sus victorias, sus caídas teatrales, añaden esta advertencia: «Las obras que se le rechazaron á Sardou ni eran mejores ni peores que las tan aplaudidas y representadas.»

¡Oh eterna esfinge del teatro! Las nueve décimas partes de las veces, así es... Y también la ley que se aplica á Sardou—anunciando la pronta caducidad de sus obras *hábiles*—no falla nunca.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Llenos de lágrimas los ojos leyó la misiva concebida en los siguientes términos

POLICHINELA (1)

Aquella mañana Alina había recibido de su padrino un hermoso polichinela, uno de esos juguetes lujosos que son la admiración de los niños ricos y hacen asomar miradas de envidia á los ojos de los desheredados.

Y Alina, encantada de aquel regalo, no quería dar su acostumbrado paseo matinal.

-¡Oh, mamá! ¡Hoy no!, había dicho suplicante.

—Sí, hija mía, es preciso que salgas todos los días, haga el tiempo que haga; el doctor lo ha recomendado.

—Pues entonces saldré con Polichinela, ¿quieres?

—Ya que así lo deseas...

Y Alina había echado á correr sonriente y apretando fuertemente el muñeco sobre su corazón.

En un periquete estuvo la niña en la calle, que cruzó rápidamente y sin mirar á su alrededor.

De pronto óyese un grito horrible y el ruido de un automóvil que se detiene en seco.

Alina ha caído; su polichinela ha ido á parar debajo de las ruedas del pesado vehículo quedando en un estado lamentable.

La niña está tendida en el suelo, inmóvil y pálida, pero ilesa... Junto á ella, desmayado sobre el arroyo, un muchacho de nueve ó diez años.

La criada acude velozmente y levanta á la hija de sus amos; la gente curiosa que la rodea hace lo mismo con el muchacho, cuyo brazo está desgarrado por una profunda y horrible herida.

—Hay que subirlo á casa, dice la fiel sirvienta, que se identificaba con sus señores hasta el punto de decir siempre «mi casa.»

El médico, llamado á toda prisa, tranquilizó á los padres de Alina, que sólo había sentido los efectos de un gran miedo; en cuanto al muchacho, la cosa no se presentaba tan sencilla, pues la herida de su brazo necesitaría seis semanas de cuidados asiduos.

Era un jorobadito, flaco, de aspecto enfermizo, de aire tímido y miserable, cubierto de sórdidos harapos... Los testigos presenciales del accidente habían visto cómo cogía bruscamente á la niña y la arrojaba á un lado; era, pues, evidente que se había sacrificado por ella y que la había salvado de una muerte cierta.

—Yo me encargo de él hasta su total restablecimiento, dijo la madre de Alina.

El muchacho se llamaba Jorge y tenía once años; su madre había muerto, no había conocido á su padre y vivía miserablemente con unos italianos que le obligaban á pedir limosna y le pegaban sin compasión.

—Aquí te cuidaremos bien, díjole la señora de Vernay, en recompensa de haber salvado á mi hija.

—Es usted buena como la Virgen, respondió Jorge.

***

—A pesar de todo, no podemos adoptar á ese muchacho, dijo un día el Sr. Vernay á su joven esposa.

—Todo depende del modo como entiendas la adopción, contestó aquélla. Si el adoptarlo significa colmar á ese niño desconocido de regalos y de trajes en perjuicio de nuestra Alina, claro que no lo haremos; pero si sólo se trata de curarlo, de enviarlo á la escuela municipal, que no cuesta un céntimo, de vestirle decentemente y de mantenerle, creo que bien podemos hacerlo.

—Con tal que no te apartes de este programa, consiento en ello; y cuando el chico haya recibido su instrucción primaria, podremos darle ocupación en casa ó hacerle aprender un oficio que asegure su porvenir.

Jorge sanó, y el día de año nuevo el Sr. Vernay, satisfecho del muchacho, que se portaba muy bien en la escuela, que era cuidadoso de su ropa y que se mostraba respetuoso y dócil, le dió como aguinaldo cinco francos.

—¡Cinco francos, señor! ¡Es demasiado, es una fortuna!

—No, hijo mío, tómalos; quiero que los gastes á tu antojo.

Jorge dió cien vueltas á la moneda, después salió á la calle y contempló lentamente los hermosos aparadores de las tiendas resplandecientes de luz.

De pronto lanzó un grito de alegría y entró en un bazar de juguetes.

Alina echaba de menos, desde hacía seis meses, su polichinela sin que á nadie se le hubiese ocurrido repetir el regalo de su padrino.

Jorge escogió apresuradamente un polichinela, quizás más pequeño, pero muy parecido al rico modelo destrozado por el automóvil, y regresó corriendo á casa de sus bienhechores.

La alegría de Alina fué inmensa;

—¡Oh, Jorge, gracias, gracias!, exclamó

Por la cara del jorabadito se deslizaron dulces lágrimas.

Entonces Alina pronunció una frase deliciosa en sus labios, pero ¡cuán cruel!

—¡Qué bonito es! Es jorobado como tú. Yo también te quiero; también tú eres un polichinela

Y desde aquel día Alina y la gente de la casa, exceptuando al señor y á la señora de Vernay, llamaron á Jorge *Polichinela*.

—Lo que has hecho revela tu buen corazón, Jorge, díjole el Sr. Vernay; pero como quiero que tengas tu aguinaldo, toma esa otra moneda y gástala para ti, lo exijo.

—¡Oh, señor!..

Jorge salió nuevamente á la calle y reanudó su paseo, tan perplejo como la otra vez acerca del empleo que daría á sus cinco francos, cuando vió en el escaparate de un estanco unos billetes de la «Lotería de los Niños pobres.»

—Ya tengo en qué invertir mi moneda, dijo el jorobadito, que ya sabía leer y que desde su más tierna infancia conocía el valor del dinero. A lo menos si me toca un buen premio podré compartirlo con mis bienhechores y demostrarles de esta suerte mi gratitud.

Y en efecto, le tocó el premio grande, de cien mil francos. La fortuna caprichosa favoreció al pobre desheredado, al niño contrahecho, enfermizo, débil é indigente, á *Polichinela*, como si quisiera de repente compensar su injusticia é indemnizarle de su triste suerte.

El Sr. Vernay nada quiso aceptar, por supuesto, pretextando con razón que el niño no podía disponer de sus bienes antes de ser mayor de edad, y para consolar á Jorge hubo de decirle que más adelante ya hablarían del asunto.

***

Alina entró en un colegio á pensión y Jorge en el Liceo Condorcet, cursando luego la carrera de ingeniero.

La niña Alina habíase transformado en una joven hermosa, hermosísima, de una belleza casta, sorprendente, completa; adoraba á sus padres y amaba con delirio á *Polichinela*, á quien besaba con efusión, á pesar de que los diez y siete años acumulados sobre su bella frente la habían colocado en esa edad que excluye las expansiones infantiles. Y cada vez que los labios frescos de Alina se posaban sobre las mejilias de *Polichinela*, éste se sentía desfallecer.

Jorge cumplió veintiún años y su deformidad le eximió del servicio militar.

Los negocios del Sr. Vernay no prosperaban, al contrario; pero por un sentimiento de vergüenza respecto de *Polichinela*, cuyos cien mil francos estaban á su disposición, á nadie había hablado de sus apuros económicos; mas cuando el teniente Mauricio Dulac, de acuerdo con la interesada, fué á pedirle la mano de su hija, hubo de confesarlo todo.

Aun desprendiéndose de cuanto tenía, no podía el Sr. Vernay dar á su hija la dote que las leyes exigen á las jóvenes que se casan con militares.

Alina lloró su desgracia, y *Polichinela*, más pálido que nunca, sintióse conmovido por aquellas lágrimas.

Toda aquella tarde estuvo Jorge ausente, y á altas

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

horas de la noche oyéronse sus pasos en el vestíbulo.

A la mañana siguiente, muy temprano, la camarera, al abrir los postigos del cuarto de su señorita, encontró en el umbral de la puerta un inmenso ramo de magníficas orquídeas.

Alina, presa de súbita emoción, incorporóse en la cama y cogió aquellas flores.

Atado al ramo con una cinta ajada, había un paquete voluminoso que contenía una preciosa cartera de tafilete con cantoneras de oro. Alina la abrió y encontró en ella dos hojas de papel: un cheque de cien mil francos á su nombre y una carta.

Llenos de lágrimas los ojos leyó la misiva, concebida en los siguientes términos:

«Mi querida Alina, desde el día en que conocí á usted la quise con toda mi alma, y á partir de aquel momento, deslizóse mi existencia como un sueño encantador. Cuando los dos estábamos en nuestros colegios, yo sólo vivía durante las vacaciones. A usted debo la instrucción, la vida, la fortuna y también, perdone usted que se lo diga, el amor.

»Harto comprendo que no puede usted casarse con un ser deforme, con un ex paria, un jorobado, y sé que ha entregado usted su corazón á un guapo mozo. Por esto parto...

»Permítame que le ofrezca mi regalo de boda... ¿Acaso un hermano no tiene el derecho de dotar á su hermana? ¿Y por ventura no me ha tratado usted siempre como á un hermano?

»Adiós. Guarde usted una de mis flores y la cinta descolorida en que van atadas..., esa cinta la escogí entre los restos que pudieron recogerse de su primer polichinela. Guárdela usted; que el día de la boda haga, en mi nombre, votos por la felicidad que usted merece.

»No llore usted por mí, se lo suplico; si me ha amado usted, no llore por mi causa. Diga usted tan sólo con un poco de melancolía, pero sonriente: *«¡Polichinela* se fué!»

«¡Pobre *Polichinela!*»

Hugy Mario

(Dibujo de C. Vázquez.)

FRAY CRISTOBAL DE TORRES,

OBRA DE DIONISIO RENART

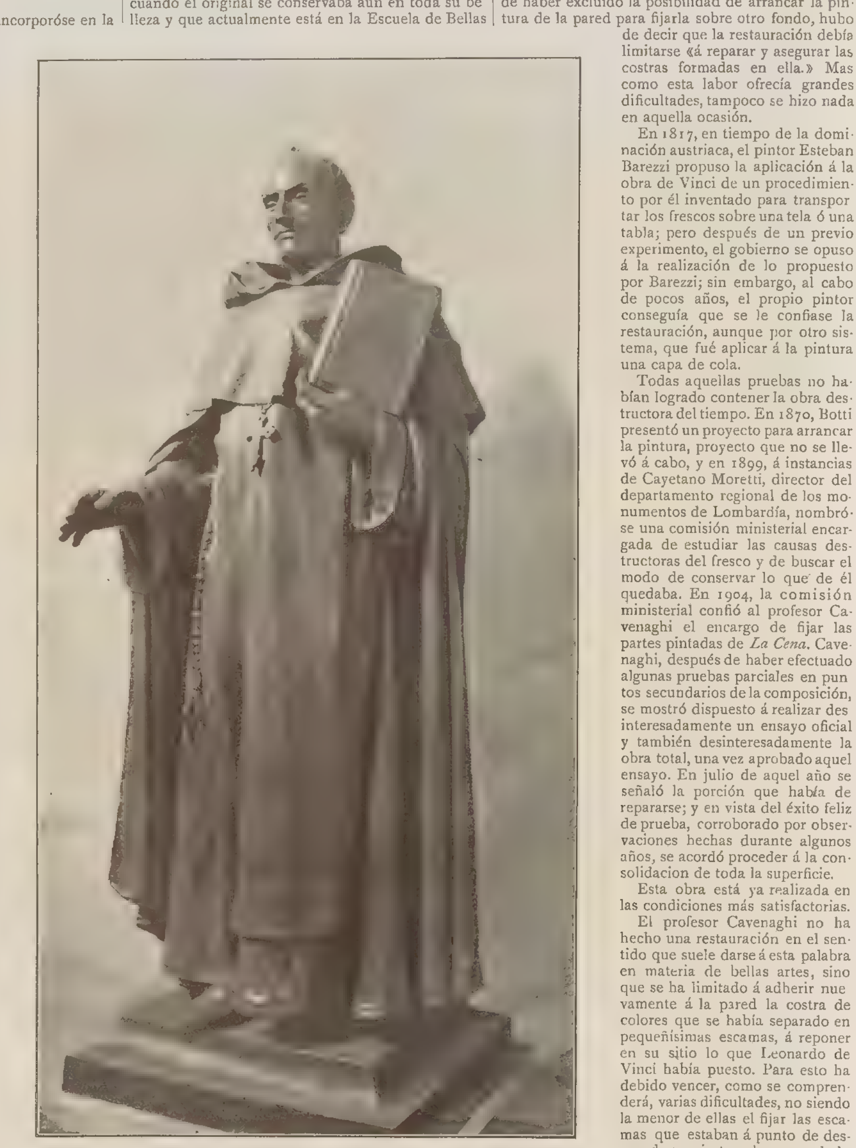
Próximamente ha de inaugurarse en Bogotá, capital de la República de Colombia, el monumento dedicado al insigne y virtuoso arzobispo de la que fué capital del Nuevo Reino de Granada, predicador y confesor de los reyes Felipe III y Felipe IV. Dotado de superior inteligencia y cristianas virtudes, distribuyó beneficios y consuelos entre sus diocesanos, de tal suerte, que á pesar de haber fallecido en 1653, guárdase en Bogotá honrosa memoria de aquel esclarecido prelado, nacido en Burgos en 1573, que consagró los últimos años de su vida á la fundación del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, en donde se han educado los más eminentes colombianos.

La estatua, que mide 2'50 metros de altura, ha sido hábil y sentidamente modelada por el inteligente escultor Dionisio Renart y fundida en bronce en los talleres de Ferruccio Cescatti, de esta ciudad.

LA RESTAURACIÓN DE «LA CENA,»

DE LEONARDO DE VINCI

Pocas obras de arte han conseguido tanta celebridad como la famosa *Cena* que para el refectorio del convento de los dominicos de Milán pintó, en los últimos años del siglo XV, el gran Leonardo de Vinci. El grabado, las fotografías, las copias al óleo, han popularizado esa obra maravillosa, y algunas de estas últimas, como la de Marco Oggione, hecha en 1510, cuando el original se conservaba aún en toda su belleza y que actualmente está en la Escuela de Bellas Artes de Londres, permiten apreciar lo que debió ser el admirable fresco antes de que la acción del tiempo causara en éste los daños que se han notado en él durante tanto tiempo.



Fray Cristóbal de Torres, estatua en bronce, obra de Dionisio Renart. Fundida en los talleres de F. Cescatti, que figura en el monumento que en breve ha de inaugurarse en Bogotá (Colombia).

Estos daños, en un principio lentos, han ido revistiendo cada vez mayores proporciones, y no era difícil prever, para una fecha por desgracia demasiado próxima, la total desaparición de la pintura. Para evitar esto se han hecho en distintas épocas varias tentativas, aunque sin resultado hasta la de Cavenaghi, de que luego hablaremos. A fines del siglo XV, el cardenal Federico Borromeo se propuso restaurar el fresco, pero nada se hizo en aquel entonces; más de un siglo después, en 1726, el pintor Bellotti ejecutó una desdichada restauración, que reparó en 1770 José Mazza, quien se limitó á dejar la pintura tal como se hallaba antes de poner Bellotti en ella sus manos pecadoras. Durante la ocupación de Milán por el ejército napoleónico, Appiani, comisario de Bellas Artes del nuevo gobierno, y al cual éste había encargado la restauración de *La Cena,* después de haber excluído la posibilidad de arrancar la pintura de la pared para fijarla sobre otro fondo, hubo de decir que la restauración debía limitarse «á reparar y asegurar las costras formadas en ella.» Mas como esta labor ofrecía grandes dificultades, tampoco se hizo nada en aquella ocasión.

En 1817, en tiempo de la dominación austriaca, el pintor Esteban Barezzi propuso la aplicación á la obra de Vinci de un procedimiento por él inventado para transportar los frescos sobre una tela ó una tabla; pero después de un previo experimento, el gobierno se opuso á la realización de lo propuesto por Barezzi; sin embargo, al cabo de pocos años, el propio pintor conseguía que se le confiase la restauración, aunque por otro sistema, que fué aplicar á la pintura una capa de cola.

Todas aquellas pruebas no habían logrado contener la obra destructora del tiempo. En 1870, Botti presentó un proyecto para arrancar la pintura, proyecto que no se llevó á cabo, y en 1899, á instancias de Cayetano Moretti, director del departamento regional de los monumentos de Lombardía, nombróse una comisión ministerial encargada de estudiar las causas destructoras del fresco y de buscar el modo de conservar lo que de él quedaba. En 1904, la comisión ministerial confió al profesor Cavenaghi el encargo de fijar las partes pintadas de *La Cena.* Cavenaghi, después de haber efectuado algunas pruebas parciales en puntos secundarios de la composición, se mostró dispuesto á realizar desinteresadamente un ensayo oficial y también desinteresadamente la obra total, una vez aprobado aquel ensayo. En julio de aquel año se señaló la porción que había de repararse; y en vista del éxito feliz de prueba, corroborado por observaciones hechas durante algunos años, se acordó proceder á la consolidacion de toda la superficie.

Esta obra está ya realizada en las condiciones más satisfactorias.

El profesor Cavenaghi no ha hecho una restauración en el sentido que suele darse á esta palabra en materia de bellas artes, sino que se ha limitado á adherir nuevamente á la pared la costra de colores que se había separado en pequeñísimas escamas, á reponer en su sitio lo que Leonardo de Vinci había puesto. Para esto ha debido vencer, como se comprenderá, varias dificultades, no siendo la menor de ellas el fijar las escamas que estaban á punto de desprenderse, sin tocarlas, pues de lo contrario se habrían pulverizado.

Un crítico de arte, que hace poco visitó al profesor Cavenaghi, preguntóle si el famoso fresco que tantas veces se ha dado por destruído quedaría ahora enteramente salvado, á lo que respondió el pintor: «El enfermo no ha sanado en absoluto, pero en adelante no empeorará; la fibra que estaba destrozada ha adquirido mayor tonicidad, mayor colorido, y al presente está en condiciones de vivir bien y por mucho tiempo, si debidamente se le cuida y se le atiende, pues siempre será un organismo precario, así por sus propias condiciones, como por el ambiente en que se halla situado.»

El profesor Cavenaghi opina que podrían taparse las cicatrices que los desprendimientos del color han dejado en la pintura, tanto más cuanto que no sería cuestión de retocar nada de lo pintado por Leonardo, sino simplemente de llenar concienzudamente los huecos cuya blancura perjudica á las exquisitas tonalidades inmediatas.—S.

CONSERVACIÓN DE "LA CENA" DE LEONARDO DE VINCI

EL FAMOSO FRESCO DEL CONVENTO DE SANTA MARÍA DE LAS GRACIAS (MILÁN) RESTAURADO RECIENTEMENTE

POR EL PINTOR LUIS CAVENAGHI



FOTOGRAFÍA TOMADA DESPUÉS DE LA RESTAURACIÓN POR LA CASA AQUILES FERRARIO DE MILAN

y comunicada por Augusto Romieux. (Publicación autorizada)

SAN PETERSBURGO.—Entierro del Gran Duque Alejo de Rusia

Con gran pompa efectuóse el día 21 de noviembre último en San Petersburgo el entierro del gran duque Alejo, fallecido en París, y cuyo cadáver fué transportado á la capital del imperio moscovita. El tsar Nicolás II quiso presidir la ceremonia, y después de prolongada ausencia, se mostró por vez primera en público, recorriendo á pie y al frente del duelo el largo trayecto que separa la estación del ferrocarril por donde llegaron los restos de su augusto tío, hasta la ciudadela de Pedro y Pablo, en cuya iglesia habían de ser inhumados.

El orden del cortejo era el siguiente: un escuadrón de guardias, el maestro de ceremonias, funcionarios y servidores de la corte del difunto, sociedades relacionadas con la marina, estado mayor general de la armada rusa, un escuadrón de guardias, cuatro almirantes llevando los diversos pabellones de mandos marítimos desempeñados por el archiduque, oficiales superiores de la armada portadores de las insignias y condecoraciones del mismo, el clero, la carroza mortuoria, el tsar con los altos dignatarios de su casa, los grandes duques, los ayudantes de éstos y del emperador, las grandes duquesas y sus damas de honor en coches enlutados, y el comandante general de la guardia y de la circunscripción militar de San Petersburgo, al frente de las tropas designadas para tributar los honores al cadáver.

A las once entraba la comitiva en la iglesia de la ciudadela, en donde estaban ya la emperatriz reinante, la emperatriz madre, el cuerpo diplomático, el gobierno y otras corporaciones oficiales. El metropolitano de San Petersburgo y el clero cantaron los salmos de rúbrica, y después celebróse el oficio de difuntos, terminado el cual el tsar y la emperatriz madre se acercaron al féretro y besaron la caja mortuoria en el sitio correspondiente á la cabeza del cadáver, haciendo luego lo propio la emperatriz Alejandra Feodorovna y los demás individuos de la familia imperial. A las dos, el cadáver fué conducido á la nueva capilla funeraria y enterrado junto al altar mayor de la misma, en presencia de todos los dignatarios y del cuerpo diplomático. El tsar y los miembros de su familia desfilaron ante la tumba. A las dos y media terminaba la triste ceremonia, y poco después el tsar y la tsarina regresaban á Tsarkoie-Selo.—S.



Paso de la fúnebre comitiva por la Perspectiva Newsky; al frente del duelo, el tsar (×) seguido de sus ayudantes y de los individuos de la familia imperial



El clero de la iglesia rusa y la carroza mortuoria. (De fotografías de Bulla, comunicadas por Underwood y Underwood, de Londres.)

BARCELONA. MEETING DEL NOGUERA-PALLARESA.

El día 29 de noviembre último celebróse en el gran salón del Palacio de Bellas Artes el meeting de propaganda á favor del ferrocarril internacional del Noguera-Pallaresa. Presidió el acto el presidente de la junta organizadora Sr. Jordana, á quien acompañaban el señor Maluquer de Tirrell, senador vitalicio, el barón de Esponellá, el alcalde accidental de Barcelona Sr. Bastardas, una comisión de concejales barceloneses, el diputado á Cortes señor Puig y Cadafalch, el diputado provincial barcelonés Sr. Sostres y varias comisiones de la Diputación provincial y del Ayuntamiento de Lérida y de casi todos los pueblos de la comarca leridana. Los Sres. Jordana, Maluquer, Manchero, Sol, Abadal, Reñé, Beougen, Mir y Miró, Ramonich, Puig y Cadafalch y Bastardas pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos, y el público que llenaba el inmenso salón tributó grandes ovaciones á todos los oradores.

ZARAGOZA. PEREGRINACIÓN AMERICANA

Una peregrinación americana, presidida por los obispos de La Plata, Córdoba y San Carlos de Ancud, ha visitado recientemente la ciudad de Zaragoza para realizar un acto de piadoso homenaje á la Virgen del Pilar. Pero los que de ella formaban parte han querido además rendir un tributo de amor y respeto á España, y al efecto el día 29 de noviembre último celebraron una ceremonia imponente, que consistió en hacer públicamente entrega á la inmortal ciudad y á su excelsa matrona de las banderas de las repúblicas americanas que pocos días antes bendijera en Roma el papa. El acto se efectuó en la plaza de la Constitución ante un inmenso gentío, y en él pronunciaron elocuentes discursos el obispo de Ancud monseñor Jara y el alcalde de Zaragoza Sr. Fleta, el primero ponderando el amor que por España sienten los americanos, y el segundo agradeciendo el homenaje á la madre patria y á la Virgen del Pilar.



BARCELONA.—«Meeting» de propaganda á favor del ferrocarril internacional del Noguera-Pallaresa. (De fotografía de A. Merletti.)



ZARAGOZA.—Acto de la entrega de las banderas por la peregrinación americana. (De fotografía de Ignacio Coyne.)



ASPECTO DE UNA DE LAS PRINCIPALES CALLES DE LONDRES



A LA SALIDA DEL PÚBLICO DE UN TEATRO, dibujo de F. Matania

PARÍS. – EL PROCESO STEINHEIL

Hace algunos meses, en la noche del 30 al 31 de mayo, cometióse en París un doble asesinato, que causó gran emoción, así por ser una de las víctimas un artista muy conocido, como por las circunstancias en que el crimen se había perpetrado. En una casa de la calle Ronsin aparecieron extrangulados el pintor Steinheil y su suegra, la señora Japy; la hija de ésta y esposa de aquél fué hallada en su cama, atada con fuertes ligaduras, oprimido el cuello con una cuerda y tapada la boca con una bola de algodón que estaba á punto de asfixiarla.

La señora de Steinheil, única sobreviviente del trágico suceso, refirió lo ocurrido. La víspera había recibido la visita de su madre, á la que rogó que se quedase á dormir en la casa, cediéndole para ello su cuarto y trasladándose ella al de su hija, que se hallaba ausente; su marido se instaló en una pequeña habitación contigua al cuarto de baño. A altas horas de la noche despertóse bruscamente y vió á tres hombres y á una mujer, provistos de linternas sordas, que la agarrotaron y con amenazas de muerte la intimaron á que les dijese dónde estaba el dinero; ella les señaló un mueble del cuarto inmediato, del cual robaron siete mil francos. Los asesinos se llevaron además (así lo afirmó la señora de Steinheil) varias joyas, cuyos estuches vacíos se encontraron tirados por el suelo y encima de los muebles.

Púsose la policía en seguida en movimiento, pero sus pesquisas no dieron resultado alguno: atribuyóse el crimen, primero á unos asesinos vulgares, después á un modelo, luego á un polizonte, más tarde á unos comparsas de un teatro cosmopolita y finalmente á un conocido ladrón. Todas esas pistas, sin embargo, hubieron de abandonarse por infundadas, y el proceso seguía su curso, con muy pocas esperanzas de dar al fin con los culpables, cuando hace pocos días la señora de Steinheil se presentó al juez de instrucción acusando concretamente á Remy Couillard, el ayuda de cámara del pintor, el mismo que el día del crimen fué el primero en descubrir los cadáveres de las víctimas y en pedir socorro y avisar á la policía. La señora Steinheil fundaba su acusación en el hecho de haber encontrado el día antes, en la cartera de Remy, una perla que formaba parte de las joyas robadas.

Remy pudo, sin embargo, probar desde luego su inocencia, y la acusadora confesó al juez que ella misma había colocado la perla en la cartera, con lo que, al propio tiempo, contradijo su anterior aseveración de que la perla había sido robada la noche del crimen. Esta aseveración, por otra parte, resultó también desmentida por su joyero, el cual declaró que con postoriorídad al trágico suceso la misma señora de Steinheil habíale llevado la perla en cuestión para que la quitara de la sortija en que estaba montada y le pusiera otra montura.

Dos días después, la señora de Steinheil declaraba ante el juez que el relato que hizo á raíz del crimen era mentira; que no hubo los tres asesinos acompañados de una mujer; que el robo de las joyas había sido simulado, pues ella las había escondido antes en su casa de Bellevue; que si bien había acusado falsamente á Remy Couillard, lo había hecho convencida de que éste fácilmente podría demostrar su inocencia; que el único y verdadero asesino era Alejandro Wolff, hijo de su criada de confianza, y que no le había denunciado antes por consideración á su madre.

El nuevo acusado probó aún más fácilmente que Couillard su inocencia, y fué puesto en seguida en libertad.

El pintor Steinheil, su esposa y su hija Marta

El proceso del asesinato de dicho artista despierta actualmente en París gran interés por el nuevo sesgo que ha tomado á consecuencia de las últimas acusaciones formuladas por la señora de Steinheil y de la prisión de ésta, sobre la cual recaen graves sospechas de complicidad en el crimen. (De fotografía de Harlingue.)

Ante tal cúmulo de falsedades y de contradicciones, el juez hubo de decretar el procesamiento y la prisión de la señora de Steinheil, sobre la cual, justo es reconocerlo, pesan gravísimas sospechas de que, si no autora, fué por lo menos inductora ó cómplice del asesinato de su madre y de su esposo. ¿Qué razones pudieron inducirla á ello? Los diarios parisienses han recordado en esta ocasión la vida privada de esa mujer, que, según parece, no era ejemplar ni mucho menos; han sacado á relucir sus galantes aventuras, han hablado con este motivo de la muerte del que fué presidente de la República Félix Faure, y en una palabra, han relatado multitud de pormenores que nos abstenemos de reproducir y que comprometen en extremo á la hoy inculpada.

Y para que todo sea anormal en ese proceso, apenas decretada la prisión de la señora de Steinheil, el juez que hasta entonces había entendido de él pidió al procurador de la Republica que le relevasen de seguir conociendo del asunto, fundándose en ciertas insinuaciones de los periódicos; no faltan, sin embargo, quienes suponen que la determinación del juez ha sido debida á las relaciones íntimas que le unían con aquella señora, y cuyo recuerdo no le permitiría proceder con la debida imparcialidad.

Ahora bien: ¿por qué la señora de Steinheil con sus recientes cartas á los diarios, sus entrevistas con los reporteros, sus acusaciones infundadas, ha removido un proceso que parecía olvidado y que seguramente, dado lo infructuoso de todas las diligencias y pesquisas practicadas, habría terminado con un sobreseimiento por no haber sido descubiertos los autores del crimen? Si realmente es culpable, según todos los indicios demuestran, ¿cómo no ha huído, habiendo tenido tiempo y medios suficientes para ello, ó por lo menos, cómo no ha persistido en su primera conducta de silencio y reserva? Algunos médicos explican esto como un caso de neurosis, y dicen que la señora de Steinheil, ansiosa de notoriedad, no podía soportar que, después de habérsela compadecido tanto como víctima, no se hablase ya de ella, y ha querido atraer nuevamente sobre sí la atención pública, persuadida de que, gracias á su habilidad y á la benevolencia del juez, no sería descubierta su complicidad. Pero según otra versión, lo que la ha impulsado á hacer lo que ha hecho ha sido el afán de justificarse, acusando á otras personas, á los ojos de cierto viudo, el señor Borderel, acaudalado agricultor del departamento de los Ardenas, con quien tuvo relaciones hace algún tiempo y con quien aspiraba á casarse, y que según parece había dicho que no volvería á verla mientras no se desvaneciesen ciertas sospechas que sobre ella pesaban. Y esta versión resulta tanto más verosímil, cuanto que la nueva y furiosa campaña realizada por la señora de Steinheil en la prensa contra los magistrados, á quienes acusaba de ineptos y débiles, comenzó á raíz de haberle manifestado el Sr. Borderel aquella resolución.

Y puesta la opinión pública en este terreno, cada día toma mayor cuerpo en París el convencimiento de que el crimen fué concebido y mandado ejecutar por la señora de Steinheil, precisamente para poder contraer matrimonio con el Sr. Borderel, y no porque le amase, sino porque la seducía su cuantiosa fortuna.

De todos modos, el asunto hállase aún envuelto en cierto misterio y es muy probable que dé lugar á nuevos é interesantes incidentes.



San Sebastián.— Entierro del ministro plenipotenciario del Japón en España Sr. Manjiro Inagaki, recientemente fallecido. (De fotografía de Frederic.)

SAN SEBASTIÁN

ENTIERRO DEL MINISTRO DEL JAPÓN

El día 25 falleció en la capital de Guipúzcoa, adonde había ido á pasar el verano y en donde le había retenido una grave afección al cerebro, el ministro del Japón en España señor Manjiro Inagaki, diplomático distinguido que había formado parte de la legación de su país en Londres y que hace años había escrito una obra notabilísima sobre los problemas del Extremo Oriente, en la que vaticinaba la guerra de Rusia y la victoria del Japón.

El mismo día el cadáver fué embalsamado por el doctor Namura, japonés, y el doctor Vich, francés, y al siguiente efectuóse su entierro, que resultó una imponente manifestación de duelo. Presidiéronlo el marqués de Atarfe, en representación de S. M. el rey, los parientes del finado, los gobernadores civil y militar y el alcalde.

Sobre el féretro habíanse colocado el uniforme del finado y una bandera japonesa.

Las tropas desfilaron ante el cadáver, al que se tributaron honores de teniente general con mando en plaza y que ha sido trasladado á París para ser allí incinerado y conducido luego al Japón.

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONCLUSIÓN)

El sol se había puesto y la brisa comenzaba á soplar sobre las aguas, que tenían reflejos de ámbar, de carbunclo, de esmeralda y de amatista. Pedro fantaseó un rato todavía, y luego tomó un coche y se encaminó al hotel, en donde, al llegar, le entregaron un telegrama que no dejó de alarmarle. Decía así:

«Tengo un negocio importante que proponerle. A las siete pasaré por el hotel. Si no puede usted esperarme, déme una cita. No me desatienda, porque me vería obligado á dirigirme á otro. —*Jacobo Parker.*»

«Es alarmante este telegrama—se dijo Pedro.—Y sin embargo, ¿puede Parker saber algo?»

Pensó en el paso extraño que habían dado Parker y Peach mientras él exploraba la playa subterránea.

«¡Y qué!»—murmuró.

Miró un reloj y añadió entre dientes:

«Son las siete menos cuarto... Dentro de unos minutos sabré lo que quiere de mí ese personaje.»

Encargó una comida para las siete y media, y ordenó que cuando se presentase Parker le hiciesen subir á su habitación. A las siete en punto compareció.

Era un hombre de pelo extrañamente amarillo, casi de color de azufre, flaco, huesudo, con la nariz estropeada á consecuencia de un puñetazo recibido en una riña, los pómulos salientes, una boca en donde habría podido meterse un pan de media libra y unos dientes de caballo, oscilantes y podridos.

—Paréceme que me ha seguido usted la pista, díjole Pedro después de cambiadas las primeras palabras.

—Le he seguido, sí, respondió Parker con voz cascada; pero no la pista, ya que sabía adónde iba usted y lo que allí le llevaba.

—¡Ah!, exclamó sarcásticamente Pedro. Su perspicacia me interesa; sin embargo, haría usted mal en fiarse de ella.

—Caballero, afirmó Parker gravemente; usted ha descubierto un negocio en el abismo.

—Amigo mío, replicó Dervilly riendo y encogiéndose de hombros desdeñosamente, no me tomaré la molestia de rebatir esa afirmación ridícula; pero sí he de rogarle que no se meta usted en mis asuntos.

Parker permaneció impasible y dijo con voz sosegada:

—Me meto en los asuntos de usted porque, en mi concepto, son también míos, ya que Peach y yo hace mucho tiempo que tenemos puesto el pensamiento en el abismo.

—En el mismo caso se hallan otras muchas personas; pero ¿qué puede importarme á mí esto?

—A pesar de todo, escúcheme usted cinco minutos..., que al fin y al cabo nada perderá con escucharme... Es el caso que hace quince años que trabajo en las minas..., la mayor parte del tiempo por mi cuenta, y cuando no hay otro remedio por cuenta ajena. Veinte minas, por lo menos, llevo descubiertas... Algunas, en verdad, han sido malas y apenas valían unos centenares de dólars; pero otras que han sido buenas y que he tenido que ceder á precios ridículos, han producido millones y millones... Ha sido una injusticia..., se ha abusado de mí... Por esto adopté la resolución de no desperdiciar la coyuntura de tomar mi parte, si algún día se presentaba.

Y escupiendo al suelo y cruzando los brazos en ademán provocador, añadió:

—He calculado que usted me ayudaría á hacer fortuna.

—Pues ha hecho usted un mal cálculo, señor mío. Y por añadidura un cálculo poco simpático.. En Europa llamamos á esto *chantage.*

—El nombre no importa; las minas son de todo el mundo..., es decir, del que las husmea, y yo he husmeado la de usted.

—Me temo que su inveterada mala suerte le haya estropeado terriblemente la nariz, exclamó Pedro en tono de burla. Si esto era todo lo que tenía usted que decirme, podía haberse ahorrado los gastos de un viaje enormemente caro para un *prospector* pobre.

—No es esto todo, sino que vengo á comunicar á usted mi plan... Así que vi que tomaba usted el tren, Peach y yo adoptamos nuestras medidas, y mientras yo seguía á usted, él se quedó allí para obrar..., y no espera más que un telegrama mío para ir á decir al superintendente que sabe que usted ha descubierto una mina en el abismo. Peach es un mozo de grandes recursos; jurará y perjurará que es verdad lo que dice, y bien se le alcanza á usted que Morrison y Abbot no cerrarán con usted ningún trato sin que antes se haya efectuado una minuciosa exploración. A mí me parece que el asunto vale la pena de entenderse con usted y yo, en su lugar, no vacilaría en...

Dervilly había escuchado al minero con inquietud, pues reconocía el peligro y adivinaba hasta qué punto podría pesar sobre el ánimo suspicaz de Abbot una afirmación resueltamente mantenida, aunque no estuviese apoyada por ninguna prueba; pero, por otra parte, ¿no era correr un gran riesgo, no ya confesar al equívoco Parker la verdad, pero ni siquiera dejar que la vislumbrase?

Parker, haciéndose cargo de esa dificultad, prosiguió diciendo:

—Usted naturalmente desconfía de mí, y yo me hago perfectamente cargo de ello, ya que en el lugar de usted quizás haría lo mismo; y sin embargo, una vez haya empeñado mi palabra, antes me dejaré hacer pedazos que faltar á ella. Tenga usted también en cuenta que no abusaré de usted, puesto que me contentaré con un diez por ciento de beneficio ó con una prima de veinte mil dólars.

Pedro, que se había puesto de pie, clavó su mirada en los ojos de su interlocutor y dijo flemáticamente:

—Si Peach es tan loco como usted, ¡valiente pareja deben hacer los dos!.. Me ha hecho usted perder media hora escuchando sandeces indignas hasta de un negro... ¡Basta ya!

—Está bien, murmuró Parker levantándose y sonriendo burlonamente.

Una ola de furor pasó por su rostro moreno, pero en seguida se calmó.

—Ya comprendo, dijo; lo que le impulsa á obrar así es la prudencia, porque por la cuestión del dinero no rechazaría usted mi proposición. Corriente; consulte usted con la almohada. Mañana á las ocho de la mañana estaré aquí, y si usted, después de haber reflexionado, acepta mi trato, me entregaré enteramente á usted y le firmaré lo que quiera..., lo bastante para que me haga usted ahorcar si le engaño... Porque yo, caballero, tengo en usted una confianza absoluta.

Dicho esto se retiró, dejando á Pedro presa de una irritación profunda y de la más terrible ansiedad.

Dervilly pasó una noche detestable, pues por más vueltas que daba al asunto, no encontraba ninguna solución tranquilizadora. Si dejaba obrar al minero, todo era de temer tratándose de hombres como Abbot y Morrison; y si entregaba su secreto, ¡quién sabe hasta dónde llevaría Parker su *chantage!* Sin embargo, no desconfiaba del todo de éste, pues le había parecido descubrir en él esa honradez del «pacto» que tienen los peores aventureros, especialmente los que recorren las minas, las sabanas y las

Habíanse detenido; Juana permanecía con la cabeza inclinada ..

selvas. Momentos había en que se sentía casi dispuesto á aceptar las condiciones de Parker, pero luego apoderábase de él la indignación y consideraba abominable dar una parte de su descubrimiento á aquel *prospector* de costumbres de chacal. Después volvía la desconfianza, y así transcurrían las horas sin que adoptase una resolución firme. Se acostó agobiado y triste; no obstante, como se había vuelto demasiado hombre de acción para soportar el suplicio del insomnio, se durmió.

Cuando se despertó á las siete, el estado de su ánimo era el mismo que la víspera; así es que Parker hallóle en plena crisis de vacilación. A pesar de todo, quizás se habría negado á recibir al minero; pero éste, que había previsto el caso, no se hizo anunciar, sino que llamando ligeramente á la puerta, como si fuese un criado del hotel, entró bruscamente en el cuarto de Pedro diciendo:

—Dispense usted, señor..., he pensado...

Había vuelto á cerrar la puerta y permanecía de pie delante de Dervilly en una actitud á la vez humilde y enérgica.

—No sé lo que habrá pensado usted, dijo Pedro interrumpiéndole secamente; pero me parece que entra usted en mi cuarto como un ladrón.

—Como un vecino, caballero, puesto que he tomado la habitación número 215 en este mismo piso; además, usted no me había prohibido que viniese por una respuesta.

—Pero tampoco se lo había prometido.

—Ni era necesario, porque desde el momento en que no se dice que no...

Parker guiñó un ojo, y con aire misterioso añadió:

—He reflexionado en nuestro asunto y comprendo que, después de todo, es muy natural que no quiera usted fiarse de mi palabra, puesto que no me conoce y que, por otra parte, no le propongo más que cosas desagradables... En vista de esto, era preciso encontrar un medio, y yo lo he encontrado: si quiere usted aceptar mis condiciones, yo mismo me pondré en la imposibilidad de jugar sucio..., fíjese usted, señor, en que digo *imposibilidad*.

—Señor mío, para jugar sucio es preciso jugar con otro, y usted no puede jugar más que consigo mismo.

—¡Ah! Es usted un hombre extraordinariamente hábil, exclamó el minero con una mezcla de admiración y de inquietud; pero yo no soy un animal y sé que *si nada hubiese*, hace tiempo que me habría usted hecho pasar la puerta.

—Pues bien, va usted á pasarla al instante, exclamó Dervilly fingiendo impaciencia.

El minero se había colocado delante del llamador eléctrico.

—¡No!, dijo con voz suplicante. Reflexione usted. ¡Que me muera como un perro rabioso si no procedo con lealtad en este asunto! Además, me contentaré con el siete por ciento de los beneficios que usted obtenga ó con una prima de quince mil dólars. ¡Qué es al fin y al cabo un siete por ciento! Aun tratándose de una gran cantidad, es una brecha insignificante... Oígame usted; me he procurado opio, del que tomaré la cantidad necesaria para dormir todo el tiempo que usted quiera... Seré lo mismo que un cadáver hasta que haya cerrado usted el trato con esos endiablados Abbot y Morrison.

Pedro soltó la carcajada, pero su risa era en parte ficticia. Lo que le proponía Parker parecíale extravagante, pero no absurdo; era evidente que si el minero podía pasar aquel día en un sueño letárgico, mientras él ultimaba los negocios urgentes con Booker y con el abogado de Booker, se desvanecía una inquietud seria.

—No se ría usted, señor, dijo Parker sacándose del bolsillo un frasco lleno de un líquido rojizo; aquí está el narcótico, y como habito aquí al lado, usted mismo podrá comprobar si duermo.

—¡Vamos! No cabe duda, está usted loco. Le aseguro, amigo mío, que si hubiese encontrado algo en las Cavernas me desembarazaría gustoso de usted prometiéndole el siete por ciento ó los quince mil dólars; pero...

—¡Aguarde usted!, dijo Parker interrumpiéndole con expresión ansiosa y á la vez resuelta. ¿Quiere usted decir que si realmente propusiese usted á Abbot y Morrison un negocio en el Cañón Grizzly, aceptaría usted mis condiciones?

—¡Sí, pobre amigo, sí..., sí!, exclamó Pedro exagerando el tono que se emplea con los niños ó con los espíritus débiles.

—Está bien; no pido más y estoy seguro de que si algo hay tendré mi parte... Y no se dirá que no he cumplido mi palabra... ¡Véalo usted!

Llevóse rápidamente el frasco á los labios y apuró la mayor parte del contenido antes de que Pedro, que, por otra parte, deseaba ese desenlace, hubiese podido hacer un ademán para impedirlo.

—Dentro de media hora, dijo el minero, estaré más dormido que dos docenas de marmotas; usted mismo podrá asegurarse de ello. Cuarto número 215, ya se lo he dicho.

—Quizás haría mejor llamando á un médico, murmuró Dervilly.

—¡Palabra de honor, caballero!, replicó Parker con gesto enérgico. Conozco la droga, pues no es esta la primera vez que la tomo; tengo el corazón fuerte y dormiré tranquilamente mientras usted arregla sus negocios.

Y añadió sonriendo melancólicamente:

—Mire usted, señor; yo no podía dejar escapar una ocasión, y aunque mi conducta no es para que me enorgullezca de ella, crea usted que no podía... Por lo demás, no soy tan mal hombre, y si algún día llego á ser rico, que el cielo me confunda si no hago mucho bien. Siento haber molestado á usted, caballero.

—¡Y total para nada!, replicó Pedro, resuelto á defenderse hasta el último extremo.

—¡Quizás sí! En este caso me consideraré deudor de usted..., y á la primera mina que descubra, seré yo quien ofrezca á usted una participación.

Estas palabras dejaron pensativo á Pedro, quien miró con menos repugnancia á aquella miserable criatura.

Parker continuó charlando hasta que sintió que se apoderaba de él una especie de sopor.

—Ya está aquí la niebla que cae sobre mis ojos, dijo. Me voy á dormir..., y si me atreviese á dar á usted un consejo, le diría que me siguiese... para ver... y á causa de las gentes del hotel..., que vale más que no se extrañen... si quiere usted hacerme una ó dos visitas durante mi sueño.

XXII

Cuando Pedro, á las once en punto del miércoles, fué recibido por Morrison y Abbot, los encontró muy fríos, más aún que en la visita de presentación. Archibaldo miraba fijamente su busto; G. T. C. tenía una expresión insolente y suspicaz.

—Naturalmente, viene usted por la respuesta, dijo Abbot después de una pausa glacial.

—¿No convinimos en esto?

—Sí, respondió el otro con voz dura; pero lo que usted propone es una insensatez. Nunca hemos cerrado un trato en un asunto dudoso... Quizás haría usted bien en concedernos un nuevo plazo.

Dervilly se sintió desfallecer, pero supo dominar su emoción.

—He hecho todo cuanto podía hacer y no esperaré una hora más...

Abbot desdobló de una manera ostensible varios telegramas sobre su mesa, y muy de prisa, acentuando cada palabra, dijo:

—Ha hecho usted exploraciones en nuestras minas.

—Supongo que se refiere usted al abismo, replicó Pedro con acento un tanto irónico, porque de mis otras exploraciones ya están ustedes recogiendo actualmente los beneficios. ¿Ignoran ustedes que esas mismas exploraciones las han realizado otras muchas personas, sin ningún resultado? Por lo demás, no he venido aquí para hablar de mis trabajos, sino por un negocio. ¿Quieren ó no ser ustedes mis socios? En caso afirmativo, aquí les traigo un contrato de sociedad; de lo contrario, me dirigiré á otros especuladores.

—Esto será si el negocio de usted no cae dentro de nuestras concesiones, dijo Morrison.

—Cuando digo que me dirigiré á otros especuladores, me parece que digo lo bastante, replicó con firmeza Dervilly.

Archibaldo y G. T. C. se miraron; luego hubo un silencio terrible, y al fin Morrison, más impaciente que su asociado, preguntó:

—Pero diga usred, joven, ¿se trata realmente de un negocio de millones?

—Sí, de un negocio de millones.

De nuevo las miradas de los socios se cruzaron, y después, Morrison se sonrió de pronto, su rostro tomó una expresión jovial y tendió la mano á Pedro diciéndole:

—Pues bien, queda cerrado el trato.

—¡Y ha tenido usted una suerte endiablada!, añadió Morrison.

Lo mismo opinaba Pedro. Una turbación extraordinaria le obligó á apoyarse en el respaldo de la silla. ¡Al fin la victoria, absoluta, magnífica! Por vez primera se sintió desfallecer y creyó que iba á desmayarse; pero una oleada de sangre afluyó á sus sienes, y por todo su ser circuló un torrente de felicidad.

—Sí, he tenido suerte, dijo sonriente; pero ustedes han tenido tanta como yo, según van á comprobarlo en cuanto me hayan firmado estos papeles.

Y sacando de su cartera un contrato por duplicado, cuidadosamente redactado por el abogado de Booker, entregó un ejemplar á los dos socios, que lo leyeron rápidamente.

—¡Dos minas á la vez!, exclamó Archibaldo.

—La segunda no está aún descubierta, dijo Abbot interrumpiéndole, y la primera está muy cerca de la nuestra.

—¡A cinco millas de distancia!

—Sí..., es verdad, fuera de nuestras concesiones, articuló G. T. C. con cierto pesar.

—Y he hecho lo necesario para asegurarme las «preferencias útiles,» dijo Pedro.

Morrison le dirigió una mirada casi cariñosa.

—¡Bravo, hijo mío! Es usted digno de su suerte... Y ahora veamos, ¿cómo descubrió usted la *cosa?*

—Dejemos antes arreglado el negocio.

—¿Eh, qué tal? ¿Será práctico el mocito?, exclamó Archibaldo, que de minuto en minuto sentía mayores simpatías por Pedro. Vamos, Abbot, cerremos el trato.

Los puntos eran claros, concretos, sin equívocos, y los dos socios, expertos en la materia, no viendo, después de una segunda lectura, nada que enmendar en ellos, firmaron.

—¿Y ahora?, preguntó Morrison.

—Ahora se lo contaré todo.

Y se puso á relatar su aventura subterránea, mostrando los documentos á medida que hablaba. Los dos yanquis examinaron sucesivamente los papeles, las notas y la especie de testamento de Kennington con esa curiosidad casi infantil que se oculta bajo la flema del anglo sajón.

—No he traído más que una pepita, dijo al terminar Dervilly, sacando de un saquito un pedazo de oro virgen de unos cinco ó seis kilogramos; los hay mayores y sobre todo hay muchos más pequeños y una cantidad enorme de arena aurífera muy rica. Como dije á ustedes, á primera vista puede calcularse que vale aquello dos ó tres millones de dólars; pero no me sorprendería que valiese dos, tres ó seis veces más.

Calló Dervilly, y Abbot, que le había escuchado en silencio, hizo esta observación:

—De todos modos, ha entrado usted allí dentro por nuestra puerta, y hubiéramos podido pleitear..., y ya sabe usted que nuestras leyes son aún mas rigurosas que las francesas.

—¡Vamos, Abbot!, exclamó Archibalbo. Confiese usted que el muchacho ha llevado el asunto admirablemente y que habría sido muy desagradable que no hubiese sacado provecho de su habilidad.

—¡Es cierto, es cierto!, contestó Abbot sonriendo maliciosamente. De todos modos, los negocios son los negocios. En fin, ya está hecho y no estoy descontento; pero de haber sabido antes lo que ahora sé, me habría resistido enérgicamente

—Pues bien, por la primera vez desde que estamos asociados, no hubiera sido esa resistencia de mi agrado, replicó Archibaldo; y no habría tenido valor para apoyarla, ¡qué diantre! ¡Ea, muchacho! Comerá usted con nosotros y vaciaremos una botella del añejo.

EPÍLOGO

Una lluvia espesa, enorme, envolvía París, cayendo con ruido de ríos, de torrentes, de cascadas, al través de las calles, sobre los tejados y á lo largo de las paredes. De las nubes furiosas y negras salían estampidos de truenos y en aquel inmenso diluvio parecía que el primitivo salvajismo reconquistaba la grandiosidad.

El almirante pataleaba en la estación del Norte, que parecía un fabuloso acuarium; el tren llevaba retraso y Jacobo Carlos estaba impaciente. Al fin divisóse entre la niebla la locomotora, y apareció la fila de vagones chorreando agua y en un estado lastimoso. La mirada rápida del marino distinguió en seguida á Dervilly, acompañado de dos individuos, uno de ellos extraño cuando menos, y el otro del todo extravagante: el primero tenía el rostro y la tez característicos de los indios Pieles Rojas; el segundo, bajo, con pies enormes, busto más parecido al de un oso que al de un hombre, costillas en forma de ojivas, brazos excesivamente largos, orejas de lobo y ojos de ave nocturna, andaba balanceándose y vestía un traje de color de greda. La sorpresa del almirante no duró más que unos segundos: ¡había visto y hecho tantas cosas extravagantes en su vida de aventuras!.. Dió á Pedro un fuerte abrazo, grave y cariñoso, y se volvió luego á los dos acompañantes del joven, que se los presentó en inglés:

—Mis amigos Chonn Monn Y-Case, descendiente de un gran caudillo de los Ottoés..., y Samuel Porridge, *prospector* de minas, que han tenido la bondad de acompañarme á Europa.

Chonn Monn Y Case correspondió al apretón de manos del almirante con la impasibilidad de un rey ninivita; en cambio, Sam *el Perro* mostróse ingenuamente emocionado.

—Tengo encargadas habitaciones para ellos en el hotel del Pacífico y de Nueva York, añadió Pedro en francés; si usted me lo permite, padrino, los conduciremos al ómnibus.

Cuando Chonn y Sam estuvieron cómodamente instalados en compañía de un intérprete, Jacobo Carlos envolvió á su ahijado en una mirada larga y enternecida.

—¡Tienes buen aspecto!, exclamó. Pero ¿por qué estás más blanco que cuando te fuiste? Con la vida activa que has llevado, debías volver curtido y con las mejillas tostadas, como un vaquero.

—¿Le extraña á usted esto?, preguntó Pedro sonriéndose. Sepa usted que tiene delante á un hombre de las cavernas, ó mejor dicho, á un hombre subterráneo que sólo veía la luz del cielo de noche, por decirlo así.

El almirante había llevado al recién llegado á un sitio en donde les esperaba un landó eléctrico; antes de subir al carruaje, apoyó afectuosamente la mano en un hombro de Dervilly y le preguntó:

—¿Quiénes son ese indio y ese extraño *prospector*?

—Son verdaderos amigos, padrino, seguros, discretos, leales... Chonn Monn Y-Case ha querido ver Europa antes de establecerse en sus enormes dominios del valle del Cinnamon Bear... También ha tenido empeño, no sé por qué superstición, en asistir al solemne entierro que he mandado hacer en Londres, conforme con sus últimas voluntades, á Jacobo Eward Kennington, un minero de las pasadas generaciones cuya historia contaré á usted algún día... En cuanto á Sam, apodado acertadamente *el Perro*, tiene la pasión de la fidelidad..., y he tenido la suerte de que pusiese en mí su afecto antes que en otro. Se desesperaría tanto de no poder ejercer sus instintos de dogo fiel, que lo conservo á mi lado... Además, me será sumamente útil para los trabajos de paleontología que pienso emprender, porque es un obrero maravilloso de la tierra y sobre todo de la roca.

—¡Magnífico! Una fidelidad así es un gran triunfo en el juego de la vida.

El marino lanzó una mirada fantaseadora sobre París envuelto en la lluvia, y añadió:

—Tus cartas eran muy misteriosas, sobre todo muy lacónicas; no te censuro por ello, al contrario, lo apruebo; pero en resumidas cuentas no sé nada, sino que las noticias son buenas. ¿*Cómo* lo son?

—En absoluto, almirante. La fortuna ha querido hacer las cosas de una manera mágica

—¿Eres rico?

—Sí, lo soy; traigo cinco millones... y tras éstos vendrán otros.

—¡Por Courbet!, exclamó Jacobo Carlos. ¡Si que era buena mi mina!

—Quizás lo será andando el tiempo, padrino; pero al presente...

—¿Qué dices?, preguntó el marino con cómico desencanto. No querrás hacerme creer que no ha dado nada.

—Por ahora nada. Si existe, está debajo del agua; una dislocación de la montaña ha transformado en un lago el valle de usted de Sierra Nevada.

Jacobo Carlos soltó la carcajada con encantadora alegría juvenil.

—¡Es un símbolo! Mi mina ha sido lo que el acto de fe para el creyente... Y ¿quieres que te sea franco? Vale más así: es delicioso ser un *self made man*, un vencedor de destino... Ea, ya hemos llegado..., ahora me lo contarás todo y luego prepararemos juntos la batalla suprema.

Aproximábase el crepúsculo, un crepúsculo sombrío, casi fúnebre, en el que apenas brillaba un globo de fuego de color cobrizo allá en el fondo del cielo parisiense, detrás del Arco de Triunfo. Dervilly había terminado su larga confidencia, y el almirante, con el brazo apoyado en su hombro, murmuraba:

—Aunque ahora no alcanzases la manzana de oro..., tu leyenda es bastante hermosa para infundirte valor y energía.

Pedro palideció, y mirando al marino con expresión suplicante y dolorosa, díjole:

—No me disimule usted nada; si no hay esperanza, vale más que lo diga usted en seguida.

—No he querido saber nada, respondió el marino. Juana y tú debíais arreglaros solos; era más digno y más noble..., y menos triste también si la suerte se te mostraba adversa. De modo que, dentro de poco, tú mismo preguntarás á Juana hacia dónde has de encaminar tu vida. He anunciado nuestra visita á mi padre, quien naturalmente nada sabe y aun supongo que nada sospecha. Conque ¡en marcha, hijo mío! Esta misma noche se habrá representado el primer acto de tu existencia.

José Veraines esperaba la llegada de su hijo y de Pedro en un saloncito en donde agradábale ver desfilar los recuerdos al través de su memoria, cada día más débil. En aquella estancia había reunido una porción de fruslerías, sobre todo retratos, que le hablaban un lenguaje que él era casi el único en comprender. Allí recibió á Jacobo Carlos y á Dervilly.

Sentado junto á la ventana, contemplaba una vieja haya, de color de púrpura, obscurecida por la luz cenicienta y melancólica del atardecer. La entrada de su hijo le alegró; también la de Pedro, porque había casi olvidado el trastorno que el joven había producido poco tiempo antes en su casa.

—Estaba soñando, dijo, y empiezo á comprender á esos viejos que no distinguen bien el sueño de la vigilia. Hay horas en que los sueños de la noche tienen para mí más verosimilitud que los actos del día.

Y poniendo lentamente su mano sobre el brazo de Pedro, añadió:

—¿Y usted viene de la plena realidad? Me ha dicho mi hijo que se había ido usted allá..., á América...

Interrumpióse, miró en el vacío como si vislumbrase lejanas regiones, y prosiguió diciendo:

—...Y que había usted llevado una existencia ruda y activa... Con esto tendrá usted hermosos recuerdos para el porvenir...

Mientras hablaba, había entrado silenciosamente en el salón la señora de Veraines, á la que no agradó la presencia del viajero. Una ligera expresión vengativa brilló en sus ojos, pues el regreso de Pedro casi la indignaba; pero luego, creyendo que la separación le habría curado de su locura, le preguntó sonriente, después de dirigirle las primeras frases de bienvenida:

—¿Qué es lo que proporcionará al Sr. Dervilly hermosos recuerdos?

—El haber luchado y quizás sufrido, respondió el anciano. La lucha y el sufrimiento, cuando no ha habido humillación ni decaimiento, son cosas deliciosas... *a posteriori*.

—Sin lucha la vida sería insoportable, dijo María; en cuanto al sufrimiento, ya es distinto... Pase la fatiga..., algo de inquietud también, si se quiere..., pero el verdadero sufrimiento, no; es innoble.

Movió, al decir esto, lentamente la cabeza, y dirigiéndose á Pedro le preguntó:

—Supongo que regresa usted hecho un hombre fuerte, prudente y juicioso.

—Así era cuando se fué, dijo Jacobo Carlos interviniendo en la conversación; pero hay en su vida acontecimientos nuevos. Por lo demás, vuelve *exactamente* igual.

La señora de Veraines, que conocía á su hijastro, comprendió que no había hablado sin intención y bajó los ojos; mas, casi á su pesar, impulsada por su instinto agresivo, replicó:

—En interés suyo hay que desear que, por lo menos, haya olvidado algo.

—¡Nada!, exclamó Jacobo Carlos, satisfecho de la ocasión que su madrastra le ofrecía. Tal como se fué regresa; su inteligencia y su corazón son igualmente fieles á sí mismos. A lo sumo, será un tanto más atrevido, y si no lo es, lo seré yo por él.

Y cogiendo la mano de su padre con ademán brusco, á la vez que cariñoso, añadió:

—Padre mío, en nombre de ese joven pido á usted permiso para pretender la mano de Juana.

José Veraines tuvo un sobresalto de espanto y de miedo, y sin decir palabra, esperó á que hablase María.

—¿No contestas?, dijo ésta después de una pausa clavando los ojos en su marido.

El anciano se decidió á hablar.

—No puedo acceder á esa petición, dijo bajando la cabeza; sería una insensatez.

—Y una cosa indigna del Sr. Dervilly, añadió María con impaciencia.

—¿Por qué?, preguntó con sencillez el almirante.

—¡Demasiado lo sabe usted!, respondió la señora de Veraines. Usted, siendo pobre, jamás habría aspirado á casarse con una mujer rica.

—¡Jamás!, exclamó plácidamente el marino. En mi concepto, quien tal hace comete una gran locura, cuando no una bajeza.

Y viendo que su madrastra le miraba sorprendida, añadió:

—Pero es que mi ahijado no es pobre.

—¡Ah!, exclamó María creyendo adivinar el sentido de la frase de Jacobo Carlos. ¿Acaso?..

Dijo esta última palabra con acento sardónico, pero cortó á tiempo la interrogación, segura, por otra parte, de que la habían comprendido de sobra.

—¡Ah, no!, dijo el almirante contestando á la pregunta formulada á medias. Mi intervención, en la forma que usted supone, no habría convenido á Pedro; no, señora, mi ahijado debe su fortuna á sus propios esfuerzos.

—¿En ocho meses?, replicó María con cierto desdén. ¿Qué fortuna puede hacerse en ocho meses?

—Pues puede realizarse una fortuna de cinco millones, contestó el marino frotándose las manos.

—¡Cinco millones!, exclamó José Veraines estupefacto.

—Y la seguridad de doblarlos..., si no de triplicarlos, añadió el almirante.

Las grandes cifras impresionan aun á los mismos multimillonarios; así es que los esposos Veraines no miraron ya con los ojos de antes «al modesto secretario del almirante,» y ambos se sintieron repentinamente dominados por una fuerza extraña. La impresión fué mayor en ella, porque tenía una noción más clara de la energía y del éxito; así es que, sin abandonar su preferencia por la «combinación» Beverley, entendió que no podía rechazar directamente á aquel recién entrado en el mundo de los ricos. El almirante, comprendiendo que era preciso batir el hierro antes de que se enfriase, dijo con voz incisiva, su voz de combate:

—Pedro es digno de cualquiera mujer, sea quien sea, y sobre todo de Juana, porque por ella ha realizado su maravilloso esfuerzo. Entiendo que sería absolutamente injusta la intervención de una autoridad: la partida ha de circunscribirse á los dos jóvenes... Fernando ha tenido ocho meses para defender su causa, por consiguiente Pedro tiene perfectamente derecho á que se le conceda media hora.

Los esposos Veraines nada pudieron objetar; arrastrados por aquel acontecimiento demasiado brusco y demasiado impetuoso, ni siquiera se consultaban ya con la mirada.

—¡Pues bien, sea!, dijo al fin José Veraines. Dentro de unos días...

—¿Y por qué no ahora? Una de dos: ó el corazón de Juana titubea ó, por el contrario, está decidido, y en ambos casos, uno, dos ó tres días no variarán sus sentimientos. Ya la conocen ustedes y saben que no es inconstante.

—Está bien, exclamó bruscamente María, vencida por el deseo de conocer al fin la clave del enigma, pues hacía ocho meses que estaba empeñada en penetrar los sentimientos de la joven sin haber podido aún ver logrados sus deseos. Juana está en el jardín de invierno.

—¿Sola?, preguntó Jacobo Carlos.

—No..., con Margarita, Fernando y miss Lavisham.

—Ven, hijo mío, dijo el almirante cogiendo á Dervilly del brazo. La cosa será más emocionante que en el país de las Cavernas.

Y se llevó á Pedro, que le seguía casi maquinalmente y cuya turbación aumentaba á medida que se acercaba el instante decisivo.

Cuando entraron en el jardín de invierno, Dervilly hubo de detenerse; flaqueábanle las piernas, y la alegría, el miedo, una admiración idolátrica, una humildad infinita, hacían palpitar su corazón. Juana estaba allí, en medio de la claridad de las lámparas eléctricas, semejante á una delicada estatua moderna, de ritmo puro, de gracia tímida. Pálido como un mármol, Pedro contemplaba las mejillas finamente cinceladas y suaves como la pulpa de la azucena, de la camelia ó de la flor del agavanzo, los brillantes ojos sombreados por largas y espesas pestañas, la diminuta boca de nácar, de amapola y de cereza, la mágica mata de cabellos apretados sobre sensitivas sienes, y el ondulado movimiento de su cuello de Andiomene.

También ella se mostró algo turbada, sin que pudiera definirse si veía con placer ó con temor el regreso de Pedro. Esther Lavisham sólo manifestó una sorpresa discreta; Fernando, ligeramente inclinado, esforzábase por aparentar una cordialidad condescendiente, pero su boca denotaba mal humor. Margarita, en todo el esplendor de su juventud normanda y de su opulenta cabellera, fué la primera en salir al encuentro del recién llegado, exclamando:

—Buenos días, señor aparecido.

Parecía alegre, y quizás lo estaba, porque con la llegada de Dervilly había de resolverse una situación que se eternizaba en una vaguedad intolerable y que la tenía impaciente.

Juana adelantóse, á su vez, con lord Beverley y detrás de ellos iba miss Lavisham, á conveniente distancia, pero sin humildad.

Después de los saludos naturales, hubo un momento de silencio, durante el cual Fernando y Pedro

se observaron con una curiosidad no menos ansiosa en el joven lord, á pesar de que su rostro permanecía impasible, que en el viajero. El almirante maniobró para dividir el grupo, y consiguió llevarse á Margarita, á Esther y á lord Beverley entre las hileras de pitas y cactos y distraerlos con su voluble charla, ayudado maliciosamente por Margarita. Fernando intentó una ó dos veces escaparse por la tangente con la discreción debida; pero cuando Dervilly y Juana estuvieron á cierta distancia, se resignó; además, interrumpir el coloquio de aquéllos habría sido dar pruebas de debilidad y de espíritu mezquino. Se dejó, pues, secuestrar por el almirante sin disgusto y hasta con cierta satisfacción, ya que así podría satisfacer la curiosidad que en él había despertado el regreso de Pedro.

—¿Es definitivo el regreso de su ahijado?, preguntó Margarita.

—No lo sé, hija mía; todo depende de un suceso ligero como un pájaro mosca, de uno de esos sucesos que han de decidir grotescos personajes de tu edad...

—Más grotescos aún son los que hacen depender sus actos de tales acontecimientos, replicó Margarita riendo.

Después, mientras su risa iba perdiendo su naturalidad y sus hermosos ojos disimulaban la intensidad de su mirada, preguntó al almirante:

—Y dígame, ¿continúa siendo tan ridículamente pobre?

—No, respondió el marino gravemente; al contrario, está en camino de ser ridículamente rico.

Fernando se mordió los labios, y volviendo la cabeza, vió fija en él la mirada penetrante de Margarita. Aguantó aquella mirada, y poco á poco se sonrió, enternecido por la gracia de aquella hermosa criatura; no era la primera vez que la encontraba divina, pero nunca como en aquel momento de incertidumbre y de ansiedad.

Dervilly y Juana caminaban sobre la tierra rojiza de una pequeña avenida de adelfas. Juana fué la primera en hablar, porque Pedro estaba como anonadado y había perdido de la memoria todo cuanto quería decir. Juana comprendía su turbación, que producía en ella cierto inquieto malestar, y quizás habría preferido aplazar la entrevista para más tarde; sin embargo, nada quiso hacer para rehuirla. Después de contestar á algunas preguntas insignificantes, dijo Dervilly en voz baja y haciendo un gran esfuerzo:

—Juana, cuando partí..., existía entre los dos una especie de convenio..., usted me prometió que me esperaría...

Habíanse detenido; Juana permanecía con la cabeza inclinada, estaba algo pálida y su rostro denunciaba su emoción.

—¡Oh!, exclamó vivamente Dervilly al verla en aquella actitud. Crea usted que nunca se me ha ocurrido la idea de estorbar su libre elección, jamás pensé que debiera usted esperarme si prefería á otro, y sí únicamente en el caso de que su corazón vacilase, pues cualquier otra esperanza habría sido vana y absurda. Además, recuerdo á usted esto únicamente para disculpar mi atrevimiento de hablarle de cosas íntimas después de una ausencia que acaso ha hecho de mí una persona indiferente para usted. Si ha elegido usted, evíteme el pronunciar palabras inútiles.

Tembloroso y lleno de ansiedad esperó la respuesta.

—He elegido, contestó Juana emocionadísima.

Dervilly se estremeció; el presente se le apareció terrible; el porvenir, vacío, árido, tenebroso.

—Es usted libre, Juana, dijo con voz alterada.

—Pero temo, replicó vivamente, que no me ha entendido usted. Ignoro si soy enteramente libre; usted es quien ha de decírmelo... He aguardado á usted fielmente, tal como habíamos convenido.

Pedro volvió hacia ella su rostro, en el que renacía una vaga confianza; mas parecióle tan gran locura el confiar, que apartó sus ojos de Juana, lanzando un gemido.

—Si ya ha elegido usted, ¿qué es lo que he de decirle?

—¡Dios mío! Bien podría usted adivinarlo, respondió Juana con dulzura y timidez, pero también con cierta impaciencia. ¿Qué fué lo que convinimos?

—Creí, contestó Pedro con amargura..., creí que me amaba usted.

Las mejillas de Juana se tiñeron de un ligero rubor.

—Ciertamente que le amaba; de lo contrario, ¿cómo le habría hecho una promesa? Pero entonces, no sabía aún *todo* lo que yo haría; hoy, en cambio, estoy resuelta: no seré de nadie ó de...

No concluyó la frase; una palpitación encantadora agitó su pecho; su vacilación y sus reticencias, que podían ser hijas de la bondad ó del pudor, colmaban alternativamente á Pedro de temor y de esperanza. Al fin, comprendió que, fuese cual fuese el desenlace, á él tocaba pronunciar la palabra decisiva.

—¡Juana, Juana!, murmuró. Una palabra no más, esa palabra por la cual he luchado desesperadamente contra los hombres y contra las cosas, esa palabra por la cual he cruzado el Océano, esa palabra que puede hacerme grata la vida. ¿Me ama usted aún?

—¿Y no lo ha adivinado usted?, respondió la joven con acento de reproche.

Pedro dió un grito de alegría, y cogiendo la delicada y temblorosa mano de Juana, estampó en ella un beso apasionado.

—¡He triunfado, Juana, he triunfado! ¡Por tu belleza y por tu amor!

Regresaron con paso lento, y en la cara radiante de Pedro y en los resplandecientes ojos de Juana leyó Beverley que había terminado la lucha en que estaba empeñado desde hacía tanto tiempo. Por un instante sintió un impulso de rebeldía; pero escrutando el fondo de su alma, encontró en ella un gran despecho, sí, pero ningún pesar. Como poco antes, su mirada se cruzó con la de Margarita, y por vez primera se atrevió á confesarse que, de no haber mediado circunstancias particulares, más bien que á Juana habría pedido la felicidad á aquella criatura de cabellos de oro. Y como acontece en los momentos de gran turbación y cuando un instinto ha trabajado mucho tiempo en lo más íntimo de nuestro ser, desvanéciéronse casi instantáneamente sus antiguos proyectos, y sus ojos permanecieron largo rato fijos, con expresión admirativa y dulce, en Margarita.

—Margarita, dijo al fin, he de hacer á usted una confidencia... Si quiere usted mañana...

—¿Por qué mañana?, exclamó la joven dejando asomar á sus labios su hermosa y rítmica sonrisa. ¿Acaso no está «preparada» esa confidencia para esta misma noche?

—Sí, respondió Fernando con viveza; mas no quisiera ser importuno.

—Quizás lo será usted más aún mañana...

—¡Tiene razón la chiquilla!, exclamó el almirante con sonriente brusquedad y radiante de satisfacción á causa de la felicidad de Pedro.

Fernando y Margarita se alejaron lentamente alumbrados por la claridad lunar de las lámparas eléctricas. De pronto, el joven lord, algo turbado, emocionado en extremo y en tono cariñoso, suspiró:

—Margarita, va usted á burlarse de mí...

—Sí, respondió la joven, y bien merecido le está, porque ha cometido una serie de tonterías por haberse obstinado en hacer lo que no deseaba... Ya era hora de que se detuviese usted en ese camino.

—Y de...

Vacilaba y balbuceaba las palabras sin terminar la frase.

—¡Y de amarme!, dijo Margarita completándola. ¡Cuánto tiempo hace que se moría usted de ganas de quererme!

Beverley la envolvió en una mirada de éxtasis.

—Y usted, ¿me amará un poco?, preguntó.

—¡Ya lo creo! Como que sólo esperaba que abjurase usted de su herejía. Y ahora, lord Beverley, es preciso que se postre usted á mis plantas y que me pida perdón.

Fernando hizo lo que Margarita le ordenaba, y llevando humildemente á sus labios el flotante cinturón de su amada, murmuró:

—En la próspera y en la adversa fortuna.

FIN

KURSAAL DE BARCELONA

La empresa que va á construir el *Kursaal de Barcelona* no se propone dotar á nuestra ciudad de un nuevo teatro por el estilo de los actualmente existentes, sino de un verdadero palacio de espectáculos modernos, en donde se cultivará el arte escénico en sus más variadas manifestaciones, desde las obras de verdadero valor literario ó musical, hasta las *feeries* y grandes bailes, cuyo principal atractivo es una *mise en scene* espléndida y complicada.

El *Kursaal*, de cuya grandiosidad y acertada



Fachada principal del Kursaal de Barcelona en proyecto

distribución dan perfecta idea el plano y las dos vistas que reproducimos, se levantará en el local en que hoy está el teatro del Tívoli. El edificio, de estilo Luis XVI, ha sido proyectado por el arquitecto M. Marquet, laureado de la Escuela de Bellas Artes de París, en colaboración con el conocido arquitecto barcelonés Sr. Plantada; ocupará una superficie de 3.281 metros cuadrados, su fachada tendrá

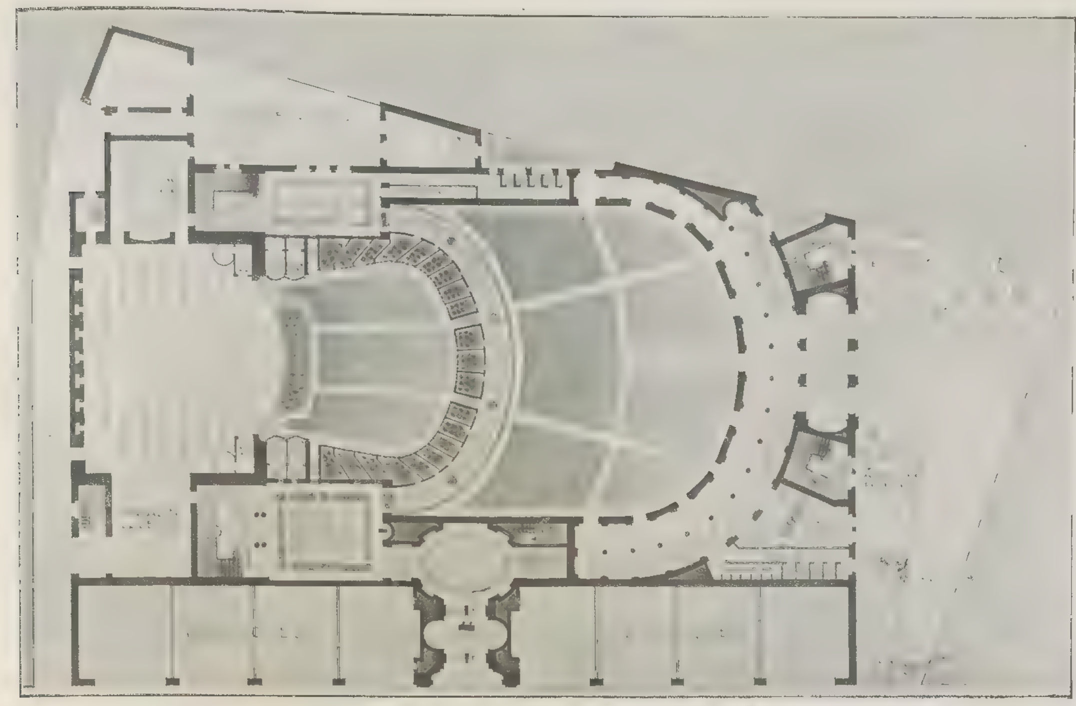


Vista interior del restaurant del Kursaal

setenta metros, y estará enteramente separado de las casas contiguas, lo que, aparte de las consideraciones de comodidad, higiene y seguridad, permitirá que luzcan con toda su belleza las líneas y los pormenores arquitectónicos.

El edificio quedará dividido en dos cuerpos separados, sin la menor molestia para el público situado en cada uno de ellos, antes al contrario, con mayor comodidad para ambos. Este sistema de dividir la sala de espectáculos en dos partes independientes ha sido ya puesto en práctica en *The Empire*, de Londres, y los resultados de tal disposición no han podido ser más satisfactorios. Los que concurran á las localidades de preferencia entrarán por el vestíbulo central y tendrán á su disposición sala de lectura, vestuario, salón de exposiciones y un restaurant, que será sin duda uno de los más espléndidos locales de Barcelona.

La entrada general será por la verja de la derecha,



Plano general del Kursaal de Barcelona, proyecto del arquitecto M. Marquet, laureado de la Escuela de Bellas Artes de París, en colaboración con D. J. Plantada, arquitecto barcelonés

y para esa parte del público habrá un jardín circular, varios *bars*, galerías de paseo, etc., todo cómodamente instalado y dispuesto para que la estancia allí resulte por demás agradable.

El sistema de ventilación se ajustará á los más modernos adelantos de la higiene; además, gracias á un ingenioso mecanismo, podrá, en la estación calurosa, levantarse el techo, quedando descubierta enteramente la sala de espectáculos.

El escenario, de 12 metros de boca por 20 de fondo, tendrá un servicio eléctrico perfecto y estará dotado de todos los servicios que el estado actual del arte escenográfico requiere, pudiendo parangonarse con los mejores del mundo.

Una de las curiosidades del Kursaal será el *foyer de la danse*, decorado con mayor riqueza que el de la gran Opera de París. No será público, sino reservado á una parte de los accionistas y constituirá una verdadera exposición de objetos y documentos de la historia del Teatro.

La cabida del Kursaal será de 4.200 localidades, mayor, por consiguiente, que la del Liceo.

Las obras comenzarán en breve, bajo la dirección del coautor del proyecto Sr. Plantada.

No terminaremos esta ligera descripción sin felicitar á la sociedad del Kursaal y agradecerle que dote á Barcelona de un teatro á la altura de los mejores del extranjero y digno de la importancia de nuestra capital.—T.

(Fotografías de Audouard.)











Jubileo sacerdotal de S. S. el papa Pío X.—Exposición de los regalos ofrecidos á S. S por los católicos españoles

En el fondo están instalados los de la familia real de España. (De fotografía de Abeniacar.)

Con motivo de su jubileo sacerdotal, S. S. el papa Pío X ha recibido innumerables regalos de todo el orbe católico. Muchos de ellos son joyas de grandísimo valor, como la cruz del emperador Francisco José que reprodujimos en el número 1.403 de La Ilustración Artística; pero en su inmensa mayoría consisten en vestiduras sagradas, ornamentos religiosos y otros objetos del culto, por haberlo así solicitado especialmente el pontífice, á fin de poder atender á las necesidades de las iglesias pobres.

Todos los presentes han sido expuestos en la Galería de las Cartas del Vaticano; una de las instalaciones que más han llamado la atención ha sido la de los católicos españoles y la de la casa real de España, que reproduce el adjunto grabado, y en la cual figuran al lado de las prendas más modestas muchas notables por su riqueza unas y otras por su valor artístico.

Las fiestas del jubileo han sido espléndidas. Todos los soberanos han enviado á Roma embajadas extraordinarias, y de todo el mundo católico han llegado al Vaticano numerosas peregrinaciones. La misa de oro, celebrada por Pío X el día 16 de noviembre último en la basílica de San Pedro ante una concurrencia de 50.000 fieles, fué una ceremonia conmovedora y de grandiosa solemnidad. En el momento en que, después del Santo Sacrificio, dió el papa su bendición al pueblo, la enorme muchedumbre, á pesar de haberse prohibido las aclamaciones, no pudo contener su entusiasmo y prorrumpió en vivas á Pío X.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXVII ← Barcelona 14 de diciembre de 1908 → Núm. 1.407



S. M. EL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ DE AUSTRIA,
retrato pintado por el profesor Luis Michaleck por encargo de la Bolsa de Viena.
Esta obra fué ejecutada en 1905 y se ha inaugurado el 2 de este mes, con motivo del jubileo imperial (fotografía de Carlos Leebald, de Viena, comunicada por Argus-Photo-Reportage, de Milán.)

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo quinto y último de la serie del presente año de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que será

LA ILÍADA, POEMA DE HOMERO

traducción literal en prosa por el Dr. L. Segalá Estalella; notable edición ilustrada con veinticuatro cabeceras dibujadas por Flaxman y veinticinco láminas del profesor A. J. Church.

Así por la importancia de la obra inmortal, como por lo esmerado y escrupuloso de la traducción y por la belleza de las ilustraciones, tenemos la seguridad de que el libro agradará extraordinariamente á nuestros subscriptores y será uno de los más interesantes de la BIBLIOTECA.

SUMARIO

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La palpitación política ha venido ahora á apagar y poner en segundo término el interés de otras manifestaciones que, como las literarias y artísticas, aguardan el invierno para florecer, porque el invierno es la primavera del espíritu, el abril de la ciudad moderna. Libros, conferencias, audiciones musicales, todo eso parece requerir la luz artificial y la atmósfera caldeada por el fuego de las estufas. Flor de invernadero es la cultura humana, que sólo se abre á la caricia de un ambiente tibio, resguardado de las inclemencias de la calle.

Después de los conciertos de otoño por la Asociación Musical de Barcelona y de los que ha ofrecido el *Orfeó Català*, regístrase la lectura del poema *Vendimión*, en el Ateneo, por Marquina, las conferencias dominicales organizadas por la «Nova empresa del Teatre català» (Novedades) y las que ha iniciado la Junta de Museos en el palacio de Bellas Artes. Las primeras han sido cinco hasta ahora, á cargo de los Sres. Puig y Ferrater, Maseras, Vives, Prat Gaballí y Bertrán. Poetas, dramaturgos y críticos jóvenes disertan sobre cuantos puntos de vista ofrece el arte del teatro, en su esencia y en sus manifestaciones concretas á través de la historia. Estudios objetivos ó confidencias y opiniones personales, estos trabajos son un elemento de la general *revisión* á que todo se halla sometido ahora: escuelas, cánones, tradiciones artísticas y nombres consagrados, y revelan la inquietud de la última generación, atraída y perturbada por anhelos de novedad, de originalidad, de caminos insólitos y no trillados.

Las conferencias dadas en el salón de la Reina Regente del palacio de Bellas Artes han sido de índole arqueológica. M. Aubry habló de la música de los antiguos trovadores, exornando su explicación con un interesante programa de audiciones de aquella música; y M. Pierre Paris, de tanta autoridad en los estudios de la prehistoria hispánica, desarrolló el tema de la antigua cerámica peninsular, imitación ó evolución de la micénica, controvertiendo de una manera luminosa las más conocidas é importantes opiniones que se han emitido hasta ahora acerca de este asunto.

Entre las últimas publicaciones merecen citarse *De poetisació*, magnífica conferencia de Alomar en el Ateneo; *La fi d' un idili* y *Fets y paraules de mestre Blay Martí*, dos novelas de Alfonso Maseras; los *Idilis* y la leyenda popular *La pomera*, de Apeles Mestres; los *Contes d' un filosof*, de Diego Ruiz; la traducción catalana del *Tartarin sur les Alpes*, por Santiago Rusiñol... Entre los últimos estrenos de Romea y Novedades deben ser registrados: *Segones nupcies*, comedia en cuatro actos, y *La dama enamorada*, drama en cinco actos, de Puig y Ferrater; *Gent d'are*, de Coca Vallmajor; *Les follies del amor*, comedia de Regnard, uno de los contemporáneos de Moliere, eclipsados por su gloria, traducción de Puiggarí; *El gos dels Baskerville*, asunto policíaco del ciclo Sherlok Holmes; *Aucells de pas*, por Martínez Sierra y Santiago Rusiñol; *Cándida*, traducción del inglés... Esta sencilla enumeración basta para demostrar la intensidad del movimiento, en el cual, forzoso es decirlo, se observa más agitación que reposo, más atrevimiento que seguridad, como si respondiera á una fiebre de adolescencia, en busca de su molde definitivo.

Por último, dos obras importantes relacionadas con la historia intelectual de Cataluña requieren aquí mención especialísima. Una de ellas es el estudio sobre *Juan Boscán*, por Menéndez y Pelayo, que forma el tomo XIII de la Antología de poetas líricos castellanos; y la otra lleva por título *Documents per l' historia de la cultura catalana mitg eval*, compilados por el Dr. D. Antonio Rubió y Lluch, catedrático de Literatura de esta Universidad. El libro de Menéndez sobre Boscán agota el asunto, como siempre acontece cuando exprime algun el ilustre polígrafo de Santander. Es un capítulo de historia y de crítica literaria definitivamente fijado. El diplomatario ó colección de documentos que acaba de publicar Rubió, entre los trabajos del «Institut d' Estudis Catalans» —más de 500 documentos en su mayoría inéditos,— ofrece todo el panorama, toda la línea general de la cultura catalana en el siglo XIV y principios del XV. Es una obra de erudición, de reproducción paleográfica; pero un espíritu medianamente distinguido y selecto hallará en ella más amenidad y deleite que en muchas novelas de campanillas y en infinidad de obras de las llamadas de imaginación. Ese diplomatario vale por cien arengas. Parece decir: «Eso fuimos, eso hicieron nuestros padres; imitadlo vos otros ..»

MIGUEL S. OLIVER.

LA VOZ DE LA PLAYA

Agonizaba septiembre.

Había llovido en toda la noche anterior y una inmensa desolación se tendía sobre la playa, obscureciéndola, tumbando los cestones, arrinconando las casetas, absorbiendo la hinchada bravura de las olas.

Era el mar, un mar negro, corajudo, de monstruosos y atormentados saltos, de rabiosos espumarajeos llenos de algas, era una sinfonía rota, bárbara, acuchillado de silbidos el hosco y hondo bramar del agua convulsionada bajo la deshecha grisura del cielo.

Lidia fué á sentarse junto á la baranda del balneario, que aún parecía vibrar—con todo su viejo maderamen, con su piano hoy cerrado, con la crujiente tensión de las lonas del toldo—á las risas estivales, á las chillonas vocecitas femeninas y aquellas pisadas húmedas de los bañeros de pies desnudos.

Ahora, en su muerta desolación, espejo de la playa, crujía de viento y la humedad le ennegrecía las maderas como la cubierta de un buque, cuando los baldeos á la luz del ópalo del amanecer.

Lidia sintió un calofrío é instintivamente se abrazó los hombros, presintiendo el invierno en la vaporosa blancura de sus encajes.

Semejantes á dos espíritus, se dieron un ancho beso de hermanos el hastío de su vida y el abandono de la playa.

Aún dos noches antes, alguien le había propuesto el viaje á tierras de sol y de lujo; pero ella se encogió de hombros.

Con estúpida indiferencia contempló el desgranamiento, el éxodo de las gentes que empujaran los meses encendidos del verano. A cada nuevo día, nuevos rostros desaparecidos.

Su alma, impasible y tersa, hecha á lo exótico, á lo inesperado, cual luna de gabinete reservado donde las sortijas de los amantes enlazan el recuerdo, permaneció más impasible y más tersa que nunca, tendida rostro al cielo en una tal voluntad, en una tal inconsciencia de vivir, que casi le hacía daño.

Y, ya sola, de pechos en el barandal de madera, frente á la indómita fiereza del mar, sintiéndose en los cabellos y más dentro de los cabellos el mismo soplo de amargura que había barrido la playa, tumbando los cestos, arrinconando las casetas, absorbiendo las olas hasta los mismos férreos soportes del balneario, pensó en su vuelta á las ciudades...

«Tu vida tiene la fastuosa y lánguida melancolía de una cola regia» —le había escrito en cierta ocasión un poeta.

Ahora lo recordó. Desde no poco tiempo iba arrastrando como la cola de un vestido regio el fastidio de vivir; y aunque bastantes veces intentara abrir en él un desgarrón azul, una llamarada de incendio, algo que la deslumbrase ó la hiciese soñar, no lo había conseguido.

Tornaría al ajetreo mundano, á las noches fatigosas, locas, á las mañanas de desencanto. Volverían aquellas tardes lentas, caída contra los almohadones del landó, rodando sobre la arena de los paseos aristocráticos. También la huracanada monotonía de los paisajes siempre iguales desfilando en un vértigo de luz y de sombra ante los cristales de los *wagon-lits*.

Y siempre, en todos instantes, la insípida brutalidad de los hombres: la policroma pedrea de las joyas; la necia sumisión al modisto, presa en las telas nuevas, en automáticos movimientos de maniquí.

Bostezó.

—¡Mala mañana, eh, señorita? Hoy el mar está bravo para echarse á él...

Lidia volvió la cabeza.

Era un bañero que pasaba con dos cubos vacíos. Bajo sus recias pisadas el suelo retemblaba, perdiéndose poco á poco el temblor: Luego, un portazo.

Lidia miró nuevamente á la playa.

El mar crecía, obscuro, de olas enormes ó hinchadas donde las algas negras tenían retorcimientos y crispaturas de animales fabulosos. Del fondo surgían bramidos, sordos temblores como de truenos lejanos, como de un lejano ejército que avanzara arrastrando cañones al galope.

El cielo descendía, derrumbándose, achatando las cumbres de un cerro que avanzaba mar adentro, á la izquierda del balneario.

Lidia pensó en la pretérita rebeldía con que se comprara en otro tiempo su esclavitud de ahora. No siempre fué una resignada, una adormecida frente á lo inevitable; antes de encogerse de hombros había tenido un gallardo alzamiento de cabeza y un bravo sacudimiento de la cabellera rubioceniza de valkyria.

A nacer hombre, hubiera domado multitudes y conquistado tierras ignoradas. Pero así, mujer, se le hubo de empequeñecer su ansia de ideal, se le rompió la maravillosa piedra roja de la rebeldía y quedó sólo la fascinación de otra vida distinta á la de sus padres, el momentáneo ofuscamiento de las joyas y las sedas y el dulce no hacer nada.

—Hoy no nadaría, ¿verdauste? No está el mar para bromas.

Era el bañero, que volvía con los cubos llenos.

Irguió Lidia la cabeza. En la mate palidez del rostro le ardieron las pupilas.

—¿Por qué no?

El bañero se detuvo estupefacto y le temblaron los cubos, vertiéndose algunas gotas.

—¿Qué dice? ¿Está loca? Sería capaz...

Lidia se había puesto de pie. Estaba resuelta.

—Sí; soy capaz. Yo no le tengo miedo al mar. Ya sabes, Ginio, que nado bastante bien. Anda, prepárame la ropa.

—Ya lo creo que nada bien la señorita. Mejor que muchos de nosotros lo hace... Pero hoy no. Con la mar no se juega. Mire que á Dios no se le debe tentar...

Lidia pateó impaciente. Hasta ella subía la ruidosa convulsión de las olas indomables y macizas.

—¿Has oído? ¡Prepara la ropa!

Ginio dejó los cubos en el suelo, sintiendo la extraña fascinación de las pupilas verdes que tantas veces la hicieron triunfar á Lidia.

—Bien..., bien... La acompañaré á la señorita.

—No. Sola. Yo sola.

Cuando entró al agua, ágil y esbelta en su traje gris, dando puntapiés á las algas que se le enredaban viscosas y blandas á los tobillos, sonrió evocando las mañanas de agosto, su baño triunfal, asaeteada por tantos gemelos.

Ahora solo Ginio, royéndose las uñas, pronto á echarse en su auxilio, temblándole el corazón en su pecho de hombre acostumbrado á la furia del mar.

Una ola la tumbó contra el suelo; pero se levantó sonriendo, un poco pálida, sintiéndose, al pasar la mano por la frente manchada de arena húmeda, que tenía fiebre.

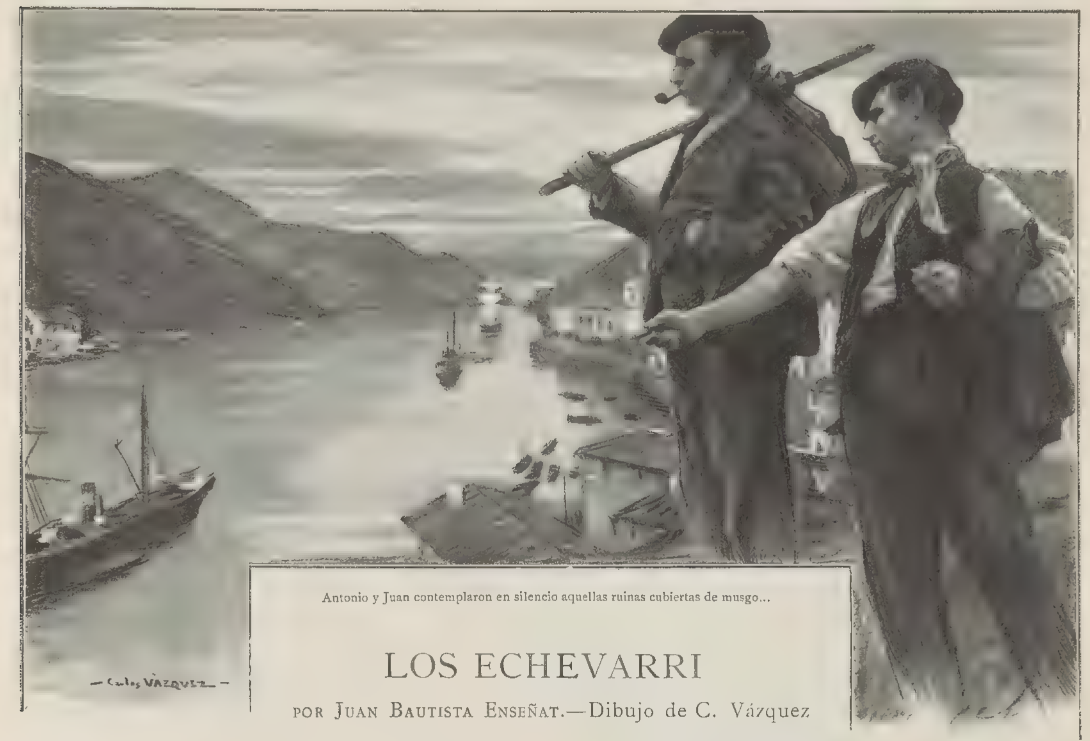
Resuelta, con decisivo arranque, empezó á nadar contra los inquietos acombamientos negros.

El rabioso cansancio de su vida la impulsó á más lejos que nunca, donde el agua era más espesa y obscura, con inmensos encajes de espuma.

Y de pronto, como un consuelo, como una abdicación, se abandonó...

Le tabletearon las sienes, se le hincharon los ojos, y una mano—sólo una mano—salió crispada y blanca, á flor de agua, en la desesperación del adiós supremo.

JOSÉ FRANCÉS.



Antonio y Juan contemplaron en silencio aquellas ruinas cubiertas de musgo...

LOS ECHEVARRI

por Juan Bautista Enseñat.—Dibujo de C. Vázquez

El padre, vencido al fin por una bronquitis crónica, iba á reunirse en la tumba con su mujer, muerta de una afección hepática hacía ocho meses, y llamó á sus dos hijos para dictarles su última voluntad.

El mayorcito tenía doce años; el otro, diez. Antonio era moreno, robusto, verdadero tipo vascongado. Juan era rubio, enclenque, como si su precoz inteligencia se hubiese desarrollado á expensas de su constitución.

—Antonio, dijo el moribundo, vas á ocupar mi puesto al lado de tu hermanito. Los Echevarri, de padres á hijos, han dejado un nombre sin tacha. Es la única herencia que recibiréis de mí. La desgracia me ha perseguido. Esta casa, en realidad, no me pertenece; la hipotequé á favor de vuestro tío Cristóbal aproximadamente por lo que vale. Mi cuñado se apoderará de ella, como es justo, después de mi muerte. Sin embargo, espero que no os echará á la calle. El huertecito que nos ayudaba á vivir tampoco es mío. Lo tenía yo arrendado por un quinquenio que ahora expira. Hijos míos, os dejo en la pobreza.

—¿Y la barca?, preguntó Antonio.

—Mi barca es lo único que se ha salvado en el naufragio de mi pobre fortuna. Será vuestro medio de subsistencia. Pero sé prudente, muchacho. El mar es caprichoso y las galernas hieren á traición. No seas temerario; piensa siempre que eres el único sostén de tu hermanito.

Haciendo un gran esfuerzo, el enfermo se incorporó, sacó de debajo la almohada una bolsa y la entregó á su hijo mayor diciendo:

—Toma; aquí encontrarás treinta pesetas y un doblón de á cinco duros. La moneda de oro tiene un agujero, pero eso no le quita valor. Hace veinte y pico de años que la conservo preciosamente en esa misma bolsa. No he querido desprenderme de ella, ni aun en los momentos de mayores apuros, porque es un recuerdo que tiene su historia. Guárdala, hijo mío, mientras puedas.

—¿Qué historia es esa, padre?, preguntó Juanito, cuya imaginación se avivaba fácilmente.

—Esa moneda, casi podríamos decir esa medalla, es un regalo de una bellísima señora. ¡Oh! No siempre fuí débil y enfermizo. En mis buenos tiempos tuve fama de vigoroso y valiente. En todo Pasajes no había un marinero más arriesgado que yo. Un día de gran temporal, salvé á una mujer, viajera de un buque que naufragó en la embocadura del puerto. Vuestra madre la cuidó durante los dos ó tres días que estuvo aquí enferma. La buena señora quería pagarnos el favor, sobre todo al notar nuestra pobreza; pero lo había perdido todo en el naufragio; no le quedaba más que esa moneda de oro, que llevaba colgada al cuello, como una reliquia, y me la regaló llorando. «Consérvenla ustedes—dijo;—quizá vuelva yo algún día por ella, y entonces daré en cambio veinte veces más de lo que vale.»

—La conservaremos, dijo Antonio.

El viejo Echevarri se durmió, tranquilizado por aquella promesa, pero no volvió á despertar.

Al día siguiente, los dos niños lo acompañaron al cementerio.

Aún no habían dominado su profunda pena, cuando el tío Cristóbal se apoderó de la casa, y los dos huérfanos lloraron durante largas horas á la puerta de su querido hogar, que se les cerraba para siempre. Después de aquella explosión de dolor, se abandonaron á una resignación sombría.

—¡Basta de sollozos!, exclamó de pronto el mayor de los dos hermanos. No quiero olvidar ni un momento los consejos de nuestro padre. Somos muy jóvenes, pero en nada debemos portarnos como chiquillos. Tengo dos años más que tú y esto me obliga á enseñarte á ser hombre. Ya no tenemos casa ni huerto, pero nos queda la barca y además los seis duros de nuestro padre, puesto que el tío Cristóbal nos ha mantenido estos días y ha pagado los gastos del entierro. Con esto podemos considerarnos ricos. A falta de hogar, dormiremos en la barca, que es también un hogar para los marinos.

Y, en efecto, durmieron á bordo el sueño de la inocencia.

Al amanecer, Antonio despertó á Juanito sacudiéndolo:

—¡Eh, chico, levántate!.. Vamos á aparejar para salir de pesca. Se presenta un día hermoso.

Juanito, que en semejante faena había ayudado muchas veces á su padre, secundó con prontitud é inteligencia á su hermano. Se hicieron á la mar, echaron sus redes y las recogieron con arte. La pesca no fué prodigiosa, pero á los niños les pareció muy abundante. Juanito la llevó al mercado y volvió con el producto de su venta: nueve reales, ¡un capital!

Animado por el resultado de su primera salida, Antonio dijo á su hermanito:

—Puesto que ganamos dinero, soy de parecer que construyamos una choza.

Dicho y hecho. Descubrieron entre dos peñascos un espacio en que cabían sin grande holgura dos lechos y una mesa, y allí construyeron su cabaña.

Ambos aguzaron su ingenio para que su rústica vivienda resultase verdaderamente habitable y para que su estética correspondiese á su relativa comodidad. A los quince días, los dos pequeños Echevarri eran designados por los habitantes del lugar con el apodo de los castellanos de la Peña.

Transcurrieron ocho años, al cabo de los cuales, ambos hermanos eran ya mozos fuertes, figurando entre los marinos más intrépidos de Pasajes. Si peligraba algún buque, Antonio y Juan eran de los primeros en acudir á prestar auxilio; más de un náufrago les debió la vida, y gozaban de tal prestigio entre sus compañeros, que éstos nada hacían, en las grandes circunstancias, sin pedirles su consejo ó su concurso.

Antonio iba á cumplir veinte años. Como matriculado, fué llamado á prestar su servicio obligatorio en la marina de guerra. ¡Qué trastorno, después de aquellos años de tranquilidad de espíritu, en medio de los azares de un rudo trabajo! Nunca había pensado en la contingencia de tener que abandonar el país. El mar, que le había mecido desde la niñez; su barca; sus redes; sus instrumentos de trabajo; su hermano menor, á quien servía de padre con celoso cariño: tales eran su hacienda, su patrimonio, su familia, su esperanza. A la idea de tener que abandonarlo todo, el gallardo mozo, el hombre fuerte, experimentó una mortal angustia que le abatió el ánimo, y dos lágrimas, sólo dos, pero gruesas como avellanas, rodaron por sus bronceadas mejillas.

—Tú guardarás la cabaña y continuarás la pesca, dijo á Juan el día que le explicó su situación. Eres ya un hombre y sabrás cumplir como bueno. Muéstrate en todo digno de nuestro padre, que Dios haya.

Juan meneó la cabeza y guardó silencio.

—Parto tranquilo, añadió Antonio. Somos ricos; tenemos ahorrados más de trescientos duros; harás de ellos el uso que bien te parezca. Durante mi servicio no necesito nada.

Sumiso como siempre á su hermano, Juan siguió guardando silencio, como si aceptase la nueva vida proyectada por Antonio.

Pero al día siguiente lo cogió suavemente por el brazo, se lo llevó de paseo hacia el muelle y le dijo con acento impregnado de emoción y de cariño:

—Antonio, he reflexionado mucho sobre tus manifestaciones de ayer; me he hecho cargo de las circunstancias que vienen de pronto á turbar nuestra existencia, y he resuelto no quedarme solo aquí. Venancio, el panadero, buscaba un substituto para su hijo, que ha entrado en quintas y ha caído solda-

do. Yo me he ofrecido á reemplazarlo, y hemos convenido en que por ello cobraré doscientos duros. Con esta suma y nuestros ahorros, compraremos á la vuelta una casa y otra barca.

En vano trató Antonio de disuadirle; su resolución era invariable. Al poco tiempo, los Echevarri habían alquilado su embarcación y prestaban servicio militar, Antonio en la armada y Juan en la infantería de marina.

Tres años después volvieron á su pueblo. Su corazón latió con fuerza cuando divisaron los claros horizontes, las montañas, el campanario y el puerto de su patria chica. Nada había cambiado. Pero ¡ay! faltaban su barca y su choza.

La barca había naufragado hacía un mes, con los dos pescadores que la tripulaban. La choza, como cansada de su largo abandono, se había hundido.

Antonio y Juan contemplaron en silencio, durante largo rato, aquellas ruinas cubiertas de musgo, sin atreverse á comunicarse mutuamente sus impresiones.

—Vámonos de aquí, dijo de pronto el hermano mayor sin poder contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Con la barca y la choza han desaparecido nuestros sueños dorados. El recuerdo perenne de nuestro bien perdido nos impediría ser aquí felices. ¡Vámonos, Juan!

Y como si éste hubiese sido todavía el niño de antes, Antonio se lo llevó á la posada. A la tristeza que les causaba el verse allí sin barca, sin hogar y sin familia, se unía el deseo de utilizar aptitudes nuevas, el afán de más ancho campo de actividad, la ambición de fortuna.

Aquel mismo día tomaron el tren de Bilbao, en cuya ciudad no tardaron en formar parte de la tripulación de un vapor de cabotaje, Antonio en calidad de sobrecargo y Juan como simple marinero.

Después de algunos meses de navegación, el capitán, que había tenido ocasión de apreciar sus bellas cualidades, les procuró colocación ventajosa en la casa del rico armador Betmann, consignataria del buque en Málaga.

Los Echevarri no tardaron en captarse las simpatías y la confianza de su jefe.

Antonio, que se había instruido consagrando al estudio todos sus ratos de ocio, conservaba, sin embargo, algo de su primitiva rudeza de lobo marino. Pero su carácter enérgico y franco le valió también las simpatías de la señora de Betmann, que á la primera ocasión quiso darle una prueba de aprecio.

—Amigo, le dijo un día su principal, mi señora y yo queremos que asista usted con su hermano á la celebración de nuestras bodas de plata.

Antonio trató de excusarse pretextando ocupaciones, porque le asustaba el lujo y la etiqueta.

—No admitimos excusas, replicó el jefe con un imperio que hizo inclinar la cabeza al empleado. Además, añadió el armador para tranquilizar á Echevarri, se trata de una fiesta de familia.

Aunque familiar, la fiesta fué magnífica. La señora de Betmann trató á sus convidados con una graciosa amabilidad que encantó á los Echevarri.

De sobremesa, cada comensal refirió algún episodio de su vida. Cuando todos hubieron hablado, la señora de la casa se dirigió á Antonio preguntándole:

—Y usted, Echevarri, ¿no tiene nada que contarnos?

El antiguo marinero se puso colorado como un oficial tímido ante un tribunal de exámenes.

—Nuestra historia es muy breve, señora, contestó irguiendo el cuerpo con resabios de respeto militar. Somos dos huérfanos naturales de Pasajes y contamos pocos episodios notables en nuestra vida.

David, escultura en bronce de Carlos van der Stappen

—¡Ah!, exclamó la señora con una mezcla de sorpresa y de emoción. Yo creía que eran ustedes bilbaínos. ¿Conque son ustedes de Pasajes?

—Sí, señora, del país más bonito de España.

—¡Ah!, repuso ella fijándose en Antonio. Acaba usted de hacerme recordar un suceso muy triste. Naufragué hace años á la entrada de aquel puerto, y sin un bravo pescador que me salvó, no tendría hoy la dicha de celebrar mis bodas de plata.

—¿Cómo se llamaba su salvador, señora?

—No lo conocí por su apellido, sino por su apodo.

—¿Y su apodo era?..

El Corcho.

Los dos hermanos se miraron mudos de asombro.

—Recuerdo que le regalaste mi famoso doblón, dijo el Sr. Betmann á su esposa; la primera moneda de oro que yo había ganado con mi trabajo.

—Sí, añadió ella con profunda emoción; yo la conservaba como una reliquia. Muchas veces se me ocurrió hacer gestiones para recuperarla; pero siempre me detuvo la repugnancia de reclamar, aun á cambio de otro obsequio, la devolución de un regalo.

—Señora, dijo Antonio sacando de una bolsita, que siempre llevaba al cuello como un escapulario, la sagrada reliquia que su padre le entregó al morir: tengo la satisfacción inmensa de podérsela entregar.

—¡Cómo! ¿Acaso su padre?..

—Mi padre era *el Corcho,* más conocido, en efecto, por su apodo que por su apellido, como la mayoría de los habitantes de mi pueblo.

Recordáronse los incidentes del naufragio del buque y del salvamento de la señora de Betmann, que regresaba entonces de un viaje á Burdeos, donde acababa de enterrar á su padre, cónsul de Alemania en la capital girondina.

Los Echevarri refirieron brevemente los principales episodios de su vida, desde la pérdida de sus padres.

El armador dijo luego á Antonio, devolviéndole la moneda:

—Amigo mío, esta reliquia les pertenece á ustedes. Razón tuvo su padre al recomendarles que por nada del mundo se desprendiesen de ella. Su presentimiento de que les traería suerte se ha realizado. Guárdenla ustedes como prenda de fortuna.

El vaticinio había de cumplirse hasta el fin.

Seis meses después de este suceso, Antonio se casó con la hija única de los señores Betmann, y los hermanos Echevarri son hoy á su vez ricos armadores.

DAVID, ESCULTURA DE CARLOS VAN DER STAPPEN

Quién es van der Stappen y qué significación tiene en el arte belga contemporáneo, lo expusimos ya en el número 1.349 de La Ilustración Artística. En aquella ocasión hacíamos notar que cultivaba con igual éxito todos los géneros de la plástica, y refiriéndonos á uno de éstos decíamos que sus estudios caracterizábanse por su bella armonía de líneas y proporciones; el *David* que adjunto reproducimos y que llamó extraordinariamente la atención en una notable exposición de arte belga recientemente celebrada en Berlín, es la más elocuente demostración de aquel aserto. Tiene esta escultura toda la serenidad, toda la pureza de formas de las obras clásicas, pero al mismo tiempo hállase animada por ese soplo de vida, por ese movimiento que los escultores modernos imprimen á sus producciones.

SOL DE TARDE, PINTURA DECORATIVA DE CARLOS VÁZQUEZ

No hemos de hacer el elogio del distinguido artista cuya firma honra frecuentemente nuestras páginas y que aparece al pie de la composición que en la siguiente reproducimos; lo mismo en España que en el extranjero, el nombre de Carlos Vázquez es harto ventajosamente conocido para que no sea necesario presentarlo una vez más acompañado de los elogios que por unanimidad en el mundo del arte se le otorgan. Tampoco es menester alabar la hermosa pintura que motiva estas líneas; sus bellezas son tantas y tan salientes, es tan intenso el sentimiento de poesía que de toda ella se desprende, es tan primorosa la ejecución de toda ella, que quien la mire ha de experimentar esa sensación que sólo causan aquellas obras que no sólo interesan á los sentidos, sino que hacen vibrar directamente las fibras del alma.—T.



Pintura decorativa original de Carlos Vázquez, ejecutada por encargo de una familia barcelonesa

El círculo vacío que se ve en el centro ha de estar ocupado por un reloj. Esta pintura, que estuvo expuesta en el Salón Parés, llamó extraordinariamente la atención no sólo por lo inspirado de la composición y por las bellezas del dibujo, sino también y muy especialmente por la brillantez de su colorido

COLISIÓN ENTRE ESTUDIANTES ITALIANOS Y ALEMANES EN VIENA Y MANIFESTACIONES DE PROTESTA EN ROMA

Hay en el imperio austro-húngaro dos territorios, el de Trieste y el Trentino, que si políticamente pertenecen al Austria, son de corazón italianos y forman parte de la llamada Italia *irredenta*. El antagonismo entre los oriundos de aquellos territorios y los austriacos alemanes data del mismo día de la anexión, y el transcurso del tiempo no ha podido mitigarlo, antes bien diríase que se encona á medida que pasan años, y que, por ende, van haciéndose menos realizables las esperanzas de redención.

Ese antagonismo ha dado lugar recientemente á un sangriento conflicto en la Universidad de Viena. Los estudiantes italianos que á ella concurren por necesidad y que vienen solicitando, desde hace diez años, la creación de una universidad italiana en Trieste, creían que con la constitución del nuevo ministerio austriaco bajo la presidencia del barón de Bienert, se acometería resueltamente la solución de este asunto, en el que les apoyan no sólo los diputados italianos, sino también el propio rector de la Universidad vienesa, que lo juzga conveniente.

La indiferencia del nuevo ministerio excitó la irritación de aquellos estudiantes, quienes el día 23 de noviembre último organizaron una manifestación pacífica pidiendo la concesión de la universidad italiana. Los estudiantes alemanes hicieron una contramanifestación, limitándose al principio á contestar con el canto del *Wacht am Rhein* al *Himno de Garibaldi* que los otros entonaban. Pronto, empero, cruzáronse insultos entre ambos bandos, y al fin los alemanes, en número de 2.000, acometieron á bastonazos á los italianos; éstos, que no pasaban de 200, se defendieron con brío, y la lucha alcanzó grandes proporciones, habiéndose hecho durante la misma muchos disparos de revólver y habiendo resultado en ella bastantes heridos, italianos casi todos.

¿A quién debe achacarse la culpa de lo ocurrido? Como es de suponer, cada bando se la achaca al contrario; pero sean quienes fueren los primeros responsables, resultan evidentes varios hechos: la justicia de la demanda de los italianos, la inmensa superioridad numérica de los alemanes y la gran desproporción en el número de heridos que, como hemos dicho, fueron italianos en su casi totalidad.



La Universidad de Viena, en donde se produjo la colisión sangrienta entre estudiantes italianos y alemanes. (De fotografía.)

Los sucesos de la Universidad de Viena han repercutido naturalmente en Italia. En Roma, en Turín, en Florencia y en otras capitales los estudiantes han organizado manifestaciones de protesta contra la agresión de que han sido víctimas sus compatriotas en la capital de Austria. En la Universidad romana quemóse una bandera austriaca, y se hicieron demostraciones hostiles delante de las embajadas de Austria cerca del Quirinal y del Vaticano, viéndose obligada la policía á intervenir para evitar mayores desmanes.

El día 29 celebróse un *meeting* grandioso, en el que pronunciaron elocuentes y patrióticos discursos importantes hombres públicos, entre ellos el eminente diputado Sr. Barzilai. – R.



Roma.—Meeting de protesta contra los sucesos de Viena. El diputado Barzilai arengando á la multitud. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

UN MONUMENTO Á GAMBETTA

Pocos hombres de la moderna Francia son tan merecedores como León Gambetta de que su memoria sea perpetuada en un monumento. Es muy difícil sintetizar en una ligera noticia como la presente, la vida de aquel eminente político, que en el momento acaso más crítico de la historia de su patria supo galvanizar al pueblo, que parecía anonadado después de los desastres de 1870 1871, y contribuyó poderosamente á hacer resurgir, de aquella Francia que parecía condenada á eterna ruina, la Francia rica y próspera de nuestros días. Las siguientes frases, escritas poco después de su muerte por otro hombre eminente, resumen por modo admirable las cualidades características de Gambetta: «Fué el más profundo orador de nuestros tiempos, y sin embargo, su elocuencia era menos notable, algo menos raro que su buen sentido; pero lo que en él dominaba y coronaba admirablemente sus demás cualidades era el amor á su patria, una preocupación apasionada por el bien público, la presteza á sacrificar hasta su posición personal, su popularidad misma, cuando los intereses superiores parecían exigirlo. Si los acontecimientos le elevaron á la gran situación que ocupó en Francia, no llevó á ella ni vanagloria ni egoísmo; siempre fué el abnegado servidor de la causa que había abrazado: lograr la prosperidad de la República, sujetándola á las condiciones de un gobierno regular; asegurar el porvenir de la democracia preservándola de las quimeras; hacer definitiva la obra de la Revolución, purgándola del espíritu revolucionario.»

Muchos son los monumentos erigidos en Francia á la memoria de Gambetta; á la larga lista de los mismos se añadirá en breve el que en febrero próximo inaugurará solemnemente en Niza el presidente Fallieres y que reproducimos adjunto. Obra del notable escultor Maubert, sobresale en ella la figura del gran repúblico que la corona y que el artista ha sabido presentar por modo admirable en actitud tribunicia, pronunciando uno de aquellos fogosos discursos con que sabía convencer y arrastrar á su pueblo.



Monumento á Gambetta, obra del escultor L. Maubert, que en el mes de febrero próximo ha de ser solemnemente inaugurado en Niza por el presidente de la República Sr. Fallieres. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

LAS ELECCIONES

PARLAMENTARIAS EN TURQUÍA

Las primeras elecciones de diputados, efectuadas recientemente en el imperio turco después de la implantación del régimen constitucional, han dado lugar á grandiosas manifestaciones de júbilo en Constantinopla y en otras ciudades. Una de ellas fué la que se celebró en la capital apenas la elección terminada: reunido el comité electoral en el patio del Liceo imperial de Pera, acordó transportar con gran pompa la urna electoral á la Sublime Puerta, y al efecto organizóse inmediatamente una procesión, en la que figuraron, según se dice, 300.000 personas, formando una comitiva de más de tres kilómetros. El cortejo, en el que estaban representadas todas las clases sociales y las tres religiones dominantes en Constantinopla, musulmana, ortodoxa y armenia, recorrió las principales calles de la ciudad, despertando en todas partes gran entusiasmo, y cuando llegó á la Sublime Puerta, el gran visir se asomó á una tribuna y pronunció una alocución que fué saludada con grandes aclamaciones.

Y á propósito de esas primeras elecciones, no será inoportuno decir que han producido enérgicas protestas de los griegos, quienes acusan á los turcos de haberlos engañado, de haberles impedido la libre emisión de sus votos y de haber falsificado la elección apelando á todo género de fraudes, haciendo votar á los menores de edad y aun á los muertos. Todo esto ha dado lugar á tumultuosas demostraciones de disgusto por parte de los que se han creído perjudicados con tales artimañas, habiendo tenido que intervenir la fuerza pública, aunque afortunadamente sin derramamiento de sangre.

El Parlamento turco, que celebrará sus sesiones en el magnífico palacio imperial de Dolma Badge, inaugurará sus tareas, según parece, el día 17 de los corrientes.—S.



Constantinopla.—Las primeras elecciones parlamentarias en Turquía. Antes de la traslación de la urna electoral á la Sublime Puerta

Junto á la urna se ven un imán, sacerdote musulmán, un pope griego ortodoxo y un sacerdote armenio, que representan las tres religiones dominantes en Constantinopla

(De fotografía de Carlos Trampus.)



SALIDA DE LAS MINAS, cuadro de Pedro Pablo Laurens







EL CACHARRERO.—DECLARACIÓN.—RECOLECCIÓN DE NARANJAS, cuadros de G. Puig Roda

JUBILEO DEL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ I DE AUSTRIA

El día 2 de los corrientes cumpliéronse 60 años de la elevación de Francisco José I al trono imperial de Austria. Con este motivo se han celebrado en todo el imperio grandes fiestas, y en todas partes se ha testimoniado una vez más el afecto y la veneración que por el anciano monarca, decano de los soberanos del mundo, sienten sus súbditos. Desde tres días antes desfilaron por el Hofburg delegaciones de todas las corporaciones del Estado, y el día mismo del aniversario, Francisco José I fué aclamado con entusiasmo por toda la población de Viena cuando llegó á la iglesia parroquial del palacio para oir misa. Terminada ésta recibió á los miembros de la familia imperial, en cuyo nombre pronunció una alocución el archiduque heredero; después le felicitaron los altos dignatarios de la corte, y el ministro de la Guerra señor Schönaich le entregó, en nombre del ejército, un magnífico regalo, consistente en una cruz del Jubileo adornada con magníficos brillantes.

Por la tarde hubo en palacio gran banquete y por la noche una espléndida función de gala en la Opera, habiéndose representado *El sueño del emperador*, obra de la princesa Salm, en la que se reprodujo en cuadros fantásticos y deslumbradores la historia del imperio, y un baile, *Lejos de la patria*. Para este espectáculo, que resultó maravilloso, habíanse gastado 300.000 coronas. Ocioso es decir que el teatro presentaba un aspecto verdaderamente magnífico.

Completaron las fiestas espléndidas iluminaciones de los principales edificios públicos y particulares de la capital.

Con motivo del jubileo, la ciudad de Viena ha regalado al emperador la artística medalla que adjunta reproducimos.

Medalla ofrecida por la ciudad de Viena al emperador Francisco José I de Austria con motivo de su jubileo imperial, obra del escultor Luis Hajú. El anverso representa la salutación al emperador de todas las clases de la población vienesa; el reverso, la ciudad de Viena prestando juramento de fidelidad al soberano. (De fotografía de Nouvelles-Photo.)



Barcelona.—Conferencia dada en el Palacio de Bellas Artes por el eminente musicógrafo francés Sr. Aubry, sobre «La obra musical de los trovadores,» el día 6 de los corrientes (De fotografía de Castellá.)

BARCELONA. - CONFERENCIA DEL SR. AUBRY

EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES

En la tarde del domingo, día 6 del actual, el eminente musicógrafo francés Pedro Aubry dió en el salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes una notabilísima conferencia sobre la obra musical de los trovadores. Esta conferencia ha sido la primera de una serie organizada por la Junta autónoma de Museos y Bellas Artes de esta capital, con objeto de divulgar el conocimiento de los más importantes temas artísticos.

Después de unas cortas frases del Sr. Puig y Cadafalch, presidente de la junta, D. Felipe Pedrell, organizador de la conferencia, hizo la presentación del Sr. Aubry, verdadera autoridad en materias relacionadas con la historia del arte músico en la Edad media. A seguida el conferenciante leyó un notable trabajo, en el que, después de esbozar lo que eran y representaban los trovadores, señaló la importancia que en su obra tenía el elemento musical, explicó el carácter propio de su música, haciendo constar que representa una verdadera época de transición, indicó la importancia casi absoluta que los trovadores catalanes y provenzales daban á la melodía, estudió la personalidad musical y literaria de algunos de ellos y terminó elogiando el movimiento que á favor de la propagación de la cultura se inicia en Cataluña. En corroboración de las manifestaciones del Sr. Aubry ejecutáronse varias melodías de Marcabrú, Giraut de Borneil, Rambaldo de Vaqueira, Jaufré Rudel, Riquier, una de las cantigas de Alfonso *el Sabio*, una balada provenzal, un *arrolo* gallego y una saeta andaluza, que fueron cantadas por el Sr. Dini, con acompañamiento de arpa, por doña Concha Gracia, y de armonium, por D. José Cumellas. El Sr. Aubry fué muy aplaudido y calurosamente felicitado por el público que llenaba el salón de la Reina Regente.

. . . .

EL CACHARRERO. – DECLARACIÓN. – RECOLECCIÓN DE NARANJAS, CUADROS DE G. PUIG RODA. (Exposición Miralles.) (Véase la lámina de la página 817.)

Forma parte el Sr. Puig y Roda de ese núcleo de artistas valencianos, á cuyo frente figura el distinguido pintor Joaquín Agrassot, que dedican todas sus aptitudes é inteligencia á representar, en forma agradable y simpática, los tipos, escenas y cuadros de costumbres que constituyen el modo de ser del país que les vió nacer, perpetuando en cierto modo cuanto de característico ofrece al artista la hermosa región valenciana, con todos los contrastes de su vigorosa coloración, la exuberancia de su pródiga naturaleza y la vida de sus animados cuadros, que recuerdan costumbres y tradiciones de épocas que pasaron.

Aplausos merece el pintor Puig Roda por su noble empeño y muchos más por la forma en que realiza la obra emprendida, ya que sus cuadros son páginas bellamente escritas de la vida local contemporánea y manifestación galana de la pujanza de esa moderna escuela valenciana, que cuenta con tan celebrados intérpretes y anales tan gloriosos.

Espectáculos.— BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Contra Claror*, drama en tres actos de R. Suriñach Sentíes, y *La confessió*, drama en tres actos de Joaquín Dicenta, traducido al catalán por Guillot; en Novedades *Cándida*, drama en tres actos de B. Shaw, traducido al catalán por los Sres. Alegre y Broutá, y *Un cop de vent*, paso de comedia en un acto de José Morató; en el Eldorado *La fuerza bruta*, comedia en un acto y dos cuadros de Jacinto Benavente; y en el teatro Granvía *El talismán prodigioso*, zarzuela fantástica en un acto y cinco cuadros de Sinesio Delgado, música del maestro Vives, para la cual han pintado cinco decoraciones los Sres. Moragas y Alarma. En el Liceo se ha cantado con regular éxito *I barbari*, ópera en tres actos y un prólogo de Saint-Saens, en cuya ejecución se han distinguido las señoritas Gagliardi y Juliá y los señores Guillion, Nicoletti-Korman y Molina. La obra ha sido muy bien concertada por el maestro Mascheroni, y á su estreno ha asistido el maestro Saint-Saens, quien ha sido objeto de cariñosas ovaciones. En el propio teatro se ha cantado *Zazá*, de Leoncavallo: fueron muy aplaudidos la Sra. Carelli y los Sres. Schiavazzi y De Luca.

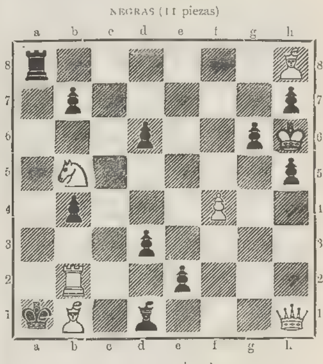
Palacio de la Música Catalana. – El «Orfeó catalá» ha organizado una serie de conciertos de música *di camera* á cargo de los reputados artistas Sres. Perelló (violín), Casals (violín), Rabentós (violoncelo), Forns (viola), y Vives (piano). En el primero se tocaron el *Trío en sol* de Haydn, el *Concierto en sol mayor* de Mozart y la *Sonata en fa* de Grieg, obras bellísimas, que fueron perfectamente ejecutadas y entusiastamente aplaudidas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 510, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso de «Norwich Mercury» 1905.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 509, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Ag3–h4	1. g5×h4
2. Cc1–b3	2. c4×b3
3. c2–c4 jaque	3. b4×c3 al paso
4. Tg4–a4	4. Cualquiera.
5. e2–e4 mate.	

VARIANTES.

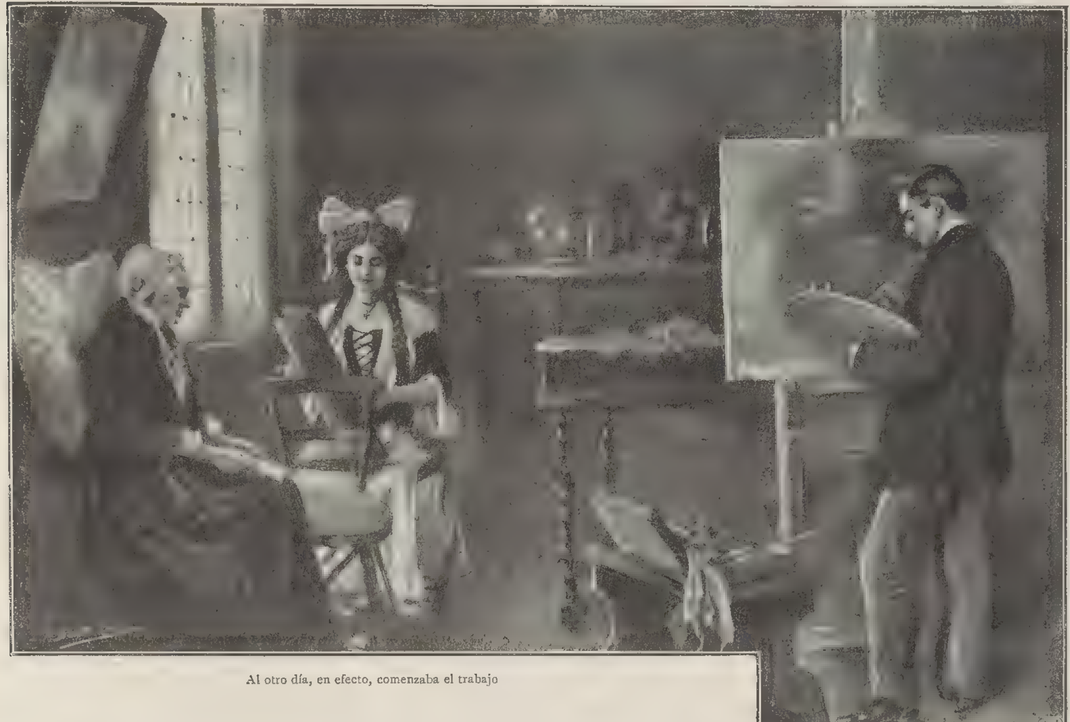
2... ....Rd5 e6; 3.Tg4×g7j., Re6-d5; 4.Ah3–g2jaq., etc.
Ab8óDa8-a7; 3. e2-e4jaq., etc.

1 .. Da8 c6; 2. e2-e4jaq., Rd5-d4; 3.Cc1-e2jaq., Rd4-e3; 4 Ah4–f2jaq., etc.
Rd5-e6; 3.Tg4-f4jaq., Re6-e7; 4.Ah4×g5jaq., etc.

1 .. Rd5 e6; 2.Tg4-f4jaq., Re6-d5; 3. e2-e4j., Rd5-d4; 4.Cc1–e2jaq., etc.

1... c4 c3; 2. e2-e4jaq., Rd5-c4; 3.Ah3 f1jaq., etc.
Rd5-d4; 3.Ah4-f2jaq., etc.

1... Otra j.a; 2. e2 e4jaq., Rd5 d4óe6; 3.Cc1-e2j.óTg4 f4j., etc.



Al otro día, en efecto, comenzaba el trabajo

UN RETRATO, POR ADOLFO RIBAUX, dibujo de Sardá

—Amigo mío, había dicho el joven y célebre médico Jacobo Duvernoy al pintor Francisco Valvert, también célebre y joven como él, nadie tiene más de una vida ni una doble provisión de fuerzas. Hace bastantes años que trabajas mucho, lo cual te ha valido un nombre y una rumbosa clientela; y por otra parte eres muy solicitado por la alta sociedad, sales á menudo, comes fuera de casa y asistes con frecuencia á bailes y teatros. Hablando en plata, lo que tú haces es derrochar tu salud. No diré que estés enfermo, pero sí algo fatigado y ajado prematuramente.

—¡Al grano, al grano!, replicóle Valvert sonriéndose.

—Al grano voy. Necesitas indispensablemente dos cosas: descanso y un cambio de aires, pero un cambio de aires radical; no el aire de la Costa Azul, tibio y voluptuoso, sino, por el contrario, un aire fuerte, tónico, estimulante, el aire de las altas montañas...

—En una palabra, ¿adónde quieres que vaya?

—En una palabra, á Suiza, á la Engadina, á Saint-Moritz.

—¿En esta estación?

—Estamos á mediados de abril; pero además, ¿qué importa? La Engadina ha llegado á ser una famosa estación de invierno, y allí encontrarás, amén de un paisaje admirable, todo lo que te hace falta para reponerte sin verte condenado á una existencia cenobítica.

—¿Y me mandas allí en seguida?

—Ponte en camino esta noche, si te es posible; y no te lo digo porque sea yo un especialista para las enfermedades nerviosas, sino porque en materias de salud toda dilación es mala. No hay que jugar con los nervios, y los tuyos están ligeramente... agitados... ¡Qué suerte tienes, hijo! ¡Cuánto daría yo por poder marcharme contigo!

—¿Conoces esa moderna Jauja?

—Sí, hace diez años estuve allí precisamente para estudiar las verdaderas condiciones de aquel país, que me habían pintado como maravillosamente á propósito para las curas de aire en todas las épocas del año, y el resultado científico de mis investigaciones superó mis esperanzas. Aparte de esto, aquella naturaleza es hermosísima; pero debo decirte que por esta vez te prohibo que cojas los pinceles.

—¿Y si encontrase algunos temas de belleza interesante?

—A lo sumo te consiento algunos estudios, pero rápidamente trazados, sin ahondar en el asunto.

—¿Ni siquiera un par de cuadros?

—¡Vamos! Ya veo que harás lo que te dé la gana; pero en fin, si te empeñas en no curarte... De todos modos, haz el viaje aunque no sea más que por el placer...

—Será también una lección de geografía, replicó Valvert, de esa ciencia que, según dicen, tenemos los franceses algo descuidada. ¿Y cómo se va á ese paraíso de la Engadina?

—Saliendo de París por la noche, á la mañana siguiente estarás en Neuchatel ó en Basilea; atravesarás Suiza de día, dormirás en Coire, y al otro, la diligencia te dejará en Saint Moritz. Si estuviésemos en verano, te encargaría que me enviases un ramo de rosas de los Alpes y de *edelweis*.

Y Francisco Valvert, que había seguido el consejo de su amigo, llegaba aquella noche á la capital de los Grisones, á la vieja ciudad episcopal que, iluminada por la luna, tenía el aspecto de una población legendaria. Al siguiente día, continuaba el encantamiento al través de la garganta del Albula, cubierta aún de nieve, en un día soleado y azul que mostraba ya las primicias de la primavera. Nunca hubiera dicho que el camino fuese tan pintoresco; el trineo volaba como una flecha, y á cada vuelta de la carretera subía de punto su admiración. Cuando al término de la tercera jornada se le apareció la Engadina, con su imponente círculo de altas cimas, con sus bosques y con sus lagos, hubo de confesarse que Duvernoy había estado justo y que la reputación de aquella comarca no era usurpada.

* * *

El día siguiente al de su llegada fué uno de esos magníficos días del invierno engadinés, de que no pueden formarse idea los que no los han visto con sus propios ojos.

Valvert casi no daba crédito á los suyos cuando, al abrir la ventana, vió el valle envuelto en su manto de armiño, en el que los tres lagos, de un verde azul intenso, parecían tres pupilas inmensas de profunda mirada; los bosques cubiertos de escarcha, todo aquel caos de cumbres resplandecientes, cuyas laderas parecían en unos sitios de cristal y en otros de amatista ó de diamante, y por encima de todo ello un cielo casi meridional, límpido, diáfano, radiante, sin la más pequeña niebla, en el que brillaba un sol espléndido. Aquella primera contemplación bastó para hacerle amar la romántica Engadina, y bajo la impresión del admirable espectáculo escribió una carta entusiasta á Duvernoy.

Al otro día cambió el tiempo, y durante una semana seguida cayó una nieve espesa, acompañada de viento que hacía imposible los paseos y los de portes.

—Esto no durará, decían los comarcanos.

¡Qué más deseaba Valvert! Pero entre tanto, aquel mal humor de la atmósfera le agriaba el suyo, y una vez leídos los diarios y despachada su correspondencia, no sabía qué hacer y se apoderaba de él el tedio, que era lo que en el mundo más detestaba.

—¡Ni siquiera el recurso de pintar una tabla de flores!, exclamaba despechado en la mañana del octavo día.

Pero aquel día precisamente abrióse un claro entre las nubes, y por allí asomó un rayo de sol, que Valvert aprovechó para estirar sus entumecidas piernas y disipar sus pensamientos tristes.

Delante del aparador de una tienda de la calle principal, junto á la iglesia, detúvose gratamente sorprendido.

«Me había equivocado—pensó;—he aquí unas magníficas flores que por fuerza deben venir de Génova ó de Niza. ¡Y qué hermosos cristales! ¡Qué piedras tan interesantes!

Entró en la tienda y quedó aún más encantado. El local era pequeño, pero estaba muy bien arreglado con algunos antiguos muebles del país, esculpidos y adornados con divisas en el dialecto de la comarca; en unos estantes había alineadas piedras alpestres de todas clases, cuarzos, ágatas, cristales, unas de color de esmeralda, otras de amatista ó de ópalo; y en una gran mesa de retorcidas patas, gran número de plantas verdes, palmeras, drácenas, helechos, que formaban un fondo verde de varios matices á multitud de brillantes flores meridionales, rosas blancas, rosas te, rosas encarnadas, claveles rojos, anémonas moradas y purpúreas, jacintos multicolores y ramas de mimosa llenas de millares de minúsculas bolas de color de oro vivo. Después de tanta nieve, aquella era una visión primaveral; además, los follajes y las flores estaban dispuestos con un gusto, con una

gracia poética y con una habilidad que cautivaron al pintor.

En el fondo de la tienda, junto á una ventana de pequeños vidrios, estaba sentada una joven que hacía encajes, y enfrente de ella, en un sillón antiguo, una mujer entrada en años, vestida de campesina engadinesa, que entre sus arrugadas manos tenía un libro con broche de plata. El rostro de la anciana, surcado de arrugas, llevaba impresa la dura marca del tiempo; pero una sonrisa dulcísima animaba sus labios, y su expresión era serena y tranquila; era un hermoso rostro de abuela, en el que se reflejaba un alma cristiana. La joven tenía todo el tipo de las vírgenes lombardas, tipo que Valvert conocía perfectamente por haber residido varias veces en Milán y en el lago de Como: las mismas mejillas llenas, la misma frente ligeramente combada, los mismos párpados algo gruesos, la misma boca un tanto sinuosa.

«Es la estampa de un personaje de los cuadros de Luini»—pensó Valvert cuando se le acercó la tendera preguntándole en francés bastante correcto qué deseaba.

—Flores, señorita, respondió el pintor. Y antes habría venido de haber sabido que las había tan bellas en esta tienda. ¿De dónde se las traen á usted?

—De Nervi.

—Son de la Liguria, ya me lo figuraba. Hágame usted un ramo grande.

Valvert no apartó los ojos de la joven mientras ésta confeccionaba el ramillete. La florista cogía los tallos con cierto cariño, y á cada flor que añadía al ramo, parecía sentir una pena vaga, como si se despidiese de una amiga. Era morena, de estatura regular, de ojos de un pardo aterciopelado con largas pestañas y de esbelto busto, y su cuello y sus hombros marcaban una curva exquisita; tenía algo realmente de la voluptuosa gracia italiana. «Después de todo—pensó Valvert,—Milán no está lejos; quizás tiene en sus venas sangre lombarda.»

La anciana permanecía inmóvil, teniendo en las manos el libro, que no leía; estaba con los ojos cerrados y como adormecida.

Al ver que el comprador la miraba, la muchacha dijo á media voz:

—Mi abuela está ciega.

¿Ciega y con el semblante tan sereno, sin la menor sombra de tristeza? Con mirada de artista inteligente, Valvert abarcó el conjunto de la estancia, los muebles originales, aquel jardín de flores y hojas, aquellas figuras tan simpáticas ambas, aunque de edad y tipo diferente, y pensó: «¡Qué hermoso cuadro podría pintarse con todo esto!»

La joven presentóle el ramo terminado.

—Gracias, señorita; tiene usted unos dedos de hada.

—¡Oh, señor!, murmuró ella ruborizándose.

—Sí, no lo harían mejor las más famosas casas de París. ¿Cuánto le debo?

—La estación no es favorable, y para poder tener flores realmente bellas, he de pagarlas algo caras. Son diez francos.

—El ramo los vale... Veo que también tiene usted bonitos minerales. ¿Son de la comarca?

—La mayor parte sí.

—Los hay muy lindos; volveré otro día á verlos.

El cielo se nublaba otra vez; las nubes ocultaban la Bernina y soplaba de nuevo el viento. «Tenemos mal tiempo para algunos días—díjose Valvert.—Desde mañana me dedicaré á pintar estas flores.»

Pero durante el resto del día, su pensamiento evocó varias veces la imagen de la tiendecita y del interesante grupo que formaban junto á la ventana la vieja campesina y su nieta. Sí, sería un cuadro encantador, y un artista hábil podría producir en él hermosos efectos de contraste entre los matices cálidos de las flores del Sur y la blanca reverberación de la nieve.

Algunos días después, Valvert volvió á la tienda con el pretexto de examinar los minerales; la joven le acogió con la misma graciosa sonrisa y se apresuró á enseñarle los mejores que tenía. Los había negros con venas encarnadas, rojos con reflejos amarillos y amarillos con puntitos de plata ó de oro; los cristales brillaban como si estuviesen tallados en facetas por una mano inteligente, y las ágatas eran lisas como el raso y teñidas de los más variados colores.

Valvert compró gran número de aquellas piedras, y luego se entretuvo conversando con la florista.

—¿Opina usted también, señorita, que este tiempo no puede durar?

—Sí, señor; y mi abuela, que, aunque es ciega, aprecia ciertas señales que rara vez la engañan, cree lo mismo. Acaso dure la tormenta lo que queda de esta semana, pero luego tendremos de pronto la primavera.

—¡Tanto mejor!

Aquella segunda visita acabó de persuadir á Valvert de que había encontrado un tema original. «Y como las cosas originales—se dijo—son de día en día más raras, aprovecharé la ocasión. Por otra parte, este asunto me interesará bastante más que un grupo de flores; pero ¿consentirán la abuela y la nieta en servirme de modelos?»

Todo aquel día estuvo indeciso, pero al siguiente se dijo: «¿Por qué no han de consentir?» Y animado por esta reflexión, después de almorzar se dirigió á la tienda.

—Señorita, hoy tengo que pedir á usted un favor...

—¿Un favor?, exclamó la joven sorprendida.

—Sí, un favor á usted y á su venerable abuela. Soy pintor, y el emocionante cuadro de este interior con ustedes dos junto á la ventana me ha impresionado; quisiera copiarlo con su permiso, y les ruego que se presten á servirme de modelos.

—¡Pero si nunca he hecho tal cosa, señorito!, dijo la joven intimidada.

—No ofrece ninguna dificultad, replicó Valvert sonriéndose.

—Seré muy torpe, y además este traje...

—Así es precisamente como quiero pintarla; tal como está usted vestida, haciendo encajes y enfrente su abuela con la Biblia en la mano.

—Pues pídaselo usted á ella.

Valvert repitió su demanda, pues la anciana era algo sorda, y no había comprendido de qué se trataba. La buena mujer temía á los artistas, considerándolos como gente extraña, fuera de la realidad y que en general lleva una vida disipada; así es que al pronto se negó rotundamente. Valvert insistió procurando desvanecer aquella prevención, que él adivinaba aunque la anciana no la había formulado; veía claramente que la muchacha sentíase tentada, que se despertaba en ella una curiosidad y que, en el fondo, estaba dispuesta á ceder, y tanto y tan bien supo defender su petición que al fin la abuela respondió:

—Veo, señor pintor, que no hay más remedio que hacer su voluntad.

—Gracias.

—Valvert no se atrevía á decir nada respecto de la paga de aquellos modelos de un nuevo género y al mismo tiempo deseaba indemnizarlos.

—Por supuesto, aventuróse á decir al fin, que aceptarán ustedes una compensación por el tiempo que les haré perder.

Pero la abuela no quiso ni hablar de ello.

—No, señor, no, dijo; Lucía nada puede aceptar. Si he consentido ha sido porque usted ha dicho que con ello le hacíamos un favor.

—Con mayor motivo, pues, se lo agradezco. ¿Me permitirán ustedes que venga mañana?

—Cuando usted quiera.

—Una pregunta, señorita Lucía. El tipo de usted ¿es italiano, lombardo?

—Mi madre era milanesa.

—Lo habría jurado. Hasta mañana.

Al otro día, en efecto, comenzaba el trabajo. Valvert no se había equivocado: el cuadro, apenas esbozado, prometía ser encantador. Había tenido buen cuidado de no arreglar la escena, á fin de no estropearla, y la reproducía tal como era, en su inocente intimidad, un tanto arcaica.

En los primeros días, Lucía se sintió cohibida; los ojos del artista, atentamente fijos en ella, escrutando su fisonomía, la turbaban, y no se atrevía á hablar ni á respirar apenas. Por otra parte, habría querido ver el trabajo del pintor, pero éste había dicho que no se lo enseñaría hasta que estuviera terminado, y Lucía había tenido que contentarse con lanzar á la tela algunas miradas furtivas que nada le permitían ver. También la abuela, al principio, estaba violenta; sus ojos apagados se dirigían hacia donde presentía que se hallaba Valvert, y su rostro expresaba una vaga inquietud.

De aquí que el artista hubiese comenzado su obra por el fondo y los accesorios, dejando las figuras para cuando sus modelos hubiesen recobrado su expresión habitual. Poco á poco Lucía y su abuela se familiarizaron con aquella faena, y la joven llegó á esperar con impaciencia la hora de la sesión, de tal manera que le parecieron largos unos días en que Valvert, aprovechando lo hermoso del tiempo, realizó algunas excursiones. Divertíase la joven como un niño viéndole sacar los colores de los tubitos de plomo, extenderlos sobre su paleta, mezclarlos hasta lo infinito con habilidoso arte; limpiar los pinceles, aplicar el aceite y el secante y manejar el raspador; todas aquellas operaciones, eran nuevas para ella. Gustábale también la conversación del pintor, quien, queriendo obtener una expresión sonriente, feliz, se ingeniaba para hablarle de cosas interesantes. Lucía no había estado nunca en Italia, pero amaba aquella tierra de su madre como una segunda patria, y era toda oídos cuando Valvert le describía las encantadas orillas del lago de Como, con sus terrazas de mármol y sus glorietas de rosas, las fértiles llanuras de la Lombardía y la rica y próspera ciudad de Milán, dominada por las blancas flechas de su *duomo*.

—Allí debe usted tener parientes; es preciso que siquiera una vez vaya á verlos.

—La familia de mi madre era poco numerosa y después de su matrimonio no volvió á ocuparse de ella; de modo que no conozco allí á nadie.

También le hablaba de París, de sus monumentos, de sus teatros, del Salón recientemente inaugurado y en el que él nada tenía aquel año por haber vendido su último cuadro á un americano que reservaba las primicias del mismo á una exposición de Nueva York. Todo aquello ejercía sobre la joven una fascinación involuntaria, aparte de que la compañía de Valvert resultaba muy agradable. Era el pintor un guapo mozo, elegante y de refinados modales; sus ojos castaños, su retorcido bigote y sus rizados cabellos obscuros habían hecho más de una conquista. Tenía para la abuela y la nieta delicadas atenciones, que ellas estimaban en mucho. Las sesiones parecíanle cortas á Lucía, y cuando Valvert se marchaba, la joven reanudaba su trabajo de encajera con una sensación de melancolía que á veces le duraba hasta el día siguiente.

—Es todo un caballero, decía á menudo la abuela. ¡Tan bueno y tan atento con una pobre vieja como yo. ¿Cómo es, dime? ¿Es alto?

—Sí, más bien alto.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años.

—¿No has visto nada de su cuadro, de veras?

—No, pero será muy bonito; estoy segura de ello.

—Supongo que Franz, á su regreso, no se disgustará. Y á propósito, piensa que debes decidirte y recuerda que prometiste dar una respuesta en junio.

—Ya lo sé, abuela, ya lo sé...

Y al decir esto, una ligera sombra empañaba la frente de la virgen lombarda.

* * *

—Una carta para usted, señorita Lucía.

Y el cartero entregaba á la joven un sobre con una porción de sellos extranjeros y cuya dirección estaba escrita por una mano torpe.

—Es de Franz, dijo la joven á su abuela cuando el cartero se hubo marchado.

Y con voz ligeramente temblorosa leyó:

«Querida Lucía, héteme ya en San Francisco y libre de mi compromiso con sir Sheldón. He estado tres semanas sin escribirte, porque nuestras últimas ascensiones en los Andes han sido largas y difíciles y también porque en esta tierra no abundan los correos ni los ferrocarriles; pero si, contra mi deseo, te he dejado sin noticias mías, en cambio mi pensamiento no se ha apartado un instante de ti. En las expediciones más peligrosas, en estas montañas tan diferentes de nuestros Alpes, tu imagen me acompañaba siempre y me infundía valor y fuerzas. Te veía entre tus flores, ocupada en servir á tus clientes, y veía asimismo á tu bondadosa abuela, y me decía que la cantidad que me pagaría sir Sheldón, al término de los seis meses convenidos, me permitiría proporcionaros á las dos un poco de bienestar, si es que consientes en ser mi esposa, como te pedí hace un año y como ahora de nuevo te pido. Me dijiste que querías reflexionar y, antes de mi partida, que mi ausencia te haría ver claro en tu corazón, y me prometiste una respuesta para junio. Dentro de unos días saldré para Nueva York, en donde me embarcaré inmediatamente, y de aquí á dos semanas estaré de regreso en Saint Moritz, no rico, pero sí dueño de unos miles de francos, y espero que este viaje, del que han hablado varios periódicos ingleses y americanos, dará confianza á los extranjeros y me llegaré á ser uno de los guías de la Engadina más solicitados. ¡Mi corazón se estremece cuando pienso que dentro de poco volveré á estar en nuestro hermoso valle! Esta parte de América es realmente magnífica, pero para mi gusto nada de esto vale lo que Suiza, y ninguna cima de los Andes puede compararse con la Bernina. Creo que no podré contener mis lágrimas de alegría cuando vuelva á ver nuestros lagos, nuestros bosques de alerces y nuestras praderas sembradas de rosagos y soldanelas.

»Hasta muy pronto, querida Lucía. Mucho te quería antes de partir, pero mucho más te quiero ahora. ¡Cuán cierto es que la ausencia tiene á veces sus ventajas! Cuento con tu respuesta para el mes de junio..., y cuento con que será afirmativa, ¿no es verdad?

»Da un abrazo de mi parte á tu abuela, y créeme tuyo más que nunca—*Franz.*»

—¡Excelente muchacho!, dijo la anciana. Puedes considerarte dichosa de verte solicitada por él.

Lucía había doblado la carta, guardándola en el pecho, y permanecía pensativa. Ella y Franz Kibli habíanse criado juntos; eran amigos de la infancia. El padre de Franz, un engadinés de pura sangre, era viudo y ejercía la profesión de guía; Franz, en cuanto había podido, habíale acompañado en las excursiones menos difíciles, y al morir su padre, sepultado bajo un alúd en las vertientes del Rozeg, el muchacho, que tenía entonces diez y ocho años, había abrazado el mismo oficio, pues el amor á los Alpes era en él una segunda naturaleza. Con los años, su amistad por Lucía habíase transformado en un cariño concentrado y profundo, en una especie de culto ingenuo y tenaz, y sin saber si se parecía ó no á las vírgenes de la escuela lombarda, la adoraba como á una madona. A la joven agradábale el mancebo, pero no sentía aún por él la pasión necesaria para acceder á su demanda de matrimonio tres veces reiterada; su sentimiento hacia él no era ya amistad, pero no llegaba todavía al amor, por lo menos ella así se lo figuraba. Y cuando el verano antes un archimillonario americano, apasionado trepador de montañas con quien Franz había escalado todas las altas cimas de la Engadina, propuso al joven guía que le acompañase en una exploración de los Andes, ella misma había aconsejado al muchacho que aceptase, asegurándole que á su regreso estaría decidida... De esto hacía más de seis meses, durante los cuales Franz había escrito, con toda la frecuencia posible, largas cartas, sencillas y cordiales, que reflejaban las cualidades de su carácter.

La abuela no acertaba á explicarse las vacilaciones de Lucía. La primera vez que Franz habló de matrimonio, ella había aconsejado á su nieta que contestase afirmativamente, añadiendo: «El oficio de guía es peligroso indudablemente y nuestras montañas han dejado en la viudez á muchas mujeres; pero ¡qué diantre!, no todo el mundo muere en los Alpes y además Franz es prudente y no se expone sin necesidad... Es un corazón de oro que hará dichosa á su mujer.»

Y cada vez que llegaba una carta repetía esos consejos.

Franz regresaría de un momento á otro y Lucía estaba aún indecisa; y en aquel hermoso atardecer de primavera que iluminaba los campos de nieve y los ventisqueros con sus estrías moradas y de color de rosa, delante de aquel valle en donde todo comenzaba á brotar y á verdecer, turbaban su alma una extraña impresión de malestar y unas sensaciones indefinibles, como si entre ella y Franz fuese á surgir un obstáculo nuevo y desconocido. Dentro de quince días estaría allí Franz y le preguntaría qué había resuelto; y á ella parecíale que la resolución se hacía cada vez más difícil, y con la simpatía sincera que sentía por el muchacho mezclábanse vacilaciones de las que no sabía darse cuenta.

* * *

El cuadro adelantaba y Valvert mostrábase satisfecho. Las sesiones efectuábanse diariamente y Lucía, en el paroxismo de su curiosidad, las esperaba con impaciencia.

—¿No me dejará usted verlo?, preguntó un día.

—No, mientras no esté terminado.

A medida que, en el curso de su labor, estudiaba el rostro de la joven, encontrábalo más encantador, con aquella redondez de mejillas y barba, aquella gracia de la mirada que parecía ocultar un ardor secreto, como llama amortiguada por un velo, y aquella sinuosa línea de la boca que le recordaba la de la Gioconda, que tantas veces había él admirado en el Louvre.

Sentía un verdadero goce artístico y una profunda gratitud á la que se lo proporcionaba; pero sentía al mismo tiempo algo de vanidad, porque no podía dudar de que él también agradaba á la amable tendera. Y sin avanzar más en sus reflexiones, saboreaba el rústico sabor de aquel idilio, sin darle importancia y como se aspira el perfume de una flor silvestre hallada por azar al borde de un camino.

Las adorables flores engadinesas comenzaban á ufanarse. Era mayo y soplaba el tibio viento Sur cargado de efluvios de Italia; en pocos días la nieve se había derretido como por milagro, y apareció triunfante la primavera. Valvert, cuando no estaba ocupado en su pintura, se paseaba admirando aquel rápido cambio, que tenía todo el atractivo de una mutación de comedia de magia. Los azafranes surgían á millares y sobre el delicioso verde de los prados destacábanse ya algunas campanillas blancas, ranúnculos y anémonas. Aquel período que sucede á las prolongadas escarchas es soberbio en la Engadina: el agua corriente susurra por todas partes y en todas partes aspíranse olores de savia; hasta los abetos y los alerces se alegran en medio de aquella límpida luz, el espejo de los lagos es de una transparencia ideal y el corazón más insensible se emociona en presencia de tanta belleza, de tanta frescura, de tanta poesía.

Franz Kibli llegó en una tarde magnífica, tarde de oro y de púrpura, en que las montañas parecían incendiarse; y cuando la diligencia le dejó en Saint Moritz, tenía los ojos llenos de lágrimas. En Coire había tenido intención de expedir un telegrama á Lucía, pero luego decidió sorprenderla, y al llegar á su pueblo corrió hacia la casa de la joven; cuando abrió la puerta, estaba enteramente pálido. La lámpara de la tienda no estaba aún encendida, así es que en aquella semiobscuridad no pudo observar el guía la alteración que el rostro de Lucía sufrió al verle; pero lo que sí observó es que no le acogían con la expansión que él esperaba después de tan larga ausencia, y aquellos primeros minutos del regreso que él se había imaginado de embriagante dulzura dejáronle desilusionado y casi triste.

Pasó la velada con Lucía y su abuela, que compartieron con él su modesta cena. La joven mostróse afectuosa, hízole muchas preguntas sobre su viaje y se extasió entre los regalos que le traía, un collar y una sortija, porque como á todas las italianas gustábanle las joyas; pero Franz hubiera querido algo más y se fué melancólico.

Al otro día, cuando entró en la tienda, encontró á Valvert pintando.

Lucía le presentó al pintor.

—Franz Kibli, un amigo de la infancia y uno de nuestros mejores guías que regresa de América...

—Anoche en el hotel, dijo Valvert, se hablaba de las ascensiones realizadas por usted en los Andes. Le felicito y me congratulo de estrechar su mano.

Franz estaba sorprendido y turbado: parecíale que Lucía debía haberle hablado la víspera de aquel cuadro; y aunque nada tenía de extraordinario que, siendo la muchacha bonita, como era, un pintor hubiese querido retratarla, el muchacho sentíase contrariado y entendía que ni ella ni su abuela debían haberse prestado á ello. Esto no obstante, admiró la obra, que estaba casi terminada.

—Tal vez la enviaré al próximo Salón, dijo Valvert.

Franz ignoraba lo que era el Salón; pero al pensar que aquella tela iría por el mundo, sintió una repugnancia, como si en ella le robaran algo de su amada, y su melancolía del día antes subió de pronto agravada por cierta inquietud.

Sus compañeros, los guías, que le estimaban y le querían, celebraron su regreso con un *bierabend* en una cervecería de Saint Moritz; mas ni aquella fiesta ni las visitas que tuvo que hacer le distrajeron de sus tristes pensamientos, y temeroso de una respuesta negativa, dejó transcurrir una semana sin atreverse á hablar á Lucía de lo que tanto le interesaba.

Terminóse el cuadro que resultó admirable, así por la perfección del parecido, como por la sobriedad y delicadeza de la hechura y por la armonía de los colores exquisitos.

«Es uno de mis mejores cuadros de género, pensaba Valvert; pero Duvernoy me regañaría si supiese que no he seguido sus consejos.»

Lucía sentíase halagada y lo demostraba inocentemente, dando así un nuevo motivo de tristeza á Franz, que hubiera querido verla indiferente y sobre todo que cesaran las visitas del pintor, puesto que el cuadro estaba ya concluído. Pero Valvert, por gratitud á la joven y por deferencia á la abuela, continuaba yendo á la tienda cada dos ó tres días; sentábase un rato, hablaba de cosas insignificantes, hacíase referir por la anciana leyendas engadinesas cuyo sabor regional apreciaba y escuchaba á Lucía relatar los sucesos de la aldea. El cuadro había excitado la curiosidad en toda la comarca, y á Valvert le pidieron que lo expusiera en uno de los salones de la *Kurhaus* á beneficio de una obra de beneficencia, los periódicos locales habían hablado de él y Lucía no era insensible á aquella atmósfera de popularidad. Franz, en cambio, habría querido impedir á toda costa aquella exposición, pero apenas se atrevió á insinuar una ligera observación que pareció molestar á la joven. La abuela no veía en aquello ningún mal, puesto que el cuadro se exponía en la comarca, en donde todo el mundo conocía á Lucía, y que se trataba de coadyuvar á una buena obra.

Cada vez que Franz encontraba á Valvert en la tienda, sentía un sufrimiento, en las frases más insignificantes veía un doble sentido; espiaba las más inocentes miradas de Lucía, y las visitas del pintor, que nunca eran muy largas, á él se le hacían interminables.

* * *

Mediaba junio; los huéspedes de invierno habían partido y comenzaban á llegar los de verano. Las diligencias del Tirol, de Coire y de Chiavenna traían diariamente viajeros y todos los hoteles habíanse abierto de nuevo

Valvert prolongaba su estancia en aquel pintoresco valle, al que había cobrado cariño y cuyo aire fortificante le había sentado admirablemente; comía con apetito, dormía perfectamente; sus trastornos nerviosos, que habían movido á Duvernoy á aconsejarle aquel viaje, habían cesado en absoluto; y en cada soplo de brisa, de aquella brisa de los Alpes que ha pasado por los ventisqueros y huele á helecho, á resina y á musgo, parecíale respirar vigor y alegría. En los campos, los azafranes y las campanillas habían sido substituídos por los ranúnculos, que transforman ciertos rincones de la Engadina en una alfombra de oro, por las anémonas de color de azufre y por las gencianas multicolores. Valvert se maravillaba de aquella variedad de especies, de aquella riqueza de coloraciones; nunca había visto miosotis tan azules ni claveles tan sonrosados. Encantábale también la abundancia de paseos fáciles y descansados y se pasaba diariamente muchas horas vagando por los senderos que escalan en ziszás la vertiente de Piz Rosatsch, ó costean los lagos de Sils y de Campfer, ó conducen á Samaden y Pontresina. En todas partes hay bancos para los paseantes, y sentado en alguno de ellos, extasiábase el artista contemplando los horizontes, grandiosos unos, de sosegada intimidad otros, de aquella admirable región, ora en las mañanas de embriagante frescura y llenas de aéreos resplandores rosados, ora en las tardes gloriosamente soleadas ó en las purpúreas claridades del crepúsculo. A menudo acompañábale en sus excursiones la imagen de su encantador modelo, y entonces pensaba en la joven como en una amiga gentil en el presente y un recuerdo amable para el porvenir.

Franz aún no había pedido á Lucía su contestación; veinte veces había estado á punto de hacerlo, y siempre le había contenido algo, un miedo insuperable que paralizaba su lengua en el momento de pronunciar las palabras de las cuales había de depender su dicha. Maldecía á Valvert con toda su alma, y habría querido destruir aquel cuadro, pues atribuía al pintor y á su obra una influencia nefasta; asaltábanle negros pensamientos, y á veces se decía que más le habría valido perecer en una de sus ascensiones á los Andes ó naufragar en el viaje de regreso. Una noche se encontró, sin darse de ello cuenta, rondando la casa de Lucía como si esperase descubrir algo. En una palabra, era horriblemente desgraciado.

Valvert no tenía temperamento de alpinista; sin embargo, para hacer lo que todo el mundo, quiso realizar algunas excursiones importantes, y necesitando para ello un buen guía, dirigióse á Franz, sin sospechar lo que éste pensaba y sentía respecto de él, y le suplicó que le aconsejase en la elección de las cimas adonde poder subir y le acompañase en sus ascensiones. Franz, al pronto, se negó, pretextando que necesitaba descansar de su viaje y que hasta más adelante no reanudaría sus tareas; pero el artista insistió, porque sentía una simpatía grande por aquel muchacho de ojos inteligentes, de varonil belleza de montañés.

—Fije usted mismo las condiciones, le había dicho.

—No se trata de condiciones, puesto que hay una tarifa; deseo descansar.

Valvert se admiró de aquella obstinación, mas no se le ocurrió que la causa de la negativa del muchacho fueran los celos.

La temporada veraniega había empezado con gran concurrencia de extranjeros, y como no se hablaba más que de ascensiones, el pintor, estimulado por el ejemplo de los demás, volvió á la carga. Franz estimaba su reputación de guía valeroso, y por otra parte necesitaba, á pesar de la generosidad de sir Sheldón, ganarse la vida. ¿Qué razones podía alegar para obstinarse en no acompañar á Valvert? Tal conducta necesariamente había de perjudicarle, porque le tomarían por un caprichoso y terco, y otras muchas personas titubearían en solicitar sus servicios

—Tengo toda mi confianza en usted, dijole un día Valvert; además, usted conoce el francés y, por consiguiente, con usted podré hablar.

Estas palabras habían sido dichas cordialmente; pero Franz, víctima de su idea fija, creyó que Valvert quería desorientarle; esto no obstante, al fin aceptó.

—Sea como usted quiere, dijo. Le aconsejo que

empiece por el paso de los Murets y me pongo á su disposición.

—Perfectamente. ¿Y cuándo?

—Pasado mañana.

—¡Convenido!

Aquella primera excursión fué tan bien, que Valvert quiso realizar otras. Juntos efectuaron cinco ó seis, no peligrosas, pero sí un tanto difíciles, y el pintor se aficionaba cada día más á ellas. Sus ojos de artista gozaban lo indecible con el variado espectáculo de la montaña: aquí las plateadas fajas de las cascadas; allí los derrumbaderos obscuros ó las azuladas ondulaciones de los ventisqueros; en unos sitios, abismos profundos; en otros, atrevidos picachos de extraños perfiles, y en todas partes, un panorama de líneas inmutables y de variados matices, según los juegos de la luz y de las nubes; una majestad y una calma que le impresionaban como nunca hubiera podido figurarse.

Franz era un guía perfecto; tenía la cabeza sólida y las corvas flexibles; era á la vez perseverante y prudente; la pasión y el sentimiento de la montaña eran innatos en él y comprendía el alma de sus montes. Con razón había dicho Valvert que podía hablarse con él; en efecto, aunque carecía de instrucción, había observado mucho y sabía decir cosas interesantes á propósito de animales, de minerales y de plantas, expresándose á veces con bellas frases.

Valvert gozaba con su compañía y se lo manifestaba; pero todo era inútil, porque Franz se limitaba á cumplir concienzudamente su deber y se mantenía hostil á toda intimidad; es más, aquellas muestras de afecto del pintor le ofendían, le irritaban, porque las interpretaba como ironías. Si Valvert pronunciaba el nombre de Lucía, estremecíase interiormente, y los elogios que aquél dedicaba á la gracia y á la belleza de la joven le quemaban la sangre. En tales ocasiones decíase el pintor que su guía era un ser realmente extraño; pero no daba á la cosa más importancia que á los cumplidos que dirigiera á Lucía.

—¿Piensa el señor estar mucho tiempo en Saint Moritz?, preguntó cierto día Franz.

Si Valvert le hubiese contestado «Partiré mañana,» ¡qué peso se le habría quitado de encima al inquieto enamorado!

Pero, en vez de ello, el pintor le respondió:

—Resueltamente me gusta la Engadina; su clima me sienta bien, y sin la menor intención de romperme el alma, deseo hacer algunas excursiones todavía; y como por otra parte deseo ensayarme en la pintura alpestre, es probable que pase aquí todo el verano.

¡Todo el verano! Franz quedóse mudo de pasmo, porque estaba seguro de que mientras el pintor estuviese en Saint-Moritz, una nube, quizás cada vez más espesa, se interpondría entre él y Lucía, y de que no conseguiría la respuesta definitiva que tanto anhelaba, sobre todo si había de ser satisfactoria.

¡Todo el verano! Es decir, mucho más tiempo del que se necesitaba para acabar de enloquecer á Lucía. ¡Todo el verano! ¿De modo que el pobre guía ya no tendría una hora de tranquilidad? Y por añadidura había de acompañar á Valvert, estar días enteros en contacto con él, roído por aquellos celos más punzantes cada día.

Precisamente Valvert volvía á la carga.

—¿No le parece á usted que estoy bastante aguerrido para emprender alguna ascensión de cierta importancia? Confieso que la Bernina me tienta; vista entre dos desgarrones de nubes ó á la hora del crepúsculo iluminada por los rayos del sol, es de una belleza incomparable y se siente uno enamorado de ella como si fuese una mujer.

—Esta ascensión es una de las más difíciles.

—Lo que quiere decir que para mí es imposible. ¿Cuál otra puede hacerse?

—La del Corvatsch, aunque en esta estación las grietas muchas veces están cubiertas todavía de nieve y hay que ir con gran cuidado.

—Bueno, me contentaré con el Corvatsch.

Dos días después emprendieron la excursión, con un tiempo espléndido. Primeramente subieron á la Fuorcla Surly y luego anduvieron unas dos horas al través del ventisquero.

—¡Esto es superior á cuanto me imaginaba!, decía Valvert.

—Pues aguarde usted á que estemos en la cumbre.

—¡Y qué día tan hermoso!

—Casi demasiado..., sí, casi demasiado. Temo un brusco cambio de tiempo. Apresurémonos.

En la cima, Valvert se extasió mientras el guía le explicaba el panorama.

—Es un panorama distinto del del Piz Languard, pero no menos grandioso; los Alpes tiroleses están más lejos y la Bernina nos oculta los de la Valtelina. Pero mire usted los Alpes del Valais y los berneses, los grupos de Disgrazia Forno, del Bergell, de Avers y de Adula; y luego ese inmenso ventisquero del Roseg, y allá en lontananza, nuestros bellos lagos, Sils, Silvaplana, Campfer, Saint Moritz...

—Sí, exclamó Valvert; es una comarca divina.

Y emocionado contemplaba las tupidas praderas, en donde las casas parecían belloritas aquí y allí sembradas, el cristal azul intenso de los lagos tranquilos, los bosques de abetos y de alerces, y aquel prodigioso caos de agujas, de picos, de cúpulas, de leguas y leguas de blancura inmaculada, interrumpida unas veces por sombras misteriosamente amenazadoras y otras por ciertos reflejos de suavidad inefable. Aquel día tuvo Valvert la revelación completa de la naturaleza alpestre, y á fuer de verdadero artista, sentíase fascinado.

Pusiéronse á comer con apetito, pues la subida había sido ruda, y de pronto preguntó el pintor:

—¿La señorita Lucía no ha estado nunca aquí?

Era simple curiosidad; pero en aquel momento más que nunca el oir el nombre de la joven en la bios del artista impresionó dolorosamente á Franz, quien contestó secamente:

—No.

¿De modo que aquel parisiense pensaba en todas partes en aquella á quien Franz consideraba como su novia? ¡Había para perder la cabeza, para cometer una locura!

Y desde aquel instante el rostro del guía se ensombreció á la par del tiempo, que bruscamente se había modificado. Densas nubes cubrían entonces el firmamento, y de repente, como en una mutación escénica, envolvieron el sublime paisaje de las cimas.

—Paréceme que el cielo ha tomado un aspecto poco tranquilizador, dijo Valvert.

—Tal vez se acerca una terrible tempestad; démonos prisa á bajar, y para más seguridad nos ataremos el uno al otro con esta cuerda.

—El camino no me ha parecido peligroso.

—Con buen tiempo no lo es, pero con lo que se prepara...

Media hora después la tempestad había estallado con toda su furia; un viento huracanado silbaba y aullaba levantando espesos torbellinos de nieve, y el cielo se obscurecía por minutos. Muy pronto el guía y el pintor no pudieron ver ni dónde ponían los pies.

—Es inútil que avancemos, dijo Franz; detengámonos junto á esa roca, que tal vez la tormenta no tardará en pasar. Pero tenga usted en cuenta que estamos en el sitio de mayor peligro. ¡No haga usted el menor movimiento!

Valvert, aunque sabía que aun en verano se producen en los altos Alpes esas tempestades, sentíase desagradablemente sorprendido; su afición al ascensionismo, que en él era hija sólo del capricho, habíase desvanecido de repente, y se prometía no reincidir. Agarrábase lo mejor que podía á una saliente del peñasco sostenido por Franz, en tanto que la violencia del huracán crecía y la nieve, azotada por todos lados, le cegaba. «Sería muy triste—pensaba—haber venido á morir de esta manera; si llego á arriesgarme sin guía, estaba perdido.»

Franz permanecía silencioso, pues aparte de que no se habrían oído las palabras en medio de aquel estrépito de los elementos, tenía puesto todo su pensamiento en Lucía y mentalmente repasaba todos los sucesos acaecidos desde su regreso, fijándose en los más pequeños pormenores, que tenían para él una significación exagerada.

Ahora estaba convencido; sus imaginaciones parecíanle realidad tangible y claros como el agua de manantial los proyectos perversos del pintor.

¡Y estaban allí los dos, solos en los blancos Alpes, en medio de una tempestad formidable, azotados por el viento y por la nieve y sin ver nada en torno suyo! Pero Franz sabía que el precipicio estaba á dos pasos y que el menor movimiento significaba rodar al abismo sin esperanza de agarrarse en parte alguna. Estaba allí, solo con aquel hombre, su enemigo mortal, por quien desde hacía tantas semanas padecía cruel tormento y que quería robarle lo que él más amaba en el mundo. ¿Inconscientemente, por hábito sin duda, explotando su prestigio como un espejuelo para cazar infelices alondras? Quizás sí; pero no, no era posible. Un hombre tan inteligente como aquel debía saber el daño que causaba; y á pesar de esto lo causaba, sin tener siquiera la excusa de una pasión avasalladora, porque Lucía sólo podía ser para él un capricho, sin sentir ninguna piedad para los demás. ¿Y los demás habían de tener piedad de él? ¿No se presentaba como un ser maligno al que convenía destruir? De nuevo pensó Franz en la peligrosa situación en que se hallaba, en plena tormenta, en aquella montaña solitaria y con el abismo á dos pasos; y de pronto apoderóse de él una tentación horrible. Aquel hombre era su enemigo mortal; aquel hombre trataba de robarle lo que más amaba en la tierra. ¿No tenía él el derecho de defenderse? ¿Acaso no nos defendemos contra los ladrones, contra los asesinos, contra las fieras? No tenía más que alargar la mano y desatar la cuerda... y el otro rodaría por la rápida pendiente y se hundiría en la grieta insondable. Accidentes de ese género ocurren á menudo, y por consiguiente, ¿quién podría sospechar de él? ¿Qué pruebas podrían aducirse en contra suya?

Pero aquella tentación no hizo más que cruzar como un relámpago de locura por la mente del guía, que en seguida volvió en sí, indignado consigo mismo y sintiendo que toda la nobleza de su alma se sublevaba. Los Alpes no sólo dan á sus hijos fuerza corporal; incúlcanles también algo de su grandiosidad y de su pureza. Franz pidió mentalmente perdón de aquel mal pensamiento á su patria, á sus compañeros, los guías, á Lucía, y apretando con más vigor la cuerda, redobló su energía para sostener á Valvert, que temblaba de frío y de miedo.

—Señor, beba usted un trago de coñac y no se asuste; creo que la tempestad se calmará pronto.

En efecto, el viento disminuía y en la cumbre de la montaña vislumbrábase una vaga claridad. Una hora después, todo peligro había desaparecido y los dos expedicionarios entraron en Saint Moritz con un tiempo espléndido.

—Me ha salvado usted la vida, dijo el pintor.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, respondió Franz.

Y no quiso aceptar la gratificación que Valvert quería darle.

* * *

Algunos días después, el Sr. Waldhaus, pastor de Saint Moritz, regresaba de visitar á un enfermo que vivía en una casita perdida en las alturas. Hacía más de treinta años que ejercía el sagrado ministerio en aquel pueblo y conocía á todos los habitantes de la comarca y todos le conocían á él. Los que frecuentaban la Engadina y que desde hacía tanto tiempo le encontraban cada año en su puesto, siempre vivaracho y ligero de piernas, asombrábanse de lo bien que se conservaba. Era bondadoso y caritativo é incesantemente recorría su parroquia, enterándose de todo para poder ser útil á todos, viviendo como un asceta y sin otra pasión ni distracción que la botánica. Había publicado una flora del país, en un tomito de bolsillo que se vendía á beneficio de los pobres.

Atravesaba el Sr. Waldhaus un bosque de alerces, lleno de delicadas orquídeas, y deteníase á cada paso para coger algunas de estas flores, cuando al doblar un sendero parecióle oir detrás de un grupo de helechos casi arborescentes un ruido extraño, como un lamento entrecortado por sollozos. «¿Qué podrá ser esto?»—preguntábase el anciano, pensando que se trataba tal vez de algún niño perdido.

Avanzó unos pasos, apartó los helechos y quedóse asombrado. Franz Kibli estaba tendido en el suelo, con la cabeza entre las manos y sollozando. «¡Vaya una cosa extraña!—pensó el Sr. Waldhaus.—Franz Kibli no es ningún chiquillo y sus motivos ha de tener para llorar de este modo... ¡Jem, jem, jem!»

Tosiendo fuertemente para avisar su presencia, avanzó el pastor; pero Franz no parecía darse cuenta de nada, y para que levantase la cabeza fué preciso que el Sr. Waldhaus se inclinase sobre él y le pusiese la mano en el hombro.

—¡Oh, señor pastor!, exclamó el joven turbado.

—¿Qué te pasa, muchacho?, preguntóle el señor Waldhaus, de quien Franz había sido catecúmeno y que seguía tuteándole. Sabes que te quiero y que conmigo se puede hablar libremente.

—No me pasa nada, respondió el joven con cierta brusquedad.

—Guárdate el secreto si así te conviene; pero quisiera poder serte útil...

Aquel acento paternal conmovió á Franz, quien, por otra parte, sentía gran necesidad de confiar su pena á un corazón simpático.

—Señor, Lucía no me ama.

—¿Qué dices? ¡Y yo que creía que el día menos pensado vendríais á verme y á pedirme que anunciase vuestro matrimonio!

—También yo lo creía, y á mi regreso de América, estando en el barco, ¡cuántos proyectos hermosos formaba! Parecíame que todo marcharía viento en popa y que Lucía sentiría la misma ansiedad que yo... En una palabra, me consideraba dichoso; pero apenas llegado, comprendí que me había equivocado lastimosamente, que todo aquello no era más que un sueño, que entre ella y yo existía no sé qué, algo que no había cuando me marché y que ahora nos separa...

—¡Esas son imaginaciones!

—No; Lucía está distraída, preocupada, y la abuela parece también inquieta...

—¿Le has hablado?

—No; pobre mujer, hay que dejarla envejecer en paz... Además, me figuro que Lucía no se lo dice todo...

—¿Sospechas, pues, algo?

—Nada..., nada ..

—Tú sospechas algo, replicóle el pastor cogiéndole afectuosamente la mano.

—Pues bien, sí, exclamó Franz, que ya no podía contener su pena y sentía la imperiosa necesidad de un consuelo, de un apoyo.

—¿Es grave la cosa?

—¡Quién puede decirlo! Lo cierto es que Lucía parece haberse alejado de mí durante mi ausencia..., y sin embargo, de ciertos indicios deduzco que acabaría por amarme como yo la amo.

—¿Cuál es la causa de ese alejamiento?

—No puede ser más que una, ese maldito cuadro, el trato con ese pintor que le ha metido en la cabeza no sé qué quimeras. ¡Oh! Es cierto que no soy hombre de ciudad, añadió con tristeza, ni elegante, ni hablo bien..., pero mi única aspiración es rodearla de atenciones, de cariño, hacerla dichosa...

—No exageremos, Franz; Lucía es buena...

—Pero puede engañarse á sí misma... ¡Ahí está el obstáculo, señor pastor! ¡Estoy persuadido de que ahí está!

El Sr. Waldhaus reflexionó un momento y dijo, lanzando un suspiro:

—Tal vez tengas razón... Pero te repito que no hay que exagerar. El Sr. Valvert es todo un caballero; pero Lucía es guapa y quizás él le ha dirigido algunas lisonjas. La cuestión está en saber cómo las ha tomado ella... ¿Tienes confianza en mí?

—La tengo.

—Pues deja á mi cuidado este asunto. No has de juzgar á Lucía sin pruebas..., todo se reduce á una mala inteligencia que yo me encargo de disipar... ¡Y lo más pronto posible!, añadió sonriéndose. Pero hay que ser prudente y tus sospechas podrían ofender á Lucía; no le demuestres lo que sientes, al contrario, violéntate y sé con ella más atento y más cariñoso.

—¡Oh, señor! ¡Cómo me animan las palabras de usted! Yo, que jamás he temblado en las más peligrosas ascensiones, estaba ahora mismo, como usted ha visto, llorando ni más ni menos que un niño. ¿Cree usted que aún puedo esperar?

—Lo creo firmemente. Lucía no es una tonta y ese parisiense no es un hombre sin conciencia. ¡Hasta muy pronto, Franz, hasta muy pronto!

El Sr. Waldhaus prosiguió su camino hacia la aldea. Los alerces, agitados por el viento, vibraban como cuerdas de una lira; las orquídeas embalsamaban el aire, y al través del obscuro ramaje filtrábanse adorables chorros de luz; pero el anciano no prestaba atención á nada de aquello, preocupado solamente por lo que le había contado Franz. «Obrar con franqueza, ir á ver al Sr. Valvert y hacerle entender de un modo discreto todo el daño que causa inconscientemente, estoy seguro de ello... ¡Sí, es lo más sencillo!»

Así reflexionaba el Sr. Waldhaus, quien una hora después presentábase en el hotel en donde vivía el pintor y se hacía anunciar á éste. Valvert, sorprendido, recibió inmediatamente al pastor.

—Perdone usted que venga á molestarle, dijo el Sr. Waldhaus, y que yo mismo me presente.

—Yo soy quien ha de pedir á usted disculpa por recibirle en este cuarto. Podríamos bajar al salón...

—Al contrario, lo que he de decirle es algo delicado.

—Hable usted.

—Empezaré por decirle que mis feligreses son para mí unos hijos, cuyas alegrías y aflicciones comparto, y que tengo á usted por un cumplido caballero. Y añadiré ahora que usted, sin querer, hace sufrir mucho á un excelente muchacho y pone, quizás, en peligro la felicidad de una joven.

—No comprendo á usted; por favor, explíquese francamente.

—Ya suponía yo que nada sospechaba usted, ni siquiera que Franz Kibli está enamorado de la muchacha cuyo retrato ha pintado usted.

—En efecto, no lo sospechaba; la señorita Luisa me lo presentó como un amigo de la infancia...

—Que se ha convertido en pretendiente perdidamente enamorado y que espera, desde hace más de un año, que Lucía se decida.

—Adivino lo demás, dijo Valvert sonriéndose; Franz se figura que yo cortejo á su amada y teme que ella le deje por mí.

—Poco más ó menos es esto, replicó el Sr. Waldhaus sonriéndose á su vez. Los enamorados no razonan y hace un momento me he encontrado á Franz en el bosque llorando amargamente.

—¡He aquí por qué se negaba á servirme de guía y se mostraba tan poco sensible á mis demostraciones de simpatía! ¡Pobre muchacho!... Excuso decir á usted que está enteramente equivocado.

—Estaba convencido de ello cuando he venido.

—¿Pero es que la Srta. Lucía no le ama?

—Le ama sin darse de ello cuenta.

—O le amará... cuando yo me haya marchado... ¿Pero es posible que Lucía se haya figurado?...

—No lo creo, á lo menos seriamente.

—Ahora me explico la cara triste que puso Franz cuando le dije que pensaba pasar aquí todo el verano. Tranquilícele usted; dentro de tres días habré partido de Saint-Moritz.

—Es más de lo que yo deseaba... ¿Y le contrariará á usted mucho marcharse?

—Un poco, lo confieso; pero hay que cortar por lo sano. Iré al Righi ó al Oberland.

—Gracias, caballero; tengo la seguridad de que antes de fin de año casaré á esos dos muchachos, que son dignos el uno del otro.

—Sin embargo, no puedo partir sin despedirme de Lucía y de su abuela, que tan amables han sido conmigo.

—Tengo absoluta confianza en usted. Y de nuevo doy á usted las gracias en nombre de los dos, porque serán dichosos. La caridad no consiste únicamente en dar pan.

Dos días después entraba Valvert en la tienda de Lucía.

—Vengo á despedirme de ustedes.

—¿Se va usted?, exclamó la joven palideciendo ligeramente.

—Dentro de una hora parto para Tarasp, y antes he querido expresar á usted y á su abuela todo mi agradecimiento.

—¿Volverá usted el año que viene?, preguntó Lucía con acento vacilante.

—No es probable, porque tengo encargados muchos cuadros importantes... Si vuelvo, será dentro de dos ó tres años..., quizás en viaje de novios, pues mi tía, única pariente que me queda, se empeña en casarme.

Lucía palideció un poco más, y después de un momento de silencio, dijo:

—Pues buen viaje, Sr. Valvert.

El pintor le dió la mano, estrechó la de la abuela y se fué. «Ahora Franz Kibli podrá dormir tranquilo,» murmuró.

Lucía habíase quedado en la puerta viendo cómo se alejaba. Valvert caminaba de prisa, y pronto desapareció sin haber vuelto la cabeza.

El cielo estaba hermoso; sólo hacia Oriente flotaba una nubecilla ligera, muy ligera.

La joven ya no sufría; sentía únicamente la sensación algo triste del despertar de un ensueño vago, pero que prometía, al parecer, ser encantador.

La nubecilla se diluía en copos que uno tras otro se fundieron; así desvanecíase su ilusión tenue, inconcreta, de la que ya nada quedaba. Entonces aparecióscle la imagen de Franz y vió á éste tal como era; varonilmente hermoso, lleno de valor y de energía, con un corazón tan generoso y tan tierno como fuerte era su brazo. Y sintió que sería bueno apoyarse en aquel brazo para caminar por la senda de la vida y confiar su destino á aquel corazón.

* * *

En diciembre de aquel mismo año, Valvert recibió del Sr. Waldhaus las siguientes líneas: «Mi estimado amigo: ayer casé á Lucía y á Franz. Son dichosos; ¡ya se lo dije á usted! Esta obra no será de las menos bellas que haya usted producido.»

Y en 1.° de enero, Franz Kibli recibía un cheque de 2.000 francos, acompañado de estas palabras de Valvert:

«He vendido el retrato, y el comprador es, por rara coincidencia, sir Sheldón, con quien exploró usted los Andes. Acepte usted el precio del lienzo para su primer hijo, cuyo padrino quiero ser.»



Barcelona.— Objetos descubiertos y coleccionados por las brigadas del Banco Hispano Colonial en el derribo de las casas afectadas por la reforma y destinados á los Museos Municipales. (De fotografía de J. Brangulí.)

A medida que la picota demoledora va derribando las antiguas construcciones que es necesario hacer desaparecer para que se abra paso la gran vía A. de la Reforma de Barcelona, van reuniéndose, en el solar cercado que reproducimos, cuantos fragmentos arquitectónicos y objetos de más ó menos interés artístico se desentierran. Hasta el presente se han expuesto en dicho sitio, que es visitadísimo por curiosos más ó menos inteligentes, una ánfora romana, un elegante ventanal ajimezado y dos arcos de galería ojivales; varios jambajes de puertas y ventanas del Renacimiento, algunos con ornamentación heráldica en el dintel; buen número de bases, ménsulas, capiteles, medallones y esbeltas columnillas en haz y poligonales, pertenecientes á ambas épocas; y además algunos hierros, ornamentados marcos de alcoba, dos brocales pétreos de pozo, etc., etc. Todos estos objetos, así como una cupulilla pintada al fresco acerca del mérito de la cual andan desconformes los pareceres, y que hay el propósito de salvar entera, serán trasladados, después que los haya seleccionado y clasificado la junta arqueológica al efecto nombrada, á los Museos municipales, que no podrán menos de agradecer, así como los barceloneses, al Banco Hispano-Colonial el respeto con que ha procurado salvar de la destrucción cuanto le ha parecido que podía tener un interés histórico ó arqueológico.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 21 de diciembre de 1908 — Núm. 1.408

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Andrea del Sarto, que se conserva en la Galería Barberini, de Roma

Esta obra fué pintada en los últimos años del artista, en 1526-27, y de ella hay notables copias en Madrid y en la colección Westmínster de Londres

ADVERTENCIA

Estamos terminando la impresión del tomo quinto y último de la serie del presente año de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que será

LA ILÍADA, POEMA DE HOMERO

traducción literal en prosa por el Dr. L. Segalá Estalella; notable edición ilustrada con veinticuatro cabeceras dibujadas por Flaxman y veinticinco láminas del profesor A. J. Church.

Así por la importancia de la obra inmortal, como por lo esmerado y escrupuloso de la traducción y por la belleza de las ilustraciones, tenemos la seguridad de que el libro agradará extraordinariamente á nuestros subscriptores y será uno de los más interesantes de la BIBLIOTECA.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me parece ocasión oportuna de contar un cuento de Navidad, de la Navidad española. Si quisiese darle título, robaría á Shakespeare el de una de sus comedias: *La doma de la tarasca.*

* * *

La familia es de las que más abundan: clase media que no se resigna á pertenecer al pueblo. Con esta sencilla definición puede que bastase para formar exacta idea de las interioridades; sin embargo, bosquejaré la situación de sus individuos.

El jefe nominal es un hombre de bien, trabajador por necesidad. Todos los días concurre á su oficina, y allí fuma quince ó veinte cigarrillos, charlando largamente de la próxima crisis, de la actitud de Lerroux, del crimen más reciente y de la piececilla en el teatro barato, al cual acompañó á sus hijas la semana anterior. Es un medio como otro cualquiera de sacar á relucir á las niñas, pues sospecha que entre los compañeros de oficina alguno las hace cocos, y sueña con el yerno—para que sus vástagos continúen la dinastía burguesa,—no vayan á tener la endiablada ocurrencia de casarse con un carpintero ó un maestro de obras.

La jefa verdadera—es decir, la mamá—es una de esas cuyas siluetas trazaron con sal y donaire Luis Taboada en artículos y Vital Aza en sainetes. El estado psíquico de semejantes *jefas*, al igual de los demás estados psíquicos, tiene sus causas, y es preciso que las encontremos en la irritación permanente que determina el verse obligado á sacar rizos donde no hay pelo, ó sea á gobernar casa sin guita. La conocida pareja que tantas veces ha desfilado por el escenario haciéndonos reir; el marido tembloroso y calzonazos, la mujer que muerde y pega, no admite otra explicación que un hecho sencillo del orden económico: el marido que funda un hogar con recursos insuficientes; que abdica en la esposa para que ella haga milagros sin ser Dios..., y el desquite, el desahogo de la esposa, en diarios insultos, en todo género de malignidades, en una tiranía doméstica con refinamientos de tortura china.

Las niñas... Como si las estuviésemos viendo. Son tres. Una de ellas, Melita—diminutivo de Carmela, —es de perfectísimas facciones, y la familia espera siempre al novio millonario. Lo malo es—sigue creyendo la familia—que toda aquella belleza de Melita está eclipsada por la falta de trajes, sombreros, palcos, saraos y coches. De las otras dos chiquillas, Bárbara y Pepa, la última es gibosa; no se espera casarla; se desearía, á lo sumo, consultarla con eminencias... En cambio, Barbarita, derecha como un pino, fea graciosa de magníficos dientes y ojos de lumbre, tiene siempre «coquetos» y más partido que la bella Melita. Y las tres hermanas no viven un minuto en paz, zahiriéndose continuamente por si tú eres una pavisosa, si tú una cabeza de viento, si tú como naciste así no puedes ver á las que tenemos recto el espinazo. Sólo en un punto andan acordes las niñas: que papá es muy bueno, convenido..., pero que no sirve para nada. Y el fondo del alma de las doncellas es igual al de la dueña y jefe de familia: asfixia por falta de medios, el fermento de las estrecheces y apuros diarios, la privación de cuanto halaga á la juventud, la mortificación del amor propio, de la vanidad... y hasta del estómago; porque para comprar un sombrero hay que no comer cosa nutritiva, que vivir de patatas guisadas y desperdicios de carne...

Falta al catálogo de la familia el hijo..., y pardiez que falta lo mejor—como suele decirse cuando lo que se omite es lo peor de todo lo imaginable.—El niño de los señores de Camarena—este es el apellido—logra descollar entre los infinitos ejemplares de su clásico tipo que abundan por ahí. No le habrá más perdido, ni más holgazán, ni más simpático. Es de los que se hacen querer, no sólo por sus franquezas y alegrías con todo el mundo, sino por su labia y chiste. Y el muchacho—muchacho perpetuo, aunque va frisando en los veintisiete—ni ha terminado sus estudios, ni quiere dedicarse á cosa alguna, ni se sabe con qué dinero anda siempre de juerga, paga en el café, concurre á los teatros, se presenta bien trajeado, y en suma, se conduce como si sus padres tuviesen una bonita renta y la necedad de derrochar la en mantener á un ocioso. El padre, desesperado, calla: le cohibe, en esto como en todo, el miedo doméstico. La madre, cuando el esposo ha sacado la conversación del proceder de Ramoncito, salta á los ojos del esposo, y lo quiere comer por sopa. Ramoncito no es como otros, que nacieron para pobrete; Ramoncito, hoy, «se las arregla,» y mañana se casará con una rica de las muchas que por él beben los vientos; y su mujer no se verá en el caso de tener que ir con el cesto á la compra, como le ha sucedido á toda una doña Josefa Galíndez de Camarena esta misma mañana, por encontrarse sin servicio—hoy en día el que no puede pagar sueldos de cinco duros, no halla criados.—¡Ah! Si la cosa seguía así, ella se determinaría á ofrecerse de asistenta en alguna casa; pues de barrer y encender el fogón, siquiera que se lo pagasen. ¡Quién se lo había de decir cuando se casó!—y lo demás de la retahila.—Agachando la cabeza, Camarena huye de la amarga alcoba conyugal, se refugia en la oficina ó en el café, en el dominó, en los cigarrillos, los rumores de crisis y la actitud de Lerroux y de Melquiades Alvarez...

Al acercarse la Navidad, la familia de Camarena atraviesa una crisis... Las muchachas no tienen materialmente qué ponerse, ni traje, ni abrigo; el gabán de padre, inservible; la madre, por decencia, ha menester botas; están sin pagar cuatro meses del alquiler del piano de Barbarita—y con el casero han ido atrasándose sin saber cómo, le deben un trimestre, —y si el del almacén de pianos sólo puede recoger su carraca, el casero les pondrá en el arroyo. ¡A tal punto se llega, con hombres inútiles y sin disposición para nada! Se acordó juntar para la casa, era lo urgente, ante todo. Se arañó de aquí y de allí, y se reunieron los cuarenta y cinco duros del trimestre. La madre los ocultó en un cajón de la cómoda, debajo de un paquetito de algodón de repasar. Echó la llave, y avisó al administrador para la cobranza... Cuando éste vino, al buscar la señora su pequeño tesoro no estaba allí... El cajón, sin embargo, no había sido abierto. Criada, no la tenían desde hacía un mes. Hubo consternación, drama íntimo, encerrona del papá y la mamá, conversación horrible en que cada palabra es una herida... Y Camarena, insultado una vez más, acusado de la substracción—para que él no acusase á otro, al que «se las arreglaba tan bien,»—salió hacia la oficina, saturado de vergüenza, en uno de esos momentos que desquician el espíritu. Sucede así, que sin ruido, sin nada que parezca modificar la situación de las personas, se colma un día la medida del sufrimiento, y las convicciones giran sobre su eje y el corazón se curte en jugos venenosos, el veneno mortal de la injusticia, del desamor, del menosprecio de la mujer al hombre honrado y que no sabe acuñar moneda con su conciencia..

* * *

Camarena lleva la boca más amarga que su vivir. En toda la noche no ha dormido. No se ha desayunado. La bilis le tiñe de amarillo el rostro. Llega á la oficina. Los compañeros están de broma: se preparan á festejar una alegre Nochebuena, si les cae al otro día el premio—vamos, aunque no sea el mayor se contentarán!—La oficina, rumbosa, ha jugado dos décimos, en los cuales Camarena no quiso participación, por economía. Ahora lo siente... ¿Quién sabe? Acaso... Y se instala ante su pupitre, medio idiotizado, ebrio de pena y tronzado de impotencia. ¿De qué sirve la honradez? Felices los que «se arreglan...» Ellos poseerán el dinero, y además el cariño...

Sepultado en estos pensamientos, no repara que un caballero, grueso, apoplético, se acerca, se detiene. Sólo cuando formula una pregunta relacionada con un expediente en tramitación, alza el empleado la abatida cabeza, y contesta, sin enterarse. El caballero entonces saca la cartera, extrae de ella documentos, que examina, confronta y manipula hasta exponer su interrogación. A su voz, Camarena registra cajones, da noticias... El caballero, expeditivo, á pesar de su figura de botarga, se va apresurado; tiene que coger el tren. Camarena va á recaer en sus vacilaciones tristes, cuando, al pie del escritorio, ve un papel... Lo recoge... Es un décimo de la lotería...

Lo primero es guardarlo en el bolsillo.—Por instinto, y con disimulo.—Mira alrededor. Nadie se ha fijado. La mesa de Camarena está como oculta por un biombo, que la resguarda de las corrientes. En su alma no hay lucha ni resistencia. Si se hubiese tratado de un billete de Banco es probable que la habría. Pero un décimo... es el azar: probablemente no se roba nada al robar un décimo; y menos al recogerlo cuando lo dejan caer. Quien lo ha dejado caer no es una persona; es la suerte, la suerte loca, la suerte bribona, mujer liviana, que acaricia á capricho. Si el caballero volviese... No volverá... Tiene que tomar el tren...; y al pensar así, seguro estaba Camarena de que aun cuando volviese... Por si acaso, se retiró temprano de la oficina. Almorzó en su café, al fiado, y pidió cosas buenas, y sobre todo, cigarros finos. A su alrededor oía hablar del sorteo: todo el mundo estaba lleno de esperanzas: Camarena sintió abatirse las suyas como pájaros heridos de perdigón. Entre tantos, qué casualidad sería!..

Como en sueños, volvió á su casa, soportó frases fustigadoras de la esposa, vió la palidez de las hijas, y en los ojos de la menor, de la pobre gibosa, lágrimas que caían sobre la del plato vacío... Les habían notificado el desahucio.

* * *

A la mañana siguiente, Camarena oye vocear la lista grande. Salta de la cama, y medio vestido baja al portal. A la primer ojeada se lleva las manos á la garganta, al corazón después... No suelta el papel; lo mira atónito... *¡Su* número! *¡Su* décimo, premiado! ¡El premio mayor en *su* décimo! Sí, allí estaba; pero si estaba allí... Y lo que experimenta el empleado no es alegría; se siente como estúpido: casi es dolor, casi es una puñalada una dicha así...

Se repone. De escrúpulos, ni rastro. Todo aquello era obra de la suerte... y nada más. El billete de lotería es documento al portador... No iría, sin embargo, á cobrar en persona. Quién sabe si el caballero grueso había avisado en la Administración? Y combina un fraude, una defensa, una estratagema...

Corre á casa de un usurero.—Tenía de estas relaciones.—El usurero se cerciora de que el número está, en efecto, premiado, y se presta á descontar el décimo inmediatamente. Se embolsa unos miles de pesetas, y entrega, sin que medie contrato escrito, los miles de duros. No hay responsabilidades para Camarena. Si surgen dificultades, que «se las arregle» el usurero. Le ha cegado la codicia; no ha sospechado el peligro menor; ni ha encontrado extraño que Camarena, pudiendo cobrar de diez mil modos, le lleve el vellón de lana á las uñas...

Al entrar en su casa con la fortuna en el bolsillo, Camarena ha adoptado una resolución. Desde aquel momento, él es quien manda. De aquel dinero se hará lo que él quiera. El lo aumentará, lo hará fructificar. Siente ya ambiciones de rico. Melita se lucirá en un palco; Bárbara se casará á su gusto; Pepa irá á Alemania, á una clínica, á ver si le curan la deformidad...

Cuando se avista con la señora, al noticiar el cambio de situación, formula el cambio de política, el programa de gobierno... ¡Ay del que intente substraerse á su autoridad!

Por primera vez, la señora de Camarena se somete; y amorosa, echa los brazos al cuello al esposo y le moja la cara de lágrimas de ternura... En efecto, ya tiene derecho á ejercitar el poder, quien trae á su hogar, no la estrechez, sino el bienestar, el lujo...

En la suculenta cena de la noche, entre el besugo y la ensalada de coliflor, al destaparse una botella de espumoso, sonaron estas palabras extrañas, en boca de la amansada cónyuge, y respondiendo á planes é iniciativas de las muchachas:

—Niñas, ¿cómo se entiende? Se hará lo que vuestro papa disponga...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Nochebuena, copia de un tríptico de Federico de Uhde

LA VISIÓN ETERNA

(NARRACIÓN INSPIRADA EN EL TRÍPTICO DE UHDE)

El pueblo, enemigo de lacerias, comodón, parecía encogerse, cerrar sus conchas, en aquella noche frigidísima. No se veía una rendija luminosa. Todo el mundo se había resguardado cómodamente, tapiándose en el hogar. Ceño, Mugre y la Alcaravana, arrecidos, temblorosos, movían con angustiosa dificultad las plantas insensibles. Llamaban á una y otra puerta. Casi nunca les oyeron, porque llenaban las casas chisporroteos de leña y murmullos de felicidad. De vez en cuando asomábase á un ventanucho una moza garrida, y al verlos tan carcomidos, tan míseros, tan deleznables, decía, piadosa á su modo:

—¡Mala landre os acabe!

En cierta casa una doncellica sacó el rostro á la ventana y tal vez acudiera al socorro de los desamparados; mas una danza loca de sus hermanitas la envolvió rápidamente y la llevó muy lejos, envuelta en un torbellino de cabecitas rubias. En otra casa una mujer, olorosa y fresca como un mazo de lirios, asomó la cabeza por una reja; su marido, que la siguiera encendido de amores, besóla en el cuello; cayó la mujer en los amantes brazos; entornáronse los postigos.

Mugre, Ceño, la Alcaravana eran almas sencillas, exentas de rencor. Los tres nacieron en guaridas de menesterosos; desde muy niños se habituaron á las angustias de la mendiguez. El quebranto, el insulto, el hambre, la vida sórdida y trashumante, les fueron abrumando desde entonces sin que jamás pudieran vislumbrar los malhadados tregua ó remisión. Uníanse en sus peregrinaciones porque los tres eran suaves y temerosos. Queríanse mucho; tenían gestos uniformes y cada cual repetía las frases familiares de los dos restantes con la misma fruición con que recitara las propias.—La Alcaravana estaba segura de que los mendigos son los descendientes de grandes pecadores, y se estremecía al imaginar qué feroces daños habría podido cometer algún ascendiente suyo. Sus visiones eran espantosas; Mugre y Ceño la oían sin despegar los labios, venerándola en el fondo de sus corazones.—Ceño, llamado así por donoso contrasentido, puesto que era el más alegre de los tres, ocupábase constantemente de la comodidad y el regalo ajenos, andaba ágilmente de un lado para otro, divertía pesadumbres con algún donaire infantil.—Mugre tenía luenga barba, ojos soñadores; generalmente estaba como arrobado, silbaba canciones incoherentes, contemplaba las estrellas, y los ojos se le arrasaban en lágrimas ante las inefables maravillas de la anturaleza.

Aquella noche sentíanse los tres acabadísimos. A la postre dieron con una iglesia y llamaron á la puerta. Acudió un sacristán.

—¿Quiénes sois? ¿A quién buscáis?

—Somos, señor, dijo Ceño, tres humildes pordioseros; en nombre de Jesús, humilde y aterido como nosotros, pedimos que nos socorráis. El señor cura se apiadará de nosotros.

—El señor cura, respondió el sacristán, murió anoche, yo creo que de achaques de melancolía. En estos últimos años todo el mundo había dejado de asistir á la iglesia; maldito si estos pecadores quieren ocuparse en algo que no sea comer rubias hogazas, besar blancas mejillas, ganar dineros relucientes, echarse al coleto vinos encendidos. Se cerró la iglesia, y este sacristán, que está ya más flaco y retorcido que un sarmiento, márchase á lejanas tierras; ojalá mude conmigo sus procederes la fortuna, arrepintiéndose de sus desafueros y atroces ensañamientos. Mala idea habéis tenido, hermanos; salíos de estos umbrales; largo, no sea que los difuntos que en el templo yacen, con sosiego no turbado durante larguísimo tiempo, surjan amenazadores y extingan con su hálito sobrenatural vuestra banda ó compañía de pésimo agüero, transmisora de contagios y tal vez causante de aojamientos y hechicerías.

—Qué, ¿vais á abandonar el santo servicio del Señor?, preguntó la Alcaravana, escandalizada por las burlescas incisiones del sacristán.

—¡Bah!, exclamó el sacristán. ¿Quién sabe lo que habrá más allá de la podre de esta vida y la cerrazón de estas amarguras? El mundo olvida á su Dios, acaso tengan razón los hombres leídos que declaman por ahí que no le hubo jamás. ¿No es la tierra semental de iniquidades? Subsistir es contender; todos ansían medrar, entran en danza los puños; multiplícanse los engaños y trampantojos; sálense de madre las ambiciones; ya no cabe más golosina en los carrillos. Viva quien vence, y por mi fe, los inicuos son vencedores... Como pidáis por el amor de Dios, no os van á contestar sino los ecos de la sierra.

Metióse de nuevo el sacristán en la iglesia, y con un portazo despidió á los mendigos.

Estos, siguieron su camino.

—¿Que Dios no existe?, dijo la Alcaravana. Lengua fementida es la que tal sustentare. Hayle, puesto que nosotros somos míseros y afligidos, y á pesar de ello gozamos la paz. La interior blandura sosegada, compensación á nuestras fatigas, no proviene de suntuosas vestiduras, de dulces yantares, de exquisiteces cortesanas y fulgores de sabiduría. Dios está en nosotros. Quiérenos pobres, y ante su voluntad hincamos la rodilla. Nosotros, ignorantes, mezquinos, oímos su voz con admirable claridad. Dios existe, puesto que nosotros sonreímos en el dolor.

—Hanse olvidado de Dios y aun de toda grandeza; de esta suerte le abandonan por completo. Que el que en alguna excelencia creyere es aún devoto del Señor, puesto que toda excelencia es atributo suyo.

Así dijo Mugre, levantando al cielo los ojos soñadores. Y prosiguió:

—Ignoran la armonía de las estrellas, la castidad del agua, la dulzura de los campos. Toda la naturaleza es para ellos un enigma indescifrable.

—No os turbéis, dijo Ceño. La maldad es estéril, su fuerza escasa. El bien ahoga la maldad. Una lágrima de un desdichado redime una ciudad perversa. Gocen nuestros hermanos; nuestro destino es sufrir por ellos. Nuestros dolores y penitencias aproximan la venida del reino de Dios. Hagamos el bien furtivamente alrededor de las posiciones de la maldad, y los lirios cubrirán la cizaña. Somos pequeñuelos y menguados; regocijémonos de nuestra pequeñez, porque gracias á ella pasamos inadvertidos, y á la humildad está prometido el señorío de la tierra y la prioridad en la visión de los cielos.

Así discurriendo, Ceño, Mugre y la Alcaravana anduvieron largo trecho. Una fuerza misteriosa se infiltraba en sus venas. La noche se llenaba de tibios y desusados aromas. El camino era suave, el cielo transparente.

Los mendigos experimentaban íntimo regocijo en los senos más profundos del espíritu. Toda congoja anegábase para siempre en el concierto sosegado y solemne de aquella noche. De vez en cuando los tres se arrodillaban y cantaban jaculatorias.

De pronto se ofreció á sus ojos un cobertizo pastoral, inundado de vivísima luz. Un Niño envuelto en pañales, tendido sobre la paja, abría sus manecitas, acogía con entrañable amor á los tres viandantes. Ceño, Mugre y la Alcaravana le adoraron con simplicidad. Una Mujer, un Varón mirábanles tiernamente desde la penumbra. Una música maravillosa bañaba de cielo los sentidos terrenales.

—Nace Cristo Jesús, dijo una voz, nace, no sólo en el portal de Belén, mas en todo corazón humilde. Y no hay eficacia igual á la del aroma de Jesús. Cruzasteis un pueblo inhospitalario, entregado á groseras bienaventuranzas; allí vivían los hombres olvidados de Dios, y os arrojaron de su vera. Mas el dolor y el frío que padecisteis dilataron por los ámbitos una dulzura que empieza á santificar aquel ambiente. Ya, movidos por un sentimiento inexplicable, lloran algunos corazones contritos. Asómanse muchos á las ventanas y ven una estela de luz; los que la sigan llegarán á este Portal, visión eterna del alma pura. Por vuestro llanto ha florecido esta visión. Reposen vuestras plantas heridas, y vuestros harapos conviértanse en luz.

José Carner.



Cesar y Cleopatra, cuadro de Camilo Innocenti

NEVANDO

Marchitáronse las flores; cayeron las hojas de los árboles; se fueron las golondrinas. Los arroyos ya no murmuran, adormecidos en sus lechos por las primeras heladas; la nieve cubre el suelo con su blancura inmaculada; los turbiones, desatándose con fuerza, doblan los desnudos árboles de los montes y, bajando hasta la ciudad, cruzan veloces las calles, silbando tristemente la canción del Invierno...

***

La hermosa marquesa, recostada la blonda cabeza en los cristales del balcón de su lujoso y confortable gabinete, contemplaba con ojos soñadores la nieve cayendo menudita y con revoloteos de mariposa sobre el pavimento del arroyo, cubriendo de blancos encajes las balaustradas de las casas y las ramas de los árboles.

El invierno con sus turbiones, sus nieves y su cielo siempre gris, tenía un encanto singular para la marquesa. En el gabinete, bien alfombrado, tapizado de ricas telas y amueblado con exquisito arte, respiraba una atmósfera tibia y perfumada, y al compararla con la inclemente del exterior, sentía como suaves cosquilleos en su fina y sonrosada piel, que despertaban en ella languideces de paloma arrullada en su caliente nido por los rugidos del vendabal.

Todo era bienestar en aquel aposento cálido y voluptuoso, cerrado al frío y al viento; todo era quietud, interrumpida sólo por el vivo chisporroteo de los leñosos troncos que en la estufa se consumían para dar calor á la bella marquesa, aquella adorable marquesa, pequeñita, delgada, nerviosa, de una belleza enfermiza, que reflejaba eternamente en su linda cabeza dorados rayos de sol y en sus grandes ojos pedazos de azulado cielo. ¡Ah! Cualquiera, al verla tan delicada y seductora, hubiera creído que su corazón era de oro, como el color de sus cabellos, y grande, como sus expresivos ojos.

***

Era su mayor placer, en los días de nieve, pasarse las horas cerca del balcón contemplando con ojos soñadores la nevada calle. ¡Cómo gozaba viendo aquel revoloteo de blancos copos, que se posaban con aleteos de golondrina en las barandas de los balcones en los ángulos salientes de las casas y en las desnudas ramas de los árboles!..

Pero su goce no era completo; cada vez que dirigía los ojos á un cerrado portal de la casa de enfrente, sentía cierto malestar que la obligaba á retirarse bruscamente del balcón.

Allí, en el quicio del portal, una miserable vieja, de apergaminada piel y cana cabellera, montón de huesos y de harapos, extendía la rugosa y descarnada mano implorando una limosna á los pocos transeuntes que por su lado pasaban. La vieja mendiga era como una mancha que alteraba la armonía del espectaculo invernal que la marquesa gozaba en contemplar. Y lo que más la incomodaba era la mirada, fija en ella, de la anciana; una mirada penetrante, preñada de tristeza y mucha envidia. Aquella mirada siempre fija, eternamente melancólica y triste, encendía en el pecho de la noble dama honda irritación y le hacía exclamar al tiempo que tiraba con violencia del transparente del balcón:

—¡Maldita vieja!..

***

Cierta mañana, en que la nieve caía con más fuerza y era más intenso el frío, vió con sorpresa un grupo de gente frente al portal donde se guarecía la mendiga. Al poco rato, abrióse el grupo para dejar paso á dos hombres que conducían una camilla, y pudo ver cómo aquéllos recogían el inanimado cuerpo de la vieja, muerta de frío, emprendiendo luego la marcha, seguidos de algunos curiosos.

Al perder de vista el fúnebre cortejo, salió del tierno y bondadoso corazón de la marquesa un largo suspiro.

—¡Al fin!.. — exclamó con visible satisfacción.

Sí, al fin se veía libre de la miserable pordiosera; ya no sentiría el reproche de su mirada, de aquella mirada de muda envidia, eternamente melancólica y triste...

Adrián del Valle.



Cocinero chino, dibujo de Mortimer Menpes

BETHLEEM.—LA CUEVA DEL SEÑOR. (Fotografías de Ricardo Fiorilli, de Milán.)

Para describir los Santos Lugares que en esta página reproducimos, ¿qué mejor pluma que la del inspiradísimo Verdaguer? He aquí lo que dice de ellos en su *Diario de un peregrino á Tierra Santa:*

«*La Cueva.* —Acabo de entrar en la Sagrada Cueva del Señor; mis ojos han visto lo que mi corazón soñaba desde que estoy en el mundo. ¡Con qué recogimiento se arrodilla uno en aquellas losas donde los pastores y los ángeles se arrodillaron la noche de Navidad! ¡Con qué fruición se posan los labios donde el buen Jesús puso los pies al llegar á la tierra! ¡Cómo fluyen aquí las lágrimas, aquí donde el mismo Dios hecho hombre derramó las primeras de sus ojos! El sitio donde nació está cubierto de mármol y rodeado de una plancha de plata en forma de estrella, con estas palabras que hacen saltar el corazón de alegría: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est.*

»La sagrada Cueva es de unos doce metros de largo por cuatro de ancho; está cubierta de mármoles y damascos que hacen desear la desnuda roca. Está llena de mística obscuridad, interrumpida por treinta y dos lámparas que derraman una luz semejante, según Schubert, á la de la luna en una noche de primavera, ó mejor aún, á la claridad de aquella bendita noche de la cual nació el más hermoso día que vieron los siglos.

»Una cosa entristece en este primer santuario de Jesucristo, y es que en el lugar donde nació, solamente su verdadera Iglesia se ve privada de celebrar los divinos sacrificios. Dos días he tenido yo la suerte de celebrar en el altar del Pesebre, que está á cuatro pasos; mas, por ser Semana Santa, no he podido decir la Misa votiva de este sagrado lugar, sino la de Pasión. El sitio era el de la noche de Navidad; estaba en la misma cueva que eligió por palacio el divino Mesías. Su Madre Santísima y San José hacíanle compañía en aquel antro, venían los pastores de aquella comarca y los reyes del Oriente á adorarle; los ángeles cantaban *Gloria in excelsis Deo;* mi corazón y mis labios iban también á cantarlo, mas en el misal no leía más que frases de dolor y de tristeza. El teatro es del Nacimiento, mas ¡ay!, los días son del Calvario.

»La Cueva del Nacimiento se dilata y ramifica bajo la peña formando otras cuevas, donde la tradición encuentra otros recuerdos. La capilla de San José, la de los Santos Inocentes, las tumbas de Santa Paula y de San Eustaquio, la tumba de San Jerónimo, y oratorio donde el Santo se entregaba á la contemplación y al estudio. En el jardín del convento enséñase un naranjo plantado por él, no muy lejos de la escuela donde enseñaba á los niños.»

Sobre la Cueva se levanta la iglesia de Santa María ó de la Natividad, cuya construcción comenzó Santa Elena y terminó en tiempo de Constantino *el Grande.* Esta iglesia está rodeada exteriormente de altas murallas, y al pie de su altar mayor hay una estrella de mármol que corresponde al punto del cielo en que se detuvo la que guió á los Reyes Magos.



Sitio en donde, según la tradición, se retiró San José en el momento de nacer Jesucristo



Sitio de la Cueva del Señor en donde nació Jesucristo

PREMIOS NOBEL DE MEDICINA Y FISICA EN 1908



El Dr. Elías Metchnikoff, profesor del Instituto Pasteur, agraciado con la mitad del premio de Medicina. (De fotografía de World's Graphic Press.)



El Dr. Pablo Ehrlich, director del Instituto de Terapéutica experimental de Francfort, agraciado con la mitad del premio de Medicina. (De fotografía de C. Delius.)

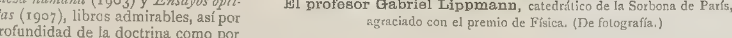
Elías Metchnikoff nació en 1845, cerca de Kharkor (Rusia meridional), estudió en la universidad de aquella población y en las de Giessen Gœtinga y Munich, y en 1870 fué nombrado profesor de Zoología en la de Odessa. En esta última ciudad primero y luego en los viajes que, á partir de 1882, hizo á Italia, á Madera y á Tenerife, pudo estudiar de cerca los efectos que en algunos animales de constitución rudimentaria produce la acción de los cuerpos extraños; y á fuerza de múltiples experimentos, de deducciones lógicas y de profundas observaciones, descubrió uno de los más grandes secretos de la naturaleza, una gran parte del mecanismo de la inmunidad y de la defensa del organismo humano por la fagocitosis.

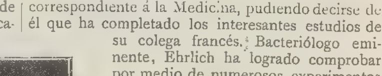
Admirador de Pasteur, con quien estaba en íntima y frecuente correspondencia, pidió en 1890 un puesto en su Instituto; Pasteur aceptó satisfechísimo su colaboración y le nombró jefe de servicio del laboratorio de investigaciones. En abril y mayo de 1891 dió Metchnikoff en el Instituto Pasteur una serie de admirables conferencias sobre la *patología comparada de las inflamaciones,* que señalan una fecha memorable en la historia de la biología, y diez años después publicó un voluminoso libro resumen de las conclusiones de sus estudios sobre la inmunidad en las enfermedades infecciosas, obra de indestructible solidez científica, en la que al paso que rebatía las objeciones de sus contradictores, sentaba su doctrina sobre bases cada vez más firmes. El estudio del papel que los fagocitos desempeñan en la génesis de los fenómenos de degeneración senil y de esclorosis de nuestros órganos, le inspiró *Estudios sobre la naturaleza humana* (1903) y *Ensayos optimistas* (1907), libros admirables, así por la profundidad de la doctrina como por la forma atrayente de que ha sabido revestirla, porque Metchnikoff es un gran sabio y un gran poeta.

El Dr. Pablo Ehrlich, director del Instituto de Terapéutica experimental de Francfort, se ha dedicado á la misma rama de la ciencia que el Dr. Metchnikoff, con quien ha compartido el premio Nobel correspondiente á la Medicina, pudiendo decirse de él que ha completado los interesantes estudios de su colega francés. Bacteriólogo eminente, Ehrlich ha logrado comprobar por medio de numerosos experimentos las propiedades inmunizantes de un gran número de cultivos.



El profesor Gabriel Lippmann, catedrático de la Sorbona de París, agraciado con el premio de Física. (De fotografía.)





Gabriel Lippmann nació en Hallerich (Luxemburgo) en 1845, fué alumno de la Escuela Normal de París y se dió á conocer desde muy joven por sus notables trabajos sobre la electricidad. Después se dedicó á la óptica, y en 1891 dió á conocer su método directo de fotografía de los colores, llamado método interferencial, que, en su género, constituye un invento tan extraordinario como el del teléfono y el de la telegrafía sin hilos. Lippmann obtuvo bellísimos clisés, siendo verdaderamente extraño que haya sido tan poco aplicado un procedimiento que, en el fondo, es poco complicado y que su autor dejó al dominio público.

Hace pocos meses el eminente físico sorprendió al mundo presentando á la Academia de Ciencias los resultados de un procedimiento sumamente ingenioso de fotografía integral, llamado á realizar una importante revolución en el arte fotográfico. En efecto, Lippmann había encontrado el medio de obtener un positivo de cristal que da la sensación del relieve propia de las vistas estereoscópicas, con toda la sucesión de perspectivas que nos ofrece la realidad, y que por el antiguo procedimiento no podían reproducirse. Los primeros clisés obtenidos eran bastante imperfectos; pero el principio del método es cierto, y una vez abordado y en parte resuelto el problema, no ha de ser difícil, y para ello sigue trabajando el inventor, llegar á una solución definitiva que abrirá á la fotografía nuevos horizontes y será, al mismo tiempo, un poderoso auxiliar del arte.—S.

LA REVOLUCIÓN DE HAITI.—CAÍDA DEL PRESIDENTE NORD ALEXIS.—PROCLAMACIÓN DE SIMÓN



1. El ex presidente Nord Alexis. — 2. Oficiales de la guardia del palacio del presidente. — 3. El general Simón, elegido presidente de la República. — 4. Vendedora de pan en Port-au Prince. — 5. El general Firmin, á quien se quiso asesinar el día 6 de los corrientes en Port-au-Prince. (De fotografía de Carlos Delius.)

El pueblo haitiano ha sacudido al fin el yugo del despótico presidente de aquella república, el general Nord Alexis. Ya en la primavera última prodújose en aquella isla un movimiento revolucionario, pero fué prontamente sofocado, y los que lo habían promovido y pudieron escapar á la venganza del tirano, debieron su salvación al asilo que encontraron en las legaciones extranjeras.

Mas la represión de Nord Alexis no pudo extinguir el sentimiento de protesta de la inmensa mayoría de la nación, protesta que se ha patentizado con la sublevación reciente, que en pocos días ha conseguido un total triunfo.

A fines de noviembre último, el general Antonio Simón, ex delegado del distrito del Sur, sublevóse en los Cails; Nord Alexis envió á su ministro de la Guerra Celestino Syriaque para reprimir aquella insurrección, después de haber proclamado el estado de guerra en las comarcas sublevadas; pero derrotadas las tropas del gobierno en Anse-à-Veau, y obligado Syriaque á refugiarse en el consulado alemán de Miragoano, los insurrectos avanzaron sobre Port-au-Prince, apoderándose de Miragoano y de Petit Grave.

Al saberse en la capital el avance de los sublevados, cundió el pánico y muchos de sus habitantes huyeron, mientras los ministros extranjeros pedían á sus respectivas naciones el envío de algunos buques de guerra. Pocos días después llegaban á la vista de Port-au-Prince el crucero francés *Duguay-Trouin* y los cruceros norteamericanos *Tacoma* y *Desmoines*.

El presidente Nord Alexis, que se había refugiado en la legación francesa, temió fundadamente por su persona y se trasladó al *Duguay-Trouin* entre los gritos de indignación de la multitud, que quería agredirle y que á duras penas podía contener el cordón de tropas extendido en el trayecto que aquél había de recorrer. La vida del presidente corrió en algunos momentos verdadero peligro, debiendo seguramente su salvación al ministro de Francia Sr. Carterón, que iba en el coche con él y que para preservarlo de las iras del pueblo hubo de cubrirlo con la bandera tricolor francesa.

Apenas embarcado Nord Alexis, las tropas que había preparado para resistir á los insurrectos dejáronse desarmar por el pueblo y huyeron á la desbandada, entregándose entonces el populacho á toda clase de excesos. Las turbas, al ver que no habían podido agredir al presidente, se ensañaron con los partidarios de éste, saqueando sus casas y almacenes y asesinando á doce de ellos. El general Poitevin, al frente de un grupo de paisanos y de algunos soldados, puso término á aquel estado de cosas mandando hacer fuego contra la multitud, que se dispersó dejando ocho cadáveres en las calles.

Restablecido el orden, constituyóse un Comité de Salud Pública, y el día 12 de este mes entró el general Simón triunfante en Port-au-Prince, siendo aclamado por la población en masa con entusiasmo frenético. Al día siguiente fué proclamado jefe del poder ejecutivo, y tomando en seguida posesión de su cargo nombró un gobierno provisional.

El ex presidente Nord Alexis trasladóse del *Duguay-Trouin* al vapor alemán *Sarnia*, á fin de dirigirse á la Jamaica. — R.



LA INFANCIA DE JESUS, CUADRO DE J. KOPPS, GRABADO POR RICARDO



B... (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Munich)

JOSÉ ALCOVERRO Y AMORÓS

Víctima de penosa y prolongada dolencia falleció el día 10 del actual en Madrid, en donde hace años residía, el inteligente y laborioso escultor José Alcoverro, cuyas principales obras conocen nuestros lectores por habernos cabido la satisfacción de reproducirlas en las páginas de esta Revista.



El escultor José Alcoverro y Amorós, fallecido en Madrid el día 10 del actual. (De fotografía.)

Fué un artista que sin otras circunstancias que sus méritos y asiduidad llegó á alcanzar la consideración y estima de sus contemporáneos. Nacido en Tivenys, pueblo de la provincia de Tarragona, trasladóse á Madrid en sus juveniles años, dando pronto muestra de sus aptitudes en la Escuela Superior de Pintura y Escultura, recibiendo sus primeras enseñanzas del profesor D. José Piquer.

Terminados sus estudios y establecido en la coronada villa, entregóse por completo al cultivo del arte, logrando distinguirse, según lo demuestra el hecho de haber sido premiado en la Exposición Nacional de 1866 por su obra *Ismael desmayado de sed en el desierto*, que fué adquirida por el Estado y hoy figura en el Museo de Valencia. A este triunfo siguieron los que obtuvo en la Exposición de 1871 por el *Mendigo*, *Lázaro* y *Jesús y la Magdalena;* en la de 1876 por la estatua de *Hernán Cortés;* en la de 1881 por el sentido grupo *El primer lazo del amor;* en la de 1884 por la estatua representando al profeta *Jeremías*, y en la de 1897 por la hermosa representación alegórica *El Valor*, asignándosele también medalla de oro en la Exposición de Chicago.

Extenso es el catálogo de sus producciones, mereciendo citarse entre ellas las estatuas de *Alfonso el Sabio* y la de *San Isidoro*, que ejecutadas en mármol se hallan colocadas en la escalinata de ingreso de la Biblioteca Nacional; la de *Berruguete*, en la portada del Museo Arqueológico de Madrid; las de *Jaime Balmes* y *Ulloa*, en el Ministerio de Fomento; la de *Arguelles*, que corona su monumento; las de la *Justicia*, la *Agricultura*, la *Ola*, la *Luz eléctrica*, *Guzmán el Bueno*, *Rosini*, etc., así como el notable mausoleo de la marquesa de Casas-Novas en Javier (Navarra).

Fué Alcoverro un entusiasta artista, dedicando al cultivo de la escultura todo el esfuerzo de su inteligencia y todas sus energías. De carácter afable y bondadoso, cumplido caballero y amante de su familia, ha podido legar á sus hijos un nombre respetado y un ejemplo que imitar.

Descanse en paz el que fué amigo querido, y sirvan estas líneas de testimonio del buen afecto y de la consideración que siempre le profesamos.

HABANA

MONUMENTO Á CERVANTES

El día 1.º de noviembre último inauguróse solemnemente en la Habana el monumento erigido á Cervantes por iniciativa del Consejo Provincial y de la Lonja de Comercio de aquella capital. Sobre un pedestal de elegantes líneas descansa la estatua del inmortal autor del *Quijote*, hábilmente modelada; en una mano tiene unas hojas de papel; en la otra, la pluma, y todo en la figura armoniza con la idea que tenemos formada de Cervantes.

El monumento se alza en la Plaza de San Juan de Dios.

La comisión gestora que ha cuidado de su erección componíase de los señores siguientes: D. Enrique Asbert, presidente; D. Pedro Bustillo, vicepresidente; D. Julio de Cárdenas, D. N. Maciá, D. Vidal Morales, D. J. A. Pumariega, D. Nicolás Rivero, D. Laureano Rodríguez, vocales, y don Sergio Cuevas Zequeira, secretario.

Ese homenaje que á la madre patria dedica la joven república cubana, merece la gratitud de los españoles y es una prueba más de que existen entre los pueblos vínculos que las vicisitudes históricas no pueden romper, porque están arraigados en lo más hondo de las almas.

MONUMENTO A MISTRAL

El inspirado autor de *Mireya* y de *Calendal*, esos dos admirables poemas que exhalan todo el perfume de la poética Provenza; el dulcísimo vate que parece concentrar en su alma el alma de todo el pueblo provenzal; el patriota eminente que tanto ha hecho por la tierra que le vió nacer; el ciudadano ilustre que ha dotado á Arlés del Palacio del Felibrige, importantísimo museo de arte y etnografía regionales, recibirá en breve un homenaje solemne del cariño y de la admiración de aquel pueblo á cuya glorificación ha consagrado su vida entera. Dentro de poco, en efecto, se inaugurará en la plaza del Forum de Arlés un monumento á él dedicado y del cual forma parte la estatua que adjunta reproducimos, admirablemente modelada por Teodoro Riviere.

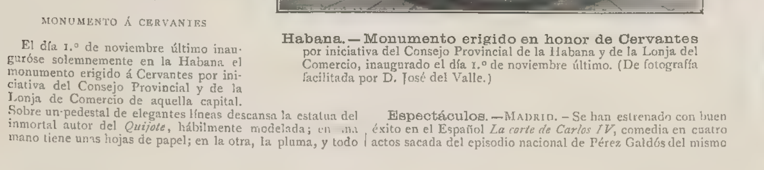
El monumento ha sido costeado por subscripción popular entre los amigos de Mistral y los admiradores del Felibrige, y su inauguración coincidirá con la del Palacio citado, ó *Mouseon Arlaten*, que, como decimos, es obra suya y al cual destinó, aparte de otras sumas considerables, los 50.000 francos que, como agraciado con la mitad de uno de los premios, obtuvo en el concurso Nobel del año 1904.



Monumento á Federico Mistral que dentro de poco ha de inaugurarse en Arlés, obra del escultor Teodoro Riviere. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente: Triadó, varios cuadros al óleo perfectamente dibujados, de sólido colorido y de muy agradable efecto; Potán, algunas graciosas caricaturas; y Barrau, diez y siete cuadros notabilísimos por su perfecto dibujo, por su color vibrante y por sus figuras llenas de vida.



Habana.—Monumento erigido en honor de Cervantes por iniciativa del Consejo Provincial de la Habana y de la Lonja del Comercio, inaugurado el día 1.º de noviembre último. (De fotografía facilitada por D. José del Valle.)

Espectáculos.—MADRID. – Se han estrenado con buen éxito: en el Español *La corte de Carlos IV*, comedia en cuatro actos sacada del episodio nacional de Pérez Galdós del mismo título por Mauricio López Roberts; en la Comedia *Sherlock Holmes*, comedia melodramática en cinco actos, arreglada á la escena española por Manuel Melgarejo; en el Príncipe Alfonso *Cigarras y hormigas*, poema en un acto de Santiago Rusiñol, traducido al castellano por G. Martínez Sierra, y *La pulsera*, comedia en un acto de Eugenio Sellés; en Lara *Sor Filomena*, adaptación de la novela del mismo título de los hermanos Goncourt por el conocido crítico que firma Alejandro Miquis, y *La viuda de Secha*, juguete cómico en un acto, arreglado del francés por Emilio Mario; en la Zarzuela *A. B. C.*, revista en un acto y cuatro cuadros, letra de los Sres Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez, para la cual ha pintado hermosas decoraciones el Sr. Muriel; en el Cómico *Las manos largas*, vaudeville en tres actos, arreglado del francés por Enrique López Marión, y *La ilustre fregona*, zarzuela en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Calleja; en el Gran Teatro *S. A. el brasero*, zarzuela en un acto, letra de los señores Arras y Fernández y Lapuente, música del maestro Torregrosa, y *Las molineras*, zarzuela en un acto de los Sres. Thous y Cerdá, música del maestro Lleó; en Price *Los saltimbanquis*, zarzuela en tres actos, letra de Ordonneau, música de Ganne, arreglada á la escena española; en Eslava *Si las mujeres mandasen...*, caricatura lírica, letra de los Sres. Fernández Lapuente y Frutos, música de los maestros Lleó y Foglietti; en el Ideal Polistilo *La casa de la dicha*, comedia en un acto de Jacinto Benavente; en el Salón Venecia *El doctor Mendoza*, juguete cómico en un acto de los Sres. Perrín y Palacios; y en el Salón Regio *Los estudiantes burlados*, zarzuela en un acto, letra de Manuel Castro, música del maestro Castilla.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Sanga*, drama lírico en cuatro actos, poema de Eugenio Morand y Pablo Choudens, música de Isidoro de Lara; en la Comedia Francesa *Le foyer*, comedia en tres actos de Octavio Mirbeau y Tadeo Natansón; en la Renaissance *L'oiseau blesé*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Odeón, *Bienheureuse*, comedia en un acto y en verso de Juan Bouchor; *Le poussin*, comedia en tres actos de Edmundo Guiraud, y *Pylade*, comedia en un acto y en verso de Luis Legendre; y en el Ambigu *La Boscotte*, drama en cinco actos y seis cuadros de la Sra. Maldagne.



En aquel instante su pie tropieza con el cuerpo inmóvil

LEJOS DEL NIDO, POR ADOLFO RIBAUX

Dibujo de Sardá

El palacio San Giorgio, en Génova, está situado entre la Bolsa y la parte más animada del puerto; fué construído en el siglo XIV por la aristocracia mercantil y sirvió de residencia al famoso Banco de San Jorge, que parecía llamado á un magnífico porvenir y que, sin embargo, quebró á consecuencia de las discordias civiles de aquella época trágica.

Hoy aquel edificio, de bello estilo veneciano, á la vez gracioso é imponente, es una de las curiosidades de la ciudad, menos conocida por los turistas de lo que en realidad merece. Contiene archivos en la planta baja; en el primer piso hay hermosos salones adornados con frescos y en el mayor de los cuales se admira una colección de bustos de hombres ilustres que data del siglo XV. El resto está destinado á la aduana y sirve de alojamiento á una escuadra de carabineros, y no la menos numerosa de aquella gran ciudad traficante.

Son las siete y media de la noche y en el viejo palacio reina un movimiento febril: en el refectorio ha terminado la cena, una cena frugal, compuesta de una sopa de habas y de un *risotto;* y en los corredores y las escaleras es un continuo ir y venir de carabineros, alegres unos, porque tienen permiso para retirarse á media noche y porque siendo Carnaval, todos los teatros funcionan, y contrariados otros por tener que volver á su encierro después de haber disfrutado de cierta libertad durante la tarde, que han consagrado quién á un amorío, quién á visitar á su familia, éste á una partida de bolos ó de naipes, aquél á una *bicchierata.* Oyense en todas partes discusiones y protestas de unos porque han de sufrir quince días de arresto, si no son más; de otros, porque ven denegada una licencia con la que contaban, y la llegada del correo ha sido para unos una satisfacción y para otros un desencanto. Un piquete termina el servicio á las ocho y otro ha de substituirle; los carabineros que entran de guardia se han puesto el uniforme de diario reemplazando el sombrero con pluma por la boina y abrigándose con el capote de paño azul gris, porque aprieta la tramontana, tan temible en Génova; y se procede á la distribución de los sitios en donde cada cual habrá de hacer centinela.

—Vicente Tiburzi, á la Strega.

Vicente Tiburzi es un chico joven, casi un niño, guapo, de cabeza clásica con cabellos negrísimos que forman una especie de casco de rizos cortos, como en las estatuas del Capitolio y del Vaticano. Tiene todo el tipo del pastorcillo ó labriego de la campiña romana, y en efecto, ha nacido en los montes Albanos, cerca del lago de Nemi, espejo de la casta Diana. Sus ojos son hermosos, negros como su cabello, y su boca debe ser deliciosa cuando sonríe; pero en aquel momento no sonríe; al contrario, contráese en un pliegue de amarga tristeza. Su frente escultural está surcada por precoces arrugas, y sus aterciopeladas pupilas tienen una mirada de perro apaleado, una expresión de espanto que raya en angustia, al escuchar la orden del sargento: «¡Vicente Tiburzi, á la Strega!»

—¿A la Strega, señor sargento?, pregunta el muchacho estremeciéndose.

—Sí, responde aquél con acento burlón. Y ¡cuidado con escaparse como la semana pasada, á pretexto de que allí se ven fantasmas! Cierto que de algún tiempo á esta parte todos los que en Génova están hartos de la vida han tomado la costumbre de arrojarse desde lo alto de aquel muro; pero los muertos bien muertos están, y un carabinero no ha de tener esas supersticiones propias de mujeres.

—Señor sargento, ¡póngame en cualquier otro sitio que no sea ese!.. ¡Por lo menos hoy!

El superior, un hombre grueso, coloradote, de complexión apoplética y genio irascible, frunce el ceño.

—¿Cómo se entiende, discutir mis órdenes? ¿Qué significa esto? ¡Ea, en marcha y pocas tonterías! La primera vez se le trató á usted con indulgencia por ser un quinto y porque sus compañeros le habían trastornado el juicio á propósito de esos suicidios; por esto el castigo fué leve!.. Pero la segunda falta le costará á usted un mes de pan y agua y servir luego en la compañía disciplinaria. Precisamente para quitarle esas aprensiones se le destina á usted al mismo sitio; y allí irá usted.

—¡Señor sargento, por caridad!

—¡Silencio!

Fórmase el retén, y en la obscuridad de la noche relucen los fusiles. Vicente, pálido y temblando como la hoja en el árbol, se pone en fila y marcha al puesto á que lo han destinado, al *Muraglione della morte,* al murallón de la muerte, que está más allá del dique de carena, adonde van los buques para repintar sus cascos, más allá de las baterías de la Strega; mucho más lejos, en la desembocadura del Bisagno.

Hacia la derecha, á un centenar de pasos, ofrécese una vista magnífica, lo mismo de día que de noche. De día, se ven la ciudad, que se extiende en semicírculo, desde Cavignano al Faro, á la *Lanterna,* como dicen los genoveses, oprimiendo su golfo como en una caricia; la *Superba,* con sus casas de abigarrados colores, sus palacios patricios, sus numerosos campanarios y con sus jardines de aspecto meridional, en donde abundan las magnolias, prosperan las palmeras y los bosquecillos de adelfas, sobre todo en la *Villetta di Negro,* recuerdan, en primavera, la Sicilia y las islas Jónicas. Encima, multitud de colinas sembradas de quintas multicolores medio ocultas entre higueras, almenares y olivos, y coronadas por una bélica diadema de inexpuhnables fuertes cuyas almenas se destacan sobre un cielo deslumbrante. Y al otro lado, el puerto en actividad incesante, con sus muelles obstruídos por mercancías, con su gentío de comerciantes y faquines que no cesan de moverse y con su bosque de mástiles y de chimeneas; aquel puerto en donde suenan á intervalos los mugidos de las sirenas ó las salvas de los buques de guerra, y del cual salen hermosos buques con rumbo á las dos Américas, al legendario Oriente, á la fabulosa Australia. Todo aquel panorama aparece bañado en una luz límpida, de fulgurantes auroras y radiantes puestas de sol; y en las noches serenas, las innumerables estrellas del firmamento y los variados reflejos y claridades del mar forman un espectáculo inolvidable.

Pero desde el sitio en donde está de centinela Vicente, no se goza de aquel panorama. Encima de él, á lo largo del Corso Aurelio Saffi, pasan desde las siete de la mañana hasta media noche los tranvías eléctricos sin hacer ruido; la ciudad está enteramente escondida, y sólo á la izquierda se ve el arrabal industrial de la *Foce,* de aspecto triste. En aquel lugar, la costa está erizada de arrecifes; no hay un árbol, ni un arbusto, ni una hierba; únicamente rocas, piedras, por entre las cuales serpentea un sendero que utilizan los pescadores de caña. Alzase allí una casita casi cuadrada, sin ningún adorno, adonde puede retirarse el carabinero después de cuatro horas de servicio, cuando le reemplaza un compañero; en ella encuentra una reducida estancia con un catre, y ¡dichoso quien se echa en aquella cama, con el cuerpo rendido, y duerme un sueño profundo y sin pesadillas!

Vicente, el pobre, sueña despierto.

Sueña con su infancia, con su juventud, con la tranquilidad de los años transcurridos, con su madre, con su hermano pequeño, con la lejana aldea, á la que ama como el labriego ama la tierra en que nació, con una pasión á la vez ingenua y algo salvaje. Su padre, que era gendarme, murió muy joven persiguiendo á unos bandidos; la viuda recibía una pensión insignificante, así es que la familia había de ingeniarse para vivir, la madre cultivando un huertecito que con una humilde cabaña constituía toda su fortuna, y los huérfanos cogiendo frutos silvestres, plantas medicinales, flores de ciclama rosa, que tanto abundan en los bosques inmediatos, ó bien sirviendo de *ciceroni* á los extranjeros y ganando de esta suerte unos cuantos céntimos. Eran pobres, ciertamente; no comían carne todos los días, la madre iba miserablemente vestida y los chiquillos andaban descalzos y, sin embargo, ¡cuán dichosos se sentían! ¡Y aquella hermosa comarca de los montes Tebanos, en donde los lagos de Albano y de Nemi brillan como ópalos entre los olivos y las encinas que pueblan sus orillas, y desde el cual se distingue la inmensa *Campogna* como un océano de verdura surcado por las gloriosas ruinas de los acueductos, y allá á lo lejos Roma, que bajo ciertas combinaciones de luz parece tan cercana y de la cual se divisa, entre una dorada neblina, la sagrada cúpula de San Pedro. Sí, sí, Vicente había vivido feliz en aquel sosegado paisaje, en donde una pacífica sonrisa parece alegrarlo todo, con su madre, joven todavía por sus años, pero envejecida por las fatigas y las penas, con su hermano Pippo, y con una amiguita, Gioconda, una muchacha linda como las primeras flores en la primavera, vestida con una saya encarnada y tocada con una blanca cofia, la cual muchacha, andando el tiempo, quién sabe si...

Después llegó Vicente á la edad del servicio militar; en infantería habría cobrado diez céntimos diarios, al paso que el carabinero cobra sesenta francos al mes... Y además, Vicente había admirado desde niño aquel elegante uniforme de cabos amarillos y sobre todo el sorprendente sombrero con pluma. ¡Sesenta francos! Con sesenta francos sería rico y podría enviar á su madre lo suficiente para que viviera en la abundancia, y de cuando en cuando un regalito á su amada Gioconda. Y por estas razones había sido *guardia di finanza*, primero en Nápoles, en el depósito en donde los quintos del cuerpo aprenden su profesión, después en Ferrara, cerca de las lagunas de Comacchio, una comarca melancólica, insalubre; en la que todo el mundo padece la *malaria*, y por último en Génova, en donde la existencia era quizás más divertida, pero el servicio, en cambio, era más duro.

¡Ah, cuán cara se pagaba la linda *divisa* y cuán pesado resultaba el plumerito conquistador!

Desde la primera semana habíase sentido Vicente muy desgraciado. ¡Qué diferencia entre su existencia libre en plena naturaleza y aquella férrea disciplina! En Nápoles, el ruido, el movimiento, le daban vértigo; en Comacchio había tenido dos veces las fiebres, y la segunda había llegado á tal estado de gravedad que se desconfiaba de salvarle. Ni un momento dejaba de pensar en su querido Nemi; nada valía para él lo que aquellas montañas ricas en ensueños y embalsamadas con el aroma de los pinos. Recordaba las mañanas deliciosas en que corría sobre los tréboles y por los campos de habas cubiertos de rocío; su casita rústica, sobre cuya puerta había una imagen de la Virgen de barro; las noches de luna en que bailaban debajo del emparrado al son de la mandolina; las épocas alegres de las estaciones, la siega, la vendimia, la abundante y opulenta vendimia de los *castelli romani*, que llena los aires con el olor del vino nuevo y de gozo intenso los corazones. Recordaba á su madre, siempre atareada y tan buena siempre; á Pippo, algo formalote, que apenas hablaba y no bailaba nunca; y á Gioconda, tan encantadora cuando iba al mercado llevando sobre la cabeza una cesta de melocotones ó de higos, ó cuando daba de comer á los palomos que le picoteaban los labios, ó cuando, para adornar el altar de la *madona*, cogía rosas silvestres en los trigales. Allí había crecido como un arbolillo; allí había saboreado el placer sencillo, pero hondo, de la oropéndola entre las cerezas, del zorzal entre los jugosos racimos de uvas.

¡Y en cambio, ahora, ahora!

No podía vivir al día, con una placidez de bestia, como muchos de sus compañeros, flemáticos, indiferentes, sino que todo lo sentía con mayor intensidad. ¡Ah, cuánto más penoso era el servicio y cuánto más dura la disciplina en Génova! Estaba acostumbrado á brigadas poco numerosas, y había ido á caer en aquel cuartel de San Jorge, que alberga á un centenar de carabineros. La ciudad era bonita, pero ¡cuán ruidosa! La animación y el tráfico de aquellos muelles no tenían punto de comparación con los de los muelles de Nápoles, y él estaba allí como atontado; el rechinar de las grúas, el continuo ir y venir de los trenes, los silbidos de los vapores, aquella muchedumbre que gesticulaba y hablaba á gritos, le tenían medio sordo, y el resultado fué que cometió torpezas, que le regañaron y que se mofaron de él. Entre sus compañeros había varios romanos; ninguno, sin embargo, de su comarca, ninguno con quien pudiese trabar amistad, á quien pudiese abrir su corazón, aquel corazón de pastorcito sin instrucción, pero con su rinconcito de poesía y de ternura y con su sentimiento innato de la justicia. Sus jefes le inspiraban un temor lancinante; tenía la vaga sensación de que le tomaban por un imbécil, de que le despreciaban, y esta idea mortificaba su amor propio.

En torno suyo, entre los demás carabineros, adivinaba desconfianzas, animosidades mal disimuladas, envidias y espionajes, cuando á él le parecía que todos debieran haber sido hermanos. Una palabra dura le hería en lo más vivo; un reproche inmerecido le sublevaba.

Y aparte de esto, los sesenta francos mensuales se escurrían entre sus dedos, porque todo estaba caro en Génova; así es que, después de haber pagado su manutención, las cuotas, á la lavandera, al zapatero y al barbero, ¡le quedaba tan poco, tan poco! Para enviar una módica cantidad á su madre había de privarse hasta de un vaso de vino cuando tenía algunas horas de libertad y se iba fuera de la población. Era uno de esos muchos pobres diablos con uniforme que vagan como almas en pena, deteniéndose ansiosos delante de las confiterías, de los bars y de los cafés y sin entrar nunca en ellos, porque el único lujo que pueden permitirse es un cigarro, y esto sólo en los días en que repican gordo.

¡Oh, cuán solo se sentía Vicente! Tanto más cuanto que hacía algún tiempo que su madre no le había escrito. Cada día esperaba con creciente impaciencia y cada vez que entraba en el cuartel preguntaba si había para él una carta. Pero ¡nada! ¡Siempre nada! ¡Y le hacían tanta falta aquellas cartas maternales, que aun siendo cortas, pues el escribir era para la pobre mujer un verdadero sacrificio, le llevaban un consuelo, una esperanza, un poco de calor del nido! Sin ellas, sentía una abrumadora impresión de aislamiento, veíase privado de todo punto de apoyo, estaba profundamente abatido, y su rostro despierto y alegre de joven fauno se demacraba hasta el punto de ponerse desconocido.

***

Y he aquí que una nueva desgracia había caído sobre él; su sargento lo había puesto de servicio en el *Muraglione della morte*, aquella terrible muralla que en Génova tenía tan terrible leyenda.

En efecto, desde hacía algunos años, aquel triste lugar era el que elegían los desesperados para suicidarse: un salto en el vacío, un corto espasmo y al día siguiente cuatro líneas en los periódicos. Sólo en la quincena que había precedido á la llegada de Vicente á Génova había habido tres suicidios de éstos en circunstancias verdaderamente desconsoladoras, y los carabineros de la quinta brigada que por turno hacían centinela al pie de aquel muro nefasto, habían acabado por alterarse. Algunos, los veteranos, avezados á todo, hacían burla de aquellas tragedias; pero muchos, que habrían sido valientes contra el enemigo, y que se habrían arrojado al fuego para salvar á una mujer ó á un niño, pues tales actos de heroísmo son frecuentes entre los carabineros, sien do no pocos los que sobre el pecho ostentan la medalla de honor, sentían un estremecimiento cuando los destinaban á aquel lugar. Y hasta se había hecho correr el rumor de que aquel maldito extremo de playa era visitado por fantasmas: un carabinero aseguraba haber oído suspiros, voces de ultratumba; otro juraba por el alma de sus queridos difuntos haber visto apariciones. Poco á poco todas aquellas figuraciones habían ido siendo la fábula del cuartel, gracias á la superstición que anida en el espíritu de todos los italianos de la clase baja, y aquella fábula era una de las primeras cosas de que, al desembarcar, se había enterado Vicente.

El pobre muchacho creía en aparecidos, pues los había habido en su tierra; por esto se había puesto amarillo como la cera una noche en que el sargento lo destinó á aquel lugar terrible.

Sin embargo, había ido allí sin murmurar; pero ¡cuán larga le había parecido aquella guardia de cuatro horas, paseándose por la estrecha playa, entre los escollos! Era una de esas noches nebulosas poco frecuentes en Génova y que por lo mismo producen en aquella ciudad un efecto más fantástico; flotaba en el aire un velo de ligera neblina, las luces de la *Foce* tenían una lividez mortuoria y el mar dejaba oir sus roncas voces. ¡Y Vicente no había tenido noticias de Nemi, de su madre! ¡Cómo recordaba los campos pardos de su tierra, el verde follaje, las formas adorables de las montañas, el sano olor de los terruños recientemente removidos! El muchacho apelaba á toda su energía, se contaba ingenuamente á sí mismo historias á fin de no pensar; se decía que era un soldado, que no debía dejarse dominar por pensamientos locos, por temores pueriles y que la necesidad es un duro aguijón, pero que hay que someterse á ella. El reloj de la iglesia más cercana había dado las once, lanzando al aire sus campanadas lentas y lúgubres; de pronto Vicente se estremeció, helósele la sangre en las venas y los cabellos se le erizaron... ¡Allí, allí, al pie del *Muraglione*, aquella forma blanca!.. Era indudablemente un efecto extravagante de niebla, pero en un segundo acudieron á la memoria del centinela los espantosos relatos que había oído contar en el cuartel, y sin poder evitarlo, por uno de esos impulsos animales imposibles de resistir, tiró su fusil, subió á saltos la empinada escalera que daba al *corso* y que estaba cerrada por una verja cuya llave él tenía, y corriendo siempre, se dirigió al cuartel, adonde llegó aniquilado, cayendo sin sentido sobre un banco.

Cuando explicó las causas que le impulsaron á obrar de aquel modo, sus jefes acogieron sus palabras con sonoras risotadas.

—¿Conque es usted un gallina?

—¡Abandono de guardia! ¡La cosa es grave, muchacho!

A pesar de todo, tuvieron compasión de él, y apreciando como circunstancias atenuantes su juventud y la falta evidente de premeditación, le impusieron ocho días de prisión simple, ocho días de encierro en una especie de subterráneo con una tabla de madera por toda cama, con prohibición de leer, de escribir, de fumar y de tener una lámpara ó una vela encendida y sin más que una hora al día para comer y tomar el aire. Se habían portado bondadosamente con él y él les estaba agradecido; pero de todos modos, aquel encierro era terrible, y al salir de él sentíase más débil, más deprimido que antes. Lo único que le alentaba era la esperanza de encontrar una carta, y esa esperanza quedó pronto desvanecida. Para colmo de desdichas, el día después de su salida de la prisión el sargento le enviaba al mismo sitio, al *Muraglione della morte*, quizás por un refinamiento de crueldad, acaso con buena intención, por el deseo de «formarlo,» según él mismo había manifestado, para su rudo servicio.

No había niebla aquella noche, pero la obscuridad era tan absoluta, que Vicente tropezaba á cada paso en los escollos y la tramontana soplaba furiosamente; era una de esas noches que evocan la idea de asesinatos, de catástrofes, de naufragios; una de esas noches de aquella costa liguria, tan bella y tan peligrosa, en que caen de rodillas las madres, las esposas y las hijas de los que viajan sobre el pérfido elemento, pronto á devorarlos.

Vicente recapituló los incidentes del día. Como había terminado la guardia á media noche y debía reanudarla al mediodía, hubiera querido salir temprano para escribir tranquilamente á su madre en una *osteria* cualquiera; pero por haber un oficial encontrado en el uniforme de uno de los hombres una pequeña infracción al reglamento, había prohibido á toda la brigada la salida de la mañana. Por la tarde, fué al correo para averiguar si tenía detenida alguna carta, y luego subió al tranvía, porque le dolía mucho un pie; allí vióse brutalmente interpelado por un cabo.

—Qué, ¿no conoce usted á sus superiores?

—Sí, señor; pero no le había visto.

—¿Cómo se llama usted? ¿A qué brigada pertenece?

¡Y aquel hombre parecía tan violento, tan irascible! ¿Quién sabe si daría parte?

¡Oh suaves colinas de Nemi! Vicente pensaba más que nunca en ellas. Muy pronto el narciso y el junquillo las cubrirían con la nieve y el oro de sus corolas; muy pronto florecerían los almendros y los melocotoneros; muy pronto se reanudaría la tarantela bajo los porches guarnecidos de jazmín y madreselva.

¡Y él, desterrado, porque estar lejos de Nemi era para él un destierro, consumiéndose de hastío, recogiendo sin querer en su corazón malas semillas, desequilibrándose, viendo aumentar su miseria de alma y de cuerpo, en medio de mil pequeños pormenores y de una agonía perenne!

¡Nunca había pasado Vicente una hora más terrible que aquella!

Otras veces, en sus correrías por los bosques de su querido Nemi, en días de tempestad, le había parecido oir un rumor semejante al del mar alborotado; pero no era de noche, ni él se hallaba en la esclavitud; y al través de las encinas veía brillar, entre jardines, la fachada de su casita, conocía agrestes retiros en donde resguardarse, y sobre todo era libre como un choto, como una liebre que salta entre el tomillo y la mejorana. ¡En cambio, ahora!.. ¡Y un mes sin carta! ¡Dejarle tanto tiempo sin noticias! ¿De modo que le abandonaban, que le olvidaban? Vicente no estaba en situación de reflexionar, de razonar; la fiebre que le abrasaba hacíale exagerar ideas y sensaciones: le abandonaban, le olvidaban, y Gioconda, que debía estar ya muy crecida, habría encontrado seguramente otro novio y ya no se acordaría de él, del pobre amigo de la infancia que tanto la añoraba. El mar rugía cada vez más furioso, estrellándose contra los escollos, cubriéndolos de espuma y produciendo un estrépito infernal; las tinieblas hacíanse imponentes, apenas rasgadas de cuando en cuando por un breve destello rojo, blanco ó verde de los faros, que cegaba sin dar luz. ¡Y allí aquella muralla de quince metros de alto, desde la cual se habían precipitado tantos infelices, el *Muraglione della morte!*

Aquellos suicidas se habían cansado de buscar pan en vano; no querían que el orgullo y la riqueza les salpicaran de lodo mientras ellos perecían de hambre; estaban hastiados de una engañosa y cruel existencia. Habíales faltado el valor, y una noche, después de vagar, ebrios de cansancio y de amargura, por el corso, plantado de pimenteros y palmeras, y de haber contemplado por última vez la gran ciudad con su brillante diadema y el inmenso mar, y medido la altura y el horror de su caída, no habían vacilado en matarse, porque ya no tenían fuerzas para seguir luchando. Vicente pensó en el último de aquellos suicidas, un viudo sin trabajo que se había arrojado desde lo alto de la muralla con su hijo; el carabinero de servicio en aquel momento, que era vecino de cama de Vicente, le había descrito el suceso: una noche obscura y amenazadora; de pronto un grito estridente y dos cuerpos estrellándose contra las rocas, dos cráneos abiertos y los sesos esparcidos en medio de una gran mancha roja.

«¡Dios mío, Dios mío!»—murmuró Vicente volviéndose de espaldas para no ver aquel abominable sitio.

¡Ah, también él está cansado de la vida! ¿Por qué su anciana madre no le ha escrito en cuatro semanas? ¿Estará tal vez enferma? ¿O quizás enfadada porque dos meses seguidos no le ha enviado, á pesar de su estricta economía, más que cinco francos? De todos modos, bien habría podido Pippo ponerle dos líneas. Y Gioconda ¿por qué le olvida? «¡Abandonado! ¡Olvidado!» he aquí las ideas que no se apartan de su mente. Y así habrá de vivir todavía cuatro años, solo, aguantando las ruines bromas de los compañeros que, no comprendiéndole, se mofan de él, y sufriendo á veces la maquiavélica hostilidad de jefes gruñones y déspotas, llevando, en fin, una existencia de esfuerzos, de inquietud, de padecimiento. Pensando esto, siente un dolor inexpresable, un dolor de niño, ingenuo, agudo, lacerante. El mar rugiente le espanta; tiene miedo de aquella obscuridad á cada momento más compacta, de aquellos remolinos de espuma que se forman en torno de los escollos; las piedras se le antojan repugnantes reptiles, y cree ver á su alrededor espectros que le amenazan, que tienden hacia él sus garras. Pero por encima de todo le amedrenta aquella pared siniestra, gigantesca, que evoca tan dolorosos dramas, el *Muraglione della morte*. Una sugestión se apodera del impresionable Vicente, del campesino de corazón tierno y soñador, y en un instante se olvida de su madre, de su hermano, de Gioconda, de la aldea oculta en el hueco de los montes Albanos, de su deber de soldado, de que la patria tiene puesta su mirada en el más humilde de sus hijos y de que el suicidio es también una deserción. Está cansado, muy cansado, no es ya dueño de sus sensaciones, y una necesidad impetuosa, indomable, de reposo, de libertad, le asalta, le penetra le subyuga... ¿Y qué otra libertad, qué otro reposo que la muerte, refugio de tantas criaturas descarriadas, enloquecidas, que desde lo alto de aquella muralla han ido á estrellarse contra aquellos arrecifes?

¿No ve acaso sus sombras que le llaman?

Vicente cree distinguir á su alrededor una macabra danza de fantasmas, y presa de una especie de alucinación arma su fusil, se lo introduce en la boca y con un movimiento convulsivo, inconsciente, oprime el gatillo.

Al pronto nada siente. ¿De modo que el matarse no causa ningún dolor? ¿Tan fácil es morir? Después, una sensación de picadura extraña, ardiente; luego una súbita lasitud, la ilusión de caer lentamente, de rodar sin sufrimiento hacia un abismo insondable.

—¡Tiburzi! ¡Eh, Tiburzi! ¡Vicente!

El pobre muchacho, tendido, con la boca llena de una baba rojiza, oye como en sueños aquel llamamiento.

—¡Tiburzi! ¡Vicente! ¿Dónde estás?

Vagamente distingue á un carabinero que va de un lado á otro, llama á la casita y busca por todas partes; pero el desdichado no puede gritar, ni siquiera gemir.

—¡Tiburzi! ¡Tiburzi! ¿Dónde diablos se habrá metido?, murmura el recién llegado.

En aquel instante, su pie tropieza con el cuerpo inmóvil.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y el bondadoso muchacho, el único que se había mostrado algo afectuoso y comprensivo con Vicente, se inclina, se arrodilla y enciende fósforos, pues el viento ha calmado.

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! Paréceme que está herido... Sí, aquí hay sangre.

Y una sospecha cruza por la mente del carabinero.

—Vicente, ¿no me oyes? Vaya, compañero, es preciso que me escuches.. Tu madre está ahí, sí, en Génova; ha llegado esta noche y ha ido en seguida al cuartel para darte un abrazo... Le han dicho que estabas de centinela y que no podría verte hasta mañana... Entonces yo, que me hallaba presente cuando el sargento la ha recibido y que venía notando tu tristeza de estos últimos días, me he escabullido para venir á comunicarte la feliz noticia.

Pero Vicente ¡ay! no contesta; únicamente una luz ha brillado en sus ojos y su mano ha cogido la del compañero, la del buen Samaritano á quien mucho le será perdonado por su acto de misericordia, y se la ha estrechado con toda la fuerza que le queda.

—¡Vicente, Vicente! ¿Habrá de morir así?

Como es inútil gritar, porque el mar ruge todavía, el aduanero, con riesgo de romperse las piernas entre las rocas, sube en cuatro saltos la escalera, detiene el primer tranvía que pasa y que tiene su estación de llegada á diez pasos del palacio San Giorgio, hace un encargo al conductor, vuelve presuroso al lado de Vicente, y á falta de mejor auxilio le lava con agua la frente y las muñecas y le limpia solícitamente los labios cubiertos de roja espuma, mientras le murmura al oído.

—¡Animo, Vicente! Tu madre está allá; la verás mañana..., la verás mañana...

* * *

También ella, la pobre madre, habíase encontrado perdida y triste en una cabaña de los montes Albanos desde la partida de Vicente. ¡Qué vacío, qué inmenso vacío! Parecía que el muchacho de noble y agraciado rostro se lo había llevado todo con él: el jardín era más difícil de cultivar, la tierra más dura, y ella sin su hijo, ya no se fijaba en el paisaje, ni en las azuladas aguas de los dos lagos, ni la inmensa superficie verde de la *Campagna*. Añoraba más de lo que se había imaginado á Vicente, á aquel hombrecito hábil, trabajador, entendido en cosas de agricultura, un verdadero labriego, en una palabra, á quien también parecían echar de menos los animales domésticos, el cerdo, las gallinas.

—¿Te acuerdas?, decía la buena mujer á Pippo, el el hijo menor, de carácter algo extravagante, apartado de las labores rústicas y que prefería la lectura de unos grandes libros que le prestaba el párroco, á quien el muchacho servía con regularidad y devoción de monaguillo.

Pippo contestaba afirmativamente, con un signo de cabeza, sin entusiasmo y pensando en otras cosas.

—¿Te acuerdas?, preguntaba también á Gioconda, que iba de cuando en cuando á verla.

La muchacha sí que la escuchaba con atención. ¿Que si se acordaba? ¡Ya lo creo! ¡De todo se acordaba, de todo! Hasta de pormenores que la misma madre había olvidado. Y todas sus palabras, absolutamente todas, eran de elogio para el ausente.

¡Cómo habría gozado Vicente viendo la atención, el recogimiento con que sus cartas eran leídas! Primero las leía Pippo en alta voz; después las cogía por su cuenta la madre, que en sus mocedades había servido en Roma á una buena señora que la había enseñado á leer; luego se apoderaba de ellas Gioconda, y en seguida vuelta á empezar.

Nápoles debía ser un mundo. Después aquellas lagunas pestilenciales y por último Génova, tan lejos, hacia el Norte, casi en la frontera. ¡Qué países tan extraños!

El cura había prestado á Pippo un atlas rudimentario, en el cual la madre y Gioconda habían podido figurarse, representado por un puntito encarnado, el sitio en donde se hallaba situada la Superba.

—¿No ves? El pobre no se divierte en aquella ciudad, había dicho la anciana á Gioconda. Se ve que no es lugar á propósito para él. Cada nueva carta es más triste que la anterior.

Esta idea le quitaba el apetito y el sueño. Quizás, en realidad, Vicente comía mejor en el cuartel que en su casa; pero de fijo que le habrían gustado más una fritada de alcachofas ó de judías comida en su huertecillo, ó un plato de habas cocidas y de tarde en tarde un trozo de cabra ó de conejo preparados por su madre. Por la noche se despertaba, y su pensamiento volaba á la ciudad desconocida, al palacio San Giorgio, á los muelles en donde se agitaba una bulliciosa multitud; y cuando esto le sucedía, pasábase horas y horas desvelada dando vueltas en un jergón de paja de maíz.

Un día, el cura fué de improviso á visitarla para decirle que Pippo quería ser sacerdote, que así lo había manifestado de un modo formal, que se habían dado ya los pasos necesarios y que se le daría enseñanza gratuita en un colegio de Roma. Sólo faltaba el consentimiento de la madre, y ésta lo dió, puesto que se trataba de una vocación.

Pocos días después, cavando en su huerto, la viuda había casualmente desenterrado una estatua antigua, un Baco coronado de pámpanos, que, sin ser de la buena época ni de un artista de primer orden, era, sin embargo, notable y sobre todo estaba admirablemente conservado. El hallazgo fué un acontecimiento extraordinario en toda la comarca; porque todos sus habitantes podían esperar verse algún día favorecidos por igual suerte, tanto más cuanto que el cura afirmaba que el sitio en donde aquel Baco había sido descubierto suponíase que era el mismo en donde antiguamente se levantaba una quinta imperial; y si allí había vivido un emperador, natural era que le hubiese seguido su corte y que se hubiesen construído allí suntuosas viviendas. ¡Quién sabe las sorpresas que el porvenir les reservaba!

La madre de Vicente no entendía una palabra de las sabias disertaciones del cura; para ella lo importante era vender la estatua, y efectivamente la había vendido á muy buen precio, pues un inteligente había encontrado en la escultura ciertas particularidades que aumentaban su valor artístico. Para la pobre mujer, lo que le dieron por el Baco era casi una fortuna; durante unos días estuvo como atontada, estupefacta, pero luego adoptó su resolución. Pippo había entrado poco antes en el seminario. De la cantidad cobrada guardaría la mitad, y el resto...

—Mira, dijo un día á Gioconda, las cartas de Vicente son de un hombre que ya no puede más; ese muchacho no ha nacido para una vida semejante. Sí, esas cartas me asustan y temo que presagien alguna desgracia.

—¿De modo que piensa usted?..

—Pienso reunirme con él, á pesar de mis años, trasladarme á aquella gran ciudad. Aunque no soy una sabia, he hecho mis cálculos: un cuarto y una cocina, poca cosa han de costarnos; tengo pocas necesidades y además no soy tan decrépita que no pueda encontrar en Génova alguna casa en donde me ocupen en faenas domésticas. De esta manera Vicente tendrá á su lado á su madre, que le servirá de lavandera y de cocinera cuando quiera comer fuera del cuartel, y que le consolará cuando esté apenado...

Y la buena mujer había logrado alquilar su casita y su pedazo de tierra y se había puesto en camino. En las cuatro semanas, durante las cuales Vicente había estado sin noticias, habíase perdido una carta en que su madre le decía que se animase; después de aquella carta no había escrito ninguna más, porque quería sorprender á su hijo. ¡Oh, qué sorpresa tan grande y tan agradable tendría el pobre muchacho!

El viaje, en tercera y en tren ómnibus fué interminable, y además hubo de detenerse la viuda una tarde y una noche en Grosseto para visitar á unos parientes. ¡Veinticuatro horas casi de tren, á través de las *Maremmas*, de aquellas llanuras sin fin y de tan insoportable monotonía! Pero al término de aquel viaje estaba Génova, en donde encontraría á su adorado Vicente que tan ajeno debía estar de que su madre iba á reunirse con él! No tenía reloj, y más que por los de las estaciones medía el tiempo por la posición del sol, que el segundo día se puso cuando el tren estaba en las cercanías de Spezia.

Algunas horas después llegaba al término de su viaje, cansada, pero contenta, y llevando ella misma su pequeño equipaje, encaminábase al palacio San Giorgio, preguntando en cada calle el camino que había de seguir. Estaba segura de que en seguida podría abrazar á su hijo y de que á éste le concederían una corta licencia, siquiera el tiempo para su

instalación, pues Génova parecíale inmensa y en ella se hallaba enteramente desorientada.

Estaba aún parlamentando con el sargento, insistiendo, suplicando que no la hiciesen esperar hasta el día siguiente para ver á su hijo, cuando llegó precipitadamente el conductor del tranvía con la noticia de que el carabinero Vicente Tiburzi había sido víctima de un grave accidente y de que urgía que fuesen á recogerlo y lo llevasen al hospital.

* * *

La bala se había desviado, desgarrando la mandíbula y la mejilla. Vicente se despertó en una de las salas del hospital de Pammatone, una sala espaciosa, con una bóveda de iglesia y dos largas hileras de camas resguardadas por blancas cortinas, por entre las cuales se veía deslizarse con paso ligero de sílfides bienhechoras, á las hermanas tocadas con sus papalinas de blancura deslumbrante. Al pronto no se acordó de nada; en su cabeza reinaba gran confusión. ¿De dónde volvía? De lejos, de muy lejos; parecíale haber hecho un largo y peligroso viaje hacia un país desconocido, misterioso y tan apartado que por lo regular nadie regresaba de él. Y se pasaba lentamente la mano por la frente, tratando de discernir algo en medio de aquel caos.

—¡Vicente! ¡Vicentillo!..

El muchacho se estremeció. ¿Qué voz era aquella que pronunciaba su nombre? ¡Cuán dulce y cariñosa velada por el llanto! Muy á menudo habíale en otro tiempo llamado del mismo modo: «¡Vicente! ¡Vicentillo!» ¡Oh voz querida que encendía una luz en su obscuridad, que reanimaba su inteligencia y le llenaba de contento y de delicia!

Y en aquel mismo instante, envuelta en un rayo de sol que descendía de una de las altas ventanas enrejadas, vió inclinada sobre él, toda temblorosa, á su madre, con sus cabellos grises que aquel rayo de sol doraba, con su saya obscura, con su triste y arrugado semblante.

—¡Mamá!

No fué más que un susurro, y sin embargo, el enfermo quedó medio desmayado. Acudió una hermana que le hizo respirar unas sales, y Vicente abrió de nuevo los ojos.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¡mamá!

Toda su alma acudió á sus labios, y aquella vez sus brazos rechazaron las ropas que le cubrían, y en un impulso irresistible se enlazaron al cuello de la aldeana. Los cabellos grises se mezclaron con los rizos de ébano, la madre y el hijo confundieron sus lágrimas y sus besos y el médico los sorprendió en aquella apasionada efusión.

La hermana, algo inquieta, interrogó con la mirada al doctor, el cual la tranquilizó con un gesto y le dijo en voz baja:

—¡Salvado! Dentro de ocho días le verá usted de pie. Medicinas como éstas no se hacen en las farmacias... De todos modos, hay que obrar con prudencia, pero conviene que su madre permanezca á su lado todo el tiempo posible. Hablaré con la superiora.

Reinaba en la sala absoluto silencio, sólo interrumpido á intervalos por un gemido ahogado que salía de una de las camas; las papalinas blancas iban de un lado á otro; cantaban los pájaros en las camelias del jardín llenas de capullos y de algunas flores, y el rayo de sol seguía iluminando, al través de la ventana, el lecho del aduanero.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¡mamá!, repetía sin cesar Vicente como en la noche antes en el escollo batido por las olas al pie del *Muraglione della morte;* pero ¡cuánta diferencia en su acento! Ya no era la desgarradora añoranza, el desaliento sin nombre, la desesperación, sino un inefable gozo íntimo, la esperanza reconquistada, una dulzura, una felicidad sin igual, y aquellas palabras así murmuradas parecían el gorjeo del gorrión cuando después de la tempestad siente renacer la calma al calor de un ala protectora.

—¿No sabes, hijo mío? Ya no me separaré de ti hasta que cumplas el servicio, y todos los días nos veremos.

¿Qué era lo que le decía su madre? El pobre muchacho la contemplaba embelesado, sin atreverse á dar crédito á tanta felicidad.

—¡Sí, todos los días, Vicentillo! Y ya no necesitarás lavandera, pues yo cuidaré de tu ropa, y además tendré siempre para ti una *minestrina* y un vaso de vino. Y de cuando en cuando, algún domingo me llevarás á paseo. ¿No esperabas todo esto, verdad?.. Cuando estés enteramente curado te lo explicaremos todo.

—Es preciso que descanse, dijo la hermana acercándose al lecho del herido.

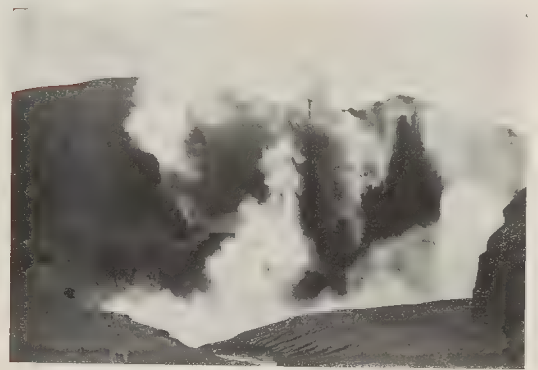
—Sí, sí, apresuróse á contestar la campesina. Ahora, Vicentillo mío, dormirás un rato; el sueño te hará gran bien. Duerme, amor mío; duerme, mi tesoro..., no me separaré de ti hasta el término de tu servicio... Ya te lo contaremos todo... Luego regresaremos juntos á Nemi, y Gioconda no se habrá casado...

Vicente sonríe, ¡qué sonrisa!, deja caer la cabeza sobre la almohada y se duerme con sueño tranquilo.

Y mientras duerme, aún se sonríe junto á su madre, que ha sacado su rosario y devotamente reza sin apartar los ojos del rostro de su hijo, y adivinando en la expresión de éste que sueña con la casita natal, con los encinares que la primavera puebla de ciclamas, con los dos lagos engastados como dos ópalos en el verde esmeralda de los olivos, y con la amiga de la infancia que «no se habrá casado» cuando ellos regresen á su tierra...

EN EL PAÍS DEL FUEGO Y DEL VAPOR, por W. G. Fitz Gerald

Imagínate, lector, un volcán inmenso al nivel de la tierra, que tuviera mil millas cuadradas de extensión, toda acribillada de agujeritos, y tendrás una idea aproximada de lo que es el *Wonderland* (País maravilloso), situado en la isla Norte de Nueva Zelandia. Por cualquier sitio que se introduzca un poco el bastón en la tierra, sale al momento un chorro de vapor; y donde quiera que dirijas la vista verás surtidores de agua hirviendo y oirás sus borbollones. Pero lo más extraño de todo es que toda esta gran extensión de tierra cambia á cada momento de forma y de color; las hondonadas suben y los altozanos bajan con mucha frecuencia; y los surtidores de agua hirviendo, unas veces clara y otras cenagosa, forman un rosario de más de trescientas millas de largo. La tierra tiembla, se conmueve por todas partes; pero á pesar de eso, toda está sembrada de aldeas de maoríes, los indígenas del país, que no hace aún una generación eran antropófagos, pero que hoy son un pueblo pacífico é inteligente, que manda al Parlamento de Wéllington su correspondiente diputado.


Los surtidores de Waimangu arrojando el agua hirviente y el barro á más de treinta y tres metros de altura

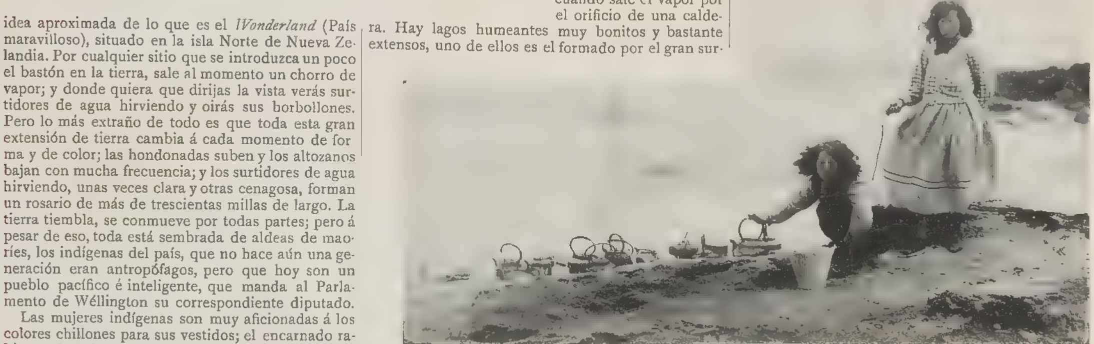
Las mujeres indígenas son muy aficionadas á los colores chillones para sus vestidos; el encarnado rabioso, el azul, púrpura y amarillo les llama mucho la atención, y siempre van vestidas de telas listadas de estos colores; fuman en pipas descomunales, y hacen los quehaceres de casa con el chiquillo de pecho suspendido á la espalda. No hay casa por pobre que sea que no tenga delante ó detrás su manantial de agua caliente natural, así es que no tienen que encender el fuego para cocinar, pues con poner el puchero en alguno de estos sitios se cuece la comida por sí sola con gran facilidad y economía.

Cuando tienen que lavar la ropa se van á un manantial mayor de agua caliente y allí la enjabonan á su gusto, y muchas veces sucede que al lado de estos surtidores de agua caliente hay manantiales de agua que sale sumamente fría. Se ven chorros de agua hirviendo que sale con una violencia que espanta, produciendo silbidos como cuando sale el vapor por el orificio de una caldera. Hay lagos humeantes muy bonitos y bastante extensos, uno de ellos es el formado por el gran surtidor de Waimangu, y otros que elevan el agua á más de mil pies de altura, y que de tiempo en tiempo producen grandes detonaciones, volviendo después á salir el agua silenciosa.

El gobierno de Nueva Zelandia ha instalado en varios puntos de esta región establecimientos de aguas termales; y en Rotorúa hay grandes balnearios de aguas minerales donde pueden nadar muchos miles de personas á la vez. Los enfermos que acuden á estos balnearios curan por lo regular en pocas semanas, pero los que pueden se están mucho más tiempo para contemplar bien aquel país, que es único en el mundo.

Se ven cosas verdaderamente hermosas, entre ella *Rainbon Mountain* (Montaña del arco iris), formada de tierra encarnada, púrpura, color naranja, verde y amarilla. Al pie de esta montaña hay un valle muy bonito, velado siempre por las nubes del vapor de los surtidores de agua hirviendo y por las continuas explosiones de pequeños volcanes que arrojan barro y aguas cenagosas.

En la parte más honda de este valle álzanse grandes rocas, algunas de formas fantásticas y otras formando paredes casi verticales, y tan calientes todas, que no se puede poner la mano sobre ellas sin que-


Mujeres maoríes cocinando en los manantiales de agua hirviente

marse; y por entre los matorrales no se ven más que traicioneras simas estrechas, por donde sale mucho olor de azufre y bocanadas de vapor. En este valle está el cráter llamado *Champagne Cauldron,* de unos ochenta pies de ancho, que forma como una botella ó embudo de ochenta y tres pies de profundidad. De vez en cuando salen unos chorros de agua inmensos que despiden vapores azulados, y después de subir á gran altura van á caer á un río de agua fría. A unas dos millas de la aldea indígena de Tokaanu está el más raro de los volcanes, el monte Kakaramea, que entre agua y barro ha ido consumiendo una parte de la montaña, y la otra amenaza ruina como muela vieja y cariada; el agua hirviendo cae á torrentes por sus laderas, y por arriba se ven nubes de vapor de los colores del arco iris.

Los habitantes de esta aldea no viven muy tranquilos, por los sustos que reciben de vez en cuando y porque recuerdan que los habitantes de la población indígena Te-Rapa quedaron una vez enterrados entre el fango caliente que despide el volcán en los días de mayor actividad, muriendo muchos abrasados. En otra montaña más elevada está el volcán Nganruhoe, que arroja lava é ilumina por la noche el bonito lago Tampo.

Todo esto es muy hermoso, pero la gente que acude á esta región de Nueva Zelandia va más bien á curar sus dolencias en los balnearios de aguas termales, que á contemplar el bonito espectáculo que ofrecen los volcanes y surtidores de agua hirviendo.

LIBROS

ENVIADOS Á LA REDACCIÓN

por autores ó editores

ODAS, POEMAS, LEYENDAS, por *Carolina de Soto y Gorro.* – Colección de composiciones poéticas de distintos géneros y escritas en diversos metros; son expresión de elevados pensamientos y de sentimientos delicados, y esta bondad del fondo está avalorada por una versificación correcta y armoniosa. Un tomo de 205 páginas, impreso en Madrid en la imprenta del Asilo de Huérfanos. Precio, dos pesetas.

SELECCIÓN, novela por *Juan Fernández Martín-Mora.* – El autor de esta novela desenvuelve en ella un pensamiento atrevido, combatiendo la moral social que condena ciertas uniones amo-



Removiendo la tierra para hacer fuego

rosas. Un tomo de 96 páginas, impreso en Trujillo; precio, una peseta.

DE ENSEÑANZA. – NOTAS LITERARIAS. – DÍAS DE GUERRA, por *José A. Rodríguez García.* – Un folleto que contiene artículos sobre los exámenes en Chile, Calderón de la Barca y otros del docto catedrático del Instituto de la Habana. Impreso en la imprenta de Cerdeira de aquella capital.

COR DELATOR, por *Edgardo Poe.* – Narración extraordinaria adaptada á la escena catalana por *A. Albert y Torrellas.* Monólogo recitado por primera vez con gran aplauso en el teatro Romea por el actor Sr. Tor. Editado en Barcelona por don Bartolomé Baxarías; véndese á 25 céntimos.

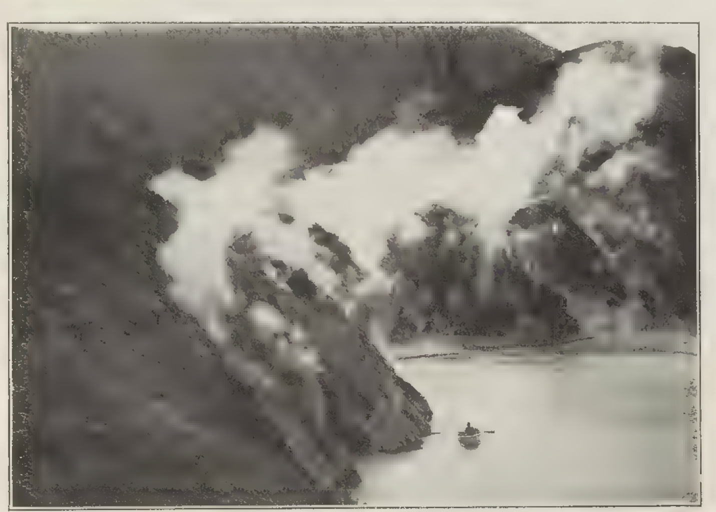
CRÍTICA LITERARIA (1854-1856), por *Juan Valera.* – Se ha publicado el tomo XIX de la colección de las «Obras Completas» del eximio escritor, que contiene varios artículos de crítica literaria. No hemos de hacer el elogio de este libro, que con los que le preceden y los que han de seguirle constituyen un verdadero monumento literario y un valioso y merecido homenaje á quien es gloria de las letras castellanas. Un tomo de 288 páginas; precio, tres pesetas.

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANACH PERA 1909. – Contiene, como de costumbre, gran número de grabados de nuestros mejores artistas y multitud de trabajos en prosa y en verso de los más reputados escritores catalanes. Un tomo de 194 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López; véndese á una peseta.

AGENDA CULINARIA PARA 1909. – AGENDA DE BUFETE PARA 1909. – AGENDA DE BOLSILLO PARA 1909. – MEMORÁNDUM DE LA CUENTA DIARIA PARA 1909. – La Casa Bailly-Bailliere ha puesto á la venta todas estas publicaciones cuya utilidad hemos señalado ya en otras ocasiones. Cada una de ellas contiene cuantas noticias y datos puedan interesar dentro de su especialidad respectiva y es un verdadero consultor para el ama de casa ó para el hombre de negocios. Los precios son respectivamente de 2, 1á4 (según sus condiciones materiales), 1'50 y 2'50 pesetas.

CANSONER SELECTE. SCHUMANN. – Se ha publicado el tomo III de esa importante obra, en la que el notable musicógrafo barcelonés D. Joaquín Pena colecciona, traduciendo sus textos al catalán, los *lieder* de los grandes maestros. El volumen que nos ocupa está dedicado á Schumann y contiene las diez y seis canciones del intermedio lírico de Enrique Heine «El amor del poeta» y las ocho de Adalberto de Chamisso «Vida amorosa de una mujer» con música de Schumann. Una vez más felicitamos al Sr. Pena por su obra de propagación de la buena música y por el acierto con que la realiza. El precio del tomo *Schumann* es de seis pesetas.

DE LA PRIMERA COSECHA, por *César de Salvador Solá.* – Cinco cuentos muy sentidos y escritos en buen estilo, que revelan en su autor, joven de diez y siete años, no comunes dotes literarias. Precio, 25 céntimos.



El lago de aguas hirvientes denominado Rotomahana

El presidente de la República de Venezuela (×) en París. (De fotografía de M. Branger.)



La tirantez de relaciones entre Francia y Venezuela ha dado un interés especial al viaje efectuado á Europa por el presidente de la república venezolana Sr. Castro, y sobre todo á su breve estancia en París. Su presencia en la capital francesa ha pasado, por dicha causa, oficialmente inadvertida; más aún, tratóse hasta de prohibirle la permanencia en territorio francés, y si al fin se ha consentido en ello, ha sido bajo ciertas condiciones que en otras circunstancias habrían parecido anómalas, si no imposibles, tratándose de un jefe de Estado.

No hay que decir, pues, si ha dado lugar á comentarios el viaje del Sr. Castro, que, según unos, ha venido á Europa para hacerse operar en Berlín de un tumor en los riñones; según otros, para descansar una temporada de los cuidados y preocupaciones que le proporciona el gobierno de su Estado, y según algunos, para realizar ciertas negociaciones diplomáticas que contrarresten los efectos de los conflictos que tiene pendientes con Francia y también con Holanda. El Sr. Castro ha permanecido en París poco más de un día, y desde allí se ha dirigido á Colonia y á Berlín.

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXVII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXVII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

